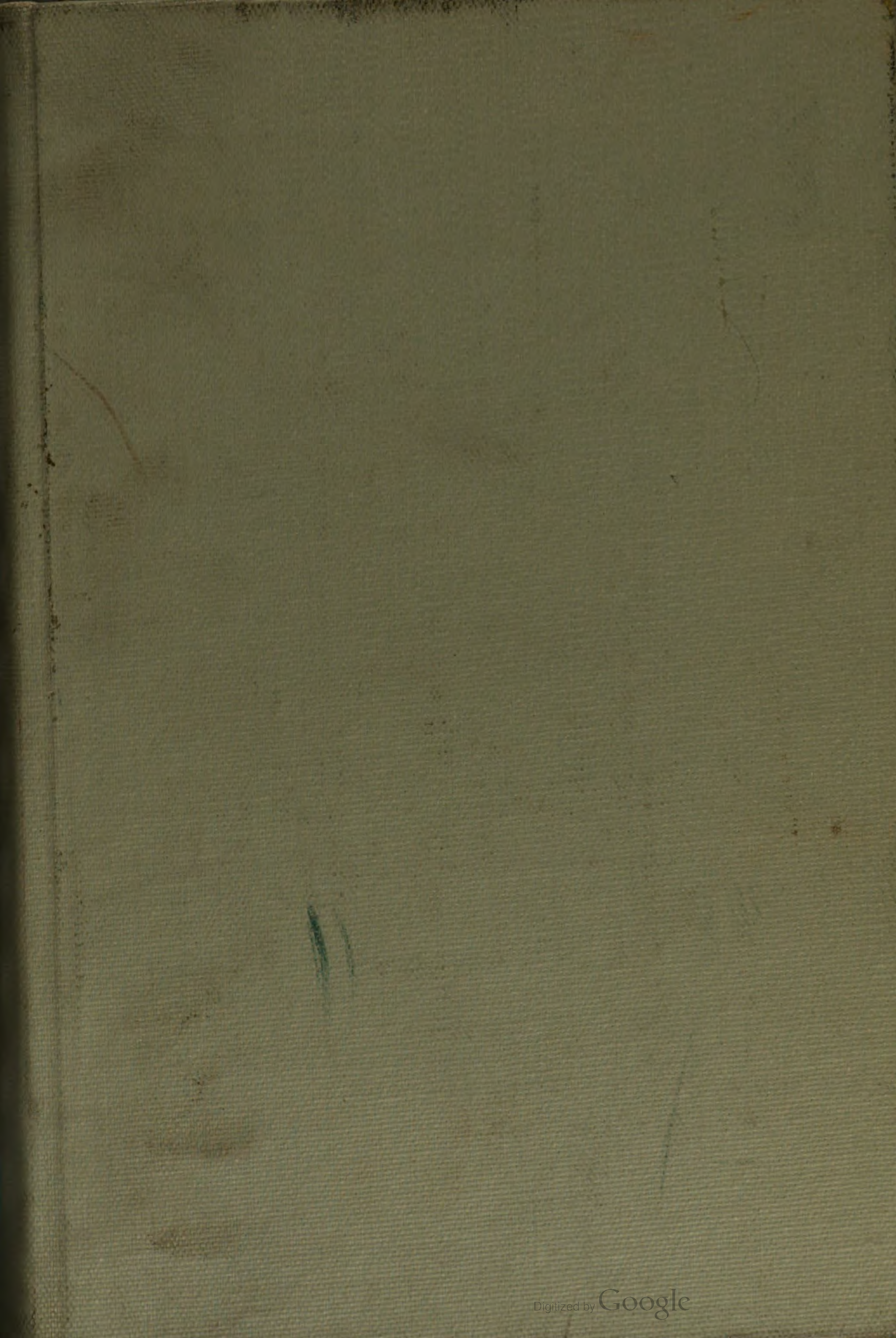





THE UNIVERSITY OF



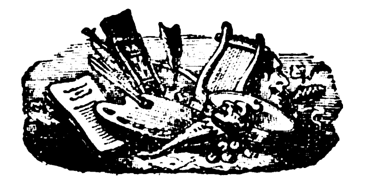
EL

LICEO

MEXICANO.

Dunque ora é'l tempo da ritrarre il collo
Dal giogo antico, e da squarciare il velo
Ch'é stato avvolto intorno agli occhi nostri.
(Petrarca, Rime, part. 1 canz. 5.)

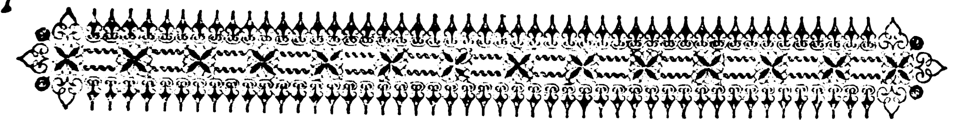
TOMO 1.



MEXICO.

Imprenta de J. M. Lara, calle de la Palma número 4.

1844.



INTRODUCCION.

LA utilidad de publicaciones como la presente, está en el dia universalmente reconocida. Basta recorrer la voluminosa lista de producciones de esta clase que se dan à luz en Europa, para convencerse de la aceptacion que han merecido. Mil asociaciones filantròpicas se han propuesto poner à la multitud que lee sus periódicos, al cabo de los descubrimientos útiles, de los progresos de las ciencias, y de los pasos que se dan en la senda que debe conducir à la perfeccion del saber del hombre.

Gran nùmero de personas hay que no habiendo podido dedicarse en sus primeros años al cultivo de su entendimiento, adquiriràn al recorrer las pàginas de una obra como esta un fondo de instruccion variada y de grande utilidad, sin tener que sufrir el fastidio y trabajos consiguientes à un estudio sério y prolongado.

Nuestros artìculos cientìficos iràn redactados en estilo familiar, puesto que nuestra mision es hacer lo posible para que todos nos comprendan. Nos esmeraremos en evitar el uso de palabras técnicas, y cuando sea indispensable servirnos de ellas, siempre lo haremos con su correspondiente esplicacion.

Publicaremos biografias de hombres célebres, sobre todo mexicanos, y al hablar de los escritores, no dejaremos de hacer un anàlisis de sus obras. Por lo demas, si nuestra empresa recibe una acogida favorable de nuestros paisanos, podemos prometerles en lo de adelante una *série de trabajos sobre la Historia de Mèxico.* Basta nombrar este ramo interesante para llamar sobre él fuertemente la atencion.

Nuestra seccion de literatura comprenderà poesias inéditas de escritores mexicanos; artìculos en prosa igualmente originales, y en general podemos asegurar que dare-

mos muy pocas traducciones. En caso de que encontremos en intaliano, frances, ingles ò aleman una pieza de mucho mérito, estractaremos de ella lo mas interesante para que EL LICEO lo trasmita à nuestros lectores.

Tal es nuestro objeto. El público juzgarà de la mayor ò menor felicidad con que desempeñaremos el cargo que nos hemos impuesto. Entretanto, reposamos en su indulgencia: ella disimularà las faltas en que incurramos, y nos quedarà la grata satisfaccion de haber hecho un esfuerzo por ser útiles à nuestros compatriotas.

México, enero 1.º de 1844.

Los Redactores.

PRONÓSTICOS PARA EL AÑO NUEVO.

I.

La entrada del año nuevo, que aunque causa novedad nada tiene de nuevo ciertamente, será bien pronto el asunto universal de la conversacion.

II.

Irán las gentes, como tienen por costumbre, á felicitarse con la boca y maldecirse con el corazon.

III.

Muchos y valiosos regalos han de hacerse, mas las cuentas de su importe, es seguro que no se pagarán.

IV.

Se pronunciarán luengos discursos, se hablará mucho, y nada absolutamente se dirá.

V.

Emplearán las jóvenes una mitad del dia en vestirse, para andar casi desnudas la otra mitad.

VI.

El año será tempestuoso para todas las casadas con hombres débiles é irresolutos.

VII.

El planeta que dominará este año, llámase Oro.

VIII.

El dia mas largo para un autor novel, será aquel en que se estrene en el teatro su primera produccion.

IX.

En el tocador de las damas reinará una eterna primavera.

X.

Los correvediles podrán levantar abundantes cosechas, y el viento será muy favorable para los soplones.

XI.

Reinará un aire seco en la conversacion, que será ademas bochornoso para todo el que tenga vergüenza y pundonor.

XII.

Acaecerá una espantosa inundacion de versos, pero en las regiones de la poesía se notará una seca lastimosa.

XIII.

Los sastres de *fama* y los tijeras de *reputaciones*, harán su agosto.

XIV.

Las casas de empeño serán de toda preferencia concurridas; y en las representaciones trágicas reinará una estrepitosa alegría.

XV.

Las gentes amarán vivamente á los muertos y odiarán mortalmente á los vivos.

XVI.

Irán hombres y mugeres á las concurrencias para estar solos en ellas.

XVII.

Se prometerán los hombres una lealtad eterna, y desde ese momento no se fiarán ya ni un saco de alacranes.

XVIII.

Los repletos estarán á cada paso comiendo y los que han hambre no probarán bocado.

XIX.

Habrá personas de ambos sexos que de enero á diciembre estén enamoradas; y no se habrán amado un solo minuto.

XX.

A los holgazanes les caerá mucho que hacer, y los negociantes no tendrán negocios.

XXI.

Las mugeres casadas y los libros prohibidos serán los mas buscados, al paso que las obras de lícita lectura y las solteras no hallarán quien siquiera pase la vista por sus carátulas.

XXII.

En la república literaria se cometerán no pocos latrocinios; pero en el tribunal de los críticos solamente serán llamados á juicio y condenados los rateruelos, no atreviéndose nadie á llamar por su nombre á los ladrones famosos.

XXIII.

En una docena de lenguas diferentes se repetirán los hombres, „vuestro rendido y afectísimo *servidor*," y ni un solo servicio se prestarán.



XXIV.

En los teatros se *acortarán* las luces, y á los concurrentes se les *alargarán* las noches en proporcion.

XXV.

Finalmente, los que leyeren estos vaticinios tendrán buen cuidado de ver quien los suscribe, para ya no chasquearse en adelante; pero yo previendo esto, y por librarme de toda responsabilidad, solamente pondré el nombre del escritor aleman de donde se han tomado, que es—M. G. SAPHIR.

LA ESPERANZA DEL AÑO NUEVO.

SONETO.

Juntos iban dos hombres cierto dia,
Que del año pasado el último era,
Uno con cara alegre y placentera,
Otro con cara tétrica y sombría.
Ricamente vestido aquel se vía
Con ancho fraque de honda faltriquera;
Y con rota levita, de manera
Marchaba éste que á lástima movía.
—Pasó el año, dijo uno: en el entrante,
Mi logro irá en creciente desde enero.
A lo que el otro viéndose al instante
Y suspirando, contestó ligero:
—Solo mi hambre jamás irá en menguante....
Uno era un *Empleado*, otro un *Logrero*.

MI SOBRINO.

D. ANASTASIO DE OCHOA Y ACUÑA.

En la verdad, de estas dos locuras, que á mí tales me parecen, mejor le salió la suya á Demócrito, que como hombre que no tomaba pesar de nada, vivió ciento y nueve años.—*Pedro Mejía.*—Silva de varia leccion.

Cuando nos propusimos resucitar la memoria de todos nuestros hombres ilustres, así en ciencias, como en artes, en armas, como en política, nuestro objeto fué no perdonar ningun medio para inquirir datos seguros de la vida de cada uno de ellos: mengua seria pues ahora para nosotros, el no apresurarnos á inscribir en nuestra galería, el nombre que va al frente de este artículo, ya que hemos podido recoger los datos suficientes para trazar aunque en bosquejo su vida. El nombre de D. Anastasio de Ochoa y Acuña, á quien yo llamaria el Quevedo, ó el Iglesias mexicano, si gustara de comparaciones que nada dicen, cuando los hombres no hacen mas que seguir las inspiraciones de su ingenio, es demasiado popular entre nosotros, para tener que afanarme en darlo á conocer al público: ¿quién no se ha saboreado mil y mil veces con las letrillas, los epigramas y los sonetos burlescos del autor de las Poesías de un mexicano, nombre modesto con que apareció la edicion que en Nueva-York se hizo en mil ochocientos veintiocho? Muy pocos en mi concepto serán los que hayan dejado de divertir esos ratos de tristeza y de melancolía, á que todos estamos sujetos con sus ocurrencias felices, sus pinturas risueñas y su crítica fiel y burlona de la sociedad.

Este nombre que á pesar de ser tan popular entre nosotros no ha sido consignado aun en nuestros nacientes anales literarios, es el único nombre, y el primero al mismo tiempo, que podemos legar á la posteridad del poeta que despues de haber contemplado y escudriñado á fondo las preocupaciones y debilidades humanas, se cubre con la máscara de la sátira, y exhortando con Quevedo á sus oyentes á que le ayuden, con *su malicia* y *su risa*, se dispone él mismo á reir de ellas, con aquella gracia, con aquella sal cómica, si así puede llamarse, que hizo decir á Horacio.

........Ridentem dicere verum.
Quid vetat?

Quizá no faltará quien se atreva á disputarle su primacía de antigüedad en este género, hasta aquí casi olvidado entre nosotros, no queriendo concedérsela sino á nuestra ingeniosa y erudita compatriota Sor Juana Ines de la Cruz; mas en esto tendria tan poca razon, como el que quisiera concederle á Racine el título de poeta cómico tan solo porque entre sus tragedias nos dejó sus *Plaideurs*, como muestra de su ingenio cómico. Es cierto que Sor Juana ejercitó su asombroso ingenio universal en composiciones satíricas y burlescas; mas compárense estas con las de Ochoa, y se verá que ni en número, ni en calidad las exceden: bien que este anduvo tambien demasiado parco en las composiciones del género, único á que indudablemente fué llamado por la poesía.

Hacer reir, es propio de grandes ingenios, dijo Cervantes; y quizá á su imitacion dijo tambien no sé quien en el Prólogo al Quijote, que hacer reir era mas difícil que hacer llorar: yo ciertamente no me atreveré á hacer una asercion tan avanzada, pues tan difícil me parece que le serán ambas cosas á todo el que carezca del ingenio que ellas requieren, como fácil á Cervantes arrancar la risa, y á Shakespeare y Calderon, aterrorizar y conmover. Mas lo que sí me parece de todo punto cierto, y por consiguiente digno de asegurarse, y en esto opino con el autor de quien he sacado mi epígrafe, es, que mas ventajas reales y positivas le resultan al que se propone reir de los caprichos y debilidades humanas, que al que toma á su cargo el echarse una cadena al cuello, y cargar sus hombros con un pesado yugo para ir lamentando de calle en calle las inconsecuencias de sus semejantes. Sabida de todos es la vida de los dos filosofós griegos, Heráclito y Demócrito, de quienes es fama que el espectáculo del mundo social hacia llorar á uno y reir á otro; ¿cuál fué, pues, el fin de estos hombres, que con coloridos tan opuestos consideraban el espectáculo de las miserias de la vida humana? Heráclito, si hemos de creer á Diógenes Laercio, murió entre el estiércol que le recetaron contra la hinchazon é hidropesía, que le provino de tanto comer las yerbas y beber el agua pura de los lugares á donde le habia arrastrado su misantropía, miéntras que Demócrito, siempre alegre, y riendo de buena gana de todo, vivió ciento y nueve años entre los mismos hombres, de quienes constantemente se burlaba. Ahora bien, esta *manía ó locura* de reir, como la llama el erudito Pedro Mejía, me parece que puede tener mas influencia, si no en el arreglo total de las costumbres, al ménos en la moderacion del vicio, que la de llorar, pues el hombre fácilmente se fastidia, y aun se burla del que le reprehende en tono lloron y sentimental, y casi nunca queda insensible, cuando la sátira y el ridículo, estas armas que á veces nada prueban, pero que tanto pueden siempre, se encargan de patentizarles sus vicios; y el que toma en sus manos uno de esos libros escritos con tal estilo, siempre rie de buena gana de las estravagancias que en ellos se pintan; pero sin dejar de conocer que él mismo ha incurrido en ellos; y si no se confiesa en voz alta culpado, sí advierte que le viene el saco, y que tiene necesidad de moderarse al ménos para no ruborizarse, y creerse á cada paso señalado por los demas.

Yo no quiero decir, por otra parte, que este sea siempre el resultado necesario de tales escritos; mas sí, que en la suposicion de que la literatura ejerza una influencia directa en las costumbres, considero á los escritos de la citada naturaleza, como mas capaces de ejercerla que otros; y varios ejemplos pudiera yo citar de autores que cuando se han propuesto arrancar de raiz abusos y preocupaciones, en tal ó cual materia, han recurrido á ese estilo satírico y burlesco, sin el cual quizá no hubieran conseguido el buen éxito, que con el tiempo han alcanzado. Mi objeto tampoco ha sido decir que el mérito sea mayor en unos que en otros, pues cada uno á su vez es digno de mayor ó menor predileccion, segun el estado del espíritu; y tan dignos de nuestra admiracion son los que logran conmovernos, cuando este fué su fin, como los que excitan nuestra risa, aumentándonos las fuentes del contento y la alegría. Acreedor, pues, á esta admiracion de nuestra parte me parece D. Anastasio Ochoa y Acuña, de cuyo ingenio festivo, puede asegurarse, que mas de cuatro negros y misantrópicos humores ha de haber contribuido á disipar.

Nació este en el pueblo de Huichapan, perteneciente al departamento de México, el domingo 27 de abril de 1783 y fué bautizado el 30 del mismo mes, segun consta en la partida de bautismo que tengo á la vista; fueron sus padres D. Ignacio Alejandro de Ochoa, y D.ª Ursula Sotero de Acuña, ambos españoles de nacimiento, y vecinos del citado pueblo. Recibió allí mismo, á lo que he podido averiguar, su educacion primaria y pasó su niñez al lado de su padre, quien debió de darle las primeras nociones de gramática castellana, é inspirarle suma aficion al estudio de los poetas clásicos castellanos, sin que nada mas pueda decirse sobre los primeros años de su vida, por no existir documento ninguno.

A fines del pasado siglo comenzó á estudiar gramática latina en un estudio público de ella que en Mèxico tenia el Dr. D. Juan Picazo, en cuyo curso obtuvo el primer lugar, dando una prueba de su grande inteligencia de todos los autores clásicos latinos en el exámen á que se sujetó, ora vertiéndolos allí mismo al castellano, ora presentando escritas algunas traducciones en prosa y verso de Salustio y de Tácito, de Virgilio, Horacio, Ovidio, Juvenal y Marcial. Concluido este estudio pasó luego á San Ildefonso á estudiar la filosofía; y siendo en esta época sus recursos muy pocos para poder subsistir, se vió obligado á solicitar una beca de merced, la cual le fué

dada en el acto por unánime consentimiento de todos los catedráticos, quienes estaban convencidos de sus claros talentos. En este estudio se distinguió igualmente, obtuvo dos actos públicos y el primer lugar del curso entre sus condiscípulos. Al estudio de la filosofía, siguiósc el de los cánones en la entonces Real y Pontificia Universidad, en cuyo tiempo desempeñaba á la vez el destino de *Maestro de niños, ó de aposentos* en el citado estudio del Dr. Picazo; y esto era ya por los años de 1803, ó 1804. Sucedió entonces tambien, que el dicho Dr. Picazo fué nombrado Rector del colegio de San Juan de Letran, lo cual le obligó á cerrar su estudio público, y á despedir por consiguiente á Ochoa, quien se vió entonces obligado para subvenir á su subsistencia, como él mismo dice: "á servir con la pluma en el juzgado de capellanías del arzobispado, y en otros destinos semejantes, sin abandonar por eso el estudio y aplicacion á la literatura, como lo prueba el haber adquirido en ese tiempo sin auxilio de maestros, y solo en virtud de una constante aplicacion, la inteligencia de los idiomas frances, italiano, portugues y gran parte del ingles, sin olvidarme entre tanto del estudio de la mas pura latinidad y gramática de nuestro castellano."

Tiempo es de que hablemos ya de sus trabajos poéticos: habia leido y estudiado á Horacio, Persio, Juvenal y Marcial entre los latinos; conocia á fondo á todos los poetas castellanos, especialmente á Quevedo, Góngora, Baltazar de Alcazar, é Iglesias; habia leido detenidamente á los poetas italianos, franceses y parte de los ingleses, y habia adquirido ya bastante esperiencia en el mundo á fuerza de adversidades, y del estudio que en medio de ellas habia hecho de las costumbres de la sociedad; él mismo, en fin, se dijo, como Corregio: *anche io son pittore;* pulsó su lira, y en el Diario de México del dia 17 de mayo de 1806 apareció su primera letrilla satírica, la única quizá de este género que remitió á dicho periódico, que no insertó en la edicion que hizo de sus poesías y que comienza del modo siguiente:

¿Con una tinta que venden
Esquisita en el portal,
Dizque se curan su mal
Los que de cisnes se ofenden
Con presuncion estremada?
No sé nada. etc.

Y si no se encuentra en esta letrilla la gracia y la crítica finísima de las posteriores, no deja de ser por eso una buena prueba de lo que despues en este género hizo su autor. Siguió luego publicando una que otra composicion en el mismo periódico firmadas unas con las iniciales de su nombre, otras con el pseudónimo de *El Tuerto*, y otras en fin con el nombre de *Anastasio de Achoso*.

En el Diario de 23 de noviembre de 1807, dió á luz uno de sus mejores sonetos, que despues con algunas correcciones insertó en la coleccion de sus poesias, y es el siguiente:

LA VISITA DEL CURRUTACO.

Leyendo estaba yo cierta mañana
Y á casa entró cantando un caballero,
Prosiguió sin quitarse el gran sombrero,
E hízome con los piés la caravana.
¡Contradanza! gritó con voz insana:
Taran, taran diciendo, y muy ligero
La bailó, luego un vals, luego el bolero
Dando fin á sus brincos la jarana.
Veme el libro y esclama: ¡que empanada!
¡Perder el tiempo con Horacio Flaco!
Su Eneida, *cher ami*, no vale nada.
¡Que hermosa caja tengo de tabaco!
Dijo, y salióse al son de otra tonada.
Tal la visita fué del currutaco.

En el que se publicó en el Diario, dice el segundo verso del segundo cuarteto.

Y talar*ea*ndo la bailó ligero

mas en la época en que hizo la revision de sus poesías para corregirlas, época en que eran conocidas ya en México las reglas de la prosodia castellana, que ántes, como ya en otra parte he dicho, se ignoraban totalmente, lo varió del modo que ahora se ve, para evitar sin duda el que resultara una sola sílaba del *ea* de talar*ea*ndo.

Por los años de 1810 ó 1811, fué admitido Ochoa en la *Arcadia Mexicana;* y desde entónces siguió escribiendo en el dicho Diario algunas anacreónticas y odas amorosas, y algunas traducciones tambien del latin de Horacio y de Ovidio, del frances de Bertin y de Boileau, y del italiano de Petrarca, bajo el nombre del Pastor Antimio. En este mismo año de 1811, se representó en el teatro Principal de México, una tragedia titulada *Don Alfonso*, puesta en verso por D. Anastasio María de Ocha, tragedia cuyo manuscrito original he leido últimamente, y que me parece que á tal cual interés dramático reune una versificacion y un estilo dulces elegantes.

Por el año de 1813, acogió con calor la idea de recibir las órdenes sagradas, lo cual le obligó á entrar al Seminario conciliar de esta capital, en donde obtenida una beca de merced, se dedicó al estudio de la teología moral, hasta que al fin se ordenó de presbítero en el mes de diciembre de 1816, siendo ya de 34 años de edad; y á principios de 1817 fué á encargarse, por fallecimiento de su padre, del curato de la Divina Pastora de Querétaro, en cuyo encargo permaneció mas de un mes. El 10 de agosto del mismo año, fué nombrado para desempeñar el cargo de cura interino del Pueblito de Querétaro, de donde al año y cuatro meses pasó á desempeñar el mismo cargo á la parroquia del Espíritu Santo de la misma ciudad, cuyo curato le fué dado al fin en propiedad en 1820. Permaneció en él hasta 1827, entregado completamente como lo habia estado en los demas, al puntual desempeño de las funciones de su ministerio, procurando la instruccion por todos los medios posibles, especialmente á los indios, aliviando sus necesidades y sus miserias, y procurándoles en fin, todos los consuelos, así espirituales como temporales que el espíritu de su mision y su propia caridad le inspiraban; y sin dejar por esto de entregarse en los ratos que le quedaban libres para descansar, á los alegres y festivos placeres de su ingénio, con lo cual iba insensiblemente aumentando su coleccion. En fin, en abril de 1827, abandonó á Querétaro, cuyo clima perjudicaba sobre manera su salud, y pasó á México, en donde renunció el curato del Espíritu Santo, alegando motivos justos de enfermedad, y en donde se dedicó desde entónces esclusivamente al cultivo de las bellas letras.

Algunos años despues de la independencia, apareció en México la Prosódia castellana de D. José Sicilia, cuyos ejemplares, que poco á poco fueron pasando de las librerías á las bibliotecas de los curiosos, causaron una revolucion tal en nuestra poesía, que los que entre nosotros habian pulsado la lira, avergonzados de haber incurrido por tanto tiempo en defectos tan leves, se apresuraron á beber aquellas lecciones, á corregir faltas tan de poca monta en sus composiciones pasadas, á precaverse de volver á incurrir en ellas en lo sucesivo, y á tributar elogios al que habia derramado una luz tan viva sobre un punto que tanto hace ganar á la versificacion en suavidad y dulzura, de cuyos elogios, aun nos queda una hermosa oda del Sr. D. Francisco Ortega. D. Anastasio Ochoa fué pues, si no el primero, uno de los primeros que tuvieron en sus manos á Sicilia y que se penetraron de sus ideas, fué su sostenedor mas acalorado, y aun tengo noticias de cierta polémica literaria que sostuvo en defensa de las doctrinas prosódicas del mismo Sicilia; y con estas nuevas luces, á su vuelta de Querétaro, se dedicó á escoger entre sus composiciones, las mas dignas de ser publicadas, las revisó, las corrigió, de manera que hoy pueden citarse como modelo de buena locucion y de excelente versificacion; formó una coleccion de ellas, y mandó hacer su edicion en dos tomos á Nueva-York, edicion hecha en 1828, y que á poco apareció en México. Esta coleccion dividida en dos tomos con el título de *Poesías de un Mexicano*, que anda en manos de toda clase de personas, y que tanto ha contribuido á popularizar el nombre de su autor, contiene en el primero sus anacreónticas, sus odas amorosas y patrióticas, sus sonetos del mismo género, sus traducciones de Horacio, de Ovidio, de Bertin, de Petrarca, etc., todo sobre asuntos sérios, y aun algunas veces filosóficos y morales, en todos los que el mérito de Ochoa es medianísimo, y en los que si se tratara de darle fama, equivaldria á querer inmortalizar por su *Polifemo* á Góngora, bien que en este último punto, Ochoa es cien veces mas ilustre que el corruptor de la poesía castellana. En donde debe buscarse el mérito, el ingénio sin par hasta ahora entre nosotros de D. Anastasio de Ochoa, es, en su segundo tomo que consagró esclusivamente á sus poesías satíricas y jocosas, género esclusivamente suyo, en el que arrancaria la risa del mismo Timon, y al que no se dedicó esclusivamente por aquella tendencia inherente al hombre, de creer, que á medida que mas ramos se abrazan, mas se sobresale. Al abrir el libro, al ponerse á leer sus letrillas, sus epigramas, sus sonetos, todo se olvida para no pensar mas que en aquello que se propone satirizar; la risa viene por sí sola, y no se piensa ya en mas que en hacer las alusiones picarescas que naturalmente se ocurren, interrumpiendo á cada paso la lectura con estrepitosas carcajadas que son la mayor alabanza del que las promueve. Lo fácil de la versificacion, lo salado de las ideas, lo fino y burlesco de la crítica, todo, todo nos saca de nosotros mismos y nos hace esclamar involuntariamente que tenemos un poeta popular, un poeta que describiendo nuestros usos y costumbres, y valiéndose de nuestras espresiones y adágios mas triviales, ha sabido agradar á todas las clases de la sociedad. A la vista tengo sus poesías, y es tal el mérito que encuentro en todas ellas, que

á la casualidad dejo la eleccion de las que voy á citar en prueba de lo que he dicho. ¿En qué aventajan, por ejemplo, las celebradas letrillas de Góngora y de Quevedo, á las siguientes de nuestro poeta?

VI.

Cuando á la correa
Juegas con los linces,
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

Segun los que rabian
Porque somos libres,
Y que amarnos mucho
En público fingen,
Aunque allá á sus solas
El diente rechinen;
Muy mal va la patria
Afloje ó estire:
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

Si despachan pronto
Las cámaras, dicen:
,,Todo se atropella;
Esa ley no sirve."
Si espacio discuten:
,,Esto es insufrible!
Jamas de este asunto
Veremos los fines."
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

Si activo el gobierno
Averigua el crimen:
,,Adios libertades!
¿Quién seguro vive?"
Si no lo averigua:
,,Somos infelices,
Pues los criminales
Ya no se pérsiguen."
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

Si el juez cuando puede
Acelera un litis:
,,Las fórmulas huella;
¡Déspota terrible!"
Y si lo retarda
Por árduo y dificil,
,,¡Cielos, que apatía!
¿Cómo ha de sufrirse?"
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

Si algo del gobierno
Llega á traslucirse:
,,¡Malo! Sin secreto
Nada se consigue."
Sí no se trasluce,
Se mofan, se rien:
,,Todos son misterios
Y velos horribles."
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

Si entre dos materias
La cámara elige:
,,¡Oh! de lo importante
Se olvida y prescinde."
,,Si la otra prefiere:
¡Es cosa bien triste
Que asuntos superfluos
Tan solo se agiten!"
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

Si las alcabalas
Corrientes se exigen:
,,¡Infeliz comercio!
Cayó pues lo oprimen."
Y si se moderan:
,,La patria que gime
Sin rentas, ni erario
Fuerza es que peligre."
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

Tales son las mañas
De *Campa te dije*,
Desacreditarnos
Y no desistirse;
De lo que proviene,
Segun sus melindres,
Que aunque mas la patria
Se esfuerce y camine,
Si la ensartas pierdes,
Y si no, perdiste.

VIII.

Por si teneis miedo
Muchachas, de oirlo,
Yo no he de decirlo,
Dígalo Quevedo.

Si debo de Lice,
De Lice la bella,
Creer que es doncella
Porque ella lo dice,
Bien que lo desdice
Su inhonesto trage,
Su libre lenguage
Y continuo enredo,
Dígalo Quevedo.

Si la niña alienta
Con sus atractivos
Blandos y lascivos
Al que amor la cuenta:

Si en esta tormenta
Se está creyendo ella,
Que porque es doncella
Se ha de estar él quedo,
Dígalo Quevedo.

Si se hace Marica
Bonita aunque es fea
Sin pensar que emplea
Espejo y botica;
Que si á esto se aplica
Suela resistir
Del terco al pedir,
Del dar al denuedo,
Dígalo Quevedo.

Cuando divertirse
Quiere algun maceta,
Si con la coqueta
Ha de introducirse,
O ha de dirigirse
A la honesta esquiva,
Que al necio reciba
Con semblante acedo,
Dígalo Quevedo. etc.

XII.

La mi Talía,
Toda alegría,
La voz levanta,
Y pica y canta,
Asaz burlona:
¡Mira qué mona!

El currutaco,
Que el aire y taco
De pierna y talle
Luce en la calle,
Muy del gran tono:
¡Mira qué mono!

La jovencita,
Que de bonita
Presume tanto,
Y un tierno canto
Lasciva entona:
¡Mira qué mona!

El falderillo
Qué en el carrillo
Besa de su ama,
Y está en su cama
Cual en un trono:
¡Mira qué mono!

La currutaca
Que los piés saca
Y en el paseo
Dobla el meneo
De su persona:
¡Mira qué mona!

Aquel arillo
Que de zarcillo
Lleva en la oreja
Y jamas deja
Don Homobono:
¡Mira qué mono!

La trasparencia
Que lleva Mència
La coquetilla
En la mantilla
De forlipona:
¡Mira qué mona!

El dulce hechizo
De tanto rizo,
Que don Marcelo
Lleva en el pelo
Con grande entono:
¡Mira qué mono!

La complacencia
De su presencia,
Con que en sí misma
Toda se abisma
Doña Simona:
¡Mira qué mona!

Aquel don guapo
Todo hecho un zapo.
Que armando riñas
Ante las niñas
Jacta su encono:
¡Mira qué mono!

Y esta letrilla
Tan picarilla,
Tan disonante,
Que á cada instante
Se desentona,
¡Mira qué mona!

XIV.

Así mi musa suele
En ocasiones,
Jugar, por divertirse
Pares y nones.

A la doncella de trece
Que ya de novelas gusta,
Y el padre Parra la asusta,
Si la madre se lo ofrece;
Y que si el chulo aparece
Cortando allí la lectura
A cantarle se apresura
Apasionados cantares,
Dígole pares.

Al jóven ocioso y tuno
Que mimado se educó,
Y luego á estudiar lo envió

Su padre en tiempo oportuno:
Que al preceptor importuno
Llama, y sin saber hablar
Quiere en ciencia aprovechar
Sin aprender las lecciones:
Dígole nones. etc.

En cada uno de sus epigramas, hallamos un pensamiento profundamente satírico, delicado y fino, como los mejores de Marcial, ó de Iglesias: citaré, como mas notables, los siguientes:

XI.

Del padre de una niña.

Juana á los toros llevó
A su hija y miéntras llegaban
Al circo, esta si mataban
A los toros, preguntó;
Y cuando oyó que la madre
"Sí los matan" le decia,
Esclamó ella ¡ay madre mia!
¡Sí matarán á mi padre!

XVI.

De un marido.

¡Qué opípara está la mesa!
Gracias á aquel comerciante:
¡Qué liberal! me embelesa:
¡Este vino está arrogante!
¡Qué parco! y que diferente
Fuera todo Mariquita,
Sí tú no fueras bonita,
Y yo no fuera prudente.

XIX.

De una dama.

A un page nada dormido
Dijo, dándole un papel,
Cierta dama: ve con él,
Y entrégalo á mi querido.
No era la primera vez
Que iba el page, pues tomó
El papel, y preguntó:
Señora, ¿á cuál de los diez?

XXX.

Pregunté á cierto censor,
Hombre de muy buena pasta,
¿Por qué en sus escritos gasta
Tanta paja cierto autor?
"Es porque cuando trabaja
(Me dijo) para la prensa,
Ante todas cosas piensa,
Y hace sus piensos con paja."

XL.

De un casado.

Gil no sé de que manera
Vió á su muger, y esclamó:
Si fuera naranjo yo,
¡Qué hermosas naranjas diera!

Sus sonetos creo yo que pueden colocarse entre los mejores que de este género posee la poesía castellana, y que son comparables con los del fecundo Lope de Vega; y como prueba de esto puede ponerse el ya citado de la *visita del currutaco* y el siguiente:

LA RESPUESTA CONCISA.

¡Hola!-¿Quién es?-Yo soy.-¿Qué manda usté?
¿D. Basilio está en casa?—Señor, yo,
Esta mañana que se levantó
Le llevé chocolate á su mercé......
—Bueno. ¿Mas está en casa ó ya se fué?....
—Como iba yo diciendo, lo tomó,
Y luego.... Mas, señora, ¿está ahí, ó no?....
—No, no era chocolate, era café....
—¡Válgate Dios, señora! bien está
Que fuera lo que fuese, mas aquí
No se trata....—Señor voy para allá....
Vaya, señora, diga vd.—¡Ah! si:
Pues, señor, D. Basilio salió ya....
—¡Qué lacónico hablar! Ya lo entendí.

En cuanto á sus traducciones, no hay mas que pasar la vista por el *Facistol* de Boileau que tradujo en romance endecasílabo, con la traduccion en una mano, y el original en la otra, para convencerse de que si no era un Jáuregui, estaba muy distante de pertenecer á aquella especie de traductores de quienes dice Larra, que les basta un diccionario y su audacia, para verter á nuestro idioma cualquier escritor estrangero. Mas dejando ya las citas que serian interminables, segun es el placer que la lectura de estos versos me causa, prosigamos con la vida de su autor; y antes de proseguir advertiré aquí, que en vano he buscado el elogio que de las *Poesías de un mexicano*, publicó el Sr. D. Andres Quintana Roo, para ponerlo á continuacion, como trozo que hará siempre honor á la memoria de D. Anastasio Ochoa.

Desde 1828 hasta 1833, año en que murió, se ocupó esclusivamente en trabajos literarios: tuvo parte en la traduccion de la Biblia de Vence, que publicó el Sr. Galvan: tradujo las *Heroidas* de Ovidio, y las publicó él mismo en México: comenzó á escribir unas cartas en prosa, tituladas: *Cartas de Odalmira y Elisandro*, manuscrito del que se conservan algunos trozos de bastante mérito: escribió tambien, segun me han asegurado, una novela de costumbres mexicanas, de la que ni el título ha llegado á mis noticias, y emprendió un trabajo demasiado ímprobo en mi concepto, como fué el de

poner en octavas castellanas el *Telémaco* de Fenelon, habiendo logrado llegar hasta el último libro, cinco de las cuales he leido no mas, pues los dos primeros se perdieron. Tradujo tambien en ese tiempo, del frances, el *Bayaceto* de Racine; del italiano, la *Virginia* de Alfieri; del latin, la *Penélope* del Padre Andres Friz; arregló la *Eugenia* de Beaumarchais al teatro de México, y escribió en prosa una comedia original, titulada: el *Amor por Apoderado*, todas las cuales las he visto y leido en un tomo de manuscritos originales suyos que posee mi amigo D. Antonio Rodriguez Galvan, y que tuvo la bondad de prestarme. Las traducciones son de bastante mérito, y la comedia original, que nunca se ha representado en nuestro teatro, tiene algunas escenas bellísimas que valen por toda ella; y he sabido tambien que escribió otra comedia original con el título de la *Huérfana* de Tlalnepantla, pero como no la he visto, nada diré de ella. Por este tiempo parece que se le invitó para que escribiese comedias originales para el teatro, á lo cual parece que él habia accedido, segun es fácil inferir del siguiente documento trunco que tengo en mi poder: „Tiempo es ya de que en nuestro teatro, dice, se vean representadas algunas costumbres nacionales. El escritor que presente piezas dramáticas con esta circunstancia, si logra agradar con ellas, merece alguna recompensa, y en su derecho á ella no lo juzgo inferior á un segundo galan. Verificándose esto, se consigue al mismo tiempo protejer en algun modo las buenas letras, y principiar un repertorio de comedias mexicanas."

„El ciudadano mexicano Anastasio Ochoa, ofrece presentar una comedia cada mes, én várias de las cuales habrá costumbres nacionales, y será la escena en nuestro pais, con la condicion, para no gravar á la empresa, de que la pieza que no agrade al público no se le premie, y por consiguiente no se le abone el honorario correspondiente á aquel mes."

„Con estas condiciones, y otras de poca importancia que espresará. . . . .
. . . .
. . . . ." Por esto se vé, que si la muerte no hubiera venido á sorprenderle, quizá hubiera sido tambien el fundador de nuestro teatro nacional. Ultimamente, cuando vino á México la primera compañía de ópera italiana, se ocupó en traducir en verso los programas que se repartian al público.

En agosto de 1833, todos los ánimos estaban azorados en México, todos temian el ser atacados de un momento á otro por esa epidémia terrible que dejó huérfanas á tantas familias, por el *cólera-morbo*, que habia infundido ya el espanto en todos los corazones; mas Ochoa resignado á sufrir la suerte que le tocara, y sin abandonar, ni su serenidad, ni su humor habitual, hizo su testamento desde principios de agosto, con toda la sangre fria de un filósofo que no vé en la muerte, sino la terminacion precisa y mas ó menos prematura de ese movimiento que se llama vida, impreso á nuestra materia por un ser inmaterial. Con esta preparacion preliminar, vió pasar rápidamente á agosto, vió llegar á setiembre, y el dia 3 de este mes fué atacado del *cólera* con una violencia tal, que á las veinticuatro horas, á las siete de la mañana del 4 habia espirado ya en el seno de su familia, á los cincuenta años de su edad, y despues de una niñez, quizá feliz, de una juventud turbulenta, como lo es la de casi todos los hombres, y de una virilidad tranquila pasada en la dorada mediocridad, pues bien habia comprendido aquel precepto de Horacio:

Auream quisquis mediocritatem
Diligit, tutus caret obsoleti
Sordibus tecti; caret invidendâ
Sobrius aulâ.

Mas su memoria no ha muerto, porque siempre será recordada con placer por todos los amantes de las letras, y siempre venerada por todos aquellos cuyos ratos de melancolía haya contribuido á endulzar. Vivió para enseñarnos que hay un ramo de la poesía castellana, ramo bellísimo que debemos cultivar, si queremos llegar á poseer algun dia un repertorio de poesía popular; y su nombre nos queda, para que cuando aquella esté en su mayor grado de esplendor, aparezca rodeado de la aureola de gloria, que, como al primero, se le debe.—*Ramon I. Alcaraz.*

FERRO-CARRILES.

Uno de los adelantamientos mas útiles hechos últimamente en las ciencias, es la aplicacion del vapor al movimiento de las máquinas; pues con este medio se ha conseguido disminuir tanto el gasto, como el tiempo que se empleaba ántes de su descubrimiento en la manufactura de una porcion de objetos de primera necesidad.

Entre sus aplicaciones es muy digna de notarse, la que se ha hecho de él para mover los carros en los ferro-carriles; su utilidad es in-

calculable, pues la distancia que acaso necesitaria mucho tiempo para recorrerse por los caminos ordinarios, puede ser andada por medio de aquellos en pocas horas, proporcionando así un bien inmenso al comercio en general y á los habitantes del pais que los posee. En particular su uso, generalizado hoy en toda Europa y en los Estados-Unidos, prueba su importancia y las ventajas que de ellos se derivan.

Al principio los carriles se formaron de madera, y sobre estos corrian las ruedas de los carruages, tirados entónces por animales; esta era una perfeccion con respecto á los caminos ordinarios, pues disminuyéndose la resistencia, con la misma fuerza se podia conducir un peso mucho mayor: se construian colocando á lo ancho del camino y á distancia de tres ó cuatro piés una de otra, piezas de madera, para las que se elegia la encina por ser la mas dura: estas tenian desde cuatro hasta ocho pulgadas de cuadratura, y se labraban en sus estremos para colocar sobre ellas otras que seguian la direccion misma del camino, y sobre las que descansaban las ruedas de los carruages.

La circunstancia de que la madera estuviese sujeta á romperse al poco tiempo de usarse, hacia que sin embargo de sus ventajas fuese todavía muy imperfecto este medio de comunicacion: se formaron tambien los carriles de piedra labrada; pero tenian siempre las desventajas de los de madera. La esperiencia enseñó, por fin, que el mejor material es el hierro, y de este metal se construyen hoy, aplicando ademas la fuerza del vapor para mover, no un carró, sino un tren compuesto de seis, ocho y aun mas.

Al principio se hicieron los carriles de hierro colado; pero como este metal es tan quebradizo, tenian que reponerse con mucha frecuencia, y solian ademas ocasionar desgracias en los carros que corrian por encima de ellos, en razon de que las ruedas saltaban al tropezar con las roturas, á causa de la mucha velocidad con que caminan, y por esto se sustituyó el hierro forjado, que es el que se usa hoy generalmente.

Las varas formadas de este material tienen de doce á quince piés de longitud, y descansan sobre unos apoyos de piedra colocados á distancia de tres ó cuatro piés uno de otro. La figura de estas varas ó carriles ha sufrido diversas modificaciones. Cuando se comenzaron á usar, tenian una parte saliente en el lado esterior para confinar así al camino á las ruedas que entónces eran planas; pero como con esta figura contenian el polvo y formaban lodo, ocasionando así una parte de los defectos que se habian querido evitar, se formaron planos, y las ruedas fueron las que tuvieron las partes salientes en su lado esterior, lo cual hace que se mantengan siempre sobre los carriles. Estos se hicieron planos en su parte superior, conforme se ha dicho; pero se redondearon sus aristas, para oponer de este modo ménos resistencia á las ruedas de los carros. La union de dichos carriles se efectúa por medio de una parte saliente, dejada en una de ellas, que entra en una hoquedad practicada en el otro, y afirmado con tornillos que los atraviesan, ó cortándolos oblicua é igualmente, ya en línea recta ó curva, y afirmándolos siempre con tornillos.

En algunos paises, por principios de economía, no se forma todo el carril de hierro, sino que se colocan á lo ancho barras de madera, sobre las que descansan otras en la misma direccion que debe seguir el camino, y encima de estas últimas se coloca una plancha de hierro de una pulgada ó poco mas de espesor, sobre la que corren las ruedas.—*RR.*

EL CLAUSTRO.

A MI AMIGO GUILLERMO PRIETO.

En densas sombras la callada noche
Envuelve el solitario Monasterio
Que á los cielos su cúpula levanta;
¡Puerto de salvacion, morada santa
Donde reinan la calma y el misterio!
No se mira al través de sus cristales
Humear el incienso sacrosanto
Que hasta el cielo se eleva silencioso,
Ni del austero Monge se oye el canto
Del órgano al concento sonoroso.
En dilatado cláustro, allá á lo léjos,
Lámpara opaca misteriosa brilla,
Alumbrando con pálidos reflejos
La imágen de la Vírgen sin mancilla.
En frágil vaso, cándida azucena
Ofrece su blancura y su fragancia
A la que enjuga del mortal el lloro,
A la que en nube de violeta y de oro
Lleva al Señor las preces de la infancia.
Por el hermoso cuello de María
Baja en rizos la suelta cabellera,
De amargo duelo la espresion descubre
La escasa luz que su semblante baña,
Reflejando en la lágrima de angustia

Que pendiente quedó de su pestaña.
Ante la imágen santa arrodillado,
Viejo monge se inclina reverente
Y eleva su oracion con fe encendida;
Entre sus canas la prudencia anida,
La calma en las arrugas de su frente.

———

¡Vírgen de bendicion, cuyos altares
Con tierno lloro el desvalido riega!
¡Cándida Vírgen cuya voz sosiega
De la afliccion los turbulentos mares!

Eres astro que luce solitario
De negra noche entre el horror profundo;
La prenda de consuelo que dió al mundo
Jesus, al espirar en el Calvario.

Voló un cabello de tu sien divina,
Y ornó el íris el vasto firmamento;
Una lágrima tuya llevó el viento,
Y fulguró la estrella vespertina.

„Oye Señora, benigna,
La voz de este pobre anciano,
Que con su trémula mano
Inciensa tu santo altar.
Tú que cual ninguno sabes
Lo que es de madre el cariño,
Sé amparo de un tierno niño
Que gime en triste horfandad."

„Abandonolo inhumana
Su madre, pálido, yerto:
¿Qué puede en vasto desierto
Aislada la tierna flor?
Mas tú el árbol sacrosanto
Serás, que al pimpollo tierno,
Preserve del crudo invierno
Y del furioso aquilon."

„Yo le enseñaré, Señora,
Tu nombre dulce, armonioso,
Y él con lábio candoroso
Su madre te llamará.
Y te mirará estasiado
Sonriéndote inocente,
Y ofrecerá reverente,
Lirio y jazmin en tu altar.

„¡Diosa del amor cristiano!
¡Joya la mas peregrina,
De la diadema divina
Que orna del Señor la sien!
Oye el ardiente suspiro
Que fe poderosa inflama,
De este viejo que te ama
Desde su tierna niñez."

„Recibe bajo tus alas,
Paloma blanca y sencilla,
Esa huérfana avecilla
Que busca refugio en tí.
Y con mas tranquilo curso
Que sesgo y diáfano rio,
Llegaré con el pié mio
De la existencia al confin."

Las doce son! . . . . la voz de la campana
A los varones de virtud ejemplo,
Convoca á la oracion; iluminado
Se vé resplandecer el santo templo.
Ya se mira al través de sus cristales
Humear el incienso sacrosanto
Que hasta el cielo se eleva silencioso,
Y del austero Monge se oye el canto
Del órgano al concento sonoroso.

Diciembre 14 de 1845.

JUAN N. NAVARRO.

HIGIENE.

QUE COSA SEA Y SU IMPORTANCIA.

———

Colocados los seres organizados en relacion con todos los cuerpos que los rodean, se ven amenazados continuamente por innumerables agentes que tienden á destruirlos, y como si su organizacion hubiese robado sus elementos á la naturaleza inorgánica, esta trabaja por recobrar lo que era suyo, presentándoles por todas partes y sin interrupcion fuerzas tenaces é irresistibles, que no cesan de obrar sino cuando han arrancado una á una todas las partículas de que estaban compuestos, y las han vuelto á su estado primitivo.

El hombre, aquel cuya organizacion es mas complicada, mas bella, mas perfecta, se aleja mas de la naturaleza bruta, y esta, como envidiosa de su enemigo, parece que despliega todo su poder para despojarlo de sus riquezas.

Sin embargo, el hombre, como todos los seres organizados, se ve dotado de fuerzas capaces de resistir á su disolucion por una parte, y por otra de reponer las pérdidas que sufre en estos no interrumpidos ataques, en los que se ve á veces pasageramente oprimido, y otras desordenado despues de haber agotado sus esfuerzos en contrarestar un acometimiento repentino, hasta que debilitado por el tiempo, se sobrepone á su adversario, y lo destruye enteramente.

He aquí el orígen de las enfermedades que nos afligen, y que, debilitándonos cada vez mas, nos hacen experimentar padecimientos y privaciones de todos géneros, como si no

tuviésemos ya bastantes motivos de penas domésticas y públicas que desgarrasen el corazon.

Mas hay una ciencia amiga, que tiende al hombre desgraciado una mano compasiva, para alejarlo de los precipicios á cuya orilla se encuentra á cada instante, para guiarlo por los escabrosos caminos que se ve precisado á recorrer, en fin para conservarle el inestimable tesoro de la salud; pues bien, de esta ciencia benéfica nos ocupamos en este momento.

No hay ser organizado que no se vea precisado á someterse á sus reglas, so pena de verse conmovido en sus elementos, y todos las siguen como por instinto. La madre cariñosa cuando envuelve á su hijo querido en suaves mantillas de abrigo para resguardarlo de los rigores del invierno, el jóven que gradualmente desafia todas las intemperies de las estaciones para despreciarlas en lo de adelante, el anciano que se espone á los rayos vivificadores del sol para dar vigor á sus frios y entumecidos miembros, el cuadrúpedo que se proporciona frescas guaridas en el estío y calientes en la estacion brumal, el ave que recorre el mundo con la primavera, y finalmente el vegetal que nace en lugares apropiados á su organizacion, ya escondiéndose en los abismos del mar, ya desplegando sus robustas ramas en las cimas de elevadas montañas, no hacen sino seguir las reglas que les ha inspirado la misma naturaleza, no hacen sino colocarse en las circunstancias mas favorables para la conservacion de su salud, objeto final de la higiene.

Mas es necesario fijar la atencion en algunas consideraciones importantes sobre esta ciencia; así pues generalmente se creen seguidos sus preceptos cuando se han evitado las agresiones de los demas cuerpos; error craso y de consecuencias funestas para el que está imbuido en él. ¿Qué, el rico que vé deslizarse los dias del invierno, sin sentirlos, en piezas cerradas con cristales y cortinas, alfombradas, cubierto de pieles y recostado en blandos sofás, este hombre, digo, estará ménos espuesto á ser presa de las enfermedades, que el labrador que ha dado á sus órganos el vigor suficiente para resistir las intemperies? No, el primero, de la misma manera que la flor que ha arrancado del campo, y que adorna sus salones, colocada en doradas vasijas, está sin vigor, marchito, y pronto á ceder al soplo mas leve; miéntras el segundo, semejante á la robusta encina, desafia no solo los rigores del frio, sino los de los vientos y las llúvias, y aun en la ancianidad lleva impresas las señales de la robustez. Nuestras damas, criadas en los salones con todas las comodidades de la vida, huyendo siempre las influencias de la atmósfera, pierden desde luego su frescura, los colores las abandonan, y temiendo presentarse á la claridad del sol, buscan la triste y amarillenta luz artificial, procurando ocultar su marchitez con repugnantes afeites. No así la aldeana fresca y vigorosa que, levantándose con la aurora, sale llena de vida á competir con el resto de la naturaleza en hermosura y lozanía. No hay duda, es mas hermosa la flor del campo que la de los salones.

De aquí nace precisamente la regla de procurar robustecernos lentamente para esponernos sin temor á la accion de lo que nos rodea, pero sin caer en el estremo opuesto: el que haya recibido de la naturaleza una constitucion física delicada, no se esponga desde luego á la accion de los rayos solares, de la llúvia, etc.; sométase gradualmente á su influencia, y terminará por no hacerle impresion alguna, como no le hace al que ha crecido en medio de los campos.

Por tanto, las reglas de la higiene deben seguirse, no por un dia ni por un individuo solamente: cualquiera que desprecie sus leyes recibirá el castigo de su desobediencia, y si persiste durante largo tiempo en su obstinacion, comprenderá á sus hijos en la misma pena y destruirá su descendencia, pues que la naturaleza no quiere individuos inútiles y estenuados.

¡Quién será capaz de ver con ojos enjutos el resultado de sus desórdenes en los padecimientos de sus hijos, que nacen para alimentar esperanzas en sus primeros años, y morir en su edad mas florida, ó lo que es aun mas doloroso, que tienen que soportar por toda su vida las incalculables molestias de la enfermedad! ¿Sabeis, por ventura, lo que es estar enfermo? es padecer toda clase de tormentos, no gustar un momento de tranquilidad, estar lleno de necesidades, estrañas á los demas hombres, y por lo mismo difíciles de satisfacerse, no poder entregarse á ninguna especie de distraccion, pues la lectura, los paseos, las diversiones de todos géneros y aun la conversacion con los amigos todo está negado al pobre enfermo, porque los demas hombres no comprenden sus padecimientos, y aun le niegan la compasion.

Qué importancia tenga esta ciencia, se deduce de todo lo espuesto. Su influencia se estiende á todos, y la observancia de sus preceptos es una de las principales fuentes de la felicidad de los pueblos y de los individuos. La buena madre, robusteciéndose á sí misma, dará á su hijo desde sus entrañas una salud que será

envidiada de todos, y este no cesará de bendecir al ser benéfico que con la existencia le dió una salud sin quebranto. El padre, solícito de la felicidad de sus pequeñuelos, fortalecerá sus delicados órganos con el trabajo, desarrollando á la vez su físico y su inteligencia, habituándolos desde temprano á prácticas saludables, inclinándolos á aquellas ocupaciones que podrán soportar en lo de adelante. Sí, esta es una obligacion sagrada de los padres, porque, ¿qué desgracia mayor para un hombre que encontrarse cuando ya no es posible retroceder, obligado á dedicarse á una especie de trabajo superior á sus fuerzas, y que indudablemente lo arrastrará á la tumba ó lo condenará á la mendicidad? Este hombre infeliz volverá la cara por no ver á la vida y será del número de los que sonrien á la muerte. ¿Y habrá alguno que despues de mirar esta pintura, no se dedique á esta ciencia bienhechora y descuide de la salud de los seres que dependen de él? ¡Qué desconsolador es tener que responder á una pregunta de esta clase con un amargo *sí*! Porque existen hombres que olvidando la especie á que pertenecen, se imaginan criados para atormentar á los demas, que cegados por las pasiones no se acuerdan sino de satisfacer sus deseos, aun cuando sea con menoscabo de sus semejantes, finalmente que disipan la felicidad de sus descendientes, de que son depositarios, por gustar de momentáneos placeres. Mas afortunadamente un número no corto oirá con interes nuestros avisos, y dedicándose á la higiene recibirá desde luego el premio debido á sus desvelos, y llenará el objeto de los que esto escribimos.

La higiene, por tanto, deberia enseñarse al mismo tiempo que la moral, porque despues de formar la parte intelectual, nada llama la atencion mas que el desarollo del cuerpo, que está tan íntimamente unido con el espíritu, que no puede este dar un paso si aquel está débil y estenuado. El hombre no puede cultivar su entendimiento si su cuerpo no está sano; un dolor, una molestia física de cualquiera especie es enemiga del pensamiento; la imaginacion, la memoria, todo se entorpece con los padecimientos corporales. He aquí otra poderosa razon que impele á estudiar los medios de conservar nuestra salud.

Si acaso hemos insistido demasiado en demostrar la importancia de la higiene, es porque deseamos ser útiles á nuestro pais, en donde, pasando de un estremo á otro, se cultiva hoy casi esclusivamente la inteligencia con menoscabo del cuerpo y de ella misma. Se cuida de enumerar las ciencias que deban aprenderse, las horas que se hayan de ocupar en el estudio, y no investigar los ejercicios mas convenientes para el desarrollo del cuerpo, ni menos se señala el tiempo que deberia uno emplear en ellos.

Todos los pueblos sábios han estado de acuerdo en el interes que presenta esta ciencia, y salen por garantes de esta verdad los usos y costumbres de ellos y las leyes que protegian ciertas prácticas saludables. Mas hoy los gobiernos, mirando su bien particular, y olvidándose del general, no cuidan de robustecer las generaciones, y parece que se complacen en verlas abatidas física y moralmente.

Finalmente las religiones y en especial la cristiana, que no ha olvidado nada de lo que podia hacer feliz al hombre, tienen muchos preceptos cuyo objeto no es otro sino la salud de sus sectarios.

Alguno creerá acaso que los elogios que hacemos á esta ciencia son exagerados: se equivoca, y diariamente tenemos pruebas indudables de sus ventajas. ¿Quién es el que no ha visto á una persona destruida por una enfermedad ó por desórdenes de todos géneros, volver por su medio á adquirir la salud que creia perdida para siempre? ¿Quién el que no ha sentido en sí mismo los resultados de un desórden, en sus costumbres ó en sus hábitos? no necesitamos otra prueba: sin embargo, un hecho entre muchos llama la atencion, y no podemos ménos de referirlo, para concluir, por el interes que presenta.

Luis Cornaro veneciano, de una familia distinguida y poseedor de bienes de fortuna considerables, nació en 1467; de una constitucion débil, y entregado desde su juventud enteramente á la disipacion y al ardor de las pasiones, su salud se destruía de dia en dia, y se vió atacado de largas, frecuentes y dolorosas enfermedades: en vano le aconsejaban los médicos la templanza, como el único medio de salud, hasta la edad de cuarenta años, en que encontrándose en un estado deplorable y amenazado de una muerte próxima, resolvió someterse á una excesiva sobriedad. Redujo su nutricion, á la cantidad de doce onzas de alimentos sólidos y catorce de vino por dia, eligiendo entre aquellos los que su estómago digeria mejor. Cornaro mismo se admiró de la rapidez con que se restableció su salud, hasta entónces lánguida, en el espacio de algunos meses, en los que quedó libre de todas las enfermedades que lo habian atormentado. En lo de adelante, libre de padecimientos, completamente feliz y dedicado á las bellas artes y otras ocupaciones agra-

dables, vivió cincuenta y nueve años despues de su feliz resolucion, habiendo escrito al fin de su vida varios tratados sobre las *ventajas de la vida sóbria:* murió el 26 de abril de 1566, de noventa y nueve años de edad. ¿Quién se atreveria á negar la benéfica influencia que tuvo sobre Cornaro la observancia de las reglas de la higiene?—*RR.*

ISIDORO LOWENSTERN

Y SUS MEMORIAS SOBRE MÉXICO.

Es lügt der Sclave....
Miente el Esclavo....
Coxemauns.

¿No os parece, carísimo lector, que es un absurdo imperdonable el confundir, aunque solo sea en el nombre, al humilde pintor de frisos y fachadas, con el ingenioso artista, que estudiando continuamente la naturaleza, la retrata en un pulido lienzo, cuya contemplacion nos arrebata luego, y engendra en nuestras almas varias y delicadas sensaciones? Esto no obstante, el comun de las gentes suele dar á entrambos individuos el nombre de *Pintores*, con notorio agravio de la sana razon.

Pues igual injusticia se comete, en mi humilde concepto, apellidando indistintamente *viageros* á todos los que viajan, pues si bien se mira, viageros hay como Winckelmann, Forster, Heinse y Humboldt que en su linea pertenecen, por decirlo así, á la verdadera clase de pintores, puesto que han demostrado con sus obras, que supieron estudiar con fruto la naturaleza y la especie humana, al paso que existen otros, y no son pocos, que á semejanza de los pintores de brocha, tan solo saben pintar de blanco lo que era negro y mas frecuentemente lo contrario. Nuevo linage de correvediles son estos, que hacen profesion de traer y llevar nuevas, unas veces demasiado añejas y otras falsas.

Pero volviendo al símil; á mí al ménos me parecerá siempre una profanacion el confundir á madama Stael, ó á Lady Montagne con madama Calderon, y sobre todo á Humboldt con Isidoro Lówenstern.

Si es cierto que una obra es el mejor retrato de su autor, yo tengo para mí que este ha de ser igualmente parecido á aquella; lo cual digo, porque si solamente en estracto he leido las consabidas *Memorias*, en cambio conocí personalmente á su autor.

Mas ¿cómo sucede que casi nadie conoció en México á tan espantadizo frison? ¿Viajaba por ventura en caballos encantados como Fausto y Mefistófiles ó tan espiritual era que no se le podia ver ni palpar? A mí me consta, era hombre que media mucho mas de ocho cuartas y ya usted vé, señor lector, que por su *tamaño*, ya que no por sus *tamaños*, pudo haber llamado algo la atencion.

Para esplicar por qué no sucedió esto, tengo de denunciar aquí al malévolo que desprestigiaba á mi héroe, y que ni á sol ni á sombra le dejaba, para que algun dia, aunque remoto, llegue á persuadirse de los flacos servicios que le ha hecho en su dilatada peregrinacion.

Pues señor, no fué otro el culpable del menosprecio con que se miró aquí al célebre viandante, que su mísero *sombrero*. Las recias nevadas y continuas llúvias del Norte de Europa, donde es fama que ladran los perros al sol la tal cual vez que asoma, juntamente con el intenso calor y los aguaceros tropicales, le dejaron tan mal trecho, que solo se habria recuperado de la fiebre *amarilla*, que ya trajo al pisar nuestro suelo, si á dicha le hubiese dado el vómito *prieto* en Veracruz. Si al sombrero susodicho, que ya necesitaba para ejercer sus funciones naturales, de que una mano amiga auxiliase sus movimientos por detras, añadís alguna otra menudencia que yo sé y que por elegancia es bien callar, os formaréis tal cual idea de lo que debia interesar el peregrino aleman á todos cuantos con la debida atencion le mirasen, y vendréis en conocimiento de las cartas de recomendacion que á este pais trajo,

¿Mas quién creeyera que este *colosal anticuario*, en lugar de ver y dejarse ver en plazas y mercados, tuviese la inaudita ocurrencia de encerrarse en un cuarto de la posada sita en la calle de Vergara, durante los pocos meses que en México estuvo, á acepillar su sombrero y ensuciar pliegos de papel? Y adviértase que este recoleto, metido todo el dia en su celda, no puede haber formado sino juicios temerarios de los mexicanos, puesto que ni fué jamas admitido en la buena sociedad de estos, ni sabia una palabra de español; por manera que no habiéndonos conocido sino de vista, por decirlo así, afecta haber tenido con nosotros grande intimidad. De viageros como el susodicho, que aunque visitan paises estrangeros, solo se asocian en ellos con sus compatriotas, se mofa el ingenioso Colton con sobrada razon, pues como observa, no consiguen los tales, despues de mil fatigas, sino cam-

biar de clima y meridiano. Hay mas: el carnívoro tudesco, de quien voy hablando, no ha escrito el mismo la obra que bajo su nombre ha visto la luz, pues hablaba tan imperfectamente el idioma francés, que á pesar de la osadía que le caracteriza, no creo se haya atrevido á escribir en esta lengua un párrafo siquiera destinado al público. ¿Qué crédito, pues, merece una obra en que se juzga magistralmente á toda una nacion y á sus mas distinguidos ciudadanos, con una severidad de que apénas hay ejemplo, y cuyo autor ignoraba de todo punto la lengua del pais que ha querido malignamente infamar, que tan solo ha permanecido en él unos cuantos meses, y esto sin haber tenido en todo ese espacio de tiempo comunicacion alguna con los nacionales? Las „*Memorias de un viagero*" han sido redactadas en pais estraño por algun individuo que probablemente sabia ménos todavía de lo tocante á la nacion que describió en su gabinete allá en Paris, que el celebérrimo austriaco que le dió el tema y que encerrado constantemente en su aposento de la calle de Vergara, solo podia saber por induccion si hay ó no ratones y pulgas en las posadas de la capital de esta República.

Tanto como el infame pintor Waldeck, que tambien blasona de observador y de político, ha mentido en sus fantásticas descripciones arqueológicas, (y es mucho decir) tanto así ha abusado de la verdad el austriaco en sus apasionadas relaciones.

A propósito de Waldeck, es decir, de ese miserable metesillas que por un par de pesos, ¡hermosos geroglíficos! consentia en estar horas enteras sin moverse, cuando se daba en nuestro teatro el *Don Juan*, ópera en que hacia el difícil papel de estátua: quiero contar aquí un rasgo suyo por estremo característico, y que segun creo es ignorado. Refiriendo cierto dia á un amigo suyo como habia acompañado á Egipto á Bonaparte, y llegando á la descripcion de la batalla de las pirámides, en que pretende haberse hallado, dijo: „así que dió el general varias disposiciones para el ataque, se acercó á mí y poniéndome suavemente la mano en el hombro díjome: „*Waldeck! je compte sur vous!!!*" Pues este mismo individuo, que solo es capaz de engañar á los que no le conocen, cuando se escape de su boca ó su pincel un rasgo de verdad, es miembro de algunas sociedades científicas de Europa, merced á una obra en que ha estampado sus *pesadillas* arqueológicas.

Pero volviendo á mi tudesco, es obligacion mia imponer á los lectores de lo que acerca de él decian y pensaban los poquísimos estrangeros que le conocieron. Aseguraban algunos fisonomistas que es de estraccion hebrea (tal vez el judío errante); otros, no sé con qué fundamento, querian que fuese bastardo de un baron Aleman, y yo juzgando por los hechos y siguiendo el proverbio aleman que dice „los pensamientos son libres de derechos." *(Gedanken sind zollfrey)*, me inclino á creer que los unos y los otros pueden tener razon.

Haciendo á un lado la genealogía de tan Santo *Varon* y pasando al tono serio, pregunto: ¿podrá ser imparcial al tratar de una República del nuevo mundo, un miserable esclavo, nacido en un pais tan despótico como la misma Rusia, que es cuanto se puede exagerar? Esto no lo digo yo, sino viageros de diversas naciones que han recorrido últimamente los dominios de Austria, y que ademas describen de tal modo la miseria, el atraso, en suma, la infeliz situacion de la Hungría, la Bohemia y otras provincias del imperio austriaco, que mal que pese al *retrogrado* viagero, y por deplorable que fuese nuestra suerte, no la cambiariamos á fé por la de aquellos pueblos desgraciados, á quienes parece haber negado el cielo aun el bálsamo consolador de la esperanza. El republicano mas indigno siente que su corazon rebosa en hiel, cuando vé que un siervo abyecto, que tales compañeros tiene en su abominable esclavitud, se goza en zaherir á los hijos de un pais libre, que aun en medio de la lucha fratricida y de las turbulencias á que los arrastra el destino comun é inevitable de todos los pueblos de la tierra, pueden levantar la frente y decir con orgullo. "Aunque desgraciados, somos libres, y nuestros hijos serán á un tiempo libres y felices" Posible es que el *misionero* monarquista ignore lo que en su misma patria acontece, pues es digno de saberse, que en Austria está prohibido que se hable ó escriba sobre el estado del pais ni en bien ni en mal, y que se niega la entrada á toda obra que de ello trata, ora sea escrita por nacionales ó extrangeros.

Los esclavos se regocijan de ver caer á sus semejantes en las redes de la servidumbre; depravada propension es esta de que hasta cierto punto participan los cuadrúpedos, pues todos saben que los hombres que en Asia se ocupan en la caza de elefantes, se sirven de los ya domesticados para atrapar á los demas. Este hecho explica hasta cierto punto la tendencia que es fácil descubrir en la obra, leyendo el extracto analítico que de ella se ha hecho, y no es o-

tra en mi concepto que inculcar la necesidad de una intervencion extrangera en la gobernacion de la República es decir, la intervencion del lobo en un rebaño de ovejas. (*) Ademas no se necesita cavilar mucho para llegar á conocer que una buena parte de la animosidad del austriaco contra los mexicanos es enteramente artificial y estudiada, porque en efecto, el ménos avisado sabe que no hay medio mas fácil y seguro de congraciarse con los soberanos y las cortes de Europa, (señaladamente con la de Austria que es por excelencia servil y aristocrática) que tirar al degüello á las Repúblicas. Claro está, pues, que Lôwenstern espera, y obtendrá probablemente de su gobierno, alguna muestra de agradecimiento por el rabioso empeño que manifiesta en que la Europa nos haga una visita.

Al hablar Lôwenstern, ya que no sea el que sobre su *tema* compuso tan disonantes *variaciones*, de los vicios que en esta ciudad tuvo la perspicacia de descubrir al través de las paredes de su aposento, debió tener presente que la espantosa relajacion de costumbres de la capital de su pais, ha escandalizado á la Europa toda, hace ya muchos años. El que lo dude no tiene mas que leer la descripcion que de Viena hizo Lady Momtagne. La palabra *honra*, segun esa ilustre viagera, tiene entre las damas de Viena una significacion enteramente contraria á la que se la da en Inglaterra y aun en el resto de Europa, con la agravante circunstancia de que los inauditos ejemplos de corrupcion que ella menciona, fueron tomados de la clase mas elevada de aquella sociedad; ¿cual no sería pues la de las inferiores? La desmoralizacion de las clases superiores, segun se explica un juicioso autor ingles, es comparable, á aquellos terribles aguaceros que aunque se engendran en las regiones altas de la atmósfera, hacen todo su estrago en las bajas, y frecuentemente las inundan.

Para que se vea aun mas claramente la preocupacion con que el austriaco habla de todo cuanto dice relacion á los mexicanos y á su pais, voy á traducir algunos trozos que estan en perfecta contradiccion con lo que él dice, y son tomados de una obra de bastante mérito, escrita en aleman por C. C. Becher, cuyo título es: „*Mexico in den Ereigniszvollen Jahren* 1832 *und* 1833, ó sea México en los memorables años de 1832 y 1833. Esta obra que, como se vé, fué escrita algunos años hace, es enteramente desconocida entre nosotros, acaso por el idioma en que está.

Comenzaré mis estractos, que protesto abreviar cuanto sea dable, dando la descripcion que Becher hace de la ciudad de Veracruz, pues conjeturo que por aquí empieza á desahogar su *espacioso buche* Lôwenstern.

Hablando Becher de dicha ciudad, cuyo solo aspecto dió desde luego en cara á Lôwenstern, dice: „Pareceme esta ciudad muchísimo mas hermosa de lo que me habia yo figurado, y de un aspecto mas agradable tambien, por su alegre cielo y su claro sol. Las calles son anchas y tiradas á cordel, muchas de ellas espaciosas; las casas hermosas por dentro y fuera, cómodas y construidas con arreglo á lo que el clima exige" etc. etc. etc. Léase la descripcion de Lôwenstern, y se notará un contraste inesplicable ciertamente.

Describe en una de sus cartas Becher, las mejoras que ya en 1832 se advertian en cuanto al modo de viajar en nuestro pais, y ponderando las ventajas que deriva Puebla de tener comunicaciones mas seguras y violentas con la capital de la República, pregunta: ¿á quién sino á los extrangeros debe el pais estas ventajas? y sin embargo se les odia en Puebla (1832). Con todo, *tambien entre nosotros se han visto cosas semejantes*."

En una escursion que el propio autor hizo á la Ferrería llamada el *Sitio*, tuvo ocasion de visitar una hacienda de azúcar, con cuyo motivo hace presente que este pais ofrece una prueba de que tales haciendas pueden ser perfectamente cultivadas por trabajadores libres, y luego dice: „Sean pues cuales fueren los defectos de la constitucion de México, en una cosa es superior á la decantada norte-américana, conviene á saber: en que acata los derechos del hombre y no tolera ningun género de esclavitud. Grande placer recibió mi alma, (continúa), al ver como se presentaban centenares de hombres libres á recibir la compensacion de su trabajo, pues era justamente dia de raya en la hacienda de que hablo."

Al referir el asesinato que cometió un criado en su amo, que era extrangero, se espresa Becher en estos términos: „Lo que probablemente indujo al criado á perpetrar el crimen, fué el temor que le sobrevino de ser luego descubierto, pues absolutamente tuvo parte la política ni el fanatismo, sino únicamente el deseo de robar." El desgraciado amo entró en su casa á la sazon precisamente en que se estaba cometiendo el robo. „Por horroroso que este

(*) El juicio crítico de la obra de Lôwenstern escrito por el Sr. Tornel ha circulado tanto y su publicacion es tan reciente que me ha parecido excusado el insertar aquí de nuevo los párrafos de dicha obra á que hago alusion.

caso parezca, *no puede negarse que tambien entre nosotros han ocurrido sucesos semejantes*, y ademas, la general indignacion que ha excitado, demuestra que aquí (Veracruz) son raros."

En otra de sus cartas habla Becher así: „Mañana parto de esta famosa ciudad del Nuevo Mundo, á la cual llegué hace año y un mes..... Muchas cosas nuevas y curiosas he tenido oportunidad de observar aquí, he renovado algunas amistades, contraido otras nuevas, he sido recibido en todas partes con tal cortesanía, y se me ha tratado con tal bondad, que jamas se borrará de mi alma el grato recuerdo que en ella está grabado. Ni del pais, ni de sus habitantes, tengo pues que quejarme, y sí únicamente de los acontecimientos, los cuales penden de la suerte."

Refiere el mismo escritor, en una de sus primeras cartas, que á su venida de Veracruz á esta capital, encontró en el camino á un regimiento de infanteria, que se dirigia al citado puerto, y cuyo equipo y apariencia, segun él dice, no eran de lo mas brillante, pero añade luego: „No quiero juzgar precipitadamente, ni tampoco deducir falta de valor de la parcial carencia de calzado, etc. etc."

No es por cierto Becher de los que neciamente intentan desfigurar á los héroes de nuestra gloriosa independencia, y disminuir su acrisolado mérito. Hablando de ellos se espresa de este modo: "En la historia de este grandioso acontecimiento (la emancipacion absoluta de México) no faltan ejemplos del mayor desprendimiento y la mas sublime generosidad, ni tampoco rasgos comparables con los mas bellos que la historia ha conservado, y que darán algun dia á México una gloria que las pasiones, no amortiguadas aun le quieren disputar. ¿Qué hay de mas sublime, que denote mayor grandeza de alma y un desinteres mas patriótico que el proceder de un Bravo y la vida de un Victoria?" En seguida pasa el autor á describir menudamente la heróica accion del general Bravo con los prisioneros españoles, y las inauditas penalidades y sacrificios del general Victoria, durante la obstinada lucha de la independencia, y concluye así la carta. "Otro sublime rasgo he de contaros, que con tanta ménos razon debo omitir, cuanto que concierne y honra al bello sexo. La Señora Rayon tenia tres hijos, que en calidad de generales servian entre los insurgentes y que pelearon con grande valor contra los dominadores. La madre y uno de ellos cayeron en manos de los españoles, quienes la propusieron escribiese á sus otros dos hijos, (que á la sazon defendian tenazmente un punto fortificado) para que lo entregasen, pues así y solo así salvaria la vida del hijo que con ella habia caido prisionero. A semejante proposicion contestó la digna matrona con la grandeza de alma de una espartana. "Que no queria comprar la vida de uno de sus hijos con la infamia de los otros dos;" y vió en seguida fusilar al desventurado hijo con indecible dolor, mas con firmeza heróica."

Terminaré este cansado artículo advirtiendo no se crea, por los sucintos estractos que acaban de leerse, que las cartas sobre México por C. C. Becher, son un panegírico de los mexicanos.—Nada ménos que eso; contienen críticas justas así como otras fundadas en gravísimos errores; pero se echa de ver muy fácilmente, leyendo la obra entera, que ni en estos ni en aquellas ha tenido parte el odio á esta nacion ni á sus instituciones democráticas, que ha guiado la maligna pluma de algunos menguados escritores.—MALA-ESPINA Y BIEN-PICA.

ENTOMOLOGÍA.

LAS HORMIGAS.

El instinto, voz vaga, fútil, que nada significa, y que ha sido ridiculizada por muchos filósofos, he aquí la causa que se nos quiere dar de los fenómenos que nos presentan los animales irracionales en varias funciones de su vida. Si preguntamos ¿por qué la primera vez que en su vida un gato ve á un raton ha de cazarlo? se nos contesta que por el instinto; si nos admira ver que cuando un gavilan pasa gritando sobre algun gallinero, las gallinas tiemblan y corren á esconder sus hijos, como si supieran que les amenaza un inminente peligro, se nos esplica esto, diciendo que el instinto les enseña que aquel pájaro apetece la carne de sus polluelos; y si nos sorprende ver que un asno que ha vivido algunos años bajo la férula de su amo, y lo deja de ver algunos dias, lo descubrirá entre mas de cien personas, aun cuando se disfrace, y lo acariciará, se nos dice que este animal obra únicamente por instinto. La dificultad aumenta cuando oimos definir al instinto, diciendo que es el sentimiento y sagacidad natural de los animales; pues si se pregunta cual es la causa de esta sagacidad, se nos contesta que el instinto. Para mí es muy probable la opinion de los que admiten en los irracionales un alma, no idéntica, pero algo semejante á la nuestra; y así ya se puede com-

prender la causa de los fenómenos que observamos en los animales.

Entre todos los seres irracionales que pertenecen al reino animal, acaso no hay uno que presente fenómenos mas curiosos que la hormiga, insecto despreciable á la vista, que vemos por el suelo y alguna vez hollamos con desden; pero que ha sido admirado por muchos sabios desde la mas remota antigüedad, y elogiado en el libro sagrado de los proverbios por el rey Salomon, que lo presenta al perezoso como un modelo de sabiduria, por su laboriosidad y su prudencia. Este admirable insecto ha sido observado con una paciencia infatigable por muchos naturalistas, que nos han dado relaciones tan exactas de los trabajos, economía y modo de vivir de estos animalitos, como si hubiesen habitado con ellos las ciudades subterráneas en que moran.

La hormiga, segun el sistema entomológico del ilustre compañero de Cuvier, Mr. Latreille, pertenece á la órden de los *hymenópteros*, que es la novena de la tercera clase de dicho sistema. Se distinguen las hormigas, en machos, hembras y neutras, ó que no presentan caracteres que den á conocer su sexo. Los machos y las hembras tienen alas y las neutras no; éstas y las hembras tienen un aguijon oculto, con el cual algunas especies de hormigas dan un piquete que causa irritacion en la parte herida, y en algunas personas hasta una fuerte calentura. La hormiga, esprimida, produce un jugo, del cual por un proceder químico se estrae un ácido, que se ha llamado *fórmico*, del nombre latino *formica* del insecto. Se numeran mas de ciento veinticinco especies diferentes de hormigas.

Lo único que de un hormigero se presenta á la vista, es una pequeña prominencia en el suelo, formada de arena, y cubierta con pedrezuelas porosas. Desde aquí se comienza á observar la admirable industria de la hormiga: dándole una figura cónica á esta pequeña montaña, hace que el agua llovediza resbale perfectamente; y estando compuesta de arena y cubierta de pedrezuelas porosas, logra que la poca agua que debe resumirse, quede absorvida por la arena y pedrezuelas. Se dice que las hormigas tienen un conocimiento exacto de la proximidad de la llúvia, acaso por la humedad del aire, y se las vé en esta circunstancia afanosas acarrear multitud de pedrezuelas con que tapan perfectamente el agujero que dá entrada á la ciudad.

El interior de un hormiguero, es un espectáculo que verdaderamente sorprende á cualquiera. Se vé allí una ciudad perfectamente construida, con sus calles que conducen, ó á diversos almacenes abundantemente provistos de toda clase de víveres, ó á los nidos, ó á depósitos en que se conserva lo necesario para reparar los deterioros de la ciudad. Para la construccion de ésta, y abastecimiento de los almacenes, estan distribuidos los trabajos entre las hormigas: unas se ocupan en edificar; lo que ejecutan formando las paredes con tierra húmeda y que dejan secar, y con pedacitos de palo que calafetean con una especie de baba que arrojan; otras introducen al hormiguero cuanto se necesita en él; unas veces se las vé arrastrando un palito, otras una mosca muerta, y no pocas se admira ver conducido un gusano de tres ó cuatro pulgadas por quince ó veinte hormigas, por espacio de treinta ó cuarenta varas hasta el nido. Entre estas, algunas tienen únicamente el oficio de esploradoras: se esparcen por todos los lugares vecinos á solicitar una buena presa, y cuando encuentran una pera podrida, un trozo de carne corrompida, ú otra cosa semejante que puedan desmenuzar fácilmente y llevar á sus almacenes, al punto regresan á participarlo á sus compañeras, y una espedicion de cuarenta ó cincuenta parte al lugar señalado, y allí dividen la presa en partes pequeñas que puedan llevar, y lo que no pueden dividir en partes regulares lo comen allí mismo. Ha sucedido en algunas haciendas desaparecer en ménos de un mes tres ó cuatro cargas de trigo que se han ido á encontrar en un hormiguero.

Un naturalista frances opina que las hormigas van arrojando por donde pasan una cantidad imperceptible de baba, que ellas reconocen perfectamente por el olfato, la cual les sirve de vereda para regresar á su morada; y en confirmacion de ello dice haber observado que pasando fuertemente el dedo por una pared por donde habian transitado unas hormigas, cuando volvieron se hallaron muy perplejas de pasar por allí. Sea de esto lo que fuere, es muy creible que se valen de algun medio para reconocer el camino que las debe guiar á sus nidos, pues algunas veces se apartan de ellos 400 ó 500 varas, que son como para un hombre 30 ó mas leguas.

Los entomólogos modernos, contra la opinion de los de mas de veinte siglos acá, dicen que es falso que las hormigas abastecen sus almacenes de víveres para el invierno; porque en esta estacion permanecen en un estado de sueño ó letargo continuo.

La reproduccion de las hormigas es una co-

sa muy curiosa y digna de saberse. Desde que la hormiga pone el primer huevo, su vida queda enteramente consagrada á sus hijos: es imponderable el esmero que tienen con ellos, y el amor que les profesan. Cuando un enemigo invade la ciudad se las vé defenderlos heróicamente hasta morir ántes que entregarlos; ha sucedido ya que una hormiga que corria á esconder su cria para librarla del peligro, fué dividida por la mitad, y la parte que tenia afianzada la cria ha continuado moviéndose hácia el lugar de la ocultacion.

La hormiga en su reproduccion sufre los cuatro grados de transformaciones de todos los insectos: huevo, larva, crisálida é imago. En el primero el cuidado de la madre se reduce á procurar al huevo el calor necesario; para esto las hormigas suben los huevecitos á las habitaciones superiores, muy cerca de la boca del hormiguero, para tomar todo el calor de los rayos del sol, y despues van gradualmente bajándolos á los diversos nidos inferiores, segun la temperatura que se requiera. El Dr. Herold ha observado que estos huevos van aumentando diariamente de volúmen, lo que segun él es debido al desarrollo del embrion. Pasando al estado de *larva* el insecto, todo el cuidado de la madre se reduce á prepararle el alimento; y para esto sale del nido á buscar un líquido propio para la cria en este estado; este líquido lo deposita en el estómago, y lo arroja despues para darlo á la *larva*. Esta pasa al tercer estado, que es el de *crisálida ó pupa*; el único objeto de la madre entónces es quitarle la túnica que lo cubre, la que por fin separa y se muestra la *imago*, esto es, el insecto como ha de permanecer toda su vida.

No falta autor que asiente que este cuidado de la crianza lo practican únicamente las hormigas neutras, y que las madres desde el momento que ponen los huevecitos abandonan enteramente la cria; pero no es creible que un animal tan laborioso, sóbrio y adornado de tantas virtudes cuales posee la hormiga, fuese tan desnaturalizado con sus hijos.

Las hormigas poseen un arte militar admirable. Cuando un enemigo invade la ciudad, se las vé salir y colocarse con el mayor órden y simetria en escuadrones, algunas veces irresistibles, aun cuando el enemigo sea algo mas poderoso que ellas, y se le vé huir vergonzosamente. Hay una especie de hormigas que se han llamado *amazonas*, dedicadas esclusivamente al arte de la guerra. Cuando asaltan una ciudad de hormigas de otra especie, su único fin es robar todos los huevos que allí se encuentren; los que conducen á su república en donde tienen otras hormigas esclavas, que cuidan de la crianza de los huevos, miéntras las amazonas disfrutan del reposo que la ciega fortuna concede á los tiranos.—*Francisco Diez de Bonilla.*

MODAS.*

Solo al mirar el encabezamiento de este artículo conocerá cualquiera, por poco versado que esté en la materia, cuan pesada y fatigosa sea la carga que pretendo llevar en mis débiles hombros. Porque á la verdad, no es cosa de juego meterse un hombre, sin mas que porque se le da la gana, á hablar de terciopelos y de sedas, de cintas y de blondas, de flores y listones; y un error en materia como esta, puede acarrearle á uno graves disgustos con las bellas, cosa á mi entender de tanta ó mayor trascendencia que un error en una correspondencia diplomática. Por fin á pesar de los inconvenientes que le encuentro á esto de escribir sobre modas, heme determinado á hacerlo por que tiene tambien sus ventajas, y porque siendo las pretensiones del *Liceo* agradar á todos, justo es que de cuando en cuando consagre unos parrafillos á sus elegantes y amables suscritoras (si hay algunas.)

Así pues, queridas mias, principio dando á vds. cuenta de haberme engolfado, por obsequiarlas, en el *piélago insondable* de la moda, habiendo establecido mis relaciones con sastres y modistas, comerciantes y joyeros; y aunque por el pronto confieso á vds. haberme atarantado y tener la cabeza como un bombo, llena de manteletas, y sombreros, y golas, y ahuevados, y guantes, y que sé yo que mas; sin embargo, espero tener arregladas mis ideas la primera vez que tenga que charlar un poquito con vds. y podré entonces hablar con mas órden, dándoles una circunstanciadísima relacion de cuanto haya de nuevo en Paris, adaptable en México, no solo en linea de trages, sino tambien en muebles, adornos de casa, coches etc., todo acompañado siempre de alguna estampita que dé á conocer materialmente los usos. Suscríbanse vds. al *Liceo*, bellas lectoras, y verán cuanto me esmero por complacerlas, y aun

(*) Despues de concluido este artículo se recibieron nuevos figurines y periódicos. No siendo posible comunicar ahora á nuestras lectoras tan recientes noticias, nos apresuramos á prometerles hacerlo tan pronto como se pueda.=*RR.*

podrá introducirse luego la mejora de presentar iluminados los figurines.

En invierno (aunque no es absolutamente comparable el de México con el de Paris) es indispensable aquí cómo allá, tratar del abrigo combinado con la mayor elegancia posible. Se consigue tal objeto de varios modos, segun el lugar que ocupe la persona de quien se trate. Para calle, aunque va muy bien un vestido sencillo, como el que manifiesta la estampa, acompañado de un buen tápalo, es preferible sin embargo usar del capotillo que es mucho mas garboso y elegante, dejando para dentro de casa el otro trage.

La materia de que este debe formarse, segun los periódicos parisienses que tengo á la vista, es la tela llamada *cachemira*. Esto en Paris es de rigor; pero como el tal género no sea de fácil consecucion entre nosotros, puede muy bien suplirse, segun me ha dicho una persona inteligente en la materia, *Mme. Gourgues*, (1) con merinos ó alguna otra tela semejante, quedando el color á discrecion de la que lo ha de llevar, y hecho primero el cómputo de matices, segun que la dueña sea blanca ó morena, que si fuere de un color trigueño exagerado nada bien le ha de estar el trage sea como fuere.

Elegida la tela del color conveniente, no tenemos ya que hablar sino de la forma. Un corpiño formado de alforcitas que se cruzan en la parte inferior del pecho, y que dan por esto su nombre al corpiño, que se llama esencialmente, *cruzado*, es muy bonito y da una forma esbelta y elegantísima á la persona que lo lleva. Generalmente se acompaña con unas mangas angostas (*de chaqueta*) con ligeras alforzas en su parte superior, y completamente ceñidas junto al puño. Una ancha falda y desmesurados holanes completan el vestido. Si se añade una golita pequeña y tal vez alguna joya sencilla en el cuello, se tendrá el conjunto mas gracioso y pulido de la época.

Aunque las mangas de que acabo de hablar son muy bonitas y han gustado generalmente á nuestras elegantes, debo, á fuer de cumplido y religioso periodista, manifestar á vds. que no es lo último que tenemos en ese género. Lo que si está fresquecito, y en las últimas *soirées* de Paris contribuyó á mas de una conquista, son las mangas que llaman de *campana*, nombre admirablemente aplicado, pues las tales mangas, angostas por la parte superior, van gradualmente anchando hasta cerca del puño, de manera que tienen una perfecta analogía con el instrumento que les dió nombre. Una blondita ú otra guarnicion lijera en la orilla, es lo que ordinariamente se acostumbra ponerles, advirtiéndose que no se llevan mangas de *campana*, sino sobre otra manguita angosta que llega hasta el puño y que se forma de *ahuevados*.

Otro trage que se lleva en invierno, y que ha *hecho furor* en Paris, es el capotillo que originalmente se l'ama *camail*. Puede ser este de gros ó terciopelo, el primero es muy ligero y grandemente recomendado, especialmente el que se llama *gros d'Afrique;* pero el terciopelo, aunque no indispensable en México, donde el frio no es gran cosa, es sin embargo del mejor gusto. El adorno que comunmente se les pone es una gran blonda en su estremidad, aunque algunas Señoras los prefieren con fleco, eso va en gustos. Un cuello no muy grande, generalmente de terciopelo, y unos cordones de seda por delante para atarse, es lo que constituye la elegancia peculiar de este trage. Su longitud no debe pasar de media pierna, á semejanza de una *muceta* (*) y aunque puede llevarse indistintamente con cualquier trage, se entiende de invierno, los mas convenientes son los de seda y esta listada. De manera que una de nuestras jóvenes, que algunas conozco yo como unas perlas, con un vestido de seda listado, verde por ejemplo, un *camail* de terciopelo morado obscuro con algunos bordados obscuros tambien, y una ancha y magnífica blonda negra en la orilla, una golita blanca y graciosa como la que la lleva, que caiga sobre el cuello del *camail*, un sombrerito de terciopelo negro, con guarniciones tambien negras; (porque el sombrero de terciopelo en invierno, es absolutamente indispensable; es mueble sin el que no puede pasar una elegante estará de esta suerte encantadora, *ravissante* como diria un frances.

Fastidiadas estarán vds., lectoras mias, de tanta charla; pero no he querido dejar de decir algo sobre cosas tan bonitas y que me gustan tanto, y advierto que por no parecer prolijo, mucho me he dejado en el tintero, reservándolo para decirlo á vds. la primera vez que nos veamos, junto con lo que supiere de nuevo. Así pues me despido, aunque no quiero hacerlo muy de prisa, por parecerme á vds. en algo, y les recomiendo ántes la tienda de la Sra. *Virginia Gourgues*, (de quien he hablado ya, y á quien me confieso deudor de las instrucciones que puedo tener en la materia) como la mas abundante en esquisitas telas y adornos, y en una palabra como el templo del buen gusto.

Ahora sí concluyo ofreciéndome á las órdenes de vds., y poniéndome á sus piés como su atento articulista y servidor.—QUERUBIN.

(1) Calle 2.ª de Plateros número 2.

(*) Nombre que entre nosotros se toma siempre en acepcion religiosa, pero que es el que precisamente corresponde á la voz francesa *camail*.

ENSAYO

SOBRE

LA VIDA Y OBRAS DE DANTE ALIGHIERI.

Quem genuit parvi Florentia mater amoris
Epitafio de DANTE *escrito por él mismo.*

I.

DANTE.

El génio, este divino don del cielo, parece que jamas ha sido el fruto de una época tranquila y de una vida sosegada. „La desgracia," ha dicho un poeta, „es el mejor númen." En medio de la turbulenta tempestad de las pasiones, en medio del choque de los partidos, los destellos sublimes del génio vienen á disipar con su luz las tinieblas de un siglo de ignorancia y de terror.

Era el año del Señor de 1265, y hacia poco tiempo que los güelfos, desterrados despues de la derrota de Monteaperto, habian vuelto á Florencia. Alighiero degli Elisei, jurisconsulto distinguido y de una antigua familia, celebraba el nacimiento de un hijo á quien puso por nombre *Durante,* y que se llamó despues *Dante*, por una abreviatura muy comun entre los italianos. Léjos estaba Alighiero de pensar que aquel niño seria uno de los mas ilustres poetas de la Italia, y que el cielo le negaria á él, padre tierno y amante, el placer de presenciar su futura gloria.

Dante, de edad de tres años, perdió á Alighiero; y la esposa de éste, Donna Bella, no tardó en seguirle al sepulcro. El pequeño huérfano se vió protegido por sus parientes, y recibió las instrucciones del sabio Brunetto Latini, quien le inspiró el entusiasmo por el estudio, que despues formó una de las facciones mas prominentes de su carácter. Mas el jóven Alighieri no se contentó con sumergirse entre los polvorosos pergaminos de una biblioteca; su alma ardiente no podia presenciar con frialdad las revueltas de su patria, y, Güelfo desde sus primeros años, los guibelinos le vieron en la famosa batalla de Campaldino, luchar como bueno en la primera fila, y contribuir á su derrota con su fogoso valor.

La juventud del poeta florentin se vió agitada por tres afectos diversos: el amor, el patriotismo y la sed del saber. El año de 1290, perdió á la muger que le inspiró la pasion que le ha inmortalizado, mas no hablaremos ahora, ni de ella, ni de ese amor, porque debemos hacerlo en la segunda parte de este ensayo.

Al año siguiente de la muerte de su querida Beatrice, Dante se desposó con *Gemma*, de la ilustre familia de los *Donati,* güelfos poderosos de Florencia. Esta union fué desgraciada, y el poeta, queriendo sofocar el agudo dolor que le habia causado la pérdida de su amada, se dejó llevar del torbellino de la política.

Dos partidos se combatian entónces en Florencia. Uno defendia al emperador de Alemania: el otro, so pretesto de sostener los derechos del Papa, trataba en realidad de conseguir la libertad de la Italia. Esos dos partidos representaban los personages del segundo acto del gran drama de la edad media: en el primero, la religion combatia bajo el sol abrasador de la Siria contra los sectarios del profeta; en el segundo, la religion, siempre la religion, dirigia sus tiros en el seno de la Europa, bajo la suave influencia del clima de Italia, en contra del poder civil.

Dante se vió bien pronto honrado por sus compatriotas, y en el año de 1300 fué nombrado uno de los seis *priores* ó primeros magistrados de la República. No nos parece fuera del caso advertir con Serassi, que este nombramiento fué hecho por eleccion, y no por suerte, como se acostumbró en Florencia en una época posterior. Semejante hecho prueba la altura á que Dante se habia ya sabido elevar; pero si consideramos atentamente las circunstancias, nos convenceremos de que ese honor debia de ser, como lo fué en realidad, funesto para su dueño.

A la irritacion y desórden de las facciones florentinas, vino á dar nuevo pábulo, segun

dice Maquiavelo, la llegada de los gefes de los güelfos de Pistoya, quienes á ejemplo de los *Cerchi* y *Donati* de Florencia se habian dividido en dos bandos, tan ambiciosos como encarnizados. Su objeto al salir de Pistoya, fué tal vez dar fin á sus disensiones; pero mas bien podemos suponer que trataron de adquirir fuerza, buscando simpatías en ánimos igualmente inquietos y exaltados. Si esta última fué su intencion, sus esperanzas no salieron fallidas, y recibieron de los Cerchi y los Donati, la acogida que era de esperarse.

Las facciones tomaron respectivamente los nombres de *Blancos* y *Negros*, y los paseos, las calles y las plazas de Florencia, se convirtieron en otros tantos campos de batalla, cubiertos mil y mil veces de las víctimas del desenfreno y del espíritu de partido.

Dante era afecto á los *Blancos;* mas fiel á su mision de magistrado, hizo desterrar á los *Negros* á Castello della Pieve, y á los *Blancos* á Serazzana. Desde este punto comenzaron sus desgracias. Fué públicamente ácusado de parcialidad respecto de los *Blancos,* y de que no queria consentir en que Cárlos de Valois fuese llamado á Florencia con el objeto de pacificarla. La inesperada vuelta de los *Blancos*, vino á irritar mas los ánimos, y en medio del tumulto que succedió á esta ocurrencia, Cárlos de Valois se presentó en la ciudad, y habiendo sido recibido de una manera honrosa, por respeto al Papa y á la casa real de Francia, hizo volver á los desterrados de Castello della Pieve, sin que le faltase motivo para lanzar de nuevo á los de Serazzana.

El conde de Gabrielli, podestá de Florencia en aquella época, emplazó á Dante, quien habia sido enviado á Roma en calidad de embajador, para que se presentase ante su tribunal. Dante no compareció, y fué condenado á ser quemado vivo, sus bienes confiscados y arrasada su casa. Esta sentencia existe todavía, escrita en latin bárbaro.

Penetrado el poeta de que su patria habia roto los lazos que á él la unian, se retiró á Verona, pero hizo todavía una tentativa, y escribió á sus conciudadanos la famosa carta que comienza: *Popule mi, quid feci tibi?* El pueblo florentin, tan implacable como todos los pueblos, desoyó los clamores de su víctima, y ésta, animada de un noble despecho, se unió á las filas del ejército que levantaron los desterrados á las órdenes del conde Alejandro da Romena. Aquella empresa tuvo un éxito desgraciado, y Dante, despues de una vida vagabunda y congojosa, vino á morir á Ravena el dia 14 de setiembre de 1321. „He vagado y mendigado,” dice en una de sus obras, „por todos los paises donde se habla la lengua toscana. He comido el pan ageno, y saboreado toda su amargura. Cual nave sin velas ni timon, me he visto impelido de playa en playa por el soplo helado de la miseria ”. . . .

¡Triste, pero sublime mision la del génio! Homero, ciego, desvalido, al buscar el sustento de puerta en puerta, repetia los armoniosos versos de su poema inmortal: el calabozo del Tasso resonaba con las octavas de la *Gierusalemme:* la *Divina Commedia* acompañaba á Dante en su peregrinacion de duelo y de pobreza. Cervantes escribia el Quijote en el fondo de una prision!

II.

BEATRICE.

Fair as the first who fell of womankind,
. . . .
Pure, as the prayer, which childhood waftsabove
Was she.—BIRON.
Era hermosa como la primera muger,
Pura como la plegaria del niño.

Las mugeres generalmente adquieren una grande fama á mucha costa. Ninguna envidiará el renombre inmortal de las Helenas y Cleopatras de la antigüedad. La fama de las heroinas mas modernas, como Catalina de Rusia ó María Estuardo, siempre ha sido el resultado del crímen ó del infortunio. Aun aquella muger (1) que ha merecido un lugar entre los escritores de mayor nombradía, no obtuvo esa peligrosa preeminencia, sin perder muchas de las mas delicadas gracias de su sexo, y sin verse espuesta á los tiros de la maledicencia. Pero si hay memoria digna de envidia, debe ser la de la hermosa Beatrice Portinari. Su carrera mortal fué corta, y sus incidentes solo conocidos del mundo, en pequeñas y deslumbrantes vislumbres.

Ningun biógrafo, por investigador que haya sido, ha podido empañar su fama, ni por medio de una narracion lisa y llana, reducirla á la comun esfera. No ha tenido Beatrice, como Madonna Laura, un Abate de Sade que tache con su prosáica pluma los brillantes colores del romance, y tenga la satisfaccion de anunciarnos con toda gravedad que el ídolo del poeta era una matrona reposada, madre de once chiquillos, y para decirlo de una vez, su propia abuela!

La envidia y la arqueología, no han perdo-

(1) Madama Staël.

nado medio alguno; pero la amada del Dante aun se nos presenta pura, intacta, mezclada con las mas sublimes concepciones, y nuestra imaginacion todavía nos la retrata:

> Dentro una nube de jazmin y rosas,
> de manos de los ángeles salida [1].

El dia 1.º de mayo del año de 1274, Folco di Ricovero Portinari, opulento y distinguido ciudadano de Florencia, dió un espléndido banquete en su casa, siguiendo en esto el uso de los nobles florentinos de aquella época, quienes solian saludar la vuelta de la primavera con fiestas y cánticos de alegría. Todos los amigos y parientes de los Portinari fueron convidados al festin.

Dante, de edad entónces de nueve años, asistió á la casa de Portinari, y allí se encontró con la hija de éste llamada Beatrice, notable por su estraordinaria belleza y un aire de circunspeccion y dignidad muy superior á sus pocos años, que no llegaban á ocho. La emocion causada por esta niña en la fogosa imaginacion del futuro poeta fué inesplicable. Desde aquel punto la amó con el ardor que despues inmortalizó á uno y otro; desde entónces (como dijo mas tarde) admiró:

> Esa virtud que en mis primeros años
> indeleble impresion hizo en mi pecho [2].

Dificil nos parece que se encuentre igual al fuego que devoró á Dante; esa terrible pasion que tantas veces ha causado grandes calamidades en la tierra, esa pasion que á tantos ha conducido por la senda del crímen, no produjo en el alma del poeta florentino mas que una elevacion y sublimidad que solamente un objeto tan puro y angelical como Beatrice podia inspirar.

¡Qué interesantes son siempre los pormenores relativos á esos caracteres en quienes se encuentran mezcladas las encantadoras tintas de la poesía, con el sólido y grave colorido de la virtud! Nuestro corazon palpita al ver la sinceridad con que Dante nos refiere que nueve años despues de su primera entrevista encontró á Beatrice en una de las calles de Florencia. Alzó ella modestamente los ojos y le dirigió un gracioso saludo. El poeta embriagado de placer olvidó sus ocupaciones, y se retiró á su habitacion á regocijarse en su dicha.

„Cuando pasaba Beatrice por alguna parte," dice él mismo, „todos corrian á verla y á contemplar su beldad. ¡Cuán grande era mi ventura al observarlos admirando á mi señora! Y ella, coronada y revestida de su humildad, proseguia su camino sin dar oido á los elogios que de todas las bocas se desprendian."

La muerte del padre de Beatrice sumergió á ésta en un profundo dolor. Su amante participó de él, y poco tiempo despues se vió atacado de una enfermedad que afectó sus facultades mentales. En este estado tuvo una vision en que se le presentó su amada en medio de un coro de ángeles, y con espresivo ademan le dijo: „que iba á ver el orígen de toda paz y ventura." Su delirio tomó un aspecto tan alarmante, que los que le velaban huyeron despavoridos. Cuando se restableció, escribió una descripcion poética de esta vision; ¿mas quién podrá decidir si acaso fué efectivamente un anuncio del terrible golpe que le amenazaba?

Beatrice murió. Antes de que el tiempo empañase sus gracias, ántes de que (para valernos de la espresion de un tierno y sensible escritor de nuestros dias) „la tierra hubiese profanado lo que tan solamente habia nacido para el cielo," Beatrice murió. Florencia deploró la pérdida de su mas hermosa y delicada hija. Su amante, anonadado por la fuerza del dolor, cayó en un entorpecimiento que hizo desesperar por largo tiempo de su vida. Cuando la primera impresion se hubo pasado, despertó su noble génio, y erigió á la memoria de su amada un monumento inmortal.

„¿Quereis," dice Ginguené, „tener una prueba de la inmensidad del amor que Dante profesaba á Beatrice? Leed una una y mil veces el episodio de Francesca [1]. Ni el filósofo profundo, ni el teólogo imperturbable, ni aun el poeta sublime eran capaces de imaginar pasage tan encantador. Esta empresa estaba reservada al amante de Beatrice."

En la mitología antigua vemos que cuando el padre de los dioses y de los hombres queria distinguir á algun mortal por sus grandes virtudes ó heróicos hechos, le colocaba entre las constelaciones para que iluminase el firmamento con un brillo inestinguible. Dante, al celebrar á su Beatrice, le ha dado una inmortalidad mas verdadera, y que descansa en base mas segura que los ficticios sueños del paganismo.

(1) *Del purgatorio*, canto XXX.
(2) *Del purgatorio*, canto citado.

(1) *Dell'inferno*, canto V.

III.

Los escritos de Dante.

"De ejércitos vencedores,
De vosotros, escultores,
De nosotros los pintores
Quedará tan solo el nombre.
¡Y el tiempo al verso respeta,
Y la obra del poeta,
Perpetua vive y completa
En la memoria del hombre!"
Eugenio de Ochoa.

Homero presidió á la creacion de la poesía: Dante á su resurreccion. En cualquier punto de la edad media que fijemos nustros ojos vemos al vate florentin cercado de su aparato terrífico y sublime. Ya que escuchamos su lira resonar con las dulces inflexiones del amor, ya que nos atruene al describir en versos sonoros é imponentes la triste mansion de los precitos, ya que pinte la gloria inefable de los bienaventurados, en todo reconocemos la inteligencia superior, de todo vemos claramente la obra de uno de aquellos hombres que Dios nos envia de siglo en siglo, para recordarnos que nos ha formado á imágen y semejanza suya.

No es nuestro objeto por cierto hacer un análisis de los escritos de Dante, puesto que seria imposible. Obras como las suyas deben leerse, meditarse, estudiarse. Nosotros haremos solamente algunas reflexiones, y pedimos de antemano perdon por nuestra audacia, si acaso se encuentran en ella ideas demasiado avanzadas ó que se aparten enteramente de la comun opinion. Creemos firmemente que es muy dificil, si no imposible, poder calificar en nuestro siglo con toda exactitud las producciones de la édad media. Nuestra sociedad, nuestros gustos, nuestros estudios son muy diversos de los de aquella época, y de consiguiente nuestro juicio sobre estas materias siempre carecerá de la rectitud que pudiera apetecerse.

Así, pues, para conocer debidamente todo el mérito del Dante es necesario trasladarnos al siglo en que floreció. Entonces nos convenceremos de todas las dificultades que tuvo que arrostrar el autor de la *Divina Commedia*. La esfera de los conocimientos de aquel tiempo no guarda comparacion con la de la actualidad; hoy todo marcha, todo va adelante, y no nos avergonzamos de confesar que tal es nuestra creencia; por mas que digan los adversarios del dogma de la perfectibilidad humana.—A excepcion del insondable caos de la teología escolástica, y de uno que otro escritor latino, los literatos de la edad media carecian de toda fuente en que beber la sabiduría. Nuestra situacion es muy diversa: nos vemos cercados de las mas bellas producciones del ingenio humano: ya no necesitamos de un maestro que, cual otro hierofante, nos inicie en sus recónditos misterios. Ahora, por lo general, los libros forman á los hombres; entonces, por el contrario, los hombres formaban á los libros.

Dante, nacido en Florencia en medio de la sangrienta lucha de dos facciones terribles; Dante víctima de esas mismas facciones; Dante bajo el reinado de la barbarie y la supersticion, nos admira, y contemplamos atónitos su grande obra, en que salva con atrevida sublimidad los límites del tiempo y del espacio. ¡Cual debió ser la influencia de la *Divina Commedia* sobre los contemporáneos del Dante, si aun ahora que leemos sus misteriosas páginas al traves del oscuro velo de los siglos, nos conmueven fuertemente! El poema del hombre grande de Italia fué en sus manos un cetro de oro con que colmó de gracias á sus amigos, y una espada de fuego como la del querubin de la escritura con que arrojó á sus enemigos del Eden. El espectro de Ugolino [1] es una de las ficciones mas fuertes del ingenio humano.

Mas ¿para qué estendernos sobre la *Divina Commedia?* Basta que cada uno la lea para que se penetre de que los elogios que le tributamos no son exagerados. Solo sí advertiremos, antes de pasar á tratar de las otras obras de Dante, que no se debe uno desanimar porque no comprenda de luego á luego la *Divina Commedia*: está llena de alusiones á personages florentines, y no pocas veces se entrevé en ella el tecnicismo de la teología; por tanto, para su perfecta inteligencia se necesita emprender un estudio particular, estudio que jamas se podrá tener ni como inútil ni como fastidioso, puesto que encanta y eleva el alma al mismo tiempo que depura los sentimientos.

Otra obra de Dante que excita fuertemente nuestra atencion, es la que lleva el nombre de *Vita nuova*. La *Vita nuova* es la historia de sus amores con Beatrice, así como la *Divina Commedia* es su epopeya; en ella nos refiere el poeta en una prosa mezclada de sonetos y canciones, el modo con que conoció á su amada, los progresos que hizo su pasion, y en fin, todos los incidentes relativos á aquella época de su vida.

Dante distingue en sí mismo dos amores; uno que llama *primero* y otro *segundo*, que fué el que profesó á Beatrice antes de su muerte, este el que abrigó su pecho despues de ella, cuando la tomó por modelo de una perfeccion ideal.

La *Vita nuova*, obra de la juventud de Dante,

(1) *Dell Inferno*, Canto XXXIII.

nos presenta un contraste singular con el *Convivio*, obra de su vejez. En la primera contemplamos á Dante amando á Beatrice, en la segunda le vemos amante del ser ideal que su imaginacion se formó despues de la muerte del objeto de sus adoraciones. Mas véamos lo que dice él mismo en el tercer tratado de su *Convivio* [1].

"Siempre que diga yo "*mi Señora*," se debe "entender la que me cautivó despues de mi "*primer amor*; de esa luz poderosa de la *filoso-"fía*, cuyos rayos hacen reverdecer las flores y "fructificar la verdadera nobleza del hombre."

Antes de este pasage, hay otro que dice: „Aun-„que se observe en este libro un estilo mas va-„ronil que el de la *Vita nuova*, no se crea que „yo trato de contradecir lo que allí se ha es-„presado; muy al contrario, mi objeto es con-„firmar aquella obra por medio de esta; y „es muy natural que una sea ardiente y apa-„sionada, y otra templada y varonil, pues-„to que conviene adaptar el estilo á la edad „del que escriba."

Dante escribió tambien en latin, y nos quedan de él dos obras en este idioma, el tratado *de monarchiâ mundi* y el *de vulgari eloquentia*. En el primero sostiene que la autoridad de los reyes no dimana de la de los papas. El segundo, es una disertacion filológica sumamente interesante y en que le vemos tributar elogios á los escritores latinos y á los poetas provenzales. Dos de estos últimos, los trovadores Beltran de Born y Arnaldo Daniel, merecieron en particular sus alabanzas. Citaremos sus mismas palabras:

„*Circa haec, illustres viros invenimus vulgariter poetasse; scilicet* Bertramum de Bornio, *arma*, Arnaldum Daniellem, *amorem*."

Hemos enumerado todas las obras que nos restan del fundador de la poesía moderna. Grande, como poeta, como teólogo, como político y como hombre, el Dante nos llena de entusiasmo al contemplarlo.

Nosotros al concluir este ensayo, no deseamos mas que hacer partícipes á nuestros lectores de la íntima conviccion en que estamos, de que la gloria que ha adquirido el Dante, es una de las mayores á que puede aspirar cualquier hijo de la tierra.—AGUSTIN A. FRANCO.

(1) Edicion de Zatta, tom. 4. pág. 115.

MAXIMAS Y SENTENCIAS.

1.ª Quien decae en el valimiento, decae muchos grados.—HURTADO DE MENDOZA.

2.ª Nuestra vida es cortísima, dijo Clorila á Dinarda, y tanto somos amables, cuanto parecemos hermosas.—CRISTOBAL SUAREZ DE FIGUEROA.

3.ª Cuando el vínculo de la verdad se rompe entre los buenos, mas desenfrenados son en las maldades que los peores.—HURTADO DE MENDOZA.

4.ª El querido de sugeto amable y firme, con justo título se puede llamar dichoso; mas indigno de serlo, el que desprecia á quien lo estima, y huye de quien lo sigue, llevado acaso de otra no agradecida aficion puesta en diferente hermosura, sin penetrar, que como el verdadero amor albergue en lo mas íntimo del objeto, suelen las bellezas aparentes, aunque primeros lazos de voluntades, ser la menor ocasion de amorosos incendios, que solo para las almas tiene libradas amor sus mayores fuerzas.—CRIRTOBAL SUAREZ DE FIGUEROA.

5.ª Estado poco seguro es el de quien se descuida, creyendo que por sola su autoridad, nadie se puede atrever á ofendelle.—HURTADO DE MENDOZA.

6.ª No desprecies, muger, mi consejo, y ántes que llegueis á la miseria comun, procura no se pase en vano, y se malgaste el abril de tu edad; que tras la vejez, estorbo inevitable de la humana pintura, se seguirá aun en vida, un olvido de tu memoria, que se sepulte en las de todos.—CRISTOBAL SUAREZ DE FIGUEROA.

7.ª Véase la gente que en su mayor parte antiguamente venia á Indias: „Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvo conducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores (á quien llaman ciertos los peritos en el arte) añázago general de mugeres libres, engaño comun de muchos, y remedio particular de pocos.—CERVANTES. *(Novela del celoso Estremeño.)*

SONETO.

„En fin, ya en la política metió
Su mano el diablo y la justicia va
A dormir para siempre.... pero ya
A luz un niño Doña Paula dió,
La muger de D. Cosme, el que salió
La Europa á visitar dos años ha....
¿Y dizque quiebra fraudulenta hará
D. Cleto el comerciante....? Que sé yo....
Se dicen tantas cosas por ahí....
Que si todas son ciertas yo no sé".....
—¿Y quién como cotorra charla así?
Me preguntó mi amigo, y contesté:
—¿Quién ha de ser? Pepito Baladí
El parlanchin eterno del café.—MI SOBRINO.

ELECTRICIDAD.

A menudo nos presenta la naturaleza fenómenos que sorprenden al que los observa, y esto tanto mas, cuanto menos se conoce la causa de que provienen. Muchos de ellos tienen por causa la electricidad, fluido que puede desarrollarse en todos los cuerpos, pero que no todos pueden conservar; su presencia solo es conocida por sus efectos, siendo imperceptible á la vista, aun cuando se encuentra en su mayor grado de intensidad, por cuya razon se ha colocado en el número de los fluidos imponderables, ó que solo pueden distinguirse por los fenómenos que presentan.

Cual mas cual ménos, se puede asegurar que no hay quien no conozca uno ó muchos de los fenómenos que produce la electricidad, aunque no son muchos los que saben qué causa los produce. Aun los niños se divierten á menudo haciendo pedazos pequeños de papel, y frotando una pluma contra sus cabellos, la que acercada despues á aquellos, los atrae con violencia, haciéndolos subir á una distancia algunas veces considerable. ¿Quién no ha tenido en su vida ocasion de observar el rayo, ese fenómeno cuyos efectos son tan sorprendentes y aterradores y que al mismo tiempo nos infunde temor, respeto y admiracion hácia aquel que puede disponer de un medio tan enérgico de destruccion? Hemos dicho que este fluido es invisible, y esta misma circunstancia aumenta el terror de unos efectos que nos sorprenden tanto mas, cuanto son ménos esperados.

La propiedad de los cuerpos de atraer á los mas ligeros cuando han sido frotados ántes, se descubrió primeramente en el ámbar, y por muchos siglos no se hizo ningun otro adelanto en esta ciencia; pero á mediados del pasado, la observacion, ese medio seguro de robar á la naturaleza sus secretos mas íntimos, fué empleada, y empleada con buen éxito, para conocer de qué principio podria provenir la electricidad, cuales eran las leyes que la regian en su desarrollo, y cuales los cuerpos capaces de desarrollarla y contenerla. Vamos á seguir en sus observaciones á dos que se dedicaron á hacerlas, y veremos los resultados que obtuvieron, formando una ciencia nueva y fecunda, de lo que hasta entónces solo contenia algunos hechos aislados y sin aplicacion.

Tómese una barra de lacre ó de cualquiera otra materia resinosa; fróteso con una tela de lana y acercándola despues á algunos cuerpos ligeros, los atrae con avidez: si esta misma barra se acerca á la cara ó á la mano, se esperimenta una ligera sensacion, como si se tocase una tela de araña, y cuando se llega á tocar, se oye un corto chasquido sintiendo al mismo tiempo como un piquete de alfiler en la parte con que se ha tocado, y cuando la esperiencia se hace en la oscuridad, se ve desprender de la barra una chispa de color azulado. Si en vez de la barra se toma una de vidrio, y se hacen con ella las mismas operaciones, se ven producir efectos semejantes. En ambos casos se observa ademas que los cuerpos que han sido atraidos por la barra, son rechazados por ella luego que la han tocado. Tómese ahora un tubo de metal frotándolo del mismo modo, y se verá que acercándolo despues á los mismos cuerpos no produce sobre ellos efecto ninguno: esto parece probar á primera vista que solo cierta especie determinada de cuerpos son capaces de producir electricidad; pero si este mismo tubo se une á otro de resina ó vidrio, sin tocar el primero sino por medio del frotador, habrá adquirido las propiedades eléctricas, esto se verificaria igualmente si en vez de añadir el tubo de vidrio ó resina, se envuelve la mano en un pedazo de tela de seda, para evitar así el tocarlo inmediatamente. Estas esperiencias repetidas, hacen ver que los cuerpos están naturalmente divididos en dos clases que son: conductores, ó en los cuales no se puede mantener la electricidad, y no conductores, ó los que pueden contenerla. De la primera clase son todos los metales: el agua pertenece tambien á ella, y por esta razon, cuando el aire está húmedo ó cargado de vapores, no salen bien las esperiencias eléctricas: el cuerpo humano es tambien conductor, y por esto se ve que cuando se tiene un tubo metálico en la mano, sin interponer un cuerpo no conductor, no presenta ninguna señal de electricidad. El aire es al contrario, de los conductores, y desde luego se conoce que si no fuera de esta especie, no habria ninguno que pudiese contener la electricidad, estando precisa y continuamente en contacto con él.

Para hacer que los cuerpos conductores no pierdan la electricidad que se les comunica, se aislan, es decir, se les interpone otros que no lo sean. Los cuerpos, al perder su electric i

dad, la comunican á la masa inmensa de la tierra, por cuyo motivo se llama esta depósito comun de la electricidad.

Antes hicimos notar que los cuerpos que atrae una barra electrizada se separan de ella con fuerza luego que la han tocado: véamos de qué dimana esto. La esperiencia ha demostrado que hay dos especies diferentes de electricidad, una análoga á la que produce el vidrio con una tela de lana, por cuya razon se le ha dado el nombre de electricidad vitrea: la otra, semejante á la que se produce por la frotacion de la resina, de donde le viene el de electricidad resinosa. Ahora bien, si se toma un cuerpo ligero, y se aisla conforme hemos dicho ántes, por medio de un hilo de seda, por ejemplo, tocándolo despues con una barra electrizada, adquiere la electricidad de esta separándose de ella inmediatamente, y si despues se le vuelve á acercar la barra, se observa que continuamente la rechaza: si entónces se toma otra de electricidad diferente á la que la primera comunicó al cuerpo que sirve para la esperiencia, por ejemplo, vitrea si aquella era resinosa, ó vice-versa, el cuerpo, en vez de separarse de ella, como sucedia ántes, es al contrario atraido por ella. Para esta esperiencia se puede usar una esferita de médula ó corazon de sauco, porque este une á su blandura y poca pesantez la circunstancia de que cualquiera puede procurársela. De estas esperiencias se deduce que cuando dos cuerpos están electrizados con una misma electricidad, se rechazan mutuamente, y se atraen cuando tienen electricidades de especie diferente.

Aunque parece que esto no está probado absolutamente por la esperiencia anterior, pues si bien la barra atrae ó repele á la esferita, segun la electricidad de que están cargadas, esta última no ejerce la misma accion con respecto á aquella; pero debe considerarse que es muy pesada la barra, y por lo mismo dificil de mover: para hacer que la esperiencia haga que la ley dada se generalice, tómense dos esferitas en lugar de una, y suspéndanse igualmente de dos hilos de seda, teniéndolas juntas, y se observará que al tocarlas con la barra electrizada, no solo se alejan de ella, sino tambien una de otra.

Siendo el agua, segun hemos dicho antes, un buen conductor de la electricidad, es indispensable, para que salgan bien las esperiencias que se han indicado, que el aire no esté húmedo ni cargado de vapores, y que las sustancias que se empleen se hallen perfectamente secas.

Cuando un cuerpo se ha electrizado, si es de la clase de los no conductores, y se toca en un punto cualquiera de su superficie, la parte que se ha tocado queda al momento privada de electricidad; pero el cuerpo la conserva en todo el resto, y cuando este es de la clase de los conductores, tocándole en uno cualesquiera de sus puntos, queda enteramente privado de electricidad.

Una persona puede tambien electrizar á otra, sacudiéndola con una piel de gato; pero es necesario que la que se quiera electrizar esté aislada. Esto se puede conseguir poniéndose de pié sobre un taburete, cuyos piés sean de vidrio ó resina. Si despues de haber tomado esta precaucion, se le sacude, como hemos dicho ántes, con una piel de gato, y se le acerca en seguida la esferita de médula de sanco, esta es atraida por ella; y si ademas se toca con la mano, se esperimenta una ligera sensacion, y se oye el ruido causado por la chispa que se desprende de la persona electrizada. Si la persona que tiene la piel de gato se aisla tambien como la otra, se electriza igualmente, pero con la diferencia de que toma la otra especie de electricidad, lo que se puede conocer, acercando á ambas una esfera de sauco cargada de una electricidad conocida. Esto no solo se verifica en este caso, sino que siempre que se frotan dos cuerpos para producir electricidad, cada uno la toma de diversa especie, sin que se pueda decir, sin embargo, cual es la que deben adquirir ,pues que un mismo cuerpo las toma diferentes en diversos casos.

Aunque se han dividido los cuerpos en las dos clases de conductores y no conductores, es preciso considerar que no hay cuerpo no conductor que lo sea absolutamente, de modo que sirviéndose de esto para aislar á los primeros, no se pierda poco á poco la electricidad. El aire tambien debe ir debilitándola por grados; en primer lugar, porque las partículas que entran al principio en contacto con el cuerpo, se electrizan con la electricidad de éste y son entónces rechazadas por él, en virtud de la ley que hemos asentado, perdiéndose así la electricidad que estas partículas han adquirido, las cuales son reemplazadas por otras que son repetidas á su vez, y así sucesivamente, desprendiéndose del cuerpo la electricidad que va comunicando gradualmente á todas las partículas de aire que entran en contacto con él: como ademas siempre hay vapores acuosos suspendidos en la atmósfera, estos contribuyen á la pérdida de la electricidad.

Esta se coloca siempre en la superficie de los cuerpos, segun resulta de las diversas esperiencias que se han hecho para saber si se reparte en toda la masa, y solo forma una capa esterior contenida sobre el cuerpo por la misma presion del aire.—F. C.

ORIENTAL.

La noche está fresca y grata.
Desde el Oriente la luna
Derrama su luz de plata
Sobre una ciudad moruna,
Que en el Genil se retrata.

Cíñela en torno la vega
Franja de oriental jardin;
Por dentro el Darro la riega,
Y á la sombra se despliega
De la Alhambra y Albaicin.

Mosáico vario es Granada,
De cúpulas y alminares
Arabescos decorada;
Cornelina codiciada
De Faradís y Alhamares. [1]

Frente al áspera Castilla,
Bajo un cielo siempre azul,
Sultana entre esclavas brilla
Cual del Bósforo en la orilla
El tulipan de Stambul.

Tiene fuentes y jardines,
Músicas y trovadores·
Para zambras y festines;
Para toros lidiadores
Y torneos, paladines:

Tiene andaluces corceles
Para la guerra salvages,
Mansos en paz, siempre fieles;
Bien lo saben los Gomeles,
Mejor los Abencerrages:

Y tiene galantes moros
Que aman con sumiso ardor;
Y por tesoro mayor,
Tiene entre sus mil tesoros
Moras firmes en amor.

Gallardas y esbeltas son,
Y blancas como alabastro;
De fuego es su corazon;
Con celos mira el rey astro
De sus ojos la espresion.

Granada! rico diamante
Desprendido del turbante
De descuidado Califa,
Sobre pérsica alcatifa
Relumbrando rutilante;

Bien presúmen sus Zegries
Que brotaste entre alelies
De las Hadas al aliento,
O al risueño pensamiento
De prometidas Huries.

Reina la noche serena,
Y entre las brisas de olores
Que corren la Vega amena
Y susurran en las flores,
Se oye amante cantilena.

Que en una calle torcida,
Bajo de verde persiana,
De amor habla adolorida
A la atenta musulmana,
Una voz entristecida.

Ismael Aldoradin
Es quien canta ó se lamenta:
Él del portugés confin
En correría sangrienta
Arrancó rico botin.

Hartas veces á Zulima
Su amor dijo en un *Selam* [2];
Y aunque la mora lo estima,
Jamas á hablarle se anima,
Porque la cela un Iman.

Doliman de grana y de oro
Pantufos de marroquí
Tenia el gallardo moro,

(1) Faradí, cuñado y ministro favorito de Mahomad Aben-Azar III, llamado el Ciego, á quien quitó la vida y el trono su hermano Mahomad Aben-Azar IV, destronó á su vez á éste, y coronó á su propio hijo Ismael Faradí, cabeza del linage de los Faradís y descendiente por las mugeres, de Mahomad Alhamar, fundador del reino granadino. Este suceso acaecido en la Egira 713, que corresponde al año de Cristo 1313, dividió la familia real en dos dinastías, Faradís y Alhamares, que se disputaron en lo sucesivo el trono de Granada, ocupándola la que lanzaba de él á su rival.

[2] *Selam*, palabra árabe que significa *salud*. Llaman así los orientales á un ramillete de flores, en el que con ellas y el órden en que van colocadas, manifiestan en lenguaje simbólico, lo que pudieran con una carta.

Que al son de laud sonoro
Cantaba á su mora así.

,,Ay! que al acaso navega,
Sin estrella que la alumbre,
Aquella alma
Que al golfo de amor se entrega,
Y trueca en incertidumbre
Dulce calma.

Ay! mora, que tus colores
En vano humilde vestí
Noche y dia,
Y en ramilletes de flores
El amor te descubrí
En que ardia.

En vano á sombra del muro
De tu alcázar arabesco
Te aguardaba,
O de la noche en lo oscuro,
De tus vergeles al fresco,
Te miraba.

Dicen que el ojo no duerme
De los celos que te guardan....
¿Por ventura
A pensar debo atreverme
Que ellos tan solo retardan
Mi ventura?

¡Quién levantara esos velos
Como la niebla sutiles
Que te cubren,
Y el resplandor de los cielos
Y el primor de los abriles
Ciegos cubren!

¡Quién te viera en el verano,
De tu persiana al través,
Descuidada;
Desnudo el talle galano
Y los delicados piés,
Reclinada

En el agua sin espuma
Del baño, rico en aromas
Y en halagos,
Como desprendida pluma
De albos cisnes ó palomas
En los lagos!

¡Quien el tu dormir velando,
De tu seno mal cubierto
En el latido
Ir pudiera descifrando
De algun misterio encubierto
El sentido;

Y en la rápida sonrisa
Que de tus labios la rosa
Conmoviera,
Como al tulipan la brisa
Agita en la venturosa
Primavera,

Delirante adivinase
El placer con que á su ruego
Te ablandaras,
Y tus manos estrechase,
Y á sus ósculos de fuego
Dispertáras.....!

Los Califas del Oriente
El bulbul de sus serrallos
Te dirian,
Aurea corona en tu frente
Y á tus piés, siervos, vasallos
Te pondrian.

Los indianos abanicos,
Y las perlas que Basora
Dá y admira;
Los preciados chales ricos,
Y las sedas que atesora
Cachemira,

Te dieran y persa alfombra,
Cortinages damasquines
Sin medida,
Y anduvieras á la sombra,
En dorados palanquines
Conducida.

Yo, aunque moro granadino,
Diérate inmensos tesoros
Y fe inmensa,
Y un alfanje damasquino
Terror de los mismos moros,
Por defensa:

Diérate esclavos cristianos
Y doncellas nazarenas.
Que mi acero
Ganara á los castellanos;
Fuera esclavo en tus cadenas
Yo, el primero!

Mas al acaso navega,
Sin estrella que la alumbre,
Aquella alma

Que al golfo de amor se entrega,
Y trueca en incertidumbre
Dulce calma."—

Calló el moro, y la cabeza
Inclinó en el pecho amante
Consumido de tristeza,
Cuando se abrió con presteza
La ventana rechinante.

Flotó la suelta cortina
Por fuera de la persiana,
Y apareció en la ventana
La dulce faz peregrina
De la linda musulmana.

Su tocado parecia
Nube en torno del sol bello;
El velo apenas se via,
Y profusa pedreria
Relumbraba en su cabello.

El moro la vista alzó,
Levantando su esperanza;
La mora el brazo sacó,
Y el *selam* que le mostró
La mano del moro alcanza

Y á los rayos azulados
De la luna, vió Ismael,
Premio á sus tiernos cuidados,
Mirto albo y rojo clavel
Con madre-selva enlazados.

Amor fuerte y firme amor
El mirto y clavel indican;
Y por cadena mayor,
Con la madre-selva esplican
Su mútuo y pagado ardor

Cuando á la mora hechicera
Volvia el rostro el galan,
Vió la adusta faz severa,
Y la luenga barba fiera
Y el turbante del Iman,

Quien no viendo la liviana
Sombra de un hombre que huía,
Juzgó sospecha villana
La suya, y con calma fria
Cerró él mismo la ventana.—

Esas turcas precauciones
¡Fiel ministro de Mahoma!
Irritan nuestras pasiones
Que hallan en flores, idioma,
Y en ventanas, ocasiones.

Diciembre 12 de 1843.—C. COLLADO.



EL JUGADOR.

Hace mas de un año que entró Julian á mi casa una mañana, sumamente agitado.—Inmediatamente, me dijo, vénte conmigo.—Tengo que esperar....—No lo esperes, me replicó, cortándome la palabra, sigueme, importa mucho. Yo aprecio mucho á Julian, su agitacion me manifestaba que era cierto lo que me habia dicho, y no vacilé en acompañarlo.

Vamos, me dijo al salir, á la casa de mi hermano, hoy embargan sus muebles y es necesario impedirlo porque quedaria en la miseria.

—¡En la miseria!.... ¿Pero por qué van á embargar sus muebles?

—Por deudas.

—¿Y por qué no presenta tu hermano otros bienes?

—Porque no los tiene.

—¿Y su hacienda?

—La vendió.

—¿Y su casa de comercio?

—La vendió.

—¿Y sus fincas urbanas?

—Las vendió.

—¿Pero qué ha hecho con todo ese dinero? le dije impaciente.

—Jugar.

Llegamos á la casa, el ejecutor habia concluido y estaba haciendo el inventario de los muebles que estaban en el patio. Nada habia en la casa, ni un cuadro, ni una alfombra, ni una silla; nada quedaba sino una cama, y sobre ella algunas piezas de ropa. Junto á la cama estaba la esposa del hermano de Julian, pálida, convulsa, paseando una mirada seca y ardiente por los elegantes frisos de las paredes, que contrastaban con el vacío de las piezas: esta mirada se fijó por último sobre sus hijos, y una lágrima humedeció sus párpados. Despues me dijo que su esposo no habia vuelto desde la noche anterior, y que al salir le habia mandado que entregara unos muebles que habian de venir á llevar. Mis razones no produjeron efecto en el ejecutor, habia ya comenzado y era necesario concluir; se llevó todo, y cuando yo salia, se la pasaba en conversacion en la puerta de la casa con un amigo, y al pasar solo pude oir: „por jugador."

Dos meses despues vino la esposa de Luis el jugador, á mi casa, á consultarme sobre la separacion de su marido.—No tenemos que comer, me dijo, y sus hijos se mueren de hambre.

—Pero él tiene sesenta pesos mensuales que le consiguió su hermano.

—Los juega, y juega tambien una cantidad que mi padre me envia en clase de alimentos cada mes, y mientras él pasa la noche frente al tapete, sus hijos lloran; y cuando al dia siguiente vuelve con sus ganancias, ya lo esperan mil compañeros que roban á mis hijos el pan y las caricias paternales, y se reune con aquellos, y pasa el dia en orgías, y juega allí tambien y pierde, y vuelve á su casa á jurar y á reñir y á maldecir á sus hijos.

—Una esposa, una muger, tiene muchos medios de amor y dulzura con que dominar al hombre, y vd. habria podido obligar á su esposo á guardar algo cuando gana y á buscar con ello una subsistencia....

—Nunca gana, señor. Por una ganancia tiene cien pérdidas; y sobre todo, un jugador no tiene freno, porque pierde la vergüenza y honra, porque no tiene afecciones y no ama á nadie.

—Pero sus hijos serán para él....

—Sus hijos serán víctimas de la depravacion de su padre, serán quizá jugadores, robarán tal vez, y morirán sin honor.... en un patíbulo, conducidos allí por el ejemplo de su padre.....

La infeliz esposa no pudo concluir, los sollozos ahogaban su voz.

—No tema vd., le dije, el amor paternal los salvará á todos. El debe amar á sus hijos, los ama sin duda.

—No, no los ama; no ama ni al dinero mismo que gana, ni al dinero que pierde; su corazon está embotado ya por las ansias del juego, por esa sensacion infernal que pone en silencio á los jugadores cuando se comienza á correr la baraja. Su corazon es ya insensible, nada desea sino la mesa de juego. En su presencia se reanima, se extasía cuando el juego comienza, ¡oh! yo lo he visto, se estremece de placer, sus ojos secos y apagados brillan de nuevo,

pero con una brillantez de muerte; su atencion se absorve, y entónces ni el cielo ni el infierno tienen poder sobre él; pero despues que ha pasado este instante vuelve á ser frio, reasume su figura infame, torna á ser presa de las pasiones mas viles, y su ambicion lo hace parecer la imágen de la prostitucion, porque eso es un jugador.

La señora me habia persuadido, le prometí ver á Luis ese mismo dia y obligarlo á enmendarse. Iba á cumplir mi promesa; al volver una calle ví á un jugador (los jugadores se conocen á mucha distancia) me acerqué á él.

—Tengo que hablar con vd., señor D. Luis, le dije.

—Que sea pronto amigo.

—Debo tardar algo.

—Pues entónces será otro dia. Ahora tengo que hacer.

—Sin embargo....

--No puedo, lo juro. Voy á buscar dinero, hoy he perdido mil pesos.

--Es imposible. Vd. no tiene mas que sesenta cada mes.

—Prestados amigo, la deuda es sagrada; me voy: D. Juan me volverá á prestar.

—¿Quien?

—Don Juan, D. Juan, me dijo con suma violencia.

--¿Aquel de cuyas infames solicitaciones se quejó su esposa de vd.? Aquel de quien habia vd. jurado vengarse, aquel....

—Y bien, pronunció con una voz ronca, yo he perdido, estoy arruinado, mis acreedores me persiguen. Debo desquitarme.

—Recuerde vd., le dije con indignacion, recuerde vd. que D. Juan ha intentado seducir á la esposa de vd., que ella se quejó con vd. que no habia desistido de su intento y que sabe que vd. no lo ignora.

—Que me preste dos mil pesos y.... me desquitaré.

Luis me volvió la espalda al concluir, con una indiferencia estóica. D. Juan.... que me importa.... me desquitaré,—le oí aun murmurar, y su voz se perdió entre el ruido de los transeuntes.

Pocos dias despues vi un coche magnífico, la esposa de Luis, ricamente ataviada, iba en él, D. Juan la acompañaba. Ambos me miraron, él se ocultó, ella bajó los ojos y lloró. Sus lágrimas me manifestaron sus remordimientos y su desesperacion. Concebí alguna esperanza, queria ver á Luis, iba á entrarme á todos los garitos en su busca, apresuré el paso, volaba; su deshonra en mi concepto debia salvarlo. En mi precipitacion me encontré con un hombre que se habia vuelto á saludar á un coche, alzé los ojos. . . . era Luis que saludaba á D. Juan. Mi mano asió de su brazó como una tenaza, la cólera me ahogaba.

—Infeliz, le dije, sacudiéndolo con violencia, con ese saludo has sellado tu deshonra; vendes á tu esposa, vendes á tus hijos. D. Juan ha triunfado y ya no tendrás quien te preste dinero, te desesperarás, maldecirás el dia de tu nacimiento, y no podrás morir, porque la muerte es el consuelo del justo, serás la befa.... nadie te socorrerá.

Su rostro se encendió, su alteracion me persuadia que mis palabras producian efecto. Crei acertar, y continué.

—Su esposa de vd. es víctima de los remordimientos, vaya vd., vuele á encontrarle, vengue vd. su ofensa en D. Juan, y sea vd. . . . feliz, (no pude decirle honrado). Su esposa de vd. volverá á su deber, olvidará á D. Juan, porque nunca lo ha amado, lo abandonará, esté vd. cierto.

Un rayo de alegría iluminó su rostro con una luz horrible, como ilumina un relámpago á una nube tempestuosa.

—Voy, me dijo, juraré, reñiré, imploraré su perdon; mi muger abandonará á D. Juan, y entónces. . . .

—¿Qué?

—Yo volveré á. . . .

Mi alma se inundó de gozo; el jugador volvia á la razon.

—Sí, vd. volverá á ser honrado, feliz. Vuele vd., no dilate su ventura.

—Yo volveré á tener dinero, jugaré y me desquitaré. Dijo alejándose con paso acelerado.

—La esposa de Luis me habia dicho bien; un jugador no ama nada, no tiene honra, no tiene afecciones. ¡Infeliz jugador! ¡Infelices hijos!—JOSE MARIA DEL CASTILLO.

LA MALÍNTZIN
O
DOÑA MARINA.

Apreciando solo lo bello y no lo útil, la historia antigua de México es poco conocida entre nosotros mismos, que nos quejamos de falta de datos cuando nos sobran. Algunos confiesan que sobre México se ha escrito mucho, pero añaden que todo está envuelto en congeturas sin parar la atencion en la historia de los primeros pobladores del viejo hemisferio. No se conserva de estos cierto, mas que lo que nos enseñan los libros sagrados, que se contraen á los hechos de los pueblos hebráicos: de los egipcios, medas, persas, y sin ir tan léjos, de los bárbaros de Europa en tiempos mas recientes y cuyas naciones forman, por decirlo así, el origen de las actuales, no tenemos mas que datos probables y muy dudosos que nos hacen vacilar aun sobre los hechos acaso mas verdaderos.

Y aunque fuera cierto que no se hubiera escrito de México cosa que, aun aplicando las reglas de una sana crítica, pudiera dar alguna luz sobre las antigüedades de nuestro pais, nos bastarian las tradiciones populares y las consejas que conservamos. ¿Quien no ha oido ó dicho quizá alguna vez, el refran tomado de Ahuisotl, que si le ha venido en curiosidad, no sabrá que existió un rey de este nombre en Tenochtitlan, famoso guerrero? ¿Quien en su infancia no ha escuchado de alguna vieja la relacion del encantamento de Mocteuzoma y la Malintzin en la alberca de Chapultepetl donde todos los dias á las doce se aparecen? Todas estas vulgaridades sirven de mucho al hombre investigador para adquirir noticias algo exactas.

Pero no, ni tenemos necesidad de recurrir á estos medios para desentrañar algunas nociones sobre la historia de nuestro pais. Bastantes han escrito sobre ella y en muy pocos hechos no van conformes sus opiniones; esto mas bien es dimanado del conato que muchos escritores extrangeros han puesto en envilecernos. Así se les vé, por ejemplo, declamar á cada paso contra las costumbres de los pueblos aztecas por bárbaras y crueles, como si lo fuesen ménos las de los pueblos mismos de Europa. En el derecho romano y por consiguiente, en el de las demas naciones, que lo tuvieron por modelo dándole aun el nombre de comun, como principio del de gentes, se sanciona la esclavitud de los prisioneros de guerra, y el dominio despótico y absoluto de los señores sobre sus siervos, los cuales no eran considerados en manera alguna en la sociedad ni se encontraban bajo la salvaguardia de las leyes. Preferible era sin duda la condicion de los prisioneros en Anáhuac donde morian, pero libres de crueles prolongados padecimientos. Por otra parte, cuando esto se hacia como un sacrificio que se juzgaba acepto á la divinidad, nada puede echárseles en cara á los oferentes. No así en las naciones cultas de la culta Europa, ya no diré de la bárbara edad media en que contaban algunos siglos de existencia y de poder, sino de las épocas mas brillantes, del siglo de Luis XIV del siglo filosófico, y tambien del siglo de las luces, al ménos en sus primeros años, ¿quién, no se sorprende al ver que haya podido conservarse en paises católicos el tormento como solemnidad legal en la substanciacion del juicio, para estraer la confesion al reo de un delito, que muchas veces estaba ya bastante comprobado, ó bien para arrancar al inocente la declaracion de un hecho que no ha ejecutado cuando su justicia está ya manifiesta? ¿Quién no se horripila leyendo las rojas páginas del *santo tribunal*, y lo que es mas, por sostener los dogmas de una religion, que toda llena de lenidad quiere ser propagada y defendida únicamente por el convencimiento? Escritores de estos pueblos son los que denigran á los primeros moradores de nuestro continente.

Nada tiene México que envidiar por cierto á la misma Roma llamada Señora del Mundo, porque si dejó de conquistar algunos paises de su continente, se debió tan solo al deseo de conservar enemigos á quienes hacer la guerra, para ofrecer sacrificios en la inauguracion

de sus reyes, y para que estos acreditasen, ejercitándose, su pericia en el arte militar y que sabrian defender sus pueblos. México se elevó bien pronto á un grado muy considerable de civilizacion, sin haberse puesto en contacto con paises en que habian brillado grandes filósofos, oradores, poetas, como Roma lo hizo con las repúblicas griegas. México presenta aun hoy monumentos que acreditan su grandeza y los adelantos que habia hecho en las ciencias y en las artes, admirables sin duda, sin deber nada, como Roma á Atenas. La legislacion de México fué buena, sin que como Roma la hubiera usurpado á Licurgo y Solon. Las instituciones del imperio de Tenochtitlan eran sabias y bien calculadas, como no lo eran las del de Rómulo que á cada paso se variaban. En cerca de dos siglos de existencia tuvo Tenochtitlan once soberanos todos elegidos por una eleccion regular y bien convinada, al paso que Roma en casi dos siglos y medio ó poco mas, tuvo apenas un monarca y tambien seis tiranos cuyo nombramiento tumultuoso era siempre ganado por el hombre mas ávido de poder. México tenia tambien sus establecimientos de instruccion pública para jóvenes de ambos sexos; tenia como Roma sus vestales, y como el cristianismo sus vírgenes consagradas á la divinidad; tenia por último sus matronas que pudieran brillar en nuestros tiempos.

Una jóven, de talle elegante, de estraordinaria hermosura, de bellas y delicadas formas, de raros talentos, de distinguida calidad aunque no lo mostraba su trage, acompañada de otras diez y nueve jóvenes doncellas, se presenta á los conquistadores españoles juntamente con otros preciosísimos dones como regalo del Cacique de Tabasco. Esta señalada jóven se atrae desde luego la atencion de Cortés y sus compañeros de armas, y arrebata las miradas de todos ellos. Poseía con perfeccion los idiomas Maya, (que es el yucateco) y mexicano, y muy en breve se hace comprender de los españoles hablándoles ya en su propio idioma, por lo que les sirvió de intérprete en todas sus espediciones.

Podria alguno condenar á doña Marina (la llamaremos con este nombre que es el de bautismo) de falta de civismo, cuando al lado de los enemigos de su pais les servia de ayuda contra su propia patria. Pero este cargo jamas puede hacérsele si se reflexiona por un momento que en los servicios que prestaba, favorecia á su entender la causa de su pueblo. En efecto, miembro ya de la religion cristiana, habia entendido sus misterios y abrazado con ardor su moral: en su religion veía tan solamente la felicidad verdadera, y anhelando porque sus compatriotas la alcanzaran, sin otro medio, porque no lo conocia, que las armas de los soldados españoles, debió cooperar á la conquista. Así que, cuando quisiera aun culpársela por haber vendido á su patria, se puede todavia decir que la vendió inocentemente y en un precio inestimable; mas no como Tarpeya por los brazaletes de los soldados, y de una manera vil y maliciosa. Por otra parte, el verdadero amor patrio es el amor, no precisamente de la tierra que nos dio el ser, sino de la sociedad que nos abrigó en su seno: no del suelo en que tuvimos apénas nacimiento y vida natural, sino de la sociedad que nos da una vida civil; y el imperio de México, si bien es cierto que habia dado nacimiento á nuestra jóven, la habia tambien sujetado á una condicion miserable y degradante, cuando por el contrario los conquistadores la recibieron y trataron como hermana, se ligó á ellos con los vínculos mas estrechos, los del amor y los de una amistad cordial, pues que á pesar de haberla dado Cortés á Alonso Fernandez de Portocarrero, tuvo de ella, en ausencia de este, un hijo á quien llamó Martin, y mas adelante la casó con Juan Xaramillo caballero hidalgo de los que le acompañaban y uno de sus capitanes. Estas relaciones, pues, tan íntimas debian obligar á doña Marina en favor de los conquistadores: la primera sociedad, la mas estrecha es la conyugal: la amistad es el vínculo mas fuerte que liga las voluntades de los hombres y que produce en nosotros el mas firme, el mas sincero amor. Aun hoy entre nosotros mismos tenemos ejemplos palpables, especialmente en el bello sexo, de que por el matrimonio, por la amistad, hacemos propios los sentimientos é intereses patrios de nuestro consorte, de nuestro amigo: así es que, despues de consumada nuestra independencia, no han faltado personas que, enlazadas por diversas causas con españoles, nos han echado en cara y nos reprenden á cada paso nuestra emancipacion: otro tanto tuvo lugar respecto de los franceses cuando en mil ochocientos treinta y ocho fueron espulsados del territorio de la República, á consecuencia de haberse declarado la guerra á su nacion, y semejantes casos se presentan igualmente en otros paises que me abstengo de citar.

Por otra parte nada debia estrañarse en el particular de una persona que no habia recibido de su patria beneficio alguno, como tengo indicado. Nació, segun lo aseguran algu-

nos, en Jalisco, aunque muchos sin duda los mas respetables y con mayor fundamento, afirman que en México y otros no pocos en Coatzacoalco. Ignoro en que se hayan podido apoyar los que la han juzgado Jalisciense hallándose Jalisco tan distante de México, aunque por otra parte sea cierto que observaba en lo general sus mismas costumbres, guardaba sus propias leyes, reconocia como suyo el gobierno del imperio, y finalmente, hablaba tambien su idioma; y mucho mas, si se atiende á la residencia de su familia al tiempo de aparecer los conquistadores, y al lugar donde fué regalada á estos bastante remotos aun de la misma México, queda vacilante la fé que deba darse á tal opinion. No han sido iguales los fundamentos de los escritores que la hacen originaria de México: capital esta de un rico, vasto y poderoso imperio, centro del saber y del comercio en Anáhuac, foco de la opulencia como corte de un gran monarca, nada singular era que se encontraran establecidas en ella las primeras, las mas distinguidas familias de la monarquía, así que, cuando faltaran los testimonios de los contemporáneos, sobran razones muy fuertes que persuaden la realidad de este aserto. Ni faltan presunciones muy vehementes en favor de los que asientan que nació en Coatzacoalco, pues que aquí estaba domiciliada su familia en la época precisamente de la venida de los españoles, y ella por otro lado, no se hallaba en pais muy lejano: lo mas probable parece ser que, originaria de Jalisco provincia entonces sujeta á México, su familia, trasladada despues á la capital del imperio la hubiera tenido en esta y pasara en seguida á Coatzacoalco llevándola consigo: todo lo que acaso ha dado motivo á la variedad y discordancia con que sobre este hecho han escrito los autores, y que por otra parte se deduce de sus propias relaciones.

Era el padre de la Malíntzin Cacique de Coatzacoalco, aunque Clavijero, Bernal Diaz del Castillo y otros afirman que de Painalla de que dependia Coatzacoalco. Falleció dejándola aun en edad muy tierna: su madre pasó á segundas nupcias, y tomando su nuevo marido el cacicado del primero, habiendo tenido un hijo en este matrimonio, como no podia reservarle el señorío y riquezas de la familia, perjudicando á la Malíntzin legítima heredera y sucesora, y á quien no pudiera despojar de sus derechos, concedidos espresamente por las leyes fundadas nada ménos que en los estrechos vínculos de la sangre, intentó deshacerse de ella. Parece cierto, aunque no lo he visto así escrito, que la madre arrastrada por el amor natural impidió que se la privase de la existencia, é inventó un espediente fácil y seguro, recurso que en su sexo no se tiene dificultad en encontrar, pues nada tan á propósito para salir de un mal paso, é imaginar un ardid, como una muger. Sucedió pues que falleciera la hija de una esclava suya algo parecida, segun Clavijero, á la Malíntzin, y aprovechando la oportunidad, la madre y el padrastro de esta, fingieron ser ella la muerta, haciendo al efecto las exéquias que la correspondian segun su clase y dignidad.

Me inclino á creer que la jóven Malíntzin se halló algun tiempo, aunque fuese corto, en el establecimiento de niñas de Tenochtitlan que estaba confiado á la direccion de los sacerdotes y sacerdotisas, porque si bien es cierto que de este establecimiento no salian las jóvenes, sino estando ya en edad nubil, precisamente para casarse, ó para consagrarse, conservando su virginidad al servicio de la Diosa, pudo suceder muy bien que las pensionistas, á las cuales sin duda pertenecia la Malíntzin, no tuviesen tal sujecion y acaso su madre y padrastro pretestando enfermedad de ella la sacarian y quizá fué cuando intentaron su crímen. El único fundamento, y á mi entender no leve, que me hace abrazar esta opinion es la cultura que manifestaba la Malíntzin, así como su facilidad en comprender la que solo se adquiere por medio del ejercicio, y que por otra parte la acreditó bastante desde que fué presentada á los españoles. Aunque hay que advertir que no solo este establecimiento se sostenia en Tenochtitlan, sino que habia ademas otros, dependientes directamente de la autoridad pública, ó bien de particulares, en los cuales siempre intervenia la autoridad, pero no con otro objeto que con el de cuidar que no se corrompiera la moral, y para que con arreglo á ella fuesen enseñados los alumnos. En estos establecimientos no parece se sujetaban los jóvenes á las condiciones que en aquel: no todos comian á espensas del colegio ó escuela, sino que se les llevaba, segun dicen Herrera y Torquemada, la comida de sus casas, y muchos asistiendo solo á las labores de enseñanza comian y dormian en sus propias casas como se verifica aun hoy entre nosotros. Es verdad que los espresados Herrera, Torquemada y otros que han escrito sobre esto, no hacen mencion mas que de establecimientos de hombres, pero debe juzgarse que existian semejantes para niñas de las relaciones de los mismos autores, y el

padre de la Malíntzin cuidadoso de darla una educacion brillante y cual correspondia á la nobleza de su linage, la colocó acaso en uno de estos establecimientos particulares, llevándosela, al fallecimiento de su padre, á Coatzacoalco, la madre y padrastro.

Sea pues lo que se quiera, la Malíntzin, luego despues de haber sido fingida su muerte fué dada á unos indios mercaderes de Xicalanco á donde la llevaron estos, regalándola despues al Cacique de Tabasco, quien la dió, como hemos dicho, á Cortés.

Los escritores extrangeros, continuando en su propósito de denigrarnos, dicen que al llegar á México la espedicion se sorprendieron los indios á la vista de doña Marina y la juzgaron una divinidad que guiaba á los conquistadores, á los cuales, aseguran los mismos, que llamaban hijos del Sol. La razon que como motivo de esta sorpresa se alega, es que no se veía otra muger que los acompañara, y que entre los mismos indios no se le hallaba semejante en dotes. Las propias personas que esto escriben aseguran poco ántes, que les fueron dadas á los conquistadores en Tabasco ademas de la Malíntzin diez y nueve hermosas doncellas, en Veracruz recibieron de Mocteuzoma por medio de sus embajadores algunas mugeres enviadas á Cortés con el único, esclusivo objeto de que les sirviesen en trabajar el pan de maiz, en prepararles otros alimentos y prestarles los demas oficios domésticos y familiares; en Tlaxcallan finalmente, como en pruebas de amistad, les fueron dadas las hijas de los principales señores de la República, entre otras doña Luisa Techquialvatzin hija de Xicotencatl el viejo que presentó á Alvarado para muger propia. Así es que los españoles á su arrivo á México llevaban sin duda consigo, mas de una muger; pero aun suponiendo que solo fuesen acompañados de la Malíntzin, no era posible que ignoraran los mexicanos su orígen y la causa de su permanencia entre los mismos españoles cuando se habian hallado con estos diversos embajadores del soberano, y por otro lado las relaciones de los soldados indígenas que de diversas partes se habian agregado á Cortés, eran muy suficientes para informar á los moradores de Tenochtitlan.

No podrá sostenerse jamas sin contradiccion que á los mexicanos sorprendiera la Malíntzin por sus cualidades, porque no es posible que el pais que produjera una muger dotada de talento y hermosura, no tuviera en su seno otras si no iguales, semejantes al ménos, puesto que la naturaleza no habia de limitarse esclusivamente á una sola persona; de lo contrario, que nos muestren la razon nuestros *panegiristas* que así se esmeran en *prodigarnos elogios*.

Regalada pues la Malíntzin á Cortés, y por este á Alonso Fernandez de Portocarrero, por ser como dice un autor, "de buen parecer, y atrevida é desenvuelta" esto es, hermosa y de genio franco, sabiendo, como sabia, los idiomas Mexicano y Maya, ella y Gerónimo de Aguilar, quien con ocasion de haber estado cautivo en Tabasco habia aprendido algo el idioma Maya, eran los medios de comunicacion entre los mexicanos y los españoles, aunque no ha faltado quien asegure de nuestros *caros escritores* de que acabo poco hace de hablar, que la Malíntzin olvidara su idioma nativo; pero mal se combina esto, con que sirviera de intérprete á los que hablaban sin que ella los entendiera, y por otra parte ya no pudo sorprender á los mexicanos porque hablaba su mismo lenguaje.

Los principales sucesos de su vida despues de haber sido bautizada (respecto de lo cual se ha escrito muy poco, pues solo se menciona que al dia siguiente de regalada á Cortés, es decir, el domingo veinte de marzo de mil quinientos diez y nueve, sin espresar si fué ó no catequizada, luego que oyeron misa los españoles, predicándoles á ella y á sus compañeras Fray Bartolomé de Olmedo, religioso mercedario, que se hacia entender por medio de Gerónimo de Aguilar, les administró en seguida el bautismo) están de tal manera enlazados con los de la conquista, que no puede hablarse de aquellos pasando en silencio estos. Sin embargo, presentaré únicamente los mas notables.

Se refiere que hallándose Cortés en Cholula, ya en relaciones amistosas con los moradores del lugar, adonde entró á consecuencia de diversas ofertas y continuas instancias que ellos mismos le hicieron, y despues tambien de haberles protestado que no llevaria en su compañía á los Tlaxcaltecas, á quienes conservaban un odio implacable é inveterado, trataron los mismos choluleses con los mexicanos de armar una emboscada para deshacerse de enemigos tan poderosos; pues que el rey de México despues de suplicarles, ya por escritos, ya por legados, que se retirasen, y dándoles al efecto opulentos regalos, como viera que no lo conseguia y se hallara ademas temeroso de que entraran á su corte, á la cual se aproximaban demasiado, envió unos comisionados á Cholula con el fin de perderlos. De ninguna manera encomiaré esta accion depravada, singularmente de parte de los de Cholula, la cual repug-

na al mismo derecho natural, siendo un arbitrio inicuo del que no debe echarse mano, sea cual fuere la causa que lo motive; mas fué sin duda favorable á Doña Marina que encontró una ocasion para acreditar su fidelidad. Luego que, por una señora principal, que parece era la misma muger del cacique, tuvo noticia de la ocurrencia, á fin de que se salvara huyendo el peligro, sin despreciar el anuncio, comunicó inmediatamente la traicion á Cortés, quien activo en sus medidas burló los intentos de sus enemigos y castigó á los caudillos.

Ademas de la condicion natural de Doña Marina, el amor que tuvo á Cortés parece que influyó mucho en la prosperidad de este en todos los sucesos de la conquista. Deseoso de conservarse su afecto Cortés, siempre procuró portarse grande y generoso en su presencia; por eso fué que apenas se hubo separado de ella, y diera muerte infame y cruel á los soberanos de México, Acolhuacan y Tlacopan, á pesar de las súplicas de sus capitanes, que no pudieron menos de llorar á la vista del suplicio y sumision de los reos. No tuvieron mas culpa los infelices Monarcas, que haberse lamentado de su desventura: un indio infame, bajo, adulador, que bien merecia la pena que aquellos sufrieran, no satisfecho con referir á Cortés lo que les oyera, agregó calumniosamente que trataban de quitarle la vida, tramando al efecto una conspiracion que estallaria si no los castigaba de un modo ejemplar. Cortés, cansado ya sin duda, de llevar consigo aquellos reos, dispuso al momento que fuesen ahorcados en un árbol, por mas que intentaron persuadirle de su inocencia. Instruidos los míseros soberanos en los dogmas de la religion del Crucificado, miembros de la comunion católica, hicieron las disposiciones espirituales propias de un hijo de la Iglesia de Cristo, y murieron con la muerte de los mártires, enterneciendo con sus actos piadosos y con la humilde resignacion peculiar de un cristiano, á los mismos soldados y á los sacerdotes españoles que los auxiliaron, y cuyo llanto fué desoido de Cortés. La sangre de estas tres inocentes víctimas ha corroido las páginas de oro, que las hazañas del conquistador le hubieran merecido. Así pues, léjos de la Malintzin, Cortés manchó siempre con actos pérfidos su nombre; estando ante ella, su conducta puede decirse, que fué irreprensible. A esto parece debe atribuirse que, despues de la toma de México, se opusiese á obsequiar los inicuos intentos de sus avaros compañeros de armas, cuando trataron de atormentar á los mismos soberanos de México, Acolhuacan y Tlacopan, para hacer que declarasen en qué parte habian escondido el tesoro, que regalado por Mocteuzoma á los mismos españoles, estos, en su precipitada fuga no habian podido sacar del palacio de Axayacatl que les sirviera de habitacion durante su residencia en Tenochtitlan. Doña Marina fué tambien quizá causa de la indignacion del mismo Cortés, luego que supo la crueldad del bárbaro tormento que al fin se hizo sufrir á aquellos monarcas.

Cooperó tan poderosamente á la conquista la Malintzin, que sin ella acaso no se habria logrado, ó hubieran tenídose mayores obstáculos que vencer: "fué" dice Bernal Diaz del Castillo, "gran principio para nuestra conquista, y así se nos hacian las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente." Suavizaba ella, por una parte, el carácter español, y les atraia por otra aliados, haciéndolos parecer grandes: é Doña Marina, son palabras del mismo autor refiriendo la separacion de Cortés del lado de Mocteuzoma para ir á atacar á Narvaez, "como era muy avisada, se lo decia de arte que ponia tristeza en nuestra partida...." los hacia admirar de sus enemigos; animaba en los combates á los que peleaban con ellos; así en Tlaxcallan desanimado Juich Cempoalteca y medroso, huia ya temiendo por el éxito de la campaña; mas ella le reanimó pronosticándole la victoria que en efecto se alcanzó y la tributaba él despues grandes elogios; y no solo él, los mismos españoles, y al efecto oigamos uno que dice: "y digamos como Doña Marina con ser muger de tierra que esfuerzo tan varonil tenia, que con oir cada dia que nos habian de matar y comer nuestras carnes, y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamas vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de muger:" descubria los planes que se formaban para destruirlos como en Cholula, de cuyo hecho he hablado ya: suavizaba las palabras ásperas de los mismos españoles que proferian ante pesonas temibles por su poder, ó que por su gerarquía debian ser acatadas, como en México cuando se trató de reducir á Mocteuzoma á prision, supo dulcificarle las voces depresivas y denigrantes á la autoridad real con que se espresaron los osados capitanes de Cortés: ella, en fin, era conducida por el amor, cuyo idioma es uno mismo entre todos los hombres.

Fué su afecto á Cortés tan estremado, que hallándose en su viage á Honduras el año de mil quinientos veinticuatro, en Tabasco, adonde por llamamiento del mismo Cortés hecho á los indios de las cercanías, se presentaron su madre

y hermano entre otros, (su padrastro habia ya muerto en esta época) sobrecojidos de temor luego que la conocieron, ella les dijo: "que Dios le habia hecho mucha merced en quitarle de adorar ídolos agora, y cristiana, y *tener un hijo de su amo y señor Cortés*, y ser casada con un caballero como era su marido Juan Xaramillo, que aunque la hicieran cacica de todas cuantas provincias habia en la Nueva-España, no lo seria, que en mas tenia servir á su marido é á Cortés que cuanto en el mundo hay: y esto," continúa Castillo autor de esta relacion, "se lo oí muy certificadamente, y se lo juro, amen."

Podria echársele en cara á mi heroina que hiciera mérito de sus amoríos con Cortés, en desprecio de una religion pura y santa en el mismo momento que blasonaba de haberla abrazado, y mas se la culpara atendiendo á que aun en el culto mexicano estaba condenado el adulterio; pero debe, antes de ser juzgada, considerarse en las circunstancias de la época, y tambien ha de fijarse la atencion en sus propias expresiones que de ninguna manera la presentan criminal. En ese tiempo, los mismos conquistadores que *propagaban* la religion evangélica, no tenian escrúpulo el mas mínimo en hacer uso de las mugeres indígenas sin unirse á ellas en matrimonio; ni podría esperarse otra cosa de la soldadesca, gente, por lo comun, sin principios morales ni políticos, que no tiene mas leyes que la ordenanza, que solo reputa crímen la violacion de esta, principalmente en casos como el de los conquistadores, en que los gefes tienen que tolerarle las mayores faltas por mantenerla grata; y sin salir de la historia de la conquista, ella nos suministra una prueba evidente de esto en la sangrienta carnicería hecha por órden de Alvarado: accion imprudente á la vez que impolítica, que pudo haber costado caro á su autor, á no llegar tan á tiempo Cortés, quien ni la mas leve reprehension hizo á Alvarado temeroso de perderle. Respecto de tomar á las Indias, tenemos como ejemplo al mismo Alvarado, al que como hemos dicho le fué dada la hija de Xicotencatl que por ser hermosa y de bellas prendas, no reusó admitir, y en la que despues de bautizada con el nombre de Luisa, tuvo algunos hijos: otro tanto sucedió con los demas capitanes y soldados, y el mismo Bernal que dice: "y era tan bueno (Mocteuzoma) que á todos nos daba joyas, á otros mantas *é indias hermosas*. Y como en aquel tiempo era yo mancebo, y siempre que estaba en su guarda ó posada delante de él, con grande acato, le quitaba mi bonete de armas, y aun le habia dicho el page Orteguilla que vine dos veces á descubrir esta Nueva-España primero que Cortés, é yo le habia hablado al Orteguilla que *le queria demandar á Mocteuzoma que me hiciese merced de una india hermosa:* y como lo supo el Mocteuzoma me mandó llamar, y me dijo: Bernal Diaz del Castillo, han me dicho que teneis motolinea de oro, y ropa, *yo os mandaré dar hoy una buena moza, tratalda muy bien, que es hija de hombre principal...*" "y entonces" continúa mas adelante, "alcanzamos á saber que las muchas mugeres que tenia por amigas casaba dellas con sus capitanes ó personas principales muy privados, y *aun de ellas dió á nuestros soldados, y la que me dió á mí era una señora de ellas, y bien se pareció en ella*, (esto es, tuvo *buen gusto en ella) que se dijo Doña Francisca*." Y teniendo los indios á la vista tales ejemplos de sus propios maestros, no podian exigirles mejor conducta; cuando para acometer cualquier empresa los españoles invocaban el auxilio del Cielo, celebrando el sacrificio incruento de la víctima sin mancha, y no se retraian, sin embargo, de la liviandad, sus discípulos no debian mirar esta como delito.

Por otra parte, la conducta de Doña Marina no era contraria á sus leyes y costumbres patrias. Observábase por estas, entre los pueblos Aztecas, que luego que un jóven se hallaba en edad nubil, podia, queriendo, tomar muger sin desposarse con ella, en cuyo caso no estaba obligado á obtener el consentimiento paterno; pero inmediatamente que tenia un hijo en ella, los padres de esta le requerian para que la hiciese su muger legítima, ó bien la volviese á su familia, á fin de darla un marido honrado: si se decidia por el primer estremo se efectuaba el matrimonio, que no tenia otra solemnidad legal que el consentimiento mútuo; mas en caso contrario, los padres de la jóven se la llevaban á su casa sin poderse ya unir á otro, sino prévia la aprobacion paterna, y precisamente en matrimonio: otro tanto sucedia respecto del varon queriendo tomar otra muger. Estas eran las disposiciones legales de los pueblos antiguos del nuevo continente, en los que por las costumbres era lícito el concubinato. Estas mismas disposiciones eran tan fuertes en lo relativo al adulterio, que á pesar de lo mucho que se economizaba la pena de muerte, tenia lugar en este delito, aplicándose, como siempre que debia hacerse por el consejo supremo, erigido en tribunal y presidido por el rey. No eran, por otra parte, mas puras en este particular las costumbres europeas, cuando prohibiéndose á los eclesiásticos el ma-

trimonio á fin de que no se distrageran del ministerio divino, con los negocios familiares, se decia que les estaba permitido el concubinato que toleraron las mismas leyes hasta el Concilio de Trento, que celebrado por los años de quinientos cuarenta y nueve y cincuenta, es decir, veintinueve ó treinta despues de la conquista, cortó de raiz este abuso, y los que se cometian á cada paso por la clandestinidad del matrimonio. Ademas, Doña Marina hacia alarde de tener un hijo de Cortés, pero lo tuvo ántes de haberse ella casado. Lo único que podria deducirse de las espresiones de Doña Marina es, que no recibió México la religion en toda su puerza y candor, lo que serviria para reprender á los conquistadores que la trasmitieron acompañada de la corrupcion europea.

Era tan íntima la union de Cortés y Doña Marina, que de los mismos indios era conocida, y tanto, que le daban el nombre de Malinche, (Malintzin,) asegura Castillo, al dirigirle la palabra, lo que equivalia á llamarle capitan de Malintzin. De este modo se espresó Xicotencatl cuando en nombre de la república de Tlaxcallan aceptaba la paz que aquel la ofreciera, y le presentaba el don de trescientas mugeres que el conquistador rehusó, pretestando que su religion le impedia tener mas de una, siendo ya casado en España con una señora principal; sin embargo, por no ofenderlos, pudiendo parecer que los desairaba, recibió algunas que le instaron tomara para el servicio de la Malintzin, y ademas otras que repartió á sus soldados. Los embajadores de Mocteuzoma, en las diversas embajadas que de este monarca recibió Cortés, le dieron un trato semejante al de Xicotencatl, es decir, le llamaron de la misma manera que este respetable y distinguido senador, y no de otro modo lo hizo el mismo emperador en todo el tiempo que se comunicaron, que fué hasta su muerte.

No abandonó á Cortés la Malintzin ni en las circunstancias mas azarosas. Cuando en el tumulto de los mexicanos quiso que se asomara Moctenzoma, á fin de que con su presencia y perorándoles se contuvieran, por obsequiar sus deseos la Malintzin, apareció con intrepidez y sinceridad delante del peligro, que fué tal, que el mismo Monarca resultó de allí lastimado, y tan gravemente, que á consecuencia de la herida, aunque no como única causa, espiró á muy pocos dias. En el ataque que dieron dentro de la capital los mexicanos á los españoles: en la precipitada fuga de estos de Tenochtitlan, despues del fallecimiento del infeliz soberano: en el prolongado sitio de esta misma ciudad, siempre se encontró á Doña Marina cerca de Cortés, hasta concluida la conquista. La única vez que pudo haberla dejado, así lo exigian las circunstancias, fué cuando tuvo que marchar á combatir á Narvaez; mas aun en esta ocasion, á pesar de que como dicen los historiadores, procuró ir á la ligera sin llevar consigo á las mugeres, no se separó por esto de su Marina, como que ella le comunicaba movimiento en todas sus empresas; así que, le acompañó en esta, quedándose á poca distancia con el bagage en Cempollan.

Grande fué su gozo cuando despues de haber salido de México huyendo de la persecucion, y aun ántes de haberse restablecido de la fuga, descubrió que habia logrado escapar salva Marina. No fué ménos el placer que esperimentaron los soldados españoles, como lo manifiesta un testigo ocular que representaba en la misma escena. „Olvidado me he," dice, „de escribir el contento que recibimos de ver viva á nuestra Doña Luisa, hija de Xicotencatl, y *nuestra Doña Marina*, que las escaparon en las puentes unos de Tlaxcallan, que eran hermanos de Doña Luisa, que salieron de los primeros, y quedaron muertas todas las demas Navorias que nos habian dado en Tlaxcallan y en México, allí quedaron en las puentes con las demas."

Ni fué menor el regocijo que causó á los mismos indios, pues de los Tlaxcaltecas, „¡qué fiesta," dice el mismo autor, „y alegria mostraron con Doña Marina y Doña Luisa, cuando las vieron en salvamento!"

Concluida la conquista, Cortés casó á Doña Marina con Juan Xaramillo á quien tocó, en la distribucion que se hizo de terrenos, una parte de Xilotepec. Si Xaramillo no fué uno de los capitanes que mas se distinguieron porque se ha escrito de él muy poco, no fué por cierto de los que ménos parte tomaron en las empresas de Cortés, se halló con este en sus principales escursiones, y le acompañó en los pasos mas arriesgados. Cuando tuvo que combatir á Pánfilo de Narvaez, Xaramillo llevaba el tercero ó cuarto lugar entre los gefes de la vanguardia; en colocacion semejante se encontró en la armada dispuesta para el sitio de México; en el viage á Honduras de Cortés, de que llevo hecha mencion, fué en su compañía, y así en otros encuentros y ataques del célebre capitan. El trato frecuente que la circunstancia de acompañar á Cortés proporcionaba á Xaramillo y Doña Marina, engendró en ellos el amor que dió por último resultado su matrimonio.

Acaso Cortés se habria unido á ella con este vínculo, si no lo estuviera de antemano á otra. Parece que con ocasion de haber terminado lo mas resgoso de la conquista, Cortés se vió obligado á hacer venir á Nueva España de la Habana, á su esposa, y por consecuencia, á suspender el trato ilícito que hasta entónces habia tenido con Doña Marina; de otra suerte quizá no se habria ella casado.

Durante sus relaciones con Cortés y á virtud de ellas tuvo un hijo que se llamó Martin, conservando el apellido de su padre. El rey de España le consideró mucho, y le condecoró con títulos y distinciones honoríficas. De él descienden los duques de Terranova y Monteleone, marqueses del Valle de Oajaca. En la capital y en gran porcion de la Nueva España poseia cuantiosas riquezas, y su casa fué una de las mas poderosas del reino; hoy existe radicada en Italia, y á juzgar por el nombre de familia, nadie reconocerá que habia tenido por raiz un Cortés, símbolo de la union de México y España.

Génios turbulentos y maléficos persiguieron á Don Martin algunos años despues de la conquista, por sospechas de conspiracion; de esta manera correspondian las autoridades del vireinato, á los trabajos de Cortés y de Doña Marina, que aumentaran considerablemente el brillo y estimacion de la corona de Castilla, y que les proporcionaran á ellas mismas un territorio inmenso donde estender su poder. Don Martin, pasado algun tiempo despues de esta ocurrencia en la que sufrió mucho, falleció, no sin dejar ántes sucesion.

El último viage en que parece acompañó Doña Marina á Cortés, que fué el que hizo á Honduras, estaba ya casada y sus relaciones con el conquistador habian cambiado de aspecto. Unido este á su muger Doña Juana Suarez, miraba á aquella con aficion, es cierto, pero solo la conservaba su aprecio y un amor puro y sincero. En este viage se dejaron ver en Doña Marina una generosidad y nobleza de espíritu inimitables; no conservaba animosidad contra sus parientes por haberla despojado de sus intereses, y privado de su señorío y del goce de su libertad; se contentó solo, al verlos, con una ligera reprension de que ya hablé en otra parte, y pidió ademas que se les conservase en la posesion de sus dominios.

Pasó Doña Marina con su esposo á la Península, en cuya corte fué tratada como una señora de distincion. Se halló colmada por el soberano, de honores en justa retribucion de sus importantes y señalados servicios. No se sabe á punto fijo el año en que dejó de existir, solo sí, que acaeció en España despues de haber brillado como una de las primeras damas de la corte. De su matrimonio, en el que siempre mantuvo una amistad constante y firme hácia su esposo, dejó algunos hijos á quienes pasó sus títulos, y que fueron el principio de las primeras casas de la Nueva España, si se exceptúan las de los marqueses del Valle, la de los condes de Mocteuzoma, descendientes del segundo monarca de este nombre, y las de los señores de Ixtlilxochill, últimos vástagos de la dinastía real de Acolhuacan. Aun hoy existen algunos restos de estas familias, y el nombre de Doña Marina se conservará indeleble, miéntras no se borren del libro de los fastos del mundo los hechos de la conquista de la mejor porcion del nuevo hemisferio.—CARLOS M. SAAVEDRA.

EL CUENTO DE LA VIEJA.

I.

Quiero volver el pensamiento á los recuerdos de mi niñez, á aquel rincon del norte de España, que separado de las demas provincias del reino por la gigantesca sierra que se desata del Pirineo, y del resto de la Europa por las revueltas olas del Golfo de Cantabria, ha representado tan principal papel en el sangriento drama de la pasada contienda. Aquella tierra montañosa, donde las brisas de occidente discurren armoniosas en la florida primavera y el delicioso estío, donde los vientos helados del Norte amontonan en el invierno, los fúnebres crespones de las cenicientas nieblas sobre las nieves blanquísimas de las escarpadas cimas; aquella region á veces sombría y taciturna, no tiene la menor analogía con la eterna primavera de las risueñas Andalucías: en ella no resuenan las auras cargadas de perfumes orientales, ni las blandas canciones, ni las moriscas trovas de enamorados galanes; aquellas cuevas de sus montes salvages, aquellas cóncavas grutas de sus costas en donde el mar pe-

netra con sordo rumor, parecen mas bien destinadas á repetir los ecos robustos del harpa de Osian, los cánticos guerreros de los bardos de Morvén. ¿En donde está el inspirado vate que sobre el atrevido promontorio, que rompe con brazo de roca las espumosas ondas de la mar, cante, Homero de la edad media, las ínclitas proezas de los indómitos cántabros? Aguardad á que el poder de los siglos venideros, le engendre en el fecundo seno de aquella naturaleza prodigiosa.

Era una noche fria del invierno del año de 182.... Asomado á una estrecha ventana de mi hogar, en la aldea de L...., niño de pocos años, paseaba mi imaginacion infantil por los apacibles vergeles de un mundo ideal, inocente y tranquilo como entónces mi espíritu, y melancólico como ahora mi corazon. Mis ojos recorrian distraidos la llanura cubierta de nieve: mis oidos escuchaban á lo léjos el son del mar que se estrellaba en la distante playa; y mis manos y mi rostro se entumecian al frio contacto del viento helado que pasaba, ó del copo de nieve que caia. A mi espalda y al rededor del chispeante fuego de la apetecible cocina, habia sentados á mas de los de una parte de mi familia, como hasta doce personages, vecinos y vecinas de la aldea. Preciso fué para apartarme de aquella ventana, desde donde tan atento veia á los esqueletos de los árboles negrear entre la blancura del llano y del montecillo, que se hablase de repartir las sabrosas castañas que acababan de asarse al rescoldo de la lumbre. Cerré, pues, el postigo, y miré con indiferencia el cuadro que delante de mis ojos tenia. Allá jugaban al *truquiflor* algunos ancianos, cuya fisonomía patriarcal acertaba á veces á mover el módico interés que se cruzaba en el juego: mas inmediatas á la llama, hilaban su copo algunas rugosas y encanecidas viejas, gastando en esta operacion la poca saliva que les dejaba la continua conversacion sobre los milagros que obraban las mas famosas imágenes de las vecinas hermitas: tal cual de ellas deslizaba entre sus trémulos dedos las gruesas cuentas de un rosario de 15 *diezes*, que rezaba entre dientes: mas distantes, algunas personas mozas departian sencillamente acerca de la campestres diversiones del pasado domingo ó de la última romería; y si entre ellas cruzaban algunas dulces miradas de inteligencia, de cariño ó de enojo amoroso, no las percibian mis ojos, porque ignoraba mi corazon la existencia de ese sentimiento, que emana inmediatamente de uno de los dos grandes instintos, de las dos grandes leyes de los seres animados: por último, al frente de la lumbre, y en lugar privilegiado, habia sentadas dos personas; una anciana respetable, baldada y taciturna, en cuyas rodillas se apoyaba la rizada cabeza de un niño.... Eramos mi abuela y yo!

—Vamos, tia Ursula, un cuento de los buenos, para que despues cada mochuelo busque su agujero; porque la noche anda sin mirar atras; esclamó Juancho, el arrendador del molino.

—Sí por cierto, que el otro dia (por señas de que el señor cura párroco me hizo empréstito de un libro para que leyera mi nieto Colás) llegó á mis nuevas la muy vieja de una historia de lo lindo, que pasó en parte en este mesmo pueblo allá en tiempos de antaño, no sé cuando; pero ya no habia moros en España, aunque sí quedaban brujas, judíos y gitanos. Ampárenos Dios! mas como me dé á entender mi poca cencia, contarlo hé con permiso de la señora, para divertir al chico.—

Cesó el juego de los ancianos, recojiéronse los rosarios, enmudecieron los mozos, atendimos todos, y la tia Ursula alzando del suelo el badil, con lo que hizo levantarse soñoliento al gato que junto á él dormia, y animando con senda rúbrica sobre la lumbre, el calor de la hoguera, dió principio á su cuento, que parecia ser contemporáneo de Felipe V, y que voy á narrar á mis lectores tal como lo oí, salvas algunas diferencias en el estilo de la narracion.

II.

„Era no sé cual año del Señor; pero si sé que empezaba á amanecer la primavera, y las mozas comenzaban á arreglar sus corpiños colorados y á aderezar sus sombrerillos para las futuras romerías, que fué una gracia de Dios el ver lo lucidas que estuvieron aquel año. Dice el tal libro, que por cierto que le escribió un lego del convento de San Francisco de Laredo en las horas que tuvo desocupadas durante los diez y ocho años que estuvo aprendiendo el latin; pues, como iba diciendo, reza el tal libro que muerto el rey, que estaba endemoniado, hechizado ó qué se yo, vinieron los franceses á pelearse con los tudescos, que son de una tierra que está pasando la mar, sobre si ellos ó estos habian de mandarnos; porque parece manía en los franceses el querernos dominar. Ello es que llegados los franceses, hubo sendas batallas en el reino, y mucho tuvimos que sentir de resultas del hechizamiento del difunto rey; porque todos los mozos de los pueblos fueron á la guerra, y Dios sabe los que allá quedaron. Exceptuáronse los de la vecina villa, porque matriculados entre

las tropas de las galeras del rey, solo en mar habian de prestarle servicio; pero en tierra armaron graves alborotos por diferencia de pareceres, y hubo cuchilladas y rasguños en mas de una reunion, comenzando siempre el pleito por las lenguas, que como dijo dias atrás en el sermon el vicario de monjas, son las campanitas con que el enemigo malo llama á junta concejal á las pasiones de los hombres.

,,Habia en la villa dos jóvenes, gallardos como dos nogales; pero opuestos en opiniones y conducta como realistas y constitucionales, como el fiel de fechos y el señor escribano, mi compadre: ambos en sus escursiones habian, ayudados de sus parciales, devastado las tierras que fuera de la villa poseia su contrario, y arruinádose mútuamente; porque en esas contiendas el diablo es el que gana; pero lo que mas estrañeza causa, observa justamente el autor del libro, es que siendo tan opuestos los dos mozos en todo y por todo, estuviesen solamente de acuerdo en el amor que profesaban á una niña tan bonita como bien criada para aquel entónces, que se llamaba Angela, y era hija del corregidor Don Roque de Salazar, gran partidario del gabacho, y amigo por ende de Pedro de Almansa, enamorado de la moza, que lo estaba muy perdidamente del carácter dulce y sencillo de Alfonso Castillejo.

"¡Pobre mozo! habia visto desaparecer toda su fortuna, incendiada por los paniaguados de Almansa; su padre habia muerto á manos de este, en la misma refriega en que él quedó cautivo, siendo sentenciado á servir por seis años en las primeras galeras reales que en demanda de tripulacion, arribasen al puerto. No tardaron estas, que la mala fortuna presto asoma; pero el pobre Alfonso tuvo antes de partir el consuelo de hablar con Angela una noche.

—"Se ha cumplido, le dijo, la prediccion de la bruja Teodora. Cuando me acerqué á ella y me tomó la mano para examinar sus líneas, me temblaba el corazon dentro del pecho; porque temia que me hablara de tí, Angela mia; porque temia en la revelacion de un porvenir fatal, ver irremediable la desventura de perderte. Me anunció la pobreza que he sabido sobrellevar, la prision que he podido sufrir y la sentencia insoportable que me separa de tí, bien mio; pero me dijo tambien con un tono profético que un breve placer suele ser á veces el principio de un largo infortunio. ¿Y cuál puedo sentir mas que el de perderte? Todo lo he perdido ya, mi familia, mis bienes, y hasta mi carácter apacible y sencillo; siento nacer en mi corazon las malas pasiones, y una insaciable sed de venganza va secando mi alma y mi garganta. Un lazo nada mas une mi pasado con mi porvenir, ese eres tú: una vez roto, daré suelta á mis ímpetus, y ay! del que caiga bajo de mi daga.... ay! del que mi brazo pueda precipitar al abismo. Uno de mis perseguidores será nada mas sagrado para mí, tu padre.

—"Gracias, gracias, Alfonso: parte á surcar los mares procelosos del infortunio, yo te esperaré en la orilla de la constancia, amante y fiel, aunque el infierno se conjure en contra de nosotros.... muerta ó viva, pero siempre tuya, en el sepulcro ó en el tálamo! ¿Mas qué ruido? ¿No oyes?

—"Es la bruja Teodora, que me ha conducido hasta tí.

—"¡La bruja, tengo un miedo!!... acércate á mí, solo en tus brazos estaré tranquila.... ¡Qué oscuridad! Dios mio, me quema tu aliento, Alfonso!

—"Angela! apártate, huye de aquí; ten piedad..... piedad de tí misma.

—"Me abraso.... me muero... Alfonso!... misericordia.........................!!"

Faltaban aquí dos hojas del singular libro, que el cura párroco habia arrancado de él para entregársele al nieto de la tia Ursula.

Esta, con difuso estilo, de que quiero dispensar á mis lectores carísimos, continuó contando como Castillejo se hizo á la mar á la siguiente mañana, y como Angela desde aquel dia vivió enfermiza y desconsolada, pretendida siempre del hidalgo Almansa, hombre de ojos torvos y ceño judaico, que prometia andando el tiempo, acabar en un cadalso ó fungir brillantemente en los destinos de aquella revolucion; porque para los grandes pícaros no existe el bienaventurado *justo-medio*.

Sigamos empero nuestra peregrina relacion, que tengo para mí que ha de ser muy soporífera segun el sueño que al escribirla se apodera de mis párpados; y á fuer de fino servidor de mis leyentes, y sobre todo, de los que pertenezcan al sexo de mi heroina, porque es mi fuerte, con perdon del idioma, el ser rendido con las damas, laconizaré, como dije, el estilo de la oradora, de cuyo cuento solamente he podido conservar en la memoria los fragmentos siguientes. Empero felizmente este es el siglo de los fragmentos, y no incurriré en el enojo de los literatos de pelucon, por seguir el espíritu de mi época.

III.

—Abre, vieja maldita; que no soy alguacil del santo oficio, ni vengo á llevarte á la hoguera que mereces.

—Válgate por hidalgo, y que mal humor gasta; á fe que el diablo, mi señor, es mas comedido aun en los conciliábulos que con él tenemos las hermanas al rededor del espino de Cernéula.

—¡Asquerosa harpia! sabe que en ese conciliábulo con que embaucas á los imbéciles, le hiciera la razon á tu señor el demonio con el puño de mi mano ó la punta de mi pié; pero no vengo á tratar de esas brujerias sino....

—Entiendo; dadme vuestra mano derecha.

—¡Ira de Dios! ¿quieres que con ella te haga añicos la cabeza? Despues de venir al través de esos espesos y lóbregos bosques, despues de pasar despeñaderos endiablados, me sales con pedirme la mano, como si fuera yo un clérigo ignorante ó un aleman supersticioso. ¡Voto á Cristo! si tienes el don de adivinar, dí cual es el asunto que á tí me trae; y si no guárdate bien de esos misterios; porque haré que te desgarren tus carnes de hechicera los dientes de mis perros de caza.

La vieja Teodora se inmutó; pero volviéndo en sí de su estupor repentino, que no se escapó á la penetracion del hidalgo. empezó á dar vueltas al rededor de él, describiendo cada vez un círculo mas estenso, y murmurando siempre un conjuro en términos ininteligibles; despues sacó un relicario del seno, abrióle, esparció por el suelo un polvo amarillento, comenzó á temblar convulsivamente, y lanzó un penetrante alarido que repitieron con asombro los ecos mas lejanos de los montes.

—¡Y bien! le preguntó Almansa, que con los brazos cruzados habia presenciado con serena inferencia la ridícula ceremoria.

—Vivo sois de genio, señor Pirata.

—Como!! sabes tu, bruja infame?

—No os desazoneis, D. Pedro de Almansa; allá.... mirad.... en la ensenada, aquella galera negra que está al ancla, sin velas ni banderola, es la vuestra; vuestro teniente os reemplaza perfectamente mientras con tanta frecuencia os paseais en la villa al lado del buen D. Roque de Salazar, que ignora que haceis vuestra brujerias por la costa, como yo pirateo por las tierras de los tontos, segun vuestro parecer.

—Calla, ó este es el último instante de tu vida.

—No lo temais, porque aun no he satisfecho vuestra curiosidad.

Hazlo pronto, si quieres vivir.

—Impaciente como buen enamorado, ¡oh! y lo que es la niña merece todo vuestro cariño ¡qué hermosa es! harto se conoce que no la vió en la infancia ninguna de mis hermanas. ¡Qué sangre tan pura para el alimento de una de ellas! Seguid, señor caballero, que juroos no habeis de hallar mas bella dama en tierras de Castilla, aunque ahora esté algo palidita y enfermiza. Pero es lástima que os haya ganado por la mano el marino Alfonso de quien lleva Angela..........

—¡Impostora! gritó con voz de trueno el Pirata.

—Nada mas cierto, contestó con calma la bruja: la víspera de la partida de Alfonso, veniais de recomendar al capitan de la galera *La Flamenca* que oprimiera con crueles tratamientos á vuestro rival; mientras pasabais por la calle, él la estrechaba en sus brazos, y entónces una voz medio enronquecida cantó en la ventana una copla....

—Que empezaba.

Nunca el mucho vino alcanza
A apagar la ardiente sed.....

—Y concluia, continuó cantando la bruja con un estilo irónico,

Quien busca solo venganza,
Perece en su propia sed.

—Maldita mil veces, rugió el hidaldo arrojándola al suelo: un velo de sangre ofuscó su vista, y pálido, desencajado el rostro, trémulos todos sus miembros, corrió por aquellos despeñaderos y precipicios como ligero gamo, entró en la villa ya al anochecer, y se dirigió á la casa de Angela.

Aquella noche se oyeron en la ensenada los gritos sofocados de una muger á quien sujetaban algunos hombres; poco despues el áspero ruido de áncoras levadas, y á la mañana siguiente, habia desaparecido de la ensenada la Galera negra.

—

No se volvió á saber nada en muchos años, ni de Angela ni del Pirata: algunos creian que un buque que en ciertos dias blanqueaba al anochecer en el horizonte, era el de Pedro Almansa, á quien se habia llevado el diablo, decia la bruja, en aquella misma galera, ahora tripulada por los demonios, que se acercaba á la costa de tiempo en tiempo, para ver de recoger á su bordo las almas de la infeliz Angela y de su hijo, ahogado al nacer por ella misma, y que vagaban en pena, esperando la vuelta de Alfonso Castillejo.

Este habia sufrido con heróica resignacion, cuantos reveses descargó sobre él la grosera autoridad del capitan de *la Flamenca;* y al cabo de algun tiempo de servicio en la real marina, diósele el mando de un buque pequeño de guerra con algunos cañones y hasta catorce marineros, que así respetaban los conocimientos del jóven oficial, como amaban su carácter dulce y resignado y sus modales corteses.

Sensible les fué por cierto la revolucion que operó en el carácter de su comandante, la noticia del trágico suceso de Angela, llegado á oidos de Alfonso á poco de arribado á su patria, de la cual se hizo al mar la misma noche con todo silencio, y sin aguardar las superiores órdenes que debia obedecer.

Y aquí el cuento de la vieja, á guisa de drama romántico dividido en actos, cuadros y escenas, deja el vacio de un año entre uno y otro acontecimiento; lo que no estrañarán los que me lean, poco cuidadosos de la unidad clásica, y tan deseosos de saber el fin de la historia, como yo de concluirla, para reposarme á la sombra de los laureles que á no dudar colocará sobre mi cabeza, andando el tiempo, el génio de la historia. *Sublimi feriam sidera vértice.*

IV.

¿No habeis visto el mar? Imposible es que podais concebir una remota idea de lo infinito; imposible tambien que llegueis á comprender, sin admirar el poderío de ese elemento formidable, el mas pequeño remedo de la omnipotencia del Criador, que desencadena sobre él los tempestuosos huracanes para conmoverle hasta en su fondo de arena ó de roca, y los hace huir rápidos ante las brisas lánguidas, cuando quiere que refleje en apacible calma el sol del claro dia ó las trémulas estrellas de la noche oscura.

Sentado sobre el castillete de popa de un buquecillo pequeño, apoyando sobre la mano una frente arrugada aunque juvenil, fijos los ojos sombríos en el movible llano de las ondas, descompuestos el cabello largo y el retorcido mostacho, meditaba Alfonso Castillejo profundamente sobre su tremenda desventura; anhelaba un poder igual al del elemento que surcaba en pos de una venganza; y el huracán que agitaba su espíritu, parecia cierto presagio de la tormenta que se preparaba á revolver el oscuro espacio de aquella tarde de invierno.

En efecto, soplaba el viento con furia, y crujian con melancólico rumor los cables azotados: las nubes, mas negras á medida que desaparecia de occidente la claridad que en pos de sí deja el sol al esconderse, vagaban desatentadas por el cielo, que poco á poco encapotaban, y chocándose producian un sordo y

prolongado trueno, que seguia de cerca al pálido fulgor de amarillento relámpago, cuya imágen pasaba rápida en las oscuras y espumosas olas.

—Vela por popa! gritó el grumete desde la punta del palo mas elevado del buque. Esta voz conmovió al capitan, que con la velocidad de un tigre se avalanzó á la escala, y subió á comprobar por sí mismo la verdad del grito del grumete.

—Es la Galera negra, dijo Alfonso, en cuyos ojos brillaba una alegría satánica; Piloto Ruiz, disponed el zafarancho inmediatamente. Una actividad silenciosa y enérgica sucedió á la anterior tranquilidad. A poco oyóse la voz de *¡Vira de bordo!*; el vélamen azotado por la tempestad crugió al cambiarse, y la barca, tendida sobre el costado, ciñendo al viento continuo que la heria, cortaba con proa resonante las aguas tormentosas, haciendo rumbo ácia la Galera que se acercaba magestuosa y amenazadora.

Bramó la artillería de uno de sus costados vomitando sobre la barca mil muertes; pero esta, virando de bordo con la ligereza de un corzo, presentaba verticalmente á su enemigo ya uno ya otro lado, y hacia con sus escasos cañones un incesante fuego, que fatigaba á la galera y destruia por lo certero de los tiros, sus jarcias y velámen. El humo era tan denso, el fuego tan continuo, que á pesar de la bravura del viento, los dos combatientes se batian en una atmósfera abrasada, y circundados de una nube que les ocultaba á la vista de los que en la costa atendian con ansia el término de aquella horrible lid entre dos buques desconocidos. En una de las maniobras de la barca, pasó tan próxima á la Galera, que de esta le arrojaron un combustible violento cuyos progresos gigantescos aterraron á la tripulacion; pero Alfonso, viendo la imprescindible necesidad de abandonar su buque, ya incendiado, ó de perecer entre las llamas, coge el viento á su contrario; se acerca á él, se amarra á su costado izquierdo con el auxilio de garfios y otros instrumentos; descarga toda la artillería de su costado derecho, despedazando así el de su contrario; lanza el tremendo grito de: *al abordage!* y seguido de los marineros que le quedaban, se precipita sobre la cubierta de la Galera negra.

Apenas se habia separado de ella la barca incendiada, cuando estalla esta con hórrido fragor y desaparece entre un volcán de llamas, que embarga por un momento el valor de los combatientes. Empero el incendio ha cundido tambien en la Galera, sobre cuyo bordo se ocupaba cada uno solamente en defenderse ú oprimir á su contrario: la sangre manchaba la cubierta que la llama dejaba libre; el pié del que combatia resbalaba sobre el cráneo ensangrentado del moribundo; casi todos los que vivian, se habian precipitado al mar para salvarse del incendio; y solamente dos hombres, con los puñales en los cintos, y las cuchillas en las manos, se buscaban con rábia desesperada sobre aquel puente abrasado, que se hundia bajo sus piés. Allá junto á la popa se encontraron por fin; pero uno de ellos retrocedió aterrado ante su competidor, y de un salto se lanzó al mar, gritando: *Alfonso!*

¡Pedro! prorrumpió el otro, arrojándose en pos de él.

En aquella mar donde fluctuaban en confusion tablones, cables y miembros mutilados, buscaban en vano por la oscuridad los ojos relucientes de Alfonso, á su aborrecido rival; ve á un hombre que nada, le sigue con la velocidad de un pez, va á asirle, cuando estalla horrísona la incendiada Galera, y á su luz mortecina reconoce á uno de sus mismos marineros. . . . pronunció entónces una horrorosa blasfemia, clavó sus dientes en su mano, y de aquellos y de esta brotó un poco de sangre.

Héle allí. . . . le reconoce, se precipita á él con la ligereza de un rayo, y el uno detras del otro nadan durante mas de media hora, hácia la costa, por una mar mas irritada y rugidora: una ola los acerca, otra los separa; vuélvense á encontrar. Alfonso hace un esfuerzo para asir al pirata, y cuando cree conseguirlo, un golpe de mar los aleja. Pedro lanzó un grito de esperanza, su rival un rugido de despecho. Por largo tiempo estuvieron próximos, pero sin verse múluamente. Castillejo como el tigre en acecho, no respira para escuchar mejor; su contrario hace un movimiento que le vendió: lánzase á él Alfonso, tócale por fin, le oprime entre sus robustos brazos, y el golpe formidable de una montaña de agua, los arroja desmayados sobre la arena de la costa.

Era esta una ensenada chica que forman inmediata al pueblo de L. . . ., por el Este un precipicio profundo, al pié del cual el agua toma un color negruzco, ya sea por efecto de las rocas negras que hacen su fondo, ya por la altura prodigiosa desde donde se mira; y por el Oeste un derrumbamiento de tierra, y un declive de piedra blanquecina y azulada, en el que años despues se ha esplotado una mina de yeso; pero que impracticable en aquel tiempo, impedia todo acceso á la ensenada, donde en misérrima choza se albergaban sustentándose de mariscos, una muger y un niño.

Apénas volvió en sí el Pirata, quiso inútilmente desprenderse de los brazos de su enemigo: alzóse este con rábia convulsiva, y sacudiéndole con violencia le arrojó á dos varas de sí, y quedaron el uno en frente del otro: sin proferir una sola palabra, echaron ambos manos á los puñales del cinto, y se embistieron en medio de la oscuridad de aquella noche tempestuosa, como dos tigres que se disputan una presa. Poco duró el combate; un ay! lanzó moribundo el Pirata, y se desplomó exhalando el postrer suspiro: Alfonso, arrojando sangre de una profunda herida, se dirigió en demanda de socorro á la vecina choza, en donde espiró en los brazos de una muger demente y con horror de un niño que huyó espantado á esconderse en una roca. Eran Angela y su hijo; ni ella ni él conocieron al moribundo Alfonso.

V.

Aquí concluyó la vieja su narracion: la lumbre del hogar se habia ido apagando lentamente; los vecinos se retiraron contristados con la horrorosa leyenda, y con ella deliré toda la noche entera sin poder conciliar el sueño, hasta que el alba tardía empezó á iluminar debilmente los vidrios opacos de la ventana de mi cuarto.—C. Collado.

CARÁCTER, COSTUMBRES Y CONDICION DE LOS INDIOS,

EN EL DEPARTAMENTO DE YUCATAN.

[Escrito para el LICEO MEXICANO por Don Gerónimo Castillo.] (1)

Es el indio yucateco un monstruoso conjunto de religion é impiedad, de virtudes y vicios, de sagacidad y estupidez, de riqueza y miseria. Nacido en el seno del cristianismo, é iniciado en sus augustos misterios, adora á la Divinidad y respeta el sacerdocio, hasta incidir en el fanatismo y la supersticion; muriendo no obstante como si ignorase la existencia de un Ser creador, providente y justiciero, que ejerce sobre todas las cosas el dominio mas absoluto. Pésimamente educado, ó mejor dicho, sin educacion alguna, tiene ideas exactas y precisas de lo bueno y de lo malo; inclinándose por desgracia con mas frecuencia al segundo estremo, como si siguiese por instinto la perniciosa escuela de Epícuro, que reconoce lo mejor, lo aprueba, y á pesar de esto adopta sin vacilar lo peor, siempre que sea conforme con los sentidos. Con un entendimiento claro, aunque sin ningun cultivo, se traslucen en sus acciones y discursos algunos rasgos de ingenio, empañados con el mas grosero idiotismo; semejantes á aquellos destellos de luz que arrojan de cuando en cuando las estrellas, en medio de una noche tempestuosa y sombría. Y finalmente, siendo muy cortas sus necesidades, y casi nulos sus placeres, parece que se basta él solo á sí mismo; sufriendo sin embargo muchas privaciones, que podia satisfacer desde luego sin fatiga, con un poco mas de amor y dedicacion al trabajo, mejorando considerablemente su situacion.

No puede ver una imágen de los santos, ó una cruz, sin postrarse reverentemente ante su presencia, ni encuentra nunca un ministro del Altísimo sin quitarse el sombrero, corriendo presuroso á besarle la mano, que coloca sobre un paño en señal de respeto; y con todo no hace caso, ó desprecia los movimientos de su conciencia. Consume la mayor parte del fruto de su trabajo en obras de piedad, que al cabo degeneran en devotas orgías; y espira sin confesar los pecados mas horrendos en el tribunal de la penitencia, diciendo como el justo *que va á descansar*. Yo sé de algunos que teniendo por concubinas á sus hermanas ó hijas, lo han negado con teson en los brazos de la muerte, aun requeridos caritativamente por el confesor, con el conocimiento que á todos asiste de que este comercio criminal es por desgracia muy comun entre ellos; y han exhalado el último suspiro con tranquilidad, y sin remordimientos.

No profesa tanto amor y devocion á Dios y á la Vírgen María, como á S. Antonio de Pádua, que es el principal ornamento de sus chozas; el signo de nuestra redencion, que tampoco falta jamas en sus rústicas habitaciones, excita su fé con mas viveza, que el mismo Redentor; y por último, mas bien que elevar sus preces al cielo, suele dirigirlas al purgatorio, demostrando tener á veces mayor confianza en las almas justificadas que se hallan retenidas en este lugar de expiacion, que en los santos. No falta quienes crean que duda de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, fundándose acaso esta presuncion en que tan alto é inefable misterio no se halla al alcance de sus torpes sentidos, que vienen á ser, por decirlo así, la única regla de su escaso criterio.

Es incapaz de robar un peso, y roba cuatro veces dos reales: no miente, y huye siempre de espresar la verdad, estudiando su fraseología para no verse precisado á afirmar ni negar. Se le pide la hora, y dice *creo son las tantas:* se le pregunta si lloverá, y responde *así parece, puede ser:* se le consulta sobre la distancia que falta para llegar á algun pueblo ó lugar, y solo manifiesta *que está ó no está léjos*, *que média como un tiro de piedra*, *que poco mas ó ménos se escucharia un grito etc.:* se desea saber su edad, y satisface diciendo *que presenció tal cual acontecimiento*.

---

(1) Debemos este artículo á la generosidad de nuestro coolaborador D. Isidro R. Gondra.—RR.

Ama al blanco, y evita cuanto puede su compañía mirando con desden, y como inferiores á la suya, las demas castas: respeta al originario de la Península española como á su señor, y lo considera como su tirano: tiene el sentimiento de los bienes que le ha proporcionado la conquista, y el de los males que le ha producido, gozando públicamente sin aversion de los primeros, y deplorando en secreto con horror los segundos: sufre resignadamente el estado de servidumbre en que vive, y no pierde ni un instante la esperanza de sacudir algun dia el yugo que lo sujeta, volviendo á adquirir el dominio del pais que le fué arrancado por las armas; debiendo tenerse como prueba de esto último el empeño que guarda en conservar su idioma, pues no habla nunca la lengua de Castilla, aunque la posea, y se siente mortificado al contestar, cuando se le pregunta en ella.

Siendo honrado en casi todas sus acciones, rechaza desdeñosamente los principios de honor mas rígidos y sagrados: se casa muy temprano huyendo de los desórdenes á que da lugar la concupiscencia de la carne, guarda fidelidad en el matrimonio, jamas falta á sus promesas, desconoce el juego, y sus costumbres, en lo general, son puras y sencillas: se puede decir que el único vicio que le domina es el de la embriaguez, y este se ha disminuido considerablemente hace algunos años. En medio de esto, si sorprende á su consorte en otro lecho, se conforma con que se le apliquen algunos azotes, y corriendo un velo sobre lo pasado vuelve á abrirle los brazos con ternura: no considera las penas mas vergonzosas é infamantes sino bajo un respecto material, en cuanto afectan puramente sus sentidos: recibe y se somete gustoso al castigo como consecuencia necesaria del crímen, pero de ningun modo como retraente, besando en seguida con la mayor docilidad y sumision la mano misma que lo ha lacerado: por decirlo todo de una vez, conozco muchos que han tomado por esposas mugeres con hijos sin haber sido ántes casadas, consolándose con exclámar friamente cuando se les ha hecho presente esta circunstancia para disuadirlos de su proyecto, *¡qué cuidado me dá, eso no fué en mi tiempo!*

Por tradicion, por esperiencia y aun por discurso tiene algunas nociones de astronomía, matemáticas, medicina y otras ciencias. Conoce todas las constelaciones, y sabe designarlas con nombres análogos á lo que representan, no siendo los que se hallan generalmente admitidos entre los sábios: de dia por el curso del sol, y de noche por el de las estrellas, determina á punto fijo la hora: no le es desconocido el influjo de los astros sobre los cuerpos terrestres y se guia por aquellos para sus siembras, podas y cosechas: sin leer los calendarios, predice los movimientos de la luna, y conoce cuando va á eclipsarse, atribuyendo la causa de este fenómeno á que el sol pretende destruir aquel satélite, haciendo un ruido estrepitoso con palos y otros instrumentos, para evitar una catástrofe tan terrible, cuyas tristes consecuencias presiente, segun lo anuncian los fuertes alaridos que lanza.

Mide exactamente el terreno que quiere ó se le manda cultivar, sin excederse ni una línea, y tiene idea no solo del cuadrado, sino tambien del cubo; bastando lo siguiente para probar en parte la verdad de esta asercion. Contratada una calera de diez y seis varas en cuadro con ciertos indios, y satisfecho anticipadamente su valor, propusieron, cuando llegó la ocasion de emprender su tarea, hacer dos de ocho varas, á lo que accedió inconsideradamente el interesado, sin advertir, ó tal vez sin saber, que 16 por 16 dan 256, y que dos veces 8 por 8 únicamente producen 128.

En sus enfermedades y dolencias se cura á sí mismo, y cura tambien á otros en su caso, adoptando por principio la dieta: sabe las virtudes de todas las plantas como si hubiese estudiado la botánica, conoce los venenos, los antídotos, y no se le ocultan los calmantes: casi siempre entra en su plan la sangría, cuya operacion desempeña bárbaramente con una espina, ó con un hueso de pescado. Igual claridad de entendimiento deja percibir sobre otros ramos del saber humano; y en medio de esto, se le advierte lleno de errores y preocupaciones acerca de las cosas mas triviales. Cree que vuelven al mundo las almas de los que mueren, y les marca con cal, para que no se extravien, el camino que média entre la tumba y el hogar doméstico, faltándole poco para ser partidario del sistema de Pitágoras, sin haber oido mentar en su vida á este filósofo, ni la palabra transmigracion: tiene una conviccion íntima y profunda de que hay brujos y duendes; y teme mucho los hechizos, no pudiendo arrancarle nadie la idea de que existen hombres que se ejercitan en hacer este daño.

Su trage es muy sencillo, y sus alimentos muy frugales, constituyendo esto mismo su mayor riqueza. El primero, se reduce á una camisa y calzoncillo, ó á un huipil y fustán, todo de manta de algodon, cuyo costo ordinariamente no pasa de ocho á diez reales; andando por

lo regular el hombre desnudo, segun representa la litografia que precede á este artículo, y los segundos consisten en maiz, legumbres y frutas. Como debe suponerse, basta un regular trabajo para cubrir tan cortas necesidades, y tambien sus contribuciones civiles y religiosas, que importan tres pesos anuales por cabeza siendo varon. Sin embargo, encierra un manantial fecundo é inagotable de riqueza positiva en la robustez de su constitucion física, y en el admirable sufrimiento de que se halla dotado; pero aquel tesoro viene á ser, por falta de aficion á los goces sociales, una abundante mina no esplotada. Su fuerza generalmente es la que basta á sostener, casi sin fatiga, hasta diez arrobas sobre sus espaldas: (1) trabaja en el campo sin repugnancia, desde la mañana hasta la noche, aun en el rigor del verano, sin que los ardientes rayos del sol al medio dia, ni la lluvia que en tales circunstancias suele caer de improviso, mezclándose con el sudor que derrama, alteren su salud en lo mas mínimo, como si su endurecido cuerpo estuviese formado del mismo metal cuyo color lleva impreso: la muger por su parte, cuenta con diferentes labores propias de su sexo, en que poder ejercitarse, las cuales seria prolijo enumerar, bastando decir que se hallan llenos los mercados de producciones industriales, mas ó menos perfeccionadas, cuyo comercio tiene en cierta manera monopolizado. Tal es en bosquejo el indio de Yucatán.

Publicada la constitucion española de 1812, brilló para él una aurora de felicidad, y empezó á mejorarse gradualmente desde entónces su triste condicion: se abolieron los tributos que pagaba en señal de conquista, quedaron estinguidos los juzgados especiales á que estaba sujeto, se le igualó en derechos á todos los demas ciudadanos, y se abrieron escuelas gratuitas para que diese los primeros pasos en la carrera de la civilizacion; pero poco ó nada pudo adelantarse con tan sábias y filantrópicas disposiciones en cuanto á la última parte, por la resistencia que opuso, y opondrá siempre, á separarse de sus rancias costumbres. Estoy muy léjos de opinar, con algunos, que no es susceptible de mejor educacion, ántes bien condeno como injusta y temeraria esta creencia, que se ha avanzado hasta el punto de suponerlo incapaz de concebir ideas exactas; mas la esperiencia de muchos años ha debido producir una conviccion de que se halla conforme con su estado actual en órden á conocimientos, y por tanto, sin otra clase de medidas, el indio de un siglo será, con muy corta diferencia, el indio de hoy.

Díganlo, pues, tantas leyes inútiles promulgadas y tantos esfuerzos infructuosos puestos en ejecucion, principalmente en los últimos años, para obligarle á concurrir á los establecimientos de instruccion primaria, habiendo llegado el caso de fijar, aunque sin efecto, una época en la cual quedaria privado de sus derechos civiles el que no supiese leer y escribir; formando esta invencible tendencia hácia la conservacion de sus antiguos hábitos, un verdadero constraste con los infinitos medios empleados para hacer cada dia mas soportable su situacion moral y política, en cuyo plan debe entrar, si no me equivoco, la idea de crearle necesidades lentamente y con la mayor prudencia, tal como la de que vista pantalon y enagua, para inclinarlo al trabajo, é irle inspirando cierta especie de amor propio de que absolutamente carece.

Hoy se halla en el pais Mr. Diego Thompson con el noble empeño de instruir á la clase indígena, valiéndose de su mismo idioma. „Primero es, dice, derramar en el indio las semillas del saber en su lengua nativa: luego la inclinacion al estudio le hará aprender el castellano para aumentar el círculo de sus conocimientos." Yo no estoy por esto, antes creo que con solo compelerle á adquirir una mediana inteligencia del español, se habrá conseguido mucho, por su frecuente trato con la poblacion blanca: la ilustracion crece, dado el primer paso, en la misma proporcion con que se aumenta la velocidad en el descenso de los cuerpos graves. Es incalculable, en todas las cosas, el mérito del impulso primordial: la decision de un puñado de atrevidos bastó para el descubrimiento del nuevo mundo, y la decision tambien de un puñado de valientes preparó en Dolores la grande obra de la regeneracion política del antiguo imperio de Moctezuma. Vestir al indio y ponerlo en mayor contacto con las clases civilizadas por medio del idioma: he aquí dos excelentes puntos de apoyo para la gran palanca que debe levantar el peso de las felices disposiciones con que le ha dotado la naturaleza.—México diciembre 30 de 1843.

(1) Tratando de la fuerza física de los indios de Yucatán, no debo pasar en silencio un modo de viajar que se usa en el pais, y que da la mejor idea de su gruesa musculatura: consiste, pues, en una litera llamada *kokhé*, que en lugar de béstias es conducida en hombros de aquellos, quienes se remudan cada cinco leguas, poco mas ó ménos; habiendo algunos de tanta pujanza, como los del pueblo de Ticul en el partido de la Sierra Alta, que hacen hasta tres jornadas seguidas con su carga, sin permitir que sean relevados. El estipendio de tan penoso trabajo, segun costumbre, es el de tres cuartos de real por legua á cada indio.

ARISTOCRACIA DEL TALENTO.

Yo he visto tus obras, Señor, y me he prosternado en tu presencia; porque tus obras cantan tu sabiduría y tu justicia. He vuelto mis ojos á las obras de los hombres y mi corazon ha rebosado de indignacion, porque sus obras publican su ignorancia y su maldad.

Criaste, Señor, la tierra y la sometiste al hombre; criaste los metales que se forman en las entrañas de la tierra, y los sometiste al hombre; criaste las plantas y árboles que crecen y dan fruto sobre la tierra, y los sometiste al hombre; criaste los animales que viven en la tierra y los que nadan en las aguas y los que vuelan por los aires, y á todos los sometiste al hombre; criaste el cielo y los astros y los formaste para el hombre. Y el hombre fué superior á todo lo criado.

Diste poder al hombre para multiplicarse, y el hombre se multiplicó y nacieron muchos hombres, y todos estos hombres son señores de lo que criaste para ellos: y todo lo sometiste á ellos; mas no sometiste el hombre al hombre, ni lo obligaste á obedecer mas que á tí, que eres su Dios, Señor. Y á todos los hombres formaste iguales y á todos les diste los mismos derechos.

Y por esto humillo mi frente ante tí, mi Dios, y alabo tu justicia y tu bondad. Porque todos tus hijos somos iguales y porque la imágen tuya que criaste no se debe inclinar sino ante tí.

Pusiste en el entendimiento de los hombres esta verdad, y ellos sintieron tu inspiracion.

Mas vino Satán y dijo al hombre: escúchame, y el hombre le escuchó. Dijo: domina á tus hermanos, y el hombre dominó á sus hermanos; y dijo: el que es rico y poderoso es superior al que no lo es, y el hombre creyó que el que es rico y poderoso es superior al indigente y desvalido.

Y por esto el hombre obligó á sus hermanos á prosternarse ante él y á doblar la rodilla que solo á tí se debe doblar, mi Dios. Y creyó que la riqueza y el poder y la nobleza hacian superior al hombre respecto de los demas hombres, y se olvidó de tí y desconoció tus obras, Señor.

Por esto se indigna mi alma y maldice las obras de los hombres. Porque negaron tu poder y desconocieron tu autoridad y quisieron formarse un poder, reuniendo á los ricos y á los poderosos, reuniendo á los príncipes y á los magnates, y formando la aristocracia que oprime al pueblo, formando ese poder que desprecia al pueblo que es tu obra.

Mas ellos han provocado tus iras, Señor, y tendrán guerras y desolacion, porque estenderás tu mano sobre esos hombres y sobre los pueblos que han formado, y no podrán resistir el peso de tu indignacion, y caerán abrumados porque han contrariado tus designios.

Por lo cual se volverá tu mirada, Dios mio, sobre los pueblos en que las riquezas no sirven para oprimir al hombre, y los bendecirás, porque no han querido desafiar tu poder con otro poder. Los bendecirás porque no han dividido á los hombres de los hombres, ni se han dicho: „nosotros no somos hermanos vuestros," y los bendecirás porque el rico no oprime al pobre.

Y se prosternarán estos pueblos y se llenarán de alegría porque han seguido tus designios. Y los hijos de la libertad cantarán tu gloria, y ellos publicarán la bondad de su padre: porque la libertad es hija tuya, Señor, y como un diamante de tu corona, rey de los cielos.

Los hijos de la libertad no doblarán su rodilla ante los hijos de los hombres, y no reconocerán mas soberanía que la tuya ni mas superioridad que la que tu has criado.

Porque quisiste que el hombre necesitase del auxilio de su hermano, y no diste igual inteligencia á todos los hombres. Y formaste la superioridad del talento, que es la verdadera superioridad, porque es obra tuya, y tus obras predican tu sabiduría.

Tus obras son en bien de los hombres, Señor, y el talento es en bien de ellos. Dispusiste que se reuniesen los esfuerzos de los hombres, á quienes diste inteligencia superior para provecho de sus hijos, y esos esfuerzos se reunirán y formarán la aristocracia del talento. Y los pueblos que tengan la aristocracia del talento serán benditos.

Porque no han desoido su voz, ni tienen otra gerarquía que la que tú dispusiste que tuvieran. Y serán benditos y tendrán paz porque tienen la aristocracia del talento que es obra de justicia, y porque han desterrado de sus hogares la aristocracia del poder y de la

nobleza, que es obra de la presuncion de los hombres.

Y la aristocracia del talento será el fruto de la bendicion del señor, porque sirve para alivio de los pueblos y no los oprime; porque es el consuelo del afligido; porque auxilia al necesitado y no lo abruma; porque hace beneficios y no exige paga por ellos. Será el fruto de tu bendicion, Señor, porque es el instrumento de que te sirves para derramar muchos de tus dones entre los hombres.

Y la aristocracia del poder será efecto de tu enojo, porque dividirá á los hombres y lastimará sus derechos, porque los dividirá y tendrán disensiones, y se derramará la sangre de los hombres, porque huirá de ellos la paz y sentirán que los has abandonado. Y la aristocracia del poder será el azote con que castigues á los pueblos, porque ellos serán humillados y padecerán con el orgullo de los magnates. Mas estos serán castigados y destruidos, porque tú aborreces el instrumento con que castigas y lo echas al fuego y lo apartas de tu vista, Señor.

Y ellos se doblarán y volverán lodo como plantas á quienes falta el sol. Y vendrá entónces la aristocracia del talento, porque oirás los gemidos de tus hijos, y te apiadarás de ellos y les darás tu bendicion.

Y esa aristocracia divina será tan humilde, como orgullosa es la que han formado los hijos de los hombres. Porque ella es un don del cielo y el cielo aborrece á los orgullosos. Y el que fuere orgulloso no pertenecerá á esa gerarquía, ni tendrá ciencia, ni contribuirá al bien de sus hermanos, ni será órgano tuyo, mi Dios. Porque el orgulloso queria dominar á los hombres y tú quieres que los hombres sean libres. Y la necedad será su castigo, y veremos en él una obra tuya, y esa obra nos enseñará tambien tu justicia y tu sabiduría.

Por lo cual yo me prosterno ante tí, Señor, y hiero la tierra con mi frente y te doy gracias. Y alabándote levantaré mi voz, y mil voces se levantarán y llegarán hasta el trono del Señor y el Señor nos oirá. Y los pueblos serán libres y no doblarán la rodilla sino ante tí. Y no se humillarán sino en tu presencia. Ni temerán mas iras que las tuyas, Señor, que eres Dios de misericordias, ni tendrán soberanías, ni superioridades, sino las soberanías y superioridades que no huellen su derechos.

Y no estarán divididos, ni tendrán gerarquías, sino la gerarquía del talento que es obra tuya y tu bendicion.

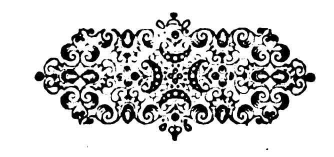
Regocijaos, pues, pueblos del Norte; regocijaos, pueblos del Sur; regocijaos, pueblos de Oriente, y vosotros, pueblos del Occidente, regocijaos tambien. Regocijaos, hijos de la libertad, sean cuales fueren vuestra patria y vuestras leyes; y vosotros, republicanos hermanos mios, regocijaos y alegraos porque el dia de la libertad está cercano y pronto llegará.

Alegraos y cantad, porque el dia de la igualdad está próximo, y no tendreis que acatar sino á la Divinidad y talento que es un destello suyo.

Alegraos y cantad, porque el Señor es misericordioso y dió á los hombres libertad é igualdad.

Doblad la rodilla, pueblos, y elevad vuestra súplica hasta el Señor. Elevadla con el humo del incienso y de la mirra. Elevadla en mano del ángel de la oracion. Elevad vuestra súplica é implorad su misericordia para que pasen los tiempos y llegue el dia. Implorad al Señor para que venga el dia de felicidad.

Cantad, pueblos de la tierra, alabanzas al Señor. Y bendecid las obras de Dios. Porque sus obras manifiestan su sabiduría y su justicia.—J. M. del Castillo.



MALDICION Y REDENCION.

A MI AMIGO JUAN NEPOMUCENO NAVARRO.

Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum, et semen illius; ipsa conteret caput tuum et tu incidiaberis caleaneo ejus.—Genesis. Cap. V.

¡Dias de bendicion, en que cercada
De arcángeles de luz, de Serafines,
La inocencia sus alas de jazmines
Desplegaba en el aura perfumada!

¡Dias de bendicion en que risueño
Sus párpados el mundo levantaba,
A la cancion del ángel que guardaba
Mudo y atento su profundo sueño!

¿Por qué pasásteis con ligero vuelo
Dejando atrás desolacion y llanto?
¿Por qué entonando el postrimero canto
Prestos volásteis á anidar al cielo?

Antes, cuán bella, al preceder al dia
Y envidiosa del brillo diamantino
Que derrama el lucero matutino,
La aurora el suyo de carmin vertia,

Para espirar con la serena brisa
Del astro rey á la mirada ardiente,
Con dulce calma en su nevada frente
Y entre sus labios celestial sonrisa.

¡Cuán leve entonces el celage bello
Cruzaba el cielo en movimiento vago,
E iba á pintarse sobre el quieto lago
Do el cisne ostenta su soberbio cuello!

Y cuán grandiosa, colosal montaña
Allá mostraba su imperial corona
En las regiones de la ardiente Zona
Que el rico Eufrates en su curso baña.

Todo era amor entonces; su cabeza
Cándida Flor en el Eden alzaba,
Un beso al ángel de la aurora daba
Y el rubor encendia su pureza.

El rio en su murmullo, amor decia
Amor á la creacion en su bramido
El torrente estruendoso que ceñido
Del íris con las fajas relucia.

Amor tambien el Océano inmenso
En la ola mansa que en la playa espira
Y el pardo alcion que soñoliento gira
De blanca bruma entre el sutíl incienso.

Amor las aves en brillante coro
Y el ruiseñor en su sentido acento
Que acompañaba el celestial concento
De Querubines de salterio de oro.

Y el águila tambien que el horizonte
Pasa, y las nubes do altanera habita,
Y el gusanillo que la yerba agita,
Y el Leon forzudo en el riscoso monte,

Y el Tigre fiero en su caverna oscura....
Todo de amor en la creacion hablaba,
Todo al sentirlo de placer temblaba,
Hasta la sierpe venenosa, impura.

Y el hombre y la muger.... do quier bebian
Impresiones de amor, por siempre unidos;
Y eran de amor su idioma, los latidos
Del corazon que en su embriaguez oian.

Esbelto él como el ciervo que en la peña
Contempla el valle en actitud altiva,
Y ella cual la gazela inquieta, viva,
Cual la paloma cándida, risueña:

¿Quién sus placeres comprender pudiera,
Al encontrarse en el Eden sus ojos,
Cuando al contacto de sus labios rojos,
De amor se dieron la señal primera?

Misterios del amor que fué su guia,
Que veló la inocienca candorosa,
Que perfumaron el jazmin, la rosa,
Y endulzó de los vientos la armonía....

Ellos tambien bajo dosel pomposo
Y entre el murmullo de encantadas fuentes
Gratos doblaron las tranquilas frentes
Y entonaron el himno sonoroso.

Tú lo escuchaste, Jehová, sentado
Allá en tu trono que el Querub custodia,
Do se oye siempre angelical salmodia,
Y nunca el llanto de mortal cuidado.

Y tu obra entónces contemplaste tierno,
Y sonreiste á la creacion ufano,
Tendiste absorto tu divina mano,
Y estremecióse el escondido infierno.

Mas la muger, de la serpiente astuta
Entre el aliento de mortal beleño,
Durmió enlazada con el hombre un sueño....
Y Adan comió de la vedada fruta.

La inocienca, el amor por siempre huyeron
De su ántes santa y divinal guirnalda,
Y tú volviste al pecador tu espalda,
Y las tinieblas en el mundo fueron.

Viste tu imágen reflejarse en cieno,
Al hombre viste acariciar la muerte,
Se encendió tu ira, y de tu mano fuerte
Sobre él cayó tu maldicion de trueno.

Mas luego el rostro, Jehová, movido,
Volviste al hombre que empañó tu esencia,
Porque es mayor el mar de tu clemencia
Que el huracán de tu furor temido.

Y al mirar de su angustia la agonía
Tu mejilla sentiste humedecerse
Con lágrima de amor, que al desprenderse
Produjo pura á la sin par María.

A la muger de perennal consuelo
Que prometiste en desventura tanta,
La que oprimiendo la infernal garganta
Del monstruo horrible, nos volviera el cielo.

Ella brilló como brilló la estrella
Que el norte indica al navegante incierto;
Como el fanal del suspirado puerto
Que en la ribera de la mar descuella.

Y Adan la comprendió, y Adan postrado,
„Niña de bendicion, clamó lloroso,
De la vida en el mar tempestuoso,
Ampara tierna á mi linage amado."

„Las puertas de oro del Eden perdido
Abrele tú". . . . mas espiró su canto,
Brilló la espada del Querub en tanto,
Y del dolor y la afliccion seguido,
De Eva abrazado prosiguió su llanto.

México diciembre 25 de 1843.

RAMON I. ALCARAZ.



BELISARIO.

Les grandes vertus se cachent ou se perdent ordinairement dans la servitude; mais le gouvernement tyrannique de Justinien ne put opprimer la grandeur de cette âme, ni la supériorité de ce genie.—MONTESQUIEU.

Roma, esa nacion privilegiada, cuya historia nos suministra tantos hechos brillantes, y nos presenta tantos hombres esclarecidos, estaba degradada y envilecida desde que Constantino trasladó la silla imperial á Bisancio; y cuando Justiniano subió al trono, el imperio de Occidente ya no existia y el de Oriente estaba en decadencia. Los bárbaros habian invadido el Medio-dia: el Africa y la España eran presa de los vándalos y de los godos; las Gálias de los francos, de los borgoñeses y de los visigodos; la Italia, de los ostrogodos y las demas partes del Occidente, de otras hordas de bárbaros, cuyo poder se aumentaba, á medida que la grandeza de Roma se disminuia, y habian llegado á ser ya los señores de la ciudad eterna que en otro tiempo habia sido el árbitro del mundo.

Solo el imperio de Constantinopla subsistia, conservando aun el epíteto de *Romano* que habria debido perder con Roma para tomar el de *Griego;* pero despedazado y corrompido en el interior, pues no quedaban ya de las costumbres originarias de Roma mas que algunas palabras, pocos recursos, y muchos vicios; y amenazado en el esterior por los indómitos persas, sármatas y tártaros, que aprovechándose de la ruina de un imperio y de las turbaciones del otro, amenazaban sus límites asiáticos y las fronteras del Norte, y no parecia sino que el imperio de Oriente iba á desplomarse sobre las ruinas del de Occidente.

En este estado encontró Justiniano el imperio cuando ocupó la silla imperial en las Calendas del mes de agosto del año de 527 (1) de nuestra Era, y con él apareció el héroe cuyo nombre se ha hecho célebre en todas las naciones y cuyas hazañas tratamos de bosquejar.

Belisario, este capitan esclarecido, objeto de tan dignas alabanzas, nació en Trhacia, donde parece que fué educado entre los aldeanos: su juventud no ofrece ningun hecho capaz de ser consignado en la historia, servia en las guardias de Justiniano, y cuando este succedió á Justino, le dió el mando del ejército. Las primeras victorias de este ilustre caudillo fueron sobre los persas; y cuando estos invadieron la Siria, Belisario, con ménos de veinticinco mil hombres, humillados y poco sometidos aun á la disciplina militar, la cual, así como el valor y la audacia comenzaban á renacer bajo la influencia de tan esforzado guerrero, consiguió con sus sabias disposiciones, no solo contener á los enemigos del imperio, sino que los obligó á retirarse. Cada noche ocupaba el sitio en que sus enemigos habian acampado la víspera, y cual otro Flavio habria triunfado sin derramar una gota de sangre, á no haber sido por la impaciencia de los soldados, cuyo valor se menguó el dia de la batalla, pues la caballería que formaba el ala derecha del ejército, habia huido, y solo la infantería de la izquierda permanecia inmóvil en el campo de batalla. Entónces Belisario, apeándose de su caballo, manifestó á sus soldados que ya no les quedaba mas recurso que un valor audaz y desesperado; y estos, obedientes á la voz, y dóciles al ejemplo de su gefe, volvieron las espaldas al Eufrátes y los rostros al enemigo, y oponiendo así un muro impenetrable á las cargas de la caballería de los persas, hasta obligarlos á retirarse ignominiosamente; y aunque el ejército de Belisario tuvo que embarcarse favorecido por las tinieblas de la noche, no por eso fué menos la gloria de este ilustre caudillo, pues que con su valor personal supo sustraer al ejército de las funestas consecuencias que le habria acarreado su temeridad.

Los preparativos de la paz con los persas, le hicieron abandonar la frontera del Oriente cuando ya el rey de los persas estaba encerrado en las antiguas posesiones de sus predecesores.

Mas el ánimo de Belisario era emprendedor,

(1) 1.º de agosto.

y como soldado diestro y valeroso, no podia ver con indiferencia la ruina de su patria, pues la amaba sinceramente, amaba tambien la gloria, ese bien que todos apetecen, pero que pocos saben adquirir; y desde luego concibió la gigantesca idea de restablecer el imperio de Occidente y reunirlo al de Constantinopla, idea adoptada por el emperador con tanta mayor satisfaccion, cuanto que tenia un deseo ardiente de acrecentar sus dominios, y con ellos su poder.

Semejante proyecto debia comenzarse á ejecutar por volver el Africa al dominio de los emperadores; y al concebir y ejecutar esta idea, Belisario ha sido justamente llamado el Scipion de la Roma Bizantina.

Roma iba á luchar por la última vez contra Cartago, y los preparativos de la guerra de Africa no fueron indignos de esta gran nacion.

Reinaba á la sazon en Cartago el ambicioso Gelisner, á quien el deseo de reinar lo precipitó á hacer asesinar á Hilderico para subir él al trono; cuando la política se halla interesada en un rompimiento, rara vez se encuentra detenida para escoger un motivo ó un pretesto, así es que Justiniano, con el de vengar á su aliado, declaró la guerra á los vándalos: hoy se diria acaso que esto era una violacion del derecho de gentes; pero en aquel tiempo el derecho de gentes no existia.

Cerca de seiscientos navíos tripulados por mas de veinte mil marineros, se preparaban en el puerto de Constantinopla, en el año sétimo del reinado de Justiniano, y hacia algun tiempo que no se veia una armada semejante. Cuando estuvo formada delante de los jardines del palacio, el patriarca le echó su bendicion, el emperador dió sus últimas órdenes y con gran pompa guerrera dió á la vela, guiada por el navío capitan, el cual de noche se distiguia por las antorchas que se colocaban en el palo mayor, y de dia por el color rojo de sus velas. Atravesó la Propóntide (1) y cuando se disponia á pasar el estrecho del Helesponto (2) un viento contrario la detuvo cuatro dias en Abydos [3]: continuó luego, y Belisario mostró durante toda la travesía del Helesponto al Peloponeso [4] su rigidez militar y su gran firmeza; y favorecida la escuadra por un viento favorable desembarcaron las tropas en Metona [5] de Mesénia [6] donde descansaron algun tiempo.

De Metona pasaron á la isla de Zacinta [7] ántes de atravesar el mar Jónico [8], donde á causa de una calma, hasta el mismo Belisario iba á ser víctima de la sed, si no hubiera contado con algunas botellas de agua que su esposa Antonina habia conservado enterradas en arena en un lugar donde no penetraban jamas los rayos del Sol; por esa Antonina favorita de la emperatriz Teodora, por esa muger de baja estraccion á quien su incontinencia le acarreó los mayores vituperios, y que á pesar de esto dominaba enteramente á su ilustre esposo, y que si no tuvo el mérito de la fidelidad conyugal, le dió al menos grandes pruebas de amistad, acompañándolo aun en medio de todas las fatigas y peligros de sus espediciones, no sucumbió Belisario.

Hasta las costas de Sicilia no encontró la flota, favorecida por el viento, un asilo en el cual se abasteció de cuantas provisiones necesitaba, y haciéndose luego á la vela, perdió de vista dichas costas, pasó por la de Malta, descubrió los campos de Africa donde ancló por fin á cosa de cinco jornadas de Cartago.

Tres meses tan solo transcurrieron desde que el ejército salió de Constantinopla hasta su desembarco, lo cual efectuó, dejando solo cinco hombres á bordo de cada navío, y posesionándose en seguida de un campo que fué circundado por un foso y por una muralla, conforme á la costumbre de aquella época. El mayor cuidado de Belisario fué inspirar á sus soldados los principios mas sanos de equidad, moderacion y buena policía, y cualquiera que faltaba á ellos era al punto castigado, y desde luego consiguió que en el ejército romano reinase la disciplina mas severa, pues que no queria perder la buena disposicion que ácia él tenian los naturales del pais, quienes en vez de abandonar sus domicilios y de ocultar sus provisiones, abastecian con ellas el ejército de muy buena voluntad. Los empleados civiles ejercian ya sus funciones á nombre del emperador de oriente, y el clero, bien sea precisado por las inspiraciones de su conciencia, ó bien por miras de puro interés, favoreció al príncipe católico que trataba de dominar el pais.

Las ciudades de Leptis (7) y Adrumete (8) abrieron sus puertas y pasaron al dominio de

[1] Hoy mar de Marmara.
[2] Los Dardanelos.
(3) Galipoli.
[4] La Morea.

[5] Modon.
[6] La parte sudoeste de la Morea.
(7) Lébida.
(8) Ciudad de Africa que no existe.

Justiniano; y Belisario avanzó hasta Grassa, palacio de los reyes vándalos situado á cincuenta millas de Cartago, donde encontró resistencia. Hasta aquí el caudillo romano no tuvo que emplear en esta espedicion sus talentos militares, sino solo una política previsora y moderada, haciendo siempre respetar al laborioso artesano y al pacífico labrador.

No obstante, la inquietud y el terror se apoderaron de Gelisner cuando los romanos se aproximaron á Cartago y quiso prolongar la guerra, hasta que los veteranos que se encontraron al mando de su hermano, volvieron de la conquista de Cerdeña la que le habria convenido mas diferir para defender su persona y su reino. Los cincuenta mil vándalos que subyugaron el Africa se habian multiplicado de tal modo, que cuando Belisario invadió á Cartago, este pais contaba mas de ciento sesenta mil combatientes, y tantos guerreros no pudieron sofocar el débil ejército Bizantino. El combate fué sangriento: Gelisner se defendió con un valor heróico; pero al fin tuvo que cedér al genio eminente de Belisario, á quien volvió la espalda para irse á los desiertos abrasadores de las costas septentrionales de Africa, y el vencedor entró en Cartago el año de 533, en medio de las aclamaciones del regocijo público y desde luego fué proclamada la derrota de los vándalos, cuya dominacion habia durado doscientos cincuenta años, y la libertad de Africa. En esta circunstancia Belisario no es ya el teniente de un César del Bajo imperio, es un triunfador de la antigua Roma, es Paulo Emilio en el Palacio de Perseo; pero reaparece el héroe Bizantino cuando se mira postrado ante los restos de San Cipriano, que tanto tiempo habia estado en poder de los secuaces de Arrio.

Entretanto, Gelisner vagaba por los desiertos y por las montañas escarpadas donde se habia refugiado, sufriendo, segun refieren algunos historiadores, todos los horrores del hambre, y cuando se le propuso que se abandonara á la generosidad de su vencedor, esclamó: "La "esclavitud es peor que la muerte. No deseo "mas que un pedazo de pan, una esponja para "enjugar mis heridas y una lira para consolar-"me en mis desgracias."

Todo esto le fué concedido, y al fin, bien sea obligado por la necesidad, ó bien convencido por la razon, el último príncipe de la sangre de Gensérico se puso en manos de su vencedor, prévia una solemne promesa de que su persona seria respetada y tratada de una manera digna del rey de los vándalos; y así el triunfo de Belisario fué completo.

Sin embargo, la envidia jamas duerme, y mucho menos en las córtes de los déspotas que prestan atento oido á los lisongeros consejos de sus favoritos, y Justiniano fácilmente se convenció de que Belisario no habia conquistado el Africa, sino para sí mismo; pero tan esclarecido caudillo desmintió desde luego estas infames calumnias, y su presencia en Constantinopla desvaneció tan injustas sospechas.

Belisario llevó consigo al rey prisionero, y cuando entró en Constantinopla fué recibido con los honores del triunfo, ceremonia que la ciudad de Constantino jamas habia visto, pues que hacia mucho tiempo que no estaba en uso, y que desde el reinado de Tiberio, Roma, tan solo los tenia reservados á los Césares. Pero véamos como describe tan brillante ceremonia el elocuente Gibbon. (1) ,,La procesion triunfal, dice, salió del palacio de Belisario, atravesó las principales calles, y se dirigió al Hipodromo. Esta memorable jornada parecia ser la venganza de las injurias de Gensérico, y la expiacion de la vergüenza de los romanos; en ella se desplegó toda la riqueza de las naciones de aquel tiempo, los trofeos de un lujo guerrero, á la vez que afeminado, las ricas armaduras, los tronos de oro y los carros de parada que habian servido á la reina de los vándalos, la vajilla macisa del banquete real, las innumerables piedras preciosas, las estátuas y los vasos de una forma elegante, los cofres llenos de oro y los ornamentos del templo judío que se depositaron despues de este largo viage en la iglesia cristiana de Jerusalen. Una larga fila de nobles vándalos manifestaron entónces á su pesar su grande estatura y su esforzada confianza. Gelisner se adelantó á paso lento, vestido con un trage de púrpura, y conservando siempre toda la dignidad de un rey, pues no se vieron derramarse las lágrimas de sus ojos, y sus suspiros no hirieron los oidos de ninguno; su orgullo y su piedad tuvieron algun consuelo con estas palabras de Salomon, que repetia frecuentemente: *¡Oh vanidad! ¡Vanidad! ¡Todo no es mas que vanidad!* El modesto vencedor en vez de ir sobre un carro de triunfo tirado por cuatro caballos ó por cuatro elefantes, marchaba á pié á la cabeza de sus bizarros camaradas; tal vez rehusaba por prudencia una demostracion tan brillante para un súbdito: ó tal vez su grandeza de alma desdeñaba un honor mancillado por los mas viles tiranos. Al llegar el vencedor á las puertas

(1) Historia de la decadencia y de la caida del imperio romano. C. XLI.



del Hipodromo, fué saludado por las aclamaciones del senado y del pueblo, y se detuvo ante el trono en que Justiniano y Teodora esperaban el homenage del rey cautivo, y del héroe victorioso. Belisario y Gelisner hicieron la adoracion de costumbre, y postrándose, tocaron con respeto el pedestal de un príncipe, que jamas habia desdeñado su espada, y de una prostituta que habia danzado en el teatro. Fué menester una ligera violencia para vencer la indomable altivez del nieto de Gensérico, y su vencedor, aunque habituado á la servidumbre, debió irritarse en secreto con semejante ceremonia. Este fué declarado en el momento, cónsul para el año siguiente, y el dia de su inauguracion se asemejó al de su triunfo; unos cautivos vándalos llevaron su silla curul en hombros, y se arrojaron con profusion al populacho los despojos de la guerra, copas de oro y magníficos cinturones."

Empero la mejor recompensa que pudo darse á Belisario, fué la fidelidad con que fueron cumplidas las generosas promesas que habia hecho al rey de los vándalos, pues que el emperador le volvió un vasto dominio en Galacia donde Gelisner encontró la paz y la abundancia.

Ya una gran parte de los proyectos de Belisario estaban ejecutados, ya se habia aumentado un vasto territorio á las posesiones del imperio, pero faltaba aun la parte mas gigantesca del plan que este hombre estraordinario habia concebido; los godos reinaban en Italia y Roma, la soberana del mundo estaba gimiendo en el cautiverio: preciso era libertarla y volver á colocar las águilas del imperio sobre el soberbio Capitolio. Desde luego el vencedor de los persas y de los vándalos partió con el designio de conquistar la Italia, (535) para lo cual no faltó un pretesto, pues casi siempre se publicaba que tales espediciones se emprendian para vengar los ultrages ó los asesinatos de reinas ó de príncipes desgraciados, y así se derribaron varios imperios.

Las campañas de Belisario en Italia ofrecen muchos y muy variados incidentes, pero solo recorreremos los mas interesantes; despues de su salida de Constantinopla, recorrió el mismo camino que en su primera espedicion; llegó á Sicilia, y esta provincia le abrió sus puertas y se reunió al imperio romano. Palermo, defendida por los godos, opuso resistencia, pero despues de un corto sitio, fué tomada, y Belisario entró triunfante en Siracusa, á la cabeza de su ejército. Despues de haber dejado guarniciones en Sicilia y en Palermo, embarcó á sus soldados en Mesina, y los desembarcó sin resistencia en Regium, (1) de donde partieron, caminando por la costa cerca de trescientas millas, ántes de llegar á Nápoles, que estaba gobernada por Theodato y sus habitantes, divididos en facciones. El cónsul romano atacó la ciudad, y en esta ocasion echó una mancha á las brillantes páginas de su historia, de la cual jamas podria ser purificado, pues para desvanecerla un poco, seria preciso apelar á la ferocidad característica de aquella época. Cuando entró en Nápoles, por un horrible abuso de la victoria, fueron pasados á cuchillo sin distincion de sexo ni edad, una gran parte de los habitantes de esta desgraciada ciudad.... Atila habria hecho otro tanto! Pero procuremos olvidar hecho tan horroroso.

Belisario despues de haber fortificado á Nápoles, prosiguió su marcha, y tan luego como los godos supieron que se aproximaba, abandonaron á Roma, donde entró sin derramar una gota de sangre en el mes de diciembre de 536, en medio de las aclamaciones de la multitud; y las águilas romanas volvieron á brillar en las plazas de la ciudad eterna, que hacia sesenta años estaba subyugada por los bárbaros, despues de haber contemplado en otro tiempo sus brillantes triunfos y enseñoreádose con su inmenso poder.

Bien pronto los godos [marzo de 537] aparecen ante los muros de esta capital, y en el primer asalto intentado por tan temibles enemigos, Belisario corre un inminente peligro, pues rodeado de los enemigos, es agobiado por el número de sus dardos, y el ejército retrocede hasta las puertas de Roma; mas estas estaban cerradas á causa de la noticia que se habia difundido de que Belisario habia muerto. Todo desfigurado con el sudor, el polvo y la sangre, no se reconoce, sino por su heróico valor. Anima á sus soldados y emprende una carga formidable, á cuya impetuosidad los godos no resisten, y huyen creyendo que otro ejército habia salido de la ciudad y venia á socorrer á los romanos.

La puerta *Flaminiana* se abre al fin para recibir al caudillo vencedor, á quien á pesar de la fatiga que lo agobiaba, no pudieron persuadir, ni su esposa ni sus amigos, á tomar ni descanso ni alimento, ántes de haber recorrido la ciudad y dejádola con entera seguridad.

Los godos invaden de nuevo la ciudad, y Belisario, siempre soldado diestro, personalmente ejecuta grandes proezas militares.

Cuán grato es encontrar hechos semejantes,

(1) Hoy Reggio.

dignos de los héroes de Homero, en la vida de un hombre de la edad media.

Se ha condenado la conducta que Belisario observó con respecto al papa Silverio; mas si en efecto este pontífice habia llamado á Roma al rey de los godos, el representante del emperador debió justamente irritarse; pero lo que no tiene escusa es, la prodigalidad con que se empleó el oro imperial para elevar á Vigilo á la silla de San Pedro. Sin entrar en los pormenores de esta intriga, recordaremos solo la entrevista que Belisario tuvo con el desgraciado pontífice.

Este, segun refieren algunos historiadores, iba seguido de todo el clero, pero solo él fué admitido en la habitacion del héroe del Bajo imperio, y encontró al vencedor de los persas, de Cartago y de Roma, modestamente sentado á los piés de su esposa, que estaba recostada en un magnífico lecho, y esta muger imperiosa fué la que tomando la palabra, agobió al pontífice con sus terribles reconvenciones y sus crueles amenazas; pues que ella era el instrumento de que se valia la emperatriz Teodora, para colocar en la silla de San Pedro á un hombre opuesto, ó al ménos indiferente al concilio de Caledonia.

En el sitio de Ravena, Belisario aparece verdaderamente grande y muy superior á las intrigas de la corte imperial; ya estaba proxima á sucumbir la agonizante soberanía de Vitiges, cuando un decreto tan imprudente como inesplicable de Justiniano, le dejaba algunas provincias, y prescribia á Belisario el prescindir de la victoria; mas este se atrevió á desobedecer y declaró que no depondria las armas basta no conducir á Vitiges á Constantinopla cargado de cadenas. El cumplió su palabra, y si tuvo la desgracia de que el emperador le rehusase el triunfo con respecto á la Italia, la gloria del héroe se aumentó con esta injusticia de la corte de Bizancio, pues que Belisario bien pudo haber ceñido su frente con la corona de Vitiges; pero rehusó la proposicion que le hizo la nacion goda. ¡Accion magnánima y sublime, que basta por sí sola á colocar al restaurador del imperio de Oriente entre los héroes mas famosos de todos los tiempos!

Su nombre era por todas partes aclamado, las madres lo presentaban á sus hijos como un modelo digno de imitarse y como el libertador y el apoyo del imperio; los jóvenes lo miraban con admiracion, y los niños lo acataban como una divinidad.

Belisario habia vivido feliz; pero tuvo la desgracia de ser súbdito de un monarca dominado por los caprichos de una muger inmoral y de viles cortesanos; fácilmente perdió el favor del emperador, y despues de haber humillado á dos reyes y á muchos guerreros altivos, se vió humillado, hasta que á instancias de su esposa recobró la benevolencia de Justiniano y los honores del mando.

Bien pronto tuvo ocasion de volver á mostrar sus talentos militares; el año de 541 rechazó á los persas que invadieron la Siria, á cuyo triunfo siguió otra desgracia; pero sus servicios volvieron á ser necesarios, pues en la campaña del año siguiente, bastó su presencia para hacer que el rey de los persas se encerrase en sus posesiones.

Entretanto, Totila, descendiente de Teodorico, aprovechándose de la mala conducta de los encargados de la administracion en Roma, se sublevó y logró restablecer el poder de los godos. Belisario fué enviado contra él; pero con tan pocos recursos, que no pudo por esta vez salvar la ciudad cautiva del genio destructor del gefe de los godos; no obstante, todavía en esta ocasion recurrió á un ardid militar; los godos se retiraron, y Belisario entró en la ciudad, la que en cierto modo, segun la bella espresion del conde de Laceped, no era ya mas que una vasta soledad en medio de la cual se elevaban silenciosamente los monumentos que el acero y las llamas habian respetado; antiguos, tristes y admirables testigos de una prosperidad desvanecida y de una gloria eclipsada, como esas pirámides colosales que aun se ven en medio de los arenosos desiertos del Egipto.

Las llaves de la ciudad de Augusto, fueron por segunda vez enviadas al emperador de Oriente; pero aunque Roma estaba libre de la dominacion de los bárbaros, el resto de la Italia gemia cautiva, y para salvarla se necesitaban recursos que la corte de Bizancio no enviaba: así es que Belisario cansado ya de ver los progresos de Totila, se creyó dichoso obteniendo su llamamiento.

Cuando Belisario volvió á Constantinopla, estalló una conspiracion contra la vida de Justiano; pero los conjurados habian resuelto que antes de descargar el golpe fatal sobre el emperador, era preciso pasar sobre el cuerpo de Belisario, cuya lealtad les causaba grandes temores. El complot fué descubierto, y Belisario disfrutó por algun tiempo de los honores que le prodigaba su elevado rango; pero tuvo que abandonar el reposo para entregarse de nuevo á las fatigas de la guerra.

Zabergan á la cabeza de los Búlgaros y de los Esclavones, habia en el mes de marzo de

559, pasado el Danubio, asolado la Mesia y la Tracia (1) y acampado á veinte millas de Constantinopla.

Bizancio tembló.... pero Belisario reanima á los habitantes, y diez mil conbatientes se precipitan á las armas y corren tras los pasos del viejo guerrero, quien al dia siguiente entra victorioso en la ciudad, en medio del regocijo universal.

Dos años despues, Belisario fué acusado de estar implicado en una conspiraeion, la fama de este grande hombre era estraordinaria, y la envidia supo inspirar desconfianza á la corte. El emperador olvidó cuanto debia á tan ilustre capitan, y la historia jamas podrá vindicar á Justiniano de su ingratitud para con un guerrero tan ilustre. Sus bienes fueron secuestrados, y él gimió en una prision, hasta que al fin fué reconocida su inocencia, pero poco sobrevivió, pues ocho meses despues de su última victoria bajó al sepulcro. „Su nombre jamas perecerá, dice un historiador; pero en vez de los funerales, de los monumentos y de las estátuas que tan justamente merecia, encuentro en los historiadores que el emperador confiscó los tesoros que poseia á consecuencia de sus triunfos sobre los godos y sobre los vándalos."

La filosofia, la pintura y la poesía parece que han tomado á su cargo el recordar las desgracias de tan ilustre guerrero, representándolo ciego y conducido por las calles de Constantinopla, repitiendo estas palabras; „Dad un óbolo al pobre Belisario." Pero el que estudia la historia, respeta á los moralistas, admira á los pintores y no cree á los poetas; pues que sin este incidente fabuloso, la vida de Belisario es un continuo vaiven de dicha y desventura, que da una grave leccion á los que sirven á su patria cuando está subyugada por un tirano.

Pero desgraciadamente los hombres rara vez se aprovechan de las lecciones de la historia.

Enero de 1844.—P. M. TORRESCANO.

(1) Hoy parte de la Turquía de Europa.

CONSTRUCCION Y USOS DEL TERMÓMETRO.

El termómetro es un instrumento muy conocido, y cuyo uso continuo y frecuente aplicacion, tanto á las ciencias como á las artes, hacen importante su conocimiento, por cuyo motivo vamos á esplicar aquí el modo de construirlo y de usarlo.

Es generalmente sabido, que cuando un cuerpo se calienta sin variar de constitucion, se dilata ó aumenta su volúmen, y este al contrario disminuye cuando aquel se enfria. En esta propiedad general á todos los cuerpos, está fundada la construccion del termómetro, instrumento que suministra un medio seguro de conocer las diferentes temperaturas que tiene un mismo cuerpo en diversas circunstancias.

Este se compone de un tubo de vidrio de diámetro muy pequeño, con una bolita de la misma materia en su parte inferior: este tubo está unido á una plancha de madera ó metal, (se prefiere este último por ser mas duro y ofrecer ménos dilatacion con un mismo grado de calor,) donde están marcadas las divisiones que sirven para conocer á qué temperatura se ha elevado el cuerpo que se esperimenta. El tubo tiene en el interior una cantidad determinada de una sustancia, que por su aumento ó diminucion de volúmen, marca, por medio de las divisiones de la plancha de que hemos hablado, el grado de calor ó frio que puede esperimentar en aquel momento el cuerpo á cuya influencia se somete. La sustancia que se usa para este fin, es generalmente el mercurio, conocido igualmente con el nombre de azogue. Tambien se puede emplear el espíritu de vino; pero esto no ofrece tanta exactitud como el primero.

Véamos ahora el método que se debe seguir para construir el instrumento, de modo que satisfaga á todas las condiciones enunciadas. En primer lugar, el mercurio que se emplee, debe ser lo mas puro posible, y como casi nunca se encuentra en este estado en el comercio, es preciso indicar un medio de purificarlo. Para esto se echa en una badana, y se liga esta fuertemente de modo que se forme lo que se

llama vulgarmente una muñequilla; se aprieta esta con fuerza entre la mano, y el mercurio se escapa por los poros de la badana, dejando en el interior de esta las piedras, tierra y demas sustancias con que puede estar mezclado. Para separarlo en seguida de los metales con que se halle combinado, se calienta hasta que se volatilice ó evapore, pues tiene la propiedad de llegar á este estado ántes que los demas metales; con tal objeto se pone en una retorta (1) de vidrio ó porcelana, á cuya estremidad se adapta un largo tubo de la misma materia, y á este un globo tambien de vidrio. Este último debe estar sumergido en un poco de agua bastante fria, y la retorta se coloca sobre un fuego débil al principio, y cuya intensidad se aumenta gradualmente hasta hacer evaporar el mercurio: para impedir que el vapor de este se escape por las uniones del tubo con la retorta y el globo, se tapan estas con betun. Al evaporarse el mercurio, se separa de los demas metales, y se reune en el globo de vidrio, el que como está á una temperatura mucho mas baja que el resto del aparato, le hace volver á su estado líquido.

Una vez obtenido así el mercurio puro, se introduce en el tubo de vidrio que hemos indicado; pero es necesario que este satisfaga á algunas condiciones para que el instrumento sea exacto. Primeramente debe ser de un diámetro muy pequeño, y ademas igual en toda su longitud: se conocerá que esto se verifica, poniendo en él una gota del metal, y haciéndola correr; si esta ocupa siempre un espacio igual, será señal indudable de que llena la condicion pedida.

Se introduce despues en el tubo el mercurio necesario; pero esta operacion es mas dificil de lo que parece á primera vista, pues que siendo aquel tan delgado, el aire que contiene opone resistencia á la introduccion: para facilitarla se calienta la bola que se halla á la estremidad inferior, y como hemos dicho que los cuerpos aumentan de volúmen cuando sube su temperatura, el aire que se halla interiormente se dilatará, y una parte de él saldrá fuera del tubo; entónces se voltea este, y se introduce su estremidad abierta en una taza de mercurio, manteniéndolo en esta posicion hasta que se enfrie, á cuyo tiempo se volverá á enderezar, teniendo cuidado de tapar ántes la abertura con el dedo, para impedir que se salga el mercurio que ha entrado ya. Como será muy raro que entre de una vez todo el que se necesita, es necesario repetir esa misma operacion muchas veces, hasta conseguir el fin propuesto.

Para que el instrumento marque bien las diferencias de temperatura, es preciso que el mercurio pueda correr libremente en el tubo, y por consiguiente, se necesita que dentro de este no haya ningun otro cuerpo. A fin de obtener esta condicion, se calentará el tubo primero, y en seguida la bola, por cuyo medio se dilatará el aire que contienen y arrojará fuera la humedad y demás impurezas que pueda haber.

Como la cantidad de mercurio que deba entrar en el tubo no puede ser arbitraria, se determinará introduciendo éste sucesivamente en el yelo y en la agua hirviendo.

Supongamos introducido ya todo el mercurio que se necesita; para que sus dilataciones y contracciones sean siempre uniformes, es indispensable que aquel esté perfectamente purgado de aire. Con este fin se calienta la bola hasta que hierva el mercurio: este sube entónces arrojando todo el aire, y para evitar que el mercurio se derrame tambien por la ebullicion, se forma en la abertura una especie de tacita ó receptáculo del mismo vidrio. Cuando el mercurio ha llegado á este punto, se deja enfriar, y luego que comienza á bajar, se cierra herméticamente la abertura con el fin de que no se vuelva á introducir el aire que ha salido.

Concluidas estas operaciones, queda que graduar el instrumento á fin de poderlo aplicar con exactitud y buen éxito. Para esto se sumerge en un vaso lleno de nieve ó yelo al tiempo de derretirse, se vé bajar inmediatamente el mercurio; se mantiene el tubo hasta que haya seguridad de que ya aquel no baja mas, y se marca cuidadosamente este punto. En seguida se introduce en un vaso de agua hirviendo; se ve hasta donde sube el mercurio, y se señala este punto como el anterior: determinando así un espacio fijo entre los dos, se adapta en seguida el tubo á la plancha, marcando igualmente en ella los dos puntos, de modo que se correspondan perfectamente con los de aquel, y el espacio comprendido entre ellos se divide en un cierto número de partes iguales.

Tres son los sistemas de division empleados en los termómetros; el mas general y cómodo de todos, es el llamado centigrado, porque el espacio referido se divide en cien partes iguales, señalando cero en el punto determinado inferior, y ciento en el superior. Otra division es la del termómetro de Reaumur, llamado así

(1) Se llama retorta un frasco, cuyo cuello, que es largo y delgado está muy doblado en su nacimiento.

del nombre de su autor, y en la que marcando cero en el punto inferior, el espacio se divide en ochenta partes iguales. La division inventada por Farenheit, cuyo motivo le ha dado su nombre á los termómetros en que se usa, consiste en marcar un número treinta y dos en el punto inferior, y doscientos doce en el superior, dividiendo el espacio comprendido entre ambos en ciento ochenta partes iguales. Estas son las divisiones generalmente adoptadas, y para evitar confusion se indica el termómetro que ha servido para tomar la temperatura de algun cuerpo: así, se dice por ejemplo, cuarenta grados de Reaumur, cincuenta y dos de Farenheit etc. Por otra parte, se vé que cuando se tiene una temperatura espresada en grados de un termómetro dado, es fácil reducirla á que esprese la misma en otro termómetro de division diferente, por medio de una simple proporcion ó regla de tres, puesto que conocemos las divisiones de cada uno de los sistemas.

Ya tenemos enteramente concluida la construccion del termómetro; en cuanto al modo de aplicarlo hay poco que decir, siendo su uso tan general, aun cuando solo sirva para conocer la temperatura del aire. Solo sí advertiremos, que cuando se quiera conocer con exactitud la temperatura de un cuerpo, ya sea sólido, líquido ó fluido, es necesario que no solo á la bola se comunique esta temperatura, sino tambien á la parte del tubo que contiene mercurio, precaucion que comunmente se desatiende.

Suele suceder algunas veces, sobre todo en los viajes, que el mercurio se separa formando diversos cilindros en el tubo: si acaso no ha sido construido el instrumento con todo el cuidado que hemos indicado, y ha quedado un aire interior, es dificil volver á hacer unir el mercurio; pero de todos modos, lo mejor es atar la parte superior del tubo al estremo de una cuerda, y darle en seguida vueltas con cuanta velocidad sea posible.

Acaso nos hemos detenido demasiado en la descripcion, construccion y usos de un instrumento tan conocido; pero nos ha parecido que así lo exigia su constante aplicacion á todas las ciencias y artes, y aun á las necesidades mas comunes de la vida.—*F. C.*

UN AUTOR DE COMEDIAS.

Si ustedes
Me prometieran callar,
Yo les contara....—Sí, diga
Usted, nadie lo sabrá;
Diga usted.—Pues bien, el caso
Es que ese cisne inmortal,
Ese dramático insigne
Ni es autor, ni lo será.
No sabe escribir, no sabe
Siquiera deletrear.
MORATIN—A. GERONCIO.

El amor propio, ó llamándolo por otro nombre el amor moderado de sí mismo, es uno de aquellos sentimientos inherentes á la naturaleza del hombre, sin el cual quizá no podria vivir en sociedad este animal bípedo y sin plumas, como lo definió Platon; es un verdadero sentimiento que no puede clasificarse entre las pasiones, sino cuando llegando á un grado supremo de exaltacion, cede su lugar al orgullo: es pues el orgullo una pasion, una cualidad accidental en la naturaleza humana, que revela un estado febril del espíritu, del que raras veces se logra sacarlo aun con los cauterios mas irritantes. Metafísica parecerá esta distincion aun á los lectores de ingenio mas sutil y alambicado, y muchos desearian conocerme tan solo para preguntarme, cual es el lindero que separa las tierras del amor propio, de las posesiones del orgullo, á cuya pregunta, si ellos consiguiesen interpelarme, yo contesta-

ría que tampoco lo sé, y que para creerlo les basta que nosotros mismos establezcamos esta diferencia aun en la conversacion familiar, á la que no se la puede tachar de metafísica y estudiada. Muy frecuente es, por ejemplo, decir:—Con tal espresion, con tal accion se *lastima el amor propio* de fulano:—y con tal espresion, con tal accion se *aja el* orgullo de citano; pues en el primer caso tratamos de espresar que aquel sentimiento delicado de cierto mérito propio, esencial en fulano, padece, como padeceria, si capaz fuese de sentimiento, una flor que se mirase con desden; mientras que en el segundo queremos indicar aquella revolucion total de la máquina de citano que lo hace esperimentar sufrimientos semejantes á los que esa misma flor esperimetaria, si á mas de mirársela con desden, se la arrancarse y estrujase. De esta diferencia, resulta, pues, una consecuencia clara y necesaria, y es, que el amor propio ó amor moderado de sí mismo, no es vituperable, sino por el contrario, digno hasta cierto punto de alabanza, siendo así que el orgullo no solo es vituperable, sino digno de la sátira y del ridículo.

Contagiado de la manía del siglo, las clasificaciones son un fuerte: el botánico clasifica sus plantas, el zoólogo sus animales, y el mineralogista sus piedras, ¿quién, pues, me impide clasificar á mí el orgullo? ¡Ay del mísero que levantara la voz para tal, y cuan á punto se pondria de ser declarado, no un animal *bípedo*, sino algo con mayor número de piés por tantos como acatan y reverencian este asombroso producto de la menuda análisis, causa de la locura rematada de nuestra época; bien que la mayor parte no comprendan, ni qué es *clasificacion*, ni qué es *análisis*, dando por disculpa de ello la ignorancia del griego, y.... Pero siguiendo con mi intento, y declarándome desde ahora maniático, tan solo por ir con el torrente del siglo, digo que para mí puede distinguirse el orgullo en tres clases, y son: primera, aquel orgullo que es el resultado de la conviccion íntima de que se posee un físico hermoso, al que si los que precian de apuestos á mal no lo han, bautizaré con el nombre, poco sonoro, pero en cambio muy significativo, de *fatuidad:* segunda, el que proviene del embelesamiento y especie de estúpida enagenacion que causan sendas talegas de numerario, y al que llamaré simplemente *necedad;* y tercera, el que nace de la conciencia que se tiene de claros talentos, é instruccion algo sólida, y al que no hallo inconveniente en llamar á secas, *orgullo semi-racional*, por parecerme que si me viera en la dura precision de tolerar alguno de los tres, la cruz de este seria la que ménos me pesara.

En la primera clase de este gran reino social, figuran aquellos nuevos Narcisos, que viéndose al espejo dia por dia, y hora por hora, y enamorados de sí mismos tienen la desgracia de no convertirse en flores, sino en fátuos: en la segunda, esos entes materiales, positivos, conjunto mezquino de carne y sangre, verdadera personificacion de nuestra época, que á fuerza de no pensar sino en plata y en oro, logran que se les metalice el cerebro, y solo alcanzan por premio de sus afanes la necedad; y en la tercera, los sabios y literatos, que pregonando su saber y sus talentos, miran de réojo á todo profano no iniciado en los misterios de la ciencias ó de la retórica, y dispensan proteccion á los escritorzuelos noveles que ellos creen que bajo su sombra pululan. Segun esto, pregunto ahora: ¿deberá concederse la razon al individuo que pertenezca á alguna de estas clases? No, si bien se considera; mas es tal siempre la tendencia de nuestro espíritu á lo real, que no llevamos al estremo el rigorismo, cuando las causas que producen estas tres clases de orgullo son positivas, es decir, cuando tales ó cuales individuos tienen un físico hermoso, grandes riquezas ó claros talentos, mientras que cuando estas causas son ficticias ó imaginarias, no lo podemos llevar en paciencia, y nos desatamos, ora en invectivas amargas, ora en sátiras picantes contra tan insustanciales personages. Por lo que á mí toca, confieso, que condenando sin remision el orgullo de las dos primeras clases, ya sea provenido de causas ciertas ó falsas, solo me hallo capaz de alguna indulgencia respecto de la tercera, cuando su orgullo es el resultado de causas realmente existentes, declarándome, de no ser así, tan en su contra, como lo he estado respecto de las dos primeras de los *fátuos* y los *nécios*. Limitándome, pues, á este último caso, es decir, al orgullo literario en un individuo sin talentos y sin saber, ó con aquellos y sin este, voy á charlar á su ejemplo lo que buenamente se me ocurra, bueno ó malo, oportuno ó fuera de tiempo.

Si un hombre dotado de ingenio, y que ha pasado su vida sobre los libros á riesgo de quedarse con los sesos enjutos: si un sábio, si un literato digno de llevar este nombre se os presentase, carísimos lectores, no con la modestia que debe caracterizar á estos individuos, sino con aquel orgullo y satisfaccion de sí mismo, hijo solo de la ignorancia, no dudo que le

tratariais con indulgencia le compadeceríais, porque diligente en adquirir tantas virtudes, no habia sabido dominar un vicio en su naturaleza; mas si ante vosotros apareciese uno de esos hombrecillos de ingenio bola é instruccion caos, cuellierguido y parlanchin, y que altanero os mirase allá detrás de dos vidrios sin graduacion, y que os hablase con aquel acento de proteccion que en este mundo gasta siempre el superior con el inferior, como si en cado una de sus espresiones os quisiera decir "Pobres tontos," *risum teneatis?* ¿Le compadeceríais? ¿Le perdonaríais ese atrevimiento, resultado de la mas crasa estupidez? No os creo yo tan moderados é indulgentes, lectores mios, que á tal espectáculo dejáseis de hacer la figura que Sancho ante su amo el Caballero de la Triste Figura, cuando estaba este confuso y pensativo, por haber descubierto que los que él habia juzgado golpes de desaforados jayanes, no eran sino de mazos de batan. Soltaríais la presa de vuestro desprecio en sus barbas, porque él mismo seria el agente de vuestras cosquillas, el excitante mayor de vuestra risa; y desde ese mismo momento le marcaríais con el sello de la estupidez para que á todas horas y en donde quiera, os sirviera de hazme reir.

Pobladísima está por desgracia la sociedad de estos entes semi-racionales, que porque hojearon las páginas de una novela ó asistieron á la representacion de un sainete por la tarde, se llaman literatos, como si esta palabra quisiera decir, hombre que conoce las letras del alfabeto, porque esto es á lo que mas llega su saber: por todas las calles se tropieza con estos pegostes de la literatura, que beben su instruccion en los catálogos que gratis les reparten en las tiendas de libros, en donde pasan el dia de codos, creyendo sin duda que la ciencia les ha de entrar por las narices con el polvo que se levanta de los folios, y que ellos aspiran con avidez: por todas partes no se descubre sino á ellos, llenando las anchas aceras, moviendo rápidamente los lábios, á guisa de quien va diciendo allá para su coleto: „No hay duda, yo soy un ingenio," y creyéndose el asunto de la conversacion de cuantos los miran; y esto en buena parte, porque á decir verdad, si ellos tomaran la cosa en mala parte, creo que no se engañarian, pues su misma estupidez los hace notables á cuantos tienen, no sé si diga la dicha ó la desgracia de observarlos. Esta clase inunda los paseos, los teatros, las tertulias, y tiene á veces la felicidad de encontrar almas cándidas, que creyéndolos bajo su palabra, pregonan que cuando ménos son unos sabios aquellos que les hablan en idioma griego para ellos; y que mas chinches que el nunca bien ponderado personage del *Ibam forte via sacra* de Horacio, les refieren menudamente cuanto hacen, cuanto dicen, y los triunfos que en corrillos tan sandios como ellos, alcanzan diariamente.

Estos tales tienen ademas otra cualidad muy suya, y es la de no pararse en pelillos para cometer cualquiera vileza, la accion mas baja de adulacion, con tal de medrar con esto reputacion y pesetas, y tal cual roce con gente de alto coturno, porque es de advertirse que así deliran ellos porque los llamen *ingenios*, como por tener el riñon asaz cubierto, y tutear ya que no al presidente, al ménos al ministro, bien que las mas veces no consiguen de él, sino que, apreciándolos en lo que son, les arroje con desden un mendrugo y tal cual caricia para tenerlos siempre dispuestos á besar el polvo de sus piés. ¡O almas grandes, planetas literarios que brillais con luz prestada, y que os creeís la esperanza literaria del pais! ¡cómo envidio vuestra bambolla y charla, y sobre todo, vuestra estoica indiferencia respecto de las cosas de este mundo, para salir de esta miseria á que mi estupidez me ha condenado! Seguid, seguid, la carrera que el destino os señaló, sin hacer caso del *qué dirán* de estos hombrezuelos á quienes veis, como granos de mostaza, desde la altura de vuestro firmamento. ¡Oh y como lloraria la patria el dia que ya sin luz apareciéseis en su horizonte, antorchas luminosas!

Enemigo de la doctrina sin que á su lado vaya el ejemplo, me apresto á referiros, oh benévolos lectores, un caso que se me ha venido á las mientes, y que vosotros llamareis luego cuento, conseja, ejemplo, historia, ó como mejor os acomode. Es, pues, el caso, que hay en México un individuo que tiene por nombre de bautismo Antonio, y por nombre apelativo Paliplúrimo de Nonada, que es como si dijéramos que se llamaba D. Antonio Paliplúrimo de Nonada, el cual individuo, hijo de un honrado vinatero, que allá por los años de veinte y veintiuno habia monopolizado en México el ramo de vinos y aguardientes, fué colocado por su buen padre desde muy jóven detras de un mostrador, en donde tenia vinculado su patrimonio, y de donde si buen catador no salió, no sé qué saldria, bien que puede creerse que en lo que ménos pensaba era en los vinos, distraido con lo que fué causa de la manía que ahora lo domina. Era en ese entónces un buen jóven, recomendable por su trato fino y su moderacion, cosas ambas que me obligaron á contraer

con él una amistad íntima. Mas para su eterna desventura cayeron un dia entre sus manos los coloquios y sainetes del *Pensador Mexicano*, y otras piececillas vaciadas en el mismo molde, destinadas todas primitivamente para envolver sin duda sal y pimienta; mas que apropiándoselas él, las leyó, las devoró, no consiguiendo al fin de su lectura, sino el haber concebido una idea, la idea maldita de escribir en renglones cortitos, á los que despues ha puesto el apodo de versos, idea que estuvo fermentándose allá en su cerebro, hasta que en una navidad, dia menguado para él, aunque él no lo crea así, dejando á un lado todo vano temor, dió á luz un fárrago que llamó coloquio, y que á jucio de la madre, la cual era iluminada por la hermana, á la que servia de pedagogo la criada de la casa, que tenia fama de leida, era una obra maestra, *chef de oeuvre*, como él la llamaria ahora que ha dado en que parla el frances, cuando mal tartamudea el gabacho. No se necesitó mas para que Antonio, de edad ya de veintitres años, á semejanza de la donosa negra de la conseja con que quizá á todos nos han arrullado en la niñez nuestras nodrizas, se dijera á sí mismo: ,,¿Yo un ingenio, y detras de un mostrador?» Sáltolo, y voime por esos mundos á recoger laureles, como quien dice, á comer bellotas al monte en la época en que la encina fructifica; y esta fué la primer llamarada de ese orgullo que tanto ha crecido despues. Salió en efecto, y su primera diligencia fué tomar un abono en el teatro, (él creia que su musa era la clásica Talia,) en donde al cabo de dos meses habia visto ya cuatro comedias de Breton, diez y ocho de Scribe, y veintidos *vaudevilles*, de autores familiares de Paris, arreglados al teatro español, por el incansable semi-autor y semi-traductor D. Ventura de la Vega: leyó en ese tiempo la poética de Boileau, supo embaucar al ministro, y entró á desempeñar un empleo civil, adquirió alguna amistad con individuos que el público mira ya como literatos, con los cómicos en fin, y á los cuatro meses de su vida extra-tenderil, regaló al público con una *Comedia en tres actos y en verso, original de D. Antonio Parliplúrimo de Nonada, y dedicada á un gran personage*, comedia que los cómicos recibieron con aplauso, y representaron con placer, (porque acá para inter nos no tienen los tales el mejor criterio que digamos,) y que el público imprudente estuvo á punto de saludar con la *sorda marela* de Moratin, lo cual, si no lo hizo fué por estar dedicada á un gran personage, y no por aprobacion de la pieza, como lo creyó el pseudo autor, que desde entónces dió todo su vuelo á ese orgullo nunca visto, ni imaginado que cabalga en sus narices; y digo que cabalga en sus narices, porque él cree que en traer anteojos, está el quid, la fuerza del ingenio cómico, dando por razon incontestable, que Breton los usa, y que aun entre nosotros Gorostiza no los desdeña. Válame Dios, y cuan hueco, y cuan orondo andaba nuestro D. Antonio en cafés y concurrencias, pregonando lo que él creia su triunfo, y enseñando á toda ánima viviente aquellos *aegroti somnia*, aquel feto informe de un parto prematuro, cuyo cuerpo habia sido formado en su totalidad por Breton, y cuyos ojos, única parte que á él le quedara, estaban apagados y vacíos, gracias á su destreza. ¡Y cuántas sandeces hizo! Y como se dió á conocer el angelito en el público, en donde corre la fama de que á tanto llegó su frenesí, que pasando por acaso por una barbería, entróse en ella, y sin mas ni mas le preguntó á su dueño que á la sazon ejercia su oficio.

—¿Me conoces?

A lo que no recibiendo respuesta ninguna prosiguió.

—Pues sabe que soy autor de una comedia en tres actos y en verso que hace cuatro dias fué representada con general aplauso; y esto lo digo para que en adelante me conozcas y me respetes.

Y dando la vuelta se salió dejando con su tan desatinado *ex abrupto* estupefacto á aquel grave rapista, que sacando los ojos cuanto podia y con la navaja á una buena distancia de su oficio se vió en peligro de ser abofeteado por el paciente, cuyo labio tenia con su mano izquierda á dos cuartas de su posicion natural. Desde entonces nuestro dramático anda tieso como una estaca y no saluda sino al ministro, y al rico propietario que desde el fondo de su coche le hace una caravana. Mas olvidando lo pasado, dejemos á los muertos y véamos lo que está fresco y aun humea.

No hace ocho dias que iba yo por una de las calles principales de nuestra capital, y por su frente caminaba tambien un hombre de estatura mas bien baja que alta, con su sombrero de dos cuartas de elevacion, su capa de esas que nuestros elegantes, que poco se curan de anacronismos, llaman *romanas*, y sus inapeables anteojos; vílo, y conocí en el acto á aquel que en un tiempo habia sido mi amigo, Parliplúrimo de Nonada. El me vió tambien; mas como su orgullo no le permite dispensarme un saludo, á mí, pobre diablo, que ni he hecho comedias, ni me tuteo con el ministro, ni... sacó

su pañuelo, estornudó, y me volvió la espalda. Otro se hubiera dirigido sobre él, y á coces le hubiera esplicado su indignacion; mas yo que soy medio socarron, y asaz sufrido con animales que no saben lo que hacen, me dirigí hácia él, y dándole una palmadica en el hombro.

—Oh! antorcha de nuestra literatura, esclamé, esperanza (risible le iba á decir; pero me arrepentí) risueña de los empresarios de nuestros corrales, ¿á dónde te diriges, *où vas tu petit Moliere mexicain?*

De grado ó por fuerza se detuvo y con una cólera mal reprimida:

—Voy me contestó.... voy por ahí.... y voy de prisa.

Dándome á entender lo molesto que le era estar allí conmigo. No obstante, yo continué, dándole ya por su juego.

—Oh! espera un poco, no te enfades por una broma, pues voy á hablar ya de veras. Al verte no pude menos de conocer que ibas distraido, pensando en alguno de esos grandes proyectos que solo tú eres capaz de concebir.

Mudando en el acto de aspecto y decidido ya á permanecer allí, cuanto yo quisiera, me contestó.

—Tú me sonrojas.....

—Oh! no, tú mereces esto y mucho mas.... ¿Qué vamos apostando á que tenemos nueva comedia?

—No te equivocas.

—Oh! si yo tengo una vista que á vuelo de pájaro te conozco; pues, conozco tus proyectos.

—Eres algo perspicaz, pues hoy mismo he concluido la tercera creacion de mi musa cómica, mejor en mi concepto que las anteriores, y en la que si no me equivoco en esto de sales cómicas, saco alguna ventaja á Breton.

—Pues, si eres el hombre mas chusco que he conocido: Moliere, Moratin, Breton, Gorostiza, junto á tí, son unos chocarreros que cansan, que fastidian, que duermen.....

—Yo no digo tanto por ahora..... pero con el tiempo....

—Oh! con el tiempo llegará dia en que las carcajadas del público te abrumen, y.... Pero véamos siquiera el título de esa famosa....

—Oh! es un título.....

—De aquellos que valen por el argumento ¿no es eso?

—Tú lo verás.

Sacó en esto un cuaderno que á lo que pude calcular estaria compuesto de veinte pliegos, y se puso á leer el título, habiendo ántes tosido, escupido, y tomado un aire grave.

—Se titula esta comedia, me dijo despues de algun tiempo, *El Liberal arrepentido, ó sea la prudencia de un Ministro....*

—Ja, ja, ja, ja; y cómo que va *á hacer furor* la tal piececilla, especialmente ahora que los dichos liberales están, como quien dice, de capa caida, y que el Ministro....

—Está ademas, como ya te dije, llena de sales cómicas.

—Así lo creo.

—Tiene escenas que van á hacer un efecto sorprendente.

—Si tú eres.... un grande hombre le iba á decir; mas, como es chiquito de cuerpo, dejé la frase cortada por carecer en él la palabra de doble significacion.

—Oh! y la moralidad es lo que mas la recomienda: tú verás que concluye con que el Liberal arrepentido recomienda al público el bando ministerial.

—No hay duda, tú vas á ser laureado, y desde ahora te doy el parabien: ven á mis brazos.

Y lo abracé con grande alaraca, para no soltar la carcajada, pues hacia tiempo que la risa retozaba en mis lábios.

—Pero á donde vas por fin? le volví á preguntar.

—Á ver al Ministro.

—Y con qué objeto?

—Con el de dedicarle esta pieza y ponerla á sus piés.

—Ven otra vez á mis brazos: tú serás, pese al vulgo maldiciente; tú serás el hombre de mas provecho entre nosotros; tú serás aplaudido, ensalzado....

—Así lo espero, pues mi obra no merece ménos.

Me dió la mano, siguió su camino, y yo me quedé allí absorto, contemplando embebido aquel ser bruto, individuo de la tercera clase de mi gran clasificacion; y solo despues de que él hubo vuelto la esquina pude soltar la carcajada y proseguir mi camino.

Mi Sobrino.

CIUDAD DE MÉXICO.

I.

Su situacion geográfica.—Rapida ojeada sobre su historia desde su fundacion hasta nuestros dias.

MEXICO, [1] ciudad populosa de la América Septentrional, capital hoy de la República mexicana y del Departamento de su nombre, y antiguamente, corte primero de los reyes aztecas, y de los vireyes de Nueva-España en seguida, está situada bajo la zona-tórrida á los 19° 25' 45" de latitud boreal á los 95, 29 en grados, y 6, 21, 91 en tiempo de longitud al Occidente de Madrid. Esta ciudad está situada casi en el medio del Gran Valle á que dá su nombre, valle que ocupa el centro de la cordillera de Anáhuac y que está situado sobre la espalda de las montañas porfiríticas y de amigdaloides basáltico. La forma de este valle es oval, y su longitud, tomada desde la embocadura del rio Tenango en el lago de Chalco hasta el pié del cerro de Sincoque, cerca de Huehuetoca, es de diez y ocho un tercio leguas; su mayor anchura de doce y media leguas desde San Gabriel cerca de Texcoco, hasta los manantiales del rio de Azcapozalco, cerca de Gisquiluca; su circunferencia de 67, tomada de la cresta de las montañas que lo rodean, y su estension territorial de 244 leguas cuadradas, de las que solo 22 están ocupadas por los lagos, todo esto, segun las observaciones del baron de Humbold y del mineralogista D. Luis Martinez, á quien cita el mismo viagero.

El clima de México guarda un verdadero medio entre todas las temperaturas que se observan en la República, pues ni en el estío se esperimenta el calor sofocante de las costas que nosotros llamamos *tierras* calientes, ni en invierno el frio rigoroso de otros lugares, ó mas elevados sobre el nivel del mar, ó situados mas al Norte. Con su dilatadísimo horizonte, su aire suave y su cielo azul la mayor parte del año, es uno de los lugares mas deliciosos para vivir libre de los fastidios tenaces que nos causan un aire siempre húmedo y un cielo sombrío, y cubierto de negras nublazones, bien que en esto de la pureza del cielo sea inferior á otros puntos por los vapores constantes que se desprenden de los lagos que lo rodean, especialmente en el estío, y que ofuscan un tanto la brillantez del firmamento. La vegetacion de los alrededores de México, si exceptuamos únicamente las chinampas, es en general mezquina, debido sin duda á la falta de agua que hay en algunas partes, como por ejemplo por San Lázaro, lo que impide regar todos esos campos cubiertos por el muriato y el carbonato de sosa; y creo yo tambien que las enfermedades ejercerian muy pocos estragos en su seno, si no fuera por la suciedad, consecuencia de la poca policía de las grandes ciudades.

Es la residencia del presidente y de todas las autoridades superiores de la República, así como de las del departamento. Tiene, ademas, Sede arzobispal, que es la metropolitana de todo el estado, con su cabildo y su numeroso clero, tanto secular como regular: se cuentan en ella multitud de edificios públicos, como son el palacio del gobierno con todas sus oficinas, la casa de moneda, jardin botánico etc., la catedral, el palacio del arzobispo, la aduana, el palacio del gobierno departamental, la diputa-

(1) Mucho varian los autores sobre la significacion de la palabra México, pues unos dicen que se deriva de la palabra *Meztli*, que en mexicano significa luna, porque la vieron reflejada en el lago; otros quieren que signifique fuente, porque en el sitio en que la fundaron encontraron una de agua dulce, y aun Clavijero creia al principio que México queria decir en el centro del maguey; mas este mudó despues de parecer, y se convenció de que México viene de *Mexitli*, ó Huitzilopochtli, que era el Dios de la guerra de los mexicanos, y que por consiguiente, quiere decir lugar de Huitzilopochtli, pues el *co* agregado á un nombre, cuyo final se suprime, equivale á lugar, como se verifica tambien en *Huitzilopocho*, en cuya palabra se suprime el *tli*, lo mismo que en *Mexitli*.

cion ó casa municipal, la universidad, en la que están el Museo nacional y el Ateneo; el Apartado nacional, 14 parroquias, 20 conventos de frailes, 21 de monjas, 19 capillas y 4 colegios de niñas. Tiene, ademas, 7 hospitales, de los que dos están destinados para locos; 1 casa de cuna, 1 hospicio, 1 casa de correccion de jóvenes delincuentes, 2 cárceles, 1 colegio de minas, 1 militar, 1 escuela de medicina, 1 seminario conciliar y 3 en que se cursan los estudios primarios, la Teología y el Derecho, tanto civil como canónico. Escuelas lancasterianas, 2 bibliotecas públicas, 3 paseos, 3 teatros, que aunque de pésima construccion, sirven para su objeto, pues solo podremos contar uno cuando esté concluido, el de la calle de Vergara, y multitud de establecimientos literarios particulares. De todos estos edificios y establecimientos, hablaremos en otro lugar estensamente.

México, una de las ciudades mayores del Nuevo-Mundo, es quizá la que con mas imperfeccion han descrito los viageros europeos, quienes á excepcion de Humbold que la describió tal cual la encontró en la época de su viage, no han hecho mas que corroborar las falsas aserciones de hombres que tal vez jamas habian espaciado sus miradas por el sorprendente valle de la antigua Tenochtitlan. Apoyados casi todos en las relaciones de los conquistadores, y en algunas poco posteriores á la conquista, han creido que México no habia cambiado de aspecto desde entonces á acá, y que todavía era por consiguiente una isleta que no estaba unida al continente, sino por unas angostas lenguas de tierra, dando esto lugar, á que no habiéndola visto jamas, dejasen correr libremente su imaginacion en sus descripciones. Es cierto que la antigua México estaba situada en varios islotes que rodeaban por todas partes los lagos de Texcoco y Chalco de que habla Cortés en su carta al emperador, de 10 de octubre de 1520 y los de Zumpango y Xalcotlan que segun observa Humbold, no conocia aun el conquistador, lagos que cubrian con sus aguas casi todo el valle; mas es cierto igualmente, como observa el mismo Humbold, que las aguas desde entonces iban ya retirándose poco á poco; movimiento natural, que auxiliado del famoso desagüe, ha hecho que la orilla del lago de Texcoco, se encuentre hoy casi á dos leguas de distancia del límite de la ciudad. Hubo época tambien en que retiradas ya las aguas, penetraban no obstante en el interior canales que fueron cegados en tiempo del virey conde de Revillagigedo, de los que no queda hoy mas que el que viene de Iztapalapan, y entra en la ciudad por detras del convento de la Merced. Mas siendo evidente que la actual México es del todo distinta de la antigua, echemos ahora una mirada rapidísima sobre su historia.

La ciudad de México, fué fundada por los mexicanos el año II *Calli* (1) de su era que equivale al año de 1325 de la era vulgar, segun la comparacion entre la cronología europea y la mexicana, inspirada á Clavigero por los trabajos de Sigüenza. Mas antes de proseguir daremos una idea de quiénes eran los mexicanos, de dónde procedian, y como llegaron á las lagunas. Los mexicanos venian de un lugar llamado *Aztlan*, cuya situacion mas probable, dejando por ahora á un lado la investigacion de su verdadera posicion era al Norte del golfo de Californias á distancia de cerca de 2700 millas de México, segun indica Betancour, á cuya opinion parece que se adhiere Clavigero, como mas probable que la de Bo-

(1) Cuatro periodos, compuestos cada uno de ellos de 13 años, componian el siglo mexicano, el cual en su totalidad estaba formado por 52 años. El año mexicano estaba dividido en diez y ocho meses, de los cuales cada uno se componia de 20 dias que dan para el año por total 360; mas como al fin del último mes añadian todos los años sus dias intercalares que ellos llamaban *Nemontemi* (dias inútiles, segun Clavigero, ó aciagos segun otros) resultaba que su año era igual al nuestro, pues tenia 765 dias. Los nombres radicales de sus años eran cuatro, *Tochtli* (conejo), *Acatl* (caña), *Tecpatl* (pedernal) y *Calli* (casa), los cuales se contaban de esta manera; primer año del siglo I *Tochtli*, segundo II *Acatl*, tercero III *Tecpatl*, IV *Calli*, y volviendo á comenzar, V *Tochtli* hasta que este primer periodo acababa con el XIII *Tochtli*, y el segundo periodo comenzaba con el I *Acatl* y concluia con el XIII *Acatl*; el tercero con el I *Tecpatl*, y concluia con el XIII *Tecpatl* y el cuarto periodo último del siglo, comenzaba con el I *Calli* para acabar con el XIII *Calli* y para que el otro siglo volviese á comenzar con el I *Tochtli*, de suerte que con cuatro nombres radicales y trece números se distinguian muy bien los años. El año primero del siglo comenzaba á contarse el 26 de febrero; mas como cada cuatro años se anticipaba un dia á causa del dia intercalar de nuestro bisiesto, resultaba que en los últimos años del siglo, comenzaba el 14 de nuestro febrero. De aquí se infiere, que el II *Calli* (1325) año en que se fundó México, correspondia al año segundo del tercer periodo del siglo.

En otro lugar daremos luego una idea estensa de todo el calendario de los antiguos mexicanos, el cual es la mayor muestra que pudieron habernos dejado de su civilizacion, pues él nos prueba cuan superior era el grado de rectificacion de sus observaciones astrónomicas al de casi todas las naciones antiguas.

turini. Sin mencionar aquí ni las tradiciones, ni el viage larguísimo, con la espresion de los lugares que refiere Torquemada, pues ademas de ser muy difuso, no está muy bien probado, solo referiremos una circunstancia en que todos los autores están de acuerdo.

Vivian los Aztecas (nombre que les venia del lugar que habitaban) en Aztlan divididos en familias, de las que cada una tenia su nombre particular; y habia entre ellos un personage al que todos respetaban, llamado *Huitziton*, el cual habiendo oido un dia un ave que desde un árbol repetia la palabra *Tihui* que quiere decir „ya vamos" y de acuerdo con otro de los principales personages llamado *Tecpaltzin*, convinieron en sacar á su pueblo de aquel lugar, diciéndole que la voluntad de su Dios, espresada por el canto de aquel pájaro, era el que saliesen de allí, y caminasen hácia el Sur, hasta el lugar que él les indicase. Dieron crédito á sus palabras, y el primer año de su primer siglo, segun refiiere Torquemada, el cual equivale segun lo mas probable al año de 1160 de nuestra era, salieron de Aztlan, ancianos y jóvenes, mugeres y niños, fiados en la palabra de su Dios, y con la esperanza de mejorar su suerte. En su peregrinacion, se dividieron las familias por mandato de su Dios, y habiendo tomado ocho de ellas un rumbo distinto, solo los *mexicas*, que desde entonces tomaron el nombre de mexicanos, siguieron su camino, en el cual es probable que pasaron por Michoacán hasta llegar á Tula; y antes de llegar á este lugar se dividieron tambien ellos en dos bandos, de *mexicanos* y *tlaltelolcos*, que despues se conservaron un odio eterno. De Tula pasaron á Zumpango, de aquí á Tizayócan, de donde pasaron á Tepeyacac (villa de Guadalupe). De este lugar emprendieron el sitio de Chapoltepec colina porfirítica, situada al Noroeste de la ciudad actual, de donde pasaron á Acolco, lugar situado mas dentro de la laguna, donde sufrieron la mas espantosa miseria. En fin, por engaños del Señor de Colhuacan (hoy Coyoacan, situado al Sur de México á poca distancia de San Angel) pasaron á aquel lugar en donde vivieron en la mas afrentosa esclavitud, hasta que por inspiraciones de *Huitzilopochtli*, Dios que habian venerado durante su peregrinacion, se dirigieron mas hácia el Sur, en busca de un lugar en el que habian de encontrar, segun el oráculo, un nopal que naciese de una piedra y en el que estuviese parada un águila. Así lo encontraron á la mañana siguiente de su salida de Colhuacan, segun cuentan Torquemada y Gemelli, visto lo cual, comenzaron luego á levantar la ciudad, á la que llamaron Tenochtitlan (nopal que nace de una piedra) por el templo de su Dios Huitzilopochtli, que colocaron en el islote del centro que era el lugar que hoy ocupa la Catedral. Esto fué en el año de 1325, de suerte que pasaron desde su salida de Aztlan hasta la fundacion de México 165 años.

Pobres al principio los mexicanos, y manteniéndose de la pesca, eligieron no obstante su gobierno, que al principio fué aristocrático, y solo despues de algun tiempo eligieron sus reyes; y á pesar de sus guerras continuas con los pueblos vecinos, y especialmente con los tlaltelolcos que se habian establecido en el punto que hoy ocupa Santiago Tlaltelolco y todo el espacio que se estiende desde aquí hasta cerca de Tlalnepantla, comenzaron á edificar su ciudad, la que dividieron en cuatro cuarteles que llamaron *Tecpan*, ó *Xochimilco*, *Atzacualco*, *Mayotla y Tlalquechincan*, ó Cuepapan, que correspondian á nuestros barrios de S. Pablo, S. Sebastian, S. Juan y Santa María; tiraron las calles en los lugares de tierra firme de Oriente á Poniente y de Norte á Sur, y en las que entraban algunas canales fueron poco á poco construyendo puentes de madera bastante anchos. En 1362 concluyó el gobierno aristocrático, y subió al trono su primer rey Acamapichtzin en cuyo tiempo pagaban tributo los mexicanos al Señor de Azcapozalco, quien no contento con lo que hasta allí le habian dado, les exigió que le llevasen un huerto flotante con todas las plantas del Anáhuac nacidas, de donde tuvieron orígen las chinampas que tanto han dado que decir despues á los europeos, y de las que hablaremos en otro lugar. Así permaneció la ciudad durante sus cuatro primeros reyes, hasta que en tiempo de Mocteuczoma I, llamado Huehue viejo Mocteuczoma, comenzó á ser conquistadora. En tiempo de Axayacatl, su sesto rey, se aumentó considerablemente, pues con la conquista de Tlaltelolco se pasó á allí el mercado que ántes era en las inmediaciones del Templo, ese soberbio mercado de que habla Cortés admirado en una de sus cartas á Cárlos V. Este mismo rey comenzó á edificar el templo mayor, el gran templo de Huitzilopochtli, el cual no se concluyó sino hasta el reinado de Ahuitzotl, octavo rey de México, en cuyo tiembo adelantó mucho el embellecimiento de la ciudad. En fin, Mocteuczoma II, llamado Mocteuczoma Jocoyotzin (jóven), para distinguirlo del otro que era Huehue (viejo), llevó la ciudad al grado de esplendor en que la encontraron los conquistadores. Construyó templos,

palacios, puentes, canales, muros, y estendió de tal manera la ciudad, que era, segun Cortés en una de sus cartas al emperador, tan grande como Córdova, con un mercado (Tlaltelolco) dos veces mayor que el de Sevilla. Este fué el *maximum* de brillo á que llegó México, cuyo estandarte fué durante el imperio de sus reyes una águila en actitud de arrojarse sobre un tigre: mas llegaron los españoles, quienes mas astutos que los mexicanos, salieron vencedores, y sujeto cuanto á estos últimos les pertenecia á la ley de los vencidos, todo fué arrasado y demolido, para que ni el recuerdo de tanta grandeza nos quedara.

Hecha la conquista, Cortés hizo la division de las tierras entre sus oficiales y soldados, y los naturales del pais, y comenzó á edificarse la nueva ciudad, en la que el gusto de la arquitectura europea, succedió en los edificios al gusto azteca. El mismo edificó su casa en el lugar que hoy ocupa la que llamamos casa del estado, y que es perteneciente al duque de Monteleone su descendiente, y en donde antiguamente parece que estaba uno de los palacios de Mocteuczoma, próxima al gran templo. Se fundó la Catedral, (la antigua, pues esta es posterior) sobre las ruinas del templo mayor; cedió á los padres franciscanos, para que ubicasen su convento, el sitio en que lo vemos ahora, y que estaba ocupado ántes por el palacio que Mocteuczoma tenia destinado par la cria de aves; fundó la casa de la ciudad [la diputacion] bien que el edificio que ahora vemos sea posterior, y casi conformándose con la antigua division de la ciudad, y conservó los mismos cuarteles con sus nombres. Todos aquellos que participaron de la division de las tierras, comenzaron á hacer otro tanto, y muy pronto la antigua Tenochtitlán habia mudado casi del todo su aspecto. En 1523 dió Cárlos V por armas á México, á pedimento de los procuradores, un campo azul color de agua, que indica la laguna en que está edificada, con un castillo, en cuyo centro habia tres puentes, uno de los cuales estaba apoyado en el castillo, y los otros dos que no lo tocaban, tenian encima dos leones empinados, que asian con sus garras el castillo, significando la victoria de los españoles: dióle por orla en campo dorado las pencas del nopal con sus abrojos, como la representacion de la tierra. Poco á poco fueron haciéndose todas las fundaciones religiosas; y se puede asegurar que las mas antiguas son el convento ya citado de San Francisco, el de monjas de la Concepcion y el Hospicio de Jesus Nazareno, fundados por el mismo Cortés.

Siendo Fuenleal presidente de la audiencia en 1532 se aumentaron las novedades materiales de la ciudad, pues mandó este que en los arrabales se hiciesen de piedra los puentes que hasta allí habian sido de vigas; mandó cegar la parte del lago que ocupaba el centro de la ciudad, y construir una plaza, que segun congeturo, fué la de Jesus, para que los naturales tuvieran en ella lo que ellos llamaban *tianguiztli*, y que nosotros corrompiendo la palabra, llamamos hoy *tianguis*, y construyó una especie de acueducto que hoy no existe, y que tenia por objeto conducir el agua de Tlaltelolco á los edificios y plazas públicas de la ciudad. En 1548, á peticion del procurador Alonso de Villanueva, le dió el emperador á México el título de muy noble, insigne y leal ciudad, título que en adelante usó en sus armas y escrituras, y por este año se comenzó la construccion del acueducto que hoy conduce el agua á la ciudad.

El año de 1580, sufrió México su primera inundacion, á consecuencia de la cual se pensó por primera vez en construir el desagüe de Huehuetoca: la segunda fué en 1604, y despues de este, el año siguiente se empedraron las calles, se limpiaron las acéquias y se construyeron las calzadas de Guadalupe, la Piedad, etc.: en 1607, en fin, fué la grande inundacion de México, á consecuencia de la cual se emprendió en el acto el célebre desagüe de Huehuetoca, del que daremos una descripcion y una historia separadas, y que como dice Humbold, es la obra hidráulica mas gigantesca que hayan emprendido los hombres. Siguió sufriendo México inundaciones, y embelleciéndose cada dia mas con nuevos edificios, hasta la época en que llegó de virey el conde de Revillagigedo, quien, como todos saben, con su rara diligencia puso á México casi en el estado en que hoy la vemos. Cegó la mayor parte de las acéquias, empedró de nuevo las calles, puso el alumbrado de toda la ciudad, y estableció, sobre todo, una policía regularizada que jamas habia habido en México, y que tanto ha contribuido en las mejoras que sucesivamente se han ido haciendo; y con su idea constante de embellecerla, pensó tambien en la destruccion del Parian, verificada últimamente; mas no la emprendió, porque pulsó los muchos inconvenientes que habia; inconvenientes que se atropellaron ahora.

Despues de este virey, muy pocos fueron los progresos que se hicieron en la parte material de la ciudad hasta la época de la independencia, en cuyo tiempo sufrió la última inunda-

cion en 1819: y solo se notan, bien que son de fines del siglo pasado y principios de este, la iglesia de Loreto hundida, el colegio de Minería y la academia de S. Cárlos. De la independencia acá han sido mayores los progresos, y hoy especialmente se nota en esa parte una actividad grande.

México tiene la forma de un cuadrado, cuya estension de oriente á poniente es de mas de una legua, lo mismo que de norte á sur: las calles anchas y tiradas á cordel, son de una estension igual á la de la ciudad, bien empedradas y con anchas aceras por uno y otro lado; y si se exceptúa el tiempo de llúvias, en que algunas de las principales se anegan, todo lo mas del año están en buen estado. La poblacion era en 1803, segun Humboltd, de 137.000 habitantes; mas como despues ha ido aumentando succesivamente, se puede decir hoy, por aproximacion, y segun los censos de los años anteriores, pues en vano he tratado de ver el último, que asciende ya á 200.000 habitantes. Su comercio es activo, y se importan en ella todos los efectos estrangeros que entran á la república por Veracruz; y de otros puntos, sus mantas, loza, azúcar, cacao, añil, frutas y multitud de granos, aguardiente y pulque, del que se hace un gran consumo. Casi nada se esporta si no son los efectos estrangeros que van al interior.

He aquí una rápida noticia sobre México, que no podemos alargar por ahora tanto como quisiéramos, por no permitírnoslo las reducidas páginas de un periódico. En la descripcion que vayamos dando de cada edificio en particular, nos estenderemos bastante para compensar con esto lo diminuto de esta noticia, y rectificaremos algunos puntos, como por ejemplo el de la poblacion, en los artículos de estadística de México.

SONETO.



Y usted, doña Paquita, tan hermosa,
¿Qué sabe hacer para aumentar su hechizo?
—¿Yo? Sé hacerme tan bien, tan lindo un rizo,
Que envidia causo á Pepa, á Sinforosa.
—Y á mas de vuestros rizos, ¿qué otra cosa....
—Pues qué esa gracia mas no os satisfizo?
—¡Oh! Mucho á la verdad, que usted lo hizo
Por probarme con eso que es graciosa.
—Pues sé tambien bailar á la francesa,
(Bien que á la rusa no, yo lo confieso,)
Y sé ponerme un gorro á la escocesa.
Y menear mi cuerpo con exceso,
Y echarla en la tertulia de ex-marquesa....
—¿Y sabe usted pensar?—No, nada de eso.

MI SOBRINO.

SUSPIRO.

IMITACION DE J. REBOUL.

Todo es imágen que miente;
Copa amarga ó de consuelo,
Cancion alegre ó doliente
Engañan el labio ardiente:
Solo es verdadero el cielo.

No hay dia en que no sucumba
Del cielo el claro fanal,
Y la gloria se derrumba;
Todo es presa de la tumba:
Solo el cielo es inmortal.

El hombre en mar borrascoso
Navega léjos del suelo,
Y solo vé temeroso
En torno escollo espantoso:
Que solo es tranquilo el cielo.

M. ESTEVA.

PENSAMIENTOS SUELTOS.

El mundo y la sociedad se asemejan á una biblioteca que al parecer está muy ordenada, porque los libros están colocados segun su tamaño; pero en la cual reina el mas completo desórden, porque nada está clasificado segun el órden de las materias ó de los autores.

La sociedad, los corrillos, los salones y en general lo que se llama mundo, es una mala ópera, nada interesante, y que si algo se sostiene, es debido á las decoraciones.

El que quiera agradar en este mundo, es preciso se resuelva á aprender muchas cosas que ya sabe de aquellos que totalmente las ignorán.

EL CONDE DE SAN GERMAN.

La historia nos presenta algunos hombres cuya existencia tiene todos los visos de fabulosa, pues que aspirando á figurar como personages ilustres, por su rango y dignidad, han abusado de la credulidad de los hombres y llenado su vida de tan rídiculas bellaquerías, que no podria creerse si autores recomendables y dignos de fé no hicieran mencion de ellos. Entre tales hombres es muy digno de contarse el célebre Conde de San German, charlatan de los mas atrevidos del último siglo, que buscando la fama con mengua de la verdad, usó como su contemporaneo Cagliostro, un nombre supuesto y un título ageno: se cree que este aventurero era hijo natural del rey de Portugal, otros dicen que su padre fué un judío portugués; mas estas no son sino congeturas, pues que su nacimiento ha sido siempre un misterio: se cree tambien que pertenecia á alguna sociedad secreta de Alemania, y que algun ministro ó partido poderoso de aquella época, lo empleó como espía, suministrándole con abundancia todos los recursos necesarios, para proveer á sus necesidades y para sostener su lujo. Dotado de gran telento, y sobre todo, de una memoria prodigiosa, hablaba varias lenguas antiguas y modernas, y se jactaba de poseer todos los secretos posibles, así como de haber vivido dos mil años; por esto nunca confesaba á nadie ni su orígen, ni su patria, y su audacia llegó á tal estremo, que alucinó á la corte de Luis XV. Se echa en cara á las clases privadas de instruccion y de esperiencia el asenso que dan á los charlatanes; ¿mas como podrá calificarse la fé ciega de algunos de los cortesanos de Luis XV, y aun la del mismo monarca á las fábulas que les referia con una serenidad imperturbable el pretendido Conde de San German? Increible parece, á la verdad, que en Francia, en el siglo de las investigaciones, y en el cual la verdad, gracias al influjo de la filosofía, ya no estaba encubierta con velos impenetrables, se encontraran hombres que creyesen, ó que al ménos fingiesen creer la fabulosa longevidad de tan estravagante personage.

Se refiere que estando cierto dia en Versailles, le dijo Madama de Pompadour.

—Dadme, conde, algunas noticias de Francisco I, pues creo que fué un rey muy amable.

—En verdad que lo era, respondió San German, y pintaba con una facilidad de espresion asombrosa, las facciones, el gesto y hasta el metal de voz de este príncipe.

—¡Ah! añadia, si no hubiera sido tan fogoso, yo le hubiera dado algunos consejos, que acaso lo habrian libertado de todas sus desgracias, pero él tal vez no los hubiera seguido, pues la fatalidad hace que los príncipes cierren los oidos á los mejores consejos, principalmente en los momentos mas críticos.

—Y que decís del Condestable?

—Nada, madama, no puedo decir de él ni mal ni bien. La corte de Francisco I era hermosa ¡muy hermosa! pero la de sus nietos le excede infinitamente; en tiempo de Margarita de Valois y de María Stuard este era un pais encantador.

En otra ocasion el rey le presentó un diamante, que no estaba valuado mas que en 6.000 francos, á causa de tener una mancha, sin cuyo defecto habria valido 10.000. San German se comprometió á devolverlo límpio ántes de un mes, como lo verificó en efecto, pues no sin gran asombro de la corte la mancha habia desaparecido.

Viendo un dia en una casa la imágen del Salvador, preguntó.

—De quién es ese retrato?

—De Jesucristo, le respondieron.

—No puede ser, continuó San German, pues que en nada se parece al Jesus Nazareno que conocí en las bodas de Canan.—Y con la mayor impudencia pintaba las facciones de Heródes, de Pilátos, de Tito hijo de Vespaciano, del historiador Josefo, y describia la destruccion de Jerusalen y la del templo como testigo ocular.

Se vanagloriaba de transmitir á otros el secreto con que habia conseguido su pretendida longevidad sobrenatural, y en cierta ocasion que referia un acontecimiento de una época muy atrasada, ponia como testigo á su page.—No me acuerdo, dijo este; pero el señor conde olvida que no hace mas de quinientos años que tengo la honra de servirle.

Como todos los charlatanes, San German se adornaba con gran magnificencia, y el corte de sus vestidos parecia pertenecer á otra épo-

ca, y á otro pais. Hablaba de todo con tono de una perfecta conviccion; ciencias, artes, literatura, nada parecia serle estraño. Conocia varios simples propios para curar algunas enfermedades, con cuyo uso fácilmente se atraia la benevolencia del pueblo: era muy hábil en la fantasmagoría y bosquejaba por efectos de catoptrica, entónces casi desconocidos, las sombras que se le pedian. Presentose con la misma audacia en Venécia, en Lóndres y en Holanda, pero siempre echaba de ménos á la corte de Francia, pues allí era donde encontraba mas admiradores, y despues de haberse dado en espectáculo en varias ciudades, se retiró á Hamburgo donde tambien encontró cándidos que lo creyesen bajo su palabra. Pero el drama en que el célebre Conde de San Germán habia representado un papel tan brillante tocaba á su inevitable desenlace, y con gran asombro de sus discípulos murió en la corte del príncipe de Hesse Cassel en Slewig, en febrero de 1784.—P. M. DE TORRESCANO.

¿POR QUÉ HABLA SOLO?

Aquí lo podrá ver el que quisiere,
Si gana de saberlo le viniere.

ERCILLA ARAUC. CANT. IV.

Hacia pocos dias que notaba yo en el carácter de mi amigo Gerónimo una mutacion bien singular; de atento y jovial que solia ser, habiase tornado en cogitabundo y abstraido en grado tan alto, que en el último concierto á que asistimos, lejos de prestar atencion á la música, y entusiasmarse con ella, como casi siempre acontecia, procuró separarse de mí luego que entramos al salon, y hallar detrás de una mampara un asiento en que solo de pocas personas fuese visto. Estúvose allí quedo una buena parte de la noche, mas no pudiendo ocultárseme su estraño proceder, y notando desde lejos que á las veces despegaba los lábios como quien articula algunas voces, traté de aproximarme al sitio donde se encontraba, congeturando que por la hendidura de la puerta podria acaso leer mas de cerca en su fisonomía y aun entreoir los misteriosos vocablos que de tiempo en tiempo pronunciaba. Así sucedió efectivamente, y ¡cuál seria mi sorpresa al echar de ver la profunda abstraccion en que mi amigo estaba sumergido! Tenia los ojos fijos, el brazo derecho levantado, y el dedo índice en la punta de la barba, señales todas de una meditacion tan concentrada, que hubiera yo imaginado que Gerónimo trataba de resolver algun problema algebraico allá en su mente, si no hubiese logrado percibir las siguientes palabras que en medio de su distraccion se le escaparon, y que nada tienen por cierto de la lengua de los cálculos. „¡Detestable!" decia en voz algo apagada pero perceptible, ¡excecrable! abominable, ab-omen-able! eso es, eso, eso; pero.... excecrable! excecrable! no, no, no detestable!" Así continuó hablando solo mi infeliz amigo, siendo su soliloquio tanto mas *espantable* é incomprensible para mí, cuanto que coincidia con la ejecucion de una de las mas bellas y melodiosas oberturas de Bellini. Habiendo cesado de repente el ruido de los instrumentos, (si tal puede llamarse la inarticulada poesía de la música, como alguien la llamó con sumo acierto,) siguiéndose acto continuo el palmoteo de reglamento, y lo que es mas, una especie de repique en convento de monjas que la conversacion de las hembras producia, volvió Gerónimo en sí forzosamente, y acercándome entónces á él á fin de sondear su ánimo, pues me temia y con sobrado fundamento, que su cerebro estuviese no poco destemplado, le pregunté: ¿qué juzgaba de la ejecucion de la última pieza? Y su respuesta vino á confirmarme en que no habia oido ni una sola nota. Tan grave inquietud produjo en mí todo esto, como es de suponer, que por no recibir un completo desengaño ó aparecer muy indiscreto, me abstuve de hacerle unas preguntas, consolándome, sin embargo, la esperanza de que esa taciturnidad tan solo proviniese de estar Gerónimo ciega y aun sordamente enamorado, cuya dolencia, en mí

humilde opinion, es susceptible de una cura radical, siempre que pueda ser tratada por el método *homeopático*. Gerónimo se despidió de mí, pretestando un quehacer imprescindible, y aunque yo de buena gana le hubiera acompañado hasta su casa, no me pareció oportuno el ofrecérselo, puesto que no me invitaba á seguirle como era ya costumbre entre nosotros. Así pues, permanecí en el concierto, que por primera vez me era fastidioso, y ya empezaba mi imaginacion, si tal cosa tengo entre mis curiosidades, ya empezaba digo, á espaciarse en el inmenso campo, ó mas bien subterráneo de las conjeturas, donde á medida que se penetra se ve ménos, cuando llamó mi atencion el toque de órden que en la caja de su instrumento dió el primer violin. Por no escucharme á mí mismo, púseme á oir la nueva pieza, que desgraciadamente no era pieza nueva, pues la hubiera podido tararear de punta á cabo sin mayor dificultad, á pesar de que segun me dicen, y yo niego, tengo un pésimo oido músico. Como quiera que sea, lo cierto es que mal de mi grado, fuí entregándome á nuevas cavilaciones, bien que de distinto género de las que en un principio me ocuparon. Fuéronme estas sugeridas por la circunstancia nada rara de estar disputando con una damisela pelinegra que cerca de mí estaba, un almidonado mozalvete de puños volteados, cuello invertido, barbas de gastador, (y lo es efectivamente el señorito,) ente, en fin, de la cruz á la cola, enrevesado, sobre que la jóven susodicha habia de cantar una cancion. Negábase ella alegando un constipado tan fuerte, que segun dijo, infaliblemente dejaria á toda la concurrencia escalofriada si llegaba á dejarse oir. ¿En qué consistirá, decia yo para mi coleto, que se hacen rogar los filarmónicos de ambos sexos, y aun los anfibios, (en cuyo número cuento, á pesar de su prolija barba, al garzon cuellidesnudo,) al paso que los poetas, con especialidad los chabacanos, andan siempre desdoblando sus míseras estrofas? Y cuenta que una composicion de música por mediana que sea, nunca es enteramente ingrata al oido, miéntras que los versos á no ser excelentes, suelen ser mas refrigerantes que el agua de limon, pues ya se sabe que en punto á versos, los medianos y los malos corren parejas, como dijo el otro. No pude ménos de dar cabo á tan delicadas investigaciones, por habérseme puesto delante, á esta sazon, un inmenso bípedo, que, por lo usado de la chupa, lo desusado de esta y el calzon, y en fin, otros accidentes muy marcados, conocí era de aquellas voluntariosas criaturas que á sí propias suelen darse el nombre de despreocupadas, y que con mas razon debian llamarse *unipreocupadas* ó egoistas, puesto que de nada se curan, y en todas partes hacen lo que quieren, como locos mansos que realmente son. Al perillan de que voy hablando se le podian contar comodamente en las espaldas cien pesos de la nueva moneda de cobre, y por supuesto no era nada transparente, lo que me obligó á dejarle mi asiento, que era lo que él puntualmente apetecia. Viendo mi lugar tan superabundantemente ocupado, me dirigí á un corro, en que conversaban varios *diletantis*, entre ellos un bajo que gusta mucho de cantar á la sordina, por cuya razon opinan los inteligentes, que el metal de su voz es precisamente el justo medio entre el bajo pianísimo y el *contrabajo*. Entre este individuo y un tenor que al principo de la noche habia cantado *furiosamente* bien, se agitaba una cuestion histórico-música, del mayor interés. (¡Con qué placer veia yo que tambien nuestros profesores, profundizan la filosofía de su divino arte!) Despues de haber hablado estensamente los interlocutores del poderoso influjo de la música, y de lo mucho que ha de suavizar nuestras costumbres, como si no fuesen ya mas dulces de lo necesario y conveniente, tomó la palabra el tenor susodicho y dijo, con aire de satisfaccion: En este momento me ocurre una duda, y es la siguiente: ¿Con qué se taparia Ulyses las orejas cuando llegó á no sé qué isla, para no oir el canto seductor de las Sirenas? Un músico de viento, harto rollizo, sin embargo, de aliento algo espiritoso y que tenia bajo de su brazo un serpenton, por símbolo quizá de astucia y agudeza, contestó gravemente: Ignoro si los Santos padres hablan de eso, pero fácil es suponer que debió de rellenarse los oidos con cera de *Campeche* ó cosa semejante. No quise oir mas, y ya iba yo á buscar mi sombrero para retirarme, cuando percibí que un aficionado empuñaba su violin para tocar, segun él mismo dijo, unas lindas variaciones. Resultaron ser estas con obligado, no á piano, sino á contorsiones sumamente cómicas, con acompañamiento de visages que involuntariamente hacian los que estaban en frente del nervioso violinista. No queriendo sufrir mas tiempo aquellos infernales chirridos, que ya me habian destemplado hasta los dientes, me marché por fin, recordando á Gerónimo, á quien confieso tuve por algunos momentos olvidado, como tambien habrá sucedido al pacientísimo lector.

En vano aguardé á mi amigo la mañana y la tarde del siguiente dia; así que, hube de ir en la

noche á visitarle, no sin algun sobresalto, pues me imaginé le hallaria enfermo y postrado en una cama. Nada de eso: le encontré escribiendo en su gabinete, en el cual habia yo penetrado obra de seis pasos, cuando noté que estaba él tan embebido en su escritura, que no reparó en mí absolutamente. Contúveme, pues, para aprovechar la ocasion que se me presentaba de examinarle con mas detenimiento. Despues de escribir unos cuantos renglones, hizo alto para encender un cigarrillo, el que apénas comenzaba á fumar, cuando con voz, no remisa como la de la víspera, ántes bien enfática y clarísima, habló de esta manera.

„La vida me es aborrecible, ¡sí, su aspecto me es odioso! ¡excecrable! ¡oh, crímen excecrable!» Aquí se clavó de cabeza y guardó silencio, casi un par de minutos, durante cuyo espacio me fui aproximando pasito á paso, conteniendo el aliento cuanto era compatible con el temorcillo que empezaba á entrarme de estar á solas en aquel cuarto con mi pobre amigo, á quien juzgaba ya capaz de hacer alguna fechoría. Justamente iba á apoyarme en el respaldo de la silla en que él estaba, cuando hé aquí que incorporándose, esclama con voz terrífica y potente. ¡Excecrable traicion, hombre aborrecible! No oí mas, pero sí corrí cual miserable can en sábado de gloria: ya estoy en el porton.... ya en el descanso.... ya en el zahuan.... que estaba cerrado por desdicha mia. Vanos son mis esfuerzos. ¿Cómo abrirlo? El portero estaba desgraciadamente arriba, pero ya venia bajando armado de una enorme tranca, en union de mi amigo que traia un alfange, que segun despues ví, era el machete de la cocina. Conociendo yo, á pesar del miedo que tenia, que si tardaba en mostrarme claramente, podria ser víctima de tales armas y de campeones tales, me adelanté hácia ellos, y con voz trémula, sí, pero harto perceptible, dirigiéndome á mi amigo que venia hecho un leopardo, díjele.—Gerónimo, ¿qué ha sucedido? Conózcanme por su vida, yo mismo soy. El, así como su portero, conocieron efectivamente mi acento, y mi amigo me informó entónces de como se habia introducido alguien en su cuarto clandestinamente, y trataba de apagar la vela para asesinarle. Miéntras que discurria yo el modo de esplicar lo acaecido, acompañé á los otros á que me buscasen, y cuando percibí que mi amigo se habia serenado un tanto, y ántes de que al portero le ocurriese indagar por donde habia yo entrado, impuse al primero de la verdad del caso, y no solo me perdonó la indiscrecion de haberle atisbado, mediante la confianza que entre ambos reina, sino que, cuando ya de retirada nos encaminábamos hácia su gabinete, me dijo sonriéndose.—„Por lo que acabas de aclararme, echo de ver que has tenido, y probablemente tienes todavía, sospechas de que yo esté un tantico enagenado.—No me negarás, le repliqué, que el amor es una de tantas enfermedades, un género al ménos de locura, y como pudiera ser que tú.... Alto ahí, repuso Gerónimo, amor y locura no siempre son sinónimos, que hay amores tan friamente calculados, que.... Pero por tu vida, dije yo impaciente, no me acabarás de esplicar que es lo que te ha tenido hasta aquí tan espiritualizado?—Míralo, pues, me contestó, mostrándome el mismo pliego borrageado en que acababa de escribir, y que tenia por encabezamiento esta sola palabra.—*Sinónimos*. No pude ménos de quedar absorto al encontrar en esta sola voz, la esplicacion de la *detestable* cuanto *abominable* gerigonza con que he chasqueado al curioso lector. Permíteme, dije á mi Gerónimo, que en lugar del epígrafe de Quintiliano que aquí veo, ponga otro de mi propio cacúmen. „Holgazan y autor de sinónimos, son sinónimos perfectos.» O si no, este otro. „No hay manía mas pegajosa que la de buscar sinónimos; si su estudio se generaliza no ha de quedar jaula vacia en San Hipólito.»

MALA-ESPINA Y BIEN-PICA.

OLLA PODRIDA.

Influencia del Daguerrotipo en la moral.— Un sugeto, que ha estado en Paris, nos ha referido el suceso siguiente. Mr. F., casado con una muger hermosa, tenia sospechas de que le era infiel, hasta que por fin logró confirmarlas. Por sus ocupaciones regresaba á su casa 7 ú 8 horas despues de su salida, y mientras, la consorte salia á pasear algunas veces con su

amante por algunos jardines de los suburbios de Paris. El infortunado marido, que los observaba ocultamente, deseando una prueba incontrastable del crímen para pedir el divorcio, se valió de la siguiente estratagema. Armado de un buen Daguerrotipo, se colocó entre unos árboles del jardin en que estaban los dos amantes; y cuando se hallaban sentados en un banco de piedra y abrazados, el paciente con mucha serenidad procedió á grabar la historia de su deshonra. El dia siguiente la adúltera fué acusada ante los jueces por su marido. Se le piden pruebas, y presenta su fatal lámina. Como las imágenes eran demasiado pequeñas, por haberse situado el marido á alguna distancia de los amantes, se recurrió al microscopio; y habiéndose reconocido los retratos de los reos, los jueces no titubearon un momento en fallar el divorcio solicitado por el marido.

Número de periódicos en la República mexicana.—Segun las noticias que hemos podido adquirir, los periódicos que se redactan en la República, son los siguientes.—Departamentos: En Veracruz, 2. En Tamaulipas, 3. En Oajaca, 2. En Chihuahua, Morelia, Guadalajara, Zacatécas, San Luis Potosí, Puebla, Querétaro, Sonora, Tabasco, Durango, Cohahuila y Nuevo Leon, uno en cada departamento. Total 19.—En México, 13; que son: el Diario del Gobierno, el Siglo XIX, el Organo del comercio, el Oriente, el Mosquito, el Observador judicial, el Correo francés (redactado en francés), la Hesperia, el Constitucional, el Museo, la Revista comercial, la España pintoresca y el Liceo. Suma total, 32.

Locuacidad femenil.—Guido Reni, en su magnífico cuadro de la tentacion del primer hombre, pintó á la serpiente con cabeza de muger. Habiéndosele preguntado la causa, contestó que por haber leido en el Génesis que la serpiente habló mucho á Eva.—Un célebre escritor francés decia que los hombres habian edificado la torre de *Babel*, y las mugeres la de *Babil*, [en francés *charla*].

Feos.—Una señorita mexicana decia cierta vez, que en el mundo hay tres clases de feos; unos que causan risa, otros cólera, y otros lástima.

Ley de policía.—En Roma se dió antiguamente una ley desterrando á los médicos. ¡Cosa admirable! miéntras estuvo vigente se advirtió un aumento de poblacion estraordinario.

Anagrama.—Se llama así la transposicion de las letras de una palabra, de lo que resulta otra palabra distinta. Algunos en la formacion del anagrama sustituyen la *u* á la *v*, la *c* á la *q*, la *i* á la *j*, etc.; y otros no admiten estas sustituciones. Hay anagramas que tienen una relacion muy notable con la voz ó espresion de que han provenido. *¿Quid est véritas?* [¿qué es la verdad?] pregunta de Pilátos á J. C. *Est vir qui adest* (es el varon que está presente), anagrama perfecto y admirable. El anagrama de *logica* es *caligo* (oscuridad.) El de *Iturbide*, *Tu vir Dei;* es decir: *Tú* eres *el varon de Dios*, destinado para consumar la grande obra de dar la libertad á una nacion, que algun dia figurará entre las primeras del mundo. Se dice que un médico corso, en el tiempo de la revolucion francesa, formó el siguiente anagrama. De *La Révolution française*, esta espresion *Et où un corse la finira* (y la que concluirá un corso). Sobre el sepulcro del asesino de Enrique IV se halla grabada esta inscripcion. *C'est l'enfer qui m'a crée*, (quien me creó fué el infierno) que es el anagrama perfecto del nombre del asesino, *Frère Jacques Clément*.

Quidprocuo.—Hace algunos años se presentó á Sínodo en el Arzobispado de México, para ordenarse de subdiácono, un jóven muy tonto é ignorante. Uno de los sinodales le mandó traducir del latin un trozo de una epístola de San Pablo: cuando llegó á una espresion que decia: *Fratres, sobrie estote*, él tradujo: *Fratres*, oh frailes, *sobrie estote*, estais de sobra. Todos los circunstantes comenzaron á reirse; mas el arzobispo les dijo: „Señores, poco á poco: él ha traducido mal; pero ha dicho bien."

Mutua alabanza.—Una vez que Bourdaloue encontró á Massillon, le saludó diciéndole: „Adios, predicador de los reyes;" y éste le contestó: „Adios, rey de los predicadores."

Remedio contra la embriaguez.—El mas eficaz que se conoce, es tomar un pozuelo de agua, en que se hayan echado ocho gotas de amoniaco, (vulgarmente *álcali.)*

Poligamia sucesiva.—En una de sus obras refiere S. Gerónimo lo siguiente. Habia en Roma una muger que acababa de perder su vigésimo segundo marido, y se casó con un hombre que habia sido casado veinte veces. Sucedió que murió la muger, y se obligó al marido á asistir al entierro de su consorte, llevando una palma en señal de su triunfo.—F. D. BONILLA.

LA TRISTEZA.

Palpé la realidad y odié la vida.
ESPRONCEDA.

Alma deidad, dulcísima Tristeza;
Unica compañera de mi vida,
Ven y consuela el ánima afligida;
Dulce Tristeza, ven.

Al ver en tu semblante la sonrisa
Amarga del dolor, cesa mi duelo;
Ven á mis brazos, diosa de consuelo,
Ven á mis brazos, ven.

Al reclinar mi sien contra tu pecho,
Mi agitacion continua desparece,
Tu sosegado aliento me adormece,
Y late con quietud mi corazon.

El lúgubre compas de tus canciones
Esparce sobre mí, dulce beleño,
Y entre tus brazos entregado al sueño
Olvido mi afliccion.

¿En dónde hallar placeres ni reposo,
Si ya del mundo conocí el engaño;
Si he visto por mi daño
Que todo es falsedad, todo ilusion?....

Bajo las flores que en el prado lucen
Se arrastra la culebra ponzoñosa;
Dentro el mórbido seno de la hermosa
Se oculta la perfidia, la traicion.

Predica la virtud el sacerdote,
E hipócrita sus leyes él quebranta,
Y amistad invocando sacrosanta
Vende un hombre el secreto que arrancó.

Proclama libertad el poderoso
Para cargar al pueblo de cadenas,
Y el rico vé con frialdad las penas
Del mendigo que implora su favor.

¿A dónde, á dónde hallar por todo el mundo
Esa felicidad que el hombre sueña,
Cuando ciego desdeña
La virtud, el amor y la amistad?....

¿Cómo poder vivir entre esa turba,
Que buscando la dicha la desprecia;
Entre esa turba criminal y necia
Que ha llenado mi vida de pesar?

Dulce Tristeza, si en tus yertos brazos
Se pasara mi vida,
Y el alma con tu sueño adormecida
Otro mundo encontrara al despertar;

Pasara mas dichoso mi existencia
Que buscando afanoso la ventura,
Para gozar momentos de dulzura
Que se pagan con siglos de penar!

¡Ah! no te apartes, ven; contra tu seno
Estrecha el seno mio,
Con tus caricias calma el desvario
Que sin cesar agita mi razon.

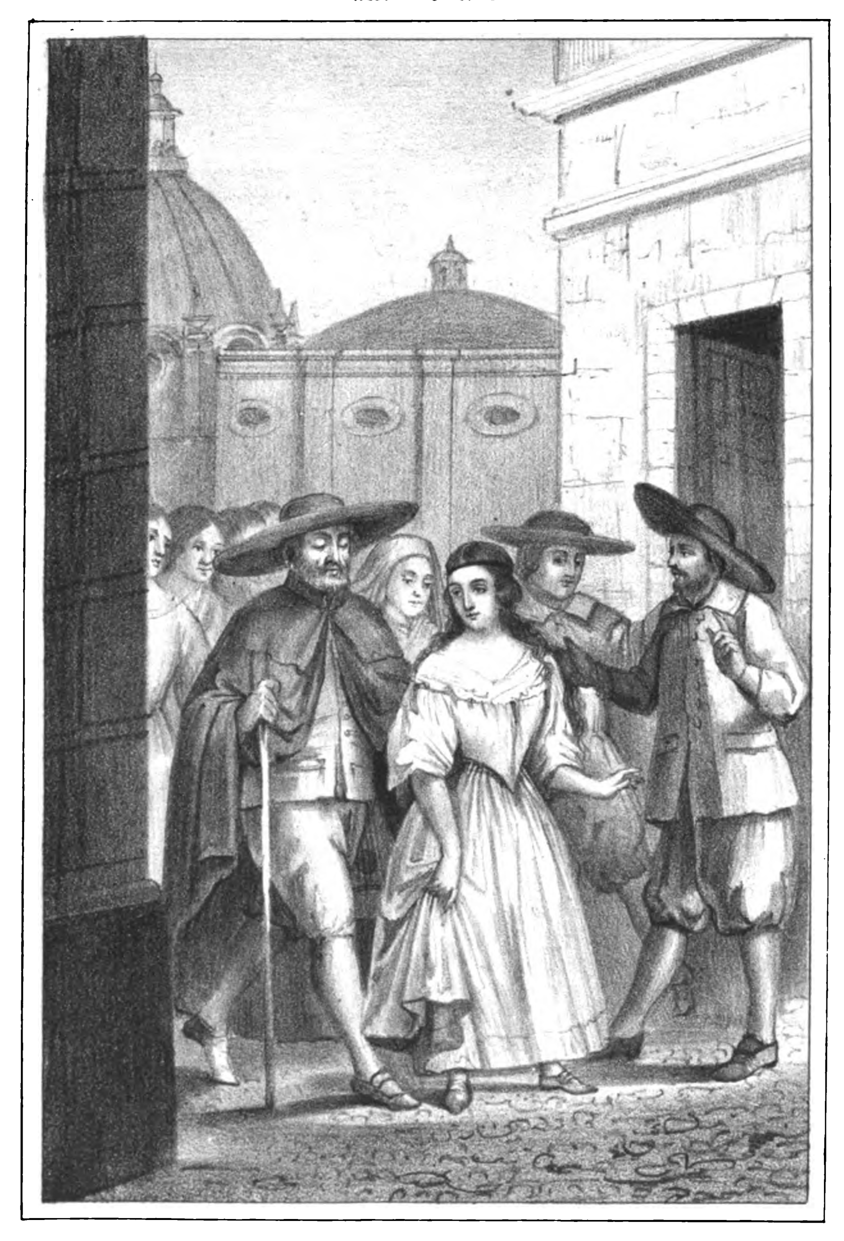
Dulce sueño me dá, y en tu regazo,
Seré una vez feliz, que adormecido,
Del pensamiento borrará el olvido
Las huellas del placer y del dolor.

Arrulla con tu canto melâncolico
Al alma triste, de sufrir cansada;
Apague el frio de tu mano helada
El fuego en que arde mi abrasada sien.

Ven, y en tu seno verteré en silencio
Mi inagotable llanto:
Ven á calmar piadosa mi quebranto;
Dulce Tristeza, ven.

Puebla, Octubre 3 de 1843.—FERNANDO OROZCO.





LA HIJA DEL CIEGO.

LA HIJA DEL CIEGO.

I.

Por los años de 177.... un oidor llamado D. Pedro de Castro estaba un dia recargado en el balcon de su casa y con la mano en la mejilla, recreándose con el animado espectáculo que presentaba con sus innumerables transeuntes, sus carruages y sus caballos, sus buhoneros y sus negociantes, la populosa metrópoli de la Nueva-España. Era la fisonomía de D. Pedro, severa, sus ojos azules dirigian miradas penetrantes; su frente calva, sus mejillas marchitas y su continente pensativo, daban claras señales de una vejez anticipada por las penas ó por los desórdenes quizá de una vida licenciosa. Hacia ya algun tiempo que estaba en la postura dicha, cuando se enderezó derepente, y poniéndose encima de los ojos la mano estendida, para que no le molestasen los rayos del sol, estuvo mirando un buen espacio hácia la esquina de la calle de su casa. Hizo señas luego á uno de sus lacayos para que llamase á la persona que le señaló con el dedo, y cuando se cercioró de que su criado volvia con ella, entróse cerrando la vidriera de su ventana. El que habia excitado la curiosidad del oidor, era un ciego de capa y ancho sombrero, á quien servia de lazarillo una niña de catorce á quince años, linda y risueña, vestida de blanco, suelta su larga y rizada cabellera, y sujeta solo á sus sienes con una cinta negra, que contrastaba con la blancura de su frente. Venian acompañados de mucha gente que contemplaba ansiosa la hermosura de la niña y la fisonomía noble del ciego, y todos encarecian las gracias de los dos con las palabras mas espresivas; mientras ella jugando suavemente con la mano del ciego entre las suyas, y murmurando una cancion, proseguia su camino, sin reparar siquiera en las alabanzas que por todas partes le prodigaban. Una sola vez miró hácia un balcon, se detuvo un momento, exhaló involuntariamente un suspiro, y advirtiendo que lo habian notado, bajó los ojos y el rubor encendió sus mejillas.

De esta suerte llegaron á la casa del oidor que los estaba aguardando impaciente, entraron á su habitacion, le saludaron cortesmente, pero sin bajeza, y tomaron asiento, que les llevó el mismo D. Pedro.—¿Cómo te llamas? le preguntó el oidor al ciego.

—Pascual, para serviros.

—Esta niña, ¿es hija tuya?

—Sí señor, y el único ser que me ama en la tierra.

—Qué edad tendrá?

—Quince años no cabales.

—¿Y hace mucho tiempo que enviudaste?

—El mismo tiempo hace que perdí á la muger que mas amaba; y pobre de mí si no hubiera sido por mi Ines, por esta niña que ha sido mi ángel de consuelo. Ella me guia por todas partes, y juntos ganamos nuestro sustento; yo tocando mi vihuela, y ella cantando los romances que yo mismo compongo.

—Siendo así, holgaría mucho de oiros; porque si tu destreza en el tocar iguala á la gallardía de tu presencia, y si la voz de tu Ines es tan hechicera como su rostro, pocos habrá que os lleguen y ninguno que os haga ventaja.

—Juzgareis por vos mismo.

Y sacó la vihuela que llevaba debajo de la capa, recorrió sus cuerdas una por una afinándolas perfectamente, y despues de varios preludios en que hizo gala de su destreza, comenzó á sacar de su instrumento sonidos dulcísimos y llenos de melancolía. Sus facciones se animaban mas y mas cada vez, vagaba en sus lábios entreabiertos una sonrisa apacible, y con oidos atentos á la nota mas ligera, al sonido mas imperceptible, apuraba sediento aquellos raudales de armonía. ¡Felices los que son capaces de comprender ese lenguage apasionado, esa poesía inimitable y divina que es el encanto de las almas sensibles!

Ines con la vista fija en su padre permaneció callada algun tiempo; mas su garganta de alabastro palpitó derepente como la de una ave que gorgea, y con voz encantadora y melodiosa cantó el siguiente romance:

Vuela avecilla inocente,
Rápida el espacio cruza
En tanto que el viento manso
Riza tus cándidas plumas.
Vuela á tu nido, avecilla,

De madre adorada en busca;
De la que con dulces trinos
Tu sueño amorosa arrulla.
Vas á desplegar tus alas....
Volaste ya.... cual ninguna
Rauda atraviesas los aires....
¡Amor de madre te impulsa!
¡Amor de madre! esa llama
Que avivan y hacen mas pura,
De la dicha el soplo blando
Y el huracán de la angustia.
Llegaste al nido.... mas dime
¿Por qué al mirarlo te asustas
Y arrastrar dejas tus alas
Desesperada y convulsa?
Ah! „*murió mi madre tierna*,"
Con tristes ayes anuncias:
Yo tambien perdí una madre,
Ven, pues, lloraremos juntas.

Calló Ines y dejó caer su cabeza sobre el hombro de Pascual, quien la dió un beso en la frente y comenzó á acariciar con la mano su negra cabellera. D. Pedro que habia escuchado el romance, sin apartar sus ojos de Ines, sacó de su faltriquera una bolsa llena de oro y poniéndosela en la mano, le dijo:—Toma, Pascual, un corto premio de tu habilidad y la de tu hija; y alégrate de haber encontrado en mí un protector generoso que aliviará en cuanto sea dable tu infeliz situacion.

—Ah! señor, ¿quién sois vos que alargais una mano caritativa á este ciego desgraciado?

—Soy D. Pedro de Castro, oidor de la audiencia de esta nobilísima ciudad, y su actual presidente. Pero....tu hija es muy hermosa, y andando continuamente por las calles contigo que eres ciego....

—Ah! no; soy ciego, pero mi oido, sensible aun al ruido que forma al volar el insecto mas pequeño, vela incesantemente por la honra de mi hija. Ademas, ¿no es verdad que me amas mucho, Ines mia?

Ines contestó estrechando entre sus brazos á Pascual, y besando luego amorosa y sumisamente su mano.

—Muy zeloso te muestras de la honra de tu hija; pero á fe mia que el amor al oro mas que el paternal, es la virtud favorita de los vagamundos, que cantando y tañendo limpian las bolsas de los curiosos caritativos.

—Señor....

—Escucha: tu hija es muy hermosa sin duda; pero mi proteccion tambien vale mucho para que la desprecies. No puedo negar que me agrada la Inesilla, y como al fin y al cabo estando á tu lado no vive en ningun monasterio.... y por otra parte, de que vaya á dar á poder de algun mozalvete oscuro que nada le dé, á que sea mia, vale mas ciertamente....

—¿Qué decis? No entiendo.

—Parece que pretendes sacar mucho partido de mí, como si no fuera bastante fortuna para tí ver á tu hija de dama de un oidor.

—¡De dama! dijo Pascual poniéndose en pié y con el rostro encendido en ira: ¡de dama! ¡Necio de mí! Os tenia por un hombre generoso, y sois un villano miserable. Tomad vuestro oro, (y arrojó al suelo la bolsa) y reciba esta leccion de un *vagamundo* un magistrado como vos.

—Calla, ciego insensato, le contestó D. Pedro con enojo mal reprimido; calla y acuérdate de la repulsa de tus agravios.

Salieron de allí inmediatamente Pascual é Ines, y D. Pedro despues de haber llamado á un criado le dijo dos palabras al oido, y quedóse luego entregado á profundas cavilaciones.

II.

Tres dias habian pasado, y una noche despues de la cena, sentados al amor de la lumbre Pascual y su hija, para aliviarse del frio del invierno, departian sabrosamente, y gustaban, aunque desgraciados, los inocentes placeres domésticos. Ines sobre las rodillas de su padre le colmaba de caricias, y este reia afable con ella y respondia amoroso á sus preguntas. El ciego, gallardo y de frente despejada, y con un rostro en que se retrataba la inteligencia, y la niña cándida y hermosa como un ángel, formaban un cuadro tan sencillo, tan tierno, tan admirable, que apenas hubiera podido espresarlo Rafael con sus pinceles.

—Vamos, padre mio, dijo Ines: ¿no sabeis alguna historia entretenida que contarme, como haceis otras veces?

—Sí, repuso Pascual; te contaré una, de la cual nada sabes, pero que debe interesarte, pues es nada ménos la historia de mi vida. Antes nada te habia dicho, porque eras muy niña y no podias comprenderme; mas pronto cumplirás quince años, edad suficiente para que escuches con gusto mi narracion.

—Hablad, padre mio, hablad; que estoy ya impaciente por oiros.

—Mi madre, hija mia, me dió al mundo en Guadalajara, y mi nacimiento fué para ella la consumacion de su deshonra; pues la habia seducido un caballero noble y rico que la abandonó, dejándola sumida en la miseria. Se au-

mentó su amargura, cuando vió que yo estaba privado de la vista, y cuando le aseguraron que me seria imposible recobrarla; y mi infeliz situacion acrecentó su amor maternal, si es que puede acrecentarse el amor de una madre. Sin recursos de ninguna clase para vivir, fuéle forzoso entregarse á los trabajos mas duros para ganar la subsistencia, hasta que un hombre benéfico y cristiano, compadecido de nosotros, nos tomó bajo su proteccion y disminuyó bondadoso lo angustiado de nuestra suerte. Ajusté cinco años, y me dedicaron á lo único que me juzgaban capaz de aprender, á la música, á la cual profesaba yo ademas una inclinacion decidida. Adelanté mucho en poco tiempo hasta el grado de llamar la atencion de todos y de ser aplaudido de cuantos me escuchaban; aplausos que causaban á mi pobre madre la mas cumplida satisfaccion. Gustábale verme cercado de personas que absortas me escuchaban, y si se alzaba alguna voz sobre las otras en mi alabanza, si alguno me celebraba con entusiasmo, entónces su placer era inesplicable, corria á estrecharme entre sus brazos y á empapar mis mejillas con sus lágrimas. ¡Qué deleitoso es sentir las caricias de una madre, y respirar su aliento, y beber las lágrimas de gozo que la hacemos derramar!

Ajusté diez años de este modo; mas la salud de mi madre debilitada por los sufrimientos, le faltó por fin, y cayó postrada en una cama, donde se mostró mas y mas la tierna solicitud de nuestro protector por aliviar sus males. Sin apartarme un punto de su cabecera, le dispensaba yo las atenciones que podia, y cantando al son de mi vihuela las canciones que mas le gustaban, hacia por calmar la violencia de sus dolores. Su enfermedad se agravó en estremo, y una noche, que no puedo recordar sin sentir que se despedaza mi corazon, me dijo con voz apagada: ,,Hijo, mi última hora se acerca, y al pasar á la eternidad, no tengo mas consuelo sino que Dios es un padre amoroso, que no te dejará perecer. Ademas, el hombre bondadoso que nos ha favorecido, no dudo que te seguirá protegiendo, y solo te encargo que nunca te muestres ingrato á sus beneficios. Ruega á Dios por tu padre, y ámale con todo tu amor, pues que quizá tú vendrás á ser con el tiempo la causa de su arrepentimiento. Al morir sabes que no puedo dejarte nada, porque nada poseo; mas toma este retrato que es el de tu padre, (y me dió este que traigo siempre pendiente de mi cuello) y sirva para que te acuerdes de él y de mi. Teme á Dios, y vivirás tranquilo en la adversidad; ámale y te serán suaves los trabajos. Muero en paz, y aguardo la eterna recompensa." Espiró, y yo, abrazado de su cadáver, le dí mis últimos adioses.

Volví al lado de mi protector, quien por varias ocurrencias domésticas tuvo necesidad de salir de Guadalajara y venir á establecerse en esta ciudad con su hija, que formaba toda su familia: trájome tambien á mí, y Clara y yo, éramos los únicos objetos de su ternura. El continuo trato con aquella niña que habia pasado conmigo su infancia, hizo que yo la amase y ella tambien á mí, y mi nuevo padre tan luego como conoció nuestra inclinacion, enlazónos con el matrimonio, apenas se hubo cerciorado de la sinceridad de nuestro amor. Empeñado nuestro padre en un pleito, vino á quedar arruinado por la mala fé de los abogados y la venalidad de los jueces, y este suceso desgraciado le causó la muerte en poco tiempo. Solos Clara y yo en el mundo, sobrellevábamos nuestra suerte con resignacion; yo la amaba con toda mi alma y ella era conmigo la mas tierna y fiel de las esposas. Naciste por fin, hija mia, y murió tu madre al darte á luz: de esta suerte perdí en poco tiempo á mi madre, á mi proctetor y á mi esposa. A costa de mil sacrificios logré criarte, y ahora, ya lo ves, tú formas toda mi felicidad."—Calló Pascual, é Ines, con los ojos llenos de lágrimas, preguntábale las circunstancias mas ligeras de su vida, besábale amorosa la frente, y repetíale cada momento: ,,Padre mio, cuanto os amo."

III.

Eran las doce de la noche; hacia ya media hora que D. Luis de L.... se paseaba frente á la reja de una casa pobre mirándola sin cesar, y deteniéndose algunas veces, como para escuchar atentamente. Abrióse por fin la ventana sin el mas leve ruido, y dejóse ver á la opaca claridad de la luna una niña de incomparable hermosura, y vestida de blanco, que con voz apacible y armoniosa dijo:—¿tú eres, D. Luis?

—Sí, Ines; amor mio, yo soy.

—Ingrato! en dos dias no habias venido! Quizá algun nuevo amor....

—Ah! Ines; sabes que te amo con todo mi corazon, y que nadie puede reemplazarte en mi alma; pero me habia sido imposible venir.

—Don Luis, harto te he dicho que mires quién soy, y que la hija desvalida de un pobre ciego, no es capaz de llenar dignamente el corazon de un jóven gallardo y principal como tú. Piénsalo bien, no sea que un arrepentimiento tardío....

—Cómo se conoce que no me amas! ¿No te he dicho que mi clase, mi fortuna, cuanto poseo, todo es tuyo, y que todo el universo me parece homenage escaso á tu hermosura? Sí: pediré á tu padre tu mano, serás mi esposa, y entónces seremos el báculo que sostenga sus pasos inciertos, el bálsamo que sane las heridas de su alma. Me crees, bien mio?

—Ah! sabes que mi padre y tú sois los únicos objetos de mi ternura. Por qué te amaré tanto!....

—Y le has confiado á tu padre nuestro amor?

—No me he atrevido, temiendo que cuando supiese quien eres, no me acusase de liviana en dar oidos á quien la suerte ha hecho tan desigual conmigo; mas se lo diré todo, y Dios proteja nuestras intenciones puras. Mas olvidaba decirte el suceso desagradable de mi padre con el presidente de la Audiencia, con D. Pedro de Castro....

—Sí, cuentámelo todo.

Y contóle Ines como yendo con su padre por la misma calle en que vivian D. Luis y D. Pedro, este los habia llamado; no olvidó decirle el suspiro que se le escapó al pasar frente á la ventana de D. Luis; y por último, cuanto les habia pasado en la casa del oidor, y la amenaza que este les habia hecho.—No te aflijas por eso amada mia, repuso D. Luis, yo no os perderé de vista un instante ni á tí ni á tu padre. Dame á besar tu mano hermosa, y no olvides que nada habrá que se oponga á nuestro casto amor.

Sacó Ines su mano de alabastro, y D. Luis imprimió en ella un beso ardiente que revelaba toda la fuerza de su pasion. Se retiraba ya D. Luis, é Ines con el brazo apoyado en la reja le seguia con la vista, cuando una mano vigorosa asió fuertemente la suya; volvió el rostro asustada, reconoció á la luz de la luna á D. Pedro embozado en una ancha capa, arrojó un grito de terror, y escuchó estas palabras que pronunció el oidor con voz terrible.—He aquí por qué no podias corresponder á mi amor; pero me *vengaré*.

El grito agudo de Ines despertó al ciego que la llamaba á voces, „*Ines, Ines;*» é hizo volver á D. Luis, quien al ver aquel hombre que la tenia asida, se precipitó sobre él con la espada desnuda, el oidor hizo lo mismo, y se trabó una lid que hubiera acabado por la muerte de uno de los dos, á no haber sido por la ronda, que acudiendo con presteza, logró separar á los combatientes. Asieron de ambos, mas el oidor con acento imperioso declaró su nombre que hizo enmudecer á los ministros de la *justicia*, se embozó sosegadamente en su capa, y mandando que llevasen á D. Luis, se alejó con paso mesurado. Pascual habia llegado ya á la reja en busca de su hija, á la cual encontró desmayada.

IV.

En una prision estrecha y alumbrada solo por la débil claridad que daba una pequeña claraboya, estaban dos personas silenciosas, tendida la una en el suelo y puesta la otra de rodillas dirigiendo al cielo una plegaria fervorosa: eran Pascual é Ines. Pascual devorado por una fiebre violenta, pronunciaba de cuando en cuando algunas palabras: y su hija pálida, descompuesto el cabello y juntas sus manos, confiaba á la Vírgen María sus angustias, demandándole un destello de consuelo. D. Pedro era la causa de sus padecimientos; ofendido con la conducta de Pascual y ciegamente enamorado de Ines, habia hecho que uno de sus criados los siguiese para saber su casa, y que se informase todo lo posible de las circunstancias mas ligeras que les concerniesen. Supo como D. Luis hablaba todas las noches con Ines, y con el furor de los zelos se propuso vengarse de su rival, del ciego y de su hija; mas ántes queria comunicar á Ines su venganza, para ver si por este medio lograba que cediese á sus deseos. Impidióselo el ruido que hizo volver á D. Luis y despertar á Pascual, y vióse precisado á dar un paso que hubiera querido retardar hasta no convencerse de la imposibilidad de que la hija del ciego le correspondiese. Manchó, pues, con la mas infame calumnia la reputacion de aquellas dos almas cándidas y desgraciadas; supuso que el dia que habian estado en su casa el padre y la hija, se habian sacado una joya de rico precio, y con tan negra maquinacion favorecida por el gran crédito de que gozaba, logró que los llevasen presos, siempre con ánimo de acriminarlos ó declarar su inocencia, segun le conviniese. Sabedor Pascual por uno de los que fueron á llevarle, de la atroz calumnia que motivaba su prision, se apesadumbró de tal suerte, que apénas hubo entrado á la cárcel, cuando tuvo que ceder á una fiebre violenta que amenazaba privarle de la existencia. Hacia ya dos dias que estaban en el calabozo, y la enfermedad de Pascual progresaba constantemente, tanto que pidió un sacerdote que le acompañase en sus últimos momentos. Ines no se apartaba un punto de su padre, y habia llegado al estremo á que conduce ese dolor profundo é inesplicable, que no nos deja proferir una

queja ni derramar una lágrima. Su padre cercano á la muerte, y acusado de un delito vergonzoso, su amante encerrado probablemente en una prision; ni un auxilio, ni un amigo.... ¡Pobre niña! Cuánto pesa sobre tí la mano de Dios que se complace á veces en probar la fortaleza de los que mas ama!

Llegó el ministro del altar, y despues de haber oido la confesion del ciego, pronunció con voz grave y magestuosa la absolucion, é Ines de rodillas pronunció un *Amen* arrancado de lo mas íntimo de sus entrañas. Comenzó luego el sacerdote á rezar las preces con que la Iglesia cierra amorosa los párpados del moribundo, y Pascual las repetia con voz clara y sonora, y con aquel semblante animado, con aquel acento tierno y vehemente de una alma cri ıda para comprender los misterios de la *armonía*.

En medio de aquella escena solemne se presenta el oidor, llevado por el deseo de ver á Ines, para empeorar ó mejorar la suerte de sus víctimas; mas atónito con aquel espectáculo imponente, quedóse parado en el umbral de la puerta del calabozo. Advertido Pascual por su hija de la presencia de D. Pedro: „Os perdono, le dijo, mas tened compasion de mi desventurada hija." Y tú, hija mia, prefiere mil veces la muerte á la deshonra; recibe de mi mano la prenda que en igual caso me dió mi madre en otro tiempo. El cielo me negó la dicha de recibir un solo beso de mi padre, toma su retrato y conservale en memoria de mí." Dióle el retrato, y el oidor se acercó á verle como arrastrado por un impulso irresistible; y como dudoso de lo que veia, estúvose examinándolo algun tiempo á la luz, y dirigiéndose á Pascual, preguntóle con la mayor agitacion.

—¿Tu madre te dió ese retrato que dices ser de tu padre?

—Sí.

—¿Y dónde naciste?

—En Guadalajara.

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Clara de S....

—¡Hijo mio! ¡Hijo mio! esclamó el oidor, arrodillándose delante de Pascual, ¡perdon! Yo soy el miserable que abandonó á Clara, yo quien te quitó la vida, esa vida por la cual diera ahora gustoso mil, si otras tantas tuviera.—Padre mio, estábais perdonado; recibid ahora mi amor y perdonadme vos.

Estendió Pascual los brazos hácia D. Pedro, y este fué á unir su rostro con el rostro del ciego.—Déjame, hijo mio, le decia, recoger con mis lábios tu último suspiro.

Duraron así algun tiempo D. Pedro y Pascual, mas este apartando suavemente á su padre.—Padre mio, le dijo, mi fin no dilata mas que algunos momentos; os encargo especialmente á mi hija.

—¡Oh! Ines mia, ¡ven á mis brazos! Te amo, sí, pero no con un amor criminal, sino con el de un padre á su hija. ¡Necio de mí! no conocia que era la sangre que le habla á la sangre. ¡Mas ah!.... tú amas á D. Luis, lo sé bien, y él te ama á tí. ¡Hola! sacad sin perder un momento al preso del calabozo inmediato, y traedle aquí.

Corrieron inmediatamente el carcelero y un criado que habia venido acompañando á D. Pedro, y volvieron al punto con D. Luis, que sorprendido con la escena que se presentaba á sus ojos, no podia siquiera desplegar sus lábios.

—D. Luis, le dijo D. Pedro, dad la mano de esposo á mi nieta.

—¡Vuestra nieta! esclamó D. Luis.

—Sí; y desde ahora sois dueño de todos mis bienes. Quiera el cielo perdonarme mis crímenes, pues conoce lo sincero de mi arrepentimiento.

El sacerdote bendijo aquella union, y Pascual con sus lábios entreabiertos por una sonrisa apacible, exhaló su último suspiro.

JUAN N. NAVARRO.



ESTÚDIOS HISTÓRICOS.

ATZCAPOTZALCO. 1821.

Comenzaban los hermosos dias del mes de junio de 1821, y los veía pasar con la indiferencia de la niñez, con el sobresalto de la infancia, cuyos goces, aunque los mas puros, tan pronto se esperimentan con agitacion, tan pronto son acibarados por el dolor que desde la cuna comienza á conmover el corazon del hombre. Vagaba incierto por los risueños senderos de una hacienda situada entre las provincias, entonces, de México y Querétaro, y mi alma no aspiraba mas que á perseguir una mariposa, ó á recojer algunas flores con que la primavera matizaba los campos, para formar un ramo que despues abandonaba con la inconstancia de niño.

Una tarde á la relacion de un correo que acababa de llegar, mi familia toda se demudó al oir el nombre terrible del coronel Concha: yo me estremecí tambien, porque mil veces habia oido decir que era un enemigo jurado de mi padre, á quien habia querido juzgar como á otros, en Tulancingo por una conspiracion que debia haber estallado en 819, y que fué descubierta: Concha quiso varias veces que se le entregase á mi padre, y á no haber sido por la bondad de Apodaca, y por el generoso comportamiento del coronel Antonelli, del mayor Terrés, hoy general, y del fiscal Iglesias, actualmente coronel, que fuertemente se opusieron, habria ido á Tulancingo á sufrir los tormentos que Concha hacia pasar á los demas prisioneros. Vino la constitucion del año de 20 y á esto debió mi padre, como otros, que no hubiese terminado su vida en un patíbulo. Aun no se habia borrado en mi familia la idea del riesgo que habia corrido mi padre. La relacion del correo que anunciaba la pronta llegada de Concha, con una fuerte division en auxilio de San Juan del Rio y Querétaro, vino á producir en nosotros un terror mortal, que se aumentaba por haber tomado mi padre partido en la causa nacional (1).

En la siguiente mañana se preparaba mi familia para huir, cuando se dijo que por el camino de San Juan del Rio venia tropa, y esto hizo temer que la hacienda fuese el teatro de alguna accion entre los independientes y los realistas de Concha: resultó, pues, en mi familia la incertidumbre que acontece en semejantes ocasiones, en las que se ve encima un inminente peligro, y mas cuando no estaba presente el gefe de la casa. Mientras se tomaba algun partido llegaron algunos oficiales aposentadores. Súpose por ellos que venia el batallon espedicionario de Murcia: nada dijeron que pudiese revelar la causa de su llegada; pero de sus maneras y semblante agitado, se inferia que algun acontecimiento desfavorable les habia sucedido. Se consideró prudente no huir ya; á poco mas de una hora llegó el regimiento que venia marchando con el órden y con la disciplina propia de las tropas españolas. Volvia humillado y lleno de vergüenza, pues se habia desertado del ejército trigarante, despues de haber jurado en Iguala el plan de independencia, lo que manifiesta la difícil posicion en que se vió al principio el gefe trigarante; pero su alma abundante de felices inspiraciones en momentos críticos, supo sobreponerse á la fortuna, que todo le concedió ese año bautizado justamente con el nombre de independencia. El batallon que se dirigia á marchas dobles á la capital, descansó hora y media y se marchó con aire silencioso, y el de la desesperacion comprimida, dejando á los habitantes de la hacienda no sin alguna zozobra: tal era la sensacion que aun producian aquellos soldados.

Serian las cinco de la tarde del mismo dia, cuando una gran polvareda por el camino de Tierradentro indicó la aproximacion de nuevas tropas, lo que volvió á los ánimos á su antigua tortura: la paciencia y el sufrimiento se

(1) No se crea en mí vanidad descender á estas particularidades domésticas: si me ocupo en ellas, es puramente para que se forme alguna idea de los sentimientos de aquella época, por los que el grito de Iguala, fué como ninguno otro, tan espontánea como generalmente aplaudido y secundado: ademas, estos detalles comprenden parte de las primeras impresiones de aquella transicion tan repentina en que la reflexion se subalternó á los resultados mas sorprendentes, y que cada uno llevaba en sí la novedad.



habian agotado en tan corto intervalo. La afliccion mas aguda se apoderó de todos, y no se podia ni aun respirar viendo sobrevenir nuevos riesgos. En breves momentos llegó á galope una descubierta de caballería: la confusion en mi familia y demas personas de la hacienda no tuvo igual, temiendo de un momento á otro algun accidente: se percibió en algunas voces el nombre de Concha, y con esto aumentóse el sobresalto: entró luego un criado con semblante alegre y dijo que las tropas que llegaban eran *independientes*. Una esclamacion general de regocijo estalló, y todos fueron á ver á los independientes; yo salí tambien lleno de gozo. Se supo que venian á encontrar á Concha, á quien creian inmediato y deseaban batir.

La vanguardia ó descubierta la formaba el antiguo insurgente Encarnacion Ortiz con sus valientes soldados de la Sierra de Guanajuato: asido de la mano de una persona fuí adonde estaba la tropa. Ví por la primera vez á los libertadores de mi patria, y sin comprender nada mi corazon, aunque tierno, palpitaba de alegría. Consideré de cerca á estos soldados y á su gefe, que tenian un continente guerrero esclusivamente nacional. La mayor parte llevaba sus cueras ó cotones largos de charro; y calzoneras de venado, botas de campaña y sombreros jaranos, componian su uniforme: carabina, lanza, machete y reata, era su armamento y montaban unos fogosos caballos, á los que manejaban con destreza sin igual; y en donde este escuadron caia, dejaba tras él una huella de sangre y de desolacion. Ortiz, conocido por el Pachon, era una celebridad de la época: su patriotismo de un tiempo que ahora volvia con mayor brio á desarrollar, y su valor de siempre, lo hacia notable entre los héroes; y su singularidad infatigable en el servicio y en el peligro le valia el honor de marchar á la vanguardia. Yo lo contemplé con una mezcla de temor y simpatía, con aquel sentimiento interior de los primeros años que tan pronto nos aconseja permanecer, tan pronto huir de lo que hiere nuestra alma de curiosidad ó de desconfianza. Si mis recuerdos de aquella época muy vagos por sí, no fuesen débiles, con las relaciones de personas fidedignas que han podido conservar una idea hasta el dia de aquel hombre, tipo de nuestros primeros guerrilleros, yo diria que era de una estatura alta, de color trigueño, ojos rasgados, y llenos de vivacidad, barba escasa, franco en sus maneras, lenguaje y espresion que participaban del candor, jovialidad y respeto de nuestros hombres del campo, con un tanto de lo brusco del soldado, segun era la persona con quien se comunicaba: un carácter suave y condescendente con sus sobordinados, interin no faltasen á la disciplina y al honor militar, pues entonces era inexorable en el castigo; sagaz y emprendedor, con un valor y serenidad probados en los momentos en que el éxito se dejaba íntegro á la temeridad; una constancia sin igual para sufrir todo género de privaciones; un sentimiento de pundonor, que le aumentaba la confianza de sus gefes; y por último, poseia suma destreza en el manejo del caballo, y uso de sus armas. Pues bien, este hombre y sus soldados fueron los primeros independientes que ví habiendo llegado antes que otros: formáronse luego y esperaron á los demas cuerpos: siguieron despues dos escuadrones del cuerpo de caballería de S. Cárlos, otros del Príncipe y Sierra Gorda; á continuacion el florido regimiento de infantería de Celaya, el de la Corona, Nueva-España, y otros de infantería. El sonido de las músicas militares de esta y el de las bandas de clarines de la caballería, enagenaban los espíritus. Fué entonces cuando mi alma recibió la primera impresion de entusiasmo y patriotismo; impresion difícil hoy de sentirse en estos tiempos positivos: hoy en que esas sensaciones, aun para los que tenian entonces desarrollada su sensibilidad de desinterés y de gloria, están amortiguadas, estinguidas, y no queda mas que un recuerdo como en sueños de una época que no volverá, porque no volverán el génio que la impulsó, y el que la apoyó; únicos fundadores de la emancipacion mas sorprendente del orbe; pero sin querer me distraia de mi objeto para decir que el gefe de la division que habia llegado, era el coronel D. Anastasio Bustamante: presentóse en medio de un escogido estado mayor, y rebosaba su alma la ansiedad de ver realizada la combinacion que se le habia encomendado por el primer gefe del ejército.

Este le habia dicho en San Juan del Rio:—Compañero Bustamante, el coronel Concha viene de México con una fuerte division para proteger este punto, que cree el virey que todavía está de su parte, y llamarnos la atencion para la toma de Querétaro: irá V. á encontrar á aquel, y en donde quiera que se presente, hágale conocer con la acostumbrada bizarría que distingue á V., que no es fácil atacar á los soldados de la independencia. Descanso en la actividad y constancia con que V. siempre se conduce, para hacer que Concha no vuelva á salir de México, y entretanto quedaremos espeditos para la mas pronta conclusion de nuestros

planes. En este momento debe V. marchar.

—Señor, respondió Bustamante, me esforzaré en llenar los deseos de V., que en ello cumpliré con mi deber hácia la patria, y con la gratitud que debo á V. por su empeño en distinguirme.—Batido ó replegado Concha, agregó Iturbide, será conveniente recoja V. á su regreso los caudales públicos que existen en las cajas reales de Zimapan. Ademas servirá la espedicion de V. para organizar todos los pueblos, cuya opinion está manifestada á nuestro favor.

—Señor, dijo Bustamante, me lisongeo de que podré corresponder á las esperanzas de la Nacion y de V.: nada me detendrá para alcanzar este objeto, pues con los valientes que me acompañan todo se puede emprender.

Bustamante anhelaba por un encuentro, deseando que la fortuna le proporcionase los momentos de venir á las manos con Concha: los soldados de aquel, tenian unos mismos sentimientos, y los instantes que se interponian se prolongaban como siglos.

El mayor órden reinaba en la division patriota, y las disposiciones eran tomadas con violencia y exactitud. A otro dia de la llegada de la division se puso en marcha muy de mañana, dejando los mas gratos recuerdos de admiracion y de entusiasmo, y avanzando hasta Huehuetoca, Concha se replegó á México; emprendiendo en seguida su retirada sobre Querétaro el coronel Bustamante, despues de haber recogido algunas barras de plata de Zimapan, y cumplido con todas las instrucciones que habia recibido.

El primer gefe manifestó su satisfaccion á la décimasegunda division y á su digno gefe con las mas vivas demostraciones que aumentaban en este y en aquella su decision.

El siguiente dia le dijo Iturbide á Bustamante:—Compañero, importa que hoy mismo salga V. con un batallon y cuatrocientos caballos, á auxiliar al Sr. Echávarri que debe atacar al convoy que viene de San Luis Potosí, custodiado con el primer batallon de Zaragoza, otro de Zamora y cuatrocientos caballos.

—Señor, nada tengo que decir á V. sobre el celo con que deseo cumplir sus órdenes: así es que partiré en el momento.

—Lo sé, y por esto confio en mi amigo y compañero Bustamante: mi gratitud es poca cosa; pero es muy grande el reconocimiento y admiracion nacional. Llevará V. amigo, un batallon y cuatrocientos caballos que V. escoja del ejército, pues debe descansar la division de V.

—Es que mis soldados están listos para ir á donde V. lo disponga.

—No: por ahora llevará V. un solo batallon de refresco y la caballería que le he dicho.

—Está muy bien, señor.

El infatigable Bustamante marchó con el primer batallon de la Union á las órdenes del teniente coronel D. Juan Dominguez, hoy general, y con cuatrocientos caballos. El 21 de junio á la una de la tarde se unió Bustamante á Echávarri (1): despues de que hablaron ambos de los negocios, le dijo este á aquel

—Compañero, voy á hacer que se reconozca á V. por gefe de todas las fuerzas, tanto porque le corresponde en virtud de su antigüedad, como porque sus conocimientos políticos y militares son superiores á mis escasas luces.

—Bustamante le replicó: compañero, los talentos, el denuedo y el patriotismo que ha desplegado V., lo hacen acreedor á conservar el mando: mis deseos se dirigen esclusivamente á la mas pronta conclusion de esta empresa y á las demas que se presenten hasta obtener la felicidad de la patria.

—Conozco demasiado la generosidad de V., repuso Echávarri, mas ella aumenta en mí el empeño de contar con el honor de recibir sus órdenes, que las estimo por mas acertadas y eficaces para llevar al cabo el plan del primer gefe.

—No cederé en mi resolucion, manifestó Bustamante, y V. que ha comenzado la obra debe concluirla: disponga V. las cosas, y su compañero formará en el lugar que le toque como el primero de los que están á las órdenes de V. No hay que perder tiempo, pues los momentos son preciosos. Tome V., pues, sus disposiciones.

—Cedo no sin grande violencia; pero con la condicion de que modifique V., segun su parecer, aquellas, pues así tendremos un buen éxito.

El 22 á las ocho de la mañana llegaron los despachos del cuartel general, en los que se prevenia á los gefes independientes que rindiesen á Bracho y San Julian á discrecion, sin concederles ninguna otra cosa.

Las divisiones de Echávarri y Bustamante marcharon unidas para reducir á los realistas y abreviar las operaciones del plan combinado. El teniente coronel D. Luis Cortazar se dirigió con doscientos caballos hácia la hacienda de San Isidro, donde estaba el enemigo: las demas divisiones siguieron de frente y por los costados. Resultó de estas disposicio-

(1) Cuadro histórico del Sr. D. C. M. Bustamante —tom. V.



nes que el 23 por la mañana los batallones de Zaragoza y Zamora en San Luis de la Paz hicieron pabellones con sus fusiles, colgaron su correaje y desfilaron á sus cuarteles, recibiendo los independientes el armamento como el dia antes habian recibido cuatro piezas de artillería, un carro con parque, vestuarios, algunos fusiles y 56.000 pesos de moneda provisional.

Conseguido el objeto que se propuso Iturbide, regresó á su lado Bustamante para rendir á Querétaro, en cuya capitulacion fué uno de los parlamentarios. La ciudad sucumbió el 28 de junio. A los ocho dias emprendió el ejército por divisiones su marcha para la capital del imperio. Los lugares y pueblos del tránsito fueron testigos del entusiasmo con que marchaban los batallones y regimientos que dieron el ejemplo de todas las virtudes guerreras y que recibian de los ciudadanos, al pasar, las aclamaciones y veneracion de libertadores de la patria.

Independencia é *Iturbide* eran voces sinónimas en aquellos venturosos dias que los mexicanos por una fatalidad no han vuelto á ver. ¡Oh! entónces la union y la fusion de los partidos comprendia una realidad que despues ha sustituídose con frases pomposas....

El gallardo Epitacio Sanchez iba á la vanguardia del ejército, y seguíanle por escalones las demas tropas: la division de Bustamante y Quintanar se unieron en Huehuetoca: Iturbide dispuso marchar á Toluca, Cuernavaca y Puebla con una division de caballería á las órdenes de Sanchez. Bustamante, siempre deseoso de lograr la ocasion de batirse con Concha, lo provocó el 22 de julio á una accion en las lomas de San Miguel, inmediatas á Tepotzotlan. Vendrá dia en que se revelará por quien y por qué Bustamante no fué secundado en esta vez en que pudo haber destrozado á Concha: no es la única en que se le negó la cooperacion necesaria por quien debiera facilitársela. Concha se retiró á Cuautitlan con algunas pérdidas que fueron cortas por ambas partes: una tempestad y la entrada de la noche tambien se opusieron á los designios de Bustamante y de sus esforzados soldados.

Otro dia bien temprano los realistas marcharon para Tlalnepantla y una avanzada de Bustamante los siguió hasta cerca de este punto. Casi un mes pasó Concha vagando con su division en distintas direcciones sin alejarse de la capital y con intencion á veces de dirigirse á Puebla, de cuyo camino se volvia cuando menos se esperaba. Antes de partir Iturbide para verse con O'Donojú en Córdova, nombró desde Texcoco á Quintanar comandante interinamente de la décima y duodécima divisiones del ejército trigarante, y encargaba que se evitase un encuentro con el enemigo, á no ser que fuese indispensable. Bustamante habia quedado, pues, á las órdenes de Quintanar y no sin algun disgusto interior por tener que moderarse, pues era ya para él, dias ha, punto de honor batir á Concha.

El 18, en cumplimiento de lo prevenido por Iturbide con objeto de comenzar el sitio de la capital, las divisiones espresadas se movieron de Tepotzotlan y Cuautitlan hácia Santa Mónica y Tlalnepantla: de aquí salió Concha con tanta precipitacion, que no pudo acompañarlo su tesorero, quien habia escondido, de acuerdo con el cura, seis mil pesos en un cuartito de la torre de la iglesia y que fueron descubiertos por denuncia que se hizo al capitan D. Miguel Barreiro, hoy general y entonces ayudante de Bustamante. Los independientes se situaron el 18 en Tlalnepantla y Santa Mónica. El 19 temprano se presentó Bustamante en el alojamiento de Quintanar y dijo á este:—Compañero, es preciso que avancemos y que replegando á los realistas se comience á estrechar el sitio de México: si le parece á V., iré con una seccion para reconocer algunos puntos en que apoyemos las operaciones.—Compañero, respondió Quintanar, nuestras fuerzas no son bastantes para hacer replegar á las tropas del gobierno, y temo que se comprometa alguna accion y faltemos á las órdenes del primer gefe.

—Pero tambien sus órdenes tienen por objeto reducir á los realistas á la capital, y sin que nos adelantemos hácia ellos, no creo que pueda cumplirse con el plan del Sr. Iturbide.

—Está bien que avancemos; pero encargo á V. que evite cuanto pueda un encuentro, porque de cualquiera manera serian sensibles las pérdidas que tuviésemos, aunque cortas.

—Concha está en Tacuba, y para que nos acampemos en Atzcapotzalco, haciendas de Careaga, el Cristo y Echagaray, es necesario llamarle la atencion por un punto y reconocer su campo.

—Supuesto que apruebo el plan de V., espediré en este momento las órdenes para que se disponga la tropa que lleve V.

Despues de una hora, el coronel Bustamante se dirigió á los puntos espresados. Concha estaba en Tacuba con la vanguardia del ejército español, su infantería constaba (1) de los regi-

(1) Torrente, historia de la revolucion hispano-americana. Tom. 3 pag. 291.

mientos espedicionarios, Infante Don Cárlos, Castilla, Ordenes, Murcia, Zaragoza, la Reina y granaderos de Barcelona, y la caballería de diferentes trozos de regimientos y escuadrones mandados en parte por D. Julian Juvera.

El primer cuerpo de este ejército que formaba su vanguardia, estaba á las órdenes del sargento mayor de Castilla, D. Francisco Bucelli: Concha mandaba el resto de las tropas, habiéndole llegado otras de Tacubaya. El ejército español, lleno aun de fuerza y vigor, se presentaba con arrogancia, con su opinion inflexible para en nada ceder y contrariar todo lo que indicase una idea siquiera sobre la emancipacion del pais: con su peculiar tenacidad, alentado á la voz de sus obcecados gefes; y su disciplina, su buen equipo, sus abundantes municiones, su bien servida artillería, todo le hacia presagiar la victoria, y esperar de la fortuna un favor señalado que hiciese inclinar los sucesos á su favor. Ronca, pero terrible era todavía la voz del coloso que se habia enseñoreado del vasto imperio de Mocteuczoma por trescientos años. ¿Cómo terminar sin esfuerzos el reinado que le dió nuevo ser á la España de Cárlos V, y nuevo giro al Viejo Continente? La justicia no aprobaria esos esfuerzos, la humanidad los condenaba; pero el honor castellano los dictó, así como al patriotismo mexicano tocaba reprimirlos.

El coronel Bustamante, en la misma mañana del 19, para emprender su movimiento, mandó una descubierta de ochenta caballos á las órdenes de un capitan, que como se h dicho ántes, tenia por objeto llamarle al enemigo la atencion y reconocer sus posiciones: la descubierta se encontró con cien infantes y caballos realistas entre Atzcapotzalco y Tacuba, y despues de haberlos replegado á este pueblo, se retiró á la hacienda del Cristo. Bustamante entre tanto marchaba con su tropa, y á las once de la mañana, cuando se ocupaba en reconocer las haciendas de Careaga, Cristo y Echagaray, para alojar la caballería, el capitan D. Nicolás, Acosta oficiosamente, y guiado de sus ardientes sentimientos por batirse, se dirigió á Tacuba con cien granaderos y cazadores de Celaya, Guadalajara y Santo Domingo, y veinte dragones de San Luis, trabando una pequeña accion que obligó al enemigo á abandonar un puente en el que se habia hecho fuerte. El tiroteo fué muy vivo y sostenido por ambas partes, especialmente por los realistas que tenian mas fuerzas que los independientes. Al oir Bustamante el fuego, y al saber lo ocurrido, se le vió violento é incómodo.

—"Barreiro, dijo á uno de sus ayudantes que estaban á su lado, diga V. al mayor general que disponga luego que salga toda la caballería con el resto de la infantería y un cañon, para reforzar á Acosta, pues voy á protejer la retirada de éste, por no ser el punto en que se halla á propósito para dar la accion."

Volvió á poco el ayudante, y ya Bustamante montaba á caballo con grande violencia; él mismo pasó adonde estaba el resto de su tropa é hizo que se formasen y saliesen á protejer la partida comprometida.

Cuando marchaban, dijo á Ortiz y al teniente coronel D. Estévan Mocteuczoma: „Es necesario que VV. moderen su exaltado valor, el terreno está bien malo, los dragones no podrán maniobrar, y tal vez nos esponemos á perder algunos soldados." Apenas acababa de decir esto Bustamante, cuando metió espuelas á su caballo y se dirigió violentamente hácia donde se hallaba comprometido Acosta: cuando llegó, ya éste habia sido herido y lo mismo un soldado de Celaya. Bustamante con su presencia y sus rápidas disposiciones, logró salvar á los suyos nuevamente comprometidos por los refuerzos que le llegaban al enemigo, el que sin embargo, en vez de avanzar, retrocedió. En seguida los americanos se retiraron á Atzcapotzalco, permaneciendo allí bastante tiempo sin que aparecieran los realistas. Serian las cinco de la tarde, cuando Bustamante emprendió su retirada para Sta. Mónica, queriendo aprovecharse de mejor coyuntura para dar la accion que deseaba, cuando su retaguardia fué atacada á las inmediaciones de Careaga por las tropas del gobierno, al mando de Bucelli, que eran en número de mil infantes y trescientos caballos con una pieza.

Un rayo de esperanza iluminó á Bustamante con este acontecimiento, pues creyó que se le presentaba la ocasion de satisfacer sus deseos. Comenzó el fuego entre su retaguardia y la vanguardia de Concha: aquel tocó alto, y sin pérdida de tiempo dió sus disposiciones para una evolucion que dió por resultado el que se formasen unas guerrillas de caballería é infantería: sonaron los clarines indicando un toque de esterminio, púsose al frente de ellas Bustamante con espada en mano, y con su voz y con su ejemplo las condujo á la refriega: jamas se le habia visto mas decidido y esforzado como en esta ocasion, en que con aquella valentia que le es comun, buscaba la gloria en donde la muerte aparecia por todas partes: lleno de noble ambicion, respirando por cada uno de sus poros el patriotismo mas puro; pero como lleno de despecho y

prodigando su vida como obscuro soldado, arrastró tras sí á los bravos dragones de la Sierra de Guanajuato, Príncipe y granaderos de la corona y primero americano, dando una terrible carga á la espada y bayoneta. Vino á participar del honor de batirse una guerrilla del regimiento de San Luis con una pieza de artillería, y enardeciéndose mas el combate, los enemigos sucumbian por todas partes, sin que pudiesen salvarlos su buena formacion y el denuedo con que hacian frente. Contribuyó á la gloria de los mexicanos la feliz casualidad de que la pieza de á ocho de estos, embalara una del mismo calibre de las que tenian los españoles, influyendo esta circunstancia para que Bustamante los hiciese replegar á Atzcapotzalco (1) en donde se parapetaron para no ser destrozados completamente; y habiendo sido reforzados con tropas de refresco, se hicieron firmes en el convento y casas principales del pueblo.

Los independientes sobreponiéndose á todos los obstáculos que se les presentaban, ora por lo impracticable del terreno cortado con diversas zanjas y milpas ó por lo fangoso de él, ora porque no podia maniobrar toda su fuerza, y ora en fin, porque la noche se avanzaba, tuvieron que apelar á su heroicidad y entusiasmo para no detenerse en perseguir á sus contrarios hasta el pié de sus mismos parapetos. La historia no olvidará, y la posteridad perpetuamente recordará el brillante comportamiento del soldado mexicano, en una noche en que el heroismo compitió á porfía por ambos bandos.

Serian las siete de la noche cuando llegaron las demas fuerzas de la vanguardia del ejército trigarante hasta el número de trescientos infantes y doscientos caballos, lo que aumentó el brio de los mexicanos que se estaban batiendo desde el principio; pues habiéndose llenado de celo, su honor militar se afectó en cierta manera. El terreno no permitió que se batiesen todas las tropas que habian llegado.

Sabido es que el capitan D. Encarnacion Ortiz habia peleado diferentes veces en el bajío y en la primera época de la independencia contra los dragones fieles del Potosí, y contra los de otros cuerpos que venian ahora con el ejército trigarante, y que con satisfaccion recíproca tenian el orgullo de ser compañeros. Esto sin embargo no impedia que hubiese nacido en las guerrillas de los dragones de la Sierra de Guanajuato, y fieles del Potosí, una emulacion toda de honor, toda de gloria.

Eran las ocho de la noche cuya obscuridad impedia distinguir los objetos mas cercanos: el fuego continuaba sostenido por ambas partes: mortífero era el que hacian los españoles desde sus posiciones ventajosas, miéntras que los mexicanos no tenian mas parapeto que sus pechos que latian á los nombres sagrados de *independencia y libertad*, y pronunciando con entusiasmo estas palabras, ó al grito de ¡viva México! ¡viva Iturbide! bajaban á la tumba de los héroes. En medio de la mas terrible carnicería, cuando por todas partes reinaba el espanto y la muerte, y cuando se escuchaban los repetidos ayes de los heridos ó moribundos, y á los frecuentes toques de las cajas y de los clarines, cansado ya Ortiz de intentar hasta lo imposible, dijo en voz alta á unos dragones que estaban cerca de él.

—Ahora se verá si los fieles van hasta donde lleguen los de la Sierra de Guanajuato.

—Los fieles, dijo un oficial jóven y bien parecido, van hasta donde entran los hombres; vamos adentro, compañero.

—Vamos, dijo el Pachon, (2) y dieron una carga ambos oficiales con sus soldados á los realistas, de los que acuchillaron varios en la plaza, en la que penetraron perdiendo algunos de los suyos. El jóven oficial era el capitan de los Fieles D. Manuel Arana.

—Erdozain, dijo Bustamante montado en furor á uno de sus ayudantes, busque V. á Endérica, y que cuando se dé el toque general de alto, avance con su tropa el cañon hasta la entrada de la plaza. Barreiro, diga V. al teniente coronel D. Francisco Cortazar, que al toque espresado avance tambien por el costado derecho de la iglesia, y á Montoya que lo verifique igualmente con su batallon y el piquete de Tres villas, al mismo tiempo que se dé el toque, dirigiéndose por el otro costado. Moctezuma, divida V. en dos trozos su caballería y que auxilien á las dos secciones de infantería, buscando ántes las entradas mas fáciles para llegar á los puntos del enemigo; yo me dirigiré con las guerrillas del Príncipe y San Luis al centro, en

(1) El Sr. Torrente sin embargo de que con su imaginacion y elocuencia admirables intenta desfigurar los hechos, hablando de este encuentro junto á *Careaga*, se ve en la precision de confesar en el tomo 3.° páginas 291 y 292, lo siguiente: „Y aunque los realistas se empeñaron en darles (á los independientes) repetidas cargas con el mayor entusiasmo, *hubieron de retirarse á Atzcapotzalco*, por habérseles inutilizado un cañon de á 8, sobre el que apoyaban sus operaciones."

(2) Así lo nombraban desde el principio de la primera revolucion en el Bajío.

apoyo de Ortiz y Endérica. Valiente y Castillo, ya pronto se quitará á VV. su impaciencia.

Habian pasado pocos instantes, cuando mandó Bustamante tocar á las bandas de clarines, *alto*, que era el toque combinado de dar el ataque con mayor vigor. Las órdenes de cuando en cuando se multiplicaban, el valor iba aumentándose cuanto mayor era el peligro, la accion se habia hecho mas general por todas partes. El denodado Endérica desplegó toda su intrepidez con tanta constancia, que obtuvo nuevo renombre en el ejército. Dos tenientes del bizarro regimiento de Celaya, D. Manuel Arroyo y un jóven como de 26 años, lo secundaron á porfia, colocando la pieza en la entrada á la plaza y á tiro de pistola del enemigo y de su artillería, á pesar de la lluvia de balas y metralla que disparaba incesantemente. Ese jóven teniente, es hoy el presidente interino de la república, general de division D. Valentin Canalizo.

Los españoles con todo y sus posiciones y la desesperacion con que se batian, sufrian pérdidas considerables: no obstante esto se iba aumentando su fuerza con nuevas tropas y municiones que les llegaban. Mucho tuvo que agradecer Concha á la fortuna, pues la noche le habia protegido y mas que todo el que los independientes hubiesen entrado en detall á la accion sin poder presentar todas sus fuerzas: á las once de la noche las circunstancias para estos eran muy aciagas: reforzado el enemigo y sin querer salir de sus parapetos que tenian en las principales alturas del pueblo, al paso que á sus contrarios se habia casi agotado el parque; estériles eran ya la constancia y el heroismo con que desafiaban tan de cerca la muerte: Bustamante se decidió á emprender la retirada muy satisfecho de sus soldados, á quienes con ternura sin igual, y en lo mas comprometido de la batalla llamaba "sus hijos" y ciertamente que así los veia, porque la pérdida de cualquiera de sus soldados le comprimia su corazon guerrero.

—Antes de retirarnos, dijo, es preciso traerse la pieza que llevó Endérica á la entrada de la plaza.

—Señor, le respondieron, han muerto las mulas, no hay carreteros, se ha descompuesto la cureña, y la pieza está atascada en un fango.

—El cañon no debe abandonarse, sin abandonar ántes la vida, replicó Ortiz. Vamos muchachos, vamos á traerlo, y se dirigió adonde estaba aquel con sus intrépidos soldados.

—Tambien nosotros iremos, dijo el capitan Arana á sus dragones, y siguieron á Ortiz y á los suyos. La mayor parte de estos valerosos soldados hacia frente al enemigo interin que el resto se esforzaba en sacar la pieza con sus reatas á cabeza de silla. Ortiz y Arana estaban en la terible competencia de salvar el cañon y de batirse á la vez. La empresa se habia hecho de las mas temerarias: el mayor número de los denodados dragones de la sierra de Guanajuato y Fieles del Potosí habian caido muertos ó heridos, haciendo esfuerzos sobrehumanos, *distinguiéndose heroicamente el nunca bien ponderado D. Encarnacion Ortiz, modelo de valor y potriotismo* (1). Al pié del cañon sucumbio al fin Ortiz, cayó cubierto de heridas y de honor, saliendo gravemente herido Arana y confuso Canalizo. La victoria se cubrió de luto y la fortuna fué infiel al heroismo, no habiendo respetado en esa noche aquella vida tan ilustre en nuestros fastos. En vano Endérica, Arroyo y Canalizo se habian multiplicado para arrebatar de la muerte á sus dignos compañeros.

—Señor, le dijo Barriero á Bustamente, que lo habia mandado con órdenes para que se retiraran las tropas; Ortiz, el valiente Ortiz, ha muerto, Arana tambien ha sido mortalmente herido y los soldados de ambos, pocos sobreviven....

—Ortiz ha muerto! ¡Qué fatalidad...! esclamó Bustamente. Quedóse un rato pensativo como si dudase lo que acababa de oir, y aunque no podia articular palabra, su semblante indicaba que su alma era destrozada de pesar: hizo un gesto y sacudió la cabeza, despues anduvo un poco hácia adelante y dijo:

—Erdozain, marche V. y dígale á Endérica que se retire dejando el cañon, que bien puede abandonarse, pues bastante caro lo ha pagado el enemigo: que se conduzcan luego los heridos y que al cuerpo de mi querido Ortiz no se dejo allí, y terminó dando tristemente sus órdenes.

Los mexicanos se retiraron de Santa Mónica: frondosos eran los laureles que habian cortado en esta memorable noche: el enemigo perdió mas de quinientos hombres; pero esta victoria se habia comprado con la sangre de muchos intrépidos soldados, cuya pérdida era una página de luto en este glorioso dia para las armas mexicanas.

Iturbide, digno apreciador de sus compañeros, aplaudió debidamente el relevante mérito que contrajeron en esa accion Bustamante y sus soldados: les manifestó desde Puebla á nombre de la patria su reconocimiento, así co-

(1) Palabra de Bustamante en el parte que dió de la accion.



HERNANDO CORTÉS.

mo su pesar por las sensibles pérdidas, especialmente por la del incomparable Ortiz, á quien concedió el póstumo honor de *que pasase revista de presente.* En los anales mexicanos se leen estos tres escudos: *Se distinguió en la brillante accion del* 19 *de agosto de* 1821. Este escudo lo llevaron ó llevan, el teniente coronel de la Corona D. Francisco Cortazar, mayor del mismo regimiento D. Tomas Castro, comandante del escuadron de Fieles D. Estevan Moctezuma, teniente del Príncipe D. Manuel Valiente, teniente de S. Luis D. José María Castillo, sargento mayor del ligero de Querétaro D. Cayetano Montoya, ayudante del mismo D. Antonio Chavez, capitanes D. Pablo Erdozain y D. Miguel Barreiro, y el subteniente de artillería D. José María Sandoval. El segundo, que pertenecia con envidia á los heridos, tenia este lema: *Vertió su sangre por la libertad de México en* 19 *de agosto de* 1821. Para los demas que concurrieron á la accion se decretó el siguiente: *Accion victoriosa por la felicidad de México*: 19 *de agosto de* 1821. Los impávidos Enderica, Arana, Canalizo y Arroyo fueron, ademas, ascendidos al grado inmediato. En fin, Bustamente fué saludado héroe.

Por mas que el infortunio y la ingratitud lo hayan ajado, con todo y el juicio de la opinion al juzgarlo por sus errores políticos, en los que ningun hombre público puede dejar de incurrir, el fallo de los contemporáneos, por severo que sea, es ineficaz para evitar el reconocimiento nacional; y aun mas todavía para que la posteridad admire con emociones de entusiasmo y orgullo una data que la inmortalidad ha inscrito ya con dorados caracteres: ANASTASIO BUSTAMANTE VENCEDOR EN AZTCAPOTZALCO: 19 DE AGOSTO DE 1821.

México, enero 15 de 1844.

D. REVILLA.

HERNANDO CORTÊS. (1)

I.

Daba y tomaba enojos y ruido; ca era bullicioso, altivo, travieso, amigo de las armas, por lo cual determinó de irse á probar ventura.

GOMARA.—*Cron. de N. E.*

Es la historia del emperador Cárlos V, la página de la historia del mundo que mas abunda en acontecimientos nunca vistos, ni por los siglos que la precedieron, ni por los que la siguieron en el constante giro del tiempo. ¿Quién al recorrer los fastos de la nacion española, no detiene sus miradas en esa época de lucha, así política como religiosa, en que el coloso del siglo XVI meditaba su proyecto de monarquía Europea, y hacia una guerra encarnizada á los sectarios de la reforma, para captarse la benevolencia de la corte de Roma, tirana entónces de los tronos, y hacerla obedecer hasta sus menores deseos? ¿Quién no vé en el rival victorioso de Francisco I, en el vencedor de Pavía, al hijo predilecto de la fortuna, al hom-

(1) La litografía que acompaña este artículo, fué sacada del retrato original del Conquistador, que se conserva en el Museo Nacional, y que tuvo la bondad de proporcionarnos nuestro colaborador el Sr. D. Isidro R. Gondra, conservador de dicho Museo.

En la parte superior y á un lado, se ve el escudo de armas que le concedió el Emperador el año de 1525, el cual está dividido en cuatro compartimientos: en el superior de la derecha está el águila que representa el sacro romano imperio, y en el inferior un leon dorado en campo colorado, que representa las victorias que con su valor alcanzó: en el superior de la izquierda hay tres coronas de oro en memoria de los tres reyes de México, Moctecuzoma, Cuitlahuatzin y Quauhtemotzin que venció; y en el inferior, la ciudad de México sobre las aguas, en memoria de haberla conquistado. Tiene por orla el escudo, las cabezas de siete señores vencidos por Cortés, y por remate un yelmo con su luna.

El facsímile de su firma que va al pié del retrato, se sacó del libro capitular de actas que comprende los años desde 1524 hasta 1526, y que existe en el archivo del Ayuntamiento de esta ciudad de México.

El retrato de Cortés que se habia acogido con mas aceptacion, era uno que acompaña la edicion que de la historia de la conquista de Solis, hizo D. Antonio Sanchez. Este retrato, grabado por Selmo, fué sacado del retrato que al oleo hizo el Ticiano, lo cual contribuyó sin duda á darle mérito; mas el que es del todo inexacto, si se compara con la descripcion que Bernal Diaz del Castillo nos dejó del Conquistador, lo cual ciertamente no sucede con el que nosotros publicamos ahora, pues no nos cabe duda en que es el mas exacto.

bre que destina el cielo para dar su nombre á un siglo, despues de haberlo hecho estremecerse y acatar sumiso sus mas ligeros é insustanciales caprichos? Todo contribuia entónces á aumentar su gloria: nunca se habian visto tan brillantes hechos de armas, como los que entónces se vieron; ni nunca habian descollado tantos y tan diestros capitanes, como los que en esa época combatieron al lado del Emperador: la mirada del semi-dios engendraba héroes. Mas la gloria del reinado de Carlos V, quizá en lo que ménos consiste es, en haber producido los famosos capitanes que le sometieron los paises gastados de la cáduca Europa, porqne ¿quién en ese siglo de las grandes hazañas se para á contemplarlos, cuando por otro lado se presentan á su imaginacion cuadros mas nuevos, mas vivos y animados en los valientes aventureros, que pasando los mares y esponiéndose á los azares de la fortuna, supieron ganarle en un mundo recien descubierto, mas reinos que los que sus antepasados le legaron, segun la espresion de uno de ellos? (1) Mientras él subia al trono, ellos atravesaban el Atlántico y ponian firmes el pié en el mundo de Colon; mientras él aprestaba sus armadas y sus ejércitos para dominar á la Europa, ellos se aliaban con los pueblos mas débiles de las nuevas regiones para combatir á los mas fuertes; y en fin, cuando él despues de un sangriento combate, esclamaba: esta mezquina parte de la Italia es mia, ellos le tenian ya sometidos imperios tan grandes, como la Europa misma. Uno de estos capitanes, acaso el mas distinguido, fué Cortés, el conquistador de una de las mayores, mas ricas y mas hermosas partes del Nuevo Continente.

En el año de 1485, reinando en España los reyes católicos D. Fernando y Doña Isabel, reyes de Castilla y de Aragon, siendo los moros dueños todavía de Granada, y siete años ántes de que Colon diera al mundo la mayor prueba de lo que puede el ingenio, nació en Medellin en Estremadura, un niño á quien llamaron Hernando Cortés, y cuyos padres fueron Martin Cortés de Monroy y Doña Catalina Pizarro Altamirano, de conocida hidalguía, como lo prueban sus apellidos, pero de escasísima fortuna, quienes viendo con sumo pesar que su hijo crecia poco robusto y en estremo enfermizo, desesperaron de su vida, pues repetidas veces lo habian arrebatado ya en su niñez del umbral del sepulcro. En este estado pasó Hernando Cortés los catorce primeros años de su vida, en cuyo tiempo lo enviaron sus padres á Salamanca, para que pasado el estudio de la latinidad, se dedicase al de las leyes que debian asegurarle su porvenir. Dos años permaneció en Salamanca estudiando la gramática con un pariente suyo, al cabo de los cuales, fastidiado de una ocupacion tan contraria á sus inclinaciones, abandonó aquella universidad, y volvió á Medellin en donde comenzó á descubrir su ánimo esforzado y emprendedor, y su carácter mas hecho para el calor de las batallas, que para el reposo de las aulas.

Dos eran los caminos que se le abrian en esa época á la juventud española para ir en pos de la fortuna y de la gloria: la Italia y las Indias: en la primera, las banderas del Gran Capitan los conducian al triunfo: en las segundas, la estrella del polo era su guia hasta las playas, en donde solo con su valor, no vacilaban en luchar con la ruda naturaleza de los nuevos paises y con los pueblos esforzados que los habitaban. Cortés, jóven de diez y seis años, vaciló antes de decidirse á seguir uno de estos dos caminos, vió el de la Italia, y le pareció bello; mas contempló el de las Indias, por el que tantos tesoros se derramaban en España, y se decidió por este. Nicolás Ovando, comendador de Lares, pasaba á la sazon á la Isla Española (2), en calidad de gobernador, y con él hubiera emprendido su viage el jóven Cortés, si no se lo hubiera impedido una enfermedad, resultado de uno de esos incidentes á que dá lugar el fuego de la juventud. Hernando amaba á una jóven de Medellin; quiso verla por última vez antes de partir; mas en su desgraciada escursion amorosa, dió una caida, de la que le resultaron unas cuartanas (3) que le impidieron emprender su viage con Ovando, quien sin detenerse se hizo á la vela, el dia prefijado. Este accidente imprevisto frustró por entónces la determinacion del jóven, quien despues de su restablecimiento quiso pasar á Italia ya que no á Indias. Emprendió en efecto su viage; mas habiendo llegado hasta Valencia, se detuvo y perdió un año en *devaneos*, y escaso de dinero, como dice Gomara, lo cual lo hizo volver presto á Medellin. Esta segunda vez, el año de 1504, siendo ya Cortés de diez y nueve años, se embarcó en fin, en San Lúcar de Barrameda, despues de haber recibido la bendicion de su padre, en la nave que Alonso Quintero fletó ese año con mercaderías para la Isla Española; y este fué el principio de la rea-

(1) Cortés en una entrevista que tuvo con el Emperador.

(2) Haití.

(3) Gomara Cron. de N. E.

lizacion de su primer proyecto de viage á las Indias. Salieron del puerto con viento próspero, y con él navegaron hasta la isla Gomera (1), en la que se hicieron de provisiones para el resto del viage, y siguiendo su camino, el mal tiempo las hizo engolfarse de tal manera, que faltos ya de víveres perdieron la esperanza de la vida, resignándose con una muerte casi segura. En este conflicto, el viérnes santo de ese año vieron llegar y pararse en la gavia de la nave una paloma, que fué indicio de que no distaba ya mucho la tierra; y con esta esperanza caminaron otros cuatro dias, al cabo de los cuales se oyó resonar, infundiendo el júbilo en todos los corazones, la voz de: „Tierra, tierra,'' pues tenian á su vista la Isla Española; y al dia siguiente estaban ya en Santo Domingo.

Cortés se dirigió luego á la casa de Ovando, á quien no encontró allí, pues habia salido de la ciudad á una espedicion importante; mas quien á pesar de esto, cuando tuvo noticia de su llegada, mandó que se le diese parte en el repartimiento de las tierras, y que se le tratase como á persona de su aprecio. Cortés fué dueño en el acto de varios solares; y con su constante idea de amontonar el oro de que habia oido decir estaban llenas estas tierras, quiso ir él mismo á recogerlo en persona (2); mas como se le hicieron palpar las dificultades que para ello habia, se dió á la granjería, lo cual no le valió pocos miles de ducados. En este ejercicio pasó el tiempo que medió de fines de 1501 á 1511, en cuyo año fué con Diego Velasquez á la conquista de Cuba, hecha la cual, aumentaron sus riquezas con los nuevos terrenos que se le adjudicaron, de suerte que, como dice Gomara, fué el primero que tuvo *ato* y *cabaña* en la Isla. A ella arribó en ese tiempo tambien un tal Juan Xuárez, natural de Granada, acompañado de su madre y de tres hermanas, que por ser las únicas Españolas que habia entónces en ella, eran cortejadas por todos los que habian venido á la conquista de Cuba; y una de ellas, llamada Doña Catalina, lo era por Cortés, quien al principio, con las torcidas intenciones de tenerla por dama nada mas, vino por fin á casarse con ella, cuando despues de haber sido puesto en un cepo por este motivo, les dió una muestra de su carácter, rompiendo los cerrojos de la prision, tomando la espada y rodela del alcaide, saltando por una ventana y yendo á refugiarse en la iglesia en presencia del mismo Velasquez que lo habia puesto preso, y con quien no volvió á estrechar amistad sino despues de varios acontecimientos que al paso que prueban el arrojo y temeridad de quien dió lugar á ellos, no son el mejor abono de su conducta.

(1) Una de las Canarias.

(2) Debemos creer que este sentimiento de avaricia dominaba á Cortés, cuando vemos que Gomara, el cronista de las cosas de Nueva España, que nunca lo abandonó, y que es sin duda su mas apasionado, no solo no lo niega, sino que lo asegura.

Aquí termina el primer periodo de la vida de Cortés. Desde su nacimiento hasta los catorce años de su edad, lo vimos enfermizo y luchando á cada paso con la muerte, como si esta vacilara en ahogar en sus primeros años á aquel coloso, que pasando los tiempos debia llenar el mundo con su fama; y lo vimos luego fastidiado de la vida escolar atravesar gozoso el Océano, realizar sus primeras ilusiones é ir descubriendo poco á poco su carácter impaciente y aventurero, *ca era bullicioso, altivo, travieso, amigo de armas, por lo cual determinó de irse á probar ventura.* Esta es la historia de su juventud turbulenta y licenciosa.... mas olvidemos sus desórdenes, que la juventud de los grandes hombres es un dia, comparado con los años maduros de su vida.

II.

> Era hombre de gran talento y destreza, valeroso, hábil en el ejercicio de las armas, fecundo en medios y recursos para llegar al fin que se proponia, sumamente ingenioso en hacerse respetar y obedecer aun de sus iguales, magnánimo en sus designios y en sus acciones, cauto en obrar, modesto en la conversacion, constante en las empresas y paciente en la mala fortuna.
>
> CLAVIJERO.—*Hist. Ant. de Mex. Lib. VIII.*

En el año de 1517, Francisco Hernández de Córdova, descubrió el Cabo Oriental de la península de Yucatan, que llamó Cabo Catoche; y habiendo vuelto al puerto de Axaruco (1) de donde habia zarpado, con la noticia de las grandes riquezas que él sospechaba que habia en estas tierras, por cuyas costas pasó cambiando frívolas bugerías por oro y otras cosas de gran valor, inspiró á Diego Velasquez, gobernador á la sazon de Cuba, la idea de mandar á su sobrino Juan de Grijalva á reconocer aquellas costas. Salió en efecto Grijalva con cuatro buques y doscientos soldados, reconoció la isla de Cozumel, y fué costeando hasta la embocadura del rio Pánuco, de cuyo punto volvió á Cuba cargado de oro, y despues de haber

(1) Habana.

puesto por nombre *San Juan de Ulúa* á un islote situado á una legua de distancia de la costa de *Chalchiuhcuecán*, (1) en donde fueron vistos por primera vez por los naturales del pais, quienes enviaron luego una embajada á Mocteuczoma II, rey de México, dándole noticia y acompañándole unas pinturas de aquellos recien venidos, á los que esta nacion, consultados los oráculos, tomó por el Dios Quetzalcoatl que segun su tradicion debia volver á su comarca despues de haberlos abandonado muchos siglos hacia. Impuesto Diego Velasquez de cuanto su sobrino le contó de aquellos paises, pensó luego en mandar á ellos una espedicion, que dirigida por un capitan esforzado, no solo tuviese por objeto esta vez costearlos, sino internarse, tomar posesion de ellos por derecho de conquista, y arrancarles el oro á sus moradores; ¡tal era la sed de este metal que lo devoraba! Entre tantos aventureros como entónces habia en Cuba, ninguno le pareció á Velasquez mas á propósito para aquella empresa que Cortés, porque á un ánimo esforzado y emprendedor, y á un carácter constante é invariable, reunia bienes cuantiosos con que poder contribuir por sí mismo al sostenimiento de la espedicion, y porque gozaba ademas en la isla de un prestigio de que todos los demas carecian. Fué, pues, nombrado Cortés capitan general de la armada que presto deberia zarpar de Axaruco á las costas de Yucatan ó de Chalchiuhcuecán; y ocupado desde entónces en los preparativos de aquella espedicion, gastó la mayor parte de su caudal y contrajo deudas enormes. Publicóse su nombramiento por bando en la Isla, y los principales habitantes de ella fueron en el acto á ponerse bajo las banderas del nuevo capitan, entre los cuales se contaban Pedro de Alvarado de Badajoz, Cristóbal de Olid de Baeza en Andalucía y Gonzalo de Sandoval de Medellin, que tanto se distinguieron despues. Dispuesto ya todo, el 10 de febrero de 1519 se hizo á la vela aquella armada, compuesta de once bajeles, cincuenta y ocho soldados, ciento nueve marineros, diez y seis caballos, diez cañones y cuatro falconetes, y habiendo tocado en la isla de Cozumel, pasó adelante costeando la península de Yucatan, hasta llegar á la embocadura del rio Chiapa en la provincia de Tabasco, por cuyo rio se introdujo en bajeles menores hasta saltar en tierra firme, desde donde se dirigió hácia una gran ciudad, que desde allí se veia, no sin ser entre tanto acosada por las flechas y dardos de los moradores de aquellas playas. Llegados los soldados que componian esta armada á esta ciudad, la tomaron, y prosiguiendo en sus correrías fuera de ella contra los indios, se vieron precisados á dar una batalla decisiva el 25 de marzo en la llanura inmediata, batalla de la que con su disciplina, sus armas de fuego y la agilidad de sus caballos, salieron vencedores, á pesar de que los Tabasqueses los superaban en número. Cortés á la manera caballeresca, tomó luego posesion de aquella ciudad en nombre del Emperador; embrazando la rodela, desenvainando y empuñando la espada, dando con ella tres golpes en el tronco de un árbol, y protestando que el que á aquello se opusiese, sucumbiria bajo los golpes de su acero. Convocó luego á los señores de la provincia, quienes atemorizados juraron prestar obediencia al rey de España, oyeron sumisos las primeras instrucciones de la religion cristiana de boca de Fr. Bartolomé de Olmedo, y presentaron por fin al temible capitan varios regalos de oro y veinte esclavas, entre las que iba la célebre Doña Marina, la intérprete y dama del conquistador, tan interesante en los acontecimientos posteriores: esta fué la primer victoria de Cortés, preludio de las que despues alcanzó contra fuerzas mayores y mas poderosas.

Por órden del capitan general, se hizo de nuevo á la vela la armada, tomando el rumbo del Poniente, y despues de haber costeado la provincia de Goazacoalcos, entró el 21 de abril, jueves santo, en el puerto de San Juan de Ulúa; de aquí pasó Cortés á la costa, al dia siguiente, en donde recibió la embajada y los regalos de aquellos naturales, prueba de su debilidad y de su temor; aquí formó el proyecto de fundar allí mismo una colonia, que al paso que le sirviese de refugio en caso de una retirada, fuese el depósito de los tesoros de aquellas comarcas y el punto en que se recibiesen los refuerzos de España y de Cuba. Recibió allí el mensage y los regalos de Mocteuczoma, que habiendo sabido su llegada habia consultado á sus oráculos; acogió con benevolencia los regalos y la embajada de los Totonaques, en que le invitaban á pasar á Zempoalan su capital; y en fin, pasó á esta ciudad, en donde fué recibido con las demostraciones de la admiracion y respeto de sus habitantes. Era el ánimo de Cortés demasiado altivo, y su ingenio en estremo elevado para haberse contentado con proseguir su espedicion, como simple capitan nombrado por el gobernador de Cuba, á quien tendria que dar cuenta de todos los pasos que para consumar aquella obra diese; y conociendo

(1) La costa de Veracruz.

que la gloria y la fortuna de aquella espedicion no debian redundar sino únicamente en su pro, obligó á los soldados á quienes habia conseguido ganarse ya con su rara destreza, á que lo confirmasen en nombre del rey, en el mando asi político, como militar, con entera independencia del gobierno de Cuba. Llegado pues á Zempoalan, con el nuevo nombramiento de sus soldados en nombre del rey de España, tuvo una conferencia con el monarca de aquella nacion, de la que resultó que Cortés le prometiera auxiliarlo contra los Mexicanos, para que volviera á recobrar su nación la antigua independencia, perdida por las conquistas de Mocteuczoma: hizo alianza con los Totonaques, los declaró libres de pagar el tributo á la corona de México, y comenzó á realizar en este punto el plan que su política le habia inspirado, la alianza de los pueblos conquistados para dirigirse sobre el conquistador. Dió aquí una prueba de su sagacidad mandando á los Zempoaleses que aprendieran á los cinco ministros que les habia enviado Mocteuczoma, para reconvenirlos por haber hecho alianza con los estrangeros sin su consentimiento, y poniéndolos él luego en libertad, lo cual le valió nuevos regalos de Mocteuczoma, que con esta accion lo creyó su amigo, y el mayor apego de los Totonaques que lo juzgaron su protector: derribó los ídolos de Zempoalan, y decidió á una gran parte de sus habitantes á abrazar el cristianismo: pasó luego á la costa á fundar su colonia, á la que llamó Villa Rica de la Veracruz, por las riquezas que allí encontró á su llegada, y por haber arribado á ella en viérnes santo; escribió allí mismo una carta al Emperador, en que le daba cuenta de cuanto habia hecho, suplicándole lo aprobase, y el 16 de julio, despues de haberse hecho á la vela Alonso Hernández de Portocarrero y Francisco de Montejo, que llevaban las cartas al Emperador, destruyó las naves para obligar á sus soldados á seguir adelante, quitándoles así toda esperanza de volver á Cuba: accion nunca vista que bastará por sí sola á probarnos que dentro de su pecho no palpitaba un corazon menguado.

Emprendió, en fin, su viage á México, y el 16 de agosto salió de Veracruz con cuatrocientos quince peones españoles, diez y seis caballos, doscientos *Tlamama*, (hombres de carga) y con alguna gente de los Totonaques; pasó por Talapan y Jocotla, y siguiendo el consejo de aquellos pasó primero á Tlaxcala que á Cholula; mas ántes de decidirse á entrar en las tierras de aquella república, mandó un mensage á su senado, pidiéndole el permiso de pasar. Este mensage, que se reducía á decirles que venia á auxiliarlos contra el tirano de México, causó grande alarma en el senado y en toda la ciudad, y solo despues de grandes discusiones se convino en permitirle la entrada, sin dejar de mandar por esto en pos de los Españoles, cuatro mil Otomites para que los atacasen. Cortés, que habia aguardado ocho dias en Ixtacmaxtitlan la respuesta del mensage, impaciente ya de su tardanza, se habia internado hasta el límite que separaba los dominios de Tlaxcala y México, en cuyo punto la recibió, y habiendo notado á la sazon á los Otomites que habian salido á combatirlo, cargó sobre ellos hasta derrotarlos, bien que en esta carga sacó dos caballos muertos y tres heridos, pérdida considerable si se considera el número de caballos que traia. Se acercó luego en su marcha á unas montañas, en las que habia unas barrancas, y como los Tlaxcaleses, partidarios los mas de Xicotencatl el viejo, que se habia opuesto tenazmente á que se permitiese la entrada á Cortés, supiesen la derrota que los Otomites habian sufrido, se dejaron ver luego en número de tres mil, arrojando flechas y piedras contra los Españoles. En vano Cortés les protestó que no venia con miras hostiles; los Tlaxcaleses hicieron una retirada falsa para atraerse á los Españoles á las barrancas é impedirles el manejo de su caballería y de su artillería, y cargaron allí sobre ellos en mayor número: los Españoles se vieron bastante embarazados, y solo despues de muchos esfuerzos y por la destreza de su caudillo, lograron salir de allí, poder hacer uso de la artillería y de la caballería, y derrotarlos completamente. El 5 de setiembre volvió á presentarse el ejército Tlaxcalés, compuesto, segun Bernal Diaz del Castillo, de 50,000 hombres; sufrió nueva derrota, y á la tercera, escarmentado ya, hizo la paz y se confederó con los Españoles. Recibió entónces Cortés nueva embajada de Mocteuczoma, quien temeroso de que se aliara con los Tlaxcaleses en su contra y sin saber que hacer, trataba de captarse la benevolencia del capitan español con valiosísimos presentes; recibió igualmente embajadas de los príncipes Huejatzinques y de Ixtlixochitl de Texcoco; y despues de haber exigido la sumision de los tlaxcaleses al emperador, entró triunfante en Tlaxcala el 26 de setiembre de 1519, queriendo luego que los Tlaxcaleses abandonaran su religion por la de Cristo, para lo cual intentó hacer con sus dioses lo que habia hecho con los de Zempoalan; mas advertido de su imprudencia desistió de su empeño. Bien asegurado

de la alianza y buena fé de los Tlaxcaleses, prosiguió su viage por Cholula, en cuya ciudad entró en medio de las aclamaciones de júbilo de sus habitantes; mas habiendo sabido por Doña Marina ser evidente que los Cholulescs le fraguaban una traicion, que pensaban acabar con los Españoles y con los aliados, ayudados de 20,000 Mexicanos que estaban acampados á poca distancia, se irritó y mandó á los Tlaxcaleses y á los Españoles, que arrojándose sobre los Choluleses, hicieran una espantosa carnicería en ellos, respetando solo á las mugeres y á los niños. Sometidos los Choluleses y los Tepeyaqueses al Emperador, recibió nueva embajada de Mocteuczoma; pasó á Tlamanalco, en donde fué visitado por el rey de Tezcoco, y de aquí pasó á esta ciudad obligado á ello por los príncipes de Acolhuacán. Siguiendo luego su camino llegó á Iztapalapan, de donde pasó en fin, á México, en cuya ciudad entró el 8 de noviembre de 1519, con grande admiracion de todos sus habitantes y de Mocteuczoma mismo que salió á encontrarle, y le acompañó hasta el palacio de Axayacatl que habia destinado para hospedarle.

Los seis primeros dias de su llegada á México, los pasó Cortés ocupado en visitar al rey y en andar á su lado admirando las bellezas de la ciudad; mas pasados estos se puso á pensar seriamente en la posicion en que se encontraba allí: solo con sus tropas, y fiado enteramente en la buena fé de Mocteuczoma, fácil les hubiera sido á los Mexicanos acabar con ellos á la menor insinuacion de su soberano. ¿Qué partido debia seguirse? Otro capitan de ingenio ménos perspicaz, y de ánimo ménos resuelto, se hubiera visto sumamente embarazado en este caso; mas Cortés, á quien no paraban obstáculos, concibió la idea de apoderarse de Mocteuczoma; lo prendió en su mismo palacio, y lo condujo al cuartel que él mismo les habia destinado: hecho temerario que solo podia caber en ánimo tan resuelto como el de Cortés. Reducido el rey á prision en el mismo cuartel de los Españoles, quiso Cortés tenerlo allí en rehenes para que los Mexicanos nada osasen en su contra. Así fué; mas Cacamatzin, sobrino de Mocteuczoma y rey de Acolhuacán (1), indignado por el tratamiento que los Españoles daban á su tio, pensó libertarle de su tiranía, dirigiéndose á México con un grueso ejército, proyecto que sabido por Cortés, pensó hacer otro tanto, dirigiéndose sobre Tezcoco á castigar á su rey; mas disuadido de esto por Mocteuczoma, quien se veia en la dura posicion, ó de ser víctima del furor de los Españoles, ó del de su sobrino; este rey débil, degradado ya por tantas bajezas, se encargó de poner en manos de Cortés por medio de una traicion á su sobrino, y Cacamatzin fué á poder de Cortés, quien le cargó de cadenas y lo envió á un oscuro calabozo y eligió nuevo rey de Tezcoco. Viendo Cortés la sumision de los Mexicanos, les exigió en fin que prestasen obediencia á su rey, como lo verificaron Mocteuczoma y todos los nobles reunidos, no sin gran pesar suyo; pero obligados á ello porque juzgaban á los Españoles descendientes de Quetzacoatl, quien, segun Cortés les habia asegurado, era el monarca de Oriente, Carlos V; y no contento con esto les exigió tambien el que reuniesen una gran suma de oro para mandarla al rey de Castilla, como prueba del homenage que de allí en adelante le prestarian.

Mas los nobles temieron, y comunicando sus temores á Mocteuczoma, le hicieron presente el grado de humillacion á que habian llegado y la avilantez de los Españoles, por lo que debia decir él ya á aquellos estrangeros, que la seguridad de sus pueblos exigia que saliesen ya de sus estados: asi lo hizo Mocteuczoma, y Cortés por calmar por el momento el ánimo del rey, convino en abandonarlos, tan luego como se construyesen naves que los condujeran, por lo que Mocteuczoma le dió muestras de agrado; y como pocos dias despues unos mensageros de las costas de Chalchiuhcuecán le trajesen unas pinturas que representaban buques, y gentes en todo parecidas á las de Cortés, se dirigió al capitan y mostrándoselas, le dijo que ya tenia buques en que partir. Cortés creyó al principio que eran los dos enviados que hacia un año habia despachado con cartas al Emperador que volvian ya con refuerzo de tropas y con los despachos reales; mas habiendo recibido luego cartas de Sandoval, que habia quedado de gobernador en la Veracruz, se desengañó, pues vió que aquella armada compuesta de once navíos y siete bergantines, ochenta y cinco caballos, ochocientos infantes, mas de quinientos marineros, doce piezas de artillería, y bien provista de municiones, venia al mando del capitan Pánfilo de Narvaez enviada por Diego Velasquez contra él mismo, por haberse declarado único gefe de aquella espedicion sin consentimiento, ni suyo, ni del soberano. La posicion de Cortés al ver esto, fué sumamente embarazosa: Narvaez, á quien le era preciso salir á combatir, amenazándole por un lado, y los Mexicanos por otro destruyendo todas sus esperanzas, si él se alejaba. No obs-

(1) Tezcoco era la corte de este reino.

tante esto, su ánimo no desmayó, y mostrando mas que nunca una constancia, una sagacidad y una diligencia heriocas, formó su proyecto, y sin comunicarlo, ni á sus mismos soldados, se apresuró á ponerlo en práctica. Usó primero de la astucia, por ver si con dádivas y promesas lograba atraerse á su partido á los soldados de Narvaez, y aun al mismo Narvaez; mas viendo que esto era infructuoso y no atreviéndose á admitir el socorro de Mocteuczoma, suplicó al senado de Tlaxcala que le aprontase cuatro mil soldados, envió á Tobilla, inteligente en la materia, á Chinantla para que pidiese 2.000 hombres y 300 lanzas, y á principios de mayo de 1520, dejando el mando de las tropas que quedaban en México á Pedro de Alvarado, salió él con setenta Españoles. Al llegar á Cholula se unió con el capitan Velasquez que volvia de Goazacoalcos, recibió víveres y provisiones de Tlaxcala, mas no los cuatro mil hombres; poco ántes de llegar á Zempoalan, se le unió Tobilla con las trescientas lanzas de Chinantla, y en un pueblo, distante tres millas de Zampoalan, los alcanzó el bizarro Gonzalo de Sandoval. Entraron de noche á la ciudad, asaltaron el ejército, lo obligaron á rendirse, Sandoval se apoderó de las personas de Narvaez y Salvatierra, á quienes despachó Cortés á Veracruz cargados de cadenas; se hizo reconocer este por capitan general, y al dia siguiente, 27 de mayo, se vió dueño de diez y ocho buques, dos mil soldados Españoles, cien caballos, con gran número de provisiones de guerra, y victoreado por sus tropas y por los dos mil Chinanteques que no habiendo asistido al asalto, solo habian llegado á ser testigos de su triunfo. Con tales fuerzas, pensaba ya Cortés en nuevas espediciones á lo largo de las costas del golfo, cuando llegó á frustrar sus designios la noticia de grandes trastornos ocurridos en México. Durante su ausencia, los Mexicanos habian tenido que celebrar la fiesta de la incensacion de Huitzilopochtli, una de las mas solemnes que tenian en el año, y que se celebraba con baile del rey y de las demas clases de la corte; y habiéndose dirigido al capitan Tonathiu (1) para que permitiese salir al templo á Mocteuczoma, este se negó á ello, y á lo mas que accedió, fué á que el baile se celebrara en el pátio del cuartel en que ellos habitaban con él. Convenidos en esto los Mexicanos para evitar disturbios, se dirigieron allí, y reunida casi toda la nobleza, comenzó la fiesta, enmedio de la que mandó Alvarado á sus soldados que se apostasen en diversos puntos, y que cuando los nobles Mexicanos estuviesen mas distraidos, los atacasen y acabasen con ellos. Así lo hicieron; multitud de nobles Mexicanos indefensos fueron allí víctimas de la crueldad de un aventurero, y desde este momento se declararon las hostilidades entre Mexicanos y Españoles. Irritados aquellos justamente, cargaron al dia siguiente sobre el cuartel de estos; mas contenidos por la presencia de su rey, determinaron no combatirlos sino por el hambre. Abrieron fosos al rededor del cuartel, y prohibieron que se les llevase ninguna clase de víveres, á aquellos que ya miraban como sus mas mortales enemigos. En este terrible apuro, escribió Alvarado á Cortés, quien al saber las nuevas ocurrencias de México, aceleró su vuelta de manera, que el 21 de junio entró en esta ciudad con noventa y seis caballos, mil y trescientos soldados Españoles y dos mil Tlaxcaltecas, que se le unieron al pasar por aquella república. Se dirigió al cuartel en donde salió Mocteuczoma á recibirlo; mas, segun dicen los historiadores, el soberbio capitan no se dignó fijar siquiera los ojos en el soberano de México, lo que lo apesadumbró en estremo: reprendió agriamente á Alvarado por su imprudencia; mas no lo castigó, como debiera, por no hacerse un enemigo de un hombre de quien tanto necesitaba; y se dirigió luego á ver á Mocteuczoma, á quien hizo terribles amenazas si no mandaba en el acto que se les proporcionasen todos los víveres de que carecian. Mocteuczoma le contestó que no tenia á quien fiar aquella comision, pues la mayor parte de las personas de quienes podia valerse, se hallaban como él, sin libertad, por lo que Cortés puso luego en libertad á Cuitlahuatzin, quien en vez de desempeñar la comision de proporcionar víveres á los Españoles, tomó el mando de las tropas Mexicanas, y al dia siguiente embistió el cuartel de Cortés, lo que obligó á este á mandar á Diego de Ordaz que hiciese una salida para dispersarlas, como en efecto sucedió. El 26 del mismo mes se volvió á empeñar el combate entre Mexicanos y Españoles; y viendo Cortés la obstinacion de aquellos salió del cuartel, se encaminó peleando por una de las calles principales, se apoderó de los puentes, quemó algunas casas y se volvió á su cuartel con cincuenta Españoles heridos, despues de haber hecho un estrago formidable entre los Mexicanos. Desde la torre del palacio habia observado Mocteuczoma tan sangrientos combates, y lleno de dolor por las calamidades de sus súbditos, llamó á Cortés, y

(1) Así le llamaban los Mexicanos á Pedro de Alvarado, porque era rúbio: Tonathiu, quiere decir, *Sol.*

le suplicó de nuevo que partiese cuanto ántes. Cortés contestó que partiria, si sus súbditos dejaban las armas; resolucion que se inclinaba á tomar el general viendo lo escaso de víveres que se encontraba, pues apenas habia los necesarios para que sus soldados mantuviesen la vida, y no para que adquiriesen las fuerzas suficientes para la pelea; mas al determinarse á salir de México, no pensaba abandonarla para siempre. Con aquella respuesta, un dia en que se habia empeñado un obstinado combate entre Mexicanos y Españoles, habló el rey á sus súbditos, y les dijo: que si peleaban por su libertad, libre era él, pues estaba en su mano salir de allí cuando quisiese, si porque aquellos estrangeros abandonasen la ciudad, que dispuestos estaban ellos á hacerlo; que así, pues, dejasen las armas; mas uno de los de la multitud levantó entónces la voz, y llamándole cobarde y afeminado, tendió su arco y le disparó una flecha (1), visto lo cual por el pueblo, comenzó á llover tal número de piedras y flechas sobre el infeliz monarca, que á pesar de estar cubierto este por dos rodelas, recibió, segun aseguran los historiadores, una pedrada en la cabeza, otra en una pierna y una flecha en un brazo. Cortés tuvo entónces algunas conferencias con los nobles, conferencias que todos los historiadores callan, y concluidas tres máquinas de guerra que el general habia mandado construir, salió el 29 de junio por la mañana por una de las calles principales, con casi todas sus tropas y su artillería; y llegado que hubo á uno de los puentes, mandó que se acercasen á las casas las máquinas, y que comenzaran á obrar; mas la multitud de piedras que de las azoteas arrojaron sobre ellas las despedazó pronto, y despues de haber combatido los Españoles hasta el medio dia, sin haber podido pasar el puente, tuvieron que volverse turbados á su cuartel con un muerto y gran número de heridos: no obstante esto, el ánimo de Cortés no desmayaba; por el contrario, los reveses acrisolaban cada dia mas su constancia.

Orgullosos los Mexicanos con esta victoria, cobraron brio; quinientos nobles se refugiaron en el templo mayor que dominaba el cuartel de los Españoles, y desde allí los comenzaron á combatir, ayudados de las tropas que por todos lados rodeaban el palacio de Axayacatl. Viendo esto Cortés, y despues de haber mandado un capitan con cien soldados que fueron rechazados, se determinó á asaltar el templo él mismo, á pesar de una herida que habia recibido en la mano izquierda en los combates anteriores. Se dirigió á allá con parte de sus soldados, y despues de grandes dificultades logró llegar al átrio superior, en donde se trabó una reñida contienda en que los Mexicanos tuvieron una pérdida considerable de gente, y Cortés marchó á su cuartel victorioso tras haber pegado fuego á algunos de los santuarios del templo (1). Al dia siguiente pensó Cortés retirarse por el camino de Iztapalapan; mas habiendo sido rechazado, difirió aquella retirada que le era preciso verificar ya á toda costa, para el 1.º de julio, en que despues de haber consultado á sus soldados sobre la hora en que convenia hacerla, se adhirió al parecer de uno llamado Botello, que entre ellos tenia fama de astrólogo, y en cuyas predicciones fiaba Cortés demasiado, el que fué de opinion que se retirasen por la noche, lo cual ocasionó quizá el mal éxito de la retirada. Ordenado ya todo se dirigieron por el camino de Tlacopan (Tacuba) (2): pasaron en buen órden el primer puente; mas vistos luego por los sacerdotes que velaban en el templo y que dieron el grito de alarma, fueron rodeados por todas partes por los Mexicanos que introduciendo el desórden, hicieron en ellos la mas espantosa carnicería que hasta allí se habia visto: les cortaron los puentes, de suerte que los soldados de Cortés unos caian al agua y otros sucumbian á los golpes de los enemigos (3), quienes

(1) Acosta asegura que este fué Quauhtemotzin su sobrino, á quien despues eligieron rey: Clavijero no lo cree así, aunque no alega ninguna razon para ello.

(1) Comenzando por la que ahora llamamos calle de Tacuba, siguiendo el camino derecho hasta el pueblo de Popotla, cercano á la que entónces era la corte del señor de Tlacopan.

(2) No faltan historiadores que para hacer sin duda mas trágica la posicion de Cortés en este asalto, aseguren que se vió próximo á perder la vida entre las manos de dos soldados mexicanos, que habiendo logrado asirlo, se iban á arrojar con él para libertar á su patria de un tirano tan odioso; mas á quienes ántes arrojó Cortés con su estraordinaria fuerza. Como ni Cortés, ni Bernal Diaz, ni Gomara, hacen mencion de esto, opino con Clavijero que esto no pasa de invencion de algunos historiadores amantes de novedades.

(3) Parece que lo mas probable es que murieron en esa noche 500 Españoles y 1.000 Tlaxcaltecas, y que se perdió la mayor parte de los bagages, lo cual causó el hambre espantosa que despues padecieron en el camino.

Esta noche fué tambien cuando Pedro de Alvarado, viéndose por todas partes rodeado de enemigos y sin esperanza de salvarse, sino saltando un canal de una estension muy considerable que tenia delante, apoyó su pica dentro de él, y usando de una fuerza prodigiosa, dio

los persiguieron hasta cerca de Popotla, á donde llegaron los pocos que quedaron, casi sin vida, y en donde Cortés sentado en una piedra y debajo de un árbol, derramó lágrimas amargas por tantos valientes compañeros, como en esa noche perecieron. En estremo consternado Cortés con los sucesos de aquella noche, de eterna memoria para ellos, á la que despues llamaron *noche triste*, por la melancólica impresion que dejó en sus ánimos, trató de apresurar su marcha á Tlaxcala con los pocos soldados que le habian quedado, para reponerse de pérdida tan considerable. Siguió su camino por Tlacopan, Atzcapotzalco y Otoncalpolco (1), y tomando luego el rumbo de Quauhtitlan y Citlaltepec, llegó á pocos dias á la llanura de Tonampoco, en donde estaba situada la ciudad de *Otompan*, en que le esperaba con los brazos abiertos la victoria para hacerle cobrar ánimo y seguir adelante con su empresa.

En esta llanura descubrieron un ejército numerosísimo que se dirigia sobre ellos, el que si no era de Mexicanos, era de aliados suyos, y que, segun el mismo Cortés, en una de sus cartas, era de doscientos mil hombres. Al verlo la mezquina division de Cortés, hambrienta y sin fuerzas ya para combatir, juzgó que aquel era el último dia de su vida; mas habiendo oido la voz del general, siempre arrojado, siempre resuelto, animándolos en una arenga breve, pero enérgica, recobró en parte su valor y entró al combate, como si en los dias anteriores no hubiera padecido hambre, sed y cansancio. Naturalmente los enemigos habian comenzado á arrollar á los Españoles, quienes sin una sola chispa de esperanza de triunfo, sentian que sus fuerzas se postraban cada vez mas, infundiendo gran desconsuelo en el pecho del general, quien viendo que un acto de arrojo podia, ó acabar con ellos completamente, ó asegurarles la victoria, y recordando que aquellos pueblos huian despavoridos tan solo con perder al general y su estandarte, su ingenio presto en sugerirle medios prontos, le inspiró el de arrojarse él mismo enmedio de los enemigos, dirigirse al general, derribarle y arrancarle el estandarte. Así lo hizo; y despues de haber encomendado á Alvarado, Sandoval, Olid y Avila, que le guardasen la espalda, se precipitó él enmedio de los enemigos, acompañado de otros cuantos de sus soldados, destruyendo cuanto á su paso encontraba hasta que dió con el general, á quien derribó de un lanzaso, despues de haber recibido una gravísima herida en la cabeza. Salamanca, uno de los soldados que lo acompañaron, veloz como el relámpago, echó pié á tierra, y arrancándole el penacho se lo presentó á Cortés, con lo que viendo las tropas Mexicanas muerto á su general y perdido su estandarte, echaron á huir, y los Españoles cantaron victoria, gracias al denuedo y arrojo de su impertérrito caudillo y de un simple soldado. Tal fué el éxito de la célebre batalla de Otompan, dada el 7 de julio, en la que perdió Cortés gran número de su gente, y de la que se puede decir que decidió de la conquista, porque menguando la excesiva confianza de los Mexicanos, aumentó el brio desmayado de sus enemigos: Cortés dió en ella la mayor prueba de su ánimo constante, de su ingenio fecundo, y de su valor indómito. En el campo del combate durmieron aquella noche, en la que Cortés mismo, á pesar de su herida, hizo la guardia para mayor seguridad.

Al dia siguiente, 8 de julio, continuaron su marcha y llegaron á Tlaxcala, en donde acabó de sanar Cortés de la herida, que poco ántes lo habia puesto en la puerta del sepulcro, y en donde se vió en peligro de ser abandonado por sus soldados, quienes teniendo presentes aun los funestos acaecimientos de la noche del 1.° de julio, trataban de persuadir al general que pasaran á Veracruz á aguardar socorro de España, ó de las islas. Cortés, con su elocuencia y persuacion, logró disuadirlos de su empeño. De Tlaxcala pasó á hacer la guerra á Tepeyacac, Quaquechollan, Itzocan, Talatzinco, Tecamachalco y Tochtepec; y domeñadas estas provincias, emprendió su marcha á Tezcoco acompañado de sus pocos soldados Españoles y de multitud de tropas de los aliados. (1) En este tiempo grandes ocurrencias habia habido en México: Mocteuczoma habia muerto y los Mexicanos habian elegido por su rey á Cuitlahuatzin su hermano: este habia comenzado á fortificar la ciudad y á reparar lo destruido; habia mandado un mensage á los

---

el terrible salto que ha dado su nombre á aquel lugar, y que hizo que sus compañeros en memoria de él lo llamaran en lo succesivo, Pedro de Alvarado del Salto.

(1) Los Remedios.

(1) Llegó Cortés á Tezcoco con cuarenta hombres de caballería, divididos en cuatro partes, y quinientos cincuenta de infantería española divididos en nueve compañías armadas de mosquetes, ballestas, de espadas y rodelas y de picas: salió tambien con 150,000 aliados, segun Ojeda que los mandaba, entre los que se contaban las tropas de los Tlaxcaleses, los Huexotzinques, Chololeses y Tepeyaqueses.

Tlaxcaleses, invitándoles á que se aliaran con ellos contra los Españoles, á que aquellos republicanos contestaron con una negativa, y habia muerto á los cuatro meses de su reinado atacado de viruelas, enfermedad desconocida hasta allí en aquellas comarcas, é introducida en ella por un negro esclavo de Narvaez, y á su muerte, en fin, habia sido elegido rey su sobrino Quauhtemotzin, jóven de veinticinco años, poco avezado aun á las batallas; pero dotado en cambio de una energía y de un valor que asombraron á sus mismos enemigos.

Cuando Cortés salió de Tlaxcala para Tezcoco el 28 de diciembre de 1520, dispuso que se condujesen á esta ciudad las velas, jarcias, clavazon y otros materiales que habian quedado de los navíos que habia destruido en Chalchiuhcuecán, para que se comenzase la construccion de los bergantines con las maderas y resinas que ya se habian mandado sacar de los montes. Resuelto á emprender cuanto ántes la conquista de México, objeto de todos sus afanes, entró en la corte del rey Acolhuacán, y habiendo notado algunas novedades en el pueblo, en la nobleza y aun en el rey mismo, que le indicaron que los ánimos estaban predispuestos en su contra, destronó al monarca reinante, y puso la corona al príncipe Ixtlixochitl, su adicto, á quien mandó traer de Tlaxcala, en donde le tenia detenido. Se dirigió luego sobre Iztapalapan, de donde volvió á Tezcoco, sin haber hecho cosa de importancia; se confederó con la ciudad de Otompan, y á pocos dias salió con gran pompa á recibir á los Tlaxcaleses que volvian con los restos de los navíos destruidos que sirvieron para los trece bergantines que se construyeron despues. A principios de la primavera de 1521 salió de Tezcoco con veinticinco caballos, trescientos cuarenta infantes, seis cañones, treinta mil Tlaxcaltecas, gran parte de la nobleza, y se dirigió á Jalcotan, y de allí por Quahtitlan á Tlacopan, de donde despues de algunos dias volvió á Tezcoco; pues su objeto habia sido entablar desde allí negociaciones con los Mexicanos, ó si no lograba esto, imponerse de sus designios respecto de él. De aquí mandó á Sandoval contra Huaxtepec y Xacapichtla, y promovió nuevas negociaciones con los Mexicanos que le salieron infructuosas; y habiendo salido el 5 de abril con treinta caballos, trescientos infantes Españoles y veinte mil aliados, caminó por el Mediodia, sujetando todos los pueblos que encontraba al paso, hasta llegar á Quauhnuhuac, (1) cuya conquista empezó; y habiéndola concluido y dirigiéndose por el Norte emprendió la de Xochimilco, ciudad situada en las orillas del lago de Chalco y la mayor del valle despues de México. De aquí pasó á Coyoacán, de donde prosiguiendo su rodeo por los lagos, fué á Tlacopan, luego á Tezcoco, y de vuelta por tercera vez á esta ciudad reprimió una conjuracion en que algunos partidarios del gobierno de Cuba trataban de acabar nada ménos que con su vida y con la de sus principales capitanes. En fin, el 28 de abril se botaron al agua los bergantines; hizo Cortés revista de sus tropas, en la que vió con satisfaccion que contaba ochenta y seis caballos, mas de ochocientos soldados Españoles, tres cañones de hierro grandes, quince de cobre menores y multitud de balas y saetas, aumento que habia debido al socorro que últimamente habia llegado de España: les arengó enérgicamente á sus tropas y mandó excitar á todas las ciudades aliadas para que le mandasen las mas tropas que pudiesen, con lo que quedaron concluidos los preparativos del asédio de México.

El 20 de mayo hizo Cortés la distribucion de sus tropas para proceder luego al asédio de México que debia asegurarles la conquista de estas tierras; dió á Pedro de Alvarado treinta caballos, ciento sesenta soldados Españoles, con tres capitanes, veinticinco mil Tlaxcaleses, dos cañones y veinticinco mil aliados; y le mandó que ocupase á Tlacopan á Gonzalo de Sandoval con veinticuatro caballos, ciento sesenta y tres soldados Españoles con dos capitanes, dos cañones y mas de treinta mil aliados, lo destinó para que se apoderase de Iztapalapan y acampase allí; y él mismo tomó el mando de los bergantines, en los que distribuyó el resto de sus tropas españolas. Concluida esta distribucion, todos salieron de Tezcoco para dirigirse á sus respectivos puntos: Alvarado y Olid marcharon para Tlacopan, en cuya marcha ocurrió un incidente que motivó el suplicio de Xicotencatl el jóven, noble Tlazcalteca, mandado ahorcar por órden de Cortés: Sandoval partió para Iztapalapan, y Cortés en sus bergantines á auxiliarlo en la toma de esta ciudad, atacándola por la parte que estaba situada en el agua. Alvarado y Olid trataron luego de cortar el acueducto de Chapultepec; mas fueron rechazados hasta Tlacopan, de donde partió Olid para Coyoacán el 30 de mayo, que segun Cortés fué el dia en que comenzó el asédio. Rindióse Iztapalapan por los esfuerzos de Cortés y Sandoval; mas ántes de que se rindiera del todo, aquel determinó dirigirse

(1) Cuernavaca.

con sus bergantines, la mitad de las tropas de Coyoacán y cincuenta infantes escogidos de Sandoval, sobre México. Así lo hizo en efecto, y habiendo hecho una salida, rechazó á los Mexicanos hasta dentro de la ciudad, se acercó á los arrabales y quemó algunos de ellos. En esto notó Alvarado que por la calzada del Norte les entraban á los Mexicanos socorros: dió parte de esto á Cortés, quien mandó luego á Sandoval que se dirigiese con sus fuerzas á aquel punto, quedándoles de este modo interceptada á los Mexicanos toda comunicacion con la tierra firme.

Con quinientos Españoles y ochenta mil aliados y las fuerzas de Alvarado y Sandoval, hizo Cortés su primera entrada en México, de la que despues de haber hecho un grande estrago, se retiró por el camino de Iztapalapan, quemando las casas que á su lado se encontraban. El número de las tropas auxiliares ascendió entónces á 200.000 por la confederacion que cada dia hacian nuevos pueblos con los Españoles; y Cortés con todas estas fuerzas hizo tres dias despues su segunda entrada, en la que haciéndose dueño de las trincheras y de los fosos, llegó hasta la plaza mayor en que estaba edificado el templo, y de aquí volvió á retirarse con las tropas de Alvarado y Sandoval que le auxiliaron en aquella espedicion. Nuevas entradas hizo luego en la ciudad, y los combates se repetian diariamente, porque Cortés verificaba siempre su retirada, no queriendo ni dejar guarniciones en las trincheras de que se apoderaba, por no esponerlos á la saña de los Mexicanos, ni acampar dentro con todo su ejército, por no quedar espuesto á sus ataques nocturnos, y sobre todo porque así les entrarian socorros, cuya llegada impedia él tambien desde su campamento de Joloc. (1) Cada dia eran mayores las ventajas del ejército de Cortés sobre el de los Mexicanos: la mayor parte de las ciudades del lago que en sus continuas entradas en la capital, pudieran haberlo atacado por la retaguardia, ó por la vanguardia en sus retiradas y haberle causado grande estrago, miéntras las tropas de la capital se lo causaban por el lado opuesto, vinieron á confederarse con él aumentando el número de los aliados y proporcionándole mas de dos mil barcas para que auxiliasen á los bergantines en sus operaciones. Con estas nuevas fuerzas hizo Cortés nuevas entradas en la capital, no consiguiendo en ellas sino únicamente el medio de comunicarse libremente con Alvarado que acampaba en Tlacopan. Este por su parte hizo una entrada en Tlaltetolco de donde fué rechazado con gran pérdida por las hazañas de un Tlaltelolqués que inflamaron el pecho de los soldados Mexicanos, haciéndoles desplegar un denuedo inaudito. Veinte dias se pasaron sin que los Españoles hicieran otra cosa que repetir entradas y salidas infructuosas en la capital, al cabo de los cuales, instado Cortés por sus soldados á dar un golpe decisivo, mandó á Sandoval y á Alvarado que hiciesen una retirada falsa de su campamento de Tlacopan, para que empeñados los Mexicanos en seguirlos, él pudiese entrar por otro lado con su ejército. Alvarado y Sandoval fingieron levantar su campo: Cortés, distribuidas todas sus fuerzas, emprendió su marcha, y los Mexicanos que muy bien comprendieron aquel ardid, abandonaron al principio las trincheras, para que los Españoles se apoderaran de ellas, y cargando luego sobre ellos, les hicieron tal estrago, que los obligaron á retirarse. En su retirada, el ejército Español dió con un foso que á la vista cegado, no lo estaba sino por débiles juncos que cubrian su superficie. Se precipitó en él, se hundió, y en aquel conflicto en que unos soldados se ahogaban, otros medio muertos salian de él á nado, y otros retrocedian espantados, entregándose en manos de los enemigos que los seguian, Cortés con voz robusta los animaba en vano; volvia á los Mexicanos, se introducia entre ellos, y con la fuerza de un Alcides los derribaba. En medio de esta confusion, un soldado Mexicano logró apoderarse del caudillo Español, á quien habrian podido haber dado ya muerte, mas de quien querian apoderarse vivo para sacrificarlo á sus Dioses; y en gran triunfo lo conducia ya para el templo, cuando Olea, intrépido soldado de Cortés, descargó sobre su brazo tal golpe, que separándoselo del cuerpo, dió tiempo al general para que desprendiéndose se salvara, impidiendo así que los Mexicanos obtuvieran una victoria completa: á salvar á Cortés de aquel peligro contribuyeron tambien eficazmente Ixtlixochitl príncipe de Tezcoco y Temacatzin, esforzado Tlaxcalteca. Los Españoles se retiraron confusos, con su general herido en una pierna, y los Mexicanos volvieron victoriosos y con grande ánimo para nuevos combates. (1)

(1) Era una altura especie de fortificacion de que desde el principio del ataque de Iztapalapan se habia apoderado.

(1) La pérdida que tuvo Cortés, segun Bernal Diaz del Castillo, en ese dia, fué de siete caballos, gran número de armas y barcos, un cañon, mas de mil aliados

Seguian los Españoles en su campamento reponiéndose de tan gran descalabro, y Cortés que siempre velaba sobre no permitir que los Mexicanos recibiesen socorro por ningun lado, mandó que los bergantines siguieran recorriendo los lagos, en los que tuvieron algunos encuentros con las *piraguas* de los Mexicanos que les ocasionaron á ambos, pérdidas considerables. Mandó tambien un mensage al rey de México, proponiéndole la paz con la condicion de que reconociese por su señor al rey de España; mas Quauhtemotzin, despues de haber consultado á los sacerdotes, le contestó, que él y sus súbditos estaban resueltos á espirar ántes que consentir en ser sus esclavos. En tan dura posicion mandó Cortés todavía á Tápia á que auxiliara la ciudad de Quauhnahuac amenazada por los Malinqueses, y á Sandoval al valle de Tolocan á que socorriera á los Otomites que habian mandado pedirle favor contra los Matlatzinqueses, presto volvieron estos con nuevos aliados de aquellos mismos pueblos que habian salido á combatir; y habiendo llegado entónces tambien á Veracruz nuevos refuerzos de España, se vió Cortés, como dice Clavijero, con un ejército mayor que el que Jerjes envió contra Grecia. Entretanto, Chichimecatl, diestro general Tlaxcalés, hizo una entrada en la ciudad con sus soldados Tlaxcaltecas, funesta para los Mexicanos, quienes en venganza atacaron de noche el campo de Alvarado: los Españoles y los aliados corrieron á las armas, duró el combate tres horas, al cabo de las cuales Cortés habia hecho ya una entrada en la ciudad, aprovechándose de aquella coyuntura. Viendo Ixtlixochitl, que los combates eran muchos y pocas las ventajas, aconsejó al caudillo Español que toda hostilidad se suspendiera desde entónces, hasta hacer rendir la ciudad por el hambre, para lo cual no habia mas que impedir del todo la entrada de víveres. Así se resolvió á hacerlo Cortés, agradecido por tan prudente consejo; mas no pudiendo contentarse su ánimo inquieto y belicoso con la inaccion, á los pocos dias volvieron á romperse las hostilidades, no sin enviar ántes á Quauhtemotzin nuevos mensages, cuyo éxito fué tan malo como el de los anteriores.

Los Mexicanos, á pesar del hambre que los acosaba, estaban resueltos á morir ántes que ceder; mas Cortés, viendo su obstinacion, y sin dejar de admirar su constancia, se determinó entrar á en la ciudad destruyendo todas las casas, para quitar á los enemigos el refugio de las azoteas, y despues de varias entradas de poca consecuencia, el 24 de julio hizo una, en que quedando en su poder tres partes de la ciudad, no le restaba ya mas que Tlaltelolco, donde se habian refugiado el rey y la nobleza, para llegar al término de su empresa. El 25 se hizo dueño de una calle principal en que habia un foso tan ancho, que el dia lo empleó en cegarlo para poder pasar, dando en tanto lugar á los Mexicanos para que construyesen nuevos puntos de defensa á falta de las azoteas. El 26 se tomaron todos estos nuevos puntos: Alvarado se adelantó hasta dos torres que habia cerca del palacio en que estaba el rey, donde se detuvo por los anchos fosos que allí habian, y de donde fué rechazado por el denuedo de los enemigos: Cortés por su parte, despues de haber allanado los pasos dificiles, salvó la trinchera y el foso que le impedian la entrada al mercado, se reunió con las tropas de Alvarado, y habiendo visto que solo una octava parte de Tenochtitlan le faltaba para hacerse dueño de ella, y movido por el estado miserable en que encontró á sus habitantes, mandó que cesasen las hostilidades é hizo nuevas proposiciones de paz, tan infructuosas como las anteriores. Al cabo de cuatro dias de entera quietud por ambas partes, reiteró Cortés sus proposiciones de paz, que volvieron á ser desechadas; y no pudiendo ya tolerar tanta repulsa, dió órden á Alvarado para que entrase á fuego y sangre por una calle, mientras él se dirigia por otra. Grande fué el destrozo que en los Mexicanos hicieron aquel dia (1): el pueblo, hambriento, espantado, y ya casi sin vida, vagaba por las calles implorando la misericordia de sus dioses; sus ahullidos, que llenaban los aires, llegaron á los oidos de Cortés, quien conmovido por tanta desgracia, mandó que cesara la carnicería, y se dirigió á unos nobles que guardaban una trinchera, pidiéndoles que suplicasen á su rey tuviese una entrevista con él. Aquellos nobles, que deseaban ya la terminacion de tanta calamidad, se dirigieron al palacio de Quauhtemotzin con el mensage de Cortés; mas el rey, despues de varias evasivas, vino en no conceder al general Español lo que pedia, por lo que Cortés irritado y enfadado ya, reunió todas sus tropas, y en poco tiempo se hizo dueño de las fortificaciones de mas

y mas de sesenta Españoles, entre los que murieron en el combate, los ahogados y los prisioneros que fueron sacrificados. Los heridos fueron innumerables.

(1) Clavijero asegura que entre muertos y prisioneros se contaron mas de doce mil.

cuantía que les habian quedado á los Mexicanos, mientras que Sandoval atacaba la ciudad por el Norte. Este fué el dia en que los Mexicanos tuvieron la pérdida mayor de gente desde la llegada de los Españoles, y en que las miserias del pueblo de la mayor ciudad de Anáhuac llegaron á su colmo (1).

En fin, el 13 de agosto de 1521, despues de haber distribuido en buen órden todas sus tropas y de haber mandado á Sandoval que con los bergantines guardase la salida de Tlaltelolco por el Norte, se dirigió Cortés á dar el último ataque al único punto que les quedaba á los Mexicanos. Antes de proceder á él, mandó nuevo mensage á Quauhtemotzin con proposiciones de paz: „indújolo á esto, como dice Clavijero, no solo la compasion de tantas miserias, sino tambien el deseo de apoderarse de los tesoros del rey y de la nobleza, pues tomando por asalto aquella última parte de la ciudad, los Mexicanos, privados de toda esperanza de conservar sus bienes, podrian echarlos al lago, para que no cayesen en manos de sus enemigos, ó en caso de no hacerlo así, los aliados, que eran innumerables y mas prácticos en el conocimiento de las casas y de los usos del pais, se aprovecharian de la confusion del asalto, y poco ó nada dejarian á los Españoles." Infructuoso por última vez este mensage, se procedió al asalto, y los soldados de Cortés y los aliados á pesar de la órden del general hicieron una carnicería tan espantosa, aun en los hombres, mugeres y niños que se les habian venido á rendir, que quedaron muertas quince mil personas (2). Muchos nobles y el rey con toda su familia y los reyes de Tlacopan y Tezcoco, se escaparon en *piraguas* á pesar de la diligencia de Sandoval, quien tan luego como supo su huida, mandó en su alcance á García Holguin en un ligero bergantin. Este los hizo prisioneros y los llevó á todos á presencia de Cortés.—Soy vuestro prisionero, dijo Quauhtemotzin á Cortés; y viéndole el puñal que traia en la cintura: quitadme la vida, continuó, con ese puñal, ya que no he podido perderla en defensa de mi reino.

—No temais, valiente Quauhtemotzin, le respondió Cortés, pues sois prisionero del mayor monarca de Europa, de cuya bondad, no solo debeis esperar que os vuelva la libertad, sino el trono de vuestros mayores que tan bien habeis sabido defender. Mandad á vuestros súbditos que se rindan y que salgan de la ciudad sin armas y sin carga, y las hostilidades entre Españoles y Mexicanos cesan desde este momento.

Por espacio de tres dias con sus noches, las calles de Tenochtitlan se vieron llenas de hombres, mugeres y niños, que pálidos y casi moribundos, la abandonaban con el llanto en los ojos y el dolor en el corazon (1).

Así, á fuerza de constancia y valor, llegó Cortés á ver realizados sus ensueños: México quedó conquistada despues de un sitio de setenta y cinco dias, el 13 de agosto de 1521, el tercer año del segundo periodo del siglo mexicano, ciento noventa y seis años despues de su fundacion y á los dos años tres meses veintitres dias de haber arribado á estas tierras el conquistador.

Juzgar á un hombre segun el espíritu de la época en que se recuerdan sus hazañas, y querer que estas estén en todo conformes con aquel, es uno de los mayores errores que puede cometer el espíritu humano: las ideas, los usos y las costumbres son diversas de las que fueron norma de sus acciones, y lo que entónces era una virtud, es hoy quizá un vicio; y lo que una heroicidad, un hecho comun. ¡Tal es la instabilidad de las opiniones de los hombres! Cuando tratamos de presentar, por ejemplo, un personage de la edad media, debemos remontarnos á ella, revestirnos de sus hábitos é inculcarnos sus ideas para no ver en la accion bárbara hoy de dos caballeros que se desafiaban á muerte, sino una prescripcion del honor; y en ellos, por consiguiente, dos almas grandes que no hacian mas que acatar la ley de uno de sus ídolos. No quiere decir esto que nos apasionemos de tal suerte, que ciegos, justifiquemos lo que en sí es digno de vituperio, pues que la única utilidad de la historia consiste en las lecciones que suministra á la posteridad; mas sí que respecto de los personages y de las cosas de lo pasado, no debemos ser tan ligeros que menoscabemos su gloria tan solo porque no obraron como deberian obrar hoy, ó porque no fueron como deseariamos hoy que fuesen. De esta ligereza, de esta falta de conocimiento de su siglo, se resienten quizá algunos juicios que se han emitido sobre Cortés, así como del defecto contrario, de una ciega pasion pecan otros.

Un célebre escritor francés ha dicho hoy, refiriéndose á lo literario, que hay tres clases de

(1) Cortés en una carta al Emperador dice, que la pérdida de los sitiados ascendió ese dia á mas de cuarenta mil personas entre muertos y heridos.

(2) Bernal Diaz.

(1) Bernal Diaz.

hombres de ingenio; unos que van con el espíritu de su época, otros con el que ha vivificado siglos anteriores al suyo; y ótros, en fin, que por una especie de adivinacion acompañan al que dominará los tiempos posteriores al en que viven, lo cual puede tambien decirse de los guerreros; y en este caso, en la primera clase citaria yo á Cortés que fué del siglo diez y seis y obró segun su espiritu; y en la segunda, á Napoleon que fué del diez y nueve y obró segun las ideas del diez y seis.

El derecho de conquista era en este siglo derecho reconocido por todos, que se tenia ademas como sagrado; y el que emprendia una conquista era tenido por héroe. Cortés emprendió la de México, y en su siglo fué considerado como héroe, ¿por qué, pues, nosotros que lo contemplamos en época tan remota, le hemos de negar este título, cuando no decimos á la generacion que nos escucha, imítalo, sino únicamente admira lo que hizo en un siglo en que la fuerza era la ley suprema, así como le diriamos hoy, que admirara al que sin el aparato salvage de las armas, y solo con la conviccion del raciocinio dominase á los hombres? Cortés como conquistador de México, es grande, porque los hombres prueban su grandeza de alma, segun lo mas ó ménos árduo de las empresas á que se arrojan; y si reflexionamos sobre varios de los pasages que llevamos espuestos de su vida, veremos en cada uno de ellos confirmada la asercion anterior: fué constante, y su constancia no es quizá lò que ménos contribuye á su gloria. Por otra parte, hijo querido de la fortuna, esta le allanaba la senda escabrosa de la conquista; sin las rivalidades de las naciones de Anáhuac, Cortés hubiera perecido con su puñado de Españoles; si Mexico no hubiera sido conquistadora, no hay duda en que no hubiera sido conquistada.

Hábil político Cortés, supo aprovecharse de estas disensiones; poco necesitó para persuadir á las naciones subyugadas que venia á ayudarles á sacudir su yugo, y aliado con ellas, las supo hacer instrumentos de su engrandecimiento. La fortuna lo guiaba por todas partes, ¿y qué conquistador ha habido á quien esta no haya cubierto siempre con su egide?

En cuanto á los sentimientos del corazon, no se encontrará tal vez á Cortés muy limpio de tacha: su piedad será desmentida con la horrible catástrofe de Cholula, el suplicio de Xicotencatl etc.; y su gratitud con el indigno tratamiento que usó con Mocteuczoma; mas fácil es convencerse de que en su posicion cualquiera debia ahogar estos sentimientos para poder llevar á cabo una empresa que requeria un corazon de hierro. La ambicion, la avaricia lo dominaban.... ¿Quién es el hombre exento de vicios que pueda presentarse á los demas como modelo?

III.

Consumada la conquista, Cortés quiso apoderarse de los tesoros reales, para lo cual no perdonó medio ninguno, ni el de aplicar el tormento á Quauhtemotzin y á uno de los nobles de mas importancia, (1) á quienes no pudo arrancar el secreto, ni con semejantes violencias; y cuentan los historidades que despues de este suceso siempre andaba Cortés al lado de Quauhtemotzin, á quien trataba con aprecio y aun con respeto, quizá para captarse la benevolencia del pueblo, del que no dejaba de temer que *se sublevase*. (2) El botin lo distribuyó entre sus soldados y los aliados y reservó el quinto para el Emperador, con multitud de esclavos de ambos sexos que mandó que se marcasen con el sello real: en esto y en recibir las embajadas de las naciones de la comarca, se empleó Cortés el resto de 1521. En 1522 pasó á Coyoacán, en donde nombró el ayuntamiento de México, que residió en esa ciudad algunos años, é hizo allí el *repartimiento* de terrenos entre sus soldados y los naturales; escribió una carta al Emperador dándole cuenta de cuanto habia pasado y suplicándole que se le quedase á esta tierra el nombre de Nueva-España, y que jamas se enagenase de la corona de Castilla y declaró por un exceso de celo religioso una guerra á cuanto pertenecia á los Mexicanos que sin distincion lo destruyó todo, y con ello la gloria de la nacion Azteca. Cortés se veia falto de pólvora para continuar sus espediciones, y mandó en el acto que se sacase azufre del Popocatepetl; envió en seguida embajada con Olid y Sandoval al rey de Michoacán, quien le envió á su hermano, despues del que vino él mismo en persona á conocer á tan temible conquistador, y á prestarle obediencia. Miéntras tanto Cortés proyectaba la conquista de Ibucras (3) y de Oajaca, para las que pensaba en

(1) Todos los historiadores están conformes en esto.

(2) Torquemada dice que Cortés andaba siempre con Quauhtemotzin, únicamente por participar de las demostraciones de respeto que el pueblo hacia al que habia sido su rey, de suerte que en dos palabras nos convierte á Cortés en fátuo. Confieso que yo no paso á dar crédito á semejante asercion, á pesar de ser hecha por la gravedad de Torquemada.

(3) Honduras.

Olid y en Orozco; mas ántes de esto mandó que se reedificase México, para lo cual hizo la distribucion de terrenos. Fué entónces tambien á Pánuco y á Tabasco á quitar el mando de estas provincias á Garay que las gobernaba en nombre de Carlos V, y de vuelta de esta espedicion, viendo que ya estaba asegurada su dominacion, promovió que se trajesen mugeres Españolas, ganados y toda clase de semillas de las islas y de España; prometió grandes prémios á los artesanos que quisiesen pasar á México; abrió el camino de México á Veracruz; y mandó en fin, una espedicion al reconocimiento de las costas de la mar del Sur.

En esto arrivó á Veracruz Cristóbal de Tápia, á quien Diego Velasquez, que como ya hémos visto, se habia tornado en enemigo implacable de Cortés, mandaba con el nombramiento de gobernador de México que habia solicitado del Emperador. La guarnicion de aquella ciudad le detuvo y mandó luego noticia á Cortés, quien consultado el ayuntamiento de México, mandó decir á Tápia que olvidando aquel nombramiento, pasase con su gente á poblar á Medellin, ciudad que poco ántes habia fundado Cortés en memoria de su patria, en lo que Tápia, que debia de ser poco ambicioso, convino presto; mas á quien Cortés, obligado por motivos poderosos, envió luego á España. Miéntras esto pasaba con Tápia, nombró Cortés á Alvarado para la conquista de Quauhtemalan; (1) y con estos acontecimientos y el hambre espantosa que afligió á México, pasó el año de 1522.

Hasta principios de 1523, la autoridad de Cortés, dimanó únicamente de la voluntad de su ejército: el Emperador no lo nombró gobernador y capitan general, sino hasta este año en que llegaron á México los despachos de España, en donde Ordaz, Montejo, y el mismo Martin Cortés, padre del conquistador, burlando las esperanzas de Velasquez, obligaron al Emperador á que le confiriese aquellos nombramientos, despues de haberle presentado los presentes que el conquistador le enviaba. En las instrucciones que el Emperador mandó entónces á Cortés, le prescribia que trabajase incesantemente en acabar con la idolatria en estos paises, inspirándoles á los indios ántes confianza que miedo: anuló los repartimientos que habia hecho y mandó que no se hiciese esclavo á ningun mexicano, y que los que hasta allí lo habian sido, se diesen desde entónces por libres. Mandó ademas que Cortés nombrara por entónces los regidores de los ayuntamientos, de los que señaló doce á México, como capital de la Nueva-España, y seis á las demas ciudades: mandó tambien que se les impusiera un tributo moderado á los indios, y que los pleitos en que se litigase una suma que no pasase de mil pesos fuesen sentenciados por Cortés, teniendo que ocurrir á la audiencia de la Isla Española, si la suma era mayor; eximió al reino de México por ocho años de las alcabalas, y por diez del quinto del oro y plata; encargó igualmente á Cortés que cultivara la verdadera grana que se decia habia en estas regiones y que mandara espediciones á descubrir si habia algun estrecho que comunicara el mar Atlántico con el Océano índico (1), y por auto librado en Pamplona el 22 de octubre de 1522 se obligó á no enagenar, ni él, ni sus descendientes el reino de México de la corona de Castilla.

Cuando llegaron á México todas estas disposiciones del Emperador, hubo en el acto disensiones: los hombres de intenciones rectas aplaudieron la disposicion que volvia la libertad á los esclavos; mas los de ánimo perverso, á quienes les habia tocado parte de ellos, no llevándola á bien, obligaron á Cortés á que representase al Emperador los inconvenientes que de ella resultarian. Miéntras que Cortés recibia las felicitaciones por sus nuevos empleos, tuvo la noticia de que habia arribado á Veracruz el Lic. Zuaso, grande amigo suyo, á quien mandó que se condujese á México para que hiciese con él veces de asesor aconsejándole en el gobierno. Llegado á México Zuaso, supo luego Cortés que Garay, á quien habia quitado el gobierno de Pánuco y Tabasco el año anterior, habia arribado en las costas del Norte con una armada respetable: aquel temió al principio; mas sabiendo despues que la mayor parte de los soldados habian abandonado á Garay, y que este imploraba su benignidad por conducto del Lic. Zuaso, lo hizo pasar á México, en donde lo hubiera casado, si ántes no hubiera muerto, porque consideró, que usar de misericordia para con los vencidos, es ganarse amigos verdaderos. Terminó este año con la conjuracion de los Mexicanos porque no se les habia puesto en libertad, como lo habia mandado el Emperador, conjuracion que presto ahogó Cortés, con haber mandado este á Cristóbal de Olid á la conquista de Ibueras, y á Orozco á Guayaccic (Oajaca), y con la apertu-

(1) Guatemala.

(1) El Pacífico ó mar del Sur.

ra del camino de México á Tampico, y la construccion del Muelle de este puerto.

En el año de 1524, llegaron á México los oficiales del tribunal de cuentas que se estableció en ese año, los cuales eran Alonso de Estrada, tesorero; Rodrigo de Albornoz, contador; Gonzalo de Salazar, factor; y Peralmindes Chirinos veedor. Estos, que vieron que lo que se decia del oro abundante de estas tierras, no estaba de acuerdo con lo que á ellos les pasaba, y que creian que Cortés era quien recogia todos los tesoros de este Nuevo Mundo, en mengua de los intereses de ellos, informaron luego contra él al Emperador, haciéndole aparecer á sus ojos mal, bajo todos aspectos. Cortés que conoció el espíritu de los oficiales reales, se preparó á la lucha; mas anduvo tardo en aprestar sus armas para combatirlos, pues cuando él mandó nueva embajada y regalos al Emperador, aquellos lo habian informado ya contra él, pidiéndole que enviase un juez pesquisidor para que averiguara la muerte de Garay que ellos se la imputaban á Cortés. Entretanto, este que habia sabido que Cristóbal de Olid, hecha la conquista de Ibueras, se habia sustraido de su obediencia, impelido por un espíritu de venganza, publicó una jornada á Ibueras contra el traidor. Sus parciales trataron de disuadirle de semejante empeño, haciéndole presente que con ello se esponia á perder á México; mas todo fué en vano, porque despues de haber nombrado á Estrada y al Lic. Zuaso, gobernadores de México, (quizá para ganar aquel con esto) y de haberles agregado á Albornoz por consejo perverso de Salazar, á quien junto con Peralmindes Chirinos y los reyes destronados de México, Tezcoco, Tlacopan y Atzcapotzalco, determinó llevar consigo, salió de México para Goazacoalcos, de donde habiendo sabido que al abandonar él á México, habian reñido Estrada y Albornoz, mandó á Salazar y á Chirinos para que los castigasen. Allí supo que Olid habia puesto preso á Francisco de las Casas, lo que le obligó á apresurar su marcha, sin saber que este venia ya á grandes jornadas por Quauhtemolan á darle parte de que forzada la prision en que lo tenia Olid, le habia muerto alevosamente.

Miéntras Cortés se dirigia de Goazacoalcos para Ibueras, pasaban en México sucesos inauditos: Salazar y Chirinos, de vuelta ya con la órden de Cortés para promover el proceso de Estrada y Albornoz, quisieron hacerlo ruidosamente; mas temiendo un levantamiento, dejaron la decision de aquel negocio al Lic. Zuaso, quien declaró que era voluntad de Cortés que los cinco siguieran gobernando el reino: Salazar y Chirinos no podian conformarse con que los otros siguieran frustrándoles sus designios, así es que para acabar de perderlos, por un medio diabólico, se ganaron la amistad de Rodrigo de Paz, primo de Cortés y el hombre mas poderoso de México, á quien aquel habia dejado encargada su hacienda. Con esto declararon luego que los tres gobernadores quedaban privados de su empleo, lo que ocasionó un tumulto que los obligó á restablecerlos. Mas sosegado el pueblo, los depusieron en fin, y Rodrigo de Paz prendió á Zuaso, á quien envió á Medellin para que de allí pasara á Cuba, con lo que quedaron dueños del gobierno. Nuevos temores asaltaron á Salazar y Chirinos, cuando supieron que Estrada y Albornoz habian salido de México, pues creyeron que estos se iban á unir con Gil Gonzalez y Francisco de las Casas, grandes amigos de Cortés para venir sobre ellos. Salió Chirinos en su seguimiento y los condujo presos á México, en donde cometieron con ellos grandes tropelías, lo mismo que con los demas habitantes de la ciudad, todo á la sombra de Rodrigo de Paz. Viendo, en fin, aquellos, que el auxilio de este no les era ya necesario, proyectaron perderlo tambien, para lo cual, despues de varios medios de que se valieron, esparcieron la noticia de que Cortés habia muerto á manos de los indios con casi todas las tropas que habia sacado de México; y viendo que esta superchería, que ellos trataron de hacer pasar por cierta haciendo honras á Cortés y mandando que se las hiciesen en los demas puntos, no podia ser desmentida, se dirigieron luego á la casa de Paz, le intimaron la órden de que les diese una suma que Cortés debia al Emperador; y resistiéndose aquel á ello le aplicaron el tormento que sufrió sin resolverse á entregar nada, por lo que lo mandaron á la horca; y para que no llegara la noticia de tantas atrocidades, ni á España, ni á oidos de Cortés, mandaron órden á los puertos para que no se permitiese, ni la salida, ni la entrada á nadie.

Esto pasaba á fines de 1524 y principios de 1525, y los amigos de Cortés que veian que el reino caminaba rápidamente á su disolucion, varias veces habian intentado ya darle aviso de lo que pasaba en México; habian mandado al capitan Medina, que fué muerto por los indios en Xicalanco, y luego á Diego de Ordaz, que temeroso del fin del primero no quiso pasar adelante. Entretanto, Salazar y Chirinos seguian cometiendo tropelías inauditas: se habian echa-

do sobre los retraidos de San Francisco (1), por lo que Fr. Martin Valencia, juez eclesiástico, fulminó entredicho sobre la ciudad y salió para Tlaxcala de donde volvió presto, pues los gobernadores, intimidados, lo llamaron. Estas turbulencias hubieran continuado, si Cortés no hubiera acelerado su vuelta á México, á consecuencia de haber tenido noticia de ellas por el capitan que con pliegos de Zuaso mandó á Honduras la Audiencia de la Isla Española que habia sabido la noticia falsa de su muerte. Mas ántes de pasar adelante, diremos, que Cortés en su viage á Ibueras dió muerte á Quauhtemotzin, juntamente con los reyes de Tezcoco, Tlacopan y Atzcapotzalco (2). Salió Cortés de Ibueras en el mismo buque que le llevó noticias de México, habiendo enviado antes á Sandoval por Quauhtemalan, y á Dorantes su page con pliegos en que revocaba el nombramiento de Salazar y Chirinos; y él se embarcó en el mismo buque que le habia llevado noticias de México; mas el mal tiempo alargó estraordinariamente su navegacion, retardando su llegada. Entretanto la noticia de la sublevacion de Oajaca, obligó á Chirinos á abandonar á México y dejar solo á Salazar en el gobierno. El pueblo se amotinó al ver que quedaba con el mas cruel de los dos; los retraidos de San Francisco formaron luego el proyecto de quitarle el mando, proyecto que llevaron á cabo despues de varios motines. Salazar fué puesto preso, y Estrada y Albornoz volvieron á apoderarse del gobierno.

Llegó en fin Cortés á México, donde se encontró con nuevas gracias que sus procuradores en la corte habian solicitado del Emperador para él; deshizo cuanto Salazar y Chirinos habian hecho, y el 2 de julio de 1526, recibió á Ponce de Leon, á quien el Emperador le mandaba de juez de residencia con órden de examinar todas sus acciones, movido á ello por los informes que los anteriores gobernadores le habian dado de Cortés. Recibió este al nuevo juez con agrado y le hizo dimision de su cargo con buena voluntad; mas Ponce de Leon murió á poco, dejando su cargo al Lic. Márcos de Aguilar, quien habiendo muerto tambien muy pronto lo depositó en manos de Estrada. Este, (1526) viéndose ya con el mando supremo, le declaró una guerra encarnizada á Cortés; lo acusó en la corte de haber envenenado á Ponce de Leon; puso en libertad á Salazar y á Chirinos, é incansable su odio contra Cortés, le hacia nuevas imputaciones. Cansado el Emperador de tantas quejas, nombró, en fin, una Audiencia, cuya jurisdiccion se estendiera á todo lo que hasta allí era llamado Nueva-España. En esto llegaron á México bajeles de España, en que salieron procuradores de los émulos de Cortés con nuevas acusaciones contra él, de tal naturaleza, que se trató en España de mandar á Pedro de la Cueva, hermano del conde de la Siruela á que le cortara la cabeza; mas dió la casualidad que en ese tiempo llegara á Sevilla Pedro de Alvarado, que junto con Fr. Diego Altamirano y Pedro de Salazar, pasó á desmentir cuantos cargos se le hacian al conquistador. En esto Nuño de Guzman, que era ya poseedor de la provincia de Pánuco, por resentimientos particulares contra Cortés y Estrada, mandó á la corte á Samaniego con nuevas acusaciones, de las que resultó que lo nombraran presidente de la nueva Audiencia.

Asi pasó el año de 1527; en el siguiente, el Emperador, que no hallaba medio para sacar á Cortés de México y hacerlo pasar á España, para cerciorarse de si en lo que decian los otros tenian justicia, le mandó que pasase á la corte para acabar de arreglar el gobierno de Nueva-España. Así lo hizo Cortés, y despues de prevenida una embarcacion soberbia, salió de Veracruz, y ántes de que los nuevos oidores se hicieran á la vela entró él en el puerto de Palos, donde murió Sandoval. Allí concurrió con Pizarro, y allí le atacó una fiebre violentísima que lo puso en las puertas del sepulcro y retardó su llegada á la corte. El Emperador lo visitó en su enfermedad, de la que restablecido, le presentó sus memoriales; se le confirmó en la capitanía general, mas no en la gobernacion, pues se negó á ello el Emperador alegando que ni á Gonzalo de Córdova se la habian concedido sus abuelos en Nápoles: se le concedió el 6 de julio de ese año el marquesado del valle de Oajaca y la duodécima parte de lo que en adelante conquistase; se le ofreció ademas el reino de Michoacán; mas él rehusándolo se contentó con el señorío de los lugares siguientes: *Quauhnahuac, Huayaxic, Tecoantepec, Coyoacán, Matalzinco, Atlacupaya Itzocan, Huautepec, Utlatepec, Etlan, Xalapan, Texquilapa, Coyoaván, Calimaya, Antepec, Te-*

---

[1] Estos se habian ido á guarecer á San Francisco en los dias que se sublevó México por la deposicion de Estrada, Albornoz y Zuaso.

[2] Accion bárbara que aun el mismo Gomara le vitupera á Cortés. Este refiere el hecho á su favor; mas casi todos los historiadores opinan que no tuvo razones suficientes para hacerlo, y que obró en esto con una ligereza que siempre será reprobada por todo hombre sensato.

poztlan, Cuitlapan, Acapiztlan é Ixcalpan. Hizo otras muchas peticiones á Cárlos V, todas las cuales le fueron otorgadas.

La nueva Audiencia habia llegado á México y se habia declarado luego contra las disposiciones que en favor de Cortés diera el Emperador, embargaron sus bienes so pretesto de que debia grandes sumas al erario, y habiendo sabido entónces la buena acogida que le habia hecho el Emperador, convocaron en 1529 una junta, á la que vinieron los procuradores de todo el reino, y que tenia por objeto impedir la vuelta del marqués. Reunida esta junta comenzó sus sesiones; mas viendo Nuño de Guzman que los partidarios del marqués todo lo retardaban, entró un dia á la sala en que se reunian, y habiendo echado á aquellos, nombró á Bernardino Vazquez de Tápia y Antonio Carbajal procuradores de México, con lo que hicieron luego una representacion al Emperador, en que entre otras varias peticiones, le hacian la principal que era que impidiese la vuelta del marqués, cuyos bienes habian vendido ya apresuradamente. Mas por otro lado los obispos de México y de Tlaxcala informaron al Emperador de que todo aquello no era mas que enemistad que le tenian al marqués, y de las tropelías sin número que estos cometian diariamente. Con todo esto, el Emperador se desengañó de que la mayor parte de las acusaciones que se le habian hecho contra Cortés no habian provenido sino de envidia: le dió nuevas muestras de su agrado; mandó disolver la nueva audiencia; le concedió la duodécima parte de las islas que se descubrieran, y le hizo nuevas donaciones. El marqués por su parte solicitó nuevas mercedes, las que habiéndole sido concedidas, se encaminó para Sevilla con su esposa Doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar, pues se habia vuelto á casar esta vez, muerta ya su primera muger Doña Catalina Xuarez.

Era ya tal el número de las acusaciones que contra Nuño de Guzman, presidente de la Audiencia, y contra los otros oidores llegaban al Emperador de casi todos los puntos de la Nueva-España, que le determinaron á disolverla; mas como en este tiempo estaba para partir á Flándes, dejó aquel encargo á la Emperatriz. Esta señora, nombrada la nueva Audiencia, cuyo presidente lo era D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, obispo de la isla española, mandó que se estableciese un vireinato en Nueva-España, para el que nombró á D. Antonio de Mendoza, hermano del marqués de Mondejar, y dió órden al marqués del Valle para que no abandonara á España hasta la salida de la nueva Audiencia. El marqués no obstante esto, volvió ántes á México, en donde Guzman y los oidores seguian gobernando tiránicamente, y su vuelta causó gran júbilo.

Por esta vez el marqués tuvo nuevas disensiones con la Audiencia que habia entrado en México ya sin su presidente; mas á la llegada de este y del virey D. Antonio de Mendoza, calmaron aquellas. Desde entónces Cortés se ocupó esclusivamente en mandar espediciones á nuevos descubrimientos; mandó una al descubrimiento de las islas de la mar del Sur, la cual se perdió, y habiendo mandado luego otra en su busca, cuyo éxito fué casi tan infeliz como el de la primera, se determinó á salir él mismo. Se embarcó en Tehuantepec, y despues de una navegacion penosísima, descubrió las Californias y entró en su golfo, por lo que este tomó el nombre de *mar de Cortés*. De aquí volvió á México instado por D. Antonio de Mendoza, y por los ruegos de su esposa la marquesa Doña Juana de Zúñiga; y viendo que con el establecimiento del nuevo gobierno su autoridad era ya casi nula volvió á España en 1540 con su hijo el mayorazgo, y con D. Martin Cortés su hijo natural habido en Doña Marina, fastidiado y casi obligado á hacer aquel viage, con el objeto de interesar al comendador Cobo y á Loaiza para que solicitasen del Emperador nuevos ensanches á su autoridad en la Nueva-España. Estando allí concurrió á la espedicion de Argel, de vuelta de la cual, y ya por los años de 1547, abandonó la corte, cansado ya de no conseguir nada en ella. Con el designio de volver á México se dirigió á Sevilla; mas á una legua de distancia de esta, en un lugar llamado Castilleja de la Cuesta, murió el 2 de diciembre de 1547: así acabó el mayor conquistador del Nuevo-Mundo, devorado por el fastidio y el despecho, y dejando una sucesion que se ha perpetuado hasta nuestros dias. De su testamento hablaremos en otro lugar.

Mandó que sus cenizas se trajesen á *su muy amada villa de Coyoacán*: así se efectuó, y de aquí pasaron al Hospital de Jesus de esta ciudad, en donde permanecieron, hasta que un *Mexicano* fué á turbar su reposo para mandarlas á Europa: ignoro si la accion de este mi compatriota dimanaria de odio al conquistador ó de amor á su descendencia.

Bernal Diaz del Castillo, nos ha dejado el siguiente retrato de Cortés, á quien no solamente conoció, sino que trató desde su salida de Cuba hasta su segunda vuelta á España: "Fué (Cortés), dice, de buena estatura y cuerpo, y



EL IROQUÉS.

bien proporcionado y membrudo, y la color de la cara tiraba algo á cenicienta, é no muy alegre: y si tuviera el rostro mas largo, mejor le pareciera; los ojos en el mirar amorosos, y por otra graves: las barbas tenia algo prietas, y pocas y ralas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba, era de la misma manera que las barbas, y tenia el pecho alto, y la espalda de buena manera; y era cenceño, y de poca barriga, y algo estevado, y las piernas y muslos bien sacados; y era buen ginete, y diestro de todas armas, ansí á pié, como á caballo, y sabia muy bien menearlas, y sobre todo, corazon y ánimo, que es lo que hace al caso. Oi decir que cuando mancebo en la Isla Española, fué algo travieso sobre mugeres, é que se acuchillaba algunas veces con hombres esforzados y diestros, y siempre salió con victoria, y tenia una señal de cuchillada cerca de un bezo debajo, que si miraban bien en ello, se le parecia, mas cubriánselo las barbas: la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas cuestiones. En todo lo que mostraba, ansí en su presencia y meneo, como en pláticas y conversacion, y en comer, y en el vestir, en todo daba señales de gran Señor. . . . . Era muy afable con todos nuestros capitanes y compañeros, especialmente con los que pasamos con él de la Isla de Cuba la primera vez. .

. . . .

Cuando juraba: ,,en mi conciencia," y cuando se enojaba con algun soldado de los nuestros sus amigos, le decia: O mal pese á vos; y cuando estaba muy enojado, se le hinchaba una vena de la garganta y otra de la frente, y aun algunas veces de muy enojado arrojaba una manta, y no decia palabra fea ni injuriosa á ningun capitan, ni soldado; y era muy sufrido, porque soldados hubo muy desconsiderados, que decian palabras muy descomedidas, y no les respondia cosa muy sobrada ni mala; y aunque habia materia para ello, lo mas que le decia era; callad, ó idos con Dios, y de aquí adelante tened mas miramiento en lo que dijéredes, porque os costará caro por ello, é os haré castigar. Era muy porfiado, en especial en cosas de la guerra . . . .

. . . .

. . . . y siempre en las batallas le ví que entraba en ellas juntamente con nosotros." Hasta aquí el sincerísimo Bernal Diaz del Castillo.

Enero de 1844.—R. I. ALCARAZ.

EL IROQUÈS.

A MI AMIGO PEDRO GUILLET.

¡Qué libre que nací; todo risueño
se ostenta, y libre en rededor de mí;
hombres y campos, sin Señor, sin dueño....
todo respira libertad aquí!...

Al aire libre en la escarpada sierra
tengo plantado mi tranquilo hogar;
rota en griëtas la fecunda tierra
vienen sus frutos á mis pies á dar.

Aquí no hay torpes engañosos magos
de trage astuto y de mentida fé,
que habiten misteriosos nuestros lagos
allí espantando al que en su Dios no cree.

Tampoco altivos y ambiciosos reyes
que alzen soberbios su triunfante voz;
ni amos, ni siervos, ni ambicion, ni leyes,
engendro vil del despotismo atroz.

No; no hay mas leyes que el peñasco airoso
dó se alza incomprensible *Manitú*.... (1)
¡ay! yo te adoro, Canadá espacioso,
porque haces libres á tus hijos tú!...

(1) *O el Señor de la vida del hombre.* Peñasco casi de forma humana en el cual se paraban los Iroqueses para hacer sus ofrendas.

Bello es mirar desde tus altos montes
tus hondos valles de estension sin fin;
el tul de tus opacos horizontes
de tu eternal neblina en el confin.

De tu pálido Sol á los reflejos
ver del Ontario inmóvil el cristal;
y ver en tus tinieblas y á lo lejos
del Niágara el zumbido sepulcral.

Mirar hundirse despeñado un rio
en el abismo del lodoso Erié;
allá el Missúri y el sonante Ohio
cual brazos que descoge el Meschabé.

Y oir de un monte en la elevada altura
los sones de algun lúbrico danzar,
y del sangriento valle en la espesura
los ecos de un fatídico cantar....

Todo en contraste singular unido,
al grito santo que tus libres dan,
y en medio ¡oh Canadá! de tu rüido
la eterna proteccion de mi *Totam*.... (1)

Ya se alza en la llanura la fogata
que alumbrará el festin;
sus llamas, del color de la escarlata,
cráneos consumen sin cesar allí.

¡Sus, Iroqueses! de la hoguera en torno
fantásticos danzad,
y vuestras pieles, al calor de su horno,
de sangre humedecidas, calentad.

El afilado *tomahawk*, al cinto
se ostenta triunfador;
si es que aun con sangre se encontrare tinto,
secadlo, de esta lumbre á la calor.

Llevad cien arrancadas cabelleras
de vestidura en vez;
y do se ablanden vuestras almas fieras
al rechinar de su morena tez.

El *Delawar* con cauteloso paso
celoso del festin,
veloz acude, y se promete acaso
la sangre vuestra por mejor botin.

Que venga; que la fúnebre fogata
que alzó vuestro valor,
mas roja que el color de la escarlata
aun brilla viva en su primer color.

Mas no; al olfato de los secos cráneos
que á consumirse van,
medrosos huyen, y hondos subterráneos
para ocultarse fabricando están....

Pendientes de sus hombros las aljabas;
al brazo los mortíferos mosquetes;
bien aguzadas las sangrientas clavas,
bandada de belígeros ginetes
sobre su presa descuidada cae.
Gritos lanzando de venganza y guerra;
impreso el odio en la morena cara,
ningun peligro en su valor le aterra,
que atados al estremo de una vara
Huesos humanos por banderas trae.

¡Sus, Iroqueses, sus! antes que aleve
rasgue su arpon vuestro esforzado pecho,
témpanos duros de cuajada nieve
de pronto amontonad, y aquí, en acecho,
fingid astutos que á placer dormís.
Cual tígre, de su presa antojadizo,
y ocultos bien, con la neblina espesa,
al pié de estas montañas de granizo
veloces acudid, que ya atraviesa
por la llanura, incauto el Abnaquís.

Esa es vuestra racion;....¡á ella, milanos!...
bajad sin órden, en tropel,.... ¡á ella!....
vengadores al fin, de mil hermanos,
veloces, como rápida centella,
á devorarla en la llanura entrad.

1844.—A. Rivero.

(1) *O espíritu favorable*. Que se les representa en la figura de alguna fiera, por lo que se precaven de matar aquel animal que creen su *Totam*.

COMBUSTION HUMANA ESPONTÁNEA.

Se da este nombre á un género particular de combustion, en el cual el cuerpo humano es inflamado mas ó ménos completamente por el contacto, ó simplemente la aproximacion de un cuerpo en ignicion, cuyo volúmen es generalmente muy pequeño respecto al de las partes quemadas.

Aunque el epíteto de espontánea debiera restringirse á los casos en que la combustion se produjera sin la intervencion del fuego esteriormente, de lo cual solo existe uno observado por Mr. Bubbe-Lievin, de que nos ocuparémos despues, la esperiencia ha acreditado que todos los órganos de la economía presentan una resistencia considerable al fuego, de manera que se necesita gran cantidad de combustibles para reducirlos á cenizas; mas en la clase de combustion de que tratamos, es muy notable que la causa determinante haya sido la llama de una vela ó de una lámpara, las brasas de un braserillo ó de una chimenea, etc., que se han encontrado colocadas cerca del individuo, lo cual, si se requiere, puede haber dado orígen al incendio, mas no es capaz de mantenerlo ó avivarlo, al grado de producir la incineracion de la totalidad del cuerpo en muy pocas horas. Esto nos hace admitir en los órganos de los individuos que han sido víctimas de esta especie de quemaduras, cierto estado particular que los hace mas inflamables y aptos para alimentar por sí solos la combustion, y esto es lo que caracteriza esencialmente la combustion espontánea y la distingue de las quemaduras comunes; por lo que creemos que esta denominacion á pesar de no ser rigurosa puede aplicarse al fenómeno que vamos á estudiar.

La combustion espontánea se ha verificado en diferentes lugares de Europa, pero esencialmente en los climas frios y en el rigor del invierno: en nuestro pais no se conoce hasta ahora ningun ejemplo. De los veinte casos reunidos por M. Devergie en su Medicina Legal y á los cuales se debe agregar uno que hace el objeto de un artículo publicado en el tomo 2.° del periódico de la Academia de Medicina de México, observado por el Dr. Joly en que las víctimas son dos, se deduce que las causas predisponentes son: el abuso de los licores, la edad avanzada y el sexo femenino. Primero, de los veintidos sugetos citados, diez y ocho abusaban hacia mucho tiempo del aguardiente; y de los otros cuatro si no se dice lo mismo, tampoco se afirma lo contrario. Segundo, excepto una muchacha de diez y siete años en la cual la combustion hizo poco estrago, todos los otros se hallan comprendidos entre cincuenta y noventa años. Tercero, diez y siete de estos individuos pertenecen al sexo femenino y solo cinco al masculino: mas adelante procurarémos esplicar la influencia de estas dos últimas causas. Algunos autores miran tambien como predisponente la estrema gordura; sin embargo de que varios individuos atacados, han sido sumamente flacos.

Se tiene como causa ocasional ó determinante, el contacto ó solamente la aproximacion de un cuerpo inflamado como una lámpara, una bugía, una pipa etc., y se dice que sin esta circunstancia el fenómeno no puede verificarse. En efecto, en todos los casos auténticos conocidos hasta el año de 1838, las víctimas se han encontrado cerca de uno de estos focos; mas M. Devergie cita el caso siguiente observado por M. Bubbe-Lievin, en el cual segun este profesor, la combustion se ha verificado sin el auxilio del fuego. ,,A fines de octubre de 1839, Mr. Bubbe-Lievin cirujano ayudante mayor en el ejército de Africa fué llamado para ver á un moro Abdallah-Ben-Alí, hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, muy grueso y que abusaba de los licores, al cual encontró en un estupor profundo, la cara y los ojos encendidos, el pulso fuerte y lleno: en este estado se habia hallado tendido en un lugar público. Estos accidentes desaparecieron á merced de dos sangrías abundantes, aplicaciones de sanguijuelas al cuello y baños de piés con mostaza, de modo que á los dos dias el hombre estaba en convalescencia; mas apenas se hubo restablecido, volvió á sus hábitos de embriaguez, pasando varios dias fuera de su casa. Al cabo de un mes de esta vida desarreglada Mr. Bubbe-Lievin, fué llamado por el padre del enfermo para ser tes-

tigo de un espectáculo horrible. Yacia en el suelo el cadáver del moro consumido en los tres cuartos, negro, carbonizado y exhalando un olor infecto de aceite quemado; los miembros y una gran parte del tronco hasta el cuello habian sido consumidos. Este infeliz fué llevado á su casa ébrio como de costumbre y se acostó; á la media noche su padre despertó por el olor de quemado, acudió al punto y encontró á su hijo en presa de dolores atroces: se quejaba de una sensacion interior de quemadura; se le hizo beber agua y se roció con ella, mas en vano; una llama azulada se paseaba por todo su cuerpo y le ocasionaba quemaduras terribles." Si como asegura el autor de la observacion, ningun cuerpo inflamado se hallaba cerca del moro en el momento del accidente, este caso, aunque único, prueba la posibilidad de una combustion espontánea en todo el rigor de la palabra, es decir, determinada por un trabajo orgánico interior hasta ahora inesplicable, pero que no puede dejar de admitirse.

Segun la relacion de los individuos que han sobrevivido, la invasion del mal se hace sentir generalmente por un calor muy vivo en una parte mas ó ménos estensa del cuerpo, la cual se ve cubierta de una llama azulada que se propaga con mucha rapidez. Otros han sentido un fuerte golpe comparable al que determinaria la descarga de una máquina eléctrica: la llama aunque poco elevada, resiste á las efusiones de agua fria, y ordinariamente no desaparece hasta la completa destruccion del cuerpo que en una ó dos horas deja convertido en un pequeño monton de cenizas.

Frecuentemente son respetados, ya los piés, las manos, la cabeza, el cabello etc., quedando entre estos restos algunos huesos del tronco convertidos en un carbon ligero y fétido. Durante la combustion se percibe un olor fuerte y muy desagradable como de cuerno quemado, y se ve desprenderse de la víctima un humo negro y espeso que se adhiere á los objetos vecinos bajo la forma de hollin untuoso al tacto y de un olor de quemado: tocando con el dedo la parte inflamada queda aquel cubierto de una materia grasa que continúa ardiendo. Es muy notable que los muebles colocados cerca del cadáver y aun una parte de sus vestidos, se encuentren intactos en la mayoría de los casos, y es inconcebible como en un hecho referido por Mr. Devergie que se verificó en un clérigo de Florencia, se inflamaron completamente la camisa y el solideo del paciente, y se conservaron los cabellos y un pañuelo que se habia puesto entre la camisa y la espalda.

Mas la combustion humana espontánea no siempre es general: se limita algunas veces á una region poco estensa, como los dedos, una mano, el brazo etc., que ó bien carboniza completamente, ó solo forma una escara mas ó ménos profunda, á cuya caida sucede una úlcera curable. Como fenómenos generales se han presentado el delirio, una sed ardiente y convulsiones. La putrefaccion hace progresos rápidos, y se ha visto comenzar aun ántes de que el enfermo haya exhalado el último suspiro.

Conocidos estos fenómenos, vamos á discutir rápidamente las teorías emitidas sobre su esplicacion. Mr. Dupuytren admitiendo la influencia de la embriaguez en esta especie de combustion, la mira como un incendio comun, y dice así. „He aquí como debe verificarse el hecho mas comunmente; una muger entra á su casa despues de haber tomado una cantidad mas ó menos considerable de licores espirituosos, hace frio, y para resistir al rigor de la estacion, enciende fuego, se sienta en una silla y coloca un braserillo debajo. Al estupor producido por los licores se reune la sofocacion determinada por el carbon: en este estado el dolor se cambia en insensibilidad completa; el fuego inflama y consume los vestidos, la piel arde, la piel carbonizada se hiende, la grasa se funde y escurre, quedando una parte derramada en el suelo, mientras el resto sirve de pábulo á la combustion; á la vuelta del dia todo está consumido." Ademas este profesor atribuye la llama azulada á una fosforecencia semejante á la que se desarrolla en los cadáveres en putrefacion.

Respetando las opiniones del profesor Dupuytren, creemos que su teoría en esta materia, no está conforme con los hechos. Se sabe cuan dificil les era á los antiguos reducir á cenizas los cadáveres de sus deudos colocados sobre una hoguera y rodeados de una gran cantidad de materias combustibles: ¿pues como concebir que la inflamacion de los vestidos (aun suponiendo que sea completa, cosa que no siempre se verifica), sea capaz de consumir en un tiempo tan corto el cuerpo de una persona. Se dice que la combustion es alimentada con la grasa; mas entre las víctimas ha habido varias en un estado estremo de enflaquecimiento; y por otro lado, la llama de la grasa es blanca y muy elevada, y la que se presenta en la combustion espontánea es azulada y pequeña. Ademas, los muebles inmediatos al cadáver y aun la silla en que estaba sentada la persona durante el incendio, han quedado intactos ó ligeramente atacados por el fuego,

lo que no se concilia con la intensidad de este, necesaria para la total y rápida incineracion del cuerpo en una combustion ordinaria. Por último, esta se hace cesar generalmente con facilidad, y la otra resiste singularmente á los medios empleados para suspender sus progresos.

Mr. Mare admite la combustion espontánea en el rigor de la palabra, y la esplica suponiendo primero, el desarrollo en el interior del cuerpo de un gas inflamable el cual se acumula en las celdillas del tejido celular y en las cavidades del tronco: segundo, un estado que él llama *ideo-eléctrico* susceptible de determinar la inflamacion espontánea del gas. Se funda en que varios autores aseguran haber visto estos eructos inflamables en personas que abusaban de los licores, y chorros mas ó menos grandes de llamas, salir por las incisiones hechas en cadáveres de hombres ó de animales. Una vez admitida la presencia de estos gases en la economía, su inflamacion se determina fácilmente por la electricidad. Existe en el individuo, dice M. Mare, cierta disposicion que él llama ideo-eléctrica; si por una causa cualquiera se desarrolla una chispa en un punto del cuerpo, esta se propaga rápidamente á todo él y produce la combustion general antes de que la persona haya tenido tiempo para pedir socorro.

Esta teoría, aunque ingeniosa, no pasa de una hipótesis. Porque, primero, el desarrollo en la economía de los gases que supone M. Mare, solo puede ser el resultado de una enfermedad, y su acumulacion bajo la piel no podia dejar de manifestarse, cosas que no se han notado en los que han sido víctimas de la combustion espontánea: así es que en los casos citados para apoyo de su opinion, la formacion de esos gases inflamables ha sido sin duda un efecto cadavérico. Segundo, en uno de los casos de combustion espontánea parcial verificada en una muchacha de Hamburgo, hubo lugar de hacer algunas esperiencias para saber si durante la combustion se desprendia fluido eléctrico ó algun gas apreciable por los instrumentos y dice Mr. Breschet (*Diccionario de Medicina* segunda edicion, tomo 8.º página 425): „La mano izquierda (era la parte atacada) ofrecia siempre un calor singular; la palma y los dedos no podian soportar el mas ligero contacto sin mucho dolor; el termómetro colocado en esta mano, señalaba veinticinco grados, y solo diez y siete en la derecha. Se hicieron muchas esperiencias con materias combustibles; pero sin resultado, y los mejores electrómetros puestos en contacto con la enferma colocada sobre un aislador, no produjeron ningun efecto." Sin embargo, no se puede dejar de admitir cierta analogía entre algunos de los fenómenos de la combustion espontánea y los que determina la electricidad en movimiento: tales son, primero, el golpe sentido por algunos individuos en el momento de invasion, comparable á la descarga de una fuerte máquina eléctrica; segundo, la rapidez con que los cadáveres entran en putrefaccion, cosa que se ha notado en todos los de las víctimas de un rayo: por lo cual sin adoptar en su totalidad la opinion de Mr. Mare, nos inclinamos á creer que el fluido eléctrico desempeña un papel muy importante en la produccion de las combustiones espontáneas.

La tercera teoría que se ha formado consiste en suponer que en los individuos que hacen un grande abuso del aguardiente, este es absorvido y transportado á todos los tejidos: cuando por algunas circunstancias fáciles de determinar, la exhalacion esterior no es proporcional á la absorcion interior, aquellos quedan impregnados, y por decirlo así, saturados del líquido y susceptibles de inflamarse por la menor causa. Esta hipótesis, que es la mas generalmente adoptada, se presta á la esplicacion sencilla de todos los fenómenos. 1.º La combustion espontánea se presenta casi siempre en invierno y en los paises frios; pues en estas circunstancias la transpiracion cutánea es casi nula, especialmente en los viejos. 2.º El sexo femenino es mas frecuentemente atacado que el masculino; las mugeres se entregan á la embriaguez, lo mismo que á cualquiera pasion, con una voracidad que no es comun en los hombres, y usan de preferencia licores que contienen mucho aguardiente. 3.º Es mas ordinaria entre los cincuenta y noventa años; esta es la edad en que especialmente en las mugeres predomina aquella pasion. 4.º La llama que se presenta en la combustion espontánea, es de un color azulado; igual es el de la llama del aguardiente.

Se objeta sin embargo que no es posible que una substancia ingerida en el estómago y sometida á la accion de las vísceras digestivas, pueda ser transportada con todas sus propiedades á los demas órganos de la economía; mas esta posibilidad está probada para una porcion de cuerpos, tales como el alcanfor, el éter etc., y respecto del aguardiente muchos autores dignos de crédito han percibido su olor característico en las carnes de los individuos muertos á consecuencia de la embriaguez. „El estómago, dice M. Breschet, no elabora todas las substancias que se le confian, pues que al-

gunas llegan al tejido de nuestros órganos con sus propiedades." Con todo, hay una razon para no admitir como necesaria la influencia del aguardiente en la combustion espontánea, y es el haberse verificado este accidente en una persona que jamas hacia uso de él: la muchacha de Hamburgo de que hemos hablado.

Tales son las principales opiniones que se han emitido sobre el desarrollo de la combustion humana espontánea: despues de la discusion en que hemos entrado, creemos que admitiendo su posibilidad como una verdad demostrada, los conocimientos fisiológicos, físicos y químicos que hoy se poseen, no son bastantes para dar una esplicacion satisfactoria.

El estudio de las combustiones espontáneas no es un objeto de pura curiosidad, el médico legista puede ser consultado por la autoridad para decidir si una persona quemada lo ha sido por este singular accidente. Los datos necesarios para formar su juicio los tomará de la edad, el sexo, los hábitos y demas circunstancias del individuo, del tiempo que duró el incendio, del estado del cadáver y de las partes respetadas por el fuego, de la alteracion de los muebles y demas objetos que se hallen en la habitacion y del color de la llama, si puede averiguarlo; pues debe tener presente que este accidente ataca de preferencia á las mugeres avanzadas en edad y que se entregan á la embriaguez; que en una combustion ordinaria se necesita mucho tiempo y gran cantidad de combustibles para la total incineracion del cuerpo, mientras que en la espontánea todo pasa con mucha rapidez: en la primera el fuego destruye completamente los miembros y respeta generalmente el tronco; en la segunda sucede lo contrario: en esta el suelo y los muebles quedan cubiertos de hollin untuoso y fétido; en aquella son comunmente destruidos y no hay residuo de grasa.

Tampoco pueden confundirse las alteraciones que produce la combustion espontánea con las que origina un rayo, porque los cadáveres de las víctimas de este jamas se encuentran reducidos á cenizas sino solamente surcados por quemaduras superficiales; y la muerte es acompañada de otras circunstancias que bastarán para caracterizarla.

Por último, el práctico puede ser llamado en el momento del accidente para contener sus progresos; mas como lo poco que se sabe sobre su naturaleza no permita emplear un medio racional, parece que lo mas á propósito será sumergir al enfermo en un baño, ó si esto no se proporciona, cubrirlo con algun cuerpo que impida la comunicacion con el aire atmosférico, tal como arena, tierra, etc.: en seguida se administrarán bebidas ácidas en abundancia, y las quemaduras que resulten, se tratarán como una quemadura comun.

ARTICULO INSUBSTANCIAL.

Con los brazos apoyados sobre una mesa, los dedos entrelazados formando una especie de visera en la que recargaba mi frente, pensaba yo.... no sabia qué pensaba; lo que habrá sucedido á mis lectores millares de veces, que estando enagenados, ó sin estarlo, preguntados en qué piensan ni á sí mismos saben qué responderse: tal me hallaba de afligido. Oh! y con razon, tenia que escribir y no sabia qué.... en fin, maquinalmente me recargué atrás, metí mano á la bolsa, no para sacar dinero, que pocas ocasiones y en pequeñas cantidades suele acompañarme; ya se ve, mi carrera lo acredita, aunque en la literaria como en la política hay tambien su *juste millieu*. Porque cuando sobra el dinero faltan las letras, y cuando falta aquel se entrega uno con tezon á estas; pero á mí, ¡desgraciado! me ha tocado en suerte pertenecer al *juste millieu*, porque nací con dinero y sin talento, y ahora me hallo sin uno y sin otro. Metí, pues, como decia, mano á mi bolsa y saqué un cigarro, lo destorcí, le aflojé el tabaco que estaba apretado en demasía, lo volví á torcer dándole una curvatura, lo tomé con la mano derecha, lo dirigí á la vela y por supuesto que lo encendí: apenas me lo quitaba de la boca que estaba ya llena de humo y ¡qué bella idea me vino á las mientes....! Y luego dirán que el tabaco es malo sacando á uno de tan grandes apuros. A lo menos en cuanto á mí

sé decir que no es esta la primera vez que me sirve de consultor. Le encuentro todas las ventajas que á la música: despierta como esta las ideas, y corrobora los sentimientos de que se halla poseido el espíritu.

Pero ¿adonde iré á parar con tanta charla que maldito el interés que ofrece? Nada de descubrir la idea que me produjo el cigarro: ya vamos allá, no hay que cansarse. Digo, pues, que el cigarro ha hecho que me ocurra lo que deba escribir.

Lo pasé de la mano derecha á la izquierda, aunque de cuando en cuando me hacia llorar el humo que se introducia en mis ojos; tomé una pluma, ya se deja entender que mojada en la tinta, la que por cierto no era muy buena, llevé la mano al papel, y díjela: corre por donde gustes, salga lo que.... ¡chiton! ¿qué vas á hacer majadero? ¿así se escribe al público? decia para mi coleto, que luego reflexionando, veia cuán triste es la condicion de un periodista. En el momento en que ménos se lo piensa tiene V. que se le encaja el Editor.—Señor mio, el material del número tantos debia estar ya en la imprenta, si no, el periódico no sale el dia que se ha prometido: ¡desgraciado de mí! héteme aquí en aprietos, sin saber como salir del paso.—¿Qué escribiré?.... Bien, le digo entretanto al impresor, ya estoy en lo que V. dice, dentro de un momento está allá el original—esto es, para el impresor, para mí no hay nada, voy ahora á pensar.

Vaya, pues, formaré un artículo de historia, ¡miserable! ¿qué vas á hacer? ¿qué datos tengo para escribir sobre este ramo....? he de referir hechos, y no creo deba fiarme en mi memoria, porque eso y escribir mentiras es todo uno; diria que D. Pedro el cruel libertó á la España del yugo sarraceno.... que Francisco I derrotó en Pavía á Cárlos I ó V si se quiere, que todo es lo mismo. No; es necesario irse con tiento, porque de otro modo tendremos que sostener una polémica, en la que no saldria yo bien jugado. Así no hay mas que recoger datos, ¿pero de dónde? nuevo aprieto. Libros yo no tengo, tal estoy de alcanzado: mis amigos... oh! eso si ya es otra cosa; pero debo volvérselos al momento, no podré ver sino la carátula, la pasta... Vamos á una biblioteca: despues que los dias festivos no se abren las únicas dos públicas que tenemos en México, el dia de trabajo, y eso en una apénas por la mañana, es decir, cuando estoy precisamente ocupado, como creo que sucede á los demas, pido una obra....—si está prohibida—¡buena es esa...! y en la calle se encuentra en las manos de los niños.... pido otra, las de Quevedo.... lo mas interesante tachado, en fin, no con todo se verifica lo mismo. Esto es en Catedral, que si voy á la Universidad, mayores son mis trabajos, se entiende ademas de estos.—Señor Doctor, me dirijo al Bliblotecario, me hace V. favor del.... Mariana, por ejemplo. —Vea V. al Vedel—¿Qué queria V.? me dice prontamente este.—El Mariana.—Voy á buscarle en el índice: despues de tenerme esperando un cuarto de hora bien pasado, se dirige á un estante, toma unas llaves, sube una escalerilla de madera, abre otro estante, saca de él un libro, me lo trae.—Aquí lo tiene V, me dice.—Registro.... *Comentarios de S. Gerónimo.*—¡Diablo! no era eso lo que pedia:—Pues entonces está errado el índice; vuelve á buscar y me trae á *Campomanes, tratado de la Regalía.*—No es esto hombre, ¡por Dios!—Pues vea V. el índice, me replica, vuelve tercera ocasion y otra infinidad volviera, y nada lograra: me presenta al *Conde de la Cañada, Recursos de fuerza:* —No hallo otro, ¿será este?—Sí, sí, el mismo, dejémoslo por la paz me digo, y como tengo un tantico de prudente no quiero ya mas molestar, y pase por fatiga, me quedo con lo que me dan.

Pero ya supongo que he adquirido datos para escribir sobre historia, ¿qué contentará á los suscritores? ¡Ah! si los hechos cansan, ¿qué nos importa saber lo que pasó en tiempo de los aztecas? si fueron malos, con su pan se lo coman; ¿hemos por esto de corregir nuestras costumbres? ¿qué mas lecciones necesitamos que las prácticas que tenemos diariamente á la vista?

No, no señor, escribamos una novelita, eso es un remedio eficaz para salir del apuro: otro tropiezo.—Si se acaba de publicar una novela, por Dios, podrán decirme mis compañeros, ¿qué va V. á hacer? nos pierde, no hay que pensar en eso, se borran los suscritores y adios periódico.—No señor, por qué se han de borrar si las novelas cuadran; sobre que es mas bonita la ilusion que la realidad, si V. escribe los hechos de la niña, de la señora, de la reina fulana, ha de ponerla tal como era, que no siempre será hermosa, y en la novela nunca será fea la heróina: el héroe en la historia, es un hombre que existió, y en la novela, ¡qué galan! ¡qué comedido! ¡qué afable! estoy decidido, novela; pero no ha de ser de México, porque entonces no es poética. ¡Santo Dios! pues si yo ignoro las costumbres de otros paises, ¿cómo voy á escribir de ellas? no hay duda no escribiré novela por mas que deje de tener muchos lectores.

Véamos, pues, otra cosa: poesía, una composicion en verso... *prius es esse*.... y lo demas

que por sabido se calla: y que por otra parte no deja de presentar muy grandes obstáculos; por ejemplo, la mitad de los que conocen las letras y las distinguen por sus formas unas de otras, al verlas, no se crea que al pronunciarlas, no saben leer las composiciones métricas, unos dan sentido al verso y no á sus pensamientos: no lo entienden, ¡qué maldito verso! exclaman, ¡qué maldito lector! deberian decir. Otros dan sentido á los pensamientos, hablo en la lectura, y por consiguiente no se hacen cargo de la belleza de la poesía, ¡endemoniado verso! dicen; con razon, si no saben VV. leer. Con que no pensemos en esto: volvamos á otra parte nuestas reflexiones, que el tiempo corre y el artista vuelve á exigir el material.—Voy para allá, estoy nada mas haciendo unas ligeras correcciones....—Mentira, si aun no he dado una plumada; ¡qué plumada! si ni acabo de resolver qué escriba.

Ya me ocurrió un artículo sobre ciencias naturales.... la araña.... las abejas.... en fin, esta clase de insectillos de que puede hablarse mucho, que son muy curiosos: todo está bueno; pero tengo que meterme en la cabeza á dos ó tres naturalistas, y no es asunto del momento, y lo que es mas, ¿quién no ha leido al Conde Buffon, al padre Almeida y á casi todos los periódicos literarios, científicos?.... no señor, cosa nueva he de poner.... ¡qué inconsideracion! si el sábio ha dicho que nada hay nuevo debajo del sol.... sin embargo, ya está visto, no escribo de esto.

Véamos otra cosa, todavía no están agotados los recursos: ¿quién no dice algo sobre ciencias morales, y ahora, muy á propósito, cuando precisamente hay que diga V. por ejemplo, sobre él que.... no, no, no hay sobres, pues, entendamos, es necesario advertir que esto de moral está.... ¡bien sabe Dios como! y meterse uno á predicador, sí, ya observo á uno que apénas ve arriba la materia del artículo y bosteza, y otro algo mas curioso lee.... no, amigo, le dice el primero, para oir sermones no faltan iglesias, deje por su vida esa enfadosa lectura si quiere que estemos un rato juntos.--Sí, en efecto, contesta el lector, que fatiga demasiado el artículo, doblemos la hoja.... parece que estos demonios de redactores ya no tienen con qué llenar. --Y en cuanto á mí digo que es así la verdad, para que se vea si soy franco; pero no se diga otro tanto de los demas.

¿Qué haré pues? vaya costumbres.... ¡no en mis dias! ¡qué atrevimiento! ¿un escritor novel, enteramente novel, escribir en la cuerda de Fígaro y del curioso parlante? ¿qué seria de mi? ¿qué habia de decir de nuestras costumbres? no sé: y tan mentecato, y tan descarado lo confieso. Ello es verdad yo no tengo la culpa, he de escribir y ha de ser alguna cosa: sin embargo, diria de nuestras costumbres que en México como en todas partes hay malos; pero en México, lo que no sucede en otro lugar, se logra reunir en un parage á todos los *hombres buenos* que es una gran ventaja, conocer á la gente que puede uno tratar: y al efecto, cualquiera puede ir á la diputacion. ¡Ave María Purísima! ¿qué hago....? meterme al foro.... cuidado, que esto puede resultarme.... no, no, otra cosa porque costumbres.... si me ha retratado V, me dicen, cuando salga bien, si no me dan una paliza, sin saber cómo ni por donde me vino. No, ni está bien un artículo mio entre los de *Mi sobrino*, dejemos, pues, de pensar en costumbres.

Pues bien, otros escriben para todos, yo solo escribiré para las señoritas, y de paso sea dicho, VV. dispensen, hermosas, si no las llamo el bello sexo, el sexo encantador, y otras frasesitas que yo me sé y VV. no ignoran; pero me han de dispensar porque soy un.... un atrevido, pues no sé cómo llamarme. Ya me entretuve por fin con VV.; pero, qué les digo yo, miserable, que si me conocieran, si supieran quien soy, si me vieran en un estrado se reirian de mí, me mofarian, no se incomoden porque digo que son algo coquetillas; pero qué culpa tengo yo, ni VV. tampoco, de que no se les haya procurado hasta ahora una buena educacion? ninguna, y así no haya miedo de que yo quiera ofenderlas, no: decia, pues, que si me encontraran en un estrado verian lo que hay que ver. Desde luego la que mucho me favoreciera, me llamaria insociable, descortés y qué sé yo cuantas mas cosas; pero si VV. meditaran un solo instante me juzgarian de otro modo. En efecto, yo no creo que pueda corregir lo que es genial en mí, á VV. les causaria hastío mi trato; pero qué quieren, si parece me he educado en Inglaterra, y no por cierto, que ni he tratado con inglés alguno: vean VV., con los franceses sí he tenido mas roce, y aun de su idioma algo se me entiende en cuanto á eso de traducirlo, y con todo no he aprendido el arte de galantear.

No por eso me disgusta mi génio, no; algunas veces suelo tener por su causa mis arrebatos de cólera, porque eso de estar uno sentado en un rincon sin poder departir con las bellas, levantar una á bailar y no poderle decir nada sin que conteste con monosílabos.... pero cuando entro en calma, pienso de otro modo, á lo menos sé que VV. se burlan de mí, y acaso me creen un estúpido, quizas no se engañarán;

mas mi conciencia está tranquila, ninguna se queja de que yo haya jurádola amor y despues... en fin VV. si se engañan conmigo, se engañan solas, yo si las aconsejaria que no se crean de los que prometen mucho porque al fin nada cumplen, y que se guarden mucho, y aquí entro yo, de los que parece que no saben hacer cosa algur a, y aunque como me dijo cierta vez una niña, *Consejos y bigotes*.... ya VV. saben toda la frase; sin embargo, yo aconsejo porque veo que los bigotes los usan muchos y juzgo otro tanto de los consejos.

¡Ah! y que bien se curó Querubin al volar, porque han de saber VV. que voló al lugar de los Angeles, ni podia volar á otra parte, pues ya ven que *similes cum similibus*.... maldita pedantería, que he de hablar con señoras en idioma que no entienden, dispensen; pero ya saben que no soy el único que me valgo de ese medio para hacerlas creer que sé...., y dale con charlar, si quien con lobos anda á ahullar.... y vuelta con refranes, y mi conversacion entretanto pendiente. Decia que fué á ver á los Angeles Querubin, aunque no sé si él es de los que (¡cuánto monosílabo!) bajaron y juzgo mas seguro que pertenece á los que en opinion de un santo Doctor, no de la Universidad, quedaron en los aires, si no, claro es que estaria en la eternidad y no andaria por estos mundos de Dios. Decia tambien que con razon se curó Querubin de encargar su artículo de modas á Soplillo. Porque deben VV. advertir que Querubin es amigo de cumplir su palabra, y ya habiendo prometido que cada mes les daria su artículo, era llegado el tiempo de que cumpliera, y como no podia.... y yo que he dado en la manía de los puntos sin prever que puedo suscitar una contienda; pero me importa un bledo, haga yo mi gana y aunque se salga por la ventana; mas VV. verán que Juan Soplillo le desempeña á las mil maravillas. Tuvo cuidado, pues, de no hacerme á mí el encargo porque no sé entonces qué habria hecho: ¿yo modas? ¡infeliz de mí si VV. me vieran que ni al cabo me hallo de las de mi sexo.

Ya, si nunca mudo porque no me agrada estrenar.... no, no las engaño, no es por eso sino porque no puedo otra cosa: una pobre levita por lo regular es mi trage comun y de tono, porque hace á todo, con un cuello de tan considerable elevacion, (ya, es para que no me ofenda el aire el cerebro) que toca con la falda del sombrero; pues, y que no uso este á la ¡qué ha sucedido! como un amigo que tengo poeta que no está muy lejos de aquí y á quien habrá saludado á mi nombre Querubin como lo hago ahora aprovechando la ocasion aunque no es frecuente en mí, que dejo escapar muchas... aquí de D. Quijote que verian como no solo su escudero ensartaba desatinos y necedades.... y parece que me he formado en la escuela de D. José Joaquin de Mora; pero volvamos á mi asunto que me he distraido mucho: decia que uso el sombrero al modo comun y regular segun es costumbre entre gente de buena conciencia. Con solo esta recomendacion que hago de mi levita, ni tengo necesidad de decirles de otro frac que tengo tambien, porque es preciso variar, que me vi una ocasion bastante apurado para defenderme del sacristan de un convento de monjas, el cual se empeñaba en sostenerme que era un gallardete que en esos dias habian robado á la Iglesia y de cuyo aprieto salí ¡sabe Dios cómo! ¿Con que figúrense VV. si seria posible que escribiera yo sobre modas? De ninguna manera, porque si bien es cierto que Madama Gourgues me instruiria; pero haria yo una batahola que no se me podria entender y comenzando por los géneros, como maldita la cosa que yo entiendo de ellos, me decia Madama, tal pieza es de tafetán y ponia yo de pana, esto de musolina y yo decia de indiana etc. etc.

No hemos hecho la cuenta con la huéspeda: con los maridos, con los padres. Yo no solicito, es verdad, la amistad de los maridos; pero tampoco quiero esponer mis costillas, ni quiero, ademas, perder con los padres. Y no, ni perturbar la paz de los matrimonios: ¡Dios me libre que yo hiciera tal fechuría! Dios sabe lo que pasa allá entre ellos, por causa de las modas y ¡malditos redactores del Liceo! ¡Maldecido Querubin! así hubieran todos VV. volado para el infierno y no nos atormentaran á nosotros, pobres pecadores!.... ¡Con qué no basta á esos malditos periodistas enflautarme el prospecto á tiempo que no estaba yo en casa, para que pudiera caer en las manos de mi muger, de mi hija que luego me importuna porque me suscriba, y por la malhadada litografía haya de gastar un peso, diez reales cada mes, sino que me pondrán un artículo de modas! ¡Peregrina invencion! que cada mes ha de variar de trage la señorita, la niña: ¡bella ocurrencia! vamos, que sin duda, ninguno de los redactores es casado ó padre de familias. Ta.... ta.... poco á poco, señor mio, no hay que enfadarse, no, no, sino consigo mismo. Si la niña de V., si su muger, con perdon sea dicho de la señora, no fueran al teatro, ¿desearian vestir siempre á la moda? no. Si no fueran á los bailes, ¿desearian competir unas con otras, y mudar diariamente trage? no. ¿Y si V., señor cabeza

de familia, supiera dar educacion á su hija, la consentiria de una manera tal, que refluye en perjuicio de la misma sociedad, en la que ya de antemano tiene arruinada la familia á que se ha de unir algun dia? ¿y si V., señor casado, no fuera débil, no podria hacer que su consorte entrara en cuentas consigo misma y moderara sus gastos? Ea, pues, no culpemos á los pobres *Liceadores*, permitáseme esta espresion, porque ellos hacen lo que todos, escribir, ¿y que han de escribir? lo que sea bastante á complacer á todos con utilidad.

A unos les agrada un artículo biográfico, ó en general histórico, á otros uno novelesco, á estos una poesía, muchos solo se suscribirán por las estampas, otros por parecer amantes de las bellas letras, aquellos por complacer á un amigo; y así, en fin, todos por diversas causas, y el pobre escritor que satisfaga tan encontrados gustos, y luego si á la hora precisa no tiene nada escrito, si está solo.... estos son sudores: en mala hora *picó bien á mala espina y bien pica otra espina*, ¡y luego dicen que dos alesnas no se pican. ¿Sí? pues pregunténmelo á mí, que temo ya por momentos que venga el artista, y cuando estoy acabando este artículo que emprendí al fin escribir, me van saliendo con que su introduccion es muy semejante á la de otro que escribió en el Mosáico el señor Pacheco; pero no me arredro, protesto que de ese periódico poco conozco, y aun eso poco, algun tiempo hace que lo ví, y no recuerdo por cierto haber visto nunca el dicho artículo; pero pues si creen que es plágio, que lo crean, lo siento, y no puedo decir mas; ¿pues qué debo hacer ahora? ya no hay remedio, es tarde, y así, paciencia y barajar.

PARLANCHIN.



OTRO POETA.

Un violento amor á la literatura, y en particular á la poesía, á esa fuente encantada de placeres, arde en los corazones de los jóvenes mexicanos, y los hermosos cantos con que á cada momento halagan nuestro oido, manifiestan claramente el entusiasmo que con mas ó ménos génio brilla en todos. Cada dia se vé aparecer un nuevo poeta que viene con sus hermanos á pulsar la lira y á cumplir la mision que le fué confiada.—Cantar la religion, el amor, la poesía. Por todas partes se escuchan ya los suaves y melancólicos ayes del uno, ya los cantos guerreros del otro, ya la tímida y religiosa plegaria que por entre el humo del incienso eleva á Dios el hombre miserable; ya en fin, multitud de acentos armoniosos como los trinos del cenzontle, fiel espresion de los sentimientos del alma agitada, que conmueven el corazon de los que escuchan y arrancan algunas veces dulce llanto, que es la mejor recompensa del poeta.

Con placer vivísimo vemos á nuestra juventud corriendo siempre en pos de los laureles literarios por el difícil camino que pisaron primero hombres esclarecidos, honor de su patria, y que dejaron de su génio brillantes é inmortales muestras. Pero lo que hoy nos impulsa á escribir este artículo es, la aparicion de un nuevo poeta á quien sinceramente amamos por su génio, y que será uno de los mas bellos ornamentos de la literatura mexicana—El jóven D. Manuel María de Zamacona.

A la generosidad de un amigo debemos algunas poesías de este apreciable jóven, miembro de la *Sociedad literaria de Puebla*, de que ofrecemos hoy una muestra á nuestros lectores y que continuaremos publicando. Rica imaginacion, lenguaje puro, versificacion sonora y armoniosa tiene el Sr. de Zamacona. Se percibe en algunas de sus composiciones cierto sabor á los antiguos poetas españoles, y una especialmente de las que poseemos, nos ha hecho recordar con viveza los divinos versos de Fr. Luis de Leon.

Hemos notado sin embargo, aunque pocas veces, algunos versos duros, flojos otros, que es una lástima se encuentren en composiciones tan bellas por otra parte. En la que hoy insertamos por ejemplo, nos disgusta este verso de la segunda estrofa

„y de su sonreir blando"

que se hace duro por la colocacion de los acentos; pero ¿qué son estos pequeños lunares que se hallan compensados con mil bellezas? ¿No bastan para aplicar con justicia el título de poe-

ta al Sr. Zamacona, estos cuatro preciosos versos de la misma composicion?

. . . .

El que rompió las fuentes del desierto
Y puso allí la protectora palma,
Al arrancar el lloro de mi alma
Tus manos á enjugarlo destinó.

. . . .

Mas pudiéramos citar digno de elogio; pero nos abstenemos de hacerlo para que nuestros lectores juzguen si la alabanza ha sido apasionada, ó si la justicia ha guiado nuestra pluma.

Felicitamos cordialmente á Puebla y á la sociedad de que es miembro el Sr. Zamacona, por tener en su seno á tan recomendable jóven, lo felicitamos á él mismo porque sabe sacar de su laud tan acordados sones. Siga pulsándolo como, hasta aquí, y nosotros, al saludarle con amistad sincera, le ofrecemos las columnas del *Liceo* y le pronosticamos una gloria, que entendemos comienza á conquistar.—*RR.*

Á MI AMADA.

Deja piadosa que vea
Ese tu rostro divino,
Mi querida,
Porque alumbra y hermosea
El espinoso camino
De mi vida.

¡Cuanta es de tus lábios bellos
Y de su sonreir blando
La dulzura,
Para quien contempla en ellos
Una copa rebosando
De ventura!

Envidia de las mugeres,
Acerca tu frente bella
A mi frente.
Tú, mi vida, mi ángel eres,
Tú eres la fúlgida estrella
De mi mente.

Ya escuchaste de mi boca
Que te adora este cuitado
Infelice:
Hermosa mi pecho toca,
Tambien latiendo agitado
Te lo dice.

Pero dudas de mi fuego
Y sonries vacilante;
Ah Señora!
Depon la duda te ruego,
Y adora á tu pobre amante
Cual te adora.

Amame, sí, que el fuego de mi pecho
Prenda en el tuyo indiferente y frio;
Quien te arrojó muger al lado mio
Para que me adoraras te arrojó.
El que rompió las fuentes del desierto
Y puso allí la protectora palma,
Al arrancar el lloro de mi alma
Tus manos á enjugarlo destinó.

¿Sabes lo que es amar? ¿Sabes cual pasan
Del placer los dulcísimos instantes?
Existir sin amar es morir ántes
De dormir en el fúnebre ataud.
Amándome verás que tu hermosura
Con el amor recibe nuevas galas,
Verás que del placer bajo las alas
Es la vida perpetua juventud.

La existencia fugaz, este camino
Que de la cuna hacemos á la huesa,
Para el que solitario lo atraviesa,
Es un desierto y hórrido arenal;
Pero si en él hermosa me acompañas
Tendrá el desierto deliciosa sombra,
Y brisa perfumada, y una alfombra
De flores y verdura virginal.

Yo que al pisar la senda de la vida
Pisé tambien sus ásperos abrojos,
Entre penas y llanto de mis ojos
Lo mejor de mis horas consumí;
Mas cobra aliento el náufrago si mira
Estrella precursora de bonanza,
Y así tambien mi débil esperanza
Nuevo aliento cobró cuando te ví.

Sí, desde entónces, de mis crudas penas
En la deshecha tempestad sombría,
Has sido tú la estrella que me guia;
No me abandones, hechicera, no.
Amame, que la hoguera de mi pecho
Prenda en el tuyo indiferente y frio;
Quien te arrojó muger al lado mio
Para que me adoraras te arrojó.

Setiembre de 1843.

MANUEL MARIA DE ZAMACONA.



Lindas y apreciables señoritas: ¡Cuál horizonte mas bello y vario, que el de gasas y listones, rosas artificiales y sombreros de paja etc. que se venia á las mientes del mosalvete Carlos Laurel, en la comedia intitulada: *Un ramillete y una carta!* Dábale grima sin embargo, por que temia galantear á una modista; y es que á la cuenta, no era el buen sevillano muy afecto á las artes liberales: mi temor al hablaros, procede de muy diferente causa, como procuraré daros á entender.

Una simple carta de recomendacion del amigo Querubin, no es como observareis á primera vista, un título suficiente para acercarse á la trépode sagrada de la sibila del coquetismo, ó para penetrar en el *Sancta sanctorum*, de la Moda; de esa religion en cuyos misterios solo están iniciados aquellos de nuestro sexo que, como Don Agapito Cabriola y Viscochea, se identifican con el vuestro hasta el punto de tejer *mitaines* ó de ensartar primores de avalorio. Y por otra parte, desconocido para vosotras como el hombre sin nombre (aunque os juro que tengo dos, el propio y el postizo) ¿no debe arredrarme la oscuridad de ambos, cuando ¡oh femenil flaqueza! hasta la misma Doña Hesperia Pancolololte, doncellita vergonzante, con quien en tiempos pasados anduve en dimes y diretes, me desconoce, ingrata y enjuta de memoria, al tratar de una comedia que tuve la fragilidad de traducir en prosa y verso? Empero afortunadamente que es la tal señorita fea y malmodienta; y pues me dirijo solamente á vosotras, las que sois tan bonitas como amables, espero hallar esta vez la indulgencia, que á pesar del paisanage me negó la doncella trasatlántica.

Por lo que atañe á esplicar lo que vieron mis ojos en el druídico templo de la Moda, inspírame osadía el ansia de complaceros, y reanima mi espíritu la presencia de una de sus sacerdotisas, que me tiende la mano para servirme de *Cicerone*.

Aproxímase el Carnaval; con él se acercan las gratas reuniones que, si no tan frecuentes como quisiéramos, remplazan en parte esa falta de comedias, provenida del ayuno y abstinencia que se imponen en las cuaresmas nuestros muy católicos artistas (vulgo) cómicos. Por tal motivo he preferido hablaros de aquellos trages que mas referencia tienen con tertulias y bailes, como mas adecuados á la época; pero siguiendo la corriente del siglo, he querido *ilustrar* la materia con la adjunta litografía, ensayándome así para cuando publique una completa edicion de mis obras, *ilustrada* conforme á la usansa, con cinco mil láminas grabadas sobre acero, cinco mil viñetas sobre madera, y cinco mil figuritas mas que no sean ni láminas ni viñetas; porque á mí me gusta, sobre todo, la sencillez.

La esbelta señorita, dispuesta para una *soirée* ó tertulia, ha tenido á bien ocultarnos la *bella é bianca faccia*, para dejarnos admirar en toda su plenitud, la elegancia y simplicidad de su tocado; lo esbelto de su cuello de cisne; lo *fashionable* de sus *vueltas á la suiza*, y de su luenga túnica de *gros tornasol de aguas*, con *tabliers* ó delantal de á cuatro por los lados; y en fin, la guarnicion á la *escarola* (de liston del mismo color del túnico) que disfruta de un esclusivismo favorito en materia de adornos. En cuanto á la otra elegante señorita, su actitud, su gesto revelan inmediatamente al ménos conocedor, el paso mas interesante de una cuadrilla ó de una *mazowrka:* mayor complicacion en el peinado: gola *á la Pompadour*, rosa y lazo de liston: tunisela de crespon ó gasa, de color claro ó blanca, flores y cenefa bordadas: fondo de raso; y manga tan corta, como prolongado el pico del corpiño ó peto, á cuya sutil agudeza tiempo es ya de que la *Moda* diga como Dios al mar: De aquí no pasarás.

Sin duda que la creacion mas sorprendente de la época, la concepcion mas épica de la Moda es la gola *á la Pompadour*, que bien merece el nombre de la célebre señora, cuyas aventuras nos hace recordar. Dias atras tuvimos el gusto de admirar en el taller de Madama Virginia Gourgues, una destinada á cierta elegante *damigella*, y desde entónces pronosticamos que excitaría grandemente la atencion; lo cual es por cierto el primer síntoma de toda predileccion femenil.

Si la maldita política, es decir, lo mas insustancial, ha ocasionado á veces el atraso con que reciben las modistas de Plateros los diseños ó figurines de Paris, ¿qué será ahora, que vienen por esos mares los ingleses con buques y cañones, mas que sobrados para arredrar á las tímidas vestales de la Moda? De fé que si hay bloqueo, no entrará el mas angosto figurin ni por recomendaciones ni por súplicas del bello sexo; pues ciertamente no es la amabilidad el fuerte de los ingleses. ¡Y se quejarán luego si el pais no progresa, si está en *statu quo!*.... Efectivamente, de la guerra con los bretones resultará que la Moda, el mas importante de los conocimientos humanos y el mas vital para las sociedades, lo que hay de mas móvil en la naturaleza, como que es hija legítima de la fantasía de los Parisienses y hermana carnal del aire, se quede sin remedio estacionario. Consolaos, no obstante, ¡bellas señoritas! porque cualquiera que sea la suerte que corra la Moda en los futuros vaivenes, siempre dareis que envidiar á la misma Elena, aunque este siglo positivista y material produzca en vez de galones como Paris, comerciantes de peso y pesos, empleados famélicos, militares estúpidos y poetas trapalones.

Recibid las finas espresiones del ausente Querubin, y el respetuoso rendimiento de vuestro amartelado adorador, admirador y servidor.

JUAN SOPLILLO.





Modas.

Lit. en la calle de la Palma nº 4.

EL WALTZ.

POEMA ROMANTICO.

Nova monstra creavit.
OVID.

I.

LA INTROD-INVOCACION.

Oid, oid atentos el vate furibundo
que ensalza entusiasmado el resonante waltz;
oidle, oidle atentos, que con clamor profundo
en tres por cuatro quiere cantaros su compás.

A los melífluos ecos de su prosáica lira
sentiréis en el pecho el corazon latir;
acataréis el númen que horrísono le inspira,
y tremendos secretos veréisle descubrir.

El waltz es un misterio, terrible logogrifo
que trajo de Alemania Terpsícore veloz,
y es mucho mas terrible el consonante en *ifo*
pues ese primer verso sudores me causó.

Pero vamos al grano, y apóstrofe sonora
salude dignamente al rápido girar
que ha entrado en las tertulias cual caja de (Pandora
de amantes y maridos á producir el mal.

Salve, danza modesta, pudorosa, sencilla,
que la vetusta gente contempla con horror,
tú que haces á las bellas cual perros en traïlla
surcar con rauda planta el suelo del salon.

Tus glorias reconoce el *dandy* almibarado
y adora fervoroso tu esencia celestial;
por eso cuando brinca con una *hurí* enlazado,
el baile de San Vito parece que le da.

La tímida doncella realizados mira
sus púdicos ensueños, palpita de placer;
cuando de un lechuguino entre los brazos gira,
se juzga poseedora del encantado Eden.

Busquemos otro metro, que ya este me ha (cansado
sus sílabas catorce, su golpeo infernal,
y tengo para mí, aunque es juicio avanzado,
que de Endor la sibila en él debió cantar.

II.

EL GEMIDO DEL POETA.

¿Pero qué metro escoger?
Versificar no es mi fuerte,
y reniego de mi suerte
que en esto me ha ido á meter.

¿Escribiré redondillas,
ó me esplicaré en tercetos?
No, mejor será en cuartetos
y despues en seguidillas.

¡Seguidillas! ¡bueno va!
¿Qué has dicho, triste coplero?
tu raquítico tintero
ese fruto no dará.

¿Por qué nó, Seor Aristarco?
El mas necio de hoy en dia
enseñará astronomía
hasta al mismísimo Hiparco,

Y mas fácil es por cierto
hacer hoy una comedia,
que lo fuera en la edad media
el desfacer un entuerto.

Sin que me dé calofrio
desempeñaré mi asunto
y lo he de llevar á punto
pesiatal, amigo mio.

Mi objeto no es cualquier cosa
pues que elogio la pirueta
que ocupa de la coqueta
toda la vida afanosa.

En el baile es donde arroja
sus mas aceradas flechas,
pues nunca tristes endechas
ha de inspirar una coja.

¿Y si ese baile es el waltz?
¿En ese íntimo contacto
el mas embotado tacto
no se siente trastornar?

PARENTESIS.

(*Waltz* no tiene consonante,
y viéndome en tal aprieto
¿qué hago? al lector no respeto
y le emboco un asonante.)

Mas de mi asunto me alejo
y me dice mi interior
QUE ESTA EMPRESA ES SUPERIOR
A LAS FUERZAS DE UN GOZQUEJO.

Perdóname, buen Iriarte,
si esos versos me he tomado:
ya no se pide prestado
y he tenido que robarte.

Mas anudemos el hilo
de mi cortado discurso;
ya no queda mas recurso
que ennoblecer el estilo.

Escuchen al poetastro
que desembucha cuartetos,
tan sonoros, tan completos
como Bermudez de Castro.

III.

LA CREACION DEL WALTZ.

MISTERIO NOCTURNO.

Una cosa tenebrosa; hecha por
hombres tenebrosos.,
VICTOR HUGO.—LUCRECIA BORGIA.

Era de noche y al fulgor del rayo
allá del Hartz en la elevada cima
un miserable artista de obra prima
contaba sus desgracias á Satan.
„Pobre estoy, y desnudo", le decia,
„mi muger y chiquillos no han comido
„chillan, y me atormenta su chillido,
„como al manchego el ruido del batan.

„Los bailes mesurados de este siglo
„no hacen mella ninguna en los calzados,
„por débiles que salgan y apretados
„no he logrado abreviar su duracion.
„Tú me puedes salvar, ángel caido,
„y haremos uno y otro un buen negocio,
„yo el hambre dejaré, dejaré el ocio,
„tú contarás con otra tentacion.

„A ello pues, devánate los sesos,
„apura tu diabólico caletre,
„á las salas consigue que penetre
„algun baile infernal digno de tí.
„Un baile aereo, cual la danza rápida
„con que las brujas suelen saludarte,
„una danza en que puedas contemplarte,
„retratado con místico buril."

El hijo de Crispin calló aterrado;
frunció Luzbel el negro sobrecejo
y miró al miserable animalejo
que imploraba sumiso su piedad.
Sacudió sus guedejas y un bufido
lanzó que estremecer hizo los valles,
y los perros ahullaron por las calles,
y las viejas huyeron del hogar.

Y los gallos cantaron, y al estruendo
de sus cuevas salieron los chacales,
con otras varias clases de animales,
que no es del caso enumerar aquí.
Del Tártaro en el fondo los demonios
esclamaron: ¡que viva el zapatero!
Este con rostro grave y lastimero
triste esperaba de su vida el fin.

„Cual lo pides será," dijo el diablo,
„privilegio esclusivo te concedo;
„de la danza infernal con un remedo
„los calzados muy poco han de durar.
„Entónces nadarás en la abundancia,
„y cuando llegue tu postrer instante
„colocado en un carro de diamante
„en triunfo hasta mi trono bajarás."

Calló Satan, y el zapatero triste
respondió que bastaba el privilegio,
que se omitiese el aparato régio
pues que no le agradaba descender.
Que era escusado el diamantino carro,
que habitar el infierno no queria,
que de un oculto mal adolecia
que pudiera el calor recrudecer.

Respondióle el diablo que era inútil
sù gran delicadeza y su pavura
que iba á un sitio de gloria y de ventura
en donde le esperaban goces mil.
Que allí se le aguardaba el digno premio
de su noble invencion, que allí veria
el galardon que merecido habia,
del infierno encerrado en el confin.

Entre nubes de azufre y de pez negra
desparecció su magestad satánica,
y á guisa de estudiante de botánica
mirando al suelo el *Sútor* se quedó.
Mas luego á su dolor dió rienda suelta

Liceo Mexicano.



EL LICENCIADO D. MARIANO VEYTIA.

en la siguiente endemoniada trova;
de ripio tiene mas de media arroba
y esto es que el zapatero se pulió.

Por procurar el sustento
en un zarzal me he metido
¡Ay de mí!
Un perdurable tormento
á conseguir he venido
hasta aquí.

Ya de los bailes reniego
y de los rotos calzados
que á fé mia,
es preferible el pasiego
á los ricos potentados.
¿Quién diria

que el ver mis votos cumplidos
me causaria dolor?
Sin embargo,
exhalo tristes gemidos
y es de luto y de terror
mi letargo.

IV.

LA INTERRUPCION DESAGRADABLE.

¿Se encuentra vd. con valor
para espetarnos entera
la elegía lastimera
del zapatero hablador?

Nos damos por satisfechos
con lo que lleva ya dicho,
y sepa vd., pobre bicho,
que nos deja muy mal trechos.

V.

LA CONDESCENDENCIA.

Pues señor, si vd. insiste,
aquí dará fin el canto,
que si no la risa, el llanto
ha de arrancar al mas triste.
Mas si alguien á esto resiste
porque de estremos no guste,
y llorar, reir le asuste,
mucho temo que algun cólico,
fiero presente diabólico,
las cuentas al vate ajuste.

México, enero 21 de 1844.—AGUSTIN A. FRANCO.

BIOGRAFIA MEXICANA.

EL LICENCIADO DON MARIANO VEYTIA.

Ser cronista de un hombre que por su ingenio, por su saber ó sus virtudes, se ha hecho digno de ocupar una página en los anales políticos ó literarios de una nacion, es tarea, si bien un tanto penosa, útil tambien, y en estremo agradable; pero ¡cuánto sube de punto este contento, con qué facilidad corre la pluma, cuando al consignar en el papel los títulos que tiene á la gloria aquel cuya vida se escribe, recuerda el biógrafo que ambos son hijos de una misma patria! entónces el entusiasmo se aumenta, el raciocinio como que se suspende, y habla tan solo el corazon.

El amor propio, el orgullo, el espíritu de nacionalidad, acallan cualquier otro sentimiento y se enseñorean del escritor. Muy sencilla es la esplicacion de este fenómeno: cuando se recuerdan los hechos de un grande hombre estrangero, el interés que excita en nosotros es comun á la humanidad entera, y por consiguiente, es mas débil; pero cuando á su talento ó sus virtudes se añade la circunstancia de ser un compatriota, entónces el interés se concentra y puede llegar á ser un verdadero entusiasmo: entusiasmo provenido de un noble orgullo, pues la gloria que resulta á la perso-

na de quien se escribe, juzgamos que refleja sobre nosotros, que nacimos en el mismo suelo, y que en cierta manera es cosa nuestra.

He aquí precisamente lo que sucede al que esto escribe. Admirador entusiasta de los grandes hombres de su pais, ardiendo en deseos de popularizar la memoria de algunos de ellos, ha escogido al laborioso y sàbio historiador D. Mariano Veytia, poseido de un engreimiento sin ejemplo al bosquejar las principales circunstancias de la vida de este ilustre escritor, que tomó à su cargo la noble cuanto dificil empresa de rasgar el velo que ocultaba, tanto á propios como á estraños, los primeros y gloriosos tiempos de la nacion azteca.

La historia que escribió en efecto, basta sola para hacer su elogio: por ella se conoce al escritor; pero es indispensable conocer tambien al viagero, al abogado, al anticuario, y al padre de familia.

Nació, pues, el Lic. D. Mariano Veytia, en la ciudad de Puebla, á 16 de julio de 1718, y fué bautizado en la parroquia del Sagrario el 19 del propio mes de julio, por el prebendado de aquella Catedral, D. Antonio Salas Navarro, habiendo sido su padrino el capitan D. Sebastian Echeverría y Orcolaga.

Manifestó desde muy niño gran talento y singular aplicacion, en términos, de que á los quince años, es decir, el de 1733, recibió en la Universidad el grado de Bachiller en filosofia, despues de haber sustentado un lucido acto de dicha facultad, á que asistió la real Audiencia, honor que à muy pocos se dispensaba entónces. A los tres años se le confirió el mismo grado en derecho civil, prévias diez lecciones sobre varias materias, por media hora, y un acto público de las doctrinas mas dificiles del derecho, que sustentó en el general de la Universidad, disfrutando en este el mismo honor que en el anterior.

Al año siguiente, es decir, en el de 1737, le fué dado caso para el exámen de abogado que sufrió en efecto, tan temprano, por habérsele dispensado el tiempo que la ley exigia, por favor del virey. De suerte, que abogado á los diez y nueve años, se encontró entónces en aptitud de emprender otros estudios á que su inclinacion le llamaba, y libre absolutamente para hacer nuevas investigaciones y examinar nuevos objetos.

Contribuyó á esto muy eficazmente el encargo que su padre el Lic. D. José de Veytia, oidor decano de la Audiencia y primer superintendente de la casa de Moneda, le hizo luego que hubo concluido su carrera. Fué el de pasar á Madrid á desempeñar muchos y complicados asuntos que tenia en la corte, con cuyo objeto le confirió un poder amplísimo. Para obsequiar la voluntad paterna, salió de México el 11 de abril de 1737, y el 10 de mayo del mismo año, de Veracruz, como consta de un diario de viage que llevó con la mayor exactitud, y del que conserva en su poder el primer tomo el Sr. D. Francisco Ortega, nuestro digno colaborador, á quien debemos los datos para esta biografia, pues casi nada se sabia de Veytia, hasta que dicho señor logró despues de laboriosas investigaciones, formar la noticia biográfica que colocó al frente de la edicion de la historia antigua de Veytia, que con notable aumento publicó el año de 36 (1).

El diario á que aludo, aunque manifiesta segun el Sr. Ortega, la poca edad del autor y haber sido hecho sin ninguna pretension literaria, con solo el fin de la particular instruccion, descubre sin embargo, un espíritu investigador y laborioso, seguro indicio de lo que Veytia fué mas adelante.

Un periodo de dos años es el que comprende el tomo de viages de que acabo de hacer mencion.—Desde abril de 1737 hasta marzo de 1739, en cuyo espacio recorrió España, Francia y Holanda, habiendo permanecido la mayor parte de este tiempo en la primera, por desempeñar los negocios que lo sacaron de su patria. Ni fueron estas las únicas partes que visitó, pues que concluidos los asuntos que le llevaron á la corte, tambien fueron objeto de sus investigaciones, Italia, Portugal, Inglaterra y Palestina, viajando siempre, no como el que lo hace por pura diversion y pasatiempo, sino como viaja el filósofo y el observador, estudiando la historia, las costumbres, los monumentos, cuanto habia de notable en cada pais, y formando de todo ello curiosos y abundantes apuntes, en términos, que llegó á formar veinticuatro ó veinticinco tomos de á cuarto, cuyo paradero desgraciadamente se ignora.

Residió por algun tiempo en la isla de Malta, bajo la direccion del gran maestre de la órden por haber sido novicio en ella; y si hemos de dar entera fe á una carta biográfica de un hijo suyo, combatió á los infieles en los tercios de los caballeros de San Juan. Dejó algun tiempo despues la cruz de dicha órden, para tomar la de Santiago, y se cruzó en efecto en el cole-

[1] Dicha edicion que consta de tres tomos en 4.º, de buena impresion y papel, con un retrato del autor y algunas estampas, se encuentra en la calle de las Escalerillas núm. 2.

gio de niñas de Leganes de Madrid, el 29 de junio de 1742, habiendo profesado en el convento de San Agustin de la ciudad de Puebla, hasta el 19 de febrero de 68, por exigir la primera el celibato, ley poco conforme á sus miras futuras.

No se olvidó en este intervalo de su patria, pues que en todo él la visitó tres veces, hasta que muerto aquí su padre, y en España su primera esposa, vino á cuidar sus propios intereses. Se fijó en Puebla, donde casó por segunda vez con Doña Josefa de Aróstegui Sanchez de la Peña, dedicando desde entónces cuanto tiempo le dejaban libre la multitud de consultas que se le hacian como abogado, á poner en órden las numerosas apuntaciones y documentos que habia reunido, para poner por obra la grande empresa que tiempo habia meditaba—la historia antigua de México.

Grande fué el aprecio que se hizo en España y aun en Italia, de nuestro insigne compatriota. Prueba irrecusable de lo primero son las concesiones que le hizo el rey, así como la confianza que en varias ocasiones le manifestó (1), y de lo segundo una carta escrita desde Bolonia, en marzo de 778, por el célebre historiador mexicano, el famoso ex-jesuita D. Francisco Javier Clavijero, y que conserva autógrafa el Illmo. Sr. Dr. D. Francisco Pablo Vazquez, obispo de la Puebla. En ella, que no copio por ser demasiado larga, dá cuenta Clavijero á Veytia de tener concluida su historia, y de haber sabido por el marqués de Moncada, que se ocupaba en un trabajo semejante, aunque no se manifiesta en esto bien instruido, pues entendia que Veytia trabajaba en la historia general de Nueva-España, cuando como él, solo escribia la antigua de México. Le excita tambien á que le comunique sus descubrimientos; mas segun se conjetura, no llegó la carta á su destino por suponerse haber muerto ya Veytia, ó si llegó, no tuvo de ella Clavijero contestacion alguna, porque á haberla tenido, hubiera sin duda colocado á Veytia en la lista de historiadores de México que colocó al principio de su obra.

Pero lo que mas confirma á mi juicio el alto concepto que se tenia en Madrid de Veytia, es la órden que se dió al virey D. Martin de Mayorga, para que recogiese de sus herederos cuantos manuscritos hubiese dejado relativos á la historia antigua de México, y aunque esto haya sido, como sospecha el Sr. Ortega, porque estuviese escribiendo por órden superior, esto mismo sirve de apoyo á lo que pienso, pues que no es creible se diera una comision tan árdua, sino á un sugeto que reuniera todas las dotes necesarias para tamaña empresa.

Sea como fuere, lo cierto es que la órden para la entrega de los papeles se espidió, y la viuda puso en manos del gobernador de Puebla, á presencia de un escribano, el 25 de agosto de 1780, varios manuscritos concernientes á la historia de México, entre los que se hacian notables—un tomo que llevaba por título: „Baluartes de México é historia de las cuatro sagradas imágenes de Ntra. Señora, la historia de la fundacion de Puebla, y un mapa pintado de la antigua ciudad de México.

Ademas de la historia antigua, que es su principal obra, trabajó en otras varias, de no menor interés algunas. Tal es una historia eclesiástica, de la que conserva el Sr. Vazquez dos tomos (1) en borrador con llamadas, enmiendas, y entrerenglonaduras tan frecuentes y de letra tan mala, que, segun el mismo señor dice, no es fácil con tal confusion formar idea exacta de la obra, sino despues de un exámen muy minucioso y prolijo. Mas lo que puede suponerse por lo que de ella se entiende es, que varió el autor su plan reduciéndolo considerablemente, pues de historia eclesiástica pasó á escribir historia evangélica, que como lue-

(1) Consta del título de caballero espedido por el rey en Buen Retiro, á 23 de junio de 1742, que ya estaba nombrado en esa fecha corregidor de México, cargo que no llegó á desempeñar sin duda, como dice el Sr. Ortega, por la repugnancia que manifestaba á cuanto tendia á distraerle de sus ocupaciones literarias.—Otra manifestacion del aprecio y estima en que le tenia el rey, es el nombramiento que de él hizo para el exámen y entrega de las librerías de los Jesuitas que se adjudicaron al Seminario de San Juan, comision árdua y que desempeñó de la manera mas satisfactoria. Y por último, despues de haberle ofrecido repetidas veces los empleos mas honoríficos, y concedídole los mas raros privilegios, se cuenta que le regaló doce firmas en blanco para que á su satisfaccion las llenase. Este último rasgo por su misma magnitud debe dudarse, pues aunque, como juiciosamente nota el Sr. Ortega, estimaba en mucho Cár. los III á los literatos, no es cosa frecuente que los reyes dispensen tamaños favores, tanto mas, cuanto que para ello se necesita la autorizacion del ministro. Mas si fuere cierto el hecho, es único en su especie y manifiesta por parte del rey una munificencia sin ejemplo.

(1) La carátula del primero dice así:—„Discursos académicos sobre la historia eclesiástica. Proferidos en la academia de los Curiosos, por D. Mariano Fernandez de Echeverría y Veytia, señor de la casa infanzona y solariega de Veytia, y caballero del órden de Santiago. Tom. 1.° en Madrid año de 1749.

go se advierte, es empresa mucho mas pequeña y sencilla que la primera. De esta historia evangélica posee dicho Sr. Vazquez un tomo escrito con bastante claridad y que comprende treinta y un discursos, precedidos de un preliminar sobre los cuatro Evangelios: el primero, *Sobre la concepcion en gracia de María Santísima;* y el último, *De la degollacion del Bautista, multiplicacion de los Panes, declaracion que con este motivo hizo Jesucristo de la institucion que iba á hacer de la Eucaristía, que no entendida por algunos de sus discípulos se separaron de su sagrada escuela.* Todos estos discursos tienen bastante mérito; y ademas de ellos hay otro tomo que comprende algunas otras piezas sobre diferentes asuntos (4). Como traductor merece tambien una especial mencion, pues que ha visto el Sr. Ortega una traduccion que hizo de las famosas Cartas Provinciales de Pascal, cuyo trabajo manifiesta no haber sido tan afecto á los padres Jesuitas como se le ha querido suponer.

Muy marcado se encuentra el gusto que tenia Veytia à las ocupaciones literarias, y mas particularmente á los estudios históricos, tanto en sus escritos originales, como en las compilaciones que frecuentemente formaba, pues que aun se conservaban el año de 36, y no sé si ahora sucederá lo mismo, entre los libros del difunto Sr. Maestrescuela, Dr. D. José Nicolás Maniau, cuatro tomos manuscritos de papeles curiosos, recogidos meramente unos, y traducidos otros por Veytia.

Pero una de las circunstancias que contribuyó mas notablemente á la perfeccion y tino con que escribió su historia, fué la amistad estrecha que durante su residencia en Madrid llevó con el célebre y desgraciado anticuario Boturini, de quien recibió, como él mismo dice, las primeras nociones de las antigüedades mexicanas.

Cuando volvió á Puebla, donde su padre despues de haber renunciado la toga (5) y la superintendencia de la casa de Moneda, habia obtenido la dignidad de chantre en la iglesia Catedral, se entregó con el mayor empeño á sus estudios favoritos, sirviéndole entónces mucho el abundante museo de Boturini, que pudo consultar á su arbitrio, y aunque no se sabe si esta facilidad le vino de haber reclamado al gobierno dicho museo, como albacea de Boturini, ó de las órdenes que dió el rey para que se le franqueasen las bibliotecas y se le ministrasen cuantos datos hubiese menester, es mas presumible lo segundo, tanto porque nadie ignora la resistencia que siempre opuso el gobierno á la devolucion del espresado museo, cuanto porque si se le hubiese entregado como albacea de Boturini, no hubieran estado sus restos en la secretaría del vireinato, de la que se pasaron despues al archivo general, y de este, al museo nacional.

Varias son las razones para sospechar fundadamente que en la entrega que la viuda de Veytia hizo de los papeles de su esposo, se comprendió el manuscrito original de su historia antigua de México, exijido probablemente por el gobierno, como directamente interesado en los trabajos históricos de Veytia.

Tres fueron los hijos que tuvo: Fr. Antonio María de S. José religioso carmelita, muy instruido y que obtuvo los primeros cargos de su órden: murió en Puebla el 25 de diciembre de 1827. El Lic. D. Mariano que murió de cura en Otumba en 24 de abril de 1793, y D. Rafael, que fué subdelegado de Chetla, y vino á morir no hace muchos años á esta capital. Dos hijos de este último viven aun, el Lic. D. Manuel Veytia residente en Atlixço y Doña Agustina en el convento de la Concepcion de esta ciudad.

No quiero dejar de hacer una mencion especial de dos sobrinos de nuestro autor, que se hicieron bastante célebres cada uno en su línea: fueron estos Sor Mariana de S. Juan Nepomuceno, fundadora del convento de religiosas capuchinas de Guadalupe, y D. Manuel Veytia que murió víctima de su entusiasmo por la causa de la libertad.

La primera que ya era riligiosa capuchina de esta ciudad, estuvo luchando con todo género de obstáculos para llevar á cabo su proyecto de fundacion, desde 1773 hasta 1780. Despues de tan dilatado tiempo logró del rey

(4) Son las siguientes:—Arenga que para la apertura de la academia de los Curiosos en Madrid hizo D. Mariano Fernandez de Echeverría y Veytia, el dia 7 de setiembre de 1747.

Oracion nuncupatoria en la solemne dedicacion de la misma academia, bajo la proteccion de María Santísima de Guadalupe de México, hecha por D. Mariano Fernandez de Echeverría y Veytia, en 14 de diciembre de 1747.

Oracion panegírica hecha por el mismo en la propia academia á la Resurreccion de Ntro. Señor Jesucristo.

Disertacion sobre la mayor utilidad entre la jurisprudencia y la medicina.

Otra disertacion sobre qué sea mas poderoso para destruir la amistad, los honores ó las riquezas.

(5) Consta que le fué restituido el empleo de oidor por Real cédula de 7 de marzo de 1742, y que no llegó á tomar posesion de la chantría de Puebla.

que se espidiese la cédula de ereccion y se dió principio á la obra, en la que empleó tales diligencias y fué tal su empeño y constancia, que sin mas que dos reales con que se comenzó, vió concluida en poco mas de seis años la fábrica que tuvo de costo cerca de trescientos mil pesos.—El 15 de octubre de 1787 se abrió solemnemente y ella fué la primera abadesa.

D. Manuel, el segundo de los sobrinos de que hice mencion y sujeto de excelentes prendas, tenia una mediana subsistencia con el Fielato de S. Andrés Chalchicomula que desempeñaba, y una pequeña hacienda de labor. Atendida su poca ambicion esto le hubiera bastado para acabar tranquilamente sus ancianos dias, aunque era por otra parte digno de haber ocupado otros puestos; pero su ardiente amor á su patria, haciéndole poco precavido, le precipitó en el sepulcro. Ya de edad sexagenaria manifestaba un entusiasmo por la libertad, digno de un jóven, y mantenia sin la debida cautela relaciones con algunos de los gefes principales de la revolucion.

Esta falta, que en su edad solo puede atribuirse al mismo ardor patriótico que lo animaba, fué la que dió motivo á que se le sorprendiera (por culpa de un jóven segun se dice) con armas y municiones que conducia á Tecamachalco. Este hecho reputado por el gobierno como delito de lesa magestad tuvo el resultado que era de esperarse. El 16 de Julio 1816 fué fusilado en Puebla su patria. Dia de luto para sus amigos y la ciudad entera, de gloria para él, y que no puede olvidarse por los amantes de la libertad, cuando fué derramada en él la sangre de tan ilustre mártir!

Aunque no ha podido encontrarse ningun documento por el que pueda señalarse con exactitud la época de la muerte de Veytia, puede congeturarse sin embargo con algun fundamento, que acaeció el año de 1779.

He aquí cuanto podemos decir de la vida y obras de tan ilustre escritor. Estamos convencidos de no haber llenado dignamente la tarea que nos impusimos y para la que se necesitaria otra pluma; sin embargo, tenemos la satisfaccion de haber hecho cuanto ha estado de nuestra parte por hablar de una manera digna, de un hombre que como Veytia consumió su vida en servicio de la patria, siendo su mas bello ornamento, y dejando un ejemplo que mas que otro ninguno deberia tener numerosos imitadores.

Enero de 1844.—M. Esteva y Ulíbarri.

GALERIA ZOOLOGICA.

EL MONO DIPLOMATICO.

Le plus sot animal, á mon avis, c'est l'homme.

BOILEAU.

Cansados de arrastrar á duras penas nuestros esféricos pensamientos por la vida social, por la existencia fastuosa ó miserable, independiente ó esclava de los seres que, á no sé quien, pero sin duda por ironía, se le ocurrió llamar *racionales*, y por demas fatigados y mohinos de vagar, cual mayorazgos de casas ricas ó solariegas, viciosos y mal entretenidos, por este laberinto de entes que apellidan *sociedad*, solemos á veces levantar el espíritu á las regiones superiores de la naturaleza vegetal ó animal: y digo superiores, porque si bien se hallan en ellas de Pascuas á Corpus Christi, algunos vegetales ó animales nocivos, hállase tambien en recompensa un número exorbitante mayor de benéficos; en tanto que, para tropezar con tal cual unidad de este último género entre los humanos, si cierto es que allá en tiempos antiguos y mejores, hubo un ciudadano Diógenes que encendiera, aunque estérilmente, una célebre linterna que arrepentido apagó tal vez mas que de paso, ya en el ilustra-

do siglo que alcanzamos, no brota un solo tonto que para aquel objeto se tome la molestia de encender ni un fósforo, magüer que estén tirados por las calles, y que no haya fumador, desde el que gasta frazada con agujeros, hasta el que usa *palotet-sac* con bordados y alamares, que no vaya provisto *ad usum suimetipsius* de un par de cajetillas por lo ménos.

Pero dejando á un lado este punto de *lucíferes*, porque apesta á demonio ó á infierno desde una legua, volveré á anudar el *mecate* de mi rota narracion, para deciros cómo en cierta noche, en que absorvido en mis meditaciones zoológicas, discutia yo en los vacios aposentos de mi cerebro si el *mono*, por ejemplo, era la transicion del hombre á los brutos, ó *el hombre* la transicion de los brutos á los monos, acerté á atravesar la calle de San Francisco, cual el burro de la flauta, por acaso; y como á la sazon sonara una no muy armoniosa dentro de un zaguan, cuya puerta cubria una cortinilla interior, hube de acercarme á saber lo que fuese el motivo de aquella singular música: salióme al encuentro un histrion, que alargándome afablemente la mano, mas no para saludarme como crei al principio, sino para exigirme políticamente el *por cuanto vos contribuísteis con la limosna de un real*, díjome enseñarse allí al generoso público mexicano por tan módico estipendio, un admirable é inteligente mono tirador de pistola, que habia no sin fundamento llamado la atencion de las cortes europeas, y hecho sobre todo las delicias del rey ciudadano Luis Felipe, quien en un rapto de entusiasmo le habia concedido *brevét* para ejercer esclusivamente por diez años en los dominios franceses, su honrosa y graciosa profesion. Esto, en mi humilde concepto, parecióme perjudicar al progreso de la civilizacion entre los monos, puesto que por favorecer á uno, impedia á los demas el ejercicio y mejora de un arte provechoso, y me demostró tal vez con harto triste evidencia, que los mismos monos no piensan en Economía política tan ranciamente como los hombres, inclusos los del Siglo XIX, y que acaso por esta sola razon no seria tan absurdo pensar que fuese el hombre la *transicion* de los brutos á los monos.

A fin de corroborar mas mi idea, porque á veces yo tambien suelo tener ideas, satisfice el prefijado contingente, entré y dije para mi sayo: ¡Feliz quien por tan poco dinero puede, abismándose en el mundo zoológico, sustraerse á la sociedad! Ni paré las mientes en la que al rededor mio miraba atentamente al hábil mono; sino que de las agudezas de este, pasé por una metamórfosis natural y muy característica de mi imaginacion, á fingirme una nacion de monos y á creerme en medio de ella; pasé, en una palabra, del individuo á la especie. Con monerías y agasajo recibióme la mónica sociedad, pero sin echarme en cara, como escritores de otros paises, la hospitalidad de sus habitantes, y cual payo que ve por vez primera las grandezas de la capital ó de la villa, empecé á mirar atónito y á observar atento los diversos estados, clases y condiciones de la sociedad en que soñaba vivir. Monos elegantes y monas coquetas, militares monos, monos logreros, monos agiotistas, monos diputados, un mono ministro, un senador mono, y qué se yo que mas; pero nadie fijó mi atencion mas profundamente que un monito diplomático, que sin curarse de mi llegada, peroraba gangoso y estirado, con las manos cruzadas sobre las caderas y en medio de un corrillo de taciturnos oyentes, que hubo de recordarme las alacenas de libros del Portal en dias de sesiones estraordinarias.

Era el mono delgadito y ruin de cuerpo, usaba anteojos sobre la remilgada nariz, y un gracioso peluquin sobre la calva cabeza; pero dejando descubierto gran trecho de la parte anterior del cráneo, á fin de que los no muy duchos en esto de peluquería y craneoscopia, creyeran ver en su espaciosa frente el signo infalible de una asombrosa inteligencia: contrastaban singularmente sus negras patillas, con su blanca apretada corbata y con sus dos chalecos de muy diferentes colores; revelaba su frac la diestra tijera de Cussac ó de Vangool, y oprimian sus angostos pantalones á dos fementidas piernas que terminaban en dos puntiagudas botas de charol.

„El memorandum del Lord Aberdeen," decia, revela á los menos prácticos en los senderos de la ciencia, las prolongadas miras del gabinete de San James. La magestad del celeste emperador habrá de conceder un humillante *exequatur* á las credenciales del embajador británico, en tanto que el gobierno del Reino-Unido, se coloca al frente de los que sostienen el *statu quo* de la paz europea y del equilibrio universal. ¿Y á qué pensais que *atribuirse debe* (1) la diferencia de ambas situaciones, aceptadas *respective* por ambos paises? Mi espíritu observativo me ha hecho penetrar la causa, que no es otra sino que los ingleses beben rom y los chinos mascan ópio; porque se-

(1) Hesperiam imitando, lectoremque aburriendo. —(Nota del narrador.)

gun la opinion de un célebre químico francés, llamado Mr. Guizot, en su historia de la revolucion inglesa, el *opium* produce aletargamiento en el espíritu y embota á la larga todas las facultades, en tanto que el rom, segun el difunto Tayllerand, que era hombre muy entendido y bien guisado en el comercio de abarrotes, es el licor mas espirituoso, y por consecuencia mas favorable al espíritu.... De mucho me servirán aquella esperiencia práctica y estotras teorias para cuando me nombren diputado al quinto congreso constituyente que hemos de tener aun, y entónces pienso esplayar mis ideas en un luminoso discurso, cuyo encabezonamiento será; *tabula salvationis reipublicae monicae!*

Aquí descansó un momento el orador, tomó un polvo, y cobrando nuevo aliento, continúo diciéndonos como habia creido hallar en el gobierno de la Sublime Puerta y en las costumbres de los turcos, el prototipo de un buen gobierno y de unas buenas costumbres, adaptables á su patria, y en fin, de una civilizacion flamante acerca de la cual no habia podido tomar noticias muy pormenorizadas, cual deseaba, por el poco tiempo que estuvo de embajador cerca del Gran Sultan, quien celoso de él por la pasion violenta que habia inspirado á la sultana favorita, hizo que su gobierno le nombrase un sucesor. Hablónos de cómo bailó un wals aleman con una princesa de alto coturno en las bodas de la reina Victoria, á las que asistió como ministro de su nacion; de cómo besó los piés á su Santidad reinante, cerca de quien llevaba una mision tan secreta, que creo ni él mismo la sabia, ni la supo jamas el Pontífice; y en fin, de tantas cosas nos habló, que sordo, aturdido y desesperado maldije una, ciento y mil veces á todo diplomático mono, tan ridículo y despreciable, como es digno de loa y estima el hábil y juicioso que representando dignamente á su pais, obtiene en su favor ventajas mercantiles ó políticas, le evita guerras desastrosas, le hace temer y respetar acaso nada mas que con el auxilio de su propio talento, é inclina, en fin, á la humanidad á creer en la bellísima teoría de una paz universal y perpetua.

Afortunadamente, empero, para los que oiamos, aprovechando un estornudo del orador, interrumpióle otro mono aspirante á diplomático, que habia estado de *attaché* en diferentes legaciones. A juzgar por su esterior parisiense, sus pantalones de pliegues, su *palleteau* de color de ceniza de tabaco de la Habana, su lente y sus bigotillos, el mozo prometia largas esperanzas, y nos complaciamos todos en creer que la lid que se entablaba entre ambos campeones, daria materia abundante con que disipar el mal humor que el primer parlante nos habia inspirado; mas fué tan en *crescendo* el altercado por el amor propio ofendido del diplomático, y por la osadía del aspirante, que para evitar, si acababa la disputa en pescozones, el recibir alguno estraviado, retireme á bastante distancia, desde donde oia solamente el rumor de las voces sin percibir el sentido de ellas. Sacóme de mi estupor un pistoletazo, que crei disparado por alguno de los contendientes diplomáticos, y no lo fué sino por el hábil monito *brévété*, que habiendo llegado á la conclusion de sus monerías, daba á los concurrentes con la última, que era la pistola disparada, la señal de despejar el puesto para que le ocuparan nuevos espectadores. Aun medio soñoliento salí á la calle, en donde el aire libre refrescando mis ideas, me trajo á la memoria mi ensueño de hombre dispierto. Y bien, dije para mis adentros, ¿no hallas gran analogía entre unos y otros? ¿quién es la transicion que querias averiguar? ¿quiénes son los hombres, y quienes los monos, Señor Zóologo? Y respondime á mí mismo, tambien aparte, como en comedia antigua, que unos son monos vestidos de hombres, y otros hombres vestidos de monos; pero que á pesar de todo y siguiendo la opinion de Boileau, el mas tonto de todos los animales es, en mi humilde concepto, el hombre, y de los hombres, el mono diplomático.

JUAN SOPLILLO.

LA NINFA DE LA FUENTE.

LEYENDA.

I.

Por los años del Señor de 1186, existia en un pequeño señorio de Alemania, el caballero Emerich de Drontheim. Heredero de un nombre puro y de un blason sin mancha, Emerich, tan luego como recibió el órden de la Caballería, marchó á hacer sus primeras armas al emporio de los guerreros cristianos, á Palestina. Muchos años se pasaron antes de que los habitantes de Drontheim celebrasen la vuelta de su señor, y en la época en que comienza esta narracion, Emerich habia vuelto, pero sus vasallos observaron con dolor la notable diferencia que habia entre el imberbe y apuesto garzon, que lleno de valor y de esperanzas habia salido de la morada de sus abuelos, y el hombre silencioso, tostado por el sol del desierto, y sumergido segun parecia en un oculto pesar, que á ella habia venido á entregarse á una calma misteriosa y sepulcral.

La lanza de Emerich se cubria de orin en el astillero, sus jaurías mostraban en vano el ánsia con que deseaban salir á caza, y sus halconeros bostezaban á la puerta del castillo, viéndose sin ocupacion.

Entre tanto el baron de Drontheim, encerrado en una estancia apartada del bullicio, era el objeto de todas las conjeturas y de todas las conversaciones. No faltaban viejas caritativas que divulgasen (bajo de reserva, por supuesto) que Emerich habia hecho pacto con el diablo: otros mas indulgentes, juzgaban que su conducta era el resultado de algun voto: y habia algunos que aseguraban á pié juntillas que el pobre caballero estaba próximo á perder el seso.

Una de las singularidades del baron era que solamente los viérnes salia del castillo, y aun entónces no lo hacia sino hasta que se habia obscurecido. Jamas volvia antes de la salida del sol. Vanas fueron las tentativas que hicieron los curiosos para averiguar cual era el objeto de estas escursiones nocturnas, y la vida del baron era un enigma que cada dia presentaba mas dificultades al que trataba de descifrarlo.

Sin embargo, no estaba remota la época en que una circunstancia particular debia descubrir el arcano. Emerich cayó enfermo, y cuando llegó el dia de su misteriosa espedicion no pudo moverse de la cama. Conforme se acercaba la hora de su acostumbrada salida, su agitacion se hacia mas y mas visible; por fin hizo un esfuerzo para levantarse, mas no pudo pasar de la puerta de su habitacion. Convencido de que era imposible salir, llamó á Hacem, fiel Sarraceno que le habia acompañado á su vuelta de la Tierra Santa, y le habló en estos términos.

„Recuerda, mi buen Hacem, que me debes la vida. Ningun motivo de queja he tenido en todo el tiempo que llevas de servirme; pero ahora voy á exigirte la recompensa del precioso don que te hice allá en los ardientes arenales de la Siria. Prométeme en primer lugar, guardar el mas profundo secreto respecto de la revelacion que te voy á hacer."

„Lo prometo solemnemente amo mio."

„Pues bien, escucha. Diríjete con precaucion á la fuente de Detmold, y dí á la persona que debe estar allí esperándome, que una enfermedad me impide acudir al lugar designado. Vé, y vuelve presto, y te recomiendo de nuevo el secreto."

Partió Hacem inmediatamente, y al cabo de un cuarto de hora se encontró cercano á la fuente de Detmold. Conforme se minoraba la distancia que de ella le separaba, le iba sobrecogiendo una sensacion indefinida de temor; en vano hacia por sofocarla: la hora, el silencio y la soledad, contribuian mas bien á aumentarla, que á desvanecerla.

Llegó por fin al bosque de cuyo centro brotaba la fuente, y vaciló algun tiempo antes de penetrar á él. La gratitud venció al miedo, y al cabo, con corazon palpitante y paso poco firme, se dirigió al término de su espedicion.

Una voz suave y melancólica, cuyo misterioso concento vino á interrumpir el silencio de la noche, le hizo detener. Puso atencion y escuchó las siguientes coplas.



LA NINFA DE LA FUENTE.

Tienen perfume las flores
Para el alma venturosa,
Le es dulce escuchar el canto
Que la filomena entona.
Cuando el alma de pesares
Libre se vé y de zozobras,
Todo el mundo le sonrie:
La naturaleza toda,
A sus ojos se presenta
Deslumbrante, prestigiosa,
Y un éxtasis de placer,
Nuestros sentidos arroba.
Mas si cruel infortunio
Con su peso nos agobia,
El mundo es vasto desierto,
Pierden las flores su aroma,
Y escuchamos con tristeza
Abrumados de congoja,
El canto apacible y dulce
Que la filomena entona.

Cesó el cantar, y Hacem percibió á la luz de la luna una hermosa doncella que reclinada sobre un césped y medio sumergida en la fuente tenia los ojos fijos con tristeza en sus aguas, mas puras y diáfanas que el cristal. Brazeletes de flores adornaban sus brazos torneados y tan blancos como el ampo de nieve que se desprende de la cumbre del monte Pilâtre, su luenga cabellera flotaba suelta, y dejaba adivinar las gracias de su delicado talle. Un cendal blanco y sutil cubria sus mórbidas formas y esparcía sobre toda su figura una tinta vaporosa y aerea.

El Sarraceno la admiró por largo tiempo en silencio, y le pareció que aquella criatura celestial era una de las que el Profeta ha ofrecido á los fieles creyentes en el paraiso. Finalmente, se adelantó hacia ella y la dijo cual era el objeto de su venida.

,,¡Está enfermo!" esclamó la doncella, ,,Emerich está enfermo! Decidle que esa nueva me parte el corazon. Decidle que mi alma le adora, y que deploro el destino fatal que me liga á este sitio. Si no, volaria á su lado, su abrasada frente se reclinaria en mi seno, y mis lágrimas la refrescarian. ¡Ah! Volad, volad, que sepa que mi amor es inalterable, que siempre es el alma del alma mia!!!...

Un copioso llanto se desprendió de sus negros ojos y fué á mezclarse con el puro raudal de la fuente. Al dia siguiente notaron con estrañeza los habitantes de Detmold, la fragancia que sus aguas despedian. Si hubieran sabido la causa, nada habrian estrañado, porque ¿quién no conoce el perfume que exhalan las lágrimas arrancadas por el amor?

Hacem volvió á Drontheim, y refirió á Emerich lo que habia pasado. Aquella noticia calmó las penas del baron, quien se entregó al sueño sin presentir la desgracia que le amenazaba.

II.

Habia en el castillo una muger chiquitilla y pizpireta que parecia la movilidad personificada: sus manos, piés, cabeza, lengua etc., estaban en un continuo movimiento. El mayordomo (á quien pertenecia aquella joya, puesto que los habia unido la coyunda matrimonial) miraba con respeto y veneracion los raros talentos de su infatigable y cara mitad, y mas de una vez habia huido prudentemente por evitar el ser víctima de ellos.

Margarita, que así se llamaba la buena señora, tenia una hija llamada Rosa, y á fuer de fieles historiadores, debemos confesar que la muchacha merecia el tal nombre, pues moza mas garrida jamas habia triscado por las colinas de Drontheim. Rosa era la niña mimada de la familia del mayordomo, y la tia Margarita solia repetir con tono fatídico y misterioso, que una gitana le habia vaticinado del modo mas solemne que Rosita llegaria á ser una gran señora. Este profético anuncio perseguia á la muger del mayordomo á manera de pesadilla, y usando de una lógica verdaderamente femenil, se habia formado el siguiente raciocinio.

,,El baron mi amo es un gran señor y no se ha casado; mi hija tampoco es casada; luego si se casa con mi amo será gran señora, y he aquí cumplido el vaticinio de la gitana. Y luego," añadia por conclusion, ,,hay quien diga que los gitanos no descubren el porvenir!"

Una vez fincada esta idea en el magin de la tia Margarita, vigilaba cuidadosamente las acciones del baron á quien juzgaba ya como propiedad suya, y no fué una de las ménos celosas en hacer comentarios sobre las misteriosas salidas de Emerich.

La enfermedad de éste vino á despertar mas y mas la curiosidad de la madre de Rosa, y estuvo acechando con ánsia la vuelta de Hacem. El Sarraceno era hombre de bien á carta cabal, y solamente adolecia de una aficion decidida al vino del Rhin, cosa, que á decir verdad, no se avenia muy bien con los preceptos del Koran. Margarita sabia el pié de que cojeaba; así es, que al salir del aposento de Emerich, le convidó á que echasen juntos un trago. Hacem condescendió como era de esperarse, mas la tia solamente pudo conseguir que le dijese adonde habia ido: en cuanto al objeto de su es-

pedicion se mantuvo firme á pesar de las repetidas libaciones que hizo al dios de la alegría.

Por último, se dirigió á su aposento con no muy segura planta, y la muger del mayordomo se quedó cavilando sobre lo que acababa de oir.

,,¡A la fuente de Detmold!" decia. ,,¿Qué tenia que hacer en la fuente de Detmold? Ya supongo lo que puede ser. Pero no, no se saldrán con la suya. Antes han de saber lo que es Margarita Schreyer."

III.

Ocho dias despues de las ocurrencias que acabamos de referir, salió el baron de Drontheim con direccion á la fuente de Detmold. Descansaba en la fidelidad de Hacem, y ni remotamente sospechaba que Margarita era poseedora, aunque á medias, de su secreto. Pasó la noche al lado de la doncella de la fuente, y el primer albor de la mañana les sorprendió renovando todavía sus juramentos de constancia y amor.

Emerich imprimió un beso de despedida en la tersa frente de la ninfa, y volvió al castillo. Al salir del bosque le pareció percibir un bulto que se deslizaba entre la sombra de los árboles; mas luego juzgó que habia sido una ilusion y siguió tranquilamente su camino.

Nuestros lectores habrán ya adivinado quién era el bulto. En efecto, Margarita llegó al castillo despues que el baron y se puso á meditar su plan de campaña. Habia oido toda la conversacion del caballero con la ninfa, y no pudo dejar de conocer que la prediccion de la gitana estaba á pique de salir errada; asi pues, lo primero que hizo fué divulgar que su amo estaba en relaciones con un demonio que se le aparecia en la fuente de Detmold en figura de muger; y en una conferencia que tuvo con el padre Ricardo, capellan del castillo, le sugirió la idea de anatematizar la fuente y exorcizar al baron.

El padre Ricardo era hombre prudente, y conoció que si acometia á Emerich *ex abrupto* con las armas de la Iglesia, se esponia á recibir una órden de marcha y perder de esta manera el pingüe y descansado empleo que ocupaba al lado del caballero de Drontheim. Valióse, pues, de medios suaves é indirectos para lograr su objeto; mas nada pudo sacar en limpio. Emerich le dijo con aspereza, que se ocupase en cosas del cielo, que esa era su mision, y que le dejase hacer lo que mejor le cumpliera, puesto que ni á mil padres Ricardos tenia él que dar cuenta de sus acciones.

Tal era el estado que guardaban las cosas en el castillo, cuando una noche la ninfa de Detmold esperaba con impaciencia á su fiel caballero. Se acercaba la hora de su llegada cuando vió á una jóven que con el cabello desceñido y bañada en lágrimas, se dirigia ácia ella. Su primer impulso fué ocultarse en las aguas de la fuente; mas el deseo de saber qué buscaba á aquella hora y en aquel sitio apartado la hizo permanecer.

La doncella se acercó y la dijo con voz interrumpida por los sollozos:

"¿Conocéis al baron Emerich de Drontheim?

"Le conozco," respondió la ninfa.

"Pues bien, escuchad," dijo la jóven. "Emerich es un traidor. Su desvío me habia causado un acerbo dolor; mas ahora que he sabido la causa de él, mi corazon no da cabida mas que al despecho. Me aseguran que en este lugar tiene entrevistas con una doncella de las cercanías. Decidme, por piedad, ¿es esto cierto? ¿Le habeis visto? ¿habeis escuchado aquí alguna vez su voz?"

Calló la incógnita, y la ninfa no pudo contener la efusion de su alma.

"¡Inmortalidad!" esclamó, "¡don fatal! ¿Por qué no me es dable dejar de existir en este instante? No temais, hermosa doncella, el infiel Emerich volverá á vuestros brazos."

El galope de un caballo se oyó en aquel momento y la jóven huyó despavorida.

"Mucho he dilatado, vida mia," dijo Emerich al apearse; "mas no ha dependido de mí. La muger de mi mayordomo está en agonía y....."

"Basta ya de falsedades," interrumpió la ninfa con airado acento. ¡Qué mal sienta la mentira en boca de un soldado de la cruz! Jamas hubiera yo tenido sospecha de vuestra lealtad; pero afortunadamente ya me he desengañado. De hoy en adelante no me volveréis á ver..... Adios!"

La ninfa se sumergió en su palacio de cristal, y Emerich con el corazon traspasado de dolor volvió á tomar el camino de Drontheim. Al dia siguiente salió del castillo acompañado de Hacem.

IV.

Muchos años se habian pasado. El musgo y la yedra cubrian las torres y muros del castillo de Drontheim, abandonado por sus habitantes, cuando una tarde al ponerse el sol, un anciano doblegado por la edad y el cansancio se dirigia á paso lento ácia la fuente de Detmold. Llegado que hubo á ella se sentó sobre un césped; y su respiracion entrecortada y sus desencajadas

facciones, daban clara muestra de que muy pocas horas le quedaban de vida.

Cuando recobró algun aliento, esclamó con débil voz:

"En vano he vagado por todo el universo. Mi pena no ha minorado. El infortunio ha surcado hondamente mis mejillas, y mi vigor me ha abandonado para siempre. Y tú, amada mia, ¿te conservas tan hermosa y tan lozana como en aquellos dias de ventura que jamas han de volver para mí?"

El anciano calló abrumado por el dolor. La ninfa oyó su lamento, y salió de su morada subterránea.

El moribundo lanzó un grito al verla. "¡Amada mia," dijo, "no te he sido infiel!" y espiró.

La ninfa recogió su cadáver é hizo que del sitio donde fué sepultado, brotase una hermosa flor azul, que todavía es llamada por los habitantes de las cercanías: NO ME OLVIDES.

AGUSTIN A. FRANCO.

México, Enero 29 de 1844.

BELLEZAS DE SHAKSPEARE.

Sein Ruhm wird auch in den folgenden Jahrhunderten fortfahren gewaltig anzuwachsen, wie eine von den Alpen herunterrollende Schneelawine.

Y su fama continuará aumentándose irresistiblemente en los futuros siglos, como la masa de hielo que el huracán derrumba de la cumbre de los Alpes.—A. W. Von Schlegel.

Encontramos á veces en la poesía lírica algunas composiciones sueltas de tan relevante mérito, que aun sin entrar en mas indagaciones, damos en medio de nuestra admiracion el título de poetas, digo mas, de grandes poetas, á aquellos que las escribieron. Otro tanto acontece en el género dramático, en el cual, un cuadro aislado que se entresaca de los demas que forman el conjunto, ó mas claro, una escena por sí sola puede contener primores de tal naturaleza, que por poco versado que uno esté en materias de buen gusto, no puede ménos de reparar que tal pintura precisamente ha sido concebida por un génio profundo, y trasladada al lienzo por una mano maestra.

Cuan importante sea escudriñar, analizar una por una las bellezas que encierran las inmortales obras de los grandes ingénios, despues de haber esperimentado el admirable efecto que en nuestra alma produce el todo de cada una de ellas, es una verdad tan manifiesta, que no perderemos el tiempo en inculcarla. Sí, nos será lícito decir, que semejante estudio sube al mas alto grado de interés cuando recae sobre un escritor, que como Shakspeare, ha dado tanto que meditar, tanto que escribir y aun que adivinar á los mas sabios críticos modernos, y cuyas inmensas concepciones, tan varias é inagotables como la naturaleza misma que las inspiró, darán materia abundantísima de estudio, no ya al presente siglo por mas analítico que se le suponga, sino tambien á las generaciones venideras. Bástenos, en suma, recordar que Goethe, *el poeta de la inteligencia*, ha dicho hablando de Shakspeare, ,,que una mente creadora no debia estudiar mas de una pieza suya cada año."

Traducida directamente del original inglés, presentamos hoy á los lectores una escena de aquellas en que el hombre que mas ha creado, segun Alejandro Dumas, se muestra mas inimitable y mas profundo conocedor del corazon humano. Es la pintura que el Lord Byron mismo temió bosquejar en su *Don Juan*, por temor de una comparacion; baste finalmente, anunciar, que es la escena del *Otelo*, en que el trágico inglés nos hace ver lo que son

LOS CELOS.

Recámara.—Desdémona durmiendo en la cama, una luz

Entra Otelo.

Otelo.—Esta es la causa, esta, ¡oh alma mia! Mi labio no os lo dirá, castas estrellas; pero sí es la causa. Con todo, yo no derramaré su san-

gre, ni haré una cicatriz en ese cuerpo mas blanco que la misma nieve, y que tan terso es y tan pulido, cual monumento de alabastro. (Depone la espada).—Pero ella debe morir, que si no, engañará á otros hombres.—Por ahora matemos esta luz, y luego.... luego apagaremos otra llama, la llama de una vida.—Si yo estingo la luz de esta lámpara flameante, y me duele de haberlo hecho, en mi mano está volverle á dar su brillo primitivo; mas si la tuya apago, ¡oh dechado de hermosura, en que naturaleza se excedió á sí misma! ignoro dónde encontraré aquel fuego que sirvió á Prometeo, con que yo pueda volverte la luz que te hubiere robado.—Si yo arranco esa rosa, no podré conseguir que viva y crezca; por fuerza ha de ponerse mustia y marchitarse.—Sorberé, pues, su aroma, miéntras que permanece unida al tallo. (La besa).—Oh! aliento embalsamado, bastante poderoso casi á persuadir á la justicia misma, que rompa la espada—uno mas.... otro todavía. Consérvate a sí despues de muerta, y entónces sí te arrebato la vida para volverte mi amor, un beso mas te doy, es el postrero. Beso tan dulce, jamas fué tan funesto.—Se me saltan las lágrimas: ¡hay lágrimas tan crueles!—Este dolor que siento, hace lo que el cielo, aquello que mas ama, aquello atierra.—Ya despierta.

Desdémona.—¿Quién está ahí—Otelo?

Otelo.—Ay, Desdémona.

Desd.—¿Deseais venir al lecho, señor?

Otelo.—¿Te has encomendado á Dios esta noche, Desdémona?

Desd.—¡Ah!—Señor!

Otelo.—Si allá en tu mente encuentras algun crímen que el cielo no te haya perdonado, —¡impetra su misericordia, luego, al punto!

Desd.—¡Ay de mi!--¿Qué me quereis decir, señor?

Otelo.--Hazlo, y se breve;--yo entretanto me estaré paseando.—No quiero, no, aniquilar tu espíritu desapercibido.

Desd.—¿De matar hablais, señor?

Otelo.—¡Ay de mí!—Sí tal.

Desd.—Pues no hay remedio.—Ten piedad de mi ¡oh Dios!

Otelo.—*¡Amén!*—De todo corazon lo digo.

Desd.—Si tales palabras pronunciais, yo espero que no me matareis.

Otelo.—¡Hum!

Desd.—Y sin embargo os temo, porque sois terrible siempre que vuestros ojos centellean, así, como ahora; mas ¿por qué he de temer? yo en mí no hallo culpa alguna;—á pesar de todo, me siento sobrecogida de terror.

Otelo.—Piensa ya en tus culpas.

Desd.—Mi única culpa es haberos amado.

Otelo.—¡Ay! que tienes de morir por ello!

Desd.—Es inhumano, es cruel, dar á alguien la muerte, tan solo porque ama.—¡Ay de mí! ¿por qué os mordeis el lábio? ¿qué sangrienta pasion hace temblar vuestras carnes?—Siniestros son á fé estos indicios, mas yo espero que á mí no me traen mal.

Otelo.—Sosiégate, y escúchame.

Desd.—Así lo haré, ¿qué quereis de mí?

Otelo.—Aquel pañuelo de que hacia yo tanto aprecio, y que te dí,--lo has presentado á Casio.

Desd.—Por vida mia que tal no hice, por mi salvacion lo juro. Haced llamar á ese hombre y preguntádselo.

Otelo.—Guárdate del perjurio, guárdate, alma cándida; haz cuenta que estás en tu atahud.

Desd.—Mas no para morir aún, lo espero. ¡Ay mísera de mí!

Otelo.—Sí, para morir, y en breve.—Así pues, confiesa abiertamente tu pecado, porque negar con juramento un solo ápice, mal puede oscurecer, mal puede destruir la evidencia que tengo de la verdad, de esa verdad que me hace dar gemidos.

Desd.—Entónces, ¡Dios mio, tened misericordia de mí!

Otelo.—Yo repito un *amén.*

Desd.—¿Vos mismo no os apiadais de mí?—Yo nunca os he ofendido, en mi vida, jamas amé yo á Casio; de ese culpable amor que el cielo reprueba, jamas le dí yo muestras.

Otelo.—¡Por Dios vivo!—Ese pañuelo mio, lo he visto yo en sus manos.—Ah! perjura muger! tú vuelves mi corazon en duro mármol, tú haces que lo que voy á ejecutar, me parezca á mí mismo asesinato, cuando lo juzgué expiacion y sacrificio.—En ageno poder he visto ese pañuelo.

Desd.—El lo tomó entónces, pues yo no se lo dí.—Venga, pues, y hable la verdad.

Otelo.—Ya la ha confesado.

Desd.—¿Pues qué dice? señor!

Otelo.—Lo que dice es: que tú le favoreces.

Desd.—¿Cómo asi? ilícitamente?

Otelo.—¡Ay Dios!

Desd.—No lo volverá á decir.

Otelo.—Claro es que no, pues ya su boca es muda. El buen Yago ha tomado al efecto sus medidas.—

Desd.—Fundado es mi temor.—¿Y qué ha muerto?

Otelo.—Si una vida en cada cabello hubiera tenido, otras tantas le habria arrancado mi venganza.—

Desd.—Vendido fué—¡ay Dios! y yo perdida.
Otelo.—¿Y te atreves á llorarle en mi presencia? aparta! infame!
Desd.—Desterradme de vos Señor, mas no me deis muerte.
Otelo.—A tierra! prostituta!
Desd.—Matadme mañana; dejadme la vida esta noche siquiera.
Otelo.—No.—Por mas que hagas—
Desd.—Tan solo una media hora.—
Otelo.—Demos fin á la duda.—
Desd.—Una oracion diré,—solo una.
Otelo.—Ya es muy tarde.— (la sofoca).

Nuestro caro amigo D. Ignacio Rodriguez Galvan, que al melancólico númen con que á Dios plugó dotarle, reunia un gusto finísimo y un criterio nada comun en materias literarias, es quien por mero pasatiempo estampó en una carta escrita muy de prisa las atinadas observaciones que siguen, sobre las bellezas que encierra la anterior escena. Tenemos un placer sumo en copiarlas aquí, aunque nos consta que son solamente algunas de las infinitas que en vista de la traduccion del original le ocurrieron, y que habria él amplificado con la atingencia que solia; pero que nosotros por respeto á su memoria, nos contentamos con reproducir sencillamente.

L. M. de C.

"Laroche dice: "Se abre la escena en medio del monólogo de Otelo; el poeta no nos da mas que su última parte. Estas palabras, *¡hé aquí la causa!* se refieren á alguna cosa dicha ántes. Es probable que Otelo se haya preguntado qué causa ha podido producir la inconstancia de su muger, y se detiene en la idea de que la causa es su color. ¡Hé aquí la causa! esclama entonces. Los comentadores se han fatigado en congeturas; creemos que nuestra esplicacion es la mas natural y sencilla." A lo que responde el comentador de nuevo cuño.—Otelo dice: "¡Hé aquí la causa, la causa oh alma mia! no la nombraré delante de vosotras, *castas* estrellas." Decir que un hombre es negro no ofende la castidad de nadie; ademas, me parece la idea demasiado frívola en este momento. Otelo no comienza por la mitad del monólogo, sino por donde debe comenzar; viene distraido, fija en la mente la idea de que va á quitar la vida á una muger que ama entrañablemente, lo cual se le hace muy duro; pero reflexiona que ella tiene la culpa habiendo cometido *adulterio*; y ¡esta es *la causa, oh alma mia!* y no tu ferocidad; la causa es, pues, el *adulterio* que no nombraré delante de vosotras, *castas* estrellas; por no ofender vuestro pudor,

"La presuncion de su siglo y la manía de pulirlo todo, indujo al célebre autor del *Abufar*, Ducis, á destrozar el Otelo. Comenzó por sustituir nombres *poéticos* á los *prosáicos* de Shakspeare, á Cassio le llamó Loredano, á Brabancio, Odalberto, á Desdémona, Hedelmone (Edelmira); á Emilia, Hermancia,* á Rodrigo, Pésaro, y arrancó el personage de *Yago*, que es, como dice Vigny, arrancar del Génesis la serpiente. Le pareció demasiado plebeyo un pañuelo y lo convirtió en diadema; en fin, convirtió al áspero africano Otelo en Monsieur Otelo, caballerito francés muy elegante en el decir, y muy ajustado á las reglas del buen tono. En el drama de Ducis que es el que se representa entre nosotros, llega Otelo con firmes intenciones de no matar á Edelmira, y concluye diciendo, que bueno será que él muera. Despierta la jóven sobresaltada diciendo: "¡Cielos! ¿qué es lo que veo? ¿sois vos, Otelo? y este responde friamente: "Calmaos, yo soy." ¡Qué diferencia de esto al original! Sigue una helada altercacion sobre la diadema y una carta; en fin, celos á la parisiense, y por fin la mata, despues que la otra se ha disculpado bastante, contándole una larga historia. Han sido desechados como de mal tono é indignos del coturno trágico, la *causa*, los besos, el terrible *amen*, los lábios *mordidos*, el *¡Hum!* etc. etc. etc. Porque, en efecto, figurémonos á un actor declamando en aquel consabido tono, y luego salir con *¡Hum!*. La sencillísima espresion: "¿Hablais de matar?—Deso hablo," está sustituida en la imitacion de Ducis, por: "Preparaos.—¿A qué?—Os lo dice este acero. (Ce fer doit vous instruire)" Aquí hay mas elegancia que en lo otro, no cabe duda. Quien desechó por rudo aquello, ¿cómo habia de llamar *prostituta* á Edelmira?"

"Así como los malos poetas tienen cierto aire de familia que nunca desmienten, los poetas gigantes lo tienen tambien. Calderon y Shakspeare, sin conocerse, coincidieron mas de una vez.—,,No quiero matarte sin que estés preparada; no quiero matar tu alma."—(Shakspeare) ,,Salva tu alma, que tu vida es imposible." (Calderon.—El médico de su honra).

(*) De intento no se podian haber elegido nombres mas impropios que los sustituidos por Ducis, pues todos son enteramente *góticos* aplicados á personages *venecianos*, al paso que los otros son lo que deben ser, nombres italianos.

L. M. de C.

REFLEXIONES

SOBRE EL COMPENDIO DE LA OBRA DE LORD KAMES, TITULADA:

ELEMENTOS DE CRITICA.

HACE algunos años, y cuando apénas habia entrado en la pubertad el que esto escribe, que la persona encargada entónces de su educacion, puso en sus manos la obra cuyo título va al frente de este artículo. La fuerte impresion que hizo en su ánimo, se ha ido fortaleciendo en lugar de desvanecerse desde aquella época; y testigo de la poca atencion que hasta aquí se ha puesto entre nosotros en un ramo tan importante de los conocimientos humanos, se atreve ahora á esponer acerca de él su humilde opinion, con la desconfianza que es natural á todo el que tiene muy bajo concepto de su capacidad.

Las ventajas de la crítica están fuera de toda duda, mas acaso no es muy conocido el alto grado á que pueden llegar.

Echemos una ojeada sobre nuestro método de enseñanza, y veremos que despues de gastar algunos años en estudiar lenguas, se verifica una transicion violenta, y el alumno se ve trasladado como por encantamento á la escabrosa y encumbrada senda de las ciencias abstractas. La cadena de la educacion se encuentra rota, y nos admiramos de la repugnancia y el hastío con que generalmente se ve el estudio de la filosofia, sin tratar de investigar cual pueda ser la causa. Jamas se ha buscado ese eslabon que falta y que es necesario suplir: y de esto dimana, en mi pobre concepto, la falta comparativa de verdaderos adelantamientos en la parte mas sublime de la educacion intelectual.

En la enseñanza de las artes vemos que el alumno es conducido paso á paso, y hay en los conocimientos que se le van impartiendo una verdadera gradacion. El dibujante no pasa á retratar las diversas facciones de la naturaleza, ántes de que haya aprendido á trazar con destreza las líneas con que ha de lograr trasladarlas fielmente al papel.

Si aplicamos este mismo principio al cultivo del entendimiento, veremos que esa gradacion se puede conseguir haciendo que el estudio de la crítica preceda al de la filosofia. No hay cosa que pueda prepararnos mejor para las investigaciones abstractas, que esa lógica encantadora que nos hace analizar las bellezas de la música, de la poesía, de la pintura. La práctica de raciocinar sobre asuntos tan agradables llega á ser un verdadero hábito; y una vez contraido este, los juicios que formamos son mas sólidos, la facultad de raciocinar adquiere vigor, y nos encontramos en aptitud de pasar á investigaciones de un órden mas elevado.

Al comparar los raciocinios metafisicos y matemáticos con los que formamos por medio de la crítica, veremos que la balanza se inclina del lado de estos últimos. Aquellos no tienen por objeto mejorar el trato de sociedad, ni son tampoco aplicables á los negocios comunes de la vida; en tanto que estos nos suministran materia útil y grata para la conversacion, y al mismo tiempo nos proporcionan medios de portarnos con dignidad y propiedad en el cuerpo social.

La crítica no solamente mejora el entendimiento: su influencia se estiende hasta el corazon. Prolijo seria por cierto enumerar todos los bienes que nos acarrea un gusto bien formado y ageno del objeto que se ha propuesto el autor de estas reflexiones: él no trata de escribir una disertacion sobre la crítica; quiere puramente recomendar la obra de Kames, íntimamente convencido de que si se introdujera su estudio en los colegios de la república, el resultado seria tan provechoso para los alumnos, como grato para todo verdadero amante de su patria.

Los „Elementos de Crítica" están escritos en un estilo luminoso y con una rectitud de juicio, que son verdaderamente admirables. Una diccion pura y castiza, un modo filosófico de tratar las cuestiones, un método fácil y sencillo, un gusto fino y delicado, tales son las prendas que mas brillan en la obra de Lord Kames. Su li-

bro es uno de aquellos que nos encantan, al par que nos instruyen, y puede asegurarse sin temor de errar, que la lectura de una sola de sus páginas basta para comunicar ideas tan útiles como nuevas.

El único obstáculo que pudiera oponerse á la adopcion de los "Elementos de crítica" en nuestros colegios, es el de no estar traducidos. Parece débil á primera vista; mas es preciso confesar que no lo es en realidad. Kames era ingles, y adaptó su obra á sus compatriotas. Así es que á pesar de que usa ejemplos en otras lenguas, la mayor parte está tomada de los escritos de sus paisanos. El menos entendido conocerá que al tratarse de introducir esta obra en un pais donde se habla la lengua castellana, el traductor debe esforzarse en presentar ejemplos de escritores españoles. Esta tarea es tan laboriosa como dificil, y á ella se reune la necesidad de alterar en algunas partes el testo original.

Sin embargo, este inconveniente no es tal que sea imposible superarlo. ¿Qué proporcion guarda lo penoso del trabajo, con las incalculables ventajas que de él deben resultar? ¿Y qué mas digna recompensa para el que emprenda ese trabajo, que la dulce satisfaccion de haber añadido una columna al vasto edificio de nuestra enseñanza general?

No faltará quien quiera que se introduzcan mas bien las *Lecciones* de Blair, que no los Elementos de Kames. La respuesta es fácil: la obra de Blair, reune á su volúmen el defecto de estar mal traducida; y si se insta diciendo que existe un compendio de ella, bastará recorrer las páginas de esto para convencerse de su insuficiencia, y del poco tino con que fué formado. No sucede esto respecto de la obra de Lord Kames. Jamieson publicó de ella en Lóndres el año de 1823, un excelente compendio, y el que Frost dió á luz en los Estados-Unidos, es preferible á este por varias razones, y en particular porque contiene una serie de preguntas al fin de cada Leccion.

Pero baste por ahora. Acaso en lo de adelante se encargará el Liceo de tratar con mas estension un punto de tanta importancia.

AGUSTIN A. FRANCO.

DIA NUBLADO.

En vano desde la aurora
Volví al Oriente mis ojos,
De un sol de invierno esperando
Los resplandores dudosos.

No ví las tintas de grana,
Ni los celages de oro
Que en pliegues de luz y sombra,
En ondas de azul y de ópalo,

Flotan sobre el sol naciente,
Como pabellones rojos
Sobre la cuna tranquila
De un monarca niño y blondo;

Ni la ráfaga que toca
Del astro al trémulo globo,
Y lentamente se aparta
Despues de ceñirle en torno:—

¡Beso y abrazo de madre
Al hijo inocente y mozo,
Cuando del hogar paterno
Parte á paises remotos!—

Ví solo á la sombra oscura
Desde el horizonte lóbrego
Guiar sus pasos de niebla
Por el firmamento todo.

Ví á las cenicientas nubes,
Desplegar su espeso toldo,
Correr, juntarse y formar
Nubarron inmenso y solo,

Que bajando hácia la tierra
Negro, triste y silencioso,
Parecer al cielo hacia
Mas cercano de nosotros.

El aire pasaba frio
Por los árboles del soto,
Que sin hojas en la ramas,
Crujian con rumor sordo:

Los flacos miembros desnudos
De algun mendigo andrajoso,
A su contacto de hielo
Se entumecian; y atónitos,

Con el plumage erizado,
Los pájaros melancólicos
Medio dormidos temblaban
En los huecos de los troncos.

Junta el pastor taciturno
Bajo de un árbol añoso,
El rebaño que pacia
Por el ya desnudo soto;

Y el labrador entregado
A triste, estéril reposo,
De su cabaña en la puerta
Medita tranquilo y solo.

La altiva ciudad levanta,
Cual mil brazos de un coloso,
Las cúpulas y torreones
De sus edificios góticos.

Dejad que en su centro abunden
Placeres que dan sonrojo....
¡Tambien el silencio reina
De esos palacios en torno!

Mas ya escasas gotas frias
A una ráfaga del noto,
Caen en el pavimento
Con triste rumor sonoro.

Pasa la ráfaga al punto,
Y una llovizna de pronto
En hilos imperceptibles
Desciende hasta el seco polvo:

Sutil, helada, continua,
De la tierra á lo mas hondo,
Del cuerpo á lo mas interno
Lleva su glacial encono;

Y la sensacion que causa
Tenaz azotando el rostro,
Reproduce y multiplica
Su frio en los miembros todos.

¡Así un desengaño crudo
Hiere el corazon, y ronco
Halla un eco prolongado
Del alma en lo mas recóndito!

Las horas calladas cruzan
Bajo el cielo nebuloso,
Como fantasmas del aire
Por las noches del otoño.

Sus tardos pasos publican
Solo en los bronces sonoros,
Que en las torres de los templos
Vibran con ecos medrosos.

Pero pasan invisibles,
Como por el mundo loco
Pasa la virtud modesta
Bajo de su trage propio.

Sobre sus alas el dia
Corre hácia el poniente próximo;
Y cuando toca su frente
De la noche el dedo lóbrego,

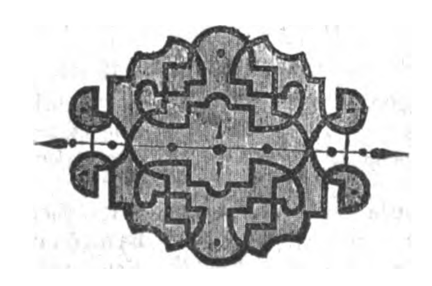
Cae en pedazos en ella,
De sus fauces á lo hondo,
Como en popular tumulto
Los despedazados tronos;

Y así perece ese dia
Sin sol, sin colores, como
En infecundo cerebro
Un pensamiento grandioso.

Dia nublado es la vida,
Su llúvia el humano lloro,
Y el frio del desengaño
Hiela el ardor mas fogoso:

Dia nublado que cae
Con sus goces ilusorios,
En la noche de un sepulcro
Pobre ó rico; pero hediondo!

Diciembre 25 de 1843.—C. Collado.



BIBLIOGRAFIA.

MANUAL DE URBANIDAD

POR

EL EXMO. SR. D. MANUEL DIEZ DE BONILLA.

,,Tout homme est capable de faire du bien à un homme; mais c'est ressembler aux dieux que de contribuer au bonheur d'une société entière."

MONTESQUIEU.

El Exmo. Sr. D. Manuel Diez de Bonilla, ex-ministro plenipotenciario cerca de la Silla Apostólica, nuestro digno colaborador, habiendo regresado de Europa con un regular caudal de conocimientos científicos, por haber estudiado durante su mision diplomática las mejores obras que sobre diversas materias se han publicado en aquel continente, y haber tratado intimamente á muchos de los sabios que en ella figuran; habiendo, pues, regresado á su patria, y deseoso de cuantas mejoras pueda proporcionarle, se ha propuesto publicar varias obras políticas, diplomáticas y morales, ya originales ya traducidas, para ofrecer esta utilidad á su pais.

La obra inédita que hoy anunciamos con el modesto título de ,,*Manual de Urbanidad*," contiene infinidad de preceptos morales presentados con una amenidad nada comun en obras de esta clase. Matizada con multitud de anécdotas interesantes, de trozos de poesía traducidos de varios autores estrangeros, así como de españoles y aun del mismo autor, y escrita en un estilo fluido y hermoso, pronosticamos á esta obrita una popularidad estraordinaria.

Los padres de familia agradecerán á su autor el ímprobo é interesante trabajo que se ha tomado para morigerar á la juventud mexicana, y por otra parte estamos seguros de que mas de diez cuadragenarios leerán este *Manual* con sumo interés, y lo tomarán por espejo.

Consideramos inoportuno hacer el análisis de una obra que dentro de algunos meses debe sujetarse al juicio de los mexicanos, pues el manuscrito se va á remitir á Paris para su impresion; mas entre tanto la anunciamos á nuestros suscritores con la mas grata satisfaccion, suplicándoles, para cuando la lean, observen que hemos sido parcos en los elogios que ella merece.

Hemos podido conseguir una copia de la *Introduccion* á la citada obra, y la insertamos para que nuestros lectores puedan formar una corta idea de su mérito.—RR.

INTRODUCCION.

Nace á veces entre espinas un fruto salvage, amargo é insípido al paladar; pero que la cultura ó el ingerto lo convierten en dulce y de buen sabor: esta es la imágen de la *civilizacion*.

El hombre por su naturaleza grosero, personal y semibárbaro, se pule, humaniza y ennoblece bajo el influjo de la razon social, á la manera que el metal suelta la herrumbre bajo la accion del pulimento.

Son principios de la razon social:

1.° Ejercer los propios derechos con el menor desagrado de las demas personas.

2.° Respetar los suyos, aun cuando pudieran sernos dañosos.

3.° Reconocer su mérito, aunque proceda de nuestros enemigos.

4.° No causarles mal, sin justo motivo ó legítima autorizacion.

5.° Promover su bien, aun con sacrificio del nuestro.

6.° Renunciar á resentimientos del momento, que producirian disgustos futuros mayores.

7.° Sacrificar las afecciones personales al interés público.

8.° Lograr la mayor ventaja pública con el menor perjuicio de los miembros de la sociedad.

La civilizacion consiste, pues, *en los triunfos que obtienen los principios de la razon social sobre los impulsos desordenados de la naturaleza.* Así, por ejemplo, la naturaleza irritada nos impele á destruir al enemigo, aun cuando no pueda dañarnos; mas al contrario, nos ordena la razon, no hacerle aquel mal que seria inútil á nuestra defensa.

Los *motivos* por que deben seguirse los principios de la razon social son los siguientes.

1.° El placer que se gusta en hacer bien á otros, ó libertarlos de males.

2.° Los servicios que podemos prometernos de aquellos á quienes beneficiamos.

3.° La estimacion pública que corona á los hombres benévolos.

4.° Los cargos y honores que debemos esperar de los gobiernos sabios.

5.° Las recompensas religiosas ofrecidas á los que hacen bien al prójimo.

La *Urbanidad* es un ramo de la civilizacion: consiste en *el arte de acomodar la persona y las acciones, los sentimientos y el discurso, de forma que contentemos á los demas de nosotros y de sí mismos, ó bien adquirirnos su estimacion y afecto dentro de los límites de lo justo y de lo honesto, ó lo que es lo mismo, de la razon social.*

Así como un terreno no es posible embellecerlo, haciendo nacer flores escogidas y multiplicadas con todo género de cultivo, de la misma suerte no se puede producir en el ánimo ageno la estimacion y afecto hácia nosotros, con toda clase de medios.

La urbanidad no es, pues, un *ceremonial de convencion* como han opinado muchos: sus preceptos no se atienen á los caprichos variables del uso y de la moda, sino que dependen de los sentimientos del corazon humano, los cuales son de todos tiempos y lugares. De esta proposicion salta á la vista la verdad por la que se reconoce, cuando se ponen en balanza los motivos, por que ciertos actos merecen alabanza de pulidos, y otros, por descorteses, son condenados. Aun el campesino, por ejemplo, se apresura á levantar la moneda ú otro objeto que se ha escapado de la mano, y se inclina para ahorrarnos la *incomodidad* que él se toma; lo que es *un ahorro de pena en la ejecucion de un deseo;* y tal ahorro no es hijo de una convencion establecida, sino de la índole de nuestras propias facultades. Hasta en el teatro, cuando los espectadores de atras piden á los de delante que se quiten el sombrero, ¿lo hacen acaso por una precedente convencion? No, ciertamente, sino porque el deseo de participar del comun espectáculo es racional y legítimo, como lo es el principio de que el placer de la mayoría no debe ser destruido por el de la minoría, ni aun rebajado.

En el código de la urbanidad hay, es cierto, algunas prácticas arbitrarias y convencionales, como las hay en los códigos civiles; pero la mayor parte de los preceptos se dirige á economizar sensaciones incómodas ó memorias aflictivas, y producir ideas halagüeñas ó placeres morales. Puede mirarse como convencional, por ejemplo, el uso europeo, por el cual, para evitar disputas, se concede el derecho de dejar la banqueta ó acera al que lleva la derecha hácia la pared; pues que con igual razon podia acordarse esta preferencia á la izquierda. Empero esta convencion está sujeta á la ley de la comodidad ó incomodidad. En efecto, andando á caballo con una persona mas merecedora, pide la convencion que se le deje la derecha, poniéndose uno un poco mas atras; mas en el caso de que el paso sea resbaladizo ó pedregoso á la derecha, debe cambiarse de lugar; y si el viento arrojase el polvo que levanta nuestro caballo, contra nuestro compañero, entónces, en vez de quedarnos atras, nos pondriamos por delante. Por igual razon seremos los primeros en buscar el vado de un rio y pasarlo, tanto para servir de guia al compañero, como para no rociarlo de agua ó fango. Se vé frecuentemente ceder la convencion á la comodidad hasta en los mismos usos de los carreteros, cocheros y postillones. Un coche, por ejemplo, que está aguardando á ser cargado ó descargado, aunque tenga la pared á la izquierda, obliga á los que van y vienen á separarse de la línea, y tal vez á retroceder, porque si aquel hubiera de moverse cada vez que otro llegase, se haria acaso imposible la carga ó la descarga.

Si la urbanidad se redujera á prácticas arbitrarias y convencionales, resultarian de aquí varios inconvenientes; porque 1.° Perderia la urbanidad algunos grados de aprecio; 2.° Seria mas difícil para uno retenerse y ajustarse á un buen órden; 3.° Resultarian dudas á cada nueva combinacion de cosas; 4.° Faltarian las normas para juzgar los usos y costumbres.

Es claro, por lo espuesto, que la urbanidad, considerada en su objeto y medios, no difiere de la moral, sino en *la gradacion*. Quien dá, por ejemplo, un vaso de agua á un sediento, hace un acto de misericordia; y quien presta la llave de su palco al que desea asistir á una representacion teatral, ejecuta un acto de urbanidad. En uno y otro caso hay *cesacion de un dolor, ó satisfaccion de una necesidad;* y este dolor cesado es lo que constituye el mérito principal de la accion. En el primer caso hay un dolor mas fuerte que en el segundo; pero ya se sabe que el mas y el ménos no mudan la especie. Uno que me niega veinte pesetas que me debe, es acusado de injusticia, porque me priva de los placeres que podia procurarme con esa cantidad; pero si escribiese, sin un motivo poderoso, cinco gruesas cartas á un hombre pobre, obligándole á pagar cuatro pesetas por cada una, de manera que el daño que resintiera subiese á cinco pesos, todos lo tacharian de indiscrecion é inurbanidad, no por convencion, sino por el indicado daño, que es igual en uno y otro caso, ó tal vez suele ser mayor en el segundo, pues que *el desplacer de desembolsar, en circunstancias iguales, es mayor que el de no recibir.*

Las virtudes vencen en grandeza, ó por mejor decir en peso, á la urbanidad; pero esta las vence en la frecuencia de sus actos. No es posible, ni á todos ni siempre, el ser generoso; pero siempre y á todos es posible ser urbanos.

Muchas veces al dia se renueva la ocasion de ejercer modos nobles y atentos, de suerte que la frecuencia suple á la importancia. En suma, la urbanidad es la flor de la moral, la gracia que la embellece, el color que la hace amable y amena. Un escritor muy recomendable ha dicho, mas poética que filosóficamente, que las reglas de la urbanidad no son fijas como los preceptos dados por Dios sobre el Sinai, y que cada nacion y en cada tiempo se pueden adoptar las que parezcan mas convenientes. Si la moral es hija de esos preceptos, y si la afinidad, como se ha visto, es tan grande entre ella y la urbanidad, tan ciertos son para todo el género humano los principios esenciales de la una como los de la otra, y pueden servir los primeros como piedra de toque para calificar la bondad aquilatada de los segundos.

Es preciso confesar que la urbanidad no siempre se presenta abrazada con la moral, y el hombre mas cortés no es siempre el mas morigerado. El pueblo chino se dice que es el mas ceremonioso, y al mismo tiempo se cree el mas falso de los que pueblan la tierra; y sin ir hasta la China, cada uno advierte en los caballeros de la industria las maneras mas nobles y los mas agraciados cumplimientos para alhagar el amor propio de las personas que quieren chasquear. Por esto, acaso, ha dicho un célebre autor, que *la urbanidad no es sino el arte de engañarse á sí mismo por el aparente sacrificio de la voluntad propia á la agena, de manera que no es raro el que los hombres mas urbanos sean los mas pérfidos.* A cuyas razones puédese contestar con las reflexiones siguientes.

1.° Una hermosa pintura puede subsistir sobre una pared delesnable y ruinosa; mas esta combinacion de cosas ¿disminuye el mérito general de la pintura? La moneda falsa que aparece en el mercado ¿destruye acaso la necesidad y utilidad de la legítima? Porque la víbora se esconde á veces entre las flores ¿dejaremos de dar á estas todo nuestro aprecio? Despojándonos de los modales corteses, y revistiéndonos con la apariencia ó realidad de la ordinariez y grosería ¿nos alejamos de la perfidia? ¿Se hace un vicio ménos nocivo á medida que se muestra con mayor descaro é impudencia?

2.° Hay muchos de nuestros sentimientos que si se hacen manifiestos, *ofenden á los circunstantes, ó nos hacemos objeto de su murmuracion:* el arte que nos enseña á encubrirlos, ¿no será muy estimable? En efecto, muchos litigios que dividen las familias, tantos odios que abrigan en su pecho los ciudadanos, la mayor parte de los duelos que acaecen diariamente, no reconocen otro orígen que un dicho ofensivo, un acto descortés, ó un simple mal modo. Pues sea que se corten estos actos con un ánimo sincero ó fingido, será siempre indudable que con huirlos nos libertamos de los indicados males. Poca aprobacion merece el uso de los Espartanos que acostumbraban á los jóvenes á llevar las manos guardadas dentro de la túnica; mas cierto es que esta habitud refrenaba los puños, cuando la cólera inflamaba su ánimo.

3.° La mayor parte de los hombres no conciben una alta idea de sus semejantes, sino por los modos esteriores.

Siempre por la apariencia juzga el mundo.

Por tanto, jamas se presentará el verdadero mérito tal como es, si se reviste de una áspera corteza y se desnuda de toda flor de urbanidad. Una muger hermosa, pero sin garbo, grosera y villana, interesa mucho ménos que una que no lo es tanto, pero sí afable y atenta. Por esto los poetas representan á Vénus, acompañada de las gracias, dándonos con ello á enten-

der, que la misma belleza no puede pasar sin ellas; porque en efecto, se puede ser bello solo de una manera; pero agraciado de mil.

4.° Tal es hoy de desdeñosa la índole de la opinion pública, que con mas frecuencia perdona un vicio que una indecencia; y por esto las maneras, el discurso, el aire, el continente, los gestos grotescos é inurbanos, ademas de acarrear el título de despreciables á los que los usan, son tal vez la única causa porque tales personas no son admitidas á una concurrencia de esparcimiento y agrado, ó no es aceptada su compañía para un viage, ó se les escluye de una tertulia, y quizá hasta de una asociacion mercantil ó industrial, de que pudiera sacarse grande provecho y utilidad. Por tal motivo, cualquiera que pide un favor suele hacer uso de maneras nobles y atentas, con que se quita á la mala voluntad del que es rogado el pretesto de falta de gallardía y miramiento: y en general, la virtud misma indispone los ánimos en su contra, cuando se viste de una apariencia agreste y salvage.

5.° Nuestra urbanidad sirve no pocas veces de estímulo á otros para ser mas honestos de lo que quisieran naturalmente aparecer. El mismo delito, por una especie de pudor, que le sirve de conciencia, no osa desmentir las virtudes que se le atribuyen: asi, cuando digo á alguno, por ejemplo: *me fio en vuestra honradez*, suscito en su ánimo un sentimiento agradable, que en igualdad de circunstancias, disminuye en él la gana de hacerme traicion. El respeto esterior es una barrera que puede oponerse con buen resultado á una familiaridad perniciosa.

Su decoro es un freno,
Al hombre mas osado.

6.° Finalmente, ninguno está exento de defectos; y bien, disimulando, *cuando conviene*, los agenos, logramos se disimulen los nuestros, y el arte de disimular oportunamente es un ramo de la urbanidad.

En suma, el deseo de hacer á otros contentos de sí mismos y de nosotros, cebando, sin faltar á lo justo, su amor propio, y, con mas razon, absteniéndonos de agriarlo indebidamente, nos procura su estimacion y afecto; es decir, que con un corto capital, logramos una fuerte ganancia.

Pero como es mas fácil hacer reverencias, que sacrificios; dar buena actitud á la cabeza y al cuerpo, que cultivar los afectos del ánimo; ser profusos en protestas vacias de sentido, que prontos á ejecutarlas; no es estraño que muchos hagan consistir la urbanidad comun en solo los actos esteriores; de suerte que crean que la máscara sea buen remedio para la fealdad porque la esconde algunos momentos. Leyes y reglamentos se dan en muchas partes para ordenar las mas pequeñas acciones, las fórmulas del discurso, la especie de reverencias y su número, las preguntas y respuestas, los movimientos é inclinaciones que deben hacerse á cada persona y en cada instante del dia; con lo cual se priva de un tiempo precioso, que seria mejor empleado en el ejercicio de las virtudes sociales, y evitar que, en vez de personas decorosas y atentas, se las vuelva cómicamente ceremoniosas y ridículas. En general, la escrupolosa atencion á fruslerías, pequeñeces y frivolidades, y á los demas actos indiferentes socialmente, comprimo el espíritu, ofusca el juicio, y hace olvidar al hombre sus deberes mas esenciales.

Bastará decir dos palabras sobre aquella parte de la urbanidad que se refiere al aseo y compostura de la persona, para recordar los vínculos que la ligan á la moral. Nadie ignora al presente que la limpieza sirve de escudo á la salud, y es capaz de librarnos de mil especies de males. Así, por ejemplo, no se picará tan prontamente la dentadura al que tiene el hábito de lavársela cada mañana; se reprime el desarrollo de muchas enfermedades cutáneas con el uso de lienzos limpios en la cama y en nuestro interior: no se vicia el órgano de la respiracion con el aire infecto de la noche, cuando se tienen las habitaciones secas y limpias de toda suciedad; y en suma, todos los preceptos de la Higiene nos prolongan el bienestar y la vida. Pues bien, la limpieza, conservando nuestras fuerzas físicas, nos habilita para ejecutar los deberes sociales y ser útiles á los demas; miéntras que el desaseo, destruyéndolos, vuelve incómoda y gravosa nuestra existencia á la sociedad. Anudando secretamente la idea de la limpieza á la de la salud, se prepara el alma al ejercicio de muchas virtudes; y por esto Cook se persuadia de que el hombre á quien desde temprano se inspiraba el gusto por el aseo, con el tiempo se hacia mas sobrio, mas reglado y mas activo para desempeñar las propias obligaciones. Y realmente, el solo hábito de la limpieza física nos indispone contra el gloton que ensucia el pavimento y las paredes con sus manjares indigestos, ó contra el ébrio que como un animal, yace revuelto en el fango. La sola sociedad de los burdeles y las asquerosas enfermedades que se contraen por quien los frecuenta, pueden bastar muchas veces pa-

ra huirlos con horror; y la atencion á desviar objetos que difunden malos olores, quita del medio muchas ocasiones de litigios, y mantiene la paz entre la vecindad. Difícil es formarse favorable idea de la salud y hábitos sociales de nuestros mayores, cuando se ve repetida en tantos estatutos la órden de tener cerradas las cloacas. La necesidad de recomendar este deber á los habitantes, prueba en ellos la ninguna atencion que ponian á las causas insalubres y su total indiferencia á las incomodidades de otros. Por esto se difundian tan rápidamente las enfermedades contagiosas en los siglos pasados, y los descuidos privados se hacian fatales á toda una nacion.

La filosofía, recomendando la salubridad en los hospitales, la cuarentena en los puertos, la desecacion de los pantanos, la necesidad de alejar los cadáveres de los templos, los arrozerales de las ciudades, las fábricas insalubres en los centros poblados, inventando máquinas y métodos para desinfeccionar el aire de los barcos, cárceles y hospicios, ha logrado libertar á los paises civilizados de la lepra, de la peste y de tantos contagios que tan frecuentes y grandes estragos causaban en tiempos pasados. Ella puede gloriarse de haber mejorado la salubridad pública, destruyendo tantas causas perniciosas y *adelantado la moral, obligándose á mirar los males agenos como propios.*

Para no dejar incompleto el argumento de este escrito, no se ha descuidado tocar aquella parte de los actos esteriores que mas generalmente incomodan y desagradan; procurando para no recargar demasiado la memoria con el fárrago de menudos preceptos, demostrar que *la libertad de nuestros actos esternos debe cesar desde el punto en que comienzan á privarnos de la estimacion y afecto de otros.* Pero esta es la mas pequeña parte de la presente obrilla, que se dirige principalmente á ennoblecer los afectos del ánimo.

Cuanto tiene de fácil reunir materiales para construir un edificio, otro tanto es difícil hacerlo completo, cómodo, seguro, placentero y elegante. Por igual motivo, miéntras pululan cada dia tantas obras de moral con que se rellenan las librerías, son muy pocas las que no se nos caen de la mano á su primera ó segunda lectura. Acaso el fondo de su asunto no está esclarecido con ninguna idea de órden, de modo que en vano se fatiga la mente del lector para concebir sus partes: acaso las frecuentes repeticiones y la profusion de palabras hacen desagradable y mas evidente la escasez de los principios: generalmente se nos indica á *la naturaleza* como absoluta legisladora, sin que se nos esplique claramente lo que sea, ó se interpretan caprichosamente sus oráculos. Los lazos que debe imponer la moral á los afectos, indisponen por sí mismos nuestros ánimos, y si una severidad importuna viene á derramar sus espinas, fallece todo deseo de virtud; fuera de que la moral no puede presentar máximas al lector que lo estimulen con la apariencia de la novedad.

Por tales consideraciones, se ha procurado amenizar el argumento con algunos trozos históricos, para que el placer de su lectura y la utilidad puesta en evidencia por los hechos, hagan agradables á la juventud las máximas que de ella resultan, y se liguen las unas á los otros en su memoria con los mas estrechos vínculos.

Ademas, presentando los usos de varias naciones relativamente á la urbanidad, se ha pensado dar, por decirlo así, mayor estension al juicio de los jóvenes, y quitarles de la mente la falsa y natural suposicion de que todo el resto del globo se asemeja al pais que habitan, y que ha hecho como un proverbio nuestro vulgar el dicho de que *todo el mundo es Popayan*, ó como en mejor version decia, en Virgilio, Titiro á Melibeo.

Aquella ciudad que Roma es nombrada,
La juzgué, yo necio, tal como la nuestra,
Donde los Pastores tenemos en guarda
La nacencia pingüe de nuestras corderas
. . . .
. . . .
Así á cosas grandes algunos comparan
Las que son pequeñas y de poca cuenta.

En consecuencia de esta suposicion, los jóvenes difícilmente se pliegan ó ejercen con torpeza aquellas combinaciones sociales diversas de las que les han sido familiares en los primeros años de su vida. Al contrario, cuando conocen los varios usos, hábitos y costumbres de los pueblos, no se hallan tan espuestos á la ridícula presuncion de la ignorancia, á tantas sorpresas estúpidas, ni tan fácilmente se dejan imponer por las apariencias, ni se fatigan en adoptar los modales mas conformes á los gustos de las personas con quienes llevan un trato mas frecuente.

Parece, en efecto, que no se debe enseñar á los jóvenes *el esqueleto de esta ó la otra historia*, sino *el estracto de muchas historias*, ó bien *la union de muchos hechos análogos*, de donde proceden sublimes y luminosos principios, y resplandecen sobre una larga série de fenómenos.



EL SAC.

Con estrañeza habrán visto los suscritores masculinos del Liceo, que ni una sola línea nos han merecido hasta la fecha, por lo tocante á modas. Un proceder tan indigno debe haber exitado su justo enojo; mas nosotros que tratamos de cohonestar todos los intereses, vamos á satisfacer una deuda tan sagrada. Hay mas; este artículo no entra en cuenta, y al cabo del mes presentaremos la estampa y descripcion correspondientes, sin darnos por entendidos del regalo que ahora hacemos á nuestros barbudos suscritores.

¡Hijos de la generacion floreciente del siglo XIX! ¡Lechuguinos *inocentes* que pasais los dias de vuestra mision sobre la tierra, arreglándoos el nudo de la corbata! ¡Venid y contemplad el místico figurin que va á la cabeza de este artículo! ¡Miradle con atencion; su forma os revela una de las invenciones mas profundas del arte *sartórico*, y al mismo tiempo es vuestro símbolo el mas perfecto!

Miradle con atencion,
Petimetres perfumados,
Y admirad entusiasmados
Esa sublime invencion.
Miradle bien la cabeza,
Y notaréis con asombro
Que de la frente hasta el hombro
Todo es borrical flaqueza.

¡Qué mala salió esa última redondilla! Lo de *borrical flaqueza*, se conoce que vino á hacer solamente una visita (y muy fuera de lugar) al primer verso que concluye con *cabeza*. Ya se ve, con razon decia el buen Arriaza:

Y si el terceto ha de acabar en *bronce*
Consonante ha ser *Alonso Ponce*.

Pero dejemos eso y vamos al asunto principal. ¿Veis ese apuesto doncel, que abotonado hasta la nuca, y con el baston metido en la faltriquera á guisa de palo mayor de buque, se pavonea y marcha impertérrito mirando á todos lados y mendigando aplausos? Pues bien; ese... ese es lo que llaman vulgarmente un elegante.

¿Sabeis lo que quiere decir un elegante? Un individuo anfibio en lo moral, una máquina que solo se mueve por el impulso que recibe de los sastres y peluqueros, un autómata, un...... ¡Dios ponga tiento en mis lábios! Disimulad mi cólera, lectores mios; el trage que representa esa viñeta, me ha causado un derrame de bilis. Ese trage se llama SAC. Ese trage es el mas desairado, el mas feo, el mas prosáico y el mas *caro* de cuantos se pueden imaginar. Decidme, ¿qué figura mas triste puede darse que la de un hombre envainado en un *Sac?* En vano se busca en él un talle, un rasgo de la humana naturaleza; todo lo envuelve el *Sac*, con su fatídico capuz.

Ganas me dan de decirle á un petimetre cuando lo encuentro con esa desgraciada vestidura:

Ah, Dandy, Dandy, quod te *Sac* cepit?

Aquí llegaba mi filípica contra los *Sacs* cuanmi mozo me avisó que el diestro sacerdote de la moda, Mr. Cussac, me esperaba en la antesala. Salí á verle, y se entabló entre nosotros el diálogo siguiente.

"Mr. Cussac, ¿qué buenos vientos traen á V. por acá?"

"Vengo á entregarle á V. el *Sac* que me mandó hacer."

"*Heu pietas, heu prisca fides!* dije para mi coleto. "Invectivas contra los *Sacs*, ¿adónde habeis volado?"

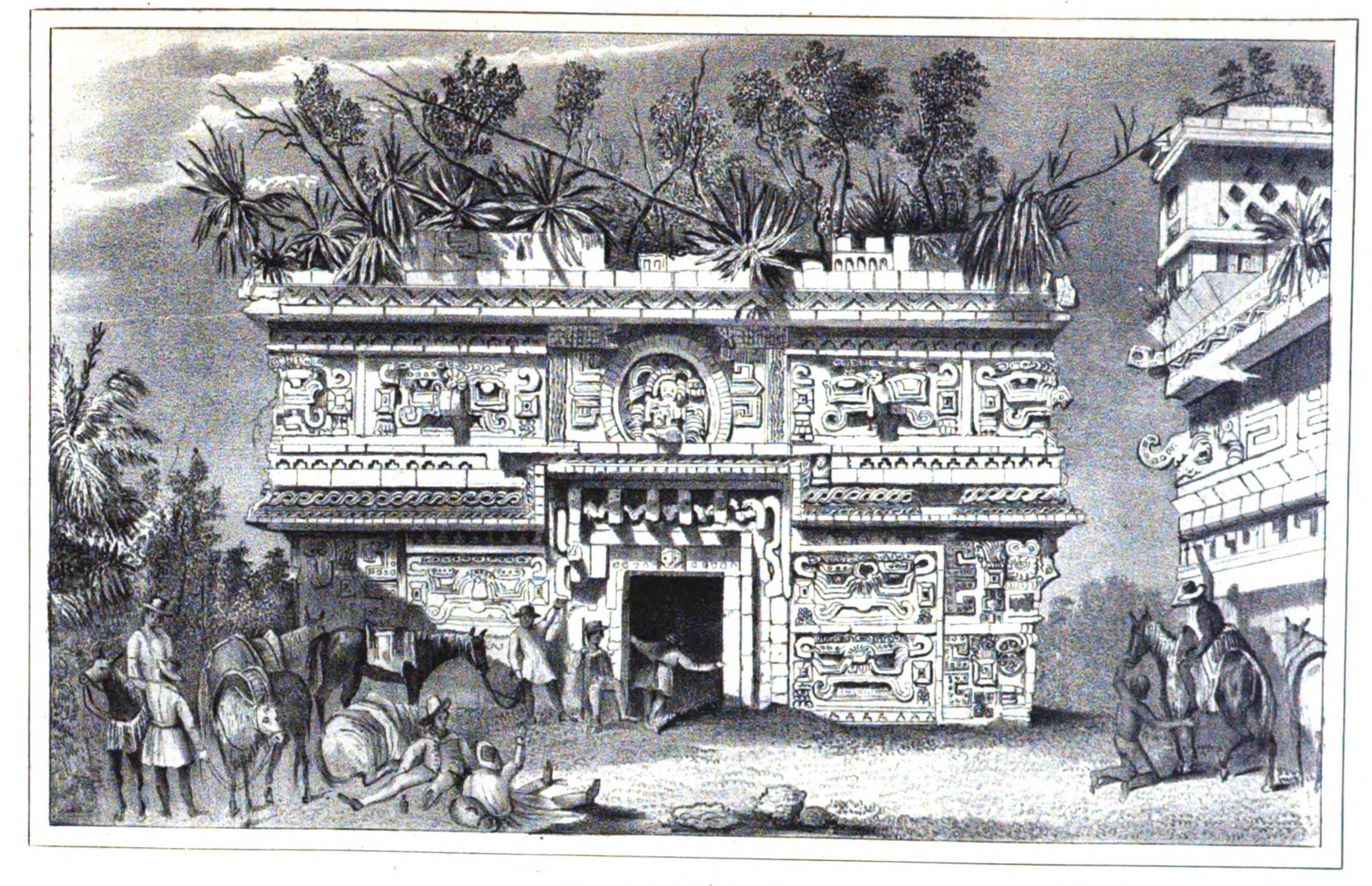
Admiré, como era debido, la maestría de Mr. Cussac en el desempeño de la obra que le habia encargado, y se despidió.

En la tarde de ese mismo dia tenia yo que salir á la calle. Hacia frio y el *Sac*, colgado enfrente de mí, producia en mi mente una sensacion semejante á la que Baltasar debió haber sentido al ver la mano misteriosa que le anunciaba su próximo fin. Vacilé por algun tiempo; mas al fin me decidí, lo tomé, me establecí en él lo mejor que pude, y marché impávido en medio de los comentarios de cuantos fijaban en mí los ojos.

Entonces me convencí de la exactitud con que habia dicho el otro:

"*Video meliora proboque: deteriora sequor.*"

VV. disimulen el mucho latin.—ASMODEO.



CASA DE LAS MONJAS.
(Yucatan.)

ARQUEOLOGIA MEXÎCANA.

Por el favor de uno de nuestros colaboradores hemos tenido el placer de leer la preciosa obra que acaba de publicar, el año pasado de 43, Mr. John Stephens, con el título de „*Incidents of travel in Yucatan*" 2 tomos 4.°, con ciento veinte grabados.

Este célebre escritor, autor de otras dos obras, „Relacion de un viage á Egipto, Arabia Petrea y la Tierra Santa" y „Relacion de un viage á Centro-América, Chiapas y Yucatan" (aunque de este último departamento no habla con la estension que lo hace en la obra que tenemos á la vista), este escritor, digo, es el viagero que ha hecho observaciones mas interesantes sobre las antigüedades que tanto abundan en Yucatán.

Mr. Stephens pertenece al catálogo de los viageros juiciosos y sensatos, que se hacen estimar de cuantos leen sus viages. Muy al contrario del petulante Waldeck, á quien refuta en varios lugares de su obra. Mr. Stephens muestra en toda ella que posee en sumo grado la modestia, esa preciosa virtud, uno de los caracteres propios únicamente del verdadero sabio: en toda la obra no se encuentra una sola espresion que redunde en alabanza de nuestro ilustre viagero. La gloria, ese fanal de las almas grandes, el adelantamiento de la arqueología, ciencia que se conoce que ha sido siempre la pasion favorita de nuestro autor, la confirmacion de las opiniones de los escritores de nuestra historia antigua: he aquí el objeto que parece haberse propuesto Mr. Stephens al escribir su „*Relacion de un viage á Yucatan.*"

Amenizada con descripciones pintorescas, desnuda de términos técnicos, y acompañada de observaciones científicas muy curiosas, la obra se lee con sumo agrado; y buscando en su lectura solamente un rato de disipacion, se adquiere insensiblemente una regular instruccion sobre la arqueología de nuestro pais, y se admiran las grandes obras de nuestros antiguos progenitores, tan dignamente elogiados por sus historiadores.

Mr. Stephens ha visitado en Yucatan ruinas de palacios en nada inferiores á los justamente celebrados del Palenque; ha hecho observaciones sobre las bellezas y defectos de su arquitectura, y sobre el uso á que se sabe, ó se supone, se consagraban estos soberbios edificios; ha encontrado en ellos varios ídolos y figuras humanas colosales, algunas que pueden presentarse como modelos de escultura; ha descubierto, en algunas escavaciones que ha practicado, vasos esculpidos en sus superficies interior y esterior con esquisito primor; ha admirado las inmensas cavernas artificiales para la custodia de víveres, los depósitos de aguas, y otras obras destinadas para el mejor régimen económico de los antiguos habitadores de aquellos lugares (1).

Por no hacer largo este artículo, pues estamos convencidos de que no es muy general el gusto por las antigüedades, y por lo que decimos en la nota anterior, nos contentarémos con referir sucintamente la descripcion de dos de los principales edificios de que Mr. Stephens habla en su *Viage*.

El primero, cuyo grabado acompaña este artículo, ha recibido, posteriormente á la época de la conquista, el nombre de *Casa de las Monjas*. Hemos preferido este grabado á todos los demas de la obra de Mr. Stephens, por ser en el que está mejor marcado el hermosísimo realzado de las piedras que forman las paredes de la fachada, cuyo realzado se halla frecuentemente en aquellos edificios antiguos. El de que hablamos se encuentra en un lugar llamado *Chichen*, cerca de Valladolid.

La fachada que presenta la lámina está formada de piedra muy dura, toda labrada en su superficie con el hermosísimo realzado que presenta el dibujo. Sus dimensiones son: 25 piés de altura y 35 de anchor. Sobre la puerta se hallan seis adornos, que en el grabado no se vé exactamente su figura, por estar de frente, pero que tienen la de una trompa de elefante;

(1) Sabemos que la obra á que se refiere este artículo, se está traduciendo del inglés al español en Yucatan, y que se trata de imprimir y espender por suscricion. Por nuestra parte ofrecemos á los empresarios de tan laudable proyecto, reunirles un regular número de suscritores.—*RR*.

igual á la que verán nuestros lectores en el edificio que está en la lámina á la derecha, á la mitad de su altura. Al hablar Mr. Stephens de otro edificio que tiene tambien este ornamento, dice que sus arquitectos indudablemente no se propusieron imitar la trompa de dicho animal, pues jamas lo conocieron: ¿pero no se podria decir mas bien, que esto puede servir de conjetura para creer que estos arquitectos descendian (segun han opinado muchos sabios) de los antiguos Egipcios, tan afectos á colocar el elefante en muchos de sus edificios? El de que vamos hablando, descansa sobre una plataforma ó terraplen de 32 piés de altura; y tiene para subir á él una suntuosa escalera de piedra, formada en el terraplen.

El segundo edificio de que nos hemos propuesto hablar en este artículo, es el magnífico palacio llamado vulgarmente *Casa del Gobernador*, y que está situado en *Uxmal* á algunas leguas de Mérida. A pesar de haber morado muchos dias en las ruinas de este palacio Mr. Stephens, dice que cada dia encontraba en él muchas cosas dignas de admirarse: nada tiene que envidiar al mas suntuoso de los del Palenque (1).

La fachada de la *Casa del Gobernador* presenta una estension de 322 piés, descansando todo el edificio sobre tres magníficos terraplenes. Está formada toda la obra de piedra durísima, y esquisitamente labrada. La pared, hasta la altura de las cornisas que hay inmediatamente sobre las puertas, presenta una superficie tersa, teniendo indicadas, como en nuestras obras de cantería, las junturas de las losas que la forman. Desde esta cornisa al techo hay un hermosísimo arabesco realzado, de un gusto delicado, y de sumo trabajo. Las puertas que ahora se ven son once, pues hay dos arruinadas; pero en 1825 permanecian aun las trece puertas de la fachada. Sobre cada una de ellas se encuentra un hermoso ornamento labrado de la misma piedra del edificio. Representa á un personage distinguido, colocado en un trono; y sobre su cabeza varios caracteres geroglíficos. Mr. Stephens cree que estas figuras, que son todas diversas, representan á un cacique, á un sabio, á un guerrero, á un profeta, á un sacerdote etc. que se distinguian en aquel tiempo, ó tal vez personages históricos; y los caracteres acaso espresan la época de la construccion del edificio, y los nombres de los que cooperaron á ella. Toda la pared en la parte superior, como ya hemos dicho, presenta dibujos realzados muy curiosos, y que nuestro viagero opina que tal vez todos son geroglíficos que designan varios hechos, que serian de una grande importancia para la historia, si se llegaran á descifrar. Por sus dos costados el edificio tiene una estension de treinta y nueve piés cada uno, y solamente una puerta; y el realzado de la fachada los adorna, pues circunda las cuatro paredes del edificio; aunque el ornamento que se halla sobre las puertas del costado y las dos del respaldo, no es de tanto mérito como el que segun hemos descrito, se encuentra sobre las de la fachada. El techo del palacio es plano y cubierto de una mezcla muy consistente, que casi ha desaparecido, y hoy está sembrado de plantas silvestres, como sucede con todas aquellas ruinas, que se hallan enteramente abandonadas.

El interior de la obra está dividido por el medio, con una gruesa pared que recorre toda la estension del edificio; y por otras paredes que forman las diversas salas que lo componen; todas distribuidas con mucha simetría. Dos de estas salas que se hallan en el medio, una en la parte anterior, y otra en la posterior, y que se comunican por una puerta, que es precisamente el punto céntrico del edificio, tienen cada una 60 piés de largo; y la que está en la parte anterior tiene tres de las puertas que presenta la fachada.

En uno de estos aposentos, Mr. Stephens descubrió una cosa muy curiosa, una viga (madera de zapote) preciosamente esculpida con geroglíficos; hallazgo que le dió á conocer los adelantamientos de los antiguos habitadores de aquellos lugares en el arte de labrar la madera.

La *Casa del Gobernador* descansa toda sobre tres magníficos terraplenes ó plataformas artificiales, con sus correspondientes escaleras. El primero, ó inferior, presenta una longitud de 575 piés; su altura 3 piés, y su estension, desde el borde del último escalon hasta el primero del intermedio, 15. El segundo, ó intermedio, tiene de largo 545 piés; de altura 20, y 250 de estension en el mismo sentido que el anterior presenta 15. El tercero, sobre el que descansa el palacio, presenta al frente 360 piés; de altura 19; y su estension, hasta encontrarse con el edificio, 30.

FRANCISCO DIEZ DE BONILLA.

(1) Con el mas vivo sentimiento prescindimos de dar el grabado que representa este edificio; pero como en la obra de Mr. Stephens es muy grande esta lámina, seria preciso que la nuestra fuese cuatro ó cinco veces menor: lo que ocasionaria el no poder marcar el realzado de las paredes de esta hermosa fachada, y que por lo mismo no produjera la ilusion necesaria.—*RR.*

FUERA CUMPLIMIENTOS.

Compliment; das Gegentheil
Von dem, was man denkt.
Cumplimientos; frases que ordinariamente
indican lo contrario de aquello que se piensa.

P. A. HEIBERG.

Son ciertamente muy estravagantes y grotescos algunos de los diversos modos de saludar y manifestarse recíproca estimacion, que están en uso en diferentes naciones, sobre todo, en aquellas que aun no llegan á cierto grado de civilizacion y de cultura. ¿Quién podrá contener la risa al saber, por ejemplo, que los Japoneses se descalzan en señal de respeto cuando se saludan? Y no es en verdad ménos estraño el saludo de los Arabes Beduinos, quienes es fama que descargan sus trabucos, de tal suerte que pasan las balas silbando por las orejas de aquellos á quienes tratan de dar el bien venido; pero el uso que en mi sentir se lleva la palma de la originalidad, es el que algunos viageros atribuyen á los naturales de cierto pueblo de Asia, cuyo nombre no puedo ahora recordar. Es el caso que estos dromedarios, tan luego como se avistan, se abalanzan ahincadamente uno sobre otro, y cogiéndose de entrambas manos, hácense mútuamente en ellas con las uñas una buena incision, para tener en seguida el inocentísimo placer de estraerse con la boca una poca de sangre, gusto á la verdad muy bellaco.

Cierto que para hacer ménos dolorosa tan cortesana operacion, debemos suponer tienen las uñas un tanto afiladas y dispuestas de antemano al efecto; y ¿quién quita que las gasten tan perifraseadas y puntiagudas como las llevan en el dia los elegantes, puesto que son para ellos un apéndice de tanta utilidad? No faltará quien haga alto en esto, y pregunte pasmado: ¿pues qué, hasta á las uñas se estiende hoy dia el absoluto imperio de la moda? ¿No basta ya tenerlas cortas y aseadas? A esto pudiera contestarse que tan léjos está de ser así, que si alguien quiere pasar por hombre verdaderamente regenerado y culto, debe dejarse crecer las uñas un par de meses cuando ménos, para hacerlas susceptibles de formar los consabidos garfios ó tranchetes, que segun son de largos y afilados, debieran incluirse ya entre las armas innobles y prohibidas. Pues estos pujavantes, reunidos á las barbas á la *Jeune France*, que yo denominaria mas bien á la Robinson Crusoe, ó á la Gestas, y no olvidando las guedejas en forma da asa de tinaja, constituyen al verdadero elegante de estos tiempos, que viene á ser en su último sentido, una caricatura harto ridícula de un caballero de la edad media, pues aquí para nosotros mal se avienen esos rostros selváticos de antaño, y esas garras de animal crudívoro, con la crencha partida, los modales afeminados y los cuerpecitos raquíticos de los mozalbetes de ogaño.

Y esto lo digo, aunque no es muy del intento, porque ademas de que como dice Mora:

„Las digresiones dan muy buenos ratos."

yo tengo ya en mis manos un par de hondos rasguños contra todo derecho recibidos, puesto que fué sin prévia declaracion de guerra, y ántes bien en señal de paz y concordia, al estrecharme la mano alguno de estos puntiagudos figurines; pero encarguémonos de las salutaciones y cumplidos. En los pueblos modernos y al mismo tiempo cultos, no se advierte casi ninguna diferencia en cuanto al modo de saludar que acostumbra la gente bien nacida; conviene, sin embargo, todo el mundo en que la nacion inglesa es la mas concisa y la ménos ceremoniosa en este punto. Los Españoles, de quienes hemos heredado la mayor parte de nuestras costumbres y hábitos sociales, aunque nada sobrios en materia de cumplidos, nos hacen empero una ventaja enorme á los Mexicanos; ¿mas qué tiene esto de estraño, si cuando un par de nosotros se pone á cumplimentarse y decirse vocablos melifluos á los estrangeros, y con particularidad los nevados Britanos que son el reverso de la medalla, no pueden ménos de quedar abismados al ver nuestras profundas reverencias, y oir el empalagoso revoltillo de preguntas y respuestas, que jamas deja de ha-

cerse, y que ellos creen no puede ser otra cosa que una larga letanía?

Hablando francamente, y sin que por ello se imagine que es mi ánimo censurar una de las mas bellas cualidades de nuestros compatriotas, es decir, la dulzura de su trato, parece sobremamanera ridículo, que cuando dos personas desean informarse mútuamente del estado que guarda su salud, se anden, como suele decirse, por las ramas, y se hagan un interrogatorio tan prolongado é impertinente, y que tanto tiempo roba á la conversacion sensata y amena de que pudiera gozarse. Dígaseme si no, ¿á qué viene la mayor parte de aquellas frases de todo punto sinónimas, y que juntas forman una conjugacion por tiempos, números y personas de los míseros verbos que se cogen á cargo? No parece sino que tratan de aturrullarse uno al otro los interlocutores.

Como siempre se reserva el buen vino para el postre, entónces es cuando mas esmero ponen los que quieren pasar por muy corteses. Así, ni mas ni ménos se despidió el otro dia D. Saturnino de su antiquísimo amigo D. Cleófas. ,,Señor D. Cleófas, mucho me alegro de ver á V. sin la menor novedad, celebraré infinito se mantenga V. tan famoso, que la gota vaya á ménos, el apetito á mas, y el lobanillo no crezca, etc., etc., etc.; y por aquí se fué el bueno de D. Saturnino, como punto en media, y nos tuvieron en pié, á cuantos estábamos en la casa donde esto pasó, un cuarto de hora por lo bajo, todo porque D. Cleófas no quiso quedar á deber ni una sílaba á su infatigable réplica.

Nada he dicho hasta ahora tocante á la notoria cuanto lamentada prolijidad de nuestro bello sexo en tales ocasiones, porque si entrase ahora en materia, tengo por infalible que los lectores, y sobre todo, las lectoras, se despedirian de mí á la francesa, y quizá para siempre: por eso me adelanto á decirles lacónicamente—Guardeos Dios.

MALA-ESPINA Y BIEN-PICA.



CALCULO CURIOSÍSIMO.

La época de la caida de Robespierre es 1794. Súmese este número consigo mismo del modo siguiente:

1794
1794 (vertical)
Suma...... 1815

Resulta 1815, año en que fué arruinado Napoleon. Súmese este número lo mismo que el anterior.

1815
1815 (vertical)
Suma...... 1830

El año de 1830 cayeron los Borbones con Cárlos X.

LIMON RARO.

Un misionero frances dice haber visto en China un naranjo que produce limones con la figura exacta de la mano de un hombre, cerrada, con los dedos perfectamente marcados.

ANA EN VENTA.

Un predicador, queriendo disuadir á las muchachas de que se asomaran mucho al balcon, les dijo: ,,Hijas mias, ¿sabeis lo que quiere decir ventana? Pues reflexionadlo bien, y descifrareis *Ana en venta.*"

ASCENCION SUSPENSA.

Aun conservamos boletos de una ascension aerostática que nos debe, hace muchos meses, el pretendido aeronauta Carrillo. Quisiéramos saber si nos la ha de pagar, ó nos la queda á deber.

ENIGMA.

El que me nombra, me rompe. Curioso enigma que espresa al *Silencio.*

BURROS.

Forcejeaba un fornido vizcaino con un fuerte borrico, y viendo que resistia mucho este animal, le dijo: ,,Pues nó; en talento me ganarás, pero en fuerza nó.—Por una calle de cierta ciudad pasaba un asno con la cabeza agobiada y las orejas muy colgadas: al verlo tan triste un filósofo, esclamó: "No hay remedio; este burro es *casado.*"

TEJIDO MEXICANO.

Un naturalista frances refiere lo siguiente. Existe en ciertos pueblos cerca de México una araña que llaman *Atocalt*, que forma, con hilos rojos, amarillos y negros, un tejido tan hermoso, que no se cansa la vista de admirar una obra tan encantadora.

BUSCA-PIES.

> No hay que ofenderse. Yo hablo
> Con todos y con ninguno.
>
> ,,MARCELA" última escena.

D. Mónico.-¿Sabes, lector mio, quien es aquel jóven con su magnífico frac-Van-Gool, su precioso pantalon-Cussac y su lustroso sombrero-Fernández, que corre tras aquel ministro á tres pasos de distancia? Pues es D. Mónico Flatteur, que hace seis meses vivia en un cuarto bajo, en medio de la mas abyecta miseria. Antes de ayer le decia yo: Amigo, V. está en grande con el ministro.—*¡Ah! si como yo le sé el modito*, me contestó, *me voy viejo con él*. ¿Deseas saber, lector, cual es la *ciencia del modito?* Pues es sufrir los malos ratos del amo, dejarse llamar *bestia, cuadrúpedo* cuando no se ejecutan á toda su satisfaccion sus órdenes, aguantar que le eche á uno las puertas en la cara cuando está de mal humor (lo que no es raro) y no quiere hablar con nadie; es reirse de sus chistes, por mas chocarreros que sean, y acceder á cuanto Su Merced quiera, aunque vaya de por medio el honor, el decoro y la educacion del miserable paniaguado. ¡Ah! si á tan infame precio se compra ese oropel que reluce en los aduladores, prefiero mil veces la miseria á tener que abatirme, á guisa de reptil, á soplar el polvo de las botas á un hombre, acaso mas despreciable que yo. No envidiemos á ciegas la prosperidad; á veces cuesta sacrificios *cien veces* mayores que los placeres que procura: no olvidemos un momento que la carátula de la sociedad, es semejante al parte de un general vencedor; referirá en él todos sus triunfos y el pingüe botin adquirido, ¿pero confesará el número exacto de los muertos con que compró la victoria?

Lola.—¿Veis á aquella muchacha hermosa, jovial, que en el teatro repasa en seis segundos los palcos, y ya tiene mucho que cortar con sus tijeras, que en la iglesia está muy atenta al tremendo sacrificio (no por virtud, sino por presentarse interesante á los que ella cree sus adoradores), y en un baile se vé rodeada de doce ó catorce jóvenes, que se disputan el próximo waltz como si fuera el *toison de oro?* Pues es una infame coqueta que sacrificó al desgraciado Marcial, con cuya mano hubiera sido muy feliz, y le dió calabazas porque decia que era demasiado virtuoso para marido; hoy es la befa de la sociedad sensata, y solo se vé reducida á ser la muñeca de lechuginos fátuos, que fraudulentamente la cortejan; pero que cuando se separan de ella la censuran atrozmente.

Todos ménos.—Preguntad á D. Giotin, grande economista, con qué letras se escribe Say, y os responderá que, como ha oido decir que es autor de sermones, nunca lo ha leido. Felicitad á Sambumbio, porque ha llegado á ser ministro de Estado, y os contestará que el gobierno atendió á sus méritos, pues en diez y nueve años *(ejercitando su letra)* ha prestado grandes servicios en las principales oficinas de la nacion. Ponderad al general Nones todas sus victorias; decidle que es un *segundo Napoleon;* y aunque estoy cierto que es tal que el emperador de los franceses no le hubiera confiado una guerrilla, él quedará tan satisfecho que os......... conseguirá un par de charreteras de capitan.

Se detestan.—Dos clases de la sociedad mexicana que siempre se están echando en cara mutuamente las desgracias de nuestro pais, son los militares y los abogados. Los primeros llaman á los segundos *sansculotes*, y estos á su vez á aquellos, partidarios de la tiranía; para los primeros no hay un abogado que no sea amante del desórden, para los segundos no hay un militar morigerado, de honor, y que no propenda á ascender por cualesquiera medios. Pero todo esto no es mas que un juego de palabras. La cuestion filosófica es esta: ¿cuál de las dos clases se halla adornada de mas luces, y abusará ménos del poder? Resuélvase, llévese á efecto la decision, y cesarán nuestros males.

FÓSFOROS—CERILLOS.

EL SUEÑO DE EGIRA.

A LA SEÑORITA DOÑA PERFECTA VAZQUEZ DE LARIOS.

Tiendes aun no las alas abrasadas,
Y ya vuelan al suelo desmayadas:
Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento, ó muerto llora.

Rioja.—Silva.—A la rosa.

A la primer sonrisa de la aurora,
En las alas del viento arrebatadas,
Subir se vieron las aereas hadas
Que del lecho de tímidas doncellas
Cuyo sueño velaron con su manto,
Se elevan á habitar en las estrellas
Embelesando al mundo con su canto.
Y al tocar con su frente el firmamento,
Volvieron á la tierra su mirada,
Y de su lábio de coral, su aliento
Se desprendió, cual niebla delicada
Que empapa de las flores el aroma,
Y en la mitad del insondable espacio
Convirtióse en la cándida paloma,
Que al contemplarla embebecido el hombre,
Egira en su embriaguez le dió por nombre.

Egira así nació, y al verse sola,
Huérfana en el espacio, hácia el Carmelo
Tendió su blando y vagaroso vuelo,
Y allí plegó sus misteriosas alas;
Y con arrullo lánguido y sensible
Inclinó allí su alabastrina frente,
Como el lirio su pétalo flecsible
Sobre el cristal de la mullida fuente.

De allí la vieron sobre espigas de oro,
Mecerse muelle en la llanura estensa
Los pastores que al borde de los rios
Acompañados de rabel sonoro,
Cantan de amor los dulces devaríos;
Y al mirarla tan cándida, tan pura,
Volar de caña en caña, se postraron;
Y olvidando sus cantos de ternura,
La bella de las bellas la aclamaron.

Es Egira la anémona divina
Que sus galas ostenta en los jardines
Que embellecen la ardiente Palestina,
La joya mas preciada en los festines,
Envidia de las vírgenes del Sinai,
De Sion y del Líbano y de Tiro:
Por escuchar su lánguido suspiro
Diera el sultan su damasquino alfange,
Por levantar su transparente velo
Y contemplar á su placer sus gracias,
Diera el turbante y se inclinara al suelo;
Y por dejar en su divina frente
La huella de sus lábios, al cristiano
La mitad de sus reinos del Oriente
Sin vacilar un punto diera ufano.
,,Bella es Egira," las doncellas dicen,
Y en su rostro se pinta la tristeza,
Porque ven que su célica belleza
Rinde á su amor á los donceles bellos
Que ántes el llanto del dolor secaban
Con sus blondos y trémulos cabellos
Que las brisas amantes agitaban.
,,Es hermosa," dijeron, las sultanas
Allá en el Cairo que fecunda el Nilo,
Reclinadas en muelles otomanas
En los retretes del haren tranquilo;
Respirando el perfume que se eleva
Del fino pebetero al áureo lecho,
Y escuchando el acento de la lira
Que entre los bosques de jazmin suspira,
Sin estrechar jamas contra su pecho
Sino al amor que ante sus ojos gira.
,,Hermosa, repitieron, "y en su rostro,
Sus alas el dolor tendió importuno,
Y por la vez primera en su pestaña

Se vió vibrar la lágrima que empaña
La pupila ardorosa, cual diamante
Que embutido en el ébano de Etiopia
Lanza en régio salon, su luz brillante.

Grande fué la afliccion, mudo fué el duelo,
Entre las reinas del haren felice;
Las contempla el sultan, y el sultan dice:
„Venga á mi haren la vírgen del Carmelo."

Con los placeres del amor primero,
Egira se embriagaba,
Y al lado ya de indómito guerrero
Su corazon sencillo palpitaba;

Su lábio contra el lábio del amante
Lánguido se embebia,
Cuando aquel en su seno, delirante
De ventura y de amor, sueños dormia....

Mas al acento del sultan potente
Ella bajó su velo,
Y suspirando contempló doliente
Por vez postrera al colosal Carmelo:

Dijo ¡adios! á los valles que abrigaron
Su infancia lisongera,
A las selvas que mudas escucharon
La dulce voz de su pasion primera;

Y al serrallo del Cairo conducida
La vírgen del desierto,
Del santuario do el deleite anida
Penetró en el umbral con paso incierto.

Las sultanas la vieron y lanzaron
Tristísimo gemido;
Y del sultan los ojos se embriagaron
Siguiendo á la paloma al áureo nido.

Allí Egira lloró, por su megilla
Corrió lágrima hermosa,
Como la gota de agua sin mancilla
Por el pétalo suave de la rosa.

Hurí del paraiso, entre las nubes
Del incienso que ardia,
Ella durmió, cual duermen los querubes
En los celages al morir el dia....

Blando es el lecho en que reposa Egira,
La Vírgen del Carmelo;
Dulce el aroma que en su sueño aspira,
Que es el perfume que embalsama el cielo.

II.

En el oriental salon
Penetra el sultan amante
Con febril agitacion,
Y con tierno corazon
Dentro el pecho palpitante.
De sus ojos la pupila
Lánguida de amor cintila,
Y en su labio tembloroso
Lúbrico placer destila
El deleite silencioso.
Entre tul de Cachemira
Y entre nubes de violeta,
De la virginal Egira,
Ebrio los encantos mira
Que extasiaran al Profeta;
E inclinándose hasta el suelo,
Dobla incierto la rodilla,
Respetando el frágil velo
De la tímida avecilla
Que volara del Carmelo.

La vírgen duerme, y el amor risueño
Guarda á su lado su apacible sueño,
Como en su cuna el maternal cariño
El sueño de oro del gracioso niño;
Y en el marmóreo lecho
Desnudos se descubren de la hermosa
El blanco rostro y el turgente pecho
De la cera á la luz voluptuosa.

Como inmóvil nevado que en la tarde
El moribundo sol que en su ocaso arde,
Baña con su mirada misteriosa,
Y tiñe de color de ópalo y rosa,
De la dormida maga
Mira el sultan los mórbidos hechizos,
De su cabello que ondulante vaga
Un tanto ocultos por los blondos rizos.

Contempla inmóvil su cerulea ceja
Inmóvil su pestaña que semeja,
Dando su sombra al párpado suave,
A las alas tendidas de algun ave
Sobre el tranquilo rio
Que á la luz de la luna que fulgura
En noche calurosa del estío
Manso entre el loto y el sauz murmura.

Embebecido, delirante, ciego,
Y consumido por oculto fuego,
Va á imprimir en su seno delicado,
Un beso de deleites empapado,

Un beso mas ardiente
Que el que diera Abelardo á su Eloisa,
Cuando apurara del amor la fuente
De su amada en la lúbrica sonrisa....

Mas á turbar su sueño no se atreve,
Y se detiene al movimiento leve
De la casta doncella que suspira,
Y sus megillas encenderse mira,
Su cabello agitarse,
Agitarse su mórbida garganta,
Bajar rápido el seno y elevarse,
Como el pecho del cisne, cuando canta.

Ve que mueve su lábio, oye que dice
Con apagada voz: »Yo.... era.... felice,
Cuando.... á.... tu lado.... mi doncel.... estaba,
Porque.... yo.... á tí, como á...mi Dios amaba...
Mas hora mis caricias....
Otro.... recibirá.... Ven.... mi.... que....rido
Dulces.... me.... son conti....go las....de...licias.
Volemos... del... Carmelo...á.... nuestro nido."

Y la escucha el sultan, llanto copioso
Ve que inunda su rostro candoroso
Al recordar en el feliz ensueño
La imágen cara del perdido dueño:
En zelos se convierte,
El tierno amor, y en su furor esclama,
„Antes irás en brazos de la muerte,
Que en los odiados del rival que te ama."

Y sacando el acero reluciente
Un beso imprime en su ardorosa frente;
Separando frenético el cabello,
Le hunde el puñal en el ebúrneo cuello;
Y presuroso sale
De aquel salon do entrara embebecido,
Antes que Egira moribunda exhale
Bañada en sangre su postrer gemido.

La vírgen espiró, y una paloma
A la hora dulce en que la aurora asoma,
Se vió subir en alas de las hadas
Que del lecho de tímidas doncellas
Cuyo sueño velaron con su manto,
Se elevan á habitar en las estrellas
Embelesando al mundo con su canto.
México enero 31 de 1844.

RAMON I. ALCARAZ.

A M....

Pura y brillante cual la excelsa estrella
Que á los reyes de Oriente conducia,
Ante el trono de Dios, amada mia,
Postrado de rodillas te miré.
A mis ojos entónces pareciste
Vírgen del paraiso, casta y pura,
Y al mirar tu modestia y tu hermosura
Trasportado al Empíreo me juzgué.

En el templo de Dios, en donde solo
La paz del alma y la inocencia brilla,
Tu corazon sin crímen, sin mancilla,
Al Señor de los hombres adoró.
Y ese Señor que el criminal insulta,
De gracias siempre y de bondades lleno,
A tu sencillo y candoroso seno
De gloria circundado descendió.

Y mi vista aparté, mi amor, sacrílego
En tan solemne instante lo juzgaba,
Solo digna de Dios te contemplaba,
Digna de las delicias del Eden.
En éxtasis de amor embebecido
De gozo celestial mi mente ardia
Y la aureola de los justos via
Coronando tu pura y blanca sien.

De tí en torno volando mil querubes
Aspiraban tu aliento sacrosanto,
Y el ángel de las vírgenes su manto
Sobre tu espalda mórbida tendió.
Te ví, te amé; pero mi amor entónces
Era el amor con que se adora al justo
Que en ese instante religioso, augusto,
En tí mi corazon á Dios amó.

Que en tí moraba el Hacedor eterno,
Y era tu pecho el trono misterioso
Do se asentó clemente y bondadoso,
Para regir de allí tu corazon.
Tal vez allí te ordena que no me ames,
Cúmplase, pues, su voluntad sagrada;
Mas rúegale, muger idolatrada,
Que mi pena consuele y mi afliccion.—F. G.

LA MUGER.

Preguntaba madama Staël á Napoleon, ¿cuál le parecia la primera muger en la sociedad? y el Emperador contestó: "la que dé mas hijos á la patria."—Se consultaba á un filósofo, ¿que muger se debia escoger para esposa? y resolvió: "la que sepa hacer mejor una camisa."



CALOR ANIMAL.

Se dá el nombre de calor animal, á este fluido que se produce dentro del hombre y de los demas animales, sin que á su produccion contribuya ninguna causa esterior capaz de producirlo. Al tocar este punto de fisiología, que es la ciencia que trata de las funciones de la vida en el estado de salud, se debe entrar en varias consideraciones, y una de ellas es la investigacion de la fuente que lo produce en el animal, atendida la cual, deberá pasarse á otras de no ménos importancia.

Los antiguos colocaban la fuente del calor animal en el corazon, y á mi ver previeron, si no acertaron á darle, como despues veremos, el lugar que le han asignado los fisiólogos modernos. Descartes, para esplicar su opinion, decia que en este órgano (el corazon) la sangre entraba en ebullicion, de cuya ebullicion resultaba el calor que era comunicado por la circulacion á las demas partes del cuerpo. Van-Helmont Vieussens, Borelli y otros, creian tambien en una efervescencia ó fermentacion de la sangre, y aun en un espíritu igneo que se desprendia á causa de los movimientos del corazon: he aquí las opiniones de los antiguos, que no curándose, ó curándose muy poco de la esperiencia, se entregaban confiados á las hipótesis que la agudeza mayor ó menor de su ingenio les sugeria, como tenemos otra prueba á mas de esta, en las mil hipótesis que sobre la digestion formaron, y que solo las inmortales esperiencias de Spallanzani, bastaron á derribar.

Véamos ahora cuales son las opiniones que los fisiólogos modernos han formado, sin separarse un punto de la esperiencia, mas filósofos en esto ciertamente, que los antiguos que llevaban este nombre, pues han logrado encontrar la verdadera fuente de donde deben sacarse los conocimientos fisicos. Al ver estos, como los antiguos, que solo los cuerpos organizados son los únicos que se resisten á equilibrar su temperatura con la de los cuerpos que los rodean, propiedad indispensable en todo cuerpo inerte, imaginaron luego que los primeros debian de tener dentro de si mismos una fuente de donde emanase aquel calor, que distribuyéndose por todo el cuerpo, les comunicaba esa propiedad que antes mencionamos. ¿Cuál es esa fuente? se preguntaron; y estudiando á los antiguos, convinieron con ellos en que la sangre era sin duda el cuerpo que recibiendo inmediatamente el calor, estaba destinado á comunicarlo á los otros órganos, por ser el único fluido que en su circulacion pasa por todos ellos; mas poco conformes con los mismos antiguos en las hipótesis, y poco amantes de las ebulliciones, efervescencias y espíritus igneos, imaginaron que en la respiracion, en ese acto importantísimo de la vida, por tantos respectos debia de residir esa fuente que los antiguos colocaban en el corazon, é infatigables en la esperiencia, lograron confirmar hasta la evidencia su teoría.

En la respiracion, que no es otra cosa que la transformacion de la sangre venosa en sangre arterial (1), se verifican varios fenómenos: hay precisamente absorcion del oxígeno del aire, combinacion de este con el carbono de la sangre, desprendimiento de ácido carbónico y de azueto. Ahora bien, sea como unos quieren que el oxígeno esté destinado para la combustion del carbono de la sangre, sea como otros opinan que el oxígeno pase á las venas pulmonares, y se combine directamente con la sangre, siempre hay un resultado que en ambas cosas viene á ser el mismo, y es la produccion de nuevo calor, y aumento por consiguiente de la temperatura que antes de su transformacion tenia la sangre; pues si consideramos el primer caso, debe haber esta produccion de calor, por ser una combinacion química, y estar probado que en toda combinacion química la hay; y si el segundo, habrá esta misma produccion, porque entónces el oxígeno está en contacto con el carbono de la sangre, y siempre que el oxígeno está en contacto con un cuerpo combus-

(1) La sangre es conducida de la circunferencia del cuerpo al corazon por las venas, y en este tránsito conserva ciertos caracteres que son los que constituyen la sangre venosa: al llegar al corazon, pasa por una vena al pulmon en donde se verifica el acto de la respiracion, y transformada ya en sangre arterial con distintos caracteres de los de la venosa, como son la diferencia de temperatura, calor, &c., vuelve al corazon, de aquí á las arterias, y de estas al resto del cuerpo.

tible, como lo es el carbono, hay aumento de temperatura. Así lo prueban las numerosas esperiencias que sobre la sangre arterial se han hecho, y en la que, entre las diversas transformaciones físicas que se han observado, una de ellas ha sido el aumento de temperatura, pues es en esta un grado mas elevada que en la sangre venosa. Con estos datos ¿se vacilará todavía en creer que la respiracion es la fuente principal de donde proviene el calor animal?

Otras muchas esperiencias se han hecho para confirmar mas y mas esta opinion; y las de Lavoiser y de Laplace, como refiere Mr. de Magendie, hacen creer que la produccion del calor es debida, no al contacto del oxígeno con el carbono de la sangre despues de que ya aquel ha pasado á las venas pulmonares, sino á la combinacion del oxígeno con el carbono, de la cual resulta el desprendimiento del ácido carbónico, pues habiendo colocado algunos animales en calorímetros (1), comparado la cantidad de ácido formado por la respiracion, con la cantidad de calor producido en un tiempo dado, resultó, que con poca diferencia, el calor producido era precisamente el que habia resultado de la cantidad de ácido carbónico formado.

Las esperiencias de M. M. Brodie, Thillage y Legallois, son un apoyo mas de cuanto hemos espuesto, pues de ellas resulta, que á medida de que la respiracion es mas fatigosa, baja mas la temperatura; y á mas de esto, puede sacarse otra deduccion de ellas, y es, que la cantidad de calor producida, está en razon directa de la cantidad de ácido carbónico desprendida, pues los mismos esperimentadores observaron que bajando la temperatura, disminuia la cantidad de ácido.

Para probar esto no tenemos esperiencias directas; mas sí tenemos suposiciones demasiado fundadas para que dejen de admitirse: se ha supuesto que el resto es debido á la accion de los nervios, á la circulacion de la sangre y á la nutricion de los órganos: la primera obra estimulando los órganos por el agente inervador; mas como hasta ahora es casi desconocido el modo de obrar del sistema nervioso, no nos será fácil presentar alguna prueba en confirmacion de lo que hemos dicho; no obstante esto, la frialdad de los miembros en las parálisis, nos parece que alega algo en favor de lo que hemos asegurado. Ménos dificil nos parece demostrar la parte que la circulacion y la nutricion toman en la produccion del calor animal. La primera de estas es indudable que obra repartiendo en todos los órganos y en todos los tejidos el fluido, cuya temperatura aumentó un grado en el acto de la respiracion, y contribuyendo á desarrollar un poco mas de calor, en virtud de los roces que esperimenta contra las paredes de los vasos, por donde pasa. Si se pregunta ahora, por qué sucede esto, nos parece que será fácil esplicarlo llamando la atencion á lo que diariamente observamos; y es la produccion del calor, á consecuencia del roce que se hace esperimentar á dos cuerpos, como sucede cuando frotando cualquiera parte del cuerpo con un lienzo, y aun con la misma mano hay aumento de temperatura; y como sucede tambien cuando tomando dos trozos de madera y frotándolos uno contra otro, no solo hay aumento de calor, sino aun produccion de luz cuando se frotan vivamente y por largo tiempo, como hacen los salvages para procurarse el fuego que necesitan. La mayor ó menor rapidez con que la sangre circula en los vasos, nos parece que es otra de las causas que contribuyen á la mayor ó menor produccion de calor, agregado al que la respiracion produce; y nos parece que probar esto es demasiado sencillo. Todos pueden hacer en sí mismos las siguientes observaciones: cuando á consecuencia de haber andado mucho ó de haber corrido, se esperimenta un sentimiento de calor árdentísimo, el corazon late con mucha rapidez; ¿qué resulta de aquí? Resulta que las contracciones y las dilataciones de las cavidades del corazon, son muy vivas y de corta duracion; y que el impulso que recibe la sangre es demasiado violento y su roce contra las paredes de los vasos demasiado rápido y fuerte; de donde en consecuencia resulta el aumento de calor considerable en todas aquellas partes en que hay multitud de vasos sanguíneos. La segunda observacion es la siguiente. En las pasiones vivas, en el amor, por ejemplo, cuando se está cerca del bien amado, y se le estrecha con transporte y se le contempla embebido, y goces indefinibles absorven todos los sentidos, los ojos despiden un brillo singular, el corazon late tambien con mucha rapidez y se esperimenta una sensacion deliciosa de calor, tanto moral como física que entra en el número de los goces indefinibles que hemos mencionado ántes, y que son el carácter especial de esas pasiones nobles que sirven para conservar á la especie humana. Ahora bien, al palpar el aumento sensible de calor que ha habido y los latidos del corazon, ¿no se podrá es-

(1) Instrumento destinado para determinar la cantidad de calor especial de todos los cuerpos.

plicar este fenómeno del mismo modo que el anterior? Convengamos, pues, en que el resto del calor animal que no es debido á la respiracion, es producido si no todo, al ménos en parte por la circulacion. No negamos que la accion muscular y el fluido nervioso excitado por la presencia de la sangre, tengan parte en esos fenómenos; mas como nos parece muy difícil el esplicar su accion en estos casos, no hemos querido aventurarnos á hacerlo.

En cuanto á la nutricion, ella contribuye al desarrollo del calor por los movimientos alternativos de solidificacion y fluidilicacion de los tegidos y de los humores, y por la accion de las combinaciones químicas que por su medio se efectúan para repararlos; y como ya hemos dicho que en todo movimiento y combinacion química hay produccion de calor, inútil nos parece insistir mas en ello.

Hasta aquí solo hemos considerado el calor animal en sus relaciones con el estado de salud; fuerza es que ahora hagamos algunas consideraciones respecto de las relaciones que tiene con el estado de enfermedad del animal.

Es opinion admitida y confirmada ya por todos los autores, que el calor que unido á las pulsaciones rápidas del corazon, precede y acompaña á casi todas las inflamaciones agudas, no es mas que un fenómeno físico, consecuencia de la rapidez de las palpitaciones del corazon. ¿No es claro, segun esto, que la fuente del calor morboso general está en la circulacion, puesto que nunca el corazon palpita con mas rapidez que de ordinario, sin que aquel aumente considerablemente? No negamos que la respiracion tenga tambien parte en la produccion de este calor; y aun creemos que tiene una grande, pues cualquiera habrá observado que en este caso la respiracion es mucho mas violenta que en el estado de salud, y si así es, nos parece que entónces el ácido carbónico debe desprenderse en mas cantidad, y por consiguiente ser mayor el calor producido, pues segun observamos antes, resulta de las esperiencias de Brodie y Legallois, que el calor producido está en razon directa del ácido desprendido. De suerte que creemos que si se examinase la sangre arterial en este estado, su diferencia de temperatura respecto de la sangre venosa, no seria de un grado, sino un poco mas elevado.

Por lo que respecta al calor local de los puntos inflamados, nos parece que se puede atribuir á las fuentes secundarias que hemos asignado, es decir, á los roces vivos que los glóbulos de la sangre sufren contra las paredes de los vasos, al llegar en mayor abundancia á aquel punto que á cualquiera otro; y lo que parece que mas confirma esto, es que en ciertas irritaciones que no son inflamaciones (las sub-inflamaciones) en que este acopio es de fluidos blancos, si hay calor morboso, es tan sordo, que apenas se distingue del de las otras partes, y que las irritaciones nerviosas en que no habiendo ningun acopio de fluidos, no solo no existe el calor morboso, sino que la temperatura de la parte es menor que la de las otras.

Dirijamos ahora una rápida ojeada sobre el grado de calor que en las diferentes clases de animales se desarrolla.

Todos los autores que han tratado de esta materia, hacen de los animales dos grandes divisiones, llamando á unos animales de sangre fria y á otros animales de sangre caliente: los primeros son aquellos cuya temperatura es casi la misma que la del elemento en que viven, y que varia con ella; y los segundos aquellos cuya temperatura es distinta de la del elemento en que viven, y que es invariable. De esta diferencia resulta, que el grado de calor mantenido por la respiracion debe variar mucho en las diferentes especies de animales, como mil esperiencias lo han probado; mas tambien estas han probado que si es diferente en las diversas especies de animales, es casi la misma en los animales de una misma especie. Jhon Davy, célebre químico inglés, trató de determinar exactamente las temperaturas de varios animales, por observaciones hechas en Inglaterra, en Colombo, capital de Ceylan y en el mar; y de sus esperiencias, que me abstengo de poner aquí por no alargarme demasiado, resultó:

1.° Que en los hombres de diferentes razas, es exactamente la misma la temperatura, ya se alimenten esclusivamente con carne, como los Vaidas, ya no coman mas que legumbres, como los sacerdotes de Boudha, ya acostumbren en fin, tomar alimentos de estas dos especies como los Europeos, con tal que se encuentren colocados en circunstancias semejantes:

2.° Que la temperatura aumenta un poco en el hombre, cuando este pasa de un pais frio ó templado, á un pais cálido:

3.° Que la temperatura mas elevada, es la de las aves; que los mamíferos ocupan el segundo lugar, que á estos siguen los anfibios, á estos los peces y ciertos insectos, y que los maluscos, los crustáceos y los gusanos están comprendidos en la última clase.

Algunos autores habian creido que la temperatura de los habitantes de los trópicos, era infe-

rior á la de los de las regiones templadas; mas de las esperiencias del mismo Davy y de algunas de Despretz, resulta que esto es falso, pues el primero determinó en Ceylan la temperatura de siete hombres de distintas edades, y halló que la media era de 37.° 49', siendo así que en Inglaterra habia sido 36.° 7', y habiendo hecho el mismo químico otras varias esperiencias en el mismo lugar en distintos tiempos, y con personas de ambos sexos y de distintas edades, ha que la temperatura media del cuerpo no varia igualmente en los diversos climas con el sexo y con la edad.

Una vez probado que la respiracion es la fuente principal del calor animal, réstanos ahora saber si todo el calor es producido por ella, ó si no lo es todo, determinar la cantidad que á ella se le debe. Cuando la Academia de Medicina de Paris ofreció un premio al que demostrase por medio de esperiencias exactas la accion precisa de los pulmones en este fenómeno, exijió ademas el que se determinase con precision la cantidad de calor producida en la combustion del carbon. M. Despretz alcanzó entónces el premio, despues de haber satisfecho á la Academia con una serie de esperiencias laboriosas, de las que resultó, con respecto á la segunda parte de la proposicion de la Academia, que no todo el calor era debido á la respiracion, sino únicamente los cuatro quintos en los animales herbívoros, y los tres cuartos en los carnívoros, observándose en las aves casi la misma relacion; resultado casi con forme con el de M. Gaulttier de Claubry que dice que la respiracion no produce ni ménos de los siete décimos, ni mas de los nueve décimos del calor total del cuerpo, y que únicamente en los animales jóvenes que pierden una porcion de su calor propio, es en los que no se obtiene mas de los siete décimos. En consecuencia, solo una parte del calor animal proviene de la respiracion: ¿de donde proviene pues el resto?

Haremos ahora algunas ligeras reflexiones sobre los grados de calor y de frio que el hombre puede resistir. Es evidente que el hombre tiene mas medios de obrar contra el frio que contra el calor, produciendo este ya por grandes movimientos musculares, ya por una alimentacion abundante y estimulante, ya por la misma produccion de su calor inherente, por su energía moral, y por otros medios, como con el uso de vestidos de lana que son malos conductores del calórico, siendo así que apénas le quedan algunos muy débiles para resistir al calor. Le es pues mas dificil al hombre resistir un gran calor que un gran frio, y esta dificultad es mayor ó menor, segun el medio porque le es comunicado aquel: si es un gaz por ejemplo, les será mas fácil que un liquido, si un sólido, mucho mas dificil que este. Basta ya de calor.

R. A.

LOCOS.

El número de personas dementes que hay en México es el de 160; 81 en San Hipólito, hospital de locos, y 79 en El Divino Salvador, hospital de locas.

IDEA DEL DESPOTISMO.

Montesquieu en su inmortal obra "El espíritu de las leyes" ocupa algunos capítulos en dar idea de los gobiernos republicano y monárquico; mas al hablar del despótico, todo lo que dice es lo siguiente. „Cuando los salvages de la Luisiana quieren coger una fruta, cortan el árbol en su pié, y, caido, le quitan el fruto. He aquí el gobierno despótico."

Un pueblo que sale repentinamente de la esclavitud, precipitándose en la libertad, puede caer en la anarquía, y la anarquía *casi siempre* produce el despotismo.

Yo quisiera ver un hombre sobrio, casto, moderado y equitativo que dijera que no hay Dios; al ménos hablaria sin interés; pero es una quimera encontrar este hombre.

La juventud es la edad del amor, orígen de las sensaciones mas deliciosas y de las penas mas amargas, móvil de las acciones mas nobles, de los estravios mas terribles.

Mientras el teatro siga en el estado en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud, y el templo del buen gusto, será la escuela del érror y el almacen de las estravagancias.

Los progresos de la literatura interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios; y el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional.

Si la pena debe corresponder al delito, ¿cuál merecerá el infame funcionario que entregándose al peculado, sacrifica el erario, y deja el mas pernicioso ejemplo á sus sucesores?

ZARA Y JONAS.

LEYENDA BIBLICA.

I.

Un grito terrible de ¡venganza! se escuchaba en la montaña de Efhrain, en la llanura de Bethel, y en las márgenes del Jordan no se oian otras voces que las de venganza y muerte á los hijos de Benjamin, porque han cometido una maldad nunca oida desde que Moisés sacó al pueblo de Israel de la servidumbre de Egipto. Venguemos, decia el pueblo escogido, el ultrage hecho á un levita del Señor: no, no quedará impune tan atroz delito.

Este grito que se estendia rápidamente por todas las comarcas de Israel, penetró bien pronto hasta la pequeña aldea de Jesser, de la tribu de Judá, en donde vivia la jóven virtuosa Zara con Ruben su anciano y respetable padre. Zara esbelta como la palma del desierto, pura como la rosa de Jericó, é inocente como el cándido cordero que trisca alegre en la pradera, gozaba bajo el techo paternal felices y tranquilos dias; empero amaba con pasion á un benjamita llamado Jonás, de quien era tiernamente correspondida. Jonás era el ídolo de su tribu por su valor, su prudencia y su generosidad; y unia ademas á una gallarda presencia un carácter afable y cortés: este jóven aguardaba con ansia la fiesta de los tabernáculos para pedir al anciano Ruben la mano de su querida Zara.

Era esta la fiesta en que se reunia la mayor parte del pueblo al derredor del arca de la alianza, que estaba en Silo, para celebrar la memoria de los beneficios que Dios habia concedido á sus mayores, durante su peregrinacion por el desierto; mas una maldad atroz cometida por sus hermanos los benjamitas, exitó la indignacion de las demas tribus y la guerra mas sangrienta se presentaba contra Benjamin, lo cual vino á destruir las mas lisongeras esperanzas de ambos jóvenes.

La hermosa Zara temblaba al considerar los peligros que amenazaban á Jonás, porque era indudable que en una guerra en que estaba comprometida su tribu, habia de tomar una parte muy activa en sus disenciones. Ignoraba la jóven el motivo que habia dado origen á la animosidad de Israel contra Benjamin; pero sí estaba cierta de que la guerra era inevitable.

Una tarde en que Zara y su anciano padre estaban sentados á la puerta de su casa, disfrutando de la brisa que en aquellos ardientes climas se levanta al ponerse el sol; la tierna jóven hizo recaer la conversacion sobre los disturbios que agitaban en aquel tiempo al pueblo israelita, diciéndole:—¿Cuál es el motivo, padre mio, de esta guerra que se prepara contra nuestros hermanos de la tierra de Benjamin? ¿qué delito han cometido para haberse atraido el ódio de nuestros otros hermanos?—Hija mia, le contestó Ruben, los benjamitas han cometido una atroz maldad, han insultado de la manera mas horrible á la muger de un levita, maldad nunca cometida en Israel.—¿Pero esa maldad, en qué lugar ó cómo fué cometida? repuso la inocente Zara.—Voy á contarte en pocas palabras, le contestó el anciano, la historia de semejante desgracia.

Un levita que habitaba en la falda de la montaña de Efhrain, tuvo un disgusto con su esposa, la cual se separó de él y se fué á vivir á la casa de sus padres en Bethlehem de Judá; el levita estrañaba mucho á su consorte y queria reconciliarse con ella, pensó en irla á buscar á la casa de sus padres y volverse á unir con ella; tomó al efecto dos jumentos, los cargó con algunas provisiones para el camino y con un criado se dirigió á Bethlehem en busca de su querida esposa, y llegado que hubo á dicho lugar, su muger y su suegro lo recibieron con el mas cordial afecto. Tres dias se estuvo en su casa muy contento, comiendo y bebiendo alegremente, el cuarto trató de volverse á su montaña; pero su suegro se empeñó en que se detuviese, por lo cual permaneció todavia un dia mas. Al siguiente, á pesar de las instancias que se le hacian para que se quedase por mas tiempo, no quiso acceder, y cargando sus dos jumentos emprendió su viaje llevándose consigo á su esposa.

Estaba ya para ponerse el sol, cuando llegaron á las inmediaciones de Jebus (Jerusalen), y aunque su criado le instaba para que pasasen la noche en aquella ciudad, el levita se rehusó diciéndole: „No entraré yo en poblacion de gente estraña que no sea de los hijos de Israel, sino que iré hasta Gabáa en donde pasaré la noche; y si no, en la ciudad de Rama que no debe estar ya muy distante."

Llegó pues á Gabáa de Benjamin en donde pidió posada, y no habiendo encontrado uno siquiera de sus habitantes que se la quisiese dar, se retiró á la plaza por no tener en donde pasar la noche. A poco acertó á pasar cerca de él un anciano que venia de trabajar en el campo, y que era tambien de la montaña de Ephrain; pero que vivia como estrangero en Gabáa, el cual acercándose á él le preguntó.—¿De dónde eres y á qué parte te encaminas? El levita le satisfizo, contándole el motivo de su viage y diciéndole al mismo tiempo que en ninguna casa de Gabáa le habian querido dar posada.—Sígueme, le contestó el campesino, pasarás la noche conmigo; pero apresúrate no sea que te observen los de esta ciudad, porque es gente que ha puesto en olvido la ley del Señor. El levita le siguió, y llegado que hubieron á su casa, el anciano le lavó los piés y le sentó á su mesa dándole de cenar abundantemente.

He aquí que estando en la mesa, vinieron los benjamitas y cercaron la casa, pidiendo á grandes gritos que les fuese entregado el estrangero para satisfacer su torpeza: el campesino les suplicó que le dejasen y no quisiesen cometer con un hermano suyo tan fea maldad; pero en lugar de calmarse gritaba con mas fuerza aquella gente desenfrenada, que les fuese entregado inmediatamente el forastero, amenazándole con destruirle la casa y matarle. El levita viéndose en tan cruel situacion, no encontró otro recurso para calmar el furor de aquellos miserables que abandonarles á su propia muger, en la que satisfacieron sus torpes deseos.

Al otro dia se levantó muy temprano el levita, abrió la puerta y encontró á su muger acostada en el umbral: creyendo que estaba dormida, la meneó para que despertase; pero muy pronto reconoció que estaba muerta. La ira se apoderó de su corazon y juró vengarse de los malvados que habian cometido tan horrible delito: levantó el cadáver, y atravesándole sobre uno de los jumentos, continuó su camino, y llegado que hubo á su casa dividió el cuerpo en doce partes y remitió una á cada tribu, contándoles lo acaecido en Gabáa.

La mas justa indignacion se apoderó de todo Israel, y reuniéndose las tribus han jurado esterminar á Benjamin.

—Pero ¿será posible, repuso Zara, que por la culpa de los habitantes de Gabáa, sean sacrificados hasta los que no han tenido parte en semejante atentado?

—Los ancianos del pueblo, contestó Ruben, atendiendo á esas mismas razones, han pedido que se les entreguen los culpables para castigarlos; pero los benjamitas se han rehusado á ello, por cuyo motivo han resuelto esterminar á toda la tribu. Es necesario, hija mia, arrancar de raiz esa planta venenosa, que llegaria tal vez con el tiempo á inficionar á toda la nacion.

Una lágrima se escapó de los hermosos ojos de la jóven judía, la cual apenas podia disimular su dolorosa sensacion. El anciano, que observó la emocion de su hija, le dijo con toda la ternura de un padre.—Querida Zara, no estraño que tu tierno corazon sienta las desgracias de nuestros hermanos; pero ellos han olvidado la ley del Señor entregándose á toda clase de desórdenes, y es claro que ya no deben pertenecer á la familia de Jacob. La tribu de Benjamin será destruida, así lo ha jurado el pueblo de Israel, y los juramentos del pueblo escogido son leyes que no se quebrantan jamas. ¡Infeliz del que faltase á su juramento; pagaria con la vida su perjurio!

II.

Era una de aquellas apacibles y deliciosas noches en que una ligera brisa refresca los climas abrasados del mediodia: el mas profundo silencio reinaba en toda la comarca de Jesser: la luna brillaba en la mitad del firmamento en todo su esplendor, bañando con su pálida y melancólica luz el pajizo techo de la jóven Zara: dos añosas encinas se elevaban enfrente de la puerta, las cuales parecian dos centinelas que guardaban aquella sencilla y agradable mansion. No léjos de aquel lugar se escuchaba el murmurio de un arroyuelo que se deslizaba sobre los guijarros de que estaba formado su lecho: al pié de una de las encinas habia un banco formado de céspedes, sobre el cual estaban sentados dos jóvenes; eran Zara y Jonás: Jonás que habia atravesado por medio de los mayores peligros para venir á ver á su hermosa judía, y despedirse de ella antes de que tuviese que salir á campaña contra los israelitas.

—Querida Zara, decia Jonás con el acento

del mas profundo dolor, tal vez la muerte nos va á separar muy pronto para siempre; porque todo Israel se ha conjurado contra la tribu de Benjamin: son formidables los apreslos de guerra que se hacen; y por mas esforzados que se muestren mis hermanos, ¿cómo podrán dejar de sucumbir al excesivo número de los contrarios? Yo por mi parte estoy resuelto á sepultarme bajo las ruinas de mi tribu. ¡Zara, Zara! ¡esta es la última vez sin duda que nos hemos de ver!

—No, Jonás, respondió la jóven estrechándole inocentemente entre sus brazos, no quieras esponer tu preciosa existencia defendiendo á los malvados: que perezcan ellos solos, ya que con sus desórdenes han provocado la cólera de Israel. Huye, mi Jonás, de esta tierra de execracion, huye de ella á un pais estraño: la Idumea no está lejos, á la Siria, al Egipto, al fin del mundo; en donde estés seguro mientras dura esta cruel y desastrosa guerra: huye, porque si tú mueres, yo no te podré sobrevivir.

—Qué me propones, Zara? contestó Jonas, con aire melancólico, ¿qué me propones? ¡Yo abandonar á mis hermanos en el momento del peligro! ¡abandonar á mis padres! ¡abandonarte!.... jamas. Perdóname, mi querida Zara; pero me es imposible obedecerte: indigno fuera de tu amor si dejase de ser digno de mi tribu. Los escombros de Gabáa me servirán de túmulo; pero ese túmulo recordará al pasagero que el que allí reposa, cumplió con su deber como buen Benjamita. Zara, yo creo que me amas bastante para no consentir en que se manche mi reputacion, huyendo cobardemente cuando mi tribu se halla amenazada por sus enemigos. Quiero, prosiguió el jóven, arrebatado de entusiasmo, que mi sepulcro no esté lejos de tí, que esté en un lugar en donde puedas visitarlo, en donde puedas hollarlo con tus piés, tocarlo con tus manos, regarlo con tus lágrimas, y en el que de tarde en tarde esparzas algunas flores sobre su fria losa: creeme, Zara, prefiero mil veces un sepulcro al pié de las arruinadas murallas de Gabáa, que ocupar en Egipto el sólio de Faraon.

—Basta, mi Jonás, el Dios de Moisés no permitirá que perezcas, el corazon me dice que los Benjamitas no consentirán en esponer á toda la tribu por defender á un puñado de perversos.

—Zara, mi querida Zara, respondió Jonás, con aire melancólico, no abrigues en tu seno tan lisonjeras esperanzas, porque el desengaño te seria aun mas doloroso. Conozco bastante á la tribu de Benjamin, y sé que despues de haber tomado una resolucion, primero se mezclarian las aguas del caudaloso Nilo con las del Jordan, que ella desistiese de su propósito.

—Pues bien, Jonás, respondió Zara, pongamos toda nuestra confianza en el Señor: yo, retirada en esta pobre aldea, esperaré con resignacion el fin de la campaña; y si la fortuna te corona con el laurel de la victoria, con qué placer te seguiré á la casa del gran sacerdote, en donde nos uniremos para siempre; pero si la suerte te fuere contraria, y por desgracia murieres.... te seguiré tambien.

—Zara, hermosa Zara, dijo Jonás estrechándola entre sus brazos, tú me haces el mortal mas feliz de la tierra; ya no temo á las poderosas huestes de Israel, porque tu amor me va á hacer invencible en los combates. Pero ya se asoma la aurora y me obliga á separarme de tu lado, adios Zara, mi bien, mi amor, mi todo: no llores, serénate; no temas que me suceda alguna desgracia, porque tus oraciones se elevarán como el incienso sagrado hasta el trono del Eterno, y las súplicas del inocente jamas son desechadas en su augusto tribunal.

Zara no pudo articular una sola palabra, porque los sollozos la ahogaban: Jonás la abrazó por última vez, y se separó apresuradamente de ella, porque ya habia aclarado bastante el dia, y al retirarse podia ser descubierto por alguno de sus enemigos.

Hacia ya algun tiempo que Jonás habia desaparecido, cuando Zara pudo recobrarse un tanto de su cruda angustia, y recogiendo sus agotadas fuerzas, dobló una rodilla en la tierra, juntó sus manos en actitud suplicante, y levantando al cielo sus negros y rasgados ojos, esclamó. ¡Dios de Abraham, de Isac y de Jacob, no permitas que los hombres se busquen para matarse, destruyendo impunemente la obra de tus manos: suspende, Dios clemente, suspende esta guerra fratricida que va á acarrear tantos desastres á tu pueblo escogido. Señor, si algo valen para contigo las súplicas de esta tu humilde sierva, perdona á los que han provocado con sus maldades la ira de Israel.

III.

Ya no son los tiempos de Josuet, en que el pueblo israelita, reunido bajo el mando de un solo gefe, salia á combatir á sus enemigos, les talaba los campos, les incendiaba las ciudades, y les destruia los ganados; porque estos enemigos eran gente estraña que adoraba á Belial, y ocupaba un pais que pertenecia al pueblo escogido, porque el Señor se lo habia prometi-

do á Abraham. Ya no van á perseguir en las llanuras de Gabaon, al Jebuseo, al Amorrheo y al Phereseo, sino á sus propios hermanos, á sus hermanos á quienes están unidos con los vínculos mas estrechos que pueden unir á los hombres, los de la sangre y de la religion.

Los ancianos de Israel se reunieron en Maspha para deliberar sobre lo que se habia de hacer con Benjamin; y resolvieron unánimes llevarle la guerra y destruirlo. Con tal objeto se juntaron en Silo los gefes de todas las tribus con la gente que se hallaba en estado de tomar las armas; cuatrocientos mil guerreros componian el ejército, que solo esperaba la señal de su caudillo para arrojarse como un huracan sobre el pais de Benjamin.

El odio que los hijos de Israel profesaban á aquella tribu, era tal, que en medio de su despecho juraron que ningun israelita daria jamas la mano de una hija suya á benjamita, sopena de atraerse sobre sí la cólera y maldicion del pueblo escogido.

Llegó el dia señalado para dar principio á la campaña: todo el ejército se postró delante de la tienda que guardaba el Arca del Señor, é imploró su auxilio; pero sus oraciones no eran puras; sus corazones estaban henchidos de orgullo, creyéndose invencibles por su gran número, fiándose mas en sus propias fuerzas que en el poder de Jehová. Salieron, pues de Silo y asentaron sus reales enfrente de los muros de Gabáa.

Los hijos de Benjamin no habian estado ociosos. A los primeros amagos de la guerra se reunieron en su ciudad para consultar lo que se habia de hacer para resistir á los enemigos: en lo primero que se pensó fué en nombrar un caudillo que reuniese todas las cualidades necesarias para gobernar la tribu en aquellas horrorosas circunstancias y que dirigiese al mismo tiempo la campaña. Despues de que se hubieron propuesto á varios de los principales de la tribu para que la presidiesen durante la guerra, ninguno pudo reunir el voto general del pueblo: se dividieron las opiniones; unos querian á este por jóven, otros á aquel por viejo; de manera que pronto se vió la ciudad dividida en dos poderosos bandos prontos á decidir por la fuerza de las armas aquello que no habian podido convenir en paz; pero los ancianos mas respetables, les hicieron presente los funestos resultados de su discordia, y que era mas acertado inscribir los nombres de todos los que se juzgasen dignos de obtener tan alto cargo, y echarlos en una urna de marfil, y el que le tocase en suerte gobernarlos, fuese inmediatamente obedecido por todos.

La propuesta del anciano fué aceptada, é inmediatamente se echó suerte, y esta recayó en Jonás: toda la tribu recibió con satisfaccion y entusiasmo la nueva de que el jóven Jonás era el caudillo que los habia de conducir á la campaña. Jonás era apreciado de todo el pueblo por su valor, su modestia, su afabilidad y sobre todo por su pericia militar: pues siendo como eran los benjamitas inclinados á la guerra, sabian distinguir las ventajas de un buen general. El Benjamita se acostumbraba desde su infancia á toda clase de ejercicios que le hiciesen ágil y robusto, llegando á manejar las armas con tal destreza, que con la misma facilidad se servia de la mano derecha que de la izquierda.

Jonas, con la actividad de un buen general, fortificó lo mejor que pudo la ciudad; armó y disciplinó sus tropas, y esperó con firmeza que se aproximase el enemigo.

Muy pronto se vió sitiado por un ejército que era diez veces mas numeroso que el suyo; pero esto, léjos de intimidarle alentaba su valor. El tiempo pasaba y los sitiadores no se decidian á escalar los muros; Jonas impaciente por venir á las manos con los enemigos de su patria, no pudo permanecer por mas tiempo encerrado en la ciudad, así es que, arrojándose repentinamente con sus valientes soldados fuera de las murallas, arrolló todos los escuadrones de Israel que se le oponian al paso, llevando por todas partes donde se presentaba la desolacion y la muerte. Un terror pánico se apoderó de los israelitas, al verse combatidos por todas partes por sus enemigos, y apelaron por último recurso á una vergonzosa fuga, refugiándose los que quedaron con vida en Silo.

Los israelitas, pasados algunos dias, pensaron volver de nuevo á buscar á sus enemigos; pero ántes se postraron delante de el Arca Santa, imploraron el auxilio del Señor, y marcharon en seguida sobre la ciudad Gabáa.

Volvieron, pues, los hijos de Israel á llevar sus numerosas huestes contra los benjamitas, á quienes creian desapercibidos, por lo que entendieron que en esta accion les seria muy fácil el sorprenderlos y vencerlos; pero se engañaron, porque el guerrero que defendia á Gabáa no era de esos seres mezquinos que se embriagan con una victoria. Habia previsto lo que debia sobrevenir; y por tanto, en lugar de entregarse al ocio, procuró fortificar mas y mas la ciudad, sin descuidar por eso la observancia de la mas rigurosa disciplina en sus tropas.

Entretanto los israelitas ordenaban sus escuadrones á muy corta distancia de los muros de Gabáa, esperando que los benjamitas saliesen á combatir con ellos. Jonás no se hizo esperar mucho tiempo, y salió á buscarlos á la campiña; pero no ya con la impetuosidad con que habia salido en el anterior combate para sorprender á los israelitas que estaban desapercibidos; sino con toda la precaucion necesaria para combatir con unos soldados que no se dejarian tan fácilmente arrollar despues de haber recibido una leccion tan fuerte en la anterior campaña.

Jonás condujo á sus benjamitas con el mayor órden hasta una colina, desde cuyo punto comenzó á molestar al enemigo, descargando sobre él una densa nube de dardos y de flechas. Los de Israel avanzaron sobre la colina y atacaron con el mayor ímpetu á los que la defendian, pero fueron rechazados vigorosamente con pérdida considerable de gente; no por esto desmayaron, antes bien, volvieron de nuevo á la carga, corriendo la misma suerte que la primera vez. A pesar de la pérdida que ya habian sufrido, quisieron hacer el último esfuerzo, y se precipitaron sobre los benjamitas con tanta furia, que estos apenas pudieron contenerlos; pero en este crítico momento, Jonás ordenó á la caballería que saliese de las emboscadas en donde estaba oculta, la cual flanqueó á los enemigos en todas direcciones; y no pudiendo ya entónces sostenerse los hijos de Israel, se desordenaron completamente y apelaron por último recurso á la fuga. Los benjamitas los persiguieron largo trecho y volvieron para recoger los despojos del enemigo.

Jonás volvió á Gabáa al frente de su ejército victorioso, y al entrar, gozó del hermoso espectáculo de ver á todo un pueblo entregarse entusiasmado al regocijo, por el nuevo triunfo que acababa de obtener. No quiso admitir la parte del botin que le correspondia como gefe, contentándose únicamente con los laureles que habia recogido en el campo de batalla, y lisongeándose de poderlos ofrecer algun dia á los piés de la hermosa que habia cautivado su corazon.

Jonás, que conocia la tenacidad de sus enemigos, estaba seguro de que tan luego como se repusieran un tanto de su derrota, no dejarian de volver á emprender la campaña. Por lo tanto pensó en prevenirse, y al efecto mandó que todas las tropas se ejercitasen de continuo en el manejo de sus armas, y que estuviesen prontas á marchar como si tuviesen al enemigo á las puertas de la ciudad. Pero los benjamitas que se habian enriquecido con los despojos de los hijos de Israel, ya no querian esponerse á los peligros de una nueva campaña, y comenzaron á insubordinarse: Jonás era firme por carácter, y quiso obligarlos á volver al órden; y de aquí tomaron pretesto los envidiosos de sus glorias para acusarlo de querer mandar al pueblo como soberano absoluto, queriéndolo oprimir con el peso de su poder. Aquel pueblo, siempre celoso de su libertad, sin atender á los consejos de la razon y de la justicia, depuso á Jonás, y confirió el mando del ejército á Zabulon, jóven inesperto, orgulloso y tenaz.

IV.

Presto llegó á Silo la noticia de la nueva derrota de los hijos de Israel, la consternacion fué general, y no habia familia que no llorase la pérdida de algun pariente ó de algun amigo. Los ancianos se rasgaban las vestiduras, se vestian de cilicios, y se cubrian de ceniza la cabeza, dando muestras del mas profundo dolor. Otros salian de sus casas llorando y mesándose los cabellos; porque el Señor los habia abandonado y los entregaba en poder de sus enemigos. ¡Cómo es posible, gritaban, que una sola tribu triunfe de la fuerzas reunidas de Israel! ¡Dios de Abraham y de Moisés, esclamaban, tú que libraste á tu pueblo escogido del yugo de los egipcios, que lo condujiste por el desierto y lo alimentaste milagrosamente ¿por qué ahora apartas tu vista de nosotros, y nos entregas en manos de aquellos que se han separado de tí poniendo en olvido tus santas leyes?

La tristeza y el desconsuelo eran generales en Silo, y mas se aumentó cuando vieron entrar los restos del ejército, tintos de sangre, cubiertos de polvo y estenuados de fatiga. El anciano que volvia á ver á su hijo, creia que la tumba se lo devolvia: la esposa abrazaba al esposo, y como asombrada y temiendo que no fuese un sueño, lo tocaba por todas partes, le pasaba la mano por el rostro y esclamaba: ¡sí, él es, él es! ¡vive todavía! y lo estrechaba de nuevo entre sus brazos.

Zara entretanto vivia retirada en su aldea de Jesser, orando dia y noche por la conservacion de la vida de Jonás; de vez en cuando llegaban á sus oidos los triunfos de Benjamin sobre Israel; pero estos triunfos, léjos de consolarla, la afligian mas, porque consideraba los raudales de sangre que se estaban derramando entre sus hermanos.

Algunos dias despues de la catástrofe que habian sufrido las armas de Israel, y cuando es-

tos pudieron recobrarse un poco de su espanto, la calma fué renaciendo poco á poco en los corazones. Los ancianos y los gefes de la nacion pensaron en reunirse y deliberar sobre el partido que se debia tomar en semejantes circunstancias. Con tal motivo, Ruben, tuvo que ir á Silo para asistir al consejo, y llevó consigo á su interesante hija. Reunidos que estuvieron los ancianos se abrió la discusion, la cual fué muy acalorada, pues unos querian que se prosiguiese la guerra, y otros estaban por la paz y porque se restituyesen todos á sus hogares, dejando á la tribu de Benjamin como segregada de la nacion hebrea; pero Booz, que era un anciano á quien todo el pueblo miraba con veneracion y respeto, levantándose de su asiento, dijo:—¿Qué es lo que escucho, hijos de Israel? ¿será posible que ántes de que tomeis una resolucion, no penseis primero en consultar al Señor, sobre lo que se debe hacer en circunstancias tan angustiadas? ¿Pensais que podeis obrar arbitrariamente sin licencia del Dios de nuestros padres? Consultémosle, roguémosle que nos dé á conocer su santa vòluntad, y obremos segun sus deseos: tal vez será ya tiempo de que nos entregue á nuestros enemigos; pero si es su voluntad que nos volvamos en paz á nuestros hogares, lo haremos, pero será con su consentimiento.

Toda la asamblea fué del parecer de Booz, é inmediatamente pusieron en obra el consejo de este anciano. El gran sacerdote entró en la tienda en que estaba el Arca de la Alianza, y penetrando hasta el *Sancta Sanctorum*, lugar á donde no era permitido entrar sino al sumo pontífice, este se postró delante del tabernáculo, y despues de una ferviente oracion, espuso el deseo que tenia el pueblo de saber cual era su voluntad respecto de la guerra con Benjamin: el Señor le respondió.—,,Que salgan mañana á combatir con Benjamin, que yo lo entregaré en sus manos." La respuesta fué comunicada inmediatamente á los caudillos de Israel, y estos se prepararon inmediatamente á la guerra, con aquella confianza que les inspiraba la proteccion de Jehová. Todo el ejército mezclado con el pueblo se postró delante de la Arca santa, é hicieron oracion porque el Señor los protegiese y los hiciese triunfar de sus enemigos.

Ya no son aquellos soldados orgullosos que en la primera campaña confiaban tanto en sus propias fuerzas, son los guerreros de Israel que ponen toda su confianza en el Señor, en aquel Gran Ser que dá y quita los imperios, y concedè ó niega la victoria segun su voluntad.

Los niños y las vírgenes, elevando al cielo sus tiernas é inocentes manos, cantaban en coro al Dios de sus mayores las siguientes estrofas:

CORO.

De tu estrellado sólio
Jehová, mira á tus hijos,
De sus males prolijos,
Ten, ¡oh Señor! piedad.

Da á tu Israel querido
Valor y fortaleza,
Y humilla la altiveza
De su enemigo audaz.

De tu estrellado sólio etc.

Del benjamita fiero
Que de amargura y pena
El corazon nos llena
Libra á tu pueblo ya.

De tu estrellado sólio etc.

De tu esforzado brazo
Sienta el furor potente,
Y humíllese su frente
Que empaña la maldad.

De tu estrellado sólio etc.

Y de Jacob al pueblo
Que en tan infausto dia
Sus súplicas te envia,
Perdona, Jehová.

De tu estrellado sólio etc.

Zara descollaba enmedio de las vírgenes que cantaban al Señor, como descuella la erguida palma en medio de un bosque de limoneros: apenas podia sostenerse en pié, y estaba pálida y meláncolica, temia un nuevo desastre, temia no volver á ver á su Jonás, y que este sucumbiese bajo el poder formidable de Israel.

Marcharon inmediatamente los israelitas, y dos horas despues de puesto el sol, llegaron á las inmediaciones de Gabáa é hicieron alto, emboscándose durante la noche parte de las tropas, mientras el resto del ejército aguardaba impaciente la venida del nuevo dia.

Apénas los primeros rayos del sol doraban las cumbres del Líbano, cuando un trozo de israelitas avanzó sobre la ciudad en actitud hostil. Zabulon, que como hemos dicho, era el gefe que habia reemplazado á Jonás, luego que

los apercibió formó sus escuadrones y se precipitó al encuentro de sus enemigos: estos cuando vieron que se aproximaban los de Benjamin echaron á huir; Zabulon creeyendo que el temor se habia apoderado de Israel, cargó con mas confianza sobre ellos y los fué persiguiendo un trecho; cuando los israelitas observaron que los habian alejado bastante de la ciudad volvieron caras y dieron principio á un terrible y sangriento combate; al mismo tiempo salieron las tropas que estaban emboscadas y atacaron á los de Benjamin por la retaguardia; la rabia se apoderó de sus corazones al verse cercados por todas partes, y resolviéndose á vender caras sus vidas, se renovó el combate con mas furor que antes. Los habitantes de Gabáa que lo habian estado presenciando desde lo alto de las murallas, vieron cercado á Zabulon, y suplicaron á Jonás que olvidase todo resentimiento, y que saliese con la poca gente armada que habia quedadó en la ciudad á socorrer á sus compatriotas. Jonás, que amaba á su patria tanto como á Zara, no dudó un momento en salir al auxilio de sus conciudadanos y marchó apresuradamente al campo con la poca gente que pudo seguirle. Antes que llegara al lugar del combate, los benjamitas habian logrado romper la línea que los cercaba y se retiraban desbandados y perseguidos por los israelitas: Zabulon habia sucumbido bajo los golpes enemigos. Jonás contuvo á los hijos de Israel y aun los hizo retroceder un buen trecho; pero volviendo de nuevo á la carga auxiliados por nuevas tropas que habian estado de reserva, trabose de nuevo la batalla. Por ambas partes peleaban con un furor frenético, la carnicería era atroz, los combatientes no anhelaban mas que matar, cuidándose muy poco de defenderse. Jonás hizo prodigios de valor, animaba á sus compañeros con la voz y con el ejemplo: ¡pero cómo contrarrestar un ejército protegido por el brazo de Dios! En lo mas recio del combate observó que los benjamitas que poco antes habia encontrado perseguidos por Israel y que se habian dirigido á la ciudad, retrocedian espantados hácia donde él estaba, gritando: ¡Gabáa ha sido tomada, ningun recurso nos queda ya. Parte de los israelistas que se habian apoderado de la ciudad salieron á reforzar á los que todavía combatian con Jonás, y muy pronto se vió este cercado por muros inaccesibles de lanzas que le cortaban por donde quiera la retirada. La sangre corria á torrentes y los soldados no pisaban sino sobre montes de cadáveres y de moribundos: casi todo el ejército de Benjamin yacia tendido en el campo de batalla; Jonás tinto en sangre, cubierto de polvo y roto en mil pedazos su casco y armadura, se introducia por en medio de los escuadrones enemigos en donde sembraba el terror y la muerte; pero á pesar de sus proezas, conoció con dolor que era imposible ya sostenerse, y reuniendo como pudo los pocos compañeros que le quedaban, que eran en número de seiscientos, hizo un formidable empuje por una parte, y abriéndose paso por en medio de las picas enemigas, tomó con sus compañeros el camino del desierto.

Los de Israel no quisieron emprender su persecucion, y volvieron toda su rabia contra la ciudad de Gabáa que incendiaron, y á cuyos habitantes pasaron á cuchillo, sin respetar edad ni sexo.

V.

¿Por qué, Israel, en vez de levantar la frente orgulloso y cantar tu triunfo, dejas caer lánguidamente la cabeza hasta tocar el pecho con la barba, y sollozas, y lloras y no encuentras consuelo? ¿Dónde está tu brio en los combates, tu furor en el incendio y los estragos de Gabáa? ¡Cuán tarde te has arrepentido de tu crueldad para con tus hermanos!

Habian pasado cuatro meses desde que fué destruida Benjamin, cuando el pueblo de Israel postrado delante de la casa de Dios, en Silo, levantaba la voz hasta el cielo, diciendo, ¿cómo es posible, Dios de Jacob, que permitas que perezca una de nuestras tribus? Verdad es que seiscientos varones se han escapado del filo de nuestros aceros, los cuales se hallan refugiados en la Peña de Remmon; pero hemos hecho un juramento, por el cual nos comprometimos á no dar á nuestras hijas por mugeres á los benjamitas, y sin embargo es preciso conservar á toda costa la tribu; ¿mas cómo podrá ser esto? Al efecto convocaron de nuevo á los ancianos para que decidiesen sobre lo que se debia hacer con los refugiados en Remmon, los cuales resolvieron la destruccion de la ciudad de Jabes-Galaad por no haber querido contribuir para la guerra de Benjamin, y pasar á cuchillo á todos sus moradores, dejando con vida únicamente á todas las doncellas para dárselas á los benjamitas que habian quedado, y de esta manera poder conservar la tribu.

Mientras se ejecutaban las órdenes del consejo, respecto de la destruccion de Jabes-Galaad, Jonás, favorecido por las sombras de la noche habia bajado de la Peña de Remmon internándose en el pais de Israel hasta llegar á Silo, que

era en donde vivia la jóven Zara; y presentándose á ella en el momento en que esta se hallaba sentada á la puerta de su casa, triste y melancólica pensando en Jonás, sin saber todavía qué suerte habia corrido en la destruccion de su tribu, oyó aquella una voz débil que la llamaba; pero que reconociendo al momento ser la de su amante, quiso levantarse; mas las fuerzas le faltaron: Jonás hincó una rodilla en tierra le cogió una mano y la estrechó contra su corazon.—Zara, le dijo, hermosa Zara, no temas, yo soy, tu Jonás, á quien haz jurado una fé eterna, Jonás, á quien la desgracia persigue; pero que te ama aun con mas ardor que nunca; dime que todavía me amas, dímelo, hermosa Zara, que oiga yo de tus lábios aquellas encantadoras palabras que en dias mas felices me repetiste tantas veces.—¿Que si te amo? respondió Zara, con trémula voz: ¿y has podido dudarlo? toca mi corazon, él palpita, ¿y por quién? ¿por quién? sino por tí á quien amo, á quien siempre he amado con todo mi corazon, ¿por quién, dime, he sufrido tantos pesares durante esta guerra fratricida? ¿por quién? por tí, por Jonás, por aquel jóven que supo conquistar mi corazon, y que ha sido mi primero y será mi último amor. —Basta, mi bien; basta, ya no temo la miseria de que me hallo agobiado; la hambre, la sed, las fatigas, todo lo desprecio, pues me queda tu amor, tu amor que es el solo bien que me queda sobre la tierra.—Pero dime, repuso Zara, ¿estás oculto en alguna parte? ¿corres algun peligro? dímelo, no me ocultes la verdad, tu Zara te lo suplica.—No temas nada, querida mia, estoy refugiado con otros compañeros que pudieron salvarse, en la Peña de Remmon: los ancianos de Israel han dispuesto la destruccion de Jabes-Galaad, y que sus doncellas sean distribuidas entre mis hermanos; pero yo no seré de otra mas que de tí, yo no sé como podré conseguirlo; pero lo conseguiré, el corazon me dice que lo conseguiré.—Parto á reunirme con mis hermanos ántes de que amanezca, ten confianza en el Señor, que él no nos abandonará: adios, Zara mia, muy pronto volveré á unirme contigo para no separarme jamas. La estrechó entre sus brazos, le besó la frente y partió con la celeridad del relámpago.

Pocos dias habian transcurrido despues de la entrevista de los dos amantes, cuando se vieron entrar en Silo cuatrocientas doncellas que habian sido tomadas en Jabes-Galaad. Se dispuso inmediatamente el mandar una comision á los benjamitas, concediéndoles la paz, y que bajasen á Remmon á tomar las doncellas que les estaban destinadas para que pudiesen volver á restablecer su tribu. Bajaron en efecto, en número de seiscientos que eran los refugiados; pero como las doncellas no eran mas que cuatrocientas, doscientos benjamitas quedaron sin mugeres: para cubrir esta falta los ancianos les aconsejaron que se escondieran en las viñas que estaban en las inmediaciones de la llanura de Bethel, en donde las doncellas de Silo acostumbraban formar danzas para celebrar el dia de la *solemnidad del Señor*, que estaba muy próximo: y que saliesen repentinamente y cada cual cogiese una doncella y que esta fuese su muger, marchándose inmediatamente al pais de Benjamin. Así lo hicieron, y viniendo á querellarse los padres y los hermanos de las doncellas robadas, los ancianos los aplacaron, diciéndoles:—Tened lástima de ellos, pues no las han tomado como los vencedores, cautivas, sino para esposas: vosotros teneis la culpa, no quisísteis concederlas cuando os las pedian con ruegos y con lágrimas en los ojos.

En cuanto á Jonás no quiso seguir el consejo que los ancianos les habian dado, sino que se presentó al padre de Zara y le dijo:—Respetable Rubén, yo amo á tu hija desde ántes que estallase nuestra fatal guerra: cuando Zara entregó su corazon, aun no habíais hecho ese fatal juramento, y por consiguiente ese juramento en cuanto á vos es malo: sin embargo, yo he podido llevarme á vuestra hija por la fuerza cuando danzaba con sus compañeras en Bethel; pero no he querido afligir al padre de la que amo mas que mi existencia: tu esclavo soy; pero concédeme á tu hija, yo te serviré lo mismo que nuestro padre Jacob sirvió á Labán por obtener á la hermosa Raquel; estará siempre sumiso á tus mandatos Jonás, aquel que hizo temblar tantas veces á las huestes de Israel.—Generoso jóven, respondió Rubén, tú pudiste arrebatarme á mi hija, á mi único tesoro, y no lo hiciste; el dolor hubiera desgarrado mi corazon y hubiera bajado al sepulcro cubierto de vergüenza, y tú no lo has querido: esta es una deuda que te debo y que es mi deber pagar; pues bien yo quiero pagarte: tuya es Zara, no serás mi esclavo, serás mi hijo, vivireis ambos conmigo el poco tiempo que me queda de vida, y cerrareis mis ojos cuando el Señor me llame á descansar con mis antepasados. Zara, da la mano de esposa á Jonás, hazlo feliz practicando las lecciones de virtud que te enseñó tu madre Nohemí y que ahora yace en paz en el sepulcro.

A. RODRIGUEZ.

De la envidia á la crítica no hay mas que un paso.

GALERÍA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

INTRODUCCION.

A primera vista parecerá inútil recomendar el estudio de la historia patria, pues apénas puede concebirse objeto mas interesante á cualquiera amante de las letras, que conocer los diversos acontecimientos que se han sucedido en el pais donde vió la primera luz; con todo, no podemos lisongearnos por desgracia de que esta verdad sea tan manifiesta cual quisiéramos, pues por unos cuantos que se dedican á tan útiles como curiosas investigaciones, el comun de las gentes ignora totalmente lo que mas le importara conocer. Así vemos jóvenes de claros talentos y de suficiente instruccion, que pudiendo muy bien ser los dignos cronistas de su patria, consumen su tiempo y sus tareas en el estudio de la historia de otras naciones, que aunque provechoso y necesario, no debiera absorver esclusiva sino secundariamente su atencion.

Afortunadamente este mal comienza á ser menor, y se nota con el mayor placer el ahinco de muchas personas, de todas clases y condiciones, por saber cuanto hace relacion á su patria México, á la parte mas hermosa del nuevo continente.

Nuestra historia, por otra parte, así la antigua como la moderna, no es conocida en Europa con alguna exactitud, sino de unos cuantos literatos distinguidos; y todos los otros, no saben mas de lo que refieren algunos viajeros ignorantes y algunos historiadores embusteros, que se han complacido siempre en envilecernos, pintándonos con los coloridos caprichosos que les ha sugerido su desvariada fantasía. Confesaremos tambien en obsequio de la verdad, que aun en Europa, si no tienen muchos conocimiento de nuestra historia, han aprendido por lo menos á desconfiar de las mismas relaciones á que antes daban ciega creencia.

Motivos tan poderosos nos han determinado á dar un lugar preferente en nuestro periódico á cuanto concierna á la historia de México, tanto antigua como moderna, y á no perdonar trabajos de ningun género que se encaminen á popularizar la aficion á estudio tan importante. Mas queriendo ser lo mas útiles que nos fuese dable, y juzgando que lo conseguiriamos emprendiendo un trabajo, que aunque penoso, diese á conocer un periodo mas largo de nuestra historia; despues de pensar con madurez, de recoger los documentos mas preciosos que nos ha proporcionado nuestra diligencia y la de nuestros apreciables colaboradores y amigos; y finalmente, despues de haber consultado con personas respetables por su saber, nos resolvimos á escribir una GALERIA DE LOS VIREYES DE MEXICO por órden cronológico, lo que será indudablemente mas provechoso que la historia aislada de cualquiera de ellos. Mas nos parece indispensable dar una breve noticia del método que nos hemos propuesto seguir, para que así sepan nuestros lectores lo que deben esperar y no se engañen aguardando mas ó menos de lo que les tengamos ofrecido.

Es necesario recordar el carácter de nuestro periódico, que lo mismo que cualquiera de su clase, tiene por objeto difundir la instruccion entre algunas personas, y servir de pasatiempo á todas; es pues indispensable procurar que no resulte tan árido, que solo despierte la curiosidad de los iniciados en las ciencias, ni tan frívolo que pueda servir solo para personas que ni saben nada ni apetecen salir de su ignorancia. Esta reflexion indica suficientemente el camino que deberemos seguir. No escribiremos cuantos hechos sepamos, sino los mas notables por cualquiera razon, evitando de este modo una cansada prolijidad; y un artículo de este género podrá ser muy útil, siempre que el escritor tenga tino en la eleccion de lo que calla y de lo que refiere.

Como nuestro objeto único es la historia de México, no pondremos una *biografía* de cada virey, sino una relacion de su *gobierno*, que mostrará el estado de nuestro pais, en aquel tiempo, las intenciones que tenia respecto de él la metrópoli de Castilla, los adelantamientos, que aunque lentos, iban haciéndose en las

artes y en las ciencias, el estado de mayor ó menor opresion en que estaban los naturales de este suelo; por último, cuanto juzguemos conducente á nuestro propósito de excitar la curiosidad de nuestros lectores para que indaguen con ardor lo que nosotros apuntaremos solamente. Despues de haber estudiado un poco nuestra historia, podrá decirse quienes tienen razon, si los que creen que la *Nueva-España* caminaba á la par de la península dominadora, ó los que sostienen que ni un rayo de luz atravesaba la noche tenebrosa en que yacia sumergido el mundo de Colon. Quizá ambas opiniones son inexactas por demasiado esclusivas.

Acompañaremos el retrato de cada virey, sacado con toda fidelidad de los que se conservan en el Museo Nacional; lo que ademas de dar idea de los trages de la época, servirá de que se conozcan algunas obras de los pintores mas célebres que florecian entónces en México, pues eran los que retrataban siempre á los vireyes, y señalará ademas los adelantamientos ó la decadencia de la pintura.

Baste lo dicho para conocer nuestro plan, y para que siquiera nos sirva de disculpa la pureza de nuestra intencion, siempre que no acertáremos á dar á nuestra empresa su debido cumplimiento.

D. ANTONIO DE MENDOZA.

PRIMER VIREY DE LA NUEVA-ESPAÑA.

(1530.)—Reinaba Cárlos V. en España; las acusaciones contra Nuño de Guzman y los oidores Matinezo y Delgadillo, que entónces gobernaban en México, eran tan frecuentes y tan terribles, que el emperador pensó seriamente en remediar los males gravísimos que agobiaban á sus nuevos pueblos. Mas estándo en vísperas de partirse á Flándes, encomendó á la emperatriz que proveyese; y esta juzgó que lo mas conveniente seria establecer un vireinato en la Nueva-España. Puso primero los ojos en el conde de Oropesa y en el mariscal de Fromesta, quienes se escusaron con diversos pretestos; despues en D. Manuel Benavides, que no fué elegido por pedir mucho dinero y una exorbitante autoridad; y por último confirióse el cargo á D. Antonio de Mendoza, conde de Tendilla, y camarero de S. M., el cual no pidió mas tiempo para partir, que el necesario para arreglar sus negocios; y á fin de que no siguiesen los abusos que se trataba de corregir, el tiempo que dilatase Mendoza, nombró tambien la emperatriz una nueva audiencia, presidida por D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, obispo de la Española, y compuesta de los licenciados Vasco de Quiroga, Alonso Maldonado, Francisco Cainos y Juan de Salmeron.

Fuenleal, hombre íntegro y benéfico, gobernó con sabiduría y logró aliviar todo lo posible el yugo que pesaba sobre este suelo, y Vasco de Quiroga ha dejado en Michoacán y en todo México un nombre tan claro, que seria inútil encomiarle, cuando su elogio mas cumplido lo forman las lágrimas de ternura que aun hace derramar su memoria.

(1535.)—El año de 1535, segun Cavo y Herrera, llegó á México Mendoza con carta para Fuenleal, y fué recibido con la suntuosa pompa que correspondia al representante de Cárlos V.

Las instrucciones que trajo para su gobierno merecen apuntarse aunque sea ligeramente. Eran relativas, unas, al aumento de la religion y del culto divino, respeto á los religiosos, y conversion y buen tratamiento de los indios y castigo de los clérigos escandalosos; otras á la ereccion de una casa de moneda para acuñar plata, que se rigiese por las mismas leyes de las de España, dadas por los reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel. Se le prevenia que buscase y aplicase al *Fisco Real* todas las riquezas que estuviesen encerradas en los sepulcros y templos de los indios, y que habian *sido puestas para sacrificar al demonio*: que proveyese so graves penas que nadie *vendiese armas á los indios, ni se las enseñasen á labrar;*



D. ANTONIO DE MENDOZA

(1.er Virey de la Nueva España.)

que los negros no pudiesen traer armas, pública ni secretamente, y que todos los vecinos de México tuviesen armas ofensivas y defensivas en sus casas. Mandábasele tambien que le contase al marqués del Valle los veintitres mil vasallos de que el rey le habia hecho merced, y le quitase los demas que tuviese encomendados y que excediesen de este número; y por último „que habiéndose informado de la disposicion y estado de la tierra, y de los naturales pobladores de ella, teniendo su principal intento al servicio de Dios, y descargo de la real conciencia, él solo en lo presente, y en lo que adelante se ofreciese, proveyese lo que mas le pareciese para el buen tratamiento de los naturales, y gratificacion de los pobladores y conquistadores, y conservacion de la tierra, sin embargo de cualesquiera Instrucciones ó Provisiones que estuviesen dadas: porque siendo la cosa de tan gran importancia, el rey se la cometia, por la confianza que tenia de su persona, y se la encomendaba á él solo, y le encargaba, que sin particular respeto usase de esta comision, en caso necesario, y no en otra manera, teniendo en si el secreto que la entidad del negocio requeria, pues de publicarlo habian de nacer mayores inconvenientes; y que si para los efectos susodichos viese que convenia encomendar indios, que lo hiciese." Ordenó tambien el emperador que la audiencia se rigiese por los mismos reglamentos de las Chancillerías de Granada y de Valladolid, y que en los casos dudosos, ó no comprendidos en ellos, ni en las leyes de Madrid de 1502, se atuviesen á las de Toro. El que quiera saber á fondo las instrucciones dadas á Mendoza, consulte al cronista Herrera. (Decada V. Lib. IX. Cap. 1.° y 2.°)

(1536.)—El 22 de julio llegaron á México por Culiacán el de la Nueva-Galícia, Alvaro Nuñez Cabeza de Vaca, Castillo, Dorantes y el negro Estevanico; cuatro que habian quedado de la espedicion que mandaba en persona Pánfilo de Narvaez, y que habia marchado á la conquista de la Florida. Fueron recibidos benignamente por Mendoza, que escuchó absorto de su boca las estupendas maravillas que contaban de un pais situado hácia el rumbo del Norte, y que se llamaba *Quivira*, segun decian. Alegre sumamente con esta noticia, y viendo el vasto campo que se le ofrecia para grangear reputacion, propúsose desde luego hacer la conquista de tan opulento reino, y mandó á España á Cabeza de Vaca y á Castillo para que informasen al emperador.

Cárlos V. entretanto mandaba á México al licenciado la Torre, para que hiciese efectiva la sentencia pronunciada por la audiencia de México contra Nuño de Guzman, de *prision y confiscacion* de bienes, dándole ademas otras instrucciones para el buen gobierno de la Nueva-España.

Miéntras venia navegando la Torre, llególe á Mendoza un despacho de Cárlos V., que noticioso de la integridad y tino con que procedia en su gobierno, le mostraba la satisfaccion que le cabia por su buen proceder, y por haber sabido que los mexicanos eran superiores en ingenio á las demas naciones del nuevo continente. Acompañábale tambien un sumario, que contenia en su primera parte las obligaciones del cristiano y las leyes espedidas por el consejo de Indias, para bien de los naturales de este suelo; y en la segunda, las obligaciones de los españoles para con los indios, á fin de que reuniendo una junta de las personas principales de México, examinase y adicionase el sumario; despues, en un dia festivo, convocados los caciques y todos los naturales, lo mandase leer por un religioso práctico en la lengua de los indios, cuidando siempre de que se hiciese otro tanto en todos los lugares del reino. Todo lo practicó puntualmente Mendoza.

Un acontecimiento hará memorable para siempre este año: en él se imprimió en México el primer libro, que fué la *Escala de San Juan Clímaco*, en la casa de Juan Pablos, con una imprenta traida por Mendoza, que es acreedor al reconocimiento de todo mexicano, por haber hecho brillar por primera vez en nuestro suelo, ese fanal resplandeciente como el sol, y eterno como la inteligencia.

Tratando Mendoza de cumplir con la órden que traia, y de que ántes hicimos mencion para establecer una casa de moneda, mandó zanjar sus cimientos, y logró que en este mismo año de 1536 se acuñase plata y cobre (1), *no oro porque este se debia mandar en tejos á España*. La amonedacion del cobre fué sumamente desagradable á los mexicanos, que mirando este metal con el mayor desprecio, no querian dar por él sus mercancías, lo que obligó al virey á compelerlos.

(1537.)—A principios del año siguiente, escribió Mendoza una carta al marqués del Valle que este recibió en Acapulco, felicitándole por su llegada, é incluyéndole otra de Francisco Pizarro, en que le pedia socorros para concluir la conquista de Lima. Cortés le mandó dos embarcaciones y bastantes soldados, que

(1) Segun Torquemada, pág. 1, lib. 5.° cap. 13, se acuñaron 200.000 de cobre en este año.

aunque llegaron cuando Pizarro ya habia tomado á Lima, fuéronle despues de mucha ayuda en sus posteriores conquistas.

La moneda de plata causaba tambien grandes perjuicios á los mexicanos, pues no acostumbrados á manejarla, daban las piezas de á cuatro por las de á tres y recibian al contrario; Mendoza avisó al emperador, quien dispuso que se recogiesen los reales de á tres y corriese la demas moneda. Ordenó tambien Cárlos V que se edificase un colegio para niños mexicanos, en el cual se educaran cristianamente y aprendieran latinidad; y el virey aunque estaba ya establecido uno provisional, puso con asistencia de la ciudad y tribunales, en Santiago Tlaltelolco la piedra del que se llamó de Santa Cruz, en el cual, el religioso franciscano Arnaldo Baso, regentó la cátedra de latinidad. Renovose tambien una prohibicion anterior del uso de ropa de oro, bordados y pasamanos por haber llegado el lujo á un punto escandaloso. Habiéndose multiplicado mucho los ganados, y siendo frecuentes, las contiendas sobre pastos y dehesas, que eran comunes por mandamiento de Fuenleal, y siendo muchos los ladrones cuatreros; estableció Mendoza tribunales de mesta que conocieran en estas causas.

Llegó por fin á Mexico el Lic. la Torre, y prendió á Nuño de Guzman, mas no estando acordes los historiadores acerca del modo en que sucedió, referiremos el hecho segun lo cuenta Herrera y la coleccion de documentos del padre Fr. Manuel de la Vega.

Dice el primero que apenas llegó la Torre á la capital de la Nueva-España, cuando partió para Guadalajara á encontrar á Nuño y allí lo prendió y lo despachó á México; que dada cuenta al emperador de este suceso, mandó que diese fianza de presentarse al consejo dentro de cierto tiempo, y que así lo hizo Nuño, quedando al fin impune por haber encontrado valimiento en la corte.

Mas en los documentos del padre Vega se refiere, que Nuño fué preso en México por el mismo la Torre, á la sazon en que este llegó á presentársele al virey Mendoza, que estaba hablando con el mismo Guzman; que la Torre le asió del puño de la espada intimándole prision de órden del emperador Cárlos V; y que procedió con esta precipitacion, por correr rumores de que Nuño tenia dispuesto un navío para partirse á Nápoles, donde estaba de embajador su hermano Juan Juarez de Figueroa; y por último, que habiendo llegado á España, no le permitieron entrar en la corte, sino le mandaron guardar prision en Torrejon de Velasco, donde murió ántes que se hubiese sentenciado su causa.

En este mismo año envió Cortés tres embarcaciones al mando de Ulloa, para proseguir el descubrimiento de la California.

(1538.)—El año siguiente le llegaron á Mendoza varios mandamientos del emperador: „*que los oficiales de la ciudad de México, que era tesorero, contador, veedor de minas y factor, fuesen regidores en los pueblos donde residiesen; y que prefiriendo á los otros regidores mas antiguos en el asiento, tambien prefiriesen en los votos.* Dióse tambien facultad al Visorey D. Antonio de Mendoza, para que permitiese, *que los encomenderos que quisiesen trocar sus repartimientos lo pudiesen hacer*; y porque el exceso del juego era muy grande en las Indias se mandó; *que no se permitiese pasar á ellas naipes, ni dados, ni que los factores de mercaderes pudiesen jugar á ningunos juegos en que interviniesen dineros, ni otra cosa de interes. Que aunque se casasen en Nueva-España los esclavos negros, no fuesen por ello libres, ni pudiesen pedir libertad, porque siendo la mayor parte de ellos viciosos, se amancebaban, y sus dueños, por sacarlos de pecado, los casaban y luego pretendian ser libres.*" Mandó tambien el virey al oidor Maldonado, á pacificar varios pueblos sublevados, lo que este consiguió con la mayor facilidad; y prohibió que hubiese indios de carga aun cuando ellos se prestasen voluntariamente.

(1539.)—Los encomenderos seguian haciendo pesar sobre los indios, el yugo de la mas insoportable tiranía, á pesar de que el virey velaba incesantemente por el cumplimiento de las reiteradas órdenes para que no se les maltratase; y tan escandaloso abuso, fué probablemente el que determinó á venir á México, al varon mas respetable de cuantos pasaron de España á nuestro Continente, al padre Fr. Bartolomé de las Casas; quien impetró que á las partes que aun estaban por conquistar, no se mandasen soldados, sino mas bien celosos misioneros, que alcanzasen con la persuasion y la dulzura evangélica, lo que se pretendia arrancar por la violencia. Partió Fr. Bartolomé para Chiapa, y cuando su apostólico celo recogia los mas sazonados frutos, vino á turbar su gozo Pedro de Alvarado, que haciendo una irrupcion, fué causa de que los indios, creyéndose engañados por los misioneros, abandonasen la religion cristiana. La conducta de Alvarado pareció tan indigna al virtuoso obispo, que partió inmediatamente para España á quejarse al emperador y á patrocinar la causa de los indios des-

validos, y aunque no consiguió todo lo que deseaba, mejoró no obstante cuanto le fué posible la suerte de aquellos desgraciados. Proveyó el emperador, que los encomenderos jóvenes se casaran, „no tanto por asegurar su residencia en la tierra, como por evitar algunos pecados que se echaban de ver:" que se instruyese á los criollos, de suerte que pudiesen servir para la conversion de los indios, y que para este fin se instituyese en México Universidad; que se suspendiese la pragmática de los vestidos, antes mencionada; y que á los hidalgos se les guardasen sus preeminencias, de no poder ser encarcelados por deudas, ni padecer *tormento*.

Una ocurrencia vino á turbar la buena armonía que reinaba entre Mendoza y el marqués del Valle; y fué la conquista del reino que llamaban *Quivira*, Cabeza de Vaca y sus compañeros, y cuya riqueza y fertilidad encarecian, así como tambien Fr. Márcos de Niza. Deseosos ambos, Mendoza y Cortés, de hacer tan rica conquista, pensaban á un tiempo en aprestar cada uno su espedicion; pero Mendoza avisó al marqués que se abstuviese de mandarla, y comisionó á Francisco Vazquez de Cornado, gobernador de la Nueva-Galicia por influjo del mismo Mendoza, para que se pusiese á la cabeza de la que debia marchar para tan decantado reino. El mismo virey acompañó á Cornado hasta Compostela, para manifestarle su aprecio. Cornado prosiguió su camino por Culiacán, y llegado á la parte en que se decia estar Quivira, no encontró absolutamente nada; y por último, la circunstancia de haber perecido á manos de los naturales del pais, Estevanico, con muchos de sus compañeros, malogró la espedicion é hizo que Cornado se volviese á Nueva Galicia. Sabedor de todo Mendoza, y persuadido de que se necesitaba una espedicion numerosa y bien equipada para la conquista de Quivira, dió sus órdenes á fin de que se aprestase, é hizo llamar de Quauhtemalan á Pedro de Alvarado, el hombre mas á propósito, en su concepto, por la práctica que tenia en las guerras de los indios.

Cortés por su parte mandó á Ulloa, diestro marinero, con tres embarcaciones llamadas, Santa Agueda, capitana; Santo Tomás, y la Trinidad, que salieron de Acapulco el 28 de julio, para que buscase á Quivira, y hallado, tomase posesion de él en nombre suyo y á favor de la corona.

(1540).—No viniendo de Quauhtemalan Pedro de Alvarado, resolvió Mendoza que mandase la nueva espedicion, el mismo Vazquez Cornado, é hizo que Francisco de Alarcon, con dos navíos, recorriese la costa y la examinase hasta los 36°, altura en que debia reunirse con el ejército de tierra. Cornado recorrió el pais sin encontrar mas que algunos caseríos, y tuvo que volverse por haber caido de un caballo; y Alarcon, despues de haber hecho frecuentes desembarcos, no pudo encontrar á *Quivira*.

La espedicion de Ulloa tampoco averiguó nada: de las tres naves no volvió por entónces al puerto mas que una, y desalentado Cortés por el mal éxito de su espedicion, é irritado por las trabas que le ponia el virey, despues que estaba acostumbrado á mandar sin contradiccion, salió de Nueva España para Castilla con el fin de quejarse al emperador, que á la sazon habia partido á Gante.

Mientras, Zumárraga edificó un hospital, cuyo patronato ofreció á Cárlos V, y este lo admitió. Cuenta Torquemada, refiriéndose al padre Motolinia, que en este año, los mexicanos, queriendo obsequiar á D. Antonio de Mendoza, hicieron una caza á su usanza, por haberles manifestado el virey sus deseos de presenciar un espectáculo semejante. Eligieron una llanura espaciosísima, entre Xilotepec y San Juan del Rio; se reunieron mas de quince mil, y formando un círculo estensísimo lo iban disminuyendo gradualmente, encerrando un número tan considerable de animales, que solo los venados muertos ascendieron á seiscientos. Mendoza se manifestó tan complacido, que prometió asistir dentro de dos años á otra caza semejante, promesa que, como dice Torquemada, se ignora si despues la cumplió, y desde entónces tiene el llano el nombre del *Cazadero*.

Los tezcocanos mataron una leona que miraron con asombro en una isleta de la laguna, y se oyeron los ruidos subterráneos, precursores de una erupcion que hizo luego el Popocatepetl.

(1541.)—Notóse de repente en este año de 1541, segun Cavo presume, pues Torquemada lo cuenta sin fecha, la desaparicion total de la moneda de cobre; y tratando Mendoza de averiguar la causa, supo que los mexicanos la habian juntado toda y echádola en la laguna. Admirado del desprendimiento de los mexicanos, virtud que forma su carácter distintivo, mandó sellar *cuartillas* de plata, que les desagradaban tambien mucho por la facilidad con que se les perdian, y que corrieron casi la misma suerte que el cobre, pues unos las fundian para formar barras, y otros las echaban á la laguna.

Habia reunido Pedro de Alvarado doce embarcaciones con las que debia partir para las islas de la Especeria segun la órden del emperador: despues de haberlas enviado á que lo aguardasen en el puerto de la Purificacion, se dirigió á México para ver á Mendoza que le habia mandado llamar, como antes dijimos. En el camino le alcanzó un correo de los vecinos de Guadalajara, pidiéndole les socorriese contra los indios del pais que se habian sublevado y hecho fuertes en los desfiladeros. Alvarado despues de reunir la mas gente que pudo, marchó contra los indios y murió en un ataque, de resultas de un golpe que le dió un caballo despeñado como dicen unos, ó que venia corriendo asustado de los indios como aseguran otros. La muger de este conquistador Doña Beatriz de la Cueva, murió en Quautemalan, poco despues de haber sabido la muerte de su esposo; en un terremoto formidable, seguido de una erupcion volcánica que arrasó gran parte de la ciudad.

(1542.)—Siguiendo la sublevacion con nueva fuerza, y sabedor Mendoza, porque así se decia, de que los indios Tarascos y Tlaxcaltecas querian ponerse de parte de los de Xalisco, resolvió salir en persona á sujetar el levantamiento, y para esto convocó á los Tlaxcaltecas, Choluleses, Huexotzinques, Texcocanos y otros, permitiendo al mismo tiempo á los caciques que usasen de caballos y de las mismas armas que los españoles; concesion que complació mucho á los naturales del pais, y pareció desacertada á los dominadores.

En tanto que se organizaba la espedicion, mandó al navegante portugués Juan Rodriguez Cabrillo, con dos navíos, San Salvador y la Victoria, que recorriesen la costa de California hasta encontrar hácia el Norte, el remate de la América Septentrional. Salió Cabrillo del puerto de la Navidad el veintisiete de junio: recorrió una estension considerable, descubrió un cabo entre los 40° y 41° de latitud norte, que en honra del virey llamó Mendocino, y por último, en marzo del año siguiente se vió precisado á regresar al puerto por el exceso del frio y la falta de víveres. Mandó tambien en otra espedicion á las islas de la Especeria, al licenciado Rui Lopez de Villalobos.

Dispuesto por fin el ejército que debia marchar á Xalisco, compuesto de cincuenta mil indios, trescientos caballos y ciento cincuenta infantes, salió Mendoza de México el 8 de octubre, detúvose algun tiempo en Michoacán y llegó por fin á Xalisco para comenzar la guerra.

(1543.)—Mas ántes hizo saber á los sublevados, por medio de algunos religiosos y de intérpretes, que se les perdonaria siempre que depusiesen las armas. Dió órdenes para que no se hiciesen mas prisioneros que los indispensables para llevar el bagaje, y trató por cuantos medios estaban á su alcance, de minorar los desastres de la guerra. Contestaron los indios: *„que ellos eran Señores de toda la tierra, que era suya y que querian morir por su defensa.”* Respuesta generosa, digna de los esforzados hijos de los aztecas. Finalmente, despues de varios combates logró Mendoza que sus contrarios depusiesen las armas y quedase pacificado el pais; pudiendo asegurarse que el virey se condujo en esta ocasion con una suavidad é inteligencia que le harán siempre muy recomendable.

Mandó reunir Cárlos V en España una junta compuesta de personas de todas dignidades, á fin de que proveyesen lo necesario para corregir los innumerables abusos que no habian podido desterrarse de la Nueva-España; y esta junta decretó varias disposiciones relativas á la secuela de los juicios, á las encomiendas, á la residencia que debia tomarse á los gobernadores y á otros puntos que cuenta Herrera menudamente en la Década VII. lib. VI. cap. V. Antes dijimos la solicitud del obispo Las Casas por el remedio de la tiranía que pesaba sobre los indios; á instancias suyas se espidieron nuevas órdenes para que no se hiciesen esclavos ni en la guerra, para que se llevase á efecto la disposicion de que no hubiese indios de carga; para que se quitasen los repartimientos, los cuales no podrian hacerse ni por el mismo virey, á pesar de la facultad que ántes se le habia concedido y que dejamos referida, etc., etc. Queriendo Cárlos V que todas estas disposiciones tuviesen puntual cumplimiento despues de haberlas mandado publicar por pregoneros y á son de trompetas en Sevilla, mandó que el visitador Miguel Diaz de Armendariz cuidase de su cumplimiento en la Española, y comisionó con el mismo fin para la Nueva España, al Lic. Francisco Tello de Sandoval, dándole largas instrucciones y facultades amplísimas para el desempeño de su comision. Se embarcaron los dos en San Lúcar el 23 de noviembre, encaminándose cada uno á su destino.

(1544.) Desembarcó el Lic. Tello en S. Juan de Ulúa el 12 de febrero, llegó á México el 8 de marzo, y se alojó en el convento de Santo Domingo. Mas noticiosos los encomenderos de las órdenes que traia, y despues de haber hecho inútiles tentativas para estorbar su publi-

cacion, resolvieron á una presentarse al visitador, con el fin de suplicarle no promulgase aquellos decretos, que segun afirmaban, debian ocasionar la ruina del estado. Representáronle la pobreza en que podrian quedar muchas familias, el trastorno general que debian ocasionar aquellas *innovaciones* que pretendian llevar á cabo, y que en la junta que habia resuelto tales medidas „*no habia intervenido nadie que hubiese visto los trabajos, hambres, peligros y sangre con que los conquistadores habian comprado este imperio para la corona real de Castilla,*" y por último, apuraron cuantas razones podian obligar en su concepto á Tello, á la no publicacion de los decretos. El visitador resuelto firmemente á cumplir con lo mandado por el emperador, les reprendió enérgicamente su conducta con estas palabras. „*No habiendo aun presentado los despachos que traigo, ¿cómo podeis vosotros saber cuál es mi comision? ¿Y así de qué suplicais? Idos y no os acontezca proceder de modo tan irregular con los ministros del rey. Si teneis algo que tratar conmigo, diputad dos de vosotros.*" En vista de esto comisionaron los encomenderos á dos, uno de los cuales era Alonso de Villanueva, regidor entónces por el rey, mas Tello tranquilizolos un tanto, asegurándoles que los mandamientos del emperador ántes que á su daño se encaminaban á su provecho; y logrando desembarazarse asi de ellos, á los quince dias mandó pregonarlos por la ciudad con asistencia del virey y de los tribunales, lo que pudo tanto á los encomenderos, que estuvieron á punto de mover una sedicion. Viendo el visitador comprometida la paz, concedió á los quejosos que nombrasen procuradores que yendo á España representasen al emperador; y fueron elegidos por la ciudad Alonso de Villanueva, Gerónimo Lopez y Peralmindez Chirinos, los cuales partieron en union de los provinciales de San Francisco, Santo Domingo y San Agustin, y otros españoles de riqueza y valimiento.

(1545.)—Al año siguiente, desconfiando Tello ó sabiendo quizá el mal manejo de algunos oidores y oficiales reales, los privó de sus empleos segun refiere Torquemada, y habiéndole llegado ademas noticia de que los encomenderos habian salido con su intento en España, á fuerza de recomendaciones y de falsos informes; ántes de que llegase á México el nuevo decreto del emperador, despojó de sus repartimientos á cuantos creia que abusaban de su autoridad. Llególe miéntras una cédula en que se le mandaba repartiese las tierras realengas entre los conquistadores; disposicion arrancada por los mismos que habian idô á la corte á patrocinar la causa de tan inhumanos opresores. Es imponderable el regocijo que causó á los encomenderos la nueva de su triunfo, que celebraron con juegos de cañas y corridas de toros, y el abatimiento y la desesperacion con que vieron los desgraciados indios confirmada para siempre su esclavitud.

(1546.) Una peste desoladora comenzó á destruir á los naturales del pais, provenida, probablemente de la aflixion estraordinaria que les causó la revocacion de los decretos dados ántes en su favor, y de la rabia con que debieron ver aquellos desgraciados los festejos públicos con que se solemnizaba su opresion. Fué tan terrible la peste, que perecieron, segun unos, ochocientos mil indios, y segun otros, los cinco sestos de la poblacion. Es muy laudable la solicitud de Mendoza para el alivio de los indios que padecian, pues tan luego como vió aparecer el contagio, estableció hospitales en México y en otros puntos de la Nueva-España; y fué estraordinariamente ayudado por el caritativo celo del arzobispo de México, D. Juan de Zumárraga.

Al cabo de seis meses hubo de cesar la peste y poco despues, segun cree Cabo, se descubrió una conjuracion tramada por los negros esclavos de México y los indios Tenochas y Tlatelolcos. Fué delatada por un negro, y Mendoza procedió á sofocarla con la mayor actividad, y consiguió prender y ejecutar á los cabecillas.

El visitador Tello que traia entre sus otras instrucciones la de convocar una junta de obispos que arreglasen todo lo concerniente al bien espiritual de los naturales del pais, logró hacer que se reuniesen todos á escepcion del de Chiapa Fr. Bartolomé de las Casas, á quien Mendoza le habia insinuado, lo conveniente que seria, se detuviese á alguna distancia de la capital para no despertar con su presencia el ódio mortal que le tenian los encomenderos, por lo mucho que habia influido en que se les privase de sus repartimientos. Este rasgo es el panegírico mas sublime del obispo de Chiapa.

Avisóle Mendoza al cabo de algun tiempo, que podia entrar en la ciudad; mas él se negó respondiendo que le tenia por excomulgado lo mismo que á toda la audiencia, por el fallo que habian dado mandándole cortar la mano á un clérigo de Oaxaca .Reunidos por fin, los obispos y los provinciales de S. Francisco, S. Agustin y Sto. Domingo, propusiéronse en primer lugar poner coto al bárbaro abuso de los que ha-

cian esclavos; mas Mendoza, ignoramos por qué motivo, puso en duda por un momento su buena opinion, suplicándoles que por entonces no discutiesen aquel punto; mas despues él mismo trabajó en que se dictase y llevase á efecto tan saludable medida. Parece hasta escusado decir la mucha parte que tuvo en esto Fr. Bartolomé de las Casas; ese hombre admirable que fué el padre amante de los mexicanos, y la estrella de caridad que alumbraba la noche de su servidumbre. Una vez cumplida la comision de Tello regresó á España.

(1547) Viendo Mendoza que crecia la poblacion mucho, hácia el Poniente, y que por lo tanto la sola audiencia de México no era bastante para despachar todos los negocios que ocurrian, propuso al emperador el establecimiento de otra en Compostela de la Nueva-Galicia, y aquel admitió su propuesta, mandando en este mismo año de 1547 dos letrados que administrasen justicia en aquella parte. Concluyóse tambien la reduccion de la provincia de Verapaz, que recibió este nombre de la espontaneidad con que cedieron sus naturales á la persuacion de los padres dominicanos, sin necesidad de que un solo soldado fuese á enseñarles con la punta de la lanza la religion de Jesucristo.

Llególe mientras al virey una carta del Perú del Lic. Gasca, pidiéndole socorros para defenderse de Pizarro; y Mendoza hizo levantar inmediatamente seiscientos soldados al mando de su propio hijo D. Francisco; mas fueron inútiles estos preparativos, por haber llegado la noticia de la pacificacion del Perú. Cuéntase una anécdota curiosa concerniente al hijo del virey y al factor Gonzalo de Salazar; y es que á la sazon en que estaban adestrándose en el manejo de las armas los nuevos alistados, se embistieron los dos con lanza en ristre y á todo el correr de sus caballos, quedando estos muertos y ellos aturdidos: mas ignórase la razon de semejante ocurrencia.

(1548) Causó una gran consternacion en la Nueva-España la muerte del venerable obispo D. Juan de Zumárraga acaecida en el año siguiente, y á cuyos funerales celebrados en la antigua Catedral con toda la magnificencia posible, asistieron el virey, la ciudad y los tribunales.

Concedió el emperador á la ciudad de México la facultad de darse á sí misma por medio de su municipalidad, los estatutos y ordenanzas que debian regir, y ademas el título de *muy noble, insigne y leal*, por la diligencia que habia mostrado en socorrer al Lic. Gasca del Perú.

Mandó tambien Mendoza al capitan D. Tristan de Arellano á Tiquipán, á que redujese á la obediencia á los naturales que se habian sustraido de la dominacion española, dándole órden de que solo hiciese recaer el castigo sobre los autores del levantamiento; y en efecto, todo se terminó con haber prendido Arellano al cacique D. Sebastian.

(1549) Otra conjuracion contra los magistrados, movida por los mismos españoles iba á estallar en México; mas descubierta por Sebastian Lazo de la Vega y Gaspar Tápia, fué sofocada con el castigo de sus promovedores Juan Roman, Juan Venegas, de un italiano cuyo nombre se ignora, y de sus cómplices, que fueron prendidos en el Perú, á donde se habian escapado, por los corregidores de aquel pais, avisados anticipadamente por Mendoza.

Viendo que la lana era de mala calidad, mandó traer ovejas de buena clase y estableció obrajes para el tejido de paños y sayales; procuró la perfeccion de las labores del pan y el acrecentamiento del ganado mayor; partió las tierras realengas entre los españoles pobres y ameritados; y propuso á los que tenian encomiendas cerca de la capital, que las permutasen por otras de las sierras donde habia minas, con el fin de que andando el tiempo volviesen los repartimientos á la corona por la diminucion de poblacion que debia ocasionar el trabajo de las minas, y tambien para alejar todo lo posible á tan incómodos vecinos. Descubriéronse á la sazon las minas de Tasco, Zultepec, Temascaltepec y otras, que como observa muy bien Cavo, eran ya conocidas de los antiguos reyes mexicanos.

(1550.)—La buena administracion de Mendoza habia llamado justamente la atencion de Cárlos V, que miraba en él un magistrado íntegro, humano y propio para calmar con su prudencia cualquiera desasosiego; y como en el Perú era general el trastorno, pensó que nadie podria pacificar aquel reino mejor que él, que se habia captado el amor de los naturales de México. Le propuso, pues, que pasase de virey al Perú, persuadido de que aceptaria aquel encargo siempre que se lo permitiese el estado de su salud, y nombró en su lugar á D. Luis Velasco de la casa de los condestables de Castilla. Sublevóse mientras la provincia de los Zapotecas á instigacion de los viejos del pais que animaron á la juventud á tomar las armas, diciéndole que habia llegado Quetzalcoatl á quien aguardaban, y quien debia quebrantar sus cadenas; mas pronto logró pacificarlos Mendoza.

Un mes antes de que llegase á Veracruz Velasco, desembárcó allí el Lic. Vena que decia ser visitador del reino, el cual logró engañar al virey y á los oidores, diciéndoles que no les entregaba sus despachos por traerlos el nuevo virey que estaba próximo á llegar. De esta suerte ganó dinero y logró consideraciones; mas noticioso de la llegada de Velasco á Veracruz se fugó, so pretesto de ir á encontrarle, y descubierto luego su engaño por Velasco, fué preso por Gonzalo Vetanzos y conducido á México, donde le quitaron las riquezas que habia robado, y le sacaron á la vergüenza por las calles, publicando á voz de pregonero su delito y el castigo de cuatrocientos azotes y diez años de galeras á que habia sido condenado.

Por último, despues de haber conferenciado largamente Mendoza y Velasco en Cholula sobre lo mas oportuno para la buena administracion de la Nueva-España, entró el segundo en México y Mendoza partió para su nuevo gobierno.

Fué universalmente sentido de los naturales del pais, por su humanidad y empeño constante en protegerlos, y por los adelantamientos que se hicieron en el pais por la sabiduría de su gobierno. Fundó varias colonias y ciudades, siendo notable entre las últimas Valladolid, que llamó así por la semejanza de su situacion con la ciudad de España de este nombre, y que figura en nuestra historia como la cuna de sabios esclarecidos y de héroes inmortales. Hízose de órden suya una coleccion de pinturas históricas de México, con el fin de mandarlas á España al emperador, y cuya interpretacion se confió á una persona bastante instruida en la historia mexicana. He examinado esta coleccion importantísima para la historia antigua de nuestra patria y absolutamente desconocida en su conjunto en México, y no puedo encarecer suficientemente la necesidad de estudiarla, para tener ideas exactas de la fundacion de muchas ciudades, del orígen de sus nombres, de sus armas, y de mil pormenores curiosísimos relativos á la vida doméstica de los antiguos mexicanos. Está dividida en tres partes: la primera contiene la fundacion de México y de otras ciudades; la segunda, los tributos que pagaba cada lugar, y la última cuadros de la vida privada de los indios. Publicaremos en nuestro periódico á proporcion que se nos vaya presentando oportunidad estas pinturas, que repetimos, son en su mayor parte absolutamente desconocidas de nuestros paisanos; poniendo á cada una su correspondiente testo esplicativo, lo cual juzgamos que será del agrado de nuestros suscritores.—JUAN N. NAVARRO.

UN ABOGADO.

Una reflexion sobre que jamas insistiré demasiado es, que no hay en la vida civil profesion mas honrosa, y mas generosa por su misma naturaleza, que la del foro. Visitad un pueblo sujeto á un gobierno arbitrario: vereis, aun hombres que por su posicion social, su fortuna y otras circunstancias deben permanecer independientes, los vereis, digo, pusilánimes, abatidos; solo en un abogado hallareis *libertad*, *firmeza*, *valor*. Un abogado es un *defensor;* esta palabra lo dice todo: resistencia á la opresion, hábito y necesidad de reclamar contra la injusticia, exámen libre, lenguaje atrevido. Durante las diversas opresiones que han sufrido los grandes paises, en los abogados es donde descubrireis socorro para todos los infortunios, celo por todas las víctimas. En los gobiernos tiránicos, ellos han sido mas de una vez los *únicos* representantes del valor civil; en los gobiernos libres, en que este valor civil es un derecho, en vez de ser una virtud, ¡cuán interesante es la posicion de un abogado! No es, pues, de estrañar que en Inglaterra, en este pais eminentemente libre, no haya profesion mas distinguida que la del foro; ella conduce á los primeros puestos, á no ser que, por un *justo orgullo*, y algunas veces por un cálculo de interés, un abogado prefiera su envidiable profesion á todo.—,,VILLEMAIN."

Sentencias de varios autores antiguos.

Miedo grande contrae la vejiga, y promueve ganas de mear.—Dos son las cosas que mas destruyen la salud del hombre: tener los piés mojados algunas horas, y esponerse al aire frio en el acto de estar sudando.—Cuando el estómago está frio todo el cuerpo está caliente, y vice-versa.—Melancólicos; lo han sido todos cuanhombres ha habido en el mundo que se hayan distinguido por las letras.—Los que tienen el cabello crespo se vuelven calvos mas pronto que los que no lo tienen así.—El hombre crece en estatura hasta los 21 años, y de aquí en adelante embarnece.—Hombres de vista larga tienen por lo regular débil olfato, y vice-versa; y los que lo tienen agudo son ingeniosos.—El hipo, el bostezo y el estornudo, cesan deteniendo el aliento.—Voz ronca tienen los desvelados.

ALGO SOBRE AEROSTACION.

„Le principe d'Archimède est vrai pour les gaz comme pour les liquides, Les corps plongés dans les gaz y perdent une partie de leur poids égale au poids du volume de gaz qu'ils deplacent. Si l'air atmospherique était tres-pesant, s'il pesait, par exemple, deux ou trois fois autant que l'eau, la plupart des corps terrestres seraient soulevés par la poussée de ce fluide; et nous-mémes, nous serions emportés dans l'air comme le liége est emporté dans l'eau. Mais l'air est si léger, il fait perdre aux corps si peu de leur poids qu'il fallait une grande hardiesse de génie pour concevoir la posibilité de s'elever dans l'atmosphère, de s'y soutenir en equilibre, et d'y voguer librement comme on vogue sur la mer."

POUILLET.

Desde la mas remota antigüedad se afanó inútilmente el entendimiento del hombre por inventar una máquina que lo elevase á las altas regiones de la atmósfera; y durante mucho tiempo discurrió para conseguirlo, con mas ó menos talento, con mas ó menos sutileza; pero siempre en vano, y con el desconsuelo de ver destruidos, al quererlos practicar, los cálculos mejor combinados y las mas bellas teorías; quiza porque no se miraba el problema por resolver bajo el verdadero punto que debia considerarse. Hallar un aparato, cuyo volúmen pesase menos que un volúmen igual de aire, para que entonces sucediese lo que sucede con todo cuerpo sumergido en un fluido de gravedad específica menor, que flota en él, procurando ocupar su superficie, tal era el problema que debió considerarse desde el principio, problema, en verdad, de muy dificil solucion, atendiendo á la mucha ligereza del aire; pero que al fin fué resuelto por los célebres franceses José y Estévan Montgolfiere, quienes no solo concibieron que era posible *navegar libremente en la atmósfera como se navega en el mar*, sino que construyeron un aparato á propósito para poner en práctica el resultado de sus cálculos y de sus continuas tareas, venciendo todas las dificultades que naturalmente debian presentarse á la realizacion de un proyecto tan atrevido como grandioso, y que da una prueba maravillosa de todo lo que es capaz la inteligencia del hombre, ese destello purísimo de la Divinidad, ayudada por el estudio y la paciencia. Su primer aparato consistió en un globo de papel de grandes dimensiones, con una avertura practicada en su estremo inferior, que servia para introducir al interior del globo cantidades sucesivas del aire calentado por medio de la combustion de una porcion de paja y una poca de lana; el cual es mas ligero que el aire atmosférico, porque el calor aumenta el volúmen de casi todos los cuerpos, y aumentando el volúmen de un cuerpo, sin que aumente su masa, como en este caso, disminuye su densidad, y por consiguiente su peso. Luego que el globo estuvo lleno de este aire caliente, y formando un todo mas ligero que igual volúmen del aire que le rodeaba, se elevó magestuosamente en medio de los aplausos de un concurso inmenso, maravillado con un espectáculo enteramente nuevo y digno de la admiracion universal. Este primer ensayo, que tan bien correspondió á las esperanzas de los Montgolfieres, y que patentizó que habian descubierto el aparato porque tanto se habia trabajado, tuvo lugar el año de 1783: animados sus autores con un éxito tan satisfactorio, lo repitieron en otras muchas partes, siempre con igual fortuna y haciendo las mejoras que la esperiencia les enseñaba, aunque todas de poca entidad.

El descubrimiento de los Montgolfieres fué justamente apreciado, como merecia serlo, en todo el mundo científico, y en todas partes fueron repetidas sus primeras esperiencias, aunque siempre se lamentaban los riesgos que

ofrecian sus globos para que el hombre pudiese subir en ellos y entregarse libremente al capricho de los vientos. Estos riesgos los hizo desaparecer Charles, el ilustre Charles, que ha enriquecido la física con sus laboriosos trabajos y sus bellísimos esperimentos, quien tuvo el feliz pensamiento de substituir al aire caliente con que se llenaban los globos, el gaz hydrógeno, descubierto por Cavendish en 1766, y cerca de catorce y media veces mas ligero que el aire atmosférico, lo cual lo hace utilísimo para la aerostacion, segun se infiere de lo que dejamos asentado.

Charles estaba tan persuadido de que un aeronauta que se elevase en globos cargados con gaz hydrógeno no corria riesgo alguno, á no ser aquellos que no puede precaver el cálculo de los hombres, que se decidió á dar la prueba mas convincente de su persuasion, ascendiendo él mismo; cuyo proyecto ejecutó el 27 de agosto de 1783, partiendo del centro de las Tullerías, en compañía de su amigo M. Robert, á la vista de la familia real, de toda la corte y del pueblo entero de Paris, que ocupaba las plazas, las azoteas de los edificios y todos los puntos prominentes de la ciudad, y cuyo entusiasmo ese dia rayó en frenesí, al ver elevarse mas allá de las nubes á los intrépidos viageros que con tanta serenidad como valor se esponian á la inconstancia de los vientos en una máquina tan débil. Despues de haber corrido en pocos minutos cerca de diez leguas, hicieron descender el globo, y quedándose en tierra M. Robert, Charles volvió á elevarse magestuosamente, como se eleva el sol sobre el horizonte, á la altura de 3500 varas, de la cual bajó felizmente, cuando ya la luna comenzaba á alumbrar la tierra, que habia estado algunas horas oculta á su vista. El globo de que usó en esta primera prueba, fué de tafetan barnizado, perfectamente esférico, de 500 metros cúbicos de capacidad y cubierto con una red, de la que pendia la canastilla en que se colocaron él y su compañero con los saquillos de arena que les sirvieron de lastre: su globo llevaba, ademas, colocadas en la parte superior y manejadas interiormente por medio de cuerdas, dos válvulas, cuyo objeto era dar salida á pequeñas porciones de gaz, para disminuir la fuerza ascencional del aparato y hacerlo descender cuando se quisiese.

Este ensayo de Charles y Robert, fué repetido en 1784 por Lunardi, que fué el primer aeronauta que se presentó en Inglaterra, y por Blanchard en Francia, uno de los aeronautas que ganó mas celebridad y que trabajó mucho, aunque sin fruto, por dar direccion á los globos.

Despues de estas, se practicaron otras muchas ascensiones aerostáticas, algunas con el objeto de hacer investigaciones científicas, tales como las de Robertson y Sacharoff, ejecutada el 30 de julio de 1804, por disposicion y á cuenta de la academia de ciencias de San Petersburgo; la de Biot y Gay-Lussac, y la de Gay-Lussac solo en 13 de setiembre del mismo año de 804, de las que dice uno de los físicos mas ilustres de nuestros dias, el finado M. Pouillet: ,,Entre todos los viajes aerostáticos que se han emprendido con objeto de hacer investigaciones científicas, se distinguen el que ejecutaron Gay-Lussac y Biot en 1804, en el que ascendieron á la altura de 4000 metros, y practicaron esperiencias importantes sobre el estado eléctrico y la temperatura de esas regiones elevadas de la atmósfera; y el que efectuó Gay-Lussac solo, subiendo á la altura de 7000 metros, la mayor á que ha llegado el hombre, y en la que esperimentaba ese célebre aeronauta un frio de 10° del termómetro centígrado que en la superficie de la tierra le habia marcado 30°. La sequedad del aire en esas alturas, es tanta, que los cuerpos higrométricos pierden toda su humedad. Suspendido en medio del espacio en un aire tan enrarecido y á una distancia tan grande de la tierra y de todos los cuerpos resistentes, ningun ruido se escucha, ningun objeto se presenta á la vista, porque esa es la verdadera soledad, que solo Gay-Lussac puede describir. Este aeronauta volvió á pisar la tierra en las cercanías de Rouen, despues de haber recorrido mas de treinta leguas en seis horas.»

Entre las ascensiones mas desgraciadas se cuentan: la de Pilatos de Roziers, que quiso combinar, no se sabe con qué objeto, los métodos de Charles y de los Montgolfieres, y que pereció al practicar su proyecto; la de Zambeccari, que corrió igual suerte; las dos que ejecutó Sadler, una en Bristol y otra en Dublin, pues en ambas cayó en el mar con gran riesgo de su existencia; y sobre todas, la de la infortunada Madama Blanchard en julio de 1819, que hizo una ascension por la noche en un globo cargado con hydrógeno, y cuya canastilla iba lujosamente iluminada, imprudencia que pagó con su vida, y que llenó de consternacion á cuantos precensiaron su catástrofe y que la habian visto un momento ántes de su muerte alegre y animada por los aplausos de la multitud.

Robertson, hijo, fué el primer aeronauta que se presentó en México, y que fué justamente apreciado por sus conocimientos científicos y

por su habilidad nunca desmentida, que le valió ser considerado como uno de los aeronautas mas inteligentes de estos últimos tiempos.

Posteriormente hemos tenido la satisfaccion de ver á nuestro compatriota, mi condiscípulo y amigo D. Benito L. Acosta, el primer hijo de las antiguas américas españolas que ha osado penetrar en las regiones inmensas de la atmósfera. Su primera ascension se verificó en Abril de 1841, en la que se elevó mas de tres mil varas sobre el nivel de México, de cuya altura descendió felizmente, aunque con alguna rapidez. La sensacion pura de placer que causó el valor de éste jóven mexicano, el júbilo con que fué recibido por sus compatriotas y los recuerdos todos de su primer viaje aereo, están aun frescos en la memoria de cuantos contemplaron su intrepidez y su serenidad.

Los globos de que hoy se hace uso son de tafetan barnizado, de forma esférica, ó esferoidal mas ó menos prolongada; con dos válvulas en su parte superior, que se manejan interiormente por medio de dos cuerdas, y cubiertos con una red, en cuyo estremo inferior se coloca el aeronauta con el lastre necesario, que no es otra cosa que unos saquillos llenos de arena, y los instrumentos de física propios para las observaciones que se pueden hacer en una ascension, en caso de que el objeto de esta sean las investigaciones científicas.

Es indispensable barnizar el tafetan, porque así se evita que el hydrógeno, con que se carga el globo y cuya sutileza es estrema, se escape por los intersticios del tegido: se hace uso de diversos barnices; pero uno de los mejores es el formado con la goma elástica disuelta en aceite de trementina hirviendo.

Las válvulas sirven para disminuir la fuerza ascensional del aparato, con objeto de no subir muy rápidamente, ó de descender cuando se quiera, lo que se consigue abriendo una de ellas por medio de su correspondiente cuerda y dejando salir cortas porciones de gaz. Bastaba una sola válvula; pero se ponen dos ó mas por precaucion, pues si fuera una sola y por desgracia se entorpeciesen sus resortes ó se reventase la cuerda con que se maneja, el aeronauta pereceria.

Se hace uso del lastre para disminuir el peso del globo con obgeto de aumentar su fuerza ascensional, en algunos casos, y en otros de hacer mas ó menos lenta su fuerza descendente.

El hydrógeno que es la fuerza motriz, digamos así, del globo, como ya hemos dicho, se estrae por medio de la descomposicion del agua; cuya operacion se ejecuta reuniendo tres partes de fierro en peso, cinco de ácido sulfúrico y treinta de agua: el hidrógeno del agua se desprende, que es el que se utiliza, y su oxigeno se une al fierro, formando un protoxido del mismo, que se une al ácido sulfúrico, para formar un proto-sulfato de fierro.

Es de sentirse que el descubrimiento de los Montgolfieres no haya producido los útiles resultados que al principio prometió, cuando se creia que seria fácil dar la direccion que se quisiese á los globos, por la cual se ha trabajado y se trabaja con asiduidad, principalmente por Mr. Green, el aeronauta mas hábil y mas célebre de nuestros dias, que ha hecho cerca de doscientas ochenta ascensiones; y es de sentirse tambien, como ha dicho otro aeronauta igualmente célebre: „que los sabios hayan abandonado por mucho tiempo un descubrimiento tan útil á hombres mas ávidos de fortuna que de gloria, á hombres que no sabiéndolo apreciar, han especulado con él sobre la curiosidad de la multitud, dedicándolo á satisfacer su frivolidad.» Sin embargo de esto, el descubrimiento de los Mongolfieres que ha bastado para inmortalizar sus nombres, siempre será justamente apreciado por los amantes de las ciencias y de todo lo que es grande y sorprendente; porque es un descubrimiento que revela el génio de sus autores, y que algun dia, quizá, influirá tanto en el mundo civilizado como ha influido el del inmortal Watt.

México febrero 9 de 1843.

SEBASTIAN CAMACHO Y ZULUETA.

Muchas obras merecen aceptacion por la razon en que están la mediocridad de las ideas del autor, y la mediocridad del público.

Si algun hombre llegara á decir que era enteramente feliz, ó no se le deberia creer, ó se le deberia hacer confesar que ignoraba en que consiste la verdadera felicidad.

La buena fé es el fundamento mas firme de los estados, y debe ser el primer objeto de los que manejan los negocios públicos.

La grande esperanza de los pueblos oprimidos es que los tiranos han confiado siempre en sus fuerzas mas de lo que debian.

ESTUDIOS HISTORICOS.

INDEPENDENCIA.

Estado político de Nueva España. Restablecimiento de la constitucion de 1812. Reuniones de la Profesa. Iturbide comandante del egército del Sur. Situacion de Guerrero. Correspondencia de ambos gefes.

Se pronosticaba en México el año de 1820, muy aciago para su independencia y aun mas para su libertad. Habia llegado con indecible pesar para los amigos de esta, la noticia de la malograda empresa en la Península de los generosos Lacy, Porlier y Vidal; pero lo que mas desconcertó las esperanzas de los mexicanos que deseaban al ménos aquel triunfo, fué la defeccion en julio de 1819 del conde del Abisbal que consumó, aceptando gustoso el papel de delator y verdugo de sus compañeros de armas, á quienes habia el mismo excitado para el restablecimiento de la constitucion del año de 12.

Creyóse inevitable la terrible espedicion anunciada á América por el acantonamiento de las tropas en la Isla de Leon; y aunque las apariencias inducian á creer que deberian dirigirse á Buenos-Ayres, habia el fundado temor de que viniese parte á Nueva España (1). En esta, la causa de la independencia iba de dia en dia debilitándose, ya fuese porque bajo la autoridad de Apodaca los indultos eran mas francos, ya por el carácter de este que tenia visos de clemente para encubrir su sistema político, ya porque la desastrosa y prolongada lucha habia fatigado la paciencia de los contendientes, deseándose una tregua por lo ménos, ó ya en fin, por las frecuentes é inesperadas capitulaciones de los patriotas americanos, que en algunos era una verdadera apostacia de sus principios, tanto mas lamentable, cuanto que *indultados*, con algunas excepciones, hacian estremecer á la humanidad, degradando su nombre, prostituyendo su honor y desmintiendo su patriotismo.

Uno que otro quedaba fiel á su patria y al heroismo, y desafiaba con constancia y denuedo á la fortuna ingrata y cruel en aquella época. A fines del año de 19, en el de 20 y principios del de 21, el honor pertenecia íntegro al grandemente resuelto D. Vicente Guerrero, teniente general por su rigorosa escala, habiendo conquistado todos sus empleos á punta de espada y enmedio de privaciones y peligros: guerrero infatigable, y en quien el infortunio no hacia mella, pues cuanto mayor era su rigor, aumentábase mas la decision en su empresa, de una manera que el cálculo lo hacia ver por la mas temeraria. Ayudábanle el coronel D. Juan Alvarez, el esforzado D. Pedro Ascencio Alquisira, de nacimiento humilde, pero de alma elevada y con la inspiracion y génio para la guerra, llegando á probar por su astucia y estratejia, que no era usurpado el título de general que llevaba. Hacian iguales esfuerzos el segundo de este, coronel D. Felipe Martinez, el general D. Isidoro Montesdeoca y otros, cuyos nombres han permanecido obscuros para la historia, porque tal es la fatalidad con que el destino ha sellado todo lo que ha habido entre nosotros de grande y sorprendente. Para México estaba solo reservado que las acciones de sus mas ardientes defensores, que todo lo aventuraban en aquella época incierta y amarga, y que nada tenian que esperar, se hayan visto con desprecio; y lo mas singular es, que impunemente á veces se les ha insultado.... pero un dia la posteridad los vengará.

Estos hombres que luchaban con cuanto habia que luchar en una guerra desigual, y contra un enemigo poderoso, que contaba con elementos en todo superiores á los de aquellos, veian con el mas profundo pesar que sus compañeros se desertaban: qué iban quedando so-

(1) Pero en realidad era para el reino de México: así lo dice el Sr. D. C. María Bustamante en su Cuadro Histórico, tom. 5.°

los con sus principios y con su valor; y que eran el objeto único de la guerra casi estinguida en el resto del reino. Para reducir á los independientes del Sur, gruesas divisiones marchaban de todas partes al mando de Armijo, Rafols, Berdejo, Echávarri, Moya, D. Felipe Codallos, Dominguez, y el inhumano Huber. Diversos combates tenian lugar en que el éxito unas veces era adverso y otras favorable á la causa nacional; pero cualesquiera que fuesen las víctimas, eran mexicanas en su mayor parte, pues por un soldado espedicionario, morian diez y mas criollos. No fué así en la gloriosa accion que el denodado Pedro Asencio Alquisira, dió el 8 de marzo de 820, al teniente coronel D. Ramon Dominguez (2), en los llanos de la Goleta, en que batió una columna del regimiento de órdenes y de otros cuerpos provinciales, pues en esta vez se dió la accion á campo razo, habiendo sufrido el enemigo grandes pérdidas, siendo la mayor parte de los soldados espedicionarios. Alquisira se presentó en buen órden y formacion, en términos, que parecian sus tropas del gobierno; pero cuando mas lució su disciplina, fué á la hora del combate en que maniobraron con desembarazo y denuedo al toque de corneta con que aquel dirigió sus operaciones.

Cuando esto sucedia, llegaron las plausibles noticias de la Península del heróico movimiento en las Cabezas (3), por los magnánimos Riego, Quiroga y Arco Agüero, que proclamando la constitucion del año de 12, con el ejército llamado de Ultramar, la espedicion preparada quedó frustrada y los corazones liberales latieron de júbilo.

El 9 de junio de 1820, se juró la constitucion en México con toda solemnidad, sin que impidiera que fuese con bastante repugnancia por el virey y otras personas de las clases elevadas que la aborrecian en estremo. La adhesion á aquella, de la mayor parte de la oficialidad, no solo de la del pais, sino aun de la espedicionaria, en la que se manifestaban algunos exaltados, y especialmente las esperanzas que se tenian de un cambio feliz para todos los habitantes, fundado entre otras garantias en la de libertad de imprenta, aumentó el indulto de los patriotas qne habian quedado aislados por diversas provincias.

(2) El Sr. Bustamante en el Cuadro Histórico dice, que fué D. Juan Dominguez, pero este señor estaba en esa época en la provincia de Guadalajara, y es distinto de aquel.

(3) Pueblo de España.

No obstante, Guerrero permanecia en el Sur, sin que las alternativas de la guerra le impidiesen aumentar su nombradía, pues caros pagaban los triunfos que solian alcanzar sus contrarios. Habia organizado mas fuerzas, y la fortuna parecia de nuevo protejerle, haciendo célebre por sus victorias los oscuros nombres de Acatempa, Amatepec, la Goleta, Truchas y Pochote, de donde fueron desalojados los realistas (4).

En el entretanto, como la constitucion española no habia sido bien acogida, segun se ha dicho, por el virey y otras personas influentes, se pensó en derrocarla; y aunque antes no se contó con Apodaca, despues este condescendió por su decidido amor al gobierno absoluto.

La opinion es varia sobre si se trató solo de destruir el sistema liberal, ó de hacer á Nueva-España independiente, *ofreciéndole á Fernando VII. el trono de México como un asilo contra las empresas de los constitucionales* (5). Pero los hechos posteriores, y lo que es mas, el carácter de las personas notables que meditaron el plan, ponen fuera de toda duda que lo primero fué lo que se propusieron. Los verdaderos realistas (6) y las demas personas privilegiadas, viendo el aspecto que tomaban las cosas por el influjo de las ideas liberales, se ocuparon por lo tanto *en cortar el naciente mal y en dirigir todo su afan á derrocar la malhadada constitucion.*

Desde luego las primeras reuniones se tuvieron en la casa Profesa de esta capital, bajo la presidencia y direccion del padre prepósito y canónigo el Doctor *español*, D. Matías Monteagudo, de profundos conocimientos, especialmente en el derecho é historia eclesiástica, y no estraño en las materias políticas. Asistian á las juntas diversas personas de las principales y mas relacionadas del pais; y aunque al principio concurrieron algunas cuyas ideas eran por la independencia, luego las fueron aislando y quedaron aquellas que tenian por esclusivo objeto el absolutismo. Desde antes se pensó en quien deberia ponerse á la cabeza del movimiento, decidiéndose despues de serias meditaciones, por el coronel del regimiento de Celaya, D. Agustin de Iturbide. Este asistió á la Profesa, y desde luego á su alma emprendedora ocurrió el plan que deberia poner en planta. Desde este momento dió vuelo á su génio inagotable y fecundo, como lleno de vivacidad pa-

(4) Cuadro Histórico tom. 5.°

(5) Zavala Ensayo Histórico.

(6) Torrente, revolucion hispano-americana tom 3. pag. 132.

ra llevar á efecto sus grandes concepciones, que dieron el resultado con que en 1821 asombró al mundo. Supo con un tacto esquisito penetrar el corazon de todos, cuyas miras conoció hasta donde se estendian, así como su capacidad. Disímiles eran las ideas de las personas que formaban la reunion de la Profesa: diversas igualmente las de algunos patriotas que deseaban ardientemente un órden contrario al de aquellos, pues las nuevas luces, el desengaño de su antigua opinion en algunos, la moderacion en otros, y en los mas la esperiencia y sobre todo el espíritu público desarrollado con vigor por la impresion de imágenes vivas, y por las ideas demasiado consoladoras de libertad y derechos del ciudadano, hacian ya una necesidad pensar y convenir en el atrevido pensamiento de la emancipacion de N. España. Los que habian contribuido á los sucesos que tuvieron orígen el año de 10, querian volver á su objeto: los que de algun modo lo habian contrariado, ó habian retrocedido al aspecto de las escenas de terror que se vieron en nueve años de desolacion, apetecian ahora *algo* y ese algo equivalia á un concepto sublime y grandioso. Iturbide, enemigo terrible de los primeros defensores de la patria, dominándose á sí mismo, dominó á todos, avasallando su voluntad y su confianza, aunque no sin temor por parte de uno que otro de los que habian combatido el sistema colonial. En fin, todos callaron y los que ambicionaban el aniquilamiento de la constitucion se lisongeaban de un pronto resultado: trabajaron, pues, para que se pusiese á las órdenes de Iturbide la division que mandaba en el Sur Armijo, fatigado en hacer su nombre execrable, y el virey condescendió hasta el estremo de lograr Iturbide que se le aprestasen nuevas tropas, y entre ellas su regimiento de Celaya y los dragones al mando de Epitacio Sanchez, con otros cuerpos.

Partió el 16 de noviembre Iturbide á su destino con el plan que esclusivamente formó, desechando por consiguiente el que se le habia dado por los conspiradores de la Profesa. En su manifiesto de Sierra, de 27 de setiembre de 1823, dice: "Formé mi plan, conocido por de Iguala; mio, porque solo lo concebí, lo estendí, lo publiqué y ejecuté."

Sin embargo, algunas personas nos han asegurado que el autor fué el respetable Sr. Licenciado D. Juan José Espinosa de los Monteros, y en esto conviene Torrente. Al Sr. Epinosa de los Monteros, toca hacer esta declaracion que la historia exige. Mas cualquiera que sea el que lo formó, está considerado como una obra maestra en política y el éxito lo ha comprobado. Con una voluntad y corazon libres siguió el impulso generoso que le dictó el mas ilustrado patriotismo. Desde ese momento tan bello, tan poético y tan tierno, los destinos de México variaron. Tuvo una inspiracion, y á esa inspiracion el trono español quedó bamboleándose en Nueva-España.

Llegó Iturbide al Sur sin mas que su fortuna. Rodéabanle muchos gefes y oficiales españoles, y el batallon espedicionario de Murcia: los del pais no podrian serle adictos en su plan. Guerrero, el obstinado é indómito Guerrero, sus segundos Alquisira, Alvarez y otros estaban orgullosos por sus recientes triunfos. Las circunstancias para Iturbide eran difíciles y se complicaban. Estaba, pues, en los momentos para exigir de la historia la celebridad con que otorga el diploma de héroe. La imaginacion se pierde al considerar lo que aquella alma combinaba cuando era el centro de mil opuestas congeturas, cuando sus subordinados respiraban ódio y venganza contra Guerrero y los suyos, y estos y su general correspondian á aquellos en el campo de batalla, haciendo imposible por lo mismo, la uniformidad de sentimientos. Guerrero estaba ufano y con razon, porque era el único que con su conciencia pura sostenia la causa de su pais, y con su patriotismo acrisolado y con su ejemplo, animaba á tres mil quinientos hombres desde el centro del Sur hasta Colima (1) teniendo á sus inmediatas órdenes mas de mil doscientos hombres. Esto indicará el errado concepto de algunos al ponerlo en un estado abatido, y aislado en unas inaccesibles barrancas: que era el único que quedaba en pié por el Sur, es cierto; pero todavía la victoria hacia ondear sus banderas. De otra manera, Iturbide no lo habria considerado tanto, hasta colocarlo como segundo en su combinacion. Se decidió, pues, este, á entrar en conferencias con Guerrero, á consecuencia de algunos descalabros que habian sufrido sus tropas por las de Alquisira, siendo los mas notables los del cerro de S. Vicente y el de la cueva del Diablo, en que Berdejo fué completamente derrotado: en ambos puntos los americanos se batieron cuerpo á cuerpo con los realistas, desplegando aquellos un brio y órden en el acto del combate, que mayor no podria esperarse en tropas mas disciplinadas.

Iturbide sintió cuanto no es fácil decir, este encuentro, y se violentó á escribir al general

[1] Oficio del Sr Iturbide al virey, de 18 de Febrero de 1821,

Guerrero, apareciendo á primera vista la política y circunspeccion de que se valió. Nos decidimos á insertar íntegra la correspondencia que se abrió entre ambos gefes, porque extractarla seria una sacrílega mutilacion, y porque estas cartas forman un monumento de honor para sus autores. Este es el punto de partida para la grande empresa, obra esclusiva de la concepcion de Iturbide, y es la injuria mas atroz á su gloria, y un acto de la mas pérfida de las ingratitudes, decir que obró de acuerdo con los mismos españoles. Iturbide valuó la circunstancias, y solo su génio pudo subalternarlas á su potente voluntad, á su capricho, si se quiere; pero en todo se entrevió el *individualismo* de gloria con que la fortuna le brindó.

"Sr. D. Vicente Guerero.

Cuaulotitlan Enero 10 de 1821.

Muy Señor mio: Las noticias que ya tenia del buen carácter é intenciones de V., y que me ha confirmado D. Juan Dávis Bradburn (1) y últimamente el teniente coronel D. Francisco Antonio Berdejo, me estimulan á tomar la pluma en favor de V. mismo y del bien de la patria.

Sin andar con preámbulos que no son del caso, hablaré con la franqueza que es inseparable de mi carácter ingenuo. Soy interesado como el que mas, en el bien de esta Nueva-España, pais en que como V. sabe he nacido, y debo procurar por todos medios su felicidad.

V. está en el caso de contribuir á ella de un modo muy particular, y es, cesando las hostilidades, y sujetándose con las tropas de su cargo, á las órdenes del gobierno; en el concepto de que yo dejaré á V. en el mando de su fuerza, y aun le proporcionaré algunos auxilios para la subsistencia de ella.

Esta medida es en consideracion á que, habiendo ya marchado nuestros representantes al congreso de la Península, poseidos de las ideas mas grandes de patriotismo y liberalidad, manifestarán con energia todo cuanto nos es conveniente; entre otras cosas, el que todos los hijos del pais sin distincion alguna, entren en el goce de ciudadanos y *tal vez* que vengan á México, ya que no puede ser nuestro soberano el Sr. D. Fernando VII., su augusto hermano el Sr. D. Cárlos, ó D. Francisco de Paula; pero cuando esto no sea, persuádase V. que nada omitirán de cuanto sea conducente á la mas completa felicidad de nuestra patria. Mas si contra lo que es de esperarse, no se nos hiciese justicia, yo seré el primero en contribuir con mi espada, con mi fortuna y con cuanto pueda, á defender nuestros derechos, y lo juro á V. y á la faz de todo el mundo, bajo la palabra de honor en que puede V. fiar, porque nunca la he quebrantado ni la quebrantaré jamas.

Dije ántes, que no espero que se falte á la justicia en el congreso, porque en España reinan hoy las ideas liberales que conceden á los hombres todos sus derechos; y se asegura en cartas muy recientes, que D. Fernando VII. el grande, no ha querido que en las cortes se decidan reformas de religiones, y otros puntos de esta importancia, hasta tanto no lleguen nuestros representantes, lo que manifiesta con claridad, que estos paises le merecen á S. M. el debido aprecio. Ya sabrá V. tambien como por los mismos principios han sido puestos en libertad los principales caudillos del partido de V. que se hallaban presos, D. Ignacio Rayon, D. José Sixto Berduzco, D. Nicolás Bravo etc. Si V. quisiese enviar algun sugeto que merezca su confianza, para que hable conmigo y se imponga á fondo de muchas cosas de las noticias que podré darle, y de mi modo de pensar, puede V. dirigirle por Chilpancingo, que si no hubiese llegado yo allí me espere, que no será mucho tiempo lo que tenga que aguardar; y para que lo verifique libremente y paso mas adeante hasta encontrarme si gusta, le acompaño el pasaporte adjunto; bien entendido de que aunque sea D. Nicolás Catalan, D. Francisco Hernandez, D. José Figueroa, D. Ignacio Pita ó cualquiera otro individuo de los mas allegados á V., volverá libre á unirse, aun cuando no le acomoden las proposiciones mias.

Supongo que V. no inferirá de ninguna manera que esta carta es por otros principios, ni tiene otro móvil que el que le he manifestado; porque las pequeñas ventajas que V. ha logrado, de que ya tengo noticia, no pueden poner en inquietud mi espíritu, principalmente cuando tengo tropa sobrada de que disponer, y que si quisiese me vendria mas de la capital; sirviendo á V. de prueba de esta verdad, el que una seccion ha marchado ya por Tlacotepec, al mando del teniente coronel D. Francisco Antonio Berdejo, y yo contra iré por el camino de Teloloapam, dejando todos los puntos fortificados con sobrada fuerza, y dos secciones sobre D. Pedro Alquisira.

El teniente corenel Berdejo va á tomar el mando que tenia el Sr. Moya, y le he prevenido que si V. entra en contestaciones, suspenda toda operacion contra las tropas de V. el tiem-

---

[1] Norte-Americano que vino con Mina y siendo coronel en el ejército de Guerrero se pasó á Iturbide: hace poco murió de general.

po necesario hasta saber su resolucion: todo lo que le servirá de gobierno.

Si V. oye con imparcialidad mis razones, seguro de que no soy capaz de faltar en lo mas mínimo, porque esto seria contra mi honor, que es la prenda que mas estimo, no dudo que entrará en el partido que le propongo, pues tiene talento sobrado para persuadirse de la solidez de estos convencimientos.

El Señor Dios de los ejércitos me conceda este placer; y V. entretanto disponga de mi buena voluntad, seguro de que le complacerá en cuanto sea compatible con su deber su atento servidor que lo estima y S. M. B.

Agustin de Iturbide."

Con diez dias de atrazo contestó Guerrero desde el punto llamado Rincon de Santo Domingo. Seria una presuncion intolerable querer comentar para su elogio esta carta, una de las mas bellas páginas de nuestra historia. Nada, nada nos queda que decir, sino que el corazon mas indiferente, á su lectura, debe palpitar de entusiasmo y orgullo, hoy todavía que han pasado veinte y tres años. Lo sublime es inmortal por las emociones que inspira!....

„Señor D. Agustin de Iturbide.—Muy señor mio: Hasta esta fecha llegó á mis manos la atenta carta de V. de 10 del corriente; y como en ella me insinúa que el bien de la patria y el mio le han estimulado á ponérmela, manifestaré los sentimientos que me animan para sostener mi partido. Como por la referida carta descubro en V. algunas ideas de liberalidad, voy á esplicar las mias con franqueza, ya que las circunstancias van proporcionando la ilustracion de los hombres, y desterrando aquellos tiempos de terror y barbarismo, en que fueron envueltos los mejores hijos de este desgraciado pueblo. Comencemos por demostrar sucintamente los principios de la revolucion; los incidentes que hicieron mas justa la guerra y obligaron á declarar la independencia.

Todo el mundo sabe que los americanos, cansados de promesas ilusorias, agraviados hasta el estremo, y violentados por último, de los diferentes gobiernos de España, que levantados entre el tumulto uno de otro, solo pensaron en mantenernos sumergidos en la mas vergonzosa esclavitud, y privarnos de las acciones que usaron los de la Península para sistemar su gobierno, durante la cautividad del rey, levantaron el grito de libertad bajo el nombre de Fernando VII, para sustraerse solo de la opresion de los mandarines. Se acercaron nuestros principales caudillos á la capital, para reclamar sus derechos ante el virey Venégas, y el resultado fué la guerra. Esta nos la hicieron formidable desde sus principios, y las represalias nos precisaron á seguir la crueldad de los españoles. Cuando llegó á nuestra noticia la reunion de las cortes de España, creíamos que calmarian nuestras desgracias en cuanto se nos hiciera justicia. ¡Pero qué vanas fueron nuestras esperanzas! ¡cuán dolorosos desengaños nos hicieron sentir efectos muy contrarios á los que nos prometiamos! Pero ¿cuándo y en qué tiempo? Cuando agonizaba España: cuando oprimida hasta el estremo por un enemigo poderoso, estaba próxima á perderse para siempre: cuando mas necesitaba de nuestros auxilios para su regeneracion, entónces..... entónces descubren todo el daño y oprobio con que siempre alimentan á los americanos: entónces declaran su desmesurado orgullo y tiranía: entónces reprochan con ultraje las humildes y justas representaciones de nuestros diputados: entónçes se burlan de nosotros, y echan el resto á su iniquidad: no se nos concede la igualdad de representacion, ni se quiere dejar de conocernos con la infame nota de *colonos*, aun despues de haber declarado á las Américas parte integral de la monarquía. Horroriza una conducta como esta tan contraria al derecho natural, divino y de gentes. ¿Y qué remedio? Igual debe ser á tanto mal. Perdimos la esperanza del último recurso que nos quedaba, y estrechados entre la ignominia y la muerte, preferimos esta, y gritamos: *independencia y odio eterno á aquella gente dura.* Lo declaramos en nuestros periódicos á la faz del mundo; y aunque desgraciados, y que no han correspondido los efectos á los deseos, nos anima una noble resignacion, y hemos protestado ante las aras del Dios vivo ofrecer en sacrificio nuestra existencia, ó triunfar y dar vida á nuestros hermanos. En este número está V comprendido. ¿Y acaso ignora algo de cuanto llevo espuesto? ¿Cree V. que los que en aquel tiempo en que se trataba de su libertad, y decretaron nuestra esclavitud, nos serán benéficos ahora que lo han conseguido, y estan desembarazados de la guerra? Pues no hay motivo para persuadirse que ellos sean tan humanos. Multitud de recientes pruebas tiene V. á la vista; y aunque el transcurso de los tiempos le haya hecho olvidar la afrentosa vida de nuestros mayores, no podrá ser insensible á los acontecimientos de estos últimos dias. Sabe V. que el rey identifica nuestra causa con la de la Península, porque los estragos de la guerra en ambos hemisferios le dieron á entender la voluntad gene-

ral del pueblo; pero véase como están recompensados los caudillos de esta, y la infamia con que se pretende reducir á los de aquella. Dígase ¿qué causa puede justificar el desprecio con que se miran los reclamos de los americanos sobre innumerables puntos de gobierno, y en particular sobre la falta de representacion en las cortes? ¿Qué beneficio le resulta al pueblo, cuando para ser ciudadanos se requieren tantas circunstancias que no puede tener la mayor parte de los americanos? Por último, es muy dilatada esta materia, y yo podria asentar multitud de hechos que no dejarian lugar á la duda; pero no quiero ser tan molesto, porque V. se halla bien penetrado de estas verdades, y advertido de que cuando todas las naciones del universo estan independientes entre sí, gobernadas por los hijos de cada una, solo la América depende afrentosamente de España, siendo tan digna de ocupar el mejor lugar en el teatro universal. La dignidad del hombre es muy grande; pero ni esta, ni cuanto pertenece á los americanos, han sabido respetar los españoles. ¿Y cuál es el honor que nos queda, dejándonos ultrajar escandalosamente? Me avergüenzo al contemplar sobre este punto, y declamaré eternamente contra mis mayores y contemporáneos que sufren tan ominoso yugo.

He aquí demostrado brevemente cuanto puede justificar nuestra causa, y lo que llenará de oprobio á nuestros opresores. Concluyamos con que V. equivocadamente ha sido nuestro enemigo, y que no ha perdonado medios para asegurar nuestra esclavitud; pero si entra en conferencia consigo mismo, conocerá que siendo americano ha obrado mal, que su deber le exije lo contrario, que su honor le encamina á empresas mas dignas de su reputacion militar, que la patria espera de V. mejor acogida, que su estado le ha puesto en las manos fuerzas capaces de salvarla, y que si nada de esto sucediere, Dios y los hombres castigarán su indolencia. Estos á quienes V. reputa por enemigos, estan distantes de serlo, pues que se sacrifican gustosos por solicitar el bien de V. mismo, y si alguna vez manchan sus espadas en la sangre de sus hermanos, lloran su desgraciada suerte, porque se han constituido sus libertadores, y no sus asesinos; mas la ignorancia de estos, la culpa de nuestros antepasados, y la mas refinada perfidia de los hombres, nos han hecho padecer males que no debiéramos, si en nuestra educacion varonil nos hubiesen inspirado el carácter nacional. V. y todo hombre sensato, léjos de irritarse con mi rústico discurso, se gloriarán de mi resistencia, y sin faltar á la racionalidad, á la sensibilidad y á la justicia, no podrán redargüir á la solidez de mis argumentos, supuesto que no tienen otros principios que la salvacion de la patria, por quien V. se manifiesta interesado. Si esto inflama á V., ¿qué, pues, hace retardar el pronunciarse por la mas justa de las causas? Sepa V. distinguir y no confunda: defienda sus verdaderos derechos, y esto le labrará la corona mas grande; entienda V. que yo no soy el que quiero dictar leyes, ni pretendo ser el tirano de mis semejantes: decídáse V. por los verdaderos intereses de la nacion, y entónces tendrá la satisfaccion de verme militar á sus órdenes, y conocerá á un hombre desprendido de la ambicion é interés, que solo aspira á sustraerse de la opresion, y no á elevarse sobre las ruinas de sus compatriotas.

Esta es mi decision, y para ello cuento con una regular fuerza disciplinada y valiente, que á su vista huyen despavoridos cuantos tratan de sojuzgarla; con la opinion general de los pueblos que están decididos á sacudir el yugo ó morir; y con el testimonio de mi pobre conciencia, que nada teme cuando por delante se le presenta la justicia en su favor.

Compare V. que nada me seria mas degradante, como el confesarme delincuente, y admitir el perdon que ofrece el gobierno, contra quien he de ser contrario hasta el último aliento de mi vida; mas no me desdeñaré de ser un subalterno de V. en los términos que digo; asegurándole que no soy ménos generoso, y que con el mayor placer entregaria en sus manos el baston con que la nacion me ha condecorado.

Convencido, pues, de tan terribles verdades, ocúpese V. en beneficio del pais donde ha nacido, y no espere el resultado de los diputados que marcharon á la Península; porque ni ellos han de alcanzar la gracia que pretenden, ni nosotros tenemos necesidad de pedir por favor lo que se nos debe de justicia, por cuyo medio veremos prosperar este fértil suelo, y nos eximiremos de los gravámenes que nos causa el enlace con la España.

Si en esta, como V. me dice, reinan las ideas mas liberales que conceden á los hombres todos sus derechos, nada le cuesta en ese caso el dejarnos á nosotros el uso libre de todos los que nos pertenecen, así como nos los usurparon el dilatado tiempo de tres siglos. Si generosamente nos dejan emancipar, entónces diremos que es un gobierno benigno y liberal; pero si como espero, sucede lo contrario, tenemos

valor para conseguirlo con la espada en la mano.

Soy de sentir que lo espuesto es bastante para que V. conozca mi resolucion y la justicia en que me fundo, sin necesidad de mandar sugeto, ó discurrir sobre propuestas ningunas, porque nuestra única divisa es: *libertad, independencia, ó muerte*. Si este sistema fuese aceptado por V., confirmaremos nuestras relaciones; me esplayaré algo mas, combinaremos planes, y protejeré de cuantos modos sean posibles sus empresas; pero si no se separa del constitucional de España, no volveré á recibir contestacion suya, ni verá mas letra mia. Le anticipo esta noticia para que no insista ni me note despues de impolítico; porque ni me ha de convencer nunca á que abrace el partido del rey sea el que fuere, ni me amedrentan los millares de soldados con quienes estoy acostumbrado á batirme. Obre V. como mejor le parezca, que la suerte decidirá, y me será mas glorioso morir en la campaña, que rendir la cerviz al tirano.

Nada es mas compatible con su deber que el salvar la patria, ni tiene otra obligacion mas forzosa. No es V. de inferior condicion que Quiroga, ni me persuado que dejará de imitarle, osando emprender como él mismo aconseja. Concluyo con asegurarle que la nacion está para hacer una esplosion general que pronto se esperimentarán sus efectos; y que me será sensible perezcan en ellos los hombres que como V., deben ser sus mejores brazos.

He satisfecho al contenido de la carta de V., porque esa es mi crianza; y le repito que todo lo que no sea concerniente á la actual independencia, lo demas lo disputaremos en el campo de batalla. Si alguna feliz mudanza me diere el gusto que deseo, nadie me competirá la preferencia en ser su mas fiel amigo y servidor, como lo protesta su afectísimo Q. S. M. B.

Vicente Guerrero.

La lectura de esta carta inflamó los ánimos hasta el delirio: las espresiones de esta resonarán en la mas remota posteridad. Hoy.... la historia dirá un dia sin embozo lo que deba decir. Véase el juicio que sobre esta carta forma Torrente el historiador mas parcial y enemigo de los americanos. Guerrero, dice (1) respondió con fecha 20 del mismo mes, desde el Rincon de Sto. Domingo con tanta entereza y dignidad, que le habria hecho altamente recomendable si hubiera sostenido una causa mas noble: desechó con indignacion toda propuesta que no llevase por base la independencia absoluta del pais; despreció todo el aparato imponente de sus fuerzas, y se valió de argumentos tan convincentes y persuasivos en su viciosa clase, que ya no le quedó mas arbítrio á Iturbide que el de descubrir sus ocultos proyectos, sin conseguir su preliminar intento que era el abatimiento de los que temia pudieran ser un dia sus mas furiosos rivales.

Iturbide conoció todo el mérito del generoso cuanto modesto y esclarecido patriota en quien se habia fijado para apoyar su plan, y desde Tepecuacuilco el 4 de Febrero le escribió lo siguiente.

"Estimado amigo: No dudo darle á V. este título, porque la firmeza y el valor son las cualidades primeras que constituyen el carácter del hombre de bien, y me lisongeo de darle á V. en breve un abrazo que confirme mi espresion.

Este deseo que es vehemente, me hace sentir que no haya llegado hasta hoy á mis manos la apreciabilísima de V. de 20 del pasado; y para evitar estas morosidades como necesarias en la gran distancia, y adelantar el bien con la rapidez que debe ser, envio á V. al portador, para que le dé por mí las ideas que seria muy largo de esplicar con la pluma; y en este lugar solo aseguraré á V. que dirigiéndonos V. y yo á un mismo fin, nos resta únicamente acordar por un plan bien sistemado, los medios que nos deben conducir indubitablemente y por el camino mas corto. Cuando hablemos V. y yo se asegurará de mis verdaderos sentimientos.

Para facilitar nuestra comunicacion me dirigiré luego á Chilpancingo, donde no dudo que V. se servirá acercarse, y que mas haremos sin duda en media hora de conferencia, que en muchas cartas.

Aunque estoy seguro de que V. no dudará un momento de la firmeza de mi palabra, porque nuncà dí motivo para ello; pero el portador de esta, D. Antonio Mier y Villagomez, la garantizará á satisfaccion de V. por si hubiese quien intente infundirle la menor desconfianza.

A haber recibido antes la citada de V. y á haber estado en comunicacion, se habria evitado el sensibilísimo encuentro que V. tuvo con el teniente coronel D. Francisco Antonio Berdejo el 27 de Diciembre, porque la pérdida de una y otra parte lo ha sido como V. escribe á otro intento á dicho gefe, pérdida para nuestro pais. Dios permita que haya sido la última.

Si V. ha recibido otra carta que con fecha 16 le dirigí desde Cunacanotepec, acompañándole

(1) Revoluc. hisp-am. Tom. 3.° pág. 253.

otra de un americano de México, cuyo testimonio no le debe ser sospechoso (2), no debe dudar que ninguno en la Nueva-España es mas interesado en la felicidad de ella, ni la desea con mas ardor, que su muy afecto amigo que ansia comprobar con obras esta verdad, y S. M. B.—Agustin de Iturbide.—Sr. D. Vicente Guerrero.

He aquí los preliminares para la mas atrevida de las empresas. Iturbide y Guerrero iban á quedar convenidos....

México, Febrero 7 de 1844.

D. Revilla.

[2] El Lic. D. Cárlos María Bustamante, cuyo patriotismo no ha desmentido hasta el dia y con el mismo fuego que en sus primeros años.

REMITIDOS.

Siendo la siguiente novela y la poesia que insertamos à continuacion, propias del tiempo, por ser ambas de *Carnaval*, las damos lugar con el mayor gusto en las columnas de nuestro periódico.

EL CARNAVAL DE VENECIA.

I.

MATRIMONIO DEL DUX Y DEL MAR.

El sol, disipando las nieblas del Adriático, se elevaba resplandeciente sobre el mar: gran festividad babia en Venecia, un repique á vuelo de todas las campanas de los templos saludaba al dia de la Ascencion, y una multitud inmensa de gente ocupaba las calles, las plazas y los puentes. Todos se dirigian hácia el lugar donde el gigantesco Bucentauro (1) brillantemente decorado y adornado con guirnaldas y pabellones, esperaba al dux acompañado de su séquito. Las góndolas se resbalaban rápidamente por los canales, pues los remeros, cantando entusiasmados las octavas del Tasso, se apresuraban á llegar para colocarse al rededor del antiguo bajel veneciano. Las ventanas de la Procuraduría que daban á la plaza de San Márcos, estaban cubiertas de señoras ricamente vestidas, y de estrangeros que habian venido espresamente de todas las ciudades de Italia para ver la fiesta.

En medio de esta ruidosa multitud estaba un jóven cabisbajo y meditabundo, parado al pié de la columna que sostiene el famoso Leon de bronce; miraba con arrogancia, pero sin orgullo, á este pueblo agitado, y sus inciertas miradas parecian buscar una que respondiese á ellas, pues en medio de la multitud estaba solo. El regocijo público hacia gran impresion en su alma, y por un contraste singular le causaba tristeza.

Paolo Barozzi descendia de una de aquellas antiguas familias, cuyos gefes, bajo el nombre de Tribunos, gobernaron la República ántes de la eleccion del primer dux. Su madre, que disfrutó muy poco tiempo de la ternura de su esposo, fundaba todas sus esperanzas en este hijo único, digno ciertamente de su amor, pues reunia á las mas brillantes cualidades, las ventajas de la belleza y de la juventud. Era instruido y valiente, ambas cosas poco comunes entre los venecianos nobles, y su corazon que aun no conocia al mundo, puro como el de un ángel, estaba lleno de sinceridad, dote tan estimable y precioso en el jóven, como el pudor en la doncella.

Ocupada su imaginacion con los preparativos de la fiesta, salió por la mañana, esperando di-

(1) El Bucentauro era un bajel del dux ricamente adornado con oro y finísimas telas En la popa estaba una tienda de seda color de púrpura, decorada con el pabellon de la República y las armas del dux; y en la proa tenia grabada en oro la imágen de la justicia. El objeto a que estaba destinado, era la recepcion de los grandes señores y la fiesta del matrimonio del dux el dia de la Ascension.

sipar con los acontecimientos del dia la fastidiosa y monótona igualdad de su vida. Entraba en una edad en que la voz de una muger, el ruido de su traje, una respiracion suave y perfumada, una leve sonrisa, conmueven todos los sentidos. Su alma soñaba un ser ideal que tomase parte en los males y en los placeres de su existencia, y este ser encantador é imaginario aun no se presentaba á sus ojos; sin embargo, un secreto presentimiento alimentaba su esperanza.

Las guardias de la ciudad pusieron en órden al populacho, y la comitiva avanzó pausadamente. Los *Capeletes* y los *Morlacos* con mosquetes á la espalda marchaban al son de una música guerrera. Paolo, entusiasmado, sintió repentinamente nacer en su alma el deseo de llevar un uniforme como el de estos; pero lo singular de él y la mezcla de colores verde y encarnado, desterró prontamente su deseo.

Sonaron las trompetas, y los coraceros montados en caballos negros como el azabache, comenzaron á marchar. El jóven veneciano pensó por un instante, que un casco y una coraza no le fatigarian mucho; pero oyó la voz del oficial que reprendia á un soldado, cuyo fogoso caballo se salia de la línea, y le pudo infinito que un hombre fuese responsable de los caprichos de un animal.

En seguida pasaron los magistrados de la ciudad en traje de ceremonia: iban seguidos de los auditores y de los proveedores, vestidos con trajes morados y capas de armiño. Paolo se figuró que podia muy bien consistir la felicidad en administrar justicia: su alma tierna se llenaba de júbilo al pensar en las virtudes de los magistrados: pero cuando vió á un antiguo proveedor, que á pesar de sus numerosas prevaricaciones no habia sido escluido del tribunal, volvió los ojos á otra parte.

En este momento aparecieron los miembros que componian el senado de Venecia, dividido en cinco clases como la nobleza. En la primera fila marchaban orgullosamente los caballeros de la estola de oro. Paolo, al notar el fastidio que mostraban sus colegas en sus semblantes, se alegró de no haber hecho uso del derecho que le concedia su nacimiento para preceder al dux en esta ceremonia pública.

Los gritos del pueblo anunciaron que el príncipe de la república se aproximaba. El dux iba acompañado de su canciller, del capitan general de marina y de sus consejeros. El cuerno ducal, emblema de la pureza y del poder, coronaba su frente, rodeada de una faja de lino; algunos esclavos llevaban su manto de brocado, un magistrado conducia la vara de oro que le servia de cetro, y un oficial su espada, de la que tan pocas veces hacia uso. Paolo vió con indecible ternura y respeto á este venerable anciano, agobiado por los años, destruido por el trabajo, y rugada su espaciosa frente por los pesares, esforzarse en mostrar al pueblo un semblante apacible y risueño, y arrastrarse hácia el mar, mas bien como un criminal que marcha al patíbulo que como un príncipe que va á encontrar á su esposa.

Sucedió á los estrepitosos clamores que reinaban el mas profundo silencio. Algunos hombres vestidos de negro marchaban gravemente en medio de la multitud, la que sin que interviniese la tropa, se habia retirado voluntariamente á cierta distancia, para dejarles el paso libre. Este era el cuerpo de los inquisidores de estado, el famoso consejo de los diez, mas temible que el terrible tribunal de la Inquisicion portuguesa. Paolo hubiera tal vez conservado el deseo de ser árbitro de la vida y de la fortuna de sus conciudadanos, pero este recibimiento tan frio, y el temor que el pueblo manifestaba á sus tiranos, disiparon completamente su ambicion. Tan luego como los inquisidores pasaron, volvió á manifestarse el gozo en los semblantes, y todos dirigian la vista al Bucentauro.

El dux estaba parado en la popa, miéntras que el patriarca bendecia el mar Adriático. Paolo, al oir pronunciar la fórmula latina del matrimonio, se sonrió, y no pudo ménos que levantar los hombros cuando el pueblo anunció con sus voces que el anillo nupcial habia sido arrojado á las olas.

Luego que concluyó la ceremonia se retiró el jóven de la plaza de San Márcos, y caminaba muy pensativo, cuando un esclavo africano al pasar junto á él lo empujó y lo hizo vacilar. Paolo se volvió hácia él con la amenaza en los lábios, y llevando la mano al puño de su espada; pero una jóven cubierta con un velo seguia al esclavo, y una mirada de sus ojos, que brillaban como luceros, bastó para calmar su furor, y la cedió cortesmente el paso. El velo no era tan tupido que impidiese percibir que una sonrisa habia sido el pago de su cortesanía, y sin reflexionar Paolo se lanza tras de la incógnita, admirando su elegante y airoso talle y su gracioso modo de andar. Al voltear una calle, el viento del mar arrebató el velo que estaba sin duda mal prendido, y Paolo tuvo la dicha de cojerlo cuando iba á caer en un canal, y adelantándose lo puso en las manos de la bella incógnita, sin proferir una palabra.

Desde este dia comenzó una nueva existen-

cia para Paolo. Parece que la jóven no lo habia visto sin interés, y la madre de Barozzi no volvió á oir como ántes á la hora de dormirse las alegres sonatas que su hijo tocaba en la guitarra. La hermosa Clara, viuda á los veintidos años de edad, y hermana de un senador de los mas ricos, fué la primera que notó este silencio, pues ya no habia vuelto á escuchar aquellas canciones que repetia en voz baja, acompañada con su bandolina; en vano sus ojos habian buscado por la tarde en el terrado de la casa vecina al que con su armoniosa voz habia turbado su corazon. Muchas noches seguidas, la luna habia bañado con su argentada luz ese punto, sin que la sombra del jóven se prolongase hasta su solitario aposento; esta ausencia la llenó de afliccion y la hizo derramar algunas lágrimas. Un hombre á quien ella habia encargado espiase á Barozzi en sus espediciones nocturnas, nada habia podido descubrir, pues Paolo, creyendo que su madre hacia que lo vigilasen, habia tomado sus precauciones.

II.

EL BAILE.

Despues de algunos meses llegó el carnaval, época tan famosa y divertida en Venecia: venian en abundancia estrangeros de todos los paises, y se hallaban reunidos el grave alemán, el taciturno ingles, el orgulloso español, el vengativo napolitano, y el aturdido frances, que estaba en medios de ellos sierviendo como lazo que unia á tantos pueblos de diferentes gustos é idiomas. En este tiempo de alegria parece que el veneciano pierde su desconfianza acostumbrada; los maridos son ménos celosos, las mugeres mas libres y ménos reservadas; hasta los magistrados abandonan durante las fiestas su tiránica vigilancia; pues los bailes y demas puntos de reunion se convierten el miércoles de ceniza en asilos tan seguros como los templos. Los únicos que vigilan son los inquisidores de Estado.

Los bailes de máscara son una de las diversiones que mas gusta en estos tiempos de verdadera locura. Una de estas noches se vistió Paolo con un trage turco, se puso un turbante de abuchados, unos pantalones muy anchos y una chaquetita bordada; ciñó su cintura con una banda donde colocó un puñal acerado; se embozó en una ancha capa listada de azul y blanco, y se encaminó al teatro.

Clara estaba advertida de todos estos preparativos.—

Luego que Paolo entró á la sala, le rodearon muchos máscaras, atraidos por la riqueza de su vestido. El arlequin de Bérgamo, jugando con su fieltro y su raqueta lo cumpimentaba haciendo piruetas. El Polichinela napolitano, le manifestó lo satisfactoria que le era su venida, y abriendo sus brazos queria abrazarlo á pesar de su voluminoso vientre. El pantalon de Venecia, le preguntó con gravedad si sabia hacer uso de su puñal que brillaba con tanta pedrería, miéntras que el Pierrot-frances se mofaba de la pequeñez de su chaqueta y de la inmensidad de sus pantalones. Paolo que habia venido al baile con motivo de una cita, contestó á todos no muy políticamente, y se marchó sin hacerles caso. Atravesaba ansioso por entre la multitud para llegar al punto designado, cuando se sintió asido por la mano de un negro esclavo que tenia en el cuello un ancho collar de oro, y le dijo inclinándose.—"Su alteza ordena que salgas al punto para el lugar designado, pues ya "la hora se acerca."—"Así lo haré," contestó Paolo maquinalmente, pues estaba pensando en la que lo aguardaba.—Llega al fin, y en lugar de un dominó rosa, vé dos, uno de este color y otro blanco. El dominó rosa, al punto que lo distinguió, se levantó y tomó su brazo; se iban alejando cuando el dominó blanco asiéndole el otro le dijo. "He de quedar solo en la cita?— "Te engañas, máscara" contestó Paolo admirado. "Engañarme yo, ¡pérfido! si no me habias "de reconocer para que me has hecho venir?" El dominó rosa al oir estas palabras iba á soltar el brazo de Paolo, pero este lo detuvo con fuerza, y encarándose al dominó incógnito le dijo con enfado. "¡Mientes!"—"Yo mentir, res- "pondió el obstinado dominó blanco," que nos sirva de juez este dominó rosa; "dime si te des- "pojo de esa capa azul y blanca de ese trage "turco que no estás acostumbrado á manejar, "de esa máscara cuyos largos bigotes tienen "muy poca semejanza con tu cara lampiña "como la palma de la mano, no aparecerá el "hijo de Matilde?" "Mi madre! esclamó Paolo.—"No puedes ocultarte, dominó rosa, ten "cuidado, no te engañe como á mí, y tú Paolo, "sabe que cuando una muger ama verdadera- "mente no tiene temor de confesar quien es su amante. ¡Adios!"

Paolo tuvo mucha dificultad en convencer á la que amaba de que no existia entre él y el dominó relacion alguna, y para disipar el efecto de las amenazantes palabras que la máscara le habia dirijido. Pero al fin lo consiguió, pues era amado, y rara vez acompañan los zelos al primer amor: pero las últimas palabras de la

incógnita resonaban aun en sus oidos.—"En "fin, encanto mio, prorumpió, ¿qué debo pen- "sar?" "Desdeñarás el amor mas tierno y te "avergonzarás de tener un amante demasiado "joven aún para encontrar la ocasion de mos- "trarse digno de tu eleccion?"—"Paolo" respondió la joven, tu sospecha me destroza el co- "razon y tu desconfianza me sorprende, ¿acaso "puedes echarme algo en cara cuando arros- "trando todos los peligros, he abandonado es- "ta noche el palacio de mi padre para darte "una prueba del amor de que dudabas?"—"En- "cantadora Rosa,—perdóname, pero tanta be- "lleza tiene mucho atractivo y debo temer inu- "merables rivales."—"Y aun cuando el núme- "ro fuese mayor que los máscaras aturdidos "que ocupan esta sala, dijo Rosa con una voz "severa. ¿Cuál es tu temor, amigo mio?"—¡Oh Rosa! no te irrites, pero tu amor es tan precioso........

„Por la noche al pié de ese elevado balcon, „cuando el bramido de las olas y el impetuoso „soplo del viento impiden llegar á mis oidos tus „dulces palabras, ¿por qué, dime, por qué me „obligas á callar un amor que me enorgulle- „ce? Oh Rosa, si no te avergüenzas de un „amante, ¿por qué no cumples la promesa, esa „promesa tan cara y que te he recordado tan „frecuentemente? ¿Por qué no consientes en „ser mia por medio de un vínculo sagrado?» Rosa le interrumpió.—„Insensato, no me co- „noces, ignoras quien soy y qué clase de hom- „bre es mi padre, y así quieres enlazarte con „migo! no te basta mi amor.... pues bien, tus „deseos serán satisfechos. Nos uniremos por „medio de una cadena mas pesada que la del „amor: solamente exijo de tí una promesa; „vas á saber mi nombre, el de mi padre que es „tan temido, y mañana al amanecer estarán „encendidos los cirios de la capilla, y el cape- „llan ante el sagrado altar nos dará las manos „pronunciando las santas palabras de esta ce- „remonia; pero exijo que bajo juramento me „prometas....—Cuanto quieras, bien mio.— „Que nunca reveles nuestro matrimonio.— „Lo juro por la Vírgen y el santo de mi nom- „bre:" esclamó Paolo trasportado. En este momento se acercaron á ellos muchas personas de las que se habian alejado durante su conversacion, y que seguian tenazmente á una gitana que por el tono decidido de sus palabras y su voz sonora excitaba la risa general. Cada máscara recibia de ella una prediccion muy severa, ó un sangriento epígrama. „Quiero hablar con este enviado del Gran Señor," esclamó en alta voz, y acercándose á los dos amantes, tomó las manos de Paolo y permaneció un rato en silencio fijando sus negros ojos en los del jóven, que se quedó asombrado de sus ardientes miradas, y haciendo como que consultaba las rayas misteriosas de sus manos, esclamó: „desventurado jóven, vas á cometer una necedad," y sin dar lugar á que Paolo la replicase, tomó el brazo de un senador, de aspecto grave, á quien conoció á pesar de su disfraz, y le anunció en alta voz que aunque habia dejado á su muger sola en su casa, la encontraria en el baile perfectamente acompañada.

Paolo y Rosa se quedaron mudos y pensativos, pues la gitana habia pronunciado estas palabras en un todo singular. Sin embargo, el tiempo avanzaba, las cuatro acababan de dar y Paolo recordó á Rosa la promesa que acababa de hacerle. La jóven se dejó conducir fuera de la sala.

La noche estaba oscura, ni una estrella brillaba en el vasto firmamento, cargado de negros nubarrones. Venecia, que por la mañana estaba tan brillante, cuando al salir el sol abraza con sus rayos al Adriático, y dora las cúpulas de los grandiosos monumentos; Venecia que para dar un testimonio del poder de los hombres contra el ímpetu de las olas, se levanta magestuosa en medio de ellas, estaba envuelta en las tinieblas, y apénas se dejaba ver confusamente. Una niebla muy densa cubria las calles, los canales y las casas, y si en medio de la oscuridad se divisaba la fachada de algun gran edificio alumbrada por la luz de las bujías del baile, de léjos y en medio de este mar agitado por los vientos, parecia un gran precipicio, destrozado por las olas y alumbrado por la caritativa mano de algun habitante de la costa. Rosa iba diciendo á Paolo su nombre, hablándole de su fortuna, de la severidad de su padre y de la perfidia de su madrastra. Lo horroroso de la noche aumentó considerablemente la angustia y sobresalto de su corazon por el paso tan atrevido que habia dado. Algunas veces interrumpia su relacion y echaba miradas inquietas á su rededor. Paolo caminaba con precaucion teniendo la mano sobre su puñal, y lleno de gozo habia levantado su capa para preservar de la humedad de la niebla á un objeto tan caro, y se extasiaba al sentir los latidos del corazon de Rosa junto al suyo. Ya estaban léjos del baile, y la oscuridad que iba en aumento les impedia ver por donde andaban. Unas veces el ruido que hacian los pabellones sacudidos por el viento, y otras el de los remos de alguna góndola que

pasaba por el canal vecino, rozando apénas la superficie de las aguas, era lo único que turbaba tan profundo silencio.

La débil luz colocada en la popa y su marcha silenciosa traian á la mente el recuerdo de la barca fatal del infierno pagano. Paolo buscó en vano un puente por donde pasar al otro lado, á donde Rosa queria conducirlo; pero la isla en que estaban, no tenia absolutamente comunicacion con el resto de la ciudad, mas que por un puente situado frente al salon del baile. Cuando se acordaron de esto, iban á retroceder; pero oyeron á poca distancia los pasos de un hombre. Se pararon para que pasase, y el incógnito hizo tambien alto, volvieron á andar, y él hizo lo mismo, se detuvieron de nuevo, y tambien se detuvo. Entónces creyeron que los seguian, y Rosa temiendo ser conocida, se puso demudada y convulsa. Paolo iba ya á hacer uso de su puñal para quedar libre de este importuno vigilante, cuando vió una góndola parada, donde entró Rosa. Su traje llamó la atencion del gondolero, quien quitándose respetuosamente la gorra de lana, los recibió en su barca, y en breve se alejaron de la orilla. Al cabo de algunos minutos se detuvieron delante de una plaza; el gondolero bajó una tabla, y sin despegar los lábios ofreció su mano á Paolo para que saliese. Luego que desembarcaron, echó este una bolsa con dinero en la góndola, la que continuó navegando.

Asombrados los dos amantes de una partida tan rápida, procuraron reconocer el lugar en que se hallaban. Al estremo de la plaza estaba un palacio iluminado por algunas luces. En este instante el hombre que los habia seguído en la isla, se encontraba á su lado. Rosa condujo á Paolo y ambos entraron en el patio del palacio, que reconoció el jóven veneciano por la habitacion del embajador de España, pero olvidó las severas leyes de su patria, y guiado por su futura esposa, desapareció con ella por una oscura galería.

III.

EL CONSEJO DE LOS DIEZ.

Paolo habia dejado su disfraz, y á la mañana siguiente saltó con ayuda de una escala de cuerda por la pared de uno de los jardines del palacio. Al separarse de su amante, su despedida fué tan tierna como si fuese la última, con el corazon lleno de gozo entró en su casa. Su vuelta habia comenzado á calmar la angustia de su pobre madre, cuando un tropel de soldados se introdujo hasta su habitacion, y en *nombre del consejo de los diez* prendieron á Paolo. Matilde, al oir este terrible nombre, cayó sin sentido, y Paolo atónito se dejó conducir

Una silla de posta cubierta con un velo negro estaba á la puerta, lo hicieron entrar en ella y marcharon. A poco andar hizo alto y se abrió una puerta por la que entró Paolo inclinando la cabeza, conducido por dos esbirros; atravesaron varios salones muy vastos y poco alumbrados, por donde se paseaban como sombras algunas guardias vestidas de negro, este era el uniforme de los Inquisidores de Estado.

Entraron á un salon donde vió Paolo reunido al rededor de una mesa al severo tribunal: se sentó en un banco frente de los jueces, y los dos esbirros que lo habian conducido permanecieron en pié á su lado, apoyados sobre sus picas.—„Paolo Barozzi," dijo una voz, „¿habeis pasado la noche última en el baile de máscaras.?"—Sí, contestó el jóven, „¿acaso es un crímen, y por esto se prende á un senador, al nieto de un antiguo tribuno, por haber concurrido á una fiesta que forma en Venecia de venecianos y estrangeros solo un pueblo?

Sin responder á esta pregunta, prosiguió la misma voz.—„¿No tenias un vestido musul„mán? ¿No se hallaba en el salon un esclavo „que os habló? ¿No habeis salido acompaña„do de una persona? ¿No os esperaba una „góndola en el canal? ¿No habeis desembar„cado en la plaza de Santa María?—Es cierto, „¿por ventura es un crímen?—¿No habéis en„trado al palacio del embajador español? ¿Dón„de os quedásteis hasta esta noche?—Es ver„dad, ¿hay en eso algun crímen?—Paolo Ba„rozzi, el hijo de un antiguo tribuno ¿ignora „las leyes de Venecia?—No me quedé en casa „del embajador.—¿Pues dónde estabais" Esta palabra le recordó el juramento que habia hecho y calló.—„¿Dónde estabais, pues?" repitió el interrogante. „El consejo supremo de los diez, Inquisidores de Estado, ordena que digáis la verdad. Y no ignorais el castigo que debeis aguardar por vuestro crímen. El artículo 102 de la ley dice: *que será condenado á muerte el noble veneciano que hubiese comunicado con un embajador estranjero sin declarar al tribunal el motivo de su visita.* Hablad, ¿dónde estábais?—No puedo decirlo.—Reflexionad, la ley es irrevocable.—Paolo calló y fijó los ojos en un anillo que no tenia en el dedo la víspera en la noche. El interrogante repitió su pregunta.—No estuve en casa del embajador, lo juro por la madre de Dios.—El tribunal no exije de vos un juramento, replicó el

inquisidor, sino que digais el lugar donde estábais.—El silencio reinó de nuevo, el Inquisidor hizo por tercera vez la misma pregunta, á que Paolo no contestó. Uno de los jueces se compadeció de su juventud y le dijo: Paolo, nuestra sentencia aun no está pronunciada, decidnos donde estábais.--Paolo permaneció en silencio.--Entónces se levantó el gefe de los Inquisidores y los jueces se pusieron á hablar en voz baja. A una señal sacaron del salon al acusado.... Jamas se supo donde habia pasado Paolo el resto de la noche del baile, ni qué esposa habia recibido en sus brazos. No se supo tampoco su paradero. Se dice que algunos dias despues del Carnaval, la hija única del dux, paseándose en el jardin de uno de los palacios de su padre que daba á la orilla del mar, despues de una fuerte tempestad que habia levantado las olas del Adriático, divisó sobre la arena un saco de cuero, lo hizo abrir y contenia un cadáver degollado. Este cadáver estaba enteramente desnudo, pero en un dedo tenia un anillo que le fué entregado. Se dice que desde este dia se vistió de luto y murió antes que acabase el año. La madre de Paolo Barozzi cesó de vivir el mismo dia que arrancaron de su lado á su querido hijo.

TRAD. POR L. M.

CARNAVAL.

Á MI AMIGO EL TENIENTE DE ARTILLERIA, MIGUEL BADILLO,

¡Sus, bellas, acercaos; venid, encantadoras,
incomprensibles formas, á iluminarme á mi;
dejad á vuestras mudas parejas danzadoras,
la dicha y los amores os cantaré yo aqui.

Yo soy vuestro poeta; yo canto de las bellas
las celestiales gracias, y el virginal amor;
y al lado de vosotras, rodeado de botellas
yo bebo entusiasmado mi inspiracion mejor.

Aumenten vuestras danzas el brillo de mi orgía;
¡oh revoltosas driadas, antorchas de mi fé:
las damas mas hermosas de toda la Georgía
envidian vuestros talles y vuestro breve pié.

Al mágico reclamo, venid de las botellas;
no hay penas, ni amarguras al frente de un licor....
venios á arrullarme con el estruendo de ellas,
fantásticas mugeres, hidrópicas de amor.

Si á alguno le fastidia de vuestro gozo en medio
el ruido que produce vuestro gentil tropel,
dejadle que se muera de consuncion y tedio....
yo vivo entre vosotras con el estruendo dél.

Venid, venid, oh bellas! mirad como preñados
los vasos acrecientan su igual fermentacion;
á su imperioso influjo los males, olvidados,
no acosan y atormentan mi inmenso corazon.

¡Venid, yo os idolatro! por Dios que sois hermosas.
si pinta con colores de rosa vuestra tez,
el muelle movimiento de danzas voluptuosas
que enciende los vapores del vívido Jerez.

Dejad á los que piensen gravar sobre la historia
un punto que recuerde su ingrata ocupacion...
¡Imbéciles! sedientos de un nombre y de una gloria
las páginas registran de un rancio cronicón!

Así su edad de flores inadvertido pierde
las raïces hollando de su fugaz vergel;
en la vejez, acaso de su vergel se acuerde,
y entónces... ¡será tarde!... se encontrará sin él!

A fuerza de trabajos, tal vez alcance un hombre
sobre un coloso enorme su fama cimentar;
todo esto ¿qué le importa si al acabo su renombre
no puede, ni su fama, gozarse en contemplar?

Por una gloria.... inutil, que su razon perturba
sin conocer el mundo vá á conocer su fin,
y escrupuloso evita la bulliciosa turba
que lúbrica se embriaga de amor en un festin....

—

Bebamos ¡ay! y amemos, mientras se muestre
(el mundo.
á nuestra escasa vista bajo el florido abril......
¿Qué falta á nuestra dicha?... la mia solo fundo
en los livianos goces de mi ilusion febril.

—

El ruido de tus órgias.... tus célicas mugeres,
serán de hoy mas, oh mundo, mi porvenir....
(mi ser....
mis horas de existencia... de lánguidos placeres
las en que pueda mi alma del manantial beber.

—

¡Mugeres! de los moros envidio la inconstancia
para poder amaros, como quisiera yo;
á todas os amára, y entónces de mi infancia
los tiempos ya perdidos, no me inquietaran, no.

—

Tambien la pompa envidio de la *pasada* Italia,
y sus festivas danzas, y su florido Edem;
y al perezoso turco, la atmósfera de algalia
que la estension ocupa de su templado harem...

—

¡Venecia! no te pido ni góndolas, ni barcos,
ni tus broncineas bocas, ni tu mansion Ducal;
pero poseer quisiera tu plaza de San Márcos
para gozar en ella tu eterno *Carnaval.*

—

Tu pompa es la que envidio; tus largos corre-
(dores.
Tu ruido, y tus festines, tus franjas de tisú;
tambien para mis órgias te envidio tus licores...
La *Lacrima*, y el *Chipre* con que te embriagas
tú....

—

Que verme en los festines rodeado de mugeres
será en lo sucesivo mi porvenir.... mi ser....
mis horas de existencia.... de lángidos placeres
serán las en que pueda del manantial beber.

—

Las bellas que me cercan serán mis esperanzas
hasta que el cano tiempo destruya mi jardin....
¡Venid en torno mio! vuestras ligeras danzas
aumenten la algazara del báquico festin!

—

Venid, que con vosotras, envidio solamente
á Italia sus festines, que sus mugeres, no;
si envidio la insconstancia de la Odalisca gente
es solo para amaros como quisiera yo.

—

....
....
Fugaces ilusiones el *Carnaval* risueño
con sus alegres danzas, encantador nos trae....
¡Feliz el que al impulso de un apacible sueño,
rendido y sin recuerdos sobre su lecho cae!

—

Pero ¡ay! desventurado del que en el alma lleva
clavado un fiero dardo que empozoñado está,
y lleno el pensamiento de una esperanza nueva
que ni camino cierto, ni término tendrá....

—

Oid, oid, oh bellas, á vuestro amante bardo;
venid en bullicioso, tropel encantador;
si entusiasmado canto vuestro festin gallardo
no pido mas en pago que vuestro eterno amor.

A. RIVERO.



MODAS. (1)

DISFRACES PARA MÁSCARAS.

HA llegado el Carnaval, queridas mias, saben vds. cuanto encierra esta palabra mágica, *Carnaval?*.... Con cuánto placer, despues de algun intervalo de silencio, tomo la pluma para escribir á vds., y luego en un tiempo como el presente, tiempo de alegría tumultuosa, entusiasta, porque ¿qué corazon de jóven no palpita, qué piés no hormiguean á los solos nombres de Carnaval y máscaras? Vamos, es preciso que el Liceo participe de la locura de la época, y que hoy hable con vds. solo de disfraces y caretas, de bailes y de música.

El magnífico salon del nuevo Teatro está ya pronto, y todo anuncia que tendremos las mas brillantes fiestas de este género que se hayan visto en México. Sastres, modistas, peluqueros, todos se empeñan á porfia en presentar vestidos, adornos, peinados de todo género, que hacen creer que el lujo y buen gusto que reinará en los bailes en este año, no habrá tenido ejemplo en los anteriores.

Es preciso gozar, lindas y amables suscritoras, y gozar de prisa, que la descarnada cuaresma nos amenaza; y aunque se le hagan algunas drogas, no saben esas tanto como los tres dias consagrados, por decirlo así, á la locura y al delirio. No faltará quien me tache de inquieto y alborotador y diga que propalo doctrinas alarmantes, todo porque soy amigo de la bulla y algazara; pero será sin duda algun vejete de rancias ideas ó alguna devota que no sepa lo que trae entre manos. Los compadezco, eso ménos gozan. Mas en cambio tengo probablemente á mi favor la mayor parte de una juventud fresca y lozana, y bailaremos mal que les pese, que bastantes ayunos y vigilias y sermones tenemos despues.

Habiendo manifestado tales ideas, y siendo partidario del *movimiento* verdadero, ¿cómo no habia de pensar en presentar á vds. un figurín análogo? La dificultad consistia en la eleccion; porque figúrense vds., si mi colaboradora, si Mme. Gourgues (1), que tantas pruebas nos dá á cada momento de buen gusto, andaria poco pródiga conmigo en esto de disfraces. Una multitud innumerable tuve á la vista, todos graciosos, ligeros como las cabezas que los inventaron. Ya separaba este, ya aquel, ya los abandonaba por otros nuevos, y como era preciso decidirse y el tiempo urgia, y solo debia elegirse uno, resolví sujetar la decision del punto á una hechicera personita que juzgó en efecto acreditando su raro tino.

Obedecí la sentencia y presento á vds. dos graciosísimos disfraces—Una Cracoviana y una Maga. Adopten alguno de ellos ó los dos, y si alguna vez en el baile me encontrare con una jóven vestida como el figurín, tendré un singular placer, lo aseguro, porque pensaré que es alguna suscritora.

Sencillos son ambos trages.—El de Cracoviana, que es un poco guerrero, me ha hecho reir algun tanto, porque se me figura que pudiera muy bien tomarse por parodia de algunos militares que conozco. ¿Y saben vds. que un cuerpo de semejantes soldaditos seria muy curioso, y no faltaria quien pretendiera sentar plaza? Yo por mí sé decir, que aunque soy enemigo acérrimo de la milicia, como no hay regla sin excepcion, estoy por esta, y es la razon porque escribo artículos de Modas, y digo piropos, y qué se yo que mas.

Me he estraviado de mi fin principal en digresiones, y aunque, como dijo alguno, dan buenos ratos, es preciso sin embargo economizarlas y marchar derecho al grano, si grano hay en un artículo de modas, y especialmente de Carnaval.

Una chaqueta de merino blanco guarnecida con alamares y galon de oro, y ancha y airosa enagua de raso azul constituyen la parte principal del trage. La falda debe ser corta como representa la estampa, y con tres guarniciones igualmente de oro, completando el arreo unos delicados borceguies de terciopelo encarnado con pulidas espuelas doradas y una ligera cachucha de terciopelo negro en forma de *schacó* guarnecida tambien con oro y con una pluma blanca. Guantes color de canario sientan á este disfraz perfectamente, y por lo que respecta á peinado, debe llevarse el pelo en tren-

[1] Correo de modas, calle 2.ª de Plateros núm. 2.

[1] Por la oportunidad del dia anticipamos el artículo de modas que correspondia al número 9, y como ven nuestros suscritores, presentamos el figurin iluminado apesar de los grandes gastos que han tenido que hacerse, como un testimonio de gratitud á las personas que nos han favorecido con sus suscriciones.

zas adornadas estas en su estremidad con un lazo.

Si el trage cuya descripcion acabo de hacer es gracioso, no es comparable en mi concepto, al otro que le acompaña. La idea de una maga con su vara adivinatoria en la mano, bordada su ancha ropa de signos cabalísticos, me arrebata de tal manera, que pienso por un momento trasladarme á otros tiempos y á otros paises, quiero tenderle la mano para que consulte sus misteriosas líneas, y espero por instantes escuchar de su boca profética mi horóscopo.... insensato! me olvido de que tratamos de un disfraz, que existimos en el siglo XIX en México, y que por consiguiente, lo que es magas, á lo ménos que digan la buena ventura, pocas hay; pero que consigan hacerle perder á uno el seso y hechizarlo verdaderamente, si no con conjuros y círculos mágicos, á lo ménos con gracias y zalamerías, y con miradas que desecan el corazon y lo consumen, esas abundan; y ¿qué necesidad tienen estas de la mágia para adivinar, cuando sin ella conocen á las mil maravillas el interior del hombre, y pueden sorprender uno por uno sus pensamientos cuando le tienen delante? Probablemente no piensa en otra cosa sino en agradar á la *maga*, con quien departe y la mitad del mundo daria por oir su horóscopo que sin mucho trabajo podria decírsele....

VV. conocerán mejor que yo, lectoras mias, la justicia de mis reflexiones, algun vez quizá habrán tenido en las manos, como las hechiceras de otros tiempos la suerte de algun hijo de Adan, media palabra le hubiera pronosticado su felicidad futura y las mas veces no habrá sido pronunciada, porque perdonándome VV. tengo para mí que en proporcion de la belleza, les acompaña la bellaqueria.

Mucho me temo haber disgustado á VV. con tanta reflexion y tanta gravedad inoportuna, hoy especialmente, dia en que debiera aparecer mas ligero y festivo. Perdon, queridas, perdon por haber dicho la verdad, cosa por cierto nada comun en los que de cualquiera manera escriben á VV.-Voy á concluir con algunos puntos importantes.

El trage de la maga en cuestion se compone de un corpiño ajustado de terciopelo escarlata, adornado por el frente con un centro de terciopelo negro pordado de oro, en forma triangular con unas pequeñas tiras sobrepuestas del mismo terciopelo negro menos bordado, y que tienen en la orilla una blondita negra, rodeando la cintura un circulo de picos de terciopelo del mismo color del corpiño; y de una ancha enagua de terciopelo igualmente escarlata con guarnicion de blonda negra y algunas tiras de terciopelo negro que penden de la cintura, bordadas con oro en ellas caprichosas figuras y circuidas de blondita como la del corpiño.

Son peculiares de este vestido las mangas abiertas á la *Norma*, de terciopelo negro, forradas en raso blanco y adornadas con blonda negra en la orilla, con algunos bordados y luengas borlas de oro en sus estremidades. Cuadran perfectamente los botines de terciopelo del color dominante del traje, y si á esto se agrega el pequeño y gracioso turbante que se vé en la estampa, y la fatídica diadema que circunda la frente y que se acompaña tan bien con los rizos en que está dispuesto el cabello, se habrá obtenido un conjunto verdaderamente mágico y encantador. No debe omitir por ningun motivo la persona que elija este traje, llevar una lijera varilla de ébano que tanto contribuye á la magestad del personaje, y de que una muchacha un poco hábil puede sacar tanto partido.

Demasiado nos han entretenido las máscaras, y concluiria sin duda, si no fuera por que no quiero dejarme en el tintero una noticia que puede ser á vds. muy útil y satisfactoria, la de que á la tienda de Madama Virginia Gourgues acaban de llegar las mas esquisitas flores para la cabeza, la mano y el pecho, en tanta variedad de formas, y tan graciosas algunas, que no dudo agradarán á vds. infinito, y elegirán entre ellas si las vieren. Tambien posee una multitud inmensa de magníficas plumas, de las que muchas esperamos ver ondear graciosamente en la cabeza de nuestras elegantes á los armoniosos acentos del waltz.

Concluyo al fin deseando á vds. se diviertan mucho, recomendándoles se cuiden al salir del baile, no vayan á cojer un constipado, y pidiéndoles consagren una memoria cuando recorran la sala como exalacion en brazos del descuidado compañero, á su buen articulista.

QUERUBIN.

Tenemos la mayor satisfaccion en ofrecer hoy á nuestros suscritores, el siguiente Waltz, composicion de la Señorita Doña Jesus Cepeda y Cosio, en el número inmediato publicaremos un artículo en prosa que tuvo la bondad de remitirnos otra paisana nuestra, y nos contemplaremos dichosos, si nuestro periódico llegare á ser el órgano que transmita á la posteridad las inspiraciones de las hermosas hijas de nuestro suelo.

Nada decimos á los jóvenes amantes de las letras y de las bellas artes en general, pues ya saben que ciframos nuestra mayor complacencia en publicar sus brillantes composiciones.

¡¡¡COSAS DE MI CASERO!!!

No sé si le ha sucedido al lector cuando ha caminado, cogerle la noche en una mala rancheria, en donde no se hallan sino dos ó tres rancheros adustos y de mala catadura, que en todo piensan menos en procurar algun descanso al fatigado caminante; mas suponiendo que tal le haya acontecido, puedo suponer tambien que él tuvo que condimentar su cena y preparar su desayuno, y servise por sí mismo en cosas para él enteramente desconocidas; y ciertamente no se le habrá olvidado lo muy desagradable de sus guizos y el convencimiento que adquirió de que su vocacion no era vocacion de cocinero. Esto mismo, esceptuando lo de los rancheros y el conocimiento final, acontece á menguados escritores que se meten al oficio sin tener vocacion para ello, pero que marchan inpávidos por entre una turba que los silva y.... Notará el lector que mas propio está lo escrito para freirse en un sarten, que para introduccion de un artículo, pero yo que soy hombre de buen humor, y muy capaz de declarar, imitando á algunos inbéciles, á los que no me entiendan ó no me aplaudan, me rio y prosigo con mi cuento.

Así habia yo comenzado á escribir no sé que noche y habia llenado dos ó tres pliegos de papel, porque para moralizar y disparatar á secas y con chocarreria, maldita la gracia que se ha menester, y menos cuando el escritor es sin conciencia; mas de pronto vínome en deseo ser un Fígaro ó cosa semejante, y para conseguirlo me propuse escribir un artículo de costumbres, que es como si dijéramos, cortar una pluma, mojarla en el tintero, apoyarse en una mesa, tomar una tira de papel y comenzar á tocer, porque eso de tocer es un conjuro conque se llama á la inspiracion que no siempre cede á tal órden y que requiere tal vez el aroma de un cigarrillo, ó el baho de una taza de café, ó el movimiento oscilatorio del autor sobre su silla ó la triste esclamancion, *¡bah!* ó el dibujo de tres ó cuatro figuras estrañas y de capricho, ó la cuenta exacta de las vigas que sostienen el techo (en materia de vigas debe saber el curioso lector, que los mas de los autores tienen sus cuartos con sus vigas nudas y lirondas sin cielos ni artesonados, por mas que algunos quieran engañarle con descripcion de cosas que no son ciertas sino en la mente del escritor) Perdone el lector el paréntesis que ya vuelvo á las inspiraciones. Decia yo... no sé que decia; pero si sé de ciencia cierta que el que quiere escribir ocurre á todo esos medios dichos, ó sean llamamientos, y que si no surten el deseado efecto tiene que emplear el cónjuro mas poderoso, conjuro eficaz é irresistible, lo que ejecuta echando mano de lo que echa mano, es decir de su sombrero y de su capote, si lo gasta, y se sale corriendo por las calles olfateando como un galgo y mirando á todos lados, con lo que parece loco, y ved ahi como el conjuro evocó la sombra, es decir, como el llamamiento hizo venir á la inspiracion, porque un loco y un inspirado son lo mismo, ó de otro modo y como se esplicaria un hombre del siglo, es á saber un hombre positivo y calculista. El hombre, mas la inspiracion, igual al hombre menos el juicio; lo que puesto en forma, con sus respectivos signos matemáticos y suponiendo que el hombre es F. y el juicio Z, y la inspiracion G. parecerá una ecuacion. Así corriendo é inspirado vé el autor, cualquiera cosa, y la esprime y la estruja y le muda ropage y no cesa de trabajar hasta que no concibe una idea, y entonces la confecciona y la escribe, porque suponiendo que el autor es el autor no puede hacer otra cosa si no escribir despues de concebir y ya que está confeccionado el artículo lo aliña y lo adereza y lo acicala y lo llena de sal y de chiste; despues lo bautiza con un nombre alto y sonoro, como *Esquila* ó *Esquilón* y lo firma en una gerga que parezca aleman, polaco ó disparate y luego.... luego lo envia á la imprenta y cate V. ahi un artículo de costumbres muy curioso y muy chusco.

Todo esto y mas.... Pero antes de pasar adelante debo deshacer una equivocacion, porque á fuer de moral escritor y para bien y provecho del prógimo tengo mis ribetes de escrupuloso, y no quisiera que el crédulo lector se quedara con un error á cuestas, que de mi se decir

que pesa mas un talego de piedras, aunque no á todos les sucede lo mismo. Y es el caso advertirle, que no crea que eso de confeccionar y y azucarar y llenar de sal y de chiste, es hacer del pobre artículo un guizo y echarle esos ingredientes dichos y ponerle pimienta para suplir lo del chiste, y luego colocarle en un plato y aderezarle con lechugas en lugar de ensalada, porque resultaria un artículo tan de cocina, que ni el mas epicureo podria pasarlo de punto azucarado y meloso; sino hacerle comprender al lector que eso de la sal se suple con puntítos suspensivos, que al fin tan granos son unos como otros, sin que entre ellos haya mas diferencia que hay entre la sal y la tinta, que ciertamente es imperceptible, y lo del chiste se compone con lo que los antiguos, que eran gente torpe y poco sabida, llamaban descaro y alharaca; cuyos ingredientes tambien se cultivan, con otro nombre por supuesto, en los campos del nuevo mundo; y compuesto asi el artículo se pone la firma de dos maneras, para prueba de ingenio: la primera vez con las letras fuera de su lugar verdadero, y la segunda que es cuando alguno grita al autorcillo. Seo guapo, porque entonces este dá una órden de evolucion, y las letras se mudan y tornan á su debido puesto, con lo que se descubre el legítimo nombre del escritor y se impone respeto, que asi es fama que hizo Victor Hugo en cierta ocasion, y condimentado y *confeccionado* el repetido artículo con la sal y el chiste que ahora ya sabe el lector lo que significan, se pone en un platillo cuyas funciones hace un periodico y se le espeta al público, que es como si digéramos que se le enviaba de regalo al vecino de enfrente ó á la comadre mas parlera del barrio.. ....Mas he aqui que despues de seguir al pie de la letra los consejos ó advertencias, ó si quier noticias que tomo, ó prólogo he puesto al artículo de costumbres que al principio ofrecí, me sucedió que para hacerlo, solo contaba con la intencion, por lo cual determiné salirme á la calle y no solo olfatear y mirar á todos lados, sino correr, cantar, no porque lo hacen los *dilletanti*, gente necia, imbécil y *dilletanti*, que es mas todavia; pero sí gritar y danzar en busca de inspiracion *articulística*, (con perdon del idioma) y volverme luego á mi casa á escribir. Salí pues y fuime calle arriba dando mil zapatetas y haciendo mil diabluras en desdoro del renombre de escritor, digo en desdoro, porque segun opinan por ahí ciertos autorcillos, el escritor debe andar con tal tirantez, que parezca uno de esos otros bailarines que muestran los saltimbanquis; ví cosas que nada tienen de curiosas, pero para mí lo eran en demasia; volvime á casa, tomé la pluma. *Tan tan, tan, tan, tan,....* la campana de mi casa.

¿Que significa ese tan, tan, tan, dice frunciendo el sobre cejo el lector.

—Nada Sr. mio, póngolo pues por que es de moda, y porque asi lo ponen ciertos escritores de renombre mas alto que un *campanario*.

Como iba de mi cuento, *tin, tin, tan, tan, tin*...........................

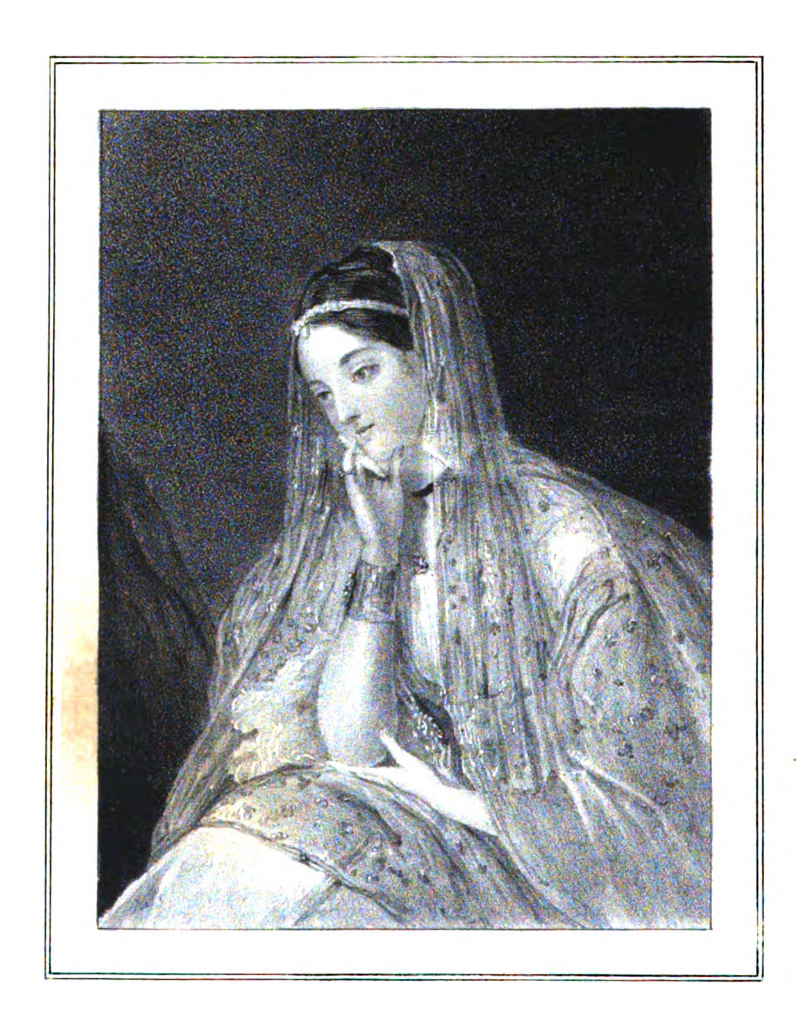
—¿Y esos puntos suspensivos tan sin gracia y sin objeto, replica colérico el lector, que significan Sr. Anónimo?

—Tambien son de moda amigo, tambien los usa *D. Taton, Trnmos* (1) que es de los escritores dichos y los emplea para llenar papel y para dar cierto aire simétrico al escrito y para enseñar, cumpliendo con los deberes de cristiano al que no sabe; es decir para enseñar á escribir al que haya menester sus consejos.

Continua la historia. *Tin, tan, tin, tan, tan, tin*.......... La campana de mi cuarto.—Serán suscritores, dije para mi coleto, los apunto y mañana lo aviso en el *Liceo* al público.—Porque es bien que sepa lo que nos acontece.—Voy alla dije.—*Tilin, tilin, tilin, talan, tilin*....—¡Adentro! grito con fuerza.—A esta voz se apareció...... mi casero, lector, el desapiadado casero, el acreedor mas feo de cuantos acreedores conozco, y note V. que tengo muchos de ellos. —¿Me paga V.? Dijo con altaneria quitándose el sombrero y limpiándose la frente con la mascada.—Pequeñito, gordo, calvo, cano, narices muy largas. ¡No hay duda es el hombre mas feo de toda la cristiandad! Asi meditaba yo que siempre estoy meditando en cosa muy diferente de aquella en que debiera yo ocuparme,—¿Me paga V.? Repitió bruscamente el deforme casero.—Por ahora.... hombre.... mire V....—Dilaciones, mas dilaciones, el gobierno no espera, ni admite.... *Por ahora*, ni quejas.... Ahí tiene V. esa cita para conciliacion mañana. Dijo y desapareció. Yo me quedé cavilando como pagaria al hombre, sin tener ya ganas de escribir ni inspiracion para ello, porque la sola idea, no digo á V. la voz ó la presencia del casero, basta para que huya la inspiracion, como huye despavorido un can cuando le muestran alzado el látigo conque es costumbre castigarle.—Pensando en esta desgracia esclamé—¡¡Cosas de mi casero!! y he ahí porque puse este título á mi artículo.

---

[1] La segunda parte del *pecudónimo*, *anagrama* ó lo que fuere, es de pronunciacion italiana, que es como si dijéramos, suavísima.



CECILIA.

Fuese pues la inspiracion, á galope, volando, sin volver siquiera el rostro hacia mí, pecador, y ya no escribiré de costumbres ni seré un Fígaro.—¡Imposible! ¿Que quieren VV. que haga un hombre sin inspiracion?

Conténtese pues el lector con lo que le he dicho imitando el lenguaje de D. Tacton Trnmos que harta gracia hace con no continuar charlando el caritativo—ANÓNIMO.

UN RECUERDO

A MI AMIGA J....

POR UNA SEÑORITA MEXICANA.

I.

Era una tarde de agosto de 184.... el sol caminaba á su ocaso, cubriendo el cielo de nubes color de fuego: yo contemplaba este hermoso espectáculo desde mi ventana: mi alma estaba triste: hacia un año que no veía á mi amiga Cecilia, á la única depositaria de todos mis secretos: recordaba el memorable dia de nuestra separacion repentina, causada por hallarse su hermana gravemente enferma, por cuyo motivo el médico le habia ordenado mudar temperamento, y Cecilia habia tenido que seguir á su familia, con el sentimiento de alejarse de mí. Absorta en mis tristes pensamientos oigo que un coche se detenia á la puerta: un momento despues se abre la de mi gabinete y Cecilia se precipita en mis brazos anegada en lágrimas. Las espresiones de ternura que nos dirigimos, las preguntas confusas que alternamos, mezcladas de tiernas caricias, solo podrá comprenderlas quien como yo tenga una amiga íntima, tierna, á quien ame de todo corazon. Sin embargo, mi amiga no era la misma jóven alegre y festiva, que en otro tiempo me divertia con sus chistes y con su viva y animada conversacion; sus ojos estaban empañados, sus lábios blancos, y en su frente pálida se veía pintada una horrible melancolía. Aquella palidez, y aquella sonrisa amarga que vagaba por sus lábios, me rasgaron el corazon: no sabia á que atribuir tal mudanza en mi pobre amiga, y sin poderme contener le dije.--¿Qué tienes, Cecilia? ¿estás enferma? —Enferma! repitió con voz triste, estrechándome la mano; sí, estoy enferma.... pero mi mal no tiene remedio. Al instante comprendí lo que queria decirme: ¡es tan fácil comprender hasta el pensamiento de los que amamos!—Amiga, continué, dime tus pesares por favor, desahoga en mi corazon la pena que aflije el tuyo. Cecilia se puso la mano en la frente, como para recordar; una lágrima rodó por sus megillas, y despues de un momento de silencio me dijo. —,,Había jurado no volver á hablar de esto jamas, pero es preciso que lo sepas porque nunca te he ocultado nada." Se sentó á mi lado y comenzó su relacion de esta manera.

II.

Despues de quince dias de camino, llegué á P..... ya supondrás la tristeza que me acompañó, desde nuestra separacion; porque tu vista me era tan necesaria como la de mi madre; tu amor y el de mi familia formaban mi felicidad, y nada ambicionaba mi corazon sino volver á tu lado. Cuatro dias hacia que habiamos llegado á aquel triste pueblo, cuando mi tia Margarita nos convidó á un dia de campo que habia dispuesto con motivo de nuestra llegada. Era indispensable ir, y aunque no tenia humor de divertirme, me resolví á ir por complacerla. La mañana estaba hermosa, el sol brillaba en todo su esplendor, cuando nos dispusimos á partir al pequeño pueblo de L.... donde estaba preparada la fiesta. Por la noche nos condujeron á un hermoso jardin, alumbrado con vistosas lamparillas de colores colgadas de los árboles; la luna brillaba en la mitad del cielo, y las flores exhalaban su fragancia suave, mecidas por el aliento de la brisa. Una orquesta preparada de antemano sonó en aquel momento.... yo sentí en el corazon una cosa inesplicable, una

vaga melancolía que me hizo derramar una lágrima; fuí á sentarme en un banco de césped que estaba distante, y miéntras que todos se entregaban á una loca alegría, yo me complacía en llorar. Los sonidos armoniosos de la música, la embalsamada atmósfera que se respiraba en aquel sitio, la luz amarillenta de la luna.... todo era hermoso, y al mismo tiempo todo iba mezclado de languidez y dulce melancolía. Sentia un horroroso vacio en el corazon, porque tu sabes que nunca habia amado, y esta imperiosa necesidad, se despertó en mi alma. Queria amar, pero con delirio, con frenesí, con un amor ardiente, como mi corazon; y todos los jóvenes que me rodeaban, que hacian sonar en mis oidos palabras amorosas, eran frios, faltaba á sus ojos esa espresion que se comunica hasta nuestra alma y la enciende en un fuego divino. Yo permanecí á su lado insensible, volví los ojos y ví en torno mio á las jóvenes al lado del que amaban, felices, contentas, embriagadas de placer, adormecidas á la sombra de un porvenir de amor y de esperanzas..... Yo tambien quise amar! mi corazon aspiraba á tener celos, afecciones profundas, ardientes: necesitaba amar para poder vivir.

Sin embargo, veía á aquella multitud de jóvenes, que pasaban cerca de mí, que me miraban con ojos apasionados, y que sonreian con dulzura; pero todos eran indiferentes: mi corazon permanecia inmóvil, helado. Una hora hacia que mi frente abrasada se apoyaba en mis manos, una hora que nada veía de lo que me rodeaba, cuando me sacó de mi enagenamiento la voz de mi prima Clemencia, que se acercó á mí acompañada de un jóven.—Muy triste estás, Cecilia, me dijo, ¿qué tienes? ¿por qué no has querido bailar?—No tengo nada, le respondí, nada absolutamente.—Tú me engañas, replicó; vamos, ¿no quieres que yo sea tu confidenta? ¿estás acaso enamorada?—Enamorada! repetí; no, no, puedes creerlo.—A lo que veo, dijo Clemencia, no quieres que sea yo tu amiga.—Sí, pero no tengo nada que confiarte. —Señorita, añadió el jóven que la acompañaba, es imposible que el corazon de vd. no abrigue algun amor.... ¡tan jóven! ¡tan bella!—Hasta entónces apenas habia fijado los ojos en él; pero su voz resonó en lo íntimo de mi corazon; y alzándolos del suelo los clavé en él respondiendo con timidez.—Crea vd. que no.—Clemencia es su amiga de vd., pues bien, ¿no quiere vd. que sea yo su amigo? replicó él.—Gracias, mil gracias, le respondí.—¿Tendrá vd. la bondad de aceptarme por compañero de baile? —Sí, prima, sí, dijo Clemencia, es preciso que te alegres.—No tengo absolutamente gana de bailar, le respondí, escúsame de hacerlo contra mi gusto. A este tiempo se acercó otro jóven á pedirla que bailase con él: Clemencia dijo en voz alta.--Alfonso, quédese vd. aquí, para hacer compañía á Cecilia; puesto que no quiere bailar no la molestaré; y luego acercándose á mí, me dijo al oido.--Solo á tí te dispenso esta confianza; no le dejaria al lado de ninguna otra jóven; y sonriendo con coquetería se alejó dando la mano á su compañero, y lanzando una mirada á Alfonso, que me llenó de despecho.--Mis ojos la acompañaron con otra llena de rábia: sus últimas palabras me dejaron entrever un rayo de funesta luz.... conocí que amaba, y era amada de Alfonso.... ¡y penetré tambien que yo le amaba! La ira, la desesperacion, los mas violentos celos se apoderaron de mi alma: ¡he aquí mis deseos cumplidos! el infierno me sugirió la idea, la necesidad de amar.... y entónces maldije mil veces al amor! Alfonso se sentó á mi lado. Cuando antes me pedia que bailase con él, y me hablaba con tanta dulzura, creí que despues continuaria con la misma amabilidad, y tuve esperanza de que sus palabras aliviaran la pena que sentia, imaginando me preguntaria el motivo de mi tristeza, supuesto que me habia brindado con su amistad: llegué á esperar.... oh! locura! delirios de una pobre muger que ama por la vez primera!.... Alfonso estaba allí.... á mi lado.... pensativo, silencioso.... ¡ni una palabra para mí!... seguia, fijos sus rasgados y espresivos ojos negros en los movimientos de Clemencia.... tal vez tenia celos.... al ménos lo deseaba ardientemente, queria que padeciera como yo.... Clemencia era fátua, su coqueteria refinada me fastidió desde el primer momento.... despues.... despues.... la aborrecí de muerte. Al cabo de algun tiempo de silencio, me dijo Alfonso distraido....—¿Aun está vd. triste?—Sí, pero ¿qué importa? vd. es feliz y no debe cuidarse de las penas de los desgraciados, le respondí fuera de mí y con desprecio. El se sonrió siempre distraido y volvió á quedar en silencio. Yo temblaba de rábia; aquella indiferencia me lastimaba el corazon.... lloré.... lloré desesperada.

Quedé por un momento con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin ver ni oir cosa alguna, anonadada, como una loca.

--Cecilia! me dijo Alfonso, con voz dulce, ya no distraido como antes, ¿qué tiene vd. por Dios? descúbrame vd. su corazon, ¿no quiere vd. ya que sea su amigo?--Nada, le respondí, no tengo nada.--Siempre nada! esto es imposi-

ble, una jóven no vive sin penas; el amor.... --El amor! no, no le conozco, interrumpí con amarga sonrisa.--¿Dice vd. la verdad? replicó con interés.--La verdad, le respondí con frialdad.

Ah! que incomprensible es el corazon de una muger celosa! yo que antes ansiaba por una sola palabra suya, ahora le respondia con indiferencia, porque queria que notara mi frialdad. ¿Y qué le importaba? ¿no amaba y era amado? ¡Horrible posicion la de una muger que ama sin esperanza de ser correspondida!

Clemencia volvió por fin: un rayo de alegría brilló en los ojos de Alfonso. Ella se sentó á su lado, se hablaron en voz baja, al parecer con calor; la tristeza de Alfonso desapareció enteramente. Entretanto, yo no sabia donde estaba, sentí un fuerte desvanecimiento y me pareció que iba á caer desmayada. Mi hermano por fortuna estaba frente á mí, le hice señas, y se acercó.—Me siento mala, le dije, si te parece nos retiraremos.—En efecto, estás muy pálida, me respondió, y dándome el brazo nos dispusimos á partir. Mi tia mostró mucho sentimiento por mi indisposicion, me instó para que me quedara, pues á la mañana siguiente debian partir todos; pero oponiéndome yo fuertemente, mandó poner su coche y salimos. La despedida de Clemencia fué cariñosa; sus caricias acabaron de llenarme de amargura.... era mi rival! Alfonso correspondió á mi saludo con fria política. ¡Oh! aquella noche cruel, jamas se borrará de mi memoria!

III.

Ocho meses se pasaron, pero no del mismo modo; yo veía á Alfonso todos los dias, ya en casa de mi tia, ó ya en la mia, cuando esta y Clemencia iban á visitarnos.

Alfonso me profesaba un tierno cariño; no era ya frio como ántes: me llamaba su amiga, y esto era bastante para contemplarme feliz. Todas las tardes saliamos á pasear el campo con una multitud de jóvenes alegres, Clemencia siempre me dejaba ir con Alfonso, y esta complacencia, me hacia olvidar mil veces que era mi rival y prodigarla caricias, tal vez acompañadas de una lágrima solitaria que jamas fué advertida por la bulliciosa Clemencia. Mi salud estaba muy decaida, las diarias calenturas que me daban me ponian en un estado de laguidez y abatimiento insufribles: mi madre me veía padecer, pero lo atribuia á la mudanza de temperatura: por otra parte mi hermana estaba restablecida enteramente y pensaban volver muy presto aquí; y yo ansiaba morir, pero morir allí! Cuando en nuestros paseos nos alejábamos algun tanto de la alegre compañía, el me pedia con ternura la esplicacion de mi pena, y me suplicaba depositase en su pecho mi secreto. Entónces yo temblaba, mi cabeza ardia, toda mi sangre refluia hácia el corazon.... y le estrechaba la mano con fuerza convulsiva. Poco á poco calmaba esta agitacion, quedaba silenciosa, y el suspiraba.... ¿por qué? jamas lo supe: acaso mi tristeza le compadecia.... una muger meláncolica, enferma y jóven, inspira compasion....sí, Alfonso me compadecia.... por que era yo jóven, solo por esto.... pero yo no imploraba su compasion.... su amor, solo su amor! Entónces creí, sí; una esperanza divina me reanimó, creí advertir en Alfonso algun amor hácia mí y cierta indiferencia con respecto á mi prima.... ¡cruel engaño que me ha hecho infeliz para siempre!

Hacia algunos dias que mi espíritu estaba tranquilo, mi familia esperaba verme recobrar la salud, cuando una tarde vino Clemencia á buscarme para ir á nuestro paseo de costumbre, entró en mi cuarto con muestras de una viva alegría, y arojándose en mis brazos me dijo:—¡Qué feliz soy Cecilia! dentro de quince dias me caso.—¿Te casas? ¿Con quién? le dije con visible agitacion.—¿Cómo? pues no lo sabes? con Alfonso.—Alfonso! esclamé como herida de un rayo. A este tiempo entraron los demas compañeros de paseo, yo me senté, no podia hablar; mi pulso y mi corazon latian fuertemente; una fiebre violenta se apoderó de mi: mi madre lo advirtió y al instante me metieron en la cama. No supe de mi en diez dias, pero recuerdo que en medio de mi delirio suplicaba que no entrasen Alfonso ni Clemencia. Como veian que deliraba no me hacian caso; luego mi madre advirtió que cuando los veia se aumentaba mi mal.... pero nadie comprendió este misterio! ¡Entre todos aquellos corazones no habia uno solo que supiese adivinar las ansias del mio! Ya estaba fuera de peligro, pero siempre encerrada en mi cuarto no me dejaba ver de nadie.... en fin, los quince dias pasaron y llegó el fijado para el casamiento. . . .

. . . .

Cecilia calló un momento, sus lágrimas la impedian continuar.... yo lloraba tambien. Mañana concluirás, le dije, estás muy fatigada. —No, me replicó, tal vez mañana no tendria valor para concluir, además, es tan poco lo que queda que referir ya. Yo me callé y la pobre Cecilia continuó.

Eran las ocho de la noche, la luna brillaba entre nubecillas blanquiscas.... sus pálidos ra-

yos me hacian recordar aquella noche cruel en que le conocí, y se aumentaba mi angustia con esta memoria.

Mi madre estaba comprometida á ser la madrina de Clemencia, y salió dejándome acompañada de mi hermanita Luisa: me dijo que iba solo por estar ya empeñada su palabra, pero que sentia dejarme, por que á cada instante se temia que yo recayese: su despedida fué distraida, me besó y se fué. Yo estaba tranquila, pero con aquella tranquilidad aparente, precursora de una tormenta horrible, mi primer cuidado fué acostar á mi hermana y quedar sola.... apagué la luz.... me senté junto á la ventana.... la luna derramaba su triste resplandor sobre mi frente pálida, marchita por una pasion devoradora.... Ya me despedia de Alfonso, ya le dirigia tiernas palabras de amor.... él no podia escucharme! De improviso un acceso de locura se apoderó de mí, un deseo único, solo, ardiente.... ¡volver á verlo! El delirio se posesiona de mi cabeza, salgo precipitada, bajo la escalera, y atravesando frenética las solitarias calles, en pocos momentos llegué á la Iglesia.... mi respiracion era la de un moribundo, mis miembros estaban penetrados de un frio glacial.... permanecí en la puerta.... Alfonso y Clemencia estaban arrodillados delante del sacerdote.... Entré silenciosa por no interrumpir con mis sollozos tan augusta ceremonia.... ¡pobre de mí! iba á verle solamente por la última vez: me senté en el último rincon mas oscuro del templo, sosteniéndome fuertemente de una columna.... mi convulsion era horrible. Cuando el sacerdote unió sus manos.... yo cerré los ojos.... y arrojé un grito prolongado y espantoso que resonó en todos los ángulos del templo y llegó á los oidos de la comitiva.—Se acercaron todos, mi pobre madre al reconocerme se arrojó hácia mí, vacilé y cai desmayada en sus brazos. Cuando volví en mí, me hallé en mi lecho rodeada de las personas que habian acompañado á mi prima.... ella y Alfonso estaban tambien, Alfonso abatido, triste, no alzaba los ojos del suelo.... mi madre me miraba y sollozaba amargamente.... parece lo habia ya comprendido todo.... ¡ay de mí! ántes pensar en Alfonso sin ser amada de él, era solo una locura.... despues era un crímen.... por que estaba ligado á otra muger para siempre!

Dos dias despues nos dispusimos á volver aquí: un momento ántes de nuestra partida estaba yo sentada en la sala, distraida, abatida y sola: un ligero ruido me hizo volver en mí.... era Alfonso! quise levantarme y huir, pero él me lo impidió, diciéndome: Cecilia, deténgase V! soy muy infeliz.... ahora que estoy ligado á otra muger para siempre.... he conocido los encantos de V.... y la amo con pasion!—Silencio! le dije con voz ahogada, cubriéndome el rostro con ambas manos.... ¡oh! aquellas palabras que en otro tiempo me hubieran dado la vida.... eran ya horribles en su boca! Infeliz! al pronunciarlas, sus ojos estaban llenos de lágrimas.... le contemplé un momento con una angustia indecible.... luego tomándole de la mano le dije señalando al cielo.—Alfonso! allí nos uniremos! ahora olvídese V. de mi y.... sea feliz! los sollozos embargaron mi voz y salí de la sala. En el corredor me aguardaba mi familia, mi tia y Clemencia. Poco despues salió Alfonso, disimulando su turbacion y sus lágrimas; sin embargo, Clemencia lo advirtió y me dijo en voz baja, suspirando.—Os he hecho desgraciados sin querer!—Tú debes perdonarme le dije, que te haya arrebatado la tranquilidad.... no viviré mucho, mis padecimientos acabarán pronto..., diciendo esto, la abracé con todo mi corazon, y salimos.

Nos condujeron al carruaje todos, ménos Alfonso.... ¡jamás volveré á verlo! Hé aquí la historia de mi pasion, de una pasion que arde aún en mi pecho y que carcome lentamente mi existencia.... Aquí terminó Cecilia dejando caer la cabeza sobre mi pecho. Yo la contemplé en silencio y lloré. Su respiracion era fuerte y su frente ardia como un volcán: pasado un momento me dijo:—No puedo llorar.... he llorado tanto!.... ¿lo ves? mis ojos están secos.... ni una lágrima!..,. nada! nada!

¡Pobre muger! conocí que deliraba; la levanté con trabajo y avisé á su madre.—Desgraciada!—Ya no tiene remedio! me dijo esta con amargura.—Ocho dias despues lloraba yo arrodillada ante una tumba que tenia grabada esta sencilla inscripcion.

CECILIA.

¡Tres años han pasado y no la puedo olvidar!

México 27 de diciembre de 1843.—ELLA.

LETRILLA JOCOSA.

Como el gusto y el pesar
alternan en el vivir,
en esta trova el reir
alterna con el llorar.

Que tome un viejo ricote
jóven linda por esposa,
y que espere el Don Quijote
con su Dulcinea hermosa
un dichoso porvenir,
me dan ganas de reir.
Mas la jóven desgraciada
que gimiendo entre cerrojos
pasa la vida encerrada,
sin poder sus bellos ojos
para ver á otro hombre alzar,
me dan ganas de llorar.

Que un militar fanfarron
que entró en diez pronunciamientos,
me jure que su intencion
no fué buscar sus aumentos,
sino á la patria servir,
me dan ganas de reir.
Pero viendo que otros cien
con bandas de generales,
de la cara patria en bien,
han hecho por medios tales
gran carrera militar,
me dan ganas de llorar.

Enhambrecido aspirante
que metido á periodista
es de todo gobernante
eterno panegirista,
y lo acata cual visir,
me dan ganas de reir.
Mas el egoista enjambre
que siempre al poder inciensa,
y sin tener sed ni hambre,
habla, escribe, obra y piensa
del que manda al paladar,
me dan ganas de llorar.

Si un sátrapa en la ex-alhóndiga
de un ex-ministro de hacienda
como si fuera una albóndiga
la fortuna se merienda
que en un mes logró adquirir,
me dan ganas de reir.

Mas cuando del dos por ciento
usurero y corredor
aplican el reglamento
á un incauto labrador
que en sus garras vino á dar,
me dan ganas de llorar.

Que gran turba en movimiento
en el Carnaval se ponga,
y de sudar el tormento
con las máscaras se imponga
miéntras debiera dormir,
me dan ganas de reir.
Mas cuando, puesto entredicho
á la dramática escena,
me hace el mascaril capricho
sin ganas pedir la cena,
y sin sueño irme á acostar,
me dan ganas de llorar.

Que las calles de Plateros
de dominós y caretas,
modistas y peluqueros
llenen, y por las banquetas
no se pueda ir ni venir,
me dan ganas de reir.
Pero cuando me figuro
que ciertos deudores mios
no me han de pagar ni un duro,
porque en tales atavíos
su dinero han de gastar,
me dan ganas de llorar.

Que se anuncie alguna vez
y á los niños alborote
el Asombro de Jerez,
y con trompo y papelote
no se quieran divertir,
me dan ganas de reir.
Mas que cuando se repite
palcos y patio se llenen,
con gente no de Belchite,
y mil aplausos resuenen
para que se vuelva á echar,
me dan ganas de llorar.

Si en vez de agua de la banda
el médico á una nerviosa
oler álcali le manda,
ó que se eche una ventosa,
ó una ayuda recibir,
me dan ganas de reir.
Mas si en una indigestion
me prescribe un plan dietético,
me quita carne y jamon,
me ordena agenjos ó emético,
ó dá en que me ha de purgar,
me dan ganas de llorar.

Si un prójimo se resbala,
ó desde un balcon le mojan
frac y sombrero de gala,
ó en algun caño lo arrojan
dos mastines al reñir,
me dan ganas de reir.
Mas si de estos algun chasco
paso yo, de ira me enciendo,
como cerveza en un frasco
bulle mi sangre, y oyendo
de otros la risa estallar,
me dan ganas de llorar.

Cuando al cumplir los cincuenta,
que ya alcanzo á penas duras,
quiero reducir á cuenta
los errores y locuras
de mi agitado vivir,
me dan ganas de reir.
Pero mi error principal,
que ha sido no hacer dineros
por ser poeta, y ni un real
poder á mis herederos
cuando me muera dejar,
me dan ganas de llorar.

Cuando de poetas zafios
repaso en un cementerio
mil absurdos epitafios,
aunque en un lugar tan serio
hay tanto de que gemir,
me dan ganas de reir.
Mas al pensar que algun dia
en un sitio como aquel,
bajo de una losa fria,
con epitáfio ó sin él,
me han de llegar á enterrar,
me dan ganas de llorar.

Tan lúgubre pensamiento
y el temor de fastidiar
me dejan ya sin aliento,
y este agridulce cantar
debe ya tambien morir,
y mas si no ha hecho reir.
Que para un triste poeta
es el mayor sinsabor
que con cara de baqueta
le avise adusto lector
que ya es tiempo de callar:
es cosa para llorar.

FRANCISCO ORTEGA.



Liceo Mexicano.



Pedro Escobedo

D. PEDRO ESCOBEDO.

Con pompa no usada y completamente espontánea, en medio de una concurrencia inmensa y escogida, y de los gemidos de un dolor universal, ha sido sepultado el dia 15 del corriente en la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced, el cadáver de un ciudadano virtuoso y filantrópico, cirujano hábil y protector decidido de la juventud estudiosa, el Sr. D. Pedro Escobedo. Este espectáculo tan triste y doloroso por sí, ha servido, sin embargo, para mostrar que el espíritu público, aunque muerto al parecer, está solo adormecido, que nuestra sociedad no ha caido en el abismo de degradacion moral en que á primera vista parece sumergida, y que todavía sabe hacer justicia al verdadero mérito de sus hijos, honrar su ciencia y amar su virtud. No hay, pues, que desesperar de una nacion en que aun queda admiracion por el saber y la moralidad. Amantes de las glorias de nuestra patria, sinceros admiradores de los ciudadanos que la honran, los redactores del Liceo participamos del duelo universal que ha causado la sentida y temprana muerte del Sr. Escobedo, y vemos en ella una calamidad nacional. Para dar un alivio á nuestro dolor, y contribuir por nuestra parte á los homenages públicos de amor y respeto que ha recibido su memoria, quisimos al principio presentar en unos rasgos biográficos el bello cuadro de esa vida, empleada toda en hacer el bien, en aliviar al enfermo, en socorrer al necesitado, en estimular con sus ejemplos y consejos á la juventud médica, en protegerla y encender en ella la misma llama de ciencia y virtud que ardia sin cesar en su alma universalmente benévola. Pero supimos despues que el Sr. Otero se propone escribir la biografía del Sr. Escobedo, y no hemos querido manchar con nuestros borrones el bello cuadro que tan bien sabrá pintar el maestro pincel de nuestro primer orador parlamentario. Nos limitamos, pues, á insertar á continuacion el sentido y vigoroso discurso que en una academia privada de medicina, (1) formada en su mayor parte de discípulos del Sr. Escobedo, pronunció uno de ellos, D. Joaquin Navarro é Ibarra, honor de nuestra juventud, y una de sus mas bellas esperanzas, y la contestacion del presidente de dicha reunion, D. Francisco Ortega, hijo. Creemos que nuestros suscritores leerán con placer y ternura estas dos piezas con que han favorecido nuestras columnas sus autores, y que les será grato, como á nosotros, ver que la juventud no olvida los favores que recibe, y sabe recompensar la proteccion que se le dispensa, con un agradecimiento ardiente y sin límites. Acompaña á estos discursos un retrato, copia de una hermosa litografía del Sr. Mata, quien animado por una sincera amistad, ha sabido reproducir con una fidelidad bien rara, aun en un retratista tan distinguido como él, los rasgos de un hombre presente por sus cualidades á la memoria de todos los que tuvieron el honor de conocerlo, y en cuyo corazon se abrigaba todo lo noble y generoso que puede elevar á los individuos de la especie humana.

México febrero 19 de 1844.—RR.

(1) Esta sociedad, bajo el nombre modesto de filoiátrica, *amante de la medicina*, lleva tres años de existir en la obscuridad, con notable provecho de los individuos que la componen, y para lo futuro podrá llegar á ser muy útil al público. Se cursan en ella las materias mas importantes de los estudios médicos, y se ha dado un lugar muy preferente á los prácticos: se presentan tambien periódicamente memorias y tésis de que van ya formados cerca de once tomos manuscritos. Estos trabajos son en su mayor parte recopilacion de lo mejor que se encuentra en los autores mas distinguidos sobre cada materia, de manera que hay poco original; pero no por eso es ménos útil encontrar sobre cada punto reunido un cuerpo de doctrina selecta, y que se hallaba ántes esparcida. Sabemos ademas que entre lo poco original que existe, hay algunas memorias de gran mérito, y entre ellas se nos ha hecho particular mencion de una sobre el mal conocido vulgarmente con el nombre de San Lázaro, fruto de algunos años de trabajos y observaciones constantes, formada por el facultativo D. Ladislao Pascua, discípulo querido del Sr. Escobedo, y enlazado con una persona de su familia. Sabemos igualmente que los sócios de esa academia se proponen elegir y dar á la luz pública con el tiempo, sus mas importantes trabajos: nosotros los excitamos á realizar cuanto ántes un proyecto tan útil, y que cederá en honor de nuestra querida patria.—RR.

ORACION FÚNEBRE

PRONUNCIADA

POR D. JOAQUIN NAVARRO E IBARRA,

EL DIA 17 DE FEBRERO DE 1844, EN LA SOCIEDAD FILOIÁTRICA.

En el horizonte de las ciencias como en el del cielo, nacen y mueren sin cesar astros brillantes y benéficos; y es dulce y consolador en los momentos de dicha, fijar el pensamiento en esta idea; pero hay otros de abatimiento y amargura en que la pérdida de un grande hombre nos arrastra á creer que al bajar al sepulcro, ha cerrado tras de sí, la puerta que conducia á los adelantamientos y á la gloria. Este triste pensamiento os domina en este instante: lo adivino porque lo siento á la par vuestra, y porque sé que hay dolores que como el espacio, parecen mas profundos, miéntras mas fijamente se les contempla. No temais que con lo que voy á deciros, distraiga vuestra atencion del deplorable objeto que la ocupa: no olvidaré que al preparar esta solemnidad fúnebre, quisisteis á un tiempo hacer caer sobre una tumba recientemente abierta, un rayo de la inmortalidad que la inundará para siempre, y proporcionar una hora de tregua y de solaz á nuestro corazon despedazado. Me sentiria sin valor y sin fuerzas para corresponder á vuestra honrosa confianza, si este débil esfuerzo de mi voz balbuciente no fuese tambien un tributo de mi gratitud y una efusion de mi corazon; si no supiese que para conmoveros, para arrancar de vuestros párpados la lágrima que ya asoma á ellos, solo necesito pronunciar un nombre puro y querido, emblema ayer de nuestras mas venturosas esperanzas, símbolo hoy de la amargura y el dolor: el de D. Pedro Escobedo.

No os hablaré de cómo en esta vez se vieron de nuevo sentarse el infortunio al lado de la cuna y la gloria sobre la tumba de un hombre; del desvalimiento de su infancia, de su precoz orfandad; ni de las penas y obstáculos de sus primeros estudios, para que veais que no estaba reservado á Pinel y á Velpeau, á Béclard y á Dunpuytre abrirse en medio de la indigencia el camino que habia de conducirles al respeto y admiracion de sus semejantes; nada os diré tampoco de los últimos años de su vida, porque sabeis lo mismo que yo, que en ellos esa vida fué como el arroyo manso y tranquilo que corriendo sin estrépito, fertiliza y embellece todos los sitios que riega con sus aguas purísimas; y finalmente, por piedad á vuestro corazon, por piedad al mio propio, correré un velo de luto sobre esos últimos instantes en que una enfermedad destructora devoraba sus entrañas, miéntras el pesar devoraba su alma, y entrambos conjurados cruelmente en contra nuestra, le arrastraban con rapidez á un lugar que no debiera abrirse nunca para ciertos hombres. Grato seria para mí, honroso á su memoria y útil para vosotros, trazaros línea á línea el grandioso y bello modelo de virtud que ofrecia D. Pedro Escobedo; pero la naturaleza de este discurso y el carácter de la sociedad á cuyo nombre lo pronuncio, me obligan igualmente á omitir los rasgos biográficos y el elogio de todas las virtudes del maestro querido á cuya memoria tributamos este sencillo homenage: su alma, por otra parte, semejante al encantado prisma que de cualquier lado que se vuelva al sol, reproduce los hermosos colores del íris, es bella bajo cualquier aspecto que se la considere.

Era por los años de 18 y 19 cuando en un oscuro rincon del Hospital de San Andres, un estudiante sin proteccion ni recursos se preparaba á sus solas á ser uno de los mas ilustres cirujanos de nuestra patria. Los principios fisiológicos de Bichat y el sistema, hijo suyo, de Val-de-Grâce, dominaban entónces esclusivamente el mundo médico; hoy, veinticinco años de esperiencia han hecho justicia á Broussais y á sus obras; se ven, si no con risa, (porque jamas la despiertan los estravíos de los grandes hombres,) al ménos en su verdadero valor sus exageraciones sobre la localizacion y el tratamiento de las enfermedades; pero entónces era otra cosa: habia restaurado la es-

cuela anatomo-patológica, habia echado por tierra la teoría de las fiebres esenciales, habia formado la historia mas completa de las flegmasías, y todos estos eran otros tantos títulos justos á la consideracion y al respeto de sus contemporáneos; admiracion y respeto que él con su lógica seductora y su estilo mágico, llevó hasta la mas deplorable fascinacion, haciendo admitir á toda una generacion, como dogmas sagrados, hasta sus mas profundos errores. Basta considerar todo esto, los efectos que lo nuevo produce en un ánimo inesperto, y lo profundo y duradero de nuestras primeras impresiones, para esplicar cómo y por qué D. Pedro Escobedo conservó hasta lo último, apego á la doctrina fisiológica. Pero seria una injusticia llamarle médico sistemático en el sentido odioso de la palabra: no, profesar ciertas doctrinas, ó mejor dicho, tener ciertas tendencias, no es negar lo que puede haber de cierto en las contrarias, y vosotros sabeis bien que los interesantes trabajos de Andral y Chomel, Cruveilhier, Louis, Rostan y Piorry, no le eran desconocidos. No era él de esos médicos que son un arcaismo de su época, para quienes son perdidas las lecciones de la esperiencia, inútiles las investigaciones de los sabios, ignorados los adelantamientos de la ciencia: lo que él no hizo jamas, fué renunciar del todo á sus principios primitivos para arrojarse de un golpe en los contrarios, convertir el desengaño en injusticia, olvidar todo lo que habia aprendido para quedarse sin saber qué creer; desertar de una escuela para alistarse en la contraria, y desde ella calumniar y pagar con la ingratitud al maestro ilustre que presidia la primera. Eso es lo que no hizo, lo que no podia hacer tampoco, porque tenia un talento demasiado profundo, un discernimiento felicísimo, y una instruccion muy sólida, para aceptar indistinta y ciegamente todas las innovaciones: esta versatilidad que suele ser el defecto de los médicos inespertos ó de los amigos de las especulaciones, habria sido raro que fuese el de un hombre tan eminentemente práctico y positivo como D. Pedro Escobedo.

Mas principalmente quiero hablaros de él como cirujano. Cierto, como lo estoy, de no decir mas que la verdad, sin exageraciones ni suposiciones propias, lo estoy aun mas, de que no podreis ménos de llamar estraordinario y singular al que reunia á la vez tantas prendas raras y eminentes. Sus sentidos esquisitos, su percepcion clara, su juicio recto, su talento de induccion, su *tacto* quirúrgico, en fin, le hacian fijar con una exactitud y facilidad asombrosas el diagnóstico mas oscuro y embrollado: vosotros sabeis, y no tengo necesidad de recordároslos, los triunfos espléndidos que repetidas veces adquirió en este género: donde médicos instruidos, despues de un exámen prolijo y de acaloradas discusiones, nada podian aventurar mas que hipótesis imaginarias, él con una mirada penetrante como la de la águila que ve desde el cielo su presa, fijaba irrevocablemente el diagnóstico, y lo confirmaba á menudo con una operacion audaz é inteligente. Ese talento de la indicacion, tan raro y tan estimable, era tal vez lo que distinguia al Sr. Escobedo mas especialmente, y lo que le colocó en ese apogeo de reputacion y de gloria á que le hemos visto elevado. A una práctica larga é ilustrada, al estudio reflexivo de los autores clásicos de cirujía, en especial de Hunter, Dupuytren, Begin y Sanson, y sobre todo, á su *genio*, (porque no se puede poner en duda que nada puede suplir esa aptitud natural é innata que se llama el *genio*), debia ese conocimiento exacto y preciso de los medios curativos mas apropiados, del momento oportuno de emplearlos, de sus ventajas y de sus inconvenientes, de sus consecuencias etc.

Señores, es necesario decirlo, y yo lo hago con orgullo, D. Pedro Escobedo no tenia nada que envidiar al mejor operador del mundo: su pulso era firme y su mano rápida, pero sobre todo, nadie de vosotros habrá dejado de admirar aquella sangre fria imperturbable, aquella impasibilidad indescriptible que le hacia permanecer en medio de los horrores del dolor y la sangre, sin que se agitara su pulso, sin que una sola arruga en su fisonomía revelara la conmocion de su alma verdaderamente grande. ¡Cuán distante, sin embargo, estaba esa alma de ser insensible á los sufrimientos de sus semejantes! ¿Olvidareis aquellos momentos solemnes en que su voz tranquila mezclaba á los ayes de la desesperacion, los dulces acentos del consuelo y la benevolencia, en que aun armado del instrumento de los dolores, ofrecia mas bien que la imágen del ángel esterminador, la de un ángel de paz y de ventura?.... El valor quirúrgico de D. Pedro Escobedo tan distinto de la audacia ciega que todo lo intenta, era esa fuerza de alma que inspira una operacion arriesgada, pero despues de haberla calificado posible, indispensable y útil, despues de calcular todas sus dificultades para vencerlas, todos sus peligros para arrostrarlos. La naturaleza que ha puesto en todas las cosas el abuso ilegítimo de ellas, junto á sus mas útiles empleos, no hizo, sin embargo, que D. Pedro Escobedo abusase de sus grandes calidades como cirujano: el cuchillo fué

siempre en sus manos un recurso de salvacion ó de esperanza, pero jamas el instrumento de tentativas que reprueban con igual severidad el arte y la moral.

El hombre fué siempre para él, lo que debiera ser para todos los médicos, un objeto sagrado, cuya salud es un depósito inviolable al que no es lícito tocar sin hollar los deberes del honor y la conciencia: no ha hecho nunca de la salud una mercancía, ni de la medicina un tráfico miserable. Comprendia en toda su magnitud el noble ministerio y el sublime destino que está llamado á ejercer un médico en la tierra, y lleno de estas ideas rectas y grandes, despreció constantemente la vil seduccion del interés, los rastreros artificios de la calumnia y de la envidia, las desacordadas quejas de la ignorancia, y el frio olvido de la ingratitud. Sus enfermos eran sus amigos: no contento con prodigarles los socorros de su arte con inteligencia y esmero, derramaba á torrentes sobre ellos los consuelos de una religion que amaba y de una filosofia pura y persuasiva: penetraba en los senos del corazon, para estudiar en ellos las pasiones y combatirlas por esos medios, precarios tal vez, pero dulces y gratos, que solo la mano de la amistad sabe aplicar al corazon lacerado; y efectivamente, víctima del infortunio sabia comprenderlo y aliviarlo. La práctica de la medicina ofrece el teatro mas vasto para desarrollar esas virtudes eminentemente expansivas, que forman el atributo exclusivo, y el mas bello ornamento de la raza humana.

Así es como la caridad era amplia y magnánimamente ejercitada por D. Pedro Escobedo, sin que se entienda que se reducia á curar gratuitamente á los pobres y á proporcionarles los recursos indispensables, no: cierto es que ocupaban un lugar preferente en su alma estos séres que la sociedad desprecia y aun se avergüenza de tener en su seno, porque sabia que en el corazon de esos infelices encontraria una recompensa mil veces mas sincera y significativa que el insultante y vil oro del magnate; pero su caridad no consistia únicamente en el desinteres: consistia en el cariñoso desvelo, en el afan paternal, en la tierna compasion con que miraba y remediaba sus necesidades: viviendo incesantemente en medio del dolor y la desgracia, los endulzaba con palabras insinuantes y balsámicas, con acciones tiernas y espresivas que contrastaban singularmente con ese aire austero y esos modales genialmente francos, que tanto desfiguraban su carácter á los ojos de los que no le conocian de cerca: yo recordaré siempre con placer y vosotros tambien, algunas escenas hermosas en que D. Pedro Escobedo, parecia mas bien que todo, el ángel de la paz y de la beneficencia. ¿Por qué los que insultan y desprecian nuestra noble profesion, no asisten á estas bellas escenas en que el médico es el ministro y la imágen de la Providencia divina?.... ¡Entónces verian, que aquí, en el corazon, podemos sentir placeres inefables que recompensan suficientemente esta larga cadena de sacrificios y penas que constituyen la prática de nuestro arte!... Ya veis, señores, que D. Pedro Escobedo no era ménos grande como médico inteligente, que como filósofo y filantrópico.

La noble y dificil profesion del magisterio público, le ocupó desde los primeros años de su práctica. Por el de 24, un cirujano célebre y amigo de la juventud, Don José Ruiz, para dar el primer impulso á la medicina operatoria, fundó de su propio peculio una cátedra en que se enseñase esta ciencia: el voto público, tan justo y fundado siempre, de los estudiantes de aquella época, y la eleccion especial de un hombre tan respetable como el útil fundador de aquella cátedra, dispensaron de consuno al Sr. Escobedo el honor y la justicia de servirla. No es fácil que nosotros, educados en tiempos mucho mas afortunados para la medicina, nos formémos una idea cabal de lo dificil y penosa que le fué aquella enseñanza. Poseyendo apenas el idioma frances, en que estaban escritas las principales obras de cirujia en aquella época, sin haber practicado nunca, ni visto practicar la mayor parte de las operaciones de importancia, sin mas guia que su estudio incansable y las felices inspiraciones de su genio, se lanzó en aquella carrera sembrada de laureles y de espinas. ¡Miradle allí á los 25 años de edad, maestro de nuestros maestros! ¡Honrad á la vez su memoria y la del cirujano que fundó tan útil plantel! No era D. Pedro Escobedo de los hombres que estiman en poco la gloria: no, que este pensamiento es el norte de todas las almas grandes: así es que con esfuerzos constantes, consiguió conservar ilesa la reputacion que habia afanosamente conquistado, hasta el año de 33 que un médico justamente ilustre por mil títulos, echó los cimientos de la escuela en que nos hemos educado. D. Valentin Gomez Farías, es una de esas almas rectas que no ceden á otro sentimiento mas que al de la justicia: así que, cualesquiera que fuesen las opiniones políticas de D. Pedro Escobedo, se la hizo á su mérito y le colocó al fundar el sexto establecimiento en la cátedra de medi-

cina operatoria. Yo me complazco en recordar aquí un rasgo que honra igualmente á los dos médicos que tal vez han sido en México los mas celosos y desinteresados amigos de la instruccion y protectores de la juventud.

El año de 38, al restaurarse el colegio de Medicina, bajo el ministerio del Sr. D. J. J. Pesado, D. Pedro Escobedo fué nombrado catedrático de Patologia esterna. Allí es donde casi todos nosotros hemos escuchado por primera vez en público las lecciones de este hombre célebre: allí donde nos cautivaba, no ménos su trato afable y cariñoso, y su tono de amistad y libertad, que el encanto mágico de que sus palabras revestian los mas áridos preceptos de la ciencia: allí donde nos admiraba igualmente su profunda instruccion en los principios fundamentales de ella, y el tesoro inmenso de su práctica, cuyas arcas abria ante nosotros, no para hacer ostentacion de su riqueza, sino para que nos lo apropiásemos: allí donde hemos recibido esas primeras y profundas impresiones, cuyo indeleble recuerdo nos acompañará hasta la tumba. Sí, amigos mios, el nombre de nuestros maestros, sus preceptos, su ejemplo, su grata memoria, no podrán abandonarnos miéntras tengamos que ejercer la honrosa y noble profesion de médicos. El año siguiente al de la restauracion del colegio de Medicina, dejó la cátedra que habia servido en el anterior, y pasó á otra que ha dejado viuda, Dios sabe por cuanto tiempo: á la de medicina operatoria. Este era en efecto, el teatro, donde sin rival podia desplegar la inmensa fuerza de su genio. La rapidez y la elegancia, la seguridad y la destreza brillaban en todos sus movimientos: la elocuente voz de la verdad con el tono imponente de la esperiencia hablaba por su boca: la sinceridad y la buena fe pintadas en su noble frente, inspiraban á la vez un sentimiento de admiracion y de respeto, de tal modo profundo, que ni la íntima franqueza, ni la benévola jovialidad con que nos trataba, fueron partes á destruir ni á desvanecer. Señores, ¿hay alguno de nosotros que no se honre de llamarse su discípulo?.... Yo por mi parte, tengo placer en confesarlo: cuando á mis solas me asalta el pensamiento de mi insuficiencia, y me siento desconsolado y abatido al considerar los huecos inmensos de mi educacion literaria, me anima y aun me envanece pensar, que no puede ser enteramente ignorante el que recibió por tanto tiempo la luz brillante de ese fanal que se ha estinguido hace pocos dias en el sepulcro; me parece que puedo presentar al mundo una recomendacion irrecusable con solo decirle: D. Pedro Escobedo fué mi maestro. ¡Pluguiese al cielo que así fuese realmente; pero al ménos es una ilusion escusable, porque es hija del cariño!

¿Ni cómo podia dejar de inspirarlo el hombre infatigable en promover nuestro adelantamiento, nuestro bienestar y nuestra gloria; que se complacia en llamarnos sus hijos y en dispensarnos los beneficios de padre; que sacrificaba modesta y silenciosamente, las pretensiones de su vanidad, las exijencias de su orgullo, sus intereses personales, su salud y hasta su vida por el colegio de Medicina?...... Olvidar todo esto seria una vil ingratitud con que no pagarémos nunca á D. Pedro Escobedo, ni á sus nobles cooperadores.

Sus afanes por sistemar la educacion médica, han ocupado la mitad de su vida. El y el Sr. Olbera, fueron quienes el año de 1833, promovieron mas activamente la fundacion del establecimiento de medicina: él, quien despues de que el desastroso vértigo de los partidos derribó este bello plantel, no perdonó medio de promover su restauracion. Se necesitaba un carácter de temple fuerte y un corazon altamente filantrópico, para soportar con paciencia y aun con esperanza, los desengaños y las injusticias, la indolencia y las supercherías con que correspondian ó eludian sus nobles esfuerzos tantas y tantas administraciones como para daño y oprobio de la república han pesado sobre ella. Será un rasgo que haga eterno honor á sus virtudes saber, que cuando un concurso fortuito de circunstancias le colocó cerca del poder omnímodo, él semejante á un reverbero purísimo, solo recibia la influencia de ese poder, para reflejarla íntegra sobre el tierno objeto de su predileccion.

Fácil le hubiera sido en estos tiempos de prodigalidad y bancarrota, adquirir las distinciones del favoritismo y la opulencia del peculado; pero no, murió como habia vivido, puro y sin tacha: sin mas oro que el adquirido con el sudor de su frente, sin mas distinciones que las que otorga la ciencia y la virtud. Fundador de muchos de los cuerpos científicos, literarios y artísticos de la república y sócio de casi todos ellos y de varios de los de Europa, miembro de casi todas las sociedades de beneficencia pública, relacionado con todas las personas eminentes en cualquiera ramo, respetado de sus enemigos, querido de sus amigos, amigo de los hombres de bien, adorado de la juventud, llorado por la república entera, ha terminado su vida oscura, pero fecundante, el Sr. D. Pedro Escobedo.

Tu muerte, maestro adorado, ha sido tu apoteosis: la envidia ya no alzará la losa de tu tumba, para derramar sobre tu corazon su letal ponzoña: héla allí muda, inmóvil, confundida al escuchar el voto público que unánimemente te pregona sabio y bueno: ese clamor universal resuena tambien en este recinto oscuro, donde una docena de esos tus hijos que tanto amaste en vida, se reunen para llorarte en muerte: los suspiros que salen de sus corazones donde no has sembrado mas que flores de bendicion, serán mas propícios al tuyo, que la pompa de los grandes: ellos pagaban un tributo á la justicia, nosotros obedecemos á las inspiraciones de nuestro cariño: el olvido sepultará mañana la memoria de tus honores fúnebres en ese mundo que se rie de todo: la gratitud perpetuará tu nombre en estas almas donde tu mano benefactora imprimió recuerdos indelebles: nosotros éramos tu esperanza aquí en la tierra; tú eres la nuestra allá en las regiones de la inmortalidad.—*Dije.*

CONTESTACION

DEL PRESIDENTE DON FRANCISCO ORTEGA DEL VILLAR.

Señores: Nada mas justo á la vez que sensible es el tributar á nuestro amado maestro esta muestra de gratitud. El colocó en nuestras manos el primer libro de su ciencia, de su boca oimos las primeras lecciones, puso á disposicion nuestra sus libros é instrumentos, sin exigir otra recompensa que nuestro propio aprovechamiento, difundió entre nosotros con su ejemplo y sus consejos el amor á su profesion y á hacer el bien: en suma, no nos miró como á hombres estraños, sino como á sus hijos: á él debemos la existencia de nuestro establecimiento médico, y sin su proteccion no hubiera subsistido esta sociedad, que no es en cierto modo sino un pequeño arbusto nacido de las semillas que sembraba por todas partes. Mas ¿cómo me atrevo á enumerar los beneficios que hemos recibido de su bondad? A donde quiera que volvais los ojos encontrareis señales de su beneficencia; por donde quiera que escucheis, oireis las alabanzas del hombre sabio, honrado y caritativo, y los suspiros que se exhalan en pos de su memoria. Felices nosotros que escuchamos su voz y estrechamos su benéfica mano entre las nuestras, y desgraciados hoy que no podemos gozar de igual placer. Mas ¿qué haremos pobres y débiles que no podemos detener el curso del tiempo, ni suspender los acaecimientos señalados por el dedo de Dios? ¿Darémos rienda suelta á nuestro pesar y desconsuelo?.... Derramemos, sí, lágrimas sobre la tumba de nuestro amado maestro, amigo y protector; pero no olvidemos su voluntad que tantas veces nos espresó, y procuremos contribuir con nuestro grano de arena á conservar y levantar el edificio, que segun sus palabras dejaba confiado á sus discípulos. —*Dije.*



HIGIENE.

BAÑOS.

Historia. Nada hay que sea tan variado como los baños, pues no hay sustancia en que no hayan inventado los hombres bañarse, ya como medio de conservar la salud, ya para curar las enfermedades. Así entre los líquidos se pueden enumerar el agua, ya simple, ya salada ó mezclada con diversos sólidos á que sirve de disolvente: cocimientos de diversas sustancias; el caldo, el aceite, el vino, la sangre, la leche, y todo cuanto le vaya ocurriendo al lector puede colocarlo en el número de aquello en que se han bañado, se bañan, ó se han de bañar nuestros prójimos, y en prueba de ello les contaremos que á madama de Genlis le agradaba mucho bañarse en una tina (por supuesto que no habia de ser olla ó jarro) llena de leche, en la que deshojaba rosas de castilla (1): á la vista sin duda seria muy bello ver sobrenadar en la blanca superficie del líquido, los rosados pétalos de la flor, pero á decir verdad yo temeria mucho se extendiese en México el método de madama de Genlis, porque la limpieza no es la prenda principal de nosotros los mexicanos y agregue V. un poquito ¡mas de manteca, puf qué horror!.. .... Pasemos á otra cosa y no se espanten nuestros lectores cuando les contemos que tambien se bañan las gentes en ceniza como si hicieran penitencia, en arena á guisa de gallinas, y en otra porcion de polvos. Finalmente en vapores de todas especies, y no se crea que este es un descubrimiento moderno por andar el vapor en boga, pues que ya los romanos los usaban y nosotros hemos heredado de nuestros antecesores los astecas el *temazcalli*, que no es otra cosa sino un baño de vapor; es cierto que hoy la ilustracion ha hecho mejoras importantes sobre esta materia y con la mayor facilidad del mundo le

[1] Traducimos áquí lo que refiere Dumas en sus *Impresiones de viaje*, le pasó en Weissenstein.

„....pregunté si seria posible que me preparasen un baño; madama Brunet [mi huéspeda,] me respondió que era la cosa mas fácil del mundo y que no tenia mas que decir si lo queria de agua ó de leche.

En las disposiciones de sibaritismo en que me encontraba se adivinarán fácilmente los deseos que despertó en mí esta proposicion; desgraciadamente un baño de leche debia de ser un bocado de padre maestro que solo podria proporcionárselo un banquero. Recordé las medidas de leche parisienses que se entregaban á mi puerta por las mañanas y que mi criado sumaba mensualmente unas con otras á razon de setenta y cinco centésimos cada una; y calculé que sobre todo para mí se necesitarian cosa de mil doscientas á mil quinientas, y esto, por lo menos: ahora bien mil doscientas veces setenta y cinco centésimos no dejan de hacer una suma. Metí la mano á la bolsa de mi chaleco, haciendo deslizar, una despues de otra, entre el pulgar y el índice las últimas monedas de oro que me quedaban para ir á Laussane; y convencido de que no podrian bastar ni para una-cuenta, pedí sencillamente un baño de agua.

—No teneis razon, me dijo madama Brunet; el baño de leche no es mucho mas caro, y es infinitamente mas saludable.

Tuve entónces un temor, y es que á esta altura el mismo baño de agua no estuviese fuera de los alcances de mis medios pecuniarios.

—¿Cómo? dije vivamente y cual es pues la diferencia?

—El baño de agua cuesta cinco francos [un peso] y el de leche diez [dos pesos].

—¿Como, diez francos? exclamé, diez francos un baño de leche!

—Qué, señor, me dijo mi buena huéspeda equivocándose sobre mi intencion, ahora son un poco mas caros porque las vacas vuelven á bajar; en los meses de agosto y de setiembre no cuestan sino seis [diez reales escasos].

—Cómo? pero, madama Brunet, yo no me quejo de ninguna manera de su costo; hacedme calentar un baño de leche prontamente.

—¿Lo tomará V. en su cuarto?

—¿Se puede tomar en el cuarto?

—Como V guste.

—¿Comiendo?

—Sin duda.

—¿Cerca de la ventana?

—Maravillosamente.

—¿Mirando ponerse el sol?

—Perfectamente.

—Y podré comer con todo esto?...... Vaya, vuestra posada es un paraiso, madama Brunet......"

El lector dará la fé que quiera á esta relacion: yo solo le recuerdo las propensiones generalmente reconocidas de los viageros.

hacen sudar á uno la gota gorda física y moralmente; y si cae uno en manos de un médico, le dá un baño de azufre en vapor y sale uno item mas oliendo á condenado. Mas los hombres no se han contentado con darse baños, sino que les han agregado algunos adminículos probablemente para hacerlos *agradables*, como el rociarse la cabeza y la cara con agua fria, los papachos (*massage*), el arrancarse las barbas, los azotes, y no será dificil que mejorando el procedimiento, en algunas partes usen de pellizcos, bofetadas, etc. etc. y lleguen á gustar el máximum del placer. Figúrese el lector una reunion de hombres bañándose cada uno segun las diversas maneras que hemos descrito, y díganos si no le pareceria mejor una reunion de locos suicidas, que de hombres que procuraban conservar su salud.

Dejando á un lado muchos de estos modos de bañarse que no suelen usarse sino como medicamentos, véamos cuales han sido los que se han empleado por las diversas naciones como medio higiénico.

Entre las naciones antiguas los baños se tomaban en los rios, el mar etc. Los griegos parece que fueron los primeros que usaron del agua caliente, derramándola sobre la cabeza y hombros estando sentados en una tina: en seguida se untaban el cuerpo con aceite.

Los romanos entregados al principio á la agricultura, acostumbraban antes de sentarse á comer, lavarse los brazos y piernas, y cada nueve dias que tenian que ir á la ciudad al mercado ó que asistir á las asambleas del pueblo, tomaban un baño en el Tíber. He aquí los baños en su mayor sencillez. Despues, tanto los griegos como los romanos modificaron de diversas maneras sus baños, hasta el grado de llegar á bañarse mas bien por lujo que por otros motivos.

Los primeros tenian sus baños junto á la *palestræ* ó *gymnasia*: y en los que estaban separados de ella, eran dobles, un departamento destinado á los hombres y otro á las mugeres, pero tan próximos, que el mismo horno servia para calentar ambos. Se componian de siete departamentos, que eran: 1.° El baño frio *frigida lavatio*. 2.° El *elaeothesium* ó pieza en que eran untados de aceite. 3.° El *frigidarium* ó cuarto para refrescarse. 4.° El *propnigeum* ó entrada al *hypocaustum* ó estufa. 5.° La pieza abovedada para sudar ó baño de vapor, llamada *concamerata sudatio* ó *tepidarium*. 6.° El *laconicum* ó estufa seca. 7.° El baño caliente llamado *callida lavatio*.

Los griegos no tenian una hora señalada para bañarse como los romanos, pero si parece que seguian el mismo órden en sus prácticas que estos últimos, tanto por tener los mismos departamentos en sus baños, como por lo que se encuentra descrito en los autores que refieren se untaban el cuerpo con aceite despues de bañarse. Cuando Telémaco estuvo en la corte de Nestor, ,,la bella Polycasta, la mas hermosa de las hijas del rey de Pilo, condujo al hijo de Ulises al baño, lo lavó con sus propias manos, y untándole despues el cuerpo con esquisitos aceites, lo cubrió con ricos ropages y una capa magnífica." El mismo Telémaco y Pisístratro, despues de haber admirado las bellezas del palacio de Menelao, ,,fueron conducidos á un estanque de mármol donde estaba preparado un baño. Hermosas esclavas los lavaron; y despues de untarlos de aceite, los cubrieron con ricas túnicas y soberbias pieles."

Entre los espartanos se bañaban mezclados hombres y mugeres, costumbre que existió entre los romanos, bien que tenian divisiones en sus baños para ambos sexos, y que no se estirpó del todo sino hasta el reinado de Constantino.

Los baños de estos tenian casi las mismas divisiones que los de los griegos. Lo primero que se veia al entrar en ellos, era un gran estanque llamado *piscina natatilis*. En el medio del baño se encontraba el *hypocastum* que tenia una hilera de cuatro piezas de cada lado, llamada *balnearia*, estas eran la estufa, el baño caliente, el frio y el *tepidarium* ó estufa húmedá. Las estufas eran unas piezas con el suelo abovedado, debajo de las cuales habia un horno para comunicarles el calor; enmedio de la estufa húmeda colocaban unos vasos llenos de agua ó un caldero, cuya tapa levantaba un esclavo de cuando en cuando, y en el techo de ella habia una tapadera de bronce que se levantaba para dejar salir el vapor cuando era necesario.

En nada se descubria mas el lujo de los romanos que en sus baños. Se dice que en Roma habia 856 baños públicos, siendo costumbre que los emperadores fundasen muchos para atraerse el amor del pueblo, y que los ricos particulares al morir dejasen sumas considerables para construir baños para el uso de los pobres. Agripa, siendo edil, construyó 160 lugares públicos en que podia el pueblo bañarse en agua fria ó caliente *gratis*. Los mas magníficos eran los de Tito, Paulo Emilio y Dioclesiano, habiéndose ocupado en la construccion de este último por espacio de muchos años, ciento cuarenta mil hombres. Los de Agripa

eran de ladrillo cubierto de esmalte. En los de Neron habian introducido el mar hasta ellos; y en los de Caracalla se refiere habia 200 columnas de mármol y 1600 asientos de lo mismo, siendo de una extension tal, que segun Lipsius, podian bañarse á la vez cómodamente 1800 personas. Habia baños de oro y de plata primorosamente trabajados, de preciosos jaspes, y con mágnificas estatuas, tanto, que Séneca se quejaba de que los baños de los plebeyos estuviesen llenos de bombas de plata, y de que el piso de los que servian á los libertos fuese de piedras preciosas. Aun existen en el dia muchos de estos baños que hacen una de las mayores curiosidades de Roma, y se conservan muchas estatuas muy hermosas, cuyas descripciones demuestran haber servido para adornar estos edificios.

Las tres de la tarde llamada por Plinio *hora octava et nona*, era la señalada para bañarse, y se llamaba *hora del baño*, *hora balnei*, que en estio era á la *octava* y en invierno á la *nona*. Los baños públicos se abrian á toque de campana, y siempre á la misma hora. Alejandro Severo fué el primero que permitió se abriesen de noche en tiempo de calor. En ellos solian bañarse los grandes del imperio y aun el mismo emperador con el resto del pueblo.

Comenzaban por tomar un baño caliente durante el cual solian rociarse la cabeza con agua fria, y se hacian raer la piel con una especie de cuchillo ó cuchara de madera, de cuerno, de hierro, plata ú oro, llamado *strigil*, para quitarla grasa y el polvo. Los hombres que se ocupaban en esto eran llamados *fricatores*. En seguida respiraban el aire fresco en el *frigidarium*, y se hacian rociar el cuerpo con agua fria ó se daban un baño frio en la *piscina natatilis*, en la que se ejercitaban en nadar: finalmente, se hacian untar el cuerpo con aceites y sustancias aromáticas, yéndose despues á comer. Otras ocasiones en vez de comenzar con un baño de agua caliente, se daban uno seco ó de vapor en sus estufas, succediendo las maniobras ya descritas.

Como ya se ha dicho, tenian los romanos horas destinadas para bañarse, y estas eran ántes de comer: tambien acostumbraban hacerlo siempre que se cargaban el estómago de alimentos, y despues de cualquiera fatiga ó viaje: pero despues de la época de Pompeyo, el furor de bañarse llegó á tal extremo, que muchos no podian tomar alimento ninguno sin haberse bañado de antemano, y Adriano tuvo que reprimir este abuso, espidiendo un edicto por el que probibia bañarse ántes de la hora octava. Entre los romanos habia algunos que se iban á bañar de noche al Tiber, esperando supersticiosamente que los dioses les descubriesen algun tesoro escondido, ó les hiciesen adquirir alguna herencia.

Entre las naciones célticas no eran desconocidos los baños; los antiguos germanos acostumbraban bañarse diariamente en agua caliente en tiempo de invierno, y fria en el verano, y los ingleses parece que se bañaban en Somersetshire, 800 años ántes de Jesucristo.

Los turcos de la misma manera que los griegos y los romanos han hecho de sus baños un objeto de lujo: no hay ciudad ó pueblo en que no haya por lo ménos un baño público: he aquí segun los viajeros como están dispuestos y el modo de bañarse.

Al entrar en un baño, lo primero que se encuentra es una gran sala redonda que tiene un estrado á su rededor alfombrado y con divisiones, en donde se desnuda uno y deja sus vestidos, poniéndose un lienzo en la cintura y unas sandalias. Es conducido uno en seguida por un pasadizo estrecho en que se comienza á sentir el calor, y cuya puerta se cierra apénas se ha entrado en él. No bien se han andado veinte pasos, cuando se abre otra puerta que conduce á otro pasadizo, en el que aumenta cada vez mas y mas el calor, y que termina en un salon de mármol, en el que se detienen los que temen esponerse de pronto á un grado elevado de temperatura.

El baño propiamente dicho, es un gran salon abovedado, cubierto totalmente de mármol, al rededor del cual hay cuatro gabinetes: el vapor se está desprendiendo continuamente de una fuente colocada en su medio, mezclado con agradables perfumes cuando lo desea la persona que se baña. Esta se recuesta en unos lienzos dispuestos á propósito, descansando la cabeza sobre una almohada, rodeado de vapores calientes y aromáticos. Despues de haber reposado algun tiempo, cuando comienza el cuerpo á cubrirse de sudor, se acerca un criado, oprime con suavidad todas las partes del cuerpo, voltea á uno del lado opuesto, le hace la misma operacion, y cuando los miembros se han puesto bastante flexibles, hace tronar todas las coyunturas, despues de lo cual comprime y parece que amasa toda la carne sin producir la menor sensacion desagradable; poniéndose, finalmente, un guante de lana, con el que da una friega por largo tiempo, desprendiéndo entretanto, con sumo cuidado, unas como escamitas que se levantan de la piel, y aun las mas imperceptibles porciones

de polvo. Entónces, cuando la piel ha tomado la suavidad del raso, es uno conducido por el criado á uno de los gabinetes, donde se encuentra una tina con dos llaves, una para el agua caliente y otra para la fria, y derrama sobre la cabeza y hombros, la blanca espuma de un jabon perfumado y se retira. Allí se da uno un baño de agua caliente, y á pocos momentos aparece de nuevo el criado con una pomada llamada *rusma*, por los orientales, y *nouret*, *nure* ó *nuret* por los persas y árabes, la que aplicada durante dos ó tres minutos, hace caer el pelo de los puntos en que se ha untado, sin producir el menor dolor.

Terminado esto, es uno enjugado con una sábana caliente y conducido por transiciones insensibles del calor al frio, á la pieza donde se habia desnudado, en la que encuentra una cama dispuesta para recibirlo, y un niño que con sus dedos delicados acaba de enjugarlo, le presenta otra sábana seca y raspa con suavidad con una piedra pomez las callosidades de los piés. Entónces le presentan á uno una pipa y café de Moka.

Las mugeres despues del baño de agua, acostumbran lavarse con agua de rosa, especialmente la cabeza, y al hacerse sus trenzas, mezclan entre el pelo esencias preciosas. Allí mismo se pintan las pestañas de negro y dan un color dorado á las uñas de las manos y pies con las hojas de una planta. Finalmente, hacen zahumar sus vestidos con el palo del acíbar.

No se pueden describir, dice Savary, la multitud de agradables y nuevas sensaciones que se esperimentan despues de un baño de esta clase. La respiracion se hace con libertad, la sangre circula con rápidez y facilidad, los miembros se sienten flexibles y lijeros como si hubiesen sido desembarazados de un gran peso: y el alma participando del bienestar del cuerpo, se extasía en pensamientos alegres y risueños que se succeden con una rapidez increible.»

Esta es la manera con que se bañan actualmente los egipcios del Cairo.

Los demas pueblos con modificaciones mas ó ménos notables han usado de baños semejantes á los ya descritos.

Los rusos y los finlandeses se bañan con estufas húmedas, en las que evaporan el agua, echándola sobre unos guijarros hechos ascuas, acostados sobre tres gradas cubiertas de esteras; saliendo de la estufa se hacen azotar y restregar fuertemente con unas ramas de álamo blanco; en seguida se bañan en agua tibia y luego fria, y terminan haciéndose echar por la cabeza muchos cubos de esta, ó metiéndose en la nieve ó en un estanque frio. El criado despues de haber estado en la estufa sirviendo á su señor, sale corriendo al campo á revolcarse en la nieve.

Los groenlandios, los exquimoxes y los samoiedes, tienen sus estufas húmedas enhuecadas en la tierra.

Los naturales del Indostan se bañan de un modo muy semejante á los turcos, con la diferencia que despues de los papachos, estrujones, frotaciones, y de hacerles tronar todo el espinazo, les dan grandes golpes en las partes mas carnudas, les enjabonan todo el cuerpo y los afeitan, no dejándoles un pelo en todo su cuerpo, untándose finalmente con aceite de sésamo.

Los antiguos moros es natural que tuviesen en sus baños el lujo que se descubria en todas sus cosas, y aun en el dia se conserva en la Alhambra en el magnífico patio llamado *Mesuar*, enlozado de mármol blanco y adornadas sus paredes de estucos y arabescos, trabajados con esquisito gusto, un estanque hermoso, rodeado de rosales, otras flores y naranjos, en el que los dependientes hacian las abluciones prescritas por el Alcoran.

Los baños de los antiguos habitantes de América, se han perdido casi completamente y casi no se conserva hoy sino el *temazcali*. Sin embargo, en las ruinas del Palenque parece se conservan grandes salones á cuyos lados hay gran número de tinas de piedra.

Réstanos hablar del *temazcali* ó *hypocausto* de los mexicanos, quienes bien que se bañaban en los rios, lagunas y estanques, y muchos de ellos diariamente, tambien usaban de su baño de vapor especialmente en circunstancias particulares, costumbre que se conserva hasta el dia y que se ha introducido aun en la clase elevada de la sociedad, acostumbrando muchas señoras darse un baño de esta clase despues del parto, como medio higiénico.

El *temazcali*, semejante á una media naranja, tiene la figura de un horno de pan, con la diferencia que se encuentra un poco bajo el nivel del suelo, y tiene el piso algo abovedado. Su mayor diámetro es de cerca de tres varas, y su mayor altura de dos: la entrada en forma de arco y de una altura de cerca de una vara, capaz de que entre un hombre de rodillas é inclinado, se semeja tambien á la boca de un horno. En el punto diametralmente opuesto á la entrada y por la parte de afuera, se encuentra un hornito de piedra ó ladrillo que se abre tambien al esterior, y con un agujero en su bóveda para dejar salir el humo. La par-

te en que se une el horno al resto del *temazcali*, es una abertura de dos tercias en cuadro que está cerrada con una piedra porosa llamada *tetzontli*. Finalmente, en la parte mas elevada de la bóveda del hypocausto, se encuentra una abertura pequeña para dar salida al vapor en caso necesario. He aquí una estufa sencilla que puede usarse como húmeda y como seca. Hay otros *temazcalis* que tienen simplemente la forma de un cuarto pequeño.

Para bañarse, se introduce primero un petate ó un colchon, un manojo de hojas de maiz y un jarro de agua; se enciende el horno, y así que se ha calentado lo suficiente, entra la persona que va á bañarse sola ó acompañada de un criado y se acuesta; se cierra entónces la entrada y se tiene destapado por algun tiempo el agujero superior para que salga el humo que pueda haberse introducido, despues de lo cual se cierra tambien. Entónces se comienza á echar agua con las hojas de maiz sobre el *tetzontli* que se ha hecho ascuas, y se empieza á desprender un abundante vapor de agua que se eleva á la parte superior y que se procura hacer bajar agitándolo con el manojo de hojas. Al mismo tiempo se salpica de agua todo lo que rodea al que se baña, y con las hojas mojadas comienza á golpearse todo el cuerpo y especialmente la parte enferma. Entónces se presenta un sudor abundante que se aumenta ó disminuye á la voluntad; concluido esto se abre la entrada, y muy abrigada la persona es conducida á otra pieza á reposar.

Basta de baños, y no se asuste el lector si le avisamos que no mas *por ahora*, pues que lo principal se nos ha quedado en el tintero, y le ofrecemos dar en uno de los números siguientes la parte verdaderamente higiénica de los baños tales cuales los usamos nosotros.—*RR.*

LA QUEJA.

Bastó de silencio, beldad orgullosa,
No mas ocultarte la pena cruel,
Que justos temores de crudo desvio
Guardada en el seno me hicieron tener.
Si no te movieron mis pobres suspiros,
Ni el alma rendida que en ellos te fué,
Perdona que al cielo de tu alta hermosura
Eleve la queja de tanta altivez.
Audaz intentando volar á tu esfera,
Merezco tu enojo, bastante lo sé;
Y sé que si quieren tus ojos airados
Hundirme en el polvo podrán otra vez.
Pues es menos duro, la vida cansada
Rendir á los filos de injusto desden,
Que ver en tus manos henchida la copa,
Y estarme abrasando en ávida sed.
No, no, ya no puedo sufrir de tus ojos,
La dura mirada si á dicha me ven,
En tanto, Señora, que humildes los mios
Con súplica muda te piden merced.
Ni ver cual se pierde mi débil gemido,
Cobarde mensaje del ánima fiel,
Allá entre las quejas de tantos esclavos,
Que á llanto condena tu bárbara ley.
De amarga agonia, mis últimos ayes,
Por fin á tu oido que llegen haré;
No temas ingrata, la muerte ó tus iras
Un sello en el labio pondranme despues.
Tal vez mi querella suspenda importuna
La plática blanda del tierno doncel,
Que supo venciendo en lid amorosa
Ganar de tus manos dulcísima prez.
Tal vez, con el brazo ciñendo su cuello,
Con ósculo ardiente quemando su sien,
Ni turbe tu gozo la queja del triste
Que ya de la vida traspasa el dintel,
Mas no, caprichosa, escucha siquiera,
Tranquilo á tus ojos despues moriré,
Si al fin ha podido decirte mi labio
Que yo tus luceros adoro tambien.
No quiero, tirana, que en lance dudoso
Con fieros desdenes batalle mi fé;
Jamas he creido legal un combate
En que eres el premio, la parte y el juez.
Tampoco pretendo que en lúbrico rapto
Pronuncie tu labio de rojo clavel,
Palabra amorosa que halague mi oido
Y rasguen las nubes que cubren mi Eden.
No, virgen hermosa, tamaña ventura
En pechos humanos no puede caber:
Piedad de mis ansias tan solo te pido:
Si aun eso me niegas, ignoro porqué.
Con débil quejido su próxima muerte
Lamenta la cierva cojida en la red,
El rústico tiene sobre ella el cuchillo
Mas antes de hundirlo piadoso la ve.
Y tu con la dulce sonrisa en los labios
¿Serás por desgracia mas dura que él?
Ah ¡no! solo espero tu blanda mirada,
Y luego de gozo morir á tus pies.

Puebla, Mayo 21 de 1843.

MANUEL M. DE ZAMACONA.



GALERIA DE LOS VIRREYES DE MÉXICO.[1]

DON LUIS VELASCO.

(1550)—Despues de las borrascosas tormentas que sucedieron á la caida del imperio de Quautimotzin, no satisfecha aun la codicia de la multitud de aventureros que desabordaban á bandadas en el mundo poco hacia incógnito decididos á hacer fortuna sin sujetarse á la maldicion de la raza de Adan, tomando posesion de sus feráces terrenos y apropiándose hasta las personas indígenas de cuyo trabajo se servian, sin derramar una sola gota de sudor, recogian abundantes y ópimos frutos.

Gravados los indios con todo género de vejaciones que se les hacian sufrir, llevando sobre sus endebles hombros toda suerte de cargas por pesadas que fuesen, labrando las tierras para alimentar á señores estraños, dando onerosísimos tributos, y sujetos en fin, á una ominosa esclavitud, cuando apareció por primera vez un virey que algo los alivió, aunque no del todo, no debian verle separarse sin dolor. El soberano sin embargo, que conoció bien el carácter filantrópico de D. Antonio de Mendoza supo nombrarle un sucesor digno de serlo. Así es, que desde luego confirió tan importante puesto á D. Luis de Velasco, y no fué por cierto desacertada la eleccion. Velasco, de la casa del Condestable de Castilla, se habia distinguido en la corte de Cárlos V, y este hallándose en Ratisbona cuando le fueron comunicados los acontecimientos del Perú, resolvió que pasase á aqui Mendoza, y para sustituirle en la Nueva-España, no vaciló un momento en escoger á aquel, encargándole que si no marchaba Mendoza al Perú fuera él en su lugar. Tal conocia su cordura y prudencia y su sábio manejo en el gobierno. Ni fué necesario que se le diesen muy largas instrucciones respecto de la administracion que se ponia á su cargo, se limitó el emperador á que en cuanto es tuviera de su parte procurara hacer á los indios su gobierno suave y paternal, y disminuyera los impuestos si los consideraba gravosos, aunque fuese con perjuicio de la hacienda pública; lo demas lo confiaba á su tino y discrecion.

1551.—En mil quinientos cincuenta, el cinco de diciembre, desembarcó en Veracruz el nuevo virey y á poco tiempo se unió en Cholula á Mendoza que le salio á recibir, y con quien tuvo en el mismo lugar algunas conferencias relativas, como debe suponerse, á asuntos del gobierno, terminadas las cuales Mendoza se marchó al Perú y Velasco á México cuyos habitantes lo recibieron con las mayores demostraciones de júbilo, esperando que seria bien reemplazado el primer virey, y en efecto que sus esperanzas no salieron fallidas.

La audiencia y demas autoridades, así generales de la Nueva-España residentes en la capital, como las muuipales de esta, acompañaron al virey á su entrada que fué magnífica, y á muy pacos dias hizo llamar á los oidores á su presencia y les dirigió una breve pero enérgica alocucion, que manifestaba muy de luego la humanidad de los sentimientos que abrigaba su espíritu y en la cual les decia, que así como estaba puesta (la audiencia) á semejanza de las chancillerias de la Península, de la misma manera que ellas se esmerara en administrar bien justicia y aun que procurara aventajarlas. Los indios, no acostumbrados á alhagüeñas promesas (por que es preciso confesar la ingenuidad española mal que nos pese) concibieron un porvenir muy dichoso que les aguardaba bajo el gobierno de D. Luis.

En efecto, apénas empuñó el baston, y sus primeras providencias tendieron ya á favorecerlos. Mendoza habia ordenado que se les exhonerase de las cargas y de los tributos personales, que no fueran molestados tampoco con el duro laborío de las minas; pero encontró grande resistencia por parte de algunos españoles que consiguieron del rey que fuera suspendida esta determinacion y Mendoza no pudo, ó no se halló en áni-

---

[1] A pesar del esmero con que se ha solicitado la firma de cada uno de los vireyes, con el objeto de poner su *fac símile* en el retrato, no pudo conseguirse la de Mendoza pero pondremos las de los demas como lo hemos hecho ya en este, siempre que pueda encontarse.



D. LUIS DE VELASCO. (padre)
2° Virey de la N. E.

mo de llevarla al cabo. Velasco, no obstante lo resuelto por el soberano, mandó cumplirlo al momento sin escusa ni pretesto y al fin hubo de ceder la pérfidia á la humanidad. Muchos, y muy repetidas veces, representaron á Velasco haciéndole patentes los males que iba á resentir la hacienda pública por sus últimas providencias, singularmente por la que habia dado libertad á los indios (que á excepcion de las mugeres y los niños la habian conseguido cien to cincuenta mil varones) dejando á las minas sin quien explotase de ellas los metales. El virey contestaba á todo "*que mas importaba la libertad de los indios* que las minas de todo el mundo, y que las rentas que de ellas percibia la corona, no eran de tal naturaleza que por ellas sc habian de atropellar las leyes divinas y humanas." No obran ni piensan de la misma manera los políticos modernos, quienes sacrifican aun la vida de los hombres al mal entendido *bien-general.*

(1552.)—Velasco halló ademas de los referidos, multitud de abusos que no podia corregir de pronto sin gran riesgo, y sin embargo logró atacarlos de raiz. Sucedia que el clero, gran protector de los indios á quienes habia procurado suavizar muy mucho su dura condicion, por cuya causa, ciertamente justa, tenia gran valimiento entre ellos, cometiaalgunos excesos que solo podrian tolerarse con grande escándalo de la poblacion, y que por otra parte se hacia imposible reprimir sin sujetarse al resentimiento universal, ó acaso á mas; pero con todo arrostró el virey á quien no servian de tropiezo las mayores dificultades que nunca lo fueron para él los inconvenientes que se oponian á la felicidad pública. Con este objeto, pues, consiguió del soberano órdenes, no solo dirigidas á la Nueva-España, sino aun á las autoridades de puertos de la Península, para el bien de aquella.

No bastaba á los infelices hijos de la Nueva-España el temor de ser acometidos por los pueblos que aun no se habian sujetado á la dominacion peninsular: no solo tenian por enemigos á naciones indómitas ó á pueblos rebeldes, si se quiere, á la corona de Castilla, ó mas bien celosos de su libertad, que cuando podian intentaban sacudir el yugo; sino que ademas otra causa hacia los caminos intransitables, y hasta las mismas poblaciones inseguras, la multitud de ladrones que los infestaban. Velasco procuró remediar este mal, formando el tribunal de la Santa Hermandad, tan afamado en España por los buenos efectos que habia producido, el cual habia de presidirse por los dos alcaldes de la mesta, (2) y al que despues de algun tiempo le fué sustituido el terrífico de la Acordada que casi llegó á nuestros dias.

(1553.)—No se limitó Velasco únicamente á estos actos, sino que conforme á las instrucciones que Cárlos V. le habia dado, y al deseo de engrandecer la colonia que le tenia confiada, trató de plantear establecimientos de instruccion pública. Con tal objeto, bajo sus auspicios se abrió y bendijo la Universidad de México, que todavía existe en la misma forma, como monumento de la antigüedad mexicana, y para gloriosa memoria de Velasco, aunque solo de ella se conserva el edificio, el claustro y el nombre, mas no las cátedras, que poco á poco han ido caducando, hasta el 18 de agosto de 1843 que se dejaron sin objeto alguno por un decreto del gobierno. Para estrenar y bendecir la Universidad, celebrada una misa solemne en el colegio de San Pablo, entónces como ahora, de religiosos Agustinos, salió de él una procesion, en la cual marchaban primeramente los catedráticos del nuevo plantel, que acababan de ser nombrados, en seguida las personas mas acreditadas en la carrera de las letras, los tribunales, la municipalidad, la audiencia, y por último, el virey que presidia: al llegar á la Universidad, conjetura el padre Cavo que se pronunció un discurso latino para dar fin á la funcion. Todo esto se verificó el 25 de enero, y aun ahora se celebra todos los años una misa solemne en este dia en la Universidad. La cédula de su ereccion fue espedida en 25 de setiembre de 51, y la bula de confirmacion de Paulo, IV en 55, dándola los mismos privilegios que á la de Salamanca en España. Fué promulgada la bula con gran pompa y aparato como se acostumbraba hacer con todas las de su clase.

El año de 53, funesto para México, dió á conocer á los habitantes de la Nueva-España hasta donde se estendia la actividad de su virey. Una gran sequía fué el principal hecho que marcó este año y la primera inundacion de la capital, que acaeció despues de la conquista, á consecuencia de un fuerte aguacero que duró veinticuatro horas, lo que aterrorizó en gran manera á los españoles, no acostumbrados, pero no á los indios que por la historia sabian que desde tiempos anteriores afligia este mal á México. Tres dias permaneció la ciudad anegada, en tales términos, que era ne-

(2) Habia en el ayuntamiento de México dos alcaldes, que se llamaban de la mesta, porque estaban encargados de ejercer jurisdiccion en negocios de ganados, que es lo que espresa la palabra *mesta*.

cesario andar en canoas. (3) Apénas hubo cesado la inundacion, en que habia desplegado el virey todo su celo, hizo llamar á los caciques, y en seguida les previno que reuniesen toda su gente para construir una albarrada que impidiera otro acontecimiento en lo sucesivo, semejante al que acababa de pasar, cuya determinacion la habia acordado con la ciudad. Concurrieron á la construccion de la albarrada multitud de brazos, que para evitar confusion y á fin de que se trabajara con órden, fué preciso distribuir en cuadrillas, dando porciones diferentes á diferentes operarios, siendo el primero de todos D. Luis Velasco, que trabajó todo el primer dia á la par que los demas con su azadon en la mano, y animándolos con su ejemplo: en los restantes dias que duró la obra hasta su conclusion, si no continuó en la misma tarea, se le halló de sobrestante en diversas partes, encargado de dirigirla; de suerte que Velasco, aunque no con la pompa y fausto que correspondia al representante del monarca, sí con el traje sencillo de un particular, con el humilde aparato, con los instrumentos propios de un albañil, honró el oficio. Este ejemplo inimitable lo siguió en 1819 D. Juan Ruiz de Apodaca, hombre benévolo y penúltimo virey de la Nueva-España; de modo que el segundo, contando segun el órden natural, y el segundo comenzando desde el último, obraron conformes en un hecho que produciendo grandes bienes á México, les diera muy gran gloria á ellos mismos.

(1554.)—Fracasó en este año una flota que cargada de metales, habia partido para la península, y si su pérdida fué sensible por las inmensas sumas que trasportaba, no fué ménos dolorosa por las personas que iban á su bordo, de las cuales ninguna logró escapar.

Todavía no se habia logrado suavizar del todo la situacion de los indios: su salud corporal se hallaba en estremo desatendida, habiendo sido lo que debió llamar primero que otra cosa la atencion de los españoles, puesto que el primer espectáculo que se presentó á su vista, el memorable dia 13 de agosto de 21 en que se rindió la ciudad de México, al tiempo de ocuparla, fué todo de escenas de destruccion, causadas en parte por los proyectiles, y en parte, acaso la principal, por la enfermedad que á consecuencia del sitio y por la escases necesaria de recursos, contagió á los moradores. Sin embargo, en nada ménos se pensó que en construir un hospital, hasta pasado algun tiempo que ordenó Cortés en su testamento se fundara el que conocemos con el nombre de Jesus Nazareno, y en el cual no eran atendidos los indios, ó por lo ménos se les miraba con poco aprecio. En 564 que padecia mucho la poblacion, lo hizo presente Velasco al emperador, quien le dió ámplias facultades para que obrara como mas fuese de su agrado, consultando al interes de los indios y señalando para un hospital dedicado esclusivamente á estos, dos mil reales de las penas de cámara, y en cada año cuatrocientos, del mismo fondo, y en caso de que no bastaran, que echase mano del real erario miéntras se creaba un fondo. Entónces fundó el virey el hospital que aun conserva el nombre de *Real*, y del que por una desgracia harto lamentable, solo existe la capilla, que es pública, convertido lo demas en casa de vecindad.

(1555.)—Los Chichimecas, nacion belicosa, no habian sido sometidos al dominio español, y en vano se luchó mucho tiempo por conseguirlo, que ellos opusieron una tenaz resistencia y hallando que no podrian combatir directamente sin sujetarse á sufrir á cada paso recios descalabros, inventaron hacer la guerra en cuadrillas dispersas, ocultándose en los bosques y acometiendo al enemigo desprevenido y en poco número, así es que en 554 asaltaron un gran convoy á pesar de la fuerza que lo escoltaba, del que apenas pudo salvarse muy poco, debido esto á la felicidad de las bestias que encontrándose solas se dieron á correr por medio de las llanuras y aun de los terrenos montuosos del Bajio. Por este hecho y otros semejantes que sin cesar se repetian, ordenó D. Luis Velasco fundar dos poblaciones y colocar en ellas tropa que asegurara el tránsito á los pasageros, y de entónces data el orígen de las villas de San Felipe Yztlahuaca y San Miguel el Grande (hoy Allende, por haber dado nacimiento al héroe de este nombre), que hizo colonizar en muy poco tiempo. Recorriendo los españoles en este mismo año la Sierra Madre, descubrieron algunas minas de oro y plata. Por disposicion del monarca se prohibió que se trabajara el oro para contener el lujo, que como causa primera de la molicie, ocasionaria inevitablemente la ruina del nuevo pais.

Habiase entre otras cosas prevenido á Velasco por Carlós V. que procurara estender hasta donde le fuese posible la conquista, y en cumplimiento de tal prevencion dispuso que con este objeto marchara Francisco Ibarra al interior,

(3) No debe sorprender esto si se nota que con un mediano aguacero se inundan hoy las calles de México, lo que con mayor razon debia verificarse en una época en que no habia los desagües que ahora, y cuando la ciudad estaba cortada casi toda por acequias.

no olvidando advertirle ántes que empleara los medios suaves sin hacer uso de las armas sino en casos estremos. Ibarra, pues, hizo poblar, conforme á las órdenes del virrey, muchos lugares de consideracion, entre ellos Durango, capital del departamento del mismo nombre (entónces Chichimetla y algun tiempo despues la Nueva-Vizcaya) descubrió tambien ricas minas de oro y plata, consiguiendo con la infinidad de españoles que estos preciosísimos metales atraian, fundar la villa del Nombre de Dios.

La defensa de los indios se hallaba abandonada en los tribunales, de suerte que no se alegaba por su justicia. Velasco informó de ello al emperador, así como de que los caciques gravaban con impuestos á los mismos indios, y que su enseñanza se encontraba muy descuidada, y en consecuencia fué el virrey facultado para evitar tantos abusos, haciendo que las causas de los indios se encomendasen á los fiscales reales, siempre que no se interesase la hacienda pública, en cuyo caso se nombraran letrados para que se encargasen de la tal defensa. De esta manera proveía Velasco al bien de los indios, dando disposiciones particulares respecto del reparto de terrenos baldios, y entreteniendo á los españoles con las colonizaciones, para distraerlos de oprimir á los indígenas y tenerlos contentos de su gobierno: con tal objeto hizo que poblasen la villa de Santa Bárbara, la de Guadiana, las minas de Sombrerete y Chalchihaites, el Mazapil y las tierras de Yndehe. Sacaba pues, partido de la utilidad general sin descuidarla.

(1556.)—Llegaron á México en este año dos hijos del virrey que venian de España, de los cuales el mayorazgo llamado D. Luis, que despues fué tambien virrey de la Nueva-España, casó en esta con una sobrina carnal de D. Antonio de Mendoza el primer virrey.

Divulgóse en este año la nueva de la abdicacion de Cárlos V. que en efecto se habia verificado en Flandes; pero nada se sabia oficialmente.

(1557)—El 5 de abril recibió la municipalidad de México dos oficios: el primero del emperador firmado el 16 de enero, y el segundo de Felipe II de 17 del mismo mes: en uno y otro se anunciaba la abdicacion de Cárlos V y se prevenia que fuera reconocido y jurado el nuevo monarca, cuya inauguracion habia tenido ya lugar en la corte, y la que se mandaba que se celebrara. El ayuntamiento acordó dar cuenta al virey que á la sazon se hallaba fuera de la capital, y anunciarle al mismo tiempo que se habia fijado para la jura el primer dia de la próxima pascua de Espíritu Santo. Velasco regresó inmediatamente que llegó á sus manos la comunicacion del ayuntamiento, que en cabildo del 4 de junio señaló el 6 para la festividad.

El domingo 6 de junio de 1557, fué en efecto reconocido y jurado rey de las Españas en la capital de la Nueva, Felipe II: la ceremonia fué de esta manera: de las casas consistoriales salió una procesion compuesta de todas las corporaciones y personas distinguidas, la ciudad, la audiencia y el virey que cerraba la marcha; en esta forma se encaminaron á la catedral, donde celebró de pontifical una solemne misa su arzopispo D. Fray Alonso de Montúfar del órden de predicadores, segundo prelado eclesiástico de México; en seguida bendijo éste mismo el pendon que por en medio del acompañamiento condujo el alferez real D. Luis de Castilla, volvió despues toda la comitiva al centro de la plaza, y allí sobre un tablado dispuesto con este objeto y suntuosamente erigido, requiriendo la municipalidad al virey, tomó este el pendon en sus manos y lo levantó delante de la audiencia y de los testigos, que lo fueron el provincial de Santo Domingo y el de San Francisco: se acercaron despues los gobernadores de todos los pueblos de indios comarcanos é hicieron homenages al nuevo rey. Concluida esta ceremonia se terminó la funcion disolviéndose la comitiva.

La entrada del nuevo monarca fué favorable á los pueblos nuevos, porque si Cárlos se habia empeñado en manifestarles que estaban sujetos á un gobierno paternal, lo procuraba del mismo modo Felipe, quien comenzó por dar instrucciones al virey, si no iguales muy semejantes al ménos, á las que su padre le hubo dado cuando le despachó. Así fué que acababa dos años antes (en quinientos cincuenta y cinco) de celebrarse un concilio en Trento, al que habian concurrido los mas grandes ingenios de la Europa, y cuya celebracion habia sufrido grandes contratiempos y demorádose algunos años; se determinó en él que todos los fieles quedaran sujetos al pago del diezmo eclesiástico. Felipe segundo mandó promulgar este Concilio, y á pesar de eso eximió á los indios espresamente de tal contribucion.

(1558.)—Habia naufragado una flota en quinientos cincuenta y cuatro, como llevamos dicho, perdiéndose toda la tripulacion, que parte habia perecido en las aguas del Oceano, y la otra que pudo saltar á tierra por medio de tablas no escapó de caer en poder de los Floridanos, en cuyas manos perdió la existencia. Era este pueblo indomable y aun no se habia logra-

do someterle á la dominacion estrangera: por mucho tiempo habia resistido, y ninguna empresa que acometia le era adversa: cuantas veces se le habia agredido otras tantas habia salido vencedor. Dolia mucho á Felipe que pueblos poderosos se hubieran rendido á la corona de Castilla, y que este, al parecer no considerable, resistiera: juzgó que seria fácil conquistarlo, y al efecto, en quinientos cincuenta y ocho, dá órden al virey de la Nueva-España, de que disponga fuerza para sujetar la Florida. Velasco no osó desobedecer, no reusó ejecutar la disposicion del soberano, no intentó aconsejarle que era inútil toda tentativa de esta especie, á pesar de que conoció lo ineficaz de la empresa; pidió pues, mil flecheros á los indios, dispuso levas, poca necesidad tuvo de ellas, multitud de hombres se le ofrecieron voluntariamente, tal era la sed del oro: veían ya conquistado un nuevo Potosí. Velasco, de entre tantos, solo conservó dos mil hombres, los que entendió que eran mas útiles, y al concluir el año, su tropa estaba ya disciplinada.

(1559.)—La espedicion al principio de este año emprendió su marcha: llevaba ocho intérpretes, que habiendo recorrido los paises de la Florida, tenian algunos conocimientos en su idioma y costumbres. El virey mandó tambien que se repartieran entre los soldados algunas mugeres que de caza se habian traido ciertos españoles: esto se disponia con el fin de que pudieran referir á sus paisanos el buen trato que se las daba, y la estimacion en que eran tenidas por los espedicionarios. Velasco, por último, encargó á los gefes y arengó á las mismas tropas que se empeñaron en hacer uso de medios suaves y pacíficos, y con este objeto, obsequiando al mismo tiempo las prevenciones del rey, hizo que marchasen tambien religiosos graves de Sto. Domingo y S. Francisco. Para alentar la empresa, el virey la acompañó hasta el puerto de la Veracruz, donde se embarcaron en trece buques. Luego que se hubieron hecho á la vela, regresó á México sin la mas mínima esperanza de un feliz resultado. Y en efecto, á muy poco tiempo se supo en México que la armada habia desembarcado en las costas de la Florida, sin haber padecido contratiempo alguno en su travesía, mas que apenas se encontró en tierra y se halló acometida por los indios, en términos de que pedia auxilios, pues se hallaba absolutamente indefensa. Dos veces se abandonaron, y dos se dieron socorros de nuevo, hasta que los gefes tomaron el partido de abandonar la empresa, pasaron la poca tropa que pudo escapar salva á la Habana, y de allí á la Nueva España. Poco tiempo despues, casi al concluir el año, supo el virey que los franceses trataban de colonizar la Florida, y á efecto de impedirlo mandó unos buques que la costeasen, con órdenes muy terminantes relativas á tal fin.

(1560.)—Hasta aquí habia ejercido el virey una autoridad sin límites, aunque Velasco no habia jamas abusado de ella, pues que en negocios árduos y trascendentales siempre consultaba á la audiencia. Esta, y algunos españoles ricos, cuyos excesos habia reprimido Velasco, resentidos por su conducta, procuraban menoscabarle en cuanto le fuese posible sus facultades. Imposible era persuadir al rey del mal manejo por parte de su delegado en la Nueva España, cuando le constaba de lo contrario de que se hallaba bien informado, así que, se necesitaba un pretesto plausible que alegar ante el monarca y no solo esto, engañarlo y ganar á sus consejeros. Con tal motivo pues, marcharon unos comisionados á la corte, los cuales la representaron, que hallándose quebrantada la salud del virey, y no siendo por otra parte muy seguro que acertase este siempre en todas sus medidas, era conveniente para el buen gobierno de la Nueva España darle un consejo, sin cuyo acuerdo nada pudiera resolver, el cual á la vez que le ayudaba á desempeñar las funciones de su alto ministerio, le evitaria la responsabilidad á que naturalmente le debian sujetar las providencias que tomara por sí solo y sin deliberacion quizá. El rey que nunca creyó, como era en realidad, apego de parte de su representante al mando, oyendo á su consejo, cuyos miembros fueron fácilmente ganados, y deseando la buena salud de Velasco, accedió á las propuestas que se le hacian, y decretó en consecuencia que en lo sucesivo nada ejecutara el virey de la Nueva España sin la prévia aprobacion de la audiencia.

Surtió luego esta disposicion el efecto deseado: los negocios de los españoles si no mejoraron quedaron por lo menos en tal estado, lo que era ciertamente una gran ventaja: no sucedió así con los negocios de los indios que sufrieron por el contrario grandes demoras, eternizándose en la audiencia que procuraba dilatarlos, cuando no acordaba una medida que les fuera adversa, lo que hacia con mucha frecuencia por no quedar desairada. El virey con todo esto y á pesar de que nadie podria quejarse de su administracion dió cumplimiento el mas exacto al mandato del soberano que tanto le ligaba en un poder, cuyo ejercicio tan bien habia aprovechado á la causa de los pueblos.

(1561.)—Todos los buenos vasallos del rey de las Españas habian llevado muy á mal tal providencia, y el ayuntamiento particularmente se empeñó en oponerse á ella, no haciendo una resistencia violenta, sino acordando con el virey, y casi comprometiéndole á enviar unos procuradores, que representaran á la corte el estado que guardaba el reino y los inconvenientes que al ejecutarse presentaba su mandamiento, haciéndole ademas manifiesto que nunca el mismo Velasco habia resuelto en negocios graves sin consulta de la audiencia, de la cual, por otra parte, era muy agena la facultad que ahora le habia sido dada. Se nombraron en efecto los comisionados á quienes se encargó tambien solicitaran del rey que quitara á la audiencia el conocimiento de los negocios judiciales de los indios, cuyos asuntos, siendo de poca monta, y por otro lado, de no dificil resolucion, se demoraban mucho tiempo con perjuicio notable de los interesados, lo que se evitaria si se dejaba el dicho conocimiento al virey, quien, con dictámen de asesores letrados, nombrados por él mismo, sin apelacion ni otro recurso alguno, de plano y sin forma de juicio, podria terminar unos negocios en que solo se agitaban cuestiones sobre division y propiedad de pequeños terrenos. El virey, obrando con delicadeza, pedia ademas que se le nombrara un visitador, con el objeto de que examinando el verdadero estado de la Nueva España, diese cuenta al soberano de su administracion.

(1562.)—Llegaron los procuradores á Madrid, en quinientos sesenta y dos, en tanto que la Nueva España continuaba gobernada á la manera que llevamos dicho por el virey y la audiencia, sin esperimentar mejoras de ninguna clase. Los consejeros del rey, á quienes este pasó consulta luego que recibió á los comisionados, dictaminaron, como era de esperarse, por la audiencia que los tenia por suyos, y solo aconsejaron al monarca, de acuerdo con lo pedido, el nombramiento del visitador, cuyo cargo recayó en el Lic. Valderrama. Dióle Felipe sus instrucciones conforme á lo que demandaban las exigencias públicas de la Nueva España y los intereses de sus habitantes. Habia que contener infinidad de excesos, entre los cuales se hacian muy notables y habian en gran manera llamado la atencion del soberano, los abusos de los oidores. Visitaban á los pueblos, y en las visitas los recargaban con tributos que, por via de honorarios, estipendio, ó como quiera llamársele, se les pagaban. Estaba un negocio para recibirse á prueba, la que debia producirse era de testigos, fué para esto citado un oidor que habia presenciado el hecho, y se escusó bajo el ridículo cuanto frívolo pretesto de su empleo en la magistratura. Pero lo que causó grande escándalo, entre otros muchos excesos que pudieran referirse, fué la contienda suscitada por un oidor, (en el año de sesenta y uno), que dió de palos y puso en prision cargado de grillos á un miembro de la ciudad por no haberle este querido quitar el sombrero, á consecuencia de lo cual se movió una competencia y grandes altercados entre el ayuntamiento y la audiencia, lo que diera márgen á una fuerte conmocion, si no mediara el virey, que con su acreditada prudencia supo poner fin á la cuestion. Así, pues, el rey ordenó á su visitador que hiciera cesar las visitas de los oidores: que comparecieran en lo de adelante á cualquier tribunal que les pidiera su testimonio: que conociera de sus causas el virey, y otros puntos concernientes al remedio de tales excesos; y finalmente, que cuando acaeciera que el virey, ya por muerte, ya por enfermedad, ya por último, por cualquiera otra indisposicion, se hallara impedido para gobernar, lo hiciera en su lugar la audiencia: providencia oportuna si se atiende á que hasta esta época podia quedar el reino envuelto en la anarquía no hallándose previsto anticipadamente el caso de la falta del virey; pero medida impolítica considerando el carácter de la mayor parte de los oidores.

Mas de diez años hacia en el de sesenta y dos que habian sido descubiertas las Islas Filipinas, y aun no se habian poblado, hasta que Felipe II ordenó á Velasco que lo hiciera remitiendo toda la gente que pudiera reunir.

En este mismo año llegó á México ya casado el marqués del Valle de Oajaca, hijo de Hernan Cortés, despues que hubo permanecido entre los Flamencos durante algun tiempo.

(1563.)—Precursor de un sin número de males llegó á la Nueva España el visitador Valderrama, abriendo su visita el año de sesenta y tres, con duplicar los tributos á los habitantes *en obsequio* de las benéficas instrucciones que segun tenemos asentado, se le dieron en la corte. Los vecinos de la capital le representaron por la diminucion del impuesto, alegando en su apoyo la costumbre que tenian de no pagarlo nunca, costumbre observada constantemente desde los tiempos del gobierno de los monarcas aztecas, y durante los posteriores de la dominacion española, y la cual se fundaba en que no poseían bienes raices para poder contribuir, y que por otra parte lo hacian per-

sonalmente acudiendo á las obras públicas de la ciudad desde la conquista. El visitador solo dió por respuesta la cobranza del tributo, lacónica á la verdad, pero muy propia de su carácter. Viéndose los infelices mexicanos desairados en su solicitud, acudieron al virey que miraban como padre comun y de quien esperaban el remedio; mas en vano, el virey nada podia, ni por su influjo personal, ni por el respeto á su dignidad, así es que solamente los consoló: no pudo hacer otra cosa. Desde entónces se dió al visitador el renombre de *molestador de los indios*, con el que fué conocido despues. En tanto que Valderrama entendia en la visita y que se hallaba entregado á ella, Velasco cumplia las órdenes de Felipe, aprestaba la armada que habia de marchar á Filipinas, la organizó é hizo anunciar su salida para el año próximo.

(1564.)—Llegó este, y con él un cúmulo de calamidades á los hijos de la Nueva España. Fué en él nombrado alcalde de la Mesta, Juan Xaramillo, hijo, á lo que entiendo, de la famosa Doña Marina, y por mandamiento del visitador se nombró algualcil mayor á Cortés, hermano de padre del marqués del Valle, de su mismo nombre, Martin, é hijo del conquistador, de modo que sirvieron en el ayuntamiento en este año, dos hijos de la Malintzin (4). Las tropas destinadas para Filipinas, estaban ya prontas á emprender su viage, y en dias de verificarlo lo suspendieron por el quebranto de salud del virey, quien se hallaba en cama hacia algunos dias, atacado de un mal de orina que por mucho tiempo le habia hecho padecer. Agravóse la enfermedad por momentos, y el treinta y uno de julio espiró Velasco, con universal sentimiento, así de mexicanos, como de españoles, quienes dieron muestras de verdadero dolor, pues le tenian, segun dije arriba, por padre comun, y su buena conducta le mereció el título de *padre de la patria*, y á fé que lo fuera y el libertador tambien de los indios, como con justo motivo le ha llamado alguno.

A su muerte no solo se encontró que no habia enriquecido con los caudales públicos, cosa bien rara entre gobernantes, sino que se hallaba aun recargado de deudas á causa de su estremada pobreza. México honró su memoria en su sepultura, la cual le fué dada con gran pompa, hasta entónces no vista. Al efecto salió su cadáver de la casa en que dejó de existir, acompañado de todas las corporaciones civiles y eclesiásticas, presididas por la ciudad, la audiencia y el visitador, cargado el cuerpo en hombros de cuatro obispos que con otros dos se hallaban en México á la celebracion de un concilio. Las exequias se le hicieron en Sto. Domingo donde fué sepultado (5). Despues de algunos años que se concluyó la Iglesia nueva, su hijo D, Luis, siendo virey, pasó á ella sus huesos y le erigió un magnífico sepulcro en el lado del evangelio (6).

La marcha de la conduccion del cadáver la cerraban los 600 hombres que se hallaban dispuestos para Filipinas. Concurrió al entierro un inmenso gentio, pero no llevado de curiosidad, sino de un profundo sentimiento: todos le lloraron y sin que hubiera sido dispuesto

(4) Como parece una contradiccion que Martin Cortés sea hermano de Xaramillo, cuando he dicho en la pág. 44 columna 1.ª artículo *La Malintzin*, que del hijo de esta y Cortés descienden los marqueses del Valle, me ha parecido oportuno aprovechar esta ocasion para manifestar que el heredero y sucesor en el mayorazgo del conquistador, fué su hijo Martin, habido en matrimonio, y no el natural, como equivocadamente lo habia [illegible]tado.

[5] Todos los historiadores convienen en este hecho de la sepultura y en el de la traslacion de los huesos á la Iglesia nueva: esta parece es la actual, mas no se conserva en ella vestigio alguno del sepulcro, yo he consultado sobre el particular y nada se sabe de cierto segun los informes que he tenido, pues que ni aun las crónicas del convento parece que lo refieren.

[6] Así describe un historiador sus funerales:„.... cuya muerte fué llorada de todos, sentida de los mas estraños, acompañado su cuerpo no solo de los sacerdotes de simple sacerdocio, sino tambien de 6 obispos que se hallaban presentes en esta ciudad, en un sínodo provincial que se hacia, antecediendo los cabildos eclesiástico y secular, acompañado como capitan general de mas de seiscientos soldados, que en aquella sazon se habian alistado por órden del mismo difunto para la jornada de la Especeria" [Filipinas]: „los reyes de armas iban delante; las cajas y tambores destemplados y roncos; caballos enlutados, despalmados y cojos"... refiere despues que asistió una numerosa concurrencia compuesta de personas de todas clases y estados, y continúa:" ... Con ésta pompa y magestad llevaron éste cuerpo difunto al convento de Sto. Domingo de ésta ciudad donde fué enterrado en la Iglesia vieja. Murió en las casas de Hortuño de Ibarra, que agora son de Agustin Guerrero; y aunque cuando murió éste cristianísimo príncipe fué enterrado su cuerpo en la Iglesia vieja [como dejamos dicho] despues fueron trasladados sus huesos á la segunda que se hizo: trasladólos el Exmo. D. Luis Velasco su hijo, siendo virey de ésta Nueva España, la primera vez [de dos que lo ha sido, cuyo gobierno de la segunda, digna, prudente y cristianamente hoy ejerce] *en un sepúlcro muy artificioso, el cual está situado en el lado del altar mayor, á la mano del evangelio, obra cierto maravillosa* y digna de tan valeroso príncipe y capitan.—Torq. Monarq. Ind.

por autoridad alguna, le guardaron luto durante un mes: tal le amaban, tal falta les iba á hacer, como que apenas murió, comenzó ya á resentirse con males que los religiosos franciscanos anunciaron al rey en una carta que le dirigieron (7)

[7] La carta cuyo trozo á continuacion insertamos, que es del Provincial y Difinidores de la Provincia del Santo Evangelio, dirigida á Felipe II, en 28 de agosto de 566, es el testimonio mas irrecusable que puede darse en prueba del gobierno paternal de Velasco, y la mejor recomendacion que puede hacérsele: dice de este virey.... „y así no dudamos, sino que teniendo Vuestra Magestad atencion á sus muy leales servicios, y á las suplicaciones de muchos, que con justo título y sobrada razon, intercederán en este negocio, será servido de remunerar en sus hijos, lo que solo les dejó por herencia de los trabajos, que es dejar á Vuestra Magestad obligado á hacer grandes mercedes. Lo mucho que este buen capitan y fidelísimo gobernador trabajó en esta Nueva España, no se puede esplicar con breves palabras, ni queremos tampoco gastar muchas para este efecto, por evitar prolixidad, y porque Vuestra Magestad *lo entenderá ántes de muchos años muy á la clara, en la falta que su persona hará de aquí adelante*, para el buen gobierno de estos reinos. Murió *pobre de hacienda*," [á fé que entre nosotros no habrá uno solo de quien pueda decirse otro tanto,] „y mucho mas en la buena conciencia."

Aquí concluyó el gobierno del segundo virey, que estraño cómo pudo estenderse hasta 14 años, cuando habia dispuesto el soberano, que á excepcion de Mendoza, ningun virey pudiera ser mas de 6; y por cierto que en los historiadores no he visto que á alguno le haya llamado esto la atencion: puede solamente conjeturarse que atendiendo á su buena y acertada política se le prorogara espresamente su comision: lo evidente es que la dejó cuando terminó su vida para abrir un nuevo periodo, y por cierto que infausto, á la historia de la Nueva-España (8).

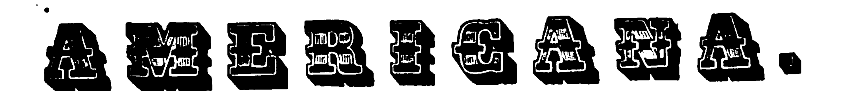
CARLOS M. SAAVEDRA.

Esto lo tomamos de Torquemada, del que hemos sacado nuestros apuntes para este artículo, así como del Padre Cavo y Herrera, aunque este último nos merece muy poca fé por su parcialidad.

[8] No sabemos cuando le fué dado el título de conde de Santiago, pues solo tenemos noticia de haber sido el primero que lo tuvo por el retrato del Museo Nacional, y á cuyo título suponemos fundadamente se hizo acreedor por su buen comportamiento. Creemos tambien que se le dió siendo ya virey, por razon de ser mayorazgo de la Nueva-España, y que conservaron sus descendientes hasta el año de 1820, en que por decreto de las cortes españolas quedaron abolidas todas las vinculaciones.

CARTAS SOBRE ALEMANIA

POR UNA SEÑORITA



Uno de nuestros compañeros en la redaccion de este periódico, nos ha proporcionado un manuscrito bastante curioso y que tenemos la satisfaccion de comenzar á trasmitir ahora á nuestros lectores. Su objeto es describir un viage á Alemania, y apesar de que la autora no tuvo indudablemente la intencion al escribir sus cartas de que estas viesen la luz pública, el estilo es tan sencillo, las pinturas de aquella parte de Europa, tan exactas y bellas, las reflexiones tan justas y adecuadas, que no hemos vacilado un momento en obsequiar á nuestros generosos suscritores con esa obra, que á su mérito reune la (para nosotros) apreciable circunstancia de ser de una hija de América.

Sensible nos es advertir que el testo se encuentra mutilado en algunas partes, mas afortunadamente son pocas y en trozos muy cortos.

Baste de prólogo y no tengamos por mas tiempo suspensa la curiosidad del lector.

I.

Julio 17. Dresde.

Esto sí que fué otro cantar: hasta ahora hemos viajado en nuestro coche á la hora que mejor nos cumplia, no haciendo mas que aumentar la paga del postillon, si tenia que

aguardarnos como no dejaba de suceder una que otra vez; pero esta mañana ya fué otra cosa. ¡Como por encantamento nos vemos en esta capital! Teniamos que levantarnos á las cinco de la mañana para estar en el *rail-road* ántes de las seis. Nos despertaron á las cinco y media, y cuando ménos lo pensabamos, nos vino á decir L. faltaban no mas que diez minutos para las seis, los justos que se necesitaban para ir hasta allá en coche. Ya puede V. imaginarse nuestra precipitacion *Leocadina*. Esta, por de contado, salió con media *toilette* en las manos, y hecha una Magdalena con el pelo suelto, y para aumento de angustias, al mismo tiempo de llegar á carrera tendida, ,,tilin, tilin, tilin,» último aviso á nuestro parecer de la campana para llamar á los pasageros y partir. Mamá, sin ponderacion, se volvió una pluma, y nosotras unas sílfides, y de un vuelo las tres nos pusimos en el coche que veloz partió al cabo de medio minuto y no mas. Por fortuna, que el equipage se habia embarcado una hora ántes que nosotras.—Me pareció un sueño delicioso despues de la lentitud de los postillones, atravesar de nuevo rápidamente campos, prados, valles y selvas, y me trasladé á aquel feliz momento en que con V. al lado, y mi canastillo lleno de manzanitas de Lebanon dejamos este delicioso lugar en (1) *stage*, hasta Troy, para tomar allí el camino de hierro hasta Saratoga. ¿No se acuerda V., papá mio? Fué uno de los *rail-roads* mas agradables que anduvimos. ¡Y ahora en Europa!—En tres horas y media nos pusimos en Dresde, donde nos hemos alojado, en uno de sus mejores hoteles, lo que tanto contribuye al gusto y aun felicidad, y acabamos de remitir las cartas de recomendacion y crédito para uno de los banqueros de esta capital, y como nos proponemos pasar aquí unos ocho dias, preciso es que vaya á hacer la distribucion de mi toilette que me propongo sea esmerada.

II.

Julio 21, Dresde: á las diez de la noche.

¡Para siempre me acordaré de los cinco dias que he pasado aquí! Quiero hacer á V. una larga y exacta relacion de lo que hemos hecho, y de lo que nos hemos divertido en Dresde. M. P. M. K., que al momento de haber recibido nuestra carta vino solícito á ofrecernos sus servicios, es hombre de muchísima amabilidad, y quiso presentarnos á su mamá y hermanas, toda familia respetable: fijamos una tarde, y en el entretanto él se brindó á acompañarnos á visitar uno de los puntos de vista mas bonitos de Dresde. Salimos, pues, con él, y en efecto, nos hizo gozar de un paisage delicioso. Nos llevó á una especie de café fuera de la ciudad, á orillas del Elba, donde vimos señoras refrescando y tomando sorbetes. Llaman á este lugar Findlater: entramos en el café que tiene una altísima torre, donde subimos para gozar de la vista. El apacible Elba corria mansamente rodeado de la mas pintoresca naturaleza. De nuestro lado veiamos bosques espesos, verdes colinas y montañas elevadas, á cuya falda y al pié del rio, aparecian mínimos pueblecitos, uno de los cuales fué la cuna del poeta mas célebre Aleman. Del lado opuesto se veia una parte de la ciudad y llanuras cubiertas de tapiz natural. La tarde era hermosa, y dimos gracias á K. de habernos proporcionado tan bella distraccion. Como nos quedaba un dia ántes del fijo para ser presentadas en su casa, lo empleamos en visitar la galeria de cuadros que ansiabamos ver. ¡Ay! . . . . . .

. . . .

Rafael fué sin duda transportado á los cielos para poder copiar la cabeza de los querubines que sostienen la nube, sobre la cual la Purísima Concepcion huella la serpiente, enroscada en la media luna. Mas si me detengo tanto tiempo en cada cuadro como me he detenido delante de este, bien necesitaria tiempo indeterminado para recorrer estas vastas galerías, que encierra cada una cuadros de inestimable valor. Salgamos pues, para ir á dar un paseo en el ameno y vastísimo jardin público, donde respiramos el aire libre del campo. Es Dresde una de las capitales mas antiguas, y todos sus edificios son negruzcos y de aspecto imponente, lo que no la hace ménos interesante al viajero, que encuentra en ella los encantos de la naturaleza. . . . .

. . . .

¡Mas qué remedio! Yo me habia formado una felicidad de subirlas y bajar á sus valles regados por el Elba, y mamá no ha querido realizar mi delicioso plan, temiendo el sol y queriendo absolutamente reposar aquí de las fatigas y escursiones de Potsdam, para proseguir nuestra ruta ó peregrinacion. Mas hablemos ahora de nuestra presentacion á la familia de K. Vive esta en una casa de campo preciosa, á orillas del Elba: ¡en tan agradable

(1) Diligencia.

mansion pasan la estacion de las flores y de las frutas: y á la sombra de los árboles: en un jardin matizado de ricas y fragantes flores, encontramos sentados á su madre y hermanos, al rededor de una mesa cubierta de fresas, de frambuesas, de crema, de dulces y bizcochos. Con gran seriedad nos saludamos sin darnos la mano, lo que en Europa es costumbre cuando no hay confianza, y entre nosotras gran impolítica si dejara de hacerse en todos casos. Debe V. saber para entrar en todos los pormenores de esta cómica y agradable visita, se ignora aun la existencia de las Antillas, si no es casi de la América entera, y se la figura un feo pais montañoso, fragoso, de habitantes negros montaraces que viven al cielo raso, á la inclemencia, y con tanta civilizacion como puedan tener las fieras con que viven, garras y colmillos para defenderse de sus ataques. En lo general nuestra isla se conoce como una colonia que no puede tener nada mas bueno que su tabaco, su azúcar y café, y gracias. Con esta idea de nosotros pobres colonos, se nos recibió en consecuencia con grande circunspeccion, y nosotras que ibamos ya preparadas, nos dábamos aire de francesas, y era de verse la admiracion casi tácita con que nos examinaban, buscando en vano alguna cosa que les chocara, como oirnos hablar algun idioma salvaje, vernos saludar con los brazos cruzados en el pecho, tener los dientes entresacados y la tez tostada; ignorar el uso de las sillas y del cubierto, abrir los ojos y la boca cuando oyéramos hablar una lengua civilizada. La madre era sobre todo un coloquio. Con el *sansfaçon* de una vieja y curiosidad poco delicada, nos preguntaba.—,,Y dónde han aprendido vds. el frances? ¿Acaso tienen vds. por allá maestros? Y díganme, el color natural del pais es el negro, ¿no es verdad?» Nos preguntaba y queria informarse (á su modo de ver, sin que lo notásemos) sobre nuestro carácter, sobre nuestro modo de viajar, y sobre nuestras costumbres, nuestras riquezas, nuestras distinciones, nuestra civilizacion y gobierno. Yo me hice la simple é inocente, y con estrema naturalidad respondia á todo amable y sencillamente. Admirada cada vez mas de no encontrar en nosotras nada chocante, volvia á preguntar. ,,¿Et quets son vos moeurs»?—,,Oh mesdames, tout a fait differents des votres.» Respondia yo con énfasis.—,,Mais pourtant, ajoutaient elles toutes emerveillées, vous étes en tout egales á nous, et bien plus aimables.» Por lo que hace á nuestras cabañas sin techo, se convencieron al fin, eran casas iguales á las suyas, así como sus habitantes, pero siempre creyéndonos una admirable excepcion en donaire y gentileza, en educacion y finura. Miéntras tanto eran de oirse las preguntas y respuestas de mamá, que á su turno le dirigia la palabra la señora en italiano, sirviendo de intérprete la hija mayor que se preciaba de comprender el español, por la analogía que hay entre las dos lenguas. En efecto, una que otra cosa se entendian; pero eran tan singulares las esplicaciones que se hacian algunas veces mútuamente, y tan particular el desconcertado sentido y traduccion que daban á lo que no entendian, que á pesar de lo muy engolfada que yo pudiera estar, en mis relaciones de costumbres y hábitos criollos, volvia rápidamente la cabeza hácia los tres interlocutores, pudiendo apénas contener la risa, y unas veces las sacaba de las erróneas traducciones que hacian de lo que mamá les decia, y otras las dejaba maliciosamente caer en las graciosas aserciones que sentaban con gran convencimiento; por ejemplo, le preguntaban á mamá como podia viajar sin una criada, á lo que ella respondia: ,,que habia sacado una muger blanca de la Habana en su primera navegacion, por que se habia persuadido de los inconvenientes de traer consigo una de sus esclavas; y que la blanca, mas le habia servido de estorbo que de otra cosa, viendo por esperiencia era mas cómodo y útil pasearse sin ninguna.»—¡Ah! respondió la hija mayor, dirigiéndose á su madre: ,,dice la señora que sacó una esclava negra de su casa, pero que el embajador le aconsejó en Nueva York que la dejara á su cuidado, siéndole mas conveniente pasar á Europa sin ella, y que él se encargaba de enviársela despues.» Y mamá bajó la cabeza en señal de aprobacion. Apénas podia contenerme de echar una carcajada de risa, así como L., quien poniéndose de acuerdo con una mirada, no dijo una palabra. Cuando á sus reiteradas súplicas nos prestamos á cantar algunas pequeñas canciones, entónces poco faltó para que nos creyeran ángeles bajados del paraiso, y persuadidas al fin de que en un todo estábamos educadas como ellas, fueron poco á poco deponiendo la reserva y seriedad, y todo se volvió cordialidad y franqueza, y deseos vivos de conocer á la isla de Cuba, que tales tesoros encerraba. Se brindaron á acompañarnos á visitar lo mas notable que encerraba Dresde. Con ellas ya hemos visitado por segunda vez la galería de pinturas, y nos hemos paseado en el jardin que llaman de Brakl, dentro de la ciudad; en un terraplen sembrado de frondosos árboles y con una baranda á lo largo, que cae sobre el Elba,

cubierto de botecitos, y ya surcadas sus aguas por los vapores recientemente establecidos. Apoyadas sobre la baranda, gozábamos de esta agradable y animada vista, hermoseada por el magnífico puente de once arcos, que aquí atraviesa el rio. Este puente es célebre por la suerte que esperimentó en la guerra de 1813, en que á pesar de la resistencia del pueblo, fué partido para impedir el paso del enemigo; mas lo que fué destruido está ya reedificado.

Hemos ido al teatro que verdaderamente no pudiera tenerle mas mezquino la mas miserable aldea; se está construyendo al lado mismo uno, que segun dicen, será magnífico y de arquitectura nueva y particular. Nos tocó oir en la Norma á la famosa Unghar, aunque ya en decadencia y recibida aun con entusiasmo en los teatros alemanes por su accion, siendo sin duda consumada actriz. Hoy domingo, despues de haber oido misa en la magnífica iglesia católica de la Corte, donde se oye tambien una excelente música, nos vino á buscar K..... á eso de las tres, para llevarnos á su casa donde estábamos convidadas á comer. Encontramos á las jóvenes muy aderezadas y con algunos convidados; entre ellos la Unghar. Una preciosa comida nos fué servida. Durante ella, tuve yo conversacion animada con uno de los hermanos, que era poeta, y por consecuencia romántico y entusiasmado, y me recitaba versos en *latin* en loor de las pobres inconquistadas, que ahora ensalzadas, no hacia poco habian sufrido escrupuloso exámen. Acabada la comida salimos todos á pasearnos en el jardin, y nuestras nuevas amiguitas adornaron nuestra cabeza con ricas y fragantes rosas de Alejandría. Vueltas de nuestro paseo nos sentamos al pié de un árbol, y L..... fué á colocarse debajo de un naranjo en flor; acercóse á su lado un jóven polaco, que habia sido convidado, y así, á algunos pasos de distancia, me distraía de los que estaban á mi lado, para seguirlos á ellos dos con la vista, pues ya sabia de lo que hablaban, y me interesaba. Era ese polaco adorador de los españoles, y detractor de sus colonias, asentó sin ninguna delicadeza, que nosotras valiamos segun el placer de los españoles de ensalzarnos ó de rebajarnos, y añadió con estoicismo *revoltant*, que los negros eran brutos que necesitaban del rigor, así como nosotras, que teniamos tanta tendencia á la insurreccion.—En mi vida creo habrá aparecido sobre mis lábios una sonrisa mas despreciativa que la con que honré de léjos tan disparatado concepto. A L.... de ménos sangre fria que yo, se le saltaron las lágrimas de rabia, y le honró con un ,,*Vous dites des sottises*" que él acogió con política sonrisa. Encendida de despecho, y con aire de soberano desprecio, le dejó con la palabra en la boca, y vino á sentarse á mi lado, á una mirada que le dí, reprendiéndola de su indiscrecion en dar así rienda suelta á su carácter y opiniones. Pero lo hacia de un modo tan encantador, que si posible era excitaba la falta de delicadeza del señor polaco, que parece se encantaba y divertia con el fuego que vibraban sus ojos, y la animacion de su semblante al rebatirle, añadiendo á cada opinion suya—,,Vous etes un sot."—Ay! papá mio, ¡en vano quiere uno despojarse de los sentimientos patrios! ¡en vano quiere uno armarse de estoicismo, y ser indiferente á todas las opiniones imbéciles ó bien fundadas de los hombres! yo lo sé, estoy persuadida de que no tenemos patria, de que allí todos somos esclavos, y de que los esclavos no pueden tener nobleza, ó lo que aquí llaman aristocracia: yo sé bien que estas serian patrañas, si nuestros compatriotas, nobles de alma y orgullosos, no tonta ni neciamente vanidosos, supieran darse lugar y formarse un carácter; bien sé juzgarlos, y bien conozco nuestra condicion; y sin embargo, quisiera volverme una leona, para sacarles los ojos á todos aquellos que nos denigran y nos desprecian, como es lo general. Esto me hace odiar á todos los europeos, y pido á Dios engrandezca nuestra Isla y sus habitantes, para poderlos despreciar á mi vez como desde ahora lo hago secretamente. No pudiendo ensalzar sino su clima y su naturaleza, me desquito con poner á los Estados-Unidos en los cuernos de la luna, cada vez que encontrándome con un ingles, éste con rencor mordaz é implacable los llama patanes, egoistas, ladrones, cuya prosperidad no será sino de un dia. Aquí doy rienda suelta á mi exaltacion, y les digo son padres envidiosos, que quieren desconocer en vano la grandeza rápida de sus hijos, porque rivaliza con la suya de siglos, miéntras la de ellos es de uno. Se admiran de mi fuego en defender á los americanos del Norte, y me preguntan, qué interés puedo yo tener en ello.—Es mi patria adoptiva, respondo, y añado entre mí: un dia puede ser lo será efectiva. ¿Qué dice V. de estos sueños ilusorios? Tenia razon el Sr. T... en perseguirnos como insurgentes. Yo al ménos, á Dios bendito, lo soy declarada, aunque lo tengo guardado en el fondo de mi corazon: ¿pues de que me serviria demostrarlo, miéntras fuera instrumento aislado é inofensivo?—Callémonos enhorabuena, y sigamos el curso apacible de mi relacion.—Sentados en el jardin, llegaron dos ó tres familias mas, entre ellas una señora como de treinta años, que me designaron como

poetisa de gran talento, y traductora de D. Quijote: sin embargo, ella se atrevia apenas á dirigirme una que otra palabra en español, falta de práctica en hablarle, lo que no impide poseerle perfectamente para la traduccion.

Ya venida la noche, subimos todos al salon, y la Unghar nos regaló con varias canciones y arietas en las que creí oir á Margarita O-Brian. —L.... tambien nos hizo oir sus acentos de gilguerito silvestre. Durante la cena, compuesta de dulces, frutas y refrescos, y amenizada por la mas agradable confianza y cordialidad, que reinaba en el semblante de esta afable familia, comunicándose á toda la reunion, me presentaron un célebre pintor moderno que espresamente convidaron, para que nos conociera, y que no emplea su talento sino en sacar las fisonomías de célebres é ilustres hombres y hermosuras; pero como todos los hombres tienen sus momentos de ceguedad, el quiso echar á perder su precioso album, añadiendo á su escogida coleccion la traviesa fisonomia de una humilde criolla: por fortuna suya nos hemos resistido tanto á sus súplicas como á las de toda esta apreciable familia, que no nos perdonan las dejemos tan pronto, y aun nos proponen, que si nos quedamos algun tiempo mas, nos acompañarán á la Suiza Sajona. No puede V. figurarse su empeño porque nos quedemos una semana mas siquiera. La señora, las hermanas nos acarician cual íntimas amiguitas antiguas, y sin duda son preciosas criaturas, que no olvidaremos nunca. Sin embargo, los caballos de posta ya están pedidos para mañana antes de las 7, y fué este el pretesto que dimos para retirarnos antes de las 9.— Está la casa situada enteramente á orillas del Elba, y habiendo despedido nuestro coche, aceptamos el bote de la familia, que es pesado y chato, como los que se usan en este rio, y donde rema un solo hombre de pié. La noche estaba oscurísima y llovía mucho. Nos acompañaban con una linterna cuatro galanes, entre ellos M. K.... y llegados á la ribera la llúvia aumentó fuertemente. Parece mentira que en una capital de Europa, de esta Európa antiquísima, se encuentre un rio navegable, donde ya se han establecido los vapores, sin que haya un muelle donde desembarcar, no se dice con comodidad, pero al ménos con seguridad. Así es que desembarcamos en una ribera alta, desigual, húmeda y resbalosa naturalmente en sumo grado cuando llueve: de suerte que fué un milagro que en la absoluta oscuridad, á las tres, ó al ménos á mamá, no le hubiera fallado un pié y caido peligrosamente aunque sostenida cada una por un caballero, y poco faltó para que hubiera sucedido lo contrario, porque yo fuí quien sostuve al que me conducia, que todo mojado apenas podia sostenerse, y se le fué un pié apoyándose en mi mano, en la que encontró firmeza.—Para mí fué esto todo una diversion, y mas cuando en una silla de manos, me ví llevar con pasos ligeros á nuestro hotel, escoltada por los mismos caballeros, y siguiendo atras mamá y L.... en sus respectivas sillas, que son muy cómodas y útiles, sobre todo, en invierno, y que son de uso general en Dresde.—Llegadas con felicidad, y mas frescas de lo necesario, nos despedimos de nuestros caballeros sirvientes, despues de habernos reido y congratulado de nuestros trabajos y mútua ayuda al desembarcar en la ribera abandonada del manso y apacible Elba.—Ahora pues, si V. lo permite, es tiempo de retirarme yo tambien y prestar oido miéntras nos acostamos, á los recuerdos que me hace L.... riendo como una loca de nuestro conocimiento con la familia K...., de sus preguntas, de su amabilidad, y del dia de hoy pasado con ella.—Vé V. que hay mucho de que charlar, segun es nuestra costumbre antes de ir á la cama y aun mucho despues de estar acostadas, hasta que mamá nos gritó. ,,Niñas; no me dejan dormir, silencio!—Pues señor, silencio!

Julio 23.—Toplitz.

¡Que precioso camino conduce á esta lindísima ciudad ya en el imperio austriaco y á donde llegamos ayer en la tarde! sus colinas y valles, son deliciosos y anuncian de antemano la mansion agradable que debe pasarse aquí en esta estacion de los baños, visitados por toda la Alemania durante el verano. Sus diferentes manantiales están al abrigo en diversos hermosos edificios, y el lujo y aseo que reina en ellos, y magníficos hoteles que se habitan adornados de flores, me hicieron acordar de nuestro humilde Sweet Spring, que si no comparable en la hermosura del arte y en la comodidad, al menos era preferible por sus cristalinos y vastos baños en que no como aquí tiene uno que estarse quieto emparedado en una tina de marmol; preferible aun por la rusticidad de sus *cabins* al pié de frondosas encinas septuagenarias. Si el verdor de sus colinas y montañas, si la frondosidad de sus arboles; si la frescura del césped de sus valles no estuvieran amenazados de un riguroso invierno; ¡que lugar de delicia seria ese para

servir de perpetua morada á pesar de nuestro mal contento E.... que no encontraba allí otro encanto que la soledad y paz! ¡Como quien no dice nada!—Mas volvamos á Toplitz.—Ayer en la tarde despues de haber llegado reposamos unas dos horas y fuimos en seguida á pasear por la ciudad; pasamos por el palacio ducal con hermoso y vasto parque, y nos llamó la atencion un salon bajo contiguo, cuya puerta esterior ó entrada, estaba adornada con cortinas encarnadas: es este el salon dedicado á los bailes y daba uno esa noche justamente el rey de Prusia. La princesa Guillerma habia salido de Berlin para estos baños casi al mismo tiempo que nosotras, encontrándonos en un mismo hotel en Leipzig.—La entrada era, creo á dos florines, y si tan solitarios no hubiéramos estado, sin duda nos habriamos animado á ir, para juzgar de esta sociedad selecta al mismo tiempo que mezclada. Nos contentamos con el deseo, y de vuelta nos sentamos tranquilamente en nuestra ventana, divertidas con el continuo movimiento y trenes lujosos de cuatro y seis tiros con elegantes damas, que no cesan de pasar. Mas de seis diligencias, sin contar los coches particulares, se han detenido en menos de una hora á la entrada de este hotel, que es el de la posta.—Como el uso de estas aguas requiere método, y al menos cuatro semanas, nosotras dejarémos su bullicio, y mañana seguirémos adelante para Praga: ¡No admirarse, Papa mio, que todavía no estamos á la mitad del camino!

(Continuará.)

A UN NIÑO EN LA CUNA.

En brazos de la inocencia
Descansa, niño precioso,
Descansa, que tu reposo
No interrumpirá el dolor.
Y yo meceré tu cuna,
Como las auras de mayo
Mecen el flecsible tallo
De tierna olorosa flor;

Y admiraré ecstasiado
La gracia de tu semblante,
Como contempla el amante
De su bien el sonreir.
¡Con tus dorados cabellos
¡Cuál juguetea la brisa!
Cómo vaga la sonrisa
Por tus labios de carmin!

¿Un ensueño te presenta
A tu madre candorosa
Prodigándote amorosa
Y tierna, caricias mil?
¿O acaso en tu torno vuela
Entre nubes de jazmines
Un coro de serafines,
Con quienes te unes feliz...?

Duerme niño, duerme en paz
Por la inocencia velado,
Como ella descansa al lado
Del trono augusto de Dios.
Y no despiertes, mi vida,
No despiertes, que dormido
No te veras perseguido
Por el tedio y el dolor.

Cándida flor, que al despuntar el dia
En que el ángel de púdicos amores
Sobre el mundo sus alas estendia
Brotaste entre agudísimos dolores.

Flor sin mancilla, cuando allá en el cielo
Ornabas la diadema del Eterno,
¿Porque te plugo descender al suelo
Para luchar sin fin con el infierno?

Sobre tu tierna, delicada frente
De la inocencia celestial emblema,
Escrito llevas ya, pobre inocente
Del Dios de lo creado el anatema.

Siento que se humedece mi mejilla
Cuando te veo, como ve el marino
Inesperta bogar débil barquilla
Despreciando el furor del torbellino.

Hora duermes, mi bien, pero tus ojos
Al abrirse quién sabe si en el cielo
El signo mirarán de sus enojos
Y serás condenado á amargo duelo.

Entonces ay! la deliciosa brisa
Que hora respiras perderá su aroma,

Y la vida odiarás, tierna paloma,
Huiráse de tus labios la sonrisa.

Hoy puras corren de la edad primera
Las raudas horas por tu blanca frente,
Como puras recorren la pradera
Las cristalinas aguas de la fuente.

¿Y despues? y despues todos los seres
Brindaránte el deleite, angel bendito,
Te dormirás, como hora entre placeres
Y al despertar te manchará un delito.

Pero no, que de tus dias
Una madre cuidará
Y del mundo y sus orgías
Y sus vanas alegrias
Con teson te apartará.

El cielo te ha concedido
En ella el mayor tesoro;
Si alguna vez dolorido
Tu pecho ecshala un gemido,
Ella enjugará tu lloro.

Hora y siempre, vida mia,
Vela tu sueño profundo
Como de noche y de dia
La incomparable María
Cuida afanosa del mundo.

Nada temas á su lado,
Que ella su vida dará
Por el hijo idolatrado
Que en su corazon grabado
Mientras respire estará.

Mas tú descansa entre tanto
En brazos de la inocencia
Arrullado por mi canto.
¡Que las penas y el quebranto
No emponzoñen tu ecsistencia!

México, Febrero de 1844.—E. VILLAMAR.

EPIGRAMA.

Vendiendo á peso de oro
Tus favores, un tesoro
Reuniste al fin, Clori bella
Y es tal tu signo, ó tu estrella,
Que si dando recibiste,
Fué porque bien comprendiste
Aquello de „*facio ut des:*"
Pon por obra en esta vez
Con el precio de tus gracias
El otro de „*do ut facias,*"
Y á tu talento en el mundo
Lo llamaré sin segundo.

J. M. RODRIGUEZ PEREZ.

A LA LIBERTAD.



Hija del cielo ven, que tus alas de fuego, cubran mi helada frente. Hija del cielo, ven, respire yo tu aliento de aromas y sienta en mi pecho tu inspiracion divina. Libertad santa, hija de cielo, vuela hácia mí, tiende tus alas magestuosa como la águila del desierto; desciende del cielo y posa sobre la tierra, como posa el íris cuando abraza en su arco el ambiente del firmamento. Hermosa como el pensamiento de la divina inteligencia, creacion del Señor, yo te saludo. Desciende del cielo, escucha mi ruego. Tu presencia inflamará el pecho de mis hermanos; quemarán inciensos en tus altares, y respirando sus perfúmes, se sentirán libres y felices. Hija del cielo, mi corazon será tu templo, porque yo te amo; te amo como al sentimiento de mi ser, y tu imágen me estasía si la contemplo, como me estasía la perspectiva de las selvas, de los montes y del Oceáno. Libertad, sacrosanta libertad, desciende del cielo, vuela hácia nosotros, vuela á cumplir tu mision sobre la tierra, que tu mision es divina y grande. Grande como el pensamiento que te crió, como el pensamiento del Omnipotente; porque el Omnipotente formó al hombre á su semejanza, y la semejanza del Señor debe ser libre; y por esto te puso en la mente de los hombres. Mas los hombres han desoido la voz del Criador y se han humillado y perdieron tu inspirácion divina.

Y por esto te alejaste de ellos, y atravesando el espacio, volaste al cielo, y fijaste allí tu morada; esa morada que mira con angustia el oprimido, invocando tu favor. Libertad, hija del cielo, te alejaste de los hombres, oiste el ruido de las cadenas y la voz de los opresores, viste á los oprimidos negarse á tu inspiracion, viste estremecerse sus miembros cobardes. é indignada alzaste el vuelo y te refugiaste en el trono del Señor. Allí, cuando entre el incienso de las humanas oraciones percibe tu oido el grito del esclavo y el crugir de sus cadenas, unes tu plegaria al coro de los àngeles, y cuando mirando al mundo ves al tirano oprimiendo la cerviz de sus hermanos, bates entónces indignada tus alas de oro y de diamantes, y su sonar terrible llega á la tierra, y hace estremecer al criminal tirano.

Hija del cielo, vuelve á los hombres, estermina á los tiranos, cumple tu mision. Aparece radiante como la mirada del Señor, que los tronos temblarán, temblarán los cetros y las

armas; y los tiranos deslumbrados con tu luz terrible, rodarán acaso hasta estrellarse en el fondo del abismo. Vuela, hija del cielo, ven, tus hijos te formarán tronos de las coronas y de los cetros, y el pedestal de los cráneos de los tiranos. Vuela, tiende tus alas de diamantes, magestuosa como la águila del desierto; sacude tus brillantes alas al pasar junto á los opresores, y desaparecerán como desaparece la arista leve al soplo del huracán terrible. Ven hija del cielo; y los hombres se prosternarán ante tí y erigirán en templos tuyos sus ardientes corazones; ven, yo seguiré tu inspiracion, porque mi corazon te ama como ama el peregrino la fuente en el desierto. Ven, hija del cielo. Cumple tu mision divina, inflama á mis hermanos, ellos seguirán tu inspiracion, derribarán á los tiranos, hollarán su cetro, mirarán al cielo y serán libres y felices.

J. M. DEL C.

A MI AMIGO

D. MANUEL OROZCO Y BERRA.

¡Oh! si posible fuera,
Con poderosa mano,
Parar del tiempo la veloz corriente,
Que arrebata ligera,
La poca dicha que el destino insano
A los mortales disfrutar consiente!
Despéñase el torrente,
Y arrastra en su carrera
La rubia sementera,
Dejando el prado ameno
Cubierto con el bálago y el cieno;
Y al resbalar las horas,
Así del corazon van arrancando
Risueñas esperanzas de ventura,
Y en su lugar dejando,
Dudas y desengaños y amargura.
No es, en dorado vaso,
Lícito al infeliz libar la dicha:
Su manantial escaso
Entre rocas deslízase furtivo,
Y al acercar su labio el desgraciado
Al cristal fugitivo
Que entre las guijas bulle,
La fresca linfa de sus labios huye.
¿Porqué siguiendo el resplandor mentido
De los deleites el mortal se afana,
Si el presente placer será mañana
Un recuerdo tenaz del bien perdido?
Duran lo mismo el dia de pesares
Y los que dichas traen;
Así como en la playa de los mares
Con intervalo igual las olas caen,
Y la que deposita
Preciosa margarita,
Llega á la playa, espira,
Y veloz cual las otras,
Con la valiosa perla se retira.
Del rio de la vida en frágil leño
Nos arrebata la fugaz corriente,
Como á niño inocente
Que en suelta barca se abandona al sueño
Inútil nuestro empeño
Es por gozar las flores
Que adornan la ribera,
Pues al asir la rosa purpurina,
La mano siente el daño
Que le causa la espina
Oculta en el rosal del desengaño.
¡Feliz quien olvidando lo pasado
Y al presente dormido,
No es de ardientes deseos devorado,
Ni por tristes memorias afligido!
¡Feliz quien, evitado
El escollo temido,
Deja que el viento vago de la suerte
A las playas le lleve de la muerte!
Mas ¡ay de aquel, que de la falsa gloria,
Corre tras los carísimos placeres!
¡Ay de aquel que revuelve en su memoria
Desdenes y caricias de mugeres!
Ciñen lauros iguales
El heroe que con sangre los regara,
Y el infame que compra
Su mentida grandeza,
A precio vil de intrigas y bajeza.
Las cándidas bellezas seductoras,
Flores son inodoras
Cuyos colores á buscar incitan
El perfume liviano,
Y si tal vez se oprimen en la mano
Por buscarles aroma se marchitan.
Oh! si mi pobre oido,
Cerrar pudiera al báquico rüido,
¡Cuan grato me seria
Menos lejano verme cada dia,
De la dulce ribera
Donde ansiosa me espera
Tanta prenda querida,
Que en esta soledad me abandonara
Al romper las cadenas de la vida!

Puebla, Enero 20 de 1844.

MANUEL M. DE ZAMACONA.

UNA COMEDIA

Y

UNA HISTORIA.

CONOCE V. lector, á un ciudadano que fué su vecino, que es abogado, que vivia en la casa que está exactamente frente á la de V., que vestia paltó, que se pone un birrete, negro ó blanco, no me acuerdo, en las noches de invierno?—Sí; lo conoce V. perfectamente.... ¿No lo recuerda V.?—¡Qué necedad!—¿No se acuerda V. de aquel abogado que confesaba cada semana y comulgaba cada mes; muy honrado, que hacia escrúpulo de cobrar por honorarios lo que señala el arancel, cuando formaba un escrito y....? Ya sabe V. quién es?—No; no es D. Roque. D. Roque es un escrupuloso nécio, y el abogado de quien hablo á V. es un escrupuloso de ingenio.—Mire V.; como las cuotas del arancel son exorbitantes, nunca cobra lo que en él se señala; pero para compensar la pérdida, ha buscado y felizmente ha hallado un espediente muy sencillo que consiste en desleir en ocho pliegos de papel comun y en diez y seis del sellado, un pensamiento que pudiera espresarse en la mitad de uno de esta clase. El arbitrio es inocente y no carece de correlativos, v. gr., estender tanto la letra y separar tanto los renglones que parezca el escrito..... ¿Me comprende V.? Y esto tiene la ventaja de dar tal claridad á lo escrito, que puede leerlo un juez, que es como si dijéramos que lo leia un ciego.—Ahora si, lo conoce V.?--¿D. Martin? no señor; D. Martin es lo que cristianamente hablando, llamamos un *lépero*, abogado que no hace escrúpulo de nada, y que del mismo modo y tan bien se tragaría una rueda de molino como un pastel de á medio.... Mala memoria tiene V. y si no sabe quién es el ciudadano de quien le hablo, no puedo contarle una historia de gran sustancia y delectacion.—Vamos allá: voy á darle á V. señas bien positivas.--¿Quién es el abogado que hace escrúpulo de dar papel de conocimiento á un criado que le sirvió diez años?—Su dialecto, su lógica quiere V. Sino lo conoce por la cara, por lo largo, por.... diga V. como quiere saber y recordar quién es por la lógica? Pero en fin, mírela V.: supongamos que está nuestro ciudadano abogado en su bufete, sentado frente á una mesa, en la que apoya sus dos codos, y que sus manos enclavijadas sirven de almohada á su luciente cabeza. Entra un hombre pasito á paso, su sombrero en la mano: "señor," dice bajito. Nuestro abogado alza la severa faz.—Vengo por mi papel de conocimiento.-- Imposible.--Señor, siempre he sido honrado y fiel....--No señor; en diez años dormiste una noche fuera de casa; tres dias has tardado mas de lo debido en algun mandado.... pero señor....--Eso es un crimen, no doy papel.--Pero señor, si V. no me dá el conocimiento me quedo sin destino y tengo hijos.--Pues amigo, yo no he de mentir;... daré el papel, pero espresando esas faltas muy graves. Y le dá el papel, y sale el hombre que nada tiene de escrupuloso, y reniega y maldice *al amo*.

¿Dió V. con él?--Pues está V., lector, nécio en demasía.--Voy á contarle á V. otra ocurrencia, que supuesto que V. la echa de buen entendedor, con una palabra le basta. Es una comedia: hablan en ella, un hipócrita (el ciudadano abogado), un caballero, un quidam, litigantes contrarios, un anciano sacerdote, escribientes, etc. La escena es en el presente año, son cuatro actos. Y note V. qué bien conservada está la unidad dramática.

Primer acto. Una pieza con estantes (llenos ó vacios) sillas, mesas. El ciudadano escribiendo. Entra el Quidam.--Señor licenciado, mi contraria presentó un escrito, pidiendo se me embarguen bienes.--¡Qué iniquidad! Venga V. mañana, le haré á V. un escrito; pediremos los autos, y ya veremos. Lo llevará V. mañana.--¿A qué hora, señor?--En la tarde.--(Sale el Quidam.... El abogado chilla.--Escuche V. (al Quidam) allá le envió á V. un recibito, á cuenta de honorarios, porque....

2.° Acto. El mismo lugar.--El sacerdote entrando. ¡Salve!--Nuestro ciudadano inclinándose profundamente. ¡Padre, qué placer!--Creí

que estaba V. enfermo; no fué V. á verme ayer: ¡amo tanto á mis hijos de confesion!--Un negocio me impidió, padre mio.... ahora iba yo á buscar á V.; si se pudiera....--Sí, hijo mio: ¡es V. tan timorato! vamos.--Salen. Cae el telon porque se van el sacerdote y el abogado, el cordero y la zorra, el ángel cándido y el diablo astuto.

3.er Acto.--El mismo lugar.—El caballero entrando.—Monólogo.—El señor licenciado no está aquí: lo aguardaré.—(Distraido.) ¡El abogado de la contraria debe de ser un infame!—(Silencio.)—Tarda mucho: (pausa.) Parece que llega.—El ciudadano entrando: señor D.... Me ha esperado V. mucho tiempo?—Si señor; pero me importa mucho ver á V. y.... ¿Qué hay pues, de nuevo?—Presenté el escrito pidiendo el embargo de bienes á la contraria: (la contraria es el Quidam.) Pero se dice que está ocultando sus bienes.

—¡Válgame Dios! Pondremos un escrito ¡cómo ha de perder V. eso!—Se sienta, toma la pluma escribe y luego firma.—Siento haber tardado tanto.... Quizá ya no es tiempo.... Pero me fuí á confesar.... Un hombre que me sirvió diez años me pidió papel de conocimiento.... habia faltado de mi casa una noche en ese tiempo y se dilató mas de lo regular en dos ó tres mandados....... ¡Que compromiso!..... Tuve que darle el papel y aunque espresé las faltas no estaba yo tranquilo...... no podia sosegar..... Volé á pedir la absolucion.....—(Hablan en voz baja.) Luego se despiden. El caballero sale diciendo. ¡Que conciencia tan pura!

4.º Acto.—Que puede servir de nota. El lugar y el desenlace no son conocidos: no acontecen aun pero acontecerán y será de una manera trágica.

¿Sabe V. ahora quien es el ciudadano abogado?—Todavía no?...... Dale con D. Martin; no señor, D. Martin ya dije á V. lo que es.—Y el ciudadano de los tres adjetivos es de tal condicion que al contrario de D. Martin se tragará una piedra, dirigirá y defenderá al actor y al reo en un negocio mismo, se tragará una torre entera, pero déle V. una pastilla, que diga una mentira ligera insignificante, un grano de anís.... dígale V. que lo pase, y toserá, y le verá á punto de ahogarse, y no lo podrá pasar.—¿Al fin supo V.?—El mismo D. Severo, y su apellido?—Heliotropos.—Si señor, D. Severo Heliotropos.—Pues escuche V. la historia.

Hay frente á mi casa una joven de diez y siete á diez y ocho años muy bonita, en la esquina vive un sastre de buena fama, en el campanario de la Iglesia de la vuelta habita una lechuza y junto á la Iglesia hay una botica.—Pues señor; en esta botica sirve un mancebo.... Mire V. lector he observado que la historia es muy larga y que V. está ya bostezando que es la suprema señal del fastidio.—Dejémoslo para otro dia y le contaré de la muchacha y de la lechuza, del sastre y de la botica y del mancebo, porque ya está cansado de escribir.

ANÓNIMO.





UGOLINO.

UGOLINO.

La espada es un mal cetro; tarde ó temprano
hiere al príncipe que se apoya en ella.

SEGUR.

I.

Nuestra imaginacion se traslada con frecuencia á ese periodo misterioso de la historia del género humano, á ese tegido de virtudes y de vicios, á ese rico diamante engastado en plomo vil, á la celebrada edad mèdia. Cuando nuestro pensamiento vaga por esa prestigiosa region, mil personages se agrupan á nuestro derredor. Unas veces el último de los tribunos, el caballero Rienzi, pasa delante de nosotros revestido de su pompa republicana y hollando con firme planta las orgullosas cimeras de los barones de Roma: otras contemplamos arrobados el heróico valor del rey de Inglaterra, Ricardo Corazon de Leon, al combatir por la Cruz en los desiertos de Palestina: en otras escuchamos enmudecidos el terrible acento del Dante, al denunciar á la posteridad los desafueros de sus contemporáneos.

Aquella época de turbulencia, aquel periodo verdaderamente guerrero, fué la cuna de grandes inteligencias, de grandes virtudes y de terribles atentados. Léjos de nosotros el declararnos como sucede á muchos escritores de la época presente, cronistas del crímen; si ahora vamos á trazar la historia de un malvado, es porque esa historia envuelve una terrible leccion, porque en ella se ven hondamente estampados los funestos efectos de la discordia, y porque en fin, el horroroso castigo de Ugolino, siempre servirá de espejo á todos los que quieran erigirse en tiranos de su patria. Afortunadamente la especie humana camina rápidamente en la senda de la perfeccion, y son muy escasos los ejemplos que puedan ofrecerse en el dia del desenfreno de las pasadas edades. ¡Idea consolatoria, que como la paloma del arca, viene á derramar la paz en nuestros corazones!

La vida del conde Ugolino della Gherardesca ofrece bastantes escollos para el biógrafo moderno, porque su conducta equívoca unida á la frecuencia con que se adhirió, ya á uno ya á otro partido, esparcen por toda ella una notable oscuridad. No obstante, el timbre de traidor siempre manchó su blason, y la sangre de sus víctimas jamas ha podido enmudecer; Ugolino comenzó su carrera turbulenta por los años de 1275, época en que Italia se veia desgarrada por las dos facciones encarnizadas de Güelfos y Gibelinos: su familia era una de las mas poderosas de Pisa, y sus maquinaciones ambiciosas no tardaron en dar á conocer á sus compatriotas la serpiente que abrigaban en su seno. Asi pues, el conde se vió inesperadamente acusado de enemigo de la libertad pública, y obligado á buscar un refugio mas allá de los muros de la ciudad. Firme en sus designios fué á pedir asilo al enemigo mas mortal de su patria, á Florencia. Fué recibido con los brazos abiertos y se le confirió el mando de una parte de las fuerzas. Dentro de pronto se organizó una irrupcion al territorio de Pisa, y se verificó sin asignar para ella el mas leve motivo, siendo su resultado la toma de Vicopisano y otros varios castillos. Los florentines se volvieron triunfantes, y los pisanos quedaron exasperados con aquel golpe que les era tanto mas doloroso, cuanto que les habia venido por instigacion de un rebelde. Hicieron varios preparativos, y pocos meses se pasaron ántes de que se presentasen al frente de un ejército respetable, sedientos de venganza. Los florentines no reusaron el reto, y los dos contendientes se encontraron en Castel d'Asciano. Hiciéronse prodigios de valor por una y otra parte, mas al fin los pisanos fueron vencidos, les tomaron muchos prisioneros, y el castillo cayó en manos de los enemigos, quienes lo dieron al pueblo de Lucca.

Esta victoria animó á los desterrados de Pisa, quienes unidos á los florentines, y bajo las órdenes del conde Ugolino, hicieron una segunda irrupcion, tan desastrosa como la primera. El pretesto que para ella tomaron, fue la restauracion de los Güelfos á su ciudad natal; mas la dañada intencion del traidor que los mandaba era muy diversa. Su único objeto era satisfacer la ambicion desenfrenada que le impelia á erigirse en tirano de su patria; y para la consecucion de este abominable proyecto, tra-

taba de debilitarla, puesto que así le ofreceria menos resistencia. Semejante táctica era muy natural en un hombre como Ugolino: no habia podido lograr que la disension carcomiese el gobierno de Pisa; sus pretensiones habian sido abortivas, y buscó en el esterior un instrumento que le ayudase para llegar al punto elevado que con tanto ardor apetecia.

Los pisanos se defendieron heroicamente, mas el resultado de la segunda campaña fué fatal para su independencia. Compelidos á capitular, tuvieron que apurar hasta las heces la copa de la humillacion, y que volver á recibir á tres familias de las mas temibles: la del conde della Gherardesca, la de los Upezzinghi y la de los Visconti. A mas de esto, se vieron obligados á ceder á Lucca los castillos de Castiglione y de Cotrone.

II.

Restablecido en Pisa, Ugolino se cubrió con el velo de la hipocresía, y mostró tanta afabilidad en su trato, tanta sencillez en el modo de presentarse, y un celo tan marcado por la causa pública, que no tardó en hacer olvidar lo pasado á sus conciudadanos y en obtener su confianza. Despues veremos cual fué el resultado de esa confianza: baste ahora hacer la reflexion de que los pueblos, por lo general, son estremados en sus juicios.

Hacia mucho tiempo que existia entre las repúblicas de Génova y de Pisa la enemistad mas rencorosa. Una disputa que tuvieron en Constantinopla algunos comerciantes genoveses y pisanos, fué el origen de una guerra tan dilatada como sangrienta.

En la época de que hablamos, los genoveses prepararon una espedicion naval contra Pisa. Los habitantes de esta, inmediatamente equiparon una armada, y confiaron el mando de ella á Alberto Morosini, á Andreotto Saracino, y al conde della Gherardesca.

Las flotas se encontraron, y despues de un largo combate fué derrotada la de Pisa, por la defeccion del conde Ugolino, quien se retiró en lo mas acalorado de la pelea. No se retiró ciertamente por cobardía, sino porque su desercion decidiria de la batalla, y de esta manera los pisanos recibirian un golpe de grande importancia para el perverso que trataba de sojuzgarlos. Once mil prisioneros hicieron los genoveses, y Pisa se cubrió de luto. Varias fueron las opiniones que hubo en Génova respecto de lo que debia hacerse con los prisioneros; el partido que se tomó por fin, fué inicuo: conservarlos en prision sin darles muerte, con el objeto de que sus mugeres no pudiesen formar un nuevo enlace, y de esta manera se impidiese el que aumentase en Pisa el número de la poblacion. Los güelfos de Toscana obraron todavía con ménos generosidad. Pisa era la única ciudad gibelina de toda la comarca, y deseosos de reducirla á una completa nulidad, formaron una alianza con las ciudades de Florencia, Lucca, Pistoya, Sena, Prato, Volterra, San Gemignano y Colla. El 10 de noviembre de 1284, salieron de Pisa los florentines domiciliados en ella, y esta fué la primera señal de las hostilidades.

No se ocultaba á los pisanos que el conde Ugolino, gibelino por nacimiento, habia conservado relaciones con los güelfos de Florencia, y eran testigos de que con su política tortuosa habia cobrado ascendiente sobre ambos partidos. Cercados de enemigos, víctimas de un revés tan reciente como terrible, recurrieron á un medio peligroso, á un medio que no tiene mas probabilidad de ser bueno que la invariable rectitud de la persona elegida. Nombraron al conde della Gherardesca *Capitano delle Masnade*, puesto que en realidad depositaba en sus manos las riendas del gobierno y le convertia, á escepcion del nombre, en un verdadero dictador. Lo primero que encargaron á Ugolino fué que destruyese la liga formada en contra de Pisa, y cuando esto se llegó á lograr fué á costa de mil sacrificios. El dictador, celoso puramente de su propio engrandecimiento, no vaciló en admitir las condiciones mas vergonzosas y perjudiciales para Pisa, de manera que ésta vió reducirse sus posesiones á los castillos de Motrone, Vico Pisano y Piombino.

Aquella república tan floreciente y belicosa en otro tiempo, no podia contemplar sin exhalar un gemido las ruinas de su pasada grandeza. Su posicion era bien triste, mas cuando á sus pérdidas de cuantía, y á sus quebrantos se vino á agregar la imponderable amargura de un tirano doméstico, entónces estalló su dolor, y tanto los güelfos como los gibelinos se declararon en contra del conde. Su sobrino Nino de Gallura, á fuer de heredero de la familia Visconti, era el gefe de los güelfos, mas no por el parentesco ni por que su tio parecía favorecer su partido, pudo Nino olvidar la antigua rivalidad de sus respectivas familias. Sabedor el conde de las maquinaciones que habia en su contra, tomó medidas violentas; desterró á varias familias gibelinas é hizo arrasar los palacios de diez de los mejores ciudadanos de Pisa, so pretesto de que estaban en relaciones con ellas.

No por esto se desanimó el juez de Gallura;

antes bien estrechó su alianza con los gefes de los gibelinos, los Gualandi y los Sismondi, y trabajó con teson porque volviesen á Pisa los once mil prisioneros de Génova. Ugolino se opuso á esta medida con igual ardor, porque conocia que le seria muy contraria á sus miras, y Nino trató de sublevar al pueblo en contra de él, pero le fué imposible conseguirlo. Entónces tomó otro camino y acuso al conde della Gherardesca ante los cónsules y los *Anziani delle arti*, de que habia estendido su autoridad mas allá de los límites que las leyes le fijaban, de que se habia apropiado el oficio de podestá y apoderádose del palacio *della signoria* que no le habia sido concedido por el pueblo. Los magistrados ordenaron en efecto á Ugolino que evacuase el palacio, y que no se mezclase en los asuntos de la república. Disimuló su rabia y obedeció, mas inmediatamente comenzó á armar á sus partidarios: el juez por su parte hizo lo mismo.

Tal era el estado de las cosas cuando el podestá de Pisa arrestó á un tal Coccio di Guido por infraccion de la ley que probibia la portacion de armas. Coccio èra pariente del conde della Gherardesca, y este inmediatamente mandó órden al podestá de que le pusiese en absoluta libertad. El podestá no se atrevió á obedecerle, temeroso de que se le tuviese por uno de sus partidarios, y Ugolino, indignado de esta conducta, se puso á la cabeza de sus tropas, marchó al palacio, sacó al preso, lanzó de allí al podestá, enarboló su propia bandera y se volvió á su casa despues de dejar una guarnicion escogida. En seguida, se hizo declarar capitan y señor de la ciudad de Pisa, y eligió para su inauguracion el dia de su cumpleaños. En la noche, al retirarse de un festin, lleno de orgullo, y embriagado con su buena suerte, preguntó á uno de los que le acompañaban: „¿Qué dices, Lombardo? ¿qué es lo que ahora me puede faltar?"—„Nada mas que la cólera de Dios," fué la respuesta.

III.

Sabedor Ugolino de que el juez Nino de Gallura era corifeo de la faccion enemiga, resolvió deshacerse de él sin reparar en los medios por reprobados que fuesen. Con el objeto de asegurar el buen éxito de esta empresa, entró en relaciones con el arzobispo Ruggiero degli Ubaldini, hombre de carácter doble y emprendedor. Pronto quedó arreglado el modo conque habian de ser destruidos Nino y todos sus partidarios, mas Ugolino, deseoso de que no se le juzgase complicado en la trama, se retiró al castillo de Settimo, donde esperó tranquilamente que consumase la obra su digno compañero. En efecto, este reunió las tropas del conde, y habiendo hecho volver á la ciudad á los Gualandi, los Sismondi, los Lanfranchi y otras familias gibelinas, presentó al juez de Gallura un pié de guerra tan formidable, que sin atreverse á combatir, éste marchó á establecerse á Calcinara, lugar que estaba comprendido dentro de su jurisdiccion.

Cuando Ugolino volvió de Settimo, se encontró con que el arzobispo habia tomado el gobierno por su cuenta. El pueblo deseaba que los dos juntos gobernasen; pero el conde della Gherardesca, fiel á la ingrata máxima, que como por instinto siguen todos los tiranos, de derribar la escala que les ha servido para su propia elevacion, hizo retirar á Ruggiero, y se encontró por fin señor absoluto de su desgraciada patria.

Nótese que todo tirano cuando llega á la cumbre de la prosperidad, adquiere por lo general un carácter duro y violento; esta observacion, que casi merece el nombre de ley de la naturaleza, se ve corroborada por mil y mil hechos. Por manso, por imbécil que sea un pueblo, siempre encontrará en él su tirano motivos de descontento. Esto dimana de que el Señor ha sembrado en su corazon el gérmen de la inquietud y que el terrible clamor de la conciencia va á atormentarle para siempre. El ejercicio del poder ilegítimo acarrea necesariamente la crueldad, porque cuando no se tiene mas derecho que la fuerza, frecuentemente se ha de poner esta en ejercicio para poder sostenerse.

El conde della Gherardesca no tardó en empapar en sangre el trono que ya habia salpicado desde antes de asentarse sobre él. El virtuoso Anselmo, conde de Capraja, fué una de sus primeras víctimas. Anselmo era muy querido de los habitantes de Pisa, y esto firmó su sentencia de muerte, porque á los ojos de un tirano no hay mayor crímen que el ser apreciado del pueblo.

Una grande escasez vino á aumentar los padecimientos de los pisanos, y comenzaron á exhalar quejas en contra del usurpador. Un sobrino suyo se atrevió á hablarle acerca de esto y á aconsejarle que pusiese pronto y eficaz remedio. El conde furioso sacó un puñal que siempre llevaba consigo, é hirió con él al jóven, gritando: „Con que tú, tú tambien me quieres arrancar el poder!" Un sobrino del arzobispo y amigo íntimo del herido, no pudo contenerse al presenciar aquel acto feroz, y apostrofó á Ugolino con el epíteto de tirano san-

guinario y brutal. El conde irritado mas y mas tomó una hacha, y con ella derribó muerto á sus piés al sobrino de Ruggiero. Condujeron el cadáver ensangrentado á la presencia de este último, quien disimulando su dolor y sus deseos de venganza, dijo con aparente frialdad: „Vosotros me quereis engañar; este no es el cuerpo de mi sobrino. Conozco al conde della Gherardesca, y sé que es incapaz de cometer semejante atentado. Llevaos ese cadáver, y que no se me vuelva á hablar acerca de esto ni una sola palabra!"

Así habló Ubaldini, en tanto que la afliccion y el mas profundo rencor agitaban su corazon. Siguió presentándose en público con la alegría pintada en el semblante, mas su cólera, semejante al oculto fuego de un volcan, solamente se retardaba para ser mas terrible al estallar.

IV.

El dia 1.º de julio del año de gracia de 1288, se reunió el consejo de Pisa en la iglesia de S. Bastiano, con el objeto ostensible de discutir el tratado de paz con Génova; mas en realidad, para arreglar la conspiracion que debia derribar á Ugolino. Este sospechó lo que se tramaba y envió á su nieto Nino, por sobrenombre el Brigata, para que reuniese á los güelfos y los introdujese en la ciudad. Habia llegado el momento decisivo, y Ruggiero al salir de la iglesia convocó al pueblo, é hizo que la campana mayor tocase á rebato. Una multitud innumerable se esparció por las calles de Pisa, gritando: „*¡Viva el pueblo! ¡muera el tirano! ¡muera el traidor! ¡muera el conde Ugolino!*" Los Gualandi, los Lanfranchi, los Sismondi, los Orlandi, los Ripafratta y otras familias gibelinas se incorporaron al arzobispo. El conde della Gherardesca con sus dos hijos y sus dos nietos, los Gaétani, los Upezzinghi y sus satélites, defendió valerosamente la plaza y los alrededores de San Bastiano y el Santo-Sepolcro. Obligado á ceder el terreno paso á paso, se retiró al palacio *del popolo*, que defendió desde el medio dia hasta el anochecer. Fatigados los sitiadores, tomaron por fin el partido de incendiarlo. Imposible fué resistir á este nuevo y poderoso enemigo, y Ugolino cayó en poder de sus contrarios en union de sus hijos Gaddo y Uguccione, y de sus nietos Nino il Brigata y Anselmuccio.

Entregados al arzobispo Ruggiero, éste se vengó haciéndolos encerrar en la Torre de'Gualandi, (que desde entónces se llamó Torre del Hambre) y condenándolos á morir de inanicion.

La muerte de Ugolino y de su desgraciada familia, inspiró á Dante uno de los episodios mas admirables de su poema inmortal (1). El historiador y el poeta han reprobado igualmente el bárbaro suplicio á que Ruggiero le condenó, porque sus crímenes, á pesar de ser tan atroces, nunca podian justificar tan inhumana conducta.

Nuestra pluma se aleja con placer de estas escenas de horror. La vida del conde della Gherardesca, recordará siempre á los hombres cuán cierto es este dicho de Tácito: „Los gobiernos fundados en la violencia, jamas pueden ser de larga duracion."

México, febrero 25 de 1844.

AGUSTIN A. FRANCO.

(1) Dell'inferno, canto XXXIII.

EL VIRTUOSO
PINTADO POR SI PROPIO.

CUANDO encuentro en una obra mucha imaginacion, con gran sabiduría, un juicio exacto y profundo, pasiones elevadas, pero verdaderas, ningun esfuerzo para parecer grande, una estremada sensibilidad, mucha elocuencia, sin mas arte que aquel que viene del ingenio: entónces respeto al autor y le estimo tanto como á los sabios ó á los héroes que ha pintado. Me complazco en creer, que quien concibió cosas tan grandes, no habria sido incapaz de practicarlas, y me parece injusta la fortuna que lo limitó á solo escribirlas. Me informo con curiosidad de todos los pormenores de su vida; si ha cometido faltas, las disimulo, porque sé cuán dificultoso le es á la naturaleza mantener el corazon de un mortal en una esfera superior á la condicion humana. Dame lástima ver los crueles lazos que encontró siempre en su camino, y aun las debilidades naturales que no pudo superar con su valor. Pero cuando á pesar de la fortuna y de sus propios defectos sé que su espíritu siempre estuvo ocupado con grandes pensamientos y dominado por las mas dulces pasiones, me arrodillo para dar gracias á esa naturaleza que creó virtudes independiendientes de la felicidad y luces que no pudo estinguir la desgracia.—VAUVENARGUES.

La moral de Platon es el último grado de la sabiduría humana, confirmada y divinizada por el Evangelio.

EXISTENCIA DE DIOS.

Yo creo la existencia de un Dios porque la naturaleza toda lo revela; si escucho el mugir del torrente, creo oir la voz del *Señor*, el blando gemir de la brisa es el ambiente que le rodea, el brillar del sol, sus miradas y el relámpago me parecen la huella que deja su potente dedo al tender la mano para señalar el lugar que ha de herir el rayo, cuyo estallido es su voz de mando. El sonar de las cascadas, el rodar tranquilo del arroyo y el susurro blando del céfiro son su música. Hay un Dios; esta es una verdad innegable. Contémplense las obras de la creacion; ninguna de ellas es hecha por el acaso; todas tienen una alma; existe entre ellas una armonia celestial que solo un entendimiento vil puede desconocer. El autor de las maravillas de la naturaleza no puede ser el acaso ciego; es preciso que á la creacion haya precedido una inteligencia superior, una inteligencia capaz de arreglar y de dar relaciones entre sí á las cosas criadas; esta inteligencia es Dios. Para negar su existencia seria necesario no tener alma, no sentir, ser un bruto, menos aun que bruto. Un hombre de buena fé jamas se negará á decir, *hay un Dios*. Yo hallo pruebas de esto en todas partes. Cuando parado en la llanura miro al sol, cayendo tras las montañas, lanzar un rayo moribundo que viene á espirar á mis pies, á las sombras de los árboles estenderse y retratar allá en la desecada tierra las copas doradas por la luz y luego alzando la vista al cielo miro celages de carmin y de oro, nubes blancas como copos de nieve y extasiado percibo la blanda harmonia de mil pajarillos que vuelan á su nido y que mezclan sus trinos con el suspirar de la brisa y aspirando con deleite el aire puro de las llanuras, siento un ambiente perfumado y fresco, y oigo el ruido solemne de los árboles mecidos por el viento y á lo lejos el mugir sonoro del buey y el tímido balar de las ovejas, siento mi alma enternecida, levanto mis ojos y creo divisarte, Dios mio, allá al fondo del azul del cielo y me prosterno y te alabo y esclamo, ,,*Hay un Dios*."

Luego levanto mis llorosos ojos al firmamento y miro el lucero de la tarde, solitario, con su brillar dulce como el pensamiento de una madre tierna, miro mil estrellas repartidas en la bóveda celestial; luego miro la fulgente luna alzarse, é inundar á la tierra con su luz melancólica y suave, la miro atravesar ese cielo transparente como el cristal; siento que el sonar de mi respiracion quebranta el silencio solemne que reina en mi derredor; miro á la naturaleza en reposo, su silencio es el silencio de la huesa; mi alma se contrista; exhalo un suspiro y esclamo ,,*Hay un Dios*,"

Si lleno de pavor y tristura contemplando el horizonte miro á lo lejos un nubarron coronando una montaña y lo veo estenderse lentamente, ceñido á veces de terrible fuego, cubrir de luto al cielo y avanzar mugiendo, si miro á la luna ocultarse tras ese velo con pausa, con dolor, como se aleja el hombre del lugar donde pasó su infancia, si la miro cubrirse enteramente y oigo silvar el viento y veo estender la nube y undir al mundo en una obscuridad horrenda, si miro iluminarse la tierra con la luz del relámpago y oigo el ruido del rayo, terrible como la voz del Señor, y el soplar del huracan y el crugir siniestro de las ranas y aliento el denso ambiente que me circunda y luego miro á la añosa encina morir herida por el rayo y siento el ligero ruido del agua que comienza á caer y despues el sonar estrépitoso de un torrente que se desprende de los cielos, inclino mi frente y temeroso esclamo ,,*Hay un Dios*."

Si siento luego mi cabeza refrezcada por el céfiro y pongo mis miradas en el cielo, veo mil nubecillas ligeras vagando por el azul del firmamento; si entre sus quiebras veo la vacilante luz de las estrellas, creo ver un coro de querubines agitando sus alas de plata, de ébano y de brillantes, que vuelan á descorrer el velo que me ocultaba el cielo: miro entonces de nuevo brillar la luna que ilumina las húmedas y lucientes hojas del arbusto; la miro retratarse plateando las nubes y la cima de los montes en los lagos que formó la lluvia y siento un gozo inesplicable que hace rodar una lágrima por mi mejilla y que me obliga á esclamar ,,*Hay un Dios*."

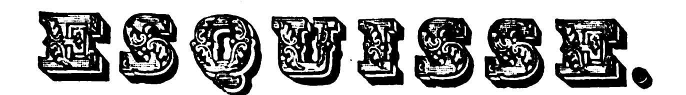
Si arrullada mi alma por el dulce ruido de la brisa jugueteando entre las ramas de los sau-

ces y embriagada con los vapores de la agua me quedo dormido sobre el césped húmedo, un grito de alegria que la naturaleza lanza gozosa me despierta y oigo el trinar sonoro de las aves y las miro sacudir sus alitas de oro y de rosa, de ametistes y de ébano y de rubies, y volar de rama en rama, y posarse en la mas elevada para saludar desce allí al sol; levanto mis ojos entonces, como ellas, al cielo: miro al espacio señirse de oro, lo miro nacarado como la rosa, palidecer despues y convertirse en fuego. Veo despues salir por detras de la montaña una ráfaga de luz que se divide en rayos, es la diadema del Señor; las aves cantan de nuevo y unen su canto de gratitud al coro que entona un himno ante el trono de Dios. Las cumbres de los montes opuestos lucen como el oro, la brisa susurra, los árboles, lánguidos de placer, mecen muellemente sus frondosas cimas, la tierna rosa abre su capullo delicado y el sol aparece en todo su brillo y esplendor. Entonces me siento vivificado, mi alma se estasia contemplando á la naturaleza y esclamo „*Hay un Dios*." Postrado en tierra entono mis alabanzas y mis plegarias, uno mi débil voz á la voz robusta de la creacion, á esa voz que subirá hasta el trono del Señor, como al nacer de la aurora sube por el espacio en perfumado vapor la gota de rocío que brilló en el pétalo de la rosa.

Vuelvo mis ojos á las ciudades, las miro hundidas en el cieno de los crímenes; me vuelvo á los palacios, los miro preparándose á sus orgias y estremeciendome grito „*Hay un Dios*."

Esta es para mí una verdad que encuentro escrita en todas partes; en el campo, en las ciudades, en los bosques;.... por donde quiera que voy, oigo una voz que me dice: „*Mira la naturaleza, hay un Dios*."

J. M. DEL CASTILLO.



Traten pues así trocados
Los seglares de los hinos,
Los frailes de los juzgados,
De las flotas los prelados,
De conciencias vizcainos;
Los hombres usen espejos;
Mugeres rijan la tierra,
Los mozos den los consejos,
La gala sigan los viejos
Y estos hagan la guerra.

Revolviendo las hojas de un libraco viejo me hallé que una descendiente, por linea bastarda, de D. Pedro el Justiciero escribió á mediados del Siglo XVI, una *Teórica de virtudes* en la que se hallan los versos que puso á guisa de epígafre, y sea la contemplacion del libro viejo que tenia en mis manos, sea mas bien el sentido de los versos, el caso es que me puse á meditar y ¡cuidado! que aunque soy algo escaso de meditaciones, el dia que me da por ellas, soy sublime ó insufrible, no lo sé. Quedéme pues buen espacio recapacitando ¡Que demonio! esclamé. El mundo en que vivió D. Francisco de Castilla (así se llama el autor de los versos copiados) debió de ser algo peor que este en que yo vivo, ó quizá ese siglo fué de trocamientos y necedades asi como el mio lo es de fósforo y de vapor; no, lo cierto es, á lo ménos es fundada conjetura mia, que el siglo de D. Francisco fué un siglo, así como si dijéramos, de tiempo de máscaras y de disfraces y por eso entendian los seglares de los hinos y habia todo ese barullo...... ¡Canario! No me interrumpa V. ¿Qué tiene el mio? Empezó V. á ponerme ejemplos; ellos indicarán á V. su respuesta.—No señor; no insista V., no sea V. tan necio, porque me veré obligado á esplicarlos como es debido.—No hay remedio, señor murmurador; es preciso callar á V.—Ya lo esperaba, salió V. con el cuento favorito.—¿Qué tiene de particular que el M. R. P. Fr. Antolin se entrometa en el ministerio y ande solicito trás el ministro? ¿No puede pretender un..... en fin señor mio, un empleo? No para él, se entiende, sino para un su sobrino, que le tiene de obligacion por ser hermano de una su sobrina hija de su tia, es decir que..... el parentesco y el ahinco por favorecer al prójimo le impelió á hacer lo que hace.—Cuidado, señor de la lengua larga, cuidado. ¿Quién le ha dicho á V.

que un fraile no puede tratar de juzgados porque su mision en la tierra no es para ello?—No señor; no interprete V. mal; se interesó en aquella causa, pues, la de Julian, pero no para acriminarlo, sino para defenderlo: lo hizo estar mucho tiempo en una cárcel pero fué con el objeto de salvarle de la horca movido de los ruegos de la esposa de Julian, haciendo mérito de los padecimientos sufridos en la prision, porque debe V. saber que el robo que hizo Julian estaba probado; suponga V. la esposa misma lo confesó y el hermano Antolin lo atestiguó interpelado por la esposa que le exigia una prueba de su amor...... á la verdad.--¿Lo vé V. señor mio? .Tan sencillo como esto es todo lo que V. critica y luego se esclama con dolorido acento, *el mundo está malo*, y en prosa y en verso se repiten los del epigrafe.—No, amigo, no; el mundo marcha, la inocencia reina. !Oh tempora, oh mores!

Tan inocente es que traten de juzgados los frailes como de las flotas los prelados. Y luego eso no es cierto porque no son muy comerciantes ellos, á lo menos en las materias que se traen en las flotas. Pero suponga V. que lo sean; mire V. toman su chocolate por la tarde, se van luego, como es regular, á rezar las horas canónicas, se tocan las oraciones que es como si dijéramos que se tocaba á sombreros, ¿qué quiere V. que haga el prelado? Se va á ver á D. Cleofas su amigo, el compañero de su negociacion allá en su infancia y se entromete en los negocios.... Ya se ve, es capaz de nombrar al gefe de una escuadra; y tomará empeño en ello para que el que lo sea, sea buen cristiano, porque ya V. ve, esa gente marina es tan mala....., y luego pudiera ser que ese gefe le consiguiera un curato y hallar así ocasion de quitar de pecado á qué sé yo cuantos que lo estarán en su feligresia. Ponga V.; recibió no sé qué suma para hacerlo y ¿qué tiene eso de malo? Es para socorrer á aquella huerfanita.... Hombre, calle V.—La socorre, pues si es tan inocente que no sabe ganar su vida, y es tan hermosa.... ¡Laus Deo! señor murmurador, se quedó V. sin saber qué decir.

Hice una pausa y me quedé abismado contemplando el vuelo de una mosca. Abrí de nuevo el libro y no sé cómo me volví á hallar frente á frente de los citados versos.—¡Vizcainos, hace visto! Creo que yo tuve un amigo vizcaino, y era por cierto un buen amigo. ¡De conciencia vizcainos!--Y á fuer de estudiante quedéme comentando. Equivocacion del impresor, esclamé! Lechuguinos, debia de decir aquí, ó pollinos ó dilletanti, que todos esos nombres son sinónimos. Bien pudiera ser que vizcainos fuese un nombre genérico con el cual pudieran designarle los pícaros y los tunos: en tal caso creo que toda la baraja se ha vuelto ases, quiero decir, que hay muchos vizcainos entre mis conocidos, aun sin ser *dilletanti*. ¡Hombres inocentes, almas cándidas! ¡Pensando siempre con tanta moralidad, en cosas tan serias, ya V. vé el lazo de la corbata, el corset, la mancuerna de la casaca, el tacon de la bota! ¡Angelitos en forma de figurines, salve: vds. sí pueden y deben entender de conciencia, no esos vizcainos! Ciertamente ese siglo de D. Francisco de Castilla era malo, muy malo.--No se parece, no, señor murmurador, en nada se semeja nuestro siglo al del otro; mire V. en aquel tiempo lo que sucedia: ,,*Los hombres usen espejos*, dice el autor; eso si es muy feo, en el nuestro se usan espejuelos, que es muy distinto, y luego mas vale que usen espejos y gasten afeites y se unten de grasa el rostro y pierdan tres horas en tan inocente ocupacion, que no en tramar una revolucion, ó en seducir.... ¿Porqué he de callar? No miento, es indudable que no seducen á las jóvenes. ¿Dígame V. qué muger que tenga dos gotas de entendimiento, suponiendo que sea líquido el tal ingrediente, ha de amar á un dilletanti? ¿No vé V. que la muger busca al hombre y el hombre á la muger?.... Pues ahí tiene V. la razon por la cual nadie ama á un dilletanti, á saber, porque ni es hembra ni es macho.--Le enfadó á V., ya la disertacion; lo mismo me sucede á mí.

Ya saben vds. amigos mios, cuán fácil es seguir lo que se tiene empezado; tambien saben cuán agradable es meditar cuando está uno de mal humor. En mi concepto ambas cosas tenia yo á mi favor, por que sentí una propension irresistible á la meditacion: fuime leyendo palabra por palabra los versos de D. F. de Castilla, y haciendo reflexiones sobre ellos.—*Mugeres rijan la tierra.*—Estaba yo tan aturdido, que entendí que rijan venia del verbo *rijar*, y que el tal *rijar* significaba arar, labrar ó cosa semejante. Eso era infame, esclamé; en el siglo XIX, á pesar de su materialismo, las mugeres no *rijan* la tierra. ¡Son tan delicadas!.... ¿Pero de qué rie V.?—¿Volvemos á la cuestion?—Es verdad; entendí mal, rijan del verbo *regir*, pero tampoco eso sucede ahora.—¿Cuándo ha visto V. en nuestros tiempos una muger que rija la tierra, sin ser reina, se entiende, por que eso es justo? Cuándo ha visto V?.... No vuele V. caballero; el genio de la murmuracion le da á V. tal velocidad en el habla,

que nada le entiendo; solo percibí Luisita, y no sé qué nombres.—¡Qué engañado está V! Amigo mio, esa es una viuda que tenia un marido con quien se casó, por cuya muerte se quedó sin esposo y sin arrimo y sin amparo; de consiguiente era muy natural buscarlo, y lo ha hallado en ese señoron que es el consuelo de su belleza inconsolable y le procura.... Pero si no me deja V. concluir: casaron á ese jóven, sí señor, pero fué porque esa jóven necesitaba quien cubriese lo que tuviera que cubrirle, y quien la defendiese de no sé qué oculto enemigo....—Bien, esa señora, amigo murmurador, es una señora casada, como V. dice; pero ese señor cuyo nombre me dijo V, no es su amante, sino un hombre que recibe la superabundancia de amor que hay en un pecho tan sensible como el de la señora, al cual no le bastan el marido y los hijos; además, el caballero à quien acusa V., tuvo la culpa, porque él buscó á la señora por ciertas razoncillas de conveniencia.... En resúmen, será todo lo que V. quiera; pero nada de eso significa que las mugeres rijan la tierra.—Fulanita dirige á D. fulano, es verdad; á cambio de favores consigue sus empeños, quita y da empleos, es cierto; pero lo mas que eso puede significar es, que en nuestro tiempo mugeres hay que rijan à los hombres y hombres que rigen la tierra, y no se infiere que *mugeres rijan la tierra*.

Mire V., señor murmurador, en tiempo de D. F. de Castilla, los mozos daban los consejos, en el nuestro los dan los niños, las mugeres: aquello era una necedad, y lo nuestro lo muy bueno. Los consejos de las mugeres y de los niños son inocentes, llenos de moral; mire V., conocí yo una que dió veneno á su hermana por que estaba en relaciones amorosas con un quídam amante de la envenenadora; ya V. vé, ese era un medio de aliviarle, mas que eso, de evitarle el pesar de que se viera engañada. Los niños aconsejan cosas de toros, de fiesta, de misas, de soldados, de óperas y eso.... Es V. un necio; eso sirve para divertir al pueblo. —No tratan de eso los mozos, y ménos los de Villar, y luego los viejos chochando, sin memoria, amoldados á la antigua, sin comprender la época, nada bueno pueden hacer. ¡Gracias al cielo porque en este siglo y en mi casa no dan consejo los viejos!—¡Líbrenos el Señor de que los mozos den los consejos!—Cuando yo medito, no puedo entenderme, y me barrunto que à mas de cuatro les acontece lo mismo. Mi fuerte son las ideas, pero cuando para tener ideas se ha menester verlas estampadas en un libro, qué órden ni qué ilacion ha de haber en nuestras molleras. Miren vds. amigos mios; discurria yo hace cinco minutos sobre frailes, y qué sé yo, y hételme ahí pasando repentinamente de prelados á mugeres, de frailes á vizcainos, de viejos á mozos, de galas á guerras; esto se llama una transicion prosaica, forzada, inoportuna, molesta y fastidiosa.—¡Oh, cómo me molesta V., señor murmurador! ?Qué tiene D. Anacleto que no tenga D. Cleofas y otros mil vejetes? ¿A todos me los pone V. como ejemplos? Ya es una manía en V. el seguir los citados versecillos. ¡Cómo se equivoca V! D. Anacleto no sigue la gala como la seguian in illo tempore. Sigue al ridículo ó el ridículo á él; mas entre gala y ridículo hay buen trecho. D. F. de Castilla vió viejos que se ponian gala, y chocóle, por ser esto ageno de la compostura de su edad; pero en estos tiempos de farsa y de chiste, viejos hay que se ponen galas. Escúcheme V.: en aquellos tiempos D. Anacleto hubiera usado su chupa bordada y su calzon muy fino....—Hombre, calle V., es imponderable la diferencia que hay entre aquel siglo y este.—El mismo D. Anacleto se pone hoy un pantalon tirado por pialera y tirante, relleno de algodones y almohadillas, cuyo centro es un hueso, se pone un frac cuya forma es debida á una armazon muy curiosa; en el cuello de este hombre máquina, se envuelve una corbata alta, amplia, fina.... indescriptible, en cuya terrible boquedad encaja una cara larga, flaca, y luego se pasea este cuerpo pavoneándose con un aire pedante, que en nuestro caso es lo mismo que burlesco—Esto, amigo mio, no es usar gala. No tiene V. que chistar; bien, otros hay que tiñen sus canas y á quienes se les ponen rojas ó tal vez les corre por la surcada mejilla el graziento y negro ingrediente; pero tampoco eso es seguir la gala, porque la gala de un viejo son sus canas, su prudencia, su desengaño. ¡Y sobre seguir la gala, los viejos hacer tambien la guerra! !Eso es horrible! ¿No es verdad, señor murmurador? En nuestro tiempo no hay nada de eso.... No señor; sobre que ya no hay guerras. Mire V., se va un viejo ó un mozo, hablan á los contrarios, se arreglan, se da al enemigo lo que pide como da el apuesto doncel su capa, albornoz, romana, frazada ó lo que sea al ladron nocturno que la pide con justicia y sin ella, y... toque de retirada; cuando los amagos son entre paisanos, entre hijos de un mismo suelo no hay tampoco guerra; hay traiciones, avenimientos, capitulaciones, unos cuantos hombres muertos, algunas familias huérfanas y

Pax Christi, c'est fini.—Señor murmurador. ha callado V. como un gato á quien degüellan; está V. convencido.—¡Qué bellos tiempos los mios! Las mugeres aumentan el volúmen de sus maridos, de sus amantes, por un verso, por manía, por dinero.... qué sé yo. Las jóvenes se dejan seducir lanzando tristísimos gemidos y dolientes elegias; las niñas aprenden á leer en los *Brevet du Roi* que tienen las cajas de perfumes, y las ancianas.... Oh! las ancianas se pintan para parecer mozas y hacer conquistas intelectuales, se entiende, y.... Miren vds., amigos, nada de lo dicho es la mitad siquiera, de lo que hacia quejar á D. F. de Castilla.... Las mugeres ya vds. las ven, los hombres, mírenlos vds. Los viejos se pavonean y se prenden y se acicalan, los hombres seducen y roban y matan, los jóvenes se prostituyen y.... los niños, los niños van á las escuelas y se cansan de corretear y de escribir, aunque para esto no les falta razon segun la respetable opinion de—ANÓNIMO.

LA CONDESA DE PEÑA-ARANDA.

I.

EL BAILE.

Era el año de 1807, época en que aun México, era la corte de una colonia: corte mezquina, remedo burlesco de las cortes de los reyes, con su semi-rey y con su farsa de nobleza. Esta, hija de las riquezas y no de las hazañas de cien antepasados honrados y belicosos, era quizá la mas ignorante, y al mismo tiempo la mas fátua de todas las clases de nuestra sociedad de entónces, porque muy del caso será advertir aqui que un mayorazgo, un título, el primogénito de un conde ó de un marqués, con las inmensas riquezas que á la muerte del padre le quedaban, se creía dispensado de saber aun las cosas mas triviales, indispensables para el trato familiar, y pasaba sus dias en francachelas y desórdenes, en medio de los cuales proyectaba una fundacion religiosa, ó hacia una pingüe donacion á algun convento con el piisimo objeto de ganarse por este medio el cielo. ¡Sacrílega mezcla de impiedad, de religion y de orgullo, que confundidos formaban la careta que para aparecer en la sociedad nos legaron nuestros abuelos, aquellos que agitados por un delirio de muchos años quisieron que de en]medio de la sangre de millares de víctimas brotara una religion pura y sin mancha.

Este era en efecto el carácter distintivo de nuestra sociedad; era esta una matrona de dos caras, de las que en una se veían las huellas profundas de la mas desenfrenada prostitucion, y en otra la máscara, no de la virtud, sino de la mas simulada hipocresía. ¿Quién al encontrarse en México á principios del siglo XIX, no se hubiera creido en el centro de una de aquellas ciudades de la edad media en que la religion y el desórden caminaban á la par por sus calles tortuosas y sombrías? La ciudad por otra parte, presentaba en su seno uno de aquellos contrastes quizá esclusivos: la clase elevada de la sociedad, henchida de riquezas y pródiga hasta el exceso; la clase ínfima desnuda, hambrienta, siempre quejosa y encontrando siempre sordo á sus voces al magnate que la despreciaba, que la hollaba, como nosotros podemos hollar al réptil venenoso que va á morder nuestro pié. ¡Cuadro miserable que debe conmover las entrañas del verdadero amigo de la humanidad! ¡Tiempos funestos que deben convencer á los que entre nosotros suspiran por ellos todavía, de lo mucho que hemos ganado con nuestra república, con nuestra libertad, que aunque vacilantes ahora por las ambiciones particulares, jamas llegaran á caer, porque tarde ó temprano el patriotismo levantará su brazo para sostenerlas.

Mas dejando á un lado reflexiones inútiles, si se quiere, vuelvo á mi objeto, ó por mejor decir, comienzo mi narracion: eran las ocho de la noche del 15 de agosto de 1807, y en uno de los sitios mas hermosos de las orillas de México, á la puerta de una casa de soberbio aspecto, se hallaban parados multitud de coches, en

cuyos arneses y soberbios blasones, fácil era conocer que pertenecian á los primeros personages de la corte de los vireyes de Nueva-España. Multitud de damas y caballeros elegantemente ataviados bajaban de ellos, y entre tanta gente que á la casa se dirigia, dos jóvenes, aunque de distintas edades, llamaban especialmente la atencion por su gentileza, y por lo ajustado de sus vestidos á la moda del tiempo. Estos iban distraidos al parecer con su conversacion, y el mayor, que tendria unos treinta años, decia al menor que contaria veintidos:

—El baile será de los mejores que en México se den este año. La señora de tus pensamientos, Julian, desplegará en él todo el encanto de sus gracias; y tú, pobre jóven, de corazon enamorado y ardiente, la seguirás embriagado, verás tal vez comenzar esta noche tu felicidad, y mas de cuatro mozalvetes avezados á las luchas de amor envidiarán tu posicion.

—Demasiado lisongero aparece á tus ojos el éxito de mis amores, Alfonso, contestó Julian. Por lo que mira al baile, no dudo que este ecederá en mucho á cuantos se han dado este año, porque el conde es rico y viejo, y ama ciegamente á la condesa, cuyo cumpleaños hoy celebran, y la que tú sabes que posee un gusto delicado y no poco amor propio, para ser ménos que las otras en sus convites; mas por lo que toca á mis amores, mucho dudo el verla rendida esta misma noche á mi voluntad.

—Esas son dudas inútiles, cuando otras veces la has dicho ya que la amas, y ella al parecer no ha llevado á mal tu declaracion, pues por el contrario, con mucho agrado ha recibido tus galanterías.

—Es cierto eso; pero tambien lo es que con pretestos y evasivas muy finas, si tú quieres, no me ha contestado esas veces, como yo hubiera querido; y mucho temo que esta noche me suceda otro tanto.

—Nada temas si sabes acertar este golpe nocturno que de tí únicamente depende: la condesa te ama.

—Me ama; pero no sé qué empeño tiene en disimularme su amor.

—Su empeño es el de todas las mugeres, que jamas ceden á la primera insinuacion, ya porconveniencia, ya por orgullo: cinco, seis, siete veces necesita el hombre rendírseles para ablandar su carácter.

—Veinte me le rendiré yo á ella, si á la última he de oir de su labio que me ama.

En esta conversacion penetraron en la casa, y se perdieron entre los demas caballeros que subian la escalera.

Era ese dia, en efecto, el cumpleaños de la condesa de Peña-Aranda, de María, la esposa querida del conde de Peña-Aranda, viejo rico, que cifraba su mayor placer en ver que su inmenso caudal le servia para satisfacer aun los menores deseos de su esposa bella y graciosa, á la que no exigia en cambio sino una caricia para reanimar con su fuego sus miembros entumecidos por la edad. Era este un dia en que año por año se daban festines y saraos, en los que la abundancia y el lujo eran excesivos, á los que concurria toda la nobleza, con un fausto que apenas se veria en la metrópoli, y que llenaban de júbilo al viejo conde que desde los apasentos interiores se estasiaba con la algazara de la fiesta, porque él hacia consistir su felicidad en el gozo de su María. Soberbia se esperaba la de esa noche, brillante como no lo habia estado ninguna de las anteriores, porque las tendencias de la condesa eran á dejar muy atras á sus competidoras en fausto y en ostentacion.

En un salon ancho y estenso cuidadosamente cubierto por las ricas telas que en esa época nos venian de la China, telas que han dejado de verse ya entre nosotros, y alumbrado magníficamente por la muelle luz de la esperma, las mas celebradas bellezas de México ostentaban sus encantos, perfumándolo con las emanaciones suaves de los aromas con que habian ungido sus cabellos, y encantándolo con sus rostros peregrinos. Multitud de jóvenes, elegantes exagerados de su tiempo las rodeaban con ahinco, unos galanteándolas por costumbre, y otros hablándoles el idioma de una verdadera pasion, haciendo reir á muchas y ruborizando á no pocas. Mas la que entre todas ellas se llevaba las miradas de cuantos pisaban el umbral de la sala, la que á todas las ofuscaba, como la luz de la luna ofusca el brillo débil de los otros astros, era la *reina de la fiesta*, María, la hermosa condesa que á todas las aventajaba. si no en belleza, en gracia. Sentada en una de las estremidades de la sala, con toda la hermosura de su rostro y la viveza de sus ojos negros, con su blanco ropaje de finísima seda, con su velo trasparente, que ocultaba apénas las formas hechiceras de su seno, con su negro cabello esparcido por la espalda y entretegido con jazmines y violetas, con su guirnalda y con sus joyas ricas y preciosas, parecia una de aquellas visiones celestiales que agitan los ensueños de los amantes afortunados, ó mas bien una de aquellas imágenes divinas que los pintores ó los poetas crean en uno de sus momentos felices de inspiracion.

Alfonso y Julian entraron á la sala, y éste, al verla, al contemplar casi frente á frente á la que tantas veces habia hecho palpitar su corazon de amor, fijó en ella una mirada ardiente, una de aquellas miradas en que las mugeres, acostumbradas á leer en los ojos los sentimientos del alma, descubren los mas íntimos secretos del corazon.

—Alfonso! esclamó Julian en voz baja, apretándole fuertemente la mano á su compañero. Alfonso! ¡Cuán bella está! ¡Jamás habia soñado yo un ángel!

—Calma, serenidad, amigo, contestó friamente Alfonso, mira, esa sonrisa que vaga por sus lábios al verte, esa palpitacion de su seno que levanta el velo que lo cubre, son indicios de que á mas de que no le eres indiferente, esta misma noche cesará su empeño de ocultarte que te ama, si tú das un golpe certero, si sabes aprovecharte de las circunstancias.

Una sonrisa de la condesa le indicó á Julian en efecto que lo recibiria con agrado cerca de sí. Este, que no deseaba otra cosa, se dirigió á ella, sin atender á mas, sin pensar en mas que en su amor, embriagado, como dicen que lo están las aves al hálito de cierta serpiente. La hizo una profunda caravana, no sin dejar escapar al inclinarse, un ahogado suspiro, y ella le contestó con una dulce sonrisa, y haciéndole sentar á su lado. Oh! era la suprema felicidad para Julian, como lo es para todos los hombres, estar junto á su querida, esprimentar el suave contacto de su ropaje, contar los latidos de su corazon, sorprenderle de cuando en cuando una mirada, imprimir tal vez un beso ardiente en su mano blanda, como las hojas de una rosa entreabierta.

La armonía de la música habia tocado ya la cuerda mas sensible del corazon de las mugeres, la inquietud las agitaba á todas, y habia hecho nacer en las jóvenes el deseo de dar mas vida á los trinos de una flauta, acompañándolos con los movimientos voluptuosos del baile. Todas giraban ya en la sala, como unas sílfides, embriagadas, porque cada pasion tiene su embriaguez particular. Julian enlazado con la condesa, bebia el primer trago de la copa de la felicidad, y otro tanto le sucedia á ella, que con la agitacion del placer que esperimentaba su alma, apénas respondia á las palabras apasionadas de su amante.

—Oh! cuán bella eres, querida mía, le decia este, y cuán cruel al mismo tiempo! ¿Porqué, si al tocar mi mano se enciende tu rostro y palpita tu corazon rápidamente, ocultarme por mas tiempo que me amas?

Ella nada respondia; y Alfonso á veces con la sonrisa en los lábios, á veces con el ceño en la frente, los seguia siempre de léjos sin perderlos de vista. El entusiasmo de los jóvenes habia llegado á su colmo, todo era agitacion, á nada se atendia, porque los acentos de la música y el aspecto de mil hermosuras tenian absortos los sentidos. Aprovechándose Julian de esta circunstancia, casi arrastró á la condesa fuera de la sala, y perdiéndose con ella entre la multitud, salió á uno de los estensos corredores, que á la sazon estaba en parte iluminado por la luz de la luna. Alfonso, que como he dicho, no los perdia de vista, y que comprendió las miras de su amigo, los siguió, y logrando ocultarse á poca distancia de ellos, sorprendió sus secretos. Julian sostenia á María en su brazo junto á un rosal, y despues de un momento de silencio, durante el cual la vió tan hermosa:

—María, María, esclamó apretándola fuertemente contra su pecho, ah! perdóname si contra tu voluntad te he arrastrado hasta aquí. Tu silencio atormentaba mi corazon, como nada lo habia atormentado; ¿porqué, si me amas, no endulzas con una sola palabra el acíbar de mi vida? María, María, respóndeme, dime que me has amado, dime que me amas, nadie nos escucha; todos ¡insensatos! están ahora embriagados con los vapores que despide el festin.

María lloraba; mas de pronto por una especie de movimiento convulsivo levantó hácia él sus bellos ojos negros anegados en lágrimas, lo enlazó con su brazo por el cuello y entre abriendo sus labios:

—Si, te he amado, te amo, Julian, esclamó, tú, tú has sido el hombre que ha llenado el vacio que habia en mí corazon. Muy infeliz he sido, Julian mio: jóven, con un corazon de fuego, mi destino puso contra él, otro de hielo que jamas he podido soportar. El conde, ¡ah! yo le amo como se puede amar á un padre; pero no como se ama á un amante: á tí, á tí te adoro, porque tu corazon palpita tanto como el mio, porque tus ojos derraman lágrimas de fuego, porque tus manos arden, y tus palabras conmueven mi alma. Ah! Julian, si el amor puede hacer felices á dos corazones que se comprenden, jamas le volveremos á ver el rostro á la desgracia.

—Angel de mi amor! ¡cuánto han aligerado el peso de mi vida tus palabras! tú me amas, y con tu amor nada falta ya á mi felicidad. Tú padecias tanto como yo, por eso me amaste, porque las penas son el vínculo que mas unen las almas.

—Pero no me abandones, Julian mio: sin tí me mataria el tédio, sin tí.....

—¿Y qué importa que las circunstancias y el respeto á las exigencias de la sociedad nos separen, si nuestras almas están unidas por un lazo, que ni el tiempo, ni las distancias romperán jamas?

—Ah! sí, pero....

—Nada temas, mañana volveré á verte.

—Y el conde?

—Qué! temes?

—Te amo tanto, que ya no hay desgracia que no imagine para nuestro amor.

—A las ocho de la noche, María....

—Sí, Julian, á esa hora por la reja del jardin, yo bajaré la llave.

Al oir esto Alfonso, que todo lo habia escuchado, sacó de su bolsa una preciosa cartera, apuntó en ella con lápiz quizá las últimas palabras, y se dirigió á la sala ántes de ser descubierto por los amantes. Estos, embriagados de felicidad y de amor volvieron presto; y ya cuando los concurrentes abandonaban fastidiados la sala, Julian se acercó á Alfonso, y le dijo al oido:

—He vencido.

—Te lo habia predicho, le contestó Alfonso con una amarga sonrisa. Pobre tonto! murmuró aparte al bajar la escalera.

II.

MARIA, JULIAN.

Incomprensible es el corazon de la muger; en vano el hombre se afana en penetrar sus arcanos, esos arcanos que solo ella comprende; á medida que mas la contempla, á medida que mas escudriña sus acciones, con ménos claridad ve en el fondo de su alma, mas se confunde; porque semejante aquella al sol, cuanto mas fija este en ella su vista, tanto mas le deslumbra. Hay hombres que creen haber fondeado el corazon, haber sorprendido los secretos de una muger en una hora: ¡insensatos! su orgullo los engaña; no cabe en su necedad que una muger esté dotada de la sagacidad suficiente para afectar lo que en ella no existe, cuando median razones de conveniencia, para dar á sus mismos hábitos un giro muy distinto del que todos se imaginan que tienen; miden ellos su fuerza moral por su fuerza física. Tiene hoy la muger un deseo para cuya satisfaccion no vé medios, no se pára en inconvenientes, mañana lo vé satisfecho, y quisiera que jamas hubiera nacido en su corazon; la impresion que hoy le fué agradable, mañana le cansa, le fastidia, y la sensacion que hoy le fué dolorosa mañana le es placentera. Oh! muger, obra incomprensible de la creacion, conjunto de luz y de tinieblas; tú cuya mision sobre la tierra deberia ser de paz y de caridad, de amor y de consuelo, ¿porqué contra las leyes mismas de tu naturaleza, te conviertes á veces en la manzana de la discordia, á veces ocultas bajo el atractivo de tus encantos un veneno corrosivo, y ora con un desprecio das la vida, ora con una caricia das la muerte sin que nadie alcance á ver en el fondo de tu alma para comprenderte? En vano el diligente anatómico de la sociedad, el moralista, ha disecado fibra por fibra tu corazon para investigar tu esencia, esta se la ha escapado, como el jugo del sazonado fruto, cuando se le oprime con fuerza entre las manos; tu sola te conoces, y razon tienes en reir, y en despreciar al hombre que demasiado confiado en sí mismo esclama con énfasis: ,,yo conozco el corazon de la muger."

Esa oscuridad, ese velo misterioso encubre el corazon de María, la hermosa condesa de Peña-Aranda: llena de atractivo y de gracia, con un talento, una sagacidad y una sensibilidad nada comunes; y con las inmensas riquezas que proporcionan la comodidad en la vida, rie y muestra su rostro alegre en la sociedad; compite en lujo y en fausto con sus rivales en ellos, y todos la juzgan insustancial y feliz; pero tambien allá á sus solas suspira, llora y gime, y sin saber lo que falta á su corazon, se cree tanto mas infeliz, cuanto que para aparecer en público, tiene que cubrirse con una careta que á su dolor repugna. Su vida es igualmente incompresible, es una mezcla de felicidad é infelicidad que asombra, es una de aquellas vidas que solo pueden comprender los que han recorrido ese camino. Hija María del crímen y de la miseria, y arrebatada de los brazos maternales, cuando en los pechos de su madre bebia aun la vida, sin saber lo que son las caricias de esta, fué llevada á una prision en donde vió correr los primeros años de su vida al lado de su padre, encerrado allí por circunstancias que no importa saber ahora. Niña, muy niña, era el único ser que con sus caricias prestaba consuelo á su desgraciado padre que en su calabozo gemia, y que á la escasa luz que una claraboya dejaba entrar, apenas habia podido contemplar las facciones delicadas de su hija, de aquel ángel que guardaba su sueño, que endulzaba sus horas de amargura. María, siempre al lado de su padre, y en una edad ya en que su razon podia distinguir exactamente las ventajas del bien y los inconvenientes del mal, los dulces goces que aquel proporciona y

los dolores acerbos que este causa; viendo á su padre desnudo y estenuado por las privaciones, no solo de lo superfluo, sino aun de lo necesario para la vida, y viéndose ella envuelta en la misma miseria, pensó, si no en cambiar su estado miserable, porque le era imposible hacerlo por sí sola, al ménos en dulcificar la posicion de su padre y la suya propia. Con el empeño, con el teson que la necesidad presta á las almas, logró adiestrarse en tocar con gracia y soltura una guitarrita que la escasa conmiseracion de los carceleros de su padre le proporcionó; y cuando ella conoció que estaba ya en estado de causar con ella algun placer al oido de los que pudieran escucharla, sin que su padre lo supiese, salió de la prision, á poner en planta el recurso que su amor de hija le habia inspirado. Con su cuerpo airoso, su rostro peregrino, su negro pelo suelto, su pié delicado y pequeño, su vestido, aunque pobre, limpio, y con los dulces sonidos de su guitarrita, pulsada suavemente por sus manos de niña, la atencion de cuantos en la calle la miraron se fijó en ella, porque los extasiaba con la armonía de su instrumento, porque los cautivaba con su gracia y los conmovia con los suspiros que se le escapaban de su pecho, en medio del júbilo que ella queria afectar. Todos la admiraron, todos la acariciaron, todos pusieron en su mano el socorro que ella en silencio imploraba; y María volvió á la prision de su padre, alegre, porque habia encontrado ya un medio seguro para mejorar la suerte de aquel. En este ejercicio continuó ella llamando la atencion, así del pueblo, como de las personas mas encumbradas de la corte, hasta que su padre, lo supo, y lloró con ella, porque grande debe de ser la emocion de un padre al ver á un hijo sacrificarse para procurarle su subsistencia y su bienestar; ¡emocion indefinible que admiro, pero que aun no me es dado comprender!

El padre de María espiró, y ella sola, á los diez y ocho años de su edad, comenzó á sentir todo el peso de su desgracia. Su vida desde allí fué un tegido de acontecimientos que solo ella era capaz de comprender, que dejaron en su alma impresiones que jamas se borraron, porque si las de la felicidad llegan á olvidarse alguna vez, las de la desgracia nunca mueren en el corazon. Sin ninguna esperiencia de las cosas de este mundo, se dejó elevar de pronto por el vicio y la maldad á una altura en que jamas habia soñado, para caer desde allí y sumergirse en la mas espantosa miseria; juguete de hombres perversos, la barca de su vida zozobró en el mar de la existencia, y su virtud cubierta de harapos fué á gemir á la súcia habitacion del pobre, y casi á mendigar el pan de puerta en puerta. El trabajo de sus manos no bastaba á sus necesidades, y su hermosura iba rápidamente marchitándose y su vida consumiéndose por la falta de los jugos que la mantienen. Mas el destino, la casualidad, ó la Providencia, hicieron que el conde de Peña-Aranda, viejo viudo y rico, la conociera, y que en su corazon naciera un amor hácia ella que el no pudo ocultar. Este amor decidió al parecer del porvenir de María, porque el viejo conde empeñado en satisfacer el deseo engendrado en su corazon por una pasion concebida casi en la decrepitud, sobreponiéndose á las preocupaciones de su época, dió su mano de esposo á aquella jóven, miserable; pero interesante por su belleza. María la aceptó, y cediendo á aquella propension que todos tenemos de ser algo en la sociedad, de brillar entre los demas, de excederlos tal vez en fausto, sonó con placer en sus oidos, no ya el nombre de *María*, sino el de *la condesa de Peña-Aranda*. Un sueño le pareció su rápida elevacion: subir del seno de la miseria á la cumbre de la opulencia: dormir ayer en un miserable cuarto súcio y oscuro, y despertar hoy en un palacio rico y esplendente, es para causar una transformacion total en el corazon humano; y en el de María en efecto, esa transformacion comenzó á efectuarse. En un estado ya en que le era indispensable tratar con lo mas selecto de la sociedad mexicana, la que al principio no dejó de mirarla con desdén, por considerarla pegote de la aristocracia, mas la que luego la acogió en su seno, porque para esa clase no hay mas vínculos de amistad que los que proporciona el dinero; la condesa de Peña-Aranda quiso embriagarse con su aparente felicidad, quiso ser pródiga, y comenzó á presentarse en los paseos, en los teatros y en las tertulias con un lujo sorprendente. Su amabilidad, sus encantos, y sus riquezas sobre todo, le habian atraido un círculo de jóvenes, entre de los cuales era ella la soberana, de quienes no recibia sino adulaciones á su belleza, incienso á su orgullo. Mas en medio de tanta ostentacion, ella no era feliz: subida hasta tan alto para no sentir contra su pecho sino un abrazo de hielo; contra su megilla, sino el lábio casi inanimado de un viejo, su corazon sentia la necesidad de amar, habia en él un vacío que no podia llenar sino el amor de un jóven, el fuego de una pasion igual á la suya; y ella estaba inquieta; pero al mismo tiempo no comprendia la causa de su inquietud.

Alfonso, el jóven que hemos visto acompa-

ñar á Julian, la comprendió; hablóle varias veces apasionadamente de un sentimiento que ella no conocia, de un amor cuyas delicias no habia gustado; pero en todas ellas no recibió sino repulsas enérgicas de la condesa que estuvo á punto de prohibirle el que volviese á presentarse en su presencia. Semejantes desprecios fueron una herida mortal para el orgullo de Alfonso, quien juró vengarse de ella. Este, de corazon perverso, en ningun medio se paraba para llevar á cabo sus resoluciones por reprobadas que fuesen, y considerando que la virtud de la condesa no seria un muro inespugnable que se opusiese á las seducciones de cualquiera otro amor, introdujo con arte en sus tertulias á Julian, jóven amigo suyo, acaudalado, de gentil continente y de una espresion tan dulce en sus modales, que seducia á cuantas le miraban. La condesa y Julian se amaron: este le hizo declaraciones apasionadas, aquella vacilante al principio entre el deber y la fuerza que la impelía á llenar el vacio de su corazon, se mostró con él blandamente esquiva; mas no pudiendo soportar por mas tiempo un martirio tan cruel, la noche del festin estrechó á Julian contra su seno, y empapó con sus lágrimas su rostro; y miéntras, Alfonso, que habia visto nacer y crecer el amor de aquellas dos almas que al fin se comprendieron, sonreía; pero con aquella sonrisa que revela un corazon acosado por los pesares, carcomido por la venganza.

III.

EL CONDE DE PEÑA-ARANDA.

A las seis de la tarde del dia siguiente al del baile con que se celebró el cumpleaños de la condesa de Peña-Aranda, esta y el conde su marido, se hallaban sentados en un aposento de la casa, cuyas ventanas daban al poniente. La condesa con un vestido blanco de una estrema sencillez, y con su pelo suelto, estaba distraida y algo pálida, y sostenia contra su pecho la cabeza del conde, cuyos blancos cabellos halagaba ella con su mano descuidadamente. Ambos estaban con sus ojos fijos en el sol que estaba próximo á desaparecer detras de las montañas. En el rostro del conde estaba pintada aquella dulce melancolía que se apodera de nosotros, cuando somos testigos de las maravillas de la naturaleza, y en el de la condesa una inquietud que aumentaba á medida que el sol descendia mas. Este desapareció al fin, la luz del crepúsculo se derramó sobre la tierra, los celages desplegaron sus alas sobre los cielos, y el conde levantó repentinamente su cabeza, fijó sus ojos en el rostro de su esposa, la que no pudo dejar de estremecerse, y con una voz melancólica la dijo mostrándola con su mano el campo y el cielo:

—He aquí, María, la imágen de nuestra vida: esa luz del crepúsculo sin fuerza y sin calor es la mia; y esos celages risueños que vuelan por los cielos, que dan animacion al cuadro, porque sin ellos seria triste y sombrío, son la tuya. Tú sostienes mis fuerzas abatidas, tú, María, encantas los últimos momentos de mi existencia; por eso te amo tanto, por eso, cuando reposo en tu seno me parece que soy jóven, y que me restan aun muchos dias de vida.

La condesa guardó silencio, y por su megilla corrió una lágrima: el conde al verla continuó, y sollozando la dijo.

—Ah! ¿por qué lloras, María? ¿Por qué cubre hoy la tristeza tu rostro, siempre tan alegre, siempre tan risueño? Si falta algo en tu corazon, si deseas algo, ¿por qué no decírselo á tu pobre viejo que jamas te ha negado nada, cuyo mayor placer, si no eres feliz, es creer que lo eres, porque él no ha omitido medio ninguno para proporcionarte la dicha?

—Ah!.... esclamó la condesa con una agitacion que apenas podia encubrir.

—Prosigue, niña mia, prosigue, la interrumpió el conde; ábreme tu corazon á mí que soy tu padre, tu esposo, y aunque viejo.... tu querido.

—No es nada, señor, no es nada.... querido mio, continuó ella sin atreverse á mirarlo fijamente. Lo que ahora esperimenta mi alma, es una de aquellas sensaciones muy comunes en las mugeres, al aspecto de un cuadro como el que estamos contemplando ahora. No sé que tiene la caida del sol, que trae á mi memoria los recuerdos de mi infancia, recuerdos amargos que nunca se presentan á mi alma sin que me hagan derramar lágrimas.

Y al decir esto, sonreia y acariciaba al conde; pero sus manos temblaban, y la sonrisa de sus lábios era forzada.

—Pero ¿por qué entregarte á memorias tan crueles, niña mia, si aquellos tiempos pasaron? prosiguió el conde imprimiéndole un beso en la mano: no consumas así tu vida con recuerdos inútiles.

Ambos lloraban en silencio, la condesa apoyada en su mano derecha, y con su cara vuelta al campo, y el conde inclinado sobre la mano izquierda de María, bañándola con sus lágrimas. En esta posicion los encontró un criado que anunció al conde la visita de D. Alfonso de Zárate.

—Que pase, contestó el conde, y la condesa fuese entónces de su lado á los aposentos interiores. Alfonso encontró al conde con los ojos llorosos todavía.

—Oh! señor conde, esclamó este al entrar, con el acento de quien tiene alguna confianza con aquel á quien dirige la palabra; V. siempre encerrado, jamas se le ve á V. la cara, fuera de este que puedo llamar propiamente su castillo.

—Oh! amigo, le contestó el conde, á la edad de V., cuando tenia el mismo humor que V. tiene ahora, no se me podia decir otro tanto; pero ya el fuego de mi juventud se apagó, y no me queda mas que el hogar doméstico para recalentar mis miembros.

—Al lado de vuestra bella esposa fidelísima.

—Siempre V. de broma!

—Broma, ó no broma, es cierto lo que digo: jamas se separa V. de ella, siempre á su lado.... ya se ve, ella ama á V. tanto, le es á V. tan fiel, que ingratitud seria que V. se separase un momento de ella. Pero supongamos, ya V. sabe que yo me muero por las hipótesis, supongamos que le fuese á V. infiel.

—Hombre! Eso ya pasa el límite de la intimidad, de la confianza que media entre nosotros.

—Déjese V. ahora de límites, ya V. sabe que las suposiciones no pasan de tales, é infelices de nosotros, si pasaran á veras. Supongamos que le fuese á V. infiel. ¿Qué haria V?

—Como eso, no solo lo considero remoto, sino imposible; no haria nada.

—Pero, vuelvo á mi tema: yo supongo que así es, y doy por cierta mi suposicion. ¿Qué haria V., vuelvo á preguntar?

—Oh! entónces....

—Entónces, celos fundadísimos nacerian en el corazon de V., la arrojaria de su lado, é inexorable, jamas la volveria á ver; jamas volveria á acordarse de ella.

—Tal vez.... pero dejemos esa conversacion que V. ha suscitado ahora sin motivo.

—Qué quiere V.? fué una suposicion!

El conde temblaba, y con los ojos fijos en el suelo, como quien medita en algo, quizá la suposicion de Alfonso, con algunas circunstancias anteriores, que ahora se le agolpaban en la mente, habia hecho nacer en él alguna sospecha. Alfonso que tenia su cartera en la mano, la dejó caer entónces; y al ruido de esta, el conde levantó los ojos y la vió á la luz de la vela.

—Preciosa cartera! dijo él tomándola en sus manos.

—A vuestra disposicion está, contestó Alfonso. Abrala V., hojeela para que mas conozca su mérito.

—No llega á tanto mi libertad, que contendrá los secretos de ese corazon.

—No soy tan ligero, para fiar mis secretos á un secretario, que si hoy está conmigo, cualquiera circunstancia hará tal vez que mañana caiga en manos de otro. Puede V. verla.

La abrió el conde y comenzó á hojearla; mas á la mitad se paró: la curiosidad le habia hecho fijar la vista en unos renglones escritos que allí habia: leyó los nombres de *María* y de *Julian*, nombres que le eran demasiado conocidos; su misma curiosidad le llevó mas adelante, y leyó lo siguiente:

—*A las ocho de la noche, María....*

—*Sí, Julian, á esa hora por la reja del jardin; yo bajaré la llave.*

Soltó de sus manos la cartera; y viéndole Alfonso trémulo y con los ojos desencajados.

—Qué sucede? esclamó, como si todo lo ignorara.

—Leed, le contestó el conde presentándole la cartera.

Maldita indiscrecion! volvió á esclamar Alfonso, dándose una palmada en la frente; yo no sabia que esta cartera encerraba semejante secreto.

—V. me engaña, repuso furioso el conde; V. me quita la vida, ultraja, calumnia la honra de mi María. Que venga, que venga ella misma á sincerarse, á confundir en su presencia á V., infame calumniador. María! María! gritó dirigiéndose á la puerta.

—Conténgase V., esclamó Alfonso deteniéndole; ya que el acaso os ha descubierto una verdad....

—No, infame calumniador, que venga mi esposa á confundirte.

—Señor conde, deténgase V., y esta misma noche tendrá V. por sus propios ojos un desengaño terrible. La cita es para las ocho de esta noche; V. mismo los verá juntos, y despues me hará justicia, se arrepentirá de haberme llamado calumniador.

El conde se detuvo; él deseo de satisfacerse por sus propios ojos de lo que se le habia casi jurado que era cierto, ahogó el de que su esposa se sincerara allí mismo; los celos devoraban ya su corazon de viejo. Ambos permanecieron en silencio, hasta que poco antes de las ocho se dirigieron al jardin sin ser vistos de nadie. Mas antes de salir dijo el conde á sus criados:—Decid á la condesa que he salido á un

negocio importante de tal urgencia, que me ha sido imposible estar antes con ella.

IV.

UN DESENGAÑO.

Las ocho sonaron en el reloj del monasterio de San Fernando, muy inmediato á la casa del conde de Peña-Aranda; las campanas comenzaban á dejar oir la fúnebre plegaria de ánimas, y hacia poco que la luna llena se habia levantado por el oriente. Tranquila estaba la noche, y apenas susurraba el viento meciendo las copas de los árboles y doblando el tallo de las flores dormidas del jardin estenso y precioso, lugar de recreo de los condes de Peña-Aranda. Poco antes lo habian atravesado en silencio dos hombres que entraron á una de las grutas artificiales, construida muy cerca de una reja que daba al campo; mas ahora estaba solo, y ningun ser humano se veía en él. Muy luego, á la luz de la luna, se vió moverse entre los árboles una figura blanca que rápidamente se dirigia á la reja, y que al acercarse á esta, se reconoció en ella á una muger, á María, que con su vestido blanco y su pelo suelto iba á encontrar á su amante. Se acercó ella á la reja, y con voz bastante perceptible dijo:

—Julian!

Y de fuera le contestaron:

—María!

—Estás ahí, bien mio?

—Ah! sí, y mi corazon aguardaba impaciente tu venida.

Aquí está la llave, abriré.

—Y el conde?

—Salió contra su costumbre.

María abrió, y Julian la recibió en sus brazos. Al ruido de la llave el conde salió de su escondite, y dirigiéndose á ellos en el momento en que estaban extasiados uno en los brazos del otro:

—Señora! esclamó con voz grave poniéndole la mano en el hombro á la condesa.

Al acento terrible del conde, Julian se desprendió de los brazos de su querida, y ganando la puerta se escapó sin que jamas se le volviera á ver; y María pálida, y sin poder comprender lo que aquello era, cayó desmayada en el suelo. El conde la levantó furioso; y cuando ella volvió en sí, oyó que le decia:

—Este es, señora, el premio que habeis dado al que os sacó de la miseria para elevaros á una altura en que jamas habiais soñado; al que contrariando las preocupaciones y oponiéndose al orgullo de sus deudos os dió el nombre de esposa, al que os entregó sus riquezas y os amaba, como á su vida misma. Ah! vosotras las mugeres sois gusanos que cuando os veis en la altura, buscais siempre el lodo en que os arrastrabais. Insensato! crei haber encontrado un ángel que amante me condujera al sepulcro, y encontré una serpiente que me carcomiera las entrañas ántes de tiempo. Id, prostituida, id con vuestro seductor, que sus caricias sean el veneno que acabe con vuestra vida. Ya nada sois mio, en nada me perteneceis; el conde de Peña-Aranda, jamas ha sido el esposo de una prostituta.

Y al decir esto la puso fuera de la reja del jardin que daba al campo. María lloraba, el conde en su furor ni un solo suspiro habia lanzado de su pecho, y Alfonso que habia salido ya tambien con el objeto de saborear su venganza, se acercó á ella, y descubriéndose la dijo:

—Me conoceis? soy Alfonso, aquel á quien un tiempo despreciasteis, sin saber que su orgullo jamas dejaba un desprecio sin venganza. Soy Alfonso, el que ha conducido aquí á vuestro marido para que fuese testigo de la felicidad que disfrutabais en los brazos de Julian.

El conde cerró la reja dejando á María afuera de ella, y atravesando con Alfonso rápidamente el jardin, volvió á su habitacion.

V.

CONCLUSION.

Algun tiempo despues, el conde de Peña-Aranda pasaba en su coche por una de las calles mas concurridas de México, y viendo que hácia él se dirigia una muger pálida y estenuada y cubierta de andrajos, en la que reconoció á María, dió órden al cochero para que condujera rápidamente el coche. María al ver esto se volvió anegada en lágrimas, y á su vuelta encontró á Julian:

—Julian mio, esclamó ella, dirigiéndose á él, te vuelvo á ver al fin.

—¿Quién sois vos, le preguntó Julian?

—María, tu querida María.

—Yo no os conozco, no os he visto jamas: idos en paz y no me importuneis: si quereis limosna, pedidla de otro modo.

Y le arrojó en el suelo un cuarto. Era el estremo de la infelicidad á que el destino podia haber arrastrado á aquella muger. Sentada en el suelo, ya sin fuerzas para soportar tanto, no lloraba, sino que frenética mordia sus manos y casi renegaba de la Providencia, cuando sintió que le tocaban el hombro. Alzó el rostro, y vió á Alfonso, y oyó que le decia.

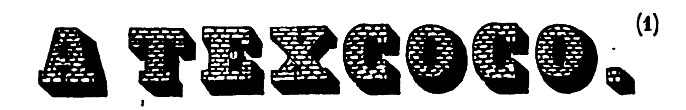
—Me conoces? yo soy Alfonso, el amante des-

preciado, y el que te ha conducido con placer á la situacion en que te encuentras.

—Ojalá y mis palabras fueran de muerte, hombre maldito, esclamó ella cubriéndose el rostro.

Pobre muger! á que estado la arrastró su destino, aquel mismo destino que puso en su corazon la necesidad de amar, como se ama en la juventud! ¡Cómo secaron las esperanzas de su corazon el desvío de un marido, el desprecio de un amante querido y el placer de la venganza de otro á quien odió su corazon! ¡Pobre muger, juguete de la suerte! Pobre muger!

R. I. Alcaraz.



(1)

Orillas de la laguna
Texcoco altiva se mece,
Y en las aguas resplandece
Como en los aires la luna.
Murmuran al pie del muro
Las mansas ondas pasando,
Con blanca espuma argentando,
De roca el cimiento duro.
Y en el fondo trasparente
Pinta el reflejo sereno,
Un cielo de encantos lleno
Que no empaña la corriente.
Y que en su apacible azul,
Entre celajes de plata,
Las verdes ramas retrata
Del sauce y del abedul;
Y las primorosas flores
Que en las chinampas se ostentan
Y el aura suave alimentan
Con balsámicos olores.
Con blandos fulgores brilla
El sol de la primavera
Dando vida á la pradera
Y á las flores de la orilla;
Y disipando la sombra
Que el crudo invierno tendió,
Donde el hielo marchitó
De verde grama la alfombra.
Está la ciudad tranquila,
Y ufana se alza y contenta,
Que es jóven y aun no lamenta
La adversidad que aniquila.
Premio siempre á su valor
Triunfos y glorias han sido,
Del enemigo vencido
El despojo y esplendor.
Por eso do quier se escucha
El canto de sus guerreros,
Y ostenta gala y plumeros
Botin por que ardiente lucha.
Todo es bulla y confusion,
Entusiasmo y alegria,
Que aun no se aproxima el dia
De luto y desolacion.
Que aun no asoma ni el amago
De la dura esclavitud
Ni aun teme la senectud
La hermosa virgen del lago.
Gira en tanto poco á poco
La rueda de la fortuna,
Tras sí arrastrando una á una
Las venturas de Texcoco.

Pobre rosa deshojada
Lozana y fragante un dia,
Triste flor abandonada,
Perseguida y azotada
Por la tormenta bravía.
Pobre ninfa, hoy sin amor
Y en otro tiempo adorada,
Triste virgen sin dolor
Sola, entregada al furor
De turba desenfrenada.
Triste ciudad olvidada
Fuerte un dia y floreciente,
De príncipes acatada,
De naciones respetada,
Bella, rica, independiente.
¿Que se hicieron tu opulencia,
Tus palacios, y tus reyes
Tu antigua gloria y tu ciencia,

[1] Insertamos esta poesia á Texcoco que bajo el anónimo se nos ha remitido, porque al leerla encontramos en ella cosas muy bellas que revelan en su autor un verdadero talento poético. Tiene es cierto algunos defectos; pero como hemos sabido que este es uno de sus primeros ensayos, nos parecen disculpables. No deje su autor de pulsar su lira, y con el tiempo sus acentos serán dulces, muy dulces. R. R

Tu ardiente celo ó demencia
Por tus dioses y tus leyes?
Que se hicieron tus banderas
Tus carcaces tus legiones
Indómitas y guerreras
Que á las huestes estrangeras
Dieran triunfo en cien acciones?
Todo, Texcoco, pasó,
Capricho fué del destino,
La tormenta reventó
Y á tus ojos ocultó
De la ventura el camino.
Hoy, si las nobles colinas
Visita acaso el viajero,
Ve las negras golondrinas,
Volar entre las ruinas
De algun ídolo grosero.
Tal vez fija su atencion
Algun ahuehuetl erguido,
Y oprimido el corazon
En triste meditacion
Cae á su sombra dormido.
Arbol viejo y misterioso,
De los siglos respetado,
Que testigo silencioso
Fué del tiempo venturoso
Como de este, desgraciado.
Acaso en su sueño inquieto,
De algun sepulcro ruinoso
Ve salir un esqueleto
Que le dice „Ten respeto
De los heroes al reposo"
Y en lugar del anatema
Que en su frente vió primero,
Ve lucir una diadema
Y á su calce oscuro emblema
Que esplica lo venidero.

Ya no existe una laguna
Do Texcoco hoy aparece,
Do humillada desfallece
Despojo de la fortuna.
Ya al pie del muro pasando
La onda mansa no murmura
Ni del sol la lumbre pura
Va sus cristales dorando.
Ni en su seno se refleja
Bello un firmamento azul,
Ni el plateado abedul
Su sombra en la tierra deja.
Ya no hay chinampas ni flores
Que el suave ambiente alimenten
Y en lecho de junco ostenten
El lujo de sus señores.
Brilla el sol, mas sin colores,
Sin ser ya lo que antes era,
Sin dar vida á la pradera
Con sus vivos resplandores.
Sin romper la densa sombra
Que el crudo invierno tendió
Cuando al soplar marchitó,
De primavera la alfombra.
Está la ciudad tranquila,
Mas débil y macilenta,
Como viuda que lamenta
La edad que todo aniquila.
De invencible el alto honor
En otro tiempo adquirido,
Yace hoy postrado y vencido
Sin ánimo y sin vigor.
Por eso ya no se escucha
El himno de sus guerreros,
Ni ostenta gala y plumeros
Ganados en cruenta lucha.
Todo es silencio, inaccion,
La paz de la tumba fria,
Que el sol ya lució del dia
De ruina y desolacion.
Lanzó su gemido vago
Nefanda la esclavitud,
Murió en gracia y juventud
La antigua reina del lago.
Gira empero poco á poco
La rueda de la fortuna
Tras sí llevando una á una
Las desdichas de Texcoco.

F. P. C.

UN CHISTE A TIEMPO.

Desessart, compañero del célebre cómico frances Dugazon, era un hombre sumamente gordo. Un dia lo llevó Dugazon á casa de un ministro, y al presentarlo dijo á este: "Señor, la compañía cómica francesa acaba de recibir la noticia de la muerte del elefante del rey, y os suplica concedais esta plaza á Desessart, en recompensa de sus servicios." Desessart, furioso desafió á Dugazon. Este admitió; al llegar al sitio designado para el duelo, dijo á Desessart: "Ala verdad, el partido es ventajoso para mí; tú presentas una superficie décupla de la mia; y así voy á pintar en tu vientre con albayalde un blanco, y todos los tiros que den fuera del blanco no se me cuentan." Esta agudeza fue suficiente para cortár el duelo.

La envidia va siempre tras el mérito, como la sombra tras el que camina hacia donde está el sol.



Nicolò Paganini

PAGANINI.

La musique est le langage des passions.
J. J. Rousseau.

Teniendo en nuestro poder un magnífico retrato y tres de las mejores biografías del inmortal violinista Paganini, no nos podiamos resolver á colocar en las columnas del *Liceo* la historia de un hombre que parece hasta fabuloso, ó por lo ménos muy exajerado lo que de él refieren sus biógrafos; pero Mr. Enrique Vieux-Temps ha venido á quitarnos el temor de no ser creidos los prodigios que Paganini, segun vamos á referir, ejecutaba en el violin, en este instrumento que se puede llamar perfecto, pues hace trescientos años recibió la última mejora, y de entónces acá nadie se ha atrevido á hacerle una reforma sustancial.

El Señor Vieux-Temps se presentó al público las noches del 22 y 24 del mes pasado; y este rival de Paganini ha causado en los mexicanos las sensaciones mas terribles. Decir que Vieux-Temps es un músico es hacerle una grande injuria; *El Señor Vieux-Temps es un gran poeta.* Este hombre admirable ha arrancado suspiros y aun lágrimas á muchos que han presenciado con serenidad el delirio de *Lucia*, y la agonia de su infortunado amante. En el gran *Trémola,* soberbio concierto de Beriot, produjo el violinista belga en nuestras almas una especie de terror sublime; el ingenio de Vieux-Temps brilla en todo su esplendor en esta composicion. Cuando se presentó á repetirla, (lo que hizo las dos noches, á causa de los inmensos aplausos y las instancias de un público que jamas hemos visto mas entusiasmado) cuando vimos al inmortal jóven tomar su mágico arco con los tres dedos, pulgar, índice y medio, herir velozmente, y con una vibracion semejante á la de las alas del chuparrosa, dos, tres y aun las cuatro cuerdas del violin al mismo tiempo, nuestros corazones latian de placer, de entusiasmo, de pavor; en fin, querer espresar lo que sentimos en aquellos felices momentos, seria el mayor de los absurdos. En el *Carnaval de Venecia*, composicion de Paganini, la ejecucion de Vieux-Temps es admirable: el *pizzicato* con la mano izquierda es lo mas diestro que hemos visto en este género; lo que agradó mucho en lo general, fué la imitácion exacta de la voz de un muchacho y de la de una vieja: una risa general involuntaria fué la mejor aprobacion del público. Sin embargo, lo que mas nos asombró en ésta pieza fué la produccion de un concierto de dos violines simultaneamente, ejecutado en uno solo. A pesar de haber estado demasiado cerca de Vieux-Temps las dos noches citadas no podemos dar una esplicacion satisfactoria de éste fenómeno músico: no obstante, dirémos que nos parece haber observado que el dedo meñique de la mano izquierda, por medio del *pizzicato*, en la prima daba la voz, y el arco, hiriendo la segunda y tercera cuerda, formaba el violin de acompañamiento.

Por último, lo que mas nos admiró en este gran violinista fué la destreza en el dificilísimo manejo del arco. En el *trémola* lo movia con tal celeridad que dudabamos si las semi-fusas que ejecutó eran estas notas, que son las últimas que reconoce la música, ú otras desconocidas, aun mas breves. Para los aflautados Vieux-Temps saca el mas ventajoso partido de aquel principio, que cuanto mas se acerca el arco al puente del violin es mas fuerte la voz, y mas suave cuanto mas se aleja.

Con el mas vivo placer participamos á los mexicanos que al despedirse Vieux-Temps, el 25 del pasado á las cuatro de la mañana, de uno de sus amigos, le dijo: *dentro de ocho ó diez meses estoy en México.* A este apreciable jóven le ha producido el viaje (de 15 dias) á esta república mas de tres mil pesos.-Basta de Vieux-Temps.

Nicolas Paganini, el heroe, ó como otros han dicho, el dios del violin, nació en Génova, el mes de febrero de 1784. La providencia no quiso perder tan precioso diamante y lo confió á un hábil artista para que lo bruñese, y lo hiciera brillar en todo el mundo. Antonio Paganini, padre de Nicolas, era el hombre mas apropósito para desarrollar el grande ingenio músico que poseia este niño. Antonio por sus ocupaciones no habia podido adquirir una grande habilidad en el violin; pero su pasion hácia este instrumento y el conocimiento de las dificultades en su ejecucion, hicieron que pusiera un esmero escrupuloso para sacar un gran violi-

nista á su hijo. Un tiránico rigor, hasta el estremo de imponer crueles ayunos que debilitaron la salud del niño, logró hacer concebir á todos los parientes de Nicolas las mas lisongeras esperanzas de que seria un regular músico. Su madre Teresa tuvo un sueño en que le pareció que un angel le revelaba que su hijo seria un gran violinista. A la edad de ocho años poseia el violin lo mismo que su padre, á pesar de que este habia tenido muchos años de estudio; y en tan tierna edad compuso una sonata tan complicada, y llena de tales dificultades, que nadie pudo tocarla. Nueve años tenia cuando se presentó por primera vez en el teatro, en el beneficio del célebre soprano Marchesi, y ejecutó unas variaciones suyas sobre la cancion republicana francesa, la *Carmañola*.

Como la ambicion de Antonio Paganini por formar á su hijo un gran músico era estrema, y veia que ya nada tenia que enseñarle, lo presentó á Costa, primer violin de Génova; y recibió de este habil profesor treinta lecciones en seis meses. El infatigable Antonio lo llevó despues á Parma á Veralli á Rolla para que lo perfeccionase. Rolla se hallaba enfermo, y su muger hizo esperar á nuestros dos genoveses, que iban á visitar á su marido, en la pieza inmediata á la en que él estaba. En una mesa habia un violin y un concierto que acababa de componer Rolla; el travieso niño tomó aquel instrumento y se puso á tocar á primera vista la dificil composicion. Rolla preguntó que quien tocaba su concierto, y cuando se le dijo que era un niño de ménos de diez años, que deseaba recibir sus lecciones, contestó: „Nada tengo que enseñarle;" y á su padre dijo que lo podia llevar á Paer. Habiéndoselo presentado á este gran músico, lo recomendó á su viejo maestro Giretti. Este hábil compositor dió á *Nicoló* lecciones de contrapunto, y sus adelantamientos fueron tales que compuso veinticuatro fugas á cuatro manos; despues lo tomó el mismo Paer bajo su direccion, y á los cuatro meses le pidió un duo; ¡cual fué la sorpresa de de Paer cuando Paganini le entregó una brillante composicion! Paganini era ya un gran compositor.

Nicolas Paganini tenia catorce años, conocia que su violin seria para él una mina inagotable, y ademas el rigor paterno ya le era insufrible, por lo mismo se emancipa de su familia y va á recorrer el mundo, ávido de gloria y de placeres, único alimento digno de su alma.

Ufano se presenta en las principales ciudades de Europa, como una grande habilidad en el violin. La Alemania aplaudia con furor á cuatro violinistas Rode, Kreutzer, Baillot y Spohr, que se creia habian alcanzado la mayor perfeccion posible en la ejecucion del violin. Tan poderosos rivales no intimidaron á Paganini; y al cabo de pocos años todos los periódicos italianos, franceses, ingleses y alemanes estaban llenos de elogios al inmortal genoves, proclamándole el primer violin del mundo.

Las ciudades principales de Europa se disputaban la gloria de tener por algunos meses ó dias al hombre que llamaba la atencion de todo el mundo: se le hacian de todas partes contratas en que se atravesaban gruesas sumas de dinero, por tener el placer de oir su mágico instrumento algunas noches. Paganini podia haberse hecho millonario en pocos años; pero los goces de su inmenso corazon le costaban muy caro. La transicion repentina de la cruel sujecion de su padre á la estrema libertad, ocasionó en él la prostitucion mas desenfrenada. Juego, mugeres, vino, todo en exceso, causaron en Paganini un desarreglo de costumbres escandaloso, debilitando estraordinariamente su constitucion, tan enfermiza por el austero tratamiento que habia recibido en la casa paterna.

Este desarreglo de costumbres acaso fué lo que dió lugar á mil anécdotas estravagantes acerca de Paganini. Ya se decia que habia estado encerrado muchos meses en la inquisicion; ya que habia vivido mucho tiempo entre salteadores; y hasta se llegó á decir que habia asesinado á su muger, y que estando en la prision por este delito, el cruel carcelero le habia quitado las tres primeras cuerdas de su violin, y que entonces aprendió á tocar admirablemente en sola la cuarta. El tuvo la paciencia de desvanecer tales rumores publicando en los periódicos certificados de las autoridades de policía de casi todos los lugares por donde habia viajado. Preguntándosele cierta vez sobre la certidumbre del asesinato de su muger, contestó: ¡*Per Bacco*! los que esto dicen ¿ignoran que jamas he sido casado? Y otra vez refiriéndole las varias anécdotas que le atribuian, dijo: "acaso estan confundiendo la historia de mi vida con la novelesca del violinista polaco Duranowsky."

El año de 1812 Paganini se hallaba en la corte de Luca, á la sazon que reinaba la amable Elisa Bacciocchi, princesa de Luca y Piombino, hermana de Napoleon. El grande violinista presidia la orquesta en la ópera cuando asistia la familia real, y cada quince dias tocaba en la cámara de la princesa. Terriblemente enamorado de una dama de la corte, que era muy apasionada por la música, y que por lo

mismo no la desagradaba la pasion del célebre artista, hasta que por fin consiguió ser amado de ella, Paganini debió á esta relacion amorosa una de sus mas felices invenciones. "Nuestras relaciones, escribia él cierta vez á Scholtry, hacian cada dia mas progresos, y como exigian el mayor secreto, esto las hacia mas deliciosas. Un dia le prometí sorprenderla en el concierto siguiente con un juguetillo músico alusivo á nuestra situacion. Al mismo tiempo anuncié á la corte una novedad cómica, una escena de amor. General curiosidad exitó, cuando me presenté, mi violin con solas dos cuerdas, la prima y la cuarta. La prima debia hacer el papel de la voz de la muger, la cuarta la del hombre. Las dos cuerdas á su vez debian suspirar, gemir, reir, é imitar una loca alegría; todo para representar un diálogo en que dos amantes se enojan y despues se reconcilian. La reconciliacion debia terminar con *una coda brillante*. El juguete agradó. La persona en honor de quien lo habia yo compuesto, me recompensó con una divina sonrisa, y la princesa Elisa me dijo: „Pues habeis ejecutado tantos prodigios en dos cuerdas, ¿no podreis hacernos escuchar alguna maravilla en una sola?" Se lo prometí, y el dia de la fiesta de San Napoleon ejecuté en la prima una cancion que compuse é intitulé: *La Napoleon*. Tuvo un brillante éxito; á tal punto, que una cancion de Cimarosa, ejecutada esa misma noche, solo consiguió débiles aplausos al lado de la mia. He aquí como conseguí tocar en una sola cuerda."

La pasion de Paganini á viajar, hacia de su vida errante un manantial de placeres, recogiendo por todas partes laureles que el entusiasmo mas exaltado le prodigaba. Los nobles lo sentaban á la cabeza de espléndidos banquetes, los reyes y las sociedades mas distinguidas lo condecoraban con las cruces mas gloriosas; y el pueblo, como único tributo que podia dar á su mérito, lo aplaudia con furor en el teatro.

Un escritor aleman dice: „Paganini se presenta en la escena; se ve á un hombre estraordinariamente flaco, con su rostro de mómia á causa de una enfermedad continua de estómago, y de la falta de todos los dientes de la mandibula inferior, su cabeza cubierta de pelo sumamente largo y enmarañado. Esta ridícula fantasma coloca en el lado izquierdo de su cuello un hermoso violin, y con suavidad comienza á herir las cuerdas con su arco. Aquel hombre, que habia parecido un estúpido, se pone á sudar, los cabellos se le erizan, se trasporta á un mundo ideal, y las mas estrañas contorsiones en todo su cuerpo, dan á conocer la enagenacion de su alma; en fin, no es un hombre, es un espíritu diabólico, evocado de los infiernos por algun mago. En sus composiciones es principalmente en donde se admira todo el fuego de su ingenio; y el espectador no puede ménos que acompañarlo en sus lágrimas por los recuerdos de su desgraciada infancia, y en los suspiros por los placeres de su desarreglada juventud; todo admirablemente espresado con su celestial instrumento."

Paganini habia causado en el mundo músico una revolucion estraordinaria, pues nadie podia imaginar la causa de la ejecucion sobrenatural de este violinista; y se formaban mil hipótesis para la esplicacion de tan estraños fenómenos. Aumentaba la curiosidad general el haber dicho una vez Paganini, que él poseía un secreto con el cual podia formar de cualquier discípulo con tres años de asiduo estudio un violinista igual á él. Se puso el mayor esmero para descubrir este secreto; pero todo fué infructuoso. Lo único que se observó despues de haber examinado detenidamente el violin de Paganini, fué que este instrumento estaba templado en medio tono, y algunas veces un tono entero mas alto que los demas violines de orquesta; y se infirió que acaso Paganini habia descubierto un modo de templar que producia una combinacion capaz de disminuir la dificultad de la ejecucion de la mano izquierda.

La vida de Paganini continuó en el desarreglo de costumbres que hemos dicho, hasta el año de 1823, en que la hizo variar una circunstancia de interés. A principios de este año emprendió un viage artístico en compañía de la célebre cantatriz Antonia B....; y tuvo de ella un hijo, que fué bautizado con los nombres de Aquíles-Ciro-Alejandro. Cinco años despues la madre abandonó al hijo, que fué siempre el ídolo de Paganini, que jamas lo separaba de su lado.

Paganini oyó la voz de la naturaleza que le decia que ya solamente debia pensar en su hijo. La prodigalidad se cambió en la mas austera avaricia; llegando á tal estremo esta pasion en Paganini, que se hizo proverbial. Una de las muchas anécdotas que se refieren acerca de la estrema economía de este avaro, es la siguiente. Cierta vez caminaba Paganini con varios amigos: llegaron á la posta en que se hallaba la fonda en que debian comer; todos los pasageros bajaron de la diligencia para ir á la mesa redonda, y viendo que Paganini no lo hacia, lo invitaron á comer; mas el dijo que siempre traía consigo el sustento: habiéndose reti-

rado todos, se quedó uno oculto. ¡Cuál fué su asombro al ver al acaudalado Paganini sacar de su faltriquera, y comer, á manera de buen espartano, un gran pedazo de pan y una buena racion de queso reseco! La Rochefoucauld lo ha dicho: „solo es de los hombres grandes el tener grandes defectos."

Sin embargo, merece disculpa este amante padre, que no trabajaba, no pensaba, no vivia sino por un hijo que amaba, como él decia, tanto como á Dios.

El mes de mayo de 1840, Paganini se hallaba gravemente enfermo, y pidió un confesor. Se le presentó un clérigo, al que le dijo por medio de una pizarra en que escribia, pues habia perdido el habla, que solamente se confesaria con una condicion de que habia de poner su confesion en la pizarra, y borrarla despues de recibir la absolucion, pues no queria que fuera á dar á manos de algun librero que quisiese imprimirla; pero el clérigo no admitió, si no la escribia con tinta, y le negó la absolucion. Murió, pues, sin confesion, el 28 de mayo de 1840, á los cincuenta y seis años, tres meses de su edad. Su inmenso capital lo dejó en su mayor parte á su hijo; pues destinó una buena cantidad de él para sus dos hermanas, y para la madre de su hijo.

Marzo 1.º de 1844.

F. Diez de Bonilla.

CONSIDERACIONES
SOBRE
LA NECESIDAD DE FORMAR LA TOPOGRAFIA MÉDICA DE MÉXICO.

Con bastante fundamento habia dicho Hipocrates que la ciencia era muy basta y muy corta la vida para poder adquirirla. Los largos y profundísimos trabajos emprendidos en muchos siglos por hombres verdaderamente célebres, no han podido hoy colocar con firmeza los cimientos de la ciencia mas importante para la humanidad: unos se resienten de los errores propios de la época en que fueron concebidos; otros de la dificultad invencible de la observacion, cuando faltan los medios para ejercerla, y casi todos han sufrido las consecuencias funestas de los brillantes estravios de la imaginacion. Ciegos partidarios de los sistemas que en distintas épocas han reinado en medicina, los médicos han abandonado el camino seguro, aunque espinoso de la observacion, para precipitarse en un laberinto de conjeturas.

No me ocuparé en formar la historia del orígen, incremento y declinacion de cada sistéma, ni la crítica del fundamento que cada uno haya tenido para creerse el mejor: tampoco me empeñaré en desconocer los beneficios que han hecho á la ciencia sus gefes inmortales; ni mucho menos en adoptar ni desechar todas las bases sobre que han trabajado. Persuadido de que ellos han puesto en claro verdades importantes de observacion, que ni la mano destructora del tiempo podrá borrar, respeto á sus autores y me valdré de sus doctrinas en la principal de las consideraciones que creo se deben tener, á saber: el estudio del hombre en relacion con todo lo que le rodea.

Privilegiado éste entre todos los seres de la naturaleza por el autor supremo de las sociedades, tiene á la vez una existencia dependiente de todos ellos: el aire, la luz, el agua, las plantas, los animales, y en una palabra, todo lo que sirve para conservarlo, puede servir para enfermarlo ó para destruirlo." Seria necesario, dice un célebre escritor, una absoluta uniformidad en todo lo que mantiene la existencia para que los hombres fueran iguales, y su muerte solo resultára del envejecimiento de sus órganos." Pero ¡de que diverso modo es la realidad de las cosas! En las distintas porciones de tierra que habita en la superficie del globo, resiente de diverso modo la accion poderosa del sol, ya luchando con los exsesivos calores de las regiones ecuatoriales, ya sufriendo los frios helados del polo, que apenas pueden mitigar un tanto los tibios rayos de un sol moribundo.

Mas prescindiendo de esta influencia bajo mil aspectos interesante ¿cuanto no varía cada

país por la concurrencia de circunstancias anecsas á sus respectivas localidades? Todos ó la mayor parte se diferencian por la altura, por la calidad de los vientos reinantes, por las elevaciones que los circundan, por la influencia de ciertas montañas y de algunos volcanes colocados en su proximidad, por la existencia de bosques y la calidad de los árboles que producen, por la calidad de los alimentos indigenas y la alteracion que sufren los exóticos, por la policía y mil otras circunstancias que seria largo enumerar. Las desigualdades de la superficie de la tierra, tan necesarias en la figura del globo, hacen que en diversos lugares haya diversidad de elementos. „Estas, que como „dice Buffon, pudieran considerarse como im„perfeccion en la figura del globo, son á un „tiempo disposicion favorable, y tambien pre„cisa, para conservar la vegetacion y la vida en „el globo terrestre. Para cerciorarse de esto, „bastará detenerse un instante á imaginar lo „que seria la tierra si fuera igual y regular su „superficie, pues se verá que en lugar de colinas „agradables de donde salen aguas puras, que „mantienen el verdor de la tierra, y en vez de „campiñas ricas y floridas, en que las plantas y „los animales encuentran facilmente su nutri„mento, el globo entero estuviera cubierto de „un triste mar, y la tierra unicamente conser„varia de todos sus atributos el ser un planeta „opaco, abandonado, y destinado, cuando mu„cho, á ser habitacion de peces.”

De esta concurrencia de circunstancias locales, depende muy probablemente la variedad de la raza humana, la de los animales de toda especie y la de la vegetacion. En efecto, sobre cualesquiera de los tres reinos de la naturaleza que se eche una mirada, se observarán enormes diferencias en los distintos climas. Si la especie humana es ó no de esta ó de la otra manera en lo fisico y en lo moral, porque la naturaleza haya creado ciertas razas, que trasmitan á todo su linaje sus caracteres originarios, ó si estos caracteres se han perpetuado por algunos años por la falta de comunicacion de unos pueblos con otros, no es asunto de que quiero ocuparme. Me basta saber que los climas modifican profundamente al individuo, y que la permanencia de este en cualquiera pais por mucho tiempo, lo varia, al grado de no distinguirse del resto de la poblacion. Las plantas de un clima no se producen indistintamente en cualquiera punto que se las coloque, y cuando la codiciosa mano del hombre á fuerza de empeños ha logrado hacerlas hechar raices en tierra estraña, siempre degeneran. Lo mismo se verifica con los hombres; transportados violentamente de su pais natal á un estrangero, se resienten del agua que beben, del aire que respiran, etc, etc, y contraen por esta causa penosas enfermedades.

Independientemente de los agentes naturales indicados, hay otro órden de causas, que modifican al hombre y alternan con mas ó ménos fuerza su organizacion. Quiero hablar de los que trae consigo el establecimiento de la sociedad. Haciendo entrar en ella una renuncia parcial de la naturaleza de hombres, nos hacemos víctimas de mil preocupaciones y caprichos, opuestos las mas veces á las inclinaciones y á los deseos naturales. „Su individuo „es el todo para el hombre de la naturaleza, „es la unidad numeraria, el entero absoluto „que solo consigo mismo tiene relacion, mién„tras que el hombre de la ciudad es la unidad „fraccionaria que determina el denominador, „y cuyo valor espresa su relacion con el ente„ro que es el cuerpo social. Las instituciones „sociales buenas son las que mejor saben bor„rar la naturaleza del hombre, privarle de su „existencia absolutá, dándole una relativa, y „trasladando el *yo*, la *personalidad*, á la uni„dad comun, por manera que ya cada particu„lar no se crea uno, sino parte de la unidad, y „solamente en el todo sea sensible.” Estas palabras escritas con tanta profundidad por el inmortal filósofo de Ginebra, prueban mejor que lo que pudiera yo hacerlo, la infinidad de causas que existen en el órden social, para alterar la naturaleza del hombre.

Pues no basta la division establecida entre el hombre de la naturaleza y el de la sociedad. Entre un pueblo civilizado al mayor grado, y el salvaje, hay tantos medios tan diversos, y que influyen tan poderosamente en la organizacion fisica y moral de los individuos, que causa admiracion como se les confunde. La educacion, la moral, las necesidades, las preocupaciones y la policía, son cosas íntimamente ligadas á los gobiernos, y que modifican el organismo; y como no fomentan todas de un mismo modo, no son iguales en todos los pueblos de la tierra. Se forman ademas en las sociedades ciertos hábitos por mil causas ya conocidas, ya incógnitas, que constituyen una nueva naturaleza.

Los alimentos y las bebidas de que se hace uso, ¡cuanto no varian en todos los pueblos! Unas veces por la necesidad de no poderse proporcionar ciertos artículos, otras por la ingratitud del terreno, y no pocas por gustos especiales, se sujetan los hombres al uso de ciertas substancias, inventan cierta clase de condimentos; y como las legumbres y aun las car-

nes no son de un mismo gusto en todas partes, tampoco se les prepara de un mismo modo. Todos los pueblos tienen sus bebidas exitantes particulares, de que casi siempre abusan; bebidas que generalmente se componen de sustancias muy activas, que ocasionan alteraciones muy fuertes en el cuerpo: el té, el café, el pulque, el vino, la cerveza, el aguardiente y otras mil, son casi necesarias á algunos. Con suma dificultad los que están acostumbrados á tales bebidas, las varian por otras, á que no lo están, y ántes de habituarse á ellas, se sienten con indigestiones, diarreas y otros muchos accidentes, hasta llegar el caso de que para sanar tienen que volver á su pais natal.

Me difundiria demasiado si quisiera enumerar todas y cada una de las causas, que ya en el órden natural, ya en el social, pueden producir, y de hecho producen, cambios profundos en el hombre físico y moral. He indicado muy de paso las que tienen una accion mas decidida, no tanto para demostrar su influencia, cuanto para hacer ver la necesidad en que está cada pais de formar su medicina. Obligados quizá por el respeto que infunde el saber, hemos seguido hasta aquí ciegamente los preceptos, que con relacion á la medicina nos han dictado dos ó tres naciones de nombradía, sin advertir que si sus doctrinas son inmejorables en las naciones en que se escriben, en México sufren mil cambios. Si los habitantes de todos los pueblos no son iguales en tamaño, en color, en fuerza, en proporciones, etc., etc., ¿podrá ser aplicable la anatomía de uno de ellos á todos los hombres? ¿podrá decirse, por ejemplo, que una pelvis bien conformada debe tener tales dimensiones en todas partes, y que la caresca de ella por exceso, ó por defecto, es imperfecta para el parto? Por haber adoptado este error, cuando hemos encontrado alguna diferencia entre lo que nos dicen los libros y lo que vemos en el cadáver, hemos echado mano de la palabra anomalía, culpando á la naturaleza de lo que tal vez solo es efecto de nuestra ignorancia.

Respecto á la fisiología, las variaciones son mas notables. En casi todas las funciones hay diferencias, que aunque imperceptibles, algunas ocasiones, no dejan de ser ménos ciertas; mas aun cuando nos limitaramos al exámen de los temperamentos, de las idiosincracias, de las facultades mentales y las pasiones, y de la influencia de los hábitos, ¡qué campo tan vasto de observaciones no se presenta al médico imparcial! Querer limitar la especie humana al pequeño círculo que le han trazado dos ó tres pequeñísimas fracciones, que aunque han llegado á un alto grado de civilizacion, han obrado sin conocimiento del todo, es incurrir en un error. La relacion íntima de lo físico con lo moral, y de lo moral con lo físico, que es parte del estudio fisiológico, varia tanto, como varian la figura, la espresion, las formas, las facultades intelectuales y las pasiones; y en este punto nadie podrá poner en duda la diferencia de todos los habitantes de la tierra. Supuesto que todo lo que sostiene la vida influye en las funciones animales, orgánicas y racionales del hombre, y que los diversos pueblos están bajo el dominio de influencias variables, resulta á mi modo de ver que estas imprimirán al hombre físico modificaciones que es preciso conocer, y que obran á su vez sobre el moral del individuo.

Pero si de estas consideraciones pasamos á las relativas á la patología y á la terapéutica, no podremos desconocer la necesidad de arreglar ambos ramos á las exigencias locales. En la primera es casi de absoluta necesidad hacer variaciones en todas sus partes, y ampliar, por decirlo así, el cuadro nosológico que se ha erigido sobre sistemas caprichosos, y en el cual faltan aun, muchas enfermedades esclusivamente nuestras. ¿Quién no sabe que en muchos lugares se padecen enfermedades endémicas, diversas de las descritas en los autores de patología, y que muchas esporádicas toman aspectos particulares en los distintos pueblos que invaden?

Las enfermedades epidémicas tienen una predileccion, no solo por ciertos puntos de una nacion, sino por algunos barrios de una misma capital, en cuyos habitantes se ceban. En México se han presenciado estos casos con alguna frecuencia, y al investigar la causa, hechamos la culpa á la mala policía, al pésimo método de hacer la limpia de las atargeas, al tránsito diario de los carretones nocturnos, y á otras mil circunstancias, que aunque decididamente perniciosas á la salud, no nos esplican de modo alguno nuestra duda. ¿Cómo se da la razon de la preferencia de una epidemia sobre los moradores de un barrio, en las mismas circunstancias higiénicas en que los respeta otro poco tiempo despues? Es necesario convenir en que la falta de los conocimientos locales, es la fuente de semejantes dudas, y que si no procuramos adquirirlos, caminaremos á obscuras. Se dice de un modo general, que los pantanos, los muladares, etc., etc., son causas de epidemias, pero concediéndolo así, ¿serán iguales las emanaciones que

se desprenden en todos los focos de infeccion? ¿lo serán las enfermedades cuyo desarrollo favorecen?

La etiología no se compone mas que de los agentes todos que mantienen nuestros órganos, y de los diversos usos que de ellos hacemos; y si como se ha dicho ántes, y no puede ponerse en duda, estos y aquellos varian en todos los paises, es indudable la necesidad de apreciar las causas nacionales, que determian nuestros padecimientos físicos. Aquí deberia yo detenerme á considerar el pésimo método que se ha seguido en la formacion de una parte tan interesante de la patología. Al leer el catálogo inmenso de causas, que para cada enfermedad nos ponen los autores, creeriamos que se habian apreciado debidamente todas y cada una de las que tienen una influencia manifiesta; pero al reflexionar en que casi no hay una enfermedad á la que no se le apliquen las mismas; no se puede ménos de convencer en que la medicina muy poco ha avanzado en este ramo. Los raciocinios á *priori* y el exámen superficial del relato de los pacientes, han sido constantemente el fundamento sobre que se ha apoyado la etiología, de donde ha dimanado, como una consecuencia precisa, que á las simples coincidencias se hayan bautizado con el nombre de causa; y que cuando no se puede echar mano de algunas razones para dorar el error, se ocurra á una palabra, que aunque á los ojos del vulgo lo disfraza, á los del médico que discurre y conoce medianamente los principios de la medicina, solo significa una confesion de ignorancia; esta es la palabra predisposicion. Pero insensiblemente me iba divagando del objeto principal de mi trabajo, por consideraciones estrañas; y volviendo á él, séame lícito preguntar, ¿los síntomas, marcha, duracion, terminacion y pronóstico de las enfermedades, son unos mismos en todas partes?

Las enfermedades son „como los hombres que en cada pais se visten con el traje nacional.» Verdad me parece esta tan palpable, que creo firmemente no habrá un solo médico que no haya notado muchas veces en sus enfermos algunas diferencias, comparándolos con las historias que nos ofrecen las diversas monografias que llegan á nuestras manos. ¿Y cómo no habia de ser así, cuando varía el paciente por su constitucion física y moral, y varian igualmente todas las influencias en que está colocado? Una ligera comparacion que se puede hacer cuando se quiera, y que ya la han realizado algunos profesores, quita toda duda sobre este punto: esta es la de una enfermedad entre un hombre de la clase indigente y la misma en un hombre acomodado: ni la manifestacion de los síntomas, ni el curso, ni el término, y muchas veces ni aun el tratamiento son iguales en ambos. ¿Pues porqué esta diferencia que existe en las clases no ha de existir en las naciones?

Con relacion á la terapéutica, hemos olvidado del todo la observacion, sin tomarnos el trabajo de examinar la infinidad de substancias que pueblan nuestros campos, creyendo tal vez que al producirlos la naturaleza, mas bien quiso embellecer el suelo, que suministrarnos medios para cubrir nuestras necesidades, y principalmente para curar nuestros males. Contentos con esas arbitrarias clasificaciones que los autores de materia médica han hecho, consultando mas bien la facilidad de estudiar las substancias, que los usos de estas, podemos decir que el reino vegetal y el mineral se han reducido á un calmante, un exitante, un tónico, un astringente, un narcótico, y dos ó tres substancias, cuyo modo de obrar ignoramos. Pero ni aun de tan estrecho cuadro hemos sacado las ventajas con que nos brindan nuestras localidades. A pesar de tener un inmenso terreno que participa de todos los climas, y en el cual se manifiesta una naturaleza feraz, somos unos consumidores de los productos estrangeros, y ni procuramos buscar equivalentes, ni estudiamos la accion que ejercen sobre la economía muchas plantas que nos son peculiares. ¿Cuánto no hubiera adelantado la materia médica si se hubiera hecho un estudio de la topografia médica de México? ¿Cuánto no se hubiera fomentado nuestra riqueza con el exámen minucioso de los productos de nuestro suelo? Sin esponernos á ver incierta la accion de algunas substancias que nos vienen del esterior, por el fraude de los comerciantes en drogas, acaso tendriamos medicinas enérgicas que constituyeran artículos de esportacion, y la terapéutica deberia á los mexicanos muchos descubrimientos.

Por la mas presuntuosa parcialidad, los médicos miramos con desprecio cierta clase de remedios populares que emplean algunas gentes para curar sus dolencias, y con las cuales suelen sanar; y como tenemos á ménos siquiera el examinarlos, jamas las empleamos, privando tal vez á los enfermos de un recurso eficaz. Si ateniéndonos á nuestros conocimientos, vemos que la enfermedad que se combate, pide un calmante, en vano nos responderán mil hechos de las ventajas de un exitante, que nuestra preocupacion ha de superar á todo, y hemos de cerrar los oidos á los consejos de la esperiencia. Los brillantes efec-

tos que nos subministran el mercurio en el gálico, la quinina en los frios, el emético en las pulmonías y reumatismos, el camaron en las hemorragias, y otros muchos, deberian habernos hecho mas cautos é imparciales: deberian igualmente habernos hecho ménos tímidos en el empleo de ciertas substancias, que reputamos por incendiarias.

Acaso de entre los remedios populares puede sacar la ciencia de curar mayores ventajas: muchos tienen un orígen, que si lo investigamos con reflexion, puede ser muy puro. Poblaciones enteras que nunca han conocido un médico, han consultado con la mejor maestra que se conoce, la naturaleza; y esta les ha sugerido la idea de valerse de ciertas substancias que por sus felices efectos han adquirido una reputacion sorprendente, y han ido á enriquecer la medicina popular. Y al hacer esta consideracion, se debe tener en cuenta el uso desarreglado y esencialmente empírico de que se valen los que ocurren á semejantes remedios.

Por haber descuidado este ramo, los médicos son los que ménos conocen multitud de venenos y contra-venenos que á primera vista distinguen las gentes del campo, especialmente las que habitan el terreno donde aquellos nacen. Ellas los emplean con brillantes resultados para curar las diversas especies de afecciones que producen las picaduras de muchos animales ponzoñosos. Cuando al atravesar algunos bosques, por descuido ó por indiscrecion, el viajero se envenena con algun vegetal, ó por haber recibido una mordedura de algun animal, los indígenas lo curan y le libertan la vida, miéntras que el médico que allí se hallara, indeciso no sabria que partido tomar, dejando pasar los mejores momentos. Es verdad que mil preocupaciones y caprichos, y el empeño que curanderos ignorantes toman por adquirir reputacion, suelen ser los móviles de que se valen algunos para generalizar el nombre de ciertas substancias; pero esta me parece una razon mas, para emprender el estudio de las localidades y distinguir la línea en que acaban las verdades y comienzan los errores.

Es muy valida la opinion de que unas mismas legumbres tienen distintos caractéres físicos, distinto gusto y distintos principios nutritivos. Si es ó no una preocupacion de los que han estado en dichos paises, no lo puedo decir á punto fijo; pero lo que sí se puede afirmar, es, que la generalidad con que se ha adoptado esta idea, hace pero lo ménos dudar, y que para disipar esta duda, conviene formar el estudio de las producciones de México.

Si la necesidad de que forme cada pais su medicina, es una exigencia de la época presente, en México es mucho mas imperiosa. Aquí la poblacion escasa está repartida en un terreno inmenso, y los lugares de alguna importancia están muy distintantes unos de otros; las poblaciones todas se distinguen física y moralmente; y existen en ellas todos los grados de civilizacion desde la sociedad de familias hasta el mayor cultivo que puede apetecerse; la influencia del clima es tan variable, como debia esperarse de la estension de nuestro terreno, é igualmente varian los productos de la tierra; la policía no se ejerce en todas partes de un mismo modo; en una palabra, los agentes que sostienen la vida son diversos. Si reflexionamos en los usos y costumbres de nuestro pueblo, notaremos la mayor desemejanza que puede apetecerse. ¿Quién no distingue la vida de un opulento de la de un miserable jornalero? El pobre acostumbrado á alimentarse con poco y á sufrir con resignacion las inclemencias del tiempo, descuidado de la educacion y el cultivo que tanto cambian los modales é influyen en las pasiones, sin tener siquiera una miserable cama en qué descansar de las fatigas, muy poco se parece ciertamente al hombre acomodado, ni mucho ménos al que pertenece á la clase media de la sociedad, en la cual se halla mas arraigada la moral y las buenas costumbres.

Las diversas posiciones de nuestras varias capitales son tan desemejantes, como debia esperarse de una nacion nuevamente formada, de una nacion de mucha estension y pocos pobladores: así se ven unas fundadas sobre lagunas; otras sobre terrenos montañosos, casi sin nivelacion, en donde las casas todas tienen por cimientos peñascos á diversas alturas; algunas en la proximidad de los bosques, y casi todas bajo la accion de agentes variados.

La influencia que tienen los oficios á que se dedican nuestros paisanos ¿no es una consideracion poderosa para saber las modificaciones de las enfermedades que padecen? Los que hayan visto trabajar á los curtidores, á los que limpian las letrinas y otra porcion de gentes entregadas á semejantes ocupaciones, podran responder francamente. Por el atraso que guardamos en las artes y lo poco que procuramos evitar cierta clase de cuasas influentes en la pérdida de la salud, no son comparables muchos artesanos nuestros á los de su clase en Europa, en donde la perfeccion en las máquinas ha aligerado el trabajo.

La consecuencia natural de esta desigualdad de elementos es la produccion de ciertas enfermedades endémicas de algunos de los pue-

blos. En Veracruz se manifiesta el vómito negro con todo el aspecto mortífero que se le conoce; en Tampico abundan las *fiebres amarillas* con diversos caracteres que en otros puntos; el ilustrado y laborioso profesor D. Juan Manuel Gonzalez Urueña ha procurado apreciar las diferencias del diabetis que es endémico en muchos pueblos del departamento de Michoacan; en algunos lugares del Sur se padecen afecciones de la piel que consisten en manchas de diversos colores; en otros parages del mismo rumbo el bocio ataca á todos los naturales y aun suele invadir á los estrangeros que permanecen mucho tiempo allí; en una palabra, difícil me seria siquiera el indicar el catálogo de las muchas enfermedades endémicas de nuestros departamentos.

¿Y no está probando esto muy claramente la necesidad de formar la medicina mexicana? Sin duda que nos es no solo interesante, sino hasta cierto punto necesario, clasificar, diagnosticar, curar, y sobre todo, investigar las causas locales de semejantes padecimientos; no ménos que saber si ellas son hereditarias, si se comunican por contagio, y si por algunas circunstancias salen de sus linderos, y formar la historia completa de ellas.

Tambien las diversas clases de enfermedades que ocasionan las picaduras de animales ponzoñosos, reclaman de nosotros una historia completa. El escorpion, los alacranes, las tarántulas y muchas serpientes indígenas producen, segun tengo noticia de personas veraces y despreocupadas, alteracion de distinta especie en los distintos lugares que habitan.

¿Cómo sin el estudio de las localidades se podrian saber las virtudes de muchos vegetales, y las de muchas fuentes termales diseminadas en la estension de la república, de las cuales, algunas gozan de grande fama para curar ciertas enfermedades? Nadie duda de la poderosa virtud vermífuga que posee la corteza de la raiz del granado en sus distintas preparaciones; y sin embargo, pocos facultativos dejarán de haber notado la ineficacia de la que se trae de ciertos lugares, y la seguridad con que se obra con la que nos llega de otros puntos: lo mismo acontece con la cicuta y con otras muchas plantas.

Uno de los poderosos recursos que emplea la medicina para restaurar la salud, es el cámbio de temperamento, como vulgarmente se llama la traslacion que se hace á un enfermo de un punto á otro; y ¿se podrá con seguridad fijar el lugar que conviene al que padece tal enfermedad, si se ignoran las condiciones higiénicas de aquel, y se desconocen los agentes que pueden alterar la salud? Muy comun ha sido entre nosotros distinguir los temperamentos en frios y calientes, húmedos y secos; y sin cuidarnos de otra multitud de consideraciones importantes, aconsejamos á los que padecen del pecho, que vayan á Cuernavaca; á los de diarrea, á Tacubaya, etc. etc. ¿Pero al seguir esta conducta, hemos procedido con toda prudencia y razon? No temo el asegurar que no. Muchos lugares, aunque sean provechosos por su temperatura, suelen ser perjudicialísimos por mil circunstancias peculiares á cada uno: un punto que hace un año era sumamente sano, puede hacerse mortífero por la mala policía, por la formacion de pantanos y otros focos de infeccion que insensiblemente se han ido formando, por la destruccion de algunos vegetales y la siembra de otros, y por otros mil motivos que á nadie se ocultan. Aun la accion de causas constantes se hace sentir de diverso modo en los enfermos á quienes se les aconseja tal temperatura; y sobre este punto, puede decirse, que la esperiencia ha dado su fallo: pacientes que se creian en circunstancias análogas han tenido distinta suerte, unos agravándose, y otros sanando en un mismo temperamento.

Consideraciones muy importantes para la medicina nos suministrarian los colegios, si estudiaramos su organizacion; lo mismo que los conventos de ambos sexos, casas de correccion, hospitales, cuarteles, fábricas, etc. etc. ¡Qué prodigiosa reunion de elementos diversos y aun contrarios se manifiesta en todos! Si es cierto que el hábito de estar bajo su influencia, hace á algunos hombres indiferentes á su accion, tambien lo es que la ciencia necesita averiguar hasta qué punto se contrae este, cuáles son las cosas que se oponen á adquirirlo, qué temperamentos desarrolla, y mil otras nociones de primera importancia. ¿Cuántos medios no se inventarian para reformar los establecimientos públicos, si se estudiaran profundamente las causas de enfermedades que encierran?

Como mi ánimo al formar este artículo ha sido llamar la atencion sobre el estudio de la topografía médica de México, me abstengo de entrar en muchos pormenores, que trae consigo esta materia. Acaso con algunos datos podré volverla á tocar en otra ocasion, hablando sobre las bases en que debe apoyarse.

JOSE MARÍA REYES.

En muchos, conseguir riquezas no es fin de trabajos, sino mundanza de ellos.

Contra dos, ni aun Hércules basta.

ESPERANZA.

Á MI AMIGO JOSÉ MARIA RODRIGUEZ.

Ayer en mi niñez pura y tranquila
libre de pena el corazon latia
y siempre entre placeres y alegria
gozaba sin cesar.
Mas hoy mi pecho oprimo con la mano
buscando sus latidos, su ardimiento;
y su frio me hiela, no lo siento
cual antes palpitar.
Busco en vano un consuelo.... y estoy triste
cuando la luna pálida contemplo,
triste invocando á Dios dentro del templo
y triste en el festin.
No me agitan inútiles deseos
de adquirir el poder ó la riqueza;
¿por qué siento abrumada mi cabeza
de tormentos sin fin.?
¿Qué importa que la rosa perfumada
cuando pasó la fresca primavera
marchita y sin color al cabo muera
cubierta de aridez.?
Mas yo que joven soy.... ¿porqué en mi frente
se miran de dolor hondas señales?
¿por que ya mis mejillas sepulcrales
arruga la vejez?....
¿No hierve aun la sangre por mis venas?....
no hierve, no; que crueles desengaños
ay! en la flor de mis primeros años
borraron mi ilusion.
Cuando pensaba hallar solo placeres
me abandonó el amigo, la querida,
y aborrecí la insoportable vida
y á los hombres odié.
Y vi ponerse el sol de mi esperanza
que consolaba al alma congojosa
y enmedio de una noche borrascosa
sepultado quedé.
Pero volví los empañados ojos
y entre la rota nube que bramaba
un lucero magnífico brillaba
con apacible luz.
Y sus inciertos, fugitivos rayos
que en las ramas del sauce se quebraban
con pálido fulgor iluminaban
una rustica cruz.
La vi, y á ella llegué, doblé la frente,
y con el triste llanto que vertia
dulce consuelo el alma recibia
y orando me adormí.
Volvió la aurora; y levanté los ojos
á contemplar del mundo la hermosura,
y el himno que entonaba la natura
postrado repetí.
Torné á seguir la senda trabajosa
que el cielo me tuviera prevenida
y del mar proceloso de la vida
volví á sentir el desigual vaiven.
El puerto allá á lo lejos se ofrecia,
la mar estaba en plácida bonanza,
y en el frágil batel de la esperanza
á merced de tos vientos navegué.

Febrero de 1844.

FERNANDO OROZCO Y BERRA.

EL ARTE DE NADAR.

Se ha observado que los hombres se sumerjen por levantar los brazos y sacarlos del agua, hundiendo con su peso inflotante la cabeza; miéntras todos los demas animales, sin tener conocimiento de sus facultades y disposicion para sostenerse, nadan naturalmente y se salvan nadando. Si un hombre, pues, cae en el agua aunque haya mucha profundidad, subirá á la superficie, y podrá continuar en ella, si no levanta los brazos. Con mover las manos debajo del agua del modo que quiera, podrá tener la cabeza elevada, en disposicion de respirar con libertad, y si mueve los piés, como para andar, ó subir las escaleras, sus hombros le mantendrán sobre el agua, y no fatigará tanto sus brazos, que podrá aplicar á otros objetos. Se recomiendan estas advertencias tan claras y sencillas á la atencion de aquellos que no habiendo aprendido á nadar en su juventud, hallarán en ellas, si quieren aprovecharse de su utilidad, las ventajas mayores para preservar su existencia.

Si una persona cae en el agua, ó se arroja por su gusto á ella y no puede nadar, ó si quiere ahogarse, que mueva los piés con toda la violencia posible, y lo mismo las manos, y se zambullirá al momento. Por el contrario, si poseido de la idea de que es ménos pesado que el agua, no hace accion alguna violenta, y con calma, aunque con destreza, se esforzare á contener la respiracion, miéntras estuviere debajo del agua, manteniendo la cabeza levantada todo lo posible; y si con una direccion propia mueve constantemente sus manos y piés probablemente flotará sobre el agua, y, ó nadará, ó dará tiempo á que llegue algun socorro.

SOBRE

LA HISTORIA DE LOS HOMBRES ILUSTRES.

„Las historias de los hombres ilustres engañan á la juventud. Siempre se les presenta en ellas al mérito, como respetable, y se lamentan las desgracias que lo acompañan, se habla en ellas con menosprecio de la injusticia del mundo para con la virtud y los talentos. Así es que, aunque presentan á los hombres de ingenio casi siempre desgraciados, pintan, no obstante, su ingenio y su condicion con tan seductores coloridos, que los muestran dignos de envidia aun en sus propias desgracias. Esto procede de que los historiadores confunden sus intereses con los de los hombres ilustres de que hablan. Caminando por los mismos senderos, y aspirando poco mas ó ménos á la misma gloria, realzan cuanto les es posible el brillo de sus talentos; y como no percibimos que defienden su propia causa, y no oimos mas que su voz, fácilmente nos dejamos seducir con la justicia de su causa, y nos persuadimos fácilmente de que el mejor partido es tambien el mas apoyado por los hombres de bien. La esperiencia desengaña de lo dicho; bien pronto se descubre la natural injusticia del mundo para con el mérito; la envidia de los hombres mediocres, que persiguen hasta la muerte á los hombres eminentes; y en fin, el orgullo de los hombres elevados por la fortuna, que no ceden nunca en favor de los que no tienen mas que mérito. Si esto se supiera mas temprano, se trabajaria con ménos ardor en la virtud, y aunque la presuncion de la juventud sobrepuja á todo, dudo que tantos jóvenes entrasen en la carrera."

Así se espresa uno de los escritores mas eminentes que produjo la Francia en el siglo XVIII, el elocuente Vauvenargues, cuyas obras me deleitan, y mas de una vez han aliviado un tanto mis penas, mas en parte de la opinion que emite acerca de la historia de los hombres ilustres, tengo el sentimiento de apartarme de sus ideas: no se me oculta que no soy mas que un pigmeo, y que tengo la audacia de medir mis fuerzas con las de un gigante; pero me anima la consideracion de que escritores tan eminentes como Vauvenargues, y á quienes acaso él mismo respetó, vienen en mi apoyo.

Descorrer tan bruscamente, por decirlo asi, el velo mágico de la historia, que hace que no lleguen á nosotros sino únicamente las grandes acciones de los hombres, comprehendiendo de un modo tan general á todos los que han escrito las vidas de los hombres ilustres, no diré que es un crímen, pero sí un error de incalculable trascendencia, pues que hasta cierto punto se desconoce el fin moral de la historia; una de las cosas que muestra la gran capacidad del hombre, lo que prueba que este ser pasagero en este mundo ha sido creado para un destino eterno, es el constante esfuerzo del entendimiento humano, para fijar lo pasado, sacar lecciones para lo presente y esperanzas para lo futuro; y así, segun la bella espresion de un escritor, la historia no solo es una ocupacion grave, sino una religion con sus misterios, sus dogmas, sus deberes y su fin: el santuario de esta religion es la conciencia: la historia debe tener tambien su fé (sin escluir la crítica) para conservar su tendencia moral.

Fijadas estas consideraciones generales, pueden aplicarse á las biografias ó vidas de los hombres ilustres; estas no son mas que un proceso, cuya sentencia debe pronunciar la posteridad; y si el que toma á su cargo la formacion de este proceso, abusa ó se engaña, hasta el punto de creer que él es quien se retrata, entónces la misma posteridad, el dia que el escritor aparezca en su terrible tribunal, esclamará: ¡fué un impostor!

Empero si el escritor al pintar las grandes acciones de un hombre, al presentar al mérito siempre como respetable, lamentando las desgracias que lo acompañan, menospreciando la injusticia del mundo para con la virtud y los talentos, ha conseguido dar graves lecciones de moral, aunque no hubiese cumplido con su mision histórica, yo no me atreveria á condenarlo, antes por el contrario, repetiria con el mismo Vauvenargues: „Me complazco en creer que quien escribió cosas tan grandes, no habria sido incapaz de practicarlas, y me parece injusta la fortuna que lo limitó á solo escribirlas."

Por otra parte: ¿con qué espíritu, ó mas bien, con qué conciencia se le dice á la juventud, no espereis el desengaño que viene con la esperiencia, desconfiad de todo desde un principio y así tal vez no abrazareis con ardor el camino de la virtud? No concibo cuál haya sido la intencion de Vauvenargues, acaso no fué siniestra; pero la máxima en esta parte me parece contraria á los principios de sana moral, altamente anárquica y capaz de conmover el gran edificio social. No fué sin duda la misma la intencion de Montaigne, cuando dijo: „Los que escriben las vidas de otros, son para mi mas dignos de aprecio, si se detienen mas en los consejos que en los sucesos....” En fin, para concluir, no puedo dejar de copiar un trozo del elocuente filósofo Ginebrino, „nosotros no sabemos sacar ningun verdadero partido de la historia; la crítica de la erudicion lo absorve todo; como si importara mucho que un hecho fuese verdadero para poder sacar de él una instruccion útil. Los hombres sensatos han de mirar la historia como un tegido de fábulas cuya moral es muy propia para el corazon humano.”

Entre ambos estremos me decidiria yo mas bien por la opinion de Juan Jacobo, pues al fin salva el gran principio que mantiene á los hombres en el círculo de sus deberes y el único que conserva á las sociedades: la moral.

P. M. de T.



GALERIA ZOOLOGICA.

EL TORO POLÍTICO.

Quien fuere el que debe, que muera por ello:
Quien no me creyere, que tal sea del:
Al ménos me deben la tinta y papel.

BARTOLOMÉ TORRES NAHARRO.

Asombrosos son los adelantamientos que las ciencias, y sobre todo, las ciencias naturales, están esperimentando en estos tiempos de progreso; y no *cangregil*, (dispénseseme la palabra, pues me acude el mismo derecho que á Cervantes,) que andamos para adelante, por mas que se empeñen en probarnos lo contrario ciertos energúmenos que andan por esos mundos vociferando que el género humano camina para atrás. Los asnos, se me dirá, andan tambien para adelante: tanto mas en mi abono, pues estoy para mí, qué esos mansísimos animales, que agachando la cabeza y tendiendo las orejas, caminan para adelante, son el mejor emblema de los pueblos pacíficos, á los que las mas veces tocan en suerte algunos dueños blandos que á latigazos saben entenderse con ellos: ¡Oh! y cómo que algunas naciones deberian poner en sus enseñas un asno para que hubiese verdad en ellas; pero olvidábaseme que la verdad amarga, por eso ponen en cambio leones, águilas.... ja, ja, ja, ja, sin saberlo se hacen ellas mismas agudos epigramas que arrancan la risa.

Decia, pues, que asombran hoy los adelantamientos de las ciencias naturales: en efecto, es-

tu pafacto se quedaria el *mesmo Aristóteles* si viera á la altura en que se halla hoy la ciencia, cuyos fundamentos, podemos decir, que él puso. ¿Cuándo el Estagirita se imaginó, en medio de tanto como él se imaginaba, un mono diplomático? ¿Un toro político? ¿Cuándo en esos géneros han llegado á sospechar tales especies, no digo ya los vetustísimos Aristóteles y Plinio, sino los mas encumbrados naturalistas modernos? Que se levante de la huesa Cuvier, y que declare á la faz del mundo, si entre las descripciones de animales que se le perdieron, porque es preciso que se le hayan perdido algunas, se encontraba la de un *toro político* por ejemplo. Mentira! le diria yo, si él asegurara que sí; y ¡cuidado! que para habérselas con Cuvier se necesitaria tener todo el cacúmen de ciertos individuos que yo conozco, que lamentan la poca capacidad de Newton, y el gran descaro para mentir de Galileo. Indudable, es pues, que á nosotros debe la zoologia un adelantamiento, un descubrimiento mas; y para descargo de mi conciencia declaro aquí que yo lo debo á un amigo mio, zoólogo consumado, que aunque por modestia no da sus orejas al público, entiende él mas de achaques de animales, que los mas huecos catedráticos á quienes me temo éncontrar un dia, ocupando un honroso lugar en sus grandes clasificaciones zoológicas.

Es este un buen amigo que la suerte me ha deparado, amante de comunicar sus conocimientos á los demas, porque dice él que tan perjudicial es el egoismo en ciencias, como en política, como en moral, muy al reves de multitud de bípedos parlantes, que con saber ellos, con guarecerse de una tormenta revolucionaria, con libertarse de un contagio, poco ó nada les importa que se arda el mundo. A este amigo que amo con todo mi corazon, debo el saber la existencia de un *toro político*. Sorprenderáte, lector amabilísimo lo que digo; y no vayas á creer que político aplicado á toro, es aquí sinónimo de cortés; ¡nada de eso! que animales como estos, lo que ménos conocen es la buena crianza, que no ven estados, ni condiciones, y cargan sobre el mas pintado, y darian en tierra con el lucero del alba, si el lucero del alba se les pusiese delante. Es el *toro político* el mas terrible de los animales de su género.... Mas para no tener por mas tiempo tu curiosidad suspensa, esa curiosidad, que si eres lectora, la tendrás en quintales, voy á referirte punto por punto, como vino á mi conocimiento la existencia de ese animal, y á darte de él una descripcion exacta, que aunque no tiene el mérito de ser mia, porque en eso de ciencias soy tan nulo, como el mismo toro, si tiene el de ser de mi buen amigo el zoólogo, cuyo nombre no pongo en tu conocimiento, por ignorarlo yo mismo.

Cierto dia, mohino, y mas que todo, inconsolable, por tener precision de escribir algo, y no encontrar asunto para hacerlo, y porque soy enemigo de escribir apóstrofes que nada dicen, y de extasiarme pseudo poéticamente á la vista de cuanto se me presenta para regalar luego á mis lectores con el producto descabellado de mi éxtasis, me salí de mi cuarto de escritor, que por ser de lo que es, ya te puedes figurar cuán mezquino será. Estaba ya en la calle, cuando ví de léjos á mi amigo el zoólogo; iba cabizbajo y pensativo, lo que me reveló que algun nuevo descubrimiento habria hecho. Corrí luego hácia él con la intencion de obligarlo á que me lo comunicara, para pasarlo yo al papel, y darlo al público, cosa que siempre hago, porque aunque es él el descubridor, tiene la desgracia de no saber completar ni una cláusula, por lo que nadie le conoce en el mundo literario. Despues de haberle saludado, preguntéle por qué iba tan pensativo, y sin hacer caso de cuanto le rodeaba,

—¡Oh! amigo, me contestó, una idea, una idea que viene bullendo aquí en mi cerebro, es la que me distrae hasta el punto de hacerme andar, como loco por las calles.

—¿Pero que idea puede ser esa, amigo mio? repuse yo.

—¡Oh! es una idea nueva: muy nueva, que no hace mucho tiempo concebí.

—Precisamente á caza de ideas nuevas ando: las novedades me aguijonean, ó por mejor decir, el público amante de novedades, me endiabla ya porque quiere algo nuevo. Tenga compasion de mí, comuníquemela á mí, pobre tinterillo, que ando loco, no por sobra de ideas como V. sino precisamente por falta de ellas.

—Pues, señor, esta es una idea que va á hacer dar un gran paso á la Zoología, mi ciencia predilecta; es el descubrimiento de una nueva especie en el género *bos* (1) ¡Ay! amigo mio, y cómo que sí me trae loco el tal descubrimiento; será la novena especie en las ocho que los zoólogos han descubierto, y despues del *bos taurus* de Lineo, muy bien vendrá mi *bos taurus politicus*, por que ha de saberse V., que lo que he descubierto ha sido un *toro político*, el

(1) *Bos*, en latin buey: así llamó Lineo el género á que pertenecen estos animales, y en el que los zoólogos cuentan ocho especies. Nuestro amigo el zoólogo ha descubierto una nueva, es decir, la novena.

toro mas curioso de cuantos se conocen hasta aquí.

Asombrado me quedé de oir á mi amigo, por que en mi entendimiento no cabia la existencia de semejante animal.

—Esos son delirios de vuestra imaginacion que se ha acostumbrado ya á animalizarlo todo, le contesté algo enfadado, porque ví que nada podia sacar para escribir ese dia que era lo que me importaba; mas el repuso entónces.

—¡Delirios! escuche V. y no me interrumpa. Hay en efecto *toros políticos*, como hay zorras y cangrejos igualmente políticos de los que me reservo para otra vez hablarle á V. Si, señor: hay toros políticos, cuya existencia yo no habia sospechado; pero de la cual no me cabe ya la menor duda, porque he visto uno: y para convencer á V. voy á hacerle su descripcion exacta. Como V. sabe, hay muchas diferencias entre las diversas especies de ese género, de suerte que el bisonte de América, por ejemplo, tiene cosas que le faltan al toro. Exactamente sucede lo mismo entre el *toro político* y el *simple toro*, en este por lo regular domina un color, ó si hay varios, nunca pasan de tres; en aquel la multitud de colores es lo que mas lo hace notable; el negro, el rojo, el verde, el azul y sobre todo el color de oro se ven en él; y el último especialmente en abundancia. El *toro simple* anda en cuatro pies: este, no sé porque rara casualidad, se sostiene en dos; aquel tiene cuernos, y este á la vista carece de ellos. V. dirá que segun mi descripcion comparativa, nada hay de comun entre los dos; y tendria V. mucha razon, si á ella me limitara yo; mas no señor, que en las propiedades está precisamente el punto de contacto y por ellas solamente pude clasificar ese animal semi-hombre y semi-bruto. Brama por supuesto cuando está irritado; y lo que mas lo caracteriza es la actitud de embestir que toma entónces, y no queda en esto, sino que embiste realmente. Con que ya V. ve que mi clasificacion no puede estar mejor hecha: hay *toros políticos*, cuyo descubrimiento, que se me debe á mí, hará indudablemente progresar la ciencia.

—Me va V. convenciendo de la existencia de semejantes animales, solo por que no creo á V. capaz de mentir con tal descaro; pero le confieso á V. que no comprendo, cómo sean, y que creo que no he de pasar á darle entero crédito á la relacion, hasta que no los vea por mis propios ojos.

—Pues si solo eso aguarda V. nada hay mas fácil.

Y tomándome de la mano me condujo á donde diré luego.

Casi por encantamento me ví llevado á un lugar estensísimo dispuesto en forma de una ciudad, con sus edificios, sus calles, y sus plazas, con multitud de gente transitando por estas y coronando las azoteas de aquellos, gente que al parecer estaba alegre, pues reia, como si fuera feliz. Al verme en semejante sitio no pude menos de preguntarle á mi amigo, qué significaba aquello.

—Que ha de significar? me contestó; la cosa es clara, esta es una ciudad, y la gente que transita por ella, un pueblo entero.

—Y ¿qué tienen que ver una ciudad y un pueblo entero con el espectáculo de que venimos á ser testigos?

—Curiosa, pregunta! la ciudad es la liza, el lugar en que el susodicho toro maniobra y el pueblo entero es el espectador.

Cada vez me confundia mas, porque todo aquello me parecia sobre natural, obra de magos y encantadores: una ciudad en la que jamas habia estado yo, y á la que habia sido trasportado en momentos: un pueblo cuyos rasgos característicos en nada se asemejaban á los del libre y esforzado pueblo mexicano, y sí en mucho á los de alguna raza bárbara; la ciudad segun mi amigo destinada para plaza de toros, y el pueblo entero *destinado* para espectador de las corridas, todo, todo aumentaba mi confusion; y yo estaba allí y me estregaba los ojos, y me daba á veces cabezadas contra las paredes, pues me creia el juguete de alguna pesadilla. Mi amigo se reia de mi sandez y sin decirme nada, aguardaba que mi asombro fuera á mas. De repente me cogió del brazo, é indicándome un edificio que teniamos á la vista, edificio de mal gusto, pero que era el que ocupaba mayor espacio en la ciudad,

—Mire V. me dijo, al través de esos cristales; ¿ve V. esa multitud que hierve dentro?

—Si veo una multitud; pero no alcanzo á distinguir, si hombres ó brutos son los que la forman.

—Límpiese bien los ojos, y verá que cuantos allí se encuentran son animales: por una parte, en un aposento retirado verá V. un individuo de la especie de animales de que le he hablado, un *toro político*, quizá el mas ilustre de todos, el gefe de ellos, rodeado de zorras y cangrejos políticos, nuevas especies descubiertas tambien por mí, en sus géneros; y de dos ó tres elefantes políticos, animales muy raros en esta tierra, que viendo que no se les hace caso se separan, no mohinos, sino desconsola-

dos. Por otra parte, y llenando el resto del edificio, verá V. multitud de toros de zorras y de cangrejos, todos animales políticos, demenos categoria que los primeros, que impacientes braman y gritan y que aguardan sin duda alguna determinacion del primer grupo que le mostré. Oh! este es un espectáculo curiosísimo, al menos para un zoólogo.

Movida mi curiosidad por la relacion de mi amigo, me limpié bien los ojos, fijé mi vista en el edificio, y ¡cuál fué mi asombro al ver que los animales de que me habia estado hablando, no eran sino hombres como nosotros de carne y de hueso, de bigote y patillas, ó de patillas y melena, y vestidos de paños y de sedas, como lo estan los que se llaman hombres en el siglo diez y nueve! De una sola mirada abrazé cuanto en su recinto encerraba el edificio, y ví que los que él me habia designado como toros andaban vestidos, como lo andan nuestros militares; que los que él llamaba zorras, cangrejos y elefantes, lo andaban como en nuestra república, la clase que denominan paisanos; que los que él habia llamado bramidos y bufidos, no eran sino voces claras y distintas; y en fin, que cuanto me habia dicho no era sino una solemne mentira. Volvíme á él furioso, para declararle que yo no era el juguete de nadie, cuando él riendo me dijo.

—No dude V., creame V. bajo mi palabra, atienda, y verá luego que los que ahora le parecen hombres, no son sino animales.

Por no decir mas, y porque entónces me pareció que lo que decia mi amigo tal vez seria cierto, porque yo de zoología, como ya he dicho, entiendo tanto, como de chino, volví á fijar mi vista en el edificio. La escena habia cambiado un poco, pues de la inaccion en que al principio habia visto el primer grupo, lo veía ahora agitado: los elefantes salian desconsolados de la pieza; el toro escarvaba el suelo con sus piés, y echaba fuego por los ojos, casi bramaba ya; las zorras trataban de llevarlo para atrás, y los cangrejos, contra toda la propiedad de estos animales, lo impelian para adelante. En el segundo grupo reinaba ya un verdadero tumulto; los toros embestian á las zorras y á los cangrejos, estos trataban de acosarlos á su vez, pero siempre eran rechazados por aquellos; y entretanto *el pueblo espectador* por fuera, aguardaba impasible la corrida. Me distraje entónces un poco; mas á la voz de mi amigo volví á atender, y ví que el *toro gefe*, derribando de una patada furibunda á las zorras, se habia dejado llevar, ó mas bien se habia llevado consigo á los cangrejos. Un grito estalló entónces en el segundo grupo: los toros se reunieron luego con los cangrejos, y fueron á incorporarse con los vencedores del primer grupo, á prestar obediencia al *toro gefe;* las zorras vencidas corrian despavoridas sin saber donde esconderse, pues eran embestidas ya por los toros vencedores; y entónces me convencí hasta la evidencia de lo que me habia dicho mi amigo, y era que en las propiedades de estos, estaba el punto de contacto con el género *bos*.

El *pueblo espectador* clamaba ya por fin „el *toro*" el *toro*;" y al aspecto de éste corria y gritaba y no hallaba donde esconderse para evitar su furor. Yo veía aquella multitud revuelta, acosada por los animales mas feroces que habia visto hasta allí; á las zorras por el suelo casi moribundas; y al cabo de un combate largo y sangriento á los *toros políticos*, paseando sus miradas ufanos por el campo de batalla, y *al pueblo espectador* contemplándolos risueño. El espectáculo se habia terminado; y lleno yo entónces de júbilo, abracé á mi amigo, y admiré como era debido su ingenio que tambien habia sabido clasificar aquellos animales. Mas como aun no acababa de comprender lo que habia visto, no pude dejar de preguntarle que por qué era tan manso y tan complaciente aquel *pueblo espectador*, que venia á admirar y á regocijarse con el triunfo de los que le habian hecho estremecerse de temor?

—Porque esta es su costumbre, me contestó, ó mas bien porque lo han acostumbrado á estas corridas anuales. Que haya una de estas cada año, es costumbre muy vieja.

—Y son de su gusto?

—Tanto, que espero que en lo de adelante tengamos una cada mes.

—Y toros embolados?....

—No se acostumbran en estas fiestas.

—Segun eso el pueblo *espectador*....

—Jamas lidia, porque está *destinado para espectador*, y nada mas.

Dimos la vuelta, y en momentos volví á encontrarme en las calles de México. Dí las gracias á mi amigo por haberme comunicado descubrimiento tan importante, por haberme hecho saber la existencia de un *toro político*, y volvíme á mi cuarto de escritor por tener asunto ya para escribir un articulejo. Tomé papel maquinalmente, puse en él: *Galería Zoólogica:* con el consentimiento de Juan Soplillo mi carísimo hermano, le puse por título El *Toro político*, y escribí cuanto has leido, pacientísimo lector. Mucho me temo que allá en tus adentros me estés maldiciendo con el denuedo que tú acostumbras hacerlo cuando no estás en

presencia de aquel á quien muerdes, y que no me bajes un punto de impostor y mentiroso; pero pues yo mismo no acabo de saber si es cierto cuanto te he contado, repítote con Torres Naharro que

Al ménos me debes la tinta y papel.

He concluido, y, como no juraria ser cierto en todos sus puntos, cuanto he dicho, no quiero poner mi nombre al pié, bien que para que al articulejo no le falte ninguno de los requisitos de estilo, he dado poder para que ponga el suyo, á—Mi Sobrino.

APOLOGO.

Una mañana de estío, en que Jesus recorria las calles de Samaria con su discípulo Simon Pedro, la gente se agolpaba á las puertas y ventanas de las casas por verlo, y los niños se acercaban á él para recibir sus bendiciones: cuando acertaron á pasar por un lugar en donde estaba tirado un pedazo de herradura que por acaso alguna caballería habia largado, Jesus, volviéndose á Pedro, le dijo: levanta ese pedazo de herradura porque puede sernos útil; pero Pedro, que seguramente se creyó degradar con recoger un objeto tan despreciable, hizo que no le habia oido; entónces Jesus, con aquella mansedumbre que era uno de los rasgos característicos del Redentor del género humano, se inclinó, y levantándola, prosiguió su camino hasta una de las puertas de la ciudad, en donde habia un puesto de fruta: al cual, acercándose Jesus, cambió su pedazo de herradura por un racimo de uvas. En seguida salió con su discípulo fuera de la ciudad, y se encaminó para el desierto.

Era la hora de sesta, los rayos del sol caian á plomo sobre las cabezas de los dos viageros, el calor se hacia ya insoportable, y parecia que la atmósfera estaba inflamada: Simon Pedro, devorado por una sed ardiente, apenas podia andar. Jesus, viendo á su discípulo fatigado, sacó su racimo de uvas y empezó á comerlas, dejando caer de vez en cuando algunas al suelo: Simon Pedro, cada vez que caian las uvas, se apresuraba á levantarlas para templar con ellas la sed que le atormentaba. Despues de haberse inclinado repetidas veces, Jesus se volvió á su discípulo, y le dijo: Pedro, el orgullo ha henchido tu corazon, y tus ojos se han mostrado altivos á la vista de la herradura: sábete, que es mejor inclinarse una vez para segar la mies que nos sustente, que arrastrarse veinte á los piés de las mesas de los poderosos para recoger sus migajas.

A. Rodriguez.

LA ALDEANA A SU HIJO.

Los dias son frios, las noches son largas; el viento del norte sopla en un tono quejoso. Estate quieto sobre mi seno. Todas las criaturas alegres descansan á esta hora, menos tú, lindo amor mio.

El gato duerme en su hogar, los grillos han dejado ya de hacernos oir su canto; nadie se mueve en la casa mas que un pobre murciélago: ¿por qué no descanzas?

Vamos, no mires esa luz que brilla; es la de la luna que se refleja sobre los cristales rutilantes de la lluvia. Duerme, querido amor mio, duerme y que nada te despierte hasta mañana.

Wordsworth.

REPUBLICAS HISPANO-AMERICANAS

Cuanto mayores sean los obstáculos que las nuevas repúblicas españolas encuentren en la carrera que han emprendido, tanto mas mérito tendrán en superarlos. Ellas encierran en sus vastos límites todos los elementos de la mas brillante prosperidad: variedad de clima y de suelo, bosques para la marina, puertos para los buques; un doble Oceano que les abre el comercio del mundo. Todo lo ha prodigado la naturaleza á estas repúblicas: allí todo es rico dentro y fuera de la tierra; los rios fecundan la superficie de esta tierra, y el oro fertiliza su seno. La américa española tiene ante sí el mas placentero porvenir; pero decirla que lo puede alcanzar sin esfuerzo, seria engañarla, adormecerla en una falsa seguridad; los aduladores de los pueblos son tan peligrosos como los de los reyes. Cuando se forma una utopia no se atiende á lo pasado, á la historia, á los hechos, á las costumbres, al carácter, ni á las pasiones: alucinándose con desvaríos, no se preveen los acontecimientos, y se pronostica el mas bello destino.—Chateaubriand.

MATRIMONIO FELIZ.

Un viagero refiere haber visto en una ciudad un magnífico sepulcro que tenia el epitafio siguiente: *Pasagero, admira el portento que aquí se encierra: un marido y una muger en una paz inalterable.*



D. GASTON DE PERALTA.

3er Virey de la N. E.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MEXICO.

D. GASTON DE PERALTA,

MARQUES DE FÁLCES.

Por la muerte de D. Luis de Velasco, las riendas del gobierno de la Nueva-España quedaron en manos de la real audiencia conforme á lo mandado por Felipe II en Monzon el dia 4 de octubre de 1563. (I) Eran á la sazon oidores los Doctores Francisco de Zeinos, que presidia, Pedro de Villalobos y Gerónimo de Orozco. Valderrama, cuya visita habia comenzado bajo el gobierno de D. Luis de Velasco el mayor, la siguió, y concluida que fué partió para España

1564.—El dia 21 de noviembre de este año, salió por fin la espedicion de Filipinas; mas siendo ageno de este lugar el dar una historia detallada de ella, nos contentarémos con decir que su resultado fué feliz y quedó fundada la ciudad de Manila, que despues desempeñó un papel tan importante en el mundo comercial.

1566.—En este año, siendo alcaldes ordinarios Antonio Cadena y Manuel Villegas: de mesta Juan Enriquez y el Bachiller Alonzo Martinez: procurador mayor Gerónimo Lopez: obrero mayor Francisco de Mérida: mayordomo Diego Tristan: altérez real Alonso de Avila Alvarado: y nuevos regidores George de Mérida y el caballero de Santiago D. Luis de Velasco, hijo del difunto virey, México se vió agitada por una conspiracion que desde en vida del virey D. Luis de Velasco habia comenzado á revelarse.

Como quiera que la historia de esta conspiracion ha dado lugar á mil y mil conjeturas, y se encuentra cubierta por el velo del misterio, trataremos de ella con alguna estension, permitiéndosenos agregar nuestra humilde opinion á las muchas que se han enunciado respecto de este funesto episodio de los anales del gobierno colonial.

Gobernaba aun el virey Velasco, cuando se presentó al visitador Lic. Valderrama, un religioso domínico, llamado Fr. Domingo de la Anunciacion, pidiéndole una audiencia secreta. Concediósela el visitador, y Fr. Domingo le dió parte de que acababa de prestar los socorros espirituales á un moribundo, quien le habia revelado que estaba próxima á estallar una conspiracion, cuyo objeto era declarar independiente de España el pais de Anáhuac. Valderrama despreció la denuncia, y lo mismo hicieron otros varios á quienes dió igualmente aviso Fray Domingo de la Anunciacion.

El marqués del Valle, hijo de Hernando Cortés se encontraba ya establecido en México y admiraba á todos por el lujo y esplendor con que mantenia su casa, gusto que habia adquirido durante su permanencia en Flandes. Su palacio se veia siempre lleno de la flor de la nobleza de México, y entre las personas que con mas frecuencia concurrian á él, se hacian notables por su apostura y gallardia los jóvenes Alonso de Avila Alvarado y su hermano Gil Gonzalez. El primero se atraia las atenciones de todos por su gentil continente, su amable trato y sus grandes riquezas. El marqués del Valle le distinguia muy particularmente y esta circunstancia, unida á la fogosidad de Alfonso y á su falta de prudencia, le hicieron aparecer como sospechoso á los hombres que aparentando un celo exagerado por el monarca español, trataban en la realidad de favorecer sus propios intereses.

El dia 30 de junio del año citado de 1556, el dean de Catedral D. Juan Chico de Molina, bautizó en ella á dos mellizos del marqués del Valle, cuyos padrinos fueron D. Lúcas de Castilla y Doña Juana de Sosa. Las fiestas celebradas por el marqués con motivo de este acontecimiento, fueron verdaderamente magníficas. Desde las casas del marqués que ocupaban la acera llamada del *Empedradillo*, hasta la puerta de Catedral, llamada entónces del perdon, y ahora una de las laterales del templo actual, se formó un pasadizo ricamente adornado, de cuatro varas de altura y seis de latitud. Una salva de artillería anunció la entrada de los mellizos á la Iglesia, y otra su salida. Al verificarse esta y pasar ellos por el cobertizo en brazos de D. Cárlos de Zúñiga, y de D. Pedro de Luna, disfrutaron los especta-

(1) Ley 16 lib. 2 título 15 de la Recopilacion de Indias.

dores del vistoso y caballeresco pasatiempo de un torneo de pié, en que doce caballeros armados de punta en blanco, se combatieron con tanta destreza como valor. A esta diversion se siguieron otras muchas, tales como juegos de cañas y sortija y una caza simulada, que se verificó en un bosque artificial, mandado levantar por el marqués en la plazuela que ocupaba el espacio comprendido hoy entre el Empedradillo y Catedral. El pueblo participó tambien de estas diversiones, y en la puerta del palacio del marqués se le repartió una multitud de viandas, tales como un toro asado, y gran variedad de aves, juntamente con dos pipas de vino, una de blanco y otra de tinto. Este último rasgo de munificencia, por lo escaso que entónces era en Nueva-España aquel licor, fué admirado generalmente. En la noche, Alonso Gonzalez de Avila, que á fuer de amigo íntimo del marqués del Valle, no quiso que le aventajasen en celebrar aquella fiesta de familia, le dió en su casa un magnífico sarao, en que se representó un baile simbólico del recibimiento que el rey de México hizo á Fernando Cortés. Alonso ricamente vestido, hacia el papel del monarca mexicano. En una de las evoluciones del baile, echó al cuello del marqués un hermoso collar de flores y joyas entretejidas, de la misma manera que Moteuczoma habia arrojado otro al cuello de su padre. Concluido el baile, y en medio de la alegría y franqueza del festin, Alonso colocó sobre la cabeza del marqués y de su esposa, unas coronas de laurel, esclamando: „¡Oh! qué bien les estan las coronas á vuestras señorías"!....

La profusion y las inmensas riquezas del marqués, habian excitado ya las sospechas de la audiencia, la cual esparció sus espías, tanto en la casa de este como en las de sus adictos, y recibió noticia de todo lo que allí pasó en los seis ú ocho dias que duraron las fiestas del hijo del conquistador. Dos hechos en particular fueron notados por los oidores: el uno, que ya hemos referido, fué la esclamacion de Alonso de Avila Alvarado, al colocar las coronas de laurel; el otro fué una accion semejante á esta, del dean D. Juan Chico de Molina, quien al poner al marqués en la cabeza una gran tasa de oro primorosamente labrada, en que solia beber, le felicitó por lo bien que le sentaba. Sin embargo, no tomó desde luego providencias la audiencia gobernadora, sino que las demoró hasta principios del mes de julio del mismo año. Entónces, segun aparece del proceso, se tuvo noticia de que el siguiente 13 de agosto estaban resueltos los conjurados á llevar á cabo su atrevida empresa. Celebrábase ese dia el aniversario de la toma de la capital, con el paseo del pendon ó estandarte, bajo que militaban los que la rindieron. La procesion salia por la calle de San Francisco y volvia desde la que entónces era hermita de San Hipólito, por la calle de *Tlacopam* (hoy Tacuba). Segun los informes que los oidores habian recibido, frente á la esquina de las casas del marqués en el Empedradillo, en una torrecilla llamada del reló, debia estar oculto D. Martin Cortés con gente armada, y al llegar el pendon, habia de fingir un combate con un navío que iban á colocar un poco adelante, con artillería y gente igualmente armada. Este combate podria parecer sospechoso en la actualidad, mas en aquella época en que habia una aficion tan decidida á los pasatiempos guerreros, nada tenia ciertamente de particular; sin embargo, la audiencia se aprovechó de aquella oportunidad para hacer aparecer como culpables á los objetos de su odio y de su envidia. Pretestaron, pues, que el combate simulado que debia celebrarse en la esquina del palacio del marqués, no tenia por objeto una diversion inocente, sino el de arrancar el pendon de manos del alférez real, proclamar rey de México al marqués del Valle, y matar á los oidores y á todos los que ofreciesen resistencia.

Celebró acuerdo la audiencia el dia 16 de julio, y mandó llamar á él al marqués, so pretesto de que habia recibido un pliego de España, con órden espresa del rey, de que solo se abriese en su presencia. Acudió inmediatamente al llamamiento de los oidores, y en el momento que entró á la sala, hicieron estos guardar las puertas con gente armada, mandáronle sentar en un asiento comun, y uno de los oidores dijo al presidente que ordenase lo que se debia hacer: otro oidor tomó la palabra y dirigiéndose al marqués le dijo: „*Entregaos preso á nombre del rey.*"—„*¿Por qué causa?* preguntó el marqués."—„*Por traidor á S. M.*, fué la respuesta.—„*Mentís,*" dijo empuñando su daga: „*yo no soy traidor á mi rey, ni los ha habido en mi linage.*" Sin embargo, habiendo reflexionado, entregó las armas sin oposicion, y fué conducido preso á un aposento de las casas reales, que al efecto estaba ya prevenido. En seguida prendieron á su hermano D. Martin Cortés, hijo de la Malintzin, y enviaron á la ciudad de Texcoco al alguacil mayor, Juan de Sámano, á prender á D. Luis Cortés, quien estaba allí de justicia ó gobernador. En México redujeron igualmente á prision al alférez real Alonso de Avila Alvarado, á su hermano Gil

Gonzalez, á Manuel Villegas, alcalde ordinario de la ciudad, al dean D. Juan Chico de Molina, que fué encerrado en la torre del arzobispado, y á otros varios. Al dia siguiente se impuso arresto en sus propias casas, con pena de muerte si lo quebrantaban, á D. Luis de Castilla, padrino de los hijos del marqués; á su hijo D. Pedro Lorenzo de Castilla, á D. Lope de Sosa, juntamente con Bernardino Pacheco Bocanegra, Antonio Carvajal, Hernan Gutierrez de Altamirano, Alonso de Estrada, Juan de Valdivielso, Diego Rodriguez Orozco, D. Juan de Guzman, Alonso Cabrera, Nuño Chavez, D. Fernando de Córdoba, Juan de la Torre, Juan de Villafaña, D. Francisco Pacheco, Luis Ponce de Leon y otros muchos. Como es de suponerse, se apoderaron de las llaves de los cofres y escritorios pertenecientes á los presos. En los de Alonso de Avila se encontraron multitud de billetes amorosos, cosa que irritó en gran manera á los oidores, y en que trataron de fundar y fundaron su inicuo proceder. Las únicas constancias escritas que alegaron para probar la complicidad de Alonso en la conspiracion fueron aquellas cartas, que cuando mas, probarian, las que el alegre y jóven Alonso tramaba en contra del bello sexo. Mas si de él pasamos á su hermano Gil Gonzalez, veremos que su único crímen fué el de haber nacido de una misma madre. Apesar de lo dicho, Alonso y Gil fueron las primeras y únicas víctimas del encono de los oidores, puesto que los sentenciaron á muerte, á pesar de la apelacion que se interpuso, y de la multitud de personas principales que se empeñaron fuertemente por salvar á los desgraciados jóvenes.

El dia 9 de agosto á las 7 de la noche, Alonso de Avila Alvarado y su hermano Gil Gonzalez, fueron sacados de su prision, ataviados con las mismas galas que tenian el dia que fueron prendidos y conducidos en mulas cubiertas de gualdrapas negras á un cadalso vestido igualmente de negro que se habia levantado frente á las casas de cabildo (hoy la Diputacion). Allí fueron degollados, y sus cabezas colocadas en escarpias en la azotea de las mismas casas, cosa que reclamó inmediatamente el ayuntamiento, diciendo que la ciudad no habia sido traidora, y que de consiguiente no se la debia cubrir de tamaña afrenta. De esto resultó que las cabezas, juntamente con los troncos, se sepultasen en la iglesia de S. Agustin; y notaremos de paso que asistieron á sus funerales el general D. Francisco de Velasco, y su sobrino D. Luis, despues virey, y uno de los que segun decian, habia descubierto la conspiracion. Tal fué el lamentable fin de dos mancebos dignos de consideracion, tanto por sus prendas personales, como por su esclarecido linage. Ambos eran hijos del capitan Alfonso de Avila con quien Cortés remitió á Cárlos V. el tesoro de Moteuczoma, (prueba notable de confianza) y de una hermana de Pedro de Alvarado.

El marqués del Valle siguió preso en union de las personas arriba mencionadas, y tal vez la audiencia hubiera dejado caer sobre sus cabezas la misma segur que habia cortado la florida juventud de Alonso y Gil Gonzalez, á no ser por la llegada del nuevo virey D. Gaston de Peralta, marqués de Falces, que arribó al puerto de S. Juan de Ulua á los 17 dias del mes de setiembre del propio año de 1566. Mas como quiera que lo tocante á estas ocurrencias se encuentra desarrollado con bastante exactitud en el informe que el citado virey remitió á Felipe II, y que, por la causa que despues espondremos, jamas llegó á manos de él, permítasenos hacer algunas citas de este curiosísimo documento, que comienza de esta manera:

„Muy poderoso Señor— I. El Marqués de Falces vuestro virey de la Nueva España, dice: Que para que á V. A. le conste la verdad de todo lo que ha pasado al tiempo y despues que desembarcó en el puerto de S. Juan de Ulua, por lo tocante al alzamiento que en esta tierra *dicen se pretendió hacer*, y lo sucedido de los presos que halló y de lo procesado contra ellos, y de otras cosas de que tiene que hacer relacion, hace la siguiente....” No debemos pasar por alto este notable exordio del informe del marqués, puesto que viene á corroborar nuestra opinion ya enunciada de que en todo lo que atañe á esta conspiracion, se obró por parte de la audiencia con un celo exagerado, cuyo orígen no era ciertamente el afecto al soberano, sino rencillas y enemistades personales. Mucho mas nos impele á ratificarnos en esta creencia la carta que el 8 del mismo mes en que fueron ajusticiados Alonso y Gil, escribió al rey la provincia de padres franciscanos de México y que Torquemada insertó en la parte primera libro 5.º capít. 20.º de su *Monarquía indiana*. En esa carta comienzan los padres por decir modestamente que el acuerdo no obró con ligereza y sin motivo; pero añaden en seguida que reflexionando en la quietud del reino, y en el afecto con que todos miraban la persona del rey, *sospechaban que cuanto se habia acumulado en contra de los ajusticiados y presos, no estaba fundado sino en palabras de mozos livianos poco recatados.*

El día 19 de octubre entró en México el nuevo virey marqués de Falces, y pasados los primeros cumplidos, comenzó á conocer en la causa de conspiracion, teniendo desde luego que entrar en algunas discusiones desagradables con los oidores, cuya audacia y altanería son ciertamente admirables. Basta leer en prueba de esto las palabras siguientes del capít. 2.º del informe:

....."Y por que el dicho virey con su muger y casa no podian posar en las casas reales si los oidores Villalobos y Orozco no se salian del aposento que tenian, les envió á pedir que se lo desembarazaran, *sobre lo cual hubo algunos replicatos*."

En el curso de la causa del marqués del Valle, éste recusó á los oidores Zeinos y Orozco y en lugar de ellos fueron nombrados los doctores Oseguera y Alarcon. El virey convencido por multitud de hechos, de que los jueces del marqués y sus compañeros obraban con pasion, resolvió remitir á este bajo de pleito homenaje, á pesar de la abierta oposicion que manifestaron los oidores. Todo esto consta del citado informe que acaso jamas hubieramos conocido, á no ser por que el factor Ortuño de Ibarra, encargado de conducir el documento á manos del rey, no lo verificó así por favorecer á los oidores con quienes llevaba estrecha amistad. Para concluir la relacion de los sucesos de este año de 66 diremos que segun Betancourt en su *Tratado de México*, el dia 21 de febrero hubo un eclipse casi total, pues á lo que dice Ontiveros, fué de 11 dígitos y 46 minutos: dió principio á las tres y media de la tarde y terminó á las cinco y 58 minutos. En el mes de abril del mismo año se abrió un hospital de convalecientes viejos, inválidos y locos en las casas que estaban en la puerta de S. Bernardo y daban vuelta al colegio de Porta-Coeli, de que Miguel Dueñas y su muger Isabel Ojeda hicieron donacion al siervo de Dios Bernardino Alvarez. Felipe II. en carta de 23 de noviembre aprueba y exhorta al Papa Pio V. á que lleve adelante el mandamiento en que, informado del poder y riquezas de los regulares del Nuevo-Mundo, que abandonando su ministerio pasaban á Europa á pretender puestos, les prohibió so-pena de escomunion que llevasen joyas, oro y plata y no les concedió mas que lo necesario para sus gastos de viaje.

1567—En este año el cabildo nombró alcaldes ordinarios á Angel Villafaña y Leon Cervantes: de mesta á Antonio Cadena y Manuel Villegas: procurador mayor á Juan Sámano: obrero mayor á Francisco Mérida: alférez real a Antonio Carvajal: el rey dió una plaza de regidor vacante á D. Francisco de Velasco, y el virey concedió voto de capitular á Alfonso Villanueva.

El año pasado habia sido fatal para México, y este no lo fué menos ciertamente. Los oidores penetrados de que si sus infames tramas llegaban á descubrirse, perderian la vida, buscaron por cuantos medios les fué posible apartar al marqués de Falces, cuya rectitud é imparcialidad los mantenia en perpetua zozobra. Interceptaron pues, como hemos dicho, el informe que D. Gaston remitia á Felipe II; y á la mayor posible brevedad enviaron en su lugar una acusacion en forma, en que le tachaban de negligente en el asunto de la conspiracion, de partidario del marqués del Valle, y de que se queria alzar con el reino. Fundaron este último cargo en la deposicion de varios testigos falsos que afirmaron tenia el marqués de Falces treinta mil combatientes para llevar á cabo su empresa. Esta impostura, tan ridícula como destituida de verdad, tuvo su origen en una accion bien inocente de D. Gaston de Peralta. Era hombre de muy buen gusto y por esta razon trató de adornar el palacio vireinal, con el objeto de que la mansion de los representantes del rey fuese digna de su encumbrada dignidad. Pintaron en una de las salas una batalla en que, como era natural, se representaron multitud de combatientes, y este ejército, cuya debilidad no tenemos que encarecer á nuestros lectores, fué el que la digna audiencia de México hizo aparecer á los ojos de Felipe II, como una hueste formidable que á las órdenes de su lugar teniente queria arrancarle la joya mas preciosa de la corona de España.

Felipe á primera vista no pudo dar crédito á la acusacion de los oidores y esperó los pliegos del marqués, mas estos jamas llegaron, y el silencio de él se tuvo por una tácita confesion. Así, pues, el rey encomendó á los Licenciados Jaraba, Muñoz y Carrillo pasasen á la Nueva-España en calidad de jueces pesquisidores, dándoles carta para el marqués de Falces en que le mandaba les entregase el gobierno y viniese á la córte á dar cuenta de su proceder. Recibieron igualmente comision de conocer en la causa de la conspiracion del marqués del Valle. Partieron inmediatamente, y su navegacion fué muy feliz, sin tener mas contratiempo que la muerte de Jaraba. En el momento que llegaron á México presentaron sus despachos, y el Licenciado Muñoz tomó posesion del gobierno de la Nueva-España.

El marqués de Falces, víctima de la iniquidad de los oidores, no sabia cómo esplicar aquel in-

sulto; mas confiado en la rectitud de sus procedimientos, practicó varias diligencias para sincerarse á los ojos de todo México, y en seguida se retiró al castillo de S. Juan de Ulua.

Así concluyó la administracion del marqués de Falces D. Gaston de Peralta, y á ella se siguió el sanguinario reinado de Muñoz. La conducta de los oidores acarreó varios males á las colonias, siendo uno de los principales el estinguir la confianza que hasta entonces habia tenido en ellas la Metrópoli.

AGUSTIN A. FRANCO.

DON CLAUDIO UBIQUE.

En la gran casa de locos que llamamos mundo, cada cual sigue, como habrás notado, lector amabilísimo, una tema particular, de suerte que podriamos clasificarlos en varias especies, á no sér porque resultarian tantas que no habria aritmético, por diestro que fuese, bastante á enumerarlas. Unos se van por esos trigos de Dios, á sentir las chinches de todos los mesones y la hambre de todas las ventas, para volver tan sándios como ántes, pudiendo decir con voz enfática: ,,he viajado;" otros con un fusil, una bayoneta y un sable, se encargan de repartir á sus hermanos, caritativas amonestaciones, siempre que lo júzgan conveniente; quienes valiéndose de armas mas encubiertas, pero mas terribles quizá, se ocupan en escardar al género humano con *récipes*, tan formidables para el enfermo, como para el bolsillo de sus deudos; quienes con uñas mas afiladas que si fuesen buitres tratan de volvernos á los felices tiempos de la inocencia, en que todos andaban encueros, á fuerza de *rebeldías* y *demandas;* cuáles con el piadoso fin de dejar en la indigencia á una familia desgraciada, le compran *vales*, con la moderada ganancia de un noventa y cinco por ciento; cuáles.... pero ya he dicho que seria cuento de nunca acabar.

Entre tan varias castas, llámanme, por ahora la atencion, unos hombrecillos que tienen la peregrina propiedad de multiplicarse, y estar en todas partes; en el paseo, en las tertulias, en los bailes, en las procesiones, en los entierros, en los bautismos, en las bodas, en fin, donde quiera que no se necesita sacar un ochavo, y que muy al contrario pueden lucir sus fraques de pico de gorrion y sacar su vientre de mal año. Mas no se contentan con ser la sombra de todo viviente, siguiéndole por todas partes; sino que tambien son aspirantes al *gran tono*, sin tener un real con que satisfacer esos caprichos que son el distintivo de las clases elevadas de la sociedad. Usan baston y guantes, porque ningun elegante puede dispensarse de ellos; *paletot*, porque, ¡qué se diria de un hombre de pro que anduviese sin él! aun cuando al volver á su casa, tenga el mísero leviton que servir de sobrecama; en fin, de todos los atavíos de un rico, porque ¡qué se diria de un arrancado que no pareciese rico! y por añadidura, de anteojos, porque son cortos de vista, y esta enfermedad es, por lo ménos, de literatos, ya que no de ricos. Afectan ser amigos íntimos de todas las personas notables por su caudal ó por su puesto elevado en la sociedad, y saludan con tono de proteccion á los demas; siempre saben los secretos de las potencias estrangeras, de boca del ministro de relaciones; pero guardan á fe de honrados el mas profundo silencio, y dicen luego que llama la atencion algun acontecimiento importante: ¡no lo decia yo! por último, son los entes mas superficiales y fastidiosos.

Apenas habrá entre mis lectores, quien no conozca no ya uno, sino un centenar de bichos de este jaez; mas yo tengo la dicha ó la desdicha, de poderles señalar uno, mas conocido que las torres de la Catedral, y que puede tomarse por el tipo de los animales de su género: el sin par D. *Claudio Ubique*.

Hombrecillo de pequeña estatura y regulares narices, barba escasa y cútis rosagante, (seguramente á causa de no tener vergüenza) sombrero lustroso, á fuerza de mugriento y de ala ligeramente doblada; corbata de enormes dimensiones, en cuyo hueco se enconcha cada y cuando le parece conveniente; levita con honores de *paletot*, gracias á la industriosa tia que supo fabricarle dos bolsillos en la delantera; pantalo-

nes raidos y mal forjados, pero tirantes en demasia; chaleco siempre abotonado hasta el pescuezo y atravesado por una cadenilla que perdió ya sus pretensiones á parecer de oro por estar patente el cobre hasta para los cortos de vista, y de la cual pende, no un reloj, porque este mueble ha caido en desuso entre los aspirantes al *gran tono*, sino un lente para flechar con gracia y donaire cuanto le parece digno de llamar su atencion; ved el retrato del bueno de D. Claudio. Cuando por las tardes ha caido un poco el sol, y los elegantes de ambos sexos comienzan á poblar, á pié, á caballo y en coche, las calles de la Alameda y del Paseo Nuevo, aparece D. Claudio, andando con paso mesurado, y con las manos metidas en el *seudo-paletot*, como es uso, y tarareando una cancion, que el querria fuese de una *grande ópera*, y que en la realidad no es sino la revelacion manifiesta de que plugo al cielo dotarle de voz chillona y pésimas orejas. Pasa rápido un coche, que no es simon por supuesto, y D. Claudio vibrando su mano forrada en un guante de hilo maltrecho por el tiempo y por el uso, y con una profunda caravana, saluda al rico propietario ó á las encumbradas damas que van haciendo gala de sus lozanos caballos, y que no le contestaron su saludo: seguramente no le vieron. Pasa otro del mismo jaez, repite D. Claudio los cumplimientos y las niñas inclinan ligeramente la cabeza y comienzan á reir con bastante gana.—Quiénes son? le pregunta un viejo calvatrueno que está tomando fresco debajo de un álamo.—Ja ja ja, contesta D. Claudio, que tiene siempre la risa en los lábios; las hijas del ex-conde de Z.... oh! si nos criamos juntos!

—Quiénes? V. y el conde?

—No, hombre; las muchachas y yo. No observó V. cómo reian al verme?

—Y con justicia, repone sonriendo el viejo socarron que conoce bien el menguado cerebro de D. Claudio; este prosigue su camino; y en saludar á cuantos pasan en buen coche ó en arrogante caballo, examinar á todos con el lente, trabar del brazo á los elegantes, quienes le profesan amistad á un nécio á cuyo lado pueden pasar muchos de ellos por racionales, y en ir y venir, pasa la tarde y da la vuelta al Café, con Enrique el perfumado elegante á quien toca esa noche costear el helado. (El lector entenderá desde luego, que nunca le toca á D. Claudio).

Mas las campanas del convento de S. Agustin atruenan los oidos; loscohetes y los *pedreros* se suceden sin intermision, los muchachos gritan, corren y se agolpan á la portería, y todo es confusion, y apretones, y algazara. Yo, que soy curioso como cualquiera, y ademas, comodino, viendo que no puedo acercarme sin ser bien magullado, pregunto la causa de aquel alboroto, y sé que la comunidad de S. Agustin ha bajado á dejar á los convidados, que asistieron á la toma de posesion del nuevo Provincial. De pronto, atravesando por en medio de la multitud, y con las naríces untadas de grajea, y los carrillos de polvo de azúcar, cual raton que acaba de salir de entre la harina, va á mi encuentro D. Claudio, empuñando con ambas manos un pañuelo preñado de mamones y rosquetes, confites y almendras cubiertas, y con el sombrero y la levita llenos de flores artificiales que ostenta ufano, como otros tantos trofeos gastronómicos.—V. gusta? me dice con voz hueca, sin que falte su acostumbrada risa.—Mil gracias—grandísimo animal, prosigo murmurando entre dientes, y él se aleja sosteniendo trabajosamente el pesado botin que supo ganar en la batalla de glotonería, en que lucieron su denuedo, tantos viejos de rosario de cuentas gordas en el cuello, librito de oraciones en el bolsillo, y entrañas de tigre y uñas de gavilan, para con los infelices á quienes prestan con dos reales en el peso, y á los cuales les roban las prendas siempre que pueden; y tantos jovencitos imbéciles, y buenos comedores, que se nutren bien, para ser con el tiempo el *robusto* apoyo de su patria.

Las ocho: voy atravesando el átrio de la Catedral, y llama mi atencion una hilera de coches, frente á la puerta del Sagrario; multitud de muchachos y de pordioseros aguardan en la puerta á los padrinos para recibir el *bolo*, que por fin les reparte, aunque no de lo suyo, un quidam, chiquitillo y ágil, que aparece con el sombrero sumido hasta las cejas, y dejando flotar en el aire los faldones de su levita. ¡Quién ha de ser! D. Claudio.

Si encuentro en la calle alguna procesion, lo primero que veo es á nuestro héroe armado de su correspondiente vela ¡y su inseparable lente, pasando revista de todos los balcones; si entro en un Café, una palmada en el hombro me avisa que al volver la cara he de hallarme con él; si voy á misa, allí está, y si me propongo oir cinco, estoy seguro de mirarlo en todas; si voy á un baile (en que nada se pague) en el primer wals, en la primera contradanza, figura mi hombre, á no ser que se hayan negado todas las señoras á bailar con él; en fin, tengo la desdicha de que ese ente endiablado, no me deje á sol ni á sombra.



Demócrito.



Heráclito.

Asi me quejaba con un amigo cierto dia, y él me respondió; hermano, el desgraciado no eres tu solo, sino todo habitante de México, pues no hay persona que no se queje de encontrarlo, por lo ménos seis veces al dia; y para que confirmes mas y mas esta verdad, te contaré un suceso que me acaeció hará dos semanas. Monté á caballo, y me dirijí á Tacubaya; mas en el camino tuve que acudir al ruido de unas voces lastimeras que demandaban socorro, y que se ahogaban entre los ladridos de muchos perros; llego, y encuentro al pobre de D. Claudio, nugando por desasirse de un can maldito que le tenia afianzado de la casaca, con los anteojos y el sombrero en el suelo, y temiendo que por momentos le acribillaran los demas perros que acompañaban al que lo tenia bajo su jurisdiccion. Con mil trabajos logré que el mastin soltara su presa, aunque haciéndole un largo giron á la pobre casaca; respiró D. Claudio en cuanto se vió libre de su fiero adversario, dióme las gracias, y se vino con el faldon enredado en el brazo y murmurando su cancion de costumbre.

Acabó mi amigo, y me convencí de que está de Dios que encuentre yo á D. Claudio por todas partes.—El Lic. Vidriera.

HERACLITO Y DEMOCRITO.

En achaque de filosofia tengo para mí por cierto y verdadero y evidente é indudable, que el mas filósofo es el que filosofa ménos, y esto he llegado á aprenderlo despues de largas y terribles meditaciones filosóficas. De aquí es que el método, ó sea sistema que mas me agrada, es el sistema de la buena vida y el método de la holganza; y firme en mis principios, me sostengo contra todos los que me contradigan, que sé de cierto que ellos nada saben en achaque de holgorio y de buen gusto; y esto aunque me pongan por ejemplo al tristisimo Heráclito, que es como si dijéramos que me ponian de ejemplo á todos los escritores y filósofos llorosos y llorones de todas las épocas, inclusos los románticos. Porque, diga V., ¿qué fruto le sacaba el buen anciano á su cara rugosa y á sus ojos viejos y preñados siempre de lágrimas? Nada, sino ponerse feo y chusco y con una cara de ascos que es una gloria, y que á creer á la estampa ó si quier retrato, es cara de vieja regañona á quien se ha muerto el último nietecillo de quien ella tenia esperanzas de que fuera músico ú orador ó poeta, ó al ménos artillero, cuando habia nacido sordo-mudo y sin ojos y manco. Y en verdad sea dicho, que el tal Heráclito, á pesar de sus muchos años y de la esperiencia que á tan larga vida es consiguiente, segun me predica una tia sexagenaria, que ya no puede tener mas prentensiones que de esperimentada, era un hombre medio sabio y medio nécio; figúreselo V. al pobre comiendo raices y bebiendo agua pura, viviendo allá á lo léjos y zampuzado en no sé qué breñales, que no parecia sino animal fiero y regañon: figúrese al buen hombre echando la culpa á los demás hombres porque hacian necedades y tonterías, y porque no eran tan buenos como el santo varon se habia imaginado que habian de ser, sin acordarse de que el mundo era mundo, y los hombres hombres, y mugeres las mugeres, y niños los que tenian pocos años; y empeñado en corregirlos á fuerza de lloros, que maldito el gusto que le han de haber dado, siendo lo mas curioso del caso, que con derramar tantas lágrimas, que parecian mares sus ojos, hubo de morir hidrópico, que cierto es cosa admirable porque para tanto llorar debió de convertirse el todo de su cuerpo y el mismísimo filósofo Heráclito en lágrimas, vaciando su piel que el sol de esos mundos tendria bien seca, de toda clase de humores acueos que pudieran debilitar sus vasos. Pero en fin, el lloroso vejete hubo de morirse sin vivir mucho que digamos sin dejar mas que unos libros que escribió, inútiles de puro oscuros, segun

asientan autores de nota; bien que es fama que era afecto á hablar por enigmas el triste anciano, del cual se cuenta que habiéndose entrado por la ciudad á consultar á los médicos en tiempo en que ya estaba enfermo, les preguntó gimiendo y llorando y sollozando, segun entiendo, si podrian cambiar el tiempo húmedo en seco; y oyendo que no alcanzaba á tanto (aunque yo creo que á nada alcanza) el poder de la medicina, les contestó con aire sentencioso y grave quizá, que éntónces ya no los habia menester; despues de lo cual, volvióse á la huronera y se zambulló en un *mare magnum* de estiercol para morir con honores de lombriz. ¡Puf y que mal gusto tuvo el hombre! Vea V. que remedio tan desagradable fué á escoger, porque por tal lo tomó; de donde yo colijo que no debia de tener el mismo gusto que yo, que soy afecto á los blandos lechos y á los siropes y á las pastillas, todo por medicamento se entiende, lo que juzgo le sucederá á V. y á todo hijo de vecino, sin que se crea que hablo con esos que tienen la humorada de cortarse una pierna ó un brazo, ó las dos piernas y los dos brazos, que algunos de este jaez he visto. Y con esto y con no ser útil para nada, dobló la *efigies* el lloroso anciano y aquí acabó la historia de uno de los maestros de los maestros de nuestros maestros; por que yo me sospecho que nada nuevo se ha hecho en artículo de filosofia, sino copiar y discurrir con poco ó mucho donaire sobre el tema que nos dejaron los pobres hijos de Adan que en aquellos tiempos vivieron y murieron.

Por cuyas razones ó motivos y discutida sabiamente la cosa he venido en acomodarme ya que es forzóso que cada hijo de madre tenga su filosofía, á la filosofía del buen Demócrito que es el reverso de la medalla. No hay mas que vea V. la estampa. ¡Oh, y que cara de gozo que parece una pascuas! ¿Diga V. si con tal aire no cautivará mi corozon y mas cuando sé que el chusquísimo y graciosísimo filósofo hubo de vivir 110 años, lo que no consiguió el Heráclito y lo que en mi concepto es cosa muy agradable, porque 110 años son lo mismo que ciento y diez años; ya V. me comprende. Y luego me parece muy buen negocio reir de todo como él lo hacia, diciendo que todas las obras de los hombres eran locuras; y le salió tan bien su sistema, que llegó, segun dicen autores graves, á distinguir cosas muy confusas, es á saber que alcanzó á conocer la inmortalidad del alma, descubrimiento admirable en su tiempo, y era tan entendido en achaque de cosas humanas, que aseguran los escritores que llevo dichos, á cuya autoridad me refiero, que presentándole un dia una pocion de leche, dijo el filosofillo, que la leche era de una cabra negra que no habia parido mas que una vez, lo que salió cierto; y en cierta ocasion encontrando á una su conocida le dijo *á Dios doncella* „y tornándola á encontrar al siguiente dia la saludó diciendo „*á Dios dueña*" y fuè cosa averiguada que la tal conocida en el intermedio de los saludos filosóficos, de doncella convirtiose en dueña, y aunque esto no me hace tanta gracia porque *veteranos* he visto que pretenden hacer esta adivinacion, cierto es cosa admirable, por lo cual soy sectario de Demócrito; mas como yo tengo mi cabeza y él la suya, no estoy de acuerdo con él, en eso de la miel por dentro y aceite por fuera, porque eso de aceites por fuera no me acomoda mucho; ni menos convengo en quebrarme los ojos como dicen que él hizo, porque los ojos son muy filosóficos y sirven para ver á las bellas, cosa que él aborreció y por cuya causa se hizo ciego, en lo que no anduvo muy cuerdo, á lo menos segun mi parecer, porque es puntualmente una de las grandes razones que yo tendria para no quebrarme los ojos, es á saber quedarme sin ver á las hermosuras vivas que se pasean por esos mundos. Mucho ménos convengo con él en lo de contar las locuras de los hombres por los dedos, como muestra la estampa ó retrato adjunto, porque sobre ser mal método de contabilidad, ese modo es trabajo bien pesado y no es muy afecto al trabajo el comodin.—ANÓNIMO.

Cuando reflexiono, dice Diógenes Laercio, en las ciencias y artes observó que el hombre es casi igual á los dioses; mas cuando considero la supersticion, lo juzgo inferior á los brutos.

Las malas traducciones son como el revés de las alfombras que nos presenta la imágen estampada en ellas, pero tan borrosa y confusa que aun se duda si és la misma.

Se preguntaba á Zenon, si el amor se estendia á los sabios, y contestó, "Muy desgraciadas serian las bellas, si el caudal de sus triunfos solo se compusiese de los necios, gente que ni sabe amar, ni deja de aborrecer."

Fastidiado el Emperador Segismundo de las adulaciones de un palaciego, le dió una fuerte bofetada. El adulador le preguntó: ¿Porqué me hieres?—*Porque tú me muerdes, y la defensa es natural.*

El que á alguna obra da principio, tiene hecho mas de la mitad de ella.

DESCRIPCION Y USO

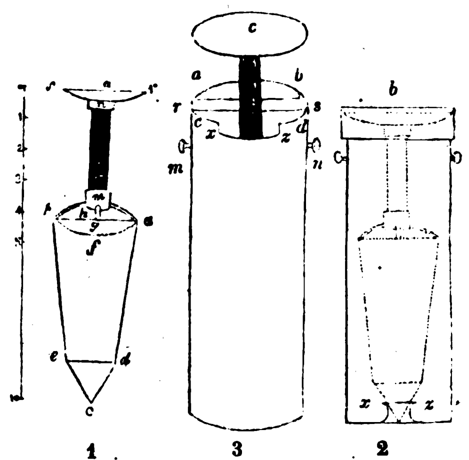
DE UN NUEVO GRAVIMETRO

INVENTADO

POR J. M. BUSTAMANTE.[1]

1. **S**E sabe que para usar la balanza de Nicholson es necesaria una coleccion de pesitos muy bien arreglados, y que exige sumergirla en el agua hasta un mismo punto, esto es, colocarla en su índice tres veces durante la operacion; para esto es necesario ir al tanteo, añadiendo ó quitando pesitos, segun que aquel punto está encima ó debajo del nivel del agua, cuyo procedimiento es largo: ademas, en los viages, en que generalmente se carece de las comodidades que se tienen en el gabinete, es muy fácil perder alguna de las pesitas del granatario, con lo cual se inutiliza un instrumento tan necesario al mineralogista viagero; para evitar estos inconvenientes, facilitar el transporte de la balanza, y simplificar la operacion, me sirvo del instrumento representado en el adjunto grabado, que da muy facilmente los datos necesarios para calcular el peso específico de los minerales, sin necesidad de pesos, y con bastante exactitud.

2. La parte *acb* del instrumento, que puede ser de hoja de lata, de laton etc., se compone de dos conos inversos, huecos y unidos en *de*, como



indica la figura 1, cuya base ó tapa es un platillo cóncavo *afb* que sirve para recibir los minerales cuando se pesan en el agua: ántes de soldar este platillo se lastra el instrumento, esto es, se echa en su interior una cantidad de plomo, tal, que baste á sumergirlo en el agua, hasta muy cerca de la base *ab*. El lastre puede ser de plomo fundido, de granalla ó de per-

(1) Tenemos la satisfaccion de insertar este artículo, escrito por mi maestro, el Sr. D. Andres del Rio, conocido en el mundo literario por sus trabajos científicos y por sus obras de Orictognósia y Geología, tan útiles á los mineros y á todos los amantes de las ciencias, y que bastará cualquiera de ellas para inmortalizar el nombre de un ilustre autor, de ese hombre sabio y virtuoso como Franklin, querido y respetado por todos los mexicanos, por todos los que conocen su mérito y saben que su vida sin mancha, la ha consagrado entera al estudio y al trabajo, con poquísimas utilidades pecuniarias, solo por tener la envidiable satisfaccion de servir á nuestra República, difundiendo entre sus hijos esos conocimientos sólidos y llenos de prestigio, para los que saben comprenderlos, los conocimientos científicos, que influyen de una manera tan directa en el adelantamiento de las sociedades y en la felicidad de las naciones.

Bastaria decir que el artículo que nos ocupa, que publicamos con el consentimiento de su autor, es escrito por el Sr. del Rio, para que se le apreciara en su verdadero valor, si á este título respetable de estimacion no se agregara el de tratarse en él de una invencion hecha por uno de nuestros compatriotas, por D. J. M. Bustamante, jóven mineralogista, cuya temprana muerte siempre lamentarán las ciencias, que tanto tenian que esperar de su talento y dedicacion. Aun á este nuevo título de aprecio se agrega todavía el de tratarse de un instrumento utilísimo al mineralogista, al físico, al viagero y á toda persona estudiosa y aplicada.

Sabemos que este artículo pertenece á varias memorias interesantes con que el Sr. del Rio trata de enriquecer la segunda edicion de su obra de Orictognosia, que piensa reimprimir corregida y aumentada, obra utilísima, como ya indicamos, y cuyo mérito nadie ha puesto en duda; pero que exige algunas correcciones indispensables, porque el adelantamiento de las ciencias ha sido estraordinariamente rápido en estos últimos tiempos, y la obra del Sr. del Rio tiene catorce años de impresa.

México marzo 9 de 1844. SEBASTIAN CAMACHO Y ZULUETA.



digones delgados; en el primer caso se pega y adapta muy bien á las paredes del cono inferior, pero en los otros dos es necesario sujetarlo con una tapa de hoja de lata al mismo cono, con lo cual no varia de lugar, y se conserva siempre en la parte mas baja.

3. En cuatro puntos de esta base opuestos en ángulo recto, se sueldan dos arcos de alambre *ab* y *gh*, que atraviesan y sostienen la virola *m*, la cual recibe el estremo de un tubo de cristal *mn*, que se afirma con lacre: en el interior del tubo se coloca una escala de líneas de milímetro, ó de partes iguales arbitrarias, trazada en papel, y cuyas divisiones se cuentan desde cero de abajo á arriba. En vez del tubo de cristal se podria usar uno de laton ó plata, del grueso correspondiente, y bien calibrado por su esterior, que lleve señalada la escala de partes iguales: entónces se suprimirán las víroIas, y tanto los arcos como el platillo se afirmarán mejor al tubo, y el instrumento quedará ménos espuesto á maltratarse.

4. Finalmente, en el otro estremo del tubo se ajusta por medio de una vírola y lacre el platillo *rs*, que sirve para poner los minerales cuando se pesan en el aire.

5. La figura 2.ª es una caja cilíndrica de hoja de lata con su tapa, cuyo largo es igual al del instrumento, y cuyo diámetro interior es un poco mayor que el de aquel: en la parte inferior del fondo se suelda de firme la porcion cónica *xz*, en la cual se acomoda una parte del cono *dec*, y como el diámetro del platillo superior debe ser muy poco ménor que el de la caja, el instrumento se coloca adentro sin que tenga movimiento que lo pueda deteriorar; así es que se transporta con mucha comodidad y seguridad. Esta caja es tambien la mejor vasija para usarlo, porque se echa en ella la cantidad de agua suficiente, para que sumergiendo á fuerza todo el instrumento, llegue solo á su borde sin derramarse.

6. Cuando se pone el instrumento en el agua y se deja en libertad, solo se sumerge hasta muy cerca de la base *ab*, como hemos dicho, y es necesario para que el cero de la escala llegue al nivel del agua, cargar el platillo superior con granalla de plomo, con perdigones, ó mejor con una chapita de plomo, cuyo peso se ajusta de una vez, para que siempre produzca una inmersion precisamente hasta el punto indicado, y esta nueva carga la llamaremos *peso adicional*.

7. Si estando en este estado ponemos en el platillo un cuerpo cualquiera, la inmersion es tanto mas grande, cuanto mayor es el peso del cuerpo, y no hay duda que este nuevo peso equivale *al de un cilindro de agua igual á la porcion del tubo que ha hecho sumergir*, porque el espacio que esta ocupa en el líquido, es igual al que ocupaba el cilindro de agua que desalojó, y el esfuerzo del líquido para sostenerla, es tambien igual al que hace el peso del cuerpo para tener sumergida aquella porcion de tubo: así pues, si el instrumento se sumerge una de las divisiones de la escala, podemos decir que el peso de que está cargado es igual al de una rebanada cilíndrica de agua, cuya base es la seccion del tubo y la altura es una division: un peso mayor lo hundirá 20 divisiones, v. g., y equivaldrá al peso de 20 rebanadas iguales á la anterior; luego sabiendo el número de adarmes ó granos que pesa cada una de estas rebanadas, podremos conocer el peso de los cuerpos que pongamos en el platillo.

8. Despues diremos como se determina el peso de cada rebanada, aunque no tenemos necesidad de saberlo, porque las divisiones de la escala nos manifiestan las relaciones en que están los pesos que pongamos en el platillo, así como no tenemos necesidad de saber cuanto pesa el mercurio contenido en el tubo de un barómetro, para conocer y comparar las diversas presiones del aire: nos basta pues, *fijar con exactitud los puntos de la escala en que está el nivel del agua, ántes de cargar el instrumento, y aquel en que se sumerge en virtud de la carga que le pongamos*, y á esto solo está reducido su uso.

9. Supongamos que estando cargado con su peso adicional, el nivel del agua llega justamente al cero de la escala; si en este estado ponemos en el platillo superior un fragmento de caliza espática, v. g., cuyo peso produce una inmersion tal, que el nivel del agua señale la division 54, este número nos manifestará el peso del fragmento en el aire § 7. Si trasladamos despues el fragmento al platillo inferior, la inmersion solo llega á la division 34, y esta division nos indica el peso del mismo fragmento en el agua; luego la diferencia 20 entre ambos pesos, es cabalmente el peso del volúmen del agua desalojada por esta inmersion, ó el peso que perdió el fragmento en la segunda operacion. Basta dividir 54, peso del fragmento en el aire, por 20, que es lo que perdió en el agua, el cociente 2, 7 nos manifiesta el peso específico de la caliza espática: de este sencillo modo se procede en los demas casos.

10. Facilmente se nota que el peso adicional puede ser mayor de lo que hemos supuesto,

sin que esto altere los datos, porque si en vez de sumergir el instrumento hasta el cero, lo hubiese llevado hasta la division 8, v. g., entónces el mismo fragmento de caliza espática lo habria sumergido, no hasta el 54, sino hasta el 62, y siempre su peso en el aire seria el mismo que ántes, esto es, 62—8=54: lo mismo se verifica en el peso dentro del agua: en este caso, la inmersion no seria hasta el 34, sino que subiria al 42, y la pérdida tambien seria igual á la anterior, esto es, 62—42=20; esta es una de las ventajas del instrumento, que no necesita llevarlo á un punto determinado, sino solo notar las divisiones de la escala que señala el nivel del agua, como dijimos en el § 8.

11. Si quitamos del platillo superior no solo el cuerpo que se ha pesado, sino tambien el peso adicional, el instrumento se levantará hasta dejar fuera del nivel del agua el platillo superior, y de esta construccion resulta la comodidad de poder colocar el cuerpo en este platillo sin sacar todo el instrumento del agua, y sin esponerse á que en la segunda inmersion se le peguen algunas ampollas de aire, que no habia en la primera, como suele suceder en la balanza de Nicholson, lo cual altera los resultados.

12. El nivel del agua deja siempre alguna incertidumbre en la determinacion del punto preciso (de la escala) á que llega, principalmente cuando le toca señalar partes de una division, y en su lugar podemos emplear otro índice mucho mas exacto, y cuya sencillez lo recomienda para usarlo constantemente; consiste en colocar dos hebras de seda (fig. 3.ª) *ab*, *cd*, bien estiradas, ó mejor de alambre, que llaman de pelo, en puntos opuestos, del borde *rs* de la caja, de manera que abracen el tubo de cristal sin forzarlo, y pueda andar libremente en medio de ellas, para lo cual sirven los botoncitos *m n*, soldados de firme en la caja, y las pequeñas ranuras *ac bd*, hechas en el mismo borde: entónces observando por el hueco *rz*, que tiene de alto cerca de dos líneas, y de largo una pulgada, el plano de las hebras al mismo tiempo que la escala, la hebra de esta del lado del observador señala las divisiones y partes de cada una á que llega la inmersion, y por este medio si la escala es de milímetros, se puede apreciar á simple vista la quinta parte de cada una ó de dos en dos milímetros, lo que equivale en el instrumento de que me sirvo á un peso de 0, 3 de grano. Es cierto que este medio señala el punto de partida un poco mas arriba del cero de la escala; pero como hemos visto, (párrafo 10,) esto no altera en nada los resultados.

13. Hasta aquí solo hemos hablado del modo de pesar cuerpos, cuya gravedad específica es mayor que la del agua; nos resta, pues, considerar otros dos casos que puedan ocurrir, y son aquellos en que la gravedad específica del cuerpo es igual á la del agua, ó menor.

Si conociendo el peso de un cuerpo en el aire, v. g., 24, lo pesamos en el agua, y la inmersion llega cabalmente al cero, en este caso diremos que ha perdido todo su peso, ó que este es igual al volúmen de agua que desaloja, porque la diferencia entre cero y 24, es 24, y su gravedad específica es igual á 24 dividido por 24=1= gravedad del agua. Pero si en vez de llegar la segunda inmersion al cero se hubiese quedado 6 líneas debajo de este punto, suponiendo que la escala tuviese divisiones negativas, esto es, que se continuasen debajo de cero, esto nos indicaria que el volúmen desalojado de agua pesa mas que el cuerpo, porque no solo pierde los 24 de su peso, sino que ademas hace perder 6 al instrumento, con quien forma un todo, y la diferencia entre + 24 que pesa en el aire, y — 6 que pesa en el agua, observando las reglas de los signos, es + 30: dividiendo, pues, 24 por 30, se tiene 0, 8, esto es, que la gravedad específica del cuerpo es menor que la del agua.

No hemos puesto en la escala divisiones negativas, porque se aumentaria mucho el cuello del instrumento, y ademas de otros inconvenientes, traería el de hacerlo mas voluminoso; no hay, pues, necesidad de estas divisiones, si atendemos á que aumentando el peso adicional, se puede sumergir la mayor parte de la escala, para que despues la haga salir el cuerpo que ponemos en el agua, y por este sencillo procedimiento podemos decir que sin alterar el tamaño de nuestra escala, la hemos duplicado. Un ejemplo aclarará este caso.

Supongamos que un pedasito de madera de encino pesa en el aire 36: quitándole del platillo superior y aumentando el peso adicional con otra chapita de plomo, haremos hundir la escala hasta el 60, v. g.; notando este punto, que podemos considerar como si fuera el cero de la escala, y pesando despues la madera en el agua, la inmersion solo llega al 48, esto es, ha hecho salir 12 divisiones, las cuales ciertamente corresponden debajo del cero: la diferencia, pues, entre + 36, peso del encino en el aire, y — 12 su peso en el agua, es + 48: dividiendo 36 por 48 resulta al cociente 0, 88, que es la gravedad específica del encino, y este procedimiento se observará en los demas casos.

Si estando el instrumento en cero le carga-

mos pesos conocidos, como adarmes y granos, podremos saber el peso á que corresponde cada division de las que se han sumergido, dividiendo el número de adarmes y granos por el de divisiones. Asi, pues, si con tres adarmes ó 108 granos se sumerge 54 divisiones, cada una corresponderá á 2 granos, y por este medio sabremos á cuanto asciende la mayor carga que podemos pesar con el instrumento.

AVENTURAS NOCTURNAS.

Tengo yo un libro de memorias curioso, si los hay, libro sin hojas, y por consiguiente, sin letras: libro que leo cuando quiero y donde quiero, y que tengo precisamente en mi mollera y en las molleras de todos los hijos que haya parido madre; libro chusco, gracioso, picante, anónimo, libro mejor que todos los libros.— Pues señor, de este libro á fól.... el fólio no nos importa, de ese libro, digo, tomé una historia que voy á espetar al que quiera leerla; historia de este año, aunque se duda si es de este siglo— en fin, historia curiosa y divertida de lo que pasó entre un elegante y un viejo camandulero y la hija del vecino y la planchadora del barrio y la espada del sereno.

Voy al cuento: es el caso, que frente á mi casa vive un señoron, (ya V. dirá donde vivo, que será precisamente frente á frente del señoron á quien V. caritativamente aplique el cuento), ya entrado en años, de esos señores que pasan su vida pasando la vida, que no hacen ni á Dios ni al diablo, y que tiran cada año los dos tercios de sus rentas y guardan sin pensarlo el otro tercio, y la fuente de estos tercios para el graciosísimo heredero, que en nuestro caso es como si dijéramos que los guardaba para una hermosísima sirena y un apuesto doncel, cuyos jóvenes eran la succesion que al buen señor le habia dado la gentil y escrupulosa Doña Rita, que es su esposa. Y con estos jóvenes acontecia lo que de ordinario acontece á todos esos *fijosdalgos*, suponiendo que estos *algos* son dineros ó talegos henchidos de dineros; digo que les acontecia, á él, al mozo, al elegante Julio, al hermoso tipo de las modas y del buen tono, y á ella, á la sentimental, patética y romántica Elena, que son los hijos del señor camandulero, lo que es muy frecuente en tales criaturas, y es hallarse con diez y ocho ó veinte años encima, sin tener mas instruccion que una lectura mala, peor escritura y la aritmética que basta para saber que 8 reales de entrada y un real de cojin en el teatro, suman nueve reales, con otras operaciones semejantes que dejo á la curiosidad de V. para que las indague ó invente.— Aquí pudiera, segun es costumbre, poner en letra gorda con un número 1 encima, esta palabra, Julio, fatídica y terrible como el *Analek* de Victor Hugo en *Nuestra Sra. de Paris*; pero haciéndole á V. gracia de todas estas fórmulas, le diré cómo el jóven seguia en un todo las costumbres de los elegantes, y era desvergonzado, y jugaba al billar, y concurria al teatro para lucir la casaca, y saludaba á todos, y afectaba (esto es lo principal) estar enamorado y correspondido de la hermosísima Leonor, la hija del ex-ministro de á la vuelta, porque debe V. saber que estos jóvenes, por el bien parecer dicen y afectan, y dejan sospechar y traslucir que tienen amores, y tal vez dicen *que son positivos* con fulana y citana, con el cristianísimo fin de aparecer como *veteranos*, término de una fuerza y signo, de una idea admirable; con lo que consiguen un famoso resultado y es menoscabar lentamente la opinion de fulana y citana.—Tienen tambien por costumbre tener una segunda querida, querida carnal y prosaica, de la que hacen tambien gala y á la que no aman, segun se esplican, aunque para mí tengo por cierto que es la señora de sus pensamientos, y tal vez de sus pesetas. El buen Julio, pues, conformándose con el uso, tenia su querida alta y de tono, y su querida de prosa y corriente: la primera ya he dicho quien es, y la segunda he de decir que se llamaba Leonarda; cuya hermosura de segunda gerarquía y la heroina si se quiere del chusquisimo drama que el apuesto doncel se habia forjado en su mente, es de oficio lavandera y la planchadora del barrio; artista, segun algunos que á los artesanos llaman artistas, cortejada por todos los guapos de seis calles á la redonda, ado-

rada de los barberillos de la jurisdiccion y servida por el sereno de la cuadra, que era el preferido entre toda esta turba amorosa, que lo miraba con envidia y le queria mal, por ser el pichon de la inocente paloma que á hurtadillas y en silencio le hacia unas cuantas infidelidades con Julio, al enamorado sereno.

Un escritor *novelizante*, segun he oido decir, pondria aquí un número 2 romano; por epígrafe un verso terrible, y por título *Elena* con sus correspondientes admiraciones; cuya division en actos y capítulos me parece oportuna, y sin embargo, entre esta moda y la de los viejos escritores castellanos que ponian en lugar de todos esos adornos tipográficos un sequísimo, „*mientras esto pasaba en tal parte*" yo no sé por cuál decidirme, y V. pondrá lo que guste, que yo prosigo con mi cuento.—Elena es una muchacha inocente que sabe todas las exigencias del mundo, que tiene un corazon sensible y una alma ardiente, que cifra su felicidad en el amor, porque añada V. las novelas al fuego del corazon y á una imaginacion acalorada, y ya verá V. qué misto sale de tales ingredientes. Digo, pues, que Elena apasionada, sin regla para vivir, porque la buena de Doña Rita la hacia rezar novenas y el complaciente papá la llevaba al teatro, y el amoroso Julio la pintaba.... lo que V. quiera; pero ni la mamá Rita, ni el papá cuadragenario,¡ni el jóven Julio le daban un consejo saludable ni le esplicaban mas deberes que los de la moda. Y esto hacia que ella hiciera lo que hacen cien muchachas conocidas mias, tener un amante, que por lo regular es intrépido, y darle citas para el cuarto del portero á la hora que hay visitas, por la noche; en fin, cuando no hay peligro de que los sorprenda algun curioso impertinente.—Ponga V. un número 3; por título *los dos esposos* y *el aguacero*, y vamos adelante. El camandulero señor y la rezandera esposa habian salido, como lo tenian por costumbre todas las tardes, dejando á la preciosa Elena el cuidado de la casa y al buen Julio el cuidado de su hermanita, y á entrambos el cuidado de lo cuidable. Aconteció, pues, en esta tarde, una ocurrencia frecuentísima en julio y agosto, ocurrencia admirable sin embargo y digna de admiraciones, es á saber: que cayó de los cielos tal cantidad de agua, que puso intransitables las calles é impidió á todo hijo de vecino andar por esos mundos en mas de cuatro horas; cuyo inconveniente impidió á la curiosa y conyugal pareja volver á casa á la hora regular.—La noche estaba oscura; era una de esas noches en que nos sentimos aterrados, en que deseamos estar acompañados; una noche de esas que por las impresiones de terror que causan, excitan los nervios y acaloran la imaginativa; noche en fin, admirable y á pedir de boca para la entrevista de una jóven romántica y un amartelado amante. Efectivamente, á eso de las siete de la noche, un jóven envuelto en una capa de hule que se embozaba con mucha gracia, con un sombrerillo de hule tambien y unos zapatos de hule, que no habia venido en su coche por no llamar la atencion, se paró frente al balcon de la hermosa Elena, fumando un cigarrillo que solo alumbraba su delicada mano y que servia de contraseña para los amantes.—Acontecia pues, que el azorado Julio, aterrado por la tempestad, maldecia de los rayos y del agua y se lamentaba de no ver en esa noche á la buena Leonarda que le habia ofrecido con toda la formalidad posible aguardarle esa noche en el zahuan fronterizo, para irse juntos despues á dar un paseo por las calles de otros barrios. Paséabase el pobre Julio en la pieza oscura en que estaba un balcon; vió el bulto, alegrósele el ojo, y comenzó á discurrir sobre la fidelidad heroica de su bien amada Leonarda. A la sazon entró Elena, paróse en el balcon del aposento contiguo, vió aquel cigarro ardiendo, su corazon dió un vuelco, voló á la candela, encendió otro cigarrillo, y haciendo con él una cruz de fuego, corrió á la luz y la sopló. Al moverse el bulto del cigarro, Julio toció, y creyendo que era Leonarda y que se impacientaba, hízola una seña juzgando que en la oscuridad podria ser visto, díjole en ella que se entráse por la puerta de la calle, y metióse él con grandes precauciones para no ser notado de la hermana. Buscóla diligente, y hallando á una criada le preguntó.—¿Dónde está la niña?—En la dispensa preparando.... —Bien, voy abajo á ver qué tal están las calles, dijo, y se marchó mas que de prisa.—Habrá entrado en el cuarto del portero, se dijo para sí, y sin mas comentarios dirigiose allá. Sus pasos sonaban, y en ese cuarto que servia entónces de un templo, hubieron de soplar la luz y de escabullirse la tierna Elena que ya estaba abajo y su apasionado amante. —El uno bajo la cama, la otra trás el tinajero de la honrada muger del incorruptible portero. Entra Julio, y perdido en la oscuridad tiende sus brazos sin hablar, busca con las manos á la bella Leonarda, da unos pasos.... El silencio era sepulcral, el jóven no es muy valiente y se queda sin habla.—Oyense pasos, los tres actores de tan terrible drama se estremecen; alguien ha entrado; es la buena Leonarda á

quien sin saber que estaban Elena y su querido ha permitido que entre la señora portera.—Quédase en pié sin respiracion; de nuevo se abre la puerta y ha entrado alguno, los ocultos hacen ruido, una persona entra dando pasos desmesurados, luego otra.... ¡Están perdidos!—Y aquí pudiera dividir mi capítulo y hacer capítulo nuevo y aun distinto tomo, para conseguir dejar suspensa la curiosidad impertinente del que queriendo saber vidas agenas se empeña en averiguar el paradero de mis héroes.—Marchemos, que ya estoy fastidiado y protesto no volver jamas á enarrar historias tan largas *magüer* que curiosas.—Suponga V. que dice aquí: *El sereno del barrio. Conclusion*, luego un número 3 y pax-Christi. Escuche V.

El penúltimo que entró en el cuarto tremendo del portero, fué precisamente el buen hombre, que viendo llegar á su amo, iba como fiel servidor á dar un aviso prudente á los niños interesados; mas notólo el viejo, y socarronamente atrapó al criado y cubrióle la boca, y mandó al lacayo que con ellos venia, que cuidase; y á su muger que mirase, por que se temió que fuesen ladrones de la honra de sus hijos, y él voló á traer el sereno y á pedir auxilio bastante. Cuando entró el lacayo y la varonil Rita, Julio se escabulló bajo la cama, y encontrando un rostro y una mano, la apretó y pegó sus labios á los de la vecina, y se quedaron muertos de pavor y sin respiracion; el lacayo que habia entrado, sintió junto á sí á una muger, y creyendo que era la *Leonarda*, tomóla en sus brazos, aprovechando como sábio aquellos momentos, y la pobre muger viendo que era su pareja, estrechóse con ella y agrupóse con él, y presentó su frente, en la que recibió un ardiente beso: otra persona se ocultó tras el tinajero. La pobre vieja Rita que oyó ruidos tan estraños y tan temerosos, corria hácia la puerta, al tiempo que el sereno y el viejo señoron y otras gentes venian aprestados al combate: junto á la puerta estaba el tinajero, y á sus piés un pavo ó *siquier* guajolote, que confuso de tan raras escenas, estremecióse y tendió las alas, lo cual visto por el sereno que á pesar de su oficio no es un héroe en achaque de valor, imaginándose que era cabeza humana, tiró del sable, y descargó tal golpe, que hizo caer el tinajero, rodando las cazuelas y las ollas, de cuyo centro salió un grito terrible que obligó á abrir tamaños ojos á toda la comparsa de este desenlace espantoso, y hallóse el elegante Julio junto á su presunto cuñado, apretando la mano del amante de Elena, y con sus lábios cocidos en la hermosa cabellera del enamorado; vióse Elena en los brazos de su lacayo, que desmayada de placer, conservaba aun la boca sobre la frente de su linda ama, y la vieja Rita y el camandulero señor azorados con el tajo terrible y el chillido agudísimo, dieron un paso atrás, colocándose tras de la puerta, y la infeliz *Leonarda,* víctima de las descomunales uñas del azorado pavo, saltó en pié lijera como un gamo, quizo huir, tropezó con el sereno, que asustado tiró el farol, matándole la luz; y temiendo quizá una ofensa grave del atrevido que le habia asaltado, se asió de él fuertemente y dió un grito; el señoron pedía luz, la anciana *Rita* clamaba por el confesor, el sereno soplaba en su agudo pito, y Elena.... Elena se escabulló sin reñir al lacayo, y el amante se escurrió por una ventana y Julio se hizo paso por entre el sereno y su presa, y la presa del sereno le dió un beso y echó á correr calle arriba, y miéntras volvió Julio con los criados y con luces, su padre le habló: ¿Y Elena?—Está arriba.—Nos han querido robar, Julio.—¿Es posible?—Sí, mañana comprarás un par de cajas de fierro para guardar las alhajas y el dinero....

De entónces acá el lacayo á solas estrecha la mano de la niña entre las suyas, y se ha unido con el portero y con la esposa del portero, con el piadoso objeto de engañar á los cuidadosos y diligentes padres; Julio ha traido de recamarera á su casa á *Leonarda*, y es fama que desde esa noche no ha vuelto á notarse jamas ruido ni cosa ninguna que altere el sosiego de la familia; es fama tambien que todo ha quedado en silencio, aunque yo me sospecho y me creo que no han acabado las citas y las aventuras, ni los lances de portero y de planchadora que le ha contado á V. el hablador.—ANÓNIMO,





TRISTEZA Y CONSUELO.

Á MI AMIGO AGUSTIN A. FRANCO.

¿Has sentido, amigo mio,
deslizarse por tu frente
un pensamiento sombrío
como en las noches de estío
cruza exhalacion luciente?

¿Al que no se ve llegar
ni se sabe lo que fué;
pero que deja al cruzar
una huella de pesar,
un horrible *no se qué*?

Oprimido el corazon
abrumada la cabeza
por una estraña afliccion,
sin penetrar la razon
que motiva tu tristeza?

Si alguna vez agobiado
te viste, amigo, cual yo,
y si tu pecho abrasado
alguna vez se ha encontrado
como el mio se encontró.

Comprenderás mi tormento
igual al que tú has sentido,
que mi horrible sufrimiento
no puede ser comprendido
por felice pensamiento.

Y no se puede entender
de un alma el amargo duelo
sin sentir, sin padecer,
sin llanto triste verter
y verterlo sin consuelo.

No me es posible esplicar
lo que tengo en lo interior;
ya me siento desmayar
y ya me siento incendiar
con un fuego abrasador.

Ay! La vida del mortal
es vida triste, enojosa;
un tormento sin igual,
un siglo entero de mal
por una hora deliciosa.

Cuando el mal es conocido
puede remedio buscarse
y al corazon que está herido
dulce bálsamo aplicarse
que haga olvidar lo sufrido.

Y alivia el dolor; mas cuando
sin motivo sufre el alma,
la mente va delirando
treguas á su mal buscando,
buscando en vano la calma.

Que afanarse por hallar
camino en tal confusion,
es echarse á navegar
en un proceloso mar
sin brújula ni timon.

Pero en sueño de ventura
me adormeceré quizá,
cuando con mano segura
la muerte rompa la impura
prision en que el alma está,

Y rota ya la cadena
que al espíritu oprimió
en esta mansion terrena
vuele á la estancia serena
por la que tanto anheló,

Y á los pies del trono santo
en que brilla su criador,
deponga la triste el llanto
y entone armonioso canto
como el ángel del Señor.

———

Espera, espera alma mia,
no te agobie el padecer
y mientras llega ese dia,
contempla con alegria
lo que entónces has de ver

———

De la vida los dolores
vengan en buen hora á mí,
que una corona de flores
ángeles consoladores
pondrán en mi sien allí.

———

Si lo que siento has sentido
y padeces como yo,
si ora ardiente, ora abatido
como mi pecho ha latido
tambien tu pecho latió.

———

Levanta tu vista al cielo
y fijos en él tus ojos
sentirán blando consuelo
que no se prueba en el suelo
donde todo causa enojos.

MARIANO ESTEVA Y ULÍBARRI.

Merece salir engañado, el que al hacer un beneficio tenia cuenta con la recompensa.

Es señal de poco saber contradecir á los que saben.

Buffon definió el genio: *una gran paciencia.*

BOLA INGLESA.

Ingredientes: una botella de vinagre fino, cuatro onzas de humo de marfil, dos onzas de azúcar, dos onzas de goma arábiga, una onza ácido sulfúrico, una onza de muriático. Primeramente se echa el negro de marfil en el vinagre, y despues de incorporarlo bien, revolviéndolo, se agregarán los ingredientes: la azúcar y la goma se disolverán ántes en un poco de agua.—(MANUEL D'ECONOMIE DOMESTIQUE.)

Tómense cuatro onzas de miga de pan, dos de manteca y una de nitrato de mercurio cristalizado y en polvo. Hágase de todo una masa; y formando de ella píldoras, pónganse en el lugar donde concurren las ratas y se destruirán á centenares.



La viñeta que va al frente de este artículo, la que está en la página 143, la del calce de la 228, y la figura del gravímetro que hemos insertado en la 274, son obra de un jóven paisano nuestro, que por aficion se ha dedicado al encantador arte del grabado. Nuestros lectores verán con placer la rapidez con que se van difundiendo los conocimientos de esta clase entre nosotros, y su satisfaccion se aumentará mucho mas si les añadimos que los grabados están hechos en *madera mexicana.* Muy sensible nos es que la estremada modestia del Sr.*** nos impida publicar su nombre, y que solamente estemos autorizados para asegurar á los suscritores del Liceo, que nuestras columnas se verán en lo de adelante adornadas algunas veces por su diestro buril.

Reciba, pues, el Sr.*** esta sincera manifestacion de nuestro reconocimiento, y el justo elogio que tributamos á su mérito. Nosotros, que á pesar de la insignificante posicion que nos ha cabido en suerte, anhelamos como el que más, los adelantamientos de nuestra querida y desgraciada patria, deseamos que muchos de nuestros compatriotas sigan su ejemplo. Solamente de esa manera podrá llegar el dia en que el Anáhuac coronado con la brillante aureola de las ciencias y las artes, nada tenga que envidiar á la culta y orgullosa Europa.—RR.

Solamente debemos leer para ayudarnos á pensar.

Para alcanzar la sabiduría, el camino de los preceptos es largo y el de los ejemplos corto.

Roma era un barco defendido de la tempestad con estas dos anclas: La religion y las costumbres.

Las repúblicas se arruinan con el lujo; las monarquías con la pobreza.



SALMO CIII.

Alabe á Dios mi mente.
Es sublime, Senor mi Dios, tu alteza;
de gloria te adornaste y de belleza,
y de luz te vestiste
pura y resplandeciente;
los cielos estendiste
cual pabellon lucido en un momento,
y en ellos á las aguas diste asiento.

Por los vientos llevado
en blandas alas y en ligero vuelo,
discurres por el ámbito del cielo
sobre fulgentes nubes,
servido y rodeado
de ángeles y querubes,
que tus órdenes cumplen obedientes,
mas prontos que relámpagos ardientes.

La tierra estableciste
sobre su firme y sólido cimiento;
los siglos pasarán de ciento en ciento,
y no será inclinada;
las aguas estendiste
en su faz dilatada;
abismos insondables la cubrian,
y los montes mas altos sumergian.

Pero al oir tu acento,
buyen con rapidéz precipitadas
del trueno de tu voz amedrentadas;
los montes se acrecientan,
y en torno de su asiento
los valles se presentan;
tu diestra omnipotente el mar encierra,
y le prohíbes inundar la tierra.

Haces brotar las fuentes,
que en medio de los montes despeñadas,
descienden murmurando á las cañadas;
las bestias calurosas
beben en sus corrientes;
y las aves hermosas
en los quebrados riscos esparcidas
sus cantares repiten complacidas.

Tú desde las alturas
riegas tambien las cumbres de la sierra,
colmas de dones la agostada tierra,
das yerbas al ganado,
y al hombre le procuras
el trigo regalado,
el vino que le alegra y fortalece,
y el aceite que le unge y embellece.

Los cedros que tu mano
en el bosque plantó, crecen erguidos;
los pájaros allí forman sus nidos;
los guia y los enseña,
animando temprano,
la prudente cigüeña;
al ciervo dan los montes acogida,
y al eriso la piedra carcomida.

Los tiempos señalaste,
dando á la luna su reglado paso;
hiciste conocer al sol su ocaso;
las tinieblas obscuras
de la noche creaste;
en ella andan seguras
las fieras, procurando su alimento,
y rugiendo el Leon pide sustento.

Vuelve el sol al oriente;
las fieras de temor sobrecogidas,
se ocultan otra vez en sus guaridas;
entónces empeñoso
el hombre diligente
sale de su reposo,
á obrar y trabajar durante el dia,
hasta la vuelta de la noche umbri.

¡Grandes obras hiciste!
lleno está de ellas el estenso mundo,
y en todas brilla tu saber profundo:
multitud incontable
de animales pusiste
en el mar insondable;
monstruos que burlan su poder insano,
naves que surcan su apacible llano.

Y todos de tí esperan
el preciso sustento con que viven;
pues de tí solamente le reciben:
cuando tu mano estiendes,
venturosos prosperan;
mas si no les atiendes,
si apartas indignado tu semblante;
se turban y estremecen al instante.

Tornan al polvo inmundo,
si de ellos el espiritu desvias;
mas si tu soplo creador envias,
los sacas de la nada,
y la ancha faz del mundo
es luego renovada.
¡Gloria den al Señor eternamente
las obras de su brazo omnipotente!

La tierra es conmovida,
si él la mira con ojos indignados;
y los montes humean abrasados,
si los toca su mano.
Mi alma agradecida
su poder soberano
ensalzará con gozo y complacencia,
mientras yo tenga vida y existencia.

¡Ojalá mis loores
y mis cantos merezcan agradarle,
como yo me deleito en alabarle!
Perezcan y se acaben
todos los pecadores
que su nombre no alaben.
Tú, bendice al Señor, ó alma mia,
canta sus alabanzas noche y dia.

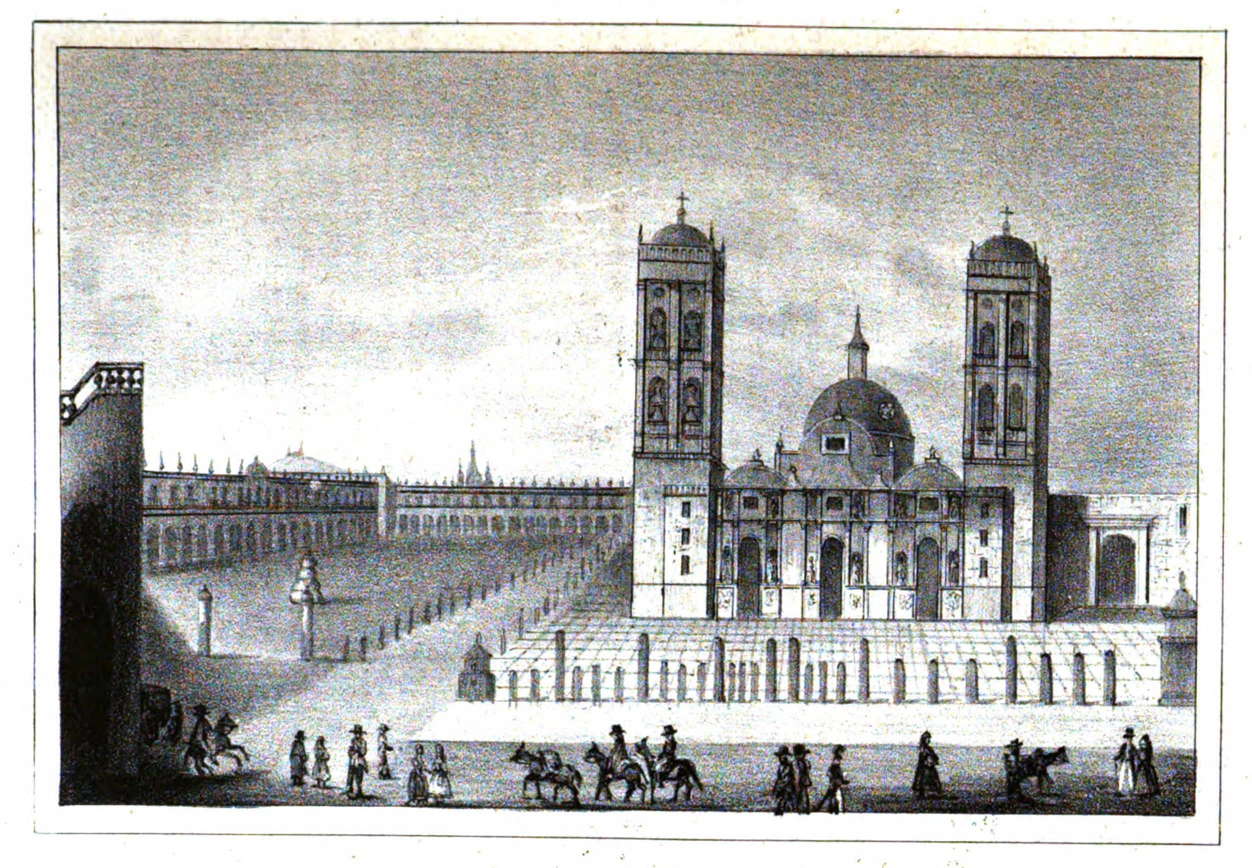
Tulancingo marzo de 1844.—NICOLAS GARCIA DE SAN VICENTE.

LA CATEDRAL DE PUEBLA. (1)

El primer templo donde se le tributó al Señor la adoracion que le es debida en esta ciudad, se fabricó el año de 1531, en la plaza mayor, en la medianía del portal que llaman de Borja, cuya primer piedra puso el Illmo. Sr. D. Fr. Juan de Zumárraga: mas habiendo dado permiso al corregidor Fernando de Algueta, para que fabricara casas unidas á la Iglesia, al lado que corresponde á la calle de la Santísima; y á Alonso Gonzalez para que las construyera á la parte correspondiente á la calle de los herreros, cuya licencia se estendia á edificar portales, de ahí es que la iglesia quedaba en medio. Pero como dichos vecinos no hicieron sus portales bajo una misma altura, de esto resultó que cuando deshicieron este primer templo para regularizar la plaza y continuaron el portal, quedara este con la deformidad que se le nota, de estar una parte mas baja que el resto. Se advierte tambien que las columnas que soportan sus arcos no son iguales, pues los capiteles de las de la mediania tienen unas mal formadas volutas, y el espacio que estas ocupan eran puntualmente el que ocupaba la iglesia.

En la sacristía de esta se hizo una junta el dia 16 de mayo de 1535, á que concurrieron cin-

(1) Comenzamos á publicar hoy la descripcion de la Catedral de Puebla hecha por el justamente acreditado artista D. José Manso, y que tuvo la bondad de proporcionarnos un amigo nuestro. Nuestros suscritores verán que es la mas completa noticia que de este edificio se ha dado hasta hoy en México, pues reune á las buenas descripciones arquitectónicas, curiosas noticias de pinturas, esculturas, y cuanto curioso se halla en dicho templo. No estará de mas advertir aquí que nosotros damos completo el manuscrito de que parece se extractó la noticia que del mismo templo se ha publicado ya en otra parte, pues no hay duda en que ofrecerá mas interés.



LA CATEDRAL DE PUEBLA.

cuenta y siete personas, las que se suscribieron ante el escribano Andrés de Herrera, con el objeto de hacer nueva iglesia, mas capaz y mejor construida, habiendo precedido en dicho dia otra junta general de todo el pueblo, en que el Illmo. Sr. D. Fr. Julian Garcés, primer obispo de Tlaxcala dió á entender que quería fabricar nuevo templo, para lo que donó su Illma. 600 pesos, montando el todo de dicha suscricion á 1.126 pesos, sin un retablo del nacimiento y los materiales de la vieja, siendo el tesorero Antonio Valiente, y testigos que firmaron con el Sr. obispo, Hernando de Elgueta, Cristóbal de Soto, Alonso Galeote, Alvaro Lopez y Alonso de Buisa.

Dicho tesorero obtuvo órden del virey D. Antonio de Mendoza por decreto de 24 de mayo de 1536, para que los indios de Calpa hicieran la iglesia, cuyo ajuste fué en 750 pesos, siendo de tres naves, celebrándolo en 2 de octubre del mismo año, colocando la primera piedra el canónigo D. Francisco de Leyva, con la solemnidad de costumbre, el martes 29 de agosto de 1536, habiendo hecho la oquedad á golpe de barreta los vecinos Alonso de Mota, Alonso de Buisa, Bartolomé Fernandez de Nava, el escribano que dió testimonio llamado Andrés de Herrera, y Gutierrez Maldonado. En seguida colocó el espresado canónigo, la piedra que estaba labrada con dos rosas, una en cada cabo, echó agua bendita y mezcla, presenciando este acto el justicia y regidores, con el concurso que debe suponerse.

El local destinado para este templo, fué donde ahora está el Sagrario, hasta el cofre; de suerte que la puerta principal quedaba como ahora está la del Sagrario, y como era de tres naves, la del evangelio hacia costado á toda la calle que llaman del curato ó del ochavo, á donde quedaba la puerta del costado y una alcantarilla que todavía se conserva.

El año de 1539 estaba concluida esta iglesia, de suerte, que el 3 de octubre de este año se trató en cabildo por el Sr. Garcés, la traslacion de la silla episcopal á ella, con acuerdo del virey D. Antonio de Mendoza, lo que fué confirmado por cédula real de 6 de junio de 1543.

Desde luego la nave del medio se resintió, pues fué necesario hacerla de nuevo, para lo que el ayuntamiento cooperó con 100 pesos, y cuando se concluyó, que fué el 25 de marzo de 1538 acordó que hubiera la víspera iluminacion de veinticuatro hachas, luminarias y *encamisadas*.

Interin se hicieron estos reparos, se celebraron los oficios en la iglesia de la Concordia, lo que ha ocasionado la equivocacion de creer que la primera Catedral fué esta iglesia, lo que es tan falso como que lo fué la de San Ramon y otras.

La segunda referida iglesia y primera Catedral, sirvió para el culto divino hasta 1649 en que se estrenó la magnífica que ahora disfruta la ciudad, y de que vamos á hablar.

La data mas cierta que hemos podido encontrar sobre el principio de la fábrica de este suntuoso Templo, es de 1522, en que dió cédula el rey Felipe II, la que supone otra anterior: pues esta trata de que se prosiga la fábrica. Los diseños que se siguieron, parece fueron de Juan Gomez de Mora, arquitecto y maestro mayor de obras, que se dice lo fué ó de Felipe II ó III. Tuvo desde luego sus alternativas de trabajo, pues el año de 1640 en que entró en posesion el V. Sr. Palafox, se contaban diez y nueve años de haber parado la obra, aunque el año de 1636 ya estaba elevado el edificio hasta el alto de los capiteles de las columnas de las naves laterales, y el altar de los Reyes solo esperaba la cerramienta de la cúpula, y á mas tenia ya un arco formado; sirviendo de taller para los muchos operarios que trabajaban, no solo el local del templo, sino la calle toda del Ochavo, la que se mandó cercar por carta que recibió el cabildo del virey D. Martin de Enriquez, el 25 de abril de 1576.

Habiendo llegado á esta ciudad el V. Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza, obispo de ella, en 22 de julio de 1640, y reconocido la obra, trató inmediatamente de su conclusion, para cuyo efecto donó sumas muy considerables, á mas de las donaciones de los particulares, siendo la mayor la del cabildo secular, el que dió 12.000 pesos, consiguiendo este digno prelado (á pesar de lo mucho en que se ocupó,) el concluir la iglesia en el corto tiempo de ocho años ocho meses y cinco dias, con solo la cantidad de 333,133 pesos 1 real 11 granos, empresa que segun cálculos, deberia costar mas, y no concluirse en ochenta años.

En enero de 1649, pidió el ayuntamiento al Sr. obispo que consagrara la iglesia, lo que se verificó el domingo 18 de abril del mismo año, y el mártes siguiente se colocó el Santísimo Sacramento, con innumerable concurso, trasladándose por la tarde los huesos de cinco señores obispos de los ocho antecesores á este. La consagracion del templo comenzó á las cinco de la mañana, y concluyó á las tres de la tarde.

Los regocijos con que debia celebrarse tan

plausible acontecimiento, fueron mezclados con la amargura de la próxima partida del Sr. Palafox á España; no obstante, la ciudad determinó ponerse de acuerdo con el dicho señor, para hacer un solemne novenario, en que concurrieran las comunidades religiosas, y en que habria misa y sermon, y por la tarde lo que los regidores gustasen. Estos determinaron juegos de *justas de moros y cristianos*, para lo que se hicieron diez y seis libreas ó vestidos de seda, por cuya hechura dieron al maestro sastre, Diego de Robles, 500 pesos, y á mas los habilitaron de lanzas, adargas y demas armas, regalándolos con ocho arrobas de colacion.

Decretó tambien el ayuntamiento hubiera en las casas consistoriales luminarias, cohetes y ruedas los dias del novenario, con el aderezo y aseo de las calles por donde pasara la procesion del Santísimo Sacramento.

DESCRIPCION INTERIOR DEL TEMPLO.

Forma la planta interior de esta Iglesia un paralelógramo de 117 $^1/_2$ varas de largo de Poniente á Oriente, y 60 $^1/_3$ varas de S. á N.: en él se elevan tres naves, siendo la de enmedio desde el muro del altar de los Reyes, hasta el de la puerta mayor, llamado del Perdon, de 117 $^1/_2$ varas de largo, y las laterales de 85 $^1/_2$ varas desde los altares que les hacen frente, hasta los muros de las puertas que les corresponden. Tiene 14 columnas de 21 $^1/_8$ varas desde el zócalo hasta el capitel, de alto, y 3 $^1/_3$ varas 2 dedos de grueso por el fuste, istriadas todas; 6 pilastras del grueso correspondiente y la misma altura, sostienen las bóvedas y arcos de la nave superior, y 18 columnas empotradas en los muros laterales de 14 varas de zócalo á capitel, sustentan las bóvedas de las naves inferiores.

Mas como las 14 columnas aisladas que forman la nave del medio, no son redondas, sino que cada una hace un poste cuadrado con una columna empotrada en cada faz, á la vista se presentan cuatro columnas en cada poste, y el resultado, á mas de la ligereza que todos admiran, es que el número total de columnas es 74 y 6 pilastrones. Estos sustentan 12 arcos torales visibles y 4 ocultos, y á mas 14 de las naves laterales, siendo por todos 30, de los que 23 son istriados, y 7 cuadrados, y estando de éstos 3 á la vista, y 4 embutidos en los muros principales.

Las bóvedas que cubren este edificio son 11, de luneto, que corresponden al cañon del medio y crucero, y 14 esféricas que pertenecen á las naves laterales, todas con sus rocetones dorados en el medio; á mas deben contarse las de las capillas, que son 14, siendo por todas 39. En el penúltimo arco de la nave del medio, sobre el tabernáculo, se ve una cruz embutida, creida vulgarmente de oro y es de yeso dorado.

Los materiales de que está formado el templo son: sus columnas, arcos y muros, de cantería labrada con un primor y exactitud que admira, y aun parece la obra exenta de defectos: las bóvedas y cúpula de cal y canto, á excepcion del cascaron de la cúpula mayor, que es ligerísimo por ser de piedra pómez. El pavimento es de mármol rojo y negro, cuyas piedras alternadas forman un bello tablero.

Las cúpulas son dos, una en el altar de los Reyes sin domo, y otra con él, en el crucero, la que tiene de elevacion 23 varas.

El órden que guarda este edificio es el dórico, y su proporcion dupla.

El coro ocupa desde la tercera bóveda, entrando por la puerta principal, hasta la cuarta: está dividido con un muro de 7 varas de elevacion, coronado de un gracioso cornizon, que aunque no hay rigidez en el órden á que se acerca, hace muy bello efecto; las puertecillas del coro las decoran dos fachaditas de órden corintio bien labradas, las que parecen de época posterior á la fábrica del templo, formando en el grueso del muro una bovedita acanalada en cada puerta, bastante bien combinada.

Iluminan este edificio 124 ventanas, entre ellas 27 redondas, estando tapadas 6 por exigirlo las torres; en dichas ventanas se emplearon 2215 vidrios puestos en el año de 1664.

Las dimensiones de este templo son en lo general 117 $^1/_2$ varas de largo y 60 $^1/_3$ de ancho: de la nave del medio de uno á otro eje de las columnas, 16 varas: alto de la misma, 29 varas: ancho de la nave lateral desde los ejes de las columnas, 12 $^1/_8$ varas: alto de estas naves hasta el centro de la bóveda, 21 $^1/_7$ varas: fondo de las capillas, 9 varas; ancho de las mismas, 9 varas: ancho de la capilla mayor de los Reyes 14 $^1/_2$ varas 2 dedos: fondo de dicha, lo mismo: altar, 29 varas: alto de la cúpula grande hasta el floron de que pende la cadena de la lámpara, 28 varas; de suerte que el alto total desde el pavimento hasta la linternilla por la parte interior es de 51 varas.

El aderezo de hierro es digno de atencion, pues hacen juego completo todas las rejas de sus capillas que son de alto á bajo, la baranda del presbiterío al coro, la que circunda la cornisa del mismo con sus rejas y puertas, y la del presbiterio del altar de los Reyes. Toda esta

obra es delicada para ser hecha por los años 1691.

ADORNO DE LA IGLESIA.

Comenzando por la capilla mayor, ó altar de los Reyes, ésta presenta un aspecto devoto, y recuerda el tiempo del V. S. Palafox. Su retablo mayor fué dispuesto por persona inteligente, aunque se conoce no le ayudaron los que trabajaron en él; su reparticion por mayor está bien combinada, correspondiendo sus partes con el todo, y presentando un carácter grandioso. Sería dificil en la actualidad repartirlo mejor, sin embarazar demasiado y oscurecer el lugar.

Dicho retablo se compone de cuatro cuerpos, comenzando por un zócalo de la altura de dos varas, de tecali, sobre el que comienza el primer cuerpo de órden jónico, sigue el segundo del corintio, el tercero del compuesto, y el cuarto es un ático con cuatro graciosos estípites. En una subdivision tal, parece imposible haber colocado en el lugar principal un gran lienzo en forma de medio punto sin tropiezos de mucha consideracion.

Las columnas del primer cuerpo son cuadradas, de tecali, y del mismo las del segundo y tercero, que son espirales ó salomónicas, siendo por todas 12 y 4 estípites del mismo mármol, coronados con su correspondiente corniza y un fróntis abierto.

En los intercolumnios de cada lado, están colocados nichos, que aunque de gusto antiguo, tienen buena forma y acertada combinacion, adornados de conchas, mensolas y carteles que surten buen efecto, y se conoce que esta obra fué hecha en el tiempo que se apreciaba la regularidad y decoro de la arquitectura, y no en la época que le siguió, en que por desgracia se introdujo el gusto estravagante de tanta ojarasca adoptada por los Jesuitas, que tanto atraso ocasionó á la arquitectura, hasta que el célebre profesor D. Manuel Tolsa sacó del olvido esta bella arte, é introdujo el buen gusto en la arquitectura greco-latina.

Lo demas de la arquitectura es dorado, y en sus nichos están colocadas seis estátuas de santos Reyes, á saber: S. Fernando y Sta. Isabel, S. Luis y Sta. Margarita, Constantino y Sta. Elena; cuya escultura es mala, como la de los niños que sostenian anteriormente los escudos de las armas de España, cuyos huecos afean mucho el altar.

Las pinturas que decoran este altar merecen aprecio, siendo su autor el V. Lic. Presbítero Pedro García Ferrer, familiar íntimo del Sr. Palafox: se conoce que estudió las pinturas de Rafael, y que queria seguir su escuela, como tambien que fueron hechas en el feliz tiempo en que la pintura comenzó á salir del olvido en que estaba, protegiendo las autoridades á sus profesores. Son cinco cuadros, el principal en forma de arco, de 9 á 10 varas de alto y su correspondiente ancho, representa á la Purísima Concepcion; su composicion es buena y abundante de ángeles bien dibujados y valientes escorsos; este ocupa el segundo y tercer cuerpo, y en el primero están colocados dos cuadros, uno del Nacimiento, en que está retratado el Sr. Palafox en trage de pastor, y otro de la adoracion de los magos; estos tienen un carácter mas firme, de suerte que parecen de distinto autor. En las enjutas del arco que forma el lienzo de la Vírgen están, sobre fondo oscuro, dos ángeles mayores que el natural, en ademan de adoracion. El último ocupa el cuerpo superior, en el que está la Santísima Trinidad.

Ocupa el lugar principal de este altar un costoso sagrario de plata, donde está siempre el Santísimo Sacramento, con un frontal del mismo metal. Sobre el sagrario sigue un nicho de obra posterior al retablo en el que está colocada entre cristales la célebre imágen de Nuestra Señora de la Defensa. Esta imágen está decentemente vestida, y tiene su peana y columna de plata.

Los altares colaterales de esta capilla, son pequeños y de distinta mano que el mayor: uno está dedicado á Sta. Teresa y el otro á S. Francisco de Sáles. Son de muy mal órden corintio, y cada uno tiene ocho columnas espirales de tecali, y el zócalo del mismo mármol: las estátuas de ambos santos son de mala escultura. Cada altar tiene diez y seis cuadros con las vidas de los santos, cuyo autor no se firmó, y parecen de Villalobos, siendo de la misma mano los medios puntos de los lados de las ventanas.

La cúpula tiene pintada una gloria de muy buen carácter y composicion; la pintó Villalpando, y lo mismo las heroinas que adornan los pendientes ó pechinas. Se sube á esta capilla por gradas, y queda separada por una baranda de hierro.

Cada nave colateral tiene su altar en la cabeza de ella: el del lado del Evangelio está dedicado al Señor S. José, y el de la epístola á S. Miguel: los dos son iguales, dorados y de órden corintio. Se componen de cuatro columnas grandes en el primer cuerpo y dos chicas en e segundo. Cada altar tiene un gran nicho con

cristales, y en ellos colocadas las imágenes á que están dedicados sobre hermosas peanas de plata, y cuatro ramilletes del mismo metal. El S. Miguel tiene su baston y demas aderezos de plata sobredorada, y á los lados, en los intercolúmnios, en unos repisones, están colocadas dos estátuas de S. Gabriel y S. Rafael sobre hermosas peanas de plata y sus albortantes del mismo metal para velas; siendo todas las figuras del tamaño natural.

La mesa de altar tiene su frontal de plata, y soporta esta un sagrario de una y media vara de alto del mismo metal, con un nicho en el medio, donde está colocado un Cristo de Cora, y otros á los lados con varias reliquias.

El altar de Señor S. José tiene el mismo adorno de plata, y las estatuas de sus intercolúmnios son de S. Joaquin y Sta. Ana. La de S. José es de Cora, célebre estatuario poblano, cuya memoria hace honor á su patria; pues sin visitar la Europa ni tener escuela ni modelos en que formarse, en fuerza de su natural talento sacó la escultura del atraso en que estaba en su tiempo, como lo prueban las obras de sus maestros y coetáneos. No nos aventuramos á decir, que así como es muy justo el que se le tributen al gran Rafael los elogios de que es digno como restaurador de la pintura en Europa, así este célebre profesor merece de los poblanos que sea eterna su memoria.

En el sagrario de este altar está colocado otro Sto. Cristo con la Vírgen y S. Juan, y dos angelitos á los lados de las ventanas del segundo cuerpo de cada altar: estos se hicieron por los años de 1776.

CAPILLAS.

NAVE DEL EVANGELIO.

Omitiendo la descripcion de las capillas laterales del templo, pasamos á tratar de la de Santiago; es la primera despues del altar de Señor S. José, ésta tiene entrada por el Sagrario, y por la ancianidad de su retablo se desembarazó el año de 1819, y se pintó al temple interinamente, conservándose la estatua del santo en un repison, el que espera se le haga retablo nuevo.

Sigue la de S. Pedro á la que se hizo igual operacion; pero por devocion y solicitud del Sr. lectoral Dr. D. Ignacio Vazconcelos, se le hizo nuevo retablo, el que se estrenó el año de 1830. Es de órden compuesto con dos columnas y seis pilastras y un nicho en que está colocado el Sto. Apóstol, decentemente vestido y sobre una peana de plata.

Sigue la de Nuestra Señora de Guadalupe, cuyo retablo es todo dorado y no muy antiguo. Ocupa el lugar principal la Santísima Vírgen en un trono de plata con vidrieras; en el sagrario está una estatua de Sta. Catalina: en el segundo cuerpo está otra de S. Juan Bautista, de una y media varas de altura, toda de plata con su peana de lo mismo. En los muros laterales hay pinturas de las apariciones de la Vírgen, hechas por Lara. El frontal y sotabanco son tambien de plata. En esta capilla están dotados cuatro capellanes que rezan por mañana y tarde el oficio de la Santísima Vírgen.

A continuacion está el cruzero, en cuyo medio está la puerta que mira al norte, y en los muros laterales se ven dos grandes cuadros, uno que representa la aparicion de S. Miguel, de Luis Berruecos; y el otro á S. Cristóbal, pintado por Lara.

En seguida está la capilla de S. Andrés, la que está lo mismo que la de Santiago, pintada y esperando retablo.

La de la Purísima que llaman de los plateros, tiene su retablo dorado, en el nicho del medio está colocada la Purísima que cuidan los profesores de este arte, los que la visten y alhajan para su dia que sirve en el altar mayor. Las pinturas del retablo, que son diez, no tienen firma ni son de autor conocido, y lo mismo una grande que ocupa todo el muro de un lado; en el otro está un nicho con vidrieras con una estatua del tamaño natural de S. Eligio obispo. Hay dos lámparas de plata; y la peana de la Santísima Vírgen y distintivos del santo, son de lo mismo.

La capilla que sigue es dedicada al santo Cristo. Tiene un retablo en el lugar principal con la imágen del tamaño natural del Señor y otras mas chicas de la Vírgen y S. Juan, de escultura lo mismo que un Ecce Homo y dos cabezas de S. Pedro y S. Pablo: en dicho retablo se ven seis lienzos de la Pasion y tres ángeles de medio cuerpo, pinturas hermosas de Juarez: á los lados hay dos pequeños retablos de órden corintio; en uno está colocado Jesus con la cruz acuestas, y en el otro S. Diego, ambos de escultura. Arriba de la cornisa del primero está un cuadro de la calle de la Amargura, de autor estrangero de muy buen carácter, y en el frente otro de la conversion de S. Pablo, tambien estrangero.

La última capilla de esta nave es la de S. Ignacio. La decoran tres retablos iguales, tan feos como costosos: en el principal está el santo en su nicho con cuatro columnas de tecali, y

en las de los lados están S. Francisco Javier y S. Francisco de Borja, todos de escultura; en cada retablo hay cuadros de las vidas de los santos, pintados por Villalpando.

NAVE DE LA EPÍSTOLA.

La primera es la de Nuestra Señora de las Nieves: tiene dos retablos de arquitectura que no pertenecen á ningun órden: en el primero está un nicho como de una vara de alto con un marco de plata, y en él está colocada una estatua pequeña de la Santísima Vírgen, en su peana de plata: luego sigue una pintura en el lugar principal de una Concepcion, de pintor desconocido, como tambien otros lienzos que adornan este retablo, á excepcion de dos de la vida del Salvador y los santos Doctores que son de Magon.

El retablo de la derecha tiene un nicho con una estatua de S. Pantaleon, que parece de Cora, arriba un lienzo de la Piedad, y los demas de la Pasion, los que parecen de Magon.

A la izquierda está la puerta que entra á la sacristía, y arriba de esta un cuadro grande de medio punto de Nuestra Señora de Guadalupe pintado por Luis Berruecos. A los lados de dicha puerta están dos bellos óvalos con S. Gabriel y S. Rafael, pinturas del célebre Ibarra.

La capilla de Nuestra Señora la antigua, que es la que sigue, está en el estado que se dijo de la de Santiago, esperando que se le haga retablo. Seria de desear que se le hiciera, tanto porque esta situada enfrente de la de San Pedro, como por estar muy inmediata al tabernáculo. En el lugar principal se colocó un lienzo de Nuestra Señora, á cuyo título está dedicada, y encima del altar está la custodia de plata que llaman torrecilla.

Sigue la capilla de las reliquias, esta tiene retablos, con tantas, que seria necesario un catálogo: en las cuchillas del mayor están dos pinturas de San Miguel y San José, que parecen de D. Miguel Cabrera, y en el de la izquierda se ve otra de un muy buen San Sebastian, copia, si no es original, del que está colocado en el altar de ánimas de la Catedral de México, ejecutada por la célebre pintora mexicana, cuyo apellido es Sumaya, la que fué maestra y esposa del valenciano Baltazar Echave, pintor de nota. Si es copia, parece ser de Juarez. En la parte baja de este altar está un cuadrito de media vara de una Santísima Vírgen, con su marco de plata y lo mismo el frontal del altar principal.

El crucero sigue á continuacion de esta capilla: en él está la puerta que mira al Sur; en sus muros laterales están dos grandes cuadros con sus marcos dorados, iguales á los del otro, y representan, el de la izquierda el patrocinio de Sr. San José, con varios retratos y una excelente gloria, obra de D. Miguel Gerónimo de Zendejas, pintor poblano. El del frente es de D. Miguel Cabrera, en el que pintó pasages de la vida de San Felipe Neri.

La primer capilla del crucero y cuarta de la nave, es la de San Nicolás obispo: en el retablo principal en un nicho con cristales, sobre una peana de plata está la hermosa estatua de San Nicolás, obra bien acabada, del dicho D. José Villegas de Cora, los cuadros que se ven en el retablo son estrangeros, abajo del nicho está otro pequeño con San Andrés. A la izquierda está otro retablo imitando el tecali, con una estatua en su nicho, con cristales, de Nuestra Señora del Cármen, del mismo Cora, y en otro nicho pequeño una estatua de San Juan Nepomuceno: en este altar están cinco hermosos lienzos de Zendejas; el muro de enfrente está ocupado con lienzos de la vida del Santo, de buen pincel estrangero.

Sigue la capilla del Redentor; en su nicho principal está una devota estatua del Sr. de los azotes, con su columna de plata: su retablo es dorado, con 6 lienzos de la pasion y los Santos Evangelistas, de autor desconocido: en el pedestal del nicho hay varias reliquias. En el costado derecho está un pequeño retablo con una estatua de la Santísima Vírgen de los Dolores, de Cora, y en el muro frontero un gran lienzo de medio pnnto en que está pintada la Transfiguracion y el pasage de la Serpiente, de metal, en el desierto, por Villalpando.

La capilla de la Sábana Santa, deposita en su altar mayor una cópia muy recomendable de la original, cuya historia conserva el venerable cabildo, solo se descubre al público el jueves y viérnes santo. Figura estar en el Santo Sepulcro, asida por unos obispos y sacerdotes con estolas, y está un retrato que parece ser del que la donó, todo de buen pincel, al temple. En la misma Sábana Santa esta un letrero de letras mayúsculas rojas, que dice: *Extractuad originali Taurini.* En el muro de un lado está un cuadro que representa al Salvador como andaba en el mundo, y otro de buena mano, de la Piedad, con dos ángeles á los lados, pintura estrangera: frente está un pequeño nicho con San Francisco de Asis, y encima una estatua antigua de San Lorenzo. En las puertas que cubren la Sábana Santa hay doce láminas que parecen flamencas, con pasages de la vida del Salvador.

La última capilla es la de Nuestra Señora de la Soledad, junto á la puerta de esta nave. La imágen que se venera es de lienzo, cuya historia escribió el padre Francisco de Florencia en su *Zodiaco Mariano*. El retablo tiene tres cuerpos con diez columnas de tecali y siete lienzos de la pasion, de autor desconocido, tiene su frontal de plata y seis albortantes de lo mismo, su crujía de hierro. Ocupan los muros laterales lienzos de la Pasion, de autor desconocido.

ADORNO ESTERIOR DEL CORO.

El altar de ánimas ó sea del perdon, está frente de la puerta mayor de este nombre, es obra del año de 1796 á 1797, y el primero en que se empezaron á imitar mármoles en los altares. El diseño se conoce que seria bueno, consta de un solo cuerpo, de órden corintio, tiene tres altares. El primero ó del medio lo decoran cuatro columnas, que se elevan sobre sus correspondientes pedestales, y reciben un trozo de corniza, rematando con un frontis semicircular, despues corre esta por ambos lados, sostenida por seis pilastras quedando en los intercolúmnios de los estremos dos altares, cada uno de los cuales forma un tronito que consta de un zócalo, dos columnitas del mismo órden y su corniza, rematando con unas tarjas, agregado posterior, con unos nichos cuadrados, en que están San Luis Gonzaga y San Francisco Javier, estatuas de medio cuerpo: se agregó tambien en el altar del medio, sobre el tímpano y corona, un trono dorado, con una estatua del Eterno Padre, y dos defectuosos niños, y un nicho envidrierado con otra estatua ménos que el natural de la Purísima Concepcion.

En los centros de los tronitos de los laterales están dos bellos lienzos, uno con un excelente San Miguel, y en el otro el Santo Angel Custodio, de mano de Zendejas, y del mismo son las ánimas que están en los zócalos de los tronitos.

En el Sagrario del altar del medio está un Calvario, siendo el Cristo y Dolorosa de escultura estrangera, y el San Juan, de D. José Zacarías de Cora, digno discípulo y sobrino del antiguo Cora. Entre cada altar hay una puerta que entra á la sacristía de esta colecturía, la que está habilitada de paramentos y utensilios de primera y segunda clase y dias corrientes, tan decentes que no dejan que desear.

El muro que corresponde á la nave del evangelio ocupa dos intercolúmnios de la iglesia: en el primero, está la puertecilla del coro y á los lados de ésta dos cuadros de mas de 3 varas con sus marcos dorados: el primero es una pintura alegórica del Sacramento con ángeles y unos canónigos en ademán de adoracion y el otro una hermosa Asuncion tambien con canónigos, ambos obra maestra del célebre pintor mexicano D. José de Ibarra, hechos en el año de 1732. En el otro intercolúmnio ocupa el medio un retablo imitando al tecali con sus adornos dorados en el que están dos nichos con sus vidrieras: en el superior se venera una escultura de Nuestra Señora del Prado vestida de raso y en el inferior S. Miguel Arcangel.

A los lados de este altar están otros dos excelentes cuadros del tamaño de los otros que no tienen firma, el uno representa la aparicion de Nuestra Señora de la Merced al rey D. Sancho, á S. Raimundo de Peñafort y á S. Pedro Nolasco, y el otro un milagro de Sta. Leocadia en presencia de S. Ildefonso: los dos de excelente composicion y colorido, se dice que son de Juarez: sean de quien fueren, son obras respetadas por los profesores de pintura.

En el muro que corresponde al lado de la epístola á los lados de la puerta del coro están dos cuadros del tamaño de los primeros en que está la Santísima Virgen con el niño y Sr. S. José y S. Miguel ofrciéndole la fábrica de la iglesia y en la parte inferior canónigos hincados. El del otro lado representa una gloria con ángeles y un gracioso niño Jesus sobre un globo con una estampita que presenta en la mano de la Santísima Virgen, la que tiene un lema que dice, ecce Mater tua: en la parte inferior hay canónigos entre los que se notan algunos retratos, como tambien en los otros. Estos tambien son de Ibarra, obra tan buena como los demás.

En medio del otro intercolúmnio está otro retablo igual al anterior: en su nicho principal está S. Juan Nepomuceno estatua de 1 ½ de buena escultura, cuyo cristal es de mas de 2 varas y 1 de ancho: abajo está colocada una pintura del Señor, coronado de espinas, estrangera, de buen carácter, cuya sagrada imágen se dice que ultrajaba el *hereje Diego de Alvarado* y la que fué colocada solemnemente por el Illmo. Sr. Campillo.

A los lados del altar están dos cuadros de pasages de S. Juan Nepomuceno presentando el primero, al santo muerto en el rio, por Zendejas, y el otro el martirio de las hachas, por D. Salvador del Huerto, pintor poblano.

En 14 de las columnas de las naves colaterales del templo, están colocados otros tantos óvalos de 2 varas con sus marcos dorados en que se representan las estaciones del calvario y en las que el gran profesor D. Miguel Cabrera pintor acreditado, apuró el manejo de su pincel.

INTERIOR DEL CORO.

Tiene éste una reja con sus puertas, que lo divide, la que se colocó el año de 1697: es de hierro, la hizo el maestro Mateo de la Cruz, pesa 269 arrobas 1 libra, y costó 4614 ps. 5 rs. Su forma es ligera y remata con un calvario de marfil que no tiene bueno mas de la materia: seria justo sustituirlo por una buena escultura aunque fuera de madera. La silleria es de un trabajo esquisito y merece conservarse; es de varias maderas con embutidos de inmenso trabajo, con torneados de hueso ó marfil; son 27 altas y 24 bajas. La silla del Sr. Obispo tiene buena forma, y en la espalda está un S. Pedro todo embutido de distintas maderas, á excepcion de las manos y piés, que son pintados lo mismo que la cabeza; es pieza de muy buen gusto y apreciable. Es necesario examinarla bien y de cerca para desengañarse de que no es pintura. El facistol es igual á las sillas se eleva sobre dos gradas de tecali, y lo mismo el balaustre que lo soporta: fenece con un nicho cuadrado con una virgen de marfil y 4 niños de bronce dorado con tarjetas; toda esta es obra de Pedro Muñoz, quien la comenzó en 24 de agosto de 1719 y la acabó en 24 de junio de 1722.

Está entarimado todo el coro y tiene un surtido de libros de canto llano para cuantas funciones desempeña la iglesia, tan apreciables por las muy buenas composiciones y oficios que hay en ellos, como por su escritura y pinturas. El S. Pedro dicho arriba sirve de puerta á un nicho donde se depositan reliquias de consideracion.

Los órganos son dos, uno grande muy bueno, y otro chico lo mismo; el primero tiene 82 mixturas y el segundo, 29.

Alaban al Señor en este lugar 27 canónigos, 18 capellanes, 6 salmistas, 14 músicos, 2 organistas, y 16 infantes.

Tiene la iglesia 5 puertas; 3 al poniente, una al sur y otra al norte; en ella hay cuatro hermosas pilas de agua bendita, de tecali, y de lo mismo es el púlpito, obra de D. José Medina, el año de 1731.

En el trascoro delante del altar del Perdon están dos memorias sepulcrales, la una es del Sr. Palafox, cuya inscripcion dió él mismo; y aunque no se enterró aquí por haber muerto en Osma, se conserva; y la otra es una lápida sobre el sepulcro del Illmo. Sr. D. Domingo Pantaleon Alvarez de Abreu.

ADORNO DE LA CUPULA.

El domo de ésta es un cuerpo que sostienen 16 pilastras pareadas jónicas, las que se elevan sobre un pedestal y reciben un cornezuelo; entre estas hay 8 espacios que anteriormente eran otras tantas ventanas; en la actualidad no hay mas de 4; ocupando los otros espacios, cuadros con los Evangelistas, pintados por D. Julian Ordoñez el año de 1819. En los intercolúmnios hay 8 nichos con otros tantos jarrones, que se colocaron el mismo año.

En los 4 pendientes ó pechinas se notan otros tantos ángulos colosales de bajo relieve, los que á la verdad hacen mal efecto con la hermosa arquitectura del edificio, pues no corresponde á ésta la escultura de aquellos.

TABERNACULO.

Por los años de 1798, siendo obisbo el Sr. Bienpica, se trató de hacer nuevo tabernáculo. Se pensó que fuera de plata, para lo que se trató muy superficialmente con el patron D. José Barrios, y este pretendió que le ayudara D. Pedro Montes, del que sabemos esta noticia.

Desde luego se desechó este pensamiento y se trató con D. Manuel Tolsa, director de escultura en la academia de México, el que dió primero un diseño y luego modelo de bulto. Contratado que fué, se nombró por comisionado al Sr. D. Ignacio Domenec, canónigo de esta Santa Iglesia, sugeto de gusto y que apreciaba las artes. El 1.° de setiembre de 1799 se desbarató el antiguo, y se comenzó la obra con inmensos gastos, los que administraba el Sr. Domenec; por su muerte dió el cabildo la comision al Illmo. Sr. D. Antonio Joaquin Perez, canónigo magistral entónces, cuyo buen gusto y amor á las artes, todos saben; el que continuó la obra hasta que fué nombrado diputado á las cortes españolas. Por la ausencia de este señor se confirió la comision al Sr. prebendado D. Bernardino Osorio, quien la desempeñó hasta el año de 1819, en que renunció. En este año se trató con el mayor empeño por su Illma. el Sr. Perez, y por el cabildo la conclusion de la obra, y para esto se nombraron á los señores tesorero D. Francisco Angel del Camino, y doctoral D. Pedro Piñeyro y Osorio, estando á su cabeza el Sr. obispo. Así estos señores como su Illma. depositaron su confianza para la administracion general y conclusion de la obra, en D. José Manzo, sugeto de gusto é instruido. (1)

Se trabajó con el mayor empeño sin omitir

(1) A este ilustrado poblano debemos los pormenores referidos y todos los que vamos refiriendo, estractados con la mayor exactitud de un manuscrito suyo.

gasto ni diligencia, hasta concluir la espléndida obra que habia tenido en espectacion á los poblanos durante veinte años. Acabóse en fin, casi á la hora de comenzar sus solemnísimas funciones, siendo la bendicion el dia 5 de diciembre de 1819, dejando el 6 para adornar el altar, el 7 fueron las vísperas y maitines, y el 8 la primera misa con que finalizó la primera funcion. La segunda se acordó que fuera el dia 10, en que se celebra la traslacion de la casa de Loreto, habiendo precedido vísperas muy solemnes. La tercera fué dia de Nuestra Señora de Guadalupe, con vísperas y maitines.

Los artistas principales que trabajaron esta obra fueron D. Manuel Tolsa, director general y gefe de ella, D. José Manzo y D. Pedro Patiño Ixtolinque. El trabajo de los mármoles y mampostería, lo desempeñó el maestro Pedro Pablo Lezama. El de los estucos, D. José Ramirez: la obra de bronce y plata se trabajó en México por D. Manuel Camaño: los cincelados principales por D. Joaquin de Izunza, y la máquina para subir y bajar las puertas, por D. Mariano Vargas Machuca, profesor de relojería.

DESCRIPCION.

No entraremos en discusion sobre si D. Manuel Tolsa erró en el tamaño de esta pieza, solo diremos que en caso de ser cierta esta falta, mejor es que haya pecado por defecto de grandiosidad y no por el de timidez y mezquindad: lo cierto es que la obra es magnífica, brillante y única en su género.

La altura del tabernáculo desde el pavimento hasta la cabeza de la estatua de San Pedro con que finaliza, es de 25 varas, su planta es circular, y su órden corintio. Sobre un zócalo de un hermoso mármol verde transparente, cuya basa es de mármol negro con veta blanca, se levanta el pedestal: este se compone de su moldura baja de mármol rojo color de bol de Armenia, el cuerpo ó neto es de un esquisito mármol, fondo blanco aperlado y veta muy menuda y enmarañada, azul oscuro, el fondo de los vaciados es de morado con veta atravesada menuda, en los que están colocados graciosos adornos de bronce, dorado á fuego. La moldura alta ó corona del pedestal, incluso el collarin, es de mármol blanco entre ceniza y encarnado.

En cada ángulo se presentan dos de estos pedestales, resaltando en un macizo que comprende un grupo de cuatro columnas: la masa principal de este macizo denota ser de mármol rojo, y en el hueco que hay entre uno y otro pedestal se halla una puerta que da entrada al panteon de los obispos, siendo estas una en cada ángulo.

El marco de dichas puertas es de color entre cenizo y encarnado, y sobre cada pié derecho ó jamba, está colocada una menzola de bronce dorado, recibiendo estas un frόntis semicircular de mármol, adornando el centro de este un hermoso serafin de bronce dorado, con dos festones que le salen del cuello, del mismo metal, formando el todo una graciosa portadita felizmente pensada.

En cada frente está un altar, con su mesa de mas de 3 varas de largo, de mármol encarnado, recibida cada una por cuatro menzolas con sus jambas que bajan hasta la basa, de bronce dorado, estando dos en cada estremo; el centro es de mármol verde con un círculo en el medio, formado de un bocelon tallado en bronce dorado y una Cruz griega del mismo metal sobre fondo de mármol morado. A los lados de este círculo están tableros variados con centro del mismo mármol morado, haciéndoles marcos unas hermosas molduras de hoja, con un cuadrado en cada esquina, con un roceton picado todo de bronce dorado, como tambien los adornos del medio del tablero, y una hermosa moldura de ovos que recibe la mesa del altar.

Sobre cada uno de estos se levanta un Sagrario tan sencillo como gracioso, pues se compone de un macizo cuadrilongo de mármol verde trasparente sobre zócalo de rojo: en el medio se ve una puerta de bronce dorado con un bajo relieve de plata dorada, cincelado, que representa un Divino Pastor, con su marco de metal: en la parte superior de esta hay un grupo de serafines con trigos y uvas tambien de metal.

A los lados están dos columnitas de órden compuesto, de alabastro, con sus capiteles y bases de bronce dorado: estas reciben la cornisa que ingeniosamente está formada, no del órden que le corresponde, sino de la moldura alta del pedestal. Sirve de remate á cada Sagrario una elegante escoria de mármol rojo con festones y clavos de bronce, la que recibe una peana con un hermoso Santo Cristo, todo de bronce, hasta la Cruz, teniendo el todo mas de 1 $^1/_2$ varas de alto: como estos altares son cuatro, los bajos relieves de las puertas de sus Sagrarios son distintas, á saber: en el frente del coro, el que se ha dicho: en el lado de la epístola está Rut con sus espigas: en el del evangelio, Josué y Caleb, con las uvas, y en el que mira al altar de los Reyes, un cordero sobre una nube. Los espacios que hay entre los Sagrarios y los costados de los pedestales, son ocupados por tres escalones ó gradas de mármol rojo, con grecas de bronce, y del mismo metal son

los ornatos de todos los tableros del frente y costados de los pedestales.

Las hojas que cierran las puertas son de esquisita hechura en maderas finas de caobilla, bálsamo, y otras, decoradas decentemente con bronce dorado.

Sobre cada ángulo de los cuatro de este basamento bajo, ó pedestal, se elevan cuatro columnas de siete varas de altura de mármol morado, todas istriadas y de una proporcion admirable con basas y capiteles de bronce dorado, sin omitir en ellos, así en sus partes mayores como en las mínimas, cuantas circunstancias y rigidez pide el órden corintio á que pertenecen. Entre una y otra istria está adornado el espacio que resulta con fajas de alto á bajo de bronce dorado.

Por lo dicho se verá que diez y seis columnas son las que reciben la cornisa correspondiente: ésta forma un anillo admirable en su construccion, y lucidísimo en su forma; por la parte interior es circular, y por la esterior tiene en cada ángulo un trozo resaltado que corresponde á las dos columnas que se avanzan del pedestal.

Sea por los costos que debia tener, ó por temor de que la obra padeciese detrimento con el inmenso peso de los mármoles, y mas con los temblores de tierra de que es susceptible esta ciudad, lo cierto es que se continuó de estucos, los que se puede asegurar no podrán mejorarse, y compiten con los mármoles: comienzan por el arquitrabe de la cornisa, el cual es de estuco color rosado con veta color de yema de huevo, adornando las divisiones de sus canecillos ó fajas en el inferior un perleton; en la superior una moldura de hoja, y coronando este otro de esquisita talla, y dorado sin defecto. El friso es verde con veta caña y negra, con un elegante adorno dorado de excelente trabajo, y lo mismo el dorado: sigue una hermosa moldura de hoja dorada, la que recibe los dentellones, que son de un blanco leche con lustre amolado; á continuacion está una moldura de óvalos tambien dorada, la que sirve de recipiente á los modillones, que tambien son dorados y de esquisita talla; estos sustentan el paflon de la cornisa, el que es de estuco azufrado con sus correspondientes cazetones con fondo negro muy brillante, y sus rosetas y guarniciones de hoja dorados. Corona esta cornisa una gola reversa muy bien ejecutada de estuco blanco, la que se divide del paflon por su correspondiente moldura de hoja dorada, y con esto concluye el cuerpo arquitectónico de esta obra, que aunque pasen siglos, siempre será nueva y servirá de modelo á nuestros pósteros.

El adorno interior del friso de la cornisa se compone de unos hermosos serafines alternados de festones de flores que hacen muy buen efecto: en la parte superior de cada frente hay un frontis semicircular que mira al esterior, ocupando sus resaltes ángeles jóvenes de muy buena escultura, en ademan de adoracion y otras posturas, siendo estos mayores que el natural, de estuco blanco: el grueso del anillo está cazetoneado con fondo negro y rosetas doradas.

El segundo cuerpo ó domo de la cúpula, forma un ático, presentando en cada frente una fachada compuesta de dos pilastrillas sin capitel, de estuco blanco, y sus entre-calles, que son vaciadas de verde con veta caña y negra, dividiendo ambos estucos molduras de hoja bien dorada: sigue una cornisa con sus correspondientes molduras alternadas de estucos azufrados y blancos con molduras de ovos y hoja tambien dorados, coronando estas fachadas sus correspondientes frontis triangulares, cuya cornisa corresponde á la anterior, y el centro ó tímpano, de estuco morado.

En el centro de cada fachada de estas, preside una ventana que forma un arco, cuyas enjutas son de estuco morado, y el arco lo forma un liso con una moldura, dorado todo, apagado, con sus bruñidos donde conviene, descansando estos arcos sobre una imposta de estuco azufrado con molduras doradas, pegando esta en lo restante de la obra, siendo el muro principal (de la imposta abajo) de estuco rosado con veta caña. Las jambas colaterales de dichas ventanas, que tambien son rosadas, tienen tableros vaciados con fondo de un bello estuco negro con veta blanca y sus correspondientes molduras doradas que las adornan: los gruesos de los arcos son de estuco rosado; están artezonados con cazetones negros con sus correspondientes guarniciones y rosetas doradas de molduras de hoja. En los remates de los tímpanos están colocados en cada uno un grupo de dos niños, sosteniendo un escudo con geroglíficos de la Santísima Virgen, con laureles, palmas y otros adornos, que hacen dichos grupos muy apreciables por su composicion y muy sobresaliente escultura, los que son de estuco blanco con dorado donde es necesario.

En los ángulos, en los espacios que quedan de las portadas de los frentes, hay otras ventanas del mismo gusto de las de los frentes, y á los lados de cada una de éstas están dos jambas de estuco blanco con vaciado verde con veta caña y negra: éstas reciben una hermosa

mensola istriada y dorada con oro bronceado y bruñido, y sobre ellas un gracioso serafin de oro verde apagado: dichas mensolas están coronadas de las impostas de las ventanas, y reciben un elegante jarron de estuco azufrado con dorados competentes.

De estas mensolas, que son 8, rompen otras tantas jambas, que forman la cúpula, uniéndose en el centro: esta es de punto agudo y no esférica, y aquellas de estuco blanco con un adorno dorado que cubre todo el vaciado de su entrecalle. A los lados de estas jambas acompañan unas fajas inferiores de estuco verde, jugando semicircularmente en los arcos de las ventanas de los ángulos: inferior á esta se advierte otra faja de estuco negro muy ancha, la que pertenece al cascaron de la cúpula, pues las anteriores son supuestas, así como unas lápidas triangulares de estuco rosado y mancha morada que adornan los ángulos de estos gajos. En la division de cada faja hay cuerdas de molduras de varias hechuras de buen gusto, y tambien doradas.

Corona esta cúpula un zócalo de estuco negro con un bocelon dorado, lo que sirve de peana á una estatua de S. Pedro apóstol de estuco blanco, hincado en una nube con serafines dorados, con su libro en una mano y mostrando con la otra las llaves, todo de buena escultura.

El interior de la cúpula es muy hermoso, principalmente por la simetria que guarda; sobre la cornisa que, como se ha dicho, es circular, se presentan en iguales distancias las ocho ventanas; en los espacios que hay entre una y otra, se levantan dos pilastras pareadas de estuco blanco y tableros verdes, coronándolos la imposta misma que juega por fuera: de éstas rompen dos jambas tambien pareadas, las que finalizan en el punto céntrico de la cúpula: dichas jambas son blancas, ocupando sus entre-calles lucidas grecas doradas; á éstas se siguen sajas verdes sobre centro negro, y lápidas rosadas, guardando el mismo órden que describimos en el esterior de la cúpula, y en el centro hace punto un hermoso roseton dorado.

Volviendo á la parte exterior, una gran ráfaga en cada frente sorprende al espectador; éstas son de bronce dorado de cinco varas, y están colocadas en las medianías de las cornisas entre los dos ángeles que hemos dicho, están en los resaltes de los frontis; en el centro de estas ráfagas está el Santo Nombre de María Santísima, en una graciosa cifra cercada de nubes y serafines tambien de bronce dorado.

Entre las cuatro columnas de cada ángulo de la obra, arriba de cada puerta, está colocada una estatua de Santos Doctores; en el frente está S. Gregorio y S. Gerónimo y á la espalda S. Agustin y S. Ambrosío; éstas son de estuco blanco espatulado y tres varas de tamaño, con sus báculos, cruceros y plintos dorados, y están sobre peanas de mármol negro de buena figura.

En el centro de todo este edificio se elevan cinco gradas circulares de mármol negro, y sobre ellas un pequeño tabernáculo que sirve de Sagrario: la arquitectura de este no pertenece á ningun órden; es un elegante ático de cuatro frentes, bien pensado, y se compone de un zócalo alto de mármol negro y morado, bien adornado y de bronces: en cada uno de sus ángulos se levanta una cartela tambien de mármol, que sirve de sustentante de la cornisa; en el estremo superior tiene por remate una mensola de bronce dorado, y en la vuelta del inferior un grupo de serafines con uvas y trigos, tambien de bronce, y lo mismo una greca en el vaciado ó entrecalle del cuerpo de la cartela, siendo éstos cuatro. Entre estas está una puerta semicircular en cada frente con sus marcos de bronce dorado: las hojas que cierran estas son de plata dorada, representando cada una un bajo relieve de un Sto. Evangelista, cincelado: dichas puertas suben y bajan por medio de una máquina para descubrir y depositar á N. S. Corona este cuerpo una cornisa de mármol adornada con una moldura de ovos de bronce dorado, del que tambien son los adornos de las enjutas de las puertas; cierra á esta pieza una cúpula de una sola piedra de $^1/_6$ vs. de diámetro y tanto esta como lo demas del zócalo arriba, es de mármol de color entre cenizo y encarnado, adornan doesta cúpula, en el esterior, cuatro gajos de buen gusto de bronce dorado. A cada arco esterior de las puertas, se agregó posteriormente un grupo de serafines de bronce con laureles modelados y trabajados en Puebla.

Concluye esta hermosa pieza sirviendo de peana á la magnífica estatua de la Purísima Concepcion, tan humilde en su amable posicion, como excelente en su estructura. Esta hermosa imágen fué trabajada en madera por el mismo D. Manuel Tolsa, cuyo original se conserva en la capilla del palacio episcopal, y despues moldada y vaciada en bronce de una sola pieza, á excepcion de la cabeza, manos y serafines, por direccion del mismo; su postura es airosa y bajo las reglas del arte, y sus ropas son admirables; el trozo del manto que vuela hácia adelante, no tiene precio: pisa sobre nubes y la serpiente, las que con una gra-

ciosa irregularidad asientan sobre la cúpula del tabernáculo pequeño. El dorado es sorprendente por su hermosura é igualdad; cosa peregrina en una pieza tan voluminosa y de un peso enorme: los inteligentes que conocen la delicadeza de esta operacion, aun en piezas manuables, rinden el debido homenaje á su autor el célebre platero D. Simon Salmon, el que en esta pieza ha eternizado su nombre, así como con mucha ventaja el Sr. Tolsa por el todo del tabernáculo. Tiene de altura esta singular estatua, mas de 3 varas, y su peso es de 20 quintales, exceptuando los serafines, aunque sobre esta noticia no tenemos una seguridad que satisfaga. Se dice que su costo fué de 32200 pesos.

En los cuatro ángulos de la cornisa del pequeño tabernáculo, acompañan á la estatua dicha, otras de cuatro ángeles niños, que cada una deberia ser objeto de atencion: estos son mayores que el natural, de bronce dorado, con los atributos de la Santísima Vírgen, formando el todo un grupo magestuoso, y solo esta pieza pudiera ocupar dignamente el altar principal de cualquier Catedral. Desgraciadamente disfruta poca luz, pues por elevarse el tabernáculo lo necesario para esconder las puertas que sirven para cubrir el Santísimo en su pedestal y cinco gradas, esto obligó al autor á tolerar este defecto.

El panteon llama ciertamente la atencion; éntrase á él por las dos puertas delanteras, bajando por escalones de mármol negro; su forma es una verdadera rotunda, en la que á poco de estar, es difícil acertar con los rumbos: su pavimento es de un gracioso embutido de mármol negro y blanco; forma un zócalo á toda su circunferencia, un órden de lápidas de mármol blanco, completamente cuadradas, con dos tiradores, cada una de bronce dorado; el fondo que las divide es de mármol negro, y cada una sirve de cubierta á un sepulcro; siguen otras separadas de las primeras por unas molduras, siendo las segundas tambien de mármol blanco sobre negro, formando unos tableros cuadrilongos resaltados, que se prolongan hasta cerca de la bóveda. Esta es casi plana, obra verdaderamente maestra; pues ademas de estar bien hecha, soporta el peso del tabernáculo y estatua de la Concepcion. Su adorno es de estucos y está en consonancia con los muros laterales, finalizando en su punto céntrico con un bocelon tallado, muy bien dorado, y una roseta con su argolla para lámpara.

En el lugar principal frente á la espalda del principal altar, está un sepulcro que tiene todo el largo de la lápida que le corresponde, en cuya parte inferior, en un seno que se hizo al intento, están sepultados los restos de los antiguos obispos que se depositaban en el antiguo tabernáculo, sobre cuya cubierta se colocó en una caja al Illmo. Sr. Biempica, fundador de esta obra, y sobre esta la del Sr. Perez, quien la acabó. En el medio del pavimento está un hosario con su tapa redonda de mármol.

Circunda á este monumento un zócalo que forma el presbiterio, de mármol rojo y negro con un balaustre que se hizo provisional, el que á la verdad no corresponde á una obra tan lucida. Tambien seria oportuno se verificara el proyecto de los nuevos ambones para el complemento de la obra.

ALHAJAS.

Una coleccion de cuarenta y ocho acheros, (que llaman blandones,) de plata con sobrepuestos dorados; de 1 $^1/_3$ vara de alto, de muy esquisita hechura, soportan otras tantas hachas de cuatro libras, y ocho blandones que por equívoco llaman hacheros, cuyos cirios son de una arroba, siendo dichos blandones tambien de plata con sobrepuestos dorados, y una figura que no se puede inventar mejor, tienen 2 $^3/_4$ varas de alto: con esto se adereza el tebernáculo los dias de primera clase.

Cuatro hermosas jarras de plata bruñidas, con sus ramilletes de plata copella de 2 $^3/_4$ varas de alto, se interpolan entre los blandones dichos, y á mas en el tabernáculo otras cuatro jarras iguales á las otras, con sus ramos aunque de 1 $^3/_4$ varas de altura.

Veinticinco candiles, entre ellos seis lámparas, penden de las bóvedas de la iglesia, siendo los mas notables dos que están á los lados del tabernáculo de mas de 3 varas de alto y treinta luces cada uno: y la hermosísima lámpara que pende de la gran cúpula, obra maestra de platería, la fabricó el patron D. Diego Lários, sujeto muy inteligente en su arte, se estrenó dia de Corpus, del año 1751, pesa 3686 marcos, 2 onzas, 4 ochavas, y costó 67,000 pesos, es obra que llaman mestiza, por ser de plata con sobrepuestos dorados, admite sin confusion cuarenta y dos luces, tiene de largo 9 varas escasas, el diámetro del cuerpo 2 $^1/_3$ varas, y su circunferencia 7 varas, sin los albortantes consta de 1804 piezas. El cabildo conserva una descripcion completa de esta lámpara, hecha por D. Javier Izunsa.

Con este magnífico aparato acompañado de una completa tapicería de terciopelo que cubre las columnas de la iglesia, y bellas alfombras

que regaló para este dia el Illmo Sr. D. Joaquin Perez, y á la luz de 778 bugías se estrenó este magnífico tabernáculo el dia mencionado.

Ademas de lo dicho tiene otros juegos de candeleros para su uso en las funciones de 2.ª clase y subalternos, atriles ó facistoles, siendo uno de esquisita echura, otros 4 hacheros de 2 varas para las 2.as cláses, ciriales y cruz y otros de bronce dorados para todos los dias, dos juegos de pedestales para estas, portapaces, 6 cetros de esquisita hechura, 6 varas para el palio: salvillas, picheles, 2 incensarios de oro con su naveta y otras cosas.

La custodia que sirve el dia de Corpus y jubileo circular, es de oro de mas de vara con multitud de diamantes por una faz, y por la otra esmeraldas: se estrenó el 1.° de junio de 1727. Otra hay de oro tambien de cerca de vara, el sol está montado en muy buenas perlas; su pié es obra esquisitamente trabajada en oro de colores cuya delicadeza no tiene que envidiar al trabajo estrangero, está adornada de esmeraldas, brillantes, topacios, ametístes, granates y perlas muy netas, acreditando en esta obra la pericia de su autor D. José Isunza. Se estrenó en setiembre de 1803. La cinceló D. Antonio de Villafañe.

Entre los muchos esquisitos vasos sagrados del servicio de esta Santa Iglesia, se señalan dos de oro, uno aunque antiguo, de un esquisito trabajo y elegante forma, el otro moderno de oros de colores, igual a la custodia, echo por el mismo Isunza. Del mismo es el elegante tenebrario, cuya pieza merecia que se grabara en lámina, por ser dificil su esplicacion: tiene cerca de 8 varas, su diseño fué dispuesto y fabricado en madera de ébano, por D. José Mariano Castillo, profesor de mucho crédito en esta ciudad, está ricamente adornado de plata, siendo objeto de admiracion á todos los que lo ven.

CUSTODIA O TORRECILLA.

No es estraño que esta bellísima pieza haya parecido á los inteligentes obra del célebre Juan D'arfe y Villafañe, ó de su escuela, y mas corriendo la falsedad de que era regalo de Carlos V. Véase la descripcion de la custodia de la Catedral de Sevilla, por D. Agustin Cean Bermudez, impresa en Sevilla en 1804, y dándole el justo elogio que merece, compárese con la que hacemos de la nuestra.

Tiene esta pieza 2 $^5/_6$ varas de altura. Consta de cuatro cuerpos, sin una peana que despues se le agregó: la planta del primero es exágona, y su arquitectura de órden corintio, la que consta de doce columnas sobre sus pedestales: están pareadas recibiendo su correspondiente corniza con una bóveda artezonada de esquisito trabajo. Los pedestales de cada ángulo son unidos y tienen un avance que sirve de repisa á una estatua de muy buena escultura, agrupando muy bien con las dos columnas á que se acompaña, cuyas estatuas son seis, David, Melchisedec, Zacarías, Ecceqiel, Abacuc y Miqueas. En los netos de los pedestales hay veinticuatro bajos relieves de los Patriarcas, cuatro en cada resalte de estos, dos en cada columna y dos en los costados de dichos pedestales: en los espacios que corren de uno á otro, hay seis bajos relieves, uno en cada frente, muy bien cincelados, los que representan los pasages siguientes. Los sacrificios de Cain y Abel, Abraham con los tres ángeles, José con sus hermanos encontrando la copa en los sacos, la primogenitura de Jacob, la serpiente de metal y los israelitas cogiendo el maná.

En el friso de la corniza se notan los bajos relieves siguientes. En los trozos que resaltan en cada ángulo hay veinticuatro Santos mártires y penitentes, y en los frentes la historia de Nuestro Señor Jesucrito, cuyos pasages son: la predicacion en el desierto, los cinco panes, los peregrinos de Emau, Zaqueo, vocacion de los Apostóles, el convite del fariseo.

En dichos resaltos hay seis estatuas, coronando la corniza San Juan Bautista, San Pedro, San Pablo, San Andrés, Santiago mayor y menor, tras de cada estatua están dos graciosas pirámides, siendo por todas doce. En el centro de este primer cuerpo está el cenáculo, todo de buena escultura.

El segundo cuerpo se compone de otras doce columnas pareadas, corintias, sobre pedestales, y su corniza del mismo órden, adornando su friso bajos relieves de ángeles, coronándola en el mismo órden que la primera, doce pirámides y seis estatuas, de Salomon, Santa Isabel, San Zacarías, San Joaquin, Santa Ana y San Juan Evangelista. Cierra este cuerpo una bóveda dorada artesonada, y ocupa el lugar principal un zócalo con seis santos doctores, de bajo relieve, seis estatuas de ángeles jóvenes y un sustentante para el sol, con la sagrada Hostia, que se colocaba en aquel tiempo.

Consta el tercer cuerpo de seis columnas del mismo órden que los anteriores, y tanto estas como las otras son istriadas los $^2/_3$, y el inferior adornado con labores agradables y de mano diestra. Dichas columnas están sobre pedestales, y soportan su corniza, cuyo friso está adornado con follages y serafines, rematando

con seis estatuas de las virtudes. Ocupa el centro una estatua de la Purísima Concepcion, debajo de la bóveda, en cuyo centro está el Padre Eterno.

Se compone el cuarto cuerpo de un zócalo y seis estípites con medios cuerpos de ángeles, los que reciben un hermoso anillo y una graciosa cupulita: este cuerpo está dedicado á Sr. San José, cuya estatua está en el centro: remata la cúpula con una gallarda estatua del Sr. Resucitado, mayor que las demas, y de muy buena escultura.

Esta obra verdaderamente maestra, en que reina la mayor simetría, la trabajó el patron D. Miguel Torres, platero mexicano, costó 15671 pesos, 2 reales, 6 granos, y pesa 547 marcos de plata.

SACRISTIA.

Se entra á esta por la capilla primera del lado de la epístola, tiene 20 varas de largo y 11 $^3/_4$ de ancho, está habilitada en la parte que cubre su primera bóveda de cajones decentes, para los muy ricos y abundantes ornamentos que deposita. El frente lo ocupa un gran lienzo del triunfo de la iglesia, otro á la izquierda del triunfo de la fé, y á la derecha otro del de la religion, copiadas de estampas de Pablo Rubens, y en los medios puntos otros del Apocalipsis, todos de Baltazar Echave, esposo y discípulo de la célebre Sumaya, pintora de que hicimos mencion en la capilla de las reliquias. Estos tienen unos retablos de órden compuesto, no muy antiguos, y todos dorados.

Los muros de la otra bóveda están cubiertos de lienzos, en el principal está el patrocinio de la Santísima Vírgen, y en las cuchillas de su medio punto las apariciones de Nuestra Señora del Pilar á Santiago y San Ildefonso. En los lados está el lavatorio y la institucion, obra de Luis Berruecos.

A los lados de las puertas de entrada están dos óvalos, un muy buen San José y San Miguel, de Ibarra,

En el medio de la pieza hay dos mesas con muy hermosas lápidas de tecali, que es lástima estén maltratadas, y en un ángulo una fuente ó aguamanil de 3 $^1/_2$ varas de altura, cuya basa y primera tasa (que es de 2 varas de diámetro) son de tecali, de donde se eleva un balaustre de plata que recibe otra tasa de 1 $^1/_6$ varas de diámetro, rematando con un San Miguel todo de plata.

De la sacristía se entra á la sala capitular, la que es un cañon con una bóveda y una cúpula que la ilumina: dicha sala está tapisada con paños de Flandes, sobre los que están los retratos de los veinticuatro señores obispos que han gobernado esta iglesia; en el medio hay una pintura de la Purísima, un Santo Cristo de escultura en el medio punto, y dos óvalos á los lados con los retratos de Carlos V y Leon X, de Ibarra. De esta se pasa á otra sala en que se visten los canónigos, y tambien da ingreso á otra en que se guarda el tenebrario y la cera.

Por otra puerta que hay en la sacristía se pasa al cofre, habitaciones de los padres sacristanes y otras oficinas, y de ahí á la capilla de los Santos Oleos. Esta es una curiosa rotunda muy adornada, con su cúpula, en la que hay pinturas flamencas, frente á su puerta está otra que sale á la calle.

Por la capilla de Santiago que es la primera de la nave del evangelio, se entra al Sagrario, el que con verdad, no merece tal nombre, por ser una capilla pequeña y demasiado mezquina. El V. S. Palafox emprendió hacer este necesario templo con la estension debida, el que dejó comenzado; mas desde luego examinado el local que debiendo ser unido á la iglesia no proporcionaba la estension que se deseaba, por que si era por la capilla de la Soledad, se ve que apénas dió lugar á la de los aguadores; si es donde ahora está el Sagrario, ya vemos lo que resultó, y asi se decidió este venerable prelado á hacerlo frente de la fachada principal de la iglesia, buscando el nivel de la calle de la Concepcion, por lo que el costado del lado del evangelio con las casas que ahora llamamos frente de Catedral, y el de la epístola, quedaba frente de las puertas de San Ignacio y del Perdon. La espalda miraba á la plaza, y la puerta al obispado, siguiendo la primera la direccion de la calle de los Herreros, de suerte que la esquina que hacia para doblar de la espalda al costado del evangelio, quedaba donde mismo está ahora la del cementerio que hace contraesquina del portal de Borja, quedando dicha espalda 17 varas mas avanzada á la plaza, que el nivel de las paredes de la iglesia.

Cuarenta varas tenia de largo este templo, quince de ancho, y ya estaba elevado á trece de altura, cuando el Sr. Palafox se fué á España. No agradaba á la mayor parte de los poblanos este pegote que embarazaba y quitaba la vista á la hermosa fachada de la iglesia. Luego que partió el dicho Sr. Palafox, se suspendió la obra, y el ayuntamiento hizo presente al primer virey que vino el disgusto de los poblanos por aquel embarazo, y el virey ordenó que se arrasara lo hecho y se dispusiera en otro lugar. Duraron estos escombros hasta el tiempo de D.

Domingo Pantaleon, que hizo desembarazar el cementerio de las ruinas del templo.

Por los años de 1825 y 26, el Sr. D. José Cayetano Gallo cura que era entonces, pensó con empeño el edificar nuevo Sagrario, cuya fábrica hubiera llevado á cabo el celo y eficacia de este digno eclesiástico, pero desgraciadamente desistió de la empresa por no contar con fondos suficientes.

La capilla que ahora sirve ocupa el local opuesto á la sacristia, su pormenor es igual, pues consta de las mismas bóvedas y arcos que aquella, aunque los miembros de su arquitectura son inferiores, por lo que es de sospechar que el autor de los planos de la iglesia hubiera pensado en que esta sirviera para guardar muebles. Su arquitectura no tiene que alabar mas de su solidez: tiene veinte varas de largo y 12 3/4 de ancho: ocupa el lugar principal un retablo moderno, que hace pocos años se estrenó, cuyos diseños hizo D. Julian Ordoñez; es de órden compuesto y su material, mamposteria. Sobre un zócalo del alto del altar se eleva el pedestal, el que resaltado por cada lado recibe dos columnas pareadas, siendo por todas cuatro, estas sustentan su cornisa correspondiente resaltando dos trozos que pertenecen á cada dos columnas y sobre ellos un arranque de tímpano abierto con un pedestal y una jarra. En el medio se nota un marco adornado de grecas y tallas que ocupa el espacio principal con un cuadro en que está pintada la aparicion de la virgen del Pilar, pintura antigua de autor incógnito y estilo estrangero: en los estremos de los pedestales se avanzan otros, los que reciben dos peanas con S. Joaquin y Santa Ana. El segundo cuerpo se compone de un ático con cuatro jambas y su cornesuelo, en cuyo medio está un óvalo horizontal en el que se representa la institucion del Santísimo Sacramento con su marco y tallas doradas, rematando con una ráfaga dorada en cuyo centro está el Cordero. El friso de la cornisa, sus molduras grecas que decoran los intercolumnios y adorno de los netos y entrecalles de este altar, todo es dorado como tambien las grecas y mensolas de un arco que lo guarnece. En los netos de los pedestales hay dos bellos liencesitos apaisados y tanto estos como el cenáculo son pintados por D. Lorenzo Zendejas hijo de D. Miguel.

El altar tiene su aparato de plata que se compone de frontal, sotabanco, sagrario, trono, 6 candeleros medianos, 4 chicos, 4 ramilletes medianos y 4 chicos.

En los muros colaterales hay dos altarcitos trabajados por D. Rafael Barrios, los que se componen de su altar, dos columnas de órden jónico y fróntis semicircular, rematando con ráfagas, y uno tiene un nicho con una hermosa estatua de vara, de S. José, escultura de Cora, y el del frente una Señora de Guadalupe, los dos con cristales, cerrando los tres altares una crujía de labores de fierro agregadas, hecha por D. José Mariano Saavedra.

A la derecha está la entrada á la Catedral, y á la izquierda una capillita donde está la fuente bautismal. Esta consta de una tasa de tecali con su pedestal de lo mismo, y tiene por remate una jarra de tecali con sus asas y azucenas de bronceado.

La capilla es de cal y canto, de una hechura tan desacorde con la demas fábrica, que parece ser resto de alguna nave colateral de la antigua Catedral: es cuadrada, con una cúpula que demuestra ser postisa: tiene tres altares con sus retablos dorados que se estrenaron á principios de este siglo, ocupando la parte principal de cada uno un lienzo: representando los de los lados el lavatorio y el bautismo del Salvador y en el medio la oracion del huerto, último lienzo de D. Miguel Gerónimo Zendejas pintado á los 92 años de su edad. La entrada principal vé al Norte ó á la plaza, tiene su portadita en cuyo gusto se nota que comenzaba á decaer la arquitectura, no obstante debe alabarse el trabajo material de la cantería.

ESTERIOR DE LA IGLESIA.

Ya dijimos las varas que comprende su longitud interior de Oriente á Poniente y su latitud de Norte á Sur, deben agregarse los gruesos de sus muros que son 2 varas, y las salidas de sus portadas, postes y cabos de torres. Estas son dos iguales y cuadradas, cuyos cubos montan á la altura de la fachada principal coronados de una hermosa cornisa; sobre este sube el primer cuerpo que es de órden dórico con tres pilastras en cada frente, y dos arcos para campanas, uno en cada intercolumnio: dichas pilastras tienen sus pedestales y reciben la cornisa correspondiente, resaltando el alquitrave y friso rosetas talladas en la proyectura de la cornisa: en el friso hay triglifos, mas no tiene Metopas. Los arcos son de proporcion dupla con sus impostas, jambas y fajas que los guarnecen, rompiendo estos sobre el pedestal y asegurados con balaustradas de cantería, siendo todos los de este primer cuerpo ocho: el espacio que hay entre estos y la cornisa, está dividido por una faja, siendo lo demas almohadillado.

Sigue el segundo cuerpo enjutando un poco

su ancho, el que es de órden jónico y presenta tres pilastras sin pedestal, sino zócalo por cada frente, y así estas como las del primer piso, son acanaladas y reciben la cornisa que prescribe el órden á que pertenece. Este cuerpo, aunque tiene casi la misma altura que el primero, lo dividió su autor con destreza en dos partes por el medio, con un cornesuelo con dentellones colocando cuatro arcos en cada frente, dos en la division inferior con balaustrada, y otros tantos en la superior sin ella, lo que divierte á la vista y evitó las muchas subdivisiones que tan chocantes son en los cuerpos arquitectónicos.

Corona esta cornisa una seria balaustrada interceptada, con pedestales en las esquinas y en la mediania de los frentes, en los que rematan almenas redondas piramidales: sigue un zócalo ochavado, superior tres veces en altura al balaustrado, el que en cada ángulo tiene una almena como las anteriores, quedando estas mas altas que las otras y en medio de ellas.

Todo lo dicho hasta aquí es obra en cantería, mas el cascaron que sigue de la cúpula, es de ladrillo y azulejos, rematando con una linternilla, encima de la cual está una graciosa escosia de piedra blanca que llaman de Villería, la que soporta un globo de la misma piedra de 1 $^1/_8$ varas de diámetro, finalizando con una cruz de 3 $^1/_2$ de alta, las que anteriormente eran de piedra, pero habiéndolas derribado el temblor del dia de Santa Mónica del año de 1820, se hicieron de madera de ciprés muy bien barnizadas, imitando la piedra. Desde el estremo de estas al pavimento, tienen de altura dichas torres 19 vs. $^1/_8$. Por una inscripcion que está grabada en la del lado del N., se vé que costó 100.000 pesos. Esta torre, que llaman vieja, es la única que tiene campanas, las que componen una coleccion muy armoniosa que no lastima el oido, y son diez campanas en el primer piso y ocho esquilas en el segundo, y la campana del reloj que es muy sonora.

La campana mayor está en el centro, la fundió Francisco Márquez, pesa 185 quintales, y costó 8.202 ps., se estrenó el año de 1637. La que se le sigue, que llaman de Jesus, tiene una excelente voz; la hizo Antonio de Herrera y Mateo Peregrina, pesa 163 quintales 1 arroba 7 libras, costó 10.207 ps. 4 rs. El esquilon mayor es sin igual, y las demas esquilas son armoniosas, especialmente la que llaman la flotista.

Tiene este templo cinco puertas, una en cada costado y tres en el frente, todas con portadas. La del medio se eleva 35 varas, está dividida en tres cuerpos: el 1.º dórico con cuatro medias columnas istriadas con sus pedestales y cornisa: en los intercolumnios hay dos nichos bien trabajados como todo lo demas, con dos estatuas de piedra Villería, deS. Pedro y S. Pablo: en medio está la puerta con su arco bien tallado, cuya imposta corre arriba de los nichos, y en el espacio que queda entre esta y la cornisa, están unos escudones de Villería con geroglíficos de la Santísima Vírgen, siendo de la misma piedra los adornos de las enjutas del arco.

El segundo cuerpo es jónico, con cuatro medias columnas sobre pedestales adornados sus netos con carteles: en sus intercolumnios hay nichos y escudones como el primero, y tambien estatuas de S. José y Santiago el mayor: el centro lo ocupa una ventana con marco blanco y una mezquina estatua de la Purísima Concepcion.

Sobre la cornisa de este sigue el tercero, que consta de dos medias columnas dóricas istriadas sobre pedestales, y su cornisa sin fróntis rematando con las armas de España, las que picaron, y en cuyo hueco piensan poner las de la nacion cuyo modelo está hecho. A los lados de las columnas hay dos almenas sobre pedestales, y el fondo del medio punto es almohadillado. Dividen esta portada de las laterales dos postes bien formados con sus remates de buena figura, rompiendo de estos un medio punto con un cornesuelo. En la parte superior del tercer cuerpo, está un óvalo con la fecha en que se acabó dicha portada, que fué el año de 1664, y costó al Illmo. Sr. D. Diego Osorio Escobar y Llamas, que fué quien la donó 18.472 pesos.

Las dos portadas laterales á esta, son iguales en su arquitectura, constan de tres cuerpos: el primero dórico, con cuatro columnas sobre pedestales con su cornisa; el medio lo ocupa la puerta, y en los intercolumnios nada por estar cerrados. El segundo es jónico, con cuatro pilastras sobre zócalo, y su cornisa, en que se tomó el autor la licencia de adornar su friso con triglifos y mensolas: en el medio hay un bajo relieve con sus márcos de Villería con Sta. Rosa en una y Sta. Teresa en la otra, y á los lados de cada uno, unos tableros tallados de la misma piedra, y de la misma los adornos de las enjutas del arco de la puerta. El tercer cuerpo tiene dos medias columnas corintias, su cornisa y fróntis semicircular, y en el medio una ventana cuadrada con márco de Villería; á los lados de las columnas, sobre dos pedestales de cantería, están dos medias jarras de Villería,

de la misma son algunos adyacentes como jarras-tarjetas y un ángel con que remata cada portada.

Separan estas de las torres unos cabos donde estan los caracoles para subir á ellas, los que á pesar de estar á un lado de los cubos grandes no hacen mal efecto al conjunto, estos rematan con una cornisa y balaustrada en su plataforma interrumpida por pedestalitos y tres almenas agudas, todo de canteria.

Las portadas que miran al Norte y al Sur son iguales en la sustancia de la arquitectura aunque varian en accidentes, siendo esta mas sencilla sin estátuas ni adornos, quedando frente del Seminario, cuyo átrio solo tiene el ancho de dicha portada por encajonarla á sus lados la oficina de haceduría, bodega del monumento y biblioteca del coro. En el frente cierra una reja de buena forma con sus puertas, la que hizo D. José Mariano Saavedra.

La portada que ve á la plaza ó al Norte, tiene de alto 33 $^3/_4$ varas consta de tres cuerpos, el primero de un hermoso dórico con cuatro columnas istriadas y sus capiteles con ovos tallados en su cuarto bocel, estas reciben su cornisa bien proporcionada aunque carece de triglifos; el lugar principal lo ocupa la puerta con un bello arco adornado con regularidad é inteligencia; en los intercolumnios hay repisones con nichos perfectamente ejecutados, rematando con conchas, y en los que están dos estátuas de S. Juan Evangelista y S. Mateo, del tamaño natural, de Villeria; la imposta del arco corre á los lados, y en el hueco que deja esta division de los nichos á la cornisa, hay carteles ó medallas con retratos de reyes fundadores, de bajo relieve en piedra blanca, y de lo mismo unos niños que adornan las enjutas del arco.

Sobre un pedestal muy adornado de varias labores embutidas, se elevan cuatro pilastras de órden jónico que componen el segundo cuerpo, el medio lo ocupa una ventana con un marco tallado con gusto, y los intercolumnios tienen nichos y medallas lo mismo que los de abajo con las estátuas de S. Lúcas y S. Márcos. Sigue la cornisa, la que desde luego mirando el autor la aridez de la jónica se tomó la licencia de adornar su friso de triglifos sin gotas y mensolas, y como corre guarneciendo á dos hermosos y grandes postes que para la seguridad del edificio están á los lados de la portada, de ahi es que resulte un conjunto magestuoso. Sobre estas impostas que forman como se ha dicho la cornisa, á los postes se elevan unos cartones que disminuyendo la salida de aquellos reciben un arco que sirve de remate á esta portada, en cuyo centro está el tercer cuerpo, este rompe de la cornisa del segundo y consta de dos columnas coríntias sobre pedestales, las que reciben su correspondiente cornisa con frontis, por ocupar anteriormente el lugar de este un escudo de armas que ahora está deshecho.

Remata el arco que dijimos con una estatuita de S. José, de piedra blanca, y de lo mismo son unos escudos con las armas de la iglesia uno, y una tiara y llaves otro, que acompañan las columnas del último cuerpo de la que tambien son algunos adyacentes, que adornan esta obra. Por desgracia la de escultura es pésima: es de sentir que las circunstancias no permitan reemplazar las estátuas aunque en menos número; no así la arquitectura, repetimos que es obra maestra principalmente en el trabajo de canteria por lo que no sin razon tiene gravado en el pedestal Hoc opus, Hic labor.

Circunda un muro el alto de las capillas, este está coronado de una cornisa, interrumpido por canales de canteria tallada y tiene su antepecho. Están distribuidas tanto en las naves laterales como en la del medio veintiseis arbortantes que no solo sirven para fortificar la obra, sino para adornarla por la airosa hechura que tienen, y ademas para dirigir las aguas cuando llueve; ochenta y seis almenas piramidales decoran en tres órdenes los antepechos que se presentan á la vista á distintas alturas.

La cúpula principal se eleva con gallardía sobre el crucero; su sotabanco es octágono con tres pilastras jónicas en cada ángulo y su cornisa; en los cuatro muros de los frentes de este ochavo, se ven otras tantas ventanas, y en los otros cuatro arbortantes formados con inteligencia y buen gusto no solo para hermosear esta pieza, sino para su firmeza y seguridad: el cascaron es bien formado forrado de azulejos amarillos y verdes con tres grandes estrellas repartidas á iguales distancias, sigue la linternilla de un alto regular con cuatro ventanas sobre pilastrillas y finaliza con una graciosa cúspide y una estatuita de la Concepcion.

La cúpula de la capilla de los reyes es inferior, solo tiene el cascaron con cuatro ventanas y otras tantas escalerillas, entre estas su linterna remata con una estátua de S. José. Esta cúpula es muy lucida cuando se ilumina generalmente la iglesia.

El átrio es hermoso se avanza por la fachada principal como sesenta varas y por el lado de la plaza 17. Es todo enlosado, suben á él por varios trechos de escalones: por el poniente solo tiene dos y por el sur 10, resultando esta diferencia del natural descenso que felizment e

tiene esta ciudad, para desahogo de sus aguas: tiene ademas una rampla para los enfermos. En los estremos que forma dicho átrio que son tres por estar embarazado el otro con oficinas indispensables, están otros tantos portes áticos de gracioso dibujo, rematando con una estatuita que son S. José, S. Miguel y el Angel Custodio. Siguen cerrando el átrio á trechos iguales 17 columnas toscanas con unos leones con escudos de Villeria sobre sus capiteles y entre éstas 47 pilares bien distribuidos.

Contra el cubo de la torre del lado del sur está una capilla pequeña que llaman de los aguadores, la que no tiene cosa notable y por lo comun sirve de panteon á los pobres.

Esta iglesia tiene la prerogativa de ser el primer templo suntuoso que bajo buenos diseños se trató de hacer en América y lo prueba el que habiendo sido dedicado por el Sr. Palafox en 1649 y la Metropolitana de México en 1653 siendo virey D. Francisco Fernandez de la Cueva duque de Alburquerque, claro es que ésta es mas antigua que aquella cuatro años y en el intervalo gobernaron el vireinato cuatro sucesores del Sr. Palafox.

No pasarémos en silencio una sospecha interesante que tenemos á favor del templo, y es que aunque por nuestras indagaciones hemos apuntado que los diseños parece los dió Juan Gomez de Mora, nosotros creemos, aunque no tenemos datos seguros, que los dió su maestro el célebre Juan de Herrera, y nos fundamos en que el primero murió en 1648 y el templo se comenzó en 1552 es decir 96 años entre una y otra fecha: resulta que aunque hubiera muerto Mora de 100 años, era necesario que hubiera hecho los diseños á los cuatro años de su edad. No así Herrera que falleció en 1597: bien pudo haberlos dado el de 52 en que Herrera hacia primer papel en España y á quien era regular encargara aquel soberano la trasa de una obra de tanta consideracion y la primera que se ejecutaba en sus nuevos dominios. A mas, asegura nuestra sospecha, la mucha conexion que tiene (segun diseños que hemos visto) la fábrica del Escorial que él dirijió con la de esta iglesia.

Hemos concluido la descripcion de la suntuosa Basílica Angelopolitana y no nos ofendemos porque se nos contrarie racionalmente en algunas inexactitudes de que no nos creemos exentos, y no se piense queremos que nuestro templo sea obra maestra y que compita con algunos de Europa; nos arreglamos al lugar en que estamos en donde las luces artísticas llegan tan á lo último, y á la época en que dicha fábrica fué ejecutada.

INSCRIPCIONES PUESTAS EN EL ALTAR DE LOS REYES.

Comenzóse este sagrado templo á invocacion de la Inmaculada Concepcion de la Virgen María Nuestra Señora reinando el invictísimo emperador Cárlos V. Prosiguióse en los felicísimos, tiempos del prudentísimo Philipo II. su hijo y Piisimo Philipo III. su nieto y finalmente de órden del magno Philipo IV. señor nuestro, poseyendo la silla de S. Pedro Inocencio X. pontífice máximo y gobernando este nuevo mundo órbe Septentrional D. Marcos de Torre y Rueda Obispo de Yucatan; D. Juan de Palafox Obispo de esta Santa iglesia lo acabó dedicó, bendijo y consagró, y con suntuosos tabernáculos y retablos lo adornó, habiendo gastado nuestros ínclitos reyes y beneficentísimos patrones en su edificio y ornato mas de millon y medio de pesos con piedad y liberalidad esclarecida, concurriendo á tan religioso acto el Venerable Cabildo Eclesiástico, el clero regular y secular y esta nobilísima y fidelísima Ciudad é inumerable pueblo con universal aplauso é inmemorable alegría.—A 18 de abril de 1649 años.

Hecha esta descripcion por D. José Manzo, ilustrado poblano, y copiada en abril 1837.



RECUERDOS DE LO PASADO.

Pasa el tiempo veloz y en su carrera todo lo destruye bajo su tenebrosa planta, sin que á veces ni los recuerdos queden de lo que fué. Todo lo consume en su curso; hombres, pueblos, naciones que han brillado un momento cual meteoros celestes, para despues sepultarse en el hondo abismo de la nada de donde salieron. Grecia bàrbara y supersticiosa, queriendo penetrar lo futuro por sus oráculos y apesar de sus juegos pùblicos en honor de los Dioses, sucumbió al peso del tiempo y no existe ya.

Esparta, la guerrera cuanto ignorante Esparta, modelo de costumbres frugales, de sencillez y de virtudes, ¿donde está? ¿Donde la ingrata Atenas con sus bárbaras leyes de ostracismo? ¿Donde el sabio Solon y el tímido Licurgo? ¿Qué se han hecho los tiranos de Atenas, Hiparco é Hípias? ¿qué los heroes de ella Harmodio y Aristogiton? Leyes, costumbres, todo se consumió por el inevitable curso del tiempo. Tebas salió de la obscuridad elevándose sobre las ruinas de Esparta y Atenas; pero bien pronto se igualó con ellas sin que pudieran evitarlo ni el atrevimiento y valor del ilustre Pelópidas, ni la constancia y desicion del valiente Epaminondas.

Recuerdos solo han quedado de estas naciones que mirándose poderosas y en todo su esplendor, despues son miserables esclavas del rey de Macedonia que les concede por gracia sus gobiernos, independientes en la apariencia pero sojuzgados en lo mas pequeño, permaneciendo dominadas por una serie de monarcas opresores. ¿Qué se hizo Alejandro el grande hijo de Felipe de Macedonia conquistador de la Grecia; aquel Alejandro que al conquistar la Persia en los primeros combates mostró un carácter humano; pero que deslumbrado con las victorias del Gránico é Iso y dejándose arrastrar de sus pasiones violentas, al fin borró esta virtud anterior con la sangre de ocho mil habitantes de la heroica Tiro que resistieron á su ambicion? Pagó como todas las cosas el tributo natural y murió en Babilonia, desengañado de que no lo habian destinado los Dioses á la soberania del mundo habitable, como él creyó alguna vez.

El tiempo nada respeta; tan pronto muda á las naciones de la opulencia à la esclavitud, como desaparece á vencidos y vencedores por su mano destructora.

En vano busco á Roma Señora del mundo, admirable y soberbia; aquella Roma en todo estraordinaria, fundada por aventureros y emigrados y al parecer imposible de subsistir en su principio, sin prestigio y débil, en medio de naciones devoradas por la sed de las conquistas, pero que á poco tiempo se levanta como un gigante asombroso y conquista á Italia y á Cartago. Se mira opulenta bajo sus reyes, firme en todo su apogeo durante su república y espirando en el imperio. ¿Y ahora que encuentro en su lugar? Aquel coloso formidable que cayó bajo su propio peso, desgarrándose él mismo las entrañas y que moribundo envuelto en ruinas, solo manifiesta lo que fué en un tiempo. Pirámides mutiladas, edificios que en sus restos indican su antigua grandeza, escombros por todas partes y todo destruido por el irresistible curso del tiempo.

Tal es la ley de lo que existe, ser y no ser; levantarse del polvo para volver á su origen de donde fueron formados; nada es estable, todo perece por el yugo forzoso del tiempo. Lo que tuvo principio debe acabarse, lo que crece es necesario se envejezca y lo que nace muere. Dentro de poco, tal vez mañana no existiremos ni nuestra patria, por que es inevitable obedecer las leyes de la naturaleza.

MIGUEL BUEN-ROSTRO.



SEUDONIMOS.

COSTUMBRES LITERARIAS.

A poco que se examine la naturaleza del hombre observando cuidadosamente sus acciones, se convencerá cualquiera de una verdad que á primera vista no lo parece tanto.—La de que de los 'animales de imitacion el hombre es el primero, inclusos los monos, tenidos hasta hoy como los imitadores por excelencia. Tanto mejor, pensarán algunos, de esa manera se imitarán los buenos ejemplos, las buenas acciones, se perfeccionarán las ciencias, las artes. Nada menos que eso. Porque el hombre imita, es cierto; pero raras veces lo bueno, y lo indiferente ó lo malo con frecuencia. Propensiones son estas como las de los otros animales, invencibles: el pájaro canta, salta el cabrito, ladra el perro, y de la misma manera el hombre imita, sin que por eso deje de hacer las funciones y oficio de los otros, pues á veces ladra y quizá muerde.

Partiendo de estos principios que he colocado á manera de introito, véamos algun caso en que se manifieste claramente la manía de imitar, que suele ocupar los cerebros. Ciertamente que en nadie se ve mas pronunciado al mismo tiempo que mas inútil el prurito indicado que en los periodistas novicios ó aspirantes. Por supuesto que nunca, ó rarísimas veces si acaso, se cuela un prójimo en la redaccion de un periódico, sin haberse dado á conocer ántes con alguna produccioncilla que generalmente es en verso. Hecho esto y tomada su resolucion de lanzarse á la gloria, por el camino mas corto, es decir, el periodístico, elije periódico, se le propone y admite como redactor, y héteme al mocozuelo (por que hoy dia la mayor parte de los periodistas son chicos. ¡Progresos del siglo!) que no se cambia por un Bonaparte. Esta primera entrada envuelve ya un rasgo brillante de imitacion, y consiste nada ménos que en ser periodista, oficio muy del gusto del dia en que nacen escritores como bellotas. ¡Todo el mundo escribe!

El primer pensamiento del neófito es el mismo que ocurrió al hidalgo manchego, la necesidad de tomar un nombre, porque la moda exige que todo periodista tenga dos, y él no cuenta sino con el suyo, que no es mas de uno, y quizá no muy poético que digamos.

Esta necesidad imperiosa de tener dos nombres depende del uso.

Quen penes arbitrium est etc.

Porque hay artículos, los serios generalmente, que se firman por lo comun con el nombre propio; por ejemplo: „*Braulio Cachicuerno*," y otros, los jocosos, los de costumbres, (que tambien es moda escribir de costumbres,) se firman con el postizo; *verbi gratia:* „*El Charlatan*." A este nombre postizo que cualquiera llamaria de este modo, se le da el pomposo título de *Seudónimo*.

Dando que haya, como desgraciadamente hay en abundancia, usos necios, este es á mi entender, uno de ellos, y maldita la pizca de utilidad que tiene. Generalmente cuando se adopta un nombre falso, se hace con el objeto de ocultarse, lo que no se conseguiría con el propio, y de ahí resulta que cuando con tal designio se toma nombre supuesto, se ha hecho una cosa racional; pero los periodistas al elegir *seudónimo* no tienen embarazo en decirlo reservadamente á todo el mundo, de manera que nadie ignore la correspondencia entre ambos nombres, el propio y el fingido, resultando, que es lo mismo que si no firmaran con *seudónimo*, sino con su nombre y apellido, de que infiero ser inútil, y necio el tal uso.

Mas es preciso adoptarlo, porque otros, y no pocos lo han hecho y quizá creen algunos que si aquellos han escrito bien y han adquirido fama y renombre, ha consistido únicamente en el *seudónimo*. Creen á este desde luego la vara de virtudes con que se consigue redactar artículos como Larra y Mesonero, la piedra de toque que gradúa los quilates de un escritor, y así como para escribir se habian de poner previamente á estudiar gramática ó cosa semejante, se devanan los sesos por inventar un bonito nombre que poner al pié de sus artículos.

¿Lo encontraron? piensan haberhallado un tesoro, se creen sin rival y consideran á *Fígaro* comparado con ellos, como chico de escuela. ¿Qué han menester en efecto para llegar á Fígaro? Nada, la instruccion y talento que es lo ménos, y lo mas importante, lo que es absolutamente imprescindible, el *seudónimo*, ya lo tienen. Se sueltan escribiendo á derecha é izquierda, á todo el que los critica llaman necio, al que no los aplaude ignorante, y con su poco de desfachatez, fruta que abunda, suelen pasar entre los no muy avisados por hombres de conocimientos y de agudo caletre.

Es verdaderamente desgracia lamentable, que el cargo de periodista, para desempeñar el cual con mediana conciencia, se necesita talento é instruccion, esté, ordinariamente entre nosotros, en manos de rapazes que acaban de levantarse de los bancos de la escuela. Es sin embargo, inevitable, por que los hombres que pudieran escribir y enseñar, ni escriben ni enseñan, y pues el pùblico necesita leer, preciso es ministrarle pasto. Si cierta clase de hombres se lo ministrara, gustaria manjares esquisitos. No es culpa nuestra darle bellotas, por la razon sencilla de que jamas ha producido el encino otra cosa, y tendrá que conformarse con ellas.

Volviendo al cuento de la imitacion, paréceme venir al caso una observacion que otras veces he hecho. Dije al principio que era invencible el deseo que los hombres tenian de imitar, pues bien, tan cierto es esto, y son tan incorregibles á veces, que aun cuando se persuadan de lo pernicioso ó inútil de un uso, lo adoptan, solo por que otros lo adoptaron, conocen el mal, tal vez lo critican y no huyen de él. ¡Que cierto es y que uso tan frecuente tiene en el mundo aquello de

Video meliora, proboque, deteriora sequor!

Y para que se vea que no hablo sin fundamento, presentaré un ejemplo cercano. Considero ridículo y necio el uso de *seudónimos*, deseo que no escriban sino los que tengan cierto fondo y ¡oh inconsecuencia de la especie humana! sin tenerlo, escribo que es un gusto, y á pesar de mis creencias y de ver el mejor camino, sigo el malo, por donde han ido todos, sigo el ejemplo de los borregos, que pasan por donde los demas pasaron, y desatino á destajo, y escribo de costumbres, y tengo un *seudónimo angelical* con que he firmado algunos artículos, y con que he resuelto firmar este.

QUERUBIN.

PENSAMIENTOS.

El hombre de genio desigual sufre mucho y á todo el mundo incomoda.

Cuando un hombre ambicioso no puede elevarse á la altura de los otros, procura abatirlos para igualarse con ellos: esto hacen los críticos, que envidiosos del mérito ageno, que nunca serán capaces de adquirir, procuran empañarlo, haciéndose mas despreciables con la vana presuncion de consejeros hipócritas, que no saben disimular la envidia que les roe el corazon, cuando oyen una alabanza que nunca podrán alcanzar.

Nunca le he pedido á Dios talento para desempeñar mis negocios; sino fortuna para salir bien de ellos.

El que se duele de la desgracia agena, aunque olvide las propias, no puede ser feliz: por eso un cristiano, solo está satisfecho en el cielo.

Aquí tengo la vida de un hombre, decia un soldado cargando su fusil, ¡cuántos tendrán en su mano la mia!....

Antes para afirmar que una cosa era buena, se decia: *sic voluerunt priores;* mas hoy es necesario decir *ceci est á la derniere*.

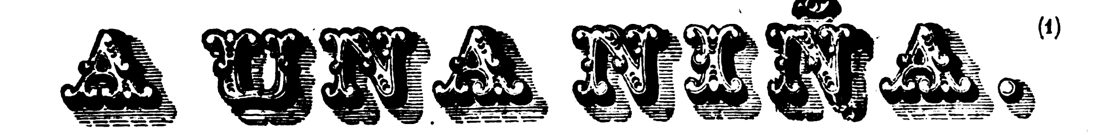
Ninguna cosa me causa mayor pesadumbre que ver un buen libro en manos de un nécio; y la razon es clara: ¿un asno dejará de serlo, porque en vez de comer paja se alimente con flores?

¿Qué cosa es el matrimonio? ¿la vara de espinas con que hacemos nuestra corona para llegar al cielo, ó la corona de flores con que nos ciñe la fortuna? ¿el lazo que une y asegura al hombre con la sociedad, ó la fuente de su ambicion y de sus crímenes? Algunos dicen que es una guirnalda de rosas, de cuya hermosura gozan los que nos rodean, y cuyas espinas punzan á la misma frente que adornan.

Ni ruegues á la muger que te desdeña, ni desprecies á la que te manifiesta su amor; á la primera tendrás que comprarle muy caro sus favores: con la segunda tendrás una enemiga mortal ó una víctima.

¿Quién es mas nécio, el hombre que enamora ó la muger que consiente?

El que conoce cuanto pesa la carga de un hijo, es el único digno de gozar la dulzura del matrimonio.—Isac.



(1)

JUEGA alegre, niña hermosa;
ahora la ventura goza
con que te brinda el candor:
Ahora festiva, halagüeña,
el mundo mira risueña
sin que te agite el dolor.

Goza de la edad florida
en que es para tí la vida
un deleitoso placer.
Pobre niña! tu alegría,
una noche túrbia y fria
feroz vendrá á oscurecer.

Esa juventud lozana
de su abril en la mañana,
cual la flor, se agostará.
Entónces huirá de tu alma
la dormida dulce calma
y tu beldad pasará.

Y sola tú, abandonada,
á tu dolor entregada,
ni un amigo encontrarás.
Entónces los dulces dias,
las pasadas alegrías,
con dolor recordarás.

Mansa deja correr la dulce vida
y goza los placeres que te ofrece:
el sueño duerme de la edad florida
en que tu alma süave se adormece.

Que vendrá un fatídico mañana,
y cruel tu contento turbará:
se llevará la juventud lozana,
llanto y hastío, tan solo dejará.

Tal vez astuto y lisongero amor
resbalará en tu pecho candoroso,
y gustando al principio su sabor
un momento tendrás plácido gozo.

Un momento ligero, que pasado
arrastrará consigo tu alegría;
y aquel dulce placer verás borrado
que tu ilusion eterno te fingia.

Veráslo ¡ay¡ que breve, sin aliento,
huyéndose veloz va á confundirse,
y cada instante llevará un contento,
é irá con él en un abismo á hundirse.

Entónces sola, triste, confundida
con esa turba hedionda de mugeres,
perderá tu alma la ilusion querida,
y te serán esquivos los placeres.

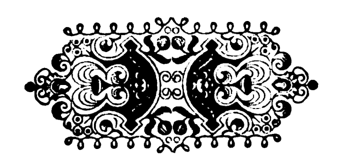
En vano correrás tras el consuelo,
que infeliz no hallarás aqui en la tierra,
y aquel que tu virtud arrojó al suelo,
te moverá tirano cruda guerra.

Hasta que al fin de padecer cansada,
reposarás bajo la triste losa:
no será de una lágrima regada,
no adornará tu tumba ni una rosa.

Puebla, Febrero 2 de 1844.—ANDRES NIETO.

---

[1] Dias ha que nos fué remitida esta composicion del Sr. Nieto, miembro de la *sociedad literaria* de Puebla pero el recargo de material que hemos tenido en los números anteriores nos ha hecho diferir hasta ahora su publicacion. La insertamos con gusto dando las mas esprcsivas gracias á su jóven autor y exitándolo á que continue pulsando su lira de que creemos sacará dulces sonidos.



DON MALAQUIAS.

Decrepit miser, ¡base, ignoble Wretch!
Decrepito avariento, ¡ente innoble y vil!
Shakspeare

Conoceis por ventura (quise decir por desgracia) al celebérrimo Don Malaquias, á quien suele llamar la gente el *rostrienjuto?* Es un viejo que está desmoronándose, y aunque él solo confiesa que tiene un pié en el sepulcro, yo digo, y así es la verdad, que está ya sumido en la huesa hasta el cogote. Figuraos un ente que en un tiempo fué hombre y que ahora es un armazon de hombre solamente; que no se sabe á cual siglo pertenece, porque vivió del pasado tanto como de éste; que no tiene muger, ni hijos, ni aun perros, pues dos que tuvo, ladrando de hambre se murieron; que no conoce en fin en su asquerosa vida, otro gusto que el sorber un poco de tabaco hediondo, y estoy por decir que si hace esto es solamente por ahuyentar la palomilla que le va dejando hueco como judas de carton. Esto nada tiene de estraño si se considera que el alimento de D. Malaquias consiste en torta de *popotes*, y lengüecitas, no de ave ni de cuadrúpedo, sino de las que se dan en las acequias. Su caudal es inmenso; pero tan lejos está de ser dichoso y de vivir tranquilo, que al punto que alguien se le acerca, se estremece todo y su primer ímpetu es decir: *"Perdone V. por Dios"* porque en cada sombra cree ver algun necesitado que conspira contra su bolsillo, así es que cuando sale á la calle, mira desasosegadamente á diestra y siniestra y anda siempre huyendo á guisa de perseguido malhechor. Si quereis verle mohino y aun fuera de sí, decidle no mas que puede sacaros de un aprieto, y os pintará con colores tan vivos su indigencia que os veriais tentado de socorrerle á no ser porque su catadura verdaderamente diabólica espanta mas bien que inspira compasion. La economía de este fósil (ha empezado á petrificarse por el corazon) es tan estricta ó mas que la de aquel que iba en persona al mercado á comprar huevos provisto de un aro de cierto diámetro en que los medía, y que jamás puso tildes sobre la letra *i* por no desperdiciar la tinta.

Fuerza es confesar que si el horrible aspecto de este original (de que hay tantas y tan buenas cópias) poco ó nada tiene que ver con su avaricia, ambas circunstancias reunidas hacen de nuestro enjuto y mal acondicionado macabeo un ente despreciable y odioso. Porqué pues se le trata con tanto miramiento aun en el seno de la mas culta sociedad? ¿Porqué le hacen profundas reverencias aun aquellas personas que ni remotamente pueden necesitar de él, y que no ignoran que es incapaz de prestar servicio alguno? Homenages al parecer tan espontáneos y tan generales creo que solo se debian rendir al saber ó á la virtud; sin embargo acontece todo lo contrario. Razon de sobra tuvo el Arcipreste de Hita para decir hace cosa de quinientos años.

"Yo ví en corte de Roma do es la Santidat"
Que todos al dinero fácen grand homildat
Grand honra le facian con grand solemnidat
Todos á él se homillan como á la magestat.
Por todo el mundo anda su sarna é su tiña;
Do el dinero juega allí el ojo guiña.....

¿Sabeis lector como me figuro los adentros de D. Malaquías? Pues bien, en el interior del Judas hueco que ya dije, imaginaos que veis colgada una telaraña que es su alma, y en el lugar que debia ocupar el corazon, una onza de oro del cuño de Fernando VII. Si se me preguntara ¿qué mal me ha hecho esta momia ambulante, que la doy tan cruel trato? yo responderia que nunca hizo el menor bien, que veria espirar de hambre á un semejante (que digo semejante) á un hombre, antes que alargarle una mano y socorrerle. Su corazon es tan duro como su oro y si acaso palpita alguna vez, será cuando se vea forzado á soltar un maravedí. ¡Desventurado! á pesar de haber vivido tanto, no conoce que él mismo, su rapé sus doblones, y todo cuanto en el mundo existe á no ser el talento y la virtud, es polvo.

MALAESPINA Y BIENPICA.



Modas.

MODAS.

VESTIDOS DE NIÑOS.

ALGUNAS veces he tomado ya la pluma para la mitad mas hermosa del género humano, porcion encantadora tan digna de consideracion y respeto, que por muchos que sean los obsequios que se le tributen, mas merece, y para quien quisiera tener brillante ingenio y seductora gracia. Entónces mis artículos serian ofrenda digna; pero ya que al cielo no le plugo concederme tales dotes, preciso es que se contenten con lo que puedo darles, y que admitan con agrado mis producciones, si no por su mérito, á lo ménos por su intencion.

Como para que haya hermosura es precisa la variedad, y siempre los contrastes producen contento, he preferido para el número de hoy un figurin verdaderamente infantil, que aunque no contiene ningun traje de señora, tiene sin embargo demasiada conexion con ellas. Pertenece esclusivamente á las mamás y á las hermanitas.

Despues de los tiempos tormentosos que acabamos de pasar, tiempos en que la alegría se semeja muy bien á un frenesí, y en que se apodera un verdadero furor de los cerebros, despues de escenas bulliciosas y ardientes, viene en mi concepto perfectamente un cuadro plácido y risueño como el arroyo que corre por un prado, como los juegos inocentes de un niño.

A ellos va dedicado este artículo, á esos hombrecitos en miniatura que forman la delicia de una familia y las esperanzas de la sociedad. ¡Con qué ternura he mirado siempre á los niños! ¡Cuántos dulces recuerdos se despiertan en mi mente al presenciar sus juegos, al mirar sus ojitos brilladores y sus redondas mejillas! Lo presente es su vida, y en nada cuentan lo futuro; su felicidad consiste en un papelote ó en un trompo. Pero la infancia se desvanece como el humo, y la juventud viene á arrancar al niño la apacible ventura que gozaba. ¡Cómo echo ménos los tiempos en que con otros amiguitos, jóvenes tambien hoy, retozaba contento sin pensar en nada, latiendo igual y tranquilo mi corazon, y despues fatigado y sudando me dormia en el regazo de mi madre!

Mas estos son recuerdos en que nadie toma parte, que quizá á nadie importen, y que tienen sobre todo el defecto de ser inoportunos. Me limitaré, pues, á dar la esplicacion de la estampa.

La primera figurita de la izquierda que representa un niño que fatigado de brincar descansa en el banco de un jardin, (observen vds. qué robusto y hermoso, y como se ve pintado el contento en su rostro) tiene una levita de *merino* con adornos de cordon y botoncitos en el pecho y en la parte superior de las mangas, que como se ve, son mas anchas arriba. Sujeta su cintura un grueso cordon de seda con borlas, á que se da el nombre de *Cordillera* y un cuellito redondo y pequeñito, forma precioso juego con la levita. Pantalon ancho de dril blanco, botincitos color de tierra y un sombrerito redondo de paja con cordones y borlas de color de la levita. Si es blanco el niño que la lleva, debe preferirse el azul celeste ú otro color claro, y en caso contrario son mejor los obscuros.

El rapazuelo que se encuentra al pié del árbol tiene tambien una levita de *muselina de lana* ó bien de *merino* guarnecida de grueso cordon de seda sujeta con una *cordillera* como la del anterior; pero lo que hace notable este traje es una especie de esclavina que se llama *peregrina á la Arzobispo*, con una pequeña y graciosa vuelta en el cuello. Una serie de botoncitos cierra la levita por el frente, y es indispensable acompañarla de un cuellito blanco como manifiesta la estampa. El pantalon y los botines iguales á los que lleva su travieso compañero, y en vez de sombrerito una cachucha de *escocés* con borla de seda y visera charolada. El cabello largo y rizado.

El vestido de la rolliza y juguetona chiquilla de la derecha está formado del género de cuadros llamado *escocés*, guarnecidos el pecho y las mangas, que son cortas y un poco anchas, de botoncitos. Un grueso cordon de seda ciñe su cinturita, y ocultan sus pequeños y torneados brazos unas manguitas blancas con blondita en el puño, igual á la que circunda el cuello del vestido. Botincitos de cuadros completan su sencillo arreo, y el cabello que suelto y rizado cae por los lados y en rededor de su garganta, da á su semblante infantil y gracioso cierto dulce

atractivo, símbolo de lo que será en lo futuro.

Un surtido abundante de *escoceses, merinos, muselinas de lana etc., etc.*, se encuentra en el *Correo de Modas*, (1) tienda de Mme. Gourgues, asi como gran variedad de sombreritos, cachuchas, y en general cuantos adornos de buen gusto pueden apetecerse para los niños.

Habrá parecido estraño que vaya casi concluyendo mi artículo sin chistar palabra acerca de la figura mas prominente de la estampa; pero no ha sido ciertamente olvido; sino que la tal figurita, término medio entre jóven y niño; chicuelo con pretensiones de hombre, que se pone tieso y quiere ser formal, bulléndole aun la sangre al ver juguetear á otros chicos, no pertenece ya á la jurisdiccion de Mme Gourgues, y aunque su traje es sencillo, si los hay, debo para esplicarlo buscar otro *Cicerone*. Los señores Cussac y Gaillard (2) cuya pericia en el arte nadie ignora, poseen en su establecimiento una multitud innumerable de paños, casimires, driles, piqués, sedas, terciopelos, etc.. y nadie mejor que ellos tiene el secreto de cortar con donaire y gracia, y de dejar siempre contentos á sus numerosos y elegantes parroquianos.—Dos son las piezas principales de que consta el trage que me ocupa, pantalon de dril listado, de forma sencilla y elegante y chaqueta de paño con lijera vuelta. La forma mas en uso hoy para esta pieza del vestido, es la que representa la estampa, prefiriéndose, sin embargo, la solapa mucho mas ancha, y llevándose de ordinario el cuello cubierto de seda lisa y opaca. Suele ponerse á las chaquetas, especialmente para los niños, cuello derecho, lo que las hace tambien sumamente graciosas, y en ellas se manifiesta la destreza del sastre. La eleccion de esta ó de la otra forma, depende del gusto ó del capricho, pues siendo ambas bonitas, pueden decirse variantes, que en nada perjudican al testo.

Los colores dependen tambien del gusto particular, y deben elegirse análogos á la tez del portador: son sin embargo, muy bellos y de mucho gusto el azul claro y el café.

Para los niños de cierta edad deben proscribirse en lo absoluto las corbatas propiamente tales, porque dan al cuello y á la cabeza un aspecto de tirantez que espanta, haciéndola semejante á un retrato del siglo XVII. Deben pues, sustituirse con una lijera mascada de seda, anudada graciosa y descuidadamente, por que al paso que corresponde á las mil maravillas con el resto del trage, da cierta flexibilidad al cuello, dejando libres los movimientos de la cabeza, tan necesarios en todos, y especialmente en los niños. Ricas felpas y variadas formas para sombreros de hombres y niños se hallan en la tienda de Mr. Ancessy (1) sujeto de tino especial en el ramo. El cabello debe llevarse un poco largo y rizado, para lo que recomiendo á Schallier, (2) y por último, acompañan á este trage guantes de cabritilla, absolutamente de rigor para la gente jóven.

Mas largo quizá de lo debido ha estado el artículo de hoy, pero insensiblemente me he detenido en descripciones minuciosas, que ya que no divertidas, tendrán tal vez algo de útiles, y que en mi concepto no debe omitir el que escriba de modas, pues es lo que constituye la esencia de tales escritos. Habré probablemente fastidiado á algunos, habré contentado á muy pocos. No podia esperarse otra cosa, aunque no fuera mas que por el dicho de La Fontaine

....est bien fou du cerveau
qui prétend contenter tout le monde....

Perdonen vds. la pedantería. A los primeros les pido dispensa, y henchido de gozo quedará mi corazon con la aprobacion de los segundos, especialmente si entre ellos se cuenta alguna de las bellas suscritoras á quien dedica sus desvelos

QUERUBIN.

(1) Calle 2.ª de Plateros núm. 2.

(2) Calle del Espíritu Santo.

(1) Portal de Mercaderes.

(2) Calle 2.ª de Plateros.

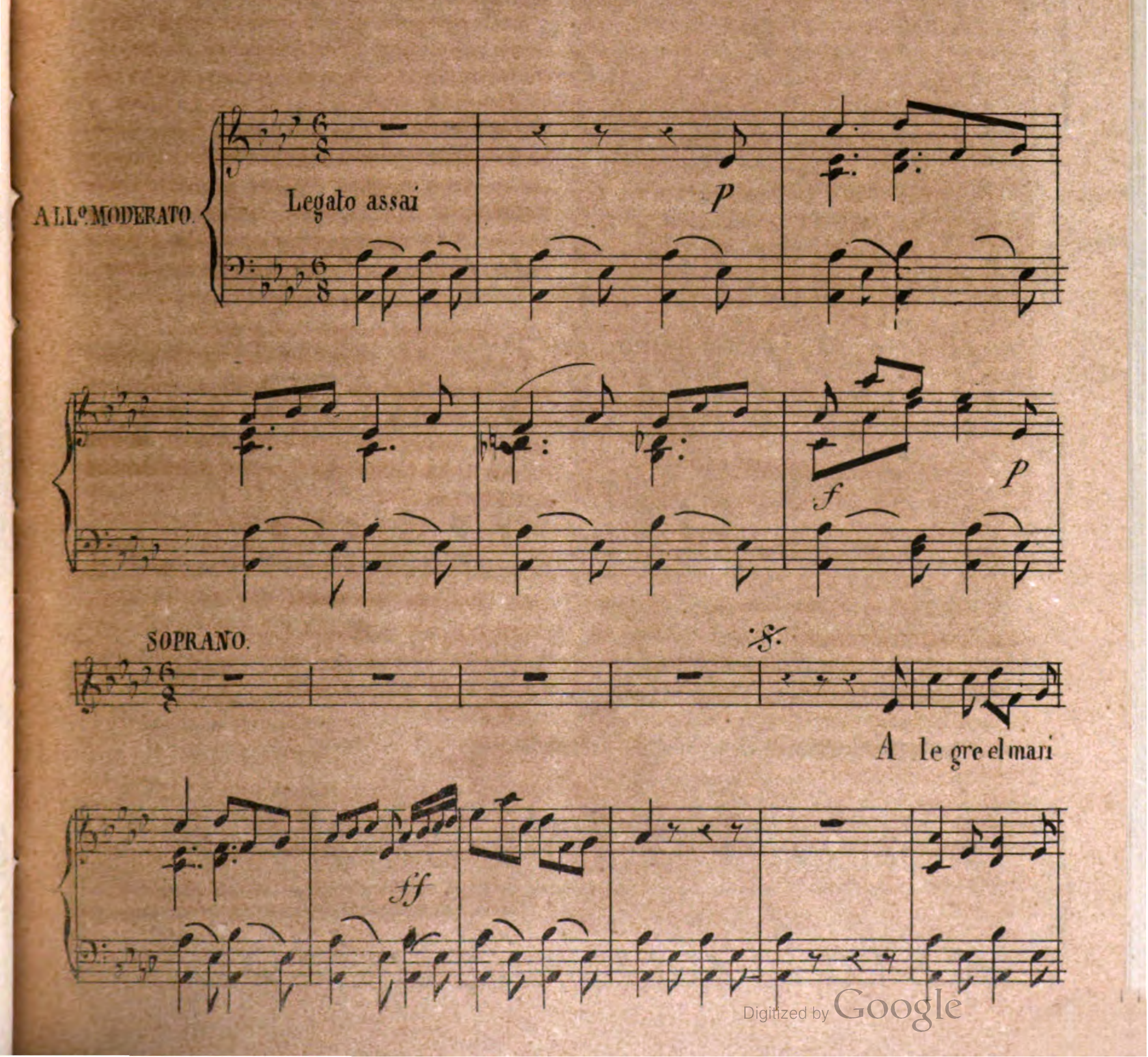


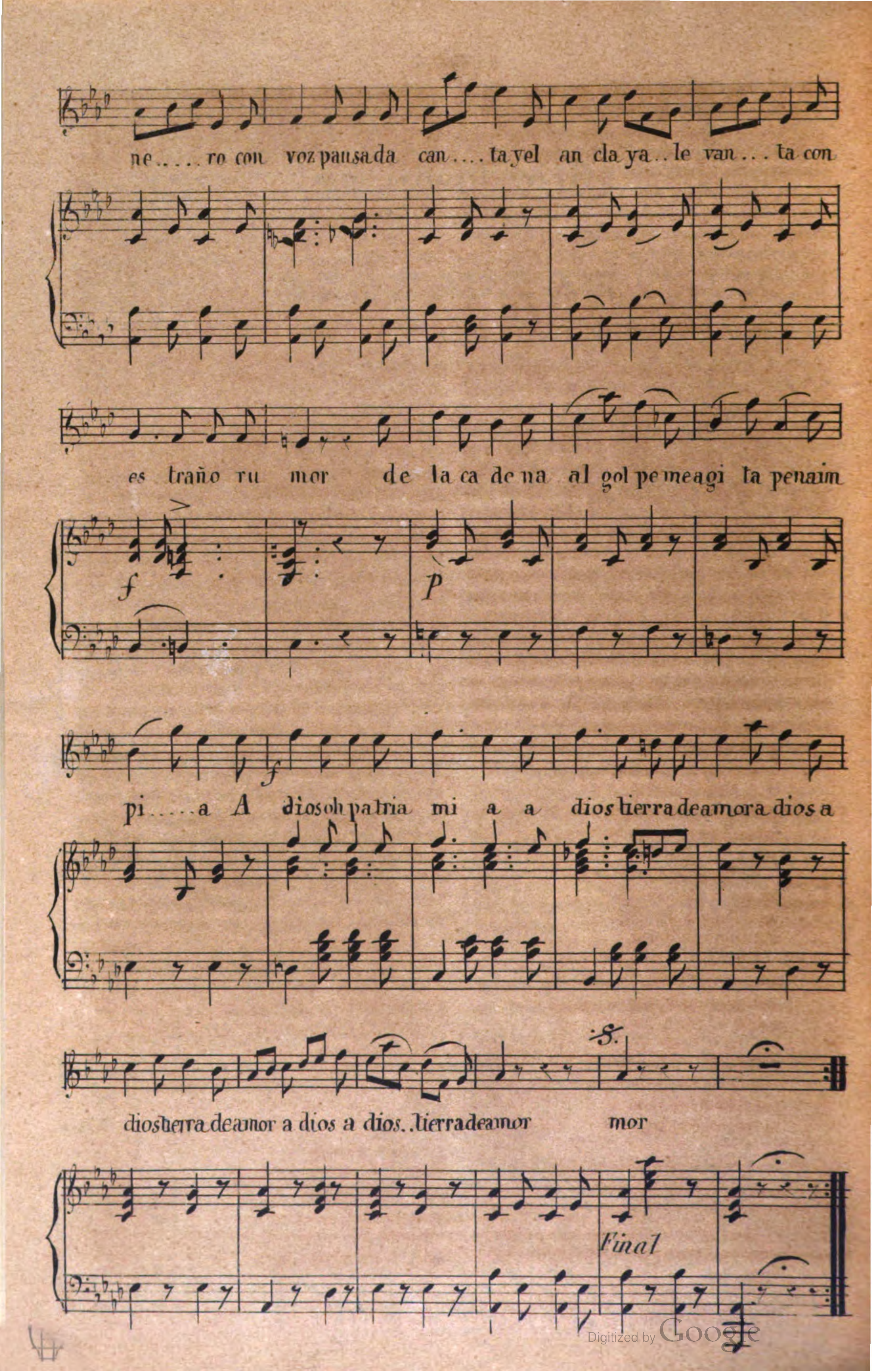
¡Adios oh patria mia!

BARCAROLA

Letra de D. Ignacio. R. Galvan.

Musica compuesta para el Liceo por el Sr. D. Juan M. de Betes




ne.....ro con voz pausada can....ta yel an cla ya..le van...ta con
es traño ru mor de la ca de na al gol pe meagi ta penaim
pi.....a A diosoh patria mi a a dios tierra deamor a dios a
diostierra deamor a dios a dios..tierradeamor mor
Final
Digitized by Google

ADIOS OH PATRIA MIA. [1]

A MIS AMIGOS DE MEXICO.

ALEGRE el marinero
en voz pausada canta,
y el ancla ya levanta
con estraño rumor.
De la cadena al ruido
me agita pena impía.
Adios, oh patria mia,
adios tierra de amor.

El barco suavemente
se inclina y se remece,
y luego se estremece
á impulsos del vapor.
Las ruedas son cascadas
de blanca argentería.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

Sentado yo en la popa
contemplo el mar inmenso,
y en mi desdicha pienso
y en mi tenaz dolor.
A tí mi suerte entrego,
á tí, Vírgen María.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

De fuego ardiente globo
en las aguas se oculta:
una onda le sepulta
rodando con furor.
Rugiendo el mar anuncia
que muere el rey del dia.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

Las olas, que se mecen
como el niño en su cuna,
retratan de la luna
el rostro seductor.
Gime la brisa triste
cual hombre en agonía.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

Del astro de la noche
un rayo blandamente
resbala por mi frente
rugada de dolor.
Así como hoy la luna
en México lucia.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

¡En México!.... ¡Oh memoria!...
¿cuándo tu rico suelo
y tu azulado cielo
veré triste cantor?
Sin tí, cólera y tédio
me causa la alegría.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

Pienso que en tu recinto
hay quien por mí suspire,
quien al oriente mire
buscando á su amador.
Mi pecho hondos gemidos
á la brisa confia.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

A bordo del paquete Vapor Teviot, navegando de la Baliza de Orleans á la Habana. Domingo 12 de Junio de 1842.

IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN.

[1] Con el mayor placer insertamos los sentidos versos de nuestro malogrado poeta Rodriguez con que se despidió para siempre de una patria querida que aun lo llora. Al insertarlos, puestos en música por el hábil profesor D. Juan N. de Retes, creemos hacer una ofrenda á la grata memoria de Rodriguez y tributamos al mismo tiempo las mayores gracias al Sr. de Retes que supo espresar en sus melancólicas armonias, el último pensamiento que consagró á su patria y sus amigos nuestro poeta.—R.R.

EL HOMBRE SENSIBLE.

Sein Herz brannte zugleich von einem zürnenden Abscheu vor den Menschen, dessen nur diejenigen fähig sind, *welche die Menscheit lieben.*

Y ardió al punto su corazon y obominó de los hombres; afecto de que únicamente es susceptible el amante de la especie humana.

[WIELAND] AGATHON.

HAY un linage de hombres en la tierra, que no sé si llamar desdichado ó feliz, y que parece haber venido al mundo tan solo para sentir y padecer. A diferencia de sus demas hermanos, si así pueden llamarse unos seres que solo les semejan, en la forma, y las debilidades naturales, nada tiene su existencia de monótono ni artificial: de suerte que la vida es para ellos una continua disyuntiva entre el placer mas dulce y la amargura mas atroz: porque en efecto, ¿qué puede el arte ni la fuerza del hábito, donde únicamente predomina el corazon? Dotados ademas, por la naturaleza, de una sensibilidad tan esquisita, que el mas ligero choque conmueve sus fibras y las hace vibrar todas hasta lo íntimo del corazon: ¿por qué desgracia se miran destinados á vivir en contacto con otras criaturas que llevan la insensibilidad retratada en la frente, y cuya impasible mirada les causa á cada instante una dolorosa impresion? Hombres sensibles, cuyos corazones rebosan en benevolencia y ternura, ¿no me direis qué habeis sentido, cuando por desahogar tan nobles afectos, estrechásteis una mano de hielo que entumeció la vuestra y encontrásteis una mirada de estatua en pago de otra que brotaba amor? No es el orgullo, no, el que hace estremecer vuestros miembros en tales ocasiones; es la sorpresa que os causa ese mortal despego, ese cruel desamor; porque en cada hombre creísteis encontrar un hermano, porque levantando al cielo vuestros ojos, implorais cada dia para todos la bendicion del Padre comun. ¡Ay de mí! de los labios de algunos mana á veces una amarga sonrisa que para el hombre sensible es veneno mortal, que inficionando las fuentes de su vida, le corroe violentamente el corazon. ¡Viéraisle entónces cuán postrado se halla; cómo se doblega su cabeza al peso del dolor; las fuerzas le abandonan, se entenebrecen sus ojos y su mente, y ni aun le queda espíritu para pedir el auxilio de su Dios!

„Si mis semejantes padecen, dice, luego padece tambien mi corazon, luego enturbia mis miradas el pesar; mas si yo sufro, sus ojos quedan enjutos y brillantes, tersa su frente y sus mejillas no mudan de color; en torno mio todo es yelo, y un fuego abrasador devora mis entrañas. La aterradora idea de la muerte, que no hace mucho embargaba mi ánimo, que me ponia trémulo y balbuciente de terror, ¿por qué asoma ahora en mi agitada mente, cual aparece un plácido arroyuelo al sediento viagero, allá en los confines del desierto? Sí, como una fuente en que se purifica y refrigera para entrar luego en una region nueva y deliciosa. Yo me siento ébrio de vivir; porque en verdad, ¿qué otra cosa es la vida sino un pantano inmundo en que á cada paso que damos, á cada movimiento que hacemos nos sumergimos mas y mas en el fango? Nadie, nadie hay bastante poderoso en la tierra para sacarnos de tanta fetidez, sino la muerte, la piadosa muerte que nos viene del cielo. Diez ó veinte años mas de vida, ¿qué vienen á ser? otros tantos granos mas de arena en la ampolleta.—¡Cuán brevemente se deslizan! Si es la tierra nuestra madre comun, ¡cuán dulce no seria bajar á su seno! El seno de una madre, ¿pudo jamas inspirar horror á su propio hijo, que apetece el sueño y el descanso? Siento que mi espíritu combate por verse libre de su estrecha prision, volar quiere á su Padre, al único que ama y bendice á toda la creacion....''

„La que con mano cariñosa me condujo por el vergel de mi infancia, aquella cuyos ojos radiaban de alegría ó derramaban lágrimas, segun que en mi frente estaba pintado el gozo

ó el dolor; la que con solo un beso calmaba el fuego que brotaba de mis sienes, la quo hubiera espirado si antes que ella hubiese yo bajado á la estrecha morada de los muertos, y cuya sola imágen me trae la memoria, la beneficencia, el sublime candor, mi madre en fin, mi dulce madre—ya no existe."

„El que iluminó mi mente para que no se estraviara en el tenebroso laberinto de las pasiones; el que con sábia mano arrancaba de mi corazon la simiente del vicio, antes de que echase raiz, y procuró desarrollar el gérmen de las virtudes que mi tierna madre depositó en él, mi guia mas seguro, mi mas probado amigo, mi ángel tutelar, mi padre; y ¿quién sino mi padre?—ya no existe."

„Cuando vuelvo mis ojos á lo que llevo andado del áspero sendero de mi vida, veo dos hondas huellas que marcan mis dos mayores infortunios: la pérdida de los dos seres que mas me han amado desde que fuí arrojado á las playas de la tierra. ¡Ay de mí! cuando paro mi mente en esta consideracion, discurre por mis miembros un frio mortal. Fuerza es llorar en el mundo; y ahora ¿quién enjugará mi llanto?"

Pero ellos velan sobre mí;—y aunque á mis ojos parecen sin límites el espacio y el tiempo que de ellos me separan, mi razon me dice que solo Dios es infinito; que solo la eternidad es inmensurable. Ah! cuán consoladora es esta idea! la hija sublime de nuestra sacrosanta Religion, la Esperanza, vierte en mi alma un bálsamo que cicatriza todas sus heridas; sí, la Esperanza, que cuando el mortal baja al sepulcro, léjos de abandonarle, se reclina sobre la losa que cubre sus cenizas para no separarse de él jamas.—Mis miembros amortiguados recobran su vigor, no de otra suerte que como cuando el rocío de la mañana endereza sobre su tallo al mústio lirio, cuyo cáliz yacía inclinado á la tierra, sobre el seno de la madre que le dió color y vida, y que no fuera poderosa á conservárselos, si el Padre de los seres todos no enviase el rocío á la flor, así como derrama en el alma del hombre la esperanza."

„Ah! si me fuese dado trasladarme á un sitio que el hombre no hubiese contaminado con su aliento; y allá, en medio de las selvas contemporáneas del mundo, meditar sobre la inagotable bondad del Ser increado! ¡Qué silencio tan sublime el de los bosques! el Tiempo mismo por no interrumpirle, detiene sus pisadas.—Oyense distintamente aun las ondulaciones de la cándida azucena que hace mecer en su tallo el tímido vientecillo que al través de la espesura se desliza."

„Cuando contemplo al luminar del mundo, que poco antes de trasponerse, aparece en el confin lejano, como sumergido en una catarata inmensa de fuego líquido; cuando elevo mis ojos al espacioso firmamento en que se ven las estrellas cual fragmentos diseminados de un sol único é inmenso que bañó un dia con su lumbre á la vasta creacion, cuando viene á refrigerar mi alma la violada luz de la luna, la única luz que no ofende á los ojos bañados en llanto, la que mas miedo pone en el corazon del hombre criminal, la que hace en fin, que las estrellas como corridas se cubran de un diáfano velo, porque descorrido el cortinage de oro, se muestra la reina de la noche, asentada sobre su trono de alabastro; cuando tal veo, ¡Dios mio! hasta la médula de mis huesos penetra la delicia del vivir, amo deveras la existencia, bendigo al que me hizo tan precioso don."

„Al malvado toca, pues, huir de los hombres, no á sus víctimas;—y es verdad que huyen los malvados,—pero no que buscan, ni ménos que aman la siempre apacible soledad.—¿Veis aquella nubecilla de rojo tan encendido, que cual banda de flamencos se desliza hácia el zenit? en breve rato la vereis envuelta en negro humo, cual hoguera al estinguirse, y notareis cuán lentamente va estendiéndose, y que al fin queda todo el azulado firmamento cubierto de un pardo capuz. Muda está la naturaleza,—cual hija obediente que se dispone á ejecutar las órdenes de su Padre y Señor.—En la espesura de las selvas déjase ver un hombre que camina con paso vacilante, torva es su frente, su ceño aterrador; su negro cabello flota á impulso del viento que empieza ya á silvar; de sus hundidos ojos brota espanto; que la cercana tempestad le tiene sobrecogido de terror. El ronco mugido del torrente, la atronadora voz del huracán que azota contra el suelo al empinado cedro, y arranca de raiz á la robusta encina; el retumbo del rayo, la lucha en fin, de los airados elementos, hacen que el réprobo, en vez de anonadarse, exhale con voz rugiente una execrable imprecacion.... El brazo del Señor se arma de ira, y su omnipotente dedo, escribe con fuego líquido sobre el manto renegrido del cielo.—„Maldicion al impío—maldicion."—Pasó el relámpago.... ¿Dó se esconde el maldito de Dios?—Ah! miradle ahora,—yertos yacen sus miembros destroncados, estampada está en el cieno su vil faz.... ¡Ah mi Dios! Si la magnificencia de tus obras te glorifica y proclama incesantemente tu bondad, no así los corazones de los hombres, que son vasos rebo-

sando en hiel, que al mas leve toque se derrama, cavernas tenebrosas donde toda iniquidad halla cabida y que exhalan sobre el mundo en medio de la oscuridad su ambiente emponzoñado y destructor:—Siniestros pensamientos, no desgarreis mas mi pobre corazon.—¡Dios bueno! ¿Son así por ventura todos los mortales? Mil veces no;—y aun cuando lo fueran,—son mis hermanos; bendícelos, Señor!

LUIS MARTINEZ DE CASTRO.

MISCELANEA

(VULGO)

MESCOLANZA.

México 1.° de marzo.

Amable Querubin.

Tú que todo lo ves, habrás ya reparado que las fachadas de los edificios de esta capital quedaron casi todas enjalbegadas y pintadas desde fines del próximo anterior, en virtud de una órden que al efecto publicaron las autoridades competentes. Como dicha órden comprende á todos los frontispicios sin ninguna excepcion, han creido algunas ciudadanas que aun con los suyos hablaba aquella disposicion de policia, así es que he notado con no poca sorpresa, que de dia en dia aumenta el número de fachadas de carne y hueso charoladas de un color de rosa parecido al que tienen las de cal y canto; aunque es de observar que no hay botánico en México que sepa decir qué rosa es y cómo se llama la que tiene tal color.

Famoso chasco llevé el otro dia en la Iglesia pues como estábamos ya en el carnaval y veia yo una ú otra figura, arrodillada, es cierto, pero á mi ver, con careta, me escandalizé en gran manera, aunque bien sé que en Italia es cosa muy comun que al salir de un baile de máscara, se vayan las gentes al templo en derechura. Como tú, amable Querubin, estás encargado en union de Madama Gourgues, del ornamento y policia del mas bello edificio de la creacion, que es la muger, te suplico deshagas la equivocacion en que inocentemente, han incurrido algunas damas, no sea que por fin se cumpla cierto pronóstico que en union de sus hermanitos debió haber salido á luz en el primer número del Liceo. Dice así:

"Muchas habrá que se pinten; y no se pondrán coloradas"

Y no sea tambien que tengamos que preguntar en adelante"

"¿Con qué te lavas la cara,"
"Clara, que tan linda estás?"
"¿Con agua clara no mas?"
"¿No mas que con agua, Clara?"

Concédeme la razon, querubin, y manda á tu amigo.—MALA-ESPINA.

El siguiente verso de Milton parece mandado hacer, (bien que no hay peores versos que los mandados hacer) para describir el alumbrado de las calles de México.

No light, but rather darkness visible,
Serves only to discover Sights of woe.

Porque en efecto, en dichas calles *no hay luz sino mas bien obscuridad visible, propia tan solo para descubrir miserias.*

DIALOGO.

—No, pues en cuanto á paciencia no hay quien dispute la palma á los alemanes, á no ser nuestros indígenas; figúrese V. que á un médico aleman, (es hecho histórico) se le vino á las mientes que convenia para el adelanto de su

ciencia contar los cabellos de un paciente suyo, y lo hizo con tal escrupulosidad que, segun dicen, reparó en pelillos.

Pregunta—Pero, hombre, el tal paciente seria tambien aleman, ¿no es cierto?

Respuesta—¡Vaya una pregunta!

Muchos hombres hay que no obstante haber concluido en las aulas el curso de medianos, para el mundo y la sociedad continuan siendo *medianistas*. Y es de advertir que tales gentes son las que siempre tratan de subirse á *mayores*; que la necedad constantemente engendra orgullo, ó mas bien es el orgullo mismo con distinto nombre.

Encontrareis frecuentemente hombres cargados de *honores*, que no tienen un adarme de *honor*, en los cuales todo es brillo y esplendor menos su honra, que si alguna tuvieron, está ya deslustrada y marchita, pues los *honores* suelen hacer con la *honra*, lo que los alacranes, de quienes es fama que devoran á la madre en acabando de nacer.

Cuando á trueque de pensamientos solo encuentro *sonidos* en algun escrito muy difuso se me viene al magin un oceano en que solo hay dos ó tres sardinas; y me acuerdo tambien del ridículo estrépito con que figuran la tempestad en nuestros teatros y que, segun entiendo, es causado por una caja *vacia* de hojadelata.

Los pueblos que inesperadamente salen de la esclavitud, como que no conocen cuan apreciable es la libertad, se conducen por lo comun como aquellas aves que nacieron en una pajarera y que cuando por ventura salen de ella, bien lejos de remontarse por los aires para gozar del don mas inestimable del Criador, se meten insensatamente en la primera jaula vacia que al paso encuentran.--Estos pájaros réptiles no merecen llamarse aves.

Los que delante de mugeres hacen alarde de sus conocimientos y vierten opiniones exageradas ó erróneas en materia de Religion ó de política, demuestran poco seso y obran ademas como los cobardes que se jactan de animosos en presencia de niños y gente pusilánime.

Suele suceder á los sumamente memoriosos lo que á los jugadores, que ganan y pierden en muy breve tiempo y con igual facilidad.

Los mas de los críticos son como el perro del hortelano; no comen ni dejan comer.

A. N. Gran Cruz de la Real y extendida órden de Plagiarios.

Míralo bien, Nicanor.
Ese es plagio y tu impudencia.....
—Ese no es plagio, Señor,
Sino simple coincidencia.

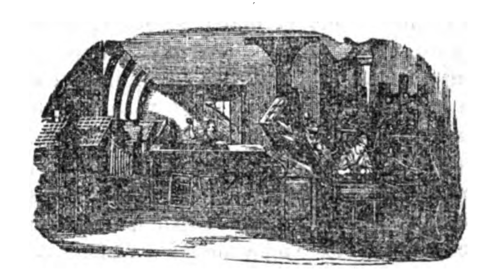
A un verso muy largo y muy desatinado.

—¿Es poema, oda ó que es?
—Yo digo que cientopies

Dos piés me habias leido
Cuando te vino la tos,
Y al oirlos he creido
Que te faltan *otros dos*.

Cuento.

Dos mendigos se espulgaban
En medio de un cementerio,
A la sazon que pasaban
Dos frailes de un monasterio.
—,,¿Qué hace pues aquella gente?"
Preguntó uno de los Teólogos,
—,,Hermano, si son *Frenólogos*,
Se examinan mútuamente"
,,A decir verdad creia"
Dijo el otro, que era esto
,,Algo de Entomología"
Y se partió haciendo un gesto.



Aviso á los fieles impresores.

Se hace presente á los discípulos de S. Juan *ante portam latinam*, que estamos en cuaresma y que por tanto deben apresurarse á lavar entre otras, la culpa en que suelen caer con mas frecuencia, á saber: la mortal por los cuatro costados de levantar falsos testimonios en materia de todos calibres.

Se ruega á los espresados fieles no se consideren ofendidos por que se les da este cristiano aviso ni digan que no era necesario, por haber ellos mismos *confeccionado*, tanto el catecismo de Ripalda, como el calendario del presente año.

Y se *prohibe* por último á dichos fieles *pensar* que quien les hace esta amonestacion probablemente debe el ser escritor á alguna *errata de imprenta* que se padeció en el libro de los destinos, porque es opinion entre reyes y gobernantes piadosísimos que Guttemberg no pasó siquiera por el purgatorio.

MALA-ESPINA Y BIENPICA.

JUVENTUD.

¡Cuán dulce, qué bella es la edad de los ensueños de amor y de gloria! Ardiente el pecho juvenil se dilata con los placeres, por todas partes encuentra sensaciones dulces, tumultuosas, sensaciones que para él son nuevas y que están llenas de vida y de fuego. Los sufrimientos y las penalidades causan cierto placer al jóven que se empeña en vencerlos; sus quebrantos le son dulces, y sus mas crueles aflicciones se visten ese ropage melancólico y poético que embellece algunos instantes de nuestra vida. Por todas partes concibe el jóven amor; en todas partes busca á la gloria: las bellas y el honor, la hermosura y la nobleza de las acciones son su felicidad, su esperanza, sus delicias y su ambicion. Entónces ese jóven, con sus veinte años de existencia, con su corazon de fuego, con su alma cándida se precipita en el mundo, tan incauto como la mariposa que se inunda de gozo en el mar de colores que se desprende de una bujía; como ella se precipita, y como ella tambien caerá en el fuego y se quemará su alma y acabarán sus ilusiones. Porque el jóven solo vé al mundo al través de un prisma que le pinta los objetos vivos, brillantes, seductores, al través de un instrumento mágico que le oculta los vicios de las sociedades, de los hombres todos; porque ese jóven solo mira el mundo tras el velo que encubre sus ojos, tras ese velo de sus veinte años, de su fé sincera, de su alma ardiente y de su corazon apasionado. ¡Qué bella es para él la vida! Juramentos terribles, sacrificios heroicos, todo lo prodiga, porque cree hallar en cada hombre un hermano, en cada muger un ángel; porque cree todas las protestas falaces de una falsa cortesanía, porque juzga de todos por sí mismo, porque cree que todos tienen las mismas inclinaciones que él, los mismos sentimientos. . . . . . . ¡Desgraciado! Quizá hoy se precipita en los brazos de un hombre, llamándole amigo, llamándole hermano; y ese hombre lo arrastrará al garito y ese hombre lo llevará al lugar en que caerá la justicia y le verá confundido entre los criminales; mas todo lo sufrirá, porque ama á los hombres y disculpa sus errores, y porque ese hombre le ha hecho los votos solemnes de la amistad.—Todo lo sufrirá. Quizá arrojado á los piés de esa bella jura el jóven un amor eterno; recibe sin duda un *yo te amo*, recibe un juramento, y su pecho rebosa de placer y su voz le ahoga entre sus lágrimas del delite, del deleite de verse amado, porque ese jóven ha puesto todo su amor en esa muger, porque de ese amor pende su vida. Quizá confiando en las promesas de ese hombre, fia el jóven toda su fortuna, porque es su amigo; y si ese hombre pierde mañana esa fortuna, el jóven lo sufrirá porque lo ama, es su hermano, ambos lo han jurado.—Acaso entrega ese jóven, obligado por la necesidad, á la honradez del hermano, del amigo, el depósito sagrado que se entregára á su honor; y el jóven estará sin temer porque no desconfia de nadie, porque no ha visto al mundo mas que por su lado bello. ¡Juventud, edad dichosa! ¡Cuán dulce eres! ¡cuán bella! Mas si rompiéndose el prisma encantado, si rasgándose el velo que encubria los ojos del jóven, puede ver claramente al mundo, su desgracia se ha consumado.—¡Qué bella es la edad de las ilusiones! ¿Por qué se acaban? La muger adorada, la muger por quien vivia ese jóven, era infiel: ella ha faltado á sus juramentos, ha engañado.... ella ha desgarrado el velo, ha roto el prisma de las ilusiones juveniles. Ese hombre, de cuyos hechos penden el honor y la

Liceo Mexicano.



D. MARTIN ENRIQUEZ

fortuna del jóven, rompe tambien ese prisma encantado, lo ha engañado vilmente, sus ilusiones han acabado; ya no hay ante sus ojos sino crímenes, engaños, perfidias. Veinte años ha visto al mundo como un Eden, veinte años ha sido feliz.—Hoy es desgraciado.—¡Qué diferencia tan cruel! veinte años.... Un dia mas, y la vida ha acabado y sus ilusiones se han marchitado.—¡Pobre jóven! tu corazon se secará y arderán tus ojos; las desgracias se seguirán unas á otras y te martirizarán y destrozarán tu seno.—La dicha ha acabado; eres ya viejo; viejo de veinte años, viejo por tus pesares, viejo ya por tus desengaños;—mas no temas si dudas de los hombres, házles beneficios, son siempre tus hermanos; ama á tu patria, aunque es ingrata; ama á tu familia; el amor tranquilo, el paternal, el amor conyugal te serán de alivio, el estudio te será grato. ¡Pobre jóven!—Tus ilusiones acabaron. ¡Ah! tu eras virtuoso por tus ilusiones, sólo ahora por conviccion; es el único consuelo de esta vida, es la ilusion que le queda al hombre despues de sus padecimientos y de sus desengaños; es una ilusion que se convertirá un dia en realidad, y ese dia será un dia terrible: es un dia en que se olvida este mundo para no acordarse mas que del mal que ha hecho. Ese dia es el dia del descanso, es la única y verdadera felicidad.... ¡Es la muerte, pobre jóven!—J. M. DEL CASTILLO.

Si fuera yo juez, el temor de sentenciar á un hombre que habia robado porque sus hijos hambrientos le pedian pan, me haria perdonar á todos los ladrones.

El rico recibe con un hijo la bendicion del cielo; el miserable vé escrita en la frente de los suyos, su desgracia, su maldicion!

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. MARTIN ENRIQUEZ DE ALMANZA.

La mentida conspiracion del marqués del Valle, y la conducta apasionada y cruel que observó la audiencia en el exámen y determinacion de los procesos habian llenado de sobresalto los ánimos de los habitantes de la Nueva-España. Calmóse un tanto esta inquietud con la venida del virey, marqués de Falces. De alma bondadosa y enemigo de medidas estremas, no era estraño que D. Gaston de Peralta reprobase las tomadas por la real audiencia, ni que apénas entrado en el gobierno, tratase de remediar los males que ellas habian causado. La calificacion que esta reforma importaba de los actos de un cuerpo orgulloso, apegado al mando y no muy resignado á desprenderse de él, la vergüenza por que se le hacia pasar con la reprobacion pública de sus procedimientos; y cuando no fuera otra cosa el deseo natural que tenemos todos de concluir por nuestras mismas manos la obra que hemos empezado, empeñaron á la audiencia en buscar un medio que la salvase de nuevas humillaciones, é hiciese respetable, y sagrada su autoridad en lo sucesivo.

La desconfianza era uno de los rasgos característicos de Felipe II. Ella le hizo mostrarse mas de una vez ingrato para con sus mejores vasallos. Fácil fué por lo mismo a la audiencia y sus parciales, introducir la duda en el corazon de aquel monarca, sobre la lealtad de su virey. Acusaron á este de favorecer las miras de los conquistadores, de haber enviado á España al marqués del Valle y á su hermano D. Luis, para que no tuviese lugar en ellos el castigo que merecian por su crímen; en una palabra, de querer levantarse con el reino. Tan graves como calumniosos eran estos cargos: Peralta que apénas revestido del mando, habia escrito al soberano, informándole del estado en que encontró los negocios de la Nueva-España, y de la conducta prudente y templada por medio de la cual habia logrado

calmar los ánimos harto conmovidos con los recientes trastornos, no debia temer daño alguno de los falsos informes de sus contrarios. Importaba á estos por lo mismo que las cartas del virey no llegasen al trono. No vacilaron, pues, en interceptarlas villanamente, y lograron que se presentase ante él solo la acusacion, no la defensa. Menguadamente obró entónces la corte, y no bastaron ni bastarán nunca á disculpar su ligereza las estériles satisfacciones que despues se dieron al virey. Sin esperar á que este contestase á los cargos que se le hacian, despachó de jueces pesquisidores á los licenciados Jaraba, Muñoz y Carrillo, con instrucciones de que luego que llegasen á la Nueva-España, hiciesen saber á Peralta su destitucion, y gobernasen segun la antigüedad de su nombramiento, miéntras se enviaba nuevo virey. Jaraba, el primer nombrado, falleció durante la navegacion; y por su muerte pasó á Muñoz el cargo de visitador.

¡Cuál no seria el asombro de Peralta al recibir la real cédula de que era portador Muñoz! El monarca que así desconocia sus servicios, obraba engañado. Tal fué el primer pensamiento que ocurrió á su alma generosa; y persuadido de ello, trató empeñosamente de conocer la intriga de que habia sido víctima. Averiguóla bien pronto, hizo público el vil manejo de sus enemigos: y dispúsose á partir en cumplimiento del mandato real.

1568—La época del gobierno de Muñoz fué una época de terror. Autorizado para conocer de los procesos pendientes, llegó su crueldad hasta un punto que hizo aparecer humana, en comparacion suya, la anterior conducta de la audiencia. No bastando las cárceles para contener el número de los reos, mandó construir nuevos calabozos, pero tan estrechos, húmedos y pestilentes, que un siglo despues, conservaban todavia el nombre funesto del visitador. Condenó al último suplicio á personas de las familias mas principales: hizo dar tormento á D. Martin Cortés hermano por parte de padre, del marqués que habia quedado en México con poderes de su hermano, y á otros muchos sujetos, cuyo crímen consistia únicamente en relaciones inocentes con los supuestos conspiradores. No podia, pues, ser mas violenta la situacion de los habitantes de la Nueva-España, y lícito es conjeturar que si se hubiera prolongado por mas tiempo, se hubieran perdido los frutos de la conquista. La audiencia misma motora y causa principal del nuevo gobierno, jamas habia pasado por tantas humillaciones; y ella que creyó mancillada su dignidad con las prudentes providencias del Marqués de Falces, al considerar ahora el desprecio con que era tratada por el visitador, debió ver en él el castigo de su villana conducta para con Peralta.

Por fortuna llegó á la corte la noticia de los crímenes del gobernador Muñoz; é inmediatamente se trató de poner remedio á ellos. Hallábanse allí á la sazon los oidores Villanueva y Vasco de Puga que el visitador Valderrama habia hecho salir de México; y fueron nombrados para llevar con toda diligencia la real cédula en que se ordenaba á Muñoz que á *las tres horas* de haberla recibido dejase el mando en manos de la audiencia y viniese á España á dar cuenta de su manejo. Villanueva y Vasco de Puga llegaron á México el martes santo 13 de abril, y dieron al punto parte á la audiencia de los recados que traian contra Muñoz. Grande fué el gozo que la causó esta nueva; pero era tal el miedo que aun caido le tenian, que nadie quiso encargarse de notificárselos. Por fin despues de un largo debate, resolvió el acuerdo que los oidores recien llegados, acompañados del secretario Lopez de Aburto hiciesen saber el real mandamiento al visitador. Habíase éste retirado á pasar la Semana-Santa al convento de Santo Domingo, y á él se dirigieron los comisionados al amanecer del dia siguiente. Mucho tiempo esperaron antes de entrar; y el recibimiento descortez é insultante que Muñoz les hizo, pues apenas se dignó inclinarles levemente la cabeza, les dió aliento para desempeñar su encargo. Ejecutólo Villanueva, sacándo del pecho la real cédula y mandando al secretario la leyese en voz alta. Quedóse pensativo el visitador luego que la hubo oido, como negándose á dar crédito á la realidad que estaba palpando. El asombro de Muñoz no era como el de Peralta en un caso semejante el de aquel que va á sufrir una persecucion inmerecida é inesperada; sino el del criminal que se siente herido del golpe cuando lo creia lejano. Al cabo de un rato contestó que obedecia: y aquel hombre que pocas horas antes se creia igual á un monarca, debió solo á la caridad de algunos vecinos el hacer, acompañado de Carrillo, el viage en coche hasta Veracruz. Juntos partieron en una flota, que estaba para darse á la vela, los dos jueces y D. Gaston de Peralta. Llegados á la corte desvaneció éste cuantos cargos le imputaron y dejó satisfecho al rey de su conducta. Es fama que cuando Muñoz pretendió á su vez sincerarse, Felipe II. le dijo con enojo: *"Os envié á indias á gobernar, no á destruir:"* y le volvió la espalda sin querer escuchar mas razones. Aquella misma noche mu-

rió el visitador repentinamente.

Las desgracias pasadas habian enseñado á la audiencia á ser ménos arrogante y esclusiva; y en los breves dias que quedó encargada del gobierno, por la partida de los visitadores, observó una conducta prudente y templada. En octubre de ese mismo año se supo haber llegado á Veracruz el nuevo virey D. Martin Enriquez de Almanza, el cual, luego que hubo arrojado á los ingleses de la Isla de Sacrificios de que estaban apoderados, emprendió su marcha para México, é hizo su entrada en esta ciudad en 5 de noviembre.

1569.—Objeto de todas las esperanzas, D. Martin supo merecerlas, y hacer que no fueran ilusorias. Logró calmar los ánimos, y desde los principios de su gobierno dió á conocer que no pensaba seguir las huellas de los anteriores. Mudados los oficios de policía, tocaron en este año las alcaldías de mesta á Hernando Gutierrez Altamirano y á Juan Guerrero: las ordinarias á Diego Ordaz y al Br. Nuñez; la procuraduría mayor, á Gerónimo Lopez; el cargo de obrero mayor, á Francisco Mérida; el alferazgo real, á Jorge Mérida; la procuraduría de corte, á Melchor Legaspi; y la escribanía de cabildo á Tomas Justiniano. Una disputa que se suscitó entre los frailes de S. Francisco y algunos clérigos, con motivo de pretender estos se volviese á su convento la procesion en que por costumbre antigua iban aquellos á la Iglesia de Santa Maria la Redonda, vino á alterar por un momento la paz de que comenzaba á disfrutar la ciudad. Fueron vanas cuantas diligencias se hicieron para lograr un avenimiento: vinieron á las manos, tomando los mexicanos la defensa de los frailes, y no sino despues de algunas desgracias logró restablecerse la tranquilidad. Cualquiera medida de rigor en aquellas circunstancias hubiera sido de funestas consecuencias; contentóse por lo mismo el virey, (y era tambien lo mas conforme á su natural bondad,) con imponer penas muy leves á los principales culpables en aquel alboroto. En este mismo año fundó Bernardino Alvarez, prévias las licencias necesarias, el hospital de San Hipólito.

1570.—Asuntos graves ocuparon á Enriquez en el siguiente. Causaban los chichimecas largo tiempo hacia graves daños en el interior; sin que hubieran permitido poner remedio á ellos los celos y miserables intrigas de que entónces se ocupaban las autoridades. La impunidad aumentaba su osadía, y los males eran cada vez mayores. No satisfecho el virey con haber mandado á Juan Torres de Lagunas, alcalde mayor de aquella comarca, que reuniese las milicias, y saliese á castigar á los rebeldes, quiso él mismo participar de aquella jornada, y partió á incorporarse con el alcalde. Ignóranse cuáles fueron los resultados de su cooperacion; mas se consiguió su objeto, pues se obligó á los indios á dejar libre aquel territorio, despues de haberles hecho un gran número de muertos. La historia de aquellos tiempos que tiene tantas páginas manchadas con crímenes, tiene tambien algunas que interesa conservar para honor y consuelo de la humanidad. La ley de la imparcialidad impone al historiador el deber de presentar unas y otras en toda su deformidad ó belleza. Mal pudiéramos, pues, omitir un rasgo que hará cara para siempre la memoria de D. Martin Enriquez. En medio de los horrores de la campaña, tuvo particular cuidado este virey de que no se hiciese daño á los niños indios que caian en manos de los soldados; y concluida la jornada los hizo traer á México, y los distribuyó entre las familias ricas para que les dieran una educacion cristiana. Con el objeto de defender el pais de nuevas invasiones, fundó en el mismo teatro de la guerra una colonia, á la que llamó de San Felipe, en honor sin duda de su soberano; y le dió el título de *villa*.

1571.—1572.—1573.—Tal era el estado de los negocios cuando llegó á México el Sr. D. Pedro Moya de Contreras con el cargo de inquisidor, enviado por Felipe II para establecer el tribunal de la fé en esta ciudad. Temeroso el monarca de que las ideas que entónces proclamaba en Europa la reforma, lograsen partidarios en la Nueva España, hizo á sus habitantes este funesto presente. Luego que la audiencia examinó los recados de Contreras, se procedió á nombrar los oficiales y dependientes del Santo Oficio; lo cual se verificó con gran solemnidad en la Iglesia de Sto. Domingo. A poco llegó tambien el Dr. Pedro Sanchez, jesuita, con otros varios religiosos de la misma órden; contaban con el favor del virey, que siempre les tuvo mucha aficion, y con el de las corporaciones y particulares mas respetables, de suerte que no les fué dificil llenar cumplidamente su mision. Fundó el Dr. Sanchez el colegio en unas casas que le cedió Alonso Villaseca, y se trasladó á ellas con su comunidad el dia 24 de diciembre de 1572.

Por este tiempo estableció Enriquez la alcabala; y aunque los mercaderes se opusieron á esta medida, nueva enteramente para ellos, alegando que con ella se daba un golpe mortal á sus giros, no por eso pudieron conseguir

que el virey la suprimiese; porque este juzgaba, y no sin fundamento, que el comercio habia llegado á un punto de robustez en que no podian acabar con él providencias de este género.

1574.—1575.—Mas no encontró igual resignacion de parte de las órdenes mendicantes. Habia recibido D. Martin una real cédula, en la cual se le ordenaba, que no fuese admitido en estos paises ningun prelado que no trajese la competente licencia del consejo de Indias, ó que no la presentase á las autoridades civiles para tener su beneplácito ántes de empezar á ejercer su ministerio: que se obligase á los de Nueva España á dar cada año una cuenta exacta del número de monasterios y religiosos que hubiese en ellos,—con espresion de su edad, calidad, y del género de ejercicio en que se empleaban; se mandaba por último, que los prelados avisasen al virey ó la audiencia, cualquiera variacion que intentasen hacer en los cargos conferidos á sus súbditos. Las órdenes creyeron que con esto se atacaban sus privilegios y exenciones; y que la autoridad temporal metia su hoz en mies agena, pretendiendo alterar lo que ya estaba establecido por las leyes eclesiásticas y por las de sus institutos, únicas á cuya obediencia podia estrechárselas en esta materia.—Así lo representaron á la corte por medio del comisario que en ella tenian, haciendo un gran alarde de los importantes servicios que habian prestado y continuaban prestando á la religion y á la corona. Apoyó todas sus razones Fr. Domingo de Salazar, obispo de Filipinas, y alcanzaron por fin que se sobreseyese en el asunto, conservándose las cosas en el mismo estado. Mas que por la justicia de su resistencia, movióse la corte á no llevar al cabo estas providencias por la escasez que entónces habia de misioneros, y por consideracion debida, sin duda alguna, á personas tan beneméritas.

1576.—1577.—En esto se entendia, cuando comenzó á anunciarse una peste entre los mexicanos, la cual, creciendo rápidamente, acabó con millares de familias. Ignórase cuales fueron sus causas, y cuál el lugar que primero sufrió sus estragos. Lo que se sabe es que recorrió casi todo el territorio de la Nueva España, y que no bastaron á detener sus progresos ni á precaver sus efectos, ni los auxilios de la ciencia, ni la vigilancia y esmero de las autoridades. Sus síntomas consistian en un fuerte dolor de cabeza, al cual seguia calentura, sintiéndose al mismo tiempo un ardor que abrasaba al paciente y que nada era capaz de aliviar. Ningun apestado llegaba al séptimo dia; todos morian en tan breve tiempo. Notóse entónces que no mas entre los mexicanos cundia la epidemia, y que solo uno que otro español fué su víctima. Esta circunstancia hace que no aparezca heroico el celo con que estos asistieron á los enfermos; no obstante, no necesita de este nuevo mérito para que le consagremos un recuerdo de gratitud. Distinguiéronse especialmente las señoras en acudir con socorros de todo género á los pacientes, y esta conducta noble y desinteresada les grangeó la estimacion y el reconocimiento público. Habian pensado el virey y el arzobispo en levantar hospitales, pero era inútil este arbitrio, porque á esto estaban reducidas las ciudades, los pueblos todos. Creese que llegó á dos millones el número de los muertos. Fuése calmando un tanto la peste, luego que cesaron las llúvias; y á la entrada del invierno de 1577, habia ya casi desaparecido.

1578.—1579.—En este año mandó Enriquez que no se cobrase á los indios el tributo que debian pagar anualmente, cuya providencia no contribuyó poco al alivio de aquellos desgraciados. Mas no limitó á esto su atencion paternal el virey. Apesar de las humanas leyes dictadas por los reyes católicos para mejorar su situacion, y contener á los encomenderos, apesar de las frecuentes amonestaciones y reclamos de sábios y respetables misioneros, la raza conquistada sufria grandes vejaciones y trabajos. En las minas era donde se trataba á los indios con mas crueldad. En ellas estaba cifrado todo el porvenir de aquellos ávidos especuladores y á juzgar por los cortos momentos de reposo que permitian á los indios, no parecia sino que habian de disfrutar todos los tesoros que encerraba en sus senos la Nueva España. El virey trató, pues, de remediar estos abusos, y para ello mandó que no se les obligase á permanecer en las minas esclusivamente, sino que ántes bien se les diese tiempo suficiente para cuidar de sus propios haberes y trabajar en el beneficio público, pagándoseles el competente salario.

Esta conducta benéfica y prudente iba haciendo renacer la esperanza de alcanzar mas felices dias. Los últimos de su gobierno fueron turbados por una ocurrencia que conviene mencionar. Habia ido á ver á D. Martin el comisario de los franciscanos, Francisco Rivera, para tratar con él de un negocio. El virey le hizo esperar largo rato, y al cabo no le dió audiencia. Creyó el comisario que este era un desaire á su comunidad, y habiéndosele ofrecido á pocos dias predicar en la Catedral, dijo

en el sermon estas palabras con ánimo de zaherir al virey: ,,*en palacio á todos se iguala, ni se hace diferencia entre eclesiásticos y seculares.*" Enriquez, que conoció inmediatamente la intencion del religioso, se quejó al acuerdo y pidió su castigo. La audiencia libró una órden para que Rivera marchase á España. Para eludir aquella pena juntó el comisario á todos los religiosos, y cantando el Salmo *in exitu Israel de Ægipto* salieron en procesion de la ciudad, y en el mismo órden tomaron el camino para Veracruz. Supo por entónces reprimir el virey su enojo, y escribió á Rivera en términos muy comedidos que se volviese, que los ánimos andaban alterados con este escándalo; y que se le haria la justicia que reclamaba. Volvió en efecto el comisario, y á poco recibió una cédula del monarca para que marchase á España, pues estaba informado por su virey de los grandes atentados que habia cometido.

1580.—La abundancia de lluvias causó este año una inundacion en la ciudad, y entendia D. Martin Enriquez en la construccion del canal de Huebuetoca, cuando fué promovido al vireinato del Perú.

Alejandro Arango y Escandon.

LA MIRADA DE AMOR.

Era la tarde: sentado
De un castillo junto al muro
Tierno canto de amor puro
Entonaba un trovador;
Y así cantando decia
Al son del arpa sonora:
,,Más no te pido, señora,
Que una mirada de amor."

"Ya la noche se avecina,
Y del sol en tus almenas
Débil rayo toca apenas,
Eclipsando su fulgor:
No hagas que á mi vista robe,
Tendida la niebla oscura,
La espresion de tu ternura
La mirada de tu amor.

,,Acude ¡hermosa! ninguno
Ha de amarte cual yo te amo:
Oye el sentido reclamo
De tu constante amador:
Yo entretengo tus desvelos,
Entonando dulce canto;
Y tu.... me niegas en tanto
Una mirada de amor.

,,Yo he lidiado en Palestina
Y de gloria me he cubierto,
Al volar por el desierto
Mi corcel batallador;
Pero muy mas me enagena
Que del triunfo los loores
De tus ojos seductores
Una mirada de amor.

,,Cuando tras duros encuentros
Volví á tus muros triunfante,
Ví tu angélico semblante
Encendido de rubor.
Tú apenas me dirigiste
Una lánguida mirada,
Que era del cielo inspirada,
Que era mirada de amor.

,,¡Hermosa mia! si ornara
Mi sien altiva corona;
Si de la una á la otra zona
Fuera absoluto Señor;
De tus encantos llevado
Trocaria mi grandeza
Por tu mágica belleza,
Por tu mirada de amor.

,,Oye benigna, Señora,
Los tristes suspiros mios;
Que yo temo tus desvios
Mas que del moro el furor:
Que yo rendido te adoro,
Que yo pongo mi ventura
En mandarte mi ternura
Y una mirada de amor."

Ruido entonces se apercibe;
Y una ventana se abria,
Do la dueña aparecia
Del alma del Trovador.
La voz cesó: brilla luego
De la hermosa enamorada
Una lánguida mirada,
Una mirada de amor.

M. T. Ferrer.

México Marzo de 1844.

REMITIDO.

ELECCIONES INGLESAS.

(HISTORIA DE 1841.)

Siguiendo el camino que se estiende de Derby al pequeño pueblo de Dumphrey, sir Jorge Averson se entregaba por la primera vez de su vida a reflexiones bastante serias. Por la primera vez se encontraba en una situacion grave y solemne. El galope de cuatro caballos que tiraban de su silla de posta, lo llevaba á un mundo nuevo. Hasta esta época, sir Jorge se habia consagrado enteramente á los ejercicios cómodos y fáciles de una vida holgazana; habia sobresalido en Lóndres en las prácticas elegantes de la moda y de los placeres, disipando alegremente su fortuna, y aun alguna cosa mas. En el curso de esta brillante existencia, habia viajado con frecuencia; pero siempre para su recreacion; un viaje á negocios era para él una novedad, y por esta razon encontraba en él un cierto encanto. ¿Que irá á hacer sir Jorge á Dumphrey? La respuesta á esta pregunta era un secreto que las gacetas no podian tardar en descubrir al público.

Ya hemos dicho que sir Jorge se habia dejado llevar por sus prodigalidades, mas allá de lo que le permitian los límites de su fortuna. Despues de haber devorado su capital, habia tambien agotado su crédito y la paciencia de sus acreedores. Sitiado por una formidable artillería de memorias y letras de cambio, batido en brecha por todos lados, reducido á rendirse por hambre, ó á dejarse asaltar á viva fuerza, el héroe se vió obligado á dirijirse á uno de sus parientes, cuya opulenta benevolencia lo habia socorrido en otras ocasiones en circunstancias bien crítitas; pero los parientes mas generosos se cansan al fin como los acreedores mas considerados, y aquel le habia respondido que estaba pronto á hacer un último sacrificio de tres mil libras esterlinas pero con la condicion espresa de que esta suma seria bastante para regularizar la posicion de su gobierno. Sir Jorge, pues, debia mas de veinte mil libras, y no siendo negociante, no podia ser admitido al beneficio de una bancarota. Una prision por deudas era inevitable, y nuestro desgraciado zángano, viendo aproximarse el momento fatal, procuró distraerse y disfrutar de lo que le quedaba. Arroja con indiferencia sus últimas monedas de oro, sobre la carpeta verde del Club Crockford, y despidiéndose así del juego que lo habia maltratado en su prosperidad, encontró un buen cambio; ganó en una sola tarde cinco mil libras esterlinas.

Con este dinero podia entretener á sus acreedores por algunos meses; pero las apuraciones debian renacer despues. La fuga y un viaje por el continente no le ofrecian recursos mas durables; acostumbrado á vivir ampliamente, habria bien pronto acabado con su pequeña fortuna, y entónces ¿qué seria de él? Incierto del partido que deberia tomar, sir Jorge que rarisimamente pensaba en la política, abre maquinalmente un periódico, y lee á la cabeza de la primera columna un artículo que anunciaba la disolucion de la camara de los comunes.—¡,, Nuevas elecciones "! ¡ved ya mi negocio! grita el favorecido jugador." Las cinco mil libras que he ganado, y las tres mil que me dará mi tio, son suficientes para librarme de las garras de mis acreedores. Estoy bastante rico para arrancar una mayoría y ponerme á cubierto bajo la inviolabilidad parlamentaria."

Este medio practicado tan frecuentemente por los disipadores ingleses ofrecia á sir Jorge grandes ventajas. Con astucia y algunas capitulaciones de conciencia, debia asegurar su posicion y rehacer su fortuna. Ya no piensa mas que en escojer bien el terreno para no perder sus avances, y en emprender el camino mas practicable. Entónces sir Jorge se entrega á estudios profundos de geografia política, y despues de haber recorrido el mapa, se fija en el lugarejo de Dumphrey que reunió, para él, condiciones muy preciosas: electores en poco número: un pais pobre: can-

didatos obscuros y poco temibles: y en fin la vecindad de un magnífico castillo habitado por lord Stamby, que ejercia una influencia notable en la comarca.

Despues de un maduro exámen y cálculos tirados sobre buenos informes, sir Jorge aguarda como cierto el buen éxito. El procurador encargado de sus negocios se compromete formalmente á entretener á los acreedores por tres semanas. Este era un tiempo mas que suficiente para poder llegar al punto. El candidato, pues, parte alegremente para Dumphrey llevando su eleccion en la cartera. ¡Feliz pais donde se puede uno elevar al rango de legislador, y asaltar un asiento en el parlamento con el producto del juego.

Siguiendo su camino sir Jorge se abandonaba á sueños dorados; el porvenir le parecia adornado de los mas resplandecientes colores: la eleccion era á sus ojos una comedia llena de escenas divertidas.—Yo sé bien mi papel, decia, lo desempeñaré con seguridad; seré complaciente, liberal, elocuente y daré un buen convite á mis electores, me aplaudirán, y llegaremos sin dificultad á un fin fácil y previsto.

El carruage se detiene para mudar caballos.

—¿Donde estamos? pregunta sir Jorge.

—En Ferness.

—¿Cuántas millas hay de aquí á Dumphrey?

—Veinte y ocho. Llegará V. ántes que se ponga el sol.

—Pues caminemos, poned buen tren. Yo pago doble.

El postillon iba á lanzar sus caballos, cuando un correo que venia á toda carrera le hizo señal de que aguardase, y presentándose á la portezuela del carruaje dijo ¿Quien es sir Jorge Averson.

—Yó.

—Ved una carta que os dirije M. Hopkins.

Sir Jorge la abre y vé que no contenia mas que estas cortas palabras.

„Deteneos en Ferness, ó en otra parte, y disponeos para no llegar á Dumphrey sino de noche. Yo os aguardaré."

Hopkins era un agente electoral á quien sir Jorge habia encargado sus intereses. Este aviso hubiera producido inquietudes á candidatos vulgares, pero sir Jorge estaba dotado de una confianza cuya serenidad ninguna cosa podia turbar.

Este diablo de Hopkins, decia para sí, es hombre misterioso. Está disponiéndome indudablemente alguna sorpresa..... Sí, ya veo lo que esto pueda ser: quiere que yo llegue de noche por que me ha preparado una iluminacion. Sea así, aguardaré para hacer mi entrada triunfal en mi buen lugar de Dumphrey.

Ocupado de esta idea que halagaba su amor propio, sir Jorge se resigna facilmente á pasar dos horas en el pueblo de Jerness. Al caer el dia, se puso en camino y su sorpresa fué grande cuando al aproximarse á Dumphrey advirtió que toda la poblacion estaba envuelta en las tinieblas mas profundas. Un hombre lo aguardaba en el camino: este era Hopkins.

—Descended de vuestro carruage, le dice el agente electoral, y venid á pié conmigo. No seria prudencia hacer ruido.

—¿Porqué es esto? le pregunta sir Jorge que comenzaba á perder una parte de sus ilusiones.

—Es porque nuestros adversarios no duermen mas que con un solo ojo.

—¡Y bien! mi presencia sola ¿no debe confundirlos?

—Sin duda; pero en atencion á que es seguro vuestro triunfo, podrian vengarse, haciendoos un pesado recibimiento.

—Y mis amigos ¿no están para hacer que estos bellacos entren en razon?

—Vuestros amigos no lo serán sino cuando háyais contado con ellos.

—Yo tengo lo necesario para asegurarme de su adhesion.

—¿Cuanto traeis?

Seis mil libras esterlinas á mas de las dos mil que ya os envié.

—Es bien poco, para la tasa en que estan los sufragios hoy. ¡La mercancia electoral sube de precio todos los dias! Me he dirigido ya á los whigs y á los torys; casi casi estan al mismo precio. Sin embargo, por la cantidad, me ha parecido que haria mejor mercancia de torys, y he hecho mis ofertas y mis demandas á este partido. Pero tendrémos, puede ser, mucha dificultad en salir de este paso con ocho mil libras.

—Con todo esto, por esta suma siempre se ha podido poner un sitio al parlamento.

—En otros tiempos esto era nada; pero ¡la industria ha hecho tantos progresos! Si esta continúa, las voces concluirán por ser tan caras en las elecciones como en la ópera. Los electores se harán pagar como los tenores.

—Los *diletanti* politicos se harán entónces bien raros. La Inglaterra no será bastante rica para gozar del gobierno constitucional.

—Yo me lo temo. Pero de aquí allá tene-

mos bastante tiempo, y tomando bien nuestras medidas, comprando á bajo precio algunos votos de deshecho, podrémos aun llegar. Yo ya he hecho un buen empleo de las dos mil libras que me mandásteis; he dado arras á algunos centenares de electores que aguardan el libramiento completo de sus sufragios. La nota de este gasto monta á novecientas libras.

—Restan mil cien.

—Además, he alquilado la hospedería de *las armas de Escocia*, donde vuestros electores serán alojados, y donde se les dará de comer y de beber á vuestras espensas. Por esto me han pedido cien libras á cuenta de trescientas del convenio.

—Novecientas y trescientas hacen mil y doscientas.

—Aguardad. He alquilado en vuestro nombre la principal casa del lugar, y pagado íntegramente el precio del alquiler de tres meses á razon de cincuenta libras por mes.

—¿Tres meses decís? Es inútil; las elecciones no duran mas que quince dias.

—Es necesario tener todo previsto, podeis ser detenido por mas tiempo en Dumphrey.

—¿Cómo?

—Seguramente. ¿No podeis recibir en la lucha electoral alguna herida grave que os ponga en la imposibilidad de regresar inmediatamente á Lóndres.

—Verdaderamente no habia yo pensado en este peligro.

—Tranquilizaos. He hecho venir, y siempre á vuestras espensas, al mejor cirujano de Derby, un hombre admirable para las amputaciones. Estará á vuestras órdenes por todo el tiempo de las elecciones.

—¡Esto es asegurarse mucho!

—No es todo. He hecho establecer en vuestra casa una botica completa, y ciento cincuenta camas, donde serán recibidos y asistidos los vuestros que salgan contusos. Se pondrá arriba de la puerta un rotulon con estas palabras: *Hospital para los electores del honorable sir Jorge Averson.* Esta es una atencion delicada que no puede dejar de producir un efecto excelente.

—¡Por el contrario! Esta precaucion va á espantarlos.

—Todo es debido, ellos lo aguardan. Saben los riesgos que corren, y hay gentes honestas que lo recibirán por su dinero. Muchos de ellos han pasado ya por esta prueba, y llevan honrosas cicatrices. El pais es célebre por su calor en este género de negocios. Tenemos en Dumphrey un gran número de mancos, cojos y tuertos, reducidos á este estado por las elecciones. Ved por qué son tan caros los sufragios. Hay lugares en que el simple voto es mas barato, pero se estipula una indemnizacion á los heridos y á la familia de los muertos: aquí muertos ó heridos nada tienen que reclamar, lo que no deja de ser una buena economía.... Recapitulemos: el alquiler, el cirujano, la botica, el hospital hacen quinientas libras, que unidas á las mil doscientas contadas ya, suman mil setecientas. A mas de esto, he depositado doscientas guineas en casa de un notario para el caso eventual que haya de repararse la casa que habitareis.

—No he comprendido bien este artículo.

—Nada hay mas claro. Inevitablemente los vidrios de vuestra casa serán rotos desde el primer dia, y no tendréis la simpleza de hacerlos reponer inmediatamente, y así este será un solo gasto.

—¿Romperán tantos que llegue á doscientas guineas de vidrios?

—No; pero es cierto que el estrago no se limitará á esto. Romperán tambien las ventanas y las puertas. He dado fianza segun se acostumbra por estos pequeños deterioros; si acontece algo de mas importancia....

—¿Qué cosa?

—Si por ejemplo, como ha acontecido innumerables ocasiones, la casa es demolida, el propietario tiene su recurso contra vos: en esto no cabe duda, pero ha tenido la delicadeza de no exigir ninguna garantía para este caso excepcional: se contenta con su derecho y accion que los tribunales le dan contra vos, si no lo ejecutáis de buena gana. Es verdad que la cualidad de representante de la nacion os pone á cubierto por algun tiempo; pero tambien lo es que vuestro encargo no es eterno.

—Si mal no cuento, teneis que justificarme el empleo de cien libras.

—Ved mi memoria en la que encontraréis el detall, esta suma se ha gastado en pequeñas partidas....

—Veamos: por un sombrero forrado en cobre.... tres guineas, por una cota de maya veinte guineas.

—Sí, vuestro traje el dia que hableis sobre los *hustings*. La cota es muy flexible y se pone debajo del vestido. Esta os defenderá. Es necesario estar armado de punta en blanco en estas ocasiones. Son honderos hábiles, y probablemente no os escusarán algunas piedras lanzadas con mano segura. Estando bien equi-

pado, estareis libre de contusiones, y los golpes no os impedirán proseguir vuestro discurso. Solamente tendréis que proteger vuestra cara, la costumbre desgraciadamente no permite llevar una máscara ó una visera. Pero encasquetándose bien el sombrero y metiendo bien la barba en vuestra corbata, no dejaréis mas que un pequeño blanco á vuestros tiradores. El mas grande peligro existirá cuando descendais del tablado; mas si vuestros adversarios se muestran muy animados contra vos, haremos venir un escuadron del regimiento de dragones que se halla en Derby. Sobre este particular ya he escrito al coronel. Con los dragones habrá indispensablemente una batalla; pero esto nada importa; puesto que no teneis que dar ninguna indemnizacion á los heridos y á los muertos. Ya no nos resta mas que un mal, y es, que la fuerza armada os costará bien trescientas libras, y entónces no os restan para los sufragios mas que seis mil. Si no teneis un número considerable de votos gratuitos, no saldrémos bien con nuestra empresa. Segun me parece, os he oido decir que lord Stamby apoyará vuestra pretension. Esto será bastante. Lord Stamby dispone de cuatrocientos sesenta y ocho votos. Pero ¿cómo lo habeis decidido en vuestro favor?

—Lady Stamby es la que me ha prometido la proteccion de su marido.

—¿Le habéis hecho la corte? Esto es ser hábil. Por otra parte, ¡es tan coqueta! ¡Qué lástima que ya tenga cincuenta años! Es necesario, absolutamente necesario que vayais al castillo á recordar á Lady Stamby su promesa, la que ella cumplirá si os conducís como conviene con ella. Un candidato debe ser ciego é intrépido.

—¡Cómo! ¿vois creis?

—Cerrad los ojos, sed bravo, y nada os detenga, con tal que venzáis. Mis deseos os seguirán y arrancaré para vos sufragios, miéntras que vencéis allá abajo.... A propósito, ¿habeis traido vuestras armas?

—En mi carruaje tengo pistolas de viaje.

—El mayor Hogarthy, uno de mis amigos, os presentará sus espadas y pistolas de combate: tambien se ha puesto garbosamente á nuestra disposicion para serviros de segundo con migo en todos los duelos que tendréis.

—¿Todos los duelos decís?

—Siete ù ocho solamente, es indispensable. Muchos de vuestros adversarios políticos se han hecho inscribir en vuestra casa. Este es un medio de deshacerse de un competidor; pero nosotros los harémos entrar en razon. Vos habeis hecho ya vuestras pruebas, ya, ya lo sé, y tambien que vos sois un campeon fuerte y temible.

—Sí, mi querido Hopkins, y todo lo que me habeis dicho ha sido bastante para inspirarme una buena resolucion. Enviad á buscar los caballos.

—Vuestro carruaje está listo.

—Entónces yo parto, adios.

—¿Para el castillo de lord Stamby?

—Para Douvres, y de allí para Paris, donde aguardaré con las seis mil libras que me restan la herencia de mi tio.

(*Traducido para el Liceo por* J. P. T.)

ESTUDIOS HISTORICOS.

NAPOLEON.

PRIMERA ABDICACION.

Los años de 1812 y 813 habian pasado con grandes desengaños y terribles recuerdos para el genio que legó su nombre á su siglo. Las legiones de este genio invadieron en el primero la Rusia: los soldados que las componian en su mayor parte, habian sido vencidos por él en Arcole, Marengo, Austerliz y Jena. En diferentes idiomas se escribió la órden del dia, que tenia por objeto obedecer la voluntad de un solo hombre: ese hombre era *Napoleon*. Los soberanos de esos soldados casi le hicieron en Dresde, el servicio de edecanes. A su voz todo era vida y animacion: su presencia electrizaba aquellas masas, que marchaban con

orgullo bajo sus banderas. Inicióse la campaña mas sorprendente del mundo en el paso del Niémen. Las sangrientas victorias de Witepsk, Smolensk y la Moskowa le abrieron las puertas de la *ciudad Santa*; pero Moscow incendiada, daba un funébre reflejo á las águilas vencedoras de Napoleon. Despues de algunos dias en que inutilmente esperó éste la paz de parte del Czar, y viendo que no podria subsistir con un numeroso ejército en un pais incendiado y arrasado y que se hallaba á 800 leguas de su capital, dispuso la retirada. La esplosion del Krémlin la anunció á los moscowitas y esa esplosion los volvió en sí. Napoleon y sus tenientes se retiraron; mas su retirada fué la de un leon. Los rusos astutos y con un patriotismo llamado por algunos bárbaro; pero acaso el mas calculado, se habian retirado sacrificando cuanto podian sacrificar para que un enemigo no hallase en un desesperado triunfo, ningun auxilio que pudiera alentarle para permanecer en el suelo de la patria: ahora que retrocede, de todas partes salen á cortarle la retirada, retirada que podria valerles mas celebridad que la que sus antepasados habian adquirido en Plutawa. Los cosacos del Don, Nieper y Volga salian á reunirse á los diversos ejércitos que seguian las huellas del emperador de los franceses. Esos hombres rudos, esos tártaros no se detendrán hasta llegar á Paris! La naturaleza misma en Rusia pareció afectada de patriotismo, pues poniéndose el termometro á 18.° bajo cero, el invierno fué el mas fiel aliado que tuvieron los rusos. Se estremece el alma al considerar lo que los franceses tuvieron que sufrir, y se llena de admiracion á la idea, de que enmedio de privaciones de todo género, y luchando con los elementos, en donde quiera que hacian frente á un enemigo tenaz y vengativo, numeroso y salvaje, obligaban á la victoria á permanecer en sus banderas. Eugenio Beauharnais en Malojareslawetz y Ney cubriendo la retirada se inmortalizaron de nuevo, y Napoleon y su ejército al pasar el Berezina, con sorpresa y deshonra de los generales rusos Tchitchagof, Wittgenstein y Kutusof.

Napoleon llegó á Molodeczno para dirigirse á Wilna y tomó sus disposiciones despues de haber dictado su tremendo vigésimo noveno boletin de partir para Francia, dejando el mando á su cuñado Murat rey de Nápoles, que no supo corresponder á sus esperanzas y el ejército se desconcertó, en lo que influyó tambien el ecsesivo frio por haber bajado de nuevo el termometro hasta 27 grados bajo cero y las escandalosas deserciones del príncipe de Schwartzemberg y del general York. A tanto desastre el príncipe Eugenio supo hacer frente con un esfuerzo y heroicidad que le aumentaron la bien adquirida fama que disfrutaba en todo el ejército.

El 18 de diciembre, Napoleon llegó en la noche de incógnito á Paris, creyéndosele todavia en Wilna, en términos de que se le rehusaba abrir las puertas de su palacio de las Tullerias. Cuando se supo que estaba en él recibiendo las felicitaciones y protestas de adhesion de todos los cuerpos del imperio y que se habia salvado de los hielos de Rusia, quedó absorta la Europa.

Llegó el año de 1813 y en el tuvo Napoleon que prepararse á nuevos combates contra toda la Europa coligada é instigada por el oro de la Inglaterra ó mas bien por el espíritu dominante y constantemente impulsado hasta cerca de la tumba por Pitt, el ministro mas desinteresado de su pais, y el enemigo mas infatigatigable de la Francia en cuantas épocas la historia pueda señalar la rivalidad de esos dos pueblos. Mayor influencia tuvieron para exitar en Alemania el odio ciego al estrangero las voces sonoras y consoladoras de *libertad* y *patria*, que los monarcas modulaban para entusiarmar á los pueblos y llamarlos al combate, aunque despues nada les cumplieron de sus ofrecimientos. La juventud ocurrió frenética á ese llamado, y hasta los estudiantes de las universidades se colocaron en masa en los regimientos. Las asociaciones de *Tungend-Bund* desarroyaron todo su poder y prestigio, organizando y fomentando los enemigos de Napoleon.

Este creó en el momento un nuevo ejército de conscriptos que con los restos del que tan habilmente habia podido conservar Eugenio, se puso frente afrente de sus enemigos. El número de estos se aumentaba de dia en dia y el jacobino sargento Bernadotte que por la proteccion de Napoleon llegó á ocupar el trono en que se habia sentado Gustavo Adolfo y que obtiene hasta el dia, tomó parte contra su bienhechor y sus antiguos compañeros de armas. Semejante defecion era preludio de otras no menos vergonzosas. Por otra parte la diplomacia europea se adornaba con el ropage de la hipocresia y de la perfidia mas degradante.

Abrióse la campaña bajo auspicios favorables para las armas francesas; pero en los encuentros sucesivos que tuvo Napaleon perdió á sus antiguos y leales mariscales Bessieres y Duroc, dejándole un hueco en su corazon.

Solicitóse por los aliados un armisticio funesto á Napoleon; pero aun mas lo fué la mediacion del Austria, porque esta queria ganar tiempo para hallar mejor oportunidad y aprovechándose de ella colocarse con toda seguridad en contra de Napoleon: asi fué y el emperador Francisco se adhirió á la coalicion faltando á los deberes de familia y gratitud hácia el esposo de su hija...... .

La espléndida victoria de Dresde que valió un trofeo glorioso para el emperador Napoleon y sus valientes, sirvió de grande escarmiento para los aliados; pero para nadie fué mas severo como para el desgraciado vencedor de Hohenlinden. Moreau, el republicano Moreau abandonó su retirada mansion de los Estados-Unidos de América para ir á ponerse bajo el sueldo de los monarcas á quienes habia combatido, y ahora se convertia en soldado de ellos para satisfacer innobles venganzas propias y agenas. El ejército se horrorizó al ver en las filas enemigas dos desertores de las suyas, Moreau fué desgraciado, como feliz Bernadotte: una bala de una pieza de la guardia imperial apuntada por el mismo Napoleon llevó las dos piernas á aquel: este hecho fué singularmente notado por ambos ejércitos y como un castigo de haber desenvainado la espada contra sus compatriotas.....

Despues de varias acciones terribles llegó el momento en que se presentasen en los campos de Leisipck los ejércitos todos de las cuatro naciones mas poderosas del continente, con sus soberanos á la cabeza, para decidir entre torrentes de sangre á quien deberia corresponder la supremacia del mando y la opinion (1.) Quinientos mil combatientes y tres mil piezas de artillería reunidos en este campo de batalla harán estremecer á la humanidad aun en lo mas remoto de las futuras generaciones. El odio del nombre frances de los pueblos del Norte y del Este, atraidos por las alhagüeñas promesas de libertad, los ha hecho concurrir á este espantoso drama (2).

Presentose Napoleon á tan horrendo duelo lleno de confianza, por que su ejército, aunque nuevo, estaba inspirado por la gloria y por la inmortalidad. Sin embargo, Napoleon no pudo menos que esclamar: "Este dia, dijo al montar á caballo, va á resolver una gran cuestion. Si vencemos todo puede repararse; si somos vencidos, es imposible preveer hasta donde se estiendan las consecuencias." La accion comenzó por tres cañonazos, y cuando una parte del ejército francés emprendia un movimiento importante y decisivo para una de sus alas, los sajones y wurtembergueses desertaron de las filas del ejército, pasándose á Bernadotte y en este acto volvieron su artillería contra los que un momento antes eran sus compañeros. Solo permanecieron fieles Poniatowski y sus bravos polacos, amigos fieles y decididos de los franceses; con todo y esto ni de ellos ni de Napoleon jamas recibieron recompensa: semejante indolencia debió helar su alma..... Al saber Napoleon aquel horrendo suceso quedó inmobil sobre su caballo, levantó sus ojos al cielo, y esclamó con voz terrible. „Infamia," Miles de voces siguieron la suya (1).

La desercion de los sajones desconsertó todos los planes de Napoleon: la accion iba presentándose cual debia ser, desventajosa para él. Las municiones de los franceses se habian agotado primero que su sangre: en esta batalla cada hora ó instante comprendia un revés; en fin, Napoleon se retiró por la primera vez del campo de batalla sin haber vencido.... Antes de retirarse hizo llamar á Poniastowski para que cubriese la retirada, sosteniéndose en la ciudad de Leipsick.—Príncipe, le dijo, defenderéis el arrabal del Sur.—Señor, tengo muy poca tropa.—Y bien, lo defenderéis con la que os quede.—Señor, lo harémos; pues estamos dispuestos á hacernos matar por vuestra M." El valiente polaco, con los débiles restos de sus bravos soldados fué á su puesto. Por la precipitacion en hacer saltar el gran puente sobre el Elster, quedaron cortadas varias divisiones del ejército francés, y entre ellas la del príncipe Poniatowski, quien herido de un brazo intentó pasar á nado el Elster, y en él halló una muerte sin gloria. Así pereció el ídolo y la bandera de los valerosos y desgraciados polacos (2). Napoleon en el campo de batalla le habia hecho momentos antes mariscal del imperio: agobiado de dolor por la pérdida de tan generoso y leal compañero, dispuso sus funerales con toda pompa y celebribad. Los vencedores y vencidos lloraron sobre la tumba del último de los polacos (3).

El ejército francés cubierto de luto y aun de gloria, porque bien podia sucumbir no sin ella, se retiraba por Efurth para Francia sosteniendo diferentes acciones. El rey de Nápo-

[1] Norvins historia de Napoleon del año de 1813 tomo 4. °

(2) Norvins.

[1] Memorias del Duque de Vicencio, tomo 1. °

(2) Caulaincourt.

[3] A. Hugo.

les Murat, se separó segunda vez del ejército. Napoleon vió su partida no sin emocion: despues siguió á Paris en retirada disponiendo los medios de defensa de todas las fortificaciones y plazas de la frontera y de lo que le quedaba del territorio aliado. Concluyó el año de 1813 con desastres y defecciones: ambos pasarán al centro de la nacion.

El año de 1814 se inició muy aciago: Murat, general, mariscal y rey por Napoleon, cuya estimacion se habia estendido hasta darle una hermana por esposa, aumentaba el catálogo de las defecciones contra su bienhechor y amigo, ligándose en enero con la Inglaterra y el Austria. El rey de Nápoles, que no debia su corona mas que á la espada victoriosa de Napoleon, le abandonaba y pasaba á las filas de la coalicion.

El caballeroso Eugenio de Beauharnais, formaba contraste con Murat: aquel, sosteniendo hasta lo último en Italia la gloria de las armas francesas; y este, quitándoles su brillo. El príncipe Eugenio tuvo que probar de nuevo su fidelidad y sus talentos como político y como general.

En seguida se presentó en Francia una invasion de 700.000 hombres que todo lo abandonaban en su patria por llegar á *Paris!* Alejandro Dumas dice: „que Napoleon quedaba solo contra el mundo entero," y esa es una frase que la historia la admite por verdadera. A ese formidable guarismo de hombres no tenia que oponer mas que 150.000; pero apeló al genio de su juventud. Napoleon tuvo que recordar á Bonaparte! Los triunfos mas ilustres no pudieron contrarestar á las traiciones y perfidias de los ingratos é hipócritas del arrabal de San German (1), que todo lo comunicaban á los aliados y sembraban la desconfianza.

Todo lo espiaban y revelaban al estrangero. Napoleon estendió sus ejércitos que caminaban á donde quiera que las circunstancias lo exigian. La fortuna se manifestaba con suma versatilidad; pero seguro era que en donde no estuviera presente Napoleon, allí á veces sus tenientes eran vencidos, ó la victoria quedaba indecisa.

Cuando esta invasion general, cuando la desgracia llegaba para Napoleon, y cuando los peligros se presentaban para su patria, salió de un lugar oscuro un hombre ilustre, un sincero republicano á ofrecerle al emperador sus servicios. Este era Carnot, el *único* que se opuso á la ereccion del imperio y á que se derrocase la república. Napoleon aceptó sus servicios y lo empleo en Ambéres. Carnot, despues de haber organizado la victoria y dirigido gloriosamente catorce ejércitos de la Francia republicana, habia estado sepultado en el olvido durante el consulado y el imperio. Ahora que hay peligros vuelve á los combates, ¡y no es mas que gefe de batallon, y esto es, que habiendo sido miembro de la comision de salud pública, habia nombrado tantos generales y distribuido tantos empleos!... Ejemplo sin igual de desinterés, ¡verdadero repúblicanismo! Carnot correspondió á las esperanzas de la patria y de Napoleon. El actual rey de Suecia, siendo príncipe real, intentó ganarlo cuando defendia Ambéres, en consideracion á la antigua amistad que tenian, y le respondió con entereza:—„Yo era el amigo del general francés Bernadotte, pero ahora soy el enemigo del príncipe estrangero que vuelve su espada contra mi patria."

Los soldados de Napoleon estaban decididos por su persona y por defender la patria: tenian razon para lo uno y para lo otro: viéronlo en Montereau volver al ejercicio de sus primeros años, colocándose en una pieza de artillería y tomar la puntería; y recordaban el heroico esfuerzo para rechazar las primeras coaliciones contra la república, llevando la mochila al hombro sus mariscales y generales de hoy;.... pero lo que mas los electrizaba, era el denuedo y bizarría con que su emperador atacó á los rusos con espada en mano y en medio de mil peligros en Arcis-sur-Aube. En lo mas comprometido del combate, una division de caballería rusa de 6.000 hombres, precedida de mil cosacos, traspasó las líneas del ejército francés y envolvió á la caballería de estos, inferior á la de aquellos en número. Napoleon se apercibió de esto por una gruesa nube de polvo que se levantaba tras él y que poco le permitia distinguir. Se dirigió al momento á este punto: algunos dragones llegaban en fuerza de carrera heridos ó llenos de pavor.—¿Qué es esto? les dice, dragones, á dónde vais? Deteneos, deteneos, yo lo mando.—Los cosacos, los cosacos le responden.

El tumulto del desconcierto precursor de la derrota se manifestaba. Un oficial sin casco y cubierto de sangre llega donde está Napoleon, y le dice.—Señor, los cosacos han forzado nuestras lineas, las han envuelto y estan apoyados por una fuerte division de caballería. —Dragones, formad, grita Napoleon con voz amenazadora y parándose sobre sus estribos,

[1] Emigrados á quienes Napoleon les habia vuelto sus honores y habia empleado.

qué haceis? huis; pues yo iré allá.... cerrad vuestras filas dragones, y marchemos adelante: y avanzándose intrépidamente con espada en mano hácia el enemigo, fué seguido de su estado mayor, de los escuadrones de servicio y de los dragones que poco antes estaban llenos de terror y desmoralizados, y que al grito de: ,,¡viva el emperador! hicieron prodigios. Se dice que Napoleon en esta vez buscaba la muerte y que queria hacerse matar; pero la muerte le rechazaba.

Pasados algunos dias, los aliados, y entre ellos el emperador de Rusia Alejandro, tuvieron su consejo para determinar respecto de la guerra y lo que se proponian: despues de algunas conferencias, Alejandro esclama: ,,A Paris, señores, la celeridad sobre todo." Las órdenes para ello se espiden: los aliados están en marcha para la gran capital. Napoleon supo estas disposiciones, y dijo:—,,yo estaré antes que ellos." Se entró en su gabinete, tomó sus cartas y dictó despues sus órdenes de marcha. El ardor y decision de sus soldados se aumentaban con el peligro.

El 30 de marzo, en Troyes, Napoleon dictó el itinerario para que el ejército estuviese reunido el 2 de abril delante de Paris. Esta ciudad capituló, haciéndose infructuosa la noble y brillante decision de la guardia nacional, y especialmente el heroico sacrificio de los alumnos de la escuela politécnica que el 30 de marzo vertieron su sangre defendiendo la capital y el honor de su nacion. La muerte segó muy temprano esta juventud tan llena de saber como de esperanzas!

El 31 de marzo dejó un recuerdo de ignominia para los parisienses: en este dia entraron los aliados en medio de los gritos de la multitud de ¡vivan los aliados! ¡viva Alejandro! y las damas francesas les arrojaban coronas y guirnaldas proclamándolos con la poblacion *libertadores de la patria* (1). A estas esclamaciones se unia la de *¡vivan los borbones!* con la que el impudente y astuto Talleyrand apoyaba sus complots.

Napoleon se dirigió con violencia hácia sus tropas avanzadas: eran las diez de la noche del mismo dia, cuando el general Belliard lo encontró en Fronmenteau y le confirmó con todos los pormenores la batalla y capitulacion de Paris. Grandes (2) gotas de sudor inundaban la frente de Napoleon: la palidez lívida de su semblante era espantosa. Escuchais, Caulaincourt?" dijo volviéndose hácia este, en cuyos ojos se fijaron los de él. Algunas tropas de las que evacuaban la capital estaban en el pueblecillo de Fromenteau. El duque de Vicencio marchó para la capital con instrucciones y plenos poderes. Napoleon no estaba separado de las avanzadas enemigas mas que por el Sena: el fuego de sus vivaques iluminaba la rivera derecha, miéntras que el emperador de los franceses esperaba en el lado opuesto y en la oscuridad con dos carruages de posta y algunos servidores. Regresó Caulaincourt, y despues de que fué instruido del modo con que habia sido entregado y vendido, dijo:—,,Yo no les pedia mas que se hubiesen sostenido veinte y cuatro horas.... miserables!.... Marmont, Marmont, que habia jurado hacerse matar ante los muros de Paris, antes que rendirse.... y José, han huido.... mi hermano. Entregar mi capital al enemigo! miserables!.... ellos tenian mis órdenes: sabian que yo estaria allí el 2 de abril con 70.000 hombres. Mis valientes escuelas, mi guardia nacional me habian prometido defender á mi hijo.... todos los hombres de corazon se habrian levantado para combatir á mi lado: esos miserables han capitulado, han traicionado á su hermano, á su pais, á su soberano: han humillado á la Francia ante los ojos de la Europa!... El dolor despedazaba el alma del emperador. Caulaincourt derramaba lágrimas ardientes.

—Mi pobre Caulaincourt, volved, volved al cuartel general: haced de modo que veais al emperador Alejandro.... Teneis mis plenos poderes. Id, Caulaincourt.... partid.

—Señor, le dijo el duque, yo no he podido aproximarme al emperador Alejandro: se desconfia de mí. Los soberanos entran mañana en Paris, estan ocupados en sus preparativos: veed los motivos que se me dicen para evitarme el llegar á Alejandro.

—Volved, no tengo mas esperanza que en vos, Caulincourt, replicó tendiéndole la mano.

—Partiré, señor, le dijo el duque: muerto ó vivo penetraré á Paris, y hablaré á Alejandro.

El emperador tomó el camino de Fontainebleau, y el duque de Vicencio el de Paris: en el camino encontró las ruinas de los regimientos de todos los ejércitos que marchaban sin órden, y fué rodeando todos de esos fugitivos.—,,En donde está el emperador, le decian, queremos reunírnosle, no tenemos órdenes, ¿dónde pues ir? El emperador no sabe lo que pasa en Paris. Nos hemos batido bien: estamos todavía dispuestos á hacerlo, y sin embargo, se nos ha obligado á ceder el terreno al enemigo!» En

[1] Lallement; Choix de rapports tom.20.
(2) Memorias del duque de Vicencio.

todos los semblantes estaba pintado un dolor feroz: amenazas terribles poblaban el aire, y las protestas solemnes de que no habian sido rendidos; sino entregados al estrangero. Un coracero de la vieja guardia levantando noblemente la cabeza, dijo al duque con grande indignacion:—„En todas partes y siempre los hemos vencido, y habriamos ganado la batalla. Nosotros no hemos dejado el campo, no hemos capitulado. Cuando hay traicion, no hay capitulacion. Que se nos vuelva á Paris, y los estrangeros no entrarán sino pasando sobre el cadáver del último soldado frances. ¿En dónde está nuestro emperador? Si ha muerto, todo ha terminado: que se nos diga," y concluyó con acento de desesperacion, é inundadas sus pálidas megillas de lágrimas. El duque procuró calmarlos y decirles que se dirigieran á Fontainebleau en donde se hallaba Napoleon. A este nombre esos pobres soldados se llenaron de entusiasmo y prorumpieron en vivas delirantes, manifestando la misma fidelidad y ternura hácia su soberano, como cuando estaba en el apogeo de su gloria, para ir á participar de los riesgos á su lado: así es que se les vió marchar llenos de hambre, estenuados y heridos, casi arrastrándose, buscar á su emperador, á su general, miéntras que aquellos que mas habia distinguido Napoleon con empleos y honores, lo vendian y consumaban la ruina de la Francia, poniéndola bajo el poder de la justamente detestada dinastía de los Borbones, cuyo reinado iba á ser un anacronismo.

El duque se halló al amanecer en los vivaques enemigos, en los que todo era triunfo y felicidad, Las tropas rusas estaban de uniforme de gala, preparándose alegres para su entrada triunfal. Los oficiales á la cabeza de sus regimientos estaban fuera de sí y llenos de un júbilo bárbaro é insultante: en sus fisonomías veiase que llegaba el delirío hasta desafiar á la tierra y al cielo: aclamaciones y *hurrás* se escuchaban al tomar posicion para desfilar. Los franceses amigos de su patria y de Napoleon, se encendian de rubor y de ira al ver el aspecto insultante de la alegría y de las fanfarrias que estallaban por todas partes de los hombres del Norte, de esos rudos cosacos, cuyas maneras bruscas y salvajes contrastaban con las de la poblacion mas civilizada y cortez del globo.

Talleyrand, hombre que habia recibido de Napoleon consideraciones y oro, y honores y el principado de Benevento, todo lo olvidó y se hizo el príncipe de la traicion, y llenándose de eterno oprobio organizaba el partido de los Borbones: él fué el gefe de la deslealtad, y el que á su voz, ese enjámbre de cortesanos se preparó para recibir y alojar á los soberanos aliados. A imitacion de aquellos, los parisienses obsequiaron á los enemigos de su patria y de sus libertades. Cara pagaron su vergonzosa y humillante oficiosidad. Cuánto no tuvieron que sufrir de sus huéspedes, esos hombres que no supieron conservar la entereza y dignidad! El pudor manda callar las escenas que viles y cobardes presenciaron.....

El duque de Vicencio no pudo llegar hasta donde se hallaba Alejandro, porque se le habia impedido pasar á Paris por las tropas estrangeras: estaba estupefacto con lo que veia: esas escenas llenas de infortunio le destrozaban el alma. Hallábase en dolorosas meditaciones, cuando el redoble de los tambores le hizo advertir que algun personage llegaba, y el que luego descendió de un coche, era el príncipe Constantino, hermano del emperador de Rusia: reconoció al duque, á quien vió con aire de profunda admiracion, y escusándose por no haberlo reconocido á tiempo le dijo:—„En qué puedo seros útil, señor duque? (1)

—Príncipe, la entrada á Paris se me rehusa, y es necesario que yo entre á Paris.... es necesario.

—Calmaos, Sr. duque, y no veais en mi un enemigo. Los recuerdos de San Petersburgo se os han borrado enteramente?

—Príncipe, dijo Caulaincourt, vencido por el tono afectuoso de Constantino, dignaos escusarme, soy tan desgraciado que dudo de todo.

—No dudeis de mí, mi caro duque, sabeis que en mi familia no teneis mas que amigos.

—Y bien, mi príncipe, en nombre de esta preciosa amistad con que me honrais, os pido una gracia, introducidme á Paris.

—¿Y qué vais á hacer allí?

—A defender la causa de mi señor, la causa de mi pais.

—Mi caro duque, todo ha terminado para Napoleon.... las potencias no escucharán ninguna proposicion de su parte.

—Mi príncipe, el *emperador mi señor* me ha encargado de una mision secreta cerca del emperador Alejandro: yo debo desempeñar este

(1) El duque de Vicencio desde que estuvo en Rusia de embajador tenia bastante familiaridad con Alejandro y el principe Constantino. Estos pormenores y algunos de los que siguen, están sacados de una obra que se titula „souvenirs du duc de Vicence.

deber sagrado, y con peligro de mi vida entraria á Paris.

Constantino le manifestó lo dificultoso de que pudiese pasar á Paris: Caulaincourt se empeñaba en conseguirlo con espresiones á veces tiernas, á veces llenas de desesperacion, hasta estar dispuesto á recibir si fuere posible las balas de los soldados rusos. El príncipe no pudo ménos que reprenderse en su interior, por abandonar á un hombre tan leal como el duque, y convinieron ambos en que lo fuese á esperar en el primer pueblo del tránsito. Cada instante que pasaba destrozaba al duque, á cuya imaginacion se presentaban mil ideas funestas y desoladoras.... Llegó el príncipe y ambos se dirigieron en su coche á *Paris*. En el camino se ocuparon en el modo con que seria introducido el duque, pues temia el príncipe que la menor sospecha de los demas aliados fuese funesta á su hermano el emperador. En fin, despues de varios medios que fueron escogidos y desechados, decidieron que Caulaincourt quedaria en un coche, ínterin que el príncipe pasaria á prevenir á Alejandro: hizo mas el generoso Constantino, para disfrazarlo, le dió á Caulaincourt un gorro de viaje y su pelliza: bajó del coche, cerró el mismo la puerta y recomendó á sus criados que nadie se acercase á él. En este momento dieron las diez de la noche. Reinaba al rededor del palacio de *l'Elissée* un aspecto de funcion y alegría que desolaba al duque. Estaba el hotel iluminado, y era la mansion de un conquistador: sucedíanse los carruajes que entraban y salian. Las pisadas en las lozas, de los caballos herrados, las voces estrepitosas de los cocheros, y los *hurrás* de la guardia imperial rusa que circundaba al hotel, hacian sufrir mucho á Caulaincourt, que estaba oculto, ó como un mendigo, para pedir como de limosna una conferencia. A la una de la mañana volvió Constantino, diciendo al duque que la numerosa concurrencia no le habia permitido hablarle á su hermano: que lo hizo hasta que todos se habian retirado, y que Alejandro estaba violento por su llegada; pero que sin embargo, lo recibiria como un amigo. Constantino agregó á Caulincourt que se cubriese con su capa y se pusiera un sombrero militar, y tomándolo en seguida del brazo, pasaron por una escalera secreta hasta la alcoba de Alejandro, que recibió al duque con los brazos abiertos.

—Mi caro duque, le dijo el emperador, sois el hombre que mas amo de la Francia, ¿qué queréis? ¿En qué puedo seros útil?

—Para mí, señor, nada: para el emperador mi señor, todo.

—Veed lo que justamente yo temia... por que me es necesario, sin querer, afligiros. Nada puedo yo hacer por el emperador Napoleon: tengo compromisos con los soberanos aliados.

El duque insistió con heroico esfuerzo, que le hará eterno honor á su memoria, para que Alejandro fuese generoso con Napoleon, ó al menos con su hijo, invocando para ello con la mayor vehemencia, todos los recuerdos de un dia, y las conveniencias de la Europa y de la Francia. Alejandro contestó con aire frenético y lleno de vivas imágenes cuanto habia sufrido la Europa por Napoleon, y las consecuencias de sus sistemas, y especialmente con respecto á la guerra del año de 12, protestando que no le tenia odio, y que no dependia su suerte de él. Caulaincourt insistia de nuevo, y propuso un medio á favor de Napoleon II, y lo hizo con tan tierna espresion, con tan ardiente fidelidad, que le dió Alejandro algunas esperanzas, y despues de haber hablado de otras cosas se retiró á las cuatro de la mañana el duque, á cuya imaginacion se agolpaban mil ideas sobre los sucesos actuales. Una grande agitacion lo devoraba, meditando en Napoleon. Hasta las seis de la tarde no llegó Alejandro de la conferencia, asegurando á Caulaincourt, que se trataba de la eleccion del soberano, y que se regresase á donde se hallaba Napoleon, *volviendo pronto* con la abdicacion de este á favor de su hijo. Entrada la noche, salió el duque con las mismas precauciones, acompañado de Constantino, de quien á poco se despidió, tomando el camino para Fontainebleau.

Llegó á las avenidas de este punto, y encontró á las tropas acantonadas llenas de impaciencia por combatir, y tan luego como fué reconocido, se oyeron los gritos de: „viva el emperador.... A Paris." Al descender se encontró con Berthier que le dijo con cierto interés particular:—„Amigo, cómo estamos nosotros?" cuya pregunta desagradó al duque, y desentendiéndose de ella, solo le dijo que deseaba saber en donde se hallaba Napoleon, quien se encontraba en la gran galería de Francisco I, escribiendo, y cuando lo vió, vino hácia él con tanta apresuracion, que parecia no se habian visto en bastante tiempo. Su aspecto era sombrío, sus ojos animados y su boca misma estaba ligeramente decaida: todo indicaba en su fisonomía que el sufrimiento lo agoviaba.

—En fin, dijo, qué es lo que pasa? Habeis visto al emperador Alejandro? Qué os ha dicho?

—Señor, he visto al emperador Alejandro y he pasado oculto veinticuatro horas en su habitacion.

—Vah! y bien....

—El emperador de Rusia no es enemigo de V. M., (se le advirtió un gesto de duda) no señor, en él solo la causa imperial encontrará apoyo.

—Al hecho, qué es lo que quiere? Qué desea?

—Señor, V. M. está llamado á grandes sacrificios, para asegurar á su hijo la corona de Francia.

—Es decir, replicó Napoleon con terrible acento, que no se quiere tratar conmigo, que se me quiere arrojar del trono que he conquistado con la punta de mi espada, y que se quiere hacer de mi un objeto de burla y de piedad.

Se paseó algunos instantes bastante violento, despues deteniéndose delante del duque y cruzando los brazos le dijo.

—Y sois vos, vos, Caulaincourt, el que habeis sido encargado de semejante mision cerca de mí? ¡Ah! Y arrojándose á su asiento se cubrió la cara con ambas manos. El duque se hallaba consternado y guardó silencio. Napoleon se volvió hácia á aquel:

—No teneis valor de continuar? Veamos, señor, que es lo que vuestro Alejandro os ha suplicado pedirme.

—Señor, dijo el duque, desanimado y lleno de desesperacion, V. M. no tiene piedad, ese golpe que os afecta, ha destrozado mi corazon ántes que el vuestro.

—No tengo razon, Caulaincourt, soy injusto, mi amigo, le interrumpió con aire de dolor. Continuó llevando la mano á su frente: tantas desgracias me hieren sin intermision...; Yo dudar de vos, Caulaincourt! De todos los que me rodean, vos sois solo, ¿lo entendéis? el solo en quien tengo confianza.... Unicamente en medio de mis pobres soldados y en sus ojos entristecidos es en donde encuentro escrito: *fidelidad, decision.* Venturoso, creia conocer á los hombres, desgraciado, es cuando comienzo á conocerlos... y quedó con la vista fijada en el suelo, entregado á sus reflexiones.

Como el duque estaba bien fatigado y estenuado de sueño, le pidió permiso de retirarse, para despues instruirle mas detenidamente de todo, y hacerle las reflexiones que las circunstancias exigian. Cuando volvió el duque, advirtió en el semblante de Napoleon, retratada la ansiedad: le impuso fielmente de cuanto habia pasado, y de la intencion que habia de llamar á los Borbones. La relacion de cuanto pasaba exaltó su cólera, y espresó despues de otras cosas lo siguiente.

—Los Borbones son antipáticos á las nueve décimas partes de la nacion. Y el ejército que ha batido á sus emigrados, ¿qué harán con él? Mis soldados no lo serán jamas de ellos. ¿Olvidarán que han vivido veinte años á espensas de los estrangeros, fuera de la patria, en guerra abierta con los principios é intereses de la Francia? Los Borbones en Francia! es el colmo de la demencia, es querer atraer al pais todo género de calamidades.... El duque no le omitió todas las maquinaciones que tendian á ese objeto. Siguió el emperador hablando de las diferentes posiciones que guardaria la nacion, de los inconvenientes que se presentaban, y de la diversidad de circunstancias, por las que él ocupó el trono *vacante* de Francia, á las en que los Borbones querian volverlo á ocupar, pues que las dignidades actuales todas los habian rechazado, y existian entre ellas quienes arrastraron al cadalso á Luis XVI.

Despues continuó con alguna tranquilidad. —Entremos en la cuestion. Se exije mi abdicacion: á este precio, que se deposite la regencia en la emperatriz, y la corona en mi hijo. Yo tengo todavía cincuenta mil hombres á mis inmediatas órdenes. Mis valientes, mis admirables tropas me reconocen aún. Mis soldados llenos de ardor y de decision, me piden con grandes gritos que los conduzca á Paris: el estruendo de mi artilleria despertará á los parisienses, electrizará su amor propio nacional, insultado con la presencia del estrangero que está formando grandes paradas en nuestras plazas públicas: el pueblo de Paris es valiente: él me secundará; y despues la victoria.» Agregó animándose todavía. „Haré á la nacion, juez, entre las pretensiones de los aliados y mi persona, y no descenderé del trono si no es que los franceses me arrojen de él. Venid conmigo, Caulaincourt, es medio dia y voy á pasar revista.”

El tiempo que vuela le faltaba! Visitó la línea de avanzadas: á cada instante el ejército se aumentaba con los cuerpos esparcidos que llegaban. Los soldados al ver á Napoleon con exaltacion esclamaban: *Paris, Paris.* Los oficiales blandian sus espadas, y rodeando al emperador repetian:—„Señor, conducidnos á Paris.»—Sí, hijos mios, volarémos á Paris: mañana comenzará el movimiento,» vivas y aclamaciones se elevaban en los aires.

Al bajar en el patio del castillo le dijo á Caulaincourt.—Qué tal?

—Señor, le respondió, es vuestro último al-

bur, V. M. solo debe decidir.

—Vos me aprobais: esto es claro, y pasó con la frente elevada por los salones llenos de personajes cubiertos de bordados y condecoraciones. Allí se discutia sobre los negocios. Los jóvenes generales querian la guerra hasta arrebatar á los estrangeros la capital: los que ya tenian hecha su fortuna temian y murmuraban. Cuando se supo la noticia de que se exigia la abdicacion, las murmuraciones de esos hombres pasaron á la exasperacion, y de ahí á las amenazas. Señalóse un amigo antiguo de Napoleon, y otros, como él, cometieron bajezas é infamias: decian: „Su abdicacion conviene á todos»..., Los corazones generosos y leales se inflamaban de indignacion al oir aquellas espresiones.

Las órdenes se habian dado el 3 de abril para pasar el cuartel general el 4 entre Ponthiery y Essonne. Los dignatarios del imperio ninguna medida tomaron. Napoleon lo toleraba: bajó á pasar la revista, y todos los que sabian los sucesos estaban llenos de ansiedad. Despues de la parada es conducido á su habitacion por los mariscales y oficiales generales que allí se hallaban: comenzaron por insinuaciones respetuosas, despues representaciones, inconvenientes hasta llegar a las reacriminaciones, y por último, protestar que no se marcharia á Paris....

Calcúlese lo que Napoleon sufriria en aquel momento: dirigió una mirada sombria á todos aquellos ilustres señores á quienes habia hecho grandes en su mayor parte, sacándolos de las filas de los regimientos, y se separó de ellos. Su figura estaba espantosamente alterada; pero su fisonomía era tranquila y su continente lleno siempre de dignidad. Tomó un papel y escribió en él con su mano y lo presentó al duque de Vicencio.

--Veed mi abdicacion, Caulaincourt, llevadla á Paris.

Caulaincourt tomó el papel, abrumado de dolor, las lágrimas inundaban sus ojos. Bravo, bravo, mi amigo.... los ingratos, agregó con terrible espresion, me sentirán algun dia, y se arrojó en los brazos del duque.--Partid, Caulaincourt, partid al momento.

El duque le pidió que para ese acto tan solemne y tan grave, se le uniesen dos grandes oficiales del imperio.

Napoleon dijo: ,,Ragusa y Ney."

—Señor, el duque de Ragusa no está aquí, el duque de Tarento representará dignamente al ejército.

Napoleon se decidió. Ney, Macdonald y Caulaincourt llevaron poderes suficientes. Una sombría tristeza se retrató en el semblante de Napoleon, sus plenipotenciarios marcharon, llegando á Paris en la noche del 4.

Al ver Alejandro á Caulaincourt, le dijo:--Ah! volveis muy tarde....

--Señor, no ha dependido de mí.

--Esto es una grande desgracia.

--Las disposiciones de V. M. no han cambiado?

--Os habia dado mi palabra, pero yo no puedo sujetar los sucesos á mi voluntad: caminan con tal precipitacion, que lo que era posible ayer, hoy no lo es.

--Pero Sr. yo traigo la abdicacion del emperador Napoleon, á favor del rey de Roma: los mariscales Ney y Macdonald me acompañan como plenipotenciarios.

Alejandro contestó al duque que deberia haber regresado con prontitud: que las circunstancias habian cambiado para Napoleon, porque si ántes se le temia por su habilidad y audacia, ahora todo lo contrario: agregó que el senado y todos los demas cuerpos del estado, se habian apresurado por los manejos del gobierno provisional á llevar adelante la caida de Napoleon; y que la mayor parte de los mariscales y generales participaban de los mismos sentimientos. El duque oponia diversas consideraciones, y manifestaba la decision de las tropas: que eran muy pocas las deshonrosas excepciones entre los militares, especialmente cuando los soldados estaban irritados y ardientes por el combate. Alejandro replicó.

—Os alucináis todavía, en el momento en que hablamos, Fontainebleau está descubierto y Napoleon á nuestra discrecion.

--Qué decis Sr.? esclamó el duque, todavía nuevas traiciones?

--Las personas que quieren que triunfe una causa diversa de la vuestra, trabajan sin cesar para separar de Napoleon á los generales mas influentes, y como cada uno piensa en su fortuna y posicion, se han violentado en asegurar.... el campo de Essonne se ha levantado (1).--El duque quedó estupefacto con semejante noticia. El emperador Alejandro le

---

(1) El antiguo edecan de Napoleon cuando Lodi y Arcole, el mariscal Marmont, cubria con un ejército este punto importante para las operaciones del emperador sobre Paris y otras partes. El general Lucotte, comandante de la reserva de Marmont reusó asociarse á esta defeccion y anunció á sus tropas su resolucion, poniendo en la órden del dia estas gloriosas palabras: *Los valientes jamas desertan: ellos deben morir en su puesto.*

dió los pormenores de la defeccion de Marmont: este hombre desertaba.... el general Souhuan lo secundó, y la víspera habia pasado á pedir á Napoleon dos mil escudos!....

Caulaincourt suplicaba de nuevo á Alejandro, y le decia, que no perdia la esperanza de que el negocio se viese en el consejo: el emperador de Rusia espresaba que se habia perdido el tiempo: *que tres dias en política son tres siglos;* concluia con hacer notar de nuevo, que los mariscales y generales abandonaban á Napoleon: que los cortesanos no descuidaban ni un momento para introducir el desaliento y lograr el éxito en sus planes.

--El emperador Napoleon, dijo Caulaincourt, traicionado cobardemente, abandonado y entregado al vencedor por los mismos que debieron formarle una muralla con sus cuerpos y espadas.... Esto es horrible, horrible....

Alejandro vió conmovido al duque y le dijo.

--Agregad que le debian todo, todo, ilustracion, fortuna.... Qué leccion para nosotros, reyes! Valor, Caulaincourt: yo estaré ántes que vos en el consejo: allí nos verémos.

Al salir el duque de ver al emperador Alejandro, se encontró con varios de los hombres que se habian quitado la máscara contra Napoleon, y que ya lo insultaban; pero el duque ni un momento dejó de humillar y reprimir á esos ingratos. Fué en seguida á buscar á Macdonald y Ney, y les impuso de lo ocurrido con Alejandro. Pasaron, pues, al consejo, y allí vieron á esos franceses, que llenos de perversidad, maquinaban contra la Francia. El emperador de Rusia hablaba con el rey de Prusia. Un general frances recien llegado, habia traido la noticia de la defeccion de Marmont. Allí estaban en un grupo Schwartzemberg, Nesselrode, Litchetenstein y Pozzo di Borgo, que siendo corzo y estando al servicio de la Rusia discutia para que se tratase con rigor á Napoleon: al rededor de este grupo se agitaban los descarados realistas. La llegada de los plenipotenciarios hizo cesar las conversaciones particulares. El emperador de Rusia y el rey de Prusia se sentaron, junto á una mesa que estaba en medio del salon. Caulaincourt entregó á Alejandro á nombre de Napoleon su abdicacion á favor del rey de Roma, y de María Luisa. El rey de Prusia habló primero, en un tono frio y dijo, que los sucesos ocurridos no permitian á las potencias tratar con el emperador Napoleon: que los votos de la Francia se manifestaban por sus antiguos soberanos: que los aliados no podian mezclarse en los negocios franceses, y menos contrariar el decreto del senado, en no reconocer á Napoleon como emperador, y sin derecho para disponer de la corona,

Macdonald contestó con enérgica fidelidad á favor de Napoleon, y agregó que si se le disputaba el derecho de abdicar en su hijo, sucederian grandes desgracias: que el ejército estaba decidido por su gefe y dispuesto á derramar la última gota de su sangre para sostener los derechos de su soberano. Una sonrisa burlona acojió esta declaracion, y se anunciaba el duque de Ragusa, (Marmont) el que entró ufano, y con felicitaciones se le recibió: su presencia causó estupor en la mayoría de la asamblea; pero los intereses privados prevalecieron. Las circunstancias eran funestas, excesivamente degradantes. Todo se daba: se prostituia y se ofrecia la Francia al estrangero, y cuanto habia se dejaba á su discrecion, y hasta tal estremo, que llegó á decir un dia el emperador Alejandro, que si los aliados hubiesen querido establecer á *Kutusof* en el trono de Francia, se habria gritado *¡viva Kutusof!*

La llegada de Marmont al consejo, simplificó la discusion: no pudieron prevalecer las razones á favor de Napoleon, alegadas con una vehemencia y una lógica tronantes. Marmont tenia la triste celebridad de haber entregado la vanguardia en Essonne, de su general y amigo. Un ejército ruso estaba en su lugar, y avanzaba á Fontainebleau. En esto se dice á los defensores de Napoleon que no hay mas sino la abdicacion *absoluta*: esta fué la declaracion última que se les hizo. En vano insistiò Ney con el mismo valor que desplegaba en los combates. Se dispuso, pues, el regreso de Caulaincourt á Fontainebleau. Napoleon estaba en una ventana que daba á un jardin. Caulaincourt entreabrió la puerta de la pieza y se anunció. Napoleon le dijo:--*Ya?* Y su mirada parecia querer arrancar la respuesta al duque. El emperador revelaba en su semblante, cuán grande era el desórden de sus pensamientos.

--La defeccion de Essonne ha servido de motivo para nuevas pretensiones? Otras condiciones? yo soy vendido, traicionado. Veamos que mas se exije de mí. Caulaincourt le hizo presente todo cuanto habia ocurrido, ménos la llegada de Marmont por no afligirlo mas. Napoleon quedó cogitabundo, y despues espresó que la guerra con sus azares era preferible á tan humillantes condiciones: sus miradas eran terribles, y fuego lanzaban sus ojos. Espresó sobre los medios de defensa que tenia todavía en su poder, y con cuanto mas contaba

para obtener el triunfo mas completo, agregaba que haria inscribir en sus banderas *independencia y patria*, y que sus águilas se harian temibles, y concluia.—,,Si los gefes del ejército que me deben su ilustracion y á mis soldados, si estos gefes quieren descansar, que se vayan: yo encontraré bajo los caponas de lana generales y mariscales.... ellos han olvidado con esos trajes guarnecidos de oro, su uniforme de paño ordinario, siendo así que en esto estaba su mas bello título de gloria!» Y cuando esto decia, se paseaba con violencia, y le dijo á Caulaincourt que escribiese á Ney y Macdonald, que se viniesen: aquel le suplicó que reflexionara ántes de adoptar un partido estremo. Contestó que habia reflexionado: que ya tenia tomadas sus medidas: que renunciaba toda negociacion; y que estaba resuelto á la guerra.„ Despues se retiró á descansar Caulaincourt. Cuando volvió, advirtió mas los conatos de defeccion y las murmuraciones en Fontainebleau, que se aumentaban con las noticias de la aproximacion de las tropas estrangeras. Entró á ver al emperador y le impuso de todo, conjurándolo á que tomase un partido. Napoleon ántes de resolverse quiso saber de los mariscales y generales si podia contar con ellos y entónces se decidiria. Llegaron Berthier y otros mariscales, llenos de embarazo, y le dijeron que el enemigo avanzaba. *Lo sé*, les dijo Napoleon, en un tono seco: despues descendieron al fin que se proponian sobre asegurarse en su posicion. El emperador respondió en un lenguage lleno de dignidad, manifestando que estaba dispuesto á tratar de la paz; pero que las condiciones no serian humillantes, y que en un caso estremo, se retiraria con su ejército á Italia, de tan gloriosos recuerdos: hablaba así al corazon y al honor de sus tenientes; pero estos con lánguido silencio acogian aquellas disposiciones. Concluyó la conferencia de los mariscales que nada tuvieron que oponer á los vehementes discursos de su gefe, quien manifestó el deseo de quedar solo. Caulaincourt se retiraba y lo detuvo. Cuando el último habia salido, le dijo al duque:

--Estos hombres no tienen ni corazon ni entrañas.... yo soy mas bien vencido por el egoismo y la ingratitud de mis compañeros de armas que por la fortuna. Esto es horroroso: todo está consumado.... partid, mi amigo...

¡Escenas terribles que destruyen toda la ilusion de los que obtienen el poder! En nuestra corta existencia política las hemos palpado, y sus recuerdos nos estremecen y llenan de rubor. Tres ilustraciones de nuestra independencia, *las primeras* han sufrido sin piedad el rigor de la suerte, víctimas de la inconstancia de los hombres.... y la perfidia? la perfidia ha tenido la mayor parte!...

Mas volvamos al emperador de los franceses. Caulaincourt regresó á Paris con nuevas instrucciones. Aquí los aliados discutian precipitadamente sobre la suerte de Napoleon, y ya se le queria confinar á Santa Elena: merced al emperador Alejandro que apoyó á Caulaincourt, la isla de Elba fué el punto designado para la permanencia de Napoleon. Este le dirigió á aquel en veinticuatro horas siete correos, previniéndole que se volviese con la abdicacion y que no queria tratado alguno: que la parte de este que hacia relacion al numerario, le ofendia y degradaba. Llegó Caulaincourt y le instruyó no sin bastante pena de todo lo convenido: el debate fué prolongado entre el emperador y Caulaincourt. Entre tanto en el salon inmediato se agolpaban diferentes grupos de las personas que habiendo sabido los sucesos últimos de Paris, y renegaban por que Napoleon no firmaba, llegando su impudencia hasta escuchar lo que aquel hablaba con reserva. Caulincourt lo dejó solo para que leyera con meditacion el tratado, y habiendo regresado en la noche le suplicó con encarecimiento que se decidiese á tomar un pronto partido, porque las circunstancias iban alejando todo el que pudiera ser favorable.

--Mas en fin, qué queréis que haga? le dijo al duque, dirigiéndole una triste mirada.

Cauliancourt quedó silencioso. Napoleon se paseó un rato cruzadas las manos por detras, y despues como saliendo de un sueño fatal, dijo con voz tranquila.

--Es necesario terminar esto.... así lo juzgo, mi partido está tomado. Estas palabras las pronunció con espresion espantosa, y quedó un gran rato sin hablar palabra: en seguida despidió al duque para que fuese á descansar. --Mañana nos veremos, le dijo.

El duque conoció lo que Napoleon intentaba, y quedó lleno de funestos presentimientos. Alejandro Dumas ha poetizado con una de sus sublimes inspiraciones estos momentos, diciendo que la declaracion de los aliados, que fijó sus irresoluciones, declarando que Napoleon era el único obstáculo á la paz general no le dejaban mas que dos recursos:

Salir de la vida como Anibal:
Descender del trono como Sylla.

El veneno de Cabanis (1) fué contrariado po,

[1] Médico del emperador, que cuando la campaña

la vigilancia y oportuna asistencia de los servidores de Napoleon.

Este tuvo que ocurrir al segundo de aquellos recursos, deponiendo el poder como el romano.

Habia sufrido mucho por haber intentado el primero: su semblante estaba cubierto de una palidez lívida: sus facciones habian sido terriblemente alteradas.... su mirada hacia temblar.... Se llamó á Caulaincourt, y luego que fué instruido, concibió la espantosa resolucion de su amigo, de su emperador: ocurrió, pues, á hacer cuanto pudiera para arrancarlo de los brazos de la muerte: tomó una taza de té, combinado con un antídoto y se la presentó á Napoleon, quien la rechazó.

—Voy á morir, Caulaincourt, le dijo, yo os recomiendo á mi muger y á mi hijo.... defended mi memoria.... yo no puedo mas soportar la vida.

Caulaincourt casi frenético de dolor, insistia en que Napoleon tomase el té que repelia.

—Dejad.... dejad.... decia con voz balbuciente.

—Señor, le dijo el duque, exasperado, á nombre de vuestra gloria, á nombre de la Francia, renunciad á una muerte indigna de vos.

Despues de mil súplicas y enternecidos ruegos, bebió Napoleon varias tazas de té, que produjeron al fin que arrojase el infernal líquido. *Napoleon estaba salvado*. Se hallaba estenuado y en la tranquilidad que sucede á las grandes conmociones que se sufren, no solo en el cuerpo, sino en una alma ardiente, y que ejercia un dominio en los hombres y en las cosas como Napoleon. ¡Qué tierno y espresivo era el espectáculo que se presentaba en la alcoba del ilustre enfermo, á la pálida luz de las bugías! La agonía del grande hombre se habia anunciado! Un solemne silencio reinaba y solo era interrumpido por los prolongados y profundos suspiros que exhalaban los asistentes: no habria habido uno que no hubiese dado su vida por salvar la de aquel hombre, poco ha, lleno de vigor y de predominio, y que preferia la tumba al pacto de los aliados, que ponia la Francia á discrecion del estrangero, para vengar en ella veinticuatro años de gloria.

Vino, pues, la calma del alivio con el júbilo de los que habian quedado fieles con el corazon y con las simpatías de su alma.

—Dios no lo ha querido.... yo no he podido morir.

—Señor, vuestro hijo, la Francia ó vuestro nombre que vivirá eternamente, os imponen el deber de soportar la adversidad.

Napoleon continuó lamentándose por la suerte de su hijo, y el coloso de la Europa lloraba al ver á su hijo sin porvenir....

—Señor, le dijo Caulaincourt, no deberiais morir: es necesario que la Francia os llore vivo.

—La Francia me ha abandonado.... y vos en mi lugar, Caulaincourt, habriais hecho lo mismo que yo: cuando todo me sonreia, ¿no he desafiado la suerte en los campos de batalla?

¡Ah! la defeccion de sus criaturas, la ingratitud de los que elevó, le disecaban el corazon y le hacian insoportable la existencia. El bardo ingles, el inspirado y ardiente lord Byron, unió sus lágrimas á las del héroe, para reprochar á la Francia y á sus hijos ese abandono, esa deslealtad en el dia que su gloria comenzó á eclipsarse. El poeta invocó á la posteridad para denunciar la estupenda ingratitud de los franceses, y la posteridad francesa ha regado con su llanto los restos del emperador de sus padres!

Tierna y poética fué, aunque no de larga duracion por su estado de debilidad, la conversacion que tuvo Napoleon con su amigo Caulaincourt y que terminó con decir que firmaria.

A otro dia, (14 de abril) mandó llamar a Caulaincourt, con quien conferenció acerca de las diversas disposiciones relativas al tratado. (1)

—Esas cláusulas, dijo, que hablan de dinero, me humillan: es necesario hacerlas desaparecer, yo no soy mas que un soldado y un luis me basta por dia. (2)

Caulaincourt se opuso á ese desprendimiento, porque entre otros males traeria el que no pudiese subsistir como soberano, y que su casa militar sufriese las mayores escaseces, que le ocasionarian grandes embarazos en su nueva situacion. Napoleon, despues de prolongados debates tuvo que ceder, no sin rubor y se resignó á firmar el tratado. Despues lo hizo con la abdicacion concebida en estos términos, llenos de noble orgullo y de dignidad que aumentaba en su desgracia.—,,Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleon era el único obstáculo para el resta-

de Rusia, le dió en lo reservado un pomito que contenia esa mortífera sustancia.

[1] Este no fué cumplido despues, con excepcion de los artículos que alejaban á Napoleon de la Francia y lo deportaban á la isla de Elba.

[2] Caulaincourt, tom. 2.º—A Hugo, tom. 5.º—Lallement, tom 20.

blecimiento de la paz en Europa; el emperador Napoleon fiel á su juramento, declara que renuncia para sí y sus herederos á los tronos de Francia y de Italia, y que no hay sacrificio personal, aun el de la misma vida, que no esté dispuesto á hacer por la felicidad de la Francia.» Eran los últimos actos en ejercicio de su soberanía, que tocaba á un término. Cuando firmó, dijo á Caulaincourt.

—Y ahora, violentad la conclusion de todo... conducid el tratado á los soberanos aliados. Decidles, decidles en mi nombre, que yo trato con el enemigo vencedor, y no con ese gobierno provisional, en el que no veo mas que una junta de facciosos y traidores.

Entraron Macdonald y Ney; á estos y á Caulaincourt les dió sus órdenes, agregando que su abdicacion y tratado serian obligatorios si se cumplian las estipulaciones hechas á favor del ejército.

Para regresar los comisionados á Paris, tuvieron que presenciar los transportes de alegría de los que en Fontainebleau, olvidándose de su honor, no veian mas que su fortuna particular. En la capital las escenas vergonzozas fueron con mayor escándalo. No lo causó ménos la conducta del mariscal Augereau, hombre exajerado en sus ideas políticas cuando la república, así como cuando el imperio; en fin, el duque de Castiglione, qne tanto lisongeaba á Napoleon en sus dias de ventura, mancilló su nombre y honor, hasta el estremo de insultar á su emperador en una proclama, despues de no haber ejecutado las órdenes que habia recibido para defender á Leon y neutralizar á los aliados en el medio dia de la Francia.

Luego que la abdicacion fué recibida y el tratado por los aliados ratificado, se aumentó mas el espíritu de deslealtad y comenzó á desarrollarse el de reaccion, reaccion sofocada por mas de veinticinco años. El órden social estaba desquiciado, y los ánimos entre la exaltacion y la bajeza.

Cuantos personajes quedaban en Fontainebleau, se separaron de Napoleon y corrieron á Paris, en donde se acogian á esos prófugos afablemente, sin mas excepcion entre tantos ministros y dignatarios, que la del duque de Bussano, el honorable Maret, que quedó en el puesto en que el honor le dictaba permanecer. Aquellos hombres, supuestos intérpretes de los soldados, iban á protestar que estos participaban de su sentimientos. El magnánimo general Leval, que por su heroismo se le habia considerado como el verdadero intérprete del ejército, desmintió las apócrifas protestas de los mariscales. El general Leval y etros que habian quedado fieles á sus viejas banderas, no fueron á mendigar favores á Paris. Al fin cedieron á las circunstancias y esto despues que su emperador los desprendió de sus juramentos.

Napoleon se hallaba en un estado violento, y escribió á Caulaincourt.

—Yo quiero partir.... ¡quién me hubiera dicho que el aire de la Francia habia de ser pesado y sofocante para mí! La ingratitud de los hombres mata mas eficazmente que el fierro y el veneno, ellos me han hecho la existencia, pesada. Apresurad, violentad mi partida.

Fué decidido, pues, que las cuatro grandes potencias mandarian un comisionado para escoltar á Napoleon. Caulaincourt se regresó á Fontainebleau ántes que llegasen los comisionados: en el tránsito, el duque de Vicencio halló diferentes regimientos, que al verlo gritaban aún con entusiasmo, ¡viva el emperador! Parecia que se estaban preparando para una revista como en otra época. El soldado raso es el que ménos olvida el honor y la fidelidad en medio del infortunio.

El duque no pudo dejar de recibir una favorable impresion en estos rasgos de fidelidad: impresion que muy pronto se desvaneció al aspecto de los salones desiertos de Fontainebleau, pues el aliento de la adversidad habia hecho desaparecer á los mariscales con sus estados mayores. Aislado, con solo unos cuantos servidores habia quedado Napoleon en aquel palacio: el emperador poderoso, el hijo querido de la victoria, ante quien habian caido los imperios y cuyos soberanos inclinaban la rodilla, estaba ahora abandonado, olvidado, como si su vista sola, ó el pronunciar su nombre contagiase la existencia.

El caballeroso Caulaincourt aumentaba su fidelidad, cuanto mas la desmentian otros, que en los dias de la prosperidad de Napoleon lo lisongeaban hasta humillarse. El emperador estaba en el jardin: cuando vió al duque le dijo:

—Todo está pronto para mi partida?

—Si señor, le respondió el duque, procurando calmar la emocion del emperador.

—Muy bien.... Mi pobre Caulaincourt, creereis quo Berthier ha partido? y ha partido sin decirme adios....

El duque procuró consolar á Napoleon sobre esta y otras ingratitudes.

—Berthier ha nacido cortesano, lo vereis mendigar un empleo de los Borbones." Y hablando de la conducta vergonzosa que aun

delante de él habian tenido los grandes oficiales del imperio.—Yo soy humillado, dijo, que hombres! Cuanto los elevé á los ojos de la Europa, ellos se han abatido. Qué han hecho de esa aureola de gloria al través de la cual aparecian en el estrangero? Qué pensarán hoy los soberanos de todas esas hechuras de mi imperio?.... Caulainconrt, esta Francia era mia, y lo que la deshonra es para mí como una afrenta personal.... Me habia identificado con ella.... Entremos.... estoy fatigado. Habeis visto á los comisarios?

—No señor, al descender del coche vine luego hácia V. M.

—Id á verlos.... violentad, violentad mi partida.... esto se prolonga mucho....

Cuando salian del jardin el emperador y el duque de Vicencio, un coracero de la guardia vestido de gran uniforme y que esperaba hablar á Napoleon, corrió hácia él, quien le dijo:

--Qué quereis?

--Mi emperador, yo os pido justicia, le respondió en ademan suplicante.

--Qué se te ha hecho?

--Se comete conmigo un acto de execrable injusticia: en treinta y seis años de edad, cuento veintidos de servicio y estoy condecorado. Cuando esto decia, se tocaba su pecho. Despues continuó: con todo, no se me ha puesto en la lista de partida.... si se comete esta sinrazon, me abriré con mi espada un lugar entre los privilegiados.

—Tienes deseos de venir conmigo?

--No es deseo, mi emperador, es un derecho, es mi honor el que reclamo, y....

--Lo has reflexionado bien? le replicó Napoleon con bondad: es necesario que abandones la Francia y tu familia y que renuncies á tus ascensos.

--Yo los abandono, dijo con voz brusca; yo tengo mi cruz y esto me basta.... y en cuanto á lo demas, todo lo olvido; con respecto á mi familia hace 22 años que vos la sois: vos mi general. Yo era trompeta en Egipto, os acordais?

--Vamos.... tú me acompañarás, hijo mio, esto lo arreglaré.

--Gracias.... ¡ah! gracias, mi emperador; yo hubiera sido sin esto muy desgraciado.

El pobre coracero se separó alegre y orgulloso.

--El sistema de compensaciones, Caulaincourt y yo no puedo llevar mas que 400 hombres, y mi guardia entera desea seguirme.... En ella se agota el ingenio por encontrar en la antigüedad de los servicios, en el número de sus escudos, títulos para dividir conmigo el pan y la tierra del destierro. ¡Valientes, bravos soldados! qué no pueda llevarlos á todos!

Ni una visita, ni un recuerdo de alguno que viniese á cambiar esa monotonía de dolor que reinaba en Fontainebleau! De vez en cuando se escapan de la boca de Napoleon los nombres de Malé, Fontanes, Berthier, Ney, y.... nadie viene!....

Montholon, el fiel Montholon llega del Alto-Loire, y espresa el entusiasmo de las poblaciones y de los soldados, y decia que todavía era tiempo.

--„Es bien tarde, responde Napoleon... ellos lo han querido....” y alguna que otra palabra era una acusacion terrible.

El 19 de abril, los preparativos del viage fueron concluidos. Las mas crueles emociones aumentábanse por grados cuanto mas se acercaba la hora de partida. Napoleon sufria.... los que le habian quedado fieles tenian el alma despedazada: las lágrimas eran de sangre.

--Napoleon preguntó á Caulaincourt, está todo dispuesto?

El duque solo pudo hacer un signo afirmativo.

--Mañana al medio dia montaré en un coche.

Nadie podia articular palabra....

--Caulaincourt, yo tengo el corazon lacerado: nunca debiamos separarnos.

—Señor! esclamó el duque desesperado, yo partiré con vos: esos hombres me han hecho la Francia odiosa!

Napoleon le dijo que no, por varias razones y entre otras agregaba:

--Quién defenderá esos valientes y fieles polacos, cuyos derechos eran garantizados por sus honrosos servicios? pensadlo bien, esto seria una deshonra de mas para la Francia, para mí y para todos vosotros y si los intereses de la Polonia no son irrevocablemente asegurados.

Habló despues de sus disposiciones para recompensar á su casa militar y civil y del sentimiento que destrozaba su corazon de no poderlo hacer como el queria; pero que al ménos llevaba un recuerdo de cada uno en particular, por sus servicios...y por su constante adhesion.

--Dentro de algunos dias estaré establecido en la soberania de la Isla de Elba.... me violento por respirar allí.... aqui me sofoco.... Yo habia meditado para la Francia grandes cosas... el concurso de todos me era necesario: se me ha rehusado. Este pueblo, el mas valiente y animado de la tierra no tiene constancia mas que para volar al combate; pero una derrota lo

desmoraliza: diez y seis años de victorias á mi lado se han olvidado en un año de desastres," y suspiró profundamente.

Pasado un rato de meditacion, siguió hablando sobre la manera bárbara con que se le consideraba, y hollando en él las leyes naturales al separarlo de su muger é hijo: despues decia:

—La historia dirá: Napoleon soldado y vencedor fué generoso y clemente en la victoria; Napoleon vencido se le ha tratado con infamia por las viejas monarquías de Europa.

El duque de Vicencio procuró en esto y en lo demas derramar en su alma el bálsamo del consuelo: la amistad y fidelidad de Caulaincourt, infundian en su emperador la confianza. Este se paseaba con violencia, y sus espreciones aisladas eran la historia de la Francia y aun del mundo que veía con su mirada de águila en el porvenir.... y continuaba.

—El recuerdo, decia á Caulaincourt, que llevo de vuestra conducta hácia mí, me reconcilia con la especie humana.... vos sois el mas perfecto de los amigos; y le abrió los brazos al duque, el que se precipitó en ellos: ambos estuvieron por un rato mudos con la opresion del dolor.

—Es necesario separarnos, mi amigo, mañana aun tendré necesidad de todo mi valor para dejar á mis soldados.... Valiente y admirable guardia.... fiel y adherida en mi buena ó mala fortuna.... Mañana le diré mi último ¡adios! En fin, es el postrer sacrificio que me queda por hacer.

Despues con acento conmovido le dijo al duque:—Caulaincourt, nosotros nos veremos un dia.... mi amigo; y salió fuera de su gabinete.

Caulaincourt, frenético de pesar, se separó tomando el camino de Paris.

En este dia, el 19 de abril, el emperador dictó sus órdenes para su partida: al siguiente su guardia y lo que le quedaba de oficiales superiores estaban dispuestos. Ya se habia hecho la honrosa y envidiable eleccion de los que lo habian de seguir á su destierro: los generales Bertrand, Drouot, Cambronne, el mayor y baron polaco Jermanowski, el caballero Malet, los capitanes de artillería Cornuel y Raoul, los de infantería, Loubars, Lamourette, Hureau y Cambi; en fin, los capitanes de lanceros polacos, Balinski y Schoultz y 400 granaderos y cazadores de la vieja guardia y lanceros polacos habian de acompañar á su emperador.

Rodeado por los ejércitos enemigos, no pudo ver antes de su partida á ninguno de la familia: todos los miembros de esta salian en diversas direcciones para el estrangero. La emperatriz María Luisa tiene que aparecer en la historia con la tacha que se le hace de su calculada posicion que ella misma buscó para no ver á su esposo. Napoleon quedaba enmedio de su infortunio, y á la vista de la Francia, y la Europa sonreia....

En fin, el 20 de abril los coches de viaje estaban preparados. La guardia imperial estaba formada en uno de los grandes patios del castillo de Fontainebleau: á la una de la tarde salió de su gabinete Napoleon y á su tránsito halló el pequeño resto de la brillante y numerosa corte que un dia lo rodeó. El duque de Bassano, el general Belliard y otros pocos generales y coroneles, habian sabido conservar ilesos su honor y fidelidad hasta lo último, ¿y los polacos? Los polacos eran representados en esta escena solemne por el general Kosakowski y el coronel Vousowitch. El emperador dirigió su mano á cada uno y se fué hácia su guardia. Con mil vivas lo acogió esta falanje escogida, admirable resto de los héroes de la república y del imperio. A un signo de que queria hablar Napoleon, reinó un silencio lleno de ansiedad y de desconsuelo: en medio del cual y á la vista de los comisionados estrangeros, dirigió á su guardia aquellas últimas palabras elocuentes y sublimes que el dolor le dictaba y que el mundo entero ha acogido con admiracion, con entusiasmo, con ternura. Palabras que revelan á la vez las profundas emociones de amor y de dolor que inundaban el alma del héroe.—No lamenteis mi suerte, les decia al concluir, seré feliz siempre que sepa que vosotros lo seais. „Adios, hijos mios, yo querria estrecharos á todos en mi corazon: ya que no me es posible, abrazaré al ménos vuestra bandera (1)."

Al pronunciar estas palabras el general Petit, toma una águila y avanza. Napoleon fuera de sí abraza al general y besa la bandera: hizo un esfuerzo, y con voz firme dijo á sus soldados: „Adios en fin, mis viejos compañeros de armas.... Adios, mis valientes! Adios, hijos mios (2)!

En seguida se dirigió apresuradamente á un coche en que lo esperaba el general Bertrand.

Partió.... En el corazon de los franceses quedaron tantos remordimientos, como trofeos y gloria habia conquistado para la Francia. El mundo estaba absorto, la Europa silenciosa, la victoria en duelo. ¿Sabeis la causa? *Hijo de la libertad la traicionó, y la libertad se vengó!*

México, marzo 15 de 1844.—D. Revilla.

(1) A Hugo.
[2] Lallcment.

¡ELLA!

Aquí de los espantos y de los comentarios, de los males de nervios y de los suspiros ¡¡Ella!! ese es un título romántico, eminentemente romántico, fruta de ese árbol viejo carcomido y medio seco. ¿Quién no recuerda al leer este encabezamiento el *romanticismo y los románticos del curioso parlante*? ¿Quién no se estremece pensando ya en los venenos y en los puñales?—Desde el oscuro rincon de mi humilde cuarto diviso á la sentimental Elisa preparando una lágrima que ya comienza á brillar en su párpado; diviso tambien á la débil Clara ahogándose; su seno palpita y sus nervios se contraen. El Romántico Anselmo se dispone á acompañar con sus gemidos y sus maldiciones á las blasfemias y á los sollozos de la heroina ó del héroe del cuento que se titula „*Ella*." Por detras de todos estos jóvenes ansiosos de impresiones, ávidos de desventuras si quier leidas ó acontecidas, distingo á la venerable Rita, á la buena sexagenaria, horripilándose y llamando heregias al romanticismo y hereges á los escritores que tal escriben, y ensartando ya un sermon de sexagenaria que deja entre asustada y curiosa á la tímida *Angelita*.... Paso, señores, no es nada de eso; nada de lo que VV. han pensado es el articulillo.—„*Ella*" es cosa muy distinta; no hay para que asustarse. ¿Quién de VV. no la conoce? ¿Quién no la ha visto? ¿Ha estado V. en un baile de candil? ¿No sabe V. lo que es? Bien, venga V.; entremos. Distingue V. entre esa turba de bailadoras mozuelas, de damas de barrio, de elegantes de accesorias de hembras de soldados, entre esa multitud de mugeres que se enlazan y se agrupan y se oprimen con esos caballeros sin perfume, ni casacas, que se abrazan con esos *dandys* de calzoncillo y sábana, de chaqueta y jorongo, petrimetres de sombrero jarano y rollizas muñecas, que arman pendencias y se acuchillan y despiden á un hombre para la eternidad, con la misma sangre fria que un elegante de baston y lente se sorbe en finísimos trago una taza de café. ¿No distingue V. etre esas mugeres, entre ese grupo, á una muger que parece multiplicarse? Se admira V. de sus formas tan bellas, de su aire tan jovial, le parece á V. la reina de esa sociedad?—Es cierto; véala V. triscar' buscar á este, luego á aquel; ansiosa de placeres ávida de sensasiones gratas. ¡Qué gracia en sus movimientos, qué desenvoltura, qué ardor! —Esa avidez de placeres fisicos es el eslabon que une á los racionales con los brutos, vea V. á esa hechicera, á esa muger de la hez entregada á ella; ¿siente V. deseo de conocerla?—Disfrute V. antes del placer de contemplarla; porque esa muger es *Ella*, y ella.... Venga V., dará la vuelta y V. verá su rostro. ¿La vió V.? Pero por qué ha esclamado? Esperaba V. hallar un rostro juvenil, un rostro hechicero, esperaba V. hallar una mirada angelical.—¡Infeliz!—Le ha encontrado V. con un rostro rugoso ya por la edad, con una frente marchita por el vicio, con una figura que revela los mil criminales placeres de esa muger que al fin ya de su vida vuela ansiosa tras ellos, busca aún sensaciones de que ya es incapaz.—Véala V. bien, note V. los signos de maldicion que lleva impresos en esos ojos secos, rojos; aun en esos mismos movimientos llenos de vida y de gracia se descubre su prostitucion. Esa muger es *Ella*; porque con este nombre y en uso de mi autoridad he querido bautizar á esas viejas verdes, ó sean coquetillas de cincuenta ó mas años,—¿Siente V. un atractivo oculto, un *no sé qué* que impele á V. á quedarse junto á esa muger?—Ese atractivo es un hechizo, es el resultado de un clister que forma el patrimonio de *Ella*.—Salgámos, huya V. con migo. Vamos á un baile mediano, porque este artículo ha de ser artículo de baile y de danzas; D. N. dá un baile, y D. N. es un buen empleado de regular sueldo que le queda á deber tesorería. Venga V. ; en su casa se reunen mil personas de la clase media, ¡de esa clase que oculta crímenes horribles y virtudes heróicas, arrojos inauditos y sacrificios inmensos, de esa clase demagógica y anárquica, de esa clase hija del órden y de la libertad. Es la sala, vea V. á esas jovenes frescas, hermosas, puras, sin pretensiones de orgullo, con la sencillez de la mediocridad; todas bailan, todas danzan; todas estan alegres, unas entregadas á los encantos del baile, otras cuchicheando en un estremo de la sala, confiándose sus penas y sus amores, sus esperanzas y sus temores. Fije V. su vista en ese corro: vea V. á aquella muger que brilla entre todas por su trage modesto, sus modales tan dulces su vivacidad, tan ingenua y tan sencilla. Debe de ser la inocencia misma, el can-

dor personificado. Véala V. riendo con las jóvenes y dándoles consejos porque tiene sus aires de esperimentada. Mírela V. descubriendo su sensibilidad exitada por los sones dulcísimos de la música; su cuello ondea, su blanco cuello, su cuello de cisne, su cabeza hechicera chispea con el fuego de la juventud. ¡Tiene quince años! Cree V. que es sensible y la ama, que es hermosa, que es ingenua, que sus maneras son francas, que sabrá amar con fuego.—Bien; véala V.; ya la conoce V. de perfil, ahora mírela V. de frente. ¿La vió V.? No esclame, no prorrumpa en gritos.—¡Es *Ella!* Véala V. encubrir su falsía, véala V. cómo suspira á los acentos de ese jóven, cómo lanza una mirada al otro, cómo anima á aquel.... ¿Se siente V. apasionado por ella? Vea V. como se divisa á travez de la gaza y de la seda que encubren su cuello y su seno, su maldad y su prostitucion; vea V. esa frente juvenil, esa frente de cincuenta años, sus ojos marchitos, ya sus ojos ávidos de deleites y animados solo por el fuego de la prostitucion.—¿La creyó V. jóven?—Está V. desengañado; tiene ya casco de medio siglo y á estas jóvenes de *semi-siglo* son á las que llamo yo *Ella*. Esta es la *Ella* de la clase media; muger terrible y ponzoñosa como un áspid y abominable como un usurero, aunque ahora los tenemos, para honra de Dios, á millaradas.

No huya V., iremos juntos y á otro baile. (Hoy me ha dado por los bailes) vamos á un baile de tono, á un baile de elegantes, á un salon en el cual brillan á la luz de la esperma los diamantes y los rubíes; lugar en que ondean la gaza y la seda, el finísimo *shall* y la ancha enagua de seda. Venga V.; mil bellezas seductoras consolarán á V. de la vision fatal; la música, la alegria, la buena mesa y la.... todos los placeres reinan allí.—Estamos en él ¿Ha llamado á V. la atencion esa señorita que ha dado su abanico al almivarado y apuesto doncel que conservando una apostura estudiada se ha quedado junto á ella?—Vea V. á esas otras jóvenes, diviértase V. allí; no vuelva V. el rostro á esa muger. Es hermosa, no hay duda, es la bondad personificada, es la imagen de la inocencia en este suelo, es hechicera.... ¡Oh, es un ángel!—V. la ama tal vez. No la ha visto V. bien ¡Qué jovencita, qué tez tan delicada; es una niña, y una niña hermosísima. Acérquese V.; mírela V. con su rostro jóven á fuerza de afeites y de colorete; mírela V. con ese seno palpitante, lleno de afecciones amorosas, blandas, suaves como su perfumado aliento; y digo que es perfumado, porque efectivamente echa la juvénil sexagenaria en su boca no sé qué perfume, que compra en la perfumería por supuesto).—¿La ama V.? Pues bien, vuele V. á sus piés; es ¡¡*Ella*!!.. Escuchará los votos de V., se entusiasmará, la verá V. llena de fuego y de pasion. Pronto, dígala V. que la ama, y *Ella* inclinará su frente ruburosa; júrele V. su amor, y bajará sus ojos, dígale V. que muere, *Ella* le dirá á V. !Ah! y una lágrima de amor brillará en su párpado viejo, porque la han enternecido los acentos de V.—Bésela V. una mano, y en su transporte dará á V. un beso que imprimirá en su frente... En la frente, porque es V. tan niño y *Ella*.... *Ella* tiene cuarenta y cinco ó cincuenta años cubiertos con ciertos ingredientes que le vende el peluquero vecino; mas no tema V.; lo amará eternamente; así lo dijo, y esta eternidad es como si dijéramos que amaria á V. por toda la eternidad que medie entre la declaracion de V. y la de otro jóven nuestro prójimo é hijo de Adan. Porque *Ella* se sustenta con las declaraciones juveniles, como V. y yo nos sustentamos con la carne y con las frutas. Es un placer inefable para *Ella* una declaracion juvenil; figúrese V., hay tanto fuego en un *te adoro* dictado por una boca de veinte abriles ó de veinte mayos, que para el caso son lo mismo. Pero en fin ¿recibió la declaracion de V.?—Lo amará siempre, no es verdad? Leyó V. en sus ojos su placer, sintió V. palpitar su corazon y aunque viejecita es sincera; yo la he calumniado. ¿No es cierto?—Pues bien; aquel mozalvete tímido, encogido, como estudiante de universidad mexicana va á acercarsele.-¿Percibió V.? *Te amo*... ..Acerquémonos.—Van á bailar; nosotros tambien danzaremos; póngase V. frente á *Ella*.... Una lágrima le ha quemado á V. la mano. Es una lágrima de la sensible *Ella*; está extasiada con las palabras de ese jóven á quien ha dicho *necesitaba llenar el vacio de mi corazon*, y esto es cierto, porque ni V. ni un amante solo son tomos suficientes á llenarle esa carverna que parece un abismo. Porque ya no tienen sangre ni su corazon ni su cuerpo; toda *Ella* está vacia como pipa de vino, y no tiene ya mas que la piel que restira con mil trabajos y por medio de un mecanismo curioso.—¡Vaya V. á llenar ese vacio! No hay quien ocupe tanto que lo consiga, y menos si suponemos que el amante es niño, como son los amante de *Ella*. *Ella* se muere por los niños; por la sencilla razon de que el género humano es tan afecto á los contrastes, y entre una vieja y un niño hay un contraste graciosísimo, cuyo contraste llega á ser un coup de théatre, si suponemos, como es debido, que la vieja es macilenta y se pinta, y el niño es rollizo y no se pinta.—Y luego figúrese

V., hay tanto ardor, tanta poesía en una declaracion juvenil (por supuesto son niños de quince á veinte años,) son tan bellas las primeras palabras de amor. *Ella* se deleita en eso; busca á los jóvenes, los anima, los enloquece para gozar de sus arrebatos, ya que la corta edad de cincuenta años ó de cuarenta y cinco le impide tenerlos por su parte.—Pero no hay que desanimarse; si V. la ama, vuélvase á *Ella* y permanecerá constante; amará á V. y á otro y á otros dos y á otros tres y á veinte jóvenes; porque *Ella* es como heroina en achaque de amor; su corazon es inmenso y no se consume ni puede alterarse.... Ya lo tiene seco, y marchito, y amará á V. y á mil jóvenes para vivificarse con su fuego, para reanimarse un momento con su alma, como se anima un instante la llama de un candil, si se le vierte encima una gota de aceite. Y se revivirá en el seno de V. con el calor de su juventud, como se reanima y revive en el seno de inesperto cazador la vibora que recogió elada en un pantano; y morderá á V. como la víbora y le dejará recuerdos de pena como se los dejaria una fantasma que se le apareciera si tragera un vestido del siglo trece ó catorce.

Desprecie V. á *Ella*. Es un horror oirla hablar como testigo de vista de los sucesos de cuarenta años atrás. Abandónela V. y no la busque sino cuando haya menester alguna noticia histórica, ó cuando quiera contemplar un momento un esqueleto, cuando quiera meditar en la muerte.... Y si ella tiende á V. sus brazos, si le mira con amor, si atrae á V., porque *Ella* sabe atraer, véala V. con atencion y diga V. á los que estan á su lado: „Es una vieja, es *Ella*" y vuélvala V. la espalda con indiferencia, que este es el mejor remedio que contra esas coquetillas quinquagenarias ha hallado el curioso.

ANÓNIMO.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. LORENZO XUARES DE MENDOZA.

CONDE DE LA CORUÑA.

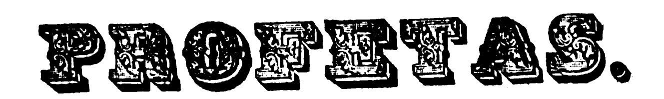
(1580.)—A D. Martin Enriquez de Almanza le fué sustituido por virey de la Nueva España nombrado él para el Perú, D. Lorenzo Xuarez de Mendoza, Conde de la Co ruña, que hizo su entrada en México el 4 de octubre en la tarde, del año de 580 y la cual se verificó con mayor magnificencia que la de sus pr edecesores, pues que de dia en dia aumentándose la poblacion se aumentaba tambien el lujo y el esplendor. El carácter jovial del virey, la afabilidad con que oia á cuantos querian hablarle, le atrajo inmediatamente las atenciones de todos y se les hizo desde luego amable.

(1581.)—Los oidores, los alcaldes y todos cuantos en México administraban justicia, la ponian en venta, obraban fuera del círculo de sus atribuciones y cometian otra multitud de excesos que el virey no podia reprimir, ni aun con remover ó suspender siquiera á tales empleados, así como á los de rentas reales que se malversaban, desde que se le restringió su autoridad en tiempo de Velasco, y deseando el Conde de la Coruña que se remediara, en este año de 81 representó al rey solicitando que nombrase un visitador precisamente para este efecto y con facultades amplísimas.

Aumentado en gran manera el comercio de la Nueva-España que con mucha justicia podria llamar emporios célebres á Veracruz y Acapulco, habiendo en México un crecido número de mercaderes del Asia, Africa y Europa é infinidad de nogocios mercantiles, el ayuntamiento impetró del soberano la creacion del consulado que tuvo lugar efectivamente en 81, dándole Xuarez una solemne publicidad á la real cédula de Felipe II.

(1582.)—Habian en 580 llegado á México con su arzobispo nueve religiosas para fundar el monasterio de Jesus María, y á las cuales de pronto y mientras se les propocionaba local para su fundacion, se les franquearon unas casas situadas en la esquina de la Santa Veracruz (la actual parroquia) y el 20 de febrero de 82 pasaron al edificio que hoy tienen por donacion que les hizo un particular siendo ese edificio fincas suyas. Entre las fundadoras venia segun noticias una hija natural de Felipe II cuyo cráneo se dice que existe aun en el convento con un laurel. Tambien en este año, de Guatemala y con el objeto de estudiar llegaron á México algunos mercenarios que fundaron pasados pocos años la actual provincia de la visitacion y conventos de México. El dia 19 de junio, siguiendo al padre Cavo, ó de julio segun Vetancourt falleció Xuarez de Mendoza á causa de su extremada ancianidad. Fué en gran manera sentido por los que le comunicaron: el periodo de su gobierno fué de corta duracion, porque rara vez es largo el de los hombres honrados. Su cadáver se sepultó con gran pompa en la iglesia de S. Francisco, de quien era muy devoto, y de allí se le condujo al sepulcro de su familia en España.

CARLOS M. SAAVEDRA.



> Il est impossible d'envisager toutes les preuves de la religion chrétienne ramassées ensemble, sans en ressentir la force á la quelle nul homme raisonable ne peut resister.
>
> PASCAL.—*Marques de la veritable religion.*

Tan luego como leimos el siguiente artículo sobre *Profetas*, escrito por Mr. J. P. Pagés, diputado del'Ariège, nos propusimos hacer un estracto de él, con objeto de insertarlo en nuestras columnas; pero habiendo reflexionado sobre esto detenidamente, consideramos que una produccion de esta naturaleza perderia todo su mérito y aun su importancia, si se estractara, y nos resolvimos desde luego á publicarla íntegra. Creemos que nuestros lectores no veran con desagrado el artículo que hoy les presentamos, y mucho ménos si fijan por un instante su atencion en las tendencias de nuestra época, en que por desgracia va cundiendo entre nuestra juventud, y triste es decirlo, en algunos de nuestros jóvenes, impulsados solo por el espíritu de imitacion y de moda, el aciago escepticismo que arrastra á los hombres, muchas veces sin que lo adviertan, hácia un ciego fatalismo y al mas vil materialismo. La filosofia, cuando se adopta un falso sistema, no produce los benéficos resultados que de ella deben esperar las sociedades: los falsos filósofos sistemáticos son mas perniciosos que los mas desapiadados foragidos, pues estos causan graves males á un individuo, á una familia, á una poblacion, si se quiere; pero aquellos estienden mucho mas su dominio, y los males que causan alcanzan á toda una sociedad, al mundo entero.

Todas estas circunstancias nos impulsaron á traducir literalmente este artículo, él versa sobre uno de los puntos mas controvertidos, sobre la verdad de los profetas. Cuántos hombres dudan de las profecias y hasta de la existencia de estos seres inspirados por Dios: pero por una notable inconsecuencia, frecuentemente los que tal dudan, nos hablan con una fé ciega del rapto de Elena, de la guerra de Troya, de la fundacion de Roma por dos gemelos alimentados por una loba, y de otra porcion de maravillas que únicamente creen por que llevan el pomposo título de *hechos históricos*; desechando con la mayor impudencia, lo que la fe nos manda creer, y que los libros sagrados nos presentan con el carácter santo de la revelacion.

Estas inconsecuencias de la falsa filosofia francesa del siglo XVIII, que desgraciadamente hemos heredado, podrán traernos males de incalculable trascendencia, tal vez la disolucion de la sociedad. El artículo que tra-

ducimos puede ser hasta cierto punto un antídoto contra tan fatal veneno, y repetimos que nos lisongea la idea de que nuestros suscritores lo verán con agrado.

Llego á este dilatado campo sin titubear, pero con dolor, pues que jamás el entendimiento humano ha repudiado con mas orgullo la verdad de los milagros y la sinceridad de los Profetas; mas no, me engaño, Roma tambien presenta una época deplorable. Desde Lucrecio hasta Ciceron, la reina del mundo perdió su fé religiosa: desde Mário hasta César, el pueblo rey, perdió su fé política: desaparecieron los Dioses, luego la libertad, despues la gloria y por fin, la nacionalidad, y los antiguos romanos no fueron ya mas que un tirano y muchos esclavos. Roma creyó poder reemplazar la religion con la filosofia que la habia destruido, mas aquí es donde resalta la importancia del entendimiento humano; pues la filosofia no puede resultar del politeismo, la mas miserable de las religiones, y el mundo vivió alimentado por la incredulidad, subyugado por el despotismo y sumergido en la servidumbre hasta el dia en que la palabra del Cristo vino á reconciliar á la tierra con el cielo. Nuestras tendencias son á una decrepitud semejante, y no vendrá otro Cristo á rejuvenecer el universo, y á consolar á la humanidad.

La filosofia moderna, hija de la de los griegos, semejante á su madre, ha conmovido todo lo que no ha podido destruir, y ha abierto la lucha del mundo intelectual, el cual se ha revelado contra el órden religioso. Con Lutero, la libertad se coloca frente á frente de la autoridad, y el hombre comienza á luchar con Dios: la libertad engendra al exámen, el exámen al análisis y el análisis á la disolucion. Las tendencias de los reformadores no se dirigian hácia este amargo fruto de la reforma, ellos querian oponer la autoridad que intentaban establecer, á la que deseaban abatir, tuvieron por largo tiempo sus confesiones y su doctrina, pero la libertad de los protestantes, debia destruir á la autoridad del protestantismo, y su principio generador debia necesariamente transformarse en principio destructor.

A su vez la antigua y santa autoridad de la iglesia católica se estravia en el combate, negando la libertad del hombre, es decir, al hombre mismo, y se subleva en su contra la independencia del entendimiento humano. Espinosa la arroja hácia una licencia panteista, Hobbes hacia la servidumbre material, y Collins y Toland hácia la duda y la negacion de lo infinito. Al combate de los modernos Titanes contra el cielo, sucede una batalla arreglada contra la moral, cuyo resultado era fácil de preveer; la moral no es posible sin la religion, pues solo está en la fé, y solo ella es su fuente, su sancion y su fin; fuera de ella existen leyes y penas, una opinion y conveniencias que pueden conducir hácia una muerte lenta á los pueblos incrédulos, pero que no podrán decirles: levantaos y andad! Conmovido el cimiento vacila el edificio. Montaigne dudando, Rabelais ridiculizando, y La Mothe-le-Vayer raciocinando, removieron en la filosofia moral la guerra que Lutero y Calvino habian promovido en la filosofia religiosa, y así ellos fueron como los herederos de los dos grandes reformadores: á la guerra sucedió la anarquía, y Voltaire terminó esta lucha con el triunfo de la incredulidad. Despues del poder religioso y del moral, quedaba el poder político, y á su vez se le hizo descender á la arena. Abandonado por la religion que él habia abandonado ántes, repudiado por la moral que él habia mancillado, solo y sin defensa, no le quedaba mas que tender el cuello á la cuchilla. El desafio provocado por Bodin, fué terminado con el paso de armas de Mirabeau, Robespierre no se midió contra los agresores, sino que mató á los vencidos. Sin fé religiosa, sin fé moral, sin fé política, ¿qué le queda á un pueblo? Preciso es que vea caer incesantemente todas las gerarquías humanas, y hasta la misma familia debe desaparecer, el hombre debe quedarse solo con su egoismo y su interés, y entónces estos dos vicios vienen á ser virtudes; y como la ciencia del hombre por el hombre y sin Dios lo conduce al aislamiento, es necesario que se ame solo, pues que está solo; como ha roto todos los lazos que unian lo finito á lo infinito, no queda del hombre sino lo que tiene de terrestre y de grosero, y desde este instante el bienestar material y el oro que lo procura, son el único fin de una existencia que sale del caos y vuelve á la nada; como cree en la inteligencia y no en el alma el grito de la conciencia, el atractivo de la simpatía, todos estos tesoros de regocijos y de lágrimas que nacen de la sensibilidad, ceden el puesto á las groseras emociones de la sensacion que nos impele hácia el placer, y nos repele del dolor. Entónces nacen las teorías sensuales que Lokce ha renovado de Aristóteles, que Condillac ha embellecido, y que los San Simonianos han traducido en toda su brutal sencillez, entónces nacen las teorias de utilidad privada, que reduciendo al hombre á su

organizacion material, lo impelen á satisfacer sus necesidades y sus placeres; entónces nacen las teorías de utilidad general, que en los paises protestantes, así como en los filosóficos, han desechado todos los principios, para colocar al hombre y al pueblo bajo la fatalidad de los acontecimientos, sustituyendo la necesidad á la providencia.

Cuando se ha llegado á este deplorable estado ¿qué puede decirse de los Profetas, sin esponerse á la risa general, á riesgo de no encontrar una mirada que nos anime y una alma que responda á la nuestra? Sin duda hay hombres que se creen superiores por que han visto que la tierra despoblada de Dios está estéril y desierta, y que quisieran rehacer una religion con tal de no creerla ellos mismos. Construirian gustosos una basílica como construyen un cuartel, y así como pueblan este con soldados, quisieran poblar aquella con creeyentes; pero á los unos se les puede decir: marchad! y á los otros no seles podria decir: creed! Los movimientos del alma no son como las evoluciones de un regimiento; pues el poder ejerce sobre las acciones una autoridad que no le es posible ejercer sobre los sentimientos. Es necesario que los filósofos devoren con espanto el fruto de sus obras.

En nuestros dias el espíritu profético es incomprensible para los entendimientos tales cuales los han hecho la filosofia del sensualismo y del egoismo.

Cuando se repudia la profecia y el milagro; y al espíritu de Dios animando al espíritu del hombre, no se puede tratar de los Profetas, sino ostentando ciencia y una ciencia falsa y deplorable. Hace poco que se hablaba todavia de los oráculos con una fé engañosa, pero que á lo menos era fé, por supersticiosa que fuese. Se veia la funesta prevision del enemigo del género humano en las profecías de las religiones estrañas; no era esto sino el génio de Satan que penetraba en las tinieblas para sorprender allí los misterios de la providencia. Pero se trataba de su Dios, de su religion, de su secta, un rayo del cielo venia á iluminar desde lo alto al hombre que caminaba guiado por el dedo de Dios y hablaba inspirado por el espíritu de Dios! El hombre creia aún y unia segun las fuerzas de su inteligencia lo conocido á lo desconocido, lo finito á lo infinito, las formas del ente al ente mismo! La ciencia fria inanimada carece de sentimiento, de conciencia, de alma, único poder humano que une á la tierra con el cielo. Así cuán curioso es verla armada con el error, el sofisma y la mentira penetrar en este campo sin límites del creyente, atacar la fé pasiva como supersticion y la fé activa como fanatismo, servirse de lo falso para destruir lo verdadero y del crímen para negar la virtud. Para la ciencia todo es análisis, y lo que no deja un resíduo en su crisol no puede existir. Pobre ciencia! admirable por el raciocinio y la dialéctica, por la claridad, el órden y el método, que ha dado pasos agigantados, por la invencion y la perfeccion de todos los instrumentos, que pudieran conducir á la ciencia real si su árbol no se hubiera quedado en el Eden. Pobre ciencia! que niega lo infinito con una palabra altiva, y que estacionaria desde Aristóteles y Platon, no puede aun decirnos lo que son el tiempo y el espacio, la vida y la muerte; que quiere presentar á nuestras miradas el hombre entero y que no puede decirnos lo que es la inteligencia y el sentimiento, cómo existe el alma, cómo se une al cuerpo y cómo se manifiesta en el esterior. Pobre ciencia! que antes de pasar al alma deberia comenzar por conocer el cuerpo, y decirnos lo que constituye la respiracion, la circulacion y la generacion; lo que produce la peste. el cólera, la viruela. Pobre ciencia! tan hábil en la descripcion de los efectos, en sistematizar los resultados y tan impotente para elevarse á una causa, á una idea primera cualquiera que sea. Y no obstante, esta ciencia sin fé, es la que quiere esplicarnos hace cien años estos misterios de lo infinito, estas tinieblas de lo desconocido á los cuales no puede llegarse sino por la intuicion. La ciencia ha visto juglares, médicos y sibilas, y entre ellos ha colocado á los profetas. Todo es mentira, fullerias, arte de envenenar ó de curar, todo es juego de manos, ilusion, engaño, todo es el hombre, nada es Dios en la religion. Moisés conocia la fuente que hizo brotar de la roca, Elias subia al cielo en un carro de ópera, Eliseo caminaba sobre las aguas con unos patines de corcho, el enfermo fué curado con una medicina, el muerto resuscitado porque no habia espirado, y el que muere es por efecto de un veneno. Cómo es que la razon humana no ha bastado para demostrar á estos ingenios superiores que el crímen no se comete vanamente, que es preciso ser impulsado hácia él por un interés personal ó de carta, y que los Profetas estaban aislados y solitarios, vivian perseguidos y pobres y morian pobres y mártires sin aspirar al poder ni codiciar las riquezas, esponiendo sus cabezas, cuando Dios les mandaba que fuesen á predicar en el templo, en los palacios ó en las plazas públicas, ocultándose despues de ejecutada su mision en los de-

siertos y entre las rocas, esa misma cabeza que el amor á la vida, inseparable de la humanidad, les hacia conservar hasta el momento en que Dios les decia: Necesito de ella!

No, nada puede hoy decirse acerca de los Profetas, porque nada puede ser comprendido. El oido no puede oir, el ojo no puede ver, y el corazon no puede sentir. Se apela á la religion, como si fuera un instrumento en los negocios públicos, pero no se percibe el vacio que deja en las almas. Ay de ella, si en vez de romper con la mano de Dios la puerta que se le cierra, entrase ayudada del poder, por la que se le abre! No seria ya la hija de Dios, el ángel tutelar en la desgracia, la reina del mundo; prostituida por el hombre, mancillada con sus caricias, caeria bien pronto al fin de su orgia política. Ella no puede ser sino lo que es; y si no es tal como se cree, no es nada. Con este espíritu, es pues, con el que deben leerse y meditarse los Profetas, con este espíritu fué con el que los hebreos escucharon á Moisés, y que hace mas de tres mil años viven aun con su vida y por su palabra; con este espíritu es con el que los cristianos han adorado el Evangelio, y con él, llenos de confianza en sus promesas, han tolerado la opresion y sufrido el martirio; con él humildes en la opulencia, y resignados en los padecimientos, han pasado este sueño que llamamos vida, surcada por algunas ilusiones, herida de dolor y de espanto por algunas pesadillas, y que acaba en la tumba, mansion de muerte, donde el cristiano comienza á vivir, y los de otras creencias cesan de existir.

Los filósofos hebraisantes rehusan la inspiracion, y pretenden esplicarla por medio de la fisiología y la psicología. En medio del mundo que se cree animado por el sentimiento religioso *el sentido íntimo* de la religion ha perdido todo su poder. Se siente que hay un Dios, una alma, se esperimenta la necesidad interior de creer, y se conoce y atormenta el peligro del órden social, arrojado como pasto á la incredulidad; pero la filosofia, tal cual la han hecho el siglo XVIII y la revolucion, pesa sobre el mundo como la fatalidad, y con esclusion de algunos hombres á quienes la rechifla del *espíritu fuerte* no ha aun horrorizado, es necesario otra generacion, otra instruccion, otras leyes y otras instituciones, para poner término á la insurreccion del mundo material contra el mundo espiritual. Aun las almas que tratan de creer en nuestros dias, buscan la fé fuera de la religion. Swendemborg y Saint Martin buscan á Dios al través del delirio de sus fantásticas visiones: han visto lo que los ojos no pueden ver, han oido lo que los oidos no pueden oir. Ellos que no pueden comprender con los sentidos que el alma sea cautiva y soberana en su cuerpo, quieren con ayuda de los órganos materiales atravesar el abismo que los separa de lo infinito: su locura no carece ni de celo ni de uncion, pero á nada puede conducir, pues no es mas que locura. Otros ascéticos, renovados de Madama de Guyon, buscan los misterios por la contemplacion, y descorren todos los velos por la intuicion. Quieren que su alma que no puede salir de sí misma, para manifestarse por sí, y que replegándose en ellos, no puede revelarse á si misma, pueda atraerse lo invisible, lo desconocido, lo infinito. La psicología no ha llegado nunca á descubrir una idea primera, una idea simple, una idea necesaria, y el sueño de los ascéticos nunca será mas que un delirio. El Profeta lo ha dicho ántes que nosotros, dirigiéndose á los que buscan lo que no pueden encontrar en este mundo: „El hombre no puede verme y vivir."

Aun aquellos que investigan con fé, no pueden evitar el investigar con el espíritu, pues llevan el exámen en la investigacion y el libre albedrio en el juicio y de esto nace la divergencia de los comentadores. Es esto figura ó realidad? sentido literal ó alegórico? parábola ó historia directa? El Profeta que descorre el velo de lo venidero á la presciencia de la incredulidad que lo espera. "Escuchad y no comprendais dice, Isaías." Pero cuando el tiempo se ha cumplido, los velos se han levantado, y los misterios revelados al hombre, entonces el apóstol dice del evangelio: "El que lee, comprende."

A la primera ojeada la profecia directa parece que demanda fé, pues que no hay quien resista á la claridad de estas palabras: "Una Virgen concebirá," Los hebreos las admiten pero niegan su cumplimiento: "El Cristo será crucificado." La admiten tambien, mas esperan al que debe nacer de la Virgen, y que deben ellos sacrificar. Así los judios no creen á los Profetas en lo que el cristianismo ha cumplido; los protestantes no quieren admitir mas que aquello que no ataca sus doctrinas; y solo los católicos toman el libro de Dios, como los hebreos hasta el advenimiento del Cristo, y como la universalidad de los fieles, desde el evangelio. Así es que todos estan de acuerdo acerca de esas magníficas promesas, y de esas terribles amenazas de la voz de Dios tronante en boca de los Profetas sobre la ruina de Jerusalen, la cautividad de Judá, las setenta semanas de servidumbre, la caida de los caldeos, las vic-

torias de Ciro, las conquistas y desastres de los persas, de los griegos, de los romanos, la abominacion y la pérdida de los moabitas, de los tiros, de los filisteos y de los egipcios. Los hechos han venido á justificar las palabras y la duda ha desaparecido. Pero los judios no pueden admitir el cumplimiento de sus profecias en nuestra religion, sino abdicando la suya, y los protestantes no pueden entenderlas como nosotros, sino dejando de serlo. De manera que discutir con ellos sobre los Profetas, no solo es cosa de ciencia de erudicion, de exámen y de controversia, es el fondo mismo de su religion lo que se debate, y ellos no podrian convenir en que cometian un error histórico sin confesar al mismo tiempo la falsedad de su creencia.

En nuestra pobre escolástica los comentadores han estado poco de acuerdo; muchos han abandonado el sentido literal por el místico, y otros han variado aun acerca de la alegoria que imaginaban. Pero aqui todo es de una santa legalidad; nadie puede ser sorprendido en estas interpretaciones cuya sutileza no ofende la piedad natural. S. Gerónimo no vacila al decir con toda la pureza de su corazon: "Lo que sé lo comunico con sencillez á mis hermanos, pero ellos son ciertamente libres para adoptar la interpretacion que quieran seguir." Efectivamente el testo hebreo algunas veces mal *trasmitido*, y otras mal *comprendido*, y la version griega algunas veces *compendiada*, y otras *infiel*, abren la lisa á diversas interpretaciones, para todos esos espíritus sublimes y sencillos al mismo tiempo, para todas esas almas á la vez austeras y francas que apagando su sed en el rio de los Profetas, se dejan arrastrar por la corriente.

Pero cómo osar en nuestros dias abandonar á la risa del incrédulo, ó al desden del indiferente, el espíritu de los videntes tal como aparecia en otro tiempo al espíritu de los creyentes? Hoy no puede hacerse mas que tratar cientificamente de los Profetas, es decir, repetir lo que los demas han dicho de ellos, aglomerando los mismos hechos en un sistema diferente, porque esto es lo que se llama ciencia en nuestros dias; ella no nos enseña lo que ignoramos, únicamente nos enseña de diferente modo lo que sabemos; y hé aquí todo. Los paganos tenian templos especiales donde los Profetas y las Sibilas daban sus oráculos, y en ellos se nota la obra del espíritu sacerdotal. El sacerdocio hebreo fué siempre estraño y algunas veces enemigo del espíritu profético; pero el espíritu de Dios descansaba sobre un hombre y el hombre profetizaba. Se ha dividido á los Profetas en mayores y menores: todos son iguales entre si, pero lo que los distingue es, que aquellos han dejado mayor número de profecias. Isaias, Jeremias, Esechiel y Daniel son los cuatro profetas mayores. Oseas, Joel, Amós, Abdias, Jonás, Micheas, Nahum, Abacuc, Sophonias, Aggeo, Zacharias y Malachias son los menores. Pero los hombres á quienes el espíritu de Dios ha querido aparecer, forman de Adan á Moisés una série sin interrupcion de verdaderos profetas. Hasta despues de Moisés es cuando los profetas suscitados escribieron sus predicciones; y desde Samuel hasta Malachias la palabra de Dios sobre el pueblo y sobre el mundo se nos ha conservado. La escritura cita Profetas, profetisas y asociaciones de videntes. San Epifánio cuenta una série de setenta y tres de ellos desde Adan hasta María, y los judios cuentan cuarenta y ocho. Los comentadores de los Profetas son innumerables, y sus discordancias han escitado la cólera de los filosófos: fácil hubiera sido evitar esta controversia, pues Bossuet habia dicho antes que ellos: "El concilio de Trento no establece la tradicion constante, ni la inviolable autoridad de los Santos Padres para la inteligencia de la Escritura, sino en lo que están unánimes y en las materias de fé. Las esplicaciones literales é históricas no son en su mayor parte ni de dogma ni de autoridad." El campo es libre, y vasto, segun se vé, para las congeturas; pero lo que siempre se ha creido en todas partes y por todos, está á los ojos del cristiano fuera de toda discusion. Esto es, lo que la comunion de los fieles, es decir la Iglesia, ha creido hasta hoy, y á esta creencia es á la que será preciso volver, porque en ella y solo en ella se encuentra la verdad. La anarquia de las opiniones aisladas, la licencia del derecho de exámen, que pliega el sentido de la Escritura á merced de las pasiones y al gusto de los sentimientos, la insurreccion del crímen que niega el poder que lo condena, la locura del hombre que busca á Dios fuera de Dios, ó que quiere hacerse un Dios á su placer y todas estas saturnales filosóficas, tendrán su fin; la verdadera naturaleza de la humanidad volverá á su camino, del cual la han arrojado el orgullo de la inteligencia y las emociones de la carne; pero llegará el dia del profeta. "Dios creará un nuevo cielo y una tierra nueva. El sol no resplandecerá ya de dia, la luna no lucirá por la noche y solo Dios será eternamente nuestra luz y nuestra gloria."

Tal es el artículo de Mr. Pagés: el nos parece bien escrito, y aunque sea mal traducido, le hemos dado un lugar en las columnas del Liceo, pues en nuestro humilde concepto demuestra la importancia de nuestras creencias, en una época en que como dijimos antes, se miran con desprecio, y en que la religion encuentra pocos ecos en los corazones, sin considerar que esa religion santa debe ser la única esperanza del hombre; pero el hombre es altivo, ha querido penetrar mas allá de lo que le es dado y se ha estraviado; ha apagado la antorcha de la fé y se ha quedado en tinieblas: pobre humanidad!.....

P. M. de Torrescano.

INSTRUCCION PUBLICA.

Si hay algunos datos para conocer la marcha y adelantamientos de un pueblo, no se toman ciertamente de la vista de esos magníficos y sorprendentes edificios, destinados para el recreo de los magnates, ni de la generalizacion de un lujo, que las mas ocasiones no se puede sostener sino por la corrupcion de costumbres: tiranos que agobian á sus pueblos con toda clase de vejaciones, levantaron arcos triunfales para perpetuar su memoria: pueblos sumergidos en una abyecta estupidez, construyeron y adornaron templos, para quemar incienso á sus ídolos y á sus preocupaciones; y los primeros solo han eternizado en sus monumentos la memoria de su orgullo, y los segundos han legado á la posteridad el título de su ignorancia. Los mas bellos ornamentos de una nacion civilizada, son sin duda alguna el fomento de la instruccion pública y de la moral, y la creacion y mejora de los establecimientos de beneficencia. Sin estos elementos, la sociedad no existiria ó seria un yugo insoportable, y los hombres gemirian bajo la dura mano del despotismo del mas fuerte.

Sábia la naturaleza, concedió al hombre el atributo sublime de la inteligencia, por el cual ha podido bastarse á sí mismo, remitir la accion brusca de los elementos, cubrir sus necesidades de una manera cómoda, y aun proporcionarse goces en la vida: grabó en su corazon el amor de sus semejantes, fuente purísima de las acciones generosas, orígen de muchas virtudes y el freno mas saludable contra el vicio: de estos atributos derivan los principios de las conveniencias sociales. ¿Qué seria el hombre sin estos dones con que le enriqueció el Criador?.... Desnudo y sin abrigo, seria el mas desgraciado en medio de la abundancia, y feroz para con sus semejantes, no veria en ellos sino unos rivales á quienes disputar la presa: ni el principio de la propia conservacion hubiera bastado para perpetuar la especie humana: obligada por su misma organizacion y por sus necesidades á proporcionarse recursos, que no hubiera encontrado fácilmente en el momento de su nacimiento, ni en el largo periodo que transcurre para que sus miembros se robustezcan, su ruina seria inevitable. Pero el Autor de la naturaleza le dió privilegios especiales, que debian formar con el tiempo al hombre civilizado que hoy nos sorprende; le dió todos los recursos necesarios para formar las sociedades, todo el poder para resistir y aun dominar á todos los seres de la creacion: la inteligencia y la moral constituyen este poder.

Mas ¿qué ventaja sacaria la especie humana, si cada hombre se viera forzado á no usar de sus atributos, sino en su propio provecho y sin comunicar sus observaciones? Cada generacion tropezaría con los mismos obstáculos que la anterior, y cuando el hombre llegara á una edad, en la que hubiera adquirido un mediano caudal de conocimientos, la muerte lo arrebataria con él, sepultándolos en el olvido.

Seguramente de esta conviccion ha nacido el empeño con que en todos tiempos, desde la mas remota antigüedad, se ha procurado dar estabilidad á los descubrimientos de todos los siglos, á los raciocinios de todos los sábios y á las verdades confirmadas por la esperiencia; se ha creido conveniente grabar la serie de los pensamientos que se han juzgado de interés, y legar á la posteridad una piedra, para ayudarla á construir el edificio social. La presente generacion debe perfeccionar la obra de sus antepasados, y si conquista algunas verdades interesantes, dar su contingente, para aumentar la suma de los conocimientos, ó para con-

solidar los que ya habia adquirido. La ciencia no reconoce tiempo, ni patria: los conocimientos antiguos y los modernos, deben estar enlazados de tal manera, que los unos sirvan para perfeccionar ó para desechar los erróneos. ¿Conoceriamos ni aun los mas groseros tejidos con que cubrirnos nuestras carnes, si no hubieramos aprovechado la herencia de los siglos anteriores? ¿Tendriamos habitaciones en donde guarecernos de la intemperie y los artículos necesarios para la vida? Una larga serie de operaciones intelectuales se han necesitado para sacar de las producciones de la naturaleza, todo el partido que demandan nuestra comodidad y nuestros deseos: en las investigaciones de nuestros antecesores hemos encontrado á veces un apoyo para nuestros trabajos, y á veces la conviccion de los precipicios, de que debemos huir; nociones importantes, cuya generalizacion forma el cimiento de felicidad pública.

En el interés de la sociedad está que los gobiernos dediquen toda su vigilancia á la mejora y progresos de la instruccion, y en México muy particularmente. La larga existencia que cuentan ya las naciones del antiguo continente, la fácil comunicacion en que han estado todas sus poblaciones, y la multitud de génios, que en su larga vida, han aparecido sobre la escena del mundo, han sido suficientes para despertar á aquellas de ese profundo letargo, en que por tanto tiempo estuvo sumergida la Europa; miéntras que México con los hábitos de una colonia, á la que se procuró conservar por una servil obediencia, hoy comienza á lanzarse en la carrera del mundo y de la libertad, y tiene por rivales á esas naciones, que si le aventajan un poco en conocimientos, le exceden con mucho en suspicacia y mala fé: si queremos andar con paso lento, muy pronto perderemos de vista á los que corren. Felizmente han pasado, para no volver, esos tiempos de horror y de tinieblas, en que el saber era un crimen, la duda una impiedad, y la ensangrentada cuchilla del verdugo la única ley: ya no veremos sojuzgada la conciencia, y podemos libremente sujetar al análisis todas las verdades, las dudas y los derechos.

El espíritu de investigacion es el espíritu del siglo. No son hoy las sociedades unas reuniones de hombres que vagan al acaso, sin otros conocimieutos que los de su instinto, y sin otras necesidades que las puramente animales; no se contentan con ver lo presente, desdeñando el porvenir; la voz mágica de libertad suena en todo el orbe y la civilizacion se propaga hasta los mas remotos confines de la tierra. ¿Cómo será posible, que atrincherados en nuestras preocupaciones, nos avergoncemos de salir del círculo estrecho que nos trazaron nuestros mayores? Si consideramos en las mejoras sociales que hemos conquistado en el poco tiempo que tenemos de independencia; en la infinita variedad de objetos, diseminados en la vasta estension de la república, que debiendo formar nuestra riqueza, no sabemos hacer productivos; en que la Europa tiene miras sobre nosotros, y cuenta para realizarlas con nuestra debilidad y nuestra ignorancia; en que nuestras continuas guerras civiles dependenen parte, de nuestros atrasos, y en que es preciso combinar los elementos de dicha con que contamos, para hacernos respetar, México tiene mas necesidad que otros pueblos, del fomento de la instruccion pública.

Cuando no se habian establecido con exactitud los principios de cada uno de los ramos, eran tolerables algunos métodos embrollados de enseñanza, que una funesta rutina ha conservado hasta nosotros; pero ya que el tiempo ha puesto en claro, que es imposible abarcarlo todo, sin esponerse á no saber nada, es preciso dar de mano á nuestras preocupaciones. Los conocimientos humanos conspiran á un mismo fin, aunque por distintos caminos, son como las ruedas de una gran máquina, que obrando en un espacio corto, todas contribuyen al movimiento general. Así, pues, debe buscarse en cada ramo todo lo que tienda á adelantarlo, y no por una vana é insustancial erudicion, llenar nuestras cabezas de términos pomposos, que alucinan al vulgo, pero que nos sirven de poco. En diversos artículos iré esponiendo mi opinion acerca de las diversas clases de instruccion pública.

Si un principio de soberbia en los grandes, dió en otro tiempo lugar, y aun favoreció la ignorancia del pueblo y su consiguiente envilecimiento, un principio de conveniencia pública, reclama hoy la ilustracion de las masas.

JOSE MARIA REYES.

LOS JÚDAS.

„Hay hombres que parece que han nacido para el infierno."
San Agustin.

Mas de diez y ocho siglos ha que un discípulo de Jesucristo, llamado Júdas Iscariote, dominado de la avaricia, se presentó en Jerusalen á la Sinagoga, ofreciéndola entregar á su maestro, por el precio de treinta dineros. La Sinagoga admitió: el infame apóstol consumó su obra. A pocas horas se arrepintió; mas avergonzado, no quiso pedir perdon al Salvador, y se suicidó, colgándose de un árbol.

Fileno me encuentra, me abraza, me aprieta la mano, con la sonrisa en los lábios me llama *hermano;* mas apenas se separa de mí, cuando dice al que va á su lado: „este mentecato me da lástima, cree merecer mi aprecio; es un pobre diablo que debia estar proscrito en la sociedad; no tiene moral, educacion"…. y así prosigue ajando mi reputacion. ¿Será posible concebir virtud alguna en un hombre tan pérfido? No; este hombre es capaz de los mayores crímenes. Es peor que Júdas.

Simon se pasea en magníficos carruages, obsequia á sus amigos con espléndidos banquetes, sacia sus pasiones pagando á cualquier precio los placeres; mas recorred la ciudad, y oireis las maldiciones que le prodiga la viuda que apenas tuvo para sustentarse dós ó tres dias con la cantidad que le dió por su pension, que ya recibió él íntegra; oireis las lágrimas del huérfano y las murmuraciones del empleado, que se hallen en el mismo caso que la viuda. Ofreced á este rapaz agiotista una regular suma de dinero, porque consiga la ruina de la industria, y trabajará por lograrlo; propóngale una nacion estrangera un millon de pesos por la libertad de su patria, y aunque conozca que él ha de ser el primer esclavo, apurará todos los medios por ver si puede conseguirlo; porque su patria, su Dios y su existencia son el dinero. A su lado, Júdas es un ángel.

Tadeo conoce que una transaccion evitaria á Manuel su cliente grandes costas judiciales y fuertes desazones; pero como esto le haria concluir un negocio que le puede producir buenas cantidades de pesos, atiza la discordia y obliga á su parte á continuar hasta lograr la completa victoria. Júdas no abusó hasta este estremo de la confianza del Salvador.

Julio, Simplicio, Fabian, dependientes de D. Anacleto Vilches, á quienes ama como á hijos, se presentan con un lujo tal como si fuesen hijos de algun millonario, siendo así que su caudal no es mas que una moderáda pension que el honrado viejo les tiene asignada. D. Anacleto está para quebrar, y su desgracia ha sido causada únicamente por los despilfarros de los tres jóvenes, quienes para satisfacer su lujo y sus vicios robaban al cándido anciano. Dignos imitadores de Júdas, sacrificaron vilmente á su bienhechor.

A Félix, diputado á cierto congreso, ofreció el gobierno un destino porque diera su voto por un proyecto desatinado: ¿qué le importaba que fuera de por medio la patria, si él habia ya ganado su subsistencia para lo futuro? Júdas se arrepintió al ménos de su crímen; pero Félix cada dia se complace mas en el suyo.

Fósforos Cerillos.



Liceo Mexicano.



D. PEDRO MOYA DE CONTRERAS.

6º. Virey de la N. E.

D. PEDRO MOYA DE CONTRERAS,

ARZOBISPO DE MEXICO, PRIMER INQUISIDOR Y VISITADOR DE LA NUEVA-ESPAÑA.

1583.—Si por razon natural debieron sentir los habitantes de la Nueva-España la muerte del anciano conde de la Coruña, la idea sola de que miéntras se sabia en la corte y se le nombraba sucesor quedaba gobernando la audiencia, era bastante para aterrorizarlos. En efecto, apénas dejó de existir Xuarez de Mendoza, se encargó la audiencia del gobierno á mediados de 82, siendo su presidente el decano Dr. Villanueva.

Gobernaban, pues, tranquilos los oidores ignorando que Mendoza habia pedido para ellos un visitador, cuando Felipe II nombró para este cargo al arzobispo, hombre severo y recto, y que conocia, sobre todo, la perversidad de los oidores, con lo que bastó para ponerles miedo. Y así fué, que luego que le llegaron los despachos, el arzobispo los presentó, obsequiando la costumbre, á la audiencia cuyos miembros temblaron al oirlos leer y admitir por el acuerdo. Se abrió, pues, la visita, y en pocos dias oyó Moya multitud de quejas, pero no se atrevió á proceder contra los culpados inmediatamente, sino que determinó antes dar cuenta al rey y esperar su resolucion, recomendándole entretanto á los que cumplian bien su deber, y miéntras fué cortando con prudencia los abusos todos de que tenia noticia.

1584.—Se empleaba aun en la visita D. Pedro Moya, continuaba recibiendo quejas é impidiendo abusos y esperaba los despachos del rey para corregir á los malvados, á tiempo que sabedor Felipe II de la muerte de Mendoza, le nombró por sucesor á Moya. Con el nombramiento de virey, de cuyo cargo tomó posesion á 21 de setiembre, recibió D. Pedro facultades que no se habian dado á sus predecesores, de poder remover á su arbitrio de sus empleos hasta á los ministros y oidores, y de castigar con penas graves á los que incurriesen en delitos que las merecieran. Con tales facultades, el virey privó de su oficio á unos oidores, suspendió á otros y mandó ahorcar algunos oficiales reales, y quedaron los tribunales tan arreglados, que no dejó ni puso en ellos por ministros sino á hombres, cuya conducta le habian merecido confianza á él ó á personas de integridad á quienes consultaba. No por desempeñar el cargo de visitador abandonaba Moya de Contreras el gobierno político como virey, ó el eclesiástico como arzobispo, porque á la vez daba cumplimiento á sus tres cargos sin desentenderse de ninguno de ellos. Así es que, teniendo órden del rey para estrechar á los indios que se hallaban dispersos, á que se reuniesen en los lugares vecinos para habitarlos, ó bien que formasen nuevas poblaciones, quiso ejecutar tal disposicion, pero para proceder con acierto y cordura consultó á los religiosos que dirigian á los indios, y ellos espusieron que la medida era perjudicial, como estaba acreditado repetidas veces. El virey suspendió, dando cuenta á Felipe II para que resolviera lo que tuviese por conveniente. Acuerdo muy prudente y muy propio del celo pastoral de Contreras, prelado á la verdad dignísimo de la grey que regia.

1585.—El padre Juan de la Plaza hizo mocion para que se fundara, como se verificó, un seminario de indios, donde se les enseñaba á leer, á escribir, los rudimentos de la fé y canto llano. De este seminario se hicieron cargo, siguiendo los loables fines de su instituto, los religiosos de la Compañía de Jesus, corporacion de que mucho se ha hablado, sin considerar lo mucho que le debe la humanidad. El colegio, pues, es el de San Gregorio, de donde salieron

los españoles que allí estudiaban para el de S. Bernardo, que no existe ya, y cuyas rentas fueron aplicadas al de San Ildefonso.

En prueba de su solicitud y su empeño en los negocios de la Iglesia, el virey reunió en este año un concilio provincial, al que asistieron los obispos de Quautimallan (Guatemala, que hoy es arzobispado,) Mechuacán (Michoacan,) Yucatan, Huaxacac (Oajaca,) Xalisco y el de Tlaxcalla, (Puebla,) D. Pedro Romano, de quien hablarémos en la visita de Villa Manrique. Este concilio es de los mas célebres de América, y aunque Vetancourt dice que fué aprobado por el de Trento, nosotros que lo hemos visto, y que por otra parte, advertimos que el de Trento concluyó por los años de 50 á 60, podemos asegurar que mas bien algunas sanciones de este concilio general, fueron mandadas promulgar en aquel que además no ha tenido fuerza y vigor á pesar de las benéficas disposiciones que contiene, por haberle faltado la aprobacion de la silla Pontificia.

Este año se empeñó el arzobispo en que saliese una rica flota para España, y logró en efecto, embarcar por Veracruz tres millones, trescientos mil ducados, en plata acuñada, y mil cien marcos de oro en tejos con otros muchos frutos de gran valor, que llegaron felizmente al lugar de su destino. Seguia el arzobispo gobernando con gran severidad, pero con justicia: los hombres honrados apetecian que durara mas su administracion, y en tanto llegó su sucesor sin dejar él por esto la visita hasta haberla concluido en el año inmediato.

Como nuestro principal intento es dar una idea, como tenemos ya dicho, del estado de México durante el gobierno colonial, no quisieramos detenernos en hablar de cada uno de los vireyes, pero casi nos es indispensable hacer aunque sea una ligera recomendacion de D. Pedro Moya de Contreras. Basta solo para esto decir que fué el azote de los oidores, y que á pesar de haber reunido facultades tan amplias como ninguno de sus predecesores, y de desempeñar al mismo tiempo los cargos de arzobispo, visitador y virey, lo hizo con tal pureza, que murió á poco tiempo de hallarse en Madrid, siendo presidente del consejo de Indias, en tanta pobreza, que sabedor el rey de que no dejaba con qué ser sepultado, le costeó su entierro, el cual se hizo en la parroquia de Santiago: su único defecto, si lo era en aquel tiempo, fué haber sido inquisidor.

CARLOS M. SAAVEDRA.

APÓLOGO.

Cuan hermosa se alza Jerusalen sobre la cumbre sagrada de Sion, sirviéndole de alfombra para asentar sus plantas el valle de Josafat, y para bañar sus bellas y delicadas formas el torrente cedron.

Era la hora de nona: el atrio del magnífico templo de Salomon estaba lleno de un concurso numeroso que escuchaba asombrado la palabra de Jesus de Nazareth; cuando penetró por enmedio de la multitud una muger seguida por dos hombres que procuraban detenerla, la cual dirigiéndose al Salvador le dijo.

Maestro: tú que eres sabio y bueno dime si tienen razon estos hombres para quererme castigar. Es el caso que salí muy de mañana de mi aldea para venir al mercado de la ciudad á vender hortalizas, y en el camino me encontré tirada en el suelo una espiga muy hermosa que por casualidad se habia desprendido de un haz de trigo que algun jornalero conducia á la era, yo sin saber á quien pertenecia y temiendo que se la comiesen algunos cerdos, la recogí y la guardé: cuando volví á mi casa la desgrané y despues de molerla la mezclé con la demas harina, que tenia; tome en seguida esta misma harina y una poca de levadura con la cual y formé este pan que veis aquí y que por lo menos pesa sesenta dracmas y despues de haberlo cosido en el horno me disponia á repartirlo á mis hermanos: cuando he aquí que llegan estos hombres, me sujetan de los brazos y se empeñan en llevarme ante un juez para acusarme de que me he robado este pan.

A lo cual Jesus respondió dirigiéndose á los que la sugetaban. En verdad os digo, que no encuentro culpa en esta muger, y en lugar de vituperio merece elogio, porque si en vez de levantar la espiga la hubiera dejado tirada habria venido un huracan y arrojándola á un zarzal quedaria perdida para siempre. "El que tiene oidos para entenderlo, entiéndalo."

A. RODRIGUEZ.

Newton, Pascal, Bossuet, Racine, Fenelon, es decir, los hombres mas ilustrados del mundo, en el mas filosófico de todos los siglos, y en el mayor vigor de su alma y de su edad, han creido en Jesucristo.

VAUVENARGUES.



MÉXICO EN EL AÑO 1970.

¡Cuántas cruces se harán nuestros biznietos,
Cuando en la mano tomen los anales
De este siglo! Dirán: „Fueron discretos
„Nuestros abuelos, cultos, teatrales:
„En charlar y escribir, hombres completos;
„En alabanza propia, sin iguales;
„Pero en medio de tantas perfecciones
„Fueron unos grandísimos bribones."

J.—J.—Mora.

Don Próspero.—Es preciso confesar, sobrino mio, que los adelantamientos del siglo 20 en todas materias son gigantescos; pero el que mas me entusiasma y me hace concebir las mas lisonjeras esperanzas de que nuestra juventud va á causar una revolucion brillante en las ciencias y artes, es que por fin los hombres se han convencido íntimamente de que la piedra filosofal para todas las empresas, es que cada individuo se dedique esclusivamente á *un solo ramo*, y trate de hacer en él cuantas reformas juzgue convenientes. El defecto mas pronunciado de nuestros mayores en los siglos 18 y 19 era el espíritu enciclopédico; y el que no podia dar su opinion sobre varias materias, no era tenido por sábio; lo cual, como debes suponer, solo producia charlatanes los mas superficiales que pueden concebirse. Registra la mayor parte de los periódicos literarios de México del siglo pasado, y los hallarás llenos (principalmente algunos que habia de *pane lucrando et stomacho deponendo)* de artículos de ningun interés, regularmente de costumbres; pero ¡¡¡QUE COSTUMBRES!!!.... y necesitas echarte á nadar para hallar en ellos algun buen artículo científico ó histórico.—¿Quién habrá muerto, que están doblando en todas las iglesias de México?

Ruperto.—El Telégrafo eléctrico avisó esta mañana á las siete que ha muerto repentinamente á las cinco y media de la misma mañana el gobernador de las Californias, hombre muy apreciable por sus virtudes, su vasta instruccion y su laboriosidad. El presidente ha dispuesto se le haga un suntuoso funeral: se han preparado 120 globos para conducir las guarniciones militares de México, Puebla, Veracruz, Jalisco, Matamoros, Monterey y Chihuahua al lugar de dicho funeral; y se han citado á los gobernadores y autoridades principales de todos los departamentos, para que estén á las diez del dia de mañana en el palacio del difunto para que asistan á la funcion fúnebre que debe verificarse en la Catedral de la misma ciudad en que falleció.

Don Próspero.—Si no me perjudicase tanto el movimiento de los globlos aerostáticos, iria al funeral; pero á los noventa años nada puede un pobre viejo; y desgraciadamente es la edad en que se desea todo, aun con mas ahinco que en la infancia.

Ruperto.—Pierda V. cuidado, tio, pues el presidente ha mandado que se grabe la vista de la comitiva del paseo fúnebre, en una lámina de daguerrotipo que tenga ocho varas de largo y seis de ancho, y que se coloque en un salon del palacio de Californias, pero sacándose otra igual que debe colocarse en las casas consistoriales de México, para que recuerde siempre á los gobernadores de este departamento que el buen porte produce siempre la estimacion pública. Ademas se ha de publicar en los periódicos la descripcion del funeral.

Don Próspero.—Y los ministros concurrirán?

Ruperto.—Se dice que no; porque estan muy disgustados con el presidente, y no quieren acompañarlo.

Don Próspero.—¿De qué ha provenido esta incomodidad?

Ruperto.—De haberles circulado una órden para que den audiencia á todo el mundo dos horas antes del despacho; pues ha tenido repetidas quejas de que se encierran en sus gabinetes y no quieren oir las solicitudes de los que á ellos ocurren.

Don Próspero.—¿No has sabido si por fin ha dado su consentimiento el ministro de comercio, para que se case su sobrina con Pedro Benan.?

Ruperto.—Si le ha sucedido la aventura mas graciosa. Como se habia opuesto tanto á este matrimonio, el amante fué anoche á las doce y

media á la casa del ministro y se robó á la sobrina llevándosela en un globo; cuando le avisaron que estaba montando en el globo salió corriendo; pero ya el aerostático habia subido mas de cincuenta varas, y ella desde el carro saludaba burlescamente á su tio (1): este, furioso, corrió á tomar su globo para alcanzar á los amantes; pero ¡cuál fué su sorpresa al encontrarlo desinflado! pues la astuta sobrina habia tenido cuidado de darle sus buenas cortadas.—He oido decir que van á casarse á Roma.

Don Próspero.—Dice bien el proverbio: que la desgracia nunca viene sola; este hombre que ha perdido su reputacion acaba de perder el caudal que á su sobrina la dejó su padre; pues queria casarla con su hijo.

Ruperto.—¿Por qué dice V. que ha perdido su reputacion?

D. Próspero —Porque el *Diario de la oposicion* de ayer ha dicho que es sócio secreto de la *Compañía de compra de vales;* y el presidente ha mandado que se entable un juicio formal para averiguarlo. Dos de los redactores del *Diario* han estado aquí anoche y me han dicho que tienen pruebas irrefragables; me han impuesto del negocio, y juzgo imposible que el bribonzuelo pueda sincerarse.

Ruperto.—¿Y qué pena debe sufrir?

Don Próspero.—Si queda plenamente probado el delito, la de muerte; Te parecerá muy rígida; pero solamente así se ha conseguido desterrar el infame abuso de que los que tienen el poder comercien vilmente con él. Hace muchos años que ni aun se oye hablar en México de estos desórdenes; y hoy es preciso que se haga ver que la justicia no tiene miramientos con nadie, sino que al contrario, los hombres públicos son los que deben tratarse con un rigor mas implacable cuando delinquen.

Ruperto.—¿Qué caudal tendrá poco mas ó ménos?

Don Próspero.—Antes de entrar al ministerio, cinco años ha, tenia sesenta mil pesos, hoy tiene mas de trescientos mil; ademas de lo que ha gastado, pues es hombre que se trata muy bien. Entre otras cosas de gusto, posée una coleccion de treinta mil monedas sacadas al electrotipo: le ha costado mas de sesenta mil pesos; es una de las mejores del mundo, y hace un siglo se hubiera valuado en dos millones. El es uno de los cuatro accionistas del teatro de la calle de Bucareli.

Ruperto.—¿De cuál, del que está en la esquina de la calle de la Acordada, ó el de cerca de la Ciudadela.

Don Próspero.—Del segundo, que es una mina inagotable para los empresarios: segun he oido decir, han tenido entrada de seis mil pesos el domingo pasado; pues como por allí hasta Tacubaya viven tantos artesanos estrangeros, y la compañía francesa está compuesta de los mejores actores francesesque hay en Europa, el teatro siempre está pleno.

Ruperto.—Me han dicho que esta compañía esta ya ajustada para Orleans.

Don Próspero.—Sí, pero deberá venir de Orleans los lúnes y juéves; y las demas noches dará óperas la segunda compañía de Milan; en fin, creo que con el tiempo este teatro llegará á ser el tercero ó segundo de México.—Si uno de nuestros *seudo hombres grandes* del siglo pasado, resucitara y viera en México 22 teatros, 43 bibliotecas, 164 institutos literarios, 32 hospitales; en fin, si viera 800.000 habitantes disfrutar de libertad, de salubridad y de una paz inalterable en la ciudad mas hermosa de la América, pediria se le volviese inmediatamente al sepulcro por temor de encontrarse por todas partes con la maldicion de los hombres.—FÓSFOROS.

[1] Parece ridículo decir que á las doce y media de la noche la sobrina saludase á su tio á 60 varas de distancia y que él la viese; pero esto alude, á un proyecto que tiene en Paris un francés, y es: *producir una luz tal y colocada de modo que desempeñe perfectamente en la noche las funciones del sol en cuanto á la luz.* Parece descabellado á primera vista el proyecto; pero no lo es, pues lo primero casi se ha logrado dirigiendo una corriente de hidrógeno bi-carbonado inflamada sobre cal viva: la luz que resulta es tan intensa, que á trescientas varas de distancia se puede leer una carta. La dificultad, pues, de producir el *rayo solar*, [así llama su autor á su feliz pensamiento) consiste en colocar el aparato que dá la luz á una altura en que sin dañar demasiado la vista de los que están cerca de él, pueda alumbrar á grandes distancias. Como ántes dijimos, el proyecto no nos parece desatinado, y creemos que si su autor imita á Daguerre en su asidua laboriosidad llegará á ver coronados sus esfuerzos.

EL TIRANO.

Yo he visto, Señor, á ese hombre manchado de sangre y vestido de fierro que lleva una masa en la mano.

Yo he visto, Señor, á ese hombre cuya mirada es altanera y cuyas voces son blasfemias contra tí, mi Dios; á ese hombre que se rodea de fausto y de armas y potentados, y que se hace obedecer sin autoridad por los pueblos á los cuales oprime.—Ese hombre es un tirano.

Y este tirano vive Señor, porque tú lo has tomado por instrumento para castigar á tus hijos.

Se ha elevado entre sus hermanos como la palma del desierto, y ha alzado su cabeza orgullosa como el cedro del Libano.

Mas tu soplo de indignacion caerá sobre él, Señor, y desaparecerá de sobre la tierra. Porque tú eres clemente, Dios mio, y te apiadarás de tus pueblos.

Porque tú oirás sus plegarias, y los gemidos de los hijos de los hombres llegarán á tu trono de gloria, Señor, y el incienso de sus oraciones será acepto al Rey de los cielos.

Y levantarás tu mano que pesaba sobre tus hijos, y caerá sobre el tirano y lo hundirá en el fuego como instrumento de castigo.

Los hombres te ofendieron, Dios mio, y faltaron á la ley de su Señor. Mas se han arrepentido, y cubrirán sus cabezas de ceniza y desgarrarán sus vestiduras y llenarán sus cuerpos de cilicios; porque el Señor los ha visto airado y á sus obras con indignacion, porque las obras de los hombres han sido en contra de la ley.

Y por esto has puesto sobre ellos, Señor, un hombre que los oprima y los despoje de lo suyo, y los reduzca á la esclavitud. Porque desobedecieron tu voz, Dios mio.

Por lo cual se ha levantado un tirano que quita á los pueblos el fruto de su trabajo, y lo convierte en provecho propio.

Tu enojo, Señor, los ha dejado caer en la esclavitud, y de manera que el ciudadano no pueda alzar su voz contra el opresor, porque seria desterrado y caeria la lengua que ofendiese al tirano. Porque tus siervos han blasfemado de tí, Rey de los cielos, y han quebrantado tus mandamientos.

Por lo cual el tirano se ha convertido en Señor de tus hijos, y disipa en orgías el sustento de los huérfanos y de las viudas, y atesora para sí los dineros con que se ha de comprar el pan de los méndigos, y se circunda de placeres y de orgullo, y dilapida los tesoros de las arcas de los pueblos.

Y ellos no se atreven á pedir cuentas al tirano, porque su respuesta seria de muerte, y la sangre inocente serviria para sus delicias; porque tú has apartado, Señor, tu rostro de tus hijos, y son débiles como niños, y sienten flaquear sus rodillas como infantes sin padre.

Tus hijos desoyeron tu voz, Señor, y se negaron á tu amor, y por esto el tirano y sus satélites seducen á las doncellas y se burlan del dolor de la viuda.

Los hijos de los hombres se negaron á respetar tus templos, y desconocieron tu poder. Por lo cual el tirano levanta ejércitos y se rodea de hombres armados, y con ellos oprime al pueblo.

Tus hijos, Señor, cerrarán su mano para el mendigo. Mas tú les retiraste tu proteccion, y el tirano hace exacciones á los pueblos y los despoja con gavelas.

Ellos fueron indóciles á tu voz, y despreciaron á los justos que tu sabiduría puso entre ellos, y por esto deslumbraste su vista. Por lo cual han confundido el mérito con la ambicion, y la hipocresía con la virtud, y la vanidad con la ciencia. Y han alzado ellos mismos á un tirano con cien sátrapas que dispone de la autoridad á su placer, y del tesoro público á su antojo.—Y con él se hacen festines y levantan palacios y se erigen templos en los cuales el opresor recibe inciensos.

Tus siervos se negaron á adorarte, Dios mio, y tus hijos agazajaron á la impiedad, y alzaron sus frentes orgullosas y dieron cabida en su mente á la incredulidad, y se entregaron al vicio y á los placeres y rehusaron al Señor su respeto.

Por lo cual el tirano se hace adorar, y obliga á tus hijos, Jehováh, á doblar su rodilla ante el simulacro del orgullo y de la ambicion, ante el simulacro del poder.

Y arroja sobre ellos cadenas, y hace pesar

sobre su cerviz envilecida el yugo de la esclavitud y dice. "Yo mando" y los pueblos obedecen desolados.

Mas tú, te apiadarás, Dios mio, porque eres el Dios de las clemencias, y oirás los gritos de tus hijos. Porque tus hijos gimen.

Y gimen las ciudades y los templos, y gimen los montes y los valles.

Porque el labrador llora ante tí, inclinado sobre su cayado.

Y lloran los huérfanos reposando la frente infantil sobre sus débiles rodillas.

Y llora la madre con su hijo colgado del pecho, y el niño mezcla á su alimento las lágrimas del dolor.

Y lloran los hombres todos, y se prosternan en tu presencia, Dios mio, y hiere su frente la tierra, imploran tu favor é invocan al Señor en su amparo.

Porque las ciudades y los templos y los montes y los valles sufren el poder del tirano.

Porque los labradores y los huérfanos, y las viudas y los niños sienten tu indignacion, Señor.

Porque los hombres todos se sienten oprimimidos y sienten la fuerza de tu ira, como la humilde yerba se siente de los ardores y del sol de estío.

Pero tus hijos alzan el grito, y la voz de la desgracia llegará hasta el trono de tu poder.

Apiádate de ellos y no apartes tu mirada de los hijos de los hombres, porque tu mirada es la gloria y tu amparo la felicidad. Vuelve á ellos tu rostro, y se levantarán en masa los oprimidos y derrocarán al tirano.

Y tenderás tu mano, y serpeará el relámpago, y el dedo del Señor señalará al tirano y caerá sobre su cabeza el rayo de la justicia celestial.

Y despertarás en tus hijos el sentimiento de su dignidad, de la dignidad de hijos tuyos, y el tirano rodando á sus piés abatirá su sien y morderá el polvo de la tierra, y su voz te confesará, Dios mio, y su poder cederá al poder de tus hijos. Porque ellos sentirán tus bondades y tu espíritu reanimará sus corazones helados como plantas por el rocío. Y verán la lumbre de tu rostro, y se sentirán inflamados en ella y fuertes en tu brazo. Porque tu brazo es la enseña de victoria, y el tirano está ya marcado de tu terrible mano. Y perecerá, porque tu dedo omnipotente le fijará el hasta aquí que no han quebrantado en millares de años los mares embravecidos. Y le marcará el tremendo hasta aquí de la duracion, que respetarán el sol y los astros y que hundirá á la creacion en la nada.

Mas apresura el momento, Señor, y revive en tus hijos el amor á la libertad, porque su estado es de ignominia y de vergüenza. Rey del cielo, apiádate de los hijos de los hombres y ten misericordia de ellos en su desgracia.

Quiere, Señor, y el soplo de la eternidad pasará volando ante tí, y acabarán los tiempos y llegará el dia. Recibe el incienso de sus oraciones y ensalza, Dios de clemencia, sus súplicas.

Mira sus penitencias y escucha los clamores con que imploran tu perdon. Concésedelo, Señor; que tiempo ha que se sustentan de amargura y que tu ira ha convertido en lágrimas su bebida. Escucha los sollozos con que te piden Dios mio la libertad; porque nuestros enemigos nos insultan y el orbe nos desprecia como esclavos. Y somos el ludibrio de las naciones. Escucha sus quejas amargas contra el tirano. Apiádate de tus hijos, Padre mio.

Vuelve á ellos tu mirada de bondad, y alzarán su humillada frente, y caerá el tirano, y podrán ser libres. Apiádate de ellos, Señor, para que puedan ser felices mis hermanos.

JOSE M. DEL CASTILLO.

Dionisio el tirano, rey de Siracusa, habia enviado á las Canteras, que era una especie de presidio, al filósofo Philoxeno, porque no habia admirado unos versos que habia hecho, y de los cuales estaba muy pagado; y habiéndolo llamado al dia siguiente, le leyó otra composicion, preguntándole ¿qué le parecia? Pero Philoxeno, volviéndose á los guardas les dijo: „Que me lleven otra vez á las Canteras." El tirano sin embargo sufrió esta burla pacientemente.

Hallándose en otra ocasion el mismo, falto de dinero, saqueó un templo de Júpiter, y quitándole un manto de oro macizo que tenia puesto. „Este manto, dijo, es muy pesado para el verano, y demasiado frio para el invierno," haciéndole poner otro de lana, añadiendo: „Esta tela se acomoda mejor á todas las estaciones.

El presidente Paulo Emilio, conquistador aconsejándole Escipion Naeica que diera una batalla ántes del tiempo oportuno, y haciéndole entender que esta dilacion la atribuian los enemigos á cobardía.—„Yo hablaba como tú á tu edad, le respondió; á la mia obrarias tú como yo obro.»—Vióse en la mediania despues de haber enriquecido el estado; y Ciceron no pudo hacer mejor elogio de él que el que hizo diciendo: „No trajo á su casa mas que una gloria inmortal.» Algunos de estos generales son los que hoy nos faltan.

EL AMIGO DEL LICEO.



MORALIDAD DE LOS DRAMAS.

Comunmente se declama contra el teatro moderno porque en los dramas no se procura pintar el crímen sino con coloridos hermosos que le dan realce sobre la virtud, de la que siempre se le ve triunfar. No hago, por supuesto, aprecio, como deja entenderse, de cierta clase de declamadores que nada les parece peor que nuestra época sin tener presente la suya, de aquellos hombres que exaltados por principios religiosos, cuando tienen oportunidad de asegurar su subsistencia cooperando á la construccion de un edificio destinado á representar, desean mejor morirse de hambre y coadyuvar á destruir el tal edificio, porque su conciencia se grava si de algun modo contribuyen al *infame objeto de la desmoralizacion*, al mismo tiempo que no escrupulizan en declarar al pariente una guerra abierta y un odio implacable porque se enlaza en matrimonio con una infeliz huerfana que tuvo la desgracia de no descender del Conde H. Estos entes miserables deben mirarse con desprecio; siguen un camino diferente del que sigue el hombre verdaderamente virtuoso

Yo escribo por ciertos hombres de la época, de instruccion y capacidad que no pueden ver sin horror la representacion de un drama, y acaso no asisten al teatro si no está anunciada en el cartel una pieza de Dumas ú otro autor de este género, y no salen satisfechos si no han visto exécutar una composicion en que á cada acto haya habido por lo menos un suicidio, un incesto y algunas otras cosas por este estilo.

Supongo, quizá camino bajo un supuesto falso, pero supongo que el teatro no es mas que la pintura fiel de las escenas del mundo, y por cierto que en este no siempre, y me atrevo á decir, que nunca se halla recompensada la virtud y rara vez se encuentra castigado el crímen. El agiotista aumentando su caudal á costa agena, dispensa una simulada, hipocrita proteccion á las personas desvalidas que tiene sumergidas en la indigencia, y goza un gran valimiento con el gobierno que arruina. El comerciante introduce grandes contrabandos y sube el precio á los efectos por el crecido aumento de derechos. El labrador cosecha en abundancia y encarece sus frutos lamentándose del tiempo si ha sido lluvioso y quejandose si han escaseado las aguas. El juez vende la justicia: el abogado arruina á la parte que defiende prolongando el pleito para sacarle el jugo: el médico alarga la enfermedad para aliviar la bolsa del paciente: el gobierno oprime al pueblo y el pueblo deprime al gobierno: el padre abandona á la prostitucion y mira con desprecio y ve con horror y considera como infamadora de su familia á la hija cuyo honor no supo conservar: el hijo se halla condenado á ignorar su orígen, ó por lo menos á ocultarlo, y en su frente lleva impresa la señal que lo infama del crímen de sus padres cuyos estravios no dejará de maldecir. En fin, iria recorriendo uno por uno los crímenes todos, que incesantemente y á la vista de todo el mundo se cometen en la sociedad, y siempre veriamos al agiotista, al comerciante, al labrador, al juez, al abogado, al médico y á toda la caterva de hombres criminales rodar coches, persentarse en grandes y lucidas concurrencias, dar espléndidos banquetes y regocijados festines y en todo siempre, á lo menos en la apariencia, disfrutar placer y holganza.

Si el teatro, pues, es la representacion exacta, la pintura fiel del hombre, tal cual le vemos, tal cual le conocemos y podemos juzgar, no hay duda que si el retrato debe parecerse al original, los dramas terribles, esos dramas patibularios contra los que tanto se declama, son lo que mas cumple, lo que cuadra mas perfectamente á lo que se trata de corregir, á las costumbres de los hombres.

Es cierto que á proporcion que mas vemos un crímen ménos nos horroriza y haciéndosenos mas familiar deseamos muchas veces cometerlo, pero esto sucede cuando lo vemos real y efectivamente y aun acontece que nos apoyemos en la autoridad de las personas á quienes hemos visto delinquir, mas no es asi cuando solo vemos el delito en apariencia. Entonces, especialmente contrayéndonos á nuestro caso, nos horripila y mientras dura en nosotros la ilusion de lo que acabamos de ver en la escena, nos queda una sensacion horrorosa, un sentimiento profundo por la desgracia que sucediendo á nuestra vista no hemos podido evitar, y esta sensacion, este sentimien-

to escita en nosotros otros sentimientos generosos, la compasion, por ejemplo, el deseo de acudir al socorro de nuestros semejantes y evitar el mal que se les prepara: hubiéramos querido en el acto de la representacion, haber existido á tiempo que tal maldad se cometia, é impedirla; con el aliento intentamos avisar al hombre á quien se le hace traicion que se cure del traidor, que se guarde de hallarse en tal ó cual parage donde precisamente le ha de asesinar desprevenido. Notamos, pues, todo esto en la representacion teatral, permanecemos afligidos quizá una noche entera y hasta nuestro sueño turbará nuestra imaginacion con tales escenas, pero ya no olvidamos ser cautos en nuestro modo de obrar en cualquier acto de nuestra vida, y he aquí ya una leccion que nos sirve de mucho en la práctica de nuestras acciones. Una muger coqueta no procura imitar á la coqueta de la comedia, sino mas bien intenta no parecerse á ella.

Si fuera cierto que la representacion de escenas trágicas no es para nosotros una leccion sino que nos acostumbra por el contrario, al crímen, no abria religion menos dulce y pacífica que la cristiana, ni hombres mas sanguinarios que los que profesan sus dogmas.

Uno de los misterios mas célebres, el apoyo de la creencia católica es la pasion y muerte de Jesu-Cristo, y la Iglesia empeñada en que no se borre de la mente de sus hijos lo recuerda todos los dias y procura que siempre lo tengan á la vista. El tiempo mas hermoso, mas póetico y sublime del año entre los cristianos es precisamente el dedicado solo á renovar los misterios de la pasion.

La época mas grandiosa de la Iglesia, en la que brilló en todo su esplendor, en la que se hizo notar mas su mansedumbre, fué nada menos que los tres siglos de persecuciones y de martirios, de escenas sangrientas y verdaderas. En los púlpitos, en el tribunal de la penitencia y hasta en el mismo altar se nos recuerdan diariamente estas escenas y nosotros nos las representamos vivamente ¿y por esto somos mas criminales que los hombres de diferentes sectas? no por cierto. ¿En qué, pues, consiste que no se hallen avezados al crimen hombres que solo oyen hablar de tiranos que asaban á otros hombres en parrillas, que por entre las uñas y los dedos les metian agudas espinas, que los hacian combatir con indómitas fieras, que los desollaban vivos y tanta infinidad de crueldades que se inventaron para dar muerte lenta y atroz á los mártires de la religion cristiana? ¿Será acaso porque la religion predica mansedumbre y dulzura? luego la religion por solo sus principios, apesar de la representacion de escenas trágicas, es capaz de inpirarnos sentimientos puros y de grabar en nuestro espíritu profundamente los dogmas de una sana moral. Entonces por mas que en el teatro se nos pongan á la vista las escenas mas horrorosas nada podrá borrarnos el sentimiento religioso, la idea consoladora de virtud, y apesar de que veamos al crimen triunfando en la escena, el pensamiento solo de un porvenir desgraciado que aguarda á aquel hombre que hemos visto llegar al colmo de su engrandecimiento, basta para retraernos de siquiera intentar imitarle.

Si las sensaciones, que con dificultad se borran, que han causado en nosotros en nuestra edad pueril, las benéficas lecciones de nuestros padres son las que pueden guiarnos, como por la mano, por la senda de la virtud, entonces tampoco tenemos que temer á la representacion de un drama cuyas escenas no podrán borrar las fuertes impresiones que ya para siempre se grabaron en nosotros. He aquí en tal caso la difícil ciencia que debe conocer un padre de familia y toda otra persona encargada de la educacion de los hombres en su primera edad. De ellas y de ningun otro mas depende el bien estar de la sociedad: el cielo y los hombres tienen en ellas depositada su confianza y puestas sus mas fundadas esperanzas, el cielo y los hombres las juzgarán. No, no basta al padre haber engendrado al hijo: no basta á la madre haberle concebido, ni cumple con haberle dado de sus pechos el alimento: no, es necesario saberle educar bien ¿de que modo? este es un problema que no he podido resolver.

De todos maneras convengamos en que con tal que nuestras inclinaciones hallan sabido estudiarse y comprenderse con tiempo y dirigirse rectamente por los que han tenido el encargo de darnos educacion, con tal que esta haya sido pura y esmerada y que se nos hallan, por último, procurado grabar sentimientos religiosos en edad tierna, en nada podrá influir cualquiera otra cosa para hacernos criminales, y si alguna vez nos precipitamos al vicio procuramos al fin separarnos de él con todo esfuerzo. Así que, la religion, la educacion y la inclinacion natural son las tres causas que nos contienen en la rectitud y la justicia; y por la inversa, la falta de las dos primeras ó el desarreglo en la tercera nos entregan al delito.

No inculpemos, pues, á los dramas: ellos, en un hombre vicioso producirán mal efecto, es cierto, pero no será este resultado, esclusivo de



LA NEGACION DE S. PEDRO.

los dramas. En un hombre justo, por el contrario, escitarán su sensibilidad y le inspirarán horror y compasion al malvado y odio al mismo crímen.

No estamos ya en una época, es preciso confesarlo, en que los hombres se espantan con visiones, la misma realidad es dificil que los asombre. No es este el siglo, y acaso ninguno lo ha sido, en que el castigo atroz del delincuente pueda retraernos de cometer un crímen. Las penas mas rigorosas las vemos sufrir muchas veces con serenidad; su impresion, en la clase que mas moralidad conserva, es fuerte pero no muy duradera: los tormentos del reo en el patíbulo escitan y conmueven en gran manera nuestra sensibilidad pero no nos retraen del vicio y ciertamente que no es hoy cuando mas ejecuciones efectivas presenciamos.

Cuando una fatal necesidad, cuando una pasion que vista al principio con indiferencia fomentada despues insensiblemente ha tomado gran incremento, cuando un acceso violento, nos precipita á cometer un crímen, no meditamos antes en sus funestas consecuencias ni paramos un solo momento la atencion en la prohibicion de la ley ni en su sancion penal, solo deseamos satisfacer nuestra necesidad, llenar nuestro deseo, ó acaso nada queremos por que no somos dueños de nosotros mismos. Predicamos la virtud, declamamos contra el vicio y mientras así hablamos, pensamos y quizá nos deleitamos con el mismo crímen que impugnamos; formamos nuestro plan para irlo á ejecutar hollando la vitud que precisamente estamos encomiando. Y en todo esto ningun participio pueden tener los dramas.

Los males que cometemos son independientes de las sensaciones que nos hacen esperimentar los dramas y baste para nuestro convencimiento la sencilla reflexion de que las clases mas corrompidas, las mas criminales en la sociedad no son las que con mas frecuencia concurren á los teatros, al mismo tiempo que las mas morigeradas son las que reciben una mejor educacion, advirtiendo por conclusion que una de las mas corrompidas que asiste diariamente al teatro, no goza de la representacion distraida con otros objetos que parece son de su mayor interes.

CARLOS M. SAAVEDRA.

LA NEGACION DE SAN PEDRO.

Antequam gallus cantet ter me negabis.

Con siniestro rumor zumbando el viento
Alza de polvo tormentosa nube
Que en curso arrebatado, negra sube
Hasta perderse allá en el firmamento.
Los opacos destellos de la luna
No apacible tristeza, miedo imprimen
Iluminando de Salen la frente
Manchada ya con execrable crímen.

Del Pontífice inicuo en el palacio,
Entre turba furiosa y sanguinaria,
Aguarda manso el hijo del Eterno
Fiera sentencia, que con rábia impia
Fulminarán contra el criador del dia
Las negras potestades del infierno.
Nadie consuela su mortal angustia,
Nadie le tiende compasiva mano;
Todos le befan y su rostro hieren....
Tu sangre, hijo de Dios, tu sangre quieren,
Y mientras, salvas al linage humano.

De ardiente hoguera la rojiza llama
Del viento el soplo, chispeando inclina,
Y mas viva se inflama,
Y el atrio y sus columnas suntuosas
Con lívidos destellos ilumina.
En torno de la lumbre se calientan
El soldado feróz de torvo ceño
Cubierta la cabeza en férreo casco,
Del pontífice siervos numerosos;
Y tambien *Pedro* está, yerto de frio
Escuchando los gritos estruendosos
En que prorumpe el populacho impio.

Pedro, el Señor cuyo abrasado aliento
Puede á pavesas reducir el mundo,
Yace agobiado por dolor profundo,
Demanda compasion.
Una muger á Pedro se le acerca

Y curiosa en su faz los ojos clava;
—Tambien este hombre con Jesus estaba,—
"Y Pedro lo negó.,,

———

El que enjugó amoroso el triste llanto
De la viuda infeliz y del mendigo,
Entre ansiedad mortal busca un amigo
Que calme su afliccion.
"Estaba con Jesus,, otra voz dice,
Y señalan á Pedro con el dedo;
Amigo desleal tiembla de miedo,
"Y Pedro lo negó.,,
Como la madre al fruto de su vientre
Te ama Jesus; con él morir juraste;
¿Y ya tus juramentos olvidaste,
Discípulo traidor?
Mas otras voces á decirle tornan
"Estaba con Jesus, es galileo;,,
Pálido Pedro, cual cobarde reo,
«Perjuro lo negó.»
De una ave el canto suena tristemente,
Vuelve el amigo infiel la faz turbada,
Se encuentra de Jesus con la mirada....
Ingrato, has renegado de tu Dios.

———

Vedle á la luz de amarillenta luna
Del palacio en el pórtico arrogante,
Juntas las manos, puesto de rodillas,
Cual de cadáver, pálido el semblante;
Pecó contra su Dios, dolor acerbo
Como un dogal oprime su garganta,
Tristes sollozos de amargura envia
Como el anciano que perdiera al niño
Que de noche en su seno se dormia.

Vedle llorar, que mirareis mañana
Espirar entre horribles convulsiones.
Al réprobo infeliz, que temerario
Con beso de traicion sellara el rostro
De la víctima santa del calvario.
Llora sin fin; el ángel de tinieblas,
Sus alas agitó de gozo lleno,
Su diadema brilló mas encendida
Cual relámpago lívido en su frente,
Cuando negó tu labio,
De *una Virgen*, al hijo Omnipotente.
Las lágrimas son bálsamo divino
Con que sus llagas, Dios, al hombre cura,
Son íris apacible que conjura
De su cólera el fiero torbellino.

Ya comienza á lucir en el oriente
La triste aurora del tremendo dia
En que entre dos infames malhechores
Ha de espirar el hijo de Maria.
De espinas ceñiránle una corona,
En sus hombros pondran risible manto,
Odio mortal alentarán en tanto....
No gimas, Pedro, ya, que él te perdona.

Abril 2 de 1844.—Juan N. Navarro.

CLASICISMO.

Aunque siempre nos ha parecido inútil y muchas veces perjudicial querer comprender todo á fuerza de definiciones, que léjos de esplicar confunden, y en lugar de que simplifiquen complican, sin embargo, hemos gustado de esplicaciones para entender bien las cosas; pero hay algunas que si no pueden definirse, tampoco es posible esplicarlas, y esto proviene quizá de que sus autores, digo los que las clasifican, no han sabido al hacerlo marcar con exactitud sus diversas especies. Entre estas cosas se cuentan como de moda y que se hallan en bocas de todos las palabras romanticismo y clasicismo, que ni los mismos que las inventaron podrán esplicar lo que comprende cada una de ellas.

Cualquiera dice á primera vista con solo dar una rápida ojeada á una obra, sea cual fuere el autor de esta, pertenece al género romántico ó al clásico, como sucede con otras muchas cosas aunque no las podamos esplicar, y si se pregunta por qué este autor es clásico ó romántico; porque la obra, se dice, del uno termina con matrimonio, y la del otro con muertes; porque en esta hay pasiones violentas que no dejan á los héroes ó heroinas reflexionar, y en aquella para ejecutar el héroe una accion, medita con calma si guarda ó no consecuencia al autor, porque en la segunda no se descubre el fin hasta que se concluye la obra, y en la primera se trasluce tan luego como se comienza á leer. Estos son los caracteres mas marcados que en nuestro concepto distinguen uno y otro

género. Véamos ahora cual de los dos es mas conforme á la naturaleza y cual aventaja al otro.

Primeramente hay que notar entre los clásicos (á) clasicistas ó clasiquistas y los románticos la diferencia que parece se encuentra entre los hombres que se sujetan á reglas para escribir, y los que no guardan regla alguna. Nosotros desde luego advertimos que apenas puede concebirse cómo el entendimiento tenga que discurrir observando invariablemente ciertas leyes que deban servirle de norma, si no son únicamente las gramaticales y aun estas sacadas del uso.

Desde que comenzamos á articular sonidos claros y á nombrar las cosas somos guiados únicamente por la esperiencia, por el trato con las personas que nos rodean, y cuyas palabras aprendemos; pero no se nos marcan reglas para que espresemos nuestros conceptos, sino que formamos frases enteras segun lo que deseamos manifestar. De esta manera la práctica sola nos va perfeccionando en el idioma hasta otra edad en que á la conversacion familiar sustituimos, ó mejor dicho, acompañamos el trato con personas instruidas y la lectura de buenos, ó si se quiere tambien, de malos escritores. Cuando por una necesidad, obligados por cualquier circunstancia debemos tomar la pluma, formando préviamente nuestro plan lo desenvolvemos con facilidad oyendo á nuestra imaginacion que ordenada nos va dictando los pensamientos, y las frases con que hemos de manifestarlos al escribir. De la mayor ó menor capacidad del escritor, de su imaginacion mas ó ménos viva, mas ó ménos afluente, y sobre todo, que importa mucho de su mayor ó menor dedicacion á la lectura de los buenos, ó de malos modelos de que haya hecho uso, dependerá la bondad de su composicion; pero no por eso deberá á cada frase que haya de poner, á cada pensamiento que le ocurra, buscar si está ó no conforme con tal ó cual regla, si estará ó no mejor usar acá ó allá esta ó esotra figura retórica, porque será poner á su desgraciada imaginacion en tortura, pasarse horas, ó tal vez dias enteros para articular una cláusula, que en un estilo cansado y fastidioso para los lectores, les revele la miseria del escritor.

Contra las composiciones dramáticas, lo decimos de paso, de los románticos se censura la falta de las tres unidades, crítica destituida absolutamente de apoyo y que la hemos visto hacer á personas afectas á las tales composiciones. Se dice que es muy inverosímil, por ejemplo, que comience la escena en Madrid y termine en México, que pasen diez, veinte ó mas años entre dos actos y otras cosas semejantes. En efecto, es cierta la inverosimilitud de que se acusa á estas piezas porque no puede formarse idea de que estémos en México escribiendo este artículo y al mismo tiempo nos podamos hallar en Roma ú otro parage, pero adviértase que en una composicion del gusto moderno no se supone que se ejecutan dos acciones opuestas por cualquier circunstancia en un mismo acto, lo único que se hace es que rápidamente se muden las escenas y que en menos de un minuto si se quiere se casen los que apenas acaban de nacer, pero esto nada tiene de particular puesto que el que asiste á la representacion reflexiona que han trascurrido tantos años cuantos plugo al autor suponer que trascurrieran. La representacion dramática para el espectador es una ficcion, el se supone ó se le hace suponer que está en una calle de Paris, de Madrid, de Lóndres en tiempo de Luis XI, de Margarita de Borgoña ó en cualquier otro lugar, en cualquiera otra época y no está sino en México, y como se le violenta para trasportarlo al lugar de la escena, y contra esto no se encuentran obstáculos ni inconveniente de ningun género, de la misma manera juzgamos que se verifica en las composiciones modernas: allá se pasa del lugar donde se encuentra al lugar donde se supone la escena: en el primer caso se muda uno á una época muy atrasada, y en este á diversas, regularmente entre unos mismos personages.

Volviendo á nuestro asunto, del que juzgamos que nos hemos separado algo, hemos visto personas de gran capacidad demorarse en una composicion mucho tiempo, porque no se atreven á escribir un pensamiento sin haberle ido acomodando una por una las reglas de literatura y examinando tambien uno por uno todos los defectos de que pudiera adolecer, de que resulta naturalmente una composicion cansada. El mayor mérito que ha tenido la obra inimitable de Cervantes, y el modelo en idioma D. Quijote, es sin duda que para escribirla solo consultó á lo que le dictaba su imaginacion; y lo incorrecta que se halla, prueba el poco cuidado con que fué escrita.

Lo mas doloroso y sensible es, que parte de nuestra juventud se encuentre alucinada con tales ideas, y tanto, que apenas, lo hemos visto, apenas se anuncia la apertura de una cátedra de bellas letras adoptándose, por supuesto, por autor á D. José Gomez Hermosilla (servil bajo todos aspectos aunque no podamos negarle

que es buen hablista,) y los jóvenes todos acuden con ansia á la cátedra, y creen que entrando á ella son ya unos literatos perfectos, sin hacer caso de la lectura de buenos modelos porque se cansan de leer, como si las bellas letras se aprendieran con solo oir las *reglas del arte de hablar bien en prosa y verso.* Agréguese á esto la inconstancia; que pasados pocos dias, desconfian de adquirir los conocimientos que se prometian de concurrir á la cátedra, en la cual ningun fruto sacaban porque con las reglas esperaban formarse.

Recordamos á este propósito haber visto preparar en cierto parage de la república los actos de bella literatura, dando unos apuntes, á los sustentantes, pormenorizados del análisis de las obras que debian examinar en sus actos, y tambien tenemos presente habernos dicho con enfásis uno de aquellos jóvenes, que no le prestaba ya ninguna diversion el teatro, porque solo estaba atento aun sin pensarlo á los defectos de la pieza que se representaba.

Nadie duda de la importancia ó casi estrema necesidad de dedicarse á la lectura para los adelantamientos en las bellas letras por lo que reputamos redundante el inculcar este estudio; pero lo que sí ponemos en duda ó no admitimos, es la necesidad de estudiar reglas, nosotros convenimos desde luego en la precision de las gramaticales, y apetecemos de buena gana que concluido un escrito se examine cuidadosamente por ver si está en un buen castellano ó disuena de algun modo al oido, y hé aquí la única regla que nosotros damos del buen gusto. Por lo demas nada aprovecha aprender nombres de figuras retóricas que solo sirven para formar pedantes, sin darles por esto genio, y si de algo aprovecha, es solo saber que en esto ó en aquello se ha cometido tal ó cual figura que tiene ese ó esotro nombre griego. Tampoco podrá condenarse el estilo libre, llamamos así al de los románticos, por tal cual escritorzuelo que no deja tambien de forzar su imaginacion para describir esta ó aquella situacion; al fin no hallando como espresarse, porque no halla pensamiento, nos hace creer, ó quiere que creamos que un hombre en el despecho de una pasion violenta, abriendo su pecho intenta darse muerte y..... y cansado se resigna á pasar la vida hasta que á Dios le plega quitársela. No por estos deben juzgarse los hombres del gusto moderno, sino por la naturalidad de las acciones de sus héroes, pues es conforme á la naturaleza que un hombre cegado por una pasion violenta que no reprime, se exceda en cometer grandes crímenes y se precipite en la desgracia, mas bien que no como obra pura de la casualidad, que el hombre sereno en medio del dolor guiado por la irresistible mano del destino, venga á unirse con la muger que conoció por un acaso, que por un acaso trató, que por un acaso tambien amó.

Carlos M. Saavedra.

ANACRONISMOS.

En este siglo de movimiento y de progreso en que todo camina velozmente hácia adelante, en que en las ciencias y en las artes se han hecho y se hacen todos los dias famosos descubrimientos, invenciones nuevas que parecen fueron reservándose desde los primeros dias del mundo para los hombres de nuestro siglo, para nosotros en este siglo de adelantamientos, y en que la modestia se deja á un lado como importuna, y el descaro se presenta por todas partes, en que la imprenta especialmente ha recibido un fuerte impulso, ha sido elevada á un grado superior sin duda al que tenia á fines del siglo XVIII, de todos lados descuellan escritores mas ó ménos grandes, que con el espíritu de la época, superficiales los mas, poco aprecio hacen de lo útil, y mucho ménos de lo necesario. Quizá nosotros al escribir esto, incurrimos en el mismo vicio que quisieramos corregir, mas no dejamos por eso de lamentarnos de escritores que se lanzan en la carrera de tales, porque juzgan, como cierto señor de categoría á quien nos abstenemos de nombrar, que basta para formar un buen escritor una

pluma bien cortada y buena clase de papel, á lo que podriamos añadir, y saber pintar la letra, porque lo demas, déjemelo su merced á mí, que todo es tortas y pan pintado.

Escritores pues, hay que sin conocer la historia de un pais, escriben de ella con la misma confianza que un herrero trabaja una llave, por ejemplo. No saben que escribiendo lo que se les viene á las mientes, sin plan, sin órden, sin método de ninguna clase, y dejándose llevar de su imaginacion por donde mas place á ella conducirlos, pervierten el gusto mas que los autores *románticos* á quienes censuran porque no pueden imitar, porque no tienen ese genio creador de que la naturaleza los ha dotado. Aunque estamos para nosotros, y lo decimos para descargo de nuestra conciencia puesto que gustamos mas de leer á los tales *románticos*, que las obras de esotros que llaman clásicos, ó mejor, clasicistas ó clasiquistas que todo es uno, que ponen en tortura los pobres entendimientos, haciéndoles desechar ideas, tal vez bellísimas por querer seguir las reglas de un arte que no existe, decimos, pues, que aun los románticos si no guardan reglas, forman por lo ménos plan y observan órden, y cuando escriben hechos á fé que los refieren como pasaron y no como debieron ser, ó mejor, cuentan lo que saben que sucedió, y no lo que juzgan probable que fué. Pero ya nos ocuparemos otra ocasion mas detenidamente en (otros dirian *de*, pero á nuestro entender, en castellano no tiene este régimen el verbo ocupar,) los románticos y en los clásicos, y por ahora siguiendo nuestro tema, volvemos á decir que el escritor que escribe caprichosamente, corrompe el gusto y hace á sus lectores tan superficiales como él, y quizá mas.

Donde debe sobre todo ponerse mucho esmero, es en la historia, porque apénas habrá cosa tan sujeta á duda como ella, y el que la escribe ya que no tenga ni conserve el carácter de imparcialidad que deberia guardar, á lo ménos que no la haga mas fabulosa de lo que es en sí.

A este intento nos ocurre haber oido, ó si se quiere, serán invenciones nuestras, que allá en tiempos remotos, anteriores al diluvio y muy próximos á la creacion del hombre, despues de esta, eso sí, existian dos naciones poderosas rivales, la Francia y Aténas, (si no mienten los geroglíficos descubiertos por Cain despues de la inundacion universal en las ruinas, de la primera), cuyas dos potencias eran gobernadas aquella por formas republicanas por Pedro el Grande su Czar, ó presidente, que todo es lo mismo, y Aténas la monarquía mas despótica que se ha conocido, tenia á su cabeza por gefe á Wasingthon. De estas naciones escribe Moises que confinando la una con la otra, se tenian declarada una guerra atroz, que habia durado como veinte años, cuando el emperador Mocteuhzoma Illuicamina de Austria, unido al rey de Egipto, Newton mandó un poderoso ejército á las órdenes de Voltaire, general mahometano, y de Josué, cristiano de religion. Todas las naciones tomaron un empeño decidido en hacer cesar esta contienda, y Dido emperatriz á la sazon del Brasil, invitó á Federico II rey del grande Mogol, para que aliado con Robespierre, senador romano, y con Julio César y Neron, ambos cónsules en la república francesa y miembros de la convencion, levantase grandes ejércitos y terminara aquellas diferencias tan ruidosas.

Mehemet-Ali, escritor de aquellos tiempos, no refiere estos hechos, pero se encuentran en las crónicas de los Betlemitas que escribió Tito Livio, impresas en las ciudades de Pintápolis poco tiempo ántes de su incendio, y que se pudieron sacar ilesas de las llamas, gracias á las fervientes súplicas que al precursor de Jesucristo dirigió el jóven Japhet hijo de Noe, y á las misas que por mandato de David, presidente entónces de la academia de ciencias en Paris, celebró Aaron.

Marco Antonio, Czar de Rusia, abrió negociaciones diplomáticas, nombrando su ministro plenipotenciario á D. Miguel Santa María, y de esta manera concluyó aquella guerra que tantos destrozos hubiera causado, retirándose los aztecas con todo su tren de artillería á su pais gobernado por Felipe el Hermoso, á quien dijo el profeta Samuel.

Hasta aquí de historia fabulosa, estamos seguros de que sobre poco mas ó ménos todos los hechos que en general se nos refieren si no son de esta naturaleza no difieren mucho. A excepcion de la Sagrada Escritura, atendiendo solo á la razon, convendremos en que nada en efecto está tan sujeto á dudas. Por que si suponemos al historiador contemporáneo, le falta desde luego la imparcialidad, pues es muy natural que le afecten las circunstancias de su época y ha de procurar engrandecer á las personas de su partido y lo contrario hará con las de los opuestos. Lo único que de los contemporáneos puede sacarse, es conjeturas fundadas en reglas de una sana crítica, y con todo, tales conjeturas quizá tampoco son muy exactas, pues no puede el lector dejar de afectarse y de tomar interés por algun personage determinado. Aun hay mas, que debe suponerse al es-

critor muy al cabo de todo lo que pasa y desde luego es su fe muy incierta. Pongámonos en el caso de que vamos á formar la historia actual de nuestro pais, y para hacerlo con buenos datos procurariamos recogerlo de las autoridades, la proteccion que estas nos dispensarian nos inclinaria en su favor, y he aquí la falta de imparcialidad. Pero con todo, admitamos que fuésemos imparciales, y no por esto dejarán de alterarse en gran manera los hechos, pues que ni en los documentos oficiales se encuentra intacta la verdad: se queja un vecino de falta de buena policía, el gefe de esta espone que se tiene la mayor vigilancia: se queja otro de que no se le administra justicia, el tribunal contesta que no ha demorado ninguna causa; no hagamos mencion de los partes militares, pues siempre cada fuerza beligerante triunfa de su contraria: cada una de ellas tiene pocos muertos y heridos, y la otra ha dejado el campo de batalla cubierto de cadáveres y ha echado á huir.

Esto es lo que podemos sacar de los contemporáneos únicos testigos fidedignos de los hechos que refieren; pero ya que la historia es oscura y que poco se encuentra en ello cierto, no debemos hacerla mas fabulosa ni suponer ó desfigurar los hechos de modo que de luego á luego nos desmientan. Para escribir, especialmente historia, se necesita un sumo cuidado: á la posteridad sí, la podemos engañar, y descubriendo nuestro fraude, su fallo no nos perjudicará puesto que ya habremos dejado de existir; pero miéntras vivamos, si tenemos siquiera deseo de que nuestras producciones se lean con fruto y con gusto, no demos lugar á ser censurados con justicia y qne se nos haga ruborizar si el fallo de la posteridad alcanza solo á nuestro nombre, el de nuesta edad alcanza á nuestras mismas personas.

C. M. Saavedra.

REMITIDOS.

LETRILLA.

¿A qué se reduce en suma
Lo que aquí escribiendo estoy?
A que compré plumas hoy
Y estoy probando una pluma.

Que le diga D. José
A Guadalupita hermosa,
Te quiero y serás mi esposa;
Y aunque el viejo no te de
Ni tu dote ni otra cosa
Con tu amor me ire á una Aldea,
Para el tonto que lo crea.

Que me diga un jugador,
Présteme V. D. Julian,
Que segun las cartas van
Me hago del monte señor,
Y mañana le doy doble
Por lo que hoy me franquea,
Para el tonto que lo crea,

Que al ver ese pié divino,
Y tu talle delicado.
Y tu dominó ajustado
Y tu mirar peregrino,
Me respondas con desden,
"Te engañaste soy muy fea,"
Para el tonto que te crea.

Que un crítico literato
Venga á contarnos mil bolas
Y á decir que *en mil tres cientos*
Se usaban ya las pistolas;
—¡Pistolas! ja.... ja... que rato;
—Mirelo aquí impreso.... lea.
—*Para el tonto que lo crea.*

Que me nieguen que es peluca
Lo que lleva Doña Inés,
Y el mirriñaque, y los dientes

Que todo postizo es;
Y que por de veinte pase
La que al hablar ya chochea,
Para el tonto que la crea.

Que me diga á mi Manuel
Que nunca quiso á Panchita
Cuando es ella tan bonita
Y tan calavera él,
Y que bailando los dos
El no esté echo una jalea.
Para el tonto que lo crea.

Que me diga un vejestorio,
Por la virgen Doña Juana
No vaya V. una noche
Al teatro de Santa-Anna,
Se cae; no vaya V.,
Pues dicen que se menea;
Para el tonto que lo crea.

Que con sueldo tan escaso
Ponga un coche un empleado,
Y su muger gaste lujo,
Y el nunca vaya á su lado,
Y que tanta seda y blonda
Solo del empleo sea,
Para el tonto que lo crea.

Que los que mil saltos daban
Y manotadas y gritos .
En el baile de Vergara,
No estaban ya *fosforitos*,
No.... nada.... si no bebimos,
Es alegría.... Marea,
Para el tonto que te crea.

Por que es V. marchantica
(Me dice ayer José)
Le daré el gros, Lucianica,
Pierdo dinero, crea V.
Pero á nadie se lo diga,
Solo á V...... por que V. vea;
Para el tonto que te crea.

!Ay! cuando veas lector
Tanto disparate escrito
Cual levantarás el grito
Contra tan mal rimador
Y maldecirás mi musa
¿No es verdad? Sea cual sea,
O dirás con compasion......
No es mala composicion....
Para el tonto que te crea.

UNA MEXICANA.

ALGO SOBRE TEATROS.

Que el teatro es una escuela de costumbres, y un termómetro para calcular el grado de civilizacion de las naciones, así como que por su utilidad no debe descuidarlo un gobierno ilustrado, es una verdad tan firmemente asentada, que ya hoy ha llegado á ser principio, despues que tantos sabios de la mas alta reputacion han ocupádose en esta materia, tratándola con una crítica algo juiciosa, y desapasionada, con erudicion y con maestría. En consecuencia seria un arrojo, un atrevimiento y una pedantería pretender siquiera añadir algo á lo que esos hombres han escrito.

Sus luminosas obras nos refieren la atencion con que los pueblos civilizados han cultivado el drama, y nos hacen entender que esta parte de la literatura, no solamente en nada cede á las demas, sino que por el contrario, las hermosea, y que hasta cierto punto puede reputarse como el mas alto grado á que pueden llegar los hombres de ingenio, asemejándose al sol, que no ilumina únicamente á esta ó á la otra familia de la gran sociedad. Un buen escritor dramático, en mi opinion, deberá ponerse en igual línea que el médico: este cura y sana las partes físicas de nuestro cuerpo: aquel deleita al mismo tiempo que corrije los defectos que corrompen y degradan la especie humana, y que aver-

güenzan al que está contaminado con ellos.

Mi pluma es débil, no puedo por lo mismo describir, ¿qué digo describir? ni aun bosquejar la influencia del teatro en las costumbres, ni lo que contribuye á su mejora. Pero ¿que podria agregar á lo que los mas célebres literatos, así en nuestra lengua como en otras, nos han dejado en esas obras clásicas, que solas ellas bastan para formar el crédito y fama de que hoy gozan? A ellos somos deudores, y de ellos hemos aprendido que Grecia y Roma en sus tiempos felices tuvieron, la primera, sus Aristófanes, Sófocles y Eurípides: la segunda sus Plautos y Terencios: la Francia sus Corneilles, Racines y Molières: la España sus Lopes de Vega, Calderones, Moretos, Tirzos de Molina, y al mexicano Alarcon: que la Italia, la Inglaterra y la Alemania, tuvieron igualmente los suyos, advirtiéndonos al mismo tiempo, que cada nacion hace gala y blasona de haber producido excelentes poetas dramáticos, que han sido ornamento y gloria de su pais y de su siglo.

México en calidad de colonia de España deberia haber seguido en su teatro la suerte y vicisitudes de su metrópoli: floreciente en los reinados de Felipe III y IV: decadente en el de Cárlos II y renacido en el de Cárlos III, como parte de esa monarquía; pero pocas son las composiciones dramáticas indígenas de que se tiene noticia. Las causas de este olvido, menosprecio, ó qué sé yo, con qué se vió por nuestros nacionales este ramo de la literatura son bastante conocidas: no hay, pues, necesidad de recordarlas. El mismo D. Juan Ruiz de Alarcon que adquirió tanto lustre al lado de los célebres poetas españoles de su época, allá en Madrid, se habria ceñido en México á las cavilosidades y enredos del foro; si hubiese permanecido en él, y si no se hubiese trasladado á la península, su *Verdad sospechosa y las Paredes oyen*, yacieran hoy arrinconadas y llenas de polvo en algun archivo, si no es que habrian desaparecido á manos de algun ignorante boticario ó de otro especiero.

Don Tadeo Ortiz en su México independiente, menciona algunas comedias escritas por mexicanos, y sin embargo de que ni las hemos leido, ni ménos visto representar, no seria aventurado decir que deben estar plagadas de los defectos del tiempo en que se escribieron, aunque sus autores hayan tenido ingenio y sido dotados de las otras cualidades que se requieren para llegar á ser, no un perfecto, sino un regular poeta dramático. Esta conjetura no es gratuita, no la ocasiona un impulso innoble, una arrogancia presuntuosa, ni ménos una crítica precipitada, tanto mas espuesta cuanto que no se tienen á la vista esos escritos; sino que la dicta una induccion racional, nacida de la misma naturaleza de las cosas, porque si los Calderones, Rojas y otros muchos se dejaron arrastrar del espíritu dominante de su siglo, ¿qué fundamento plausible hay para que no les toque la misma suerte á los que en igual tiempo escribian esta clase de composiciones acá en Nueva España, atendidas las circunstancias locales, y otras que aun no están olvidadas? Esa misma conjetura da lugar á otra, y es que en el estado en que se hallaba en México la imprenta, entretenida únicamente en publicar sermones gerundianos, y novenas de santos mal digeridas, no han de haberse impreso ningunas de nuestras comedias, y que si existen algunos ejemplares manuscritos ¡sabe Dios en poder de quien pararán, y lo alteradas que estarán las copias!

Sin embargo, buenas ó malas, ellas nos pertenecen, y contengan los defectos que se quiera, forman parte de nuestro teatro, los vicios, y mal gusto del siglo no perjudican en nada al talento de los que las trabajaron. Deberiase, pues, solicitarlas con empeño y conservarlas, si no como una muestra ó modelo del arte, al ménos como una prueba de que no han faltado entre nosotros quienes hayan cultivado este género de literatura; sin que nos avergüencen sus impropiedades ni los asuntos de que tal vez se apoderaron sus autores, á no ser que sea reprehensible en nosotros, lo que en las naciones todas se ha atribuido al siglo en que se ha escrito.

A continuacion de esas piezas deben colocarse las compuestas del año de 821 en adelante, porque separado México desde aquella época de la dominacion española, debe tener como nacion independiente todo lo que es propio de este rango, á la manera que el resto de las que se encuentran en su caso. España, Francia, Italia, etc., tienen su teatro peculiar mas ó ménos rico, y mas ó ménos abundante en obras de este género; y ya que se ha perdido el tiempo entre nosotros en idear, y escribir utopías, en asesinarnos por miras personales, ruines, y y antipatrióticas, y en obstruir todo lo que real y verdaderamente es útil y provechoso; la razon, la justicia, las exigencias públicas demandan que volvamos sobre nosotros mismos: que hagamos á un lado esas pequeñeces y miserias, pues todo lo que huele á espíritu de partido debe abandonarse, y nos consagremos á ese ramo de la literatura, animándolo y fomentán-

dolo, hasta sacarlo del estado en que hoy se encuentra: ¡mengua es, y no poca, que despues de veintitres años de independientes sea necesario para sostener nuestros coliseos que se nos importen comedias y comediantes; y que apenas se haya presentado en la escena una que otra pieza nacida en el pais. ¡Cuántas malas traducciones no se han dado en espectáculo! ¡Cuántos melodramas insípidos é insulsos! ¡Cuántos de esos que hoy se conocen con el nombre de dramas no hemos visto en la escena por mas atestados que estén de ejemplos y de lecciones de inmoralidad! ¿Y qué resulta de todo esto? que México recibe y compra esa mercancía nociva y perniciosa á la juventud, y que aun permanece dependiente de Europa, como lo es en otros artículos de industria, únicamente porque se ha descuidado cultivar y poner alicientes para que escriban los aficionados á la poesía dramática; á los que se sientan animados de calor y fantasía, para que haya quien se dedique á darnos unas buenas traducciones, limpias, puras, y sin esos galicismos que se advierten en algunas que hemos oido. Tenemos jóvenes ansiosos de gloria literaria; hombres verdaderamente ilustrados, conocedores del arte; de talento dramático, fáciles para escribir diálogos festivos y amenos, enemigos acérrimos de los defectos y vicios indígenas, y adquiridos, y que desean, como buenos mexicanos, verlos desterrados de nuestra sociedad, donde tanto mal hacen.

El treatro no debe verse únicamente como un lugar de desahogo, como una reunion donde se va á matar el tiempo, ni convertirlo en café, ó casa de tertulia, distrayendo á los concurrentes hasta causarles enfado: es necesario considerarlo bajo el aspecto de una escuela de costumbres, de lenguas, de decencia, de civilidad, de moralidad, y si se quiere de galanteo; pero un galanteo decente, noble, en que se respete el decoro, la dignidad, así del espectador, como de las personas que el autor introduce como interlocutores; digámoslo de una vez, el teatro visto en cuanto á lo formal, quiero decir, en la parte literaria, da á conocer la ilustracion de las naciones; y en cuanto á lo material, todo lo que se presente á la escena debe corresponder á los planes y miras de los que se consagran á estas composiciones tan difíciles, para merecer se les califique de buenas, como arriesgadas cuando el amor forma toda la accion, y es el objeto principal del drama.

Pasó ya el tiempo, y no debe volver aquel en que nuestro coliseo de la capital era un local para que los vireyes, oidores, comerciantes y otras gentes asistieran, los unos, para manifestar el rango que ocupaban en la sociedad, y esotros para deslumbrar y hacer alarde de sus riquezas, de su lujo. Es cierto que esta vanidad, se conserva y aun seguirá quién sabe hasta cuando, asi como la de que muchos petrimetres, solo asisten, ó por lucir su apostura, tomada esta palabra en su verdadero sentido, ó por otros fines que ellos muy bien saben; pero concurren, y el hábito que deben contraer á fuerza de dedicar la noche á esta clase de entretenimiento, los alejará de otros sitios en que pierdan, en unos la lozanía de su juventud, en aquellos su hacienda, y que se les disminuyan los ratos que dedican á la seduccion del otro sexo. Los casados y los padres de familia conocen los perjuicios que resultan de una juventud ociosa. Las buenas piezas dramáticas, ejecutadas con todo el ornato y elegancia que exigen, y por artistas que sepan su oficio, causan tal ilusion al espectador, que el mas indiferente se sale fuera de sí, y toma tal interés en lo que se le representa, que se transporta involuntariamente y toma parte en el nudo y lances que preparan el desenlace de la comedia ó tragedia que está viendo.

Sin pensarlo he dejado correr la pluma, y entiendo haberme desviado de un objeto, que segun lo bien ó mal que me he dado á entender se reduce á que se forme un teatro, puramente mexicano, y nada mas que mexicano. ¿Y será esto ascequible? *In rebus magnis incipere sat est*, ha dicho no sé quien, pero ello es una verdad que no debe ponerse á discusion.

A mi ver, y sin que se entienda que aspiro á otra cosa que á contribuir á las glorias nacionales, tres puntos deben promoverse; pero con calor, con tezon y constancia, sin pararse en esta ú esotra dificultad, ni tampoco en las resistencias que suelen oponerse de parte de ciertas personas, que de buena, ó de mala fé, todo lo impugnan, á todo ponen dificultades, y á lo ménos todo lo reducen á controversia. Punto primero: El establecimiento de una escuela de declamacion; pero no francesa, italiana, inglesa, ni rusa; ni ménos la inventada en una Isla de las Antillas, sino la que conviene al índole, dulzura y armonía de la lengua española. Segundo: alentar y estimular á que nuestros paisanos se ocupen y dediquen á este ramo de literatura;

y tercero: proporcionar á los artistas medios fáciles y hacederos, á fin de asegurarles una vejez descansada, ó cuando por su edad ó enfermedades lleguen á ponerse en estado de no poder trabajar. No sé si acertaré en los medios que me ha sugerido el buen deseo que me anima: podrá muy bien ponerse al nivel de algunos proyectos ridículos é impracticables; pero sea lo que fuere, y gradúese segun el capricho y modo con que cada cual es libre para ver los objetos, sírvanme de escudo mis intenciones, y que no tengo en este negocio otra mira, otro interés que el beneficio, que así la patria como una porcion de sus individuos podrán recoger oportunamente.

En cuanto al conservatorio, ó academia de declamacion, ó como se crea denominársele, deben mi concepto estar abierta á los jóvenes pobres de ambos sexos, de diez y seis años para arriba, que sepan leer y escribir, y á lo ménos las cuatro reglas de la aritmética los varones; pudiendo dispensarse de este último requisito á las mugeres. Esta escuela deberá tener un buen profesor acreditado, á cuyo cargo estará aleccionar á los alumnos en todo lo concerniente para formar un buen cómico, en los diversos caracteres que se le ofrezca representar; de manera, que llegado el caso de pisar las tablas desempeñe su papel con propiedad, con decencia, y evitando esa exageracion y ese desaliño é irregularidades que se notan en los farsantes, en los empíricos y en los puramente aficionados. Por supuesto que el tal profesor debe disfrutar por ahora un sueldo con arreglo á las circunstancias. Digo por ahora, porque aumentándosele el trabajo, muy justo es que se le indemnice, y aunque al principio no será debidamente, creciendo los fondos, sí podrá gratificársele competentemente.

El tiempo en que el discípulo pueda decirse que está ya instruido y en aptitud de presentarse al público sin temor de que se le silve, y mortifique á los que lo oyen, debe dejarse al buen juicio y responsabilidad del maestro. Será así mismo muy útil, que en dicha academia se establezca la enseñanza de música vocal, y nada mas, para lo cual basta un clave de mediana clase, señalando tambien al profesor encargado de este ramo un sueldo con proporcion á los fondos y observándose con respecto á él lo que se ha asentado hablando de la declamacion. ¿Y de donde se sacará este dinero para sus gastos? paréceme que oigo preguntar: allá voy.

Los abonados á palcos, lunetas y cazuelas, tienen sobre sí la presuncion de que disfrutan algunas comodidades, ó á lo ménos un sobrante que pueden destinar á un gasto que no es alimenticio. Reuna la empresa á dichos abonados, hágales ver las ventajas que deben resultar de semejante establecimiento, y persuádales que con un cinco por ciento correspondiente á las respectivas localidades que se ocupan, se va á proporcionar artistas propiamente tales; y es difícil no se presten dóciles (se entiende libremente) á una exhibicion que tiene por objeto en primer lugar la mejora del teatro; y segundo, las ventajas que redundan en provecho de muchos jóvenes, á quienes se les va á abrir una carrera honesta para vivir; y á quienes se va á arrancar de otras perjudiciales y nocivas á ellos y á la sociedad. ¿Qué monta un 5 por 100 al año al que invierte por ejemplo 300 ó 400 pesos en igual tiempo por razon de abono? Calcúlesele lo que este debe rendir, y dígase si podrá haber ó no con que dotar regularmente á los profesores de declamacion y de canto. Y si á esto se agrega que la empresa auxilie con una cantidad de 200 pesos anuales, parece que podrá abrirse la escuela montándola con la economía mas posible. Ignoro á lo que ascienden los abonos; pero no seria desatino enunciar que puede muy bien recaudarse una suma que no bajará de 1.000 pesos, aun suponiendo dicho abono á 30 pesos cada mes los palcos, las lunetas á 6 ps. y las galerías á 3. ¿Pero si los abonados no convienen en hacer este donativo? ¡Oh! Esto no puede concebirse sin hacer injuria, y el agravio mas imperdonable á personas, que tantos testimonios han dado de su inclinacion y decision al teatro; y ademas seria ofender su patriotismo, sospechar que no prestaran su cooperacion á un objeto de utilidad nacional. Sin embargo; si contra toda esperanza, el éxito no corresponde á los deseos, quede á lo ménos la dulce satisfaccion de haber proyectado un plan que mas tarde podrá llevarse á efecto.

El segundo pensamiento que he indicado para que tengamos teatro puramente mexicano, es el de excitar á nuestros ilustrados y eruditos paisanos á que se entreguen á estas tareas literarias. Afortunadamente hay jóvenes que cultivan con buen éxito la bella literatura sin mas estímulo que el deseo de ilustrarse, de adelantar en ella, y de enriquecer su patria. Esos jóvenes que se reunen en San Juan de Letran, los redactores del Liceo, los que en los departamentos han formado asociaciones de esta clase, ¿serán indiferentes al llamamiento que se les haga, para que, ó compongan alguna pie-

za dramática en los géneros y sobre los objetos que elijan, ó presenten alguna traduccion de los teatros estrangeros? A propósito de traducciones, y antes de que se me escape la especie, no puedo ménos de indicar una relativa á este asunto, y es lo conveniente que seria prohibir la introduccion de esas versiones en que luego se deja percibir que los traductores no conocen ni su lengua ni la de que traducen, ó que han olvidado aquella. Comedia se ha representado en que la palabra *batiment*, se ha substituido en español, con la de *bastimentos*. Este defecto se ha advertido en la rapidez de la representacion. ¡Cuántos no se le notarian leyéndola con algun espacio y de cuantos no abundan esas que nos vienen en otras obras en clase de mercancía.

Esa juventud que, andando el tiempo, ha de colocarse entre los ornamentos de la patria, si hoy en medio de los obstáculos que presenta nuestra situacion política, y entre el ruido y grita de pasiones innobles, y de la algazara de los partidos, esencialmente enemigos de la prosperidad y verdaderas glorias nacionales, se entrega á la lectura de obras maestras, escribe con gusto y correccion, y no es estraña á conocimientos que le honran, ¿qué no es de prometerse, cuando se le llame, y se le ofrezca, no dinero, porque el temple y nobleza de su alma no se mueve por un interés mezquino, sino por un premio que eternice su nombre? ¿Y se quedará atras esa porcion de literatos, patriotas ilustrados, ya formados, que constituyen su placer y sus delicias en enriquecer sus talentos, y que no deben quedar olvidados en la lista de nuestros hombres célebres? Convóquese á unos y á otros, mas claro, excítese á todo mexicano á este género de trabajo, y ya veremos los frutos de este arbitrio.

Sus producciones serán examinadas y calificadas por un cuerpo que sea capaz de hacerlo con imparcialidad, con conocimiento, y sin pretensiones ni prevenciones, y ninguno puede desempeñar con mas acierto este encargo que el *Ateneo*. Cuando el inmortal Jovellanos, ese astro de la literatura española, habló en una de sus memorias, sobre tan importante materia, propuso á la real academia para que á ella se confiase la revision y censura de las piezas dramáticas que se presentasen al concurso que indicó se abriese al efecto; y no habiendo entre nosotros ese establecimiento (aunque mandado formar hace diez años poco mas ó menos,) antufrol por hay un Ateneo que desempeñará mas que bien un trabajo tan análogo á sus instituciones.

Los premios en mi pobre opinion, deben reducirse á una medalla de oro para el que obtuviere el primer lugar, y una de plata para el segundo, ó lo que se conoce con la palabra de *accesit*. Las leyendas ó inscripciones de esas medallas, las acordará la ilustracion y el saber del mismo Ateneo; su importe parece deberá ser á cargo de la empresa, y la entrega á los premiados, por el secretario de dicho establecimiento, con su correspondiente diploma, firmado por el presidente y refrendado por aquel. Tambien podria añadirse como parte del premio, que se llevase un libro en el Ateneo, en el cual se inscribiesen los nombres de los autores premiados con letras de oro y de plata segun la calificacion que respectivamente hayan tenido, con una noticia del título de la obra, y de la fecha en que se censuró. Esto podrá reputarse como una estravagancia, como un delirio; pero esta estravagancia, este delirio que en nada ofende ni perjudica á la sociedad, va á hacer el blason de los que se distingan en una carrera, que si no es tan peligrosa y espuesta como la de las armas, los laureles que recoje ni están teñidos con sangre, ni han causado la pérdida de un padre, de un esposo, ó de un hermano, ¿no se gloriará un hijo de descender de un hombre que ha sido coronado por que fué útil á la patria en uno de los ramos que engalanan á las naciones? Esta ejecutoria es preferible á las que ha inventado la ciencia heráldica. Pero aun hay mas. ¿Cómo podrá retribuirse dignamente al que ha gastado los floridos años de su juventud en el estudio, que hace presentes á sus conciudadanos los frutos pe su dedicacion, y que se empeña en destruir las costumbres ridículas ó viciosas de su epoca? Mejorar la especie es la mas útil de las ocupaciones de un escritor: los trabajos intelectuales sea cual fuere el género á que pertenezcan, nunca sabrán recompensarse dignamente. Esa medalla de oro ó de plata, y ese asiento en el libro en la forma indicada son muy poca cosa vistas aisladamente; pero se apreciará y se aspirará á obtenerla, porque los verdaderamente ilustrados y filósofos, sea cual fuere su edad y su profesion, nada mas pretenden, ni nada ambicionan, sino los aplausos, y á fundarse una reputacion nacional y estrangera.

Felizmente hemos llegado al tercer punto que nos hemos propuesto, y es el que hace relacion á las personas que se dedicaren, ó están actualmente ocupadas en el teatro, y forman las compañias que se llaman de verso. Mis

buenos deseos y la consideracion que debe tenerse á unas personas, que dan vida y calor á las composiciones dramáticas, que sin ellas superfluo es el que escriban, y que de ellas depende la impresion y frutos que se proponen los autores al componerlas, han llamado siempre mi atencion, no pudiendo serme indiferente, y creo que á nadie, que los actores despues que han gastado sus años en un trabajo tan dificil y á satisfaccion del público, cada cual segun su talento y aplicacion, se encuentren á la vejez, ó en el evento de que antes los estropée una enfermedad, sin contar con algun auxilio que atenúe las penalidades anexas á esas situaciones. ¿No es sensible que un comediante á quien hemos visto decentemente equipado, aplaudido, y que ha sabido grangearse la estimacion, lo encontremos despues de lo que ha trabajado, ó de cobrador á las puertas del teatro, ó en otra colocacion que apénas le de para mal comer? El remediar este mal, y que los actores no tengan aquel desasosiego que naturalmente ocasiona la incertidumbre del porvenir, y de como se pasará la vejez, es mi intencion al ocuparme de este asunto, y los mismos actores pueden poner término á esa calamidad si se prestan dóciles á poner en ejecucion mi idea sobre el particular. Es sencilla, y aunque se encuentren algunas dificultades, ¿porqué no han de procurar allanarlas las mismas personas de cuyo bienestar se trata?

La tal idea, proyecto, ó como guste llamársele, se reduce á que cada actor, de los que disfrutan sueldo fijo, concurra con tres ó cuatro granos por peso, de sus respectivas asignaciones, que se les descontará al distribuirseles mensualmente. Que lo que así se recaudare, se pase á una arca destinada esclusivamente á su custodia; y á que los caudales que se fueren reuniendo, no tengan ni pueda darseles otra inversion, que las que se señalen para jubilaciones de los actores.

Ahora: el reglamentar y cuidar de su conservacion y aumento, así como de la edad en que hayan de espedirse las jubilaciones, sus montos, por quién, en qué terminos, y si podrá hacerse estensiva á los de igual profesion que andan corriendo la legua, ó están en otros teatros, ó pasan de ellos á los de esta capital, debe dejarse á los mismos interesados, pues nadie como ellos debe estar atento á que la recaudacion sea exacta, puntual, la que debe ser, que las pensiones sean asignadas con equidad y justicia; que los fondos no se distraigan á otros objetos, y que las seguridades que hayan de exigirse á los que los manejen, sea de entre ellos ó estraño, pues se deja á su eleccion este nombramiento, sean las convenientes. Acaso podria ser oportuno dársele alguna intervencion en este ramo á la autoridad municipal con la mira de hacer mas firme, y formal este establecimiento; lo que sí importa es que se realice la idea aunque no sea por los medios y arbitrios indicados.

Podrá suceder que así este pensamiento como los demas, encuentren quien los impugne, quien los califique de ilusiones, ó una pura charlatanería: el que esto ha escrito, ha manifestado con la mejor buena fé el único fin que lo guia: repite que sus tendencias no son otras que el bien y mejora de nuestro teatro: que este sea mexicano, y que si se ha equivocado, y si disgustare y fastidiare, no por eso ha de sostener las opiniones que ha emitido. Los que las encuentren estravagantes, impracticables, y tal vez ridiculas, ténganlas por no escritas, y con que consignen este papel á un boticario, tendero ó cohetero, ó á otro uso, dénse por suficientemente indemnizados, y por compurgada la audacia del autor....



ESCENAS ANAHUACENSES.

EL CAFÉ DEL PROGRESO.

LOS COLEADORES.

UNA noche en que como las mas de mi vida, me hallaba acosado de tedio, me dirigi maquinalmente al café del Progreso y habiendo entrado en él, buscaba en vano una mesa en que colocarme para tomar un helado: todas estaban ocupadas y en cada una de ellas habia las diversas reuniones de esas clases con que se forma nuestra sociedad. La conversacion, cuestiones y disputas se versaban en unas sobre la política, la economía, menudeo, presente guerra, crónica escandalosa de algunas damas y personajes; y en una de esas mesas ¡cosa estraña! sobre literatura, caballos, coleaderos y no se que mas; esta mesa era la mas singular por la miscelanea que comprendia aunque no la mas propia. Aquí y acullá se disputaba con acaloramiento; quien hablaba de sus campañas en que aparecia mas grande que Federico y Napoleon: quién del sistema de hacienda comentando á Necker: quién era mas liberal y patriota que Washinton y Morelos: quién mas hábil que Talleyrand, Dupin, Herschell y Thiers; y quién mas diestro y ágil á caballo que Franconi ó el mejor charro de tierra dentro ó baquero del Mezquital.

Cualquiera sin haber entrado antes y sin conocer el café, cree por solo el ruido que oye que el empresario obtiene grandes y extraordinarias ganancias; pero cuando ve que una no pequeña parte de los concurrentes hace el gasto con el uso de los periódicos, ajedrezes, dominós, sillas y braceros y algunas veces con un vaso de agua tan pura y limpia como su bolsa, se desengañará de ser falsa su congetura.

Me encontraba demasiado fastidiado y mas por la imposibilidad de colocarme, cuando llegó un amigo mio muy relacionado con casi todos los concurrentes, invitándome en seguida para que lo acompañase y ver en donde nos sentabamos: lo seguí y con algun trabajo, logramos nuestro intento entre una mesa de políticos y la ya espresada de literatos á quienes él saludó con la marcialidad y franqueza que acostumbra. Despues de haber pedido cada uno lo que quisimos tomar, me dijo:

—Que parece á V. esa batahola?

—Infernal, amigo.

—Tiene V. razon; pero yo aquí paso el rato con todas estas gentes las mas singulares del mundo, porque como habrá V. observado todas discurren á su modo y segun sus intereses y gustos. Mire V. esos políticos con ciertos liberales exaltados, desinteresadísimos ínterin no alcanzan un empleo; ese que parece fué militar y habla tan arrogante, es ahora federalista, porque el gobierno que lo destinaba á Tejas á donde no quiso ir, le quitó el empleo. Aquellos que vé V. mas adelante con bigote y presillas, hablando contra la libertad y los congresos, fueron nada ménos que cívicos ú oficinistas de algun antiguo Estado. Ese otro militar de aquella mesa de enfrente, es ahora coronel permanente y antes odiaba de muerte al ejército, y.... ya lo ve V., tan amigo de la paz, del órden, y relacionado estrechamente con el general R., acérrimo escosés. pues se ha hallado en todas las revoluciones desde la Acordada hasta la de Huejotzinco, y cuando la instalacion de las lógias yorkinas comenzó á figurar de camarista de Zavala y mal escribiente de Lobato, y despues fué denunciante en tiempo de Facio: su compañero, que tambien es coronel, rebosa en su semblante el orgullo y la mayor presuncion, hijo de otro pais, siempre está renegando de México y diciendo que los mexicanos son unos hotentotes, y si hay alguna accion, poco le importa que se derrame la sangre á torrentes, por el contrario, se alegra con las guerras civiles, en las que ha hecho su papel por el que ha sido bien remunerado. El licenciado que está en la mesa que sigue ha recorrido la escala de los partidos y se recibió de abogado cuando las famosas baratas de Tlalpam y Guadalajara, por los años de 28 y 29, sin mas trabajo que haberse hecho cofrade del rito de York, y habiendo sido juez de letras, los pueblos á quienes les tocó le tienen tanto hor-

ror como al cólera-morbo. Ese personage que pasa ahí vestido con tanto lujo, con magnífico reloj, y adornado de cadena de oro y riquísimo prendedor, se le ha conocido por furibundo escocés, á esto ha debido su colocacion en una aduana marítima, y por las intrigas con su partido ha ocupado distintos empleos y tan lucrativos, que en un mes ha logrado una ganancia de 80.000 duros; y no es lo mas esto, sino que está relacionado con el agiotista Garatuza y con los demas, en cuyo poder tiene sus fondos. Aquel viejo que lo acompaña y le habla al oido, debe V. conocerlo, es D. Atenógenes Estafa, contrabandista en la capital, hombre de muchas tretas aunque no de letras: el cielo le ha concedido una docena de hijos y á todos los ha colocado en un *coup d'œil* de capitanes, de suerte que con su familia habria para cubrir un ministerio y la plana mayor: esta familia es una falange temible, pues cuando ésta cae á un café, villar, al portal, alameda y demas diversiones *gratis*, monopolizan los asientos, y los periódicos. ¿Ve V. ese caballero que habla y acciona á la vez con calor y con una cartera en la mano, á ese amigo del ministro de hacienda? Es un corredor muy conocido por los contratos en que ha intervenido y por los que se ha querido que la nacion recibiese 25.000 ps. en numerario ó moneda antigua de cobre, y 975.000 ps. en vales de alcance de viudas y retirados, y á pagar un millon de pesos con el moderado premio de un 6 por 100 mensual. Ese que está encendiendo un puro habano, ha sido diputado y del partido del gobierno, y para votar primero consulta al ministro: antes dizque era liberal, y lo que sí nos consta es, que en el año de 33 era terrorista; pero ahora asegura que está por una libertad justa y moderada y que pertenece al órden: un sobrino suyo que pretende figurar, no falta á la asistencia en la junta patriótica del aniversario de Independencia, y aun á la compañía Lancasteriana, pues mucho le lisongea ver su nombre en letras de molde en algun periódico, cuando se insertan en él las actas de sus sesiones. Este hombrecillo de color moreno y medio vivaracho que ve V., anda de capa allí hablando de todo y nada en sustancia, es primo hermano de D. *Claudio Ubique*: como éste, se precia de tener relaciones con el gran tono; pero en lo que no cabe duda es, en que siempre está presente á los bautismos, bailes, pésames del conde P y del marqués Z, y á los convites que á estos les dan: ha estudiado tanto el arte de introducirse en la alta sociedad, que por este medio se ha familiarizado con algunos del cuerpo diplomático, en términos, que Madama Calderon de la Barca, cuando lo vió por la primera vez, que fué vestido de uniforme porque es empleado, creyó que era el enviado del Japon. Por último, ese caballerito tan peripuesto, de quien se desprenden los mas esquisitos aromas de las pomadas de Paris, y vestido á la *derniere* con Sac Vangool, pantalon y chaleco Cusac, sombrero Ancessy y bota Legorreta, no puede pasar por muchas sastrerías y demas talleres sin riesgo de quedar tan limpio como salió al mundo: es, pues, de esos á quienes se llaman *ruchis* y que como él nunca pagan el asiento en el teatro: pertenece en fin á una de esa familias en que *todos* los individuos de ellas subsisten del erario, hasta el que acaba de salir de la escuela.

Aunque no eran nuevas para mí varias de esas particularidades que oía de la boca de mi amigo, la vista de tanto actor y de su arrogancia y maneras, me obligaron á pensar en política por mas que ella me ostigue, por lo que le dije:—Veo, ciertamente, que con semejantes hombres, que por desgracia abundan entre nosotros, se hace cada dia mas dificultoso un arreglo cualquiera y por diversas que sean las instituciones que rijan en la república. Uno que se unió á nosotros, y que despues nos dijo era labrador, agregó con cierto aire de pesar: —Es tal el abatimiento nacional, que nadie se ocuparia de los asuntos políticos, si no viese un porvenir espantoso: yo protesto que nada me importaria ver á todos los mexicanos y *los que no lo son* con bordados y relumbrones, con tal que no se improvisasen contribuciones y empleados que todo se lo absorven, con perjuicio de la nacion que no puede reportarlos, y de las clases laboriosas que son las que hacen á Lázaro.

—Vaya! eso es mucho egoismo, le dijo mi malicioso amigo, por darle, como él decia, una *calentura*.

—Egoismo! replicó con cierta indignacion: hombre, mas vale que dejemos esta materia, porque bastaria para hacer perder el juicio al mas impasible estoico.

A la vez que dimos por terminada la conversacion, llegaron á la mesa de los coleadores Pedro y Macario, dos de esos arrogantes jóvenes, recientemente condecorados con las charreteras de capitan *ad honorem*, y ademas agraciados con un buen empleo en una de las mejores oficinas, en las que fuman, hablan y disputan de modas, coleaderos, caballos y muchachas, con *suma* ventaja para las labores de ella. El uno venia vestido á la última moda, y aun

que ambos pasan por *dandys*, su compañero estaba envuelto en su capa, vestia calzoneras y traía sombrero poblano con su correspondiente toquilla, chapetas y barbiquejo medio salido, porque todo esto es propio de *veteranos* y pasa tambien por buen tono. Los dos se acercaron con cierto aire de proteccion y con el mismo saludaron al corrillo. Uno de los de éste tomó la palabra.

—Hombre, Perico, qué atufado estás, alguna aventura te ha acontecido; vamos, dinos si la hermosa Rita te ha dado tu patente ó retiro absoluto?

—No me hables de eso, que es lo que ménos me habia de apurar.

—Pues que desgracia te aflije?

—Cómo que, mañana tenemos un *coleadero*, y de mis cuatro caballos ni uno tengo útil. El *Rayo* se me *desortijó coleando* esta mañana: al *Relámpago* lo *asolié* hace ocho dias por haber ido y vuelto á Cuernavaca en el dia: el *Hércules* tiene una *aguadura;* y al *Napoleon* se lo hirieron esta tarde en los toros á Roque que se lo dí para que lo metiera á la plaza. Considera que desgracias, no sé como no me he dado un balazo.... y....

—Amigo, le interrumpió uno de los del corrillo que parecia literato: ¿y por qué le puso V. á uno de sus caballos Napoleon?

—Porque segun creo acordarme, he leido que este era un general de los ingleses que hace dos años sitió á caballo á España y la rindió por hambre.

—Bravo, bravo, tiene V. razon para haberle puesto un nombre histórico á su caballo. V. es muy ingenioso.

—Muchas gracias: no, sino que soy aficionado á los caballos.

—Sí, se conoce que V. lo es tambien á la historia segun se ve.

—Me gusta mucho, y no hay dia en que no lea una obra que trate de ella.

—Luego se advierte, dijeron los mas de los concurrentes; qué Perico este tan guapo; pero qué haces por fin de caballo para mañana?

—No tiene que apurarse, dijo Macario, ya le he dicho que le mandaré cualquiera de los mios, el *Torrente*, el *Vapor*, ó el *Bergantin*. Supongo que vds. nos acompañarán mañana.

—Si á alguno de vds., dijo Tiburcio, le faltan reatas, *chaparreras*, espuelas, ó cualquiera otra cosa, yo se la facilitaré: ayer me mandó regaladas veinte docenas de reatas de la Florida un amigo del Mezquital: yo tengo una preparada que sola laza, ¡qué pita! *donde la aviento es segura la abrochada*, y si no que lo digan Nazario, Juarez y Morado cuando estuvimos en el potrero *manganeando*.

—Ciertamente que sí, dijo Pedro, pues dá gusto ver como lo hace Macario.--Vaya! si es un dije.

Despues de haber hablado mucho los dos amigos, haciéndose elogios recíprocos de que eran hombres de á caballo, dando que reir á los del corrillo y á los demas que los escuchaban, se convino en que les acompañarian al *coleadero*. Convidaron, pues, á mi amigo, y todos quedaron en concurrir temprano.

Su conversacion de caballos, cola y *manganas*, terminó con no poco placer de los literatos que luego entraron en su turno hablando de Víctor Hugo, Dumas, Soulie, hasta ocuparse de la Cañete, Hermosilla, la Cordero y Salgado, cuya conversacion la provocó un Sr. general que se acercó muy elegante y cortés y que en sus ademanes y espresion arañando los 50 pretende pasar por jóven y semi-literato, porque á otro Sr. general su amigo le oye disertaciones sobre la correccion del idioma etc. etc., y nuestro hombre, que á mas de querer ser un Adonis, tiene pretensiones de estar en el buen tono y de poseer el castellano segun el deseo que lo devora de marcar la pronunciacion de la *c*, *ll*, *s* y *z*: así es que su señoría, como dije antes, provocó la enunciada cuestion diciendo, que el *dracma* último de Belchite tenia mil defectos, y entre ellos que la *muraya* no estaba bien presentada en el *castiyo*, que la *opocision* de la concurrencia de aquel teatro á los actores de Santa Paula era *cistemática y* infundada; pero que sus intenciones serian *fustradas*.

Los literatos y los que no lo eran al oir semejantes palabras se veian unos á los otros las caras, y despues de una sonrisa general que procuraron reprimir, se despidieron, retirándose cada uno para su destino por no oir mayores lindezas de tan estravagante personage.

Mi amigo y yo nos despedimos y cuando estabamos solos me dijo:—Supongo que se habrá V. divertido con ver á semejantes hombres, y mañana me acompañará V. para que vayamos al coleadero y se divierta mas.

—Ya sabe V. que no me gustan esas diversiones, que nada sé de campo y sobre todo que no tengo caballo.

—Esto último no importa, alquilarémos uno pues todos los mas de esos insignes *charros* asi lo hacen. Ya V. los vee con reatas en los tientos y espuelas grandes y *chaparreras*, hacen tanto como V., yo ó mi cocinera. No hay re-

medio, vaya V. á casa á las ocho y allí todo lo tendré preparado.

Por fin cedí y quedamos en que iria á la hora convenida.

Iba á otro dia á casa de mi amigo cuando pasaba muy galan y medio ladeado en el caballo, uno de los convidados, él que luego se paró á conversar con uno que encontró: en este instante transitaba un coche y como la calle estaba llena de estorbos segun están las mas de la capital gracias á la buena policía, el carruaje tocó un poco al pasar el anca del caballo de aquel, que dando un repentino brinco, vino á tierra el ginete, con todo y chaparreras y espuelas lo que exitó la risa general, que en conciencia no decia bien con el susto y sopapo que habia recibido. Tomáronle el caballo y demasiado avergonzado se resistia á montarlo otra vez, diciendo: la culpa la tengo yo por que sabia que este caballo es *muy sentido;* pero ese cochero me la ha de pagar: le he de echar un lazo á caballo, ya lo conozco. En esto vino al galope un amigo del caido é impuesto brevemente de lo ocurrido fué á alcanzar al cochero: desató su reata y fuí yo tambien á ver en lo que paraba la escena.

El nuevo campeon que no conocia el coche arremetió lleno de zelo y fogosidad al primero que encontró: tan luego como iba cerca le dijo al cochero.—Parate ahi bribon, yo te enseñaré á ser hombre.

El cochero seguia su camino pues nada comprendia y menos sabia que á el se dirijian aquellas palabras: así es que cuando menos lo esperaba, recibió un fuerte *reatazo:* el cochero que estaba inocente y que se veia agredido injustamente le devolvió con usura el azote con su tosca cuarta: esto puso mas mohino y furioso al caballerito que decia en alta voz.

—Déjemelo, déjemelo.

—Echénmelo *á lienzo* y lo arrastro hasta *donde no pese.*

Con todo y esta amenaza, el cochero seguia su camino, poniéndose en guardia con su senda cuarta para defenderse: el ginete hacia una grande *honda* capaz de comprender en ella la catedral, y remolineaba la reata; el caballo de él brincaba ó se alborotaba: en esto solia perder los estrivos y abandonaba la reata por ocurrir á la cabeza de la silla: por fin, despues de varias fatigas, se enredó con la reata, y el cochero aprovechándose de esta oportunidad, se le acercó y le dió dos ó tres chicotazos no muy suaves en la cara al ginete y uno al caballo, con lo que se desembarazó de semejante importuno, que cayó al suelo, por haberse asorado mas con el azote y la reata que se le metió por la cola al corcel, y mas prudente que su amo, tomó las de villadiego.

Pestes y rayos decia aquel jóven mas desgraciado que el ilustre manchego cuando atacó á los molinos de viento, protestando que haria y tornaria. Pasado un rato, le trajeron el caballo, y despues de varios registros en su bolsillo, dió á los que lo tomaron cuatro tlacos voluminosos de los del dia; pero á mas de ellos, inmensas gracias, y ofreciéndoles gratificar en otra ocasion, lo que no satisfizo á los que habian usado de tanta óficiosidad.

Despues de una disputa en que no quedó bien puesto el honor del caballerito, á la vista de un público curioso é imprudente, montó y fué á reunirse con su amigo, quien á pié, cojeando y con su caballo de la mano, llegó al lugar de la reunion.

Estos sucesos me habian hecho reir demasiado, y con la sonrisa en los labios llegué á casa de mi amigo, á quien impuse de lo ocurrido, y ambos tuvimos que reir bastante. Nos dirigimos en seguida al punto donde habiamos de reunirnos, y allí los héroes con los cocheros, ya decian á cual mas sus proezas, callando por supuesto la verdad, hasta el grado de que uno de ellos aseguraba haber arrastrado al cochero, carruaje y mulas, bien que las señales de los cuartazos que tenia en la cara, decian lo contrario.

Mi amigo que era el mismo diablo, y que cuando estaba de humor, se convertia en un cócora de primer órden, y mas habiéndole instruido de lo ocurrido, refirió todo como habia pasado, y ambos jóvenes sufrieron una de esas cargas generales que pueden llamarse á la bayoneta y sin cuartel, agregando:

—Pero hombres, para qué llevan vds. espada y reatas si les ha de suceder el chasco de hoy: vaya, que son vds. muy candorosos, y lo peor es que el lance pasó en las calles mas concurridas.

—Vaya! basta de cargarles tanto á nuestros amigos despues de lo que han sufrido, dispongámonos para partir que es lo que importa, dijo Catarino.

—Sí, sí, esclamaron los mas á un tiempo.

—Sus, muchachos, prevengan los caballos y vamos, dijo uno á los mozos.

—*Allons, allons,* compañeros, *sur le champ.* *Sur le champ,* dijo otro: y bajaron todos, metiendo una bulla sin igual.

—Jacinto, ¿porqué no me has puesto en el caballo el *jorongo* y las pistolas? (hablándole Pedro á su criado y dirigiéndose á sus amigos.)

—Si vieran vds. qué pistolas: son de patente y de pelo, de modo que al descubrir puedo *llevarme á cualquiera*, ¡ah! mi espada es de lo mejor, ahora la verán, parece una navaja de barba.

—Hombre, otro dia veremos todo, y por ahora vámonos, ¿por qué la llevas? al fin no se ha de ofrecer, le replicó Remigio.

—Eso no, que yo nunca dejo de salir sin armas ni *jorongo*.

Provistos, pues, los mas de todos sus átavios campestres y militares, se marcharon como si fuesen á un combate. Al pasar por las calles no dejaban de hacer mil monadas á las de los balcones, y al mismo tiempo hacian brincar sus caballos. Habiendo salido de la garita, comenzó cada uno á alabar sus corceles. Serapio arremetia con las espuelas al suyo, é iba á dar un *encontronazo* á mi amigo, que le paró el que montaba, y en su empresa aquel no quedó muy satisfecho. Yo pobre diablo, y sin conocimiento alguno de equitacion, temblaba á cada paso de que viniera á ser objeto de los ensayos de aquellos señoritos; mas afortunadamente mi amigo que era de armas tomar, moderaba los deseos de sus camaradas, que eran bien vehementes, y á fé que tenian razon, por que entre ellos era yo un verdadero apéndice, el mas conciso y original, pues montado á caballo hacia la figura de una etcetera.

Caminábamos por la calzada, y los campeones cada cual se esforzaba en elogiar de nuevo á su caballo, y me constituian por juez en sus disputas,

—Tiburcio decia: qué caballo este, *no es mas que prenda*.

Perico.—*A que cuaco tan sobrado!*

Macario.—*Aquí lo traigo*, y se metia la rienda en el dedo pequeño de la mano, que levanta bastante; tiene un gobierno, que se maneja con una seda.

Serapio.—Míreme *nómas*, no lo azoto recio por que lo *estrello*, qué tiempos tiene!

Catarino.—Qué cuaco! al arranque hasta la cintura truena.

Remigio.—El mio tiene un trote amargo, es una pólvora al *pasar*.

Tiburcio.—Este penco parece que se duerme; pero tiene el brio oculto, no lo busco por no calentarlo.

Quirino.—Este no duerme; pero ronca, si se lo *emparejo lo ladeo*.

Macario.—Cincuenta caidas y la mitad de otra.

Pedro.—Las mias son redondas y no de *echada*.

Serapio.—Yo *jalo* arriba.

Catarino.—Yo á *pulso*.

Remigio.—Yo echo bolera.

Tiburcio.—Este penco llega por los dos lados, yo mejor *jalo* por el izquierdo.

—Yo por donde quiera y á rodilla.

—Mi caballo es un tronco para lazar.

—Yo amarro á muerte.

—Yo *á vuelta*.

—Eso no vale.

—Yo no *remolineo*.

—*Yo no hago atole* (1) y lazo á la callada.

Semejante conversacion los acaloró hasta el estremo de desatar unos sus reatas y quererse lazar entre sí: los demas sin desatarlas, pretendieron colearse unos á los otros. La sangre se me bajó á los piés al verme en medio de una guerra civil, de las mas temibles para mí: procuré quedarme atrás, y resuelto á desertar del campo; pero mi amigo, el mas terco del mundo, me obligó á seguirlo, y á la verdad contra toda mi voluntad, pues mi caballo, aunque alquilado, no dejaba de alentarse de vez en cuando, y mas con las carreras y azotes. En esto, unos que otros estiraban sus reatas de la cabeza de la silla, y vi que rosaban esta, y tambien sus manos, lo que despues pasa en la alameda por heroicidad, trayendo el brazo ó mano envueltos, á veces pendientes del cuello, y diciendo que fué en tal ó cual coleadero, ó en el *aportadero* ó *encierro* para la plaza de toros. Los que se coleaban, *balonéandose* á su vez, solian tomar la cola al caballo de otro, pero *agarrándose del santo madero*, como dicen los charros, esto es, de la cabeza de la silla, y cuando querian alzar la pierna para *trabar la arcion*, soltaban la cola.

Por fin llegamos á la puerta del potrero. Los vaqueros nos rehusaban la entrada; pero despues de una honrosa capitulacion, siendo uno de sus artículos el exhibir en el acto tres pesos que se dieron á prorata, pudimos penetrar al potrero. Frio me quedé al oir la contribucion á que se me sujetó, pues no llevaba mas que un real en la bolsa, y me horripilaba ver el pésimo gusto tan estendido de contribuciones, hasta en donde menos deberia esperarse, no obstante que las rifas, loterías, almuerzos, meriendas y bailes de compadres, y de las tertulias, me hubiesen dado á conocer lo recibido que está ese malhadado sistema.

Inferí pues, que no habia tal coleadero preparado; pero para el caso era lo mismo. Los campeones, incluso mi amigo, echaron pié á

(1) Lo mismo que remolinear.

tierra, y aflojando sus sillas, que menearon ó compusieron en el caballo, en seguida las apretaron con todas sus fuerzas, hasta el último punto del látigo, y montados comenzaron á correr todos y á un tiempo tras de un toro: yo nada percibia de lo que pasaba, bien que mis circunstancias eran de las mas apuradas, y temblaba como azogado, pues como yo no habia de colear, me hicieron el presente todos esos señoritos, interin durase la diversion, de que les tuviese á algunos sus espadas y joronjos: mi caballo con todas estas cosas se alborotaba ó espantaba, y yo me hallaba tan embarazado que ni me podia apear, y renegaba de la hora y dia en que por condescendente habia concurrido á tan maldita diversion. Uno de los vaqueros que llegó á donde yo estaba, compadecido de mi triste posicion, me dijo que le diera las espadas y jorongos y que me apease: así lo hice no sin grave recelo, y ya entré en la mayor tranquilidad. Despues entablamos conversacion, y entre otras cosas me dijo con candor.

—Ya ve amo á todos estos señores, pues uno que otro sabe, cuando mas, andar á caballo.

—Pero hombre, no ve V. que cargan sus reatas y que sus manos y las cabezas de sus sillas estan rozadas.

—Oh! y eso qué importa, si traen reata en los tientos, es porque hasta los cajeros de la tienda de D. Roque, el de la plaza las cargan para que aparezcan campiranos, y si las cabezas de sus sillas están rozadas, es porque unos á los otros las rozan, ó porque lazan un árbol ó una rama, enredan, jalan, y....

—Vaya, vaya, que V. me hace conocer mas lo que son estos jóvenes.

—Ahora verá como no lazan á un toro, ni colean, sino que *namas* los corren; aunque alguno de esos niños no deja de *inorarlo*: eso sí, qué cuacos tienen algunos, amo; pero qué lástima, si viera como los vuelven luego *espigueros*, *estrelleros*, *boquimuelles y relajos* ó *ariscos*. Mire, de este *fierro* son los mejores caballos en que me he *baloneado*, y con un palito pintaba una marca ó fierro en su mano, que en seguida me enseñó.

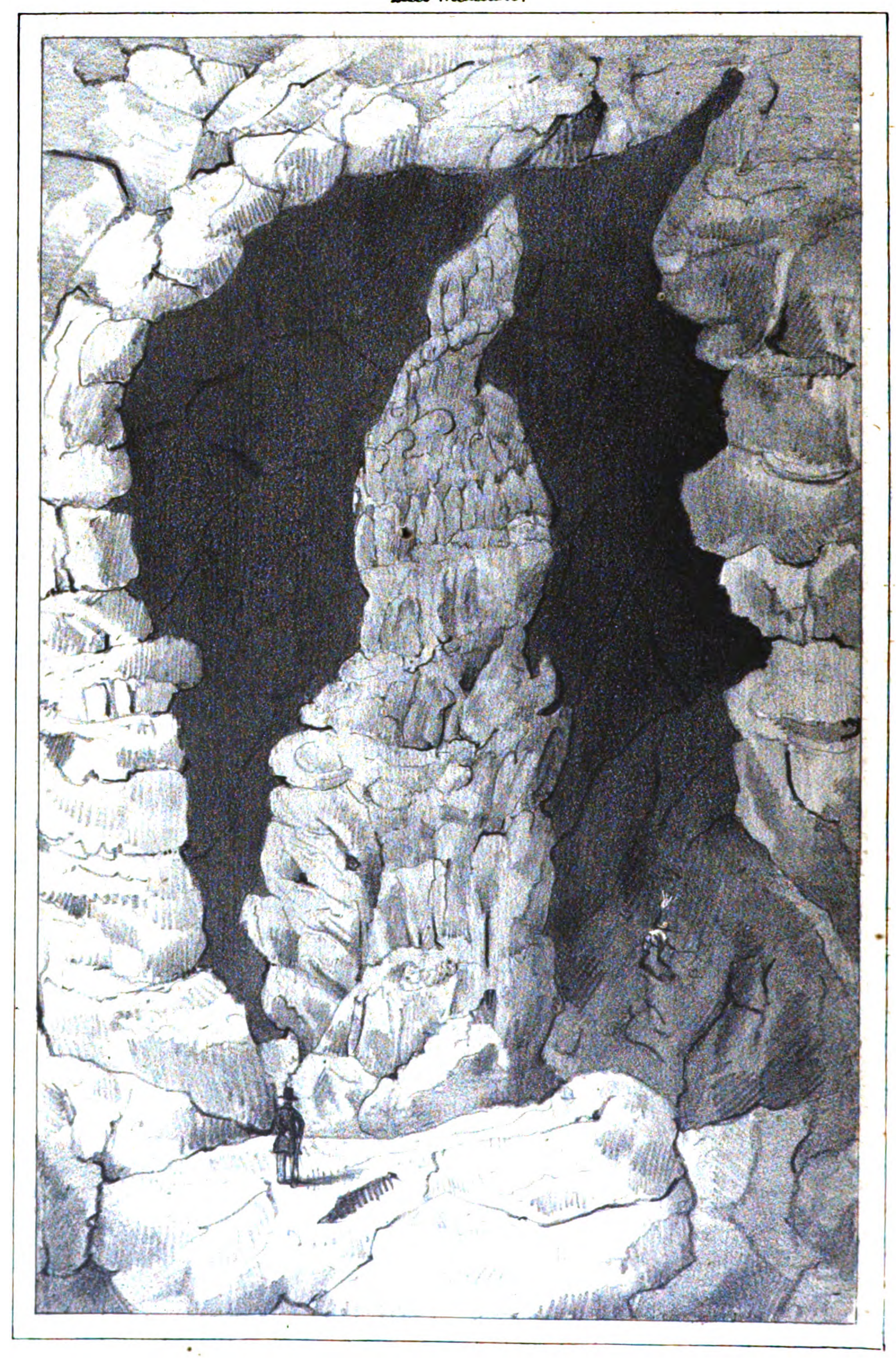
Cuando esto decia, llegaron dos de los caballeritos, y con reatas en mano, corrieron en pos de un novillo para lazarlo: le tiró uno la reata al animal, y lazó en vez de aquel á un becerrito de ordeña, al que arrastrándolo ya lo ahogaba. Entònces esclamó el vaquero con voz ronca y que parecia de trueno.

—Eso no, caramba! déjelo, suelte el becerro, y se fué hácia ellos. No se qué otras cosas les diria, que el compañero del que habia lazado al animal, y otro que llegaba, vinieron por sus espadas, y se dirigieron sin hacerme aprecio á donde el baquero estába. Este, alzó unas piedras: otros dos fueron en seguida á unírsele á caballo con sus reatas en mano, y en medio de mil voces, no á la verdad las mas propias, dulces y castizas, vi que se preparaba la mas terrible campaña entre vaqueros y coleadores.

Como pude monté á caballo, lleno de terror pánico y resuelto á no ver mas coleaderos, ni *manganeaderos* y puse piés en polvorosa. Al pasar por la puerta del potrero, las mugeres de los vaqueros me quisieron cortar la retirada; pero mi caballo, cuya hambre le hacia desear su establo, recònoció el camino y se abrió paso con migo, sin temor alguno por enmedio de de aquellas mugeres: llegué sin aliento á casa, y cuando me apeé del caballo, sentí un fuerte dolor en las costillas: la causa era nada ménos que un guijarrazo, que en el acto en que lo recibí no lo noté por el susto. Qué sucedió en el potrero? Esto lo ignoro, pero si deseas saberlo, lector mio, pregúntalo á otro, porque yo no quiero ver mas á mi amigo, con quien estoy resuelto á quebrar por el chasco que me pegó.

MUERDEQUEDITO Y COMPAÑÍA.





GRUTA DE CACAHUAMILPA.

Estalactita de 70 pies

GRUTA DE CACAHUAMILPA.

En el número 7 del Museo he visto una descripcion de la Gruta de Cacahuamilpa remitida de Victoria de Tamulipas por M. C.

Como ella haya sido tomada de la que publiqué en el Calendario de D. Mariano Galvan, impreso en Paris para las señoritas mexicanas en 1838, y como se encuentren en la del Museo parráfos enteros literalmente copiados de la mia, sin distincion en las palabras que tubo á bien agregarle su autor, me veo en la triste necesidad de rectificar un error á que podian inducir algunas espresiones del Sr. M. C. y del que acaso podria creerse haber sido yo la causa.

En la descripcion del Sr. M. C. página 146 del Museo, columna segunda dice: "¿Podrán contemplarse sin un justo reconocimiento estas maravillas de la creacion que ha formado el Todo Poderoso con solo su poder infinito? ¡Cuántos años se habrian necesitado para construir este subterraneo! Cuanta gente......! Hoy dia se ven estas construcciones colosales formadas por la mano de los hombres, tales, como las pirámides de Egpito, el laberinto, lago Moéris, los subterraneos de Gema de Vielatzk, las catacumbas de Paris de las montañas de la Libia de Alejandria, de Tenerife en Canarias, entre Arico y Guimer y en las cercanias de la antigua Thebas; donde se abrieron vastos subterraneos para depositar en su seno las Momias que nos han conservado los Egipcios y Guanches ha mas de treinta siglos. Mas aquí no solo se admira el colosal tamaño de la caverna de Cacahuamilpa, sino las diversas formas que remedan casi al natural desde el menor objeto del reino animal y vejetal hasta el último que ha inventado la industria para el lujo y el engrandecimiento etc."

De estas indicaciones podria inferir el que no haya visto la cueva de Cacahuamilpa ó el que solo lea la descripcion del Sr. M. C. publicada en el Museo, que la construccion de la Gruta de Cacahuamilpa se debe al trabajo de los hombres ya que no en el todo al menos en alguna parte, mucho mas si se reflexiona que al referir el descubrimiento, hecho por los Señores Baron Gros y René de Pedreaville, de un esqueleto en dicha gruta, exclama. "Pero ¿quién era este ser aislado de la fortuna? ¿Acaso fué posterior al fin del imperio de los mexicanos? ¿Quedaria envuelto en este laberinto por descarrio de alguna caravana de este mundo subterraneo?" Yá antes habia dicho en el segnndo parráfo hablando de la Gruta. "¿Qué tiempo ha no le visitaba la presencia de ánimo del hombre? Acaso seria por la de los toltecas ó de los mexicanos que solo apreciaban estas investigaciones por su avanzada civilizacion?"

Es, pues, necesario rectificar este hecho y poner en claro que nada hay en Cacahuamilpa que presente el menor vestigio, ni rastro alguno de la mano del hombre; que todo absolutamente es obra de la naturaleza, y que aun el descubrimiento de esta de sus maravillas ha sido debida á una casualidad de un prófugo que en una de nuestras convulsiones políticas, buscando un escondite, para sustraerse á la vista de sus perseguidores, notó la entrada de la cueva donde se refugió. Despues de algun tiempo, comunicó al padre Valdovinos las bellezas del palacio improvisado que le habia servido de albergue. Este ecleciástico respetable fué el primero que dió la noticia de semejante hallazgo, y la curiosidad ecsitó la visita del Baron Gros del de Pedreanville, despues, de la comision mandada por el gobierno, y finalmente de otras varias espediciones que se han hecho posteriormente, para admirar mas bien que para reconocer é inspeccionar un fenómeno tan singular y sorprendente. Ademas, una construccion subterranea tan enorme sobrepuja las fuerzas humanas, pues aunque el Sr. M. C. cree que la estension de la cueva es de una legua, podia haber advertido que esta distancia fué la que se visitó; pero no que se haya conocido su término, pues eran necesarios otros preparativos y recursos para su medida y completa observacion.

Ahora bien, si el Sr. M. C. ó cualquiera otro ha podido creer que los hombres hubieran tenido alguna parte en la construccion de la Gruta, acaso puedo yo haber dado márgen á esa creencia en la descripcion inserta en el Calendario de las señoritas de 1838, por ha-

ber dicho ser creible que en una época mas remota hubiese servido esta caverna al culto de los antiguos mexicanos, fundado en la ecsistencia de las ruinas de un altar que se conserva en una montaña cercana y de una pirámide truncada con todas las apariencias de un Teocali, tal vez consagrado al espíritu de la caverna; me he creido obligado por lo mismo á desvanecer la idea que de esta indicacion pudiera formarse en cuanto á la construccion de dicha gruta, pues entre que pudiera haber servido á su culto, y que hubiera sido construida con este objeto ó con el de servir de catacumba para sus cádaveres, hay una difencia enorme.

Ademas, el esqueleto encontrado en su interior no podia ser de una época tan remota, como la de los antiguos mexicanos, porque la vasija ó cántaro que estaba á su lado era ciertamente de barro y de construccion moderna, habiendo tenido oportunidad de compararlo en union de Mr. de Pedreanville, con los que se conservan en el Museo, sacados de escavaciones de sepulcros anteriores á la conquista. La clase del barro aun puede examinarse, pues uno de sus restos se encuentra en el Museo del Sr. D. Mariano Sanchez Mora ex-conde del Peñasco.

De paso debo advertir que la cristalizacion que se advertia en el craneo, asi como las otras de que habló en la descripcion, no son verdaderas cristalizaciones, sino incrustaciones formadas por la congelacion de las aguas, pero que en la atmosfera de la cueva y al resplandor de las luces, apenas se distinguen de una verdadera cristalizacion. Por otra parte, como mi objeto no era dar una descripcion formal y científica de Cacahuamilpa, sino hacer un estracto ligero de la que tenia hecha, y cuya impresion no podia sufragar por el excesivo costo de las impresiones en México, especialmente cuando exijen, como esta, planos y vistas en abundancia: un Calendario para las señoritas exigia mas poesia descriptiva que investigaciones geológicas.

¡Ojála que los buenos deseos del Sr. M. C. para que Cacahuamilpa sea conocida con mas popularidad se vean cumplidos y ojalá que lo fuesen tambien los del Sr. D. Andrés del Rio el primer geólogo de México, que asegura con la prevision de sus grandes conocimientos que algunas escavaciones hechas en esa admirable Gruta, proporcionarian á la ciencia á muy corta profundidad descubrimientos de fósiles interesantes y curiosos (1).

(1) Tal vez los Sres. Varela y Rio de la Loza que actualmente la visitan, podrán darnos ideas mas exactas y grandiosas: otra vez remitiré á Vdes. la traduccion de lo que ha escrito últimamente sobre Cacahuamilpa Mr. Dyport.

Entre tanto Sres. EE., tengan Vdes. la bondad de insertar estas reflexiones en su ameno Liceo y publicar tambien si gustan la descripcion de Cacahuamilpa que les adjunto, publicada en 1838, ya que mis nuevas tareas no me permiten el tiempo necesario para contribuir de otro modo á la instruccion y utilidad pública, objeto siempre de mi mas constante anhelo.

Isidro R. Gondra.

DESCRIPCION,

Si es dificil pintar las obras maestras del arte, y describir las varias impresiones que causan en nuestra alma, lo es mucho mas sin duda, hacer partícipes á otros de las que producen en ella las sorprendentes obras de la naturaleza. El arte tiene sus reglas y sus límites; se encuentran siempre términos de comparacion para valuar el mérito de los artefactos, aunque sea mas dificil, á medida que las proporciones se aumentan; pero no sucede así en las bellézas naturales; y desde el mas elevado sabino de Chapultepec hasta la orgullosa cima del Popocatepetl, hay una diferencia en altura y una desproporcion tan estraña, que la imaginacion mas viva apénas puede valorizarla. De aquí procede la dificultad que hay de pintar lo sublime en las producciones de la naturaleza. Tímida la pluma, no se atreve á espresar todo lo grandioso del pensamiento, y el recelo de no incurrir en exageracion, debilita las espresiones, anonada las ideas, y solo por medio de la poesia puede facilitar alguna vez ciertos rasgos para un mal trazado bosquejo, aunque sin usar de la licencia permitida en un poema. He aquí la marcha que hemos adoptado en la sencilla relacion de la prodigiosa caverna de Cacahuamilpa, que no debe tener otro interés que el de las narraciones en que compiten la mas severa fidelidad con la mas rigurosa exactitud.

Olvidada, si no desconocida, hasta abril de 1835 esta cueva estraordinaria, habia sido inaccesible á otras personas que á los indígenas de sus cercanías, á quienes retiraba de ella la supersticiosa persuasion de ser la morada de un espíritu maligno bajo la figura de un chivo. Es de creer que en una época mas remota haya servido esta caverna al culto de los antiguos mexicanos; y las ruinas de un edificio á manera de altar que se conservan en la cima de una

montaña al frente de su entrada, favorecen esta opinion. Aun se distingue una pirámide truncada con todas las apariencias de un *Teocali*, acaso consagrado al espíritu que habitaba el interior de las montañas; y su construccion no parecerá estraña á la cueva, si se reflexiona que el culto de los lugares subterráneos era muy antiguo en los habitantes del pais, puesto que la historia de los Tultecas coloca su orígen en un lugar llamado las siete cuevas.

Al Sur de la capital de México en el departamento de este nombre, se halla el distrito de Tasco, cuya municipalidad compuesta de diez y siete mil almas, comprende diez y siete poblaciones, una de las cuales es el pequeño pueblo de Cacahuamilpa, célebre ya á causa de su magnífica gruta. En sus inmediaciones se eleva una cadena de montañas, cuya base á la altura de 2100 varas sobre el nivel del mar, disfruta su temperatura media entre 20 y 21 grados del termómetro centígrado, y cuyas formaciones son de rocas con criaderos metálicos en algunas partes: la primera y mas antigua es de vacia gris, y la segunda caliza de transicion sobrepuesta á la vacia. Su suelo es muy desigual, pedregoso y estéril; pero este triste cuadro se vivifica un poco por un arroyuelo, cuyas márgenes sombrean algunos árboles; aunque muy pronto, precipitándose de cascada en cascada, se despeña en un inmenso abismo, y sus aguas de blanca espuma toman poco á poco una corriente ménos bulliciosa é inquieta al pié de la montaña, introduciéndose por una pequeña llanura en medio de dos muros de rocas, cuyos respaldos presentan una vegetacion vigorosa, formando variedades que contrastan admirablemente con la aridez de las cumbres. El fresco vapor que se eleva del fondo de las aguas en un clima tan cálido, parece que fecunda hasta las piedras, del seno de las cuales se desprende un arbusto ó un nopal suavemente encorvado hácia la caja de agua, que forma el arroyo desde sus mas elevados diques naturales. La altura de estos va disminuyendo á proporcion que las márgenes son mas altas, permitiendo bien pronto el paso al lado opuesto, aunque no sin algun riesgo. Muy luego se percibe desde un punto elevado una grande oquedad en la parte mas baja de la montaña, cuyas enormes dimensiones se aumentan estraordinariamente á medida de su cercanía. La altura de la boca de la caverna no baja de 25 varas sobre 50 de ancho: enormes rocas forman el arco de esta soberbia portada, colocadas naturalmente del modo que la arquitectura mas adelantada dispone el ajuste de las piedras para formar un centro; es decir, que cambian respectivamente de posiciones desde la horizontal hasta la vertical. Al uno y otro lado de esta vasta abertura parece que la naturaleza dispuso con capas paralelas á aquella inmensa bóveda, las curvas mas regulares que podrian imaginarse para sostener la ponderosa masa de la montaña que gravita sobre ellas; pero la ansiosa curiosidad de penetrar á lo interior de este palacio de la naturaleza, no permite á la verdad detenerse mas tiempo en la portada.

Una pendiente rápida aunque suave, aleja de la montaña al viajero impaciente hasta una profundidad de mas de 30 varas, no obstante de estar sembrada de grandes trozos de roca, de estalacmitas informes y de otros impedimentos que deberian detener sus pasos; y casi instantáneamente se ve rodeado de las oscuras sombras de la noche, que en vano quiere desvanecer la débil luz de las hachas. Las bugías encendidas con anticipacion luchan inútilmente por remedar la claridad del dia que ha desaparecido de un golpe, y que involuntariamente se busca volviendo el rostro á la entrada de la gruta, la que apénas se percibe por un destello tal como el que aparece al través de una montaña á los primeros rayos de la aurora. Lastimada la vista con tan repentina mutacion, hace vacilar al mas atrevido y resuelto: sin embargo, avanza, cierra los ojos por un momento, como para olvidar las impresiones de la claridad del sol, y habituarse á la que débilmente esparcen las luces artificiales; y al abrirlos, como en prémio de su resolucion, disfruta el sorprendente placer de una espaciosa vista, que se alarga, como por encanto, en un grandioso salon, cuyas proporciones no puede conocer de pronto; pero que medido despues, encuentra ser un óvalo casi regular de mas de 60 varas de largo, 54 de ancho, y cerca de otras tantas de altura.

La admiracion se aumenta por grados cuando fatigada la vista de la inmensidad en que se pierde, se fija á analizar multitud de objetos que á porfía parece la reclaman de preferencia. Si se elevan los ojos hácia la bóveda, quedan deslumbrados con una infinidad de brillantes cristalizaciones, estalactitas (1) que des-

(1) La estalactita es la concrecion producida por el agregado de las moléculas calcáreas, (carbonato de cal) que se forma en los subterráneos por medio de la filtracion de gotas de agua, y que no teniendo bastante peso para desprenderse, han quedado suspensas del techo ó de las paredes, en forma de conos inversos, de cascadas.

cienden en ondulosos cortinages, haciendo un bello contraste con la tinta sombría de las rocas. Al observar el pavimento, se presentan en un gracioso desórden blancas estalacmitas de diversas alturas y modificaciones que campean sobre un fondo oscuro: resultando de la prolongacion del subterráneo y de sus estrañas formas una fuente perenne de ilusiones que apénas se desvanecen al acercarse á las unas, cuando se forman otras y otras á cada paso por su semejanza con objetos que identifica la imaginacion, que varian las diversas sombras y que se modifican por la mayor ó menor inmediacion de las luces ambulantes.

En medio del silencio y de la oscuridad de aquel lugar magestuoso, esta especie de ilusiones adquiere tal poder mágico, que necesita el viajero revestirse de toda su reflexion para no creer que tiene delante de sus ojos, aquí una fantasma envuelta en una sábana de alabastro; allí dos fúnebres cipreses, haciendo sombra á una elevada tumba que comienza á desmoronar el tiempo: acá el pilon de una fuente dejando correr blandamente sus cristalinas aguas; allí una esbelta columna que se lanza aislada, perdiéndose su capitel en la oscuridad de la bóveda: de un lado, un alto palmero inclinando sus elevados ramos al peso de los copos de blanquísima nieve; y por último, mil figuras de colosal magnitud, que hacen temblar á las gentes vulgares, trayendo á su memoria los cuentos de la niñez ó las supersticiones de su descuidada educacion. Los prestigios de estas valientes apariencias, no se desvanecen con el tiempo, y al volver á observar despues de algunas horas las mismas estalacmitas, sin equivocarse se repiten de nuevo casi las mismas semejanzas. Tres de estas concreciones llaman de preferencia la atencion por hallarse mas despejadas é iluminadas sus inmediaciones, cuando el sol está enfrente de la entrada de la gruta. Las primeras son dos columnas, una de mas de seis varas de altura, y otra de cerca de nueve, cuya estremidad superior se pierde en las paredes de la caverna: no obstante, estas grandes dimensiones, vistas desde ciertos puntos, solo parecen unos pequeños postes si se comparan con el todo que las rodea: y la tercera mas inmediata á la entrada, de vara y tercia de alto, es la que por su semejanza ha hecho que los indígenas de las cercanías la llamen *el Chivo encantado que defiende la entrada de la cueva*; circunstancia que ha contribuido bastante para que permaneciese ignorada por tanto tiempo esta grandiosa obra de la naturaleza, á cuya contemplacion y exámen se habian opuesto temores pánicos tan ridículos como supersticiosos.

Otros mas reales y positivos arredran á los preocupados y animosos al advertir que se encuentran bajo una bóveda de tan grande elevacion, formada por masas de rocas inmensas que parece van á desprenderse, á causa de las enormes grietas que se divisan entre unas y otras. El pavoroso silencio, solo interrumpido por el incesante golpeo de las gotas de agua, que continúan elaborando las estalacmitas, y que comienzan á formar otras nuevas, algunas veces se turba con la estrepitosa caida de algun peñasco que hace resonar todas las bóvedas, puesto que aun el mas pequeño ruido reproduce un eco prolongado, fuerte y lúgubre: el suelo húmedo y resbaladizo en unas partes al borde de enormes despeñaderos, y cubierto en otras de escombros amontonados, ya de gruesas rocas, ya de pequeños cascajos desprendidos de lo alto, y que no dejan de caer en algunas ocasiones, hacen contener los pasos del viajero, tal vez arrepentido de su temeraria curiosidad, al considerar que si el espectáculo maravilloso que tiene á la vista es digno de su entusiasmo y admiracion, no deja de inspirar al mismo tiempo el recelo y el pavor mas bien fundados.

Sin embargo, la curiosidad se sobrepone, y ningun observador queda contento con solo la investigacion de esta sala, que no es sino el vestíbulo de las grandiosas galerías de la caverna, y desde luego se lanza en la direccion norte 71 grados, ó por un magestuoso pasadizo á un espacio que parece no tiene límites, y cuya oscuridad apénas cede á la claridad de las hachas. Tan pronto como la vista se familiariza, comienzan á disminuirse los objetos y á aumentarse la admiracion por una reunion de singularidades, en que la naturaleza pródiga ha hecho ostentacion de sus mas raras bellezas. Casi desde la entrada á este salon se encuentra á la derecha una escarpa con gradas ó escalones, muy semejantes á los de una cascada artificial, en la que el espato calizo parece una agua congelada, de color amarillento, y brillante sobre una tierra cristalina: mas léjos se presentan erguidas estalacmitas en forma de troncos de árboles, entre las que descuella una

ó de despeñaderos. La estalacmita se distingue de la estalactita, en que cayendo hasta el suelo las gotas de agua, van elevandose bajo diversas formas, segun la direccion que tuvieron al caer, la disposicion del suelo en que descansan, y la clase de objetos á quienes cubren, pero frecuentemente á manera de coliflor.

de cerca de ocho varas de altura cubierta al parecer de hojas de acanto.

El agua filtrada por los intersticios de las piedras calcáreas, y llegando á las aberturas de las rocas, deja asomar alguna gota, cuya humedad, prontamente evaporada por el aire, forma como una cuenta de vidrio: á una gota sucede otra, la que congelada del mismo modo, añade una capa á la anterior, y creciendo progresivamente, presenta las figuras mas caprichosas. En los lados forma los conos mas ó ménos regulares; bajando por el techo perpendicularmente, imita con la mejor perfeccion las gotas de agua destiladas que se ven caer de las canales en una nevada, con la única diferencia de que no teniendo aquellas mas consistencia que la del hielo, las estalactitas por la solucion de las partes calcáreas aparecen petrificadas: cuando la solucion de cal es muy débil por la mucha cantidad de agua, no pudiéndose congelar de pronto, cae al suelo de la gruta, donde endurecida, forma las estalacmitas bastante parecidas á las coliflores sin mayor brillo, y formadas de muchos perones, que conservando hasta cierto punto la figura de la gota, están redondeadas esteriormente, algunas veces desiguales, pero siempre compuestas en su interior de agujas cristalizadas. En las unas se nota un grano mas ó ménos fino, mas ó ménos compacto: las otras imitan lucientes grupos de cristales informes; ya son algo transparentes, ya demasiado opacas; el color en aquellas es mas blanco que la nieve, miéntras que en estas toma el amarillo de ocre. A veces, siguiendo este admirable procedimiento la constante naturaleza en la elaboracion de las estalactitas que cuelgan de la bóveda, las estalacmitas que se elevan del suelo llegan á juntarse con aquellas, formando columnas naturales que, al parecer, sostienen el techo de la caverna. En fin, una masa piramidal de 30 varas de base se avanza magestuosamente hácia la altura, disminuyendo paulatinamente sus enormes dimensiones, hasta perderse de vista en el inmenso espacio de la bóveda, solo comparable con la del mismo cielo. Gran cantidad de muchas otras tan diversas en formas como en tamaño, se estienden gradualmente hácia la derecha hasta el punto en que termina este salon, cuya longitud es de cerca de 120 varas.

Un arco magestuoso, aunque muy irregular, convida á la entrada de otra galería, en la que llaman desde luego la atencion dos robustas estalactitas desprendidas de lo alto, y que recuerdan con terror el riesgo que amenaza á los que caminan bajo de aquella bóveda, desde cuya inmensa altura se han precipitado esos enormes conos de cuatro varas de altura y de mas de dos tercias de diámetro. Por lo demas, las estalacmitas en este lugar conservan casi toda la forma de pirámide con cortas irregularidades. Al un estremo, la apariencia mas completa presenta á los ojos la congelacion de un torrente de agua, en el que se divisan algunos trozos helados flotantes en el líquido, como se observa en las fuentes de los paises del Norte á la salida del sol en el invierno. Si por acaso se ocultan las luces entre el espectador y alguna de las estalacmitas transparentes, la vista de un alabastro, diáfano en unas partes y que centellea en otras, produce una semejanza prodigiosa con la luz descompuesta por el prisma ó con la reverberacion del diamante. Las ilusiones fantásticas no solo continúan, sino que se multiplican al examinar con cuidado los muros laterales. Una mómia, cubierta de un sudario blanco, y cuyos perfiles y contornos marcan exactamente sus descarnadas formas, se halla colocada no léjos de la figura de un anciano con larga y blanquísima barba, que sostiene en sus brazos un niño muy pequeño, y cuyo trapeo remeda á la perfeccion al de nuestros antiguos patriarcas tallados en piedra. Esta sala tendrá de 28 á 30 varas de largo, y termina por una especie de anfiteatro sostenido sobre una pirámide truncada de 13 varas de base sobre 32 de altura. Esta es seguramente una de las mas vastas creaciones que podrán encontrarse en su género en el seno de la tierra, y su descripcion sola podria ser el objeto de un largo periodo.

Al entrar en otra galería, excitan vivamente la admiracion las luces que reflectan en las brillantes fases de las estalacmitas mas elevadas, figurando aquellos fuegos fátuos que á veces deslumbran á los viageros en medio de una oscuridad tempestuosa. La altura, en efecto, de este salon es tal, que es necesario á veces reflexionar, para no creerse bajo el celeste espacio en una noche sombría, y solo por medio de los cohetes de Bengala puede llegar á conocerse. A la estremidad de la sala se observa una larga serie de sobervios obeliscos, cuyas proporciones siempre en aumento, varian casi á lo infinito. Aunque á primera vista esta galería aparenta mayor estension que la de la anterior, un minucioso exámen hace despues que las proporciones ideales se encuentren mucho menores. En efecto, una longitud de 103 varas sobre una anchura de 55, son las dimensiones á que verdaderamente se estiende, y la ilusion que la hace aparecer mas grande es un

efecto de óptica, que resulta de la disposicion de sus masas y de la estraordinaria elevacion de su bóveda, que, por un cálculo moderado, no puede bajar de 70 varas.

Al salir de esta sala, se encuentra muy luego otra dirigiéndose al norte á 167 grados E, en la que las rocas y estalactitas que ruedan por el suelo son todavía mas considerables y en mucho mayor número, advirtiéndose insensiblemente el viagero como si caminase por una nueva region. La galería disminuye poco á poco en su longitud, é intempestivamente se observa una especie de cornisa elevada gradualmente á lo largo de la pared, y desde cuya altura se divisa una estension casi circular de cerca de 60 varas de diámetro. Columnas que remedan el órden dórico, sostienen magestuosamente el medio arco que forma la curva que nace del centro, y otras muchas de tan diversa configuracion como altura rodean y sirven de estribos á esta especie de corredor, produciendo la mas grata sorpresa, tanto por la valentia de sus variadas posiciones, como por la simétrica colocacion que observan entre sí. Casi todo aquel aparato se mira revestido con el esplendor y el brillo del espato y del cristal de roca; mas en medio de una vista tan sorprendente, la cornisa termina por un corte irregular, que, deteniendo el paso, hace cesar de un golpe el encanto todo y la ilusion de unos objetos tan admirables, dejando solo percibir con horror los enormes precipicios de un insondable abismo. A pesar de la intrepidez y del valor del viagero, tan bien probado hasta aquel punto, un instinto natural le hace retroceder mas que de prisa hasta el declive por donde habia subido á lo alto del corredor: sin embargo, muy pronto un resto de curiosidad, y aun cierta especie de amor propio, lo excitan temerariamente de nuevo á emprender el exámen de aquel tan magnífico como arriesgado espectáculo. Vuelve á tomar la misma direccion, aunque por el piso bajo de donde se desprende la grandiosa columnata sobre la que descansa la cornisa, y su imaginacion ansiosa admira de nuevo la altura inmensa de aquel corredor volado, cuyo término le habia causado arriba tan fundados temores. Aquellos precipicios por donde hace un momento vagaba espuesto á los peligros, y aun la misma descomposicion de aquella especie de repisa cortada, presentan un cuadro á la vez alarmante, estraño y magestuoso. El absorve de modo su atencion, que no le deja percibir á lo léjos una montaña de alabastro, que de improviso se presenta á impedirle el paso en el camino que llevaba. Su falda se compone de tierra arenisca y estraordinariamente húmeda; pero á pesar de la debilidad del piso sube por ella; y aunque algunas veces el peso de su cuerpo lo hace hundirse y retroceder, auxiliado de las luces, logra ver la cima, que, coronada de configuraciones de árboles de piedra, cuyas ramas estienden su blancura, saliendo del seno de las sombras, contiene en su centro un pozo profundísimo que rebosa de una agua cristalina. Desde allí nota que el diámetro de la montaña á cuya altura se ha elevado, no bajará de 84 varas. El terror se aumenta al advertir lo deleznable del terreno y la dificultad de encontrar un camino mas practicable para el descenso. Cansada su imaginacion, comienza á disminuirse la sorpresa y á dar lugar á las tristes y sérias meditaciones que hace nacer en el alma la grandiosa idea de unos espectáculos tan nuevos en su género, tan estraños por sus circunstancias, y se ve obligado á retroceder abrumado con el enorme peso de unos objetos y de unas reflexiones á que se halla tan poco acostumbrado. Ultimamente, se abandona, por decirlo así, exasperado de no poder continuar metódicamente el análisis de una esploracion que excede tanto la idea que de ella se habia formado en un principio, arroja los instrumentos que le habian servido para tomar sus medidas, y un cierto deseo de volver á respirar el aire libre, apaga su entusiasmo, disminuye su curiosidad, enerva su admiracion, y debilita sus fuerzas.

Desde este punto el viagero se precipita casi sin pensar por todas las entradas y salidas que pueden proporcionarle en medio de aquel vasto laberinto un camino seguro ó al ménos transitable, no ya para hacer nuevas investigaciones, sino á lo sumo para rectificar las anteriores; pero el exceso de los vapores húmedos que continuamente se exhalan de todas partes, y el cansancio del viage hace que muchas veces no solo pierda de vista la bóveda que lo cubre y las paredes que lo circundan, sino aun las mismas luces artificiales que lo iluminan y los diversos seres que tiene en derredor.

En cada salon ó galería encuentra innumerables huecos y aberturas mas ó ménos practicables, á proporcion de la mayor ó menor irregularidad de los grupos que las circundan. Miéntras en unas partes el piso es de tierra bien unida ó desigual y sembrada de pequeños agujeros cónicos, en otras solo pisa la roca descarnada, ó materias calcáreas, ó finalmente, estalacmítas ya en formacion ó ya descompues-

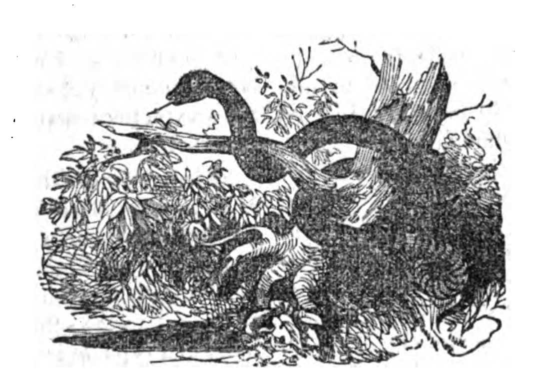
tas en infinita cantidad de pequeñas esferas que parecen confites. La estructura, el color y la brillantez de las estalacmitas varía infinitamente á su vista en razon de la clase de roca disuelta que ha dado orígen á su formacion, y en algunas de ellas vibra al tocarlas un sonido fuerte y prolongado, muy semejante al de una sonora campana, que produce tan nueva, como estraña sorpresa.

Cerca de una legua distante de la entrada es casi ya imposible continuar caminando, en razon de la prodigiosa cantidad de rocas de todas dimensiones esparcidas por el suelo: el aspecto de la gruta varía completamente, y se hacen sentir con mayor fuerza las mas violentas emociones del temor que inspira la idea del peligro con que amenazan aquellos grandes escombros recientemente desprendidos de la bóveda, y que se oyen caer con horrísono estruendo alguna que otra vez.

En uno de los últimos salones se encontró en la segunda esploracion un esqueleto humano recostado sobre el lado izquierdo, y cuyo fúnebre aspecto presentaba la triste idea de haber perdido la vida acaso por inanicion: sus descarnados huesos, aunque perfectamente armados, se desmoronaron solo al tocarlos: el cráneo por el lado en que se hallaba inmediato al suelo, se veia cubierto de una brillante cristalizacion; fenómeno que se observó tambien en los restos de una vasija de barro encontrada en uno de los primeros salones. Alguno de ellos se conserva en uno de los mejores gabinetes de historia natural de México.

Los murciélagos son los únicos seres vivientes que se sabia habitasen esta admirable gruta en la parte mas cercana á su entrada; pero los esploradores que la examinaron últimamente oyeron el terrible silbido de la víbora de cascabel, y en la primera noche que durmieron en la cueva, despues de tres fuertes rugidos que el eco de las bóvedas repetia y aumentaba con pavor, se les presentó un temible leopardo, que deteniéndose magestuosamente á la vista de la luz que tenian delante, despues de haberlos examinado con ceño y atencion, se volvió lentamente á la parte por donde habia salido. Seria inútil bosquejar la sorpresa y el terror pánico qne infundió aquel nuevo huésped en los viageros, quienes á pesar de encontrarse con armas de fuego, no podian usar de ellas, puesto que cualquiera detonacion de la pólvora en aquellos lugares podria hacer desprender alguna roca de la bóveda, riesgo mucho mas inminente que las visitas del habitante de la gruta, quien aunque volvió otras dos veces, siempre se mantuvo á una distancia bastante para no causar mayor alarma.

Tal es en breve la descripcion sencilla de la célebre cueva de Cacahuamilpa, cuyo tamaño no está averiguado todavía, así como tampoco si tiene otra comunicacion á mas de la entrada que se ha descrito. Esta fiel narracion debida á las noticias verbales del Sr. Baron Groz, secretario de la Legacion francesa en México, y del Sr. D. Manuel Velázquez de la Cadena, así como de los apuntes del Baron René de Pedreauville, de D. Ignacio Serrano, dibujante de la espedicion esploradota, dará una ligera idea de esta maravillosa gruta, mucho mas digna de admiracion que la de S. Patricio en Irlanda, la del Perro en Nápoles, la de Darvi en Inglaterra, la de Beaume en Brunswick, la del Guácaro en Venezuela y que las de Antiparos, de Trofonio y de Fingal.



DAGUERROTIPO.

Los adelantamientos que han elevado á las ciencias físicas, exactas y naturales, al grado de perfeccion en que hoy se encuentran, han sido rápidos y sorprendentes en estos últimos años, en que el amor al estudio, la aficion á observar atentamente las producciones sublimes de la naturaleza y el espíritu de mejora, que todo lo invade y todo lo escudriña, se han propagado por el mundo entero de una manera estraordinaria. A cada paso nos sorprenden invenciones nuevas, que colocan á sus autores en el catálogo de los hombres ilustres, ensanchando la órbita de los conocimientos útiles; y todos los dias admiramos entusiasmados nuevos descubrimientos, frutos preciosos de la observacion y la paciencia que afianzan mas y mas el vasto dominio de las ciencias, engrandecen las artes y son considerados como los monumentos mas nobles, mas gloriosos y mas duraderos que pueden levantarse al génio; ó mejor dicho, que el génio mismo se levanta, para inmortalizar sus inmensas concepciones. Muchas pruebas, pruebas de todos los dias podria citar en confirmacion de estas verdades; pero hoy me limitaré á una sola, al interesante descubrimiento del célebre Daguerre, hecho en 1839, despues de quince años de trabajos, para fijar las bellísimas imágenes que se presentan en la cámara obscura.

La forma de este aparato es muy variada; pero comunmente se reduce á una caja de madera de base rectangular, erméticamente cerrada por sus seis costados, en uno de los cuales lleva un tubo movible con una lente convexo-convexa. La imágen de todos los objetos que abraza el disco de la lente pasa al través de ella, y va á pintarse disminuida al lado opuesto de la caja. Cuando se quiere hacer un dibujo por medio de este aparato, se coloca un espejo plano dentro de la caja inclinado 45 grados sobre el fondo, y en la parte superior un papel restirado. La imágen de los objetos que se quiere dibujar pasa al través de la lente, como en el caso anterior, y se pinta en el espejo inclinado, de donde es reflejada al papel, sobre el cual puede calcarse; pero para esto se necesita mucha paciencia, mucho cuidado, y mucho tiempo, y aun así nunca se obtienen los dibujos tan precisos como se quisiera.

Estas razones, y el deseo que se tenia de conservar, ó hacer duraderas las imágenes de la cámara obscura, indujeron á varios sábios á trabajar por descubrir ó formar una sustancia capaz de recibir y hacer indelebles las impresiones de la luz. Nunca se desesperó de obtener el resultado que se pretendia, porque ya se habia observado la influencia que ejerce este fluido sobre muchos cuerpos, disminuyendo ó variando poco á poco su color, como sucede con toda clase de lienzos, ya sean de seda, lana ó algodon; y por lo mismo se trabajó para conseguirlo durante muchos años. En la série de estos trabajos se hicieron descubrimientos llenos de interés, que se acercaban bastante á lo que se deseaba y que siempre honrarán á sus autores; pero el que obtuvo un éxito mas brillante, el que correspondió á todas las esperanzas y satisfizo todos los deseos, venciendo todas las dificultades con su constancia y su paciencia, fué Daguerre, como ya indiqué.

Para sacar dibujos por medio de la cámara obscura, practicando el método de este hombre ilustre, se ejecuta, segun uno de los físicos mas acreditado de nuestros dias, lo siguiente:

„Se toma una lámina de cobre plateada, cuya superficie se procura que sea de plata pura sin liga alguna de cobre, para lo cual se le pule, por medio de una muñequilla de algodon cardado, con polvo de trípoli humedecido en agua que contenga un catorceavo de su peso de ácido nítrico. Por esta operacion queda la lámina limpia, y el ácido nítrico disuelve el cobre que pudiera estar mezclado á la plata de la superficie.

„Preparada la lámina de este modo, se le afianza en un marco de madera y se le espone á recibir los vapores del iodo, colocándola en una caja, cuyo fondo contenga algunos fragmentos de esta sustancia, que se evapora al aire libre, y forma sobre la superficie de la lámina una capa de ioduro de plata, que poco á poco va tomando color hasta ponerse amarilla de oro, á cuyo tiempo es indispensable retirarla y ponerla en la obscuridad, hasta que la cá-

mara esté dispuesta para recibirla. La capa de ioduro de plata, que se adhiere fuertemente á la lámina, es estremamente sensible á la radiacion química, y la luz difusa la transforma rápidamente en sub-ioduro de plata, que es, por el contrario, muy fácil de desprender.

,,La imágen de los objetos que se quieren dibujar, se recibe, antes de poner la lámina, sobre un vidrio sin pulir, en el que va á pintarse con mas ó ménos confusion, segun la distancia á que se halla la lente, de suerte que será necesario acercarla ó retirarla, por medio del tubo movible en que se encuentra colocada, hasta que la imágen se produzca sobre el vidrio de la manera mas clara posible; despues de lo cual se substituye, en lugar de éste, la lámina ya preparada, que debe permanecer en la cámara cierto tiempo, dependiente de la intensidad de la luz, de la hora del dia y de la época del año en que se practica la operacion. Inmediatamente que se retira la lámina del aparato, se le espone á recibir los vapores del mercurio en una caja hecha á propósito, cuyo fondo contiene una cápsula en que se hecha este metal, la cual se calienta con una lámpara de alcool puesta por debajo de ella.

,,Por una pequeña ventana lateral se puede observar de tiempo en tiempo la superficie de la lámina, acercando una bujía, porque la caja debe estar en la obscuridad, y entónces se ve que el dibujo se manifiesta sucesivamente como si estuviera cubierto de una niebla opaca que poco á poco se disipase. En esta operacion se precipita el mercurio evaporado, en glóbulos microscópicos, sobre las partes de la lámina que han sido atacadas por la luz, y disuelve el sub-ioduro de plata, miéntras que el ioduro, que forma las sombras, queda adherido á la lámina y permanece con su color amarilloso. Con objeto de hacerlo desaparecer, lo que es necesario para evitar nuevas impresiones de la luz que desfigurarian el dibujo, y para dar á este todo su vigor, se lava la lámina sumergiéndola varias veces en una disolucion de hiposulfito de sosa, ó de agua destilada que contenga sal comun. Despues de esto se vuelve á lavar la lámina con agua hirviendo, á fin de hacer desaparecer completamente la disolucion de hiposulfito, ó de sal, que con el tiempo podria manchar el dibujo.

,,El mercurio esparcido en diversas proporciones sobre las partes que representan los claros, se adhiere tan débilmente á la lámina, que puede borrarse al menor toque, por lo cual es necesario colocar el dibujo, luego que se le ha lavado con el agua hirviendo, en un marco con su vidrio."

Practicando esta série de operaciones se obtienen unos dibujos tan perfectos que nada dejan que desear. Es verdad que el azul purisímo del cielo, el verde encantador del campo y la espresion incomprensible que los colores imprimen á todos los objetos, se representan allí bajo un mismo aspecto monótono y sombrio; pero hay tal verdad en el dibujo y tal exactitud en todas sus partes, que casi compensan esta falta. Yo he visto algunos de estos dibujos, y no sé si me ha sorprendido mas la exacta minuciosidad con que se reproducen las formas todas de los objetos por pequeños que sean, ó la pureza, transparencia y claridad de las sombras, que desprenden al dibujo de la lámina y le dan una alma, un vigor y una espresion inesplicables, que apesar de las mejoras que se habian introducido en la pintura y de la aplicacion interesante de los reflejos en las sombras, no se habian podido imitar.

Se han introducido mejoras en el uso del Daguerrotipo, que lo hacen cada dia mas y mas interesante. Una de ellas es acelerar muchisimo el tiempo que es necesario para que se haga la impresion de los objetos, que antes era de mucha duracion. Para esto ha propuesto el mismo Daguerre, despues de varias esperiencias, que se electrice la lámina, por cuyo medio se obtienen los dibujos en muy poco tiempo. Lo mismo se consigue poniendo la superficie de la lámina á que reciba los vapores del clorido de iodo ó de bromo, lo cual aumenta mucho la sensibilidad del ioduro de plata.

Ultimamente se ha propuesto tambien substituir á las láminas de metal, hojas de papel. El método es del químico Lassaigne, y se practica, segun Lamé, del modo siguiente:— "Se toma una hoja de papel muy igual y bien pulido, y se le humedece muchas veces secándolo cada vez, por medio de un pincel impregnado de una disolucion que contenga partes iguales de agua destilada y nitrato de plata. Cuando se haya secado se le sumerge en una disolucion de sal marina, donde se le conserva durante diez minutos: en seguida se le pone al sol hasta que se ennegrezca; despues se lava con agua pura y se deja secar en el aire. Por estas diversas manipulaciones se consigue que el papel solo contenga sub-cloruro deplata insoluble; y antes de emplearlo se le sumerge en una disolucion de ioduro de potasio, se le comprime entre dos hojas de papel de estrasa y se le aplica húmedo sobre el vidrio sin pulir de la cámara, á fin de que reciba las impresiones de la luz. Sobre las partes del pa-

pel esclarecidas, se forma un ioduro de plata amarillo claro, y un su-cloruro obscuro sobre las que están en sombra. Quitada la hoja del papel del aparato, se le lava con agua pura, á fin de hacer desaparecer las sales de potacio."

Aun se han hecho mejoras mas importantes al precioso descubrimiento de Daguerre, de las que quizá hablaré otra vez. Tambien hablaré si es posible de las numerosas aplicaciones que se han hecho de él y de su influencia en las ciencias y en las artes.

México, Abril 8 de 1844.—SEBASTIAN CAMACHO Y ZULUETA.

D. SILVESTRE CUALNACIÓ.

"Prend-moy tel que je suy."
(Devise des Elis.)

LOS benévolos suscritores del Liceo, habran de tragarme esta vez, quieran que no quieran, aunque no lo hagan con la misma avidez de Saturno, dios omnívoro que segun la fábula, devoraba sin mirar en el secso, cuanto de su muger nacia. El manjar que ahora les ofrezco, nada tiene por cierto de mitológico ni lo sazonan las puñaladas, ni los sollozos alambicados de la elegia, ni cosa que huela á drama soporífero, ó á novela fantástica de la cadavérica edad media. El refrigerio, si puedo darle ese nombre, se reduce á un *croquis* de D. Silvestre Cualnació, ligero y digestivo para muchos, purgante para algunos adoradores de las hijas de Mnemosine, y costipante en primer grado para el pobre Silvestre. si por desgracia cae mi artículo en sus manos, y á las primeras líneas percibe los contornos de su persona. Bien conozco que la pintura de un pedante matizado ya de mil colores por otras plumas mas aguerridas que la mia, carece del prestigio de la novedad; que la pedanteria es hija de la nulidad, del mediano saber preñado de orgullo, y algunas veces de la ciencia obesa; pero como no hace mucho que un orador, por via de felicitacion, deseaba ver personificado en *piés* á cierto magistrado de alto capitel no se estrañe que yo tenga ganas á mi vez de ver á mi modelo en el acto de reconocerse, reducido todo á *ojos*. Como supongo que ha de ser cosa muy pintoresca la metamórfosis de un hombre en *piés* ó en *barriga*, sin que para nada necesite la *cabeza*, no resisto á la tentacion de bosquejar á Cualnació para verlo bajo otro aspecto, y añadir en mi diccionario un sinónimo mas. En tal virtud perdonen ustudes, amadísimos lectores, este mi ridículo deseo, en la inteligencia de que si este retrato moral sale parecido á muchos, es debido á que en México abundan modelos idénticos en cuanto al conjunto y algo diferentes con relacion al colorido. Sin mas preámbulos, entro pues en materia.

Dícese comunmente que al nacer nos dota la naturaleza, madre bondadosa y pía de ciertas disposiciones para esta ó aquella profesion; pero en verdad que no adivino para que nació D. Silvestre. Quiso la desgracia que desde sus tiernos años una inclinacion estupenda al estudio le hiciese concebir el pensamiento de encontrar en tan laudable recreo un medio infalible de sobresalir entre la multitud de talentos pasados, presentes y venideros, por lo que nuestro héroe se imaginó que podia ser poeta, literato, ó científico profundo. Quemóse las pestañas estudiando las obras clásicas de nuestros mas célebres autores, mamó con paciencia sus doctrinas, meditó sus divergencias y no pocas veces, en medio de su entusiastimo, vino á lisongearle la esperanza de verse algun dia colocado en el catálogo de los ingenios creadores que admiramos actualmente. Compuso algunos trozos en verso y prosa que maravillaron á la buena de su familia, y algunos amigos de esta, por lisonja ó por estúpida benevolencia, zahumaron al adolescente Cualnació con una nube de alabanzas que con el tiempo, le hicieron estornudar los mas supinos disparates. Fiado en las luces de tan benigno areópago, y á mayor abundamiento, instigado por las feroces agitaciones de su amor propio se ha lanzado intrépido por la senda de escritor, con manifiesto riesgo de recibir un síncope cuando mas

alto crea haber subido; pero no hay que admirarse, por que la ignorancia y la fatuidad son primas hermanas.

El pobrete desde entonces, trabaja con feroz ahinco en la grande obra de su celebridad futura; incesantemente busca en edificios agenos los materiales para el suyo; ya tiene llenas de pensamientos, que no son de él, las cavidades de su cráneo; en fin su memoria está en estado de mermelada á consecuencia de la aglomeracion de manjares literarios con que la tiene repleta. Devorando las literaturas de todos los siglos y de todas las edades, el infeliz se ha quedado sin vista y desgraciadamente la pérdida de ese sentido no está en razon directa con lo que ha ganado devanándose los sesos.

Por via de ensayo ha querido, una que otra vez, girar por sí solo la ancheta de ideas que ha tomado en comision del almacen de los sabios, pero su mala estrella ha querido que la negociacion se vea precisada á declararse en quiebra. Apenas ha querido abrir las alas, cuando, con dolor ha visto que no bastan á sostener el peso de su cuerpo, y entonces ha tomado el partido de ponerse triste, taciturno, dirigiendo su vista al cielo, como la zorra hácia las uvas que no podia alcanzar.

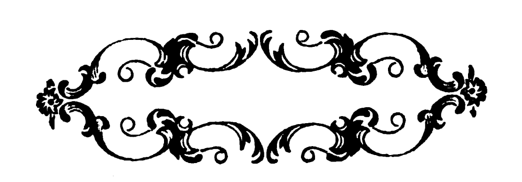
Esto hubiera bastado á cualquiera para abandonar el camino de la gloria; pero la vanidad, y la indulgencia de algunos amigos suyos, bien pronto le hicieron cobrar ánimo: Ahora casi diariamente enrristra la pluma; cree que sus escritos están llenos de chiste, de armonia, de profundidad, y con cada idea baboseada que traslada al papel se le figura que ha dado un paso de gigante hácia el templo de la inmortalidad.

Entre el promontorio de papeles que adornan su escritorio, sobresale un cuaderno de cien hojas por lo menos: contiene un drama romántico, sentimental y furibundo que lleva por título: *Gerundio ó las víctimas del subterraneo*. Cada acto lleva su título. *La tempestad*, *la morada de la muerte*, *el incognito*, *el toro puntal y el terremoto*. Fantasmas, venenos y puñales no escasean; pero en desquite el drama carece de accion y de sentido comun, de suerte que aquí puede encajarse aquello de *vaya el uno por el otro*.

Compone anécdotas y novelas con una facilidad admirable, toma por modelos á los vecinos que tiene mas inmediatos, y los horrores de la jaqueca, los ataques de Morfeo, son nada para él. Cuando fabrica un soneto ó alimenta una epístola su pulso late setenta y cinco veces por minuto; se pone pálido, lívido y muchas veces un hermoso nada es el resultado de esa fiebre creadora. Su talento se mantiene constantemente en una temperatura de uno bajo de cero. Cualquiera diria que su musa tiene su asiento en la punta de un volcan de nieve, pero lo particular de sus escritos es que poseen la virtud de hacer sudar á los que tienen la desgracia de leerlos, cualidad muy recomendable en invierno, como desde luego se hecha ver.

En vano busca la sal del epígrama, el arrebato de la inspiracion; lo único que consigue es matizar las palabras á menera de arco-iris, y desleir sus ideas en frases chabacanas de treinta renglones cada una. Como todo pedante, solo se complace en hablar de ciencias y artes jamas se digna tomar parte en las conversaciones familiares aunque siempre atento al modo de espresarse de los que lo rodean, para criticarlos despues. Primero moriria mil veces que aplaudir á sus superiores; una errata de imprenta, una coma mal puesta, son para él grandes motivos de vituperio.

Cuando se presenta en público, toma un aire magistral y grave; si cuenta una anécdota, tal parece que improvisa un discurso. Si asiste á la representacion de una comedia, los actores y la pieza le hacen bostezar, nada le parece digno de él, y en sus decisiones siempre domina un tono magistral: Cuando alguno de sus conocidos le habla, le escucha siempre con desden, con una especie de superioridad ó de proteccion pintada en su semblante, por lo que no dudo que si estos rengloues se presentan á su vista, diga con su aire habitual: *el autor de este artículo es un necio!*—EL REPTIL.



CULPA Y PENA.

I.

Eli, Eli, lamma sabacthani?

YA va á espirar! Y de la cruz en torno
Donde su cuerpo al desgarrarse cruge,
Israel, como turba de leones,
De la sangre al olor se agita y ruge:
La sangre de Jesus sobre la roca
Lentamente gotea;
Baña el sudor su faz, donde aun negrea
El ósculo de Judas; y su boca
Que la nueva virtud humilde y santa
En sublimes parábolas vertia,
Se cerrará, y su mística garganta
Al tacto helado de la muerte fria.

Yerta está ya la milagrosa mano
Que en los oscuros ojos luz ponia,
Y vida del sepulcro en el arcano;
Yerto el pié que con bálsamo de nardo
La pecadora ungió, y que á la cumbre
Del Gólgota despues ascendió tardo
De la cruz só la dura pesadumbre.

Ya va á espirar! Sus ojos tristemente
Se fijan en la madre adolorida,
Del amado discípulo en la frente;
Súbito su mirada pavorida
Vuelve en torno de sí; del desamparo
Siente en redor el lúgubre vacio,
Y su cerrado párpado humedece
Una lágrima sola, y temblor frio
Sus dislocados huesos estremece.

Vacila en tanto su gentil cabeza,
Pálida como un astro muribundo;
Por sus venas discurre con prezteza
Un desmayo profundo;
Crugen sus dientes; árdese su pecho;
"La sed! la sed!"........ suspira,
Lanza un gemido aterrador, y espira!

. . . : . . . .

Aquel gemido en la harpa y en la tumba
Del bardo rey fatídico retumba;
Turba el Cedron, por el Jordan desierto
Va á apagarse en el fondo del Mar Muerto.
Sin velo está el altar, sin luz el cielo;
Se alzan los mares; chócanse las rocas;
Rumores mil que espantan
Retruenan por los huecos subterraneos;
Y asoman por las losas que levantan,
Los flacos muertos sus blanquizcos cráneos.

Flota al viento en desórden, la melena
Y la túnica pobre desgarrada
De una triste muger, de faz morena
Por torrentes de lágrimas surcada:
Su silencio, su pálida figura,
Su mirada sombria
Revelan de una madre la amargura,
Y atestiguan tan bárbara agonia.
Aun al pié de la cruz á esa postrera
Flaca esperanza, en desengaños rica,
Con amor acaricia en sus entrañas;
Pero el grito del Hijo en sus pestañas
Su lágrima postrera petrifica!.......

II.

Necesse est enim ut veniant scandala: verumtamen, væ homini illi per quem scandalum venit—Math. c. 18. *v.* 7.

"No por mi derrameis amargo llanto;
"Mas por vosotras, hijas de Salem:
"Porque se acerca el dia de quebranto
"En que holgarán las vírgenes de serlo,
"Y las madres estériles tambien."

El polvo á lo lejos, cual grupo de nubes,
Los límites borra del ancho sendero;
De carros y de armas estruendo guerrero
Retumba, se acerca con áspero son.
Las máquinas crujen moviéndose tardas;
La bélica trompa la esfera ensordece;
Cual muro doblado de bronce, aparece
En faz de batalla, romana legion.

Con ímpetu ciego las huestes arrolla,
Los muros arrasa que opone Solima;
Combate, destroza, al templo se arrima,
Y arroja el incendio, que cébase en él.
Las ruinas, las llamas disputa el hebreo,
Que el hombre estenúa y el odio sustenta;
Ni peste, ni hambre, ni sed le amedrenta,
Y lidia y sucumbe con rabia cruel.

Por mano traidora la interna discordia
Hermanos divide, los arma y azuza,
La envidia su oculto puñal les aguza,
Lanzándolos torva á bárbara lid:

Y aquel que la peste ó el hambre perdonan,
O cae á los golpes de estraño ó de hermano,
O dobla ante el fiero soldado romano
La fuerte rodilla, la libre cerviz.

Cual lobos hambrientos las calles recorren;
La carne sus ojos, sus lábios irrita;
Ante ella el mas fuerte de gozo palpita;
Por ella combaten con ansia y furor.
Las vírgenes yacen en polvo insepultas;
Los flacos ancianos se tuercen y espiran;
Las madres ahogan sus hijos, deliran,
O mueren sobre ellos con ronco estertor.

Más víctimas busca demente el sicario;
El can que le sigue sus cráneos quebranta:
Crujiente el incendio voraz se adelanta;
Milano y palomas sucumben al par.
Despues en las ruinas humeantes, tranquilo
Se sienta, limpiando la sangre, el soldado;
Sobre ellas en triunfo pasea el arado,
Y arrasa el impio, maldito lugar.

Jerusalen cayó! de su caida
Aun el eco lejano nos arredra:
Predicho fué que en la ciudad deicida
No quedaria piedra sobre piedra!

Así serán destruidos
Pueblos y hombres, cuya frente
La sangre del inocente
Marque con sello fatal.
Jamas vivirán unidos
A otros pueblos ni á otros hombres;
Mas irá unida á sus nombres
Execracion eternal.

Y como el pueblo deicida
Por el Cordero, maldito;
Errante siempre, proscrito,
Sin hogar y sin nacion,
Agobiados por la vida
Irán bajo el propio crímen,
Solo escitando, si gimen,
Insultante compasion.

4 de abril de 1844.—C. COLLADO.

¡ADIOS! Á CAMPECHE.

ADIOS, risueño puerto,
De Campeche querido,
En que tanto he sufrido,
En que tanto gocé.
Adios altas murallas,
Adios playas ardientes,
Mis goces inocentes
¡Adios por siempre, adios!

¡Adios y para siempre
Oh morada apacible!
¡Cuanto el pecho sensible
Sufre al dejarte ¡adios!
De los fugaces dias
De mi pasada gloria,
Te dejo la memoria
¡Mi tranquila mansion!

Allí en hermosas noches
¡Cuan gratas emociones!
¡Que dulces sensaciones
Supo el alma probar!
Allá, la faz rosada
De la risueña aurora
Que blanco aljofar llora,
Mil veces contemplé.

Mas allá ¡que de veces
Bañado el rostro en llanto,
Alivio á mi quebranto
Buscaba con afán!....
Agradables sorpresas
Por do quier mas de un dia,
Y mas de una alegria
Mi pecho sintió allí.

La luna en aquel sitio
Triste me contemplaba,
Mis penas le confiaba,
Le hablaba de mi amor;
Y cuantas, cuantas veces
Volvió su luz á mi alma,
La deliciosa calma,
El consuelo y la paz.

Y un porvenir dorado
Mi ilusion fabricaba,
Y risueña soñaba
Glorias.... tal vez de amor!
Mas mi mentida dicha
Poco tiempo duraba,
E ¡infelice! lloraba
Un instante despues....

Pero.... ¡levan el ancla!
Mi corazon fallece....
La ciudad desparece,
La eminencia tambien.
¡Adios, lugares todos
Que formásteis mi encanto!
Mis suspiros, mi llanto
Quedaos por siempre ¡Adios!!

17 de enero de 1842.—LA TRISTE.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. ÁLVARO ENRIQUE DE ZÚÑIGA,

MARQUES DE VILLA MANRIQUE

SÉPTIMO VIREY DE LA NUEVA-ESPAÑA.

1585.—A la administracion justiciera de D. Pedro Moya de Contreras, sucedió la de D. Alvaro Enrique y Zúniga, marqués de Villa-Manrique. El 18 de octubre de ese año entró en México á ocupar la silla que por órden real abandonó el arzobispo de México, quien como ya se dijo, prosiguió en su empleo de visitador del reino, hasta arreglar cuantos negocios habian quedado sin concluir. Al comenzar su adminstracion, el marqués de Villa-Manrique se encontró en una posicion ventajosísima, pues tanto los afectos al gobierno del pasado arzobispo-virey por su justicia é integridad, como los desafectos á él por la imposibilidad que tenian de medrar á la sombra de gobernante tan recto, es de creer que se constituyeran sus partidarios, cuando no se vieron en México disturbios, sino hasta mucho tiempo despues, es decir, á la época en que desengañado sin duda uno de los partidos, vió que el único medio de llegar á la realizacion de sus miras, era mantener levantado el estandarte de la rebelion, contra todos aquellos que le opusiesen una tenaz resistencia. En efecto, inalterable fué la tranquilidad en el primer año del gobierno de Villa-Manrique: los negocios siguieron un curso regular, y se trató de llevar á efecto las órdenes dictadas en las administraciones de los pasados vireyes.

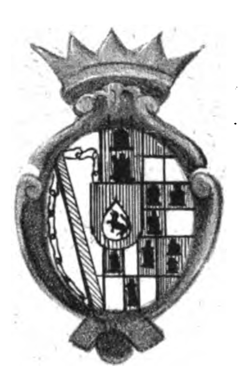
1586.—En tiempo de D. Martin Enriquez, como ya se dijo, se les notificó á los frailes franciscanos, agustinos y domínicos, una cédula real de patronazgo, para cuya revocacion hicieron ellos fuertes representaciones al rey, (1) de lo cual dependió que las disposiciones contenidas en dicha cédula no se llevasen á efecto

(1) Como documento curioso, porque descubre el espíritu de las órdenes monásticas, insertamos la siguiente carta, escrita á Felipe II, por la órden de los franciscanos, á consecuencia de la notificacion que el virey D. Martin Enriquez les hizo de la cédula real de patronazgo, y que Torquemada inserta en el Cap. XXIII del Lib. V. de su Monarquía indiana.

S. C. R. M.

„D. Martin Enriquez vuestro virey, de esta Nueva-España, nos leyó y mandó dar por escrito ciertos capítulos ó artículos, que dijo ser de una cédula de Vuestra Magestad, que vino en esta flota, por los cuales se nos impone á los frailes, oficio y obligacion de curas, y de dar cuenta, como tales curas, de las ánimas de los indios, que tubieremos cargo de doctrina: cosa repugnante á la regla de San Francisco que profesamos; y así mismo se da mano á los ordinarios, y á los vireyes, y gobernadores de estas partes, para que puedan entremeterse, en quitar ó poner los Provinciales y Guardianes, que por la órden canónicamente, segun los estatutos de ella, fueren electos, y en que los otros frailes, sin su sabiduría y consentimiento, no puedan ser mudados de unos monasterios á otros, cuando á sus prelados les pareciere que conviene, lo cual deroga el voto de la obediencia, y toda la estabilidad de la religion, como parecerá mas largamente por un memorial de inconvenientes, que á nuestro comisario general, que reside en esa real corte, enviamos, para que de ellos informe á Vuestra Magestad; á cuya causa respondimos al dicho visorrey, la imposibilidad que habia de cumplirse los dichos artículos. Y pues Vuestra Magestad, como católico y cristianísimo rey, siempre ha pugnado porque las religiones, en esos reinos de España se redujesen, como se han reducido á su observancia y pureza, quitada toda ocasion de relajacion, y en estas partes no hay ménos, sino mucha mayor necesidad de proseguir este celo, por ser en ellas nuevamente plantada la cristiandad: á Vuestra Magestad suplicamos y pedimos humildemente, que si nuestro servicio le es acepto, y fuere su real voluntad servirse de nosotros en el ministerio de la doctrina de los indios, sea sin detrimento de nuestra profesion, como hasta aquí lo hemos hecho; pues es cierto que serviremos mejor á Vuestra Magestad, y vuestra real conciencia será mejor descargada en esta obra evangélica, perseverando nosotros en la observancia de nuestra frailía, que si nos apartásemos de ella.

Liceo Mexicano.



D. ALVARO MANRIQUE y ZUÑIGA

7.° Virey de la N.E.ª

todavía á la época en que el marqués de Villa-Manrique, tomó las riendas del gobierno colonial; y este convencido de la justicia que las habia dictado, y demasiado conocedor del espíritu de las órdenes religiosas, las que egoistas hasta el estremo, jamas se interesaban por el bien general, trató de que se llevasen á efecto, notificándoselas por segunda vez, é insistiendo en que observasen estrictamente cuanto en ellas se les mandaba. Los frailes, que desde el principio se opusieron tenazmente á una disposicion que trataba de hacerlos útiles á la sociedad, le contestaron esta vez al virey que no podian dar cumplimiento á lo que se les notificaba, por mediar algunas razones que habían puesto ya en conocimiento de S. M.; y como insistiera el virey haciéndoles segunda notificacion, ellos apelaron al rey y al consejo de Indias, de cuya apelacion resultó que el rey mandara que se le presentase un memorial de inconvenientes, visto el cual se suspendió por entónces la ejecucion de lo mandado en dicha cédula de patronazgo. En este año pasó á España D. Pedro Moya de Contreras, despues de haber variado en su totalidad los ministros que componian los tribunales de este reino; y el acontecimiento mas notable que en este año tuvo lugar, fué la presa que el ingles Tomas Cawendish hizo en la punta meridional de Californias, de un navío que se dirigia de Manila á Acapulco, cargado de efectos de la China.

1587.—Inmensas riquezas, como nadie ignora, pasaban de América á Europa; sumas incalculables se estraían anualmente de las colonias españolas para la metrópoli; y las que este año salieron de México, no fueron ménos considerables que las de los años anteriores, pues consta (1) que en él el marques de Villa-Manrique, cargó la flota de Veracruz con 1156 marcos de oro en tejos, fuera de la plata acuñada y otras preciosidades, todo lo cual pasó á España, á esa España, que ufana con el oro de sus colonias, olvidó cuanto habia contribuido á elevarla hasta el grado de ser reputada, como la primera nacion de Europa, á principios del siglo XVI. Nada hasta este año habia turbado la tranquilidad que hacia dos años disfrutaba la Nueva-España, é inalterable hubiera sido en todo él, si no hubiera llegado á México la noticia de los destrozos inauditos que en los mares y en las costas de Sur estaba haciendo el temible corsario inglés Francisco Drak, apresando cuantos navíos encontraba en aquellos y robando los ganados y semillas de estas.

En esta época podemos decir que comienza la celebridad de la *piratería* y *del corso* en los mares de América, que tanto incremento tomó despues en tiempo de los *Filibustieres*. „Multitud de aventureros, gente vagabunda y resuelta que en la edad media hubieran corrido presurosos á conquistarse un nombre en Palestina, entregándose ahora á un débil bajel, se dirigian á los mares de América á apresar las ricas flotas que partian de ella para Europa, y á volver á esta con caudales inmensos, si por acaso no perecian, víctimas de su arrojo. Entre los primeros puede contarse a Drak, quien despues de haberse hecho célebre en el mar del Norte, por la toma de San Agustin de la Florida, pasó al Pacífico, en donde la fertilidad de sus costas y la nao de China, no eran poco cebo para atraer su ambicion. Cuando llegó á oidos del virey de México, la funesta nueva de los males que se esperimentaban en las costas del Sur, no anduvo tardo en levantar las fuerzas suficientes para contrarestar el poder del corsario inglés. Mandó luego que en Guadalajara acudiesen las tropas al auxilio de todos los partidos de la costa del Sur, dió órden para que se aprestasen todas las embarcaciones que estaban detenidas en Acapulco; y con las tropas que se levantaron á consecuencia de las levas que mandó hacer, preparó una espedicion que marchó en el acto al puerto, al mando del Dr. Palacios. Apesar de la diligencia del virey, esta espedicion no se hizo á la vela, porque á su llegada á Acapulco se le dió noticia de que el corsario habia abandonado sin duda aquellos mares despues de haber saqueado algunos pueblos, pues hacia tiempo no se le habia visto aparecer por ningun punto de la costa. En efecto, Drak, demasiado advertido, abandonó esas costas, para ir á apostarse en la punta de Californias, por donde pronto deberia pasar el Galeon de Filipinas que año por año venia á México, cargado de inmensas riquezas, así en metales preciosos, como en sedas y en cuantos efectos de lujo se esportaban entónces del Japon y de la China. El cargamento del de ese año, lla-

Y si lo uno con lo otro no se compadece, sea Vuestra Magestad servido de tenernos por escusados en esta obra, pues no la dejaremos por huir del trabajo, ni por falta de voluntad de servir á Vuestra Magestad, sino por no se compadecer el gravámen que se nos impone, con la guarda de lo que tenemos á nuestro Señor Dios prometido, el cual guarde la católica, y real persona de V. M., con aumento de otros reinos y señoríos, para mas ensalzamiento de su santa fé. De San Francisco de México á 12 de diciembre de 1574 años.

(1) Acosta.

mado Santa Ana, no era ménos de codiciarse que el de los pasados, y apenas Drak lo observó, cuando, dirigiéndose á él, logró abordarlo y quedar dueño de tan rica presa, que condujo luego á un surgidero cercano al cabo de San Lúcas. Allí pasó el cargamento del Galeon á su embarcacion, y pegándole fuego se hizo á la vela abandonando allí á cuantos lo tripulaban. Mas estos, logrando salvarse, trajeron la noticia del mal éxito del Galeon, al virey de México, quien dió órden luego al Dr. Palacios, que aun permanecia en Acapulco, para que embarcando la espedicion, fuese en persecucion del corsario; mas todo fué en vano, porque este habia abandonado ya los mares de América y dirigidose á las Indias Orientales.

1588.—Pasada la turbacion que causó en los ánimos el desgraciado éxito de la nao de Filipinas, la calma iba volviendo poco á poco, y la tranquilidad general continuaba; mas las inconsecuencias de los hombres, que son por lo regular las que todo lo precipitan, vinieron presto á turbarla. No contento el marques de Villa-Manrique con la estension de terreno que hasta allí habia pasado, como de la jurisdiccion de los vireyes, quiso estender los límites de su dominacion pasagera, y moviendo pleito á la audiencia de Gudalajara, por unos pueblos que él decia ser de su jurisdiccion y sobre los que aquella alegaba el mismo derecho, contribuyó á que el reino entrara en turbacion, pues dispuesta la audiencia á no ceder un punto de su derecho, se aprestó á hacer la guerra al virey, en caso de que fuese necesario. Mayor fué la culpa que Villa-Manrique tuvo en los disturbios que causaron su remocion, cuando cansado de alegar las razones que el decia tener en su favor, quiso concluir el negocio, por la fuerza, mandando tropa armada á que tomase posesion de dichos pueblos; mas recurriendo estos á la audiencia de Guadalajara, la decidieron á levantar tropas para oponerse á los designios del virey. Es de creerse que ambas fuerzas llegaran á avistarse; mas se ignora, como dice Cavo, que no lo encontró referido en Torquemada, quien influyó en reconciliar al virey con la audiencia de Guadalajara, pues lo que si es de todo punto cierto, es que las tropas se retiraron sin haberse acometido, y que desde entónces cesó el pleito suscitado por la inconsecuencia de Villa-Manrique.

Este inesperado acontecimiento, volvió á restablecer el órden, y hubiera influido en que el gobierno del marqués hubiera continuado sin obstáculos, si sus enemigos no se hubieran apresurado á escribir al rey que una guerra suscitada contra la audiencia de Guadalajara, por las ambiciones particulares de Villa-Manrique, iba á perturbar el reino y á causar un trastorno general, por lo cual le suplicaban en nombre de toda la Nueva España que removeise al actual virey, si no queria que el azote de la guerra civil la afligiese, como era de esperarse.

1589.—El golpe de los enemigos del virey fué certero; Felipe II vaciló al principio, pero luego dió crédito á cuanto se le dijo, y dispuesto ya á despojar del gobierno de la Nueva España á Villa-Manrique, pensó en mandarle sustituto. Presto le halló, pues advertido por muchos de la aptitud de D. Luis de Velasco, hijo de D. Luis de Velasco, segundo virey que fué de México, le nombró virey á su llegada de la embajada de Florencia. Al abandonar la corte D. Luis de Velasco, recibió pliegos del rey en que este constituia al obispo de Tlaxcala, visitador de Villa-Manrique, y órden al mismo tiempo para no desembarcar en Veracruz, pues se temia que el marqués tuviese un numeroso partido en este puerto que impidiese la entrada del nuevo virey. Velasco se hizo á la vela y desembarcó en Tamiahua, perteneciente á la provincia de Tampico y distante de Veracruz setenta leguas; mas habiendo tenido allí noticia cierta de la gran calma de que disfrutaba el reino, se dirigió á Veracruz, desde dondo mandó al obispo de Tlaxcala los pliegos del rey que le venian consignados, y de donde se dispuso para pasar á México, ya á fines de este año.

1590.—En el siguiente, todo cambió para Villa-Manrique: el 17 de enero se le mandó salir de México por el obispo de Tlaxcala, Don Pedro Romano, que ya habia venido con su nuevo cargo y se dirigió á Texcoco, y continuando su viage, en Acolma tuvo una entrevista con Velasco. Este se dirigió á México en donde á poco hizo su entrada solemne, y aquel tuvo que sufrir las venganzas del obispo de Tlaxcala, quien á poco abrió su visita contra él. Se cuenta que este obispo habia tenido un resentimiento particular con el marqués, del que resultó que al hacer su visita tratara de vengarse del marqués, embargándole cuantos bienes poseia. Al cabo de seis años, cansado ya el marqués de una visita en que sus enemigos habian saciado su odio contra él dejándolo en la miseria, pasó á España, en donde con el influjo de personas poderosas hubiera conseguido del consejo de Indias que se le devolviese cuanto se le habia embargado, si la muerte no le hubiera sorprendido en ese tiempo.

Su gobierno en México duró cuatro años..... „Comenzó, como dice Torquemada, á gobernar bien y á gusto de todos; pero luego se fueron ofreciendo negocios, que lo fueron malquistando;" y era, como dice el mismo, „hombre sabio, sagaz y prudente."

R. I. ALCARAZ.

MIS CONFESIONES.

EL que suscribe, hombre humilde en demasía, besa las manos á los que á él se las besen, y hace saber al respetable público, y especialmente á los que lean el LICEO MEXICANO que ha llegado á sus oidos no sé que ruido y alboroto producido por las esclamaciones suyas. Y es el caso, que estando ocioso, como es mi costumbre, me vino á las mientes escribir un articulillo, ó sea cuento ó historia ó episodio, ó lo que V. quiera, que lleva por título, „*Aventuras nocturnas,*" cuyo artículo tuvo por orígen una escena acaecida á no sé quién, y en un lugar que tambien ignoro, la cual llegó á mi noticia como otras muchas que llegan á los oidos de V. y mios, entendiéndose esto de los propios de cada uno de nosotros respectivamente, y ¿qué hago? tomo la pluma y zás, allá va al público tal cual la parió su madre; y el público la leyó y sonrió malignamente, y dijo en su ánima, esta es Fulana, aquel Citano, y tornando su vista al autor, despues que hubo pasado la aplicacion, esclamó, ¡*inmoral!* ¡pero un *inmoral* tan rotundo y tan tronante, que me dejó abismado y resuelto á ahorcarme si era posible. Luego crei que estaba el negocio concluido, y me daba ya mil parabienes, cuando llega á mis oidos el trueno de la tempestad é iluminase mi pálida faz con el fuego lívido del relámpago. ¿Qué hacer entónces? Pedir misericordia al lector, clamar y gritar con todos mis pulmones, implorar su perdon y proponerle enmienda. Mas como sobra el tiempo y la absolucion no se da sin confesion prévia, he determinado hacer la mia, por si muriese, lo que no dudo, aunque ruego á Dios que sea lo mas tarde posible, y aunque se haga menester para conseguirlo, un milagro. Digo que he determinado confesarme por si muriese, para nó morir impenitente, y en pecado y en desgracia de V. Sin embargo, será bien para evitarse un chasco, que no esté V. creyendo que mi artículo, que titúlo con toda mi alma *mis confesiones*, ha de tener nada de comun con las de J. J. Rousseau, ó las de San Agustin, porque ni me voy á confesar de toda mi vida, ni de todas mis acciones, sino muy sencillamente de las culpas de escritor: y de los pecados cometidos en los artículos del penitente Anónimo. Comienzo, pues, y digo, que confieso que en todos y cada uno de mis artículos he querido pintar á la coqueta de la esquina, y al abogado mi vecino, y á tantos otros, como el sereno del barrio, que me chocan y me fastidian, y me empalagan.

Confieso que he tenido la ocurrencia y he cometido la falsedad de vestir á mis héroes de negro, si ellos realmente se visten de blanco, y de poner á mis heroinas fumando cigarritos, si las vi tomando helados, cuya falsedad me pesa en mi ánima, y sobre la cual ofrezco con todas veras enmendarme, y poner las cosas tales cuales las haya visto.

Confieso que á algunas escenas les he puesto á la cola, lo que tenian en la cabeza, de cuya mentira me arrepiento, y protesto ponerlas como es verdad que son y debidamente.

Confieso que he escandalizado á algunas de mis lectoras con mis aventuras nocturnas. No vaya V., por Dios á creer que realmente he tenido aventuras nocturnas, por que eso es terrible, y la cosa quedaba peor que peor; hablo de un artículo que con tal título escribí, y que protesto para descargo de mi conciencia y seguridad de las señoritas, que no volveré á repetirlas, ofreciendo cristianamente que si deveras han parecido inmorales, el pobre Anónimo se callará como un tonto y no volverá á chistar aunque vea ahorcar al prójimo.

Confieso que he escrito sin cuidado ni estudio, en lo que he hecho muy mal, porque han resultado algunas mentiras, de las cuales me duelo y ofrezco continuar.

Confieso que he dado malos ratos al vecino

camandulero y á la planchadora del barrio, y á qué sé yo quienes otros, y como circunstancia agravante digo que he tenido gusto y placer en que digan, *este es fulano*, por la misma razon que se alegra un retratista cuando le dicen al ver una miniatura, *este es fulano*, aunque de hecho no se le parezca, lo que á mí me sucede con mis originales. Mas propongo con todas mis fuerzas enmendarme y no volver á ello.

Confieso por último que he hecho esta confesion sin exámen y sin estudio, con no sé cuantas mentiras, que corregiré en mejor ocasion, limitándome por ahora á pedir la absolucion de mis *Aventuras nocturnas en el Liceo* á mis lectores, porque las reales nocturnas y diurnas, las confieso ante el párroco, á quien pido el perdon de mis pecados. Recuerdo á mis piadosos y compasivos lectores para decidirlos á perdonarme, que todos los escritores, *exeptis exiplendis*, (término técnico,) son mentirosos y noveleros, y nos venden gato por liebre, y llaman paloma á los milanos, y le dan sublimidad á los pavos del vecino, y son gente que dan sueños por verdades, es decir, frases por frases, aun contradictorias, por pesetas y reales. Exceptuando de esta censura á los políticos que dan mentiras por empleos, y elogios por oposicion y necedades, por necedades como las que ahora estoy yo diciendo. Me dirijo para el negocio del perdon y de la misericordia, á las señoritas de trece años para arriba, hasta llegar á treinta y cinco, entendiéndose esta limitacion, no solo para este año, sino para todos, dando facultades al que las quiera, para que cuente desde la independencia acá, ó desde el año de 1893 en adelante, haciendo de manera que resulte todo el bello sexo comprendido en mi plegaria. A este sexo encantador me dirijo, pidiéndole á cada una de las partes suyas, por su esposo, por su papá, por sus hijitos lindos, por sus amantes, por sus mamás, por los hermanitos, parientes y *personas de estimacion*, á cada una en su caso, el ser autor de las *Aventuras nocturnas*, y les ofrezco con todas veras no volver á escribirlas, para que no se ofenda su pudor, que es tan apreciable y que respeto tanto; me desdigo de lo dicho, y protesto que es mentira lo de *Julio* y del *Sereno* y de la *Chica* y de la *Tempestad*, con cuyas muestras de arepentimiento queda esperando la absolucion el arrepentido—

Anónimo.

HIGIENE.

BAÑOS.

Ofrecimos en nuestro artículo anterior decir algo á nuestros suscritores sobre los baños, tales cuales los usamos los modernos mexicanos; pero he aquí que nos vemos en aprietos sin tener que decirles nada que les coja de nuevo ni que les llame la atencion. Sin embargo, si nos asegurasen que se les habia olvidado ya la descripcion de los baños lujosos de los romanos, griegos, turcos, etc., por lo ménos ya no temeriamos la comparacion que nos va á dejar muy desairados. Pero no hay remedio, y suceda lo que sucediere, es preciso no omitir el punto mas interesante para nosotros.

Ahora bien, lo primero que se encuentra entrando en nuestros baños, no es una *piscina natatilis*, ni un *frigidarium*, ni una gran sala con divisiones para desnudarse, no señor, se encuentra uno en una cerbatana ó palomar que se le puede llamar *balnearia* por ser una hilera de cuartos para bañarse, y en vez de que hermosas esclavas ó la bella Polycasta se presenten á ofrecerle á uno sus servicios, no mira sino al *bañero* en pechos de camisa, remangadas las mangas de esta, y el calzon enrollado hasta medio muslo.

Entrando finalmente á los cuartitos, se hallan las tinas de palo forradas de plomo y dos llaves para el agua fria y caliente. En algunos lugares las tinas son de *preciosos mosaicos* poblanos (vulgo azulejos), y el agua es conduci-

da por el mismo bañero que enjuaga en todos los baños la tina de que uno va á servirse. En los mas modernos se pone á disposicion de la persona que se baña, sábanas y toallas, esencias y pomadas, y cepillos para la cabeza y para la ropa. En México no hay baños gratis, asi es que al retirarse debe uno pagar lo convenido, y el pobre que no tiene un cuarto en el bolsillo se ve precisado á tomar un baño frio en el Tiber mexicano, (acequia).

La *hora balnei* es arreglada por la voluntad del que se baña, aunque á decir verdad, la en que acostumbra hacerlo el sexo masculino, es por las mañanas en los dias festivos.

Despues de salir de un baño público, toma uno un aire fresco en las calles de la ciudad, que por tal razon deben llevar el nombre de *frigidarium* de los mexicanos.

He aquí la descripcion de nuestros baños públicos, entre los que podemos enumerar, sin que nadie nos lo impida, los de Vergara, del Coliseo, etc., así como los romanos contaban los de Agripa, Caracalla, Neron, etc.

No es lo mas comun el bañarse en un baño público, sino que cada uno lo hace en su casa como Dios le ayuda, ya haciendo conducir el agua caliente de fuera, ó calentándola por medio de un tubo de hojadelata lleno de carbon encendido llamado *calentadera* que se sumerge en la tina. Procurándose cada uno segun sus proporciones todas las comodidades que puede.

Hemos terminado gracias al cielo nuestra descripcion, y es necesario que pasemos á hablar de los cuidados que se deben tener para bañarse, advirtiendo que pondremos las reglas que la razon y la esperiencia han acreditado ser las mejores.

No hablaremos de los baños frios ni de los muy calientes, porque tanto unos como otros no convienen sino á determinadas constituciones, y se usan mas bien como medio de curacion: así es que recomendamos á nuestros lectodes que cuando se bañen lo hagan en una agua de una temperatura igual á la de su cuerpo, que al deslizarse en ella no experimenten frio ni calor, y sí una sensacion tan agradable como la que se gusta bajo las sábanas en una mañana de invierno. La naturaleza es la que nos advierte que esa es la temperatura mas apropiada y ella no se equivoca en sus advertencias; en un baño á este grado de calor, sentimos un placer indefinible, circula la sangre con facilidad, respiramos con libertad, desaparece insensiblemente la fatiga de nuestros miembros, y como si estuviesemos recostados en el mas mullido lecho y cubiertos con suavísimos lienzos, un dulce sueño parece apoderarse de nuestros párpados para dar alivio á la inteligencia y tregua á nuestras penas. Oh! un baño como este es delicioso y conviene á todas las constituciones, á todos los temperamentos, á los niños, como á los jóvenes y ancianos, diga lo que quiera el refran de que *de treinta años para arriba no hay que mojarse la barriga*. No nos oponemos á que sea un poco mas caliente en el invierno y algo fresco en el estío, lo uno como lo otro es muy agradable, y por consiguiente no sale de la regla.

La limpieza aconseja especialmente cuando se baña uno en un lugar público, que se haga lavar la tina antes de usarla, porque nada es mas fácil que contraer una enfermedad por contagio si no se tiene esta precaucion.

En nuestro modo de calentar el agua por medio de una calentadera, se está desprendiendo continuamente vapor de carbon, que si no se tiene cuidado de hacer escapar de la pieza por una buena ventilacion, puede producir fatales resultados que se atribuirán, por las personas ignorantes, al baño que les ha sido perjudicial, no debiendo culpar sino al descuido que se ha tenido sobre este punto, á consecuencia del cual viene un dolor de cabeza insoportable, una somnolencia que llega á ser un desfallecimiento que impide pedir auxilio cuando mas se necesita, y del cual no se sale sino despertando en la eternidad. Asombra que la ignorancia y el descuido lleguen hasta el grado de que espongan por ello los hombres á cada momento la vida. Nuestros lectores, advertidos de esto, tendrán cuidado de establecer en la pieza en que se esté calentando el baño una corriente de aire, teniendo abiertas completamente las ventanas y puertas hasta algunos momentos despues de terminada la calefaccion, despues de lo cual podrán encerrarse sin temor ninguno de *encarbonarse* (1).

La tina en que uno se bañe debe ser bastante profunda para que el agua cubra hasta el cuello, pues de lo contrario evaporándose en la superficie del pecho, produce un frio considerable que puede acarrear una enfermedad del pulmon ó de cualquiera otro órgano. ¡Cuántas enfermedades se atribuyen á un baño que no deben su orígen sino á la ignorancia de las reglas de la Higiene!

La misma consideracion que induce á seguir

(1) *Asfixiarse con el vapor de carbon*, deberiamos haber dicho, pero así probablemente no nos habrian entendido tan bien como con la palabra que hemos usado.

la regla anterior, nos debe conducir á enjugar la piel despues de salir del baño y á abrigarnos bien. Es sabido que todo cuerpo al pasar del estado líquido al gaseoso roba una cantidad de calor considerable á todo lo que le rodea, de aquí el frio que se esperimenta siempre que salimos de un baño y que debemos evitar cuidadosamente enjugándonos con una toalla de algodon y cubriéndonos con una sábana caliente

La hora en que deba entrarse al baño es indiferente y de lo único que se ha de tener cuidado es de que no sea durante la dijestion que podria perturbarse, como tambien de que el cuerpo no esté cubierto de sudor, pues suspendiéndose esta exhalacion repentinamente apareceria una enfermedad.

La frecuencia de ellos no está demarcada, y no hay cosa sobre que haya mas discordancia: así es que miéntras que unos recomiendan los baños frecuentes citando al apoyo de su opinion la inponente autoridad de griegos y romanos, sin recordar que somos mexicanos, otros se deciden por no usarlos sino de tarde en tarde, ó aun los escluyen enteramente, trayendo á su defensa el ejemplo del burro, del gato, y otros animales semejantes, sin advertir que no somos ni burros ni gatos. Creemos que los baños deben ser tan frecuentes como lo exija la limpieza y la temperatura reinante, así es que los recomendamos cado ocho ó diez dias poco mas ó ménos, mas frecuentes en el verano, en que se pierden mas líquidos por la transpiracion, que se reparan por un baño, y ménos en el invierno y la estacion húmeda en que las pérdidas son menores; deberán hacerlo mas frecuentemente, aquellos que por su profesion estén espuestos á ensuciarse la piel mas facilmente, y tambien los que por un trabajo ó ejercicio corporal fuerte experimenten grandes fatigas; los que se encuentren en circunstancias opuestas deberán usarlos con mas parcimonia, así como las personas débiles.

La respuesta que damos á las opiniones citadas arriba, es á la primera que no nos encontramos en las mismas circunstancias que los antiguos, quienes por la clase de vestidos que usaban, con los que dejaban á descubierto la mayor parte del cuerpo; la dificultad en que se encontraban de mudar ropa interior, en aquella época en que las artes no habian llegado á la perfeccion que hoy, refiriéndose que Epaminondas tenia que estarse encerrado miéntras lababan sus vestidos; y finalmente, por la clase de ejercicios á que se entregaban, debian ensuciarse mas facilmente la piel, y necesitaban por consiguiente de mayor cuidado en la limpieza, miéntras que nosotros, hallándonos en circunstancias opuestas, no necesitamos del mismo: á los segundos que atacan con ejemplos, les responderemos con los mismos, citándoles á muchas aves, al perro, y multitud de animales que se bañan, aunque á decir verdad, ni el argumento ni la respuesta valen nada relativamente al hombre, por tener distinta organizacion que ellos y encontrarse por consiguiente con necesidades de muy distinto género, porque si así no fuera, la misma observacion podria valer para probar que deberiamos alimentarnos con paja y cebada.

Relativamente á la duracion de cada baño, deben tenerse presentes las mismas consideraciones que se han tenido para su frecuencia; así la estacion, el grado de fatiga, la robústez ó debilidad, harán que el baño sea mas ó ménos largo, de media ó una hora, y aun ménos si la persona es muy débil.

Hemos visto que las naciones han acostumbrado unir al baño otras prácticas para hacerlos agradables ó mas saludables; unas y otras nos parecen inútiles. Entre las primeras podemos enumerar, los *papachos* (massage), la epilacion, etc, práticas que indican que el pueblo que las tiene á rebuscado el placer llegando á la sensualidad y que descubren un carácter afeminado en los que se entregan á ellas. Entre las segundas, las afusiones de agua fria no convienen sino en circunstancias particulares, de tal modo, que al médico toca ordenarlas; por otra parte no se usan generalmente sino durante el baño muy caliente, hechas en la cabeza con objeto de evitar una apoplejía. Las unciones, útiles sin duda para suavizar la piel y favorecer el libre ejercicio de sus funciones, tienen el inconveniente de exigir baños frecuentes, pues dé lo contrario enranciándose la grasa, producirian erupciones ú otras enfermedades cutaneas.

No tenemos mas que decir, sino recomendar el uso de los baños, infinitamente útiles por la limpieza que es tan indispensable para la salud, que no puede existir la segunda sin la primera. Por otra parte, facilitando las funciones y refrescando en las épocas calurosas, es un medio eminentemente poderoso para libertarse de muchas enfermedades. Seria de desearse que se fundaran á imitacion de la costumbre de los antiguos, algunos baños públicos en que se bañasen *gratis* los pobres, cuyas proporciones son demasiado escasas para hacerlo con la frecuencia que necesitan, y que se deduce de lo dicho arriba sobre la limpieza.--RR.

ALGUNAS PINCELADAS PARA FORMAR MI RETRATO.

Nosce te ipsum.

Leyendo las confesiones de San Agustin, y la de Rousseau, varias veces me habia ocurrido la tentacion de escribir las mias; pero reflexionando con mas calma y atencion, me convencí: de que cualquiera puede darse á conocer por sus escritos, aun sin hablar tanto de sí; solo restaba una dificultad: si en efecto el hombre se pinta en lo que escribe, queriendo ó no queriendo ¿cómo lo haria yo que jamas tomo la pluma para el público? ¿cómo lo haria en un momento, como deseaba sin escribir muchos pliegos y diversas materias? Hé aquí el medio mas breve y sencillo, que me sugirió la reflexion, formar mi retrato; no se me ocultó la objecion que podria hacerse, diciendo: que una persona que se retrata á si misma, no lo hará con fidelidad; pero esta observacion, que tiene visos de fuerza, es mas especiosa que sólida, considerando que nadie conoce al hombre mejor que él mismo, y que si se obra de buena fé y con imparcialidad, cualquiera puede ser juez en causa propia, y calificarse justa y aun severamente; mas no por esto se entienda que pretendo ser creido por mi sola palabra, (á pesar de que jamas he faltado á ella,) yo no anuncio artículos de fé, ni nos hallamos en los calamitosos tiempos del siglo XVI, y bajo el sombrio reinado de la feroz intolerancia de Felipe II, que ponia en la horrible alternativa de creer, ó ser quemado: las personas que me tratan, mis amigos y todos los que me conocen, dirán si he hablado con verdad y con franqueza, si he descubierto mis flaquezas sin disfraz, y finalmente, si los rasgos generales que ha trazado mi pluma, son ó no, parecidos al original: entro en materia sin mas exordio.

Creo imposible que un hombre entregado al ocio, sin alguna ocupacion honesta, y sin un método regular de vida, pueda ser útil, virtuoso, ni buen ciudadano, así pues, yo respetaria siempre los talentos del elocuente filósofo Ginebrino, aun cuando no hubiese enseñado otra cosa en su Emilio, que la necesidad en que el hombre se halla de poseer algun oficio. Mi plan regular de operaciones es el siguiente: duermo ocho horas, ocupo seis en mis quehaceres, otras seis en leer, escribir y estudiar indiferentemente, y las cuatro restantes me cansan y fastidian sobre toda ponderacion.

El principio de moralidad que dirige mis acciones no es exclusivo, por que he llegado á convencerme, de que todos los sistemas morales pensados por los filósofos son incompletos, y que únicamente de su mutuo enlace y necesaria conexion, resulta un sistema perfecto, què sin tropiezo ni obstáculo puede guiar al hombre hasta el fin inmutable, á que por su naturaleza se halla destinado: es cierto que los diversos caracteres, distintas organizaciones y diferentes circunstancias, los genios, las facultades y el influjo á que podemos estar espuestos, aun sin advertirlo, harán dominar el principio que abracemos, bien sea en virtud de reflexiones, bien por una especie de instinto; (si puedo esplicarme así,) mas este móvil de acciones por el que nos hemos decidido, sea cual fuere, es necesario que dé impulso, despierte y estimule á los otros móviles. La conformidad, pues, de mi genio, de mi carácter y de mi organizacion con las risueñas doctrinas del placer que enseñaba Aristipo en la Grecia, llenas de nuevos atractivos por las deliciosas lecciones del maestro de la poesía, Horacio, y despues tan perfeccionadas por la brillante pluma del pensador francés Montaigne, que ha sabido imprimirles el sello de la dulzura y del encanto; hé aquí el primer vehículo de mis acciones; mas siempre va unido con los medios que busco para perfeccionarme, apoyado con el deseo de la felicidad, fortalecido con el respeto a las reglas de la obligacion, y perfeccionado con el auxilio de las verdades religiosas, que forman el mayor complemento de las morales: yo amo estos principios que son el fruto de mis estudios y de mi mas íntimo convencimiento, porque á ellos creo deber la tranquilidad y sosiego que he disfrutado en mi vida, y las halagüeñas esperanzas que me animan para lo futuro; mas yo no pretendo hacer la apología de ellos, tampoco trato de buscar prosélitos, ni mucho ménos quiero formar sistemas.

Mis principios religiosos distan mucho de la supersticion, y mas aun del ateismo, pues repugna á mi razon, choca con mis sentimien-

tos y destruye mis mas queridas esperanzas.

Respeto al hombre de bien, cualquiera que sea su creencia y su opinion, abomino la intolerancia, porque he sido enemigo de los estremos, y por esta razon, continuamente repito aquella sabia máxima de un antiguo filósofo: *ne quid nimis*.

En materias políticas, jamas entro en probabilidades ni apariencias, y mis juicios se deducen del estudio de la historia y del conocimiento del hombre,

Amo á mi patria, y me causa suma tristeza el pensar en su suerte, pues la historia me enseña: que ningun pueblo pasó repentinamente de la esclavitud á la libertad, y que las naciones, lo mismo que los hombres, solo son grandes cuando lo pueden ser por sí mismas. Grecia era una república libre, y ¿lo fué acaso bajo la dominacion romana? No nos engañemos voluntariamente, una nacion solamente es libre cuando tiene fuerzas con que hacerse respetar, y con qué poder resistir los ataques de un poderoso.

El principio de nuestras oscilaciones políticas, marca exactamente la época de mi nacimiento; y yo creo que para ser verdaderamente libres é independientes, ha de preceder una generacion, porque los groseros errores y arraigadas preocupaciones que hemos heredado de nuestros antiguos amos, y de tres siglos de servidumbre, solo podrán disiparse por medio de la ilustracion, cuyos pasos y progresos son lentísimos, y ¿me quedarán esperanzas de ver organizada á mi patria permanentemente?..

Pocos servicios creo que se le habrán hecho al género humano de tanta importancia, como el que le prestó el ciudadano de Ginebra con su Contrato Social: yo hallo ideas divinas en este pequeño libro, á él me parece que se le deben las mejoras que cada dia se hacen en la ciencia social, él ha hecho conocer al hombre su dignidad y sus mas sagrados é inalienables derechos, y él, en fin, ha fijado el orígen mas justo y racional de las leyes y de las sociedades; puede ser una ficcion, mas en tal caso, yo desearia que este contrato se celebrase solemnemente. ¿Y que hombre que se halle en su juicio no lo preferirá á la absurda suposicion de Hobbes que degrada y envilece al hombre?

Alguna vez me alucinó la opinion de Bernardino de San Pierre, y de Juan Jacobo Rousseau, y crei al hombre virtuoso por naturaleza, y malvado por los estímulos de la sociedad. Milciades espira en los calabozos de Atenas, Temístocles muere espatriado, Alejandro VI es un mónstruo excecrable de crímen y de horror, Cárlos IX, es el azote y verdugo de la Francia, Cromwell se hace protector de la Inglaterra, y á la sombra de las leyes ejerce la mas horrible tiranía; mas ¿no es un delirio pensar en un estado de pura naturaleza, que jamas ha existido? El hombre nace en todas partes con pasiones, una mala educacion las desenvuelve, las desarrolla el ejemplo, y crecen mucho mas por desgraciadas circunstancias.

Mi temperamento, es sanguíneo, nervioso y mi espiritu fuerte: mis pasiones todas son vehementísimas, y la que me domina es el amor: este para mi, es una necesidad, pues sin amar y ser amado, la vida me seria una carga, un peso insoportable.

Mi corazon repele todo aquello que le atormenta; jamas aborrece, y he aquí la causa por que entre mis pasiones no se halla el odio.

No recuerdo haber visto una desgracia sin conmoverme, y muchas veces mis lágrimas se deslizan con la lectura ó narracion de las penas y aflicciones de mis semejantes.

A todas horas me hallo dispuesto á servir ó favorecer; en lo que puedo, al que me necesita, pero me mortifica sobremanera el que me hagan algun servicio.

Mis entretenimientos, diversiones y recreos consisten en la dulce amistad, en la continua lectura, y en las decentes representaciones del teatro: abomino las corridas de toros y detesto las peleas de gallos, pues un corazon sensible jamas podrá familiarizarse con semejante inhumanidad y barbarie.

Yo maldigo á la hipocresía y disimulo: mi máquina toda se trastorna, cuando recuerdo la serenidad con que Neron dió la ponzoña á su hermano Británico, y presenció las convulsiones que sufria ántes de espirar, aquel mónstruo toca y canta ardiendo Roma, porque ya se habia connaturalizado con el crímen, porque ya tenia cierta conformidad con su organizacion.

Temo mucho mas á mis reflexiones que á mis sentimientos, y por esto siempre he preferido un cruel desengaño, á la incertidumbre.

Mi confianza no tiene límite ni restriccion para la persona á quien me fio.

Yo no me engaño nunca con ilusiones, me entretienen un momento; pero no me llenan, solamente las cosas positivas me satisfacen.

,,El mas encantador objeto de la naturaleza, ,,el mas capaz de mover un corazon sensible y ,,de conducirlo al bien, lo aseguro, es una mu- ,,ger amable y virtuosa.'' Este pensamiento, sin igual, que es de Rousseau, fué tambien mio aun ántes de leerlo en aquel filósofo, y nunca me cansaré de repetirlo, por que las mugeres,

de quienes recibimos las primeras impresiones que nos aconpañan hasta el sepulcro, son las únicas capaces de dar á la patria buenos ciudadanos. Esparta, Grecia y Roma, nos ministran la prueba; mas si se descuida la educacion de esta bella mitad del género humano, si únicamente el orgullo y el capricho la ha de gobernar y dirijir ¿por qué nos admiramos al ver entre nosotros en lugar de Espartanos, Sibaritas?

Yo no estoy de acuerdo con los ascéticos rigoristas que llaman delito al amor; para mí es un destello de la divinidad; es un gérmen de todos los afectos mas dulces, y de cuantas delicias puede gozar el hombre, es un entusiasmo que abraza todos los transportes de la imaginacion, y todas las sensaciones sublimes, es en fin, un impulso de agradecimiento hácia el Criador.

Mis pecados de amor, que son los únicos que me podrán imputar, los manifiesto sin disfraz, por que nada sé disimular ni fingir: yo amo, yo busco el placer; pero mi corazon no es corrompido, y desecha los deleites que ofrece el vicio.

Estoy lleno de debilidades y defectos; pero no de crimenes, ni delitos.

Abril 18 de 1844. FELDT.



AUNQUE mayor placer tengo y estoy mas en mi elemento cuando escribo para las damas, mi cargo de redactor me obliga á prescindir algun tanto de mi gusto, y consagrar un artículo de vez en cuando á la mitad fea de la especie humana, y á la que para servir á vds. pertenezco. Así, pues, como no todo ha de ser *vida y dulzura*, y los querubines, vistos á buena luz no tienen sexo, aunque yo me haya querido acojer al femenino, bueno será haga algo en obsequio del otro, que si está de mi olvido un poco quejoso, no deja para ello de tener razon. Mas vale tarde que nunca, dice el refran, y para confirmar esta verdad, satisfago mi deuda y espero dejar contentos á mis suscritores elegantes, ó que aspiran á serlo.

Partiendo del principio inconcuso de que invierno y verano son dos cosas distintas, y que por consiguiente las exigencias del uno no deben ser como las del otro, y habiendo comenzado á esplicarse el segundo, indispensable es proscribir cuanto revele Febo, y adoptar un traje lijero y fresco, que en ninguna parte conviene mas que bajo nuestro ardoroso cielo. Géneros delgados y colores claros son los caracteres distintivos de la estacion, así es que los casimires llamados de *verano*, las *sedas*, los *piqués*, los *driles* y particularmente los géneros que llevan el nombre de *tounie* y *popeline*, últimas concepciones de la infatigable moda parisiense, son los preferidos por los jóvenes de buen tono.

Los *Sacs*, ó *surtout*, que son de tanto gusto para mañana, y para llevarse por la noche al teatro, se hacen ahora de *touine* gris, de solapa ó derechos, siendo mas elegantes los primeros; cuello y vueltas de seda del color del sac ó negra. Esteriormente llevan de ordinario tres bolsas, sin guarnicion ninguna, y se acompañan perfectamente con pantalones de dril rayado y chaleco de *piqué*. La variacion mas notable en el traje actual, consiste en la forma de los chalecos, que tiene su poco de analogía con la que empleaban en México los sastres del tiempo de Iturrigaray. He visto retratos de esa época en que se encuentran chalecos muy semejantes al que lleva la segunda figura de la estampa. Pero sea lo que fuere, esta es la moda, y como todas las de su sexo, manda dictatorialmente y quiere ser obedecida sin réplica.

Los chalecos, pues, símbolo de la inmensidad, y fiel imágen del progreso del siglo, invaden ya mas de lo debido el territorio del pantalon, á quien parece tratan de dominar con yugo férreo. Se hacen de dos maneras, con vuelta y sin ella, ambos son muy elegantes; pero si algo vale mi opinion en el asunto, deben preferirse los derechos por mas sencillos, y sobre todo, por mas raros. Es costumbre dejar sin abrochar el último boton, signo de un estudiado *negligé*, y á veces para que ni la tentacion le ocurra á un pobre diablo de contravenir á tal precepto, los sastres cuerdamente tie-

nen á bien suprimirlo con el laudable objeto de que *velis nolis* quede algun tanto abierto. Los derechos generalmente se hacen de *cachemir* caña y boton dorado, y tambien gustan mucho de *piqué* blanco con boton igualmente dorado. Para los de vuelta, aunque nada impide que se hagan de otra materia, se prefieren la *seda* y *popeline*, siendo estos lo mas *suave, último y perfecto* de la elegancia. Las sedas de aguas son grandemente apetecidas.

Casimires de verano y driles, es hoy lo de mas gusto para pantalones, y los primeros, rayados ó *á cuadros*, (frase técnica) agradan mas que los absolutamente lisos, cuando se llevan con levita ó frac de fantasía; pero no son buenos compañeros de un frac de etiqueta, sino los lisos de color claro, y sobre todo, los negros.

Las levitas se llevan hoy algo cortas de falda y de inmensa solapa, quizá por el sistema de las compensaciones, y los colores mas en uso son el verde, el color de vino y el azul. Nuestros buenos amigos y colaboradores, *MM. Cussac* y *Gaillard*, (1) cuyo establecimiento puede llamarse el foco de la elegancia, y el santuario del buen tono, nos han enseñado una multitud de preciosos géneros que acaban de recibir de Paris, entre los que merecen una mencion especial el *touine* gris para paletós, primorosos cortes de chaleco de *popeline*, y sobre todo, un magnífico paño *azul imperial* para levita, que arrebata los corazones.

Si dudais, suscritores queridos, de mi verdad, no hay mas que acercarse á la calle del Espíritu Santo, allí encontraréis ancho campo donde aliviar un poco el bolsillo, por si estuviere demasiado lleno, y llevaréis en cambio piezas esquisitas que os harán el modelo de algunos petimetres, y os atraereis quizá con ellas las miradas de algunas chicuelas.

Continúa imperando en los fracs la moda de los anchos faldones, y las solapas son asimismo de primera magnitud. El negro, el pasa, el ala de mosca, son los colores dominantes, y algunas veces gruesos botones de metal de complicado dibujo, decoran ambos lados de las casacas. Así para esta pieza del vestido, como para pantalones, es acreedor *Sorcini* (2) á que se le cite con elogio. En línea de corbatas, la estacion exije que sean lijeras mascadas ó pañuelitos, generalmente de cuadros, excepto en las grandes ocasiones, para las que se reservan las corbatas negras de raso.

Los sombreros se llevan de ala ancha y copa alta, un poco mas ancha por arriba. El *pater patrum* en la materia es Ancessy. (3) Su buen gusto y el excelente material de que usa le recomiendan; pero he visto tambien algunos sombreros de *Falcony*, (4) especialmente blancos, que son sin duda el *chef d'ouvre* del ramo.

Shallier (5) continúa gozando del buen nombre que su pericia en el arte le ha adquirido, y á pesar del calor se tiene como mas elegante el pelo largo y rizado en torno de la cabeza. Un abundante surtido de perfumería, guantes y bastones, da nuevo atractivo á su tienda, visitada ya por las primeras notabilidades de la moda.

Estas son, amigos mios, las noticias que tengo por ahora. Ven vds. si soy complaciente cuando, por ponerlos al cabo de las novedades masculinas, dejo de tener un rato de convseracion con mis nunca olvidadas suscritoras. Hubiera podido muy bien omitir este artículo, disculpándome con que ya habia pagado por mí el bueno de Asmodeo; pero como para entre nosotros, tuve aquella alusion borrical por una solemne malacrianza, no he querido dejar de decir á vds. algo de sustancia, y con la formalidad y buena educacion que todo el mundo sabe.

Así, pues, atentamente me despido hasta otra vez, besando á vds. la mano, suponiendo que la tengan limpia, y ofreciéndome á sus ordenes.

QUERUBIN.

[1] Calle del Espíritu Santo.

[2] Calle de la Palma.

[3] Portal de Mercaderes.

[4] Portal de Agustinos.

[5] Calle 2.ª de Plateros.

LITERATURA ALEMANA.

Aunque la lengua alemana, sin disputa, la mas rica de cuantas se hablan hoy en Europa, no haya sido absolutamente cultivada entre nosotros, no por eso nos son desconocidas las producciones de algunos de los mas distinguidos ingenios alemanes. No puede negarse, sin embargo, que el conocimiento que de ellos se tiene es generalmente imperfecto y superficial, porque sobre ser fundado en traducciones francesas, no todas de grande mérito á la verdad, el número de estas es bien reducido puesto que se limita á ciertas obras entresacadas del inmenso catálogo de autores que ha producido y produce uno de los pueblos mas fecundos de Europa. Es igualmente cierto, por estraordinario que parezca, que los traductores de Francia, á pesar de su actividad y diligencia, no han conseguido todavía trasladar á su lengua todos aquellos escritos inmortales que el orbe literario mira, y con razon, como otros tantos timbres de gloria que han ganado las diferentes naciones de Alemania.

Y si no todo lo que merece los honores de una traduccion es traducido, no es solamente por la razon que ya he insinuado, sino porque la literatura alemana abunda, cual ninguna de las modernas en producciones de un género tan nacional y característico, que no siempre es dable trasladarlas á otro idioma sin desfigurar su misma esencia lastimosamente. Esto tal vez habrá sucedido con la pequeña traduccion que va en seguida, y á no ser porque el original tiene bellezas de tal gerarquía que, por mas estropeadas que hayan sido, algo han de conservar de su primitiva sublimidad, aquella consideracion nos habria retraido de tomar la pluma, sobre todo, no ignorando que un escritor aleman refiriéndose precisamente al célebre autor que hoy hemos elegido, á Juan Pablo Richter, nombre verdaderamente popular en toda la Alemania, y poco ó nada conocido entre nosotros, dice así:

,,Solo algunos fragmentos de sus obras son conocidos de los estrangeros, pues *la mayor parte de ellas es y será siempre intraducible* (1). Juan Pablo Federico Richter (continúa el mismo,) conocido comunmente bajo el nombre de Juan Pablo, es uno de nuestros mas eminentes escritores: nobleza y elevacion de sentimientos, fecundidad prodigiosa, imaginacion inagotable en bellísimas imágenes, sublime estilo, todo lo bueno en fin, todo lo bello se encuentra en los escritos de este autor."

Contrayéndonos ya al *Sueño Terrífico*, (Der Schaudervoller-Traum), creemos que de preferencia á nuestra propia opinion sobre su mérito, conviene citar alguna otra respetable, y al efecto traducimos la del profesor Klatowsky. ,,Este sueño, dice, tan atrevido como poético, es una de las mas bellas composiciones de la literatura alemana. Hállanse en él como hacinados todos los horrores que deberian presentarse á la mente de aquel que tuviese la infelicidad de llegar á ser *ateo*."

Juan Pablo mismo hablando de su sueño, dice: ,,si algun dia fuera yo tan desgraciado, que viese amortiguados en mi corazon todos aquellos sentimientos que atestiguan la existencia de Dios, me estremeceria yo mismo recordando mi sueño, me curaria con su lectura y recobraria mis sentimientos."

Con lo dicho queda suficientemente aclarado el espíritu de esta produccion, y para concluir advertiremos, que si su mérito no corresponde á la espectacion de los lectores, la culpa no es del inimitable Richter, sino de nosotros sus intérpretes.—Luis Martinez de Castro.

(1) La primera edicion completa de ellas fué hecha en Berlin, 1825, y consta de 60 tomos en 8.°

SUEÑO TERRIFICO.

Cuando oimos contar en la niñez, que á media noche, hora en que el sueño casi embarga nuestras almas, los muertos se incorporan y salen de la tumba, y que en el santuario se ponen á imitar las ceremonias religiosas de los vivos, acontece que cobramos horror á la muerte á causa de los muertos, y en la mústia soledad de la noche desviamos nuestras tímidas miradas de las anchas claraboyas del templo, temerosos de investigar si es ó no emanacion de la luna esa luz trémula que por ellas resbala.—Los plácidos sueños de la infancia, y mas todavía sus

terrores, se reproducen no pocas veces en nosotros, y revistiéndose de lucientes alas, revolotean en la mente del hombre cual luciérnagas, miéntras dura la breve noche del alma.— ¡No apagueis ese rocio de menudas chispas de oro! dejadnos por piedad aun aquellos ensueños penosos y sombríos, que cual medias tintas realzan y se desprenden del triste cuadro de la realidad. ¿Y qué podria dársenos en lugar de estos ensueños, que del terrible estruendo de la catarata nos transportan á la apacible altura de la infancia, en que el rio de la vida se desliza mansamente por la pradera, y endereza su curso silencioso hácia el abismo que ha de tragar sus aguas, las mismas en que poco antes se miraba el cielo?

Tendido en el campo y mirando al sol, estaba yo una calurosa tarde de estío, y me quedé dormido. Soñé que me hallaba en un cementerio y que el reloj de la torre, que daba las once de la noche, me habia hecho despertar. En el desierto cielo buscaba yo al sol, creyendo que un eclipse era el que me lo ocultaba. Abiertos estaban todos los sepulcros, y una mano invisible abria y cerraba las herradas puertas del osario. Por los muros del templo, discurrian sombras que ningun cuerpo originaba, y otras sombras se lanzaban erguidas en medio del aire amarillento. En los ataúdes entreabiertos solo los niños reposaban y dormian; de lo alto del cielo colgaba un pardo cortinage, formado por la niebla, y que como una red iba estrechándose y haciendo el aire sufocante. Por encima de mi cabeza oía yo retumbar á lo léjos las masas de hielo que el huracán arranca de los montes; debajo de mis piés se hacia sentir el primer sacudimiento de un espantoso terremoto. Dentro del templo resonaban dos alaridos penetrantes de tal fortaleza, que luchando entre sí vanamente por formar armonía, lo hacian vacilar en sus cimientos. De tiempo en tiempo asomaba por las claraboyas la luz de los relámpagos y luego caian gotas de fierro y plomo derretidos.—La red de la niebla y los sacudimientos de la tierra me impelieron hácia el santuario, á cuyas puertas estaban dos basiliscos que arrojaban fuego por las bocas.—Pasé por entre sombras desconocidas, en cuyo aspecto se miraba impresa la huella de los siglos. En torno del altar vacio estaban todas y palpitaba su pecho, no su corazon.—Solo un muerto, recientemente sepultado, permanecia tranquilo en su ataud; su pecho no latia, y en su rostro apacible estaba escrito un sueño feliz; pero tan luego como yo penetré en aquel lugar, volvió de su sueño y desapareció de sus lábios la sonrisa; despegó trabajosamente sus párpados; dentro de ellos no habia ojos, y su corazon era una llaga. Levantó en alto las manos y las enclavijó en actitud suplicante; pero sus brazos se desprendieron del tronco y así dobladas cayeron sus manos en el pavimento. Allá en la bóveda del templo se veía el cuadrante de la *Eternidad*, en el cual no habia números, pero un dedo negro apuntaba hácia él y los muertos querian leer allí el *Tiempo* transcurrido.

Y de lo alto del templo descendió sobre el altar una figura llena de magestad, en cuyo rostro estaba pintado un dolor eterno. Y todos los muertos esclamaron: ¡Jesucristo! ¿no hay Dios?"

Y Cristo respondió: „no le hay."

Todas las sombras de los muertos temblaron y á fuerza de estremecerse fuéronse desbaratando una por una. Y continuó Cristo diciendo: „Atravesé ese espacio poblado de mundos, me remonté hasta los luminares del vacio; siguiendo la vía lactea, recorrí el inmensurable yermo de los cielos, ¡y no hallé á Dios! Y descendí tanto, tan profundamente, que llegué á divisar la última sombra del último Ser que goza de existencia, y asomándome al abismo, prorrumpí: ¿En dónde estás, oh Padre? y tan solo llegó á mis oidos el bramido de la tempestad que ningun brazo reprime; y el tornasolado arco-íris de los séres brotados de la nada, estaba formado allí, encima del abismo; mas no se veía el sol que le engendrara; goteaba el arco-íris, y cada gota era un mundo que se desplomaba hácia el abismo. Levanté mis ojos buscando el ojo de la Divinidad, y ví tan solo una órbita vacia, hueca y renegrida; la Eternidad yacía estendida sobre el caos, y para alimentarse estábale royendo de continuo y volvia luego á arrojar lo que habia devorado.—Alaridos penetrantes, no ceseis; y auyentad estas sombras porque *El* no existe."

Las descoloridas sombras se diseminaron por los aires y desaparecieron cual niebla que habiendo tomado forma al congelarse, se derrite al aliento del sol. Todo, todo quedó vacio, y ¡oh dolor! entraron de tropel en el Santuario los niños que estaban en el cementerio sepultados, y arrojándose á los piés de la figura magestuosa que permanecia aun sobre el altar, dijéronla llorando: ¿es verdad, ¡oh Jesus! que no tenemos padre? y respondió él arrojando torrentes de lágrimas.—„¿Padre? Todos somos huérfanos, ni yo ni vosotros le tenemos."

Dejáronse entónces oir con doble fuerza, los alaridos discordantes; los muros del templo destrabáronse, y se hundió, y los niños con él; la tierra y los soles todos hundiéronse tambien.

La fábrica del universo con toda su inmensidad se precipitó igualmente en el abismo. En la alta cima de la naturaleza estaba Jesucristo contemplando al universo, y los luminares que en él hay, como asomado á la boca de una mina condenada á perpetuas tinieblas, y en la cual aparecian los soles como lámparas opacas de minero, y la via lactea con sus estrellas todas cual angosta vena de plata.

Y como Cristo viese el desconcierto de los mundos, y que cual fuegos fátuos cruzaban el espacio en direcciones estraviadas, y como viese tambien un sinnúmero de corazones hacinados que palpitaban aun, y que un mundo en pos de otro arrojaba al mar de la muerte oleadas de relucientes espíritus, y que allí se desparramaban y morian como desaparecen y se apagan las chispas relumbrantes, que despide un arbol de fuego, quemado en medio de las aguas, se levantó grande y magestuoso, y alzando el rostro á la vacia inmensidad, hácia la nada, esclamó: „¡Oh, nada, siempre muda! ¡Delirante fatalidad! ¿Conocéis todo eso que está debajo de vosotras? ¿Cuándo aniquilareis por fin esa máquina y á mi tambien? ¡Ciega fatalidad! Sabes siquiera á dónde te encaminas cuando llevas en pos de tí al huracán, y atravesando la lluvia de oro, de las estrellas que cintilan, vas apagando un sol y otro sol? ¡Qué fúnebre soledad reina en el vasto panteon del universo!—Cada uno cree estar solo en él.—¡Padre! ¡Padre! ¿en dónde está tu pecho, para que repose yo? Si cada cual es su propio hacedor, su propio padre, ¿porqué no le es dado ser tambien su angel esterminador?

„¿Es por ventura un hombre el que está cerca de mí? ¡ah! ¡desventurado! tu vida no es sino un suspiro de la naturaleza, su eco solamente, y así como esos átomos de polvo, esa nube de mundos formados de las cenizas de los muertos, son únicamente perceptibles, merced á los rayos de luz que el sol despide, así tambien tu mísera existencia solo es percibida miéntras no envuelven al mundo las tinieblas. Mira dentro del abismo. ¿No ves como del Océano de la muerte va alzándose una neblina preñada de mundos? es el *Porvenir*. La otra que en el confin opuesto va bajando, es lo *Presente*. ¿No aciertas á columbrar en ella á la tierra.»

Y diciendo esto, dirigió Jesucristo sus miradas á la mansion del hombre, sus divinos ojos se arrasaron en lágrimas, y desprendiéronse estas razones de sus lábios: „¡Ay! cuán feliz era yo aun cuando estuve en la tierra; no habia perdido á mi Padre; subia yo hasta la cima de los montes y contemplaba desde allí lleno de júbilo el espacioso firmamento; estrechaba contra mi pecho lacerado su benigna imágen, y aun al sufrir la muerte mas acerba, templábase en gran manera mi dolor, si le decia: ¡Padre mio, mi Padre, arranca ya á tu hijo esta mortal vestidura que destila sangre, levántale á tí, llévale á tu corazon!—¡Venturosos los moradores de la tierra! sí, vosotros creeis todavía en *El*. En este momento se traspone acaso vuestro sol, y todos á una dais en tierra de rodillas, rodeados de flores, bañados los rostros con el fulgor de las antorchas, y derramando lágrimas de gozo, levantais en alto las benditas manos, y esclamáis: „Tambien dè mí te acuerdas, Dios infinito, ves las llagas de mi pobre corazon, y despues de la muerte me acogerás en tu seno, y blandamente me las cerrarás."—¡Desdichados! despues de la muerte no serán cerradas.... y cuando el mísero mortal sucumbiendo á las penalidades que le agobian, descansa tendido en tierra y sueña que el dia de mañana se hallará en la region donde tienen su asiento la Virtud, la Alegría y la Verdad: despierta en medio del caos, cobijado en las tinieblas de la noche eterna, y nunca llega la aurora tan deseada, ni la mano que cicatriza las heridas, ni el misericordioso padre de las criaturas!—Mortal que junto a mí estás, si vives todavía, arrodíllate, dirígele una plegaria, porque si no, le has perdido para siempre."

Y cuando prosternado tendí la vista por el espacio, miré á la serpiente de la Eternidad que se enroscaba al rededor del universo; los anillos que se desprendian iban enlazándose en torno de los mundos; comenzó en seguida á comprimir y estrujar entre si á las esferas, y desmoronándose el templo ilimitado de la naturaleza, quedó súbitamente convertido en cementerio, donde todo era confusion, hacinamiento y angostura. Un martillo de prodigiosas dimensiones iba ya á descargarse para dar la última hora del Tiempo, cuando yo desperté...

Saltáronseme las lágrimas de gozo al considerar que todo fué un sueño, que todavía me era dado rogar á Dios y bendecirle. El llanto que bañaba mis megillas, el júbilo de que mi espíritu estaba poseido, y la fé que confortaba mi alma, fueron por entónces mi única plegaria. Próximo á su ocaso estaba el sol cuando yo me levanté, y los rayos del crepúsculo reverberaban en la luna. Al rededor de mí se percibian mil sones gratos al oido, mil apacibles harmonías de la naturaleza, que producian en mi ser una impresion tan suave y melancólica como la vibracion de la campana que, á lo léjos, suele oirse en medio de los campos cuando comienza á anochecer.

FATALISMO.

Era á la sazon uno de los dias del mes de abril del año del Señor 1570, cuando en las sierras que dividen las Castillas en la parte que mira al Medio-dia, donde jamás el silencio habia sido interrumpido mas que por el ruido que formara el derrumbamiento de alguna peña arrancada por el huracán, y de los buhos ó buitres carnívoros que en sus grietas anidaran, y á siete leguas de la capital de España, se dejaba ver y oir con asombro contra tan inalterable costumbre, el movimiento mas vividor que ocasionaban miles de operarios, que en diferentes ramos esprimian con afan los conocimientos de sus artes respectivas.—Por una parte multitud de parejas de cansados bueyes descendian por los tortuosos caminos de Guadarrama, conduciendo á su fuerte impulso enormes vigas que depositaban aquí ó allí, segun para lo que fueran destinadas: por otra el membrudo brazo, ó la tronante esplosion de la pólvora, arrancaban de las canteras ponderosas moles, que el vasco picapedrero al golpe de su cortante pico desbastaba dejándolas en figura forme y en estado de pasar á manos del que dirigiera un acerado cincel, que al toque de suave martillo formara con delicadeza un esbelto fuste, un hojado capitel, ó un suntuoso arquitrabe: mas allá se levantaban gigantes andámios, que en estension continua de un cuarto de legua desafiaban en elevacion á los altísimos riscos que en su alrededor posaban. Multitud de tiendas de campaña, chozas de adobe y paja, y almacenes de madera, todo provisional, ocupaban un espacio de dos leguas, sirviendo de asilo contra la intemperie á mas de 20.000 operarios, y á los materiales que se hacinaban para la grande obra que con ahinco se tenia entre manos: en fin, siete años cabales se cumplian en aquel dia que habia sido asentada la primera piedra, de la que habia de ser la octava maravilla del universo: es decir, que se estaba á la tercera parte del gran monumento que se levantara en conmemoracion del triunfo obtenido contra los franceses en la nunca bien ponderada batalla de S. Quintin.—En este sitio, y á distancia de la multitud veíase un hombre como de 40 años, que con semblante risueño y aire marcial, cantaba alegre al son de su dentado martillo refundiendo un sillar. A muy pocos pasos, y hácia su costado izquierdo, veíase otro de rostro escuálido y mirar penetrante; cuya cabeza cubria un sombrerillo de copa piramidal trunca, envolviendo su enjuto cuerpo un angosto gaban, el cual inmóvil y en pié, como estatua muda, parecia el genio fatal, que de hito en hito observaba á tan distraido operario; mas este, sin curarse del que tan cerca tenia, seguia picando, y cantando así:

Es el fatal destino
Tan inmutable,
Que al que nace pa pobre
No hay quien lo ampare:
Y esto es tan cierto,
Como sacarse un ojo
Y quedar tuerto.

Aproximándose mas el del gaban, dijo: ,,¡Fatalista sois en demasía!" A esta voz alzó el distraido la cabeza, miró con indiferencia al que le hablaba, y apoyándose sobre el mango de la piqueta. ,,Es verdad, contestó, mas no lo niego; pero tambien lo es que no encontrareis otro tan resignado como yo con su mala estrella." ,,Si lo creo; pero esa vuestra cantilena, manifiesta bien la ninguna confianza que teneis en Dios: todavía sois jóven, y pudierais disfrutar de los bienes que, con mas fé, os regalaria el tal Señor.

—,,Mas jóven soy de lo que aparento, decia sonriendo, y mas desengaños cuento de los que creeis."

—¿Qué edad teneis?

—A los veinte años salí de la casa paterna, sin mas caudal que este pobre oficio que veis; cinco mas serví en los ejércitos del rey, peleando por él dentro y fuera de mi patria, al cabo de los cuales se me dió la licencia absoluta á causa de una herida recibida en este muslo, única recompensa que obtuve. Embarqueme despues para las Indias en pos de fortuna, pero al tercer dia fué apresado el buque por un corsario argelino, y quedé cautivo arrastrando por dos años la cadena de la esclavitud. En union de mis compañeros fragüé una conspiracion: estalló ésta, y pude escapar de la mazmorra no sin un golpe de cimitarra que me cruza el cráneo. Arribé á Mahon, desde donde persistiendo en mi proyecto á fuer de buen español, embarqueme para las Indias por segunda vez: en

esta fuí mas afortunado, pues llegué á la otra banda sin el menor contratiempo. Allí un honrado mercader me protegió: con esto y mi conducta pude juntar en seis años un corto capital suficiente á llenar mis deseos: con él regresaba á mi patria, pero al frente de Sto. Domingo sobrevino un fuerte temporal que nos estrelló en sus costas, tragando el piélago el fruto de mis afanes. Permanecí en la Isla algun tiempo, hasta que compadecido de mi suerte un capitan de buque, me retornó gratis hasta las costas de la Península, viniendo de allí á pié hasta donde ahora me veis.

—No me parecen tan largas ni tan desastrosas esas desventuras, para que así desconfieis.

—A vos os parecerá lo que mejor os cuadre, pero consumir catorce años de lo florido de la vida, para conseguir dos heridas que proporcionen una vejez prematura y cerrar los ojos en un hospital, me parece suficiente á tener libertad para pensar de diferente modo que vos.

—Sí, pero en esas mismas desventuras, se deja ver claramente la mano de Dios, que siempre os ha sacado avante, y debeis creer firmemente que en este mundo todo se recompensa, y tal vez.... tal vez....

—Sí, tal vez....! Tal vez para vos, si á uno le pegan un trancazo que lo echen al otro barrio; con tal que lo entierren con música queda recompensado....

—Muy al estremo llevais las cosas; tomad este sello, dijo sacando de una limoncera que pendiente de la cintura traía debajo del gaban, y le dió un pergamino, él os franqueará la entrada en Palacio donde yo vivo, y allí probareis, espero, lo que tanto os cuesta creer: conque hasta mañana.... espero no falteis," y echó á andar.

—Mucho me holgaré de ello, contestó, y continuó la tarea.

Al dia siguiente no faltó el incrédulo á la cita, pero quedó sorprendido al hallarse mano á mano con D. Felipe II. Este de antemano habia mandado hacer á su repostero tres enormes pastelones, dos de ellos rellenos de pechugas de ave y sabrosas trufas, y el tercero restante rebutido de doblas de oro, los cuales se veían sobre una mesa en aquella estancia.

Por de pronto, dijo el rey al incrédulo, elige uno de esos pasteles, y luego hablarémos.—Obedeció, teniendo el cuitado tan mala dicha, que echó mano á uno de los rellenos con trufas, lo cual visto por el rey, le volvió á decir. —Mañana á la misma hora te espero.

Obedeció el cantero, y al siguiente dia volvióse á presentar.--Ya no nos restan, dijo el rey, mas de dos pasteles, conque así elige uno. —Volvió á escoger, teniendo igual suerte que el dia anterior.—Convencido el rey de no conseguir su objeto, se lo mandó dejar, y cogiendo con sus manos el relleno de oro poniéndole en las del cantero: „Toma, le dijo, se feliz, y en lo sucesivo nunca vuelvas á desconfiar de la suerte.—Al recibir el cantero el último pastel, bien pronto conoció por su enorme peso, el relleno que contenia, y despidiéndose alborozado por tan feliz aventura, salia por los corredores estasiado de placer; cuando al llegar á la gran escalera resbaló por ella hácia atras con tal fuerza, acrecentada sin duda con la carga, que pegando con el cogote en el corte de un escalon, quedó desnucado en el acto. Al noticiar al rey tan fatal desastre, pensativo y reflexivo quedó en estremo, pero no llegó á mi noticia cuáles fuesen sus reflexiones, por lo que creo que á nadie las reveló.—Mimo.

¿Qué otra cosa es la historia de todos los pueblos, sino el tejido de los mas horribles crímenes, el hacinamiento de las mas bárbaras persecuciones, y la compilacion de las mas absurdas animosidades?

La política ha elevado á la clase de dogma, este absurdo principio: canonizar los medios mas viles y reprobados, cuando por ellos ha triunfado una causa; y condenar la mas justa y santa, siempre que ha sucumbido: el termómetro pues, con que el hombre de estado mide la justicia ó injusticia de las empresas políticas, es su *resultado*.

Los hombres sensibles y de pasiones vehementes, siempre sacrificarán en su juventud, honores, intereses, conveniencias y respetos, á las miradas de una muger.

El estoicismo con que he visto soportar á muchas personas, la pérdida de los objetos mas caros al corazon; siempre me ha parecido la careta de la insensibilidad.

Si la tolerancia de todos los cultos, es un sueño, como algunos han creido, es semejante al del Abate de S. Pedro; es el sueño del hombre de bien, porque „contribuirá mucho, como dice el sábio D. Ramon Salas, al establecimiento de la unidad de un culto," y he aquí el primero y principal objeto que debe tener la filantropía.

La imaginacion no puede figurarse un suplicio, una desgracia, un martirio, semejante al que sufrirá una muger enlazada con una persona que aborrece.—M. P. del Llano.

AL IXTACCIHUATL.

MEDITACION.

A MI AMIGO J. RODRIGUEZ VILLANUEVA.

Placer sublime y religioso inspira
al corazon magnífica tu frente,
mi vóz para cantarte es impotente,
y ronco son arranco de la lira:

Lágrima ardiente mi megilla abrasa
de vergüenza y dolor cuando te miro,
y triste y melancólico suspiro
entre mis lábios blanquecinos pasa:

Que si el hombre en su orgullo insano piensa
cantar de Dios las hondas maravillas,
iguales son para él las yerbecillas
y la montaña colosal, inmensa.

Ignorancia y errór su mente ofusca:
espeso velo en derredor le envuelve,
y en vano por romperlo se revuelve
y envano luz en su delirio busca.

Y contrastando con tan vil escoria,
tu nevada cabeza sube al cielo
formándole las nubes blaco velo
y el sol corona de fulgente gloria.

Aureóla de luz tu frente ciñe
al espirar el sol en occidente,
y con su último rayo débilmente,
de oro y violeta tu semblante tiñe.

Coloso aterrador, tú que levantas
á los astros tu espléndida cabeza,
tú que miras de lo alto con fiereza
la tormenta que gruñe allá á tus plantas....

Respóndeme, ¡ó volcan! ¿has visto acaso
el asiento de Dios? ¿su gloria viste,
la gloria de que inmenso se reviste
sentado sobre el sol en el ocaso?

¿Cuando vuela cercado de querubes
recorriendo el estenso firmamento
cual el rayo que rueda por el viento
asta perderse entre lejanas nubes?

¿En medio de la noche tenebrosa
levantando su frente de diamante,
su frente brilladora y rutilante,
mas que todos los astros luminosa....?

No le viste, ¡ó volcan! verasle un dia
cuando toque á su fin el triste mundo,
cuando doliente grito, un ay profundo
lance al sentir su mísera agonía.

Entónces le verás, veráslo armado....
mas un velo de lágrimas echemos,
la frente entre sus brazos ocultemos,
piedad tendrá de su linage amado.

Sigue entre tanto incontrastable, mudo,
velando por mi patria con tu hermano:
la suerte que le toque es un arcano,
mas tú serás su defensor y escudo.

De una virgen las formas encantadas
sudario triste y blanquecino oculta:
cuando el sol tras los montes se sepulta
se miran sus megillas nacaradas,

Se pierde el sol, y palidez doliente
de nuevo cubre su semblante hermoso,
es de la tumba el lúgubre reposo,
es el sueño que duerme eternamente.

Cuando sus formas célicas contemplo,
su tranquilo ademan, su blanco velo;
me parece alejarme de este suelo
como se alza el incienso desde el templo.

Y en éxtasis profundo embebecido
calma un instante de mi mente el fuego;
á contemplarte y meditar me entrego
y lo presente y lo pasado olvido.

Febrero 29 de 1844.

M. Esteva y Ulíbarri.

BIBLIOGRAFIA.

En otra vez hemos hablado de una sociedad particular de medicina, compuesta en su mayor parte de jóvenes de talento y aplicacion, y hemos presentado tambien una brillante composicion de uno de ellos. Entónces indicamos lo placentero que seria para nosotros que los apreciables sócios de esta reunion llevaran á cabo el proyecto que concibieron de dar á luz periódicamente sus trabajos. Se han cumplido ya nuestros votos, y con una satisfaccion sincera vemos que el periódico anhelado va á aparecer.

Demasiado se ha escrito entre nosotros de literatura, con frecuencia engalanan nuestros periódicos los mas hermosos rasgos de imaginacion y sentimiento, pero muy poco científico podemos presentar todavía, en especial de medicina. La utilidad de publicacion semejante, creemos no será puesta en duda por nadie, y que cuantos blasonen de amantes de su patría, apreciarán como es justo, los esfuerzos de la Sociedad Filoiátrica, por darle lustre.

Nosotros los primeros, damos el parabien á tan recomendables jóvenes, y les excitamos á no ceder en la noble empresa que los ocupa, deseando que su publicacion tenga la brillante acogida que merece.

Como en su prospecto, que han tenido la bondad de remitirnos, desenvuelven el plan que se proponen seguir y dan una cabal idea del periódico, lo insertamos con mucho gusto, absteniéndonos de formar de él un estracto, como hariamos en otro caso, porque la manera con que está escrito es ya una prueba de la capacidad de las personas que han tomado á su cargo el desempeño de tan recomendable empresa.

PERIODICO DE LA SOCIEDAD FILOIATRICA.

PROSPECTO.

Un movimiento intelectual, rápido y progresivo, arrastra á nuestra naciente sociedad: esta verdad, consuelo y esperanza de todos los buenos hijos de nuestra patria desgraciada, nos ha inspirado una idea que creemos útil, nos alienta para llevarla al cabo y nos consolará si se malogra, la de publicar un periódico de medicina.

Los médicos son ya hoy por fortuna reconocidos por ciudadanos útiles, y su profesion por un arte difícil y oscuro, pero harto distante de la adivinacion. Esta feliz revolucion en las ideas de fecha no muy antigua y debida entre nosotros á los nobles esfuerzos de unos pocos hombres beneméritos, está por consumarse, y se consumará infaliblemente, si causas numerosas y decididamente contrarias, no la detienen en su marcha.

A esta revolucion hemos creido cooperar eficazmente publicando un escrito periódico, que ademas de las ventajas notorias que traiga á los prefesores de la ciencia, sea tambien para el público estraño á ella, un signo de que los médicos existimos vivamente: de que no somos la piedra mohosa que permanece inmóvil debajo del torrente. La política y la bella literatura, las artes mecánicas y la agricultura, tienen su eco en nuestra sociedad: ¿por qué no ha de tener tambien el suyo la mas útil de las ciencias?....

Si el deseo de gloria ó miras de especulacion mercantil, nos hubieran sugerido el pensamiento cuya realizacion anunciamos ahora, podiamos ya estar seguros del desengaño; pero no lo tememos, porque estamos sinceramente convencidos de que el que intenta empresas de este género, debe ante todas cosas hacer el sacrificio de su amor propio y de sus intere-

ses personales. Nos anima, sin embargo, y no tenemos embozo en confesarlo, cierta esperanza vaga de que se miren con indulgencia al ménos, los penosos, desinteresados y estériles esfuerzos que un puñado de jóvenes sin valimiento ni recursos, consagra al adelantamiento de su profesion y al beneficio público.

Todos los puntos de utilidad práctica, serán asunto de nuestro papel: las especulaciones y los sistemas rara vez tendrán cabida en sus columnas. La imparcialidad al juzgar de las opiniones, y la buena fé al referir los hechos, serán, estamos ciertos de ello, sus rasgos característicos. Evitaremos esmeradamente provocar polémicas que no tengan un objeto científico ostensible; y en aquellas que nos ocupen, reinará siempre el tono comedido y el lenguaje decoroso y moderado que imperiosamente exijen las cuestiones literarias. Este periódico no es ni debe ser la obra esclusiva de la Sociedad Filoiátrica: así es que aunque en sus archivos hay material suficiente para publicar el periódico cuando ménos por el espacio de un año, con toda puntualidad, invitamos sinceramente á todos los profesores de la república á que honren nuestras columnas con sus producciones, que nos serán muy apreciables, y esperamos que así lo harán, hoy que, por la desgraciada cesacion del periódico de la Academia de medicina de México, el nuestro es el único de su género.

Insertaremos algunas memorias inéditas, sobre puntos prácticos de la ciencia. La clínica de los hospitales de esta capital y la nuestra propia, nos suministrarán gran parte de los materiales de que se componga el periódico, porque creemos que la ciencia está todavía harto escasa de hechos escrupulosamente observados y referidos con conciencia: ya se entiende que solo publicaremos aquellas observaciones clínicas que bajo cualquier aspecto sean notables.

La medicina legal tan descuidada, ó mejor dicho, tan desconocida entre nosotros, y la higiene pública, nos ocuparán muy especialmente.

Procuraremos dar el análisis, ó por lo ménos una idea exacta y cabal de las principales obras que se publiquen en Europa, y traduciremos ó estractaremos los artículos mas notables de los periódicos franceses é ingleses. En una palabra, nos esforzaremos por poner á nuestros lectores al corriente de las invenciones, descubrimientos, innovaciones y adelantamientos que se hagan en la ciencia. Esta parte de nuestro periódico, la mas trabajosa quizá, será acaso inútil para aquellas personas que pueden por sí mismas adquirir esas noticias; pero no puede dejar de interesar vivamente á aquellas que ya por su escasa fortuna, sus pocas relaciones ó por algunos otros obstáculos, no estén en estado de proporcionárselas.

Entre el sin número de dichos epigrámaticos que se cuentan del eminentísimo Sr. Espada, obispo que fué muchos años de la Habana, en donde los recuerdos filantrópicos que dejó esculpidos en aquella antilla á su fallecimiento harán eterna su memoria, oi referir á uno de sus contemporáneos, el siguiente.—A luego que este señor prohibió que en lo sucesivo hubiese frailes descalzos en su diócesis, se le presentó un carmelita de los que les comprendia dicha órden, en solicitud de, no sé que cosa; pero reparando en sus piés el obispo, y viendo que su mandato no habia sido cumplimentado por aquel religioso, le dijo con severidad: „¿S. R. ignora, acaso, la órden que tengo dada sobre el calzado?" A que contestó el religioso:—No la ignoro.—Pues luego, dijo el obispo, ¿cómo tiene valor de ponerse en mi precencia hecho un Sátiro, con tamaña pezuña? sobrecogido el religioso con tal descarga, con mucha humildad volvió á decir: „Señor.... mis votos.... la penitencia á que estoy consagrado.... y.... Mas S. I. sin dejarlo concluir le replicó con presteza. „La responsabilidad de esos votos que tanto le escrupulizan, es mia; á S. R. no le toca sino obedecer; y en cuanto á la penitencia, dueño es de hacer la mas austéra, yo no se lo impido. Desde ahora puede mandarse hacer S. R. zapatos con tres puntos ménos de los que calce su pié, y será cumplido su deseo y el mio." y le volvió la espalda. El religioso confundido se retiró yendo en seguida á una zapatería á obedecer la órden del superior; pero es fama, (segun dijo el zapatero), que no la cumplió en todas sus partes, pues lo primero que encargó el tal religioso á el maesto, fueron zapatos holgaditos y no con tres puntos ménos como le ordenó S. I.—Mimo.

Para gobernar á los hombres, es necesario estudiar primero las pasiones, conocer las que dominan á cada individuo, y saber tocarlas con habilidad: presentad los objetos á todos al travez de un lente de aumento, ó diminucion, y de esta manera los guiareis por su voluntad, y sin que lo sientan, hasta el punto deseado.

M. P. de Llano.

DON LUIS DE VELASCO EL SEGUNDO,

CONDE DE SANTIAGO.

PRIMERA EPOCA.

1589.—A proporcion que se aumentan las distancias se exageran tambien las noticias, por esto la revolucion de Guadalajara tanto se desfiguró en Madrid, que se creyó evidentemente ya sublevada y próxima á perderse toda la Nueva-España. El rey desde luego pensó con seriedad en un sustituto para el Marques de Villa Manrique á quien hacian cargo de todos los trastornos ocurridos, y era necesario nombrar una persona de calidad y de muy grandes tamaños. Los mexicanos por otra parte, conociendo y apreciando bastante las bellas circunscias de D. Luis de Velasco, se lo pidieron al rey con reiteradas instancias para virey. Velasco llegado á México siendo virey su padre habia permanecido allí durante algunos años y puede decirse que era ya su patria: habia desempeñado entre otros cargos el de corregidor en Zempoala, seindo actualmente regidor en la corte de la Nueva-España, pues su plaza, aunque la dejó desde la llegada de Villa Manrique, no la habian provisto teniéndola aun por ocupada. Parece que un disgusto con el virey le hizo embarcarse para España en el mismo buque en que Manrique llegó. En la corte se le nombró Embajador á Florencia y vuelto de su mision recibió Felipe la noticia de la revolucion y á ninguno juzgó mas á propósito para calmarla que á Velasco, que conocia bien á los mexicanos cuyas represenciones tuvo tambien el soberano en consideracion y lo nombró en efecto virey, pues sabia ademas su grande amor á México. Antes de partir le entregó unos pliegos para el obispo de Tlaxcala (Puebla) al que nombraba visitador del marques, y le encargó que no desembarcase por Veracruz donde tenia muchos parciales el virey y era de temer que acaeciese algun mal por tal causa, sino que llegara mas bien por Pánuco. Se hallaban en México los hijos de Velasco, que en este época era ya viudo, los cuales eran D. Francisco el mayorazgo, D. Antonio, D. Luis, D. Martin, una hija casada y otras dos religiosas en el convento de Regina Cœli. A estos hijos le previno el rey los enviara á la corte para que se educaran, especialmente al mayorazgo que queria tener á su servicio; y Velasco en efecto los remitió en el año próximo.

En el mes de diciembre llegó D. Luis á Tamiahua y sabedor de que podia sin riesgo desembarcar en el puerto de San Juan de Ulúa, se hizo á la vela para él, y verificó allí su desembarco. Inmediatamente puso en manos de Cristobal de Osorio los pliegos para el obispo de Tlaxcala D. Pedro Romano los cuales le fueron llevados quedando de secretario de la visita el mismo Osorio.

1590.—El dia 17 del mes de enero entró á México el obispo Romano para cumplir su mision y los Marqueses de Villa Manrique salieron para Texcoco: en Acolman encontraron á Velasco que habiendo salido de Ulúa por el nuevo camino de Orizaba, y no por el corriente, hizo su viage hasta Puebla de donde continuó su ruta por la via ordinaria y se detuvo con Zuñiga dos horas, como deciamos, en Acolman llenándose de cumplimientos y ceremonias, vanas y esteriores mas no de corazon en espresion de Torquemada. De allí partieron los Villa Manrinque para Texcoco, y Velasco á Guadalupe, lugar en que se recibia constantemente á los vireyes, en el cual se les preparaban fiestas y al que llegó algo entrada la noche. En ella se le presentó una comision del ayuntamiento quejándose de la audiencia la cual habia acordado, para el ceremonial del dia inmediato, que los Relatores y secretarios presidieran á la ciudad contra una real cédula que prevenia lo opuesto. Esto prueba la grande estima en que eran tenidos en el mismo gobierno absoluto los cuer-

pos municipales, cuando presidian, no solo á los oficiales de las secretarías, sino á los mismos Relatores y secretarios de la audiencia que formaban casi un cuerpo con ella, y la cual puede asegurarse que tenia una autoridad igual sobre poco mas ó menos á la del mismo monarca. D. Luis de Velasco que contemplaba los males á que daria ocasion esta competencia no osó decidirla y suplicó á los comisionados que por bien de la paz cedieran de pronto y por aquella vez para no desazonar su entrada. Regresaron estos á México á dar cuenta al cabildo el cual habiéndolos oido protestó á salvo su derecho y acordó obsequiar los deseos de Velasco.

El 25 de enero en la tarde fué su entrada solemne: abrian la marcha al paseo un piquete de soldados, una música militar; y en seguida, por delante iban los maceros, á continuacion los alguaciles de corte y los de la ciudad peleando la preferencia durante toda la carrera con los caballeros y la gente distinguida, despues la ciudad, luego los relatores y secretarios y la audiencia presidida del virey, quien montaba un caballo rica y bellamente enjaezado y á cuyos lados, teniendo las riendas marchaban á la derecha el corregidor y un alcalde ordinario, y á la izquierda otro alcalde ordinario y el alguacil mayor D. Diego de Velasco. Todo el acompañamiento era cerrado por tropas de infantería y caballería. El recibimiento fué sumamente suntuoso y extraordinario, llenos de júbilo los mexicanos; que veian al virey como paisano, puesto que se habia creado entre ellos y que en México conservaba algunas casas propias y una encomienda eu Jultitlan. La entrada duró hasta la oracion de la noche yendo el virey como los anteriores debajo de palio, cuyas varas llevaban los regidores, lo que el mismo habia otras veces en iguales casos ejecutado.

Los primeros actos de su gobierno le hicieron luego aparecer como un hombre de seso y madurez, le dieron á conocer como al hijo de D. Luis de Velasco el primero. El dia primero de junio mandó por un decreto que se abriesen las fábricas de sayales y paños establecidas por Mendoza, y las cuales se habian interesado los comerciantes españoles en que se mantuvieran cerradas. Sintió, pues, una fuerte y tenaz oposicion; frívolos y especiosos pretestos se le alegaban en contra de su medida: pero él firme, arrollando toda clase de inconvenientes, previno que se impondrian severísimas penas al que de cualquier modo pusiese obstáculo á la ejecucion de su providencia, cuyas penas no las clasifican los historiadores.

En tanto que el virey gobernaba, el rencoroso visitador de Villa-Manrique, y su implacable enemigo, el obispo D. Pedro Romano, con un furor peculiar de un visitador, indigno de su carácter, impropio de un ministro de la religion cuyo yugo es suave y su carga lijera, daba una carga pesado al desgraciado marqués. Con rabia frenética se vengó atrozmente de los resentimientos particulares que tenia y no satisfecho con haberle embargado todos sus bienes, lo hizo aun con aquellos que las leyes libertan en todo súbdito del secuestro, y se dice que hasta la ropa blanca de la marquesa su muger quedó ejecutada. El de Villa-Manrique, se demoró seis años, al cabo de los cuales obtuvo permiso de pasar á España, llevando consigo los huesos de su hija Daña Francisca, que habia muerto durante la visita en la Nueva-España. Los religiosos del órden de San Benito vinieron en este año á México, donde pasado poco tiempo, fundaron un priorato, cuya iglesia fué dedicada á nuestra Señora de Monserrate, y que hoy se conserva en el estado mas deplorable por lo respectivo á la veneracion de la imágen. Antes de darle á los Benedictinos este local servia de recogimiento de mugeres pobres.

1591.—La belicosa nacion de los Chichimecas, de que tenemos ya hecha mencion en otra parte, habia permanecido hostilmente contra los españoles, á cuyo dominio no habia podido reducirse á pesar de los grandes esfuerzos empleados para conseguirlo. Se hallaban aun con las armas en la mano y ocupaban gran porcion de las cercanías de Zacatecas, al poniente de la cual estaban esparcidos llenando un inmenso espacio. Ponian á cada momento en grandes aprietos á los habitantes de aquellos lugares, demasiado poblados por la abundancia y riqueza de las minas: ningun viajero, que eran muchos, y con mucha frecuencia los que iban allí, se encontraba seguro, pues cuando ménos lo esperaba se veia acometido, aunque llevase como era comun, poderosas escoltas. Multitud de presidios, de esforzadas guarniciones se colocaban en sus fronteras; se les declaraban guerras sangrientas, fuertes persecuciones, pero todo era inútil, con todo arrostraban sin ceder jamás un palmo. Enriquez ó Villa-Manrique, que en esto no van acordes los historiadores, trató de reducirlos al órden, ofreciéndoles estar y pasar por las condiciones que se presentaran, con tal que depusieran el carácter hostil que hasta entónces habian con-

servado. Caldera, indio mestizo, gefe de ellos, y que conservaba gran prestigio, tenia prometido al virey que contestaria lugo que oyese el dictámen de los ancianos y de toda la nacion, que convocaria para este efecto por ser asunto de grande entidad. En este año, pues, llegaron á México, y se presentaron al virey los embajadores chichimecas, que en nombre de su nacion, cansada ya de hacer una vana resistencia, proponian al gobierno español deponer las armas bajo la condicion de que se les diera la carne suficiente para abastecer al pueblo y á la tropa. Velasco recibió con suma afabilidad á los embajadores, oyó su mision, les concedió lo que pedian, firmó el tratado y obtuvo de ellos que admitieran en su nacion Tlaxcaltecas que enviaria el mismo virey para que se adiestraran en la vida civil y cristiana. La primera nacion, puede decirse, que se adhirió á las armas españolas en los tiempos de la conquista, fué la Tlaxcalteca, por cuya causa se confiaba mucho en ella el gobierno peninsular, que no dudaba de su fidelidad, y como por otra parte era tambien la nacion que se habia mantenido en paz por mas tiempo, su poblacion por lo mismo era mayor, y estas causas impulsaron á Velasco á proponer mejor que á ningun otro este pueblo para mezclarlo con los Chichimecas. Se escogieron con tal intento cuatrocientas familas, las cuales con algunos religiosos franciscanos que llevaron consigo, se repartieron en cuatro porciones para fundar igual número de colonias: una colocada á la falda de un cerro de oro, semejante al afamado Potosí del Perú, tuvo por esta circunstancia el nombre de San Luis Potosí, la segunda formó á San Miguel Mesquìtic, la tercera á San Andrés y la cuarta á Colotlán: tal es el origen de estas cuatro poblaciones, en las cuales por mucho tiempo se han conservado independientes los Tlaxcaltecas y Chichimecas, sin permitir que la afinidad una á los individuos de una nacion con los de otra, llevándose, sin embargo con armonía, y siguiendo cada una sus respectivos usos y costumbres. Logró Velasco en este año quitar á los indios que pagasen los exhorbitantes derechos que en los tribunales se les exigian por sus defensas, poniendo abogados que se encargaran de ellas pagados por la real hacienda.

La fundacion del convento de religiosos descalzos de San Francisco en Puebla, se verificó en 591, dedicado á Santa Bárbara, y en el que estuvo de novicio, aunque no profesó entónces el Beato Felipe de Jesus.

Los indios Mexicanos y Otomites vagaban dispersos por las serranías, los reyes Carlos I y Felipe II su hijo, habian mandado repetidas veces que se les reuniera para reducirlos á vida civil, sin fruto alguno, hasta que Velasco intentó obsequiar tales determinaciones consultando sin embargo previamente, con los curas y con personas de seso y esperimentadas. El resultado de esta consulta fue opuesto á las congregaciones, se hizo ver al virey que era imposible reunir á los indios sin perjudicarlos, que ellos mismos lo repugnaban, y se le dieron ademas otras poderosas razones, pero Velasco se obstinó juzgando que se le exageraba mucho, á pesar de habérsele hecho ver que su antecesor Moya se habia desistido de semejante proyecto. Intentó, pues, llevarlo á cabo, dió al efecto las órdenes convenientes, y muy pronto halló motivo de arrepentimiento. Envia sus comisarios, ponen en ejecucion estos sus mandatos, y un indio otomit que se encuentra sin asilo, obligado á construírselo de nuevo, léjos del lugar en que vió la luz primera, y cuya tierra le habia alimentado hasta allí, entra desesperado á su infeliz albergue, quita la vida á su mísera consorte, da muerte violenta á sus infortunados hijos, y concluye por privarse á sí mismo de la existencia ahorcándose de un árbol: sabedor de esto el virey, deplora tan fatal desgracia y suspende al momento las disposiciones que tenia dadas respectivas al proyecto de las congregaciones, y da cuenta de todo á la corona. Para que no concluyera el año sin fatalidad, la Mixteca fué asolada por una fuerte epidemia, que en pocos dias se llevó al sepulcro á un sinnúmero de hombres.

1592.—Los recientes hechos que á vista de Velasco acababan de pasar, los abusos sin cuento que todos los dias se cometian en los tribunales, las vejaciones que en ellos se hacian sufrir á los miserables indios, las simpatías de este virey con los hijos de un pais que él mismo podria llamar suyo, todo, todo contribuia á un tiempo á obligarle á socorrer á las clases mas menesterosas de la Nueva-España, á la raza mas abyecta y degradada, á los infelices restos de los vasallos de los monarcas aztecas, y teniendo presente la disposicion acordada en tiempo de su padre, de que en los negocios de los indios, cuya cantidad no excediera de diez pesos, conociera el virey, la renovó y se le vió administrar justicia con rectitud y sin demoras.

Ignoramos si disgustado el monarca con la audiencia de Filipinas, ó por principio de economía, mandó quitarla, encargando, ó mas bien facultando á D. Luis de Velasco para que la

nombrara un visitador. Velasco dió esta comision al Lic. Herber del Corral, ordenándole, como prevenia el soberano, que la visita no se estendiera á mas de ciento veinte dias y las demandas públicas de sesenta. Para gobernador nombró Velasco, facultado tambien como lo estaba, á Gomez Perez de las Mariñas, quien se hallaba en esta época en Xochimilco á donde se le hizo saber el nombramiento recaido en su persona, notificándole al mismo tiempo que debia reconocer por superior inmediato al virey de la Nueva-España en el gobierno político y económico, y en lo judicial, así él como las justicias debian reconocer á la real audiencia de la dicha Nueva-España. De esta cédula se mandó hacer publicacion en Filipinas, en los mismos términos en que se hubo notificado al gobernador, á quien se le previno ademas, que hiciera cuanto ántes su viaje para el lugar de su destino.

1593.—Aunque es cierto que en el gobierno de D. Lorenzo Xuárez de Mendoza, fué erigido en México el tribunal del consulado, su organizacion con todo aun no fué hecha sino en quinientos noventa y tres en que se efectuó.

Velasco, ansiando siempre por el bien de México, solicito de hacerla las mejoras posibles y para procurar un lugar de recreo y distraccion á sus habitantes, formó el hermoso y sorprendente paseo, que mejorado ha llegado á nuestros tiempos, de la Alameda, „que por una semejanza," dice Cavo, „de laberinto que forman los álamos, llaman alameda, en cuyo centro puso (Velasco) una hermosa fuente." En tiempo de Torquemada y de Velancourt, segun sus relaciones, tenia cuatro fuentes y cuatro puertas, hoy le conocemos cuatro puertas grandes de hierro en los ángulos, y á los lados de cada una de estas, dos chicuelas que dan entrada á la gente de á pié, y otras dos grandes tambien y de madera como las chicas á los dos costados que miran al norte y al sur, frente á S. Juan de Dios aquella, y esta frente á la calle del Calvario. Tiene en la actualidad siete fuentes, cuyas tasas son en estremo sencillas y de buen gusto, y la fuente principal que se halla en el centro del paseo, es superior á las demas, y no tiene como ellas un solo surtidor, sino muchos; en los dias nacionales y aun sin serlo en algunos festivos puramente de festividad religiosa, se les ponen á los surtidores algunas figuritas para formar variados y graciosos juegos hidráulicos.

1594.—Angustiado Felipe II por las guerras con que se veía amagado, y destituido de numerario para sostenerlas, recurrió al malhadado cuanto ruinosísimo arbitrio de préstamo forzoso, y con este intento previno por una real cédula á Velasco que impusiera á los indios, sobre los tributos que ya tenian, otro de cuatro reales que diera cada uno por vía de empréstito á su magestad que se hacia responsable al pago: Velasco ejecutó esta disposicion, y juzgando oportuno que se estendiera la cria de aves de Europa en México, determinó que no diesen los indios un peso, sino siete reales y una gallina, que entónces se apreciaba en un real. Esta medida ya se nota que fué dictada con miras muy sanas, pero inmediatamente se abusó de ella en términos de no llenar el objeto que se proponia su autor. Luego que se consideró que habian de ser buscadas por muchos las gallinas, empezaron á encarecerlas sin que los indios se curasen de tenerlas y criarlas por sí mismos; subidas al duplo ó triplo de su valor, resultaban los tributarios gravados en dos ó tres reales mas de como lo estaban antes. Para que se espendieran sin que fueran revendidas á los mismos que las llevaban, y que por otra parte realizara la hacienda pública, ordenó Velasco que se repartieran entre las comunidades religiosas y otras corporaciones y aun personas particulares que no hubieran de hacer tráfico con ellas. No se pudieron por esto cortar los abusos; se refiere de un oidor que tomando ochocientas gallinas, se reservaba doscientas para el consumo de su casa y las restantes por medio de tercera persona las revendia á tres reales, de suerte que sacaba un doscientos por ciento, con lo que tenia asegurada una rentita regular. Gravados en tal disposicion los infelices indios, se dirigieron al virey muchas y muy repetidas ocasiones para que revocara tal providencia, pero inutilmente: con el mismo fin elevaron una representacion celosos eclesiásticos del órden de S. Francisco, uno de ellos el historiador, que era provincial, Torquemada, y sobre la cual se formó un espediente que en apelacion se llevó á la audiencia sin obtenerse resultado favorable.

En este año, del monasterio de la Concepcion, primero que se fundó en México, salieron religiosas á fundar el de la Encarnacion con el mismo hábito.

1595.—Para dar mas estension á la Nueva-España, su virey ordenó colonizar el reino de Quivira, que en atencion á la gran fama que sus riquezas le habian adquirido, se le llamó Nuevo-México. Por gefe de la colonia fué nombrado Juan de Oñate, á quien el virey concedió las mismas exenciones que con igual moti-

vo habia concecido á Francisco Urdiñola; y para llevar á cabo la empresa, de las cajas reales le dió diez mil pesos, seis en calidad de préstamo, y cuatro para los gastos que tuvieran que hacerse. En esto entendia el virey, y aun no firmaba las condiciones ni estendia los despachos, cuando llegó su sucesor, si bien algunos asientan que la espedicion en efecto se suspendió pero que ambos vireyes firmarón los convenios: sea como fuere, Zúñiga pasado algun tiempo los reformó. Velasco, nombrado virey del Perú, sale al encuentro de Zúñiga acompañado de los cabildos eclesiástico y secular y de algunas otras autoridades y personas particulares. Sensible le fué su partida y algunas lágrimas derramó en el camino por su patria como él consideraba á México.

CARLOS M. SAAVEDRA.

NOTICIAS SOBRE EL ARTE DE EJECUTAR LAS TRAGEDIAS

POR

D. CARLOS LATORRE.(1)

La palabra declamacion no es la mas conveniente para significar el arte del cómico; parece que esplica mejor cualquiera otra cosa que la diccion natural: á esta palabra va unida la idea de cierto convenio, que sin duda tiene su origen desde el tiempo en que la tragedia se cantaba, y esto ha bastado para dar una direccion falsa al estudio de los jóvenes.

En efecto, declamar es hablar con énfasis; luego el arte de la declamacion es el arte de hablar como no se habla. Ademas, parece muy singular emplear, para designar un arte, una palabra de la cual nos servimos para hacer su crítica; pero al mismo tiempo seria dificil sustituir otra mas conveniente. Los franceses dicen: „jugar la (escena) tragedia;» pero esto da mas bien la idea de una diversion que de un arte; decir la tragedia me parece una locucion fria que esplica tan solo la decision, sin la accion, „ejecuta la tragedia" es preferible. La razon que tengo para esta preferencia es, que considero al actor tan estrechamente unido al autor, que colocándose el primero en lugar del personage que representa, debe completar el pensamiento del segundo, de quien es intérprete.

En el arte de declamacion, (digo declamacion, porque es preciso servirse de una palabra) no hay maestros. Larive, Lekain, Talma y otros maestros, buenos actores, aunque no tan célebres, no los han tenido: ellos mismos fueron sus verdaderos maestros. Si el jóven que se dedica á este arte tan dificil, no se conoce con las facultades necesarias para pintar las pasiones y los caractéres, todos los consejos del mundo no se las podrán dar: el genio no se aprende. La facultad de crear, nace con uno mismo; pero si el discípulo la posee, los consejos de personas de gusto podrán guiarle entónces; y como en el arte de decir los versos hay una parte hasta cierto punto mecánica, y algunas reglas que observar, las lecciones de un actor de juicio iniciando al jóven de genio en los secretos de su propia esperiencia, podrán evitarle muchos errores, mucho estudio y mucho tiempo.

El conocimiento de la historia es indispensable al actor trágico: por él se familiarizará con los héroes que tiene que retratar en la escena, conocerá los trages que usaban, sus ademanes, sus gestos y todo lo que puede contribuir al complemento de la ilusion. El actor destinado solo á la ejecucion de papeles de una esfera inferior (cómicos) no necesita conocimientos tan exactos, porque sus modelos los encuentra en la sociedad que frecuenta todos los dias, y en cuya línea se halla; es decir, que este tiene ejemplos vivos, cuando el otro los tiene que buscar en crónicas y libros de cuya exactitud

[1] Publicamos este artículo del Sr. Latorre, por la importancia de su objeto, y seria muy útil que nuestros cómicos se curasen de leerlo por lo ménos, que aprovecharia mucho al público.

se puede muchas veces desconfiar. Y en efecto, ¿quién puede asegurar que un jóven sin los conocimientos prévios que este arte reclama, no considere á Aquiles, César, Pelayo, Pizarro, abrumados de bandas, condecoraciones y bordados? Aquiles y Pelayo fueron valientes guerreros; valientes guerreros existen en nuestros dias: retratándolos copiaré á los anteriores: esta podria muy bien ser la reflexion de los jóvenes de que se trata, como ha sido hasta hace muy poco tiempo la de muchos actores que han merecido celebridad hasta en nuestros dias. Evitémos, pues, en cuanto posible sea, semejantes absurdos. Trabajo ha costado en nuestro teatro de Madrid desterrar abusos y rancias costumbres, tan arraigadas como los cimientos del edificio; pero cierto es que desde el año de 1826 se verificaron ciertas reformas con mucho gusto del público y, doloroso es confesarlo, con mucha oposicion por parte de los actores.

La naturalidad en la diccion, ademanes y gesto, está muy recomendada; pero no la naturalidad del actor N., sino la del personage que representa. El actor debe siempre ceñirse al papel y nunca el papel al actor. La naturaleza debe ser el modelo que se proponga imitar siempre el actor, y por consiguiente el objeto constante de sus estudios. Los brillantes colores de la poesía sirven tan solo para dar mas grandeza y magestad á la hermosura de la naturuleza. Sabido es que en la sociedad los séres poseidos de grandes pasiones, sobrecargados de dolores, ó violentamente agitados por grandes intereses políticos, usan, es cierto, un lenjuaje mas elevado, mas ideal; pero este lenguaje es asimismo el de la naturaleza. Es, pues, esta naturaleza noble, animada, engrandecida, pero sencilla al mismo tiempo, el objeto único y constante del estudio del actor; porque es evidente que las espresiones mas sublimes son tambien las mas sencillas.

Muchos creen que la tragedia no es natural, que es un género exagerado; esta idea se ha repetido sin reflexion, se ha propagado y se ha concluido por establecerse como una verdad. Los que ocupados de otros cuidados no han hecho un estudio profundo de las pasiones, juzgan tan lijeramente; y ademas, los autores y actores medianos, que no han concedido á su arte todo el estudio necesario, no han contribuido poco á mantener este error; y ciertamente ni el modo de escribir de los unos, ni el modo de ejecutar las obras dramáticas de los otros ha sido muy á propósito para desvanecer tan falsa idea. Examínese, pues, la mayor parte de los personajes políticos ó apasionados de nuestros grandes poetas: examínese el Edipo de D. Francisco Martinez de la Rosa, y se verá que en sus mejores escenas el lenguaje mas sencillo y natural es la espresion engrandecida, pero exacta, de la naturaleza misma, y que sin el adorno de la poesía, el mismo Edipo no hubiera hablado de otra manera.

Lo mismo sucede con los actores que conservan en nuestra memoria un buen recuerdo. Tan solo por la fiel imitacion de la verdad han conseguido excitar en el ánimo de esta nacion ilustrada una veneracion merecida. De suerte que las obras buenas de nuestros autores, y el talento de nuestros buenos actores, aunque pocos, bastan para probar de una manera incontestable, que la tragedia no está tan léjos de la naturaleza, como se piensa, y que tan solo las medianías han podido dar algun peso á la opinion contraria. La verdad en todos los artes, y principalmente en este, es lo mas mas dificil de conseguir. Un hábil escultor encuentra en un trozo de mármol una hermosa estatua; pero esta facultad no está concedida á todos los escultores: lo mismo sucede á los artistas dramáticos: pocos son los que han pintado exactamente la verdad, muchos los que han quedado en el rango de medianías, y por lo tanto estos últimos, en mayor número, han hecho ley y establecido con el tiempo como solo modelo las falsas imitaciones de su debilidad. Nunca me cansaré de repetirlo; la verdad no es mas que una, y para probarlo me atreveré á hacer una reflexion: un duque y un zapatero, tan opuestos en su lenguaje, se servirán muy á menudo, en las grandes agitaciones de la alma, de las mismas palabras; el uno olvida sus maneras sociales; el otro deja sus formas vulgares; el uno desciende á la naturaleza; el otro sube á ella; los dos se despojan del artificio que los cubre, viniendo á ser tan solo y verdaderamente hombres Los acentos del uno y del otro serán los mismos en el exceso de las mismas pasiones ó dolores.

Supongamos á una madre clavando sus miradas en la cuna vacia de un hijo querido que acaba de perder: sus facciones tendrán el sello de la estupidez; algunas lágrimas surcarán sus megillas; de cuando en cuando algun grito desgarrador, algun suspiro convulsivo saldrá de su boca: en estas señales se conoce á la desgraciada madre, ya sea una duquesa, ó ya una muger del pueblo, francesa ó española; porque la verdad y la naturaleza es una.

Supongamos igualmente á un hombre del pueblo y á un hombre de alto rango, los dos poseidos de un violento acceso de zelos ó de

venganza; estos dos hombres tan distintos por sus costumbres, serán iguales por su frenesí. En su furor ofrecerán la misma espresion; sus miradas, sus facciones, sus gestos, sus actitudes, sus movimientos tomarán igualmente un carácter terrible, grande, solemne, digno del pincel de un pintor y del estudio de un actor; y tal vez el delirio de la pasion inspirará á uno y á otro una de aquellas palabras sublimes dignas de ser escogidas por un poeta.

Los grandes movimientos del alma elevan al hombre á una naturaleza ideal, cualquiera que sea la clase en que la suerte le haya colocado y el pais en que el cielo le haya hecho nacer.

No por eso deben buscarse los modelos de esta naturaleza en las clases humildes de la sociedad, porque es seguro que ni el pintor, el poeta y el actor elegirán para pintar la cólera de Aquiles, al manolo pellizcando sus labios agitados por una risa sardónica y convulsiva, murmurando entre dientes, afectando una tranquilidad engañadora, el por vida de.... preferirán modelos mas nobles y elevados, tratando de prestar á las ficciones de la escena, la perfeccion en cierto modo de la realidad.

Para conseguir este objeto, es necesario que el actor haya recibido de la naturaleza una estraordinaria sensibilidad y una profunda inteligencia. Porque, en efecto, la impresion que los actores producen en la escena, no es sino el resultado de la union de estas dos facultades esenciales. Segun mi opinion, la sensibilidad no es tan solo esta facultad que tiene el actor de conmoverse fácilmente, de agitarse hasta el punto de dar á sus facciones, y sobre todo, á su voz, la espresion y el acento del dolor que despiertan la simpatía del corazon, y provocan las lágrimas de los que lo escuchan: entiendo ademas el efecto que produce, y tiene su orígen en la imaginacion; pero no en una imaginacion que consista en recordar objetos que se parezcan á los presentes; no, esto es tan solo memoria: quiero una imaginacion creadora, activa, poderosa, que reuna en un solo objeto ficticio las cualidades de nuestros objetos reales: una imaginacion que asocie el actor á las inspiraciones del poeta; que le transporte á los tiempos que pasaron; que le haga asistir á la vida de personages históricos, ó á la de seres apasionados creados por el genio; que le muestre como por magia su fisonomía, su estatura heroica, su lenguaje, sus costumbres, todos los matices de su carácter, todos los movimientos de su alma, y hasta sus singularidades. Llamo tambien sensibilidad esta facultad de exaltacion que agita al actor, que se apodera de sus sentidos, conmueve hasta su alma, y le coloca en las situaciones mas trágicas, en las posiciones mas terribles, como si fueran las suyas propias.

La inteligencia sigue á la sensibilidad, y obra despues; juzga las impresiones que la sensibilidad nos causa; las escoge, las ordena y las somete á su cálculo. Si la sensibilidad suministra los objetos, la inteligencia los pone en obra. Nos ayuda á dirigir el empleo de nuestras fuerzas físicas é intelectuales; á juzgar la semejanza y union que existe entre las palabras del poeta y la situacion ó el carácter de los personages; á añadir á veces los matices que les faltan, ó que los versos no han podido esplicar, y á completar por fin su espresion con el gesto y la fisonomía.

El actor capaz de lo que acabamos de decir, ha debido recibir de la naturaleza una organizacion particular, pues la sensibilidad, esta propiedad de nuestro ser, todos la poseemos en mayor ó menor grado de intensidad. Pero en el hombre destinado á pintar las pasiones en sus mayores excesos, á reproducir todas sus violencias, y patentizar todo su delirio, esta sensibilidad debe tener una fuerza mucho mas enérgica, y como todas nuestras emociones tienen una relacion tan íntima con nuestros nervios, es necesario que el sistema nervioso del actor sea tan movible y fácil de impresionarse, que se conmueva á las inspiraciones del poeta, tan facilmente como el arpa cuando el viento la acaricia. De otro modo sucederá lo que en varias ocasiones se ha visto. Muchos jóvenes en sus primeras representaciones han tenido un éxito brillante, en cierto modo merecido, y sin embargo, no han correspondido despues á las esperanzas que hicieron concebir en el principio de su carrera. Esto puede consistir en que la emocion insuperable de su primera representacion al público, puso sus nervios en un estado de susceptibilidad y agitacion muy á propósito, para colocarle fácilmente en la situacion mas apasionada; pero despues, familiarizados con el público, y libres ya de aquella emocion penosa, pero saludable, quedaron en el rango de las medianías.

Vemos á menudo personas que tienen que recurrir á bebidas espirituosas para adquirir el grado de valor que necesitan para concluir tal ó cual accion. Esto consiste en que su naturaleza, tímida ó perezosa, estimulada por este medio, adquiere una exaltacion falsa que puede suplir por algunos momentos á la verdadera exaltacion del alma. ¿No vemos todos los dias, aun entre los convidados mas sóbrios y frugales, mas locuacidad y viveza despues del

festin á que han asistido, que ántes de darle principio? Convengamos, pues, entónces, que esto consiste en la conmocion nerviosa, producida por los placeres de la mesa. Por lo tanto, si el actor no está dotado de una sensibilidad, á lo ménos igual á la de sus mas sensibles oyentes, nunca podrá conmoverlos sino débilmente: por el exceso de esta cualidad conseguirá producir profundas impresiones, y agitar el alma mas fria. ¿La fuerza que suspende no debe ser mayor que la que se pretende elevar? Entónces esta facultad en el actor debe ser, no mayor ni mas fuerte que en el poeta que ha concebido los movimientos del alma, y reproducídolos en el teatro; pero sí mas viva, mas rápida y mas poderosa en sus órganos. El poeta y el pintor pueden esperar para escribir ó pintar el momento de la inspiracion; pero el actor la debe tener á su mando y voluntad, para que sea mas pronta y viva, y entónces la sensibilidad tiene que ser superabundante. Ademas, es preciso que su inteligencia esté siempre en vela, obrando de concierto con la sensibilidad, para coordinar los movimientos y los efectos, pues no puede borrar como el pintor ó el poeta lo que una vez haya hecho.

Sin la sensibilidad y la inteligencia no hay actor: de la naturaleza ha de recibir sus principales dotes, como la figura, la voz, la sensibilidad, el juicio y la pureza; y el estudio de los maestros, la práctica del teatro, el trabajo y la reflexion pueden perfeccionar los dichos dotes.

De dos personas destinadas al teatro, una dotada de la sensibilidad que queda definida arriba, y la otra de una profunda inteligencia, preferiré sin duda la primera. Cometerá errores, pero su sensibilidad le inspirará aquellos movimientos sublimes que conmueven al espectador y llenan su corazon de éxtasis y arrobamiento; miéntras que la inteligencia hará á la otra friamente prudente y metódica. La primera sobrepujará nuestra idea; la segunda no hará mas que contemplarla: el actor inspirado conmoverá nuestra alma: el actor inteligente no satisfará mas que nuestro talento, dejándole bastante imperio para juzgarle; miéntras que el otro, asociándonos á las emociones que ha sentido, no nos deja siquiera esa facultad: sus inspiraciones suplirian á la inteligencia, pero las combinaciones no suplirán nunca, sino débilmente, á los efectos de la inspiracion. El actor que posea estas dos cualidades, será perfecto. En sus estudios ensayará su alma en el sentimiento de las emociones, su voz en los acentos propios de la situacion que tiene que pintar. Va al teatro no solo á ejecutar estos ensayos, sino á entregarse á todos los ímpetus espontáneos que su sensibilidad le sugiere.

Entónces, para que sus inspiraciones no se pierdan, recurre á su memoria, recuerda sus entonaciones, los acentos de su voz, la espresion de su fisonomía, el grado de abandono á que se ha entregado, en fin, todo lo que en un momento de exaltacion ha podido contribuir á producir el efecto. Su inteligencia luego somete á su revision todos estos medios, los analiza, los fija en su memoria y los conserva para reproducirlos en las siguientes representaciones. Tan fugitivas son estas impresiones, que convendria á menudo repetir, al volver al bastidor, la escena que se acaba de ejecutar, mas bien que la que sigue. Con este método de trabajo la inteligencia reune y puede conservar todo lo que la sublimidad ha inspirado al actor, y solo así podrá este al cabo de mucho tiempo, (porque se necesita mucho) ofrecer al público obras, con corta diferencia, perfectamente ejecutadas en todas sus partes. Este ha sido el camino seguido por los grandes actores, y este deberá ser el que sigan los jóvenes que se dediquen al teatro.

La sensibilidad y la inteligencia son, pues, las dos principales facultades necesarias al actor. Necesita, ademas de la memoria, que es su indispensable instrumento, una figura y unas facciones adecuadas á los papeles que esté destinado á representar: necesita una voz fuerte y poderosa, pero de fácil modulacion. Escuso decir que una buena educacion, el convencimiento de las costumbres de los pueblos, el carácter particular de los personages históricos y el dibujo pueden ayudar y fortificar los dones de la naturaleza.

Queda dicho mas arriba, que el actor que se dedica á la comedia, tendrá menores estudios que hacer. Sin tratar de probar cual es mas dificil de ejecutar, si la tragedia ó la comedia, diré, que para llegar á la perfeccion en el uno ó en el otro género, se necesita poseer las mismas facultades morales y fisicas; solo que en el actor trágico deben ser mas poderosas. La sensibilidad y la exaltacion en el actor cómico, no necesitan la misma energía, porque la imaginacion tiene ménos que trabajar, porque los objetos que representa, los ve todos los dias, porque participa de algun modo de la vida de los originales que retrata, y porque, con corta diferencia, sus facciones están reducidas á pintar caprichos ó ridiculeces; pasiones tomadas en una esfera, que es tal vez la misma del actor, y por consiguiente mas moderadas, que las que pertenecen al dominio de la tragedia.

Es, digámoslo así, la propia naturaleza del actor que habla y obra en sus imitaciones, miéntras que el actor trágico necesita salir del círculo en que vive para elevarse á la altura en que el génio del poeta ha colocado y revestido con formas ideales los seres concebidos en su idea, ó que la historia le suministra engrandecidos ya por ella, y por la larga distancia del tiempo. Necesita, pues, conservar á estos seres ó personages en sus grados y proporciones, pero al mismo tiempo someter su lenguaje elevado á un acento natural, á una espresion sencilla y verdadera, y esta union de nobleza sin hinchazon, de verdad sin trivialidad, es el mas peligroso escollo del actor trágico.

Se me dirá que un actor trágico tiene mas libertad y latitud en la eleccion de medios para ofrecer al juicio del público caractéres cuyo tipo no existe en la sociedad, miéntras que el público puede juzgar fácilmente si la copia que el actor cómico le presenta, es conforme al original que á menudo tiene á su vista: responderé que en todo tiempo ha habido pasiones; la sociedad puede debilitar su energía, mas no por eso dejar de existir en el alma, y cada espectador puede juzgar muy bien por sí mismo. La parte ilustrada del público es la que forma la opinion, y hace la representacion del actor; y como á esta parte ilustrada le es familiar la historia, puede juzgar con acierto si es fiel la imitacion de los caractéres históricos que el actor le presenta. La movilidad en las pasiones, la espresion de la fisonomía debe ser mas visible y pronunciada, la voz mas llena, mas sonora, mas acentuada en el actor trágico, que necesita emplear combinaciones, y una fuerza mas que comun para ejecutar los papeles en que el autor ha reunido, en un círculo estrecho, en el espacio de dos horas, todos los movimientos, todas las sensaciones que pueden agitar á un ser apasionado en el largo trecho de su vida. No por esto diré que no son necesarias las mismas cualidades, aunque de un órden inferior, al actor trágico, como al actor cómico, y que el uno y el otro deben iniciarse en los misterios de la pasion, en sus inclinaciones, debilidades y caprichos. Pero cierto es que cuantos actores cómicos han intentado calzarse el coturno y subir á la altura de la tragedia, han sufrido un triste desengaño: miéntras que el actor trágico, que ha querido descender y ensayarse en la comedia, ha añadido siempre una hoja de laurel á su corona.

Considerando cuantas cualidades debe tener el actor trágico, cuantos dones debe recibir de la naturaleza, no podemos estrañar la escasez de buenos actores. De los que se dediquen á esta larga y espinosa carrera, uno tiene talento, y su alma es de hielo; el que tiene sensibilidad no tiene inteligencia; el que posee estas dos cualidades, es en grado tan débil, que es como si no las poseyera; ó las vicia y adultera por la perniciosa manía de imitar á algun actor contemporáneo, que, muchas veces sin razon, oye aplaudir en el teatro. Digo perniciosa manía, porque este defecto de imitacion es muy difícil de corregir despues, porque tal movimiento, tal gesto ó tal mirada natural en un actor, es falso y malo en otro; por esto Shakespeare en el tercer acto de su Hamlet, le hace decir entre los consejos que da á los actores que han venido á su palacio á distraerle: „No lo olvideis nunca; observar y copiar á la naturaleza es vuestro único deber; el arte no es mas que su espejo. Llenareis de alegría á un patio necio, ultrajando la verdad; este triunfo es muy fácil; pero afligireis al hombre juicioso, cuya aprobacion es preferible á la de un patio entero. Me acuerdo haber visto algunos actores aplaudidos con entusiasmo, y ni en su porte, ni en su voz, ni en su gesto tenian nada de un cristiano, de un pagano ni de un hombre. Al verlos en el teatro agitarse y rugir descabelladamente, no los podia creer formados por la naturaleza; me parecian mas bien la obra de un torpe aprendiz; tan mal imitaban al hombre." En este defecto incurrirá el jóven actor que tenga, vuelvo á repetirlo, tan perniciosa manía. Se asocia á las inspiraciones de otro, su espresion será débil, incierta, sin color: hablará alto, bajo, con viveza y con lentitud; tan pronto de un modo como de otro, y siempre á la ventura; su voz aunque sonora, quedará seca y árida, sin espresion para pintar las pasiones, porque el corazon no las ha sentido, y solo obra por imitacion; llorará y no hará llorar; se conmoverá y no conmoverá á nadie.

El actor tiene que consagrar un gran cuidado al conocimiento de su voz, debe estudiarla como un instrumento, domar su dureza, ó enriquecerla con los acentos de la pasion, y hacerla obediente y pronta á las mas delicadas inflexiones del sentimiento. Conocer sus cualidades y sus defectos, pasar ligeramente sobre sus cuerdas ingratas, y hacer solo vibrar las armoniosas; porque tal es el poder de una voz sensible concedida por la naturaleza, ó adquirida por el arte, que puede conmover hasta los estrangeros que no comprenden el idioma.

La juventud cree á menudo salvar las dificultades del arte, entregándose á movientos vio-

lentos y esfuerzos con la voz; pero tengan presente que la monotonía en el uso de la fuerza de la voz es insoportable, que es necesario hablar la tragedia y no gritarla; que una esplosion continua cansa sin conmover; que el empleo de esta esplosion debe ser raro é inesperado, y que de otro modo lo que se consiga será fastidiar al espectador, con los continuos gritos del actor; que se olvidará al personage y á sus desgracias, para acordarse tan solo del cansancio del artista: por lo tanto es preciso ocultar siempre al público el último término de los esfuerzos del actor, aparentando hasta en las escenas mas violentas todo el poder de sus facultades. Cuidará de que la respiracion no sea muy fuerte ni prolongada, porque el tomar aliento es una especie de descanso, una suspension, que, aunque lijera, enfria el movimiento y destruye necesariamente su efecto, porque parece que el alma participa de esta suspension ó descanso. Para evitar esto, para evitar sobre todo cierto quegido, cierto estertor insufrible que algunos actores tienen en el teatro, la esperiencia ha suministrado un medio que debe practicarse; el actor debe tomar respiracion ántes que su pulmon esté enteramente vacío, y que la necesidad ó el cansancio le obliguen á aspirar una gran cantidad de aire á la vez. Es preciso que aspire poco y á menudo, y sobre todo, ántes que se agote. Una ligera respiracion basta si es frecuente: pero en este caso cuide mucho el que no sea notada, porque si no, los versos parecerán cortados, la diccion será falsa, penosa é incoherente. Delante de las vocales y principalmente de la *á*, de la *ó* y de la *é*, es cuando se puede ocultar al espectador el artificio. Confieso que se necesita mucha costumbre y ejercicio para familiarizarse con esta operacion mecánica. Ademas, la frecuencia de estas respiraciones depende de la mayor ó menor fuerza de cada individuo.

Los actores que no han sabido emplear este medio, para conservar su voz en un grado de fuerza suficiente, han recurrido á otro que les ha hecho caer en un lazo mas peligroso: han querido suplir con el acento del llanto y con una aparente opresion del corazon, que parece justificar hasta cierto punto las frecuentes y fuertes respiraciones, la falta que de otro modo no podian corregir, sin reparar que por este procedimiento prestaban á su diccion un tono plañidor, un acento llorón, que á menudo destruye la intencion del poeta, y que acaba por ser insufrible. Las lágrimas no deben prodigarse porque su efecto se destruye: empleándolas con economía y juicio, conmueven, teniendo cuidado de servirse en este caso de las cuerdas medias de la voz, y nunca de las altas, porque el llanto, elevando la voz deja de enternecer, y sus tonos agudos, comunes y poco comunicativos. En un tono medio es en el que las lágrimas son nobles, tiernas y profundas, y cuando la voz encuentra con facilidad acentos poéticos y dolorosos, que van derecho al corazon y hacen llorar al espectador.

He dicho que las lágrimas deben emplearse con economía y juicio: la razon que para esto tengo es, que puede haber situacion dolorosa en que las lágrimas sean nocivas. En las grandes desgracias, en las situaciones mas solemnemente dolorosas del alma, nuestros ojos se secan, ninguna lágrima los humedece, parece que todas caen sobre nuestro corazon; nuestra voz alterada, cubierta con un velo, solo pronuncia palabras abogadas, penosas, siniestras, mal articuladas, y nuestras miradas son estúpidas. ¡Admirable artificio hallado en la naturaleza, v mas á propósito para conmover que las lágrimas mismas! ¡Cuántas veces hemos aconsejado el llanto á una persona violentamente agitada! ¡Cuántas veces nos hemos alegrado al verla prorrumpir en él! ¿Y por qué? Porque es cierto que el llanto desahoga y presta consuelo; y por lo tanto, deberá excitar mucho mas nuestra compasion la vista de otra persona, que en el exceso tétrico y profundo de su desesperacion, no tenga voz para esplicar sus padecimientos, ni lágrimas para aliviarlos.

La misma justa economía se recomienda en los ademanes y gestos, ó mas bien dicho, en la accion: esta parte del arte se considera como esencial, porque la accion es en cierto modo un lenguaje; la profusion de ésta destruye la nobleza del personage, es preciso que sea natural, no el producto de un esfuerzo estudiado, sino el sencillo resultado de la costumbre. No se necesita crecer ni hinchar la voz para dar una órden; sabido es que el poderoso no emplea esfuerzos para hacerse obedecer; en su clase todas sus palabras tienen peso, todos sus movimientos autoridad. La inteligencia debe reglar el movimiento rápido ó lento de la diccion, segun la situacion, ó cortarlo con pausas estudiadas. Hay circunstancias en que el hombre necesita recojerse, digámoslo así, antes de confiar á la palabra lo que siente su alma, ó lo que su pensamiento le sugiere. Es necesario que el actor, en este caso, aparente meditar antes de hablar; que por medio de pausas, parezca tomarse tiempo para arreglar en su imaginacion lo que va á decir; pero es

preciso que miéntras tanto, su fisonomía supla en estas suspensiones de la palabra; que su actitud, sus facciones indiquen que en aquellos momentos de silencio, su alma está fuertemente ocupada; de lo contrario estos intervalos en la diccion serian rasgos frios y sin color, atribuidos mas bien á una distraccion de la memoria, que á una operacion del pensamiento. Hay ademas situaciones tan violentas que se descubren por una accion ó movimiento, sin espresar la lenta combinacion de las palabras, y se ven precedidas por el gesto, la mirada ó la accion. Este medio aumenta singularmente la espresion, porque descubre una alma tan bien penetrada del sentimiento, como impaciente de manifestarse, y que para ello elije los medios mas prontos. Estos artificios constituyen lo que llamamos accion muda, parte esencial del arte y muy dificil de conseguir y de adecuar; por ella el actor imprime á su diccion verdad y naturalidad, dejando todo recuerdo de que sea una cosa estudiada y repetida. Otras situaciones hay sin embargo en las que el personage arrastrado por la violencia del sentimiento halla inmediatamente todas las palabras que necesita. Entónces su diccion tiene que ser rápida, porque las palabras llegan á sus lábios con la misma prontitud que las ideas á su pensamiento y la emocion á su alma.

Fáltame hacer una observacion que puede ser de algun provecho. El actor no está solo destinado á ejecutar papeles análogos á su carrera. En ella se hallará á menudo precisado á retratar pasiones cuyo tipo no esté en su naturaleza. Pero como entre las pasiones desordenadas que degradan al hombre, existe siempre algun punto de semejanza con las vivas y puras que le elevan y engrandecen, puede entónces juzgar por analogía. Una noble emulacion le dará á conocer la envidia. El justo resentimiento de una ofensa le mostrará desde léjos el aborrecimiento y la venganza, la prudencia y cautela, el disimulo y la astucia; los deseos, los tormentos y los inquietos zelos en el amor, hacen concebir todo su frenesí y todos sus crímenes. Por medio de estas combinaciones y semejanzas, que son el resultado de un trabajo rápido de la sensibilidad unida á la inteligencia, trabajo necesario al poeta y al actor, se logran juntar, aun sin conocerlas, las negras inclinaciones, las culpables pasiones de almas corrompidas y viciosas.

A los grandes actores y maestros que me han suministrado las ideas que quedan estampadas, bien que sin órden ni ilacion, soy deudor de algunos aplausos tal vez merecidos; confieso que las mas imperfectas son sin dificultad las que á mí me han ocurrido. Pero si merecen una indulgente acogida, y mis ocupaciones me lo permiten, yo prometo consagrar todos los ratos de ocio á la esplotacion de la rica mina de reflexiones que Lekaín, M.[me] Clairon, Talma y otros han dejado para gloria y acierto de los jóvenes que se dediquen á la dificil y penosa carrera del teatro.—Carlos Latorre.

ILUSION PERDIDA.

Yo la vi meditabunda
Bajo el árbol funeral,
Cuando el sol en occidente
Se habia perdido ya.
  Yo vi de sus negros ojos
El misterioso brillar,
Y de sus lábios rosados
La sonrisa virginal.
  Mensagero de la noche
El vientecillo fugaz,
Entre los pliegues vagaba
De su cándido cendal.
  Parecia de la luna
A la corta claridad,
El ángel que del sepulcro
Preside la dulce paz.

Infeliz! tras las áridas montañas
Hundirse vió del sol la llama ardiente;
Del sol que de otro dia desde oriente
Cadaver la miró.
  Quedaron turbios sus brillantes ojos,
Secas las rosas de su tez lozana,
Y de sus lábios la risueña grana
Tambien se marchitó.
  Destello del Señor Omnipotente,
Fogosa su alma y entusiasta era;
Su corazon abrasadora hoguera
De fuego celestial.
  Sedienta de gozar buscó la dicha,
La copa del amor apuró luego,
Y el amor en los ánimos de fuego
Es veneno fatal.

  Resignacion esa es
Nuestra mísera fortuna,
Lágrimas desde la cuna
Que acibaran la niñez.
  Llegada la juventud
Soñar en fantasmas bellos,
Y al avanzar hácia ellos
Hundirse en el ataud.

Puebla abril 15 de 1843.

Manuel M. de Zamacona.

DON GASPAR DE ZUÑIGA ACEBEDO,

CONDE DE MONTEREY.

1595.—Electo Velasco el segundo, virey del Perú, se le nombró por sucesor en la Nueva-España á D. Gaspar de Zúñiga y Acebedo. Llegó de España una flota que desembarcó en el puerto de S. Juan de Ulúa, el diez y ocho de septiembre de 595, y en ella venia el nuevo virey. Inmediatamente que en México se tuvo noticia de su arribo, salió Velasco á recibirle. Pasó Zúñiga por las ciudades de Tlaxcala, Puebla, Cholula, Huexotzingo, y en todas ellas recibió grandes felicitaciones, deteniéndose en cada una por causa de las fiestas que le hacian. Luego á su entrada á Acolman, encontró á Velasco con quien se detuvo apenas un dia, continuando al siguiente su viage. Era costumbre que salieran de México á recibir á los vireyes hasta Tlaxcala los prelados de las órdenes regulares, y á Zúñiga le recibieron mas adelante, en Quamantla (Guamantla).

En la Guadalupe recibió la ciudad y autoridades de la corte vireinal á D. Gaspar, celebrando algunas funciones públicas que le tenian de antemano dispuestas. Pasados allí algunos dias, y al cabo de cerca de dos meses de haber desembarcado, el 5 de noviembre entró á México su nuevo virey.

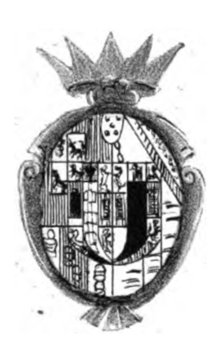
La primera nota con que se marcó la conducta de Zúñiga, fué la de apático á causa de que no se movia en cosa alguna. El padre Cavo y Torquemada le disculpan con su prudencia, la cual le hacia no dar paso sin tener antes conocimiento de las personas, y pudo en efecto muy bien ser así.

Lloraban los indios en tiempo de Velasco por los tributos á que los habia sujetado, como llevamos dicho, entre otros el de una gallina, el que consiguieron se los quitara D. Gaspar y que les disminuyera los demas.

1596.—A consecuencia de la pérdida del Galeon Sta. Ana, y por órden del rey se hallaba en espedicion, y á la cabeza de ella sobre Californias, el general Sebastian Vizcaino, con la esperanza además de adquirir riquezas, que segun la fama, habia muchas en aquellas costas, especialmente en perlas; el virey, á quien Vizcaino pidió auxilio, logró reunirle en México mucha gente, la cual se hizo á la vela en tres navíos en el año de 596, por el puerto de Acapulco. La colonia anduvo vagando por algun tiempo sin haberse podido establecer á causa de la esterilidad de los terrenos, hasta que al fin intentaron fijarse en el puerto de la Paz, del cual salieron bien pronto encontrándose ya faltos de recursos y víveres de toda especie.

Juzgando á propósito Zúñiga para el engrandecimiento del vireinato el poblar al Nuevo-México, examinó el tratado que con Oñate tenia convenido Velasco, y habiéndole hecho las variaciones que consideró oportunas, trató de hacerle llevar al cabo, y á este efecto, y para grangear al mismo Oñate, encargó á su sobrino el capitan Vicente Saldívar que reclutara gente. Saldívar se apresuró á cumplir su comision, y á este propósito, despues de haber pasado á dar las gracias al virey acompañado de sus parientes y criados, volvió á la plaza principal, y allí, elevando un estandarte, llamó en nombre del rey á los que quisieran alistarse, espresando las condiciones á que se debian sujetar; y multitud de hombres casados se le presentaron en poco tiempo. El virey para recompensar la actividad y diligencia de Saldívar, le confió la empresa y le ordenó que partiese cuanto antes, como lo verificó en el mismo año.

1597.—Se esperaba el virey un pronto y feliz resultado de la espedicion, y á cada momento le parecia tener una buena nueva; mas á principios de este año, poco tiempo despues de salida la colonia, recibió un correo de su ge-



D. GASPAR DE ZUÑIGA Y AZEVEDO.
9.º Virey de la N.ª E.ª

fe, que le participaba hallarse detenidos en Taxco, es decir, á doscientas leguas de México, á causa de ciertas desavenencias ocurridas entre los mismos colonos, quienes alegaban que se habia faltado á las condiciones que les fueron estipuladas al engancharlos. Esto causó algun trastorno, y aun se llegaron algunos á revelar contra Saldívar, que se vió obligado á detenerse no pudiendo estrecharlos á pasar adelante. El virey envió luego á D. Lope de Ulloa, para que alentara la empresa y calmara las disenciones, y sin pérdida de tiempo lo efectuó D. Lope, haciendo cesar la discordia sin haber hecho uso de la facultad que le habia sido dada de castigar á los disidentes. La espedicion continuó su viage, y sin resistencia de parte de los naturales logró entrar á Nuevo-México, de donde se volvieron muchos, descontentos de no hallar los tesoros que les prometian, y desacreditando aquellos terrenos. Saldívar á virtud de esto, pidió al virey nueva gente de guerra para poblar.

1598.—No sabemos si fundadamente, el padre Cavo sospecha que en este año mandó Zúñiga reunir en poblaciones á los mexicanos y otomites que andaban dispersos. Ya Velasco, y antes de él el arzobispo Moya, siendo virey, lo habian procurado inútilmente, porque el proyecto era perjudicial á los indios, que reunidos sufrian toda suerte de vejaciones estando á la mano para cualquier gravámen á que se les quisiera sujetar, por lo que no habian llevado al cabo sus disposiciones estos dos vireyes. Felipe II, sin embargo, repetidas veces ordenó á Zuñiga que lo pusiera en práctica, instigado por algunos españoles ricos que tendian á quedarse con sus heredades, y tambien por los cobradores de los impuestos que decian les era imposible hacerlo miéntras no los tuvieran reunidos, y se pretestaba ademas que quedarian reducidos á vida civil, y no salvage, como tenian en el estado en que se hallaban; todo lo cual movió al rey y no dejó de alentar á su representante, que no penetraban las siniestras miras de *tan celosos amantes de la sociedad*.

El conde de Monterey nombró, pues, cien comisarios encargados de reunir las congregaciones, procurando hacerlo de manera que no perjudicaran los intereses de los indios, y colocándolos en los mejores lugares y los mas á propósito, y para esto debian intervenir los curas y los justicias respectivos, quienes habian de certificar de la conducta de los comisarios. En nada ménos se pensó que en dar cumplimiento á las instrucciones del virey; los curas y justicias juraron, por el dinero que recibieron de los comisarios, al contento de estos, sin embargo de que los infelices y míseros indios habian sido bien molestados por ellos. El virey, á cuyos oidos llegó que contra su prevencion y á su pesar se les quitaban á los indios las sementeras para enagenarlas, publicó un bando á fin de atacar este abuso é impedir todos los males que le fuera posible evitar sobreviniesen á los indios, y aunque algunos avaros le hicieron ver que retirados en congregaciones no podrian cuidar sus tierras estando separados de ellas, y á pesar de que por este mismo estilo se le representó bastante, se mantuvo con todo inexorable y llevó al cabo su última disposicion con toda energía.

1599.—A principios de este año se recibió en México la noticia de la muerte de Felipe II, acaecida en 13 de septiembre último, y se mandó guardar luto en todo el vireinato, disponiéndose ademas la jura de Felipe III, cuya coronacion habia ya verificádose; lo que se hizo con gran pompa, con corridas de toros y otros espectáculos.

Tenia mandado Felipe II que se mudase Veracruz, llamada hoy la antigua, por los muchos obstáculos que se presentaban al desembarco. Los buques no podian arribar hasta ella, era su clima en estremo insano, muy molesto tambien para el transporte de efectos desde Ulúa hasta los almacenes, por lo cual, y por obsequiar la órden del rey, Zúñiga hizo fundar la Veracruz que hoy conocemos y por cierto que no muy salubre, aunque sí ménos dañosa por ser ménos húmeda. Como de los comisarios encargados de las congregaciones de indios mexicanos y otomites habia desconfiado fundadamente el virey, nombró otros nuevos cien comisarios, dando á cada uno mil pesos y doscientos escribanos con quinientos pesos tambien cada uno, proveyendo algunas cosas para evitar fraudes; pero no pudo conseguirlo porque las maldades de estos nuevos comisarios excedieron con mucho á las cometidas por los otros, entre quienes habia algunos que se portaron con toda honradez.

1600—Comenzó el siglo XVII con las maldades de los comisarios, que habian demorado el negocio de las congregaciones causa de infinitas violencias y arbitrariedades cometidas contra los indios. En la estacion mas cruel en México, en el tiempo de aguas, los hacian abandonar sus hogares y esperimentaban por consiguiente el rigor del temporal sin tener donde guarecerse de la intemperie. Sus miserables chozas se les incendiaron, se les tala-

ron sus campos hasta el estremo de no dejarles el abrigo siquiera de un árbol á cuya sombra pudieran arrimarse, porque todos fueron quemados, lo que dió márgen á infinidad de suicidios, ó á que huyeran á los bosques para encontrar en la soledad el asilo y proteccion que la sociedad les negaba, y hacer vida comun con las fieras para huir de los hombres. Debe tenerse en consideracion que los indios se mostraban muchas veces sumisos, y á pesar de ello se les maltrataba, ya con palabras, ya con hechos que era lo mas frecuente. Llegó á tal grado la disolucion en esto de los comisarios, que aun molestaron los pueblos pacíficos y ordenados, contra las instrucciones del conde de Monterey. Trataron de nivelar las calles, y para egecutarlo derrivaban sin prometer siquiera indemnizacion, los edificios que impedian la vista. Se cemetieron en fin, atentados inauditos que motivaron el odio implacable que de entonces á acá declararon los indios á los españoles, y á que dió ocasion el virey, á quien juzgamos causa inocente por persuadírnoslo asi, la opinion de los historiadores muy marcada en su favor. Los mexicanos y otomites desde esta época quedaron arruinados y el resultado que se esperaba no se logró al fin: los indios se escaseaban y los vecinos de la Nueva-España que nunca aprobaron la medida de las congregaciones, pidieron á Felipe III que la revocara puesto que surtia los efectos contrarios á los que se habian propuesto sus autores, y que no se conseguia la civilizacion de los indios.

En este año el 12 de septiembre se verificó la fundacion del monasterio de Santa Inés, cuyas monjas que habian permanecido en el vergel de la Concepcion, pasaron á su actual convento en número de treinta y tres capellanas, nombradas en caso de vacante por su patron Velazquez de la Cadena, secretario entonces del virey.

1601.—Cansados los indios acaxees de Topin de trabajar en las minas, lo que siempre habian repugnado, molestados bastante por los españoles, formaron un dia contra estos una conspiracion dándoles muerte á todos los que pudieron haber á las manos, y remontándose en seguida á los buques temiendo como era natural que muy luego serian acometidos. Así fué, en efecto, pues á poco tiempo se puso sobre ellos el gobernador de Durango con cuya fuerza tuvieron algunas ligeras escaramuzas. No fué tan veloz el gobernador de Durango que no diera lugar al celo y actvidad del obispo de Guadalajara D. Ildefonso de la Mota de llegar tambien en poco tiempo, y poder acercarse á los acaxees á quienes habló con palabras religiosas, exhortándolos á la obediencia y sumision, y al pedido de estos, en señal de que el obispo se comprometia á hacer que no se les volveria á molestar, les envió su mitra y anillo. Separado de ellos, y vuelto el obispo al campamento del gobernador, mientras ambos conferenciaban una partida de las tropas de este último se disponia á atacar á los acaxees, y estos colocaron en alto y al frente de su campo la mitra, la cual vista por los soldados sus adversarios fué reverenciada y doblando en su presencia la rodilla deponiendo las armas los españoles, ambos partidos entraron en convenios y cesaron las disensiones. El obispo en tanto por su parte habia reconciliado con el gobernador á los indios, que le habian propuesto dejara las armas bajo ciertas condiciones, las cuales les fueron otorgadas; y de esta manera, tan digno prelado logró con su mision de paz lo que en vano habria intentado conseguir el gobernador á quien recomendó muy particularmente los indios, y en seguida reencargándolos á los jesuitas, que tenian allí establecidas varias misiones, se volvió á su diócesis á dar cumplimiento á su ministerio.

Desde este año quedó en México impuesta la sisa y en lo sucesivo se nombraba, en la renovacion de ayuntamiento el primero de enero, un obrero mayor de sisa.

1602—Desde el vireinato de Enriquez se habian establecido los repartimientos de indios; mas como eran notoriamente perjudiciales y atentatorios á su libertad, el rey, á consecuencia de repetidas representaciones que se le habian hecho para que los quitara, ordenó al conde de Monterey que lo hiciera, y lo hizo en efecto en 602. Zúñiga, sin embargo, que no le parecia bien dejar á los indios tan libres para alquilarse ó no á su voluntad, queriendo tenerlos ocupados, dispuso que se reunieran todos los domingos en las plazas públicas, y que allí se ajustaran á jornal. Con intencion de evitar los fraudes que podrian cometerse, el mismo virey asistia personalmente á las plazas de S. Juan y de Santiago; pero esto ni podia suceder siempre, ni aun cuando sucediera habia de ser posible que se hallára á un tiempo en ambos lugares á presenciar los ajustes: asi es que un juez comisionado para este efecto, antiguo repartidor, que no llevaba muy á bien la nueva disposicion, procuró sacar de ella ventajas, y en efecto las sacaba: algunos tomaban mas indios de los que necesitaban y despues los alquilaban á precios mas altos.

Los desgraciados, viendo cuan mal les iba con la nueva providencia del virey le pidieron que mejor continuaran los repartimientos que les eran menos gravosos. El conde juzgando de necesidad que alguna de las dos cosas subsistiera "como todos los vireyes" dice Torquemada "ha parecido, no porque lo es" (necesario) "sino porque así quieren que parezca" ordenó que se siguieran haciendo los repartimientos.

Felipe III ó porque halló entre los papeles de su padre relaciones de viageros estrangeros de hallarse un estrecho llamado Anian en el mar del Norte en la estremidad oriental de la América, ó por asegurar la navegacion del Galeon de Filipinas, quiso que se descubriera y colonizara la California y previno á Zúñiga que lo hiciera. En cumplimiento de esta disposicion Zúñiga nombró gefe de la espedicion á Sebastian Vizcaino, almirante, á Toribio Gomez Corban quien acompañado del alférez Sebastian Melendez y del piloto Antonio Flores marchó á Honduras de donde trajo ya aprestados á Acapulco los buques que necesitaban, y entre tanto Juan Acebedo marchó tambien de Acapulco á ajustar víveres. El virey mandó en México que se diera á Vizcaino la gente que pidiese.

Reunido, pues, el número necesario, y prontos ya á partir, el virey hizo llamar á su presencia á los oficiales, los exhortó al órden y subordinacion, y les prometió que sus servicios serian fielmente recompensados. Salieron de México el 7 de marzo y el dia de San José, dice Torquemada, veiente del mismo marzo llegaron á Acapulco, y en 5 de mayo se hicieron á la vela en tres navíos y una barca. La espedicion sufrió desde su salida del puerto vientos recios contrarios que la impedian llegar á su destino, y despues de muchos trabajos á costa de grandes fatigas logró arribar al puerto de Monterey de Nuevo-Leon donde se fundó una colonia que se dedicó al virey lo que ocacionó que se le diera por nombre el del título del conde. En seguida marcharon al cabo Blanco de San Sebastian poco mas allá del Mendozino. Allí les atacó un fuerte escorbuto de que murieron muchos. Solo seis estaban sanos y discretamente arrojaban al agua algunos cadáveres. La almiranta se separó en busca de víveres y las otras dos pasaron á la Paz, y no pudiendo establecerse, continuaron para Mazatlan estraviadas la una de la otra. En Mazatlan tomaron los enfermos Xocuiyextli ó piñuelas (timbirichi), con lo que quedaron completamente restablecidos y con fuerzas para seguir su travesia á Acapulco, á donde llegaron por el mes de diciembre, entrando á México á principios del siguiente.

Por este año se embarcaron para México los religiosos de San Juan de Dios, que fundaron en 1604 su hospital, en donde se hallaba á los principios la alhóndiga, y despues una hermita de Ntra. Sra. de los Desamparados, llamada así á causa de que en un torno que allí habia preparado eran espuestos los niños.

1603—Gobernaba en este año aún Zúñiga con su acostumbrado desinterés sin que ocurriera cosa alguna notable, hasta septiembre que tuvo noticia de haber sido promovido al Perú, y que se le sustituia con el marqués de Montes Claros. Luego que supo la llegada de este y de su muger, les salió al encuentro á Otumba, en donde se demoró con ellos ocho dias, recibiéndolos con un hospedage tal, que en tan corto término consumió casi la renta de un año. Al cabo de los ocho dias marchó para el Perú por la via de Acapulco. "Al salir de México, sucedió que lo acompañaran tropas de mexicanos "que henchian los aires de los alaridos en señal de sentimiento, demostracion que hasta entonces no se habia hecho con otro virey "dice Torquemada, y con casi semejantes palabras refiere el mismo hecho el P. Cavo asentando ambos, que era muy digno Zúñiga de tales muestras, no hallándole culpable mas que en el hecho de las congregaciones, al que pudiéramos muy bien agregar el de los repartimientos que debió haber quitado sin restriccion de ninguna especie. La residencia del conde de Monterey, la publicó en México su sucesor como habia él hecho con Velasco, y en ella fué condenado á pagar como inútiles y mal gastados los doscientos mil pesos que dió para las congregaciones á los comisarios y escribanos, de cuya sentencia fué absuelto en la corte para donde habia apelado.

Carlos M. Saavedra.

Para dar una idea del *bello porte* de las autoridades del Nuevo-México, copiamos literalmente del libro V. cap. 39 de la Monarquia Indiana del P. Torquemada, la carta que al provincial de franciscanos de Michoacan Fr. Diego Muñoz, comisario general de la órden, dirige Fr. Francisco de San Miguel hombre venerable que habia servido mucho tiempo en las misiones del Nuevo-México, y es la siguiente.

"Jesus dé á V. P. Padre nuestro, esfuerzo y su divina gracia. Habrá quince dias que escribí á V. P. dando cuenta de nuestra llegada

á este parage de Santa Bárbara, y doce dias despues que nosotros llegamos, llegó el maese de Campo de D. Juan de Oñate, gobernador, en seguimiento de estos capitanes y pobre gente, que está aquí, habiéndolos allá sentenciado á cortar las cabezas el gobernador, y hacer en ellos grandes crueldades, por los grandes servicios que á Dios y á la Magestad han hecho en gastar sus haciendas, y servir personalmente ellos y sus mugeres é hijos y criados, porque todos hacian esto y andaban á las vueltas en esta tragicomedia, sirviéndoles los hombres al gobernador de acompañarle, las mugeres de guisarle de comer, los niños de entretenerle y los criados y gente de servicio de servirle y aun los frailes de adorarle; y llega el caso al punto, que ya no hallábamos lugar ni hora segura en las vidas, haciendas ni honras. Algunas veces (siendo yo prelado) me mandó, que quitase algunos religiosos de los puestos y partes donde estaban (sin mas ocasion que su gusto) con apercibimiento, que si no lo hacia lo haria él; y cierto que los que han estado en aquella tierra que han dado harta muestra de su religion; y esto es cierto, que la tierra por sí, no es muy habitable, y estando y gobernando el que gobierna, no es posible vivir en ella; y por estas y por otros millones de cosas, no solo convino, mas fué necesario salir de ella, y esto para el remedio de los naturales, del gobernador y españoles, que allá quedan, no porque puede sustentar sino muy poca gente con el ordinario que ahora tiene, y el gobernador por no decaer de su estado, anda con mil embustes, marañas y fingimientos y hechando á millares ánimas en el infierno y haciendo cosas que no son dignas de ser oidas de cristianos, con apariencias falsas y cautelosas, y así bien aventurado el que se puede apartar de tales tratos; porque aunque á nosotros no nos esté bien tratarlo en público, no es razon que V. P. deje de estar advertido.

"El gobernador ha hecho algunas salidas, á costa de los religiosos y naturales, como causa *sine qua, non;* porque por ninguna via podia ser ninguna; por estar tan pobre y en todas ha hecho grandsíima matanza de indios, y grande carnicería y derramamiento de sangre humana, los robos, saqueamientos y otras cosas que ha hecho: ruego á Dios que le de gracia para que haga en esta vida penitencia de todo. Esta pobre gente está afligida, y el maese de Campo, lleva en sus informaciones mil mentiras y mil juramentos falsos; porque están tan opresos, los que están en el Nuevo-México, que no pueden hacer mas de lo que les manda el gobernador ó lo que saben que es su gusto, y al cabo ha de parecer todo y conocerse la verdad; y porque los padres Zamora, y Lugo que son testigos fidedignos han ido allá, de quien se podrá tomar razon de todo, no digo mas en esta, etc. De Santa Bárbara 29 de febrero de 1602 años."

PROSA Y POESIA.

Todos los hombres hablan y todos se hacen comprender; mas las voces de unos llegan al corazon, miéntras que las de otros solo llegan al oido. ¿En qué consiste esta diferencia? En la mayor ó menor propiedad del lenguaje y en la espresion mas ó menos viva de las imágenes; y estas pueden representarse de dos maneras, en prosa ó en verso. ¡Cuantas veces nos hace llorar el poeta, cuantas veces toca al alma y la hace sentir emociones dulcísimas! Y cuántas veces el orador nos hace encender en ira, cuántas veces nos impele al combate, cómo nos revive nuestro amor á la patria, cómo nos hace temblar á veces! La poesía con su cadencia armoniosa, con sus suaves acentos es una verdadera música; yo creo que la poesía es la música con voces cuya significacion está fijada ya; su cadencia hiere nuestros oidos, y los encanta el significado de sus voces, toca á nuestra alma y la conmueve; esta es sin duda la causa por que las mugeres son tan afectas á la poesía; estas sensaciones suavísimas aun en medio del horror, se acomodan perfectamente á la sensibilidad de su alma: mas la prosa, la prosa elocuente, se dirige mas bien al entendimiento, la ilusion de sus raciocinios lo conven-

ce y lo arrastra al punto que se propone. La prosa es á mi juicio el idioma de los hombres; se ocupa siempre de pasiones mas fuertes; sus voces sin acento ni cadencia fija, son mas propias para espresar los arrebatos producidos por pasiones que no son, por decirlo así, de sentimiento. Como no tiene armonía música no se detiene en el oido, sino que pasa recta al entendimiento, lo conmueve y determina la voluntad; careciendo de esa armonía no produce sensaciones dulces que debilitan su espresion; esta es varonil y vigorosa. Sin embargo, yo creo que la prosa no carece de armonía. En un periodo de esas obras maestras de los oradores, se percibe un no se qué de sonoro y grave, que es sin duda una de las razones que predisponen nuestro entendimiento á la conviccion. La poesía es á la prosa como los sones dulces de una flauta á los graves y magestuosos del órgano. Cuando se lee el exordio del sermon del misionero Bridaine, se percibe que cada cláusula es rotunda, sonora, la alma se estremece y el oido siente agrado, sin sentirse un placer muelle. Cuando se lee una poesía de Melendez parece que el alma se aduerme mecida por la suavísima armonía de sus versos. Para mí, entre un poeta y un orador no hay diferencia sensible, y sin embargo, yo preferiré en las grandes pasiones una pieza oratoria á una poética, y en las suaves que pueden serlo aun en su fuerza, como el amor, prefiero una poesía á una arenga: así como me entusiasma el clarin del guerrero, y me hace volar al combate, y lo mismo que las dulces cadencias de la flauta, me entristecen y me hacen brotar las lágrimas. Pero cuando el poeta es orador, ó el orador poeta, cuando se reunen en una misma persona esas dos cualidades, y cuando hallo en una composicion la fuerza de la prosa con su noble rotundidad, cuando sus imágenes son grandes y sublimes, cuando sus voces son armoniosas y se enlazan la dulzura y la gravedad, entónces me arrebato, mi alma se estremece, yo lloro, me entusiasmo, y tan pronto salta una lágrima de mis párpados encendidos, como una esclamacion de corage, tal vez, de mi alma extasiada. Cuando de rodillas en el templo oigo sonar el órgano, y luego una flauta, mi alma se inunda de gozo, y á los nobles acentos del órgano, concibo la grandeza y el poder del Señor, y pido su misericordia, y tiemblo á su justicia, mas si cambiando entónces, suena una flauta, me enternezco y hablo á Dios como á mi padre, con la ternura de un hijo, y siento en mí ya su perdon. Esto es lo que me acontece cuando leo una de esas composiciones en que no hay comparaciones femeniles, en que las ideas son sublimes y su espresion magestuosa. Pero cuando leo á un poeta que solo es dulce, cuyas comparaciones son dulces, cuyas ideas son puramente voluptuosas y débiles, lo llevo de regalo á una dama ó lo guardo para aquellos momentos en que necesitamos endulzar nuestras penas con la cadencia, con una armonía que nos haga llorar algunas lágrimas que sirven de alivio al alma afligida. Cuando leo un orador, cuando leo algo de Demóstenes, cuando oigo la voz imponente de Ciceron, cuando leo á Masillon, entónces me siento transportado, conmovido, en un estado indescriptible, mi odio á los tiranos se aumenta, mi religion se afirma.... y beso las obras de esos grandes hombres, y levantando mis ojos al cielo, pregunto con dolor al Señor. ¿Porqué no soy yo como ellos?

Yo amo á los poetas y envidio su oido músico, su alma tan sensible y tan dulce, su lenguaje tan sentido, especialmente cuando tengo que tratar á las mugeres: pero cuando recuerdo que tengo una patria, que tengo una religion, que soy hombre, entónces olvido por un instante la poesía, y me acojo á la oratoria. No se crea, sin embargo, que en mis elogios á los poetas, hablo de algunos versistas que en nada simpatizan conmigo, y que hacen consistir á la poesía en los acentos y en el número de las sílabas; esos hombres son mecánicos. La poesía consiste en las ideas y en las imágenes, su sublimidad es lo que la distingue. Ya he dicho cual es para mí la diferencia que hay entre la prosa y la poesia: ahora diré que poesias hay en prosa, y que son poetas para mí los que tienen ideas poéticas, aun cuando no tengan versos, son poetas, verdaderos poetas, y mas apreciables que los versistas ó meramente copleros.

Así, pues, en mi concepto es falsa la sentencia de Chesterfield, que dice que el poeta nace y el orador se hace. Esto es confundir la forma con la esencia, la parte mecánica de la poesía con la poesía, y la oratoria con su parte mímica. Yo creo que el poeta y el orador nacen, y que el versista se hace, y el mímico se hace como se hace un mímico y un actor. Puede, lo repito, haber poesía sin verso, y orador sin accion, y aunque no sean perfectos, aunque sean incompletos, yo los amaré y los respetaré, y serán dueños de mi alma, porque amo la poesía en su caso, tanto como á la oratoria en el suyo.

José María del Castillo.

MI PRISION.

A MI QUERIDQ AMIGO Y COMPAÑERO EL LIC.

FRANCISCO M. DE OLAGUIBEL.

I.

Sumido en cárcel oscura
Y del mundo divorciado,
Triste vivo;
Que nunca penetra pura
La luz por el enrejado
Del cautivo.
Y raya rosada aurora
Y viene la noche umbría
Con su velo,
Y pasa una y otra hora
Y un dia tras otro dia
Sin consuelo.
Porque blanco de los tiros
Y víctima desgraciada
Del poder,
Es preciso mis suspiros
Y mi voz acongojada
Contener.
Acusado, aunque inocente;
Sin ser reo, condenado,
Pena dura
Su sello ha impreso en mi frente,
Porque un cáliz he apurado
De amargura.
Si á ningun humano oido
Puede mi flébil gemido
Penetrar;
Si ningun acento humano
Puede mi dolor tirano
Consolar;
¿De qué, infeliz, serviria
Lanzar un ¡ay! de mi pecho
Lastimoso,
Que al punto se perderia
De mi cárcel bajo el techo
Pavoroso?
Cuando de alegre diana
El toque primero suena,
El clarin
Que es de mi reloj campana,
Al alivio de mi pena
Pone fin.
Que de mis párpados huye
Veloz el sueño demente
Que dormia,
Y la ilusion se destruye
En que vagaba mi ardiente
Fantasía.
Y en mi suerte de hoy pensando
Y en la suerte que me espera,
No mejor,
Paso las horas contando
En soledad que exaspera
Mi dolor.
Me recuerdo los placeres
De este México encantado,
Turbulento;
Y los gratos quehaceres
De que pobre, pero honrado
Me sustento.
Y mi vida cuando niño,
Y mi hermana desgraciada,
Tan querida;
Y el acendrado cariño
De mi madre idolatrada,
Tan sentida.
Sin cesar mi puerta vela,
Cual si fuese autor de un yerro
Negro, vil,
Silencioso centinela,
Impasible, como el hierro
Del fusil.
La monótona armonía
De los toques militares,
¡Tristes sones!
Es mi sola melodía;
De la escuadra los cantares,
Mis canciones.
Al través de mi ventana

Suelo ver algun momento
Los soldados,
Sin ayer, ni hoy, ni mañana,
De albedrío y pensamiento
Despojados.
Y cuando al dolor rendido,
Me duermo, muertas las voces
Del cuartel;
Cuando solo se oye el ruido
Del relincho y de las coces
Del corcel;
Cuando en blando acabamiento
Se pierden al fin mis males,
Me despierta
Del centinela el acento,
Que, atalaya en mis umbrales,
Grita ¡alerta!
Y á su acento vuelvo al mundo
Y recobro la memoria
Que era ida;
Y en el silencio profundo
Viene á mi mente la historia
De mi vida.
Esa historia de tristeza,
Cuyas fojas han escrito
La horfandad,
La desgracia y la pobreza;
Mas no la infamia, el delito,
La maldad.
Si la frente siempre al cielo
He levantado surcada,
Del dolor,
Jamas la he bajado al suelo
Por el oprobio marcada
Ni el temor.
Mas ¡ay! ¿de qué me aprovecha
Mi inocencia en esta hora
De amargura,
Cuando una cárcel estrecha....
¡Cuánto tarda de la aurora
La luz pura!

II.

¿De qué, empero, me sirven sus albores?
¿De qué del sol la idolatrada lumbre,
Si en las garras de horrible pesadumbre
Destrozado palpita el corazon?
Que no miro á esa luz el verde prado,
Ni el alto alcázar, ni el soberbio templo:
De esa luz á los rayos no contemplo
Mas que el suelo de lóbrega prision.
Y esta prision, ó Dios mio,
Esta prision dolorosa
Es la estancia pavorosa
Donde á un hombre otro hombre impío
Mandó á muerte ignominiosa.
Aquí inesperto fiscal,
Injusto acaso, ha lanzado
En pedimento fatal
Un acento despiadado
Contra el pobre criminal.
Aquí de jueces novicios,
Protervos tal vez, sin ciencia,
En festinada sentencia
Han desoido los juicios
Las voces de la inocencia.
Y de una ley homicida,
Que el negro infierno abortó,
Aquí el espectro se alzó
Y del libro de la vida
Con sangre un nombre borró.
Y los que al hombre juzgaron
Y á muerte le condenaron,
Al gran mundo se volvieron
Y del hombre se olvidaron
Y en el mundo se perdieron.
Y miéntras ellos gozaban
Las delicias del bureo,
Aquí un altar levantaban
Y á un sacerdote llamaban
Para consuelo del reo.
Y el sacerdote llegó,
Y vió al mísero mortal,
Y á sus plantas le llamó
Con acento paternal,
Y el reo se arrodilló.
Y esta mansion silenciosa
Que escucha mi voz doliente,
Tambien oyó al penitente
Pedir con voz fervorosa
Perdon al Omnipotente.
Aquí su llanto vertia
Y su acento levantaba
Cuando justicia pedia,
Y por testigo ponia
Al cielo que le escuchaba.
Y aquí su voz se perdió,
Como se pierde mi acento:
Mas sí el mundo no le oyó,
Desde el alto firmamento
El Señor le perdonó.
Y las paredes miraba
Que en este momento miro;
Y tambien él suspiraba
Aquí donde yo suspiro,
Y donde piso, pisaba.
Y el sol naciendo en oriente,
Cual ahora indiferente,
Por esa reja de horror
Tambien calentó su frente
Con fuego reparador.
Y esta estancia solitaria

Donde peno noche y dia,
Como oye mi canto, oia
Sus sollozos, su plegaria,
Sus gemidos de agonía.
Y esa puerta para mí
Cerrada, para él se abrió,
Y su dintel franqueó
El camino que de aquí
Al cadalso le llevó.
Y en este mismo lugar
Donde está mi lecho ahora,
La última luna alumbrar
Vió de su vida, y brillar
Tambien la última aurora.
Aquí la noche postrera
Al dulce sueño llamaba;
Y el mísero deliraba,
Porque en esa noche fiera
La fiebre le devoraba.
Y llegado al fin el dia
Sin esperar ya salud,
Entró infame multitud,
Dió el primer paso que guia
Hácia el lóbrego ataud.
Y al arrancarse de aquí
Un *¡ay!* profundo lanzó,
Y hácia la puerta marchó;
Los ojos vendóse allí....
Y.... la puerta se cerró.

III.

¿Y en esta estancia de fatal memoria
Es donde vivo vida de dolor?
¿Y se escribe una hoja de mi historia
Donde otra historia se escribió de horror?
¿Y en este sitio donde en pobre lecho
Durmió su postrer sueño un criminal,
Es do devora mi inocente pecho
Por largas horas su horroroso mal?
De la inmunda librea revestido
Que de calumnias el poder tegió,
Triste descanso aquí; mas no abatido;
Que el cuerpo es débil, pero el alma no.
Que solo abate el crímen, porque humilla;
Pero serena sufre la virtud;
Y el aliento del crímen no amancilla
Los años de mi ardiente juventud.
Aquí recuerdo en espantosa calma
El bullicio del mundo, su placer;
Y este recuerdo despedaza mi alma.....
¡Ay! yo gozaba de ese mundo ayer.
Y aquellos que mi voz acompañaban
Himnos dando al amor y á la beldad,
Hoy se gozan cual ántes se gozaban,
Y yo lloro mi muerta libertad.
Y miéntras en silencio el mas profundo
Roe mi vida la amargura aquí,
Ellos siguen gozando de ese mundo
Que lo mismo que ayer es hoy sin mí
¡Nada ha cambiado!.... La hermosura rie
Las cántigas de amor al escuchar:
Al poderoso la lisonja engrie
Y le anega de dichas en un mar.
De la música escúchanse los sones,
Resuena del teatro el arteson,
Y del baile en los lúbricos salones
Se embriaga de placer el corazon.
Todo lo mismo! Tal es la costumbre
De ese mónstruo que llaman sociedad.
¿Qué le importa mi dura servidumbre?
¿Que le importa mi dulce libertad?
Al que era nada ayer y hoy es magnate
Brinda con las delicias de un eden:
Luego que rueda del poder, le abate
Bajo el peso de pérfido desden.
Y fria, y egoista, indiferente,
Cuando el ídolo pierde su esplendor,
Le arranca la corona de la frente,
Para ceñir con ella al vencedor.
Y el nombre aborrecido al cielo sube:
Lo proclama en las plazas el clarin,
El templo de su incienso entre la nube,
Con sus henchidas copas el festin.
Y lo que era virtud vuélvese crímen,
La mentira se viste de verdad,
A los pueblos los déspotas oprimen....
¿Y lo sufre la triste humanidad?

IV.

Lo sufre: del mundo la ley es constante:
Tirano del débil el fuerte ha de ser;
El malo se goza del bueno triunfante,
Y grita mas alto que al juicio el placer.
Y el hombre cual ántes será, como ahora,
Hipócrita, pérfido, injusto, traidor;
Y ver en ocaso la luz de la aurora
Seria mas fácil que hacerlo mejor.
¿A qué, pues, del vicio huir los senderos,
Si solo ellos pueden á dicha guiar;
Si próceres, sabios, soldados, pecheros,
Alzádole tienen en su alma un altar?
Gocemos del mundo los dulces placeres,
Logremos del mundo las glorias y prez;
Y vinos ahora y amor y mugeres,
Y el oro y el juego en yerta vejez.
Mas ¡ay! esas dichas que rápidas pasan,
Cual pasan las nubes del plácido abril,
Los cuerpos consumen, las almas abrasan,
Y empañan al hombre con hálito vil.
Y al pecho royendo su dejo amargoso,
Al jóven preparan precoz senectud;

Que el mundo le arroja de sí desdeñoso,
Y vivo se hunde en negro ataud.
Verdad es que sufre tambien la inocencia,
Verdad es que suele la infamia triunfar:
Empero si limpia se ve la conciencia,
Eden es la cárcel, la tumba un altar.
Si en flébil acento mis males deploro,
No el surco del crímen mi frente arrugó;
Que solo al oprobio, no al cebo del oro,
Ni al ceño del grande mi pecho tembló.
Y aquí á mi enemigo de muy alto veo;
No temo su saña, ni quiero su pan,
Que duermo tranquilo en cárcel de reo,
Y á él le desvela del grande el afan.
Si el alma está pura, ¿qué importa que ciego
El mundo me mande á suplicio cruel?
Mas vale que un trono la horca de Riego,
Mejor es que un cetro la flecha de Tell.
Y firme mi labio, si bien la fortuna
En esta morada me hundió de dolor,
Dirá cual un dia clamó en la tribuna:
Todo se ha perdido ménos el honor.

Cuartel del regimiento lijero, á 14 de mayo de 1843. J. M. Lafragua.

LO QUE PASA EN UN TEMBLOR.

Cuando acontece algun suceso notable y que sale del órden natural, todos hablan de él, y es materia de conversacion para un dia, una semana ó dos ó mas, segun la importancia y duracion del tal acontecimiento; así es que una revolucion ó una accion de guerra en la capital, que dure unos cuarenta dias como es uso y costumbre entre nosotros los hijos de Adan, da materia para que charlen los elegantes y los viejos, y las damas y hasta los periodistas cada uno en su tecla, por un mes exacto, y esto es con razon, porque siendo frecuentes las tales cuaresmas de fuego y de sangre, ya no hacen la impresion que debieran. Pero que venga un incendio y queme una casa ó dos en la ciudad, y ya verá V. al dia siguiente que los periódicos dan razon de él, y en las tertulias se cuenta el cómo, cuando y porqué del incendio con otras mil minuciosidades que inventa Pedro ó Juan, y que Diego aumenta, cesando este flujo de hablar al dia siguiente, menos por supuesto en el dueño de la casa y en los dueños de lo que en ella se quemó, porque el negocio es de tal importancia para estos, que en toda la vida dejarán de hablar. Sobre todo, es cosa sabida que cada uno habla de lo que quiere, y á mi me ha venido en deseo de contar varias ocurrencias que me sucedieron el próximo pasado lúnes 25 de marzo de 1844, en cuya narracion tendrá V. gusto, porque hay casa arruinada y hombres nadando en polvo y meditaciones filosóficas y tertulias de amigos y letanía y temblor y convite y juego y un jóven calavera y unas viejas regañonas, y la concurrencia del Diorama, cuya mezcla me sospecho que es muy propia para un artículo de temblores y de bulla. Con que para no tener á V. mas tiempo esperando, le diré como en el referido dia á las seis de la tarde pasaba yo por una calle cuyo nombre no es interesante para V. ni para mí, y llegando á cosa de la mitad de ella me entré por una puerta zahuan, en busca de un amigo: habia yo penetrado cosa de dos pasos, cuando oi un trueno, el suelo se estremeció, y una nube de polvo me circundó de tal manera, que no pude ver nada, ni aun respirar; estaba yo nadando en polvo, y apénas pude oir un grito fúnebre, un alarido de muerte que sonó á mis oidos, como la sentencia final. No hay duda, pensé en aquel momento, esto es un sueño, una pesadilla, es la muerte.... La casa se ha caido, todos han sido despachurrados, gritaron mil femeniles voces, y contándome yo con el susto entre los averiados, tendí mis brazos, cerré los ojos y escuché el nuevo grito y los sollozos como el oficio de difuntos que se rezaba sobre mi ataud: luego vino no sé quien y cerró la puerta: la poca luz que por ella se comunicaba acabó, dejándonos en tal oscuridad, que ya no oi ni ví nada, y hubiera permanecido sin duda tragando polvo y tierra hasta la fecha, si no fuera por el alcalde del barrio que se entró con aire magistral, diciendo: ,,Ya envié por auxilio, ya vendrá un piquete para llevarse á los muertos y á los heridos, y como yo me contaba segun he dicho, entre estos, hube de creerme bajo el poder militar, cuya idea me hizo volver en mí por ser grande

el horror que tengo á los bigotes y á las carabinas, y á las evoluciones militares. Y colándome despues de resuscitado tras del alcalde, me metí con suma intrepidez hasta el lugar de la tragedia, y hube de ver aunque con trabajo, el acaecimiento terrible de una pieza que cayó, y supe con placer que no habia resultado muerte ninguna, y vi que se aprestaba medio para sacar á la gente de las piezas, cuya salida tenian obstruida los escombros, con cuyas noticias me salí, pensando cual seria la causa, imaginando temblores y movimientos, y temeroso de que no se repitiese el suceso, que nada de chusco ni de gracioso tenia. Fuime calle arriba meditando en la instabilidad de las cosas humanas, y en lo distante que estaria el albañil que aquello trabajó, de que mi buena persona se tragase cristianamente y sin ser miércoles de ceniza, el polvo de la tierra que sus manos convirtieron en corredor. En cuyas meditaciones y en la contemplacion de los riesgos á que está espuesta la humana naturaleza, hube de llegar á mi fin, que es como si dijéramos, que llegué á la casa de otro amigo, en la cual estaban otros varios amigos con quienes formé una tertulia amigable y deliciosa en el tiempo que medió, hasta la hora en que marchamos impertérritos al campo del honor, que es decir, que marchamos á un bailecillo, ó sarao, ó banquete, que de todo tenia, y que se hizo en honor de un chiquillo que en esta noche abjuraba al demonio y se convertia en cristiano. Volvieron de la parroquia los compadres y la partera; volvió el nuevo cristiano y el ciudadano nuevo, y empezaron las enhorabuenas y plácemes de estilo y usanza, y se dió la señal de combate, que es para ciertos golosos, el non plus ultra de la dicha humana.

Abrió la marcha.... Mire V., ántes debo contarle, como en una pieza cercana al comedor se hallaban unas señoras ancianas, que habiendo concluido con los cumplidos á la nueva madre, y cansadas de esperar, accedieron á la propuesta de un jóven alegre y bullicioso, que viendo ocasion, les propuso con todo el aire de un calavera jugar unos *alburillos* y ponerles el *monte* de no sé cuantos pesos, miéntras comenzaba la verdadera fiesta y se hacia hora de cumplir con el objeto de la visita, el cual ya tengo dicho que es para unos la buena mesa y las rosquillas y las soletas y los dulces y los helados, y para otros las ocasiones y el barullo de sentarse y el gusto de servir á las jóvenes. Pusiéronse, pues, á jugar tranquilamente, y sin mas ocurrencia notable que la muy insignificante de irse quedando exhaustas las bolsas de las señoras, y aumentando de volúmen, no el *monte*, sino la bolsa del jóven, sin que para esto obstase que Doña Rita sea muy afortunada, y Doña Juana dichosa, porque el buen hombre hacia salir el as si apuntaban al caballo, y hacia que perdieran el as y el caballo si á ambos apuntaban. Y aquí será bien notar la utilidad de los dramas ó escritos dramáticos, pues es bien cláro que con haber puesto á cada uno de mis párrafos su numeracion correspondiente, y la descripcion del lugar, evitaba yo decir á V. que á tal punto llegaban las jugadoras ancianas, cuando se llamó á comer, cuyo aviso se retardó por la razon natural de que los jóvenes no son afectos á las viejas: mas supuesto que ya sabe V. que por fin llegó el aviso, cesaré la digresion dramática, porque es bien que ahora sepa como dijeron las ancianas ,,que iban" y continuaron jugando.—Decia yo que abrian la marcha el papá y la comadre, esto es de rigor, y seguian el compadre y la niña, y luego otros y otras, y entre todas la sobrina de un eclesiástico muy entrado en años, pariente de los amos de la casa, que estaba durmiendo sin cuidar de saraos ni de fiestas, como hombre esperimentado y desengañado de las necedades mundanales. Yo estaba por supuesto en la reunion, y acompañaba no sé si á la segunda ó á la tercera señora de la fila. Al llegar á la mesa sentimos un vaiven, un movimiento; me he mareado, dijo la señorita que iba delante de mí, y el galan caballero que la acompañaba la abrazó tiernamente para impedir que cayese; un vahido, dijo otra, y luego, Jesus, que me caigo, dijo la tercera, y los corteses mancebos abrazaron con mas ó ménos fuerza y ternura á las damiselas, declarando en su ánima que los tales abrazos eran una medida necesaria para evitar que diesen con su cuerpecillo en tierra. Esta escena, como V. supondrá, detuvo un poco la marcha y movimiento y ruido de la hermosa comparsa: todo estaba en silencio cuando una voz sepulcral dijo, tiembla, y sentimos todos el furioso balancear de el piso, tiembla, repitieron despavoridas las señoritas, Jesus, tiembla dijo el coro, y esta voz se comunicó sorda y lentamente de un ángulo al otro de la pieza, y pasó á la pieza contigna, y sonó *tiembla*, y las viejas huyeron clamando *misericordia*, y se entraron al comedor y repitieron, Jesus, que tiembla, y la gente toda se arrodilló; Jesus nos valga, Criste exaudinos, dijo el montero entrando y arrodillándose, y tiembla, Señor, dijo con tono lastimero, entrando el sacerdote de quien he hablado á V., que con la prisa con que se le-

vantó de la cama, se puso el pantalon al revés, y con la delantera por la parte de atras. Y Kirie Eleison, clamó una voz chillona, y la sobrina del sacerdote que es azás serena y vivaracha, y que no tenia miedo, y que recordó al ver la grotesca figura del tio al conocido loco Santa María, que solia vestirse así, dijo refiriéndose al loco, *tio Santa María*, y él respondió con devocion, *Ora pro nobis*, hija, é insistiendo ella en su idea y en su dicho, repitió señalando risueña el pantalon, *Santa María*, *tio*, y el tio repitió compungido, *Ora pro nobis*, hija, y la gente rezaba, y unos decian *sigue*, y otros vamos á la plaza, y otro Jesus, y otros abajo. gritaban con tales veras, que su ruido me llamó la atencion y hube de asomarme á la ventana de la casa, que por serlo de las que se llaman comunmente de vecindad, la tiene grande y compuesta de muchos artesanos y gente trabajadora, la cual temprano se recoge y echa á dormir; de aquí es que cuando tendí la vista por el ancho patio, ví mugeres en camisa arrodilladas en tierra, cuál en carnes, saliendo presurosa de su cuarto, cuál cubriéndose la cabeza con el rebozo y dejando flotar sus escasísimas faldas, cual azorada y completamente desnuda con una frazada en las manos que no se acertaba á cobijar, y los hombres encamisados, y otro envuelto en una sábana, y todos corrian al medio del patio, y todos gritaban *Jesus*, y todos pedian misericordia, y sus voces sonaban en el fondo de mi alma, entristeciéndome hasta el grado de verme á punto de llorar; entónces ví salir de un cuarto, en el cual vive un militar, á un hombre completamente desnudo, bigotudo y feo, con la cara espantada, gritando Kirie Eleison, y empeñado en abrocharse el corbatin, que era la única pieza de ropa que habia tomado de la silla en que estaba el uniforme, creyendo que con eso quedaba cubierto su cuerpo, y todos oraban, y los hombres gritaban *sigue*, y alguno alzaba el rostro para ver si temblaba la luna, y el temblor cesó y la gente comenzó á respirar, y entónces alzándose uno de los que estaban de hinojos en el patio, y que debia ser el mas instruido, dijo gravemente, *Jesus me valga*, no hay que asustarse, *afortunadamente el temblor ha sido dentro de la tierra*, y el vecino de la doncellita que salió desnuda se acercó á ella para advertirla de su desnudez, y en la bulla que es uso y costumbre hacer despues de un temblor, bulla en la cual se discute sobre la duracion de él y sus efectos, y se recuerdan los pasados temblores, y se empiezan espantosas historias de desastres, ocasionados por los terremotos, se mezclaban los hombres y las mugeres, y se agrupaban sin vergüenza aquellas desnudas gentes, dando un rato de diversion al socarron vecino que desde la puerta de su cuarto veia aquellas caricaturas tan bonitas, hasta que uno á uno, y terrorosos y compungidos iban desfilando despues de recordarse mútuamente algunas precauciones y de pedirse auxilios.

Arriba, cuando el temblor acabó despues y que concluyeron las primeras descargas de razonamientos, en los cuales se distinguió un estudiante de física en no sé que colegio, atribuyendo los temblores á los ganchitos de Gassendo, y un militar contando la sangre fria con que sufrió unos horribles temblores que sintió en uno de sus dilatados viages, que han sido una vez á Cuernavaca, las viejas se volvieron á la mesa del juego y se hallaron sin un ochavo, y entró luego el jóven montero y añadió esclamacion á esclamacion, y la Rita decia, yo dejé cuatro reales, y Doña Juana protestaba que habia dejado en la mesa 6, y Doña Clemencia 5, y todas lloraban sus pérdidos reales, y el socarron montero clamaba por sus 5 pesos, y caritativamente por los dineros de las ancianas, y se hacia cruces de que no estuvieran en la mesa, cuando él se habia embolsado hasta el último cuarto de lo que allí estaba, aunque esta noticia se la comulgó. Volvieron á la mesa y con sabrosa conversacion sobre temblores y volcanes y nervios, se acabaron todo el gastronómico repuesto: mas ¡ay! que al levantarse cayó Julianita, sin sentidos y convulsa, y he ahí que el teniente del 121 regimiento y el estudiante de filosofía y el empleado D. N., se arrojaron sobre ella á contener sus movimientos para que no se hiciese daño, y Julianita que veía el entusiasmo de sus tres adoradores, hacia aumentar el mal y las convulsiones, y se estrechaba con el futuro Napoleon y con el Pitt en miniatura y con el Franklin moderno y.... hubo de acabar el mal y los apretones y se repitieron los plácemes á la madre. Aquí me permitirá vd. que deje esta historia para conducir á vd. á las cadenas de la Catedral, porque con la potestad de vision que tengo, puedo mirar á un tiempo en una y en dos y en tres distintas partes, de cuya dicha haré á V. partícipe. Daban vueltas como es uso y costumbre por las noches en el tal paseo, D. Júdas el usurero y el patriota D. Hilario y el romántico Anselmo, y mil calaveras odiosos de esos de desvergüenzas y puro, y trage elegante, y su pina ignorancia, veteranos graciosísimos, que se están reclinados en las cadenas mirando pasar

á las mis bellas jovencitas que van allí á ostentar sus gracias. Allí el amartelado amante dá una esquelita á la señora de sus pensamientos, y aprovechando el ruido de los acordes sonidos de la voluptuosa música, le dice dos ó tres palabras al oido. Allí el estrecharse, al pasar, las manos, y los significativos suspiros, y á la luz de la amorosa luna, las concertadas señas y los ardientes coloquios bajo las Cruces y las suaves ondulaciones de las amorosas parejas que se mecen en las cadenas, y la gente toda se embebe en tan deliciosas ocupaciones; mas de pronto sacúdesé la tierra y bamboléanse las torres de Catedral como las velas de un buque, y grita el pueblo que escuchaba la música, „*tiembla*," y se oye un rumor y se pide misericordia y cesa la música y todos claman perdon y la gente se arrodilla y suenan las campanas tocando la rogativa, y el usurero se estremece, porque la idea de la eternidad se le ha presentado, y en aquel peligro inminente el falso patriota recuerda sus maldades y sus vilezas porque sacrificó á su patria; y el romántico Anselmo siente sus entrañas desgarradas, y las hechiceras jóvenes conocen el valor de sus señas y de sus suspiros y de sus citas y de sus juramentos de amor, porque ven de cerca á la muerte, y algunos corren al medio de la plaza, y el pueblo gime é implora la piedad divina, porque á sus ojos el temblor es, lo que realmente es, un recuerdo que la Divinidad nos hace, porque vuelve sus ojos al mundo y lo ve cubierto de oprobio y de maldades, y lanza sobre él una mirada de indignacion que hace estremecer á la tierra hasta en sus cimientos. La multitud ora ante el Señor y las mil voces de esa multitud se pierden en el espacio inmenso de la plaza, produciendo al morir una sensacion fuertísima de terror; pero pasa el temblor y vuelven las señas y las medias palabras, y como el resultado de un remordimiento se oye preguntar de vez en cuando, *repetirá?* Dejémoslo: vamos á otra parte. En el Diorama se representaba casualmente al tiempo del temblor, el derrumbamiento de una montaña en Suiza, el paisage se vé con la luz del dia, luego anochece, el cielo se cubre de nubes negras, serpea el relámpago, suena el trueno y se oye la llúvia, cae un peñasco hunde una poblacion que convierte en lago, y cuando la tempestad cesa, la luna se divisa por entre un grupo de nubes plateando la cima de algunas rocas; mas acá se ven una casa y los pocos habitantes que se libraron de la catástrofe que van con hachas de fuego á ver la poblacion que se mira al pié de mil peñascos como un lago inmenso y triste, tal es el cuadro del Diorama, que es hermosísimo, aunque en verdad sea dicho, que la imitacion del trueno y de la llúvia no es muy buena que digamos. Sin embargo, sea lo que fuere, cuando el temblor acontenció casualmente acababa de brillar el relámpago y de sonar el trueno; los espectadores sintieron el temblor y prorrumpieron en clamores, los cuales llegaron á la parte de adentro del salon donde está la maquinaria como un ruido sordo, que el maquinista tomó por aplausos, y envanecido con tal idea repitió su relámpago y su trueno; y el temblor arrecia y la gente grita y el hombre se entusiasma y torna al relámpago y vuelve al trueno y el temblor continúa y los espectadores vuelven á clamar con mas fuerza, y el maquinista, enloquecido con su triunfo no repara en nada, y patea la hojadelata con que imita el trueno y la hiere con las manos y con un palo, y se convierte en un D. Quijote, destruyendo el cuadro de maese Pedro, y á cada nuevo clamor que á algunos espectadores arranca el miedo, que se aumenta por la oscuridad, el hombre se estremece de placer y golpea su instrumento como un espiritado, y llama en su auxilio al criado, y lo mira de rodillas, y aterrado le pregunta la causa y mira rodar la vasija de hojadelata y se queda suspenso y en silencio, siente moverse la tierra, y el criado le dice que tiembla, y en el silencio que reinaba en este intervalo percibe claramente los gritos de los espectadores que piden luces para el salon y misericordia al Señor. Y el hombre se queda confuso del chasco, y cansado de sus contorsiones.—Poco mas allá, en una calle, se oyen letanías, mezcladas con otras oraciones, y la gente pobre ha saltado de la cama desnuda y una anciana que pasaba ha hecho coro y les dice la letanía interpolada con el trisagio, á que contesta el pueblo con una salve: adelante se mira un caballero aterrorizado que no recuerda sino los Mandamientos de la ley de Dios, y reza con mucho fervor el primero amarás á Dios, el segundo.... Y en el cuartel de junto, los soldados han dejado la cama y la cuadra y hacen un ruido infernal, y en el colegio vecino, un estudiante pregunta solícito al superior si será bien vestirse el uniforme de la casa, y responde con dolor cuando le pregunta el superior para qué, *para morir en comunidad, padre;* y pasa el temblor, y la anciana sigue su rezo, y el caballero sus mandamientos y disputan un cuarto de hora despues, que el temblor aun no pasa, porque el miedo trastorna á las gentes y las hace incurrir en las necedades que he contado y que son

ciertísimas, pues que no sabe mentir—

ANÓNIMO.

EL PORVENIR.

Nada parece mas incierto y dudoso que el porvenir; pero al travez de esta incertidumbre puede verse, si no con certeza al menos con probabilidad, la esperanza de lo que será. Esa incertidumbre en que está envuelto, atormenta sin cesar al hombre cuando no entrevee mas que un porvenir de llanto y de miseria, un porvenir lleno de disgustos, sin poder contener los sucesos que ha llegado á cerciorarse lo conducen á él inevitablemente. Mas el presagio que le patentiza su desdicha en lo futuro, es una aguda pena mayor que la realidad; porque el hombre en vano quiere no llegar á él jamás.

Por el contrario aquel que se figura un porvenir lisongero, deseara precipitar el tiempo y adelantar su curso ordinario; pero tampoco es feliz porque sufre tambien la mortificante impaciencia de la tardanza y las ansias de no tocar tan pronto como él quisiera, lo que su imaginacion le ha hecho concebir. ¡Cuan desgraciado seria el hombre que constantemente se ocupase del porvenir! No tendria mas que martirios continuos y una mortal agonía, ya fuese propicia ó tétrica la idea que se hubiese formado de su porvenir; no encontraria sino tristes desengaños mas penosos aún, mientras mas inciertos fuesen. Si es cierto que no hay alguno que se ocupe esclusivamente del porvenir, tambien es verdad que todos consagran un momento para pensar de su futura suerte.

El niño, el jóven, el anciano, todos piensan en el porvenir, aunque no con la misma duracion ni la misma manera. El niño, siendo por su edad poco reflexivo y no pudiendo apreciar en lo que valen las cosas que lo rodean, piensa poco en su porvenir y siempre se lo figura delicioso y encantador, adecuado á sus pasiones dominantes, sin reflexionar si serán ó no efectivas; pero en él este pensamiento momentaneo, no es mas que una ilusion, un ensueño dichoso.

El jóven ¡cuanto difiere del niño! Dotado de pasiones ardientes, sin dejarse llevar de ficciones, se dedica á examinar todo como és en realidad, y la idea de su porvenir, sea favorable ó adversa, lo ocupa demasiado; casi siempre está fija en su pensamiento molestándolo con su tenacidad. Aun cuando quiera desprenderse de ella, afectándole en estremo, parece que le persigue y amarga, siendo en sí desconsoladora, destruye su esperanza poniéndole ante los ojos una por una las espantosas escenas que han de pasarle cuando llegue ese tiempo, si ha previsto un porvenir desfavorable.

El anciano, amortiguados sus sentimientos, entorpecidas, por decirlo así, sus potencias, se ocupa del porvenir instantáneamente como el niño; pues que en aquel verdaderamente ha pasado ya el de su suerte, y solo lucha con el porvenir cierto de su muerte próxima. Todos en vano ansian por descubrir su futura suerte' sin advertir que es mejor dejarla incierta y dudosa como es; porque la realidad acaso nos haria mucho mas infelices.—M. BUENROSTRO.

Creo, por lo que en mí ha pasado: que la filosofía es tan necesaria para los goces y placeres de la vida privada, como lo es para el estudio de las ciencias.

Jamas labrará su bien estar, ni el de la persona amada, el hombre que no sabe vencer las preocupaciones, y sobreponerse á la opinion.

Opinion es generalmente recibida por escritores españoles de la mejor nota que llegó á tal punto la superioridad temporal en que se creian los papas respecto de los demas príncipes, que á los que se sugetaban á ser coronados por ellos, les ponian la corona con los piés. Del Rey D. Pedro II. de Aragon que espontáneamente fué á Roma á ser coronado por el Papa Inocencio III dice el Cronista Gerónimo de Blancas (*Coronaciones de los Sres. reyes de Aragon*, lib. 1. cap. 1.): El Papa le coronó luego, mandándole dar las insignias reales que son manto, colobio, ceptro, globo y corona. Y refiere Beuter y algunos otros que esta corona era de pan.... Y que se la puso el papa con sus manos al rey, con ser costumbre habella de poner con los piés. *El Arzobispo de Zaragoza D. Hernando de Aragon en la vida que escribió de D. Pedro II, dice que* esto de ser la corona de pan fué hecho adrede por este rey, que sabiendo ya esta ceremonia ó costumbre de que los papas acostumbraban poner las coronas á los reyes con los piés, la hizo hacer de pan cenceno, para que siquiera por la reverencia de la materia de que estaba formada la corona, que era de pan, se la hubiese de poner con las manos, y que asi se hizo. Lo mismo aseguran el jesuita Abarca en la vida de aquel príncipe, y otros historiadores nuestros.

CARTA AL LICENCIADO VIDRIERA.

D. POLIBIO PEBETE.

Mi querido Lic.: despues que hemos dejado de vernos tanto tiempo, no estrañarás que te dirija una epístola, que aunque muy distinta de las de San Pablo, te debe de ser muy agradable por contener algunos rasgos para que formes la biografia de D. Polibio Pebete, tu amigo íntimo; suponiendo que me disculparás lo de Pebete, por gracioso y vaporoso cuando está caliente, aunque de suyo sea repugnante y fastidioso, y prosáico, y sibarítico, y cuanto tú quieras. No pretendo contarte la vida de tan mal traido literato, porque ¿qué te dejaria yo entónces que hacer?—Rasgos, he dicho, apuntes, y esto es todo; escúchalos pues.

Don Polibio Pebete es sumamente ingenioso, de manera, que firmando sus artículos con su nombre, no hay quien diga que son suyos; y aunque esto te va á parecer increible, espantoso, imposible, has de tener que tragar tamaña ocurrencia. Es bien que sepas que el tal Pebete, es un *literatazo*, que no gusta de seudónimos, por ser los tales invencion y costumbre segun él, de escritorzuelos mocosos é ignorantes y graciosos sin gracia. Conque él no lo gasta, y te digo que la firma de sus artículos es su nombre y su seudónimo, sin ser ni lo uno ni lo otro.—Ya te veo en brasas discurriendo: ya te ahogas por saber como es esto.—Míralo.—P. B. T.—Si tú vieras tales letras, dirias, este que tal se firma, se llamará acaso Pablo Barrera Tejada, y ahí tienes el seudónimo, ahora lee las letras sin añadidura. P. B. T., y hallas el nombre real y verdadero.—Ya te miro sonreir malignamente. ¿No te hace gracia la ocurrencia?.... A mi tampoco; pero esa es la costum-del bueno de D. Polibio.

Un hombre ingenioso de por fuerza, es atolondrado y vivaracho, así es que el Pebete es vivaracho y *loco*, como se dice generalmente, teniendo él un gusto particular en que se lo digan. No sé si tú habrás observado que miéntras mayor es el placer que tiene uno de que le digan que tiene genio impetuoso, que es loco, etc. etc., ménos lo es;—pero voy á darte una prueba de lo *alocado* del amigo Polibio; es cosa que él mismo me ha contado, y te diré sus palabras. „Se me dislocó la espina dorsal de *la* calcáneo, á resultas de una pisada falsa que dí bailando; llamé á mi mozo, átame este brazo, le dije, y tira de él; el jayan lo hizo con toda su fuerza, y la espina volvió á su lugar." Ya tú supondrás lo aturdido que quedé con semejante locura, que solo á Pebete le ocurre.

La ciencia médica es espantosa, conoce una enfermedad aunque no haya síntomas de ella, y la cura y sabe sus causas á las mil maravillas. A resultas de esa pisada falsa de que te he hablado, le cayó, segun me dijo él mismo, un poco de sangre del *metacarpo* al *abdomen* (siempre habla en términos técnicos) sucedió una inflamacion, que aunque no causó dolor ni hinchazon ni otra cosa ninguna, no dejaba de ser muy grave; pero él que sabe tanto y que *es tan loco*, se la curó tomándose una cucharada de aceite con ruibarbo y catalán.

En jurisprudencia es un portento; dobla las leyes como un Papiniano ó como un cohetero, si coje el papel en que están impresas, les dá giros, y hace horrores, que si las vieras, creerias que el que tal hacia era un mágico. En política es una maravilla, lo sabe todo, vende su opinion al que le paga, se mete con todos los partidos, y sale tan pobre y tan sin favor como entró, en lo que tú, que sabes y entiendes lo que de ordinario acontece en nuestros pronunciamientos, conocerás el talento de primer órden del buen hombre D. Polibio.

En literatura, nadie sabe lo que él, todos son asnos para él, y disputará la existencia de Dios y sostendrá que *comer* no es verbo, porque no comprende que *comer* sea accion, puesto quo no se hace con las manos; en cambio tiene ya sus 40 años corridos, y habla mal de todo el mundo literario, llamando al mejor, aspirante, y solo habla bien de un literato, por la graciosísima razon de que dizque le va á consultar sus obras, lo que no creo, y Pebete las corrige á su sabor, amigo, á su sabor, y en esto no pongo duda.

En valor, puf, eso es horrible, es un Pidro

Gringbor de los cantos del Norte; dió una caida, porque un toro cerril, absolutamente cerril, se dejó rodar por un derrumbadero con él, no pudiéndolo tirar.—Pero pásmate, buen Lic., quédate absorto, nada le sucedió al hombre, porque aunque el toro se mató, el Polibio caminó ese dia 20 leguas y vino á bailar en la noche á no sé que pueblo.

En modales, es un modelo; se entra á una casa, no saluda á las visitas, se dirige al amo de ella, le habla al oido, se sienta á echar pestes de todo el mundo, habla luego al oido de la señora y se sale sin despedida de los concurrentes. Otra vez halla á algun caballero que lleva del brazo á una señora á quien él conoce: se mete entre ambos á traicion, pone su brazo y comienza á echar pestes de todos, porque tal es su costumbre.

En figura es lo mejor que he visto; figúrate un donoso viejo, un muchacho raquítico, una fisonomía espresiva á fuerza de nécia, y tendrás á D. Polibio Pebete.

Dicho te tengo que son rasgos los que sobre tal endriago te doy; he cumplido y no estrañes mi laconismo. Deseo que te sean útiles para retrato de D. Polibio, la obra maestra que vas á hacer en materia de retratos. Tuyo—

ANÓNIMO.



I.

Miradla, allí está.... La hermosa entre las hermosas, con su seno blanco y turgente como el nevado cuello del Cisne, con su cintura delicada, con su angélico semblante, con sus ojos lánguidos y voluptuosos, como los de la gacela, con su redonda mejilla en que brota modesta la nacarada rosa del pudor.... una atmósfera perfumada la circunda: los mortales la contemplan entusiasmados: el Señor la ve con placer; en ella contempla la mas bella y mas perfecta de sus criaturas.—Miradla, ya sonrie; una nueva espresion se difunde por sus delicadas facciones, cual la mágica cintura de Iris se descoge por el vasto firmamento.—Su fresca boca se entreabre y deja percibir sus blancos y pequeños dientes, como se entreabre el envidioso capullo que nos enseña por entre sus apretadas hojas los cándidos pétalos de la naciente azucena. Mas su semblante ha cambiado; ya no aparece en sus lábios aquella sonrisa suave como las gotas brillantes que se desprendren de las alas del ángel que guarda el sueño del mortal; despareció como el sol tras de negras tempestuosas nubes y una espresion de desprecio vino á ocupar su lugar. ¿Qué ha causado esa repentina mutacion?—¿No veis aquel jóven que con los ojos tímidamente levantados buscaba que sus miradas se encontrasen con las de la orgullosa beldad? ¿Le veis? Observad su mejilla, por ella corre lentamente una lágrima amarga como la pena de una madre que contempla la lenta agonía de la prenda de su amor; ardiente como la encendida lava que arroja el Vesuvio en su tremenda erupcion. Le desprecia..... Su amor no encuentra un eco en el pecho de aquella muger que le habia parecido una *Oasis* en medio del desierto de la vida, un seguro asilo contra la maldad y la falsía de sus semejantes. Ese jóven fué alegre, festivo; su corazon virgen solo pensaba en gozar, y la existencia le parecia un ameno vergel. Salió cual la abeja á libar el néctar de las flores, y las flores perdieron su aroma, y el néctar de su cáliz se trocó en hiel. El mundo le tocó con su dedo de hierro, y murieron sus esperanzas como muere la violeta en el campo, cuando la huella con descuidada planta el labrador. Y ahora, que fatigada su alma de la tempestad de las pasiones buscaba un sitio en que reposar, ahora que su frente buscaba un seno puro y sin mancilla en que reclinarse, su amor no exita otro amor, su amor no exita la compasion, sino solamente el desprecio!

Un año, dos mas. A las plantas de la hermosa aparece un hombre cuyos ojos están hundidos, su semblante pálido, sus cabellos en desórden, su mano trémula..... "¡Piedad," esclama con voz entrecortada por los sollozos, "lanzadme al menos una mirada compasiva!"

Una sonrisa anima el semblante de la muger; pero no es la sonrisa del amor: es la sonrisa que agitó los lábios de Miguel cuando su fuerte brazo derribó al orgulloso monarca del abismo. Y el jóven la miró, y sus dedos se retorcieron como la yedra al deredor del añoso tronco de la encina, y su cabello se erizó, y sus ojos brillaron con un fuego sobrenatural.

¡Basta ya! esclama con bronco y agudo acento. "Muger, tú has arrancado la última ilusion de mi vida! !Adios!"

Diez años mas. En medio del esplendor de un sarao revolotea cual pintada mariposa una encantadora beldad. Todos la admiran, todos la siguen, mas ella en nadie fija la atencion, su corazon está vacio, y el tédio le carcome lentamente. Ha unido su suerte á la de un hombre que no la ama, y busca ansiosa un objeto en quien derramar el amor que la inunda. Le ha encontrado, ¿veis aquel jóven de blonda y rizada cabellera, de esbelto talle, y de agradable semblante? Se acerca, habla con ella.

. . . .

II.

Es de noche y en la antecámara del jóven elegante esperaba impaciente una muger cubierta de un ancho velo. Sale aquel y ella se precipita á sus piés.

"¡Cárlos, Cárlos! ¿has olvidado mi amor?

"Salga V. de aquí, señora," es la respuesta. "Su presencia me fastidia, me molesta"

La muger alza la cara y da un grito terrible porque tras de Cárlos está otra persona, cuyo semblante estenuado y moribundo la devuelve con usura la sonrisa de desprecio.

Abril, 24 de 1844.—Agustin A. Franco

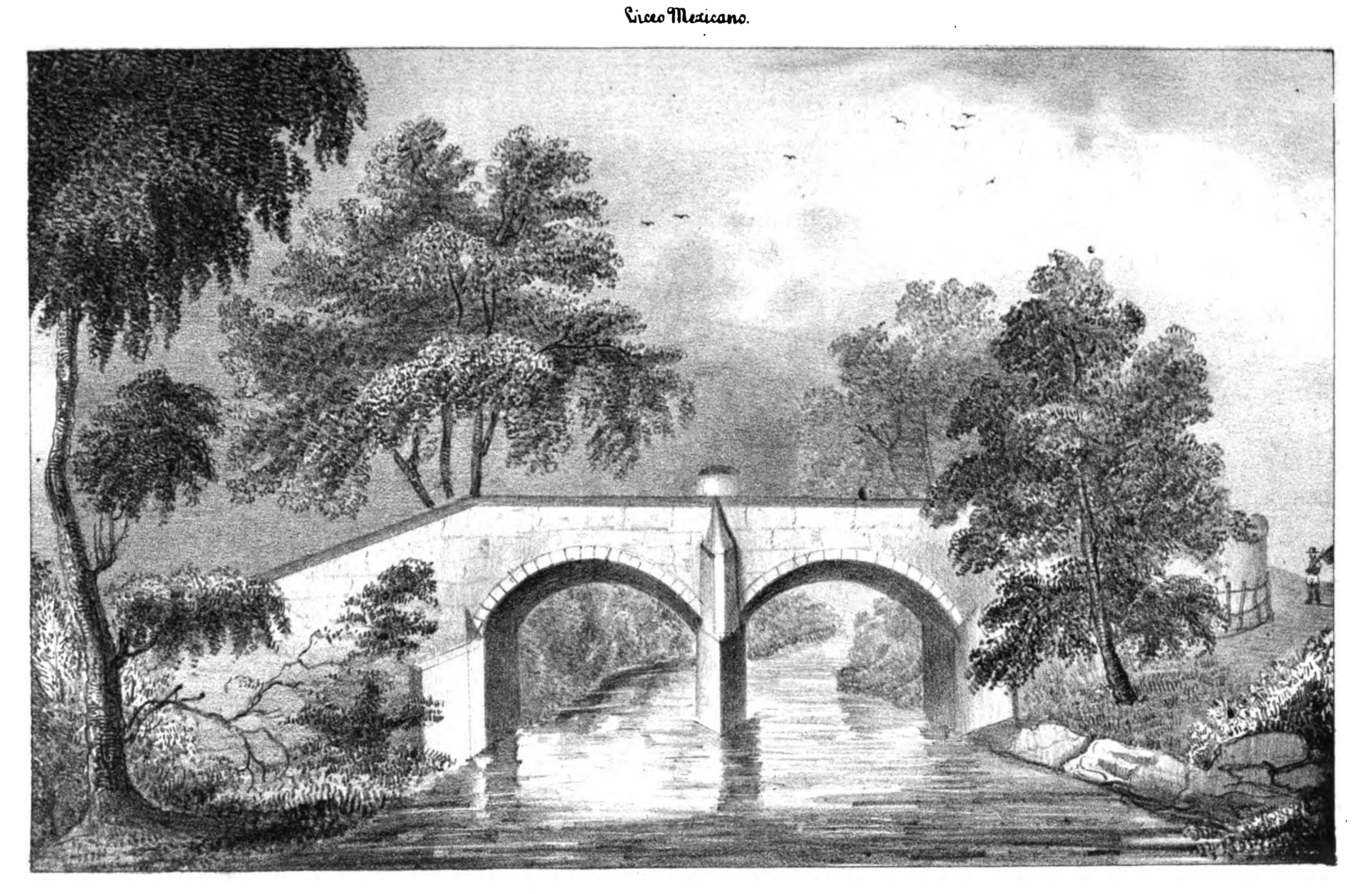
PUENTE DE SANTA-ANNA

EN EL PUEBLO DE TEPETITLAN

DEL PARTIDO DE TEXCOCO.

Una de las pruebas inequívocas de la ilustracion de nuestro pais, es el deseo de mejorar los edificios, ampliar los caminos, abrir nuevos y facilitar la comunicacion de todas las poblaciones que en trescientos años estuvieron sumidas en la mas vergonzosa abyeccion. Ahora todo se presenta con vida y energía, y parece que un espíritu creador vivifica á todos los mexicanos, enseñándoles el camino por donde todas las naciones se han hecho grandes y poderosas, siendo tan palpable el efecto que produce esta inspiracion, que á pesar de nuestras comvulsiones políticas, en veintitres años hemos conseguido adelantos que otras naciones no conocieron en algunos siglos.

Citaremos las mejoras del partido de Texcoco en el año pasado, como una prueba, aunque pequeña, de esta verdad. El Sr. D. José María Franco, prefecto que fué del distrito, con la cooperacion del cuerpo municipal y de algunos vecinos entusiastas por el engrandecimiento del pais, intentó y dió principio á una calzada que comunique á esta ciudad con la capital de la república, obra que aunque ahora no tenga pronto verificativo, hará honor á los que la emprendieron. El mismo señor, palpando la dificultad con que se transitaba de la tierra caliente á los pueblos del norte, pasando por esta ciudad, y que en la estacion de las lluvias era intransitable su camino por los rios caudalosos que lo interceptaban, y las descomposturas consiguientes á sus continuos derrames, fabricó dos puentes en el camino de Chalco á este lugar, y allanó y compuso con tres puentes medianos el que de Texcoco va á Teotihuacán; pero un rio caudalosoen el pueblo de Tepetitlán, el rio de Papalotla, en el que hubo año que pereciesen trece y catorce personas, no pudiendo salvar muchas veces aun los animales, necesitaba un puente de mas tamaño y mayores costos, y á pesar de las escaseses de los fondos municipales y de otros obstáculos que se presentaban,



Puente de Santa-Anna en Tepetitlan. (*Texcoco*)

lo emprendió, contratándolo á D. Angel Ramirez, el que con poco mas de dos mil pesos lo hizo conforme al que representa la estampa adjunta. Su longitud de un estremo á otro de las ramplas, es de veinte varas, la latitud libre de antepechos de seis varas, y la luz de cada arco de cuatro varas tres cuartas de latitud, y cuatro y media de altura. Su fábrica es de piedra y mezcla en lo interior, y en lo esterior de canteria y pórfido: la cerradura ó bóveda de los cilindros es de piedra de tesontle cortada, y de lo mismo son los estribos que aseguran los antepechos. Termina en cada lado con dos lápidas, una a la derecha dedicada al Exmo. Sr. presidente de la República D. Antonio Lopez de Santa-Anna, y otra á la izquierda que el barrio de Izquitlán, á donde está el puente, dedicó á la memoria del Sr. D. José María Franco; y en la cual se lee la inscripcion siguiente.

Al C. José María Franco

Coolaborador de Morelos

En la Independencia

Dedica esta memoria

El pueblo de Ixquitlan.

No cesan los pueblos de este partido de dar gracias á los genios benefactores que tanto se empeñaron en obras de tanta utilidad.

Diremos algo del lugar pintoresco en que está fabricado el puente de Santa-Anna. Entre el Valle de Otumba y el de México hácia el oriente, hay una cordillera de cerros de oriente á poniente, que tiene principio en los montes que dividen el departamento de México de el de Puebla, y termina en los pueblos de Tlaltecahuacán y Tepetitlán. Por el año de 1500, la laguna de Texcoco llegaba hasta esos puntos, rodeando la serranía, por lo que segun la tradicion que conservan algunos indígenas, fué dedicado ese lugar para guardar á los criminales, por la seguridad que tenia, rodeado de aguas, y solamente accesible por la parte del monte, por donde era muy facil custodiarlos. Parece corroborarse esta tradicion, porque cavando en algunos lugares de la falda de estos cerros se encontró un terraplen que rodea al principal de ellos, á la altura de tres varas del terreno actual, y en mas de quinientas de longitud. Sobre este se hallan unas paredes de adove muy antiguo, que tienen principio en el centro del cerro, y terminan á tres y cuatro varas con direccion, como de radios de un círculo; tanto estas como el terraplen, están cubiertas de una argamasa semejante al barro cocido, lo que indica que despues de rebocarlas con este material, lo cocieron y blanquearon, siendo notable que cuando se hizo esta escavacion, se quitaron árboles que anunciaban mas de trescientos años de existencia.

En la actualidad, esta serrania que es la mayor parte de pórfido de color muy vivo y agradable, está cercada de poblaciones, en las que la vegetacion es de una constante primavera, por estar guardadas del norte y humedecerse sus terrenos con las aguas del rio que pasa por sus orillas; y la variedad de siembras y árboles forma un panorama muy agradable en una estension de seis leguas cuadradas. Algunos industriosos de estos pueblos han comenzado á plantar olivares; y si secundan este benéfico proyecto los demas propietarios, segun la feracidad del terreno, serán los productos superiores á lo que ahora se suponen, y cambiará el estado miserable de estos pueblos, dignos de mejor suerte.

Texcoco, abril 24 de 845.

Por lo que antecede se vé que aun en medio de las mas fuertes convulsiones políticas, no faltan hombres amantes de la humanidad y de las mejoras de su pais, que casi sin recursos emprendan obras útiles que contribuirán sin duda á hacer grata su memoria á la posteridad. El Sr. D. José María Franco, antiguo prefecto de Texcoco, y hoy vocal de la Exma. Asamblea Departamental es uno de ellos; y es sin duda muy acreedor á la estimacion pública, porque muy al reves de multitud de individuos que ocupan esos puestos, únicamente con la mira de medrar y de elvarse á costa de todos, este señor ha preferido el ser útil á los demas, emprendiendo obras qne faciliten el comercio de unos pueblos con otros, con lo cual huirá para siempre de ellos la miseria en que hasta aquí han gemido por el abandono en que estaban.

R. I. Alcaraz.

APUNTES PARA LA HISTORIA ANTIGUA



En la época de la invasion de los árabes en España, no conocen sus historiadores otro príncipe, que se opusiese al progreso de aquella furiosa venida, mas que D. Pelayo, refugiado en los montes de Asturias. Este vástago de la estirpe goda es el único conocido hasta ahora, como el primer restaurador de la libertad de la Península, y el tronco de la familia que aun conserva el trono español. Mas la inteligencia de cierta persona halló un documento indubitable, del cual consta que al mismo tiempo hubo en otro punto de España un príncipe de la misma sangre, que con mas ó menos felicidad acometió esa misma empresa. La fragosidad de los pirineos orientales no era ménos á propósito que los enriscados montes de Asturias, para que de ellos se amparasen los cristianos que huian de los moros, y aun los contuviesen en sus sangrientas correrías, siendo capitaneados por alguno de la familia real, que acababa de perder su trono en la desgraciada batalla del Guadalete.

Esta congetura llega al grado de certidumbre con la noticia que se halla en un códice en 4 vit. MS. del siglo VIII que se conserva en la preciosa biblioteca del monasterio de benedictinos de Ripoll en Cataluña, señalado con el número 62. Entre varios opúsculos pequeños de los SS. PP. cuya copia era ocupacion ordinaria de los monges de aquel tiempo, poco antes de la mitad del códice se halla escrita una tabla de las épocas principales, ó como decian, edades del mundo: cosa á que eran aficionados aquellos escribientes, por dejar bien señalada la época en que hacian tan ímprobo trabajo, y que suele venir muy bien á los anticuarios para averiguar la de los códices. Pues en este, el último de los cómputos que digo, es el siguiente: *Ab Incarnatione autem Dni. nri. Jhu. Xpi. usque in presemtem primum* QUINTILLIANI *principis annum, quis est era* LXX *quarta* (falta la nota DCC. como se ve por la serie de los cómputos anteriores) *sunt* ANNI DCCXXXVI. El nombre de *Quintiliano* es notoriamente una derivacion del gótico *Quintilianus* ó *Chintilanus;* por donde parece claro que este era alguno de los señores descendientes de los reyes godos, el cual comenzó á reinar donde se escribia esto, á poco mas de veinte años despues de la entrada de los sarracenos. Antes de pasar adelante, es justo dejar bien asentado que no se equivocó en la fecha el escritor de aquel libro, sino que realmente todo él es del siglo VIII. Pruébalo en primer lugar el carácter gótico cursivo de que usa, que no duró ya mas que 100 años en Cataluña, introduciéndose la letra francesa en el reinado de Carlos el Calvo, que comenzó en 840. Otra prueba y mas concluyente, es que algunas hojas mas adelante, escritas ya de otra mano, aunque del mismo carácter, se halla un *Ciclus Paschalis* ó tabla de las pascuas, continuada por un ciento de años, desde el 773 hasta el 873; la cual se escribió lo mas tarde en el primero de dichos años porque esta clase de trabajos no se emprendia para denotar los dias en que cayeron las pascuas de los años ya pasados. Así es que el autor de este *Ciclo*, habla siempre en futuro de los comprendidos en él. Por ejemplo: *Anno* DCCLXXVI *bisextus* ERIT.... *et* ERIT *dies sanctus Pasce* XVIII. *kls. Maias*.

Demostrada pues la verdadera época de este códice, y que el año 736 fué el primero del reynado de *Quintiliano* ó *Chintila*, solo resta averiguar el punto donde tenia su señorio. Para mí es indubitable que eran los Pirineos de Cataluña, aunque el códido no ofrece rastro alguno de ello, por no constar tampoco en él donde se escribió. Mas que fuese en estos montes, lo prueba la uniformidad de su letra con la de las escrituras que existen originales y á centenares en la Seo de Urgel, desde el año 771. Y ya se sabe que los reinos y aun las provincias suelen diferenciarse tambien en la manera de escribir, como suelen distinguirse en los trages. Tal es la fuerza de la educacion: trasmite á los hijos las virtudes, vicios y usos de sus padres. Por donde no se hace creible que este libro se escribiese fuera

de Cataluña. Por otra parte, siendo como fué obra de un monge, que eran los únicos que lo sabian hacer, y existiendo ya tantos monasterios por estos montes desde todo el siglo VII, es muy verosímil que en alguno de ellos se escribiese el códice: el cual pasase despues al de Ripoll. Porque de este solo se sabe que existia ya en 880, gobernado por el abad *Daguino*, y comunmente se cree que fué fundacion del conde de Barcelona Wifredo *el Velloso*, que no empezó á serlo hasta el 874; sábese tambien que con el tiempo se le fueron incorporando varios monastêrios antiguos, en quienes decaía la disciplina monástica, y que con las rentas y alhajas de ellos llegó á tan alto grado de opulencia, como de reputacion en la república literaria. Uno de estos monasterios suprimidos se sabe que era el antiquisimo de la *Pobla de Lillet*, del cual es de sospechar que fuese este códice de que tratamos.

Siendo todo esto asi, resulta que en los Pirineos de Cataluña, reinaban en 736 un príncipe Godo, sin duda sucesor de algun otro que tubiese á su cargo la conservacion de los cristianos que allí se habian refugiado, desde que los moros invadieron esa Península. Cierto, es doloroso no saber quienes fuesen sus antecesores; pero la existencia indubitable de este príncipe, es una prueba clara de que los tuvo. Porque á pesar de las entradas parciales de los arábes hasta Narbona y Aviñon, ni ellos atacaron las asperezas del Pirineo antes del año 734, ni aun entonces pudieron impedir que se respirase en aquellas roturas el aire puro de la libertad, bajo el gobierno de algunos señores cristianos. Los que hoy vivimos, hemos visto una copia de aquel original, y como aun ocupadas por un invasor poderoso todas las provincias y arrasadas insignes ciudades, en medio de tan cruel desolacion, entre los mismos enemigos, puede conservarse la patria.

Isidoro Pacense nos dejó en su *Cronicon* la noticia de la primera victoria que los cristianos alcanzaron de los moros acaudillados por Abdelmelic en la Era 772 (*año* 734). Viendo este capitan, que las guerras de sus àntecesores en Francia no les habian producido el fruto duradero que se prometian por no haberse antes asegurado de los Pirineos y sujetádolos á su poder, entró en ellos con este objeto. Mas la estrechura y aspereza de aquellos lugares, y el valor de los pocos que peleaban desde las cumbres, y sobre todo la misericordia que Dios usó con ellos, desconcertaron los proyectos del moro, que despues de perder mucha gente, tuvo que abandonar la empresa y retirarse á las llanuras (1). Esta misma victoria de los cristianos, ú otra que se verificó dos años despues, refiere de estotra manera la *Historia de la dominacion de los árabes en España*, publicada hace poco por D. José Antonio Conde: "Pasó (dice p. 1. cap. 26.) los montes de Albortat (*pirineos*) el Amir Abdelmelic, y entró en tierra de Afranc (*francia*) el año 118 (736), y peleó con muy buena suerte; pero siendo muy adelantada la estacion de las lluvias, volvió á España, y en los pasos y asperezas de aquellos montes padeció el ejército muslim una derrota impensada y sangrienta." Le época de este suceso, que fué el mismo año 736, que acota el códice de Ripoll, y la probabilidad de que se verificase en los montes que corresponden á los condados de Rosellon, Cerdaña, Urgel y demas de Cataluña, hace mucho mas verosímil la existencia en ellos del príncipe *Chintila*, á cuya eleccion y órden de su reinado pudo dar lugar tan insigne victoria.

La *crónica general* de España atribuye la gloria de este suceso á los franceses, y dice que se verificó en Roncesvalles. Lo primero no lo sufre el texto del Pacense, historiador contemporáneo, que bien claramente indica que los vencedores fueron los pocos cristianos que se habian retirado de España. Lo segundo tampoco es creible; porque à ser asi, Abdelmelic, que trataba de asegurar sus espaldas, lo primero que hubiera hecho, es tomar á Pamplona: ciudad que segun lo crónica de Alonso III, nunca vino à poder de los árabes, y los que la suponen tomada por ellos dicen que su conquistador fué *Aucupa*, sucesor de Abdelmelic. Cuanto mas que los moros aun muchos años despues del de 733, no verificaron sus entradas en Francia, sino por el Rosellon y siguiendo la carretera que desde Córdova conducia á Zaragoza y Barcelona. Con esto cuadra la expedicion de Abderramen contra el rebelde *Munnis* ó

(1) "Monitus prædictus Abdilmelik a principali iussu, quare nihil ei in terra Francorum prosperum eveniret, ad pugnæ victoriam statim é Corduba exiliens, cum omni manu publica subvertere nititur. Pirenaica inhabitantium iuga; et expeditionem per loca dirigens angusta, nihil prosperum gessit. Convictus de Dei potentia, a quo christiani tandem perpauci montium pinnacula retinentes, præstolabant misericordiam, et devia amplius hinc inde cum manu valida appetens locó, multis suis bellatoribus perditis, sese recepit in plana repatiando per devia."

[*Isidoro Pacen. Epsc, Chronicon.*]

Munnúz ó *Munnuza*, que con los moros de su faccion se encerró *in Cirritanci oppido*, que acaso podrá ser *Ceret*: ó como otros creen, en el llamado *Julia Libia*, que Conde juzga ser el *Puigcerdá* de nuestros dias, y yo la que aun hoy se llama *Livia*, y que un siglo despues de aquel suceso consta por escrituras que era ciudad muy principal, y la capital del condado de *Cerdeña*.

Me he dilatado en esto para hacer ver que la victoria alcanzada por los cristianos en 736, puede ser propia del reinado de *Chintila* en los Pirineos de Cataluña.

Es verosímil qne lograsen despues los árabes lo que hasta entónces no habian podido, que fué penetrar y dominar, aunque por poco tiempo, en aquellas asperezas. Digo *por poco tiempo*, porque consta de una parte que destruyeron la ciudad é iglesia de Urgel; mas tambien consta que esto fué mucho antes del año 788, en el cual era ya obispo el famoso *Félix*, creido el patriarca de los hereges *adoptivos*, y que ordenado su clero é iglesia nunca mas volvió á padecer otra invasion de aquellos enemigos. Esta libertad en que quedaron aquellos enemigos,, que debia influir en que se perpetuase la línea de los sucesores de *Chintila*, así como se perpetuó la de los de Pelayo en Asturias, y la de los de Iñigo Arista en Aragon. Mas para que así no fuese, y para que se acabase en Cataluña la descendencia de aquel príncipe godo, pudieron contribuir muchas causas.

Los asturianos precisados á vencer ó morir, por tener el mar á sus espaldas, no podian contar con el socorro de reyes y señores extraños, cuya ambicion no llegaba tampoco á querer dominar en pais tan apartado. Por otra parte el suelo de aquella provincia, como el que entónces poseian los de Aragon, era por lo comun ingrato y poco á propósito para dispertar la codicia agena. Pero los cristianos de Cataluña dejaron de confiar en sí mismos y en sus propias fuerzas, con la proporcion que les ofrecia el reino vecino de los Francos: cuya ambicion ya entónces desmedida y estimulada con la fertilidad de este suelo, pudo mirar con zelos el engrandecimiento de una sola familia. que siempre era mas dificil de destruir, que las de los muchos condes que crearon en su lugar,

En resolucion, la Divina providencia dispuso por otro camino la libertad de aquella parte oriental de España. Los cristianos ayudados de los franceses ganaron en 801 á Barcelona. El territorio intermedio á los Pirineos, fué distribuido en condados, que á los cincuenta años poco mas fueron ya independientes de los reyes de Francia. Sin embargo, estos siempre aspiraron al dominio de toda Cataluña, aun de lo que se ganó con la sangre de solo los catalanes desde aquella capital hasta el Ebro: conquista que duró aun mas de tres siglos. Mas es, que sus historiadores supieron embaucar al pueblo de aquella provincia, haciéndoles creer que Carlo M. era su libertador, y obligándoles por este título á que le venerasen como santo con fiesta particular (1). ¡Con cuánta mas razon debia ser venerado en las iglesias de Valencia y Mallorca, el insigne Don Jayme I de Aragon, no desmereciéndolo él mas por sus costumbres, que aquel primer emperador del occidente! Pero, ya se ve, aquel dió á los papas el señorío de Roma, y D. Jayme no quiso pagar á aquella corte el tributo que habia ofrecido su padre.

---

(1) Carlo M. nunca introdujo sus tropas en Cataluña contra los moros. De léjos los amenazó, é hizo tributario al débil gobernador de Gerona. Los cristianos que en aquella ciudad habia, animados con la proximidad de los franceses, que no pasaron de los Pirineos, se alzaron contra los moros y se rescataron á sí mismos. Esto fué en el año de 785. Sin embargo, muertos aquellos que sabian lo que pasó, se hizo creer á sus nietos, que aquel rey los conquistó; y llegó el error hasta el punto de colocar su estatua en el segundo cuerpo del altar de los cuatro santos en aquella catedral, y de establecer en toda la diócesis una magnífica fiesta con oficio propio para todo el clero secular y regular, que se insertó en los breviarios. El autor de todo esto fué el fanático obispo D. Arnaldo de Monrodó en 1345. Aun hoy se conserva la estatua en el altar, y aunque suprimida la fiesta en el siglo XVI, continua el predicarse el sermon, en uno de los dias de cuaresma, á la una de la tarde, porque á esa hora se predicaban allí antiguamente todos los de ese santo tiempo. El que esto escribe, lo oyó en el año de 1807. El predicador era un religioso observante llamado el P. Cúndaro; el cual tomando por tema las palabras *in fide et lenitate ipsius sanctum fecit illum*, hizo de su héroe un panegírico ni mas ni ménos que pudiera de un rey el mas virtuoso, el mas penitente, el mas justo y benéfico. No dirian esto los que el sacrificó tan bárbaramente, por medio del tribunal de la inquisicion de Westfalia.

FIN DEL TOMO.

ÍNDICE ALFABÉTICO



EN ESTE TOMO.

COLOCACION DE LAS ESTAMPAS DEL TOMO PRIMERO.

LITOGRAFIAS.

ERRATA.

En la poesía titulada *Culpa y Pena*, en la pág. 382 en la línea 24 de la segunda columna, donde dice: Y las madres estériles tambien, debe leerse: *Las esposas estériles tambien.*

LISTA

DE LOS SEÑORES SUSCRITORES DE ESTA CAPITAL.

Argaes, D. Fermin.
Aranda, D. Mariano.
Aguilar, D. José María.
Alva, D. Mariano.
Arenas, D. Leandro.
Arpide, D. Manuel.
Arenas, D. Leandro.
Aleman, D. Simon.
Arenas, D. Ramon.
Adorno, D. Rafael.
Alvarez y Bonilla, D. Mariano.
Alvarez, D. José,
Abogado, D. Ignacio.
Ajuria, D. Manuel.
Anzorena, D. Ignacio.
Barros, D. Pablo.
Both, D. Cárlos.
Barreiro, General D. N,
Buenrostro, D. Agustin.
Barrera, D. Ramon.
Badillo, Doña Josefa.
Borrayo, D. Joaquin.
Bustamante, D. Carlos María.
Baz, D. José María.
Bamonde, D. Joaquin.
Barbero, D. Ramon.
Bocanegra, D. José María.
Calderon, D. José,
Crespo, Doña Isabel.
Cosío, D. Ignacio.
Calderon, D. José María.
Cobarruvias, D. Tomás.
Chavero, D. Demetrio.
Castro, D. Francisco.
Campuzano, D. N.
Crespo, Doña Isabel.
Cabrera, D. Antonio.
Cortina, D. Ignacio.
Campos, D. José María.
Cosío, D. Mariano.
Casarin, D. Nicolas.
Cureño, D. Ignacio.
Cruz, Fr. Antonio.
Cusac, D. Francisco.
Couto, D. Paulino.
Crespo, D. Antonio.
Caballero de los Olivos, D. Manuel.
Cuevas, D. José María.
Davis, D. Joaquin.
Dosamantes, D. Juan.
Escudero Echanove, D. Pedro.
Espinosa de los Monteros, D. Juan José.
Esquino, D. Manuel.
Espinosa, D. Antonio.
Escofin, D. Carlos.
Esparza, D. Márcos.
Esquibel, D. Juan.
Farías, D. Gonzalo.
Fernandez, D. Manuel.
Fages, D. Eduardo.
Fernandez D. José.
Flores Alatorre, D. Agustin.
Franco, D. José María.
García, D. Vicente,
Gonzalez, D. Antonio.
Gonzalez, D. Joaquin.
Gonzalez, D. José.
Gutierrez D. Manuel.
Guillet, D. Pedro.
Garza, D. Juan.
Gomez, D. José Antonio.
Gonzalez, D. Francisco.
Gonzalez, D. Lázaro.
Guerrero, D. José María.
Gazave, D. José Hermenegildo.
Gonzalez, D. Vicente.
García Rejon, D. Joaquin.
Gochicoa, D. José María.
Goupillon, D. Alfonso.
Garay, D. Pedro.
García, D. Nestor.
García Rejon, D. Joaquin.
García Iscalbalceta, D. Joaquin.
Garza, D. Francisco.
Guerrero Loperena, D. Miguel.
Garnica, D. Ignacio.
Guerra, D. Manuel.
Guerrero, D. Joaquin.
Guerra, D. Cándido.
Galindo, D. Félix.

Gutierrez Rosa, D. Manuel.
Garza, D. Lorenzo de la.
Galindo, D. Félix.
Ginori, D. José.
Gonzalez, D. José.
Gonzalez, D José.
Hernandez, D. José María.
Heredia, D. Joaquin.
Hermosilla, D. Severiano.
Haro, D. José María de.
Hidalgo, D. Paulino.
Hermosilla, D. Severiano.
Huidobro, D. Ignacio.
Hernandez, D. José María.
Herrera, coronel D. José María.
Irazabal, D. José María.
Iriarte, D. Esiquio.
Ibañez, D. Manuel.
Irigollen, D. Pedro.
Inclán, D. José María.
Ituarte, D. Manuel.
Jimenez, D. José María.
Lozada, D. Rafael.
Lerdo, D. Miguel.
Lombardo, D. Francisco.
Leroux, el Sr.
Licea, D. Vicente.
Larrainzar, D. Manuel.
Lombardo, D. Francisco.
Lozada, D. Felipe.
Moncada, D. Luis.
Madrid, D. Manuel José.
Mugabuno, D. Estanislao.
Manero, D. José Hipólito.
Moral, D. Ramon del.
Mora, D. Manuel.
Miñon, D. Juan.
Marquez, D. Simon.
Marquez, D. José.
Maya, D. Francisco.
Martel, D. Joaquin.
Miranda, D. Sotero.
Moya, D. N.
Mota, D. Francisco A.
Masse, D. Agustin.
Martinez de Castro, D. José.
Merino, D. Diego.
Molinos, D. Lauro.
Mellado, D. José María.
Moreno, D. Manuel.
Mutuberria, D. José.
Maldonado, D. Antonio.
Nájera, D. Antonio.
Navarro, D. Juan R.
Ojeda, D. Agustin.
Ortiz García, D. Antonio.
Otero, D. Mariano.
Ortiz Monasterio, D. José María.
Osio, D. Manuel.
Olaguibel, D. Francisco.
Ortega, D. Mariano.
Ordaz, D. Luis.
Pardo, D. Emilio.
Perez Gallardo, D. Basilio.
Porras, D. Teófilo.
P. del Llano, D. Manuel.
Parada, D. José.
Pacheco, D. Ramon.
Plobis, coronel D. Manuel.
Pagasa, D. José Maria.
Perujo, D. Manuel.
Perez de Lebrija, D. Agustin.
Paino, D. Manuel.
Peña, D. Mariano de la.
Parrodi, General D. N.
Quiñones, Dr. D. Juan José.
Querejaso, D. Francisco.
Quijano, D. Antonio.
Rivero, D. Alejandro.
Reyes, D. Agustin.
Ruelas, D. Marcos.
Ruano, D. Enrique.
Rodriguez, D. José María.
Riego, D. Manuel.
Ramirez, D. Luis G.
Ramirez, D. Luis.
Rivero, D. Domingo.
Rodriguez, D. Francisco.
Reyes, D. Agustin.
Rodriguez, D. Ignacio.
Ruiz, D. Antonio.
Sanchez Morales, D. Francisco.
Santa María, D. Guillermo.
Suarez, D. Rafael.
Silva, D. José María.
Saldivar, D. Juan Francisco.
Sardo, D. José.
Sicilia, D. N.
Salgado, D. Tomás.
Sanchez, D. Octaviano.
Saborio, D. José Napoleon.
Salgado, D. Isidoro.
Segobia, D. Francisco Antonio de.
Sierra, D. Julian.
Silva, D. Sebastian.
Servin, D. N.
Serrano, D. Angel.
Torres, D. Ignacio.
Tagle, D. Agustin.
Tapia, D. Angel.
Torrescano, Doña Rafaela.
Tornel, D. José María.

Terán, D. Felipe.
Tinoco, D. Anacleto.
Ulíbarri, D. Juan N.
Uraga, D. José.
Ulíbarri, D. José Dolores.
Ulíbarri, D. Juan N.
Vazquez, D. Diego.
Velarde, D. Francisco.
Villaseñor, D. Juan.
Velasco, D. Luis.
Velez, D. Pedro.
Villamil, D. Lázaro.
Villalva, D. Arcadio.
Villamar, D. Eligio.
Valencia, D. Juan.
Vergara, D. Pablo.
Vazquez de la Cortina, D. Luis.
Valdés, D. Rodrigo.
Villavicencio, D. Francisco.
Valle, D. Pedro del.
Varela. D. Luis.
Vértis, D. Francisco.
Vega, D. Tranquilino de la.
Yanguas, D. Manuel.
Zúñiga, D. Fernando.

No publicamos mas suscritores que los que se encuentran apuntados en la antigua librería de Galvan, porque no se han logrado recoger las demas listas de la alacena del Sr. Latorre, de la librería Mexicana y de la encuadernacion de junto al Correo, así como tampoco se han recibido las de los foráneos, por lo que reservamos su publicacion íntegra para la conclusion del segundo tomo.



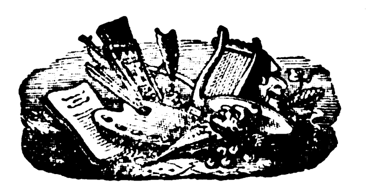
EL

LICEO

MEXICANO.

Dunque ora é'l tempo da ritrarre il collo
Dal giogo antico, e da squarciare il velo
C'h é stato avvolto intorno agli occhi nostri.
(Petrarca, Rime, part. 1 canz. 5.)

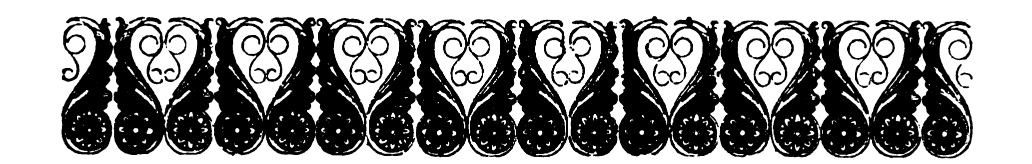
TOMO 2.



MEXICO

Imprenta de J. M. Lara, calle de la Palma número 4.

1844.



INTRODUCCION.





L presentar à nuestros suscritores el segundo tomo del Liceo, no podemos menos de manifestarles nuestro reconocimiento por la favorable acogida que se han dignado dar à nuestras humildes producciones. En efecto, la benevolencia con que ha sido recibido nuestro periòdico, y la proteccion que el pùblico le ha dispensado, son para nosotros la mas preciosa recompensa y la mas segura prenda de que esa proteccion no serà interrumpida en lo de adelante. Para todo el que conozca el placer que inunda el alma del escritor que ha agradado à sus lectores, fàcil serà concebir la estension de nuestro reconocimiento; y nosotros, deseosos de demostrarlo de una manera efectiva y provechosa, anunciamos à los suscritores del Liceo, que las utilidades que han resultado de la publicacion del primer tomo, se han invertido en proporcionar nuevos elementos para mejorar el segundo. Un surtido abundante y variado de hermosos caracteres y elegantes viñetas acaba de llegar de Bruselas al establecimiento donde se publica nuestro periòdico, y desde luego se nota en sus pàginas esta ventaja.—Encarecer el mérito del artista encargado de la parte litogràfica del Liceo, nos parece inùtil, puesto que basta recorrer nuestro primer tomo para conocer esta verdad. Véanse las estampas de *Dante*, *el Selam*, *Casa de las Monjas*, los retratos de la galeria de vireyes, etc., y se podrà afirmar sin temor de errar que son de lo mejor que ha salido de las prensas mexicanas.—En nuestro primer tomo vieron la luz pùblica algunos grabados en madera, obra (como participamos desde entònces) de un jòven paisano nuestro, que ha tenido la bondad de ofrecernos sus obras para adornar nuestro periòdico: en el tomo presente notaràn nuestros lectores que su oferta no ha sido estéril, y que contamos de una manera estable con este nuevo ramo de adorno y utilidad.

Por lo que toca à la redaccion del LICEO, seguirà como hastaa quì: todo ò la mayor parte de él original, y si continúa el público dispensàndonos su favor, tendremos la satisfaccion de llevar à cabo la historia del gobierno vireinal, seccion importante de nuestro periódico, à que hemos prestado particular atencion. Ciegos partidarios de la verdad històrica, no hemos perdonado investigacion de ninguna clase para perfeccionar ese cuadro de la dominacion española en el Anàhuac: los escritos de Torquemada, Cavo, Betancourt y otros, nos han servido de norma en su formacion. Asi pues, en cuanto à los hechos, tenemos el placer de propalar nuestra exactitud, al mismo tiempo que suplicamos al pùblico disimule lo desaliñado de nuestra narracion. Si nos hemos permitido algunas reflexiones, ha sido porque hemos juzgado que ellas podian aliviar al lector aproximando hechos y mostràndole relaciones entre ellos, que acaso se hubieran pasado sin atencion en una primera lectura. *Historiae decus est.* dice el sabio Canciller Bacon, *et QUASI ANIMA, ut cum eventibus causae copulentur.*

Basta de pròlogo; los suscritores del LICEO decidiràn al ver este segundo tomo, si no han sido infructuosos los trabajos de

Los Redactores.

México mayo 10 de 1844.



GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. JUAN DE MENDOZA

Y LUNA.

MARQUÉS DE MONTES CLÂROS,

DÉCIMO VIREY DE LA NUEVA-ESPAÑA.

1603.

HABIENDOSE separado en Otumba, despues de ocho dias de suntuosos festines, el conde de Monterey y el marqués de Montes Claros, este, en compañía de su esposa, Doña Ana de Mendoza, se dirigió á México, en donde hizo su entrada el 27 de octubre, con mayor pompa y solemnidad que sus antecesores, segun asegura un testigo ocular. (1) El primer acto de su gobierno fué mandar pregonar *la residencia* del conde de Monterey, por la cual se le condenó á restituir al fisco real, doscientos mil pesos que habia empleado inútilmente en la realizacion de su pensamiento de las congregaciones, sentencia que fué revocada luego por el consejo de Indias, al cual apeló el conde. A la llegada del marqués, la Nueva-España disfrutaba de esa calma estúpida de que disfrutan las colonias, y á que llegan á acostumbrarse por el hábito que adquieren de temblar á la voz de sus déspostas, de esa calma vergonzosa en que tal vez hacen consistir la felicidad algunas almas mezquinas, criadas únicamente para llevar al cuello la cadena de los esclavos. Ningun movimiento se notaba, ningun murmullo sedicioso se levantaba, porque los que al principio habian intentado sacudir el yugo, estaban ya acostumbrados á llevarlo.

1604.--Hechos puramente relativos á la historia de la municipalidad de México, hay que consignar al dar una idea del gobierno del marqués de Montes Claros; nada de interés general, ninguna disposicion que nos revele las medidas que se tomaron para hacer progresar el reino: no parece sino que la Nueva-España dormia, ó mas bien, que estaba entretenida, especialmente la corte, con los saraos y pasatiempos que su virey le proporcionaba, de quien, si hemos de dar crédito á un testigo ocular bastante sincero, (2) era alegre y amante de festines, á los que él mismo ici!aba á los demas. Concluyóse este año la nueva alhondiga, y se cedió la antigua á cuatro frailes juaninos, quienes pusieron en ella una casa de cuna.

Las continuadas y abundantes lluvias de agosto causaron una inundacion que no hizo pocos estragos. Los campos y la ciudad estaban inundados, de tal manera, que en las calles de esta no se podia transitar sino en canoas; y á pesar de que á pocos dias las aguas de las lagunas se retiraron, el estancamiento de las demas causó grandes perjuicios, pues multitud de casas se arruinaron. A vista de semejantes males, el marqués pensó luego en la construccion del *famoso* desagüe de Huehuetoca, para lo cual traía amplias facultades del monarca, mas desistió de su empeño por la fuerte oposicion que encontró en el fiscal del rey. Este le presentó una escritura en que demostraba que para poder llevar á cabo esa empresa, se necesitaban quince mil indios que trabajaran diariamente por el espacio de un siglo, en un canal de nueve á diez leguas de longitud, y

(1) Torquemada.

(2) Torquemada.

de diez y seis á cien varas de profundidad, con lo cual se decidió el marqués á emprender únicamente el reparo de la albarrada que se habia levantado en tiempo de D. Luis de Velasco.

1605.—Siguiendo el marqués con su constante idea de poner cuantos medios estubieran de su parte para evitar en lo posible los trastornos que las inundaciones causaban en México, y concluido, como ya dijimos el reparo de la albarrada, hizo que en el acto se procediera al de las calzadas de Guadalupe y San Cristóbal, en lo que llevaba la doble mira de contener las aguas de las lagunas, y evitar que llegasen á la ciudad, y de que sirviesen de tránsito para caballos y carruages. Esta obra que tardó en concluirse cinco meses, fué dirigida por dos religiosos franciscanos, uno de los cuales fué el célebre Torquemada, autor de la *Monarquía indiana*, y uno de los que mas datos consignaron en su obra de la historia de esos tiempos. Concluido el reparo de estas calzadas, pasaron los mismos religiosos á dirigir las de San Antonio y Chapultepec, que pronto se concluyeron, mereciendo todas el renombre de *obras de romanos*, como refiere el mismo Torquemada, y trabajaron en ellas de mil quinientos á dos mil mexicanos que se hicieron venir de veinte leguas á la redonda, y á todos los cuales se les empleó luego en la limpia de las acequias de la ciudad, ¡gente infeliz sobre la que pesaba con toda su fuerza el bárbaro despotismo de los conquistadores!

1606.—Nuevos esfuerzos para evitar las inundaciones, se hicieron este año; tratóse de evitar que descargasen en la ciudad las aguas de la laguna dulce que venian á ella, por la acequia de Mexicalcingo, para lo cual se construyó un dique que las contuviera; mas como era indispensable que estas entrasen á México durante la estacion de las secas, se hizo de modo que quedasen dos compuertas, que sirvieran para este objeto. Esta medida fué de funestas consecuencias para Xochitlmilco y demas pueblos convecinos, pues las aguas que se encontraban detenidas en su curso, se derramaban por la campiña, inundándolo todo, y haciendo en dichos pueblos los estragos que los redujeron á la miseria en que se han visto despues.

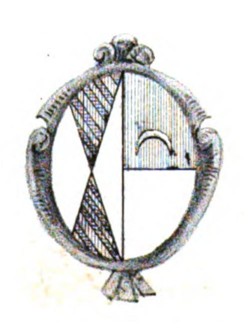
El agua que en la ciudad se bebia, entraba á ella todavía en esa época por una atargea, obra que fué de los antiguos naturales del pais, y notable por su solidez, no obstante lo cual, la dicha atargea ofrecia inconvenientes que era preciso remediar, para que la conduccion del agua potable se hiciese con mas facilidad. El marqués pensó luego en la construccion de un acueducto, el ayuntamiento aprobó este pensamiento, no tanto por complacer al marqués, cuanto por la utilidad que de ello le resultaba, y en este mismo año quedó concluida una gran parte de él.

De órden del rey se juró este año en México al príncipe de Asturias, (Felipe IV.) y la funcion fué de las mas brillantes que con el mismo objeto se habian visto. Ningun otro acontecimiento notable se encuentra en él si no es el de haber arribado en Acapulco el marinero Pedro Fernandez Quiroz, quien se vió obligado á dirigirse á las costas del Sur de la Nueva-España, despues de haber hecho descubrimientos importantes, por multitud de contratiempos que esperimentó en su navegacion.

1607.—A principio de este, abrió su visita de los tribunales el Lic. Diego Landeros, visitador del reino, nombrado por el rey, y obró con tal rectitud, que á dos oidores, alcaldes del crímen, (Marcos Guerra, y el Dr. Azoca) los hizo volver presos á España, por haberlos hallado culpables. Miéntras tanto, el marqués de Montes Claros hacia que se continuase con teson el acueducto, y lo hubiera visto concluir muy pronto, si no le hubiera llegado órden del rey para que pasase al Perú, en la que al mismo tiempo se le permitia que siguiese gobernando, hasta que se hiciese á la vela en Acapulco, para lo cual debia llevar consigo un oidor que le ayudase en el despacho, singular privilegio, que como dice Cavo, á nadie se habia concedido hasta allí. No obstante esto, el marqués de Montes Claros retardó su viage hasta que supo que se le habia nombrado por sucesor á D. Luis de Velasco, que habia vuelto ya del Perú. Avistáronse los dos en Xochitlmilco, y ambos se dirigieron luego á ocupar sus respectivos empleos. El marqués partió para Acapulco, y estando en Quanhuahuac, (Cuernavaca) recibió noticias de que cuarenta caballeros de quienes se habia olvidado en la promocion de los empleos, se habian presentado contra él á la audiencia acusándolo, lo cual lo irritó sobremanera; mas como le era ya imposible volver á castigarlos, acudió al consejo de Indias, el cual mandó que Velasco los prendiera, y que en lo de adelante no fuesen promovidos para los empleos, sino aquellos que fuesen *idoneos*, sin atender á si eran ó no hijos ó nietos de los conquistadores. El marqués se hizo á la vela, y Velasco entró á México á dirigir por segunda vez las riendas del gobierno de la Nueva-España.

R. I. Alcaraz.

Liceo Mexicano.



D. JUAN [illegible]

[illegible]

VENTRILOQUISMO.

SE ha dado el nombre de *ventrilocuos* á ciertas personas que tienen la habilidad de producir una voz hueca, lejana, y que parece formarse en el estómago.

La existencia de los ventrilocuos es tan antigua, que ha habido escritor que haya asegurado que los sacerdotes egipcios desde tiempo de Moisés poseían ya el ventriloquismo con la mayor perfeccion. En lo que convienen muchos historiadores antiguos es, que las Síbilas, las Pitonísas y algunos sacerdotes de los griegos y romanos que estaban presentes á las consultas que se hacian á algunos ídolos, eran hábiles ventrilocuos que daban las respuestas de los oráculos.

Los ventrilocuos han sido mirados siempre como hombres maravillosos, y en algunos siglos bárbaros se les llegó á tener por energúmenos; mas hoy el ventriloquismo se considera solamente como uno de los recursos de los juglares.

Se han dado muy diversas esplicaciones acerca de la causa que produce la formacion de la voz de los ventrilocuos; pero lo que está fuera de duda es, que no se requiere para ser ventrilocuo haber nacido con cierta disposicion de algunos órganos, como se creia antiguamente.

Los fisiólogos, queriendo descorrer el velo del misterio con que se ha querido siempre presentar el fenómeno de que nos ocupamos, han incurrido en mil contradicciones. Unos han dicho que cuando las dos membranas unidas de la duplicatura del mediastino se separan, la voz parece que proviene de la cavidad pectoral, y los individuos son ventrilocuos: otros han opinado que la voz del ventrilocuo se forma durante la inspiracion. Dumás y Lauth dicen que en la larinje es donde se forma la voz del ventrilocuo, la cual repelida hácia el pecho toma un eco particular, de lo que resulta el sonido sordo y lejano que se percibe. La opinion mas generalmente recibida acerca de este fenómeno, es la de un médico francés, Mr. Lespagnol. Segun él la modificacion de los sonidos se hace por medio del velo del paladar, que gradua la intensidad de la voz é impide que el aire salga por las fosas nasales: de manera que cuando se quiere producir una voz fuerte, ó que viene de cerca, el sonido sale por la nariz y la boca, y solo por esta cuando se quiere imitar una voz lejana.

Mr. Colombat, habiendo estudiado el sistema del citado Lespagnol, refiere haber hecho en sí mismo la esperiencia siguiente: „Convencido de que para ser ventrilocuo basta tener los órganos vocales muy flexibles, así como los pulmones amplios y permeables al aire, he conseguido con un poco de ejercicio imitar bastante bien todos los sonidos de los ventrilocuos: para producir perfectamente todas las ilusiones que constituyen el arte del ventriloquismo, solo me ha faltado un poco mas de ejercicio, y sobre todo la facilidad que ellos tienen para imitar todas las inflexiones vocales. Para hablar, pues, con la voz de los ventrilocuos, basta emplear el mecanismo siguiente: despues de haber hecho una fuerte inspiracion que tiene por objeto introducir en el pecho la mayor cantidad posible de aire, es menester contraer fuertemente el velo del paladar para elevarlo, con el fin de tapar perfectamente la abertura posterior de las fosas nasales: tambien se debe tener cuidado de contraer la base de la lengua, la laringe y todas las partes que forman la garganta, fijando al mismo tiempo la punta de la lengua detras de los dientes de la mandíbula superior. La emision de la voz se debe hacer arrojando la menor cantidad posible del aire de los pulmones, lo que se conseguirá contrayendo fuertemente todos los músculos del vientre, del pecho y del cuello. Se ve, pues, que el principal secreto de los ventrilocuos es impedir que el aire salga por la nariz, y hacer que este fluido se escape por la boca, de una manera lenta y forzada, de suerte que la voz parezca sorda, y tener la debilidad y el metal de una voz lejana, lo que hace creer que viene de léjos. Para aumentar la ilusion, dando á la voz un sonido que parece venir de un lugar determinado, basta llamar la atencion disimuladamente há-

cia dicho lugar, y hablar en esa direccion, contrayendo el velo del paladar mas ó ménos para acercar ó alejar la voz, segun se quiera. Tambien se debe cuidar mucho de mover la mandíbula inferior lo ménos que sea posible, y articular con la boca cerrada lo mas que se pueda: en fin, el ventrilocuo se debe presentar de perfil para que se le note ménos el esfuerzo que hace para la formacion de la voz."

Entre los muchos ventrilocuos que han existido, se han distinguido tres, que son, Brabant, Constantino y Mr. Comte.

Del primero se cuenta que estando apasionado de una jóven hermosa y rica, cuyo padre acababa de morir, se presentó en la casa de la viuda de este á darle el pésame: repentinamente se comenzó á oir una voz sepulcral que decia á la viuda: „Dá nuestra hija á Brabant, pues por habersela yo negado estoy sufriendo penas terribles en el Purgatorio.» Esta astucia hizo al ventrilocuo dueño de una hermosa jóven y de un pingüe caudal.

Pasquier refiere en sus *Recherches sur la France*, lo siguiente: „Hace doce ó trece años murió un bufon llamado Constantino, que formaba toda clase de voces: unas veces remedaba la de los ruiseñores con una dulzura encantadora; otras rebuznaba como cualquier asno; y contrahacia la riña de tres ó cuatro perros, y la voz del que mordido por los otros huia quejándose. Con un peine en la boca imitaba perfectamente el sonido de una corneta. Pero en lo que sobresalia, era en que hablaba á veces con una voz del estómago tan interna, que le parecia á uno que le llamaban de un lugar distante.»

Mr. Comte es el ventrilocuo mas hábil que ha existido en este siglo. Mr. J. Fonteuelle, refiere de él entre otras anécdotas la siguiente. „Una vez caminaba en una diligencia Mr. Comte, con varios amigos, cuando comenzaron á oirse voces como de treinta ó cuarenta salteadores que gritaban ¡alto! al cochero. Este paró el carruaje, y las voces continuaban, *¡el dinero ó la vida!* Como todos los pasageros se hallaban inermes, comenzaron á bajarse para entregar á los bandidos sus bolsillos, pero no veian á ninguna persona que fuese á recogerlos, hasta que las fuertes carcajadas de Mr. Comte dieron á conocer á los chasqueados la burla del ventrilocuo.»

F. Diez de Bonilla.

ESTUDIOS HISTORICOS POLITICOS.

D'un peuple furieux le *despote* imbecille
Connait la vanité du pacte pretendu.
Repondez souverains, qui l'a dicté ce pacte?
Qui l'a signé, qui l'a souscrit?
Dans quel bois dans quel autre, en a-t-on dressé l'acte?
De fait de droit il est proscrit.—Diderot.

Muy dificil es en las cosas humanas, es moralmente imposible que la autoridad soberana no sea la presa del mas fuerte y atrevido, la razon de este hecho me parece muy sencilla: no habiendo sino un solo título legítimo para obtener el poder supremo, que es: *el contrato con el pueblo*, se ha tenido que ocurrir frecuentemente al derecho del mas fuerte, que por absurdo que sea, es el único título existente que milita en favor de los soberanos. La historia que es un dato casi infalible para calcular lo venidero, nos enseña, desde sus mas remotos tiempos, que los reyes en su orígen no fueron sino algunos cazadores compañeros de sus vasallos, y que luego que pudieron hacerse mas fuertes que estos, se convirtieron en sus conquistadores y tiranos: la escritura nos presenta el primer

ejemplo en Nemrrod, fundando el célebre imperio de Babilonia, y la historia de todos los pueblos y de todos los siglos nos muestra un catálogo inmenso de malvados semejantes: Alejandro el Grande, Atila y Alarico, Carlo Magno, Gengis-Kan, Carlos VII de Suecia, Napoleon y tantos otros que seria inútil recordar, no han sido mas que unos criminales afortunados y verdugos de la humanidad, que merecen tanto los elogios que se les han prodigado, como los bandidos que nos asaltan en los campos; empero algunos hombres célebres y justamente respetados, viendo que los conquistadores y los mas fuertes gobernaban comunmente á los hombres, trataron de legitimar el derecho del mas fuerte; pero mi pluma dirigida por un espíritu verdaderamente libre, hará algunas reflexiones para que se tenga siempre una prudente desconfianza de las autoridades mejor establecidas, y solo se cautive el entendimiento á la razon, no temerá combatir las opiniones hasta aquí recibidas, y mucho ménos vacilará en decir la verdad, aunque no se me oculta que de esta manera no se consigue fortuna, puestos ni elevacion, que ni envidio, ni pretendo, ni ambiciono.

Maquiavelo, el mas impudente defensor del despotismo y de la fuerza, devorado por una baja ambicion, y deseando recobrar su perdida fortuna para salir de la indigencia, se hizo el infame adulador de los Médicis, presentando al cardenal Lorenzo (que despues fué Papa con el nombre de Leon X) su libro del *Príncipe*, aun sin imprimir, lo que le valió la investidura de varios cargos civiles y militares; le imitó luego Grocio, este hombre sabio y de un talento precoz, siguió sus principios y dedicó su libro á Luis XIII de Francia, á quien hacia la corte, y finalmente, el orgulloso materialista Hobbes, virtió en su *Leviathan* las mismas doctrinas de los dos anteriores, trabajando para los Estuardos, de la misma manera que Maquiavelo habia trabajado para los Médicis. He aquí la razon y el verdadero motivo por qué estos apóstoles del derecho del mas fuerte, agotaban con inútiles esfuerzos y sofismas sus talentos é ingenios, para despojar á los pueblos de los derechos mas innalienables, con los que trataban de investir á los reyes, de quienes esperaban alguna utilidad ó provecho; pero supongamos por un momento, con el filósofo Ginebrino, el pretendido derecho del mas fuerte, y fijémos la atencion en las consecuencias que produciria, pues aunque este ilustre y elocuente defensor de la libertad, no ve en tal derecho mas que una algaravía inesplicable, yo creo hallar en él la teoría del crimen, que no dudo asegurar, es mas execrable que su práctica; he aquí mis fundamentos: supuesto que el pueblo inglés tuvo bastante fuerza para hacer pasar del trono al cadalso á su rey Carlos I: supuesto que la tuvo el francés para decapitar á Luis XVI: supuesto que la tuvo el mexicano pasando por las armas al héroe de la independencia, y supuesto, en fin, que la tiene el asesino para herir á su víctima, y el ladron para robar al débil, ¿porqué no diremos tambien que todos estos crímenes son un derecho? ¿no se fundan acaso, en la fuerza, en el atrevimiento, en la astucia? sancionando pues un principio tan absurdo como anárquico, ¿qué moralidad, qué virtud, qué justicia podrian existir sobre la tierra?

Empero los que han conquistado el mando, ó heredado un trono, bien hallados con él, acostumbrados á la continua lisonja, y creyéndose árbitros de la ley, de la propiedad, y de la vida, rara vez fueron justos, y desconociendo sus verdaderos intereses, persiguieron con el odio mas encarnizado á los defensores de la humanidad oprimida, sin reflexionar que estos abogados son el mejor apoyo de los gobiernos: es un temor muy pueril y ridículo el que se tiene á los filósofos y literatos, creyendo que le abren los ojos al pueblo: ¿acaso se necesita de ciencia y conocimientos para sentir el peso de la opresion y de la miseria, cuando se vé por otro lado el lujo y la abundancia? todo el mundo sabe que la revolucion de Suiza la hicieron tres hombres que no habian perdido el tiempo estudiando en las academias, que en Francia la hicieron los *sans-culotes*, y que el niño desde la cuna, llora cuando tiene hambre ó le molesta alguna impresion desagradable.

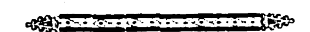
El interés privado sin embargo, ocupa con mas fuerza á los ciudadanos, que los males públicos, y los efectos políticos de la tiranía; y por esta razon los usurpadores se mantienen en el mando miéntras saben respetar las propiedades: los filosofos se cansarán de predicar, y los literatos de escribir; mas será sin fruto, por que nadie quiere renunciar á su propia utilidad, y por que con solo algunas palabras se engaña con la mayor facilidad á los hombres, sujetándolos al despotismo mas arbitrario, pues la influencia de las voces, es tan poderosa sobre el espíritu humano, que todas las naciones que se llaman civilizadas, y que no pueden oir hablar sin indignacion del poder

despótico del *Gran Sultan*, viven tranquilas creyéndose libres, por que se les dice que la soberanía reside esencialmente en la nacion, y que solo para su ejercicio se divide en los tres poderes mútuamente independientes, que son el legislativo, ejecutivo y judicial: ábrase la historia romana y se verá que los que no habrian sufrido á los Antoninos titulándose reyes, toleraron á Tiberio, á Calígula y Neron, porque se llamaban emperadores: léase la historia de Inglaterra, y se verá que los que no hubieran sufrido á Cronwell, hipócrita, ambicioso y tirano sanguinario, con el nombre de rey; le toleraron porque se titulaba *Protector*: recuérdese nuestra historia, y se verá: que no sufrimos al héroe de Iguala llamándose emperador, y.... basta, pues esta es la triste historia de todo el género humano, mas no se olvide que en Roma, en aquella antigua capital del mundo, las guardias pretorianas asesinaban continuamente á los emperadores, para poner en hasta pública el imperio, y al imbécil que lo compraba sobre el trono, sin que un ejemplo tan repetido bastase á persuadirlos de que á su turno les tocaria una igual suerte: tengan pues entendido los soberanos que el único título verdadero, justo, y legítimo que hay para gobernar á los hombres, es el de hacerlos felices *con su espreso consentimiento*, y que las bayonetas no son el mas seguro ni firme apoyo de un gobierno, pues que este *solo* consiste *en la opinion pública y en el voto general de los ciudadanos manifestado libremente y sin temor*.

FELDT.

HISTORIA DEL PERU.

PRISION Y MUERTE DEL INCA TUPAC AMARU.



EL marqués de la Cañete, virey del Perú habia logrado atraer con afabilidad y por medios suaves al último monarca peruano, y despues que él y su muger se hubieron bautizado, transcurrido algun tiempo, murió de muerte natural. Esto fué causa para que los restos de su dinastía no quisieran ya reducirse, creyendo violenta esta muerte. Así es que no hicieron caso de las invitaciones del marqués, retirándose á Villalcampa, desde donde se defendian de los españoles que intentasen acometerles, por la espesura de los montes y la corriente crecida de los caudalosos rios que los incomunicaban del camino y del resto del imperio.

Así se pasaron algunos años, hasta que llegó de virey D. Francisco de Toledo, hijo segundo de la casa del conde de Oropesa, y hombre, como dicen los historiadores, de piedad y religion, que cada ocho dias recibia el Sacramento Eucarístico. Este virey fué informado de que el Inca Tupac Amaru y sus secuaces, *rebeldes á su legítimo monarca* el español, molestaban á cada paso á los transeuntes, á quienes despojaban de los bienes, dándoles muerte y sacrificándoles á sus ídolos: referianle ademas, que tenian convenido con todos los mestizos del reino, que como hijos de naturales, por razon de sus madres, le miraban como á su señor, y asimismo con los españoles descontentos del rey hacer una revolucion para colocar al Inca sobre el trono. Estas razones movieron á Toledo á hacer que de grado ó por fuerza el Inca dejase las armas y se pasase á habitar en las ciudades ó poblaciones á que lo destinase, y ya verémos despues de qué medio se valió para conseguirlo y los resultados que tuvo: oigamos ántes al padre Calancha, difinidor del órden de San Agustin, en aquella provincia, en su *milagrosa* historia sobre el establecimiento de dicha órden en aquel reino.

Tupac Amaru y los quo militaban bajo de sus órdenes, asaltaban con excesiva frecuencia á

los caminantes, sacrificándolos á sus dioses. Aconteció que algunos religiosos agustinos pasasen á predicarles, á fin, por supuesto, de convertirlos al cristianismo, hallábase entre ellos Fray Diego, sugeto venerable, y le dieron los indios muerte cruel, en una hoguera, como víctima consagrada al sol, que tenia el principal culto. Pasados pocos dias, en un sacrificio se dejó oir de en medio de las llamas, una voz que comunicaba el fin pronto y prematuro que los restos de la dinastía real habian de tener. En seguida el historiador refiere como esta voz era del demonio, y se esfuerza en probar la ciencia de este en la adivinacion, y dice que los indios quedaron aterrorizados con tan fatal pronóstico, y juzgándolo como justa venganza del Señor, por la muerte de su siervo, de que cada uno culpaba al otro, negando haber tenido en ella la mas mínima cooperacion.

Garcilazo no menciona estos hechos, y al contrario, asegura como testigo ocular que Tupac Amaru si alguna vez usó de la violencia, fué solo cuando se vió llevado de la necesidad de satisfacer á las de la vida, pero sin hacerles mas daño. De cualquier modo que sea, los indios temian rendirse á los españoles, de quienes recelaban, y el virey para atraerlos, mandó unos comisionados españoles y mestizos al Inca, haciéndole proposiciones de paz y amistad. Tupac por las razones que llevamos espuestas, se negó á entrar por ninguna clase de convenios, así es que volvieron los comisionados dos ó tres veces, y otras tantas regresaron con igual respuesta á la presencia de Toledo.

Aquí refiere Calancha que Amaru mandó dar muerte á los enviados del virey, por cuya causa no volvieron á Lima á presentársele, lo que le movió á emplear la fuerza, haciendo ir por distintas vias á dos ó tres divisiones que rodeasen al Inca para que no pudiera escapar. Garcilazo menciona que nada hubo de asesinatos, pero sí que Toledo luego que perdió las esperanzas de un convenio amistoso y que consideró haber puesto ya los medios que estaban de su parte, excitado por genios díscolos, se determinó a emplear la fuerza, y al efecto dispuso doscientos soldados á las órdenes de Martin Garcia de Loyola, quien se habia ya distinguido en otras espediciones.

Acercáronse los espedicionarios á las montañas de Villalcampa, donde estaba refugiado el Inca, y este luego que pudo percibirlos á alguna distancia, se remontó, procurando dejar de por medio el rio. No era ya tan dificil el paso para los españoles, y Tupac Amaru que conoció su peligrosa situacion y que le era imposible resistir con tan débiles fuerzas á las de su contrario, quiso mas bien que huir ó perecer, confiar en la generosidad española, y se puso á disposicion de su enemigo. Luego que hubo sido aprisionado, al saberlo el virey, le salió al encuentro.

Calancha, asegurando con Garcilazo que el virey decretó en el Cuzco la espedicion, pretestando para reunir gente que iban al Chile, añade despues que tuvieron algunos encuentros y escaramuzas, en las cuales sufrieron grandes pérdidas los indios y solo tres muertos, y bastantes heridos sus contrarios, por lo que aquellos se retiraron á unirse al Inca, que ni tuvo parte en la resistencia ni aun supo que se habia opuesto, pronto como se hallaba á rendirse, lo que efectivamente verificó al ver las tropas.

Luego, pues, que llegó al Perú el príncipe, se le nombró un fiscal que le hiciese cargos, y se determinó juzgarle en efecto, se le instruyó sumaria y en ella se le echaba en cara su rebelion, los robos y asesinatos que se suponia haber cometido y de que era acusado, la conspiracion que tenia tramada, y de que hemos hecho mencion. Los mestizos tambien fueron reducidos á prision todos los que fuesen mayores de veinte años, y encausados y puestos á tormento. Cuéntase que una india despues de haber exhortado á su hijo á resistir al tormento y de prohibirle que de ningun modo cooperase á la desgracia del príncipe, esclamó: ,,Muy bien se os emplea que todos los hijos de los conquistadores murais ahorcados en prémio y paga de haber ganado vuestros padres este imperio.» De allí salió frenética gritando por todas las calles, mesándose los cabellos, pidiendo á voces que si atormentaban á su hijo, le aplicaran igualmente á ella el tormento, y aun que le dieran la muerte. Puso en alboroto la ciudad toda esta muger, de todas partes salian á los balcones y á las puertas á verla, excitando generalmente en todos los sentimientos de humanidad. El virey, á cuyos oidos llegó la noticia de los sucesos de esta muger, perdonó la vida á los mestizos, dando órden que saliesen de sus prisiones, yendo sí, desterrados de las ciudades donde ántes tenian su residencia á otras, y aun algunos fuera del reino.

Al heredero de Manco se le continuaba, sin embargo, formando su proceso, el cual por fin se cerró con la sentencia de muerte á Tupac Amaru, y destierro del reino á los demas miembros del sexo masculino de su familia. Con-

movió en estremo tan fatal sentencia á la poblacion toda de Lima y del Perú, en general todos lloraban al infortunado Tupac, y procuraban que fuese revocada; el obispo D. Fray Agustin de la Coruña lo pidió así al virey, puesto de rodillas delante de él y llorándole, pero sus ruegos fueron inútiles y su llanto desoido. Toledo insistió en llevarla al cabo sin intimidarle que á Felipe II podria muy bien descontentar su crueldad como le hacian ver. Garcilazo asegura que el virey juzgaba complacer á su soberano con poner en ejecucion la sentencia, por lo que no quiso, como le fué insinuado, remitir la causa à la corte de Madrid: que puso espias con el objeto de saber lo que pasaba en el público, y luego que supo que trataban de verle para la suspension dicha, colocó en todas las esquinas del palacio y á la puerta de él, centinelas que impidiesen la entrada á los que fuesen con tal intento, y de esta manera se curó de evitarse compromisos.

Era un dia de mayo en el año de 1562, las calles de Lima estaban llenas de un inmenso gentio, los semblantes de todos los concurrentes, el rumor sordo que se percibia, los corrillos, todo revelaba un suceso estraordinario y funesto. De repente, montado en una mula, con una soga al cuello y atadas á las espaldas las manos, apareció un hombre, que con la serenidad y la calma que produce la inocencia, caminaba al patíbulo, era el último hijo de los Incas, Tupac Amaru, va al suplicio con el mismo aire jovial y festivo, con la misma tranquilidad con que en otro tiempo marchara en medio de los únicos vasallos que le seguian, á presenciar los sacrificios y á adorar al sol. Iba á su lado un pregonero gritando á voz en cuello: ,,Por tirano y traidor á su Magestad Católica.» Aquellas voces llegaron al fondo del corazon, del reo turbando su tranquilidad, porque aunque no las entendia, pidió esplicaciones á uno de los muchos religiosos que caminaban á su lado, y luego que este le hubo dicho su sentido, se inmutó é hizo llamar á sí al pregonero, y levantando su voz le dijo: ,,Dí que muero no por traidor, que á nadie he hecho traicion, sino porque así cumple á los deseos del virey.»

Es de advertir que ya habia sido bautizado por el obispo D. Fr. Agustin de la Coruña, que con otros eclesiásticos lo catequizaron en la prision, y segun Garcilazo, se llamó Felipe por ser este el nombre del rey, mas el padre Calancha dice, que no se llamó sino Pablo por la clase de muerte y calidad del Apóstol. A tiempo que acabó de hablar con el pregonero, comenzaron á oirse ahullidos porque no era otra cosa el llanto general que ocasionó, bien que ya antes venian á su lado llorando infinidad de mugeres. Algunos se acercaron á él y le pidieron que hiciese cesar aquel llanto, y en el instante poniendo la mano en la boca haciendo en seguida una señal se suspendió la griteria sin que pudiera reprimir los sollozos sofocados. Todos los españoles se admiraron, no tanto del respeto y veneracion de los indios que al fin debian reconocerle como su legítimo soberano, cuanto de su pronta obediencia, pues que se asegura que instantáneamente y como por un solo acto cesaron todos á la sola señal que les hizo, guardando desde entónces un silencio respetuoso, aquel silencio fúnebre que se nota en una casa mortuoria, donde apenas, y en voz muy baja se habla, donde solo se escuchan suspiros que reprimidos salen al fin quemando el seno que los arroja, donde nada mas se percibe el lloro que se trata de contener. Era uno de los espectadores y de los que admiraron la pronta obediencia de los indios D. Francisco de Toledo, que acompañado de algunos españoles presenciaba oculto la escena por dentro de su balcon como para gozarse en su víctima, al modo que contemplaba el incendio de Roma Neron, quien llevaba la ventaja al virey de ser infame á cara descubierta y de no disfrazarse hipócritamente con las apariencias religiosas, por lo demas, tanto faltaban en uno los sentimientos de humanidad como en el otro.

Llega el Inca al patíbulo con ánimo imperturbable, habla al pueblo por la nueva religion que ha abrazado convencido de ser la verdadera y de lo estraviado que hasta entónces habia estado, se defiende de las calumnias que le levantaron para conducirle á aquel lugar, espresa que su muerte es injusta, pero se goza de que va á unirse en aquel momento su espíritu al Criador y presenta en seguida el cuello al verdugo, este hace saltar con su acero la cabeza del Inca, y tomándola del cabello la levanta: un clamor súbito y universal se escuchó, y Lima se halló toda cubierta de luto y de tristeza.

No concluyó de esta manera la familia de los Incas, los demas parientes de Tupac salieron desterrados sobreviviendo poco á su desgracia, sin que quedase de ellos un solo resto. Sus verdugos corrieron tambien una suerte semejante.

Toledo, concluido el periodo de su administracion, marchó á España con esperanza de obtener un ministerio en recompensa de sus *distinguidos servicios*, y aun habia prometido á algunos atenderlos inmediatamente que presentado al rey le fuese conferida la secreta-

ría del despacho, como lo aguardaba. Llegó en efecto á la corte, y una de sus primeras diligencias fué acercarse á Felipe II, gozoso de la recompensa que se prometia; pero le sucedió muy al contrario, porque el saludo del monarca al verle, fué: „Idos á vuestra casa á descansar, que no os envié al Perú á matar reyes, sino á servir reyes," lo cual dicho con semblante airado entristeció al *ameritado* virey que de palacio salió para su casa muy mas pensativo de lo que pudiera antes imaginarse, viéndose perdido en la gracia de su soberano por la misma causa que juzgaba haberla ganado. No paró aquí, su mal pues sus enemigos declararon á Felipe que teniendo asignada en el Perú la renta anual de cuarenta mil ducados, él se habia hecho pagar cuarenta mil pesos; de suerte que resultaba debiendo á la hacienda públíca ciento veinte mil ducados, y en efecto, se asegura que sus criados cobraron de esa manera. Así informado Felipe, le condenó á exhibir en el acto la espresada suma como lo verificó. Todo esto le produjo una afliccion tal, que solo ella lo llevó al sepulcro muriendo á los tres dias. Recuérdese lo que pasó de una manera semejante pocos años atras, en 568, con el visitador de la Nueva España Muñoz, y con el mismo monarca. Aunque la muerte de uno y otro se asegura que fué natural, no parece sino que se les dió garrote dentro de sus propias casas, apareciendo muertos al dia siguiente. He aquí el premio que recibió el principal asesino de Tupac Amaru: no terminó de un modo mejor la existencia del capitan Martin García de Loyola.

Muerto el Inca, casó el capitan con una de sus hijas, que en union de otra hermana y de la madre habian sido sus prisioneras cuando aquel se le rindió. Martin continuó haciéndose célebre por sus victorias, y en remuneracion de los servicios que habia prestado se le nombró gobernador del Chile. Allí se estableció pacificándolo completamente, y cuando ménos lo imaginaba, los indios que se conservaban aun en el estado salvage, comenzaron á acometer á algunas poblaciones indefensas; determinó atacarles, y para conseguirlo, marchó sobre ellos con doscientos hombres, mas treinta de su escolta. Logró pronto dispersarlos, y al retirarse de su espedicion creyendo ya estar fuera de peligro por haber salido de los sitios que aquellos indios frecuentaban, despachando la tropa toda solo conservó su escolta. Al anochecer, descuidando de dejar centinelas que velasen por su seguridad, se entregaron él y todos los que le seguian al descanso; mas los indios que no dormian, comenzaron poco á poco á acercarse y hallándolos dormidos, ahullando y ladrando á manera de perros, imitando el graznido y el silvido de las aves y con otras señales semejantes que no los descubriesen, llamaron á sus compañeros, que reuniéndose en número regular se precipitaron sobre los descuidados sin dejar con vida á uno solo, llevándose en seguida las armas. Así murió Garcia: su viuda, la hija del Inca pasó á España, donde fué vista por el monarca con grandes consideraciones, y para reparar en parte las injusticias que sus agentes en el Perú cometieron con la familia de sus abuelos, y remunerar por otra los servicios de su infortunado marido, la dió el título de marquesa de Oropesa, y el pueblo de este nombre: desde entónces fijó su domicilio en la Península donde murió.—Carlos M. Saavedra.



COPERNICO Y SU SISTEMA.

A Copérnico miro restaurando
En su perdido trono al sol hermoso,
Que fijo en medio del espacio inmenso,
Como rey de los astros, magestoso
El imperio gobierna luminoso.
. . . . —LAFRAGUA.

SI las vidas de los monarcas, de los conquistadores y de los grandes potentados, nos interesan y les damos justamente un lugar distinguido en ese gran proceso que llamamos historia, con mas razon debemos contemplar las de aquellos grandes ingenios, que cultivados con el estudio y la meditacion se han colocado en una posicion donde la posteridad debe tambien juzgarlos aunque de diverso modo; pues si el fallo que pronuncia con respecto á aquellos suele ser dudoso, en razon á que aun despues del transcurso del tiempo pueden las pasiones ejercer alguna influencia; el que profiere con respecto á estos, siempre es favorable, pues todo el mundo reconoce su superioridad, de modo que siempre el ignorante los acata y el erudito los admira y venera.

El canciller Bacon, ha dicho que la historia del mundo sin la de los sabios, seria la estatua de Polífemo sin su ojo: este brillante pensamiento, que abraza en general á todos los sabios, toma mayor vigor, cuando se aplica á aquellos ingenios privilegiados que han sabido comprender los grandes misterios de la creacion y presentarnos á la naturaleza tal cual es, descorriendo los velos con que el incomprensible tuvo á bien encubrir muchos de sus arcanos.—Entre estos ingenios debe contarse al gran Copérnico, que causó una revolucion en el mundo científico, revelando, por decirlo asi, el verdadero sistema del mundo.

„Levántase Copérnico hasta el cielo,
Que un velo impenetrable antes cubria,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que da á torrentes su esplendor al dia."
[*Quintana.*]

Era el 19 de febrero del año del Señor de 1473, cuando nació, de una familia distinguida de Thorn, ciudad antiguamente polaca y hoy prusiana, Nicolás Copérnico, quien despues de haber aprendido en la casa paterna las lenguas griega y latina, pasó á Cracovia donde se dedicó al estudio de la filosofía y de la medicina, pero nunca ejerció esta última ciencia, á no ser en beneficio de los menesterosos, dedicándose constantemente al estudio de la astronomía, hasta llegarla á poseer á fondo segun los conocimientos de aquella época. Tan luego como se encontró con suficientes conocimientos en las ciencias matemáticas, pasó á Italia en 1493, y segun refiere Forster (1), se dedicó durante algun tiempo en Bolonia á los estudios astronómicos; otros dicen (2) que su viage á Italia fué con el objeto de visitar al célebre astrónomo Juan Muller, conocido generalmente por Régiomontano, mas este filosófo parece que habia muerto diez y siete años antes (1475); pero sea de esto lo que fuere, Copérnico no perdió momento, y despues de haber oido las lecciones de los mas hábiles profesores que á la sazon brillaban en varias ciudades de Italia, se dirigió á Roma, donde en el año de 1500 se le confió una cátedra de matemáticas.—Cuando tuvo un gran caudal de conocimientos, fruto de largos estudios y profundas meditaciones, regresó á su patria, con el diploma de doctor en medicina que le habia espedido el colegio de Pádua, y desde luego fué nombrado académico de Cracovia, título distinguido y honorífico en aquella época, y finalmente, su tio materno Wazelrod, obispo de Warmie, le nombró canónigo de Fravenberg, confiándole la administracion de los bienes del obispado, en cuyo cargo conti-

(1) Historia de Polonia.
[2] Dictionaire Biographique Universel et Pittoresque



Estª de Copernico en Varsovia.

nuó viviendo como un modesto sabio, dividiendo su tiempo en ejercer los deberes de su ministerio, estudiar la astronomía, y auxiliar á los desgraciados.

Copérnico se dedicó á leer todos los sistemas astronómicos antiguos y las doctrinas de los astrónomos que le habian precedido, y en especial el sistema de Tolomeo, el único admitido y generalmente enseñado en aquella época. No dejó el filosofo polaco de comprender que un sistema tan complexo, estaba muy distante de esplicar la sencilléz que caracteriza las obras del Creador, y concibió el atrevido proyecto de reformarlo y despues de 36 años de estudio se decidió á instancias de sus amigos, y en especial del cardenal de Schoemberg, á publicar bajo el título de *Nicolai Copernici taurinencis de revolutionibus Cœlestium*, el famoso sistema que debia inmortalizar su nombre, cambiar los fundamentos de la antigua filosofia y hacer tomar una marcha rápida y progresiva al estudio de la astronomía. Mas, como dice un escritor, las tinieblas de la ignorancia estaban tan espesas y los principios de la antigua filosofia gozaban de tan gran veneracion, que nuestro filósofo no emitió su esplicacion de los movimientos celestes sino como una modesta hipótesis, y para ponerse al abrigo de toda inculpacion de haber tenido siniestras intenciones al componer su obra, la dedicó al Papa Pablo III. „Esto es, dijo á este pontífice, para que no se me acuse de querer evitar el fallo de las personas ilustradas, y para que la autoridad de vuestra Santidad, si aprueba esta obra, me garantice de la mordacidad y de la calumnia." La obra apareció en 1543 en Nuremberg, y en el mismo año, una fuerte disenteria abrió el sepulcro al sabio polaco el dia 24 de mayo, poco despues de haber recibido el primer ejemplar de su obra. Esto fué para él una gran fortuna, dice Fontenelle, y á la verdad que sí, pues apenas apareció este libro cuando ya se dirigian contra él fuertísimos ataques, y los que tomaron su defensa fueron bárbaramente perseguidos, hasta que las leyes de la naturaleza descubiertas por el inmortal Newton vinieron á confirmar el sistema del inmortal Copérnico. „Disputó la Alemania por mucho tiempo á la Polonia, dice el citado Forster, la posesion de este hombre ilustre; pero al fin dirigió Mr. de Humbolt, en 1829 como presidente de la sociedad de Berlin, una carta á la real sociedad de amigos de las ciencias de Varsovia, en la que renunciaba en nombre de todos los alemanes al honor de ser compatriota de Copérnico." La ciudad de Varsovia le ha erigido una tan magnífica cuanto merecida estatua de bronce, obra del célebre Thorwaldsen (3).

SISTEMA DE COPERNICO.

La absurda hipótesis de Tolomeo estuvo admitida hasta principios del siglo XVI; en este sistema se imaginaban siete cielos cristalinos, en los cuales se colocaban á los siete planetas entónces conocidos, y para las estrellas se formó un octavo cielo en que se colocaban á todas las constelaciones. Mas despues de construidos todos estos cielos era preciso darles movimientos regulares, lo cual no fué tan dificil; pues como el espacio no tiene límites, Tolomeo remontó su imaginacion y formó un nono cielo mas distante todavía que el de las estrellas fijas, al cual llamó *primum movile*, que suponia comunicaba el movimiento perteneciente á todos los demas cielos, con mayor ó menor velocidad segun el diámetro de sus círculos respectivos.—Pero el gran muelle ó *primum movile* que Tolomeo habia construido, no satisfacia á los Padres de la Iglesia, y para asegurar el órden planetario pusieron á un ángel para dar vueltas al *primum movile* de todas las ruedas celestiales; pero otros teólogos mas cautos juzgaron peligroso confiar al cuidado de un solo ángel una máquina tan importante, y para evitar el trastorno del mundo, pusieron un ángel para mover cada cielo.—Tolomeo suponia á la tierra en el centro del universo; y á la luna inmediata á esta haciendo sus revoluciones mensuales; en seguida, á corta distancia, Mercurio, luego Vénus, y algo mas allá fué colocado el sol, al cual seguian, Marte, Júpiter y Saturno, todo esto dentro de la bóveda estrellada, la que se encontraba antes del *primum movile*.

Para vencer la dificultad que ofrecian las retrogradaciones de los planetas, supuso que cada uno de ellos se movia en la circunferencia de un pequeño círculo que llamó *epíciclo*, el cual se movia uniformemento al rededor de la tierra en la circunferencia de otro círculo llamado *deferente*, que tenia por centro á la tierra.—Para esplicar la inclinacion de las órbitas de los planetas, supuso que los epíciclos y círculos deferentes, estaban en planos diversos del de la eclíptica, y cada nueva dificultad la resolvia trazando un nuevo epíciclo á cualquier planeta.

Semejante teoría, tan complicada, como absurda, no podia satisfacer al sábio Polaco; él habia leido que Pitágoras habia enseñado que

[3] A continuacion damos una biografia de este famoso escultor, gloria y orgullo de la Dinamarca.

el sol estaba en el centro del mundo, y que Nicetas de Siracusa, defendió que la tierra se movia al rededor del sol. Mas apesar de esto, seria una imperdonable injusticia el privar á Copérnico del mérito que contrajo con su admirable sistema, por solo la suposicion de aquellos antecedentes. „Copérnico no podia, dice un escritor de nuestros dias, sufrir que los sentidos triunfasen por mas largo tiempo de la razon sin que la realidad fuese esclava de la apariencia; y lleno de un entusiasmo filosófico, desbarató todos los cielos cristalinos que habia fabricado Tolomeo; paró al *primum movile* y mandó al empíreo á los ángeles que movian la máquina celestial, para egercer allí un ministerio mas digno de su alta gerarquía. Luego se puso á ordenar los astros, y no pudiendo tolerar que la humilde é insignificante tierra continuase usurpando el sólio del mundo, la tomó con su atrevida mano, la lanzó treinta millones de leguas del centro, la privó del cortejo de los planetas que la rodeaban, y dejándole solo una doncella para que la acompañara y alumbrase de noche, le mandó girar en su órbita como los otros planetas, al rededor del gran luminar, al que como legítimo soberano de nuestro mundo, colocó en el centro del sistema."

En el sistema de Coopérnico tan admirable por su sencillez y verdad, el sol ooupa el centro del universo, á su derredor giran Mercurio, Venus y la tierra llevando consigo á la luna; en seguida Marte, Júpiter y Saturno, estos eran los planetas hasta entónces conocidos. El principal objeto de este sistema es el de esplicar la variacion periódica de las estaciones. Copérnico resolvió el problema, inclinando la órbita de la tierra $23^1/_2$ grados sobre el plano de la eclíptica. „Pero se decia, segun la hipótesis de Copérnico, los planetas deberian presentar faces en ciertas épocas, y la luz que emiten no varía sensiblemente de intensidad.» Los anteojos llamados de larga vista no eran aun conocidos, y sin embargo, Copérnico aseguró que la esperiencia demostraria que los planetas presentan faces como la luna, y su prediccion se ha verificado: Venus y Júpiter observados con buenos instrumentos, ofrecen un espectáculo enteramente semejante al que nos presenta la luna en sus diversas posiciones, con relacion al sol y á la tierra. Copérnico creia que las órbitas descritas por los planetas al rededor del sol eran círculos perfectos; Keplero comprendió y demostró que estas órbitas son *elipses*; hoy que las ciencias matemáticas han llegado al mas alto grado, está claramente demostrado que todo movimiento rotatorio es elíptico: el inmortal autor del *Sistema del mundo* ha manifestado que esta verdad no tiene contradiccion en cuanto á las órbitas de los planetas. El autor del sistema, de que tratamos, habia creido que la tierra y los demas planetas obedecian á tres movimientos, resultantes de tres causas: primera, de la que los hace girar sobre ellos mismos: segunda, de la que les hace describir un círculo al rededor del sol: tercera, de una fuerza que hace inclinar sus ejes sobre el plan de sus órbitas. Despues se ha conocido que esta última fuerza no es necesaria, por la sencilla razon de que el eje de un cuerpo girando sobre sí mismo y moviéndose, ya en línea recta, ya circularmente en el espacio, no debe cambiar de posicion.

Las diferencias entre el tiempo verdadero y el tiempo medio, el movimiento retrógrado de los equinoccios etc., se esplican facilmente en el sistema de Copérnico.

Sucesivamente iremos dando los artículos relativos al sol y á los demas planetas, asi como la teoría de las estaciones.—P. T.



BERTOLDO THORWALDSEN.

ESTE célebre escultor nació en Copenhague el 19 de noviembre de 1770. La modesta condicion de sus padres no les permitió darle una gran educacion; no obstante, él manifestó desde sus primeros años las mas bellas disposiciones para el dibujo, y fué á cursarlo á la academia de artes, donde fué admitido gratuitamente. Hacia seis años que el jóven Bertoldo, frecuentaba esta escuela cuando en 1787 obtuvo por recompensa de su dedicacion y adelantamientos, la medalla menor, y ademas la honra de ver su nombre inscrito en los papeles públicos entre los de los discípulos que mas se habian distinguido, y pocos años despues obtuvo la gran medalla de honor. Desde entónces uno de los profesores de la academia se encargó de continuar su educacion artística; pero á poco tiempo su padre que no deseaba mas que sus auxilios, pensó en hacerle dejar los estudios; mas Thorwaldsen supo corresponder á las esperanzas del autor de sus dias sin abandonar su arte. A los veinte años de su edad no se atrevia á competir para obtener el premio de escultura que anualmente concede la academia, pero sus amigos que confiaban mas que él en su mérito, lo animaron; el éxcito fué feliz, y este brillante suceso le valió la proteccion del ministro de estado, conde de Reventow, quien le encomendó varias obras. Dos años despues compitió para obtener el premio de la gran medalla de oro, y su triunfo fué completo, pues obtuvo ademas el derecho de viajar tres años á espensas del estado. Se embarcó desde luego en un buque de guerra que debia hacerse á la vela para el Mediterráneo, y el dia 20 de mayo de 1796, dejó la rada de Copenhague despidiéndose de las riveras de su patria, la que no volvió á ver sino hasta despues que su nombre fué generalmente conocido en Europa, y que sus obras admirables habian manifestado en casi todas las naciones civilizadas su ingenio y su gloria. Dirigióse á Roma donde trabajaba constantemente, pero nunca quedaba satisfecho de sus obras, y tan luego como concluia una estatua le cortaba la cabeza y la arrinconaba para que nadie pudiera verla. Decidióse por fin el gran artista á comenzar una obra que hiciera resonar su nombre y escogió para su objeto á Jason al verse libre de los peligros que debió arrostrar para la conquista del Vello-cino de oro, y en abril de 1801, el modelo de barro estaba ya concluido. Pero en Roma, apesar de ser el teatro de los grandes artistas, no es tan fácil sobresalir: la obra del jóven Danes causó poca sensacion; y él, despues de haberla contemplado algunos dias, la condenó á correr la misma suerte que las anteriores, es decir, á cortarle la cabeza y sepultarla en un rincon. El término de su viage se aproximaba, pero antes de volver á la Dinamarca queria hacer una obra capaz de llamar la atencion de los grandes artistas; aprovechó los momentos para ejecutar su pensamiento; emprendió otro Jason de tamaño natural, y en poco tiempo vió concluido su trabajo. La ejecucion era maravillosa, bien pronto corrió la voz en Roma de que de manos de un jóven escultor estrangero habia salido una obra maestra, todos se apresuraban á verla y todos la admiraban; pero todo se redujo á alabanzas, que si bien lisongeras, no eran de gran utilidad para el jóven artista, y poco faltó para que esta grande obra hubiese corrido la suerte que las anteriores á no haber sido una circunstancia muy notable. El momento del viage de Thorwaldsen habia llegado, ya estaba dispuesta la silla de posta, cuando se recordó que faltaban los pasaportes, y fué preciso trasferir el viage para el dia siguiente, y en aquel mismo dia llegó á Roma un ingles opulento, Tomas Hope, el cual fué conducido por su *Ciceroni* al obrador de Thorwaldsen para ver la estatua de que tanto se hablaba. Hope la encontró admirable, y preguntó cuánto importaria hacerla de mármol, el artista le pidió 600 sequíes (1). Es poco, replicó el ingles, os daré 800 con tal que comenceis la obra al instante. El artista difirió su viage, y la ejecucion de la estatua le valió una gran reputacion y una fortuna independiente.—Cuando Napoleon quiso hacer edificar un palacio imperial en Roma, el instituto propuso á Torwaldsen para que se encargase

(1) Cada sequí tiene 11 francos y 95 centécimos lo, que equivale á 2 ps. 3 reales de nuéstra moneda.

de las esculturas de un friso, en el cual trazó la marcha triunfal de Alejandro el Grande entrando á Babilonia, y este bajo relieve es proclamado como la obra maestra mas completa que haya producido el arte desde los tiempos gloriosos de la escultura griega.—Hasta el año de 1819 no volvió Torwaldsen á su pais natal, y su viage fué una marcha triunfal, pues por todas partes se le tributaban los mayores honores. La ceremonia de su recepcion en la academia de Copenhague fué muy tierna, allí era donde en su infancia habia sido recogido, y allí, donde entraba lleno de gloria é investido con el carácter de presidente. Pero apesar de esto, pronto dejó á su patria para volver á la antigua capital del mundo.—Las principales obras encomendadas á Torwaldsen, fueron *Jesucristo y los doce apóstoles*, destinados para la nueva iglesia de Ntra. Señora de Copenhague; *Copérnico* y *Poniatowski* para Varsovia, y estos pedidos fueron bien pronto seguidos de los de las estatuas de Potocki, del Papa Pio VII, del cardenal Gonzalvi, del rey Maximiliano de Baviera, del príncipe Eugenío de Leuchtemberg; y posteriormente de los monumentos de Schiller, de Gruttembeg y de Conradino, el último de los Hohenstaufen.—Se nota sobre todo en las obras de Thorwaldsen una pureza de estilo y una graciosa disposicion, siempre de acuerdo con las exigencias mas severas, resultando de esta combinacion un todo, cuya impresion hace olvidar al espectador hasta al mismo artista para no pensar mas que en la grande obra que contempla. ¡Cuán hermosa es la estatua de lord Byron con su vestido de viage, sentado sobre las ruinas de Grecia! ¡Cuánto ingenio brilla en sus miradas! Y en otros géneros el venerable Pio, sentado sobre el trono de S. Pedro, y la hermosa y franca figura de Copérnico con sus cabellos cortos y el trage ligero de sus compatriotas.

Torwaldsen posee algunos bienes de fortuna, de los cuales hace muy buen uso, ha hecho una donacion para el establecimiento de un museo nacional en Copenhague, y una fragata Danesa lo condujo por segunda vez en 1838, á su patria con todos sus tesoros artísticos, fruto de una larga mansion en la capital del mundo cristiano.

El castillo antiguo, residencia de los reyes, reedificado despues del incendio que lo destruyó, ha sido puesto á disposicion del gran artista para la ordenacion del museo que debe llevar su nombre.

[*Traducida y estractada por* ***T.***]

IMPRESIONES.

UNA TARDE EN UN CEMENTERIO.



I.

LENTO declina el sol, y absorto el mundo
De su postrer sonrisa ve el misterio,
Miéntras yo en el sombrío cementerio
Triste me entrego á meditar profundo.
 Blandamente soplando el frio viento
Las ramas secas del arbusto agita,
Mi corazon con rapidez palpita,
Latir el pulso acelerado siento.
 En medio estoy del magestoso templo
Principio del no ser, fin de la vida,
Y en lápidas marmoreas esculpida
De muerte y destruccion la ley contemplo.
 Y el polvo piso aquí, la vil materia
En que la mano fria de la muerte
Del tiempo bajo el carro nos convierte
Revelando al que viene su miseria.
 Las tumbas callan, y las tristes flores
Exhalan junto á mí su aroma suave,
Y escucho ya de la campana grave
Vibrar aquí los fúnebres clamores.
 Oh! tumbas silenciosos que os alzais
En este sitio que cobija el miedo,
En vano yo me afano, yo no puedo
Penetrar los arcanos que guardais!

¿Porqué el silencio que os envuelve eterno
De pavor llena el corazon del hombre?
¿Porqué este tiembla al repasar un nombre
Que ayer sonaba en sus oidòs tierno?
¿Porque el mancebo que al amor de hinojos
Veneró ayer en el festin brillante
Penetra aquí con pálido semblante
Trémulos lábios y estraviados ojos?
Porque advertis, que el mundanal contento
Rápido pasa, cual ligera nube.
Que en el estío de los lagos sube
Y que disipa el hálito del viento....
Mas qué cuadros me cercan?.... yo creia
Que solo en mi dolor me lamentaba,
Y que sola gemia y suspiraba
Léjos de la ciudad el alma mia.

II.

Con las rodillas en tierra,
Y el alma pura en el cielo
Cubierta la faz de duelo
Y de luto el corazon
Un niño tierno se inclina
Cual flor al nacer la aurora,
Y ardientes lágrimas llora
Tristes frutos del dolor.
Junto á un humilde sepulcro
Sin lápidas, ni inscripciones
Murmura sus oraciones
Con ternura, con piedad;
Y el sauz que allí se eleva
No mueve sus secas hojas,
Que atento está á las congojas
De aquella alma angelical.
Niño, niño, ¿por qué lloras?
¿A quién busca tu cuidado
En este sitio ignorado
De los hombres? por que así
Tras de su velo de lágrimas
Tus ojos vuelves al cielo,
Buscando lo que en el suelo
Llama en vano tu gemir?
Tan niño, y ya las pasiones
Su garra en tu pecho hincaron,
Y en desgarrar se saciaron
Tu corazon infantil?
Y tus ensueños de niño
Volaron, cual los celajes,
Que en el cielo cortinages
Formaron de oro y carmin?
Por una madre suspiras
Y viertes llanto precioso!
¡En el mundo borrascoso
Huérfano quedaste tú!
¡Y aquí á la postrer morada
Que al mortal queda en el mundo
Viene tu dolor profundo
A buscar un ataud;
A buscar entre las tumbas
A tus pesares consuelo,
A preguntar á este suelo
Por tu madre, por tu amor;
A evocar su sombra cara,
A reclamar sus caricias,
Que las süaves delicias
De un niño en la tierra son!
Sí, llora, llora, ángel bello
Miéntras al aura serena
Tiendes tu ala de azucena,
Cual mariposa de abril;
De la madre que perdiste
Sobre los despojos llora,
Y que la noche y la aurora
Te sorprendan siempre así.
Yo tambien perdí una madre,
Como tú, niño inocente,
Yo tambien doblé mi frente
Sobre el polvo funeral;
Y tambien mis oraciones
Subieron al cielo inmenso,
Como sube el blanco incienso
Que se ofrece en el altar....

III.

Mas otro objeto miro que mi atencion reclama
Contemplo ya de su alma la desesperacion;
Y escucho los acentos con que á la muerte llama,
La muerte que de pena llenó su corazon.
Es un fogoso jóven de rostro enardecido
Que lleno de esperanzas mirara el porvenir,
Un jóven que en el seno süave adormecido
De cándida doncella, vi un tiempo sonreir.
Que daba sus sentidos al goce pasagero
De sus caricias blandas, al beso de su amor,
Y plácido escuchaba su acento lisongero,
Mas dulce que los trinos de amante ruiseñor.
Que al percibir su aliento de rosas y jazmines,
Sobre su abierto labio fragante y virginal
Durmió, cual duerme el nardo guardado en los jardines
Al recibir el beso del aura matinal.
Y allí soñó venturas, y allí su fantasia
En alas del deleite soñó felicidad;
Mas los ensueños de oro que en su delirio via
Los disipó en un punto la triste realidad.
De su embriaguez volviendo contempla á su adorada
Ya presa de la muerte, perdida la color,
Y palpa con sus manos aquella frente helada

Ya pálida y sin vida, sin brillo ni esplendor.
¿Qué se hizo la sonrisa que al mundo embelesaba?
Qué las miradas tiernas? sus gracias dónde están?
Y aquel acento suave que al corazon llegaba,
Cual llama abrasadora de férvido volcan?
Hoy huesos carcomidos por roedor gusano,
Tal vez inmundo polvo sus blancos miembros son;
Si tú la vieras, jóven, si en tu dolor insano
Podrido contemplaras el tierno corazon,
Quizá retrocedieras, quizá cesara el llanto,
Quizá del mundo loco volvieras al festin,
Y en brazos de otra hermosa, cesando tu quebranto
De la fugace vida llegaras al confin.
Tú lloras... porque entónces al ídolo elevabas
De hinojos el incienso fragante del placer,
Porque en su frente de ángel, el hielo aun no mirabas
Que el tiempo deposita los años al correr....
Mas ah! condeno injusto de tu alma el sentimiento,
Porque yo no comprendo tu llanto, tu dolor,
Porque jamas he amado, y mi alma el sufrimiento
Jamas ha destrozado de malogrado amor.
No ceses en tu llanto, tú sabes lo que sientes,
En quejas desahoga tu negro padecer,
Sobre esa losa caigan tus lágrimas ardientes,
Cual el rocío cae la tierra á humedecer.

IV.

Hiere mis ojos otra imágen
Que de un ciprés al pié se inclina,
Es un anciano que declina
Al triste ocaso del vivir.
Que su cabeza encanecida
Sobre una tumba apoya triste,
Y del pesar feroz resiste
El continuado y lento herir.
Viejo infeliz, cuando tu pecho
Necesitaba de consuelo,
Hoy que te cubre el frio hielo
De la tranquila senectud.
Te veo triste, en esas tumbas
Miro tus ojos siempre fijos,
Donde lamentas de tus hijos
La malograda juventud.
¿Quién es aquel que de la vida
Caminó siempre entre las flores,
Sin probar nunca los dolores
De la tenaz adversidad?
Sin arrastrar el anatema
Que Dios lanzó sobre él airado,
Cuando en los brazos del pecado
Sueños durmiera de maldad?
La flor del prado se marchita,
Su jugo pierden los arbustos,
Caen los árboles robustos
Del cierzo al ímpetu tambien.
¿Qué pues le queda al viejo tronco,
Cuya raiz está podrida,
Si ya su planta está raida,
Si negra y seca está su sien?
Tus hijos eran, ¡infelice!
Por qué á la vida tú los llamas?
¿No ves que en vano, oh! padre, clamas?
Que en vano viertes llanto aquí?
Que aquesta es la última morada
Do el hombre duerme eterno sueño.
Do al respirar letal beleño
Cesa el humano frenesí?
Ya tu bien puedes de la muerte
Sufrir el golpe que estremece,
Si tu existencia hora se mece
Solo al impulso del dolor.
El mundo, dime, ¿qué atractivos
Hoy á tus ojos les presenta,
Si tu alma ya no se apacienta
Con su quimérico esplendor?
Si del verano cual las flores
Tus tiernos hijos se agostaron,
Si las pasiones se apagaron
En tu cuitado corazon?
Llama esa diosa destructora
Que rompa ya con su guadaña
Tu pecho mísero que baña
La amarga hiel de la afliccion.
Y en ese lecho mortuorio
Reposarán tus restos frios,
Sin que ni inviernos ya, ni estíos
Osen turbar tu eterna paz.
Miéntras que tu alma al cielo vuela
Libre de grillos mundanales,
Y con tus hijos inmortales
Miras de Dios la pura faz.

V.

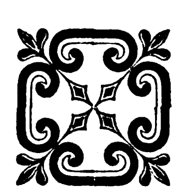
Y aquella tumba solitaria y triste
Que de musgo cubierta se levanta,
Do ni plegaria santa
Sale de labio humano,
Ni cirio funeral trémulo agita
Su amarillenta luz; ni de un hermano,
Ni de una madre el corazon palpita,
¿De quién es, oh! señor, tan infelice
Que no hay dos tiernos ojos
Que humedezcan sus míseros despojos
Con una sola lágrima preciosa;
Ni un solo pecho amante que un suspiro
Lanze por él sobre la tosca losa

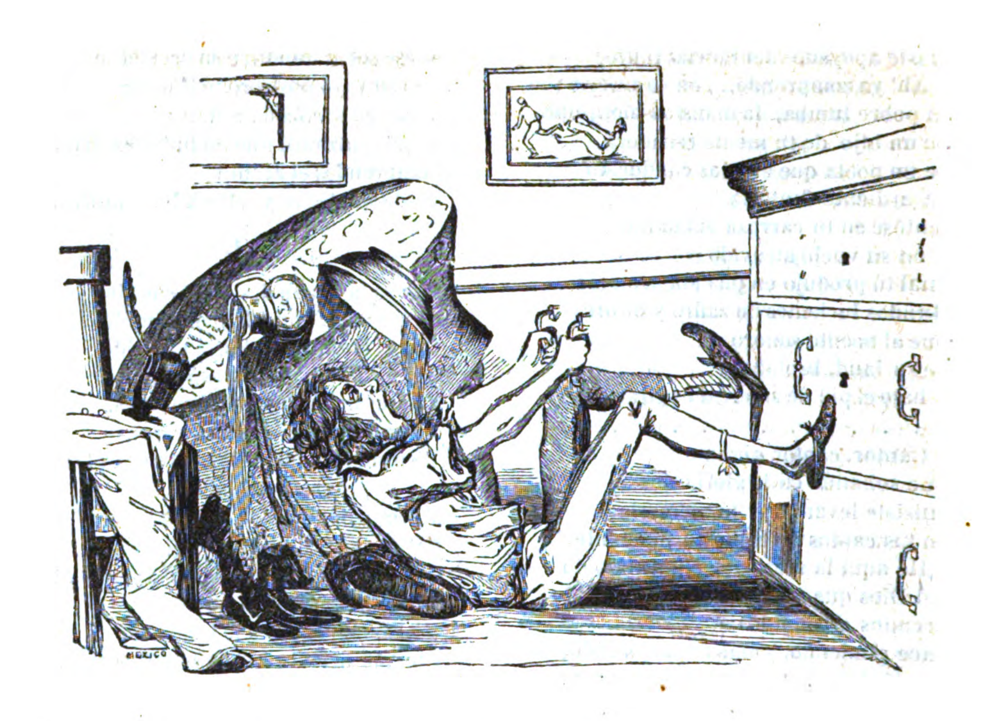
Triste apoyado del mortal retiro?
Ah! ya comprendo.... en su miseria veo
La pobre tumba, la mansion mezquina
De un hijo de tu mente creadora,
De un poeta que en alas conducido
De ardiente fantasia
Sentóse en tu carroza voladora,
Y en su vuelo atrevido
Cual tú produjo en plácida armonía
Mundos lucientes de zafiro y de oro,
Que al acento sonoro
De su laud, brotaban,
Y bajo el pié de su creador giraban
. . . .
Cantor, cantor gigante
Que soñando en la gloria
Quisiste levantar á tu memoria
En tus cantos un trono de diamante
He aquí la realidad, el patrimonio
Del Dios que á los mortales revelando
Arcanos escondidos
Nace gimiendo, y muere suspirando;
Y miéntras á otros que en la vida rien
E imbéciles caminan al sepulcro,
Guarda el destino el rico mausoleo
Y los duelos sensibles,
Yo en tu reedor no veo,
Cisne perdido en los salobres mares
Sino miseria, y soledad horribles.
Ah! yo vendré á llorar, de blancas flores
A coronar tu tumba solitaria
Y á murmurar por ti blanda plegaria
Del astro vespertino á los fulgores....
Mas qué te importan mi oracion, mi llanto,
Mi efímera corona,
Si natura sensible se abandona
Por tí á mudo quebranto;
Si en la diáfana gota
Que de esa pared rota
Sobre tu losa filtra blandamente,
Una lágrima ardiente
Des que nace la aurora
Te consagra en su duelo hora por hora?
Si ese sol al hundirse en occidente
Con su rayo postrero te ilumina
Y lúcida areola da á tu frente;
Si del centzontli que en tu tumba trina
Comprendes el acento
Desde tu eterno y celestial asiento?....

VI.

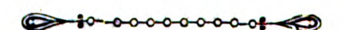
Mas ya la noche desplegó sus alas
Al escuchar el postrimer gemido
Que el crepúsculo lanza dolorido
El monte al trasponer.
Y cesaron las lágrimas amargas,
Y cesaron las preces funerales,
Y en silencio quedaron los umbrales
Del reino del no ser.
Mi corazon tambien dentro del pecho
Palpita ya tranquilo y sosegado,
Como el de un niño, cuando duerme al lado
Del maternal amor;
Y alzo mis ojos y á la luna veo
Que por oriente su semblante asoma,
Entre el incienso que le da el aroma
De la nocturna flor.
Oh! vírgen melancólica que pasas
Soñolienta en tu lecho de zafiro,
Presta á escuchar la lágrima el suspiro
Del infeliz mortal.
Escucha la oracion, que de mis padres
A la tumba dirijo, que hora yace
Entre la yerba que el ganado pace
En mi suelo natal;
Y llévala benigna en ese rayo
Testigo de mi pena concentrada,
Tú que giras tu lánguida mirada
Por todo lo que existe y lo que fué.
Y allí en su humilde é ignorada tumba
Astro consolador, allí la deja,
Ya que el destino sin cesar me aleja
De lo que tanto en mi horfandad amé.

RAMON I. ALCARAZ.





FATALIDAD.



> Oid, cristianos, escuchad
> la mas lamentable historia,
> que durará en la memoria
> de una edad y de otra edad.
>
> *Martinez de la Rosa.*

ALMAS sensibles que os gozais en los dulces transportes de la compasion, venid en torno mio! Venid, doncellitas sentimentales, de lánguida y seductora mirada, que inspirais á cualquier mozalvete una ardiente pasion de esas que se exhalan en bien trovadas cantigas; venid y prestad atencion á la conseja de este humilde menestral! Venid, jóvenes *fashionable* de exagerada melena y barbas *á la jeune france*, venid á escuchar la historia de uno de vuestros compañeros! ¡Almas sensibles, que os gozais en los dulces transportes de la compasion, venid en torno mio!

I.

> In amore haec omnia insunt vitia: injuriae,
> Suspiciones, inimicitiae, induciae,
> Bellum, pax rursùm—
>
> TERENT. *Eunuch. Act.* 1. *Sc.* I.

> Es el amor un conjunto
> de injurias y de sospechas,
> de treguas y enemistades,
> de la paz y de la guerra.....
>
> [*Traduccion mia. ¡Pobre Terencio!*]

El reloj de la Iglesia Catedral de México señalaba las doce y media, cuando un jóven y apuesto lechuguino atravesaba la plaza mayor y se dirigia con precipitados pasos hácia una

de las calles mas aristocráticas de la ciudad. Sus inmaculados guantes de cabretilla, el níveo *jabot* que vegetaba florido en su camisa, su cabellera rizada con particular esmero, sus botas perfectamente charoladas, todo su porte en fin, descubria que el barbiponiente sectario de Enrique Pelham y de D. Agapito Cabriola, iba á pasar una media hora por lo ménos al lado de su adorada prenda.

No se estrañe el que diga yo que esto último se inferia de la elegancia de su trage, porque he observado constantemente (pues habeis de saber que tengo mis ribetes de observador) que todo jóven enamorado trata de manifestar el culto que tributa á la persona de la señora de su corazon, por medio de la profunda veneracion que profesa á la suya propia. Mi profecía en el presente caso tuvo su debido cumplimiento, puesto que dentro de algunos minutos el *dandy* iba subiendo una espaciosa escalera, y dentro de unos cuantos mas se hallaba reclinado en un muelle sofá que formaba parte de los adornos de un elegante salon.

No despegaba nuestro héroe sus ojos de una puerta lateral que contemplaba con tanta avidez, como el bienaventurado San Onofre la claraboya por donde es fama que un cuervo le conducia el pan cotidiano. Abrióse por fin la puerta para dar entrada al *genius loci*, á la divinidad que se adoraba en aquel templo, y apareció una niña de veinte abriles, ligera y vaporosa como una sílfide,

> bella como esperanza de consuelo,
> triste como ilusion desvanecida,

y con unos ojos de esos que son capaces de trabucar el seso al mismísimo D. Juan Tenorio en su mesma mesmedad.

—¡Guillermo!—¡Mi vida!
—Mucho has dilatado....
—Suceso impensado
de tí me alejó.

Mas para qué cansar á mis lectores con el *téte à téte* de los amantes? Baste decir que, como toda conversacion amorosa, estuvo en el tono que en la gama erótica ha recibido el nombre de *Si bemol*. La única circunstancia que debe consignarse aquí, porque se debe hacer mérito de ella en el curso de esta verídica historia, es la de que quedó Guillermo emplazado para las ocho de la noche, hora en que debia acompañar á Julia y á su mamá al gran teatro de Santa-Anna, adonde iban á ser testigos de la representacion de uno de esos tremebundos dramas, engendros monstruosos de la escuela llamada *romántica*, que comienza por no ser *escuela* y acaba por no ser *romántica*. Volvamos al venturoso Guillermo.

Dificil seria pintar la impaciencia con que esperaba la hora que debia colocarle en el palco de su amada, á su lado, exitando la envidia de todos sus admiradores.... Vamos, forzoso es convenir en que tenia razon, y que esto de las ilusiones del amor es cosa muy bonita. ¡Pluguiera al cielo que hubiese una tiènda en que las pusiesen de venta! ¡Qué buen parroquiano habia yo de ser!

Las siete. Se acerca el momento de dicha inefable; Guillermo se apresta á transportarse al Eden. Alguien llama á la puerta; Guillermo la abre y entra una paloma mensagera, una de esas caritativas Quintañonas, cuya mision sobre la tierra es traer y llevar las poéticas y tiernas efusiones de las almas juveniles y apasionadas.

—La niña Julia me ha encargado le entregue á vd. esta carta.

Veamos, dice el *dandy*, tomándola y rompiendo la nema con manos que hace temblar la emocion.

El billete era bastante lacónico; solamente contenia estas palabras:

„Eres un traidor. Jamas volverá á ser tuyo el corazon de—*Julia*."

Una sensacion semejante á la que esperimenta el desventurado que al pasar por debajo de un balcon recibe de manos de una recamarera la preciosa dádiva de una artesa de agua fria, se difundió por el cuerpo de nuestro héroe.

—Decidle á Julia que vuelo, que en un momento estaré en su casa, que ignoro el motivo de tan cruel mudanza.... Corred, corred por Dios! ¡Ah! mi cabeza se pierde en un mar de conjeturas..... ¡Cielo santo! ¡qué desdichado soy!

II.

> ¡Desgracia! ¡desgracia! ¿Ninguno vendrá á sostener mi cabeza?
>
> SCHILLER, los bandoleros, Act. 2. Esc. 2.

Agitado Guillermo de los diversos afectos que habia exitado en su mente la lectura del billete, comenzó á hacer su *toilette* con mas prisa de la que generalmente acostumbraba. Sabido es el dicho aquel de que las desgracias siempre vienen acompañadas, y nuestro pobre amante resintió toda la verdad del adagio. Habia acabado ya sus abluciones, se habia instalado en una deslumbrante y bien aplanchada camisa, y se preparaba á ponerse las charoladísimas botas y los blanquísimos pantalones,

cuando ¡oh miseria humana! ¡oh fuerza incontrastable del sino! al abrir la cómoda para sacar una corbata, la puerta se resiste, él forceja.... nuevo tiron,y la puerta sigue haciéndose de pencas. Guillermo suda, toma resuello, reune todas sus fuerzas y vuelve á tirar; entónces (la pluma se resiste á escribirlo) le faltan los piés, resbala, cae y, como todo hombre grande, arrastra varias cosas en su caida. La mesa cae, y de consiguiente todo lo que sobre ella habia: cae el tintero y una cascada de negro licor se precipita sobre la tersa y alba superficie de los pantalones; cae la jarra, y el agua inunda la pechera del cuitado paladin; cae la aljofaina, y el agua que contenia llena hasta el borde las lucientes botas, en tanto que la vasija misma se instala *sans-façon* sobre la cabeza de nuestro héroe, guarneciéndola con un yelmo parecido al del afamado Mambrino..... Guillermo ruge, patea, logra por fin ponerse en pié y contempla con la calma de la desesperacion aquel horroroso cataclismo. ¿Quién podrá pintar la amargura de su dolor? ¿quién podrá trasladar al papel sus sentidas quejas? A fé mia que lo ignoro, y puedo afirmar solemnemente que no seré yo quien tal intente,

porque esa empresa, buen rey,
para mí no está guardada.

—¿Y piensa vd. dar fin con eso al cuento?

—Sí señor.

—Pues á fé mia que no he visto cosa mas insubstancial. No tiene piés ni cabeza....

—Ese es su mérito principal. Esa es la prueba irrefragable de que va con el siglo.

—Pero díganos vd. por lo menos cuál fué el motivo del enojo de Julia.

—De muy buena gana.... Sepa vd. que Julia calculó sus intereses y abandonó el romántico amor del elegante Guillermo por atenerse á los patacones de un charrito inocente del interior.

—¡Picarona! ¡preferir el dinero á las prendas personales de tan hermoso figurin! ¿y Guillermo?

—Oh! Guillermo se consoló con mucha facilidad. Mírele vd. allí vá *frais, joli, pimpant, cravatté á désesperer toute la Croatie,* como dice Balzac en una de sus novelas; creame vd., amigo mio, el alma de un petimetre es de verdadera goma elástica.

—¿Y dígame vd., toda la sociedad se compone de *Dandys fátuos*, y de coquetas interesadas?

—¡Cielo santo! ¡qué blasfemia! No señor, ni por pienso; eso es falso de toda falsedad. ¿Sabe vd. que es lo que hay en realidad acerca de esto? Que Dios nos envia lo malo para que lo bueno tenga un término de comparacion.

México mayo 9 de 1844.

AGUSTIN A FRANCO.

ANTIGUOS Y MODERNOS.

QUIEN se propusiere consultar la historia para saber lo que merece sobre la tierra el nombre de antiguo, haria ciertamente un tratado curioso, pero bien pronto se encontraria detenido su pensamiento por un obstáculo insuperable, pues que segun todas las apariencias, el orígen del mundo y su antigüedad quedarán cubiertas con un velo que jamas se descorrerá. Tal vez el mundo no es tan viejo, acaso no ha pasado aun de su juventud; y su vida no es mas que en un débil principio si la consideramos con respecto á la duracion que debe tener; pero remontándose todo lo posible en lo pasado en busca de términos de comparacion con lo presente, habria que debatir una cuestion grave y admirable; la de la superioridad moral entre los hombres de otra época y los de la presente. Qué vastos conocimientos, qué saber tan profundo, qué carencia de pasiones, que independencia de espíritu, cuántas luces y que juicio tan recto exige semejante exámen! Y apesar de todas estas condiciones, aun le faltarian al juez de la raza humana los documentos necesarios; ¿pues como puede saberse lo

que era el hombre al salir de manos de la naturaleza, y lo que ganó en las primeras relaciones del estado social? La civilizacion cuando ha llegado á cierto punto, ha debido producir cambios inmensos; ¡pero cuántos eslabones le faltan á la cadena de las observaciones, desde el nacimiento del mundo hasta la época actual! ¡Cuántos pueblos é imperios han perecido, acerca de los cuales nada sabemos! y en cuanto á los que conocemos, ¿estamos seguros de la verdad de los hechos?

La tradicion nos enseña, acerca de los Egipcios, por ejemplo, las cosas mas contradictorias: por una parte nos presenta ejemplos de una gran sabiduría, reyes regidos por leyes inmutables, y juzgados despues de su muerte como en un pais libre, en que no hubiese mas magestad que la del pueblo; y por otra, una teocracia dominante, sacerdotes soberanos, bellaquerías sagradas, en fin, un culto emblemático que ocultaba verdades útiles y generales, alusiones á las cosas mas hermosas de la creacion y á los beneficios mas nobles de la naturaleza; pero degradando á la divinidad por las imágenes mas viles, y no obstante se conviene en dar al Egipto el nombre de culto; mas ¿cómo podriamos dar la razon de este elogio unánime? Y sobre todo, ¿cómo podriamos establecer, bajo el punto de vista de la buena moral, un paralelo entre los adoradores de Osíris y de tal ó cual otro pueblo moderno? Se ha dicho y frecuentemente se repite en nuestro siglo, que el cristianismo ha mejorado singularmente la condicion humana; de esta observacion, que miro como cierta, resulta la consecuencia necesaria de una perfeccion moral; no obstante, hay mas de una cosa que considerar ántes de poder adoptar esta opinion sin conocimiento de causa, ¿cual era, por ejemplo, la situacion moral de los pueblos, á quienes las culpables conquistas de la España llevaron la desolacion, la guerra y la religion cristiana? Y los herederos de los nuevos creyentes son mejores, mas dulces, mas hospitalarios, ménos entregados á los vicios y ménos arrebatados por la violencia de las pasiones, que sus ascendientes? Los cristianos de México y del Perú, sometidos aun no ha mucho, á los representantes de un príncipe estrangero, eran mas felices y en consecuencia mas virtuosos que los idólatras gobernados por caciques nacidos entre sus súbditos? Dirijamos nuestras miradas sobre otro pueblo. La China poseyó en Confucio y en otros filósofos como este, hombres de doctrina mas sencilla, costumbres mas puras y acaso mas útiles á la humanidad, que todos los sabios de la Grecia, que como Solon y Pitágoras, aplicaron la moral al arte de gobernar, y que como Fenelon, quisieron formar préviamente el corazon de los reyes. Segun la tradicion, en ningun pais se contarian tantos príncipes virtuosos como en la patria de Tien-Long. Hace algunos siglos que los chinos se abstienen de la gran locura, ó mas bien execrable furor, que llamamos guerra; para ellos la gloria no consiste en matar á los hombres, sino en multiplicar su número y darles alimento. Debemos investigar con curiosidad los efectos producidos por el concurso de tan felices circunstancias. ¿Qué seria el pueblo chino, regido por Sócrates coronados, por leyes cuya sabiduría se ensalza y por costumbres inmutables, que en nada altera el contagioso comercio de los demas pueblos? Hé aquí, ciertamente materia para una profunda meditacion, y este punto de comparacion merece tanta mayor reflexion, cuanto que la religion cristiana no ha podido echar profundas raices en este pais. Nacerian de aquí las consideraciones mas grandes y curiosas, pero aun nos encontrariamos detenidos por falta de elementos necesarios para la conviccion. La Europa no conoce á la China sino como á cualquiera otro pueblo que ya no exista, como á Cartago, por ejemplo, cuyos anales destruyó Roma celosa: pero dejemos á un lado esta cuestion, que exige tantos conocimientos que no poseemos, y limitémonos al proceso de los antiguos y los modernos, que despues de haber hecho tanto ruido en el siglo XVII, cayó repentinamente como la encarnizada guerra de las abejas, en el libro 4.° de las *Geórgicas* (*pulveris exigui jactu.*)

Nuestros conocimientos en punto á datos positivos, sobre la historia sabia y literaria de los diversos pueblos, nos obligan á circunscribirnos entre los griegos y los romanos, únicos que podemos poner al frente de los pueblos modernos; pero ante todo, es preciso dividir la cuestion de superioridad en dos partes bien diferentes, y poner de una las ciencias y de otra las artes y las letras. Se puede y aun se debe creer que el mundo ha conocido muchas cosas, que las lagunas de su historia nos han impedido colocar en el rango de los conocimientos adquiridos; muchas veces no hacemos mas que volver á encontrar invenciones cuyo recuerdo ha perecido en medio de los trastornos terrestres; pero limitándonos á los dos pueblos que han servido de modelos á todas las naciones europeas, nos será imposible no conocer la superioridad de

los modernos sobre los antiguos. La historia sola de la astronomía nos muestra una serie de conquistas que manifiesta progresos no interrumpidos; el universo es cien veces mayor para nosotros, que lo que era para los griegos y romanos, y á pesar de nuestros recientes descubrimientos, acerca de los conocimientos astronómicos del Egipto, Newton, comparado con los astrónomos antiguos, se asemeja á un Dios que ha esplicado la existencia del mundo, que tan ingeniosas y sutiles hipótesis habian envuelto en las tinieblas. La química es una ciencia del todo moderna, y la fisica, así como las matemáticas, han hecho progresos inmensos. El arte de la navegacion, en el cual los modernos han desplegado todo su ingenio, bastaria para manifestar una inmensa superioridad sobre los antiguos, quienes en general, con relacion á las ciencias, eran niños, y los modernos son hombres. El mundo de las ciencias era estrecho para los antiguos, así como el mundo terrestre y el celeste que tanto han aumentado los descubrimientos de los modernos. Nada mas juicioso que las reflexiones de Marmontel acerca de la cuestion que nos ocupa, con relacion á las artes. „El paralelo de Perrault por lo relativo á las artes, es el de un hombre ilustrado, pero que presume mucho de sus fuerzas ó se entrega demasiado á la adulacion: en vano los modernos siguiendo la opinion de este, han creido que pueden aumentarse las bellezas de la arquitectura antigua, este prodigio no ha llegado aún para nosotros; se ha dado á los edificios mas gracia y comodidad, esto es obra de la esperiencia, pero no ciertamente mas elegancia ni magestad; el ingenio ha quedado por parte de los griegos." Esto lo testifica la estatuaria, en la cual nuestras mejores producciones no pueden ni por un momento compararse con sus obras maestras. Pero porqué progresion de ideas, porqué serie de reflexiones, porqué dichosas inspiraciones los griegos pudieron transformar los monstruos divinizados del Egipto en seres sobre naturales, hechos á imágen del hombre, y no obstante dotados de una belleza suprema, y cuyas formas variadas vinieron á ser el tipo de cada uno de los dioses que Aténas habia adoptado? ¡Qué distancia hay del Buey Apis á Júpiter, y de Iris á Venus! ¿Cómo ha sido salvada? La pintura moderna mas feliz que su hermana, no teniendo que temer la aparicion de las maravillas antiguas, puede hacer dudar de la superioridad de los Zeuxis y de los Protógenes: las escuelas italiana, flamenca y francesa, pueden presentar una inmensa galeria de producciones que multiplicadas por medio del grabado, causarán la admiracion del mundo, aun cuando la mano del tiempo haya borrado los colores y destruido hasta la tela en que el ingenio imprimió sus rasgos, y desde luego podemos creer que Rafael y Miguel Angel, Rubens y el Dominiquino, Salvador Rosa y Vernet son hombres divinos, sin iguales en la antigüedad, la cual podemos creer que no poseyó jamas un pintor filósofo como Poussin. Si se examina la cuestion solo por lo relativo á las letras, no carece de dificultades, pues que para resolverla es preciso tener la balanza igual entre las superioridades que exijen la mas seria atencion. Los caracteres distintivos de la escuela griega, son la naturalidad, la sencillez, la grandeza sin esfuerzo y la imaginacion: Júpiter conmoviendo al mundo, al fruncir el sobrecejo, este mismo dios sonriendo con Venus, con una gracia particular, y perfumando al Olimpo con un aroma de ambrosia, exhalada de su inmortal cabellera; he aquí la imágen perfecta del verdadero genio brillante de los griegos, casi siempre guiados por la naturaleza; pero su buen juicio tenia sus eclipses, y su delicado gusto algunos momentos de rusticidad, amigos de las fábulas, las admitieron sin ningun discernimiento, las declamaciones no son raras entre ellos, y no hay ninguna escusa para ciertas tosquedades, que se permiten sin escrúpulo: así las inculpaciones de Admete á los autores de sus dias, y las injurias de Hipólito contra todas las mugeres, lastimarán siempre á la razon.

Los romanos á quienes fueron por largo tiempo desconocidas las letras, lo han tomado todo de los griegos, y frecuentemente no son mas que un pálido reflejo de un original de brillantes colores y lleno de armonía; pero se dirá que el segundo de estos pueblos tenia sentidos y facultades que le faltaban al primero; jamas la gravedad romana, ni aun cuando la molicie de las costumbres habia debilitado los ingenios y ocupado á las almas con dulces imágenes de voluptuosidad, pudo tomar la mezcla de naturalidad é imaginacion, de realidad y ficcion, ni aquella delicadeza y jovialidad que brillan siempre entre los griegos. Virgilio, y aun el mismo Horacio, tienen algo de severo y sombrío al lado de las escenas risueñas que el patético Eurípides ha puesto en los coros de sus tragedias. Por naturaleza duros, acostumbrados á padecer sin quejarse, descendientes de Bruto, que sacrificó sus hijos á la patria, destronando á los reyes con indiferencia y derribando un imperio, sin que los conmoviese tan solo por

un instante el ruido de su caida, la piedad les era casi desconocida; y así no se encuentran en su teatro ni los dolores profundos de Hécuba, Priamo y Cliptemnestra, ni la desesperacion de Andrómaca, ni los tiernos sentimientos de Políxenes y Efigenia, ni las lágrimas del niño Orestes, que ruega para que no se dé muerte á su hermana; y finalmente, ni aquella adhesion á la patria, que se mezcla á las mas dulces afecciones del corazon y aun al amor de la vida; sentimiento natural en todas las edades, y sobre todo, en la juventud. No obstante, Terencio arrancó algunas lágrimas á los feroces hijos de Rómulo. Virgilio, nacido con una alma melancólica, vino á enternecerlos con Andrómaca, Niso y Eurialo, con Lauso y Pallas; pero mucho mas aún con el jóven Marcelo, delicia de la corte de Augusto y esperanza del pueblo. La sensibilidad de Eurípides es mas profunda que la de Virgilio, pero los presentimientos y los dolores de Evandro no tienen semejantes en todas las tragedias del autor de Hécuba. Virgilio no tenia ni el ingenio ni el buen juicio que Homero, pues que tomando la Iliada y la Odisea para formar un solo poema, no hizo mas que una composicion defectuosa, cuya primera parte destruye á la segunda. Las mayores bellezas de Virgilio son faltas á los ojos de la razon; pero no obstante, quién osaria manifestar el voto casi impío de que estas faltas no hubieran sido cometidas? Si Homero tiene escenas mas grandes que las del libro segundo de la Eneida, ¿dónde puede encontrarse en él una tragedia semejante á la muerte del pueblo Troyano? Todo allí es bello, verdadero, sencillo, y no obstante, magnífico. El terror y la piedad no podrian llevarse mas allá, y las impresiones que producen no resultan como en Eurípides de suposiciones inverosímiles, ó debilitadas por una rápida sucesion de movimientos que se contrapesan y se borran. La pieza gira en un órden admirable, y el interés se aumenta hasta el desenlace: así todo poeta dramático que medite el libro segundo de la Eneida, debe estar seguro de hacer progresos en su arte.—Homero no pudo ni aun sospechar la admirable pintura de los amores de Dido; pero de Homero á Apolonio, el tiempo habia ocasionado cambios en las costumbres que produjeron el cuadro de la pasion de Medea inspirada por Jason: esta pintura de los combates de la inocencia y del pudor contra los atractivos del primer amor, tiene una frescura y una gracia de que carece la viuda de Sichéo; y si el carácter del héroe impidió á Virgilio adornar su episodio, lo que añade al poeta griego, y sobre todo, la elocuencia de la pasion, colocan á la imitacion en una posicion muy superior al original. El autor de la Eneida mutila la Iliada, algunas veces la imita de una manera poco juiciosa, pero otras la corrije con mucha felicidad. Homero conservará siempre el primer lugar, pero Virgilio sin elevarse á la misma altura, tendrá la gloria de haber dado mas de una vez buen juicio á su maestro, y la Eneida aunque inferior á la Iliada, y aun á la Odisea, bajo muchos aspectos, no deja de marcar un progreso en el entendimiento humano.—No hay tragedia latina, y en cuanto á la comedia, solo Aristófanes representa á toda la Grecia, pues que nos faltan Menandro y sus rivales; Aristófanes tenia un bello ingenio, que Platon no dejó de conocer: frecuentemente elevó el tono y el fin de la comedia, y no carecia de buenas intenciones políticas; encuéntranse en sus obras coros admirablemente poéticos, pinturas verdaderas del corazon humano y rasgos de sátira la mas mordaz; pero algunas veces es obsceno y aun asqueroso, lo cual desmiente á la reputacion del pueblo ateniense en punto á delicadeza y buen gusto, pues hoy ciertamente nadie se atreveria ni aun en los mas viles corrales á recitar libremente infamias semejantes á las que toleraban los griegos en el magestuoso teatro de Sófocles. Aristófanes con sus buenas cualidades, así como con sus defectos, no podria hacer contrapeso á Plauto y Terencio; pero las obras de estos dos poetas, y en especial las del segundo, manifiestan en todo una imitacion que es casi un plagio; este hecho, y la espresion tan conocida de César, *dimidiate Menander*, aplicada á Terencio, espresa claramente que es preciso que Roma ceda la palma á Atenas. Otro tanto sucede en el género cultivado por Cátulo, Tíbulo y Propercio, y conforme á su propio voto, les eran superiores, Safo, Simónides, Alcea y Philetas; no obstante, dudo, segun su modo de sentir el amor, que ninguno de estos poetas haya unido, como el cantor de Lesbia, la vivacidad de imaginacion, el modelo de la cortesía y la jocosidad, á la elocuencia y á la mas dulce sensibilidad, y aun puede creerse que la ternura, el encanto y la melancolía de Tíbulo, dones particulares de la naturaleza, al hermano de Virgilio en poesía, no debieron nada á la Grecia; en cuanto á Propercio, algunas de sus composiciones respiran una fuerza, una grandeza y una gravedad que no he encontrado en ningun escritor griego. Chaulieu, Bertin y Parny, no poseyeron el don de la poesía en el mismo grado que estos hombres famosos,

pero el amante de Eleonor profirió acentos que vibrarán eternamente en los corazones. Le Brun era insensible al mérito de Parny, mas este fué bien vengado por las elegias del ambicioso rival de Píndaro.—Las mugeres entre los griegos cultivaron el género erótico y aun algunos otros; por desgracia el tiempo no ha conservado ninguna de las obras que formaban su fama; pero toda la antigüedad comprueba que los modernos en este punto han hecho una inmensa pérdida, y el nombre de Safo, de quien no nos quedan mas que algunos versos, resonará eternamente. Despues de Mme. Deshouliéres, que poetizó dos ó tres veces en su vida, pero sin los dones sagrados, han brillado en Francia algunas mugeres con mucho esplendor, estando colocada á su frente Mme. Dufresnoi, discípula de Tíbulo y de Propercio, alimentada con Horacio y Virgilio, cuya lengua poseía, y formada en la escuela del siglo XVII, tiene una correccion rara, una elegancia clásica y un gusto puro y delicado. Un célebre escritor le concede la gloria de ser la primera muger en Francia que haya verdaderamente conocido y practicado con talento el difícil arte de la versificacion; y aunque tiene alguna afectacion, no carece de elocuencia cuando se deja arrastrar por las impresiones de un corazon ardiente y sensible; pero puede echársele en cara que escribiendo como hombre hábil, abandona el carácter distintivo del su sexo. La señorita Delfina Gay (hoy Mme. de Girardin) deseosa desde muy temprano de inscribir su nombre entre los de las mugeres dotadas de talento poético, manifestó desde un principio contrastes muy singulares: inspiraciones frescas como la mas lozana juventud, y sentimientos de otra edad que solo pueden ser adivinados: aparece á veces como una niña que juega con el amor, como con un dios desconocido; otras como si hubiera esperimentado aquellas delicias mezcladas con la amargura de que habla Cátulo con tan tristes recuerdos: poco despues, y sin embargo muy jóven aun la señorita Delfina Gay, se atrevió á levantar el velo que ocultaba las nacientes emociones de su corazon virginal; pero las musas indulgentes, á pesar de su reputacion de severidad, concedieron gustosas á su discípula el perdon de estas indiscreciones llenas de encanto y de gracia: la señorita Gay se distingue tambien por sus valientes rasgos, por su precision, por su elegancia y por su estilo: trabaja con calor y con cierto entusiasmo que procede de la pasion de adquirir celebridad; pero se conoce que se fatiga, y uno quisiera no percibir nunca semejantes esfuerzos en una muger: no obstante, tiene momentos de abandono, en los cuales suele hacer vibrar las cuerdas mas sensibles del corazon. Hay grandes esperanzas en la señorita Gay si cultiva su talento, y sobre todo, si sigue algunos consejos severos é ilustrados que es capaz de oir y de poner en práctica. Mme. Desbordes-Valmore es siempre muger, y solo muger en poesía, este es su carácter distintivo. Nunca habiamos encontrado en los versos de las émulas de Corina y de Safo, que le precedieron, esos rasgos imprevistos, esa ingeniosa sencillez, esos misterios medio revelados, ese abandono lleno de encanto y esa dulce fantasía que dan tanto realce, tanta agudeza y originalidad á las mugeres poseidas del amor, y para colmo de dicha, parece que se oye la voz de una muger en la melodía de sus versos.—Sin repudiar la inagotable fuente del amor, dominio de su sexo, otra muger de nuestros dias toma tambien sus argumentos en otro órden de ideas. Mme. Tastu, á quien distinguen la pureza, el candor, la calma de una alma serena, la elevacion de sentimientos, una inteligencia viva y dotada de un juicio recto, lo cual es una superioridad, una fantasía meditabunda, una melancolía natural y mezclada de algunos recuerdos que no carecen de amargura, acerca de las vanas promesas de dicha con que la sociedad abusa de los corazones crédulos y confiados. Muger, madre y poetisa, ella canta las delicias del amor maternal, la cuna de la niñez, la marcha rápida de los años, los recuerdos de la juventud, las impresiones religiosas y los dones misteriosos de la poesía; sus elegías tienen un sello de inocencia y pureza que forma su principal atractivo: algun dia se le llamará la Musa casta, el mas hermoso nombre que puede darse á una muger.—Ya los ingleses lo dan ó pueden darlo á Mme. Felicia Hemans su compatriota, quien nunca ha puesto en sus escritos sino pensamientos que las mugeres puedan aprobar en alta voz, y que los hombres no teman alabar delante de ellas. La gravedad, la uncion, la religiosidad en las ideas, la pureza sin mancha, la nacionalidad exaltada y el amor á la patria tan tierno como las afecciones de familia, son los caracteres de la poesía de Mme. Hemans, cuyo talento se distingue por un conocimiento profundo del valor de las palabras de su lengua maternal, por su pureza y elegancia, y por aquella gracia melancólica que causa un encanto inesplicable. El estilo de Mme. Hemans es tan esclusivamente inglés, que sus obras son intraducibles.

Miss Landon, dotada de una alma tierna, de una imaginacion movible, y de una viva sensibilidad, cultiva la poesía con un éxito muy favorable; encuéntranse en esta jóven afecciones de familia y sentimientos apasionados de gloria, toda la variacion de emociones que pueden vibrar en una alma de artista, y agitar una vida literaria, el vacio de la gloria, el amor, en fin, el amor puro apasionado, fiel, pero desgraciado, pagado con la indiferencia, estrellado por la inconstancia y destruido por la muerte. La pintura de las pasiones es toda la poesía de Miss Landon; ellas han puesto su sello á todas sus creaciones, de modo que sus obras llenas de interés, no pueden leerse sin regarlas con algunas lágrimas, y desear vivamente ser amado por una muger tan capaz de sentir las mas dulces relaciones de los corazones, y de tomar parte en los dolores mas vivos de un ser sensible. Para disputar el premio del poema lírico, Horacio permanece solo en presencia de Píndaro, pero lo que poseemos del cantor de los juegos olímpicos, no podrá igualar á la pieza, cuyo principio es: *Qualem ministrum fulminis alitem*, oda en que están el genio, la historia, las costumbres y el carácter de Roma. Si la naturaleza hubiera dotado á Montesquieu de ingenio poético, habria pintado del mismo modo á la señora del mundo. Aunque los romanos tuviesen á los griegos un respeto supersticioso que alucinó su razon, nosotros debemos creer el juicio de Horacio acerca de los maestros de que se hizo respetuoso discípulo, marcando un intervalo inmenso entre ellos y él. En cuanto á la poesía filosófica, Horacio es el único en la antigüedad, por la esquisita mezcla de juició, de ingenio, de gracia y de urbanidad que distingue sus epístolas. Horacio es el Luciano de la poesía, pero con mas recato, medida y buen gusto. Podria caracterizarse la obra de Lucrecio, diciendo que es un poema escrito por un romano, en cuyos versos se notan la aspereza y la austeridad de su pais, con los ricos adornos y las gracias de una imaginacion ateniense, pero no con la perfeccion de estilo de sus maestros, y puede compararse á un trozo del mas esquisito mármol, cuya parte superior es un dios de mano de Phidias, y el resto una informe masa apénas desatada por el cincel. Entre los modernos, no se encuentra en el poema filosófico nada tan elevado como la obra de Lucrecio, y nada tan acabado como las *Geórgicas* de Virgilio: si Delille no es un poeta de primer órden como Lucrecio, si no se remonta como él con un vuelo de águila, reemplaza con el brillo de los colores, con la riqueza y la variedad de estilo, y con otra porcion de bellezas lo que le falta de alta y profunda inspiracion, y si su poema de la imaginacion fuera trasmitido á nuestra edad por los antiguos, seria objeto de los mayores elogios. En las *Estaciones* de Thompson brilla la poesía en las descripciones, y el encanto en la pintura de los sentimientos: el patriotismo del autor que no alaba mas que las grandes virtudes y los grandes servicios hechos á la libertad, nos inspira una simpatía mucho mas viva que el patriotismo de Virgilio, que profana la santa poesía con el elogio de César y de Augusto, y no se atreve á acusar á Syla. Ovidio es todavía mas poeta griego que Lucrecio: sus *Metamórfosis* forman una serie de encadenamientos semejantes á los de Armida, y parece que no han costado mas esfuerzos que los prodigios creados por la amante de Reinaldo. El mérito de la composicion, las ingeniosas analogías, el arte de las transiciones, la variedad de tonos, el talento de recrear el entendimiento y de conmover el corazon, y el de comunicar ya un dulce interés hácia un objeto, ó ya de hacerlo enteramente dramático, se reunen para hacer á esta obra única en la literatura. Los modernos ni tienen ni podian tener un Ovidio, pero tienen un Ariosto, y el *Orlando furioso* sobrepuja en mucho á las Metamórfosis por su variedad, su riqueza poética y el arte de interesar al lector, aun impacientándolo frecuentemente, interrumpiendo relaciones y escenas que ocupan toda su atencion. La obra de Ariósto no solo es digna de ponerse en paralelo con las Metamórfosis, pues en algunos puntos rivaliza con la *Iliada*, y es en su conjunto el modelo de la epopeya heróica y de la cómica reunidas en una misma composicion. Hemos perdido las obras de Lucilio, pero Horacio y Juvenal, que se parecen tan poco, son en la sátira modelos que no tienen semejantes. El segundo de estos poetas se distingue como Tácito, por una especie de bellezas grandes y sublimes, desconocidas en la escuela griega. No omitiremos el notar que el pintor de Tiberio ha hecho con solo la verdad, una sátira del hombre mucho mas enérgica y profunda, que los retratos, hijos de la cólera de Juvenal, que nos hacen dudar algunas veces de su conviccion. Despues de haber leido á Tácito, no se encuentran ya hipérboles en Juvenal. Apesar de Tito Livio, Salustio y Tácito, algunos críticos podrian vacilar en recusar la superioridad histórica á Herodoto, Tucídides y Xenofonte; no obstante,

las décadas de Tito Livio nos desarrollan un vasto cuadro, cuya magnificencia impone. Aun guardando las supersticiones, la razon ha hecho muchos progresos en las relaciones del escritor, que Augusto llamaba el pompeyano. Exceptuando dos declamaciones ambiciosas, habla mejor Salustio, como hombre de estado, que sus maestros; su narracion es un modelo de rapidez, concisa, sin afectacion ni oscuridad. En cuanto á Tácito, Racine le ha señalado su lugar, llamándole el mas grande de los pintores del corazon humano. Ni el siglo de Homero ni el de Pericles, habrian podido concebir un Tácito; era preciso que vinieran Tiberio, Neron, Domiciano, Agripina y Germánico, para que tuviésemos nuevos anales del hombre.

Fenelon daba el premio de la elocuencia á Demóstenes, no apelaré del juicio de autoridad tan imponente: si, Demóstenes es á mi modo de ver el príncipe de la elocuencia, y la tribuna parlamentaria debe tratar siempre de tomar el vigor, la concision, el recto juicio, la argumentacion, el poder dramático y la soberana autoridad de las palabras del vencedor de Eschines. Verdaderamente Demóstenes estaba creado para regir á un pueblo desde la tribuna. Sigamos, pues, la escuela de Demóstenes, mas bien que la de Ciceron, así serviremos mejor á los intereses de la causa sagrada, consultando al primero mejor que al segundo, de estos modelos. ¿Pero tuvo la Grecia un ingenio tan bello como el orador romano? Cuánta fama no merece Ciceron! Cuantos dotes no encerraba en si, cuántas facultades, cuantos conocimientos y cuántas luces de que carecia Demóstenes! Si no tiene la audacia homérica y la sencillez del príncipe de los oradores, si frecuentemente juega con las palabras que parecen rayos en boca de Demóstenes ¿no posee en cambio mas riqueza, mas fecundidad, y sobre todo, mas ternura? El ha hecho como Virgilio con respecto á Homero, frecuentemente ha dado mas alma á la elocuencia: ¡cuántas lágrimas no nos arranca por la muerte de Gravio! Cuán poderosas son sus palabras, haciendo caer de las manos de César la sentencia de muerte de Ligario! Cuán terrible se muestra contra Antonio el lugar-teniente, el amigo, el vengador de César! Con qué placer encontramos en los diálogos filosóficos á los hombres mas grandes de la república, departiendo juntos sobre los objetos mas eminentes del universo: la virtud, la patria y los dioses! Roma debió su Ciceron á la antigua Grecia, pero esta no produjo un Ciceron en su seno.

(*Concluirá.*)

DE LOS VOLCANES.

ALGUNOS geólogos del siglo pasado consideraron los fenómenos volcánicos como producidos por la combustion espontanea de las piritas ferruginosas encerradas en el interior del globo; cuya hipótesis se fundaba en una esperiencia curiosa, conocida en química con el nombre de *Volcan de Lemery*. Esta esperiencia consiste en colocar en un agujero hecho en la tierra, una mezcla de 60 partes de limadura de fierro y 40 de azufre en polvo, humedecida con la cantidad de agua suficiente para formar una pasta poco espesa; la que al cabo de cierto tiempo se hincha, se calienta, se resquiebra y comienza á exhalar vapores gaseosos, acabando por inflamarse con una esplosion mas ó menos violenta, acompañada de la proyeccion en el aire de fragmentos de fierro en ignicion. Bastante analogía existe en verdad, entre estos fenómenos interesantes y los que presentan los volcanes en sus sorprendentes erupciones; pero esta analogía no es mas que aparente, porque la esperiencia solo se verifica cuando está el fierro en estado metálico, que es puntualmente como no se encuentra en el interior de la tierra, en donde permanece siempre combinado con el oxígeno ó con otros cuerpos.

Sir H. Davy procuró despues dar una esplicacion de las erupciones, fundándose en que existen metales capaces de inflamarse espontaneamente por el solo contacto del aire ó del agua, tales como el potasio y el sodio; y supuso que en los primeros tiempos, en que existian estos metales en gran cantidad sobre la

tierra, se encendieron de este modo y formaron un todo en ignicion, cuya superficie se convirtió despues en una costra mas ó menos espesa de cuerpos quemados: que las aguas en seguida se esparcieron sobre esta primera capa sólida, penetraron al través de sus grietas y fueron á determinar nuevas descomposiciones, obrando sobre los metales que se hallaban en el interior, de lo cual se originaron elevaciones de terreno y erupciones volcánicas. De este modo esplica porqué debieron ser estas mas frecuentes en los tiempos antiguos, é infiere que irán siendo mas y mas raras, á medida que aumente de espesor la capa superficial de la tierra. H. Davy cita en apoyo de su opinion, la naturaleza de los gases que exhalan los cráteres de los volcanes, pues son precisamente los que resultan de la descomposicion del agua por los metales; pero sin embargo, se objeta contra su teoría que el grado mas alto á que puede elevarse la temperatura de la tierra, se encontraria entonces á una profundidad determinada, en cuyo punto estaria la combustion en actividad, y tendrian su origen las erupciones; y que de allí en adelante deberia ir disminuyendo progresivamente con la profundidad esa temperatura, lo cual es contrario á los hechos observados.

En el dia la opinion que parece reunir mayor número de partidarios es la de Cordier, que consiste en mirar los fenómenos volcánicos como producidos por la irrupcion fortuita ó periódica del agua del mar sobre las materias centrales de la tierra, que el calor interno del globo mantiene en un estado constante de fusion, opinion que Gay-Lussac ha esforzado con sus importantes consideraciones sobre la naturaleza de las sustancias salinas arrojadas por los volcanes.

Cardier piensa que al principio estuvo la tierra en un estado completo de fusion, al cual y al movimiento circular, es debido su aplanamiento hácia los polos; y supone que su superficie esterior se enfrió y solidificó por el contacto del aire, mientras que su interior permaneció mas ó menos fundido, en proporcion de su distancia al centro. Y en efecto, las numerosas esperiencias hechas en las minas, parecen probar que el calor interno del globo aumenta en proporcion directa de la profundidad, y segun las observaciones termométricas hechas en el Observatorio de Paris, se puede apreciar este aumento, en un grado por cada 30 metros de profundidad; de suerte, que calculando segun estos datos, se encontrará á 2.200 metros una profundidad igual á la del agua hirviendo, y á una distancia muy pequeña con relacion al radio de la tierra, un calor suficiente para mantener fundidos todos los metales y una gran parte de las rocas. Si suponemos que este calor sea de diez grados del pirómetro de Wegdwood, y calculamos como antes, veremos que se halla a 200.000 metros, es decir, á una distancia igual á un 37 avo del radio terrestre; pero si se atiende á la naturaleza de las lavas y al poco tiempo que media entre los síntomas que indican las erupciones y el en que se verifican, será preciso concluir que la fluidez central comienza á una profundidad menor.—Se sabe además que la densidad de la tierra aumenta tambien con la profundidad, de suerte que su interior no puede estar compuesto de sustancias minerales, cuya densidad es mucho mayor que la de los cuerpos que constituyen su superficie. Así es que por todo lo espuesto se debe admitir que el interior del globo está formado de sustancias metálicas en estado de fusion.

Esta hipótesis de la fluidez actual de la masa interna y de la accion que sobre ella ejercen las aguas del mar, se presta admirablemente á la esplicacion de los hechos observados; pues si consideramos que al llegar estas aguas sobre los metales y demas sustancias en ignicion que ocupan el interior del globo, debe haber una gran descomposicion, concebiremos la formacion de multitud de gaces, cuya presion inmensa se ejerce contra las paredes interiores de la capa superficial terrestre; comprenderemos facilmente los fenómenos de las erupciones, como los temblores de tierra, las elevaciones de terrenos, las dislocaciones de montañas y la formacion de aberturas y hundimientos en la superficie del globo, así como tambien la de esos vastos respiraderos por donde arrojan los volcanes sus lavas, sus llamas y sus gacss, la desolacion y la muerte.

La hipótesis de que se trata esplica tambien la identidad de las lavas arrojadas sobre diversos puntos de la tierra, aun los mas distantes, y su semejanza con las rocas de los terrenos que parecen haber sido formados por elevacion. En fin, esplica igualmente el calor de las fuentes termales, su composicion salino-mineral y los gases que contienen. Aun es preciso observar que los volcanes, esceptuando dos situados en el Asia central, y cuya exsistencia es dudosa, están colocados casi todos á una distancia muy pequeña de las riveras del mar: esta notable disposicion, asi como la abundancia de cloruros y aun de sal marina, encontrados entre los productos volcánicos, no

parece probar evidentemente que el agua del mar influye de un modo particular en la produccion de estos fenómenos sorprendentes y llenos de intéres?

(Traducido para el Liceo, por C.)

TERREMOTO DE LIMA EN 1687.

La historia del Perú cuya nacion está tan enlazada con la nuestra por sus conquistadores, y por consiguiente, por sus costumbres, idioma, forma de gobierno durante el régimen colonial, y religion, cuyos hechos estan tan unidos con los de la Nueva España, de donde, como hasta ahora se ha visto y se verá en todo el discurso de la galería que estamos publicando, pasaban los mas vireyes al Perú despues de su gobierno en aquella, y sobre todo, el ser potencia del continente americano y posesion española, nos ha movido á dedicarla algunos artículos que creemos con sinceridad, serán leidos con interés por las mismas razones que nos excitan á escribirlos. La residencia del Duque de la Palata, su virey, que hemos visto inédita, nos suministra algunos datos respecto del tiempo de su administracion, y aunque no conservemos sus mismas palabras, procurarémos transmitir á nuestros lectores las propias ideas y sentimientos del autor, para que juzgue por sí mismo los hechos que no le alterarémos, contentándonos con ponerlo al cabo de las circunstancias de la época, sin limitarnos únicamente á escribir de esta, sino que en otros artículos lo harémos de épocas anteriores.

Habiase notado durante algunos dias del año de seiscientos ochenta y siete, que una imágen de la Madre de Dios, la cual se veneraba en uno de los templos de Lima, ¡¡¡derramaba copiosas lágrimas!!! Esto en el pueblo no dejó de producir los efectos de costumbre: se atribuyó de luego á luego á *milagro*, que segun el duque se espresa, fué visto con suma indiferencia por las autoridades, hasta tanto que se dejaron esperimentar los fuertes sacudimientos de tierra. Cuando estos hubieron causado sus estragos, el Duque se dolia mucho de haber despreciado en su concepto un *aviso del cielo*, pues no atribuye el *llanto de la imágen* á otro motivo que al dolor que la causaba el castigo que por la corrupcion de los habitantes de Lima los amenazaba tan de cerca, y reputa el Duque que únicamente *lloraba la imágen* por aplacar al Eterno justamente irritado, lo que á su entender produjo que la ciudad no quedara completamente arruinada y sus moradores con vida y hacienda, y ademas, por dar á estos un aviso, razon por la que es venerada desde entónces bajo la advocacion de la Virgen del *Aviso*. La noche pues del veinte de octubre se sacudió con tanta fuerza la tierra, que solo el movimiento despidió de sus camas á los que yacian en ellas. Puso tal miedo el terremoto en los limeños, que todos ellos, sin diferencia de sexos ni edades y condiciones, salian á las calles y plazas públicas pidiendo misericordia. Los edificios quedaron muchos arruinados, los demas lastimados, sin permanecer ileso uno solo. A la madrugada del dia siguiente nacida la aurora, ya que con el crepúsculo podian distinguirse los unos á los otros con alguna perfeccion, cuando el miedo habia cesado y dado lugar á la reflexion, se hallaron muchos desnudos de toda ropa y algunos en paños menores, tales como se hallaban en sus camas en el momento en que el terremoto los hizo salir de ellas; y es de advertir que aunque su fuerza cesó en la misma noche, á cada momento repetia con alguna suavidad, lo que hizo que nadie se atreviera á volver á su casa. Sin embargo, luego al punto que se notaron desnudos los que lo estaban, probaron á volver por alguna pieza de ropa para cubrirse, como lo hicieron.

Cualquiera puede imaginarse el trastorno que reinaba en ese dia en Lima, pues fué necesario comenzar por construirse cada uno un albergue donde guarecerse de pronto de la intemperie. He aquí una verdadera república

democrática en que todos eran iguales, confundidos como lo estaban allí los ricos, los nobles, los señores, los blancos, con los pobres, la plebe, los esclavos, los indios y las castas, todos en una perfecta igualdad, y si habia alguna diferencia, la superioridad se hallaba en las clases ínfimas que acostumbradas á la desnudez y á las miserias consiguientes á su infeliz estado, al trabajo duro, á dormir espuestas á la inclemencia, resistirian con mas facilidad la nueva suerte á que el suceso las sujetaba, que las clases acomodadas no avezadas á los trabajos y sí á la holganza, hechas á dormir en muelles lechos, y lo que ahora debe agregarse, que habrian dejado ó dejarian quizá sepultadas sus riquezas en los escombros de sus magníficas habitaciones, lo cual contribuiria tambien á hacerles mas penosa su infeliz situacion.

Despues con todo, de pasados los primeros momentos, calmados algo los ánimos, el virey comenzó á desplegar una suma actividad; por de pronto para asegurar á los capitalistas, hizo distribuir su escolta de manera que custodiasen las desiertas casas, nombró dos alcaldes que acompañados de los dos ordinarios que ya tenia la ciudad, se repartiesen por las calles, de suerte que pudieran cuidar del buen órden y mantener en el estado mejor posible en aquellas circunstancias la policía, hizo por último poner en la plaza los tesoros y bienes muebles de los particulares, para que estando á su vista fuera ménos fácil que se estraviasen, reuniendo en un solo lugar el objeto de la atencion de su escolta, y ademas señaló comisarios que cuidasen en cada manzana y en cada calle. Comenzaron en aquel mismo dia á formar casas de carrizales en todas las calles y plazas para servir de morada á los habitantes, y la del virey se puso en el centro de la plaza principal. Allí pasaba los dias y pasaba tambien las noches: allí despachaba sus negocios familiares, y allí atendia á los negocios públicos, era aquel lugar en fin, su morada y el gabinete del estado. La ciudad de Lima realizó entónces el soñado gobierno patriarcal, cuyo gefe único era el Duque de la Palata. En efecto, no habia tribunales, ni municipalidad, ni autoridades de ningun género fuera de la del virey, quien aun despachaba los negocios del estado sin guardar las solemnidades legales, los administraba por sí y ante sí sin autorizacion de secretario y sin otra forma que pudiera salvar la ilegitimidad de sus actos mas que la necesidad; ,,entónces me convenci, dice el mismo aunque sobre otro asunto, que las leyes subsisten miéntras satisfacen las necesidades públicas, y no de otra manera."

Ordenó el duque que se reparasen los edificios en cuanto fuese posible: por lo que respecta á las iglesias, se hallaban en un estado verdaderamente deplorable, y su reedificacion era obra de muchos años, y tambien de mucho costo, pues segun cálculo, muy bajo, importaria la suma de doscientos mil pesos: así que se dejó para otra ocasion, mas como quiera que fuese necesario depositar el sacramento en un lugar decente, pues se hallaba en la plaza debajo de una enramada, previno al cabildo que ya que no era posible que se reuniera en Catedral, muy bien podia hacerlo en el Sagrario, cuya capilla, siendo de unas dimensiones regulares, prestaba comodidad para hacer las veces de la catedral: pero aun esto no quisieron por los continuos temblores que no cesaban, poniéndoles miedo. Apénas algunas capillas se conservaban algo buenas, los demas templos estaban en un estado casi de ruina. Para reponer un tanto el Sagrario y sostener á las enclaustradas, únicas personas que se habian conservado dentro de las habitaciones, y que estaban en estremo necesitadas y desatendidas, ordenó el virey que se les diese una suma regular de dinero.

El palacio, las casas de ayuntamiento y demas edificios, exigian iguales reparaciones á las que demandaban los templos; por lo mismo determinó el duque que de tablas se construyesen dentro de palacio unas piezas que sirvieran á los tribunales para su despacho, lo cual se hiciera de toda preferencia, y hecho se preparasen obras para las oficinas del vireinato. Púsose mano á la obra, y en tanto que esta se hacia, continuaban en las habitaciones provisionales en la forma que tenemos dicho.

Este era el estado de las cosas, y de improviso se vió de nuevo amenazada Lima de otro gran peligro. A las once de la noche del 12 de diciembre, cuando todos se hallaban en el mayor recogimiento, fué súbitamente turbado este por una gran gritería que se dejó oir de todas partes: todos corrian á salvarse en las montañas y alturas inmediatas, anunciando en altas y descompasadas voces que el mar, saliendo de sus límites naturales, corria con precipitacion á la ciudad. De los conventos mas observantes se salieron los frailes, consumiendo ántes las formas que se conservaban, y en seguida cargando con lo que podian salvar. La plaza se llenó de un inmenso gentio, que creyendo, como era natural, que el virey estuviese al cabo de lo que pasaba, procuraria

huir el peligro, y siguiéndole, seria mas facil y mas seguro evitar á su lado el riesgo: por lo ménos le observarian todos sus movimientos, y ellos les indicarian hasta donde debian temer. Entre tanto, las noticias se exageraban como de costumbre en tales lances, se dijo al Duque que el Callao habia sido cubierto por el agua, y que esta se aproximaba cada vez mas. No dejó de poner temor tal noticia en el de la Palata, pero este, así lo asegura, *reflexionando que todo era castigo de Dios*, consideró que en cualquier parte que se hallara, habia de perecer, porque es dificil al hombre ocultarse del Señor, y así se resolvió á recibir allí la muerte. Sin embargo, y juzgando con imparcialidad, sin estar al simple dicho del Duque, lo cierto es que este pensó muy bien, como lo afirma en su residencia, que algunos deseosos de apoderarse en medio del desórden de los caudales que custodiaba la escolta en la plaza, quisieron, poniendo miedo á la escolta y al mismo virey, hacer que huyesen y dejasen solos los tesoros: tambien pudo muy bien suceder que existiendo diez piratas de consideracion en la cárcel, se les tratara de facilitar la fuga. A pesar de la *piadosa conformidad* del Duque *con la voluntad divina*, ello es que al momento reencargó la vigilancia á sus soldados en la plaza, y distribuyó ademas centinelas en las esquinas de la cárcel. Hecho esto, mandó á unos que se aproximasen por el Callao, y volvieran á darle cuenta de lo que hubiesen visto, y á fé que no seria con resignacion de permanecer en Lima, si se confirmaban las noticias que le habian sido dadas. Siempre, con todo esto, es muy digna de alabanza la serenidad de ánimo del Duque despues de tan continuados peligros á que se habia visto espuesto por el primer terremoto, y los que le sucedian casi sin interrupcion por mas ya, hasta aquella fecha, de mes y medio.

Acabóse enteramente de tranquilizar el virey con la vuelta de los comisionados, que vinieron desmintiendo todas las noticias que sobre la salida del mar habian corrido aquella noche. Procuró, pues, al momento, hacerlo saber á todos, pero espresa que le costó un inmenso trabajo, porque muchos aprovechando la ocasion, creyéndola oportuna para desagraviar al cielo, no contentos solo con implorar su misericordia, decian en alta voz sus pecados, haciendo con esto una confesion pública.

No solamente Lima padeció con el terremoto de octubre: todas las poblaciones resintieron algunos males, pues solo para la reedificacion de las catedrales metropolitana, de Arequipa y del Callao, que en su clase eran las únicas que la necesitaban, se calcularon de pronto, precisos, ciento veinte mil pesos, sesenta para la de Lima, cuarenta para el Callao y veinte para Arequipa. Sin embargo, los males de las demas poblaciones nunca llegaron al estremo que en Lima.

En los primeros dias de enero de 88, se reunieron los tribunales y el virey en el palacio, construidas las piezas que se mandaron formar de madera, en cuya situacion las halló el conde de la Monclova, á fines del mismo año, que fué á encargarse de aquel gobierno, acabado de salir del de la Nueva-España. Esto por lo que respecta al palacio, en cuanto á las iglesias, apénas se daba paso á reponerlas por competencia que suscitaron los prelados eclesiásticos con el virey, que queria se costeasen de las prebendas vacantes, afirmando aquellos que pertenecia al gobierno en virtud de ser *patrono*, como *fundador* de las iglesias de América. Sobre esto hablaremos otra ocasion, al escribir, tomando noticias de la misma residencia, sobre el estado del clero del Perú, durante el gobierno del Duque de la Palata. Por ahora, para concluir este artículo, decimos que el Duque con su familia estuvo reducido á vivir y despachar los negocios públicos en la pieza de carrizales, durante setenta y tres dias, segun espresion del mismo.

CARLOS M. SAAVEDRA.



ENSAYO.

CONOZCO muy poco el corazon de las mugeres, y por esta razon me abstuve hasta ahora de publicar mis propias observaciones acerca de esta bella mitad de los seres dotados de razon; pero alguna vez habia de romper mi prudente silencio, aun cuando no hubiera antes largamente discutido la materia, ni considerádola bajo todos los puntos de vista y en todas las relaciones que presenta á un espíritu analítico. Admirabáme tiempos atras la envidiable facilidad con que sale del apuro la multitud anónima ó nominada de literatos de *feuilleton*, que campea siempre en las partes bajas de las publicaciones periódicas, como si fuera ella la base en que estas se apoyan y sostienen: admirábame que un *folletinista* de barba á la puñal de Bruto, y sobre todo de anteojos que son el *signum sapientiae*, en cuatro lineas rebosando de ingenio despedazase á autores y actores dramáticos, aun cuando durante la representacion no hubiera apartado la vista de alguna linda *Esmeralda* ó *Flor-de-Maria* (nombres que hemos sustituido á las *Nises* y *Filis* de los amantes de égloga): admirábanme tambien otras muchas cosas de este jaez, y sobre todo la imperturbabilidad y el *aplomo* de los heroes de boletin. Pero á su vez admírense vds., señores lectores, de la fuerza del ejemplo continuo: de la admiracion de tales cosas pasé á familiarizarme con ellas, y de la familiaridad á la práctica. He aquí por qué medios llegué á animarme á publicar este ensayo. *Parve, nec invideo*.......

Muchos autores de muchas naciones, de diferentes edades y especialmente de diversas opiniones, han escrito mil lindezas acerca de las mugeres: todos casi han juzgado verdades incontrovertibles, ya que su sensibilidad es mas esquisita, su talento mas perspicaz y su imaginacion mas viva; ya que su serenidad en lances críticos es inmensa, su astucia prodigiosa y su locuacidad infinita; ya que no guardan término medio entre la virtud y el crímen, entre la fidelidad y la prostitucion, entre la frialdad de temperamento y un temperamento ardiente: y ya en fin que si sucumben, lo deben á la vanidad ó á la compasion, y si se sostienen, á la conciencia que de su debilidad tienen los hombres, y á la desconfianza en que por esta propia debilidad viven siempre ellas mismas. Empero yo que tengo acerca de las mugeres muchas ideas raras, que pienso esplayar en un libro cuando el hambre apriete, ya que esta necesidad es el móvil general de la literatura del siglo; trato de desentenderme de estas graves cuestiones para descender á la mia, que es harto sencilla, motivada esclusivamente por una coqueta que conocí en mis mocedades, á quien uno de mis amigos amaba con delirio, como aman todos los hombres á las coquetas.

Esto es cierto: á parte de ese artificio que las distingue y caracteriza, ademas de esa destreza ingeniosa con que saben medir el placer que dan, variarlo cuando fastidia, y escasearlo á medida que empalaga y va enfermando al amador (la dieta siempre produce hambre); á parte de todas estas ventajas para triunfar del sexo masculino, tienen la formidable, la incontrastable de interesar, de irritar el amor propio de los hombres con mas intensidad, con mas ardor que las demas mugeres. Y en efecto, en un círculo de adoradores que obsequian y asedian á una coqueta, que aspiran á la preferencia y ven con recelo y cólera á sus rivales, obran no sé si una antes que otra ó ambas á la vez, dos pasiones íntimas, terribles, volcánicas: el amor á ella y el amor propio; los primeros resultados de las dos grandes leyes de todos los seres: la reproduccion, la conservacion. Están, pues, en movimiento, en accion continua y violenta así la causa de aquellos sentimientos que tienden á la excentricidad, á derramarse en rededor y á fecundar todo lo que tocan, como la de aquellos que se concentran en nosotros mismos íntimos y aislados, y son cuando escluivos, el patrimonio de las almas mezquinas. La coqueta bastante hábil para mantener en incertidumbre y con esperanza á todos sus adoradores, les interesa mas, muchísimo mas que aquella muger que, guiada por un afecto sincero hácia

un hombre, satisface al amor de este, matándole el orgullo, desde el momento en que manifiesta corresponderle y le fortifica esclusivamente en su pasion; por que de este modo se apoya en un sentimiento solo, aunque mas duradero, mientras que la otra escita dos que se apoyan mutuamente, los irrita sin apagar ninguno, y sabe aplicarles cuando se debilitan el antídoto de una falsa esperanza.

Pero si la coqueta aplica esta esperanza én dósis abundante y á las claras, corre el riesgo de comprometerse altamente ya respecto del amante enfermo, ya respecto de los demas; de desauciar entonces al primero, le pierde; de continuarle esperanzando, pierde á los segundos. Así, pues, las coquetas, bien que el círculo de sus amantes varie diariamente, se sostienen merced á una política tan astuta, como la de un pais que rodeado de enemigos terribles, con el poder, de unos contraresta al de otros, y con la imbecilidad de todos compra su propia conservacion.

Pero este estado de agitacion y desconfianza, de disimulacion é incertidumbre, puede solamente lisongear á una pasion, que se ha repetido hasta el fastidio, no sé si con fundamento, es el móvil de todas las acciones de las mugeres, su ídolo, su ángel custodio pocas veces y su demonio tentador las mas: la vanidad! Empero el amor, que es la vida de las mugeres, el soplo creador que vivifica la belleza, y la reproduce y trasmite de generacion en generacion, no puede ser lisonjeado ni seducido por el coquetismo; para ello seria necesario que antes se dispertara tan bello sentimiento en los senos del corazon: instrumento de que se hallan desprovistas las coquetas. Es pues, á una vanidad exaltada y frenética á la que inciensan y sacrifican toda su juventud, y acaso tambien toda su vida: contrarian los sentimientos mas puros y naturales de su alma, subordinándolos á un sentimiento bastardo, engendro de un egoismo refinado: desdeñan esos goces ideales y voluptuosos, puros y aereos, por decirlo así, de una llama correspondida; esos suspiros mútuos que apagan en los lábios la timidez de los amantes ó la presencia de los estraños; esas mútuas miradas furtivas, cuyo efecto se siente inmediatamente en el corazon, que parece nadar en una atmósfera de luz y desmayarse en un mar de inefables delicias; ¿y por qué? por la vana satisfaccion de ostentar una série de amantes mas ó menos apasionados, desde el número primero hasta el cuarenta ó mas; pues se gradua el *savoir faire* de una niña por el mayor ó menor número de galanes á quienes, segun la inocente espresion de las coquetas, *trae al retortero* ó hace *rabiar*.

Veamos ahora los resultados que al fin puede acarrear esta conducta. Los amantes se desengañan tarde ó temprano: y la belleza no es la que mas largamente resiste á la ley general de todas las cosas terrenas. Una de las armas del coquetismo es el amor propio de los hombres; la retirada de estos hiere el amor propio de las coquetas: el amor es su segunda arma, y cuando llegan á enamorarse deveras (que suele suceder) el amor se torna en la espada que hiere la mano que la empuña.

Así, pues, los mismos sentimientos con que tortura á sus adoradores, suelen constituir las mas veces el suplicio tremendo de la coqueta. La edad aja sus facciones, y el desprecio de los amantes, su vanidad: entonces es el abatirse miserablemente hasta el polvo, el usar en valde de todos sus artificios y monerias para seducir á un hombre, que conocedor acaso del terreno, permanece impasible y frio espectador de los atractivos de la sirena, lastimando así su amor propio y escitando su cólera: ó ya viene á apasionarse locamente de quien menos la merece, de un tonto, de un avaro, de un *cualquiera*, que castiga, ciego instrumento de la Providencia, los anteriores estravios de la coqueta, la humilla, la marchita, si la desprecia; ó la destruye enteramente, la anonada en su porvenir, si la conduce á las aras. Esto último no es muy frecuente: se ha observado que pocas, muy pocas coquetas se casan, y que muchas, muchísimas llegan, arrastrando con pena y envidia un estéril celibato, á una edad en que las que son ricas pagan un *cavaliero servente*, y las que no lo son, buscan consuelos en los devotos ejercicios, en las continuas ceremonias religiosas; pero su religion es tanto menos pura, cuanto que nace de un impuro despecho, y me parece tanto menos acepta á los ojos de Dios, cuanto que le entregan un corazon lleno aun de vanidad, que ama á la Providencia porque ya no tiene otra cosa que amar, y que acaso ni aun en este último y forzoso amor abandona su habitual coquetismo.

Los placeres de la coqueta se cifran en una sola palabra: vanidad; sus pesares en muchas: desamor, desprecio, esterilidad, tedio, aislamiento. Yo no he averiguado aun si las coquetas se forman por sí mismas, como afirman los hombres, ó si las forman estos como aseveran las mugeres. Sea de ello lo que fue-



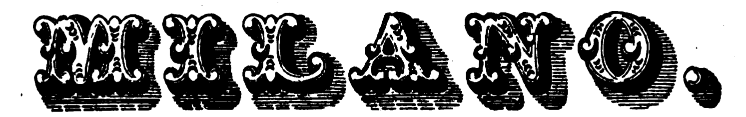
El Milano

se, en nada atañe á mi propósito, ni la causa puede jamas lejltimar el resultado.

En cambio parad las mientes en el porvenir de una jóven juiciosa y modesta, que tendrá vanidad como todas, pero que la reprime con cordura y entrega su corazon todo entero á un amor puro: ved en sus ojos las seductoras señales de una ternura sin límites, de una bienaventuranza que preludia la eterna; vedla mas adelante apoyarse, ya en el brazo de un esposo, ya en el hombro de sus hijos; gozando de aquella felicidad que es asequible en la tierra; y vedla en fin, descender al sepulcro llorada por una familia que la amaba, y rodeada de todos aquellos consuelos, que en tan amargo trance dan á los justos una vida sin mancha, una fé sincera, desinteresada y voluntaria, y una religion purísima y consoladora.

ORNITOLOGIA.





SEGUN Cuvier esta ave el Milano, pertenece al primer órden de la segunda clase de las vertebradas y á la segunda gran seccion de las aves de rapiña, en la cual comprende á los halcones que subdivide en aves de rapiña nobles y aves de rapiña innobles: el Milano se coloca por su timidez en esta última clase pues no es útil para la cetreria. Esta ave parece ser un término medio entre el gabilan y el pernoctero, asi por el color de su plumage como por su tamaño. El Milano tiene cerca de dos piés y dos pulgadas de largo, desde la punta del pico hasta la estremidad de la cola, pesa cerca de dos libras y media, su cabeza es pequeña en proporcion al resto de su cuerpo, su pico tiene cerca de pulgada y media de largo, retorcido hácia abajo y cubierto en su base con una pielecita desnuda y de un color amarillo oscuro; el de todo el pico es como de cuerno, excepto la punta que es negruzca: sus ojos son redondos colocados lateralmente y rodeados con un círculo casi negro del color de la pupila, la cual resalta en el centro de un contorno amarillo como el iris: su vista es tan perspicaz como rápido es su vuelo, dice Buffon. Su cuello asi como su cabeza es poco proporcionado con las demas partes del cuerpo, es corto y está: guarnecido con plumas largas, pero escasas: sus alas cuando las tiene cerradas, se cruzan sus estremidades sobre la cola á distancia de una pulgada poco mas ó menos, y cuando las estiende para volar tienen mas de cuatro pies y medio de punta á punta: cada una se compone de seis pulgadas grandes desiguales, y la cola de doce tambien desiguales y dispuestas de manera que resulta la estremidad ahorquillada; las patas de un tamaño regular y cubiertas de una especie de escamas amarillas color de oro, tienen cuatro dedos, tres anteriores y uno posterior largos y armados con presas retorcidas y no muy largas. El vuelo del Milano es rápido y sostenido y pasa la vida en el aire. "Casi nunca descansa, dice Buffon, y recorre diariamente espacios inmensos, y este gran movimiento no es un ejercicio de caza, de persecucion, ni siquiera de descubierta, puesto que el no caza jamas; sino que parece mas bien una necesidad y como que el vuelo sea su estado natural y su situacion favorita. El modo con que lo ejecuta es á la verdad digno de admiracion: sus alas largas y estrechas permanecen como inmóviles, y la co-

la parece que dirige todas sus evoluciones, meneándose de continuo; se remonta sin esfuerzo ninguno, ó baja como si resbalase sobre un plano inclinado; nada al parecer mas bien que vuela; precipita su carrera, la enfrena, se detiene y permanece como suspendido ó clavado en un mismo punto, meciéndose horas enteras sin que pueda uno percibir el menor movimiento en sus alas."

El Milano es originario de Europa, pero sus especies se han esparcido por todas las regiones del globo. "Donde quiera, dice el autor citado, son mucho mas comunes é incómodos que los buitres, frecuentando mas y de mas cerca los parages habitados. Anidan en sitios mas accesibles; raras veces hacen su morada en el desierto, y prefieren siempre las llanuras y colinas fértiles á las montañas estériles y escarpadas. Como cualquiera presa les sabe bien, y cualquier alimento les conviene, y siendo así que á medida que la tierra produce mas vegetales, está al mismo tiempo mas poblada de insectos, de reptiles, de aves y de animalejos de toda suerte: por esta razon establecen de ordinario su domicilio á la falda de las montañas y en los terrenos mas pingües y abundantes en caza, volatería y pesca."

El Milano se para sobre una rama, y conserva siempre una imperturbable serenidad, sus miradas denotan una feroz estupidez, una indiferencia y una calma que hacen dudar de su instinto. La hembra del Milano no diferencia del macho, pone dos ó tres huevos, y al cabo de tres semanas, poco mas ó ménos, nacen los polluelos, los que permanecen mucho tiempo en el nido antes de lanzarse á los aires; así es que los milanos no tienen mas que una cria cada año. Mr. de Saint-Amour, dice „que estas aves una vez unidas hembra y macho, jamas se separan, y que envejecen juntas durante siglos, sin contraer otra alianza matimonial sino á la muerte de alguna de ellas." ¡Singular ejemplo de fidelidad conyugal!......

P. T.

PASAR A TIEMPO.

EN una de las antiguas y ricas ciudades de España, plantel de hombres ilustres; recinto de Minerva, donde en cien templos se la tributa holocausto; testimonio palpable de sublimes hechos, mansion de reyes en otro tiempo, y en donde aun se conserva fija en la pared de una de sus plazas la escarpia en que fué espuesta la noble cabeza del mayor de los validos, D. Alvaro de Luna. En esta ciudad decorada profusamente con monumentos suntuosos, con calles espaciosas, con amplias esguevas, que llevan en su curso las aguas cristalinas del Pisuerga, cuyos muros baña para aseo de sus moradores; en donde multiplicados y cómodos puentes dan paso de una en otra, á infinidad de naturales y estrangeros, y en donde tambien yo residia no ha muchos años. En esta ciudad, sin embargo, se deja sentir un terrible mal de que no pocos inocentes han sido víctimas; y es que á pesar de lo espuesto, hay muchas calles que no participan del beneficio de las tales esguevas, y las *casas* situadas en estas, adolecen además de no tener comunes ó sumideros que absorvan las aguas inmundas; y de aquí aquella espantosa voz que en la callada noche se deja oir de *Agua va*, que hace estremecer al pobre transeunte, aunque sea mas esforzado y pujante que todos los doce pares de Francia en masa.

Yo tambien, si no víctima, por mi fortuna, he sido testigo ocular de la mas desastrosa aventura. Es, pues, el hecho; que en una de estas casas fatídicas necesitaban doméstico: se presentó uno en solicitud de la plaza, al cual por sus maneras sencillas le fué otorgada incontinenti. Este hombre era novato en la tierra y en el arte de servir, por hacer muy pocos dias que habia descendido de las riscosas cumbres de Covadonga, á los estendidos llanos de Castilla, por consiguiente, rebosaba en aquella naturalidad tan natural que encierra en sí

el pelo de la dehesa. Este hombre, pues, tomado que hubo posesion de su destino, preguntó á los amos ¿cuáles eran sus obligaciones? los cuales prolijamente le fueron enterando de todas, pero con especialidad de la de que, á la diez de cada noche, habia de verter por la ventana á la calle, el gran vaso de agua inmunda que posaba en la pieza mas elevada de la casa; pero siempre teniendo mucho cuidado de decir, en alta voz, ántes de verificarlo, „*Agua vá!*" De todo lo que quedó muy enterado. Pasó el dia desempeñando á las mil maravillas sus obligaciones; pero llegó la hora fatal. ¡Ojalá nunca llegara! Y aquí fué ella. Subió diligente á la habitacion preceptuada, y estupefacto quedó el mozo á vista del vaso monstruo que le esperaba; pero mas se sorprendió al observar que lo que contenia el piélago no era solo agua. Se detuvo reflexionando que aquello no era lo tratado, pero conformándose con su suerte, dejó la luz en el suelo, y cogiendo á su merced por ambas asas, y apretando los dientes y abriendo las narices, colocó á pulso sobre el pretil de la ventana á tamaño animal: tomó aliento, pero al decir la fatal palabra de *agua vá*, vínose á las mientes del concienzudo asturiano la mentira tan garrafal que iba á pronunciar, pues lo que el vaso encerraba, todo era ménos agua: quiso decir la verdad; pero tropezó con el inconveniente de que aquella palabra era en exceso sucia y pudiera escandalizar á la vecindad, mas todo esto fué obra de un momento, pues los raciocinios y episodios delante de un reverendo de esta catadura se hacen insufribles. Lo cierto ciertísimo es, que no sé si por vacilar entre la verdad y la inmundicia, ó por el gran peso que sintió del cirio, al volverlo á tomar á pulso, ó no sé porqué, pronunció en lugar de lo que se le habia ordenado „*Alabado sea el Santísimo Sacramento,*» y volteó la fatal boca hácia la calle: un devoto que á la sazon pasaba, tan perpendicular sin duda como lo estaba Sancho de D. Quijote, cuando de cuclillas á su estribo desocupaba el miedo que le causara oir el ruido de los batanes, al oir tan sagrado nombre, se quitó el sombrero, contestando con gravedad, „*Por siempre sea alabado,*" pero ántes de concluir la última palabra de su frase, cayó tan infernal bautismo sobre su blanca y respetable calva, pues la ví reberverar desde la acera opuesta, por donde á dicha pasaba, que derribado hácia atrás, dió con las posaderas en el empedernido suelo, cual si el Niágara con todo el pedrisco que en pos de sí arrastra, se hubiese desplomado sobre tan cuitado varon. A tan lastimoso espectáculo, súbito corro en su auxilio á ofrecerle una mano protectora, arrostro el pestífero hedor que despedia la escena, pero á tres varas de distancia y á los argentados rayos de la luna, conozco ya que aquel infeliz es inespugnable, y que no digo mi mano ¡ni las tenazas de Nicodemus eran suficientes á poderlo agarrar sin embazarse y escurrirse en la sustancia que lo cubria! En tal conflicto, animalo mi voz; y el Sanctus vir, encomendándose á toda la corte celestial, hace esfuerzos para ponerse en punta, pero imposible; se escurria como una anguila entre tal materia; vuélvole á animar, y al fin con esfuerzos y oraciones lo pudo conseguir. Hombre de Dios, le dije, no oyó V. la voz de aviso que le anunciaba la tempestad? ¿Cómo no se separó?—Calle V., señor, me contestó escupiendo siete ú ocho veces, pues las corrientes que desdendian del cráneo, surcaban su rostro, desaguando en el labio inferior que sobresalia de su barba, en forma de cornisa, mas de media pulgada. Si es el diablo, el diablo solo.... y continuaba escupiendo, diciendo entre dientes, fúgite, fúgite.... es quien ha podido reirse de mí de tal modo; si lo que yo entendí y oí clara y terminantemente fué el sagrado nombre de Dios, á quien quise acatar como todo buen cristiano debe hacer, y en venganza de mi reverencia, echó el diablo sobre mí esta nube pestífera, mas temible que las que atronaban y descargaban sobre el monte Sinaí.—Vamos, vamos, le repliqué, esto ya no tiene remedio, conformacion: recoja V. su sombrero y baston, y procure mudarse cuanto ántes de vestido: que la noche está fria, y puede atacarle una pulmonía; y en esto llegó el sereno, quien enterado de todo, trató de recoger el sombrero y el báculo, pero ¡imposible! pues el primero como le cogió boca arriba, sin duda cuando el fatal vaso la tenia boca abajo, estaba colmado que era una bendicion: el baston mas bien parecia una cucaña embadurnada que otra cosa, necesitándose mas valor para meterle mano, que para agarrar las varas de Moises. Vista la dificultad que ofrecia el apoderarnos de aquellos enseres, los dejamos en el campo, como trofeos de derrota, y sacudiéndose el paciente á manera de perro de aguas, emprendimos la marcha en direccion de su casa, por supuesto, conservando por mi parte la consabida distancia: llegamos á ella, y allí fué la segunda escena que no quise ver, al recibirlo su cara esposa mas almibarado y perfumado que nunca. Me despedí de él y del sereno, y me encaminé á mi posada, con ore-

jas mas largas que las de Midas, temeroso no me sucediera lo que acababa de presenciar. Al dia siguiente, el asturiano en cuestion, fué quien me enteró de todo lo que llevo narrado, y aseguro á vds. que el pasar ó llegar á tiempo, tiene tanto de duro como de maduro.

MIMO.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. LUIS DE VELASCO EL SEGUNDO,

CONDE DE SANTIAGO, Y PRIMER MARQUÉS DE SALINAS.

Undécimo virey de la Nueva-España. Segunda época. Desde 1607, hasta 1611.

1607

ERA el lúnes 14 de junio, pascua de Espíritu Santo, y poco ántes del rezo de las Ave-Marías, (así se espresa Torquemada, y con poca diferencia Betancourt,) de todos los pueblos de los contornos del Valle de México se vió aparecer un cometa, que naciendo de por encima de Tultitlán, con una gran cola, que casi tocaba á la tierra, pasó no con mucha velocidad hasta Atzcapozalco, donde deteniéndose un breve rato, desapareció: otros vieron dos cometas sobre la casa de Velasco, y Torquemada desde el portal de Tlaltelolco, en el cual se hallaba sentado, asegura haber visto ya puesto el sol, y ántes de que entrara la noche, salió como de las casas de palacio una estrella muy clara que recorriendo toda la ciudad, fué á desaparecer al mismo Atzcapozalco. A primera vista aterrorízó la aparicion del cometa, pero pasado un breve rato, y notadas sus circunstancias, se recibió como un nuncio que participaba el nombramiento de virey, hecho en la corte de Felipe III, en D. Luis de Velasco.

Un religioso franciscano del convento de Santa Cruz, (Tlaltelolco) no consideró al cometa lo mismo que los demas, sino que lo juzgó precursor de las desgracias que aguardaban á Tultitlán. A pocos dias, pues, se inundó el pueblo, arruinándose muchas casas, lo que dejó á infinidad de familias sin hogares, y las cuales se refugiaron en las de Velasco, que por ser de comunidad pudieron alojar á bastantes, acomodándose en los patios y en los corredores arriba y abajo. Agréguese á esto que la poblacion habia esperimentado una cruel peste, cuya gravedad aumentó la inundacion, pereciendo multitud de personas.

Hastiado con los negocios políticos, fatigado por su avanzada edad, Velasco que despues que salió del vireynato en México, habia estado en el Perú siete años, pidió al soberano que le relevase y le permitiera ir á concluir sus dias á México, donde tenia sus rentas y su familia; se vino en efecto, y pasaba unos dias en Tultitlán, otros en Atzcapozalco, que eran encomiendas suyas, estando en este último á la sazon que se presentó el cometa, despues de lo cual á los dos dias el 16 de junio recibió la cédula por la que le era mandado que sucediera al marqués de Montes Claros, siendo de edad de mas de setetenta años y de cerca de cuarenta de vecindad. Púsose inmediatamente en camino para Xochimilco en donde habló con su antecesor y de allí pasó á Tlaltelolco, en donde permaneció ocho dias, al cabo de los cuales, el 20 de julio, hizo su entrada en la corte vireinal.

Salido de México, como se ha dicho, el marqués de Montes Claros fué acusado ante la audiencia, y solo sus amigos pudieron contenerle para que no se volviese, siendo ellos parte á hacerle reprimir su cólera; sin embargo, él y la audiencia dieron cuenta al soberano, quien

previno á Velasco que pusiera presos á los calumniadores del marqués, y además ordenó que en lo sucesivo no se dieran los cargos precisamente á los descendientes de los conquistadores, sino que se atendiera solo á la idoneidad de las personas.

Las lluvias excesivas produjeron como era de esperarse, que saliendo las lagunas de madre, inundaran á México, sin que fueran parte á impedirlo los reparos hechos por el marqués de Montes Claros. Hízose entónces ver á Velasco la necesidad evidente que habia del desagüe, único remedio eficaz para salvar la ciudad de riesgo tan inminente que á cada paso la amenazaba. Proyectábase con el desagüe, que derramaran las aguas de México en las lagunas de Izumpango y de Citlaltepec, que forman el rio de Acolhuacán, el cual en sus grandes avenidas, saliendo de madre, inunda á la capital, por desembocar en la laguna de México, á la que se le pensaba dar otra corriente para las espresadas de Zumpango y Citlaltepec. Consideróse muy á propósito á Huehuetoca para la construccion del canal, y al efecto, el virey acompañado del visitador Landeros y de la ciudad, pasaron á ella. Casi todo el año transcurrió, no haciéndose otra cosa mas que consultas, y no atreviéndose Velasco á definir nada, miéntras no le fuese pedido por la ciudad y el fiscal de la audiencia, los cuales al fin lo hicieron, en veintiocho de diciembre, accediendo D. Luís á lo que solicitaban. Los tribunales, la ciudad, el mismo virey, todas las autoridades fueron en ese mismo dia á la ciudad de Huehuetoca, y para implorar y alcanzar la proteccion divina, se celebró una misa: en seguida tomó Velasco la azada en la mano, y dió principio á la obra. He aquí el orígen y los primeros trabajos del nombrado acueducto de Huehuetoca.

Quedaron desde este año beneficiados los oficios de la casa de moneda; rematándose el de tesorero en ciento cincuenta mil pesos, y el de ensayador y el de marcador, cada uno en ciento sesenta mil.

1608.—Para promover la obra del desagüe, mejor dicho, para continuar la ya comenzada, era necesario un gasto crecido, y no alcanzarian quiza á cubrirlo las rentas municipales, ni aun las reales: tratábase por otra parte de una empresa en gran manera benéfica á la poblacion, y para ello se dispuso gravar todas las mercancías y fincas, para cuyo efecto fué preciso valuarlas, y resultaron apreciadas en dos millones doscientos sesenta y siete mil, quinientos cincuenta y cinco pesos, que al uno por ciento, se sacaron trescientos cuatro mil trece pesos, habiendo dado sin excepcion todas las personas y corporaciones, ménos los franciscanos. El padre Juan Sanchez, de la compañía de Jesus, presentó el plan, que aprobado, se siguió en la obra: él mismo se encargó de dirigirla, asociándosele Martin Enriquez. A poco tiempo se desavinieron y se separó el padre Sanchez. Despues se mandaron abrir dos canales, el uno desde el puente de Huehuetoca, y el otro subterráneo por debajo del mismo puente. Acabó la obra de los canales el siete de mayo, y el virey con el arzobispo vieron con placer correr las aguas por el canal subterráneo, hasta las faldas del Nachistongo. En la obra se consumieron setenta y tres mil seiscientos once pesos, empleándose cuatrocientos setenta y un mil, ciento cincuenta y cuatro operarios, y para condimentarles sus alimentos y prepararles toda clase de servicios domésticos, mil seiscientas setenta y cuatro personas. El ayuntamiento, juzgándose sin los recursos necesarios, imploró del virey que se impusiera á cada pipa de vino que entrase á la ciudad, cincuenta pesos. En todo esto se deja entender, como pasaba en efecto, que ni los comerciantes perdian subiendo los precios, pues comenzaron á espender á dos y medio el cuartillo, que ántes daban á dos reales, y que con todo se quejaban de tal medida.

1609.—En veintiseis de mayo se espidió una real cédula por la cual se prohibia la esclavitud de los indios llamados tlaquehuales, cuya servidumbre era á semajanza de la de los conducticios de los romanos. La suma escasez de aguas en el año pasado cooperó mucho para los adelantamientos de la obra que se continuaba con empeño: derepente, sin embargo, fueron tales las llúvias, que hubiera innundádose la ciudad si el mismo ímpetu y furia de la agua no la hubiera hecho romper la calzada y abrirse paso por otra parte.

Corrióse la voz muy valida al comenzar el año de que los negros el dia de los Reyes habian nombrado el suyo y rebeládose. La noticia no parece que fué tan vaga, pues en efecto los esclavos que servian en las haciendas de la villa de Córdova y lugares vecinos, ostigados por sus señores que les daban un trato cruel é inhumano, se rebelaron contra ellos y se colocaron en actitud hostil por parages montuosos. Velasco hizo salir á atacarles de México una fuerza regular que marchó el veinte y uno de enero, constando de cien soldados, cien aventureros, ciento cincuenta indios flecheros y otros doscientos españoles, meztizos y castas. Tuvieron

lugar algunas pequeñas escaramuzas pidiendo por último el indulto los negros, pues que no habian ofendido, dicen, al rey; y en efecto, se les concedió dejándoles poblar la villa de San Lorenzo. En tanto que esto pasaba, Velasco en México para calmar la agitacion, aparentando ser falsa la insurreccion, hizo azotar á los indios que se hallaban en las cárceles sentenciados á esta pena por otros delitos.

Landeros recibió órden del rey para entregar los libros de la visita al presidente de Guadalajara, D. Juan Villela, y de marchar para un puerto sin salir de él miéntras no se le mandase. Esto parecia dimanado de falsas delaciones hechas al monarca, pues la conducta de Landeros fué tan pura, que regresó á su patria sin dinero.

Vióse en fin Velasco en este año premiado por sus distinguidos servicios con el título de Marqués de Salinas, que fué ocasion de grandes fiestas públicas en México.

El hospital de S. Lázaro, que algunos años atras lo habia fundado el médico Pedro Lopez, en este de 609, con un hijo suyo clérigo, lo edificó, le dotó salas y dejó el patronato á la corona. Este local lo tenian antes los religiosos de S. Juan de Dios, quienes pidieron el hospital real, que concedido por cédula de 16 de agosto del año anterior no lograron que se les entregase por los administradores de sus rentas, que se opusieron.

1610.—Cada dia se hacia mas precaria la situacion de los indios, y á fin de aliviarlos, el marqués reglamentó los repartimientos señalando el jornal que debian darles los que los ocupasen, los trabajos en que debian ser empleados, el tiempo que habian de trabajar diariamente, quitándoles los trabajos duros ó de tiempo muy largo, entre otros los de obrages. La resistencia que encontró el virey fué tenaz; pero la destruyó con energía, disponiendo tambien para que no se les molestara á los indios y se les gravara, que en los parages en donde trabajaran hubiera un número regular de carnicerías para que pudieran abastecerse. En el interior de la Nueva España, la escasez de víveres produjo funestas consecuencias: la hambre y la peste.

1611.—Para espeditar el comercio de Filipinas envió Velasco una embajada al Japon, en la que parece fueron los mártires, en cuyo número se cuenta el Beato Felipe de Jesus, que perecieron entónces. El diez y ocho de enero concedió Felipe III para propios las tiendas de tablas de la plaza al ayuntamiento que habia hecho de ellas Baratillo.

Para mas recompensar al marqués de Salinas, el rey le nombró presidente del consejo de Indias, conservando la autoridad de virey hasta el momento de embarcarse que á ninguno habia sido concedido. Partió Velasco, y en tanto que caminaba, el 10 de junio un eclipse de sol en México, que comenzó al medio dia, hizo desaparecer completamente la luz desde las tres hasta las seis de la tarde, en términos de haberse visto con claridad las estrellas mas bien por el oriente que por el ocaso. La gente del bajo pueblo amedrentada se confesaba á voces, pedia misericordia ó se refugiaba á los templos, en algunos de los cuales se espuso el Sacramento. Llegado el virey al puerto acompañado de un alcalde de corte y el escribano de gobierno, se despidió de ellos y se embarcó.—Carlos M. Saavedra.

FANATISMO.

MUCHO tiempo permaneció estacionario y dueño del mundo este mal de todas las edades, que no es mas que el exceso de una revolucion mal entendida, que despoja á la religion de su vida, por decirlo así, porque le quita su esencia intelectual y la reduce á un asunto de palabras y meramente material, disminuyéndose lentamente solo á medida que avanza la civilizacion, y que las naciones obedeciendo á un precepto suyo, procurasen la instruccion de las masas. Pero se han padecido en los pueblos transiciones demasiado repentinas y violentas, que lo han aumentado por algun tiempo, como sucede en todos los trastornos, y que llegará á acabar en lo posible con él, porque sacudiendo á

las naciones, las sacó de un letargo en que yacian, y les imprimió un movimiento, que aunque saltuario é irregular, llegará á arreglarse un dia, produciendo entónces los buenos efectos que solo parece haber indicado.

El sacudimiento fué terrible, é incomprensible la gradacion de sus movimientos, que solo el dedo de Dios podia dirigir. Sentado el fanatismo en su trono de plomo, parecia enseñorearse del mundo; pero se hacinaban causas, los tiempos volaban y llegó el siglo XVIII, sonó la hora y se operó un cambio: la impiedad y la incredulidad fueron una moda en la vieja Europa, que habia casi agotado todas las novedades religiosas, y que buscaba aun una que admitir como el gusto del dia. Las manifestaciones de la impiedad fueron una patente de filosofia, y los discípulos de Voltaire y los imitadores de Diderot y de tantos otros, fueron tenidos como grandes ingenios, como inteligencias superiores que no se doblegaban á la fuerza de lo que ellos llamaban sofismas, y para quienes el peso de una creencia de tantos siglos, y la tradicion que pasó de boca en boca por millones de hombres, era impotente, y no podia convencer su animo elevado, y su profunda comprension, y á pesar de esto, ellos creian á esta misma tradicion, y se sentian arrastrados por esos mismos sofismas en otras materias. Inconsecuentes en sus principios, y novelosos, sus razonamientos tenian á veces elevacion, y aun brillaba en ellos el fuego de la imaginacion. Bien sabido es que al que se aparta de las opiniones vulgares, se le cree grande, sabio tambien, y sobre todo, dotado de una inteligencia superior, con tal que sostenga sus dichos con elocuencia. Esto aconteció con aquellos filósofos, y como las creencias de que afectaban no participar, eran comunes á casi todos los hombres venerables por su antigüedad, se les creyó vastísimos, casi dioses, porque no solo no creian, sino que ridiculizaban sus creencias religiosas, inventándonse el nombre d'esprit-fort, que se usó de buena fé para designar á estos colosos del entendimiento, á estos héroes de la crítica, para quienes las opiniones bajo las cuales habian encanecido tantas cabezas respetables, carecian de poder y de prestigio, sujetándolas á su exámen. Despues se ha usado irónicamente este término para denominar á esos mismos impíos, porque las generaciones que les sucedieron no podian alimentarse de quimeras, que aunque vestidas con formas hechiceras, eran tan ideales tan vaporosas y tan mentidas como la buena fé con que escribian sus autores: es casi cierto que ellos no sentian lo que escribian, ni puede haber un hombre que se convenza de esos monstruos de religion. A pesar de esto, el pueblo que está siempre por lo nuevo, y que desmoralizado acaso por los acontecimientos de la época, no tenia firmeza en sus principios, que por su educacion y costumbres tiene tendencias á no creer mas bien, que a creer, y que carece de juicio recto para conocer la verdad, acogió estas ideas y las alimentó, dando por resultado la desmoralizacion que reinaba al tiempo de la revolucion francesa. Podrán tal vez creerse exageradas estas opiniones sobre el pueblo, pero solo con atender á los acontecimientos mas insignificantes de las naciones, se convencerá alguno de la verdad de ellas. Despues de esto, algunos ingenios realmente grandes, preconizaron la religion cristiana, la calma y la meditacion sucedieron con el transcurso del tiempo al calor y á la ligereza, y la verdad radiante volvió á ocupar el lugar que le habia usurpado el error. La religion cristiana fué aceptada de nuevo, fué admitida con entusiasmo; mas este entusiasmo se convirtió á su vez en moda, y se dividió la sociedad en dos clases. El pueblo sigue siempre á sus ideas, las opiniones de la clase á la cual cree sábia, á los filósofos, á los poetas y á los escritores, todos en fin, y estos eran cristianos fervorosos, porque la antigua moda y el calor de la impiedad habian provocado disputas en las cuales brillaba la verdad con tal fuerza, que no se podia ocultar. Ansiosos los antiguos de sensaciones nuevas, y acostumbrados al raciocinio matemático, buscaban demostraciones materiales en el cristianismo que no pudo darles, y cuya mejor prueba son esas verdades indemostrables que penetran y convencen á todas las inteligencias, desde la superior hasta la ínfima, y juzgando austera á la religion, creyeron que no podia acomodarse al nuevo gusto, al gusto refinado de la época de las invenciones y descubrimientos, á las hipótesis ideales y á los goces humanos, y en consecuencia buscaban otras creencias, con las cuales consiguieron su objeto, porque juzgaban al cristianismo como una flor marchita que no puede dar aroma como un tallo seco que carece de hermosura y de vida; mas sonaron las harpas dulcísimas de los poetas cristianos y las bellísimas concepciones de talentos sublimes, hicieron entrever la poesía de la religion cristiana, la elevacion de sus sentimientos, y probaron que en ninguna fuente pueden beberse tantas inspiraciones como en el cristianismo, ni ideas tan puras tan sen-

cillas y tan llenas de ternura y de fuego, y de cuanto puede contribuir á formar una verdadera obra de gusto; porque en mi concepto, el refinamiento del gusto y el aumento de la cultura es la mayor aproximacion á la sencillez. Entónces la generacion fué cristiana, y el cristianismo fué de moda. Antiguamente el pueblo y los sabios creian sin excepcion y pecaban por fanatismo: despues unos y otros pecaron por impiedad, y mas tarde el pueblo tornó á sus creencias erroneas por su falta de crítica, y su exageracion y los sabios aceptaron la religion en toda su verdadera y sencilla magestad. El entusiasmo mal dirigido produjo errores tambien, y en nuestro tiempo no es raro ver malas interpretaciones de las verdades cristianas, porque los autores de ellas no se toman el trabajo de comprenderlas, ni quieren sujetarse á la pureza del cristianismo, al cual quieren hallar con concepciones de muy distinto género.

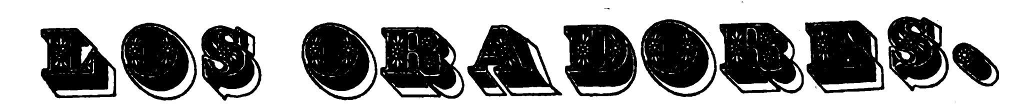
Esta costumbre producirá á su vez males inmensos y males acaso incurables. El pueblo por su parte continuó en sus exageraciones que llamamos fanatismo, y al cual acusamos de infinitos males. Se oyen de vez en cuando aun entre nosotros, jóvenes sectarios de los pretendidos filósofos de que he hablado; y como esta palabra, fanatismo, se ha quedado sin sentido verdadero, y la idea que produce no tiene límites ciertos, quieren que el pueblo no tenga creencias; otros, que no tenga culto; y solo unos cuantos desean que no tenga ese culto de idolatría que prestan á algunas imágenes, ni otras ideas semejantes á esta. Abandonaré tan diversas opiniones para ocuparme solo de la influencia del fanatismo, lo que se quiere en la felicidad social.

La religion tiene una influencia innegable en las costumbres; pero los hombres jamas serán completamente virtuosos; no habrá pueblos cuyos ciudadanos todos sean Sócrates, asi como jamas tampoco los hombres todos obedecerán á las leyes; supuestos estos dos principios no formaré teorías bellísimas é irrealizables. Nadie puede dudar que miéntras mas se acerquen las creecias populares á la verdad católica, mas puras serán tambien sus costumbres, y mayor el bienestar social. El pueblo puede adelantar mucho aun, y la civilizacion lo hará aproximarse mas y mas á ese punto, siempre que la civilizacion se comprenda bien y se dirija rectamente; pero entónces será necesario un cuidado sumo de parte de los gobernantes para evitar el estremo opuesto y la resurreccion de la moda del siglo XVIII. La civilizacion destruirá esas bárbaras diversiones de nuestro pueblo que lo enseñan á ser cruel sin darle valor, como las corridas de toros, y lo hará conocer que las imágenes son impotentes por sí mismas, y el pueblo se desengañará de que despues de cometido un crímen, no es la impunidad lo que se debe pedir al cielo, sino el castigo debido; que no son luces ni medallas las que se deben ofrecer á la Divinidad en expiacion, sino arrepentimiento, y arrepentimiento sincero. Conocerá mil otras cosas que le harán mas recto y ménos criminal; conocerá, en fin, mas bien sus derechos, y sabrá apreciarlos mejor.

Dos son los males graves que el fanatismo trae: el uno, la influencia absoluta que concede á una sola clase de la sociedad; y el otro, la creencia funestísima de la impunidad criminal en la devocion. El uno y el otro de estos errores, son obstáculos terribles para la felicidad, el uno y el otro impiden formar el corazon del pueblo, y el uno y el otro tambien impiden que este pueblo tenga virtudes sociales, sin las cuales no puede haber sociedad ni felicidad ni aun existencia, puesto que pone en el borde de un abismo al que lo impelerán las naciones mas poderosas para enseñorearse despues de él. Este fanatismo no consiente, ni se puede aliar con las virtudes cristianas, y solo produce adoradores hipócritas y malvados, imbéciles, que son irreducibles y que no formarán jamas una nacion poderosa. ¿Cuál sea el medio de quitar este fanatismo? Yo no encuentro otro sino es la instruccion popular y la destruccion de las causas que lo producen, las cuales, á mas de la ignorancia, son las costumbres de que he hablado y la influencia que he indicado; pero cuales sean los medios para cortar estas causas, no me atreveré á decirlos: repetiré solamente que la instruccion popular. Esta solo sabrá definir lo que es fanatismo, esta fijará límites á tal idea, y ella solo destruirá sus causas. No creo que jamas se quite completamente, porque no me alimento de teorías, ni creo que los hombres en sociedad lleguen jamas á la perfeccion social ni á la perfeccion moral; he dicho tambien que mis creencias son católicas porque no faltara acaso quien dudase de ellas.--Circunscribiéndonos á nuestro pais, debemos notar que en él por desgracia se han reunido cosas muy desemejantes entre sí, que han producido una fermentacion lenta y que producirá aun males incalculables: así es que se hallan reunidos los estremos de la impiedad y del fanatismo, de la civilizacion y de la ignorancia. Nuestro pueblo, saliendo de una

dominacion bárbara é ignorante, y precipitándose en un mundo lleno de luces, debió deslumbrarse y mezclar cosas que no pueden estar reunidas nunca sin ocasionar males gravísimos; saliendo de la esclavitud y precipitándose en el apogeo de la libertad, debió cometer mil errores que ya ha pagado, y que lo han sujetado á un número de hombres que quieren constantemente dominarlo. Sin embargo, esta es la marcha natural de las cosas, y no debo yo hablar de ella. Esta marcha continuará y las cosas tocarán á su fin.—Mi objeto ha sido el fanatismo, he hablado de él rápidamente y debo concluir manifestando á los detractores de su pais, que no en el nuevo mundo, sino en las viejas é ilustradas monarquías es en donde se ve el fanatismo; allí el pueblo es fanático verdaderamente, y mis opiniones no son solo sobre nuestra patria, sino respecto del orbe entero. Nuestro pueblo avanza, y un gobierno paternal y desinteresado guiará su instruccion y hará felices á las generaciones futuras; porque es un error creer que esos males se pueden arrancar en un momento, cuando su destruccion es obra del tiempo y de la justicia; mas como no ha llegado aun ese tiempo, ni esa educacion, no viven tampoco aun sus directores. Es cierto que llegará, y esta idea debe consolarnos; en el entretanto nuestra generacion debe procurar la mayor felicidad social posible, y debe preparar los elementos para la futura. Esta es nuestra obligacion, y la Providencia coronorá nuestros esfuerzos.

Quiera el cielo que al remediarse en lo posible este mal, no se caiga en el estremo contrario; males muy graves son el resultado del fanatismo, como que impide que lleguen á poseerse por el pueblo la justicia, la recta piedad, la libertad verdadera que tanto se nos ha parodiado y que sujeta á una nacion entera al hombre que quiera dominarla valiéndose de la hipocresía; pero son aun mayores los males de la incredulidad; una nacion de ateos no podria subsistir, como dice Rousseau, y si se llegase á formar, seria necesario huir de ella hasta el estremo opuesto de la tierra; porque los hombres movidos por las pasiones y sin un freno que los contenga, sin creer en nada y sin mas temor que el de la fuerza física, se convertirian bien pronto en una horda de salvages. Al concluir, debo decir, mi fé política, porque se me acusará tal vez, al leer mi artículo, de fanático, de retrógrado, de antiliberal y de cuanto se quiera; pero protesto solemnemente que amo á mi libertad porque es mi vida, porque me es tan necesaria como el ambiente que respiro, y porque es acaso, en este mundo, mi única felicidad.—J. M. del Castillo.



LOS ORADORES.

QUIEN no admira la magestad, la pompa, la imaginacion y el entusiasmo de Bossuet, así como la vasta estension de su ingenio impetuoso, fecundo y sublime? Quién concibe sin asombro la increible profundidad de Pascal, su invencible raciocinio, su memoria sobrenatural y sus conocimientos universales y prematuros? El primero eleva el espíritu, el segundo lo confunde y lo turba: el uno brilla como el rayo en una tempestad, y por sus repentinos arranques no puede ser conocido por la almas tímidas; el otro obliga, asombra, ilumina, hace sentir despóticamente el ascendiente de la verdad; y como si fuera un ser de diversa naturaleza que la nuestra, su viva inteligencia esplica las consideraciones, las afecciones y los pensamientos de los hombres, apareciendo siempre superior á las inciertas concepciones de estos, y su ingenio sencillo y poderoso se asemeja á aquello que uno juzga incomparable, la vehemencia, el entusiasmo y la ingenuidad con lo mas profundo y oculto del arte; pero de un arte que lejos de atar á la naturaleza, no es mas que una naturaleza mas perfecta, y el original de los preceptos. Qué mas diré? Bossuet manifiesta mas fecundi-

dad, Pascal tiene mas invencion; Bossuet es mas impetuoso, pero Pascal es superior: uno excita la admiracion por sus frecuentes y violentos rasgos, el otro siempre lleno de solídez, la agota por su carácter mas conciso y sostenido.

Pero tú, oh Fenelon! que les has soprepujado en amenidad y gracia, sombra ilustre, genio amable, tú que hiciste reinar la virtud por la uncion y por la dulzura, podré olvidar la nobleza y el encanto de tu palabra, cuando se trata de elocuencia? Nacido para cultivar la prudencia y la humanidad en los reyes, tu voz ingenua hizo resonar al pié del trono las calamidades del género humano, hollado por los tiranos, y defendió contra los artificios de la lisonja la causa abandonada de los pueblos. Cuánta bondad de corazon! ¡Cuánta sinceridad se nota en tus escritos! Qué palabras y qué imágenes tan brillantes! Quién ha esparcido tantas flores en un estilo tan natural, tan melodioso y tan tierno? Quién ha adornado la razon con una fuerza tan patética? Ah! cuantos tesoros y abundancia en tu rica sencillez!

O nombres consagrados por el amor y por el respeto de todos aquellos que aman el honor de las letras! Restauradores de las artes, padres de la elocuencia, lumbreras del entendimiento humano, ¡que no tenga yo un destello del genio que enardecia vuestros profundos discursos, para poderos esplicar dignamente y manifestar todos los rasgos que os han sido propios!

Si pudieran reunirse talentos tan diversos, tal vez se querria pensar como Pascal, escribir como Bossuet y hablar como Fenelon; pero como la diferencia de su estilo venia de la diferencia de sus pensamientos y de su modo de sentir las cosas, los tres perderian mucho, si se quisieran manifestar los pensamientos de uno con espresiones del otro. No se desea esto al leerlos; por que cada uno de ellos se espresa en los términos mas acomodados al carácter de sus sentimientos y de sus ideas; lo cual es la verdadera señal del ingenio. Los que no tienen mas que viveza, nesesariamente adoptan toda especie de giros y de espresiones, y no tienen un carácter distintivo.

VAUVENARGUES, *traducido por* T.

EL ENTUSIASMO.



ODA

compuesta y pronunciada con motivo de la distribucion de prémios, adjudicados á los Alumnos de los Reales Estudios del Colegio Imperial de la Compañía de Jesus, el dia 10 de agosto de 1832.

POR DON JOAQUIN PEREZ COMOTO,

individuo de la Academia de Humanidades y Lenguas Orientales.



Triunfo á los Hijos del Hispano suelo,
Y á los caros alumnos de Elicona
Que plácido corona
El Dios benigno que naciera en Délo.
Himnos, himnos en fin mi lira suene
A la aplicada Juventud que supo
Tantos lauros ganar, y hasta Pirene
Y la abrasada zona
El justo encomio del saber resuene.
¿Quién á mi pecho diera

El fuego celestial que el alma grande
De Byron inflamó? Quién los robustos
Ecos henchidos de espresion, de encanto,

Con mucha satisfaccion insertamos esta poesía. ella reune á su mérito literario la cualidad de ser produccion de un compatriota nuestro; ademas es desconocida en México, pues nosotros la debemos á la generosidad de un amigo nuestro que obtuvo un ejemplar de ella de las propias manos del autor.

De aquel Vate español que la sublime
Lira heredara de inmortal Tirtéo;
Lira sublime que á mil héroes pudo
Encender y animar; lira que al Ponto
Embravecido, horrendo,
Cuando á Trinacria impávido azotaba
Audacia y fuerza en sus acentos daba,
Y mas crecia el pavoroso estruendo?
¡Ay! si fogosa inspiracion mi mente
Inflamara tal vez, con que el Cubano
Vate cantó, que en su entusiasmo ardiente
„Al retumbar sobre su frente el rayo,"
Alzaba ledo su radiosa frente.
Mas si elevarse á tanto
La Musa mia en su ambicion no puede,
Ni el dulce Apolo su cantar le cede,
Yo haré que el entusiasmo sacrosanto,
Que inflama sin cesar la mente mia,
Dé á mi plectro vigor y valentia.

Sí le dará, que en mi agitado pecho
Siento cual llama de volcan activa
Arder la inspiracion. Veloce, ufano,
Despliega el Númen su gigante vuelo,
Y hasta el Olimpo sube,
Cual águila á deshora
Remontándose altiva y triunfadora
Su frente esconde en la elevada nube.

Obra del entusiasmo es cuanto miras
En torno tuyo agora;
Por él, ó Juventud, de lauro honroso
Ciñes la frente y con placer respiras
El aura de la gloria;
Que de Minerva en la palestra un dia
Debiste á tu osadía
La palma y la victoria.
Tal en el circo de la antigua Grecia
El gladiador forzudo,
Por conseguir un lauro, combatia.
¡Y cuántas veces del contrario al rudo
Golpe cediendo el infeliz moria!

Si á Roma tiendes la anhelante vista
¡Cuántos héroes allí! ¡Cuántas hazañas
Te ofrecerá la historia!
Aun dura del gran Cocles la memoria;
En el cortado puente,
Que baña el hondo Tibre,
Luchando veo que á Porcenna vence
Y á Roma deja victoriosa y libre.
Ya, ya te miro, labrador ilustre,
Dejando el corvo arado,
Y el acero blandir con noble brio,
Y á Minucio salvar, y en triunfo á Roma
Volver entusiasmado,
Entre el clamor de un pueblo alborozado.

Mas ¡ay! no solo en los distantes climas
Busqueis, amigos, férvido entusiasmo,
Volved los ojos á la madre España,
Del mundo todo admiracion y pasmo.
De Covadonga en la riscosa cumbre
Se alza la sombra de inmortal Pelayo,
„Iberos, grita, si vibraba el rayo
„De guerra asoladora, lo debia
„Al entusiasmo que en mi pecho hervia.
„Vencí por él las huestes Agarenas,
„Y tornando à la Hesperia su reposo
„Clavé yo victorioso
„El pendon de la Cruz en sus almenas."

¿No ois? ¿No ois el general murmullo
Desde Pirene á Gades?
¿No los veis? Ellos son.... De Zaragoza
Entre sangrientas ruinas
Y de Numancia entre ceniza y polvo,
Y en los campos ilustres de Gerona,
Los hijos de Belona,
Héroes de bendicion, ora se elevan,
Y hasta el Olimpo llevan
Sus voces doloridas:
„Si tantos lauros á la patria dimos,
„No lo estrañeis, naciones, que perdimos
„Antes que el entusiasmo nuestras vidas."

Mas qué ¿por dicha tan sublime llama
Bajo la cota solo se respira
Y blandiendo una lanza ponderosa!
¡Ah! no; tambien inflama
El tierno pecho celestial Sofia.
Hija del entusiasmo en la Poesía,
Hijos los versos que Maron cantaba,
Y los dulces amores
Que Tíbulo en su flauta suspiraba.
El profanado Tajo,
De tanto horror y de maldad testigo,
Alza la frente de Leon al canto,
Y al forzador Rodrigo
Habla y anuncia desastrada muerte,
Y á la patria infeliz funesta suerte.
Las glorias de Lepanto
Herrera dice con osada lira,
Y las ruinas de Itálica famosa
Gime Rioja, y á su voz responde
„Cayó Itálica" el viento que suspira.
¡Ay! que Newton tambien al alto cielo
Remonta el raudo vuelo,
De tan hermosa inspiracion henchido,
Y por llegar al ignorado mundo

Hiende Colon el piélago atrevido.

¡Llama de vida! ¡Inspiracion sublime!
Que nos guias al bien ¡ah! nunca, nunca
Dejes de arder en mi sensible pecho!
¡Qué fueran sin tu estímulo los hombres?
Plantas humildes, que el pantano cria
Con ignorados nombres,
Que nadie ve, ni las alumbra el dia.

¿Y un tiempo llega en que tan noble fuego
Apaga el soplo de la edad cansada?
¡Ay! la vejez helada
Nos roba el entusiasmo y nuestras glorias;
Aquella intrepidez que mil victorias
Nos dió de amor, de encantadora ciencia,
Desparece tambien y se convierte
En languidez y fria indiferencia.
¡Juventud! ¡Juventud! antes que el tiempo
Cubra con hielo tu florida senda,
Sin que una chispa de entusiasmo encienda
Tu yerto corazon, constante ofrece
Tus placenteros dias á Minerva,
Que transmitiendo á la veraz historia
Los triunfos del saber, grata reserva
Lustre á tu nombre y á la Patria gloria.

CARITEO Ó EL GRAMÁTICO.

Cariteo es esclavo de la construccion, y no puede tolerar la menor libertad; no sabe lo que es elocuencia, y se queja de que el abate Olivet no ha echado en cara á Racine cuatrocientas faltas; pero sabe admirablemente la diferencia que hay entre *pas* y *point*, y ha puesto excelentes notas á un *Tratadito de Sinónimos*, obra muy propia, dice, para formar un gran orador. Cariteo no ha conocido nunca si una palabra es ó no conveniente, si un epíteto es propio, y si está en el lugar correspondinte. No obstante, si manda imprimir alguna obrita, durante la impresion le hace continuamente variaciones, ve y revé las pruebas, las manifiesta á sus amigos; y si por desgracia el impresor se olvida de quitar una coma que está de mas, aunque en nada cambie el sentido, no quiere que se publique su libro hasta que no se ponga una fé de erratas, y se vanagloría de que no hay otro tan bien impreso como el suyo.

VAUVENARGUES.

SONETO.

Loco de mí que mi esperanza puse
Del voluble elemento en la fijeza;
Pues creí de una hermosa en la firmeza,
Y de inconstancia exenta la supuse.
¿Que tanto de ser ciego amor abuse,
Y que me haya traido á tal bajeza!
Mas si caí por ciego del alteza,
Justo es tan solo que á mí propio acuse.
Si el ánimo incliné al seguro daño,
Cuando cercano sospeché el engaño,
¿Quién me mandó cegar en tal momento?
Mas sepa quien me escuche, mire ó vea
Que fiar en muger, hermosa ó fea,
Es fabricar castillos en el viento.

Los talentos son lo mismo que los rostros, todos constan de unas mismas partes, y ninguno se parece.

Los ambiciosos se asemejan á los arcaduces de noria, siempre están cogiendo y nunca están llenos.

La informacion de pobreza está hecha con ser poeta.

La razon es como el ave Fenix, todos hablan de ella y ninguno la conoce.

El amor de una primera impresion es como el ascua del pino, luego se pasa.

Un tonto suele hacer mas daño que un malvado: basta precaucion para librarse del segundo: para el primero no vale este medio.

El saber de los hombres consiste en la ignorancia de los demas.

El hombre sin fortuna es como un pais infestado, todos huyen de él.

La lisonja es hija de la bajeza.

El amor patrio es como el genio, acaba con la vida.

No hay cosa mas fácil de perder que el crédito; ni cosa mas facil de encontrar que el desengaño.

Lo primero que uno encuentra cuando nace, son sinsabores: lo último que pierde al morir es la esperanza.

La preocupacion es mucho peor que el ateismo: al segundo le queda remordimiento cuando perjudica á sus semejantes: la seguuda se queda satisfecha y sin remordimiento, despues de hacer el mal.

La desgracia envilece á los hombres ó los engrandece.

MIMO.

LOS AFICIONADOS.

BOZETO DE UN CUADRO DE COSTUMBRES.

TODO el dia de hoy ando en busca del *Curioso Parlante*, y no he podido dar con él. Quiero pedirle un favor, ó mas bien hacerle un encargo; vds. que deben de conocerle, pues yo sé que él los conoce á vds. perfectamente, me harán la merced de contarle mi cuita, tal como aquí en breves razones voy á referirla.

Es el caso, amadísimos oyentes, que ayer, dia miércoles para toda la cristiandad, fué mártes para mí solo: quiero decir que fué dia aciago, infausto y de mala ventura; porque salí de casa por la mañana, y así como suele acontecer topar uno tras cada esquina un jorobado ó un noticiero, ó uno de estos que piden prestado hasta que se cobren los atrasos (que es letra pagadera en el valle de Josafat) á una pobre vergonzante, viuda de un coronel, ó en fin, cualquiera otra alimaña molesta y enfadosa, yo fuí tropezando en toda mi triste carrera con una cáfila de *aficionados*, linage de gentes mucho mas perjudicial á la república que los gitanos y los eruditos á la violeta; mas digna del último suplicio que los malos traductores y los salteadores de caminos; hombres precitos *ab initio* y enviados plenipotenciarios de Satanás, para echarlo á perder todo en este mundo miserable. Estos son, sí señores, estos son los *aficionados*, que nada hacen por principios ni rectamente, y de todo pringan, y todo lo estropean, y todo lo profanan; estos son los que yo quiero recomendar á la pluma satírica del *Sr. Curioso*, para que así á su modo y con aquella agri-dulce gracia que Dios le dió, me los saque en su Panorama Matritense á la pública vergüenza.

Y porque vea él, y vean vds., y vea todo el mundo que no sin razon me exalto, seguiré mi historia de lo ocurrido ayer.

Salí, como digo, de mi casa, para la de un D. Trifon Acebo de la Sierra, á quien desde Jaen me encargaban que visitase para cierto asunto. Abrió la puerta él mismo, y me encontré con un hombre de cuarenta años, despeluznado y sucio, vestida sobre una camisa no muy blanca, una levitilla de cúbica no muy negra, pantalon naturalmente sostenido sobre las caderas en ausencia de los tirantes, ocultando con profusos y no muy artísticos pliegues el lugar que deberian ocupar las medias, y dejando ver unos pantuflos que empezaron á despellejarse el mismo dia en que murió por primera vez el Sr. D. Fernando VII.—Anunció mi embajada, y de parte de quien venia, lo cual oido por D. Trifon, con entrambas manos agarró la derecha mia, y sobándomela, y estrujándomela, me hizo saltar las lágrimas, porque las tales manos mas parecian forradas de lija, que de cutis ó piel humana. Con este agasajo me llevó á las piezas de dentro, diciendo que queria tratarme con franqueza: yo me dejé guiar y fuimos por una escalera camino de una buardilla. Subíamos un escalon, y subia un grado de Reaumur la temperatura: así llegamos á los veintidos escalones, entretanto que él me iba preparando para entrar en su *taller*; porque ha de saber V., añadió, que el haberme hallado así en este trage, y todo lleno de virutas, serrin y manchas de cola, es á causa de que soy un tanto aficionado á trabajar de ebanistería.—Aficionado! dije para mí: Dios nos asista!—Llegamos al estrellado taller, y el buen Acebo de la Sierra, poniendo boca-abajo un cajon viejo de cigarros, me convidó á que tomase sobre él asiento, repitiendo muchas veces que me colocase con toda holgura y comodidad, é hiciese cuenta que estaba en mi propia casa: ilusion imposible para quien usa sentarse en blando y habitar en estancias ménos calurosas. Quise entónces hablar de mi asunto y despachar, pero D. Trifon me interrumpió para enseñarme las primorosas obras de sus manos. ,,Vea V., mi amigo, me decia, aquí estoy empleado ahora en hacer estas frioleras,» y me enseñó un gran cajon de pino blanco sin tapa, destinado á poner la provision de salvado para las gallinas, una percha y un mango

de martillo. „No es esto solo, añadió, aquí tiene V. una jaula, que por dejarla acabada el jueves no fuí á la oficina, y es para el canario de mi muger. ¿Qué le parece á V?»—Perfectamente, dije yo; y sobre todo es de admirar esa prodigiosa variedad de distancias que hay entre unos y otros alambres, como tambien el sutil ingenio con que ha ocultado V. la portezuela por donde haya de entrar el pájaro de la señora.—¡Qué dice V! esclamó, y acompañando este grito con una interjeccion muy de ebanista, soy un borrico, añadió, que no me he acordado de ponerle puerta á la maldita jaula.—Con todo eso, le dije yo, el mérito de la obra queda en su punto, sin que baste á menoscabarle un olvido tan natural como lo fué el del arquitecto que dejó sin escalera la casa de correos.

Dióle consuelo la comparacion, y luego siguió enseñándome una mesa de caoba á la cual habia puesto un pié de nogal pintado; un comedero de palomas en que habia transformado la caja de un estuche inglés, y otras preciosidades por el mismo estilo. Ya cansado de examinar tan estraño conservatorio, pregunté dónde ó como habia aprendido el oficio.—No le he aprendido, contestó, si es todo de pura aficion.—¿Y cuáles maderas prefiere V. entre las que produce España por sus calidades?—De esto no estoy enterado, dijo, porque no me he dedicado á la farmacia.—Y de los tornos modernos ¿cuál es el que V. usa?—El del tornero de la esquina, replicó, que es á quien le mando hacer lo que en ese ramo se me ofrece. —¿Y no le fatiga á V. tanto trabajo corporal? —Yo le diré á V., repuso, lo que es aserrar y cosa de azuela, mazo y escoplo, se lo dejo á un oficial que traigo aquí algunas semanas, que es el que me cepilla las tablas, el que me hace las ensambladuras y tal cual otra cosilla, porque me escarmenté el año pasado de haberme herido este dedo, y que tuvieron que hacerme la amputacion; pero lo que es manejar las barrenas, poner la cola, clavar los clavos, etc., todo eso lo hago yo solo, y de aficion.—Aquí suspendí mis preguntas escandalizado, y empeñando á mi D. Trifon en que hablásemos del objeto de la visita, le dejé á pocos minutos, con ánimo resuelto de no poner otra vez los piés en su taller.

Meditando por la calle sobre el tal *aficionado*, no reparé en un conocido que se me puso delante, hasta que enlazándome el brazo con aire satisfecho. „Ven, estudiante, me dijo, ven á mi casa y verás qué ganga he logrado anoche: ya sabes que soy aficionado á la pintura.» —Cero y van dos, murmuré entre dientes, y me dejé arrastrar por el nuevo tonti-loco.—Ochocientos reales en una prendería del Rastro! esclamaba quitando el polvo á un lienzo todo roido de ratones; mira, mira qué alhaja! un retrato de Cárlos IV, original de Juan de Juanes.—¡Qué estás diciendo, hombre? interrumpí, no ves que ese es un horroroso anacronismo? Si Juan de Juanes murió muchos años ántes que naciese S. M.—Ahora me haces caer en ello, contestó él imperturbable, pero será de algun discípulo suyo, porque á tiro de cañon se echa de ver que es de escuela flamenca. —Ya escampa, dije para mi capote, este menguado no tiene cura.—En seguida descubrió su caballete, preguntando si para ser de mano de aficionado habia visto cosa mejor que aquella vista de Suiza.—Del arte no entiendo, pero sí creo que no hace muy buen papel el mar en un pais de Suiza.—Es para mayor adorno, contestó.—Y aquellas cabras, añadí, ¿no son un poco grandes en comparacion de los árboles inmediatos?—No son cabras, dijo, es una vacada.—En oyendo esto, saqué el relox, y sin mirar siquiera la hora que apuntaba, dije que era tardísimo para mis quehaceres. Despedíme; de un salto me puse en la calle, y de otros dos en casa de la marquesita de.... en fin, de una marquesita.

¡Y luego estrañarán vd. mis lamentos!—¿Quién me querrá creer que allí tambien me esperaban, no uno, sino ocho ó diez, (Dios los confunda!) *aficionados?* Estos lo eran á la música, y tenian cercado el piano y todo inundado de papeles, librotes, cuadernos, cajas, cuerdas é instrumentos. La marquesa me instó á que me sentase, y no bien lo habia hecho, cuando el que estaba al piano rompió en tales y tan estrepitosos preludios, que hizo saltar tres cuerdas y desafinó mas de treinta: despues de lo cual dieron principio á cantar un duo de bajos de Marino Faliero. Las voces eran broncas y destempladas, el estilo pésimo, la vocalizacion obscura, y pronunciaban mal el italiano, ninguno entraba á tiempo, y los dos salian por donde podian, los cuales defectos trataba de enmendar el acompañante, haciendo grandes gestos y contorsiones, y marcando el compás sobre los pedales con los tacones de las botas. Acabaron con el duo y con nuestra paciencia, y yo me dí á desearles el trágico fin del veneciano Faliero. Pues no quedó aquí, sino que todavía me espetaron un cuarteto con obligado de flauta, que puso en vergonzosa fuga á todos los ratones del barrio, y unas variaciones de violin que me hicieron recordar los retorti-

jones y calambres con que entra el cólera-morbo.

Harto de *aficionados*, lleno de bilis, irritado, sofocado, me marché de allí á un café por anegar mi mal humor en una buena limonada, y allí, señores, allí.... junto á la mesa coja, la copilla de barro, el mozo sucio, el limon amargo y la cerveza de Santa Bárbara.... allí estaba esperándome como en acecho el peor, el mas cruel, el mas fiero de todos los *aficionados*.... Un aficionado á la poesía.—Amigo mio, me dijo, ciñéndome con sus brazos como una fantasma de Walter Scott, quiero consultar con V. una composicion que pienso leer en el Liceo, si me admiten.—Pues entónces, repliqué, no me prive V. del placer de la sorpresa.—Es que quiero oir su voto de V.—Es que V. no necesita de mi voto, y yo tengo hecho voto de cuando me pidan tales votos, abstenerme siempre de votar.—Pero en fin, repuso él, es cosa corta.—Y no hubo arbitrio: desarrolló su cartapacio, y comenzó de esta suerte en tono sepulcral.

EL INFIERNO.

JESUS! grité: ¡qué asunto tan horroroso! ¿No podriamos dejar ahora..... Mas él no oía ya, ni veia, ni entendia; y siguió gritando y diciendo así:

¡Mansion horrorosa, de eterna fatiga,
de eterno martirio, de eterno tormento,
de pena terrible, de atroz sentimiento.....!
¡Yo invoco tu nombre! ¡Oh horrible mansion!
Envidio tu fuego, tus ascuas ardientes,
tu pez, tu alcrebite, tus duras cadenas,
tus ayes, tus llantos, tus hórridas penas,
y de hondos ahullidos el áspero son.

"¿Qué tal? me dijo—Bravo! respondí, y él prosiguió:

En esa caldera de Pedro Botero
donde en plomo hirviente cien mil seres bañas
y ves abrasarse sus tripas y entrañas,
de muy buena gana me bañara yo.
Que menos tormento sería á mi alma
que no el vér agena la muger maldita
la infiel, la traidora, la puerca de Rita,
que anteantier me amaba, y ayer se casó.

—Esto hará efecto, decia él—Y mucho, respondia yo.

—Y él siguió de esa suerte, variando de metro:

Esa Rita
que yo viera
cuando era
colegial.
Y me hablaba
(¡cosa cierta!)
por la puerta
del corral.
Esa Rita,
que me amaba,
y juraba
eterna fé,
Se ha casado
sin rebozo
con un mozo
de café.

—El mozo en esto hubo de creer que le llamaban, y se acercó: yo le pagué y me escurrí chiticallando, dejando absorto en su lectura á mi poeta, quien al salir yo comenzaba la serie de las indispensables quintillas con estas tres.

Que es infierno el padecer,
y el padecer es amar,
y entre amar y aborrecer
mil veces se suele ver
aborrecer y olvidar.
Por eso en el sentimiento
de mi amor horrible y tierno,
prefiero al padecimiento
de un instante de tormento
todo un siglo del infierno.
Por eso el infierno á mí
no me causa asombro, no;
que él que mas padece allí
no sufriera estar aquí
amando como amo yo.

Ahora bien, señores: ¿no es verdad que no hay peor peste que la de estos hombres que nada estudian, que nada saben, que nada profesan, y que no pueden por lo tanto hacer cosa alguna á derechas? ¿Qué pena merecen estos pícaros de *aficionados* como ellos se llaman á sí mismos, confundiendo la sencilla y loable *aficion* á las artes, á las letras, á las ciencias, con la necia presuncion de cultivarlas y poseerlas? Díganme vdes. que pena merecen, y que me la impongan á mi luego, luego, por *aficionado*...... á escribir artículos de costumbres.—A. M. S.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. FRAY GARCIA GUERRA,

Del órden de predicadores. Arzobispo de México. Doudécimo virey de la Nueva-España. De 1611 á 1612.

1611

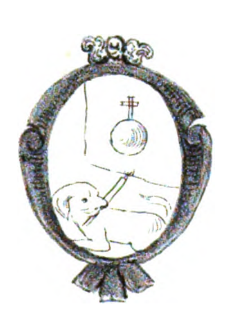
TAN luego como Velasco se embarcó y tomó testimonio Alonso Pardo teniente de gobernador de la Veracruz, este remitió á su sucesor que se hallaba en la hermita de Guadalupe celebrando novenas. Era este D. Fr. Garcia Guerra religioso ameritado de los dominicos, que habia obtenido varios cargos en su provincia de Burgos en cuyo convento habia profesado, y del que era prior cuando se le nombró arzobispo de México en donde tomó posesion del vireinato el 17 de junio del año de que vamos hablando. Todavia se hallaba conmovida la ciudad á resultas del eclipse esperando sucesos funestos, cuando en agosto hubo un fuerte terremoto que arruinó algunos edificios, lastimando otros y entre ellos la capilla de San José, en el convento de San Francisco, que es la actual parroquia primera que se fundó, á la cual derribó una pared y cuarteó las demas: esto en el centro de la capital. En los suburbios fueron considerables los males y multitud de edificios se arruinaron: asi como en las inmediaciones los pueblos circunvecinos.

Deseaba la corte saber el estado que guardaba la obra del desagüe, lo que en ella se habia gastado, lo que aun podria gastarse y si con ella quedaria México preservado de inundaciones, y al efecto recibieron dos comunicaciones el virey y la Municipalidad.

1612.—Para satisfacer al monarca costestó D. Fr. Garcia, que en virtud de las calificaciones de peritos, México quedaba todavia á pesar de la obra, espuesto al peligro de inundarse. El ayuntamiento contestó en la misma forma dando por causal que no se hubiese seguido el plan del P. Sanchez, y por lo que respecta al gasto ascendia ya á cuatrocientos trece mil trescientos veinticuatro reales de á ocho (pesos) consumidos por un millon, ciento veinte mil seiscientos cincuenta operarios que se habian empleado. De todo esto procuró dar sus descargos el maestro Martinez.

En estos asuntos entendia el virey, cuando una desgracia inesperada le vino á privar de la existencia. Al bajar un dia del coche cayó al suelo, lastimándose una costilla y el hígado en que le salió un tumor; ni la medicina ni la cirugía pudieron sanarle, antes bien por cortarle el tumor se agravó la enfermedad que unida á la vejez lo hizo espirar el 22 de febrero. Fué sepultado en la Catedral con el aparato y pompa que por su doble carácter le correspondia, y ademas su pérdida se sintió demasiado. Su sucesor como prelado eclesiástico D. Juan Perez de la Serna, costeó la impresion del tercer concilio mexicano, celebrado por D. Pedro Moya de Contreras y aprobado por la silla pontificia aunque equivocadamente asentamos lo contrario en la Biografia del dicho Sr. Moya; y cuya equivocacion deshacemos ahora por la exactitud y veracidad de esta galería.

CARLOS M. SAAVEDRA.



D. FRAY GARCIA GUERRA
1º Virey de la N. E.





LA FUENTE DE ELISEO.



Sanatae sunt ergo aquae
usque in diem hanc, juxta
verbum Eliseí quod locutus est.
Lib. 4 de los Reyes, cap. 2.

DORABAN las murallas de la *ciudad de las palmas* (1) los últimos rayos del sol. Tres dias se habian pasado desde que el profeta Elías habia subido en un carro rutilante hasta el trono de Jehová, cuando Eliseo, aquel que no habia abandonado al querido de Dios hasta el último momento de su mansion sobre la tierra, y que habia sido digno de que tambien le llenase el espíritu del Señor, se dirigia á paso lento hácia Jericó. La sed abrasaba su garganta, y el cansancio doblegaba sus piernas. En vano buscaban sus ojos ávidos una fuente en que estinguir el fuego que lo devoraba: la tierra estaba seca como la corteza de la encina y el polvo se desprendia de ella como la ola de arena que se presenta amenazadora á la caravana del desierto. Las palmas mústias y ajadas inclinaban sus cabezas como doncella que piensa en sus amores, y no encontraban un manantial puro y diáfano en que empapar su tostada cabellera. Las aves habian desaparecido, su canto no se escuchaba ya, y solamente la cigarra entonaba sus tristes y desagradables saludos al estío. El profeta fatigado ansiaba por llegar, cuando vió repentinamente venir un tropel de hombres, mugeres y niños que habian salido á su encuentro y que decian:--Héle ahí, al escogido del Señor. He ahí á Eliseo: el espíritu de Elías descansa sobre él.

(1) *Civitas palmarum, Jericó.* Deuteron.

--Decid lo que quereis, dijo el profeta. El espíritu del Señor está en mí, y la palabra del Señor es la palabra mia.

--Señor, respondieron los habitantes, tú ves que esta ciudad es hermosa y que su morada es muy cómoda; mas sus aguas son pésimas y la tierra estéril.

El profeta meditó un rato y en seguida esclamó.--¿Por ventura no ha separado á mi voz sus aguas el Jordán? Y dirigiéndose á los habitantes, les dijo.--Traedme un vaso nuevo y echadle sal dentro.

Los habitantes le llevaron el vaso. Entónces se dirigió á la fuente de la ciudad, y habiendo arrojado la sal al agua, dijo.--Esto dice el Señor: Hé sanado estas aguas, y en lo venidero ya no causarán ni muerte ni esterilidad.

Un manantial de agua trasparente como el cristal brotó al momento, y Eliseo fué el primero que humedeció con ella sus sedientos labios.

El pueblo le llenó de bendiciones, y en memoria de tan grande beneficio dió á la fuente el nombre del profeta.

Centenares de años se han pasado. Sin embargo, cuando algun viagero recorre la Tierra Santa y llega á Jericó, no falta una mano que le señale como lugar de religion y de descanso LA FUENTE DE ELISEO.

México mayo 23 de 1844.--F.



ANTIGUOS Y MODERNOS.

(Vease la página 30.)

LA literatura de los modernos es una literatura de imitacion, y frecuentemente no han hecho mas que traducir cópias, en vez de imitar los originales, es decir, imitar á los Romanos discípulos de los Griegos. Indudablemente habria sido mejor consultar ante todo á la naturaleza, pero si no, al menos hubiera sido preciso interrogar á los mismos maestros ántes de oir á los discípulos. Comencemos por acostumbrarnos á Homero, despues vendremos á Virgilio; y si Voltaire hubiera buscado sus inspiraciones en la Iliada, elevado por el comercio del genio, se habria acercado mas á ellá. Tomando á Virgilio pormodelo se condenaba de antemano á una concepcion sin grandeza, y asi ha abatido notablemente á la epopeya, á la que ya el cantor del pueblo romano habia hecho descender de la altura en que Homero la habia colocado. Ademas, por otra consecuencia de esta preferencia, tan poco meditada, su estilo siempre noble y claro, aunque poco uniforme, carece enteramente de esa sencillez, que tanto realza lo sublime, única cualidad, cuyo secreto no pudo robar á la Grecia el mas perfecto de los poetas. Sin embargo la epopeya de Voltaire encierra bellezas que á la vez le pertenecen á el y á su siglo: nunca ofende el buen sentido y su razon mas elevada que su ingenio, abraza un horizonte mucho mas vasto que el de los poetas antiguos. Casi siempre no hace mas que espresar la verdad, revistiéndola con los mas brillantes coloridos, mérito tanto mas notable, cuanto que lo verdadero es mas difícil de adornar que las ficciones. Por lo demas, si Voltaire convencido de que la epopeya no es mas que una gran tragedia, fuera tan dramático en la Henriada como en Mérope ó en Alcira, su obra avivada por el interés de las escenas, contaria mayor número de lectores. El Tasso por un raro privilegio, imitando, no ha dejado de crear frecuentemente; se encuentran en él el genio de Homero, y el alma de Virgilio. Su Reynaldo comparado con el hijo de Thetis no es mas que un mortal destello de un Dios; el virtuoso Godofredo no iguala á la magnanimidad de Héctor, pero qué diferencia no hay entre Eneas y el gefe de las Cruzadas! Virgilio tuvo una feliz inspiracion, escogiendo á Héctor para ser bajo otro nombre, el héroe de una epopeya; y el Tasso, heredero de este pensamiento, lo ha animado con el fuego y la libertad, que naturalmente se comunican á una creacion original; mas él no ha tomado de los antiguos ni á Soliman ni á Tancredo; su Argante parece mas terrible que Ayax, Clorinda mas patética que Camila y Pentesiléa, y solo él ha podido crear á la modesta Herminia. Nuevas costumbres distintas creencias, y sobre todo, otra religion abrieron al Tasso, un manantial de bellezas, en el cual solo Dante habia bebido ántes que él; ese Dante á quien la razon tiene derecho de hechar tanto en cara, este poeta que desfigura en sí mismo la noble imágen del ingenio, así como el vicio borra de la frente del hombre el sello de la divinidad, nos presenta no obstante en su monstruosa obra, magníficas bellezas que sobrepujan á las de la antigüedad; y mas de una vez ha merecido que se le coloque al lado de Homero, á quien él mismo representa como padre y soberano de todos los poetas del mundo. Algunos versos del Dante forman un cuadro mas completo y magnifico que toda la obra de Horacio sobre la fortuna. El campo de los llantos en la Eneida no es mas que un débil bosquejo junto al episodio de Francisca de Rimini, obra maestra de pasion y naturalidad, y que deja eternos recuerdos al lector. En el infierno de los paganos no hay un Ugolino, ni tampoco hay una Beatriz en su Olimpo! Dante castigó desde en vida á todos los vicios coronados, y aun á aquellos cuya frente ocultaba la tiara; Virgilio hizo el apoteosis de Augusto, atreviéndose á poner al primero de los Césares en presencia del primero de los Brutos, es decir, á un corruptor mas culpable que Tarquino junto al vengador de la patria, á un verdugo de Roma al lado del virtuoso Camilo, libertador de sus ingratos conciudadanos: falta, que no ofende ménos á la moral que al buen sentido. ¿Hubiera podido creerse que un escritor cuya musa parece mas de una vez arre-

batada por el delirio, pudiese dar lecciones de razon, de justicia y de verdadera filosofia al sabio Virgilio? El Tasso aventajó mucho con el comercio con Dante, pero evitando sus faltas, no siempre ha igualado sus bellezas: el genio tiene creaciones que le pertenecen eternamente; y una vez que ha puesto su sello, nadie puede quitárselo, y pasan á la posteridad con mas seguridad aún, que el nombre de los escultores, grabado por ellos mismos en la base de sus grandes obras. El ingenio de Milton se asemeja sucesivamente á sus person ages; los unos ángeles de luz, los otros espíritus de tinieblas. Ningun poeta se ha elevado jamas á tal altura para caer en un abismo. Los cielos de su creacion disminuyen la mágnificencia de Homero, su infierno es sublime, y su pandemonium que comienza por ser una rica creacion, acaba por ser la vergüenza del entendimiento humano. ¿Pero qué vienen á ser el Prometeo de Eschiles, el Canapeo de Eurípides y el Mezemio ó el Salmonéo de Virgilio junto á Satan, que aun conserva en su persona algo del esplendor del sol, y lleva en su frente una imágen de la belleza celestial con las señales del rayo, el recuerdo de su grandeza con la humillacion de su caida, la rabia, la desesperacion, y no obstante, la constancia producida y sostenida por un odio inmortal? Puede compararse á Prometeo, encadenado en la roca de la venganza, recibiendo la muerte con alegría, al arcángel rebelde, parado delante del hijo de Dios, armado con el poder de su padre? Así como la ficcion del gigante Adamastor de la *Lusiada*, tiene una grandeza de la cual no puede dar idea el Polifemo de Homero y de Virgilio. Así de edad en edad, los poetas tienen á la vez por sus recuerdos ó por su imaginacion nuevas inspiraciones. Si buscamos otro género de bellezas por término de comparacion entre Virgilio, el Tasso y Milton, ¿no seria profanar la inocencia de Adan y de Eva, comparar la gruta de Dido con la cuna de su himeneo, y oponer los placeres de Angélica y Medoro, y todos los encantamentos de los jardines de Armida á las delicias de la mansion preparada por el mismo Dios, para un amor del cual no hay ningun modelo sobre la tierra? ¿Será menester deducir de estos elogios, que el *Paraiso perdido* es superior á los poemas de Homero y de Virgilio? No ciertamente: pero la verdad exige que se diga que el ciego de la vieja Albion ha sobrepujado mas de una vez á los antiguos, y que su ingenio semejante al de los astrónomos que alejan cada dia mas los límites del cielo, ha encontrado en el dominio de la imaginacion una region desconocida para los dos grandes maestros de la epopeya. Así pues, en vez de encerrar el entendimiento humano en un círculo trazado por los siglos pasados, es necesario por el contrario, manifestarle las conquistas que ha hecho, y excitarle á emprender nuevas.—La *Mesiada de* Klopstock, no está en el mismo rango que las sublimes creaciones de la antigüedad, pero se cometeria una injusticia literaria, si no se reconociesen en este poema inspiraciones de gran ingenio, rasgos de elocuencia y pinturas que no se encuentran en ninguna literatura conocida. La respuesta de María, cuando Porcia va á darle alguna esperanza, y que ella esclama: Mi hijo ha resuelto morir, etc.... *él muere!* la agonía de Cristo, la mezcla de magestad divina, marcada en su frente con los padecimientos humanos, y la ternura y profunda piedad del ángel Eloa, testigo celeste de la muerte del Dios que se inmola por los hombres, manifiestan el talento superior de un gran pintor. Un solo rasgo de Klopstock dará á conocer la elevacion que dá algunas veces á las mas bellas concepciones de sus modelos. Nada hay mas dramático que la aparicion de Héctor cubierto de las heridas que ha recibido ante las murallas de su patria; pero veamos la imitacion que el poeta aleman hizo de este pasage. En un himno cantado por Eloa, por los padecimientos de Cristo, pronto á apurar el cáliz de la muerte, se leen estas palabras.

„Con qué transportes de alegria te verán entónces sobre tu trono todos aquellos á quienes hayas reconciliado! Con qué respeto gustarán sus ansiosos ojos de buscar ó contemplar esas llagas brillantes de que estarás cubierto, esas llagas sagradas, prendas de un amor que te ha hecho morir por el género humano!"

Ciertamente Klopstok ha encontrado en un argumento cristiano, en las creencias que profesa, una imágen mas grande que la de Virgilio; y el Cristo, llevando hasta la mansion de la gloria inmortal, las señales de su sacrificio, presenta, como ficcion, un carácter mas ideal que la sombra de Héctor, sangriento y despedazado por la lanza del cruel Aquiles. Así pues, el autor de la *Mesiada*, ha añadido tambien bellezas á lo antiguo, y por consecuencia no se le puede negar un tributo de admiracion. —No solamente crearon los griegos el teatro, sino que despues de haberlo creado lo enriquecieron con una belleza suprema: de dos mil años á esta parte no hemos podido sobrepujar ó igualar, por ejemplo, ni la esposicion del Edipo de Sófocles, ni las imprecaciones de este desgraciado padre contra dos hijos ingratos,

ni el amor de Antígona que le consuela en el destierro, en la miseria, y calma sus remordimientos, que es el mayor de los infortunios humanos. Ningun trágico moderno ha sabido causar tanto terror como Eschilò; ninguno ha conmovido los corazones tan profundamente como Eurípides; el que ha encontrado en su alma espresiones para todos los dolores de Hécuba, viuda de Priamo y destronada, esclava de Ulises, madre desolada; de Páris, de Héctor y de Astyanax, su fiel imágen, de Polyxénes, de Casandra y de Polidoro; el autor fecundo que ha representado sucesivamente la desesperacion de Clitemnestra, de Ifigenia lamentándose de morir tan jóven, la ternura de Alcestes y los crueles dolores de Andrómaca, es eternamente el poeta y el pintor de la piedad. Es preciso hacer otro elogio de los griegos: mas inmediatos que nosotros á la naturaraleza, son sus mas fieles pintores. Su teatro abunda en bellezas naturales que Corneille no sintió, que Racine no se atrevió á poner en escena, y que Voltaire mas tímido aún en esto punto, no estuvo ni aun tentado de imitar, á pesar del ensayo que el poeta su modelo y objeto de sus predilecciones, habia hecho en el papel de Joas. No solo sobre los franceses tienen esta supremacía los griegos, sino sobre los demas pueblos modernos, pues que estos, queriendo ser verídicos y sencillos, suelen caer en trivialidades vergonzosas, ó en una apariencia de naturalidad. Eurípides presenta ya algunos ejemplos de los vicios que tanto ha exagerado, en especial la escuela alemana; verdad es que Eurípides tiene un encanto particular, pero no es un modelo que debe seguirse sin precaucion; por el contrario, con Sófocles, ningun riesgo se corre con su estudio; sábio discípulo del gran Homero, y como él, natural y sencillo en Philoctetes, magestuoso en Edipo, patético en Antígona, y tan tierno en las caricias paternales de Edipo para con su hija, como sublime en la despedida de este príncipe de la tierra; despedida que Ducis ha espresado en dos versos inmortales, como todos los rasgos en que el génio poético ha puesto su eterno sello:

„Iré del Cytheron lanzándome hácia los cie-
„los á interrogar á los dioses sobre las desgra-
„cias de los hombres (1).”

Puede considerarse la tragedia en Sófocles, como el descanso mas digno de la razon y de la virtud, pues es tan inocente y no ménos instructiva que una conversacion de Sócrates con sus discípulos. Edipo invocando al rayo que debe llevarlo al cielo, da á la creencia de la inmortalidad del alma un testimonio no ménos brillante que las palabras del hijo de Sofrosino, al beber la cicuta.--Pero si debemos reconocer á los griegos por maestros, ¿sus discípulos no han tenido tanto ingenio como ellos? ¿Quién querria cambiar á Cinna por la mas hermosa de las tragedias antiguas? Qué puede considerarse superior á los cuatro primeros actos de los Horacios? Su padre, semejante al primero de los Brutos, no es una creacion nueva? El amor á la patria en este viejo romano, se parece en algo á esta misma pasion en un ateniense ó en un espartano? Polieucto y Severo, Sertorio y Pompeyo, Jimena, Paulina y Cornelia, pertenecen esclusivamente á la Francia (2), y si se nos ha echado en cara, justamente, por nuestros rivales la tiranía de nuestras reglas dramáticas, con cuántas bellezas no ha enriquecido nuestro teatro, obligándonos á luchar contra las mas terribles dificultades? Y de cuántos defectos no nos han preservado estas mismas dificultades. ¿Suprimid en Racine los amores de Idilio, y las pinturas de una pasion tomada de la corte de Luis XIV, no será aún ni tan grande como Corneille, ni tan trágico como Eurípides; pero cuánto juicio! cuánto gusto! cuánta elegancia! cuánta pureza y cuánta distancia de todo género de excesos! ¿Cómo puede dejarse de admirar sobre todo el órden de sus piezas, la variedad de escenas, la gradacion del interés, y aquella especial prevision del ingenio para preparar las situaciones y motivar los efectos? y aquel conocimiento tan profundo de las pasiones y el talento de pintar, ya las borrascas, ya los mas secretos movimientos que excitan dentro de nosotros? y aquel talento de hacerlas brillar por acciones ó por palabras que tienen tanta elocuencia? Por lo tocante á

(1) J'irai, du Cythéron m'elançant vers les cieux,
Sur les malheurs de l'homme interroger les dieux.

[2] Léjos de mi la idea de menoscabar ni por un instante la gloria del gran Corneille; pero nadie ignora que los poetas españoles fueron los que le sirvieron de guia para abrir al teatro un nuevo y honroso camino, esto lo comprueba Voltaire, qne á pesar de su orgullo dijo: „Es preciso confesar que nosotros debemos á los „españoles la primera tragedia patética (*El Cid*), y la „primera comedia de carácter que han ilustrado á la „Francia.... Esta [el *Mentiroso* de Corneille] no es mas „que una traduccion &c.” En efecto, no es mas que una traduccion de la *Verdad sospechosa* de nuestro compatriota Ruiz de Alarcon.

[*El traductor*.]

la composicion, así como á la pintura de las pasiones, el estudio de Racine me parece uno de los mas útiles que pueda hacer todo amigo de las letras que quiera iniciarse en los misterios del arte dramático. Despues de la muerte de Racine, su Phedra no ha dejado de ser en el teatro el modelo de todas las mugeres culpables á quienes el amor conduce al crímen y á los remordimientos; pero todos sus imitadores no han hecho mas que desfigurar esta admirable creacion. Sin embargo, á pesar de tan justos elogios, nos inclinariamos á creer que pueden sacarse mas ventajas de Corneille que del autor de Ifigenia. Corneille concibió la tragedia con mas grandeza y originalidad, y sintió cuan necesarias eran en ella las variaciones para combatir la monotonía del género trágico. Se encuentran en él los principios dé Roma y el poder de Augusto, el viejo Horacio y Galva, los últimos suspiros de Anival y la muerte de Pompeyo, Sifax y Atila, el mundo romano y el mundo de los bárbaros. ¿Qué necesidad hay de que la crítica tenga que encontrar en el autor de Heraclio defectos imperdonables, faltas mas graves que las de los antiguos, costumbres falsas, intrigas torpes, declamaciones estudiadas, una metafísica de sentimiento digna de una tesis de amor, un estilo frecuentemente bárbaro, aunque á veces convenga mas para la tragedia que la continua elegancia de Racine? Voltaire tan entusiasta admirador como parcial en su crítica, dice que las hermosas piezas de Corneille y las patéticas tragedias de Racine son tan superiores á las tragedias de Sófocles y de Eurípides, como las obras de estos griegos á los bocetos de Thespis; esta opinion es sumamente exagerada, pero manifiesta un profundo sentimiento de la justicia que se debe á nuestro teatro.--A Voltaire y no á Racine, es á quien debe llamarse el Eurípides francés; ambiciosos ambos, recargan la tragedia de adornos, se inclinan á las declamaciones, ostigan á entrar á la filosofía en la escena, multiplican los lances, precipitan los acontecimientos, y ambos violan la verdad de las costumbres, y son infieles en la pintura de los caracteres; pero los dos tienen un encanto particular, nos hacen derramar ardientes lágrimas, mueven mas profundamente la piedad y nos destrozan el corazon. El autor de Alcira, careciendo ménos de ingenio que de esa conciencia literaria que debiera ser un juez inexorable para un autor que desea vivir para la posteridad, no adelantó el arte de la composicion, pero hizo hacer progresos á la accion teatral y á la piedad trágica; al contrario de Racine, penetra el corazon y lo conmueve. En el curso de su larga carrera, Voltaire ha deseado parecerse á Racine sobrepujándole, pero se ha acercado mas al autor de Cinna que á su rival. El Bruto es una tragedia concebida con el alma, el buen sentido y la gravedad de Corneille, escrita con el estilo de Racine, distinguido siempre por su rara elegancia, pero haciéndolo mas varonil, mas firme y mas Romano. Corneille, Racine y Voltaire, son siempre un progreso del génio trágico, y aun el mismo Crébillon podria decir á los admiradores de estos tres grandes poetas: „No me desdeñeis, he hecho á Electro y Zenobia." Los estrangeros, y en especial los ingleses, apocan el teatro francés; por nuestra parte tratamos á su divino Shakespeare con muy poco respeto; pero ni por una ni por otra parte hay razon. Los estrangeros harian mal en no reconocer en nuestra escena tantas bellezas, marcadas con el sello de la naturaleza y aprobadas por la razon; pero cuántas injusticias cometemos con respecto é Shakespeare, siguiendo á Voltaire y á sus ecos irreflexivos! El autor de Hamlet sería un loco con algunos destellos de ingenio; pero al examinarse, se encuentra en él un ingenio que toca en accesos de delirio. Eschilo, Sófocles, Eurípides, Corneille, Racine y Voltaire, no han ni aun entrevisto bellezas semejantes á las que se encuentran esparcidas en el primero de los trágicos ingleses. Esas piezas desordenadas en su conjunto, esas piezas, cuyo argumento no tiene cuadro porque abrazan una serie de épocas indeterminadas, y que siguen el curso de una historia en vez de escoger de ella una accion grande y sencilla, ofrecen las mas sábias combinaciones y los mas hábiles contrastes; ellas revelan un profundo estudio del corazon humano, y un talento especial para sorprenderle y arrancarle sus mas secretos movimientos. Corneille regularmente ha hecho romanos, segun su capricho; Shakespeare los ha pintado segun la naturaleza, y esto lo testifican Casio y Bruto; nadie mas que él se hubiera atrevido á representar en la escena á Cleopatra tal cual fué, voluptuosa, entregada á la molicie y á la disolucion, llena de arterías y de engaños, con las costumbres de una cortesana, los artificios de la coquetería, la cobardia en el corazon, y el deseo de agradar á Augusto despues de haber llorado amargamente á Antonio, y no obstante, con el carácter de una reina dotada de mucha constancia para evitar, por medio de la muerte, la vergüenza de ser llevada en triunfo por el vencedor por los mu-

ros de Roma. La Cordelia del *Rey Léar*, es una nueva Antígona; Desdémona y Julieta no se parecen á ninguna amante, y Lady Macbeth es una creacion de órden superior. No poseemos en la escena, así antigua como moderna, ningun carácter semejante al de la tierna y generosa Helena, en la pieza intitulada: *Todo es bueno como acabe bien. (All is well that ends welle.)* El desprecio, que por ignorancia tienen algunas personas á Shakespeare, es un escándalo, y puede decirse, una desgracia literaria: aun despues de que Ducis ha sacado de él tan admirables escenas, un escritor dotado de una razon mas ilustrada, puede todavía encontrar en Shakeaspeare la mina mas fecunda. Este poeta, con todos sus defectos, tan fáciles de conocer y de evitar, no merece el mismo rango que los antiguos, pero les sobrepuja en mas de una circunstancia, y el mismo Corneille habria tenido que hacer algunos esfuerzos para llegar á la altura de este gigante dramático. Hay sobre todo en Shakeaspeare, un conocimiento de la naturaleza, que hace de sus obras, meditadas con buen sentido, una de las mas útiles lecciones que pueda dar un gran poeta. Shakeaspeare, imitado por nécios, producirá monstruos; pero puede y debe fecundar un ingenio, y contribuir á alejar los límites del arte para los modernos.

Los Alemanes tienen un teatro de imitacion y un teatro nacional; en el primero no han podido llegar á sus modelos, pues los han traducido servilmente; en el segundo, han producido composiciones verdaderamente originales. Juana de Arc, Maria Stuart, Guillermo Tell y Don Cárlos ofrecen nuevas fuentes de admiracion y de placer para el gusto y la razon. La duquesa de Eboli conducida al crímen por una pasion cruelmente desoida por Don Cárlos; la esposa de Felipe II enamorada del hijo de este príncipe es mucho mas interesante que Phedra, porque da consejos de la mas revelante virtud á aquel por quien ella sacrificaria su vida; el carácter del *Demonio del medio dia*, tan habilmente trazado y el papel enteramente nuevo del marqués de Posa, merecen toda la atencion de los inteligentes. Los Alemanes han acrecentado la escena tratando de poner en ella á la naturaleza, y algunos de entre ellos tales como el venerable autor de *Werther*, han arriesgado una confusion en los géneros que nunca verá la razon sino como un descarrio del entendimiento; pero el sabio Sófocles se habria asombrado de los descubrimientos que le habrian hecho hacer el teatro de Goethe y de Schiller. En la comedia, Moliére es un esfuerzo de la razon humana, él domina solo en la escena de Talia. Mas profundo observador que Montaigne, mas filósofo que Lucrecio ó Bayle, mas ilustrado que Bossuet y mas verídico que Racine en las costumbres, este gran moralista del teatro se sobrepone tanto á los modernos como á los antiguos. La Francia posee en Regnard y en muchos otros escritores el tipo de Molier, aunque el de este es de un precio muy superior.

En España Lope de Vega, Guillen de Castro y Calderon: (1) y sobre todo el primero, han tenido algunos destellos de ingenio ideas felices, rasgos de imaginacion, y caractéres bien pintados; pero casi siempre han carecido de razon y de arte (2). La comedia de enredo parece

---

[1] Cómo pasar adelante sin mencionar á nuestro distinguido Alarcon, á Moreto y á Moratin? Pudieran citarse otros varios, pero que al ménos estos ocupen un lugar entre los autores que cita el escritor francés.

(*El traductor.*)

[2] Esto último es una injusticia del escritor francés que no debe dejarse sin impugnacion en un pais donde se habla la lengua de Cervantes. Si alguna nacion dió la norma en el teatro, fué la Española, y vuelvo á citar en mi apoyo al orgulloso Voltaire, quien se espresa así: „Los españoles tenian en todos los teatros de Europa la misma influencia que en los negocios públicos; su gusto dominaba tanto como su política."—Otro autor, nada sospechoso á la verdad en este punto, el Abate Juan Andres, dice: „El teatro español recogió pues „los aplausos y los elogios de toda la Europa, y sirvió „de algun modo para despertar las dormidas y aletargadas fantasías de los dramáticos modernos." El mismo despues de hablar de los defectos del teatro español, se espresa así.... „pero que al mismo tiempo la portentosa „fecundidad de la invencion, el interés de las situaciones, la ingeniosa compilacion, y feliz desenredo de muchos accidentes, el acopio de agudas sentencias y de „finos pensamientos, la facilidad, naturalidad y gracia „de la versificacion y del lenguaje pudieron de algun „modo recompensar tantos defectos y hacer que el siglo „pasado (el XVII), diese justamente la preferencia al „teatro español, y que los buenos poetas dramáticos lo „estudiasen y se aprovechasen de sus riquezas. La excesiva sencillez y naturalidad hacian desabridos é insulsos los dramas de los autores del siglo XVI: el ingenioso y agradable enredo, y la feliz combinacion de „algunas situaciones bien dispuestas, es un mérito debido á los españoles del XVII, y que ha servido de guia „y de estímulo á los *buenos poetas franceses* para formar „un nuevo teatro." No obstante, preciso es convenir en que si Lope de Vega hubiera escrito la mitad de lo que escribió, y meditado mas sus obras, seria el portento de la escena; pero aun así este *monstruo de la naturaleza*, como le llama Cervantes, ha sido uno de los que mas han creado, con él comenzó á tomar nueva forma el

nació en España (3) y este género se arraigó en Italia cuando llegaron á fastidiar las pretendidas piadosas farsas, tales como *El matrimonio de la Virgen*, quien no daba su consentimiento sino despues de este convenio con José: "Tendremos dos recámaras y dos lechos." Finalmente el cardenal Bibbiena produjo la primera comedia italiana en la *Calandra*. El Ariosto y Machiavelo vinieron despues y les succedió Goldoni el verdadero restaurador del arte cómico del otro lado de los Alpes. Una licencia desenfrenada hace á la comedia inglesa tan inferior á la francesa, bajo el punto de vista de la moral cuanto está distante por el ingenio: Shakespeare feliz en ambas escenas, como Corneille; Drideu, elocuente, traductor de Virgilio; Cibber, Congréve, Shéridan, el caballero Juan Vamburg y Fielding, tan hábil pintor en *Tom-Jones*, en vez de igualar á Moliére, apenas llegan á Regnard.

En el género pastoral los modernos no hacen mas que imitar como Virgilio antes que ellos, reducidos á copiar cuadros de una naturaleza que no han visto. No tenemos ciertamente pastores que canten con gracia sus amores, tampoco podemos tener eglogas ó bucólicas y á lo mas contamos alguos idilios agradables, (1) Las poesías de Gesner no son mas que idilios cuyas acciones imaginarias no pertenecen ni á los campos ni á las ciudades; Théocrito por el contrario ha reproducido con originalidad costumbres reales; pues el pais, los personages, los usos, las acciones el lenguaje, en fin, todo es verdadero en las composiciones del maestro de

---

teatro y se abrió una nueva éra dramática; pero pasemos á Calderon. Este es verdaderamente el primer poeta dramático que ha producido España, y nunca el ingenio de un solo hombre ha creado tantas situaciones originales, tantos, tan varios y tan admirables caracteres, tantos lances y tantas intrigas, y como ha dicho un escritor de nuestros dias: „Este hombre es el Miguel Angelo de la literatura." Tambien es preciso convenir en que Calderon tiene defectos, y muy notables; pero acaso sin estos defectos seria menor su mérito; ademas muchos de esos que se han llamado defectos, encierran bellezas de primer órden; pero han carecido de *arte*, dice el escritor francés cuyo artículo nos ocupa. ¿Y qué, carecer de arte es no sujetarse á las reglas de Aristóteles? porque en este caso seria preciso decir que estas reglas están en oposicion con el ingenio, pues que ni Shakespeare, ni Calderon, ni Cervantes, ni Lord Byron, ingenios verdaderamente creadores, se han sujetado á tales reglas. En fin, para concluir, repetiré lo que Alejandro Dumas dice de Calderon. „Que deben estudiarle los „poetas dramáticos con tanta asiduidad, como los ana„tómicos un cadáver." Baste esto, pues, mejores plumas que la mia han vindicado ya al teatro español, y acaso otras continuarán vindicándolo con mejor éxito que el que yo pudiera esperar. (*El traductor.*)

(3) En efecto, nació en España, y el citado Abate Juan Andrés, dice: „El mayor mérito, pues, de las comedias españolas, consiste, en mi concepto, en el enredo comunmente conducido con ingenio y felicidad, &c." (*El traductor.*)

[1] La España si cuenta entre sus poetas un Garcilaso, un Balbuena y un Melendez cuyas églogas vivirán eternamente: el primero, como observa Martinez de la Rosa, es el que mas se parece á Virgilio á quien imitó frecuentemente y las mas veces con felicidad. El ya citado Abate Juan Andrés, y repito que el autor no parecerá sospechoso, dice hablando de Garcilaso, que imitando á los autores latinos ó italianos, se esfuerza con tan feliz deseo de igualarles que algunas veces aun les supera.

Las eglogas de Balbuena tienen algunos lunares que las afean; pero como dice Martinez de la Rosa, quizá en ningunas otras se hallará mejor que en ellas aquella sencillez y naturalidad bellisima que constituye la principal dote de esa clase de composiciones.

En cuanto á Melendez ¿quién no conoce y admira su linda egloga *La vida del campo?*

En el Idilio parece que no ha sido tan afortunada la España, no obstante, para que no le falten escritores en este género, posé á Hernando Herrera y algunos otros aunque bastante inferiores. En la oda entre los poetas españoles que mas se han acercado á Píndaro se cuenta á Herrera, autor de la famosa *Cancion de Don Juan de "Austria.* Cuando España poseia á Herrera dice Marti"nez de la Rosa, ninguna nacion inclusa Italia, habia te"nido un poeta lírico de igual mérito; y aun hoy dia no "tengo noticia de composicion alguna en lengua vulgar "que pueda compararse á la precedente (la citada), como "imitacion de la poesía de Píndaro."—El gran imitador de Horacio, Fr. Luis de Leon presenta un modelo digno de las mayores alabanzas en su *oda á la profesia del Tajo;* y con respecto á este insigne poeta basta citar en su elogio un parráfo del repetido Juan Andrés; en que dice: Fr. Luis de Leon en sus canciones ha querido espresar, no la ternura y el amor de Petrarca, sino el nervio y el espíritu de Píndaro y de Horacio; y en algunas ha salido con tanta felicidad, que el griegro y el romano lirico se podian gloriar de verse tan felizmente imitados por el Español.—La brillante oda de Quintana á la *Invencion de la Imprenta*, es un modelo digno de ser imitado por cualquiera ingenio dedicado al cultivo de las bellas letras, y puede colocarse entre las mejores produciones de los tiempos modernos.

Podria citar otros varios ingenios Españoles pero se alargaria demasiado la nota: baste pues lo dicho para manifestar que por ningun título la literatura española que hemos heredado, deja de ser acreedora á las mayores consideraciones.

(*El Traductor.*)

la poesía pastoral, y puede decirse que Théocrito nos ha dado cuadros de la naturaleza y Gesner retratos de fantasia; en cuanto á la pureza del sentimiento y á la moralidad de la pasion, el poeta aleman merece la palma, pero en cuanto al arte y á la verdad está muy distante de llegar al poeta griego. Un jóven, Andrés Chenier, arrebatado por la muerte cruel al culto de las Musas, parece que volvió á encontrar el idilio antigüo, y si no lo ha elevado hasta el grado heróico, ó lírico que Théocrito le dió á veces, algunas de sus risueñas composiciones respiran sencillez y gracia. En cuanto á la oda, los Griegos, aun suponiendo que la Europa tuviese la dicha de encontrar todas las creaciones de su ingenio, con dificultad producirian bellezas capaces de rivalizar con algunos poemas líricos de la Biblia. La sublimidad de Moisés, de Isaías y de Job, probablemente no llegó á poserla ningun poeta profano. Puede presumirse esta verdad, comparando los mas hermosos coros de Eschilo, que verdaderamente son odas, con alguna composicion de los profetas. ¿Dónde puede encontrarse en sus inspiraciones aun las mas atrevidas, algo que se parezca á la espantosa caida del tirano Asur, precipitado desde la cumbre del poder supremo al eterno abismo, donde los reyes sus iguales vienen á insultar su orgullo tan cruelmente castigado, su esplendor eclipsado y su desastre cien veces mayor que sus antiguas prosperidades?

Tampoco á los modernos, y ni aun á Juan B. Rousseau, les ha sido dado igualar á los poetas sagrados, de los cuales debemos no obstante reconocerle como glorioso émulo (2). Juan Bautista ha bebido bellísimas inspiraciones en las fuentes bíblicas; algunas veces se eleva demasiado en alas de los profetas, pero cuando estos lo abandonan, no se sostiene mucho tiempo en las regiones de lo sublime, y vuelve á caer á la region media que es su elemento natural: él no ha sabido imitar de los líricos sagrados ni la variedad de tonos, ni la naturalidad, ni el movimiento dramático que da vida é interés á su poesía, á pesar de tener los coros de *Athalia* y de *Esther* ante sus ojos. No tiene popularidad cuando se ha menester, porque no sabe tomar la naturalidad ó la energía figurada del idioma del pueblo. Bajo este aspecto la Biblia le daba lecciones, que han sido pérdidas para él, no ha comprendido mejor los coros de las tragedias griegas, diriase que no habia leido nunca á Esquilo ni la bella composicion del anatema pronunciado por el virtuoso poeta contra la culpable Helena, soberana por la belleza aun despues de su crímen en el palacio y en la memoria de Menelao, y transformada de reina adorada en una horrorosa Euménide para la Grecia y para el Asia. El gran defecto de nuestra poesía lírica es no haber bebido sus inspiraciones en el amor de la patria ni en el entusiasmo de la libertad. He aquí por que la oda carece entre nosotros de los dos grandes caracteres que la hacian dramática y apasionada entre los antiguos, he aquí tambien por que no hace ya grandes maravillas al entusiasmar á las almas. La poesía lírica no es nacional ni en Malherbe, ni en Juan Bautista, ni en Lefranc de Pompignan, quien tuvo algun éxito en la poesía. Lebrum-Pindare, discípulo de los antiguos y émulo de los modernos que acabo de citar, ha sentido y reparado la falta de sus precursores. No se puede negar que el cantor de Buffon, el autor del Ditirambo consagrado al naufragio sublime del navío *El Vengador*, parece alguna vez sentado en la trípode de Apolo; en su *exegi monumentum* hay mas grandeza que en el de Horacio, y una especie de entusiasmo que recuerda la Síbila del libro 6.º de la *Eneida*. Feliz si una razon mas alta, una instruccion mas vasta y una sensibilidad mas verdadera, hubiera auxiliado á las disposiciones de la naturaleza, á su constancia en el trabajo y á su talento en el manejo del idioma de las Musas. Lebrum ha inscrito para siempre su nombre en el frontispicio de nuestro panteon literario; pero este nombre no es popular, ni lo será nunca.

La Francia de nuestros dias posée un poeta eminentemente nacional y popular: tal es Beranger, cuyas obras se leen tanto en los palacios como en las cabañas, y Beranger encuentra un amigo en donde quiera que se halle un francés que haya combatido en Asia, en Africa en Europa y sobre nuestro territorio por la causa

---

(2) En México han brillado muy justamente, como poetas religiosos, los señores Cárpio y Pesado: del primero pueden citarse, entre otras composiciones, el *Sinaí* y el himno al *Nacimiento del Niño Dios*, que encierran grandes bellezas; es lamentable á la verdad que el Sr. Cárpio no publique en un cuerpo todas sus poesías, pues con esto haria un gran servicio á la literatura, y daria mucho honor á nuestro pais. Con respecto al segundo, basta leer, aunque sea rápidamente, su poema titulado *Jerusalen*, la version del *Cantar de los Cantares*, y la del Salmo cxxxvi.—*El israelita prisionero en Babilonia*, para reconocer que es un buen poeta religioso. Hay ademas algunos jóvenes dedicados á este género de poesía, y en las columnas del Museo y en las del Liceo, se encuentran algunas composiciones de bastante mérito.

[*El traductor.*]

sagrada de la independencia. Beranger aunque preparado por la meditacion, y habiendo tenido ya buen éxito, tal vez ignoraba su porvenir, cuando oyó resonar por los aires una voz poderosa que le decia. "Vén á consolar mis desgracias, y á celebrar mi gloria cuyo recuerdo quisiera borrarse." Esta voz era la de la patria, él la oyó y fué otro hombre. Ninguna época de nuestra historia vió jamas semejante simpatia entre el pueblo y un poeta: jamas el canto lírico encontró tantos ecos en los corazones de tantos hombres reunidos bajo un mismo cielo.

Mr. de Lamartine, inspirado por el amor, se ha proporcionado un lugar aparte, un lugar único en nuestro parnaso; este Byron con fé, que parece que no ha gustado de la dicha sino temiendo siempre perderla, y que pide con fervor á la religion que dulcifique la amargura que se encuentra como hez en el fondo de la copa de las voluptuosidades; así como Chateaubriand, ha creido aplacar con la fé sus tormentosas pasiones, y llenar con Dios el inmenso vacío de un corazon enfermo y hambriento de nuevo alimento. Echando una mirada sobre su siglo, despues de una revolucion de cuarenta años devorando cada uno de estos mas existencias que las que un siglo de otra época hubiera consumido, ha creido ver que los pueblos estaban perseguidos por una devoradora inquietud, atormentados por la necesidad de un celeste porvenir y trató de volver á poner á la tierra en comercio con el cielo. Tal es la causa de sus religiosas y sentidas *Meditaciones*.

La lira de este poeta ha encontrado sonidos y acentos que nadie antes que él, habia sacado de una lira francesa; la música no está exenta de monotonía, pero nos lanza á cierto enagenamiento meditabundo, semejante á aquel que deja ver á los orientales el cielo, el amor y las huries. Entraba en el destino de Bonaparte crear poetas despues de su muerte como creó héroes durante su vida, y este grande hombre lleva la dicha á todos los que lo toman por objeto de sus trabajos, y bien conocidas son las altas inspiraciones que le deben nuestros jóvenes líricos. A su frente se hace notar Mr. Victor Hugo, ambicioso de la gloria de fundar una escuela independiente de toda regla anterior á él, pero esclavo de sus propios sistemas de los cuales acaso será víctima: este jóven reformador, ya remontándose hasta el cielo, ya arrastrándose en la tierra, podria compararse al Satan de Milton, reducido á sufrir una metamorfósis descendiendo del trono; él lleva en su frente el sello de la poesía, con que fué profundamente marcado desde su nacimiento; ¿pero por qué profanar como él ha hecho los dones mas preciosos? Mr. Victor Hugo puede obtener y conservar un rango elevado sobre nuestro horizonte literario, pero puede caer para siempre como Ronsard: á él le toca escoger. Menos atrevido, menós impetuoso, menos poseido del demonio, mas elegante, con un estilo mas pulido y sostenido, y sobre todo mas fiel al caracter de nuestra lengua y á las leyes del buen gusto, Casimiro Delavigne, (1) atrevido sin temeridad, novator sin loca licencia, tratando de conciliar el respeto debido á lo pasado con las exigencias de lo presente, se ha apoderado tambien de la voz de la celebridad. *Waterloo*, *la despedida de la libertad en Parthenope* y otros muchos cantos dignos de memoria, han aumentado la popularidad literaria del autor del *Paria* y de las *Vísperas Sicilianas*, quien tiene ademas sobre todos sus rivales la gloria de haber obtenido los favores de Melpómene sin perder la predileccion de Thalia.

En Italia, en Inglaterra y en Alemania algunas odas de Petrarca, de Guidi, de Filicaia y de Monti; el *Festin* de *Alejandro* por Dryden, muchos cantos marciales de la Prusia del tiempo de Federico II, los himnos de los modernos Griegos; los *Gritos de insurreccion* de Kœrner, el Tirteo de los pueblos del Danubio y del Rin armados contra nosotros, bajo la falsa fé de los juramentos de libertad pronunciados por los reyes; y los coros de Manzoni, respiran un noble entusiasmo en que arde el amor á la patria, igualando y aun superando algunas veces las mas hermosas inspiraciones de los líricos de la antiguedad. Las novelas forman la parte mas brillante de la literatura de los modernos; en ellas se encuetran á la vez la tragedia y la comedia, y en estos dos géneros una pintura del corazon humano que asombra é instruye al lector. Las novelas tienen su Tácito y su Moliere: así, la lectura de estas obras, frívolas en la apariencia, tal vez peligrosa para la juventud y para las almas que no estén aun bien afirmadas en ciertas reglas que deben dirigir la conducta de la vida, es para la razon, para el talento y para los espíritus dedicados á la observacion, una lectura mas provechosa que la de los filósofos mas ilustrados; pues se hacen rápidos progresos en el conocimiento de la moral cuando se vé que brota del choque de las pasiones,

---

[1] La literatura acaba de hacer una pérdida considerable con la muerte de este poeta. [*El Traductor*.]

castigando siempre sus faltas por consecuencias inevitables. Algunas mugeres modernas han colocado sus nombres al lado de los de Lesage, Miguel de Cervantes (1), Bernardino de Saint-Pierre, Rousseau y Richardson inmortal autor de *Clara*. No olvidemos una pérdida reciente y dolorosa para el mundo literario, la del célebre Walter-Scot que tanto fecundó y aumentó el dominio de las novelas. Los antigüos lejos de tener ningun nombre que oponer á los que acabo de citar, no podrian ni aun ponerse en paralelo con algunas mugeres que han hecho en sus obras pinturas vivísimas de las pasiones. Mda. de Lafayete, Mda. Cottin, Mda. Tancin, Mda. de Staél y Mda. de Souza; no tienen modelos entre los antiguos. La causa principal de la superioridad de las novelas está en las diversas costumbres y la religion.

Entre las naciones modernas solo la Inglaterra y la Francia han poseido oradores elocuentes (2) pero nadie ha igualado á Demóstenes ni á Ciceron; no obstante, Lord Chatam y su hijo, Burke y Fox, Cazalés y Barnave, Vergniaud y Mirabeau han pronunciado en la tribuna discursos de hombres de estado en que la mas alta razon se ha unido á la mas imponente elocuencia; pero de todos estos hombres solo Mirabeau dá una idea de Demóstenes. Bossuet se le parece aun mas, y acaso la voz humana no se ha espresado jamas con tanto imperio en ninguna lengua. ¿Por qué un talento tan prodigioso se habrá visto algunas veces profanado con la defensa ciega de los mas funestos errores, para que la moral tenga derecho de pedir al orador sagrado, cuenta severa de sus magníficas mentiras en favor de los reyes y de los grandes de la tierra, que se complace frecuentemente en herir con los rayos evangélicos? Nada tiene porque pedir perdon el orador que comenzó la oracion fúnebre de Luis XIV con estas palabras: "Solo Dios es grande, hermanos mios."

Es glorioso para nuestra patria poseer ademas del Telémaco que es un presente del ingenio á la humanidad, esa pequeña cuaresma que deberia ser el breviario de los reyes. Si el legislador de los cristianos hubiese querido afectar elocuencia, se puede creer que habria hablado como Masillon con los mismos encantos la misma uncion y un poco mas de sencillez. Cristo como el sabio de La-Fontaine economizaba tiempo y palabras. La religion cristiana ha formado á Bossuet y á Masillon, la antiguedad no podria producir nada que se les asemejase. Grave cuestion es la de saber si Hume, Robertson, Machiavelo, Gravina y Voltaire pueden disputar los títulos á los historiadores griegos y romanos, pero al menos puede asegurarse que los escritos de los primeros, son mas luminosos y deben ser mas útiles á la humanidad que los de los segundos. Voltaire ha introducido en la historia un espíritu de crítica, y un raciocinio que tienden nada menos que á destronar el error, y hacer triunfar á la razon en el universo. Voltaire ha reformado casi todos los juicios de los siglos pasados y aun de sus mismos contemporaneos, sobre las cosas humanas. *Su ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* á pesar de sus imperfecciones y de sus desigualdades, es un código de filosofia para todo el género humano: la obra de Voltaire se esparcirá por todo el orbe y contribuirá eficazmente á los adelantamientos de la razon humana. En la filosofia racional, en la moral y en las ciencias politicas los modernos pueden citar á Clarke, Bacon, Montaigne, Pascal, Bossuet, Fenelon, Voltaire Kant y á toda la escuela Alemana, á Reid y á sus rivales, á Buffon, J J Rouseau, Machiavelo, Montesquieu y á otros muchos herederos de las luces de tantos siglos; y alumbrados por el fanal de su ingenio en el camino de las luces, y existiendo en un tiempo de libertad para el pensamiento, son y deben ser tanto mas superiores á sus inmortales predecesores, cuanto la civilizacion actual lo es á la antigua. Al ensalzar el mérito de los modernos estamos muy distantes de menoscabar el de los antiguos; solamente señalamos una consecuencia de la marcha progresiva de la humanidad; los grandes hombres á quienes venera hoy, han marchado con ella sin olvidar el culto de los antiguos adelantándosele á veces: he aquí el secreto de su superioridad; y si el mundo hubiera permanecido estacionario en

---

[1] No conozco á la verdad ninguna obra de una muger que pueda ponerse en paralelo con la que ha inmortalizado el nombre de Cervantes. [*El Traductor.*]

[2] La elocuencia parlamentaria es hija de la libertad, la historia lo comprueba. Ni Demóstenes ni Ciceron hubieran dominado todos los ánimos si en vez de ser ciudadanos de Atenas y Roma hubieran sido subditos en un pais despótico. El último tribuno Romano, Colá de Riencei tuvo que convocar al pueblo ofreciéndole la libertad para dejar oir su elocuente lenguaje. La Inglaterra sin sus instituciones liberales no hubiera oido á sus elocuentes oradores y la Francia hasta los primeros dias de su revolucion no oyó la implacable voz de Mirabeau. La España tendrá tambien sus oradores y la tribuna mexicana llegara dia, no lo dudo, en que retumbe con los acentos de algunos hombres elocuentes inspirados por la libertad. [*El Traductor.*]

su ignorancia, no hubiera podido ni oirlos ni seguirlos y el ingenio se habria detenido en su vuelo, desanimado por la certidumbre de no encontrar eco en medio de una sociedad inmóvil y muerta para la inteligencia.—*P. F. Tissot.*

(*Traducido y estractado por*—P. M. de Torrescano.)

LOS SABLIEROS (1)



Novela traducida de Henry de Kock y dedicada á la Srta. Da. Manuela Rodriguez Villanueva.



I.

HACIA el fin de un hermoso dia del mes de septiembre, un jóven, elegantemente vestido se dirigia á grandes pasos á Villegli, lugarejo distante tres leguas de Carcasona. El sol se ocultaba dorando á lo lejos con sus últimos rayos la inmensa cadena de los Pirineos; las Cévenas, llamadas vulgarmente en el pais las montañas negras, desaparecian ya bajo la bruma, y el Fresquel corria con sus olas azules á la derecha del viagero sin que su ligero ruido, ni los deliciosos puntos de vista que se ofrecian entonces á sus ojos viniesen á sacarlo de las dolorosas reflexiones que arrugaban su frente. Algunas veces por un movimiento maquinal hacia volar con la estremidad de su baston, las flores solitarias que bordaban la orilla del camino, se detenia un instante murmurando con un acento de tristeza y de desaliento: "Llegaré á tiempo ¡Dios mio!" Despues proseguia su camino todavia con mayor ligereza. Habia llegado al puente rojo, bello acueducto edificado sobre el Fresquel, cuando un campesino que estaba absorto contemplando las olas, se volvió bruscamente al escuchar los pasos del viagero, le dirigió una rápida ojeada y tomándolo por un brazo esclamó con una voz sorda. "Sois Mr. Luciano de Montalin, no es cierto?"

--Sí, ¿me conoceis?

--Muchas veces os he visto en el castillo; soy Luis Lambert, el cantero ¿os acordais de mi?

--Sois Luis Lambert?.... ¡Oh! decidme..... y Susana? El jóven campesino se detuvo con los brazos cruzados delante del Parisiense. Sus negros ojos centellaban, sus lábios estaban pálidos y contraidos, parecia gozarse en la ansiedad de aquel que permanecia inmóvil á su frente, preguntándole con la vista. Luego, despues de un instante de penoso silencio pronunció sílaba por sílaba estas palabras:

--Susana ha muerto, Mr. Luciano, vos habeis matado á mi hermana....... pero habeis vuelto, perfectamente. Y precipitándose por un sendero estrecho á la izquierda del puente, desapareció. Luciano quedó anonadado; tuvo necesidad de apoyarse contra un árbol para no caer. Cuando una hora despues, llegó á Villegli al castillo de su padre, estaba pálido como una sombra; su corazon estaba despedazado, porque al volver al pais en donde habia esperado hallar un perdon y algunos instantes de dicha, no habia encontrado sino remordimientos y lágrimas.

II.

Las nueve acababan de dar en la iglesia de Villegli, la noche estaba sombría y silenciosa, y todas las cabañas de la plaza, á excepcion de una sola, habian obedecido á la antigua ley de cubrir el fuego. En esta mansion que parecia velar por las otras en la hora del reposo, dos hombres vestidos con la bluza de canteros, el uno de cerca de 50 años y el otro que tocaba apenas en los 20, estaban arrodi-

---

(1) Nombre de origen italiano con que se designan á unos asesinos que daban la muerte con saco de arena.

llados junto á una jóven moribunda. El primero de estos hombres era el padre, el segundo el hermano de aquella que bien pronto iba á dejarlos: los dos lloraban, los dos observaban temblando, los rápidos progresos de la muerte en aquel semblante tan lleno algunos dias antes de gracia y de belleza. Padre y hermano contenian su aliento, para escuchar mejor las últimas palabras que murmuraban sus lábios; pero estas palabras eran confusas, entre-cortadas, y á pesar de su atencion, ni uno ni otro podian comprenderlas. Repentinamente la jóven lanzó un breve grito, volvió la cabeza hácia la puerta como para buscar en ella á alguno, y esclamó con voz débil, pero distinta; "Luciano........ "Adios......" Despues cerró los ojos y durante algunos minutos no se oyeron mas que los sollozos de los dos aldeanos. El mas jóven se levantó primero, se adelantó hácia el lecho fúnebre, puso la mano sobre el corazon de la jóven y como ninguna pulsacion respondiese á esta. muda pregunta la retiró y dirigiéndose al que siempre permanecia allí.......... encorbado: Padre, le dijo, Susana ha muerto, pero sabemos el nombre del que la ha asesinado; lo que ella nos ha ocultado con tanta constancia durante sus largas noches de dolores, *ha permitido Dios* que su último grito nos lo revelase, Susana ha pernonado sin duda al que la abandonó tan vilmente......... Padre ¿lo perdonaremos tambien nosotros?

--Luis, lo que tú hagas haré.

--Padre..... nos vengaremos.

--Luis, el que nos ha deshonrado es el hijo de un hombre rico y poderoso...... no somos nosotros sino pobres aldeanos y no tenemos ninguna prueba que presentar contra él... Por otra parte, ha dejado la aldea para ir á Paris, sin duda no volverá en mucho tiempo á Villegli; con que no podremos sino maldecirlo siempre sin herirlo nunca.

--Tal vez, padre.... tal vez.... oidme. Gracias á vuestras bondades y cuidados, por ellos vuestros hijos han aprendido á conocer su lengua y á escribirla. En cuanto á mí de poco me habia servido esto hasta ahora: la ciencia es inútil al que pasa su vida en el fondo de una cantera; Susana, al contrario, gustaba, cuando los cuidados de la casa le dejaban tiempo, de confiar al papel sus pensamientos y sus penas.... En sus últimos dias de sufrimiento lo quemó todo, fuera de esta carta, penosa prueba sin duda de los restos de esperanza que le quedaban todavia aun á la orilla de la tumba. Padre, ahora es cuando yo os doy gracias de no haberme dejado ingnorante como mis compañeros de trabajo; porque esta carta encontrada por mí bajo la almohada de mi hermana, y que mientras ella ha vivido dudaba yo abrir, hoy voy á deciros lo que contiene....... No tiene sobrescrito..... el último suspiro de Susana nos ha manifestado á quien debía ser envidiada. Lambert levantó la cabeza, y su hijo leyó en alta voz. "Luciano, me habeis abandonado, debia yo "esperarlo; el amor de una pobre aldeana no "podia haceros olvidar á Paris y sus place- "res; por lo que á mi toca pienso sin cesar en "vos, os amo siempre y lloro........ pero creo "que no tendré ya mucho tiempo que pade- "cer..... todas las noches sueño qne me he "muerto.... ¿No es cierto que este es un aviso "de Dios? Luciano, muy di chosa seria yo si "volviera á veros antes de ocupar mi lugar en "el cementerio de la aldea....... No quiero, ni "tengo derecho de dirigiros algun cargo: deseo "únicamente deciros Adios. Venid, oh ¡ve- "nid! yo os lo ruego, haced el sacrificio de al- "gunos placeres á la que os ha entregado su "honor y su vida." Luis se detuvo, su voz temblaba por las lágrimas; su padre se levantó vacilando, fijó sus miradas en las facciones descoloridas de su hija, y golpeando con violencia su ancho pecho, dijo:

--Fué culpa mia, muy grande culpa haberte dejado aquí sola, hija mia, cuando iba yo con Luis desde la mañana hasta la tarde á romper la tierra cubriendo de sudor mi frente. No pensaba yo que al darte pan ó al procurar tenerte contenta con algunos presentes...... Debí acordarme desde luego de que eras bella y de que se te podia amar... y abandonarte en seguida...... Pero podia yo creer, ¡Dios mio! que un estraño tuviera desde luego bastante imperio sobre tí, para inducirte á ocultarte de tu padre?..... Susana, yo te perdono y te bendigo.... pero á él.....

Y volviéndose á su hijo.--Luis, tienes razon, esta carta nos servirá para vengarnos...... Este hombre seria bien infame si resistiera á la súplica de una moribunda. Volverá á la aldea, y no la dejará sino para ir á sufrir y morir á su vez. La esperanza de los dos paisanos no quedó burlada. Cinco dias seguidos fué Luis á colocarse en el camino..... y allí centinela infatigable y activo, ningun pasagero se habia escapado á su investigacion; una tarde volvió apresurado á su cabaña gritando.-- ¡Padre, ha llegado!

III.

No era Luciano uno de esos libertinos por to-

ño, uno de esos modernos *D. Juan*, á quienes parece una cosa original y del mejor gusto seducir á una jóven para abandonarla un mes despues, y no volverla á ver nunca. Educado en principios mas generosos, sabia que el amor de una muger, y sobre todo, su primer amor, este sentimiento tan lleno de abnegacion y rendimiento, es una de las cosas que es menester apreciar y respetar mas en el mundo; pero Luciano era jóven: despues de algunos meses de felicidad, la hartura, el fastidio habian reemplazado los goces sin obstáculos, sin interrupcion, y habia vuelto á Paris jurando á la jóven volver pronto, y creyendo él mismo su juramento.

Paris es el *Letéo* de los amores de provincia; al cabo de algunas semanas, Luciano habia olvidado sus promesas. Villegli no se aparecia en su imaginacion sino como al través de una nube, y desgraciadamente para Susana esta nube se hacia cada vez mas impenetrable. Tres meses despues de su vuelta á Paris, Luciano satisfizo los deseos de su padre, tomando por esposa una jóven de una familia ilustre, que le llevaba en dote brillantes consideraciones en la sociedad, y una fortuna inmensa. La pobre aldeana de Villegli que lloraba siempre esperando todavía, no fué desde entónces para Luciano sino una memoria que repelia al instante, porque las mas veces semejaba un remordimiento. Habian pasado seis meses; una noche al volver del baile, recibió Luciano de manos de un criado, una carta que llevaba el sello de Villegli; rompió con viveza la cubierta, se habia apoderado de su corazon uno de aquellos presentimientos de desgracia que jamas engañan. A las primeras líneas se sintió conmovido.... á la última palabra prometió obedecer la súplica de quien tanto lo amaba.... Esta vez fué fiel á su promesa. Tres dias despues estaba en Cancassona. Impaciente por llegar, dejando su silla de posta, no aguardó á que se le ensillase un caballo, y tomó á pié el camino de la aldea: solo, entristecida el alma, caminaba de prisa pensando en Susana, á quien esperaba estrechar bien pronto entre sus brazos, consolar y dar aliento para que soportase la vida. Pero esta esperanza no debia realizarse. Una nueva terrible le aguardaba en su paso por el puente rojo. No eran las reconvenciones de una jóven moribunda las que le esperaban; iba á encontrarse en la presencia de un hermano ultrajado.

IV.

Mr. de Montalin estaba en Paris, y el castillo de Villegli no era habitado entónces sino por un conserge y un jardinero, y Luciano despues de haberse desembarazado, no sin trabajo, de las salutaciones de estas buenas gentes, habia subido á su cuarto, dando órden de que no se le interrumpiese. Los pensamientos mas diversos asaltaban su espíritu, y en todos ellos se dejaba ver un tinte sombrío y melancólico. ¿Cómo se habia encontrado en el camino el hermano de Susana para darle tan triste noticia? Susana habia confiado al morir al jóven aldeano un secreto que debia ocultar eternamente?--Porqué aquellas palabras:.... pero habeis vuelto, perfectamente? Lambert y su hijo se habian propuesto lavar su deshonra en su sangre, y lo habian hecho caer en un lazo? Luciano no sabia qué creer, solo, apoyado en una ventana veia bajar las sombras de la tarde sobre la aldea, y ocultarle poco á poco la pequeña cabaña, mas abajo de la iglesia, en donde tantas veces habia estrechado contra su corazon una jóven llena entónces de juventud y amor, y tendida ahora para siempre bajo la rústica cruz del cementerio. Luciano sintió oprimírsele el corazon.... La vista de la choza le dañaba.... Bajó precipitadamente al parque, corrió á sentarse en un banco de piedra, y allí con la cabeza entre las manos, pidió á Dios el perdon de su falta. El dolor tiene, cuando está en su mayor fuerza, algo que aturde y agobia; Luciano inmóvil en su asiento no echó de ver que el tiempo avanzaba y que una noche pesada y negra habia sucedido al crepúsculo, cuando una mano colocada bruscamente en su espalda, vino á sacarlo de esta especie de anonadamiento. Tembló, levantó la cabeza, y dos hombres, dos aldeanos, cubierta la frente con el ancho fieltro de que usan los montañeses, se le presentaron, saliendo de las tinieblas, como la sombra amenazadora de Hamlet. Estos hombres eran Lambert y su hijo. Luciano lo conoció sin preguntarlo; comprendió tambien que estaba perdido.... y no procuró eludir el peligro con amenazas ni desviarlo con algun ardid: los que se habian erigido en jueces suyos debian ser inflexibles en la ejecucion de la sentencia que iban á pronunciar. Luciano partió valerosamente hácia el peligro, se levantó, y cruzando los brazos, les preguntó con una voz firme qué querian?

--Mataros, se le respondió.

Luciano sabia de antemano la respuesta que le darian; pero como consecuencia de uno de aquellos vislumbres de esperanza que no abandonan nunca, quiso por último escucharlo.

--Matadme, repitió Luciano; ¿sois acaso asesinos?

--Habeis deshonrado á mi hija, murmuró la voz sorda del viejo cantero.

--Sí, he cometido una falta.... cuyas consecuencias son espantosas; pero lo que Susana me habia perdonado.... esta falta que al fin ella habia dividido conmigo, ¿no me la perdonareis tambien vosotros?

--Habéis abandonado á mi hija, esclamó entónces Lambert; abandonado á mi hija! repitió lentamente.

--Lambert, me ví obligado á volver á Paris, donde me llamaban negocios urgentes.... Pero os lo juro, queria volver, queria....

--Mentís! interrumpió Luis; fuisteis á Paris á casaros, no queriais volver.

--Y sin embargo, al primer llamamiento de Susana, porque lo sabeis, vosotros que me habeis tendido este lazo, es la primera carta que he recibido de ella.... Y sin embargo, lo veis, he venido, ¡Dios me es testigo de que al saber sus padecimientos hubiera yo dado el mundo entero por hacerlos cesar.... hubiera yo dado mi fortuna, mi vida.... por haberla oido á lo ménos decirme adios.... miento aún? decidlo. Hubo un momento de silencio, Luciano esperó. Repentinamente Lambert esclamó como despues de un momento de duda.

--No, no, seria debilidad!.... Habeis matado á mi hija, no debo perdonaros. Por lo demas, si una muerte solitaria, pronta, es lo que os espanta, consolaos, no morireis así. No quiero que dejeis la vida sin haber tenido tiempo de sentirla. Es preciso que sepais tambien lo que es verse arrebatar para las gentes á quienes se quiere y que nos aman.... que podais contar, ántes de morir, los dias, los minutos que os quedarán de vida.... Teneis un padre.... una madre.... una esposa.... ¿no es cierto?

--Bien pronto un hijo, murmuró Luciano, á quien acababa de destrozar este recuerdo,

--Ah! tambien un hijo! repuso el cantero con una voz amarga y burlona; bien, vuestro padre, vuestra madre, vuestra esposa, verán que os estinguís entre sus brazos.... acaso viviréis lo bastante para escuchar los primeros gritos de vuestro hijo.

--Oh! esto es horrible! qué quereis hacer, pues? esclamó Luciano, dirigiendo la vista en derredor de sí; yo sabré defenderme.... tal vez librarme.... me salvarán mis gritos. Socorro!!! esclamó con una voz ahogada por el terror.

--Dale! gritó Lambert á su hijo.

Al escuchar esta palabra, Luciano, que ya no vió al jóven aldeano junto á su padre, quiso volverse para hacer frente al peligro que lo amenazaba traidoramente; dos manos callosas se apoderaron de las suyas y le retuvieron como con un tornillo, procuraba desasirse gritando, cuando un sacudimiento espantoso que recorrió todo su ser, detuvo el sonido en sus labios, vaciló.... las manos que lo detenian lo dejaron al punto, iba á caer de frente.... un segundo sacudimiento, mas terrible que el primero, un golpe violento, biriéndole en medio del pecho le obligó á retroceder. Apagados los ojos, la respiracion interrumpida, el desventurado jóven dió algunos pasos atrás, estendió los brazos, procuró arrojar un suspiro... y cayó. Los dos asesinos permanecieron un momento inmóviles, contemplando su víctima; la voz de Luis fué la primera en romper el silencio.

--Padre, esclamó, ha muerto.

--No, respondió el viejo cantero, no ha recibido sino dos golpes.... aun vivirá seis meses. Partamos.

Y cada uno de los dos aldeanos levantó y puso en sus espaldas un objeto estendido á sus piés, y que le habia servido para consumar el crimen. Era un saco de tela fina de forma oblonga y lleno de arena. Despues de la muerte de su hija, el viejo Lambert, en otro tiempo habitante de las Cévenas, habia recordado durante sus largas noches de insomnio, la manera con que se vengan los montañeses, con el fin de gozarse mas largo tiempo, por un refinamiento de crueldad meridional, en los padecimientos del desgraciado que han herido. Un viejo pastor le habia esplicado en otra ocasion de qué manera dos golpes de un *sabliero* dados con una mano segura y segun las reglas siguientes: el primero en los riñones, y el segundo en el pecho, hacian á un rival poco temible, quebrantando en él el sistema de la respiracion, y obligándolo así á inclinarse á la tumba. Para una venganza mas pronta, habia continuado el pastor, la *pondo* (1) era preferible.... pero con ella la muerte sigue inmediatamente á la herida hecha por un brazo ejercitado; el *sabliero* al contrario, puede ver por el espacio de seis meses á su víctima, repuesta al pronto del sacudimiento, debilitarse poco a poco, reanimarse un instante y estinguirse despues para siempre.

La leccion del viejo pastor no habia sido per-

(1) Especie de hacha de dos filos.

dida; para satisfacer el odio que tenian á Luciano, Lambert y su hijo, se hicieron *sablieros*.

V.

En una hermosa alcoba tapizada de damasco azul, cubierto el suelo con una muelle alfombra, y cerca de una chimenea donde brilla un fuego benéfico, un hombre cuyas facciones pálidas indican sufrimientos, está recostado en una larga silla. Fijos los ojos maquinalmente en un cuadro, escucha apénas lo que lee en voz baja una jóven en-cinta sentada á su lado. Algunas veces la bella lectora se detiene para contemplar á su enfermo, y este cuyas vagas meditaciones se miran interrumpidas entónces por el silencio, le hace una ligera señal con la cabeza como para decirle que continúe.

Desde su vuelta á Paris, la enfermedad habia hecho rápidos progresos, y Luciano veia con espanto realizarse la prediccion del viejo cantero: contaba los dias que le quedaban que vivir. Su padre estaba delante de él, teniendo por la mano un jóven, vestido con el pintoresco trage de los campesinos del Languedoc.

--Luciano, decia Mr. de Montalin, imprimiendo un dilatado beso en la frente de su hijo, conoces esta visita? Muchas veces segun me ha dicho, ha guiado tus pasos en las lejanas escursiones que hacias a las montañas negras.... Es un camarada de fatigas.... de placeres.... Me ha pedido con instancia que lo condujese á saludarte, á recordarte dulces memorias.... Mira.... te tiende la mano....

Durante estas palabras, una palidez, la de la muerte, habia cubierto el semblante del enfermo.

--Hijo, amigo mio! qué tienes? esclamaron á un tiempo Mr. de Montalin y la jóven, que notaron temblando la alteracion pintada en las facciones de Luciano; sufres mas por ventura? dijeron poniéndose de rodillas delante de él: habla.... respóndenos....

Luciano no respondió. Fijó su estraviada vista en la mirada á un tiempo curiosa, irónica y sangrienta del montañés; cerró luego los ojos, arrojó un suspiro.... Fué el último.

VI.

Al anochecer del cuarto dia siguiente, Luis Lambert volvia á su cabaña diciendo con voz fuerte á un viejo acurrucado junto al hogar.

--Padre, yo lo ví morir.

M. Esteva y Ulíbarri.

HISTORIA DEL PERU.

CONTROVERSIAS DE JURISDICCION.

Mientras que los pueblos no acaben de convencerse de lo noscivo que les es distinguir con preeminencias y consideraciones particulares á dos ó tres clases sacándolas del comun de las demas como si formasen cuerpos separados del resto de la sociedad, jamas se conseguirá sistemar el órden público ni afianzar la tranquilidad de los estados. Si es cierto á todas luces que durante el régimen colonial los reinos del Nuevo-Mundo no ofrecen asuntos del mas grave intéres en su historia política, controversias de jurisdiccion con los tribunales privilegiados producen pruebas irrefragables de lo perniciosos que son. El Perú, cuyo pueblo, como dice un autor moderno, quedó reducido á la mas abyecta y degradante condicion, debido á la perfidia del gobierno español que lo tenia sometido á las mas ímprobas y ominosas tareas, el Perú ofrece ejemplos, si le damos crédito al Duque de la Palata, de las disputas mas escandalosas, durante los

hechos de su administracion, consideradas las autoridades que las movian y los medios de que usaban para sostenerse.

Llegado el Duque por el año de 68, se encontró con que los curas y doctrineros imponian á su arbitrio onerosisimas contribuciones y trató de luego á luego de impedir este atentado contra leyes de Indias, reales cédulas y disposiones sinodales de los concilios de la provincia espresas y terminantes, y al efecto ordenó á los corregidores que siempre que los curas ó doctrineros de tal modo se escediesen, cuidaran de practicar todas las diligencias posibles hasta averiguar la realidad del caso, y resultando comprobado el hecho diesen inmediatamente cuenta á los respectivos prelados. Nada por cierto atacaba esta providencia á la jurisdiccion eclesiástica, ni ofendia en lo mas mínimo la inmunidad, y mucho menos si se nota que el virey habia sido informado por los mismos prelados que habian procurado remediar este mal por medio de sus visitadores. La estension de territorio impedia á los obispos que practicasen por sí mismos la visita, asi es que nombraban á personas de confianza, pero estas se avenian facilmente con los curas, y como por otra parte esperaban serlo algun dia, estaba en sus intereses dejar en pió el abuso.

Nada de esto se ocultaba á los prelados y sin embargo, sufrió el Duque una fuerte oposicion, especialmente del arzobispo de Lima. Tuvieron éste y aquel algunas conferencias privadas, pasaron entre ellos muy fuertes y acres contestaciones, hasta que el de la Palata resolvió consultar al Acuerdo si habia obrado en el círculo de sus atribuciones naturales ó habia traspasado sus límites, y resultando que habia obrado bien nombró para que escribieran en defensa de la real jurisdiccion dando un manifiesto al público á dos oidores hombres integérrimos.

No fué dada esta comision sin motivo: el arzobispo que encontró grande resistencia en la imprenta por órdenes del virey para publicar la defensa de la iglesia, como él decia y calumniar á la propia autoridad vireinal, despues de haberle hecho presente que le negaba un derecho natural (porque entonces se reconocen por las autoridades cuando quieren hacer uso de ellos, acudió á Sevilla á hacer la publicacion y á los dos años repartió sus cuadernos. Esto movió al virey á dar la comision á los oidores de que hemos hablado, y los cuales en pocos dias la evacuaron á satisfaccion de su comitente.

Luego que llegó á manos del arzobispo el manifiesto lo declaró libelo infamatorio, injurioso á la iglesia, herético y como tal lo condenó con sus autores que fijó en tablillas sujetándolos á las censuras eclesiásticas. El virey escitó inmediatamente á la audiencia para que despachara la provision ordinaria de ruego y encargo como lo efectuó, alcanzando de este modo que les fuera levantada la censura á los notados.

Pasáronse algunos dias sin que el arzobispo volviera á hacer gestion ni hubiera necesidad de poner en práctica la providencia del gobierno, habiendo cesado los abusos que trataban de evitarse. El 21 de marzo de 685, sin embargo, cuando nadie lo esperaba se desató frenético en el púlpito predicando en su Catedral el arzobispo, en imprecaciones contra el gobierno excitando *al pueblo* á la rebelion y á la defensa de la inmunidad eclesiástica que decia habia sido violada. El prelado recurre al *pueblo* cuando se desconoce su poder, *que venido de Dios, tienen como delegados suyos los reyes y príncipes de la tierra*, porque el *pueblo debe callar siempre y obedecer*, como dijo el *Conde de Aranda*, pero los mismos que quieren hacerle callar, los mismos que querrian verle siempre sometido al yugo despótico, ocurren á él cuando el yugo los oprime á ellos mismos, é intentan sacudirle. Los mas gratuitos enemigos de la soberania popular la reconocen al fin, ya no solo en nuestros tiempos sino aun en los tiempos de grande opresion. Por esto pues recurrió el prelado de Lima al medio salvador, pero recurrió en vano porque tenia que dar movimiento á un pueblo que no se movia, compuesto, como dice el Duque mismo de la Palata, *de vasallos humildes y sencillos:* así se habia apagado el ardor marcial de los antiguos peruanos sofocado por la codicia estrangera que les habia quitado el hábito de ver y usar siempre sus aljavas y flechas y arcos deslumbrándolos con el brillo de los metales preciosos, en cuyas minas los tenia empleados en su duro y fuerte laborío

Airado el virey con el sermon del arzobispo previno á las autoridades que las fiestas de tabla las celebrasen en la iglesia de Sto. Domingo, y escribió un oficio al prelado que le disgustó á pesar de su comedimiento, segun él dice, en términos de haberle contestado que era aun mas injurioso é insultante que el *libelo infamatorio* de los oidores. Así á este prelado como á su cabildo indispuso la providencia de las fiestas de tabla, de suerte que determinó el cabildo pasar á satisfacer al virey como lo hi-

zo, saliendo reunido en cuerpo para el palacio. Allí se espresó al Duque que el cabildo en nada habia tomado parte y por lo que hacia al prelado lo juzgaba completamente arrepentido, y en consecuencia le suplicaban que revocase su determinacion. El Duque aunque contestó al cabildo dándose por satisfecho de su justificado proceder, tuvo por ridícula la disculpa de que el arzobispo le habia injuriado sin ánimo de hacerlo y mas todavia de que juzgara el cabildo que se hallaba arrepentido y no pasaba á verlo personalmente; asi que exigia que él mismo fuese á darle satisfaccion, porque de otro modo no revocaria su providencia en órden á la celebracion de las fiestas de tabla. Volvióse el cabildo con esta respuesta á su iglesia, si contento de la afabilidad del virey no satisfecho de quedar privado, como dice el Duque, *del mejor ornamento de su templo en las festividades*.

Transcurridos algunos meses sin que el arzobispo y el virey se visitasen, lo que llamaba la atencion pública, llegó tiempo en que tuviese el último que salir al Callao, y despues de despedirse de todos los prelados partió para su destino. Permaneció allí hasta concluir el asunto que le habia llevado y cuando volvió á Lima, entre la multitud de personas particulares y autoridades que le salieron al camino fué uno el arzobispo que iba en toda forma con cruzero delante, y al verle el Duque, aunque iba acompañado de su muger, dejándola sola en el coche bajó de él para entrar en el del arzobispo.

Juntos llegaron á la ciudad y hasta el palacio vireinal, causando satisfaccion y gozo á todos los que los vieron ya en buena paz y armonía como dos verdaderos amigos, cuya sólida amistad nunca ha sido interrumpida. El corazon generoso del Duque le hizo, lleno de regocijo, olvidar sus resentimientos: el Duque padeció bastante todo el tiempo que permanecieron juntos por evitar á cada momento una satisfaccion de parte del arzobispo á quien procuraba llamar la atencion sobre diversos objetos, llegados al palacio, permaneciendo un corto rato allí, el prelado se despidió y el Duque le fué á dejar hasta la puerta, de la cual se volvió cuando le vió dentro de su coche. De este modo terminaron, al contentamiento de todos, las diferencias de los gefes del estado político y del eclesiástico: uno y otro continuaron visitándose con frecuencia sin que ni aquel revocara la providencia que movió la cuestion, ni este insistiera en reclamarlo: las autoridades por consiguiente, volvieron á celebrar los dias de tabla en Catedral como antes, y todo quedó en tal estado como si nada hubiera sucedido.

Sin causa precedente de disgusto ni otro pretesto para el arzobispo, el 6 de marzo de 687 volvió de nuevo á interrumpir la buena armonía que existia entre él y el virey, el cual le dirigió sorprendido un oficio que insertamos á la letra, porque deseamos que nuestros lectores lo lean por sí mismos. Se verá en él por parte del duque la mejor buena fé cuando trata de convencer al arzobispo, de lo que estaba perfectamente convencido, se notará una gran sencillez en el mismo Duque, y se hallará que él revela que enmedio de los gobiernos despóticos y en una época en que se desconocia el orígen de las autoridades y poderes sociales, se reconoce como tal, aunque indirectamente, al pueblo. Dice, pues, así:—,,Exmo. Sr.—Hago á Dios testigo que tomo la pluma, habiéndolo pedido la gobierne para que pueda representar á V. E. sin enojo ni destemplanza, una justa queja de lo que predicó ayer V. E. en su iglesia catedral, volviendo á renovar con espresion y esfuerzo, lo que dijo y predicó V. E. contra el gobierno en otro sermon, habrá dos años, que dió causa al universal desconsuelo de esta ciudad y motivó á V. E. para las demostraciones que ejecutó saliendo á recibirme cuando volví del Callao del despacho de la armada, y yo para manifestar mas mi estimacion, me pasé á su coche de V. E. y en él entramos juntos en la ciudad, celebrando todos con grande alborozo esta concordia, y persuadiéndose, como yo tambien, que nunca volveria á interrumpirse, y estando en esta buena fé volvió V. E. ayer, sin motivo ni causa nueva, á declamar contra el gobierno y *persuadir al pueblo*, que todos los trabajos que padecian de enfermedades, hostilidades del pirata, quema de la Capitana, entrada y saqueo del Pisco, y otros insultos del enemigo, eran castigos del cielo por lo ajado y despreciado que estaba el estado eclesiástico, y que se imprimian contra la Iglesia libelos infamatorios, y en tan serio y respetoso lugar como el púlpito, salió hasta la causa del perrero, teniendo por injuria del gobierno á la Iglesia, la accion de un escribano que pudo errar el modo de hacer una notificacion del cabildo."

,,En esta queja de hallarme subprendido y vuelto á la grave y pública represion del púlpito, sin nuevo motivo, mas siento el ver malogrado mi cuidado y atenciones en mantener la buena correspondencia con V. E. *que la censura que pueden haber hecho los oyentes* (1). Y

(1) *Estraño es por cierto que no temiera el virey al*

es cierto que la disimulara si no hiriera tan profundamente el respeto y la observancia de S. M. en la defensa de la jurisdiccion y regalías, y si no fuera tan nuevo como peligroso (2) el defender estas controversias en el púlpito y proponerlas *al pueblo*, como pecados públicos que obligan á Dios á castigarlos sin reservar los inocentes, pues los que se quemaron en la Capitana, ni los que han perecido en otras partes pueden tener culpa en los despachos de los tribunales."

,,No puedo dudar que la iglesia y su jurisdiccion estaria bien atendida y amparada cuando V. E. tenia en su mano los dos gobiernos, y en aquel tiempo trajo Dios á los piratas ingleses á este mar, y profanaron los templos y las sagradas imágenes en Coquinvo y otras partes, haciendo muchas hostilidades y presas como lo ejecutan ahora (3)."

,,No podemos señalar sin relacion esta ó aquella causa determinada porque Dios nos castiga, que son tantos nuestros pecados, que por cualquiera de ellos puede venir el castigo, y debemos temerle. Y para la enmienda, solo se debe proponer al *pueblo* (4), los pecados que ciertamente lo son, y de los que puede el pueblo enmendarse. Pero si el pueblo no puede enmendarse de lo que se ejecuta en defensa de la jurisdiccion real, ni los tribunales, que saben no se exceden, tienen de que enmendarse, para ¿qué se habrá de *persuadir al público* que Dios lo castigó determinadamente por lo que hacen los tribunales contra la Iglesia? No puede esto producir otro efecto que el de *irritar al pueblo contra el gobierno y los tribunales*, mirándolos con horror como instrumentos y causas de todas las calamidades que padecen, *de que pueden seguirse las malas consecuencias* que no habrá considerado V. E. (5)."

,,Dijo V. E. que se imprimian libelos infamatorios contra la Iglesia. *Oye esto el pueblo y podrá juzgar* (6) que ya se ha perdido la religion en este reino."

No se han impreso otros papeles que los que dos ministros doctos y de buena conciencia han impreso en defensa de la real jurisdiccion y todos los hombres doctos de esta ciudad los han visto, y aunque no hayan contentado á todos, no ha habido alguno que los haya calumniado de libelos infamatorios, y si V. E. les da esta censura, la misma le podria dar á las doctrinas de varones sábios y eclesiásticos, y á los sagrados cánones, y testos en que están fundados estos escritos."

,,En todas las partes del mundo donde está bien fundada la religion católica se ofrecen estas controversias de jurisdiccion, y los prelados mas celosos han sabido defenderlas, y ácremente, hasta donde les permite el derecho; pero no se hallará en las historias que haya habido ningun prelado hasta V. E., que desde el púlpito tan espresamente haya condenado por pecado público esta natural y justa defensa que el rey tiene por jurisdiccion, y persuadir á los vasallos esta doctrina, no es de obligacion de pastor, ni de los que V. E. debe reconocer á S. M."

,,Confieso á V. E. que reconozco por castigo de mis pecados el no haber podido vencer, ni templar á V. E. con mi tolerancia (7) y sufrimiento, no habiendo visto, ni observado en mi esta república, accion de que no haya podido conocer la estimacion que hago de su persona y dignidad de V. E. (8), y ya que haya de acabar mi gobierno con esta desgracia, suplico á V. E. por el servicio de Dios y del rey, que deje correr las materias de jurisdiccion por los tribunales, sin permitir que suban al púlpito, que no son pecados, ni el pueblo se ha de enmendar ni mejorar con darles doctrina para que tengan por ateistas á los ministros, y entrambas magestades podrian llegar á ser muy

---

pueblo peruano: ya se ve, tal seria el ánimo de S. E que no temia una asonada, ya veriamos si decia en la actualidad otro tanto: creemos que sí.

[2] No pareceria hoy al Duque este modo de sostener cuestiones, ni nuevo ni peligroso, porque habria ya visto la cátedra sagrada convertida en tribuna, y al pueblo.... *pacífico*.

[3] Desde aquí se percibe la buena fé y la sinceridad del Duque, queriendo persuadir al prelado de lo que este estaba convencido.

[4] Efectivamente, solo tales pecados se deben proponer al pueblo para no convertir la cátedra evangélica en tribuna de personalidades ó de política. ¡Ojalá que los pastores de la grey cristiana se contentasen con ejercer su ministerio apostólico, sin meterse en otras cosas que hacen al pueblo fanático y lo conducen por un camino estraviado.

[5] *¿A qué no habia previsto el venerable prelado tales consecuencias....?—S.*

[6] Para que el pueblo juzgue, es necesario que sepa ántes lo que juzga, y sobre todo, ,,quid refert mea cui serviam, clitellas dum portem meas," dijo Esopo, y ademas, ¿por qué temer tanto al pueblo, cuando ,,omnis potestes á Deo est....?

(7) Ni se vence así un tigre.—S.

[8] Esta es la causa del mal.—S.

[illegible]

La Espora, y la [illegible]

ofendidas, si se asentase en sus corazones esta doctrina; pero estoy muy cierto que la oyen con lástima, y que reconocen que el gobierno y los tribunales, no han dado justa causa para que dure tanto el enojo; yo aseguro á V. E. que no le tengo y que solo escribo estos renglones por satisfaccion de mi propia conciencia, para poderla dar á Dios y al rey."

,,Nuestro Señor guarde á V. E. largos y felices años como deseo. Lima y marzo á 7 de 1687. --Exmo. Sr.--B. L. M. de V. E. su atento servidor.—*El Duque de la Palata.*"

La contestacion que se dió á este papel, como lo hace el Duque, fué una protesta *sincera del reverendo* arzobispo, de no volver á hablar en aquella cuestion. El virey se propuso tolerar, y así consiguió que el prelado cesara en sus contiendas. ,,Acabó este punto, dice la relacion de la Palata al de la Monclova, de controversias de jurisdiccion, condoliéndome con V. E. de la distancia para esperar los remedios, pues habiendo dado cuenta de estos sucesos á S. M. con despachos de 14 de febrero de 1685, hasta ahora, (es decir, 1688), no he tenido ni ha venido resolucion en lo material.' *Benéficos resultados, grandes ventajas* de los gobiernos unitarios.--CARLOS M. SAAVEDRA.

CUADRO DRAMATICO.

LA ESPOSA Y LA QUERIDA.

Á LA SEÑORITA DOÑA DOLORES PEREZ CASTRO.

(La escena pasa á fines del siglo XV en el salon de un castillo gótico.)

PERSONAGES.

EL CONDE DON ENRIQUE.
DOÑA ELVIRA, [su muger.]
DOÑA URRACA, [su querida.]
UN CABALLERO.
UNA DAMA DE HONOR.

ESCENA I.

Doña Urraca.

OH destino fatal! destino horrible
El que en la vida á la muger arrastra,
El que hoy eleva su ambicion á un trono,
Y en el cieno tal vez la hunde mañana:
Negra fatalidad, que me persigues
Desde la cuna que abrigó mi infancia;
Tú que secaste de virtud el gérmen
Que en la niñez alimentara el alma;
Tú que empañaste mi serena frente
Con el aliento de la eterna infamia;
Que derribaste de su cielo al ángel
Para abatirlo hasta el infierno, aguarda,
Detente por piedad, al precipicio
No me arrastres aun, donde inhumana
La desesperacion pide una presa
Para clavarle su sangrienta garra.
Un momento no mas: quiero su sangre,
Saciar anhelo mi infernal venganza,
Quiero gozarme en su agonía lenta,
Romper quiero yo misma sus entrañas:
Un momento no mas: tras él la muerte,
Su honda inaccion que al corazon espanta,
¿Qué me importa, si el fuego de mis celos
Con sangre sofoqué, con sangre odiada?
Mas..., ¿es posible que tan presto huyeran
De mi semblante, juventud y gracias;
Que el fuego de mis ojos se estinguiese?
Que perdiera mi voz su dulce magia.

Tan presto, ¡oh Dios! tan presto de mi seno
Borró la edad la morbidez liviana?
Tan presto el corazon perdió el encanto
Con que muelle en el pecho palpitaba;
Que de mis brazos desprendido Enrique
Y acariciando otra beldad amada
Eterno amor la jura, como un tiempo,
Para arrastrarme al crímen me jurara?
No es cierto, no, que el corazon palpita
Como ántes todavía. y fuego lanzan,
Fuego de amor que mis pestañas quema
Los ojos que contemplan sus infamias.
Solo el vil interés, tan solo él pudo
Infundirle otro amor, agena llama
Encender en su pecho, adversa suerte,
Mi horrible situacion aun no te sacia!
Do quiera, á todas horas me persigue
Y me atormenta la memoria amarga
De aquella edad en que el candor sencillo
Guiaba el corazon; crece mi rabia
Cuando recuerdo los serenos dias
En que la frente, sin la negra mancha
Del torpe vicio, en el hogar paterno
Con plácida sonrisa levantaba.
¡Cuán tranquila corria mi existencia!
¡El corazon entónces, con qué calma
Dentro el pecho latia! ¡Cuántas veces
Cansada al parecer de dicha tanta,
Sin haber nunca del amor gustado
El placer seductor, ni la desgracia
Haber sufrido del desprecio nunca,
De ese desprecio que devora y mata,
Anhelé padecer, y entre sollozos
Lágrimas derramar, ¡desventurada!
Que aun ignoraba que el amor funesto
Destrozaria sin piedad el alma.
Yo recuerdo la noche, aquella noche
Primera en que le ví; lasciva el aura,
Mecia apénas las dormidas flores,
Rizaba apénas las tranquilas aguas:
La luna en el zenit su luz vertia;
Yo fijaba en el lago mis miradas,
Y en éxtasis divino sumergida,
Bajo las alas del amor soñaba.
Creia ver en mi delirio grato
Un guerrero postrado ante mis plantas,
Que ántes yo viera conducir triunfante,
Ilustre vencedor de cien batallas:
Yo le amaba de entónces, yo gemia
Víctima triste de pasion infausta;
Y devorando de mi amor las penas,
Yo vagué desde entónces solitaria.
El lago, el bosque de mi amor testigos
Correr veian mis ardientes lágrimas,
Y escuchaban mis quejas, mis lamentos
A mi duelo insensibles las montañas.
Esa noche, de pronto ante mis ojos
Apareció, como vision fantástica,
Ese mismo guerrero que encendiera
En mi de amor la abrasadora llama.
Yo le miré, por su pasion guiado
Venir á mí con plácida esperanza,
Prestarme adoracion, y embebecido
Para siempre jurarme amor, constancia.
Hablóme de ventura, de una dicha
Tan solo á los amantes acordada,
Dulce en el esplendor de los palacios,
Dulce en la oscuridad de las cabañas:
Me estrechó entre sus brazos, era tanto
Lo que le amaba, que creile incauta,
Y trémula de gozo y de contento,
Miré su llanto, contemplé sus ansias.
Por él dejara lo que mas el pecho
Amó en la edad de la tranquila infancia;
Por él todo lo diera, hasta la vida,
Si esta fuera á su amor ofrenda grata.
«Ven, partamos,» me dijo, y al instante
Le seguí yo con ciega confianza;
«Yo no seré tu esposo» ¿qué me importa
La deshonra á tu lado, qué la infamia?
Y así me ultraja y me desprecia ahora,
Cuando por él al crímen arrastrada,
Al borde mismo del voraz infierno,
Yo le adormia con caricias blandas?
Y otra muger recibirá en su labio
El beso ardiente que quemó mi alma?
Y en mi presencia ensalzará su nombre?
Y en mi presencia le dirá que la ama?
Ah! no, nunca, jamás, de oprobrio llena
La muger ofendida se levanta,
La querida ultrajada, sangre pide,
Para apagar con ella su venganza....
Pero él no morirá, que tanta ofensa
Que así mi orgullo de muger ultraja,
El corazon que le adoró y le adora,
Con amor mas ardiente débil paga.
Ella tan solo morirá, solo ella,
Esa rival que con astucia y maña
Supo arrancarle de mis brazos, y hora
Entre los suyos con amor le enlaza....
Mas, cómo separarla de su lado?
¿Cómo hacer que de Elvira á las entrañas
Por mis celos guiado, el mismo Enrique
Llegue, furioso, á sepultar su daga?
Oh desesperacion! un medio, un medio
Para apagar de la terrible maga
Esa mirada que mi encanto ofusca,
Que me hunde en el dolor, que me anonada.

(Una voz fuera del castillo cantando.)

I.

Ay! en vano
Yo suspiro,

¿Qué te importa
Mi dolor?
Tú no escuchas
Los lamentos
Del que olvidas
Sin razon.
Del amante
Que te adora
Ten, Elvira,
Compasion.

II.

Olvidaste
Que en la infancia,
El destino
Nos unió?
Yo no olvido
Nunca, ingrata
Tu ternura,
Tu candor.
Al amante
Que te adora
Vuelve, Elvira,
Tanto amor.

III.

Por la noche,
Cuando sale
Del castillo
Tu señor,
Yo te llamo,
No respondes
Al quejoso
Corazon:
Del amante
Que te adora
Ten, Elvira,
Compasion.

IIII.

Ven, partamos,
Tú me adoras,
Que el destino
Nos unió;
Vamos léjos
De este suelo,
Ven, alivia
Mi dolor.
Al amante
Que te adora
Vuelve, Elvira,
Tanto amor.

(Doña Urraca continúa.)

Esa triste cancion en que se nombra
A Doña Elvira, que las penas causa
De un amante... qué idea, ah! tiembla, tiembla
Rival, que el gozo del amor embriaga.
Tu víctima serás, la mano misma
Del que ahora ultrajándome te halaga,
Te oprimirá con inaudita furia;
Desgarrará, infelice, tus entrañas.

(Dirigiéndose á una puerta del fondo y llamándo en voz alta)

Hermancia, Hermancia

Una dama entrando.

Que mandais Señora?

Doña Urraca.

Que un page del castillo presto salga,
Y conduzca á esta sala silencioso,
A un caballero que à sus muros canta.
Que le diga que á lástima movida
Por sus penas acerbas, una dama
De la condesa Doña Elvira, quiere,
Puede colmar su situacion tirana.

La Dama.

A obedeceros voy.

Doña Urraca.

Ah! Volad presto
Instantes deseados: ¡como tarda,
Con que pasos tan lentos viene la hora
Que el destino concede á mi venganza.

ESCENA II.

DOÑA URRACA. UN CABALLERO.

Una voz dentro.

Entrad, aquí os aguarda.

El Caballero

(Entrando y dirigiéndose á Doña Urraca.)

A vos señora
Debo tanto favor? ¿sois vos acaso
La que dolida de mi amarga pena
Que moviera á piedad al mismo mármol;
Verter quereis en el cuitado pecho
El consuelo que ha tanto busco en vano?
¿Sois por ventura el ángel que siguiendo
Va de mi vida los errantes pasos?
¿Quereis, podeis dar fin á mis pesares,?
Desplegad, os lo ruego vuestros labios,
¿O tan solo con vanas esperanzas
Quereis dar tregua á mi copioso llanto?
Quien sois, decidme, que interes tan grande
Os causa al parecer un desgraciado?
Ah! señora, dejad que agradecido
Bese yo vuestras plantas....*(dobla una rodilla)*

Doña Urraca,

(Lavantándole)

Levantaos,
Nada me agradezcais, que los deseos
Del corazon en esto satisfago.



Ah! cuanto he padecido, cuantas lágrimas
He vertido, señor, al escucharos!
Yo no ignoraba, no, que sois amante,
Y amante sin ventura, despreciado!
Por eso me movieron vuestras quejas,
Es tan duro el desprecio, tan amargo!
Yo puedo disipar vuestros pesares
Volviendoos tal vez al bien amado.
Amais á Doña Elvira ;ha mucho tiempo
Que este amor para mí no era un arcano.

El Caballero.

Gracias, gracias, señora; en vos contemplo
Un ángel de bondad á quien mi canto
A compasion movió, que no ignorabais
Que del desprecio el venenoso dardo
Atravesaba mi alma; sí, sabedlo,
Sabedlo de mi boca, yo á ella la amo,
La amé desde la infancia: siempre unidos,
El uno junto al otro respirando,
Ella encendió este amor con sus miradas,
Ella nutrió este amor con sus encantos.
Me amaba ella tambien, yo la adoraba,
Amarnos para siempre nos juramos,
Y así enlazados nuestra eterna dicha
Veiamos llegar año por año.
Mas ah! que de mi lado de repente,
Oh! destino fatal la arrebataron,
Y como el humo leve huyó mi dicha,
Y mi esperanza marchitó el quebranto.
Yo la miré de la mansion paterna
Salir, oh! Dios con vacilantes pasos;
Volver á mi su pálido semblante,
Lleno de angustia é inundado en llanto.
Me amaba todavia! en sus miradas
Comprendí yo, señora que cesado
Su ardiente amor no habia y desde entónces
Juré arrancarla yo de entre los brazos,
De ese rival que la robó á mi dicha,
De ese rival que me usurpó su mano.
Desde entonces errante, por las noches
De este castillo las murallas guardo
Y acecho cuidadoso los momentos
En que se ausenta el conde, solitario
Dejo entonces oir mi voz quejosa
Mi llanto, mis suspiros; pero en vano
Que insensible á mi amor no escucha Elvira
Los lastimosos ayes que yo exhalo....
Yo me engañé, su corazon perjuro
Engañó mi dolor, burló mi llanto;
Yo la creí sincera, cuando alegre
Tal vez rompia de mi amor los lazos.

Doña Urraca.

Os engañais, Señor, Elvira os ama
No lo dudeis, ella os adora tanto
Como vos....

El Caballero.

Qúe habeis dicho? ¿que me adora?
Repetidlo por Dios, no me ha olvidado?
Es fiel á su promesa, y condenaba,
Injusto yo, su corazon por falso! ...
Pero quien sois, decidme que enterada
De mi pasion estais á tanto grado?
Quien sois?, quien sois?

Doña Urraca.

Oidme, caballero:
Una dama soy yo que destinaron
Al servicio de Elvira desque vino
A habitar el castillo do la trajo
El conde Don Enrique; pobre jóven!
Pobre Elvira, señor con el tirano
Que en suerte le tocara para esposo:
Yo la compadecí, porque era tanto
El dolor que en sus ojos revelaba;
Tanta la angustia de su rostro pálido
Y hermoso al mismo tiempo, que era fuerza
Tener un corazon de duro mármol
Para no acompañarla en los sollozos
Que la arrancaba su dolor infausto.
Lágrimas tristes derramé con ella,
Y ella que así me contempló á su lado
No dudando de mí, confió á una amiga
Los secretos de su alma: cuanto acabo
De escuchar de vos mismo ella me dijo;
Me dijo que engañada la arrastraron
Y la unieron por fuerza con Enrique,
Con ese conde que aborrece tanto,
Cuanto á vos os adora. Hoy mas que nunca
Os ama ella, señor, llora su engaño,
Y para mas martirio, por la noche
Desde su lecho escucha vuestro canto,
Sin poder, pues que vive aprisionada
Dulce consuelo en vuestras penas daros.
Ella resuelta está, nada le importa,
Por vos, por vuestro amor todo dejarlo;
Ella huirá con vos de este castillo
Donde vive y respira su tirano,
Si vuestro amor de la tranquila infancia,
Vuestra dicha pasada recordando,
La esperais á los muros del castillo
Para llevarla de la tierra al cabo.
Me lo ha dicho señor vertiendo lágrimas
Y yo que os compadezco, al escucharos
Quise arrancar á la infeliz Elvira
De entre las garras del mortal quebranto.
Que respondeis?

El caballero.

(Saliendo de una especie de enagenacion en que habrá estado sumergido)

Que apenas tanta dicha,

Tanta ventura creo. Despreciado.
Y ya sin esperanzas me juzgaba,
¡Y esto no era verdad, oh cielo santo!
Ella me adóra, y por mi amor dispuesta
Está todo, oh! ventura, a abandonarlo!
Ella huirá conmigo! . . . si, mi Elvira
Presto los dos, sin dilacion partamos;
Lejos de estos lugares horrorosos,
Tú reclinada en mis amantes brazos,
Yo recibiendo de tu amor el beso,
La eterna dicha gustaremos ambos. . . .
Pero presto, señora en esta noche. . . .

Doña Urraca.

En esta noche misma habeis pensado . . . .
Imposible será.

El Caballero.

No hay imposibles
Al que ama, como yo.

Doña Urraca.

Mas meditadlo, . . .
Quizá ella no podrá . . . .

El Caballero.

¿Que la detiene?
¿A ese conde feroz adora acaso?
No le odia, como yo? . . .

Doña Urraca.

Si . . . . Mas tan presto

El Caballero.

Presto habeis dicho? ah! no, que mucho tardo,
Segun la fuerza de mi amor ardiente. . . .
La arrancaré esta noche de sus brazos.

Doña Urraca.

Resuelto estais en fin?

El Caballero.

Estoy resuelto.

Doña Urraca.

Pues bien, solo os exijo, que en el acto
Un papel escribais que testifique
A la condesa que con vos he estado:
Decidle en él que preparada se halle,
Pues esta noche meditais su rapto
Ya que no adora al conde, y que á vos solo
Su amor el corazon ha consagrado.

El Caballero.

Os obedezco. (*Se retira á un lado y escribe*).

Doña Urraca. (aparte)

Oh! dicha, el ha creido
Cierto, cuanto forjaron mis engaños:
El mismo amante á su inocente cuello
Echa el dogal que apretará mi mano.

El Caballero.

Aquí teneis, señora . . . (*presentándole el papel*).

Doña Uurraca. (tomándolo)

Partid luego
Pasa el tiempo veloz, aprovechadlo;
Y cuando esteis, de vuelta, desde el muro,
Hacédnoslo saber por vuestro canto.

El Caballero.

Mucho os debo, señora, quiera el cielo
Que tanto, como haceis pueda pagaros

(*Sale*)

ESCENA III

DONA URRACA SOLA.

(Viendo el papel con júbilo)

En mis manos por fin está su vida . . . .
Gracias, gracias, destino inexorable,
Yo anhelaba venganza, y un momento
Me has concedido ya para vengarme. . . .
Pero ella es inocente . . . . y que me importa,
Si en mi la llama de los zelos arde?
Si me usurpa en su lecho sus caricias. . . .
Ella perecerá, quiero vengarme.

ESCENA IV.

DOÑA URRACA. EL CONDE.

El conde (sin reparar en doña Urraca.)

Llega un tiempo en que el hombre arrepentido
De los errores de la edad primera,
Se acoge á la razon que le encamina
De la virtud por la ignorada senda:
Tiempo en que el hombre que se ve acosado
Por el cruel aguijon de la conciencia,
De juventud ardiente las locuras
Abjura para siempre; en mí la prueba
Veo de esta verdad, cuando olvidando
La vida licenciosa y turbulenta
Que he llevado hasta aquí, tranquilo, alegre,
A los goces pacíficos que encierra
El doméstico hogar me entrego ahora.
¡Cómo cambió su curso mi existencia,
Pues en arroyo manso se ha tornado
De soberbio torrente que ántes era!
Ella, tan solo Elvira domar pudo
Esta alma que yo abrigo altiva, inquieta;
Por eso la amo tanto, porque atada
Tiene mi voluntad con su belleza....
Tras las fatigas del pasado dia,
Cuando el silencio de la noche re...
Voy en su seno á reposar, felices

Los que una esposa á su regreso encuentran,
Como la mia, á sosegar su pecho
Con su sonrisa angelical dispuesta.
Tarde, muy tarde es ya, ¡cuán impaciente
Estará por mi ausencia.

(Se dirige á la puerta del fondo.)

Doña Urraca.

(Acercándose y tomándole del brazo)

Enrique, espera.

El Conde.

(Sobresaltado y sacando la espada.)

Ah! ¿quién se atreve á detener mis pasos
En mi castillo mismo? su cabeza
Pagará su osadía.

Doña Urraca.

Soy, Urraca.
Qué ya no me conoces? Tal las penas
Han demudado mi semblante? Presto,
Muy presto, Enrique tu memoria entrega
A olvido las facciones de una víctima
Que en cambio de tu amor, su honor te diera.
Muy pronto me olvidaste...y que me importa?...
Yo insensata pretendo darte quejas,
Cuando hora mas que nunca soy felice....

El Conde (apoyado en el puño de su espada.)

Sois vos, señora?....

Doña Urraca.

Sí, yo soy: te aterra
Acaso en este sitio, á tales horas,
De tu antigua querida la presencia?

El Conde.

Aterrarme?.... no, no, que mas que nunca,
Mi corazon vuestro furor desprecia.
Mas si queriais algo, decid¡luego,
Pues tengo que partir, que la impaciencia
De estrechar á mi Elvira entre mis brazos
Me agita, doña Urraca, me atormenta.

Doña Urraca (con cólera reprimida).

Mucho la amais por cierto.

El Conde.

En esta vida
A nadie he amado yo, cual la amo á ella.

Doña Urraca.

Os es tan fiel!....

El Conde.

Y lo dudais?

Doña Urraca.

Dudarlo!
Y habia de dudarlo, cuando cierta
Estoy....

El Conde.

Qué proferis? Callad, señora.

Doña Urraca.

Digo que cierta estoy de su inocencia?

El Conde.

Despechada venis, movéisme á lástima:
Mal que os pese, señora, vuestra lengua
Ha dicho la verdad.

Doña Urraca.

Tal fué mi intento;
Y como entre nosotros solo quedan
Ya lazos de amistad, hoy vine á daros
De encuentro tan feliz la enhorabuena.

El Conde.

Mucha es vuestra amistad.

Doña Urraca.

Tanta, que quiero
Para que nunca os mate duda acerba
Daros un testimonio irrecusable
De la heroica lealtad de la condesa.
(Le presenta el papel del amante de Elvira.)
Guardadlo, conde, y conservad por siempre
De mi fina amistad tan grande prueba.

(El conde lee para si el papel, Doña Urraca continua aparte)

Ah! se encienden sus ojos, y en su rostro
Veo pintarse turbacion funesta,
Los zelos le devoran; ya su mano,
Sus miembros todos convulsivos tiemblan.
Víctima ella será que mi venganza
Dejará con su sangre satisfecha.

El Conde (volviéndse á Doña Urraca.)

Atroz calumnia!... Me engañais, señora,
Este papel es impostura vuestra,
Es imposible que maldad tan grande
En las entrañas de mi Elvira quepa.

Doña Urraca.

La juzgais impostura! no, que es cierto
Cuanto acabais de ver en esas letras
Que ella nunca os ha amado, y que ama á otro
Por quien va á abandonaros, os revelan,
Yo del amante mismo he recogido
Ese papel que la verdad comprueba,
Y he venido tan solo á recrearme
En ver tu angustia y tu dolor, yo mesma
Dándote de la fuga de tu esposa,
Conde perjuro la terrible nueva.



El Conde (impaciente).

Calla, muger inicua.... Pero es cierto
Que ella no me ama? es cierto que me deja?
Ah! si medita en tal, antes mi espada *(empuñandola.)*
Dará fin prematuro á su existencia.
Es cierto, es cierto?

Doña Urraca.

Si, nunca te ha amado
Quizá en este momento ella se aleja
Para siempre de tí, destino mio,
Hoy del perjuro á mi sabor me vengas!

El Conde.

Ella partir con otro! . . . oh! infierno, infierno
Antes quieren mis zelos que ella duerma
En el silencio eterno del sepulcro
Que de otro amante entre los brazos verla

(Dirigiéndose á una de las puertas).

Elvira, Elvira.

Doña Urraca.

A tu furor te dejo
Entregado, perjuro

El Conde.

No contesta
Huido habrá. . . .?

Doña Urraca.

Los zelos en su pecho
En fin nacieron, mi venganza es cierta.

(Sale.)

ESCENA V.

EL CONDE, ELVIRA, DOÑA URRACA

(fuera y oculta nada mas por la puerta; preparada á escuchar lo que pasa dentro).

Elvira (saliendo precipitada.)

Tu me llamas Enrique?

El Conde (vacilante.)

Yo?... si.... Elvira.

Elvira.

Mas, porque causa tu semblante encuentro
Demudado? Tú tiemblas. . . .

El Conde.

No, no es nada
Tus ojos te engañaron.

Elvira.

Que misterio!. . . .
Por que, Enrique me ocultas tus cuidados,
No soy yo de tu amor el digno objeto?
Háblame por piedad, dime que sufres
Y yo á tus cuitas buscaré remedio.

El Conde.

Sí, Elvira, mucho sufro; mas son tales
De mi alma los atroces sufrimientos
Que.... Mas en vano te diria, Elvira
Los males que desgarran este pecho.

Elvira.

Ah! por piedad, Enrique ¿no te mueven
De tu esposa las lágrimas, los ruegos?

El Conde.

Lloras, Elvira, ¿por ventura me amas?

Elvira

Y pudiste dudarlo? oh! justo cielo
Por que delito castigais á Elvira
De su esposo en el alma introduciendo
Esa duda fatal? yo te amo, Enrique,
Como hasta aquí te amé

El Conde.

Tu labio al ménos
Así lo ha repetido muchas veces;
Mas no tu corazon, que allá en silencio
Me odia tal vez, tu me has temido Elvira,
Mas nunca me has amado, esto es lo cierto

Elvira.

Tu deliras Enrique, pues te gozas
En dar á mi alma tan atroz tormento.
Que no te he amado nunca.... que no te amo....
Comprender tanta ofensa, yo no puedo

El Conde.

(Acercándose á Elvira)

Yo si, señora, lo comprendo todo:
Vosotras las mugeres en el seno
Ocultais la ponzoña, y en los labios
Con miel brindais al que os adora crédulo:
Un hombre os ama, como á Dios amara,
Con mas ardor á veces, con mas fuego;
Os entrega su honor, su honor, señora,
Nunca manchado, como el dia terso;
Vosotras le engañais, manchais su nombre
En sus entrañas derramais veneno,
Meditais en secreto su deshonra
Y en su presencia le halagais, el cielo
Os dió un cuerpo de arcángel y en vuestra alma
Puso toda la astucia del infierno.
Me comprendeis ahora?

Elvira.

Enrique, Enrique
Yo no comprendo tu furor....

El Conde.

Los zelos



Suceden al amor, clama el esposo
La esposa confundida, de su yerro
Pide perdon de hinojos....

(Un momento de silencio)

Vos señora
No os sentis por amor remordimiento
Acosada al oirme?... Nada ignoro
Sé que me aborreceis, y que á otro dueño
Vuestro amor entregais, ah! Doña Elvira,
Si vierais cuanto en mi interior padezco!

Doña Elvira (Sollozando.)

¿Y habeis creido vos que alimentara
Tanta maldad mi corazon....

El Conde.

Silencio
Silencio Doña Elvira.... Pero tanto
No es posible sufrir, estoy ardiendo
De rabia, de furor, leed, perjura
(Presentándole el papel de la escena anterior)
Negadme todavía que mis zelos
Son infundados; le esperabais hora,
Venga á llevar vuestro cadáver yerto

Doña Elvira.

Piedad, piedad

El Conde.

Leed, ó á vuestra vida
Daré yo fin con mi terrible acero

Doña Elvira (leyendo)

Elvira mia, puesto que no has olvidado nuestro amor de la infancia, está preparada para la hora en que oigas por segunda vez mi canto; esta noche misma te arrancaré de los brazos de ese tirano á quien odias, y libre de cadenas serás feliz á mi lado-- Tu amante--Eduardo.

El conde (quitándole el papel.)

Qué respondeis, señora?

Elvira.

Que es calumnia,
Calumnia y nada mas; quieran los cielos
Que si miente mi labio, en este instante
Un rayo me aniquile: yo no niego....
Escuchadme, señor, que voy á hablaros
Como yo hablaré un dia al juez tremendo.

(Suelta el conde la espada, se sienta y escucha; Doña Urraca desde la puerta escucha igualmente con interés.)

No niego que le amé desde la infancia;
Que fué grande mi amor tambien confieso;
Que creció con la edad, porque á su lado,
Yo respiraba su amoroso aliento,
Y que premiado con mi mano hubiera
Su amor que el vuelo no apagó del tiempo,
Si con voz enlazado no me hubiesen,
Si mis lábios de amor el juramento
No hubieran proferido; mas tan solo
Consagraros á vos, juré, mi afecto,
Y desde entónces á mi amor pasado
Eché por siempre del olvido el velo.
En vano él ha querido recordarme
Los dulces dias de mi amor primero.
Yo amante suya le adoré, y esposa
Del conde D. Enrique, desprecielo.
Yo no os amaba, conde, y sin embargo,
Un amor para vos crió mi pecho,
Yo no le despreciaba, le queria,
Y mi pecho para él crió un desprecio,
Que tal es el deber que los arcanos
Del Dios inescrutable me impusieron.
Esta es, Enrique la verdad, lo juro;
Mi confesion oisteis, y los cielos
Permitan que sus rayos vengadores
Me hieran, me aniquilen, si yo miento.

El conde (presentándole el papel.)

Y este papel?

Doña Elvira.

Repito que es calumnia,
Engaño vil, que corazon perverso
Envidioso tal vez de nuestra dicha,
Para perderme, meditó y perderos.

El Conde.

Calumnia.... Engaño vil.... grande es señora
De vuestro corazon el fingimiento:
Fugaros del castillo meditabais
Esta noche con él, mi amor vendiendo,
Y descaro teneis para negarme....

(Aparte.)

Pero bien puede ser que en su despecho
Urraca meditara tal engaño
Para perderla.... sí.... que yo no puedo
Creer que quepa tan atroz perfidia
En su alma, oh Dios.... Elvira, yo te ruego
Que declares, por mí, que tú ignorabas,
Cuanto te imputa este papel funesto;
Que tú no eres culpable, dime, Elvira,
Calma mi agitacion mis sufrimientos,
Esta duda disipa que carcome
Mi corazon, Elvira, y mi cerebro.

Doña Elvira.

Soy inocente, Enrique, yo lo juro
Por el Dios que me observa justiciero,
Que de ese infame crímen, mi conciencia
Escenta vé desde su trono excelso.
Si yo fuera culpable, de rodillas

Implorando perdon, doblando el cuello
Te pidiera la muerte, pues solo ella
Calmaria mi atroz remordimiento;
Mas no, que yo orgullosa me levanto,
Porque sin culpa, Enrique me contemplo,
Porque nunca, jamas he dado oidos,
Desque me uní contigo en lazo eterno,
A mas amor que al tuyo....

El Conde.

Elvira, Elvira,
Eres pues inocente?.... ah! me arrepiento
De haber dudado así.... Calumnia, engaño
Es esto y nada mas?...

Doña Urraca (aparte.)

Ah, mis esfuerzos
Vanos salen; mas no, que á mi venganza
Aun el destino le conserva un medio.

El Conde.

Calumnia.... Engaño.... mas la amarga duda
Mantiene aun el corazon incierto.

(Una voz fuera del castillo cantando.)

Sal paloma, deja, deja
Del milano la guarida,
Ven querida,
Que la noche se adelanta,
E impaciente yo te aguardo,
Yo, tu Eduardo.

Un corcel veloz conmigo
Traigo, Elvira, ven señora,
Y muy léjos de este suelo
Donde gimes sin consuelo
Estaremos á la aurora.

Doña Urraca.

Oh! placer...

El Conde.

Ese canto.... Habeis oido?
Habeis oido, Elvira? ya el momento
Llegó de que partais.... él os aguarda,
Partid sin dilacion, que esto un misterio
Será para el esposo, ¿qué os importa
La fé que le jurasteis? ¿indiscreto
No os entregó su honor? ausente ahora
Está, partid sin dilacion.

Elvira.

Yo muero!

El Conde.

Mucha astucia teneis, pues para el conde
Esta trama infernal era un secreto.

Elvira.

Enrique, por piedad....

El Conde.

Ah! sí, maldita,
Maldita la belleza que en un beso
Nos da á beber la muerte.

Doña Urraca.

Empuja, empuja
Oh! destino, su mano.

El Conde.

Inmundo insecto
Hipócrita muger, llama al amante
Que venga ya por tu cadáver yerto. *(La hiere.)*

Elvira (cayendo.)

Ah!

El Conde.

Muere perjura.

Doña Urruca (entrando y en voz alta.)

Era inocente.

(El Conde volviéndose á Doña Urraca y soltando la daga.)

Urraca!
Que era inocente has dicho?

Doña Urraca.

Sí, mis celos
Su muerte ocasionaron: conde Enrique,
Recuerda que por ella en el infierno
Me hundiste de los celos.

El Conde.

Inocente,
Inocente mi Elvira!.... *(cae desmayado.)*

Doña Urraca.

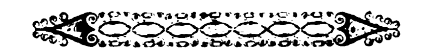
Ah! yo contemplo
Con gozo tu dolor, como tú viste
Mi desesperacion con gozo un tiempo.
Gracias, gracias, destino irresistible
Que en este mundo me conduces ciego;
Gusté en fin la venganza deseada,
La querida triunfó, la esposa ha muerto.

Mayo 29 de 1844.

Ramon I. Alcaraz.



GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.



DON DIEGO FERNANDEZ DE CORDOVA,

Marqués de Guadalcazar. Decimotercio virey de la Nueva-España. De 1612 á 1621.



1612.

PARECIA destinado el gobierno de la audiencia para presentar á México ejecuciones patibularias y escenas de horror, ó mas bien, que la audiencia se complacia en hacer tales ejecuciones, como el mayor instrumento del despotismo, que la corte pudo establecer en la mejor de sus colonias. Es, pues, el caso, que muerto el arzobispo-virey, entró á gobernar como debia ser, en el entretanto que otro fuese nombrado, la audiencia, y apénas hubo tomado el mando, corrió el rumor de otro levantamiento de los negros: dictó las providencias que eran de su resorte, á fin de defender la capital, y lo propio se hizo en las ciudades vecinas, á donde corrió el mismo rumor! Los dias de la semana santa no se celebraron, permaneciendo cerrados los templos y las casas, tanto en México como en los demas lugares, á donde igualmente se habia esparcido la falsa noticia, é intimidado, como es de suponerse, á todos sus moradores. Aunque no sea un hecho grande, sí por lo rídiculo merece referirse lo que trae el padre Cavo, de que en la noche del jueves santo, en que se anunciaba que habia de tener lugar la rebelion, se oyó una gran gritería, y amedrentados todos juzgando que se acercaban los negros, temian salir á saber qué producia aquel ruido y se pasaron la noche en vela, esperando por momentos la muerte; á la madrugada del dia siguiente se desengañaron de que eran unos cerdos que entraron la noche anterior, los que causaron la alarma. Pasada la semana santa, es decir, en la Pascua, cuando resultó falsa la noticia, se mandaron ejecutar veintinueve negros y cuatro negras en un mismo tiempo, á lo que asistió un inmenso gentío, y tal, que no cabiendo en la plaza, se llenaron las calles inmediatas; curiosidad propia de todos los siglos, pero muy mas estraña en el siglo XIX, en que se miran como inmorales los patíbulos de un drama! Ya hemos visto el castigo que se aplicó en la época de Velasco el segundo, cuando era efectiva la rebelion, y ya vemos ahora lo que se hizo, siendo solo un vago rumor, así como vimos la ejecucion de los Dávilas y la libertad del marqués del Valle, en tiempo de Peralta. Permanecieron suspensos en los patíbulos los ajusticiados tanto tiempo, que llegaron á corromperse, despidiendo como era natural, un hedor fétido, y solo esto obligó á la audiencia á hacer que fuesen bajados, y se les diera sepultura. Cerróse este periodo de desgracias con un fuerte temblor que acaeció en el mes de agosto, á semejanza del que habia habido en el propio mes del año anterior, cuando Velasco se hallaba en camino para la Veracruz.

La llegada en 28 de octubre del virey marqués de Guadalcazar D. Diego Fernandez de Córdova, puso fin al gobierno de la audiencia. Le fueron comunicadas órdenes del rey para que en su nombre tomase posesion del colegio de San Pedro y San Pablo, dando la administracion de sus rentas á los jesuitas. Este establecimiento estaba destinado á la instruccion de la juventud de México: algunas dificultades embarazaron dar cumplimiento á la real disposicion.

El conato de Velasco el segundo porque floreciese el comercio de la Nueva-España le hizo mandar al Japon la embajada de que hemos hablado en la segunda época de su gobier-

Litog. Mexicana



D. DIEGO FERNANDEZ DE CORDOVA
13 Virey de la N.a E.a

no, pero no correspondió á su deseo el resultado de la mision, porque mal informado el señor de aquel pais por un inglés que, como era natural, habia de desacreditar á los españoles, persiguió de muerte no solo á los comisionados, sino á los demas religiosos que ya se habian establecido allí, pues que el inglés le dijo, que el gobierno español, demasiado ambicioso, con una *vanguardia de jesuitas*, lograba estender sus conquistas, como lo habia hecho en las grandes posesiones que disfrutaba en América y Asia, causa que movió á los holandeses á sacudir el yugo de su dominacion, y á los ingleses y alemanes, á que aun le hicieran la guerra. No podia tener mayor adversario la España que la Inglaterra en tratándose de colonias, y á decir verdad, los naturales de estas sintieron ménos persecuciones de la primera que de la segunda, que casi los estinguió: al ménos mas indios cuenta nuestra república que la vecina del Nor[illegible].

Alonso Rodriguez y su muger Ana Saldivar, fundaron el convento del Espíritu Santo para ayudar con sus productos á los religiosos de San Francisco, pero como estos solo deben sostenerse de la Providencia, cedieron el local para los hermanos de la caridad (hipolitanos,) que lo tomaron en este año hasta su estincion.

Desde los tiempos de la conquista habia estado á cargo de los vireyes, luego que comenzaron á nombrarse, la designacion de las personas que habian de administrar los tributos y las rentas de los azogues; pero ahora y para lo de adelante, se mandó formar un tribunal, cuyos ministros debia nombrar y nombraba en efecto el rey. Dióse fin á este año con el principio de la visita de los tribunales, que abrió el Dr. D. Antonio de Morga.

1613.—Digno es de notarse el contraste singular que formaba en asuntos de la Nueva-España la audiencia de México con el rey, aquella ejerciendo un verdadero despotismo, y este haciendo los oficios de un verdadero padre, aquella afligiendo á México con males incalculables, y este afligiéndose por sus males irremediables. Así, fué por cierto, que llegando á manos de Felipe III los pliegos del ayuntamiento y del virey D. Fr. Garcia Guerra, que le enviaron á principios del año último pasado, en que le informaban acerca de la obra del desagüe, se conmovió demasiado, juzgando sin remedio la destruccion de la ciudad, y para proveer lo conveniente, hizo pasar al Consejo de Indias aquellos papeles, á fin de que le consultara. Resultó á consecuencia que se comisionara á Adrian Boot, célebre ingeniero francés, con amplísimas facultades para tomar las medidas que juzgase serian eficaces para asegurar la ciudad. No cesaba aún el espíritu de conquista del siglo anterior, se proyectaban todavía empresas, y precisamente en este año, José Triviño y Bernabé Casas, ambos capitanes, se presentaron al virey, ofreciéndole hacer de su cuenta y riesgo la conquista de las provincias interiores de Nuevo-Leon, y arrojar á los ingleses de la Florida que se habian tomado. El marqués sin atender á las proposiciones que se le hacian, ventajosas quizá para la corona, y sin dar cuenta á esta, desechó la propuesta.

Desde el presente año data la famosa ciudad de Lerma, cuyo origen se refiere tradicionalmente, y á nuestro entender algo fabuloso.

1614.—Llegado en 614 Boot, observó minuciosamente, acompañado de un oidor, la obra del desagüe, meditó bastante acerca de ella, hizo multitud de cálculos, y al fin fué su parecer, como es siempre el de peritos coetáneos, que la obra era mala, porque si bien impediria que el rio de Acolhuacán desembocara en las lagunas de Citlaltepec y Tzumpango, no evitaria que estas cuando crecieran, aumentasen las aguas de la de México. Parece que esto hizo suspender la obra, porque por entónces no se continuó. Esto segun Cavo, pero de los manuscritos originales relativos á este negocio que hemos logrado ver, no se deduce sino que Boot apénas examinó la obra, apareciendo de él solamente tres informes, en los cuales asegura unas veces que la obra es inservible, otras que regular, y aun afirma algunas que es del todo buena, en ellos se queja de que se le haya sacado de Francia, trayéndole á hacer una vida oscura, cuando pudo en su patria hacer una carrera lucida. Parece que queria quedarse encargado de la obra, y no sabemos por qué no se le encomendó ni cuando salió de la Nueva-España, ó si en ella terminó sus dias.

1615.—Fuéle propuesto al marqués hacer varios reparos á la ciudad, para impedir las inundaciones, en lo cual se calculó que se gastarian ciento ochenta y seis mil pesos: el virey se inclinaba á admitir, pero el ayuntamiento se opuso haciéndole notar lo inútil que era una obra de esa clase; así que, desistiendo el virey, volvio á emprender el desagüe, de manera que no vaciasen en la laguna de México las de Citlaltepec y Tzumpango, en todo lo cual transcurrió el año y ya tocando á su fin, el virey y el ayuntamiento, informados por el maestro Martinez de que importaria la conclusion ciento diez mil pesos, determinaron ponerlo

término. Mas ántes dió cuenta el marqués al rey, pues no queria hacer cosa alguna sin su determinacion, perdiéndose de este modo un tiempo muy á propósito, habiendo escaseado las lluvias.

Francisco Iturri marchó con una espedicion sobre las Californias, y á su regreso á la capital, venia cargado de multitud de perlas, entre las cuales traia una tan grande y bella, que pagó de quinto por solo esta al rey, novecientos pesos. Quien sabe si por la excitacion de Velasco, ó si movido naturalmente, el rey de Vexú envió una embajada desde el Japon para comerciar en los puertos de la Nueva-España; pero declarada persecucion por el emperador á los cristianos, fué tambien declarada por el dicho rey de Vexú, y la mision nó tuvo efecto.

1616.—Por real órden de 3 de abril se autorizó á Martinez para que concluyese el desagüe precisamente con la suma de ciento diez mil pesos, aprobando el convenio que el año anterior celebraron el virey y el ayuntamiento, debiendo estraerse la dicha cantidad del impuesto á que estaba sujeto el vino que entraba á la ciudad. Cuando aprovechaba á México por el desagüe y por las inundaciones, que escasearan las lluvias, la venia otro daño, si no mayor, acaso igual, la carestía del maiz que llegó en este año á ser excesiva y producia naturalmente la hambre.

Concertados los tepehuanes y otros pueblos vecinos, á hacer un levantamiento el 21 de noviembre, lo ejecutaron el 16. Fué cabecilla uno que se decia hijo del sol, y Dios del cielo y de la tierra, y causaron tal estrago, que ninguno de cuantos españoles y mestizos se hallaban entre ellos, logró quedar vivo; y hasta los que se refugiaron á los templos, que se les hizo salir con promesa de no hacerles nada, fueron matados, y los eclesiásticos, á quienes parecia que tenian en mucha estima, todos murieron. Luego que llegó á Guadalcázar tan funesta nueva, previno al gobernador de Durango D. Gaspar Alvear que reuniese gente y marchara con ella á sofocar la rebelion. Hízolo así en efecto, y aunque ahorcó á muchos, no consiguió tan presto ponerlos en paz; sin embargo, algunos, solo se conservaron hostilmente durante tres meses, al cabo de los cuales, debido á los jesuitas, se reconciliaron con los españoles, y se dió sepultura á los cadáveres de los que habian sido asesinados en los primeros dias de la conmocion.

1617.—La construccion de los arcos del agua potable que se trataba de introducir á la capital, y para cuya pronta conclusion duplicó en este año la municipalidad el número de operarios, y el desagüe en que se continuaba trabajando con afan, son los dos mas grandes asuntos y de mas vital interés que en la época nos ofrece la historia del pais. Por fin, tomó el virey posesion del colegio de San Pedro y San Pablo, que ya desde entónces por disposicion de Felipe III, llevó el nombre que aun conserva de San Ildefonso: sus rentas se acrecieron con las del colegio de San Bernardo, y la administracion de ellas se confió á los jesuitas. A los colegiales se les concedieron las preeminencias mismas que á los de San Martin en Lima, y se les consideró ya en la oposicion á las cátedras de universidad. Todo esto hará honor á Felipe III, que así estimulaba á la juventud para que se entregase al estudio de las ciencias y aumentaba los fondos del colegio desprendiéndose de su administracion.

1618.—La fundacion de la Villa de Córdova llamada así por el virey D. Diego Fernandez de Córdova, la cual se ha distinguido tanto por sus tabacos, y un gran incendio en Veracruz la nueva, que comenzando por el cuartel de la tropa, consumió una parte considerable de la ciudad y hermosos edificios, son los únicos hechos notables acaecidos en 618.

1619.—En la estension de quinientas leguas de sur á norte, y mas de setenta de oriente á occidente, en la Nueva-España, se dejó sentir un fuerte terremoto el 13 de febrero, que duró un cuarto de hora. La tierra se resintió, y como dice Cavo, „demolió edificios, abrió sierras, descubrió espantosas cavernas y profundos lagos."

1620.—1621.—Siempre las grandes obras eternizarán mas la memoria de sus autores, que las mejores inscripciones: mas feliz es por cierto la del marqués de Guadalcázar, y la del ayuntamiento de México de 1620, que concluyeron el acueducto de San Cosme, que la de los tiranos que en varias naciones, así antiguas como modernas, han querido perpetuar su nombre en estatuas y arcos y pirámides y.... La de aquellos se recordará con placer siempre que se vea el acueducto, que consumiendo ciento cincuenta mil pesos, de los cuales solo ciento veinte mil se reconocian á un particular á una usura moderada, sin perjuicio del público fueron invertidos en un objeto puramente de utilidad suya. Por este mismo año de 20 se descubrieron al N. E. de México ricos minerales que del título del virey y en honor suyo se llamó uno de Guadalcázar. Así terminó felizmente el gobierno del marqués que nombrado virey del Perú, acompañado de la audiencia,

ayuntamiento y tribunales, salió de México para Acapulco el 14 de marzo de 1621, dejando inscrito su nombre con los arcos del agua de Santa Fé, que llamamos de San Cosme.

CARLOS M. SAAVEDRA.

NUEVA MEZCOLANZA.

Hay algunos hombres tan descarados, ó si quier, tan poco memoriosos, que pretenden sorprendernos, repitiéndonos aquello que nosotros mismos les hicimos saber y advertir. Esto me recuerda la aventura de aquel que al despedirse de una persona en cuya casa estaba, la ofreció inadvertidamente su propio chocolate.

Es la chanza como una arma de fuego, que puede ocasionar muy graves males, aun manejada por hombres muy discretos.

Los periodistas son los pintores de brocha de la república literaria.

Compran algunas gentes coches y caballos, sin tener un cuarto que puedan llamar suyo. ¿Cómo y por qué hacen tales compras? El *como* no lo entiendo, el *por qué* es, que así pueden huir con mas velocidad de sus infelices acreedores, que son por lo comun de infantería, aunque en obsequio de la verdad, debe decirse que es infantería ligera.

La penetracion que creen tener los maliciosos, es tan agena de fundamento las mas veces, como la malicia caracteristica de los sordos; aquellos *suponen* hechos, estos forman *congeturas*.

El excesivo amor á los animales, hace á las gentes ridículas. Damas he conocido que simpatizan mas con algun tísico faldero, que con sus esposos, y jóvenes que hacen mas caricias á una gata recien nacida, que á su propia madre. Esto, á mi ver, merece un castigo del cielo.

Los austriacos, generalmente hablando, son tan vanidosos, que aun el mas triste barrendero de una oficina pública, se da por ofendido si al saludársele no se le da el título que segun su empleo cree corresponderle. Hay *sota-sub-archivista* cuyo título es de las dimensiones del siguiente, pulgada mas ó ménos, y que forma todo una sola palabra alemana: *Oberkriegsversammlungsrathsverhandlungspapieraufhebergehülfe*. Y luego se espantan algunos de que haya vizcaino que se llame: Iturriberrigorrigoy-coerro-tacoechea.—¡Escrúpulos de monja!

Tratando de mofarse un jóven de un sugeto algo entrado en años, que era su rival, díjole en presencia de la que ambos amaban. „Y V., qué edad tiene, señor mio?» A que contestó el otro: „No recuerdo exactamente; pero sí sabré decir á V. que un pollino á los 20 años, es mas viejo que un hombre á los 60.»

Es mas fácil ocultar una joroba, que la envidia ó el amor.

Así como los cuáqueros sostienen que al dirigir á alguien la palabra, aun cuando sea e mismo rey, debe usarse de la segunda persona del singular en los verbos, así tambien defienden las coquetas que el *género masculino* debe constantemente usarse en *plural*, y que por consiguiente el sustantivo *muger* ha de ser *comun de dos*: ¡qué lógica! para poder así esplicar por qué razon el nombre *hijo*, es tan frecuentemente *ambiguo*. Claro está, pues que toda la doctrina estriba segun las mencionadas profesoras, (que entre otras cosas defienden á puño *abierto* que el coquetismo es arte liberal,) en que si hay *marido* en la oracion, es y debe ser *neutro* por regla general.

No te impacientes, Clotario,
Al ver que de Capricornio
Es tu malhadada estrella:
No es tu culpa sino de *ella*,
Y el mal es hereditario.

Siete meses estuve meditando
Esta disertacion greco-latina...
Luego se echa de ver (estoy pensando)
Que por eso salió *sietemesina*.

De los sistemas, Fuenrada,
¿Cuál te lleva la atencion?
A mí, señor Don Simon,
La *anarquía* moderada.

Aplaudámos, Don Martin,
—No, hombre, ¿tan mala pieza?
—No se aplaude su belleza,
Sino que le han dado fin.

MALAESPINA Y BIENPICA.

ENSAYO HISTORICO SOBRE LA MORAL CRISTIANA.

DURANTE los primeros siglos del cristianismo miéntras las persecuciones, y aun algun tiempo despues que hubieron cesado, los fieles, que conservaban la religion en toda su pureza, que respetaban sus preceptos con noble sumision, que creian en sus dogmas con una fé pura sin mezcla de supersticion y sin excepticismo, asistian á sus ritos sublimes con una veneracion sin igual: las poéticas ceremonias de la Iglesia, que hoy son el ridículo de *hombres despreocupados*, que revelan grandes misterios, eran entónces el objeto de contemplacion para los fieles. El templo era solo el lugar de la meditacion: reunidos en él los fieles no se distraian con ningun objeto: divididos los dos sexos, el masculino colocado al lado del Evangelio, y el femenino al opuesto, ni aun podian siquiera mirarse; los diáconos de institucion apóstolica establecidos para recoger las oblaciones, se distribuian, al tiempo que se celebraban los oficios divinos y siempre que el pueblo se congregaba en la casa santa, de manera que impidieran la comunicacion de los dos sexos, y velaban aun sobre las miradas que de una á otra parte pudieran dirigirse.

Todas las personas del sexo masculino permanecian con la cabeza descubierta por el consejo de San Pablo, y por lo mismo las del sexo femenino se cubrian la suya: de suerte, que tan mal parecia que un hombre se cubriera delante del Señor la cabeza como que una muger se la descubriera. El lugar mas inmediato al altar lo ocupaban los presbíteros, y de aquí el nombre que tiene de Presbiterio.

Los fieles permanecian así reunidos en recogimiento en toda la celebracion de los oficios divinos los dias festivos, sin que se celebrara mas de una misa por el obispo ó párroco, segun el lugar. Los maitines, que regularmente eran de noche, y cuya práctica corrompida conservamos, se hacian de la misma suerte, presente clero y pueblo.

En los dias santos de la Pasion se notaba un profundo silencio: los hijos todos de la Iglesia, que ayunaban en toda la cuaresma, se entregaban sin hipocresía á las prácticas religiosas y á la continencia, que se guardaba en estos dias aun entre los casados. No se advertía la menor señal de prostitucion, y aun el sábado, que los templos permanecian cerrados, los fieles se quedaban en sus casas sin darse á los paseos ni á ninguna clase de diversiones. A la madrugada del domingo se reunian los fieles en el templo á la celebracion de los maitines, y á la entrada de él se hallaban los catecúmenos esperando que se bendijera y consagrara la agua de santificacion: vestidos de blanco aguardaban con los sacerdotes que los preparaban á recibir el sacramento. Las ceremonias que hoy tienen lugar el sábado santo, se verificaban entónces á la madrugada del domingo.

En esa época recibian los cristianos con demasiada frecuencia el cuerpo del Señor, y llevaban todos sus ofrendas, que por medio de los diáconos, las presentaban al Preste, quien las bendecia en el sacrificio, de lo que se conserva hoy vestigio en las palabras ,,Per quem haec omnia etc.'' que aun se dicen antes del *Pater-noster*.

La religion, que al principio fué solo de hombres del bajo pueblo, y que en ménos de trescientos años plantada en la cima del Gólgota habia estendídose por todo el mundo conocido y que se encontró siempre perseguida, hizo brillar algun dia la corona de los emperadores romanos, y la devocion en sus hijos comenzó á decaer. Luego al punto de su mismo seno salieron hombres que comenzaron á disputar so-

bre sus dogmas y á negar la infalibilidad que hasta allí le habian reconocido sin contradiccion. La moral se corrompió, y poco á poco fué variándose la policía esterna de la Iglesia.

A la contemplacion sustituyeron el entretenimiento, y cuando algunos años atras se creyó agradar al cielo con solo ejercicios piadosos, ahora se creían aceptas á la Divinidad las diversiones públicas, y en vez de recogerse en el templo á orar, se dedicaban á pasatiempos.

Aumentado el número de los fieles por otra parte, era preciso que existiera mas de un templo, mas de un altar, que se celebrara mas de un sacrificio, que mas de un sacerdote administrara el sacramento de espiacion; y he aquí ya aumentado el número de templos, de altares, de sacrificios, de sacerdotes, abiertos en suma muchos caminos de felicidad, y preparados por un abuso inevitable muchos medios de corrupcion.

No era ya el templo el lugar de santidad, sino de disipacion: los fieles no permanecian ya separados ni presentaban sus ofrendas, y el Sacramento del Altar no lo recibian; fué necesario estrecharlos á que se acercaran á la mesa sagrada por lo ménos en tres festividades del año. La iglesia, sin embargo, era severa en la imposicion de sus penas, y estaban todavía en uso las penitencias canónicas. Los que no recibian la Eucaristía, eran despedidos del templo por los hostiarios, y se les privaba de los divinos oficios. La Iglesia ejercía demasiada jurisdiccion, y ojalá no se hubiera estendido tanto, que otra seria hoy su respetabilidad.

No se congregaban ya los fieles con separacion de sexos, y fué preciso evitar algunas reuniones, especialmente las nocturnas: no se hacian ya oblaciones porque se recibian de otro género: el clero no poseía ya bienes en comun, ni los eclesiásticos llevaban como en los tiempos primitivos sus espórtulas ó canastillos para que se les distribuyera el alimento diario: en cambio se les asignaban pingües dotaciones de que dejaban ricas herencias: no se repartia ya á los pobres lo que restaba, se dejaba á la conciencia de cada uno, que debia tomar lo necesario, reservando lo demas á las personas desvalidas; pero no se encontraba á fé otro Lorenzo que pudiera presentar por bienes de la Iglesia una multitud de miserables; no eran ya estos en verdad los primitivos tiempos. No puede ciertamente decirse quién atacaba mas á la religion, si los que nunca habian abrazado sus principios, si los que habiéndolos abrazado la abandonaron despues, si sus mismos hijos, si sus ministros por último, pues todos por diversos medios tendian sin pensarlo algunos, á un propio fin.

La relajacion fué creciendo de dia en dia: las cuantiosas limosnas, los votos de visitar los lugares santos de Jerusalen, de Roma, ó el sepulcro de Santiago, en donde tambien se dejaban limosnas, y cuyos votos solo el Padre Santo podia conmutar, remitian todas las culpas y sustituyeron á la contricion y eran suficientes para la remision de los pecados. La prostitucion llegó á su colmo, y ni los siglos anteriores ni los posteriores la vieron ni la verán mayor, acaso ni igual; diez siglos de persecuciones, diez siglos de heregías hubieran mas aprovechado que uno de inmoralidad. La Iglesia padece todavía por su causa, y al contrario, ha levantado su victoriosa frente henchida de un noble orgullo, cuando se la ha querido hacer desaparecer por el esterminio, por el hierro y el fuego. La religion, pues, que perseguida conquistó una gran porcion del mundo, triunfante despues ya, cesó en sus progresos, y persiguiendo con la tea de la inquisicion perdió algunos vastos terrenos que habia antes ganado por la predicacion.

Pasó esta época y pasaron otras que no fueron ménos favorables á la Iglesia y en que no ménos se excedia el mismo prelado universal, á tal grado hubo llegado la prostitucion. Por fin vino una nueva éra y se declaró otra especie desconocida de ataque: hasta entónces se habian respetado algunos principios impugnando otros y la teología habia combatido las sectas, y ahora luchan la filosofía y la razon. Un fuerte terremoto sacude la Iglesia y la hace vacilar hasta en sus propios cimientos, y la religion que establece los dogmas santos, que canoniza, de libertad y de igualdad, que desconoce las clases, que juzga lo mismo al rico que al pobre, al poderoso que al desvalido, y en cuyo santuario se da entrada de la misma manera á unos que á otros, á esta religion misma se la hace suponer un orígen humano y especulativo, un fundamento fabuloso, y su historia y sus dogmas no son ya sino el ridículo á los ojos del *filósofo*, y se la pinta como contraria á la libertad de los pueblos. En este estado se pretende arrancar de los corazones de los hombres su creencia, y se logra desquiciar en Francia, siendo víctimas de un sanguinario fanatismo los que no abjuraron su fé, los que respetaron sus votos.

Rotos los vínculos que ligan al hombre con Dios, que le ligan con la sociedad y consigo mismo, desprendiéndose del temor religioso, la moral no debia aguardar muy felices resulta-

dos, y la sociedad debia terminar su existencia. Pero á la agitacion mas violenta sucedió una calma inesperada, y en vez del descaro con que se desvirtuaban los hechos históricos referidos en los libros santos, nació el espíritu de duda, y como las anteriores doctrinas, que hoy son ya el objeto de la risa entre los hombres sensatos cundieron rápidamente por todo el globo haciéndose algunos prosélitos, el excepticismo sin tan funestas conmociones se estendió tambien rápidamente, atrayéndose todavía mayor número de secuaces.

Al gusto, pues, de la limosna, al empeño poderoso por la fundacion de monasterios y de hospitales, al espíritu religioso, demasiado exagerado quizá, y al filantrópico, sustituyó el espíritu de destruccion: los templos y altares se profanaron, los enfermos, los necesitados, los espósitos, no encontraron ya amparo, todo lo echó por tierra la filosofia, y parece que arrancó de raiz de los corazones la sensibilidad La duda tampoco ha dejado cosa en pié, y vacilantes los hombres sobre los misterios y el porvenir, apénas tienen presente lo que son, apenas proveen á su individuo y no se ocupan ya en los demas.

A otra época tocamos, y esta es precisamente la nuestra: todo progresa, todo prospera, las ciencias, las artes, en todo hay admirables descubrimientos, estamos en el siglo del vapor, asi pensamos todos, en todo obramos con ligereza; estamos en un siglo positivo, todos buscamos el dinero y nadie se afana porque coma su hermano; estamos en el siglo de las empresas, pero empresas lucrativas, y á fé que ni un solo proyecto tiende solo á socorrer á otros nada mas que por socorrerlos. Estamos en el siglo de la magnificencia y del lujo, procuramos el adorno de las ciudades y su esplendor: suntuosos palacios, teatros sorprendentes, grandes estatuas, elevados arcos triunfales, columnas, pirámides, y el pobre arrastrándose por los suelos, y el enfermo espirando sin auxilio, y el niño hijo de la desgracia abandonado, y la huérfana prostituida, y la viuda desnuda y desolada mueren victimas de la miseria. Hemos visto erigir columnas y estatuas, pero no fundar hospitales, casas de beneficencia; consumir grandes caudales por sostener un muy gran lujo en las concurrencias públicas y aun particulares, pero no vemos consagrar en obsequio de la humanidad ni la menor porcion de un caudal.

En los tiempos primitivos los fieles entregaban todos sus bienes á la Iglesia, que se curaba de distribuirlos á las personas miserables, y la religion con todo era fuertemente perseguida; despues la protegian los soberanos y las limosnas se daban ya con ménos utilidad, pues solo aprovechaban al culto, y hoy de ninguna manera. Al principio y durante mucho tiempo, la reconvencion de un diácono era por sí suficiente para contener en su deber al cristiano; y hoy, ¡desgraciado del que nos llama á cumplir nuestra obligacion! En un tiempo se despedia del seno de la Iglesia al que cometia la mas ligera falta, y hoy no toleramos que se nos indique que hay censuras, como si no fuera lícito á cualquier corporacion despedir de ella al que no obedezca su reglamento.

Las doctrinas del último siglo es cierto son ya objeto de risa para el hombre sensato, el deismo es ya únicamente un mero entretenimiento, la *filosofia* solo nos revela un hecho histórico, ya pensamos de diverso modo, y el movimiento y la alarma que tales doctrinas causaron, han producido un gran bien á la sociedad: desterrar de ella la supersticion y el fanatismo aunque la moral no ha conseguido muy benéficos resultados. Este es el estado del siglo XIX, ya los principios religiosos no son el objeto de las conversaciones ni el principal asunto del hombre: los preceptos ya no se obedecen, los consejos ya no se practican, y los dogmas ya no se discuten. El débil lazo del respeto humano, que la fuerza mas leve basta á romperlo, es hoy lo único que sirve á la moral. Se visitan los templos solo por costumbre, y ni lo sublime y poético de las ceremonias sagradas es suficiente para mirarlas con agrado y elevarnos á contemplaciones divinas; y si bien nada estraño es que hombres necios é ignorantes á cuyos oidos han llegado noticias muy vagas sobre la *filosofia* y algunas de sus doctrinas, teniéndose por *despreocupados* y hombres de la época, desprecian la moral mas pura, sí es por cierto admirable que talentos muy claros, genios delicados, aunque por fortuna pocos, abrazan principios tan absurdos, que chocan de luego á luego con la razon natural.

CARLOS M. SAAVEDRA.



Lo que me contó mi abuela

LO QUE ME CONTÓ MI ABUELO.

AH, lector mio, y qué mal rato se te espera! ¿Crees por ventura que te voy á regalar con uno de esos articulillos llamados *de costumbres* que son tan del gusto del dia? ¿Esperas una novelita espasmódica, de esas en que hay salvajes que rien y doncellas que lloran, y guerreros *á la Chactas*, y que sé yo que mas? ¿Te preparas á leer algun fragmento de esos filosóficos y misteriosos llenos de frases ambiguas y de puntos suspensivos, uno de esos fragmentos que excitan la admiracion general, porque ninguno los entiende? Pues te juro á fe mia que te llevas chasco! No, no te esperes nada de eso: lo que yo te voy á contar es una aventura, que nos refirió *en famille* mi abuelo cierta vez en que trataba de combatir la decidida aficion que mostraba uno de sus nietos en favor de la raza canina. Escucha, pues, y si no quieres, no escuches; que á mí de eso se me da un bledo, lo que importa es borragear papel y ¡adelante! (Direte de paso y para descargo de mi conciencia, que juzgo mas fácil en estos tiempos el que le digan á uno: ¡atrás!)

Perico, estate quieto. Deja en paz á ese perro; lo vas poniendo feroz. Dentro de poco nadie querrá visitarnos, porque todos temerán salir con un buen mordisco.

--Antes lo estoy amansando, papá grande.

--Mejor seria que no le dispensaras tu proteccion.... Qué ojeriza les tengo yo á todos los animales favoritos! Ya se vé; razon sobrada he tenido.

--¿Por qué, papá grande?

—Acercaos, muchachos, y os referiré una aventura. Sabed que allá por los años de Dios, de 1804, aunque ya tenia yo mis alifafes, era sin embargo todavia bastante alentado, y existian muchas personas de ambos sexos que habian sido testigos y partícipes de mi época de esplendor. ¡Ah, si me hubierais visto entónces! Aquellos sí que eran tiempos felices, no como estos de tráfico de sueldos y de certificados de cobre: entónces reinaba el buen gusto, y habia elegancia en el vestir; entónces los hombres parecian hombres y no muñecos como ahora; entónces estaban en su apogeo el calzon corto y el chupin.... pero dejemos estos recuerdos tristes; lo que me consuela es que al fin y al cabo allá han de ir á parar otra vez.

Pues señor, en el tiempo de que os hablo, recibí noticia de que habia llegado á México Doña Virginia Cascales, señora de las de mas rango en su tiempo, y á quien yo habia dedicado mis primeros amores; pero qué amores! tan inocentes, tan platónicos.... Os juro que en nada se parecian á los afectos impuros de esos lechuginos que Dios perdone. Hacia mucho tiempo que no veia á Doña Virginia, quien habia conservado intacta su virginidad, y no habia dispuesto de aquella mano, objeto de mis honestas pretensiones, en época mas venturosa.

Naturalmente debeis suponer que no pude saber con indiferencia su llegada á la capital, y me dispuse á hacerle una visita. ¡Pluguiera al cielo que jamas se me hubiera ocurrido semejante idea! ¡Ah, hijos mios, y qué lejos estaba yo de presentir lo que me iba á suceder!

A las seis de la tarde del dia infausto de que voy á hablaros, me dirigí, despues de haberme acicalado y atusado el peluquin, á casa de Doña Virginia, con quien deseaba tomar chocolate. De paso entré al Parian y compré uno de esos maravillosos pañuelos de cuadros blancos y encarnados que entónces eran muy estimados, y hoy están por los suelos: ya se vé, entónces lo bueno era caro y lo malo barato; mas ahora sucede exactamente lo contrario.

Contento con mi nueva adquisicion, subí la escalera de la casa de Doña Virginia, y me encontré en una sala adornada con sus pantallas, su *viacrucis* de madera pintada de verde y otros adornos igualmente piadosos, que para vergüenza nuestra han desaparecido de las casas que ahora adornan esos malditos estrangeros. En la recámara inmediata oi los ladridos de un perrito poblano, los gritos de un loro y otros dos ruidos indefinibles que llenaron mi alma de consternacion. ¡Ah, hijos mios, qué escena se me esperaba! Me tiembla la voz al recordarlo solamente.

--Pase V. á la recámara, me dijo la criada. Mi ama está atacada de reuma y no puede andar.

Entré en efecto, y el amable falderito se lanzó con furor sobre mí; yo no tuve mas recurso que hacerle un quite con mi sombrero que sacó una herida mortal, herida que yo deploré con todas las veras de mi alma, porque era un sombrero de honra y provecho, y no una de esas filigranas que nos traen ahora los gabachos.

--Válgame Dios, señor D. Simon, me dijo Doña Virginia, que yacia repantigada en un sillon, con las piernas envueltas en flanela. ¡Cuánto siento que Jazmin le haya roto á V. el sombrero! Pero es tan vivaracho, y les tiene tanta tirria á los hombres, que....

--Oh, deje V., no es nada, absolutamente nada, la respondí, ocupando una silla frente á frente de la suya, y recorriendo con la vista el aposento que encontré habitado por un loro, una ardilla, un perro, un mono, y en fin, por Doña Virginia.

--¡Qué bien hice en no casarme contigo! dije para mis adentros. ¡Donosa familia me ibas á regalar con el tiempo!

--¿Qué le parecen á V. mis animalitos?

--Preciosísimos, la respondí, desviando un poco la silla, porque el falderito me amenazaba desde su cojin.

--¿Qué quiere V. que haga yo? No tengo hijos, (lanzándome una mirada de ternura) y me contento con cuidar á estos pobrecillos.

--Tiene V. razon.--Entablamos una conversacion sobre el libro que estaba leyendo, y que era nada ménos que el titulado: „Luz de las verdades católicas," obra del célebre padre Parra, tan conocido por sus cultísimas pláticas. Asunto como este, naturalmente debia interesarnos, y en efecto, yo me habia acalorado al ensalzar las bellezas de aquella famosa plática sobre la sal del bautismo que comienza con este primor. „*A la mejor sazon se nos ha venido la sal. A la sazon del dia de mi glorioso padre San Ignacio, la sal de la sabiduría, etc.* En lo mejor de mi panegírico estaba yo, y Doña Virginia con las gafas caladas me escuchaba embebecida, cuando sentí unas tenazas que me oprimian fuertemente un poco mas arriba del calcañar. El dolor fué agudísimo, y prorrumpí en un espantoso grito que hizo saltar á Doña Virginia, despertar al perro, y poner en movimiento al mono y á la ardilla. Era el loro maldito que me habia dado una mordida. En el momento en que aquella estancia parecia una Babilonia, el mono aprovechándose del tumulto, saltó á un estante y se puso al nivel de mi cabeza: un segundo despues mi peluquin estaba entre sus garras; sacarlo de ellas fuera obra de romanos. Tomo mi sombrero, tartamudeo una despedida, y bajo precipitadamente la escalera; me juzgo ya fuera del riesgo, mas al llegar al zahuan, una terrible punzada en el muslo derecho me hace llevar hácia él prontamente la mano; la llevo en efecto y recibo en ella otro mordisco. La faltriquera estaba agujerada; sacudo fuertemente el faldon y sale de él un animal envuelto en unos girones de lienzo blanco y encarnado. El animal era la ardilla de Doña Virginia: los girones eran los restos de mi desventurado pañuelo!!!

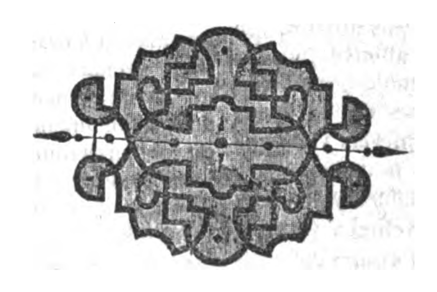
--Y volvió V. á visitar á Doña Virginia, papá grande?

--¡Vaya una pregunta!

Aquí acaba el cuento de mi abuelo. Impertérrito lector, (pues tal debes de ser, puesto que has podido llegar hasta este punto): réstame puramente darte las gracias por tu compañía, y advertirte que si dudas de lo exacto de la cita que del padre Parra hizo mi abuelo, registres la edicion que se hizo de esa obra en Filadelfia el año de 1827, y en la página 415 encontrarás satisfecha tu curiosidad. Vale.

México junio 1.º de 1844.

DON JUAN DE AZPEITIGURREA.



HISTORIA.

EL estudio de la historia es sin contraccion el que hoy mas interesa á los hombres; esto está universalmente reconocido, y las investigaciones para perfeccionar este ramo de los conocimientos humanos forman una de las necesidades dominantes de nuestra época. Generalmente se dice que la historia es la maestra de los gobiernos, á lo que puede agregarse que no lo es menos de los pueblos; el que lee en lo pasado lee en el porvenir; y así los ciudadanos de una república, que pueden ser llamados indistintamente para tomar parte en el ejercicio del poder, deben dedicarse á este estudio con grande asiduidad y profunda meditacion. Un escritor compatriota nuestro ha dicho con razon que la historia que en los estados monárquicos suele mirarse como ornato de la educacion liberal de algunas clases, en las repúblicas, donde todos los ciudadanos ejercen parte de la soberania popular, y pueden ser llamados á los primeros puestos, debe considerarse como de absoluta necesidad. Esta verdad es palpable, porque ¿qué sería de un estado si los hombres que estuviesen rigiendo sus destinos ignorasen la ciencia de los hechos? este estado no seria mas que una nave sin piloto en un mar tempestuoso, que se estrellaría contra las rocas al ímpetu de las olas; así tambien el hombre que sin conocimiento de lo pasado se encontrara dirigiendo á una nacion, no seria mas que un ciego abandonado en un bosque y rodeado de precipicios en que no podria menos que perecer. Nadie puede gobernar á los hombres sin conocerlos, para conocerlos es preciso estudiarlos, y este estudio solo puede hacerse en la historia, donde se ven retratadas sus pasiones y reproducidas sus opiniones. La historia, segun la bella espreción de Simonde de Sismondi, representa como en un gran espejo, á las sociedades venideras, los resultados de todas las teorias y de todas las experiencias de las sociedades pasadas. En efecto, en la historia ven los que gobiernan de cuán funestas tracendencias son para las naciones sus excesos y sus demasías, y cuán contrario es el despotismo á la marcha de la civilizacion. Los pueblos á su vez conocen cuán peligrosos son sus delirios y cuán arriesgado es para ellos mismos el desenfreno de una revolucion. De aquí debe indispensablemente resultar que los que gobiernen ejerzan el poder sin tiranía y usen de la fuerza, no para oprimir sino para conservar, y que el pueblo usando de sus derechos, no desconozca sus deberes y goce de una justa libertad odiando la licencia.

Mas para obtener todos estos buenos resultados no basta saber simplemente los hechos, y recargar la memoria de fechas y acontecimientos, es preciso meditar atentamente en las causas de estos hechos así como en sus consecuencias, evitar la repeticion de los actos que produjeron algun mal en las pasadas sociedades, é imitar aquellas acciones de los hombres eminentes, que supieron labrar la felicidad y grandeza de su patria, pues solo de este modo la historia cumplirá con su objeto, siendo un curso de moral y de politica. ,,No considerar la historia, dice un escritor filosofo, mas que como un inmenso conjunto de hechos ordenados por fechas con que se quiera enriquecer la memoria, no es mas que una vana y pueril curiosidad, que revela un espiritu mediocre, ó cargarse de una erudiccion infructuosa que no sirve mas que para formar pedantes. ¿Qué nos importa conocer los errores de nuestros padres si no sirven para hacernos mas discretos?"— Ademas es preciso al estudiar la historia deponer toda preocupacion y parcialidad, así como las afecciones personales, para poder juzgar á los hombres, no por los males ó bienes que han hecho á un individuo, sino por los que han hecho á la patria.

Finalmente, mucho pudiera decirse acerca de este estudio sin límites, pero para entrar en pormenores seria necesaria una inteligencia y una erudicion muy superiores á las nuestras, por lo que nos hemos limitado á traducir el articulo siguiente escrito por Mr. Ch Du Rozoir, quitándole aquello que nos ha parecido poco conducente á nuestro objeto.

De la historia considerada como ciencia de los hechos.

I.

Prolegomenos.--Objeto de la historia.--Definiciones.

Los filósofos que distinguen en el entendimiento humano tres facultades principales, la *memoria*, la *razon* y la *imaginacion*, hacen dimanar de ellas una distribucion general de los conocimientos humanos en historia, en filosofia y en poesía. De la memoria dimana la historia, como la filosofia dimana de la razon, y la poesía reconoce por madre á la imaginacion. Parece inútil advertir que estas restricciones teóricas son traspasadas en la práctica; porque ¿qué seria la historia sin la filosofia para coordinar los hechos? asimismo ¿qué seria la filosofia sin cierto órden en los hechos? La historia considerada en sí misma, se compone de hechos, los cuales ó son de Dios, ó de los hombres, ó de la naturaleza: los hechos que son de Dios pertenecen á la *historia sagrada*, los de los hombres á la *historia civil* ó *política*, y los de la naturaleza á la *historia natural*.

La historia *sagrada* espone á la vez los misterios y las ceremonias de la religion, los milagros y los casos sobrenaturales, cuyo principio solo es Dios: la disciplina y los fastos de la Iglesia: las profesías en las cuales la relacion ha precedido al acontecimiento, forman tambien un ramo de la historia sagrada. La historia *civil* consta de los hechos que vienen del hombre: depositaria fiel de las tradiciones de nuestros antepasados, de las revoluciones de los tiempos anteriores, del orígen de las instituciones políticas y de la gloria y celebridad de los hombres: la ciencia historial se divide segun estos objetos, en historia política propiamente dicha, y en historia literaria. La historia civil se subdivide en *historia general*, en historia *personal* ó *biográfica*, en historia *singular* ó *particular*, como cuando describe una accion particular, un sitio, una batalla, una conspiracion, una embajada, una intriga, un viage, etc. Si es cierto que la historia es la pintura fiel de los tiempos pasados, las *antigüedades* (comprendiendo en ellas los monumentos, las inscripciones y las medallas,) son diseños casi siempre deteriorados, las *biografias*, retratos ó miniaturas mas ó ménos lisongeras, y la historia general, un cuadro cuyos estudios son las *memorias*. La cronología y la geografia son los ojos de la historia: y la crítica su antorcha, pues ella es la que vivifica estos dos vástagos de la ciencia, y hace de ellos su mas indispensable apoyo. Por medio de la crítica, la cronología coloca á los hombres en su época, miéntras la geografia los distribuye sobre nuestro globo: ambas sacan grandes ventajas de la historia de la tierra y de la de los cielos, es decir, de los hechos históricos y de las observaciones celestes; en una palabra, la ciencia de los tiempos y la de los lugares son hijas de la astronomía y de la historia: No hablaré en este artículo de la *historia natural*, aunque pudiera muy bien decirse que es acaso mas digna del estudio del filósofo, que la historia de los hombres, pues esta no se compone sino de diversos hechos, arbitrariamente producidos por las circunstancias; miéntras estos en aquella provienen de leyes inviolables y uniformes. Frecuentemente la historia de los hombres no nos presenta mas que el triunfo de la violencia y de la intriga, sobre el derecho y la virtud: y no sirve de ordinario sino para hacernos notar los vicios y los caprichos de nuestros semejantes, mas bien que sus buenas cualidades, y acaso tiende muchas veces á hacernos dudar de la Providencia. La historia de los animales no nos descubre sino sus perfecciones, y eleva constantemente nuestro espíritu hácia el orígen de todos ellos. Voltaire no aprueba esta *trilogía* histórica; no admite mas que la historia sagrada, y la profana, pues segun él, la historia natural, impropiamente llamada historia, no es mas que una parte esencial de la fisica. Mucho podria discutirse acerca de este punto, y probar que en esto cometió Voltaire un paralogismo, pero como tales discusiones se resienten de escolasticismo, y jamas han proporcionado adelantamientos á la ciencia, solamente diré que el discípulo de Buffon, Lacepéde, estaba tan poco de acuerdo con la opinion de Voltaire, que poseemos de él una *historia general fisica, y civil de la Europa*, desde fines del siglo V, hasta mediados del XVIII. Al tratar de definiciones, preciso es recordar las distinciones admitidas en el siglo XVII, no ya respecto de la materia de la historia, sino de la forma en que se escribia En órden á la forma decian nuestros antepasados es mista, sencilla ó figurada. Cuando es *sencilla* no tiene ningun artificio ni adorno, no es mas que una relacion desnuda y fiel de las cosas pasadas, y del modo que han tenido lugar: tales son los anales de los Griegos por olimpiadas, los fastos consulares de los romanos, despues las crónicas del bajo imperio, y de la edad media; y en fin, los diarios desde el

de *L'Estoile*, hasta las *Gacetas oficiales*, etc. Cuando es figurada la historia, admite los adornos que les suministra la capacidad del escritor, como las historias políticas de los griegos y de los romanos, desde Herodoto hasta Tácito, y la mayor parte de las historias modernas, desde Comines y Dávila, hasta Daniel y Mezerai, desde Voltaire y Reynal, hasta Lacretelle, Thiers ó Sismondi. „Se llama historia razonada, dice un antiguo crítico, la que sin detenerse en la corteza y apariencia de las cosas, penetra hasta el pensamiento de las personas que han obrado de acuerdo, y hace ver en el éxito bueno ó malo de sus empresas, la sabiduría de su conducta ó su falta de juicio.» Finalmente, la historia mista es la que ademas de los adornos de la historia *figurada*, saca pruebas de la historia simple que presenta en apoyo de lo que espone, con mas artificio y aparato. Estas definiciones tan sencillas y aun algo escolásticas, fueron muy pronto olvidadas para ceder el campo á otras mas pomposas y ménos exactas. No estaba muy léjos el tiempo en que debiéndose estender la vista mas allá de las producciones históricas; la historia *figurada* debia ceder el puesto á la historia *filosófica*, título pomposo y vacio, que mas bien que una historia razonada, anunciaba una produccion en que los hechos históricos serian sacrificados á las preocupaciones de la época. Entónces todo era *filosófico*, así como hoy todo es *pintoresco*: pero sea de esto lo que fuere, siempre se dirá *historia cronológica*, *historia genealógica*, *historia política*, *historia secreta*, *historia literaria*, *historia eclesiástica*, y en fin, *historia general*, pues estos términos sencillos y claros no están bajo el dominio de la moda, y se comprenden por sí solos; á lo dicho puede agregarse que la historia cronológica puede ser muy útil y atractiva su lectura cuando esté bien escrita, como lo han hecho los autores del *Arte de verificar las datas*, el presidente Hénault y Voltaire en sus *Anales del imperio*. La historia genealógica esparce alguna luz sobre la historia moderna cuando está bien tratada, con una erudicion imparcial y desinteresada, como lo ha hecho Schoell en su *Historia de los estados europeos*. La historia política y moral es la mas fecunda en reflexiones: Tucídides, Tácito, Bossuet, Montesquieu, Ancillon, Guizot, Heeren, etc., he aquí los modelos en este grave y útil método. La historia secreta no era antiguamente sino la de las cortes; hoy ofreceria particularidades curiosas acerca de los revolucionarios: este género siempre ha tenido muchos atractivos para la malignidad humana, pero la historia escrita de este modo es frecuentemente sospechosa, cuando no de denigracion, de lisonja. La historia literaria, descuidada por todos los antiguos, esceptuando á Veleyo Patérculo, obtuvo desde que Voltaire dió el ejemplo, un lugar en la historia general: otro tanto puede decirse con respecto á la historia eclesiástica, que con razon ocupa mas de la mitad del *Ensayo sobre las costumbres*. Toca á los que en este punto imiten á Voltaire, dejar á un lado la falsa y mala intencion que guió á la pluma de aquel escritor. Nacida bajo la pluma de Reynal, la historia *parlamentaria* florece hoy muy justamente. En cuanto á la historia general, debe con justas restricciones abrazar todas las demas.

II.

Fin moral de la historia.—Diversas escuelas históricas.

Lo que en mi opinion manifiesta la alta capacidad del hombre, lo que prueba que esta criatura pasagera en este mundo ha sido formada para un destino eterno, como el tiempo es el esfuerzo constante del entendimiento humano, para fijar lo pasado y encontrar en ello lecciones para lo presente, y esperanzas para lo futuro. Bajo este punto de vista, la historia no solo es una ocupacion grave, sino una religion con sus misterios, sus dogmas, sus deberes y su fin: qué digo? este culto tiene tambien su predestinacion, y en ella se apoyan las convicciones de la escuela fatalista, escuela sombría, austera, y cuyos oráculos terribles y amenazadores, recuerdan los sonidos misteriosos de la emina de Dodona, ó los roncos acentos del druida, prediciendo en las playas de la Armórica los últimos dias del culto de Teutates. La escuela moral histórica es tambien una religion cuyo santuario es la conciencia. En cuanto á la escuela pintoresca, como no se apoya sino sobre pormenores esteriores y sobre testos descarnados, esta escuela hoy tan de moda, nos parece que aunque sea digna de alguna estimacion, tiene un objeto poco serio y un fin poco útil y grave.

La historia debe tener su fé, y al decir esto, no escluyo la crítica, solo entiendo la tendencia moral del historiador. Léjos de mí aquel que queriendo materializar la historia, no ve en las acciones buenas ó malas de los hombres mas que los reflejos de tal ó cual vieja edad, y que demasiado consecuente con este sistema deshonroso para la humanidad, sofoca la voz de su conciencia para escribir la historia! Es menester

someter esta ciencia á altas ideas morales y filosóficas, es menester siempre, y por todas partes, abatir el fanatismo y la impiedad sacrílega, que tambien es un fanatismo; es menester hacer la guerra al despotismo, á la iniquidad, á la sedicion y á la indiferencia hácia la causa pública. Con tales principios, el historiador ya no solo escribirá en pro ó en contra de los reyes, de los grandes y de los pontífices, sino que vendrá á ser el pintor simpático de los pueblos, el apóstol de la humanidad y el fanal de las masas; evitará el tono lúgubre que hace tomar á la historia el tono de un alegato ó de un acto de acusacion. Cuánto mas sensibles é ingeniosos no habrian vuelto en sus historias los señores Thierry y Sismonde, quienes por otra parte han hecho dar un paso inmenso á la ciencia, sus excelentes pensamientos de reintegracion de los pueblos y de las razas, si hubieran empleado una justicia mas indulgente en el bosquejo de los retratos de los reyes, de los príncipes y de los ministros! ¿De qué me sirve que no seais ya el Daniel de los reyes, si sois el de los pueblos? En la historia no debe haber lisonja, pero mucho ménos denigracion debe estar escrita de tal modo, que nos enseñe á no estimar ó á menospreciar á los soberanos y á los grandes sino por el bien ó el mal que han hecho y no por las preocupaciones benévolas ú hostiles del historiador. De otra suerte seria incompleto el fin de la historia. Si es cierto que es el juez soberano de los reyes, es preciso que estos hombres, bastante desgraciados, porque todo conspira para ocultarles la verdad, al ménos la encuentren en la historia, es preciso que sea para ellos un juez íntegro é imparcial, y no amenazador, declamador y caprichoso exagerado; es menester que en su tribunal puedan juzgarse de antemano, reconociendo por el testimonio sábio, moderado é irrefragable que la historia da á sus predecesores la imágen fiel de lo que la posteridad dirá de ellos.--Pero en Francia, en Europa y en el siglo en que vivimos, á los reyes esclusivamente es á quienes se dirigen los juicios y las instrucciones de la historia. ¿Pero acaso no tiene tambien un interés muy positivo para todos los demas individuos? En efecto, entre los hombres susceptibles de instruccion, ¿qué clase, por mediocre que sea, no puede ser llamada para manejar de léjos ó de cerca, el timon político? Todo el mundo hoy está interesado en penetrarse de las graves lecciones del tiempo pasado: el pueblo ¿no tiene en todas partes sus escogidos, que son llamados á concurrir con las altas clases y el monarca á la administracion de una localidad, á la formacion de las leyes y á la marcha general del gobierno? „La historia es un espejo donde los „reyes ven la imágen de sus defectos," ha dicho no sé que ingenio esclarecido del siglo de Luis XIV, y Bossuet, tan gigantesco en la espresion de las ideas, ha añadido: „En la his„toria es á donde los reyes degradados por la „mano de la muerte, aparecen sin corte ni sé„quito á sufrir el juicio de todos los siglos." Posteriormente se ha repetido cien veces este axioma, y en un tiempo en que se creia hacer alarde de la filosofía, declamando sin cesar contra los poderes establecidos, se tenia la fácil ventaja de oponer á los cortesanos aduladores las páginas acusadoras de un Tácito ó de un Mézerai. Pero desde que los reyes han dejado de ser los únicos opresores, desde que los pueblos han tenido tambien la pretencion de ser soberanos absolutos, y desde que merced al contagio de una autoridad sin límites se han manifestado los déspotas mas ciegos y crueles, y que por una consecuencia necesaria la multitud no ha carecido de aduladores, la utilidad práctica de la historia se ha estendido á todas las clases de la sociedad: sus lecciones, pues, se dirigen á todos y viene á ser indispensable penetrarse de ellas para apresurar el momento en que los pueblos desengañados de tan seductoras como corruptoras ilusiones, se convenzan de que la nacion mas feliz es aquella cuyas instituciones presenten al abrigo de un poder enérgico y protector las garantías para el reposo de los ciudadanos y para la apacible y dulce cultura de la industria, de las artes y de las letras.—Pero sea cua fuere la estension que se quiera dar á las graves instrucciones de la historia, la moral que se puede sacar de ella siempre es la misma, siempre se funda en el respeto debido á la autoridad legal, bien sea ejercida por los reyes en una monarquía, ó á nombre del pueblo por magistrados electos en una república. En todo tiempo y lugar la historia condena las guerras injustas, sin distinguir si han sido decretadas por el antojo de una multitud ansiosa, ó dictadas por la ambicion de un orgulloso monarca: deshonra á los opresores y á los tiranos que encuentra tan frecuentemente en la tribuna y en la plaza pública donde se decreta el ostrasismo, como bajo el trono imperial y en los consejos de un déspota sombrio.

Por lo demas, la moral de la historia se reduce á un corto número de principios fundamentales, porque toda ciencia verdadera es simple en sus elementos..... Apego á la religion, al suelo y á las instituciones del pais; res-

peto á las tradicciones de los antepasados, deferencia á la vejez, fidelidad en los tratados, humanidad en la guerra y amor al órden en la paz; he aquí, si no me equivoco, con corta diferencia el código completo de esta moral. ¡Ay de aquellos seres corrompidos, que menosprecian-do á la humanidad, no estudian la historia sino con el fin de aprender el abuso de la fuerza, y el arte de engañar hábilmente á los hombres. No son ménos dignos de compasion los que notando grandes diferencias en la religion, en las costumbres y opiniones de los pueblos, solo sacan de ellas esa tan triste y desconsoladora imparcialidad que se manifiesta tan indiferente al bien como al mal, y que recuerda á Suetonio, refiriendo friamente las indecencias del lecho imperial! Qué cierto es que se puede abusar de la imparcialidad, que es la primera virtud del historiador, así como se abusa de todo lo bueno: la imparcialidad llevada al estremo, cuando se trata de la religion, se convierte en cepticismo; cuando se trata de la patria en indiferencia y egoismo, y cuando es menester pintar la virtud en culpable indiferencia. El historiador inflexible en sus juicios acerca de los hombres perversos, puede complacerse cuando encuentre que celebrar algo noble y sublime en las acciones de los hombres; pues solo entónces tiene derecho para dejar percibir sus sentimientos, sus afecciones y su entusiasmo; fuera de esto, la imparcialidad mas rigorosa debe presidir á sus relaciones, pues de otra suerte la historia, decaida de su dignidad, no seria ya mas que un testo acomodaticio para declamaciones de circunstancias.

III.

Fuentes de la historia antigua.

Dejo por un instante estas consideraciones para entrar en pormenores mas didácticos. *¿Cuáles son las fuentes de la historia*, comenzando por la historia antigua? A esto responde la escuela de Voltaire: Poseemos tres monumentos incontestables: el primero es la coleccion de las observaciones astronómicas hechas por espacio do 1.900 años consecutivos en Babilonia, enviadas por Alejandro á Grecia, y empleadas en el *Almagesto* de Tolomeo; el segundo es el eclipse central del sol, calculado en China 2.255 años antes de la éra vulgar, y reconocido verdadero por todos los astronómos; el tercero, aunque muy inferior á los dos anteriores, existe en los mármoles de Arundel, donde está grabada la crónica de Atenas 263 años ántes de nuestra éra; pero no comienza sino desde Cécrope 1.319 años antes del tiempo en que fué grabada. En este siglo de imparcialidad, sin la cual no hay verdadera crítica, confiesan los sábios que se poseen otras muchas fuentes, que afectan menospreciar Voltaire y su escuela, hablo de los libros religiosos de las diversas naciones del Oriente: ya no estamos en el tiempo en que se aislaba la historia antigua de estas fuentes sagradas, sin las cuales no tendria ni autoridad, ni sancion y ni aun principio. El *Génesis* es el primer libro que el historiador debe consultar, y miéntras mas lo estudie mas reconocerá cuanta confianza y respeto, humanamente hablando, merecen las tradicciones recopiladas por Moisés. „Ignoramos, dice Muller en su *Historia universal* (cap. III), cuantas veces ha salido y se ha puesto el sol, desde que en los risueños prados del reino de Cachemira, ó sobre las saludables alturas del Tibet, animó el Criador con su divino aliento el limo de que formó al primer hombre; pero cualquiera que sea nuestra incertidumbre con respecto á esto, está probado que la éra de todas las naciones comienza poco mas ó ménos en una misma época. Las largas séries de siglos de que hablan los chinos, los indios y los egipcios, no son mas que cálculos astronómicos que no pertenecen á la historia. La crónica mas antigua de los chinos, el *Tschou-King* no comienza á ser histórica sino hasta la época de la guerra de Troya, y su autor es posterior á Homero y á Hesiodo. Los tiempos históricos de los indios no llegan mas que á 5.000 años. Conforme á los libros sagrados de los hebreos, calculados segun el sistema que me parece mas verosímil, creo que pueden contarse 7.506 años desde la creacion del hombre referida en la Sagrada Escritura, hasta 1.784."—Consúltense tambien los escritos y los cálculos de Cuvier, de Biot y de otros sábios ilustres que despues de Muller han ensanchado el dominio de la ciencia cronológica, y se verá que su ingenio no solamente se humilla ante los libros sagrados, sino que encuentra en ellos hechos del todo acordes con la exactitud de sus cálculos, y así el Génesis viene á ser la primera fuente histórica. Viene despues Herodoto de Halicarnaso, este Herodoto á quien la crítica ligera y subversiva del del siglo XVIII ha acusado tantas veces de haber mentido; pero despues que se ha estudiado el Egipto y el Oriente, se ha aumentado la gloria del padre de la historia profana, y se ha reconocido la presuntuosa ignorancia con que algunos críticos temerarios desecharon de él multitud de pormenores acerca de las costumbres y de la geografia, por la sola razon de que no habian visto cosa semejante en nuestras co-

marcas modernas. Sin embargo, es preciso confesar que á pesar de la fé adquirida en el *Génisis*, y en las antiguas tradicciones que Herodoto ha podido colectar acerca del Egipto, la Persia y la Siria, no nos quedan del mundo primitivo mas que algunos fracmentos de poesías, bastante obscuros, ó cánones de reyes, cuya autenticidad no está probada.--Sea cual fuere la importancia que pueda darse á los descubrimientos recientes, y sea cual fuere el mérito de los que los han hecho, cuántas tinieblas no envuelven aún á la cuna de la monarquía egipcia! Si bien se ha podido rasgar el velo misterioso de algunos geroglíficos y sacar del olvido el nombre de tal dinastía ó de tal príncipe que permaneció desconocido hasta entónces; jamas se conseguirá dar un interés positivo á las épocas contemporáneas del nacimiento de las sociedades, cuyos recuerdos están sepultados en la misma tumba que encierra á las generaciones que ellas vieron nacer. Lo mismo sucede con respecto á la Asiria. Por cuántas cuestiones indisolubles se encontraria circunscrito y detenido, el historiador que pretendiese restablecer sus anales. Cuántos imperios de Asiria ha habido? El exámen de este solo punto manifiesta desde luego toda la estension y dificultad de la empresa que habria emprendido. ¡Qué valor no necesitaria para emprenderla, sin esperanza de llegar á obtener resultados proporcionados á la fatiga de sus investigaciones! La Persia y la India con sus libros religiosos que la *lenguística* (1) ha comenzado á esplorar, van á aumentar sus dificultades.

El orígen de los sirios y fenicios, el principio de la sociedad en el Asia occidental, en Grecia, en Italia, en Iberia y en las costas septentrionales del Africa; ofrecen tambien muchos problemas á la crítica y para resolverlos, si bien se encuentra algun auxilio en Herodoto, Tucidides, Diodoro, Pausanias y en el viejo Homero que tambien es una fuente histórica, ninguno de estos autores ha reunido bastantes hechos y documentos para que el historiador pueda construir un sistema satisfactorio.

IV.

Historia antigua: no debe separarse la griega de la romana.--Repúblicas antiguas.--Principales bosquejos históricos.

Supongo que á fuerza de perseverancia, de erudicion y de sagacidad, el historiador haya aclarado las épocas fundamentales de la cronología, que de cualquiera manera haya pasado los desiertos de la historia, y que haya llegado á los tiempos verdaderamente históricos, entónces se le presentarán otras dificultades y otros deberes. Si intitula su obra *Historia antigua*, irá conforme á un método, á mi entender, absurdo, y no obstante, generalmente seguido en Francia, separar la historia griega de la romana, y no manifestar la cuna de Roma sino despues de haber pasado sobre la tumba donde yace la libertad griega. Lejos de él una marcha antilógica, y para tomar el buen camino, no le faltarán modelos: tales son Veleyo, Bossuet, Juan de Muller, el modesto y sabio abate Gerard, cuya *Historia antigua* sin concluir, es muy poco conocida, y en fin, hasta en las escuelas ménos elevadas, el buen abate Gaultier, que tuvo el don de la enseñanza primaria, es decir, la mas simple y popular, y por consiguiente la mas útil; mas para el historiador que quisiera elevarse á altas consideraciones, y vivificar su obra por medio de oportunas comparaciones, qué felicidad, de tener que presentar en el mismo periodo á Licurgo y á Rómulo, poniendo ambos las bases de una constitucion que debia formar un gran pueblo! Pero supongo que ha llegado á los tiempos verdaderamente históricos; entónces ya su obra no se limitará á fijar datas, á notar anacronismos, á desencantar fábulas graciosas para encontrar un fondo de verdad, sino que tendrá que tratar puntos mas importantes que interesan á la inteligencia y moralidad humana; tendrá que rectificar juicios repetidos de dos siglos á esta parte sobre los hombres y sobre las cosas. Las instituciones de los pueblos la fama de sus gefes, he aquí lo que debe apreciar en su justo valor; exigirá á tal hombre cuenta de su gloria usurpada, reparará para tal otro, el injusto olvido de los historiadores, se guardará bien sobre todo, de preconizar como virtudes políticas, aquellos sentimientos y actos reprobados por la sana moral, seduccion á que no han resistido siempre algunos sabios, tales como Bossuet, Rollin y Montesquieu. La historia de las repúblicas griegas lo encontrará sin preocupacion: no presentará todas sus instituciones como modelos dignos de imitacion; sabrá preservarse de un entusiasmo engañoso, repudiar las admiraciones que no es-

(1) LINGUISTIQUE sus. fem. tratado sobre el estudio de las *lenguas*.—Estudio y conocimiento de las lenguas en general.

He hecho uso de esta palabra que no se encontrará ciertamente en el Diccionario de la lengua castellana, porque no he encontrado otra que esprese en nuestro idioma con toda claridad su significacion.

[*El traductor*].

tén comprobadas, y tambien evitar el espíritu de denigsacion, y el tono de aspereza. Presentada de este modo esta parte de los anales de la antigüedad, enseñará al lector que solo tuvieron verdadera gloria y prosperidad, las repúblicas donde el primer móvil de los ciudadanos consistia en la obediencia á las leyes y en el amor al órden establecido, y no en los sentimientos de un patriotismò feroz que tan frecuentemente los conducia á maldades atroces, como á acciones loables. ¿Porque fueron tan raros y tan cortos los intervalos de prosperidad, sea en la inconstante Atenas, ó sea en Tebas, donde reinaba una multitud estúpida y perversa? porque las instituciones de estas dos repúblicas, abandonadas sin defensa á las convulciones de la democracia, dejaban sin fuerza á las leyes, miéntras no habia un hombre capaz de hacerlas respetar. Así es, que, la dicha de Aténas no se prolonga por mas tiempo que el de la vida de Pericles, y parece que el vencedor de Leuctres lleva á la tumba la fortuna y la ilustracion de su patria. ¿Porqué al contrario la paciente Lacedemonia y la valiente y sabia república romana, pudieron contar siglos de seguridad, de fuerza y de grandeza? Porque entre los romanos y los esparcitas, estos dos pueblos asombrosos por la constancia con que guardaron su antigua disciplina, una aristocracia poderosa garantizaba la duracion de la ley, del órden establecido y arreglaba el dócil entusiasmo de un patriotismo sin debilidad. Se penetrará asimismo de una consideracion; y es que entre los griegos y los romanos, particularmente entre los esparcitas, lo que aseguraba la estabilidad de las formas republicanas, era el pequeño número de hombres que gozaban de los derechos de ciudadanía, pues la clase manufacturera ó doméstica que, en nuestras sociedades modernas goza de los mismos derechos que los demas ciudadanos, y compone esta multitud numerosa que se llama esclusivamente *pueblo*, no existia, ó al ménos no existia sino por una especie de excepcion entre los antiguos. Todas las profesiones liberales estaban abandonadas á esclavos, cuyo número excedia casi siempre al de sus amos, pero que formaba, por decirlo así, otra especie humana con la cual no se contaba para nada en las transacciones públicas, y dejaba á la reunion de los ciudadanos, verdadera feudalidad republicana, ! arreglar cómodamente los intereses del estado. ¿Quién querria á este precio convertir en democracias las monarquías europeas? Y solo Dios sabe si este régimen podrá convenirles algun dia, pero durante la esperiencia que ha hecho de él la Francia, la democracia sin esclavos ha debido proscribir. Entre tanto, el historiador filósofo debe reconocer que en nuestros estados modernos hay mas felicidad, proteccion, libertad é instruccion para las masas que en las democracias mejor organizadas de Grecia y de Italia. La historia antigua no está tan llena con los seductores ejemplos de las virtudes republicanas que dejen de encontrarse en ella las virtudes de algunos reyes, y la felicidad de los súbditos de las antiguas monarquías. Los escritores antiguos han hecho cuanto ha estado de su parte para darles el menor lugar posible, pero esto no debe ser para el historiador que viniese hoy á tomar como filósofo las seductora, narraciones de aquellos; un motivo de apartar su atencion de los príncipes, tales como Sesostris, Psametico, Amasis, Ciro, Evagoro, Numa, Servio Tulio, Ezechías etc. La gloria de los conquistadores cuyas azañas fueron inútiles á su patria, debe exigir un exámen atento. Pordichoso y hábil que haya sido Filipo de Macedonia, su gloria carece de brillo, y su nombre se encuentra colocado por todos los historiadores en un rango muy superior al de su hijo. El historiador no debe encontrar embarazo para infirmar un juicio tan general- manifestando su falsedad: puede mostrar la conveniencia, la posibilidad del proyecto grande, pero no gigantesco, concebido por Filipo, y que consistia en colocar á Macedonia á la cabeza de una confederacion dirigida por un monarca en los límites de la Grecia. Alejandro aun ántes de subir al trono, concibió un plan, que en todos tiempos ha sido impracticable, el de una monarquía universal. Que no se cite el ejemplo de Augusto y de los Césares, pues que ellos no formaronn tal monarquía, la encontraron formada, y sus sucesores la fueron perdiendo por partes. Filipo, árbitro de la Grecia, no pensaba sino en ser un nuevo Agamenon, humillando á la Persía. Alejandro resolvió conquistarla, y la desidiosa Asia le opuso poca resistencia, no hubiera sido lo mismo en Europa, contra la cual pensaba este príncipe volver sus armas, despues de la conquista de Oriente. Los curiosos que querian profundizar esta cuestion, la encontrarán tratada á fondo, en la elocuente digresion de Tito Livio, sobre las aventuras desastrosas que hubieran detenido á Alejandro en una invacion á Italia. Los admiradores del conquistador Macedonio, entre otros, Montesquieu, no han querido ver en él sino un bienhechor de la humanidad, cuyas armas no habian tenido otro objeto que

estender los límites de la civilizacion. Montesquieu, como lo ha manifestado el sabio Sainte-Croix, ha exagerado la importancia de algunos de los establecimientos dejados por el vencedor de Arbellas en los paises que recorria: por lo demas, bajo este punto de vista, desde el tiempo de sus reyes, Roma habia dado el ejemplo de consolidar y de nacionalizar las conquistas, estableciendo colonias. Sin duda, Alejandro mostró en muchas circunstancias, miras dignas del alumno de Aristóteles; sin duda habia aprendido en la escuela de tal maestro á generalizar sus ideas y á concebir leyes generales. Pero despues de la espedicion de las indias ¿qué podia hacer esperar la continuacion de su reinado, cuando el monarca no trataba de desembriagarse? Estoy tentado de creer que Alejandro murió muy á tiempo para la conservacion de su gloria. Cuales son por lo demas, considerados moralmente los actos dignos de elogio que se pretende encontrar en Alejandro? Acaso el que no hizo males: él, que se manifestó tan cruel con el noble defensor de Tiro, con sus mejores amigos; que fué generoso con la familia de Dario! He aquí su acto mas noble, y este es el testo acerca del cual no se agotan los elogios de los antiguos, repetidos hasta el fastidio por los modernos, y esta universal conformidad de la antigüedad, solo prueba, que debe lamentarse un órden social en que semejantes acciones se reputaban como el colmo de la virtud. Qué rey de la moderna Europa no veria como una injuria el que se convirtiese en objeto de alabanza el que no hubiera violado ni quitado la vida á algunas princesas á quienes las viscisitudes de las armas hubieran hecho caer entre sus manos? Ya se deja ver á cuantos casos y caracteres podia aplicarse en la historia antigua este método de juzgarlo todo sin preocupacion ni prevencion, y con entera libertad para admirar ó menospreciar sin ningun comprobante. Pasando á la historia romana, el historiador encontrará las mismas preocupaciones que combatir. Ciertamente cuando la Grecia, diezmada y corrompida por la guerra del Peloponeso, es decír, por cerca de un siglo de guerras civiles, no presentaba mas que corrupcion y violencia: la república romana se distinguia por sus costumbres sencillas y sus verdaderas virtudes: la razon de esto fácilmente se descubre. El pueblo romano sometido á las leyes y bajo la clientela del senado, no pensaba entónces mas que en encontrar, en la agricultura una subsistencia frugal, en la guerra una noble y útil defensa contra sus vecinos celosos, dispuestos siempre á violar los tratados, y sobre todo, la buena fé romana era lo que hacia entónces y aun poco despues un honroso contraste con la sutileza griega, en una palabra, Roma sin lujo y sin comercio tenia virtudes, porque no conocia todavía los vicios, que son el resultado de las riquezas. Pero ya los excesos de los decenviros y de los tribunos, la avaricia, el rigor y algunas veces el infame desenfreno en las costumbres de los acreedores para con sus deudores, convertidos en sus esclavos, son rasgos que prueban que no todos los romanos eran Cincinatos, Cursios, Camilos ó Fabricios. Mas aquí se presentan importantes reflexiones acerca de los diversos periodos que señala la historia de las naciones.

V.

Continuacion de las diversas edades de los pueblos.--Decadencia y ruina de Grecia.--Virilidad y vejez de Roma.

Se ha dicho frecuentemente que los pueblos tienen como los individuos de la especie humana, su niñez, su juventud, su virilidad y su decrepitud. Nada es mas esacto que esta consideracion que el historiador Floro esplanó el primero con toda la pompa de un retórico, pero que no la concibió como filósofo. La niñez de las naciones presenta al historiador pocos hechos, porque la cuna e la mayor parte de ellas esta rodeada de tan espesas tinieblas, que todos los esfuerzos de la crítica no conseguirán nunca disiparlas. La juventud de los pueblos que se anuncia por algunas invenciones sencillas en las artes útiles, así como por heroicas proezas es muy semejante en todos los climas y en todos los siglos: sus anales, fundados sobre tradiciones inciertas, no dejan entrever mas que algunos hechos aislados, ni conocer mas que a hombres todavía muy cercanos al estado natural, y cuyos vicios son tan francos, como sus virtudes sencillas. Asi es, que, exceptuando el colorido local, veo poco mas ó ménos en los cantos de los bardos caledonios, reproducirse los mismos recuerdos, las mismas pasiones, y casi los mismos hechos que en los cantos del viejo Homero.

No es así en la virilidad de los pueblos, pues entónces es cuando cada nacion despliega el carácter que le es propio: el sello de la civilizacion marca para lo sucesivo con mil señales diversas á los hombres, quienes cada dia se apartan mas de la sencillez primitiva de los primeros siglos. Las invenciones de una industria que se aplicaba á las necesidades de la vida, son reemplazadas por las primeras investigaciones

del lujo. Los héroes y los cónsules no dejan ya el mando de los ejércitos para ir á conducir el arado; los reyes no usan ya mantos tejidos por mano de sus mugeres ó de sus hijas; y ya no mandan vender, para subsistir, las yerbas de sus jardines: el atractivo de las artes y de los placeres del espíritu comienzan á alucinar algunas existencias, cuyo bienestar material está para lo de adelante asegurado. A las indomables pasiones, á los sentimientos estremos que hacian obrar á una sociedad medio civilizada, han sucedido las virtudes sostenidas, los designios sábiamente combinados; pero tambien los vicios y las emociones perversas del alma, arreglándose y tomando la marcha de la sabiduría y de la virtud, ejercen destrozos mil veces mas crueles que los ímpetus pasageros que distinguen á los personages de los tiempos heroicos: entónces es cuando la política, armada con sus frios cálculos, viene á ser un arte profundo que muy frecuentemente corrompe las conciencias, confunde las ideas de honor y de moral, y desconoce el crimen para cometerlo. Entónces tambien las combinaciones de la guerra, erigida en ciencia, pueden ser superiores, por decirlo así, á la fuerza fisica del guerrero y su valor moral; el soldado no existe ya mas que para aumentar el número y obedecer; y el general puede frecuentemente, sin ninguna fatiga corporal y aun sin ningun peligro personal, ganar batallas y cosechar los laureles de la gloria. En este grado de existencia de los pueblos, la historia presenta un interés verdadero, pues que es fecunda en objetos de meditacion. Tal es la Grecia en los tiempos de Themistocles y de Pericles. Tal es Roma, brillante por la gloria de Fábio Cuntator, de los Scipiones, de Flaminio y de Paulo Emilio. De entónces mas ya no carece de documentos el que quiere estudiar la historia. Los pueblos jóvenes aún, tienen, casi todos, los órganos dispuestos á las inspiraciones de la poesía; y producen entónces rápsodas, bardos ó trovadores, que conservan las tradiciones nacionales con los maravillosos colores de la fábula, y bastante exactos en la pintura de las costumbres, estos son los únicos historiadores populares de los tiempos heroicos. Unicamente en los pueblos avanzados ya en la carrera de los destinos políticos, es en donde se ven nacer graves escritores que buscan friamente la verdad de los hechos para transmitirla á la posteridad. El mismo grado de interés presenta la historia de las naciones en su vejez, pues que si es interesante saber como se forman las sociedades, no lo es menos el estudiar como se destruyen. Una civilizacion fuerte, y me atrevo á decirlo, nueva, forma por sí sola los tiempos de gloria de una gran nacion, así como una civilizacion avanzada la sumerge en el abatimiento y en la anarquía: entónces el pueblo descontento de todo gobierno, no sabrá mas que tirarle cobardemente ó alborotarse sin objeto: entonces podrá encontrar la dicha en una paz vergonzosa, y que comprometa para siempre su dignidad nacional; entónces le será preciso hacer instituciones con pomposas palabras acerca de las cuales nadie estará de acuerdo; entónces, por último, del exceso del lujo nacerá el egoismo en todas las clases de la sociedad, y ponderará los progresos de su comercio, porque todo ha venido á ser venal; no creerá ya ni en la religion, ni aun en los sistemas de los filósofos, pero la hipocresía ó la indiferencia se dividirán las conciencias, y los templos estarán llenos de hombres que, levantando los ojos al cielo no pensarán sino en los intereses de la tierra. Tales rasgos, sin duda, podria señalar el historiador en los últimos dias de Cartago, de Corinto, de las monarquías del Asia menor y de Egipto bajo los lagides, si el orgullo de los historiadores romanos se hubiese dignado informarnos del estado interior de los pueblos vencidos por las armas de sus conciudadanos. Sin embargo, en su defecto, encontramos muchos rasgos característicos de estos pueblos imbuidos en toda la corrupcion pagana, en Luciano, en Temisio, en los padres de la Iglesia, en los escolásticos y en algunos historiadores de la edad media; todos estos materiales están esparcidos, y el grande empeño del historiador, debe ser el reunirlos y emplearlos para formar de ellos un cuerpo de doctrina.

Supongo que el historiador en su libro haya llegado á aquella época de la historia antigua en que el pueblo romano, cuya virilidad fué tan larga y sostenida, acaba por segunda vez de humillar á Cartago, y ansía la conquista de Grecia y Asia; entónces para hacer comprender la serie de los acontecimientos, tendrá necesidad de dar á conocer en un rápido resúmen la feliz combinacion de la constitucion romana, cuya poderosa aristocracia se renueva y consolida incesantemente por la asociacion de todas las notabilidades populares, la sábia política de aquel senado, que todas las naciones han admirado, pero que ninguna ha podido igualar, y el excelente arreglo de los ejércitos de Roma, cuyos soldados jamas dejaban de ser ciudadanos; pintará aquellas virtudes privadas, compañeras da las públicas, que hacian al pueblo romano digno de tener el mejor gobier-

no, la mejor política y los mejores soldados del universo. Pero despues de la conquista del Oriente, Roma, vencedora de todos los pueblos, no tendrá ya mas que vencerse á sí misma: esto es lo que Veleyo Patérculo ha espresado tan bien diciendo al comenzar su segundo libro. ,,El primer Scipion dió principio á la mas brillante carrera de la fortuna de los romanos, y el segundo á los vicios que debian arruinarlos." Desde este instante, este pueblo, si merece aún nuestra admiracion por sus talentos, va á horrorizarnos con sus excesos; en fin, para Roma el estado de decadencia, ó al menos de anarquía, en la cual va á caer, á datar del tiempo de Mario y de los Gracos, provendrá precisamente del exceso de sus fuerzas. Por el contrario Grecia, el exceso de debilidad, y la ausencia de toda energía, es lo que desde la jornada de Cherona, debe presentar ante los ojos del observador. La Grecia no puede ya resistir á los enemigos que violan su territorio: Macedonios, Sirios, Romanos, cualquier pueblo es bastante fuerte para conquistarla, y los griegos, en lugar de oponer al estrangero sus armas, tan temibles en manos de sus antepasados, no saben ya mas que componer arengas y votar decretos, cuyos términos lisongeros desarman á sus conquistadores, quienes se encuentran subyugados á la vez. En efecto, si la patria de Leonidas y Arístides, no merece ya gloria, ella la distribuye: la mágia de sus antiguos recuerdos, ejerce una influencia sobrenatural sobre las demas naciones, y este prestigio es el que en ella reemplaza á toda fuerza política y á toda consideracion moral. Sí, aun en medio de las mas tristes realidades todavía la Grecia reina por el poder de las fábulas; pues bien pueden llamarse así las ilusiones con que se engaña la vanidad de las naciones y los engaños de que se sirve la política unida á la debilidad. Sin embargo, cuando el historiador muestre la Acaya, próxima á ser provincia romana, tendrá que investigar un fenómeno que yo llamaria único, al menos en la historia antigua. ¿Por qué Roma victoriosa, y hasta entónces tan altiva en sus triunfos, se permite á sí misma cortejar á la Grecia vencida? ¿Por qué sus generales, sus cónsules y sus oradores, desdeñan las costumbres y la lengua de Italia, entrando todos á la competencia en la escuela de los griegos? Roma, que bajo los reyes, no habia sido, por decirlo así, sino una colonia etrusca, casi va á convertirse en lo de adelante en una colonia griega; sus sabios no escribirán desde luego, sino en lengua griega; y en el idioma de Tucídides, es en el que Sylla y Lúculo compusieron sus memorias: Terencio se considerará en el colmo de la gloria con ser proclamado un Semi-Menandro: y Virgilio no será ya frecuentemente mas que el feliz traductor de Homero: en una palabra, en cualquier género que sea, la literatura romana no será sino un reflejo mas ó menos exacto de la literatura de Atenas; ¿y que títulos, políticamente hablando, tiene la Grecia á tan gloriosa imitacion? humillada en sus relaciones con las demas naciones, ve á la anarquía reinar en sus mas florecientes ciudades, y si esta cesa un instante, es para hacer lugar al despotismo de un gefe estrangero. Aristion, tirano asalariado por Mitrídates, oprime á Atenas; recibe de Sylla el castigo de sus maldades, y al instante es reemplazado por los publicanos de Roma, quienes quitan á la ciudad de Minerva sus estatuas, sus cuadros, sus vasos preciosos y su oro. ¿Por que asombrosa metamórfosis los descendientes de los Temístocles, de los Timoteos y de los Cabrías, no son sino los hombres mas cobardes en el campo de batalla? ¿Por qué se encuentran entre ellos tantos filósofos y no un Sócrates; tantos oradores, y no un Demóstenes? ¿Que digo? ellos no tienen ya ni aun para conducirlos al combate, algunos de aquellos demagogos, que como el presuntuoso Cleon, sabian al menos sacrificar su persona. El historiador preguntará tambien: ¿por qué solo Esparta ha conservado alguna existencia política; pero que bien pronto va á perder? por qué la energía que animaba á los vencedores de Maraton, de Salamina, de Leuctres y de Mantinea, y que en vano se buscaria en lo sucesivo en Tébas y en Atenas, se ha vuelto á encontrar repentinamente en este rincon de la Grecia hasta entónces oscuro, que forma la liga aqueana? porque este fuego sagrado de patriotismo, apagado en el corazon de los Atenienses, quienes se habian vuelto cobardes, charlatanes y voluptuosos, renace repentinamente en el seno de una poblacion, cuyos padres podian, con razon, desdeñar la inferioridad política y militar. ¡Almas de Arato y de Polifemo, entónces es cuando un nuevo Tucídides osará invocaros! y os pedirá el secreto de la nueva existencia que disteis á vuestra patria. Arato, Polifemo, ¡qué hermosos nombres! ¡Qué hombres, cuyas virtudes personales suplen las virtudes de que carece su patria! Milciades; Arístides y Leonidas, son sin duda caracteres muy puros; pero sus virtudes eran de su siglo, parecian fáciles entónces y eran habituales: no así las de los dos héroes aqueos; que eran esclusivamente suyas; pues que formaban la excepcion de los vicios de sus contemporáneos, y de ello se avergonza-

ba su siglo. Cuán fecunda es tambien en sorprendentes lecciones, y aun en felices semejanzas, la vida de estos dos grandes hombres, de los cuales, uno pereció víctima de la pérfida amistad de los reyes, y el otro de la ingratitud de la democracia.—Dueña del mundo occidental, Roma llega á la época en que, segun la bella espresion de Montesquieu, ,,el universo entero estaba ocupado en saciar la dicha de cinco ó seis monstruos." Tal es la vejez de Roma, vejez fuerte y largo tiempo lozana. Con Roma caerá el antiguo mundo, la idolatría, la religion de la materia: en su lugar llegarán veinte naciones bárbaras, pero jóvenes y llenas de esperanza en el porvenir. Una religion divina, con su cruz, signo de manumision y de victoria, reemplazará el antiguo culto del capitolio: despues en los fecundos designios del Criador, se levantará del seno de la barbárie un estado social mejor que todo lo que habia podido presentir y figurarse la filosofía humana.

VI.

Edad media.—Consideraciones históricas acerca de la cuestion de los gobiernos.

Al desmembrarse el imperio romano de occidente, comienza un nuevo órden de cosas, y esto es lo que se llama *historia de la edad media*, ,,historia bárbara de pueblos bárbaros, que, aunque convertidos en cristianos, no por eso fueron mejores." *(Voltaire.)* ¿Y qué, esta sentencia carece de apelacion? ¿La edad media, que se ha convenido en prorogar hasta la toma de Constantinopla por Mahomet II, es una época tan constantemente degradante para la humanidad? Le basta al que quiera convencerse de que durante este periodo, la inteligencia humana no ha dormitado, y de que se ha hecho alguna cosa para la dicha de los hombres, recordar el reinado de Teodorico en Italia, el de Justiniano en Bizancio; el brillo del reino Franco bajo Dagoberto; las conquistas y súbita civilizacion de los Arabes, secuaces de Mahomet; las capitulares de Carlo Magno, los felices esfuerzos de Alfredo el Grande; el poder y la gloria del primer imperio de Rusia; la importancia de la doble corona imperial y real; bajo la casa de Suabia; la riqueza y actividad de las repúblicas de Italia y del Norte, los tiempos de Luis el Gordo y de Felipe Augusto, las Cruzadas con su heroismo y sus inmensos resultados, los concilios con sus canónes de tan alto interés moral y político, la célebre constitucion feudal y militar establecida por los cristianos en Jerusalen, *(assises de Jerusalen)*, el renacimiento del derecho romano, la formacion de los comunes, los establecimientos de San Luis, las ordenanzas de los reyes de Francia, etc., sin hablar de las obras maestras de arquitectura religiosa, y de tantas invenciones útiles, desde la del papel de trapo y de la pólvora, hasta la imprenta, y sobre todo, en fin, el establecimiento tan sábiamente combinado de la Iglesia Romana: citaria aun la mezcla, la conservacion y la manera insensible de irse borrando las razas que han contribuido, cada una por su parte, á la ruina del imperio romano, y cuyos rasgos mas ó ménos pronunciados, se encuentran aun hoy en el seno de las poblaciones modernas: semejantes á las corrientes del Ródano que atraviesan las aguas del lago Leman sin confundirse con ellas. Un filósofo del siglo XVIII y aun del nuestro, tendria sin duda gran ingenio para condenar la barbarie del XII, pero se mostraria tan limitado en sus miras, como algun monge cronista de aquel tiempo, si ántes de condenar, como déspotas astutos, feroces, bandidos ó bribones hipócritas, á los reyes, los guerreros y los pontífices de la edad media, no daba conocimiento de su siglo. Tal acto nos parece hoy monstruoso, y acaso nuestros groseros abuelos, lo miraban como una accion comun y tal vez apreciable en la vida. Los hombres, á mi parecer, no nacen ni mas ni ménos malos en un tiempo que en otro: únicamente pueden venir á ser mas ilustrados; pero sus luces son como una arma de dos filos que les enseña á refinar sus vicios, y aun á erigirlos en virtudes á fuerza de ingenio. En cuanto á las virtudes reales, como ellas nacen del corazon, nunca cambian de naturaleza, y acaso con las luces vienen á ser ménos francas. Uno de los escritores mas antiguos del siglo último, ha desarrollado ya esta verdad: ,,Mucha ignorancia, dice Marivaux en sus reflexiones sobre los hombres, les da costumbres bárbaras; la mucha esperiencia los vuelve hábiles malvados; porque los hombres miéntras mas iniquidades de corazon, conocen por la sagacidad de su ingenio, mas crímenes cometen. En vano esta misma sagacidad les enseña nuevas virtudes, ellos se contentan con saberlas y no las practican; pero en cuanto á los crímenes, desdichada de aquella asociacion en que haya bastante ingenio y esperiencia, para saber de cuantos modos sagaces, secretos é impunes se puede carecer de honor, de justicia y de virtud.» En ciertas historias filosóficas era admitido acusar á un gobierno para conceder la aprobacion esclusiva á otro, pero semejante marcha no puede conducir jamas á la verdad: así como á las grandes naciones les toca alguna vez ocupar el

primer lugar en el teatro del universo: lo mismo se ve á cada forma de gobierno, predominar sucesivamente: en la antigüedad Grecia y Roma han debido muchos siglos de gloria a las diversas combinaciones del sistema democrático. Cuando Roma llegó á ser la metrópoli del mundo romano, llamaba a un solo hombre á regir el universo. Despues de la destruccion del imperio en Italia, constituyan el estado social de la Europa las monarquias militares, y este despotismo del sable, apoyado en inmensas conquistas territoriales, dió origen al regimen feudal, forma de gobierno mas sabiamente combinada de lo que comunmente se cré, y que cuando se examina profundamente, como lo han hecho Mably, el historiador inglés Gillées M. Savigni, M. Guizot y algunos otros, se asemeja mucho á la constitucion de Lacedemonia y á la de Macedonia antes de Filipo. En punto á constituciones, acaso seria muy prudente no admitir ni condenar á ninguna, sino relativamente. Una forma de gobierno en un siglo conviene á un pueblo, que en otro tiempo y en otrá nacion no podria ser admitida. Pero qué cosa nos proporciona el medio de juzgar de la conveniencia ó de la oportunidad de tal gobierno? Su estabilidad, su duracion: porque ciertamente un gobierno nuevo no puede ser nunca apreciado, en razon á que no ha sufrido la prueba decisiva del tiempo, que hace¦ó deshace hasta á las revoluciones; es así que, si el feudalismo se estableció y reinó por espacio de algunos siglos en toda Europa, reconozcamos que este sistema era entónces el único gobierno conveniente y posible, considerado el estado de las costumbres, de las ideas y de la inteligencia humana. Viene despues la época en que el feudalismo comienza á perder toda su virtud, toda su fuerza moral, porque habia perdido su oportunidad, y así venia á ser un instrumento de poder inútil, el cual era preciso reemplazar con un órden de cosas apropiado á los progresos lentos, pero reales del estado social de la Europa. Este instrumento se ha encontrado casi en todas partes, y espontáneamente en el poder de los reyes, ligados con el interés de los pueblos para acabar de arruinar y de disolver las ligas feudales, cuyos esfuerzos en sentido inverso de la marcha del tiempo, no eran mas que un obstáculo al bien y á las nuevas ventajas de que iba á gozar el género humano, libertado de la servidumbre del terrazgo. Desde este instante llegó su vez al gobierno puramente monárquico: templado con las ideas de honor y de conveniencia, que eran entónces y que aun hoy ejercen un poder real, ha dado algunos siglos de gloria á todas las monarquías de Europa. Durante este feliz intervalo para la humanidad, ha sido cuando la industria, las artes y el comercio han tomado su vuelo; cuando la religion cristiana ha sido mejor comprendida en su espíritu y mejor arreglada en su disciplina; cuando la iglesia se ha encerrado en la iglesia: cuando la opinion pública se ha formado, y cuando el derecho de la guerra se ha dulcificado. En vista de todos estos resultados, no se negarán sin duda los beneficios que la Europa debe á la monarquía. Pero asimismo, como nada queda estacionario en la tierra, á la sombra de este nuevo órden de cosas, el pueblo con quien hacia tantos siglos no se habia contado para nada entre los poderes de la sociedad, súbitamente ha emprendido su carrera, y ha venido á ser repentinamente un poder en el estado, y como tal se ha mostrado invasor: de aquí la necesidad de los príncipes de satisfacer á nuevas exigencias; de aquí la necesidad de constituciones bien definidas, en virtud de las cuales, el pueblo, libre en sus creencias, en sus propiedades y en su industria, es llamado á tratar de igual á igual con los demas poderes de la sociedad. Con esta estension de ideas y con esta libertad de opiniones, es con la que un hombre que pretende ser historiador, debe considerar los siglos y las instituciones humanas; pero querer traer las épocas de la historia al nivel del tiempo presente, tomar la opinion de hoy que no será ciertamente la de mañana, por término de comparacion con un órden de cosas y un estado social distante cinco ó seis siglos, juzgar á los hombres groseros de la edad media como á los refinados diplomáticos del siglo actual, es reducir la historia, desconocer el primero de sus deberes, que es la imparcialidad, y transformarla en sátira. La independencia de las doctrinas no se encuentra ni en las temeridades del espíritu de incredulidad y de oposicion, ni en las condescendencias de una pluma servil. La verdad no enarbola ninguna bandera y sin eclectismo no hay ni verdadera historia, ni verdadera filosofia.

VII.

Historia moderna.

„La grande utilidad de la historia moderna, dice Voltaire, y la ventaja que tiene sobre la antigua, es que enseña á todos los potentados, que desde el siglo XV, todos se han reunido para contener á cualquiera que ha parecido demasiado preponderante. Este sistema de equili-

brio siempre fué desconocido de los antiguos: y esta es la razon del buen éxito del pueblo romano, que formando una milicia superior á la de los demas pueblos, los subyugó sucesivamente desde el Tiber hasta el Eufrates.» Me asombra á la verdad oir decir al juicioso Heeren, al principio de su *Manual historial*, que *la historia moderna* no se separa de la *historia de la edad media*, por ninguno de aquellos hechos estraordinarios que constituyen épocas generales. ¿Pues que no es un acontecimiento demasiado notable la caida del antiguo imperio de Constantinopla? qué no lo es el nacimiento de ese sistema de equilibrio entre los diversos estados de Europa? qué dejan de serlo los cambios efectuados hácia esta época en las costumbres, en las opiniones, en los intereses y en la política, á consecuencia del descubrimiento de América y del paso á las Indias orientales? Medio siglo despues vendrá la reforma que tendrá por resultado el derribar en parte el antiguo sistema de Gregorio VII, sin detener los progresos de la civilizacion, debidos casi esclusivamente durante la edad media á la influencia del sacerdocio católico. Los grandes estados formados por la sucesiva reunion de los feudos, con tendencias de absorverse á los pequeños, ya sea por la conquista, ya por los matrimonios: pero esta tendencia á la unidad absoluta, es detenida por el sistema de equilibrio que se desarrolla y regulariza en medio de las guerras de Italia: lucha inútil y funesta para la Francia como potencia politica, pero que debe contribuir á esparcir en ella la aficion á las artes y á las letras. Los descubrimientos marítimos proporcionaron á la Europa la conquista del resto del mundo; el interés religioso que en la edad media dominaba toda la política, no será verdaderamente poderoso, sino durante el ardor de las guerras de la reforma; y una vez restablecida en Europa la paz religiosa, todo lo absorverá el interés comercial. Desde el siglo XV hasta el XVIII el solio victorioso por todas partes del feudalismo, llegará, por decirlo así, á su apogeo. Qué espectáculo el de Carlos VII y Luis XI, ambos luchando con igual fortuna, aunque de diverso modo contra la hidra feudal! Qué monarcas tan fuertes y espléndidos, un Carlos V, un Francisco I! Las instituciones liberales de la edad media son destruidas, ó violadas, ó enteramente olvidadas en España y en Francia; y solo en el imperio se sostienen á la sombra del sistema electoral; y no obstante el luteranismo, que sirve maravillosamente al poder de los príncipes, en los electorados de Alemania, contribuye tanto como la política francesa y los turcos á oponer una barrera al poder colosal de la casa de Austria. La paz de Ausburgo en 1555, da al luteranismo una existencia legal en el imperio. El calvinismo, sistema enteramente republicano, turba á la Francia y se enseñorea en las repúblicas Helvética y Holandesa. La Inglaterra despedazada durante medio siglo por la querella de las dos rosas, descansa bajo el cetro de fierro de los Tudors, quienes hacen en ella bajo el nombre de alta iglesia, una reforma que no es ni la de Lutero ni la de Calvino. El parlamento tan docil, bajo un Enrique VIII y bajo una Isabel, se subleva contra los Estuardos, y el virtuoso Carlos I, dejando en el cadalso su cabeza encanecida antes de tiempo; el egoista y mustio Carlos II muriendo en paz sobre el trono; el piadoso, débil y obstinado Jacobo II, yendo á acabar sus dias en un destierro, parece tanto por sus desgracias como por sus dias de prosperidad, que predicen el trágico y malhadado destino de los Borbones, quienes tienen ademas tan notables rasgos de semejanza con los Estuardos. La union de Calmar, que reune las tres coronas del Norte, es disuelta por la Suecia despues de mas de un siglo de esfuerzos; la Rusia se liberta de los Mongoles; la Polonia es hasta mediados del siglo XVI la potencia preponderante del Norte. La guerra de treinta años marca la última lucha de la reforma contra la casa de Austria, y el tratado de Westfalia que la termina en 1648, es para el calvinismo lo que un siglo ántes (1555) la paz de Ausburgo fué para el luteranismo. El Norte y el Mediodia de la Europa no son ya en lo de adelante dos mundos separados, la Suecia interviene de una manera positiva en los negocios del Occidente, y bien pronto llegará su vez á la Rusia. Quince años despues del tratado de Westfalia, la paz de los Pirineos reconcilia á la Francia con la España, (1663) y aquí comienza en realidad el reinado de ese gran rey, cuya gloria llena el mundo, y se une á la edad mas gloriosa de la literatura francesa: época rica, inagotable, acerca de la cual Voltaire, Lemontey y tantos otros no habian dicho todo lo que acaba de esplorar bajo nuevos puntos de vista, Mr. de Capefigne, ingenio de primer órden, á quien ya debiamos documentos y consideraciones sobre los tiempos de Felipe Augusto y de la Liga. Todas las ideas de órden, de civilizacion y de bienestar para las poblaciones, emanan del gobierno de Luis XIV, á quien todos los reyes

de Europa temen y odian, pero á pesar de todo le imitan en sus mejoras administrativas y militares. Envegece él, pero su ambicion siempre jóven, imponiendo á la Francia la desastrosa guerra de sucesion, procura á la casa de Borbon el trono de España, y bajo el reinado siguiente la corona de las Dos-Sicilias; mas la caida de los Estuardos y la elevacion de Guillermo de Orange al trono de Inglaterra, hacen á las afecciones, al orgullo y al poder de Luis XIV un cruel contrapeso para la elevacion de su familia. A su muerte, la regencia hábil y depravadora de Felipe de Orleans acaba de corromper á la corte, á los literatos y á cuanto se acerca á los grandes. La elevacion de los reinos nuevos de Prusia y de Cerdeña, marca los primeros años del siglo XVIII. La Prusia se enriquece, así como la Holanda y la Inglaterra con los capitales y la industriosa poblacion que ha lanzado de Francia la revocacion del edicto de Nantes. La Prusia que se engrandece bajo Federico II, como la Rusia se elevó bajo Pedro el Grande, debe ser con la Inglaterra el árbitro de la Europa, miéntras que la Francia se debilita bajo el inerte Luis XV, y hasta fines del siglo XVIII, y sobre todo, á principios del XIX no será cuando la Rusia lograra este grado de poder que hoy amenaza á la Europa y á la Asia. La Polonia, víctima de la anarquía y objeto de dos vergonzosas reparticiones, es absorvida por la Rusia, la Prusia y el Austria; la Suecia es humillada, la Turquía despojada, la Dinamarca apaciblemente gobernada por reyes paternales y déspotas, apénas es contada entre las potencias, y la Inglaterra ha sabido mantener en el continente, el equilibrio entre el Austria y la Francia, con provecho de la Prusia, cuya elevacion conviene á su política; pero la misma Inglaterra quebrantará este equilibrio con provecho suyo, tanto en el mar como en las colonias; y á pesar de perder las mas hermosas que posee en el Occidente, para lo cual no deja de cooperar la Francia, ella funda en el Oriente un imperio mas basto que el de Alejandro y de los Mongoles, y permanece la señora de los mares, en tanto que la Francia y la España han perdido su marina y sus colonias. Pero se trata ya en las antiguas monarquías de Europa de marina, de colonias y de equilibrio, porque la palabra mágica de libertad ha libertado á los mares y conmovido el trono del único rey que en Europa se atreve á sostener la insurreccion americana. La revolucion francesa comienza y todo lo cambia, todo lo derriba, todo lo abisma. Luis XVI, Maria Antonieta, el Duque de Orleans, Danton, los girondinos, Robespierre, los montañeses, los nobles, los generales, los sacerdotes, los artesanos, todas las clases, todas las opiniones, todos los estados; la virtud, el talento, el crímen, la riqueza, la pobreza, todo en fin, se nivela en la guillotina, todo es arrebatado por el torrente revolucionario; y la Europa en su estupor y espanto, no reconoce á la Francia sino en el heroismo de sus ejércitos. Sin embargo, en medio de tantas maldades, brillan en el interior acciones desinteresadas y virtudes dignas de los mas bellos dias de Grecia y Roma. Sometida muy frecuentemente á la fatalidad del crímen, la convencion se presenta algunas veces grande, y los jóvenes guerreros son mejores que los heroes de Homero; pues vistos de cerca es cuando parecen gigantes. En fin, la imaginacion puede tambien mostrar sus nobles cortesanos en la proscripcion y en la desgracia. Al fin la tormenta revolucionaria amenazante aún, pero ménos terrible: el directorio, pálida imágen de un gobierno regular, es el resultado y la espresion del cansancio de las facciones. Sin consistencia, sin plan, sin talento, estos reyes de un dia tienen tambien sus cortesanos y sus orgias; y aunque poco temidos son bastante despreciados. Bonaparte aparece, el directorio ya no existe. Bonaparte es cónsul, bien pronto emperador, y en ménos de diez años habrá sucesivamente renovado á Clodoveo, á Carlomagno y á Luis XIV. Como Clodoveo hace triunfar al cristianismo en Francia, y puede llamarse el hijo primogénito de la iglesia; como Carlomagno ciñe la doble corona de emperador y de rey, es legislador, protector de las letras y conquistador; como Luis XIV, y desgraciadamente como Luis XVI toma una esposa de la casa de Austria, como el gran rey, quiere que su familia reine en España, como hombre de gran fortuna, quiere que reine en todas partes. Los reyes de Europa se ligan contra él, despues de haberlo adorado como á un Dios: cae y con él sus hermanos, los pequeños reyes; cae, y todos los tronos vacilan, y los pueblos que han ayudado á sus principes á arrojar *al usurpador*, segun se le llamaba, despues quieren que sus principes les den constituciones en cambio de tanta sangre derramada por su causa. Aquí como siempre la Francia que ha recobrado á sus antiguos Borbones, da la norma á la Europa, y la restauracion de Luis XVIII abre una era muy pacífica de conquistas y de concesiones constitucionales. Luis XVIII se muestra fiel á la carta que ha dado: muere en paz y respetado. La historia dirá porqué

fatalidad el buen Carlos X, cual otro Jacobo II, perdió piadosamente su reino. Dios le devuelve una corona en un mundo mejor! Cuando Napoleon cayó, todas las armas de la Europa campeaban en Francia; cuando Carlos X partió de Saint-Clud, la Europa se mantiene pacífica; sus monarcas vieron pasar al rey que se iba y esperaron. En Neuilly se encontraba un Borbon, hombre sabio y prudente; en su juventud valiente capitan, despues emigrado, proscrito en ambos campos, luego feliz esposo de una alteza real, buen padre de familia, despues comprendido como príncipe en la restauracion, y luego convertido en alteza real por Carlos X, se le ofreció la corona caida en la revuelta, él no la rehusa y es proclamado por los diputados, nadie se opone á ello y la Europa tambien deja obrar. Solo la Bélgica y la Polonia se conmueven. El rey de Holanda pierde la mitad de sus pequeños estados; y Leopoldo de Sajonia Coburgo, nombrado rey en el escrutinio, vino á ser yerno de Luis Felipe. Sabe Dios lo que vino á ser de la desgraciada Polonia, agobiada por el Coloso Ruso! Desde entónces, al través de los tumultos, á despecho de las conspiraciones, de las máquinas infernales, de las temerarias empresas de los Vendeanos y Bonapartistas, el trono de Luis Felipe se ha afirmado y consolidado, así como los árboles anudados que crecen y se fortifican en medio de las tempestades. Por una parte, Amberes batida, Amona quitada, Argel conservado, no sin gloria, luego las antiguas rivalidades de Francia é Inglaterra, confundidas en un interés comun de libertad y de equilibrio europeo; por otro la llaga fresca de la España; el torpe rasguño de la Suiza, y la iniciativa del derramiento de sangre por la policía en los tumultos de las calles; hé aquí hechos y resultados dignos de toda la atencion del historiador, y lo que no lo es ménos, el ver entre los hombres de la revolucion á los mas sabios y hábiles hacer hoy todos sus esfuerzos para encadenar á su madre, que hija del tiempo, siempre como Saturno, desde 1789 ha devorado á sus hijos.

VIII.

Del fatalismo aplicado á la historia de la revolucion de Francia.—MM. Lacretelle, Mignet, Thiers.

Asi es que á pesar mio, me encuentro conducido á esta idea del fatalismo en la historia, que anuncié en las primeras páginas de mi escrito. En efecto, cuando un historiador compara lo que era la Europa en 1774, cuando el advenimiento de Luis XVI, á lo que es hoy, ¿no se verá tentado de reconocer que una ciega fatalidad preside á los destinos humanos? Para no hablar sino de los acontecimientos que han pasado de medio siglo acá, que se me diga qué rey fué mas popular que Luis XVI en tiempo de la guerra de América, y cuando en 1789 se pronunció con su hermano Luis XVIII por la doble representacion del tercer estamento? Y no obstante, tres años despues!.... Qué á la fatalidad, á la Providencia será á lo que atribuya la historia el inmenso poder de Robespierre, tribuno sin talento, sin esterior y sin valor, déspota sin tesoro y sin ejércitos? Y toda la historia de Napoleon no parece sometida al imperio de la fatalidad! La fatalidad hace cincuenta años ¿no persigue sobre todos los tronos á la augusta casa de Borbon, como entre los griegos persiguió á la raza de Pélope y á la de Layo, como en Inglaterra ha perseguido á la de los Estuardos? Ocho dias mediaron apénas entre el *Te Deum* de Argel y la tormenta de julio de 1830! Sí, no debemos asombrarnos de que Herodoto, tan profundamente penetrado de las tradiciones religiosas de su patria, haya marcado su historia con esta sombria doctrina, que hace tan profundamente patéticos los dramas de los trágicos griegos. Este dogma de la fatalidad se encuentra en todas las religiones antiguas, y á la ley del destino es á la que los dioses de la Grecia no podian sustraerse: este es el porvenir de gloria y de duracion, que los oráculos de Júpiter Lacial prometian al pueblo del capitolio, á los habitantes de las siete colonias. Esta doctrina se revela tambien en el Génesis y en nuestros libros sagrados, donde se llama *predestinacion*. En vano la razon se subleva. „¿Toca por ventura al vaso de barro, dice San Pablo, levantar la voz contra el alfarero?»

Por lo demas, considerando filosóficamente este dogma, es el mismo que el de la necesidad, que escluye la libertad del hombre y todo lo que es arbitrario; que sujeta al universo á leyes invariables, sin las cuales no podria subsistir; y desgraciadamente se puede abusar de esta doctrina con detrimento de la moral. Tambien á los historiadores de la escuela fatalista está impuesta esa gravedad austera que nace de una profunda conviccion, y que nunca se espresa ligeramente acerca de las grandes verdades que forman la base del órden social, y este temor es el que ha conducido á muchos filósofos á proscribir esta escuela: así lo hace M. de Chateaubriand en su elocuente introduc-

cion á sus *Estudios históricos;* pero algunas páginas mas adelante, cae él mismo en el sistema que combate, no encontrando para esplicar el terror de 1793, otro medio, que compararlo al azote contagioso que siempre ha despertado tan poderosamente las ideas de fatalismo entre las poblaciones. „El terror, dice, no fué una invencion de algunos gigantes, fué simplemente una enfermedad moral, una peste." Encuentro mas poderoso este argumento de M. de Bonal contra el fatalismo: „El destino, dice, es en política lo que el azar es en física; y como el azar no es segun Leibnitz, mas que la ignorancia de las causas naturales, el destino y la fatalidad, no son mas que la ignorancia de las causas políticas." ¿Pero cuál es el medio, para el historiador, aun contemporáneo, de evitar esta ignorancia? Tomo por testigos á los tres escritores, que en sistemas tan opuestos han escrito la historia de la revolucion de Francia. Uno, M. de Lacretelle, brillante en su estilo, dramático en sus relaciones, moral en sus reflexiones, casi siempre moderado en sus juicios, no presenta sino la superficie de la historia: rara vez se ha tomado el trabajo de profundizar los motivos por que ha hecho obrar á los personages; las pacientes investigaciones seguramente no han resfriado su fantasía; pero con qué calor de alma, con qué animacion de estilo él recompesa á sus lectores! *Dulcibus vitiis*, esclamará algun historiador que solo tenga erudicion. Yo convengó: pero lo que ha popularizado en Francia la ciencia historial no son ciertamente las doctas y pías disertaciones de la academia de las inscripciones; sino las tres ó cuatro ediciones de la *Historia del siglo XVIII:* los diez volúmenes de historia contemporánea, que de veinte años á esta parte ha publicado M. de Lacretelle, y en los cuales, con pocas diferencias, ha sostenido las mismas ideas y seguido el mismo sistema, con una constancia y una firmeza, que manifiestan una fuerza en el discernimiento, una estension y una facultad de aplicacion, que cada dia son mas raras.—Fatalista, si lo fué, M. Mignet, en su brillante bosquejo de la revolucion, se ha mostrado pensador y escritor; pero la marcha rápida que habia tomado, le habria, en defecto de su sistema, impedido remontarse á las causas secretras de los acontecimientos, y penetrar, por decirlo así, hasta las entrañas de la historia. Esto es tambien lo que parece no intentó M. Thiers en su cuadro, por otra parte muy vasto y hábilmente trazado de los anales revolucionarios de la Francia. Se conoce que dotado de una alta sagacidad y de una facilidad admirable, el autor mas bien ha adivinado que estudiado á fondo á los hombres, cuyas intrigas manifiesta. Pero confieso que en su libro encuentro pocos rasgos que puedan hacer que se le mire como uno de los gefes de la escuela política fatalista.—En suma, MM. Lacretelle y Thiers, me parecen, con principios diferentes, ser de la misma escuela, de aquella que une el interés dramático á la filosofía. El primero no aprecia de la revolucion mas que las libertades que por medio de ella ha obtenido la Francia: el segundo aprecia de ella los principios y detesta sus excesos; ambos tratan de hacer dramática la historia; pero se echa de ver que mas nutrido con la lectura de los antiguos M. Lacretelle, recuerda á menudo con conocimiento el gran estilo de Tito Livio. M. Thiers, es ni mas ni menos, lo que lo han hecho la naturaleza y las ideas del siglo.

IX.

Escuela filosófica moderna.—Escuela pintoresca ó descriptiva.—La historia en Alemania.—Herder, Vico.—En Italia, en España, en la Gran Bretaña.—Historia de Polonia.—Historia literaria.—Biografía.

A la escuela filosófica y racional pertenecen MM. Sismondi, Thiers, Ancillon, Guizot y Daunou. Con que paciencia despues de haber dado tanto brillo á la historia ignorada de las repúblicas de Italia, M. Sismondi ha compulsado todos los títulos de la antigua monarquía francesa y de sus provincias! Se le ha echado en cara el haber, en su preocupacion por las ideas modernas, juzgado muy frecuentemente lo pasado segun lo presente.—Las cartas *sobre la historia de Francia* de M. Thiers, son á la vez una obra maestra de crítica y de estilo: en las confusas ruinas de la edad media, el autor ha encontrado muchos tesoros. Su *conquista de Inglaterra por los Normandos*, es en mi opinion, uno de los libros mas enérgicamente concebidos, despues del *Espíritu de las leyes.* ¡Qué esfuerzos de erudicion y de sagacidad no ha sido menester para volver á encontrar los títulos de tantas razas magulladas y confundidas por el nivel de la conquista! El *Cuadro de la historia moderna* por M. Ancillon, presenta un resúmen rápido, una consideracion imparcial y profunda de todas las cuestiones europeas desde el fin de la edad media. El mismo carácter de imparcialidad se encuentra con un saber mas variado y una sagacidad mas viva, en el curso de *Historia moderna* y en el *Ensayo sobre la historia de Francia* de M. Guizot. Cuántos pasos no ha dado este gran ingenio desde las ano-

tacïones de Gibron, hasta sus admirables lecciones sobre Carlo Magno!—En cuanto á M. Daunou, ya se ha dicho muchas veces, es del todo un benedictino por su conciencia. La escuela pintoresca ó descriptiva, tiene por gefe al historiador *de los duques de Borgoña* M. de Barante. No es ciertamente á esta escuela á la que se acusará de pedir á los siglos precedentes, argumentos para fortificar tal ó cual mira política, y transformar la historia en dócil sofista; ella ha llevado á la ciencia á su sencillez primitiva. A la manera de Herodoto y de Froissad, presenta los hechos tales cuales los han transmitido las fuentes originales, y las tradiciones del tiempo: hace revivir á los personages de los tiempos pasados, y los presenta con sus opiniones y sus preocupaciones, sin permitirse deducir nada ni en pro ni en contra, dejando al lector la facultad de formar el juicio que le agrade. Este modo no puede aplicarse sino á épocas determinadas, y para que interese necesita el antiguo estilo de los primeros historiadores hábilmente engastado en una narracion simple y natural. Con efecto, si se tratara de hacer una historia pintoresca con memorias escritas desde que el lenguaje se ha formado, no se lograria hacer mas que una obra fastidiosa. Tal vez la *Historia de los Duques de Borgoña*, es la única que ha podido tener buen éxito en este género; y como se ha dicho, si M. de Barante se ha sobrepuesto á las dificultades de su empresa, por la flexibilidad de su talento, es de temer que haya estraviado á sus imitadores. Por otra parte, la historia escrita con esta proligidad de pormenores interiores, llenaria bibliotecas enteras; y finalmente, nunca estará al alcance de la multitud, porque la mayor parte de los lectores piden al historiador algo mas que documentos, presentados sin arte, exigen coordinacion y resúmen de los hechos, prefieren gustosos encontrar en él decididamente una opinion, con tal que se les deje la libertad de adoptarla ó modificarla: ademas, las dos escuelas que acabo de mencionar tienen sus escollos así como sus ventajas. Al lado del inconveniente de no juzgar absolutamente de los hechos, se encuentra el de juzgarlos mal; y no hay peor guia en historia que ciertos filósofos sistemáticos, que tratan no de ver las cosas como son, sino como se convinan con su sistema. Por esto yo esclamaré con Juan Jacobo Rousseau: „Los hechos! los hechos!" El abuso del raciocinio y de la sagacidad, que aun se ha condenado á Tácito, puede dirigirse á casi todos los historiadores de los siglos XVII y XVIII, á Saint-Real, á Millot, á Reynal, á Mabli y solo Montesquieu sabe doblegar ante los hechos su profunda sagacidad. En cuanto á Voltaire, si se encuentra excento de este defecto, peca en sentido opuesto, desechando con demasiada ligereza todo lo que es congetural.

La Alemania tiene tambien sus escuelas: una puramente histórica, se limita á los hechos y desecha toda forma filosófica; sin embargo, reconoce un encadenamiento providencial en el órden de los acontecimientos. Tal ha sido la marcha de Niehuler en sus investigaciones sobre los orígenes de Roma; tal es la de M. Lavigny en su *Historia del derecho Romano*. La escuela fiilosófica histórica, que tiene por gefe á Hegel, somete el hecho á la idea: segun ella, el entendimiento humano crea el hecho: por el contrario, la escuela puramente histórica dice, que el hecho pone en movimiento al entendimiento humano. Hay ademas, dos escuelas teológicas, de las cuales una hace salir el cristianismo de la razon pura, la otra de la revelacion. —Herder, en sus *ideas sobre la filosofía de la historia*, individualiza á la humanidad y la representa como un viagero, que arrojado sobre esta tierra por una mano invisible, ha recorrido sucesivamente todas las comarcas, siempre modificándose y en lucha contra sí mismo y contra el mundo material. Este noble sistema que simpatiza tan bien con las ideas cristianas, no es nuevo; hace mas de siglo y medio que Vico lo habia adivinado; pero Vico habia caido en el olvido: un jóven historiador, cuyo nombre no desmerecerá junto á los de los hombres ilustres que he mencionado, M. Michelet ha exhumado y propagado la *Ciencia nueva:* tal es el título de la obra de Vico. Ha hecho mas: ha publicado diversas obras, en las cuales vió aplicado este sistema, cuya teoría puede parecer oscura. Mas misterioso aun que Vico, no menos religioso, y por lo regular elocuente, el autor de la *Palingenecia,* M. Ballanche, verdadero druida de la historia, se esfuerza en erigirla en una *theosofia* cristiana. Estas escuelas meditabundas nacidas bajo el cielo germánico, y que han influido ya sobre la ligereza gel genio francés, me recuerdan involuntariamente el libro en que toda la *Alemania* revive bajo la pluma de una muger, cuyo ingenio independiente enfureció al despotismo militar. „¿Podré en esta galería histórica omitir á M.[me] de Stael, quien en sus *Consideraciones sobre los principales acontecimientos de la revolucion de Francia*, ha mostrado lo que habria podido hacer si hubiera aplicado su talento á la historia?" *(Chateaubriand.)*—La patria de Vico po-

sec hoy muchos historiadores, de los cuales algunos pertenecen á su escuela: despues de Botta, cuya *Historia de los Estados-Unidos*, recuerda la escuela filosófica; despues de Micali de Florencia, cuyo ingenio sagaz y paciente ha hecho revivir á las antiguas naciones de la Etruria, citaré á MM. Albi de Turin, (*Hist. de Italia*); Cibrario Piamontes, (*Hist. de Chieri*); Vasece Genoves, *(Hist. de Génova)*; Campaglia de Milan, *(Hist. de Italia)*; y en fin, el baron de Manno, *(Hist. de Cerdeña)*, hombre de estado, y á cuya pluma se debe un excelente artículo sobre la *Libertad de la historia* (1). Todos estos nombres manifiestan que la Italia sostiene la gloria de los Villanis, de los Avilas, de los Joves, de los Guichardines, de los Machiavelos, etc.—La España, que cita siempre á su Mariana, elocuente copista de Tito-Livio, posee dos historiadores: Llorente, cuya pluma acusadora con solo referir los hechos ha herido á la inquisicion, y el conde de Toreno, narrador pintoresco, animado y hábil en trazar los retratos á la manera de los antiguos: sus compatriotas solo le echan en cara alguna afectacion al querern imitar el estilo inimitable de Cervantes.—La Gran Bretaña habia precedido, en la ciencia historial, al resto de la Europa; citaba con orgullo durante el último siglo, á Robertson, á Hume, á Smollet, á Gibbon etc.; hoy no posee mas que al Dr. Lingar, sacerdote católico que ha escrito su historia sin preocupaciones. M. Hallan, autor de la *Europa en la edad media*, ha publicado mas recientemente una *Historia constitucional de Inglaterra*, que presenta un resúmen juicioso y rápido. Walter Scott, tambien ha escrito una *Historia de Escocia*, y una *Historia de Napoleon*, lo cual seria la vergüenza de su pluma, si no se supieran los honrosos motivos que pusieron al autor de Wawerley á sueldo de los libreros, y él, que ha elevado la novela casi al rango de la historia, se ha colocado como historiador en un puesto muy inferior á la mediocridad. Tambien en Francia, un hombre que da vergüenza mencionar entre gente de buena conciencia, el autor de los *Barones de Felsheinc* y de *Monsieur Botté*, Pigault Le Brun, de asquerosa memoria, habia dejado la novela para erigirse en Tácito. Los viejos novelistas miran pues la historia como su retiro.—Sí desde el cardenal de Fleury hasta nuestros dias, la política de los diversos gobiernos de Francia, en despecho de las simpatías nacionales, ha faltado á la Polonia, los consuelos de la historia no le han faltado. Ya el abate Croyer habia escrito una historia bastante buena de este valiente pueblo, y los que han venido despues se han aprovechado de sus investigaciones y de sus ideas, que no carecen de filosofía: la elocuente obra de Rhuliére, sobre la *Anarquía de la Polonia*, ha vuelto á la literatura la historia dramática olvidada desde Vertot. Despues de ellos, escribiendo segun el progreso de las nuevas ideas políticas, M. de Salvandi ha escrito una historia de Polonia maduramente pensada y escrita con energía; en fin, bajo el título de *Sulkoski*, M. de Saint-Albin, publicó hace algunos años una curiosa monografía sobre el estado de la Polonia, antes y durante la revolucion de Francia.—La historia literaria no podia dejar de ser cultivada en una época en que toda la literatura se ha refugiado á la historia. No obstante, antes que Voltaire la hubiera unido á la historia general, ya Bayle habia hecho una excelente historia literaria; Gaillard, en su historia de Francisco I, habia seguido en esto á Voltaire; y finalmente, un autor casi desconocido, publicó, hácia 1784, un pequeño volúmen que es una obra maestra: *Del Amor de Henrique IV hácia las letras*. Despues hemos tenido la *Historia de la literatura italiana* por Ginguené, grande obra algo pesada, pero que no por esto deja de ocupar un lugar distinguido en todas las bibliotecas. Se debe á Chenier y á M. de Barante, *el Cuadro de la literatura en el siglo XVIII*. Estas dos obras escritas bajo diversas inspiraciones tienen cada una su mérito, y siempre existirán. Las varias páginas que M. Lacretelle ha consagrado en sus diversas historias á consideraciones acerca de los escritores y de los sábios, bastarian para formar solas una buena historia literaria. En fin, M. de Villemain en sus cursos tan brillantes cuanto sólidos, ha abrazado las literaturas de casi todas las épocas modernas, desde los Padres de la Iglesia hasta los grandes oradores del parlamento de Inglaterra. Tomada desde tan alto, es decir, en los dos eslabones estremos de los conocimientos modernos, una historia viene á ser necesariamente política. En su *Cronwell*, M. de Villemain, ha escrito sobre la revolucion de Inglaterra pasages de alta importancia, y que anunciaban ya esta valiente y moderada gradacion de opiniones que el autor, muy jóven aun, habia sacado de su corazon y de un estudio profundo de la historia parlamentaria de la Gran Bretaña. Si se recorren las lecciones y los escritos filosóficos de M. Cousin, no solo se encontrarán en ellos capítulos apropósito para la historia de la filosofía, sino tambien gran-

[1] Ofrecemos á nuestros suscritores el publicar mas adelante este artículo sobre la *Libertad de la historia*.
(LOS REDACTORES.)

des y elevadas miras acerca de la ciencia historial.—La biografia que Bayle habia elevado á tan alto grado, ha adquirido en nuestros dias nueva importancia, escluyendo un pequeño número de artículos inspirados por el espíritu de partido, ó redactados por algunos mediocres y presuntuosos escritores, la *Biografia universal* de M. Michaud, puede citar entre sus redactores á los primeros sábios y mejores escritores de la época.

X.

Algunos puntos omitidos.—De algunas historias antiguas: de la edad media: modernas.—Incertidumbre de la historia.—De la enseñanza de la historia.—Conclusion.

Este artículo se estiende; los nombres se presentan bajo mi pluma; y sin embargo, ¡cuántos puntos esenciales se me han escapado! ¡cuántos nombres conocidos se buscarán en vano en estas columnas! Para escribir la *historia* completa de la historia, para desarrollar sus principios, sus dificultades y sus escollos: para recordar los principales historiadores, seria menester volúmenes estensos, y me es preciso ya contar las líneas, á fin de no exceder los límites que me he trazado.—Apenas he indicado las fuentes de la historia antigua y romana: suponiendo que hubiese sido superfluo hablar de historiadores conocidos, como Herodoto, Tucídides, Genofonte, Tito-Livio, Floro y Diodoro, habria querido recordar al menos que Polibio, notable como crítico y como publicista, contiene el testo de tres antiguos tratados entre Roma y Cartago, los cuales, convengamos en que son piezas oficiales de muy venerable antigüedad. No me habria disgustado el recordar que en Apiano de Alejandría, autor de muchas obras acerca de las guerras civiles y estrangeras de los romanos, se encuentra otra pieza oficial del mas alto interés, la proclamacion de los triunviros Octavio, Antonio y Lepido, para justificar y anunciar á la vez sus proscripciones. Habria tenido que hacer algunas curiosas observaciones acerca de la historia de Josefo, cuyas *Antigüedades judaicas* son tan instrutivas en el fondo, y tan notables por el brillo y la fuerza del estilo: su otra obra sobre la guerra de los judios, terminada por Tito, contiene la conclusion de la historia del pueblo mas antiguo del mundo, y nos enseña, por un testimonio contemporáneo, el cumplimiento de las predicciones de Jesus Nazareno. En la historia llamada de *Augusto*, seis historiadores (Aelio Esparcita, Vulcasio Galicano, Aelio Lampridio, Julio Capitolino, Trebelio Polion, y Flábio Vopisco), han escrito los reinados de los emperadores desde Andriano hasta Caro: estos autores, á los cuales es necesario agregar al juicioso Amiano Marcelino, hombre de estado y guerrero, tienen un precioso mérito: en su estilo inculto, y que se reciente de la decadencia romana, dicen mucho en pocas palabras, y con mas frecuencia que los grandes historiadores de la antigüedad nos transmiten actos auténticos y discursos tales cuales fueron.—Habria citado á Dionisio Casio de Nicea; y tambien habria hecho ver cuanto los poetas, desde Juvenal hasta Claudiano, desde Pesseo hasta Ausonio, pueden presentar documentos preciosos sobre la historia de las costumbres y aun sobre hechos políticos. Habria enumerado todas las riquezas que ofrecen en este género los Padres de la Iglesia; habria señalado la historia de Paulo Oros, sirvió cuyo plan acaso de modelo á Bossuet en su *discurso sobre la historia universal*. Llegado á la edad media no hubiera dejado de tener algun embarazo en la eleccion entre los tesoros históricos que nos presentan esos siglos de barbarie, en que se escribia mucho mas de lo que comunmente se cree: testigos de ello la historia de Goth Jormandés, las vidas de los santos, las crónicas de los conventos, los fastos de la vida de los príncipes, las correspondencias de los hombres de estado, (Boecio, Casiodoro), de los papas, de los obispos, de los simples sacerdotes etc., que forman tantos in-fólio leidos en otro tiempo tan solo por los religiosos que los publicaban, y que hoy esploran con tanto ardor los jóvenes iniciados en la ciencia. En fin, la historia sagrada de Sulpicio Severo, la historia eclesiástica de Gregorio de Tours y la vida de Carlo Magno por Egrihard, nos habrian, en medio de la barbarie general, sorprendido por cierto mérito de composicion y de estilo; y recordando una palabra célebre de Pyro, rey de Epiro, habriamos podido esclamar: ,,¡Este arreglo no nos parece tan bárbaro!" Los códigos de los pueblos germánicos tambien habrian atraido nuestras miradas. No habria pasado en silencio á Joinville, Villehardoin y Cristina de Pisan. Habria señalado los autores y las crónicas hasta entónces desconocidas, ó al ménos inesplorados, de los cuales felizmente M. Michaud, ha hecho uso en su *Historia* y en su *Biblioteca de las Cruzadas*.

Pero me apresuro á llegar á los tiempos modernos. Aquí la historia abatida al grado de simples crónicas por casi todos los que la han escrito en la edad media, vuelve á tomar su ma-

gestad: cada pueblo tiene sus historiadores: en Francia, Heroissart, Monstrelet, Comines y sus contemporáneos, quienes no condenan al olvido ninguna particularidad de la historia: lo mismo sucede en todas partes; pero la antigua indigencia se torna en superfluidad; ya no hay ciudad que no quiera tener su historia particular, ni hombre de estado que no escriba sus memorias; y uno se encuentra agobiado por el peso de tanta autoridad, sin ser este el único mal. La historia moderna está lejos de haber ganado tanto en certidumbre como en estension: tantos historiadores sobre un mismo hecho, tantas versiones diferentes y los monumentos y las medallas que á veces no son mas verídicas. Si esta columna *rostral* cuyo pedestal puede aun verse en el museo Pio Clemencino, y que fué erigida en Roma por los contemporáneos de Duilio, en conmemoracion de su victoria naval, es una prueba histórica de la cual no puede dudarse; la estatua del agüero Naevio, elevada no sin el pedernal que él habia cortado con una navaja de barba, probaba que habia obrado algun prodigio. Esto habria sido sin duda lo mismo que la santa ampoya, y tantas otras pretendidas reliquias destinadas á atestiguar milagros supuestos. Otro tanto puede decirse de las falsas decretales. Hay en fin algunas medallas que han sido gravadas por victorias muy indecisas ó por empresas que se han frustrado. Así durante la guerra de 1740 entre Inglaterra y España, ¿no se gravó una medalla atestiguando la toma de Cartagena por el almirante Vernon, miéntras que este levantaba el sitio? Otro gérmen de errores y de ignorancia resulta de los libelos satíricos de que han sido tan fecundos nuestros tiempos modernos, y que no tienden mas que á desnaturalizar la historia. En medio de todos estos obstáculos y de todas estas dudas, que se oponen á que uno pueda saber bien en sus pormenores la historia de los tiempos modernos, el hombre de buen sentido que quiere instruirse se ve obligado á limitarse á tomar el hilo de los grandes acontecimientos y apartar todos los hechos particulares de poca importancia: aprende en la multitud de las revoluciones el espíritu de la época y las costumbres de los pueblos. Debe sobre todo dedicarse á la historia de su patria, estudiarla, poseerla y reservar para ella los pormenores, y dar una ojeada general sobre la de las otras naciones, cuya historia debe sobre todo interesarle en sus relaciones con su pais, á ménos que no presente en sus negocios interiores, analogías con la historia patria, é instrucciones de una utilidad positiva y directa para apreciar mejor las instituciones nacionales.

¿He hablado del modo de escribir la historia, á cerca de la cual han dado preceptos tantos escritores, desde Luciano hasta Mably, desde d'Alembert y Voltaire, hasta M. de Bonald? Largo seria á la verdad este trabajo, pero quiero mas bien decir á cada autor con M. de Chateaubriand: „Si es conveniente tener algunos principios fijos al tomar la pluma, es una cuestion inútil el preguntar como debe escribirse la historia, pues que cada historiador la escribe segun su ingenio.... y de cualquiera manera es buena con tal que sea cierta.» Ciceron habia dicho ya: *historia quoquo modo scripta placet.* Ademas, el autor de los estudios une el ejemplo al precepto: á voluntad de su entendimiento tan movible como vasto, es sucesivamente sentencioso y patético, raciocinador y pintoresco, filósofo y fatalista, y si algunas veces se encuentra que no es del todo historiador, siempre es un gran escritor. ¿He hablado de esas novelas históricas que bajo la pluma de un Walter-Scott, de un Cooper y de un Marchangy, ilustran el tiempo pasado tan bien como la historia? ¿He tratado en fin de la importante cuestion de los compendios? Muy cómodos á la verdad para leerlos y consultarlos superficialmente, ¿pero pueden proporcionar una instruccion verdadera? Creo con M. de Bonald que no. „Tienen muchos pormenores ó carecen de ellos, y no presentan bastante atractivo para la memoria, ni bastante ejercicio para el entendimiento.» A la juventud le conviene la historia con todos sus pormenores, „porque esta edad no retiene sino las historias largas; y las mutilaciones que exige el compendio, las sufren los hechos, que son precisamente los que una memoria fresca acoge con mas facilidad, y conserva mas fielmente.»

Felizmente ya no estamos en el tiempo en que la ciencia de la historia se consideraba como agena de la instruccion pública, y hoy se enseña en muchos establecimientos y á pesar de la opinion de los enemigos de las innovaciones, se enseña la historia, y segun lo ha hecho M. Guizot, aparece como una ciencia apacible, amiga del órden, y no obstante, del todo politica, dispuesta á marchar con el siglo y sus instituciones, y formar generaciones capaces de comprenderlas y sostenerlas.

Despues de haber insertado este articulo, del

cual hemos quitado casi todo aquello que interesa particularmente á la Francia, parece que seria oportuno consignar algunas líneas para hablar del estado que entre nosotros guarda la ciencia de la historia y su estudio; pero como este trabajo haria demasiado largo este artículo, nos reservaremos para tratar de tan importante materia en otra ocasion, dando una noticia lo mas circunstanciada que nos sea posible, de las obras que tratan de la historia de nuestro pais, y de los mexicanos que han escrito á cerca de tan vasta cuanto interesante ciencia.

P. M. de Torrescano.

CONTEMPLACION.

I

Brilla del sol la vividora lumbre,
Arde su luz indeficiente y pura,
Rica y lozana ostenta la natura,
Su juventud, su gloria, su beldad.
Inmenso velo de esmeralda cubre,
Cerros gigantes, valles dilatados,
Que de gallardas flores esmaltados
Están con infinita variedad.
Al fin llegó la dulce primavera,
Y el blando viento derramando aromas,
Baña los prados, las erguidas lomas,
Y vivifica el pólem de la flor.
Los árboles excelsos sacudiendo
Las pardas hojas que secára el yelo,
Alzan entonces la cabeza al cielo
Con nueva vida y sin igual vigor.
Plácido se desliza entre zarzales
El arroyuelo manso y bullicioso,
Besa el pié tosco al pino magestoso
Con ondas de purísimo cristal.
Y la rosa purpúrea, embalsamada,
En ellas posa su divina frente,
Cuando la mece el delicado ambiente
Entreabriendo su cáliz virginal.
Aun la gigante y reformida palma
Que tan airosa, tan gentil y bella,
Entre sobervios árboles descuella
Y que á la flor pequeña despreció;
Se dobla humilde al susurrar del viento,
Abre el seno turgente y delicado,
Y recoje el perfume regalado
Que esa timida flor desperdició.
Todo es vida y placer, todo hermosura,
En la linda estacion de los amores,
Pasaron del invierno los rigores
Como la turbulenta tempestad.
Como pasan ¡ay Dios! crueles pesares,
Como pasa el imperio de las leyes,
Como pasan los tronos y los reyes,
Como pasa tambien la libertad.

II

Así pasarán mis años
Ora brillantes, floridos,
Y quedarán confundidos
Para ya nunca tornar.
Y mi juventud ardiente,
Esta juventud fogosa,
Por la vejez caprichosa
Remplazada se verá.
Por esa edad taciturna,
Edad de melancolía,
Edad marchitada y fria,
Edad que toca á su fin.
Fenecerán los deleites
De los vigorosos años;
Mil tétricos desengaños
Solo podrán subsistir.
Pero inútiles, tardíos,
Cual son para el que guardára,
La flauta preciosa y cara
Despues que el cierzo la hirió.
Recuerdos que multiplican
Largas horas de tormento,
Instantes de sentimiento
Y de profundo dolor.
¡Ay Dios! acaba el invierno
Y la alma naturaleza,
De nueva pompa y grandeza
Engalanada se vé.
Y esa transicion perpetua
Ni la destruye, ni acaba,
Ni sus glorias menoscaba,
Su fuerza ni su poder.
Soberana de los tiempos,

Joya riquísima y pura,
Indefinible hermosura,
Simil de la eternidad.
Ella es de la omnipotencia
Obra perfecta, y concluida,
Obra jamás comprendida
Del miserable mortal.
Y pasan años, y siglos,
Y es tan solemne, tan bella,
Como la fúlgida estrella
Que viene del Sol en pos.
Empero mi triste vida
Corre tan rápidamente,
Cual impetuoso torrente,
Cual huracán silvador.
¿Y volverá á su principio
Mi edad de fuego y pasiones...?
Idos, tiernas ilusiones,
No ulcereis mi corazon.
Que nunca al cauce volviera
Del rio la velóz corriente;
Una mano omnipotente
Fué quien su giro trazó.
Pues que pase, que se acabe
De mi juventud el brio,
Yo nada quiero ni ansio
Si no me es dado gozar.
Y si el dolor, si la pena,
Si el llanto, son mi tesoro,
Del cielo el decreto adoro,
Y lloraré sin cesár.

Ixmiquilpan, Marzo 24 de 1844.

RAFAEL CASASOLA.

LOS CORAS.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

NINGUN artículo mejor que al presente conviene el título con que principia, ni se crea tampoco que se ha escogido este mejor que otro por modestia, sino por ser el único que á nuestro entender le viene. Una biografía debe ser un cuadro completo de la vida de un hombre; no débe omitirse en ella ningun rasgo, ninguna pincelada que contribuya á caracterizar á la persona de quien se trata: la omision de la mas ligera sombra es ya una grave falta. Así pues el encargo del biógrafo es árduo y no puede llenarse bien sino con una observacion prolija y con una exactitud inmensa al referir los hechos. Esto supuesto, pudiera haber llevado este artículo el nombre de biografía? Sin duda que no. Una carencia casi absoluta de datos, y lo que es mas, una conviccion de la dificultad que existe para encontrarlos, hacen hasta cierto punto imposible una biografía de los dos artistas que gozan en Puebla de tan justa fama y con cuyos nombres hemos principiado estos apuntes.

Hay por cierto una especie de fatalidad que pesa sobre la memoria de nuestros hombres célebres en todas las lineas; pero sobre todo en las artes. Ordinariamente, de los artistas mexicanos un poco antiguos no queda mas que el nombre, que no ha podido borrar el tiempo, de sus brillantes cuadros, y los pormenores interesantes de una vida consagrada al trabajo y que servirian quiza mucho para la gloria del artista, están envueltos las mas veces en niebla impenetrable. Cabrera, el príncipe tal vez de los pintores mexicanos, es un notable ejemplo de esta verdad. Casi nada se sabe de él. Los únicos datos para formar su biografía son sus cuadros que descubren á la vista menos perspicaz el ingenio que los concibió y la admirable mano que le sirvió de intérprete.

Esto basta para la gloria duradera del gran pintor, nada le añadiria el convencimiento que

tuviéramos de todas las circunstancias de su vida; pero no satisface esto solo nuestros deseos y semejante falta deja un vacío en nuestro corazon.

Las noticias que se tienen de los dos Coras son tan cortas que casi puede decirse de ellos lo que de Cabrera, sin embargo por pequeñas que sean creemos cumplir con un deber al publicarlas, pues si esto es inútil para Puebla donde no hay aficionado que no haya admirado las obras de estos ingenios y no haya repetido sus nombres, no sucede lo mismo en México y otros departamentos donde quizá ni sepan que han existido tales hombres.

Aunque cortas las noticias que de ellos tenemos pueden considerarse de mérito, tanto por ser las únicas, cuanto por la dificultad que ha costado conseguirlas, dificultad que á trueque de laboriosidad y empeño ha vencido el apreciable jóven D. Manuel Orozco á quien las debemos y á quien damos las mayores y sinceras gracias.

El primero de estos dos célebres escultores D. José Villegas Cora nació en Puebla, y murió en la misma en 14 de julio de 1785, de 72 años. Se educó entre los jesuitas, con quienes aprendió desde primeras letras hasta coucluir filosofía, dedicándose en seguida á la escultura y arquitectura, en la que fué examinado. Sus mejores obras se conservan en Puebla y hemos tenido el gusto de admirar algunas, en especial un S. Francisco y una Dolorosa que existen en el convento de franciscanos. Su estilo correcto, que algunos hacen superior al italiano, la verdad de las formas, la espresion particular de los semblantes se advierten en todas sus figuras; pero segun recordamos en ninguna se hace tan notable como en el S. Francisco de que hablamos arriba y que ocupa el primer altar del lado del evangelio en la iglesia grande. Ademas de las dos figuras de que hemos hablado merecen citarse la Purísima de la iglesia de S. Cristóbal y un S. José del convento de S. Pablo. Murió como se ha dicho D. José Cora en julio de 85, de edad avanzada. Pocas fueron las obras que dejó, pero quizá una sola baste á formar la reputacion artística de un hombre: fué enterrado su cuerpo en la parroquia del Santo Angel.

D. José Zacarías Cora, sobrino y discípulo del anterior, floreció á fines del siglo pasado y se ignora el dia de su nacimiento, como el de su tio. Solo se conserva el en que las artes los perdieron. El 9 de junio de 1819 murió D. Zacarías de 67 años. Aficionado desde pequeño á la escultura llegó á persuadirse de que la mejor maestra es la naturaleza y á imitarla dedicó sus esfuerzos. No fueron vanos por cierto y si el gusto de la época le hubiera ayudado, conserváriamos quizá algun bello grupo fantástico ú histórico. El gusto no llevaba ese rumbo y tuvo necesidad de hacer santos, porque las iglesias y los conventos pagaban, y aunque de esta manera, eran las únicas partes donde se albergaban las bellas artes por entonces. Tuvo que acomodarse á la necesidad, pero aun en medio de ella el estudio que habia hecho del cuerpo desnudo, su amor á la naturaleza pura y sin mancilla, le hizo formar algunos Cristos que coronaron sus esfuerzos. La espresion de un hombre moribundo, los miembros lacerados que dejaban adivinar su antigua belleza, las proporciones admirables de las figuras, la musculacion sobervia que revela al observador y al anátomico, todo esto se encuentra desempeñado con admirable maestría en los cristos de D. Zacarías Cora. Todo esto puede verlo y admirarlo cualquiera por poco inteligente que sea.

Sus obras mas celebradas son el Cristo que se llama de los desagravios y que existe en el convento de franciscanos de Puebla y un Calvario, propiedad del Sr. Cardoso. Los Mexicanos le debemos tambien algo, pues en algun tiempo que residió en México ejecutó algunas de las estatuas de piedra que coronan las torres de nuestra catedral. Murió en Puebla y reposa su cuerpo en S. Francisco.

Si estas lineas no han hecho formar una idea completa de estos dos artistas, como no han podido hacerlo, puedan á lo menos excitar á algunos al estudio de los buenos modelos y si tuviéramos la felicidad de haber contribuido en algo con nuestras palabras á la formacion de un solo hombre de mérito seria nuestro placer inefable y habriamos conseguido la sólida gloria á que deben aspirar los periodistas.

México 1.º de junio de 1844.

M. ESTEVA Y ULIBARRI.



LA SECTA DE CATALINA THEOT.

LA revolucion mas fecunda en acontecimientos de toda especie, es sin duda la de Francia; ella nos presenta las mayores anomalías, y á veces no parece sino que el entendimiento humano estaba aletargado para discernir, y las pasiones en agitacion para descarriar á los hombres del sendero de la prudencia. Una prueba de esta falta de juicio, es la tan célebre cuanto ridícula secta llamada de Catalina Theot. Esta muger, de costumbres en estremo relajadas, en union de otras mugeres de su ralea, y en especial de una tal Susana Labrousse, tenian en el arrabal de San Marcelo ciertos duos, en los cuales Catalina aparecia como inspirada refiriendo prodigiosas visiones, y diciendo sin el menor embarazo que ella era la elegida por Dios para regenerar al género humano; esta secta iba cundiendo paulatinamente, cuando tuvo conocimiento de ella la policía, y desde luego la reunion fué disuelta y Catalina Theot encerrada en una prision, de la cual no salió sino basta 1789. Tan luego como se vió libre, fué en busca de su antigua amiga Susana, quien habiendo tomado nuevamente el oficio de profetiza, acababa de ser recomendada en la asamblea nacional por el diputado Dom-Gerle, antiguo cartujo; pero no habiendo sido muy feliz su tentativa, tuvo que fugarse, y Catalina se determinó á vivir ocultamente por algunos dias; muy pronto sin embargo se esparció por Paris la noticia de que en un barrio de la ciudad se proferian estraños oráculos, de una vieja sibila, anunciaba la aparicion de una nueva Jerusalen, el advenimiento de un nuevo Mesías, la segunda Encarnacion del Verbo de Dios, el nacimiento del Cordero divino que borraria los pecados del mundo y otra porcion de delirios semejantes, que solo podian tener orígen en las cabezas perturbadas de Dom-Gerle y de Catalina Theot.

Entretanto Robespierre, ese horrendo personage de la revolucion, iba logrando destruir el culto de la verdadera religion para sustituirlo con farsas tan ridículas como estrañas: en el culto que intentó tributar á lo que enfáticamente llamaba *Ser Supremo*, no se vé mas que un delirio, pues que no era ni aun el destello de una imaginacion exaltada. Sus ignorantes secuaces y una multitud de mugeres nécias se agrupaban en la casa de aquel monstruo y le tributaban ridículos homenages y lo ensalzaban sin tino. „A las mugeres que adoraban á Robespierre, dice el elocuente Thiers (1), se unió una secta estravagante y ridícula que hacia poco tiempo que se habia formado. En el momento en que los cultos quedan abolidos, es cuando aparecen las sectas, porque la imperiosa necesidad de creer busca otras ilusiones en defecto de las que se han destruido. Una anciana, cuyo celebro se habia inflamado en las mazmorras de la Bastilla, y que se llamaba Catalina Theot, se daba el título de madre de Dios, y anunciaba la próxima aparicion de un nuevo Mesías, el que, segun ella decia, debia aparecer precedido y acompañado de grandes trastornos; y en el instante en que apareciera comenzaria una vida eterna para los escogidos, quienes debian propagar su creencia, valiéndose de todos los medios posibles, y esterminar á los enemigos del verdadero Dios. El cartujo Dom-Gerle, que figuró en la asambléa constituyente, y cuya imaginacion débil se habia descarriado con místicas ilusiones, era uno de los dos profetas y Robespierre el otro, debiendo tal vez esta honra á su deismo. Llamábale Catalina Theot su hijito querido; los iniciados lo miraban con respeto y veían en él un ser sobrenatural, llamado para destinos misteriosos y sublimes. Probablemente estaba èl informado de todas estas locuras, y sin ser cómplice gozaba de su error. Verdad es que protegía á Dom-Gerle, quien lo visitaba frecuentemente, y que le habia dado una certificacion de civismo firmada de su mano, para sustraerlo á las persecuciones de la junta revolucionaria. Esta secta se habia estendido prodigio-

(1) Historia de la Révolution Française, *tome* IV *chap* XXI [onziéme edition].



samente; tenia su culto y sus ejercicios, lo cual no dejó de contribuir para su propagacion; sus reuniones se celebraban en casa de Catalina en un barrio estraviado de Paris cerca del Panteon. Allí era donde se practicaban las iniciaciones, en presencia de la madre de Dios de Dom-Gerle y de los principales escogidos. Ya comenzaba esta secta á ser conocida; y se decia, aunque vagamente, que Robespierre era su profeta."

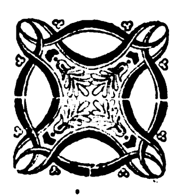
Las ceremonias de esta secta eran tan estravagantes y tan ridículas como sus dogmas. Segun refiere Duval, *la madre de Dios*, con el rostro medio cubierto con un lienzo blanco, se colocaba en una mesa, sobre la que habia una estampa alegórica de sus misterios: á su derecha estaba una *Biblia* que leía en tono de salmodia una doncella vestida de blanco como las vestales y con un velo transparente en el rostro, á esta jóven se le daba el nombre de *Amblar*, y debia reemplazar á la vieja Catalina, quien despues de su muerte debia resucitar llena de gracias y lozanía: para substituir á Amblar habia otra hermosa doncella llamada *Rosa*.

No eran ménos originales las ceremonias de la iniciacion. El recien presentado, que tenia siempre un padrino de entre los cofrades, tocaba tres veces la puerta, entraba en seguida, y Amblar le decia: „Hijo de Dios, preparaos á celebrar la gloria del Ser Supremo." Entónces él se acercaba á la madre de Dios, la cual le dirigia estas palabras: „Hijo mio, os recibo en el número de mis escogidos, sereis inmortal;" y en seguida este prestaba el juramento siguiente: „Juro derramar hasta la última gota de mi sangre, y sufrir cualquier género de muerte, en defensa de la gloria del Ser Supremo:" luego Amblar leía un capítulo del *Apocalipsis*, y decia: „Los siete sellos de Dios estan colocados sobre el *Evangelio* de la verdad; cinco estan levantados: Dios ha prometido á nuestra madre revelársele cuando se quite el sesto; y cuando se levante el séptimo, tened valor, en cualquier paso en que os encontreis, que no os amedrente nada de lo que veais; la tierra será purificada, todos los mortales perecerán, pero los elegidos de la madre de Dios serán inmortales." Desde este instante el nuevamente presentado se contaba entre los iniciados.

No podian parecer bien estas farsas ni aun á los mismos héroes de la revolucion, y bien sea por esto, ó bien porque algunos émulos de Robespierre tratasen de ponerlo en ridículo, y vengarse de él por algunas querellas anteriores, el hecho es que á mediados de junio de 1794 (*el 27 prairial)*, la secta fué denunciada á la convencion, en donde leyó Valdier un informe, estendido por Barrére, en que se pintaba á esta secta con los colores mas negros, haciendo que recayese la odiosidad y ridiculez sobre Robespierre; la convencion en fin decretó la formacion de causa, y se encargó á Senart, secretario de la junta de seguridad general, que arrestase á la profetiza, á Dom Gerle y á todos sus secuaces. Para conseguirlo, Senart se presenta bajo el pretesto de solicitar su admision como iniciado, y al comenzar la ceremonia llama á sus soldados, prenden á casi toda la secta, y el rebaño de los hijos de la madre de Dios fué encerrado en diversas prisiones. Dom Gerle fué encerrado en Port-Libre, de donde no salió sino hasta despues del 9 termidor, y Catalina Theot en la consergería en donde murió despues de cinco semanas de detencion á los 70 años de su edad.

Así terminó la célebre secta de *la madre de Dios*: increible parece que en Francia y en el siglo de la filosofia, se hubiesen descarriado los hombres hasta este punto de la senda de la verdad y de la sana razon; pues que sean cuales fueren los fines políticos que guiaban al primer móvil de esta asociacion, la historia la condenará siempre, y los hombres pensadores lamentarán los errores y excesos que se cometen en el desenfreno de una revolucion.

P. Torrescano.



VAGAMUNDOS ESPIRITUALES.



Prayers are not morality, Kneelinng is not religion.

No estriba la moralidad en el rezar, ni la religion en estarse de rodillas.

(*Junius*).

HA de saber el lector que cuando me ocurre algo que contar, siento cosquillas en la lengua, y hasta que desembucho, andó mas inquieto que si tuviera una pulga pronunciada dentro de una bota. Entremos en materia. Sabiendo yo que Pancracio, íntimo amigo mio desde la infancia, hoy militar retirado y ademas cesante, ya que no en el comer, al menos en el trabajar y el percibir sus pagas respectivas, sabiendo, digo, que habia caido enfermo de resultas quizá de alguna de las inundaciones periódicas de flemas que padece, formé propósito de ir á visitarle el primer dia que me fuese posible. Asi lo verifiqué, y como lo que vi en su casa, lo que él propio me contó, y sobre todo, lo que yo llegué á conjeturar atando cabos (ocupacion digna por cierto de almas contemplativas y piadosas), sea digno de saberse para enmienda de pecadores de ambos sexos, voy á referirlo puntualmente al que leyere, si alguno hay, que lo dudo, porque en vez de leer no piensa ya el género humano sino en escribir y en archivar.

Todos convendrán conmigo en que seria mucho mejor *archivar* á los autores mismos, ya que nada tienen de *combustibles* los mas de ellos, que no esponer al pobre mundo á una conflagracion prematura y general. En efecto ¿qué seria de nuestro mísero globo sin los coheteros y los especieros? porque preguntan hoy las gentes: ,,¿V. no escribe?" con el mismo donaire que si dijesen ,,¿Toma V rapé?"

No hay pues que dudarlo, va á llegar la época en que los que escriben tengan que sobornar á los lectores, como hacen algunas ancianas ojialegres, con ciertos mozalvetes, que bien pueden llamarse *amantes a destajo*, á quienes dan una mesada por tener con quien bailar y salir á paseo, ó como es fama que aconteció en los últimos tiempos de la Grecía, en que salian á mendigar oyentes los Retóricos. Y aun es de temerse que añadan al breviario un exorcismo para conjurar á esta nueva langosta literaria que todo lo tala y todo lo acomete. "¡Bienaventurados, diran nuestros hijos, aquellos á quienes solamente *fluye algo* cuando están constipados! porque no será suya la culpa si el dia menos pensado arde el mundo como globo de papel."—Ya, ya veo que en llegando á esto frunce el entrecejo un crítico de tupé y gafas á la Ludovico de Velasco, y oigo que dice:—Todo esto es muy cierto ¿pero á qué conduce, y qué afinidad tiene con el título del tal artículo:? que bien se conoce..." Pero, señor mio, (respondo yo) eso de decir única y esclusivamente lo que viene á cuento, es ya muy viejo, la rutina cansa y fuerza es introducir alguna novedad en el arte de escribir; que no solo Torio é Itursaeta saben gozar tan apetecible privilegio, pues en la república literaria, ya que no en la politica, todos somos iguales ante la ley. Sin embargo, porque no se diga que quiero imitar á los contemporáneos de V., Sr. D. Atenógenes, que escribian un tomo en folio para demostrar que Adan fué el primero que dijo á Eva cuando estornudó: Jesus te ayude", voy á proseguir mi cuento con perdon de V.

Dirijome cierto dia á eso de las diez de la mañana, á la habitacion de mi amigo el capitan, sita en el inaudito callejon de *Salsipuedes*. Por supuesto que no dí con tan oscuro recoveco tan fácilmente como quien va á la Catedral, pues me costó mas de una hora de andar jugando á *pan y queso*, y no fuera bastante, si á dicha no topara con un caritativo *Cicerone* de arrabal á quien por su equipo juzgué desertor del paraiso, quien mediante una peseta me puso en la angustiada situacion de haber de entrar en la mencionada callejuela como cartucho en carabina.

No fué menester llamar á la puerta de la casa, porque estaba abierta, y subiendo yo por una escalera en forma de tirabuzon iba á entrar en el primer aposento que encontré, cuando llegaron á mis oidos unas lamentaciones entre lánguidas, desesperadas y sentidas. Póngome á escuchar, y reconozco ni mas ni menos la voz de Pancracio que decia: „¡ay de mi! las once son y nadie viene.—Mientras Perfecta se come á los santos, encima de un copioso desayuno, yo ni me curo, ni almuerzo, ni. . . .” La voz de Pancracio salió tan desmayada, tan á poquitos, por decirlo así, que ya no me sorprendió el verle tan desfigurado y cabizcaido cuando entré. Grande alborozo mostró al verme, y despues que nos hubimos estrechado mútuamente, me dijo con tono suplicante: un favor no mas quiero que me hagas y es que vayas ahora mismo á la cocina y me traigas lo que encuentres de comer aunque sea el gato mismo salcochado, pues te aseguro con verdad que tengo el estómago mas vacio que una máquina neumática y que si me introducen un pollo vivo ni *pio* dice; mas si fuera asado, amigo mio, me haria resucitar....” Convencido yo de que el caso era urgente me dirijo con toda precipitacion á la cocina, y al entrar en ella, ¡cuál seria mi desconsuelo, cuando en vez de sentir ese calor vivificante que en tales oficinas se percibe, reparé no solo que no habia lumbre pero ni aun carbon; sin embargo, despues de mil rebuscas, y de olfatear como un sabueso en todas direcciones, hallé por fin algo y aun *algos*, á saber: un gran plato de arroz en leche en cuya superficie se notaban las iniciales de los *dulces nombres* dibujadas con polvo de canela, y fué tal el gusto que el hallazgo me dió, que sin considerar que para el capitan podia tal vez ser este un manjar dañoso, por la suma debilidad en que se veia, salí corriendo en triunfo y depuse mi trofeo sobre la cama. Ya Pancracio volteaba los ojos en blanco y tenia el semblante mortecino, pero tan luego como vislumbró lo que tenia delante, volvió en sí de su letargo, y sin decir palabra comenzó á engullir como un inglés. Cuando en mi humilde opinion hubo tomado lo suficiente para recobrar las fuerzas, me aproveché de la primera pausa que hizo para tomar aliento, y conseguí persuadirle, no sin gran dificultad, de que ya era tiempo de soltar la presa. Pasado un rato de silencio, comenzó Pancracio á sentirse mejor y entablamos el diálogo siguiente.

Pancracio.—Te debo la vida, querido amigo..

Yo.—Pero, hombre, qué significa este abandono en que te hallas.

P.—Ay, amigo, que hoy es viernes.

Yo.—Y ¿qué tenemos con eso?

P.—Que Perfecta, juntamente con la vieja cocinera, salieron muy de mañana á confesarse y comulgar—y almuerzan fuera de la casa.

Yo.—Y qué ¿te dejan á tí, estando enfermo?

P.—Si, han ido á rezar porque me alivie. (Guardó silencio por algunos instantes y luego prosiguió diciendo.) Para que conozcas que esta no es la vez primera que tal hacen, te haré advertir que mi ajuar reducido á esta cama, la silla en que estás sentado y este armario, lo debo á la generosidad de unos hombres que, aunque no tan desinteresadamente como tú, me sirvieron tambien el desayuno hace algunos dias, habiéndome encontrado casi en las mismas circunstancias. Estos hombres eran tres ladrones que penetraron aquí con igual facilidad que tú, y se llevaron lo poco de algun valor que yo tenia, pues sabiendo que por ningun motivo falta mi esposa a sus antiguas devociones y que estaba yo solo y postrado en cama, conocieron que tenian toda la mañana á su disposicion. Tan persuadidos estaban de lo que tarda á volver á casa mi muger, que no solo me trajeron el desayuno, como he dicho, y me dieron conversacion un largo rato, sino que viendo que yo tomaba la cosa con alma filosófica (indolencia genial quiso decir) y despues de imponerse de cual era mi mal, me dió cada uno de ellos un *remedio casero* para combatirlo, asegurando cada cual que se me quitaria *como con la mano*. Uno de los medicamentos es tan singular, que no puedo menos de decirtelo por si algun dia le has menester. Tal parece que el ladron lo robó á Cortés el famoso descubridor de los *secretos de la naturaleza;* el remedio es el siguiente. Tómase un huevo de gallina primeriza, y desleida que sea la yema en un cuartillo de leche de burra pinta, se echan dos crestas y media de gallo zeloso y se hace hervir todo durante un *credo* y un *ave María*. Esto se toma en ayunas, segun dicen, por tres dias consecutivos.

Yo.—Pluguiese al cielo (dije para mí) que tan humanos así fuesen los ladrones literarios; que al menos los plagiarios del ajuar no estropearon á su pobre dueño. ¿Pero sabes, capitan, que es bien dificil atinar quién desplegó en esa jornada mas serenidad y buen humor, si tú ó los *visitadores*, y que á no ser porque me es tan conocido tu carácter, confieso que nada creeria de cuanto acabas de contarme?

A este punto habia llegado nuestra conversacion cuando noté que Pancracio se sonreia maliciosamente mirando lo que aun quedaba del

postre, y sospechando yo que su ánimo era volver á la carga y continuar una brecha, que para él podia ser mina que le hiciese reventar, comenzaba á darle consejos relativos á la bondad de la dieta, á que contestó él diciéndome: „Muy buena será la dieta y muy santa, lo sensible es que yo me haya visto reducido á ella desde que fuí declarado cesante contra mi voluntad; pero no me hacia reir lo que tú piensas, sino el considerar que mi costilla va á enfurecerse á su modo cuando llegue y vea lo sucedido, por que has de saber, amigo, que ese arroz estaba destinado para su padre confesor por ser hoy dia de su cumple-años" Estraño seria, por cierto, repliqué, que despues de abandonarte como á un cuadrúpedo, viniese ahora á emberrincharse, sobre todo cuando acaba de arrepentirse de sus culpas: si bien se mira á ti te correspondia reprenderla severamente.

P.—Si tu supieras que Perfecta jamas me dá tiempo de reñirla porque ella se adelanta siempre á manifestarse quejosa y reñirme á mí. En cuanto á que acabe de confesarse, no se opone lo uno á lo otro, pues hay devotos que hacen esta cuenta: "El talego de la conciencia, dicen para sí, está ahora vacio; un solo pecado por grueso que sea su calibre, no le llena, porque al fin una golondrina no hace verano, y aun cuando le llenara, ¿no tenemos de vaciarle tal ó cual dia que es el fijado de antemano?" Así es que tales gentes no parece sino que van á descargar su conciencia á fin de poder pecar despues con mas confianza, á la manera de aquellos que padecen achaques de sangre y suelen darse una sangria para poder asistir sin gran peligro á una comilona y beber mas que una esponja. Pero volviendo á mi cara mitad, lo divertido es que su cólera no es decididamente una cólera, que eso seria opuesto á la virtud, sino una mezcla de ira, sentimiento y ataque nervioso, todo junto, como tendrás ocasion de verlo dentro de breve rato, pues ya no puede dilatar.

Yo.—A fe mia que no veré tal; pienso marcharme ahora mismo porque tengo á tu esposa cierto temorcillo, cuando me acuerdo del arroz....

P.—No es para tanto, amigo mio, que al fin es timorata y acaso, acaso, mas de los hombres que de Dios. Ademas, si es biliosa y por eso come magnesia á cada instante, procura contenerse, aunque es verdad que no siempre lo consigue, pero basta, segun ella, la intencion.

Yo.—Apesar de todo, no juzgo que tu muger sea una hipócrita, esto seria hacerla un agravio; pero sí debes confesar que está en via de serlo, si no se logra que alguien le vaya á la mano en su excesiva devocion. Porque ¿cómo podrá ser esta grata á Dios si es tan subida de punto que no solamente la hace olvidarse de sus quehaceres domésticos, sino desatender la salud de su marido hasta el estremo de dejarle vilmente abandonado, y aun gastar en postres y quizá en novenas, lo que debiera destinar á medicinarle y asistirle cual conviene?

P.—Es un evangelio cuanto acabas de decir, y lo único que siento es que tú no puedas ser el confesor de mi muger. A propósito de novenas, y para que veas cuan curiosa es una de las que Perfecta suele rezar con mas fervor, hazme la gracia de entresacarla de las que están en aquel armario viejo.

Obedezco; y despues de examinar los títulos de algunas, hallo en efecto un librito á la rústica, cuyo título era: *Papachos al alma resfriada en el amor de Dios, por el autor de la geringa espiritual para el alma estreñida.* No pude menos de esclamar: ¡el hombre es sin duda alguna un animal de hábitos! (segun dicen los fisiologistas) y reiamos á revienta cincha de tan ingeniosos títulos, cuando he aquí que se dejan oir pasos, y ya temblaba yo creyendo fuese D.ª Perfecta, cuando se presentó en la escena un nuevo é interesante personage, que sin tener letrero en la frente, daba luego á conocer que era un antiguo sacristan, no solo por no gastar sombrero, sino por la coleta, lo amoratado de su nariz, indicio claro de que tambien él sabe y suele *decir misa.* etc. etc. etc. (¡De cuántos apuros sacan los etceteras!) Dicho sacristan traia nada menos que un recado de D.ª Perfecta en que hacia saber á su marido que en virtud de tener que salir por la tarde con la doncella en la procesion de desagravios y haber almorzado en un convento de monjas, no consideraba prudente emprender desde allí el viage hasta su casa; por lo que suplicaba á Pancracio que no la aguardase á comer y la remitiese con el tio Porras el postre que habia ella misma preparado. „¡Por S. Juan Teotihuacán!" esclamó Pancracio *algo* mohino, al oir tal mensaje „¡y quiere todavia que le mande el arroz que es lo único de comer que hay en la casa! pero lo mas gracioso es que me suplica que no la espere á comer. ¿Por ventura he de roer el banco de mi cama ó devorar la escoba, como D. Malaquias?" Al decir estas palabras Pancracio, percibí en su rostro que ya se le habia pasado la cólera y que volvia á asomar en sus labios cierta sonrisa socarrona que le es caraterística y que no le habia abandonado ni aun cuando ya volteaba los ojos en blanco de pura debilidad. Estuve á pique de creerle un angel, viendo tan

á las claras su impasiblidad y su carácter á prueba de bomba, pero reflexioné que no hay ni puede haber querubines de patillas; así es que despues de despedir secamente á Porras, el digno embajador, dije al capitan: Ya veo, hijo mio, que lo único que te hace alguna mella, de cuantas injusticias comete contigo tu muger, es el bloqueo que pone á tu estómago de tiempo en tiempo: si en vez de sangría tuvieras sangre en las venas, ya habrias hecho entender á esa buena señora cómo se debe manejar.

P.—Mira, querido, para que oiga yo con mas recojimiento los sabios consejos que te dignas darme, será bueno que me acerques ese platillo, que así pienso matar una tentacion que no me deja escucharte ni reflexionar sobre mi estado con la debida madurez.

Yo.—Si tu sistema de ahuyentar las tentaciones, Pancracio, fuera universal, bien podria cruzarse de brazos el demonio y recibir como tú su jubilacion; pero hablando sériamente, ¡hombre de Dios! estoy ya convencido de que si la enmienda de tu muger pende de ti, sin duda que vas á morir como perro que se quedó olvidado en la bodega, porque eres un indolente consumado y esto disculpa en cierto modo el desamor de tu muger. Ahora me convenzo de que *dos mitades* no siempre hacen *un entero*, como á mi me enseñaron en la escuela. Así, yo tendré que ver cómo se remedia tu suerte, entretanto que recobras la salud; mas para ello solo hay un arbitrio y de antemano has de darme palabra de que no te opondrás á él sea cual fuere.

P.—Inutil precaucion, amigo mio; si ya sabes que no me opongo jamás á nada, que es quizá mi único defecto, y que no haria contigo una injusta excepcion.

Yo.—Pues Señor, mientras te alivias, yo soy el marido de tu muger;... tú no te asustas, ya lo veo, ni hay para qué, pues será solamente para que no des paso alguno durante ese tiempo sin mi aprobacion, ó mejor dicho, (porqué tú no has de dar paso ninguno ni aun impelido por la palanca de Arqumeides) para que tú apruebes cuanto yo haga á fin de que tu muger sea mas terrenal.

„Prometo cuanto quieras," dijo Pancracio engullendo lo que restaba del arroz con una actividad que únicamente desplega á la hora del *chic, chac*."

Yo.—Pues entonces disponte á partir conmigo en un coche que voy á hacer venir.

Poco ó ningun trabajo me costó persuadirle de que era forzoso dar este paso para la consecucion de nuestro fin, porque, como el lector habrá observado, es el capitan uno de tantos que no siendo necios de nacimiento, desempeñan divinamente este papel en la sociedad y se dejan convencer de cuanto uno quiere, por ser ellos demasiado perezosos y remisos, no ya en el obrar, sino aun para ponerse á discurrir.

Para que el lector no empiece á dar los saltos que acostumbra cuando algo le fasitdia, y por si acaso no dió uno mayor que el de Alvarado luego que echó de ver mi pobre nombre al pié de este articulejo, voy á darme prisa y comunicarle en brevísimas razones el fin y postre de tan caseras aventuras.

Llevé á Pancracio á mi casa, y habiéndole hecho reconocer por un médico amigo, ¡cosa singular! en vez de ordenarle sanguijuelas y sangrias *á pasto* ó *podarle* como ahora se usa, le mandó por el contrario que procurase alimentarse bien, declarando solamente que la involuntaria abstinencia en que, como dependiente de la nacion, habia vivido, era la causa evidente de su mal. Esta declaracion me sugirió la duda de si las enfermedades crónicas de que adolece la desplumada águila de la república, serán efecto de un ayuno semajante al de Pancracio, ó bien, si los consumados sangredos póliticos que hay entre nosotros habrán descubierto y estén quizá aplicando este tratamiento dietético para que desaparezcan esos males. Ello ha de saberse en corto tiempo, porque la enfermedad ya hace crisis; pero volviendo á mi pacífico paciente debo informar al caritativo lector de que á los pocos dias se vió tan restablecido, que hubiera podido trabajar para adquirir el pan si hubiese por ventura medicinas que diesen ganas de trabajar, como las hay que abren la gana de comer; pero yo tengo entendido que el capitan fué *cesante* desde el vientre de su madre y que es el mas entusiasta partidario del *dolce far niente* que hay en la república, lo que equivale á decir mucho sin exagerar en lo mas mínimo, pues ni el hambre que es el mejor *antiflojistico* que ha llegado á mi noticia es capaz de poner en movimiento á algunos de mis compatriotas.

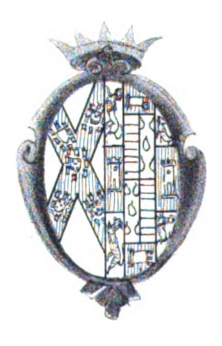
„Pero ¿la esposa de D. Pancracio?" Tiene razon el lector, y así debo decirle que mientras D.ª Perfecta siguió percibiendo los prorateos que correspondian á su marido, no se dió mucha prisa para averiguar su paradero; pero que tan luego como yo le *contuve el resuello* buscóle por mar y tierra hasta dar con él. Hice creer á D.ª Perfecta que el capitan estaba furioso contra ella por el despego con que le trataba y ella me prometió ser menos buena (en

adelante) y considerar á su esposo tanto ó mas que á su padre confesor. Yo dudo que vivan en armonía largo tiempo, porque él es un marido de mazapan, y ella, segun despues he visto, señora de genio muy vidrioso y que dotada de una alma ardiente necesita de amor y ser amada con vehemencia, pues bien mirado es una buena muger. No es, pues, poca fortuna para Pancracio que haya dado ella en amar á los Santos y á las monjas; que al fin no es para él tan peligroso este amor, como el del próximo. Todo lo que llevo referido me inclina á creer que si como dijo el padre Lachaise, es cierto que „*les dévots ne sont bons á rien*" tambien lo es que „los flemáticos son malos para todo, puesto *que ni maridos saben ser*."

MALAESPINA Y BIENPICA.



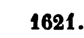
COMO pasar cabe la fresca fuente
Abrasado de sed, y en sus cristales
Ni siquiera mojar el labio ardiente?
¿Cómo al mirar sus formas virginales,
De amor sediento el corazon, pudiera
No adorar sus encantos celestiales?
Pedid que petrifique el sol la cera,
Y endurezca en las cumbres esas nieves;
Mas no al ánimo mio tal quimera.
Pedid que el mar de sus espumas leves,
Al derrumbarse inquieto por la orilla,
No estampe en ella las señales breves;
Mas no pidais que en mi ánima sencilla
No me atize su aliento el fuego vivo,
Que agora al par de mi esperanza brilla.
Que luz ó libertad, ciego ó cautivo,
No ame pedid, mas no por justo caso
Que la mire jamas con ceño esquivo.
¿Vísteis tal vez las nubes al ocaso
Despeñarse en la tarde, cual queriendo
Al sol cerrar el magestuoso paso;
Y al astro rey tranquilo descendiendo,
Sín curarse del rayo que serpea
El pardo seno de la nube hendiendo?
Tal de mi amor la inestinguible tea,
Sin curarse de enojos ni razones,
La ruta sigue que adoptó la idea.
¿Cuando pudieron férvidas pasiones
Vallas ni muros respetar, alzados
Acaso por avaras pretensiones?
¿Enfrenareis los rios desatados
Que de las altas cimas desprendidos,
Ruedan rugiendo hasta inundar los prados?
Sobre inmensos palacios encendidos
Cuando crujen, cayendo en negra ruina,
De la llama voraz á los chasquidos,
Que sus propios estragos ilumina,
Derramad, si quereis, el agua poca
De pobre fuente á vuestro hogar vecina.
¿Qué alcanzó al fin vuestra ignorancia loca?...
Antes la llama en la techumbre ardia,
Y agora al cielo con furor provoca.
Quisísteis sujetar la pasion mia
Con obstáculos mil, y aun apagarla
Con el hielo fatal de razon fria:
A mis ojos la ley de no mirarla
Quisísteis imponer, y todo junto
Mas y mas obligóme á idolatrarla.
Creció la llama con el agua al punto,
Gigante mi esperanza creció luego,
Del incendio voraz copia ó trasunto;
Cual nieve al sol ó como cera al fuego
Vuestra loca esperanza se deshizo,
Y el orgullo tal vez bajóse al ruego.
Tal, en antiguos tiempos, dizque hizo
La vana autoridad de noble gente
De un mágico falaz ante el hechizo.
¿Quién al destino contrastar consiente
O sus leyes cambiar, que no al influjo
De su inmenso poder doble la frente?
¿Quién á tal punto por mi bien os trujo,
Sino el empeño cruel que antes de agora
A estremo, aun mas cruel, á otros redujo?
¡Callad! que no se cambia en una hora
La costumbre que arraigan muchos años
En el alma infeliz que se enamora.
. . . .
Sienta de amor y de desden los daños,
Doble tormento que el vivir divide
Entre ilusiones ¡ay! y desengaños;
Dadme por fin lo que morir impide,



Y eterno infierno en mi existir eterno;
Mas no querais que á la que adoro olvide.
No pretendais que mi cariño tierno
Trueque en indiferencia, y que en mi mismo
Lleve á mi soledad mi negro infierno.
Y tú ¡ser de mi ser! flor que al abismo
Mi amor arrastra en iracundo empuje,
Víctima ¡ay me! y verdugo de sí mismo;
Laura infeliz! al huracán que ruge,
El alcázar que alzó mi fantasia,
Roto el cimiento, amenazante cruje.
Tu aceptaste en mi amor mi suerte impia:
¡Y á cuánto duelo á tu beldad condena
Mi maldecido amor, paloma mia!...
Mas ora vague en la ribera amena
Del claro rio que tus pies murmura;
Ya surque el mar en fugitiva entena;
Pobre ó rico, con suerte ó sin ventura
Siempre te adoraré, siempre adorarte,
Aun despues de morir, mi fé te jura;
Que es muy poco una vida para amarte!

Enero 12 de 1843.—C. C.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.



DON DIEGO CARRILLO MENDOZA Y PIMENTEL,

Conde de Priego y Marques de Gélves. Décimocuarto virey de la Nueva-España. De 1621 á 1624.

1621.

REMOVIDO el marques de Guadalcázar para la gobernacion del Perú, la real andiencia quedó gobernando la Nueva-España desde el 14 de marzo, hasta el 21 de setiembre, dia en que entró en México el nuevo virey. Ningun acontecimiento notable tuvo lugar en este corto interregno, por decirlo así, y habria que sepultarlo completamente en el olvido, si no hubiera llegado en esos dias á México una real cédula de Felipe IV, en que le participaba á la audiencia la muerte de su padre, y en que al mismo tiempo le prescribia que proveyese y publicase los lutos en todo el reino, que celebrasen sus funerales con fausto y pompa, y que lo jurasen á él con todas las solemnidades acostumbradas. A la sazon, el 21 de setiembre llegó á México D. Diego Carrillo Mendoza y Pimentel, conde de Priego y marques de Gélves, quien hizo que se llevase á cabo cuanto prescribia la cédula real. Se publicaron los lutos y se juró solemnemente á Felipe IV, como *rey* y *señor* de las Españas, por cuyo motivo el regocijo fué universal y duradero en todos los pueblos de estos reinos. Al pensar el rey de España en el marques de Gélves, cuya rectitud y amor á la justicia y al órden conocia demasiado, para el vireinato de una de sus mas poderosas colonias, muy presente tuvo el estado miserable de estas, en que trastornado completamente el órden social por las ambiciones de unos y el fanatismo y la supersticion de otros, no habia ni justicia, ni órden, ni seguridad personal. Acertada fué la eleccion del monarca, pues como veremos luego, en nada desmintió el marques su carácter, si bien su equidad le fué á él personalmente demasiado funesta.

La historia de las ciencias, nula hasta cierta parte entre nosotros, exige que consignemos aquí un hecho no poco interesante: el 29 de noviembre se abrieron por primera vez en la universidad de México lecciones de cirugía por el Dr. mexicano Cristóbal Hidalgo y Bandaval.

1622.—Tan luego como el marqués se impuso á fondo del estado de la administracion; que vió que todos sus ramos estaban vergonzosamente desatendidos, especialmente el de justicia, ya por la incuria, ya por la venalidad de los jueces, trató de poner término á tantos desórdenes, combatiendo la impudencia y el

descaro de los empleados, con la energía de sus disposiciones. Su proyecto para el arreglo de la administracion era vasto, le era imposible por tanto ponerlo en práctica luego en todas sus partes: quizá sabia muy bien cuán arriesgado es el determinarse á estirpar de un solo golpe todos los abusos de una sociedad; pues el tajo que corta las cabezas de los culpables, las mas veces alcanza á la del mismo que promueve la reforma. Así es, que, habiendo llegado á su noticia lo infestado que estaban los caminos de salteadores, y lo difícil que era, por tanto transitar por ellos, sin esponerse á perder hasta la vida entre sus manos, el marques de Gélves en este año de 1822, se dedicó esclusivamente á perseguirlos, á vigilar sobre que sus causas siguiesen un curso rápido y arreglado á justicia, para evitar de este modo que la venalidad de los jueces las retardase ó les diese otro giro; y á ejecutar con todo rigor en estos malhechores la sentencia de los tribunales. Para el efecto, el marques dió órden de que se repartiesen por todos los despoblados cuadrillas de gente armada, las que al menor aviso acudian á perseguirlos hasta sus mas ocultas madrigueras, de donde los remitian bien escoltados á sus jueces competentes, quienes los procesaban pronto, para que su sentencia se ejecutase sin dilacion. De esta manera logró el marques dar seguridad á los caminos, limpiándolos de tantos malhechores, é inspirar temor al pueblo, que al ver tal rigor, no tardó mucho en darle el sobrenombre de *juez severo*, título que, como dice Cavo, *redundaba en su gloria*. Tales medidas, loables sin duda en aquellos tiempos, en que la voluntad de un hombre, ó la de su delegado, disponia á su antojo de cuanto concernia á los súbditos, inspiraron temor á los culpables, y por consiguiente le atrajeron su odio al marqués, quien estendió ademas su vigilancia á la administracion de la hacienda. Mas á medida que se atraia la odiosidad de estos, se conquistaba el aprecio de los hombres rectos, que nunca faltan en ninguna sociedad por mal ordenada que esté, como sucede á todo buen gobernante, muy al contrario de lo que pasa al dilapidador de los fondos públicos que se ve en la precision de buscarse un partido entre aquellos que ayudándole en sus dilapidaciones son los únicos que pueden sostenerlo contra la opinion de todos cuantos ven y palpan los excesos á que le arrastra su ambicion.

1623.— En este año se interrumpió la obra del desagüe de Huehuetoca, sin motivo á lo que parece, pues las aguas del pasado no fueron tan escasas que en este no se temiera una inundacion. Cavo asegura que esta suspension no se hizo, sino únicamente por capricho del virey, quien á pesar de las instancias del ayuntamiento, insistió en que no se continuase. Gemelli ademas refiere un hecho, difícil de creerse, si se atiende á que le hubiera sido muy fácil á cualquiera preveer las funestas consecuencias que trajo; mas que será preciso referir aquí tambien por la apariencia de verdad con que el citado viagero lo relata, pues como dice Cavo, tal vez lo hubo de algun testigo ocular. Es pues el hecho, que el 13 de junio de este año, época de las lluvias fuertes, el marqués de Gelves mandó destruir el dique que impedia que el rio de Acolhuacan, ó de Quautitlán (Cuatitlán) comunicase con las lagunas. Era de esperarse que este ingreso repentino de aguas en estas, hiciera que creciesen de una manera tal, que derramándose, inundasen todo el valle; mas no sucedió así, pues la creciente solo subió á una vara y dos dedos, lo cual no ocasionó ningun daño á la ciudad. Aparentemente la prueba salió bien, y era de esperarse que en lo de adelante si no cesaban del todo las inundaciones, fuesen de muy poca consideracion. No obstante esto, en el mes de diciembre, estacion en que las lluvias en México, si las hay, son excesivamente moderadas, y en que con la prueba de junio nada habia que temerse ciertamente, crecieron de pronto las lagunas a tal punto, que causaron una grande inundacion en la ciudad. La causa se ignora, y es el caso que si el hecho es cierto, el virey debió quedar en estremo confundido por los males que atrajo á la poblacion con su imprudencia. En este año fundó el colegio de San Ramon de esta ciudad D. Alonso Enriquez de Toledo, obispo de Cuba. (1)

1624.—Antes de referir los acontecimientos que tuvieron lugar en este año célebre por el tumulto que á sus principios hubo, y que causó la ruina del marques de Gélves, nos vemos en la precision de volvèr atrás para manifestar las causas que lo prepararon, examinarlas detenidamente, y esponer tanto aquellas, como las que lo determinaron, de manera que se pueda formar algun juicio sobre los acontecimientos del 15 de enero de 1624. La desavenencia, el choque ruidoso, como se verá luego, tuvo lugar entre los dos principales personages de la Nueva-España, entre el virey y el arzobispo, am-

(1) Este colegio permaneció hasta estos últimos tiempos, en que las becas fundadas en él se agregaron á las del primitivo de San Juan de Letrán.

bos poderosos y de influencia, el uno con poder temporal, el otro con poder espiritual, que en esos tiempos tenia sin duda cien veces mas fuerza que el primero; y con un tercero entre ellos, la audiencia, que era al que tocaba la decision. Esta en efecto la hizo, inclinándose, veremos luego á quien (2).

Sabido es cuán grande era el influjo que en la Nueva-España ejercia en ese tiempo el poder eclesiástico: sin el aparato de la fuerza material, que atemoriza al pueblo por los males físicos que puede ocasionarle, ese poder gigantesco en esa época lo tenia sumiso y presto á obedecer sus menores caprichos con solo su fuerza moral, con su terrible aparato de censuras y anatemas que sobrecogian de espanto los ánimos supersticiosos, que eran, si no todos, los mas. Gefes absolutos los arzobispos de ese poder, en su mano y á su disposicion tenian las armas formidables que los hacian dueños de la voluntad del pueblo, que creia ver en sus decisiones las del espíritu de Dios. Sin contenerse á veces en los límites que separaban su jurisdiccion de la civil, se propasaban á obrar en cosas que de ninguna manera les pertenecian de derecho, fiados en que nadie se opondria á sus caprichos, pues en la corte vireinal en la supersticion tenian su mas firme apoyo, y en la metrópoli en el consejo de Indias, alucinado, si no sobornado por los diligentes procuradores que en él abogaban por ellos. Seguros ademas de su independencia del poder civil, y de que este bien se guardaría de entrometerse en cosas de su jurisdiccion, hacian impunemente su capricho, y á veces sus obras eran contrarias, tanto al espíritu de su ministerio, como al de caridad que debia animarlos.

El poder civil, si bien con la fuerza suficiente para obrar en casi todo, carecia de la necesaria, cuando sus medidas debian dirigirse en contra del eclesiástico, pues en este caso de nada le servia á aquel la fuerza que tan ventajosamente oponia en los demas, cuando este tenia subyugada la opinion general. La audiencia y el virey, como tal, y como presidente de esta, dictaban sus disposiciones, estas encontraban fuerte oposicion en el eclesiástico, y eran vanos al fin sus esfuerzos, porque este, recurriendo á sus medios violentos y ordinarios, inflamaba la supersticion y echaba sobre aquellos á todo un pueblo supersticioso, el mas temible sin duda de todos los pueblos. Este era el resultado, no de ninguna combinacion política, sino del influjo de las circunstancias: el clero preponderaba, porque ocultando al pueblo sus derechos con el velo del deber religioso, se habia criado en él su mas celoso sostenedor; y era por tanto preciso, segun el estado de las cosas de la época, que roto el equilibrio entre estos dos poderes, el eclesiástico preponderase sobre el civil con causa justa ó sin ella. Felizmente, desde la conquista hasta la época cuya historia tratamos de bosquejar, pocas ó ningunas desavenencias habia habido entre estos dos poderes, bien por la prudencia de los dos gefes que llevaran hasta allí sus riendas, bien por la condescendencia de uno de ellos en ceder á la obstinacion del otro. Mas llegó un tiempo en que obstinados ambos en no ceder un solo ápice de lo que llamaban sus derechos, chocaron, disponiéndose á la lucha, consecuencia necesaria de su choque. Este acontecimiento notable en nuestra historia, verificóse á principios de este año de 1624, entre el virey marques de Gélves y el arzobispo de México D. Juan Perez de la Serna.

Innumerables fueron los abusos que á su llegada á México tuvo que refrenar el marques; y grande vigilancia necesitó para que sus disposiciones se llevasen á cabo. Promovió reformas así en los ramos de la administracion desatendidos, como en casi todas las corporaciones que con escándalo general vivieran hasta allí en un desórden inaudito: se armó

(2) Al llegar á este punto, Cavo advierte que su relacion la saca de cinco que se dieron á luz en esa época, tres á favor del virey y dos sosteniendo la causa del arzobispo: asegura al mismo tiempo que las dos últimas desvanecen del todo las imputaciones que se le hacen al arzobispo, y funda en sólidas razones los cargos que se le hacen al virey; por consiguiente, su relacion la funda Cavo en las últimas; de donde resulta que inculpa en estremo al virey y saca al arzobispo libre de toda tacha. En mi relacion nada de esto sucederá, porque teniendo á la vista documentos tanto en pro como en contra; y estando libre de la parcialidad que Cavo, como eclesiástico, era preciso que tuviese respecto de las cosas del arzobispo, referiré los hechos tales como pasaron, ya sean en pro, ya en contra del uno ó del otro. Como prueba de la parcialidad de Cavo en este punto, puede citarse la omision que hace de los grandes defectos del arzobispo, cuando revela los del virey, diciendo: „que era hombre arrebatado, que no daba cumplimiento á las reales órdenes, y que sin guardar las formalidades del derecho, hacia lo que queria.” Otro tanto pudiera decirse del arzobispo, quien, ademas, sobre manera inquieto, no era la primera vez que chocaba con el poder civil, pues durante el anterior gobierno de la audiencia, habia tenido ya con ella desavenencias, igualmente por motivos de jurisdiccion, como lo comprueba un documento que entre otros inéditos de esta época tengo á la vista.

de rigor, y castigó á los culpables en todas materias, quienes se convirtieron en sus enemigos mas encarnizados. Grande, por ejemplo, era la afliccion que reinaba entre las clases menesterosas de la ciudad y de sus alrededores por la falta de maiz, de que no podian proveerse por su gran carestía, pues de doce reales, precio antiguo de la fanega, habia subido entónces á cuarenta y aun á mas. No tardó el virey en saber que unos cuantos acaudalados eran los que monopolizaban el maiz, comprándolo de los hacendados á bajo precio, para revenderlo al que les placía; y como supiese al mismo tiempo que estos eran amparados y favorecidos por las autoridades, y que no habia pósito en la ciudad, pues algunos regidores se habian repartido entre sí, y disfrutaban con un descaro inaudito de los caudales que debian formarlo, trató de poner pronto remedio á tanto desórden. Para ello, obligó á los dichos regidores á que restituyesen los caudales del pósito; y con estos y diez mil pesos de sus rentas que cedió á los fondos de la ciudad, mandó se hiciesen provisiones de maiz que se depositaron en la alhóndiga; obligó igualmente á cuantos hasta allí habian estado revendiéndolo con notable provecho suyo y perjuicio de la poblacion, á que abriesen sus trojes; y le fijó, en fin, á la fanega, el precio de veinte reales, con cuya baja proporcionó gran comodidad al público, y á los revendedores una pérdida de un 50 por 100 en las ganancias que habian calculado. Con tal disposicion, el virey se echó sobre sí la odiosidad de las personas mas influentes; pues tanto á algunos individuos de la Audiencia, como del ayuntamiento, y de las primeras clases de la ciudad, no convenia esta reforma por ser contraria á sus intereses pecuniarios. Interesado á lo sumo estaba en este negocio Don Melchor Perez de Varaez, de quien luego veremos la parte que tuvo en la desavenencia entre el virey y el arzobispo, alcalde mayor de Iztlahuaca, y que á la sazon, contra lo espresamente prevenido en multitud de cédulas reales, reunia al empleo de alcalde ya dicho, el de corregidor de México que se le habia conferido durante el gobierno de la Audiencia, por influjo de los oidores Galdos de Valencia y Pedro de Vergara Gaviria, grandes amigos suyos. Guardaba en sus trojes el dicho Varaez 12.000 fanegas de maiz, de cuya venta al precio corriente antes de la reforma del virey, habia calculado una ganancia exorbitante; mas como viese que por las últimas disposiciones sus haberes se reducian á la mitad, se tornó en enemigo implacable del marqués, y juntamente todos sus amigos, á lo que sin duda contribuyó mas que todo, el que habiéndose opuesto el fiscal al nombramiento que se habia hecho en Varaez de corregidor de México, por ser en notable desacato de los ordenamientos reales, y haber promovido gran pleito por esto, el virey no remitió su proceso á la Audiencia, pues sabia que siendo amigos suyos los mas de los oidores, decidirian á su favor, sino que lo remitió al consejo de Indias, el que le condenó á que dejando el corregimiento de México se volviese á su alcaldía de Ixtlahuaca, y á los oidores en cien ducados á beneficio del fisco real.

Ahora, por lo que respecta al arzobispo, ni él tenia al principio motivo de animosidad en contra del virey, ni este en contra del arzobispo; si esta nació luego entre los dos, fué por lo que diremos ahora.

No hacia mucho que el virey se habia instalado en el gobierno, y ya le llegaban multitud de memoriales en que se quejaban amargamente del arzobispo, ya por la venalidad ó parcialidad de las sentencias que se daban en su tribunal, ya por su ambicion particular, pues solicitaba cargos en lo que no llevaba otro objeto que el de medrar. Acosado el virey por tanta queja, no quiso no obstante dar ningun paso que comprometiese en público la reputacion del arzobispo, ora por aprecio de su persona, ora por respeto á su dignidad: así es que se decidió á manifestarle en particular y confidencialmente los motivos de queja que algunos decian tener contra él. Díjole como se murmuraba de cierto divorcio que sin causa bien justificada se habia hecho en su tribunal, y de como se decia que en él se juzgaban con bastante ligereza negocios de esta entidad: espúsole las quejas de ciertos cofrades que aseguraban no haber solicitado él el rectorazgo de la cofradía sino para aprovecharse de sus rentas: hablóle de lo fácil que se decia que era en admitir regalos de los eclesiásticos que tenian algun pleito, ó pretension pendiente en su tribunal, y al mismo tiempo de lo que se murmuraba por una carnicería pública de que era dueño, y en la que los precios de la carne eran mucho mas subidos de lo que se acostumbraba en las demas. El arzobispo, que no carecia de orgullo, tomó por injurias los avisos que quizá la amistad habia dictado, y de aquí nació entrambos esa animosidad de tan funestos resultados.

El virey ademas estaba interesado, contra el parecer del arzobispo, en que las doctrinas de los indios no se diesen á clérigos y á religiosos de las órdenes recien venidas á la Nueva Espa-

ña, poco, ó nada peritos en las lenguas del pais, sino en que se dejasen á los religiosos de las órdenes antiguas, los que ademas de ser bastante instruidos en los idiomas de los indios, conocian á fondo sus costumbres é inclinaciones, por lo que en su concepto eran mas aptos para dirigirlos (1). Nuevo motivo fué este de animosidad entre el virey y el arzobispo, y entre aquel y el clero secular y algunos individuos del regular. Esa reforma que el virey habia meditado, y que poco á poco habia ido realizando, predispuso de tal manera en su contra los ánimos de los interesados en el desórden que hasta allí habia reinado, que públicamente se murmuraba de su gobierno, se hacian representaciones secretas á la corte para perderlo, y se esparcian hablillas que presagiaban no muy felices consecuencias, á todo lo cual el arzobispo no contribuia poco. Con tales predisposiciones, la menor circunstancia debia influir en que acabase de declararse el rompimiento; y en efecto, así fué, como veremos ahora.

Por setiembre, 1622, Manuel Soto, vecino de México, denunció á D. Melchor Perez de Varaez, alcalde mayor entónces de Metepec de cosas graves, tales como que á los indios de su jurisdiccion les imponia cargas y les obligaba á pagar á su antojo contribuciones y á comprar á precios subidos las carnes de sus ganados, aunque estuviesen ya corrompidas, y los granos buenos ó malos que producian sus tierras, obligándolos igualmente á que le vendiesen á precio muy bajo las cabezas de ganado que poseían, si no de grado, por fuerza. El virey, que supo por esta denuncia las arbitrariedades que Varaez estaba cometiendo en el partido de su jurisdiccion, comisionó á un alcalde de corte para que hiciese cuantas diligencias demandaba aquel negocio, hechas las cuales, y habidas las pruebas irrecusables, confirmadas de antemano por testigos y asegurada la persona de D. Melchor, se remitieron al consejo de Indias las mas graves, para que sentenciase en ellas, y se siguió entretanto en México la causa de Varaez por las mas leves que no se habian sujetado á la decision del consejo. Hasta allí solo habia estado Varaez detenido en una casa particular por no haber querido hacer un reconocimiento que se le exigió en contra de sus amigos; mas atendiendo el virey á otras circunstancias, mandó, que prévias fianzas seguras, saliese de aquella casa y tuviese en lo de adelante la ciudad por cárcel, á lo que habiendo contestado Varaez que no tenia fianza ninguna que dar, mandó el virey que saliese no obstante, imponiéndole una pena de dos mil ducados, si abandonaba la ciudad. Y para que entre tanto su causa no se retardara, la remitió para que la sustanciase al oidor Alonso Vazquez de Cisneros, recien venido de España, quien durante dos meses se negó á hacerlo, al cabo de los cuales, obligado por el virey, se encargó de ella hasta concluirla. En este estado se encontraba la causa á mediados de 1623, cuando el denunciador de Varaez recusó al dicho juez Cisneros, suplicándole al virey le quitase la causa, por lo que este la pasó entónces á manos del fiscal de Panamá, D. Juan de Alvarado Bracamonte, que á la sazon se hallaba en México, quien habiendo sido recusado á su vez por Varaez, el virey le agregó á D. Francisco Enriquez de Avila, corregidor de México, para que le acompañasen la sustanciacion de dicha causa. Ya tocaba esta á su término cuando los jueces proveyeron auto contra Varaez para que asegurase el juicio y se arraigase de fianzas; mas habiéndolo sabido este de antemano, y sin aguardar la notificacion del auto proveido, tomó su broquel, desnudó su espada, y entrando en un coche con algunos criados suyos, fué á retraerse al convento de Santo Domingo. En el entretanto se determinó la causa y concluyó el pleito por la sentencia definitiva de los jueces, que condenaba á Varaez en mas de 70.000 ps., y en destierro perpetuo de las Indias. Tras esto el denunciador dió parte á los jueces de cómo Varaez en el lugar de su retraimiento, arreglaba sus cosas y meditaba su partida á España fugándose; y aquellos que vieron ser verdad esto, le pusieron cuatro ó seis guardias para que lo vigilasen (2), y le

(1) En este punto quizá el virey no obraba con toda la imparcialidad necesaria, pues si bien es cierto que los religiosos de las antiguas órdenes eran los mas apropósito para las doctrinas de los indios, por el grande estudio que habian hecho de su idioma y de sus costumbres, lo es tambien que se habia mandado por cédula real el que se les quitasen á estos: cédula á la que hasta allí no se le habia dado cumplimiento por órden del virey, inducido sin duda á ello por el padre Burguillos y otros superiores que estaban interesados en ello. Cavo pone esto, como una de las pruebas de la arbitrariedad del virey; mas á pesar de todo, no sale tan culpado este si se atiende á la justicia que bajo otro respecto tiene la medida, pues no hay duda en que hubieran padecido mucho las doctrinas, si se les hubiesen confiado á clérigos y religiosos, ignorantes de la lengua y costumbres de los indios.

(2) Segun se infiere de la relacion de Cavo, estas medidas se tomaron nada mas que por sospechas infun-

prohibieron toda comunicacion. Esto fué á fines ya de 1623, y de este último hecho tomó orígen el rompimiento ruidoso.

Viendo Varaez que le habian puesto guardias, hizo las mayores diligencias para que llegase á manos del provisor y del arzobispo un memorial en que le pedia prohibiese los guardas que se le habian puesto, alegando que de esa manera se quebrantaba la inmunidad eclesiástica, y obligando á los jueces con censuras si se resistian. El arzobispo con una diligencia rara notificó á los jueces que quitasen las guardas por quebrantarse con eso la inmunidad eclesiástica, á lo que habiendo contestado aquellos que Varaez no gozaba de la dicha inmunidad por haber quebrantado la prision, el arzobispo los escomulgó juntamente con el notario y los guardas mismos. Los escomulgados acudieron entónces á la Audiencia, como recurso de fuerza, la que los absolvió por veinte dias, mandando que el notario hiciese relacion de lo ocurrido, con lo que se conformó el arzobispo. Habiendo exigido este entónces al escribano de cámara de la Audiencia, Cristobal Osorio, entregase á su notario los autos de los jueces que pusieron los guardas, para que hiciese relacion de ellos, y no habiendo querido Osorio entregarlos, alegando para ello que solo él podia hacer relacion de autos que ante él pasaban, proveyó auto el arzobispo, para que Osorio ó su oficial mayor entregasen los dichos autos, pues de lo contrario quedarian escomulgados, y los mandaria fijar en la tablilla. Fué á notificar este auto á Osorio el notario del arzobispo, clérigo, á quien no detuvo para hacerlo con estrépito, la órden misma del virey, que á la sazon estaba reunido con los oidores en la sala de acuerdo, por lo que el marqués instó vivamente al arzobispo que le mandase al dicho notario, cosa que no hizo este sino mucho tiempo despues, y esto acompañándolo su secretario. El clérigo apareció ante el virey, y habiendo hecho algunas declaraciones graves que no quiso firmar luego, se procedió contra su contumacia, condenándole en temporalidades y dándole por estraño, por lo que de allí lo llevaron á San Juan de Ulúa, para embarcarlo luego para España. Ofendido el arzobispo por el modo con que se habia tratado á su notario, declaró que el virey habia incurrido en las censuras de la bula *in cœna domini* (1) y lo escomulgó, y lo fijó en la tablilla. Para oponerse á tal procedimiento de parte del arzobispo, reunió el marques una junta de los oidores y alcaldes á los que consultó si en derecho podia escomulgarle el arzobispo, y no habiendo recibido de estos sino una respuesta evasiva, se vió en la precision de reunir otra, compuesta de algunos religiosos y seculares, quienes decidieron, segun consta por documentos auténticos, que en ninguna manera habia incurrido el virey en las censuras de la bula, ni el arzobispo tenia poder ninguno para escomulgarlo en este caso. Escudado este con tal parecer, procedió contra el arzobispo, imponiéndole penas de temporalidades, y aun de estrañamiento del reino, hasta que el arzobispo se vió en la precision de levantarle las censuras.

Se habia recusado al arzobispo, y la Audiencia habia entendido ya en la relacion de los autos, cuando los jueces de Varaez y todos los escomulgados, viendo que á pesar de esto aquel se obstinaba en no absolverlos, apelaron al juez delegado del Papa que residia en Puebla (1), quien vistos los autos mandó al arzobispo de México que los absolviera á todos, á lo que este se resistió, alegando que el juez delegado no tenia jurisdiccion; y viendo este la obstinacion del arzobispo, libró segundo mandamiento con compulsoria, inhibitatoria, citatoria y absolucion de los escomulgados que dió un padre domínico, á quien confirió poder para ello, quitándoles al mismo tiempo de la tablilla, para lo cual tuvo que pedir auxilio al virey, por la fuerte oposicion que encontró en los partidarios del arzobispo. Este, cada vez mas irritado, mandó ponerlos á todos de nuevo en la tablilla, y entre ellos al subde-

dadas; lo contrario, que es lo que he espuesto, resulta de una publicada en ese tiempo que tengo á la vista: espongo las dos para que cada uno juzgue cual tiene mas visos de verdad.

(1) Esta es una de las bulas mas célebres y una de las mas antiguas, bien que se ignore la época en que se publicó. Se le dió el nombre de *bula in cœna domini*, por haberse leido públicamente en Roma el juéves santo en presencia del Papa, por un cardenal diácono acompañado de los otros cardenales y de varios obispos. Contiene una escomunion general contra todos los hereges, los contumaces y los desobedientes á la Santa Sede; y está dividida en treinta y cuatro párrafos, uno de los cuales dice: que incurrirán en las censuras de esta bula, los jueces legos que se atrevan á juzgar á los eclesiásticos y á citarlos ante su tribunal, ya lleve esto el nombre de audiencia, de chancillería de consejo, ó de parlamento. Por este párrafo fué sin duda por el que el arzobispo juzgó que el virey habia incurrido en las censuras de la presente bula.

(2) Este juez fué instituido por bula especial de Gregorio XIII, para la decision de casos difíciles semejantes á este. Su residencia ordinaria era en la Puebla de los Angeles.

legado; y esa misma noche (3 de enero de 1624) mandó que se tocase entredicho en todas las iglesias, el que continuando hasta el 15 de enero, dia del tumulto, sobrecogió en estremo los ánimos de todos los habitantes.

De nuevo promulgó el arzobispo las censuras, mandando fijar las tablillas; y en todas las iglesias se continaba tocando el entredicho que infundia gran terror en el pueblo, cuando llegó tercer mandamiento del delegado del papa, para que el arzobispo dentro de cierto término alzase las censuras, y para que de no hacerlo, procediese el subdelegado á verificarlo y á ejecutar en el arzobispo las penas de cantidades pecuniarias y estrañamiento en que se le condenaba por desobediencia á la tercera notificacion. El arzobispo en estremo resuelto, insistió en no obedecer, y entónces el subdelegado procedió á leventar las censuras, y el 11 de enero á ejecutar en el arzobispo las penas que se le habian impuesto. Informado el arzobispo de antemano del dia en que el subdelegado debia dar este paso, hizo que muy temprano se le sacase del arzobispado, y se le llevase en silla de manos á la audiencia. Llegó á ella á la sazon en que los oidores Valecillo, Ibarra y Avendaño daban audiencia pública, quienes habiéndole visto llegar, bajaron á informarse de lo que queria, y solo recibieron por contestacion de este que iba á *pedir justicia á su rey y señor, y á que viesen y proveyesen unas peticiones* que llevaba consigo, advirtiéndoles que no se iria de allí aun cuando lo hicieran pedazos, hasta que no se le hiciese justicia. Los oidores se negaron á admitir las peticiones, y por órden del virey que les mandó que pasasen á la sala de acuerdo, abandonaron al arzobispo, quien llegándose al dosel, puso en él las peticiones, haciendo testigo de esto á la multitud que le rodeaba.

Entre tanto, el subdelegado habia mandado que cesasen de tocar las campanas; cesaron en efecto, mas de tal manera, que el silencio que sucedió al toque continuo, por haber imitado todas las iglesias á la catedral, en la que no sonaron las oraciones, no espantó ménos al pueblo.

Llamados los tres oidores por el virey á la sala de acuerdo, se pusieron á deliberar sobre el negocio de las peticiones del arzobispo, demasiado espinoso, si se atiende á que la multitud que le rodeaba, podia alborotarse y originarse de esto un tumulto, á pesar del bando que se habia publicado, imponiendo pena de galeras á los que sin negocio permaneciesen allí. Resolvieron en fin que se le notificase al arzobispo por medio de Osorio, que se retirase á su palacio, pues no era indispensable su presencia para que se proveyesen sus peticiones: así se hizo, y habiendo contestado el arzobispo que no se habia de retirar de allí hasta que se le hiciese justicia, los oidores volvieron al acuerdo; y como en esta vez uno de ellos no estuviese conforme en su parecer con los demas, como era este caso de gobierno, se le dió al virey voto decisivo, por lo que se proveyó segundo auto, para que el arzobispo se retirase con pena de cuatro mil ducados, de no hacerlo. Firme el arzobispo en su determinacion, contestó esta vez lo mismo que la primera; hízosele no obstante tercera notificacion, con pena de temporalidades y estreñamiento del reino por desobediente, segun lo prevenian varias cédulas reales: mas obstinado que nunca el arzobispo insistió en quedarse, resistiendo aun á la cuarta notificacion, despues de la cual se procedió á ejecutar en él las penas que se le habian impuesto. Era ya la una de la tarde, cuando el marqués dió órden al Dr. Lorenzo Terrones, alcalde de la audiencia y al alguacil mayor de ella, para que sacando luego al arzobispo de México, lo condujese á San Juan de Ulúa, para embarcarlo de allí en la primera coyuntura que se presentase. El arzobispo salió á esa misma hora de México, escoltado por diez arcabuceros al mando de D. Diego de Armenteros, y esa noche paró á tres leguas de México.

En la noche de ese mismo dia y en la mañana del siguiente, los tres oidores que habian asistido con el virey al acuerdo que causara el destierro del arzobispo, reunidos, ora como unos quieren que haya sido por influjo de los partidarios de este, ora como pretenden otros, porque se vieron obligados á ello por los remordimientos de su conciencia, en la mañana del 12 revocaron el auto del dia anterior, proveyendo uno nuevo en que le levantaban al arzobispo las temporalidades y el destierro, de cuyo auto se hicieron dos copias, una de las cuales se quedó en poder de uno de los oidores, que la remitió luego al arzobispo. Sabida por el virey esta determinacion, mandó detener á los tres oidores en el mismo palacio, y conducir á la cárcel de corte á dos relatores que habian concurrido con ellos; é igualmente mandó que se suspendiese el nuevo auto, puesto que no habian contado con su pareeer, cuando los habia acompañado en el acuerdo del dia anterior.

En tanto que el arzobispo continuaba su camino, fulminando escomuniones sobre cuantos le conducian al destierro, y que mandaba que

se continuase tocando el entredicho, el virey que temia que decretase desde donde se encontraba la *cesacion á divinis*, mandó á su secretario Tobar á la catedral, á que notificase al provisor y á los curas que en lo de adelante no obedeciesen ninguna órden del arzopispo, hasta que el delegado del papa determinase lo que debia hacerse en aquel caso.

El 13 llegó el arzobispo á S. Juan Teotihuacan, y habiendo pedido en el acto las llaves de la Iglesia de los franciscanos, sacó del sagrario la Eucaristía, y la tomó en sus manos para evitar el continuar en su viage por los motivos particulares que él tenia (1). Resguardado por este medio, el 14 fulminó desde el altar escomunion sobre el virey, llamándole *el mayor tirano del mundo* (2), y decretó al mismo tiempo la *cesacion á divinis*, edicto que ese mismo dia 14 se trajo á México por los agentes del arzobispo.

Hasta aquí se habian conmovido ya demasiado los ánimos del pueblo, por los estraños acontecimientos de que se le habia hecho testigo. La manía de censuras que se habia apoderado del arzobispo, y la resistencia del virey á un individuo, al que el vulgo le prestaba cierta especie de adoracion, mucho le habia dado que murmurar, y ya hacia dias que se notaban corrillos, que inflamados por los partidarios del arzobispo presagiaban alguna funesta catástrofe. Amaneció el lúnes 15, y el primer espectáculo que se le dió fué el de la publicacion del edicto en que se mandaba la *cesacion á divinis*, y se declaraba escomulgado al virey. Mandó luego el provisor Portillo, que se consumiera en todas las iglesias, y que cesasen los oficios divinos, y en todas ellas fué obedecido ménos en la de los mercenarios; é hizo que se fijase al virey en la tablilla de los escomulgados. Nada mas se necesitaba para acabar de inflamar á un pueblo esclavo de la supersticion.

Miéntras se verificaba este acto, pasaba por la plaza en su carroza el secretario Cristobal Osorio, y visto por unos muchachos, comenzaron á arrojarle piedras incitados á ello, hasta obligarle á refugiarse en palacio á él y á los que de allí habian salido á socorrerle. Llena estaba ya la plaza de indios, mulatos, mestizos, españoles y portugueses, de los desterrados de las minas, pidiendo á grandes voces al arzobispo y á los oidores presos, jurando acabar con cuantos se encontraban dentro de palacio, arrojando piedras sobre él y gritando sin cesar: *Viva la fe de Cristo, viva la Iglesia, viva el rey nuestro señor y muera el mal gobierno de este luterano, herege, descomulgado*; cuando el virey mandó tocar un clarin, y que se comenzase á hacer fuego desde las azoteas de palacio á la multitud que estaba reunida en la plaza. Con esto creció mas el alboroto; la multitud pedia al arzobispo y á los oidores y amenazaba pegar fuego al palacio, si no se accedia á su demanda, mas animada con el arrojo de un estudiante que habiendo visto enarbolada en una de las ventanas de palacio una flámula ó bandera, que habia servido en el tumulto de Felipe III, arrimó intrépido una escala á la pared, y subiendo por ella, la arrancó para enarbolarla en la torre de la Catedral. Eran las nueve de la mañana, y el virey, juntamente con el oidor Cisneros, daba un decreto para que volviese el arzobispo á México. Entre tanto los amotinados habian pegado ya fuego á palacio, el que habria continuado, si á la sazon no hubiese llegado el marqués del Valle, acompañado de varios individuos de la nobleza y de algunos criados suyos, y no los hubiera obligado á apagarlo por su respeto. No obstante esto, se continuaba pidiendo la vuelta del arzobispo y la libertad de los oidores, por lo que hubo precision de mostrarles el decreto del virey para que volviera el arzobispo, y de que los oidores saliesen al balcon á decirles que estaban ya libres. A pesar de esto, la multitud que habia vuelto á pegar fuego al palacio, pedia que la Audiencia fuese la que decretase la venida del arzobispo; y habiéndose dividido entónces en dos bandos, uno de ellos se dirigió á la Inquisicion á pedir el estandarte de la fe, el cual les fué negado, despues de lo cual se dirigió á Sto. Domingo, y sacó de su prision á D. Melchor Perez de Varaez, y lo condujo en triunfo por las calles, miéntras que el otro pedia la libertad del oidor Pedro de Gabiria, la que le fué concedida por el virey. Entre tanto el marques del Valle habia salido á dar parte al arzobispo de su vuelta, tan luego como le llegase el auto que estaba proveyendo la Audiencia, logrando con esto aplacar un poco el furor de la plebe amotinada.

(1) Cavo, dice, que lo hizo por evitar el que lo sacasen de su arzobispado envuelto en un colchon, ó en una estera, segun una órden que asegura haber dado el virey á Terrones; y una relacion que tengo á la vista, dice que no lo hizo, sino por ordenar desde allí la *cesacion á divinis* en la ciudad, para acabar de perder al virey, pues le habia llegado ya el nuevo auto proveido por los oidores, en que le levantaban las temporalidades y le ordenaban que volviese á México.

(2) Certificacion del escribano Diego de Torres, que entre otros documentos inéditos tengo en mi poder.

Proveido el auto, los oidores salieron con permiso del virey á calmar los ánimos, y habiéndose encontrado en la plaza con Gabiria, que se habia mezclado con la multitud, tuvieron una conferencia con él, de la cual resultó que todos juntos se dirigieran á las casas de cabildo, á donde acudió luego la multitud con el estandarte que habian enarbolado en la Catedral, y á donde hicieron venir luego al oidor Galdos de Valencia. El tumulto crecia mas y el furor de la plebe amenazaba mil estragos, cuando cosa de las diez de la mañana, acudieron los frailes de S. Francisco, quienes por el grande ascendiente que tenian en el ánimo de los indios, sacaron á multitud de ellos de allí, logrando con esto despejar la plaza y sosegar un tanto los ánimos. Desde esta hora hasta las dos ó tres de la tarde, el motin se aplacó; y entre tanto los oidores reunidos en las casas de cabildo que á la voz de *muera el mal gobierno,* determinaron acabar con él, le hacian fuerza al virey para que se diese por preso, al paso que este, atemorizado ya, les instaba que se uniesen con él para poner término á la sedicion.

A esta calma aparente siguió en la tarde el tumulto con mas furor y desórden que en la mañana: toda la gente de los barrios acudió á la plaza llenándola, é igualmente las calles que dan á ella, y al sonido de la campana mayor de la Catedral que hicieron tocar á rebato, cada vez acudia mas. El virey que se vió en grande aprieto, y que no queria ceder, cuando se le obligaba, mandó á sus criados y á la gente que habia dentro de palacio que hiciesen fuego sobre la multitud, lo cual la irritó en estremo, pues desde aquel momento su furor llegó á su colmo. Se declaró un fuego vivo que los de palacio sostenian desde las azoteas, y sus contrarios desde la plaza misma, la Catedral, la Universidad y el palacio del arzobispo, miéntras que otros atizaban el fuego que habian prendido al palacio. Entre tanto el incendio todo lo invadia, pues llegaba hasta la cárcel, visto lo cual por el virey, hizo que saliesen los presos, y armándolos, obligado por el aprieto en que se encontraba, les mandó que hiciesen fuego. Estos al principio lo hicieron; mas atraidos luego por la multitud que los invitaba á que se reuniesen con ellos, con la esperanza de alcanzar su perdon, abandonaron al virey. Este recibió nueva intimacion de los oidores para que se diese por preso; mas como este insistiese en sostenerse, y los oidores se hubiesen declarado en su contra so pretesto de que aquella noche iban á acudir cinco mil indios flecheros de Tlaltelolco, á quitar por fuerza al virey si no lo deponian: la Audiencia declró á las cinco de la tarde, é hizo pregonar que desde aquel momento cesaba en el gobierno de la Nueva España el marques de Gelves, y que ella lo tomaba en sí, nombrando por capitan general al Lic. Pedro Gabiria; y que al mismo tiempo todo ciudadano de cualquiera condicion y calidad que fuese, acudiera á la plaza con sus armas, y con pena de la vida de no hacerlo así. Mas de doce mil hombres acudieron armados á tal llamamiento; y habiéndose presentado Gabiria con el baston de capitan general, los condujo á S. Francisco, llevando por estandarte la flámula que se habia enarbolado en la Catedral, y dejando entregado el palacio al furor de la multitud.

El incendio habia hecho ya tales progresos en este, que á las seis de la tarde las puertas y algunas de las paredes esteriores habian caido ya con notable júbilo de los amotinados que se precipitaron dentro, preparados á saquearlo todo, y si fuese posible á dar muerte al virey. Este que oyó el estruendo, y que estaba bien informado de los intentos de la plebe, viéndose ya del todo perdido y á riesgo de morir asesinado, no halló mas medio de salvarse que, dejando sus vestidos y disfrazándose con el trage de uno de sus criados, introducirse entre la multitud, gritando, como ella: *muera el mal gobierno de este luterano,* para ir á refugiarse á San Francisco como lo hizo, despues de que la gente que habia conducido allá Gabiria, habia vuelto y reunídose con los demas para ayudarles á saquear el palacio. Durante la noche, el saqueo fué espantoso, pues á excepcion de lo perteneciente á la hacienda real que no se atrevieron á tocar, nada perdonaron de lo que pertenecia al virey y otras personas, robando alhajas, dinero y cuanto llegaba á sus manos. Saciado en fin el furor de la plebe con la ganancia del saqueo, se retiró satisfecha sin saber el paradero del mal gobernante que habia depuesto, ni las disposiciones del nuevo, contribuyendo sí á que el silencio renaciera en la ciudad.

A las once de esa misma noche llegó el arzobispo á México con la Eucaristía descubierta, y hubo gran repique de campanas y regocijos á esa hora, promovidos por sus partidarios. Al dia siguiente alzó la *cesacion á divinis*, dejando no obstante al virey en la tablilla; y el nuevo gobierno se ocupó en publicar bandos para hacer saber á todos los pueblos de la Nueva-España, como por no ser conveniente que el marques de Gélves continuase en el gobierno, se habia encargado la audiencia de él, miéntras que el

virey depuesto, refugiado en San Francisco y rodeado de guardias, esperaba que de un dia á otro cayese sobre él la venganza de sus enemigos. Así terminó el tumulto de 15 de enero de 1624, del que por poco que se reflexione, se deduce presto que la audiencia á la que tocaba decidir en justicia, inclinándose al que la tuviese de su parte, no lo hizo del lado del arzobispo, sino por la ambicion del mando, pues era seguro que quedaria en sus manos, una vez depuesto el virey. ¡Tan cierto es que la justicia en los gobiernos es relativa, y que no se hace, sino cuando está en los intereses de aquellos á quienes toca administrarla!

RAMON I. ALCARAZ.

A continuacion van insertos tres documentos interesantes relativos á este negocio; el último lleva su correspondiente glosa.

I.

RELACION FIRMADA DEL INQUISIDOR Y GUARDIAN DE SAN FRANCISCO.

Habiendo sucedido el alboroto popular de esta ciudad á quince de enero de este presente año de mil y seiscientos y veinte y cuatro, el Exmo. Sr. marqués de Gélves, virey de esta Nueva-España, hizo saber al dicho inquisidor, por el dicho padre guardian, como estaba retirado y secreto en su convento, para que le fuese á hablar, y habiéndolo hecho, le propuso su excelencia el estado de sus cosas, ordenándole que si no tuviese inconveniente se encargase de ellas por lo tocante al servicio de su magestad y á la quietud de este reino, y que juntamente con el dicho padre guardian tratase con la real audiencia la forma que se hubiese de dar en estos negocios, y restituirle su cargo y gobierno, asegurando su persona, y que el dicho inquisidor cuidase de recoger los papeles de su secretaría, por cuanto muchos dellos eran de gran servicio de su magestad, y de materias secretas, y se tratase de que la audiencia se juntase con su excelencia en la sala del acuerdo ó en otra parte, para conferir lo conveniente en todo. El dicho inquisidor le dijo y respondió: Que sin reservacion de la sangre, vida y honra, lo pondria todo en servicio de su magestad y desempeño de sus obligaciones á él, y de la en que de nuevo le ponia su excelencia con esta confianza: y así á otro dia los dichos inquisidores y padre guardian hablaron á toda la real audiencia junta en casa del señor licenciado Pedro Vergara Gabiria que estaba enfermo, proponiendoles lo que su excelencia les habia cometido, á que se respondió, que la real audiencia no habia quitado á su excelencia el gobierno sino el pueblo, no habiéndose podido resistir su furia con muchas diligencias que se habian procurado, y que habiéndose encargado del la audiencia, tenia justas causas para retenerle, hasta que su magestad informado del suceso, proveyese y mandase lo que fuese servido, y á su magestad mismo darian razon de las dichas causas; y que habiendo de continuar con firmeza esta resolucion, el dicho señor virey no habia de salir de esta Nueva-España hasta venir la respuesta de su magestad. y que su excelencia eligiese el lugar, y puesto que gustase para su asistencia, como no fuese en México ni en la Puebla, sino muchas leguas distante, y con la guarda y custodia necesaria para la indemnidad de su persona, puesta por la real audiencia: que no convenia juntarse la audiencia con su excelencia en el acuerdo ni en otra parte, aunque le viera algun oidor en particular si gustase dello: que en lo tocante á los papeles se procurarian recoger por medio de censuras que se pidiesen á instancia del fiscal de su magestad, y hecho inventario dellos se daria á su excelencia los suyos particulares, quedándose la audiencia con todos los que en cualquier manera tocasen á negocios, y á los cargos que habia tenido: que en cuanto á entregarle su hacienda, tanto la parte d erecámara qúe se pudo escapar del saco, como la cantidad que se le debe en la caja real de su sueldo, se hallaban inconvenientes, no dando su excelencia fianzas para la residencia.

Sobre esta respuesta hubo algunas réplicas por seis ú ocho dias que su excelencia estuvo oculto en el dicho convento, hasta que se manifestó en una celda del, y á la misma hora se puso á las puertas que caen á la calle, guarda de infantería, dándose á los soldados órden para las personas y criados de su excelencia que habian de dejar entrar en el dicho convento, y de las que habian de prohibir: y entendida por su excelencia la firme resolucion de los señores oidores, el no haberle de restituir el gobierno, trató de quererse ir luego á España á dar razon de sí á su magestad Y porque tratando las dichas cosas con los señores oidores en particular, se dilataba mucho la resolucion, pareció que los dichos inquisidores y guardian los tornasen á hablar juntos, como lo hicieron en la sala del acuerdo, proponiendo los puntos siguientes.

Que no habiéndose de restituir el gobierno á su excelencia, no convenia ni era cosa decente que estuviese en la Nueva-España, sino que haciendo primero los protestos necesarios para su resguardo, se pudiese despachar luego á Castilla, y á tiempo que pudiese alcanzar los galeones del cargo de D. Antonio de Oquendo en la Habana, previniéndose en el puerto de San Juan de Ulua, por cuenta de su magestad, en un navio en que pasar la hacienda: que para disponer el viage y componer los negocios, tenia necesidad de poder tratar y comunicar libremente en el dicho convento á las personas que quisiese de todos estados, pues para lo contrario no habia causa ni razon, y que en particular se le diese libertad á su secretario de cámara Alonso Lopez Romero, al padre Fr. Bartolomé de Burguillos su confesor, D. Sancho de Varaona, escribano de cámara del crímen desta real audiencia, y D. Juan de Alvarado Bracamonte, fiscal de la de Panamá, por ser las personas por cnya mano habian pasado todos los negocios de que habia de dar cuenta á su magestad.

Que tan en tanto que el llegase á sus reáles pies, le

importaba enviar delante persona propia, y propuso la del contador Gaspar Vello de Acuña, y los dichos D. Sancho de Varaona, y D. Juan de Alvarado Bracamonte: y que si bien eran los dos oficiales asalariados por su magestad en este reino, y prohibidos de salir del sin su licencia, se podria arbitrar en este caso por ser nuevo, y de la calidad que era, y estar los súbditos mas capaces que otros de los negocios, y el arbitrio de esta tocaba á su excelencia, como virey, gobernador y capitan general, y se encargaba de que su magestad lo tendria por bien.

Que no habiéndole quedado otra hacienda, ni sustancia de que valerse para los gastos del viage, y los demas pue se ofrecian, si no es la cantidad que se le debia en la caja real, y la parte de recámara que estaba á cargo de los oficiales reales, que se le restituyese enteramente sin obligarle á dar fianzas de residencia, pues no habia vacado su oficio en forma, ni se le podia tomar la dicha residencia sin espreso orden de su magestad, en cuya presencia estaria á derecho con su persona, y hacienda para lo que fuese servido de mandar en este artículo.

Que no se le habian restituido ningunos papeles de su secretaría, ni se le daban las cartas que le venian de dentro y fuera del reyno, en que era justo proceder con mas atencion de lo que se hacia.

Entendida esta proposicion por la real audiencia, dió por repuesta en su nombre el dicho Lic. Gabiria, que se admitiria el protesto de su excelencia, y se le daria testimonio auténtico del con lo que se respondiese, y que ya se habia dado licencia á su secretario de cámara para que le asistiese, pero no al confesor ni á los otros ministros que pedia, ni conforme á las cédulas reales podia la audiencia conceder que saliese del reino ninguno de los ministros asalariados por su magestad, y que la embarcacion para la Habana se prevendria, como fuese por cuenta de su excelencia, y no por la de su magestad, reservando en sí la real audiencia el dia y tiempo en que se hubiese de hacer á la vela del puerto de San Juan de Ulúa, y en esta conformidad se escribió al general D. Juan de Benavides para que previniese el navío: y en cuanto á los bienes y hacienda, se acordó por entónces, que se entragasen los vestidos, ropa blanca, plata labrada de su servicio y otras alhajas necesarias para el de su excelencia, reservándose lo demas para mayor deliberacion, sobre que hubo otras demandas y respuestas, sin tener efecto la libertad del dicho secretario, porque dijo el dicho Sr. Lic. Gabiria lo habia ordenado así la audiencia por nuevas causas que habian sobrevenido. Y últimamente dijo, que para poderse proveer con fundamento sobre la ida de su excelencia, la restitucion de sus bienes, y los demas puntos propuestos, convenia que se pidiese por escrito con poder de su excelencia, ó por un papel firmado del dicho inquisidor, en que certificase que lo pedia en su nombre y con su órden. No le pareció á su excelencia que convenia dar el poder ni órden para que se pidiese nada por escrito ni en su nombre. Y que bastaba entender la real audiencia que lo dichos inquisidores y padre guardian no tratarian estas materias sin su comision y sabiduría, ántes hizo siempre fuerza en que por ninguna via, ni aun de palabra, se propusiese nada en que pareciese conforme en dejar el gobierno, sino que en todo ordenaba como virey y capitan ganeral, y que el irse á España ó quedarse, habia de estar en su eleccion sin dependencia alguna de la audiencia en esto, y en lo demas que hubiese de hacer. Y no contentándose la audiencia con esto, proveyó un auto, para que ningun oidor en particular pudiese recibir recaudos en los negocios de su excelencia, sino todos juntos, y por escrito, con que se paró en el tratado por algunos dias, hasta siete de este mes de febrero, que su excelencia llamó al dicho inquisidor y le dijo: Que el mismo dia por la mañana lo habia hecho saber la real audiencia, como partiria el correo del aviso de España para los veinte, y que si su excelencia quisiese escribir, se encaminarian con toda seguridad sus despachos: pero que él estaba imposibilitado de poderlo disponer, ni duplicar los del aviso pasado, faltándole su secretario y las demas personas por cuya mano habia corrido: y pidió al dicho inquisidor que tornase á instar en esto, á lo menos por lo tocante al secretario y confesor, y tambien le dijo: Que en conformidad de lo acordado con la audiencia tenia ordenado el protesto con parecer de letrados, sobre la restitucion del gobierno, y que habiendo diversas veces enviado á llamar á Luis de Tobar Godinez, escribano mayor de gobernacion, para que le notificase, no le habia la audiencia dejado ir, ni á otro ningun oficial de los tribunales, y que así, para poder dar cuenta á su magestad de estar fecha esta diligencia, y lo que resultase della, encargaba al dicho inquisidor, que llevase el protesto, y se lo ordenaba en nombre de su magestad, y no pudiendo escusar de obedecerle, le llevó, y comunicandole primero de darlo á la audiencia con los señores licenciados Pedro de Vergara Gabiria y Juan de Ibarra, y habiéndose despues referido y leido á todos juntos, sintieron mucho su estilo y ordenata, y que el dicho inquisidor se hubiese encargado de llevarle. Y el dia siguiente le envió á decir el dicho Sr. Lic. Gabiria, que le pedia no fuese al convento de San Francisco, hasta que le viese, y á la misma hora se dió órden al sargento mayor y á los soldados de guarda del dicho convento, para que le prohibiesen la entrada en él: y aunque esta accion ha sido tan ociosa y voluntaria como se deja entender, el dicho inquisidor por no dar ocasion á nuevos ruidos, y por tener poca esperanza de la composicion de los dichos negocios, se ha abstenido de tratarlos y de ir al dicho convento, hasta tener ocasion de mejorarse el estado de los dichos negocios, y de encaminar en lo que pudiere al servicio de su magestad. Y este es el estado en que al presente quedan las cosas de su excelencia, en lo que ha pasado por manos de los dichos inquisidores y padre guardian, y lo firmaron de sus nombres. En México á 27 de febrero de 1624.—*Dr. Juan Gutierrez Flores.—Fr. Juan de Lormendi.*

II.

PROTESTO DEL VIREY A LA AUDIENCIA.

Don Diego Pimentel, marques de Gélves, del consejo de guerra, comendador de Villanueva de la Fuente, virey lugarteniente del rey nuestro señor, comendador y capitan general desta Nueva-España, y presidente de la real audiencia y chancillería que en ella reside por el rey nuestro señor Felipe IV. Hago saber á la real audiencia que á mi noticia ha llegado, que han echado bando, y dado órdenes contra la autoridad de mi cargo y seguridad de mi persona, provocando los ánimos del pueblo á que se desacaten y me pierdan el respeto debido, en ofensa de la autoridad real, cuya persona represento en estos reinos por sus reales órdenes, separándose della, y alzándose tiránicamente con el gobierno, sin poderlo hacer, con gran riesgo de su pérdida, y con el mal ejemplo ocasionando y provocando á bandos y sediciones por términos tan violentos é inobedientes, contra las órdenes reales, pues solo ha de haber una cabeza y gobierno, y ese es absoluto y propio mio, como quien inmediatamente representa la persona de su magestad, y para que esto cese y se evite tan gran daño, como el perder este reino su magestad tan violentamente, que aun no ha querido la real audiencia juntarse con mi persona en el acuerdo para este caso, sino tenerme imposibilitado de poder por ninguna via ni camino acudir á los medios y obligacion de mi cargo necesarios, en cuya razon protesto y requiero á dicha audiencia me restituya la obediencia debida, y á la dignidad é puesto como lo estaba el dia de la rebelion, y obedezcan y admitan mis órdenes, como si su magestad las diera, asegurando mi persona con la gente de guerra que está levantada, y no se escusen por ningun camino, forma ni modo, so pena de incurrir en las penas que hacen contra los que contravienen las órdenes de su magestad, y perturbar la paz pública, y usan mal de las armas y súbditos reales, y son causadores de sediciones é infidelidad, y en nombre de su magestad y con su real autoridad ordeno y mando á dicha real audiencia ansi lo obedezca y cumpla, y lo contrario haciendo desde luego, en su real nombre los declaro por rebeldes contra su real persona y la mia, que en su lugar en este reino la representa, y á todos aquellos que los obedecieren y cumplieren sus órdenes, y contravinieren á este protesto y orden mia, en pena de la vida y confiscacion de bienes. Y ordeno y mando al secretario ante quien pasare este requerimiento y diligencias, me lo de por testimonio, so las mismas penas, y en privacion de su oficio, en que le doy por condenado lo contrario haciendo. Fecha en México á siete de febrero de mil y seiscientos y veinte y cuatro.—*El marques de Gelves.*

Habiéndose leido este protesto en el real acuerdo á la audiencia, le pareció demasiado y riguroso, y formó sentimiento contra el inquisidor por haberle llevado, y habiéndole mostrado el descontento que dello habian recibido, le despidieron con decir, que se volviese, que se le enviaria la respuesta, y despues el licenciado Pedro de Vergara Gabiria le envió á decir, se abstuviese de ver á su excelencia, hasta que él le viese, y dispusiese lo que se debia hacer, y como capitan general dió orden á los soldados que estaban de posta en San Francisco, impidiesen al inquisidor la entrada si fuese al convento. Con esto envió la audiencia al inquisidor la respuesta por una provision, inserto en ella el auto, para que lo llevase á su excelencia. Por parecerle al inquisidor este auto en la sustancia y circunstancias de riguroso estilo, no se quiso encargar de llevarle, y tambien por haber tenido noticia que ya la audiencia habia enviado otro traslado del mismo despacho, con Faancisco Moran, teniente de escribano de la gobernacion, y que el virey no le habia querido recibir, ni oir, si no era viniendo en forma del decoro y respeto con que habia de tratar la audiencia como á su virey, presidente, gobernador y capitan general.

III.

TENOR DE LA PROVISION QUE LA AUDIENCIA HIZO EN RESPUESTA DEL PROTESTO DE SU EXCELENCIA CON LAS GLOSAS QUE SE PUSIERON A SU MARGEN. [*]

Don Felipe, por la gracia de Dios, rey de Castilla etc. Hago saber á D. Diego Pimentel, marques de Gelves mi pariente, de mi consejo de guerra, comendador de Villanueva de la Fuente, virey que ha sido de la Nueva España, que mi presidente y oidores de la Audiencia y chancillería real que en ella reside, proveyó un auto del tenor siguiente: En la ciudad de México, á nueve dias del mes de febrero de mil y seiscientos y veinte y cuatro años, los señores presidente y oidores de la audiencia y chancillería real desta Nueva España, dijeron: que por cuanto el marqués de Gelves, virey que fué della, se ausentó y desamparó (1) las casas reales en quince de enero deste año, por la conmocion y alteracion popular que hubo en esta dicha ciudad, causada del absoluto y violento gobierno con que tenia este reino en la mayor opresion que jamas ha estado: (2) Sin obedecer cédula, ni mandato real, (3) quitando las apelaciones, (4) impidiendo la libre administracion de justicia á la audiencia, y la libertad de usar los oficios públicos á los que los tienen, (5) prohibiendo que no se diese testimonio de cosa alguna, así por los escribanos de cámara de esta audiencia, como por los demas, (6) y así mismo impidiendo el servir á los reinos de Castilla libremente, [7] y tomando las cartas y despachos que de allá venian, (8) para que ni su magestad pudiese ser informado de lo que verdaderamente pasaba, ni sus súbditos y vasallos gozasen de los beneficios, mercedes y remedios que les enviaba, publicando y diciendo que no habia de hacer mas voluntad que la suya, (9) como lo hacia en lo espiritual y temporal, lo cual llegó á términos, que hizo desterrar, y desterró al arzobispo desta ciudad, para los reinos de Castilla, declarándolo por estraño de los de su magestad, sin embargo de que esta audiencia proveyó otro dia auto en contrario, por lo cual la prendió, y puso á tres oidores della presos en las casas reales con guar-

[*] *La glosa va al fin.*

das, y sin consentir que nadie los hablase, (10) obligó á poner cesatio á divinis, sobre el dicho destierro, (11) proveyendo el señor marqués auto, para que no se pusiese, con penas pecuniarias, como del dicho auto consta, é hizo otras cosas, con que la plebe se irritó y enfureció de la forma y manera que se vió, y para pacificarla y sosegarla, fué forzoso, único y total remedio tomar en sí esta dicha audiencia el gobierno desta Nueva España, por comun aclamacion del pueblo, en el ínterin que su magestad otra cosa proveyese, y mandase sin haberlo podido escusar menos que poniendo este reino en condicion y evidente riesgo de perderse, como lo estuvo en el dicho movimiento y desasosiego popular, (12) en cuyo caso esta audiencia conforme á las cédulas reales que habian en esta razon lo debió hacer: (13) y aunque habiéndose manifestado despues el dicho Sr. marques en el convento de San Francisco de esta ciudad, deseó esta audiencia, que conservándose este reino en la obediencia de su magestad, y paz pública, fuese vuelto al gobierno del, (14) habiendo consultado con todos los tribunales, cabildo eclesiástico y secular, señores de título, universidad real, religiones, caballeros, y demas personas principales de esta república, [15] fueron de parecer, que no convenia, y que era necesario y forzoso al servicio de su magestad, quietud y paz de este reino, que el dicho gobierno lo continuase esta audiencia, y por algunos se le requirió y protestó no lo dejase, por el evidente peligro en que se ponia este reino volviendo al gobierno el dicho Sr. marques de Gelves, pues era cierto habia de haber mayor alteracion, y con mayores é irreparables daños que la primera y porque el dicho Sr. marques de Gelves desde el dicho convento de S. Francisco está inquietando de nuevo este reino, proveyendo oficios con antedata ante Alonso Lopez Romero su secretario de cámara, para reducir á su devocion los proveidos, y haciendo otras acciones [16] por las cuales quiere dar á entender, que todavía es virey, y que como tal á de proveer y mandar, de lo cual se sigue tanto perjuicio y daño, como es volver á alterar los ánimos de los vasallos de su magestad, que comienzan á estarlo, y á poner este reino en el evidente riesgo y peligro de perderse en que estuvo, como se pondria si se diese lugar á sus intentos, tratando y poniendo en plática volver el gobierno al dicho Sr. marques de Gelves, como lo ha pretendido y pretende por un protesto que de su parte trujo á esta real audiencia el Dr. Juan Gutierrez Flores, inquisidor apostólico de esta Nueva España, de que se dará cuenta á su magestad: y para que todo lo susodicho cese, y el dicho Sr. marques de Gelves, no sea otra vez causa ni instrumento de que este reino se ponga en el dicho evidente riesgo de perderse, antes se conserve en la obediencia real, tranquilidad, paz y sosiego en que queda y está por la gran misericordia de Dios, fidelidad y buena diligencia de esta real audiencia, como es notorio. Mandaban, y mandaron se notifique al dicho Sr. marques de Gelves no cause menos disturbios y alborotos, ni trate directe, ni indirecte de ser vuelto, ni restituido al dicho gobierno, ni haga accion alguna en órden á esto, con que se perturbe la paz pública, porque esta real audiencia ha de continuar, y tener precisamente el dicho gobierno, hasta tanto que su magestad ordene y mande lo que fuere servido, ante quien ocurra á pedir lo que le conviene, con apercibimiento que se le hace, que todos los daños, alteraciones, inquietudes, robos, y muertos que se siguieren, y recrecieren de lo contrario, correrá por su cuenta y riesgo, y serán á su cargo, demas de que esta real audiencia lo remediara por todos los medios y modos que sean necesarios, y mas convenga al servicio de su magestad, seguridad, y conservacion del reino, y así lo proveyeron y firmaron, y mandaron que se despache provision real inserto este auto y se dé un traslado autorizado del al dicho inquisidor D. Juan Gutierrez Flores, para que le dé y entregue al dicho Sr. marques de Gelves por respuesta del papel que trajo de su parte á esta real audiencia ayer juéves ocho deste presente mes, de que dé recibo ante el presente escribano mayor de gobernacion, y así mismo se dé otro traslado autorizado de la provision al dicho Sr. marques de Gelves, que le sirva de notificacion caso que no dé lugar á que se le haga. El Lic. Paz de Vallecillo. El Dr. Galdos de Valencia. El Lic. Pedro de Vergara Gabiria. El Lic. Alonso Vazquez de Cisneros. Dr. D. Diego de Avendaño. Lic. Juan de Ibarra. Ante mí, Luis de Tobar Godinez. Por tanto, y para que lo contenido en el dicho auto suso incorporado tenga cumplido efecto visto por el dicho mi presidente y oidores, fué acordado, que debia de mandar dar esta mi carta en la dicha razon, é yo túvelo por bien, por lo cual mando al dicho marques de Gelves vea el dicho auto, y lo guarde, y cumpla en todo, y por todo, segun, como en él se contiene, debajo de los apercebimientos en él contenidos, sin contravenir á ello en manera alguna. Dada en la ciudad de México á nueve dias del mes de febrero de mil seiscientos y veinte y cuatro años. El Lic. Paz de Vallecillo. El Dr. Galdos de Valencia. El Lic. Pedro de Vergara Gabiria. El Lic. Alonso Vazquez de Cisneros. El Dr. D. Diego de Avendaño. El Lic. Juan de Ibarra, Yo, Luis de Godinez, escribano mayor de la gobernacion de esta Nueva España por el rey nuestro señor la fice escribir. Por su mandado, su presidente y oidores en su nombre.

GLOSA DE LA ANTERIOR PROVISION.

1 Es falso decir que las desamparó, porque habiendo entre la audiencia y arzobispo, valídose de algunos favores de cartas que huvo dicho arzobispo de ministros del consejo de indias, y disponiendo para este efecto los ánimos de la mayor parte de los ciudadanos, intentando por todos los caminos que pudieron, desacreditar la persona y gobierno del virey, hasta llegar á la conmocion y alzamiento que sucedió en el dia que refiere, y habiendo la audiencia divididose del virey, y juntádose en las casas de la ciudad y mandado que toda la gente del pueblo viniese á la plaza con sus armas, y obedeciendo, juntandose en ella mas de treinta mil hombres, y pudiendo con mucha facilidad con parte de esta gente, que bastara muy poca, reprimir el atrevimiento de los que habian ocupado las casas reales, hacer escolta á la

persona del virey, y defender su hacienda y la de sus criados, y apagar el fuego con que se estaban abrasando dichas casas reales, no lo quisieron hacer, ni juntarse con el virey: y si dice la audiencia que le quita el gobierno, porque las desamparó como á las tres de la tarde, estando el virey en ellas, habia tomado el gobierno en sí, y criado por capitan general al licenciado Gabiria, sabiendo que su excelencia estaba en palacio hasta la noche? Luego falsa es esta causa. Antes á las cinco hicieron retirar toda la gente que pudiera socorrer á palacio, al convento de San Francisco, cuatro tiros de arcabuz de la plaza, dejando en ella toda la gente que hacia la bateria á dichas casas reales, la cual luego las ocupó, y sin resistencia alguna, las fué saqueando, y buscando la persona del virey para matarle, que milagrosamente por entre la misma turba de la gente se escapó de entre sus manos, con solos tres criados suyos, acompañado de D. Pedro de Medillina, alcalde ordinario de esta ciudad. Vease si este fué desamparo voluntario de las casas reales.

2 Mejor dijera el mas justificado gobierno que ha habido, castigando culpados, honrando beneméritos, no consintiendo tiranías de poderosos, abasteciendo la república á comodidad de los pobres, con la mayor abundancia que jamas se vió en este reino, y manteniendo en paz las religiones que tenian entre sí guerras civiles con mucho escándalo, asegurando los caminos, que no se podian practicar con salteadores, escusando muchas muertes y robos dentro de la ciudad, y castigando regatones defendidos por los mismos ministros, echando de las minas los estrangeros que roban los quintos reales, procurando que las cajas reales remitiesen á la de México la hacienda de su magestad, sin consentir que con ocasion de resagos los ministros detuviesen la plata para sus grangerias y tratos, como se ve en los envios hechos en las dos flotas, y que despues de haber socorrido a Filipinas el primer año con novecientos mil pesos, y el segundo con seiscientos mil, y haber pagado los situados y audiencias y ministros, remitió el primer año un millon, y el segundo casi millon y medio sin el préstamo y donativo, que es tres veces mas hacienda de la que ha ido en la pasada, sin quitar nada á nadie, y la tierra ha quedado mas descansada, y no como ahora que en quince dias de gobierno de audiencia están ya atravesados todos los maices y bastimentos, y las calzadas de México llenas de ladrones, los caminos no se pueden andar, y cada dia suceden muertes, robos y agravios, sin tratar de castigo ni remedio.

3 Al menos impidiéndoles los agravios que hacian á los pobres, y solturas de facinorosos, que con sus amparos no temian á Dios ni á la justicia, ni habia ningun vasallo seguro en su casa, con que el reino se iba acabando, de que tiene informado á su magestad lo que mas conviene á su real servicio con toda cristiandad y verdad.

4 Ninguna cosa puede hacer mejor un gobernador, que impedir el oficio al que lo usa mal, particularmente que quitar las provisiones de China á los oficiales reales, y buscar persona que con mas legalidad las hiciese, fué por ver la perdicion de la hacienda real, y que lo que valia cuatro costaba al rey á seis y á ocho, y que los géneros eran los peores y podridos, de que tuvo muchas quejas de Filipinas. Veanse los libros reales, y hallarán esta verdad, y ahorro de treinta mil ducados en cada despacho, esto es el impedir el uso de los oficios, y que no paguen de la real hacienda lo que no estuviere muy justificado. Ordenando como presidente lo que convenia, conforme la ocurrencia de los tiempos y casos que por no hacerse esto en algunas ocasiones á gusto de sus motivos, y conforme á sus intereses, le llaman impedimento de la libre administracion de justicia.

5 Solo impidió se diesen semejantes testimonios á escondidas, y sin darle cuenta como á su presidente, por lo que podia importar al servicio de su magestad.

6 Nunca tal se impidió a nadie, ántes siempre se publicaron los despachos de flotas, y avisos muy anticipadamente, para que todos pudiesen escribir, y avisando á la audiencia se viese todo lo que conviniese al servicio de su magestad.

7 A ninguno tomó cartas, y si algunas llegaron á sus manos, fué de casa de la persona á quien habian venido trayendose las personas celosas del servicio de Dios y de su magestad, y se le volvieron, habiéndose tomado traslado para informar, y si detuvo en sí la cédula del hábito de D. Juan Cortés, fué porque estaba preso por un caso atroz, y digno de ejemplar castigo, hasta la determinacion de la causa, y esto por órden y auto de los jueces della, y de pedimiento de la parte contraria, de que tiene dado cuenta á su magestad, y esta cédula se la entregó al marqués del Valle, y debiera la audiencia mirar mas al servicio de su magestad que su pasion particular, cuando se apoderó de todos los papeles del virey, y como el arzobispo hizo escrutinio dello, y los que tocaron á personas particulares con avisos que el virey daba para el buen gobierno, no entregarlos á las partes para indignarlos contra el dicho virey, y con estos ofendidos y otras personas castigadas y mal afectas, hacer informaciones de conveniencias para sustentar la tiranía.

8 Lo que siempre dijo fué, que ninguno habia de tener mas voluntad de la que fuese conforme la de su magestad, cuya persona su excelencia representa, y á la razon, leyes y justicia.

9 Consta lo contrario por los autos que pronunció la audiencia, en que le desterró, dándole á su excelencia en este hecho solo un voto que la misma audiencia dijo le tenia.

Y por haber pronunciado el auto contrario á los tres que el dia antes habian pronunciado, con aquel artículo quedó ejecutoriado, y sin pedimento de parte: y porque ántes como su presidente les habia dado orden, que sin que su excelencia estuviese presente, ó sin darle cuenta no proveyese cosa alguna en aquella causa del arzobispo.

10 Antes los mismos oidores escribieron al arzobispo pusiese al cesatio á divinis, y descomulgase al virey, como lo hizo, que fué lo que últimamente acabó de ocasionar la conmocion y alzamiento.

11 Pudo haber otros medios mas fáciles, pues el prin-

cipio del alboroto le hicieron muchachos, indios, negros y mulatos, toda gente baja, que con haber enviado la audiencia cien hombres lo pudiera si quisiera remediar, de forma, que ni se entraran, saquearan, ni quemaran las casas reales, ni obligaran al virey á que con tan gran peligro de la vida saliera dellas, pero con malos intentos se dividieron de su cabeza, y se fueron á las casas de cabildo, adonde trujeron á sí todos los estados, desamparando á su virey con ánimo de vengarse por mano del tumulto, matándole para quedar absolutos en el gobierno, como consta á toda la ciudad.

12 No hay cédula que hable en este caso, ni dé á la audiencia semejante autoridad, y todas dicen lo contrario, y que respeten y obedezcan al virey como la propia persona real.

13 No le pasó tal por el pensamiento á la audiencia, porque siempre deseó y procuró tener color para alzarse con el gobierno, como en efeto lo hizo.

13 Llamando de cada comunidad las personas mas desaficionadas del virey y culpados que habia en el caso, y aun con todo hubo muchos de contrario parecer, y algunos que con buen celo dijeron, que convenia volver al gobierno, sintieron mal dello: y aquella misma noche á las nueve estaban con lá misma quietud que antes, y el dia siguiente no hubo en nada novedad, mas que tiránicamente quitar el gobierno á un virey, de *suma satisfacion en este reino, en el celo del servicio de Dios, y de su magestad*, y el de destrozo de las casas reales, y muerte de criados en ellas. Y aunque de parte de la audiencia se ha dado ocasion para alborotos, con diez y siete compañías que han levantado todo está quieto, y solo se echa menos el buen gobierno del virey, al cual se le debieron restituir, pues teniendo sujeta la gente de guerra para sus excesos, es cierto lo está mas para el cumplimiento de las órdenes reales, y si no es así el reino, y su virey está sujeto á lo que esa gente quisiere, y la mayor culpa que en esto tiene la audiencia es haber convocado los estados para dalles autoridad de quitar y nombrar virey para nombrarse á sí mismos tiránicamente, oprimiendo para esto los estados, como ellos mismos lo han enviado á decir á su excelencia escusándose.

15 Es invencion, y no se probará con verdad que el virey trató de alborotar, ni por el camino que se refiere ni por otro, aunque es verdad se tiene por legítimo virey, como lo es, y miéntras su magestad no proveyere otra cosa, no ha podido la audiencia privarle, ni suspenderle deste oficio, y en haberlo hecho procede contra el servicio y órdenes de su magestad. Y en el reino no hay por ahora mas alteraciones que las que la audiencia causa con el levantamiento de tanta gente de armas, y ruido que ha hecho sin necesidad.

16 Preténdelo con toda justificacion en virtud del título de su magestad, y si la audiencia y arzobispo fueran leales y vasallos nunca sucediera el caso, y sucedido no llegara á tan gran desdicha, pues desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde todo estaba quieto, y pudo la audiencia venirse con su virey y presidente, conque cesaba todo, y no tomar en sí el gobierno, y hacer capitan general estando el virey á la vista y echar bando, que pena de la vida todos tomasen en armas para acometer á palacio, y prender ó matar al virey, como se ejecutó á la oracion con mas de 30.000 hombres que por todas partes entraron á las casas reales, y hicieron el destrozo que es notorio. Lo cual espera castigará su magestad con tan gran demostracion como tal rebelion pensada lo pide, pues no le importará menos, que con este ejemplo asegurar la monarquía.



MODAS.

CIRCUNSTANCIAS que no ha estado en mi arbitrio prevenir han motivado, lectoras mias, un silencio que vds. habrán quizá hallado culpable, y que de veras ha sido totalmente involuntario. ¿Y pudieran vds. persuadirse de que intencionalmente dejaba de escribir para mis favorecedoras, cuando eso me ha causado siempre momentos tan agradables, que es muy natural guste de proporcionarmelos á menudo? Erradas anduvieron vds. si creyeron tal cosa, y antes bien, positivo sentimiento he tenido de no poder escribir mis insulceces que son recibidas con una indulgencia que tanto me honra.

Por fin héme ya con la pluma en la mano dispuesto á dar á vds. cuenta de lo que presente algun atractivo en linea de vestidos y adornos, que tambien contribuyen á volver mas galanas y deslumbradoras á las jóvenes mexicanas. El adorno mas ó menos rico, mas ó menos sencillo, es convenientísimo á las jóvenes cualquiera que sea su condicion: es á una elegante como á los manjares el sazon. Una cinta, una rosa bastarán para realzar la hermosura de la una; la otra necesitará de un adorno mas complicado, pero á todas conviene cuidar de su atavío, que nunca debe ser demasiado por cierto.

La sencillez es hoy la señora de la moda, y sin ella casi nada es de gusto. Sirvan de ejemplo las dos figuras de la estampa. Un trage de casa y uno de calle. El primero, ¿no les revela á vds. algo de Constantinopla? ¿no ven en él un destello de la indolencia turca, y no es cierto que despide á legua un olor á diván y á magnificencia sultánica? De este trage puede decirse lo que del *sublime*, que su misma grandeza consiste en la simplicidad de sus formas.

Figúrense vds., lectoras mias, un vestido de sonora seda, completamente abierto por delante, de luenga falda y de profusos pliegues, apenas sujeto en la cintura con sutiles cordones, manga anchísima, cuello pequeño y un lijero *abuchado* en la orilla, que deja entrever como al descuido una camisola de rico olán que compite en blancura con el cuello de garza de su dueño; figúrense vds. pues el trage que les he pintado y de buena fé díganme si no se creen con él, á pesar de su sencillez, mas fascinadoras que con un rico vestido sembrado de perlas; y si no prefieren el hermoso tocado de liston y encaje que le acompaña, á una diadema espléndida, y las modestas pero voluptuosas *pantuflas* de terciopelo ó tafilete que tiene el figurin, á otro calzado mas rico tal vez, pero menos elegante y menos cómodo. De mí sé decir que si una muger hermosa de cualquiera manera me causaria una sensacion profunda, en el traje indicado me haría soñar en el edén de Mahoma, y aunque me precio de buen cristiano, no dejarán por eso las divinas *hurís* de revolotear por mi mente con sus alas empapadas en deleite y amor.

La pequeña corbata que debe sujetar el cuellito de encaje de la camisola es de una gracia esquisita y su omision seria imperdonable. Inútil me parece advertir que el forro y vuelta de seda de las mangas (que como vds. ven son de *campana*), la *cordèliere* que ciñe la cintura, y los listones del tocado, deben ser de seda de distinto color que la *bata*.

La moda, en el trage de que acabo de hablar, puede considerar una de sus mas brillantes concepciones, y el servicio que con él ha prestado al bello sexo, es incalculable, porque es incalculable tambien lo que sube de punto el interés por una persona que se encuentra en ese estado de languidez y de cuidadoso abandono que revela el espresado trage, y de que saben vds. aprovecharse tan ventajosamente.—En efecto una persona meditabunda y melancólica tiene generalmente doble atractivo que una vivaracha y alegre.

El trage de calle puede tambien ponerse por modelo de sencillez, y sin embargo apenas he





MODAS

visto otro mas garboso. Corpiño estrecho y cerrado hasta el cuello, mangas de chaqueta algun tanto plegadas, y guarnicion de hojas formadas de la misma tela, en el pecho, en el frente de la falda, en la orilla y en las mangas, es todo lo que constituye el vestido. Es indiferente la tela de que haya de formarse; pero es preferible para la estacion el gros, y el que mas gusta es el tornasol. Un cuellito de encaje y unos puños de lo mismo sobrepuestos, son el único adorno, y por lo que toca al *schal*, el que representa la estampa de terciopelo negro con fleco, y forrado de gros blanco es de una belleza y una elegancia suprema.

La única pieza del vestido de que no he hablado es el sombrero, invencion cómoda y hermosa, cuyas ventajas indisputables, son demasiado conocidas del mundo elegante, cuando la moda, que como un torbellino arrebata cuanto encuentra á su paso trayendo consigo objetos nuevos, ha respetado este uso, cuya dominacion es ya remota, contentándose solo con hacerle lijeras modificaciones. Un objeto que al mismo tiempo de ser una garantía contra la intemperie, es un adorno elegante, susceptible de enriquecerse á medida del deseo, acomodable á todas las clases y condiciones y de una variedad de formas y materias infinitas y que deja ancho campo á la eleccion, desde el modesto sombrero de seda hasta el de *paja de arroz* y terciopelo, es de una conveniencia que nadie pondrá en disputa, manifestada por el alto aprecio que hacen de él las elegantes

Es por cierto sensible que este uso no esté aun bastante generalizado en México, sino antes por el contrario limitado á un círculo no de grande estension. Persuádanse las mexicanas de lo que su belleza gana con este atavío y veremos el imperio de los sombreros tan poderoso aquí proporcionalmente como en el mismo Paris.

Ultimamente *Mme. Gourgues.* (1) nuestra apreciable colaboradora, ha tenido la bondad de enseñarme los adornos de cabeza que le acaban de llegar de Francia que verdaderamente me han sorprendido, por su riqueza unos, por su elegante sencillez otros, y todos por el buen gusto que hasta en la mas insignificante sencillez se les advierte. Se cuenta entre ellos una multitud innumerable de sombreros de seda, de crespon, de paja, de terciopelo con mayor ó menor profusion en los adornos, con flores unos, con plumas otros, con pájaros aquellos, en una palabra, es un océano de colores á cuyo término no alcanza la vista. Se hacen notables en medio de este caos algunos sombreros de terciopelo verde coronados por pájaros del mismo color con una cola luciente y tornasolada, y otros de *paja de arroz* simplemente adornados con una guirnalda de *lilas* y *marabonts* y de la que pende graciosamente una estremidad por un lado del sombrero.—De estas guirnaldas y ramos para la cabeza y el pecho hay en la misma tienda una variedad asombrosa.

Queda por hoy concluida una tarea siempre dulce para mí, porque proporcionar cuando no alguna utilidad, á lo menos alguna distraccion y entretenimiento á las amables suscritoras del *Liceo*, es un deber muy grato y el único deseo de

QUERUBIN.

(1) Correo de modas.—2.ª calle de Plateros número 2.

HIMNO DE ORFEO

Á JUPITER TONANTE.

¡O Júpiter, que recorres los lugares inflamados del mundo tumultuoso, tú, cuyas llamas chispean, y espantan el espiritu, tú cuyo rayo sagrado conmueve la mirada de los inmortales, tú que haces rodar cual cielo el estruendoso torrente de tu fuego, tú que diriges los nublados, los dardos enrojecidos, y los truenos, tú que amagas con tus tiros á todo ser viviente, que vomitas llamas, y estruendo, y que siembras ruinas al pasar! Rayo terrible acompañado de espantosa cabellera, ardiente mensagero de una mano victoriosa, arma indomable y horrible, que todo lo devoras, y que todo lo sumerges en el espanto y el tumulto, arma de Júpiter, dardo rápido que atraviesas los cielos precedido de la llama vengadora, la fecunda madre tierra, el mar salado, los siglos te temen, cuando se oye tu espantoso ruido: se ve una luz, y un relampago rojo, y entonces lanzas en el cielo, Dios poderoso, lanzas el rayo centellante. ¡O Dios, derrama tu cólera sobre los mares salados, y sobre las encumbradas montañas: todos conocemos tu fuerza! Favorece nuestros sacrificios, concede á nuestro espíritu dones favorables, los bienes de la vida, vigor y sanidad, la paz de los dioses respetables, y concédenos asimismo un alimento siempre conforme á nuestros deseos.

EPIGRAMA.

¡Este drama si está bueno!
Hay en él monjas, soldados,
Locos, ánimas, veneno,
Y unos cuantos degollados.

MUCHAS COSAS DICHAS EN POCAS PALABRAS

POR C. C. COLTON.

(TRADUCCION DEDICADA A MI AMIGO DON LAURO MOLINOS.)



INTRODUCCION.

La lecture des pensées est comme un voyage dans les montagnes où tout change d'aspect à chaque pas.

NO hay, si bien se mira, tarea mas ingrata y fastidiosa, ni que sea tan mezquinamente premiada, como la de aquel que se pone á traducir; pues está averiguado que si el trabajo es propio, el merecimiento y la alabanza son agenos, como ya otros lo han hecho notar. Yo tengo para mí que á los pobres traductores acontece lo que á los médicos, cuando por ventura sanan á algun paciente de su enfermedad, pues entónces suele el comun de las gentes atribuir la cura esclusivamente á la bondad divina, sin hacer cuenta de la atingencia ó pericia del doctor. Verdad es que ni esta consideracion, ni cuanto ademas pudiera decirse, bastan para disculpar las intolerables traducciones que hoy en dia se dan á luz, entre las cuales hay algunas de tal naturaleza, que no parece sino que sus autores escribieron aguijoneados por el hambre, y así, no es maravilla que en lugar de la version que deseabamos leer, solo encontremos á veces una repugnante *perversion* de ideas y de lenguaje.

Y lo que digo en mengua de otros, no es mi ánimo que refluya en alabanza mia, pues confieso con igual ingenuidad que tuvo razon sobrada el divino Cervantes, cuando aseguró que es obra poco meritoria el traducir, salvo sí, aquellas producciones que han brotado de una imaginacion brillante y atrevida, y en las cuales la valentía de las metáforas, la sublimidad de los conceptos, ó bien las sales peculiares de cada lengua, que son como plantas que solo florecen en el patrio suelo, forman otros tantos escollos que necesariamente ponen á prueba la habilidad del traductor, siendo la razon de esto, que con ciertos escritos sucede lo que con las aguas espirituosas, que vaciadas de una en otra vasija, inevitablemente se debilitan y evaporan.

A primera vista conocerá el ménos avisado, que las máximas y pensamientos que se siguen, no pertenecen en manera alguna á ese género difícil y espinoso que arriba mencioné, y que lejos de ser raptos poéticos, no son sino maduros conceptos de un hombre ingenioso, es cierto, pero ademas sesudo pensador.

Nada mas pienso decir tocante al mérito de dichos pensamientos, pues se viene á los ojos que si no lo tuviesen, y muy grande en mi opinion, no me habria tomado el trabajo de ponerlos en español; pero si es tiempo de que pase á decir á aquellos que desearen saber porqué no he traducido una por una todas las reflexiones de Colton, que he omitido algunas, porque á mi modo de ver, ni la idea en sí misma, ni la forma en que se halla concebida, tienen grande novedad, lo cual no es estraño acontezca en una serie de cerca de mil artículos, sobre asuntos tan diversos como son los contenidos en la obra de que he tomado los que ahora doy. (1) Otros he pasado por alto, ya porque versan sobre cuestiones puramente locales de Inglaterra, ya porque en ellos se tocan materias religiosas, en que ni yo ni mis lectores podiamos estar de acuerdo con el autor, que era miembro de una comunion diversa de la nuestra. En el discurso de la obra encontré ademas, algunos pensamientos verdaderamente intraduci-

(1) Su título es: Lacon: or many things in few words.

bles, porque su principal mérito estriba acaso en uno de aquellos ingeniosos juegos de vocablos á que son tan dados los ingleses, quizá porque las articulaciones de su lengua son, por decirlo así, apagadas é indecisas, y por tanto susceptibles muchas veces de doble interpretacion. Finalmente, he dejado de traducir otros artículos, porque sobre ser algo estensos, son demasiado científicos y abstractos para la generalidad de los lectores, y sobre todo, si vale decir lo cierto, por aprovecharme del único privilegio envidiable de que goza todo traductor, no sé si legítimamente, que es el de dar fin á su obra tan luego como á las mientes se le viene.

Así pues, caro lector, lo único que hay mio en este artículo, ya que todo lo de honra y provecho es ageno, se reduce á la buena ó mala eleccion que yo haya hecho. Si á dicha es acertada, y logro que sea de alguna utilidad, se dará por pagado de su breve trabajo,

LUIS MARTINEZ DE CASTRO.

REFLEXIONES ETC. ETC.



The noblest study of mankind is man.
El mas noble estudio del hombre es el hombre mismo

Dos clases hay de gentes á quienes aprovecha poco la lectura; hablo de los muy sabios y de los estremadamente necios; ni pretendo aleccionar á aquellos, ni es de esperar que aprendan estotros; me dirijo, pues, á los que no teniendo por única ocupacion leer, y deseando aprovechar sus ratos de ocio, dan, como es natural, la preferencia al autor que les roba ménos tiempo.

Leen algunos para pensar, y son bien raros, otros leen para escribir, estos abundan, y otros en fin, leen para charlar, que son los mas. A los de la última clase les basta generalmente para su objeto la primera página de una obra, y por esto se ha dicho que hacen ellos con los libros lo que otros con los grandes señores, es decir, informarse de sus títulos para poder luego jactarse de tener con ellos mucha intimidad.

Si son los reyes tiranos y opresores, consiste las mas veces en que los súbditos son corrompidos y menguados; que la crueldad del que gobierna siempre es proporcionada á la abyeccion y cobardía del gobernado, y si aquel se rige por cohechos y amenazas, mas bien que por la recta justicia y la piedad, estriba en que con gente de ánimo apocado y vil, puede mas el miedo que el amor, y en que el señuelo de la ganancia es iman mas poderoso para el corazon del mercenario, que la noble gratitud.

Cuando la envidia se mira circuida por el esplendor de la prosperidad agena, es semejante á un escorpion dentro de un círculo de fuego, que á mas no poder, vuelve contra si mismo el aguijon emponzoñado, y se lo clava una vez y otra hasta darse la muerte.

La única cosa que estamos seguros de necesitar es justamente la que jamas adquirimos de antemano: el ataud.

Calumniadores he conocido capaces de sacar á luz verdades en gran manera oprobiosas para ellos mismos, con la torcida mira de ser creidos cuando desatan sus lenguas maldicientes é impostoras para aniquilar la honra agena. Por esto Rousseau, que tenia mucho método y todavía mas malicia en su locura, ha hecho ver que estimaba ménos su reputacion que su venganza, así es que en sus *confesiones* se cubre á sí mismo de infamia para hacer mas pegajoso el cieno que acumula sobre otros, afectando suma veracidad y candor por cometer una crueldad mas grande.

Si aquellos que en los desafios sirven de padrinos, tuviesen tanto miedo, (horror quise decir,) de ver derramar la sangre humana, como los mismos combatientes, muy poca habria corrido en lances de ese género.

Es la guerra una especie de juego en que si es rara la vez que gana el príncipe, el pueblo sale

constantemente perdidoso; que el ser defendido es casi un mal tan grande como el de ser atacado, pues no pocas veces acontece que el escudo del que pretende protegernos, es mas opresivo y trae mas daño que la espada misma del invasor.

La imitacion es la mas sincera de todas las lisonjas.

El hombre recto no debe dejarse llevar de temor de la calumnia, porque en su ánimo no debe poner mas miedo la lengua de otro hombre que la mirada de su Dios.

¿Sabeis porqué niegan la existencia del alma algunos anatómistas?—Porque no han acertado á pincharla con el bisturi.

Aquel que no consiente en que su dinero sea útil á sus semejantes miéntras vive, tenga por cierto que se priva voluntariamente del mas dulce placer que es dable gozar en esta vida y de la mayor felicidad en la otra. Creen algunos que todo lo dejan arreglado con chasquear á sus hambrientos deudos, legando en favor de tal ó cual casa de beneficencia los bienes mal habidos, y esto me trae á la memoria una anécdota que paso á referir. Cercado de los ministros infernales, estaba Satanás 1.º en su trono cierto dia, á la sazon que llegó de su embajada á este planeta un diablillo de malísima traza. ,,¡Bribonzuelo!" le dijo Satanás al verle, muy larga la has echado, dí, ¿qué nuevas nos traes de aquellas buenas gentes?»—,,No he podido hasta ahora despegarme de la cabecera de un avariento moribundo, contestó el diablillo; le he sugerido la idea de dejar toda su hacienda, que es cuantiosa, á algunas casas de beneficencia.»—,,Pues á fé mia, repuso el chamuscado monarca del infierno, que sabes mirar muy bien por mis intereses; me temo que habremos de perder esa alma.»—,,Nada de eso, replicó el diablezuelo, porque no ha hecho restituciones, y ademas, tenia muchos parientes que están ladrando de hambre, mas dado caso que perdiésemos al avaro, cosa que no puedo tragar, siempre saldriamos gananciosos, porque tambien le metí en la cabeza que dejase una docena de albaceas, y bien ve V. M. que ya tenemos en la bolsa á todos ellos de *mancomun é in insolidum.*

Nunca prospera tanto la mentira como cuando pone en su anzuelo el cebo de la verdad, ni hay opiniones que acarreen mas funestos resultados que aquellas que no son de todo punto erroneas y absurdas; por la misma razon que no hay relojes que mas eficazmente induzcan á errar que aquellos que á las veces andan bien.

Siempre que algun autor escribe mejor que sus contemporáneos, se le pone la tacha de plagiario; si por ventura escribe tan bien como ellos, le llaman atrevido y presuntuoso; pero si acaso es inferior, generalmente dicen, ,,*da esperanzas.*»

El que guste de sopa caliente, ideas nuevas y vino añejo, que no coma en casa de los grandes.

Dificil cosa es que la verdad llegue á adaptarse á la torcida política y las estudiadas sinuosidades de los asuntos mundanos, porque la verdad y la luz describen siempre en su curso líneas rectas.

Con el dinero se verifica lo que con el calzado; que si es estrecho oprime é incomoda, pero si es grande en demasia, ocasiona mil traspiés, y aun á veces una caida.

Ningun género de odio llevamos con tanta paciencia ni tan cristiana resignacion, como el de aquellos que nos tienen envidia.

Mucho tememos en verdad penetrar en la oscura morada de la muerte; mejor fuera que temiésemos transitar por los senderos quebrados y espinosos que á ella nos conducen; bien que aquellos que nosotros llamamos ásperos, son cortos, y puntualmente los que nos parecen cómodos y llanos, son en realidad molestos y fragosos. Acusamos á la muerte de que nos arranca demasiado presto del festin y regocijos de la vida; sea enhorabuena si en el cambio nada hemos ganado; pero aun dado que así fuere ¿es culpa de la muerte ó culpa nuestra? Acusamosla otras veces de que nos hace aguardar largo tiempo, porque en efecto, ¿quién apetecerá estar sentado á la mesa del banquete, cuando ya no puede participar de la alegría de los demas ni gustar de las viandas? Y querrá alguno vivir para solo el dolor, si hace tiempo que murió para todo linage de placer? Bien pueden los tiranos condenar sus víctimas á muerte; pero ¡cuanto mas formidable no seria su poder si estuviera en su mano sentenciarlas á un perpetuo vivir! La vida terrenal es la jornada que hacemos para llegar á la muerte; esta es, por decirlo así, el pasaporte para la vida real y verdadera. Andemos, pues, alerta como centinelas, ya que el dia y la hora son inciertos; pero estemos tambien tranquilos, si nos hallamos por ventura

aparejados. Lo único que tiene la muerte de espantoso y terrífico son sus consecuencias, y en nosotros está predisponerlas y encaminarlas cual conviene. La vida mas breve es larga en demasía si nos ha de conducir á otra mejor, si asi no fuera, nos pareceria bien corta aun la mas larga.

Muy facil es al rico ocultar sus riquezas; la miseria es cosa que no se puede encubrir, pues ménos trabajo cuesta ocultar mil onzas de oro, que un simple agujero en la casaca.

Parece que el fastidio y la gota son dos enfermedades privilegiadas, puesto que principalmente ejercen su influencia, el uno sobre el alma y la otra en el cuerpo de los ricos.

Es la *memoria* excelente amiga del *ingenio*, pero compañera muy perfida de la *imaginacion*. Muchos libros hay que á dos cosas solamente deben la aceptacion que han merecido, á saber: la buena memoria de quienes los escribieron y la poca ó ninguna de aquellos que los leen.

El que compra aquello que no ha menester, en breve necesitará lo que no puede comprar.

Ni las ratas ni los conquistadores deben tener esperanza de hallar cuartel si son hechos prisioneros.

El bueno llegará infaliblemente á ser mejor, así como el malo cada dia lo será mas, porque el vicio, la virtud y el tiempo son tres cosas que no pueden permanecer estacionarias.

Generalmente calculan las mugeres las consecuencias del amor, no así las del resentimiento.

El soberano que cuenta mayor número de vasallos y domina sobre el territorio mas estenso, es una hembra caprichosa y despótica que llaman *Duda*. Es á un tiempo la mas rica y la mas pobre de los potentados, pues habiendo logrado atesorar caudales inmensos, ha estraviado la llave de sus arcas; reina en el corazon de todos sus pueblos sin proporcionar á ninguno la tranquilidad ni el contento, y es sin embargo el único déspota que no puede morir en tanto que respire uno solo de sus súbditos.

Los libreros son como los chalanes, que si al diablo compran al diablo han de vender; la desgracia es que el librero rara vez juzga del mérito de una obra, con tanto acierto como el chalan del de un caballo, y que el chalan sabe montar mejor, que leer el librero.

Ni la verdad en toda su pureza, ni el oro sin ninguna liga, son propios para la circulacion, porque han descubierto los hombres que es mas cómodo adulterar la verdad que depurarse á sí mismos. Grande miseria es por cierto, que el doblez, las tentaciones y las enfermedades de que estamos cercados, hayan convertido la verdad en mercancía de contrabando, en que es sumamente arriesgado traficar. Por esto solia decir Sir Gualterio-Raleigh, que no debia seguirse tan de cerca á la verdad, que corriera uno peligro de que le echase fuera los colmillos de una coz.

La muchedumbre tiene la fuerza de Sanson, pero desgraciadamente su misma ceguedad.

Hay en el mundo cuatro clases de hombres: á la primera corresponden aquellos á quienes todos los demas quisieran hablar, y de los cuales todos hablan; tales son los grandes. Comprende la segunda á aquellos con quienes nadie desea hablar, y de quienes en efecto nadie habla; he aquí la inmensa mayoría compuesta de los insignificantes. Pertenecen á la tercera clase todos aquellos con los cuales nadie apetece hablar, pero de quienes hablan muchos; aquí entran los pícaros; y finalmente, se compone la cuarta clase de aquellos á quienes todos hablan sin que ninguno hable de ellos; estos son los necios.

Tan dificil es prescribir reglas al genio, como poner coto á las olas del mar, ó dar leyes á los torbellinos.

Tenia Byron tal confianza en sus propias fuerzas, que no pocas veces infringe la regla de Horacio que comienza: „*Si vis me flere etc*,» y no solamente nos hace llorar sin llorar él, sino que se mofa del mismo llanto que en nosotros provocó.

Hay un género de crítica que abunda y ha de abundar siempre, porque requiere únicamente laboriosidad y dedicacion; tal es aquella que trata de fechas, acontecimientos y sutilezas de gramática, y que versa sobre las palabras mas bien que las ideas, sobre las letras mas bien que los conceptos. Crítica es esta por el estilo de la de aquel necio que cuando todo el mundo contemplaba absorto la Ceres de Rafael, no tuvo embarazo en reparar que el nudo del manojo de trigo que tenia la diosa, no era igual al que suelen hacer los segadores.

El que emprende la jornada de la vida provisto de un conocimiento profundo de los libros, pero superficial de los hombres, es decir, con la cabeza llena de ideas agenas, y pocas ó ningunas propias, se encontrará á menudo tan desazonado y perplejo, como un holandés sin su pipa, un frances sin su querida, un italiano sin su violin, ó un ingles sin su paraguas.

A medida que un pueblo se desmoraliza y se corrompe, se mira el pobre mas despreciado y desvalido, y adquieren las riquezas mayor estimacion. No sucederia tal si todos indagaran porqué causa han empobrecido unos, y cual es el orígen de las riquezas de otros, pues de semejantes investigaciones resultaria frecuentemente que la inmerecida infamia del pobre se tornase en noble orgullo, y la opulencia del rico en oprobio y en afrenta.

Para que no hubiese desafios se necesitaria de una sociedad en la cual todos aquellos que no fueran buenos cristianos, fuesen al ménos cumplidos caballeros, y si no, filósofos.

El indicio mas cierto y humillante de una irremediable esclavitud, es precisamente esa falta de accion, ese letargo que al fin llega á apoderarse de sus estúpidas y miserables víctimas. Percibe esto el filósofo con tanta claridad, como el médico que echa luego de ver es dolencia mortal aquella en que el paciente ni se muere ya, ni es sensible al dolor.

(Se continuará).

LAS VICTIMAS DEL AMOR Y DE LA IRA.

HISTORIA VERDADERA.

MUCHOS de los placeres que recibimos llueven tan abundantemente sobre nosotros, ocurren de tal manera cada dia, que los apreciamos en mucho menos de su valor real. Esto sucede con la felicidad doméstica. Estamos tan acostumbrados á ver el afecto de una muger, en el hogar de un amigo ó en el nuestro propio, que lo vemos, tal vez ligeramente, y á nuestra costa descubrimos algunas veces que nuestro descuido ácia la planta que hemos tomado del suelo paterno, empaña su belleza, arranca su tallo y extingue su vida.

Desarrollándose generalmente los afectos de la muger en la uniformidad de la vida doméstica, se manifiestan en el lecho del enfermo ó en la cuna del niño y no excitan ninguna sospecha de que en alguna circunstancia puedan ser capaces de hacer frente á los mas grandes peligros y soportar los mas tremendos trabajos.

Como quiera que sea ofrece, una prueba de la verdad de esto, un acontecimiento que ocurrió en las Indias orientales y de que fuí testigo.

Enrique Seward era un soldado raso del regimiento á que yo pertenecia, y ningun hombre de él sabia mejor su deber ó tenia un aire mas marcial. Su muger, á quien se le habia permitido llevar de Inglaterra, excitó un interés por su figura que su historia debia aumentar. Era hija de un eclésiastico Episcopal y habia sido educada no solo bien, sino con esmero. Pero era romántica. Enrique Seward estaba reclutando en el pueblo donde residía. No procuraré decir porqué se casó con un soldado raso. Obramos algunas veces sin motivo, otras indefiniblemente y á veces por el impulso del momento. En fin se casaron y Maria acompañó á su marido. Su belleza y modestia recatada le valieron las atenciones de las señoras de los oficiales, quienes en gran manera socorrieron la miseria que como muger delicada y la esposa de un soldado raso habria sufrido de otra suerte á bordo de una embarcacion.

Sin embargo, algunos dias despues de esto, fué cuando sucedió el acontecimiento á que he aludido. Por este tiempo se nos mandó que nos dirigiésemos á Rascote, donde debia reunirse un ejército, con el fin de intimidar á los

Seindianos y en cumplimiento de algun proyecto particular del gobierno.

No se borrará fácilmente de mi memoria el dia que salimos de Bombay. La separacion del marido y de la muger, de los padres é hijos— el adios de muchos á una bella compañera que habian dejado en los hospitales á causa de las enfermedades del clima; la locuacidad de los naturales, la singularidad de los buques en que teniamos que ir al continente, excitaban sensaciones muy particulares.

Hasta el último momento Maria vió á Enrique Seward vivo. No supe, si tuvo algun mal presentimiento, pero se dejaba ver en sus maneras una afliccion extrema. Yo las atribuí á sus sentimientos como esposa, pero se descubria algo mas que el efecto de ellos. Ella no lloraba, pero miraba tiernamente al objeto de su amor como adorándolo; su semblante pálido como la muerte habia quedado vuelto sin movimiento ácia al trompeta, como suplicándole que dilatase un minuto mas el toque de reunion, y cuando al fin el sonido áspero hirió su oido, fué separada de su marido por solo la fuerza.

El gran defecto de Henrique Seward era un carácter violento que aunque desaparecia prontamente, habia retardado sus ascensos en el ejército. Lo inducia de cuando en cuando á dar respuestas á un oficial que rayaban en insubordinacion y produjeron en fin la melancólica catástrofre que voy á referir.

La conducta de Seward con respecto al capitan de su compañia se habia distinguido particularmente por el estilo desdeñoso á que he aludido. Juzgaba injusto que el nombre de un sujeto que sabia su deber tán bien como él mismo, no se encontrase en la lista de los oficiales no comisionados, y se aprovechaba de toda oportunidad, para manifestar su sentimiento.

En la india no se permite á las tropas marchar despues de la salida del sol, para evitar los efectos dañosos de sufrir el calor, si no que en general, las tiendas se recogen mientras que la atmósfera está frezca, y se plantan antes de la luz del dia.

Era de noche, habiamos caminado cerca de una hora y durante este tiempo habia observado á Seward llevando sus armas descuidadamente, á veces sesgadas, horizontales, ó arrastrando; á veces riendo y hablando estrepitosamente á sus camaradas, por lo que el capitan lo reprendió secretamente amenazándolo con un arresto pronto.—Seward, sin preveer las consecuencias, declaró con un juramento, que no queria que ningun hombre le enseñase su deber, y echó á tierra al oficial con la culata de su mosquete. Se le desarmó, se le pusieron esposas en el instante y proseguimos sin otro suceso de importancia hasta la siguiente parada. Henrrique Seward fué juzgado por un Tribunal Marcial, y convencido con la evidencia mas clara y sentenciado á ser fusilado delante de las tropas reunidas antes de seguir mas adelante.

Perdonamos en sus ultimos momentos á nuestros mas grandes enemigos, pero Seward mismo fué su solo enemigo. Intercedimos en vano por una conmutacion de pena. Habia una quietud en nuestro campo regularmente desconocida, aqui y allí los soldados rasos enumeraban los pequeños servicios que habian recibido del preso. El me enseñó á limpiar mis avios, decia uno. El me salvó mas de una vez de las alabardas, decia otro.

Habia esa noche en nuestro campo, pocos que durmiesen, y cuando llegó la hora de despertar, se formaron tan prontamente las filas que fué fácil conjeturar que muy pocos cinturones se habian desabrochado desde que habiamos hecho alto. La escena que contemplábamos con la ayuda de una clara noche de oriente, y la quietud sepulcral de la hora, aumentaban el respeto que sentiamos en esta ocasion. A nuestra izquierda, en la mitad de una arboleda de mangosteros se elevaban las torrecillas pintorescas de una mesquita Mahometana cerca de ella el templo del Hindoo y no oiamos otro sonido que el aullido discorde del adive de los bosques vecinos.

Oh! es un trance terrible impeler precipitadamente y de improviso ácia su Hacedor á un compañero mortal. Es terrible ver á un hombre, por el mandato del hombre, dar fin á la existencia de su hermano.—Pero oí la palabra, fuego! y Henrique Seward ya no existia. Un pequeño terreno, y algunas ramas arrojadas sobre él de gracia por algun camarada compasivo, para impedir su desentierro por las bestias de los bosques completaron sus exéquias funerales. La última nota de la marcha funeral sonó cuando era cadáver: un aire nacional se substituyó y lo dejamos.

Tengo muy poco que decir, pero en este poco está contenida tal vez la parte mas interesante de mi cuento. Desgraciadamente fuí atacado por una de las enfermedades del clima, y me ví obligado para recobrar mi salud á volver á Bombay. Pasé por la sepultura de Henrique Seward, cerca de ella estaba construida

una choza á manera de las del pais, la sepultura misma estaba cubierta con un seto de tierra semi-circular semejante á aquellos que se levantan en Inglaterra sobre el muerto. Me aproximé á ellas con el fin de saber si era posible, por quién habia sido ejecutado ese acto de respeto. Entré á la choza esperando ver á algun natural á quien pudiera preguntar. Al principio no vi á nadie, pero oyendo salir gemidos de una miserable cama que estaba en un rincon de la habitacion me dirigi ácia ella, y juzgad de mi sorpresa y mi compasion, cuando encontré que el residente de esta chosa india á doscientas cincuenta millas de todo establecimiento ó campo Europeo era María Seward.

Me miró sin manifestar la emocion que temia le causaria mi vestido repentinamente: sin embargo, levantándose, exclamó, Ah! sois vos?—Lo matásteis? Y quereis destruirme tambien! hacedlo: pero sepultadme con Henrique. He cuidado mucho tiempo su sepultura, pero ahora ahora no puedo. Mirad, el lobo ó el adive han perturbado su descanso.—Oh, padre, mi querida, querida madre. Henrique, yo te he venido—Dios mio! cayó desvanecida en su miserable lecho y dió el ultimo suspiro.

Solo me queda que decir, que María habia oido hablar de la ejecucion de su marido, y ayudándose de la perseverancia é intrepidez habia llegado á su sepultura: el trastorno de su razon excitó la piedad en el corazon de los naturales, quienes construyeron su cabaña y llevaron á su umbral arroz y agua, pero no quisieron hacer mas por una cristiana. María cavó una sepultura mas profunda, levantó el monumento de tierra sobre los restos de su marido, que ella cuidaba de los asaltos de las bestias feroces, y cuando perdió de tal manera el vigor de la vida, que no pudo hacer ya su guardia melancólica, murió.

Lector, sepulté á María con su marido, y dejé juntamente las víctimas del amor y de la ira.

A ISAURA.

GOZA un mundo mas risueño,
que ya el sueño
tus pupilas apagó.
Cierra el párpado cansado,
que á tu lado
mientras duermes, velo yo.

Duerme y goza sin quebrantos
los encantos
de tu pura idealidad;
Goza en paz, vírgen paloma,
que aun no asoma
para tí la tempestad.

Duerme y goza de ese sueño
que alhagüeño
pasa rápido por tí;
Duerme y goza, asi soñando
que velando
yo tu sueño estoy aquí.

¡Ay! si sueñas tus amores
tal vez llores
de ese sueño al despertar.....
Goza, Isaura, duerme, hermosa,
y afanosa
no despiertes á llorar.

Que en el mundo que habitamos
si gozamos
un momento de placer,
Es tan solo, cuando impresos
vemos esos
sueños mágicos correr.

Que esta es tierra de dolores;
los amores
son quiméricos aquí.
Goza en sueños fiel paloma
que aun no asoma
la tormenta para tí.

Bien plegadas, y tranquilas
tus pupilas,
bella Isaura, las manten;
No despiertes, afanosa;
duerme, hermosa,
que los sueños son tu bien.

No despiertes; que es tu sueño,
cual beleño

que embalsama tu existir;
Goza pues de sus quimeras,
y no quieras
penetrar su porvenir.

Goza asi tranquilamente
de tu ardiente
pasagera juventud,
Pero en sueños ¡ay! y en tanto
que yo canto
tu hermosura y tu virtud.

Que al dejar el casto lecho,
si deshecho
se desata el temporal,
Ajaráse á sus vaivenes
de tus sienes
la corona virginal.



Tendida flor, cuyo capullo tierno
el aura suave del estio roza,
vendrán los yelos del cercano invierno
y harán pedazos tu imperial carroza,
Pero hasta entonces, en tempestad ó en calma,
á la enramada de tu infancia asida
con altivez de la africana palma
alza hasta el cielo tu cabeza erguida....
Hasta entonces no mas; que rebramando
vendrá el pedrisco que el turbion arroja,
é irá de tu almo cáliz arrancando
las galas y el verdor hoja por hoja...,
Goza hasta entonces, pues; hermosa y niña,
sin turbio porvenir que te amedrente,
la Providencia protectora, apiña
deleites mil sobre tu casta frente.
Dulcisimos deleites son, que impresos
quedan por siempre en la memoria, fijos,
cual de una madre los ardientes besos
sobre los labios de sus tiernos hijos.
Gózalos, pues; que mientras tu gozares
de la óptica vistosa de tu sueño,
yo á media voz entonaré cantares
que no interrumpan tu soñar risueño.
Cantares que, si bien muy mas sencillos,
de tu ilusion excedan la belleza;
suavísimos cantares que al oillos
se aumentará tu lánguida pereza.
He de contarte cosas tan estrañas,
que inmoble habrás de estar mientras las cuente;
sin mover tus finísimas pestañas
de mi sentida narracion pendiente,
Las glorias todas de la antígua Roma,
te contaré; su religion, su ruina;
la culpa y el castigo de Sodoma,
que la venganza provocó divina.
Luego el valor de las edades de oro;
los valientes de Grecia y sus cantores;
los azares de Argélica y Medora
al par de sus ternisimos amores....
Todo esto te diré mientras gozares
de la óptica vistosa de tu ensueño,
y otros, mas bellos, forjaré cantares,
que arrullen mas tu sosegado sueño.

ALEJANDRO RIVERO.



GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON RODRIGO PACHECO OSORIO,

Marqués de Cerralvo. Décimoquinto virey de la Nueva-España. Desde 1624 hasta 1635.

1624.

DESPOJADO violentamente el de Gélves del mando, reasumido este por la audiencia, cometiéronse algunas tropelias y maldades: se hizo venir al arzobispo, se procuró infamar al virey se le pusieron guardias en el convento de franciscanos y se hicieron llamar tres compañías de cien hombres cada una para custodiar la ciudad de un nuevo tumulto. Dictáronse algunas medidas violentas tales como la de despojar de su empleo al alcaide de Ulúa que protestó su pleito homenage; pero se le amenazó que se haria con él lo mismo que con Gélves para colocar á un sobrino del arzobispo.

La audiencia y la ciudad determinaron informar al rey, y mandó la primera, apoderada de todos los papeles del virey, hacer publicacion de ellos de modo que nadie ignoraba los informes que daba á la corona de cada uno. Es muy notable que el arzobispo mandara á los curas que dispensaran los derechos de entierro á los que, de su parte habian muerto en el motin y aun se asegura de uno de la ínfima plebe á quien el mismo dió sepultura con gran pompa, y al contrario para enterrar á uno del virey no bastaba dar sus derechos por el escrúpulo, de que era herege, escrúpulo, que hicieron cesar veinte pesos que se dieron mas.

A pesar de la cesacion á divinis, y de que por esta causa se hallaban las puertas de las iglesias hasta clavadas, cuando el arzobispo entró en la ciudad repicaron á vuelo en todas, levantó en seguida el entredicho é hizo fijar de nuevo en tablillas al virey. Tal era su frenetico furor por las censuras, y sin embargo de que se lamentaba, que por llevarle hasta S. Juan Teotihuacan se le habia separado de sus ovejas, no tuvo reparo en separarse de su voluntad ahora por el necio orgullo de ir á ostentar su triunfo: por lo demas, la ciudad habia vuelto á entrar en calma y el reino permanecia tranquilo, y solo desasonada la corte de Madrid que veia ya perdido el respeto á la autoridad vireinal tan acatada antes.

Informado Felipe IV de los disturbios de México por su ayuntamiento, veia ya segura la ruina de esta colonia, y deseoso de evitarla si le era posible, comisionó, dándole el vireinato, al marqués de Cerralvo, para que acompañado de D. Martin de Carrillo, inquisidor de Valladolid con facultades ilimitadas hiciera las averiguaciones correspondientes y necesarias y castigara á los principales culpados. Hizo su entrada en la capital el virey el 3 de noviembre, portándose con humanidad y empleando medios suaves y pacíficos, lo que le atrajo luego el afecto de sus habitadores. Apoderóse en este tiempo de Acapulco una escuadra holandesa á las órdenes del príncipe de Nazau, y la indefensa ciudad se le entregó, y la débil guarnicion sin oponerle resistencia se la abandonó. Pocos dias sin embargo permaneció allí, volviendo á hacerse á la vela, entretanto que en México se disponia atacarle, lo que por consiguiente ya no tuvo lugar, pero si para prevenir otro caso semejante, mandó el virey aumentar al castillo cuatro bastiones y amurallar la ciudad.

1625.—Abrió su visita el inquisidor Carrillo, y tuvo poco que hacer, habiéndose ausentado los principales motores, por lo que se limitó á suspender y privar á algunos de sus empleos, á ajusticiar á otros, y se volvió á dar cuenta á la corte. Conducta es esta verdaderamente humana, y no muy frecuente en un inquisi-

dor ó en un visitador. Los que fueron ejecutados, fué por habérseles averiguado que habian robado los muebles de Gélves. Este llegó en tanto á la corte, y gozando de gran prestigio y valimiento en ella, logró ver molestado al arzobispo Serna, que fué removido y pasado al obispado de Zamora, despues de permanecer algun tiempo en la corte, para donde se le llamó, y en la cual tuvo mucho que sufrir.

Aunque el marqués de Cerralvo se portara benignamente no dejaba con todo de tomar sus medidas temeroso de una revolucion como la de enero de 24 y para evitarla no quiso deshacerse de las compañías que la audiencia mandó formar, y les fabricó un cuartel en la plaza principal que bendijo al comenzarlo el reverendo arzobispo. Hizo tambien el virey dar al ayuntamiento cuarenta mil pesos que habia dado en calidad de prestamo al rey y que este mandó á aquel (1) *que pagase religiosamente*. A la ciudad se le previno (2) por otra parte que ayudase al virey como en otras ocasiones lo habia hecho y le diese crédito en cuanto le propusiera, claro es que obsequiaria gustoso esta órden, quien no veia dilapidadas sus rentas.

Antes que Carrillo marchara se le ordenó (3) que visitara, y residenciara á los alcaldes, y regidores, y ministros del tiempo que no habian dado residencia y arreglándose á las leyes.

En 18 de enero la audiencia agradecida por los servicios de la ciudad en el tumulto del año pasado la faculta para que nombre un procurador de corte que sea regidor á fin de que dé cuenta al rey del tumulto. (4)

Comenzábanse á trazar apénas los bastiones en Acapulco, cuando se presentó una escuadra holandesa al mando del gefe de escuadra Spilbert; mas llegó sin ánimo hostil, apesar de hallarse en guerra con la España, y solo pidió, bajo su palabra de honor al gobernador de la plaza, que le permitiese hacer aguada y proveerse de víveres, que despues sin dañar á la poblacion en lo mas mínimo, continuaria su ruta para las Indias Orientales: concedido que le fué lo que pedia, cumplió con fidelidad su palabra. Una hambre general que afligió á Sinaloa y provincias vecinas, privió de la existencia á ocho mil quinientos indios.

1626.—1627.—En 1626 da el rey gracias al ayuntamiento por un donativo que hizo para satisfacer las urgencias de la armada en el mar del Sur (5) y pocos meses pasados en el mismo año definióse la disputa que desde la entrada del segundo Velasco en su primera época tuvo la ciudad con los oficiales reales en órden á la preferencia en la iglesia y procesiones, quedando resuelto que la ciudad tomara asiento y con ella los alcaldes ordinarios en el lado de la epístola, y los oficiales reales la prefiriesen formando cuerpo con la audiencia.

Temeroso el de Cerralvo de una inundacion, hizo en el año de 26 que se reparasen las albarradas y algunas otras obras, sin tocar la del desagüe que permanecia suspensa; pero no le bastaron sus providencias, porque en 627, crecido el rio de Acolhuacán, abriéndose paso por el dique que le impedia desembocar en la laguna de Tzumpango, y obligando así á esta á derramar en las de San Cristóbal y en la de México, se anegó la ciudad, como que entró en abundancia el agua en ella. Entónces el ayuntamiento en vista del peligro pidió al virey con instancia que continuara la obra del desagüe, pero dudando de su utilidad y comenzando los peritos á disputar, y siendo por otra parte cierto que importaba mucho dinero, se pasó entre tanto el peligro y quedó la cosa en tal estado.

1628.—Queria Alderete, que habia venido de visitador, tomar residencia á la ciudad: esta representó contra aquel al rey, que resolvió no se le hiciera cargo mas de lo que no hubiera dado residencia (6). Deseando el soberano unir las armas de sus reinos lo avisa á la ciudad (7) previniéndole ayude al virey y le dé en todo crédito.

Pedro Hein, holandés de gran fama, apostó una escuadra en las costas de la Florida

(1) Cédula de 2 de mayo de 1624, lib. capitula núm. 25, fojas 186 del cedulario nuevo, foja 326 vuelta tomo 1.°

(2) Cédula de 4 de diciembre de 24, lib. capitular núm. 25, fojas 297, cedulario nuevo 227, vuelta tom 1.°

(3) Cédula de 28 de mayo de 629, en el lib. capitular núm. 26, fojas 255, cedulario número, fojas 328, tomo 1.°

(4) Autos de 18 de enero de 25, lib. capitular núm 25, fojas 82 y 88, cedulario nuevo, fojas 390, vuelta tomo 1.°

(5) Cédula de 19 de febrero de 626, cedulario antiguo, fojas 188, cedulario nuevo, fojas 330 vuelta, tomo 1.°

(6) Cédula de 20 de octubre de 627, cedulario antiguo fojas 190, cedulario nuevo, fojas 336, vuelta tomo 1.°

(7) Cédula de 20 de mayo de 627, lib. capitular núm. 26, fojas 264 vuelta, cedulario nuevo 337, vuelta tomo 1.°

para esperar la flota de la Nueva-España que habia embocado en el canal de Bahama. La resistencia que esta opuso fué débil, y apresadas las naves españolas por las holandesas, recibió un fuerte golpe el comercio de México.

1629.—El espíritu religioso y el amor al claustro que crecian de dia en dia aumentaban el número de eclesiásticos regulares, y sus prelados que temian verse dominados por hijos del pais comenzaron á negar á los naturales el hábito: un hecho de estos en la órden de St° Domingo originó grandes disgustos y provocó una disposicion (8) de la corte que prevenia al virey y audiencia informaran sobre la órden que un visitador de los domínicos habia dado de no dar hábitos hasta que el número de religiosos venidos de Castilla y nacidos en ella, no igualase al de los naturales de estos reinos, é igualmente (9) se encargó al general que informara si de él habia dimanado tal providencia.

Suspensa la obra del desagüe y en mal estado las albarradas, era muy facil una inundacion, y deseando evitarla, no cesaba el ayuntamiento de instar al virey por aquella ó por estas. Este determinó al fin obsequiar los deseos de la ciudad, y ya reunidos los materiales á tiempo de poner mano á la obra, esperando solo que cesaran las lluvias para comenzar, sucedió que la abundancia de estas hicieran al rio de Acolhuacán que rompiendo el dique que lo contenia, desaguando en las lagunas de Tzumpango y San Cristóbal las hizo derramar en las de México tanto que subió el agua en la ciudad á la altura de dos varas en el dia 21 de setiembre: el furor de las lluvias continuaba, y la inundacion como era natural crecia, causando tales estragos, que como dicen Gemelli y el padre Cavo, y segun la carta que á Felipe IV. escribió con fecha 16 de octubre D. Francisco Manzo y Zúñiga, arzobispo entónces, solamente indios habian perecido treinta mil, ahogados unos, muertos bajo las ruinas otros, y muchos acaso de hambre, de manera que habiendo en esa época veinte mil familias, se conservaron apénas cuatrocientas, yéndose muchos á diversas partes, á lo que debió Puebla, dice Cavo, el aumento de poblacion.

Inundada como se hallaba la ciudad, puede muy bien considerarse que las calles estaban intransitables, de suerte que todos salian en canoas, siguiéndose para el gobierno los trastornos precisos; así que, se hallaron suspensos la audiencia y demas tribunales, ayuntamiento y aun la celebracion de los oficios divinos. Sin embargo, el arzobispo hizo que se dijera misa en los balcones y azoteas. Cuando el mal actual no se podia evitar y se hallaba á punto la ciudad de quedar toda arruinada, fué cuando se pensó en el remedio, entónces se proyectó conforme á los deseos del rey, mudar de sitio á la capital, pero se desechó esta medida como gravosa, reservándose para otra ocasion; por de pronto tratando de sacar las aguas que se hallaban adentro, se hicieron algunos diques, y así se consiguió ver libre á la ciudad de aquella inundacion, á los cuarenta y dos dias, el 1.° de noviembre. Inmediatamente que bajaron las aguas, ante el virey se celebró una junta general, en la que se acordó que la audiencia y el ayuntamiento con peritos, pasasen á Huehuetoca á observar lo que se necesitaba para concluir el desagüe. El 6 de diciembre se celebró otra junta, en la que se convino que se colectaran doscientos mil pesos en que habia tasado Martinez la obra, lo que inmediatamente se comenzó á ejecutar. Antes de concluir el año se libró real cédula, la cual prevenia que en lo sucesivo el gobierno de los vireyes no pudiera ser sino de *tres años:* ya verémos como se *llevó al cabo*.

1630.—Si á México ponian en aprieto las inundaciones, no estaba mejor la corte molestada bastante por la guerra que seguia con la Holanda, que entónces hacia su independencia, y tentando el rey ya los últimos recursos, ordenó al arzobispo que mandase hacer en todas las iglesias rogaciones públicas, para impetrar el socorro del cielo. (10)

A una grande inundacion, como consecuencia precisa siguieron la hambre y la peste, ya porque los alimentos humedecidos se corrompieron, ya porque era necesario habitar en la misma humedad, mas la filantropía del arzobispo alivió demasiado á los mexicanos, bien porque les daba los recursos de que habian menester, ora por la preparacion de siete hospitales puestos por él para prestar toda clase de auxilios á los míseros enfermos.

No se desatendia en tanto el ayuntamiento del desagüe reuniendo la cantidad de doscientos ochenta mil pesos, y arrancando no con violencia del maestro Martinez la promesa de concluir la obra en veinte meses, siempre que se le dieran diariamente cien indios. Púsose

(8) Cédula de 5 de junio de 628, cedulario antiguo, fojas 190 vuelta, cedulario nuevo, fojas 340 tomo 1.°

[9] Cédula de 5 de junio de 628, cedulario antiguo, fojas 191, y nuevo 340 tomo 1.°

[10] Cédula de 27 de abril de 629, lib. capitular, núm. 27, fojas 130, cedulario nuevo 441, vuelta, t. 1.°

mano á la obra tan luego como la epidemia cesó, y el virey aconsejado de personas instruidas en el particular, por decreto de 12 de octubre ordenó que corriera hasta San Gregorio.

1631.--Despues de muchas y muy repetidas instancias hechas al virey para que quitase las compañías puestas por ocasion del tumulto, por fin determinó hacerlo, y avisó al ayuntamiento que ya le satisfacia. (11)

Noticioso Felipe IV de la inundacion ocurrida en 629, deseando á toda costa salvar la poblacion de México, cuyos riesgos consternaban demasiado su ánimo, previno con fecha de 19 de mayo del año corriente, que se mudara la ciudad al sitio mas á propósito, que segun entendia por noticias, era en medio de Tacuba y de Tacubaya; mas ántes, que se consultara al interés de los vecinos oyéndolos. Para dar cumplimiento á esta real disposicion, el virey hizo emplazar para una junta general á todos los gremios, que debian nombrar sus diputados.

La junta en efecto se verificó haciéndose en ella ver que ademas de que mudando la ciudad se obsequiaban los deseos del soberano, era por otra parte indispensable vivir con seguridad puesto que los gastos hechos hasta la época eran inútiles y crecidos, hallándose á pesar de ellos á cada momento á punto de perder todos la existencia. Un miembro del ayuntamiento sostuvo por el contrario, que por ningun pretesto debia dejarse la ciudad, ya por que es muy sensible abandonar la patria, ya por los muchos costos que iban á emprenderse, ya porque importaria ménos conseguir aun, que completamente se pasaran á otro lugar las lagunas, obra que por un cálculo muy subido costaria á lo sumo cuatro millones de pesos, siendo así que por lo bajo la mudada debia importar cincuenta millones, sin contar las pérdidas ó completa ruina de las familias, que eran muchas, que no tenian mas propiedades que sus fincas urbanas, de cuyas rentas se sostenian; porque por esperiencia se ha notado que grandes ciudades hayan perdido su memoria ó hayan venido á decadencia por haber sido mudadas de un lugar á otro, y así podria ser que la mejor ciudad del nuevo-mundo perdiera desde el nombre, fama, opulencia; agregando que los indios habian logrado salvarla de las inundaciones, con menores recursos que los que se hallan en manos de los españoles, pues la última inundacion no podia compararse con la acaecida en tiempo de Moctheuzoma Illuicamina, y por este estilo, en fin, con estas y semejantes razones, movió á la junta á que conviniera en que la ciudad permaneciese donde estaba.

1632.—Despues de tantos años y de tantos contratiempos, y de tantos debates, y lo que es mas, de tanto dinero empleado en el desagüe, se concluyó por último en este año, y ya se deja notar que no fué corto el gozo de los mexicanos. Sin embargo, no quedaba absolutamente evitado el mal, porque Martinez, separándose del plan del padre Juan Sanchez, dejó demasiado estrecha la embocadura por donde debian descargar las lagunas, por esto, cuando esperaba el premio de sus tareas, reprendído acremente por el oidor Villalovos, murió á resultas de la reprension, ¡modo original de morir de estos tiempos!

1633.—1634.—1635.—Ordenóse (12) por el rey que los oidores, alcaldes y fieles no asistiesen á las fiestas, entierros y honras como particulares, sino en cuerpo de audiencia, sin dispensa ni disimulo. En estos años se restauró la calzada de San Cristóbal, y le fueron puestas sus compuertas. Del nombre del marqués se fabricó en el nuevo reino de Leon un fuerte, que fundado por él, le hizo poner de guarnicion doce soldados.

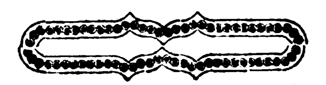
Se participó á la ciudad (13) el nombramiento de nuevo virey, á quien se le mandó recibir y acatar: era este el marqués de Cadereita, y cuando llegaba dejó el puesto D. Rodrigo Pacheco Osorio, que marchó para España, dando sus poderes para contestar la residencia.

Carlos M. Saavedra.

[11] Papel del virey de 27 de mayo de 630, lib. capitular número 27, fojas 295, cedulario nuevo 351, vuelta tomo 1.°

[12] Cédula de 30 de marzo de 634, cedulario antiguo, fojas 139, cedulario nuevo fojas 342 vuelta t. 1.°

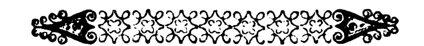
[13] Cédula de 19 de abril de 635, lib. capitular número 3, fojas 44, cedulario nuevo, fojas 344 vuelta tomo 1.°



FILOLOGIA.



LENGUA TURCA.



HABIENDO leido el artículo interesante en que M. Kieffer da á M. Schoell, una idea exacta y clara de la índole de la lengua turca, nos propusimos desde luego presentarlo traducido á nuestros lectores. Kieffer, es un literato bastantemente conocido por sus profundos conocimientos en esta lengua, que adquirió en su larga mansion en Constantinopla, desempeñando el empleo de secretario é intérprete de la legacion francesa, y que cultivó despues dando lecciones de lengua turca en el colegio de Francia. Es autor de un Diccionario turco-francés muy superior al de Meninski, por el mayor número de voces y excepciones que contiene.

La lengua turca es una rama de la tártara En su orígen fué muy pobre, como lo son todas las lenguas de los pueblos nómades, que tienen pocas necesidades y que no cultivan las ciencias; mas apenas abrazaron los turcos el islamismo, y conquistaron á los Persas y Arabes, cuando se enriquecieron, apropiándose no solamente los despojos de estas dos naciones, sino tambien sus tesoros literarios, y se formaron una lengua tan rica en espresiones como ninguna otra de las conocidas. Esta nueva lengua, que debe no confundirse con el *turco* antiguo, abandonado al comun de la nacion, es muy armoniosa, y está destinada esclusivamente al uso de la corte y de cuantos reciben una educacion esmerada. Los grandes, los empleados, los jueces y los sábios, se esfuerzan por dar lugar de preferencia en sus composiciones á palabras arábigas y persas, y mezclan pasages arábigos tomados del Coran y de otras obras, ó versos persas. Llevan á tal punto este cuidado, que en una obra, apenas pertenece á su propia lengua una octava parte de las palabras usadas, como podrá verse en el siguiente ejemplo, en que señalaremos con bastardilla las palabras arábigas y persas. Es una carta escrita por el gran visir al gobernador de Seyde, y redactada en el estilo corriente de la chancillería otomana: la traducimos literalmente para dar á conocer mejor el genio de la lengua.

Mi *ilustre*, afortu*nado* co*lega*, Bajá *de una dignidad eminente,* despues *de haber ofrecido* con *muchos honores y consideraciones*, á la *persona magnífica* de vuestra *Excelencia*, *las perlas de los votos puros* y *que aumentan la amistad*, *y la quintaescencia de las salutaciones numerosas* y *que muestran el afecto*, ha *anunciado amigablemente* á vuestro *espíritu fúlgido* y *tan luminoso como el sol*, que el embajador de Francia que *reside actualmente* en la *Puerta de felicidad*, habiendo *pedido* y *reclamado la proteccion* y *asistencia* en favor del cónsul y *de los negociantes* franceses que *residen* en Seyde, *capital* de vuestro *gobierno;* la presente *carta amistosa* ha sido *escrita* y *enviada* á vuestra *Excelencia*, con la *esperanza* de que ella tendrá *el mayor cuidado*, para que el cónsul y *los negociantes de la nacion dicha*, sean *protegidos* y *asistidos* en todas *circunstancias*, *en conformi*dad con los *artículos de las capitulaciones imperiales*, *y para que no sean inquietados ni molestados* por ninguno, sea el que fuere, *en contravencion* á los *artículos del tratado*.

Se ven en este ejemplo algunas palabras impresas con bastardilla solo en parte, para denotar que los turcos se apropiaron estas palabras, agregándoles modismos turcos. Como adoptaron los caracteres del alfabeto de los

árabes, están sujetos, lo mismo que estos, y los persas, los siriacos, los hebreos y otras naciones, al inconveniente de no escribir, por lo comun, mas que las consonantes y suprimir las vocales; ó si quieren figurar estas, tienen que colocar los signos convencionales que las representan, encima ó debajo de las consonantes. De esta supresion de vocales, nace que no se puedan leer con exactitud sino las palabras cuya pronunciacion se conoce, y que los nombres propios, señaladamente, se pronuncien de muchos modos diversos. Los turcos añadieron al alfabeto arábigo una *n* nasal que les pertenece, y usan ademas de algunas consonantes del alfabeto persa que no se encuentran en el arábigo; de suerte que cuentan por junto con treinta y tres consonantes, fuera de las tres figuras que representan las vocales. Los turcos escriben, como los árabes, de derecha á izquierda, y comienzan sus libros donde concluyen los nuestros. Tienen muchas especies de escritura, como el neskhi, el divani, el sulus, el kirma ó rika, el siakat, el talik, etc.

El *neskhi*, es la escritura usada comunmente en las obras en prosa, y en los negocios y la correspondencia de los particulares; el *divani* sirve para las decisiones de la chancillería imperial, como pasaportes, títulos de feudos, cartas oficiales, etc.; la gallardía de esta escritura consiste en que se escribe, ascendiendo señaladamente hácia el fin de los renglones.

El *sulus*, cuyos caracteres son tres veces mayores que los del neskhi, se usa en los títulos de los libros, en las inscripciones, epitafios, etc.; el *kirma* ó *rika* en las demandas, memorias, memoriales, etc.: el *siakat* se reserva para los asuntos de la hacienda pública, y por último, el *talik* es el carácter mas usual de los persas, y los turcos lo destinan á la poesía. Admira que los turcos, que estudian las lenguas arábiga y persa, conforme á las reglas mas exactas de ambos idiomas, no tengan una sola gramática escrita del propio y que le aprendan solo por el uso. Esta circunstancia, hace tan vaga la ortografía, que muchas voces turcas se escriben de tres ó cuatro modos diferentes; mas á pesar de este inconveniente, la gramática turca es bastante sencilla y regular; apenas se encuentran en ella excepciones. Esta lengua no tiene género ni artículo; tiene una sola declinacion, dos números y cinco casos; genitivo, dativo, acusativo, hablativo, y conmemorativo. El último se usa para indicar la ausencia del movimiento. Los casos se forman agregando ciertas sílabas á los nombres que se trata de declinar.

El plural se forma, añadiendo al nominativo de singular la terminacion *lar* ó *ler;* los casos del plural tienen las mismas sílabas finales que los del singular. Los adjetivos, antepuestos siempre á los sustantivos, son invariables; así, de *guzel*, hermoso, y de *ev*, casa, se formará el hablativo de plural, *guzel evlerden*, por las bellas casas. El comparativo se forma añadiendo al positivo la sílaba *req* ó *rak*, ó poniendo la partícula *dakha* ó *dikhi*, aun; no obstante, cuando el comparativo tiene régimen, se prefiere formarle dejando al adjetivo en el grado positivo, y poniendo en hablativo la palabra con que se le compara. Ex: mas alto que este árbol; *bou aghadjdan yuqreq*.

Los turcos no tienen forma especial para el superlativo; lo espresan agregando al positivo una *i*, y poniendo en genitivo de plural la voz con que se compara; v. gr.: el mas alto de los árboles; *aghadjlarun yuqsequi*. El superlativo se forma, á veces, anteponiendo á los adjetivos, ciertas partículas, como, *peq*, *ghayet*, mucho, estremamente.

Los pronombres posesivos, se forman poniendo ciertas letras al fin de los sustantivos; v. gr.: el libro, *quitab;* mi libro, *quitabum*; mis libros, *quitablarum;* nuestro libro, *quitabumuz;* nuestros libros, *quitablrumuz*. Se antepone tambien, á menudo, al nombre acompañado de su pronombre posesivo, el pronombre personal de la misma persona, en genitivo; v. gr.: tu libro, *quitabun* ó *senun quitabun* de *ti tu* libro.

El verbo turco es muy rico, en tiempos, modos, participios y gerundios. Todos los verbos turcos, terminan en el infinitivo, en *meq* ó *mka*, y quitando esta sílaba se tiene la raiz del verbo.

El verbo auxiliar, es uno solo, *olmak*, ser, que se conjuga de un modo irregular, principalmente en el presente de indicativo. Yo soy, *im;* tú eres, *syn;* él es, *dur;* nosotros somos, *iz;* vosotros sois, *synyz* ó *syz;* ellos son, *durler*. Para los otros tiempos, entran, como se ve, dos raices en la conjugacion de este verbo, porque hay tiempos que se derivan de la raiz *i*, del infinitivo *imeq*, que no se usa; y otros vienen de la raiz *ol* del infinitivo *olmak*.

Los turcos no tienen mas que una conjugacion, porque las dos terminaciones del infinitivo, *meq* ó *mak*, son en realidad una misma, y nada influyen en la formacion de los tiempos y de los modos.

El verbo turco, tiene indicativo, imperativo, optativo, conjuntivo, infinitivo, participios y gerundios. Tiene muchos tiempos: dos presentes, el determinado que espresa la accion del

momento en que se habla; v. gr.: yo escribo en este momento, *yazayurum*, y el indeterminado, v. gr.: él escribe velozmente, *tez yazar*. De los dos presentes, se derivan los dos imperfectos, los perfectos definidos é indefinidos, el pluscuamperfecto, los futuros y dos condicionales. Todos los tiempos estan formados de participios y del verbo auxiliar, por esto se dice en el presente, yo soy amante etc.

El optativo que se emplea en las súplicas y en las órdenes, tiene la letra caractaristica *h*, que se pronuncia *a* ó *e*, y que se pone despues de la raiz del verbo. Es digno de notarse, que el gobierno, reputado entre nosotros por uno de los mas despóticos, use en sus órdenes de un modo que sirve para suplicar.

El conjuntivo tiene la letra característica *s*, que se pronuncia *sa* ó *se*, despues de la raiz del verbo. Los tiempos de este modo van precedidos frecuentemente, de la conjuncion *eguer*, si. El infinitivo tiene tres formas; dos que pueden declinarse y recibir al fin las mismas sílabas que se agregan á los nombres, para espresar los pronombres posesivos, y otra que repetida, indica la repeticion de la accion; v. gr.: *okouya okouya*, leyendo mucho, ó á fuerza de leer.

Los participios son numerosos; hay muchos para el presente, otros para el pasado, y otros para el futuro. Entre los de pasado, usan los turcos con mucha frecuencia, el terminado en *douk ó duq*, dándole las terminaciones usadas para espresar los pronombres posesivos, y declinándole como nombre, y posponiéndole.

El verbo pasivo, se forma, añadiendo á la raiz del activo, la letra *l*, que se pronuncia, *il ó ul;* v. gr.: amar, *sevmeq;* ser amado, *sevilmeq;* batir, *vourmak*, ser batido *vourulmak*. Pero los verbos cuya radical termina en vocal, ó en la letra *l*, forman la pasiva, añadiendo á la raiz del activo la letra *n*.

El verbo negativo, se forma agregando una *m*, á la raiz del afirmativo, y pronunciándola, *ma ó me;* v. gr.: reir, *gulmeq;* no reir, *gulméмeq;* mirar, *bakmak*, no mirar, *bakmamak*

Del verbo negativo, se forma otro nuevo para denotar la impotencia, intercalando entre la raiz del verbo y la *m* de la negacion, una *h* muda que se pronuncia, *a* ó *e*; v. gr.: no ha podidor eir, *guléhmédi;* no ha podido ser visto, *bakilahmadi*.

Del verbo activo se forma el transitivo posponiendo á la raiz la sílaba *dur*; v. gr.: hacer mirar *bakdurmak:* y esta frase "hizo que no pudo mirar;" se espresa con una sola voz turca; *bakduramadi*. No obstante, hay verbos que en esta forma, en lugar de la sílaba *dur* toman solamente una *t* ó una *r*.

Del activo, se forma el reflexivo, añadiendo á la raiz la letra *n* que se pronuncia *in ó un:* v. gr. amarse á sí mismo, *sevinmeq*.

Para obtener un recíproco, se agrega á la raiz del indicativo la sílaba *ich ó uch*; v. gr. mirarse recíprocamente, *bakichmak*.

De los nombres se forman verbos con añadir las sílabas, *la ó lan, lé ó len;* v. gr.: de oro, *altoun*, se forma dorar, *altounlamak*.

Los Turcos, forman, tambien muchos verbos, tomando un nombre arábigo ó persa, y agregándole como verbo auxiliar, *itmeq*, hacer ú *olmak* ser:v. gr. *iqrám*, honor: *iqrám itmeq*, honrar; *vasil*, el que llega, *(veniens) vasil olmak* llegar *(esse veniens.)*

Cuando los turcos quieren espresar una persona que se ocupa regularmente en algo, ó que ejerce un oficio, añaden á la palabra de la cosa, la terminacion *dji* ó *tchi*, v. gr.: *tchoka* paño: *tchokadji* fabricante de paños; *kapou* puerta; *kapoudji* portero, *yol* camino; *yoldji*, caminante.

De los nombres personales se forman los abstractos, juntando á los primeros, la terminacion *liq ó lik* v. gr. *dost* amigo, *dostlik*, amistad: *duchmen* enemigo, *duckmenliq* enemistad.

Para formar de un nombre sustantivo un adjetivo, que esprese el posesor de la cosa significada por el sustantivo, agregan á este los turcos, la terminacion *lu ó li* v. gr. *akyl*, ingenio, *akylli*, el que tiene ingenio, ingenioso; *at*, caballo; *atlu*, el que tiene caballo, caballero.

Esta misma terminacion, junta con los nombres de ciudades ó de paises, sirve para espresar los habitantes ú originarios de ellos: v. gr. *Istambol*, Constantinopla; *istambollu*; Constantinopolitano; *Frantcka*, Francia *frantckala*, francés.

Los diminutivos que se usan frecuentemente para halagar, están formados de las terminaciones *djiq*, *djik ó tchik* agregadas á los nombres sustantivos v. gr. *quitab*, libro; *quitabtchik*, librito; *ana*, madre; *anadjik*, madrecita. Con estos diminutivos, se forman otros, agregándoles la terminacion *az ó ez* v. gr. *el*, mano; *eldjigues*. manecita pequeña.

Los diminutivos de los adjetivos, se forman con la terminacion *dje ó tche* v. gr. *ak* blanco; *aktche*, blanquisco; *yakin* cerca, *yakindjé*, un poco mas cerca.

En la construccion de dos nombres sustantivos regidos uno de otro, los turcos ponen pri-

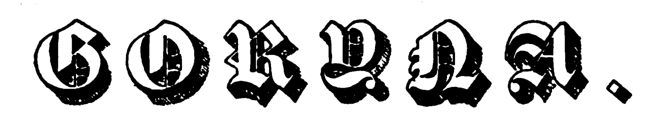
mero el que está en genitivo, y juntan al otro el pronombre posesivo de la tercera persona v. gr. la casa de mi hermano, *Kardachumunévi*, es decir, de mi hermano *su* casa.

Todas las preposiciones son verdaderamente en turco posposiciones, pues siempre van despues del nombre; rigen ciertos casos; v. gr.: con nuestro padre, *babanuz ilé;* despues de mi, *benden sonra;* hasta Paris, *Parisé deq*.

La construccion turca se parece mucho á la latina, por las inversiones, y el verbo se coloca siempre en el fin de la frase.

El estilo de la Puerta y de los historiadores es mas elegante y hermoso, segun ellos, mientras mas largos y compuestos de mas frases son los periodos que lo forman. Se sirven entonces de los participios y gerundios, para señalar el fin de cada frase, y colocan el verbo principal en indicativo, terminando la cláusula. Esta especie de composicion exige una atencion sostenida, y conviene á un pueblo tan grave, como el turco.

Nota.—Las palabras turcas léanse como en francés.





ESTA muger célebre, así por su belleza como por su talento, nació en Tenagra en Beocia cerca de Thebas, (en el siglo V antes de J. C.) „Los Beocios, dice el autor del *Viage* del jóven Anacarsis, carecen de aquella penetracion y vivacidad que caracteriza á los Atenienses, pero debe acusarse mas bien á la educacion que á la naturaleza. Si parecen tardos y estúpidos, es por que son ignorantes y toscos; y como se ocupan mas en los ejercicios del cuerpo que en los del alma, no tienen ni el don de la palabra, ni las gracias de la elocucion, ni los conocimientos que se adquieren en el comercio con las letras; ni aquellas esterioridades seductoras que son mas bien artificiales que naturales.” Dificil es conciliar este concepto con otros testimonios que presenta la historia á favor de los Thebanos. Muchos de entre ellos han hecho honor a la escuela de Sócrates, y este pueblo inflamado con el amor de la gloria produjo grandes capitanes, como Epaminondas, tan distinguido por sus conocimientos como por su genio militar. El pueblo Thebano amaba la música con pasion, tributaba un culto religioso y lleno de gracia á las musas, al Dios que las inspira y al amor que tambien forma poetas. En Beocia fué endonde nacieron Hesiodo rival muchas veces de Homero, y Corina y Píndaro quienes fueron considerados casi como unas divinidades; y la misma Atenas no concedió mas brillantes recompensas á Eschilo, á Sophocles y á Eurípides. Al contemplar á Píndaro colmado de honores en su patria parece que se vé al *Demódoco* de Homero en el banquete del rey Alcinoo, y no obstante á pesar de su ingenio y de su fama fué vencido cinco veces, en los combates de poesía por Corina que habia estudiado con él este hermoso arte, bajo la direccion de la famosa Myrtis. Con todo, segun el dicho de un escritor de la antigüedad, cuando se leen las obras de Corina se pregunta porqué fueron preferidas á las de Píndaro, y cuando se vé su retrato se pregunta porqué no lo fueron siempre. Esta refleccion es muy justa cuando se aplica á los griegos y particularmente á los Thebanos, quienes consagraban himnos á la belleza, como á los mismos dioses, y casí la confundian con la virtud, de la que era á sus ojos la mas encantadora imágen. Cualquiera que sea la causa de los triunfos de Corina sobre su rival, parece al menos que ella unia á las mas felices inspiraciones un ejercitado discernimiento; pero sus sabios consejos no pudieron

corregir enteramente á Píndaro de la desgraciada inclinacion que tenia de recargar sus argumentos de ficciones, cuyo exceso fastidiaba aun á los mismos griegos tan apasionados á la fábula.

La tradicion nos refiere que el lírico Thebano no soportó tranquilamente la humillacion de verse derrotado por una muger, y que provocándola á nuevos combates, le prodigó en ellos mil injurias á manera de Archiloco, sin guardar el menor miramiento á los jueces del concurso, que él calificaba de ineptos; pero jamas se observó que Corina olvidase la reserva de su recreo, ni profanase su talento usando de represalias ofensivas. Pausanias, Suidas y Antonio Liberalis citan muchas obras de su tiempo atribuidas á esta muger célebre; hoy no nos queda de ellas mas que un corto número de fragmentos recogidos por Fulvio Mino y por Cristiano Wolf en los fragmentos y elogios de las ocho poetisas, de que ha dado una edicion. La reputacion de Corina se sostuvo toda su vida, y sus compatriotas colocaron su sepulcro en un lugar de los mas concurridos de la ciudad, donde existia aun con su retrato en tiempo de Pausanias. Segun Suidas hubo dos Corinas, como hubo dos Saphos.

Las Myrtis, las Saphos, las Corinas y las demas poetisas de la Grecia, parece que han sobresalido en el conocimiento del arte y poseido todos sus secretos, lo cual es un resultado de sus brillantes disposiciones y de su profundo estudio.

P. T. TIRSO.

¡ADIOS!



TRISTE humanidad! Cuanto has menester para la dicha, y cuan poco se requiere para amargar tus dias! El sol que luce en el zénit con el esplendor de la mirada de un Dios, la luna que ilumina los montes y las praderas, los palacios y los sepulcros, con una luz tan dulce como un recuerdo de amor, la lluvia que fecunda los campos y la tempestad que estremece mis miembros y me hace sentir la existencia de un Dios, cuyas órdenes son truenos, el crepúsculo matutino que cubre de oro y nacar la bóveda celeste, el brillar incierto y melancólico de la estrella vespertina, el aroma de las rosas y de los jazmines, el blando murmullo del riachuelo, el salvaje ruido de la cascada, y en la cima de un copado sauce, el arrullo tierno de la doliente tórtola, no son bastantes á consolar mis penas. Las caricias de un hijo, el pudoroso beso de una esposa, la bendicion llorosa de una madre, el suspiro de una amante, y el abrazo de un amigo enternecen mi corazon, penetran mi alma y me hacen sentir un placer que se ahoga sin embargo en lágrimas. El crugir de las armas, el relinchar del corcel, la brillante laureola de la gloria, ó la esperanza de la inmortalidad, me hacen temblar de gozo, mas de un gozo terrible, de una alegría que respira fuego y que quema el pecho que la abriga. ¡Nada te basta, pobre humanidad, y en cambio, el olvido de un amigo, la palabra mas insignificante, una sonrisa, un recuerdo, la oscuridad de la noche, la pálida luz de un relámpago, el canto fúnebre del buho, ó los dulces trinos del ruiseñor, el suzurrar de las hojas secas que alza el viento, un pavor, un escalofrio que recorre el cuerpo, una opinion, una idea, un error solo bastan á roer la efímera dicha mundanal. Mas la imágen de un Dios no debe rendirse, y comienza entónces una lucha horrible, una lucha que debe acabar con la vida, y en la cual el premio se da al valor y á la resignacion, y no al vencedor, ni á la fuerza, ni al po-

der. Mas si la desgracia, desplegando sus negras alas, me cubre con ellas, envolviéndome en el denso humo que respira, qué me queda que hacer sino cruzar los brazos, alzar mis miradas al cielo y esperar que el huracán doble mi cerviz, sin hacerme mover como se inclina en la espesura la añosa encina? Despedirme de las ilusiones de la vida, lanzar un gemido que me ahogue, esclamar tristemente: ¡Placeres, ilusiones, felicidad.... Adios!.... y derramar una lágrima que será mi último placer, cuando un eco melancólico de la montaña me repita sordamente: felicidad ¡Adios!

Y en esta lucha de un hombre inerme contra la poderosa fortuna no hay golpes que cambiar, no hay sangre cuyos vapores embriaguen al alma, no hay el calor de la pelea, no hay defensa, no hay consuelo. El destino me combate con negros pesares, con hondos padecimientos, con recuerdos amargos, con viles opresiones y con horribles humillaciones; arma su diestra de verdugo con la ingratitud del amigo, y valiéndose de su mas poderosa arma me lanza al cráneo el sentimiento de mi propia desgracia. A mí para rechazar su agresion, para defender mis pesares viejos que no quiero cambiar por otros nuevos, para defender al ménos la libertad de mi entendimiento, me ata los brazos y no me deja mas que una voluntad impotente, y la potestad de hablar para maldecir en mi delirio á la ciega fortuna que mezcla tan cruelmente la hiel á mi bebida, y que amasa con acibar las sustancias que me muestra.... Pone á mi vista á sus protegidos para que compare en mi tormento mi existencia á la suya; y con un dedo descarnado, y con una sonrisa infernal me señala al usurero infame, al seductor vil, al.... hombre en fin, á quien su capricho ha elevado.—Y entónces mi voz es de trueno, mis ojos brillan, mi alma se arde y mis armas se cubren de veneno, y exhalo en profundas imprecaciones una parte del dolor que desgarra mis entrañas. Maldigo á la fortuna, deseo bañarme en sangre, pasear mis furibundas miradas por un mundo lleno de miembros palpitantes, deliro, retuerzo mis brazos con furor y.... caigo desmayado.... Entónces mi Dios, vuelvo á tí mi doliente voz, caigo de rodillas ante tu trono, detesto mi delirio, imploro tu bondad, y me siento consolado. Ardientes lágrimas surcan mis megillas y bañan mi pecho que se vivifica con su riego, mis fuerzas crecen, reconozco tu poder, y esperando tu perdon, vuelvo mis empañados ojos al mundo que está á mi espalda, sin pensar mas en la vida, de cuyas ilusiones me despido, repitiendoles con resignacion, ¡Adios! hasta que llegue la hora solemne en que acaben mis penas, hasta que me toque con su dedo frio la impasible muerte.

J. M. del Castillo.

DESCUBRIMIENTO DEL REINO DE QUIVIRA.

HECHA la conquista del Nuevo-Mundo, enseñoreados de sus mas fértiles y ricas porciones los hijos y los señores de la vieja Europa, no contentos aun con la parte que la fortuna les habia dado, deseosos de eternizar su memoria como Colón, ó mas bien de allegar mas tesoros á los ya adquiridos, no se mostraban satisfechos sin entrar en nuevas espediciones. Puede, y ha podido caracterizarse el siglo XVI, con el título del de las empresas y de los descubrimientos de tierras, porque fué casi el espíritu de la época. Los hombres siempre anhelando por una gloria que en vano se adquieren cuando no la disfrutan, sacrifican las comodidades de la vida por dejar con su nombre un vago recuerdo de sus haza-

ñas á la posteridad. Por dispensarse ademas del trabajo que habrian de emplear, á fin de proveerse lo necesario para pasar con regalo una vida deliciosa, consuman en las mas penosas tareas sus mas preciosos dias y por donde quiera que les parece haber visto abierta una fuente de riquezas, se lanzan sin detenerse en examinar la exactitud y la veracidad de las relaciones que les han sido hechas. Esto donde principalmente se nota es en las empresas del Nuevo-Mundo, al tiempo de su descubrimiento, en que el simple dicho de un crédulo ó de un falaz viagero ponia en movimiento á pueblos enteros.

Cuando Cortés hizo relacion de las riquezas de la Nueva-España á la corte del emperador, vinieron á disfrutar sus placeres multitud de aventureros que veían ya abiertas las arcas de todo género de recursos; tambien hemos visto marchar de la misma México al Nuevo-México, á una infinidad que en poco tiempo se alistó; pero no fueron estas las únicas espediciones. Gobernando el conde de Tendilla, D. Antonio de Mendoza, en el año de 1539, para obsequiar las órdenes del soberano, escarmentado del poco fruto que se recogia de la conquista en que eran empleadas las armas, convencido por el contrario de los brillantes efectos de la predicacion evangélica, por los consejos de su amigo D. Fr. *Bartolomé de las Casas*, dió comision á Fr. Márcos de Nisa, religioso instruido, del órden de S. Francisco, de la provincia del Santo Evangelio, que algun tiempo despues dirigió en clase de ministro provincial, aunque Torquemada refiere que lo era en la actualidad, y que por las noticias de otro religioso que habia venido del Norte, se movió á hacer este viage, para que estendiera la conquista hasta donde le fuese posible. Hallábase este religioso en Culiacán, adonde habia ido de México por órden del virey cuando fué nombrado, y se le encargó al mismo tiempo por él, entre otras cosas sobre que le instruyó, que *se acompañara del intérprete Estevan de Orantes, y si le ocurriese alguna cosa ó se alejase mucho á fin de que pudiese ser hallado, en los árboles de su tránsito, escavando en su pié ó en las bocas de los rios metiera las cartas que escribiese, dando en ellas razon de su derrotero, y despues de cubiertas con tierra colocara en señal una cruz, é igualmente, cuando descubriera una poblacion, formando un monton de piedras, que colocara en medio de ellas la cruz, tomando posesion del lugar en nombre del Viso-rey D. Antonio de Mendoza.*

De esta manera instruido, Fr. Márcos emprendió su viage, saliendo el 7 de marzo de 38 con un religioso de su órden, Estebanico y otra mucha gente. Con un carácter dulce y amable y con la suavidad de un apóstol del Evangelio, grangeándose el ánimo y estimacion de los indígenas, nuestro misionero se fué internando poco á poco por las tierras de Sinaloa, de cuyos pueblos le salian á recibir los naturales mas respetuosamente que lo pudieran hacer con sus señores, y con tanta afabilidad y agrado como con sus amigos. Así como iba internándose buen trecho de aquellas regiones, sabia por los señores y gente principal lo que ya por la plebe no ignoraba, que en tierras de mas adentro existian siete hermosísimas ciudades que eran el reino de un gran señor, y de las cuales era la primera Cíbola: que los edificios de esta ciudad eran bellísimos y soberbiamente construidos, formados con turquescas, que en ellos brillaban el oro y las piedras preciosas mas esquisitas: que allí vestian sus moradores trajes semejantes á los de los españoles, fabricados del pelo de unos animales iguales en tamaño á los galgos que llevaban consigo los espedicionarios: que las mugeres eran hermosas y usaban pendientes de oro en las orejas, collares de piedras engarzadas en el mismo metal, brazaletes de la misma manera; y en fin, que solo la poblacion de Cíbola excedia en número incomparable á México, no siendo, aunque la mas inmediata, la mas grande y bella de las siete ciudades. Tambien se le dijo que Acus, Tontac y Maraca, eran tres poderosos reinos, residencia de grandes monarcas, los cuales se hallaban mas allá de las siete ciudades, de las que la principal era Acahus.

Despertóse con estas noticias en Fr. Márcos un deseo vivísimo de entrar en aquellas tan alabadas poblaciones, y aunque hasta allí habia cumplido fielmente las órdenes del virey en cuanto al camino que debia seguir, propuso en su corazon de separarse de él ahora, porque era menester hacerlo así; de otra manera no llegaria á Cíbola como lo tenia dispuesto en su ánimo. Es de advertir que caminaba ya con algunas preciosidades que le habian sido ofrecidas, cueros de vaca muy bien curtidos y piedras y perlas, y otras cosillas y un cuero de muy grandes dimensiones de un animal que, segun le dijeron, tenia en la frente un solo cuerno; porque en todos los lugares por donde pasaba le hacian presentes no olvidándose él al salir de tomar posesion segun lo prevenido por Mendoza. En el último lugar donde se halló y fué muy bien recibido de los señores y gente

principal, confirmadas que le fueron las noticias de que tenemos hablado, algunos se comprometieron á encaminarle, y ántes Estevanico se adelantó con no poca compañía, y pasados algunos dias le escribió con un indio que saliese cuanto antes á despoblado para unírsele, porque del lugar donde se hallaba *apenas treinta jornadas* habia que hacer para llegar á Cíbola. En efecto, Fr. Márcos se puso en camino y descubria el derrotero por las cartas de Estebanico que hallaba al pié de los árboles colocada la cruz convenida.

Pocos dias, *veinte jornadas*, habia andado nuestro buen religioso cuando se se le presentó acongojado un indio de los que con Estevan habia marchado, anunciándole cómo al acercarse éste á Cíbola habia mandado al señor de la ciudad su calabazo que tenia unas fajas en derredor con cascabeles y una pluma blanca en el un lado y una pluma encarnada en el otro, y como viese el señor los cascabeles, luego arrojando al suelo el calabazo habia dicho: „estas gentes ya las conozco, yo las haré dar muerte, estos cascabeles no se parecen á los mios," y que entónces habia dicho Estevan que habia de ser donde mejor los recibieran y que no temia por lo mismo acercarse como lo hizo; pero no lo dejaron entrar y lo metieron con toda su gente que eran mas de trescientos hombres á una casa grande, de donde á la madrugada se habia salido á una fuente el indio que hacia esta relacion á apagar la sed, y luego vió á la demas gente que salia corriendo y que la iban asaetando. Fr. Márcos se echó á llorar con sus compañeros y dijo que estaba resuelto á morir, y así repartió á todos lo que llevaba, asegurando que ponia en duda lo que aquel indio acababa de noticiar. Ademas de la persuacion de los otros, que decian debia darse crédito á la noticia, ésta la confirmaron otros dos indios que á poco vinieron heridos refiriendo lo mismo y que á Estevan le habian despojado de todo lo que tenia en su poder, sin saber ellos cual era su paradero, pues no le habian visto salir con los que murieron asaetados, que fueron en número de mas de trescientos y entre los cuales fingiéndose ellos tambien muertos lograron escapar salvos.

Cuando Fr. Márcos tuvo las noticias que mas le animaron sobre Cíbola, no luego se separó de las costas por donde debia ir segun lo prevenido por Mendoza: le fué dicho que á cuatro jornadas pasando la cordillera, encontraba una Abra, que eran unas hermosas llanuras pertenecientes á Cíbola. Desde entónces repartió sus comisionados que marchasen por distintos rumbos, y entre ellos Estevan, de cuya espedicion hemos ya visto el resultado, y él, hechas unas veinte jornadas, ya pronto á desviarse del camino hasta allí seguido, recibió tan funesta nueva, pero sin desanimarse por ella, antes bien fué adelante con su comitiva y dos señores principales del último lugar, habiendo los demas temido, desamparádole, despedídose y vuéltose.

Aproximóse, pues, á Cíbola, y determinó entrar en la ciudad; pero reflexionando que *si moria no volveria á llevar noticias* á la Nueva-España, se fué á mirarla por un lado y vió una hermosísima ciudad situada en una muy bella llanura, rodeada de lindos cerros y bañada por deliciosos rios, y de una estension mayor que México. Colocó en seguida su montecillo de piedras y en medio la cruz, tomando posesion en *nombre del Viso-Rey D. Antonio de Mendoza por la corona de Castilla y Leon.* Hecho esto regresó á la villa de S. Miguel de Culiacan, en donde pensaba encontrar á Francisco Vazquez Coronado, gobernador de la nueva Galicia, y como no le hallara allí, escribió una minuciosa relacion de su descubrimiento que envió al virey y á su provincial.

Cual sea el poderío de la codicia, lo muestra bien á las claras este viage, pues excitado de ella el padre Nisa, desobedeció las órdenes del virey, desviándose de la ruta que le tenia marcada, y mas cuando Estevan le hacia saber por sus cartas que podia á ojo cerrado dar crédito á lo del descubrimiento porque los indios no le engañaban, asegurándole todos los que al paso encontraba una misma cosa, en que era dificil se pusiesen de acuerdo.

La misma codicia movió los ánimos de Mendoza, Cortés y el adelantado Pedro de Alvarado, cuando se recibió en México la relacion de Nisa. Todos tres á porfía querian conquistar aquellas tierras sin querer ceder á otro la gloria, apoyando cada uno sus derechos para la empresa. D. Antonio defendia que como virey y por las especiales órdenes que habia recibido al salir de la corte, estaba obligado á estender hasta donde le fuese posible la conquista de la parte del Nuevo-Mundo que se hallaba á su cargo. Cortés por su lado, sostenia que ademas de ser capitan general habia celebrado un ajuste con el rey para conquistar y descubrir nuevas tierras, por cuya causa tenia aprestados siete ú ocho buques. Alvarado, por último, alegaba tambien un ajuste convenido para conquistar las tierras de mas allá de la

Nueva-Galicia, que le estaba sujeta en el mando militar, por lo que del mismo modo que Cortés tenia sus buques dispuestos.

Viendo, pues, el conquistador de México, que Mendoza no cedia un punto de sus pretensiones, y que colectaba dinero y disponia gente para llevar al cabo la empresa, dispuso hacer otro tanto por su parte, y así ordenó á Francisco do Ulloa que marchase con tres naves, y entre tanto, resentido él, pasó á Europa á quejarse con el emperador.

El virey por su parte no descuidó la empresa, y al efecto trató de concertarse con Alvarado, á quien hizo llamar de Quautimallan donde se hallaba. Convínose Alvarado comprometiéndose á tomar á su cargo la espedicion, y estando á punto de partir, recibió avico de un levantamiento en la Nueva-Galicia, á suya provincia se fué inmediatamente y en la cual pereció en 1541, combatiendo por hacer cesar la rebelion que lo obligara á partir. Mendoza, que no pudo ya valerse del mismo Alvarado, concertó con él de otro modo el ajuste, poniendo éste sus naves á disposicion de aquel, quien confió la empresa á Francisco Vazquez Coronado, gobernador de la Nueva-Galicia, y el mismo en cuya compañía habia ido hasta Culiacan Fr. Márcos de Nisa.

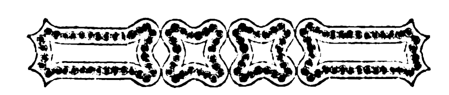
Emprendió Ulloa caminar, y luego fué batido por vientos recios contrarios que despues de hacerle perder algun tiempo le echaron á pique un navío sin desanimarle, porque continuó con los dos restantes que habia sacado del puerto. El temporal no dejó de molestarlo durante su infructuosa y larga navegacion, y ya cansados los que iban en su compañía le rogaban que se volviese porque se les escaseaban los víveres; él preguntó quienes le querian seguir, y marchando con ellos en un solo buque, haciendo volver á los otros, se fué, siendo esta la última noticia que se ha tenido hasta la fecha del capitan Francisco de Ulloa. Este fué el resultado del descubrimiento de las siete hermosas ciudades por parte de Cortés.

Francisco Vazquez Coronado se fué por Culiacan sin separarse del derrotero marcado por el padre Nisa. Caminó mucho tiempo y grande estension de tierras, y al cabo de haber andado trescientas leguas, el indio que le guiaba le anunció que se habian separado como doscientas del camino que debian tomar para las ciudades. A cualquiera habria desanimado este contratiempo en época de menor credulidad y de menor ambicion; pero en la que vamos hablando se arrostraban mayores inconvenientes por la posicion de tierras tan ricas de *ciudades tan populosas, bellas y civilizadas*. Así, pues, Coronado hizo al indio que le dirigiese por donde debia, y él se convino en ello bajo la condicion de que separaran de su lado á otro que le acompañaba y con quien se hallaba desavenido. Siguieron la nueva via, y despues de muchas jornadas se les dijo que estaban muy inmediatos á las ciudades: llenáronse todos de regocijo y entraron como lo esperaban en una bella llanura con rios hermosos que la regaban, y en derredor pintorescos cerros. En medio de aquella llanura estaban situados como cinco ó siete pueblos de doscientos habitantes cada uno, cuyas casas construidas de carrizales se hallaban cubiertas de sacate, que sirviéndolas de techo bajaba en algunas hasta el suelo. Naturalmente se negaron á creer los españoles que este fuese el ponderado reino de las siete ciudades, pero asegurándoles que eran las últimas poblaciones fuera de Acús, que se hallaba un poco mas adelante, emprendieron vengar á Estevanico y sus compañeros y castigar al señor de Cíbola.

Para socorrer á Vazquez comisionó Mendoza á Hernando Alarcon, que costease con los buques de Alvarado. Llevó por supuesto las mismas esperanzas de encontrar fortuna, y como Vazquez volvió desengañado despues de haber perdido mucho tiempo sin hacer descubrimientos de importancia, pues lo mismo que aquel, á lo que por casualidad veia nuevo le daba luego nombre sin detenerse en investigaciones.

Por no parecer difusos hemos omitido la minuciosísima relacion que hacen de este viage los historiadores, juzgando que nos basta para convencer del exceso de la credulidad á un estremo casi increible lo que referimos, y lo que es mas, que á pesar de estos desengaños no fué esta la última espedicion por la sola noticia de famosos terrenos, por el único deseo de satisfacer á la avaricia.

CARLOS M. SAAVEDRA.



MUCHAS COSAS DICHAS EN POCAS PALABRAS,

POR C. C. COLTON.

CONTINUACION.

Por cada grande ingenio que produce un libro pequeñísimo, tenemos millares de talentos muy medianos, que dan de sí volúmenes de á folio.

Pocos hombres hallamos solos con ménos frecuencia, y ningunos se fastidian mas prontamente de su propia compañía que aquellos fatuos muy pagados de sí mismos.

Lamentable cosa seria por cierto que los bienes de este mundo llegasen á ser mas estimables ó menos transitorios; que tan indignos y perecederos como son en sí, hay gentes, y no pocas, que los quisieran poseer, aun á trueque de sus mismas almas.

Preguntado un loco llamado Brothers, porqué le habian encerrado en la casa de locos de Bedlam, contestó: todo proviene de una ligera divergencia de opiniones entre mí y el mundo; este sostenia que yo habia perdido el juicio, y yo que él era quien deliraba, pero perdí la votacion y aquí me teneis.

Fué asesino Enrique VIII ántes que aparecer como adultero. En estos nuestros tiempos acontece que aquellos que se hacen culpables de adulterio, creen borrar de su reputacion la mancha de haber seducido á una muger, con manifestarse prontos á verter la sangre del marido.

Hablar mal de nosotros es el mayor bien que pueden hacernos los malvados, y el único servicio que saben prestar gratuitamente.

Gentes hay que conceden un favor con tal torpeza y de tan mala manera, que nos dejan mas bien que complacidos, disgustados. La urbanidad de tales entes se asemeja á la de aquel que por mostrarse cortés nos presenta el pañuelo que se nos cayó, levantándolo del suelo con un par de pinzas.

La entumecida mano del Tiempo es doblemente activa é industriosa, pues no se contenta con arrancar las flores, sino que ha de reemplazarlas con espinas. Castiga á los malos con el recuerdo del tiempo pasado, con los padecimientos del presente y la prevision de los futuros, hasta que al fin llega á ser la muerte el único remedio, porque la misma vida es la única dolencia.

La hipocresía da muerte á la religion para espantar á los necios con su sombra.

Los distraidos quieren siempre que se les tenga por personas de gran capacidad, y para conseguirlo afectan olvidar aquellas cosas de que todos se acuerdan. Otro tanto pretenden los anticuarios, bien que siguiendo el rumbo opuesto, pues no es otro su oficio que traer á la memoria lo que todo el mundo ha tentado por conveniente olvidar. En mi humilde concepto, la sociedad aventajaria muchísimo si estas dos clases de individuos cambiasen de papeles.

La avaricia ha echado por tierra mas fortunas que la misma prodigalidad, y no son tantos los que se han visto sumergidos en la miseria por su insensata y ciega manía de gastar, como por la calculadora, [pero insaciable sed de adquirir.

Para conocer á un hombre conviene observarle cuando en alguna disputa sale vencedor, y la razon es, que si pierde, acaso le sustenta su orgullo, mas si gana, frecuentemente le traiciona.

Desde el momento en que un gobierno se sobrepone á las leyes, usurpa un poder que, semejante á la fuerza convulsiva de un demente, como se origina de una *enfermedad*, acarrea siempre desmayo y postracion.

El hábito de hablar, segun Bacon, hace á los hombres espeditos, la lectura los hace sólidos é instruidos, y el escribir hácelos correctos. Lo primero puede ser cierto, porque no hay duda sino que aquellos que tienen menos que decir, son comunmente los que están mas prontos á hablar; pero la lectura no siempre hace ins-

truidos á los hombres; que hay algunos cuya memoria es parecida á los cubos de las hijas de Danae que nada retenian, y la tienen otros tan fatal, que á semejanza de los cedazos de que hacen uso en los molinos, solo retienen el salvado y dejan escapar la harina. Ni se consigue con el mucho escribir lo que asienta Bacon, pues entónces pretenderian pasar por correctos algunos autores muy voluminosos á quienes los lectores enviarian de bonísima gana y con mayor justicia á una casa de *correccion*. Si es lícito comparar la riqueza intelectual con la metálica, podrá tal vez decirse, que por el modo como se espresa un hombre se puede venir en conocimiento de la cantidad que tiene disponible en dinero contante: de su lectura puede sacarse en limpio cuantos y qué especie de legados le han dejado, y en fin, por los escritos se podrá calcular la cantidad hasta donde le es permitido girar letras sobre su banquero.

Puede ocurrir que por ser un hombre demasiado profundo, no nos sea dable conocer su mérito en la primera entrevista que con él tenemos, ni tampoco en la segunda, si acaso fuere taciturno ó precavido en el hablar; pero si lleva adelante su reserva en la tercera, yo sospecharia que la *profundidad* de tal individuo es un *vacio*.

La amistad suele convertirse en amor, pero el amor en amistad, jamas.

No juzgo de la gente anciana tan mal como aquel francés que suponia que si gusta de dar buenos consejos es porque ya no está en su mano el dar malos ejemplos; pero sí recomendaria yo la jovialidad á los ancianos, porque la vejez sin buen humor es semejante á un invierno de Laponia, frio y sin sol. Para que en la vejez podamos disfrutar de las ventajas que proporciona un ánimo contento, debian inspirarnos aquella apacible disposicion desde la infancia; que así como el tiempo mejora el sabor del vino generoso, tambien convierte en ingrato vinagre el licor que desde el principio fué ácido.

Muchos objetos hay que atormentan nuestro ánimo, cual agudas espinas, hasta que los conseguimos, y que un momento despues se tornan en dardos emponzoñados para el corazon.

La ocupacion, segun creo, es remedio mas eficaz para curar del fastidio á la vida social: un ingles noble, rico y dueño de cuanto es capaz de hacer la vida apetecible, se la quitó un dia y dejó escrito: „que se habia dedicado á cometer tal crímen, únicamente porque ya estaba cansado de vestirse por las mañanas y desnudarse por las noches.

Los tres grandes apóstoles del ateismo práctico, que hacen prosélitos sin perseguir, y los conservan en su gremio sin necesidad de predicar, son el dinero, la salud y el poder.

El amor es un alquimista que posee el secreto de convertir el veneno en alimento, y que, á semejanza de ciertos falderillos, prefiere aun el castigo que le aplica la mano de su dueño á las caricias que le hace otra cualquiera; pero en el amor, así como en la guerra, somos deudores las mas veces de la victoria que alcanzamos á lo débil de la resistencia, antes que á lo acertado y vigoroso del ataque. La mera ociosidad ha perdido á mas mugeres que la pasion; la vanidad mas que la ociosidad, y mas que entrambas, la credulidad.

El que á sabiendas se pone á defender un error, cualquiera que sea, hace una gravísima ofensa á aquellos que le escuchan; pues viene á ser como si claramente les dijese: „este error defendido por mí, puede mas que la misma verdad sustentada por vosotros.»

Cuando nada tengais que responder, no digais nada; que si la defensa es tibia y débil, solo sirve para dar mayor fuerza al argumento del contrario. El silencio perjudica menos que una respuesta importuna y mal dada.

La ciencia de las matemáticas, á semejanza del Nilo, es en su principio pobre y diminuta; pero despues crece y es en su fin caudalosa y magnífica. El estudio de la metafísica, por el contrario, comienza por un estrepitoso torrente de vocablos y tropos que va á perderse en los espacios de la obscuridad y de la conjetura, á manera del Niger en los áridos desiertos de Africa.

Muchas personas á quienes parece el dia por estremo largo, son de opinion que es la vida sumamente corta; pues breve como es en realidad, no falta quien la crea muy larga para poder sobrevivir á su salud, á su hacienda y á su honra.

En las obras del lord Byron se encuentran versos tan sublimes que á nadie pudieron ocurrir sino á él, y hay tambien otros, que nadie sino él pudo atreverse á escribir y publicar.

La alabanza en boca del envidioso merece todavía ménos crédito que el vituperio, porque

el tal elogia solamente á aquellos á quienes cree hacer ventaja, al paso que censura siempre á todos los que en algo le pueden sobrepujar.

Sucede frecuentemente en la jurisprudencia civil que hay tantas leyes que no halla cabida la justicia; y que los litigantes son víctimas de un *entuerto* en la morada misma del Derecho, como aquellos marineros que perecen de sed en medio del Océano.

Exigir que un escritor, sea cual fuere su *calibre*, se valga solo de sus propios materiales y recursos, es tan injusto y tan estravagante, como insistir en que ni Cánova ni Miguel Angelo merecen alabanza, porque no crearon el mármol de que hicieron sus estatuas.

El hipócrita sirve al diablo sin salario; pero el envidioso no solamente le sirve sin retribucion, sino que recibe despues castigo por sus padecimientos y congojas.

Es ciertamente lamentable que la luz intelectual que aventaja tanto á la del sol en influencia y poder, le sea tan inferior en punto á rapidez. Los luminares de la ciencia llegan á su esplendor meridiano sin que la multitud haga alto en ellos, porque mira al través del denso velo de la preocupacion, el orgullo y la ignorancia. A diferencia del sol del firmamento no iluminan estas lumbreras del saber hasta que han desaparecido de la superficie de la tierra.

La Inglaterra puede soportar mas desarreglo, mas lujo y corrupcion que ningun otro pueblo de la tierra, y los que han fundado las predicciones que hicieron de su decadencia en analogías tomadas de otros reinos, afortunadamente han sido burlados; porque cuenta la nacion británica con cuatro puntos de apoyo de que carecen otros paises; dos de ellos son materiales, el fierro y el carbon: los otros dos son morales, la libertad de imprenta y el juicio por jurados. Y es digno de notarse que estas cuatro fuentes de poder son mutuamente conservativas, pues si llegase á intentarse destruir las dos últimas, están las dos primeras admirablemente adaptadas para defenderlas.

¿No me direis que es el hombre, privado de la luz que viene del cielo? Una endeble y frágil criatura que suspendida encima del templo, angosto y helado itsmo entre dos eternidades, nada ve sino impenetrable oscuridad de la una banda, y duda, desconfianza y aflictivas congeturas hácia la otra. De buena gana haria el hombre alguna observacion para averiguar de donde viene y á donde tiene de ir, pero no está en su mano, porque su telescopio es muy opaco, su aguja incapaz de fijarse, y sumamente corta su plomada. El limitado espacio que ahora ocupa, está cubierto de arena movediza, que en el instante menos esperado se puede hundir bajo sus plantas, y que por mas que lo escudriñe no le da la mas ligera idea del insondable océano que tal vez ha cruzado ya, ni del que mal de su grado tendrá que atravesar. Espantosa jornada ciertamente, que á cada instante que se demora, mas se acerca y acelera, y en que hasta los mismos preparativos nos contristan é infunden pavor, porque la barca es un ataud, el lugar de su destino, las tinieblas, y el piloto la misma muerte.

La conducta del avariento es diametralmente opuesta al principio que guió á Esopo al escoger su carga, pues aumenta el peso de las provisiones y equipaje, á medida que se acerca el fin de la jornada.

Hay hombres que comienzan la carrera de la vida honradamente, pero reciben en ella tantos desengaños, sufren tales contratiempos, que se desnudan al fin de su conciencia, no sea que se le cuenten los hilos con tanta facilidad, como á sus raidas chupas. Degradacion es esta que se observa en muchas de aquellas gentes cuyos principios tienen hondas raices en la tierra, y nunca son refrigerados por el consolador rocío del *cielo*. Empiezan bien estos hombres, mas terminan fatalísimamente, á semejanza de cierto abogado que aseguró patrocinaba malas causas, porque ya estaba cansado de perder las buenas.

Los editores de las obras de Milton, han ganado con la publicacion de ellas mas libras esterlinas, que peniques valieron á su autor; y Garrik el trágico hizo mas dinero en una sola noche, con representar en una de las tragedias de Shakespeare, que este grande hombre con todas las que escribió.

Me parece que Warburton es quien hizo una distincion mas exacta entre un hombre verdaderamente grande y otro mediano. „Si deseas, dice, hacerte recomendable á los ojos del primero, cuida de que cuando te despidas haya formado buena opinion de *ti*; mas si fuese tu ánimo complacer al segundo, manifiéstale que has formado alto concepto de *él*·

La ley deberia ser respecto de la espada, lo

que para la hacha el mango, que sirve para dirigir el golpe con acierto y moderar su fuerza cual conviene.

Cuando la muchedumbre os aplauda, preguntaos á vos mismo seriamente: ¿Qué mal he hecho? y si os censura: ¿Qué bien he podido hacer?

La vivacidad en la juventud suele pasar por ingenio, así como el reposo por rudeza.

No es tan digno de compasion el que no consigue agradar á nadie, como aquel á quien nada es capaz de complacer.

No arriesgamos nada en aprender de nuestros mismos enemigos, pero sí es aventurado el enseñar aún á aquellos que son nuestros amigos.

Nos resignamos cuando mas á estar en compañía de aquellos que pueden instruirnos, al paso que apetecemos y buscamos la sociedad de los que aprenden de nosotros. En nuestra propia estimacion sabemos mucho siempre que podemos hacer á otros partícipes de nuestros conocimientos, y creemos, por el contrario, haber desmerecido, cuando en vez de comunicar instruccion la recibimos. Así, bien puede aplicarse al talento, lo que han observado otros respecto á la traicion: que buscamos la instruccion y nos aprovechamos de ella, pero que al instructor le detestamos.

Butler comparaba las lenguas de ciertos habladores sempiternos, á los caballos de carrera, que miéntras ménos peso llevan, corren con mas velocidad, y Cumberland observó que los tales se apoderan de la conversacion como el salteador de la bolsa de un caminante, sin saber lo que contiene, ni curarse de si pertenece á este ó aquel. La conversacion viene á ser la música del alma; es una orquesta intelectual en que todos los instrumentos han de tomar parte sin juntarse ningunos. Los que los tocan deben, pues, calcular de antemano hasta donde alcanzan sus fuerzas respectivas, porque si desgraciadamente se apodera del primer violin algun torpe é indiscreto principiante, resultará infaliblemente un general desconcierto. Para evitar que tal suceda, el director de la orquesta debe poner todo su esmero en que los concurrentes no sean en la aptitud muy desiguales, ó no habrá armonía, ni muy pocos, ó no habrá variedad, ni tampoco muchos, para que haya órden. Con un solo tambor basta y sobra para que no pueda disfrutarse de un hermosísimo solo de Paganini.

Dos cosas hay que bien meditadas bastarian para evitar mil altercados, á saber: si la disputa que se ha trabado tan solo es sobre palabras; y si aquello en que diferimos de opinion merece la pena de ser controvertido.

La elocuencia es el idioma de la naturaleza, y por consiguiente no puede aprenderse en las aulas; pero la retórica es hija del arte, y por esto vemos que sobresalen en ella los que ménos sienten. La retórica viene á ser respecto de la elocuencia, lo que el empirismo comparado con la medicina; pues si bien vende aquel panaceas y remedios secretos, no por eso le es dado hacer curas radicales.

Un bribon vengativo hará mas de lo que dice: otro que se dice obligado, hará menos de lo que promete.

Cuando alguna cosa merece la aprobacion de los sensatos, es seguro que la multitud confirmará este juicio, porque el manifestarse en tal caso complacida, no hace sino dar á entender que su gusto es fino y delicado.

Es la nobleza semejante á un rio cuya corriente se dirige sin desviarse un solo punto hácia el grande Océano Pacífico del tiempo; pero que á diferencia de todos los demas rios, es mas grande donde nace que donde desemboca.

Cuando perdemos un perro ó un caballo que apreciábamos, procuramos comunmente consolarnos recordando los defectos que tenian, y no es raro que nos tranquilicemos por medio de semejantes reminiscencias, cuando muere algun amigo ó pariente que nada nos dejó.

Topamos á veces con hombres que han adquirido profundos conocimientos en algunos ramos del saber, pero que los tienen tan reservados y escondidos, que á ningun otro hombre son de la menor utilidad. Las personas de este jaez son como un buen cronómetro sin manecillas, el cual, aunque siempre esté exacto, no sirve ni para corregir á otro inexacto, ni para hacer algun descubrimiento ó una observacion.

(Se continuará.)



EL
OCEANO DE TINTA.



> Quae in vita nsurpant homines, cogitant, curant, vident, quaeque agunt vigilantes, agitantque, ea cuique in somno accidunt.
>
> *Cicero de Divinat.*

CICERON en el trozo que lleva este artículo por via de epígrafe, dice muy bien, que generalmente el sueño nos reproduce las imágenes que han herido nuestra imaginacion mientras despiertos. Lo que mas me ha confirmado en esta idea ha sido un sueño que tuve noches pasadas, y que voy á referir á mis lectores.

Claro es que para un periodista no hay idea que mas le persiga que la de su periódico. Si el periodista sumergido en una profunda meditacion se ocupa como acostumbran los mirmidones de la pluma en contar una á una las vigas del techo de su camaranchon, una idea repentina viene á sacarle de su éxtasis esta idea és la del periódico. Si el periodista relaja por un momento la regla, desarruga la frente y se entrega á los dulces transportes del amor al soñar dicha en los brazos de su amada, una sombra vaporosa y terrífica cual la del rey de Dinamarca cuando se presentó á su hijo el cuitado Hamlet, viene á turbar su ventura, le ase con fuerza de los cabellos y grita con voz de trueno ¡el periódico! Si el periodista arroja la pluma que ha producido artículos á porrillo, y embozado en su capa (si es que pertenece á la clase de periodistas que tienen capa) se dirije al paseo á respirar el ambiente de la tarde, repentinamente hiere su tímpano la destemplada voz de un gacetero que con robusto acento ofrece al público nada menos que el periódico. Si el periodista va en la noche al teatro, acaso al presenciar la escena mas patética, al escuchar el mejor trozo de poesia, un pensamiento viene á interrumpir su placer; el pobre hombre se espeluzna al recordar el periódico. En fin el periodista y su periódico forman un ser misto incomprensible, ó mas bien dos seres unidos en una misteriosa *bilogía*, como diria un romántico. Dejémos ya al periodista y vamos á mi sueño.

Has de saber, amigo lector, que me ví trasportado como por encantamiento á orillas de un mar, cuyas ondas eran tan negras como el ébano. Multitud de bajeles lo surcaban y tomaban una de dos direcciones: parte de ellos corria á toda vela hácia una isla de cuyo centro se elevaba un templo magnífico, y parte hácia una costa que brillaba con el metal que hizo tan afamadas en la antigüedad á las arenas del Pactolo. Absorto me quedé con semejante espectáculo, hasta que una mano que se colocó sobre mi hombro vino á sacarme de mi arrobamiento. Volví prontamente la cara y ví á mi lado á la mas estraña figura. Era un anciano seco y encorbado cuya barba blanca estaba salpicada de tinta, sus ojos estaban amortiguados, su cuerpo cubierto de pedazos pintorreados de papel: en una mano tenia un palo de tintero con que trazaba de cuando en cunado caracteres misteriosos en la orla de su vestido; y en la otra un mendrugo de pan del que arrancaba despues de multiplicados esfuerzos una que otra miserable migaja.

—Yo soy tu genio tutelar, me dijo con cascada voz.

—Mucho me huelgo de ello, respondí.

—¿Te encuentras con valor para darte á la vela en el oceano de tinta?

—Supuesto que eres mi genio debes saber que soy audaz, y de consiguiente inútil tu pregunta.

—Pues bien, entra conmigo en este esquife.

—Entramos en efecto en un barquichuelo

de forma estrafalaria que tenía por nombre *el Liceo mexicano*. A primera vista estaba tan desmantelado que yo temí que nos fuésemos á fondo y se lo hice presente al genio.

—Observa la parte su inferior de la barquilla y cesarán tus temores.

Oservéla en efecto y noté con placer que era imposible sumergirse porque diez y seis enormes calabazos mantenian siempre á flor de agua aquella cáscara.

—Estiende la vista y escucha, dijo el genio. ¿Ves aquella isla á donde se dirigen tantas embarcaciones? Esa es la isla de la Fama. Pocos buques arriban á ella porque los mas zozobran en los arrecifes de la crítica.

—¿Y si dan contra ellos nuestros calabazos que tan huecos están, se llenarán de tinta y ....

—Nos ahogaremos en ella, interrumpió el genio con magestuosa calma, y prosiguió: aquella costa que descubres á lo lejos y á la que tambien se dirigen muchas embarcaciones es la costa del Oro; esa es de mas fácil acceso que la isla de la Fama.

—Mas dime por tu vida, ¿que buquecillo es aquel que con tanta destreza pasa por entre los arrecifes de la crítica?

—Ese es el Zurriago. Mírale, mírale, al cabo su atrevimiento le ha costado caro; se ha ido á estrellar contra el promontorio del Parian.

—¡Qué lástima! ¿Y qué buques son aquellos que se están combatiendo allí con tanto encarnizamiento?

—Los ministeriales y de oposicion.

—De oposicion solamente uno percibo de 70 cañones que dice siglo XIX. Mirad ya se prepara á descargar su andanada. ¡Ahi va! como el caballo de copas. ¡Pum!

—¡Ja, ja, ja! No temas, porque su tripulacion nunca tira mas que con pura pólvora. A mas de eso, observa su rumbo; se dirige á la costa del Oro,

—Mas oye, antes de que pasemos á otra cosa; ¿qué color tiene la bandera de esa embarcacion?

—Ninguno fijo. Es de una tela cuyas tintas varían segun las hieren los rayos del Sol. Dejemos ese barco y vamos á aquel otro que es el que principalmente se las ha con el siglo. Observa que casco tan maltratado tiene; qué velas tan desgarradas; á cada paso tienen sus marineros que remendarlas con bandos y sesiones de la compañía lancasteriana. Este navio ha tenido muchos nombres; por fin, ahora se llama Diario del Gobierno. Algunas campañas ha tenido con el malogrado Zurriago; este despues de su desfalco se reanimó para darle un fogonazo con una pólvora muy buena, que segun dicen fabricaron en Berlin....

Adviértote de paso que la tripulacion de ese buque es sumamente atrabiliaria y cuenta con un formidable pié de guerra, de manera que siempre triunfa y se le puede aplicar aquello de

Vinieron los Sarracenos
y nos molieron á palos,
que Dios proteje á los malos
cuando son mas que los buenos.

Aquí ibamos de nuestra conversacion cuando nos acercamos á un islote que parecia poblado por las creaciones mas fantásticas del cerebro humano. En una pequeña bahia estaba amarrado un buque de exagerado tamaño y pesada mole, cuya estructura parecia contemporánea de los bergantines de Hernan Cortés. Mi curiosidad se picó y el genio se apresuró á satisfacerla.

—Este islote, dijo, se llama de la fábula. La embarcacion que reposa ahí despues de una penosa travesía es el Cuadro Histórico de la revolucion mejicana. Mira atentamente aquella lancha que están carenando con frases de Alejandro Dumas y de Balzac; se llama la Historia de México novelizada por los redactores del Museo mexicano.

—¿Y donde está ese Museo? pregunté.

—Allí va. Ves aquel vaporcito que no corta el mar sino vuela?

Ese es el Museo. Su arboladura es nueva, el casco es viejo y remozado y perteneció á otro buque que se llamaba el Mosaico.

—¡Caramba y que recio va!

¿No hay temor de que se le reviente una caldera?

—No por cierto, pues que su tripulacion ha descubierto el método de hacer vapor sin necesidad de fuego.

—¡Vaya una cosa curiosa!

—¿Y que goleta es aquella que lleva pabellon fransés y parece muy cargada?

—Se llama el Correo fransés. Va consignada á tu pátria y su cargamento consiste en diccionarios de la conversacion.

—Hola, hola! Allí viene un falúa muy bien pintadita, y que trae un renglon que dice con letras gordas La Hesperia.

—Lo gracioso es que la tripulacion de esa falúa es española y sin embargo los españoles no entienden lo que dice.

—¿Y en qué consistirá eso?

—A fé mia, que no te lo podré decir. Hay

quien asegure que depende de que esos marineros usan mucho de la figura llamada *trasposicion*. Por ahora, no dejes de parar mientes en esa canoa que va ahí.

—¿Cual? ¿la del toldo de estera, que va cargada de ajos y cebollas?

—Esa misma. Se llama el Mosquito mexicano.

—Y ¿qué falucho es ese que lleva à remolque esa barca cuyo nombre dice Recopilacion de Arrillaga?

—Es el Observador judicial.

—Mas allá percibo un bergantin que á pesar de que tiene mucha tripulacion avanza muy poco porque los mas de sus marineros se están mano sobre mano. ¿Cómo se llama?

—El Ateneo,

—¿El Ateneo? Pues en este mar casi todos los buques tienen nombre acabado en *eo* como Liceo, Museo, Ateneo; por no dejar, hasta aquel botecillo que va allí lleva su letrero que dice el Lucero de Angangueo.

—¡Vaya por Angangueo! se conoce que nunca estuviste muy ducho en el silabario. Límpiate los ojos y vuelve á leer.

—¡Ah! dice: el.... Lucero.... de.... Tacubaya. ¿Y adonde va este bote? ¿A la isla de la Fama?

—No.

—¿A la costa del Oro?

—Tampoco.

—Al islote de la Fábula?

—Ni por pienso.

—¿Pues adonde va por fin?

—A Tacubaya.

—¿Qué embarcacion es aquella en que vienen un diablo, un consueta, un árgos y otros varios personages?

—Es el Tornavoz. Observa aquella barca llena de gente armada de pinchos y garrotes; viene en pos del diablo y demas personages.

—¿Y de donde viene?

—De dos senos ó lugares de las ánimas que se llaman Teatro principal y de Santa-Anna.

¿Y porqué son lugares de las ánimas?

—Porque allí se ocupan en hacer compurgar á los espectadores los pecados cometidos y por cometer.

Mientras que conversábamos deesta manera, notamos que al cabo de algun tiempo las embarcaciones iban siendo mas raras y poco dignas de atencion. Una sí nos chocó pues tenía pintada en la proa una china en actitud de volver de Santa-Anita y que llevaba en la cabeza una guirnalda, pero no de rosas, sino de reverendos prelados con sus correspondientes mitras y báculos pastorales.

Cansados de ver y de hablar, surcábamos sin temor las aguas del oceano de tinta cuando repentinamente vi á mi genio pálido y sobrecogido de un violento temblor.

—¡Estamos perdidos! gritó con voz espantosa, enseñándome que la tinta ya no se quebraba en ondas de líquido azabache, sino que se revolvia rápidamente formando negros borbotones.—Hemos caido en uno de los vórtices de la crítica. Yo no te sabré decir si es el de Pedrano ó el de Doña Mónica; pero el hecho es que no tardan en hacerse añicos nuestros calabazos. Mas ¿que rumor es ese?

Paré la atencion y percibí una terrible gritería que se aumentaba mas y mas. Pronto nos cercioramos de que aquellas voces salian de los buques que habiamos visto y que nos perseguian á toda vela.

—„No me han de quedar con caspa!" gritaba el zurriago. —¡Infames! ¡ingratos! gritaban los del siglo XIX. ¿Con que no mas tiramos con pólvora? y no nos agradecen la máxima que tanto les inculcamos y que dice: „Patremfamilias *vendacen* non emacem esse oportet?"

—¡Ay de ellos! clamaba el Diario. El Gobierno conoce cuales son sus intenciones y sabrá hacerse respetar.

—Yo les escribiré su necrología, decia el „Cuadro histórico."

—Son unos *brigantes*, vociferaban los del Museo. Es necesario colgarlos *en potencia* (en potence)

—*Vive le roi citoyen ! Abas les chétifs ecrivains!* gritaba el Correo frances.

—El castigo déseles que merecido han, decia la Hesperia.

—En vano me pican porque no tengo pudor decía el mosquito.

—El Exmo. Sr. Presidente etc. etc. con fecha 27 del corriente me dice lo que copio.... Aquí se enronqueció el observador judicial.

—¡Déjenlos! interrumpía el Ateneo ¿que importa que digan lo que quieran si el cuaderno suelto vale cinco reales?

—Con que á Tacubaya, eh! decia el Lucero. Pues bien, me despido de una manera histórica: ¡Adios, calabazos del Liceo: nos veremos en Tacubaya, (no en Philippi)!

—*No han aprendido su papel, pero lo desempeñan muy bien, dijeron los del Tornavoz.*

—Lo habían de hacer mejor para criticarnos á nosotros, clamaron los de la matrona coronada de arzobispos.

Estupefactos nos quedamos sin saber á qué peligro atender. Nuestro fragil barco se estrelló en aquel momento contra el pico de una roca.... á poco luchábamos contra las olas con la desesperacion de la muerte ¡En vano! mis dedos se encorvaron como las uñas del halcon, mis cabellos se erizaron, mi cuerpo todo fué presa de una mortal rigidez, mi respiracion se volvía por momentos mas y mas penosa, iba á morir....

Una voz que parecia salir del cielo, conmovió súbitamente mi máquina y.... desperté. Restreguéme los ojos, palpé por todos lados: y me convencí con placer de que todo había sido un puro sueño, á excepcion de la voz que aunque es cierto que no salia del cielo, sí salia de la barbería de enfrente de mi casa, en donde mi diestro rapista entonaba con voz atentórea aquella antiquísima copla que dice,

Prieto me debe dos cuartos
y yo se los debo á Prieto;
Prieto me aprieta por ellos,
y yo por ellos le aprieto.

CALAMOCHA.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.



DON LOPE DIAZ DE ARMENDARIZ,

Marqués de Cadereita. Décimosesto virey de la Nueva-España. Desde 1635 hasta 1640.



1635.



CON el fausto, el lujo, ceremonias y pompa de costumbre, el 16 de setiembre llegó á la poderosa y bella capital de la Nueva-España á relevar al marqués de Cerralvo el de Cadereita. No estaba por cierto en el mejor estado la policía de la capital, cuando por todas partes se dejaba percibir un olor bien desagradable, y que podria ademas perjudicar notoriamente la salud en la poblacion, lo que era efecto del abandono en que estaban las acequias, cuyas aguas sucias y corrompidas, llenas de todo género de inmundicias, hacian inhabitables los parages inmediatos á ellas, que por desgracia eran casi todas las calles de la ciudad, en virtud de lo cual, como primera providencia, ordenó D. Lope al ayuntamiento la limpia de las tales acequias, cuya resolucion fué obedecida inmediatamente, dilatando dos años la limpia, y empléandose en ella catorce mil pesos.

1636.—Algunos vireyes habian ya trabajado en la obra del desagüe, sin lograr que México, como hemos visto, quedara libre absolutamente de las inundaciones, y puede decirse, que solo se ponia mano en la obra y se trataba de llevar adelante cuando amenazaba de cerca el riesgo, cuando se tenia encima la inundacion, ó bien cuando el rey pedia informes y la mandaba continuar. Informado Armendariz del mal que afligia á México, quiso impedirlo á la vez que Felipe le pedia una noticia del desagüe, y una cuenta exacta de lo que importaba. Para llenar sus deseos, y cumplir con el soberano, comisionó, pues, el virey á Fernando Zepeda y á Fernando Castillo, previniéndoles que estendieran una escritura, en la cual hicieran una minuciosa relacion de todos los gastos hechos en construir y reparar albarradas y calzadas dentro y fuera de la ciudad, y una reseña histórica de la obra del desagüe muy circunstanciada, y refiriendo todos los gastos verificados en ella desde 1607, agregando á todo

esto lo que en su opinion juzgaran oportuno para la seguridad de la ciudad. El año entero de 36 se consumió en que cumplieran su comision los nombrados, pues muy á sus principios los llamó el virey.

1637.—A principios de enero fué presentada á D. Lope la escritura mandada hacer, y en la cual se proponian varias cuestiones, referidos minuciosamente los sucesos ocurridos durante la obra del desagüe, con ocasion de ella; las cuestiones eran si convendria conservar el desagüe, para impedir las inundaciones, sin alteracion ninguna, ó bien si seria necesario profundizar el conducto y hacerlo mas ancho, como se verificaria dejándolo descubierto, ó si se agotaria la laguna que mas perjudicaba á México. Si lográndose, se proponia tambien, el objeto que se deseaba, se podria sin riesgo conservar la dicha obra, ó en caso de que el conducto con las medidas indicadas no fuera suficiente para contener todo el cúmulo de aguas, si bastaria con albarradas para impedir las anegaciones. Por último, se asentaba que si de ningun modo se hallaba seguridad, sería muy conveniente que la ciudad se pasase á Huehuetoca. Añadiase á todo esto lo que habia importado hasta entónces la obra, que ascendia á 2.950,164 pesos 7 reales. El virey mandó circular esta escritura á los gremios de la ciudad, convocándolos á junta para el dia 7 de abril del mismo año. El dia citado se reunieron en efecto los gremios, presididos por el marqués de Cadereita, y de la junta resultó lo que resulta de todas las de su clase; hubo en ella una gran division, pareceres opuestos, y por último, su disolucion sin que se hubiera definido en sustancia cosa alguna. Muchos despues con el virey convieron en la necesidad de hacer grandes reparos, de romper la tierra para profundizar el conducto subterráneo y dejarlo descubierto; pero se advirtió que no podia mudarse la ciudad sin causar trastornos de consideracion y la ruina de inumerables familias. A consecuencia, el virey decretó en veinte de julio, que se dejara descubierto el desagüe, cuya medida creyó entónces en estremo necesaria, y la obra se conceptúo evidentemente superior á la obra misma del desagüe.

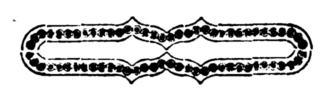
Por cédula del rey fué concedido desde este año á la ciudad que fuesen en ella corregidores los alcaldes ordinarios, y la misma ciudad juzgando inútil la mayordomía de propios, la suprimió, acordando su arrendamiento para lo de adelante, aunque en obsequio de la verdad histórica, debemos decir que todavía algunos años despues continuó dándose el 1.º de enero el cargo de mayordomo de propios.

1638.—Nada notable ocurrió en este año, si no fué que un corsario holandés, conocido por el sobrenombre de Pie de palo, costeaba los puertos con tres navíos á la espectativa de la flota que debia salir de la Veracruz, pero esta se demoró, miéntras el corsario se alejaba, y luego que lo hizo, logró salvarse de sus manos.

1639.—Por precaver en lo sucesivo los riesgos de la flota, y asegurar las costas de Barlovento, puso en ellas el virey una escuadra que solicitó del monarca. Desavenencias nacidas de competencia de jurisdiccion entre Armendáriz y el arzobispo Manzo y Zúñiga, hicieron que aquel pidiese la remocion de este, como lo consiguió, dándole el rey el obispado de Badajoz. En diez y seis de setiembre, Felipe IV declaró libres á los indios, prohibiendo su esclavitud con la pena del delito de lesa magestad, providencia digna de un gran monarca.

1640.—Para poblar los desiertos campos del norte, hizo marchar una espedicion el virey, y se fundó á consecuencia en el Nuevo Leon la villa de Cadereita, llamada así del titulo del marqués, y hoy ademas Jimenez, por el héroe de este nombre. A la llegada de su sucesor el veintiocho de agosto, salió de México D. Lope Diaz de Armendariz.

Carlos M. Saavedra.



ESCENAS SÉPTIMA, OCTAVA Y NOVENA DEL ACTO SEGUNDO

DE UN ENSAYO DRAMATICO

TITULADO

LOCURAS DE AMOR Y ZELOS.

SEVILLA 1617.

Sala sencillamente amueblada en casa de D. Juan de Castro, con una puerta de entrada en el fondo: á la derecha el aposento de D.ª Elvira: á la izquierda un balcon que dá á la calle, y mesa con luz á un lado del proscenio.

ESCENA VII.

DOÑA ELVIRA, DON JUAN,

(La primera trata de ocultar su agitacion á la vista de D. Juan que cólerico se presenta en la puerta del fondo, donde dice los primeros versos.)

DON JUAN *(aparte.)*

ENTRO en mi casa; con placer lo he visto,
que amante de mi esposa ó vil ladron,
en ella he de matarle ¡vive Cristo!
sino ha saltado por algun balcon, *(cierra la) puerta.*

DOÑA ELVIRA.

Venid esposo á mis amantes brazos,

DON JUAN.

¡Atras!

DOÑA ELVIRA.

Que es esto? en vuestro juicio estais?

DON JUAN.

¡Traidora, atras! que en ellos los pedazos
de mi honra pienso que á entregarme vais....
De mi venganza al paso que se alarga
el plazo, crece mi baldon tambien,
y juro á Dios que á sostener tal carga
no hallo en mi, fuerzas que resistan bien!

DOÑA ELVIRA.

¿Qué proferis?....

DON JUAN.

Que mi fatal fortuna
me ha dado en vos una muger tan vil,
que harto es dificil encontrar con una
tan desleal entre mugeres mil.

DOÑA ELVIRA.

Don Juan, os hallo loco!....

DON JUAN.

¿Estar podria
cuerdo, señora, cuando viendo estoy
que habeis causado la deshonra mia
con vuestras torpes liviandades hoy?
¿Sabeis que os hice una encomienda grave,
y os dí una llave en que mi honor guardar?
Y ¿sabeis que perdiéndose esa llave
no es fácil otra igual de fabricar?
¿Sabeis que abierta de mi honor la caja
no hay cerradura que le guarde bien?
que quien romper osó la tal cerraja
debe morir no lo sabeis tambien?
Y en fin, aunque al decirlo me sonroje
¿sabeis que aqui despareció mi honor?
¿Que si al sagrado de su Dios se acoge
no hade valerle al criminal raptor?....

DOÑA ELVIRA.

¡Atónita os escucho! tal lenguage
me ofende en lo mas vivo.... ¡Terco afan!
os oigo hablar de honor, y de un ultrage....
y no os comprendo, por mi fé, Don Juan!....
¡Dudais que supe la encomienda grave
desempeñar, que me confiasteis vos!
¡Dudais que ilesa conservé la llave

que deposita la honra de los dos!
¿Qué hecha pedazos encontrais la caja
de nuestro honor? La lengua contened;
que el conservar ilesa su cerraja,
mucho importa á mi recato ved! ...
Y dando suelta á vuestros locos celos
que os despojaron del honor decis! ...

DON JUAN.

Lo tengo por muy cierto.

DOÑA ELVIRA.

¡Por los cielos,
Don Juan os aseguro, que mentis!

DON JUAN.

¡A mí que miento!

DOÑA ELVIRA.

¿Presumis acaso
que guardadora infiel de vuestro honor?...

DON JUAN

Presumo solamente que fué escaso
Vuestro esmero con él ....

DOÑA ELVIRA.

(con dignidad) ¡Cómo ....¡Señor!

DON JUAN.

Estrañeza fingiendo engañadora,
¿creeis mi enojo evitar? ... os engañais!
que yo he llegado á presentarme en hora
que á presenciarlo vine ...

DOÑA ELVIRA.

¡Qué .... pensais?

DON JUAN. *(con sarcasmo.)*

Pienso tan solo que hay muger ingrata,
que teniendo en muy poco su opinion,
escucha con placer la serenata
que la da un hombre, al pié de su balcon.
Pienso tambien que una muger casada,
y mas si ausente de su esposo está,
cercana se halla ya de ser culpada
si á tales cantos los oidos da,
Y que á mis puertas hubo una pendencia
pienso, y que fuisteis el motivo vos;
que hicieron á una ronda resistencia
y que estos son vuestros amantes dos. ...
Que soy el hombre, Doña Elvira, pienso
á quien robaron su ventura ayer,
y que vos sois, por su baldon inmenso,
de ese hombre sin ventura la muger,
Y admiro que la faz no se os inmuta,
cuando os hablo con lenguage tal,
que la mas vil infame prostituta
se sonrojara, al vuestro en caso igual,
Y he resuelto por fin, que si mañana
no cumplo mi venganza, en la ciudad
han de miraros por la mas liviana.

DOÑA ELVIRA. *(con altivez.)*

Don Juan! ...

DON JUAN.

Silencio! ...

DOÑA ELVIRA.

Me insultais!

DON JUAN.

Callad! ....

DOÑA ELVIRA.

¿Que calle ecsije, quien de mi honra duda?
no será ¡vive Dios! en esta vez
¿habré de estar, cuando me ultrajan, muda,
sin que reviente ajada mi altivez?
¿Quereis que al escucharos me sonroje,
de un crímen que no entró en mi corazon,
y que insensata á vuestros piés me arroje
á demandaros sin porqué, perdon?
Doy por cierto Don Juan que las canciones,
fueron por mí, si lo quereis así;
doilo tambien que al pie de mis balcones
una pendencia se travó por mí.
¿Qué hallais aquí de vuestro honor en mengua?
¿qué en menoscabo de mi honor aquí?
cortad, celoso, á mi cantor la lengua,
mas no insensato me culpeis á mí.
¿Puedo estorvar que se arme una pendencia
por mi, Don Juan, como dijisteis vos,
y que hagan á una ronda resistencia
y que estos sean mis amantes dos?
¿Que un hombre riña, aunque por causa mia,
he de impedirlo yo, débil muger?
¿No hay en Sevilla, acaso, policía
que de esto cuide, si este es su deber?

DON JUAN. *(aparte.)*

¡Que aun intenta burlarse es lo que llego
á comprender tan solo, y voto al Cid....

DOÑA ELVIRA.

Decid ¿puedo estorbar?....

DON JUAN.

Callad os ruego;
á mi me toca preguntar, decid....
....ya doy por cierto lo que vos dijisteis,
la riña no era fácil de evitar;
doy por cierto tambien, que no pudisteis
hacer al hombre que os cantó callar....
Mas huir de que entrara en vuestra casa
ese hombre, no pudisteis la ocasion?...

DOÑA ELVIRA.

Sellad el lábio que de torpe pasa
al proferir tan necia sinrazon.

DON JUAN.

¿Necia llamaisla, cuando sé señora
que ese hombre oculto aun en mi casa está?
Decid, decid, que es sin razon ahora,
lo que palpando estoy.

DOÑA ELVIRA. *(aparte.)*

Lo sabe ya!
Ah! tu dudaste de mi fé insesato
por unas leves apariencias hoy;
pues yo que altiva de vengarme trato
tus zelos á apurar, astuta voy.

DON JUAN.

Vamos, señora, porque el tiempo vuela,
y de estarnos no es cosa aquí los dos,
vos proyectando en vuestro afan, cautela,
y yo con mi impaciencia ¡vive Dios!
Decid cómo se llama y dó se esconde
el embozado bulto que poco há,
se entró, vos lo sabeis cómo y por donde
hasta mi mismo pabellon quizá. *(pausa.)*
¿Callais?... ya la vergüenza á vuestros ojos
se asoma Doña Elvira.... ¡mal finjis!...

(con sonrisa siniestra).

¡Decid, fingiendo á vuesto juez enojos,
,,mentis esposo por mi fé....»

DOÑA ELVIRA. *(colérica.)*

Mentis!

DON JUAN. *(furioso.)*

Otra vez! vive Dios, que estais reacia!
¿Vuestro delito me negais aun?...
Mas si tardo en tomarla, se desgracia
hoy mi venganza....

DOÑA ELVIRA. *(aparte.)*

Que será comun!

(Doña Elvira cerca de la puerta de su aposento, Don Juan coge la luz y se dirige á el despues de haber hecho la siguiente pregunta.)

DON JUAN.

¿Insistireis en ocultar á ese hombre
decid, señora, si os burlais de mi?

LEONOR. *(presentándose).*

Vedme aquí!

(Leonor, embozada en traje de hombre, con calzas se presenta en la puerta del aposento, finjiendo valor y serenidad, al tiempo que D. Juan iba en su busca; este retrocede y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.)

ESCENA VIII.

DICHOS Y LEONOR.

DON JUAN. *(aparte.)*

En su aposento, Cielos!

DOÑA ELVIRA. *(aparte.)*

Imprudente.

DON JUAN. *(aparte.)*

Esto, por Dios, que es demasiado ya!

(alto á D.ª Elvira.)

¿Es honrada, Señora quien consiente
que un hombre en su aposento?...

LEONOR.

Bien está;
Tiempo teneis de castigarla luego
si en vuestro enojo me matais aquí.

DON JUAN.

Mancebo ¿teneis prisa?

LEONOR.

No lo niego.

DON JUAN.

Pláceme pues.

DOÑA ELVIRA. *(aparte.)*

Que audacia!

LEONOR. *(aparte.)*

Estoy sin mí!

(Al adelantarse Leonor, pasa por junto á Dª. Elvira y se hablan en voz baja.)

DOÑA ELVIRA.

Prolonga, si es que puedes, este enredo.

LEONOR.

Te juro que en la duda ha de quedar.
Quedando á obscuras, facilmente puedo,
pues bajo está, por el balcon saltar.

DON JUAN.

Holgárame de ver vuestro semblante
por conoceros.

LEONOR. *(aparte.)*

Mataré la luz!

DON JUAN.

Quitaos el embozo....

LEONOR.

En este instante
no puedo, perdonad.

DON JUAN.

(Le haré capuz.)
Riñamos pues, porque abreviar me importa
el tiempo, caballero.

LEONOR.

Pronto estoy

(vuelve á hablar con D.ª Elvira.)

No temas....

DOÑA ELVIRA.

Mas ¿la riña?

LEONOR.

Será corta;
por el balcon á descolgarme voy.

DON JUAN.

Brios teneis!

LEONOR.

Ya llegareis á vello;
(quedarnos en tinieblas es mejor;
vamos, buen tino me dé Dios, que de ello
todos mis afanes penden.... *(desenvaina y mata la luz de una cuchillada.)*

DON JUAN.

Ah!.. Traidor!

(La escena queda á obscuras: Leonor se dirige hácia el balcon: Don Juan dá en vano en la oscuridad cuchilladas al aire.

LEONOR.

Quiero poner entre los dos un muro
de oscuridad.....

DON JUAN.

Pues por la cruz
de mi cuchilla, y por mi honor os juro
que á ver no vuelven vuestros ojos luz.
Hablad mancebo si no sois cobarde,
para que os pueda por la voz hallar;
¿porqué esconderos, si temprano ó tarde,
vendreis, cadáver, á mis pies á estar?

LEONOR. *(buscando el balcon.)*

(Dónde estará.)

DOÑA ELVIRA.

(De su valor me espanto!)

DON JUAN.

(Mis ojos vierten por hallarle hiel!)

DOÑA ELVIRA.

(Si lograra escaparse.....)

DON JUAN.

(¡Por Dios santo
que no ha de salir vivo!)

LEONOR.

(Di con él.)

(abre el balcon y se va.)

DON JUAN.

¿No quereis contestar? ¡Criados, ola!
luces al punto. *(abre la puerta del fondo y llama.)*

DOÑA ELVIRA.

Reportad, Don Juan

DON JUAN.

Con sangre solamente se acrisola
mi honor, que ya ultrajado....

DOÑA ELVIRA.

Terco afan!

DON JUAN

¡Por Dios que hoy mato á mis criados todos:
luces! (*entra un criado con luces y vuelve Don Juan á cerrar la puerta*)

DOÑA ELVIRA.

(Respiro; ya por el balcon....)

(*se sienta tranquila*)

DON JUAN

Conque al cabo y al fin, de todos modos,
mancebo.... pero ¿donde?... ¡Maldicion!
(*Recorriendo la escena vé el balcon abierto y da un golpe furioso con una de sus hojas; pausa*)

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS LEONOR.

DON JUAN (*ap.*)

¡Buenos quedamos venganza!
se ha escapado ¡vive Dios....
pues á los dos, la esperanza
de matar no se me alcanza,..
mataré á uno de los dos!..
Pero á ella.... no; no es cordura;
si dá en negar y la mato,
¿quien mas tarde me asegura
que lo que hice en mi locura
no fué un vil asesinato?

(*Pausa, y envaina su es pada*)

Veamos, que es lo que dice

(*á Doña Elvira.*)

Este suceso, Señora,
no es bien que mi enojo atize?
¿No hay harto motivo ahora
para que me escandalice?
Para, probar su inocencia,
¿que á su marido responde
la muger que en su imprudencia
á un hombre en su cuarto esconde
de su marido en ausencia?
¿Que disculpa, ó qué razon,
puede esta esposa alegar
que disipe tal borron,
Si cada una á su traicion
un crimen vendrá á aumentar?
Decid que en vuestro aposento
no estuvo un hombre, Señora,
y si vuestro atrevimiento
llega á tal grado, que miento
decidme tambien ahora.

DOÑA ELVIRA.

Pensad pues á vuestro antojo
de mi, Don Juan, pero luego,
ya que sufro este sonrojo,
no me culpeis si en mi enojo
á mi venganza me entrego.
Solo una disculpa en mi
halla en el caso presente
mi labio que nunca miente,

DON JUAN,

¿Una disculpa?

DOÑA ELVIRA

Una, si

DON JUAN.

y ¿cual?

DOÑA ELVIRA,

Que soy inocente,
Don Juan (*con calma*)
Mucho me ultrajasteis, mucho;
y al contemplar los agravios
con que, por vos, ahora lucho,
no sé cómo vos escucho,
sin arrancaros los labios.
Pero una sola palabra
puede salvaros aun:
una, que el camino me abra
para la venganza, y labra
nuestro bienestar comun.
Del hombre que estuvo aqui
decidme el nombre.

DOÑA ELVIRA.

Eso no!



DON JUAN.

¿Eso me decís á mi?

DOÑA ELVIRA.

No puedo decirlo yo,

DON JUAN.

Pero ¿sabeislo?

DOÑA ELVIRA.

Eso sí!

DON JUAN.

¿Y me lo ocultais? ¡oh ira! . . .
Os doy un dia, por Dios;
mientras este plazo espira,
ganad tiempo Doña Elvira, . . .
rogad al cielo por vos! . .

DOÑA ELVIRA.

¿Me mataréis?

DON JUAN

Eso quiero,
si en mi venganza hoy no toco,

DOÑA ELVIRA

Y yo castigaros, loco,
que hubisteis asi altanero
mi honor. . . .y el vuestro en tan poco!
En vuestro mismo arrebato
voy á castigaros hoy. . . .
Sois Don Juan, esposo ingrato!
Yo os haré ver, insensanto,
lo que valgo y lo que soy! (*vase.*)

Diciembre 1842.

ALEJANDRO RIVERO.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.



DON DIEGO LOPEZ PACHECO CABRERA Y BOBADILLA.

Duque de Escalona, marqués de Villena y grande de España de primera clase. Décimoséptimo virey de la Nueva-España.

DESDE 1640 HASTA 1642.



1640.

DOTADO de un carácter jovial, de una afabilidad estremada, y de la viveza y atractivos propios de la edad temprana, el jóven duque de Escalona arribó á la Veracruz, atrayéndose luego las atenciones de todos, de tal suerte, que habiendo desembarcado el 24 de junio, fué detenido por los vecinos á presenciar los espectáculos que le prevenian y permanecer algun tiempo allí, como lo hizo, quedándose hasta mediados de agosto que salió para México, á la cual llegó el 28 de dicho mes. Con el duque venia el venerable Palafox con el carácter de visitador y encargado de residenciar al marqués de Cadereyta, que tuvo mucho que

sufrir de sus enemigos. Confió tambien el virey al mismo prelado la residencia del marqués de Cerralvo, quien habia dejado sus poderes para contestar á los cargos que le fuesen hechos. Entretanto Bobadilla dispuso, en cumplimiento de las instrucciones que trahia de Felipe IV, que el gobernador de Sinaloa Luis Cestinos, fuese á las Californias y observase sus costas y las islas inmediatas, como lo verificó acompañado de dos jesuitas. En seguida espresó al virey, que si bien aquellos naturales eran de un carácter apacible y las costas abundantes de placeres, es decir, como se queria manifestar en aquella época, llenas de perlas, eran sin embargo demasiado estériles aquellas tierras. Para indemnizar al contador de alcabalas se le designó desde este año el uno por ciento de lo que recaudase.

1641.—Encomendadas á las órdenes regulares desde los tiempos de la conquista las doctrinas de los indios, se tropezaba con una multitud de inconvenientes que embarazaban la jurisdiccion de los ordinarios y no ménos la instruccion de los indios, porque, como refiere Torquemada, [illegible] Perú el [illegible] de la Palata, los prelados regulares ó los capitulos generales de cada órden removian á su arbitrio á los doctrineros, sin que bastasen á impedirlo las reales cédulas y disposiciones pontificias, porque cuando por ellas se prohibió su remocion se erigieron en guardianias y prioratos, y bajo el pretesto unas veces de que las reglas prohiben la reeleccion, otras de que les conferian diversas comisiones, los regulares doctrineros se mudaban, „porque,» dice el duque de la Palata, „las doctrinas enriquecian á los frailes con las obvenciones de los indios, y no estaba bien que no les tocase parte igual á todos.» Con esta esperanza, continúa el mismo, „no hay hombre de escasa fortuna que no emprenda entrar en religion, arbitrio único para hacerse rico á poca costa, y este mal, por desgracia, es inevitable, ya por el corto número de eclesiásticos seculares, ya porque los obispos no tienen mucho cuidado en conferir el ministerio y órden sagrados á los sugetos mas aptos, de suerte que no puede echarse mano de ellos." El Sr. Palafox pidió, pues, en obvio de estos males, con instancia al duque de Escalona que quitase las doctrinas á los frailes, y como el duque *deseara favorecerle*, no tuvo inconveniente en hacer lo que pedia. Pronto veremos á este prelado *correspondiendo* al aprecio que de él hacia el duque.

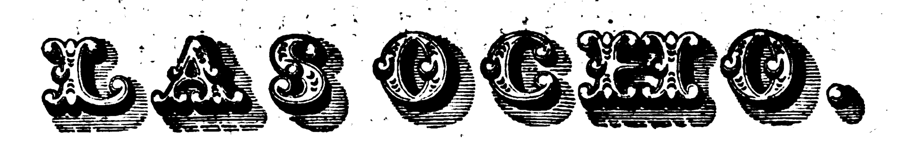
1642.—Acaeció en este año el incendio mas memorable en México, que comenzando al principio de la noche del 24 de febrero, ayudado de un fuerte viento durante toda ella, abrasó completamente las casas del estado.

Promovido Palafox al arzobispado de México, bajo el pretesto de tomar posesion y de abrir la visita de los tribunales, se presentó en la capital en el mes de junio. Traia por principal objeto quitar el vireinato al marqués de Villena, quedando en su lugar y obligando á Bobadilla á que pasase á la corte á dar cuenta de su conducta. A este intento, el 9 de junio, víspera de Pentecostés, á la media noche reunió á los oidores haciendo leer en su presencia los pliegos de su nombramiento y comision. Hecho esto, mandó cercar el palacio de guardias á la madrugada del dia siguiente domingo de Pascua, y encargó al oidor Andrés Prado de Lugo que notificase la cédula al virey. Hallábase éste aun en la cama, y luego que Lugo le hizo la notificacion se marchó al convento de dieguinos de Churubusco. La noticia de esta desagradable ocurrencia, á la vez que pareció mal á los mexicanos que ignoraban la causa, les consternó demasiado porque el marqués se habia hecho amar de ellos, quienes se hallaban muy satisfechos de su gobierno. El Sr, Palafox, respetamos su buena opinion, digno sucesor en esta parte de D. Pedro Romero, obispo de la Puebla y visitador de Villa-Manrique, *correspondiendo* á la estimacion que le tenia el de Escalona, hizo que le embargaran todos sus bienes y remató en almoneda pública sus alhajas.

Declarado el duque de Braganza rey del Portugal, cuyo reino se separó de la dominacion española, el gobierno de la península recelaba de todo lo que tuviera relacion con el Portugal. Sucedió por una parte que el marqués de Villena tenia relaciones de parentesco con el duque de Braganza, y como por otra fué aquel acusado ante el rey Felipe de haberse mostrado decidido en favor de los portugueses, receloso por el buen nombre que en México se habia sabido adquirir, comisionó para destituirlo al Sr. Palafox. Las causas que apoyaron la acusacion y movieron á la corte segun Cavo y Betancourt, fueron que hubiese nombrado castellano de S. Juan de Ulúa á un portugués, y que su aficion á los caballos hizo que un dia presentándole entre otros uno D. Pedro de Castilla y otro D. Cristobal de Portugal, como al probarlos le agradase mas el de éste, comenzó á decir *mejor es el de Portugal*, lo que se desfiguró en la corte, y ademas, que el navío que habia enviado á España, por causa de los vientos arribó á las costas de Portugal. He

aquí lo que motivó la remocion del marques, sospechas vagas, acusaciones infundadas á que dió oidos una corte suspicaz y que pudieron influir en el ánimo de un visitador que tanto le debia, que tan bien le conocia.

CARLOS M. SAAVEDRA.



(ESTANDO ENFERMO).

Lúgubre son...! el alma acongojada
escucha con pavor esos acentos
tristes como los últimos lamentos
del débil moribundo.

Entre negra tiniebla envuelto el mundo,
azota el viento en el torreon erguido
y se prolonga el lúgubre grasnido
del cárabo agorero;

Pálido y oscilante allá un lucero
hácia el ocaso con quietud se aleja,
y sus rayos refleja
la tumba solitaria....

....Las ocho son....la funebre plegaria
fantasmas mil con su clamor evoca,
y al devoto cristiano lo convoca
á orar y meditar....

,,Reza, reza por el ánima
de tu padre, de tu hermano;
reza....que tal vez mañana
otros rezarán por tí.,,

....Tal vez mañana....! si....funesta idea
que ese clamor en mi ánimo despierta;
mi alma está para los goces muerta,
mas aun quiere gozar.

Morir tan joven! ay! apenas llego
á la edad juvenil bella y florida,
apenas toco el margen de la vida
y ya voy á espirar...!

Lloré al nacer porque mis tristes ojos
con la luz de la tierra se ofendieron
y entre triste llorar tambien crecieron
hasta la juventud;

Hoy contemplan la dicha, la hermosura
y cuando van ansiosos á acercarse
van mis ojos cansados á cerrarse
para siempre á la luz...!

Ah! Rosilda, morir.... morir ahora
que empezaba á gustar de la existencia,
hoy que halagan el alma á competencia
la gloria y el amor!

Es acaso el placer crudo veneno
que roe el corazon del desgraciado?...
es acaso el placer genio malvado
que anuncia destruccion?...

"No busques necio en el mundo
esos placeres inciertos;
reza, reza por los muertos,
que tu tambien morirás,,

....Déjame en paz campana plañidera,
calla tu voz que el alma me destroza;
por qué perturbas al mortal que goza
tal vez su sola y última ilusion?

Dile su muerte al enfermiso anciano
para quien es la vida dura carga,
el ya gozó de su carrera larga
mas olvídame á mí que aun joven soy.

Deja que grave mi olvidado nombre
en el libro divino de la historia;
deja que dure al menos mi memoria
un dia mas que mi fatal vivir:

Deja que goce en brazos de Rosilda
esos deleites del amor primero....
solo gloria y amor....nada mas quiero....
y luego....que es morir...?

Puebla Abril 20 1844.

F. O. B

PRIMER VIAGE DE COLON

Y

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO.

. . . . . mientra en la popa
el cobarde murmurio despreciando
de la chusma impaciente,
alza Colon imperturbable frente.

HEREDIA.

SI por acaso ha habido algun hombre cuyo genio, intrepidez y audacia, lo hayan colocado en un punto tan elevado que se necesite alzar los ojos para mirarlo, pero que muy pronto se tengan que bajar penetrado de la mas profunda admiracion y respeto, es Cristobal Colon.

Apenas puede concebir el pensamiento la idea de un hombre dotado de tanta fortaleza para arrojarse sin temor alguno por entre mares desconocidos, en cuyas saladas ondas jamas habia surcado audaz quilla, en busca de paises acaso imaginarios, en pequeñas y frágiles embarcaciones que apenas podrian resistir un ligero huracán; pero que sin embargo iban á arrostrar tal vez las mas furiosas tempestades: porque quién, sino Dios, sabia los vientos que reinaban en aquellos remotos mares á donde los hombres no habian osado penetrar jamas.

A pesar de lo arriesgado y terrible de la empresa, y á pesar de los obstáculos que se le opusieron para llevarla á cabo, Colon parecia tomar nuevo vigor en su resolucion á cada dique que se le presentaba, consiguiendo por último emprender su tan deseado como temerario viaje; viaje que iba á dar por resultado, el descubrimiento de un nuevo mundo, y á cambiar completamente el estado político y civil de la Europa.

El viérnes 3 de agosto de 1492, á las ocho de la mañana se dió Colon á la vela en la barra de Saltes, pequeña isla formada por los brazos del rio Odiel en el puerto de Palos, con direccion á las islas Canarias, desde cuyo punto pensaba dirigirse en línea recta hácia el Occidente. Su flota se componia de tres caravelas, de las cuales una se llamaba la Niña, otra la Pinta, y la tercera la Capitana, en la que iba el almirante Colon.

La mas profunda tristeza reinaba en Palos el dia de su partida, porque la mayor parte de la tripulacion era de este puerto: la ribera del mar estaba cubierta de gente que se despedia de sus parientes, llenando el aire con sus gritos, lamentaciones y gemidos: creian no volverlos á ver jamas; y las maldiciones mas execrables cayeron sobre el almirante, acusándole al mismo tiempo de visionario y ambicioso.

Antes de llegar á las islas Canarias se desencajó el timon de la Pinta, lo que sintió mucho Colon, tanto mas, cuanto que creyó ser alguna estratagema de los dueños de la embarcacion para quedarse atras y volverse al puerto de donde habian salido; pero afortunadamente avistaron las Canarias, en donde se detuvieron algunos dias para reponer el timon descompuesto y poder continuar el viaje con seguridad.

En el momento en que estuvo compuesto el buque, se hicieron á la vela, procurando Colon salir cuanto antes de los límites hasta donde habian llegado los viajeros en aquellos tiempos.

Miéntras los marineros pudieron ver el Pico de Tenerife, caminaron sin manifestar mucha

repugnancia; pero lo mismo fué que desapareciera de su vista, cuando un terror pánico se difundió en todos los bajeles, porque se creian separados de la tierra y de todo ser viviente. Colon los animaba diciéndoles que siguiendo via recta al Occidente, debian encontrarse precisamente con las costas de la India, y dió órden á las otras embarcaciones de que caminasen setecientas leguas en la misma direccion, en caso de que por un mal temporal se separasen, y á esta distancia se mantuviesen á la capa, porque era muy probable que se hallasen cerca de tierra.

Navegaban, nuestros viajeros con viento en popa, los buques se deslizaban suavemente sobre una mar tranquila, y en muchos dias no tuvieron que mover una vela. Ya se encontraban á mas de doscientas leguas de la isla de Ferro, cuando observó Colon que la aguja en vez de señalar á la estrella del norte, se inclinaba como medio punto ó de cinco á seis grados al N. O. El almirante procuró no dar á conocer este fenómeno á sus compañeros por no atemorizarlos; pero á pesar de su reserva no tardaron mucho en saberlo, y la consternacion se estendió en toda la tripulacion: les parecia que hasta las leyes de la naturaleza perdian su influencia en aquellas remotas y desconocidas regiones: juzgábanse abandonados de Dios y de los hombres: todo les amedrentaba, ya porque se encrespasen las olas embravecidas, ó ya porque presentase la mar una superficie tersa y trasparente.

Por último, la chusma comenzó á dar muestras de una rebelion abierta: poco á poco fué aumentándose, en términos, que se atrevieron á manifestar á Colon la resolucion que habian formado de no pasar adelante, y dar inmediatamente la vuelta para España. Colon se encontró en una de aquellas situaciones mas comprometidas y difíciles en que puede encontrarse un hombre; pero en las que se prueban como en un crisol los grandes genios. Trató desde luego de calmar los ánimos, ya con palabras suaves, ya con lisonjeras promesas; y por último, haciéndoles las descripciones mas pomposas y magníficas de los paises que iban á descubrir; la fertilidad y riqueza de aquellas felices tierras; la abundancia que allí habia de oro y piedras preciosas, y en fin, cuanto su fecunda imaginacion le pudo sugerir en aquellas circunstancias tan críticas y peligrosas. Pero no hay juicio ni razon en donde reina el miedo. Así es que la tripulacion no daba oidos á los raciocinios del almirante, y exigia imperiosamente la vuelta á Europa. Entónces, Colon, poniéndose en pié en meido de aquella multitud alborotada, con voz firme y enérgica, le dijo: „En vano quereis oponeros á la continuacion de un viaje hecho por mandato espreso de nuestros católicos reyes, y no seré yo el que vuelva á presentarse á la presencia de nuestros soberanos sin poderles ofrecer un nuevo y opulento imperio: cesad, pues, de alborotar á la gente, y esperad en la Providencia, que jamas desampara á sus hijos, el cuidado de conducirnos á las tierras, en busca de las cuales hace ya mas de dos meses que caminamos; y si alguno tuviese de hoy en adelante el atrevimiento de suscitar la discordia en la tripulacion; sepa que ejerceré sobre él la justicia del rey." La firmeza y resolucion conque fué pronunciada esta corta arenga, hizo acallar á los revoltosos por algun tiempo; pero sin embargo, no cesaba de vez en cuando la sedicion de asomar la cabeza; pero afortunadamente á muy pocos dias comenzaron á observar señales tan claras y evidentes de la proximidad de la tierra, que era ya imposible dudarlo á pesar de lo frustradas que habian quedado tantas veces sus esperanzas. El 7 de octubre al levantarse el sol, la escaravela Niña, que iba delante por ser mas velera, y porque su gente queria gozar de la recompensa que habian prometido al que primero viese tierra, enarboló una bandera en el mástil, y tiró una lombarda en señal de que veian tierra; pero navegaron todo el dia, y la tierra, en lugar de presentárseles mas distintamente habia desaparecido, porque no era mas que una ilusion.

Por último, la noche del 11 de octubre á eso de las diez, estando Colon sobre cubierta, llevando sus ávidos ojos sobre un horizonte tenebroso, observó una luz que se movia, mas temiendo no fuese ilusion de su deseo, llamó á uno de la tripulacion para hacérsela notar, el cual afirmó que en efecto era luz la que habia visto el almirante.

Con la dulce esperanza de que tenian ya muy próxima la tierra, continuaron su ruta hasta cosa de las dos de la mañana, en que un cañonazo disparado de la Pinta dió la alegre señal de *tierra*, la cual se veia á distancia de dos leguas; por lo que, acortaron velas y se mantuvieron á la capa, esperando con sobrada impaciencia la aurora.

Apénas comenzó á asomar la luz del nuevo dia, cuando vieron nuestros viajeros, no con ménos sorpresa que alegría, presentárseles una bella y frondosa isla cubierta de árboles y de menuda yerba. ¡Cómo poder pintar la multi-

tud de sentimientos que se agolparon á la ardiente imaginacion de Colon, al descubrir por primera vez la tierra que por tanto tiempo habia andado buscando y que le habia costado tantos desaires, tantos disgustos y contradicciones! Por último, habia dado feliz cima á su temerario viaje; habia demostrado prácticamente á los ignorantes que la tierra es esférica; habia confirmado que todo lo vence el valor y la constancia; y en fin, se habia coronado con un laurel que nadie osaria arrancarle de la cabeza. ¿Pero qué clase de tierra era la que acababa de descubrir? Aun no lo sabia: ella parecia ser fértil por lo que tenian á la vista; ¿pero estaria habitada por seres racionales? y en caso de que lo estuviese, ¿cuáles serian sus costumbres y sus leyes? ¿si su fisonomía física y color discreparian de las razas ya conocidas? ¿si seria el pais que tenia á la vista, la célebre Cipango que, segun Marco Polo, abundaba en ricos metales y en piedras preciosas; ó tal vez á pesar de las apariencias de su fertilidad, seria algun pais estéril en donde no se encontrase ni el agua necesaria para templar la sed? Estas y otras reflexiones deben haber asaltado la mente de aquel grande hombre.

Contemplando estaban Colon y sus compañeros con el mas completo arrobamiento aquel magnífico espectáculo, cuando vieron salir de los bosques multitud de gente enteramente desnuda, la cual se agolpaba á la playa, mostrando en sus ademanes, su curiosidad y deseo por ver á los recien venidos; pero cuando observaron que los estrangeros se aproximaban á la costa huyeron despavoridos á los bosques de donde habian salido.

Entretanto Colon saltó á tierra llevando en la mano la bandera real: lo mismo hicieron los capitanes de la Pinta y la Niña, sacando cada uno una bandera: las cuales tenian en el centro bordada una cruz verde con una F al estremo de un brazo y una Y á el estremo del otro, (es decir, Fernando é Isabel) con una corona encima de cada una de las letras. El almirante llamó á Rodrigo de Escobedo, escribano de la real armada, y le ordenó que diese fe y testimonio de que tomaba posesion de aquella isla en nombre de los reyes católicos, de quienes eran fieles vasallos, dándole el nombre de San Salvador.

Concluida que fué la ceremonia, todos se entregaron á la mas completa alegría, haciendo en medio de su gozo las mayores estravagancias: unos corrian de aquí para allá, otros se arrodillaban y elevaban las manos al cielo; otros lloraban y se reian al mismo tiempo, y otros abrazaban á Colon y le besaban, pidiéndole perdon de lo mal que se habian portado durante la navegacion, y jurándole una ciega obediencia en lo sucesivo.

En tanto que esto pasaba entre los españoles, los naturales deponiendo su primer temor, se fueron acercando poco á poco á sus nuevos huéspedes, observándolos con mucha atencion y hablándose entre sí. Viendo ellos que aquellos personajes no se movian (porque así lo habia ordenado Colon), tomaron ánimo y se acercaron mas, hasta tocarles los vestidos, despues los brazos y el rostro, pasándoles repetidas veces las manos sobre la barba, que era lo que al parecer mas les llamaba la atencion. Cuando ya hubo bastante confianza entre los estrangeros y naturales del pais, empezaron á hacerse señas múluamente para poderse entender alguna cosa. Colon les distribuyó abalorios, cascabeles, y cuentas de vidrios que recibian con gran placer, dando ellos en cambio algodon, dardos con puntas de espinas de pescado, y algunos granos de oro. A la vista del precioso metal, todos se apresuraron á indagar el lugar en donde se producia y los isleños les señalaban hácia el Occidente, por lo cual resolvieron reembarcarse y continuar su viaje en busca de las tierras que les habian indicado y era en donde se daba el oro.

Mas de tres meses anduvieron navegando por aquellos mares, en donde descubrieron muchas islas, y entre ellas una muy grande que se llamaba Cuba, muy fértil, regada por muchos rios y cubierta de árboles de todas especies: sus habitantes estaban desnudos lo mismo que en las otras islas que habian recorrido, pero estos en algunos puntos estaban reunidos en poblaciones.

De esta isla de Cuba recogieron los españoles mucho algodon y bastante oro. Cuando habian recorrido muchas islas y cargado sus embarcaciones de todos los efectos preciosos que pudieron haber á las manos, resolvió Colon dar la vuelta á España para dar á los reyes católicos cuenta del término feliz de su viaje y de todo lo ocurrido en él, dejando en una de las islas á quien habian puesto por nombre la Española, algunas gentes, con el objeto de que levantasen un fuerte durante su ausencia y que recogiesen todo el oro que pudiesen encontrar.

Colon en su viaje á España estuvo á pique de naufragar la noche del 14 de febrero de 1493, combatido por una furiosa tempestad, en términos que tuvo por cierto perecer en

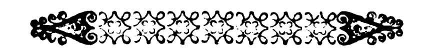
aquella noche fatal, y al efecto escribió en un pergamino el descubrimiento que habia hecho, recomendando á sus soberanos dos hijos que tenia: este pergamino lo envolvió en un paño encerado; y atándolo muy bien, lo metió en un gran barril que arrojó al mar, pensando que si perecia él, aquel barril podia ir á dar tal vez á alguna costa de Europa en donde seria recogido y por este medio se sabria la existencia de un nuevo mundo. Pero la Providencia que vela incesantemente sobre sus criaturas, quiso que Colon se salvase para que pasase á dar cuenta de su noticia á sus soberanos y mandó, como en otro tiempo en Galilea, á los vientos y al mar que se apaciguasen.

Por último, despues de haber sido detenido algun tiempo por los portugueses en su tránsito, arribó felizmente el viérnes 15 de marzo de 1493 á la barra de Saltes, entrando en el puerto de donde habia partido el 3 de agosto del año anterior.

A. Rodriguez.

UNA MADRE ABANDONADA, Á SU HIJO.

[TRADUCIDO DE LAS OBRAS DE BERQUIN.]



DUERME, duerme, bello niño,
De la dicha en la ilusion,
Que tus lágrimas ¡ay! son
Las que aumentan mi cariño
Y penas del corazon.
Cuando afable y suplicante,
Tu padre mi pecho ardiente
Cautivó, ¡mísero infante!
Cual tú lo juzgué inocente
Y cual tú tierno y constante.
Yo sus promesas creí,
Y juramentos tambien;
Mas ¿quién pensaria quien
Se olvidara el cruel de mí
Y de tí, adorado bien?
Duerme, duerme, bello niño etc.

De tu ensueño la sonrisa,
Bálsamo de mi dolor,
Es mas pura que la flor
Movida por blanda brisa
Del sol al primer albor:
Es el hechizo y encanto
Conque tu pérfido padre
Deshecho en ardiente llanto
Cautivó con poder tanto
El corazon de tu madre.
Duerme, duerme, bello niño etc.

Hoy el ingrato me deja
Sin consuelo, sin abrigo;
De tí y de mí se aleja,
Y ni un corazon amigo
Hallo que atienda mi queja....
¡Conque pasion lo queria
Cuando creí era fiel!...
¡Ah! yo lo amo todavia,
Donde habite noche y dia
Mi amor estará con él.
Duerme, duerme, bello niño etc.

¡Aquí lo tengo en mis brazos!
Mis ojos en tí lo ven;
Tu eres su imágen mi bien;
¡Ay! deja que mis abrazos
Reciba el mismo tambien,
Es tu alba frente, su frente;
Tu espresion, sus espresiones;
Mas no guardes sus traiciones,
Conserva niño inocente
Sus hechiceras facciones.
Duerme, duerme, bello niño etc.

Tú no puedes conocer,
Dulce encanto de mi amor,
Cuan triste es el padecer
Y cuan inmenso el dolor
De esta mísera muger!...
Quiera el cielo, niño tierno,
Educarte en la virtud;
Y en el regazo materno
Concederte bien eterno

Y apacible quietud.
Duerme, duerme, bello niño etc.
Yo uniré mi triste suerte
A tu suerte, prenda mia;
A mi lado quiero verte
Hasta que llegue la muerte
Y me hunda en la tumba fría.
Tu aliviarás mi dolor;
Yo aliviaré tu horfandad;
Yo cuidaré de la flor
De tus años, con amor,
Y tu mi marchita edad.
Duerme, duerme, bello niño,
De la dicha en la ilusion,
Que tus lágrimas ¡ay! son
Las que aumentan mi cariño
Y penas del corazon.

(Para el Liceo Mexicano. Pachuca junio de 1844.) *José Sebastian Segura.*

GEOLOGIA.



LA geología es la *ciencia de la tierra*, y abraza mas ó menos directamente todos los conocimientos que tienen relacion con nuestro globo. (1) Algunos la subdividen en tres partes: la *geología física*, que trata de la forma esterior del planeta que habitamos, de sus dimensiones, de la posicion que ocupa en el espacio, de sus movimientos, de su densidad y de su division en líquido y sólido: la *geognosía*, que se ocupa de las materias de que se compone el globo, de su posicion relativa, de su naturaleza y de los fenómenos que tienen lugar en su superficie ó en su interior; y la *geogénia*, que combina los hechos de la naturaleza material para elevarse á sus causas, que investiga las leyes que han presidido á la formacion de las diferentes partes de la tierra, y que, apoyándose en los conocimientos positivos que le suministran la física, la química, la mecánica, la hydráulica y la astronomía, trata de esplicar todos los fenómenos y aun la formacion del mundo. Las dos primeras partes que contienen la enumeracion y el análisis de los hechos, son los que constituyen la ciencia que ha progresado estraordinariamente en estos últimos tiempos. Sin ocuparnos en particular de cada una de las divisiones que acabamos de considerar, comprenderemos en tres artículos lo que vamos á decir sobre la Geología: 1.º, historia de esta ciencia, 2.º, esposicion de los hechos, y 3.º, ojeada sobre algunos sistemas.

[1] Segun nuestro sabio D. A. del Rio, la geología es la ciencia que investiga los cambios sucesivos de los reinos orgánico é inorgánico de la naturaleza, y las causas de estos cambios, y su influjo para modificar la superficie y estructura esterior de nuestro planeta.—(Nota del traductor.)

ARTICULO I.

Historia de la geología.

La geología habria hecho progresos positivos mucho tiempo ha, si los que se dedicaron á ella no hubieran recorrido el círculo de todas las probabilidades, ántes de verse precisa dos á ocurrir al Génesis, que es el primer monumento que suministra á esta ciencia datos útiles sobre la formacion de la tierra, y cuyas doctrinas, bien consideradas, no se oponen á las observaciones que posee la geología, pues pueden apreciarse los dias de la creacion como alternativas de luz y de tinieblas, de un tamaño indeterminado, ó como épocas, cuya duracion nos es desconocida. De esta opinion fueron Buffon, De Luc, el padre Bertier y otros sabios, que deseaban conciliar el respeto que les ins-

piraban los libros sagrados, y su amor á la ciencia.

Exceptuando las ideas que acerca de la creacion, del caos y del diluvio universal encontramos vagamente esparcidas entre los antiguos, y exceptuando tambien algunos pasages de Hesiodo, Ovidio y Virgilio, nada se ve en la antigüedad, que pueda hacer creer que se ocupasen en el conocimiento del globo terrestre. Verdad es que el mas antiguo de los físicos, Tales, consideraba el agua como el principio constitutivo de la tierra, y que esta opinion fué renovada entre los griegos por Epicuro, y despues por Lucrecio; pero media una gran distancia entre la ciencia y este sistema. Strabon es el primero que hace mencion de los fósiles tan generalmente esparcidos, y Plinio, cuyos conocimientos fueron tan variados, ha consignado en su obra un gran número de observaciones que pertenecen á la geologia. Desde esta época hasta fines del siglo XV, no se encuentra nada que pueda manifestarnos lo que pensaban los hombres acerca del origen y la arquitectura del mundo; pues hasta principios del siglo XVI fué cuando Jorge Agricola dió á luz dos obras, titulada una, *De re metallicá*, y la otra, *De ortu et causis subterranearum;* y estas producciones, que despues han servido á muchos sabios, comenzaron á manifestar el interes que presenta el estudio de la tierra; mas en vez de estudiar á la naturaleza, se quiso esplicarla, y con el siglo XVII aparecieron la serie de sistemas, que desde entónces han invadido y frecuentemente sofocado la ciencia. En 1681 Burnet publicó en Inglaterra su *Teoría del mundo*; en 1708, Guillermo Whiston la destruyó dando otra. Scheuchzer, Bourguet y Swedenborg, publicaron sus hipótesis, refutando siempre las de sus predecesores. Todos estos *fautores* de mundos tomaron el agua por agente principal de las perturbaciones que se veian precisados á suponer: mas cuando comenzó á agotarse este medio, recurrieron al fuego, y el famoso Leibnitz, en su *Protogaa* representa al globo terrestre como una masa vitrificada por un fuego ardiente; y Buffon aunque partiendo del mismo principio, le atribuye en sus *Epocas de la naturaleza*, un modo distinto de obrar. Stenon y Ray, buscaron en los volcanes la causa de todas las revoluciones del globo, pero no pasó mucho tiempo sin que se volviese á recurrir al agua, pues el ingles Whiturst y el sueco Wallerius, representaron á la tierra como un depósito acuoso, y no como una ampolla. Todos estos edificios concebidos por la imaginacion, y tan pronto construidos como derribados, manifestaron la necesidad de dar otro giro al entendimiento humano, y se conoció que ántes de construir el mundo, era preciso analizarlo y examinar cuanto fuese posible, pieza por pieza, todas las partes de su estructura. Bacon trazó el camino que debia seguirse en el estudio de todas las ciencias, multitud de sabios comenzaron á seguirlo, y miéntras Newton ilustraba la física y la astronomía, Bergman publicaba su *Geografía física*, y Fuchsel presentaba á la Alemania su *Historia terrae et maris etc.*, que aun todavía seria un buen manual de geología. No obstante, hasta fines del siglo XVIII hicieron salir á las ciencias geológicas por decirlo asi, de las entrañas de la tierra, las inmortales investigaciones de varios ingenios distinguidos. Saussure estudia los Alpes y va á pesar la atmósfera á la cúmbre del Monte-Blanco; Werner, quien por sus grandes trabajos merece ser llamado el creador de la geognosia, clasifica las rocas y señala el lugar que cada sustancia mineral ocupa en la corteza del globo terrestre; Dolomieu interroga á los volcanes; Voigt describe los basaltos, y Spalanzani, célebre profesor de Pavia, desciende á todos los cráteres de la Sicilia, analizá todas las lavas, y por medio de sus ingeniosos esperimentos, mide la intensidad de los fuegos subterráneos. De Luc, Pallas, Patrin y Ramond, enriquecen á la ciencia con multitud de observaciones útiles, y poco á poco se comparan las diversas partes del globo y se manifiestan sus analogías y sus diferencias; y hoy merced á los muchos viages emprendidos y ejecutados de 30 años á esta parte, cada sabio sin salir de su gabinete puede examinar las cumbres de los Andes, el pico de Tenerife, los fuegos del monte Hecla, los paises de la Auvernia, las rocas levantadas de la Westfalia y los cráteres del Etna. Brochand de Villiers, Mohs, Escher y Ebel, han analisado los Alpes; Ramond los Pirineos; d'Engelhardt el Cáucaso; Omalius d'Halloy ha descrito la Bélgica y la Francia; Freiesleben, Heim, Voigt y de Hoff han esplorado la Franconia y algunas otras provincias del norte; de Raumer la Sajonia y la Silesia; d'Aubuisson y Charpentier han recorrido diferentes puntos de Europa; M. de Buch ha interrogado á las montañas de la Noruega, á las de Italia y á las de varias islas de Africa; la Hungría y la Transilvania han sido descritas por Esmark, la Suecia por Haussmann, la Inglaterra por multitud de sabios ingleses, y por último, Humboldt, el sabio universal, la inteligencia mas vasta del siglo XIX, ha seguido á la naturaleza en todas las partes del mun-

do, y despues de haber examinado las cumbres de los Andes, las minas de las montañas de la Siberia, y los volcanes del interior del Asia, ha entregado á los sabios una asombrosa multitud de materiales. Estos estudios tan multiplicados, han dado lugar al descubrimiento de un hecho de gran importancia para la geología, y es la existencia de diversas especies de fósiles en distintas capas terrestres. Antes de esto los restos de los cuerpos orgánicos, encontrados en las masas minerales no habian sido considerados sino como un accidente en el depósito general; pero desde que multiplicadas observaciones demostraron que profundizando en las entrañas de la tierra, se encontraban restos de animales diferentes de las especies vivientes, y algunos del todo distintas, se dedujo que la sola inspeccion de un fósil podia servir para determinar la profundidad del terreno en que se encontraba; y desde entónces el conocimiento de los fósiles fué indispensable á todos los que se ocupan en el estudio de la tierra. Cuvier y Brongniart han trazado el camino que debe seguirse en el estudio de los fósiles, enriqueciéndolo con multitud de trabajos importantes; y Blumenbach y de Schlottheim en Alemania, Buckland, Mac-Culloch y Conybeare en Inglaterra, han rivalizado con sus modelos, y pronto poseeremos los materiales necesarios para completar la zoología y la botánica anti-diluvianas. Sin hablar de los que se dedican á trabajos geológicos en Inglaterra, Prusia, Rusia, Alemania é Italia, la Francia posee muchos sabios dedicados esclusivamente á esta ciencia, M. M. Elie de Beaumont, Ferussac, Bouée, Rozet, Jobert, Alejandro y Adolfo Brongniart, Omallus d'Halloy y muchos otros trabajan con tanto celo como buen éxito en la propagacion de las ciencias geológicas. En Europa se publican cerca de 200 periódicos, revistas y recopilaciones académicas destinadas mas ó ménos directamente á reunir los documentos que les suministran los geólogos de todos los paises. Esperamos que todos los sabios, mas circunspectos y ménos crédulos que ántes, se detendrán algun tiempo en examinar los fenómenos, en considerar atentamente los hechos y en describir la naturaleza, en vez de gastar su energía y agotar sus fuerzas en construir sistemas que deben morir con sus autores ó poco despues; recordando siempre que la geología no fué una ciencia sino desde el dia en que se abandonaron los sistemas.

(Continuará.)

En su correspondencia astrónomica demuestra el baron de Zach que el imperio Ruso es probablemente mas estenso que todo el continente de la luna, suponiendo que en este planeta, aun en el nuestro, ocupen los mares los dos tercios de la superficio total.

El cálculo no es ni difícil ni largo. El diametro de la luna es de 283 leguas, su superficie es de 2.505.261 leguas cuadradas. Quítense los dos tercios y quedarán 835.87 leguas cuadradas pasa el continente. La Rusia, segun las evoluciones hechas en 1818 estiende su dominacion sobre una superficie de 958.872 leguas: aventaja al continente lunar en 113.885 leguas cuadradas. No se han comprendido en este cálculo las partes de América que pertenecen á la Rusia.

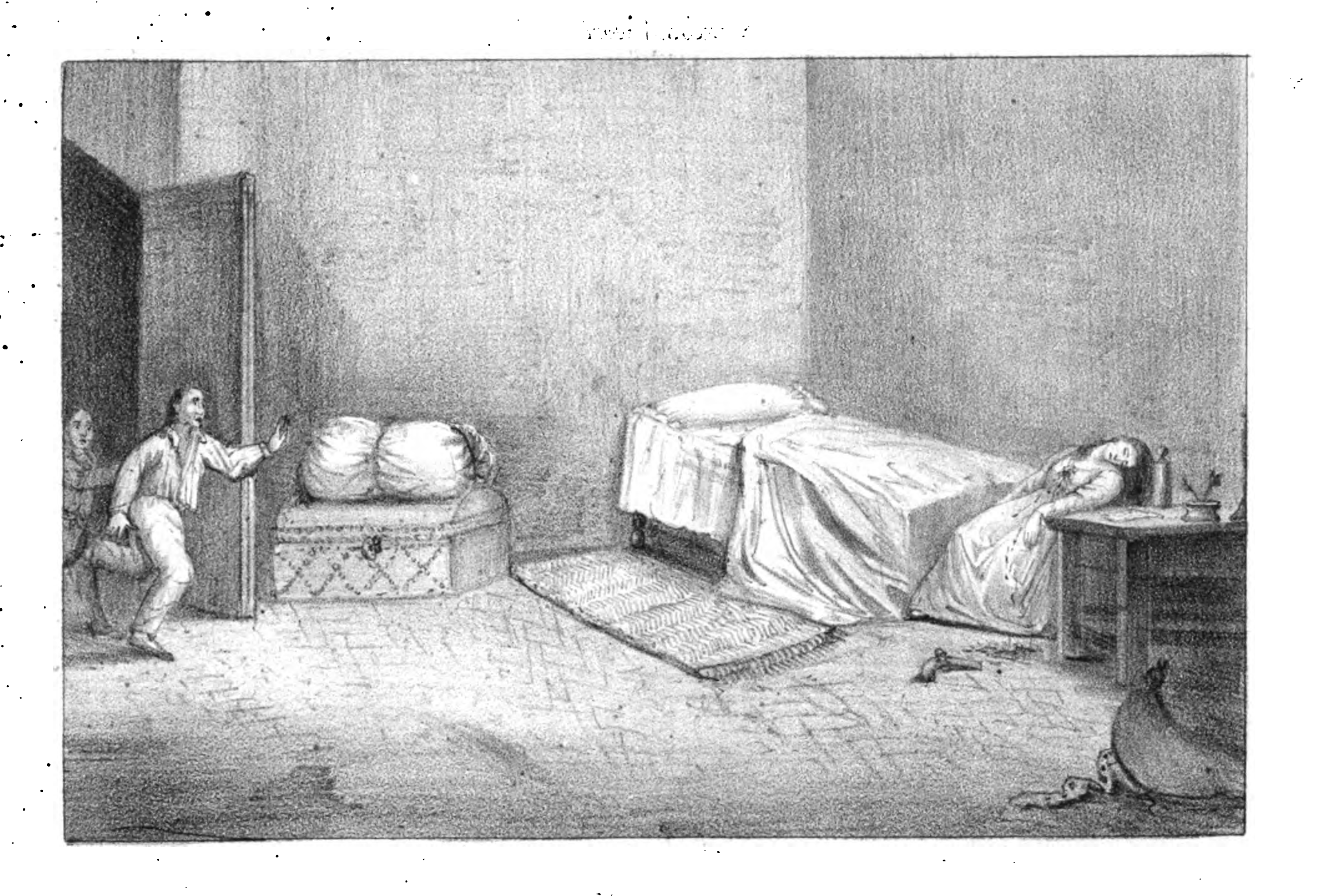
El hombre que muere es un astro que se opaca para brillar despues mas en otro emisferio.

Goethe.

No debe uno dejar su puesto sin permiso del que manda; el puesto del hombre es la vida.

Pitagoras.





MARGARITA.



EN un aposento ricamente adornado, se mira una jóven vestida con elegancia y sencillez, que recostada en un sofá, con la mano en la megilla y los ojos fijos en el suelo, da muestras de estar profundamente pensativa. Abrese una puerta, un hombre de cerca de cincuenta años y de fisonomía adusta, se dirige hácia la jóven, se sienta á su lado, y despues de unos momentos de silencio, le dice.

—¿Cuál ha sido tu resolucion, Margarita?

—¡Ah padre mio! qué quereis que os diga.

—Te has convencido ya de las ventajas que nos trae este matrimonio.

—Sí, pero queria sin embargo....

—Como! rehusarias dar tu mano á D. Cárlos!

—No.... pero soy tan jóven todavía: tan poco me amais, que os dais tanta prisa á separarme de vuestro lado? Ya que tanto os empeñais en que este enlace se verifique, dilatadlo siquiera un poco, miéntras tengo tiempo de tratar á D. Carlos, á quien mal puedo amar cuando apénas le conozco.

—Di mas bien, repuso D. Diego, frunciendo el entrecejo, y dando mas aspereza á su fisonomía, que alguno de esos mosalvetes insustanciales que hoy estan en moda....

—No padre mio, os lo juro, ninguno puede llamarse, hasta ahora dueño de mi corazon.

—Es verdad que D. Carlos no es muy jóven; pero tampoco es viejo, y ademas, sus riquezas y su influjo en el gobierno, hacen que sea un partido ventajosisimo para cualquiera muchacha. El amor á él, le irás teniendo poco á poco, cuando veas que satisface todos tus deseos, y que te proporciona en el mundo un lugar distinguido.

—¿Y juzgais esos, suficientes motivos para que le ame? no nos bastan las riquezas que ya poseemos? Por otra parte, os habeis visto en los mas altos empleos, y debeis buscar ya la tranquilidad, despues de haber sufrido todos los vaivenes y las inconstancias de la fortuna.

—Mi palabra está empeñada; D. Carlos y yo hemos concertado este casamiento, y de no cumplir mi promesa, podrian sobrevenirnos graves males.

—Dilatadlo no mas, algunos dias, os lo suplico.

—Es imposible.

—Pensad que se trata de la felicidad de vuestra hija; no querreis hacerla desgraciada, estoy segura de ello.

—Desgraciada! no lo serás obedeciendo á tu padre: dentro de ocho dias se verificará tu matrimonio.

—Señor, os lo pido por la memoria de mi madre; no me hagais desgraciada.

—Dentro de ocho dias repuso secamente D. Diego, y dejó á su hija sola, entregada á la desesperacion. Era Margarita una niña tan cándida y sensible, como hermosa, una de esas criaturas privilegiadas que se gozan con la dicha de sus semejantes, y derraman lágrimas con los padecimientos del desgraciado; que alargan sonriendo, un pedazo de pan al mendigo que implora su compasion, y estrechan contra su seno, colman de caricias y alivian en su soledad al niño desventurado que gime huérfano en la tierra; en fin, uno de esos ángeles de caridad que nos manda el cielo de cuando en cuando, para hacernos llevadera nuestra dura peregrinacion por este valle de dolores.

Don Diego, por el contrario era un ambicioso, idólatra del oro, hasta sacrificarle lo que el hombre mira como mas sagrado; de alma fria é insensible, que con el compas del egoismo en la mano, no reia, ni lloraba, sino por cálculo, y sin que su corazon latiese mas aprisa, cuando al parecer, le abatia la tristeza, ó cuando daba señales de la mas estrepitosa alegría.

Salió, pues, D. Diego á dar sus órdenes para el cumplimiento de la próxima boda, y Margarita se quedó repitiendo con voz ahogada por el llanto, „dentro de ocho dias.»

II.

Dos años despues se paseaba Margarita, una

tarde, en el jardin de una casa de campo, y en su fisonomía se retrataba la mas honda tristeza. Sus miradas abatidas, su andar lento y la indiferencia con que al parecer respiraba el aroma de las flores, y sentia halagadas sus sienes por la brisa balsámica del jardin, todo manifestaba claramente las penas que atormentaban su corazon. Era ya esposa de D. Carlos, hombre de cuarenta y cinco años, y que en dos que llevaba de casado con Margarita, no habia tenido ni una caricia, ni una palabra de amor para la pobre jóven: indiferencia, desvío, ved lo único de que sabia usar para con ella. El amor de D. Carlos ántes de casarse, se redujo al siguiente raciocinio: „mi caudal sube á tantos pesos; Margarita tiene igual cantidad, luego si me caso con ella veré duplicadas mis riquezas, miéntras que si otra fuere mi esposa, sin tener nada, mi capital quedará reducido á una mitad, porque no se le aumentará un maravedí, y lo gastaremos entre dos, que al fin, una muger que pasa de la miseria á la opulencia, gasta sin medida y.... no hay duda, me decido por Margarita.»

Ella virtuosa, sensible, en una edad en que el interes no es el móvil de nuestras acciones, se figuraba en sus sueños de felicidad, un hombre tierno, apasionado, que pagase su amor, con amor solamente, un hombre en fin, que si existe, no pertenecerá por cierto, á la clase elevada de nuestra sociedad. No obstante, habia empleado todos los medios posibles para conquistar el corazon de su esposo, y aunque veia burladas sus esperanzas, á fuerza de virtud sobrellevaba con resignacion una vida tan amarga.

Sentóse finalmente debajo de un arbol frondoso, despues de haber recorrido el jardin, y pocos momentos despues se le acercó D. Pablo, un jóven libertino y sin conciencia, íntimo amigo de D. Carlos, que no ignoraba el cálculo comercial de este para casarse, y el descontento de Margarita.

--Porqué tanta tristeza, Margarita, la dijo, con voz dulce, y dirigiéndole una mirada de vivo interés.

—Ah! no estoy triste, contestó sonriendo amargamente y dando muestras de querer levantarse.

--No se incomode V., varios amigos mios y Carlos con ellos, están á poca distancia de nosotros: mírelos V.

Tranquilizóse Margarita, y D. Pablo con el lenguaje artificioso y astuto de un hombre sin fé, prosiguió.

--Tal vez algun disgustillo con Carlos....

--Caballero! quien le ha dado á V. derecho..

--No lo lleve V. á mal, quiero tanto á Carlos y me intereso tan vivamente por V! Es un poco desabrido, es cierto; pero su corazon es excelente, y V. debe tener bastantes pruebas de que la ama tiernamente. ¿Y como podria no amar tanta hermosura y tanta virtud? De mí, digo, que daria mi vida por la felicidad de V., por no causarla la menor desazon; que á ser esposo de V., hubiera sido toda mi vida el amante mas obsequioso, mas fino....

—Ya es demasiado, cree V. que si mi esposo oyese tal lenguaje....

--Estoy seguro de que sabria conocer lo puro de mi afecto, y haria justicia á mi amistad.

Levantóse Margarita precipitada, sus megillas se encendieron, un estremecimiento involuntario agitó instantaneamente sus miembros, su corazon latió con violencia, y con voz turbada:—Vamos á unirnos con Carlos, dijo. D. Pablo le ofreció el brazo; ella rehusó por un momento, mas tuvo por fin que ceder y se dirigieron ambos hácia donde estaban en conversacion varios jóvenes con el esposo de Margarita.

¿Mas porqué tal turbacion, tal desasosiego de aquella pobre jóven?

Quien sabe; mas D. Pablo no era la primera vez que trataba de envenenar con su aliento ponzoñoso aquella flor delicada y hermosa que empezaba ya á marchitarse sin abrigo: Margarita era una criatura sencilla, y para la cual era desconocido el fingimiento, el lenguaje del seductor era siempre tan amoroso, tan apasionado.... pobre Margarita! tàl vez luchaban en tu corazon el deber y el amor; mas por esta vez triunfó el deber.

III.

Con que has conseguido salirte con la tuya, querido mio; decia á D. Pablo en un café un jóven elegante que le acompañaba.

--Sí, por fortuna, amigo mio; la intriga que me habian formado estuvo á punto de echarme á rodar, pero al fin he vencido y el destino es mio.

--¿Y qué intriga era esa?

--El otro pretendiente era astuto y no perdia tiempo: se me anticipó y le hizo un regalo magnífico al Sr. L. de quien pendia la provision del destino: es claro que yo era hombre perdido, porque el numerario estaba escaso y no podia yo hacerle otro regalo que le inclinase mas á la justicia, que el de mi rival. Mas de pronto, recuerdo que la querida de D. L. no me era absolutamente desconocida, voy á ver-

la, renuevo mi antigua amistad, la hago interesar fuertemente en mi favor, y como ves, mi buen competidor, perdió dinero y empleo, y yo no gasté el primero y conseguí el segundo.

—Bravísimo, chico, bravísimo, te doy mil parabienes por tan glorioso triunfo. Ah! tú si que puedes decir con verdad que aseguraste tu fortuna! Un empleo en la aduana marítima de Mazatlán! No pierdo las esperanzas de alcanzar, por influjo de mi tio otro igual ó semejante. ¿Y cuándo es la marcha?

—Debia verificarse dentro de tres dias, mas siempre tendré que aguardarme otros tres mas para dar tiempo á que el marido se ausente y.... ya me comprendes.

—Qué! tambien en esto has logrado tu intento? Vamos, Pablo, eres el hijo mimado de la fortuna.

—Qué quieres, con algun ingenio y una regular dósis de constancia, se hacen maravillas. Desde que murió D. Diego, Carlos trataba á Margarita, no solo con desvío, sino con positiva aspereza, todos los dias la reñia por el mas insignificante motivo, y aun llegó á decirla una vez, que no la amaba, y que un compromiso con D. Diego, le habia estrechado solamente á tomarla por esposa. La pobre muchacha ponia el grito en los cielos, se desesperaba, y entónces tenia lugar perfectamente mi papel de consolador. No niego que tuve mucho que luchar con la rancia virtud de mi adorada paloma, pero al fin, las circunstancias eran para mí de tal suerte favorables, que todo salió á pedir de boca. Con que ya comprenderás que Margarita va conmigo, y por lo tanto es preciso aguardar á que se aleje mi buen amigo Carlos.

—Vamos, eres un calavera en toda la estension de la palabra. ¿Pero qué no temes las consecuencias de un paso tan atrevido? ¿Crees que el marido, cuando lo sepa, se quedará mano sobre mano?

—Ja, ja, las alzará al cielo, amigo mio, la carga le parece harto pesada, para que no quiera librarse de ella.

—Puedes darle lecciones al mas pintado.

—No tal, la suerte se ha empeñado en proteger mis amoríos, y ademas, soy un tanto despreocupado.... y activo.

—No echaré en saco roto tus lecciones.

—Eres muchacho vivo y puedes aumentar considerablemente el número de tus conquistas.

—No olvides despedirte de mí.

—Ni tú dejes traslucir en lo mas mínimo mi secreto.

—Adios buena alhaja.

—Adios.

IV.

Traslademonos ahora á Mazatlán, despues que han transcurrido tres años, y en un cuarto miserable, alumbrado por una lámpara opaca, veremos á un hombre pálido, y de ojos desencajados, paseandose con agitacion y murmurando algunas palabras con tono melancólico.—Todo se ha perdido, decia, ningun recurso me queda aquí para subsistir, es indispensable volver á México; allí con empeños... ¿mas porqué ha caido sobre mí esta desgracia, cuando otros de peor conducta que yo se mantienen en sus empleos y jamas son castigados? Mas qué dudo! imprudente! Haberme desavenido con ese comerciante rico, debia perderme; me cegó la codicia. Si me hubiese contentado con el dinero que me ofrecia por el contrabando!.... y lo peor es que nada tengo, porque el maldito juego.... Esa muger me estorba y aumenta lo desesperado de mi situacion; es preciso deshacerse de ella. La llevaré conmigo á México, donde tal vez puedo recobrar mi destino, y allí la dejaré; su marido podrá compadecerse de ella, ó si nó sus parientes. Y sobre todo, qué me importa! harto apurada es mi situacion para que busque quien la agrave. No la diré sin embargo donde vamos, porque estoy seguro de que se negará, fingiré que nuestra marcha es á otro lugar cualquiera, al cabo no conoce mas camino que el que tragimos de México, y llevándola por otro estraviado.... Sí, partiremos dentro de dos dias.

Al llegar aquí D. Pablo, se presentó una muger hermosa, con el cabello suelto; era Margarita. Sus ojos antes tan apacibles, tan seductores, estaban ahora apagados, y sus megillas de rosa habian perdido su color y su frescura. Tres años de arrastrar una vida de remordimientos, habian bastado para arrancarle aquella belleza incomparable de una alma inocente y sin mancha, que anima las facciones de un rostro juvenil. Desventurada! todo se conjuró para perderte! mas cobra ánimo, empapa con tus lágrimas los piés de Jesucristo, como la pecadora del Evangelio, y tu alma tornará á despedir la suave fragancia de la virtud, y ceñirá otra vez tus sienes la resplandeciente aureola de la pureza.

—Deseaba verte, la dijo D. Pablo, he meditado ya el único partido que me resta, y es indispensable no perder un momento.

—¿Qué has resuelto?

—Pasado mañana saldremos de aquí para....

Puebla, á donde debo ir á recoger una cantidad de dinero que me debe un comerciante.

—Mas.... tan cerca de México.... Dios mio, moriria de vergüenza, si por cualquier accidente llegase á verme alguna persona conocida. ¿No ves que estoy cubierta de oprobio..... y mi marido..... mis parientes.....

—Nada te apure, estaremos en Puebla dos dias á lo mas, y ya ves que en tan corto plazo es imposible que te vean si usas de alguna precaucion.

—Está bien, repuso Margarita, con voz débil, haz de mi lo que quieras. Ah! por desgracia mia estoy unida contigo por los lazos del crímen, y estos lazos tienen dureza de diamante.

—Señora, está V. muy necia de poco tiempo á esta parte.

—Ingrato! me tratas con tanta aspereza, sin recordar que tú eres la causa de mi perdicion, le contestó Margarita con amarga sonrisa.

—Estais muy enfadosa por vida mia!

Y salió D. Pablo dejando á la pobre muger luchando con sus remordimientos.

V.

A los dos dias caminaban para México D. Pablo y Margarita, juzgando siempre la última que se dirigian á Puebla. Llegaron por fin á México, ya entrada la noche, por industria de D. Pablo, y Margarita, ciega por su oprobio, no conocia aun la perfidia del monstruo que la habia seducido, apesar de estar ya en una de las calles de la ciudad. Llamaron á la puerta de un meson, pidieron posada, y despues de haber entregado al huésped los dos caballos que les habian servido en el viaje, subió D. Pablo á Margarita al cuarto en que debia hospedarse. A pocos momentos se separó de ella, y buscando al posadero, antiguo conocido suyo, y hombre de conciencia no muy escrupulosa, le dijo.—Toma, Nicolás este dinero que es lo único que me queda, y acuérdate de que somos amigos viejos.

—En qué puedo servir á V., Señor?

—Esa muger que viene conmigo cree que está en Puebla, amigo mio, y es necesario hacer porque no salga de su engaño, por lo ménos en tres dias que será el tiempo que yo dilataré en marcharme.

Contóle entónces su historia y sus proyectos, y como en los tres dias tenia esperanzas de recobrar su destino; y en caso que no, que habia pensado partir siempre para San Luis Potosí, en busca de un tio viejo que le queria entrañablemente, y con el que estaba seguro de encontrar amparo. Oyóle atentamente Nicolás, y le prometió hacer cuanto estuviese en su mano para engañar á Margarita, y para disculpar á D. Pablo de su tardanza; despidiéronse y se fué D. Pablo repitiendo con gozo: ,,ya soy libre.»

Entre tanto, la infeliz Margarita quedaba llena de inquietud y de fatales presentimientos; pasó la noche sin que el sueño cerrase un momento sus párpados, y al siguiente dia preguntó á Nicolas qué habia sido de D. Pablo.

—Pierda V. cuidado, señorita, contestó el posadero, seguramente sus negocios no le han dejado volver. Me encargó que tranquilizase á V. en caso de tardarse, y que no la dejase ver de nadie, y me aseguró que les importaba á vds. dos salir de aquí cuanto ántes.

—Es verdad; ¿y donde estamos?

—Cómo donde? en Puebla señorita.

Cobró alguna confianza por entónces Margarita, mas viendo que pasaba mucho tiempo y que D. Pablo no volvia, sus sospechas tomaron nueva fuerza, y su espíritu fué presa de la mas violenta agitacion. Tal vez este hombre, decia para sí, está de acuerdo con Pablo: sí no, porqué tanto tardar? Al entrar en la ciudad me pareció que reconocia..... ah! si pudiese yo ver por una ventana la calle.... informarme.... Pero ese Nicolás no me pierde un momento de vista; como haria para alejarle de mí un poco, no mas el tiempo necesario para correr á una ventana ó para preguntarle á alguno.... Ah! infame, abandonarme! seria posible? Y qué lo dudo de D. Pablo, de ese hombre inicuo, que me empujó al abismo? ¿Y si estoy en México, y mi marido, mis parientes, mis amigos, llegan á saberlo.... oh! Dios mio, primero la muerte.»

Tres dias mas pasaron y la pobre muger cada instante sentia mas y mas abrasada su cabeza por un fuego devorador; sus sospechas eran ya casi realidad, pero todavía no palpaba su desengaño. Observó que Nicolás se habia retirado, y aprovechándose de la oportunidad, corrió á una ventana del meson, que daba á la calle, y asomando la cabeza, comenzó á mirar con ojos desencajados los objetos que se le presentaban. ,,No hay duda, México.... México».. esclamó con la risa de un loco.

—Mas que voces son esas, Dios mio oís....! oís.... á mí se dirigen: mira, mira á la prostituta.... No, infames; no me vereis jamas. Cerró la ventana con violencia convulsiva, se encerró en su aposento, y desde un rincon cual si la persiguiesen algunos asesinos:—dejadme, dejadme por piedad, decia á gritos: buscadlo á él, á ese malvado. Mas.... no haceis caso.... soltad.... soltad.... adonde me llevais.... quienes sois.... oh! ya miro vuestros rostros infer-

nalés.... Virgen Santísima!.... tened misericordia de mí. Y cayó en el suelo desmayada, con la violencia del frenesí. Así estuvo hasta ya entrada la noche, á la hora en que el posadero fué á llevar luz á su aposento. Encontróla caida en el suelo, dirigióse inmediatamente á ella, señorita, señorita, comenzó á decirle haciendo por levantarla; entónces Margarita, como si despertase de un profundo sueño, se restregó los ojos muy despacio, y fijándolos en Nicolás—¿quién sois, le dijo, con la mayor calma?

—Nicolás, señorita: ¿qué os ha sucedido?

—Nada, contestó Margarita, reflexionando profundamente; un ligero desvanecimiento.... pero ya pasó: y dirigiendo una mirada cuidadosa en su derredor, prosiguió: me alegro de que hayais venido, os habia menester.

—Mandadme.

—Dónde está la silla del caballo en que venia Pablo?

—En mi cuarto, señorita.

—Id á traerla. En ella tengo guardados algunos.... papeles que me interesa ver.

—Vuelvo al momento.

Volvió en efecto, Nicolás, llevando la silla que le habia pedido Margarita; y esta, examinándola disimuladamente vió que tenia lo que buscaba, y eran dos pistolas.

—Está bien, dijo á Nicolás. Hacedme ahora el favor de darme papel y tintero.

—Encontrareis uno y otro en el cajon de esa mesa.

—Gracias, amigo mio, dejadme ahora. Solamente os encargo que volvais mañana temprano, á llevar una carta á su título.

—Sereis obedecida.

Fuese Nicolás, y habiéndose quedado sola Margarita, sacó una de las pistolas, la examinó cuidadosamente, se convenció de que estaba cargada, la puso sobre la mesa y sacó del cajon el papel y el tintero. Ya que estuvo todo dispuesto, se recostó en la cama para descansar de la fatiga que le habia causado su delirio.—Veinticinco de marzo, decia; hoy hace seis años que me casé; lo recuerdo bien. Era una noche de luna, habia en el cielo esparcidos negros nubarrones, emblemas quizá de mi destino. La bulliciosa algazara de los convidados y los acentos de la música sonaban tristemente en mis oidos; eran las cuatro, las cuatro de la mañana, cuando pronuncié el *sí* tremendo. ¡Oh gran Dios! por qué no morí entónces! Y ahora, á las cuatro dejaré de existir. Siento en mi corazon un peso que lo agobia.... será miedo? Ah! no.... miedo no; ¿por qué he de sentir dejar el mundo? al contrario, la muerte me libra de la vergüenza, de la ignominia... Sin embargo, aun el pobre mortal que atraviesa la vida, ébrio de tribulacion y de amargura, siente llegar al término.... ¿Y Pablo.... ah! ese nombre me hará aborrecer la vida lo suficiente para dejarla sin pena. Traidor! qué le costaba haberme abandonado en otra parte.... pero ah! tiene de cumplirse mi destino."

En tan tristes reflexiones pasó un buen espacio, hasta que el reloj de S. Francisco daba los tres cuartos para las cuatro.—Ya es hora, dijo levantándose y dejando desprender de sus ojos una lágrima; esta lágrima, añadió, es por mí.... sí, por mí.... tal vez será la única que se derrame por la pobre Margarita....

Sentóse á la mesa, tomó la pluma, y comenzó á escribir con mano firme: su rostro estaba cubierto de mortal palidez, lánguidos sus ojos, su cabeza apoyada en una mano, y su cabello suelto descendiendo parte por su espalda, y parte cubriendo aquel seno mórvido que se dilataba y se contrahia blandamente.... qué hermosa estaba! Quién creyera que iba á sellar con un crímen todos los demas!

,,A D. Cárlos de L..... México 25 de Marzo. —Hoy hace seis años que se verificó nuestro matrimonio; tal vez recordareis.... aquella noche..... eran las cuatro..... me arrancasteis un *sí*, que va á matarme ahora. Quiero que lo sepais, no para excitar vuestra compasion, porque bien sé que no la conoceis, sino para dejaros, al salir de la vida, un eterno remordimiento. Mi seductor ha partido ya, tal vez, pero no se os olvide darle parte de mi suceso: él y vos mereceis ser amigos. Y mi padre.... ah! no.... horrible pensamiento, mi padre fué seducido por vos.... ninguna culpa tuvo de mi perdicion....

Padre mio! Madre mia... pronto nos veremos.... Una.... dos..... tres....

En ese momento se escuchó una terrible esplosion, acudieron el posadero y otros, con el fin de averiguar qué habia sucedido, y encontraron á Margarita bañada en su sangre.... Ya habia espirado.

J. N. Navarro.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA,

Obispo de la Puebla, electo arzobispo de México, visitador de la Nueva España, decano del consejo de Indias, limosnero, predicador de la emperatriz Doña María Ana, décimoctavo virey de la Nueva España, 1642.

1642.

Ya hemos visto como entró el venerable Palafox en el gobierno de la Nueva España, cuyo gobierno no sabemos si llamar filantrópico ó pernicioso, puesto que de todo participó. Empuñó el baston poco tiempo, pero fué el preciso para hacer algunas cosas que conserven su memoria. La historia y antigüedades mexicanas le mirarán siempre como hombre perjudicialísimo, habiendo mandado destruir las estatuas ó ídolos que en recuerdo de las victorias obtenidas en la conquista se conservaban en algunos edificios arrastrado de un celo religioso demasiado exagerado.

Por otra parte, la humanidad, la justicia, las letras, las ciencias, las artes, la patria tienen que tributarle recuerdos gratos: su amor á los indios fué estremado: se empeñó tanto en la pronta administracion de justicia, que aun suspendió á oidores íntegros porque no la daban pronto despacho; arregló las ordenanzas de la audiencia, ordenó los estatutos de la universidad, levantó doce compañías de milicias que disciplinó para la defensa en caso de una tentativa de los portugueses, visitó los colegios sujetos á la jurisdiccion secular, arreglándolos; por último, no quiso en prueba de su desinterés, recibir el sueldo de virey y visitador. Todo esto en cinco meses que gobernó como virey y dos años de visitador, concluyendo el primer cargo el 23 de noviembre.

Logró ademas, que fué mucho lograr, que los religiosos que desempeñaban curatos se sujetaran á exámen, cuando en Puebla sintiera una tenaz y decidida oposicion. Informada la córte de los abusos que en este particular se cometian, deseando remediarlos, proveyó por una real cédula, que para que conservasen la administracion de los Sacramentos y el cargo en general de curas párrocos necesitaban ser examinados y aprobados por los ordinarios de los lugares. Acostumbrados á mudarlos á su arbitrio en los capítulos generales y á no dar cuenta á persona alguna del desempeño del ministerio, desagradábales la sujecion que de nuevo se les ponia, y pidieron al virey, (fué esto en tiempo de Cadereita, año de 40), que suspendiera tal resolucion por los males que resultaban á los religiosos. Hízolo así en efecto, mas no del mismo modo el Sr. Palafox, que llegando á su obispado de los Angeles, comenzó en todos los curatos de regulares á prevenir á los párrocos que pasasen á examinarse, y como no quisiesen hacerlo, ponia en las hermitas la parroquia, que confiaba á un clérigo. Exceptuóse solamente Atrisco (Atlisco), en donde estaba un benemérito religioso franciscano que habia sido provincial, el cual se sujetaba á exámen, y aprobado se le dió colacion canónica del curato que desempeñaba á satisfaccion del diocesano. Los demas, tanto se resistieron, que ni aun capítulo se celebró en aquella época en la provincia del Santo Evangelio durante cinco años. Mas al fin, viendo al Sr. Palafox que reunia los principales cargos del reino en lo civil y eclesiástico, tuvieron que resignarse y se presentaron todos los beneficiados á exámen, cuando antes se quejaron á la audiencia, que se escusó de oirlos porque era su visitador. Betancourt que en esto debe mirarse como parcial, dice, que fueron muchas las injurias hechas á los regulares por el pueblo á instigacion de los clérigos seculares, de

modo que se vieron aquellos obligados á encerrarse por mucho tiempo dentro de sus claustros sin salir ni aun para buscar el alimento que algunos fieles movidos de cariño les llevaban.

Terminó, pues, su encargo de virey sin haber dejado el de visitador, que continuó desempeñando aun desde su obispado de la Puebla, adonde se volvió renunciado el Palio.

CARLOS M. SAAVEDRA.

MUCHAS COSAS DICHAS EN POCAS PALABRAS,

POR C. C. COLTON.

CONCLUSION.

LA vanidad encuentra en el amor propio un aliado poderoso; ambos reunidos atacan, toman por asalto la ciudadela de nuestra cabeza y en habiendo *cegado* á los *dós* centinelas, dejanse caer al corazon.

La venganza es una fiebre ardiente que hace hervir nuestra sangre. Creen algunos curarse de esta enfermedad aplicando *á otro* una sangría; mas tiene un inconveniente este remedio y es que invariablemente engendra otro padecimiento aun mas terrible por cuanto es incurable: los remordimientos.

Los cortabolsas y los pordioseros son los mejores fisonomistas prácticos que han llegado á mi noticia.

Dos cosas hemos de tener presentes cuando se trata de la humana gloria, que deben enseñarnos á tenerla en poco: que los hombres mas dignos y excelentes, han sido calumniados y perseguidos, y que los mas viles y perversos han tenido sus panegiristas.

Acontece con los hombres de mediano ingenio y los imitadores, lo que con las ruedas traseras de los coches, que caminan constantemente en pos de las delanteras sin alcanzarlas jamas; sucédeles tambien lo que á los lacayos que van siempre á la zaga de los grandes, sin que por eso lleguen á serlo.

La ciencia de la legislacion y la medicina se parecen en que á una y otra les es mucho mas facil decir lo que hace daño que lo que ha de aprovechar.

El que prevalido de la reputacion que goza de verídico, asienta una falsedad y la sostiene, haga cuenta que ha prendido fuego al templo de la verdad con una antorcha que robó de su altar.

La gente holgazana hace pagar con sus visitas una alcabala bien fuerte á la aplicada y laboriosa; mendiga su felicidad de puerta en puerta á guisa de cuitados pordioseros y cual ellos se expone con frecuencia á un recibimiento desabrido. En verdad que no debia estrañar ninguno de esa numerosa familia que á tiempos les demos á entender que ya nos cansan, puesto que si nos honran con su compañía, es por la sencilla razon de que no se aguantan á si mismos. Tienen los haraganes por costumbre estarse quedos en sus casas, hasta que se acumula sobre ellos cantidad tan enorme de fastidio, que no pudiendo soportar su peso, hacen una salida para repartirlo equitativamente entre sus amistades.

Pocos escritores se contentan con agradar á la clase ínfima, y menos son todavía los que logran complacer á la suprema: con que tenemos de humillarnos á la crasa ignorancia de la una ó sobreponernos á la roedora envidia de la otra. Mas si aspiramos á nuestro bienestar y nuestra fama, debemos enderezar el bajel en tal estrecho, de modo que evitemos un choque con los arrecifes de entrambas costas. La clase media tiene tanto discernimiento como pudieramos apetecer, con la ventaja de que sus juicios no son ni desdeñosos ni insensatos, como que no son hijos de la vanidad ni la ignorancia. El que

para guardar el equilibrio busca el centro no debe curarse de los estremos, y si el mundo se compusiese solo de filósofos y necios, no habria yo escrito estas páginas ó las hubiera dado al fuego.

Tiene el rico una prerogativa bien grande y apreciable sobre el pobre y de la cual se vale rara vez, la de hacerle feliz.

Los jugadores poseen en grado eminente dos de las virtudes cardinales: la fé y la esperanza, pero desgraciadamente les falta la caridad, que es la mayor y mas alta.

¿No es cosa natural que el anciano ensalce los dias de su juventud, el debil los de su fortaleza, y el achacoso los de su salud y robustez? No son los tiempos los que han cambiado; en nosotros mismos se ha efectuado la mudanza.

La fama póstuma es una planta de vegetacion algo tardia, pues nuestro propio cuerpo es la simiente de que ha de brotar. Puede compararse á una antorcha que solo la última chispa de la vida es poderosa á encender, ó á la trompeta del juicio final que solo ha de resonar para los muertos; con la diferencia que el clarin de la fama no puede resucitarnos jamas.

Muchos hay que cordialmente creen con Maquiavelo que nos fué dada la lengua para descubrir los agenos pensamientos y ocultar con mas facilidad los propios. Los que asi piensan se alistan generalmente en las banderas de Alejandro VI. quien jamas hacia lo que habia dicho, ó si no en las de su hijo Borgia, el cual nunca dijo lo que pensaba hacer.

No es dado á los individuos en particular ni á las naciones, vanagloriarse de lo que *fueron*, sin esponerse á que se indague lo que *son*.

Los chinos á pesar de la ponderada longevidad de su nacion, no han llegado todavía á la edad viril, y así, cuando mas pueden gloriarse de su perpetua estupidez y prolongada infancia.

Es la crítica lo mismo que el vino de champaña, que si sale malo es bebida destestable, pero no la hay mas excelente cuando el vino es legítimo y de buena calidad.

Las anécdotas, á semejanza del aire que respiramos, son cosas que no podemos llamar propias sino en tanto que las tenemos encerradas, pues al punto que son las unas referidas, ó es arrojado el otro, pasan á ser bienes comunes.

Comienza el pródigo su carrera con un cuantioso capital, y la termina sin un cuarto; la principia sin un maravedi el avariento, y cuando muere deja una fortuna colosal. Sé pregunta: ¿quien de los dos ha sido menos necio? Yo me inclino á creer que el pródigo, pues si disipó su hacienda el otro la dejó intacta, pudiendo decirse con verdad, que el uno vivió rico para morir pobre, al paso que el otro vivió sumergido en la miseria solo por morir en la abundancia. Muere el pródigo endrogado con otros, y el avaro aun mas consigo mismo.

Los judios han sido y son casi los mismos en todos tiempos y lugares, porque sus instituciones sociales no han variado, pero dirijamos una mirada á Grecia y Roma, y hallaremos que el ruiseñor y la abeja, el olivo y la vid son lo mismo que solian, porque el clima no ha sufrido alteracion; mas decidme: ¿dónde están los griegos? qué es de los romanos?

Toda ley severa en demasía, á semejanza de un trabuco cargado hasta la boca, ha de enmohecerse en fuerza del desuso, y sucederá que todos teman hechar mano de aquella y de este, por el terrible choque que inevitablemente sigue á la esplosion.

La oratoria es la hija consentida y turbulenta de una edad semibárbara. La imprenta es enemiga declarada de la retórica; pero la mejor amiga de la razon. El arte de la declamacion ha ido constantemente cuesta abajo desde el momento en que los oradores tuvieron la necedad de publicar, y los oyentes la loable discrecion de leer.

Fingimos á veces temer aquello que realmente despreciamos, y otras afectamos despreciar lo que en realidad tememos.

La emulacion busca el mérito ageno para aventajarlo y engrandecerse con la victoria; la envidia está continuamente acechando los defectos de otros, porque aspira á humillarnos con una derrota.

Los males verdaderos producen un bien, que es libertarnos miéntras duran, del despotismo de aquellos que son solo imaginarios.

Cuando estamos en sociedad de hombres doctos, debemos ser doblemente parcos en el hablar; esto es, si no queremos desmerecer en su opinion ni estorbar nuestro aprovechamiento á trueque de descubrir nuestro amor propio. Lo que queremos decir ya lo sabemos, no así lo que ellos pueden hablar.

La filosofia es una hembra quimerista que tose recio, y echa plantas cuando el peligro está remoto; pero que mirándose acosada por el enemigo, abandona luego el puesto que tenia, dejando que sufra el violento embate de la pelea, su apacible pero inmutable compañera la religion, á quien en otras circunstancias pretende despreciar.

Si quereis tener enemigos, sobrepujad en algo á otros, si quereis amigos, dejaos aventajar. En el corazon del hombre ejerce su maldecido influjo un triunvirato infernal, compuesto del orgullo, la envidia y el aborrecimiento.

En el órden de sucesion es indudable que la poesía precedió á todas las reglas que sobre ella se han escrito, y es cosa averiguada que si Homero pudo formar á un Aristóteles, este no ha formado todavía á Homero alguno. Poco ó nada sabia Shakspeare de Longino, y Alejandro habia ya conquistado al mundo largo tiempo antes de que Polibio dijese el modo de verificarlo. Anibales hay que en las letras, lo propio que en la guerra, se desdeñan de aprender á escribir de los comentadores, ó á guerrear de los retóricos.

A aquellos que aseguran no haber en todo el mundo un solo hombre verdaderamente honrado, puede dárseles esta contestacion: „á nadie es posible conocer á todo el mundo; sin embargo, es sumamente facil que alguien se conozca bien á *si mismo*."

La fortuna, semejante á otras muchas hembras, prefiere un amante que la obedece ciegamente, al marido que la manda con imperio. El que con oportunidad sepa importunarla, esté seguro de que no gastará el tiempo inútilmente.

Entre el orgullo y la vanidad existen diferencias que aunque algo imperceptibles á veces, no son por eso ménos ciertas. Pudiera acaso definirse el orgullo diciendo, que es la opinion demasiado lisonjera que hemos formado de nuestro propio mérito, fundada en la excesiva estimacion que damos á ciertas cualidades que efectivamente poseemos. Conténtase con ménos la vanidad, pues se goza en la contemplacion de unas dotes que son de todo punto imaginarias, alimentándose ademas con puras esterioridades, al paso que el orgullo necesita de algo positivo, sea poco ó mucho que le sustente, por lo cual se ve que el orgulloso no aprecia tanto como el vano las riquezas, ni se muestra tan abatido como él en la adversidad y la indigencia. Lleva la vanidad puesta la mira en el aplauso de la muchedumbre, aunque este se limite al momento presente, y el orgullo anhela por el de la posteridad, quedando satisfecho con la aprobacion de algunos, aunque pocos; razon porque encuentra este mayores tropiezos, y recibe aquella mas frecuentes desengaños. La vanidad no siempre sobrelleva estos, pues á veces ocurre que de sí misma desconfia, siendo así que el orgullo mira con desprecio á los demas. Porque el hombre vano no siempre está seguro de la justicia de sus pretensiones, pues son frecuentemente tan locas é infundadas, como la misma vanidad que las engendra; de modo que para ser feliz, es necesario que las vea confirmadas por agena opinion, pues la propia, por mas favorable que le sea, la juzga de poco ó ningun peso. El hombre vano, idolatra en su persona, en lo cual no hay duda que va errado, pero su propia compañía le es insoportable; y yo le concedo la razon. El orgulloso no se cura de la aprobacion agena, y sus pretensiones pueden no ser muy avanzadas, consistiendo su error en exigir siempre mas de lo que se debe en realidad. Si le acontece ser menospreciado, atribúyelo á envidia ó ignorancia, y se deleita de antemano con la ilusion de que vendrá el dia en que todos le hagan justicia, confesando su antigua ceguedad. El orgulloso sabe, pues, aguardar, y aun anticiparse los placeres que le proporcionará la fama de que en su concepto es merecedor. Se cree en posesion de un cuantioso capital, así es que gira letras demasiado valiosas sobre la posteridad, pero sin arriesgar nada, pues dado caso que fueren respaldadas, esto no puede suceder hasta que cierta deuda que invalida todas las demas haya sido liquidada y satisfecha.

Un volúmen que contiene mas palabras que ideas, es semejante á un árbol muy frondoso, pero escaso de frutos, que tan solo puede convenir á aquellos que apetecen *dormir* bajo su sombra, y no á los que desean regalarse con frutas sazonadas y abundantes. La ingratitud del público es tal, que nunca se le ha visto dar la menor muestra de compasion á aquellos escritores que generosamente se han privado del sueño, con el solo fin, segun parece, de conciliar el de sus malévolos lectores.

A decir verdad, no es otra cosa el estilo que un ayuda de cámara del verdadero ingenio, al cual es de grande utilidad; pero así como el

caballero aparece tal, aun cuando se halle cubierto de andrajos, así el buen talento no puede dejar de traslucirse aun al través de un estilo desaliñado y tosco.

„Una obra es, generalmente hablando, el espejo ó retrato de su autor." Proposicion es esta de que han sacado algunos muy falsas consecuencias, pues entiendo que si el demonio mismo hubiese de escribir un libro, haria en él una apología de la virtud, que comprarian los buenos para aprovecharse de ella, y los malvados por pura ostentacion.

Entre las maravillas de la creacion, no hay tal vez otra que los mismos ángeles miren con mayor asombro, que un mortal soberbio y orgulloso.

Maravíllanse algunos de que las disputas en que se versan opiniones, terminen por lo comun en personalidades, cuando lo cierto es, que las tales disputas comienzan por persolidades, pues nuestrar opiniones son parte de nosotros mismos.

Nada hay tan dificil de definir, ni que mas paradojas encierre que el tiempo: el pasado ha desaparecido, el futuro no llega aún, y el presente se convierte en pasado miéntras que procuramos definirlo, á semejanza de un relámpago que en un solo instante existe y deja de existir. El tiempo es el regulador de todas las cosas; pero él mismo es inmensurable, es el descubridor de cuanto existe, sin que nadie pueda levantar el velo que lo cubre. Es incomprensible como el espacio, porque no tiene límites, y lo seria aun mas si los tuviera. Es mas obscuro en su origen que el Nilo, y lo es en su término aun mas que el Nigen, avanzando en su marcha cual lenta marea y retirándose con mas velocidad que un impetuoso torrente. Da alas de relámpago al placer y piés de plomo al dolor, pone freno á la esperanza, al goce le da espuela, y erige monumentos al mérito, mas le niega un hogar. Es el momentáneo adulador de la Mentira, pero tambien el fiel y constante amigo de la Verdad. El Tiempo es el mas sutil y el mas insaciable de los ladrones, pues pareciendo que para sí no toma nada, le dejamos tomar todo, y no estará satifecho hasta que nos haya robado al mundo y el mundo á nosotros. Huye constantemente venciéndolo todo en su fuga, y aunque por ahora es aliado de la Muerte, al fin llegará á ser su contrario y vencedor. Es el tiempo cuna de la esperanza y sepulcro de la ambicion, severo maestro de los nécios y sabio consejero de los entendidos. La Sabiduría le precede en su marcha, va á su lado la Oportunidad y tras ellos el Arrepentimiento.

¿Por qué acontece tan á menudo que se quejan las gentes de tener flaca memoria y nunca de su escaso entendimiento? Porque han oido decir que hay muchos hombres de claros ingenios que tienen el defecto de ser poco memoriosos, ó quizá sea porque nada abunda tanto como los nécios dotados de excelente memoria.

Los rayos que despide la vigorosa mente de Lord Byron, no tienen por objeto consolar sino consumir; y como Neron, nos halaga este autor el oido con alguna melodia, para consolarnos del espantoso incendio que ha causado.

Tres modos hay de conllevar las penalidades de la vida: la filosofia, que es el mas ostentoso, la indiferencia, que es el mas comun, y la religion que es el mas eficaz.

A medida que estudiamos la historia, aprendemos á tener en poco sus temas ó argumentos, y el conocimiento que de ella adquirimos suele costarnos el desprecio conque luego vemos á la especie humana.

El amor es un volcan al cual jamas se aproximan demasiado los sensatos; no sea que por motivos mucho ménos filosóficos que Empédocles, se deslizen al abismo dejando tras sí algo mas curioso y significativo que una pobre chinela.

Las dos cosas que mas acá de la tumba tiene el hombre en mayor estima son la honra y la existencia, y es digno á la verdad de lamentarse que una hablilla despreciable, una sola palabra, nos pueda privar de la primera y la mas débil arma de la segunda. Así, pues, un hombre discreto anhelará mas por hacerse acreedor á la honra que por obtenerla, y conseguirá entónces vivir de tal manera que no tema el morir.

La filosofia es á la poesía lo que la vejez á la juventud, pues las severas verdades de la filosofia son tan fatales para las ficciones de la una, como los frios testimonios de la esperiencia, lo son para las esperanzas de la otra.

Sucede con la honra, en cierto modo, lo propio que con la hacienda. Aquellos que tienen una ú otra, generalmente se curan menos de lo

que piensa el comun, que los realmente pobres ó bribones, pues pocas veces conviene al necesitado pasar plaza de tal, y al malvado jamas.

La pereza nos hace ignorantes en la juventud, y el orgullo en la edad varonil, porque nos da vergüenza el preguntar. Si en la sociedad nos viésemos constantemente obligados á concurrir con mugeres de esmerada educacion, ese mismo orgullo nos haria sacudir una ignorancia que al presente no hace sino fomentar.

La felicidad terrestre es una fantasma de la cual se habla mucho pero que se deja ver bien poco. Hacenos constantemente promesas y constantemente las quebranta; pero nosotros perseveramos en creerlas. Nos alucina con el sonido en vez de la substancia, y nos dá flores en lugar de frutos. No hace la fortuna mas caso de los reyes que de sus vasallos; pero si lisongea la vanidad de los primeros con el vano aparato de una visita enviando á sus palacios todo su equipage con toda su pompa y su magnífico tren, sin ir jamas ella misma; porque gusta mas bien de viajar incógnita y de entrar en alguna humilde choza donde pueda participar de una comida frugal, y tener á solas entrevistas con su amigo y compañero el contento.

El que acorta y facilita la senda del saber, alarga la vida en la misma proporcion; debemos mas de lo que pensamos á aquella clase de escritores á quienes llamó Johuson „los peones de la literatura," destinados á escombrar y hacer á un lado los tropiezos para que puedan pasar los heroes que se encaminan á la fama y la victoria, quienes ni siquiera se dignan echar una mirada á aquellos humildes operarios que han contribuido á su elevacion abriéndoles el paso.

Buscamos la sociedad de las damas para recrearnos, que no para instruirnos; y por eso nos agrada mas la de aquellas que gustan de hablar que la de otras que permanecen silenciosas; pues si las primeras discurren y hablan bien, quedamos doblemente complacidos de beber doctrina en manantial tan claro y apacible; y si á las veces se desvian en sus razonamientos de la recta razon, no deja de lisonjear nuestra vanidad poder de nuevo encaminarlas; por eso quisiera yo que las damas usasen de alguna menos reserva en su conversacion, no obstante la sátira de aquel que dijo con menos urbanidad que agudeza" que las mugeres eran al reves de sus espejos, porque estos reflejan sin hablar y ellas hablan sin reflejar„

Dos modos hay de adquirir celebridad como autor; el descubrimiento ó la conquista: verificase lo primero cuando se dice lo que nadie ha dicho, con tal que no solo sea nuevo sino cierto; y lo segundo cuando se repite lo ya dicho por otros, pero con mas agudeza ó mayor brevedad y brillantez

Si cada generacion sucesiva que elogia la pasada y dice horrores de la presente, tuviese razon, cúan buenos debiamos suponer que fueron los hombres en las primeras edades del mundo, y cuan perversos debian ser ahora; ¡pero en el primer supuesto el diluvio de agua no habria sido necesario, y concediendo el segundo, es claro que apenas bastaria hoy para nuestra enmienda un diluvio de fuego.

En la clase media de la sociedad es donde principalmente abundan y florecen los mas delicados sentimientos y las mas benévolas inclinaciones de nuestra naturaleza, porque la buena opinion de nuestros semejantes es el mas poderoso ya que no el mas puro movil que nos inclina á la virtud, y las privaciones que trae consigo la pobreza hacen al hombre demasiado frio é impasible, al paso que los privilegios de la riqueza le hacen sobremanera arrogante y razonador para sentir; la miseria nos somete á la influencia de la opinion, la riqueza nos sobrepone á ella.

Un escritor de mérito y talento no debe nunca esperar que le admiren ciertos autores, ó mas bien fabricantes de narcóticos que hay en el mundo; pues no pueden ensalzarle sin deprimirse á si propios. Cuando me asomo á la ventana y contemplo la varia muchedumbre alta y baja, montada y pedestre, cuya aprobacion ambicionan grangearse los autores, confieso que me ruborizo de que la sentencia de semejante tribunal me cause la menor zozobra; si de esta clase de jueces paso á examinar la que presume de mas inteligente y resabida, conozco si he de decir la verdad, que alli hay mayor fundamento para temer y menos razon para esperar, porque veo tienen los jueces pretensiones iguales á las mias, y que estas pretensiones no son ni tan humildes que puedan hacerse á un lado, ni tan poderosas que no teman entrar en competencia. Lo cierto es que la fuente de la fama es tan escasa y reducida, y tantos los que á ella ocurren, que se enturbian frecuentemente sus aguas con

ocasion de las pendencias que se suelen trabar, precisamente entre aquellos que menos esperanza debieran tener de llegar á gustarlas; pero cuya sed en manera alguna es aplacada por el conocimiento de su indignidad.

Necesita el hombre ser mas que medrano estrategico para saber dirigir y tener á raya sus placeres, á fin de estorbar que mutuamente se aniquilen; pues cada uno de ellos es voracísimo y propendé, como la serpiente de Aaron, a engullir á las demas. Asi es que la bebida destruye la fuerza, el fuego agota los medios, y la sensualidad estraga el gusto para disfrutar de otros placeres que aunque menos seductores son mas saludables y permanentes porque son puros.

(FIN.)

CONVERSACIONES EN LA ALAMEDA.



TENGO un humor negro que me hace insoportable á mí mismo: y parece que ahora que quisiera estar solo, mis amigos se han conjurado contra mí, pues me cercan, me importunan y no me dejan un momento libre. Pero gracias á Dios ya se fueron; podré pasearme en mi aposento, podré reir, llorar y revolcarme en el suelo: pero no me basta, es preciso respirar el aire libre del campo; pues bien está; al campo.—¡Pero à donde ir! ¿á dónde? á la alameda, ese paseo me encanta; allí respiraré aire puro, aire que no esté corrompido con el aliento pestilente de los cortesanos.—Cojo mi sombrero y atravieso las calles con precipitacion, como s alguien me siguiera: no veo á nadie, no oigo á nadie, mi único deseo es llegar á la alameda. Ya estoy en ella, ya me paseo por sus calles, formadas de árboles frondosos que apénas dejan penetrar algunos rayos del sol; ya respiro su aire embalsamado, y la frescura que despiden los fresnos y los sauces, llega hasta mi corazon. El mucho andar me ha cansado: me sentaré en esta glorieta que está sola y no seré interrumpido en mis meditaciones. Pero quienes son aquellos dos personages que están hablando al pié de aquel alamo? Si no me engaño, uno de ellos es D. Timoteo Renacuajo, literato segun él mismo se nombra, pero de aquellos literatos de que habla Moratin, que apenas saben leer. ¡Dios mio! qué fatalidad: pues no se les ha ocurrido venirse à sentar cerca de mí? paciencia y oigamos sus despropósitos.—D. Timoteo era el que hablaba, y le decia á su compañero.—Amigo, en este México no se puede vivir, no se aprecian los grandes talentos, yo por ejemplo, que en Europa hubiera hecho mi fortuna, como la ha hecho Chateaubriand y Lamartine, me veo precisado à vegetar en una miserable oficina: y gracias á que me ingenio y escribo algunos articulillos satíricos, (porque ha de saber V. que la sátira es mi *fuerte*,) pues como iba diciendo, estos articulillos se publican en los periódicos, y me pagan por ellos una corta cantidad; pero corta como es, no deja de servirme para cubrir una parte de mis necesidades.—¡Válgame Dios! respondió su compañero.—Pues como iba diciendo, propuse mis obras poéticas, que son bastantes, á un impresor, y por ellas le pedí la módica suma de tres mil pesos.—¡Válgame Dios! dijo su compañero. —Pues como iba diciendo, el tal impresor, que es un canibal, me ofreció seis ejemplares de mis obras cuando estuviesen impresas. ¿No le parece á V. que esta es una maldad?—¡Válgame Dios! respondió su compañero.—Pues como iba diciendo, no paró ahí su insolencia, sino que me ofreció, que si queria escribir en sus periódicos me pagaria diez pesos cada mes, y cinco y medio para cigarros: no le parece á V. que esto es tratar à uno como à escritorcillo de rincon?—¡Válgame Dios! era la respuesta.—Pues como iba diciendo; mis vastos conocimien-

tos en geografía, historia y bella literatura, me han dado un lugar distinguido en la sociedad.

—¡Válgame Dios!—Pues como iba diciendo: ahora pienso escribir una geografía de este pais: quiero hacerle este rico presente á la juventud mexicana: por via de notas quiero ponerle algunas reflexiones sobre la division de los departamentos, y demostraré en ellas hasta la evidencia que el departamento de Chihuahua debe reunirse al de Oajaca, ¿no le parece á V. que esta reunion es muy conveniente?—Válgame Dios! era la respuesta.—Pues como iba diciendo: tambien pienso escribir un compendio de historia universal, para el uso de nuestra juventud: en ella fijo precisamente la época en que Rómulo reinó en Cartago, el dia y la hora del nacimiento de Sesostris. ¿Le parece á V. bien mi proyecto?—¡Válgame Dios!—Pues como digo: voy á publicar en alguno de los periódicos de esta capital, las impresiones de mi viaje á Levante, en donde he adquirido multitud de conocimientos útiles, así como mi viaje pintoresco al polo boreal. (Despues supe que él llamaba su viaje á Levante á un paseo que dió á Orizava, y su viaje al polo boreal, otro paseo que dió á Querétaro.) Fastidiado de oir tanta necedad, y no ménos admirado del ente vano que lo acompañaba, me fuí á sentar á otra glorieta á donde me creí libre de importunos; pero de que uno está de malas es preciso resignarse y tener la calma de un filósofo.

Apénas me habia colocado en mi nuevo asiento, cuando se paró delante de mí un hombrecillo de edad provecta, el cual llevaba á cuestas una abultada giba que le obligaba, mal de su grado á inclinar el cuerpo: se apoyaba en el brazo de un jóven de rostro abronzado, con polaca á guisa de barboquejo, formada de una barba que, á fuerza de menjurges habia hecho salir: es uno de los principales *dilettantis*. Como hablaban en voz alta, me fué facil escuchar su conversacion que era bastante acalorada.

El de la giba decía, aplicando su anteojo de vez en cuando á todas las jóvenes que pasaban por aquel lugar: qué muchachas tan preciosas, es lástima que no se acostumbre en este pais la poligamia; no se puede negar que en esta parte la legislacion de los turcos es muy sabia.—Es verdad, dijo su compañero.—Qué me incomoda, prosiguió el de la giba, que usen los túnicos arrastrando, daria una ley de buena gana, para que las mugeres, (de quince á treinta años, se entiende,) usasen los túnicos un poco altos, para que mostrasen sus pulidos piés á los transeuntes.—Es verdad, contestó el compañero.

A este tiempo pasó una jovencita, como de quince años, en cuyo semblante estaban pintados la modestia y el pudor, la cual iba acompañada de una respetable anciana, que parecia ser su mamá; pero ni la modestia de la jóven, ni las venerables canas de su compañera, fueron bastantes á contener al viejo libertino, quien inclinando la cabeza hácia la tierna doncella le dijo con aire chocarrero adios chul.... no pudo acabar la frase, porque una tos importuna vino á interrumpir su galanteo.

Despues de haber tocido bastante, le dijo á su compañero, que muchacha tan bonita, es lástima que esa pulida flor, no hermosee nuestros teatros, nuestros paseos, nuestras tertulias: y por mi parte me ofreceria á ser su protector, porque tengo buen corazon (para con las muchachas bonitas se entiende), ¿qué dice vd. de esto mi amigo?—que tiene vd. buen gusto, respondió el del barboquejo, sonriéndose, como se sonrien los mentecatos.

En eso estaban, cuando pasó á corta distancia otro viejo, vestido con mucha elegancia, muy tieso y muy seco; tan seco, que al verlo creí que era alguna mómia que se habia escapado de Egipto y que se habia vestido á la última moda para venir á lucir su esqueleto en México. Esta mómia seguia á una distancia regular á una muger, que tenia todas las apariencias de una ramera: á poco andar se le acercó y le habló algunas palabras, que por la distancia á que yo me hallaba no pude percibir, pero en sus movimientos manifestaban que eran conocidos viejos.

Quise retirarme á mi casa, porque ya estaba empachado de ver y oir cosas que me desagradaban. Pero estaba escrito en el libro de los destinos que tenia que sufrir mas antes de salir de la Alameda, porque se me presentó un sugeto conocido mio, y abrazándome con todas sus fuerzas, que las tiene muy superiores, porque el tal hombre por poco me sofoca entre sus membrudos brazos. ¿Qué hace vd. aquí tan solito, me dijo, siempre embozado en su capa, vaya que estos jovencitos del dia con su modestia nos avergüenzan á nosotros los viejos: sin conocer el muy zopenco que á lo que él llama vergüenza yo le doy el nombre de pobreza. Conque cómo está V., qué dice el mundo?

—¿El físico ó el moral?

—Los dos.

—El físico, tal cual, aunque en lo general algo enfermizo. El moral muy mal, porque ha llegado á su colmo la degradacion de la especie humana.

—Tiene V. razon, hemos llegado á unos tiem-

pos muy lamentables, ya no hay honor ni delicadeza en los hombres, y se puso á llorar como un chiquillo.

Esto me irritó, porque sé que este sugeto se arrastra como las víboras delante de cualquier mequetrefe por recoger una migaja de pan que le arrojen desde la mesa, asi es que, procuré deshacerme de él lo mas pronto posible.

—¿Y que ya se retira V?

—Sí señor.

—Pues mi amigo ya sabe V. que todo lo que poseo está á su disposicion: mi casa, mi mesa, todo es de V. ¿Cuándo me va V. á visitar? tendré mucho gusto en partir mi pan con V. y en que V. honre mi pobre choza.

—Un dia de estos pasaré á hacerle á V. una visita.

—Pues cuando V. guste, ya sabe V. en donde vivo, callejon de sal si puedes, allí está su casa de V.

—Mil gracias.

—Se me olvidaba decirle á V. que no me han llevado el Liceo hace dos semanas.

—¿Qué tengo yo que ver con el Liceo?

—Como V. es uno de los redactores.

—No señor, V. se equivoca, no soy redactor ni quiero serlo; doy de vez en cuando algun articulillo mal zurcido, por gusto, y nada mas.

—¡Ah! conque no es V?...

—No señor, no señor; ya se lo he dicho y se lo repetiré mil veces.

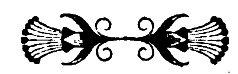
—Pero V. los conoce y puede decirles que no se les olvide mandar su periódico al callejon de sal si puedes.

—Si señor, se los diré, y cómo que se los diré.

—Mil gracias, ya no quiero detenerlo mas, adios; y me volvió á dar otro abrazo; ¡pero qué abrazo!

Salí de la Alameda renegando de mi triste, suerte; al entrar en la calle de S. Francisco una rociada de lodo me cubrió el cuerpo de piés á cabeza; vuelvo la cara y veo que un maldito chaparro con sombrero de jipijapa y con un trage medio militar y que montaba un quitrin, no muy elegante, era el que me habia puesto de lo lindo. Cuando me vió, sin hacer caso del lodo que su maldito quitrin me habia arrojado, me dijo adios señor Retacuacheco de Jaurarena, ¿quiere V. ir á Tacubaya, allá está el tio; yo que ni sé quién es ni si tiene tios en Tacubaya ó en México, no le hice caso y me apresuré á llegar á mi casa lo mas pronto que me fuese posible, antes de que me sucediera otra desgracia.

MANCO CAPAC Ó YUMPANGI.





I.

HIJO y sucesor de Huainacha, Manco Capac ó Yumpangi, de los últimos restos de los Incas, era él á quien tocaba tomar la borla encarnada (1) muerto su padre. Mas la ambicion de Atlahualilpa y de su hermano la arrebató de su frente, y dividió la monarquía en dos porciones. Esto pasaba en el Perú, al mismo tiempo que los soldados españoles pisaban ya aquel suelo, aumentando de dia en dia sus conquistas en la parte meridional de la América, luchando vanamente los Incas con el poder sobrehumano (2) de los Veracochas, (3) que como hijos del sol, los harian sucumbir á pesar de su re-

(1) Para tomar posesion los indios del trono, se colocaban en la cabeza una borla encarnada que gastaban en vez de corona.—S.

(2) Tenian, se dice, á los españoles por hijos del Sol su Dios, y con un poder venido del cielo.—S.

(3) Con esta palabra distinguian á los hijos del Sol.—S.



sistencia, tan cierto es el amor natural del suelo patrio, de la independencia y de la libertad, que nos estrecha á que nos combatamos aun con unos semidioses. Atlahualilpa despues de tiranizar bastante al pueblo, y de haber celebrado unos convenios con los españoles para poner fin á una guerra sangrienta y desastrosa, cuando pasaba á darse el abrazo de amistad, murió acusado falsamente por un traidor; suerte comun de los tiranos: su hermano que no habia sido tan déspota dejó de existir por la afliccion que le causó la violenta muerte de Atlahualilpa. He aquí el término de la usurpacion.

Manco entónces procuró tomar su trono; era un jóven de bella índole, y apénas contaba de edad diez y ocho años. Pasó, pues, al Cuzco á ver á Pizarro, que era gobernador, y conferenciar con él acerca de su monarquía, y á pedirle que le ciñese la borla. Francisco no comprendió muy luego la demanda de Manco, pero informado de ella y de lo que debia hacer para complacerle, tomó la borla, y á presencia de todo su pueblo púsola sobre su cabeza, de lo que quedó sumamente gozoso el Inca, y así él quedó gozoso como su pueblo. Cuando Manco fué á presentarse al gobernador, no se hizo conducir, segun costumbre de sus antepasados, en ricas andas de oro, sino de madera en las que fué, y de los españoles y del gobernador recibió muy buena acogida, y con la misma veneracion y respeto le trataron que si fuera el propio rey de Castilla su soberano. No sin fundamento se hizo llevar en andas de madera, porque no se juzgara de él que cuando iba á solicitar *una gracia*, se presentaba con orgullo, como queriendo demostrar que ya era monarca reconocido el mismo que pretendia se le reconociese. Así, pues, que Pizarro, como llevamos dicho, alcanzó á entender su pretension, colocóle en la cabeza la borla encarnada, y luego creyó él que estaba ya reconocido solemnemente señor de sus dominios.

Pasáronse algunos dias, y con ellos el engaño de Manco, que perdida ya toda esperanza de gobernar con libertad, propuso de no llevar adelante las treguas y capitulaciones convenidas con Francisco Pizarro por Atlahualilpa, y que él habia ratificado, sino de hacerles la guerra, y de conquistar con la fuerza de sus armas el imperio. Esto despues de retirarse de en medio de los conquistadores, y de demandarles otra vez su gobierno.

Cosa es cierto clara, que mas fácil fué á Pizarro, Almagro y sus compañeros, que emprendieron la conquista de la América meridional, apoderarse de ella que á Cortés de la Nueva-España. Y no se diga que los primeros encontraron pueblos débiles respecto de las armas que ellos llevaban, y desnudos y descontentos por los tiranos que los presidian porque igual razon milita de parte del segundo: aun hay mas, que aquellos aunque mirados como *hijos del sol*, y señores para *quienes estaba destinado el pais*, segun el pronóstico de Huainacha, soberano á quien tenian en mucha estima, sintieron sin embargo resistencia, cuando Cortés halló aliados por todas partes que al principio como enemigos le resistieron un poco, es cierto, pero muy pronto se reunian para derribar al coloso de Tenochtitlán. A pesar de todo, si la conquista exigió en la Nueva-España mayores esfuerzos, terminada ya no fué tan grande la ambicion de los vecinos nuevos que la poblaron, que no fuera por sí sola parte bastante á contener la morigeracion de los gobernadores ó vireyes que de la corte eran enviados, y aun fué suficiente á poner límites al mismo Cortés. Así que, hecha la conquista de la Nueva-España, no fueron ya mas regados sus campos de sangre humana, sino cuando alguna vez los indios movidos del deseo innato de recobrar su independencia, enarbolaban el estandarte sagrado de la libertad, y ponian á las autoridades de Castilla en la precision de defender los *derechos* del soberano. No aconteció de la misma manera en el Perú, donde si bien facilmente se plantaron las armas de Castilla en medio de la capital misma, nada pudo detener á los conquistadores en sus excesos, ni reprimir á las mismas autoridades que se descomedian muy á menudo, y tanto, que solo la conducta de Blasco Muñoz hizo odioso el nombre de virey, siendo él apénas el primero, como él de rey Calígula, Tiberio, Neron, entre los romanos, dice el Inca Garcilazo de la Vega. Y no paró en esto, que hubiera sido ménos malo que esto solo fuera, sino que tomaron las armas unos contra otros, y reconociendo y respetando y defendiendo y sosteniendo la autoridad del rey, combatia Pizarro, y combatia Almagro y combatia Nuñez, y combatia en fin, todo el Perú, porque todo el Perú se dividió en bandos, se dividió en partidos, se dividió en facciones, y cada bando y cada partido y cada faccion peleaba por el soberano.

El Inca en tanto que esto pasaba, habia conseguido de Francisco Pizarro que le hiciese jurar y reconocer como soberano, y él mismo le juró y reconoció: detúvole sin embargo en el

Cuzco, sí con mas miramiento que Cortés á Moctheuzoma en el palacio de Acayacatl su tio, no con diferente respeto ni bajo diverso pretesto, pues que detenido en calidad de prisionero se le pretestaba que era por afianzar la seguridad de los españoles con su presencia, y por cierto que en esto no se le engañaba. Separóse del Cuzco Francisco Pizarro que emprendió una espedicion al Chile, mas no descuidó de encomendar á su hijo natural Juan, la guarda del monarca indiano, que le recomendó muy especialmente. Permanecieron durante algun tiempo en buena paz y armonía Manco y Juan Pizarro, mas al fin cansóse aquel de la esclavitud en que se le tenia y tentó el medio de huir. Así, para conseguirlo, hizo reunir á los principales de entre los suyos, y acordaron de salir en la noche, y hacer guerra á los españoles hasta recobrar su antiguo poderío y grandeza. No pudo concertarse esto tan de secreto que no lo entendiesen luego los de Pizarro por un yanacona (4) que no llevaba á mal como ninguno de los suyos la esclavitud de los pueblos peruanos que daba á ellos libertad. Por esto apénas salido de la ciudad, y poco distante de ella, Manco, á la hora convenida fué presto alcanzado por los comisionados de Juan Pizarro, que no descuidó de nombrarlos de entre las personas mas activas.

Aquí es muy de ver y admirar la fidelidad de los vasallos del Inca que iban en su compañía, á quienes preguntándoles los emisarios de Pizarro por su señor, que la oscuridad de la noche les impedia distinguir, ántes se dejaban maltratar que confesasen que iba entre ellos, y dícese, por ejemplo, que habiéndole atado á uno unos cordeles en las genitales, mas bien dejó que torciendolos, le lastimasen, que llegase á descubrir á Manco, del cual decia que no habia salido del Cuzco, y que allí se habia quedado, y esto lo dijo en la mayor fuerza de los dolores, y cuando ménos esperanza tenía de que le dejaran; hecho es este muy digno de que se crea, por referirlo el cronista Herrera, en quien se nota mucha parcialidad hácia los españoles y que por lo mismo no habia de decir cosa en contra de estos, á no ser muy notable y que no pudiera encubrir. Como entendiera Manco que sus enemigos se acercaban á sus andas, y sospechando que pudiese ser descubierto, luego al punto se precipitó de ellas y corrió á esconderse entre unas matas, donde no le hallaran si él que ya se creia descubierto, no se presentara, suplicándoles que nada le hiciesen, puesto que si habia salido del Cuzco, no era porque huia, sino que llamado de Diego de Almagro pasaba á verle. Esta frívola disculpa vino luego á confirmar las sospechas de los españoles, que le hicieron retroceder, guardándole las consideraciones debidas á su dignidad, si bien al principio no dejaron de tratarle con algun menosprecio, lo que obligó á un indio á que les reprendiera su falta de atencion por lo que sufrió este infeliz que se le maltratase.

Llegado Manco á la presencia de Juan Pizarro, reconvínole este dulcemente por su conducta, é hízole llevar á su casa, y aquí fué la afliccion de Manco cuando encontró que durante su ausencia los soldados le habian saqueado. Esto lo determinó á volverse á escapar; huyó de nuevo con igual éxito que la vez anterior, y con peores consecuencias, pues Pizarro le hizo poner guardas y centinelas que guardasen su persona y no le dejasen salir mas. Así custodiado el Inca, se apareció su tio por Tambo, y mas cerca á las inmediaciones casi de Cuzco, invitándole á salir, que allí le esperaba, con gente que le ayudaria á recobrar su reino. Pizarro entendió esto, mandó á atacar al tio, que fué cogido prisionero, mas no del mismo modo su tropa que se fortificó en un peñol, habiendo recibido un mensagero de Manco que les decia le esperasen y se mantuvieran firmes, entretanto que podia escapar de los españoles, y llegar á unírseles. Pizarro que habia dispuesto atacarles y les atacaba con pérdida de su parte, supo de un yanacona lo que mandó decir á los que le resistian, é hizo que un capitan suyo que se hallaba á su lado y se ofreció espontáneamente, marchase á acordar con el Inca, el modo de hacer que cesase aquella resistencia. Prestose el Inca no muy de su voluntad, á que en nombre suyo partiera aquel capitan á convenir con los del peñol proposiciones que les hicieran desistir: fué el capitan, y á una señal logró que se le escuchase, y propuso cautelosamente, no con arreglo á las instrucciones de Manco en nombre de este, que convinieran en un ajuste, para lo cual habia ido con otros cuatro indios. Volvió á dar cuenta á Juan Pizarro, encargándole de disfrazar con el trage y pinturas con que se coloraban los indios, á cuatro soldados españoles, y que ocultamente le siguiesen otros para tomar el fuerte, luego de abierta la entrada, así que él con los disfrazados se hubiesen he-

(4) Con este nombre distinguian aquestos pueblos á sus esclavos, los cuales tratados con el mayor rigor no perdian ocasion por recobrar su libertad de impedir que los indios la alcanzaran.—S.

cho presentes. Mandólo en efecto hacer así Juan Pizarro, y el capitan salió y con él los cuatro; y seguidos de otros todo como lo habian dispuesto, presentóse en el fuerte, hízose abrir, y habiendo ya entrado se precipitaron con violencia los que de oculto los seguian, y causaron gran mortandad y destruccion en los descuidados indios, á quienes no pasaba por las mientes que tal felonía se cometiera por el emisario de Manco. Así tomado el fuerte por Juan Pizarro en virtud de un *ardid* de guerra de aquellos que por *su buena fé* se dan muy de cerca la mano con la política de los gabinetes, volvióse el *victorioso* capitan al Cuzco gozoso por el *triunfo* de sus armas, y por la *fuerza* de su brazo y por su *arrojo* y por su *intrepidez*, y por su *valor* y por su *serenidad* en el combate: *arrojo*, *intrepidez*, *valor*, y *serenidad* muy comunes en los *grandes* capitanes, que como Juan Pizarro usan sus armas con un enemigo vencido ya por una traicion canonizada con el nombre de ardid de la guerra, harto frecuente en los que aparecen vencedores por mas que no hayan alcanzado una sola victoria peleando frente á frente con el enemigo.

Aumentábase de dia en dia la desesperacion de Manco que se comunicaba á sus pueblos, y estos ardian ya por combatirse y llegarse á las manos con los españoles; pero antes era preciso sacar de entre ellos á su señor. Este habia sentido y deplorado la traicion que en su nombre se cometió, y su pecho no respiraba ya mas que venganza: hubiera mejor sacrificado á los manes de las víctimas de Juan Pizarro á los indígenas que este capitan llevaba consigo, bien que fuese de la misma familia y sangre real, que sacudir el yugo que sobre él pesaba y sobre su pueblo. Solo Herrera ha podido llamar cruel, sanginario y hombre que habia perdido su bondad natural á este príncipe ilustre, porque se sentia animado del deseo de castigar á unos súbditos, que no contentos con aliarse á los enemigos de la patria, crímen verdaderamente *nefando* é *irremisible*, se estendia á tomar el nombre de su legítimo monarca, ya no siquiera para hacer cesar el combate y sujetar á la calidad de prisioneros á sus compatriotas, sino para ponerlos en poder de asesinos con quienes ellos mismos iban á la par en las atrocidades.

Habia venido por estos dias de España Hernando Pizarro, hijo tambien de Francisco, con instrucciones del rey para hacer repartimientos y dar el gobierno de Cuzco á Diego de Almagro el Adelantado; pero llegado al Perú y entrado en Cuzco confereciando con su hermano Juan, sabedor de que Almagro se hallaba fuera en espediciones, convinieron de no darle el gobierno y de tomarle á su cargo el mismo Hernando. Así resuelto y encargado éste del gobierno, halló ocasion Manco de recobrar su libertad; mas antes le fué preciso hacerse pasar por muy amigo del gobernador en concepto de éste, prestóle con este intento algunos servicios que le grangearon su afecto: hízole entre otros el presente de una estatua de oro consagrada á su padre, y por último, para acabar de engañarle le pidió la compañía de unos españoles de sus mas favorecidos y que mas confianza le mereciesen, para que con ellos fuera á traer la estatua y demas preciosidades que le tenia de llevar segun sus ofrecimientos. Creyólo el sencillo Hernando y le dejó ir de Cuzco con algunos capitanes suyos como él le habia pedido, y no conoció su error hasta que la vuelta de aquellos se lo hizo manifiesto.

Es de saber que luego como ya Manco se vió fuera de Cuzco, comenzó á caminar camino de Tambo adonde le esperaba su tio Tzio, que habia logrado salir libre, y llegado que hubo á aquellas montañas despidió á los españoles que consigo llevaba, diciéndoles que se fuesen puesto que ya no habia menester la compañía y que dijeran al gobernador como ya le dejaban en medio de los suyos y dispuesto á volver sobre la ciudad que determinaba combatir. En seguida, idos los españoles, se hicieron sacrificios al sol, y reunidos los ancianos y todo el pueblo acordaron de emprender la guerra. Pizarro (Gonzalo) salió á atacar á Manco, pero este volvió sobre aquel persiguiéndole hasta hacerle meter en la ciudad, que apenas defendian doscientos españoles y mil indios, cuando de la parte del Inca se contaban ya doscientos mil y mas combatientes, con los cuales puso sitio á Cuzco.

Hallábase á la sazon Francisco Pizarro en la ciudad de los Reyes, y por mas que sus hijos de Cuzco le pidieron auxilios no los prestaba, ya fuese porque no recibia noticia alguna de su situacion, ya tambien porque se hallaba igualmente necesitado de que le socorrieran cuando Manco no habia descuidado de sitiarle como á sus hijos en el Cuzco.

La desesperacion de estos les obligaba de vez en cuando á salir contra el enemigo á pelear pecho á pecho, y si bien la superioridad de sus armas les proporcionaba en las pequeñas escaramuzas algunas ligeras ventajas, la piedra y la flecha y la gritería de los indios les causaban con todo algunos reveses considerables si se atiende al reducido número de sus tropas. Viendo los indios que sin una ventaja grande

se les hacian diariamente sus destrozos, determinaron dar fin al sitio destruyendo los edificios de la ciudad. Al efecto ponian al fuego las piedras antes de colocarlas en las hondas, y ya encendidas las arrojaban, alcanzando así hacer destrozos considerables. La desesperacion puso valor en el ánimo de los sitiados y procuraban desalojar de todas sus fortificaciones á los sitiadores, tomaban una, y apenas entraban en ésta volvian á salir por el vigor de los contrarios que cargaban contra ellos con mas fuerza y en mayor número. En uno de estos encuentros, alojados en un fuerte, desde el cual hacian sentir mucho á los sitiados, se trataba á toda costa de tomarlo á fin de que padeciera menos la ciudad. Juan Pizarro por delante quitado el casco de que se servia en aquel momento como de escudo, penetró hasta el interior de la fortificacion, pero su empresa no le salió como lo habia imaginado; recibió una fuerte pedrada en la cabeza que le causó una herida de que murió á los quince dias. Tomóse sin embargo el fuerte con pérdida bastante de una y otra parte, lo que desanimó en estremo á los indios por mas que Herrera y el reverendo padre Calancha nos quieran persuadir que este desaliento fué debido al *milagro* de que tratando los indios de incendiar un templo con lo que creian rendidos á sus contrarios, arrojando piedras ardiendo al templo, que como se hallaba construido de madera y el techo de paja, deberia por lo mismo quemarse todo, cuando ya aparecia quemándose, de repente se mató solo el fuego, con lo que sorprendidos *juzgaron que visiblemente combatian con el poder del cielo.*

Esperaban pues los Pizarros el socorro de su padre; pero esperaban en vano teniendo igual necesidad en los Reyes, donde tambien se le puso sitio. Sufrió como sus hijos fuertes y continuados ataques, y desesperado el Inca de obtener una victoria decisiva, y desconfiando Pizarro de sus propias fuerzas cesaron como en el Cuzco las hostilidades, y cuando Manco entendió que se acercaba tropa enemiga pensó en retirarse; mas aguardó unos dias para cerciorarse de quién era el capitan que comandaba el auxilio porque muy bien podia ser que fuese algun amigo.

Como Manco creyera que pudiera venirle socorro de parte de los españoles muy fácil es de entender sabiendo su fina y astuta política. Al comenzar su sitio y aun antes, cuando se hallaba entre los conquistadores habia procurado introducir la discordia entre ellos porque juzgaba fundadamente que divididos le seria muy fácil destruirlos. Así logró en efecto desavenir á Almagro con los Pizarros y tenerlo por aliado. En sus últimos ataques conviene saber cómo empleó ya las armas españolas, porque los que á causa de la discordia se hallaban con él, le habian adiestrado en su manejo y en el del caballo y le hacian pólvora. Así se sorprendieron sus contrarios cuando vieron que manejaban el arma de fuego con destreza y que montaban con habilidad en buenos caballos: si acaso hubieran continuado resistiendo, habrian sacado mayores ventajas que hasta allí. En tal estado se hallaban á la llegada de Almagro que salió de Chile fastidiado de buscar allí riquezas que no encontró y para pelear con Pizarro el Cuzco, cuyo gobierno sabia le habia sido dado por el rey de España. Con estas intenciones venia á tiempo que, sabedor de la revolucion, se le presentaron unos emisarios del Inca para hacerle entender que Pizarro se opondria á darle el Cuzco.

(Continuará.)



CANTATA EPITALÁMICA,[1]

PARA EL DIA DE LOS FELICES DESPOSORIOS DE MIS HIJOS

AGUSTIN SANCHEZ DE TAGLE Y LUISA DE BOCANEGRA.



QUE quieres, niño Amor, que ni te asusta
Mi faz rugosa, ni mi pelo cano?
¿No basta que á tu imperio soberano
Vida y voz consagré, mientras robusta?

¿Intentas que arda la ceniza?... injusta
Fuera tu pretension, tu empeño vano;
Que el triste yelo de mi pecho anciano
A tus ardores mal asáz se ajusta.

Mas nada escucha tu afanosa prisa;
Mis viejas venas con tu fuego inflamas;
Ordenas *cánte*, en Agustin y Luisa,

De tus proezas la que tú mas amas.
Ya obedece mi Musa profetisa,
Y el himno entona de tus sacras llamas.

Esta quinta deliciosa
Te vió, mi Agustin, un dia,
Correr tras la mariposa
Y lucerna vagarosa,
Con pié debil todavia

Tu carrera vacilante
¡Cuantos me costaba sustos!
Que cayeras cada instante,
Como aprehendia el pecho amante,
Me eran temores tus gustos.

Llamabas con risa ufana
A tus queridos hermanos
Para cortar flor temprana,
O alzar caída manzana,
Que aun no te cabia en las manos,

Cansado de fiesta y juego
Al regazo de tu madre
Venias, sudoroso, luego;
O cariñoso, á mi ruego,
A los brazos de tu padre.

Con las manos te colgabas
De entrambos cuellos paternos,
Y blando los alhagabas,
Y amoroso retornabas
Los nuestros con besos tiernos.

Mas no sin mezcla de azares
Corrieron siempre esos dias;
Amarguras singulares,
Susto cruel y pesares
Turbaron mis alegrías.

Aquí tu preciosa vida
En gran riesgo, á mi presencia,
Puso una grave caída:
¡Ay! daba el alma aflijida
Por la tuya mi existencia!

Todo pasó ya, cual sueño
Que disipa el despertar:
A uno se siguió otro empeño:
Cambió el corazon de dueño
Y de afectos el amar.

Ese fresno cuyas ramas
Agora vientos no mecen,
Y pasan del sol las llamas,
Y á ti y al idolo que amas
Sombra grata les ofrecen,

Entonce apenas alzaba
Vara, poco mas, del suelo,
Y vaivenes le causaba
El Gorrion que en él posaba,
Cortando su alegre vuelo.

A la par con él creciste
Y, ya robusto mancebo,

---

[1] Habiendonos proporcionado un amigo nuestro esta composicino poética de nuestro distinguido literato el Señor Don Francisco Manuel Sanchez de Taglc la, insertamos con la mayor satisfacc'on.

(Los Redactores).

En su corteza escribiste:
,,*Luisa, mi amor que admitiste*
Será eternamente nuevo."

¡Como! ay! las horas rapidas volaron;
Y los dias velocisimos corrieron;
Y en pos de ellos los años se pasaron!
¿Donde están ahora? ¿donde? ¿Que se hicieron?

Otras llegaron ya y otras esperan;
Como á mi sigue mi hijo idolatrado;
Mas todas, todas, á la par, se esmeran
En darle cuantas dichas he gozado.

Y mas; pues muchas mas están escritas
En el libro adorable del destino,
De pura luz con letras esquisitas
Que invariables formó dedo divino

Del Supremo Hacedor, que aquese espacio
Donde se pierden vista y mente humana,
Pobló de islas de luz, y de topacio
Las puertas colocó de la mañana;

Y solo sabe donde, en que manera,
Movil ó fijo, el último lucero
Puso; á decir á la creacion entera:
,,*Solo Dios mas allá de este lindero.*"

Muy antes, hijos mios, que los millones
De seres el eterno fabricára,
Ya decretó formaros corazones
Propios para la union á que os prepara.

Su mente os traza en grata semejanza,
Que mútuo siempre dulce amor inspira;
Principio cierto de feliz alianza
Y de hermosura que en la prole admira.

El modo luego, y la sazon ordena
De daros las virtudes conyugales:
Sus gracias os destina, á mano llena,
Para haceros felices y leales.

Ni á vuestros padres su bondad inmensa
Olvida en esos planes amorosos:
Dotarlos quiso de ternura intensa,
Por que en vosotros fueran venturosos.

Cuando le plúgo realizar su intento,
Crió aquesos orbes, sin cesar girando;
Y ellos, midiendo siglos, el momento
Nos allegan, que estamos disfrutando.

El sol asoma en el rosado oriente
Radioso, como nunca, en este dia:
Perfuman mil aromas el ambiente;
Todo respira dichas y alegria.

El lazo santo ha unido vuestra suerte;
Y el mismo Dios eterno el nudo sella
Que no desatará sino la muerte;
Yá son uno Agustin y Luisa bella.

Dulces prendas del alma paterna,
Vuestra dicha felices nos hace;
Juventud en nosotros renace;
Ya sentimos su ardiente vigor.

Esa union de dos almas eternas,
Ese fuego que siempre ha de arder,
De mil bienes la causa vá á ser;
La há jurado el supremo Hacedor.

Dos arroyos juntándose en uno,
Luego forman el rio caudaloso,
Que hasta el mar llegará proceloso,
Esmaltando sus bordes Abril.

A este modo serán, de consuno,
Por vosotros en una reunidas
Dos familias, del cielo queridas,
Y á la patria darán hijos mil.

En las frentes los tiernos abuelos
Recibiendo de nietos festivos
Dulces besos, de amor expresivos,
Se enagenan en sumo placer.

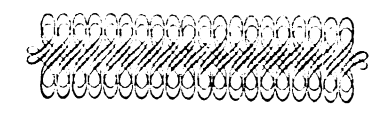
Vuelan luego, temiendo los zelos,
De sus padres al caro regazo,
Y duplican los mimos y abrazo
Conque en dichas los hacen crecer

Mi buen hijo, de mis bendiciones
Copia inmensa recibe este dia,
Y esa prenda de tanta valia,
Que es ya tuya, la goza sin fin.

La virtud regirá tus acciones;
El amor premiará tus afanes;
De tu padre dichosos los manes
Por tu causa serán, Agustin.

Dulce Luisa, virtud y hermosura
Te dió el cielo, bondoso contigo;
Agustin te vá á ser fiel amigo;
Tu á él feliz, y el feliz te hará,

Yo por colmo os deseo de ventura
Hijos cuales habeis siempre sido.
Oye ¡ó Dios! este ruego encendido,
Y pronuncia, infalible *será.—Canté.*



GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.



D. GARCIA SARMIENTO

DE SOTOMAYOR,

Conde de Salvatierra, marqués de Sobroso, décimo nono virey de la Nueva-España. Desde 1642 hasta 1648.



1642.



ONFIADO Felipe IV en que el opisbo de la Puebla desempeñaria á su satisfaccion el encargo que le hizo de remover al duque de Escalona, dejó pasar el tiempo que juzgó oportuno le seria necesario para desempeñar] su comision y cuando le parecia que estaria ya cumplida, mandó al conde de Salvatierra que cuanto ántes fuera á encargarse del vireynato. En efecto, el veintitres de noviembre hizo su entrada en México, y en seguida tomó posesion, quedando el obispo con el desempeño de la visita. Villena al concluir el año salió de Churubusco para San Martin, á hacer los preparativos de su viaje.

1643.—Para efectuarlo, sabedor de las acusaciones que le habian sido hechas al rey, recogió certificados de las autoridades y de personas de calidad, marchóse, y logró tanto vindicarse en la corte, que se le volvió á nombrar virey, pero rehusó la comision, tomando el vireinato de Sicilia, para donde partió, no sin aconsejar ántes al soberano cosas de utilidad para la corona: una de ellas la colonizacion de la California, á tiempo precisamente que lo proyectaba el mismo rey, que envió facultado ampliamente á D. Pedro Portel de Casanete. Al ayuntamiento se le concedió que proveyera por sí la fiscalia de justicia mayor.

1644.—Doce conventos de mugeres, y sobre poco mas ó menos igual número de hombres contaba ya en este año México, que por razon de una piedad indiscreta se iban absorviendo todas las propiedades; á esto se agrega el número excesivo de conventualas, que entre monjas, educandas y criadas eran muchas, lo que notoriamente perjudicaba á la poblacion, y teniéndolo presente el ayuntamiento solicitó del rey que no permitiera en lo sucesivo fundaciones, y sí prohibiera toda adquisicion de bienes raices á los monasterios, porque era trascendental el perjuicio que ocasionaba, pudiendo llegar época en que fuesen los únicos propietarios. Miéntras esto se hacia, llegó Casanete que fué muy bien recibido del conde de Salvatierra, quien mandó se le diera lo que pidiese para la espedicion, y le facultó para reunir colonos y levantar tropas, como lo consiguió en poco tiempo. Dadas ya á todos los gefes y gobernadores de tierra adentro, las ordenes correspondientes para que le auxiliasen, y prevenidos los buques y en disposicion de partir, le quemaron dos barcos, se desertó la tropa, y las familias se retiraron á esperar que se repusiera.

1645.—1646.—Otra inundacion acaeció en cuarenta y cinco por el abandono con que se continuaba la obra emprendida en el desagüe, desde el tiempo de Armendariz, pero fué de corta duracion y poco mal causó. Desde la misma época, la ciudad obtuvo del rey, empleando siete mil pesos, tener fiel, mojoneros y otros oficiales menores: se benefició tambien

la escribanía real de la caja, y mayor de minas y azogues en veinte mil pesos. Grandes terremotos se dejaron sentir en cuarenta y seis, especialmente en Mahualco, donde el 13 de abril refiere el arzobispo, que se hallaba allí en la visita, D. Juan de Mañosca, que las campanas solas estuvieron repicando durante algun tiempo.

1647.—La hermosa Salvatierra, fundada en el obispado de Michoacán, debe su nombre y su orígen al virey que gobernaba en este año, que fué en el que de órden suya se fundó.

Entramos en una época de las pocas que tuvo México, memorables en los tres siglos que fué colonia, es decir, cuando ya el espíritu público yacia completamente amortiguado, y solo se presentaban cuestiones de tribunales ó de autoridades. Antes de referir los acaecimientos de este año, de que pasamos á encargarnos, seanos permitido que, protestando de nuevo nuestros respetos y veneracion al ilustre prelado D. Juan de Palafox y Mendoza, cuya buena fama nada mancilla nuestra débil y quizá insignificante opinion, mencionemos las causas que, segun entendemos, dieron verdaderamente orígen á los grandes escándalos que tuvieron lugar en Puebla, y no se lleve á mal que nos tomemos la libertad de hacer las reflexiones que al paso nos ocurran, y las cuales puede ser muy bien que no todos los lectores estén al alcance de ellas; séale lícito al historiador como á cualquier otro hombre discurrir, pues si bien su mision consiste en referir los hechos, no debe hallarse circunscripta en límites tan estrechos.

Llamamos, pues, la atencion á estos puntos cardinales de que debemos partir si queremos formar un juicio exacto, advirtiendo previamente, que no nos desviamos en lo mas mínimo á una ú otra parte, sosteniendo nuestro carácter de imparcialidad, porque por el señor Palafox, ademas de no tener motivo que nos excite contra él el odio ó desafecto, conservamos, por el contrario, como hemos dicho, un sumo respeto hácia su memoria venerable; y por lo que mira á los religiosos jesuitas, tantos hechos nos presenta la historia, que nos los hacen dignos de la mayor estimacion, y tantos se nos refieren, que engendran el odio hácia ellos, é inspiran horror é infunden temor, que sin atrevernos á negar abiertamente los unos ó los otros, sin datos para hacerlo, enemigos siempre de proceder con lijereza, ni dejamos de elogiar su beneficencia, ni osamos fallar en su contra suspendiendo nuestro juicio. Los antecedentes, pues, que asentamos, están reducidos en suma á esto: cualquiera que haya pasado con rapidez la vista por la historia del mundo cristiano, y que no esté animado de preocupaciones exageradas y en cierta manera fanáticas, conoce á fondo el carácter natural de la corte romana, y no ménos el de los eclesiásticos regulares, usurpadora constantemente aquella de la potestad ordinaria de los obispos, y los segundos amigos de eximirse de su jurisdiccion, como se eximirian de la del mismo pontífice, si pudiesen impetrar que quedaran sujetos inmediatamente al *Eterno Padre*, para conseguir, estando mas distantes, no tener prelados que hallándose sobre ellos les reprimieran sus excesos ó corrigieran sus defectos, han ocasionado frecuentes trastornos á las sociedades, que si bien son reprensibles en la ambiciosa curia, y en los turbulentos monjes, no ménos lo son en los obispos que así han dejado arrebatarse la parte mas noble de la autoridad que Dios les habia dado, y que han consentido en tener dentro de sus mismas iglesias, cuerpos que se hallan totalmente independientes de su potestad y jurisdiccion. He aquí la fuente del mal, el menoscabo hecho por la silla apostólica de la autoridad episcopal, la admision de regulares exentos, dentro de los mismos límites de su jurisdiccion.

Este, pues, es, en nuestro concepto, el orígen primordial de la cuestion suscitada entre el venerable Palafox y los religiosos de la compañía en Puebla. Al llegar á esta el obispo, seguian los jesuitas un pleito por el Dr. D. Hermenegildo de la Cerda, por los trámites legales ordinarios, y en el año que corre, publicó la iglesia un escrito firmado por el obispo sobre el mismo asunto lo que en verdad nada tenia de estraño; á lo ménos hoy con mucha frecuencia sucede que dos partes contendientes den á la prensa los escritos que respectivamente ha presentado cada una al tribunal; y así los jesuitas hicieron otro tanto, en lo cual parece que no hubo exceso, usando como usaban de un derecho, y mas en justa reciprocidad. Sin embargo, esto disgustó á Palafox, quien por otra parte tenia sus resentimientos privados con los jesuitas, nacidos de pequeñas frivolidades, en que no debia ciertamente haber parado un solo momento la atencion, como era no haberle visitado hallándose enfermo, y semejantes. No dejaban tambien los jesuitas de hallarse resentidos por casi iguales frivolidades, y la ocurrencia de los escritos acabó de indisponer los ánimos de aquel y de estos, princi-

palmente el del primero, que muy luego manifestó su desavenencia.

Puso en práctica un medio indigno ciertamente de una alma generosa, la venganza, y una venganza que se hacia trascendental á la quietud pública, á lo que se vió precisado á instancias de su provisor. Llegado el miércoles de ceniza, 7 de marzo de 1647, es decir, á tiempo que comenzaba la cuaresma, en la cual habian de predicarse misiones encomendadas muchas á la compañía, y que no podian suspenderse sin grande ocasion de escándalo, que no solo los obispos, sino en general todos los fieles debemos evitar, habiendo podido desde su venida al obispado, haber exigido las licencias con que aquellos religiosos predicaban, el provisor lo hizo, para este crítico dia, previniéndoles que caso de no tenerlas, mostrasen los privilegios que los autorizaban para ejercer de tal modo el ministerio. Escusáronse los jesuitas de presentar estos últimos, con que no eran parte, sino el provincial, el padre Velasco que residia en México, puesto que se trataba de asuntos que concernian á toda la compañía. A esta respuesta mandóse que miéntras tanto se abstuviesen de predicar, y se les fijaron veintidos dias para presentar los privilegios. En efecto, determinaron obsequiar el auto, á pesar de que los *privilegios pontificios* los eximian en este punto de los ordinarios, mas considerando que para el viernes inmediato se hallaban anunciadas misiones, por lo que era indispensable que se efectuaran, á fin de evitar un escándalo, acordaron de pedir licencia al Sr. Palafox, precisamente para aquel dia nada mas, interin contestaba el provincial, á quien ya se le habia dado aviso de la ocurrencia. Pasó una comision á ver al señor obispo, y haciéndole presentes las circunstancias, le pidieron la licencia. Dícese que la comision fué recibida con alguna aspereza por el venerable Palafox, que se negó á dar la licencia, y que yendo el padre Legaspi, que era quien habia de predicar, se refiere que le dijo que era una lástima que él fuese el predicador. Con tal respuesta volvieron los encargados á dar cuenta, y despues de una seria deliberacion, segun se cuenta, se convino en que los cánones previenen que basta pedir la bendicion ó licencia, y que los autores interpretan que no es necesario obtenerla. ¡Vaya una interpretacion ridícula! Y así dispusieron celebrar la mision, creyendo haber cumplido por su parte, y poco ántes de la hora en que debia comenzar, que era á las diez y media de la mañana, se notificó al rector del colegio un auto del provisor como el antecedente, y al cual se dió igual contestacion, sin embargo, el misionero habia subido al púlpito y ya venia tarde la notificacion.

Aunque esta se hubiera hecho á tiempo en que pudieran haberla entendido todos los religiosos, no deberian con todo suspender la mision, así lo exigia su honor, así lo demandaba el bien público, se hallaban en cierta manera obligados á hacer la anunciada, como lo estaba previamente dispuesto y prevenido todo desde en la mañana.

A pesar de que era imposible de hecho que se suspendiera la mision, y que el misionero alegaba con justicia la ignorancia del último decreto notificado á su prelado, el provisor mandó en la tarde del propio dia notificar un tercer auto, exigiendo las licencias ó privilegios, y como contestasen del mismo modo que en los anteriores, fueron declarados incursos en excomunion, y conminados con mayores censuras, hasta la de anatema si continuaban resistiendo como contraventores á las sanciones Tridentinas, bulas y decretos pontificios.

Los religiosos jesuitas que de tal manera se vieron tratar, acudieron á su prelado provincial, lo que originó un gran movimiento en México. Llamóse la atencion á las autoridades seculares, implorando el auxilio de la real proteccion, á cuyo fin se dirigieron al conde de Salvatierra. Acordaron luego los prelados de nombrar jueces conservadores, que procediendo conforme á derecho y en justicia, la aplicasen al que la tuviera. El Sr. Palafox no descuidó de nombrarse un representante cerca del gobierno en la corte de los vireyes, y dió al efecto sus poderes al fiscal del rey Melian, amigo suyo, con facultades muy amplias. El fiscal desprendiéndose de la imparcialidad que como tal debia tener, se constituyó desde luego abogado de su poderdante, y comenzando á patrocinar su causa, en un pedido muy estenso y fundado, dijo al virey que no era lícito á los regulares en cualquier caso nombrar conservadores, y que aun cuando les es permitido, debe hacerse previa calificacion de la audiencia, la cual ha de aprobar despues á los nombrados. El conde de Salvatierra consultó este pedido á su asesor, quien convino en que la audiencia habia de calificar cuando se hacia el nombramiento, y hecho, aprobarlo la misma, pero que el que ahora se presentaba era de los expresos en el derecho: por supuesto que ni el parecer fiscal ni la consulta del asesor carecian de apoyo legal, ya civil, ya canónico. Así pues, cuando fué pedido el auxilio al conde por los

jesuitas, les mandó proceder segun el órden del derecho que se le acababa de alegar y de consultar.

Debe advertirse, que á la sazon que esto pasaba, el Sr. Palafox era un visitador de los tribunales, cuya visita no habia terminádose, así que corria riesgo la causa de los jesuitas, sujetándose á la audiencia que lo estaba á la visita de su adversario. El padre provincial Velasco recusó por lo mismo al tribunal todo, fundado en caso igual que poco tiempo ántes se habia dado, y admitida la recusacion quedando solo el virey para decidir, decidió en efecto, que los jesuitas podian en aquellas circunstancias nombrar conservadores. Para resolverse así este punto, fué consultado ántes con todas las personas de México, distinguidas por su ciencia y virtud, y en número de mas de setentā, si bien la mayor parte religiosos, incluso el reverendo juicioso obispo de Michoacán, D. Fr. Marcos Ramirez, que se hallaba entónces en dicha ciudad, convinieron unánimemente que podia hacerse el nombramiento.

Habíanse los domínicos manifestado muy adheridos á la causa de los jesuitas, por cuya defensa mostraban mucha decision y empeño: esto fué parte para que luego se pensase en nombrar de entre ellos los jueces, y fueron elegidos para este encargo, el prior del convento principal de la provincia de Santiago de México, Fr. Juan Paredes, y un maestro difinidor de la misma. Electos ya, y confirmados por el virey, los conservadores hicieron notificar al obispo de la Puebla y á su provisor, y caso de no ser hallados, á cualquiera persona que fuere encontrada en su casa, y no lográndose esto, fijando rotulones en las puertas de la misma, que se abstuvieran en sus procedimientos, y levantaran las censuras, amenazando con sujetar al Sr. Palafox á una pena pecuniaria, y al provisor á las censuras, si resistian obedecer. El obispo desconocida la autoridad de los conservadores, rehusó obedecer y prohibió á los estudiantes que asistian á las aulas de los jesuitas, que lo hicieran en lo sucesivo, si no querian quedar sujetos á la excomunion que desde luego imponia á los desobedientes: igualmente exhortó á su pueblo á que no recibiese de ellos la penitencia y sacramentos, porque se esponian á cometer sacrilegios.

Los conservadores entónces prévia la trina monicion canónica, impusieron excomunion al Sr. Palafox, y le mandaron fijar en tablillas. Como los poblanos por mucho afecto que tuvieran á los jesuitas, tenian en mucha estima á su dignísimo prelado, de quien habian recibido grandes bienes, no debian ver con indiferencia que así se le tratase, é incómodos, borraban y rompian los papeles de excomunion, lo que malamente se dijo que era efecto de órdenes de aquel prelado, y á fin de evitar que esto se continuara ejecutando, pasaron unos encargados de los jueces que fueron á vivir al convento de San Agustin. Justamente irritado el Sr. Palafox, promovió rechazar la fuerza con la fuerza, empleando igual género de armas. Es de saber que ya ántes en la iglesia de Trinitarias habia leido la excomunion á que sujetaba á sus adversarios, y ahora hizo preparar en su catedral un túmulo cubierto de negras bayetas, anunciar desde la víspera la triste ceremonia con los lúgubres clamores de las campanas, y saliendo de su casa acompañado del cabildo, llegó á la iglesia á imponer anatema á dos religiosos de la compañía, y á los jueces: al efecto practicó las terríficas ceremonias de la liturgia, apagando las velas, arrojándolas al suelo, pisoteándolas por último, y despues subió al púlpito, las esplicó y declaró las personas que sujetaba á aquella pena canónica, la mas tremenda de todas. Dícese que influyó tanto en el pueblo este acto, que fué necesario poner guardas en los conventos y casas religiosas de los jesuitas, para evitar un ultraje que se preparaba les hiciesen, pues las iban á incendiar.

A fin de calmar estos disturbios, promovió el virey que se conciliasen en una junta que quiso celebrar en su presencia, deponiendo el carácter de virey como dijo á Melian, á quien encargó depusiera igualmente el de fiscal. Los jueces se avinieron protestando que en nada se separarian del órden legal, oyendo á ambas partes, para cuyo efecto mandaron se notificase al señor obispo, que estaban prontos á oirlo; pero este venerable prelado insistia en desconocer la autoridad de aquellos, y por consiguiente rehusaba comparecer en su tribunal, porque le parecia muy degradante á su dignidad, que veia ajada con tal accion, y á fé que en esto convenimos con este hombre respetable, porque si siempre nos han parecido los tribunales privilegiados, opuestos á los buenos fines de la sociedad, y por consiguiente, nocivos á los de esta clase, no podemos menos de reconocerlos como monstruosos, cuando despues de eximirse los regulares de la jurisdiccion ordinaria con daño evidente, ya no tanto de la sociedad como de la religion misma para sostener los privilegios perjudiciales que así los eximen, que hayan de nombrarse jueces, ya

dado el caso de que deben juzgar, y por las mismas personas, y por los propios privilegios que se trata de sostener, es decir, nombrar con el carácter de jueces y sus facultades, verdaderos defensores que ataquen y combatan indefensa á la parte contraria; hecho es este muy ageno del espíritu de la iglesia, muy degradante á la dignidad de los sucesores de los apóstoles. Así han desfigurado á la esposa inmaculada del cordero sin mancilla, los sucesores de la piedra fundamental Pedro y los órdenes regulares. Pero ¿cómo habia de crearse Roma un poder temporal sobre las cortes? ¿cómo, finalmente podria quitar y poner cetros y coronas á su arbitrio, sin súbditos que le reconocieran inmediatamente, y que le prestaran apoyo? Los regulares por otra parte, ¿podrian entregarse á grandes excesos, precipitarse en la desmoralizacion, si tuviesen prelados que hallándose á la vista los refrenaran?

A pesar de la repugnancia que sentimos por el nombramiento de jueces, hecho por una de las partes interesadas, él está prevenido por el derecho canónico, y el obispo creemos que no podia resistir su autoridad, que en cierta manera habia reconocido al admitir una diócesis que como todas las de la cristiandad tenia en su seno eclesiásticos privilegiados. Cúlpese enhorabuena á sí propio, pero no eche en cara á los jesuitas lo que él mismo pudo evitar: ántes de admitir el cargo pudo muy bien haberse opuesto á las esenciones monacales, ó reclamar por lo ménos, ya admitido, la amplitud toda de su jurisdiccion, pero una vez aceptada sin restriccion alguna, y en el estado en que lo encontraba, si bien guiado de un celo apostólico, era en cierto modo un deber suyo hacer respetable su dignidad, oponiéndose abiertamente á los principios que de cualquier modo la menoscabasen, no debia con todo reservarse esto para un caso particular, ni contrayéndose á una sola especie de regulares, cuando existian los dominicanos, franciscanos y agustinos, á quienes algun tiempo ántes se les habian concedido grandes esenciones, y á los cuales no exigió la manifestacion de sus privilegios, como parece que lo aseguró, dando á la prensa una carta pastoral, en la que deseando vindicar su conducta, asienta que á todos los religiosos habia pedido sus privilegios, y á excepcion de la compañía, ninguno habia osado desobedecerle, cuya especie desmintieron los demas prelados, segun se dice.

En tanto, pues, que S. Illma. y los conservadores se combatian espiritualmente, el conde de Salvatierra, buscando ocasion de hacerlos avenir, escribió al cabildo secular de Puebla para que unido con el eclesiástico, conciliaran á las partes contendientes. Quejábase el conde de que el ayuntamiento no le diera cuenta de todos aquellos disturbios, mas esta corporacion se escusaba con que no eran mas que desavenencias espirituales las que ocurrian, pero que no habia descuidado de hallarse reunido durante ellas, con el fin de evitar una conmocion. El fiscal Melian, recibió por junio una carta del Sr. Palafox, en la cual se queja de que se armaba gente en los conventos de San Agustin y de los jesuitas, á la que le contestó que otro tanto se decia de él, que tenia apostada gente para armar una revolucion.

A este estado llegaban las cosas cuando se convino en julio, es decir á los cuatro meses, en la conciliacion, y á punto de celebrarla, cuando ya con este objeto se tenian juntas ante el virey, de todos los interesados dispuestos á ceder en sus pretensiones, cuando se tuvo noticia en México de la ausencia del diocesano Palafox, que habia dejado nombrados para gobernar la mitra, tres individuos que entrasen el uno en vez del otro, segun el órden de su nombramiento, pero renunciaron dos, y no pudiendo el primero que era el provisor, ir, detenido como se hallaba en la capital, por órden del virey, el gobierno quedó en el cabildo sede vacante por ausencia del prelado. Los jesuitas en funcion pública y muy solemne hicieron la manifestacion de los privilegios que les concedieron los pontífices Gregorio XIII y Gregorio XIV y Paulo V, en consecuencia se levantaron las censuras á los notados y cesó toda desavenencia por el pronto.

Los privilegios de los dichos pontífices autorizaban á los jesuitas para que pudieran predicar y confesar, una vez obtenida la licencia del ordinario sin necesidad de pedirla de nuevo á sus sucesores, y aunque aparecen otras bulas posteriores contrarias, unas no habian sido promulgadas en los dominios españoles, y ni aun se les habia acordado el pase por el consejo, requisito esencial para que tuvieran fuerza, de otras se dudaba si derogaban los privilegios concebidos en términos generales, y finalmente, á pesar de ellas, los jesuitas habian estado en plena y pacífica posesion de confesar y predicar sin pedir la licencia, y con ciencia y paciencia de los obispos y del mismo Sr. Palafox. Ademas, muchos jesuitas de Puebla tenian licencias espresas de los diocesanos de Puebla, y del mismo venerable algunos de ellos, y sin embargo, en Roma aseguró que no tenian licencia.

Cuando el padre Velasco fué á Puebla, iba acompañando á los conservadores que fueron recibidos muy bien de los vecinos con grandes demostraciones de júbilo: todo volvió á su antiguo estado y las discordias parece que habian cesado completamente. Así era en efecto, que el cabildo gobernador confirmó las licencias y vió los privilegios que le fueron presentados por los padres de la compañía, los cuales salieron en procesion solemne á hacer la presentacion. Mandáronse borrar y arrancar los edictos todos publicados contra aquellos religiosos y sus conservadores, y se les repuso en la posesion en que se hallaban de predicar y confesar.

A fines de noviembre llegó á México el nombramiento de virey del Perú al conde de Salvatierra, y para sustituirle en la Nueva España, al obispo de Yucatan se le designaba con el título de gobernador. Sabido esto por el señor Palafox, creyó que la fortuna le volvia el rostro, y luego se hizo aparecido, pues llevaba una amistad muy estrecha con el dicho obispo de Yucatan: entró, pues, en México, y recibió una cédula de la corte que le destituia del cargo de visitador. Interpuso al virey un recurso solicitando que se le absolviese *ad cautelam* miéntras recurria al consejo de Indias. Hízose como él lo pedia, y fué absuelto por el reverendo prior de Sto. Domingo, actuando por sí y por su compañero ausente.

Pasados pocos años, el señor Palafox llamado á España, siguió allá su pleito, y en la corte de Roma, y por una de aquellas monstruosidades incomprensibles, se halló triunfante allí el mismo que fué vencido en México y sobre los mismos puntos. Ya se vé eran jueces el consejo de Indias de que era miembro el señor obispo y la curia romana, siempre inconsecuente en sus resoluciones. Sentimos no convenir con el Sr. D. Cárlos María Bustamante, que en la historia de los tres siglos del padre Cavo, dice: „que debiendo dar una fé ciega á los decretos de la corte de Roma, como fieles cristianos que somos, hemos de venerar sus decisiones como destituidas de error," no así pensamos nosotros en este punto sino que juzgamos que aquí quiso paliar los desórdenes que ocasionaran sus excesivos privilegios. En la obra titulada „Fasti novi orbis" hallamos la siguiente.

„Ordinatio CCCXII."

„Anno 1648. 14 Maii."

„Confirmat Innocentius XI resolutionem S. Congregationis qua censuit non posse clericos modo suppressae Soc. Jesu in diœcesi angelopolitana confesiones personarum secularium audire sine licentia Episcopi dioecesani, nec verbum Dei predicare in eclesiis sui ordinis non petita ipsius benedictione; neque in aliis eclesiis sine ipsius licentia neque in eclesiis sui ordinis ipso contradicente: et contravenientes ab Episcopo ut Sedis Apostolicae delegato coerceri et puniri posse etiam censuris eclesiasticis in vim constitutionis Gregorii XV quæ incipit *Inscrutabile Dei Providentia.*" Téngase presente que á esta bula no le fué dado pase por el consejo. Despues siguen las resoluciones á cada una de las consultas que hizo á la congregacion el Sr. Palafox. Admirámonos ciertamente de que tantos sabios en México, la mayor parte imparciales, el gobierno del virey y las autoridades mismas eclesiásticas erraran, y que solo anduviera acertada la congregacion de Emmos. (1).

Como prueba irrefragable de la inconsecuencia del consejo, nótese que cuando pocos años antes en un pleito de un particular recusada la audiencia, el consejo de Indias dió por buena la recusacion, ahora le pareció monstruoso que tal se hiciera con todo un tribunal. Nosotros, es cierto, estamos acordes en la monstruosidad de la recusacion, porque ni aun hoy en nuestro sistema de libertad se permite la recusacion de todo un tribunal, cuando este es colegiado y la razon es muy fácil de comprender, pero cuando se hace con espresion de causa, ya no digo á un tribunal, sino á muchos puede recusarse, y ¿qué causa mas justa puede haber, que estar sujeto el tribunal á la jurisdiccion de la parte contraria? Monstruosa nos parece mas bien la decision inconsecuente del consejo.

Nos lamentamos de esta desgraciada ocurrencia, mas que todo, por las virtudes que adornaban al Sr. Palafox, y se puede considerar que ademas del celo muy justo por su dignidad ofendida tan vilmente, tuvo mucha parte en estas cuestiones su malhadado provisor. El provincial de la compañía no era un hombre ménos distinguido, de gran ciencia y virtud, habia prestado á México su patria grandes servicios: basta para recomendarle traer á la memoria á su padre D. Diego de Velasco, y mas á

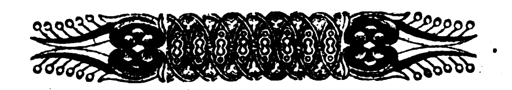
(1) Hemos tenido á la vista para esta relacion entre otras cosas, la historia de la Compañía en Nueva España, á la que nos remitimos en órden á los documentos, pues nosotros nos hemos contraido únicamente á referir los sucesos.

su abuelo D. Luis, el primer virey de este nombre y su tio el segundo virey Velasco, ambos sugetos recomendables, y cuyos servicios á México se hallan referidos en las épocas de sus respectivos gobiernos.

1648.—Ademas de las cuestiones que sin tanto calor se agitaban en este año, nada ocurrió digno de la historia sino fué la espedicion infructuosa que á las Californias hizo D. Pedro Portel de Casanete, pues que repuesto de los daños que le causó el incendio de sus barcos, reunió su gente, aprestó sus nuevas embarcaciones, dióse en ellas á la vela, costeó las Californias, y como no hallara lugar cómodo para establecer un presidio, se volvió á dar cuenta al conde de Salvatierra, á tiempo casualmente que este se iba ya para el Perú, dejando recomendado el asunto á su sucesor que, como hemos visto, estaba nombrado desde fines del año anterior.

CARLOS M. SAAVEDRA.

LA ODALISCA FAVORITA.



HE aquí una anécdota poco conocida y que prueba que en ninguna parte produce la fortuna metamórfosis mas sorprendentes que en Turquia, donde se vé en un momento que pobres aldeanas vienen á ser reinas, princesas, esclavas; y hombres de la mas baja estraccion ser elevados á las primeras dignidades del Imperio.

La sultana Tharhan, madre de Soliman III era moscovita; fué hecha esclava por los Tártaros á la edad de 12 años, y vendida cuando el advenimiento al Imperio del Sultan Ibraim á quien fué presentada. Un cuerpo bastante aventajado aunque algo delgado, rostro ligeramente señalado de viruela pero de una blancura resplandeciente, ojos azules y cabellos de un rubio un poco subido, color que prefieren los turcos, atrajeron la atencion del sultan: admitida á su lecho imperial tuvo un hijo y fué declarada Hasseki, sultana reina: dotada de un talento fino y penetrante, supo asegurar el imperio á su hijo de corta edad.

Algun tiempo despues de haber sido hecha esclava Tharhan, su hermano único, llamado Yousouf, fué cogido por los mismos tártaros y vendido en Constantinopla á un mercader de frutas y flores, cuando apenas tenia 13 años.

El jovén esclavo logró ganar el afecto de su amo, que lo vestia bastante decentemente para su estado, yaun le habia encargado la venta en su tienda, porque los turcos tienen en sus esclavos entera confianza.

Este jovén se tenia por muy feliz en su esclavitud y estaba muy lejos de imaginar que una Hasseki sultana, lo quitaria de sus frutas y flores para elevarlo al mas alto punto de la fortuna y hacerlo cuñado y tio de un emperador.

Pasando un dia la sultana delante de la tienda de este frutero, por casualidad fijó la vista en el jóven mercader, y apesar del cambio de trage creyó reconocer á su hermano. Su emocion fue tal que, contra la costumbre, hizo que se acercase á su litera el jóven vendedor de frutas, y se convenció que no se habia engañado, pero no pudo ser reconocida por su hermano,

porque las leyes prohiben espresamente que ningun turco vea á la cara á una muger, y sobre todo á una muger del harem, á una sultana reina; y aun cuando hubiera osado mirarla, hubiera tomado la verdad por una ilusion ¿como hubiera podido reconocer à su hermana con el trage de una Hasseki? No obstante la sultana Tharhan mandó á Kislar-Aga (el comandante de su escolta) hacerlo conducir al serrallo y continuó su camino.

Se puede juzgar del pesar de Yousouf y de sus lamentos al dejar la tienda, por lo que decia el mismo despues á un amigo: „Estaba fuera de mi; rogaba que me dejasen libre; me echaba á los pies de los oficiales del serrallo y les pedia con instancia perdon de faltas que no habia cometido; los que me custodiaban trataban de animarme dandome golosinas, pero yo hubiera querido mas bien vivir con pan y manzanas en mi tienda, que con los manjares mas deliciosos del serrallo."

La sultana à la vuelta del paseo hizo traer á Yousouf á su presencia; le preguntó su nacimiento, el nombre de su padre, su edad, si no tenia una hermana y en fin, si no tenia el cuerpo señalado con algunas cicatrices; respondió puntualmente à todas estas cuestiones, agregó que su hermana habia sido hecha esclava algunos años antes que él; y que tenia en el costado la señal de la mordida de un lobo. El gozo de la sultana no pudo contenerse mas, se hizo reconocer por el, y le colmó de caricias y de agasajos. Habiéndose estendido esta noticia en el serrallo, el sultan envió una capa forrada en piel de zibelina à Yousouf y su hermana lo puso bajo el cuidado del Kislar-Aga,

Permaneció algun tiempo en el serrallo. miéntras se le preparaba una habitacion digna del rango que iba á ocupar. Para complacer à la sultaná todos los empleados principales le hicieron regalos, y él que pocos dias antes era esclavo y revendedor de frutas por cuenta de otro, se vió, en menos de ocho dias, propietario de un hermoso palacio, dueño de una gran fortuna y de una multitud de criados y esclavos.

La sultana no se contentó con haber elevado á su hermano; se ocupó tambien de asegurarle medios de sostener su rango sin estar obligado á recurrir todos los dias á las liberalidades del sultan. Le consiguió una propiedad de 25000 escudos de renta, recompensa que no se concede generalmente sino á grandes servicios prestados al estado; hizo provéer por el gran Señor á la subsistencia de su casa y logró que tuviese 80,000 pesos anuales para hacerse un fondo, temiendo que despues de su muerte ó de la del sultan se le despojase de su propiedad y hubiera podido tambien elevarlo á las primeras dignidades del imperio, pero era esponerlo á la envidia de los visires; y asi solo se le dió el título de Agá, adecuado á su poca ambicion y su inclinacion á la tranquilidad. Conservó en efecto las costumbres de una vida sencilla; pasaba el estío y otoño bajo tiendas de campaña en una gran pradera en el puente de "aguas dulces„.

El amo de Yousouf no fué olvidado: la sultana ademas del precio del rescate le hizo dar mil pesos, y le asignó sobre la aduana una pension de cuatro reales diarios.

El poder que goza la odalisca favorita es inmenso, mira con superioridad y como á simples esclavos á todos los Eunucos excepto al Kislar-Aga y la Kapon-Agacy. Este favor es, sin embargo, muy incierto: si un capricho da á los gustos del sultan otra direccion, la desgracia y el olvido reducen á la infeliz odalisca á un estado cien veces peor que el de la mas humilde habitante del harem, por que esta tiene por lo menos la esperanza del porvenir; no habiendo llamado todavia la atencion de su Señor, pero puede mantener esta perspectiva en el fondo de su corazon, lo cual es mucho mas incierto para la odalisca caida,

Algunas veces las bellezas del serrallo hacen un papel muy importante en la politica. La famosa Lady Stanhope refiere con este motivo una anécdota muy curiosa. Voy á contarla porque es tanto mas interesante cuanto que los dos personages mas estraordinarios del Levante el sultan Mhamuhd y Mehemet Ali son los actores de ella.

"El poder, "dice, "que crecia continuamen- „te, del pachá de Egipto, habia exitado hacia „tiempo las sospechas de la Puerta: se que- „ria impedir que Mehemet Alí sacudiese el yu- „go del heredero de los califas, pero fué en „vano que los Capidgi-bachí, despachados del „serrallo con el cordon y el firman, hubiesen „ido al Cairo. Mehemet Alí advertido à tiem- „po por sus agentes de Constantinopla, habia „sabido evitar los lazos que se le tendian. Al „fin el sultan Mhamuhd formó un proyecto tan „habilmente concebido y que se proponia se- „pultar en un secreto tan profundo, que espe- „raba que el éxito seria infalible.

„Tenia en su harem una joven esclava Geor- „giana de una hermosura extraordinaria y que „precisamente por causa de su inocencia, era „muy á propósito à los ojos del gran Señor „para ser instrumento de su odiosa trama. La

„fé en los talismanes, como se sabe, es general „en Asia, y puede ser que ni aun el espiritu „superior del mismo Mhamuhd estuviese libre „de estas creencias supersticiosas.

„Mandó llamar un dia á la bella Georgiana y „afectando un gran celo por sus intereses, le „dijo que habia resuelto regalarla á Mehemet „Alí cuyo poder y riquezas eran sin limites, „como las inmensas regiones que gobernaba; „y que despues de él era el mayor príncipe „del universo. Le habló de la felicidad „de que se veria colmada si podia ganar su „corazon. Para conseguir esto, prosiguió,' „voy á daros un talisman irresistible" y al „mismo tiempo le puso en el dedo un anillo."

„Aprovechad un momento favorable; cuan„do el pachá duerma á vuestro lado echad este „anillo en alguna bebida que le presentareis „al despertar; cuando la haya tomado su co„razon será vuestro para siempre."

La inocente Georgiana recibió con reconocimiento el regalo que el sultan le habia hecho, y deslumbrada con el porvenir que le presentaba resolvió seguir sus instrucciones al pie de la letra. Llegó al Cairo con una numerosa comitiva de esclavos cargados de presentes, pero las espías que siempre tenia Mehemet Alí en Constantinopla le habian recomendado mucho en esta vez que estuviese con gran cuidado. Estos magníficos presentes de un amo, cuya secreta enemistad, le era conocida, habian desde luego despertado sus sospechas; no quiso ni aun ver á la bella esclava y despues de haberla detenido algun tiempo en el Cairo, se la regaló á Billel-agá que murió el mismo dia repentinamente. Preguntada la joven esclava acerca de lo que habria podido causar esta desgracia, respondió que le habia hecho beber el agua en que habia echado antes su talisman. "Tened,"clamó ella ,"ved aquí el vaso y el anillo." El anillo en efecto estaba intacto, pero la pretendida piedra que estaba engastada en él se habia disuelto en el agua.

(Traducido por D. J. Alaman.)

CÉLEBRE ASESINATO.

EL

MARISCAL DE ANCRE.

24 DE ABRIL DE 1617.



I

TODOS dormian en el Louvre, y solo un cuarto cuyas altas ventanas daban al rio estaba iluminado; este era la habitacion del jóven Luis XIII, del hijo de Enrique el grande que se egercitaba en gobernar su reino jugando con unos bulliciosos pajarillos que su favorito Alberto de Luynes le adiestraba para divertir sus ocios y entretener sus desvelos. Apesar de la atencion que el jóven rey ponia en los pájaros que voleteaban sobre la mesa, parecia hallarse inquieto y sobresaltado: ya se levantaba con precipitacion para asomarse por la ventana entreabierta, ó ya fijaba su atencion como para oir el ruido de algunos pasos lejanos.

Oyóse en fin un ligero sonido de armas y espuelas y poco despues fué abierta con precau-

cion la rica mampara que separaba la sala de las guardias de la camara del rey, y entraron dos hombres cuyas anchas capas cubrian sus esplendidas vestiduras.

—Ah! ya estais aquí, Alberto, dijo el jóven rey manifestando su satisfaccion, creia que habiais olvidado vuestra promesa.

—Las ordenes de V. M. no se olvidan como quiera, respondió Alberto de Luynes haciendo al rey una reverencia, he aguardado á que Mr. de Vitry concluyese de dar todas sus disposiciones, y este ha sido Sr. el unico motivo de mi tardanza.

—Y bien! Vitry, continuó el rey dirigiendose con viveza al capitan de sus guardias, habeis escogido la gente que necesitais?

—Si Sr., contestó Vitry, doce hombres de un valor á toda prueba á las ordenes de los intrepidos gentilhombres Hallier y Perray estarán al amanecer bajo el portico de Santo Tomas del Louvre, al aviso que yo les dé entrarán por diferentes puertas en el palacio y permanecerán sobre el puente levadizo dispuestos á auxiliarme.

—Luynes os habrá comunicado mis intenciones, prosiguió el rey, quiero que se aprenda y conduzca á la Bastilla al Sr. Mariscal de Ancre; mas si se atreve á hacer un gesto, á dar un solo grito....

—Entonces, añadió Luynes, será preciso matarle en el instante.

Luis hizo una señal de aprobacion.

—Sr. repuso Vitry, no disimularé á V. M. mis temores pues que en tales circunstancias, pagaria con mi cabeza, no lo dudeis Sr. si apesar de todas mis precauciones, y de toda nuestra prudencia, Concini lograra escaparse de entre mis manos haria pagar caro á los fieles súbditos de V. M. el mal exito de la empresa.

—Pues que, no soy yo quien manda Vitry?

—Quien lo duda Sr., dijo este, pero la reina vuestra madre, dispensa una ilimitada confianza á Leonor Galigai, digna esposa de Concini, y las lágrimas de esta muger enternecerán á vuestra augusta madre, quien acaso exigirá de vuestra ternura y del respeto que la debeis, la sentencia de muerte de los que hayan querido serviros.

—Bien sé dijo Luis, con una voz que la cólera hacia balbuciente, que mi madre está hechizada con esos dos miserables, pero ya sabré destruir tal encanto: sobre todo Vitry, el baston de Mariscal de Francia, es un magnifico aliciente y puede arriesgarse algo por tal de obtenerlo.

Como Sr! esclamó Vitry.

—La prision ó la muerte de Concini, continuó el rey, es un triunfo para la corona, y el que logre esta victoria es digno de llegar á ocupar la mas alta dignidad del ejército. Si, Vitry, el baston de mariscal que caiga de las manos de Concini será para vos: ademas quiero que las patentes en que os confiera este titulo sean registradas por el parlamento y que refieran menudamente la accion que os haya hecho merecedor de tal recompensa.

—Mariscal de Francia! Ah! Sr. esclamó Vitry despreciaria mil muertes, por conquistar tan brillante grado. Sr. dentro de pocas horas seré mariscal.

—Asi lo creo Vitry. En cuanto á ti Luynes bien sabes lo que te he ofrecido.

—Sr., dijo Luynes, no ignorais que mi adhesion hacia V. M. no necesita de ningun estímulo.

—Lo sé, Alberto, pero tu tambien habrás dado un golpe al coloso que pesa sobre mi trono. Oh amigos mios si supierais cuán odioso me es ese Concini!! No ignoro su complicidad en el asesinato de mi padre, en el cual Ravaillac no fué mas que el obscuro agente de una intriga tramada por Concini.

—No me atreveria á afirmar que V. M. no pueda equivocarse, dijo Alberto con una hipócrita moderacion, sin embargo es de notar que desde el asesinato del mas grande y mejor de los reyes, el fatal matrimonio ha visto llover sobre si las dignidades y los honores. La Galigai ha llegado á ser camarera mayor de la reina; Concini al mismo tiempo se ha visto investido con el cargo de primer gentilhombre de cámara; y ahora es gobernador de Normandia, primer ministro, marqués de Ancre y mariscal de Francia. Está tan alto que ya no puede subir mas....

—Está tan alto que caerá, interrumpió Luis tocando con la mano el pomo de su espada, es menester que caiga Sres., asi lo quiero ¿me entendeis? El insolente no contento con levantar para su defensa un ejercito mayor que el del rey mi padre cuando se vió obligado á conquistar su reino, aun se atrevió á insultarme descaradamente en mi propio palacio; ayer, ayer mismo, jugando al villar conmigo, me dijo: *Sr., V. M. permitirá gustoso que me cubra*, y sin aguardar respuesta se puso el sombrero. Ah! habria yo dado de muy buena voluntad la mitad del tesoro acumulado por mi padre en la Bastilla por ver castigado en aquel mismo instante, la jactancia de un hombre tan miserable!

—Sr. dijo Alberto sacando de la bolsa de su jubon una carta misteriosamente doblada, se me olvidaba entregar á V. M. un pliego que el

Sr. Nicolás de Verdun, primer presidente del parlamento de Paris, me ha confiado secretamente.

—Ah! dadmelo, dadmelo Alberto, que ahora mas que nunca necesito del apoyo y de los consejos de mi parlamento.

Tomó la carta y leyó en alta voz:

„Señor."

„Conforme á las noticias que he recibido de diversos puntos, creo de mi deber advertiros que el Sr. Concini mariscal de Ancre, hace fortificar la ciudad de Quilleboeuf en su gobierno de Normandia. El parlamento tambien acaba de ser sorprendido por dicho Concini con una demanda relativa á la compra del condado de Montbeliard; mas el parlamento, Sr., se opondrá cuanto pueda, en pro de la corona, á las exorbitantes pretensiones del Sr. Concini; pero al fin se puede emplear la violencia para hacerle registrar estos actos que comprometen la integridad del trono; y yo por mi parte me considero obligado á manifestaros el peligro."

„Dignaos Sr. aceptar las espresiones del rendimiento sin límites de vuestro fiel súbdito y obediente servidor."

Nícolas de Verdun.

Primer presidente del parlamento de Paris.

—Y bien Sres. lo habeis oido? dijo el rey, Concini no se toma ya el trabajo de disimular sus proyectos, camina descaradamente hacia el trono. Alberto! Alberto! continuó Luis apretando convulsivamente la mano de su favorito, es menester que este hombre odioso perezca.

—Sr. acabais de pronunciar su sentencia de muerte, dijo Vitry, dentro de pocas horas V. M. estará libre para siempre del miserable que se atreve á llevar su mano temeraria hacia vuestro cetro.

—Alberto, prosiguió el jóven rey, que al amanecer esté formado en el portico del Louvre el regimiento de mis guardias, que es el unico con que hoy puedo contar; tomad por pretesto una partida de caza para no dar á la reina en que sospechar, haced tambien prevenir secretamente al primer presidente Nícolas de Verdun, para que reuna el parlamento, tomad en fin, ambos, todas las medidas convenientes para el buen exito de la empresa.... Considerad, Señores, añadió Luis con una dignidad no comun en él, que se trata de la independencia del trono y de la gloria de la nacion.

El monarca hizo una señal de despedida y los conjurados se retiraron con la esperanza de llegar á los puestos mas elevados del estado, por el asesinato del mariscal de Ancre.

II.

Concini-Concino era hijo de un pobre notario de Florencia; jugador disipado y libertino, fué abandonado por su familia de la cual era el oprobio, mas cuando Enrique IV, se casó con Maria de Medicis, el jóven Concini se alistó entre los pages de esta princesa, quien condujo á Francia entre su comitiva, como en otro tiempo hizo Catalina esposa de Enrique II, á todos los estafadores y valentones de Italia. Concini tuvo la habilidad de hacerse amar de Leonor Galigai, hermana de leche de Maria, casose en fin con ella, y este enlace fué el origen de un favor descarado y de una fortuna sin ejemplo hasta entónces. Á pesar de las tinieblas que encubren á los verdaderos autores del asesinato de Enrique IV, lo poco que queda de los interrogatorios de Ravaillac prueban hasta la evidencia que Concini y su muger no fueron indiferentes en el trágico fin.

Del unico rey cuya memoria ha conservado el pueblo.

Pero sea de esto lo que fuere la muerte de Enrique IV fué para Concini y su consorte la señal de las gracias y de las liberalidades pues Maria de Medicis bien sea por recompensarlos ó bien por no desmentir la adhesion y ternura que manifestaba tanto á Leonor como á su esposo, acumuló en sus personas las mas altas dignidades que hasta entonces no habian sido sino la remuneracion de gloriosos y distinguidos servicios, ó la prerogativa de un ilustre nacimiento. Ademas de los brillantes cargos que quedan espresados, Maria colmó á los Concini, de ricos presentes, cuantiosas gratificaciones y crecidas pensiones no solo de su arquilla particular, sino tambien de las rentas del estado y del tesoro público.

El orgullo de estos personages no debia ya tener limites; y Leonor, cuyo caracter estravagante y genio altivo aumentaban con el favor que poseia, se complacia en humillar con su lujo y su arrogancia á las damas mas distinguidas de la corte.

Concini por su parte reinaba despoticamente en el Louvre, dictaba las decisiones del consejo de ministros, del que era presidente, manifestaba el mayor desprecio á los representantes del parlamento, y trataba á los Sres. mas distinguidos del reino con una insolencia que ni su talento ni sus luces podian justificar. Asi es que la indignacion contra estos detestables extrangeros era ya general, y tanto el pueblo como los cortesanos, el clero y los togados hacian en secreto votos para que ca-

yesen de un poder execrable á los ojos de todos.

La hora de la venganza sonó en fin.

El 24 de abril en la mañana, el mariscal de Ancre, precedido, rodeado y seguido de varios gentilhombres, de guardias llegó como tenia de costumbre por el gran puente levadizo, donde los conjurados estaban diseminados; Vitry con su unifome de capitan de las guardias permanecia bajo el portico, dispuesto á dar el golpe y su regimiento estaba formado en batalla en el patio.

Encontrabase, ya el favorito, ricamente vestido y con su regia comitiva, en medio del puente cuando Vitry dirigiéndose á él y asiendolo del brazo derecho le dijo: *El rey me ha mandado que asegure vuestra persona.*

El mariscal volviendose vivamente hacia los que le seguian gritó en italiano: ¡A mi, señores!

Estas palabras fueron la señal de su perdida, pues Vitry, Hallier y Perray le dispararon sus pistolas à quema ropa. El mariscal cayó y en el instante el regimiento de guardias mandado por el conde Grammont desembocó por el puente bastando su presencia para dispersar la comitiva del marques. Entonces Vitry sacando su espada esclamó: Viva el rey!; lo que repitieron los conjurados, y el pueblo, y en aquel mismo instante se abrió la ventana de la habitacion real y apareció en ella Luis XIII. rodeado de varios gentilhombres: „Gracias, amigos mios, gracias, gritó á los conjurados. Ahora yo soy rey!"

Asi acabó ese hombre, *que fue* dice Voltaire *primer ministro sin conocer la legislacion del reino, y mariscal de Francia sin haber sacado jamas la espada.* Concini era del todo indigno de la fortuna que la amistad de una reina le proporcionaba; y no supo hacer que se le disimulase su elevacion por algunas buenas cualidades ó al menos por un deseo aparente de servir al pais que lo habia adoptado. El mariscal de Estrees, en sus memorias sobre la regencia de Maria de Medicis y Bassompierre en las suyas han procurado en vano vindicar á Concini (1) pero las interesantes apologias de estos dos historiadores han sido rechazadas por la opinion publica, y la historia no puede considerar á Concini sino como un intrigante miserable que solo ambicionó el poder para satisfacer su orgullo, su lujuria, y su avaricia; el castigo era justo, pero solo á la ley correspondia el aplicarlo.

Las riquezas acumuladas por Concini eran numerosas; la renta que anualmente percibia por sus cargos ascendia á un millon de libras (poco mas ó menos un millon y seiscientos mil francos de hoy) (2) como todos los que tienen intencion de hacer traicion á la causa de la patria, tenia muchos millones impuestos en los bancos de Roma de Florencia y de Ynglaterra, y finalmente se encontraron en las faltriqueras de su vestido, al tiempo de su muerte dos millones en billetes de ahorro y en libranzas, y en su casa dos millones y veintemil libras. Jamas se habia visto tan considerable aglomeracion de capitales en una sola mano.

Ala sangrienta justicia del rey, siguió la del pueblo. Hácia media noche algunas guardias suizas, condugeron el cadaver del mariscal á una pequeña boveda de San German Auxerrois, pero al siguiente dia el populacho de Paris, se agrupó en la iglesia, exhumó el cadaver y fue á colgarlo en una horca, que el mismo mariscal, habia hecho levantar en el puente nuevo para los que *hablasen mal de él.* La vindicta popular no se limitó á solo esto; pues despues de pasadas algunas horas bajaron del patibulo el cuerpo, lo descuartizaron y sus horrorosos fragmentos fueron vendidos á peso de oro! Para esplicar estas crueldades, y no para justificarlas, dirémos que el Pueblo de Paris veia en Concini á uno de los asesinos de Enrique IV; y asi el 25 de abril de 1617 fueron las répresalias de la jornada de 14 de mayo de 1610.

El parlamento de Paris, procedió contra la memoria del mariscal de Ancre declarandolo rebelde, venal, prevaricador y traidor al rey y al estado. Su muger Leonor Galigai fué comprendida en este proceso, juzgada y condenada á ser quemada viva, y su hijo declarado innoble é incapaz de obtener ningun empleo.

De tan escandalosa grandeza no quedó mas que un memorable ejemplo para los futuros ambiciosos, ¿pero acaso los ambiciosos saben aprovecharse de las lecciones de la historia?

Traducido por P. M. de T.

(1) Mr. de Lavallée en su historia de los franceses tambien lo intenta.

(2) 320.000 pesos.







* * * *

Ya tu mirar no alivia mis enojos,
Ni borra tu sonrisa mis agravios:
Conocí la perfidia de tus labios,
Y la piedad mentida de tus ojos.

Bastó de amarte fascinado y necio,
Bastó de amarte con candor de niño,
Y de tomar por muestras de cariño
Miradas y sonrisas de desprecio.

Tuyo es mi corazon, grande mi alma,
Tan grande como poca mi fortuna:
Jamas halago de muger alguna.
Trajo á mi pecho la amorosa calma.

Una estrella fugaz, por un instante
Iluminó mi vida tenebrosa;
Volví empero la mirada ansiosa,
Y huyó la estrella como fuego errante.

Sí, mujer, en tus ojos halagüeños,
En tus ojos y frente pensadora,
En tu mejilla que el pudor colora
Pensé mirar al ángel de mis sueños.

Un suspiro de amor y de contento
Te envié del pecho en alas de la brisa,
Y vi en tus labios placida sonrisa,
Y un suspiro tambien me trajo el viento.

Ah! de piedad tal vez ó de desvio
Fué tu sonrisa y el suspiro tuyo,
No blanda queja, ni amoroso arrullo,
Ni justa paga del afecto mio.

Y me ama dije, y de su amor la prenda
Es el agrado de sus labios rojos;
Me ama dije mil veces, y en mis ojos
Yo mismo sin pensar puse la venda.

Engañarme adorando no era estraño;
Pero tu causa de las ansias mias,
Si incapaz de quererme te creias,
¿Porqué no anticipar el desengaño?

Vale mas al sediento peregrino
Perder de refrigerio la esperanza,
Que ver un manantial al que se avanza;
Y hallar cortado el árido camino.

Vale mas.... pero injusta mi querella
Será contra tus rijidos desdenes;
Razon señora en despreciarme tienes,
Quejarme debo solo de mi estrella.

Nacida de opulencia en el encanto
Para brillar cual astro sobre el mundo,
Oir no debes mi gemir profundo
Ni con tus manos enjugar mi llanto.

Deja que llore al mísero poeta,
Deja que vague solitario errante
Y goza, compañera de otro amante,
Dichas de amor, felicidad completa.

Pero cuando gozosa te estasiares
En brazos ah! de tu doncel querido,
Una memoria por piedad te pido
De mi infeliz amor y mis cantares.

Y si bajo de humilde parietaria
Encuentras mi escondida sepultura,
Una lágrima vierte de ternura
Sobre mi triste losa funeraria.

Enero 8 de 1844.

Puebla—Manuel Maria de Zamacona.

El tiempo no nos ha sido concedido sino para que cambiemos cada año de nuestra vida por el conocimiento de la verdad.

San Martin.

Hay gentes que no saben perder su tiempo solas; son el azote de las ocupadas.

Bonald.

La tierra está desnuda, estais en el invierno y decis: es necesario que mañana tengamos los calores del estio, su verdura y sus riquezas. Pero dejad subir poco á poco el sol, y las plantas crecer poco á poco. Los rayos abrasadores del astro matarían su germen delicado, ¿y que recojeriais en el otoño, pobres insensatos!



GEOLOGIA.

(VEASE LA PAGINA 180.)

ARTICULO II. ESPOSICION DE LOS HECHOS.

LA tierra tiene la forma de un esferoide ligeramente aplanado hácia los polos, y las tres cuartas partes de su superficie, próximamente, están ocupados por los mares, del seno de los cuales se elevan en diversos lugares partes sólidas, mas ó menos extensos, que se llaman tierras. Al rededor del polo norte es en donde las tierras están particularmente agrupadas, y constituyen dos inmensas masas llamadas *continentes*, que se prolongan mas allá del ecuador. Hácia el sur no hay mas tierras que las que forma la *Australia*. Por lo demas, aquí y allá existen una multitud de *islas* pequeñas, unas veces enteramente aisladas, otras reunidas en numero considerable, formando lo que se llama *grupos de islas* ó *archipiélagos*, y tambien alineadas siguiendo ciertas direcciones.

El globo *terraqueo* está rodeado de una sustancia fluida y rara, que se llama *aire*, y que toma el nombre de *atmósfera* cuando se considera el todo. Este aire, ademas de sus movimientos irregulares, cuyas causas no son aun del todo conocidas, tiene movimientos constantes, tales como el que lo lleva del este al oeste, y el que lo arroja del ecuador hácia los polos, y de estos al ecuador. El agua tambien tiene sus movimientos irregulares y sus movimientos periódicos: tiene uno de perturbacion producido por los vientos; otro regular, llamado de flujo y reflujo, causado por la influencia del sol y de la luna, y, finalmente, otro verdaderamente admirable, que llamaremos de *circulacion*, por el cual las aguas pasan del vasto depósito de los mares, por la evaporacion, á la atmósfera, y de aquí á la superficie de las tierras y á las concavidades de las montañas, saliendo de estos receptáculos por innumerables canales que la vuelven á conducir al seno del oceano, de donde parte nuevamente para vivificar la naturaleza, para animar la creacion y para satisfacer á las necesidades de la multitud de seres que ha colocado Dios en toda la estension del mundo.

La tierra, así como el aire y el agua, esperimenta igualmente movimientos, por los cuales las partes sólidas que las constituyen, constante ó accidentalmente cambian en sus relaciones. ¿Y no es muy probable que la rotacion que ha producido el aplanamiento de sus polos, continúe ejerciendo su influencia, siendo sus efectos ménos sensibles por el aumento de la densidad? Y no es probable tambien, que la ley de gravitacion ó de presion produzca un endurecimiento progresivo del globo?.... Ademas de este movimiento, que llamaremos de *concentracion*, hay otro contrario, que nombraremos de *espansion*, por el cual la tierra arroja á su superficie las inmensas cantidades de materias que salen por cerca de cien bocas volcánicas. Tambien esperimenta frecuentemente la tierra movimientos accidentales vibratorios, llamados *temblores de tierra*, cuya verdadera causa, aunque ya sospechada, no es completamente conocida.

De la masa interna del globo.

La tierra, cuya superficie nos parece tan des-

igual y tan llena de asperidades, ofreceria, si fuera posible mirarla toda entera desde léjos, el aspecto de un globo pulido é igual, tal como podria salir de las manos de un artífice; porque esas designaldades son estremamente pequeñas, casi insignificantes comparadas con el tamaño de la tierra; y si suponemos el esferoide terrestre representado por una bola de tres pulgadas de diámetro y queremos indicar sobre él esas asperidades, las mas altas montañas y las barrancas mas profundas serán tan pequeñas relativamente que no podremos distinguirlas ni aun por medio de un microscopio.

Por lo que respecta á nosotros, átomos imperceptibles que vegetamos sobre la tierra envueltos por la capa de aire húmedo que la rodea: no hay espresion con que poder pintar la cortedad de nuestro tamaño, y la debilidad de los medios que empleamos para conocer el universo, que son, sin embargo, tan fecundos en resultados tan interesantes y que colocan al hombre en una posicion tan superior, dando una prueba admirable de la estension inmensa que concedió Dios á su entendimiento; pues ayudada de este don divino, esa criatura tan poco significante, ha medido la tierra, cuyas dimensiones la asombran; ha medido tambien el sol, un millon de veces mas grande que ella; ha calculado la distancia que lo separa de este astro, cuyo brillo no pueden reflejar sus débiles ojos, porque los deslumbra; ha reconocido en los millares de estrellas que lucen en el firmamento, otros tantos soles esparcidos en la inmensidad del universo. Capaz en su pequeñez de comprender la idea de un espacio sin límites, la tierra no es para ella sino un grano de arena perdido en el espacio infinito.—¿Y no ocurren aquí multitud de reflexiones sobre la capacidad del hombre, que ha concebido cosas tan grandes, cuando la naturaleza parece que lo ha condenado á vegetar en un circulo tan estrecho? Sin duda que sí; pero no debemos hablar mas: recordemos solamente en todo lo que vamos á decir sobre la naturaleza y revoluciones del globo, que nuestros medios para modificarlo son muy débiles y que es insignificante la influencia que ejercemos sobre él.

Se distinguen ordinariamente en el esferoide terrestre dos partes, cuyos límites aun no ha sido posible fijar: 1.ª la masa interna, es decir, la parte central, á la que quizá nunca podremos llegar; 2.ª la capa ó costra mineral que rodea á esta masa, de que solo hemos podido observar una parte muy superficial, pues su grueso se supone de diez á doce leguas, y las profundidades á que hemos llegado son muy cortas relativamente.

A estas dos partes principales, agregaremos, para estudiarlas por separado, 1.º la masa ó conjunto de las aguas, que cubre, como hemos ya indicado, mas de las tres cuartas partes de la superficie del globo; y 2.º, la masa atmosférica, que rodea por todas partes á la tierra. Pero primero hablaremos de la masa interna.

Muchos de nuestros lectores habrán pensado, quizá mas de una vez, si la tierra es de la misma naturaleza, á poco mas ó ménos, en todo su espesor, y si presenta hácia su interior una série de capas análogas á las que se encuentran cerca de su superficie, ó si á cierta profundidad se encuentran constantemente sobre todos los puntos del globo una sola y misma sustancia, que llene todo el interior. Estas mismas cuestiones se han presentado á la imaginacion de los geólogos, y para resolverlas han supuesto diversas hipótesis, creyendo que el interior de la tierra está lleno de agua ó de gases, ó de una enorme masa de piedra iman ó de metales, en estado sólido ó liquidados por el fuego. Diderot, tratando de esplicar la accion magnética de la tierra, miraba la masa interna del globo como formada de un núcleo vitrificado, sobre el cual producia la costra esterior móvil, por el frotamiento, el mismo efecto que los cojines de una máquina eléctrica sobre su disco.

Todas estas hipótesis no pueden sostenerse hoy que se sabe son incompatibles con los conocimientos que tenemos sobre la constitucion de nuestro planeta, debidos á los adelantos de las ciencias; pues conocemos, en efecto, exactamente el volúmen de la tierra y podemos calcular su peso, para lo cual la física y la astronomía nos suministran dos medios diferentes que concuerdan en sus resultados y que dan un peso tal que es preciso inferir que el interior del globo es cinco ó seis veces mas denso que la costra superficial, como lo demuestran tambien las observaciones ejecutadas en las capas superiores. Así es que debemos suponer que la masa interna no está formada ni de gases, ni de agua, ni aun de piedras de las mas pesadas que conocemos, cuya densidad no es ni con mucho la que da el cálculo, como hemos indicado antes; sino que está compuesta de sustancias tan pesadas como los metales mas densos. Debemos creer igualmente que estas sustancias, probablemente metálicas, no se conservan en el estado de solidez, mas que en la superficie ó á corta distancia de la tierra; sino que

están constantemente fundidas, por razon de la alta temperatura que sufren, segun parece, en el interior: al ménos es lo que debe suponerse al considerar esas enormes masas de metales fundidos, que arroja el seno del globo por los cráteres volcánicos, y que presentan el conjunto mas sorprendente, cualquiera que sea el lugar donde se les observe y la época á que se remonte su proyeccion á la superficie del suelo.

Las fuentes minerales, las aguas termales de toda especie, que á veces conservan el calor de la agua hirviendo, nos ofrecen nuevas pruebas de la alta temperatura que reina á cierta profundidad.

No contentos con estas consideraciones generales, que podian presentar solamente una apariencia engañosa, muchos físicos y geólogos se han ocupado en determinar por medidas rigorosas, si realmente aumenta el calor de las capas á medida que se desciende, y han reconocido que sucede así, al ménos á las profundidades á que nos es posible llegar.

Entre las observaciones mas curiosas sobre este particular, debemos considerar las de M. Trebra, inspector de minas, que ha visitado las cavidades artificiales mas profundas, y ha determinado, despues de esperiencias reiteradas, hechas con el mayor cuidado, que la temperatura de las rocas se aumenta proporcionalmente con la profundidad, y que ha creido poder establecer que este aumento es de un grado del termómetro centígrado, por cada 90 ó 100 piés. Otras observaciones hechas por diferentes geólogos en muchos lugares, conducen á la misma conclusion sobre el aumento de temperatura de las capas profundas; pero no han podido decidir si este aumento se verifica del mismo modo en todas partes, y han notado que el que corresponde á una profundidad dada, varia muy sensiblemente segun las localidades.

M. Cordier, que se ha dedicado particularmente á las investigaciones que nos ocupan, ha creido percibir que la diferencia de aumento se encuentra en algunos lugares, doble y aun mayor de de lo que es en otros.

No solo citaremos en apoyo del aumento de calor de las capas profundas, las observaciones hechas en las mismas, hablaremos tambien de las practicadas por uno de los sabios mas ilustres de nuestros dias, M. Arago, que ha tomado la temperatura de las aguas de las fuentes llamadas artesianas; de las que vienen de profundidades considerables, que segun la ley conocida del equilibrio del calórico, no pueden dejar de dar la temperatura de las capas en que han estado depositadas.

Por lo que acabamos de esponer se concibe que es imposible suponer que la tierra sea calentada únicamente por el influjo del sol; pues si tal fuera, se encontraria bajo cada latitud, á una profundidad determinada, una temperatura que seria la media de todas las que se suceden en la superficie, y que se prolongaria siempre del mismo modo hasta las mayores profundidades.

Pero esto no sucede, y para comprobarlo basta descender algunos piés bajo la superficie de la tierra y sustraerse á las variaciones diarias, lo cual se puede hacer en las minas. Es verdad que á poca profundidad, la temperatura no varia sensiblemente, y que hay un punto en que permanece estacionaria; pero descendiendo aun mas, se nota un aumento progresivo, como lo demuestran numerosas observaciones, y entre ellas las de Trebra de que hemos hecho mencion; por lo que debe inferirse que hay una fuente, digamos así, de donde emana el calor interior.

Para que en la superficie del globo obre el calor solar con alguna fuerza, es necesario que sea concentrado por la reflexion de los cuerpos sobre que cae; de no ser así, su accion será casi insignificante en algunos casos, como sucede con las altas montañas, cubiertas siempre de nieve; y completamente nula en otros, de lo cual son una prueba las altas regiones de la atmósfera, en donde se sabe que reina un frio muy intenso, debido al mayor aislamiento de aquellos lugares y á la falta de cuerpos que reflejen el calor de los rayos solares. Un físico célebre de nuestros dias, M. Gay-Lussac, se elevó en un globo aerostático 7000 metros (1) sobre el nivel del mar, y llegó á esperimentar un frio de 10° bajo de cero del termómetro centígrado, que en la superficie de la tierra le habia marcado 30° sobre cero; y es natural que á mayor altura sea menor aun la influencia del sol, y que por lo mismo se encuentre un frio tan excesivo que nadie podrá sufrirlo.

Un gran número de naturalistas, respetando siempre el poder infinito del soberano autor del universo, y admirando la influencia ilimitada que ejerce sobre la naturaleza, han considerado á nuestro globo como una gran masa fundida é incandescente, cuya superficie esterior se ha enfriado poco á poco por su movi-

(1) 8353 varas mexicanas, 3 pulgadas, 5 líneas, en el concepto de que considero la vara mexicana compuesta de 838 milímetros.—[Nota del traductor.]

miento en el espacio, y ha formado una costra sólida, que es la tierra que habitamos, que irá aumentando progresivamente de espesor, á medida que el enfriamiento de las primeras capas superficiales se vaya comunicando á las inferiores, hasta formar un todo enteramente compacto; de suerte que si juzgásemos segun esta hipótesi, debiamos inferir que la masa interna, que la consideramos líquida é incandescente, segun hemos dicho, acabaria por solidificarse y enfriarse como lo está hoy la superficie exterior. Y si discurriésemos del mismo modo con respecto al sol, y lo mirásemos en la actualidad como á la tierra en los tiempos primitivos, debiamos creer que al cabo de muchos siglos, cuando se hubiese enfriado su superficie externa, se apagaria para siempre y reinarian eternamente las tinieblas y la oscuridad mas espantosas é insoportables.

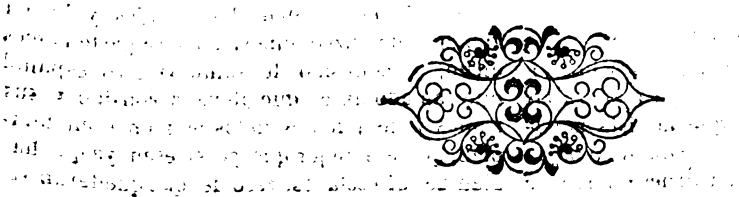
Esta hipótesi ha sido admitida por Buffon, pero no debemos espantarnos temiendo que el enfriamiento de la tierra nos traiga cambios funestos de las actuales leyes de la naturaleza, pues el sabio M. Fourier ha probado matemáticamente que si aun ejerce el calor interno alguna influencia en la superficie del globo, no pueda elevar su temperatura arriba de un décimo de grado; de lo que debe inferirse, que el enfriamiento total no produciria cambio alguno en las estaciones de cada clima, miéntras que la intensidad del calor solar no disminuyese sensiblemente.

Acabaremos este párrafo notando en apoyo de la opinion, que hemos emitido sobre la masa interna que por considerable que sea el número de los volcanes que existen en la actualidad, ha debido ser mucho mayor en otro tiempo, como lo prueban las inumerables señales de volcanes apagados que se encuentran en casi todos los paises, y que son reconocidos por las lavas que han esparcido en el suelo de las cercanías.

Los primeros volcanes de la tierra se han abierto casi todos en terrenos primitivos, antes que los secundarios hubiesen sido formados, despues han sido cubiertos por estos, cuya formacion sucesiva es debida, sin duda á la mar ó á inmensos lagos de agua dulce. Pero no anticipemos lo que hemos de decir mas adelante, y contentémonos con observar, que si en los primeros tiempos fué mayor el número de los volcanes, que hoy dia, se debió segun nuestra opinion, á la mayor actividad de la masa interior, y al menor espesor de la costra ó capa superficial, formada entónces, como acabamos de indicar, por los terrenos primitivos.

Vemos, pues, que casi todos los fenómenos concuerdan bastante bien con la suposicion de que la masa entera del globo terrestre ha estado al principio en un estado completo de incandescencia y aun de volatilizacion. Una sola cosa embarasaba á los geólogos partidarios de esta hipótesi: la imposibilidad de concebir como se habian formado ciertas rocas, cuya fusion y recomposicion no se podia obtener por medios artificiales, á pesar de la laboriosidad con que se procedia. Pero esta dificultad ya no existe, pues un químico aleman, Mitiherlich, ha llegado á formar últimamente todas las piedras, exponiendo á una alta temperatura, en hornos apropósito, las materias constitutivas de cada especie en la debida proporcion, hallada por el análisis. ¿¡Este precioso descubrimiento, dice Cuvier, parece demostrar casi rigurosamente una hipótesi célebre, emitida sin pruebas por Descartes, Leibnitz y Buffon, á la cual ha dado un alto grado de certidumbre los trabajos de M. Laplace; y se puede, pues, mirar como probado, que la tierra tiene un calor propio, independiente del que recibe del sol y que es un resto de su calor primitivo. Esta reincidencia en las ideas anunciadas en otro tiempo por nuestros mas grandes hombres, prueba que no deben despreciarse ni aun las conjeturas mas atrevidas de los hombres de ingenio.»

(*Se continuará.*)



MANCO CAPAC Ó YUMPANGI.

II.

DESPUES de un sitio prolongado en que habian sufrido mucho los Reyes y Cuzco que Manco habia procurado mantener incomunicadas, se retiró por fin á Tambo á rehacerse. Francisco Pizarro padeció mucho en su ánimo, no recibiendo noticias de Cuzco, y cuando ya vió que los enemigos le dejaban, mandó socorro allí á sus hijos, juzgándolos no sin fundamento, muy necesitados de él. Pero era ya tiempo en que sentian alivio por la retirada del enemigo, y que Hernando Pizarro, dejando encargada la plaza á Rojas, salió en pos de Manco para Tambo, llevando consigo á sus hermanos Gonzalo y Pedro.

Como entendiese Capac que de la ciudad le seguian los Pizarros, procuró atraerlos cautelosamente, y con muy poca tropa caminando gran trecho adentro de aquellas montañas por las cuales habia esparcido su gente, de modo que no fuese vista. Y así creyeron los Pizarros que el Inca no tenia mas tropa que la que con él marchaba á la vista de ellos, que se apresuraron á darle alcance, andando en esto tan descuidados que no se curaron de repartir gente que les cubriera la espalda, sino antes bien, con la esperanza que de la victoria tenian todos, se aligeraba cada uno por tomar al Inca y conseguir la gloria, y así de este modo engañados, caminaron un buen espacio, y ya á punto casi de apoderarse de los fugitivos, dieron estos la vuelta sobre aquellos, y con tanto ardor se combatieron, que apénas les quedaba tiempo para volver riendas á sus caballos y dar la vuelta á Cuzco, y se encontraron cercados por todas partes de enemigos que les llovian piedras sobre sus cabezas, y en tal manera las llovian, que era mas difícil que la vista penetrase por entre las piedras que subian ó bajaban por el aire, que por una gruesa nube de humo; tal era la multitud de piedras que entónces hendian los aires.

Sin embargo, no podian resistir á la superioridad de las armas españolas, que por en medio de ellos lograron hacerse paso y ponerse en salvo. Un indio atrevido persiguió al jóven Gonzalo Pizarro, y al descargar un golpe que le hubiera quitado la existencia, Gonzalo le acometió y le postró en el suelo, dejándole muerto, mas como otros indios le hubiesen visto, cargaron sobre él, causándole muchas contusiones, y tambien algunas heridas, pero como ya se creyeran vencedores, y que ya le tenian, comenzaron segun su costumbre á dar descompasados gritos, y volviendo la cara Hernando y notando el peligro en que estaba su hermano, retrocedió violento á socorrerle, y acometiendo á los que le cercaban, poniéndolos en fuga, salvó á Gonzalo y se retiró á Cuzco arrepentido de su malograda empresa.

Dícese que cuando Manco levantó el sitio, tanto se creyó que iba de vencida, que los indios todos ahullaban por su suerte, creyendo verle dentro de muy pocos dias en poder de sus enemigos, y aun se cuenta que Paulo le exhortaba á que volviese á hacer las paces, puesto que mejor le era poseer unos buenos amigos en los españoles, que á él le tenian en mucha estima, que haber de llorar siempre un duro y luengo cautiverio, si no le quitaban la vida por su temeridad y arrojo de combatirse con tan poderosos adversarios. Pero así hacia aprecio de los consejos de su hermano como si á otro que no á él le fueran dados, y mas cuando le animaba el gran sacerdote Villeoma, que habia huido de Diego de Almagro, y le contaba como los españoles estaban desavenidos, y lo del gobierno de Cuzco, que ya en otra parte hemos dicho, y asimismo le animaba otro español muy amado de él, que llevaba consigo y sus tropas y sus pueblos todos le animaban tambien, que era mejor que pereciesen, ya que habian de ser esclavos, caso de que quedaran vivos.

Animado, pues, así Manco y resuelto á llevar

al cabo su empresa, reunió su gran consejo, y en él se acordó de entrar en el Cuzco del mismo modo que los españoles habian penetrado en Tambo. Hízose en efecto así; pero solo llegaron á las cercanías de aquella ciudad, de la cual como los hubiesen visto salió Hernando Pizarro y les atacó muy fuertemente, si bien no sacó la menor parte de la accion, en la cual perecieron algunos de los suyos. Con esto se retiró el Inca á Tambo, donde le dejaremos por ahora, aguardando noticias de Almagro.

Aunque el rey de España en sus provisiones no señalara determinadamente el Cuzco para Almagro, con todo, le daba el gobierno de la Nueva-Toledo, dentro de cuyos límites se hallaba el Cuzco. Cuando hizo la espedicion á Chile, creyó que tomando aquellos lugares podria quedar compensado y enriquecido, mas que con su gobierno, así es que á la manera del perro de la fábula, soltó la presa que ya tenia asida, juzgando que se iba á tomar otra mejor. Mandó unos descubridores que le diesen noticia de como se hallaban aquellos terrenos de Chile, y entrado que hubieron en ellos, buen trecho al parecer, pues que acaso se ocultaron luego á poco de transcurrido un regular espacio de tiempo, de modo á hacer creer al Adelantado, que le habian odedecido, y volvian diciendole que no eran aquellas tierras sino muy estériles, y en las que no habia minas como se habia supuesto, con lo que procuraban desanimarle para que no entrase mas adentro, y todos los suyos tambien le decian llevados de interes particular que diese la vuelta á Cuzco, puesto que de no hacerlo, perderia su gobierno que le pertenecia, como que era de la jurisdiccion de la Nueva-Toledo. Esto fué lo que obligó á Almagro á dejar su empresa y volver con ánimo de disputar el Cuzco con las armas, si de grado no se la entregaban los Pizarros. Determinóse pues, á volver, y ya despues de caminar buen espacio y largos dias, al llegar á poblado se entró en Arequipa, y allí fué donde supo la sublevacion del Perú, y luego como tenia amistad con el Inca, le mandó decir que porque así se habia movido á revelarse cuando le era mostrado tan grande afecto, por parte de los conquistadores, en cuya compañía se encontraba bien favorecido y respetado.

Contestóle Manco muy cortesmente, que mol estado de Hernando Pizarro y de los españoles de Cuzco que le pedian á cada momento oro y al hajas y otras de estas cosas, se habia visto en cierto modo obligado á dejar aquella ciudad, á la cual habia declarado sitio, por lo mucho que de ella a cada paso le importunaban, y así que le decia, que puesto que era su amigo, y que habia de querer, por otra parte, recobrar el gobierno que Pizarro le quitaba, hiciese armas contra este, para lo cual el propio Inca le ayudaria, y así que le proponia tener una entrevista en Yucay, donde convendrian el modo de como se habian de mirar. Mandó al Inca Almagro unos comisionados que le hiciesen entender como pasaba á Urcos, desde donde iria luego á esperarle á Yucay, á cuyos comisionados no quiso Manco dejarles volver al Adelantado.

Pasó este á Urcos y dejó allí á Juan de Saavedra con doscientos y cincuenta hombres, llevándose él igual número para Yucay. Hernando Pizarro entre tanto, sabedor de como Almagro volvia, y extrañando que no le diera de ello aviso, sospechó de él, y reunió á varios de sus capitanes para determinar lo que en aquel caso debian hacer. Acordóse en el consejo que saliese Hernando y otros á dar el encuentro al Adelantado, para saber de él mismo el objeto de su vuelta, y si descubrian que esta era con ánimo hostil, que le opusiesen luego resistencia sin ceder el Cuzco Hernando, que gobernaba en nombre del rey y de D. Francisco Pizarro.

Salió en efecto Hernando, y buscando paso para llegar á Urcos, le fué dificil hacerlo, porque en todos los puntos del tránsito encontraba á los indios, que fortificados le disparaban saetas y le arrojaban piedras, hasta que llegó despues de un largo rodeo á pasar, y cuando se aproximaba mandó dos comisionados que fuesen á ver á Saavedra, miéntras que los indios enviaron tambien los suyos al mismo, para hacerle entender que habian pasado los enemigos y que debia destruirlos. A la sazon que los indios se hallaban con Saavedra, le fueron presentados los de Pizarro, á cuyo encuentro salia ya, y les hizo el recibimiento que como á paisanos correspondia, con demostraciones de gozo, lo cual así visto por los indios indispúsolos, y los movió á llamar sobre ello la atencion del gefe español. Luego que este reflexionó en lo mal que obraba, mudando al punto de dictámen, se colocó á alguna distancia, é intimó á los de Pizarro que si no volvian á unirsele los combatiria. No le valió á Saavedra esto, pues los de Manco vinieron á decirle que no confiara en Almagro ni los suyos que se habian puesto de acuerdo con Hernando Pizarro, á quien habian recibido muy bien. Manco, pues desconfiando hizo su prevencion de tropa que le acompañase, para evitar una traicion de parte de Diego de Almagro, que igualmente descon-

fiado se hallaba prevenido, esperando en Yucay á aquel.

Entre los diversos encuentros que durante el asedio de Cuzco y de los Reyes habian tenido españoles é indios, hallámos en Zárate, el Inca Gomara y otros, que un indio desesperado del fin de la guerra llamó á combate singular á cualquiera que quisiese hacerle frente; aceptó uno el reto, y dirigiendo la lanza al pecho del que le retó, este asiéndose de ella se la quitó á su enemigo, que visto por otro que sin remedio estaba perdido, acometió igualmente al indígena, que practicando la misma operacion con la segunda, trató de rechazar á sus dos adversarios, y entónces Gonzalo Pizarro dió voces precipitadamente, diciéndoles no ser de caballeros ni caber en pecho español aquel modo de combatir, arrogancia propia de la valerosa estirpe de Pelayo. Hizo pues, separar á sus dos compatriotas de la lid, y la emprendió solo, si bien descuidando apearse del caballo, enristró la lanza, fuése sobre el enemigo que le esperaba de pié, parado sobre la una lanza de las dos que acababa de tomar, y con la otra en las manos dejó llegar á Gonzalo, que herida la cara de su caballo dió con este en el suelo, cayendo por las ancas. El indio aguardó á Gonzalo que se desembarazara, y cuando ya lo estaba, embrazó la lanza, arrojando la suya se apoderó de la de Gonzalo, que teniéndola solo con la mano izquierda, probó á sacar miéntras con la derecha su espada: consiguiólo en efecto, y pensó cortar las manos al indio, pero reflexionando en su esfuerzo, meditando en su generosidad, arrojó su espada á tiempo que venian los otros dos en su auxilio, creyéndole como estaba en grande aprieto, les hizo retirar, y corrió abriendo los brazos á estrechar á su enemigo. Desde entónces Gonzalo y aquel indio se amaron, y si alguna vez en lo mas reñido de una accion lograban ponerse de frente, sus armas se embotaban, y ya no se herian.

Refiere el padre Calancha y con él el Inca Garcilazo de la Vega, que lo que desanimó á los indios en el prolongado sitio de que hemos hablado, fué la repentina *aparicion del apóstol Santiago, que montado en un caballo blanco como un rayo, se les presentaba por todas partes en medio de los combates*, y como semejantes *apariciones* se refieren en muchos historiadores españoles muy antiguos, y no sabemos nada de esto en la historia moderna, extrañamos por lo mismo el afan del apóstol, por quitar á los españoles su gloria en los principales combates, y que no los ayudara en su independencia ó en la conservacion de sus colonias; quizá seria el santo una de las víctimas del dos de mayo, y por eso no se le ha vuelto á ver, ó moriria en Pavia, que de entónces tampoco se tiene noticia que se presentara.

Aunque hemos dicho que Pizarro no tenia noticia en los Reyes de Cuzco, tentó con todo á auxiliarle, y mandó entre otras partidas una á las órdenes de Diego Pizarro, que concluyó en el camino, de manera que de todos los que salieron de los Reyes á Cuzco, no llegó uno solo, cuyo número de muertos, unos lo hacen subir á setecientos cincuenta, que es la opinion mas comun, y otros cuentan nada mas que cuatrocientos; sin embargo, sea cual fuere, fué siempre un recio descalabro para el gobernador, que no quiso aventurar mas tropa.

Volviendo ahora á lo de Saavedra y Hernando que se habian puesto en ademan de combatirse, requirió aquel á este que dejase el gobierno de Cuzco, que pertenecia á Diego de Almagro, si no queria que hiciese armas contra él. A pesar de hacer esta amenaza Juan Saavedra no se veia en ánimo de cumplirla, cuando por una parte el Adelantado le tenia prevenido que permaneciera solo aguardando al enemigo, sin hostilizarle, y por otra reflexionaba que no debia él romper abiertamente con las huestes de Francisco, que llevaba una amistad tan íntima con Almagro, reflexion que contuvo igualmente á Hernando.

Miéntras que esto así pasaba, Manco habia ido á Yucay, si bien cuando ya Almagro no le esperaba, y desconfiando mútuamente el uno del otro, con que ya se deja entender que fué inútil cuanto ellos hablaron, separándose el Inca y volviendo á reunirse á los suyos sin contarse por aliado, ni ménos amigo del Adelantado, aunque con el intento de seguirle poniendo calor para que pelease con los suyos, que de la parte de Pizarro se hallaban. Luego vuelto el Inca, comenzó á ofrecer sacrificios á los dioses, porque solos los españoles se destruyesen, y en efecto que vió logrados sus deseos, pues que irritado Hernando, se negó abiertamente á entregar el Cuzco, y Almagro unido á Saavedra llegó, le tomó la ciudad y le dió muerte, y aquí fueron las desavenencias entre Almagro y Pizarro, sin que de la una ni de la otra parte se diesen cuartel, volviéndose Almagro y Pizarro de amigos que ántes eran enemigos implacables, porque como dice á este intento Calancha, la amistad en los corazones de los hombres es bienes muebles, mas el odio y la enemistad son bienes raíces, y tan arraigados que casi no está en el arbitrio de los hombres el extraerlos de raiz.

Siguiéronse á este otros muchos males, y cuando ya no se pudo quitar á Almagro su gobierno, se le privó de él por medio de una muerte violenta, persiguiendo en seguida á los suyos. El Inca sintió en estremo la muerte del Adelantado, ya por haber sido hecha con felonía, ya porque al fin habia sido su amigo, y á pesar de que tenia perdidas las esperanzas de recobrar por su medio y con su auxilio su imperio, con todo aun le amaba y le veia como un gran capitan, que siempre es llorada la muerte de los grandes hombres. No habia descuidado entre tanto Manco de hacerse de los españoles que habia podido; así es que los emisarios de Almagro los aseguró, y llevaba aun consigo, desconfiando de él. Era uno de ellos Rui Diaz, y se dice que les daba muy mal trato y los molestaba mucho; pero no se aviene con la índole natural del Inca, y mas si se nota que dió acogida á otros que huian de las autoridades, perseguidos por ellas, y les miraba con mucho aprecio.

Dícese que cuando Saavedra quedó en Urcos, se puso á ejecutar evoluciones militares para intimidar á los indios que las veian, pero que el general de estos les dijo porque habian atropellado á algunos con los caballos, „solo las órdenes de Manco pueden haberme contenido mas notad que si me enfado, bien sé ya que no sois hijos del sol, porque morís así vosotros como vuestros caballos», es de advertir que luego que caia un caballo gozosos corrian á hacerse de él, creyendo hacer una gran presa con él.

Si bien Manco esperaba sacar gran partido de las disenciones de los conquistadores, no dejaban de causarle algunos disgustos las inesperadas consecuencias de ellas. La muerte pronta de Almagro por ejemplo, no dejó de producirle una gran desazon, si se considera la amistad íntima que tenian uno y otro: el aprecio que mutuamente se profesaban y el modo infame con que Almagro fué privado de la existencia.

A pesar de tan infelices resultados, ninguna ventaja se proporcionó al Inca, quien tan pronto tuvo noticia de la muerte del adelantado Diego de Almagro, como supo de la del marqués Francisco Pizarro y la llegada del nuevo virey Blasco Núñez.

Desesperando al fin de lograr el objeto deseado, Manco determinó retirarse á las montañas de Villalcamba, y para esto hizo juntar á todos los suyos, dirigióles un discurso, amonestándoles que se fueran á las poblaciones á vivir con los españoles, puesto que no tenia ya remedio la pérdida de su imperio, pronosticada mucho tiempo hacia por Huaynacha, su padre, abrazólos en seguida con los ojos arrasados de lágrimas, excitando un sentimiento universal y muy vivo en todos, que le ofrecian el sacrificio de sus vidas por la recuperacion de su reino, pero en vano, la resolucion estaba tomada y se marchó con los de su familia.

Desde las montañas el Inca hacia de cuando en cuando sus correrías para proveerse de lo necesario para la vida, acometiendo á los caminantes y despojándolos de lo que llevaban consigo. En esta vida se pasó muy largo tiempo, proporcionándole impunidad las disenciones de los españoles que continuaban sin interrupcion, porque si bien Almagro y Pizarro habian desaparecido, y las causas anteriores habian cesado, presentáronse otras de nuevo con la venida de Blasco Nuñez. Este cometiendo arbitrariedades de todo género habia dado márgen á nuevos disgustos. Nadie habia que estuviese contento de su gobierno que habia excitado grandes disenciones. Nuevas eran las causas, nuevos los contendientes, y nuevas tambien por último, las especies de ataques. Algunos sin embargo, que aunque pertenecieran al bando del virey, habian incurrido en su indignacion, no pudiendo acogerse á otros partidos que los detestaban, se refugiaron como á un lugar de asilo á las montañas de Villalcamba, en donde el Inca los acogia con afabilidad, abrigando así en su seno á la víbora que algun dia lo devorara.

En efecto, cuando el virey notó las depredaciones del Inca, y reparó en el mal que ellas causaban, trató de poner el remedio pronto y eficaz; mas como no pudiese hacer uso de las armas, ya por que la posicion del Inca era de difícil acceso para combatirle, y le hacia por consiguiente inexpugnable, ya fuese mas bien por la crítica situacion en que él mismo se encontraba, teniendo que hacer armas contra todos los capitanes conquistadores, contra todas las provincias, contra todas las poblaciones, contra todos los individuos en fin, que habitaban el Perú. Así pues, determinó excitarle para entrar en arreglo, en convenios amistosos, y poner término á su malhadado modo de vivir. Vivian con Manco, como llevamos dicho, algunos españoles, y de entre estos escogió ya excitado, quienes fuesen á tratar con el virey. Este recibió con gozo la mision del Inca, y le ofreció garantías en nombre del rey, celebró pues las capitulaciones, y volvieron los encargados para que se ratificasen. Hasta aquí van acordes los autores, y su divergencia es

muy leve, y en puntos de poca importancia, que nada conducen á la investigacion de la verdad histórica, mas desde esto se encuentra una diferencia sumamente notable, que perjudicaria á la exactitud de los hechos si mereciesen igual concepto Herrera y el Inca Garcilazo de la Vega. Pero quien conoce á Herrera, al cronista del emperador, quien sabe el aprecio que debe hacerse de su testimonio indigno de entera fé, y recusable en esta materia, así como el del padre Calancha, puede muy bien dar crédito á Garcilazo despreciando á los otros.

Refiere Herrera que hechas y ajustadas las capitulaciones entre el virey y Manco, este que solo las habia propuesto como un ardid, salió con miras hostiles, dispuesto á combatirse con aquel, pero que descubiertas las depravadas intenciones porque llegó á emplear las armas, y á punto ya de acometer á los españoles, uno de los que en su compañía estaba le dió muerte, mas no con alevosía. He aquí segun Herrera muerto á Manco en castigo de su perfidia.

No del mismo modo se espresa Garcilazo, casi contemporáneo del Inca, de su propia nacion y afecto á los españoles, en medio de los cuales vivia, y en cuyo pais contaba los sucesos del Perú. Despues segun este, que se habian ajustado en proposiciones amistosas Manco y el virey terminadas las diferencias que los desunian, y que estrechaban al primero á vivir en la soledad á usanza de fieras, y ya ratificados los convenios por parte de Manco que aguardaba otro tanto respecto del virey, á fin de aprovecharse de ellos, solazándose un dia con un juego de bolas, por haber lastimádole con una casualmente Gomez Perez, uno de los que con él estaban refugiado de Blasco que le habia perseguido de muerte, volvió airado reprendiéndole, y esto hizo al ingrato Gomez que resentido diera un golpe al Inca, de que murió. Así terminaron los aciagos dias del mas desgraciado y último de los monarcas peruanos, y como es de suponerse, disgustó tal atentado sobremanera á sus parientes, quienes irritados al pronto, vengaron su fatal fin, dando muerte á su alevoso asesino. Despues, desconfiando de los demas españoles, rompieron los tratados convenidos con el virey, y permanecieron remontados en Villalcamba, hasta la infausta ejecucion de Tupac Amaru, si bien por este se abstuvieron de cometer violencias en los caminantes, á quienes ya no molestaron mas. Las cosas del Perú en tanto no caminaban con ménos ventura, asesinado Blasco y los principales que le hacian la guerra, posesionados del mando de que fueron privados pasado algun tiempo, pero sin volver á la obediencia de que á cada paso se separaban, acostumbrados ya á la insubordinacion y al estado de rebelion continua.

CARLOS M. SAAVEDRA.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.



D. MARCOS DE TORRES Y RUEDA.

Obispo de Yucatan, gobernador de la Nueva-España. Desde 1648, á 1649.

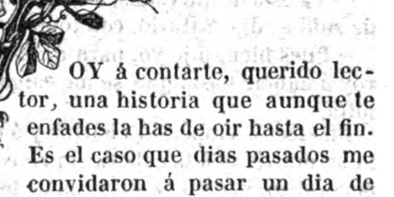
1648.—1649.

HEMOS dicho que gobernando el conde de Salvatierra, y á tiempo aun que peleaban los jesuitas, en los dias de reconciliacion llegó el nombra miento de gobernador puramente de la Nue-

va España, á D. Márcos Rueda. Si no fueron las conferencias privadas que tenia con el venerable Palafox, y una con el padre Luis de Velasco de la compañía, á quien por aquella molestaba y con quien por la visita de su provincial se reconcilió, nada mas ocurrió si no fué la suspension de la obra del desagüe que decretó; de una obra, por la que tanto se empeñaron muchos vireyes y de que tanto bien aguardaba México. Esto indispuso los ánimos de los mexicanos que le comenzaron luego á ver mal, pero para bien de la ciudad, el cielo le arrancó del mando muy presto, pues que habiéndose hecho cargo de él en 13 de marzo de 648, dejó de existir el 22 de abril de 49; hízosele un suntuoso entierro en la Iglesia de S. Agustin, donde le fué dada sepultura, con asistencia de todos los tribunales, ayuntamiento, clero secular, comunidades religiosas y corporaciones así eclesiásticas como seculares.

CARLOS M. SAAVEDRA.

UN DIA DE CAMPO
EN CHAPULTEPEC.



VOY á contarte, querido lector, una historia que aunque te enfades la has de oir hasta el fin. Es el caso que dias pasados me convidaron á pasar un dia de campo, y á pesar de que no me gustan estas francachelas, acepté gustoso por venirme el convite de una persona muy apreciable para mí: convenimos que iria á alcanzarlos á Chapultepec, lugar destinado para la diversion; mi intencion fué irme solo, á caballo para poder con mas libertad venirme á la hora que mejor me pareciera; pero por mi desgracia no sucedió así, porque las hijas de D. Saturio (este era el nombre del sugeto que me habia convidado) que tenian mas confianza conmigo, me comprometieron para que las pasease á caballo.

—Manuelito, qué tal anda su caballo de V?

—Bien, les respondí.

—Será muy brioso ¿no es verdad?

—Algo; pero es muy manso.

—Ay! Manuelito quiere V. que montemos un rato?

—Con mucho gusto, (pero maldita la gana que tenia yo de pasearlas).

—Papá, gritaron á la vez las dos niñas, ¿quiere V. que montemos á caballo? es muy manso.

La respuesta del papá fué afirmativa, y entónces se siguió una disputa entre cuál de las dos habia de montar primero.

—Manuelito, yo monto primero.

—No, sino yo.

—Pues que diga Manuelito quién ha de ser primero.

—Cualquiera, les dije, al fin las dos han de montar. Vaya Concha: y diciendo esto la senté en la silla, yo me monté en las ancas, cogí la rienda y echamos á andar.

—No tan despacio Manuelito.—Le levanté la rienda al caballo para que anduviese mas recio.

—¡A qué bueno! Ahora un galope.

—Vamos un galope.

—Ya está Manuelito, porque me desvanezco.

—¿Quiere V. apearse?

—No, todavía no, vamos á dar una vuelta por todo el bosque; pero despacito.

—Muy bien.

—¿Qué tal ando á caballo?

—Perfectamente.

—A mí me gusta muchísimo andar á caballo.

—Tiene V. razon.

—Papá me ha prometido comprarme uno.

—Me alegro.

—A V. no le gustará llevar mugeres á caballo, ¿no es verdad?

—Sí me gusta cuando son hermosas como V.

—A que Manuelito tan bromista!

—No, no es broma, lo digo de corazon.

—Pues por cierto que soy bastante fea.

—V. no puede ser juez de su propia causa.

—Y cuando se casa V.?

—Cuando encuentre una muger que reuna las cualidades que V. reune.

—Pues en ese caso, pronto la encontrará V., porque mis cualidades son bastante comunes, (y en esto decia la verdad).

—No tal, Conchita, V. se hace muy poco favor.

—V. buscará una muger hermosa, rica, que sepa muchas cosas, que sepa discurrir como V. dice.

—Que sea una licurga, ¿no es esto?

—No entiendo lo que V. me dice.

—Que charle de todo sin saber lo que habla.

—No, no es eso lo que quiero decir, sino que sepa bordar, que sepa coser, que sepa....

—Que sepa comer, beber y dormir.

—A que Manuelito! no es eso.... yo.... mire V. no sé nada, absolutamente nada; y por eso quisiera un marido que me enseñara muchas cosas.

—Si, V. lo que quiere es un preceptor.

—No, no; pero si un hombre que supiese alguna cosa, v. gr. como V.

—Pero si yo no sé nada; mucho iba V. á negociar con un marido semejante.

—Ojalá y yo lo encontrara.

—Quiere decir que se casaria V. gustosa conmigo?

Concha se puso como un carmin, y me respondió con una agitacion que procuraba disimular. A que Manuelito.... Vdes. los hombres son muy malos, interpretan las palabras de una manera....

Conocí que la conversacion iba tomando un giro que tal vez me llegaria á comprometer; porque al fin yo era hombre y ella bastante hermosa, y no hubiera sido extraño que se me enredasen las espuelas; despues seria el llanto y el crugir de dientes. Así es que, cortando de golpe la conversacion, le dije: me parece que nos hemos dilatado mas de lo regular, y su papá de V. no ha de estar muy contento de nuestra tardanza.

A Conchita no le agradó mucho esta inesperada transicion, y se puso pálida, no sé si seria de cólera, el caso es que me respondió friamente: es verdad, apresuremos un poco el paso: así lo hice y pronto nos reunimos con el resto de la familia. Por fin llegaron, nos dijo Saturio; me tenian ya con bastante cuidado; vamos á almorzar que ya es tarde.

—Yo creí que se habian ido para México, nos dijo Pepita, con algo de mal humor.

—Pues no hemos salido del bosque, le contestó Concha; lo que sucedió fué que Manuelito me iba contando muchas cosas muy divertidas, las cuales me distrajeron de tal manera, que dejamos andar al caballo á su discrecion.

—Me alegro que le haya divertido á V. mi conversacion, le dije á Conchita.

—Aunque á él no le ha divertido la mia, continuó ella.

—No me haga V. ese agravio, la dije.

—Yo creo, me contestó, que cuando se deja á una persona con la palabra en la boca, es porque....

—Porque no se le quiere contestar, respondió vivamente Pepita: tales serian las sandeces que ensartarias.

—No hay tal cosa, le dije, su hermana de V. habla con mucho juicio.

—Ni la burla me perdona; muchas gracias Manuelito.

—Ya está de querellas, á almorzar y quítense de ruidos, dijo Saturio, con tono de autoridad.

—Pues bien, dije yo, para quitarles el enojo voy á hablar hasta que se me caiga la campanilla.

En efecto, empecé á charlar y á decir cuanto se me venia á la cabeza: la conversacion se generalizó, y todos se pusieron de bellísimo humor. Conchita olvidó cuanto habia pasado, y Pepita me advirtió que no habia desistido de montar tambien á caballo, y que acabado que fuese el almuerzo, saldriamos á dar un paseo: lo que le prometí muy formalmente; y por último, luego que se acabó el almuerzo, se fueron á dar un paseo por las albercas. Pepita me recordó mi promesa, la cual fué fielmente ejecutada: durante nuestro paseo, nuestra conversacion fué diferente de las que habia tenido con Conchita; en este todo se nos fué en admirar la corpulencia de los árboles, la amenidad del terreno, la hermosa perspectiva que ofrecia el valle visto desde la cima de la colina. Esta perspectiva es deliciosa: considérate querido lector una inmensa llanura, cubierta de árboles frondosos: al oriente se percibe un canal, que, partiendo del lago de Chalco y pasando por uno de los suburbios de la capital, va á descargar sus aguas en el lago de Texcoco: estos dos lagos estan

hácia la parte oriental, y parecen una banda azul tirada al pié de las colosales montañas que cortan por aquella parte el valle, entre las cuales sobresalen el Popocatepetl y el Ixtachicuatl, cubiertos de perpetua nieve: México se ve en el centro de este valle, multitud de torres y miradores se descubren, pero sobre todos ellos sobresalen las dos torres gigantescas de la Catedral. Cuántas veces he esclamado desde la cima de Chapultepetl, ¡cuán delicioso es el valle de México! Pero volvamos á mi compañera de paseo, que ya se habrá cansado de admirar á la naturaleza, y así era en efecto, con cuyo motivo nos apeamos y nos fuimos á reunir con los demas á una glorieta en donde habian formado un bailecito.

—A bailar, á bailar, nos gritaron todos al vernos.

—Manuelito trae ya hasta su compañera, dijo Conchita.

—Yo no sé bailar, le contesté.

—Pues es preciso que todos bailen.

—Esa ley debe de comprender solo á los que sepan.

—A todos, contestó Conchita, porque conque sepa su compañera de V. basta.

—No basta, porque á pesar de que lleve una compañera que sepa, no puedo evitar el que yo eche á perder las cuadrillas.

—No tenga V, cuidado, me dijo al oido Pepita, yo le iré diciendo á V., ademas de que no solo es V. el único que no sabe bailar; porque aquellos dos señores que ve V. ahí tampoco saben, y ya ve V. como se han prestado á bailar.

—Bien, haré lo que pueda.

—Ya estamos listos, dijo Pepita, ya puede comenzar el baile.

En efecto, rompió la música, y gracias á mi compañera no quedé del todo mal; á poco de que se concluyeron las cuadrillas gritaron „contradanza," y todos se apresuraron á elegir su pareja: yo me encontré indeciso sobre á quién iria á sacar, (porque ya me habian alentado las cuadrillas) pero Conchita acercándose á mí me sacó de mi incertidumbre, diciéndome, quiero que baile V. conmigo la contradanza.

—Acepto, le contesté, y tomándola de la mano me puse en la columna de ataque: rompió la contradanza y todos á un tiempo comenzaron á bailar y formar diferentes figuras. Ahí sí que perdí la chaveta, ¡qué muchacha por Dios! con qué agilidad se movia cuando formábamos la figura; pero cuando mas me enagenaba era en el wals, cuando enlazados nuestros cuerpos con nuestros brazos nos moviamos al compas de la música, no era dueño de mi mismo.—Conchita, le decia yo, su cuerpo de V. quema.—Ella se reia; pero con una gracia que me encantaba.

—Por qué se rie V.? le decia.

—Porque es V. muy célebre.

—Célebre ó no, esto es mejor que andar á caballo.

—De veras?

—Se lo juro á V.

—Tanto le agrada á V, bailar?

—Mucho, y siendo con V. mas.

—No lo creo: lo mismo me decia V. cuando íbamos á caballo: el caso es que pronto se cansó V.

—Pero en el baile no me canso.

—Ahora lo verémos.

En efecto, por momentos se animaba el baile: mandaron tocar un wals por alto: aquí fué Troya, yo sudaba mas que una caldera de vapor, y sin embargo me mantenia firme en el puesto, al paso que la mayor parte iban desertando, hasta quedar tres parejas no mas, por lo que creí que se aproximaba el fin de nuestra jornada; pero me engañé, porque los que quedaban continuaron valsando en derredor. Entónces Conchita me dijo: V. dirá si seguimos á los señores; á pesar de estar ya cansado, el punto me hizo decirle que estaba pronto á seguir.

—Pues bien, demos primero un paseo antes de seguir; y miéntras nos paséabamos, me dijo: ya veo que es V. incansable en el baile, sin embargo lo veo á V. muy fatigado.

—Eso consiste, le contesté, en que hace algun tiempo que no bailo; pero á pesar de eso todavía tengo fuerzas para continuar.

Volvimos á comenzar á valsar, los músicos, que segun parecia, querian que se terminase, tocaban con una precipitacion extraordinaria para cansar mas pronto á los valsadores. Yo sudaba á mares, sentia que mis piernas ya no me podian sostener, las otras dos parejas se habian retirado de la escena y solo nosotros quedabamos en pié; mi compañera por lo que observaba no mostraba haberse fatigado, por lo que me ví en la precision de decirle: ¿qué nos hemos de estar bailando todo el dia?

—Hasta que V. se canse, me contestó.

—Pues si solo en eso consiste, le declaro á V. que ya me cansé.

—Ya lo habia yo conocido, me dijo riéndose; pero queria ver hasta donde llevaba V. su capricho.

—Es V. muy cruel conmigo: si habia V. conocido que me habia cansado, porque no cesaba V. de bailar.

--Porque como me habia V. dicho que en el baile era incansable.

--Ya veo que V. todo lo lleva á puro y debido efecto.

Descansamos un rato, y se volvió á continuar el baile hasta muy cerca de ponerse el sol, á cuya hora se dispuso que nos volviésemos á México. Cada uno tomó su respectivo asiento en algun coche, y yo monté en mi caballo: íbamos á partir, cuando se me puso en la cabeza decirle á Concha, ¿quiere V. ir á caballo hasta México?

--Si á V. no le gusta llevar mugeres.

--Sí me gusta: si V. quiere ir, vamos.

--Pero quien sabe si papá querrá.

--¿Por qué no ha de querer? y si no, pronto lo sabremos.--Me dirigí á Saturio que estaba en otro coche distinto, y le dije que si queria que llevase á Concha á caballo.

--Haz lo que quieras, me contestó; pero si te molesta no la lleves.

—No, qué me ha de molestar, antes por el contrario, me gusta que se diviertan.

--Pues vaya con Dios.

Al momento la monté en mi caballo y emprendimos la caminata. Con la agitacion del baile, Concha estaba tan hermosa como nunca la habia visto: yo iba enagenado de placer.

--Que delicioso es el campo, me dijo mi compañera de viage.

--Y mucho mas lo es cuando se halla uno al lado de una muger encantadora.

--Pero muy triste, cuando es alguna muger á quien no la adorna ninguna gracia, ¿no es verdad?

--Puede suceder; pero yo hablo por lo que ahora me pasa.

--V. se burla de mi.

--No tal; le juro á V. hermosa Conchita, que al lado de V. todos los objetos que me rodean me deleitan.

--Siempre está V. de humor de chancearse.

—No es chanza, lo digo con formalidad.

--Si estuviera V. al lado de otra jóven á quien habrá ya dado su corazon, concedo.

--Mi corazon es libre, lo juro á V., ó por mejor decir, lo era ayer, hoy ya no lo es.

--No entiendo á V.

—Tal vez V. no quiere entenderme; porque quién si no V. podia haberse hecho dueño de mi corazon?

A estas palabras se encendieron mas los colores de Conchita, bajó los ojos y guardó silencio por un gran rato. Yo me enagenaba a coctemplarla en aquellos momentos ¡Dios mio! yo no era dueño de mis acciones; yo la estrechaba suavemente en mis brazos y sentia que temblaban sus delicados miembros. Por últilmo, le dije: Conchita V. parece que se ha ofendido.

--Por qué me habia de ofender? ¿por solo una chanza?

--No, no es una chanza: lo que le acabo de decir á V. ha salido de lo íntimo de mi corazon; pero si V. ama á otro no la volveré á molestar con mis impertinencias.

—Yo no amo á otro, me dijo.

—Pero tampoco me ama V. á mí ¿no es esto?

Un profundo silencio se siguió á estas palabras.—Pues bien, continué, si V. no me ama no por eso dejaré de apreciarla.

—Que injusto es V.

—No tal, no hago mas que hablarle á V. como un verdadero amigo.

En esto llegamos á México y tuvimos que separarnos, pero antes me dió Conchita algunas esperanzas, y con ellas volví á mi casa mas opulento que si hubiera adquirido las riquezas de Creso.



LIBERTAD DE LA HISTORIA

POR EL BARON JOSE DE MANNO DE LA ACADEMIA DE TURIN. (1.)



PARA comprender bien cual es la extension de la libertad de la historia, es preciso fijar con toda claridad hasta qué punto les es permitido á los escritores revelar las acciones de los demas hombres, y juzgar de ellas, y sobre todo, de los hombres que han dejado de existir. Los muertos no pueden defenderse, y en el juicio siniestro que se forma de ellos se hostiliza siempre, asaltando sin el menor temor de las represalias; así es necesario proteger mas su reputacion que la de los vivos, pues estos están bajo la salvaguardia del temor que por lo comun inspira la reciprocidad. Al efecto, debe hacerse una distincion entre las personas que han dirigido los negocios ó las opiniones públicas, y los que han tenido una vida privada.— El hombre colocado por sus derechos ó por su fortuna en una posicion elevada, atrae hácia sí las miradas de los contemporáneos, y hace que se fije en él la atencion de la posteridad segun la parte mas ó menos activa que ha tomado en los grandes negocios de su época. De este modo la alabanza general y duradera compensa los trabajos que ha emprendido por el bien público, así como el desprecio ó la indignacion acompañan á su nombre y siguen á su memoria, si abusando de su poder ha causado la desgracia tal vez irreparable en muchas generaciones.

Por esta razon la vida de los hombres de que hablamos, puede considerarse como un gran proceso. Los contemporáneos reunen las noticias, los razonamientos, los hechos patentes ó dudosos, las congeturas y los indicios con la variedad y con las contradicciones que se encuentran siempre en boca de los testigos que de algun modo están afectados. La posteridad viene despues tanto mas justa cuanto mas distante se encuentra de todo aquello que pue-de perjudicar á su imparcialidad; pronuncia su fallo, y la historia colocándolo en sus páginas inmortales, corona ó marca para siempre á todos aquellos cuyo nombre resiste al transcurso de los siglos, y cuyo recuerdo no se ha borrado con los intereses nuevos que cada edad trae consigo. Así pues, ¿la vida de tales hombres pertenece toda y exclusivamente al dominio de la historia? ¿Será permitido penetrar hasta los mas ocultos rincones de su vida privada y publicar sus secretos domésticos? La cuestion es importante, y para poderla resolver, se debe considerar atentamente la naturaleza de estos secretos.

Podria decirse primeramente que para los hombres de un rango elevado, no hay, hablando con propiedad, una vida privada. Los hombres de una posicion elevada se asemejan en algo á los cuerpos celestes, cuyos movimientos, aberraciones y eclipses observa todo el mundo, miéntras que los objetos terrestres solo se ven en un espacio muy limitado; á esto se agrega que la rectitud, la magnanimidad, el buen sentido y todas las demas virtudes necesarias para el manejo de los negocios públicos, están fundadas sobre las mismas cualidades del corazon y del espíritu, que se han manifestado mas ó ménos, pero no son diversas, bien sea que hayan sido empleadas en bien universal, ó bien que hayan servido para la dicha doméstica. Así es que las acciones privadas adquieren en los hombres públicos un grado de importancia que no tienen las acciones de los hombres comunes, y aun algunas veces se atiende mas á esas acciones privadas, que á los hechos mas notorios, cuando se trata de juzgar del verdadero mérito de los hombres: porque las acciones públicas dignas de consideracion en estos juicios, no pueden reproducirse frecuentemente, en tanto que las acciones privadas que se suceden diariamente, realzan el mérito para

[1] Publicamos este artículo conforme ofrecimos á nuestros suscritores en la nota de la página 106.—[Los redactores.]

ser elogiados ó criticados, proporcionando un medio mas seguro para conocer lo que se debe esperar y temer de esos mismos hombres en negocios de mayor importancia De este modo el amor hácia la familia, es el pronóstico de un gobierno paternal, y por la moderacion de los gastos privados se prevee el cuidado de la economía pública; por la eleccion de amigos sabios y discretos, la direccion que se seguirá en la eleccion de los empleados del estado; por la severidad de las costumbres, la proteccion que se dispensará á la moral pública, y por la religion del oratorio, el respeto que se tendrá á las creencias religiosas del pueblo.

El historiador que investigue con decencia las acciones domésticas de los hombres públicos, no viola ninguna de las reglas morales, y se aprovecha de estas investigaciones no solo como de un medio, algunas veces necesario para elevarse á otros descubrimientos mas importantes, sino aun para poder juzgar con mas seguridad de los grandes acontecimientos, que apesar de su brillante apariencia, están muchas veces dirigidos por motivos muy humildes, por no decir abyectos; de manera que con mas dificultad encontrará la verdad en los discursos solemnes y en las piezas que se llaman auténticas, que en las ocultas tradiciones del hogar doméstico.

Si se reconoce la pureza de estas investigaciones, tambien se reconocerá en seguida su oportunidad, especialmente en razon de la grande importancia que en sí mismos tienen todos los hechos, por ligeros que sean, cuando pertenecen á los hombres históricos. La curiosidad de los lectores, siempre desea de estas nociones, bien sea porque se experimente una noble satisfaccion admirando las costumbres virtuosas, aun cuando la virtud no tenga testigos, ó bien sea que se experimente un sentimiento de diversa naturaleza, viendo que la vida pública de ciertos hombres, es una vida teatral, y que despues de que se retiran los espectadores, la naturaleza vuelve á tomar sus derechos, y el héroe se convierte en un hombre comun.

Entre los hombres públicos pueden colocarse á los escritores, y el juicio que de ellos se forma, puede mirarse como uno de los derechos mas sagrados del historiador. Los demas hombres públicos, generalmente están precisados por los derechos de su nacimiento, por las necesidades ó por las conveniencias de su familia, á sujetarse á esos deberes que los hacen responsables para con el público de sus acciones. Hay pues en su destino algo de obligatorio y necesario. Mas el papel del escritor es enteramente libre y voluntario, pues ha preferido la gloria literaria á la apacible meditacion, á la dulzura de los estudios privados y á la educacion doméstica de su espíritu. El hombre que publica sus trabajos tiene por lo comun en sí un gérmen de orgullo, y cuando un escritor toma la pluma para comunicar sus ideas á los demas hombres, bien animado por la conciencia que tiene de si mismo, ó engañado por un amor propio, dice en lo interior de su alma: „Apartaos de mi, hombres vulgares, y honradme." Esta pretension es acogida por los lectores de sus obras, quienes examinan rigorosamente lo que hay en ellas de nuevo y de útil, y si la pretension ha sido presuntuosa ó ligera, es muy justo que la burla pública acompañe al escritor temerario, ó que la indignacion general castigue al escritor maligno; de aquí es que ni aun el respeto debido al sepulcro puede libertar al escritor impío ó libertino, ó enemigo del bien comun, de la censura perpetua de la posteridad, la cual no solo tiene el derecho, sino tambien el deber de revelar los defectos de los raciocinios del escritor, de combatir sus opiniones, de demostrar el abuso que ha hecho de su ingenio y de aclarar los artificios en que algunas veces haya fundado la ilusion que hace parecer ingeniosas las cosas que no lo son. Este deber, no obstante, deja de ser imperioso cuando la abundancia de los malos libros lo hace impracticable. La moralidad de los escritores está en razon directa de la de los hombres. El menor número de estos es el de aquellos que aunque libres de toda sugestion, de toda ley, de todo temor, serian sin embargo llevados siempre por su probidad á obrar bien. El mayor número tiene necesidad de estar reprimido, de manera que la imposibilidad de hacer mal es lo que por lo comun dispone á los hombres á contraer el hábito del bien. Lo mismo sucede con los escritores, la facilidad de los estudios, la corrupcion de las doctrinas y la inundacion de obras de todo género, dan un valor extraordinario á todos los que quieren lanzarse en la misma carrera, miéntras que esta misma irrupcion de escritores hace por una parte que se tenga ménos fortuna para ser distinguido de la multitud, se tiene tambien mas razon para presumir que se nos dejará á un lado, y que de este modo se evitará el desprecio público que en otro tiempo inspiraba algunos temores saludables. Entre tantos escritores, no puede ser el mayor número el de los mas hábiles ni el de los mas honrados, de modo que la literatura es mancillada por la

afluencia de los malos escritores y profanada por la de los escritores ineptos, y la libertad de decirlo todo, que es mas peligrosa porque es mas fácil que la libertad de hacerlo todo, nos conduce de impiedad en impiedad hasta destruir los fundamentos de la sociedad humana. He aquí porqué despues de tantos libros que se han publicado sobre el provecho de la lectura, seria ahora muy útil escribir un tratado para hacer que los hombres leyesen poco, así como Temistocles no muy satisfecho con la oferta que le hacia Simonides, de vigorizar su memoria, le respondia que quedaria mas satisfecho, si en vez de enseñarle el arte de conservar el recuerdo de las cosas, le manifestase lo que deberia hacerse para olvidarlas.

¿Qué se diria segun esto de las acciones privadas de los escritores? ¿Es permitido al censurar al autor, juzgar tambien del hombre? Creo que debe hacerse una distincion entre los grandes escritores y los escritores comunes, y que debe seguirse con relacion á ellos la misma regla que se ha establecido para los demas hombres públicos. El crédito adquirido por los escritores célebres, bien sea que solo hayan sido ingeniosos ó que hayan sido tambien innovadores, da á sus opiniones la autoridad duradera de una escuela. Es permitido, pues, emplear tambien las armas del descrédito personal contra esos hombres que han corrompido algunas veces los destinos de muchas generaciones. Entónces es permitido manifestar sus excesos, los despreciables motivos de su celo y las pasiones innobles que los dominaron, y de decir de su habilidad y de su talento lo que decia Ciceron de los esclavos de Siria *que eran tanto mas malos cuanto mejor sabian la lengua griega*. La seguridad general es entónces un motivo muy justo de hostilidad, del mismo modo que cuando la posicion de un buque particular favorece á nuestros enemigos, es permitido combatirle.

Pero se deben mas consideraciones al comun de los escritores, los cuales están ya sugetos á ls censura por lo que respecta á sus obras. Por lo demas, en atencion al poco ruido que han hecho en el mundo, deben ser vistos como hombres privados, protegidos por la ley general. Feliz el escritor que halla sido colocado en esta condicion, no por la naturaleza de su talento, poco suceptible de trabajos de mayor importancia, sino por la moderacion de su espíritu y por su amor á la tranquilidad.

Hay ciertamente algunos hombres estimables dotados de un entendimiento despejado, de un juicio sólido y de imaginacion viva, cuya alma podria lanzarse hasta la mas ardiente invectiva ó el mas fino sarcasmo, y que se dejarian arrastrar por las pasiones que inflaman el corazon de tantos escritores que han conseguido alguna gloria con cualidades intelectuales muy inferiores; pero ellos han creido que el torrente de las edades gira y dispersa el mayor número de celebridades, y que el renombre literario está sujeto á muchas vicisitudes, por las cuales aun los trabajos mas dignos de estimacion quedan siempre en la oscuridad: ellos pues amarian la gloria, porque quedase alguna memoria de su nombre, al ménos en su pais natal; pero no darian ninguna importancia á esa popularidad, que por otra parte es muy prodigada para que pueda ser apreciada, muy injustamente atribuida para que pueda satisfacer á los deseos de un hombre sabio, y muy peligrosa é inquietadora para que pueda ambicionarse por un hombre prudente.

No puede pues hablarse de las acciones privadas de los escritores, sin notar tambien que en el número de las cosas que les pertenencen y que deben ser respetadas por la posteridad, deben comprenderse sus obras inéditas. El abuso que se comete constantemente con ellas, me autoriza á lamentar esta violacion de la última voluntad de los literatos, siempre que ocultando sus obras han dado tácitamente á conocer que las consideraban imperfectas, mal concebidas ó reprobadas. Cosa extraña es, á la verdad, que este prohibido trasgredir la voluntad de un mismo hombre, aun en las cosas mas triviales concernientes á sus bienes materiales, y que no exista esta prohibicion por lo relativo á la propiedad mas sagrada, á la de las obras del espíritu. Debe tambien lamentarse el mal que de este modo se hace á la reputacion de los autores, porque las producciones del entendimiento como las de la naturaleza, maduran por grados, y algunas de ellas estan como los frutos naturales, sujetas á no madurar.

Con estas notas hemos aclarado ya la parte de nuestro raciocinio en lo relativo á la vida de los hombres privados. La ley moral que prohibe divulgar todo aquello que menoscaba la reputacion de otro, está fundada sobre los mismos principios, por los cuales cada particular está resguardado de las invasiones, de los daños y del desórden en sus posesiones y en sus derechos; ¿y qué es por ventura ménos apreciable la honra del hombre, que el menage de su casa ó el producto de sus tierras? Verdad es

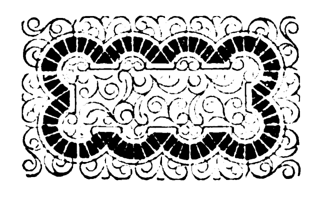
no obstante que se obedece mas bien à la ley amenazadora que protege estos derechos materiales que á la ley desarmada, cuyos principios hemos considerado. No diré que debe desearse mayor rigor en las leyes que aseguran en algunos de los casos espresados la reputacion de los ciudadanos; tampoco observaré que la sentencia judicial del culpable, no basta á la reparacion del mal que se ha hecho, pues á veces el escándalo de un proceso agrava la desgraciada posicion del calumniado, expuesto de esta manera á una publicidad que la prensa periódica hará resonar por todas partes, à fin de que todo el mundo se informe de nuestros negocios mas ocultos, y qne las personas á quienes jamas hubiera debido llegar nuestro nombre, se entretengan con pormenores curiosos de nuestros asuntos domesticos, ó con las debilidades de una esposa. Mas esto es del resorte del legislador, y limitándome á la parte literaria diré únicamente, que en uuestros dias, se ha dado mas ensanche á esta licencia por el abuso que se hace de las publicaciones conocidas bajo el nombre de *Memorias*.

La dignidad y gravedad dc la historia no debe permitir que se las degrade hasta la narracion de hechos vergonzosos ó de objetos despreciables. Las memorias han dado acogida favorable á estos desechos de la historia. Todo el intervalo que hay entre las mantillas de la infancia y la mortaja sepulcral, está lleno por el escritor de memorias, y el respeto debido al hogar doméstico, es para él una cosa desusada, de manera que en lo de adelante los muros y la confianza doméstica servirán para abrigar á los hombres del rigor de los meteoros, pero no impedirán que las miradas del autor de memorias penetre en el interior de vuestra casa, y que por sus revelaciones todo el mundo pueda saber en qué dia y con qué motivo habeis abandonado la decencia ó faltado á algun deber, contará las asechanzas que se dirijan contra vuestra tranquilidad doméstica, vuestros errores en la eleccion de la compañera de vuestra vida, vuestros gastos excesivos, los médicos por que habeis aumentado vuestra fortuna y todas las intrigas de una vida agitada ó desgraciada, y todo con el fin de poder vender mejor su manuscrito escandalo.

En este género de trabajos literarios, hemos degenerado de los antiguos. Los *comentarios* de los romanos, que correspondian aún en el nombre á nuestras memorirs, solo servian para uso de las familias. Un esclavo ó un liberto era el encargado de redactar estas efemérides, que contenian todos los hechos de la casa y todos los pormenores del servicio doméstico. Las cosas de interés mas elevado, aquellas que miraban á la república, eran escritas por personas de mayor gerarquía. Suetonio hace mencion del cuidado que ponia Augusto en la redaccion de estas memorias. Acostumbraba despues de cenar sentarse en su cama, pues los antiguos amaban mucho esta posicion tranquila, y el silencio de su recamara para meditar mas à su satisfaccion, y para escribir con mas comodidad sobre sus rodillas, segun tenian de costumbre. Encerrado en esta *lecticula lucubratoria*, asentaba diariamente todos los negocios relativos al estado, y continuaba en este trabajo hasta que la noche estaba muy avanzada; Augusto daba tambien gran importancia á los otros comentarios domésticos, habia acostumbrado á su hija y á sus sobrinas à los trabajos de las lanas, y habia mandado que no solo los trabajos, sino aun las conversaciones de su familia fuesen públicas, *con el fin de que se pudiesen tener presentes en los comentarios*.

Facil es conocer por estas consideraciones generales, cuán necesario y útil seria que se pudiese, de una manera cierta y siguiendo el ejemplo de los autores mas acreditados, determinar y fijar los límites de la libertad y de la licencia historial.

(Traducido por P. T.)



LA PATRIA.

EN todo tiempo es útil fomentar el amor á la patria; pero es casi necesario, cuando una Nacion se halla, como nosotros, amagada de una guerra extrangera: por que entonces, mas que nunca, necesita de los esfuerzos y sacrificios de sus hijos; en una palabra del verdadero patriotismo. Esto esplica el motivo que hemos tenido para traducir el articulo que se sigue, y creemos agradará á nuestros lectores, tanto por el noble fin que nos animó al hacer la version, cuanto por el merito que en sí tiene, como todo lo que salió de la maestra pluma de Jouy. Este le da el título de meditaciones; pero para nuestro objeto conviene mejor, y nos hemos tomado la libertad de darle, el que se ve al principio de este articulo.—A. M. de C.

A tous les cœurs bien nés, que la Patrie est chére.
Voltaire.

Las fatigas del cuerpo hacen perezoso al espíritu. Me dirigia yo á Lyon sin hacer memoria de los lugares que poco antes habia dejado, ni pensar en los que iba yo á visitar; mas el estribillo de una cancion de Beranger me sacó de esa especie de letargo, que no era verdadero sueño. Un cochero (cuyos sentimientos estaban en perfecta harmonía con los que el poeta ha expresado con tanto acierto) cantaba con voz sonora y amimada las coplas tan conocidas, cuyo final son estas palabras que manifiestan un deseo propio de todo hombre bien nacido: "*!salve, oh, patria mia!*

Volney, y antes que él Voltaire, ese hombre admirable que parece haber agotado cuanto hay que decir y que pensar; supusieron que una voluntad omnipotente habia convocado á todas las naciones en los campos de la inmensidad, para dirigirles esta pregunta: ¿Quien es Dios?

Pues si á esa misma ásamblea de todos los pueblos de la tierra se la interrogase ¿qué cosa es la pátria?

Franceses, ingleses, tártaros, Samoyedos; á una voz responderian: es el campo en que vimos la primera luz, donde nuestras madres nos arrullaron en la infancia, donde hemos amado, donde hemos padecido; es la roca de nuestra playa, el viejo roble que plantaron nuestros padres, el techo de mármol ó pajizo bajo el cual nos mecieron en la cuna, lo es en fin, el sepulcro hereditario en que nuestros abuelos nos aguardan.

Las naciones libres y civilizadas, ven tambien á la pátria en los gloriosos recuerdos que ella les trae á la memoria, en las instituciones á cuya sombra se han educado, en los derechos que ella les garantiza.

,,La patria (ha dicho Jaucourt filósofo del siglo 18) es la tierra, que tienen interes en conservar sus habitantes, de la que ninguno quiere apartarse, porque nadie abandona voluntariamente su reposo, su gloria, su felicidad. Es una madre que á todos sus hijos ama, y que no hace distincion, sino de aquellos que por si mismos se distinguen. Si permite que entre ellos haya ricos, es con la condicion de que no haya pobres; si consiente en que haya grandes y pequeños, tambien proteje al débil contra el fuerte; y aun en medio de este tan desigual repartimiento, conserva cierta especie de igualdad, franqueando á todos el camino de los puestos mas elevados; creeria la patria no haber hecho nada por sus hijos dandoles el ser, si no les procurase al mismo tiempo su bienestar. Es un poder tan antiguo como la sociedad, fundado en la naturaleza y el orden; una potestad superior á todas las que ha establecido en su seno, ora se llamen éforos ó arcontes ora cónsules ó reyes: una potestad á cuyas leyes igualmente están sugetos los que mandan en su nombre, como los que obedecen; una divinidad en fin que solo acepta las ofrendas para distribuirlas, que exije mas afecto que temor, que se sonrie al hacer el bien, y que llora al lanzar sus rayos.

El gefe de una tribu de Iroqueses, viendose urgido por los diputados de la Colonia France-

sa del Canadá, para que se estableciera en el otro lado del Rio que lleva ese nombre, les dijo así: „Nosotros hemos nacido en esta tierra, en ella están sepultados nuestros padres, dirémos á sus huesos: ¿levantaos y venid con nosotros á una tierra extraña? Los Hotentotes, arrojados á un extremo del Africa entre los cafres sus feroces enemigos y los Europeos, mas temibles aun para su libertad, ¿consentirán jamas en abandonar el suelo patrio, donde les amenazan sin cesar la esclavitud y la muerte? El adagio tan repetido. „*Ubi bené, ibi patria*" no es verdadero sino en boca de un cortesano ó de un esclavo; y la mayor parte de los Europeos ha podido hace mucho tiempo, y puede aun sin ingratitud, decir con el judio de Para: me arrojais de aquí nada me importa. Yo sacudiré el polvo de mis piés é iré á buscar en otra parte otros hombres con quienes traficar; que me arruinarán, pero á quienes yo engañaré si puedo, y de los que me separaré con la misma indiferencia con que ahora os dejo á vosotros."

El amor de la patria nace y se desarrolla con la razon, y no se extingue sino con ella: abraza todas las vicisitudes de lo presente, todas las glorias de lo pasado, todas las esperanzas del porvenir. Un verdadero patriota es aquel que (con mas verdad que el Cardenal de Retz, puede decir al espirar. „En los tiempos aciagos no he abandonado yo á mi patria; en los bonancibles no he tenido otro interes que el suyo; y en los desesperados jamas me he dejado vencer por el temor." Triunfos, glorias, honores, amigos, deudos y familia, todo lo encierra en sí esta mágica palabra „*Patria*" á todo es preferible, por que todo lo que es distinto de ella es menos que ella: por su existencia todo se sacrifica, por que la ruina de la patria arrastra consigo la de los ciudadanos, y la pérdida de todos los bienes, cuyo goce nos asegura.

Y ¿tendrán acaso patria los pueblos esclavos? ¿la tienen los hombres que al oir la palabra *libertad* lloran y muestran sus cadenas, que están anonadados por sus gobiernos, que las leyes los han dejado como blanco de los ultrages del mas fuerte y que maldicen á toda hora la tierra que cultivan para unos amos duros y avarientos? ¿La tenian tampoco nuestros abuelos en el siglo VI. cuando los cosacos, esos nobles descendientes de los Sicambros, vinieron á destruir la libertad de las Galias; cuando era prohibido á los seglares sentarse á presencia de los clérigos, al artesano, al comerciante, al labrador, el pasar delante de un Sicambro sin hacerle una profunda reverencia?

No hay patria si no hay libertad; pero con esta ¡cuán cara no es la patria! ¿Qué sacrificio habrá que no esté dispuesto á hacer por ella un generoso corazon? „Si no habeis podido „sufrir la dominacion de un hombre como Ce„sar (decia Ciceron á los senadores romanos) „¿podreis ¡oh padres conscriptos, tolerar la de „un hombre como Antonio? Por lo que á mi „toca, y lo digo en alta voz, en mi juventud „defendí la libertad; ahora anciano tampoco „la abandonaré. Yo que desafié al puñal de „Catilina, no he de temblar, por cierto, ante la „espada de Marco Antonio; muy al contrario, „presentaré mi pecho al golpe que le amenaza, „con tal que yo tenga esperanza de que el pe„sar de mi muerte, despierte en el corazon de „los ciudadanos los sentimientos que me ani„man, y que el dolor del pueblo romano lo im„pela á destrozar el yugo que se le prepara."

„Veinte años hace ya, padres conscriptos, „que en este propio templo decia yo: *Por mas „jóven que muera un cónsul que pierde la vida „en el servicio de su patria, no es en verdad, su „muerte prematura.* ¿Y usaria yo de otro len„guaje, al hablaros hoy de un viejo que viene „á ofrecerse como víctima? ¿Qué puedo ape„tecer mas glorioso que la muerte, si por ella „consigo librar al pueblo de toda esclavitud, „si por ella cada ciudadano podrá ser feliz ó „desgraciado en proporcion que haya servido „bien ó mal á la patria?"

Por la patria vuelve Régulo á Cartago á morir en un suplicio. Por ella el rey Juan, despues de la paz de Brétigny, torna á Lóndres para acabar sus dias en su prision. Por la patria tambien dejan voluntariamente su pais natal los Laudemonios Spertis y Buris y se presentan en Persia ante el gran Jerjes y le dicen: „*Nuestros compatriotas han dado muerte á tus embajadores: este es un crímen, y nosotros venimos á espiarlo. Sea cual fuere el suplicio á que nos condenes, estámos prontos á sufrirlo.*" Lleno Jerjes de asombro por una virtud tan heróica, perdona el ultraje que habia recibido; pero quiere comprometer á Buris y Spertis á que permanezcan á su lado; y la patria es la que dicta su respuesta: *¿Cómo, le dicen, como podremos abandonar nuestro pais, nuestras leyes, y á unos hombres tales, que hemos venido aquí á morir por ellos?*

Encendido una vez el amor de la patria, no puede ya extinguirse: por que este fuego celestial vive y se conserva bajo las fecundas cenizas de los recuerdos. Si preguntamos á los Coptos, que arrastraron una vida miserable en-

tre los escombros de la ciudad del Sol, nos responderán llenos deorgullo: Egipto, nuestra pàtria, fué el manantial de las luces, y la cuna de las ciencias. Los judios, desterrados de las ruinas del Jordan, errantes de un pueblo en otro por espacio de veinte siglos, alimentados con el oprobio y la persecucion, se consuelan con sus recuerdos religiosos, y jamas oyen sin júbilo, resonar en los aires el dulce nombre de Israel.

La libertad, nacida bajo el brillante cielo de la Grecia y de la Italia, es una planta indígena de estos venturosos climas. El hierro de los barbaros la ha segado, y ya no cubre con su sombra el suelo natal; pero en esta misma tierra que huellan sus opresores ha dejado hondas raices, indestructibles, y siempre prontas á echar otros nuevos tallos.

Dos mil años han transcurrido desde que las repúblicas de Grecia fueron á sepultarse en el océano de Roma: veinte siglos han pasado sobre los restos de Camilo y de Scipion: manos esclavas conducen el arado por los campos en que Tébas y Lacedemonia fueron: la ciudad eterna está llena de monges y vacia de ciudadanos. Sin embargo, Grecia y Roma viven en la memoria de todos los pueblos de la tierra: cada siglo aumenta su gloria y acrece su nombradia: sus monumentos son consultados por los artistas, sus libros por los sabios, sus leyes por los jurisconsultos de todas las edades, y de todos los paises. La antigua Grecia no pertenece al resto del mundo sino por sus juegos olimpicos. Sus legisladores, sus poetas, Licurgo, Homero, Demóstenes, Sócrates, Milciades, Agesilao, Aristóteles, no son para nosotros mas que grandes hombres; pero estos grandes hom res son los antepasados de los griegos modernos, sus nombres venerables han sido pronunciados en las márgenes del Cefiso y del Eurotas, repetidos por los ecos de Maraton y del Taygeto, y ya los tímidos habitantes de la Morea, levantando sus envilecidas frentes y sus brazos cargados de cadenas, despiertan con los recuerdos de la patria, y piden á los pueblos libres, vengadores y armas. Cada dia parece que la aurora se levanta, para alumbrar la restauracion de la Grecia: en cada mensage que llega del oriente se espera leer estas palabras: *La Grecia es libre*....

Y ¿qué hombre honrado, no abrigará estas magnánimas esperanzas, que alimentan los oprimidos hijos de la brillante Aténas, de la virtuosa Lacedemonia, de Tebas la esforzada? ¿Qué generoso corazon no deseará, con la mayor vehemencia, que se apresure el dia en que otro Flaminio anuncie á todos los griegos: *que en adelante libres de toda traba, seguros de toda extorsion, vivirán segun sus antiguas leyes y en una completa libertad, los habitantes de la Fócide, de Corinto, del Peloponeso, de la Acaya, de la Lócride del Negroponto, de Magnecia, de Tiótide y Tesália*. Los Tiberinos (aunque abatidos como los griegos no tan despojados de su antigua gloria) toman un aire amenazador al mostrar á un extrangero los restos de la grandeza romana, y su pecho se inflama relatando las virtudes del Pueblo-rey. Desde lo alto del Capitolio, señalan la columna Bélica, á donde subian los cónsules para disparar la flecha hácia el pais á que Roma enviaba la guerra; y el templo de Belona en que se congregaban los senadores para recibir las embajadas, y resolver sobre la solicitud del general que pretendia los honores del triunfo.

Y¿ no somos por ventura nosotros descendientes de esos Galos, célebres por su franqueza, y que poblaron la Europa con sus colonias, sin abandonar por esto el suelo que los vió nacer? cuya aparicion en cualquiera punto de la tierra, siempre bastó á decidir de la victoria; que condenaba á muerte al que llegaba el postrero al consejo, ó al campo de batalla; que marchaban al combate coronados de flores; que consagraban su espada á la patria, y su corazon al culto de la hermosura que á toda hora abrian la puerta ál desgraciado, al débil, al extrangero, y que la cerraban por la noche apesarados cuando su huesped no habia] llegado? ¿Y no somos hijos de esos Galos entre los cuales fundaron los druidas la mas antigua escuela de filosofia, de que hay memoria en los anales del mundo; de esos Galos tantas veces vencedores de los romanos, y á quienes el mismo César no llegó á vencer despues de diez años de combates, sino armando á los unos contra los otros? ¿Y cual es el pueblo de la tierra en que la poderosa voz de los recuerdos halla despertado pensamientos tan grandes y patrióticos, como en los hijos de esta antigua Galia, cuyo origen se pierde en la profundidad de los tiempos?

Cuando el hombre entrega su espiritu á vagas meditaciones, ó abandona sus miembros al reposo; no tiene sino una confusa idea de su agilidad y de su fuerza. Cuando no se ve acosado del dolor ó la necesidad, cuando callan sus pasiones; no experimentan sino un sentimiento vago de su violencia y energia. La salud, los dulces hábitos de la vida domestica, la sociedad con sus amigos, la concurrencia

con sus compatriotas, los fuegos, las fiestas, la verdura y riqueza del suelo, todo lo ve, disfruta de todo con tal tranquilidad, que parece serle indiferente la conservacion de estos dones inapreciables. Pero que la inquietud y la zozobra pongan en alarma á sus sentidos, que los amigos se alejen, que la muerte amenaze á la madre, á la esposa, al hijo querido; y entonces su palidez, sus lágrimas, sus gritos, revelarán á todos un pesar, cuya intensidad no habian aun conocido. Un error del que manda, la maldad de sus enemigos, ó la iniquidad de sus jueces, han aherrojado en un calabozo á un hombre amante del estudio y del retiro, que lleva muchos años de estar por inclinacion y por hábito metido entre las cuatro paredes de su gabinete, ¿que tiene pues que estrañar en la prision si en ella encuentra sus libros? Nada ciertamente. Sin embargo apenas han pasado veinte y cuatro horas de haberse cerrado tras él las puertas de hierro, y ya pide con gritos penetrantes esa misma libertad cuyo uso desdeñaba. Siempre está de pié, va, viene, recorre en todas direciones el estrecho espacio que lo encierra; cuando antes, no conocia otro ejercicio que el de su pensamiento, sin mas movimientos que los de su alma. Pero ahora no desea otra cosa que la dicha de andar por la ciudad, de ver los campos, de penetrar en los bosques sombrios; y solo de pensar que le han arrebatado un bien que poseia sin gozarlo, está próximo á la desesperacion.

Mas¡ ay! cuan ligero es su dolor si se compara con el de un desventurado que se ve reducido á morir en el destierro. Entonces se despierta en su corazon el amor de la patria, para hacer mas cruel su eterno suplicio! Entonces es cuando conoce el precio de lo que ha perdido, y maldice la crueldad de los hombres¡

La mañana y la tarde, el dia y la noche, las flores del otoño, las escarchas del invierno; todo en fin es para él un objeto de dolorosas memorias, todo le recuerda cuanto él ha amado; y en medio de tan amargos pensamientos es como se conserva el último soplo de su deplorable vida.

Filoctetes, abandonado en la isla de Lemos, divisa á Neptolemo y Ulises, y al momento se olvida de su desgracia, y se adelanta hácia ellos exclamando: ¡oh *Dioses inmortales! ¿No son griegos estos dos hombres que veo?....Hablan....Este es mi idioma. ¡Oh hijo mio!* (continuó el heroe desterrado, dirigiendose al hijo de Aquiles) *habla, habla aun: quiero escuchar el dulcisimo lenguaje de mi patria, del que han estado privados tantos años mis oidos.* "*También yo he llevado en otros tiempos esos vestidos que ahora os cubren....¡Oh extrangeros! Si sois griegos, apiadaos de mí, arrojadme en vuestro barco, á la popa, á la proa, donde querrais con tal que me lleveis á nuestra comun patria, para morir yo en el lugar mismo en que comenzé á vivir.*

Cuando el odio desde lo alto de la tribuna propuso una ley de proscripcion: *No es, decia, la muerte de tantos franceses la que os pido, sino su destierro; que sean extrañados, y quedo satisfecho.* „Yo he adquirido derecho de responder (xeclamó entonces con voz alterada un hombre cuyas lágrimas han corrido en los desiertos de Sinamari) ¿pues qué no es nada el destierro? ¿se puede concebir acaso un suplicio mayor que los tormentos que sufre un relegado? En sus enfermedades nadie le asiste: sus dias se consumen en la amargura de los pesares: sus ojos se apagan con el llanto." El desterrado vive en medio de unos intereses, y rodeado de unos hombres, á quienes aflije la prosperidad del pais á que pertenece aquel y que se gozan en sus reveses: ve hacer los aprestos de guerra por sus enemigos, que estos amenazan á su patria y no podrá defenderla ni morir por ella. ¡Oh! y cuán penosa es de subir la escalera del extrangero, cuán amargo el pan que dá, como dice el Dante.

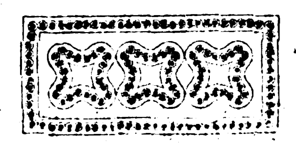
Y conociendo las penas del destierro, habiendo ya sufrido vosotros los tormentos de un expatriado, ¿como es que quereis atraerlos ahora sobre vuestros compatriotas? Aquellos de quienes han recibido el ser viven aun, y no obstante son huerfanos; existen sus hijos, y no oirán jamas de su boca el dulce nombre de padre; la nieve asoma en su cabeza, las arrugas de la vejez se descubren ya en su frente y nada los alhaga en esta vida, nada apresura su muerte. Ocupados con un solo pensamiento, é incapaces de cualquier otro cuidado, se les vé á toda hora del dia, y á veces por las noches, sentados en la ribera del mar, recorriendo sin esperanza con ojos lánguidos, un horizonte sin límites, y buscar en él el punto hácia el cual está situado su pais, y la ruta que debe seguirse para ir y para volver. La muerte es sin duda mil veces preferible á ese estado de angustia y de dolor; sin embargo la muerte los hororiza: ¡morir sin ver una vez á su familia y sus amigos, sin que nadie lo sepa, ni pueda decir: *¡Aquí yacen sus cenizas; aquí es donde ha cesado de padecer!* Semejante sacrificio es superior á las fuerzas humanas, ¡Oh hombres! seais quienes fuereis no apliqueis jamas esa pena á otros hombres, sean los que fueren; no la impongais,

nunca ni á los mayosre criminales; arrancadles mejor la vida, pero no los desterreis.

Caminaba yo para Lyon, é iba pensando en lo que sucedió á los dos hermanos Bachevilles el lamentable año de 1815, que la historia ha inscrito en sus sangrientos anales. Mi memoria fiel, al recordarme los crímenes de esa época, me ponta delante de los ojos á los dos hermanos, desde los primeros pasos que habian dado en la carrera de las armas, sentando plaza entre los valientes de un ejército, que nunca tendrá rival en los fastos de la gloria. El triunfo de la fuerza y la fortuna, no habia desanimado su valor; dejaron el campo de batalla, pero despues de haber perdido la esperanza de morir en él. Estos últimos esfuerzos fueron reputados como un crímen; se alza contra ellos la persecucion, y cediendo á las súplicas y llanto de una familia, de que son el ídolo y orgullo, salen de Francia, suspirando por el cádalso á que estaban destinadas sus cabezas. El hermano mayor, por seguir al mas jóven, abandona el lecho glorioso en que lo tenian las heridas recibidas en defensa del suelo frances, invadido por el extrangero. Vedlos errantes en los diversos estados de la Europa, donde les está prohibido, como en Francia, usar del agua y del fuego; perseguidos, acosados de selva en selva, de caverna en caverna, van á buscar un asilo entre los bárbaros, contra el furor y la injusticia de los pueblos civilizados; y su noble infortunio encuentra al menos allí corazones abiertos á la compasion; el Arabe los acoje bajo su tienda y cura las heridas de un guerrero frances, proscripto en los lugares en que todavia humea la sangre que ha derramado en defensa de su patria. Vedlos como se dirigen á la Persia, donde esperan ser admitidos al servicio militar; pero ¡cuanto mas amarga se hace su suerte, á medida que se alejan de la Francia, y cuanto es mas sensible la pérdida de la patria en el silencio de un desierto! Vedlos, ocupados con la misma idea, detener el paso repentinamente, mirarse con los ojos arrasados en lágrimas, y arrojandose el uno en los brazos del otro, exclamar entrambos á la vez: volvámonos á morir en Francia. Unanimes en esta resolucion, solo un pensamiento los detiene: van á sufrir una sentencia, ó mas bien van á encontrar la muerte en un pais donde se ha pronunciado ya su fallo: y ¿destruirán de un golpe las esperanzas todas de su familia? Uno solo, pues, debe ser víctima; si perece salva á su hermano y deja un consolador á sus padres; pero el peligro es mas inminente sin duda para el que haya de partir, y por espacio de muchod dias se disputan entre si el funesto derecho de hacerlo.

¡Ah que separacion la de estos hermanos, de estos tiernos amigos, uno de los cuales corre á recibir la muerte que le aguarda en el seno de su patria, mientras el otro tiene que soportar en una tierra extraña un suplicio infinitamente mas penoso. ¡Llega Bartolomé á Francia, se constituye prisionero, y pide que se le juzgue; su inocencia y la de su hermano quedan reconocidas; ¿Que mensajero mas veloz que el aire, mas rápido que el pensamiento podrá llevar esta noticia á sus hermanos con la celeridad bastante? Solo el gobierno posee los medios de acortar la distancia, y los pondrá en ejercicio: por que se trata de reparar una injusticia horrible, de restituir á su patria, á su familia y al ejército, un ciudadano, un hijo, un guerrero digno de ellos.

Mas ¡ay! cuan duro es decirlo: no faltan hombres que sostengan, que la sentencia que destruye una acusacion solidaria, no establece una inocencia comun: que la absolucion de uno de los hermanos en nada favorece al otro. La voz de la justicia queda sin eco, no llega á los oidos del infeliz desterrado; y creyendo este que su hermano ha perecido por que fue confirmada la sentencia que los proscribió, la desesperacion lo descarrila. Sin plan, sin recurso, agoviado de dolor, de fatiga y de miseria, vacila y cae no muy lejos de los muros de Basora. Las arenas del desierto se acumulan ya sobre el cuerpo del guerrero moribundo; pero no cubren todavia sus parparos; los entreabre con esfuerzo; sus últimas miradas se dirijen hácia Francia, y sus palabras postrimeras son las mismas, que poco ha resonaron en mi oido: ¡salve oh patria mia!



Quauhtin y *Ocelo*, de los príncipes águilas y tigres; formaban un conjunto, semejante al de un campo cubierto de flores silvestres de diversos matices y colores.

Se dió la señal del combate; y los sonidos agudos de los caracoles marinos, de los tamboriles y de las cornetas, los silbidos y espantosos ahullidos de los soldados, y los gritos de *Huitzilopoctli* ayúdanos, que arrojaban los mexicanos, y los de *Camajtle* socórrenos que arrojaban los tlascaltecas, formaban una vocería tan extraña y horrible, que hubieran espantado á otros que no hubieran sido ellos. Comenzóse la accion con las armas arrojadizas: las flechas y los dardos silbaban por el viento: pronto comenzaron á hacer uso de la honda, de esa arma terrible que por donde quiera llevaba la muerte, y á las dos horas de accion en que se habian agotado ya piedras y dardos, tres mil soldados mexicanos y cuatro mil tlascaltecas, yacian tendidos en el Jevotlalli.

Dióse la señal, y la honda y la flecha cedieron su vez á las otras armas. Los gritos que no habian cesado hasta allí, se avivaron, y volvieron á resonar las voces de „*Huitzilopoctli;* ayúdanos.» „*Camajtle*, socórrenos, y los dos ejércitos se acercaron.

En ese momento brilló en el rostro de Tlahuicole un rayo de feroz alegría, sus forzudos miembros tomaron mayor incremento, y pulsando su ponderoso y terrible *macualmitl*.—„¡ánimo valerosos republicanos! exclamó, ¡invencibles tlascaltecas, la patria peligra! Vuestras mugeres é hijos arrostrarán el yugo de la esclavitud, servirán á un tirano, si hoy no desplegais todo vuestro valor! ¡Animo tlascaltecas! Y el fué el primero que se arrojó en medio del ejército enemigo, —„¿qué tememos, repitieron los soldados, si Tlahuicole marcha á nuestro frente, si el rayo tlascales ha estallado ya? Bebamos la sangre de los viles esclavos, y volvamos victoriosos á nuestros hogares, ó perezcamos aquí, para no ver nuestra afrenta,» y entónces, repitiendo entusiasmados el nombre de su dios y el de Tlahuicole, se arrojaron todos tras él.

Tlahuicole, mas veloz que un dardo, atravesaba las filas enemigas, descargando su macuahuitl y dejando tras sí sembrado de cadáveres el suelo. Los soldados fascinados por el valor de su general, se creian animados del mismo espíritu que él, ó inspirados por la libertad y por la patria, se empeñaban con orden en la pelea, porque ya la muerte no les arredraba, porque mas querian morir que beber la infamia de ser derrotados.

Los mexicanos que hasta allí habian peleado con demasiada serenidad, luego que oyeron la voz de Tlahuicole, y le vieron arrojarse sobre ellos, comenzaron á temer; mas Cuauhnoctli, cuya serenidad y valor eran tambien extremos, no cesó de animarlos, recordándoles á su voz la pérdida de sus mas caros intereses.

Miéntras tanto, Tlahuicole habia penetrado hasta el centro del ejército enemigo, y delante ya de Cuauhnoctli, iba á descargar sobre él su terrible macuahuitl, y á apoderarse del estandarte, con lo cual hubiera terminado la batalla, cuando uno de los oficiales mexicanos se puso entre él y Cuauhnoctli, queriendo evitar el golpe que iba á caer sobre su general, y tal vez imaginando tener la gloria de asentar uno al valeroso tlascalteca. Mas ¡ah! infeliz, el golpe que debia haber caido sobre Cuauhnoctli, cayó sobre su cabeza, que dividida en dos partes, lo obligó á caer en tierra, derramando un mar de sangre.

En fin, despues de inútiles esfuerzos los mexicanos se decidieron á oponer al valor y la franqueza de los Tlascaltecas, la estratagema y la traicion. Mandó Cuahnoctli que su ejército se fuera retirando poco á poco hácia el bosque vecino: así lo hizo. Tlahuicole, confiado en el cuerpo de reserva que habia dejado, con órdenes de que si se retiraban los mexicanos, cargasen sobre ellos por detras los siguió, haciendo en ellos una horrorosa carnicería. Llegaron al bosque los mexicanos que habian reconocido bien el terreno, y sobre todo, que habian premeditado bien su traicion: evitaron el peligro; mas Tlahuicole y su ejército que no pensaban en aquel momento sino en la victoria que ya casi miraban como suya, entraron en el bosque sin recelo, y sin esperarlo se vieron sumergidos en los hondos pantanos que allí habia. En tan apurada situacion, se vieron atacados de pronto por trecientos hombres que habian quedado de emboscada, quienes apoderándose de ellos, los ataron villanamente. Con tan feliz resultado, los mexicanos cargaron sobre los tlascaleses; mas estos aturdidos con tan inesperada desgracia, comenzaron á temer. Les faltaba Tlahuicole ¿qué podian hacer ellos sin su general? Sin embargo, aun les quedaba su estandarte, todavía no lo habian perdido todo.

Volvió á empeñarse la pelea, pero como ya nada arredraba á los mexicanos, arrollaron completamente á los tlascaleses. Uno de los oficiales mexicanos llegó entónces hasta *Tepozatzin*, y descargando un fuerte golpe sobre él, lo hizo caer al suelo, y le arrancó el estandarte. Esto aumento el desórden del ejército

tlascales; y viéndose ya sin general y sin estandarte, se dispersó, y echó á huir entre horrorosos gritos de dolor: los mexicanos los siguieron é hicieron dos mil prisioneros.

Tlahuicole, que ya prisionero vió que se volvia á emprender de nuevo la pelea, exclamaba sin desesperar todavía: „animo, tlascaleses, todavia podeis vencer, pues os queda aun vuestro estandarte; mas cuando vió caer á Tepozotzin, y vió que le arrancaron el estandarte, único estímulo que les quedaba, hizo un movimiento convulsivo y arrojó un grito de desesperacion.

Los mexicanos volvieron victoriosos, y entre mil gritos de júbilo que asordaban los aires daban gracias á Huitzilopoctli, porque les habia permitido consumar una traicion. Al llegar donde estaban los prisioneros, volvieron á entonar un himno en accion de gracias; y Cuauhnoctli al ver á Tlahuicole le dijo:

—Caiste, en fin, en nuestras manos, Tlahuicole.

—Sí, gracias á vuestra traicion soy vuestro para mi baldon y el de mi patria.

—Jamas habian tenido los dioses una víctima mas grata á sus ojos, como la que van á tener dentro de pocos dias: tú serás sacrificado.

—Ya lo veo, y esa será mi mayor gloria.

—Te presentaremos a nuestro señor, el invicto emperador Mocteuzoma.

—Y será la vez primera que me presento delante de un tirano.

—El es generoso, quizá te concederá la vida.

—No quiero de él mas que la muerte.

—Así será. Y dirigiéndose á unos soldados, les mandó que lo encerraran en una jaula.

Pocos dias despues entró el ejército á México, conduciendo á los prisioneros, entre las mas vivas aclamaciones del pueblo.

(Concluirá.)

EMBOSCADA.

¡Traicion! ¡Traicion!
CALDERON.—LA GRAN CENOBIA.

I.

LOS brazos otra vez dame, sobrino,
que lo mereces bien; pues que de Flandes
llegas con vida á Burgos, imagino
que honrado habrá de ser, que al fin y al cabo
mi sangre hierve en tí....—
—¡Señor!....—
—No te andes
perdiendo, por tu vida, en digresiones
la historia al referir de tus hazañas,
ya sé que grandes son, árduas y estrañas;
que de tu claro nombre los blasones,
de Leibas digno vástago, no empañas.
Eres mi sangre, sí;.... ¡guerrero y mozo!
Sobrino, así te quiero;
cuando apenas tu labio apunta el bozo
la espada ciñes ya de caballero.—
—Todo os lo debo á vos, vuestro consejo
guióme fiel por la gloriosa senda
y ansioso la seguí, vos ya erais viejo,
é inútil ya para la lid tremenda.
Partí á la guerra pues, y desde entónces,
aunque no ya por vuestros propios labios
mis pasos dirigisteis,
yo pretendia, los consejos sabios
en práctica poner que aquí me disteis;
y lo alcancé tambien; dígalo Flandes,
la triste Flandes ó el feroz flamenco,
que de terror y espanto
sembrada ya su desolada tierra,
la fecundiza con su amargo llanto;
con honra vuelvo en fin, que, por Dios santo,
para honrado volver partí á la guerra.—
—Muy bien, Enrique.—
—Mas, dejemos tio,
tal plática por hoy; pues de que exija
merced alguna mi valor ya es hora,
y á tiempo que alhagüeña y seductora
traigo esta idea en la memoria fija;
ya veis que honrado vengo,
y de otorgarme alguna gracia es dia,

una señor que demandaros tengo.—
—Te la otorgo, por Dios, habla.—
—¿María?
—¡María!... por piedad no me hables de ella;
de un cláustro en el silencio sepultada,
hace vida monástica!....—
—¿Tan bella
y en vida sepultarse!....—
—La cuitada
huyendo cuerda el mundanal bullicio
de un monasterio la quietud procura.—
—Perdonadme, señor, mas que cordura
arguye tal conducta poco juicio.
La obligasteis acaso?....—
—....¡Vive el cielo!....
La última luz que en mi vejez anhelo,
de mi primer amor el solo fruto
es mi María, Enrique;.... ¡yo obligarla?...
Sobrino, ¿yo que por romper astuto
de su torcida voluntad los lazos,
y estrecharla una vez entre mis brazos
la escasa vida que me resta diera?
No; de buen grado, á mi pesar, se fuera!—
—¿Qué causa?..—
—No la alcanzo;—
—Y ¿ha profesado ya?—
—No, todavia;
mas ya de pronunciar su juramento,
próximo se halla y de mi muerte el dia.
De simple colegiala en el convento,
el hábito aun no viste
que rígida demanda
la regla que abrazó de carmelita;
pero en breve tambien ¡ay de mí triste!
cambiando de ropage,
el áspero cilicio, ¡pobrecita!
reemplazará su delicado trage.—
—No hará tal, lo aseguro, iré yo á verla;
y ó me engaña traidor mi pensamiento,
ó el Hacedor del vasto firmamento
no arrojó al mundo tan preciosa perla
para adornar el cláustro de un convento.
No fabricó el Señor tantos hechizos,
voto á la espuela que con honra calzo,
para evitar el mundo antojadizos,
para cortados sus flotantes rizos,
ni aquel pequeño pié para descalzo.
Voy al momento á verla.
—Vé, sobrino;
esposa tuya habrá de ser, si alcanzas
que cambie en sus antojos de camino.
Ella es todo mi amor, mis esperanzas.
Dila que, triste, desde el negro dia
que abandonó mi lado,
en mi tediosa soledad impía,
ni un hora de placer he disfrutado;
Dila tambien que, si al consejo, dócil
de un padre que la adora,
no consiente en volver, al lado suyo,
al pobre hogar, que abandonó en mal hora,
la vida ha de costarle al padre suyo.—
—Sí la diré, y añadiré, altanero,
que cuando vuelvo de la lid sangrienta,
donde, sin ley, ni fuero,
ni conocer mi voluntad lindero,
lidié, teniendo su hermosura en cuenta,
para postrarme ante sus piés, vasallo;
fuerzas en mí que basten
tal soberana á renunciar, no hallo.—
—Díselo; sí.—
—¡Lo haré! si no consigo,
ántes que acabe su carrera el dia,
traer á María á vuestro hogar conmigo,
podeis, por vida mia,
jurar, que tiene vocacion, María.
Pero lo dudo mucho.—
—Parte, Enrique;
mas cuenta con lo que haces, no quisiera
que loco y temerario,
rompiendo audaz de la prudencia el dique
turbases la quietud de aquel santuario.—
—Mucho, buen tio, de torcer el paso
hácia el camino de la infamia, disto;
por Dios, que no olvideis en todo caso
que soy soldado de la fé de Cristo.
El ser mugeres, y el sagrado muro
que del ruidoso mundo las separa,
las ponen de mi cólera al seguro;
no han de tener, par diez, por qué quejarse
de mi extraña visita, yo os lo juro.
La dueña que me guie á la clausura
dó esconde mi María
su gracia y su hermosura,
testigo habrá de ser de mis acciones
al par que diestra conductora mia.

———

Esto, D. Pedro y D. Enrique hablaron;
despues asiendo su sillon de cedro,
á meditar lo que ambos acordaron,
tranquilo en él, se arrellanó D. Pedro.

Vino la dueña, se envolvió en su velo,
porque nadie al salir la conociese;
despues, alzando una mirada al cielo,
cogió el sombrero D. Enrique, y fuése.

———

II.

—Entrada me habeis de dar
hasta la huerta, ó por Dios,

que por mas que os pese á vos;
yo me la habré de tomar.
Pues decís que en ella se halla
mi prima, sed ménos plomo;

ved si dais, ó me le tomo
el permiso de ir á hablalla —
--La llamaré.--
—No hagais tal;
sorprenderla me es preciso,
que hablarla ya sobre aviso,
no es á mis planes igual.
--Entonces ¿qué hacer? volveos;
que al cabo no está en mi mano
el hacerlo, conque.... hermano....—
— ¡Madre Abadesa, teneos!
No me obligueis á romper
los lazos que aquí respeto;
vine á hablarla y yo os prometo
sin hablarla no volver.
Y no os presumais que fuerza
de intencion, por Dios amado;
con que hacedlo de buen grado,
antes que ocurra á la fuerza.
Si de ese torno al través
pudiérais mirarme agora,
yo os implorara, señora,
de hinojos á vuestros pies.
De hinojos, cuando á ninguno,
incluso el rey de Castilla,
doblé jamas mi rodilla
mas que ante Dios Trino y Uno!
Pues gustoso aquí lo hiciera
ante vos, en este instante,
si en vuestro oculto semblante
leer mi destino pudiera.
Mas ¿qué sirve que de hinojos
me postre ante vos aquí,
cuando ni aun podeis, asi,
ver mi afliccion en mis ojos?
Ceded, pues, madre Abadesa;
ved que en su estrecha clausura
muere esa tórtola pura
de necios caprichos presa.
Y vos no querreis, asi,
consintiendo en tanto duelo,
al mundo ofender, y al cielo....
¡Doleos de ella, y de mi!
De ella sí; que acaso vos
virgen amorosa y bella,
atada tambien como ella....—
—¡Sellad los lábios por Dios!
No espereis que la lisonja
consiga torcer impia
la pobre conciencia mia;
que soy por caduca, monja.—
--Y acaso allá en el abril
de vuestra edad, sin quebrantos
saboreasteis los encantos
de una fortuna infantil.
Y en la caduca vejez,
huyendo los desengaños
del mundo, cargada de años
venisteis aquí.—
—Tal vez.--
—¿Por qué entonces no esperar
tambien á que mi María
del mundo, y su farsa impia
se llegue á desengañar?
Entonces ya, como vos
vaya á encerrarse en buenhora
á un monasterio, mas hora
dejadme hablarla, por Dios.—
--Ya rayais en temerario.--
—Dejadme al jardin entrar.—
--Yo no os lo puedo otorgar
sin permiso del vicario.—
—¡El vicario! iréme á él
con mi intento, y á decirle;....
pero es mejor escribirle;
dadme tintero y papel.—

———oo———

Siguióse un breve silencio
interrumpido tal vez,
ó por la tos de la dueña
que sentada en el dintel
del ancho porton del patio
ya dormitaba á placer,
ó por las fuertes pisadas
del jóven hidalgo, quien
entre gozoso y colérico
con pronunciada altivez
paseaba inquieto á lo largo
Del locutorio; despues
giró sobre su eje el torno
y halló D. Enrique en él
para escribir al vicario
lo que habia menester;
Y haciendo de un roto banco
silla y bufete á la vez,
escribe, y al buen prelado
espone, atento y cortés
las razones que le obligan
á pedirle tal merced.
—Dicele, que en una prima
que en la precisa estrechez
de aquel claustro se sepulta,
cifra su esperanza, aquel
que dió su sangre mil veces
en defensa de la fe.

Dícele, que un padre anciano,
sin mas apoyo y sostén
que aquella niña, que víctima
de algun capricho tal vez,
á la oscuridad de un claustro
fuese inesperta á esconder,
llora sin tregua, y añade
y da por cierto tambien
que la vida ha de costarle
al buen viejo; y que ni es ley
de todo el que nace humano,
ni á un prelado le está bien
consentir el que así muera
quien por Cristo y por su fe,
su vida, que ahora peligra,
espuso mas de una vez.
Y en fin concluye diciéndole
que si necio ó descortés
no da á su demanda oido
se irá con su queja al rey;
que el rey atiende las súplicas
de un hidalgo de su prez.—
Poco esperó D. Enrique
la respuesta á su papel,
que al cabo de unos instantes,
al honrado feligres
del convento, y portador
de su pliego, vió volver
con otro pliego en la mano
rotulado ,,*A sor Inés,*
Abadesa del convento
de las carmelitas".... ,,Leed,"
dijo el hidalgo á la monja
despues de hacer que el papel
á dar á sus manos fuese
por el torno; abrióle pues
la Abadesa, y con enojo
leyó la respuesta en él
que en favor de D. Enrique
daba el vicario; esta fué:
,,Que atendidas las razones
que el forastero tenia
para entrar, entrar podia,
mas bajo estas condiciones.
Que abiertos ya los cerrojos,
por si con la vista en algo
pecar pudiera, al hidalgo
se le vendasen los ojos.
Que á la voz de una campana,
que al efecto se tocase,
por precaucion se encerrase
en su celda cada hermana,
Y que en ella se estuviera
sin vista, ni voz ni oido,
hasta que el mismo tañido
la campana repitiera.
Que dos de ellas, bien cubiertas
con el velo acostumbrado
condujeran al vendado
por corredores y puertas.
Que con él hasta el jardin
las dos tambien se salieran
y que allí testigos fueran
de sus acciones, y en fin,
Que despues que su mision
haya el mancebo acabado,
por donde, y como hubo entrado
salga, y se cierre el porton.

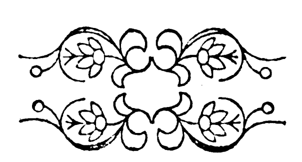
———oo———

Hízose al pié de la letra
cuanto mandaba el vicario;
corrieróNse los cerrojos
vendóse al punto el hidalgo;
Sonó ronca una campana
y quedó desierto el cláustro.
Cubriéronse las dos monjas
con sus respectivos mantos;
púsose la dueña en pié
á la voz de Enrique, y ambos
en el sagrado recinto
de aquel monasterio entraron.

———oo———

Poco despues de su jardin ameno
emboscados los dos tras la enramada,
ansiosos esperaban, que María,
por sus floridas calles se asomara.
Inmobles, silenciosas las dos monjas
y de aquel sitio á regular distancia
se preparaban á escuchar, medrosas,
la escena, que sacrílega llamaban.

(*Concluirá.*)



CARTA APOLOGÉTICA

de D. Pantaleon Zacarias Escribidor Galicin, de la Gerigonza y Articulejo á Calamocha, con motivo del sueño que este tuvo y cuya descripcion publicó en el LICEO MEXICANO, bajo el rubro de

EL OCEANO DE TINTA.



Periodico-polis y julio 12 del año de gracia de 1844.

SEÑOR Calamocha: A pesar de que no he tenido la desventura de conocer á V., doy por supuesto que ha de ser uno de esos mozalvetes barbiponientes y temerarios sin mas erudicion que la que puede proporcionar la gramática de Antonio de Lebrija mal traducida y peor decorada, y sin mas saber que el que buenamente se pueda estraer de las obras de esos escritores á quienes vienen como de molde aquellos versos de Parny:

„Ils ecrivaient; mais, hélas ¡quels ècrits!
„Ils entassaient dans leurs tristes rècits
„Les vieux donjons et les nonnes sanglantes,
„Les sots geôliers, les grilles, les cachots,
„Des ravisseurs de Lucrèces galantes,
„De grands malheurs, et des crimes nouveaux,
„Des clairs de lune, et puis les crèpuscules,
„De longs sermons, des amans sans amour,
„Des spectres blancs, des tombeaux, une église....

Repito que juzgo á V. individuo de esa numerosa corporacion de sabios que ha tomado por asalto el Templo del Saber, lanzando de él á los legítimos poseedores con la misma urbanidad con que Cromwell lanzó del Parlamento á los representantes del pueblo inglés. Sí Sr. Calamocha, escritor empírico y novel, V. me ha venido á afirmar en que es cierto, ciertísimo aquel proloquio que dice: „No hay cosa mas atrevida que la ignorancia." ¡Atreverse V. á criticar á los periodistas como nosotros! Válgate Dios por el tal D. fulano Calamocha y que hueco y que horondo que estará con su mal zurcido papasal! ¿Y creeria V. que no le habiamos de contestar? Pues, á fé mia, que se ha pegado chasco. Escuche con la debida humildad la siguiente repasata y no vaya á suponerse que le respondemos porque nos hagan mella sus sosas agudezas, sino porque, siendo hecho averiguado que en esta tierra de bendicion siempre se adjudica la palma de la victoria al que habla al último, esta consideracion nos obliga á quebrantar el silencio del desprecio. Y no se espante V. de que le hable en primera persona de plural, porque esto dimana de que así como el Cancerbero era segun Shakespeare „tres caballeros á la vez" (*three gentlemen at once*) así tambien yo, D. Pantaleon Zacarías Escribidor Galicin, de la Gerigonza y Articulejo, soy ni mas ni menos que todos los periódicos que V. ha injuriado, y algo mas. Tenga V. la bondad de poner ese *algo mas* despues de *periódicos* y dispense la molestia.

Comienza V. por citar á Ciceron. ¡Donosa ocurrencia! ¿Qué no sabe V., pobre hombre, que ya no se usa Ciceron? Sigue V. con motivo de esto diciendo que los hombres ven reproducidas en el sueño las ideas que mas impresion les han hecho mientras despiertos, y que de consiguiente V. como periodista piensa todo el dia en su periódico y con él debió forzosamente de soñar. Pues con esto (si no hubiera otros méritos) bastaba para calificarle de periódista espurio ó indigno de semejante nombre. Amigo, el verdadero periodista no se acuerda del periódico mas que el dia del corte de caja mensal: ya se ve, V. será uno de esos

seres viles y rastreros que escriben de valde. ¡Puf, que asco!

Dejémos aparte la peregrina idea del oceano y démosle á V. el parabien por el adecuadísimo símil que encontró para sí y para sus compañeros. En efecto, ese símil prueba la exactitud con que podemos decir: que *no tenemos necesidad de calabazos para nadar*.

Por principio de cuentas le recuerda V. al Zurriagó la descomunal y tremebunda batalla del Parian:

„Infandum, Regina, jubes renovare dolorem."

¿No considera V. que esa herida está fresquecita, y que sus torpes dedos la han de volver mas dolorosa al manejarla? Milagro es que no dijera V. por añadidura que la crítica del Zurriago era puramente gramatical, que siempre escogía antagonistas débiles é insignificantes (como *verbi gratia* el Diario del Gobierno,) que en todas sus campañas salia como Napoleon en Waterloo, enfin, tantas cosas como podia haber añadido la viperina lengua de V.

Mucho tengo que decirle á V. con respecto al Siglo XIX, porque no puedo perdonar la injusticia con que lo ha juzgado. El Siglo no es un periódico de tornasol como V. dice. El Siglo es una especulacion inocente que comenzó despues de esa revolucion llamada de la *regeneracion* (y que en efecto lo ha sido, pues que de entonces acá todos los mejicanos hemos mudado de piel;) digo pues, que el Siglo comenzó con la regeneracion y despues con motivo de una *regenerada* que le dieron á la libertad de imprenta, tuvo la prudencia de callar, advirtiendo en una patética despedida que no seguia hablando porque le habian tapado la boca. Pasaron dias y como quiera que la libertad de imprenta se vió mas restringida, el Siglo por medio de una lógica excelente formó este silogismo:

La publicacion del Siglo se suspendió porque no habia libertad de imprenta;

Sed sic est que ahora hay menos todavia que en la época de la suspension.

Ergo ahora se debe continuar la publicacion del Siglo.

Así fué; el Siglo volvió á aparecer y en sus editoriales habrá V. leido con admiracion brillantes artículos de política *general*. Esto prueba que no es un periódico de circunstancias. El Siglo sostuvo con calor las prohibiciones, y si bien despues defendió á espada desenvainada la introduccion de papel extrangero libre de derechos, esto fué por una razon intachable, esto fué por un motivo muy racional, esto fué.... porque el Siglo XIX se imprime en papel. Nunca forme V. juicios temerarios, Sr. Calamocha; nunca infiera V. de la prudencia con que se maneja un periodista que el periodista tiene miedo, ni juzgue que se contradice cuando no hace mas que defender sus propios intereses.

Injusto fué V. con el Siglo y no lo ha sido menos con el Diario del Gobierno. Esta preciosa caricatura del Monitor, es interesantísima por la amenidad de su boletin, por sus elocuentes editoriales, por la armonía que siempre guarda con la representacion nacional, enfin, por otras muchas prendas que la caráctelizan. Hay gentes menguadas que dicen que el Diario es un perpetuo panegírico que en *nada* se parece al de Trajano, que nunca contesta con razones sino con amenazas, que un dia dice que lo blanco es negro y al siguiente que lo negro es blanco, y al otro que ya no hay nada de lo dicho; pero todas estas calumnias son dignas de desprecio, y por lo que toca á las contradicciones en que incurre voy á referir una anécdotita que viene muy al caso: defendia un abogado veneciano una causa en que habia dos fallos contradictorios del mismo tribunal y con el objeto de manifestar á los serenísimos senadores el profundo respeto con que miraba sus disposiciones les habló de esta manera: „*Il mese passato le vostre eccellenze hanno giudicato cosí; é questo mese nella medesima causa, hanno giudicato tuttol, contrario, é sempre ben.*" ¡Lo mismo vosotros, mis queridos diaristas! Hoy decis uno y mañana otro, pero *sempre ben*. Pasemos al Cuadro Histórico, Sr. Calamocha, porque al hablar del Diario me enternezco.

Pensaba yo darle á V. una buena felpa por la irreverente manera con que trata á ese venerable monumento de lo que hicimos y de lo que no hicimos, pero lo dejo para otra vez en atencion á que esta carta va siendo larga y todavia tengo mucho que decir.

Hétenos aquí en el Museo. ¿Con que sus redactores hacen vapor sin fuego? ¿Con que *novelizan* la historia del pais? ¿Con que no hablan español? Presumo lo que V. me podrá contestar; sobre poco mas ó menos será esto: Si, Señor, hacen vapor sin fuego porque escriben viages sentimentales en el estilo de Sterne, sin haber estudiado á Sterne; *novelizan* la historia del pais porque dicen que en el año de 1810 habia serenos en el pueblo de Dolores y porque ponen en boca de Morelos lo que jamas pensó decir; no hablan español porque.... Basta, basta, esa es pura envidia: en su vida es V.

capaz de comenzar un artículo de costumbres con la gracia con que comienza este:

—Cho! cho! arre! para!
—Arrea! cho! cho!
—Aquí tiene su mercé los *andantitos*
—Hola! aquí están los burros.
—¡Arriba muchachos! ¡los burros!
—Este ligerito es el mio.
—Paulita.
—Chucha.
—Muchachas.
—A escojer sus cabalgaduras.
—Este es el mio.
—Tara ra ra, ta ra rá: mamá este burrito es el mio." etc. etc.

No sé que quiere V. dar á entender cuando dice que el Correo francés (y no fransés como puso el cajista de V.) iba cargado de diccionarios de la conversacion. ¿Será por ventura que de allí saca sus editoriales?

Grande impresion le han hecho á V. las trasposiciones de la Hesperia, y así debia por fuerza de suceder porque V. es incapaz de apreciar las bellezas del estilo; V. tacha de oscuras sus pomposas frases y yo le respondo que esa oscuridad es precisamente la que mas realce les da: ese es el punto de semejanza que tiene la Hesperia con los libros sibilinos, cuyo principal mérito consistia en que nadie los podia comprender.

Hasta aquí he logrado conservar la paciencia; mas mucho me temo que va á dar á pique la poca dósis que me resta, al ver lo que dice V. del Mosquito Mexicano.

La sangre me hierve cuando recuerdo la insolencia con que trata á un periódico cuyo noble fin es revelar los secretos de la vida privada, servir de instrumento á la venganza y al despecho, marchitar la reputacion de los ciudadanos, y admitir y dar á luz toda clase de acusaciones por injustas y personales que sean.... ¡Sublime mision la del Mosquito! ¿Y es posible que el empedernido corazon de V. no le tribute la debida admiracion? *¡¡Oh!! ¡¡Ah!!* como esclama D. Amadeo en la Marcela.

Con estrañeza he visto que no ha atacado V. al Observador judicial echándole en cara su propio nombre: un Zoilo de su calibre hubiera dicho cuando menos que ese título de Observador indica que debia vigilar sobre todos los tribunales, indicar lo bueno y malo que en ellos hubiera, los medios de corregir los abusos, enfin dar el lleno debido á su mision, y no contentarse con presentar una segunda edicion de las providencias del gobierno.

Las objeciones que V. hace al Ateneo se reducen á estas dos: 1.ª que tiene muchos redactores y pocos de ellos trabajan: 2.ª que el cuaderno suelto vale cinco reales. A las dos le contesto á V. que

> Non tali auxilio, nec defensoribus istis
> Tempus eget

pues que V. ni es redactor de ese periódico, ni apoderado del público. Si le escuece á V. lo de los cinco reales suscríbase y de esta manera le costará tres, lo que es mucho mas barato, puesto que si habia V. de desembolsar cinco reales por número y despues de leerlo no le habian de quedar ganas de gastar otros cinco, de esta manera le sale por seis reales al mes y tiene V. el privilegio de no pasar sus ojos por él y dejarlo para que aprenda su casera geografia, lejislacion, y que sé yo que mas.

Con placer he visto lo que dice V. del Lucero de Tacubaya porque en eso ha descubierto la cortísima dósis de sentido comun con que á natura plugo dotarle. Hombre de Dios, ¿cómo puede ser que el Lucero se dirija á Tacubaya, cuando allí mismo es donde se publica? Ya se ve, de á legua se conoce que V. no sabe lo que trae entre manos. No señor, el Lucero es un periódico libre, independiente, y acaso es el único de oposicion que existe entre nosotros. A sus redactores si que se puede aplicar lo que en el coloquio de los perros pone Cervantes en boca de Cipion. „Muy bien dices, Berganza, por que yo he oido decir desa bendita gente, que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él"....

Una sola cosa le echa V. en cara al Tornavoz, y á fé mia que es respecto de él tan injusto como con todos los demas. Sin embargo, se le debe agradecer el que no se estendiese, pues yo me esperaba que por lo menos hubiera dicho lo siguiente: „Los redactores del Tornavoz escriben muy de prisa y de consiguiente muy mal: su empresa es la mas descabellada que darse pueda, porque el advertir sus defectos á actores que se tienen por otros tanto caballeros y damas *sans peur et sans reproche*, es obra de romanos; y el exortar á los imperturbables empresarios de nuestros teatros, es predicar en desierto. No está todavia el público de nuestro pais tan ilustrado que se atreva á silbar una mala pieza ó un mal actor; aun no ha carcomido la civilizacion su genial bondad; así es que sufre con paciencia los mamarrachos que le representan y las muecas que le hacen, gasta su dinero y aplaude tal vez por un efecto de su benevolencia, de la misma manera que el manso corderillo lame la afilada cuchilla que le va

á segar la gola. ¿Y bajo tales auspicios se ha propuesto el Tornavoz por fin de sus tareas la reforma de nuestros teatros? Bien se conoce que sus redactores no se han penetrado de esta verdad: la posicion del espectador de México es mas triste que la del *claqueur* de Paris." Una filípica por este estilo esperaba de su mordacidad.

Insensiblemente me he estendido mas de lo que queria y voy á concluir esta carta antes de que me salga V. con que es muy larga y que no la puede insertar en el Liceo; pero no quedaria satisfecho si no me burlara de V. por la negligencia con que formó su artículo, pues que se le quedaron en el tintero el Imparcial, el Comercio, el Ateneo Laterano, y no sé que otros mas. *Non omnia possumus*, amigo mio, recuerde V esa sábia máxima y vaya buscando algun destinillo, porque (hablando con toda sinceridad) tengo mis *barruntios*, como dice Tirabeque, de que ha de manejar mejor la azada que la pluma.

No crea que el despecho me ha inspirado esa caritativa insinuacion; muy al contrario, me da V. lástima y por esto le ofrezco generosamente toda mi proteccion y valimiento.

Desea á V. completo alivio de la comezon de escribir que tan fiera le atormenta, su atento servidor que B. S. M.

Pantaleon Zacarías Escribidor, Galicin, de la Gerigonza y Articulejo.

Post-Scriptum.

Se me pasaba decirle á V. que no he defendido á la Guirnalda (supongo que de ella querria que se entendiese aquello de la matrona coronada de arzobispos) porque la lectura de ese periódico forma su mejor apología. Leála V., si puede, y se convencerá de esta verdad. Le recomiendo á V. igualmente la oracion cívica del Sr. gobernador de Californias que ha publicado el Diario. No puedo menos de citar aquí las siguientes notables palabras de su exordio: „Conciudadanos: hoy completa *ocho mil cua renta y tres vueltas* el planeta que habitamos *al derredor de ese sol radiante*, desde aquel dia venturoso y de eterna remembranza en que vió consumada la independencia nacional. ¡Asombroso descubrimiento! Pobre cronología, pobre historia, ¿es posible que no hubieseis caido en cuenta de que mil años antes de la creacion del mundo, ya nosotros los venturosos mexicanos cantábamos allá en la mente de Dios:

„Somos independientes,
Viva la libertad?"

Con lo dicho conocerá V. si este discurso no es de aquellos en que se ven unidas la *ciencia* y la *elocuencia* y cuya lectura produce *esquinencia* al paso que ejercita la *paciencia*. *Vale.*

LA PRIMAVERA.

ENDECHAS REALES.

YA la apacible brisa
Soplando dulcemente
En el prado riente
Hojas esparce de purpurea flor.

Graciosas pastorcillas
Con risa placentera
Forman danza ligera
Cubriendo el rostro virginal pudor.

La azucena que airosa
Descuella entre las flores
Con sus gratos olores
La vuelta anuncia del florido abril.

Y ya en las selvas se oyen
Los cánticos suaves
De mil pintadas aves
Y el dulce son de flauta pastoril.

Contento deja el lecho
El labrador ansioso
Apenas ve gozoso
De la mañana el fúlgido arrebol.

El tierno corderillo
Retoza en la llanura
Y en la corriente pura
La llama templa del estivo sol.

Mas oh fatal destino
Tras el verano hermoso
Camina presuroso
El cano invierno con adusta faz.

Así á los bellos dias
De juventud brillante
Sucede el fiero instante
Término triste del vivir fugaz.—J.



LA CALMA.

HACIA el fin del decimo septimo siglo, el navío „Comercio" que iba del Hávre á las Antillas naufragó en alta mar á poca distancia de la costa de Portugal; gran porcion de agua se introdujo por la quílla y el navío zozobró á pesar de los esfuerzos de los marineros y la tripulacion, que se componia de veinte y ocho hombres fué sumergida en los abismos del oceano.

Por un instante se vieron flotar algunos hombres sobre las olas; sus gritos y amargas quejas llegaban hasta las nubes; tres fueron los únicos que sobrevivieron abrazados de los restos de un mástil.

Estos tres desgraciados flotaron todo el dia á merced de las olas, y en vano buscaban del lado del horizonte un terreno en que pudiesen abordar á un buque que los recogiese; lanzaban meláncolicas miradas al cielo aun cubierto de nubes; y sintiendo la diminucion de sus fuerzas, rogaban fervorosamente y lloraban de desesperacion, pero nada aparecia en el inmenso y solitario espacio, y el fatal momento se acercaba en que sus manos yertas y tiezas iban á abandonar el mástil que los sostenia.

Enfin, hácia media noche, con la apacible claridad de la luna, percibieron una costa desconocida y un buque medio encallado, cuyo casco se confundia por la oscuridad con las rocas de la costa. Uno de los náufragos quizo sacar algo su cuerpo para dar voces anunciando su desgraciado estado, pero sus esfuerzos fueron vanos, afortunadamente la corriente los conducia hácia la playa con direccion al buque, de donde fueron divisados é inmediatamente salvados.

El buque que los recogió llamado el „Formidable" se dirijia á la Pointe-Pitre, pero la corriente lo habia arrojado sobre las rocas, y á pesar de esto poco habia padecido, y aguardaba solamente la subida de la marea para hacerse à la vela. En efecto, el siguiente dia el „Formidable," se alejó con un viento próspero. Era un excelente velero, sólidamente construido, y durante algunos dias caminó con velocidad, pero pronto cesó el viento, una calma completa puso al buque inmovil y ninguna maniobra pudo hacerlo avanzar. La mar estaba tan tersa como un espejo, y el sol brillaba en medio de un cielo sin nubes.

La agua y los víveres comenzaron á faltar; y la tripulacion esperimentó los horrores del hambre. La carne fresca que habia á bordo se habia acabado hacia algunos dias y la salada pronto fué consumida. Procuraron cojer pescados formando unos con trapos y estopa, pero á pesar de este ardid la pesca no tuvo buen exito, y la calma continuaba.

Si la escaces es espantosa cuando aflije nuestros campos, cuanto mas terrible es en un buque, donde no hay medios de evitarla; figuraos unos seres humanos hacinados en un estrecho espacio, separados únicamente por algunas tablas de los profundos abismos del oceano, abrazados por los rayos del sol, pálidos y macilentos, disputándose alimentos medio podridos, que cada dia se disminuian, sobrellevando á penas una existencia próxima á estinguirse, alimentándose con paja desbecha y cuero, alimento cuya sola idea oprime el corazon; pensad lo horroroso de esta muerte, consecuencia inevitable de tormentos tan atroces, lejos de su patria, de su familia y en total abandono entre el firmamento y el mar, sin socorros, sin consuelo, pues el infortunio aisla á los hombres; en estas fatales circunstancias el instinto de conservacion habla solamente, todos los lazos están rotos, y todos los sentimientos generosos apagados por el vil egoismo.

Tal era la situacion de la tripulacion del „Formidable;" habia llegado á este grado de afliccion y de miseria de que los anales de la ma-

rina presentan varios ejemplos, en cuyos casos se concibe la triste idea de sortear para inmolar una víctima al hambre de los otros. Esta idea homicida estaba pintada en todos los semblantes y miradas; sin embargo ninguno se atrevia á proferirla.

Una tarde se hallaban reunidos los tres náufragos del „Comercio" sobre el alcázar de atras y uno de ellos llamado Lachan se levantó apresuradamente y se dirijió al castro de los marineros del „Formidable."

„Amigos mios, les dijo, con voz débil, cuan„do me hallasteis en medio del oceano estaba „destinado á morir, vosotros fuisteis mis liber„tadores, os ofrezco mi vida para prolongar „la vuestra algunos dias; no tengo parientes ni „familia y así me entrego sin temor á la muer„te; la suerte podria tocar á otro que abando„naría á sus hijos y á su cara madre.... vale „mas que voluntariamente sacrifique mi exis„tencia.... Mis últimas plegarias serán diriji„das al Todopoderoso por vosotros. ¡Plegue „al cielo cese la calma que os detiene y podais „abordar á alguna playa donde encontrareis „socorro!" Esta proposicion fué escuchada con horror; mientras mas generosa y sublime parecia, mas vacilaban en aceptarla; ninguno osaba proferir una palabra; la humanidad, la moral y la razon conservaban aun en los corazones un imperio, que aunque débil, se sobreponia al del hambre. Las sensaciones que agitaban á los marineros del „Formidable" eran de aquellos que son indefinibles si no se han experimentado, y muy pocos de los que han pasado por estas crueles pruebas, han sobrevivido para relatar sus padecimientos.

Un marinero flaco y macilento que roia en un rincon un pedazo de cuero hizo esfuerzos y se medio levantó, agarró una hacha se arrastró hasta cerca de Lachan y le descargó tal golpe que le derribó á sus piés. No procuraré describir la espantosa escena que sucedió; cuando se lea la relacion del naufragio de la „Medusa" se encontrarán pormenores análogos á los que aquí suprimo; mi único objeto es hacer ver hasta que punto puede llegar la abnegacion de si mismo. En mi concepto ningun acto heroico es comparable al de este marino oscuro, que dió su vida por salvar la de sus compañeros.

La misma noche sopló el viento y á otro dia desembarcaron en las Azores, donde la tripulacion olvidó sus fatigas y sus tormentos. De manera que un solo dia hubiera salvado al desdichado Lachan y evitado á los marineros, un crímen que su misma situacion no puede disculpar.

T. por L. M.

SAN VICENTE DE PAUL.



QUIEN lea con atencion la vida de S. Vicente de Paul, luego se persuadirá de que Dios mandó á este gran santo á la tierra para cumplir en aquellos tiempos con altos designios en la Iglesia y ejercer un poderoso influjo en los venideros. A los ojos de los fieles se presenta como un fenómeno en el órden de la gracia, que da testimonio de la accion constante del Autor de la religion, quien la hace triunfar en las luchas que sostiene contra las pasiones humanas, quien la consuela en medio de las tribulaciones que padece, quien repara las pérdidas que tiene, quien convierte la sangre de sus mártires en fecunda semilla de cristianos, quien la mantiene en medio de las catástrofes y trastornos del mundo, inmóvil siempre en el seno de las tempestades, siempre poderosa para curar las heridas del cuerpo social, siempre fecunda para multiplicar sus beneficios en la tierra y sus elegidos en el cielo.

Hace ya cerca de dos siglos que terminó S. Vicente su larga carrera de buenas obras pa-

ra ir á recibir en el cielo la corona inmortal debida á sus méritos, y su memoria está tan presente, que parece que murió ayer. De un polo al otro se pronuncia su nombre con veneracion; en todas partes son sus obras conocidas, y solamente el recuerdo de su vida, despierta dulces emociones en el corazon. Todos los proyectos que tienen por objeto el alivio de la miseria, buscan el patrocinio de S. Vicente, y para interesar las almas cristianas en favor de la indigencia se apropian sus sentimientos, toman sus palabras y citan su ejemplo. Rara vez se lee dos veces la vida de otro santo, pero la de S. Vicente de Paul se lee y vuelve á leer con mas gusto; porque gusta el espíritu de meditar el misterio de la gracia divina que se obró en él; de contemplar la prof.ndidad de las riquezas de la ciencia y sabiduría de Dios, que presentan las maravillas que obró el Señor tomàndolo por instrumento. Si el corazon del lector llega á penetrar en el hermoso, noble y grande de S. Vicente de Paul, sentirá que se dilata, se enciende, se abre á las tiernas emociones de la caridad; y cuando se recorren todas las circunstancias de su vida, nadie es dueño de dejar de apropiarse algo de la celestial alma del santo. Y luego queda un no sé qué, que anima á seguir la virtud y mejorar de conducta.

Con mucha elocuencia nos dice la vida de este gran santo que *Dios es admirable en sus santos;* y tambien nos demuestra cuán diversas son las obras de la religion de las obras humanas. ¿Quién es S. Vicente de Paul á los ojos de los hombres? Un gran genio que supo concebir grandiosos proyectos para el bien de la humanidad, y que supo tambien procurar medios poderosos para realizarlos: un genio extraordinario, dotado de sentimientos elevados y sublimes ideas que ha inmortalizado su nombre, repartiendo inmensos beneficios por todo el mundo. Pero de este modo, esto es, reduciéndolo á las proporciones, aun cuando sean las mas perfectas, del espíritu humano, se hace pequeño á este grande hombre y se le quita á su vida todo el atractivo y la fuerza que tiene para el corazon; y si la religion ha elevado en sus altares á S. Vicente de Paul, es porque mira en él algo mas que un hombre privilegiado por la naturaleza; pues ve una obra maestra de la gracia, un instrumento de la Providencia divina que se declara el consuelo de los afligidos, la proteccion de la viuda y del huérfano, y que vela incesantemente por el alivio del pobre y del necesitado. Mira en él la religion un hombre extraordinario, destinado á obrar maravillosas acciones, pero sin recibir mas inspiraciones que las del cielo y sin mas poder que el de la gracia; un hombre que no derrama en la tierra sino los beneficios que saca de los tesoros de la bondad de Dios, y que camina por la carrera de sus buenas obras conducido por la mano de aquel que formó su corazon y lo dotó de sentimientos de compasion y misericordia.

Hay otra cosa mas en él, y es el prodigio mas edificante y mas admirable de su vida, y el prodigio de la humildad cristiana: para que desempeñe su alta mision es preciso que el poder humano sea nulo en él. En los designios del Señor va creciendo á medida que se cree mas pequeño, y obra grandes cosas cuando se juzga incapaz de hacer el mas pequeño beneficio: cuando se oculta á la vista del mundo y se esconde en un oscuro rincon, entonces se hace el objeto de la admiracion y del reconocimiento de los pueblos. En esta conducta está el secreto de cómo es un *hombre de Dios á propósito para toda obra buena*. Desde el momento en que las ideas del mundo dejan de ejercer un imperio en su espíritu, se hace instrumento digno de la divina Sabiduría; y en cierto modo la Providei.cia se identifica con él, y forma con él un todo, porque es seguro que no le arrebatará la gloria de sus obras. Sigámoslo en la larga y brillante carrera que recorre: ninguna maravilla obró S. Vicente, ni aun tan solo tiene el pensamiento de obrarla: los lugares en donde trata de esconderse son precisamente el teatro, en donde contra su prevision va á manifestarse mas su virtud; las ocasiones de hacer un bien se presentan por sí solas, y tales son las circunstancias, que aun cuando el deseara evitarlas no le es posible; teme llamar la atencion de los hombres, procura que otros hagan las obras que se le presentan, pero á su pesar se ve obligado á realizarlas. Admira todo el mundo la caridad ilimitada que derrama su corazon, las empresas gigantescas que salen de sus manos y solo él no puede explicar la causa de esta admiracion; asómbrale el que otros se admiren y asegura ingenuamente que no ha tenido ni la idea de hacer lo que se le atribuye. ¡Cuán superior es todo esto á los pensamientos humanos!

Bello cuadro presenta á la meditacion del cristiano la obra de Dios en este gran santo; vese con ternura que la Divina Providencia va á buscar el instrumento de sus maravillas, no entre los poderosos y sabios del siglo, sino en la oscuridad, en la pobre cabaña de un miserable labrador; prepara en secreto su corazon

para la mision sublime que se le ha de confiar, dispone á su derredor las circunstancias propias para cumplir sus designios, y lo lleva como de la mano, sin que él lo conozca, por toda la carrera que ha de andar para gloria de Dios y felicidad de los pueblos. ¡Cuán hermoso es meditar la obra de Dios en este hombre pobre, desconocido de los hombres, sin fortuna y sin esplendor, y que poco á poco llega á ser en la escena del mundo un hombre extraordinario, cuya memoria pasará á la mas remota posteridad, y será en toda la tierra venerada! Su alma crece á la par de su cuerpo, *avanza en edad y prudencia*, su corazon se dilata gradualmente con el fuego precioso de la caridad que debe consumirlo toda su vida. Educado en la escuela de la gracia y guiado por sus luces, se le ve ensayar las fuerzas de su zelo, estender insensiblemente el círculo de sus buenas obras, y saltar en poco tiempo los límites de la Francia y abrazar en cierto modo todos los lugares, con la estension de su caridad y todos los tiempos con su duracion: es semejante á un rio cuyas aguas toman orígen en un oculto hueco de un peñasco, fertiliza en sus vueltas los lugares en donde nace, atraviesa despues los límites de los imperios y lleva luego á climas lejanos la fertilidad de sus aguas.

Es la vida de este gran santo el mas asombrobroso prodigio de los que obra en el múndo la religion y el mas inesplicable para el espíritu humano. Un pobre sacerdote, que nació en una choza situada en un rincon de la provincia mas inculta é ignorada de Francia, cuyos primeros años los pasa en bajas ocupaciones, que no puede alegar ni su nacimiento ni su fortuna, ni la proteccion de los grandes: sin mas recursos que los sublimes sentimientos de su corazon; sin mas amigos que los desgraciados; sin mas tesoro que la caridad pública este pobre sacerdote, cada paso que da en la carrera de la vida va marcado con una maravilla, y llega á tener tal influjo en su siglo, que cambia el estado de la Iglesia y de la sociedad en toda la Francia, y se estiende luego á toda la Europa y á todos los puntos del universo. Por su virtud es llamado al palacio de los reyes para bendecir los últimos instantes de un hijo de S. Luis; por ella entra en el famoso consejo de conciencia que tenia en sus manos los destinos de la Iglesia de Francia, y llega á subyugar de tal modo á todos los miembros, que sin su consentimiento especial no es posible ninguna promocion al episcopado, y así quedó ya cerrado el santuario de las dignidades eclesiásticas á la intriga y al favor, pues solo el mérito es el título que allí tiene lugar: desde entonces se ven elevados á la silla episcopal, en todos los puntos de la Francia, santos pontífices que miran solamente en el augusto carácter que los reviste la obligacion de dedicarse enteramente á la gloria de Dios y al consuelo, á la felicidad, á la salud de los pueblos que han confiado en su vigilancia. Desde esta época, semejante al sol cuyos rayos benéficos llevan el calor y la vida á todos los objetos de la naturaleza, desde las gradas del trono en donde su virtud lo colocó comunica la llama de su alma, reanima el espíritu del sacerdocio y el zelo de la casa de Dios, hasta los últimos grados de la gerarquía eclesiástica, y prepara á la Iglesia de Francia el siglo hermoso que por siempre será de gloriosa memoria. Siéntese en todas partes su influjo y en todo lugar se abre una nueva era á la religion por sus afanes ó por sus consejos; en todas las diócesis se abren como por encanto los seminarios, esos asilos sagrados de la inocencia y de la piedad, en donde bajo la sombra de los altares van los levitas á instruirse en las augustas funciones que han de desempeñar, y que se hacen la fuente en donde beben la ciencia y la virtud que caracteriza al clero de Francia: levántanse por todas partes casas de retiro para que en la soledad y meditacion se preparen los discípulos del santuario para recibir los órdenes sagrados, y en donde los operarios del Evangelio van á descansar de las fatigas del ministerio, á restaurar sus fuerzas y templar de nuevo su zelo por la gloria de Dios y la salud de los pueblos. A S. Vicente de Paul se debe el primer establecimiento de esos retiros que mantienen tan admirablemente la pureza y fervor del espíritu sacerdotal, que atraen á tantos pecadores al camino de la virtud; y que han servido y sirven aún de tanto consuelo á la Iglesia no solo de Francia, sino de todos los puntos del universo. Véase esa numerosa tropa de misioneros que se dispersan por todas las aldeas y lugares pequeños, disipando la ignorancia, despertando la fe, estirpando los vicios y la corrupcion, sembrando la virtud en todos los corazones, y en una palabra, regenerando los pueblos, restableciendo las prácticas santas de la religion y renovando el aspecto de todas las provincias: ¿quién los envia, los conduce y los dirige? S. Vicente de Paul. Unas veces, cual otro Josué, se pone á la cabeza de ellos para animarlos y tener parte en sus trabajos evangélicos; otras como Moisés, levanta sus manos al cielo mientras que ellos combaten en el campo. Los se-

minarios regeneran y perpetúan el sacerdocio, los retiros y las misiones restablecen las buenas costumbres y la piedad en los pueblos; toda la Francia toma un nuevo aspecto por el zelo de un pobre sacerdote, de S. Vicente Paul. La fama de los prodigios que obra en el órden de la gracia se estiende á lo mas remoto; parece que su alma se multiplica; hace su influjo que por todas partes se levanten hombres de Dios, que con el impulso de su espíritu obran y se quieren asociar á la mision que tiene que desempeñar con el fin de aumentar sus beneficios. La Polonia, la Italia, las Islas Hébridas, el Africa, Madagascar, participan del ardor de su zelo: Roma tambien siente sus efectos saludables, llama á su seno á los sacerdotes que se formaron en su escuela y quiere tener las instituciones que fundó en Francia.

Penetra esta poderosa accion de S. Vicente de Paul hasta las entrañas del cuerpo social para sondear y curar todas sus heridas, y la ardiente caridad que Dios infundió en su corazon y con la que lo hizo un instrumento digno de sus misericordias y de su gracia no se limita á regenerar las almas en la fe, sino que abraza todas las miserias humanas para aliviarlas. Y su vida se presenta en este punto como una serie no interrumpida de prodigios, y en esto aparece *la profundidad de las riquezas y de la ciencia de Dios*, de quien es ministro. El galeote que ruge con las cadenas que le han forjado sus crímenes y el huérfano modesto espuesto al doble riesgo de la deshonra y del hambre; el niño espósito (1) y el viejo agobiado de años y miserias; el demente errando en un oscuro rincon; el noble arruinado y el artesano sin trabajo y sin pan; el soldado herido en el campo de batalla y el enfermo postrado en el lecho del dolor; en fin, todos los desgraciados son el objeto de sus afanes, todos son segun su bella expresion, *su peso y su dolor*. Cuando los desastres de que la Lorena fué el teatro, hicieron huir hácia él pueblos enteros reducidos á la mas espantosa indigencia; cuando la persecusion de Escocia y de Irlanda, obligó á una multitud de víctimas á atravesar los mares para pedirle socorro y proteccion; cuando la peste, la guerra y la hambre desolan una tras otra las provincias mas hermosas de Francia, y llevan á todas partes el pillage, la consternacion y la muerte: este pobre sacerdote, que nada tiene, es bastante para aliviar las miserias, para consolar á todos los desgraciados y para socorrer todas las necesidades. ¡Oh cuán bellas son las páginas de la historia de nuestra religion, en que se manifiesta á S. Vicente de Paul en medio de tantos desastres y de tantas ruinas, luchando con perseverancia contra los esfuerzos del ángel esterminador que derramaba por todas partes el cáliz de la amargura y del dolor! ¡Cuán grande y admirable nos lo presentan en los prodigios que hizo para socorrer á los pobres, llevando en su corazon el genio de la caridad divina, y asemejándose á una benéfica nube que por todas partes por donde pasa derrama abundantemente los socorros y el consuelo! Parécese á un gran depósito que por mil canales transmite á todas las almas abatidas el frescor y la vida; es el hombre de la Providencia que comunica su compasion y su misericordia á todo el que lo rodea y todo lo que se le acerca. Quien lo formó á propósito para ser padre de los pobres, excita por medio de él en todas las almas generosas una sed ardiente de obras buenas. ¡Qué bello espectáculo nos presenta el poder de este santo sacerdote que enternece á todas las almas, que saca de todos los tesoros, que pone en movimiento á todo Paris, que se atrae á la carrera de las buenas obras á los hombres mas ilustres de la época, que con el ascendiente de sus virtudes obliga, por decirlo así, á que se derrame en el seno de los pobres la abundancia de los ricos! Es á la vez la serpiente de bronce puesta en el desierto, á la cual mirando todos los desgraciados encuentran alivio, y el centro en donde se reunen todos los rayos de caridad que saltan de todos los corazones. Estiéndase la vista por todos los puntos de Francia y véase la llama de caridad que brilla por todas partes; admírense esos magníficos palacios abiertos en Paris á todas las miserias, frutos todos del zelo y actividad de S. Vicente Paul; véase á todas las provincias animadas con su

[1] Capefigue, autor de un excelente compendio de la vida de S. Vicente de Paul, al hablar de la caridad de este santo para con los niños espósitos, dice: „Tengo á la vista un librito redactado por estas caritativas mugeres [las Hermanas de la Caridad] que estaban encargadas del cuidado de los espósitos: este librito es una especie de relacion de los viajes nocturnos que hacia S. Vicente de Paul en la ciudad de Paris, para recoger á los niños abandonados, y un verdadero diario del establecimiento sostenido por los cuidados de las señoras del Hospicio.

„22 *de enero*. Ha llegado el Sor. Vicente como á las once de la noche: nos ha traido dos niños, uno parece que tiene seis dias de nacido; el otro es un poco mas grande: estaban llorando las pobres criaturas. La superiora les ha puesto nodrizas.

„25 *de enero*. Las calles están cubiertas de nieve. Estamos aguardando al Sor. Vicente etc."

ejemplo, movidas con sus exhortaciones, haciéndose émulas de la capital y reproduciendo las maravillosas instituciones que en el seno de ella ha levantado. ¿No es cierto que parece que el fuego de su alma hace brotar prodigios por todas partes? ¿No es cierto que datan de su época todos los establecimientos benéficos que tiene la Francia y otras muchas naciones, y que son tesoros abiertos siempre á todas las necesidades humanas, esas sociedades de obras buenas que se han multiplicado tanto y que bajo diferentes formas conocen y socorren toda miseria; esas oficinas de caridad, esas congregaciones hospitalarias cuyas generaciones incesantemente se reproducen y siempre en mayor número, siempre mas afanosas por el alivio de la humanidad doliente y que son el honor y la gloria de la Iglesia de Francia?

Parece pues que la historia de la vida de S. Vicente de Paul, debe identificarse en adelante con la del mundo cristiano, y no debe acabar sino con ella. Al dejar la tierra dejó en ella la actividad de su alma y la llama de su corazon. Sobreviven raras veces al hombre sus obras, y si conservan algun resto de existencia, es como soplo que continuamente se debilita y pronto se disipa: como un edificio levantado en la arena, al que deteriora la llúvia, sacude el curso de los años, y destruye el viento y la tempestad. Mas son al contrario las obras de la religion, porque son obras del mismo Dios; los santos son los instrumentos de que se vale para producirlas y ellas participan de su inmutabilidad; son como la casa construida sobre la roca, á la que consolida mas el tiempo y las intemperies de las estaciones; como el árbol agitado por el huracan que solo se dobla á su ímpetu para echar raices mas profundas. Mirase grabado ese carácter de inmutabilidad en todas las instituciones de S. Vicente de Paul; aun vive en medio de nosotros como vivia hace dos siglos, y en vez de perder la fecundidad con el curso de los años, su caridad parece mas activa cada dia y su influjo mas poderoso; aun permanecen en pié los establecimientos que abrió á la humanidad afligida, y han sobrevivido á todos los trastornos, á todas las catástrofes que han trasformado el órden social. La segur de la revolucion ha destruido todo en Francia, pero no ha podido atacar las instituciones de S. Vicente de Paul; y si esta nacion en el siglo XIX en nada se parece á la de su siglo, es sin embargo enteramente la misma en cuanto á la accion de la caridad que entonces puso en movimiento. Puede decirse que el espíritu de este santo ha sobrenadado en el diluvio de las calamidades que han afligido á la Francia, como el espíritu de Dios *era llevado sobre las aguas del caos;* y al quitar las ruinas que cubrian el suelo de esta desgraciada nacion, para colocar de nuevo los cimientos de la sociedad, se han encontrado en pié todas las obras del pobre sacerdote, llenas de su vida primitiva y de nuevo vigor. Hasta hoy maman todavía los niños espósitos la leche de la caridad cristiana, y luego que su lengüecilla se desata pronuncia y bendice el nombre de S. Vicente de Paul; subsiste todavía, á pesar de las miserias de los tiempos y de los obstáculos que pone la impiedad á su desarrollo, subsiste este instituto admirable, gloria inalienable de la religion; todavía los viejos y los huérfanos, los enfermos y los indigentes estan en posesion de los asilos que le abrió y reciben la misma asistencia que por sus cuidados recibian; su caridad que comunicó á tantas almas generosas, nada ha perdido de su fuego y su influencia sobre los corazones es hoy tan poderosa como lo era en los dias hermosos de su vida. Han querido algunos, por odio á la religion, substituir la palabra beneficencia á la caridad cristiana, pero basta estos sin saberlo participan de la llama de amor á los pobres que dejó ardiendo en el suelo de Francia. Véanse los edificios que estos han querido levantar: no son mas que una pálida y mezquina imitacion de los prodigios que obró; nada nuevo han hecho en esto, y todo lo que hacen es simulacro sin vida de la caridad cristiana, asi como el culto de la heregía es frio recuerdo de la fe; y todavia mas: su beneficencia es el débil resto que se halla en sus almas del movimiento que imprimió S. Vicente de Paul á toda la sociedad en favor de la humanidad afligida.

Hizo á las Hermanas de la Caridad herederas de su amor á los pobres y depositarias de su gran corazon, y ellas mantienen, perpetuan y desarrollan mas que nunca hoy las obras que les encomendó: mas numerosas que en su siglo hoy, encuentran muy limitado el suelo de Francia para la extension de su caridad; Polonia tiene un gran número; Italia, España y otros paises admiran su ingeniosa caridad y aprecian sus sacrificios y su dedicacion. La congregacion de los misioneros de quienes ha sido y es el padre, sin haber tenido ni aun la idea de serlo, segun él mismo lo confiesa con admirable sencillez, ha conservado el fuego sagrado de su espíritu y de su zelo; perpetúa su ministerio apostólico y extiende sus beneficios hasta los confines del mundo. Mirase el dia

de hoy á un crecido número de estos sacerdotes evangelizando un inmenso terreno de la China, entrando en los desiertos de la Tartaria, siguiendo la errante carrera de los pueblos salvages que la habitan; míranse dispersos en todos los puntos de la vasta Turquía, sosteniendo la fe en los pueblos católicos que gimen bajo el cruel dominio del Creciente trayendo á la Iglesia los muchos heréticos del Oriente, moviendo y convirtiendo á los infieles: míranse alentados por un heroico valor instruir en su salud á los salvages de América, acrecentar el rebaño de Jesucristo y poblar el cielo de una multitud de bien aventurados que por siempre bendecirán el nombre de S. Vicente de Paul.

Podemos pues decir con mucha verdad que S. Vicente de Paul vive siempre entre nosotros; la mision que tuvo que desempeñar en la tierra no terminó con su último suspiro; continùa aún y desenvuelve las obras que fué llamado á levantar y ejerce todavía su influencia saludable y poderosa sobre todo el mundo; agreguemos tambien para consuelo de la Iglesia de Dios que vivirá y desempeñará sus funciones hasta el fin de los tiempos. Parece que la Providencia lo envió al mundo para que fuese siempre una prueba visible de la Divinidad de la santa religion que formó su corazon y le inspiró sus admirables proyectos. Escapa todo le que le pertenece hasta de la censura del mundo, y no hay en toda su vida una sola circunstancia que dé ocasion á los ataques de la impiedad. Admiranlo contra su voluntad los enemigos de la religion, pronuncian su nombre con respeto, y lo que únicamente sienten amargamente es no poderlo borrar del catálogo de los santos para escribir su nombre en la lista de sus hombres filantrópicos.

Será como ha sido siempre el mas perfecto modelo tanto del sacerdote como del simple fiel; por que en el se encuentran reunidas las dos vidas que forman la perfeccion evangélica: la vida de Marta y la vida de María: la union de la piedad mas sublime y verdadera con la mas ardiente accion de la caridad. Encuéntrase en él con particularidad el principio de toda grandeza, de toda virtud á los ojos de la fe, el resúmen de toda la religion, el divino secreto de obrar maravillas y hacerse digno instrumento en las manos de Dios: esto es, una profunda humildad. Debemos decirlo: no es de admirar que la Providencia obre prodigios de toda clase por el ministerio de un pobre sacerdote: conocemos su infinito poder, su inefable bondad; pero lo que si es admirable, lo que confunde al espíritu del mundo, lo que es carácter inalienable de la religion, es ver que este pobre sacerdote ignora los prodigios que obra; que su mano izquierda no sienta los prodigios de caridad que hace su mano derecha; que cuando en todas partes es elogiado, cuando todos le llaman padre de los pobres, salvador de la Francia, él se considera como *el mas miserable de los hombres* y como *que no ha ganado el pan que come*. ¡Qué bello es encontrar reunidos á un mismo tiempo destinos tan grandes y tan profunda abnegacion de sí mismo! ¡qué pureza en sus miras! ¡qué rectitud de intenciones! ¡Cuán agradable es meditar su interior! en él todo está muerto para la naturaleza, porque todo es inspirado por la humildad. No se miran en él esa reflexion del amor propio, ni esa vana satisfaccion de sí mismo que con frecuencia desfiguran las virtudes en apariencia mas perfectas; ni se ve esa mezcla de pensamientos humanos y pensamientos divinos cuyo único resultado es confundir todos los sentimientos del alma y dar al vicio el nombre de virtud, que confunde el orgullo con la firmeza, la debilidad con la dulzura, la voluntaria humillacion con el envilecimiento de la aùtoridad, la madurez de la prudencia con la falta de energía, y los desvaríos de una ardiente imaginacion con el zelo y el fervor. En ese interior no se ve tampoco la agitacion de una delicadeza ultrajada, ni el abatimiento de una esperanza engañada, ni la rebeldía de una sensibilidad irritada, ni la amargura de un zelo inconsiderado. Su interior es un corazon tranquilo y pacífico que posee la uncion y la paz de la humildad: *Discite á me quia mitis sum et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris.*

Este es pues el principio que da origen á todas las obras que emprende y perfecciona; y parece que se complace Dios en revestirlo de su omnipotencia, en confiarle el tesoro de su riqueza y en revelarle los secretos de su Providencia. Agreguemos tambien que S. Vicente de Paul nos manifiesta en su misma persona el fiel cumplimiento de la promesa del Evangelio: á los ojos de Dios y de los hombres hoy es admirablemente exaltado, porque admirablemente se humilló: *Qui se humiliat exaltabitur.*

No puede el mundo comprender este misterio; la ciencia humana jamas producirá una maravilla como esta: pero el fiel, dócil á las doctrinas de la fe y á las inspiraciones de la gracia, podrá sacar de esto una saludable instruccion que santificará su conducta, y que, practicando las virtudes de este gran santo, lo hará digno de tomar parte en sus obras.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXCO.

D. LUIS ENRIQUEZ DE GUZMAN,

Conde de Alvadeliste. Vigésimo primo virey de la Nueva-España. Desde 1649 hasta 1653.



1649.

CONFERIDO el cargo de virey del Perú al conde de Salvatierra, como llevamos expresado, se nombró de pronto gobernador de la Nueva España al obispo de Yucatán D. Marcos de Torres y Rueda, y no descuidó la corte de señalar virey inmediatamente que lo fué D. Luis Enriquez de Guzman, conde de Alvadeliste; pero no pasó este luego á la Nueva España, Así fué, que muerto el obispo gobernador tomó el mando la audiencia que ademas de la antigua disposicion que prevenia esto, le dejó sus poderes el obispo. Su primera atencion fué la obra del desagüe, por esto revocó el decreto por el cual la habia mandado suspender D. Márcos de Torres. El dia 12 de junio en la flota que se hizo á la vela urgido bastante por estrechas y muy repetidas órdenes de la corte, salió para España el Illmo. Palafox, dejando á México privada de un hombre esclarecido. No fué menor la pérdida que sufrió pasados dos meses con la muerte del provincial de la compañía, el padre Pedro de Velasco. Era este prelado nieto de D. Luis de Velasco, el primer virey de este nombre, y sobrino del segundo, como hijo de su hermano D. Diego; y á su fallecimiento, que acaeció el 26 de agosto, contaba ya ochenta y seis años de edad. Grandes y muy señalados servicios prestó á la causa de la religion y de la sociedad; vióse honrado en su muerte, llevado en hombros de los prelados de las otras religiones, fuerónle hechos los oficios de sepultura por el Sr. Dr. D. Nicolas de la Torre, catedrático de prima de cánones en la universidad de México, dean de esta Catedral y obispo electo de Cuba, asistiendo el reverendo obispo de Michoacan, D. Fr. Márcos Ramirez de Prado. Hemos hecho mencion de este suceso, ya por la calidad de la persona del padre Velasco, ya tambien por haber sido el que sostuvo dos años antes con el Sr. Palafox la cuestion de que llevamos hablado en su lugar.

1550.—Continuaba gobernando la audiencia; nada habia alterado la paz de que la Nueva España disfrutaba despues de los sucesos de Puebla, y solo en el interior producian alguna agitacion los indiós tarahumares de cuyas ocurrencias hablaremos. En este estado entró en el gobierno de la Nue a España su virey el conde de Alvadeliste el dia 3 de julio: dotado el conde de un carácter dulce y afable, se hizo bien pronto amar de los habitadores del pais que vino á regir. Poco tiempo hacia que se hallaba gobernando, cuando le llegó la noticia del levantamiento de los tarahumares. Volvamos algo atras para referir este suceso desde su orígen. Dos naciones de un mismo nombre, ó mas bien, dos porciones de un propio pueblo, radicada la una en Sinaloa, y la otra en Chihuahua, eran los tarahumares, que conquistados por la voz suave de los predicadores evangélicos habian permanecido sumisos tanto tiempo; intentaron al fin revelarse los de Sinaloa, sea porque experimentasen de las autoridades españolas un gobierno fuerte, sea porque los inquietara la presencia de las armas de los hijos de la Peninsula, sea mas bien porque empezaran á temer que el Evangelio

solo fuera un medio de que se hacia uso para sujetarlos mas fácilmente á la corona de Castilla. Pudieron muy bien influir las tres causas como lo acreditan los hechos. Ya en 648, el gefe de la nacion habia comprometido en union de otros tres la rebelion; mas perdidos los auxilios de los tepehuanes y otros pueblos con que contaban, por una ocurrencia imprevista, determináronse á obrar por sí solos atacando al pueblo de San Francisco de Borja, donde hicieron perecer su guarnicion, compuesta de cinco españoles y algunos indios que cercaron, poniendo en seguida fuego en las casas donde se habian retirado, sin hacer daño alguno á los tarahumares de Chihuahua para tenerlos gratos: era San Francisco el pueblo que abastecia las misiones de toda clase de víveres. Sabedor de esto el justicia mayor del Parral, salió en busca de los bárbaros, armando al efecto á los vecinos y mercaderes: internóse en los bosques sin alcanzar un feliz resultado, puesto que solo logró encontrar con partidas cortas de los enemigos que se habian dispersado, y con las cuales tuvo algunas ligeras escaramuzas bien insignificantes, y como la clase de hombres que le acompañaba no eran de los acostumbrados á las fatigas militares, volvióse muy pronto á la poblacion de donde habia salido.

No hubo pasado mucho tiempo sin que el gobernador de la Nueva Vizcaya llegase á saber la revolucion, y luego hizo poner en camino para ponerle término, al capitan Juan Barraza con alguna fuerza y dos eclesiásticos que pretendieron ejercer grande influjo entre los indios, y que habiendo causado la desunion de los soldados los hizo volver el gobernador. Barraza marchó haciendo grandes investigaciones para descubrir el lugar donde se hallaban los tarahumares, y cuando ya tuvo noticia de él, no atreviéndose á combatir con la fuerza que llevaba, pidió mas al gobernador y víveres. Fajardo, que era el gobernador, partió el mismo con trescientos sesenta hombres, y unido con Barraza incendió las poblaciones de los indios, taló sus campos, ¡bello modo de hacer la guerra! y cuando le pidieron la paz puso por condicion que le fuesen entregados los cuatro caciques que los habian sublevado. Contestósele presentando la cabeza de uno, sus mugeres é hijos, despues se hizo lo mismo con otro; y los otros dos, pasados algunos dias, se rindieron. ¡Qué ejemplos tan raros de moralidad daban los cristianos á los infieles que querian convertir!

Calmóse por entónces la rebelion al parecer, y para conseguirlo con mas solidez, se mandó fundar una mision en el valle de Papigochi, donde tenian su principal poblacion los tarahumares que habitaban allí en una gran porcion. Encargóse pues el padre Cornelio Bendin de la compañia, y en muy poco tiempo logró civilizar á los indios y convertirlos á la fé del cristianismo; pero como quiera que no le faltasen enemigos entre los mismos españoles, á cuya ambicion habia puesto límites, intentósele privar de la existencia de lo que fué avisado por el gobernador de la Nueva Vizcaya, que le aconsejaba se pusiese en salvo; mas despreció este aviso no porque el dudase de su certidumbre, sino por su celo religioso que no le permitia desamparar á sus neófitos. Pasóse algun tiempo sin que ocurriese alteracion alguna, todo estaba en una completa calma, estado sin duda de los mas temibles cuando acaba de pasar una conmocion populár. En efecto, tres caciques que eran ya católicos, y uno de ellos de los que habian servido en la contienda pasada á los españoles, se disponian á una nueva rebelion: cansábanse ya de la servidumbre y juzgaban que la religion era solo un pretexto para hacerlos permanecer en un estado tan degradante y vil. Así que, se declararon enemigos irreconciliables antes del sacerdocio que de cualquiera ótra clase, y por lo mismo, el 5 de junio de 649, á la madrugada, mucho antes del nacimiento de la aurora, dirigieron su ataque á la casa del misionero poniéndola fuego y esperándole así como á sus compañeros en la parte de afuera. Por huir del incendio salió el Bendin y los que con él vivian de su casa, y luego hechos presos de los tarahumares, fueron muertos inicuamente. En seguida los indios profanando las imágenes y vasos sagrados, casi al salir el sol dejaron el pueblo marchando armados á la campaña.

Airado D. Diego Fajardo, gobernador aún, luego que llegó á sus oidos tan inesperada nueva, hizo partir con toda prontitud al capitan Juan Barraza á la cabeza de trescientos soldados españoles y algunos indios sobre los *rebeldes* tarahumares. Estos que alguna instruccion tenian ya adquirida en el arte de la guerra no esperaron á sus adversarios en campo raso donde podria arrollarlos la caballería, hiciéronse fuertes en un peñol que se hallaba defendido en su paso por dos arroyos bastante crecidos que lo regaban, y no contentos con esto se amurallaron con piedras, colocando algunas otras cosas que impidieran el paso al enemigo. Dispuestos ya y prevenidos de esta manera esperaban de un momento á otro la lle-

gada de Barraza, que por pronta que fuese, nunca era inesperada para ellos ni les sorprendia estando aprestados para el combate, como sucedió, que llegando este gefe español experimentó una resistencia que no se habia prometido de adversario á su entender tan débil é insignificante. Algunos dias estuvo atacando sin ventaja alguna, hasta que por parte de los tarahumares se emboscó un cierto número de hombres y otros salieron á provocar la accion y empeñarla; presentáronse á este intento bien cerca de la tropa contraria, y cuando la vieron entusiasmada, fingieron huir, fueron seguidos, y estando ya adelante del bosque volvieron sobre ellos, y al retroceder se hallaron cercados por todas partes, y solo debieron volver á su campamento los que no se contaban ya entre los muertos, heridos ó prisioneros, al auxilio que les prestó la caballería que Barraza que estaba de reserva les mandó. Viéndose este gefe así derrotado con fuerzas muy débiles, cuando sus enemigos contando al principio con dos mil, acababan de recibir otros mil y recibian mas cada dia, pues se hallaban ligados con ellos todos los pueblos inmediatos, determinó volverse á Papigochi. Para esto ordenó á los indios que tenia consigo encendieran luminarias aquella noche y cantasen como de costumbre, y luego de retirada la division, que lo hiciesen tambien ellos. Así se practicó, y á la mañana siguiente los tarahumares se encontraron ya libres del sitio que en los dias anteriores les habia sido formado.

Luego que D. Diego Fajardo recibió pesaroso la noticia de la retirada de Barraza, determinó obrar por sí mismo: dispuso sus fuerzas y marchó. Infructuosa como la de Barraza fué la expedicion de Fajardo, si bien logró, á pesar de la estacion de aguas en que la emprendió y en que estaban los rios muy crecidos, en los reñidos encuentros que tuvo con los tarahumares haber dado muerte á su caudillo principal, lo que les hizo retirarse una noche; mas al dia siguiente fué á su alcance hasta Temochic, en donde no pudiendo vadear el rio, hubo de suspender su marcha retirándose aconsejado de un religioso jesuita que no lo juzgaba á propósito para entrar en negociaciones.

1651.—Retirado ya de la campaña al Parral, Fajardo recibió órdenes del virey que le mandaba para seguridad de aquellos puntos que estableciera un presidio en Papigochi. Obediente á esta disposicion, puso Fajardo el presidio, y á poco tiempo tuvo que hacer uso de las armas. Menos fogoso que Fajardo Barraza, y mas humano que la primera vez que atacara á los indios, conoció por propia experiencia [y ojalá todos los gobernantes aprovecharan como él tales lecciones] que lejos de aprovechar los castigos crueles solo sirven para irritar mas los ánimos, procuró por medios suaves atraer á los sublevados ofreciéndoles un olvido de todo lo pasado. Así consiguió en poco tiempo que volvieran á sus hogares los anteriores habitantes de Papigochi; mas como quiera que no cesasen aun en ellos los motivos preexistentes de desconfianza y de odio que habia suscitado en su ánimo el mal tratamiento que por parte de los españoles sufrian, la muerte de sus caciques, y lo que ahora se agrega, el establecimiento del presidio, volvieron de nuevo á intentar otra revolucion, y para ello aguardaban el momento oportuno que en todo este año se les presentó.

1652.—Llegado pues el de cincuenta y dos, unidos con los pueblos vecinos encontraron una ocasion bastante oportuna, incendiaron el presidio, y entre las víctimas del incendio se encontraron dos misioneros franciscanos y un jesuita que perecieron en medio de las llamas; el gobernador marchó luego á atacarles y encontró una fuerte resistencia: sufrió muy recios descalabros y tuvo al fin que esperar los auxilios del virey, á quien dió noticia de lo ocurrido. Antes de que los indios pusieran fuego á Papigochi, habian llamado la atencion de los españoles y tentado á ver si les era fácil apoderarse de la villa de Aguilar, sosteniendo el fuego bastante vivo por mas de tres horas, al cabo de las cuales se retiraron presentándose de nuevo en la noche con grandes alaridos; y cuando ya todos los edificios ardian, saliendo de ellos los que los habitaban perecian por las flechas de los tarahumares, como sucedió entre una innumerable multitud á Juan Barraza. El gobernador, que se veia sin socorro, trató de poner las armas en manos de los presidarios; pero se le representó muy vivamente por los religiosos y por los vecinos honrados que temian aun mas este peligro que cualquiera otro, y se abstuvo de hacer lo que pensaba proyectando retirar los presidios contra lo que tambien le fué representado.

Entretanto que esto pasaba, México y las demas provincias del reino estaban tranquilas, haciéndose cada dia nuevos descubrimientos de su riqueza, pues se hallaron los minerales de *Alcadeliste*.

1653.—A pesar de las representaciones, el gobernador del Parral, por órden del de la Nueva España, armando los presidarios é in-

dios amigos marchó sobre los tobosos que se habian hecho fuertes, y alcanzó sobre ellos victoria. Volvióse gozoso sobre los tarahumares al tiempo que el caudillo de estos se les habia separado; pero no los halló tan desprevenidos que á pesar de la ausencia de su gefe no lo hicieran retroceder. Vanas é inútiles fueron sus tentativas por vencerlos, puesto que en cada acometida sacaba la peor parte cuando le presentaban batalla, que muchas y muy repetidas veces lo rehusaban cuando se hallaban débiles y con poca fuerza. El conde de Alvadeliste le ordenó que hiciese alistamientos prometiendo recompensas, y que á costa de cualquier sacrificio pecuniario pusiese en paz aquellos pueblos. Ya al concluir el año se quemó el palacio del Marqués del Valle, con cuya reedificacion se consumió una enorme cantidad que Cavo hace ascender á cuarenta mil pesos.

1654.—Llegó la flota de España con el visitador Galves, que entró luego á entender en su visita, y al mismo tiempo venia al conde de Alvadeliste el nombramiento de virey del Perú. Esperóse hasta la llegada de su sucesor, y luego que este llegó, se fué en la misma flota en que habia venido Galves, embarcándose por el puerto de Acapulco.

CARLOS M. SAAVEDRA.



EL
ANGEL DE MI AMOR.

DEIDAD que en el templo habitas
De mi corazon ardiente,
Y á quien mi arrobada mente
Adora con emocion.
Virgen de amor y hermosura
Esbelta y cándida palma,
Brilla la virtud en tu alma
Cual brilla en su trono, Dios,
En este mundo maldito,
¿Qué fuera sin tí mi vida?
¡Ay! fuera flor desprendida
Del tallo que la nutrió.
Con una sola mirada
Viertes en el alma mia,
Todo el placer y alegria
Que el mundo cruel me negó.
Cuando te miro, querida,
Mi alma se agita gozosa,
Cual dorada mariposa
Del jazmin en derredor.
¿Qué importa que indiferente
Huyas de mi vista, esquiva,
Si queda tu imágen viva
Pintada en mi corazon?
Y esa imágen adorada
Por todas partes la miro,
Siempre con ella deliro,
Y es el ángel de mi amor.
Pero es la estrella velada
Por la niebla del quebranto,
Luminar que con su manto
La adversidad me ocultó.
¡Astro puro y centellante
De placeres é ilusiones!
¿Por qué en tan altas regiones
Resplandece tu fulgor?
Dó solo puedo adorarte
Y contemplar tu hermosura,
Y solo puede á esa altura
Volar mi imaginacion.
De la inocencia en las alas,
Con suave adormido vuelo,
Un ángel bajó del cielo
Entre nubes de candor.
Y era su semblante hermoso
Cual del Querub la mirada,
¿Quien es ese ángel amada?
Tú eres ese ángel de amor.
Sí, tú, objeto idolatrado,
Que con tu mirar divino
Aplacas de mi destino
El indomable furor.
Tú en cuyos lábios hermosos
Que exhalan ventura y vida,
Como en un palacio, anida
Con las gracias el amor.
Por eso te amo, bien mio,
Y nunca podré olvidarte,
Por eso cifro en amarte
Mi felicidad mayor.
Y si amarte es un delirio,
Quiero delirar amando,
Quiero morir delirando
Con el ángel de mi amor.

F. G.

Febrero 18 de 1844.



UN POETA COMO MUCHOS.

Y no se estrañe que diga como muchos, porque D. Antonio (el poeta) es de la mismísima madera que otros muchos poetas de madera que yo conozco, y que se pavonean por esos mundos de Dios. ¡Poetas, poetas de cal y canto, entendimientos de bistec incocto, necios y desabridos como cerveza nueva!... á vosotros me dirijo. ¿Quién os ha llamado á escribir? ¿Quién os ha forzado á ello? Y si me contestais con la misma pregunta, os responderé que yo escribo por distraer un poco mis penas, y por el solemne compromiso que tengo contraido con D. Antonio.—Y es el caso que en una mañana en que tranquilo estaba en mi humilde cuarto, se entró sin mayor ceremonia un amigo poeta, nombre con que él mismo se bautiza, merced á algunos versos suyos que han publicado los periódicos, lo que en su concepto es un signo de bondad y de aprobacion pública, y en el mio está muy lejos de serlo; opinion que yo sostendré, *viribus et armis*, y que.... Vamos, es el caso que entró el amigo; dejó á un lado los saludos etc., para llegar al punto de la cuestion.—He hecho una poesía, Sr. Anónimo.—Me alegro mucho, señor mio. —Quisiera yo que se insertase en el Liceo.—Pues señor....—Como V. tiene sus dimes y diretes con los redactores.—Es verdad....—Podria V. proporcionarme.—Haré lo que pueda. —¿Quiere V. que se la lea?—Estoy algo ocupado y....—Es corta, no son mas que cinco pliegos.—Dios mio!—Puedo comenzar?—Ya; si V. se empeña....—El título de toda la composicion es *La carcajada en el purgatorio*: y el número primero se titula, *pobreza y martirio.»*—Deje V. los títulos, comencemos la poesía.—El epígrafe es: ¡¡¡Ay de mi!!!—Pero eso qué significa?—Es una exclamacion que han usado todos los buenos escritores.—Perfectamente, con solo ella tiene V. un tesoro y no está expuesto á errar.—Comienzo, dijo el poeta y leyó una poesía terrible, espasmódica, que comenzaba con algunas esclamaciones; yo sudaba, me movia á veces, ora quedaba absorto mirando al poeta, ora reia. Suspendió su lectura. ¿Pondrá V., me preguntó, la poesía en el *Liceo*?

—Sí, le dije, si V. permite hablar un poco de ella....

—Elogios? No señor, no los quiero, eso es avergonzarme.

—Es preciso....

—Pues bien, haga V. lo que guste. Y continuó leyendo de esta suerte.

Porque es el hombre arrancado
En el mundo del vivir,
Un suspiro que angustiado
Se recela de morir.

—¿Es profundo el pensamiento?

—Nimiamente profundo le contesté; y el poeta como él caritativamente se apellida, prosiguió.

Que en el mundo de ternura
Libre me hallo, libre yo,
Y me gozo en la espesura
Do muriendo miro al sol
Que se ahoga con premura....

—Quién se ahoga? El sol? pregunté.

—Si señor, dijo mi hombre, ¿no le parece á V. que se ahoga cuando se oculta en el horizonte. Escuche V., y me comprenderá. Esto es poesía; la poesía es la rima y la profundidad del pensamiento unida á la dulzura y sonoridad del verso.

—¡Ah! esclamé, si todos lo entienden como V., ya no estraño que se llamen poesías tantos.... tantos....

—Atiéndame V., me interrumpió el inspirado amigo, y leyó tornando á repetir.

Do muriendo miro al sol
Que se ahoga con premura,
Y se hunde ya en el cielo
Proceloso cual un mar,
Y se pierde tras un velo
Que me oculta su brillar
Y me deja sin consuelo.

Estos consonantes en *elo* son dulces, me dijo, tomando aliento. La idea de dejar sin consuelo á un hombre desgraciado, enternece....

—No solo enternece, sino que me deja tambien sin consuelo, porque yo no he oido cosa igual....

—Gracias, gracias, amigo mio, dijo, y me vió con una indefinible expresion de alegría.... Esto que sigue, me parece....ya V. verá.

Sin lágrimas y sin lloro
Cual cárabo sin capuz.

—¡Sin capuz! No entiendo, esclamé, qué capuz es ese.

—Un carabo, me dijo con presteza, anida en una roca, en una quiebra, y como la quiebra lo cubre, le sirve de capuz.

—Ah! Ah! ya comprendo; pero será bueno esplicar la idea con una notita....

—Bien clara es, mas si V. quiere.... ya prosigo....

Sin lágrimas y sin lloro
Cual cárabo sin capuz....

—Hay aquí dijo el poeta interrumpiéndose, unos puntos suspensivos que indican un fragmento de idea; los fragmentos son muy buenos. Y continuó.

. . . .
Tu piedad señor imploro
Y cercándome tu luz,
Me secó el llorar sonoro.

—Yo creo que seria bien sonoro, porque es V. de recios pulmones; pero la mucha luz, díjele riendo, no solo enjugaria su lloro, sino que dejaria ciego al poeta....

--Es verdad, es verdad, gritó el hombre, vea V. si es natural la descripcion, cuando á V. tambien le ocurre; por otra parte, la idea es grandiosa, así lo digo.

Mas lo seca tristemente
Que mis ojos apagó....
Entre sombras la mi mente
Suspirando se quejó,
Y llorando dulcemente
Mil suspiros exhaló.

--La mente exhaló suspiros?

--Sí señor; es la idea mas sublime de la pieza.

--Sublimidad sobre todo.

—Y luego, son dulces estos dos últimos versos, no es verdad?

--Ya, como....

--Yo no sé en donde he leido que la frecuencia de la letra *l* da dulzura al verso.

—Y á veces los hacen de puro dulces empalagosos, porque ni leerse pueden.

--Pero es una regla.

—Es necesario saberla observar.

—Bah, dijo mi hombre, cuando yo hago un verso estoy en todos esos pelos....

—Ya, ya se conoce, mi amigo, pero el verdadero ingenio sigue las reglas instintivamente, por decirlo así, y solo la lectura de los clásicos puede limar su gusto, de manera que naturalmente prorumpa en observancia de las reglas y sin pensar en ellas.

--¡Como! V. cree que no se debe decir al escribir versos, aquí viene bien una comparacion, una....

—No, no señor, si tal fuera, se acabaria la inspiracion, ese entusiasmo que nos hace salir de nosotros mismos, cuando escribimos con conciencia, ya sea prosa, ya sea verso....

—Pues yo he visto....

--Y yo tambien, versos y prosa en que hay comparaciones, descripciones, consonantes, etc., etc., que de á legua se conoce que están ahí por fuerza y con estudio.

--Pero siendo propias, es decir, habiendo propiedad en ellas....

--Eso es lo malo, que cuando no ocurren naturalmente y en el acto de escribir, carecen de propiedad, ó la tienen tal y tan marcada, que es una gloria; y por eso se conoce por un escrito el talento del autor, y su instruccion, la inspiracion y el estudio.

--Efectivamente, yo no estoy por las trabas; romanticismo quiero y nada mas, escuche V. Dos, dijo con gravedad....

--Cómo? pues qué acabó ya el número 1.

--Sí señor.

--Vamos, no he entendido ni una letra....

—A primera vista, dificilmente.... son tan profundos los pensamientos, porque como yo conozco un poco el corazon humano....

—Dios mio! ¿Es V. de los jóvenes que á los 20 años de edad ya pretenden poseer esa ciencia de las ciencias? Es posible?

--No os admire, dijo el poeta, dobló la hoja de su cartapacio y repitió *dos;* tres admiraciones, epigrafe. Me quedé en silencio. El poeta leyó.

II !!!

Sin gloria paso la vida triste;
Brillo cual iris que sin consuelo
En la llanura de inmenso cielo
Brilla infundiendo frio terror.
Y es, ay! ardiente tu mirada, oh Padre.

--A qué padre se dirije?....

--Espere V., espere V. Dijo y continuó.

Y es ay ardiente tu mirada oh padre

Cual soplo anciano del desierto seco,
Sus lumbres llegan hasta mi ojo seco
Y contemplo tu rostro ¡hirviente sol!

--Bravo, exclamé.

--Bravísimo, dijo mi amigo, enrojecido por la sensacion de placer que experimentó. Aquí hay entusiasmo, ¿no es verdad? Ya se acuerda V. que el poeta es ciego.... Pues ahora sigue tierno; oiga V.

Y suspiro
Blandamente
Tiernamente
Lloro yo.
Y los bosques
En conciertos
Lloran muertos
mi dolor.
Que soplando
dulce brisa
una risa
semejó.
Y las aves,
ya trinando
van llorando
con ardor.

--Bien! dije, bien! Llorando con ardor.

--¿Está bien expresada la idea, no es eso? Quiere decir que se empeñan en llorar, porque mis lágrimas las conmueven.

--Magnífico, repetí.

--¿Tiene dulzura?

--Y mucha.

--Buen verso, para mí ideas muelles son las que constituyen la poesía.

--No hombre, le contesté; eso es envilecer la poesía, es afeminarla. ¿Qué no ha leido V. á los buenos poetas españoles, con sus versos sonoros, rotundos, llenos, que parecen un cañonazo por su cadencia, sin que por eso pierdan en dulzura ni en suavidad, cuando ellos quieren expresar ideas que tengan tales cualidades?....

--Bueno, bueno, dijo el poeta, ya prosigo.

Y yo te siento inspiracion sublime!
Ya los aromas de tu voz respiro,
Y mil fantasmas en mi torno miro
A mis sienes fulgentes se allegar,
Y me embriagan tus cantos de alegría
Tu ruido de cárabos confuso;
Y tu sonriz histerico difuso
Vino la sangre de mi vena á helar.

--Por piedad, esclamé, ¿qué significa eso?....

--La sangre de mi vena, la vena poética.

--Sí, pero esos cárabos, ese reir, esas sienes á qué vienen? Tanta prodigalidad en los adjetivos, sin union, sin sentido....

—Ah! Ah! dijo mi hombre, es el genio, el genio, es el entusiasmo.... y repitió.

Y me embriagan tus cantos de alegría
Tu ruido de cárabos confuso

—Mire V. mire V., continuó dando palmadas en la mesa, esto que sigue es magnífico.

Y así rota mi frente rasgada
Se alza adusta severa y terrible
Como lona en el cóncavo horrible
Que fulgura clarísimo el mar.

—Jesus! clamé. ¿Qué es eso?

—Brillante, soberbio! gritaba el poeta y daba palmadas, prorrumpia en carcajadas de alegría.—¡Hombre, hombre! me decia, este verso último es hermosísimo y el anterior.... ese cóncavo horrible, ese

Que fulgura clarísimo el mar,

es magnífico, en ello se encuentran voces selectas, sonoras, y....

—Y está V. disparatando, le dije con enojo: ¿se ha creido V. que la bondad de un verso consiste en esas palabras selectas, sonoras, bonitas? No sea V. uno de tantos poetástros que nos martirizan con renglones seguidos de palabras y palabras sin contener ni una sola idea.

—Yo soy un génio, porque el *génio* chispea en mi cráneo.

—¡Ingenio, ingenio!—Eso de genio es francés.....—

—Es V. un necio.... yo sé lo que hago; y repetia sus versos, y gritaba, y bufaba, y manoteaba, y reia, y hacia tales cosas, que el ruido aumentaba, y yo en tanto estaba mobino, silencioso, triste. Entró mi criado al estrépito, vió aquella escena, temió sin duda que el buen poeta estuviese loco y le amenazó con dos recios puños, preguntándome con los ojos si ahogaba al D. Antonio. Este se sintió sobrecogido de temor á la vista de su adversario y echó á correr; ya junto á la puerta me gritó.

—¿Pondrá V. mi poesía en el Liceo?

—Sí, sí, con sus notas........

El criado se imaginó que aquella pregunta era el orígen de la disputa y juzgando que envolvia una injuria, se lanzó sobre el poeta; este huyó: „mi poesía, gritaba, mi poesía." Yo eché á correr en pos de mi fiel criado, logré detenerlo y volvime con él meditando que si con todos los malos poetas que sin irles ni venirles se meten á hacer versos, se usara semejante despedida, callarian muchos laudes, y moririan para el Parnaso los noventa y nueve cen-

tavos de los jóvenes que nos infestan con su usurpado carácter de poetas.

Llegué á mi cuarto, escribí un momento; hablé al criado que me habia seguido y que me contemplaba absorto, y le dije: lleva ese papel á la imprenta para el Liceo; tomólo con diligencia y salió.

He cumplido con el poeta D. Antonio, dije para mi coleto, siempre ha cumplido su palabra el formal.—Anónimo.

JESUS ANTE CAIFAS Y PILATO.

REFUTACION DEL CAPITULO DEL SEÑOR SALVADOR, INTITULADO:

JUICIO Y CONDENACION DE JESUS;

POR DUPIN (EL MAYOR).—TRADUCIDO POR

IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN. [*]

PREFACIO.

Si hunc dimittis, non es amicus Cæsaris
San Juan.— XIX. 12.
Si sueltas á ese, no eres amigo del Cesar.

La opinion que ahora emito sobre el juicio de Jesus, no es una opinion que de ayer acá haya presentádose á mi mente, pues que desde años atras la concebí y medité.

Hállase la prueba de esto en mi *Libro, defensa de acusados*, cuya primera edicion salió á luz en 1815, y una segunda se dió á la prensa en 1824. Mis impresiones de aquel tiempo, iguales á la de hoy, están estampadas en el paso siguiente, que llena la nota 42. Dice así: „Algun dia publicaré un exámen del *Proceso de Jesucristo*, que con razon se ha llamado *la pasion*, porque él padeció efectivamente, *passus est*, y no fué juzgado. Vese allí *al Justo* vendido por uno de sus discípulos, á quien habia ganado la policia de los sacerdotes; perseguido por *el espíritu de secta, peor todavia que el espíritu de partido!* Desenvuélvese en él, la rencorosa política de los pontífices judios, el orgullo de los fariseos y la cólera de los escribas. Acusado sin ser defendido, sentenciado sin habérsele podido convencer, muerto con escarnio.... Tan solo padecimientos se descubren en aquella *prolongada escena de iniquidades*!"

De tales argumentos me servia para conjurar otras desgracias en una época manchada por la reaccion con tantas rigurosas sentencias, en las cuales no siempre fueron respetadas las formas legales.

El mismo asunto he tocado en mis *Observaciones sobre la legislacion criminal*, y de él deduje argumentos muchos, combatiendo desde entonces el empleo de *agentes tentadores*, y para contener, con el ejemplo de Pilato, á los prevostes y á los jueces débiles á quienes mucho repetian: *si hunc dimittis, non es amicus Caesaris*. „Si lo soltais, no sois realistas."

(*) Un amigo ha tenido la bondad de proporcionarnos este interesante artículo que insertamos con tanto mas placer, cuanto que al mérito indisputable del original se añade el de la traduccion, en cuyo elogio baste decir que es obra de nuestro malogrado poeta Rodriguez. Como un obsequio á su grata memoria damos lugar en nuestras columnas al mencionado artículo y tributamos al mismo tiempo las gracias al amigo á quien lo debemos.

Otras ocupaciones desviaron despues mi atencion, pero la obra del señor Salvador naturalmente me volvió á ello.

El autor, á quien personalmente conocia, y cuyos talentos he apreciado bastante, me dió su libro, suplicándome lo examinara. De suerte que por *peticion suya* y no por espíritu de hostilidad heme puesto á examinarla.

En la Gaceta de los tribunales publiqué un artículo en el que daba una ojeada al plan y objeto del autor, y dediquéme particularmente á dar á conocer á los lectores de aquel diario, en su mayor parte jurisconsultos y magistrados, el capítulo en que Salvador trata *de la administracion de justicia entre los hebreos.*

Al elogio de este capítulo debió seguirse la crítica del intitulado: *Juicio y sentencia de Jesus.*

Creí poder encerrar en un solo artículo de igual extension que el primero, todo lo que tenia que decir sobre tan grande acontecimiento. Pero he sido arrastrado por la importancia y gravedad del asunto, y por la necesidad de poner gran cuidado y precision al refutar á un escritor cuya eminente sagacidad yo mismo afanosamente habia proclamado.

Semejante cuidado debió aumentarse todavia cuando despues de mi artículo segundo me ví atacado por la *Gaceta de Francia* casi tan fuertemente como el mismo Salvador. Adelante se verá mi respuesta á las invectivas de aquel papel, que ha tenido la peregrina ocurrencia de juzgar criminales los *elógios* al señor Salvador, y de no soportar sin embargo la empresa de *refutarlo.* ¡Increible sistema de delacion y calumnia! muy digno por cierto de un diario que *para no temer por la existencia del gobierno* querria ver multiplicarse sin motivo las *acusaciones* contra los mas eminentes y honrados ciudadanos, y que está sediento de la mas generosa sangre *hasta la segunda generacion!...*



A LA GACETA DE FRANCIA.



RESPUESTA INSERTADA EN LA GACETA DE TRIBUNALES, DEL 9 DE DICIEMBRE DE 1828. [*]

ANTES de dar mi artículo tercero, preciso me será detenerme un instante para rechazar una embestida que calumnia lo que digo y amenaza lo que me falta que decir. Una rápida explicacion bastará para ello.

En mi articulo primero traté de dar una ojeada á la obra de Salvador, á su plan y á su estilo; y plegándome á lo que mas particularmente fuere de mi incumbencia y de la *Gaceta de tribunales*, expuse con alguna extension lo concerniente á la *administracion de la justicia entre los hebreos.*

Rendí tributo al mérito del Sr. Salvador, como autor y como escritor. Elogiando lo que me parecia digno de aprobacion, nada perdí, al contrario consolidé mi derecho de criticar con independencia lo que me parecia susceptible de combatirse. Tal era el capítulo episódico titulado: *Juicio y condenacion de Jesus.*

Sobre este grave asunto emitió Salvador una opinion que me parece *erronea*, pero debo confesarlo, Salvador usó de su derecho, como usé del mio sosteniendo la opinion contraria, que es la *verdadera* acá para mí

La gaceta de Francia, apasionada siempre, en vano dijo que si tal era el derecho que se deducia de *la constitucion* "seria un horror que era preciso aniquilar lo mas pronto." No, la constitucion no es un horror; y no será abolida por dar gusto á la *Gaceta de Francia*; á

(*) Quizá entre nosotros tendra poco interés esta respuesta, pero nos hemos decidido á traducirlo por el propósito que nos habiamos formado de presentar al público de México la obrilla del Sr. Dupin, tal como cayó en nuestras manos, y porque vieran en la *Gaceta de Francia* su retrato nuestros periodistas y otros escritorcillos que por acá abundan.

pesar de que ese es el derecho que se deriva de la constitucion; pues proteje igualmente todos los cultos, y afirma la libertad de imprenta; permite á cada cual seguir su creencia, y tolera la moderada discusion de opiniones. Si lo dudase alguno, remitiérale yo á nuestras leyes sobre imprenta; á las causas de su aparicion, y muy particularmente al *informe* presentado á la cámara de los pares por el duque de Broglie, en la sesion del 8 de mayo de 1829, sobre la ley votada el 17.

Pero he hablado de *moderacion*, y la moderacion es lo que mas desagrada á la *Gaceta*; y no tolera que Salvador sea refutado cuerpo á cuerpo por medio del raciocinio y destruyendo una á una todas sus aserciones, como he emprendido hacerlo, tratando de hacer resplandecer la verdad. Hubiera preferido aquella á una respuesta henchida de vituperios y denuestos; pues no es de otra manera el lenguaje que empleó contra el autor y contra mí.

Pero lo he dicho ya: *denunciar no es refutar, injuriar no es responder*. Sin duda que tal método me hubiera sido fácil, y hubiera podido á mis anchas denostar á Salvador, y llamarle por ejemplo *tizon de infierno*; y cierto que lo hubiera confundido en gran manera, porque era árdua empresa probarme lo contrario. En tiempos pasados la nave de Pascal mismo, baró en semejante escollo.

Preferí sin embargo las armas de la razon y de la lógica; de suerte que ataqué á mi diestrísimo adversario en la palestra misma donde le plació colocarse. Hubiera podido rehusarse á seguirme á otro lugar, pero allí no podia evitar el combate; y allí busqué el modo de vencerle, dando con esta conducta sobrada ventaja á la noble causa que defiendo.

La *Gaceta* se lastima de que esta empresa la haya intentado un abogado. Pero note ella, si á bien lo tiene, que, del principio al fin, Salvador propone una cuestion de derecho y ley. No por esto queda cerrada la barrera á personas de otra estofa; que bien pueden los teólogos entrar en justa cuando quisieren, armados de argumentaciones que solamente ellos están en posicion de manejar bien. Que dejen reposar un instante las ordenanzas y los ministros del rey, y que se presenten á desempeñar el augusto ministerio de los Irineos y Tertulianos.

Lo que es yo, debí encerrarme en mi esfera, y en el circulo en que menos espuesto estaba á extraviarme, para dar acabamiento á la pénosa tarea que yo mismo me impuse. Con religioso afecto en el corazon, y en la diestra el Evangelio y las leyes, proseguiré discutiendo y confundiendo las iniquidades que contra Cristo cometieron los pontífices, *sus escribas*, y sus amigos los fariseos

---

OJEADA

SOBRE LA OBRA DEL SEÑOR SALVADOR,

TITULADA:

Historia de las instituciones de Moisés y del pueblo hebreo.

TAN grande ha sido la influencia del pueblo judío sobre las sociedades humanas, tan singulares contrastes presenta su existencia, y sus anales han sido tan frecuentemente traidos al apoyo del despotismo teocrático, que los mira como las columnas fundamentales de sus derechos, que el Sr. Salvador juzgó conveniente someter á nuevo exámen su legislacion y su historia. Para ello se ha remontado á los manantiales mismos, ha estudiado los libros originales y ha reunido cuidadosamente todos los hechos relativos á su asunto.

Ha sido el resultado de sus investigaciones, que las ideas generalmente esparcidas acerca de la organizacion primitiva é historia de los hebreos, eran erróneas en su mayor parte; que la importancia dada á lo maravilloso y el modo como nos habian inculcado estas narraciones desde la niñez, habian viciado las opiniones y desatendido todo lo que habia de mas positivo, interesante y curioso en las compilaciones sagradas y en la suerte de aquel pueblo, apellidado *pueblo de Dios*.

Pasó Moisés su juventud entera en la corte del rey egipcio, entre los mas sabios de su reino, fué iniciado en sus conocimientos misteriosos, é instruido al mismo tiempo en las doctrinas que un hombre célebre en todo el Oriente, Abraham, habia legado á sus hijos. Retiróse despues á la soledad, y en el curso de largos años entregóse á profundas meditaciones, y creese que gastó parte de ellos viajando. Circunstancias todas demasiado favorables para desenvolver un poderoso ingenio; y si se agrega á esto un ardiente patriotismo y un carácter inflexible, ya no asombrará, sin tener que recurrir á otras causas, el inmenso papel que este hombre representó entre los suyos y en la vasta escena del mundo.

En Moisés está casi toda la historia de los judíos, pues que domina los tiempos posterio-

res á él, y cuando las disposiciones particulares de los hebreos ó las exteriores circunstancias, se dirigen violentamente á disolver la asociacion que formó, la fuerza de sus instituciones lucha con buen éxito, para retenérlas bajo su mano y conducirlas al punto que se propuso desde el principio.

La division fundamental de las castas es la primera base de las teocrácias de Oriente; pero Moisés por el contrario, tomó por base la *unidad del pueblo.* El pueblo es todo en su legislacion, y el autor nos muestra que al fin todo es hecho por él, para él, y con él. La tribu de Leví se estableció solamente por una necesidad secundaria, pues que léjos de ejercer la autoridad que se le atribuye, no es ella la que impone la ley, ni quien la interpreta, ni quien debe juzgar y gobernar, pues todos sus miembros, y hasta el gran pontifice, estan sujetos á la censura de los ancianos de la nacion, ó de un senado legalmente reunido. La *palabra de Dios*, la voz de Jehová, por cualquiera modo que llegue al espíritu de quien la escucha, tiene por objeto indicar los intereses nacionales y temporales: pertenece al dominio público, en el sentido de que el derecho de hacer *hablar á Dios* no está en una casta particular, como en las verdaderas teocrácias, sino que el senado, todos los magistrados, todos los ciudadanos pueden y deben, desde que son capaces de oirla, repetir esa palabra superior, esa razon suprema que no se convierte en *ley* sino despues de revestida con la sancion nacional.

En el capítulo *de los oradòres públicos ó profetas*, el Sr. Salvador desarrolla principalmente este punto, y prueba con evidencia que en ningun pueblo como en el hebreo ha sido tan estensa la libertad de la palabra. ,,Así, dice, ¡qué nueva diferencia entre Israel y el Egipto! Entre estos el conjunto de los ciudadanos no osaria, sin esponerse á terribles penas, pronunciar algunas palabras sobre los negocios de estado:—vemos á Harpócrates con el dedo en la boca, al *silencio* adorado como Dios: lo es en Israel *la palabra.* ¡Qué importan algunos abusos! mas vale dejar franco el curso á los torrentes de palabras vanas, que atajar una sola, venida de parte del Eterno."

No nos permiten los límites de un artículo seguir al autor por todos los aposentos de su grande edificio. Nos contentaremos únicamente con indicar los títulos de los libros en que estan como recopilados los acontecimientos históricos en que apoya su teoría.—*Introduccion, Teoría de la fe, Funciones legislativas, Riquezas, Justicia, Relaciones extrangeras, Fuerza pública, Culto, Resúmen de la legislacion;* y en la segunda parte: *Teosofía, Formacion del globo, Tradiciones aleqóricas é históricas de los tiempos anteriores á Moisés, Profecías políticas de este legislador, Mesías, Conclusion.*

Análisis del capítulo titulado: DE LA ADMINISTRACION DE JUSTICIA.

Salvador ha tratado con particular esmero lo concerniente á la *administracion de justicia* entre los judíos; nos detendrémos en este capítulo, que debe sin duda interesar vivamente á nuestros lectores.

Judicare et judicari, juzgar y ser juzgado: estas palabras expresan el derecho de todo ciudadano hebreo; es decir, que nadie podia ser condenado sin juicio, y que cada cual á la vez juzgaba á los otros; explícanse algunas excepciones de este principio, pero que no cambian la regla. En los negocios de civiles intereses, cada parte escogia un juez, y estos dos jueces escogian una tercera persona. Cuando sobrevenian dudas sobre la *interpretacion de la ley*, presentábanse ante el consejo menor de los ancianos, y de aquí el gran consejo de Jerusalen. Toda poblacion que excediese de ciento veinte familias debia congregar su consejo compuesto de veintitres miembros, los que juzgaban en materia criminal.

Las expresiones tan frecuentemente empleadas en la ley de Moisés, *morirá, será arrojado del pueblo*, encierran tres significaciones muy diferentes y que acostumbran confundir. Señalan la muerte penal, la muerte civil, y la muerte prematura que amenaza naturalmente al que se separa de las reglas útiles á la nacion y á sí mismo. La muerte civil es el último grado de la separacion ó de la *excomunion*, y es pronunciada como pena judicial por la asamblea de los jueces. Distinguíanse tres clases de separacion, que el Sr. Salvador compara á los tres grados de excomunion civil que encierra el Código penal frances, que condena á los reos al trabajo forzoso perpetuamente, ó por tiempo limitado, ó á algunas penas correccionales. Pero la excomunion hebrea tenia la ventaja de que *nunca se perdia del todo la esperanza de recuperar su estado primitivo.*

Los jurisconsultos hebreos han emitido opiniones sobre la pena de muerte, que merecen ser citadas: ,,Un tribunal que condena á muerte *una vez en siete años* puede llamarse *sanguinario.*"—,,Merece esta calificacion, dice el Dr. Eliezer, cuando pronuncia semejante setencia una vez durante setenta años."—,,Si hubié-

ramos sido miembros de la alta corte, añaden los doctores Tyrphon y Akiba, no hubiéramos condenado á muerte jamas á ningun hombre." Objetóles Simeon, hijo de Gamaliel: ¿No seria esto un abuso? ¿no temeis multiplicar los crímenes en Israel?"—„Sin duda que no, replica Salvador, porque el rigor de la pena lejos de disminuir el número de los delitos los acrecienta prestando mas resuelto carácter á los hombres capaces de arrostrarla; y ¡cuántos notables ingenios se alistan en el dia bajo la opinion de Aquiba y Tyrphon! ¡Cuántas conciencias rehusan tomar parte, de cualquiera manera que sea, en la muerte de un hombre! Esa sangre que corre, esa multitud que una insolente curiosidad agita, esa víctima arrastrada como en triunfo al mas horrible altar, la imposibilidad de reparar un error de que jamas está exenta la sabiduría humana, el horror de ver un dia levantarse de la tierra una dolorida sombra y decir: *Era inocente!* la facilidad que tienen los pueblos modernos de arrojar de su seno al hombre que lo ha manchado, la influencia de las iniquidades generales en la produccion de los crímenes; en fin, el contraste absurdo de una sociedad entera, fuerte, inteligente, armada, que para oponerse á un infeliz arrastrado por la necesidad, las pasiones ó la ignorancia, no halla mas medio que sobrepujarle en crueldad; estas cosas, y muchas otras, han penetrado tan profundamente en todas las clases, que algun dia saldrá el mas admirable ejemplo del poder de las costumbres sobre las leyes; pues será cambiada la ley por no haber nadie que consienta en ejecutarla."

A honor tengo haber sostenido la misma opinion en mis *Observaciones sobre la legislacion criminal*, y á los que quieran ver esta cuestion tratada extensamente, invito á leer las profundas reflexiones que el duque de Broglie publicó sobre esto en el último número de la *Revista francesa* de octubre de 1828.

Todo el procedimiento criminal del Pentateuco descansa en tres reglas que se reducen á estas palabras: publicidad de las discusiones, libertad de completa defensa en el acusado, garantías contra el peligro de la atestacion. Segun el texto hebreo, un solo testigo es nulo: necesarios son por lo menos dos ó tres que atestigüen el hecho. El testigo que denuncia á un hombre debe jurar que dice la verdad. Entonces los jueces toman exactas informaciones, y si resulta este hombre falso testigo, le aplican la pena á que expuso á su prójimo. Las discusiones entre el acusador y el acusado son delante de la asamblea del pueblo. Cuando un hombre es condenado á muerte, los testigos que han decidido la sentencia le dan los primeros golpes, á fin de añadir el último grado de certidumbre á la verdad de su deposicion. De aquí aquellas palabras: *El que de vosotros se halle sin pecado, tire contra ella la primera piedra.* (San Juan—VIII.—7.)

Si seguimos en la práctica la aplicacion de estas reglas fundamentales, hallamos que se procedia de la manera siguiente. El dia del juicio los ugieres hacian comparecer á la persona acusada. A los pies de los ancianos estaban sentados los hombres que bajo el nombre de oidores ó de candidatos, seguian con regularidad las sesiones del consejo. Leense las piezas del proceso y son llamados sucesivamente los testigos. El presidente dirige á cada uno esta exhortacion: „No te pedimos simples conjeturas, ni rumores públicos que hallan llegado á tus oidos; piensa que una gran responsabilidad pesa sobre tí; que el negocio que nos ocupa no es un asunto de dinero en que se puede reparar el perjuicio. Si haces condenar injustamente al acusado, su sangre, y hasta la sangre de su posteridad entera, de que privas al mundo, caerá sobre tí; Dios te pedirá cuenta, como pidió cuenta á Cain de la sangre de Abel. Habla."

Una muger no puede servir de testigo, porque no tendria el valor de dar el primer golpe al reo, ni el niño que no tiene responsabilidad, ni el esclavo, ni el hombre de mala reputacion, ni el que por enfermedad está impedido de gozar plenamente de sus facultades físicas y morales. *La declaracion sola de un individuo contra sí mismo,* la declaracion de un profeta, por grande que fuese su fama, no determinaban la condenacion." „Tenemos por fundamento, dicen los doctores, que *ninguno puede traerse perjuicio á sí mismo;* si alguno se acusa en justicia no se le debe creer, á menos que el hecho no sea atestiguado por otros dos testigos; bueno será notar que la muerte dada á Hacan, en tiempo de Josué, fué una excepcion ocasionada por la naturaleza de las circunstancias, porque nuestra ley jamas condena bajo la simple confesion del acusado, ni bajo el dicho de un solo profeta."

Los testigos debian certificar la identidad de la persona, deponer acerca del mes, dia, hora y circunstancias del crímen. Despues de examinar las pruebas, los jueces que le creian inocente exponian sus motivos, los que creian culpable al acusado hablaban en seguida *con la mayor moderacion.* Si alguno de los oidores ó candidatos estaba encargado de la defen-

sa del acusado por el acusado mismo, ó ya fuese que por sí quisiera hacer algunas aclaraciones en favor de la inocencia, le admitian en la silla, y desde ella arengaba á los jueces y al pueblo. No le era concedida la palabra si su opinion se inclinaba á la culpabilidad. En fin, si el acusado queria hablar por sí, le prestaban la mas sostenida atencion. Concluidas las discusiones, extractaba la causa uno de los jueces, se mandaban alejar á todos los concurrentes, dos escribas transcribian los votos: el uno los favorables y el otro los adversos. Once votos de veintitres bastaban para absolver; y eran precisos trece para condenar. Si algunos jueces declaraban que no estaban instruidos suficientemente, se añadian dos ancianos mas, despues otros dos, y así sucesivamente hasta formar un consejo de setenta y dos, que era el número de los miembros del gran consejo. Si la mayoría de los votos absolvia, era puesto el acusado *libre al instante;* si por el contrario, los jueces diferian el pronunciar la sentencia hasta *el tercer dia.* Durante el dia intermedio, no debian ocuparse de otra cosa que de la causa; debian tambien abstenerse de abundante alimento, de vino, de licores, de todo lo que pudiera hacer su mente menos apta á la reflexion.

En la mañana del dia tercero, volvian al puesto de la justicia. *Persevero en mi dictamen, y condeno*, decia el que no habia cambiado de opinion; pero el que habia condenado la primera vez podia absolver en la nueva sesion, mientras que el que habia absuelto una vez no podia ya condenar. Si la mayoria condenaba, dos magistrados al punto acompañaban al condenado al suplicio. No bajaban de sus sillas los ancianos; colocaban á la entrada del tribunal un preboste con una bandera en la mano; otro preboste á caballo seguia al reo y volvia sin cesar los ojos al punto de la partida. Si alguno en el ínterin, iba á anunciar á los ancianos nuevas pruebas favorables, el primer preboste agitaba su bandera, y el otro cuan presto la divisaba hacia volver al reo. (a) Cuando este declaraba á los magistrados que traía á la memoria algunas razones que se le habian escapado, le hacian volver ante los jueces hasta cinco veces. Si no acaecia incidente alguno la comitiva se adelantaba lentamente, precedida de un heraldo, que dirigia con fuerte voz estas palabras al pueblo: „Este hombre (aquí sus nombres y pronombres) es conducido al suplicio por tal crímen; los testigos que han depuesto contra él son tales y tales: si alguno tiene noticias que dar en su favor, que se apresure." Por esto el jóven Daniel hizo retroceder la comitiva que conducia á Suzana, y subió á la silla de justicia para dirigir á los testigos nuevas preguntas. A cierta distancia del lugar del suplicio instaban al reo á confesar su crímen, y le hacian beber un brevage narcótico, para hacerle menos terrible el aspecto de su cercana muerte.

Juzguese del interes estremo que produce la obra de Salvador por solo el análisis de esta parte de su libro. Su principal objeto ha sido manifestar los mutuos socorros que se prestan la historia, la filosofia y la legislacion para esplicar las instituciones del pueblo judio. Su libro es una obra de ciencia, sin dejar de ser por esto una obra de buen gusto. Sus notas demuestran una vasta lectura, y en la eleccion de citas prueba su crítica y discernimiento. El señor Salvador pertenece, por su edad, á esta nueva generacion que se distingue tanto por su aplicacion á los grandes estudios como por la elevacion y la generosidad de sus afectos.

Refutacion del capítulo titulado: JUICIO Y CONDENACION DE JESUS.

El capítulo en que Salvador trata *de la administracion de justicia entre los hebreos*, es todo de teoría. Así espone la *ley:* de este modo debian pasar las cosas para estar conformes á la regla. No le contradigo en todo esto, le dejo hablar.

En el siguiente capítulo, el autor anuncia „que, despues de esta *esposicion de la justicia* va á *seguir su aplicacion* en el juicio mas memorable de la historia, el de Jesucristo."—En efecto el capítulo está titulado: Juicio y condenacion *de Jesus.*

El autor cuida de indicar bajo que punto de vista piensa dar cuenta de esta acusacion. „No es mi objeto examinar si son de compadecer los hebreos en no haber reconocido *un Dios* en Jesus." (Declara ademas que hay otra cosa que no quiere tampoco examinar.) „Pero, no viendo en *él mas que un ciudadano*, si le juzgaron *conforme á la ley y á las fórmulas* existentes."

(a) No deja de ser curioso que en algunas de nuestras aldeas salga en la proseccion del viernes santo delante de Jesus, un hombre enmascarado caballero en una yegua blanca y sin mas jaez que una sabana blanca al cual hombre llaman tambien *espia*, y cuya ocupacion es ir volviendo la cara atras, si bien de cuando en cuando suele amenazar á Jesus con la palma de la mano como quien dice: *Ya verás lo que te espera.*

N. del T.

Sentada de esta manera la cuestion, el señor Salvador recorre todas las faces de la acusacion; y su conclusion es que el procedimiento ha sido perfectamente regular y la sentencia perfectamente apropiada al caso. „Pues que el senado, dice, juzgando que Jesus hijo de José, nacido en Belen habia profanado el nombre de Dios usurpandolo para sí, como á simple ciudadano le aplica la ley contra los blasfemos y la ley capítulo XIII del Deuteronomio y artículo 20 capítulo XVIII, por los cuales cualquiera profeta, aun el que hace milagros, debe ser castigado si habla de un Dios desconocido de los hebreos ó de sus padres." Conclusion hecha para halagar á los sectarios de la ley judaica: su objeto es, y bien claro lo muestra darles semejante ventaja, y justificarlos de la acusacion de *deicidio*.

Evitemos sin embargo de tratar este grave asunto bajo miras teológicas. Para mí Jesucristo *es el hombre Dios*, mas no es mi mente combatir la esposicion y conclusion del señor Salvador con argumentos traidos de mi religion y creencia: el siglo me acusaría de intolerancia, y es tacha que huiré siempre de merecer. Demas de esto, no quiero dar á los adversarios del cristianismo la ventajosa coyuntura de que nos echen en cara el temor de discutir y el intento de querer confundir antes que convencer. Satisfecho de haber manifestado mi fé, como el señor Salvador deja muy claramente vislumbrar la suya, quiero á mi vez examinar la cuestion bajo el punto de vista *totalmente humano*, y preguntarme á la par que él „si Jesucristo, considerado como *simple ciudadano*, fué juzgado conforme á la ley y á las fórmulas existentes."

La misma religion católica me autoriza á ello: no es puramente una ficcion, pues que Dios quiso que Jesus se revistiese con las formas humanas *(et homo factus est)* y que sufriese su condicion y miserias. Hijo de Dios por su moral y su sagrado espíritu, es realmente tambien *el hijo del hombre* para el cumplimiento de la mision que vino á llenar sobre la tierra.

Esto asentado, entro en materia y no vacilo decir, pues que voy á probarlo, que examinando las circunstancias de aquel gran proceso, lejos se está de hallar en él la *aplicacion* de las maximas tutelares del derecho de los acusados, cuya seductora *esposicion* nos presenta el capítulo del señor Salvador *sobre la administracion de justicia*.

La acusacion de Jesus, suscitada por el rencor de los sacerdotes y fariseos, presentada al principio como acusacion de *sacrilegio*, despues convertida en *delito político* y en *crímen de estado*, fué manchada por todas sus faces con los horrores de la violencia y la perfidia. Menos que un *juicio* en que se hubieran observado las formas legales, es una *pasion*, un martirio prolongado, en el que la inalterable dulzura de la víctima pone aun mas patente el encarnizamiento de sus perseguidores.

Cuando Jesus apareció entre los judios, aquel pueblo no era otra cosa ya que la sombra de lo que fué. Marchitado mas de una vez por la servidumbre, dividido por facciones y sectas irreconsiliables, habia sucumbido al fin bajo el peso de las armas romanas y perdido su soberania. Jerusalen, reducida á simple provincia de la Siria, veia guarnecidos sus muros con soldados del imperio; á nombre del César mandaba en ella Pilato, y el pueblo de Dios de los tiempos pasados gemía bajo la doble tiranía del vencedor, cuyo poder aborrecía y cuya idolatria detestaba, y de los sacerdotes que se esforzaban en contenerlos todavia en las estrechas ligaduras del fanatismo religioso.

Deploraba Jesucristo los infortunios de su patria; ¡cuantas veces no lloró sobre Jerusalen! Leed en Bossuet *(política sacada de la sagrada escritura)* el admirable capítulo que tituló: *Jesucristo buen ciudadano*. Ordenaba á sus compatriotas la union que hace fuertes á los estados; „¡Jerusalen! esclamaba, ¡Jerusalen! que matas á los profetas, y apedreas á los que á ti son enviados, ¡cuantas veces quise recojer á tus hijos, como la gallina recoje á sus polluelos bajo las alas, y tú no has querido, Jerusalem!" (San Mateo, XXIV-7.)

Le creian poco favorable á los romanos, y era mucho el amor que tenia á sus conciudadanos, prueba de ello es aquel discurso de los judios que, para determinarlo á volverle al centurion un criado enfermo que apreciaba, no hallaron cosa mas ejecutiva que estas palabras: „Venid; merece que le hagas este favor; *porque es afecto á nuestra nacion*. Y Jesus fué con ellos, y alivió al criado." (Luc. VII, 3, 4, 5, 6, 10.)

Conmovido Jesus con la miseria del pueblo, le consolaba presentándole la esperanza de otra vida; aterraba á los grandes, los ricos y los soberbios con la perspectiva de un juico final en que sería cada cual juzgado, no conforme á su rango, sino segun sus obras. Queria volver al hombre á su dignidad original: si le hablaba de sus deberes, tambien lo hacia de sus derechos. Con avidez le escuchaba el pueblo, en tropel le seguia; conmovian sus palabras;

curaba su mano, su moral instruia; predicaba y practicaba una virtud desconocida antes de él, y que solo á él pertenecia: la caridad.... Pero esta voga, estos prodijios excitaron la envidia.

Espantaronse los partidarios de *la antigua teocracia* al aspecto de la nueva doctrina; los príncipes de los sacerdotes sintieron su dominacion amenazada; vióse humillado el orgullo de los fariseos; acudieron los escribas á su socorro y la pérdida de Jesus resuelta fué.

Si era culpable su conducta, si daba motivo á una acusacion legal ¿porqué no intentarla á las claras? ¿por qué no acusarlo por sus acciones, por sus discursos públicos? ¿por qué emplear en su contra subterfugios, astucias, perfidias y violencias? pues no de otro modo procedieron con Jesus.

Prosigamos pues, y veámos las narraciones llegadas hasta nosotros. Abramos con Salvador el libro de los Evangelios; pues él no recusa su testimonio, antes se apoya en ellos. „De los mismos Evagelios, dice tomaré *todos los hechos.*"

Efectivamente, de que manera, si no es con pruebas contrarias, y estas no existen, rehusar vuestra confianza á un historiador que os dice, como S. Juan, con una tierna sencillez: „Quien lo vió, es el que lo asegura, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice la verdad, para que vosotros tambien creais." (S. Juan.-XIX-35.)

§ 1.°.

Agentes tentadores.

¿Quien no quedará sorprendido al encontrar aquí el odioso empleo de *agentes tentadores?* Infamados en los tiempos modernos, es infamarlos mas, sacar su origen del proceso de Cristo. Juzguese si he aplicado mal el nombre de *agentes tentadores* á los emisarios que cercaron á Jesus por órden de los principes de los sacerdotes.

Leese en el Evangélio de san Lucas: „Como buscaban solamente coyuntura de perderle, enviáronle *espias,* que *hiciesen de los virtuosos,* para *cogerle* en alguna palabra, á fin de entregarle á la potestad y jurisdiccion del gobernador. (1)" Y el Sr. de Sacy en su traduccion, añade por nota: „Si se le deslizaba la mas leve palabra contra los poderes y el gobierno."

[1] Et observantes miserunt insidiatores, qui se justos simularent, ut caperent eum in sermone, et traderent illum principatui et potestati præsidis. [S. Luc. XX-20.]

Escapóse esta primera maniobra á la sagacidad del Sr. Salvador.

2.°.

Soborno y traicion de Júdas.

Segun Salvador, „el senado, no principia por apoderarse de Jesus, como en el dia se hubiera hecho, sino que comienza por un auto para mandar aprenderlo." Y en prueba de su aserto nos cita á san Juan—XI.— 53, 54, y á san Mateo,-- XXVI.— 4, 5.

Pero en primer lugar, no dice nada del tal auto, habla si, no de una audiencia pública, sino de un conciliabulo de los príncipes de los sacerdotes, y *de los fariseos,* que ignoro hayan formado entre los judios un cuerpo de judicatura. "Los pontífices y los *fariseos* reuniéronse y dijeron: *¿Qué haremos? este hombre hace muchos milagros.*" (San Juan—XI—47.) Y añade (verso 48): „Si le dejamos obrar, todos creerán en él."Lo que significaba entre ellos; *y ya no creerán en nosotros.* Bien percibo en esto el temor de que prevaleciera la moral y doctrina de Jesus; pero, y el *auto* ¿donde está?—no le veo.

„Uno de ellos, llamado Caifas, que era el sumo pontífice aquel año, les dijo: Vosotros no entendeis nada en esto, ni reflexionais qué os conviene *(quia expedit vobis)* el que un solo hombre muera por el pueblo.... y *profetizó,* que Jesus debia morir por la nacion judaica." (Id.— 49, 50, 51.) Pero *profetizar* no es *juzgar* ni la opinion *personal* emitida por Caifas, *uno de ellos,* no es la opinion de *todos,* ni es *un juicio del senado.* Asi es que no hay tal auto, y solamente veese que príncipes y fariseos están animados de estremado odio contra Jesus, y que „desde aquel dia no pensaban sino en hallar medio de *hacerle morir; ut interficerent eum.* (v. 53.)

Es pues enteramente contraria la autoridad de S. Juan á la asercion de que hubiese de antemano un tribunal regular expedido, una *órden de arresto.*

S. Mateo refiriendo el mismo hecho dice que se juntaron los pontífices en la sala del gran sacerdote, llamado Caifas, y que celebraron consejo. ¿Pero que consejo? ¿y cual fué el resultado? Fué por ventura para mandar una *órden de* conducir á Jesus para oirle y juzgarle despues? No, sino que „tuvieron consejo para hallar medio como apoderarse de la persona de Jesus con *engaño* y *hacerle morir.*"— *Concilium fecerunt, ut Jesum* DOLO *tenerent et* OCCIDERENT. [XXVI—4.] Pero no tal que en la

lengua latina, lengua perfectamente bien formada en todo lo que toca á expresar los términos del derecho, nunca *occidere*, lo mismo que *interficere*, han sido empleadas para dar á entender la accion de *condenar á muerte*, sino únicamente para significar el *homicidio* ó el *asesinato* [2].

Este *engaño*, por medio del cual debian apoderarse de Jesus, no fué otra cosa qne el pacto de los sacerdotes judios con Judas.

Judas, uno de los doce, va á los pontífices y les dice: ¿Qué quereis darme y le pondré en vuestras manos, *et ego vobis eum tradam?* (San Mat. XXVI. 14, 15.) Y se ajustan con él y le prometen treinta piezas de plata! Jesus, que preveia ya su traicion, adviérteselo con dulzura, al acto de la cena, en que la voz de su maestro y la presencia de sus hermanos pudieran conmoverle y hacerle entrar en si mismo. Pero no es así; Judas entregado enteramente á su paga, pónese á la cabeza de una pandilla de criados, á quienes debe mostrarles á Jesus; y con un *beso* consuma el falso apóstol su traicion! (3)

¿Así es como debía *ejecutarse un juicio*, si realmente un juicio habia ordenado el arresto de Jesus?

3.

Libertad individual.—Resistencia á mano armada.

Era *la noche*.... Despues de celebrada la cena, Jesus habia conducido á sus discipulos al monte de los Olivos; y sus discipulos se durmieron cuando él fervorosamente oraba.

Despiértalos Jesus, reprendiéndoles con blandura su debilidad, y advirtiéndoles que el momento se acerca. „Levantaos, vamos, ya llega el que me ha de vender." [S. Mat. XXVI. 46.] Judas no venia solo, seguíale una especie de peloton *achispado* casi compuesto enteramente de criados del gran sacerdote, á quienes Salvador condecora con el título de *milicia legal*. Si en aquel barullo se hallaban algunos soldados romanos, iban por curiosidad, sin haber sido legalmente llamados, pues que el gobernador romano, Pilato, nada habia oido hablar en el asunto.

Este arresto de Jesus, y á hora semejante, manifestaba tal carácter de violenta agresion, que los discipulos se preparaban á repeler la fuerza por la fuerza. Malco, criado audaz del sumo sacerdote, arrojándose ante todos á apoderarse de Jesus, recibió de Pedro, no menos resuelto que él, una cuchillada en la oreja derecha.

Continuar pudiera con feliz resultado la resistencia, á no ser por la oposicion de Jesus. Pero la prueba de que Pedro, aunque hizo correr sangre, no resistió á una *órden legítima*, á un *juicio legal*, lo cual hubiera convertido su resistencia en un acto de *rebelion á mano armada contra un mandato de justicia*, bien claro se muestra al verse qne no fué arrestado, ni al instante mismo, ni despues en casa del sumo sacerdote, á donde siguió á Jesus, y donde visiblemente fué reconocido por una criada del pontífice y por un pariente de Malco.

Tan solo Jesus fué arrestado; y á pesar de no haber opuesto personalmente activa resistencia, sino por el contrario, retenido la de sus discípulos, se le ata como á un facineroso, *et ligaverunt eum*. Criminal rigor, puesto que era innecesario para asegurar á un hombre solo opuesto á numeroso tropel de gente armada de espadas y garrotes. *Quasi ad latronem existis cum gladiis et fustibus*. [S. Luc. XXII—52.]

4.

Mas irregularidades en el arresto.—Captura de persona.

Arrastran á Jesus; y en vez de conducirle al instante á la presencia de un magistrado competente, condúcenle á la casa de Anas, que no tenia mas título que ser *suegro* del *sumo sacerdote*. [S. Juan XVIII—13.] Si semejante paso fué dado *para que viera* tan rara curiosidad, no podia permitirse, y ya era una vejacion, una irregularidad.

Condujéronle de la casa de Anas á la del sumo sacerdote, siempre *atado*. (S. Juan. XVIII

(2) Como verbigracia el de Estevan, á quien los mismos sacerdotes hicieron despedazar por el populacho sin prévio juicio.—OCCIDERE. *Non occides*, Deuteron. V. c. 17.—Veneno homines occidere. Cic. pro Roscio 61 —Virginiam filiam suá manu occidit Virginius. Cic. 2. de finib. 107.—Non hominem occidi. Horat. 1. epist. 17 10.—Inermem occidere. Ovid. 2. fast. 139.—INTERFICERE.—Feras interficere. Lucret. lib. 5. V. 251.—Interfectus in acie. Cic. 2. de finib. 103.—Cæsaris interfectores. Brutus Ciceroni. 16. 8. Interfectoren Grachi. Cicpe clar. Orat. 66.

[3] ¿Podrá creerse que Tertuliano y san Irineo hayan tenido necesidad de refutar seriamente á algunos escritores de su tiempo, á quienes la condncta de Judas parecia; no digo escusable, sino admirable y en estremo meritoria; „por el inmenso servicio, decian, que habia hecho á la humanidad *preparando la redencion*."

De esta manera en cierto tiempo viéronse ladrones del erario que robando hacian un bien, segun ellos, pues decian que así debilitaban la usurpacion y preparaban la legitimidad!

24.) Paránlo en el patio; hacia frio, y encendieron fuego, era de noche y á la claridad de dicho fuego reconocieron á Pedro las gentes de la casa. Nueva infraccion, pues que la ley judaica prohibia el *proceder de noche*.

En semejante estado de persona en una casa privada, en un patio, y abandonado a unos criados ¿de qué modo fué tratado Jesus? Los que tenian á Jesus, dice S. Lucas, se *mofaban* de él, y le *golpeaban*; y habiéndole vendado los ojos, le daban *bofetones*, y le preguntaban, diciéndo: Adivina quien es el que te ha herido, Y repetian otros muchos dicterios blasfemando contra él."(XXII. 63, 64, 65.) ¿Diráse acaso, como Salvador, que esto no lo veia el senado? Esperemos pues que el senado despierte, y veamos si sabe proteger ál acusado.

5.°

Capcioso interrogatorio.—Demasias usadas con Jesus.

El gallo habia cantado ya!.... Aun no era de dia. ,,Congregarónse los ancianos del pueblo y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y haciendo comparecer á Jesus en su concilio, comenzaron á interrogarle. (Luc. XXII. —66.)

Obsérvese que á no haber estado arrebatados del odio contra Jesus, hubieran debido no solamente diferir el proceso porque era de *noche*, sino aun sobreserlo, puesto que estaban en la *Pascua*, fiesta entre ellos la mas solemne; y su ley mandaba que no se efectuase juicio alguno en dia *feriado*, bajo pena de nulidad (4). Veamos sin embargo quien acusa á Jesus.

Caifás mismo, quien si quiere permanecer *juez*, es recusable evidentemente; puesto que en una anterior junta se presentó como acusador de Jesus (5). Sin haberle siquiera visto ú oido lo declaró *digno de muerte*. Dijo á sus cólegas ,,que era *útil* que uno solo muriera por todos." (Juan.—XVIII—14.) Tal era la opinion de Caifás; no nos asombremos cuando le veamos manifestar gran parcialidad.

En vez de interrogar á Jesus sobre sus *actos positivos* y circunstanciados, y *sobre hechos personales*, interrógale Caifás sobre *hechos generales*, sobre sus *discípulos*, á quienes mas natural era llamar como testigos, y sobre *su doctrina*, que no era mas que una abstraccion mientras no se dedujera de sus actos exteriores. Entretanto el pontífice se puso á interrogar á Jesus sobre sus discípulos y doctrina.—*Pontifex ergo interrogavit Jesum de discipulis suis, et de doctrina ejus.* (San Juan. XVIII—19.)"

Jesus responde con dignidad: ,,He hablado públicamente á todos: siempre he enseñado en la Sinagoga y en el templo, á donde concurren todos los judios, y nada he hablado en secreto. (Id. 20.)

,,¿Qué me preguntas á mí? Pregunta á los que me han oido *lo que yo les he enseñado*, pues ellos saben cuales cosas haya dicho yo. (Id 21.)

,,A esta respuesta, uno de los ujieres ministros asistentes dió *una bofetada* á Jesus, diciendo: ¿Así respondes tú al pontífice? (Id. 22.)»

¿Diráse tambien que este ultraje es una falta individual y que solamente es culpable el que hirió al acusado?—Responderé que por esta vez el caso ha pasado delante de todo el consejo, y como el pontífice que presidia no reprime al acusado, resulta á mi ver que es cómplice tambien, sobre todo, cuando con este ultraje se pretestaba vengar su dignidad creyéndola insultada. ¿Y cómo pudiera parecer ofensiva la respuesta de Jesus? ,,Si he hablado mal, díjole este, manifiesta lo malo que he dicho; pero si bien, ¿por qué me hieres?"(6). (S. Juan. XVIII.—23.)

No habia escusa en este dilema. Acusaban á Jesus: pues á los que le acusaban, y el primero entre todos, Caifás, tocaba probar la acusacion. Un acusado no tiene la obligacion de acriminarse á sí, preciso era convencerle por medio de testigos: el mismo los reclamaba: véamos pues cuales le fueron presentados.

6.

Testigos.—Nuevo interrogatorio.—Juez irritado.

,,Mientras tanto los príncipes de los sacerdotes, con todo el consejo, andaban buscando contra Jesus algun testimonio para condenarle á muerte (*ut eum morti tarderent*), y no le hallaban. (S. Marc. XIV.—55.)»

,,Porque dado que muchos *atestiguaban falsamente* contra él, los tales testimonios no estaban acordes. (Id. 56.)»

Levantarónse algunos y presentaron *un falso testimonio* contra él en los terminos siguien-

(4) Véanse sobre esto los escritores judios que cita Prost de Royer, tom. 2 pág. 203, en la palabra Acusacion.

[5] Conviene en ello Salvador: ,,Caifás constituyóse acusador suyo." Dice, pág. 85.

[6] Habiendo el gran sacerdote Ananías mandado que hiriesen á S. Pablo en el rostro, le dijo Pablo: ,,Dios te herirá, pared blanqueada. ¿Tú estás sentado para juzgarme segun la ley, y contra la ley mandas herirme?" [Hech. Apost. XXIII. 3.]



tes: „Nosotros le oimos decir: yo destruiré este templo hecho de mano de los hombres, y en tres dias edificaré otro que no será obra de mano de hombres. (Id. 57. 58.)»

„Pero tampoco en este testimonio estaban acordes. (Id. 59.)»

Salvador dice sobre este punto (pág. 87) que „los dos testigos que S. Mateo y S. Márcos acusan de *falsedad*, refieren un discurso que S. Juan declara *verdadero* con respecto al poder que se atribuye Jesucrito.» Pero esta supuesta contradiccion de los evangelistas no existe. San Mateo no dice que el discurso sea de Jesus. En el cap. 26 v. 61, refiere la deposicion de los testigos, pero diciendo al mismo tiempo que son *testigos falsos*, y en el cap. 27 v. 40 pone la misma asercion en boca de los que insultaban á Jesus al pié de la cruz, mas no la pone en la de Cristo. Acorde está con S. Márcos.

San Juan, cap. II v. 19, hace hablar á Jesus de esta manera: „Respondió á los judíos: *destruid este templo y yo lo reedificaré en tres dias.*" Y añade S. Juan: „Entendia por esto el templo de su cuerpo.»

Así Jesus no habia dicho de una manera afirmativa, y hasta cierto punto amenazadora: *yo destruiré el templo*, como los testigos *falsamente* lo suponian, habia tan solo dicho hipotéticamente: *destruid este templo*, esto es: suponed que ese templo sea destruido, y yo lo reedificaré en tres dias.

Ademas, no pueden negar que se trataba de otro templo y no del suyo, puesto que dice: „en tres dias edificaré otro *que no será obra de mano de hombres*.»

Resulta pues, cuando menos, que los judios no le comprendierou, pues exclamaron: „Cuarenta y seis años se han gastado en la reedificacion de este templo; ¿y tú le has de levantar en tres dias?» (S. Juan. II.—20.)

„De modo que los testigos no estaban acordes, y nada podia sacarse de sus declaraciones. *Et non erat conveniens testimonium illorum.* (S. Marc. XIV.—59.)

Fuerza era buscar otras pruebas.

„Entonces el sumo sacerdote (no olvidemos que siempre es el *acusador*) levantándose en medio del congreso, interrogó á Jesus, diciéndole: „¿No respondes nada á los cargos que te hacen estos?»—Jesus empero callaba, y nada respondió. (S. Marc. XIV.—60—61.)

Con efecto, no tratándose del templo de los judios, sino de un templo ideal, no edificado por mano de hombres, y que únicamente residia en la mente de Jesus, la solucion estaba en el cargo mismo.

Prosigue el sumo sacerdote: „Yo te conjuro de parte de Dios vivo, (*adjuro te per Deum vivum*) que nos digas, si tú eres el Cristo, Hijo de Dios.» (S. Mat. XXVI.—63.)—¡Yo te conjuro! ¡júrame aquí! Notable infraccion á aquella regla de moral y de jurisprudencia que no pasa por colocar á un acusado entre el peligro del perjurio y el temor de agravar su causa y empeorar su situacion!—Apesar de todo, el sumo sacerdote insiste y le dice: „¿Eres tú el Cristo, *Hijo de Dios* (7)?» Respondió Jesus: „tú lo has dicho, *tu dixisti.* (S. Mat. XXVI. 64.) Yo soy; *ego sum.*» (S. Marc. XIV. 62.)

„A tal respuesta, el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: *¡Blasfemado ha! ¿qué necesidad teneis ya de testigos*, vosotros mismos acabais *de oirle blasfemar*: ¿qué os parece?—A lo que respondieron ellos diciendo: „Reo es de muerte. *Reus est mortis.* (Mat. XXVI.—65.—66.)»

Compárese ahora tan violenta escena con la apacible deduccion de principios que aparece en el capítulo de Salvador, *de la administracion de justicia*, y luego pregúntese si, como él lo pretende, hay una exacta *aplicacion* en el proceso contra Cristo?....

¿Por dicha encontramos aquí ese respeto del juez hebreo al acusado, cuando vemos que Caifás permite que le hieran *impunemente* en su presencia?

¿Y qué es Caifás, á la par *acusador y juez?* (8) Hombre parcial y muy semejante al odioso retrato que de él nos ha dejado el historiador Josefo (9). Un juez que monta en cólera, que se arrebata hasta el grado de rasgar sus vestiduras! qué impone al acusado un temerario juramento y que acrimina todas sus respuestas, *blasfemado ha!* Y por esto ya no quiere testigos por mas que los exija la ley! No quiere pesquisa alguna, cuya impotencia conoció! Quiere (lo cual tambien le prohibe la ley hebrea) que el acusado sea *sentenciado bajo su sola decla-*

---

[7] Salvador en su nota, pág. 82, conviene en que „la espresion *Hijo de Dios* era de comun uso entre los hebreos para señalar á todo hombre de gran sabiduría, y suma piedad." Añade empero que „*no en este sentido* usaba de ella Jesus, pues no hubiera excitado tan viva sensacion."—Por *interpretacion* solamente y desencajando estas palabras de su *comun sentido*, es como se quiere sacar un capítulo de acusacion contra Jesus.

(8) *Y juez.* Esto es, que usurpaba las funciones de tal, pues que veremos en el siguiente parágrafo que al consejo de los judios solo pertenecia el juicio de las acusaciones capitales.

(9) Antig. judaic. lib. 18 cap. 3 y 6.

racion, tal como la ha presentado él mismo y solo él. Y en el mas insensato enagenamiento de cólera, es cuando este acusador, sumo sacerdote, que pensaba hablar en nombre de Dios vivo, antes que todos opina por la muerte y arastra de súbito los demas votos tras sí.

En tan repugnantes rasgos no puedo reconocer esa justicia hebrea, cuyo lienzo deslumbrador nos dibuja el Sr. Salvador en su *teoría*.

7.

Otras violencias.

Inmediatamente despues de esta especie de sentencia sacerdotal arrojada contra Jesus, las violencias y los insultos renacen con mayor fuerza; la rabia del juez preciso es que se comunique á los concurrentes. ,,Luego, dice S. Mateo, empezaron á escupirle en la cara y á maltratarle á puñadas, y otros le daban bofetadas, diciendo: ,,Cristo, profetízanos quien es el que te ha herido?" [S. Mat. XXVI.—67—68.]

Salvador no disputa sobre la realidad del mal trato, página 88, ,,contrarios son, dice, al espíritu de la ley hebrea, y no es conforme al curso de la naturaleza que un senado compuesto de los hombres mas respetables de una nacion, que un senado que tal vez se engaña, pero que piensa *obrar á la ligera*, haya permitido semejantes ultrajes con el hombre, cuya vida estaba en sus manos. Los escritores que nos han transmitido este pormenor, no habiendo asistido en persona al consejo, han podído cargar el cuadro, ya por sus particulares afecciones, ya por cubrir á los jueces con mayor descrédito.»

Respondo: Ese mal trato es contrario al espíritu de la ley; y ¡qué mas me falta, puesto que mi objeto es *hacer resaltar todas las infracciones de la ley!*—Contrario és á la naturaleza que un cuerpo respetable autorize semejantes atentados;—¿qué importa si el hecho es constante?—,,Los historiadores, se nos dice despues, no asistieron en persona al proceso.» ¿Y Salvador asistió á él para poder desmentir á aquellos? Y cuando un hábil escritor, aunque no testigo ocular, cuenta el mismo acaecimiento pasados ya mas de diez y ocho siglos, fuerza era por lo menos que presentara testigos contrarios para debilitar el de los contemporáneos, que si no estaban en la sala del consejo, estando indudablemente en los parajes citados en la vecindad, quizá en el patio, se informaban con ansiedad de todo lo que acaecia al hombre de quien eran discípulos [10]. Ademas, el docto escritor que combato dijo al principio, pág. 81, ,,que de los Evangelios mismos sacaria todos sus hechos." Preciso es admitirlos en contra como en favor.

Insultos tan groseros, violencias tan inhumanas, aun despachándoselas á los sirvientes del sumo sacerdote y á las personas de su comitiva, no escusan á los que, atribuyéndose la autoridad de jueces de Jesus, debian á la vez escudarle con toda la proteccion de la ley. Y Caifás seria culpable como señor de casa, pues esto pasaba en la suya, cuando no lo fuera como sumo sacerdote y como presidente del consejo, por haber tolerado demasias, que por otra parte no desdecian con la cólera que habia manifestado en su puesto.

Semejantes arrebatos, inescusables aun cuando fueran contra un hombre irrevocablemente sentenciado á muerte y entregado al suplicio, eran tanto mas criminales tratándose de Jesus, cuanto que contra él, legal y jurídicamente hablando, no habia aún condenacion propiamente dicha, segun el derecho público que regia en el pais, como lo veremos en el siguiente parágrafo, digno de toda la atencion del lector.

Posicion de los judios tocante á los romanos.

No olvidemos que la Judea era pais conquistado.

Despues de la muerte de Herodes, malamente apellidado *el grande*, Augusto habia confirmado el testamento en el que dicho rey judio arreglaba la particion de sus estados entre sus dos hijos; pero el título de *rey*, que su padre habia tenido, Augusto no les concedió.

Arquelao, á quien tocó la Judea, fué lanzado por sus crueldades, y el pais, al principio confiado á su gobierno, fué agregado á la provincia de Siria. [*Josefo. Antig. jud. cap.* 15 *lib.* 17.]

Despues dió Augusto administradores particulares á la Judea; Tiberio hizo lo mismo y en la época de que tratamos, Pilato era uno de tales comisionados. *(Josefo. lib.* 18 *cap.* 3 *y* 8.*)*

Algunos consideraban á Pilato como gober-

(10) ,,Ibale Pedro siguiendo de léjos, hasta llegar al palacio del sumo pontífice. Y habiendo entrado se estaba sentado con los demas sirvientes para ver en que paraba aquello."

Petrus autem sequebatur á longe, usque in atrium principis sacerdotum, et ingressus intro, sedebat cum ministris, ut videret finem. (Mat. XXV. 58.) Otro tanto sucede con aquel mancebo de que habla S. Marc. XIV. 51. ,,*Cierto mancebo le iba siguiendo.... Adolescentulus quidam sequebatur &c.*

nador *(en titre)*, y le han llamado *Praeses;* pero se equivocan y no han conocido el valor de la palabra. Pilato era uno de esos funcionarios que llamaban *procuratores Caesaris.*

Con el titulo *procurator Caesaris*, estaba bajo la autoridad superior del gobernador de Siria, verdadero *praeses* de la provincia, de la que la Judea no era otra cosa que una dependencia.

Al gobernador [*praeses*] pertenecia principalmente, por su titulo, el derecho *de intervenir en las acusaciones capitales* [11]. El *procurator* al contrario, no tenia mas principal funcion que la recaudacion de impuestos y el juicio de *causas finales.* Pero el derecho de conocer en las acusaciones capitales, á veces pertenecia tambien á ciertos *procuratores Caesaris*, enviados á las provincias de poca valía, al lugar y puesto del gobernador, *vice praesidis.* Claramente resulta así de las leyes romanas [12].

No era otra cosa Pilato en Jerusalen.

En semejante situacion política colocados los judios, por mas que les dejasen el uso de sus leyes civiles, el público ejercicio de su religion, y muchas otras cosas tocantes solo á la policía y régimen municipal; digo pues que los judios no tenian *el derecho de vida y de muerte*, principal atributo de la soberanía, que los romanos cuidadosamente se reservaron, aun cuando veian con desden lo demas. *Apud Romanos, jus valet gladii; caetera transmituntur.* Tacit.

Luego ¿cuál era el derecho de las autoridades judias con respecto á Jesus?—Cierto es que los príncipes de los sacerdotes, los escribas y sus amigos los fariseos pudieron alarmarse ora reunidos, ora cada uno de por sí; entrar en cuidado por su culto, interrogar al hombre tocante á sus creencias y doctrinas, formar una como instruccion preparatoria, y hasta declarar como indudable que tales doctrinas, si amenazaban las suyas, estaban á la vez contrapuestas á su ley, segun la interpretacion que le daban....

Empero esta ley, si bien no habia padecido alteracion en el órden religioso, no tenia ya fuerza coercitiva en el órden exterior. Hubiera en vano pronunciado la pena de muerte en el caso en que querian poner á Jesus, pues el consejo de los judios no poseía el poder de *sentenciar à muerte*, únicamente tendria el derecho de acusar á Jesus ante el gobernador ó su delegado, y entregárselo para que lo juzgara.

Aclaremos este punto, porque sobre ello estoy totalmente en contraposicion del Sr. Salvador. Segun él (pág. 88): „Los judios *conservaban la facultad de juzgar conforme á su ley:* en las manos empero del procurador residia tan solo el poder ejecutivo; sin su consentimiento á ningun reo se podia dar la muerte, con el objeto de que el senado no pudiera perjudicar á los hombres vendidos al estrangero."

No hay tal: los judios no conservaban el derecho de *juzgar á muerte.* La conquista habia trasladado á los romanos este derecho; y no solamente porque el senado no pudiese perjudicar á los hombres *vendidos al estrangero*, sino tambien porqne el vencedor pudiera perjudicar á los que se mostraran *incómodos bajo el yugo;* y en fin, para la igual proteccion de todos, puesto que todos eran ya súbditos de Roma, y á Roma puramente pertenecia la alta justicia, principal atributo de la soberanía. Pilato, representante del César en la Judea, no era tan solo un agente del *poder ejecutivo*, lo cual era dejar en manos del vencido el *poder jurídico* y el *legislativo;* no era tan solo encargado de dar un *exequatur*, un simple *visto bueno* á las *sentencias* dadas por *otra autoridad*, una autoridad *judia.* Tratándose de una acusacion capital, la autoridad romana no tenia solamente *executio*, sino el conocimiento mismo del delito, *cognitio;* esto es, el derecho de conocer *á priori* en la acusacion, y el *de juzgarla soberanamente.* Si Pilato no hubiera tenido este poder por delegacion especial, *vice praesidis*, hubiera este derecho residido en la persona del gobernador de quien dependia; mas sea como fuere, consta que los judios habian perdido el derecho de *condenar á muerte* á quien quiera que fuese, no tan solo en lo que toca á la *ejecucion*, pero aun en el *fallo;* y es este uno de los puntos mas constantes del derecho provincial de los romanos.

No lo ignoraban los judios; pues cuando se presentan á Pilato pidiéndole la condenacion

(11) *De crimine*, praesidis cognitio est. Cujas, XIX. Observ. 13.

[12] Procurator Caesaris *fungens vice praesidis*, potest cognoscere *de causis criminalibus.* Godefroy, en su nota [letra S] sobre la ley 3 al Código, ubi *causae fiscales*, etc. Y cita ademas otros muchos que he verificado y que son muy precisos en el sentido mismo. Véase principalmente la ley 4 Cod. *ad leg. fab. de plag.* y la ley 2 al Código *de paenis.*

Procuratoribus Caesaris data est jurisdictio in causi. fiscalibus pecuniariis, non in criminalibus, nisti cum fungebantur *vice praesidum* ut Pontius Pilatus fuit procurator Caesaris, vice praesidis in Sirià. *Cujas*, observ. XIX. 13.

de Jesus, ellos mismos proclaman que no les es permitido hacer morir á nadie.

Nobis non licet interficere quemquam. [S. Juan. XVIII. 31.]

Aqui puedo afortunadamente apoyarme en la muy respetable autoridad del célebre Loiseau, *(Tratado de dominios*, en el capítulo de los *Justicias de las ciudades)*: „Y cierto, dice, parece que la policía, en la que el pueblo solamente es interesado, deba administrarse por empleados populares; pero no sé en qué se han fundado las concesiones atribuidas á algunas ciudades de Francia de poseer la justicia criminal, y por qué la ordenanza de Moulins se la concede mas bien que la civil; pues que la justicia criminal es el *derecho de espada*, es el *merum imperium....* Tambien en el derecho romano estaba la justicia tan separada de los empleados de las ciudades, que no tenian ni aun la facultad de imponer una simple multa. No cabe duda *que así se debe entender* aquel paso del Evangelio en que los judios dicen á Pilato: *Non licet nobis interficere quemquam*, porque no poseían la justicia criminal desde que cayeron bajo el dominio romano."

Sigamos á Jesus ante Pilato.

9.

Acusacion ante Pilato.

Aquí sobre todo llamo la atencion del lector. Las irregularidades, las violencias que hasta aquí he notado, nada son comparándolas con el desencadenamiento de pasiones que va á presentarse ante el juez romano para arrancarle, contra su propia conviccion, una sentencia de muerte.

„Luego que amaneció, habiéndose juntado para deliberar los sumos sacerdotes, con los ancianos y los escribas, y todo el consejo, ataron á Jesus, y le condujeron y entregaron á Pilato." Marc. XV.-1.

Luego que amaneció; porque, como ya lo noté antes, todo lo hecho hasta aquí contra Jesus, fué *de noche*.

„Llevaron despues á Jesus desde casa de Caifas al pretorio de Pilato." (13)

„Era la mañana, y ellos no entraron al palacio por no *contaminarse*, y poder comer la Pascua."—Juan-XVIII.-28.

¡Peregrino escrúpulo! y muy digno de los fariseos. ¡Temen *contaminarse, el dia de Pascua* entrando á la *casa de un pagano!* y el mismo dia, pocas horas antes de presentarse en casa de Pilato, habian con menosprecio de su ley, cometido la enorme infraccion de *reunirse en consejo*, y deliberar sobre una *acusacion capital!*

No queriendo ellos entrar, „Pilato salió á verlos *á fuera*"—(Juan XVIII-29)—Parad bien la atencion en esto; no les dice: *¿Donde está la sentencia que habeis pronunciado?* como debiera hacerlo, si no tuviera que dar mas que un simple *exequatur;* sino que toma las cosas desde su origen, como debe hacerlo quien tiene *plena jurisdiccion;* y les dice: „*¿De qué crímen acusais* á este hombre?" (id.)

Y responden con su acostumbrada soberbia: „Si este no fuera *malhechor*, no le hubiéramos puesto en tus manos." (Juan—XVIII-30.) Querian pues dar á entender con esto que si se tratara de *blasfemias* siendo *causa de religion*, ninguno era mejor apreciador que ellos. Asi Pilato se hubiera reducido á creerlos bajo *su palabra*; pero el romano, incómodo de pretensiones que restringian su competencia haciéndole pasivo instrumento de la voluntad de los judios, les respondió irónicamente: „Bueno: pues que decis que ha pecado contra vuestra ley, tomadle vosotros y segun vuestra ley juzgadle." —*Accipite eum vos, et secundum legem vestram judicate eum.*" (Juan XVIII—31.)

Verdadero chasco llevaron con tal respuesta, pues reconocian su impotencia para condenar por si mismos á muerte. Se sometieron por precision, y presentaron á Pilato *las causas de la acusacion.*

¿Y cuales serán estas causas? ¿Sin duda las *mismas* que han sido hasta aquí alegadas contra Jesus: la acusacion de *blasfemia*, la única que presentó Caifas ante el consejo de los judios? Nada de eso: desesperanzados de conseguir del juez romano una sentencia de *muerte* por una *cuestion religiosa* que no era de interes para los romanos, (14) cambian prontamente de sistéma, desisten de su primera acusacion, la de blasfemia, y sustituyen una *política, un crímen de estado.*

Aquí está el modo de la pasion, y aquí está lo que mas animadamente acusa á los delatores de Jesus. Pues que posesionados de la idea de perderlo á todo trance, ya no se presentan

(13) Dice el autor de este libro que es ya frase proverbial *llevar de Caifas á Pilato.* En México se dice *llevar de Herodes á Pilato* —N. del T.

(14) Así Lysias escribia al gobernador Felix con motivo á Pablo: „Pero encontrado he, que no era acusado de otra cosa que de ciertas acciones tocantes á su ley, sin que crímen alguno tenga digno de muerte ó prision Hech. de los apóstoles. XXIII. 29.

ahora como vengadores de *su religion* ultrajada supuestamente y de su culto amenazado segun ellos, sino que cesando de ser judios, para fingir afectos estrangeros, estos hipócritas ya solo se manifiestan ocupados de los intereses de Roma; acusan á su compatriota de querer restaurar el reino de Jerusalen, hacerse rey de los *judios*, y sublevar al pueblo contra los conquistadores.

Que hablen ellos mismos:

„Y comenzaron á *acusarle*, diciendo: Hemos hallado á este hombre pervirtiendo á nuestra nacion, y vedando pagar los tributos á César, y diciendo que él es el Cristo-*rey*" (Luc. XXIII. 2.)

¡Notable calumnia! ¡Jesus vedaba pagar los tributos á César! y habia respondido á los mismos fariseos en presencia de todo el pueblo, y mostrando en una moneda romana la efigie de César: *Dad á César lo que es del César.* Pero tal acusacion servia para interesar la competencia de Pilato, quien, como *Procurator Caesaris*, estaba encargado de la recaudacion de los impuestos. La segunda parte de la acusacion tocaba mas directamente aun á la soberania romana: „Se dice *Rey*."

Tomando de esta manera la acusacion un carácter enteramente político, creyó Pilato, fijar en ella su atencion. „Entrando de nuevo en el pretorio (lugar donde se administraba justicia) y haciendo *comparecer* á Jesus (procede á su interrogatorio) le preguntó: ¿Eres tú *el rey de los judios?*" (Juan. XVIII-33.)

Con estrañeza oye Jesus una pregunta tan diversa de las que le dirigieron en casa del gran sacerdote, y á su vez pregunta á Pilato: „¿Dices tú eso de tí mismo, ó te lo han dicho de mi otros?" (id. V. 34.)

De facto, ante todas cosas queria Jesus conocer á los autores de esta nueva acusacion: ¿Los *romanos* ó los *judios* son los que me acusan de esta manera?

„Replicóle Pilato: ¿Ignoras acaso que no soy judio? Los de tu nacion y los pontífices te han entregado á mi: ¿qué has hecho tú?" (id. V. 35.)

Preciosos son todos los pasos de este juicio. No me canso de decirlo: absolutamente se ha tratado ante Pilato de una condenacion anterior, de un juicio formado ya, de una sentencia que solamente se tratase de ejecutar; es una acusacion que principia, estamos en el *interrogatorio* del acusado; dícele Pilato: *¿que has hecho tú?*

Conociendo Jesus por la esplicacion que ha oido de donde nace la *prevencion*, y descubriendo el secreto pensamiento que sobresalia en el fondo de la acusacion, y como sus enemigos por una vuelta querian llegar al punto mismo, respondió á Pilato: „*Mi reino no es de este mundo*: si de este mundo fuera mi reino, claro está que mis gentes me habrian defendido para que no cayese en manos de los judios;" (y en efecto, hemos visto que Jesus vedó á sus gentes el resistir;) „pero dice aun otra vez: *Mi reino no es de acá.*" (Juan, XVIII-36.)

Notable es esta respuesta de Jesus: ha llegado á ser el fundamento de su religion y la prenda de su universalidad, porque se desprende de todos los gobiernos. Y no ha sido dada únicamente como asercion, como doctrina, sino tambien como *justificacion*, como defensa contra la acusacion de quererse hacer *rey de los judios*. Indubitablemente, si Jesus hubiera afectado una *magestad temporal*, si hubiera tentado usurpar en lo mas leve *el poder del César*, hubiera sido culpable de lesa magestad á los ojos del magistrado. Pero respondiendo dos veces *mi reino no es de este mundo*, mi reino *no es de acá*.... completa es la justificacion.

Todavia insiste Pilato diciéndole: „¿Con que tú eres rey? Respondió Jesus: Tu dices que yo lo soy: *tu dicis quia rex ego sum.* Lo que es yo, nací y vine al mundo para dar testimonio de la *verdad.* Todo aquel que pertenece á la *verdad* escucha mi voz." (XVIII.-37.)

„Dícele Pilato: *¿Que es la verdad*"?

Manifiesta la pregunta que Pilato no tenia una idea muy exacta de lo que Jesus llamaba la *verdad.* No veia en ello mas que lo tocante á la *ideologia;* y satisfecho de haber dicho, no como pregunta (pues que no esperó respuesta) sino mas bien como una especie de esclamacion: ¡*Que es la verdad*! „Salió á los judios (que habian quedadóse fuera,) y les dijo: *Yo ningun delito hallo en este hombre.*" (Juan.—XVIII.-38.)

He aquí á Jesus absuelto de la acusacion por boca del mismo juez romano.

„Pero los acusadores, insistiendo mas y mas *añadieron*: *subleva* al pueblo con la *doctrina* qne *enseña* en toda la Judea, desde Galilea, donde comenzó, hasta aquí." [Luc. XXIII-5.]

¡Subleva al pueblo! es una acusacion de sedicion para mover á Pilato. Pero hagamos alto en estas palabras: *con la doctrina que enseña*, pues que ocultan el gran contrafuero de los sacerdotes judios; y vale tanto para ellos como decir: *Enseña* al pueblo, le instruye, le alumbra; predica *nuevas doctrinas* que no son las *nuestras.* ¡Subleva al pueblo! que vale tanto

para ellos como: el pueblo le escucha gustoso! el pueblo le sigue y le cobra aficion, pues que predica una doctrina consoladora y amiga del pueblo; y arranca la máscara á nuestra avaricia, á nuestro insaciable espíritu de dominio... Todavia Pilato parece no dar grande importancia á esta nueva faz de la acusacion; pero descúbrese aquí su debilidad, puesto que oyendo la palabra *Galilea*, entrevé la coyuntura de despacharle la responsabilidad á otro funcionario, y vorazmente se apodera de ella. „¿Conque eres Galileo? dijo á Jesus." Y oyendo que sí, y considerándole al mismo tiempo como sugeto á la jurisdiccion de Herodes-Antipas, que, con el permiso de César, era tetrarca de Galilea, se le envió. [Luc. XXIII.—6 y 7.]

Mas Herodes, que tiempo ha deseaba, dice S. Lucas, *ver á Jesus*, y que hubiera querido verle hacer *algunos milagros*, despues de satisfacer su frívola curiosidad, y despues de dirigidas muchas preguntas á Jesus que no se dignó responderle; Herodes, no curándose de la presencia de los sacerdotes, que no desamparaban su víctima (pues que estaban allí, *stabant* con sus escribas) y no curándose de la terquedad conque ellos seguian inculpando á Jesus; digo pues que Heródes, no viendo mas que delirios en la tal *acusacion de lesa-magestad*, hizo del asunto una farsa para divertirse, y devolvió el acusado a Pilato, despues de haberle mandado *revestir con una túnica blanca*, dando á entender con esto que la supuesta magestad le parecia mas digna de excitar el buen humor que el miedo. (Luc. XXIII.—8 y sig.)

10.

Ultimos esfuerzos ante Pilato. —Conclusion.

De manera que nadie queria condenar á Jesus: ni Herodes que no vió otra cosa en él que un objeto de burlas; ni Pilato que altamente declaró no encontrar en él crímen alguno.

No estaba desarmado, el rencor sacerdotal; todo lo contrario, pues los pontífices, con numerosa comparsa de secuaces suyos, volvieron á Pilato, resueltos á forzar su mano.

El malhadado Pilato, bosquejando su anterior conducta, les dice todavia: „Habeisme vosotros presentado á este hombre como alborotador del pueblo, y hé aquí que habiéndolo yo interrogado en presencia vuestra, *ningun delito de los que decis he hallado en él*; pero ni tampoco Herodes, puesto que os remití á él. *y así como yo, no le ha juzgado digno de muerte*. Por tanto despues de castigado le dejaré *libre*." (Luc. XXIII.—14, 15, 16.)

¡Despues de castigado! Pues le consideraba inocente, ¿no era esto ya una crueldad?. (15) Pero era una condescendencia con la que pensaba calmar el furor de que estaban poseidos. „Tomó Pilato á Jesus y mandó *azotarle*." (Juan XIX.—1.)

Y figarándose que con aquello bastaba para desarmar su cólera, mostróselos en tan lamentable estado, y les dijo: Mirad al hombre: *Ecce homo*.(Juan XIX.—5.)

Y ahora digo yo: he aquí la sentencia de Pilato: ¡sentencia injusta! pero en fin no es la supuesta sentencia de los judios; es una decision del todo diferente; injusta pero útil sin embargo para poner fin á los procedimientos y no dar lugar á otros nuevos sobre el mismo hecho. *Non bis in idem*: de los romanos nos ha venido este adagio.

Asi pues „Pilato no buscaba otra cosa, que un medio de *libertar* á Jesus." (Juan XIX.—12.)

Admirese aquí la gran perfidia de sus acusadores! „Si sueltas á ese, Pilato, le gritaban, no eres amigo de César, *Si hunc dimittis non es amicus Caesaris*. Puesto que cualquiera que se hace *rey* se declara contra César!... (id.)

No aparece que Pilato fuera un mal hombre. Vemos los conatos que habia empleado tantas veces para libertar á Jesus. Pero era *funcionario público*; peligraba su *empleo*: intimidáronle voceos que ponian en duda su *fide lidad al emperador*! Temia una *deposicion* ¡cedió, *Cupiebat liberare Jesum; sed, cum mollis erat eorum cedebat affectionibus*.

Sube otra vez á su tribunal. *Pro tribunali sedens*. (XXVII.—19.) Y cual si nuevas luces le hubieran alumbrado, va á pronunciar segunda sentencia!

Y con todo, un instante aun detenido por el grito de su conciencia, y por el consejo que le mandó su muger espantada: „No te mezcles en las cosas de ese justo. [Mat. XXVII. 19.] hizo el último esfuerzo tratando de decidir al populacho á que aceptara en lugar de Jesus á Barrabas.

„Mas los *pontífices* instigaron al pueblo á

[15] Con este motivo Gerhard propone un dilema irrefutable:—„Pilato, atiende á ti mismo. Si el Cristo es inocente ¿por qué no le absuelves? Si juzgas que mereció ser azotado, ¿por qué le proclamas inocente?" —*Audi te ipsum, Pilate: si inocens est Christus, cur non absolvis? Si flagris caedendum judicas, cur innocentem illum pronuntias?*— Gerhar. harm. c. 193. pag. 1889.

que pidiese mas bien la libertad de Barrabas. (Marc. XV.—11.) ¡Barrabas! ¡un homicida! ¡un asesino!

Todavia les dice Pilato: „*¿Pues que quereis que haga de Jesus?*" (Marc. XV.—12.) „Ellos empero gritaban: Crucificale: tolle, tolle, crucifige.—Pilato insiste: *¿A vuestro rey tengo de crucificar?*" usando así de un lenguaje festivo para desarmarlos; pero mostrándose mas romanos aquí que Pilato, respondiéronle hipócritamente los pontífices: *No tenemos mas rey que César*. [S. Juan. XIX.—15.]

Y renovábanse los clamoreos: *Crucifige! crucifige!* y haciase de instante en instante mas amenazadora la gritería: *et invalescebant voces eorum*. (Luc. XXIII.—23.)

Por último Pilato queriendo satisfacer á la multitud, *volens populo satisfacere!*...Pilato va á hablar....¿Podrá llamarse *juicio* el que va á pronunciar? ¿goza en tal momento de la libertad de ánimo necesaria á un juez que se prepara á dar una *sentencia de muerte?*...¿que nuevos testigos, que documentos se han presentado á cambiar su conviccion, aquella opinion tan enérgicamente declarada por la inocencia de Jesus?...

„Viendo Pilato que nada adelantaba en el ánimo de aquella multitud, antes bien que cada vez crecia el tumulto, mandando traer agua se lavó las manos á vista del pueblo, diciéndo: *Inocente soy de la sangre de este justo*: allá os lo veais vosotros." [Mat. XXVII.—24.] Y otorgó lo que pedian. [Luc. XXIII.—24.] Y lo entregó en sus manos para que fuese crucificado. (Mat. XVII.—26.)

....Lava tus manas, Pilato, teñidas están en inocente sangre! Concedistela por debilidad; no menos culpable eres que si sacrificádola hubieses por maldad! Repetido han las generaciones hasta nosotros. El justo padeció bajo Poncio Pilato: *Passus est sub Pontio Pilato!*

Ha quedado tu nombre en la historia para servir de padron á todos los hombres públicos á todos los jueces pusilanimes, donde vean el borron de eterna vergüenza que cubre á todo el que *cede contra su propia couviccion*. El populacho gritaba enfurecido al pié de la tribuna [16]; quizá tú mismo seguro no estabas en tu asiento! ¿que importa? hablaba tu deber; y en semejante situacion, antes que dar la muerte, mucho mejor es recibirla.

Acabemos:

La *prueba* de que Jesus no fué muerto, como sostiene Salvador, por crímen de blasfemia ó sacrilegio, y por haber predicado un nuevo culto en contravencion de la ley mosaica, resulta del *extracto mismo de la sentencia* pronunciada por Pilato, en virtud de la cual fué conducido al suplicio por los soldados romanos.

Existia entre los romanos una costumbre, que hemos tomado de su jurisprudencia, y que está en uso todavia; y es la de poner sobre la cabeza de los sentenciados un letrero con *el extracto de su sentencia*, para que el público sepa *el crímen por que fué* condenado.

Por eso „Pilato mandó poner arriba de la cruz un letrero, en que estaban escrítas estas palabras: Jesus nazareno rey de los judios.—*Jesus Nazarenus Rex Judeorum*. (San Juan.—XIX-19.) que despues ha sido pintado únicamente con las iniciales I. N. R. I.

Y la *causa* de su sentencia, dice San Marc. XV.—26, estaba escrita con esta inscripcion: *El rey de los judios*.

Este rótulo estaba primeramente *en latin*- como el idioma legal del juez romano; y ademas repetido en *hebréo y griego*, para hacerlo inteligible á nacionales y estrangeros.

Los pontífices, cuyo diligente rencor no descuidaba las particularidades mas minuciosas, temiendo que se tomase á la letra como una afirmacion aquello de *Jesus rey de los judios*, dijeron á Pilato: „no pongas *rey de los judios*, sino *que se decia rey de los judios*. Respondióles Pilato: *quod scripsi, scripsi*, lo escrito, escrito." (San Juan.XIX.-21. 22.)

Esto es una victoriosa contestacion al aserto último de Salvador, pag. 88, en que dice que „el romano Pilato firmó la sentencia;" pues siempre quiere que Pilato no haya hecho otra cosa que firmar la sentencia que pretende haber dado el Sanhedrin: pero se engaña. No se limitó Pilato á *firmar*, sino que *escribió*, re-

(16) Citaremos aquí las palabras de una de las mas preciosas leyes romanas: „Deberáse no dar oidos á los vanos gritos del pueblo, cuando absuelven de su crímen á un reo, ó cuando piden que sea condenado un inocente." *Vanæ voces populi non sunt audiendæ, quando aut noxium crimine absolvi, aut innocentem condemnare desiderant*. Ley 12 al cod. *de pœnis*.

Debiera Pilato haber leido en Horacio (Odas. Lib. III.—3):

Justum ac tenacem propositi virum
non civium ardor prava juventium,
mente quatit solidâ.

Versos que procuraremos imitar en castellano:

Nunca el justo varon débil se aflige,
ni su firmo propósito remueve
al impetu tenaz de necia plebe
que la injusticia exige.

dactó la sentencia; tildado en su redaccion, la sostiene: lo escrito, escrito.

He aquí la causa verdadera de la condenacion de Jesus ¡ Aquí tenemos la prueba *judicial y legal*. Jesus fué víctima de una acusacion política! pereció por el imaginario crímen de haber querido atentar contra el poder de César, diciendose *rey de los judios!* Acusacion absurda, á la que nunca dió crédito Pilato; ni se lo dieron los mismos pontífices y fariseos; pues que no se autorizaron con ella para la prision de Jesus, ni de ella habian tratado tampoco en casa del gran sacerdote, sino que fué una acusacion nueva y diferente del todo à la que de antemano tenían meditada, una acusacion improvisada en casa de Pilato, cuando vieron que poco se curaba de su *celo religioso*, y creyeron necesario excitar *su celo por el César*.

Si hunc dimittis, non es amicus Caesaris ¡terribles palabras que desde entonces resuenan corrientemente en los oídos de tímidos jueces, críminales como Pilato, que entregan debilmente al verdugo unas víctimas que no condenarían nunca si escucharan los gritos de su conciencia!

Volvamos á la cuestion tal como la acepté desde su orígen. ¿No es evidente, mal que pese á la conclusion de Salvador, que Jesus, considerado aun como *simple ciudadano*, no fué juzgado, ni *conforme á las leyes*, ni *conforme á las formas establecidas?*

Dios en sus designios eternos pudo permitir que el justo sucumbiera bajo la malicia humana; pero quizo al menos tambien que sucediera esto ofendiendo todas las leyes, y rompiendo todas las reglas establecidas, á fin de que el absoluto menosprecio de las formas, permaneciera como primer indicio de la violacion del derecho.

No seamos pues sorprendidos si en otro lugar de su obra Salvador (hombre que sin pasion discute, y gusto yo de confesarlo) soltó un grano de sentimiento al decir en el t. 1.º p. 59 *el malhadado juicio de Jesus*.—Quizo escusar á los hebreos;... mas uno de ellos habló mejor todavia al dejar escapar de lo íntimo de su corazon, estas palabras que rocogí de sus labios: ,,Ya nos guardariamos de condenarle ahora."

Suprimo la narracion de los insultos que se siguieron á la sentencia de Pilato. Aquel hombre de Cirene, Simon, forzado y en cierto modo asociado al suplicio, obligándole á llevar el instrumento; las injurias que acompañaron á la víctima hasta el lugar de la ejecucion (a); y hasta en la cruz donde Jesus rogaba por sus hermanos y por sus verdugos....

Diré lo á los paganos mismos: Vosotros que tanto ponderasteis, la muerte de Sócrates, como no admirais la de Jesus! Censores del areópago ¿como emprenderiais la escusa de la sinagoga y la justificacion del pretorio? No ha vacilado la filosofia misma en pregonarlo; y repetirlo debemos á par que ella: ,,Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesus son de un Dios (e)."

[a] Et percuntibus addita ludibria.—Tacit, Ann. XV. 44·

[e] Juan Jacobo Rousseau.—*Emilio, libro 4.º*



A LAURA.

En la edad de la inocencia
Te conoció mi ventura
Apacible, tierna y pura
Como el ángel del Señor.
En tí la alta inteligencia,
Su poder mostrarnos quiso,
Y á tu alma dió un paraiso
Lleno de puro candor.

De los tiros del malvado
Te puso en seguro puerto,
Cual crece allá en el desierto
Solitaria hermosa flor.
No con golpe desusado,
Tu corazon inocente,
Latirá triste y doliente
De la conciencia al clamor.

No temas, mi bien, no temas;
Serena brilla en tu asiento
Cual brilla en el firmamento
La luna con su esplendor.
Maldiciones y anatemas
No escucharán tus oidos,
Ni tampoco los gemidos
Que lanza horrible el dolor.

En aqueste eden precioso
La paz su encanto nos brinda,
Y en tus labios es mas linda
La sonrisa del pudor.
¡Oh querida! cuan hermoso
Es vivir entre estas flores
Y escuchar cantos de amores
En vez de cantos de horror.
¿No escuchas el tierno acento
De las aves voladoras
Que tiernas y seductoras
Libres cantan al amor?
No escuchas como en el viento
¿Sus dulces trinos derraman,
Y alegres deidad te aclaman
De este bosque encantador?

De mil esquisitas flores,
A tu divina belleza,
Un trono naturaleza
Ha formado con primor.
Lo custodian los amores,
Con reverencia y desvelo,
Cual los ángeles del cielo
Custodian el del Señor.
De jazmines y de rosas
Adornaré tu alba frente
Y el mas balsámico ambiente
Vagará en tu derredor.
En las tardes calurosas,
Los dos al torrente iremos,
Y en su orilla gozaremos
Del viento murmurador.

Y allí escucharás á solas
Los concentos de mi lira;
Porque á mi alma fuego inspira,
Tu cariño seductor.
Y al estruendo de las olas,
Y al eco de mis canciones,
Gozarás las ilusiones
Del sueño consolador.

Laura mia, tú á mi lado
Vivirás por siempre unida,
Siendo tú mi fiel querida
Y yo tu fiel amador.
Mi encanto es el ser amado
Y merecer tus afectos,
Mas sin violar los preceptos
De la virtud y el honor.

SEBASTIAN SEGURA.

Pachuca, Junio de 1844.

LAS APUESTAS.



Les gageures compromettent
la bourse ou la vanité.

VAMOS haciendo una apuesta, lector?—¿Cuál es? me direis luego, (á penetracion nadie me gana)—Que vais á leer aqueste articulillo de la cruz á la fecha, merced al título con que mi fecunda imaginacion le bautizó. Y á propósito de fechas, protesto ponerlas de hoy en adelante en cuanto escriba, porque es moda, y muy fundada en la conveniencia y la razon. Dígaseme sino ¿cómo podrán salir debidamente coordinadas sin este requisito las ediciones póstumas de nuestros escritos inmortales? y no es cierto que se verian nuestros biógrafos en terribles aprietos, para hacer ver á la posteridad los estupendos progresos que hicimos hasta llegar á la cumbre de la gloria, si estuviesen privados de semejantes datos cronológicos? Luego es de absoluta necesidad el no omitir las fechas, y solamente quisiera yo que una vez sancionada, como parece estarlo por el uso, esta formalidad jurídica, se introdujese tambien la de que cuantos escriben para la posteridad, firmaran con dos ó mas testigos de asistencia que jurasen haber visto escribir al autor sin la menor intervencion de vivos ni de difuntos. Pero necio de mí ¡qué estoy haciendo! proponer juramentos literarios cuando tan mal han probado los políticos, que debian ser mas valederos; cuando en ellos y en la redencion de cautivos no creen ya ni las monjas recoletas. Dejando sin embargo, á los juramentos en su buena opinion y fama, pasemos á hablar de otra manía muy ridícula aunque no sacrílega, que es la de apostar á diestro y siniestro. Tan contagiosa es tal manía, que yo mismo que por convencimiento la censuro, incido á cada paso en ella, pues cierto es que el esmero mismo que ponemos en evitar algun defecto, nos hace á veces incurrir en él con mas frecuencia.

Toda la culpa del mio es de uno de mis conocidos, quien en sus ratos de ocio, que son de sol á sol, viene á verme (ó mas bien á verse en el espejo); y á trabar apuestas sobre cuanto hablamos, á pesar de que yo jamas las admito, por haberme demostrado la esperiencia, que no acostumbra á pagarlas cuando pierde, bien que reclama su importe cada vez que sale ganancioso.

Meditando yo sobre esta originalidad del suso dicho y discurriendo sobre el modo de quitársela, me ocurrió darle por su juego, como suele decirse, y no bien hubo entrado en mi cuarto cierto dia, diciendo antes de verme: „apuesto á que no se ha levantado vd." cuando comenzé abocándole la bateria de apuestas que le tenia preparada, y le dije á mi vez: apuesto á que vd. no ha almorzado aun, y viene á hacerlo conmigo, item mas, apuesto á que viene vd., como de costumbre, con ánimo firme de dedicarme el dia, ó mas claro, (porque las apuestas han de ser claras), con intencion de hacérmelo perder á mí.—„No apuesto en contra, porque perderia evidentememente," fué la contestacion de mi impertérrito conocido, que no entiende, ni quiere entender las indirectas, „pero sí apostaría hasta la camisa, continuó, á que no nos separamos hoy hasta despues de cenar, y cuenta, que á esa hora, quiera vd. ó no, habré de despedirme, porque tengo mucho que hacer, mucho, mucho." Al momento que oí tamaña mentira, traté de hacerle ver que yo tambien tenia ocupaciones importantes, y que por lo mismo debiamos despedirnos en acabando de almorzar; pero él me replicó que no sabia trabajar sino con vela, (creo que se ocupa en quemar moscas) y que aunque tendria el gusto de permanecer á mi lado, esto no me estorbaria atender á mis quehaceres, puesto que él procuraria leer ó hacer algo mientras yo trabajaba. Hacia dias que pugnaba yo

por deshacerme de este boa constrictor, mas como queria hacerlo sin ofenderle gravemente, no me habia decidido aun sobre el partido que debia tomar para verificarlo, asi es que me resolví á sufrirle con paciencia durante aquella jornada, y á sacar partido de mi situacion para divertirme, si posible era, sin echar por eso en olvido el proyecto de hacerle perder la aficion á las apuestas.

De la mesa conduje á mi conocido al balcon, porque ya no hallaba yo sobre que apostarle en el interior de la casa, por haberse agotado mi repuesto y á poco de habernos asomado, divisé á cierto viejo pisaverde, que venia tan bien disfrazado de jóven que, visto de lejos y sobre todo por detras habria llevado gato por liebre la mas lince muger; tal era el esmero y simetria con que el tordillo adonis estaba acicalado y tales los brios que en su andar manifestaba todavia. Luego que le conocí, dije á mi compañero: ve vd. esos primores del arte, ese apuntalado cuello, que *Cupido pone en dura sujecion*' hace la miseria de cincuenta años, ve vd. finalmente á ese lagarto en escabeche, (que asi debe de estar guisado, júzganlo por su duracion), pues apuesto lo que vd. guste á que debe hasta la dentadura con que masca. Pero dígame vd. ¿quien es aquel individuo que viene sumando con los dedos?—Será algun poeta—No tiene traza de tal; con todo, yo apostaria á que si lo es, ademas de ser clásico, su género favorito es la *bucólica*; yo al menos no concibo como pueda ser romántico un poeta barrigudo y que por lo visto tiene la prosodia y el oido en las *uñas;* mas ¡que veo! si es Don Toribio Panasecas, á quien conozco hace años; ya caigo.... apuesto á que no eran silabas las que contaba, sino que venia haciendo corte de caja y distribucion de sus cigarros, que por mas señas son republicanos. No observa vd. que ha sacado la cajilla que los contenia y que los va repartiendo á razon de uno en cada faltriquera? Es para no verse en la precision de dar á nadie, alegando que el que saca es el último.—Semejante miseria no cabe en el ánimo de un pobre, dijo, y muy bien, mi conocido, apuesto á que ese hombre es rico—Asi es la verdad, le contesté; está hidrópico de pesetas y de flemas, por eso tiene semejante esófago.

¡Válame Dios! que por aquella bocacalle descubro á un verdadero original, Don Tácito Mudarra, sugeto de pocas palabras y ningunos pensamientos, que con solo no hablar, ha conseguido aparecer como sugeto de gran penetracion y fundamento á los ojos del vulgo. Este, como vd. sabe, cree igualmente sabio al que nada habla y al que charla sin cesar, no considerando que [principalmente en política, eso sí] en el justo medio estriba la discrecion y el *savoir-faire.* Verdad es que si Don Tácito no habla sabe hacer gestos muy significativos. Dícele alguien, por ejemplo: ¿Es cierto señor mio, que tenemos una escuadra enemiga en Veracruz, y que las Californias están ya, como quien dice, agusanadas de tejanos? pues él en vez de responder sí ó nó, hace un visaje misterioso, mira en su derredor, y despues de cerciorarse de que nadie le observa, dice al oido del que le hizo la pregunta: ,,Pronto sabrá vd. todo lo que hay en el asunto, y acuérdese vd. de lo que yo le digo; y aunque uno le haga ver que nada ha dicho, él se despide en el acto. Con estas jesuíticas respuestas y sus gesticulaciones estudiadas, ha hecho creer á los necios, que es un pozo de ciencia y que está empapado en los secretos diplomáticos. ¿Vamos apostando á que ahora se dirige hácia el palacio?—Atienda vd. que allí vienen dos jóvenes vestidos de oficiales; apuesto á que ni uno ni otro tienen oficio ni beneficio.—A ambos conozco, dijo mi compañero de balcon, y ha de saber vd. que si no tienen oficio ó no le egercen teniéndole, sí gozan de beneficio; que están hoy muy de moda las canongias militares, y son tanto mas envidiables cuanto que la única obligacion que imponen es la de concurrir en las procesiones solemnes. El mas bajo de cuerpo [y aun de alma] de los dos prebendados marciales que se acercan, es un marino á secas ó mas bien *en seco*, porque jamas ha estado en puerto alguno, ni visto los *lomos hirvientes del gigante azul*, como á Zorrilla plugo llamar al Océano, ni aun el tibio espinaso del enano verde, como yo llamaría al lago de Texcoco.—Perdone vd. dije á mi amigo; está vd. muy equivocado, porque ese señor marino, ha visto y muy detenidamente el mar y puerto de Veracruz.... en el cosmorama del portal de Mercaderes. Ahora recuerdo que le encontré allí noches pasadas.

El otro militar, prosiguió mi conocido con un tono de moderacion encantadora, fué agraciado con el despacho de capitan de caballería, porque sabe *colear* divinamente, mucho mejor que leer; y si es cierto que las contiendas civiles no son entre becerros, búfalos, ni otros animales rabilargos, tambien lo es que en la guerra estrangera puede lucir su

habilidad; yo al menos he oido decir á algunas viejas que los *gringos* tienen cola, como hijos que son de Satanás.

—Por la acera opuesta va pasando un señorazo seguido de tres podencos; á cual mas bien comido de los cuatro, mire vd.—En efecto es un solteron que gasta sus crecidas rentas en comer bien y engordar á sus muchos perros, que no son solamente los que ahora le siguen pues los saca á paseo por turno riguroso. Si vd. supiera que hombre tan sensible es! á la menor quejumbre de uno de sus hijos adoptivos que oye por la noche, se levanta, hace levantar á todos los criados, y con una eficacia verdaderamente paternal, hace que arropen y medicinen al paciente y aun le vela hasta que está fuera de peligro. La virtud que mas estima en sus protegidos, es la que llaman lealtad. Para ponderarla, decia el otro dia á uno con quien iba: „la lealtad de Almanzor me encanta, compadre, es tan noble ese bruto, que arrancó el otro dia las narices á uno de esos villanos, y me las trajo enteritas. Es mucho animal.»

—Hola! quien será aquel grande hombre de grave continente que en este momento pasa debajo del balcon?—Ay, amigo, es uno que eclipsa á cuantos le rodean, por sus estupendas dimensiones, no por su gran capacidad, como él ha llegado á creer, viendo que cuantos le hablan ó pasan junto á él levantan la cara para verle. De aquí nace, que él mire á los demas con el mismo desprecio, que un perro de azotea mira á un triste falderillo. El orgullo es un anteojo de larga vista colocado al reves.

—Cuidado, que allí vienen riñendo acaloradamente dos que parecen artesanos; ¡que palabrotas se dicen, como se amenazan, Santo Dios! .... uno de ellos ha metido mano á la bolsa, apuesto á que saca alguna arma .... mas que veo, si ha sacado un par de cigarrillos y ofrece uno al mismo con quien va al parecer tan enojado.—¡Que sangre fria tienen mis paisanos! ¡valen un potosí para generales, por eso abundan .... ¡Cuan cierto es que ni el pesar, ni el hambre, ni la sed, ni la misma ira quitan al mexicano la gana de fumar! De mas de cuatro sé yo, cuyos últimos momentos se pudieran describir así: „encomendó su alma á Dios, fumó un cigarro y con la última bocanada de humo, exhaló el espíritu.” ...

En mi concepto, se podia sacar algun partido de esta propension nacional al *humo*, ya de cigarros, ya de cohetes, y establecer en la ley de elecciones, por ejemplo, que el ciudadano que no concurra á dar su voto, quedará privado de sus derechos á fumar y quemar cohetes por un espacio de tiempo, que la sabiduria del legislador determinaria.

En esto comenzó el sol á dejarse sentir mas de lo regular, con que nos vimos forzados á meternos. Léjos de haberse curado hasta entónces mi conocido de la manía de apostar, parecia mas dispuesto que nunca á ceder á ella. No perdí sin embargo la esperanza de hacer que le diese en cara, algo mas tarde, perseverando en apostarle sobre cuanto viésemos en el paseo y el teatro; mas lo que en ambos sitios vimos y parlamos, no es racional desembucharlo de un golpe por no perder la apuesta que al principio hize al lector; pero si le diré con cierto original: „Quedamos pendientes.»

Agosto 18.—MALAESPINA.

MIS ENSUEÑOS.

LLORANDO caminaba por el mundo;
Sin un amigo en triste soledad;
Y mi gemido lúgubre, profundo,
Te despertó fantástica beldad.
  Compadecida de mi mal pusiste
Los ojos melancólicos en mi.
Ay huérfana infeliz! porqué me viste?
¿Porqué tambien para mi mal te ví?
  Al mirarte tan cándida, tan pura,
Volvió á sonar alegre mi laud,
Y celebré tu célica hermosura,
Y canté tu lozana juventud.
  Pudiste creer el temeroso acento,
Que entre mis labios cárdenos sonó?
¿Porqué al suspiro que llevaba el viento,
Otro suspiro tuyo respondió?
  ¿Porqué secaste con tu mano el lloro
Que yo solo debia derramar.
Y en medio del delirio, *yo te adoro*
Dejaste de tus labios escapar? ....

Hora te ofresco para ser testigo,
Del que padeces congojoso afan,
En la miseria dividir con tigo,
Bañado con mis lágrimas el pan.
Y por camino lóbrego y desierto
Te arrastro de tu plácido vergel
Al abismo fatal.... míralo abierto,
¿Tendrás valor para seguirme á él?
No, no te arrojes á mis brazos ciega,
Vuelve á dormir tu sueño virginal,
Mientras la brisa, que en las flores juega
Acaricia tu púdico cendal.
Un pensamiento entonces halagüeño
Desplegará tus labios de carmin;
Duerme mi bien que á conservar tu sueño
Vendrá de la inocencia el serafin.
Mientras yo solitario mi camino
Entre penas y llanto seguiré;
¡Ah!.... contra los rigores del destino,
Tan solo tu recuerdo llevaré.
No escucharás mi lánguida plegaria
Ni mi laud te cantará mi afan,
Ni siquiera mi tumba solitaria,
Tus lágrimas hermosas regarán.
¡Lejos de tí morir!.... y será cierto?
No, yo no puedo, pura vírgen ven,
Las penas, el abismo y el desierto,
Serán contigo delicioso Eden.

MANUEL M. DE ZAMACONA.

Puebla, Enero 14 de 1843.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXCO.



DON FRANCISCO FERNANDEZ DE LA CUEVA,

Dnque de Alburquerque. Vigésimo-segundo virey de la Nueva-España. Desde 1654 hásta 1660.



1654.

UNIDO en matrimonio con la hija del virey D. Lope Diaz de Armendariz, Doña Juana, marquesa de Cadercita, el duque de Alburquerque entró en México el 16 de agosto á suceder al conde de Alvadeliste. Sus primeras atenciones se dirigieron á ejercer actos de piedad; hizo al efecto ocho dias consecutivos de fiestas solemnes en la iglesia de S. Francisco á la Pureza de María, y que los tribunales la jurasen por su especial patrona. En seguida se dedicó á la proteccion de las ciencias y de las artes, y singularmente de las primeras á las cuales tenia un afecto decidido. Para violentar la conclusion de la Catedral prometia grandes premios que daba á los que concluian con ligereza una bóveda, con lo que estimulaba á todos los sobrestantes que se afanaban á competencia por poner fin á sus respectivas obras. Trajéronse por órden suya muy buenas campanas que se colocaron en la torre y logró dedicar la Iglesia celebrando á un propio tiempo, segun Vetancourt, cuatro misas cantadas y con gran solemnidad en los cuatro altares del mayor.

1655.—El piadoso y benigno duque, el protector de las letras y de las artes, éstaba al parecer, destinado para no gobernar un solo año sin fatalidad y para presenciar las mas atroces ejecuciones de justicia. Habianse infestado en el año que corre los caminos de ladrones, de suerte que nadie andaba por ellos seguro, ya no solo en su hacienda, pero ni aun en su vida, y la inseguridad habia llegado en poco tiempo á tal extremo que nadie se atrevia á poner un pie fuera de las poblaciones. Dictó el duque para la aprehension de los salteadores las órdenes mas estrechas, y consiguió así volver la antigua seguridad. Dícese que en po-

cos dias subió al patíbulo un número considerable de aprehendidos, castigo sin duda el mas *eficaz*, puesto que los delincuentes quedaron tan *corregidos que no volvieron mas á ejecutar crímenes, y asi se dirá todavía que la pena de muerte no surte sus efectos*, siendo cierto que ya no hubo mas salteadores porque á todos los ajusticiaron.

1656.—Desde los años de la conquista hasta el presente habia ido aumentando de dia en dia el comercio de la Nueva España, y si bien no habia flota que no saliese á sus puertos cargado de oro y plata, ningun buque llegaba tampoco á ellos, ya viniese de las islas Filipinas, ya de la Península, que no trajera las mas bellas manufacturas de la China ó de Europa, los mas ricos y generosos vinos; pero llegó la época al comercio que ya se veia en el estado mas brillante que pudiera apetecerse en las circunstancias de entonces. Las embarcaciones inglesas envidiosas de la prosperidad de la España, que cada dia era mayor, no habian descuidado de acechar constantemente á las que salian de sus riquísimas colonias. Así se las veia siempre costeando y solo con la mira de aprovechar un momento feliz, hasta que en el año que corre le dió un golpe mortal que lo fué muy grande para el comercio de América. Sucedió, pues, que en Quautimallan habia residido en una doctriua un dominicano natural de Inglaterra, Fr. Tomas Gage; este, con pretexto de ir á socorrer á los católicos de su pais que en la actualidad se hallaban perseguidos, se embarcó para allá con algun dinero. Apóstata de su religion Gage, y enemigo acérrimo de los españoles, que le habian prestado bastante proteccion, y no menos de los mexicanos de cuya patria sacara alguna riqueza, llegó á la Gran Bretaña cuando gobernaba el protector Cromwel, *protector* de los que encuentran las naciones en su demencia si así puede llamarse el estado de descontento general respecto de un gobierno protector de aquellos que sin prestigio alguno en el pueblo que solo se sirve de ellos para derrocar una administracion apática é indolente, ó bien despótica, se hacen despues proclamar, aprovechándose de las circunstancias por la fuerza de las armas, y que solo se sostienen porque un poder irresistible, la mano de Dios los ha colocado para azote de las sociedades, era pues Cronwel, que habiendo consumido todo el tesoro público sin hacer cosa de provecho deseaba un pretexto plausible que pudiera halagar al parlamento para que le facilitara recursos, y fué precisamente cuando se le presentó Gage á informarle de la situacion de las colonias españolas de América, haciéndole ver lo fácil que era apoderarse de ellas. Con este objeto Cromwel pidió al parlamento auxilios y mandó al general Venables que preparase una espedicion, para lo cual reunió en muy breve tiempo siete mil infantes, algunos escuadrones, un tren considerable de artillería y víveres, se embarcó con ellos y se hizo á la vela, en treinta naves que mandaba el almirante Penn.

Creyóse al principio que iban á ser atacadas las costas de España, y se tomaron todas las medidas de precaucion; pero cuando se supo que tomaba otra direccion Penn, comenzó á temer la corte de Castilla. Dirigíase Penn á la Isla Española donde no se le esperaba, de suerte que pudo Venables muy bien, y con gran desahogo desembarcar sin que nadie se lo impidiese; sin embargo, cuando allí se tuvo noticia de lo que pasara comenzaron todos los habitantes á esperar al enemigo resueltos todos á morir antes que dejarse vencer. Venables entretanto que se encontró libre y sin obstáculo alguno en su marcha, la hizo con sumo desembarazo hasta llegar á las puertas casi de la principal poblacion; pero combatido cuando menos lo esperaba fué rechazado con pérdida considerable de su parte. Volvió al dia siguiente á emprender un nuevo ataque, y despues de tres horas continuas de un fuego muy activo y de una accion bastante encarnizada, se vió por fin obligado á ceder y á reembarcarse, dejando en el campo, entre muertos y heridos y prisioneros, seis mil hombres.

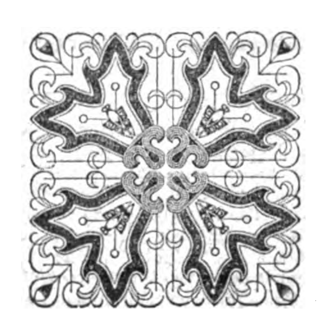
Avergonzado Venables con la derrota, (que otros suponen provino de que el ruido que hacian los cangrejos y de que ellos no tenian conocimiento, los hizo dispersarse y que á la madrugada del dia siguiente así dispersos pudieron muy bien los isleños haberlos atacado como lo hicieron) y temeroso de volverse á su pais quiso recobrar su honor, y á este propósito marchó sobre Jamaica. Como los jamaicences supieran la espedicion á la española no aguardaban ser combatidos, y cuando menos lo esperaba el gobernador, tenia á las puertas de la ciudad al enemigo. En esta situacion no le quedó otro recurso mas que hacer algunas proposiciones para salvar la poblacion y el honor de su guarnicion. Venables las admitió, y quedaron convenidos en que le seria entregada la plaza, suspendiendo entretanto las hostilidades como era consiguiente. El gobernador entonces á la media noche con el mayor silencio hizo sacar primero á todas las mugeres, niños, ancianos y toda la demas gente inútil para la

guerra, y cuanda la juzgó distante, salió igualmente él con su tropa á refugiarse á un bosque bastante espeso. Cuando á la salida del sol los ingleses notaron el silencio de la ciudad, comenzaron al punto á sospechar que se les tenia preparada una emboscada ó cosa semejante, pero despues que algunos volvieron á dar cuenta de lo que habia, entraron en el mayor desórden á saquear, mas hallaron que ni una sola alhaja quedaba: así mismo, como quiera que ya les faltaban víveres, juzgaron que aquí se proveerian y tampoco hallaron cosa alguna. Procuraron buscar á los isleños, y por algunos dias inútilmente, hasta que una casualidad les hizo saber el lugar donde se hallaban: su resistencia fué vana, asi que convinieron en salir cuanto antes pudieran, como lo efectuaron en poco tiempo en diversos buques para las otras islas y para la Nueva España, de donde envió socorro el virey. Ya se deja entender que con esta adquisicion de los ingleses no se hallaban muy seguras las embarcaciones españolas que surcaban aquellos mares, y por lo mismo padeció el comercio de todo el continente americano.

1657.—1658.—Animado del deseo de auxiliar á los de Jamaica el duque de Alburquerque hizo salir una armada con tropas de desembarco y todas perecieron, porque aunque dieran á los ingleses grandes acciones que les hicieron sufrir recios descalabros, socorridos por las islas Bermudas consiguieron reparar sus pérdidas y la victoria al fin sobre sus enemigos. Los isleños que vieron acabados á los que de México fueron en su auxilio desesperaron de poderse defender y poco á poco despues de haberse reunido abandonaron la isla. Para recompensar de algun modo este mal el virey en la Nueva España, proyectó algunos establecimientos que la engrandecieran, comenzando por colonizar á Nuevo México, cuyos terrenos distribuyó entre cien familias, haciendo fundar la villa de *Alburquerqne* y poniendo misiones de franciscanos.

1659.--1660.--Puntual el duque, y el primero en todas las ásistencias de cualquiera naturaleza que fuesen, presenció la horrorosa ejecucion de cuarenta sodomíticos condenados por la audiencia á la pena de ser quemados vivos, á cuyo acto asistió una extraordinaria y sorprendente concurrencia atraida por la novedad como primer caso en su género que hasta entonces se daba. Otro tanto acaeció en un auto de la Inquisicion que se celebró en estos años. En el de sesenta, el dia 12 de marzo, el virey sumamente piadoso estaba como á las seis de la tarde en la capilla de Ntra. Señora de la Soledad en Catedral, hincado de rodillas puesto en oracion, cuando por la espalda le iban á dar muerte de que por fortuna se salvó. Luego fué aprehendido el reo que era un soldado de diez y siete años, y en menos de doce horas habia ya sufrido la pena de muerte, sin que fuera obstáculo el que aparecia el reo en la causa como demente y el que se omitieran muchas formalidades legales de sustanciación del juicio: parece que solo se deseaba privar á un hombre de la existencia. Por último, el duque, despues de haber promovido grandes mejoras arreglando los estudios de la Universidad y otras de esta clase, se partió para España sentido de todos los amigos de las ciencias y de las artes á las que habia prestado mucha y muy decidida proteccion.

CÁRLOS M. SAAVEDRA.



LITERATURA ORIENTAL.

SILVA ÀRABE. (*)



M. Grangeret de Lagrange es uno de los alumnos mas distinguidos de M. Silvestre de Sacy y la *Silva Arabe* que ha publicado, es bajo muchos aspectos una obra importante. La primera parte de esta coleccion, es digna de que los orientalistas fijen en ella su atencion, pues que se compone principalmente de diversos trozos sacados de los *diwans* de Moténabbi y de Ebu Farexdh dos poetas igualmente célebres y que los árabes siempre han colocado en el primer rango.

Nacido en Hufah al principio del 4º siglo de la egira, Moténabbi, revistió sus composíciones poéticas con todo el esplendor de que la lengua árabe es suceptible, siendo á la vez profundo y brillante. Su ingenio crió, por decirlo así, nuevas riquezas para una lengua tan prodigiosa en recursos, tan fecunda por la misma flexibilidad de su mecanismo. Despues de tres siglos le siguió Ebu Faredh que fué considerado en la misma línea, y el Egipto puede pretender con justo orgullo, la gloria de haber sido su cuna. Nació en el Cairo en 577 de la egira, habiendo muerto á la edad de 55 años, en la célebre mesquita de El-Azhar, y su memoria ha quedado con honor entre los egipcios modernos, que no pronuncian jamas su nombre sin entusiasmo.

Dos citas de la traduccion de M. Grangeret de Lagrange, me van á servir para que se conozca el genio diferente de estos dos poetas, hasta donde lo permita una traduccion esmerada para que puedan ser apreciadas las bellezas algunas veces tan estrañas al gusto de la clásica Europa. Comenzaré por Moténabbi y he escojido de preferencia algunos pasages del poema elegiaco en que describe su partida de Misr y lamenta la muerte de Abou Chedjda Chedjáa Fátele, personaje de renombre en la corte de El-Jlchehid, soberano de Egipto:

„Hasta cuando marcharemos durante la noche oscura de concierto con las estrellas? no tienen piés que esperimenten la fatiga, que endurece en su carrera al hombre y al camello."

„Ellas no tienen pupilas presa del insomnio, que aflige al hombre distante de la pátria y privado del reposo durante la noche."

„El sol ennegrece nuestros semblantes; pero ¡áh! no vuelve á nuestros cabellos ya blancos sn color primitivo."

„. . . . Tal es el decreto que el cielo ha pronunciado contra nosotros á un mismo tiempo. Si hubiéramos podido llevar nuestra causa ante

---

[*] Cuando se retiraron para Francia los restos de aquel inmortal ejército que condujo el ilustre Bonaparte á Egipto, á fines del siglo pasado, en que su objeto principal no fué ganar batallas sino indemnizar aquel pais clásico de las ciencias, de los conocimientos que un dia recibieran de él todos los pueblos, y cuyo desgraciado éxito lamenta hoy el mundo entero, acompañaron en su retirada á los vencedores de las Pirámides y de Heliópolis muchas familias egipcias. Pertenecia á una de ellas un jóven nacido en el Cairo, y este jóven con una alma ardiente como el sol de su patria, con una fisonomía melancólica y meditabunda, con las inspiraciones de un genio oriental, recibió una educacion francesa, llegando á poseer el idioma de Racine y de Chateaubriand, con tanta perfeccion, que mereció las consideraciones de muchos hombres célebres. Agoub es el nombre de ese jóven elogiado por las plumas del reciente académico Mr. de Pongerville y del inimitable Lamartine.

Las composiciones de Agoub participan á la vez de la flexibilidad armoniosa del árabe y del delicado gusto francés. Por hoy nos limitamos á dar á nuestros lectores la traduccion del árabe que hizo Agoub de unos fracmentos de dos poetas compatriotas suyos. En la que hacemos de la de Agoub, hemos procurado que fuese literalmente para que las composiciones no pierdan su originalidad y se advierta mejor el estilo de una literatura que se comienza á conocer entre nosotros, reservándonos el dar otras traducciones de lo que es exclusivo de las inspiraciones de Agoub.—RR.

un juez de la tierra, su decision sin duda habria sido diferente.»

„Nosotros tenemos cuidado de que la agua no nos falte en nuestro viage: ella desciende de las nubes que la contienen, y nosotros la recojemos en nuestros odres.»

„Yo no odio á los camellos, pero haciéndolos servir para mi uso, he querido preservar á mi corazon de la tristeza, y á mi cuerpo de la enfermedad.»

„.....No hay en Misr otro Fâtek á quien podamos dirigirnos y nadie lo reemplaza entre los hombres."

„Ninguno entre los vivos se le parecia en virtud, y ved que hoy los muertos reducidos á polvo son semejantes á él.»

„Yo lo he perdido! lo he buscado en mis correrias lejanas; mas no he hallado otra cosa que la nada.»

„Mis camellos parece que rieen de piedad cuando consideran á los hombres por quienes sus pies se han ensangrentado."

„Yo los conducia entre los pueblos estúpidos como los ídolos á quienes servian; pero yo no veia la inocencia de sus ídolos.

„.... Desconfia de los hombres y oculta con destreza las precauciones que tomes contra ellos: teme el dejarte seducir por una sonrisa que brille en sus labios."

„La buena fé ha dasaparecido: tu no la hallarás jamas en los traidores; y la sinceridad no se encuentra ya ni en los discursos ni en los juramentos.»

„Gloria sea tributada al criador de mi alma! como hace que los peligros y las fatigas de los viages, se cambien para mi en delicias, mientras que otros no ven en ellos mas que la espada de los tormentos?»

„La fortuna se admira de que yo soporte asi sus vicicitudes y que mi cuerpo se endurezca contra sus terribles golpes.»

„Mis instantes se pierden en la sociedad de los hombres; y mi vida.... ¡Ah ojalá y ella se hubiese deslizado en una de las generaciones pasadas"

„Nuestros antepasados hijos del tiempo han venido en su juventud, y él los ha regocijado, y nosotros, nosotros hemos venido en su decreptitud.»

Segun los fragmentos que acabo de citar se vé á que altura del pensamiento se eleva algunas veces la Musa energica de Moténabbi. Mas seductor, mas florido; pero menos profundo puede ser Ebu Faredh siempre que no se entregue á sus meditaciones religiosas, y se manifiesta igualmente habil en el uso de los matices poéticos: á la vez gracioso y brillante sabe como Moténnabi hacerse servir de la esplendidez de sus pensamientos, los elementos los mas delicados de la lengua árabe. Estrechado por el espacio, y embarazado en la eleccion, no haré mas, que una pequeña cita de uno de sus poemas asiáticos:

„Cuando la adorada de mi corazon está lejos de mí, continuamente la ilusion de mis sentidos, la encuentra en todo lo que tiene gracia y encanto,

„En el sonido armonioso de la lira y de la flauta, cuando esos dos instrumentos unen sus acordes.

„En esos encantadores valles á donde vienen, en una tarde fresca y deliciosa, y al despuntar la aurora las tímidas gazelas.

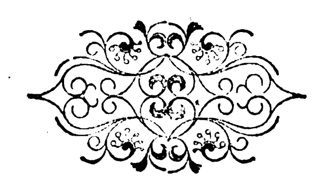
„En las praderas en donde cae el tierno rocío sobre tapices de verdura matizados de flores.

En los sitios donde el céfiro estiende los pliegues de su traje embalsamado, cuando el ligero crépusculo de la mañana, me trae los mas suaves aromas.

„Yo la veo aun, cuando mi boca oprime avidamente los bordes perfumados de la copa para saborear el nacarado licor en los lugares consagrados al placer:"

„Ella sola me basta: despues de ella encuentro mi pátria; y mi alma en donde quier que estemos reunidos no conoce ni pena ni agitacion."

(Traducido del frances para el Liceo por D. R.)



ARQUITECTURA.

EL origen de la arquitectura se pierde en la mas remota antigüedad: en efecto, los primeros habitantes del mundo debieron buscar un asilo donde guarecerse de las intemperies, y aunque una caverna abierta naturalmente en las rocas era bastante para conseguir este objeto, como es seguro no siempre se podrian proporcionar este abrigo natural, debieron buscar un medio de sustituirlo artificialmente. Cuatro troncos de árboles plantados en cuadro y otros tantos maderos colocados horizontalmente sobre las cabezas de aquellos para recibir las ramas, zarzos ó cualquiera otra especie de techumbre, eran suficientes para resguardarse de la lluvia y de los ardores del sol; pero esto no bastaba: todavia quedaban espuestos á los vientos al frio y otras incomodidades, y para remediar este inconveniente no habia mas de cubrir con ramas los huecos que quedaban entre los troncos. Hé aquí formada la primera cabaña; he aquí el origen de la arquitectura.

A medida que los hombres adelantaban en civilizacion se iban creando mas necesidades, iban necesitando mas comodidades para vivir contentos. De aquí nació precisamente el adelanto que se hacia continuamente en la fabricacion, y sí al principio una sola cabaña bastaba para toda una familia, en lo de adelante conocieron la necesidad de formar habitaciones diferentes, destinadas á diversos usos.

Cada pueblo ha tenido su sistema de arquitectura aparticular que lò ha caracterizado; la antigua arquitectura egipcia es notable por la pesadez y tosquedad de su construccion, y á cualquiera que se le presente un modelo de arquitectura chinesca, por poco versado que esté en este arte, no dejará de conocer á que nacion pertenece el sistema.

La antigua arquitectura Mexicana es igualmente caracteristica, y tiene una semejanza notable con la egipcia.

Entre los pueblos antiguos ninguno llevó la perfeccion en la arquitectura á un grado mas elevado que los griegos. A fuerza de estudio y de meditacion consiguieron llegar á reunir la belleza y elegancia á la solidez, y compusieron tres órdenes, que hoy están adoptados casi generalmente. Cuando los romanos conquistaron la Grecia, admirados de la belleza de los edificios de este pais, imitaron su arquitectura y la trasladaron á Italia donde se acabó de perfeccionar, y de donde nacieron otros dos órdenes que con los tres griegos, forman lo que se llama hoy los cinco órdenes de arquitectura.

Multitud de edificios se elevaron en Roma y en toda la Italia, arreglados á los principios establecidos los cinco órdenes, y las ruinas que aun existen hoy, prueban su hermosura y buenas proporciones.

A la caida del imperio romano cuando éste fué invadido por los bárbaros, la mayor parte de aquellas grandes obras fueron destruidas ó abandonadas, y á la arquitectura de entónces se sustituyó la que se llamó gótica, nombre derivado del pueblo godo que se estabelció en España: esta bella arquitectura es notable por su delicadeza y la ligereza de todos sus miembros, y el que la observa no puede menos de admirar como se pueden sostener unas masas tan pesadas como las bóvedas de los templos, sobre unos apoyos tan ligeros como las esbeltas columnas que las sostienen; y sin embargo aun existe la mayor parte de esos edificios, como destinados á probar que aquellos pueblos, aunque llamados bárbaros, sabian proporcionar sus edificios de modo que se sostuviesen no obstante los fuertes empuges que solo contenian unos apoyos, insuficientes à la vista: el fundamento de todo su método consistia en dirijir los empuges á los costados exteriores, que son los mas fuertes como puede observarse hoy.

Cuando los árabes conquistaron la España, introdujeron con sus costumbres el uso de una arquitectura particular, que por esta razon se ha llamado arabesca; aunque de un carácter particular, tiene sin embargo bastante semejanza con la arquitectura gótica, de la que se diferencia principalmente por los adornos.

Esta no salió de España, única nacion de

Europa donde se encuentran edificios de esta naturaleza, sobre todo en la Andalucia, donde fué mas larga la dominacion de los moros.

En el renacimiento de la arquitectura, ó mejor dicho cuando se comenzaron à adoptar de nuevo las proporciones de los edificios romanos antiguos, se abandonó completamente la arquitectura gótica. Sin embargo se ha reconocido ultimamente que ella es la mas propia para los edificios destinados à la religion, pues la elevacion y magestad de sus miembros, la lùz opaca al atravesar sus vidrieras de colores, disponen naturalmente al alma á la contemplacion; y en efecto que diferencia entre un edificio de esta naturaleza, y un templo moderno que en nada se diferencia de un teatro, una sala de espetàculo etc. De ahi es que los templos modernos no inspiran ningun sentimiento religioso, mientras en los góticos parece que todo habla al alma para disponerá la oracion. De esto dimana el que en el lenguaje moderno se haya dado á esta arquitectura el nombre de romántica.

Durante la época llamada el renacimiento de la arquitectura, varios artistas se dedicaron á estudiar las ruinas de los monumentos antiguos tanto griegos como romanos, con el objeto de imitarlos y determinar las proporciones de sus miembros para asentar las reglas que guiasen á los demas en la construccion de los edificios. De aquí nacieron las dimensiones de los cinco órdenes que hoy están adoptados y se llaman de Vignola, por haber sido este artista el que los asentó.

El primer órden es el Toscano. Es conocido por la simplicidad de sus miembros y su carácter de rusticidad: debe su origen á algunos pueblos antiguos de Asia, que vinieron á Italia y se establecieron en Toscana, de donde deriva su nombre. Su columna de altura tiene de siete veces su diámetro.

El órden dórico es mas ligero que el anterior, y tiene un especie de carácter viril. Se distingue del toscano por su mayor lijereza, y por sus adornos así como por las estrias ó huecos circulares practicados en las columnas. Hay dos especies de órdenes dóricos, el griego y el romano. Las columnas tienen de altura ocho veces el diàmetro.

El órden jónico es mas esbelto aun que el anterior; tiene el lugar medio entre los órdenes fuertes y los órdenes delicados. Jónio, general ateniense pasó à Asia é hizo elevar en efecto un templo dedicado à Diana, construido de un órden nuevo hasta entonces, y de aquí le vino el nombre de Jónico. Su columna tiene una altura igual á nueve veces su diàmetro y tanto por esto como por las volutas de que está adornado, se distingue de los dos órdenes anteriores.

El órden coríntio es el mas delicado. Su columna tiene diez diàmetros de altura y su orígen se atribuye á la anécdota siguiente.

Una jóven de Corinto murió la víspera de casarse, y su nodriza colocó sobre su sepulcro un canastillo con los vasos y otros objetos que habia apreciado durante su vida, cubriéndolo despues con una loza para preservarlo de las injurias del aire. El canastillo habia sido colocado casualmente sobre una planta de acanto, y cuando en la primavera comenzaron à crecer las hojas, se encontraron con la loza colocada encima encorvándose en sus extremidades. El escultor Calimaco que pasó cerca del lugar donde estaba el sepulcro vió la figura que formaba todo, é imitó en las columnas que despues hizo elevar en Corinto.

Los arquitectos modernos están discordes en el origen de órdenes de arquitectura; unos lo atribuyen à la imitacion de la primera cabaña, en la que los troncos de árboles debieron sugerir la idea de la columna, y las demas partes el resto de los órdenes. Otros creen que provienen de la imitacion del cuerpo humano; pero esta opinion es absolutamente errada, pues que ciertamente no hay analogia entre el cuerpo que nada tiene que sostener y las columnas sobre que gravita todo el peso del edificio.

Hay otros órdenes caprichosos como las columnas llamadas Salomónicas, que están formadas por dos cilindros enredados uno sobre otro en forma de espiral. Las cariátides que son columnas trabajadas en forma de muger; y cuyo origen se cree fué el que algunos pueblos antiguos, para abatir mas á los que habian subyugado, mandaban poner estas figuras, con los trages propios de aquellas.

Los órdenes fueron destinados en su orígen primitivo para decorar los templos, y distinguir así los lugares consagrados à la divinidad de los que servian de habitacion à los hombres; despues sirvieron tambien para aumentar la magnificencia y adorno de las ciudades, y manifestar de este modo la grandeza de las naciones; hoy sirven para embellecer igualmente las casas de los particulares, y la una de las circunstancia sque mas dan à conocer la civilizacion y adelantos de un pueblo, es la hermosura y proporcion de sus edificios.

En un tiempo la construccion estaba limitada á la simple imitacion de los demas monumentos y edificios, sin que al artista le quedara lugar de aplicar su génio sino á la decoracion. Hoy todo es absolutamente diverso, y las reglas para la construccion están fundadas sobre principios y cálculos exactos, proporcionados á las diversas circunstancias en que pueda encontrarse el arquitecto, que no tiene que hacer sino aplicarlas juiciosamente y con moderacion.—F.C.

DELIRIO.

Llegó mi juventud y en mi cabeza
mil ensueños de dicha revolvia,
y toda mi ambicion satisfacia
un recuerdo de amor.
Cercado de parientes y de amigos
ó bien aduladores, ó sinceros,
mis pensamientos siempre lisongeros
no eran de dolor.

Creció el ansia de amar, y desde entónces
buscaba una muger pura y amante
para estrechar su seno palpitante
contra mi corazon.
Mas solo hallé mugeres cortesanas
amantes del dinero ó la hermosura,
y entónces conocí mi desventura
y creció mi afliccion.

Por fin te conocí, Laura querida,
era tu alma candorosa y pura,
ví cumplidos mis sueños de ventura,
te dí mi corazon.
Pensé encontrar la dicha que buscaba,
dormia satisfecho en tu regazo,
roto del mundo el insufrible lazo,
perdida la razon.

Al pie del sauce de mi amor testigo
recostado en tu seno pundoroso,
¿algun hombre del mundo mas dichoso
que yo, pudiera ser?
Entre sueños miraba tu semblante
y despierto gozaba tus caricias;
el corazon henchido de delicias
saltaba de placer.

Mas hoy mi pecho oprimo con la mano
buscando sus latidos, su ardimiento
y su frio me hiela, no lo siento
altivo palpitar.
¿Será que la ilusion desvanecida
sediento de impresiones lo ha dejado?
¿será que ya mi amor está apagado?
será este mi pesar?

Mas no, que aun yo te adoro...y estoy triste
cuando estoy á tu lado y te contemplo,
triste invocando á Dios dentro del templo
y triste en el festin.
No me agitan inútiles deseos
de adquirir para mi gloria, ó riqueza,
¿por qué siento abrumada mi cabeza
de tormento sin fin?

¿Qué importa que la rosa se marchite
cuando pasa la vida del estío,
cuando llega el invierno seco y frio
cubierto de avidez?
Mas yo que jóven soy.... ¿por qué en mi frente
se miran del dolor señas fatales?
¿por qué ya mis megillas sepulcrales
arruga la vejez?

Adivínalo tú, mundo maldito....
sí, maldito.... si el cielo te abrasara
cumplida mi venganza aun no quedara,
mas fuerte es mi rencor.
Quisiera ver la humanidad doliente
frenética de rabia, de despecho,
henchido quiero ver su negro pecho
de penas, de dolor.

Quiero ver á los hombres miserables
con los ojos hundidos, sin consuelo
arrastrarse empolvados por el suelo
cual la vívora vil.
Quiero ver de sus dientes el crujido
como el crujir que se oye en el infierno
del réprobo que sufre fuego eterno
entre tormentos mil.

Quisiera.... mas no, querria
solo llegar á ese asilo
do vive el hombre tranquilo
léjos del mundo fatal.
Tal vez mi sucio cadáver
conservará algun amigo,
pensando, „aun está conmigo,"
mas se engaña por su mal.

Tal vez mancha ese cadáver
con la sangre de mi hermano
algun traidor inhumano
que en matar su gusto halló.
Será tal vez el espanto
ó la risa de la gente,
¿mas qué importa si no siente?....
ese cuerpo ya no es yo....

Ese cuerpo ya no es nada,
es vil polvo corruptible,
es máquina destructible,
no siente ni el bien ni el mal....

Nada, Señor, nada quiero,
llegar tan solo á ese asilo
y vivir allí tranquilo
lejos del mundo fatal.

Tú has mirado, Señor, correr mis lágrimas,
tú has visto de mi pecho la afliccion,
tú has mirado mi rostro enfermo, pálido,
cubierto de dolor.
Tú eres grande, Señor; yo soy un mísero,
he sido delincuente pecador,
pero he elevado á tí fervientes súplicas,
consuélame, Señor.
Yo no te pido ni esa gloria efímera
que del mortal corrompe el corazon,
ni esos placeres indecentes, lúbricos,
que empañan el honor.
Pero me diste, ¡oh Dios! una alma angélica,
me diste un pensamiento, una razon;
destrúyela al momento, ¡oh Dios! destrúyela
ó quítame el amor.
Siempre he vivido yo lleno de júbilo,
nunca por mi ha sufrido el corazon,
una vida me diste dulce y plácida:
no sé que es afliccion.
Mas hay otros que sufren; Dios, acuérdate!
me diste un pensamiento, una razon;
destrúyela al momento, ¡oh Dios! destrúyela
ó quítame el amor.

México, enero 23 de 1843.—F. O. y B.

APUNTES SOBRE LA HISTORIA
DE LA
FLORIDA.

EL DESCUBRIMIENTO.

DESPUES del descubrimiento del Nuevo mundo, el espíritu de conquista se extendió por todo el orbe, hacia á todos los hombres emprendedores, y habia dádoles una credulidad de que apenas se hallará ejemplo en la historia de tiempos mas remotos ó mas modernos. Hemos visto ya á Francisco Vazquez Coronado dando la vuelta á la Nueva España por hallar las siete *hermosísimas ciudades*, que formaban el gran reino de Quivira; otro tanto sucedió á Juan Ponce de Leon, caballero muy distinguido por su valor, y que gobernaba la Isla de

Puerto Rico, por llegar á descubrir una fuente con cuyas purísimas aguas se le tenia asegurado que se remozaban los ancianos.

A esta credulidad de Ponce, á su empeño por hallar la misteriosa fuente debió la Florida su descubrimiento. Luego que Ponce halló que por todos cuantos trataba se le hacia igual relato acerca de la virtud que las aguas de esa fuente tenian de rejuvenecer al que en ellas tomaba un baño, púsose en camino ansiando por disminuir su edad y permanecer siempre en la lozanía y vigor de la temprana juventud.

Grandes y considerables distancias tuvo que caminar, y aun caminaria, si existiera, y caminara hasta los últimos términos del universo descubriendo lo que todavía quede por descubrir, y no conseguiria á pesar de todo su objeto. Haciendo, pues, este largo viage, encontró con los floridanos, que atacándole de improviso y cuando menos se lo esperaba dispersaron sus tropas, que no eran muchas, y de las que muy pocos lograron salvarse, entre ellos el mismo Ponce que resultó herido. Con este revés escarmentó Ponce que ya no pensó mas en la fuente que buscaba en vano.

Los floridanos, pueblo vecino á los chichimecas con los que confinaban, eran tanto mas guerreros y valerosos que estos, cuanto habian permanecido mas independientes, habian tenido mas ocasiones de ejercitarse en el arte de la guerra y no conocian aun la táctica ni las armas europeas, sobre todo, apreciaban en mucho su libertad de la cual eran sumamente celosos y que solo se dejarian arrancar perdiendo su existencia y sacrificando hasta sus propias familias.

Juan Ponce de Leon que, entusiasmado por la encantadora fuente deseaba adquirir un derecho sobre aquellas tierras y las que por allí descubriera, obtuvo de los reyes católicos su concesion, y en seguida hizo el viage de que tenemos hablado y cuyas resultas le hicieron abandonar la empresa, que no volvió á acometer prescindiendo del derecho que tenia de sus soberanos.

Pasado algun tiempo, navegaba un piloto llamado Miruelo, que, ó por la mala direccion, ó por el mal tiempo, impelido su navío por el viento arribó á una de las costas, segun se cree, de la Florida. Allí tanto Miruelo como sus compañeros de viage, fueron muy bien tratados de los indios, que los socorrieron y les cambiaron perlas y otras preciosidades, que era el principal objeto que le habia sacado de la Española. Volvióse luego á esta sin haber fijado el punto donde habia estado y del que solo por suposiciones se vino á pensar cual fuese.

Despues de transcurridos algunos años, una compañía de mercaderes establecida en la Española, y á la cual pertenecia el oidor Vazquez de Aillon, deseoso de aumentar su fortuna en la Florida de que tenia relaciones de Ponce de Leon y de Miruelo, determinó mandar unos buques. Hízose en efecto conforme á lo proyectado, y en poco tiempo llegaron los buques á aquella costa. Luego que los pasageros desembarcaron, atraidos los indios de la novedad, ya de los propios buques, ya de ver las personas vestidas, acudieron en gran número á la playa recibiéndolos con mucha cortesanía y afabilidad. Los españoles, que conocieron la causa principal de su sorpresa, picaron mas su curiosidad ofreciéndoles que pasasen á los buques. Ellos aceptando la oferta entraron y con ella los españoles, que cuando vieron que habia bastantes se hicieron á la vela para la Española. Acometió tal tristeza á los miserables indios que gran parte de ellos pereció en los buques y el resto que llegó á Sto. Domingo murió tambien en pocos dias.

Las noticias que á esta Isla se llevaron de las tierras nuevas alentaron á muchos á emprender su conquista. Fué de este número Lúcas Vazquez de Aillon, que se puso luego en camino para España á solicitar del rey la gobernacion de la provincia de Chicoria, como llamaban aquellas ignoradas tierras. Otorgóle el emperador lo que pedia y dió la vuelta á la Española. Llegado que hubo á ella, dispuso tres navíos, y en ellos con bastante gente y el piloto Miruelo, se hizo á la vela en quinientos treinta y cuatro, condecorado ya no solo con la gobernacion sino con el hábito de Santiago que le fué dado al mismo tiempo.

Despues de una dilatada navegacion, abatido y triste Miruelo de no hallar las tierras que buscaba y que el mismo habia descubierto, murió víctima de esta afliccion que nacia de su descuido en haber señalado el punto que halló en su anterior navegacion. El oidor Vazquez no desmayó por esto de su empresa: para él este accidente no fué ni el mas ligero contratiempo, y despues logró al fin desembarcar en unas costas que, segun los informes, eran las mismas en cuya busca andaba. Estando ya en ellas, recibido muy obsequiosamente por los naturales del pais, mandó á algunos de sus compañeros en número de doscientos que caminasen camino de mas adentro y luego volvieran á informarle de como hallaban aquello.

Hiciéronlo así en efecto, y se sorprendian de las fiestas con que se les recibia por los indígenas, quienes así como vieron que se habian alongado gran trecho de los demas, súbitamente los acometieron, sin dejar uno solo que pudiese volver con la funesta nueva, la cual llegó á oidos de los compañeros á tiempo que se veian igualmente atacados y sin esperanzas de salvacion. Pocos en efecto la lograron, y entre ellos el oidor: de esta manera quedó vengado el hecho atroz é injurioso de haber robado á los que se entraron en las naves en la expedicion anterior.

Tan cierto es que no hay cosa á que tan fácil como frecuentemente sacrifiquen los hombres su existencia, como á la ambicion, que ni la patria, ni la religion á que siempre la ofrecen, reciben esta ofrenda de tantos como, sin ofrecerla, la exponen á los mas inminentes riesgos por contentar los caprichos de tan loca como desenfrenada y brutal pasion. De ello nos da ejemplos bien palpables la historia que referimos, la cual nos deja ver la temeraria osadía con que se arrojaban intrépidos á acometer una empresa bien árdua los mismos que acababan de presenciar ó al menos de tener noticias de catástrofes horrorosas acaecidas en la conquista de la Florida. A pesar, pues, de ellas, Pánfilo de Narvaez en quinientos veintisiete hizo otra tentativa con ánimo denodado; pero salióle muy al contrario de como habia sin duda imaginado.

Creyó acaso Narvaez que pisaba el suelo de la Nueva España pisando el de la Florida: imaginóse quizá encontrar aquí los propios hombres que allá: su acalorada fantasía le debió de representar que todos los pueblos nuevos eran unos mismos, que disgustados de sus gobernantes déspotas habian de buscar apoyo en el primero que se les pusiera á la vista sin reflexionar que esto los oprimiria despues. Y en efecto que si así fuera, la conquista era fácil; los pueblos, fatigados con la dura pesadumbre de su oneroso yugo intentan á toda costa sacudirle, olvidando aun los ataques del extrangero, porque han perdido los sentimientos de nacionalidad; pero no estaban de esta suerte los floridanos, quienes como llevamos dicho, conservaban aun vivo el amor patrio, el amor de su propia conservacion, el amor innato de su salvage pero benévola libertad. Estrellóse, pues, Narvaez en su empresa, desembarcó, se preparó al combate, resistió los primeros ataques, rechazó las primeras embestidas, mas al fin murió con bizarria víctima de su frenético arrojo. Pocos volvieron á dar cuenta de esta expedicion, y estos pocos se salvaron contando que, *auxiliados por el poder del cielo y gracias á milagros que ellos mismos habian hecho, pudieron escapar sanos;* pero sin embargo *del celestial poder que ellos poseian ya*, no pensaron en volver mas, ni volvieron.

Ya pasados muchos años de este suceso, Hernando Soto trató con Cárlos V de llevar á cabo la conquista, animado de la fama de Hernan Cortés. Fuéle en efecto otorgada la gracia que pedia, nombrósele gobernador, diósele todo lo que quiso, emprendió su marcha y alcanzó lo que deseaba.

La empresa de Soto dió vida á nuevas colonias, porque ellas al fin se plantearon, y el gran territorio que tiene aún el nombre de Florida, fué mucho tiempo posesion de la corona de Castilla; mas como esto sea largo de referir, lo harémos mas detenidamente en otra ocasion: baste por ahora que hayamos dicho algo sobre su descubrimiento y los primeros personages que lo intentaron.

Carlos M. Saavedra.



GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON JUAN DE LEYVA Y DE LA CERDA,

Marqués de Leyva y de Ladrada, conde de Baños. Vigésimo tercio virey de la Nueva-España. De 1660 á 1664.

1660.

A suceder al duque de Alburquerque entró en México D. Juan de Leiva y de la Cerda, el 16 de setiembre con las mejores miras de engrandecer la colonia que se ponia á su cargo. Desde luego dictó sábias providencias para llevar al cabo la pacificacion de los tarahumares que aun continuaban insurreccionados causando desastres en la parte del Nuevo México, y mandó llevár adelante la colonizacion ordenada por su antecesor en la misma provincia donde consiguió se formasen en poco tiempo veinte y cuatro pueblos. Entretanto en la capital se hacian grandes reparos á la obra del desagüe confiada á la actividad de los religiosos franciscanos, bajo cuya direccion se concluyeron dos arcos bastante famosos que honrando la memoria de sus autores prestaban seguridad á los mexicanos afianzando mas el canal.

1661.—1662.—El trato cruel y despótico que recibian los indios originaba de cuando en cuando, que á pesar de la abyeccion completa á que se hallaban reducidos y de lo muy degradados que estaban, se movian por fin con la esperanza, si no de conquistar su independencia, de alcanzar por lo menos su libertad. Esto pues puso á los de Tehuantepec en movimiento, de modo que no quedó una sola poblacion de las mas insignificantes que no se hubiera puesto sobre las armas. Déjase bien entender lo que esto desazonó al gobierno que disponia y aprestaba gente que marchara á aquella provincia, cuando llegó la nueva que todo habia cesado felizmente, y fué que el reverendo obispo mexicano D. Alonzo de Cuevas y Dávalos, prelado de la iglesia de Antequera, luego que tuvo noticia del levantamiento, animado de un vivísimo deseo del bien de los pueblos y del amor de la humanidad, con la mayor celeridad en muy pocos dias habló con los *rebeldes* y los hizo volver al *órden,* cuya oficiosidad le premió el soberano con la mitra de México renunciada que fué en el año de 64 por el Sr. Osorio Escobar.

1663.—1664.—Para continuar perfeccionando la obra del desagüe, siempre confiada á los franciscanos, se destinaron cien mil pesos de los fondos municipales. La obra en efecto se seguia, y como antes le eran perjudiciales las lluvias recias y continuadas, ahora era, por el contrario, cuando se adelantaba mucho porque se llevaban las piedras que la cubrian, y como quiera que estos años no escasearan, se alcanzaron muchos y muy grandes adelantos.

Por qué en los paises mas ricos y fértiles de la Nueva España no se lograra fácilmente la colonizacion, cosa es bien fácil de explicar si se considera su distancia, y que cuando en lugares menos remotos se lograban bienes, no parecia *cordura* arriesgarlos por otros desconocidos. De aquí que las Californias á pesar de su fertilidad y de sus perlas en abundancia por mas expediciones que allá fueron ninguna llegó á establecerse. En los años corrientes hizo pleito homenage D. Bernardo Bernal Piñaredo, para la colonizacion de las Californias, diólas la vuelta, recogió algun dinero con la pezca, causó muchas vejaciones á los vecinos y moradores, intentó en diversos puntos establecer presidios, y al fin sin cosa de provecho



dió la vuelta á México. Recibiólo muy á mal el conde de Baños y escribió á la corte haciéndole una acusacion formal. Era ya tiempo en que se le relevaba y recomendó el negocio á su sucesor. Fuése pues á España dejando sentimiento en México con su partida y poco sobrevivió á ella, acelerándole la existencia los estravíos de su hijo D. Pedro, segun Cavo, que se refiere á Vetancourt, en el cual solo hallamos que „era (el virey) un hombre *devoto* á lo sagrado y justo en el gobierno, causaron (parece que le falta un *le)* algunas inquietudes las mocedades de D. Pedro (su hijo mayorazgo).

CARLOS M. SAAVEDRA.

EL LICENCIADO

BARTOLOMÈ CAYRASCO DE FIGUEROA.

Cancion en esdrújulos.

EN tanto que los Arabes
dilatan el estrépito
de su venida con furor armígero,
y los fuertes Alárabes
con ánimo decrépito
quieren mostrar el nuestro afan belígero,
vuelto al caballo alígero
y en la fuente castálida,
donde por vuestros méritos
presentes y pretéritos,
quedando atrás de vuestra ciencia inválida
del árbol odorífero
os coronó el planeta mas lucífero
por términos políticos,
que fuesen algo pláticos,
querria tratar en una breve plática
de aquellos parlíticos,
tan pobres, cuan lunáticos,
que tiene el ciego amor en su probática;
y como en cualquier prática,
y en toda la teórica
vuestra virtud es única
si el hábito y la túnica
no desdeña la vuestra á mi retórica,
dad lumbre á mi propósito,
pues que de ella y de mí os doy el depósito.
No es fábula ridícula
la vida de estos zánganos
enamorados, míseros inválidos,
que en medio la canícula
ellos sienten carámbanos,
y en medio del invierno están mas cálidos:
hoy rojos, ayer pálidos:
vista agradable y hórrida
con los pies de pentámetro;
y en un mismo diámetro
están debajo el norte y de la tórrida,
y tienen ya por máxima
ser en virtud corchea, en vicio máxima.
Con un lascivo título,
con un necio preámbulo,
mostrando ser filosofo y astrólogo,
escriben su capítulo;
y cerrado en triángulo,
haciendo á la tercera un largo prólogo,
aunque le riña el teólogo,
se lo entrega al etíope
mas negra que semínima
y no vale una mínima
quanto escribe de Apolo y de Calíope;
y váse ella riendose,
y queda el pobre sátiro muriéndose,
Entre unos verdes árboles
dicen que amor falsífico,
bajando de Teodora á santa Brígida,
fundó de blancos mármoles
de gustoso y pacífico,
una fuente tan cálida y tan frígida,
que no hay alma tan rígida,
que no quede gustándola
con cierto amor ilícito,
ó tacito ó explícito;
y esta fuente que tantos ván buscándola,
es de *bibere et édere*
quia friget venus sine Baco et Cérere.
De aquí la vena esdrújula
nace del pecho hidrópico,
sediento del favor de que es inmérito

y aquel mirar por brújula
como el piloto al trópico,
sin ver tan descubierto su demérito,
y encarecer el mérito
de su fe no evangélica,
con su Belisa dórida,
que en la ribera flórida
la vió cantando con beldad angélica,
y tiene una carátula,
que la harán mejor con una espátula.
A la mentira crédulos,
a los peligros fáciles,
á trabajo y virtud flacos y débiles:
al desengaño incrédulos,
á la firmeza frágiles
al fruto del honor, flojos, inmóviles:
al regocijo flébiles,
á su opinion temáticos,
al canto meláncolicos,
á Dios no muy católicos,
coléricos al mal, y al bien flemáticos,
son aquestos misérrimos
amantes, y badajos celebérrimos.
De las damas fantásticas,
mas que la caña móviles,
presos de amor en esta red amplífica,
seglares y monásticas
de baja suerte innóbiles,
de muy oscura fama y muy clarífica,
¿que lengua tan magnífica,
dirá los hechos frívolos,
vanidades gentílicas,
pues templos y Basílicas
pretenden como dioses estos ídolos,
Lucrecias y Cleópatras,
que hacen á los necios ser idólatras?
Del sumo Padre ingénito,
que desde el trono altísimo
gobierna el mundo por su beneplácito,
y del verbo unigénito
precede amorosísimo
amor, que siempre ha sido y es paráclito,
venga el lamento heráclito,
y la risa demócrita:
celebren en diálogo
el mísero catálogo
de gente, que aún no quiere ser hipócrita,
pues sirven al malévolo,
y dejan al divino amor benévolo.
Vuestro patron, altífice
de la humildad humílima,
á quien le dió su ser el rey angélico;
y el mio, gran pontífice,
que con llave facílima
al hombre cierra y abre el reino célico,
de este enemigo bélico
defienda nuestras ánimas;
y en este mundo esférico
con ánimo colérico
en la virtud las haga tan magnánimas,
que allá en su tabernáculo
hallen eterno y lúcido habitáculo.

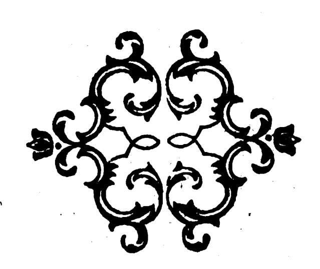
RESPUESTA

DEL LICENCIADO DUEÑAS.

Cancion.

HA sido vuestra física,
poeta celebérrimo,
entre las Musas de este mar Atlántico
tan alta, que la tísica
del amador misérrimo
ha vuelto su lamento en dulce cántico;
y de aquel Nigromántico,
de tantos necios ídolo,
que con un yelo cálido
el rostro vuelve pálido,
ya condena su efecto por tan frívolo,
que cuanto él es pestífero,
vuestro remedio ha sido salutífero.
Ni en la Arabia frutífera,
ni en la India riquísima,
ni en escuela poética ó histórica
nació yerba odorífera,
se vió piedra finísima,
se oyó palabra dina de teórica,
que iguale á la retórica,
y á la virtud poética
de verso tan frutífero,

con tal dolor mortífero,
pues tomando la purga el alma ética
de vuestras flores útiles,
las yerbas, piedras, plantas son inútiles.
Con maña y fuerza pública
andaba el ciego indómito
tiranizando esta region marítima,
y en la interior república
volviendo siempre al vómito
con la hermana bastarda la legítima;
pero con vuestra pítima
Insulanos y Vándalos
se han hecho tan magníficos,
que por vivir pacíficos,
destierran de su reino estos escándalos:
que si le muestran ánimo,
es un cobárde amor muy pusilánimo.
Con un furor diabólico
pretende este frenético
establecer sus fueros y premáticas;
y al ánimo católico,
le vuelve casi herético,
y las estrellas fijas torna erráticas:
cúbrese con sus práticas
cual con oro la píldora:
descúbrese la máscara:
y como es todo cáscara,
allí vereis que no hay serpiente ó víbora
entre yerba odorífera,
que derrame ponzoña tan pestífera.
Alguna gente incrédula
en la fe de este artículo,
diciendo que no amar es caso ilícito,
recaudan una cédula,
y tienen por ridículo
el remedio, que te hizo tan solícito:
dicen que amor es lícito,
y amor discreto y tácito;
y pues á los inhábiles,
los vuelve amor tan hábiles,
que siga cada cual su beneplácito:
que amor nace del ánimo,
y la hace magnífica y magnánima.
Alegan al Bucólico,
que hizo á su Amarílida
la selva resonar con dulce cálamo;
y al otro melancólico,
que amaba tanto á Fílida,
que la estaba llorando al pié de un álamo;
y al que en dorado tálamo
iba por el Zodíaco,
y al que su fuerza válida
perdió sirviendo á Dálida:
y al que fué causa del estrago Ilíaco,
y con las fuerzas de Hércules
las mañas del que dió su nombre al miércoles.
Son de su mal satíricos
y de su bien estériles,
y dan materia al cómico y al trágico:
son bárbaros, ilíricos,
inútiles y débiles,
y al fin vienen á usar de estilo mágico:
son de ánimo salvágico,
y de lacivo término
los que á vuestros propósitos
quieren mostrarse opósitos;
y llegan los negocios á tal término,
que ya cualquiera pícaro
quiere volar, y vuela mas que Icaro.
Si en las aulas poéticas
y délficos oráculos
de esa ciudad confusa y babilónica:
si en las orillas Béticas,
dó no faltan obstáculos
dijeren que esta lira no es armónica:
y si con frente irónica
llena del ramo adélfico,
si la picaren tábanos,
querria mas dos rábanos,
que siendo vos el mismo Apolo Délfico,
con cánticos benévolos
defendereis mi canto de malévolos.



CONDUCTA DEL REGIMIENTO
DE LAS
GUARDIAS SUIZAS
EN LA JORNADA DEL 10 DE AGOSTO DE 1792
EN PARIS.

Jnratae Fidei Decus est Prestare Tenacem.
Perstantem Decus est in Slalione Mori.

SE ha comparado la jornada del 10 de agosto á la batalla de las Thermophylas: los Espartanos peleaban por sus mugeres, por sus hijos, por su gloria, por su patria; los Suizos han peleado por el sentimiento de su deber, por la fé de los juramentos, por el honor de su pais, por el de la gloria de sus padres. Los Espartanos y los Suizos sabian que marchaban á una muerte inevitable. Todos se conformaron con intrepidez sin deliberacion y sin queja!

Desde el principio de la revolucion la situacion del regimiento de las Guardias Suizas era muy penosa. Colocado en el centro de la anarquía, las escenas mas terribles se sucedian con rapidez á su rededor. Las jornadas de "Reveillon, „Campos-Eliseos," 5 y 6 de octubre, no fueron mas que un preludio muy débil de sucesos aun mas siniestros y mucho mas decisivos. El regimiento rodeado de peligros, rendido de fatigas, desplegó sin embargo, y en todas las circunstancias, un carácter inalterable de intrepidez, de órden y de disciplina: mantuvo en los desórdenes la puntualidad de servicio de los tiempos de tranquilidad; nada se escusó para corromper á los soldados; ofertas, amenazas, seducciones, el ejemplo de las otras tropas, todo se empleó; nada los hizo titubear: su fidelidad echó el ancla en medio de la tempestad política que bramaba, viniendo encima de ellos.

Mas las circunstancias de la revolucion se hacian cada dia mas graves; cada dia mayores fatigas para las tropas fieles y todos preveian una catástrofe inevitable y cercana. Esta consideracion determinó á los oficiales que tenian permiso de pasar su semestre en Suiza á renunciarlo para quedar cerca de la persona del rey y partir la suerte de sus compañeros; pero el rey les mandó positivamente partir y tuvieron que obedecer.

Conforme iba creciendo el peligro y acercándose la crísis, iba pronunciándose mas y mas el carácter de lealtad del Regimiento. Cada uno previó su suerte, mas todos deseaban morir antes que comprometer el honor y la reputacion de los suizos y antes de manchar unas banderas sin mancha hasta entonces!

Llegaban seguido informes sobre las intenciones hostiles de los Marselleses y faltaban municiones! Hacia tiempo que por órden superior los cañones del regimiento habian sido entregados, á pesar de las protestas de la oficialidad. Las amenazas de los federales obligaron á los gefes á consignar á los soldados en sus cuarteles, para evitar disputas que podian tener resultados funestos y dar pretestos á los mal intencionados. Los oficiales aprovecharon esta circunstancia para recordarles sus deberes, lo hicieron con confianza y sencillez, les hicieron ver la cercana tempestad, les dijeron que ya habia llegado el momento de dar pruebas palpables de su fidelidad; y nadie titubeó.

El 4 de agosto se mandó al regimiento marchar á Paris, habiéndose sabido que los federales y los barrios iban á atacar las Tullerias. El regimiento partió en la noche de Courbervie y Ruelle despues de haber enterrado parte de

las banderas. El cuerpo marchaba con el mayor silencio, con las precauciones necesarias en tiempo de guerra y en pais enemigo. Este silencio mismo, un órden admirable, el aspecto firme y frio de los soldados, impusieron sin duda á los facciosos. Todo quedó tranquilo en el palacio y la misma noche volvió el regimiento á sus cuarteles; el dia siguiente se destacaron 300 hombres con destino á la Normandia.

Entre el 4 y 8 de agosto se rompió la fermentacion, hácia las ocho de la noche del 8, el capitan de guardia entregó al mayor una órden en estos términos: „El Sr. coronel dispone que el regimiento llegue á las Tullerias mañana á las tres del dia." Esta órden habia sido transmitida por el comandante general de la guardia nacional de Paris. Se repartieron los cartuchos, á razon de treinta por cada plaza. Todos marcharon, aun los dispensados; no quedaron en los cuarteles mas que un número pequeño de enfermos y los forragistas. En la garita Maillot, un ordenanza llegado á Paris, entregó al comandante un „pase" firmado por Pethion.

La noche siguiente (la del 9 al 10 de agosto) los varios puntos del palacio fueron ocupados por la guardia nacional y por los suizos; y se colocó en los patios, en la capilla, la fuerza real. En el patio llamado de los suizos habia 300 de estos en clase de reserva.

Los gendarmes de á pié, con parte de los de á caballo, formaron en el patio; no hallándose bien, formaron en batalla cerca del palacio real, y parte de estos dos cuerpos se echó mas tarde sobre los suizos, cuando estos se retiraron.

A las once de la noche se supo que á media noche tocarian con las campanas, á las armas. Poco despues llegó el decreto del barrio de S. Antonio, que decia: „poner sitio á las Tullerias, matar á todo el mundo, particularmente á los suizos, arrancar al rey su abdicacion y llevarlo con la reina y la familia real á Vincennes, en calidad de rehenes por si acaso los estrangeros marcharen sobre Paris.

A la media noche se oyeron tocar las campanas y la generala. El lúgubre sonido de las campanas lejos de influir mal, dió mas valor á los soldados: á las dos de la mañana ya habian llegado cuatro batallones de los barrios á la plaza del Carrousel para ejecutar su horrible proyecto; no aguardaban mas que á sus cómplices. Como á las seis de la mañana, bajó el rey al patio real, teniendo por la mano al Delfin y acompañado de varios gefes Suizos y nacionales. Pasó delante de la guardia nacional, luego por el frente de los suizos, los que gritaron ¡viva el rey! En este instante entró un batallon armado con picas, gritando ¡viva la nacion! Resultó una discusion muy acalorada, en la que tomaron una parte muy viva los artilleros de la guardia nacional; pero se calmaron, cuando un oficial suizo los persuadió que el rey y la nacion eran uno; el batallon que acababa de entrar salió á unirse con sus compañeros.

Poco despues el general-procurador-síndico, con un miembro del ayuntamiento, ambos con la faja tricolor y un mariscal de campo, visitaron todos los puntos; declararon verbalmente y repitieron la órden ya recibida por escrito, de defender el palacio y de repeler la fuerza con la fuerza; los guardias nacionales cargaron los fusiles y los artilleros sus cañones. A las siete se repitieron las señas de descontento y batallones enteros de guardias nacionales se marcharon: unos para unirse con los facciosos, muchos para sus casas.

Entonces se presentó una diputacion de la guardia nacional, presidida por el procurador y otros para suplicar al rey que estaba para entrar al interior de palacio, á presentarse á la asamblea nacional; un oficial suizo de categoría, viendo como se procuraba arrancar del Rey este paso, esclamó entonces: si el rey va á la asamblea, está perdido!

La reina procuró inútilmente impedir la salida del rey; este se decidió como á las nueve á ir á la asamblea con toda la familia real y algunos gentileshombres. Dos batallones de guardias nacionales y las guardias suizas de servicio, con algunos de sus oficiales escoltaron á S. M.

Esta partida fué decisiva para la guardia nacional que ocupaba el interior de las Tullerias y los patios; la mayor parte abandonó á los suizos, unos juntandose con los batallones de los barrios, otros dispersandose; mas no desertaron todos, y entre los que quedaron fieles, es preciso mentar á casi todos los granaderos de las hijas de S. Tomas.

El ejército de los barrios comenzó á moverse con sus cañones á la cabeza, y pronto se le vió adelantarse hácia las puertas del palacio. El mariscal de campo de servicio, viéndose casi solo con los suizos, juzgó no poder conservar los patios con tan corto número de gente. Gritó: „Suizos, retiraos al palacio." Fué preciso obedecer, abandonar los patios, dejar seis cañones á la discrecion del enemigo. Se debia preveer que seria preciso recobrarlos, bajo pena de ser quemados en palacio. . Todo el mun-

do lo conoció; los soldados rasos lo decian en voz alta; pero el respeto á la disciplina hizo obedecer. Se tomaron todas las disposiciones del caso. Se colocaron soldados en las escaleras y á las ventanas del palacio; el primer peloton ocupó la capilla. El capitan D.... halló en la primera pieza frente á la escalera grande, al mariscal M...; este le dijo estar encargado por el rey del mando del palacio, á lo que D...., le preguntó: Sr. mariscal, cuáles son vuestras órdenes. No dejarse forzar, replicó el mariscal. D...., contestó: se puede estar seguro que así se hará. Fué la única órden dada á los suizos por aquel mariscal. No se les podrá acusar de no haber obedecido á la letra.

Hablando el capitan al mariscal vió por la ventana como el portero del rey abrió la puerta real á los Marselleses; entraron poco á poco alzando sus sombreros y haciendo señas á los suizos de reunirse á ellos. Uno de la gavilla, mas valiente que los otros, se acercó á una ventana y tiró un pistoletazo; un sargento iba á castigar esta provocacion insolente, mas los oficiales le contuvieron, mas esta prueba de moderacion hizo mas insolente al enemigo. Toda la columna enemiga verificó su entrada y colocó sus cañones en bateria: se asesinó á los centinelas suizos al pié de la escalera mayor, y los primeros Marselleses tentaron subir á la capilla, sable en mano. Se baricadó muy de prisa la escalera; un oficial quiso hablar á los Marselleses, pero gritos terribles cubrieron su voz. Sin embargo, los enemigos conocieron la inutilidad de su intento y se retiraron, injuriando con palabras á los suizos.

Como 800 suizos, 200 gentileshombres desarmados, muy pocos granaderos intrépidos y fieles de la guardia nacional todos sin gefe, sin municiones, sin cañones.... tal era el estado de las cosas, cuando la accion estaba por empezar, y este puñado de valientes, repartidos en mas de 20 puntos, fué atacado por cerca de 100.000 hombres de un populacho exaltado hasta el furor, en posesion de 50 cañones, disponiendo del ayuntamiento de Paris y apoyado por el cuerpo legislativo.

Los de los barrios hicieron una descarga, de la que resultaron heridos varios soldados. Los granaderos de S. Tomas contestaron, luego los suizos tambien. Los marselleses hicieron una descarga general de artillería y de fusil, la que mató á muchos. La accion se hizo general y se decidió en favor de los suizos. El fuego desde las ventanas y el de la reserva causó muchos estragos; en poco tiempo, el enemigo evacuó el patio real, dejándo lo lleno de muertos moribundos y heridos.

120 suizos hicieron una salida, cogieron cuatro cañones y se hicieron dueños otra vez de la puerta real. Entretanto pasaron por el Carrousel otro destacamento se apoderó de tres cañones en la puerta de la escuela de equitacion y los condujo hasta el enrejado del palacio; de aqui se fué á unir al primer destacamento bajo el fuego de la artillería enemiga, la que tiraba á metralla sobre los suizos desde la puerta del patio de la reina.

Los destacamentos reunidos llevaron el espanto y la muerte en medio de los contrarios; el patio real fué cubierto de sus muertos, los suizos les quitaron parte de sus piezas y las conservaron; desgraciadamente no tenian municiones y no pudieron hacer mas que una descarga con los cañones enemigos porque los marselleses se habian llevado en su huida los cartuchos y las mechas; así es que fué imposible á los suizos acallar un fuego de metralla que se les hizo desde una azotehuela sita enfrente de su cuerpo de guardia y el que dominaba el patio real. Esos soldados admirables por su fidelidad sufrieron un fuego mortífero con la intrepidez y tranquilidad del verdadero valor. Los destacamentos estaban diezmados, mas siempre se volvieron á juntar haciendo esfuerzos prodigiosos. Los suizos quedaron dueños del campo de batalla. Los oficiales y los soldados se engancharon á las piezas cogidas al enemigo y las llevaron; por todas partes se peleaba con igual furor, se rechazaba siempre al enemigo y los marselleses, formando la cabeza de las columnas de ataque tuvieron pérdidas inmensas.

Pero los suizos veian con dolor que ya iban escaseando las municiones y que pronto estarian espuestos al fuego enemigo sin poderle contestar.

En este instante crítico, llega sin armas y sin sombrero y en medio de las balas de fusil y de cañon, el Sr. de K....; se le quiere imponer de las disposiciones acabadas de tomar hácia el jardin.

No se trata de eso, dijo, es menester marchar á la asamblea nacional cerca del rey; una voz la del baron de V.... teniente general, hermano del mariscal de Francia del mismo apellido, una voz amiga, gritó: Sí, valientes suizos, id á salvar al rey; vuestros antepasados lo han hecho mas de una vez.

Se creyó poder ser útil al rey, y esta voz, confirmando esperanzas tan falsas determinó la resolucion.

Fué preciso reunirse; se juntaron los tambores que no habian muerto ya se mandó tocar asamblea, y á pesar de una llúvia de balas se pudo formar á los soldados como en un dia de parada. Para cubrir la retirada se apuntaron hácia el vestíbulo dos de las piezas tomadas al enemigo, las que estaban aun cargadas; se los calocó al lado del enrejado y se dejó á cuatro soldados con órden de pegarles fuego, tirando sus fusiles sobre el oido de sus cañones en caso de ser perseguidos. No se pudo ejecutar esta órden literalmente, pero uno de los dos hombres dió fuego muy á propósito á la pieza con su eslabon. Unos soldados ayudados por tres de sus oficiales, colocaron otra pieza bajo el vestibulo.

Se marchó; el pasar por el jardin fué muy mortífero. Fué menester aguantar un fuego muy vivo de cañon y fusil, que partia desde la puerta del puente real, desde el patio de equitacion y de la azotea de los „fenillantes."

Por fin se llegó á los corredores de la asamblea nacional; el baron de S.... llevado por su ardor, entró á la sala del cuerpo legislativo, espada en mano, causando mucho miedo al lado izquierdo de la asamblea; los diputados que la componian gritaron: ¡Los suizos! los suizos! y varios procuraron salvarse por las ventanas.

Un miembro de la asamblea vino á mandar al comandante de los suizos hacerles deponer las armas, á lo que se opuso este; entonces el Sr. D.... se adelantó hácia el rey y le dijo: „Señor, quieren que deponga las armas:" á lo que contestó el rey: „deponedlas entre las manos de la guardia nacional, no quiero que unos valientes como vosotros mueran." Un momento despues el rey mandó al Sr. D.... una esquelita escrita de su puño, y del tenor siguiente: „El rey manda á los suizos deponer sus armas y retirarse á sus cuarteles." Esta órden produjo el efecto de un rayo entre esos valientes; gritaron que aun podian defenderse con sus bayonetas, algunos lloraban de rabia; sin embargo, en tan horrible alternativa, triunfaron de nuevo la disciplina y la fidelidad; sabian que la órden de deponer las armas los entregaba sin defensa á unos tigres sedientos de su sangre: todos obedecieron!

Fué este el último sacrificio exigido á los Suizos: separaron á los oficiales de los soldados; á estos los llevaron á la Iglesia de los Fenillantes, á aquellos á la sala de los inspectores. Hácia la noche algunas personas generosas procuraron salvar á los nobles restos de la accion del 10 de agosto y dieron á los oficiales trajes para salir sin ser conocidos. Cada uno hizo por sí lo que pudo.

El palacio ya no se defendia; los agresores entraron, matando á los heridos y á todos cuantos hallaron perdidos en la inmensidad del edificio. Una parte de los Suizos, la que ocupaba los salones, no habia podido unirse al destacamento que se retiró á la asamblea nacional; bajaron en el instante mismo que los Marselleses entraron á palacio. Habiendo encontrado cargadas dos de las tres piezas abandonadas antes, les dieron fuego, lo que les dió campo para efectuar su retirada por el jardin; con ellos estaba un padre capuchino, capellan del regimiento; fué preciso marchar en medio de descargas de artillería y de fusil y quedaron muertos tres oficiales y bastantes soldados. Este corto destacamento se dirigió desde luego hácia la asamblea nacional; lo alejaron con tiros de fusil; dió al puente levadizo: se halló levantado, por fin pudo salir por el jardin del Delfin. Llegados á la playa de Luis Xv, los Suizos fueron cargados por los gendarmes de á caballo, y casi todos murieron. Poco despues, un sargento con quince hombres, se abrió una salida hasta el Vestíbulo, á donde halló á los Marselleses, guardando los cañones abandonados; los volvió á tomar, se defendió por algun tiempo y pudo por fin llegar á la asamblea nacional.

Agobiados por el número, cediendo el campo de batalla por unirse al rey, los Suizos no han podido dejar mas trofeos que los cadáveres amontonados de sus enemigos. Pruebas miles de heroismo y de valor se pierden en la gloria general de esta jornada y no se pueden citar.

De los oficiales, catorce fueron muertos en la jornada y doce asesinados en la Consergería, así pereció el regimiento de las guardias suizas, á la par de un encino robusto cuya existencia se ha burlado de las tempestades de varios siglos y que solo un temblor pudo echar por tierra!

Para acabar con este cuerpo, honra eterna de la nacion suiza, fué menester oponerle 100.000 hombres y una artillería inmensa!

Si una modestia nacional prohibe á un suizo elogiar la conducta de sus compatriotas de otro modo que por el relato de los hechos, le será permitido recordar que los Suizos jamas han faltado á sí mismos, que han sido tan valientes en la orilla de la Berezina como en Morgaten ó que sus batallones fueron tan fieles el 20 de marzo como el 10 de agosto.

Ellos bien han merecido el monumento que se ha levantado á estos valientes sobre el suelo helvético:

Per Vitam Fortes.
Sub iniqua Morte Fideles.

EL MONUMENTO.

Bello es guardar la fé que se jurara,
Y antes morir que perjurar cobardes.
¡Memoria siempre cara,
Augusto monumento
De tantos héroes, de virtudes tantas,
Durad eternamente
Para servir de ejemplo y escarmiento
A la futura edad y á la presente!
Y vosotros, oh! hijos de la Helvecia
Que veis á vuestros padres denodados
Luchar contra la suerte,
Leales en la vida
Y grandes en la muerte,
Venid, jurad al pié de los altares,
Ante la Suiza unida,
Sobre la losa de su tumba helada,
Y sobre su antes fulminante espada
Que hoy en pedazos por el suelo yace,
Nunca olvidar su plácida memoria,
Y esclavos siempre de la fé jurada
Nunca manchar su merecida gloria.
Tal de vuestros abuelos
Fué la primera ley, dignos modelos
En ellos encontrais, su ejemplo noble
Seguid, hijos de Helvecia, y sus virtudes;
Y si algun dia, grandes é inmortales
A su lado quereis alzar las frentes,
Cual ellos en la vida, sed leales.

LALLY-TOLLENDAL.

(Traducido para el Liceo)

UN SUEÑO.



DULCES recuerdos de pasadas horas;
gratas memorias de mejores dias,
venid, como en un tiempo, seductoras,
á renovar las ilusiones mias,
que en estas horas de fugaz reposo,
quiero apurar vuestro licor sabroso.

Venid, venid á interrumpir livianas
las cortas horas de mi triste sueño,
no á perturbar con esperanzas vanas
de nombre y gloria, mi amoroso empeño;
mas á alumbrar con resplandor divino
de mis amores el triunfal camino....

Mas ¡sueños son que el corazon lamenta!
huellas que deja la ilusion pasada,
cual suele atroz la tempestad violenta
en la ancha mies ó en la feraz cañada....
Delirios sí, cuyo recuerdo adoro....
Ay! ilusiones que perdidas lloro....!

Fué un sueño, ¡ya pasó! débil lucero
por un instante iluminó mi vida:
risueña imágen de mi amor primero,
luz de mi corazon, ¿á dó eres ida?
¿por qué en mis horas de dolor impio
te busca en vano el pensamiento mio?

¡Oh! cuantas veces, deslumbrado y ciego
quise tus goces apurar.... ¡en vano!
que convertido en un licor de fuego
el néctar de tu cáliz soberano,
bien lejos de aplacar mi sed ardiente
quemó mis labios y abrasó mi frente.

Luego te he visto en la region etérea
flotar tranquila sobre el manso viento,
subir, crecer, y cual vision aérea
perderte en el azul del firmamento!
tambien en sueños te alcancé un instante;
pero ¡ay! cegóme tu fulgor brillante.

En sueños, sí, la realidad sombría
se alzó feroz, tras la ilusion soñada,
dejando solo en la memoria mia
su encantadora imágen retratada....
sueño fugaz, despareció, violento
cual humo leve al rebramar del viento....

Era una noche del Estío ardiente,
la blanca luna en el zenit lucia,
y el blando soplo del ligero ambiente
embalsamaba cuanto allí mecia,
era un jardin espléndido y ameno,
de grata sombra, y de fragancia lleno.

Sentado allí, sobre su alfombra pura,
gozaba yo de la nocturna calma;
fiado ¡ay triste! en mi falaz ventura,
de penas libre, y de congoja el alma,
y al son suave de mi ardiente lira,
cantos alzaba, que el deleite inspira.

Bella, como es al despuntar el dia
la aurora matizada de colores,
allí tambien estabas tú, Maria.
pura, como la brisa entre las flores;
tu cantabas mi amor, yo tu hermosura,
y el céfiro fugaz nuestra ventura.

Con su argentina luz, tu faz hermosa,
bañaba á veces la apacible luna,
y en dulce melodía, vagarosa,
el viento que rizaba la laguna
y el serpeänte rio entre las flores;
pasaban lentos, suspirando amores.

,,Yo te amo," me decias, ,,¡cuan mezquino,
es á mis ojos tristes, vida mia,
sin el consuelo de tu amor divino,
cuanto inventó la humana fantasía,
la noche, el aura, el susurrar del rio,
fuéranme odiosos sin tu amor, bien mio.

Cuan diferente agora; tu presencia
torna el vergel en dulce paraiso,
rico de flores de amorosa esencia,
al blando goce de mi amor, preciso"
Digistes ¡ay! y en tu delirio bello,
tu ebúrneo brazo circundó mi cuello.

Yo no te hablaba, no; pero en mis ojos
leyendo tu mi amor, puro y ardiente,
en pago de mi afan, tus labios rojos
tierna posaste en mi ardorosa frente.
Cuanto era yo feliz! ¡momentos breves
de inefable placer.... ¡huyeron leves!....

Cesó de pronto, de alumbrar la luna;
cesó el murmullo de las mansas fuentes,
y sobre el fértil prado y la laguna,
espesa lluvia descendió á torrentes....!
¡Oh, cuan en breve mi amoroso encanto,
tornóse amargo, en afliccion y llanto....!

Bramó feroz la tempestad rugiente,
sonó cercano el estruendoso trueno,
y á su hórrido fragor, violentamente
latió de espanto tu nevado seno.
,,Huyamos, amor mio" me dijiste,
y de mis brazos trémula partiste.

Yo te busqué en la obscuridad, Maria,
por largo tiempo.... te llamaba, en vano
que mas sañuda la tormenta impia,
cubrió mis voces, con su estruendo insano;
¡Momentos de inquietud, de horrible espanto,
que aun hoy recuerdo con amargo llanto!

A la luz de un relámpago sombrio,
al fin te divisé por un instante
junto á la márgen del crecido rio;
partir quise en tu busca, delirante,
pero de un rayo al hórrido estallido,
caí sobre la yerba sin sentido.

Harto duró mi situacion penosa;
que ya al volver de mi fatal desmayo
alumbraba otra vez la selva hojosa,
de excelsa luna el amarillo rayo:
mas no como antes, con su luz radiosa
apacible bañó tu faz hermosa.

Vagué en tu busca por el verde otero
en pos de mi ilusion, de tus amores,
y al cabo solo hallé ¡recuerdo fiero!
tu lívido cádaver entre flores!
Del rayo herida, sin amores, yerta,
del rio estabas en la márgen.... muerta!.

Agosto 15 de 1844.—Alejandro Rivero.



MODAS.

EL otoño, la estacion mas fecunda en diversiones y partidas de campo, como que en ella la mayor parte de las familias acomodadas de la capital habita las aldeas por gozar de un aire puro y temperamento saludable, es en gran manera apropósito para que desplieguen las elegantes su buen gusto en vestidos y adornos campestres y sencillos; porque la sociedad en el campo casi no difiere de la que vive en la ciudad. Ambas tienen sus caprichos, ambas son tiranizadas por la moda, sin mas diferencia que la segunda se confiesa francamente esclava, y la primera, tan sujeta ó mas que su hermana, pretende hipócrita hacernos creer que ha sacudido el yugo, y que sus ideas y sus costumbres han adquirido con sola su permanencia en el campo un colorido de inocencia y candor pastoril. A persuadirnos semejante cosa conspiran la afectada sencillez en los adornos y la afectada franqueza en los modales; pero por poco conocedor que uno sea, descubrirá al través de un vestido blanco y de una guirnalda de frescas flores, los mismos sentimientos, las mismas ideas de las ciudades.—Son los mismos actores en distinta escena y ejecutando una égloga en lugar de un drama.

Como quiera que sea, para muchos tiene su encanto esta vida mista y á mi entender no carecen de razon. Averiguada cosa es que la mas fecunda vena de la belleza y del placer son los contrastes, y ¿quien podrá dudar que en esta vida se encuentran á millares?—A la misma jóven que por la mañana se vió trepar lijera por las peñas del *Cabrio* (*) en persecucion de una mariposa, ó saltar por el rio de piedra en piedra por contemplar de cerca la cascada que con multitud innumerable de líquidas perlas adorna su cabeza, se la vé en la noche reservada y seria bailando en un salon con los modales mismos con que pudiera hacerlo en una tertulia de México.—Por la mañana, festiva y lijera como una calandria, inocente y pura como la flor que nace al márgen del arroyo.—En la noche, alegria afectada, silencio interrumpido tal vez por algun dicho picante ú ofensivo, ó cuando menos conversacion de ciudad y que hubiera caido bien en los palcos de Vergara.—En una y otra situacion la persona era la misma; los sentimientos, el corazon los mismos, la atmósfera en la mañana mas pura, mas de campo; la de la noche mas corrompida, mas de ciudad. Esta ya es una diferencia, otra es el traje.

Insensiblemente me he puesto á reflexionar y á hacer partícipes á mis lectoras de mis reflexiones sin acordarme de que hacia lo que no debe un escritor de modas. La última palabra de mi anterior párrafo, me ha hecho volver al órden y me ha recordado que solo debo indicar los vestidos, las telas, los adornos propios de cada estacion, ser, por decirlo así, un termómetro del gusto, sin meterme á calificarlo y sin hablar sobre todo de los sentimientos y de las personas.

Los dos gallardos y sencillos trajes que presenta nuestro figurin de hoy parecen hechos para el campo. Simplicidad en los adornos y en la forma, es lo que principalmente se les nota.—El primero es de gros tornasol de anchísima falda, decorada con dos holanes guarnecidos estos, como el resto del traje, con un filete de cordon, corpiño abierto y sujeto por delante con jaretas, dejando entrever una pulida camisola de pequeño cuello que cae sobre los hombros y que lleva en su orilla un encaje. Las mangas de este vestido son pequeñas, abiertas y sujetas como el corpiño, y guarnecidas del cordoncillo precitado.

Como quedarian altamente desairados los brazos en unas mangas tan pequeñas y tan anchas como se ha dicho, se ha suplido tal defecto con una nueva belleza. Una manguita blanca un poco estrecha por arriba y al-

* Lugar demasiado conocido en San Angel.

go mas ensanchada par abajo, que llega á la mitad del antebrazo y que como el cuello lleva guarnicion de encaje, ha sido el resultado de las cavilaciones de la elegancia parisiense para suplir con un primor nuevo la fealdad que de pronto resultaba.—Tales mangas análogas en mas de un punto á las de campana, se llaman en Paris á *la religieuse*. Perdóneseme la traduccion, pero creo que pudiéramos aqui llamarles á *la monja*. A propósito de monjas: admirable y estraño me parece que los trajes severos de los claustros hayan servido mas de una vez de modelo á os elegantes de ambos sexos para modificar los suyos, incitados quizá por la pompa y magnificencia que en ellos se percibe; pero sea como fuere, lo cierto es que lo han hecho; y será prevencion, mas yo me inclino á creer que han tenido justicia, y aun me parece descubrir en el tosco sayal de un religioso ó en el pomposo y ancho ropaje de una vírgen algo de elegancia y buen gusto.—El traje descrito está completado por una ligera capota de gros blanco plegada y adornada con flores.

La segunda figura presenta un modelo de vestido escocés de una simplicidad y elegancia tales que ha obtenido en Paris el mes de Junio último el mas completo triunfo.—Su inmenso holan terminado con onditas y sujeto á la mitad de la falda, por una doble guarnicion tan bien ondeada y las dos vueltas de a parte superior del cuerpo, producen un efecte muy agradable; pero lo que hay en él mas elegante y digno de atencion, son las mangas que bajan angostas hasta la mitad del brazo sobre un viso blanco bordado y guarnecido en su orilla, que á su vez deja tambien un intervalo entre su estremidad y la del guante para que pueda verse un torneado y primoroso brazo sujeto con algun camafèo.—Las mangas se llaman á *la Isabela*.

El peinado, absolutamente campestre, consiste en hacer bajar el *fleco* sobre las orejas, cubriéndolas y quedando perfectamente alisado el cabello.—Cuando se lleva de esta manera se dice que se lleva *en bandeaux*. Por detras se divide en dos trenzas que se enredan al rededor de la cabeza, quedando en el centro dos *castañas*; y algunas flores es de rigor que terminen el tocado. En efecto ¿que cosa mas natural que peinados y ramos de flores para acompañar á los vestidos de campo?

Las telas preferidas hoy son las muselinas, las *tarlatanas*, los *baréges*, y algunas otras; advirtiéndose en todas poca complicacion en el dibujo y suma lijereza. El ya abundante repertorio de géneros y adornos de nuestra colaboradora madama Gourgues, (*) ha recibido últimamente considerable aumento con nuevos objetos llegados de Paris, y su pericia, demasiado notoria á las elegantes mexicanas, la hace cada dia mas acreedora al aprecio de la gente de buen tono.—QUERUBIN.

* Correo de Modas calle 2.ª de Plateros núm. 2.

SHAKESPEARE.

ANALISIS DE SU DRAMA INTITULADO

MACBETH.

No me propongo ciertamente por objeto el panegírico de Shakspeare al escribir estos cuantos renglones; pues grandes ingenios lo han hecho antes que yo, y mi débil voz nada podia añadir á lo que ya se ha dicho en elogio del bardo inmortal, gloria de Inglaterra. La grande aficion que profeso á la literatura de aquel pais y el ardiente deseo que siempre me ha animado de darla á conocer á mis compatriotas han sido los motivos á que debe su orígen este artículo en que trataré de dar alguna idea de uno de los mas elogiados dramas de Shakspeare; á saber Macbeth.

Pintar un hombre valiente y de buen corazon víctima de las tentaciones de una ambicion desordenada; pintar la lucha entre sus buenas cualidades y esa misma ambicion, parto de una influencia sobrenatural, pintar una muger, ó mas bien un aborto del infierno que poniendo á Macbeth en la senda del crimen, le ayuda á recorrerla en toda su estension, y despues sucumbe bajo el peso de sus remordimientos; tal es el cuadro terrible y eminentemente moral que se propuso el autor.

Pero ¡con que maestria lo ha desempeñado! ¡que exactitud en los caracteres! ¡que verdad en el colorido! ¡que profundo conocimiento del corazon humano fué sin duda necesario, para producir una obra tan completa!

El drama comienza por la aparicion de tres hechiceras, seres viles y amantes del mal, que no tienen mas complacencia que dañar á los hombres en todo cuanto pueden, cumpliendo de esta manera las condiciones del pacto que han hecho con los espíritus infernales. De su diálogo se infiere que esperan á Macbeth y este nos interesa desde luego. ¿Qué objeto pueden tener en buscarle? Inmediatamente nos suponemos un hombre virtuoso, y por las oscuras palabras que se escapan de los inmundos labios de las brujas: entrevemos que alguna conspiracion, alguna trama infernal se prepara contra él.

La segunda escena nos le da á conocer; no tan solo es virtuoso como nos lo habiamos imaginado, sino que en aquel momento acaba de afirmar con una grande victoria el trono de su soberano. Los rasgos con que describen su valor, nos hacen mirarle como un héroe. El rey comienza á premiar sus buenos servicios por conferirle el (*) *thanado* de Cawdor, patrimonio de un noble rebelde á quien manda decapitar, y esta circunstancia ignorada por entonces de Macbeth; una de las que mas influyen en la pérdida de sus buenas prendas.

Las brujas aparecen por segunda vez. Nuestro corazon palpita por ver cual sea el objeto de aquella entrevista que con tanto ahinco buscan con el general triunfante que ya nos interesa por su valor y lealtad.

Una danza mágica y misteriosa precede la llegada de Macbeth. Este se presenta en union de Banquo, su compañero en el mando.

Permítaseme traducir la escena, porque aparte de que á mi entender no carece de belleza, de ella depende todo el artificio del drama.

Macbeth. „Hablad si es que podeis. ¿Quien sois?

1.ª hechicera. „Salud Macbeth! Salud, thane de Glawis!"

2.ª hechicera. „Salud Macbeth! Salud, thane de Cawdor!"

3.ª hechicera. „Salud, Macbeth! Serás rey!»

El veneno comienza á destilar en el corazon de Macbeth. Tiembla y Banquo le pregunta „¿porque temblais? ¿por qué parece que teneis „predicciones tan alhagüeñas?" Ah! este temblor, esta agitacion repentina, ¿no puede interpretarse muy bien, como la agonía de sus buenas inclinaciones? Fácil es dar cabida al vicio y una vez admitido nos arrastrará de uno á otro crimen con la fuerza y velocidad de un torrente. El general victorioso cubierto de gloria, está cabizbajo . . . . tiembla. ¿Que pensamiento, que tentacion horrible le habrá venido á asaltar? Le han dicho que será rey.

Banquo, dudoso de la verdad de aquellas predicciones, desea sin embargo saber de las brujas cual será su suerte futura. He aquí la respuesta.

1.ª hech. „Salud"

2.ª —„Salud"

3.ª —„Salud"

1.ª —„Inferior á Macbeth, y sin embargo „mas grande que él"

2.ª —„Menos dichoso, y no obstante mucho „mas dichoso!"

3.ª —„Tus descendientes serán reyes, aun„que tú no lo seas: salud, pues, Macbeth y Ban„quo,"

1.ª —„Banbuo y Macbeth, salud!"

Macbeth.—Deteneos, profetisas oscuras, decidme aun mas; sé que por la muerte de Sinel soy thane de Glamis; ¿mas como puedo ser thane de Cawdor? El thane de Cawdor está sano y salvo y tan increible es que yo lo sea, como que llegue á ser rey. Decidme de donde habeis adquirido noticias tan estrañas? ¿para qué me deteneis en este yermo para saludarme con esos anuncios fatídicos? Hablad, yo os lo mando. [Las brujas desaparecen].

Banquo.—La tierra tiene sus burbujas lo mismo que el agua, y estas lo son.—¿En donde se han desvanecido?

Macbeth.—En el aire; y seres que creiamos corpóreos, se han disuelto como un soplo en el viento; ojalá y se hubieran quedado.

Banquo.—Pero ¿es cierto qúe estuvieron aqui las criaturas de que hablamos? ¿ó habrémos

por ventura gustado de la raiz venenosa que cautiva la razon?

Macbeth.—Vuestros descendientes serán reyes. ¡Qué respuesta!

Banquo.—Sereis rey vos mismo.

Macbeth.—Y thane de Cawdor ?No es eso lo que dijeron?

Banquo.—Cabalmente. ¿Mas quién viene hácia nosotros?

Dos comisionados del rey de Escocia (Ross y Angus) vienen á dar á Macbeth las gracias por la victoria que ha obtenido sobre los Noruegos, y á anunciarle como preludio de la munificencia real su accesion al thanado de Cawdor. El lo duda y hace presente que el thane de Cawdor vive aun y que este título no le puede convenir por la misma razon.

Desvanecen su duda participándole que Cawdor, convencido del crímen de alta traicion va á perecer en un cadalso.

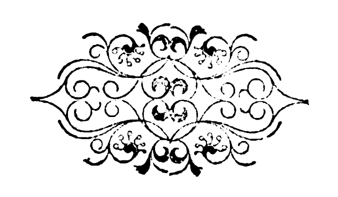
Macbeth.—(aparte) Thane de Glamis, y thane de Cawdor . . . . falta el título mas imponente. [*A Ros y Angus*] Yo os agradezco la molestia que os habeis tomado (*á Banquo*) ¿no esperais que vuestros hijos sean reyes, una vez que esto os fué vaticinado por las mismas que me anunciaron el thanado de Cawdor?

Banquo.—Abrigando demasiado esa idea no os satisfará el thanado, y elevareis vuestras miras hasta la corona. Muchas veces los genios de las tiniéblas nos dicen verdades para conducirnos á nuestra ruina; nos ganan con frioleras irreprensibles, para arrastrarnos despues á las consecuencias mas funestas.— (á Ross y Angus) Primos; hacedme favor de escucharme un momento.

Macbeth.—(aparte) Dos verdades se han dicho que sirven como de prólogo al drama progresivo que tiene el trono por objeto. (á R. y A) Gracias caballeros.—Esta advertencia sobrenatural no puede ser buena; no puede ser mala. Si es mala, ¿porqué me ha dado una prueba de que he de triunfar, comenzando por una verdad? Soy thane de Cawdor.—Si es buena, ¿porqué cedo á la tentacion, cuya horrible imágen eriza mis cabellos, y desquiciando mi firme corazon, lo hace golpear mi pecho de un modo tan ageno de su movimiento natural? La presencia del objeto temido es menos espantosa que las criaturas horribles de la imaginacion. Mi pensamiento en que solo flota el asesinato como una fantasma, sacude mi natural inocente de tal manera, que sus funciones se encuentran sofocadas por los presentimientos; y nada existe para mí mas que lo que todavía no aparece en el número de los seres.

Este trozo es bellísimo. Macbeth, reflexiona primeramente sobre lo verídico del vaticinio de las brujas con respecto á los thanados de Glamis y Cawdor. La tercera profesion se le viene á la imaginacion. Teme que conozcan cuanto le inmuta aquella idea, y volviéndose de nuevo á Ross y Angus les da las gracias. Pero ¡de que modo! ¡Como dirige la palabra á sus iguales! ¡Cuan superior á ellos se juzga ya! Debemos convenir en que rasgos como estos, solo se encuentran en un Shakspeare. El resto se recomienda por sí solo. Nada podia yo decir capaz de realzar su mérito.

En la escena siguiente Macbeth se presenta á Duncan, este le hace presente su reconocimiento, participa á sus nobles que ha nombrado heredero á su hijo mayor, confiriéndole el título de príncipe de Cumberland, y anuncia al nuevo thane de Cawdor, que para mas estrechar los vínculos que ya los unen, se prepara á hacerle una visita en su castillo. Macbeth al oir el nombramiento del príncipe de Cumberland esclama: ,,¡Príncipe de Cumberland!—He aquí un escalon que debo saltar, so pena de caer sobre él, porque está sobre mi senda. Estrellas, ocultad vuestros fuegos; que la luz no penetre mis profundos y tenebrosos deseos; que los ojos no vean las manos: pero que sin embargo se haga lo que los ojos temerán ver despues de cumplido.»



CARTA NOVENA SOBRE MÉXICO

POR

MADAMA CALDERON DE LA BARCA.

Visitas de Españoles.—Visita del presidente.—Averiguacion.—Traje de Poblana.—Bernardo el Matador. —Funcion extraordinaria de toros.—Plaza de toros.—Fuegos artificiales.—Retrato de C—n.—Baile de Fantasía.—Trajes.—Traje de las Patronas.—Belleza en México.—Visita del médico.—Tarjetas para dar parte de casa.—Marquesa de San Roman.—Traje de visitas de etiqueta por la mañana.—Conatos de robo.—Asesinato de un cónsul.—La Güera Rodriguez.—El Dr. Plan.—Mr. de Humboldt.—Anécdota.—Antiguas costumbres.

5 DE ENERO.

AYER domingo, dia en que se hacen aquí muchas visitas despues de misa, pasó ya. Tuvimos en casa una numerosa concurrencia de españoles, todos los cuales estaban ansiosos de saber si por fin tenia yo ánimo de asistir al baile de fantasía vestida de poblana, sobre cuyo particular manifestaban un interés extraordinario. Dos señoritas, ó tal vez mugeres comunes de Puebla, que fueron presentadas por el señor— vinieron á ofrecerme sus servicios y darme todos los pormenores necesarios. En efecto, aderezaron el cabello á Josefa, que es una chiquilla mexicana, para hacerme ver como debia quedar el mio; ademas, recordaron varias cosas que aun me faltan y me dijeron que todo el mundo se alegraba mucho de saber que iba yo á vestirme de poblana. No dejó de sorprenderme que *todo el mundo* se tome el trabajo de pensar en esto. Serian las doce cuando el presidente, de riguroso uniforme y acompañado de sus ayudantes, vino á hacerme una visita, en la que estuvo una media hora, con su amabilidad acostumbrada. Poco despues entraron nuevas visitas y justamente cuando suponiamos que habian terminado y pensábamos en comer, se nos dijo que estaban en la sala el secretario de Estado, los ministros de la guerra y el interior, juntamente con otras personas. ¿Cuál os parece que era el fin de su venida? Conjurarme por cuanto hay de mas alarmante, á desechar la idea de comparecer en público con traje de poblana! Nos aseguraron que las poblanas, generalmente hablando, *son femmes de rien;* que no usan medias, y en suma, que la esposa del ministro español, ni una noche siquiera, debia ponerse semejante vestido. Saqué mis atavíos, les hice ver su longitud y su decencia, pero todo en vano, porque, á decir verdad, no cabia duda en que ellos tenian razon y solo por bondad podian tomarse este trabajo; así que, cedí con docilidad y dí gracias al consejo de gabinete por su oportuna advertencia, aunque temiendo que en esta tierra de morosidad seria dificil conseguir un nuevo traje para el baile de fantasía; pues habeis de saber que nuestro equipaje anda todavía sacudiéndose en los lomos de las mulas que lo conducen de Veracruz á la capital. Apenas se habian ido los susodichos, cuando el señor— trajo recado de varias señoras principales, á quienes no conocemos aún, por medio del cual me informaban, por ser yo estrangera, de las razones que hay para no poder usar aquí el traje de las poblanas, especialmente en una funcion pública como ha de ser el baile. Yo quedé verdaderamente agradecida por haber escapado de este modo.

Estaba yo vistiéndome para ir á la mesa, cuando trageron una esquela con la nota de

reservada y cuyo contenido me pareció mas singular que agradable. Posteriormente he oido decir que el sujeto que la escribió, D. José Arnaiz, es un viejo raro, que interviene en todo, impórtele ó no. La traduciré en vuestro obsequio.

„El traje de poblana es el de una muger perdida. La esposa del ministro español, es una *señora* en toda la extension de la palabra.— Por grande que sea el compromiso que haya contraido no debe adoptar dicho traje ni llevar otro que el que la corresponde.—Esto dice al señor de C—n, José Arnaiz, quien le estima todo lo posible."

Dia 6.—Esta mañana temprano, por ser hoy el dia destinado para la *funcion extraordinaria de toros*, se pusieron avisos, segun entiendo, en todas las esquinas, en los cuales se anuncia dicha fiesta, y están adornados con el retrato de C—n! El conde de C—a llegó poco despues del almuerzo, acompañado de Bernardo el primer matador, á quien trajo para presentarnosle.—Os envio el convite impreso en raso blanco con su encaje de plata y sus borlas para que veais cuan primorosamente saben hacer aqui semejantes cosas. El matador es un hombre bien parecido, y aunque parece pesado dicen que es ligero y diestro. Mañana os haré uua reseña de mi *primera corrida de toros.*

Dia 7.—Ayer por la tarde se temió mucho que lloviese lo cual habria hecho diferir la fiesta; se despejó no obstante la atmósfera y los pobres toros ignoraban cuan ligado estaba su destino con las nubes. Se nos tenia preparado un palco alfombrado y con una araña de plata, pero fuimos con nuestras amigas las C—as al inmediato. La escena, para mi especialmente, que no he visto la magnificencia de la plaza de Madrid, era animada y brillante en grado eminente. Figuraos un anfiteatro inmenso con cuatro grandes andanas de palcos; enfrente, una série de asientos descubiertos y todo ocupado por una muchedumbre tal, que estaria la gente sofocada. Estaban los palcos llenos de señoras vestidas de toda gala y los asientos inferiores de entusiastas concurrentes con trajes de vistosos colores; dos bandas militares ejecutaban hermosas piezas de música sacadas de las óperas; habia una variedad extraordinaria de brillantes trajes, todo esto debajo de un cielo enteramente azul. Señoras, campesinos y oficiales de todo uniforme; figuraos esto, y podreis concebir que este conjunto debe haber sido muy vario y curioso.

Un toque de cornetas anunció, á cosa de las seis y media, la llegada del presidente, quien vino de uniforme con su estado mayor y tomó asiento al son de *¡guerra, guerra! Ibellici trombè.*" A poco rato los matadores y picadores, á caballo estos y aquellos à pié, se presentaron en la plaza saludando en todas direcciones y fueron recibidos con gritos de alegria.

El vestido de Bernardo, azul y plata, era soberbio, y le costó quinientos pesos. Dióse la señal, se abrieron las puertas y saltó un toro al circo, que no era grande ni parecia feroz como los de España, sino pequeño, irritado, bravo y de un mirar inquieto.

La primera actitud del toro al entrar es soberana.—La Pasta en su Medea no la aventajó. Entretanto matadores y banderilleros llamaron al toro, agitando sus bandas de diversos colores y le picaban los de á caballo con sus lanzas. Se abalanzó el animal contra los primeros y aventó por alto las bandas que le arrojaron, mientras que ellos salvaban la valla se dirigió luego sobre los picadores, pinchando con las astas á los caballos, de modo que algunos de estos rodaron por el polvo con sus ginetes respectivos; mas levantábanse ambos y recobraban instantáneamento el equilibrio, en cuya operacion no hay tiempo que perder. Luego arrojaban cohetes y petardos adornados de listones que enredados en los cuernos del animal y sacudiendo este la cabeza le hacian quedar envuelto en llamas. Algunas veces agarraba el picador la cola del toro y pasándola por debajo de su propia pierna derecha, volvia las riendas á su caballo para forzar al bruto á galopar hácia otras y le derribaba de cabeza (1).

Enfurecido con el dolor, arrojando torrentes de sangre, y con el cuerpo cubierto de saetas y cohetes, galopaba el toro al rededor del circo, echándose ciegamente sobre hombres y caballos y procurando frecuentemente salvar la barrera; pero era rechazado con los sombreros y los gritos de la multitud. Cuando estaba de esta manera encorralado, vino el matador y le dió el golpe mortal, lo cual es visto como una especial prueba de destreza. Paróse el toro, como si sintiese que se le habia llegado su hora, dió al aire algunas embestidas y cayó; dierónle allí el último golpe y quedó muerto.—Sonaron en seguida las trompetas y se dejó oir la música; entraron luego á galope cuatro caballos unidos á un yugo, al cual fué atado el toro y velozmente llevado

(1) Esto se llama colear „*á la Calderon*."

fuera de la plaza. Esta última parte produjo en mí un hermoso efecto, pues me recordó los sacrificios de los romanos. De la manera que he dicho antes se hicieron morir ocho toros mas. La escena es hermosa y divierte la destreza; mas las heridas que se dan al toro y los tormentos que se le hacen pasar repugnan demasiado; y como aquí se le tronchan las puntas de los cuernos, simpatiza uno mas con el animal que con sus adversarios. No puede ser bueno el acostumbrar á un pueblo á tan sangrientos espectáculos.

Séame lícito, no obstante, confesar que aunque al principio me tapé los ojos y no osaba mirar, me fuí poco á poco interesando tanto en la escena que no pude luego apartar de ella la vista, y ahora me es fácil comprender el placer que disfrutan en tan bárbaras diversiones aquellos que están acostumbrados á ellas desde la niñez.

Habiendo terminado la pelea en medio de fuertes y prolongados gritos de la muchedumbre, se prendió un árbol de fuego, y en medio de una llama de colores aparecieron, primeramente las armas de la república, la águila y el nopal; y encima un retrato de C—n de tamaño natural, en que se le representaba con uniforme azul y plata. El águila vino á tierra con un estallido, mientras aquel permaneció ardiendo brillantemente é iluminado por fuegos artificiales, en medio de tremendos gritos y aclamaciones. Así terminó la *funcion extraordinaria*, y cuando todo hubo pasado fuimos á comer en casa de la condesa de C—a, donde tuvimos música en la noche y regresamos á casa medianamente cansados.

Dia 10.—Ayer noche se dió el baile de fantasía en el teatro, y aunque desde el dia de la funcion de toros he tenido que estarme encerrada en mi cuarto á consecuencia de una indisposicion provenida del cambio de temperatura ó de la humedad de la casa, habiéndome visto obligada tambien á no aceptar una invitacion á comer en casa del ministro ingles, me pareció con todo que debia asistir al baile. Habiendo desechado el traje de las casquivanas de Puebla, adopté el de las virtuosas contadinas romanas, que es bastante sencillo para poder surzirlo en un solo dia; un túnico blanco, cotilla encarnada con listas azules, y un velo de encaje puesto en cuadro sobre la espalda; á este propósito debo deciros que es muy comun entre las indias llevar un pedazo de género doblado en cuadro y colocado sobre la cabeza, segun esa moda italiana, y como no está atado no puedo concebir como pueden trotar sin que se les caiga.

Como á las once nos fuimos al teatro, y aunque á la entrada habia muchisimos coches, todo estaba quieto y en órden. Al primer golpe de vista que dimos al entrar al salon nos pareció aquello por extremo alegre y muy divertido ciertamente. El baile dado á beneficio de los pobres, estaba bajo la proteccion de las señoras C--a, G--a, Guer--a, y otras; mas tal era la suciedad y mal estado en que el teatro se hallaba antes, que para dejarlo puesto con decencia, habian gastado casi todos los productos. Las disposiciones fueron muy acertadas si se considera como estuvo aquella noche y las varias dificultades que se presentaron. Hermosos candiles habian ocupado el lugar de los faroles con sus velas de sebo, el frente de los palcos estaba adornado de lucientes colgaduras de seda y un dosel de lo mismo en forma de pabellon cubria toda la sala. La orquesta era tambien medianamente buena. Los palcos estaban llenos de señoras, que presentaban una sucesion interminable de chales de crespon de China de todas clases y colores y una série monótona de pendientes de brillantes, mientras que en el teatro mismo se echaba de ver un conjunto que cual ninguno otro merecia el nombre de baile de fantasía. Muy abundante era por cierto el surtido de aldeanas suizas, escocesas y todo género de aldeanos, como tambien el de turcos, montañeses y hombres vestidos con el traje comun. Siendo público el baile no era por consiguiente selecto, así es que entre muchas personas bien vestidas, habia centenares, que sin haber adoptado un traje característico, se habian calentado la cabeza por aparecer fantásticas y lo habian conseguido. Una, por ejemplo, tenia unas nagüillas de raso color de escarlata y encima una tunicela tambien de raso color de rosa con moños de color carmesí. Otra señora tenia un vestido corto de raso azul, debajo del cual llevaba un hermoso zagalejo color de púrpura y todo guarnecido de moños amarillos. Parecian los signos del Zodiaco. Viejas, jóvenes é intermedias, todas tenian diamantes y perlas, aun las muchas niñas que allí habia.

Las patronas del baile estaban vestidas con mucha elegancia.--La señora de Gu--a llevaba un peinado en forma de red, enteramente compuesto de gruesas perlas y diamantes que por sí solos valian un caudal. La señora de C--a iba vestida de madama de la Valière, con traje de terciopelo negro y con diamantes; es-

taba bonita, como siempre, pero el frio que allí hacia la obligó á envolverse en pieles y boas, con que cubrió su vestido. La señora de G--a iba de María Estuarda con vestido de terciopelo negro y perlas, con un soberbio collar de brillantes, y estaba por extremo hermosa; llevaba un gorro introducido aquí por la Albini en el papel de la reina de Escocia, que si bien es gracioso, dista mucho de la gentil sencillez del verdadero gorro de la reina María.--Tal parecia que ella habia llegado á la primavera de su edad sin haber estado en Fotheringay.

Varias damas me fueron presentadas que solamente esperan recibir las targetas en que damos parte de nuestra llegada para venir á visitarnos. Los mejores vestidos que noté entre las jóvenes son los de las señoritas de F--d, una de las cuales es hermosa, y tenia figura y cara de aldeana española; la otra es mucho mas graciosa y viva, aunque en realidad menos hermosa. Estaban sin embargo en los palcos tantas señoras del gran tono, que segun me informan, no es esta una buena oportunidad para juzgar de la belleza ni el modo de vestirse de las mexicanas; ademas de que como estos bailes de fantasía no son frecuentes, acaso estarian ellas mejor con sus trajes de costumbre. Generalmente hablando, pocas eran las hermosuras que llamaban la atencion; noté tambien poca gracia, y contadas eran las que bailaban bien. Habia demasiado raso y terciopelo y los trajes estaban recargados. Aunque los brillantes eran magníficos, habia muchos mal montados. Los vestidos, si se comparan con la moda actual eran extremadamente altos, y los piés que naturalmente son pequeños estaban embutidos en zapatos mas pequeños todavía, lo cual destruye la gracia que podian tener las señoras, ya sea andando, ya al bailar.

Ví muchos ojos soberbios, manos y brazos primorosos, que podian servir á un escultor de perfectos modelos, con especialidad las manos; pero en cuanto á la tez y á los colores pocos habia buenos.

Hiciéronme reparar en un jóven, que segun se creia, iba vestido de escocés, ¡Cómo deseaba yo en aquel momento que Sir William Cumming, Macleod de Macleod ó algun verdadero cabecilla montañés, pudiese haber aparecido repentinamente para anonadarle y hacer ver á la gente de aquí cuál es el verdadero traje! Varias desdichadas niñas que allí habia estaban envueltas en largos túnicos de raso ó terciopelo cubiertos de blonda y pedrería y con flores artificiales en la cabeza.

En el salon hacia un frio excesivo y el antiguo fetor del teatro no se habia disipado enteramente, ni creo, á decir la verdad, que fueran poderosos á extinguirlo todos los perfumes de la Arabia. Despues de haber discurrido en varias direcciones y admirado los diversos trajes de fantasía, me sentí casi helada, por lo que me encaminé al palco de la condesa de C--a, situado en la primera andana, y allí me envolví en una capa. Me hicieron ver desde aquel sitio á las personas de mas distincion que habia en los palcos, entre otras á la familia de las E--s, quienes parecen ser muy hermosas, tienen muy buenos colores y bonitas dentaduras. Permanecimos en el teatro hasta las tres de la mañana y rehusamos cuantos refrescos se nos ofrecieron, bien que una taza de chocolate caliente no hubiera estado por demas. Habia allí que cenar, aunque, segun creo, solo los caballeros se acercaron á hacerlo. Al salir tuve la satisfaccion de ver á muchísimas damas del brazo de sus respectivos caballeros, que á pesar de hallarse primorosamente ataviadas, se detenian al pié de los quinqués para encender un cigarrillo. ¡Qué frescas y bonitas parecian!

Dia 16.--Casi una semana he pasado algo acalenturada, y con escalofrio.--Fuí visitada por un médico del pais, que me debe el concepto de ser la criatura mas inocente que es dable imaginarse. Pulsábame diariamente y recetaba una pequeña dosis de alguna mistura incapaz de dañar. Pero lo que me daba especialmente era una leccion de urbanidad en la conversacion. Todos los dias teniamos el siguiente diálogo, cuando se ponia en pié para despedirse.

--Señorita, [esto era junto á la cama] estoy á la órden de V.

—„Muchas gracias, señor."

—„Señorita (esto ya al pie de la cama) conózcame vd. por su mas rendido servidor."

—„Buenos dias, señor."

—„Señora (aquí hizo alto junto á una mesa) beso á vd. los pies,"

—„Señor, beso á vd. la mano."

--„Señorita (cerca de la puerta) mi pobre casa, y cuanto hay en ella, yo mismo aunque inútil, todo lo que tengo está á la disposicion de vd."

--„Mil gracias, señor."

Se voltea para abrir la puerta y volviéndose á mí de nuevo al salir:

--„Adios señora, soy criado de vd.

--„Adios, señor.»

Sale por fin, pero entreabriendo la puerta y asomando la cabeza:

—„Felices dias, señorita."

Tan prolongada serie de cumplidos entre paciente y doctor, que tal parece que indica se separan con cierto „*dulce pesar*" (*Seweet Sorrow*) pienso yo que es un tanto fuera de sazon.

Tienen aquí por mas cortesano decir *señorita* que *señora*, aun cuando se hable con mugeres casadas, y la dueña de la casa es generalmente llamada por los criados--„La niña" aunque sea octogenaria. Esto último es aun mas comun en la Habana, en donde las negras viejas, que siempre han vivido en la misma familia y están habituadas á llamar por ese nombre á sus amas jóvenes, no dejan nunca de dárselos, sea cual fuere la edad de estas.

He recibido un paquete de cartas cuya lectura me ha aprovechado mas que las visitas del viejo doctor.--Ayer partió el capitan, y se encargó de un cajon de chocolate adornado con varias figuras, como tambien de algunos dulces curiosos para vd. Las targetas en que damos á los mexicanos la noticia algo atrasada de nuestro arribo, fueron repartidas hace algunos dias. Copio una de ellas para que tenga vd. una muestra del estilo, que habla con todo el mundo á manera de anuncio de una nueva tienda, en que se avisa que Don N. fabrica peluquines, corta el pelo ect. ect. y que Doña N. lava encaje y cose ropa fina.

„Don A--C--de la B, enviado estraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. C, cerca de la república mexicana; y su esposa D.ª F.—E--C--de la B, participan á vd. su llegada á esta capital y se ofrecen á su disposicion en la Plaza de Buenavista núm. 2."

Dia 18. Durante estos últimos dias ha estado nuestra casa llena de visitas, y apenas está acostumbrada mi vista al lujo de brillantes, perlas, rasos, sedas, terciopelos y blondas con que han venido ataviadas las señoras á hacer sus primeras visitas de etiqueta. Mencionaré aquí, en vuestro obsequio, algunos de los trages, no porque sean de mas lujo que los otros sino porque los tengo mas presentes.--La marquesa de San Roman, señora de bastante edad que ha viajado por Europa y que se distingue por su talento é instruccion, tiene la gran cruz de Maria Luisa de España, desciende de una noble familia veneciana y es tia del duque de Canizaro. Su vestido era túnico de riquísimo terciopelo de Gènova, mantilla negra de blonda y un magnífico aderezo de brillantes. Parece que esta dama es de salud muy delicada. Ella y sus contemporaneas, últimas reliquias de la época virreinal, van marchitándose con suma rapidez. En su lugar ha brotado una nueva generacion, cuyo aspecto y modales tienen poco de la antigua corte y consiste principalmente, segun se dice, en mugeres de militares hijos de la revolucion, ignorantes y llenos de pretensiones como son siempre esos *parvenus* que no por su mérito sino por casualidad se han elevado. Continúo mi lista por el estilo del diario de la corte.

La condesa de S--o. Túnico de blonda negro, con fondo de rico raso violeta, mantilla negra tambien de blonda, pendientes de brillantes, cinco ó seis broches de brillantes grandes con que estaba prendida la mantilla, sarta de gruesas perlas y *sévignè* de diamantes. La Sra. S.--Fondo de raso blanco, túnico blanco de encaje, mantilla de lo mismo, perlas, brillantes y zapatos de raso blanco.... Madama S--r., túnico de terciopelo negro, mantilla blanca de encaje, perlas, brillantes, manga corta y zapatos de raso blanco. La Sra. de A--d, túnico de raso color de tierra, mantilla negra de blonda , brillantes y zapatos de raso negro.

La Sra. B—a, esposa de un general sumamente rico y que tiene la mas hermosa casa de Mèxico.—Vestido de terciopelo púrpura, todo bordado de flores de seda blanca, manga corta y corpiño bordado, media calada, y zapatos de raso blanco, guarnicion realzada de Mechlin que salia por debajo del vestido de terciopelo que era corto. Mantilla de blonda negra, prendida con tres broches de brillantes; collar de brillantes de inmenso valor y hermosamente montados. Sarta de calabacillas, valuada en veinte mil pesos, sévigné de brillantes. Cadena de oro que daba tres vueltas al cuello, y llegaba á las rodillas. En cada dedo dos sortijas de brillantes á manera de pequeños relojes. Como ningun trage era igualmente magnífico, concluyo con el de esta señora mi descripcion, observando solamente que ninguna mexicana me ha pagado hasta ahora su primera visita de mañana sin traer brillantes. Pocas oportunidades tienen para lucir sus alhajas, asi es que á no ser con ocasion de semejantes visitas de etiqueta, se quedarian encerradas en sus cajas, disipando sus serenos rayos en la obscuridad.

Hicieron anoche un esfuerzo para meterse en casa, pero nuestro hermoso perrito Hércules *bull-dog* que nos regaló el Sr. A—d, defendió tan bien su puesto y ladró con tal furia que los criados despertaron, incluso el portero que tiene un sueño mas macizo que los demas. Los ladrones se escaparon sin hacer otro daño que herir gravemente una pata al pobre animal, lo que por ahora le tiene enteramente cojo.

Con motivo de este acontecimiento acabo de oir contar los pormenores de un asesinato muy cruel que se perpetró no hace mucho en estas cercanias, en la persona de Mr. M.-- cónsul de Suiza, que ademas era traficante en pieles. Habiendo despachado cierta mañana á su portero para que ejecutase algun encargo, paró á la puerta de la casa un coche, del que bajaron tres caballeros que, presentándose á Mr. M.—le dijeron iban á verse con él para asuntos de comercio. Les suplicó pasasen adentro y en efecto entraron un general vestido de uniforme, otro oficial mas jóven y un fraile. Quiso Mr. M.--saber el objeto de su venida y agarrándole súbitamente el general, mientras los otros iban á asegurar la puerta, exclamó ,,no hemos venido á ver los efectos de vd., queremos su dinero". Aterrado el pobre hombre al conocer la clase de parroquianos que tenia delante, les aseguró que era poco el dinero que en su casa habia y procedió al instante á abrir y vaciar la gabeta en que lo guardaba, viéndose que en efecto era la despreciable suma de unos cuantos centenares de pesos. Preparábanse los malhechores á partir, así que vieron que realmente no tenia el consul mas dinero que darles, pero el *fraile* dijo—,,Debemos matarle si no queremos que nos reconozca." ,,No", contestaron los oficiales, déjalo y vén; no hay peligro" ,,allá voy pues," repuso el fraile, y volviéndose al cónsul, le clavó un puñal hasta el corazon; luego entraron los tres en el coche y se alejaron con velocidad. El portero, que volvió á casa pocos minutos despues, encontró á su amo bañado en sangre y fué corriendo á una casa de juego inmediata á dar la voz de alarma; varios caballeros corrieron á auxiliar al cónsul pero murió una hora despues ya que hubo dado todas las señas del trage y aspecto de sus asesinos, así como las del coche en que vinieron. Por ellas fueron descubiertos poco tiempo despues, y merced á la energía del gobernador, que entonces lo era el conde de C.--a, fueron apresados y colgados de unos árboles que están en frente de nuestra habitacion, juntamente con un *verdadero* coronel mexicano que bondadosamente habia prestado su coche á los malvados para aquel acto. Es rara la vez que el crímen recibe aquí un castigo tan pronto.

Nuestro amigo el conde de C.--a, cuando fué gobernador de México, consiguió celebridad por su energía en el *perseguimiento* de los *ladrones*, como aquí se dice. Cuéntase que en cierta ocasion le cegó un tanto su celo. Habiéndose cometido en la ciudad diversos robos, le indicó el gobierno que la fuga de los criminales era vista por ellos como una prueba de que se habia entibiado su celo en el servicio público. Cabalgando por las calles algunos dias despues, columbró á un ladron muy conocido, quien luego que echó de ver que era observado, comenzó á correr por otra calle con la velocidad de una flecha.--Le persiguió el gobernador á caballo; el ladron se apresuró á llegar á la plaza y logró entrar en el santuario de la catedral. Tras él entró el conde á galope y le arrancó de junto al altar donde se habia guarecido.

Ya se supone que esta profanacion de la santidad del templo fué severamente reprendida, pero, como decia el gobernador, no podian ya acusarle de falta de celo en el cumplimiento de su deber.

Tomó de portero al capitan de una cuadrilla de bandoleros, ordenándole que constantemente permaneciese en la puerta y atrapase á cualquiera de sus antiguos compañeros que pasara por allí, pues su perdon dependia de la conducta que observara en el particular. Yendo á caballo un dia el gobernador con direccion á su hacienda, en reunion de su señora y acompañados del susodicho que iba en calidad de criado, fueron alcanzados por un mensagero que dijo al conde que se deseaba que volviese á México para un asunto grave y urgente. Se acercaba la noche, pero el conde confiando en el honor del ladron, le mandó acompañase á su esposa hasta la hacienda y ella sola á caballo con su sospechoso conductor, hizo la jornada sin tener novedad.

Antes de terminar esta carta debo deciros que tuve esta mañana de visita á una persona muy notable, perfectamente conocida aquí bajo el nombre de la *Güera Rodriguez*, es decir, la rubia, de quien dicen que hace muchos años fué celebrada por Humboldt como la muger mas hermosa que en todo el curso de sus viages habia visto. Considerando el tiempo transcurrido desde que ese distinguido viage-

ro visitó estas regiones, no dejé de asombrarme cuando recibí la targeta que hizo ella subir para saber si estábamos en disposicion de recibirla. Mayor fué mi sorpresa al encontrar que á despecho de los años y de los surcos que el tiempo tiene á bien hacer en los mas amables rostros, conserva *la Güera* todavía abundantes bucles rubios sin una sola cana, una blanca y hermosa dentadura, ojos muy preciosos y mucha vivacidad.

Su hermana la marquesa de Uluapa que murió últimamente, era tambien, á lo que dicen, muger de gran talento y extraordinaria soltura en la conversacion. Ved aquí otra dama de la antigua nobleza que ha desaparecido. El médico que la asistió en su última enfermedad, cierto frances, llamado Plan, que goza aquí de grande reputacion, ha presentado á los albaceas de la señora una cuenta que asciende á diez mil pesos, y que á pesar de no haber absolutamente causado mucho asombro, rehusa la familia pagarla, de lo cual ha resultado un proceso. Las extorsiones de los médicos en México, con especialidad las de los extrangeros, han llegado á tal extremo, que una persona de mediana fortuna debe meditar mucho antes de ponerse en sus manos. (*) Una señora vieja, rica y de salud delicada, que no tenga una enfermedad grave, es para ellos un tesoro mas seguro que una mina de plata.

Es la *Güera* muger muy agradable y una verdadera crónica ambulante ,,está casada en terceras nupcias y ha tenido tres hijas, todas hermosuras célebres; la Condesa de Regla, que murió en Nueva-York, y fué enterrada en la catedral de aquella ciudad, la marquesa de Guadalupe, tambien difunta y la marquesa de A--o que vive aun y es una hermosa viuda. Hablamos de Humboldt y haciendo ella mencion de sí misma como si fuera de tercera persona, me refirió todos los pormenores de la primera visita del baron y la admiracion que ella le causó; que era entonces muy jóven, aunque ya casada y con dos niños, que cuando Humboldt vino á ver á su madre, estaba ella sentada cosiendo en un rincon donde él no llegó á verla hasta que conversando sériamente sobre la cochinilla, preguntó si podria visitar cierto distrito en que habia un plantío de nopales, á lo que respondió la *Güera* desde su rincon.--,,Ciertamente que sí y podemos llevar allá al Sr. Humboldt.—Echándola de ver entonces el baron, se quedó pasmado y exclamó al fin, ,,¡Válgame Dios! ¿Quien es esa jóven? Despues de esta ocurrencia estaba constantemente con ella, quedando, segun se dice, mas prendado de su talento que de su hermosura, y considerándola como una especie de madama de Staël occidental. Ttodo esto me induce á sospechar que tan grave viagero quedó considerablemente fascinado y que ni montes, ni minas, ni geologia, ni geografia, ni conchas petrificadas, ni alpenkalkstein, le tenian tan ocupado que no dejasen una ligera capa de amabilidad. Es un consuelo pensar que ,,á veces dormita aun el gran Humboldt.

Una de las anécdotas de la *Güera* es demasiado original para que la pase yo por alto. Habiendo muerto en México una dama de alta gerarquía, quisieron sus deudos que fuese á su última morada, segun la moda entonces dominante, es decir con el trage mas suntuoso, que era el que habia estrenado el dia de su boda, y que, aun para México era de un lujo prodigioso. Era del mas fino encaje, la guarnicion de una especie de punto que costaba 50 pesos la vara, y adornado de trecho en trecho con moños de liston ricamente bordados de oro (no habia otro igual). Así fué colocada en su atahud la condesa de--, habiendo concurrido muchos queridos amigos para ver su hermoso *vestido fúnebre*. Finalmente fué depositada en su sepulcro, cuya llave fué entregada al sacristan.

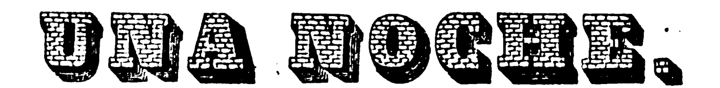
Pasar de la huesa á la ópera es una transicion muy violenta; no obstante, ambas tienen que hacer en esta historia. Apareció en México una compañía de danzantes franceses, no de primero, sino de vigésimo órden, y la bailarina en gefe era una francesita, que se distinguia por lo alto de sus tunicelas, por su coqueteria y sus asombrosas piruetas. Cierta noche en que la señorita Paulina iba á ejecutar un paso favorito, se presentó al público haciendo una série de cabriolas y descansando sobre el dedo gordo del pié, miraba en su rededor pidiendo aplauso, cuando repentinamente se dejó oir en la concurrencia un grito de horror acompañado de un murmullo de indignacion. ¡Paulina estaba ataviada con el mismo traje con que la difunta condesa fué enterrada! Encaje, guarnicion, listones bordados de oro; imposible era

(1) El gobierno mexicano ha tomado posteriormente en consideracion este negocio, y segun el reglamento que está formando, necesita un médico de cierto grado de conocimiento y de haber residido en la capital por un tiempo fijo, antes de que se le permita ejercer su facultad. Igualmente se ocupa el gobierno en formar un arancel para los médicos.

equivocarlo. Apenas cayó el telon cuando la bailarina se vió rodeada de autoridades competentes, que la interrogaron sobre el modo como hubo aquel vestido. Respondió ella que lo habia comprado sumamente caro á una modista francesa que habia en México, y que lejos de haber despojado algun sepulcro habia pagado el valor de su vestido en onzas de oro. Se dirigió la justicia á la habitacion de la modista, quien resultó así mismo inocente, pues lo habia comprado á uno que habia venido á proponérselo y lo pagó mas que á peso de oro, lo que efectivamente valia. A fuerza de averiguaciones se identificó al hombre susodicho y se probó que era el sacristan de San—. ¡Qué estúpido sacristan! Fué prendido y encarcelado, pero de su codicia resultó un bien, pues para evitar en adelante semejantes tentaciones á los futuros sacristanes, se volvió costumbre vestir á los muertos con magníficas ropas y dejarlos así algun tiempo, mas teniendo cuidado de sustituirlos con otros sencillos antes de depositarlos en las bóvedas.—¡Miserable vanidad despues de todo!

Una señora de esta ciudad me ha contado que cuando murió un nieto suyo, no solamente fué envuelto en rico encaje, sino que los diamantes de tres condesas y cuatro marquesas, despues de reunidos fueron colocados sobre él. Collares, brazaletes, sortijas, broches, y diademas, valioso todo varios centenares de miles de pesos. Se pusieron cortinas en las calles y estaba tocando una banda de músicos, mientras que los parientes titulados venian á visitarle y presenciar tan fúnebre esplendor. ¡Pobre niño! Le lloró su madre como al último vástago de una noble casa, como á su esperanza postrimera que vió desvanecida. Es cierto que el dolor se manifiesta de mil modos, mas pudiera pensarse que cuando busca consuelo en la ostentacion, ha de ser menos intenso que cuando huye de ella.

(Trad. por L. M. de C.)



UNA NOCHE.

Oscura y triste es la noche,
Cual de infeliz la esperanza,
Airado el cielo retruena,
El aire en las nubes brama.
Parece que el fin del mundo
La tempestad amenaza,
Y mientras el hombre duerme
La muerte vela en su guarda.
Medroso el buho se oculta,
Y si osa asomar la cara,
La luz del rayo fulgura
Y lo deslumbra y lo espanta.
Nada se mueve: en sosiego
Toda la ciudad se halla.
¡O noche de asombro llena,
Precursora de desgracias!
La borrasca se disipa
El viento abate sus alas
Y de agua un raudo torrente
Por cada canal se lanza.
Todas las calles se anegan,
Y los templos y las casas
Palacios de hadas parecen
Naciendo de entre las aguas.
Al monótono rüido
De la lluvia y granizada
Se mezcla el tétrico son
De alguna triste campana
Que anuncia al hombre las horas
¡Horas terribles y amargas,
Para el insomne infelíz
Cuitado por la desgracia!
Horas robadas al sueño
Por el que piensa en su amada,
Y que las cuenta escribiéndole
Alguna amorosa carta,
O que el agiotista torpe
Alegre en orgías pasa,
Y sofoca su conciencia
Con el humo de la crápula.
Horas en que el mandarin
Piensa, infame, de su patria
Remachar la vil cadena
Que la ambicion le prepara.

Horas en que.... pero ya
De tanta digresion basta,
Horas en fin en que todos
Hacen lo que les agrada
Unos düermen y sueñan,
O rien á carcajadas
Y cada uno lo que quiera
Puede hacer muy á sus anchas.
Volvamos, pues á la noche
Que está ya casi olvidada.
¡Maldita imaginacion
Que tan lejos nos arrastra!
Decia yo que el relox
Ya la horas anunciaba
Del descanso y del fastidio,
De los duendes y las hadas.
Horas en que la alma en pena
Deja las tristes estancias
De los muertos, y visita
Esta vida mentecata.
Horas en que Lucifer
Tienta las almas en gracia,
Y en que con cera el travieso
Anda pegando pestañas.
Horas en que las doncellas
En su recato fiadas,
Yntroducen los amantes
Adentro de sus recámaras.
Horas en que...¿ya otra vez
Me he distraido en soflamas?
¡Malditas sean las horas
Que tanto así me divagan!
Olvidarémoslas ya
Si no vuelvo á las andadas,
Y seguiré con mi noche
Hasta ver en lo que para.
Sonó el relox y á lo lejos
Sobre de una inmensa charca
Se oyó un ahullido espantoso
Cual de infernal algazara,
Capaz de imponer pavor
Aun á las precitas almas;
Que arredrara á Belzebú
Si Belzebú lo escuchara.
Voz crispante y melancólica,
Tétrica y desentonada
Que lleva el viento en sus pliegues
Y repiten las montañas.
Voz del hombre agonizante,
Que en los campos de batalla
Rota la cárcel del pecho
Se exhala por la garganta.
Voz terrible de anatema,
Preámbulo de la venganza
Que ya está al hombre rebelde
Ab eterno aparejada.
Voz del que.... ¡maldita voz,
Aullido ó como se llama!
¿Quien creyera que esta voz
Tan de quicio me sacara?
Se oyó esta voz, voz terrible,
Y al punto vese en el agua
Un monstruo (tal vez marino)
Que con toda prisa nada.
Como en la estensa llanura,
Por los perros fatigada
Vuela la afligida corza
Huyendo de fuego y balas.
O mas bien, como el bajel
Al que dá caza el pirata
Vira y se lanza veloz
A la mas cercana playa,
Rizando en cándida espuma
La tersa, luciente y clara
Superficie del Adriático
O del canal de la Mancha.
Y ya se pierde en las simas
De las ondas irritadas
O ya toca las estrellas
Con el trinquete y las jarcias
Y desea ver el puerto,
Y soltar las graves anclas,
Y...¡hasta cuando acabará
Esta insufrible cantata?
Aquel monstruo ó sabandija
(Son sinónimas palabras)
Surca el cristal movedizo,
Llega á un dintel y se salva.
Ocultándose cuidoso
Como tras de nube blanca
Oculta la triste luna
Su luciente faz de plata.
O como tras la pared
Se oculta por arte mágica,
De algun celoso marido
Algun vestiglo ó fantasma.
Ocultóse el animal
Y en la calle solitaria
Un nuevo grito turbó
El silencio que reinaba.
¿Es la voz de alguna bruja
Que convoca á sus hermanas
A sus juntas misteriosas,
O que pregona sus mañas?
¿O es grito de maldicion
Contra nuestra infeliz raza?
No es nada de eso, Dios mio,
Otra cosa mas amarga
Anuncia ese grito lúgubre
Ese grito de plegaria....
¿Que dice? Dios me dé esfuerzo.
Aquí ha parido una rata.—F. G.

UN RECUERDO.

I.

CUAN noble y poético es el Rhin! ¡Que admirable seguir sus ondulaciones llevado suavemente por sus ondas, dando libre curso á la caprichosa imaginacion! Sus laderas tan verdes, las montañas salvages, las viñas que caen en graciosos festones sobre la pradera, y las ruinas que coronan este paisage retratándose en las cristalinas aguas! Dios mio! que cuadro tan encantador y tan sublime! Es preciso haber perdido toda esperanza, toda inspiracion para no sentir vivamente esta influencia irresistible; es indispensable que el corazon se halle despedazado, las lágrimas agotadas y el alma seca, para no encontrar entusiasmo y ensueños al aspecto de este magnífico espectáculo. Aquí es donde el ser supremo nos habla, y contemplando estas maravillas escuchamos su lenguaje; en estos lugares se siente, se ruega y se perdona.

En 1670, dos años antes de la última entrada de las tropas francesas en Alemania, á las órdenes del gran Condé, el dia 2 de Junio cerca de las seis de tarde, una jóven subia lentamente la colina que conduce al castillo de Frauberg, cantando una de esas canciones alemanas tan dulces y melancólicas, llevando una gran porcion de rosas blancas que acababa sin duda de cortar en un jardin situado en la orilla del rio y que formaba una especie de península que se percibia á mucha distancia. Este jardin parecia un canasto de flores; las cercas formadas por los rosales silvestres que lo rodeaban y que parecian ser su única pared, estaban cubiertas de mil estrellas blancas y color de rosa; las lilas, los lirios, los naranjos y los mirtos en cajones verdes, limpios y relumbrosos, embalsamaban el aire y encantaban la vista. La jóven de cuando en cuando volvia la cara para mirarlo como si se despidiese de él por la última vez, y despues continuaba gozosa su camino y entonaba de nuevo su cancion, dichosa con aquella indiferencia que se tiene á los 17 años, fugitiva como las flores, y que como ellas, no deja en la mente mas que un perfume vago que muy pronto se disipa, pero que jamás se olvida. Cuando llegó á la puerta del castillo se detuvo; tiró del cordon de una campanilla, á cuyo sonido contestó un paso tardo y arrastrado. Se abrió la puerta, y un anciano de estatura alta, vestido con una especie de librea verde y encarnada muy raida, la recibió con la mas tierna sonrisa.

Atravesaron una gran sala de bóveda medio destruida, y llegaron á una especie de verjel, en el que aun habia algunos árboles bastante robustos, colocados irregularmente y rodeados de las piedras caidas de las murallas y de los torreoncillos derribados por el tiempo. Un poco mas adelante del edificio principal, un pabellon sin techo que en sus cuatro lados tenia unos arcos diagonales góticos, presentaba un lugar de retiro delicioso y una vista sublime: el Rhin con su multitud de tortuosidades que forman justamente un codo en la punta del jardincito que he mencionado; á lo lejos la hermosa y vasta fortaleza de R . . . . levantando sus orgullosas torres hasta los cielos, sobre la cual flotaba en anchos pliegues la bandera imperial; los campanarios de una abadia vecina que heridos por los espirantes rayos del sol parecian de oro bruñido, las chozas esparcidas en el valle, los ganados que volvian tranquilamente á sus establos, los botes de los pescadores que hendian velozmente el rio en todas direcciones, presentaban un cuadro tan vivo, tan animado y cercado de un marco tan rico, que tanto la jóven como su padre á pesar de es-

tar acostumbrados á gozar diariamente de este espectáculo, no pudieron menos que detenerse absortos contemplándolo.

Repentinamente oyeron tocar la campanilla.

—„¿Quien vendrá á esta hora?" esclamó el anciano.

—„Padre mio, id pronto á abrir; será quizá algun viagero estraviado ó algun mensajero de monseñor: oigo pisadas de caballos.»

El anciano volvió á entrar por las ruinas y sin abrir la puerta habló algunos instantes con los viageros y los hizo entrar á muy poco, haciéndoles mil cortesias y cumplidos saludos. Era un gentil hombre jóven seguido de su lacayo y vestido con el mas elegante traje de la corte de Luis XIV; en su semblante pálido y melancólico se notaba la fatal impresion que se pretende háber advertido en el de las personas cuya existencia debe ser muy corta; se presentó con desembarazo pero con modales nobles y llenos de afabilidad.

—„¿Con que consentis, amigo mio, en darme hospitalidad?»—„Con mucho gusto monseñor, y á mucha honra lo tengo."

—„¿Donde estoy pues?

—„En el castillo de Frauberg, que pertenece al Sr. Baron de Frauberg, de quien soy portero."

—„Ah! muy bien! ¿Y esta hermosa jóven es vuestra hija,?" dijo viendo que Lena se levantaba.

—„Si, monseñor, dispensadla; está ocupada trenzando las guirnaldas que han de servir para la fiesta del Corpus que se celebra en la aldea inmediata."

El extranjero no podia quitar sus ojos de aquel rostro celestial, que la timidez y el pudor habian bañado con una lijera tinta de carmin, ni de las flores que la rodeaban y de una corona de rosas blancas que tenia en su cabeza y la hacia parecer una víctima adornada para el sacrificio.

—„Puesto que teneis á bien recibirme, dijo el jóven, despues de un intervalo de silencio, os pediré algunos auxilios, pues á una legua de aquí cai del caballo, me he lastimado y con infinito trabajo he llegado al castillo.»

Lena abandonó sus guirnaldas, y su padre corrió hácia la entrada de una de las alas del castillo suplicando al viagero los siguiese, y ambos lo llevaron á un cuarto muy aseado aunque desprovisto de muebles; reconocieron el golpe é inmediatamente procedieron á curarlo, prodigándole los mayores cuidados; jamás se ha visto desempeñar la hospitalidad con mas esmero.

Algunos dias pasaron. Luis, este era el nombre del estrangero, no salia de su cuarto sino para bajar al patio donde pasaba el tiempo hablando con Lena, haciéndola cantar las canciones del pais ó escuchando sus leyendas, y sobre todo admirándola y contemplándola coronada de rosas blancas, pues este era su adorno favorito.—El se lo habia rogado tanto! ¡Desventurada Lena! El veneno, introduciéndose poco á poco en su tierno corazon, lo iba acostumbrando á las conversaciones y pasatiempos amorosos, que llenan la existencia y que sin ellos no se puede vivir; sin sentirlo se iba apasionando de un incógnito que debia dejarla muy en breve, llevándose la felicidad y el reposo de su existencia que hasta aquí habia conservado inalterable.—Lo amaba con toda su alma.—Pobre Lena!

II.

Las puertas de un magnífico salon dorado, acababan de abrirse en el castillo de Versailles, donde la marquesa de Montespan sentada frente de su tocador, recibia los homenages de los cortesanos que presurosos venian á presentarselos. Iban y venian en la pieza hablando entre sí y dirijiendo de tiempo en tiempo algunas galanterias á la divinidad del dia, recibiendo de ella esas respuestas tan picantes que ni á un amigo perdonan. Gran concurrencia debia asistir por la noche á la corte. La Sra. de Montespan hacia colocar en derredor de su cabello las famosas perlas de la mariscala del Hospital y ponia en su frente una corona de rosas blancas.—En este momento anunciaron al duque de Longueville.

Venia á despedirse de la favorita del rey antes de irse á unir con su ejército; se presentó con un semblante despejado y lleno de calma en medio de estos jóvenes locos tan dispuestos á reirse de cuanto pasa en el mundo.—Todos le cedieron el paso, se adelantó hácia la marquesa y tomó asiento á su lado. La hermosa Athénaïs le dirigió una de aquellas miradas que habian seducido al *rey mas grande del mundo*, y le preguntó si su equipage estaba listo, si muy pronto iba á ponerse en camino, añadiendo á estas algunas preguntas de politica y de interes que no podia rehusar al sobrino del Sr. le Prince. Muy medidas fueron todas las contestaciones del jóven duque de quien madama de Sé-

vignó dijo: "Jamás se han reunido virtudes „tan sólidas; no le faltaban sino algunos vi- „cios, es decir, un poco de orgullo, de vani- „dad y de altivez; pero en cuanto á lo de- „mas nadie ha llegado tan cerca de la per- „feccion: no hay elogios dignos de él; con „tal que estuviese satisfecho de sí mismo, le „bastaba.»

Todos hablaban de la marcha del rey y de los gentiles hombres; y quizá la favorita era la única que ignoraba el plan de campaña; unos hablaban del Issel, otros del Rhin, y algunos del sitio del Maestricht;-„¿Sabeis á donde irémos, monseñor,?» preguntaban todos, —„Lo ignoro,» respondió el jóven príncipe; „mi tio reserva mucho sus secretos.»

—„Pero señor,» replicó la Sra. de Montespan, „vos conoceis el pais, ¿no habeis hecho ya un viage hace dos años, ese viage de que volvisteis tan triste y padeciendo tanto?»

El príncipe nada contestó: sus miradas estaban fijas en la corona de rosas.—Mil recuerdos se despertaron en su imaginacion y cuanto lo rodeaba desapareció para él como por mágia, volvió á ver un cuarto pequeño en un antiguo castillo, un rostro de ángel adornado con flores semejantes, oyó sus cantos nocturnos que respiraban armonia y encanto, escuchó aquellas dulces palabras que salian del corazon y envolvian su alma en esa atmósfera de amor y de inocencia que en otro tiempo respiró con tanta delicia; en seguida se le representó la misma imágen con el rostro encantador bañado en llanto, el cabello en desorden y puesta de rodillas esclamando llena de desesperacion „Luis, me abandonas, ¿cuando volveré á verte?»

Su boca respondió „muy pronto» pero su conciencia, „¡jamás!»-y desde entonces un remordimiento atroz amargaba su vida, se echaba en cara la suerte de aquella tierna planta marchitada por él, y le habia pesado de su debilidad sin atreverse á indagar las consecuencias. En este momento, en medio de una corte loca y brillante aquellas imágenes algo borradas por la mano del tiempo se agolparon sobre su frente y sin poder desecharlas, le parecia que aquella voz destrozadora aun resonaba en sus oidos.—„Luis, me abandonas, ¿cuando volveré á verte?»

La Sra. de Montespan cuando notó su estado y que su imaginacion estaba preocupada se sonrió y le dijo.—„Muy serio estais y muy distraido; no me prestais atencion, y por lo que veo, estais abismado en las mas profundas meditaciones de vuestro porvenir y de vuestras esperanzas.»

—„Señora, es un recuerdo!»

———

El mismo dia y á la misma hora, en una antigua habitacion de las orillas del Rhin, estaba en su tocador una jóven sin que persona alguna trenzase su cabello ni viniese á elogiar su hermosura; en lugar de un salon dorado, ocupaba una pieza de bóveda, en lugar de candelabros de oro y esmalte, habia una lámpara cuya luz se opacaba por los argentados rayos de la luna que pasaban al través de una ventana gótica. Sobre su tocador habia tambien un collar de perlas y una guirnalda de flores, pero el collar desensartado y la guirnalda marchita.--La jóven se desnudaba lentamente, sus lágrimas descendian veloces bañando sus mejillas y pronunciaba con voz débil algunas frases ininteligibles interrumpidas por los sollozos; sus ojos recorrian su modesto aposento, y volvian á fijarse involuntariamente en la corona que procuró colocar de nuevo en su frente.

„Ya no me sienta, mi hermosura desapareció con mi dicha; me ha abandonado y hace seis años que no sé de él. Seco está mi corazon como estas flores;» y al pronunciar estas palabras, las arrojó lejos de sí, pero sus ojos aun no pudieron dejar de verlas. Este adorno antes tan fresco y ahora sin color y marchito, era verdadero emblema de su vida

„¡Oh Dios mio!» esclamó arrodillándose „esto es lo que me queda de un amor tan dulce, de aquella felicidad tan pasagera, algunas perlas que se desprenden, algunas rosas que se marchitan .... en su corazon quizá el olvido! y en el mio un recuerdo que jamas se borrará!»

III

El dia 2 de Junio de 1672, el rio que habiamos visto tan tranquilo al principio de esta narracion, acababa de ser testigo de una sangrienta batalla. El príncipe de Condé á la cabeza de su ejército triunfante lo habia pasado á nado como un verdadero paladin

En un convento de las hermanas de la Misericordia, situado en la orilla del Rhin, muy cerca del teatro del combate, preparaban las enfermerias para los heridos; las piadosas mujeres rogaban fervorosamente al Todopoderoso que salvase sus almas y se disponian á hacer cuanto pudiesen para salvar sus cuerpos. La supe-

riora hizo venir á varias novicias con su maestra, y las ordenó estuviesen listas para ir al campo de batalla con el objeto de recoger á los desdichados que estuviesen en estado de necesitar de sus auxilios. Mientras que las hermanas de mas experiencia escogían las medicinas convenientes, salieron del claustro cubiertas con sus velos; y con el corazon lleno de sentimientos de caridad, se hicieron guiar hácia los infelices que exigian sus cuidados. El sol doraba con sus últimos rayos las almenas de Frauberg y las veletas del monasterio; el jardin ya no embalsamaba el aire con sus suaves aromas, y los camellones incultos no producian mas que zarzas. Estaba poco mas ó menos como hacia dos años; á la agitacion del combate sucedió la calma y el lúgubre silencio de la noche. Cuando se acercó la barca que conducia á las religiosas á la orilla opuesta, se adelantó hácia ellas un hombre lleno de sangre y de humo, que estaba en pié junto de otro mas jóven que él y de un cadáver cubierto con una capa. „Hermanas mias, las dijo, ¿quereis recibir en vuestro convento al príncipe de Condé que ha sido herido, al duque de Borbón y el cadáver del de Longueville que fué muerto esta mañana combatiendo valerosamente a su lado?»

La maestra de novicias se inclinó ante el vencedor, y obedeciendo sus órdenes pusieron en la barca esta fúnebre y noble carga.

„Sor Luisa, dijo la maestra de novicias, conducid á mis señores á nuestra madre y orad entretanto junto al cuerpo por el alma del jóven príncipe, que Dios nuestro Señor ha tenido á bien llamar á su augusta presencia.»

El príncipe de Condé con el duque y algunos oficiales se pasaron á la embarcacion y se pusieron en un extremo de ella, colocando en el opuesto el cadáver; la jóven hermana se hincó cerca de él; estaban solos, y un deseo irresistible de contemplar la cara del príncipe arrebatado del mundo en la flor de su edad, la hizo levantar un poco la capa que la cubria.

„¡Cielos!" esclamó prosternándose y casi fuera de sí „¡el es!"

Lena, ahora Sor Luisa, acababa de saber al mismo tiempo el nombre y la suerte del hombre á quien tanto habia amado, y cuya ausencia la habia hecho retirarse del mundo. No derramó una sola lágrima; el alma que recibe golpes fuertes no llora, ruega!

Las aguas del Rhin corrian tan bellas y tan cristalinas como en otros tiempos de dicha, la bandera imperial flotaba como siempre sobre el fuerte de R...: ninguna alteracion habia en este admirable paisage, ninguna sino en la vida de una jóven, marchitada como las flores que con sus propias manos habia plantado.—*(Traducido por L. M.)*

ANACREÓNTICA.



Serena está la tarde;
La brisa corre blanda,
Y en el azul del cielo
Aureo celage vaga.
A la risueña quinta
Conmigo ven, Anarda,
A disfrutar mil goces
En deliciosa calma.
Allí de lindas flores,
Vistosa una guirnalda
Enlazaré á los rizos
Que tu candor realzan.
Y entonces, dulce amiga,
La reina soberana
Serás de la hermosura
De mi querida patria.
A orillas del torrente
Que ciñe la comarca,
Inspirarás mi lira
Y cantaré tus gracias:
Que en medio del bullicio
Y pompa cortesana
La cándida inocencia
Pierde su brillo, Anarda,
Cual pierden sus colores
Las florecillas varias,

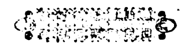
Si viento impuro sopla
Bellísima aldeana.....
¡Ay! ven ángel del cielo;
La tarde sosegada
Hoy al placer convida
Nuestras ardientes almas.
Ven; y el fragante aroma
Que vaga entre las auras
Respirarémos libres,
De amor ante las aras.
Que allí un altar sagrado
Mi amor al tuyo alza,
Donde serás, querida,
Al punto proclamada:
De la hermosura reina
Modelo de las gracias,
Y en fin, jóven amable,
La Vénus mexicana,
A la risueña quinta
Conmigo ven, Anarda,
A disfrutar mil goces
En deliciosa calma.

Pachuca. Mayo de 1844.

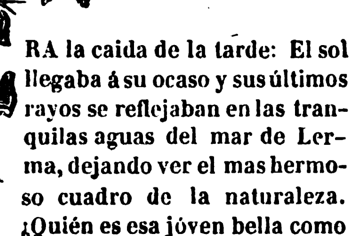
SEBASTIAN SEGURA.



ANA.



I.



RA la caida de la tarde: El sol llegaba á su ocaso y sus últimos rayos se reflejaban en las tranquilas aguas del mar de Lerma, dejando ver el mas hermoso cuadro de la naturaleza. ¿Quién es esa jóven bella como la primera sonrisa de un niño, que parece tan inocente como las flores, tan pura como los ángeles? ¿Por qué contempla estasiada el magnífico cuadro que se ofrece á su vista?... Por un lado las elevadas torres del castillo de San Miguel; á su espalda altas montañas; á su izquierda un verde llano en el que se veian esparcidos aqui, y allá altos cocoteros; á sus piés el mar pacífico y cubierto de infinidad de barquillas que volvian de pescar y cuyos marineros cantaban despidiéndose con júbilo del luminar del dia.

La jóven volvia frecuentemente sus bellos ojos azules hácia una bonita y sencilla casa que se divisaba al pié de los muros del castillo, y de la que á poco vió salir un jóven á cuyo encuentro se levantó rápidamente.

—¿Qué haces aquí tan tarde, Ana? díjola el jóven fingiendo enojos: no parece sino que te has empeñado en incomodarme; bien sabes que me disgusta infinito el encontrarte sola á tales horas y en sitios tan solitarios; todavía eres demasiado niña y no sabes el peligro á que te espones.

—¡Ah Cárlos! no me riñas asi, dijo la niña pasando sus alabastrinos y torneados brazos por el cuello del jóven, ¡si tú pudieras ver el efecto que causan tus palabras en mi corazon, no le desgarrarias de esa suerte! ¡Cruel!.... estaba pensando en tí, en tí únicamente, ¡eres tan hermoso!.... ¡tus ojos tienen tal espresion, su mirar es tan tierno! te esperaba ansiosa, es la hora en vienes á buscarme todos los dias. Yo queria verte, queria estar contigo, porque á tu lado la vida es ensueño agradable. ¡Oh! yo no volveré á salir sin tí, hoy te ví tan taciturno que tus miradas comunicaron á mi alma una mortal tristeza; y sin saber que hacia me dirigí á este sitio pensando en adivinar la causa de tu pena secreta, y á pesar mio me detuve aquí porque no acertaba á descubrirla: prométeme que mañana me confiarás tu pena, yo te consolaré, tu tormento se mitigará y vendremos juntos á este sitio.

—¡Mañana! repitió Cárlos con triste voz y

volvió la cabeza para ocultar una lágrima que se desprendió de sus párpados.

—Y bien, ¿mañana? ¿qué quieres decir con eso, mi Cárlos? dijo Ana apresuradamente.

—Mañana, hermana mia, parto á doscientas leguas de aqui.

—¡Gran Dios!

—Sí, mi tia me manda á unos negocios suyos, no hay remedio, tú bien sabes lo que es ella; le agrada que la obedezcan sin replicar.

—Y.... ¿cuando volverás?

—¡Nunca!

—¡Oh, nunca, nunca! eso no puede ser, no será.... yo partiré contigo.... tú no has de ser tan cruel que me dejes abandonada, á mí, á tu hermana.

—Mi hermana.... y al decir esto vió á Ana tristemente: la impresion de su rostro indicaba la lucha que interiormente padecia. Ana advirtió que algun secreto le ocultaba, y turbada le dijo:

—Cárlos mio, ¿qué me ocultas? ¿qué sientes? dímelo, por piedad.

Cárlos tomó una mano de su jóven prima, y llevándola á su corazon la dijo:

—Queria, y debia callar; pero voy á separarme de tí, quizá no te veré mas y no tengo fuerza para callar: ¿sientes latir mi corazon? palpita por tí, si, yo te adoro y voy á perderte; mi tia ve los progresos de mi pasion, y con pretestos bien frívolos me manda alejar de tí.... el Sr. de Morán pide tu mano, y ella....

—¿Se la ha concedido? dijo Ana enagenada: ¿Y hoy me dices que me amas? ¡infeliz! yo no puedo ocultarte que solo he vivido para tí, ¿y tú dejarás que me sacrifiquen? no, no, me arrebatarás de las manos de los tiranos que quieren matarme.... Pero ¿qué digo? no, tú no puedes hacer mas que dejarme morir y obedecer. ¡Oh Dios mio, todo lo he perdido!.... y cayó desfallecida en los brazos de su amante. Cárlos la condujo en sus brazos hasta muy cerca de la casa, y allí la dijo:

—Ana mia, ten valor, cobra serenidad, mi tia va á verte pronto, que no sospeche que te he hecho sabedora de mi secreto. La tomó el brazo, enjugó su llanto, y un minuto despues estaban en casa de la señora de Alva.

II.

La Sra. de Alva, muger de carácter áspero, é incapaz de tener amor á nadie, habia amado sin embargo, entrañablemente á su hermano Enrique padre de Ana, el cual habia muerto de pena por haber perdido á su esposa á los dos años de su matrimonio, dejando á su querida hija bajo la tutela de su hermana en cuyos brazos espiró. La Sra. de Alva amó á su sobrina mientras fué pequeña; mas á medida que esta crecia su cariño disminuia, tanto, que cuando esta cumplió los quince años acabó por aborrecerla. ¡Pobre huérfana! su tia era envidiosa y veia en Ana un obstáculo para la realizacion de una esperanza que habia nacido en su corazon: habia cobrado afecto á Cárlos su sobrino, veia que los dos primos se amaban con ternura, y formó el proyecto (infame á la verdad) de deshacerse de Ana, casándola con el primero que pretendiese su mano. Habia imaginado que arrebatándosela á Cárlos, el jóven se consolaria viendo que no habia remedio y se casaria con ella: ¡cuánto se engañaba! Llegaron los dos jóvenes á su presencia y mandó á Cárlos que se retirara, hízolo así, y quedándose sola con Ana, la dijo:

—¿No sabes hija mia, que quiero asegurar tu suerte?

—De que modo: contestó Ana temblando.

—El Sr. de Morán, rico, amable, no jóven.... pero cuya edad no es muy desproporcionada á la tuya, pues tiene cuarenta y cinco años.... pide tu mano, yo se la he concedido con la seguridad de que tu siempre has sido una hija dócil y obediente, y creo que ahora lo acreditarás.

—Sin embargo, tia mia, yo jamas he tratado al señor de quien voz me hablais....

—¿Te digo acaso que te cases ahora mismo? dentro de un mes.... tienes tiempo para conocerlo.

—Soy muy jóven aún.

—Tienes muy buena edad.... ademas ya basta de trataros con buenas razones. esos son frívolos pretestos que yo no sufriré, vos me obedecereis de grado ó por fuerza; no gusto de suplicar, ó si no quereis casaros dentro de un mes con el Sr. de Morán, os ireis á un convento, porque algo habeis de ser en esta vida.... no quereis casaros cuando se os proporciona; yo no he de viviros eternamente y no teneis una tan crecida renta.... pensadlo bien, quince dias os doy de término; ya sabeis, ó el matrimonio ó el claustro, ó mi amor y reconocimiento, ó mi aborrecimiento eterno, elegid: hasta que resolvais no volveré á veros; retiraos. La jóven lo hizo así sin replicar: luego que estuvo en su cuarto abrió la ventana que caia al jardin para respirar el aire libre, porque la opresion que sentia su corazon la hacia morir; se echó en un sillon, y cubriéndose el rostro con ambas manos, lloró.... ¡cuánto le consolaron aquellas lágrimas! Un ligero ruido vino á sacarla de su enagenamiento.... ¿Ana? dijo un

voz dulce, una voz que resonó en lo íntimo del corazon de la afligida vírgen y la volvió á la vida, era.... la voz de Cárlos. Se levantó ella aceleradamente, se acercó á la ventana donde estaba Cárlos.

El infeliz todo lo habia escuchado, y venia á saber la última resolucion de la muger que amaba, á oir de su divina boca las protestas de amor de que tanto necesitaba aquel desgraciado corazon.

—Ana mia, ¿es verdad que tú no consentirás en unirte á otro que no sea tu amante?.... ¡ah! no, tú me perteneces, tú eres mia, y no lograrán separarnos, ¿no me has dicho que me amas? pues huyamos.

—Sí, Cárlos, sí te amo; pero huir contigo? jamas, Cárlos, seria un escándalo, reflexiónalo bien y verás como, solo en un momento de delirio puedes haberme propuesto semejante idea; no, no, prefiero perderte para siempre, que manchar mi honor con un borron que jamas se lavará.

—¡Qué loco soy! dices muy bien, yo seria un infame si quisiera obligarte á huir conmigo, ¡oh! no mancharé tu frente pura.... no, yo no seré quien cause tu desgracia, demasiado infeliz eres; pero verte en brazos de otro sabiendo que me amas, es muy cruel: no, Ana, no, yo moriria.

—¿Y el claustro? dijo Ana con acento desesperado.

—¡Ay! de todos modos es fuerza separarnos; qué triste es nuestra suerte!

—¡Oh! sí, muy triste.... Ana se quedó por unos instantes como pensando en algo, y luego dijo poniéndose pálida.

—Cárlos, estoy decidida.... el convento de la Concepcion recibirá dentro de poco mis tristes votos; ya lo ves, Cárlos amado, voy á encerrarme en un claustro para siempre pero no te seré infiel, no seré nunca del hombre odioso que nos hace infelices, voy á hacer este sacrificio por tí.... ¡oh Cárlos! págame con otro, alejate de mí, si tú estás aquí no tendré valor para pronunciar el juramento que me separa de tí y del mundo.... ¡ah Cárlos! hazlo pór mí, alejate.... Cárlos zollozaba. Luego que pudo hablar dijo con triste voz.

—Es justo, muger celestial, hacer esto y mucho mas por tí aunque mayor sacrificio para mí no puede haberlo.... ¡Ana, adios! esta misma noche partiré....

La pobre jóven dirigió una mirada á Cárlos en la que iba toda su alma, apretó la mano de su amante con agitacion, Cárlos la besó, pronunció un ¡adios!.... con desesperacion, y una hora despues el galope de un caballo que salia por el jardin, vino á interrumpir por pocos instantes el triste silencio de la infeliz jóven.... aquel galope resonó en lo íntimo de su pecho... y cayó sin sentido....

III.

¡El plazo se habia cumplido! Ana se presentó ante su tia: ¡qué mutacion en quince dias! ya no era aquella Ana bulliciosa de rostro sonrosado y que respiraba alegria, ahora estaba pálida, estenuada, andaba con dificultad; su hermoso cabello rubio estaba suelto, y traia un vestido blanco; semejante en su palidez á una muger que llevan al suplicio, sin embargo, ¡cuán hermosa estaba todavía!

Por fin su tia la hizo sentar, y asustada del mortal semblante de Ana, volvió el rostro para ocultar su turbacion. Permanecieron en silencio algunos instantes, la Sra. de Alva le rompió diciendo con voz cariñosa á su sobrina.

—Pienso encontrarte mas sumisa que el otro dia, y creo que vendrás á decirme que estás pronta á dar tu mano....

Ana no la dejó concluir, no queria oir mas ese nombre odioso, el nombre de aquel que habia disipado su felicidad para siempre.—Señora, le respondió, vos habeis dejado á mi eleccion el claustro ó el matrimonio, ¿no es esto? pues bien.... elijo el claustro.

—¡Qué dices! lo has pensado bien?

—Mi resolucion es invariable, señora.

La Sra. de Alva calló por un momento: de todos modos me deshago de ella, dijo para sí, ademas, ella lo quiere.... Bien, hija mia, dentro de tres dias irás á la Concepcion, no quiero contrariar tu gusto.

—¡Dentro de tres dias! repitió Ana tristemente.

—Puedes retirarte, dijo la Sra. de Alva con sequedad.

Ana lanzó una mirada como implorando la compasion de aquel corazon duro.... su tia volvió la cara, Ana se retiró; no hay remedio, dijo, y dió un gemido sordo porque no podia llorar, sus lágrimas se habian agotado: ¡cuánto habia padecido! consuélate infeliz, presto acabarán tus tormentos.

IV.

Era el dia ocho de diciembre, dia en que se celebra la Concepcion inmaculada de la Reina de los cielos: era el dia fijado para la profesion de Ana: la hora se acercaba, los parientes de Ana estaban ya reunidos, solo se esperaba á la jóven novicia. Llegó por fin esta, todos al ver-

la quedaron estáticos, ni la reconocian algunos, tan mudada estaba: hicieron las acostumbradas ceremonias, y la mas triste de todas, aquella en que remeda la muerte.... ¡triste despedida del mundo! ¡ah, por una eternidad! fueron á levantar á Ana del ataúd.... ¡Dios mio! aquella alma sensible, aquella pobre muger que habia nacido para el pesar, sus padecimientos acababan de cesar yá.... ¡no existia! Dios apiadado de los padecimientos de aquella inocente la llamó á descansar en su seno paternal: la consternacion reinaba en todos los que habian presenciado tan triste escena. Aun no habian vuelto de su espanto los circunstantes, cuando ven á un jóven que apenas podia respirar, el cual entró en la iglesia gritando.

—¡Deteneos, deteneos!....no consumeis el sacrificio, es mia, ha cesado la persecucion, su tia misma consiente en nuestra union.... pero donde está Ana? no la veo, todos estais callados.... llorais.... ¡ah! decidme que ha sido de ella.

En efecto, todos callaban, habian reconocido á Cárlos, al infeliz amante de Ana; y ninguno se atrevia á darle la fatal noticia de su muerte. Uno de los parientes de Ana se acercó al jóven, y apartándolo cuanto pudo para que no viese á Ana muerta. le tomó una mano y le dijo: ¿Cómo es que despues de un año de ausencia, os vemos en este lugar el dia de la profesion?

—Señor, luego que supe que pocos dias faltaban para el sacrificio, y que íbamos á quedar separados para siempre, no pude contenerme, me puse en camino sin parar ni un solo momento, hoy llegué á casa de mi tia.... estaba bañada en lágrimas.... la confusion se apoderó de mi alma, la pregunté el motivo de su llanto y me respondió:—,,Si vieras hijo mio cuanto me he arrepentido de los males que os he causado, particularmente, hoy que es el dia de la profesion de tu amada....." ¡Cómo! la contesté, corro á impedirlo....—Aguarda, aun faltan algunas horas, y quiero darte una prueba de mi arrepentimiento dandote mi consentimiento para que te cases; ve, hijo mio, ve, y perdóname.—Cuán buena sois, tia mia, vuelvo á la iglesia, pues no sosegaré hasta tenerla en mis brazos: al llegar cerca de aquí oigo hablar de una profesion, de una jóven que sacrificaban.... no pude oir mas, corro como un loco hasta aquí gritando como habeis oido, que no se haga la ceremonia.... en lugar de respuesta solo lloran.... ¡por piedad, decidme si ya no puede ser mia!....

—Ya.... no.

—¡Qué decis! ¿han consumado el sacrificio?

—No, pero....

—¿Qué? acabad.

—Venid: fué la única respuesta de aquel hombre, y trayendo al jóven junto al ataúd, le dijo: ¡Vedla allí!....

—¡Ella es! ¡Muerta!.... ¡bárbaros! ¿por qué me la habeis mostrado? ¡Ana, Ana! no me esperarás mucho tiempo, muger inocente y desdichada, yo te seguiré, y allá contigo, me burlaré y maldeciré á nuestra perseguidora.... pero no, no, no sé maldecir á nadie, quiera el cielo darla la felicidad de que ella nos privó... al fin se ha arrepentido! yo la perdono, ¡ojalá, el Ser Supremo se digne perdonarla! ¡Adios, ¡todos! alegraos, por que mis sufrimientos y lo de esa muger idolatrada han acabado, voy á unirme á ella en otro mundo mejor donde libres de persecuciones vivirémos felices para siempre, ¡adios!.... dijo, y precipitándose en el ataúd.... ya no existia Cárlos....

V.

La historia que me contais es demasiado triste, y ha despedazado mi corazon, decia un hombre de unos treinta años á otro mas viejo ambos se enjugaban las lágrimas: estaban sentados bajo un triste ciprés que se mecia al lado de dos sepulcros en el jardin de la Sra. de Alva.

—Ya se acerca la hora, dijo el mas viejo, de que la pobre muger venga á llorar delante de los sepulcros; hace dos años que este es su consuelo.

—¡Desdichada!

—Siento ruido, es ella.... vos que teneis interés en verla, venid, ocultos detras de este árbol podreis observarla. . . . . :

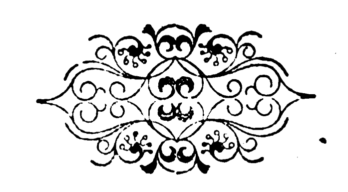
Era en efecto la Sra. de Alva; otra muger la llevaba, pues apenas podia sostenerse, se arrodilló delante de aquellos sepulcros (que eran de los desventurados amantes, Cárlos y Ana,) rezó y lloró, puso en las urnas una corona de flores como lo tenia de costumbre, quiso levantarse, y una tos seca que la acometió, acompañada de arroyos de sangre que arrojaba por boca y narices la obligó á sentarse, la muger que la acompañaba se acercó á socorrerla y se disponia á llamar á los criados para que la ayudasen á llevar á la Sra. de Alva, pero es lo impidieron los señores que estaban escondidos, saliendo y llevándola á la casa. La Sra. de Alva murió como buena cristiana: Dios en pago de sus penitencias concedió el descanso

á su alma, y unió á aquella familia que habia sido tan desdichada en la tierra para que gozaran de la verdadera felicidad en la mansion de los justos. Uno de los señores que la habian socorrido era el Sr. de Morán; causa inocente de los pesares de Ana. Este señor quedó encargado de la última voluntad de la Sra. de Alva, que fué poner su sepulcro al lado de sus sobrinos. El Sr. de Morán venia algunos dias á visitarlos, y á recordar las desgracias de aquellas tres personas para condolerse de ellas. —Ella.

DESCUBRIMIENTO DEL AJEDREZ.

AL-SEPHADI, autor árabe refiere lo siguiente. Un matemático llamado Sessa, hijo de Daer, súbdito de un principe indiano, habiendo inventado el juego del ajedrez, su soberano quedó muy complacido con la invencion y deseando recompensarlo de una manera digna de su magnificencia, quiso preguntarle lo que deseaba, asegurándole que seria satisfecho. El matemático, sin embargo, pidió solamente un grano de trigo por la primera casilla del tablero, dos por la segunda, cuatro por la tercera, y así sucesivamente hasta la última ó la 64 casilla. El príncipe al pronto se irritó con esta peticion, juzgándola poco conforme á su liberalidad, y ordenó á su Visir satisfacer el pedimento de Sessa; pero el ministro se asombró mucho cuando, habiendo calculado la cantidad de trigo necesaria para cumplir con la órden del principe, encontró que todos los granos de los graneros reales y aun los de todos sus súbditos y de toda el Asia no serian suficientes. Informó por tanto de esto al principe, quien envió por el matemático que le confesó sencillamente su impotencia para cumplir con su peticion, cuya ingenuidad asombró mas al príncipe que el juego que habia inventado.

Para encontrar el importe de esta prodigiosa recompensa que para pagarla eran insuficientes aun los tesoros de un principe poderoso, procederemos mas facilmente por medio de una progresion geométrica, aunque podria descubrirse por medio de la multiplicacion y la adicion. Se encuentra por el cálculo, que el 64, término de la pregresion dupla que comienza con la unidad, es, 9,2s3,372,036,854,775,808. La suma de todos los términos de una doble progresion que comienza con la unidad puede obtenerse duplicando el último término y sustrayendo de esto la unidad. Por tanto el número de granos de trigo á que acendia la peticion de Sessa era de 18,446,744,073,709,551,615. Ahora pues conteniendo un celemin de trigo poco mas ó menos 76,500 granos de trigo una fanega contendrá 918,000: si dividimos el producto de arriba por esta última cantidad tendremos 20,094,492,455,021, número de fanegas de trigo necesario para cumplir con la promesa del rey indiano: si suponemos que una aranzada de tierra sea capaz de producir en un año ocho fanegas de trigo, para producir dicha cantidad se requerian 2,511,811,556,877, aranzadas que hacen mas de ocho veces la superficie de la tierra.



DISCURSO HISTÓRICO

SOBRE

EL DERECHO DE GENTES ENTRE LOS ROMANOS,

Desde la fundacion de Roma hasta Constantino, pronunciado en la cátedra de humanidades del colegio de S. Juan de Letran, por el cursante de ella, Br. D. Agustin Franco.

Opus aggredior opimum casibus.—
TACIT. HIST. L. I.

SEÑORES.

LA historia de Roma es uno de los episodios mas grandiosos de la vasta crónica del hombre. Contemplar esa nacion desde su infancia, estudiar su desarrollo gradual, recorrer la luenga série de sus adelantamientos, ser testigo por medio de la historia de sus épocas de triunfo y de riqueza, examinar las causas de su decadencia y de su total ruina, es uno de los estudios mas interesantes para todo amigo de la sólida y verdadera instruccion. Mas ese cuadro es vastísimo y comprende mucho mas de lo que nuestro ilustrado catedrático ha confiado á mis esfuerzos. Yo solamente debo hablaros del derecho de gentes entre los romanos, en un periodo que comprende desde la fundacion de la ciudad de las siete colinas hasta la traslacion del imperio á Bizancio. No espereis encontrar en este ensayo un estilo tan elevado cual lo requiere el asunto, no espereis que él os revele cosas ignoradas hasta ahora; mi trabajo es el de un simple compilador, y si por ventura algun mérito veis en él, podeis creer sin temor de errar que ese mérito es debido á la erudicion y sabiduría de los autores que me han servido para su formacion.

Tres épocas distintas debemos considerar en el periodo de que voy á hablaros; y son las siguientes.

Los Reyes.
La República.
El Imperio.

La primera comprende desde el año 753. A. C. hasta el 509. La segunda, desde el 509 hasta el 60. La tercera, desde el año 60 A. C. hasta el 324 de la era cristiana.

1.ª EPOCA.—*Los Reyes*,

Rómulo á la cabeza de un puñado de bandidos fundó la ciudad que habia de ser la señora del mundo antiguo (1). Reducida en su principio á un pequeño territorio del Lacio, pronto se hizo respetar por sus belicosos vecinos. Era Hércules sofocando en su cuna las serpientes enviadas por la irritada esposa de Júpiter.

El primer tratado que nos presenta la historia romana es el que Rómulo celebró con Tacio, rey de los Sabinos; por él estos últimos obtuvieron las prerogativas de *ciudadanos romanos.* No dejemos de advertir la profusion con que este derecho se concedió en los primeros tiempos de Roma. Rómulo trasmitió á sus sucesores la hábil táctica con que, como dice el emperador Claudio, segun Tácito, en un solo dia *tornaba ciudadanos romanos á sus propios enemigos.* Los ceninences, los camerinos, y otros pueblos conquistados por Rómu-

(1) Este hecho se da por supuesto, porque antes Roma no tiene existencia histórica.

lo fueron conducidos á Roma y naturalizados allí.

El reinado de Numa, sucesor de Rómulo, no nos dá ninguna luz sobre las relaciones internacionales de los romanos, puesto que entregado enteramente al arreglo interior de la ciudad, poco ó ningun caso hizo de sus vecinos. El fué quien creó á los heraldos.

A Numa sucedió Tulo Hostilio, y un acontecimiento importante de su reinado (la guerra de Alba) llama fuertemente nuestra atencion. Los Albaneses, celosos de los progresos de Roma, devastaron su territorio. Un ejército romano atacó á los invasores y los derrotó haciéndoles muchos prisioneros. La guerra se declaró; y en el momento en que ambos pueblos se preparaban al combate, Sufecio, gefe de los albaneses, recibió noticia de que los de Veyes y los de Fidenas esperaban á que los romanos y albaneses se debilitasen con la guerra para destruirlos completamente. El peligro comun unió á las partes beligerantes y los gefes de ambas entraron en negociaciones.

Tulo propuso que las familias principales de Alba se estableciesen en Roma, ó bien que se formase un consejo que gobernase las dos ciudades madando por uno de los reyes. Los albaneses no quisieron irse á establecer á Roma, y quedó en pié la duda de cuál de las dos ciudades debia obtener la primacía en la presidencia del consejo. La decision se sometió á lo que en la edad media se hubiera llamado *un juicio de Dios*. Este fué el combate de los Horacios y Curiacios.

Decidida la suerte á favor de Roma, Sufecio se sometió en la apariencia, mas no tardó en cometer una traicion. Tulo Hostilio le acusó ante el senado y el gefe infiel fué castigado con la muerte. Alba destruida y los ciudadanos trasportados á Roma y convertidos en romanos. El rey de Roma volvió entonces sus armas contra los de Fidenas y los venció.

Anco Marcio, sucesor de Tulo Hostilio, venció á los latinos, quienes le habian atacado so pretesto de que su tratado con Roma habia dado fin.

Tarquino el anciano continuó la guerra con los latinos, y debemos notar la diversa conducta que observó respecto de los habitantes de Apiolas y los de Crustuminum y Collatia. Los primeros fueron vendidos como esclavos; los segundos (que se sometieron espontáneamente) fueron tratados con mas lenidad.

En el reinado de Servio Tulio vemos á este rey proponer á los pueblos de Italia una confederacion semejante al congreso de los Anfic tiones en Grecia. Su idea fué bien recibida, y el tratado celebrado con Roma, grabado en una columna de bronce.

Sexto, hijo de Tarquino el soberbio, se apoderó insidiosamente del gobierno de Gabias, y en seguida puso á su pueblo bajo la proteccion de Roma. Celebraron un convenio de paz y amistad que se conservó mucho tiempo en el templo de Júpiter *Sangus* escrito en la piel de buey con que estaba forrado un escudo de madera.

Tarquino el soberbio fué el último rey de los romanos.

2.ª EPOCA.—*La República.*

Los límites de este discurso no me permitirán daros una idea completa de la segunda época de la historia romana. Contentaréme pues, con mostraros concisamente la marcha del coloso, que encontrando la Italia demasiado estrecha para contenerle, se desbordó sobre el orbe antiguo y pudo tocar con una mano la fria region de Inglaterra en tanto que la otra se paseaba por los abrasados arenales de Sabara. Señora del mundo, vemos á Roma unas veces reposar bajo el peso de sus laureles, á las orillas del Bétis ó del Ebro, y otras llevar sus armas victoriosas hasta las clásicas riberas del Tigris y el Eufrates.

Sin embargo, señores, forzoso es advertiros que no os dejeis deslumbrar por los brillantes triunfos de Roma; su historia nos presenta grandes rasgos de valor y de virtud; esa austera matrona en medio de nuestra actual afeminacion y refinamiento, nos aparece rodeada de magestad: sin embargo, repito, Roma se manchó con muchos crímenes; la injusticia se meció muchas veces sobre sus banderas, y el historiador severo é imparcial jamas podrá perdonar sus atentados.

Por los años 388 A. C. existia en Clusium, ciudad de Etruria, un rico ciudadano llamado Arunx. Era curador de un jóven LUCUMON, que significa señor de una tribu. Arunx era casado, y el jóven en retribucion de los buenos servicios que de él habia recibido, sedujo á su esposa, y en seguida, por medio de su posicion logró que los magistrados le dejasen impune El esposo agraviado salió de Clusium y juró vengarse.

Sabido es que los antiguos dividian las Galias en Cisalpina y Transalpina. Entre las varias naciones Celtas que poblaban una y otra, Arunx eligió á los senones, habitantes de la

Galia transalpina, para instrumentos de su venganza. Pintóles la fertilidad de Italia, la belleza de sus mugeres, y les hizo gustar algunos vinos esquisitos. Los galos no pudieron resistir tantos atractivos, y reuniendo un poderoso ejército se pusieron en marcha guiados por el Etrusco. Cuando hubieron llegado á las puertas de Clusium, donde estaban encerrados los adúlteros, intimaron rendicion á los habitantes quienés invocaron la proteccion de Roma.

El senado se encontró perplejo, pues no queria dejar sin auxilios á Clusium, ni tampoco declarar la guerra á una nacion que en nada le habia ofendido. Envió pues á los galos tres jóvenes patricios de la familia Fabia en calidad de embajadores para proporcionar un avenimiento entre las dos naciones. Preguntaron á Breno, gefe de los galos, ¿qué derecho tenia para invadir el territorio de Clusium? Breno respondió con esta otra pregunta: ¿qué derecho teniais vosotros para invadir el de los equos, volscos, albaneses y sabinos?

Los fabios entraron en Clusium, y en lugar de conservar la imparcialidad de mediadores, promovieron una salida en que uno de ellos mató á un oficial galo de los mas estimados. El senado no castigó este desafuero y Breno marchó sobre Roma. Así pues, la guerra de los galos tuvo por causa una violacion del derecho de gentes cometida por los romanos.

En el año 279. A. C., un reyezuelo ambicioso de Epiro, nombrado Pirro, fué llamado por los tarentinos á quienes habia alarmado la victoria de los romanos sobre los samnitas, despues de una guerra de mas de setenta años. Pirro, que desde el fondo de su mezquino reino abrigaba miras muy vastas, y habia proyectado nada menos que la conquista de Italia, admitió gustoso la invitacion de los tarentinos. Era un aventurero que no podia subsistir sin atacar á otras naciones, y en prueba de esto recordemos su guerra con Macedonia, guerra que á juicio de Plutarco no fué emprendida mas que porque no tenia otro medio de mantener á su ejército.

Los tarentinos no tardaron en conocer que su aliado intentaba dominarlos. Hicieron un esfuerzo para sacudir aquel yugo; pero el caballeroso rey de Epiro los trató con suma aspereza, y les hizo conocer que es muy peligroso buscar auxilios extrangeros para defenderse, porque generalmente los que los prestan no mirán al hacerlo mas que su interés particular.

Admiróse el rey de los epirotas de ver el continente marcial de los romanos, y mucho mas al observar tanta disciplina en unos *bárbaros*, segun él los llamaba. A las orillas del Liris el cónsul Publio Valerio Levino, fué derrotado por Pirro, pero en *Asculum* recibió este último de Decio y de Sulpicio una terrible leccion.

Finalmente, Pirro abandonó á los tarentinos, y el resultado de esta guerra para los romanos fué el someterles todas las naciones comprendidas desde las partes mas remotas de Etruria hasta el mar Jónico, y desde el mar Tirreno hasta el Adriático.

Cuatro diferentes clases de derechos tenian los que estaban sujetos á Roma. El primero, llamado *jus quiritium*, comprendia todas las prerogativas que competian á un romano libre, tales como el derecho de votar, la testamentifaccion activa y pasiva etc. etc. El segundo, *jus latii*, á pesar de que no se conoce la exacta diferencia, era menos que el *jus quiritium* y mas que el *jus italicum*. Los que gozaban de este último, se regian por las propias leyes y no estaban sujetos al pretor romano, mas en cambio de esto debian suministrar á sus espensas un cierto número de soldados, y no disfrutaban de la libertad de Roma ni tenian participacion en los ritos sagrados. Tambien habia diferencia por lo que toca á la propiedad, y el principio del título 6.° lib. 2.° de la instituta de Justiniano, nos prueba la distincion que hacian entre *suelo itálico y provincial*. Los tenedores de bienes raices en las provincias romanas eran unos verdaderos enfiteutas, cuyo señor directo era el pueblo romano. Sin embargo, habia provincias privilegiadas, cuyos habitantes tenian el *jus italicum*. Las ciudades extrangeras que obtenian los derechos de ciudadanos romanos se llamaban *municipia*. Las colonias romanas tenian diversos derechos segun que eran de ciudadanos latinos ó italianos.

El año 231. A. C. Vemos á los romanos hacer la guerra á Teuta, reina de la Iliria propiamente dicha, con el objeto de vindicar el derecho de gentes violado por ella con sus piraterías y la muerte de dos embajadores romanos. Sin embargo, casi al mismo tiempo vemos al senado romano permitir á los ciudadanos el equipar buques y robar á todos los barcos extrangeros.

Debo ya hablaros de las guerras con Cartago. Desearia estenderme sobre este punto interesante, pero no me es posible. Bastará deciros que Roma hizo varios tratados con Cartago. En los que Roma triunfaba se hacia pagar los gastos de la guerra. Que estos tratados fueron

violados, ya por una ya por otra potencia, y que el resultado de tres guerras sangrientas fué la destruccion de la ciudad de Cartago y la reduccion de su territorio, provincia romana. „Los hijos de Roma," dice un escritor, „llamaron á la mala fé *punica fides;* tal vez si los cartagineses hubieran triunfado la habrian dada el nombre de *fides romana.*"

111 años antes de Jesucristo, Yugurta, rey de una parte de Numidia, hizo asesinar en la ciudad de Thernida á Hiempsal, aliado de los romanos. La primera impresion producida en Roma por esta noticia fué la de la indignacion. Yugurta envió embajadores, y el oro que estos repartieron con profusion, le captó la voluntad de muchos. El resultado fué el que era de esperarse; permaneció impune. El rey de Numidia no tardó en dar á conocer á los romanos que era indigno de su proteccion: horrorizó con nuevos rasgos de barbárie hasta á sus mismos parásitos, y se decretó hacerle la guerra. El cónsul Calprunio entró en Numidia á sangre y fuego; pero cedió bien pronto á la prestigiosa influencia del Oro. Celebróse pues un tratado por el cual se le aseguró la paz á Yugurta mediante el pago de un tributo. Esta paz duró muy poco; el Numida fué atacado de nuevo, y despues de varias vicisitudes se presentó en Roma. Sus negociaciones en aquella ciudad fueron ya favorables, ya adversas, y finalmente, tuvo que salir de ella. Refiere Salustio que al hacerlo, esclamó: „Ciudad corrompida y venal, para que te pierdas ó seas vendida, no has menester mas que un comprador." Algun tiempo despues el príncipe africano cargado de cadenas seguia el carro triunfal de Mario, guerrero nacido para cubrir de gloria á su patria, y hacerla al mismo tiempo presa del infortunio.

Los pueblos de la Italia se sublevaron contra los romanos, y esta guerra que recibió el nombre de social fué una de las mas peligrosas que tuvieron que sostener. Sin embargo, dos cosas les salvaron; la declaracion que hicieron de que todos los italianos aliados de Roma eran ciudadanos, y el tener á Sila á la cabeza de su ejército.

La historia romana en este periodo trata casi esclusivamente de la guerra civil, y el único hecho principal que me resta por consignar antes de pasar á la época del imperio, es la guerra del César en las Galias. En ella observamos, como en todas las demas, la misma política por parte de los romanos: aliarse con unas potencias para destruir otras, y en seguida someter estas mismas aliadas.

3.ª EPOCA.—*El Imperio.*

La república romana espiró en las llanuras de Philippi: Octavio despues de la batalla de Actium se vió señor del mundo. El imperio romano comprendia la mayor y mejor parte de Europa, Asia y Africa, es decir, cerca de 1300 leguas de longitud y casi la mitad de latitud. Augusto con sus conquistas adquirió una grande reputacion y recibió embajadas de monarcas muy lejanos; uno de estos, Fraates, rey de Partia, hizo proposicion á los romanos para que celebrasen un tratado sometiéndose á cuantas condiciones se le impusiesen y dando cuatro hijos suyos en rehenes. La altiva Roma al recibir esta embajada y recobrar sus águilas perdidas en la batalla de Carras, volvió á ceñir en su frente la rama de laurel que los partos le habian arrancado al derrotar á Craso y sus valerosas legiones.

Por lo general las guerras del tiempo del imperio fueron civiles, y en las que hubo con los extrangeros se percibe la misma táctica que ya he expresado al hablar de las Galias.

El emperador Caracala concedió por una constitucion que se ha hecho célebre, el derecho de ciudadania á todos los súbditos del imperio romano, y desde entonces la ciudad se vió como dice Lucano:

„Mundi faece repleta."

Claudio hizo crucificar impunemente á varios ciudadanos romanos, hecho triste que prueba hasta qué punto habia llegado la debilidad del pueblo.

La época del imperio fué la mas desgraciada para Roma. Su influencia sobre las demas naciones comenzó á nulificarse; la desmoralizacion cundió por todas partes; el crímen se asentó en el trono, y aquella vasta fábrica, la obra de tanta sangre y de tantos siglos, empezó á desmoronarse.

Una raza de hombres hasta entonces casi enteramente desconocida, amenazó el imperio, y la nube de los bárbaros comenzó á envolver á los descendientes de Rómulo y de Numa. Enervados por el lujo y la molicie, envilecidos por el despotismo, fueron cediendo el terreno á las hordas que debian plantar los cimientos de las naciones modernas.

Trajano, Marco-Aurelio y otros cuantos hombres ilustres fulguran en medio de las tinieblas de aquella era de corrupcion. Acaso sus virtudes resaltan mas por el contraste que ofrecen con la depravacion general.

Roma estaba herida de muerte, pero faltaba el hombre que hundiendo mas el puñal en

su seno la destruyese enteramente. Este fué Constantino. Manchado con la sangre inocente su hijo Crispo, y con otros muchos crímenes, le vemos adoptar por proyecto la religion del Salvador. Promueve la traslacion del imperio á Bizancio, y Roma deja de ser la capital del universo.

Mi trabajo, señores, toca á su fin. Inútil me parece encareceros su imperfeccion. Será suficiente recordaros que he tenido que encerrar en unas cuantas palabras hechos con que una pluma diestra hubiera llenado volúmenes enteros.—*He dicho.*

HIGIENE.

DIENTES.

AL comenzar á escribir nos hemos preguntado, por qué hemos escogido esta materia mas bien que cualquieotra, por qué hemos dado un salto tan tremendo desde el tratado de estar aseado hasta el de estar dispuesto á dar buenas mordidas (á los alimentos se supone), en fin, por qué no nos hemos ocupado de otras partes de la boca, como por ejemplo, de los elásticos lábios, de la flexible lengua ó del antojadizo paladar. Al principio queriamos encontrar alguna razon satisfactoria para nuestros suscritores, ya refiriendo los tratados de baños y dientes al artículo aseo, ya diciendo que el punto de que nos ocupamos es de un grande interés en México, en donde se encuentran diariamente pañuelos de cambray terciados en las caras, ó espantables tumores que amenazan arrastrar tras de sí y devorar las medias caras de los desventurados que los llevan, ya diciendo que el romanticismo invadia la higiene como va sucediendo con todos los conomientos humanos, y por consiguiente se introducia el desórden sobre este ramo, ya.... pero para qué cansar á nuestros lectores, el motivo no ha sido otro que el de que nos vinieron á la cabeza esos treinta y dos huesecitos, y cada vez que tomábamos la pluma se nos presentaban delante, y en verdad que nada risueños, hasta que finalmente la fatalidad quiso que escribiéramos de los dientes, (la fatalidad es á veces muy buena persona, suele sacar á uno de aprietos). Ahora bien, deseando que nuestros benévolos lectores no carezcan de lo mejor escrito sobre este punto, nos hemos propuesto presentarles las reglas higiénicas contenidas en una obra interesante sobre la materia recien llegada de Paris, reservándonos el derecho de hacer nuestras observaciones sobre ellas.

1.ª *Los dientes se deben someter á un ejercicio diario*, de lo contrario se cubriran de tártaro y sobrevendrán otros accidentes. Risa me causa mi autor con su regla, creo que ninguno de mis suscritores pecará contra ella, á no ser que no tenga un cuarto en el bolsillo, y no por conservar su dentadura, sino por evitar la sepultura. Poco á poco, señor articulista, cuidado con escribir sin pensar como se acostumbra en esta fecunda tierra en que se han confundido de algun tiempo acá las palabras escribiente y escritor: esta regla tiene que examinarse mas de lo que parece á primera vista, porque hay muchos que tienen jubilada la mitad de su dentadura, y todo el trabajo lo tienen encargado á la otra mitad, en suma, que tienen dientes honorarios: pues bien, con estas personas habla nuestro autor y les recomienda el uso de todos sus dientes, sucesiva ó simultáneamente, poco importa, con tal que entren en el ejercicio de sus funciones; habla tambien con los que se ven obligados por una enfermedad larga ó corta á usar solamente de alimentos líquidos, en cuyo caso, lo mismo que en el anterior, podrán evitarse los inconvenientes de la inaccion de la dentadura por el

uso diario de un cepillito suave de pelo de tejon, con el que se restregarán los dientes y muelas á la vez que se enjuague uno la boca con agua clara.

Aquí conviene no pasar en silencio el uso que se hace, para limpiar la dentadura, de diversos polvos que regularmente tienen inconvenientes, pues le dan blancura atacando el esmalte, así es que en lo general se deben deshechar todos esos polvos, y únicamente puede uno permitirse el uso del de carbon sumamente fino para que no raye los dientes: este obra solo mecánicamente y no hay riesgo de que destruya el esmalte ni produzca ningun mal.

La manera mejor de usar el cepillo es llevándolo en la direccion de los dientes y partiendo de la encia al borde libre de la dentadura, pues acepillándose transversalmente se lastiman y destruyen esas porciones de encia que están colocadas entre los dientes.

2.ª *Se deben evitar los choques mecánicos.* Esta regla se dirije á los muchachos y los que se les parecen que tienen la costumbre de romper con sus muelas las cáscaras duras de algunas semillas, como nueces, piñones, etc., pues se exponen á desprender algunas porciones de esmalte y la carie de las muelas es entonces inevitable.

3.ª *Se deben evitar las impresiones de frio y de calor.* Esta regla parece que fué escrita para los mexicanos que acostumbran tomar el chocolate como se dice vulgarmente, á soplo y sorbo, y beber inmediatamente un vaso de agua fria; item para los fumadores que continuamente tienen su boca como hornilla y estan produciendo en sus dientes cambios repentinos de temperatura.

4.ª *Se debe evitar la accion de los ácidos* y aquí se incluyen los polvos de crémor, la acedera y otras sustancias comunmente empleadas para blanquear los dientes, porque segun antes hemos advertido, dan blancura atacando el esmalte, y producen la dentera ó lo que llamamos tener destemplados los dientes.

5.ª *Debe cuidarse de no recibir la impresion del frio en la cabeza cuando suda.* Ninguna regla tiene mas aplicaciones que esta, que hablando con todos, se dirije especialmente á las señoritas y á los que se les parecen que pasando una noche entera en mover sus piecesitos á compas ó sin él que es lo mas comun, se exponen á las corrientes de aire frio de la mañana: á las elegantes señoritas que esclavas de la moda ya se nos presentan semi-desnudas desafiando las curiosas miradas y los sutiles y helados vientecillos, ya con *mon ami*, capotas, capuchas y que se yo cuantas cosas mas (de que corresponde hablar á Querubin,) como si apostasen á quien suda mas, ó á quien se desfigura mas. Item á los caballeritos, que no teniendo sustancia en el interior de su cabeza se ocupan únicamente del casco y ya lo dejan mondo y virondo como de puritanos, ó ya con luengas y desmedidas melenas como de leon africano, aunque á la verdad no salen de entre esas guedejas rujidos sino graznidos que se ha convenido en llamar canto. A todos estos y á otros muchos mas conviene la susodicha regla, pues que experimentando vicisitudes de frio y calor se ven espuestos á postemillas, fluxiones, etc. que destruyen poco á poco la dentadura.

4.ª *Se cuidará de quitarse con el limpiadientes las sustancias que introducidas entre las muelas pueden dañarlas entrando en putrefaccion.* Nada tenemos que agregar á esto sino que debe hacerse esta operacion con cuidado, para no lastimarse ni despegar la encia de los dientes.

5.ª *Despues de cada comida y en la mañana en ayunas deberán hacerse enjuagatorios con el agua clara.* No es necesario dar las razones en que se funda esta regla, creemos que será claro para todos que en las circunstancias citadas es cuando se debe cuidar de limpiar los dientes y se recomienda en especial al levantarse de dormir, porque entonces es cuando se cubren de sustancias que pueden dañarles.

Aquí deberiamos ocuparnos de la higiene de la dentadura considerada en la niñez, es decir del cuidado que debe tenerse en la época de la aparicion de los dientes y de la manera de evitar sus deformidades, pero siendo dificil hacer populares estos conocimientos y escribiendo nosotros para todos (los que nos lean), únicamente nos limitarémos á decir por ahora que se debe favorecer la salida de los dientes en los niños tocando las encias con el agua de goma, linaza, la leche ú otras sustancias desinflamantes, y así se evitarán los dolores y muchos de los accidentes que hacen peligrosa la denticion. En segundo lugar debe tenerse presente que en muchos casos en que toman los dientes una direccion viciosa, puede corregirse este mal en una época temprana y se deberá recurrir á las personas que se ocupan en particular de este arte.

Terminamos nuestro artículo recomendando á nuestros lectores y especialmente al bello sexo la observancia de estas reglas; así, nuestras hermosas lectoras, se evitarán de las insoportables molestias de las enfermedades de

la dentadura y agregarán á sus gracias la de conservar sus pequeños dientes, limpios, iguales, de una blancura *eblouissante* (que deslumbra), firmemente colocados en una encia de un color rosado hermoso, como el de los labios que se entreabren en una sonrisa para dejar entrever las perlas con que han sido regaladas por la naturaleza para su conservacion y adorno.—RR.



DON ESPIRIDION MACHUCA

HERMANO DE LA CARIDAD. (1)



Plumer la poule sans la faire crier
Exige plus d'art que tout autre métier.
MALAESPINA.

CUAN cierto es por desgracia que las virtudes de los hombres, inclusas las mugeres, pueden ser cómodamente numeradas con los dedos de una sola mano, y que sus vicios y defectos no pueden contarse ni aun por los cabellos. De aquí nace que cuando topamos con seres sensibles y benéficos, es decir, que practican la mayor y mas alta de las virtudes, que es la caridad, nos reconciliamos con la especie humana, y no creemos ya, tan firmemente á lo menos, que es el mundo la morada tan solo del egoismo y la maldad. Afortunadamente existe en este suelo bendito una especie harto numerosa, de hombres tan magnánimos, que no contentos con hacer el bien á sus semejantes de uno en uno, se han propuesto, y lo llevan á cabo, tender una mano bienhechora á ciudades enteras y aun naciones. Hay mas: el número de los ingratos necesitados crece diariamente, y ¡cosa singular! se aumenta en la misma proporcion el de los benefactores de este nuevo género, por manera, que aquellos que socorren á las masas, es de suponer tengan enjambres de malquerientes y desagradecidos. Nada les arredra, sin embargo, y léjos de desmayar ellos en la senda de la beneficencia, no duermen ni comen pan á manteles hasta ver convertida en nuevo paraiso (no se crea que por la desnudez) á la nacion á quien fué su ánimo auxiliar y hacer dichosa. Hale llegado su turno á la nuestra, lector hermano, bien lo sabeis. ¡Oh, almas privilegiadas! yo os venero

(1) El grabado en madera que acompaña á este artículo, es obra del mismo apreciable jóven que nos ha favorecido anteriormente con otros ejecutados tambien por él para este periódico.—RR

á pesar del apodo con que la depravada muchedumbre os apostrofa. Y qué ¿no ha conocido el pio lector de quienes voy hablando? hay por ventura quienes hagan la caridad, no al menudeo, como es comun y corriente, sino por mayor, en grande, á no ser los que por instigacion del demonio llama el vulgo de los que han hambre, agiotistas?

A esta benemérita clase pertenece mi héroe, D. Espíridion Machuca y Prorateo, cuyo fiel retrato se mira á la cabeza de este humilde panegírico.

Yo bien sé que en este lugar se echan de menos algunas ligeras apuntaciones biográficas, para conocer en lo posible la bella alma del venerable Espiridion, ya que no es fácil olvidar su bienaventurado cuerpo en habiéndolo visto una vez, sea al natural ó en efigie.

Mas como quiera que se ignora la mayor parte de los acontecimientos de la niñez y juventud de Machuca, el lugar de su nacimiento, quién fué su padre, aunque de esto no tuvo culpa la madre, que de positivo se sabe fué honrada, si las hay, á prueba de bomba, nada puedo decir sobre estas menudencias. En verdad hablando, no tengo por accion propia de *sesudos homes*, el idear sucesos raros en vez de decir los verdaderos, ni el inventar razones nunca dichas por quien se supone, ni menos todavia hacer estribar la verdad histórica en el dicho de cualquiera farolero ó sacristan, que se dice testigo de todas las consejas que refiere. Y pues únicamente ha de decirse la verdad, por sencilla que fuere, me veo precisado á coger á mi héroe recio ya y entrado en años, lo cual si me hace pasar con los severos por biografo de medio pelo y poco inteligente, tambien tiene la ventaja de que ni yo desperdiciaré mi tinta ni el lector su saliva en puerilidades semejantes, y así quedarémos mútuamente convidados, Dios mediante, para la próxima entrevista.

Comienzo, pues, mi bosquejo, y digo: que conocí á D. Espiridion de comerciante en vísperas de dar nuevo estallido ó sea quebrar por la tercera vez; derrotas mercantiles son estas, parecidas á las de aquellos generales que vencidos una y otra vez en los combates, salen no obstante gananciosos al fin de la campaña, cuya paradoja solo puede comprender quien haya leido nuestra historia; pero en obsequio de la verdad debo decir: que nunca fué mejor cristiano Machuca ni manifestó mayor resignacion y sangre fria que durante los dias críticos. Acosábanle los acreedores por el pago de sus respectivos créditos, con aquella constancia y entusiasmo de que usan generalmente los que alcanzan con los miserables alcanzados, y no pudiendo él satisfacer sus deudas en metálico, ¿qué hace? poseido de un espíritu de caridad cristiana, no comun á fe mia, entre deudor y acreedor, desaparece el dia menos pensado, y digo el menos pensado, porque se vencian en él varias libranzas, y entra á hacer ejercicios espirituales. Llevó ánimo firme de mortificar su cuerpo y pedir á Dios que lloviese aguaceros de bendiciones, y aun pesetas, si era dable, sobre los desconsolados y boquiabiertos acreedores, es decir, en castellano claro, que fué á liquidar cuentas con Dios, tanto para salvar las apariencias, como por ver si le hacia las mismas quitas que los acreedores terrenales. Temiendo estaba el timorato comerciante que tambien en el cielo entendiesen de interés compuesto, cuyo interés segun Machuca opina desde que él lo carga, es de derecho divino y fundado en las sagradas letras, que respeta casi, tanto como las de cámbio. Sacóle de esta incertidumbre el considerar que mal se aviene el uso de cálculos tan complicados como son los de interés compuesto, con el sistema que todavía rige en el cielo de llevar los libros en partida simple, lo cual colige D. Espiridion de haber leido y aun oido decir á hombres doctos: „*el libro de los destinos*, y no los *libros del destino*.”

Declarada la quiebra al salir Machuca de Ejercicios, y á pesar de haber quedado con algun metal, que por cierto no era estaño, para soldar despues la quebradura, pidió y obtuvo del paternal gobierno de aquella época el ser nombrado vista de una de las aduanas marítimas de la república, alegando, segun lenguas contemporáneas aseguran, lo quebradizo que fué de negociante. Si se reflexiona que Machuca era hombre entónces de devocion y virtud nada comunes, y que, despues de su último fracaso no despegaba los ojos del suelo sino para dirigirlos al cielo, se vendrá en conocimiento de que en el puerto se le pasaban por alto muchas cosas; así es que el nuevo gobierno le suplicó que viniese á esta su casa á explicar el motivo de tales distracciones.

Vino en efecto á la corte el buen Machuca; mas sin que se sepa cómo ni por qué la *sólida* virtud quedó triunfante y vimos todos que en vez de salir caballero sobre un mulo á visitar la fortaleza de Acapulco, se presentó en el paseo en un magnífico landó tirado por frisones, y mirando mas horizontalmente que solia.

En esta época gloriosa de su vida ejemplar, es cuando se manifestó mas encendida la ardiente caridad de Espiridion. Lejos de ser con la hacienda pública que fué la nodriza que le dió de mamar y le hizo gente, desnaturalizado y malagradecido, como tantos hambrientos empleados que no cesan de maldecirla y acusarla de madrastra cruel, acudió constantemente á sus llamados, con una talega en cada mano y los amplios bolsillos del paletó llenos de recibos de pagas corrientes, para que así se verificase, no lo que el necio vulgo llama matar dos pájaros con una misma piedra, sino socorrer á dos menesterosos á la vez.

¡Generoso corazon, conducta filantrópica! que notablemente ha influido en la profunda veneracion y estima con que son vistos hoy, así D. Espiridion, como los demas individuos de su seráfica escuela y compañía. Porque en efecto, quién sino ellos abre con sin igual franqueza el bolsillo á los particulares, y principalmente á los gobiernos vergonzantes? quién sino ellos llevaria la caridad hasta el extremo nunca visto de comprar las resmas de papel ya escrito y borrageado que los empleados venden, casi, casi, cual si fuese blanco y riquísimo florete?

Ya se ve, con sobrada razon les llaman todos, con especialiadad á mi Machuca: „paño de lágrimas de los empleados, constantes y sinceros amigos del tesoro público, amparo de las viudas feas, (las bonitas no lo necesitan) y digamoslo de una vez, en obsequio de la justicia y de la virtud, no agiotistas, ¡Dios nos libre! sino HERMANOS DE LA CARIDAD, único nombre que conviene á una institucion toda de beneficencia y amor al prójimo, inclusas sus faltriqueras. Tan cierto es ello, que á no ser por el vientre á *la montgolfière* de Machuca y acaso por el paletó, pasaria probablemente por el S. Vicente de Paul de la nueva hermandad. Yo solamente una pequeña diferencia he notado entre estos hermanos y las de la Caridad, y es que *ellas* recojen al desvalido de la calle, y *ellos* tienen por oficio dejar á uno en *ella*.

Laus Deo —MALAESPINA.

¡A ESCRIBIR!

CONSTANTEMENTE se lo digo á este niño, Sr. Anónimo, me decia el bueno de D. Pánfilo a presentarme por primera vez á su hijo; pero el ha dado en que los críticos pueden hacerlo trizas, y tiene miedo de no poder igualar á tantos y tan claros ingenios como pululan hoy por esos andurriales y. . . .

—Pues si no teme mas que eso, hube de decirle, es el niño medroso en demasia. El niño que cuenta ya sus veintiun abriles bajó los ojos se encendió y prorrumpió con balbuciente voz en una frase de estilo en semejantes casos.

—Y no es eso lo malo, continuó Don Pánfilo, sino que por mas que yo le grito; á escribir! no quiere. . . . y mire V. el tiene instruccion; en su niñez estudió latin y con ayuda de un diccionario y de alguno de sus condiscípulos medio traduce algunas oraciones de Ciceron; el francés lo traduce con mucha exactitud, palabra por palabra, y de ingles sabe unas cuantas voces que pronunciadas á tiempo y con cierto aire. . . . Al fin muchacho, le gusta darse importancia.—El niño se puso rojo de vergüenza. . . . Diga V., prosiguió, si no tiene con esto bastante y aun de sobra para escribir.

—Indudablemente, le dije, es mucho saber para su edad.

—Y luego, dijo Don Pánfilo, se echa á pechos todos los vaudeville del teatro francés y ha leido los cien tomos de Zorrilla, y se deleita en saborear los atrevidos conceptos de este autor y....

—Pero por supuesto no ha tenido la necedad dije yo, de leer á fray Luis de Leon ni á. . . ,

—No, no señor, dijo el niño, me parece que ya sé bastante; pero tengo un genio tan corto..

—¿Y ha hecho poesias? pregunté.

—Si, si, pero prosa es lo mas, contestó Don Pánfilo, tiene un estilo.... Vamos, dijo, dirigiéndose al niño, lee tu composicion última....

—Pero papá. . . . dijo el niño, y comenzó un ligero altercado en el cual tomé parte y que concluyó con obligar al jóven á leer.

—Cómo se llama la composicion, pregunté.

—*El ensueño de mi ventura*, dijo el jóven.

—No, no es eso, dijo Don Pánfilo, te hablo de aquella novelita titulada *La interdiccion.*

—Ese titulo, está en francés señor Don Pánfilo, yo lo conozco y creo que es el de una de las novelas de Balzac.

—Precisamente, dijo el buen hombre, la misma, sino que mi hijo la tomó de allí y le hizo algunas variaciones.

—Pero el titulo, repliqué, está en francés. .

—Ya se vé, dijo Don Pánfilo, si la obra es francesa. . . . pero con lo que este le ha hecho es ya obra suya.

—Y así tiene V. miedo de igualar las obras de algunos preclaros ingenios nuestros contemporaneos? pregunté al jóven. Quite V. amigo s¡ tiene V. todos los tamaños para ser un escritor de nota. . . .lea V., lea V., sin miedo.

—¡A escribir! prorrumpió el viejo, ¡á escribir! ¿No te lo he dicho? Vamos, lee la novelita.

El jóven se escusó con no traer en el bolsillo los papeles, y el padre insistió entonces en la lectura del *ensueño de ventura*. Animado el novel escritor con mis ruegos sacó de la cartera un blanquísimo papel y leyó de esta manera.

„*El ensueño de mi ventura.*—Dulce sueño que embargaste un dia mis sentidos fatigados, ven, ven á mi seno, yo te adoro, porque eres fugaz como el vislumbre blando de fulgente arrebol. Dulce sueño, yo te he visto doblar tus alas sobre mi aliento vacilante, como dobla ufana la cándida paloma su mirada de angustia sobre la aperlada yerba que baña con sus melodiosos cantares el doliente ruiseñor. ¡Dulce sueño!....”

—¡Qué dulzura! interrumpió D. Pánfilo, ¡qué voces tan suaves! y mirando entrambos que yo sonreia, callaron, gozozo el padre, satisfecho el hijo. Prosiguió: „¡Dulce sueño! En blancas ilusiones de oro pintaste mi porvenir; tu voz era blanda ¡oh sueño! como el ruido inverso de torrente gruñidor y eran suaves tus miradas, ¡sueño de mi ventura! como el torneado cuello del palpitante cisne; mas volaste ufano por el mar etereo de horizonte infando, pasaste cual pasa el raudo soplo de deslumbradora brisa sobre la sien agitada del arbusto tímido.”

—¿Qué le parece á V., Sr. Anónimo?

—Muy bueno, excelente, Sr. D. Pánfilo.

El jóven continuó.—„Era entonces mi edad de esplendores, fulgente cual tibia luz de mirada angélica, lánguida y dulce como el cantar sonoro de pintadas aves que en vulgo pasaron sobre las ramas del fúnebre arrayan. Mi vida se deslizaba entre el ruido insano de mundanal orgía, y entre el bronco reir de cantadores ébrios sonó tu voz, mi sueño de ventura. Yo ví tus ojos radiantes como las pupilas frescas de la medrosa vírgen del desierto, de esa vírgen bella con el corazon de paloma y su aliento de alelí; yo te vi, yo te adoré sueño mio; eras bello como el lucero vespertino que se enfanga radioso entre el mar brillante de aromas y de colores que deja en su pos el sol. Eras puro como el aroma delicado de las flores que baña el rio; como la gota pura de virginal ambiente. Mas alzaste el vuelo ¡oh sueño! huiste de mis ojos y miré en mi rededor el vacio. Tu gigante gesto me revelaba amores y hallé en mi torno lágrimas amargas como el desconsuelo triste de lúbrico deseo, lánguidas como suspiro que aturde al alma con son fantástico. Y crujiste ¡oh sueño! en blando beso, y al volver al mundo solo hallé sinsabores y deleites de ponzoña que cubrian harapos de arrebol luciente; y te fuiste, sueño mio, y desperté al reir nefando de criminales turbas que sonaron á mis oidos como el batir de carnívoros buitres que con sus alas sombrean el prado.... Sueño de mi ventura, tú has huido.... ¿Por qué no sueño siempre? *Mexico....*” sigue la fecha, dijo el jóven, y la firma.

—Acabó V., preguntéle.

—Si, sí señor, dijo D. Pánfilo, ¿qué dice V.? ¡Qué cosa tan bonita! que opina V. de la cobardia de este niño?

—Que es extremada cuando hace cosas tan estupendas, contesté.

—Lo oyes necio, lo oyes, exclamó D. Pánfilo. ¡A escribir hijo mio, á escribir!

—Escribiendo muchos como V., le dije en tono serio al jóven, se hace un positivo servicio á la literatura, porque (añadí para mi sayo) así se fastidiarán mas pronto los lectores y con la falta de estos morirán de consuncion los escritores.

—Entiendes, decia D. Pánfilo, entiendes, no hay remedio, ¡á escribir!

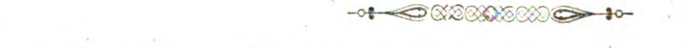
—Si señor, á escribir, repetí yo; y para animar á V, esta composicion va á imprimirse en el Liceo.

—Mañana mismo, hoy, en este instante vas á tomar la pluma y á escribir; yo te lo mando, yo, tu padre, tu amante papá....

A estas voces los ojos del jóven escritor se enrojecieron, su mirada era fija, sus labios temblaban, su cabello se herizó y por entre los surcos que dejaban aquellos mechones enmarañados se abrieron paso en ese momento unas doce ó catorce inspiraciones que yo mismo ví agolparse á la entrada de la mollera, cederse el paso, hacerse mil cumplidos y entrarse una á una á su nueva habitacion, la cual removieron de tal suerte, que el inspirado jóven extendió los brazos, apretó los dedos, y respirando con lentitud y con la fuerza de una ballena, acabó por gritar con una voz terrible. ¡A escribir! y echando á correr nos dejó sin despedida marchándose con su docena de inspiraciones en la cholla y su buena dosis de orgullo y de locura. Cuando iba ya por el fin de la calle, y al tiempo que el buen papá D. Pánfilo se despedia de mí, oimos un grito espantoso que se comunicó con una rapidez eléctrica, y mil voces robustas clamaban á escribir; todos los transeuntes se habian inflamado al simple aspecto del hijo de D. Pánfilo; las plumas y el papel se agotaban en las tiendas de la cuadra y el ruido no cesaba. La vocería iba en aumento: el tumulto crecia y mi D. Pánfilo sintiéndose arrebatado por el frenesí popular, echó á correr gritando tambien ¡á escribir! y dejando abismado al pobre Anónimo que al oir tan espantables ruidos y como si viese un espectro, gritó á su vez con el acento del miedo é involuntariamente. ¡A escribir!!
—ANÓNIMO.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON DIEGO OSORIO ESCOBAR Y LLAMAS.

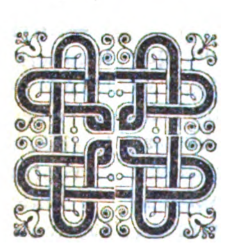


Obispo de la Puebla. Vigésimocuarto virey de la Nueva-España. 1664.



1664.

EL 29 de junio entró en el gobierno vireynal el obispo de la Puebla, sin que de su época se refiera cosa notable sino su corta duracion. El 15 de octubre dejó el puesto que vino á ocupar su sucesor.





D. DIEGO OSORIO DE ESCOBAR Y LAMAS
24. Virey de la Nueva-España.

LOS TRES JUANES.

CUENTO ESCRITO CON TITULOS DE COMEDIAS.

VIVIA Luisita en la calle de la Sombrereria (en Bilbao) con sus dos hermanas Paca y Mariquita; y aunque ninguna de ellas habia frecuentado *La Escuela de las coquetas*, *La Ambicion* de ser cortejadas, les hacia ser *Una de tantas* que nos pinta Breton en sus comedias. *La familia del boticario*, que era su vecina, se componia tambien, sin contar el género femenino, de tres jóvenes que habian dado en la flaqueza de enamorarse de ellas; y como *Dios los cria y ellos se juntan*, las miradas fueron pagadas con miradas, *El desden con el desden* y los suspiros con suspiros, hasta que por último, cansados de pasar frente al balcon de *Las tres sultanas* mas de *Una noche toledana*, resolvieron hacerlas saber por escrito *Los primeros amores* y honestos deseos que las consagraban.

El farmacéutico, que si no era *El hombre mas feo de Francia*, se puede asegurar que sí de España, y habia logrado *Hacerse amar con peluca* (olvidando la leccion de *A la vejez viruelas*), de una jóven de *Honra y provecho* con quien habia contraido segundo matrimonio, se vió obligado por ruegos de esta á ser *El destructor de su familia*; pues el *Amor de madre* de ella, no se estendia á los hijos de *El marido de dos mugeres*. Por lo mismo, para darla *Pruebas de amor conyugal*, espuso á sus hijos varones los deseos de su nueva muger; y siendo ellos para con su padre *El crisol de la lealtad*, se propusieron darle gusto en todo lo que apeteciera; y de acuerdo con él, abrazando el uno el arte de la pintura, en que era profesor, el otro la música etc.... salieron á probar *La rueda de la fortuna*, poniendo *Bandera negra* á su madrastra; pero no sin haber manifestado antes á las vecinas de quien estaban enamorados, en las cartas tecnológicas que á continuacion se hallan, *El plan de un drama* que anhelaban verificar con ellas.

Habiendo omitido el autor de este cuento el partido que tomó uno de los hermanos, y conociendo la diferencia que hay de *Lo vivo y lo pintado*, se vé precisado á decir para *Engañar con la verdad* al benigno lector, que el último no necesitó reflexionar el giro que debia tomar, pues hacia muchos años, á pesar de que repetia á cada instante *No mas mostrador*, que el comercio de ropa era su ocupacion; y como *Una ausencia* puede traer consigo *Las terribles consecuencias de un momento de error*, se apresuró á que Mariquita antes de *Partir á tiempo* leyera su carta, que si mal no me acuerdo, decia así.

CARTAS TECNOLOGICAS.

„Hermosa Mariquita: Parecerá increible que á un *tendero* le puedan ocupar otros *cálculos* que aquellos que le pueden dejar alguna *utilidad mercantil*; pero yo sirvo de *prueba* para deshacer este error: porque desde que ví por el ligero *velo* de la *mantilla* que cubria el hermoso rostro de V., la mirada penetrante de sus hechiceros ojos, conocí que era V. para mí el *género* mas apreciable y de un *valor* desconocido. Embebido, pues, con la imágen de V., mis *ventas* han bajado considerablemente, porque no atendiendo á los *marchantes* con aquella prontitud que forma las reglas del *comercio*, y *despachando paño* por *crea*, y *guantes* por *medias* etc., los *compradores* han desaparecido, y las *entradas* en *caja* han *paralizado* tambien.

Agréguese á esto, que ocupado en trazar y despedazar varios *billetes* que intentaba *remitir* á V. declarándola mi fino amor, mis *libros* de *compras* y *ventas* que para mayor puntualidad llevaba por *partida doble*, se han visto

abandonados sin hacer en ellos el mas ligero *apunte*.

En virtud de lo espuesto, y para que este descuido no siga adelante y me acarreen una *quiebra* vergonzosa, me veo obligado, impelido por la pasion que me ha inspirado la hermosura de V., á suplicarla se digne sacarme del *compromiso* en que me hallo, por causa de mi amor, haciendo los dos una *compañía* que recupere mis *pérdidas*, porque mis *créditos* y *pagos* se mantengan en la *plaza* ilesos.

No se me oculta que V. es una niña fina como el *cambray* y acostumbrada á engalanarse con las *sedas mas preciosas*, al paso que yo estoy *tejido* con la *ordinariez* de la *jerga;* pero todo se puede remediar si V., Mariquita, se propone *adelgazar* los *hilos* toscos de mi educacion, que no tiene otra recomendacion sino la de haber salido hasta hoy sin *averia* ninguna.

Espero con impaciencia la *ventilacion* de este *interesante negocio*; y la contestacion á esta ruego á V. me la *gire* inmediatamente, para que sepa si mi *letra* á la *vista* ha sido *aceptada ó respaldada*.

JUAN BAYETA.

EL PINTOR SE EXPLICO EN ESTOS TERMINOS.

,,Incomparable Luisita: Desde que tuve la dicha de ver sus divinos ojos, la *imágen* de V. quedó *retratada* con *perfiles* indelebles en mi corazon. En vano los *pinceles* del célebre Rafael han pretendido trasladar al *lienzo* las *facciones* mas perfectas: el *modelo* de su inspiracion, estaba muy distante de reunir el *colorido* apacible y los bien combinados *contornos* que, á primera vista, se notan en el *original* de la *pintura* que yo adoro. Sí, Luisita, V. es la mas bella *figura* que puede anhelar un artista que suspira por la perfecta *imitacion* al *natural*. Bien conozco la diferencia de gusto con que el *pintor* nos ha *delineado*, pues en V. el *blanco* y *carmin* han sido colocados con *maestria*, mientras á mí solo me ha *bosquejado* con *lapiz* grosero. A V. le ha distinguido con *facciones* finas *pintadas* al *temple*, cuando yo solo he merecido algunos mal dirigidos *brochazos* y una *musculacion* tosca y *desproporcionada*.

Sin embargo, si V., Luisita, se digna aceptar mi desgraciado *busto* y lo reune con la maravillosa *miniatura* que idolatro, mi *paleta* y *pinceles* solo se ocuparán para *copiar* de V. las divinas *cejas* que la adornan, y V. será para mí el mas bello adorno de mi *galería* de *retratos*.

Nada tengo que decir á V. de mi conducta, pues nadie mejor que V. conoce los *toques* de mi *composicion*, y que si me caso seré un hombre *dibujado*, un marido al *óleo*.

JUAN PINCEL Y PALETA."

LA DEL MUSICO DECIA ASI.

,,Francisquita: es V. la mas perfecta *composicion* que ha salido de manos del Criador. La mas admirable *armonía* se *nota* en todas las *partes* que sirven de *diapason* á sus recomendables virtudes, y por lo mismo yo no he podido menos (al *recorrer* la *escala cromática* que se encuentra desde las *semifusas* que adornan las plantas de V. hasta el *sol regrave* que resplandece sobre las *apoyaturas* que hermosean su rúbia cabellera); no he podido menos digo, que hacer un *calderon*, para admirar en *compas mayor* los *melodiosos tonos* que hacen á V. la *pauta* de la amabilidad.

Todo lo que acabo de decir, solo sirve de *preludio* á la *obertura* de mis pretensiones, que se reducen á querer reunir los buenos *sonidos* que embellecen á V., con las cortas *producciones musicales* que poseo, para que de este modo, formando de ambos estremos un *duo* regular, nos sirva de *tema* á los *valses* y *contradanzas* que ambos podamos dar á luz.

Resuélvase V., pues, Francisquita, teniendo presente, que en todos los *registros* de mi vida, no hay un solo *puntillo*, ni una sola *aspiracion* de *corchea* que la hayan sacado del *tres por cuatro* que es el *compas* que está al principio de la *llave*; y que para amar á V. olvidaré todos los *compases* de *allegretto*, para ser un marido *recitado* ó si V. quiere *semibreve*.

JUAN DE LA SEMICORCHEA.

Ni les divirtió poco la originalidad de estas tres cartas á Luisita y sus hermanas; pero como *Hombre pobre todo es trazas*, y las niñas no habian estudiado filosofia, *Cada cual con su razon* concertó que, *Una muger del siglo diez y nueve* no debia preferir un *Contigo pan y cebolla* á *Tanto vales cuanto tienes*, por lo que respondieron á los pretendientes que, *A ninguna de las tres* les parecia bien acceder á los deseos que manifestaban, porque ninguno de ellos era *Un novio á pedir de boca*.

No sé si la *Lisonja á todos* que ellas demostraban sin decidirse por ninguno de los muchos que las pretendian, ó si el haberse revestido los desventurados amantes de un apellido adecuado á la profesion que ejercian, quedándose *¡Sin nombre!* verdadero, fué la causa de

la repulsa que recibieron: lo cierto es, que ellos vieron que *Mas vale llegar á tiempo que rondar un año*, y esperando *El cambio de diligencias* que les fueran favorables con su *Amor y honor* se retiraron los *Tres huérfanos*, habiendo alcanzado con el desprecio de aquellas jóvenes volubles *Ganar perdiendo*.

NICETO DE ZAMACOIS.

MEDIO SEGURO DE PASAR PLAZA DE LITERATO.

La ignorancia se admira siempre á sí misma.

BOILEAU.

PRECISO es convenir en que la literatura tiene hoy un aspecto terrible, porque no se puede dar un solo paso sin encontrarse con algunos autores célebres ensalzados en ciertas academias privadas, y preconizados en los periódicos, cuál por sus versos, cuál por su prosa, quien por la profundidad de los pensamientos, quien por la elegancia del estilo. De suerte que ya no hay dioses desconocidos, pues todos tienen sus altares, sus sacerdotes y sus adoradores.

Pero, ¿en qué consiste (me dirán algunos) que abunden los grandes hombres y escasée tanto el verdadero ingenio? ¿De dónde nace que haya multitud de escritores afamados y tan pocas obras de mérito, de dónde esa magnificencia aparente y esa miseria real? Esto es un arcano, y no deja de haber peligro en penetrarlo.

Mas en breve sabrán, los que tal preguntan, que hay un medio infalible de pasar por literato, un arte que nada tiene que ver con el mérito del escritor, y si bien es cierto que no es nuevo, pero en nuestros dias ha llegado á su perfeccion.

¡Qué locura la de aquellos que para adquirir fama en la república de las letras, cultivan su entendimiento, esperan para escribir á que su juicio esté maduro, y dejan á sus producciones el cuidado de recomendarse ellas mismas con el público! Estos tales, no obtendrán en recompensa por su trabajo, sino tardías muestras de un aprecio estéril y aisladas pruebas de aprobacion de los hombres ilustrados. Menos talento y mas astucia, menos vigor y mas arte, ved ahí lo que dá nombre, lo que nos grangea hoy alto concepto.

Por eso se han convencido nuestros autores, de que es mas fácil conseguir que tenga salida y aceptacion una obra chabacana, que componer una buena; y de que como la posteridad se hace esperar demasiado, seria un candor imperdonable pensar en ella, ya que probablemente tampoco ella pensará en sus mercedes.

Así es, que ansiando por gozar pronto, se proponen constituir un censo vitalicio con su ingenio, esto es, ponerlo á réditos por el tiempo de su vida perdiendo el capital. Hé aquí la causa, de que solo se afanan por lo presente, de que borronean tanto papel y dejan sus obras imperfectas y toscas; pero saben, sin embargo, hacer pasar sus mamarrachos por unos portentos del ingenio. Uno sin pararse en pelillos se adjudica él mismo el lauro; de suerte, que hace de Dios y de pontífice, celebra su apoteósis, y es uno de los idólatras. Pero otro, mas astuto, pone en agena mano el incensario, y aparenta recibir con repugnancia las adoraciones que le tributan.

Poco cuidado se les dá á entrambos del juicio que la posteridad forme de su mérito: que están ya canonizados en vida, y esto llena sus modestos deseos. Lo diré de una vez, como una gloria duradera es fruto de un trabajo

dilatado é ímprobo; prefieren una celebridad precoz, imágen de aquellos frutos, que á despecho de la naturaleza se logran en fuerza del calor artificial.

Y ¿cuáles son los medios de adquirir esa celebridad?

Los banquetes: estos ejercen en las reputaciones literarias un influjo tan grande, tan palpable y reconocido de todo el mundo, que me admiro de que no aspiren á la fama de literatos todos cuantos tienen buena mesa. Les seria muy fácil, ciertamente, encontrar panegiristas aduladores, porque la lisonja va siempre en busca del que la paga á letra vista. Estos generosos Anfitriones no necesitan tener ingenio ni talento, porque sus buenos cocineros pueden suplir aquella falta, y la abundancia de manjares y vinos delicados seria un garante seguro de la bondad de sus escritos.

Pero si algunos, por no perder el tiempo, quieren mejor hacer cálculos que escribir, no es este un obstáculo; porque habrá quien escriba y piense á nombre de ellos, quien los llene de gloria á trueque de su dinero. Son, pues, dignos del mayor elogio, si acaso se contentan con el papel de Mecenas, y no quieren representar el de Horacio ó de Virgilio, que á la verdad no les saldria mas caro.

No faltará quien me tache de exagerado; pero ciertamente quedaria confundido, si llegásemos á la prueba y les arrancara yo á mas de cuatro la máscara. Entonces se veria, que tal autor no debe su crédito sino á una mesa bien provista y siempre franca: que otro cuyas obras no son mas de sus hijas adoptivas ha hecho que las elogien los periódicos.

¿Y qué diremos de los que ocultando su incapacidad bajo el velo del orgullo, fingen tener como á deshonra el renombre de autor, y que nos amenazan con no dejar jamas que vean la luz pública los frutos clandestinos de sus ocios? ¿No vemos como se presta la adulacion á los cálculos de su necia vanidad, atribuyéndoles multitud de obras imaginarias, y suponiendo en ellos talentos que no tienen, cuando se han olvidado de aprender siquiera la ortografia?

Puesto que de tantos modos se hace tráfico con las reputaciones literarias, debemos esperar que dentro de poco se venderán en el mercado; entonces se les fijará precio como á cualquier otra mercancía, y sabremos por lo menos á qué atenernos, y cuánto ha de costar á cada uno hacerse célebre.

Dichoso, pues, una y mil veces feliz el escritor que merece á Pluton una halagüeña mirada, pues no tiene que correr en pos de la celebridad; antes bien le saldrá esta al encuentro, y cada paso de ese hombre afortunado hará brotar laureles que lo engrandezcan todavía mas si se abajare para recojerlos.

Las riquezas, pues, como hemos visto, ejercen su poder hasta en el templo de la sabiduría. Pero es de advertir, que lo que el oro hace por unos, lo ejecuta la intriga en favor de otros. Hay ciertos protectores sin títulos, algunos Mecenas que, de propia autoridad y mas bien por darse importancia que por gusto, se constituyen jueces en un arte cuyos primeros rudimentos ignoran. Sus salones son otras tantas academias, donde se agrupa la medriocridad para sobreponerse al talento, que, como mas noble y grave, se empeña en labrar su suerte por sí mismo. Allí se forman esas hermandades ó asociaciones literarias cuyos miembros juran defenderse recíprocamente contra todo el mundo, y combinan sus esfuerzos para echar al suelo las puertas del templo de la fama. Allí se encuentra un auditorio siempre benévolo, que se arroba en éxtasis al escuchar las mas soporíferas producciones, que atribuye al buho el canto melodioso del cisne y á la avutarda el vuelo sublime del águila. La obra que es aprobada en estos garitos de la gloria literaria, puede contar con que tendrá salida; porque los cofrades la recomendarán mucho tiempo antes de su impresion, y despues de hecha la pondrán los periódicos en las nubes.

¿Y si el público quisiere reprobarla? Nada importa: entonces se le dice en buenos términos que se ocupe en sus negocios, que es lo que le importa, y no se meta á revocar una sentencia pronunciada por jueces mas competentes que él. Pero este caso es muy remoto, porque el público es á menudo el juguete de estos intrusos mentores; y á fuerza de oirles, que Psaphon, por ejemplo, es un Dios, lo cree firmemente y se prosterna. Esto le parece mas fácil y cómodo, que leer las obras maestras de tan encumbrados ingenios; bien que si va á decir verdad, léalas ó no, siempre le probarán que son inimitables. ¡Cuántas veces no han podido salir de la primera edicion, y sin embargo, se tira la segunda cuando menos se esperaba! Porque siempre nos formamos idea muy ventajosa de un libro que ha sido reimpreso. Semejante medio es costoso, no hay duda; pero ¿qué sacrificio es caro, cuando el premio debe ser una gloria tan pura y tan decorosamente adquirida?

Con todo, esto no basta; para obtenerla es

menester que pongais vuestras obras bajo la proteccion de esos patronos de la literatura, de las sacerdotisas jubiladas de Venus, que desde el momento en que el amor las desterró de sus dominios se refugiaron á las avenidas del Parnaso. Procurad, pues, introduciros en casa de Cydalisa, y encarecer la delicadeza de su gusto y la importancia de su voto: ni publiqueis un solo verso sin haberlo consultado de antemano. He ahí los homenages que ella ambiciona al presente; pues aunque recibia otros mas agradables, las costumbres se mudan con los tiempos; y como ya se marchitó su hermosura, quiere pasar hoy por persona de talento para que no se olviden de ella enteramente. A este fin, y con el de no ser presa del fastidio, reune en su casa á varios literatos; pues aunque no es infalible esta receta, se la aplica á falta de otra mas eficaz.

Poneos, pues, en manos de esta incansable y lenguaraz corredora de reputaciones, y ya vereis cuánto ardor despliega en sus academias, para poner en las nubes vuestro escaso talento y rebajar el mérito de cualquier otro escritor. No desconfies, pues, de llevaros la palma una vez que el amor propio de una muger se halle interesado en vuestro favor.

Allanado así el camino, tomad el pulso á los envejecidos miembros de la academia de la lengua, calculad los años que dormirán todavía en sus sillas, é irritaos contra aquellos cuyo robusto temperamento resiste á toda suerte de ataques, y que parece burlarse de las indigestiones.

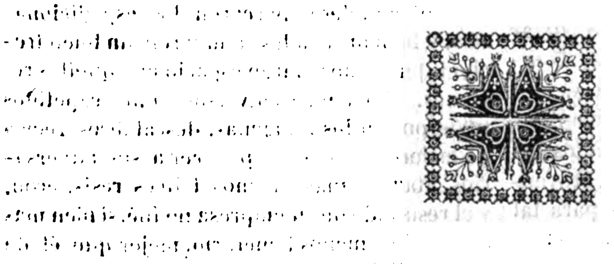
Acaso se creerá que estos malignos viejos se complacen en mortificar á los pobres aspirantes que desean con tanto ahinco succederles; pero la muerte, que á nadie perdona, suele á veces acordarse de alguno de estos académicos: entonces, no hay que perder un solo instante, volad, acudid á vuestros amigos, implorad el auxilio de vuestros protectores, moved todos los resortes, llamad á todas las puertas. Si vuestros rivales están adornados de títulos brillantes, buscad el modo de desconceptuarlos en el ánimo de sus jueces; en fin, no hay que omitir bajezas de ninguna especie, porque para subir es menester arrastrarse.

Ni perdais la esperanza aunque la fortuna os sea contraria, porque los mismos desaires y repulsas sufridos con resignacion, son otros tantos títulos muy académicos; y al fin llegará el dia en que se os tome en cuenta esa perseverancia, por la cual alcanzareis lo que el mérito no podrá alcanzar: os darán de limosna el sillon, y sereis en fin académico por caridad.

Como en ninguna materia puede saberse todo, ni todo puede decirse, es indubitable, que fuera de los medios susodichos, habrá otros muchos para alcanzar celebridad. Yo los ignoro; y por lo mismo, á los literatos que se hayan servido de ellos, les toca darlos á conocer; mas me temo que el egoismo les hará ocultar su secreto.

Pero por mas feliz que sea el éxito de estas infames arterías, no debe desalentarse el escritor dotado de verdadero ingenio, y que no quiera ser deudor á otro de su fama. El crédito facticio, fruto solo de la astucia, no es muy duradero; el tiempo, ese juez incorruptible, tarde ó temprano frustra los proyectos de la necia vanidad: pide estrecha cuenta de la gloria usurpada, y echa por tierra los altares que la intriga habia erigido á la mediocridad.

Colnet.—*Traducido para el Liceo.*



APUNTES
PARA LA HISTORIA DE LA FLORIDA.

LUEGO vuelto Hernando Soto del Perú, solicitó del emperador Cárlos V la conquista de la Florida, llamada de esta manera por haber sido descubierta en el dia de pascua florida. Ya antes de Soto habian muchos tenido igual pretension sin alcanzar nada del soberano. Este que confiaba en el valor y pericia de Hernando, no dudó un punto en darle lo que pretendia, y algo mas, pues le dió dinero para llevar á cabo su empresa, mandó que le fuesen aprestados los buques que pidiese, y le hizo por último gobernador de la isla de Cuba.

Hernando, sea porque esperase una buena fortuna en el descubrimiento y conquista que emprendió, sea solo por ganar la misma que Cortés, á quien intentaba igualar y cuyo estímulo le animaba, empleó todo su dinero cuanto del Perú habia llevado á la Península, en la nueva espedicion. Este hecho que al parecer nada tenia de extraño, influyó mucho en la empresa y vino á darle un impulso verdaderamente grande. Todos cuantos en el Perú se habian hallado, imitaron la conducta de Soto y como él sacrificaron las riquezas que poseian, y así de este modo en poco tiempo se hallaban reunidos en San Lúcas de Barraemda, lugar destinado para la partida, novecientos hombres que se embarcaron en nueve navíos.

Antes de Soto, poco tiempo hacia, emprendieron unos religiosos reducir á los indios florentinos por la predicacion evangélica, creyendo mas seguro y fácil esto que el uso para tal caso de las armas. En efecto, dispusieron su partida y entraron con buen éxito en aquellas tierras dando principio á su mision, mas apenas hubieron comenzado y sospechando los indígenas que se les urdia alguna trama ó sin sospechar cosa alguna, enemigos como eran declarados de la raza que los habia perseguido, les dieron muerte á todos los religiosos que eran muchos los que allí habian ido. Con esto ya no se pensó en otra espedicion semejante sino en una fuerte; mas como hemos dicho, hasta Hernando Soto ninguno habia alcanzado la gracia de llevarla á cabo de cuantos la habian solicitado del soberano, y los que sin ella lo habian hecho ó querido hacer, habian visto sus esperanzas siempre burladas.

Partió, pues, Soto, con vientos varios en nueve naves, algunas de las cuales iban destinadas á la Nueva-España; mas todas ellas sujetas á Hernando que las mandaba, hasta la isla de Cuba donde debian separarse. Grandes contratiempos sufrió la armada en el viaje, hijos de las desavenencias suscitadas entre los gefes que á cada momento se descomponian por altercados ligeros que entre ellos pasaban. Desde Cuba fué ya mas feliz la navegacion, caminando ya solo Soto con los suyos; allí engrosó sus filas é hizo mas temible su espedicion. Cuando al fin arribó á las costas de la Florida no desembarcó luego en ellas, sino hasta hallarse seguro en sus medidas para afianzar un buen éxito.

En efecto, desembarcaron los espedicionarios, y bien ordenados caminaron un buen trecho internándose largo espacio en aquellas regiones. Encuentros diversos y muy repetidos tuvieron con los indígenas, descalabros recios padecieron é hicieron padecer á sus adversarios, ataques mas ó menos felices resistieron, y el resultado de su empresa no fué, si bien mas avanzado y menos temerario, mejor que él de los espedicionarios que antes de estos habian venido. Pasados algunos meses terminó la espedicion desesperados los que la componian de alcanzar el fin de sus tareas y obtener el premio de sus afanes. Habian sacrificado to-

dos los tesoros que el Perú les dió juzgando ganar con usura en la Florida; Soto, singularmente, á quien si no la esperanza del tesoro al menos la de ganar honra y prez, le hizo emplear su inmensa fortuna en la empresa. Pero era árdua aunque nadie la habia creido tanto y estaba reservada al tiempo posterior: así que, solo pudo gloriarse Hernando de haberla llevado hasta donde ninguno lo habia hecho hasta entonces, pero su gloria no por eso llegó á igualar como queria á la de Cortés.

Hernando Soto, pues, abandonó su émpresa desconfiando de poderle dar un feliz fin, si bien alguno asegura que si no la terminó fué solo efecto de haber perdido la gente que le acompañaba, mas no porque él desesperase de su intento. Algunos otros acometieron aun despues la misma empresa, pero sus espediciones fueron tan insignificantes que apenas merecen mencionarse; así que, la historia no recuerda sus hazañas. Las largas y continuas vicisitudes à que la Florida ha estado expuesta y que constantemente ha sufrido, son tales, que acerca de ellas habria mucho que decir, es materia muy vasta para circunscribirla á límites estrechos, quizá adelante diremos algo de ellas, mas ahora contentémonos con enunciar que poco á poco al fin fué sometiéndose al yugo extrangero, que la vecindad de paises conquistados por ingleses y franceses, las tribus bárbaras que no sujetó el gobierno español la hicieron sufrir diferentes alternativas y hacian estremecer á sus habitadores por el furor de la guerra que incesantemente los amenazaba.

Este pais, pues, para cuya conquista fueron necesarios muchos años, grandes esfuerzos, la muerte de infinidad de guerreros y de intrépidos caudillos, y consumir ademas gran porcion de dinero, vino despues de cerca de tres siglos á ser del déspota de los déspotas, de que subyugó la Europa entera y privó á su patria de la libertad. Este mismo pais es el que ahora con el propio nombre forma uno de los estados de nuestra colosal vecina la república de Norte América.

SONETO.

Partes ¡oh Laura! La volante rueda
El surco traza en el arena fria;
Y cuanto corre mas, mas te desvia
Del triste amante que en ausencia queda.

No el tiempo, edad, ni la distancia pueda
A nuestro ardiente amor torcer la via:
Aunque al roce contino de onda impia
La roca, orillas del torrente, ceda.

No! que el humano orgullo, el cielo mismo
En vano á dividirnos conspiraran
Con barrera social ú hórrido abismo!

Si tal vez nuestras almas se separan
Es para amarse mas; y en un momento
Salva tiempo y distancia el pensamiento.

C. C.

LA VISION
DE
MOCTEZUMA.

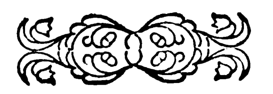
LEYENDA.

Señores Don Antonio y Don Luis Martinez de Castro.

Casa de vdes., Marzo 3.—1842.

En un libro manuscrito que cayó en mis manos hace poco, habia, entre varias leyendas, la que á continuacion copio. Una nota decia que era traduccion del mexicano, y que el original estaba en verso y prosa como la version. Yo no creo esto, y sí que es obra de dos manos, y aun de tres, pues los epígrafes, como fácilmente se vé, han sido puestos de pocos años á esta parte. Algunos amigos mios creen que la leyenda, sin epígrafe ninguno, fué escrita hace lo menos un siglo por un hombre solo, el cual, dicen ellos, no debia de tener los sesos muy en su lugar.—Como quiera que sea, en muestra de cariño, y mas bien como una antigualla que como obra de poesía, dígnense vdes. admitirla, así como el afecto de su sincero amigo.

Ygnacio Rodriguez Galván.



LA

Vision de Moctezuma.

LEYENDA.

Hay un imperio que gastado cae
que harán polvo los cascos del bridon
S. Bermúdez de Castro.

PASO PRIMERO.

EL TRIBUTO.

I Franchi!—Fuggiamo!
Manzoni.

EL sol declina á occidente.
entre nubes de carmin,
y en el lejano confin
alumbra pálidamente.

La faz de la tierra viste
pardo ropaje de duelo:
triste está el desierto cielo,
triste el monte, el valle triste.

Y al mejicano abatido
mina el alma la tristeza,
é inclinada la cabeza
comprime un ronco gemido.

Ni da á entender su dolor,
ni al cielo un suspiro manda,
que sangre su dios demanda
y sangre el emperador.

Orillas de la ciudad
hay una humilde cabaña:
fachada tosca y estraña,
en ruinas ya por la edad.

Sentada á su puerta está
una muger indigente:
los años rugan su frente,
sus ojos se apagan ya.

Sus miembros mal encubiertos
por harapos destrozados;
y sus brazos, descarnados,
desnudos, secos y yertos.

En viva meditacion
sumergida está su idea;
y contra el pecho golpea
su ya tibio corazon.

Del indio á la dura suerte
busca en su mente remedio;
y conoce que no hay medio
entre el tirano y la muerte.

Moctezuma es solo dueño
de cuanto México encierra:
suya la vida, la tierra
y hasta el grano mas pequeño.

La vieja en tanto sufrir
vencida es por el dolor;
y sus labios sin color
profieren: ,,¡Morir! ¡morir!"

Oyese el remo liviano
de una canoa sonar.
¿Cómo poderlo dudar?
¡Son esbirros del tirano!

,,¡Teyolia! ¡Teyolia!—llega
de esclavos cuadrilla impía!
Ven! huyamos, hija mía!"
Dice la muger, y ciega

Por el temor, se levanta,
y va á correr—¡tarde es ya!
cerca la cuadrilla está....
Se yela su tosca planta.

Su faz se cubre de luto;
hablar quiere y enmudece;
y solo á señas parece
decir: ,,¿Qué quereis?"—,,Tributo."

—,,¿Tributo en tal indigencia!
Soy una infeliz muger."
—,,Nada tenemos que ver."
—,,¡Clemencia, señor, clemencia!"

—,,Neliztli, el tributo danos,
ó morir será tu suerte."
—,,¡Ah, señor!"—,,Tributo ó muerte."
,,¡Perdon!"—,,¡El tributo! ¡vamos!"

Postrada la vieja está,
y se retuerce las manos,
y gime—¡gemidos vanos!
pues nada conseguirá.

Oye injuria tras de injuria,
y siente un golpe de muerte,
y sangre á raudales vierte,
y es arrastrada con furia.

Pero á sus gritos agudos
nadie viene á socorrerla.
Los hombres pasan, al verla,
medrosos, rápidos, mudos.

,,¡Teyolia! muero á la saña
desta cuadrilla feroz."
,,¡Madre!" responde una voz
del fondo de la cabaña.

PASO SEGUNDO.

EL EMPERADOR.

Esclavos, padeced!
S. Bermúdez de Castro.

Teyolia aparece luego
de la cabaña á la puerta,
y á la furiosa cuadrilla
se precipita violenta.

—Ligero talle tenia,
cintura airosa y esvelta,
grandes y vivaces ojos,
faz entre blanca y morena.

Sobre su desnuda espalda
y su seno de doncella
vagaba suelta y sin órden
la su negra cabellera.

Graciosos eran sus labios,
su frente elevada y tersa;
y en su mirar humildoso
se pintaba su modestia.

Mas en su faz se veia
estraña y confusa mezcla
de lánguido encogimiento
y de elevada altiveza,

Que mostraban que sentia
el peso de su miseria
y el valor que da á las almas
la virtud y la inocencia:

Su cuerpo á medias cubria
vestido de burda tela,
bordado con anchas plumas
y conchas y azules piedras:—

De piedras los brazaletes,
y de piedras las pulseras;
y con el viento ondeaban
dos plumas en su cabeza.

—Esta beldad merecia
vivir en rica opulencia,
que verla tan infelice
daba compasion y pena.

Mas la fortuna traidora
prodiga al necio riquezas,
y al mérito lo sepulta
en abandono y miseria.

—

Atónitos los sayones
la ven salir á la puerta,
y dudan si es ente humano
ó vision celeste y bella.

La jóven rápida corre,
alza del suelo á la vieja,
y ,,Vamos de aqui!" le grita
con fuerte voz y resuelta.

Pero vueltos de su pasmo
los hombres, las atropellan,
y con la anciana y la jóven
dan furibundos en tierra.

Las infelices al viento
lanzan penetrantes quejas,
y su furia los verdugos
mas y mas en ellas ceban.—

Barbarie digna de brutos!
de brutos maldad horrenda!
¿Por qué los hombres á veces
iguales son á las bestias?

—

Oyese música dulce
y armoniosa cantilena,
y los remos, que las aguas
y las canoas golpean.

Tal música y tales cantos
contrastan con esta escena:
así junto á nube oscura
cintila brillante estrella.

Surcan las movibles aguas
varias canoas ligeras,
de flores, plumas y pieles
y pabellones cubiertas

Una mas grande, adornada
con mas esmero y riqueza,
en medio viene, cargando
de mugeres turba inmensa.

Tocan unas, cantan otras,
y las mas la planta bella
mueven en danza festiva
con mil mudanzas y muecas.

El corazon, al mirarlas,
palpita de amor, se alegra,
y en una mar de ilusiones
inquieta el alma navega.

Mas no así el hombre que solo,
en medio á tanta belleza,
recostado en almohadones
cavila en tristes ideas.

Indiferente parece
á la cortesana fiesta,
y sus amarillos ojos
pesadamente se cierran,

Su semblante palidece,
y luego una mano aprieta,
y trabajado respiro
de su pecho sale y entra.

¿Y qué es lo que allá en su mente
le mortifica y aqueja?
Ni él lo sabe.—En su alma habitan
tedio, cansancio, indolencia.

Es su existir como la hora
de la tarde soñolienta
en que se estienden las sombras
por la entristecida esfera;

Y que en reedor pardos bultos
alcanza la vista apenas,
y visiones pavorosas
al corazon amedrentan.

Si muere con el yelo
la rozagante flor,
jamas, hijo del cielo,
sombra alguna reciba
tu brillante esplendor.

¡Viva!
¡Viva el emperador!

Tú, que eres rey de reyes,
absorbes nuestro amor.
En tí, que das las leyes,
de la natura estriba
el lozano verdor.

¡Viva!
¡Viva el emperador!

Tal es el bárbaro canto
de adulacion y bajeza
con que al tirano monarca
divierte la turba aquella.

Los sonidos armoniosos
á hondos gemidos se mezclan,
y la estraña consonancia
volando al monarca llega.

—,,¿Quién dá esos gritos?" pregunta.
—,,Vienen, gran señor, de tierra."
—,,Boguen allá las canoas."
Y bogan allá violentas.

Espectáculo inhumano
al monarca se presenta,
espectáculo que á un tigre,
á un mármol enterneciera.

Pero no así á Moctezuma;
el cual dice en voz bien recia:
,,La jóven á mi palacio;
,,dejad en paz á la vieja."

Sigue el séquito su curso,
y continúa la fiesta.
Por los sayones infames
se ejecuta la sentencia.

Teyolia en una canoa
entristecida navega;
y la anciana desdichada
en tierra llorando queda.

Ya se mesa entre lamentos
la nevada cabellera,
ya tiende á su hija los brazos
y da con los pies en tierra.

,,Oh rey! oh rey!" ronca exclama.
Como loca se pasea,
y al cabo ,,¡Teyolia!" grita,
y al lago salta resuelta.

Flota por unos momentos

en convulsiones horrendas,
se sumerge y reaparece,
y las olas se la llevan.

PASO TERCERO.

TRANSFORMACION.

En su belleza descubro
Un esqueleto.

CALDERON.—*El magico prodigioso.*

Regio salon preséntase á mi vista,
cubierto de oro el techo y pavimento;
en las paredes de bruñidas piedras,
plumas, y conchas, y pintados lienzos.

Un hombre allá en el fondo se divisa,
de triste faz, meditabundo aspecto,
reposando asentado, y la cabeza
casi cargada en el desnudo pecho.

Tan divagado está, tan sumergido
en la alterada mar del pensamiento,
que no escucha el crugir de puerta que abren,
ni ve que entra Teyolia á paso lento.

Se detiene la jóven.—su semblante,
por el temor, desencajado y muerto,
trémulo el pié, los ojos espantados,
las manos recogidas sobre el seno.

Desgreñada la negra cabellera,
el labio tembloroso y entreabierto,
dejando paso al lánguido respiro
que se desliza del llagado pecho.

Alza la vista el rey por aventura,
y la descubre, y la examina atento.
Treme Teyolia, de rodillas cae
en actitud de súplica y de miedo.

Y se levanta el rey, y la acaricia,
y lleno de bondad, la presta aliento,
y algo descubre en ella que le encanta,
y le deleita y le arrebata al cielo.

„Cese ya tu temor. Fortuna y dicha
esperándote están en el imperio."
Díce el monarca con meloso tono;
mas la jóven no rompe su silencio.

„Perdida tú en el mar de la existencia.
abandonada flor en el desierto,
solo has visto la noche de la vida:
ya te espera la luz—yo te la ofrezco."

„Mil bellezas envidian del monarca
una caricia, una palabra al menos,
yo el corazon te doy, te doy la vida.
yo, de los dioses desterrado nieto."

Por un mágico impulso retrocede
Teyolia, y dice en lastimero acento:
„¡Oh rey! rey infeliz!"—y por su rostro
corre su llanto compasivo y tierno.

El monarca la sigue convulsivo,
y la toma de un brazo;—y con horrendo
alarido se aparta, que su mano
siente el ardor de encandecido hierro.

„¿Quien eres tú, pregunta, tú, que enciendes
en mis venas de amor el vivo fuego,
y que grato placer, y horror, y angustias
me inspiras, y terror á un mismo tiempo?"

Da un gemido la jóven.—Como sombra
se desvanece, y se la lleva el viento.
„¡Oh rey! ¡rey infeliz!" su voz pronuncia;
„¡Oh rey! ¡rey infeliz!" repite el eco.

Vértigo horrible acomete al monarca; tiende los brazos buscando un apoyo; ciérranse sus ojos, vacila, cae; y solo da señales de vida por el ronco estertor de su pecho y la convulsa agitacion de sus miembros.

Respira al cabo.—Siente en su corazon una mano de hielo, y en sus labios una áspera boca que intenta darle calor. Alzanse lánguidamente sus párpados, y ve hincada ante él una muger—la madre de Teyolia.

—"¿Te lanza la muerte por darme tormento?
Ahuyéntate sombra, y déjame en paz."
—"Espera, monarca, espera un momento."
Y horrible sonrisa contrajo su faz·
-¿Que quieres?'-,Levanta"-,?Qué quieres?''-,Escucha.
—„¿Prestáronte acaso los dioses poder?"
—„¿Qué siente tu pecho?"- „Ardor, pena mucha."
La vieja sonrie.—„¡Maldita muger!

PASO CUARTO.

PANORAMA.

¡Ay del pueblo! . . .
Pesado.

—„Monarca, ¿cual fué tu destino al venir al mundo? . . . .—¿Gozar?—¿Cual fué el destino de tu pueblo? . . . .—¿Padecer?—Y los montes, los campos, el sol, la naturaleza toda ¿ha sido creada para tí? ¿nada para los demas?—Encerrado tú en tu palacio, cercado de mugeres hermosas, de esclavos, de opulencia, pensabas solo en el placer; y en tanto el pueblo empapaba las mieses con su sudor y se arrastraba en la

miseria. Tú los oprimias, tú regabas la tierra con su sangre, tú eras sordo á su dolor, sordo á su mendicidad; y los hombres eran insectos que hollabas bajo tus pies, y tú no te curabas dello.—Un monarca es un padre de familia, si se convierte en verdugo, sus hijos le matarán: si no sus hijos, el cielo!—Tu hora llegó—aguárdante ya desesperacion y muerte.—Fuiste roca á los gemidos de tu pueblo: tus gemidos se perderán en el viento;—fuiste insensible á su llanto: tu llanto correrá, y correrá en vano;—encadenaste á tus subditos: pesadas cadenas ceñirán tus pies;—arrebataste sus hijas: verás las tuyas en estraño poder;—humillaste los hombres: te arrastrarás ante un aventurero;—derramaste inocente sangre: tu sangre será hollada en tu palacio mismo, y tu cadáver rodará polvoroso por los salones que te han visto en brazos del deleite.—He aquí tu nuevo destino.-Tu hora llegó-aguárdante ya desesperacion y muerte."

El rey queria hablar, implorar perdon, arrodillarse, mas no podia.—Su sangre estaba suspendida, su cabeza era un alterado mar.

—,,Mira," le dice la muger.

El monarca abre los ojos; y sorprendido ve que se halla, en la pendiente de una árida montaña; áridas montañas le cercan: ni animales, ni plantas crecen en aquel ingrato suelo; el viento gime en las grietas de las rocas; de cuando en cuando resuena el eco de un peñon que se derrumba, cual si fuera el martillo de la muerte que marca los instantes de la existencia; los rayos frios de un sol moribundo alumbran oblicuamente aquel lugar de maldicion. A los pies del monarca está un abismo profundo, en cuyas paredes chorrea sangre negra que forma una pesada laguna, cuyas orillas están cubiertas: de huesos humanos, sobre ellos se arrastra un águila herida y sedienta: apaga su sed en la sangre—en horribles convulsiones espira —una ola la arrebata, y la lleva rodando por la superficie del lago, y la sumerge.—

La vieja rie; tiembla el monarca, y aparta la vista á otro lugar.

Un valle—amarillentas colinas le cercan, oscuros lagos, tronchados árboles.—El viento gime con horrible monotonia; los rayos del sol se pierden en un amarillo cielo; una sola nube revolotea en el viento, como un buitre que se arroja sobre su presa.—El pueblo corre espantado—los esposos abandonan á sus esposas, los adultos á sus ancianos padres, las madres á sus hijuelos.—Todo es confusion, gemidos, desesperacion. . . .Encima de un pelado cerro retumba el estallido de un trueno, y luego lastima los oidos un zumbido estraño y desapacible como el chirrido de muchas aves nocturnas...· Mugeres, ancianos y niños caen como heridos del rayo.—Y luego aparecen singulares gentes sobre animales fogosos y veloces; y estas gentes se lanzan sobre el pueblo; y el brillo de sus espadas se convierte á poco en rojo color. Y los animales pisan á los hombres aun no muertos, y á su peso las carnes y los huesos crujen deshechos con estraño rumor. . . .Una de aquellas gentes trae por única arma un madero--es la imágen del suplicio en que pereció un hombre que trajo al mundo la caridad y la libertad —ahora es enseña de destruccion y de matanza. . . .

A tal espectáculo, la lágrima del infeliz quemó por vez primera el semblante de Moctezuma. El rostro de la vieja misma cubrióse de tinieblas; y á su pesar, sus ojos cerráronse horrorizados.

Es la noche.—Por entre las roturas de una nube, despide la luna rayos de pálida luz--el campo está cubierto de cadáveres y huesos humanos—óyese el ruido del viento, que chifla en las cavidades de los cráneos, y el aleteo de negras aves que saltan de cadáver en cadáver y tiran con sus afilados picos de las corriosas carnes. A lo lejos sollozos y suspiros, en los aires las siniestras risadas de los espíritus del mal. Las alas inmensas de la muerte arrojan al agitarse, aires impuros y contagiosos. La peste se pasea regocijada dejando caer al suelo gotas de sudor ponzoñoso. Bajo de tierra retumba un bramido, como el de muchas aguas en furor. . . .

Por otra parte descúbrese un salon iluminado: en él muchos hombres en espléndido banquete. El ruido de las copas se mezcla á las canciones de impureza. Un hombre de vestido talar entona un himno sagrado, y aquellos hombres sacrílegos responden en coros de impíedad. Las hijas del emperador sirven aquella cena de escándalo, y sufren sollozando los brutales insultos de los mas audaces. . . . .

. . . .El monarca no soporta mas—cae como peñon que se desprende de una montaña.

Se abren sus ojos, y giran. . . .
Está en su trono sentado,
de muchos hombres cercado,
que confundidos le miran.
Uno de ellos se adelanta,
y se postra ante su planta,

y con una voz que espanta
temblando comienza á hablar.
—„En castillos colosales
unos seres inmortales,
sobre estraños animales,
lanzó á nuestra costa el mar". . . .
. . . .
. . . .

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON SEBASTIAN DE TOLEDO,

Marqués de Mendoza. Vigésimoquinto virey de la Nueva-España. Desde 1664 hasta 1673.



1664.--1665.

POCO tiempo como hemos visto residió el cargo vireinal en D. Diego Osorio que lo dejó al marqués de Mancera luego á su entrada en México el 15 de Octubre de 664. La Nueva-España disfrutaba de una completa paz, que si era turbada, apenas se resentia la capital y las provincias inmediatas de los débiles trastornos que algunos accidentes causaban en las regiones mas distantes. La Florida y el Canadá, eran y habian sido hacia ya mucho tiempo el teatro de la guerra. Habiase apoderado de la Isla de Sta. Catalina, un pirata inglés llamado Juan Morgan, y tenia amedrentados á los habitantes de los paises vecinos: en la Virginia se hallaba establecida una compañía de mercaderes á la cual pidió víveres y auxilios Morgan; mas un acontecimiento imprevisto vino á privarle del socorro que esperaba. Es el caso, que el Canadá, propiedad de una empresa tambien de mercaderes, determinó Luis XIV soberano reinante en Francia, ponerlo á las órdenes inmediatas de un gobernador, y confió este cargo al marqués de Trací, hombre activo que inmediatamente se puso en camino, y en cuanto llegó dispuso sus tropas y marchó con ellas á poner en total seguridad los lugares inmediatos. No habia transcurrido un año cuando desembarcó en las costas de la Florida en el de 1665, el corsario inglés Desvis que hallando aquello indefenso lo saqueó cometiendo todo género de violencias.

Por esta época aconteció una famosa erupcion del Popocatepetl que puso en gran conflicto á los mexicanos, como que por el espacio de cuatro dias estuvo vomitando piedras: entonces fué cuando reventó.

1666.—1667.—En el transcurso del año entero de 665 y en parte del 66, el marqués de Trací hizo sentir á los iroqueses la fuerza de su poder y los felices resultados de sus sabias y bien combinadas disposiciones en el arte de la guerra. Hizoselas fuerte, y cansados y perseguidos en fin, sin esperanza de obtener victoria ni de conservar su libertad salvage, reunidos con todas las naciones errantes, solicitaron la paz por medio de unos enviados que fueron muy bien recibidos y tratados con buena distincion por el gobernador del Canadá marqués de Trací. Estos son los acontecimientos mas importantes de la América que en estos años llamaron la aten-

cion y en los cuales se cuenta el viage del Japón hecho por el ingles Zacarías Ghillan que emprendió salir de la Virginia atravesando por el estrecho de Hudson y llegó á la Bahia de Bamini; en seguida se dirigió al Sur llegando hasta el rio del Principe Roberto,

A principios tambien de 666 llegó á México una real cédula de la reina que participaba haber muerto Felipe IV el. 15 de Septiembre de 65 y recaido en ella el gobierno durante la menor edad de Carlos II prevenia ademas que se publicasen los lutos. Hízose en efecto cuanto se mandaba y se ejecutó la real órden con la pompa y ceremonia de costumbre.

Pasado poco tiempo, contestando de enterada la reina gobernadora á la comunicacion del conde de Baños acerca de la espedicion de Californias de Bernardo Bernal Piñaredo, ordena que se le haga llevar adelante cumpliendo con el empeño que habia contraido con el gobierno. La espedicion marchó á consecuencia y volvió sin ningun resultado, otro tanto sucedió á otra que salió tambien en 67 mandada por el capitan Francisco Lucenilla.

1668.—1669. La irreparable pérdida de la Jamaica que evidentemente traia á los españoles males de consideracion y con especialidad al comercio de las colonias, singularmente de la Nueva-España, no hizo resentir mucho sus efectos hasta 668; entónces plagados de corsarios los puertos era inútil contra ellos cualquiera medida que se tomase pues que todas las hacian ineficaces. La armada que en Barlovento puso el marqués de Cadereita, no podia servir, cuando los corsarios en buques pequeños huian con facilidad de sus tiros se ocultaban en un islote, y siempre se escapaban de su vista. La guerra que por algunos años habia turbado la tranquilidad de la Europa, se acababa de terminar con una paz general, cuyos tratados fueron ratificados por los soberanos; la Nueva Escocia que habian llamado los ingleses, debia volver á Luis XIV de Francia quitándole su nombre, y todo en fin cesaba quitados los motivos de disturbio. En este estado pues de la Europa los reyes volvian sus ambiciosas miradas á la América que no podian ver sin envidia en poder del rey de España.

Como quiera que para poder comerciar, necesitasen los corsarios de los españoles, traficaban en efecto con ellos. á pesar de la estrema vigilancia de las autoridades que trabajaban en vano por impedir el contrabando que se estendió rápida é insensiblemente. Esperimentóse con esta ocasion la mejor buena fé por parte de los contrabandistas que recibian al fiado las mercaderías en comercio ilícito y en cuantiosas sumas que pagaban en sus plazos con una rigorosa escrupulosidad.

1670.—Veíase pues en el estremo del abatimiento el comercio de la Nueva España y mas aun los derechos del erario. No quedaba á la Corona de Castilla otro medio para evitar tamaños males que convenirse, como lo hizo, celebrando un solemne tratado con el rey Carlos II de Inglaterra, en el cual se comprometia cada alta parte contratante á impedir á sus respectivos nacionales que comerciasen en sus colonias. A pesar del tratado el gobernador Linch de Jamaica continuaba armando corsarios y dándoles patente, y el rey le mandó releevar sustituyéndole el Lord Wagham. Este hombre íntegro llegó á la isla dando luego órden de recoger las patentes y declarando que los que continuaran serian considerados como piratas y de consiguiente condenados á muerte. No por eso se abstuvieron algunos que juzgaron que aquello no era mas que una medida para hacer ver á la España que le daba cumplimiento á la fé de los tratados, pero que Wagham no estaba resuelto á llevarla á cabo. Dejó pues el gobernador obrar á los corsarios, y cuando regresaron á la isla mandó ahorcarlos, lo cual puso temor á los demás y los contuvo.

La larga y prolongada guerra que por tanto tiempo hacian los tarahumares al fin la terminó este año el capitan Nicolas Barraza á quien denunció una india el lugar en que podria sorprenderlos como lo hizo cerrándoles el paso en su cuartel donde se hallaban en número de trescientos.

La acreditada honradez del Marqués de Mancera y su buen comportamiento en el gobierno le merecieron que se prolongase la duracion por otros tres años.

1671.—1672.—1673.—El decidido empeño que habia tomado el religioso franciscano á quien se encargó la obra del desagüe por su recomposicion le grangeó el aprecio de la corte, pues que agradecida se lo mandó hacer así presente por medio del virey. Las aguas en estos años escasearon en demasia y por consiguiente los víveres: de aquí resultaron la

hambre y la miseria; empeñáronse por estinguirlas el marqués y el ayuntamiento, hicieron al efecto grandes esfuerzos haciendo traer á México de todas las provincias maiz, y así lograron que cesara la carestia. Esta era la situacion de la Nueva España, nada habia notable en la policía á tiempo que comenzaba el gobierno de Carlos el hechizado, aunque en realidad aun no lo reasumia por su edad menor. Vino la época en que fuese relevado el marqués de Mancera quién marchó para España dejando en Tepeaca á su muger Doña Leonor Carreto que falleció en aquel lugar en donde se le hicieron muy suntuosos funerales sepultando allí mismo su cadáver.

Cárlos M. Saavedra.

DISCURSO HISTÓRICO

sobre el orígen, progresos y decadencia del Feudalismo, pronunciado en la cátedra de humanidades del colegio de San Juan de Letran, por Mariano Esteva y Ulíbarri.

SEÑORES.

HAY hechos en las naciones que por las causas que los motivan, por la influencia que ejercen en la sociedad de su tiempo, por sus resultados mas ó menos grandes; forman época y marcan, por decirlo asi, la linea de division que separa los principales periodos de la historia. El detenido exámen de estos hechos, de sus causas y resultados, es sin duda alguna de la mayor y mas alta importancia; y pesar sus consecuencias, y la mayor ó menor influencia que hayan tenido en los tiempos posteriores, es interesantísimo al legislador y al filósofo, al historiador y al literato. Casi á ninguna otra cosa son mas aplicables las anteriores reflexiones que al feudalismo, institucion nacida de una revolucion inmensa, y que despues de haber reinado en Europa por mas de dos siglos, murió en brazos de otra revolucion, terminando con su nacimiento la barbarie y comenzàndo en su caida la era de civilizacion, que habia ya preparado. Su origen y motivos, su naturaleza y la influencia que ejerció en su tiempo y en los posteriores, y las principales causas de su decadencia y extincion; son tres objetos dignos de examinarse separadamente, y para cada uno de los cuales seria necesario un discurso: obligado á comprenderlos todos en este, los consideraré sin embargo, aunque rápidamente con la separacion debida.

Roma, la señora del mundo, valiente laboriosa y parca en los tiempos de la república; no era, dominada por los emperadores, sino una ligera sombra de lo que habia sido. El lujo oriental y la molicie habian convertido en débiles mujeres á los vencedores de Grecia; y el deleite habia sofocado en los corazones romanos la virtud y el valor de otros tiempos. A las legiones que llevaban consigo la victoria habian sucedido tropas vendidas y muchas veces traidoras, porque el peso de una coraza superaba las fuerzas de un romano. Grandes impuestos oprimian al pueblo, destinados á contentar los caprichos, y satisfacer las necesidades de ostentacion y placer que se habian creado los emperadores, y la india, en cambio de telas y perfumes, devoraba como un abismo sin fon-

do el oro romano. Las mas veces el príncipe, agoviado con un peso que no podian sobrellevar sus hombros, dejaba el poder en manos de ministros corrompidos é imbéciles: una corte prostituida le cercaba, y miraba á sus pies un pueblo degradado y miserable. Tales principios de disolucion minaban el imperio, y hubieran bastado por si solos para derribar el coloso; pero un suceso de alta importancia y de las mas funestas consecuencias para el vacilante imperio de Occidente, apresuró su caida, que se hubiera efectuado siempre, aunque mas tarde.

Los romanos en sus conquistas no habian penetrado en el norte de Europa, y los pueblos que habitaban esta parte, se habian conservado libres, sin doblar el cuello á los que aspiraban al señorío del mundo. Una multitud inmensa de estos pueblos que se han apellidado bárbaros invadió repentinamente las fronteras del imperio, que no supieron conservar sus afeminados defensores. Huian ó cedian á los primeros golpes dirigidos por gente vigorosa y lozana, y si algunas ventajas consiguieron, debidas fueron únicamente al recuerdo que conservaban de la antigua disciplina. En pechos degradados y envilecidos ningun imperio tiene el amor de la patria, y veian la desmembracion del territorio sin oponer una voluntad firme; mas como es siempre sensible la perdida de lo que una vez se ha adquirido, ocurrió á los emperadores para remediar tamaño mal un proyecto insensato que contribuyó eficazmente á su completa y pronta destruccion,—tomar á sueldo tropas de bárbaros que las mas veces convertian sus armas contra sus propios señores.

Al primer ataque siguió un segundo; á este un tercero, y las incursiones se redoblaban pareciendo cada vez mas fecundo el norte en arrojar de su seno bandadas inmensas. Cada momento se hacia mas dificil la defensa del moribundo imperio, hasta que al fin en el siglo IV, despues de luchar largamente con los enemigos esteriores y con los gérmenes de destruccion que llevaba en su seno, sucumbió siendo presa de los bárbaros y dividiéndose en pequeñas porciones. Aun en este deplorable estado creyeron algunos emperadores que podia repararse de alguna manera el mal, ensayando un sistema que pudiera tal vez llamarse representativo, y que haciendo vislumbrar algunas esperanzas de libertad, produjera mejores efectos de los que habia producido el sistema despótico. La esperanza de una reaccion los halagaba y en 468 dirigieron un rescripto Honorio y Teodosio el jóven al prefecto de la Galia, disponiendo la reunion de una junta anual en la ciudad de Arlés, á la que habian de concurrir diputados de todas las provincias so pena de una multa. El motivo que los emperadores suponen habian tenido para dar su rescripto, fué la necesidad de sistemar las representaciones frecuentes hechas al prefecto por las provincias y ciudades. Estas debian concurrir á la junta por medio de sus representantes, y lo dispuesto por los asistentes, incluso el prefecto que presidia, obligaba igualmente á todos, aun á las provincias que hubieran carecido de representacion. Entre los meses de Agosto y Setiembre debia reunirse la espresada junta, aunque eran arbitrarios el dia de la convocatoria, y los de las sesiones.

Esta esperanza quedó burlada: el espíritu público se habia perdido, y las provincias, que veian sin sentimiento la caida de un imperio que les habia sido ominoso, despreciaron el rescripto imperial, y no enviaron diputados á Arlés. La reconstruccion del arruinado edificio llegó á ser un sueño, las ciudades no veian otros intereses que los suyos propios, y la idea de las relaciones que ligan á las ciudades para formar provincias y hacer parte de un gran cuerpo, parece que llegó á perderse en aquel tiempo y que fué sustituida por la del individualismo.

En este desencadenamiento de la sociedad, cuando Europa se componia de partes incoherentes, aunque es dificil determinar con precision la manera con que se repartian las tierras conquistadas, sin embargo una nueva division de las propiedades, promovió nuevos principios y nuevas costumbres, y apareció el sistema feudal. Por grados fué estableciéndose semejante forma de sociedad, si tal puede llamársele, y llegó por fin á enseñorearse de Europa de una manera casi uniforme.

La urjente necesidad de defensa que pedian los ataques, no solo de los antiguos habitantes del continente, sino aun los de nuevos aventureros que continuamente llegaban ávidos de matanza y botin, hizo principalmente que se sistemara en Europa el régimen feudal.

Feudo, que trae evidentemente su orijen de la voz latina *fides* fe, puede decirse muy bien un contrato por el que se obligaban los vasallos á prestar á sus señores ciertos servicios como justa paga de las tierras que se les habian

cedido por ellos. Consistian estos servicios principalmente en acompañar á los señores á la guerra, en darles consejo cuando lo pidieran, en guardar sus secretos y velar por su honra. Las leyes romanas, y españolas manifiestan la manera con que se daba en feudo, quienes daban y que cosas, el arreglo introducido en las succesiones de los feudos y hasta las ceremonias y las fórmulas. Los reyes, los emperadores, los grandes y hasta los obispos, arzobispos y abades podian dar en feudo, y habia un riguroso enlace entre las partes constituyentes de una sociedad feudal; pues los señores que habian recibido sus posesiones de mano del príncipe, podian dar una parte de ellas á otros que eran á un tiempo feudatarios de los primeros y señores feudales respecto de vasallos inferiores que tenian en su dependencia. Estrechos vínculos ligaban á los feudatarios con sus señores hasta llegar al monarca primer señor feudal; pero no tenian los barones esta union entre sí; y si el sistema era quizá el mejor concebido, y el único adaptable á las circunstancias, para la defensa de los enemigos esteriores, no podia nada contra las divisiones intestinas, y antes bien les daba considerable pábulo. Ni podia ser de otra manera. Un baron feudal ejercia en su territorio una autoridad sin límites, y acostumbrado á satisfacer sus caprichos, que por la ignorancia y por la educacion guerrera eran demasiado frecuentes, no podia llevar en paciencia las usurpaciones que solian hacerle sus colindantes, ni resistia las tentaciones que solian ocurrirle de tomarse lo ageno. Tal sistema y tal orden de ideas ponian en perpetua pugna los intereses de los barones, y con demasiada frecuencia, durante el régimen feudal, se empapaban los campos en sangre.

Constituian el contrato para dar una cosa en feudo, por parte del señor, lo que se llamaba *investidura* ó posesion; y por parte del vasallo la fidelidad ú homenage. La investidura, era de dos maneras, propia ó impropia. Era del primer modo cuando se ponia al vasallo realmente en posesion del feudo, y del segundo cuando sin tradicion corporal se daba al vasallo alguna cosa que la significase; por ejemplo un cetro con que se conferia la investidura á los eclesiásticos ó un estandarte ó espada con que se conferia á los seculares.

La fidelidad ú homenage se prestaba por el vasallo de rodillas, teniendo las manos entre las de su señor y jurando que le seria leal, y le daria consejo y le ayudaria en sus empresas, contra cualquiera, excepto contra el príncipe, y entónces el señor, en señal del vínculo que le unia con su vasallo, le daba una sortija que sellaba su pacto. Ministrar defensa y auxilio á los vasallos, y guardar su honra, eran las principales obligaciones del señor.

En una epístola del obispo Filiberto, se encuentran las principales cosas que debian tenerse presentes al rendir el pleito-homenage y que se reducian á seis; pero la costumbre introdujo una nueva forma comprendida en estas palabras: *Ego Titius juro super haec sancta dei evangelia quod ab hac hora in antea usque ad ultimum diem vitae meae ero fidelis tibi cajo domino meo contra omnem hominem excepti imperatore vel rege.* Esta fórmula solia ampliarse cuando prestaba el juramento algun ignorante.

Respecto de las cosas que se daban en feudo, lo que se observaba ordinariamente era dar los raices ó equivalentes á raices, como los derechos y las servidumbres, el usufructo, los tributos y la jurisdiccion. Debe darse en feudo *gratis*, sin que tenga el señor mas retribucion que los servicios personales del feudatario, sin poderse quitar el feudo sin culpa del vasallo, ni enagenarse por este sin la voluntad del señor.

Los feudos se dividen en multitud de especies, y se distinguen generalmente segun la manera con que se adquieren. Hay feudos propios, impropios, eclesiásticos, seculares, antiguos, nuevos, hereditarios, gentilicios, mistos, masculinos, femeninos, el que se llama en latin *ligium* y otros innumerables. De estos me parecen dignos de esplicarse el gentilicio y el *ligium*. El primero era el que se concedia á uno y sus hijos solamente, sin hacer ninguna mencion de otros herederos, y en caso de duda tal debia presumirse cualquier feudo, debiendo succeder los hijos varones de legítimo matrimonio, aunque no fuesen herederos. El llamado *ligium* consistia en la cesion del feudo en cambio del mas amplio homenage, pues por él el vasallo se obligaba á seguir á su señor absolutamente en cualquier empresa, excepto solo contra el romano pontífice. Podia darse este feudo solamente por el rey, y el vasallo tenia el nombre de *homo ligius*.

En los feudos succedian generalmente los varones, excepto en casos señalados, como cuando habia total falta de ellos, que entraban las

mujeres, y cuando la constitucion del feudo prevenia otra cosa.

Podia adquirirse un feudo no solo por contrato, sino tambien por prescripcion y por succesion *ab intestato* y se perdia igualmente de varias maneras, ya por culpa del señor, ya por la del feudatario, necesitándose algunas veces para perderlo de sentencia judicial.

Que el establecimiento del feudalismo en Europa es un hecho de influencia colosal en las costumbres de su tiempo, y aun en la civilizacion de los tiempos modernos, no puede en manera alguna negarse, y facilmente se convencerá de ello quien reflexione en el cambio verificado en la sociedad europea por el establecimiento del régimen feudal. Inmediatamente despues de la invasion de los bárbaros, grandes masas ocupaban la Europa y una anarquia casi completa dominaba los paises conquistados: la ninguna seguridad en las propiedades ni en las personas, hizo á los hombres adoptar otro sistema, y se fueron gradualmente aislando, reduciendo su sociedad á un círculo demasiado estrecho, é individualizaron sus intereses cuanto mas pudieron. Las ideas que debieron nacer en la mente de los señores feudales fueron sin duda las del engrandecimiento de su persona y su familia con la que los ligaban vínculos estrechísimos por la separacion casi total en que se encontraban del resto de la sociedad. Este aislamiento y estas ideas no podian menos de contribuir muy eficazmente al desarrollo de todas las virtudes domésticas, é influir aunque indirectamente en la perfeccion social por la perfeccion del individuo. Los placeres domésticos llegaron bajo este sistema á su mas alta estima, y entónces fué cuando tomó su orijen el amor y respeto á las mujeres, que ejerció tan visible influencia en las costumbres y que forma uno de los caractéres distintivos de este periodo. Este respeto, que casi rayaba en idolatria, hizo que fuesen obedecidas las órdenes y aun los caprichos de las mumujeres como mandatos: una guiñada comprometia un combate y se creia feliz el vencedor si en premio de las mayores privaciones y de sangrientas lides, recibia una banda por mano de una bella.

El yugo que en esta época impusieron las mujeres fué tal vez lo que mas eficazmente contribuyó á la dulzura de las costumbres, que se advirtió en tiempos posteriores y que ha sido el móvil mas directo de la civilizacion europea.

Algunos en el solo nombre de feudalismo creen ver la imágen del caos y la disolucion completa del edificio social, cuando ni podia en aquella época prevalecer otro sistema, como lo manifiesta su universalidad; y cuando perfeccionando las partes, preparó la perfeccion del todo. Cuanto existia en el siglo X era feudal: las iglesias, los altares, la administracion de sacramentos, y los derechos; hasta la corona misma participó de esta institucion que dió á la sociedad una nueva forma, que creó principios, y que mudó completamente la faz de Europa.

Para verificar tal mudanza, fué necesario aniquilar del todo la sociedad antigua, y una revolucion tan completa debió sin disputa ser de consecuencias importantísimas. La tendencia de esta revolucion fué regeneradora, y aunque el sistema establecido por ella era considerado en sí mismo semi-bárbaro, comparado con el principio de la dominacion de los pueblos del norte, podia tenerse como modelo de civilizacion.

A pesar de esto, los principios de desunion que habia entre los barones, y las continuas guerras de que fué teatro la Europa, y en las que aun los mismos príncipes intervenian, hicieron mas insoportable la opresion en que estaban las ciudades, y prepararon la caida del sistema.

Nada mas natural entre los hombres que el respeto y amor á los lugares en que ha existido un hombre ilustre, que se miran siempre con veneracion y entusiasmo. La peregrinacion á la Palestina se presentaba á los cristianos de estos tiempos al través de un velo de poesía, y era considerada como la obra mas meritoria y mas capaz de servir de espiacion á las mayores culpas; y el empeño de hacer viages á la Tierra Santa se aumentó considerablemente por los rumores que corrieron en Europa de la proximidad del fin del mundo.

Durante la dominacion de los Califas, no tenian los cristianos en su peregrinacion mas obstáculos que los indispensables á un largo viage, pero precisamente cuando las peregrinaciones se hicieron mas numerosas, conquistaron los turcos la Siria, y cayeron sobre los devotos viageros los mas malos tratamientos, y las dificultades se multiplicaron. Indignada la Europa contra los infieles, no necesitaba sino una mano que le diera impulso, y Pedro el hermitaño, al predicar la primera cruzada, condujo á Si-

ria un ejército inmenso, y conmovió con su predicacion á la cristiandad entera.

Por muy largo tiempo se mantuvo la guerra de Palestina, y las relaciones de Europa con Asia, el tránsito de los cruzados por ciudades mas cultas, y el espectáculo del aprecio que las ciencias tenian en el Oriente, hicieron salir á Europa del estado de abyeccion en que estaba. El feudalismo tocaba á su término, y el primer golpe que le fué dado por las cruzadas, lo repitieron mas tarde las ciudades del Continente, adquiriendo cada vez mayores grados de libertad, y tomando en el orden social una posicion digna y decorosa. La risueña Italia dió el ejemplo, y las ciencias y las artes comenzaron á recobrar su imperio. Las costumbres caballerescas continuaron la obra de civilizacion que habia bosquejado el feudalismo, y una aurora de luz brilló en Europa.

Es imposible acabar en cortos límites el inmenso cuadro que he procurado trazar. Mayor estension y pluma mas diestra se requiere; y si he logrado dar á lo ménos una idea clara, aunque en compendio, de un hecho tan importante en la historia de Europa, serán colmados mis deseos y mi satisfaccion completa.—Dije.

Abril de 1844.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.



D. PEDRO NUÑO COLON DE PORTUGAL,

Duque de Veraguas, y caballero de la distinguida orden del Toison de Oro. Duodécimosesto virey de la Nueva-España.

1673.

No obstante que el Sr. D. Lucas Alaman en el Apéndice á su primera disertacion, asienta que la casa de Colon no fué considerada en España hasta Felipe V, que en abril de 1712 le concedió por primera vez la cruz del Toison de oro, y el título de duque de Veraguas, mucho ántes que este monarca ocupase el sólio de Castilla, se ve ya á los Colones disfrutando tales distinciones, y considerados de tal manera, que parece, segun los historiadores, que solo por honrar la memoria del gran Cristobal, fué nombrado D. Pedro su descendiente en 1673, virey de México, en el reynado de D. Carlos II, que desempeñaba por su menor edad sa reina madre. Ni se infiere otra cosa de las circunstancias de un nombramiento recaido en un hombre de edad tan avanzada, que ni aun el creyó que pudiera hacer el viage; y apénas en efecto empuñó el baston el 8 de diciembre, lo llevó su decrepitud al sepulcro, al sesto dia de su gobierno, el 13 del mismo mes, sin que dejara á la historia otros hechos que consignar, que los buenos deseos que habia manifestado en orden á su administracion, durante su viage de Veracruz á México, y la pompa de los funerales que le fueron hechos en la capital, donde quedó sepultado hasta pasado algun tiempo, que fueron trasportados sus huesos á España, al sepulcro de su familia. Su muerte fué tan prevista, que con su nombramiento se habia hecho el de su sucesor, y remitido en pliego cerrado á la inquisicion, para que lo abriera tan luego como hubiese fallecido. Hízose asi en efecto, y sus funerales fueron presididos ya por el nuevo virey D. Fr. Payo Enriquez de Rivera. Era á la sazon este prelado arzobispo de México, recomendabilísimo por sus virtudes, muy amado de la corte y de su rebaño, que gober-

nó con sabiduría y rectitud, dejando solo ambos gobiernos, llamado á la presidencia del Consejo de Indias, para retirarse á la vida contemplativa del claustro, donde terminó sus dias en los fervores de la penitencia y de la oracion.

Eran ya estos los últimos dias de la casa de Austria, época de no muy grata memoria para la monarquía española: gobernábala el imbécil Carlos, tan solo para prepararle una guerra sangrienta y asoladora, guerra sostenida únicamente por defender los supuestos derechos de estrangeros monarcas en que habia de llevar la ventaja el rey del siglo, y aquellos mismos españoles, vencedores un tiempo de Francisco I, llamarian á gobernarlos á su nieto Felipe d'Anjou, y aquellos mismos españoles tan celosos de su independencia, por la que combatieron tanto con el poder meulímico, que combatirian algun dia con todo el poder del gran capitan del siglo XIX, lucharon entónces por colocar en su trono á un monarca francés.

Poco daba á las colonias la variacion de dinastía, que ni empeoraba ni hacia mejor su condicion, si solo resentian los efectos de la corrupcion de la corte, tan distinta en los primeros de los últimos tiempos de la dominacion peninsular, pues que en aquellos se escogian para el gobierno personas de probidad, recomendadas por su mérito, que se hacia consistir en la virtud y en el saber; mas en estos, ó bien prevalecia el favoritismo, ó se ponian los empleos en pública sub-asta, desatendiendo así el giro comunal. Cerramos con esto por ahora la galería, que quizá muy pronto continuaremos, segun tendremos cuidado de anunciarlo

C. M. S.

A LA MUERTE DE LA JOVEN DOÑA ANA IÑIGO.

I.

VIAJERO, ¿á dónde vais? hombre que fatigado de los falsos placeres del mundo, buscais un reposo sempiterno, alma hermosa, emanacion purísima del cielo, que asociada á las penas de una vida miserable, buscais un asilo. ¿á dónde lo encontrareis? ¿á dónde os lleva la mano irresistible del destino? ¿á dónde se os conduce para arrebataros de las tempestades de la vida, para que identifiqueis esa naturaleza toda de miseria y de debilidad, con la naturaleza celeste de los ángeles, y para que libre de la confusion del mundo, entoneis un cántico de paz al lado del Altísimo? ¿á donde?.... á ¡la tumba! á la eternidad! Sí, á la tumba, ese misterioso fin de las glorias mundanales, suplicio horrible para el hombre que pasó sus dias sin pensar en el porvenir, dulce morada para el hombre que miró la tierra como morada transitoria.... sí, allí está la tumba: allí está la muerte con su faz lívida, con sus memorias del mundo, con sus recuerdos de ayer, con sus agonías horribles, inesplicables, con todo el aparato sombrío y sublime con que viste la iglesia de sus pompas funerales la despedida de una alma que alimentó en su seno, y que dejó á esta madre de los últimos consuelos, para remontarse á un mundo en que impera la justicia, y pesa en su balanza de oro los crímenes y las virtudes. Allí está la eternidad! la eternidad! palabra infinita, oscura y sublime, símbolo de la esencia incomprensible de un Dios, guia secreta del alma, que por el sendero del terror y de la esperanza, nos conduce fuera de los peligros de una vida miserable: esplícame tu esencia: dime qué es lo que hay del otro lado de la tumba; ¿por qué no nos descubren los muertos nuestros hermanos el último sentimiento que tuvieron en la tierra? ¿ese sentimiento que esperimenta el hombre cuando se acerca al fin de su existencia? ¿Por qué en vez de dejarnos nuestros deudos por herencia el dolor y la desesperacion, no les fué dado guiar

á sus hijos en el lance mas tremendo de la vida? ¿Por qué en vez del llanto que exhalamos al pié del ataud de nuestros padres, no entonamos un cántico de gracias en honor del mundo? ¿Por qué no quisiste, Dios mio, alumbrar nuestra faz de incertidumbre con la luz de la revelacion? Por qué?.... por que todo está dispuesto segun la infinita sabiduría y la infinita bondad. Por qué?.... porqué es mas grato á la vista del Señor, la resignacion humilde á sus decretos, que el cántico de gracia, porque el misterio que encubre la tumba, es el freno de las pasiones destructoras, y el principio de todas las virtudes, es el muro de bronce en que se estrellan los crímenes, y la áncora de esperanza que enclavada allá en la eternidad, asoma al desgraciado y al arrepentido.

II.

Oigo la voz del dolor! el gemido del desconsuelo que destroza el corazon, se hace oir por todas partes: una familia consternada mira los restos mortales de una criatura de virginal pureza, de una hija, de una hermana, que era la esperanza de los suyos, el consuelo de los desgraciados, el encanto de los que tuvieron la dicha de hablarla una sola vez. Era una flor que exhalaba olores perfumados, era una jóven llena de gracia y hermosura, un ser lleno de bondad y de delicadeza, su rostro era un signo de celestial candor, sus palabras revelaban un noble y tierno corazon, su mirar sosegado y apacible, retrataba el alma en que impera la virtud. Todo acabó, todo se desvaneció como se desvanecen los ensueños de felicidad. El mundo le preparaba un tálamo, la antorcha y los cánticos de himeneo; contempladla ahora vestida para el sepulcro, mirad ese lúgubre ropage que pronto destruirá el insecto, esos cirios funerarios y la corona de las rosas del olvido, última diadema de las vírgenes. Contemplad ese rostro lleno de dulzura, cubierto con el tinte melancólico de la muerte: esos ojos ayer interesantes y llenos de languidez, no volverán jamas á dirigir una mirada de muger, una mirada de amor ó de piedad; esos lábios que en dias felices exhalaron palabras de ternura, temblaron convulsivos con la agonía de la muerte, y se cerraron para siempre; ese pecho misterioso de sensaciones no se agitará suavemente á impulsos de un suspiro, como las olas de un puerto bonancible á impulsos de las brisas. La muerte con su férrea mano ahogó los suspiros, apagó los pensamientos y las sensaciones, reprimió los dolores en la agonía, y dijo con la voz misteriosa y aterradora á los sepulcros: "Cesad, oh mundo, tu imperio sobre la criatura del dolor! y tú, criatura hecha á la imágen y semejanza de un Dios, venid á participar de los misterios que encubro con manto de tinieblas; rompióse el hilo imperceptible que une la ilusion á la verdad, cumplióse el término á mí sola revelado, apagóse la antorcha que alumbra las vanidades de la vida.... volved el aliento de divina esencia que el Señor os infundió en el seno maternal, venid á mí, para el mundo, al olvido y á la tumba, para el cielo á la eternidad."

III.

La vida, el mundo: Qué es la vida? Un piélago de zozobras y de penalidades, el mundo un piélago de siniestro resplandor en que brillan los crímenes, y débiles se reflejan las virtudes; el mundo y la vida, todo mentira, todo ilusion, que se desvanece en un suspiro de agonía, al toque funeral de una campana. Una jóven que aparecia en la escena del mundo, con todos los atractivos de la seduccion, una jóven que volaba en pos de una esperanza colorida, yace en el féretro en la primavera de la edad. La mano de la muerte arrancó el tallo de la flor que pomposa un dia, se mecia en el jardin de la vida, y abrió la senda de la morada celestial á una alma llena de virtud y de pureza. Si, jóven interesante, rompiste los lazos que al mundo te unian, para gozar eternamente; sacudiste una vida miserable para asentarte al lado de los hijos que gozan de ventura, llevaste la corona de la virginidad, y los últimos tormentos, para colocarlas en el altar de vida del Omnipotente, y él te recibió en los brazos de la misericordia, te señaló lugar en el empíreo, y los ángeles en sus harpas de oro cantaron acordes á la voz del Altísimo, el himno de la bien-venida. Ese es tu destino, ángel de luz, ese el prémio de tus virtudes en la tierra, y el consuelo de una familia que llora la horfandad.

IV.

UNA MADRE.

La iglesia católica canta la paz de los difuntos en lúgubres plegarias, y la campana del templo del Señor anuncia al mundo la despedida de un hijo de la tierra.

Una madre al pié del féretro, llena de angustia y de dolor, estrecha el cuerpo exánime de la hija de su corazon. Quién pintará el dolor de una madre? Contempladla descubriendo el paño funerario, y estampando en la frente lívida de su hija, el beso doliente de la despedida! mirando esas lágrimas que ardientes se desprenden de sus ojos, sin el gemido de las últimas palabras de ternura que en la tierra la dirige, mezcladas con la plegaria que se levanta hasta los cielos. Pobre madre! Creeis que es solo una negra pesadilla el triste espectáculo que teneis á la vista, creeis que no es posible que pudiese haber en el mundo dolor tan profundo! pobre madre! El cántico de la iglesia te despierta de ese horrible ensueño, y tus lágrimas y tus gemidos de dolor y desesperacion, mezclados á la voz grave del sacerdote, te recuerdan el dolor mas intimo y mas puro que esperimenta la criatura, al mismo tiempo que el consuelo mas solemne y elevado que mitigue tu dolor.

V.

Conformidad, hija del cielo! Yo te invoco, tú que moras al lado de la Divinidad, ven á estender tus alas maternales sobre una familia desolada, ven á asentar tu trono á este mundo tumultuoso, á enjugar el llanto del desgraciado, á infundir paz y resignacion al hombre: ven á regenerar esta mansion toda de debilidad: así podremos llamarnos felices en medio de nuestra miseria, así podrá ser este valle de lágrimas una sombra de la morada celestial.

Hermosillo 18 de octubre de 1843.

Manuel Monteverde.

A UNA DESCONOCIDA.



I.

Yo te saludo, criatura angelical! alma ennoblecida por el amor, luz y encanto de mi vida! te saludo con el acento del placer y del delirio!

II.

Hermosa mia, deja al mundo sus horas de tumulto y de fastidio, deja que gocen y que lloren otros, deja que agitados por la tormenta de los crímenes se sepulten en el abismo, miéntras un viento bonancible, linda mia, agita tus cabellos perfumados, y lleva á tus labios de rubí un beso del que te ama.

III.

Angel mio, no despiertes de ese ensueño que trae á tu memoria la imágen de tu amante, de ese ensueño que llaman vida y es amor; no rompas el velo misterioso que encubre esa ilusion, porque esa ilusion es toda de vida, y la vida es el amor.

IV.

Tú eres el ángel de la hermosura y del placer, prenda mia, ¿por qué no apuraré en tus brazos un deleite que me quite la razon ó la vida? ¿por qué no beberé en tus labios, como en un cáliz de delicias ese aliento de fuego y de armonía que abriga á los mortales?

V.

Yo ví tus ojos, alma mia, los ví que brillaban como estrellas de diamante en el azul del cielo, ¿te acuerdas que esos ojos se inclinaron á la tierra, vírgen mia, á un beso de mis labios? ¿por qué los levantaste otra vez anegados en placer y en turbacion? ¿querias la vida de tu amante?

VI.

¡Ah! ¡por qué no pasaré á tu lado las horas que el amor hace inquietas y deliciosas! ¡por qué ese seno de rosas y azucenas no se estrechará con este corazon todo de fuego, y que vuela en alas de un suspiro para confundirse con el tuyo!

VII.

Ven, adorada mia, no mas penas; ven y muramos juntos, ven y agota los placeres en mis brazos, ven y apura en los labios de tu amante este fuego que abraza el corazon y deja eternas impresiones en el alma: vuelve á mi, oh muger! esos ojos en su convulsa agonía; confunde tu alma con el alma que te adora; quítame la vida.... yo dirigiré al mundo el último á Dios en un suspiro de deleite....

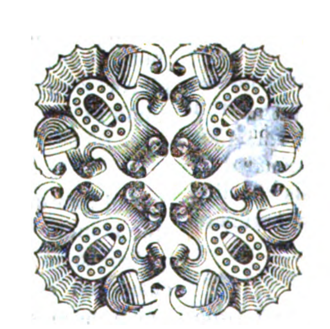
VIII.

Hermosa mia, deja al mundo sus horas de tumulto y de fastidio; deja que gocen y que lloren otros, deja que agitados por la tormenta de los crímenes, se sepulten en el abismo, miéntras un viento bonancible, linda mia, da color á tus megillas y á tus labios purpurinos un recuerdo de tu amante....

Manuel Monteverde.

MULTITUD de circunstancias desgraciadas, que no ha estado en nuestro arbitrio evitar, y entre las que ocupa un lugar no muy secundario, la pasada gloriosa revolucion, nos han hecho faltar al plan que nos habiamos propuesto, ocasionándonos no pequeñas pérdidas, que en nada contariamos sin embargo, si aun pudiéramos corresponder de una manera digna al aprecio que nuestros suscritores nos han dispensado tan bondadosamente; mas como la continuacion del periódico en el estado actual de la redaccion no podria seguramente corresponder á nuestros deseos, hemos resuelto suspenderla con la lisonjera esperanza de continuar nuestras tareas, tanto para corresponder de alguna manera á los favores que durante la existencia del Liceo se nos han dispensado, como para no dejar incompleta la Galería de los Vireyes, parte quizá la mas útil del periódico.

Cuando llegue ese dia, grato para nosotros, lo avisaremos oportunamente, no queriendo que termine este pequeño artículo sin espresar nuestros deseos de que ese término se aproxime y sin dar de nuevo las mas rendidas gracias á las personas que nos han honrado con sus suscriciones, haciendo un voto por su felicidad



INDICE ALFABÉTICO

DE LOS ARTÍCULOS EN PROSA CONTENIDOS EN ESTE SEGUNDO TOMO.

INDICE ALFABÉTICO

DE LAS POESIAS CONTENIDAS EN ESTE SEGUNDO TOMO.

LITOGRAFIAS

CONTENIDAS EN ESTE VOLÚMEN Y PÁGINAS Á QUE CORRESPONDEN.



